LA ILUSTRACION
ARTISTICA







LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XIV.—AÑO 1895

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1895

La Ilustración Artística

Año XIV Núm. 680



Barcelona · Enero * 1895

NOTA DE LOS EDITORES

Consecuentes en nuestro propósito de obsequiar á nuestros suscriptores con números extraordinarios, en justa correspondencia del favor creciente que el público nos dispensa, hemos querido al inaugurar la serie correspondiente al año 1895 honrar con uno de ellos la memoria del inmortal Cervantes y de su incomparable **Quijote,** publicando en él, además de escogido texto exclusivamente dedicado al príncipe de las letras españolas, una numerosa colección de reproducciones tomadas directamente de las ediciones más importantes que de aquel libro sin par se han hecho en España y en el extranjero.

Para la realización de nuestra idea nos ha prestado su valioso concurso, poniendo á nuestra disposición su preciosa biblioteca, el distinguido bibliófilo y cervantista notable de esta ciudad D. Isidro Bonsoms, que ha logrado reunir la colección más completa é interesante de cuantas existen del **Quijote** y á quien desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA enviamos la expresión de nuestro más profundo reconocimiento por el favor que tan desinteresada y entusiastamente nos ha dispensado.

LOS EDITORES.

SUMARIO

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (1)

El príncipe de los ingenios españoles, Miguel de Cervantes Saavedra, nació en Alcalá de Henares en octubre de 1547, siendo bautizado en la iglesia de Santa María la Mayor el día 9 de dicho mes y año.

Hoy nadie pone ya en duda que Alcalá fué la patria del inmortal Cervantes, y como ha dicho don Buenaventura Carlos Aribau, «cesó la competencia entre las siete poblaciones que se disputaban la honra de haber recibido al nacer al príncipe de nuestros escritores: quedan eliminados Sevilla, Madrid, Lucena, Toledo, Esquivias, Consuegra y Alcázar de San Juan; documentos irrecusables deciden á favor de Alcalá de Henares, ufana de tan gloriosa maternidad.»

De tal modo se ha hecho la luz en tan interesante punto, que los biógrafos del presente siglo no han creído pertinente llenar largas páginas relativas al mismo, y sólo D. Jerónimo Morán, en la edición


EL INGENIOSO HIDALGO DON QVIXOTE DE LA MANCHA,
Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.
DIRIGIDO AL DVQVE DE BEIAR, Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.
Año, 1605.
CON PRIVILEGIO, EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.
Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

Portada de la primera edición del *Don Quijote de la Mancha* impresa en Madrid, con Privilegio, por D. Juan de la Cuesta en 1605. – Tamaño del original 0'95 x 0'16

Dorregaray del *Quijote* (Madrid, 1863) trata, á título de recuerdo, esta cuestión definitivamente resuelta.

La tradición señala todavía los restos de la casa en que dicen se crió Cervantes, enclavados hoy en lo que fué Huerta de los Capuchinos, y reducidos á una pared y puerta tapiada, con indicios de la pobreza de los que la habitaron.

Era hijo de nobilísima y preclara estirpe, la de los Cervantes, que desde Galicia se trasladó á Castilla y que ya suena en la Historia bajo el reinado de Fernando III; todo esto, aceptando como bueno el árbol genealógico publicado. Fueron sus padres Rodrigo de Cervantes y doña Leonor Cortinas, señora ilustre, natural, según parece, de Barajas. De este matrimonio nacieron cuatro hijos: Andrea, Luisa, Rodrigo y Miguel, que era el menor de todos. Su abuelo paterno, Juan de Cervantes, fué corregidor de Osma, donde dejó gratos recuerdos, y descendiente del gran Alfonso Nuño, alcaide de Toledo, cuya rama entroncó con la de los reyes de Castilla por medio de doña Juana Enríquez de Córdova y Ayala, segunda mujer de Juan II.

La familia de Cervantes, sin embargo, había decaído de su antiguo esplendor. Sus padres, en efecto, vivían tan faltos de recursos, que mal hubieran podido dar á sus hijos la educación que les correspondía, á no haber fijado su domicilio en Alcalá de Henares, cuya Universidad ya entonces tenía asomos de competencia con la de Salamanca. No por esto se ha de creer que Cervantes cursó en aquellas aulas, pues consta lo contrario; pero si se tiene en cuenta su carácter, podrá admitirse sin duda la sospecha de que en dicha culta población comunicó, sobre asuntos literarios, con personas discretas, nutrió sólidamente su espíritu por medio de la lectura, el estudio y la reflexión, y adquirió la filosofía que rebosa en todos sus escritos.

Desde sus más tiernos años manifestó singular amor al estudio, y así, él mismo dice que, siendo muchacho, recogía para leerlos cuantos papeles hallaba en la calle. Poseía una imaginación vivísima y una memoria privilegiada, gracias á las cuales, habiendo oído declamar en sus más tiernos años, probablemente en Madrid ó Segovia, á Lope de Rueda, retenía en la edad adulta los versos con que deleitó su ánimo infantil, y los saboreaba y encarecía.

Con caracteres no más que problemáticos se ofrece la afirmación de los que dicen que cursó algún tiempo en las aulas salmantinas, sin que pueda explicarse el motivo ó motivos que á dicha ciudad le llevaron y los medios con que para vivir contaba en la misma. Ni debe olvidarse que, como dice don Tomás Tamayo de Vargas, los contemporáneos émulos de Cervantes le tildaban de *ingenio lego,* lo que en el lenguaje de la época quería significar que aquel á quien así se calificaba no había *arrastrado bayetas ni pisado las losas de la Universidad.* De los primeros maestros de Cervantes se conoce únicamente el nombre del presbítero Juan López de Hoyos, varón piadoso y grande humanista, que después fué nombrado catedrático de Gramática latina en el Estudio de la villa de Madrid, y posteriormente cura de la parroquia de San Andrés. Es de creer que Cervantes aprendía con singular aprovechamiento, si se atiende á los elogios y expresiones de cariño que le prodigó su maestro.

Sus obras acreditan que llegó á adquirir una erudición nada vulgar, siquiera, á causa de una agitada vida, no llegase á dar á sus estudios la extensión que quizás él mismo deseaba. Prescindiendo de cuanto se refiere á este primero y obscuro período de su vida, es lo cierto que Cervantes se hallaba en Madrid cuando, en 24 de octubre de 1568, celebraba la villa en las Descalzas Reales las exequias de Isabel de Valois, mujer de Felipe II.

El maestro López de Hoyos, que entonces regentaba el Estudio público de Humanidades de Madrid, tomó parte, á nombre de este centro, en el duelo público, y con este motivo escribió un libro, *Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito... de... doña Isabel de Valois,* impreso en Madrid, 1568 (un volumen en 8.°), que, á falta de otro mérito, encierra las poesías consagradas á la fúnebre solemnidad, y entre ellas unas quintillas, dos sonetos y una elegía de Miguel de Cervantes, á quien su preceptor llama repetidamente su *caro y amado discípulo.* Autores de crédito sostienen que aún compuso Cervantes, por la misma época, aquellos *romances infinitos* y otras diversas poesías, incluso el poema pastoral *La Filena,* de que él mismo hace mérito en el capítulo IV de su *Viaje al Parnaso,* perdidos para la posteridad en su mayor parte.

Disputan los biógrafos acerca de si Cervantes pudo ser alumno del Estudio de Humanidades de Madrid, ó si recibió en tiempo anterior las lecciones de Hoyos en Alcalá ó Salamanca, y ha dado margen á esta cuestión la circunstancia de que no hacía más que ocho meses que aquel profesor regentaba el Estudio cuando se celebraron las exequias, y contando Cervantes veinte años, no es verosímil que llevase tan retrasados sus estudios. Jerónimo de Morán sospecha que sus padres se trasladaron desde Alcalá á Madrid, y que él, «con su inclinación vehemente á las Bellas Letras, las cuales cultivaría durante sus primeros años, sin guía ó preceptor, en el privado asilo, aprovechara tan buena ocasión de perfeccionar los conocimientos por sí solo adquiridos, inscribiéndose como alumno en el Estudio público del maestro Hoyos, cuya enseñanza era gratuita, puesto que se sabe que aquel establecimiento estaba sostenido

(1) Tomamos este artículo del *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* que publica esta casa editorial, que es sin duda uno de los más completos trabajos biográficos que del autor del *Quijote* se han publicado.

con fondos de la villa. La especie de si habría sido discípulo de Hoyos en Alcalá... quedó completamente desvanecida á principios de este siglo; pues, después de las investigaciones practicadas al efecto por D. Manuel de Lardizabal, resultó que ni Cervantes había cursado en la referida Universidad, ni el maestro Hoyos perteneció jamás á su claustro.»

Hacia febrero de 1569 salió Cervantes de España con dirección á Roma, acompañando al cardenal Julio Aquaviva, legado del Papa. Este hecho marca un nuevo rumbo en la vida del gran escritor, y es el principio de una infinita serie de desdichas.

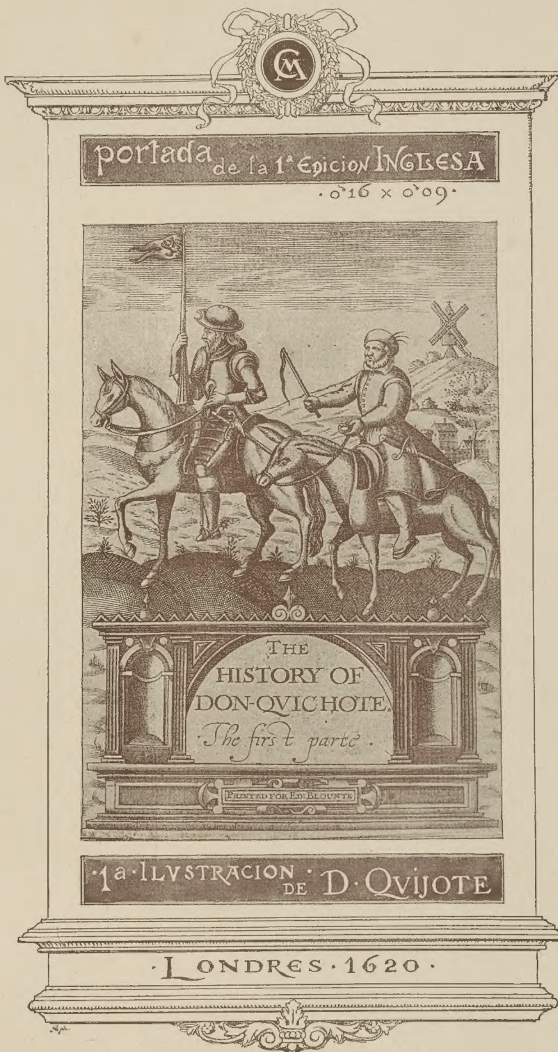
Buscando las causas que pudieran determinar á Cervantes para dejar su patria y sus amigos, cuando empezaba á ser conocido en la república de las letras, y cambiar el ejercicio de la Poesía por el desempeño de las funciones de camarero cerca del expresado cardenal; recordando las repetidas alusiones que el propio autor del *Quijote* hace á cierta circunstancia de su vida, cierta falta de su juventud, causa de todas sus desgracias, no parece infundada la opinión de Morán, que, publicando un documento judicial, en que se manda perseguir á un Miguel de Cervantes, ausente de Madrid y condenado en rebeldía por ciertas heridas causadas «en esta corte á Antonio de Sigura, *andante en esta corte*,» razona extensamente para venir á probar que este Cervantes perseguido por la justicia pudo ser el príncipe de los ingenios, y que Antonio de Sigura sería probablemente un alguacil. Si Morán acierta, habrá que creer que Cervantes salió de España huyendo de la justicia, y que ésta, á su regreso, no le persiguió porque le precedía la fama de sus gloriosos hechos, porque protegieran al escritor altas influencias, ó, acaso, á la vez por ambas causas. Cervantes, pues, y esto está bien comprobado, residía en Roma, como camarero del cardenal Aquaviva, en 1570.

El viaje á la corte pontificia, dado su espíritu observador, le fué muy provechoso, y por las indicaciones esparcidas en sus obras se puede trazar casi de un modo seguro la ruta que llevó por Valencia, Cataluña, el Mediodía de Francia, el Piamonte, el Milanesado y la Toscana. Había alcanzado Italia el mayor grado de cultura; frecuentaban seguramente el palacio del cardenal los más esclarecidos ingenios, y allí sin duda amplió Cervantes su educación, conoció y trató á varios literatos, y aun adquirió resabios de italianismos, no escasos en sus escritos.

Avido de gloria, pues su pesadilla constante fué la inmortalidad, que buscó por distintos caminos, despidióse del cardenal, al que siempre recordó con afecto, y entró á servir, quizás primero bajo las banderas pontificias, acaso sentando desde luego plaza en las filas españolas, que esto no está bien averiguado, aunque sí consta que en el propio año de 1570 formaba parte de la compañía del capitán Diego de Urbina, perteneciente al tercio del famoso guerrero D. Miguel de Moncada, y que no tardó mucho tiempo en acreditar su bizarría. El 7 de octubre de 1571 se daba la memorable batalla de Lepanto. Cervantes, siempre soldado, yacía en un camarote de la galera de Andrés Doria, *La Marquesa*, inutilizado, al parecer, para el combate, por las calenturas que padecía. Llegado el instante de pelear, solicitó de Diego de Urbina el puesto de mayor peligro, y á cuantos jefes y compañeros querían disuadirle, les decía: «En cuantas ocasiones de guerra se han ofrecido hasta hoy á S. M., he servido como buen soldado; y así ahora no haré menos, aunque esté enfermo y con calenturas.»

Tomó parte, como deseaba, en la sangrienta lucha, dirigiendo doce soldados puestos bajo sus órdenes, y cuando se batía con denuedo, en lo más recio del combate, recibió dos heridas de arcabuz en el pecho, y otra además que le destrozó para siempre la mano izquierda. Resistió, sin embargo, á los suyos que querían recogerle, y únicamente al saber que la victoria había coronado el esfuerzo de los cristianos se dejó conducir, todo ensangrentado, pero henchido de gozo, á curarse las heridas, de que con justicia se envaneció siempre. Al día siguiente visitó todas las naves D. Juan de Austria, quien concedió á Cervantes el aumento de tres escudos en la paga, y le socorrió además varias veces.

A fines de 1572, restablecido ya de sus heridas, aunque manco para siempre, se vió Cervantes incorporado en el tercio de D. Lope de Figueroa; concurrió á la jornada de Levante, y tomó parte en la empresa de Navarino. No se conocen bien sus hechos en los dos años siguientes, pero se sabe que en 1575, ansioso de volver á su patria y de obtener algún premio por sus servicios, solicitó licencia y la obtuvo de D. Juan de Austria, quien le dió cartas de recomendación para Felipe II, á fin de que le confiase el mando de alguna compañía. En igual sentido escribió al rey y á los ministros el duque de Sesa.



Portada de la primera edición inglesa del *Don Quijote de la Mancha* impresa en Londres en 1620, por G. Blounte. — Tamaño del original 0'16 × 0'09

Embarcóse Cervantes en la galera de España llamada *Sol*, en compañía de su hermano Rodrigo, de Pero Díez Carrillo de Quesada y de otras personas de cuenta. Salió de Nápoles, y el 26 de septiembre de 1575 vióse la galera rodeada de una escuadrilla de galeotas que mandaba el arnauta Mamí, renegado albanés, capitán de la Mar de Argel. Presa la galera y conducida á Argel, se inició para los tripulantes y pasajeros la triste vida de la cautividad.

Comienza entonces para Cervantes una época terrible de penalidades y tormentos, pero á la vez gloriosa por el heroísmo de que el antiguo soldado dió repetidas y extraordinarias muestras. El arráez Dali Mamí, á quien cupo en suerte Cervantes en el reparto que se hizo de los cautivos, creyó, engañado por las cartas de D. Juan de Austria y del duque de Sesa, que su esclavo era una persona de calidad, error en que le afirmó el agradable aspecto de sus maneras, su bravura en el combate y el respeto que le manifestaban sus compañeros de desgracia. Por esta causa creyó que podría obtener del prisionero un gran rescate, y al efecto le trató con todo el rigor compatible con la conservación de su existencia. «Situación era ésta, dice un biógrafo, capaz de abatir al hombre más esforzado; pero el alma de Cervantes era inflexible; una idea única se apoderó de ella desde el momento en que se vió privado de su libertad: la de recobrar este bien que no tiene precio.»

Esta es la parte más interesante de toda la vida de Cervantes: en ella se engrandeció su alma altanera, se aguzó su ingenio y subieron de punto su heroísmo y generosidad. Afortunadamente no escribimos una novela, aunque lo parece; ningún suceso de cuantos le atañen se halla más plenamente justificado que esta serie de tentativas arriesgadas en que á cada paso comprometió su cabeza para alcanzar su libertad, y cuando no, para salvar la vida de sus cómplices y clientes en causa tan gloriosa.» Burlando la vigilancia á que estaba sometido, y acompañado de otros cautivos, con quienes quiso compartir el beneficio de la libertad, fugóse Cervantes y buscó un moro que le sirviese de guía y le acompañase por tierra hasta Orán, plaza ocupada por los españoles; pero cuando los fugitivos habían andado alguna jornada, les abandonó el guía y tuvieron que regresar á Argel, donde recibieron severos castigos.

La familia de Cervantes, para reunir el precio del rescate, hizo los mayores sacrificios: malvendió su corto patrimonio, empeñó las dotes de las hijas, solicitó socorro de los amigos, y quedó reducida á un estado próximo á la miseria. El producto de tantas privaciones llegó á Argel dos años después del apresamiento de los Cervantes; pero no satisfizo las exigencias de Dali Mamí, que no quiso soltar á su cautivo, y así fué aplicado al rescate de su hermano Rodrigo, quedando Miguel sin esperanza alguna de salvación. Encargó éste á Rodrigo que desde las costas de las Baleares ó de Valencia le enviase una embarcación que favoreciese su fuga, y entonces sucedió lo que en los siguientes términos refiere Aribau: «Cumplió Rodrigo fielmente este deber fraternal, y provisto de cartas é instrucciones de varios caballeros que entraban en el plan, habilitó inmediatamente una fragata armada al mando de un tal Viana, marino arrojado y práctico conocedor de aquellas costas. El punto de la recalada se designó junto á una casa de campo sita á tres millas al Este de Argel, propia del alcaide Azán, renegado griego, y cultivada por un cautivo natural de Navarra, conocido bajo el nombre de Juan el Jardinero.

»Había allí una cueva muy oculta, donde fueron con mucha anticipación guareciéndose los cautivos á me-

·Primeras· Ediciones

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QVI-
XOTE DE LA MANCHA.
Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.
DIRIGIDO AL DVQVE DE BEIAR, Marques de Gibraleon, Conde de Barcelona, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burgillos.

Año,  1605.

Con priuilegio de Castilla, Aragon, y Portugal.
EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.
Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

·0'16 × 0'95·

·0'125×0'07·

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QVI-
xote de la Mancha.
Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.
DIRIGIDO AL DVQVE DE Bejar, Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.



Impresso con licencia, en Valencia, en casa de Pedro Patricio Mey, 1605.
A costa de Iusepe Ferrer mercader de libros, delante la Diputacion.

EL INGENIOSO
HIDALGO DON
QVIXOTE DE LA
Mancha.
Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.



EMLISBOA.
Impresso com lisença do Santo Officio por Iorge Rodriguez. Anno de 1605.

·0'15×0'105· A 2 columnas·

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QVI-
XOTE DE LA MANCHA.
Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.
DIRIGIDO AL DVQVE DE BEIAR, Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burgillos.

Año  1608.

Con priuilegio de Castilla, Aragon, y Portugal.
EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.

·0'17 × 0'10·

EL INGENIO
SO HIDALGO DON
QVIXOTE DE LA
MANCHA.
Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.



Con licencia de la S. Inquisicion.
EN LISBOA:
Impresso por Pedro Crasbeeck.
Año M. DCV.

·0'115×0'07·

SEGVNDA PARTE
DEL INGENIOSO
CAVALLERO DON
QVIXOTE DE LA
MANCHA.
Por Miguel de Ceruantes Saauedra, autor de su primera parte.
Dirigida a don Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalua, Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de su Magestad, Comendador de la Encomienda de Peñafiel, y la Zarça de la Orden de Alcantara, Virrey, Gouernador, y Capitan General del Reyno de Napoles, y Presidente del supremo Consejo de Italia.

Año  1615

CON PRIVILEGIO,
En Madrid, *Por Iuan de la Cuesta.*
Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey N. S.

·0'17 × 10·

EL INGENIOSO
HIDALGO
DON QVIXOTE
DE LA MANCHA.
Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.
All'ill.mo Señor el Sig. Conde
VITALIANO
VIZCONDE.



EN MILAN Por el Heredero de Pedromartir Locarni y Iuan Bautista Bidello. Año 1610.
Con licencia de Superiores, y Priuilegio.

·0'125×0'075·

EL
INGENIOSO
HIDALGO DON
QVIXOTE DE LA
MANCHA.
COMPVESTO POR Miguel de Ceruantes Saauedra.
DIRIGIDO AL DVQVE de Bejar, Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.



EN BRVSSELAS,
Por ROGER VELPIVS Impressor de sus Altezas, en l'Aguila de oro, cerca de Palacio, Año 1607.

0'14 × 0'085·

SEGVNDA PARTE
DEL INGENIOSO
CAVALLERO
Don Quixote de la Mancha.
POR MIGVEL DE CERVANTES Saauedra, autor de su primera parte.
Dirigida a Don Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalua, Marques de Sarria, &c. Virrey, Gouernador, y Capitan General del Reyno de Napoles, y Presidente del supremo Consejo de Italia.



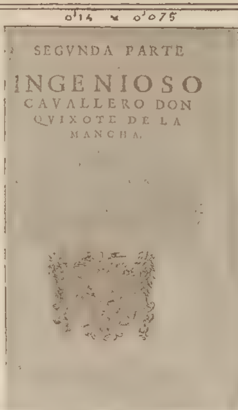
En Valencia, En casa de Pedro Patricio Mey, junto a San Martin. 1616.
A costa de Roque Sonzoni Mercader de Libros.

·0'125×0'075·

EDICIONES IMPRESAS EN ESPAÑOL DESDE EL AÑO 1605 Á 1616

(En las reproducciones va marcado el tamaño del original)

0'14 × 0'075

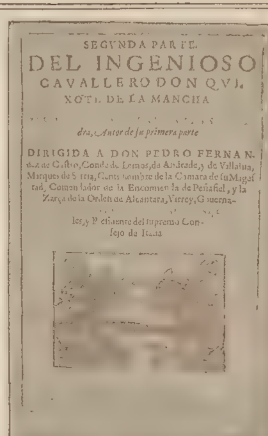


SEGVNDA PARTE

INGENIOSO
CAVALLERO DON
QVIXOTE DE LA
MANCHA.



0'125 × 0'075



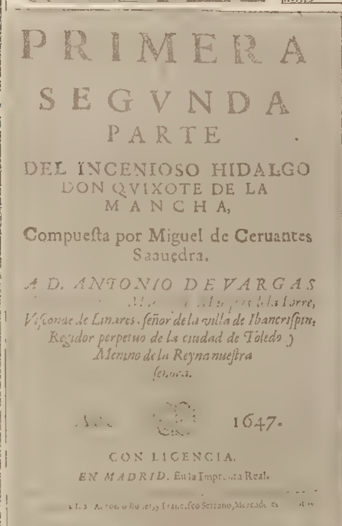
SEGVNDA PARTE
DEL INGENIOSO
CAVALLERO DON QVI-
XOTE DE LA MANCHA

dra, Autor de su primera parte

DIRIGIDA A DON PEDRO FERNAN-
dez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalua,
Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de su Magestad, Comendador de la Encomienda de Peñafiel, y la
Zarça de la Orden de Alcantara, Virrey, Gouerna-

les, y Presidente del supremo Con-
sejo de Italia

0'18 × 0'12



PRIMERA
SEGVNDA
PARTE
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QVIXOTE DE LA
MANCHA,
Compuesta por Miguel de Ceruantes
Saauedra.

A D. ANTONIO DE VARGAS

Visconde de Linares, señor de la villa de Ibancrispin,
Regidor perpetuo de la ciudad de Toledo y
Menino de la Reyna nuestra
señora.

1647.

CON LICENCIA.
EN MADRID. En la Imprenta Real.

0'175 × 0'105



VIDA Y HECHOS

DON QVIXOTE
DE LA MANCHA,

PARTE PRIMERA.

Nueva Edicion, corregida y ilustrada con 32.
differentes Estampas muy donosas y apropriadas à la materia.

EN AMBERES
En casa de Geronymo y Juanbautista Verdussen

0'145 × 0'08



PARTE
PRIMERA
DEL INGENIOSO HIDALGO
D. Quixote de la Mancha.
COMPVESTA POR MIGVEL DE CERVANTES

Fernandez de Heredia, Marques de Villalua, Comendador de Santibañez en el Orden de Alcantara, del Consejo del Rey nuestro Señor,
y su Protonotario de los Reynos de la Corona de Aragon,

Año 1652.

0'18 × 0'115

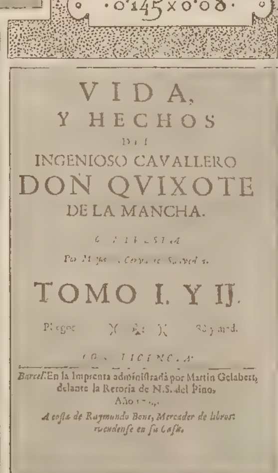


VIDA Y HECHOS
Del Ingenioso Cavallero
DON QVIXOTE
DE LA MANCHA,
COMPUESTA
POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
PARTE SEGUNDA.
Nueva Edicion, corregida y ilustrada con differentes Estampas muy donosas, y apropiadas a la materia.

EN AMBERES,
Por JUAN BAUTISTA VERDUSSEN,
M.DC.XCVII. Años.

Con Licencia y Privilegio

0'15 × 0'08



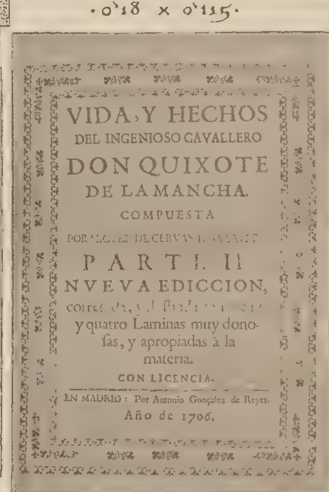
VIDA,
Y HECHOS
DEL
INGENIOSO CAVALLERO
DON QVIXOTE
DE LA MANCHA.

TOMO I. Y II.

Barcel. En la Imprenta administrada por Martin Gelabert,
delante la Retoria de N.S. del Pino,

A costa de Raymundo Bons, Mercader de libros:
vendense en su Casa.

0'175 × 0'115



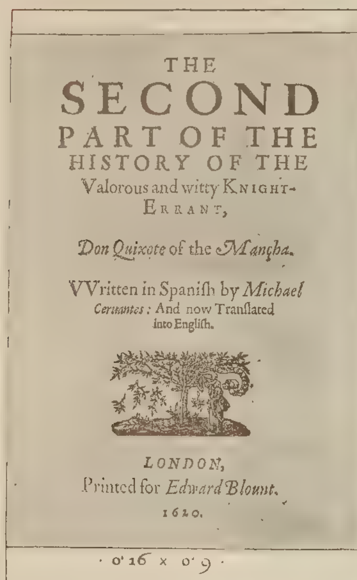
VIDA, Y HECHOS
DEL INGENIOSO CAVALLERO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.
COMPUESTA

PARTE II.
NUEVA EDICCION,

y quatro Laminas muy donosas, y apropiadas à la
materia.
CON LICENCIA.
EN MADRID: Por Antonio Gonçalez de Reyes.
Año de 1706.

0'18 × 0'12

EDICIONES IMPRESAS EN ESPAÑOL DESDE EL AÑO 1616 Á 1706

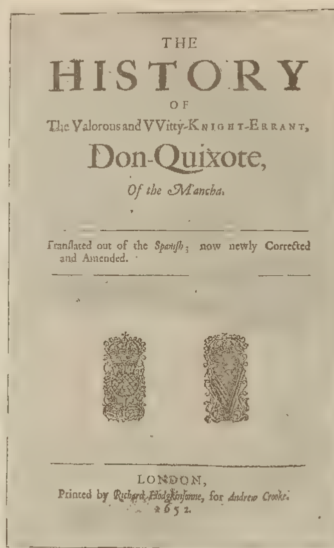

THE
SECOND
PART OF THE
HISTORY OF THE
Valorous and witty Knight-
Errant,

Don Quixote of the Mancha.

VVritten in Spanish by *Michael Cervantes*: And now Translated into English.

LONDON,
Printed for *Edward Blount*.
1620.

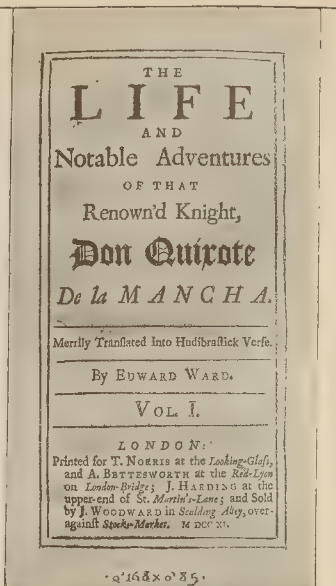
· 0'16 x 0'9 ·


THE
HISTORY
OF
The Valorous and VVitty-Knight-Errant,
Don-Quixote,
Of the Mancha.

Translated out of the *Spanish*; now newly Corrected and Amended.

LONDON,
Printed by Richard Hodgkinsonne, for *Andrew Crooke*.
1652.

· 0'24 x 0'13 ·


THE
LIFE
AND
Notable Adventures
OF THAT
Renown'd Knight,
Don Quixote
De la MANCHA.

Merrily Translated into Hudibrastick Verse.

By Edward Ward.

Vol. I.

LONDON:
Printed for T. Norris at the *Looking-Glass*, and A. Bettesworth at the *Red-Lyon* on *London-Bridge*; J. Harding at the upper-end of St. *Martin's-Lane*; and Sold by J. Woodward in *Scalding Alley*, over-against *Stocks-Market*. M DCC XI.

· 0'168 x 0'85 ·

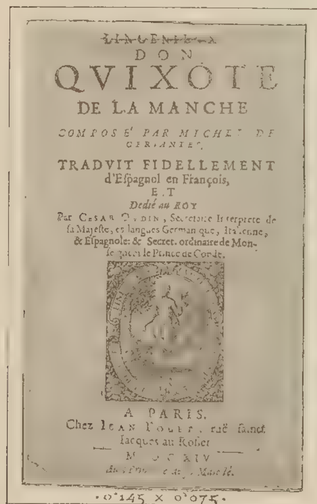
Primeras ediciones inglesas, impresas en Londres en los años de 1620 á 1711

dida que iban escapándose de las casas de sus amos. Juan velaba por su seguridad. Cervantes, con suma diligencia y disimulo, dirigía aquella maquinación, proveyendo á todo y ofreciendo este medio de fuga á los cautivos de su confianza. Pero la depositó muy sobrada en uno que llamaban el Dorador, natural de Melilla, que después de haber renegado de su fe en la juventud, se había vuelto á reconciliar con la Iglesia, y había sido posteriormente cautivado. Éste cuidaba de comprar los víveres y conducirlos á la cueva con el recato que es de suponer, y debía ser uno de los prófugos.

»Todo estaba dispuesto: la noche, aunque incierta, de la libertad se iba acercando, y Cervantes se ocupaba en recoger á sus amigos más rezagados, con el disgusto de no haber podido atraer al doctor Antonio de Losa, eclesiástico de estoica virtud, que lleno de achaques y guardado con especial vigilancia por su amo, no pudo ó no quiso acompañarle. Llegó por fin la fragata, que manteniéndose en franquía todo el día 21 de septiembre, se arrimó ya de noche, y su tripulación verificaba el desembarco, cuando amedrentada por unos moros que acertaron á pasar por aquel sitio, tuvo que hacerse á la mar. Volvió en seguida; pero alarmada ya la población de aquel campo, que acudió y se puso en acecho, no solamente frustró la tentativa, sino que, arrojándose sobre la embarcación, la apresó con toda su gente. Quedaron, en consecuencia, los de la cueva privados de toda esperanza y socorro; pues, no volviendo á aparecer el Dorador, carecían de todo alimento y se hallaban reducidos á la mayor desesperación.

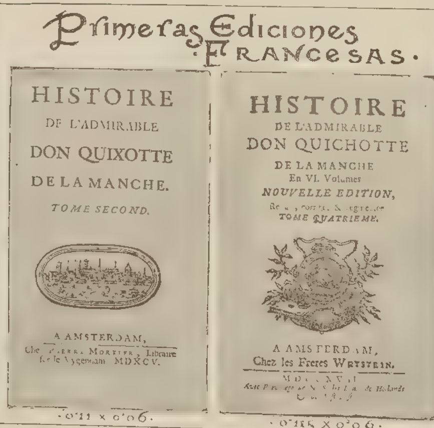
»A los tres días le vieron por fin, pero conduciendo al comandante de la guardia del rey con veinticuatro infantes armados de alfanjes, lanzas y escopetas y algunos turcos de á caballo. Encamináronse todos derechamente á la cueva, y al oir el rumor de las pisadas y amenazas, tuvo tiempo Cervantes de advertir á sus compañeros que descargasen sobre él toda la culpa; en seguida se adelantó á encararse con el comandante, diciendo con singular entereza que él solo había fraguado aquel proyecto y seducido á los demás, así que sobre él solo debía recaer cualquier castigo.

»Asombrados los agresores, tanto como los capturados, en vista de tan rara presencia de ánimo, despacharon un propio al rey, quien mandó que todos aquellos infelices fuesen conducidos á su baño y que á Cervantes le llevasen á su presencia. Así se verificó, y así tuvo que entrar en Argel el animoso joven, maniatado, á pie y perseguido por los insultos de aquel bárbaro populacho. Puesto Cervantes en presencia de Azán-Bajá, preguntóle éste con terribles amenazas quién era de este negocio sabedor y quién habría podido ser su autor. Porque sospechaba el rey del R. P. Jorge Olivar, de la orden de la Merced y comendador de Valencia, y aun se tenía por cierto que el mismo Dorador se lo habría dicho y persuadido, y de aquí que, como codicioso tirano, quisiera echar mano con esta ocasión del mismo Padre para sacar de él buena cantidad de dinero. Pero como á pesar de todas sus amenazas no pudiera sacar nunca de Cervantes otra cosa sino que él y no otro fuera el autor de la conspiración, mandó que lo metieran en su baño, teniéndole también por esclavo, aunque después, á él y á otros tres ó cuatro, hubo de volver por fuerza á los patrones respectivos.


DON
QVIXOTE
DE LA MANCHE
COMPOSÉ PAR MICHEL DE CERVANTES.
TRADVIT FIDELLEMENT
d'Espagnol en François,
ET
Dedié au ROY
Par Cesar Oudin, Secretaire Interprete de sa Majesté, és langues Germanique, Italienne, & Espagnole: & Secret. ordinaire de Monseigneur le Prince de Condé.

A PARIS.
Chez Iean Foüet, ruë sainct Iacques au Rocher
M DC XIV

· 0'145 x 0'075 ·



HISTOIRE
DE L'ADMIRABLE
DON QUIXOTTE
DE LA MANCHE.
TOME SECOND.

A AMSTERDAM,
Chez Pierre Mortier, Libraire
· 0'11 x 0'06 ·

HISTOIRE
DE L'ADMIRABLE
DON QUICHOTTE
DE LA MANCHE
En VI. Volumes
NOUVELLE EDITION,
TOME QUATRIEME.

A AMSTERDAM,
Chez les Freres Wetstein.

· 0'115 x 0'06 ·


LE VALEVREVX DOM
QVIXOTE
DE LA MANCHE,
OV
L'HISTOIRE DE SES GRANDS EXPLOICTS
d'armes, fideles Amours, & Aduentures estranges.
Traduit fidellement de l'Espagnol de Michel de Cervantes.
Dedié au Roy par Cæsar Ovdin, Secretaire Interprete

TOME PREMIER.

A ROVEN,
Chez David Ferrand, tenant sa boutique au coing de la ruë du Bec.
M. DC. XLVI.

· 0'15 x 0'075 ·

Primeras ediciones francesas, impresas en los años de 1614 á 1646

»El alcaide Azán, luego que en su jardín prendieron á los cristianos y trajeron al jardinero con ellos, fué de todo avisado; y corriendo á casa del rey, requirióle con gran instancia que hiciese áspera justicia á todos y particularmente que le dejase á él hacerla á su gusto, y que el rey castigase á los demás cristianos que habían estado escondidos en la cueva. ¡Cosa terrible! Algunos de ellos estuvieron más de siete meses encerrados, sin ver la luz sino por la noche cuando de la cueva salían. Cuatro veces estuvo Cervantes á punto de perder la vida por salvarlos; y si á su ánimo, industria y trazas, dice su contemporáneo Haedo, hubiera correspondido la ventura, hoy sería Argel de los cristianos, porque no aspiraba á menos en sus intentos. Decía Azán-Bajá que si él tuviese guardado al estropeado español, tendría también seguros sus cristianos, bajeles y aun toda la ciudad. Tal era el temor que le infundieron las trazas de Cervantes.

»El mejor medio, pues, que le ocurrió al rey para prevenir las peligrosas contingencias que pudiera originar la singular audacia de aquel mancebo, fué el de comprársele al arráez Dali Mamí por precio de quinientos escudos, y encerrarle con grillos y cadenas en su baño, donde tenía de la propia suerte hasta dos mil cristianos. Una vez, con ocasión de encontrarse entre los dos mil cautivos tres caballeros relacionados con el gobernador de Orán, donde también tenía Cervantes algunos amigos, juntando las recomendaciones de todos halló medio para ganar á un moro que llevó á Orán las cartas que á esta plaza escribía el inquieto cautivo, pidiendo les enviasen algunos espías y personas de confianza con quienes pudiesen realizar la fuga. Preso el desgraciado mensajero al entrar en el mismo territorio de Orán, y conducido á Argel, fué mandado empalar, y hasta morir sufrió el terrible suplicio con tal entereza, que no pudieron arrancarle una palabra del secreto. Pero habiéndole encontrado cartas con letra de Cervantes, Azán llamó á éste á su presencia y ordenó que le diesen dos mil palos, sentencia que se hubiera cumplido inmediatamente si un chiste del español no hubiera desarmado la cólera del rey.

»Tantos peligros milagrosamente esquivados, infundieron en el ánimo de Cervantes mayor precaución, pero no lograron extinguir la sed de libertad que de día y de noche le abrasaba. Trabó amistad con un renegado natural de Osuna, llamado Girón entre los cristianos y Abdaharramén entre los moros, el cual deseaba volver al seno de la Iglesia. Persuadióle á que adquiriese y armase una fragata, bajo el pretexto de hacer el corso, y que en ella huyese de Argel, llevando consigo una porción de cautivos de lo más florido. Para reunir fondos se acudió á un mercader valenciano, establecido en aquella plaza y llamado Onofre Exarque, el cual, en efecto, aprontó más de mil trescientas doblas, con las cuales y otros recursos se acudió á lo más necesario. Ya estaba todo dispuesto, sesenta cristianos debían romper sus grillos; pero aun entre ellos hubo un Judas. Era éste

L'ingegnoso Cittadino
DON CHISCIOTTE
DELLA MANCIA.
Composto da MICHEL di CERVANTES SAAVEDRA.
Et hora nuouamente tradotto con fedeltà, e chiarezza, di Spagnuolo, in Italiano.
DA LORENZO FRANCIOSINI FIORENTINO.
Opera gustosissima, e di grandissimo trattenimento à chi è vago d'impiegar l'ozio in legger battaglie, disfide, incontri, amorosi bigliette, & inaudite prodezze di Caualieri erranti.
[illegible]
Dedicato all'Altezza Serenissima di
DON FERDINANDO SECONDO,
Gran Duca di Toscana.
IN VENETIA, Appresso Andrea Baba. M DC XXII.
Con licenza de' Superiori, & Priuilegio.

0'13 x 0'07

Dell'ingegnoso Cittadino
DON CHISCIOTTE
DELLA MANCIA.
Composto da MICHEL di CERVANTES SAAVEDRA.
Et hora nuouamente tradotto con fedeltà, e chiarezza [illegible] Italiano,
DA LORENZO FRANCIOSINI FIORENTINO.
Parte Seconda.
Opera gustosissima, e di grandissimo trattenimento [illegible] d'impiegar l'ozio in legger battaglie, disfide, [illegible] bigliette, & inaudite prodezze di Caua[illegible]
All'Illustriss. Sig. il Sig. FERDINANDO SERACINELLI [illegible] Volterra
IN VENETIA, Appresso Andrea Baba M DC XX[illegible]
Con Licenza de' Superiori, e Priuilegio.

0'13 x 0'07

L'ingegnoso Cittadino
DON CHISCIOTTE
DELLA MANCIA.
Composto da MICHEL di CERVANTES SAAVEDRA
Et hora nuouamente tradotto con fedeltà, e chiarezza, di Spagnuolo, in Italiano.
DA LORENZO FRANCIOSINI FIORENTINO
Opera gustosissima, e di grandissimo trattenimento à chi è vago d'impiegar l'ozio in legger battaglie, disfide, incontri, amorosi bigliett, & inaudite prodezze di Caualieri erranti.
Con vna Tauola ordinatissima per trouar facilmente à ogni Capitolo gli strauaganti successi, e l'heroiche brauure di questo gran Caualiero.
Aggiuntoui in questa noua impressione otto figure di Rame, & il Principio.
IN ROMA, Nella Stamperia di Giuseppe Coruo, e Bartolomeo Lupardi Impres. Camer. 1677.
Con Licenza de' Superiori.

·0'14 x 0'09·

·Coleccion grabado, Novelli·
·1819· Venezia·

Dell'Ingegnoso Cittadino
DON CHISCIOTTE
DELLA MANCIA.
Composta da MICHEL di CERVANTES SAAVEDRA.
Et hora nuovamente tradotta con fedeltà, e chiarezza, di Spagnuolo in Italiano,
DA LORENZO FRANCIOSINI FIORENTINO.
Parte Prima.
Opera dove accoppiato l'utile, & il diletto, con dolcezza di stile, e con leggiadrissima invenzione si dimostra, quanto infruttuosa, e vana sia la lettura de libri di Cavalleria, e con intrecciatura di favole, e d'altri gentilissimi accidenti, si spiegano discorsi nobili, successi maravigliosi, sentenze gravi, & altre cose belle, e degne di qual si voglia giudizioso lettore.
In questa Terza Impressione corretta, e migliorata con la Traduzione de versi Spagnuoli, non tradotti nella prima edizione.
IN VENEZIA, MDCCXXII.
Per Antonio Groppo
CON LICENZA DE' SUPERIORI.

·0'14 x 0'08·

·0'098 x 0'064·
·1819· Venezia—Alvisopoli

Primeras ediciones italianas, impresas en los años de 1622 á 1722

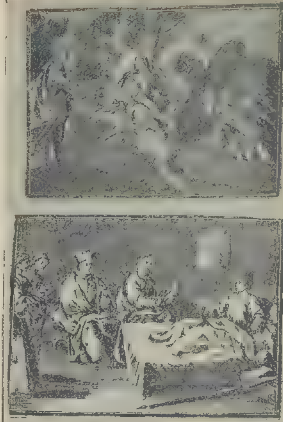
—o'145 × o'85—



1662 Bruselas.



2ª Parte : Portada.



1674. Madrid. o'18 x o'115.



1706. Madrid. o'18 x o'125.



AL VALIENTE, Y ANDANTE
D. QUIXOTE DE LA MANCHA,
alias el Cavallero de la Triste Figura, y
de los Leones. Cide Hamete Benen-
geli su Chronista.

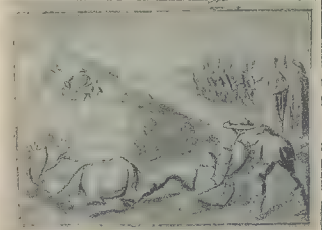
D. O. C.

ASAZ mal guisado os debiera yo consi-
derar àzia mi (ò bien molido, y mal
andante Cavallero) si vuestra Historia,
que sale nuevamente à la luz publica, fuesse ofre-
cida à Mecenas de ventolera menos acreditada:
Part. I. ¶ 2

1730. Madrid.
Vda de Blas. o'11 x o'155



1706. Madrid. 2ª Parte







o'155. o'082



1714. Madrid. o'18 x o'125

PRIMERAS EDICIONES
Ilustradas

1719. Amberes. Verdussen

PRIMERAS EDICIONES ILUSTRADAS DEL «DON QUIJOTE DE LA MANCHA,» IMPRESAS EN ESPAÑOL EN LOS AÑOS DE 1662 Á 1719

Retratos de Cervantes



Amsterdam· 1768.
Arkste's·et·Merkey·E.s



London·1818·A·Hogg·E.



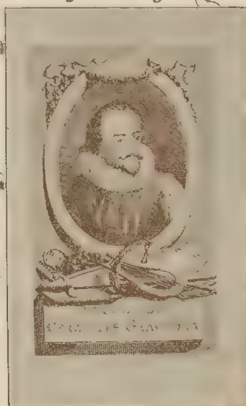
Sevilla·1854



Paris·1824·Delongchamps·E·



Paris·1832·Lebigre·E·



·Kiobenhavn·1776·



London·1794·



Pforzheim·1839·C·Finck & Co·E·



Paris·1835·Delongchamps·E·



·Leipzig·1780·
·C· Friesh·



·Paris·1825·
Ladrange· E·



Paris·¿1850?·Furne·Jouvet et Cie Es

RETRATOS DE CERVANTES PUBLICADOS EN VARIAS EDICIONES DEL «DON QUIJOTE DE LA MANCHA»

Juan Blanco de Paz, que se titulaba doctor, y había sido religioso dominico, y que así que supo el proyecto cometió la villanía de delatarlo al rey Azán, de quien recibió por todo premio un escudo de oro y una jarra de manteca.

»El rey, disimulando para hacer su venganza más estrepitosa, segura y extensiva á muchos conjurados, había dado ya sus disposiciones para sorprenderlos en el mismo acto de la fuga. Pero por estas disposiciones que no pudieron ser del todo secretas, ó por algún indicio, conocieron los cristianos que se hallaban descubiertos y el terror se apoderó de todos. Onofre Exarque, viendo comprometida, no sólo su hacienda, sino también su vida, dijo á Cervantes que él daría desde luego la suma pedida para su rescate, suplicándole con las mayores veras que aceptase el partido, y salvándose á sí mismo, le librase de aquella angustiosa situación.

»Tentadora era la propuesta, mas no era Cervantes hombre para abandonar á sus amigos, de cuya constancia en la tortura no podía responder como de la suya propia. Tranquilizó al mercader asegurándole que nada sería capaz de arrancarle una sola palabra; por lo pronto, y con el fin de ver cómo las cosas se encaminaban, huyó del baño, acogiéndose al amparo de su antiguo camarada el alférez Diego Castellano. Mas pocos días después oyó publicar por las calles de Argel el pregón que declaraba su fuga é imponía pena de la vida á quien lo ocultase, y no queriendo que padeciera por su causa su generoso amigo y encubridor, salió al momento de su asilo, y juntándose al paso con Morato Ráez (Maltrapillo), renegado murciano y amigo del rey, se presentó impávido á éste para que dispusiese de su vida.

»Irritado Azán mandó atarle las manos atrás y ponerle un cordel á la garganta, como para ahorcarle, si no confesaba. Nada bastó para que nombrase á persona alguna; echó toda la culpa sobre sí y sobre otros cuatro caballeros que estaban ya en libertad, hasta que, cansado Azán de sus inútiles pesquisas, vencido á los ruegos de su amigo Morato, ó cediendo á la fascinadora influencia de un esclavo cuya superioridad no podía menos de reconocer, dispuso que le encerrasen en la cárcel de moros, que estaba en su mismo palacio, y desterró á Girón al reino de Fez.»

Así terminó esta tentativa desgraciada, que, como las anteriores, dice Aribau, hubiera podido serlo más sin una misteriosa disposición de la Providencia.

Habíanse hecho por aquel tiempo grandes aprestos de guerra en España; y aunque el objeto de Felipe II era invadir y conquistar á Portugal, consta que los argelinos tuvieron gran pavor, recelando que hacía España dichos armamentos con intención de apoderarse de aquel bajalato berberisco. Esta violenta situación de general alarma influyó probablemente en el ánimo de Azán para conservar la vida á aquel cautivo que, dando muestras de grandeza tal, inducía sospecha de que pudiera tener parte en la tempestad que contra su reino se fraguaba en el del monarca castellano. No sería, pues, de extrañar, si á esto se atiende, que Azán-Bajá le reservara para aquellos días de prueba que veía con espanto aproximarse, cuyo temor manifiestamente se declaró en la epístola de Cervantes al secretario Mateo Vázquez.

El cronista de aquella época, Rodrigo Méndez de Silva, en su obra titulada *Ascendencia ilustre del famoso Nuño Alfonso*, dice que corrió gran riesgo la vida de Cervantes por las cosas que intentó para libertar muchos cristianos, y que fueron «tales su heroico ánimo y singular industria, que si le correspondiera la fortuna, entregara á Felipe II la ciudad de Argel.» Bien fuera esa la causa, ó la secreta simpatía que pudiera infundir en su ánimo aquel valor increíble, lo cierto es que Azán se aplacó por entonces, según se lleva ya indicado.

Morán añade lo siguiente: «Dos meses antes de que tan trágicas escenas aconteciesen, en 31 de julio de 1579, la infeliz madre de Cervantes, en el desamparo ya de su viudez, y su hija doña Andrea de Cervantes, vecinas de Alcalá y residentes en Madrid, se presentaron á los Padres de la Redención implorando su inagotable y reconocida piedad, entregándoles la suma de trescientos ducados, que á duras penas y á costa de dolorosas privaciones pudieron reunir, para que sirvieran de ayuda al anhelado rescate de su Miguel. Medio año más tarde, en 17 de enero de 1580, obtuvieron además del rey Felipe II, para el mismo objeto, un corto arbitrio sobre exportación de mercancías á Argel, pero con tan corta ventura que no hicieron uso de esta gracia, porque al tratar de beneficiarla, únicamente ofrecieron por ella la miserable cantidad de sesenta ducados.»

Trasladados á Argel el 29 de mayo de 1580 los Padres Trinitarios Fr. Juan Gil y Fr. Antonio de la Bella, redentor aquél por la provincia de Castilla y éste por el reino de Andalucía, provistos con socorros de la orden y con limosnas de algunas personas piadosas, comenzaron al punto á poner en planta la santa obra que á las playas africanas los conducía, y como Cervantes era la principal y más noble figura que se destacaba en aquel fondo lóbrego de lágrimas y desolación, tan querido de todos, tan ensalzado por todos, á quien aclamaban con voz unánime *el bienhechor, el maestro, el virtuoso, el caballero*, con otros mil dictados no menos honrosos que constan de las informaciones recibidas sobre este punto y de los testimonios de personajes del más alto respeto, natural era que aquellos religiosos se sintieran movidos á estimar, entre los más preferentes, el rescate de un cristiano que con tanta abnegación y por tantas veces había puesto su cabeza en peligro por procurar la libertad de sus hermanos de cautiverio, por lo cual había llegado á tal punto su predicamento, que traspasando los límites de la colonia argelina, el nombre de Cervantes corría con fama y era respetado por todas las plazas berberiscas; y lo mismo entre los infieles por el temor que les infundía, que entre los cristianos por los sentimientos de gratitud y amor que excitaba en ellos, era considerado como «hombre distinto de los que se usaban.»

Llegó cautivo á Argel desde Constantinopla don Diego de Benavides, y preguntando á los que, como él, lloraban la pérdida de la libertad quiénes de ellos eran los más principales y señalados, fué contestado por todos que Cervantes entre los primeros, porque *era muy caballero, muy virtuoso y de muy buena condición*: escogióle con tan buenas noticias por guía y compañero, y anduvo en ello tan afortunado, que confesó después hubiera hallado en él *padre y madre*; es decir, protección y recursos y socorro y cariño. Y en otros muchos testimonios que se conservan, Hernando de Vega confesaba «que todos holgaban y trataban de comunicar con Cervantes, por ser de su cosecha amigable, noble y llano con todo el mundo;» Juan de Valcázar declaró que «hacía bien y limosna á los pobres cautivos, sustentándoles de comer y pagándoles sus jornadas;» el alférez Luis de Pedrosa afirma «que tenía en extremo especial gracia en todo, porque es, dice, tan discreto y avisado, que pocos hay que le lleguen;» el religioso carmelita Fr. Feliciano Enríquez, «que se hizo muy amigo suyo, como lo eran los demás cautivos, á quienes da envidia su hidalgo proceder, cristiano, honesto y virtuoso...»

¿Para qué más? Sería perdurable tarea la de referir todas las alabanzas de que fué objeto el que prodigaba á aquellos desgraciados los consuelos que él mismo necesitaba. Fué, sin embargo, tan miserable su fortuna, que más de una vez estuvo á punto de perderse el negocio de su tan anhelada redención. Se recordará que el arráez Dali Mamí había vendido su esclavo al rey Azán por quinientos escudos de oro. Como cuestión de tráfico, el comprador exigía á la sazón el doble, según refiere el benedictino Haedo. Y era lo peor que el tiempo apremiaba, porque habiendo terminado ya la soberanía de Azán Bajá en Argel, tenía aprestados sus bajeles para dar la vuelta á Constantinopla, y en ellos se hallaba Cervantes embarcado. Algunas horas más, y el negocio hubiera quedado completamente perdido, porque ya se alzaban las velas en el puerto. Pero la caridad del P. Gil era tan grande como el compromiso, y así, con el santo fervor del misionero, pidiendo á éste, influyendo con aquél é importunando á todos con sus quejas y demandas, obtuvo al fin el rescate tan suspirado de Cervantes por el mismo precio de quinientos escudos que le había costado á Azán-Bajá.

Era el 19 de septiembre de 1580, y tal vez el único día de su existencia que pudiera señalar el gran español con piedra blanca. Restituída su libertad, Cervantes permaneció todavía en Argel hasta fines de aquel año, agasajado de cuantos conocían sus bellas prendas. Sólo su delator, el mencionado Juan Blanco de la Paz, que, como casi todos los perversos, aborrecía con preferencia á quienes más había agraviado, puso en juego todas las artes que pudo sugerirle su infernal ingenio para desacreditar y perder á quien no había podido asesinar. Temía tal vez que de regreso á España, Cervantes había de descubrir su infame proceder, y trató de ganarle por la mano á fin de que sus relaciones no fuesen creídas. Con este objeto se dedicó á esparcir voces denigrantes, y á recogerlas después, seduciendo á varios cautivos y excitándoles á declarar en cierta información que intentó.

Pero odiado como era, si la crédula docilidad de algunos pudo hacerle concebir alguna esperanza, encontró en los demás desprecio y resistencia. Despechado, pero no arrepentido, acudió á un medio de terror, que en aquellos tiempos alcanzaba aun á los infelices cristianos que bogaban en las galeras ó trabajaban en las obras públicas en tierra de infieles. Arrogóse el título de comisario del Santo Oficio, con cédula y comisión del rey para ejercer allí sus funciones; presentóse al respetable doctor Sosa para requerirle á que le reconociese como tal, y fué rechazado; lo mismo exigió de los Padres Redentores, quienes le pidieron exhibiese sus despachos; no pudo hacerlo porque no los tenía; todo era falsedad é intriga. «Sin embargo, dice Aribau, era preciso rechazar un golpe que hubiera podido repetirse. Con este propósito provocó Cervantes una información de testigos, que por fortuna existe original en el Archivo general de Indias, establecido en Sevilla. En este precioso documento dieron sus declaraciones los cautivos más autorizados que existían entonces en Argel, exponiendo los hechos que hemos referido, y justificando la virtuosa conducta de Cervantes en medio de aquellos trabajos. En efecto, no perdió ocasión de alentar á los renegados, medianamente predispuestos, para que volviesen á sus antiguas creencias, tímidamente abandonadas; trataba á todos con una gracia particular, que le conciliaba el afecto de cuantos le conocían; con lo poco que podía recoger socorría liberalmente á los más necesitados, exhortaba á los pusilánimes, flacos y tibios, cumplía con los deberes de la religión, y componía versos, algunos de ellos sobre asuntos de piedad. Acaso á esta época debe referirse la infinidad de romances de que habla él mismo en su *Viaje al Parnaso*.»

Con este testimonio, que suplía con ventaja las perdidas cartas de recomendación, vino Cervantes, lleno de seductoras esperanzas, á besar las arenas de su patria y á abrazar á su atribulada familia. De haber regresado rico, feliz, fastuoso y colmado de honores, hubiera hallado seguramente manos que estrecharan la suya, sonrisas que le acariciasen, labios que le llamaran amigo, plumas, en fin, que se ejercitasen en sublimar sus proezas en Lepanto, sus bizarrías en Italia, sus dolores y sacrificios en Argel; pero volviendo pobre, mutilado, modesto y desfavorecido, ¿qué otro acogimiento podía prometerse, sino aquel que la injusticia humana tiene siempre dispuesto para los desheredados de la fortuna? Grande debió ser, en efecto, el desencanto de aquel genio inmortal, al poco tiempo de su estancia en la corte, y mortificadores hasta lo sumo los obstáculos que se opusieron al logro de sus legítimas esperanzas, cuando, á pesar de sus treinta y tres años de edad, sus gloriosas heridas, sus padecimientos inauditos y sus méritos jamás galardonados, volvió á empuñar las armas, no para mandar una compañía, á lo que cinco años antes le habían considerado ya acreedor D. Juan de Austria y el virrey de Nápoles, sino para luchar de nuevo como simple soldado por su patria. Debió además impulsarle á semejante determinación el ejemplo de su hermano Rodrigo que, de vuelta de su cautiverio, se había otra vez incorporado á sus antiguas banderas, y servía á la sazón en el ejército castellano que acababa de invadir á Portugal.

Mal dispuestos sus moradores para sufrir el dominio de los castellanos, luego que falleció su soberano D. Enrique, opusiéronse á las pretensiones de Felipe II, levantando estandartes en Lisboa por el prior de Ocrato, D. Antonio, hijo espúreo de un hermano del difunto monarca; y aunque aquella tormenta fué brevemente deshecha por el duque de Alba, todavía con las turbulencias de la muchedumbre y el poderoso amparo que prestaban las Cortes de Inglaterra y Francia á los portugueses en aquella guerra, encendida primero en el Continente y propagada después allende los mares en las posesiones portuguesas, hubo de dilatarse desde el año 1581 hasta el 1583.

Consta que por mar y por tierra tomó parte Cervantes en las campañas de esos tres años, pues él mismo dijo en un memorial dirigido al rey, que después de cautivados él y su hermano Rodrigo, fueron á servir á Su Majestad en el reino de Portugal, y á las Terceras con el marqués de Santa Cruz. Pero no hay noticias positivas de sus aventuras y hechos de armas en estas expediciones; sólo sabemos que por aquellos tiempos fué enviado de Mostagán con cartas y avisos del alcaide de aquella fortaleza para Felipe II, quien le mandó pasar á Orán.

También con esta época debieron coincidir ciertos amores con una dama portuguesa, de la que hubo una hija llamada Isabel de Saavedra, que formaba después, como se dirá, parte de su familia

Concluída la guerra con la reducción de todas las posesiones ultramarinas pertenecientes á la monarquía portuguesa, y desvanecidas las probabilidades de fortuna por este camino, fijó ya Cervantes su domicilio, después de quince años de vicisitudes y adversidades.

Pero lo grande, lo admirable es que aquel incesante movimiento, aquella constante agitación, aquella vida tan llena de tristísimos azares, que parece debían absorber, si no toda su atención, todo su tiem-

parte I fol 50c



1736 · Leon · Francia — J.P. Bonnardel · 0'15 x 0'08 ·



1744 · El haya · 4 Tomos



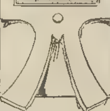


1750 · Madrid · 0'185 x 0'12 ·





Madrid 1751 Alonso Padilla





1751 · Madrid · Alonso Padilla · 0'18 x 0'115 ·





1755 · Barcelona · J. Jolis · 0'13 x 0'85 ·



1744 · El haya · 2ª Parte ·





1757 · Tarragona · Barber · 0'13 x 0'08 ·

EDICIONES ILUSTRADAS DEL «DON QUIJOTE DE LA MANCHA» IMPRESAS EN ESPAÑOL EN LOS AÑOS DE 1736 Á 1757

po al menos, lejos de distraerle del cultivo de las letras, sirvió, por el contrario, para excitar más en él su afición nativa y para fertilizar con la observación de distintos países y costumbres aquella imaginación tan rica de por sí. Sus correrías por Italia enardecieron su fantasía con aquel fuego inspirador y contagioso que, encendido no mucho tiempo antes en los palacios de Lorenzo de Médicis el Magnífico y de León X, alumbraba espléndidamente aun en la segunda mitad del siglo XVI. Ese fecundo germen comenzó á dar sus frutos durante el cautiverio del ilustre novelista, y dióles tal vez también durante su estancia en Portugal, puesto que pocos meses después de su segundo regreso á España, que debió de ser á últimos del 1583, dió á la estampa su primera producción de importancia, *La Galatea*, colgando para siempre aquella espada que le había dado honra muchísima, pero trabajos infinitos sin provecho alguno.

«Consta, dice Aribau, que en 12 de diciembre de 1584 contrajo Cervantes matrimonio con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, hija de Hernando Salazar y Vozmediano y de Catalina de Palacios, ambos de las más ilustres casas de Esquivias. Se echa de ver que había estrechas relaciones entre las familias de los desposados, por cuanto el padre de Cervantes había nombrado por albacea en su testamento á la doña Catalina, viuda ya de Hernando.

»El domicilio conyugal se estableció en la misma villa de Esquivias, al parecer muy modestamente, pues no daban lugar á otra cosa la dote de la mujer ni los recursos del marido. Era preciso aguzar el ingenio para atender á las nuevas cargas, y tanto la falta de ocupación cuanto la proximidad de aquel punto á la corte, daban á Cervantes frecuentes ocasiones para ir á activar sus pretensiones y á cultivar sus amistades. Túvolas muy estrechas con los más afamados ingenios de aquel tiempo, cuya benevolencia se había granjeado por los elogios, á la verdad exagerados en su mayor parte, que acababa de tributarles en el *canto de Calíope*, inserto en el libro VI de su *Galatea*. Concurriría, probablemente, donde sus amigos se juntaban, á departir las cuestiones literarias del día y á comunicarse el fruto de sus trabajos, y así fué que á varios autores que publicaron por entonces sus obras, dedicó algunos sonetos y composiciones laudatorias para poner al frente de aquéllas, urbana costumbre y tributo recíproco que él mismo recibió y pagó, pero que con sumo donaire supo después ridiculizar en el prólogo de la primera parte del *Quijote*.»

Pero esto no daba medios de subsistir, y aunque generalmente la industria de escribir era entonces más estéril que en nuestros días, había ciertos ramos en los que se lograba algún mezquino producto, y uno de ellos era el teatro. La escena española estaba entonces en mantillas. Ni el artificio de Bartolomé Torres Naharro y sus secuaces Cristóbal de Castillejo y Juan de Malara, ni la cómica sencillez del insigne Lope de Rueda y su apasionado Juan de Timoneda, ni los esfuerzos de Fernán Pérez de Oliva, Pedro Simón Abril y Fr. Jerónimo Bermúdez para inocular en sus contemporáneos el gusto á las formas clásicas, habían logrado formar un teatro verdaderamente nacional. Las reliquias de aquellos tiempos, preciosísimas para la historia del Arte, como que señalan las huellas que dejó el ingenio español en su gloriosa carrera, no podían servir de guía segura. No hay necesidad de detenerse más en este punto: basta decir que Juan de la Cueva, en Sevilla, y Cristóbal de Virués, en Valencia, tomaban un rumbo nuevo y allanaban el camino al gran Lope de Vega, corrompiendo en su mismo origen la obra que preparaban.

El pueblo, entusiasmado por la brillante novedad, corría en tropel á los corrales de comedias, y Cervantes, que escribía para la subsistencia y para la gloria, se vió en el caso de contentar al pueblo que pagaba y que aplaudía. Veinte ó treinta comedias, según él dijo después, compuso en aquellos años, y por la notable incertidumbre con que se expresa sobre su número, puede presumirse que en poco las estimaría. Sin embargo, fueron bien recibidas por representantes y espectadores, y *sin ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza corrieron su carrera libres de silbidos, gritos y baraundas*.

Ocupaciones de otro género sobrevinieron á Cervantes, que desapareció de la escena literaria por espacio de cerca de veinte años, sobre cuyo período desagradable pasan sus biógrafos rápidamente. Obligado por la necesidad, aceptó el cargo de temporal, comisario ó factor de provisiones para la Armada; se trasladó con este motivo á Sevilla en 1588, prestó sus fianzas, desempeñó allí su cometido hasta 1592, y rindió sus cuentas. En el ínterin no descuidaba sus pretensiones, como que en 1590 solicitaba del rey un oficio, de los que se hallaban vacantes en Indias, señalando particularmente la contaduría del nuevo reino de Granada, la de las galeras de Cartagena, el gobierno de Soconusco en Guatemala, ó el corregimiento de la ciudad de la Paz, pues con cualquiera de estos destinos se daba por satisfecho, apelando, como dijo él mismo, *al remedio á que se acogían muchos otros perdidos en Sevilla, que era el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España*. El rey decretó que no había lugar, y que buscase por acá en qué se le hiciese merced.

Dando á esta promesa más valor del que en sí tenía, volvió Cervantes á Madrid en 1594, y todo lo que pudo conseguir fué otra comisión del Consejo de Contaduría Mayor para la cobranza de ciertas cantidades que, procedentes de tercias y alcabalas, debían varios pueblos del reino de Granada, que recorrió en efecto, realizando estos créditos con suma eficacia, aunque no sin dificultades. En 1595 tuvo que pasar á Sevilla con motivo de haber vuelto protestada una letra sobre Madrid, de siete mil cuatrocientos reales, que había remitido al tesorero general, y de cuyo importe se le hacía responsable; la quiebra del librador le puso en grandes apuros, de que salió sin más perjuicios que el disgusto. En 1597, según las cuentas formadas por las oficinas, resultaba contra Cervantes un descubierto de dos mil seiscientos cuarenta y un reales, y por Real provisión se dió orden á un juez de Sevilla para que le prendiese, y á su costa le enviase preso á la corte á disposición del Tribunal de Contaduría Mayor. Verificóse la prisión, aunque no se tardó, por buena composición, en poner en libertad á Cervantes, bajo fianza de presentarse dentro de treinta días en Madrid á rendir la cuenta y pagar el alcance.

No era entonces meramente Sevilla emporio comercial, pues florecieron también en ella por aquel tiempo muchos de los poetas que más honra dan á nuestro Parnaso, y con los cuales comunicaba Cervantes amigablemente.

El insigne pintor Francisco Pacheco, maestro y suegro del gran Velázquez, así manejaba el pincel como la pluma, y es fama que su estudio fué en aquella época, no solamente museo para los artistas, sino reunión de grato solaz y dulce estímulo para los literatos. *Academia ordinaria de los más cultos ingenios de Sevilla y forasteros* la llamó el historiador Rodrigo Caro en sus *Claros varones de Sevilla*. Pacheco tuvo el buen gusto de retratar á sus compañeros ó cofrades; y como consta que hizo el retrato de Miguel de Cervantes, no es dudoso que éste debió ser del número de los concurrentes á su casa. También fué retratado Cervantes por otro pintor y poeta sevillano de gran fama, el traductor de la *Aminta*, del Tasso, D. Juan de Jáuregui, y tuvo amistad con el gran lírico Fernando de Herrera, cuya muerte debió ocurrir en aquel tiempo, según se deduce de un soneto en que lamentó tamaña pérdida Cervantes, soneto que calificó su mismo autor con estas palabras, puestas bajo el epígrafe: *Creo que es de los buenos que he hecho en mi vida*.

No fueron sólo estos juguetes los trabajos literarios en que se ejercitó su pluma durante el largo transcurso de doce años que permaneció en Andalucía. Otros de mayor consideración sirvieron de esparcimiento á su ánimo en los ratos que le dejaban libres aquellas prosaicas y aborrecibles comisiones, y es opinión acreditada, no entre el vulgo, sino entre los eruditos que más han profundizado la historia de Cervantes, que fué en Sevilla donde comenzó á escribir el *Quijote*. Desde fines de 1598 hasta principios de 1603, sólo quedan de Cervantes tradiciones que, si bien bastante generales y constantes, no se apoyan en documentos conocidos; falta tanto más sensible cuanto más interesante sería saber las circunstancias que le dieron ocasión é impulso para escribir su libro inmortal, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Sobre que en la Mancha estuvo en aquellos años, todos se hallan acordes; y de que allí recibió algún desaguisado en cierto pueblo, cuyo nombre recordaba con repugnancia, dan testimonio algunos pasajes de su obra. Pudo muy bien haberse trasladado á aquel país acogiéndose al amparo de algún pariente, entre los muchos y muy ilustres que por allí tenía; pudo también haber ido á desempeñar alguna comisión, ya que este modo de vivir había abrazado. «Unos aseguran, dice Navarrete, que, comisionado para ejecutar á los vecinos morosos de Argamasilla á que pagasen los diezmos á la dignidad del gran priorato de San Juan, fué atropellado y puesto en la cárcel; otros suponen que esta prisión dimanó del encargo que se le había confiado relativo á la fábrica de salitres y pólvora en la misma villa, para cuyas elaboraciones echó mano de las aguas del Guadiana en perjuicio de los vecinos que las aprovechaban para el riego de sus campos, y no falta, en fin, quien crea que este atropellamiento acaeció en el Toboso, por haber dicho Cervantes á una mujer algún chiste picante, de que se ofendieron sus parientes é interesados.» La fama de quisquillosos y linajudos de que gozaban los pueblos de aquel distrito; la tradición que todavía subsiste en Argamasilla de que en la casa llamada de Medrano estuvo el encierro donde permaneció Cervantes padeciendo largos trabajos, y el dicho del mismo, confirmado por otro de Avellaneda, de que su libro fué engendrado en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, han originado una multitud de conjeturas, que en vano se han pretendido apurar. Si lo que se refiere tiene, según parece, algún fundamento, es preciso confesar que no se ha visto jamás en el mundo más graciosa ni más discreta venganza.

Acaso esto mismo habrá contribuído á que creyéndose alguno aludido en su persona ó en su familia en esta ó en aquella expresión del *Quijote*, haya procurado ocultar los documentos que pudieran hacerle ridículo ú odioso.

Se hallaba establecida la corte en Valladolid desde el año 1600 y andaba todavía á vueltas el fastidioso expediente del supuesto descubierto de Cervantes por resultas de las cuentas de sus cobranzas. Un informe que accidentalmente dieron en enero de 1603 los contadores de relaciones á la Contaduría Mayor, iba á remover el asunto y á causarle nuevas vejaciones, cuando Cervantes, sabedor acaso de esta novedad, se presentó en Valladolid á dar sus descargos, que sin duda fueron satisfactorios, supuesto que, habiendo residido en la corte y á la vista del Tribunal hasta el fin de sus días, no volvió á ser molestado bajo el concepto de deudor á los caudales públicos.

Disponía entonces á su arbitrio de la monarquía el famoso duque de Lerma, gran valido de Felipe III, que, según las quejas de los contemporáneos y la visible decadencia del poderío, riqueza y cultura de la nación, usó de su privanza en provecho propio más que en el común. En vano se esforzó Cervantes en exponerle sus servicios para conseguir la apetecida recompensa; aquéllos eran ya muy antiguos y ésta se guardaba sólo para los lisonjeros y paniaguados. El duque, ambicioso de enlazar su familia con las más esclarecidas del reino, casó á su hijo segundo D. Diego Gómez de Sandoval con doña Luisa de Mendoza que, como inmediata sucesora del título del Infantado, llevaba el de condesa de Saldaña. Al nuevo conde, pues, que según parece era aficionado á la poesía, dirigió Cervantes una oda; pero ni por este medio alcanzó el merecido favor, y aseguran que fué recibido con despego por aquel orgulloso ministro.

Desalentado Cervantes por este camino y tratando de publicar la primera parte del *Quijote*, que acababa de escribir, se vió en la necesidad de buscar algún Mecenas poderoso que, según la frase de entonces, amparase á la obra y la pusiese á cubierto de los tiros de la envidia. D. Alonso López de Zúñiga y Sotomayor, séptimo duque de Béjar, era uno de los magnates que por aquel tiempo hacían gala de proteger las letras y honrar á los autores, si bien no siempre con buena intención y discernimiento. Rehusando el duque la dedicatoria, ciñóse Cervantes á suplicarle se dignase oir un capítulo, y fué tanto lo que su lectura regocijó á los asistentes, que no le dejaron parar hasta el fin de la obra. Tanto fué menester para aceptar un obsequio que habría llenado de orgullo al más indiferente.

Esta protección duró muy poco, siendo de notar que Cervantes no dedicó al mismo duque, que aún vivía, la segunda parte del *Quijote*, ni volvió á mentarle en sus escritos. Atribúyese esto á la influencia de un religioso entrometido, que mangoneaba en casa de los duques y que se empeñó en desacreditar á Cervantes.

Pocos meses después de publicado el *Quijote*, ocurrió á Cervantes un disgusto que debió acibarar por algunos días su existencia. No parece sino que una tenaz fatalidad le andaba persiguiendo sin cesar por todas partes. Permanecía en Valladolid con alguna tranquilidad en el seno de la familia, compuesta de su hija natural, de su hermana viuda, doña Andrea, la misma que había contribuído á su rescate; de una hija de ésta y de una persona allegadiza que se llamaba también su hermana y era beata. Por la noche del 27 de junio, estando ya recogido Cervantes y todos los de su familia, hubo en la calle cuchilladas, de que resultó herido gravemente D. Gaspar de Ezpeleta, caballero navarro, de la orden de Santiago, que andaría rondando, según la costumbre de los enamorados de aquellos tiempos. Pidió auxilio, alborotóse la vecindad, bajó Cervantes, y con la ayuda de otro fué colocado el herido en el cuarto de una vecina, que se hallaba más á mano, donde murió en la mañana del 29. La circunstancia de haberse depositado sus vestidos en casa de Cervantes, motivó el que se le pusiese en la cárcel junto con su





1765· Madrid ·M·Martin 0'13 × 0'08·



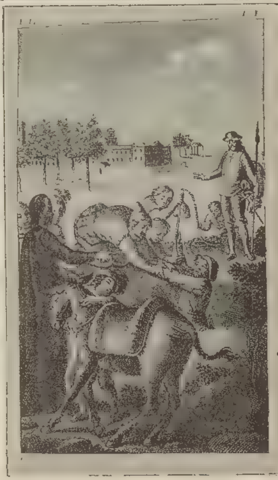


1771 · Madrid · IBARRA · Portadas · 0'15 × 0'075

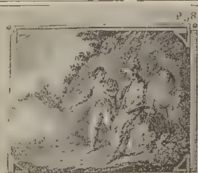


1777· Madrid· Sancha· 0'14 × 0'075





1782· Madrid · Edicion · Academia · 0'13 × 0'073·





·1798 Madrid ·Sancha



9·Tomos ·0'095· × ·0'05·





EDICIONES ILUSTRADAS DEL «DON QUIJOTE DE LA MANCHA,» IMPRESAS EN ESPAÑOL EN LOS AÑOS DE 1765 Á 1798



EDICIONES ILUSTRADAS DEL «DON QUIJOTE DE LA MANCHA» IMPRESAS EN ESPAÑOL EN LOS AÑOS DE 1797 Á 1807





1819 · Edicion · Academia · 0'14 × 0'075 ·



1827 · Boston · 0'155 × 0'85 ·



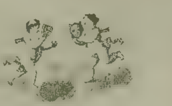


1826 · M. de Burgos · 0'13 × 0'07.





1827 · Paris · J. Didot · un Tomo · 0'10 × 0'57 ·









· 1829 · Madrid · · 0'12 × 0'07 ·





1832 · Barcelona · Bergnes · 0'085 × 0'05

EDICIONES ILUSTRADAS DEL «DON QUIJOTE DE LA MANCHA» IMPRESAS EN ESPAÑOL EN LOS AÑOS DE 1819 Á 1832

hermana, hija y sobrina. Días después, reconocida su inocencia, fué puesto en libertad, y los dichos de las mujeres sonsacadas por el juez en pesquisas y declaraciones impertinentes han dado ocasión á la malicia de algunos para atribuir á Cervantes una industria vergonzosa, incompatible con la nobleza de su carácter.

Llevada otra vez la corte á Madrid, la siguió Cervantes, siempre dedicado á las agencias que se le encomendaban, aplicando de día en día y con mejor fortuna su laboriosidad á los trabajos literarios.

En medio de tanta adversidad, Cervantes llegó á tener, pero ya muy tarde, extensas é importantes relaciones, debidas, sin duda, á la buena acogida que entre todas las clases tenía entonces la Congregación que celebraba sus ejercicios en el convento de la Trinidad, pues él formaba parte de la asociación, y fué recibido después en la Orden Tercera de San Francisco, todo lo cual contribuiría á mitigar, por otra parte, las amarguras de una vida apesarada que por momentos se iba acabando. Tenía ya concluída su obra *Los Trabajos de Pérsiles y Segismunda,* cuando en 2 de abril de 1616 enfermó de hidropesía, y sin poder salir de su casa hizo en ella su profesión de la Orden Tercera.

Dió el mal una breve tregua que le permitió trasladarse á Esquivias, ó para despedirse de sus deudos, ó para buscar algún alivio en la variación de aires y alimentos. Pero vista la ineficacia del remedio, volvió á Madrid á los pocos días; el encuentro que tuvo en el camino con un estudiante se halla descrito en el prólogo de dicha obra y prueba la jovialidad que conservó hasta sus últimos momentos, como quien, satisfecho de su conducta, tranquilo en su conciencia, iba caminando alegre y animoso á los próximos umbrales de la muerte, que tantas veces arrostró.

Pero en donde más resplandece la entereza del justo, es en la dedicatoria con que acompañó el *Pérsiles y Segismunda* á su constante protector el conde de Lemos, que, relevado de su gobierno de Nápoles, estaba próximo á regresar á la corte para tomar posesión de la presidencia de Italia. Deseaba Cervantes besarle las manos antes de morir; pero fué negado á su gratitud este consuelo. Recibida la Extremaunción el día anterior, escribió en 19 de abril aquella carta festivamente tierna, que no tiene lugar en las agonías del más firme estoico, é hizo su testamento encargando dos misas en sufragio de su alma, que abandonó á su cuerpo en 23 de abril de 1616.

En tal día del mismo año, observa el doctor Bowle, falleció el célebre dramaturgo Guillermo Shakspeare, honra y prez de la nación británica. Esta coincidencia es sólo aparente. El día 23 de abril en el calendario británico de aquellos tiempos correspondía al 12 del propio mes en el nuestro: las persecuciones religiosas habían retardado allí la adopción de la reforma gregoriana. Pero Shakspeare yace en un soberbio monumento, bajo las suntuosas bóvedas de Westminster, entre reyes y poderosos. El cuerpo de Cervantes, conducido humildemente por cuatro hermanos de la Orden Tercera con la cara descubierta, según la costumbre de aquella sociedad, fué enterrado en la iglesia de las monjas Trinitarias, donde había profesado doña Isabel, único fruto de sus amores.

Sus despojos, ¿dónde están? Cuando aquellas religiosas, diecisiete años después, trasladaron su comunidad de la calle del Humilladero, en que se establecieron, á la de Cantarranas, recogieron los restos de los que habían elegido aquel recinto para su último descanso y los depositaron sin distinción en una huesa ignorada. Aunque un entendido frenólogo, escudriñando y buscando por entre aquellos montones de polvo y huesos descabalados, tomase un cráneo y lo presentase diciendo: «aquí pensó Miguel de Cervantes Saavedra,» sería dudoso y desconfiado nuestro profundo acatamiento.

En el año siguiente salieron á luz los *Trabajos de Pérsiles y Segismunda* en Madrid, Valencia, Barcelona y Bruselas. Se perdieron, probablemente para siempre, la segunda parte de *La Galatea, Las Semanas del Jardín* y *El Bernardo*, obras que se proponía concluir si por un milagro, decía él al conde de Lemos, le restituía el cielo la vida. Perdiéronse también sus retratos originales, que pintaron, según indicios, Francisco Pacheco, y, positivamente, D. Juan de Jáuregui. De cualquiera de los dos puede ser copia el de la Academia, atribuído por unos, á Alonso del Arco, y por otros á Vicente Carducho, ó á Eugenio Caxes, ó á alguno de su escuela.

Era Cervantes, según la descripción que de sí mismo nos hace, de estatura mediana, de color viva, antes blanca que morena, rostro aguileño, nariz corva y bien proporcionada, frente lisa y desembarazada, ojos alegres, cabello castaño, barba un tanto más clara, bigotes grandes, boca pequeña, dientes mal alineados, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies, á la edad en que esto escribía, que era á la de sesenta y seis años.

«Pero el retrato de su alma privilegiada, dice Aribau, se encuentra en sus escritos y en sus acciones. Impávido en los peligros, fuerte en las adversidades, modesto en sus triunfos, desprendido y generoso en sus intereses, amigo de favorecer, indulgente con los esfuerzos bien intencionados de la medianía, dotado de juicio recto y clarísimo, de imaginación sin ejemplo, en su fecundidad pasó por el mundo como peregrino cuya lengua no se comprende. Sus contemporáneos no le conocieron, y le miraron con indiferencia; la posteridad le ha dado una compensación justa, pero tardía, porque ha conocido que hubo un hombre que se adelantó á su siglo, que adivinó el gusto y las tendencias de otra sociedad, y que, haciéndose popular con sus gracias inagotables, anunció la aurora de una civilización que amaneció mucho después...

»Los soberanos, agrega el mismo biógrafo, han honrado á porfía su memoria; los magnates y protectores de las letras le han levantado monumentos; los sabios le han colmado de elogios; el pueblo ve su nombre con una especie de culto; las naciones extrañas nos le envidian; las Artes todas han reproducido su efigie y las creaciones de su fantasía bajo mil formas; la Imprenta multiplica sus escritos todos los años y los difunde por todo el ámbito del mundo; nosotros no podemos prestarle otro homenaje que el de haber relatado sencillamente sus hechos.»

El genio fecundo del inmortal soldado de Lepanto manifestó variadas aptitudes. La novela fué el género en que brilló especialmente aquella privilegiada inteligencia; pero todavía como poeta lírico y autor dramático ganó Cervantes justos títulos de fama, un tanto aminorada por el mismo esplendor de su reputación como novelista.

Suyo es el monumento más glorioso de la literatura castellana, el inmortal *Quijote*, libro al cual dedicamos el presente número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y de cuyas principales ediciones se ocupa el interesante trabajo de crítica y erudición con que nos ha honrado, y que en este mismo número publicamos, el notable y entusiasta cervantista D. Ignacio Dublé.

CERVANTES SOLDADO

Rara vez llega una nación al apogeo de su poderío, sin que la cultura intelectual acompañe á su preponderancia militar y política, y este feliz concurso que acredita la historia de Grecia en el siglo de Pericles, la de Roma en el de Augusto, la de Inglaterra en el de Isabel, la de Francia en el de Luis XIV, púsose también de manifiesto en la España de Carlos I y de Felipe II. Movió á uno y otro de estos monarcas el pensamiento de una monarquía sin rival, y á las codicias de esta preponderancia, no menos que á los empeños religiosos, debióse así la dilatada serie de guerras por ambos sostenidas, como que arraigaran si cabe en nuestro pueblo las aficiones aventureras que forzosamente tenían que despertar las guerras de Italia, Alemania y Flandes y los descubrimientos de Indias. A esto debióse también la especialísima fisonomía que ofreció nuestra cultura, esa mezcolanza de armas, letras y artes, sobre todo de asuntos místicos y belicosos, que fué por decirlo así la característica del siglo XVI; como que muchos de los eminentes varones españoles que él produjo fueron ó militares ó religiosos, cuando no ambas cosas. Militares fueron Garci-Lasso, Ercilla, Lope de Vega, Cervantes; frailes Luis de León y Luis de Granada; jesuíta el ilustre Mariana, y sacerdote el mismo Lope de Vega; es decir, los príncipes de nuestra poesía y de nuestra prosa, de nuestro teatro y de nuestra historia. Casi podría decirse otro tanto de no pocos celebrados ingenios que por entonces brillaron en nuestra patria; y este felicísimo concierto entre las armas y las letras no pudo ser más fecundo para la cultura nacional.

Causas poderosísimas impelían también hacia la carrera de las armas á los muchos hidalguillos que existían en España, á los muchos menesterosos que vagaban por campos y ciudades, y á los no escasos caballeros «con mucho *Don* y poca blanca» que paseaban las calles de la corte. Por un lado el desprecio que inspiraba el trabajo manual, tachado de bajo y humillante; por otro, no ya sólo el alto concepto en que eran tenidas las armas, sino la satisfacción que en su ejercicio hallaban los españoles, ganosos de aventuras, de glorias y riquezas. Ya Cervantes lo dijo con su habitual donaire: *Más quiero tener por amo y señor al Rey y servirle en la guerra, que no á un pelebn en la corte.* Y así era en verdad. Estaban las compañías de los tercios, en los buenos tiempos de nuestra infantería, nutridas por los elementos más heterogéneos que encerraba la sociedad española. Mozos que como el gentil mancebo de las lanzas iban á la guerra *por necesidad,* nobles sin grandes bienes de fortuna, churrilleros y otra gente maleante que buscaba en Flandes y en Italia un refugio contra la justicia, estudiantes más ganosos de una jineta que de una borla, señores de la más alta nobleza y hasta príncipes que no tenían á desdoro *tomar una pica* en las filas de aquella bizarra infantería. Unos *asentaban su plaza* y seguían la bandera del primer capitán que pasaba por la aldea, villa ó lugar; otros tomaban por su cuenta la vuelta de Italia ó de los Países Bajos y ofrecían sus servicios al *Maestre* ó jefe de más nombradía y concepto; ni faltaba tampoco quien sólo era soldado en el instante de la *muestra,* y que al oir el redoble de la caja, como á buen *Guzmán* hurtaba el cuerpo á las fatigas y peligro de la guerra.

Todos estos elementos se mezclaban y confundían en el tercio, y á todos ellos, pese á la licencia y al desacato engrendrados por la guerra y la falta de pagas, daba tono y carácter la ordenanza, algo más severa en Flandes que en Italia, aunque bastante relajada ya en los últimos años del reinado de Felipe II. La gloriosa historia de esa unidad, el probado valor de los que la componían, su abnegación y su heroísmo, todavía se perpetuaron en el siglo siguiente, y tuvieron digna y brillante corona en Rocroy, en Lens y en las Dunas de Dunkerque. Por eso ha podido con razón escribir un estadista é historiador insigne, que soldados como los que por aquella centuria se vieron, infantes como los que combatieron en Flandes durante los siglos XVI y XVII no los vieron los tiempos anteriores ni será frecuente verlos en los sucesivos (1). Sólo así se explica el renombre, la justa fama de aquel aventurero que luchaba cubierto de andrajos en Europa y en Africa, que llevaba con la cruz de la tizona el símbolo del cristianismo á los nevados Andes, á la solitaria *pampa* y á las olvidadas islas del Pacífico, que hundía con su pica el pedestal de la divinidad azteca ó rompía con su arcabuz las apiñadas haces de gente luterana, y que desde las bocas del Escalda á la ardiente costa tunecina, desde el golfo mexicano á la Tierra de Fuego, dejó huella y memoria de sus proezas; tipo militar éste de singularísimas condiciones, porque, aunque fuese villano de Castilla, en cuanto *tomaba la pica*, considerábase *con iguales bríos y libertades que cualquier señor*; pobre *como ninguno en la mesma pobreza*, generoso hasta el extremo de fiar la vida á las promesas de su capitán, terco en los empeños de *ocupar puesto en la vanguardia,* galante con ribetes de libertino, leal en su palabra, tan resignado como valeroso, y, sobre todo, tan poseído del sentimiento de la patria, tan pagado del crédito de su nación, que bien puede decirse que esa idea de la patria existió más poderosa en nuestros ejércitos de Flandes, que en el mismo seno de la sociedad española, hondamente afectada por el particularismo. Tales fueron los soldados que retrataron Calderón y Lope, tales los que pintó Cervantes en su famosa novela, tales en fin aquellos á quienes Carlos de Gante llamaba *compañeros* y *hermanos* y Juan de Austria y Hernando de Toledo *magníficos señores, amados y amigos míos.* Y tal fué la escuela en que pasó lo más florido de sus años el insigne autor del *Don Quijote.*

Hacia los años 1569, cuando Miguel de Cervantes se trasladó á Italia y después de haber servido breve tiempo al cardenal Aquaviva sentó su plaza como soldado raso en la compañía de Diego de Urbina, perteneciente al tercio de Figueroa, el sol del poderío español brillaba en todo su esplendor. Felipe II era sin duda alguna el monarca más respetado de Europa, no sólo por la extensión y número de sus dominios, sino por la fama y el valor de sus ejércitos, la pericia y el prestigio de sus generales. Era también el portaestandarte del catolicismo, y por eso cuando la cristiandad, amenazada por el turco en las costas mediterráneas, se decidió á pactar la memorable Liga contra el príncipe Selim II, de Felipe y de España esperó la poderosa y eficaz ayuda que dos años más tarde daba la victoria á las armadas católicas en las aguas de Lepanto. Sobrevino este armamento el año 1570, como consecuencia del pacto, y Cervantes embarcóse con su tercio en la armada confederada, tomando parte desde aquel punto y hora en las operaciones marítimas que precedieron y determinaron el memorable combate naval.

Los tercios españoles, cuya arcabucería tanto se distinguió en este famoso combate, formaban un total de 8.160 hombres. Distribuyéronse éstos en las galeras de España, Nápoles, Sicilia y Génova, y en la denominada *Marquesa*, que mandaba el célebre Juan Andrea Doria, entró Cervantes con su compañía.

(1) Cánovas del Castillo: *Estudios del reinado de Felipe IV.*





1839 · Barcelona · Bergnes · 2 Tomos · 0'19 x 0'115 ·



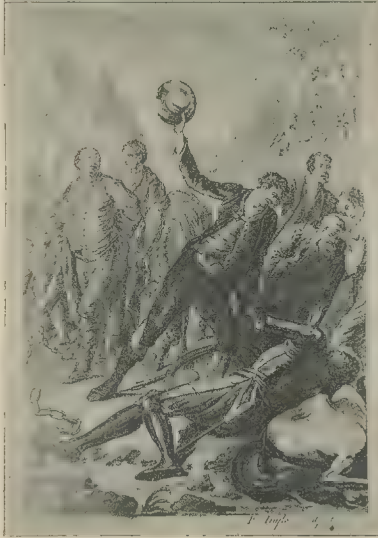
· 0'19 x 0'11 ·

· 1842 · Mexico · Litografias



D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

1854 · Sevilla · 0'167 x 0'103



· 1853 ·
Madrid
Repullés
· 0'16 x 0'088 ·

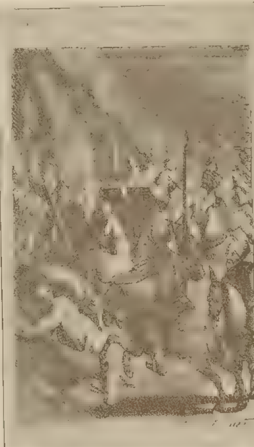
1ª y 2ª
Parte



EDICIONES ILUSTRADAS DEL «DON QUIJOTE DE LA MANCHA» IMPRESAS EN ESPAÑOL EN LOS AÑOS DE 1839 Á 1854



·1687·London·hodgkin·
·0'265 x 0'014·

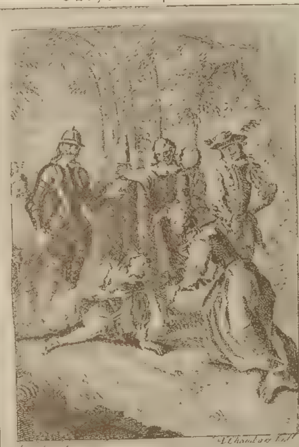


1706·London·R·Chiswel·
·0'165 x 0'09·

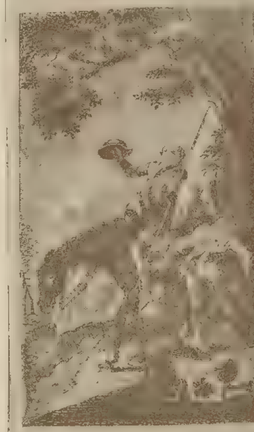




1687·London·hodgkin·



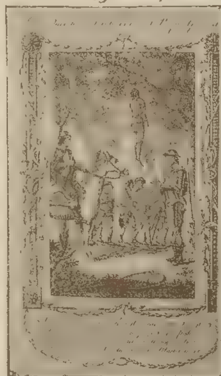
·1747·Dublin·P·Wilson·
·0'145 x 0'072·



·1771·Glasgow·Robert·
·0'13 x 0'07·



·1794·London·A·hogg·
·0'20 x 0'105·



·¿1774?·London·J·Cooke·
·0'175 x 0'09·



·1810·London·W·Miller·0'16x0'085·



·1815·New-York·
·Hastington·
·0'105 x 0'054·

EDICIONES ILUSTRADAS DEL «DON QUIJOTE DE LA MANCHA» IMPRESAS EN INGLÉS EN LOS AÑOS DE 1687 Á 1815

Con esta galera salió de Mesina, formando parte de la armada de la Liga, el 16 de septiembre de 1571, y con ella se batió en Lepanto, colocado en la división de la derecha, ó sea el cuerpo derecho de la línea de batalla.

Lo que se sabe de su conducta en este día, está justificado por las declaraciones hechas por cuatro testigos en 1578, según las cuales hallábase en aquellos momentos Cervantes enfermo de calenturas, por lo que su capitán y camaradas le aconsejaban que permaneciese quieto en la cámara de la galera; pero nuestro soldado, poseído de noble ardimiento, dijo que prefería morir peleando por Dios y por el rey á conservar la salud á costa de acción tan cobarde.

Y combatió con gran brío junto al esquife, contribuyendo á la matanza de turcos que los de su galera hicieron á la capitana de Alejandría (1). En esta refriega recibió Cervantes tres arcabuzazos, dos en el pecho y otro en la mano izquierda, de cuyas cicatrices se honraba, «como recibidos en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros,» y «como estrellas que guían á los demás al cielo de la honra y al desear la justa alabanza.»

En el *Viaje al Parnaso*, recordando la jornada, dice el poeta:

Arrojose mi vista á la campaña
Rasa del mar, que trujo á mi memoria
Del heroico D. Juan la heroica hazaña,
Donde con alta de soldados gloria
Y con propio valor y airado pecho
Tuve, aunque humilde, parte en la victoria.

También en el prólogo de sus *Novelas* y en la segunda parte del *Don Quijote* habla Cervantes de sus heridas con el noble orgullo de un buen soldado.

De regreso á su patria, estuvo restableciéndose de ellas en Mesina, donde mandó D. Juan de Austria que se le socorriera en 15 y 20 de enero, y en 9 y 17 de marzo de 1572, ya por la pagaduría de la armada, ya por gastos secretos y extraordinarios, y una vez curado ordenó á los oficiales de *Cuenta y Razón* que asentasen en sus Libros de cargo tres escudos de ventaja mensuales á Miguel de Cervantes, en el tercio de D. Lope de Figueroa y compañía que le fuese señalada, que fué sin duda la de Ponce de León. Con ella tomó parte en las poco fructuosas operaciones militares de 1572, según lo confirman algunos testigos que figuran en la información citada. Confirman asimismo varios de sus camaradas que se halló en la expedición á Túnez de 1573, sirviendo como buen soldado. De regreso á Italia siguió las vicisitudes de su tercio hasta 1575, en que obtuvo licencia para venir á España á solicitar recompensa. D. Juan de Austria se interesó por él y le dió las más expresivas cartas de recomendación, suplicando al rey se le confiriese una compañía «por ser hombre de valor y de méritos y de muy señalados servicios.»

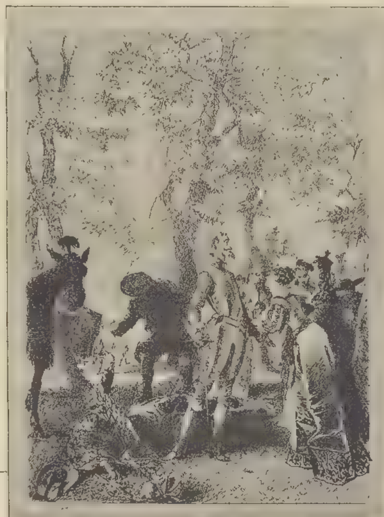
No estaba reservada á Cervantes esta recompensa, pues al hacer el viaje, su galera fué apresada por cuatro bajeles turcos, y cuantos iban en ella conducidos en cautiverio á la ciudad de Argel. Desde el 26 de septiembre de 1575, en que este suceso ocurrió, hasta septiembre de 1580, en que fué rescatado, permaneció Cervantes en cautividad, é inútil es decir cuántos fueron los padecimientos que sufrió durante aquellos cinco años, y cuánta su alegría al divisar de nuevo las costas de la patria, alegría mezclada de pesar á causa de la pobreza y desamparo en que halló á su familia. No teniendo otro camino que elegir, Cervantes alistóse en las tropas destinadas á la jornada de Portugal, y en unión de su hermano Rodrigo, alférez de infantería, tomó parte en esta empresa, así como en la jornada de las Terceras. Presúmese que militó en su antiguo tercio, compuesto casi todo de veteranos, y embarcado en el galeón *San Mateo*, contribuyó, como en Lepanto, á la victoria de la armada española. Regresó después á Lisboa, y de allí á Mostagán y luego á Orán, donde se halló de guarnición con su tercio (2).


·1818·London·
J·Walker·0'105x0'05·


·1821·London·
·0'125x0'068·


1822·Edinburgh·0'14x0'075·


·1822·
·Edinburgh·
·Cromo-grabados·


·1879·Edinburgh·W·Paterson·0'17x0'095·


·1881·London·J·C·Nimmo and Bain
·0'15x0'07·

EDICIONES ILUSTRADAS DEL «DON QUIJOTE DE LA MANCHA» IMPRESAS EN INGLÉS EN LOS AÑOS DE 1818 Á 1881

(1) *Declaración hecha por los cuatro testigos presentados para la Información de servicios que en 1578 solicitó Rodrigo de Cervantes, en ocasión que su hijo Miguel se hallaba cautivo.*

(2) *Informe puesto al Memorial de Miguel de Cervantes Saavedra, sobre que se le haga merced, atento á las causas que refiere, de uno de los oficios que pide.* – Navarrete: *Vida de Cervantes.*



·1695· Amsterdam· P. Mortier· 0'11 x 0'06·



·1706· Bruselas· ·Guillermo· Fricx· 0'135 x 0'07·





1713· Paris· Cie des Libraires· 0'125 x 0'06·



·1717· Amsterdam· ·Freres Wetstein· ·0'115 x 0'06·





·1741· Paris· Clousier· 0'13 x 0'06·

1757· Francfort· J. F. Basompierre· ·0'11 x 0'06·



1777· Paris· ·Barrois· ·0'145 x 0'075·

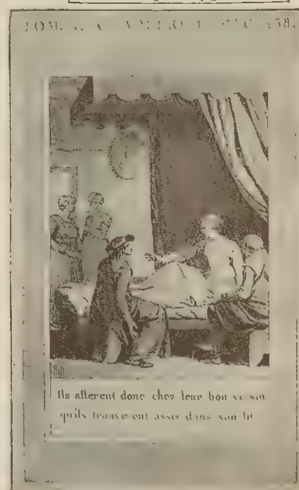


1799 ·Paris (an VII) Didot l'ainé ·0'13 x 0'07·





·Detervuille ·Paris·
·An VII· ·0'085 x 0'045·
·1802· 0'095 x 0'05·



·1799·Paris·P. Didot l'ainé·

·EDICIONES·FRANCESAS·

EDICIONES ILUSTRADAS DEL «DON QUIJOTE DE LA MANCHA» IMPRESAS EN FRANCÉS EN LOS AÑOS DE 1695 Á 1802



·1810 Leipzig. ·Fleischer· 0'125x0'07·



1806·Paris Gide-0'09x0'65·



·1824·Paris· Delongchamp-0'10x0'06



1830·Paris· ·Marlin-0'155x0'085



·1821·Paris-Mequignon Marvis ·Dibujo de H·Vernet·



1832·Paris· Lebigre-0'145 x 0085·

EDICIONES ILUSTRADAS DEL «DON QUIJOTE DE LA MANCHA» IMPRESAS EN FRANCÉS EN LOS AÑOS DE 1806 Á 1832

«Tres campañas añadidas á las antiguas, dice uno de sus biógrafos, y que nada sirvieron ni á su fama ni á su fortuna, acabaron de desengañarle de lo poco que podía aprovechar por aquel camino. Veíase ya entrado en la edad madura, perdidos los años de su juventud, perdidas sus fatigas, perdidos sus servicios, sin estado, sin nombre, y no quedándole por tantos sacrificios más que su espada y su pundonor. Empezaba ya tal vez á fermentar en su cabeza y le incitaba poderosamente á escribir, aquel conjunto de sucesos extraordinarios, de caracteres y costumbres interesantes y de cuadros y pinturas, grande y apacible, que sus continuos viajes por tan diversos países habían acumulado en su fantasía. Quizás también la composición de la *Galatea*, en que por entonces se ocupaba, le manifestó la necesidad de abandonar el bullicio y agitación de las armas si había de seguir el instinto de su talento y cultivar sosegadamente las letras.

De cualquier modo que esto fuese, él dejó de una vez la carrera militar, y en 1584 publicó aquella novela pastoral, con la que se granjeó inmediatamente un nombre en el mundo literario (1).»

Cuando esto acaeció, Cervantes contaba treinta y siete años de edad, de los que aproximadamente unos nueve, restados los cinco de cautiverio, sirvió en las filas de la infantería. Y no es aventurado asegurar que la profesión de las armas ejerció poderosísima influencia en su vida y en sus obras, puesto que como ha dicho con sumo acierto el ilustre Capmany al ocuparse de nuestros escritores soldados del siglo de oro, «en el teatro de la guerra debe el continuo espectáculo de objetos nuevos, raros, grandes y terribles, comunicar viveza y grandiosidad á la expresión; la tolerancia de los trabajos y la familiaridad en los peligros, valentía y solidez á los pensamientos; y el conocimiento de los países y gente diversos, junto con la experiencia y práctica de las pasiones y astucias, verdad y profundidad á las sentencias.» Pero al trocar la espada por la pluma, tampoco olvidó Cervantes los méritos que enaltecen al soldado, y en la más hermosa de sus obras, en el *Don Quijote*, ensalzó la Milicia sobre toda ponderación, calificándola como ejercicio *superior á cuanto los hombres inventaron*, como escuela *modelo de hidalguía* y como ciencia *la que todo lo abarca*. El famoso discurso de las Armas y las Letras no es otra cosa que una apología de la profesión militar.

FRANCISCO BARADO

(1) Quintana: *Miguel de Cervantes.*

LAS ILUSTRACIONES DEL «QUIJOTE»

Siempre, y mucho más en los tiempos actuales, en que todo va impulsado por la fuerza de un frío positivismo; cuando parece que es resultado de sagaz inteligencia no conceder valor ni apreciar los hechos y las cosas más que por su lado utilitario y material; en una sociedad como la nuestra que vive recordando ideales que fueron, no suplidos por otros todavía y sólo por algunos vislumbrados los venideros, importa mucho poner de relieve, ofrecer á la vista de unos y de otros la importancia que han revestido y revisten las creaciones del genio, la labor intelectual, exentas y ajenas por completo á todo cálculo mercantil y propósitos industriales.

Por esto el presente número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, honrándose al rendir un tributo de admiración y de respeto á Miguel de Cervantes, es, además de una corona tejida por el entusiasmo y nueva aclamación de su gloria imperecedera, testimonio vivo de cuánto vale y cuánto puede, de la importancia que tiene en la sociedad el producto de la inteligencia, aun tratándose de intereses puramente materiales.

Véase si no el largo catálogo de las ediciones del inmortal *Quijote*, impreso en todos los idiomas, en

todos los tamaños y condiciones desde que apareció la primera parte en 1605; enumérense los grabados que adornan muchas de ellas, desde el tosco abierto en madera hasta el delicado agua fuerte, desde las más perfectas obras en talla dulce hasta las cromolitografías más adocenadas y relucientes, y salta á la vista la trascendencia inmensa que ha tenido y que continuará á más y mejor teniendo la creación de obra tan genial. Dejemos de lado el regocijo y placentero solaz que ha proporcionado á unos y asimismo el elevado deleite y purísimo goce á otros, la alteza de su concepto, su importancia social, y ciñéndonos concretamente á los resultados materiales, deben asombrar al más escéptico é indiferente las consecuencias múltiples, infinitas, de un simple trabajo intelectual. Las aventuras de los dos héroes manchegos escritas por el desdichado manco, que para sacarlas á luz necesitó escudarse en los blasones del duque de Béjar primero y besar los pies del conde de Lemos en su segunda parte, han perpetuado hasta nosotros los nombres de estos personajes, y los egregios protectores reciben del infeliz artista una inmortalidad que no merecieran, y unas cuartillas manuscritas en mísero aposento mueven más tarde las prensas de todo el mundo, se reproducen y multiplican, tradúcense gráficamente por el grabado, inspiran á pintores y escultores, y los resultados materiales de una obra literaria son incalculables: una creación artística, un destello de un arte que ninguna industria necesita remueve más millones de ese oro en que sólo creen los hombres de nuestros días, que todas las empresas sugeridas por su codiciosa actividad.

Estas consideraciones se ocurren al contemplar y al estudiar, como he debido hacerlo para la formación de este número, la biblioteca cervantina que posee nuestro amigo el Sr. D. Isidro Bonsoms, en la que figuran puede decirse «todas» las ediciones del *Quijote*. A su ilustración é inteligencia, que han cooperado en gran parte en nuestros trabajos; á su franca y cordial hospitalidad, abriendo de par en par las puertas de su tesoro bibliográfico, que bien puede llamarse único, debemos la realización de este homenaje con que la Ilustración Artística trata de enaltecer una de las más puras y esplendentes glorias españolas.

Publicóse la primera edición del *Don Quijote de la Mancha* en el año 1605 por Juan de la Cuesta y á costa de Francisco de Robles; en época en que la imprenta declinaba ya por la pendiente en la que empieza hoy á detenerse, perdido el carácter artístico de sus primeras manifestaciones, transformóse en producción industrial: á los primorosos trabajos de los miniaturistas y calígrafos que exornaran los primeros libros estampados, siguió la adocenada labor del obrero, escasa si no exenta de originalidad y más escasa todavía de elegancia y de buen gusto. Así en la portada del primer *Quijote*, ornamentada con una viñeta no desprovista de buenas cualidades, pero infelizmente encuadrada con un filete, vemos el título del libro dando preeminencia al calificativo de *Ingenioso* y partiendo la palabra *Qui xote* para terminar en otra línea con la denominación *de la Mancha* en tipos inferiores al *Hidalgo* y á *el Ingenioso: compuesto por Miguel de Cervantes* aparece en cursiva humilde, como también de la misma cursiva y en línea aparte el segundo apellido *Saavedra*, mientras *dirigido al duque de Béjar* se lee en versales, y llena tanto espacio la designación de los títulos y cualidades de este personaje como el título del libro.

Hasta que aparece en 1620 y en Londres con la primera edición inglesa el primer grabado representando á D. Quijote y á Sancho, salen á luz en distintos años repetidas impresiones del libro, cuyas portadas se exornan con signos ó marcas de los impresores, emblemas ó simplemente con viñetas toscas todas ellas y de época anterior, escogidas por representar más ó menos aproximadamente á los héroes del libro; algunos de ellos grabados curiosos y característicos, como los de Valencia, Lisboa y Barcelona, reproducidos en estas páginas.

El frontispicio de la primera edición inglesa impresa por Blounte, grabado en talla y vigorosamente dibujado, representa al insigne caballero y á su servidor montados en Rocinante y en el rucio: á sus pies la fantasía decorativa del artista trazó una especie de pedestal, raro y extravagante, en que figura el título del libro, ostentando en el zócalo en un tarjetón el nombre del impresor. Aparte la relevante candidez del dibujo, en las cabalgaduras especialmente, débese notar en esa composición el carácter de los personajes, bien distintos por cierto del tipo que generalmente se ha asignado á cada uno de ellos. Es D. Quijote un caballero de testa noble é inteligente: Sancho no es el rústico gayán del vulgo; su mirada es fina y penetrante; la expresión revela una cierta ironía maliciosa, y por su aspecto total, mejor que un criado servil é inconsciente parece el compañero de su señor. Si no se achacara á resultados de una sugestión involuntaria ó á propósitos preconcebidos, afirmaría que la cabeza de D. Quijote me recuerda á Shakespeare, como en la de Sancho veo las facciones del John Bull creado por el humorismo de los artistas ingleses.

La primera edición ilustrada española vió la luz en Bruselas corriendo el año 1662, de la que reproducimos dos grabados: la aventura de Andresillo, que corresponde á la primera parte, y la portada de la segunda, de aspecto decorativo, en la que campea el generoso hidalgo, espada en mano y embrazando la rodela, con un león domeñado á sus pies en el centro de un zócalo en hemiciclo, sobre el cual descansan Dulcinea encantada y Sancho Panza gobernador, sosteniendo la efigie de Merlín. Son los personajes representados flemáticos y reposados: caballero y servidor hermanos por los tipos, y es Dulcinea una matrona de un cuadro de Teniers.

La disposición y concepto de esa portada, como la de la primera parte, sirvió de tipo y de norma para infinidad de ediciones sucesivas, de la que es una muestra la cabecera que adorna la publicada en Madrid por la viuda de Blay el año 1730. En ella cabalga D. Quijote, seguido de Sancho abrazado al rucio, surgiendo de entre los dos un pedestal coronado por el busto de Dulcinea, flanqueando la composición las estatuas barroco-romanas de los caballeros andantes Amadís y Rolando.

En los años 1674-1706 y 1714 publícanse en Madrid ediciones ilustradas con pequeños grabados en talla é intercalados en el texto, en los que, como no podía suceder otra cosa, traslucíase, aunque vagamente, el carácter del país en los tipos y en varios detalles, como también la impericia y escaso valer de los artistas que tales obras produjeron. Verdussen en Amberes y Bonnardel en León (Francia) estampan por los años 1719 y 1736 ediciones ilustradas con láminas sueltas, curiosas por la ingenuidad del dibujo y la sencillez gráfica con que tratan de representar las más culminantes aventuras del generoso hidalgo, hasta que en 1744 aparece en El Haya una edición en cuatro tomos, adornada con habilísimos grabados según las composiciones de Coypel airosamente resueltas y no mal dibujadas, á la par que ricas en ese color y claro-obscuro propios de la escuela holandesa, que constituye una nota brillantísima en la iconografía del *Quijote*.

Pocos años antes, en 1737, J. y R. Tonson habían impreso en Londres las dos partes del libro en cuatro tomos in folio, conteniendo sesenta y ocho grabados en cobre, de los que reproducimos dos; grabados correctamente abiertos, pero que no alcanzan ni con mucho á los magistrales cuadros de Coypel, curiosos, eso sí, por los tipos, especialmente los del caballero y su servidor.

En Madrid y en 1750 se estampa una edición exornada esta vez con grabados abiertos en madera, ejecutados torpemente, pero no privados los asuntos de cierta gallardía en el dibujo, intención y carácter en los tipos y de ingenio en la representación; y como es probable que la conveniencia de reducir los gastos en la impresión de nuevas ediciones para extender y facilitar su venta, hiciera adoptar el procedimiento de ilustrarlas con grabados en alto, sigue una serie de éstos, que demuestran, especialmente la de Madrid en el año 1751, la mayor grosería posible en el grabado y la carencia absoluta de las más rudimentarias cualidades en la composición y en el dibujo, sin que se eleven en mucho más las publicadas por Solís en Barcelona y Barber en Tarragona por los años 1755 y 57 respectivamente, tras de las que aparece la edición de Martín, de Madrid, en 1765, como última expresión negativa del arte, de buen gusto y hasta de sentido común. Felizmente pocos años después, en 1771, publica Ibarra nuevamente el libro inmortal, enriquecido esta vez con hermosos grabados, de los que como muestra damos las portadas de la primera y segunda parte, donde en sendos medallones están D. Quijote y Dulcinea, de cabeza varonil, noble é inteligente él, y mofletuda, vivaracha y risueña ella.

La Real Academia Española en 1780 publicó una edición monumental, cuatro tomos en folio, conteniendo treinta y dos grabados de ejecución hábil y esmerada: dos muestras de ellos, la alarma nocturna en la Insula y el vencimiento de D. Quijote por el caballero de la media luna, figuran junto á los otros dos de la edición londinense de Tonson. La desgraciada terminación del gobierno de Sancho constituye un cuadro interesante, por la agrupación, movimiento y expresión de las figuras y por el claro-obscuro á trechos firme y vigoroso ó fino y delicado, en conjunto felizmente resuelto. Por sus condiciones todas, poco se recomienda la derrota del desdichado hidalgo; sólo el grupo de éste y Rocinante revelan la mano de un artista: el vencedor monta un caballo desastroso, y el resto de la lámina no lo es menos por su entonación y dibujo.

El editor Sánchez en Madrid da á luz sucesivamente tres nuevas ediciones ilustradas, en 1777, 1797 y en 1798, merecedoras cada una de ellas de atención y de respeto por el artista: dividida en nueve tomos de pequeñas dimensiones la segunda, adórnanla preciosas viñetas finamente abiertas en acero encabezando los capítulos; hermosean la tercera buenos grabados en láminas sueltas dibujadas con soltura y elegancia y de carácter contemporáneo, aunque nada español, mientras la segunda reviste por la ilustración importancia extraordinaria por el concepto y la traza en la composición, el color, la robustez y propiedad de los tipos en los más de los cuadros y por la finura é inteligencia del buril con que fueron interpretados. Antes de ésta, en 1787, dió á luz la Real Academia Española una edición esmerada, enriquecida también con numerosas láminas grabadas en metal por artistas españoles, pero de aspecto frío é incoloro, reproduciendo un dibujo sin vida ni movimiento, aunque de sabor genuinamente español en los tipos y detalles.

Ya en este siglo, en 1804, Vega da en Madrid una nueva edición de mediano tamaño, que contiene dos portadas alegóricas y buen número de laminitas con encuadramientos y peanas en que campea la fisonomía propia del seudo-clasicismo propio de la época, constituyendo una ilustración bonita y elegante del libro. En 1807 aparece en Leipzig *Don Quijote* impreso en castellano en varios tomos de forma reducida y adornado con grabados de buena talla, de dibujo vigoroso y movido, y pocos años después, en 1814, Bossange y Masson estampan en París, y en castellano también, el *Don Quijote* en seis pequeños tomos que adornan varios grabados de ejecución correcta, pero de condiciones artísticas poco relevantes.

La Real Academia Española en 1819 rinde nuevo homenaje á Cervantes con publicar otra edición embellecida con buenos dibujos de Rivelles, grabados por Euguidano y Blanco, que recuerdan á Goya algunos, como el que publicamos representando la vertiginosa molienda de puñetazos y mojicones entre Maritornes y sus compañeros en el aposento de D. Quijote, y de casta y sabor nacionales todos ellos.

De la edición impresa en castellano en Boston por el año 1827 reproducimos una de las láminas sueltas, grabadas al contorno, que revelan en su autor un humorismo de buena ley con un dibujo fácil y correcto; y de la publicada el año anterior en Madrid por M. de Burgos dos, como ejemplos de esa nueva ilustración curiosa é interesante que revela al menos conocedor en los menores accesorios el gusto y las tendencias de la época.

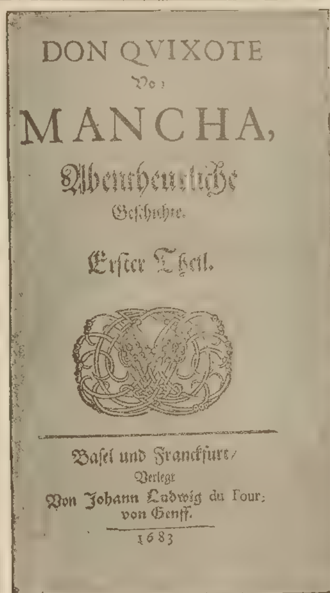
A expensas de un conocido cervantista estampa J. Didot en París una edición microscópica en un tomo, reproducida pocos años después en dos, conteniendo pequeñas láminas de aspecto y cualidades bien semejantes á las que figuran en la publicada por Bergnes en Barcelona el año 1832, grabadas en acero por Alabern, y antes, en 1829, aparece en Madrid en varios tomos y en forma también reducida la edición de los hijos de doña Catalina Peñuela, que adornan curiosísimas portadas decorativas, con escenas alegóricas en tierra firme, mientras por los aires revolotean geniecillos y campean sendos y garbosos rasgos de experto pendolista, todo bonito, un tanto sentimental y en perfecta comunidad con la estética del día.

Algunos años más tarde Bergnes, á quien tanto debe la imprenta catalana, su regenerador al finalizar el primer tercio de este siglo, imprime nuevamente *Don Quijote* en forma grande, intercalando en el texto los numerosos dibujos con que lo ilustrara Tony Lohannot, grabados en madera.

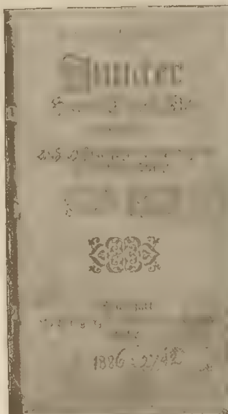
Era entonces la obra de este artista tenida como el *summum*, algo como no ha muchos años se consideraba la de G. Doré: el éxito alcanzado por esa ilustración del *Don Quijote* fué grande, y como siempre, sus composiciones fáciles y sueltas y su manera fueron reproducidas é imitadas hasta el infinito. De algunos de sus dibujos son reminiscencias, si no copias, algunas láminas litografiadas en una curiosísima edición impresa en México el año 1842, que contrastan notablemente con otras más originales ejecutadas con una inocencia fenomenal, como por ejemplo la llegada á Barcelona que reproducimos en la última página de las ediciones en español, ilustradas, en que figuran muestras de la edición de Repullés (Madrid, 1853), adornada con hermosas láminas dibujadas por P. C. Camarón y grabadas por F. Duflos, y la publicada en Sevilla en 1854, encabezada con el héroe, grabado en madera por Benedicto.

Ya las ediciones posteriores son de todos conocidas, por lo que y por no dar una extensión más que extraordinaria á este número, no las consignamos grá-

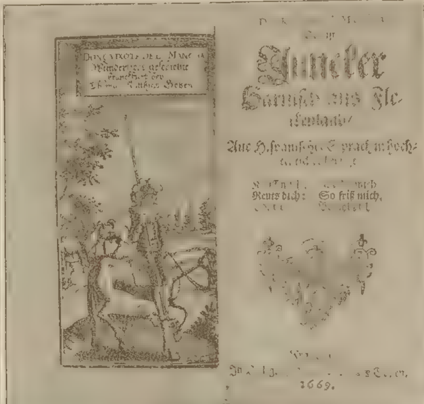
·Ediciones · Alemanas·


DON QVIXOTE
Von
MANCHA,
Abentheurliche
Geschichte.
Erster Theil.
Basel und Franckfurt/
Verlegt
Von Johann Ludwig du Four;
von Genff.
1683

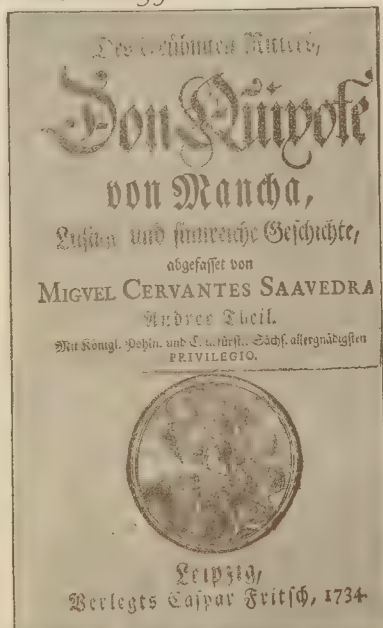
·o'15 x o'08·


Juncker

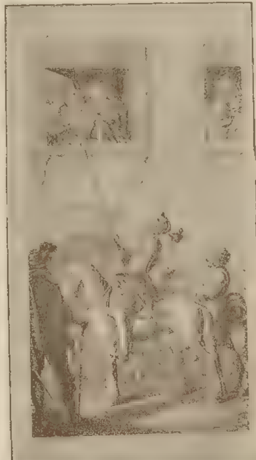
·o'11 x o'55·


Juncker
Harnisch aus Fleckenland/
1669.

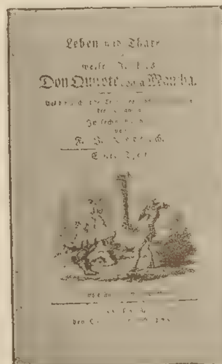
·o'115 x o'06·


Don Quixote
von Mancha,
abgefasset von
MIGVEL CERVANTES SAAVEDRA
Andrer Theil.
PRIVILEGIO.
Leipzig,
Verlegts Caspar Fritsch, 1734.

o'145 x o'075

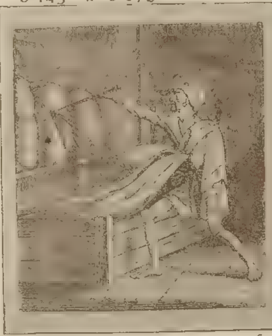

·1780· Leipzig·
G. Fricsh·
·o'13 x o'065·

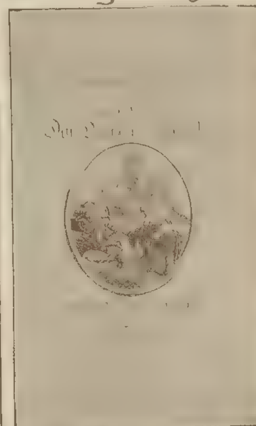

·1648· Franckfurt·
·Tomo 1º·


Leben und Thaten
Don Quixote von Mancha.

·o'13xo'065·


·1798· Wien und Prag·


·1800·Königsberg· o'115xo'065·


·o'145xo'075·

EDICIONES ILUSTRADAS DEL «DON QUIJOTE DE LA MANCHA» IMPRESAS EN ALEMÁN EN LOS AÑOS DE 1648 Á 1800

ficamente muchas de ellas: deben mencionarse, sin embargo, algunas por su importancia y significación, como la de Gorchs (Barcelona, 1859), dedicada á la memoria de Cervantes; dos tomos in folio, enriquecidos con 12 grabados abiertos en acero, por Hortigosa, Estevanillo, Martínez Roca y Fatjó, según los dibujos de Espalter, L. Ferrant, Montañés, L. de Madrazo, C Lorenzale, C. L. Ribera, Fluixench, R. Martí y Alsina y E. Planas, con profusión de iniciales dibujadas por J. Moragas, Gironella, Martínez y Estevanillo, relevadas en madera por todos los grabadores que constituían la escuela catalana en aquella época: Lechard, Branguli, Surroca, Abadal, Torner, Mullor y Llopis; la de Dorregaray, (Madrid, 1862-63), ilustrada con cuarenta y tres grabados en cobre, obras de distinguidos artistas, y la de Aleu y Fugarull (Barcelona, 1879) con cromolitografías reproduciendo composiciones de Apeles Mestres; la de Pablo Riera, ilustrada por G. Doré, de la que damos una composición, y la publicada por esta casa en 1881, con láminas en litografía y grabados al boj, reproducidos dos y dos respectivamente en estas páginas.

Bien puede decirse que de nuestros tiempos no hubo ni hay casa editorial importante que no haya contribuído con alguna edición á enaltecer el mejor libro de la literatura castellana, como pocos son los artistas que no le hayan rendido homenaje inspirándose en sus páginas.

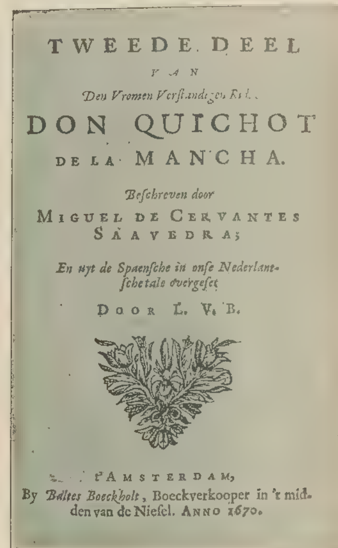
De uno de ellos, Jiménez Aranda, se reproducen en este número cuatro dibujos inéditos que gustoso ha facilitado para contribuir con sus firmes cualidades de dibujante á avalorar la presente publicación.


DEN
Verstandigen Vromen Ridder,
DON QUICHOT
DE LA MANCHA.
Geschreven door
MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA.
En nu uyt de Spaenschein onse Ne-
derlantsche tale overgeset,
Door L. V. B.
TOT DORDRECHT,
Voor Iacobus Savry, woonende in't Kasteel
van Gent, ANNO 1657.

0'11 x 0'06.



·1696·Amsterdam·
W·van·Lansveld·0'14 x 0'08·


TWEEDE DEEL
VAN
Den Vromen Verstandigen Ridder,
DON QUICHOT
DE LA MANCHA.
Beschreven door
MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA;
En uyt de Spaensche in onse Nederlantsche tale overgeset.
DOOR L. V. B.
t'AMSTERDAM,
By Baltes Boeckholt, Boeckverkooper in 't midden van de Niesel. ANNO 1670.

·0'14 x 0'08·



1696·Amsterdam
W·van·Lansveld·

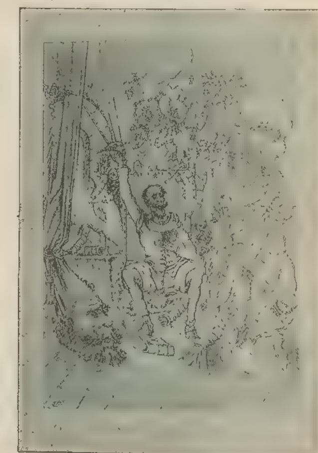
·Ediciones· ·Holandesas·

Ediciones ilustradas impresas en los años de 1657 á 1877

La justa notoriedad de su autor, su reconocido talento, me eximen de apreciar en lo que valen esas muestras de su valer. Hace ya años que nuestro querido amigo y antiguo compañero se ocupa en la labor, para él predilecta, de representar gráficamente el poema de Cervantes, no en el sentido de ilustrarlo, como vulgarmente se dice, no tratando de decorar un libro, sino con el propósito de explicarlo á su manera y realizar por el dibujo, con enlace natural, una síntesis clara y razonada de la obra. A este fin dedica las horas, los momentos de plácida tranquilidad que para otros temperamentos serían de ocio ó de bulliciosa expansión: es para él este trabajo íntimo goce y continuado motivo para manifestar sus cualidades sólidas de artista serio, hábil y laborioso.

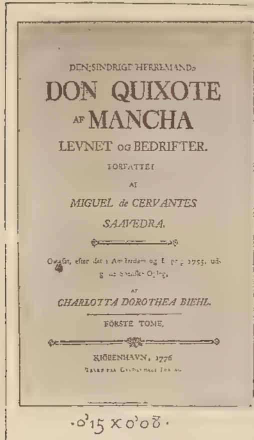
Otro dibujo inédito, debido á la fantasía y claro talento del insigne Urrabieta Vierge, por causas imprevistas no figura en estas páginas, con verdadero sentimiento por nuestra parte; pero si en este homenaje á Cervantes falta su concurso, pronto pagará el tributo á su gloriosa memoria con una magistral ilustración del *Quijote*.

Intercalada entre las páginas que reproducen muestras de las principales, más típicas é importantes ediciones impresas en castellano del *Quijote*, se halla una selección de retratos de su autor, publicados, menos uno, en versiones del libro á idiomas extranjeros. Algunos, como los estampados en Londres en 1794 y 1818, son curiosísimos, ya que no se recomiendan por su mérito artístico; no carece de interés por la expresión y cierto carácter el de Amsterdam (1768), que pone de manifiesto el honroso brazo izquierdo de Cervantes, repetido parcialmente en Copenhague (1776), como tampoco el de Leipzig (1780), que figura en una elegante portada gallardamente compuesta. Es el de París (1835) obra de Deveria, el pintor francés; y se recomiendan por el carácter de los rasgos con que la tradición personifica á Cervantes el de Pforzheim y especialmente el de Sevilla (1854). En otra página publicamos el que figura en la versión catalana, impresa en esta capital en 1891, y que según testimonios es verídico y auténtico; retrato cuyos rasgos más salientes concuerdan con los de un caballero que representa la Justicia, grabado por Jáuregui, en unas ilustraciones del *Apocalipsis*, y para cuya figura supónese que le sirvió de modelo su íntimo amigo el autor del *Quijote*.

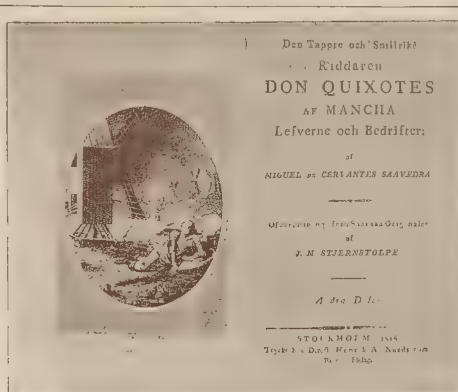


¿1877? Leiden.
D·Noothoven·van·Goor·0'175 x 0'11

De las ediciones impresas en inglés, como muestras tipográficas, interesantes por su aspecto, exornación y sello especial, se han reproducido la portada de la segunda parte (Londres, 1620), la de otra edición hecha en esta ciudad en 1652, elegantes y claras con artísticas viñetas, y otra londinense también, que por la traza de su disposición confirma el año de 1711 en que fué impresa.


DEN SINDRIGE HERREMAND
DON QUIXOTE
AF MANCHA
LEVNET OG BEDRIFTER.
FORFATTET
AF
MIGUEL de CERVANTES
SAAVEDRA.
AF
CHARLOTTA DOROTHEA BIEHL.
FØRSTE TOME.
KIØBENHAVN, 1776

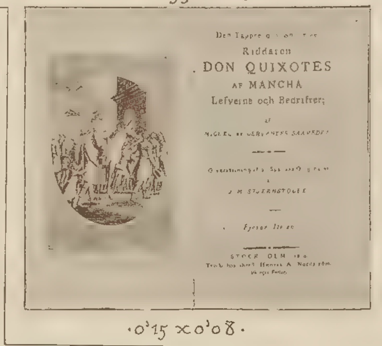
·0'15 x 0'08·


Den Tappre och Snillrike
Riddaren
DON QUIXOTES
AF MANCHA
Lefverne och Bedrifter;
af
MIGUEL de CERVANTES SAAVEDRA
af
J. M. STJERNSTOLPE
STOCKHOLM

·0'155 x 0'08



·Köbenhavn·1865· 0'15 x 0'085·


Riddaren
DON QUIXOTES
AF MANCHA
Lefverne och Bedrifter;
STOCKHOLM

·0'15 x 0'08·

[Ediciones dinamarquesas y suecas ilustradas impresas en los años de 1776 á 1865

De Londres son la mayor parte de las ediciones escogidas para dar una idea de la ilustración del *Quijote* en las versiones inglesas. La portada de la primera, con la salida de D. Quijote seguido de Sancho llevando del ramal al rucio, con la aldea que abandonan, viva representación de la paz y tranquilidad de los campos, por lanzarse á los azares de las aventuras, es una composición felizmente concebida y resuelta. Resignado Rocinante y reflexivo el rucio parece como que atienden al coloquio de caballero y escudero, en el que éste, de expresión jovial y maliciosa, con un cierto atavío que le asemeja en algo á un bufón, expone sus dudas y recelos sobre los beneficios de la vida que van á emprender. Es una composición feliz, finamente grabada, lo propio que otra página de la misma edición con asuntos parecidos y que recuerdan la buena escuela flamenca, superiores en mucho á la lámina reproducida de 1706 (Londres) en dibujo y en grabado.

Mucho difiere de esas muestras el grabado de Dublin (1747), de carácter genuinamente inglés, y el de Glasgow (1771), reminiscencia ó imitación de Coypel.

Tres ediciones sucesivas impresas en Londres nos han proporcionado otras tantas reproducciones interesantes: la primera (1774) es de un grabado que ostenta una orla inocente y desdichada, cerrando una composición igual; corresponde la segunda á 1794, y es una alegoría historiada que en algo refleja el estado de ánimo de aquellos tiempos azarosos, pobremente dibujada y reproducida; la tercera (1810) es una escena bien movida, con dibujo enérgico y de robusta entonación.

Nueva York nos ofrece en 1815 prueba de una ilustración, insignificante puede llamarse; y á esta edición siguen impresas en Londres otras dos en los años 1818 y 1821, no muy significadas tampoco, pero agradables y correctas en el grabado las ilustraciones que contienen.

De Edimburgo (1892) es una curiosísima edición con láminas cromo-grabadas, intachables como procedimiento, pero raras hasta la extravagancia algunas por el dibujo; y llegamos á nuestros días con reproducir dos hermosos aguas fuertes, de la edición de Edimburgo (1879) uno y de Londres (1881) otro, con cierto aspecto característico en determinados detalles que revelan estudios hechos ex profeso sobre el terreno y que por su conjunto y ejecución satisfacen al más exigente.

Ediciones francesas. – La primera traducción al francés de nuestro libro, impresa en París por Juan Foüet en 1614, contiene en su portada, no mal compuesta, una bellísima viñeta; portada que con las dos de Amsterdam y la de Rouen constituyen curiosos ejemplares tipográficos de las primeras ediciones del *Don Quijote.*

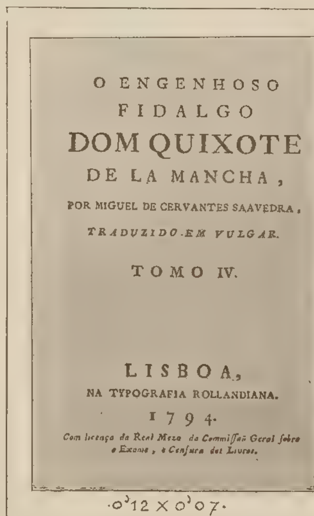
Comienza la serie de ilustraciones con la portada de la edición que en Amsterdam (1695) publicó P. Mortier cuyo carácter revela el país donde se publicara. Montados los dos protagonistas, D. Quijote parece no atender á alguna observación de Sancho, fija su atención en algo que le hace entrever una próxima aventura, predominando en ese grabado el título en una cinta volandera que lo corona y las descomunales proporciones de la bacía con que defiende su cabeza el valeroso manchego.

Interesante es también la portada de la edición de Bruselas (1706) con D. Quijote armado de punta en blanco pasando por una especie de arco de triunfo, pero bien diferente por sus cualidades todas á la lámina que la acompaña, suelta y hábil de dibujo.

La ilustración hecha por la Compañía de los libreros (París, 1713), no es muy recomendable por sus condiciones artísticas, pero es en cambio por los trajes y tipos fidelísima representación del carácter francés de la época. En 1717 aparece en Amsterdam otra edición, cuya portada, de grabado suelto y limpio, indica perfectamente la escuela, si no la indicara ya el dibujo redondeado y claro de los flemáticos personajes en él representados. Esta vez el ingenio del artista colocó el título del libro en una de las caídas de los manteles que cubren la mesa á que D. Quijote está sentado.

Con la edición de Clousier, de París (1741), aparece un remedo de las composiciones de Coypel; la de Bassompierre, de Francfort (1757), nos presenta una extravagante portada, que con la de Barrois (París 1777), aunque más sensata, son pruebas fehacientes de la decadencia artística á que descendió por entonces el arte.

A la terminación del período revolucionario, el primogénito de los Didot (1799) imprime el *Don Quijote*, acompañándolo de láminas muy interesantes, unas pintorescas y coloridas, en que campea una fogosa fantasía, y otras frías y clásicas, emblemas de la evolución realizada en aquel período atormentado y fecundo en todo, con los que se nos aparece D. Quijote con las apariencias por mitad de un seudo-romano y de un patriota militante. Deterville en París, y en


O ENGENHOSO
FIDALGO
DOM QUIXOTE
DE LA MANCHA,
POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
TRADUZIDO EM VULGAR.
TOMO IV.
LISBOA,
NA TYPOGRAFIA ROLLANDIANA.
1794.
Com licença da Real Meza da Commissão Geral sobre o Exame, e Censura dos Livros.

·0'12 x 0'07·


HISTORIA
DE
D. QUIXOTE DE LA MANCHA
POR
MIGUEL CERVANTES DE SAVEDRA.
LISBOA – TYPOGRAPHIA UNIVERSAL – 1853

·0'18 x 0'125·

Ediciones portuguesas impresas en los años 1794 y 1853

1802, publica una edición de forma reducida é ilustrada con grabados, felicísimos los más por lo acertado de los tipos y la soltura en el dibujo.

Corresponden, puede decirse, á la época del primer Imperio las ediciones de París (1806) y la de Leipzig (1810), con viñetas colocadas por dobles parejas en cada lámina é inscritas en óvalos á guisa de camafeos en aquélla y con composiciones en las que se manifiesta ya la manera y artificio que pone en evidencia la muestra de los grabados de la edición que en París estampó Delongchamps (1824). De otras tres ediciones, parisienses todas, dadas á luz á la terminación del primer tercio del siglo, se reproducen una preciosa viñeta representando la aventura del yelmo de Mambrino, la visión en la cueva de Montesinos, fina y correctamente grabada en acero, y el hallazgo del rucio por Sancho, que tiene todas las trazas de un bandido calabrés, lámina dibujada por Horacio Vernet, probablemente al comienzo de su carrera artística.

Las ediciones posteriores popularizan más el *Don Quijote* con la adopción del grabado en madera, que permite una impresión más expeditiva y numerosa y su reproducción en reimpresiones sucesivas. Tony Johannot, Bertail, etc., y últimamente Gustavo Doré, asocian su renombre á la fama universal de Cervantes, y las ilustraciones creadas por estos artistas embellecen nuevas y nuevas ediciones, así en Francia como en el extranjero.

Cabe aquí mentar una de las composiciones de Coypel, reproducida para consignar la obra de artista tan distinguido, que sirvió en el último siglo de tipo y ejemplo á la ilustración de ediciones, ya francesas ó de otros países. Ningún elogio necesita: por ella sola comprenderá cualquiera la importancia de la colección á que pertenece.

Ediciones alemanas. – Rara, rarísima es de seguro la primera edición impresa en alemán; no la posee la biblioteca del Museo Británico, ni figura tampoco en la del Sr. Bonsoms. Corresponde la prioridad, cronológicamente, á la estampada en Francfort el año 1648, que figura en la página de las Ediciones Alemanas, junto á la de 1669, á cuya portada acompaña un frontispicio con la representación de D. Quijote cabalgando un Rocinante en exceso derrengado; la equivocación de Maritornes en la venta corresponde á una de las láminas contenidas en la edición de Francfort (1648), composición sistemáticamente resuelta para que en todos los planos de la escena pueda el espectador apreciar sus pormenores y detalles. Como ejemplares interesantes en la tipografía decorativa figuran en la página las portadas correspondientes á las ediciones de Basilea, Francfort (1683) y Leipzig (1734), exornadas con sendas viñetas, y, caso curioso, de estructura un tanto barroca la primera y de sabor clásico la segunda.

Leipzig en 1780 nos ofrece una edición deliciosamente ilustrada, como lo demuestra la entrada en Barcelona, de dibujo habilísimo, correcto y firme, interpretado por un buril inteligente y delicado. No es menos agradable la lámina que corresponde á la edición de Viena y Praga (1798), de coloración y claro-obscuro con todo acierto resueltos, como también las dos portadas que pertenecen relativamente á la de Leipzig (1780) una y á la de Viena y Praga (1791) la otra, por las viñetas que las decoran. Junto á estos ejemplares, que son verdaderos dechados de perfección en talla, contrasta de manera visible una muestra de grabado en madera, perteneciente á la edición de Koenisberg (1800), hecho por mano poco hábil.

De Schrödter, un artista alemán, es el bellísimo agua fuerte que de la serie publicada en Altona (1863) se ha reproducido. Aparte de las sólidas condiciones de dibujo que tiene la figura, hundida en el vetusto y desvencijado sillón, del feliz desorden en los accesorios y del valor sugestivo de cada uno de ellos, de su apropiado carácter y del recogimiento y concentración que en el conjunto resulta tan en armonía con la expresión y naturaleza del personaje, es sorprendente, no ya su postura, que no se concibe el verla de otra manera, sino la potente fuerza, la vida de toda ella, desde el conjunto hasta los más ínfimos detalles; el destello magnético que de los ojos se dirige á las páginas del libro; la obsesión del desgraciado manchego, acusada desde la faz alterada por la emoción á la caperuza que se resbala por el cráneo, desde la crispada mano á la mal calzada zapatilla. Sin peligro de errar puede afirmarse que es la mejor, la más noble y levantada concepción que lápiz alguno haya trazado al personificar á D. Quijote.

Ediciones italianas. – Escasa importancia, desde el punto de vista de la ilustración, tienen las ediciones en italiano impresas, y de las que se reproducen dos venecianas y una romana del siglo XVII y otra veneciana también publicada á comienzos del XVIII. Es la de Roma ilustrada, pero no con grabados originales, y la portada de un gusto bien inferior á las tres de Venecia, con todo y ser malas, á excepción de las viñetas.

En nuestro siglo (1819) Novelli grabó en Venecia una colección de grabados en que se describen gráficamente las escenas más salientes del libro, con trazo fino y agradable, de un dibujo expresivo.

Pinelli, el fecundo y enérgico artista romano, algunos años más tarde tradujo con su firme dibujo y manera clásico-realista las aventuras de nuestro héroe, en un álbum de cuyo contenido publicamos las láminas primera y última.

Ediciones holandesas. – De las publicadas en Dordrecht y Amsterdam en 1657 y en 1670 son las dos elegantes portadas sobriamente adornadas con sencillas viñetas ornamentales, ejemplares de buen gusto tipográfico. En Amsterdam en 1696 imprime una nueva edición W. van Lansveld, á la que pertenecen la portada y la lámina que representa la consabida escena del arriero, Maritornes, etc.: es ésta de ejecución desmañada y torpe, aunque presentando bien resuelta la figura de la fregona y feliz la expresión de Sancho entregado á beatífico sueño. A artista más hábil se debió la característica composición que sirve de portada, agradable é interesante por su concepto, por la expresiva intención de los tipos y la soltura del dibujo, interpretado con sencillez y habilidad por el buril del grabador.

A una edición moderna corresponde otra lámina reproducida, copia litográfica del *Don Quijote* de G. Doré.

Ediciones portuguesas. – Reducidas en número, sólo se reproducen la portada de la publicada en 1794, que ninguna particularidad ofrece, pero de aspecto claro y agradable, y la de 1853, poco feliz como composición tipográfica, y ostentando, mal aplicada por cierto, una de las viñetas intercaladas en el texto, ilustración cuyo original corresponde á una edición francesa.

Ediciones dinamarquesas y suecas. – Dos estampadas en Copenhague y dos en Stokolmo van representadas en este número: de las primeras, una bonita portada de fines del siglo anterior, y una lámina litografiada, de fácil y suelto dibujo, correspondiente á edición moderna; de las segundas, las portadas acopladas con diminutas viñetas, firmemente dibujada una y grabadas las dos con finísima perfección.

Ediciones rusas y griegas. – De la publicada en Moscou en 1815 pueden verse dos portadas, una de tipografía, otra en que figuran en sendos óvalos los retratos de Cervantes y el traductor suyo, grabada en metal, y una de las láminas que adornan los tomos, de escaso valor artístico.

Son de ediciones impresas en griego los tres grabados restantes que pertenecen á este grupo, dos correspondientes á la de Atenas (1860), ilustrada con grabados al boj, no originales, y la de Odessa (1882), que tiene una portada cromolitográfica, extremadamente cómica la composición y de coloración chillona y ordinaria.

Las demás ediciones consignadas en este número por medio del grabado, impresas en húngaro, en finlandés, en polaco, en bohemio y en croata, casi todas ilustradas, ningún interés ofrecen en este concepto, por serlo con clisés de grabados franceses, á excepción de una portada decorativa, correspondiente á una publicada en Praga.

Con la ilustración del *Quijote* sucedió y sucede todavía lo que con todas las cosas; los primeros que á su modo exornaron las ediciones con portadas ó con láminas, traduciendo gráficamente los tipos y escenas del libro, fueron copiados é imitados considerable número de veces: en la imposibilidad entonces de reproducir los grabados como actualmente lo facilitan los procedimientos modernos, procedía cada impresor á hacer grabar de nuevo las viñetas ó láminas ya publicadas, alterándolas en más ó en menos, según las cualidades del artista; por lo cual el número de reproducciones en esta publicación contenidas corresponde como tipos originales á uno mucho mayor de ediciones estampadas. Las primeras cabeceras alegóricas con D. Quijote en compañía de Amadís y Rolando, con Sancho, Dulcinea y Merlín, sirven de norma á muchísimas composiciones parecidas; las viñetas abiertas en cobre de las primeras ediciones madrileñas, se copian por diversos grabadores en impresiones sucesivas, y no hay que decir que igual hecho se produjo con las ilustraciones extranjeras, particularmente con la obra del pintor Coypel después de aparecer fiel y hábilmente abierta en cobre.

El mismo hecho se ha producido en el presente siglo; y si el derecho de propiedad ha cohibido en parte esas fáciles reminiscencias é imitaciones, si no calcomateriales de lo producido por el ingenio de algunos, la industria moderna favorece al infinito su multiplicación hasta la vulgaridad. Así hemos visto repetirse varias veces, aquí y en el extranjero, los dibujos de Tony Johannot, por ejemplo; los de Doré, los de Bertail, Gilbert, etc.

En una palabra, este caso concreto comprueba que la ley de la inercia rige en las manifestaciones de la inteligencia como en las demás; que la originalidad escasea hasta llegar á ser rara.

Obsérvase en la representación gráfica de los tipos, que en las primeras tentativas proceden los artistas con inocente sinceridad, y así los vemos sin particularidad ninguna que los ponga de relieve; si en alguno se acentúa es con la personificación de Sancho, por la fácil obtención de la vulgaridad corriente y prosaica; en cambio la fisonomía de D. Quijote es la de tantos caballeros que difícilmente podrían lanzarse en el mundo de las aventuras por el sentimiento generoso del amor á la justicia; la transcripción gráfica de una expresión que demuestra el culto noble y desinteresado á un ideal, no existe.

En las primeras ediciones represéntanse las escenas más sugestivas y salientes de la historia en su aspecto puramente materiales; nada de apreciaciones finas ni sentimientos hondos, nada de expresión psíquica, como diría alguno; y con la marcha del tiempo, si bien se extrema la reproducción fidedigna de la característica en tipos, indumentaria y demás accesorios gráficos, al intentar con el lápiz la expresión de los rasgos determinantes en los héroes, desciende el concepto que de ellos se forman los artistas á lo cómico, haciendo de lo humorístico una burda caricatura.

Las primeras ilustraciones del *Quijote* son meros adornos del texto, como las orlas é iniciales de los libros anteriores á la invención de la imprenta (sin tener su valor artístico ni su importancia decorativa); son descansos indicados en la lectura, nuevo atractivo para abrir el libro, simple y puro deleite para los ojos; en nada se compenetran con el concepto del autor, ora sean ejecutados por torpe mano, producto de un temperamento ordinario, como por la pericia hábil y consumada de un artista fino y delicado.

La historia de la ilustración del *Quijote* bien puede decirse que es la del grabado, como concepto y como procedimiento, desde el primer tercio del siglo XVII hasta nuestros días: todas sus evoluciones están representadas en el número extraordinario de ediciones publicadas, como representada se halla en éstas la influencia del medio en que se produjeran. Basta una ligera ojeada para ver en nuestras ediciones el carácter de los tipos y el sello especial de los accesorios todos, variando según las épocas hasta las ediciones que podemos llamar contemporáneas; al igual de las extranjeras, cuyas expresiones gráficas corresponden perfectamente á cada país; y así vemos á D. Quijote en las ediciones españolas y aun en algunas francesas, inglesas y alemanas, fiel representación de un guerrero del siglo XV, como recuerdo tradicional y legendario de los caballeros de otros tiempos, para transformarse paulatinamente en un capitán inglés ó en un soldado alemán, soldado unas veces de *mosqueteros*, de personajes que parecen salidos de un cuadro de Watteau, que recuerdan vagamente á Callot ó por ciertos detalles al azaroso período de la Revolución francesa y también á modas y convenciones que caracterizan el gusto y sello artístico de un período determinado.

Prolija sería la enumeración de las obras que el libro que nos ocupa ha inspirado ó motivado en las artes del dibujo y de la pintura, en estampas obtenidas por todos los procedimientos imaginables. Las artes gráficas han contribuído á extender y popularizar la inmortal creación de Cervantes por doquier, completando la acción de la imprenta, siquiera sea superficialmente; porque por talento genial que tenga y haya tenido el artista que ha glosado con el lápiz las aventuras del inmortal manchego, ¿quién ha podido fijar gráficamente su fisonomía y determinarla? Ninguno.

Un concepto artístico creado y realizado por un procedimiento, difícil es de traducirse por otro; máxime cuando éste es la palabra escrita, elemento fino, inmaterial puede decirse, y hay que reproducirle con los trazos concretos y fijos de un dibujo.

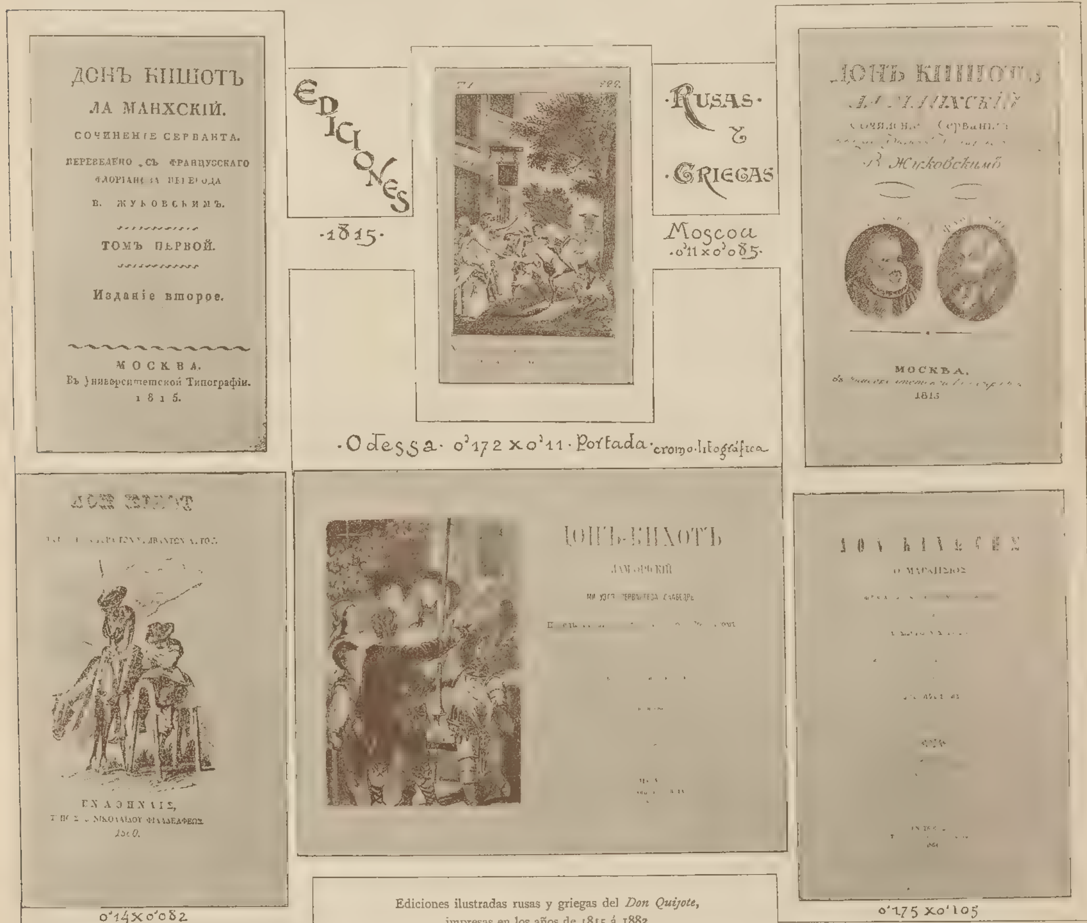
¿Quién es capaz de representar la expresión de Edipo ó de Ulises gráficamente? Podrá la genial potencia de un artista convencer con los celos de Otelo, pero su fuerza será insuficiente para dibujar las torturas y angustias de Hámlet. De la propia manera, dibujando á D. Quijote se hará una obra de arte digna de aplauso, pero no es posible que se personifique al noble y generoso caballero, como no es posible que se tracen con líneas y contornos precisos los rasgos de un ideal; quédese eso para la fisonomía en todo caso comprensible y conocida de todos, de Sancho, el hombre vulgar, de buen sentido práctico y positivo, cuya sola y única aspiración es el gobierno de la Ínsula Barataria.

Por esto es general el decir que ninguno acierta en la representación de D. Quijote: fórmase cada cual con la lectura del libro una idea del protagonista, según su manera de ser, é inútil es que trate nadie de darle forma corpórea á satisfacción de todos, porque si decía Gerard de Nerval, al verter al francés las poesías de Heine, que las traducciones eran *du clair de lune empaillé*, ¿qué no ha de ser la traducción de un concepto literario, de un tipo ideal creado por el genio, hecha por los trazos y tonos de un dibujante? Esto, según el infortunado cuanto festivo Segarra Balmaseda, es tan imposible como poner en música «los desmontes del Retiro.»

No ha de suponer esto, sin embargo, ni la más leve censura á la ilustración del *Quijote:* si imposible es la transcripción gráfica del héroe, es posible la representación de otros tipos, de muchas escenas, incidentes y detalles, y da razonado motivo para reproducir infinidad de documentos interesantes, de crear cuadros verdaderamente artísticos y de hacer, en una palabra, obra meritoria al exornar, cuando no en otro concepto, en el decorativo, un libro por todos y siempre leído.

Yo mismo, en mi profesión, que los azares de la suerte me han deparado, de ilustrador de libros, he puesto torpe mano en la obra del inmortal Cervantes con el propósito, ya que no fuera factible el de interpretar al generoso héroe manchego, de contribuir en el escaso valer de mis fuerzas á enaltecer y glorificar, como con esta manifestación se hace, una creación genial cuya esplendente aureola no obscurece en lo más mínimo afortunadamente todo el mezquino positivismo de nuestro «fin de siglo.»

J. L. PELLICER



Ediciones ilustradas rusas y griegas del *Don Quijote*, impresas en los años de 1815 á 1882

JUICIOS EMITIDOS SOBRE EL «QUIJOTE»

POR ALGUNOS LITERATOS NACIONALES Y EXTRANJEROS

Para que resulte completo el homenaje que con el presente número rendimos á la memoria de Cervantes y á su libro inmortal, hemos creído necesario publicar algunos juicios emitidos por eminencias literarias de España y del extranjero acerca del *Quijote*, por los cuales nuestros lectores podrán formarse idea del altísimo concepto que en todas partes y en todos tiempos ha merecido el monumento más precioso de nuestra literatura.

El primero que á continuación publicamos, aunque de autor anónimo, tiene indisputable autoridad por figurar al frente de una de las mejores ediciones que del *Quijote* se han hecho en Italia, según puede verse en las líneas con que encabeza su traducción el erudito é ilustrado cervantista D. Ignacio Dublé.

De las versiones italianas del *Quijote*, es quizás la más notable la de 1818, publicada en Venecia por Alvisopoli, si no por su antigüedad, por la exactitud de la traducción, que se hizo en vista de la edición de 1780, corregida por la Real Academia Española, y de la otra edición de 1797-98, publicada en Madrid por D. Gabriel de Sancha y anotada por D. Juan Antonio Pellicer. La edición á que nos referimos contiene un estudio biográfico-crítico de Cervantes y sus obras, debido á la pluma del anónimo traductor, *uomo altrettanto perito quanto modesto*, según lo califica el prólogo de los editores, y que, á juzgar por dicho trabajo crítico y por la versión del *Quijote*, se comprende debió ser un eminente literato. Del mencionado estudio traducimos los siguientes párrafos, que suponemos serán leídos con gusto por nuestros suscriptores:

«Abandonó Cervantes el teatro al mismo tiempo que se entronizaba en él Lope de Vega, y hasta que no se dió á luz la primera parte del *Quijote*, no publicó ninguna obra de importancia. La necesidad de ganarse la vida le ponía, probablemente, en el caso de no poder cultivar las Musas. Errante y vagabundo por varias partes de España, buscaba, sin encontrarla, una colocación á la cual le daban derecho sus talentos, sus virtudes y los servicios por él prestados á su patria. Su fatalidad lo arrastraba de Madrid á Sevilla, de Sevilla á la Mancha, y para poner el sello á su desgracia, los habitantes de Argamasilla lo maltrataron y lo aprisionaron, sin que se haya sabido, hasta ahora, los motivos de tamaña violación.

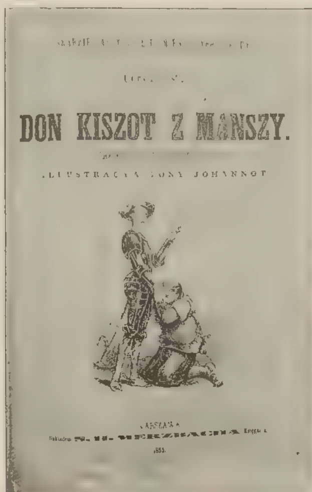
»Pero ¿qué son las cadenas para un hombre de genio? Aunque esté sujeto y oprimido conserva siempre la energía y se burla de estos horrores. Sócrates filosofaba en su prisión como en la plaza de Atenas; Torcuato Tasso en situación parecida no se dolía de haber perdido la libertad, sino de no poder escribir á su talante, lo cual le estaba prohibido por sus opresores. Cervantes aprisionado por los manchegos dió rienda suelta á su imaginación y compuso el *Don Quijote;* así el libro más ingenioso y singular que ha producido el espíritu humano fué compuesto en una cárcel, donde, según nos dice el autor, toda incomodidad prevalece y todo triste rumor tiene su asiento.

»La filosofía y la elocuencia fueron á contemplar á Cervantes, cuando éste, errante y miserable, era olvidado de los poderosos y despreciado de los poetas, porque se desdeñaba de escribir, á semejanza de ellos, versos frívolos y vanos. Mientras tanto tenía la aten-

ción puesta en su siglo, y veía con sentimiento y con enojo á la mayor parte de los hombres empeñados en un género de lectura que perjudicaba la educación, corrompía la moral, pervertía las costumbres y usurpaba á lo bello aquella atención que se concedía á las más monstruosas invenciones. Estaba la España inundada de libros de caballería, y sus despropósitos constituían la admiración de los ignorantes, el pasatiempo de los ociosos y quizás también de los hombres de no ordinario talento. «Yo acabaré con esta peste,» decía para sí Cervantes; y su elevada y caprichosa imaginación le presentó el héroe que debía exterminar á tan intolerables paladines.

»No valían, sin embargo, para conseguir tal intento, ni las estériles invectivas, ni las finas argumentaciones que se habían usado hasta entonces: débil reparo á contagio tan grande, y que contenidas en obras no leídas por el pueblo, á éste de nada le podían servir. ¿De qué aprovecha que un crítico escriba para otros críticos aquello que éstos pueden acaso pensar por sí solos? Por tal motivo las declamaciones de Luis Vives, de Alejo Venegas y de otros contra los libros de caballería eran inútiles, ya que el pueblo, absorto en la lectura de éstos, no leía aquéllas ni era capaz de entenderlas. Si se quiere extirpar un vicio arraigado en todas partes, se necesita un remedio conveniente para todos.

»Crecía entretanto la necesidad de este remedio, y si la gente cifraba todas sus delicias en la lectura que se trataba de aniquilar, era necesario reemplazar dicha lectura por otras igualmente agradables, y suplir la pérdida de tantos libros con uno que los aventajase á todos por la novedad y el deleite; que, adornado con todas las galas de la imaginación, se apoyase en los principios del buen gusto y de la verdad, y cuya invención junto con la filosofía resultasen útiles y deleitosas á toda clase de personas en cualquier estado de la vida.



Edición polaca impresa con ilustraciones en el año 1855

»Tal fué el *Don Quijote* que ahora lee ávidamente la posteridad, sin atreverse á decidir qué es lo más digno de admiración, si la fuerza de la fantasía que lo inventó, ó el deleite que lo sazona, ó el estilo con que está redactado. Cuando en el curso de la conversación se viene á tratar de este libro, todos compiten en hacer su elogio, y nunca decrecen las alabanzas, como si fuera inagotable el manantial de las mismas. Uno encomia la novedad y felicidad del pensamiento; otro la verdad y belleza de los caracteres y de las costumbres; éste la verdad de los episodios; aquél la abundancia y delicadeza de las alusiones y de los chistes; quién admira el infinito artificio y gracia de los diálogos, y quién la inapreciable belleza del estilo y la pureza del lenguaje. Todas aquellas dotes que acá y allá difundidas habían formado la gloria de muchos escritores, se encontraron reunidas en un solo hombre y esparcidas con profusión en un solo libro; ¿y en qué tiempo? En un siglo de frivolidades y de disputas más que de gusto y de saber, en el cual el arte del raciocinio se había casi perdido y en que la literatura puede únicamente contar dos ó tres libros que se atrevan á competir con la superioridad de las dos edades que le siguieron; y por esto cuando se considera la época en que se publicó *Don Quijote* y se compara á Cervantes con los hombres de su tiempo, la obra parece un portento y Cervantes un coloso.

»No es esta ocasión oportuna de analizar las bellezas del *Don Quijote*, ni de examinar por cuál modo el autor haya sabido hacer de su héroe el más ridículo y al mismo tiempo el más prudente y más virtuoso de los hombres, sin que tantos y tan diversos aspectos en que lo presenta se perjudiquen entre sí; cómo en Sancho ha reunido todos los grados de la simpleza, cual es su admirable conducta en estas variedades incomprensibles sin perjudicar á la unidad de los caracteres; cómo ha sabido juntar en su fábula los acontecimientos que parecían más apartados de la misma, haciéndolos servir para poner de relieve la locura de su personaje principal; dónde ha aprendido á variar las situaciones, á poner en contraste las escenas, á conservarse siempre original y siempre nuevo sin apartarse de la naturaleza, ni decaer un solo instante, ni causar tedio jamás. Todo esto pertenece al genio, que se manifiesta por sí solo sin necesidad de reglas ni modelos.

»Cuando el *Don Quijote* se puso en parangón con la *Iliada*, no se comprendió que era imposible comparar dos obras de tan distinta naturaleza; y tanto se extremó la analogía, que se pretendió encontrar en el poeta griego algunos pasos de los cuales procuró Cervantes hacerse imitador. Verdaderamente sería extraña la afirmación de que la lectura de Homero hubiese producido el *Don Quijote:* no obstante, si al recordar al padre de la poesía se dijese que para componer el *Don Quijote* era necesaria tanta fuerza de ingenio como para componer la *Iliada*, estaríamos de todo punto conformes con este juicio, añadiendo que esta misma relación tiene Cervantes, no sólo con Homero, sino también con Sófocles, con Virgilio, con Tasso, con Corneille, con Racine y con todos los grandes escritores.

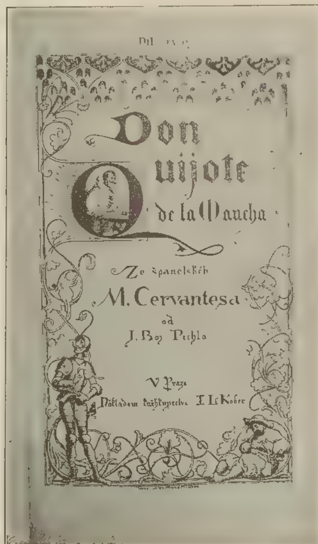
»Un hombre á cuyo talento es deudora la poesía trágica de la altura á que ha llegado en este siglo, y que ha tratado casi todos los géneros de literatura con una penetración y una facilidad que formaran época en el mundo, al afirmar en sus *Misceláneas* que el espíritu humano no hace más que reproducirse y que las obras que nosotros admiramos son imitación de otras más antiguas, dice que el modelo del *Don Quijote* fué el *Orlando*, de Ariosto. Es indudable que se debe la más viva admiración y el mayor respeto á este escritor italiano, como á uno de los más grandes escritores originales de que puede enorgullecerse la poesía. Pero ¿qué analogía puede existir entre dos locos de manía tan diversa, entre un cuadro completamente quimérico y otro cuadro todo verdad, entre un libro de caballería y una sátira de tales libros, entre la libertad que se permite el italiano y el artificio y la sabiduría con que procede el español?

»Y aun cuando se concediese que la marcha del uno es muy semejante á la del otro en parecidos sucesos de la fábula, ¿cuántas otras cualidades resaltan en el *Quijote* que no podrían ser tomadas de Ariosto ni de ningún otro escritor? ¿Encuéntrase por ventura en dicho poeta el tono de sensibilidad dulce y afectuosa, tan frecuente en la obra de Cervantes? ¿Necesitó acaso aprender de Ariosto la elegancia de un estilo siempre armonioso y puro, que adaptándose al objeto descrito por él, es natural, fluido é ingenioso en las narraciones, modesto, ingenuo y decoroso en los chistes, preciso en los raciocinios, rico y fastuoso en las descripciones? Finalmente, ¿de quién aprendió nunca el precioso y difícil arte de los diálogos, en los cuales Cervantes no tiene rival alguno, ni aun el ilustre Richardson?

»No, *Don Quijote* no buscó modelos, y hasta ahora carece de imitadores: es una obra que encierra los caracteres todos de la originalidad y del genio; es un poema divino, cuya composición nació bajo el auspicio de las Gracias y de las Musas; cuya aparición fué un rayo de luz que en menos tiempo del que se tarda en decirlo disipó las ilusiones de la Caballería. La multitud de libros por él impugnados, esparcidos por todas partes y con tanta avidez acogidos, desapareció de tal modo que no se tendría noticia de su existencia sino porque se lee el *Quijote:* triunfo singular y maravilloso, digno de la obra y de la gloria que nadie puede disputar á Cervantes.

»Las sátiras viven poco tiempo; si tienen vaguedad, no interesan; y si se aplican á determinados objetos, mueren tan pronto como cesan las circunstancias que las han hecho nacer. Estaba reservado á Cervantes el privilegio de que para vergüenza de ver aniquilada la Caballería y con ella las ridículas costumbres, viviese su *Don Quijote* y adquiriese cada día más esplendor. ¿Quién hay que tenga el don de interesar como él? Por esta razón le llamó inimitable el autor de *Eloisa*, y lo prefería á todos los escritores de fantasía; y por esta razón todas las naciones cultas han traducido su obra, y las máquinas no se cansan de imprimirla ni los ojos se cansan de leerla. Los nombres de D. Quijote y de Sancho Panza resuenan en los lugares más remotos de la tierra, y estos dos humildes personajes, nacidos en la fantasía de Cervantes, vencen en celebridad á los más ilustres héroes de la fábula y de la historia.

»Existen hombres, sin embargo, á los cuales no gusta este libro, y que tachan de insípida y de frívola su lectura. Sería tiempo perdido el que se empleara en dar á conocer á esos tales las bellezas del *Don Quijote*. ¿Insípida su lectura cuando la hicieron universal sus gracias únicas y el deleite que difunde por doquier? ¿Frívola una obra que corrigió el vicio literario de su siglo, y sin la cual los que la juzgan tan desdeñosamente quizás aún perderían el tiempo leyendo un *Amadís de Gaula*? Que se cite un solo autor en el cual el placer, efecto eterno é inseparable de las obras de hermosa invención, resulte tan cumplido y haya llegado á tan alto grado. Pero dejemos á tales hombres con su extravagante censura; sus labios no se abrieron nunca á la sonrisa, ni sus corazones á las gracias.



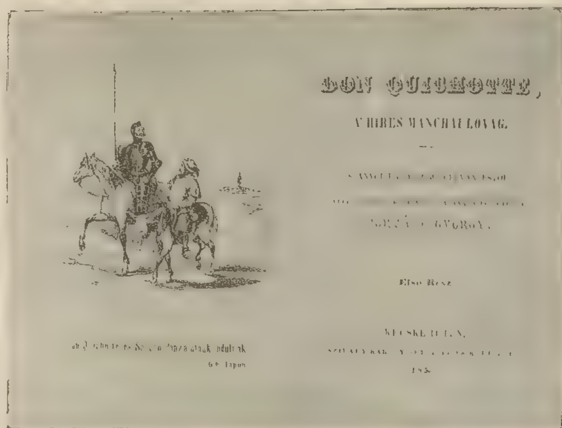
Edición ilustrada impresa en Bohemia en el año 1866

»Cuando se publicó en 1605 la primera parte del *Don Quijote*, no pudo tan de improviso conocerse la finísima sátira que encerraba, y convino al autor hacer una crítica aparente de su obra, para que ésta fuese buscada y entendida. Gracias al *Buscapié* (1) se difundió el libro y en poco tiempo se hizo universal su lectura. Esta celebridad suscitó la envidia que derramó su veneno sobre los poetas confundidos por la superioridad de Cervantes, y él, desgraciado y obscuro, subsistiendo quizás gracias á la compasión de los demás, no ambicionaba otra riqueza ni otros bienes que la gloria de su obra, al mismo tiempo que los poetas irritados se conjuraban para aniquilarla.

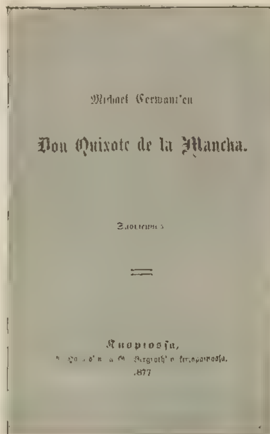
»En una composición de pésimo estilo el insolente

(1) Los trabajos críticos posteriores á la fecha del artículo que traducimos han venido á impugnar la exactitud de estas afirmaciones relativas al *Buscapié*. El distinguido cervantista y docto catedrático del Instituto de Vitoria D. Julián Apraiz, en su discurso leído en 24 de abril de 1893 en la sesión pública celebrada en el teatro de dicha ciudad para conmemorar el aniversario 277 de la muerte de Cervantes, dice acerca de este asunto lo siguiente: «El primero que andando los tiempos condenó esta vaga y confusa tradición de las alusiones quijotescas fué el ilustre artillero D. Vicente de los Ríos, quien en su *Vida de Cervantes*, impresa en 1780, hace la peregrina afirmación de que su mismo biografiado había publicado en forma anónima cierto librito denominado *Buscapié*, en el que á más de una crítica del *Quijote* se daba una especie de clave para la debida inteligencia de ciertas recónditas intencionadas alusiones; añadiendo el diligente biógrafo que un Sr. Ruidíaz había leído recientemente un ejemplar del misterioso opúsculo. Mas las observaciones de D. Juan Antonio Pellicer, D. Martín Fernández de Navarrete y D. Diego Clemencín, aun dejando a salvo la buena fe histórica de Ríos, dieron completamente al traste con semejante especie; y aunque á mediados del presente siglo publicó D. Adolfo de Castro el supuesto *Buscapié* del autor del *Quijote*, la contundente impugnación de Ticknor en su *Historia de la literatura española* (edición castellana) ha dejado las cosas en el mismo estado de carencia de noticias auténticas acerca del tal libreio atribuído á Cervantes.

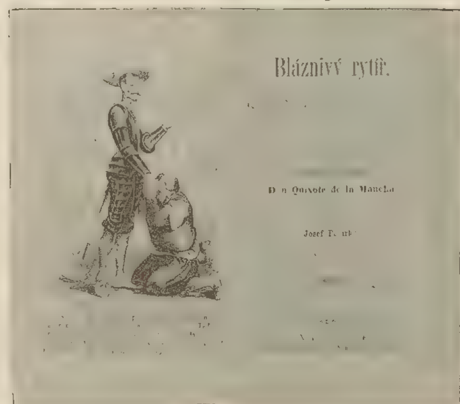
(N. del T.)
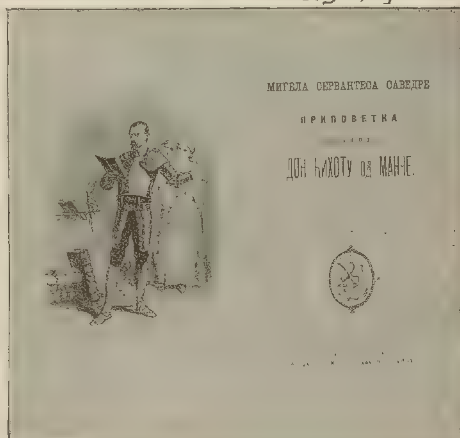


·0'12 × 0'09·



·0'115×0'07

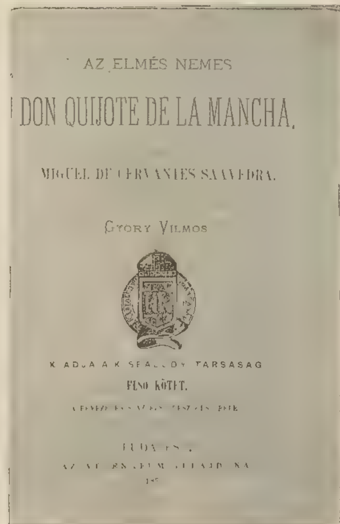


·0'14 × 0'085·
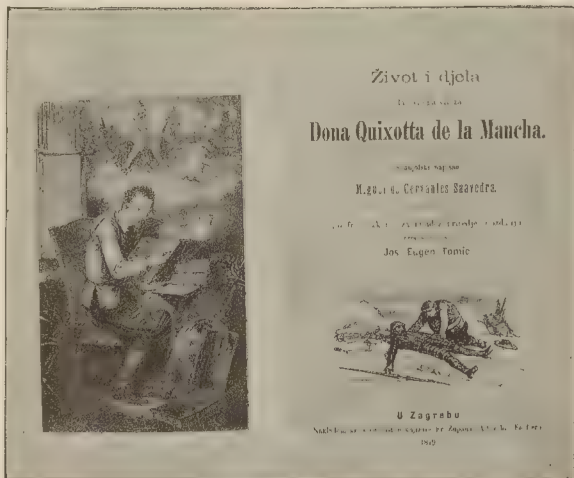


·0'15 × 0'085·





·0'135 × 0'085·



·0'155×0'09·

EDICIONES HÚNGARAS, FINLANDESA, BOHEMIA Y CROATA ILUSTRADAS, IMPRESAS EN LOS AÑOS DE 1850 Á 1882

Villegas (1) osó calificarlo de triste poeta y llamarlo *quijotista*, con pretexto de tomar la defensa del poeta Argensola (2), á quien Cervantes no había hecho otra ofensa que la de apreciarlo con exceso. Otro poeta (3) tan obscuro como Villegas, imitando por mofa á Cervantes, llegó hasta la temeridad de continuar una obra cuyo mérito estaba muy lejos do poder estimar. ¡Ignorante! ¡Atreverse á escribir otro *Quijote*, y decir que lo hacía para mejorar el primero y porque al autor de éste le faltaba talento para continuarlo! ¿No sabía el tal que la crítica más difícil es la que mira al ejemplo y que el éxito seguro no está reservado más que al hombre de superiores facultades?

»El pobre hombre tachaba de bajo el estilo de Cervantes, y se burlaba de éste porque era viejo, lisiado y pobre; como si Villegas, Argensola y todos los poetas de aquella época reunidos pudieran competir en mérito literario con un solo capítulo del *Quijote;* y como si la pobreza y la imperfección de Cervantes, cubriendo de oprobio á su siglo, no añadieran mayor lustre á la veneración que le es debida. Pero tales ultrajes, que no merecen la atención de la posteridad, son citados por nosotros únicamente porque iban encaminados á la ofensa de un hombre ilustre. Además, vienen á comprobar la verdad del dicho de Pope: «Que un mal escritor es generalmente un hombre malo.»

»Por el contrario, ¡cuánta dignidad y cuánto decoro se encuentra en la defensa de Cervantes! Para confundir y pulverizar á su adversario no encontró expediente más a propósito que publicar la segunda parte del *Quijote*, superior todavía en corrección y buen gusto á la primera. Le bastó en algunos pasos de esta segunda parte tomar á broma la poca gracia de su émulo, y advertirle alegremente que la composición de un libro cuesta una fatiga mucho mayor de lo que él se figuraba. Si todos los autores se defendiesen á la manera de Cervantes, menos escandalosas serían las guerras de los literatos, y la caterva de temerarios detractores no se atreverían á proferir tantos ladridos.»

Ignacio Dublé



Reproducción de un cuadro de la colección de Coypel sobre asuntos del *Don Quijote*, publicada en París por L. Surgue en el año 1780

Thomas Roscoe, Esq., en el capítulo IX de su excelente obra *The life and writings of Miguel de Cervantes Saavedra* ha compilado una porción de anécdotas y observaciones por todo extremo curiosas acerca de nuestro inmortal novelista. Dice de esté modo:

«Al fallecer, en 1598, el sombrío é intolerante Felipe II, no pareció sino que el genio científico y artístico se sentían súbitamente emancipados de aquella letal influencia que por espacio de muchos años había tenido aletargadas las inteligencias, de aquel despotismo político y religioso por cuya virtud imperaba en la vasta monarquía un sepulcral silencio que sólo se atrevían á romper muy contadas personas.

»Hemos visto á Cervantes volver á su patria y á su familia mutilado, pobre, menospreciado y exhausto de medios y de esperanzas, pero dotado de una vigorosa inteligencia y un carácter jovial que en más felices circunstancias le habrían valido una fortuna; recompensa la menos noble, mas no por ello la menos justa que le es dable ambicionar al hombre de conspicuo talento. Su actividad intelectual hubo de ejercitarse en un campo estrechamente limitado: la libertad de palabra, la de discutir las grandes cuestiones relacionadas con el bienestar político y religioso de los hombres se hallaban bajo un entredicho igual al que pesaba sobre la libertad de imprenta, y así encadenado el pensamiento secóse el manantial de toda humana energía, porque faltándole la independencia no pudo influir en el desenvolvimiento de las letras, de las bellas artes ni de ninguna de las producciones intelectuales de aquel tiempo.

»Si hubiesen regido á España otras instituciones, Cervantes no habría tenido que abrazar la carrera de las armas como un soldado vulgar, siguiéndola hasta perder en ella un brazo y la salud estropeada por las fatigas de la guerra y las penas del cautiverio; no se habría visto en la dura necesidad de solicitar un mezquino empleo incompatible con sus hábitos, ni habría tenido que aceptar un cargo subalterno en una remota colonia, abandonando la patria por la cual había peleado y vertido su sangre. Por otra parte, es indudable que un hombre dotado de una ardiente imaginación y un espíritu enérgico cual pocos los hayan poseído, no habría pasado entonces más de veinte años bajo el tiránico reinado de su ingrato señor, sin publicar una sola obra, hasta que en el año 1605 dió á luz la primera parte del *Don Quijote.* Cual si no bastaran los demás sinsabores que acibararon su existencia, hubo de ver cómo le cerraba el camino la ingratitud de una corte que no pensó jamás en ascenderle ni en recompensarle. Bien puede decirse sin encarecimiento que su genio, como su fortuna, se vieron condenados durante aquel tiránico reinado á una especie de solitario cautiverio, en cierto sentido más duro todavía que el de los baños de Argel, cuando la ruin turba cortesana se gloriaba en su ignorancia de menospreciar el *Don Quijote.*

»Cuando España empezó á respirar, aliviada del peso de tantas guerras exteriores y tanta opresión enervadora, y la paz y las artes útiles parecieron revivir haciendo augurar una era más dichosa, no mejoró por esto la posición de Cervantes; pero, en cambio, extendióse considerablemente su fama. El éxito de su nueva obra – recibida al principio con frialdad – fué realmente asombroso, á pesar de los envidiosos ataques de sus contemporáneos, pues en vida de su autor se tiraron de ella más de treinta mil ejemplares. Al mismo tiempo tradújose á todas las lenguas y vióse aplaudida por toda suerte de lectores. Sin embargo, esto no fué nada, comparado con la inmensa circulación y los entusiastas homenajes que debían honrarla más adelante.

»Cervantes debe su inmortalidad al *Don Quijote.* No se ha producido jamás en ningún idioma una sátira más amable y delicada ni un alarde tan maravilloso de inspiración y arte literario. No dudamos que convendrán en ello cuantos hayan leído esa obra admirable, así como en que es de aquellas que no pueden leerse por fragmentos ni ser analizadas conforme á las reglas de la crítica ordinaria. Para conocer á fondo al caballero de la Mancha hay que examinarle en todos sus aspectos. Hay que contemplarle embebido en la lectura de sus libros de caballerías; oirle departir con los paladines y los encantadores, y verle volar allende los confines de la razón á impulsos de su gallarda fantasía.

»El que ha tenido el embeleso de saborear los poemas de *Amadís* y de *Orlando* es quien puede apreciar las cualidades del héroe manchego cuando monta su viejo y escuálido jamelgo, y cubierto de una mohosa armadura cruza montes y valles en busca de aventuras dignas de su espada; cuando su alborotada fantasía transforma los molinos de viento, las aldeanas y los labriegos en gigantes, paladines, Dulcineas y magos, sin que los contratiempos, desazones y desdichas que en tropel le agobian sean parte á hacerle abrir los ojos. Las proezas del ingenioso hidalgo con su fiel Rocinante y su cómico escudero Sancho aparecen entonces á los ojos del lector con aquella dignidad que da un encanto tan incomparable á sus hazañas.

»Para estimarlas en su justo valor y apreciar debidamente el carácter de estos personajes fuerza es conocer el de aquellos á quienes imitaban, pues de otro modo no nos fuera dable imaginar la mira que tuvo el autor al evocar la memoria de sus altos hechos. No es menos indispensable penetrar la satírica intención de ese libro que de no estar caracterizado por las galas de tan jovial ingenio habría sido una seria disertación sobre los errores y los desatinos sociales de su tiempo. Por otra parte, sus jocosidades nos invitan á reflexionar inspirándonos graves pensamientos, porque son de tal naturaleza que al mismo tiempo que hacen asomar la risa á los labios fomentan la actividad del entendimiento. Deleitan enseñando. Hasta en el relato de las más graciosas aventuras se advierte ese fin moral que el autor nunca pierde de vista.

»El cómico efecto producido por el singular heroísmo del caballero haciendo contraste con el miedo cerval de Sancho en la nocturna aventura de los batanes, nos trae á la memoria á los héroes de Homero y Virgilio procurando sorprender á favor de las tinieblas el campamento enemigo. Para formarnos una idea exacta del carácter de la obra hemos de estudiarla en su conjunto. ¿Quién sería capaz de formarse por medio de extractos una idea de las aventuras que á D. Quijote le ocurrieron en la venta que él creía castillo encantado y en la cual mantearon al pobre Sancho? Del mismo modo hay que leer toda la novela para hacerse cargo del arte con que trazó el autor un contraste tan vivo como el que resulta de la contraposición de dos caracteres como el del grave y cortés hidalgo y el del rústico y vulgar escudero. Este conocimiento deriva de aquella interesante narración en la cual la viveza de la fantasía, ostentada en un sinnúmero de aventuras, se hermana por modo maravilloso con la sabia pintura de los caracteres, embelesando el ánimo del lector, fascinado por la maestría del novelista. Bien lo muestra la indiferencia de aquellos que se solazaron con la lectura íntegra de la obra respecto á los fragmentos escogidos de ella que se publicaron por separado. A esto hay que añadir que también pierde una gran parte de su atractivo para los que desconocen por completo la lengua y las costumbres de la patria del héroe.

»Otro de los más notables caracteres de la obra es el perenne contraste que en ella se nota entre los que llamamos espíritu poético y espíritu prosaico. La imaginación, el sentimiento, las prendas y las tendencias más generosas del alma humana coadyuvan á engrandecer á nuestros ojos el tipo de D. Quijote. Antes y después de su tiempo ha habido hombres de esforzado espíritu que consagraron su existencia á la noble empresa de enderezar entuertos y satisfacer agravios declarándose campeones de la justicia hollada y la inocencia oprimida. Como D. Quijote, descubrían doquier la imagen de esas virtudes á las cuales tributaban ferviente culto. Creían firmemente que el desinterés, la hidalguía, el valor y la abnegación caballeresca no habían desaparecido aún de la haz de la tie-

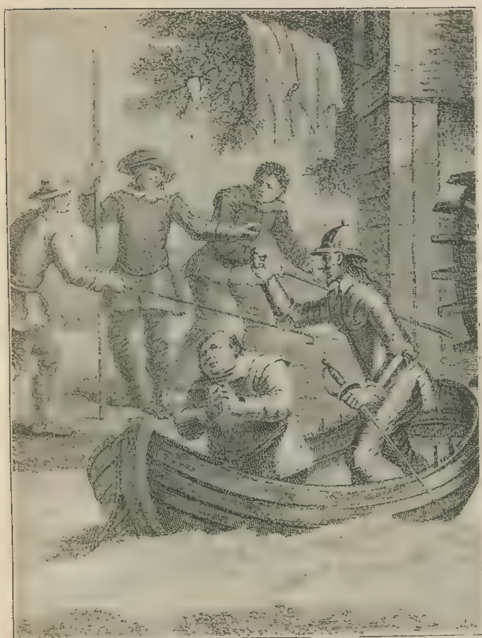
(1) Se refiere á D. Esteban Manuel de Villegas, natural de Nájera en la Rioja, que nació hacia los años de 1595, y que en 1618 publicó un tomo de sus traducciones y poesías con el título de *Eróticas.* De una vanidad extremada, este poeta se representó al frente de su libro como el sol naciente que amortigua con sus rayos á las estrellas, llevando el arrogante lema *Sicut sol matutinus: Me surgente, quid istæ?* No contento con esta ridícula jactancia, insultó en su libro á Cervantes, motejó á Góngora y se burló de Lope de Vega, lo cual motivó que Góngora le dedicara los siguientes versos:

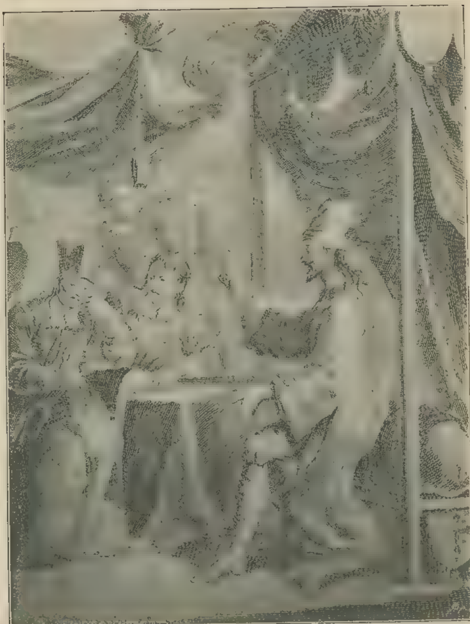
«Anacreonte español, no hay quien os tope
Que no diga con mucha cortesía,
Que ya que vuestros pies son de elegía
Que vuestras suavidades son de arrope.....
Con cuidado especial vuestros antojos
Dicen que quieren traducir del griego,
No habiéndolo mirado vuestros ojos.»

(N. del T.)

(2) Bartolomé Leonardo de Argensola, nacido en Barbastro en 1564, hermano de Lupercio y maestro del poeta Esteban Manuel de Villegas. *(N. del T.)*

(3) Alude al desconocido escritor que con el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda publicó en 1614 la segunda parte del *Quijote.* *(N. del T.)*





Grabados de la edición española publicada en Londres por J. y R. Tonson en 1738, medida 0'20 × 0'15





Grabados de la edición española publicada en el año 1780 por la Real Academia de Madrid, imprenta de Ibarra, medida 0'20 × 0'13

rra. Sin calcular jamás sus propias fuerzas, acometían las más peligrosas empresas en beneficio de gente ingrata, sacrificándose en aras de leyes y principios que muchos juzgaban completamente ilusorios. La devoción al heroísmo y las pruebas de virtud, son, como ha dicho Sismondi, los asuntos más nobles y ejemplares que trata la historia de la humanidad. No los hay más elevados en los dominios de la Poesía, cuyo elemento principal es la representación de grandes y desinteresados sentimientos.

»Sin embargo, el mismo carácter que nos inspira admiración contemplado desde un alto punto de vista, hácese casi ridículo si nos colocamos para juzgarle en el nivel común de los mortales. Es sabido que el error, ó en otros términos, la sandez y el descarrío del entendimiento, es el más abundante manantial de chistes y entretenida recreación que existe en el mundo. En las aventuras del héroe las simplezas y las preocupaciones abundan que es una bendición, produciendo las más cómicas yuxtaposiciones, y así está lleno el relato de graciosos incidentes; porque un hombre que todo lo ve heroico ó caballeresco no puede menos de dar lugar á mil extrañas combinaciones, á mil singulares escenas y novelescos acontecimientos. Luego hay un sinnúmero de contrastes, más jocosos todavía, porque no puede darse nada más donoso que el que ofrecen la poesía y la prosa de la vida; los ensueños de la imaginación y los pedestres detalles de la vida diaria; el heroísmo y el voraz apetito del héroe; el palacio de Armida y la venta; la princesa encantada y Maritornes.



Reproducción de una de las composiciones dibujadas y grabadas por Pinelli sobre asuntos del *Don Quijote*, publicadas en Roma en el año 1834

»Según Sismondi, á esto se debe que tantas personas digan del *Don Quijote* que es uno de los libros más tristes que se han escrito, lo que no deja de tener un gran fondo de verdad, pues la base de la novela y la enseñanza que de ella se despende son realmente desconsoladoras. Cervantes ha compendiado todos los nobles sentimientos y todas las ilusiones de un heroico espíritu en las desgraciadas aventuras de su héroe. D. Quijote, hombre de bien á carta cabal y cumplido caballero, fué siempre ludibrio de zafios y maleantes. Tal fué el pago que recibió por sus virtudes aquel hombre valiente entre los valientes que arrostró los más formidables peligros naturales y sobrenaturales, aquel hombre tan honrado que no titubeó jamás un solo instante al tratarse del cumplimiento de su palabra, aun en los asuntos más baladíes, ni se desvió lo más mínimo de la estricta verdad en ninguno de los lances de su agitada existencia.

»Desinteresado al par que valeroso, no peleó nunca sino en defensa de la virtud, y cuando le acometió el deseo de poseer un reino fué para regalarlo á su fiel escudero.

»En suma, fué á un tiempo el más fiel y rendido de los enamorados, el más magnánimo de los guerreros, amo bondadosísimo y espejo de paladines. Si á todo esto se añade la delicadeza de su gusto y la ilustración de su entendimiento, bien puede decirse que aventajó en bondad, lealtad y bizarría á todos los Amadises y Orlandos que había tomado por modelos. Pero, entretanto, sus más generosas empresas no le valen sino tumbos y porrazos sin cuento, y su amor á la gloria sólo le proporciona sinsabores y desengaños. Los gigantes con los cuales lucha tan denodadamente resulta luego que eran molinos de viento transformados en titanes por su acalorada fantasía; las damas que creyó libertar de las garras de poderosos encantadores no eran en realidad sino sencillas aldeanas que al verle pensaron morir de espanto.

»A los hombres les trata siempre de un modo caballeresco, y como no olvida jamás su papel de endereezador de entuertos, siempre les deja un recuerdo de su persona, pero las más de las veces por todo extremo desagradable. Bien lo explicó el bachiller Alonso López diciéndole:

–«No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos, pues á mí de derecho me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida, y el agravio que en mí habéis deshecho, ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras.»

»La conclusión que deducimos de la lectura del *Don Quijote* la encontramos en los sentidos términos con que el pobre bachiller se lamenta de su malaventura.

»Es que la exaltación de sentimientos redunda en perjuicio no sólo del individuo que se sacrifica por los otros, sino también de la sociedad cuyas leyes quebranta, fomentando el espíritu de rebelión, sin producir sino resultados extraños y con frecuencia ridículos en sumo grado.

»Como más arriba dijimos, un libro que hubiese tratado este asunto de un modo lógico y grave habría sido excesivamente triste y enervador, mientras que una sátira escrita sin acrimonia podía ser una jovial y donosa producción, pues así el autor como los satirizados eran susceptibles de elevados y generosos sentimientos. En realidad, los actos ejecutados por tipos parecidos á D. Quijote dan una idea más ventajosa de su corazón que de su inteligencia; pero el nombre de este héroe imaginario aplícase con suma frecuencia á los que se pasan de generosos en sus empresas, ora sean de carácter público ó privado, lo cual prueba que ese tipo no tiene nada de sobrenatural ni inverosímil. Sismondi ha hecho notar que algo participaba del espíritu de la caballería andante el mismo carácter de Cervantes, y que las aventuras que tuvo durante su cautiverio traen á la memoria las de los poemas caballerescos.

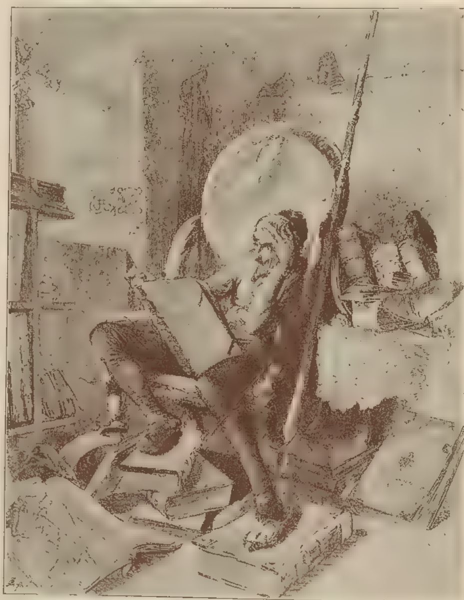
»No hay duda que el amor á la gloria fué el móvil que le impulsó á abandonar sus estudios y la quietud del hogar para empuñar la espada contra los enemigos de su patria y á alistarse nuevamente á pesar del mal pago que habían recibido sus servicios y de haber perdido un brazo en el combate más memorable que se ha librado para atajar el paso á las huestes musulmanas que amenazaban la independencia de toda Europa.

»Ese mismo espíritu fué el que estimuló en Argel al intrépido cautivo, granjeándole el respeto de los moros; el que cuando hubo recibido la Extremaunción le inspiró la necesaria serenidad para contemplar risueño la muerte que se aproximaba á la cabecera de su lecho, y el que le dictó las nobles palabras de su último prefacio. En su carta al conde de Lemos y en varios de sus postreros escritos fuera fácil encontrar muchos puntos de semejanza entre Cervantes y su desventurado héroe, que al fin acaba por comprender la vanidad de la gloria y de aquella ambiciosa carrera que no le había valido sino desazones é infortunios.

»Si es verdad que ridiculizarse á sí mismo es el mayor esfuerzo del buen gusto, no podemos menos de admirar al genio que de tal manera supo tomar en broma sus más generosos impulsos. Mal podía disimular á los otros las flaquezas que á sí mismo no se perdonaba. Una alma grande como la suya no calla la verdad aunque sea en detrimento de lo que más ama y respeta, mientras no ceda en su propio desdoro.

»Pero ni este propósito, ni el indicado contraste entre el mundo heroico y el mundo vulgar, ni su felicísima sátira contra la exaltación de la fantasía pueden señalarse como los únicos móviles que indujeron á Cervantes á escribir su libro. Hay otro muy aparente y de más directa aplicación que hasta hoy parece haber pasado inadvertido. Conviene recordar que, cuando apareció el *Don Quijote*, la literatura española estaba atestada de libros de caballerías, en su mayor parte muy malos. Tal fué su perniciosa influencia, que no sólo pervirtió el gusto nacional, sino que desvió deplorablemente á aquel pueblo del buen camino. No hay duda que la mitología caballeresca contribuyó á inspirar nociones muy puras de honra y de moralidad á las naciones modernas. Desde luego purificóse el amor, de manera que sin encarecimiento podemos decir que seguramente debemos á los autores de *Lanzarote*, *Amadís* y *Orlando* la exquisita galantería que distingue á las modernas naciones europeas de los pueblos antiguos; ese respeto á la mujer, rayano en idolatría, que los griegos desconocieron por completo. Briseida, Andrómaca y Penélope caían resignadas en los brazos de sus conquistadores, que hacían de ellas sus esclavas al par que sus esposas. La buena fe, en los tiempos modernos, se ha puesto al servicio de la fuerza proclamándose que la felonía es deshonra. Los antiguos la tuvieron por inmoral, pero no la consideraron vergonzosa. El sentimiento del honor fué íntimamente enlazado con nuestra propia existencia, la deshonra se juzgó peor que la muerte y el valor una cualidad indispensable, no sólo para el soldado, sino para el hombre en general, sin distinción de clases ni categorías.

»Pero si los genuinos libros de caballerías ejercieron tan favorable influencia en las costumbres nacionales, no fué menos fatal su imitación para el gusto público. La imaginación, cuando no se apoya en la realidad, es una cualidad abundante y vulgar. Ha habido algunas naciones y algunas épocas que han carecido de ella; mas en cambio, las que la tuvieron la han ostentado como un don colectivo. Los españoles, los provenzales y los árabes han tenido una imaginación especial que se advierte en los individuos de estos pueblos como un sello de raza, así en el poeta como en el rústico aldeano. Si esta imaginación no es enfrenada por las reglas del buen gusto, incurre muy á menudo en las más asombrosas extravagancias.



Reproducción del agua fuerte de Mr. A. Schrödter, publicada en Altona en 1863. Tamaño del original 0'25 × 0'19



UNA DE LAS COMPOSICIONES DE LA EDICIÓN DEL «DON QUIJOTE DE LA MANCHA»

ilustrada por G. Doré y publicada por la casa de M. Hachette y C.ª de París en el año 1863, propiedad en España de la casa editorial de D. Eusebio Riera.

(Tamaño del original 0'25 × 0'19)

»Así, en el registro que el cura y el barbero practican en la biblioteca de D. Quijote, citan por centenares los libros de caballerías que Cervantes condena á la hoguera. Sin embargo, ninguno de ellos es tildado de falto de numen. La fantasía desbordaba del poema de *Esplandián*, de la continuación del *Amadís de Gaula*, del *Amadís de Grecia* y de todos los Amadises, y ostentábase asimismo una imaginación exuberante en *Florismarte de Hircania*, en *Palmerín de Oliva* y *Palmerín de Inglaterra*, pues todos estos libros estaban llenos de encantamientos, gigantes, batallas, amores extraordinarios y maravillosas aventuras.

. . . .

»Mientras los escritores á la moda hacían gala de menospreciar todas las reglas de la verosimilitud, del gusto y de la composición, aquel diluvio de libros de caballerías iba ejerciendo una funesta influencia en los sentimientos y el criterio de sus lectores. Ellos acostumbraron á los españoles á considerar la ampulosidad como la reina de las cualidades literarias y á consagrarse casi exclusivamente á la lectura de aquellas obras tan huecas que sólo excitaban la imaginación, sin interesar las demás facultades y sentimientos del alma. La Historia, comparada con estas extravagantes ficciones de la fantasía, se les antojaba pesada é indigesta. Así perdieron la afición al estudio de los hechos verdaderos, pirrándose en cambio por las fábulas que sus autores intercalaban en las más graves narraciones y hasta en los anales de su patria, que fueron llenándose de estúpidas consejas.

. . . .

»No hay duda, pues, que Cervantes acometió una patriótica empresa poniendo de manifiesto en su *Don Quijote* el abuso de los libros de caballerías y hundiendo en el descrédito aquellas disparatadas ficciones de hechos y caracteres imposibles. El triunfo de Cervantes fué completo: aquella antigua legión de héroes, titanes y vestigios cayó para no volverse á levantar ante la lanza de *Don Quijote*. En vano probaron algunos escritores de luchar con una sátira tan profunda é ingeniosa, lo único que lograron con ello fué hacer patente que habían sido caricaturizados antes que nacidos. No sería poca ventura que pudiésemos hacer hoy otro tanto en todos los géneros literarios.

»La vigorosa capacidad de Cervantes se revela sobre todo en sus producciones jocosas, en las cuales, como lo dijo él mismo, no se encuentra ni un ataque á la religión, á la moral ni á las leyes. El carácter de Sancho Panza ofrece un admirable contraste con el de su amo. El uno es todo poesía y el otro todo prosa. Sancho posee todas las cualidades del hombre vulgar sujeto á la influencia de un corrompido sacerdocio y un vicioso gobierno; una combinación de sensualidad, gula, pereza, cobardía, jactancia, egotismo y bellaquería, conjunto de defectos mezclado con cierta virtud nativa, con una constante fidelidad, una ruda sutileza y un natural bondadoso.

»Cervantes debió de creer que no debía colocar en primer término un carácter odioso, principalmente por la índole jocosa de su obra. A pesar de todas las flechas satíricas que les dispara, vese bien claramente que su propósito es hacer á D. Quijote y á su escudero simpáticos al lector, y esto es tan cierto como que no obstante de haberse esmerado en señalar constantemente el contraste de esos dos tipos, se ha guardado muy bien de atribuir al uno todas las cualidades y al otro todos los defectos. Mientras la divertida locura de D. Quijote consiste en practicar al pie de la letra su elevada filosofía, fruto de una imaginación calenturienta, Sancho toma por mentor la práctica y calculadora filosofía que ha inspirado los proverbios de todas las naciones. De ahí resultan á un tiempo ridiculizadas la poesía y la prosa, de modo que si el ingenio satírico de Cervantes se ceba en el exagerado entusiasmo del héroe, no sale mejor librado de sus manos el egotismo del escudero.

»El plan general del *Don Quijote* y la serie de incidentes que contiene son un verdadero derroche de ingenio y de fantasía. Si nos fuera lícito hacer una aplicación profana de las palabras del Evangelista, diríamos que la imaginación representa las cosas reales y las que no existen, dando á éstas un valor que las equipara á las primeras. La verdad es que los objetos creados por una potente imaginación quedan impresos en nuestra memoria como si estuviesen dotados de una existencia real y positiva, con sus formas, cualidades y demás circunstancias características. Tal vitalidad les dió el autor, que ocuparon su puesto en el mundo formando un eslabón de la cadena general de los seres; de modo que más fácil nos fuera negar la existencia de los que la tienen verdadera, que la de esos engendros de la humana fantasía. D. Quijote y Sancho, el ama y el cura, han quedado indeleblemente grabados en nuestra memoria. De la misma manera nos hemos familiarizado con la Mancha y con las soledades de Sierra Morena. La España de aquella época está retratada en nuestra imaginación con las costumbres de sus habitantes. Me atrevo á asegurar que más nos ha dado á conocer esa singular nación la obra de Cervantes que los relatos y observaciones de los más concienzudos viajeros.

. . . .

»En cuanto al estilo del *Don Quijote* está dotado de una belleza inimitable, del cual no puede dar idea ninguna traducción por esmerada y feliz que sea. Tiene la nobleza y la ingenuidad de los antiguos poemas caballerescos, realzadas por una riqueza de colorido, una precisión de lenguaje y una armonía que no ha igualado jamás ninguno de los escritores españoles. Los pocos pasajes en los cuales D. Quijote arenga al auditorio han adquirido gran celebridad por su belleza oratoria. Entre ellos merece citarse el discurso que endereza á los cabreros, explicándoles las maravillas de la edad de oro. El lenguaje de esta oración es noble por todo extremo: tiene una grandeza y una elegancia que recuerdan los más célebres fragmentos literarios de esta clase que la antigüedad nos ha legado.

»Cuando nos fijamos en su persona y en sus palabras, siempre nos parece verle calado el casco y ceñida la coraza, lo cual hace que su estilo resulte excesivamente gracioso, comparado con el plebeyo lenguaje de Sancho Panza. El generoso hidalgo le promete el gobierno de una isla que, hablando á la antigua, como los novelistas de la época, llama ínsula. Al repetir Sancho con gracioso énfasis esta palabra no parece tener una noción muy exacta de su significado, y el misterioso lenguaje de su amo le preocupa y admira grandemente.

»El *Don Quijote* revela en su autor una extensa erudición, un cultivado entendimiento y un gusto muy refinado. El arte de la crítica parece que le llamó seriamente la atención. El examen de la biblioteca de D. Quijote por el cura nos proporciona un pequeño tratado sobre la literatura española, en el cual resplandece un correcto é ilustrado criterio. En el prólogo, en los demás discursos del héroe y en otros pasajes del libro abundan las observaciones críticas, unas veces serias, otras jocosas, pero siempre correctas, originales é interesantes.

»Sin duda para hacerse perdonar la severidad con que había tratado á los demás quiso mostrarse no menos severo consigo mismo. Así, al examinar los libros de D. Quijote, pregunta el cura al barbero: – Pero ¿qué libro es ese que está junto al *Cancionero* de López Maldonado? – La *Galatea* de Miguel de Cervantes, responde el barbero. – Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, replica el cura, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entretanto que esto se ve, tenelde recluso en vuestra posada, señor compadre. – *Thomas Roscoe.*»

Trad. por J. Coroleu

En Alemania, una de las naciones que más entusiasta culto han rendido á Cervantes y á su incomparable *Quijote*, se ha publicado un libro exclusivamente dedicado á coleccionar los juicios, encomiásticos todos, que acerca de uno y otro han emitido los más eminentes literatos y críticos alemanes. De ellos entresacamos el siguiente, del ilustre Federico Schlegel, cuyo nombre nos releva de todo comentario sobre la importancia é imparcialidad de los conceptos en su trabajo contenidos.

«La novela de Cervantes debe su fama y la admiración que desde hace dos siglos sienten por ella todas las naciones de Europa, no sólo á la bondad y belleza de su estilo, á lo perfecto de su exposición y al hecho de ser la que revela más inventiva y más genio de todas cuantas obras satíricas se han producido; débelas también á que constituye un cuadro viviente y épico de la vida y del carácter genuinamente españoles.

»De aquí que cada día tenga nuevos encantos y valor nuevo, al paso que tantas otras imitaciones suyas publicadas en Francia, en Inglaterra y en España misma resultan completamente anticuadas y yacen ó están á punto de caer en el más absoluto olvido.

»A este libro más que á ningún otro puede aplicarse lo que en cierta ocasión he dicho acerca de las obras poéticas satíricas, á saber: que este género literario es en el que el poeta más debe probar, con gran suma de poesía en los episodios accesorios, en la exposición, en la forma y en el lenguaje, su vocación y el derecho que tiene á hacer uso de todas las libertades que se toma.

»Por esta razón no proceden justamente los que separando de la novela de Cervantes sólo la sátira, quieren dejar á un lado la poesía. Cierto que ésta, tal como allí aparece, no siempre se adapta al gusto de las demás naciones por lo mismo de estar informada de un modo esencial en el espíritu genuinamente español; pero el que con éste se identifique y pueda sentirlo cual sentirse debe, verá que en aquel cuadro hermoso y lleno de vida, lo serio y lo jocoso, la sátira y la poesía, están por modo admirable unidos, completándose mutuamente y alcanzando, gracias á ello, ésta y aquélla su verdadero valor.

»Las demás obras en prosa de Cervantes participan en mayor ó menor grado de las excelencias del estilo y del artístico artificio de exposición que caracterizan el *Quijote*; pero á éste corresponderá siempre la corona en punto á la perfección de la fábula, al paso que aquellos otros trabajos valen principalmente en cuanto se relacionan con este libro, único en su género y más inimitable cuanto más imitado.

»El *Quijote* es un encanto sin par de la literatura española, y con razón pueden los españoles sentirse orgullosos de poseer una novela que constituye una obra tan completamente nacional como no la posee ninguna otra literatura, y que como maravilloso cuadro de la vida, de las costumbres y del espíritu de la nación merece ser equiparada á un poema épico; que no sin razón hanle muchos considerado como epopeya de un género especial y de todo punto nuevo.

. . . .

»Yo exhorto encarecidamente á los lectores del *Quijote* á que consideren á Cervantes como un poeta que si en la primera parte de su libro parece haber derramado sobre éste, en un momento de festiva prodigalidad, todas las flores de fresca poesía que mezcladas con la gracia guardaba en el cuerno de la abundancia de su genio, supo también escribir otras obras no menos dignas de estimación y de respeto que algún día serán colocadas, cual les corresponde, en el santuario del arte romántico. Refiérome á la apacible é ingeniosa *Galatea*, en la cual el juego de la vida humana forma con arte reposado y suave simetría un bello cuanto artístico tejido de eterna música y delicados anhelos: es la corona de flores de la inocencia y de la primera y todavía tímida juventud El sombrío *Pérsiles*, en cambio, desenvuélvese lenta y casi penosamente por la profusión de sus sorprendentes peripecias, desde el lejano y obscuro Norte hasta el cálido Sur, para terminar apaciblemente en Roma, centro magnífico del mundo civilizado: es el fruto tardío, acaso sobrado maduro, pero siempre fresco y aromoso de ese ingenio que aun en sus últimos destellos respiraba poesía y juventud eterna. Sus *Novelas* no son inferiores á ninguna de sus obras: el que no las encuentre divinas, forzosamente se formará un falso concepto del *Quijote*. De aquí que deban ser traducidas inmediatamente después de éste, porque tratándose de aquel escritor inmortal es preciso leer todo cuanto produjo ó no leer nada.

»Del mismo modo que ahora se empieza á considerar á Shakespeare, no ya como un poeta fogoso, desesperado y frenético, sino como uno de los artistas más intencionados, así también es de esperar que al fin se reconozca en Cervantes algo más que el escritor burlón, puesto que en punto á intención oculta es tan sagaz y solapado como pudo serlo aquél, que sin haberle conocido, era su amigo y su hermano, cual si sus espíritus se hubiesen encontrado en un mundo invisible y departido allí amigablemente.

»Séame permitido, antes de terminar, decir algo de la prosa de Cervantes, en la que, como tengo dicho, hay mucha poesía: á mi entender es la única prosa moderna que merece ser parangonada con la de Tácito, Demóstenes y Platón, porque con ser tan esencialmente moderna está escrita con tanto arte como aquella otra antigua En ninguna otra prosa encontramos tanta simetría y tanta música en la colocación de las palabras; en ninguna vemos empleadas las variedades del estilo de un modo tal que no parece sino que sean masas de colores y de luz; ninguna ofrece tanta frescura, tanta vida, tanta verdad en las expresiones generales de la cultura espiritual. Siempre noble y siempre elegante, ora se eleva hasta los conceptos más profundos, ora se entretiene en infantiles cuanto dulces frivolidades. Por esto la prosa española es para la novela que ha de fantasear la música de la vida y para los géneros artísticos afines, lo que la prosa de los antiguos es para las obras de retórica y de historia. ¡Olvidemos los alemanes el estilo popular de los franceses y de los ingleses, y esforcémonos por imitar aquellos modelos!

»Pero entiéndase bien: tales modelos han de buscarse en la prosa española de Cervantes, que es única aun en España. – *Federico de Schlegel.*»

Trad. por M. M.ª Angelón



UNA DE LAS CABECERAS DE LA EDICIÓN DEL «QUIJOTE» PUBLICADA POR LA CASA EDITORA DE «LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA»
dibujada por R. Balaca



UNA DE LAS CABECERAS DE LA ANTEDICHA EDICIÓN PUBLICADA EN EL AÑO 1880
dibujada por J. L. Pellicer



«MAS EL CURA NO VINO EN ELLO SIN PRIMERO LEER SIQUIERA LOS TÍTULOS...,» cuadro pintado por R. Balaca

reproducción de uno de los cromos de la edición del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, impresa y publicada en el año 1880

por la casa editora de **La Ilustración Artística**



«SINO HASTA DOS DOCENAS DE PUNTOS DE UNA MEDIA...,» cuadro pintado por J. L. Pellicer

reproducción de uno de los cromos de la edición del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, impresa y publicada en el año 1880 por la casa editora de **La Ilustración Artística**

Entre lo mucho que en Francia se ha escrito acerca del *Quijote* y de su autor, pocos trabajos hay tan completos como el libro de Emilio Chasle, ilustre profesor de literatura extranjera de la facultad de Letras de Nancy, titulado *Michel de Cervantes, sa vie, son temps, son œuvre politique et literarie*. De él tomamos los siguientes párrafos del interesante capítulo referente al sentido que, á juicio del autor, informa la novela inmortal del Príncipe de los ingenios españoles.

«El sentido del *Don Quijote*, su alcance lejano y su profundidad cambiante no pueden ser comprendidos desde luego por los contemporáneos, porque están demasiado cerca y les falta la perspectiva; mientras que los críticos, que vendrán á su vez á juzgar el libro según las reglas ordinarias, á determinar la intención y á reducir el cuadro, experimentarán cierta dificultad para penetrarse de los personajes alegóricos. El verdadero intérprete del *Don Quijote* es el autor mismo, y él nos revela su propio esfuerzo. Por lo pronto escribe lo que ve ó lo que le place; después su genio se engrandece insensiblemente, sus miras no son ya tan restringidas como en otro tiempo, y toma por modelo el espíritu, el hombre mismo, uniendo á la observación pintoresca la crítica suprema, es decir, el conocimiento íntimo de lo que hay de más extraño y más misterioso en nuestra naturaleza.

»D. Quijote, Sancho y Dulcinea son personificaciones, y sus caracteres, símbolos. Mientras que Cervantes les da cuerpo y forma, cambian bajo su mano y se engrandecen poco á poco. Al describir el espíritu de las novelas se ve conducido á pintar el de España, el de su época, y por último el de la humanidad; y á pesar suyo, sin la menor intención, sin esfuerzo, por su movimiento independiente y dejándose llevar de su asunto, socava cada vez más. El análisis psicológico le impulsa; ese libro, que al principio era una simple parodia literaria, transfórmase en una pintura filosófica, en un cuadro del mundo, ilimitado, universal; y como Cervantes interroga al mismo tiempo á su propia conciencia, se burla de su pasado y descubre sus impresiones presentes, adivínase en el libro una discreta autobiografía.

»En un principio, *Don Quijote* es simplemente la parodia, el resumen y la tumba de los libros de caballerías: el poeta declara la guerra á los gigantes que los infestan, á los emperadores de Trebisonda, á los encantadores, á los dragones, á los enanos, á los escuderos, á las mujeres guerreras, á las princesas enamoradas, á la geografía fantástica, á las torres flotantes y á todo lo maravilloso que en tales libros se desarrolla. La biblioteca de D. Quijote aparece, pues, en el primer plano; el ama de gobierno y su sobrina la saquean; Cervantes pone en claro al punto la corrupción de las ideas, y hace el diagnóstico de la enfermedad universal.

»Pero llega Sancho y se hace escudero de D. Quijote. ¿De dónde viene? Ese tipo no está tomado de los libros de caballerías: Cervantes ha ido á buscarle en otra parte, en otra literatura de la Edad media. Junto á esos hermosos libros de aventuras existen extraños relatos populares, cuyo héroe es un villano: en Francia se le llama Marcolfo; en Italia lleva el nombre de Bertoldo, y su mujer el de Marcolfa; pero aquí ó allá es el mismo hombre, un pobre diablo que busca el medio de vivir, que nada tiene que ver con lo ideal, y para quien la gloria, los honores y el amor son variedades de un lujo que le está prohibido á él y á los suyos. En lucha con la vida, no cuenta más que consigo mismo y con su buen sentido; para guiarse tiene una provisión de máximas ya preparadas, las cuales conserva como artículos de fe y que vienen á ser como su tradición.

»Cervantes, que ha leído los adagios de Erasmo, las reseñas españolas y las *pasquinadas* italianas, se sirve de ellos por boca del labrador manchego: la literatura oral, compuesta de sentencias ó dichos populares, y la literatura escrita, rica en galanterías aristocráticas, se entremezclan en su libro y se combaten; es la lucha de la novela y del proverbio; y Rocinante y el rucio constituyen un doble símbolo que completa el contraste. Sancho, montado en su asno, es el polo opuesto de D. Quijote en su corcel; y cuando los dos avanzan, cada cual en su cuadrúpedo, se cree ver salir del fondo de la Edad media á los dos mundos que contenía: el mundo de los villanos y el mundo de los caballeros. La segunda parte del *Don Quijote* se ha convertido en la antítesis social de dos castas.

»Vuelvan á leer el *Don Quijote* los hombres de nuestros días que por la edad han adquirido la experiencia y el sentido de las luchas sociales, y les sorprenderá ver empeñarse allí, entre el caballero y el patán, la lucha que acabará algún día por una revolución.

»Ahora bien; ¿contra cuál de ellos se dirige, pues, Cervantes? ¿Es contra la aristocracia? ¿Tendrá Byron razón? Así se creería al oir hablar á Sancho; pero Cervantes no aborrece al caballero de la Mancha, pues le hace bueno, intrépido, elocuente; su carácter es generoso y noble, y demuestra muy buen sentido siempre que no se toque á su idea fija. ¿Y cuál es esta idea? Es la antigua idea de Cervantes en sus años juveniles y de locas esperanzas, la idea de las grandes empresas.

»Podría citar muchos rasgos del libro de Cervantes que permiten reconocer, bajo el disfraz de su D. Quijote, corredor de aventuras, al caballero pobre y nómada que, nacido para las armas y amigo de las letras, quiso en una y otra carrera corregir los errores públicos Si alguno lo dudase, que lea la última página del libro, harto olvidada ya. «Para mí solo - hace decir Cervantes á la pluma de Cide Hamete - nació D. Quijote y yo para él; solos los dos somos para uno.» En el fondo de la novela hay un monólogo, como en las confesiones cristianas de San Agustín y en las confesiones filosóficas de Juan Jacobo.

»Y no es esto todo aún: las profundidades morales en que Cervantes penetra se iluminan, no sólo por su conciencia, á la cual interroga, sino también por el diálogo entablado entre Sancho y D. Quijote.

»Cuando el caballero habla, es lírico; cuando el villano contesta, es todo lo contrario, y entonces desaparece la antítesis social. No es al caballero á quien oímos, ni al villano; es la poesía y la prosa. Lo que nos admira únicamente es la imaginación en lucha con el buen sentido, lo ideal chocando con la realidad, el esfuerzo de ilusión que trata de dominar la razón positiva. Entre el hombre á quien infunde horror la evidencia y se resiste á ella con soberbia terquedad, y el otro que le sigue y le hostiga desde abajo; entre el que no ve sino las ideas y aquel que no ve más que las cosas, hay un duelo continuo, admirado más en el libro porque se ha visto ya en la vida.

Cervantes los ha escuchado, repite sus propias palabras y ya no tiene estilo propio, porque se sirve del estilo de ellos. Cada cual usa su vocabulario especial y su jerigonza intelectual; la conversación de aquellos dos seres, distintos por su naturaleza y su alimento (como decía la Edad media), es la maravilla del libro; el arte del narrador triunfa en las discusiones ingeniosas del amo y del criado, y hace entrever en su cerebro con inusitada transparencia el juego de sus pensamientos. Al ver funcionar el mecanismo de cada uno de esos dos relojes, que jamás pueden ponerse de acuerdo, reconocemos á las dos grandes familias que se comparten el mundo, la de los idealistas y la de los realistas.

»La antítesis social se ha desarrollado, pues, hasta el punto de abrazar la humanidad entera. En vez de dos castas tenemos á la vista dos categorías de espíritus; es la antítesis humana y universalmente verdadera; y á veces Cervantes, que se siente atraído por su asunto más allá de los límites que se trazara en la primera parte, interrúmpese riendo, y dice:

«Llegando á escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, por que en él habla Sancho con otro estilo del que se podía esperar de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese.»

»En efecto, la argumentación va haciéndose seria por momentos: ingenuas en un principio, las polémicas entre Sancho y su amo toman el carácter de aquellas que excitan la risa loca de los niños. Sancho se limita por lo pronto á desengañar á su amo, que con una mirada transforma todo cuanto le rodea, que convierte la posada en un castillo con puente levadizo; el porquero, que toca un cuerno, en enano que anuncia su llegada, y el tejado rústico en muro almenado, en el cual tiene su puesto imaginario un paje ausente.

»Sin embargo, poco á poco el debate cambia de terreno, y ya no se trata de saber si los molinos son gigantes y si los odres son fantasmas, sino determinar á qué es preciso atenerse respecto á la gloria, por ejemplo, ó á la verdadera belleza, ó á la justicia social, ó, en fin, al honor de las mujeres. Cuestiones delicadas, difíciles de dilucidar, sobre las cuales los dos viajeros filosofan, siendo siempre de parecer contrario; y más de una vez Cervantes nos deja perplejos para decidir quién de los dos tiene razón.

»El autor, en efecto, no quiere declararse ni por Sancho ni por D. Quijote, y deja á cada cual entregarse á sus reflexiones. Si no se consultase más que la primera impresión de lectura, indudablemente el buen Sancho es el hombre razonable y D. Quijote el loco; pero si se medita algo más sobre el libro, tal vez se piense de otra manera. Ya sabemos que Cervantes amaba el heroísmo y también se verá que adoraba la poesía.

»Antes de examinar la doctrina final de D. Quijote es preciso seguir los desarrollos del pensamiento de Cervantes en ese período de 1598 á 1616, que fué un tiempo de madurez, de savia y de juicio general, escuchando lo que dice cuando habla directamente de la poesía, de la literatura y de la sociedad española. – *Emilio Chasle*.»

Trad. por E. L. Verneuil

Del artículo *Cervantes* incluído en la importante enciclopedia dinamarquesa-noruega *Nardisk Conversations lexicon*, publicada en Copenhague en 1885, y escrito por el Dr. G. Storm de Cristianía, traducimos el siguiente párrafo:

«El *Quijote* ha hecho época en la literatura universal. La intención inmediata de Cervantes era, como se sabe, parodiar las fantásticas y absurdas novelas caballerescas que desde casi un siglo habían sido la lectura del mundo elegante; mas su genio tomó un vuelo más alto, y al través de la narración humorístico-burlesca de las desventuradas aventuras del caballero errante suena un saludo de despedida al romanticismo de la Edad media. El que la carcomida lanza que el «caballero de la Triste Figura» blande, se hace astillas contra la prosaica realidad de los molinos de viento, es como un símbolo de que los ensueños de la Edad media han de desvanecerse irremisiblemente ante el concepto racional de la vida moderna. Así como los dramáticos españoles en la figura cómica del «gracioso» condensan una parodia viva del aéreo idealismo caballeresco del héroe, encontramos aquí en la maciza y achaparrada persona de Sancho Panza el prosaico sentido común del aldeano. El escudero y su amo son dos de esos tipos eternos que representan y por el contraste cómico ilustran los conceptos extremos de la vida. Episodios románticos, descripciones de la naturaleza y de la vida popular, todo igualmente alumbrado por el sol de Andalucía, tachonan de flores la obra en la cual se esparce holgadamente, en una exposición llena de sentimiento y color, manifestándose á cada paso el carácter simpático y en el fondo bonachón de Cervantes. – *Dr. G. Storm*.»

Trad. por Gaspar Sentiñón

V. Karelín hace preceder á su traducción directa del *Quijote* un prólogo de 20 páginas, 4.° esp., con el epígrafe «Miguel Cervantes Saavedra y su libro *Don Quijote de la Mancha*.» Este prólogo empieza así:

«Ningún libro ha adquirido tanta fama, ninguna novela ha alcanzado tan extensa celebridad, ninguna producción de ningún escritor ha logrado ganar tan universal popularidad como el *Don Quijote* de Miguel de Cervantes. Mas cuando á cada paso y de la boca de muchísima gente oímos el nombre del héroe de esta inmortal obra, cabe, sin embargo, preguntar si son muchos los que han leído el libro, y más aún los que saben algo del autor mismo, á pesar de que tal vez no hay otro libro que se haya reimpreso tantas veces ó traducido á tantas lenguas ni otro autor que haya merecido tantas biografías. Detrás del enjuto rostro del héroe que ha quedado típico, asoma la potente figura del autor mismo. Que salga á nuestra vista por un minuto antes de empezar á narrarnos la vida y los hechos del ingenioso hidalgo.»

. . . .

«Mas ¿qué es este libro maravilloso que tanta fama y gloria alcanzara? ¡Con la aparición del *Quijote* – ha dicho E. Chasle – la caballería quedó muerta y Cervantes inmortal! Este es el juicio más acertado al par que conciso que puede hacerse del *Quijote*, pues nos coloca en el verdadero punto de vista desde el cual hemos de examinar la obra.»

. . . .

«Evidentemente Cervantes quería escribir tan sólo una sátira contra las mencionadas novelas, entregándolas á la risa pública, para que las gentes se convencieran de la necedad de semejante lectura. Mas la pluma del genio, según el agudo dicho de Heine, es siempre superior á él; alcanza mucho más allá de las casuales intenciones del mismo, y por esto Cervantes, sin darse cuenta de ello, escribió una gran sátira contra la humana extravagancia. El *Quijote* representa la lucha entre el idealismo y el realismo; el largo y flaco caballero es la personificación del entusiasmo idealista; el gordo escudero es el sentido común realista, y ambos á dos representan una parodia del propio afecto. No se nos presenta simplemente la diferencia entre un soñador y un individuo prosaico, sino que se trata del eterno contraste entre el idealismo



«NO HA MUCHO TIEMPO QUE VIVÍA UN HIDALGO DE LOS DE LANZA.....» (Cap. I.)

dibujo inédito de José Jiménez Aranda. (Véase el texto de la pág. 24.)

exclusivista y el realismo. Fischer ensalza la obra como verdadera producción artística, precisamente porque en ella la individualidad del colorido va combinada con la universalidad del fondo.

. . . .

»El *Quijote* representa un trabajo de 15 años, y si la primera parte es la producción de un chancero, la segunda es obra de un filósofo En ésta D. Quijote sale de nuevo en busca de aventuras, y éstas se presentan aún más ricas y más fantásticas y de carácter todavía más romántico que en la primera parte, pero ya no ofrecen una fisonomía tan típica ni tan profundamente popular. Mucho tiempo la narración se mantiene á la misma altura que en la primera parte, pero finalmente llega un momento fatal en que, según la expresión de Frenzel, la comedia se convierte en tragedia. . . . .

»Si las alabanzas tributadas á las chuladas de Sancho pudieron inducir á Cervantes á hacer de este carácter el centro de su narración ulterior, bastó esto para que en la mitad de la segunda parte se desvaneciera nuestra simpatía por el héroe... Pero la ingrata impresión de una parte de la segunda mitad no puede hacernos olvidar la grandiosidad del conjunto. Tiene razón Fischer cuando dice: «El mérito inmortal de Cervantes consiste en que con una sola producción creó con ironía artística al mismo tiempo la novela cómica y la naturalista...»

»Más claramente no puede explicarse la importancia de este libro para la literatura universal.

»No se sabe qué ha sido del cadáver de Cervantes, pero su nombre quedó en la memoria de los contemporáneos y de la posteridad, rodeado de tal gloria como no puede pretender ningún otro nombre en la literatura á no ser el de Shakespeare.»

TRAD. POR GASPAR SENTIÑÓN

Por los juicios que anteceden habrán podido ver nuestros lectores la alta estima en que los más diversos pueblos tienen la imperecedera obra de Cervantes. No menos laudatorios son los emitidos por nuestros más insignes literatos y pensadores; y es tanto lo que en alabanza del *Quijote* se ha dicho en España, que necesitaríamos un espacio de que no dispone-mos para dar de ello idea exacta á nuestros lectores.

De aquí la necesidad en que nos vemos de limitarnos á citar únicamente el testimonio de dos autoridades tan indiscutibles como D. Manuel José de Quintana, el inspirado poeta coronado en vida por regias manos, y D. Juan de Valera, el profundo crítico y escritor eminente, cuyas producciones se consideran con justicia como modelos de bien pensar y bien decir. De la *Vida de Miguel de Cervantes* del primero y del *Discurso leído ante la Real Academia Española* en junta pública de 25 de septiembre de 1864 por el segundo, entresacamos los siguientes párrafos que más directamente se refieren al libro inmortal.

«Maltratado así de los hombres, y contrariado por la fortuna, había entrado Cervantes en la jurisdicción de la vejez sin que se hubiese desenvuelto en su ingenio aquella fuerza colosal que le iba á dar la primacía entre los escritores españoles; mas ni los años, ni los contratiempos, ni la naturaleza de sus ocupaciones, igualmente triviales que enfadosas, podían apocar aquel ánimo, ya otro tiempo tan generoso y libre en las mazmorras de Argel. Detenido en las prisiones de Argamasilla, donde la misma tradición señala el punto de su último desaire, concibe la idea de su *Don Quijote*, y la realiza con la portentosa facilidad que su mismo contexto manifiesta. La obra se publicó en 1605, cuando Cervantes contaba cincuenta y ocho años de edad: así un vuelo de fantasía tan alto y extraordinario es dado en una época de la vida en que apenas hay escritor, por vigoroso que sea, que no sienta desmayar sus bríos; y el libro más ingenioso y festivo que ha producido el entendimiento humano se escribe en una cárcel, «donde – como su autor dice – toda incomodidad tiene su asiento, y todo triste ruido hace su habitación.»

»Estaba entonces entregada la mayor parte de los hombres á una clase de lectura extravagante, que viciaba la educación, corrompía las ideas de la moral, estragaba las costumbres y usurpaba con las invenciones más monstruosas la atención debida sólo á la belleza. Inundaban los libros caballerescos á España, y sus despropósitos eran la admiración de los idiotas, el entretenimiento de los ociosos y tal vez distracción indigna de los discretos. «Yo acabaré con esta peste,» dijo entre sí Cervantes, y su imaginación grande y festiva le presentó el héroe que había de anonadar á tantos y tan acreditados paladines. No eran bastantes ya contra ellos ni una invectiva seca, ni un juicio aislado como los que se habían hecho hasta entonces: débiles reparos contra un contagio tan grande, y que, incorporados la mayor parte en obras que el pueblo no leía, de nada servían al pueblo. ¿Qué aprovecha que un crítico escriba para otros críticos lo que ellos acaso se pensarán sin él? Por esto las declamaciones de Luis Vives, Alejo Venegas y otros sabios contra los libros caballerescos eran superfluas, cuando el vulgo, embebecido con ellos, ni las leía ni las podía entender. Es preciso para desarraigar un vicio general que el remedio también lo sea.



«QUE SE LE PASABAN LAS NOCHES LEYENDO DE CLARO EN CLARO.....,» dibujo inédito de José Jiménez Aranda

»Y aún se necesitaba más entonces. Puesto que las gentes se agradaban tanto de la lectura que se intentaba destruir, el fin no se alcanzaba si no se sustituía por otra que fuese igualmente grata, y si no se suplía la pérdida de tantos libros con uno que venciese á los demás en novedad y en placer; que, rico con todos los adornos de la imaginación, se apoyase en los principios del gusto y de la verdad, y en donde la invención y la filosofía, acordes, agradasen y suspendiesen á toda clase de personas en todos los estados de la vida.

»Tal fué el *Don Quijote*, donde no se sabe qué admirar más, si la fuerza de fantasía que pudo concebirle, ó el talento divino que brilla en su ejecución. Cuando en la conversación llega á mentarse este libro, todos á porfía se extienden en su elogio, y el raudal de sus alabanzas jamás se disminuye, como si saliera de una fuente inagotable. El uno ensalza la novedad y felicidad del pensamiento, el otro la verdad y la belleza de los caracteres y costumbres; éste la variedad de los episodios, aquél la abundancia y delicadeza de las alusiones y los chistes; quién admira más el infinito artificio y gracia de los diálogos, quién la inestimable hermosura del estilo y la propiedad de su lenguaje.

»Todas estas dotes, que esparcidas hubieran hecho la gloria de muchos escritores, se encontraron reunidas en un hombre solo y derramadas con profusión en un libro. Y no deja de entrar á la parte de la maravilla la consideración de la época. Pues aunque el siglo XVI sea por tantos respetos acreedor á nuestra admiración y gratitud, ni el carácter que entonces



«DIERA ÉL, POR DAR, UNA MANO DE COCES...»

[illegible] José Jiménez Aranda

tenía la ilustración, ni la calidad y mérito de los autores que á la sazón sobresalían entre nosotros, ni, en fin, el tono general de nuestras letras, ni aun de nuestros gustos y usos, podían prometer una producción tan original y tan grande, y al mismo tiempo tan graciosa. Ella á nada se parece, ni sufre cotejo alguno con nada de lo que entonces se escribía; y cuando se compara el *Quijote* con la época en que salió á luz y á Cervantes con los hombres que le rodeaban, la obra parece un portento y Cervantes un coloso.

»Empéñense en buen hora los que se precien de críticos en analizar las bellezas de esta fábula y examinar cómo el escritor supo hacer de su héroe el más ridículo y al mismo tiempo el más discreto y virtuoso de los hombres, sin que tan diversos aspectos se dañen unos á otros; cómo en Sancho empleó todas las formas de la simplicidad; qué de recursos se supo abrir en estas variedades imperceptibles, sin ofender á la unidad de los caracteres; cómo supo enlazar á su fábula los lances que parecían más lejanos de ella, y hacerlos servir todos para realzar la locura del personaje principal; de dónde aprendió á variar las situaciones, á contrastar las escenas, á ser siempre original y nuevo, sin desmentirse ni decaer nunca, sin fastidiar jamás. Todo esto pertenece al genio, que se lo encuentra por sí solo, sin estudio, sin regla y sin ejemplares.

»Así aparece tanto más vano, por no decir importuno, el empeño de los hombres doctos que se han puesto á desentrañar las bellezas de este libro, ajustándole á reglas y á modelos que, no teniendo con él ni semejanza ni analogía alguna, de ningún modo pueden compararse. Si su autor pudiera levantarse del sepulcro, y viera á los unos apurar su ingenio, á otros su erudición, á otros su cavilosa metafísica y á todos sudar para hacer del *Quijote* una obra á su modo, quizás les dijera con compasión y con risa: «En balde os afanáis si con esa disposición doctrinera pensáis gustar de mi libro ni hacer entender lo que vale. ¿Qué hay en Homero de común conmigo, ni en *Aquiles* con *Don Quijote*, ni qué tienen que hacer aquí Macrobio y Apuleyo, Aristóteles y Longino? Todo ese aparato de erudición y principios podrá servir á vuestra ostentación; mas para explicar mi obra es del todo insignificante y superfluo. La naturaleza me presentó á D. Quijote, mi imaginación se apoderó de él, y un feliz instinto hizo todo lo demás. Así, cuando habláis de imitaciones épicas, de intenciones metafísicas y sutiles, de artificio y pulimento, me asombro de ver que haya en mi libro tantas cosas en que no pensé, y que sea menester tanto trabajo para descifrar y dar precio á lo que á mí no me costó ninguno.»

. . . .

»No: el *Quijote* no tuvo modelo, y carece hasta ahora de imitadores (1): es una obra que presenta todos los caracteres de la originalidad y del genio, un poema divino á cuya ejecución presidieron las Gracias y las Musas. Su publicación fué un rayo que deshizo en un momento las ilusiones de la caballería; y el tropel de libros que atacó, tan universalmente derramados y tan gratamente acogidos, desapareció de tal modo que ya sólo en el *Quijote* dura la memoria de que fueron: triunfo admirable y singular, digno del mérito de la obra, y gloria en que autor ninguno puede competir con Cervantes (2).

»Así, contra el destino y condición de las sátiras, cuya vida, por la naturaleza misma de su objeto y de sus medios, es por lo común tan corta (3), se reservó al *Quijote* el privilegio extraordinario de ir adquiriendo nueva vida y lustre nuevo al cabo de dos siglos que los libros de caballería y sus ilusiones extravagantes están sepultados en olvido. El interés vivo é inmenso que anima todas las partes de esta fábula no se limita á una sola época ni tampoco á un solo país. Desde que su autor la dió á luz, las prensas no se cansan de estamparla ni los ojos de leerla. Todas las naciones cultas la han hecho suya: los nombres de don Quijote y Sancho son conocidos en las regiones más apartadas y mentados en los ángulos más remotos de la tierra; y estos dos personajes humildes, nacidos en la fantasía de Cervantes, vencen en celebridad á los héroes más ilustres de la fábula y de la historia.»

MANUEL JOSÉ DE QUINTANA

«Ensalzado Cervantes hasta las nubes en todas las naciones de Europa, y singularmente en Inglaterra y Francia, ya miradas entonces, y no sin motivo, como al frente de la civilización del mundo, se avivó el fervor de nuestros literatos, y no pudieron menos de reconocer en el autor del *Quijote* á uno de los pocos seres privilegiados que, valiéndonos de un neologismo expresivo y elegante, designamos hoy con el nombre de *genios*. La injusta crueldad con que las referidas naciones denigraban todo lo demás de España, daba mayor precio y fuerza al panegírico de Cervantes, haciendo de él una excepción rarísima; el Píndaro de esta Beocia. Como se negaba que hubiésemos tenido filósofos, sabios y grandes humanistas, y al propio tiempo se afirmaba que Cervantes era un *genio*, muchos críticos españoles, que con harta humildad creían la primera afirmación, quisieron subsanarnos del daño deduciendo de la segunda que en Cervantes estaban compendiadas todas las ciencias, todas las humanidades y toda la filosofía. Por otra parte, la magia del *Quijote* concurría y conspiraba á que pasase su autor por un varón extraordinario, y yo creo que no hubo *clasicista* español de aquella época, y sea esto dicho para honra de todos, que, por mucho que se admirase de su Boileau, de su Corneille y de su Racine, no pusiese al manco de Lepanto por cima de estos tres escritores, sin hallarle igual, á no ser en Homero.»

. . . .

«Cervantes parodió en su *Quijote* el espíritu caballeresco, pero confirmándole antes que negándole. No fué esta su intención, pero fué su inspiración inconsciente, la esencia y el ser de su ingenio; de lo cual no se daba cuenta, por ser él poco crítico, y por vivir en una edad y en una nación donde la crítica literaria y la reflexión sobre estos puntos, si existía, era superficial ó extraviada. Época aquella de impremeditada inspiración, el único intento claro y determinado que Cervantes tuvo, fué censurar los libros de caballerías. Melchor Cano, Luis Vives, Alejo de Venegas, fray Luis de León, Malón de Chaide y otros los habían ya censurado seriamente. Cervantes quiso acabar con ellos por medio de la burla, y vino á lograrlo. No llevaba Cervantes otro fin, y no se comprende cómo algunos admiradores suyos lo desconozcan, suponiendo propósitos contrarios en el *Quijote*. En mil pasajes de esta obra inmortal se declara, sin la menor ironía, sino franca y abiertamente, que se trata de desterrar los libros de caballerías y de anatematizar su lectura. No debe, pues, dudarse de esto.»

. . . .

«Por cuanto queda expuesto se corrobora más que de censurar Cervantes en el *Quijote* un género de literatura falso y anacrónico, no se sigue que tratase de censurar ni que censuró y puso en ridículo las ideas caballerosas, el honor, la lealtad, la fidelidad y la castidad en los amores, y otras virtudes que constituían el ideal del caballero y que siempre son y serán estimadas, reverenciadas y queridas de los nobles espíritus como el suyo. No hay, en mi sentir, acusación más injusta que la de aquellos que tal delito imputan á Cervantes. D. Quijote, burlado, apaleado, objeto de mofa para los duques y los ganapanes, atormentado en lo más sensible y puro de su alma por la desenvuelta Altisidora, y hasta pisoteado por animales inmundos, es una figura más bella y más simpática que todas las demás de su historia. Para el alma noble que la lea, D. Quijote, más que objeto de escarnio, lo es de amor y de compasión respetuosa. Su locura tiene más de sublime que de ridículo. No sólo cuando no le tocan en su monomanía es don Quijote discreto, elevado en sus sentimientos y moralmente hermoso, sino que lo es aun en los arranques de su mayor locura ¿Dónde hay palabras más sentidas, más propias de un héroe, más noblemente melancólicas que las que dice al caballero de la Blanca Luna, cuando éste le vence y quiere hacerle confesar que Dulcinea del Toboso no es la más hermosa mujer del mundo? «D. Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra.» Ni del caballero que estas palabras dice, ni de los sentimientos que estas palabras expresan, pudo en manera alguna burlarse Cervantes. Hay en estas palabras algo de más patético y sublime que cuanto se cita de sublime y de patético en la poesía ó en la historia. El *qu'il mourut* de Corneille y el *tout est perdu hors l'honneur* de Francisco I, parecen frases artificiosas, rebuscadas y frías, frases de *parada*, al lado de las frases sencillas y naturales de don Quijote, que nacen de lo íntimo de su corazón y están en perfecta consonancia con la nobleza de su carácter, nunca desmentida desde el principio hasta el fin de la obra.

»Yo no entiendo ni acepto muy á la letra la suposición de que D. Quijote simboliza lo ideal y Sancho lo real. Era Cervantes demasiado poeta para hacer de sus héroes figuras simbólicas ó pálidas alegorías. No era como Molière, que hace en *El Avaro* la personificación de la avaricia y en *El Misántropo* la personificación de la misantropía. Era como Homero y como Shakespeare, y creaba figuras vivas, individuos humanos, determinados y reales, á pesar de su hermosura. Y es tal su virtud creadora, que D. Quijote y Sancho viven más en nuestra mente y en nuestro afecto que los más famosos personajes de la historia. Ambos nos parecen moralmente hermosos, y los amamos y nos complacemos en la realidad de su sér como si fuesen honra de nuestra especie.»

JUAN VALERA

. . . .

EDICIONES DEL «QUIJOTE»

Son más numerosas de lo que generalmente se cree las ediciones que se han publicado de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. En la notable librería del distinguido bibliófilo de esta ciudad D. Isidro Bonsoms y Sicart figuran más de 500 ediciones distintas de la obra maestra de Cervantes, entre las cuales, 187 son ediciones publicadas en lengua castellana, 140 en francés, 83 en inglés, 39 en alemán, 14 en italiano, 10 en holandés, otras 10 en ruso, 5 en portugués, 3 en húngaro, 3 en lengua danesa, 3 en catalán, 2 en sueco, 2 en griego y otras 2 en bohemio, una en croata, otra en polaco, otra en lengua servia, y finalmente una edición en las dos lenguas francesa y polaca. Bien es verdad que la biblioteca cervantina de D. Isidro Bonsoms es quizás la más completa de todas las que existen; ya que, para no citar más que algunas de las que hay en España, la biblioteca de D. José M.ª Asensio, presidente de la Academia de Bellas Letras de Sevilla, con ser bastante numerosa y digna de especial mención, no contiene más que 115 ediciones españolas y 26 versiones en lenguas extranjeras; la de D. Pedro Salvá, entre su riquísima colección de obras, no contiene más que 36 ediciones del *Quijote* en castellano, y la del presbítero Sr. Cortejón, ilustrado catedrático de Preceptiva literaria en el Instituto de segunda enseñanza de nuestra ciudad, á pesar de que es también muy notable, dista mucho, según sabemos por conducto fidedigno, de contener tan gran número de ejemplares como la biblioteca del Sr. Bonsoms.

Vamos, en cumplimiento del encargo que nos han hecho los editores de esta Revista, á decir algunas palabras acerca de las principales ediciones del *Quijote* comprendidas en dicha biblioteca.

EDICIONES EN ESPAÑOL (1605)

De las ediciones en castellano las más antiguas son del año 1605, en que por primera vez apareció la primera parte del *Quijote*. Seis son las ediciones de esta fecha que figuran en la biblioteca del Sr. Bonsoms; dos de ellas publicadas en Madrid, dos en Lisboa y otras dos en Valencia. Las dos de Madrid están impresas por Juan de la Cuesta, á expensas de Francisco de Robles, y llevan las dos el escudo del mencionado impresor, que representa una mano sosteniendo un halcón encapirotado, debajo del cual se ve un león tendido ó dormido, con el lema «Post tenebras spero lucem;» y las dos contienen la *Tassa* de Juan Gallo de Andrade, dada en Valladolid á los veinte días del mes de diciembre de 1604, y la licencia real, expedida también en Valladolid á 26 de septiembre del mismo año; pero se notan entre ambas las siguientes diferencias: 1.ª, en la portada de una de dichas ediciones se dice solamente «Con privilegio,» y en la otra «Con privilegio de Castilla, Aragón y Portugal»: 2.ª, en la primera la dedicatoria va dirigida «al duque de Béjar, marqués de Gibraleón, conde de Benalcaçar y Bañares, vizconde de la Puebla de Alcozer, señor de las villas de Capilla, Curiel y Burguillos; y en la otra en vez de Benalcaçar se dice *Barcelona*, y en vez de Burguillos *Burgillos* (véanse en

(1) Cándido, Sublero, Fray Gerundio y otros libros escritos en la manera del *Quijote* prueban más que ninguna otra cosa la superioridad de Cervantes: copias miserables de un admirable original.

(2) Esta desaparición de los libros de caballerías fué muy pronta: ya Calderón decía en su *Maestro de danzar:*

«En ti
Todas las locuras de
De Esplandián, de Belianís,
Amadís y Beltenebros,
Que, á pesar de *Don Quijote*,
Hoy á revivir han vuelto.»
(Jornada I, escena I.)

(3) Está en la naturaleza que así sea: si la sátira es vaga no interesa: su vida y su interés nacen de la aplicación ingeniosa y oportuna á circunstancias y personas determinadas: cuando éstas dejan de existir, la sátira muere también con ellas y sólo puede conservarse á fuerza de ingenio y mérito en la ejecución.

el presente número de LA ILUSTRACIÓN las copias tipográficas de las portadas correspondientes á las dos ediciones): 3.ª, la primera edición en el reverso de la plana que contiene la *Tassa* y que está sin foliar, lleva testimonio de las erratas, de fecha 1.º de diciembre de 1604; mientras que la segunda lleva tres erratas, sin fecha, á continuación de la *Tassa* y en la misma plana: 4.ª, la primera edición no contiene más que la licencia real, de que se ha hecho mención, para imprimir el libro *en todos estos nuestros Reynos de Castilla por tiempo y espacio de diez años;* la segunda edición lleva, además de esta licencia y á continuación de la misma, otra real licencia, escrita en portugués y fechada en Valladolid en 9 de febrero de 1605, autorizando á Miguel de Cervantes Saavedra *para que possa imprimir nos meus Reynos de Portugal ó liuro intitulado Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha.* Sin embargo, la diferencia capital entre ambas ediciones es la que señaló D. Juan Eugenio Hartzenbusch y que hemos tenido ocasión de comprobar, la cual se observa en el capítulo XXVI, de la parte ó sección tercera, *donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo el nuestro Don Quijote en Sierra morena.* Cuando en dicho capítulo se trata de que el héroe manchego se propuso imitar á *Amadís*, en la edición «Con privilegio» se lee: *mas ya sé que lo que él hizo fué rezar y encomendarse á Dios; pero qué haré de rosario que no le tengo? En esto le vino al pensamiento cómo le haría, y fué que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa, que andaban colgando, y dióle once nudos, el uno más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo;* mientras que en la edición «Con privilegio de Castilla, Aragón y Portugal,» se dice: *mas ya sé que lo que más que él hizo fué rezar y así lo haré yo. Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez.* El rasgo relativo *á la tira de la camisa* que se lee en la edición «Con privilegio,» indudablemente se mandó suprimir, porque sólo se encuentra en las dos ediciones de Lisboa, de que hablaremos á continuación; pero no aparece en la otra edición impresa por Juan de la Cuesta en 1605, ni en las dos impresas aquel mismo año en Valencia por Pedro Patricio Mey, ni en ninguna de las ediciones posteriores. Y este dato es de muchísima importancia para fijar el orden cronológico en que fueron publicadas las seis edic ones de aquella misma fecha.

Ediciones de Lisboa de 1605. La primera de estas dos ediciones, ó sea la impresa *con licença do Santo Officio*, por Jorge Rodríguez, en 4.º, á dos columnas, tiene 10 hojas preliminares y 220 foliadas, la última sin numerar y la pen última marcada por equivocación con el número 209. La viñeta de la portada (véase el facsímile en el presente número) representa un caballero montado llevando una espada en alto, y precedido de un escudero á pie con lanza al hombro y espada á la cintura. La licencia del Santo Oficio lleva la fecha del 26 febrero de 1605. La segunda de estas dos ediciones de Lisboa es la impresa por Pedro Crasbeeck, con licencia de la Santa Inquisición, expedida en 27 de marzo del mismo año, y consta de 448 páginas foliadas, en 8.º menor, y 12 más sin foliar, de portada y preliminares. Lleva en la portada (véase la reproducción correspondiente) dos figuritas que representan un jinete cubierto de todas armas defensivas, con lanza al hombro y en dirección hacia la izquierda, seguido de un peón, armado también de lanza y espada.

Ediciones de Valencia de 1605. – Las dos están impresas por Pedro Patricio Mey, á costa de Iusepe Ferrer, son del mismo tamaño, tienen el mismo número de páginas foliadas y sin foliar, la misma aprobación, firmada á 18 de julio por Fr. Luis Pellicer, *lector de S. Theologia y diffinidor*, y llevan en la portada la misma estampa, que representa un caballero lanza en ristre, en actitud de acometer (véase la copia de dicha portada). Sin embargo, son dos ediciones distintas, con varias diferencias tipográficas, de las cuales D. Pedro Salvá, en el Catálogo de su biblioteca, señala las siguientes como muy notables: En una de estas dos ediciones el reclamo del recto de la segunda hoja, ó sea la de la *Aprobación*, dice *Al;* en la otra dice *La;* en aquélla la primera hoja va marcada *fol* 1; en ésta sólo hay el número 1 (sin *fol*); en la primera están bien numeradas las páginas 192 y 243; en la segunda la numeración está equivocada, llevando dichas páginas los números 162 y 234 respectivamente; y por fin, en la primera la página 365 principia diciendo *el de Alicante*, mientras que en la segunda empieza con las palabras *Sevilla y yo.*

En cuanto á la prioridad respectiva de las ediciones de que nos venimos ocupando, si atendemos á la circunstancia anteriormente explicada, relativa al pasaje del capítulo XXVI, contenido en una edición de Juan de la Cuesta y en las dos de Lisboa, y suprimida en la otra de Madrid y en las dos de Valencia; y si nos fijamos en las fechas de los Reales privilegios y de las licencias del Santo Oficio, podremos afirmar que el orden cronológico en que aparecieron las seis ediciones de 1605 es el siguiente:

1.ª edición, ó *edición príncipe:* la de Madrid «Con privilegio.»

2.ª edición: la de Lisboa, impresa por Jorge Rodríguez.

3.ª edición: la de Lisboa, impresa por Pedro Crasbeeck.

4.ª edición: la de Madrid «Con privilegio de Castilla, Aragón y Portugal.»

5.ª y 6.ª: las dos ediciones de Valencia, de Pedro Patricio Mey, sin que pueda determinarse, á punto fijo, cuál de las dos se publicó primero.

Esto mismo opinan también distinguidos cervantistas. El ya mencionado D. José María Asensio publicó en el número de *La España moderna* correspondiente al 1.º de Enero del año último un artículo titulado «Noticias curiosas. – Particularidades y anécdotas relativas al *Quijote*,» en el cual artículo, al tratar de las primeras ediciones de esta obra y de la prioridad de su publicación respectiva, hace las siguientes consideraciones que nos parecen muy atinadas. «El *Quijote* debió aparecer al público á principios del año 1605. Lo persuade la fecha de la fe de erratas, que demuestra estaba terminada la impresión en 1.º de diciembre de 1604; lo confirman los hechos, pues en 26 de febrero y en 25 de marzo de 1605 ya se dieron licencias en Lisboa á los editores Jorge Rodríguez y Pedro Crasbeeck para que pudieran reimprimirlo. Estas licencias causaron gran alarma al librero Francisco Robles, que había comprado á Miguel de Cervantes el derecho de reimprimir *El Ingenioso Hidalgo*, y para prevenir la reproducción de ediciones en los reinos que formaban la corona de España, solicitó y obtuvo nuevo privilegio que comprendía á Aragón y Portugal, y puso en circulación inmediatamente nueva edición. Por cierto que insertó en ella el certificado de Portugal, pero no el de Aragón, y la misma falta se nota en la edición de 1608.» Solamente así se explica que el pasaje del capítulo XXVI contenido en la edición «Con privilegio» ó *edición príncipe*, aparezca en las dos de Portugal y no en la otra de Juan de la Cuesta ni en ninguna de las ediciones posteriores; y la misma prisa del librero Robles en publicar la edición «Con privilegio de Castilla, Aragón y Portugal» pudo ser causa de las erratas *Barcelona* y *Burgillos* que se observan en la portada de esta segunda edición impresa por Juan de la Cuesta. Muy raros son los ejemplares de todas estas ediciones de 1605. La medalla que se acuñó en nuestra ciudad para conmemorar la inauguración de la fototipografía y la reproducción en facsímile por dicho procedimiento de la primera edición ó edición príncipe del *Quijote*, dice que sólo quedan en España dos ejemplares de la misma, si bien nosotros tenemos motivos para creer que esta afirmación no es exacta. D. Pedro Salvá, para demostrar la rareza de la edición de Lisboa, impresa por Jorge Rodríguez, dice que no conoce ningún otro ejemplar que el de su biblioteca; sin embargo, D. José M.ª Asensio, en una nota de su artículo «Curiosidades,» publicado en *La España Moderna* y del cual hemos hablado anteriormente, afirma que ha tenido ocasión de ver cuatro ejemplares de esta edición de Rodríguez: el que fué de Salvá, vendido en París en 1892; el que fué de D. Leopoldo Ríus y que ahora pertenece al Sr. Bonsoms; el del marqués de Jerez de los Caballeros, en Sevilla (1), y el que tiene en su colección el mismo D. José M.ª Asensio. Este escritor cervantista, en el Catálogo de su biblioteca califica de *rara avis* el ejemplar que posee de la edición de Lisboa impresa por Pedro Crasbeeck. El repetido D. Pedro Salvá y el Diccionario bibliográfico de Jacques-Charles Brunet dicen que la 2.ª edición de Madrid es tan rara y tan buscada como la primera. Y finalmente, el mismo Salvá, al hablar de las dos ediciones valencianas, dice que compiten en rareza con las de Madrid.

Edición de 1607, publicada en Bruselas, por Roger Velpius, en 8.º Es notable por ser la primera edición en lengua castellana impresa y publicada en el extranjero.

Edición de 1608: tercera impresa por Juan de la Cuesta, con 12 hojas preliminares y 277 foliadas. Por la circunstancia de contener considerables correcciones, adiciones y supresiones, esta edición es la que ha servido de texto para las reimpresiones académicas y ha sido siempre la más buscada por los bibliófilos.

Edición de 1610, publicada en Milán por el heredero de Pedro Mártir Locarni y Juan Bautista Bidello. Es la segunda edición castellana publicada en el extranjero, y notable, además, porque en ella la dedicatoria de Cervantes al duque de Béjar fué sustituída por otra de los impresores «All' Illmo. Señor el Sig. Conde Vitaliano Vizconde.»

1615. – Primera edición ó edición príncipe de la 2.ª parte del *Quijote*, dedicada á D. Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, «con privilegio,» impresa por Juan de la Cuesta, también á expensas del librero Francisco de Robles; 8 hojas preliminares y 280 foliadas, en 8.º menor. Edición rarísima y única que se hizo en España en vida del autor.

1616. - Edición publicada en Bruselas por Huberto Antonio. Comprende sólo la 2.ª parte del *Quijote*, y el permiso para su impresión está fechado en 4 febrero de 1616; por consiguiente debe ser la segunda edición de la 2.ª parte, y primera impresión de la misma en el extranjero

1616. – Edición publicada en Valencia por Pedro Patricio Mey. Como las anteriores comprende sólo la 2.ª parte y debe considerarse como la tercera edición de la misma, por cuanto la licencia para su impresión lleva la fecha del 27 de mayo del mismo año 1616.

1617. – Edición en 8.º, publicada en Barcelona, en casa Bautista Sorita, á costa de Juan Simón. Es muy notable por ser la primera que tiene reunidas las dos partes del *Quijote*, y tan rara que D. Pedro Salvá dice que su ejemplar es el único que conoce. Sin embargo, además del suyo debía existir algún otro, puesto que figura un ejemplar de esta misma edición en la biblioteca de D. Isidro Bonsoms.

1647. – Segunda edición que comprende las dos partes del *Quijote*. Se publicó en Madrid por los editores J. Antonio Bonet y Francisco Serrano, y en ella la dedicatoria de la 1.ª parte va sustituída por otra del editor Serrano á D. Antonio de Vargas.

1744. – Edición en cuatro tomos, 12.º, publicada en La Haya por P. Gosse y A. Moetjens, con la vida de Cervantes por D. Gregorio Mayans y Siscar. Es notable esta edición porque tiene, según reza la portada, «muy bellas estampas, grabadas sobre los dibujos de Coypel, primer Pintor del Rey de Francia »

1780. – Magnífica edición de cuatro tomos en folio, hilo superior, impresa por Joaquín Ibarra, y con láminas de José del Castillo, Antonio Carnicero y otros. Es la primera edición corregida por la Real Academia española. La segunda de la Academia es de 1782 y la tercera de 1787, ambas ediciones impresas por Ibarra y con láminas de Isidro y Antonio Carnicero. Se diferencian tan sólo en que la segunda edición consta de cuatro tomos y la tercera de seis.

1797 98. – De esta fecha existen en la biblioteca del Sr. Bonsoms tres ejemplares de otras tantas ediciones, publicadas por D. Gabriel de Sancha, con estampas de Navarro y con la vida del autor por D. Juan Antonio Pellicer. Uno de estos ejemplares consta de cuatro tomos y está impreso en hilo común; otro que tiene cinco tomos está impreso en papel de hilo superior, y finalmente el otro que consta de siete tomos es uno de los poquísimos ejemplares (seis según Salvá, dos según la nota impresa pegada en el primer tomo) que se imprimieron en hermosa vitela y por el cual se pagaron 3.000 francos en París el año 1882, siendo de creer que es el ejemplar que perteneció al mismo Gabriel de Sancha, por cuanto en todos los volúmenes lleva las cifras G. S. entrelazadas en el lomo de la magnífica encuadernación de tafilete.

1819. – Cuarta edición corregida por la Real Academia española. Consta de cinco tomos, en 8.º mayor, con estampas de Rivelles, grabadas por Enguidanos y Blanco. El tomo V contiene la vida de Cervantes por D. Martín Fernández de Navarrete.

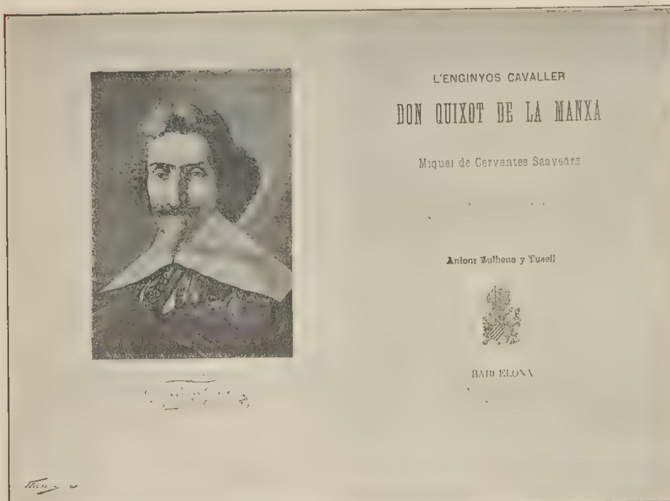
1827. – Edición en miniatura, 16.º, con estampas; limpidamente impresa por Julio Didot, mayor, y publicada en París á expensas de D. Joaquín M.ª de Ferrer. Las dos partes están contenidas en un solo volumen.

1832. - Segunda edición en miniatura, también publicada en París por D. Joaquín M.ª de Ferrer. Es igual á la anterior, con la sola diferencia de constar de dos volúmenes, por haberse espaciado las líneas algo más que en la edición anterior.

1833 39. – Edición impresa en Madrid por E. Aguado. Consta de seis tomos en 4.º con los comentarios de D. Diego Clemencín, y es, por esta circunstancia, la más útil de las que se han publicado hasta ahora para los que quieran conocer á fondo las bellezas y los defectos de la obra de Cervantes.

1863. – De esta fecha existen tres ejemplares de otras tantas ediciones publicadas en Argamasilla del Alba por Manuel Rivadeneyra; uno de los ejemplares en hilo superior, 16.º; otro del mismo tamaño en hilo común, y otro de papel superior, marquilla. Este último, que consta de cuatro tomos, forma parte de las obras completas de Cervantes publicadas por el

(1) El Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros posee una de las mejores bibliotecas cervantinas que hay en España.



Versión catalana de Antonio Bulbena y Tusell, 1891. Barcelona. Imprenta de Altés

mismo Rivadeneyra. El mérito de estas ediciones consiste para el literato en que el texto fué corregido por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, y para el bibliófilo en la circunstancia de que se imprimieron en la misma casa donde se supone que estuvo preso Miguel de Cervantes.

A partir de esta fecha, las principales ediciones del *Quijote* se han publicado en nuestra ciudad, y de entre ellas merecen citarse las siguientes:

1871-73. - Cuatro tomos. Esta edición, impresa en la casa Narciso Ramírez y C.ª es la reproducción en facsímile de la primera edición ó *edición príncipe* del *Quijote* por la fototipografía y fué publicada por el coronel D. Francisco López Fabra. Las 1633 notas puestas á esta edición por D. Juan Eugenio Hartzenbusch se publicaron en 1874.

1875. - Edición publicada por los herederos de Pablo Riera. Consta de dos tomos en folio mayor, con láminas del célebre dibujante Gustavo Doré.

1879. – Editor Juan Aleu. Consta de dos tomos en folio con cromos y dibujos de Apeles Mestres. Esta edición, conforme á la corregida y publicada por la Real Academia española, fué anotada por D. Antonio Bofarull y de Brocá. Otra edición de la misma fecha es la publicada por Espasa hermanos, compuesta de dos tomos en folio mayor, con láminas grabadas en acero.

1880-83.—Montaner y Simón. Lujosa edición en dos tomos, folio mayor, con grabados intercalados y láminas cromolitográficas de los reputados artistas D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer. El texto está anotado por D. Nicolás Díaz de Benjumea.

Finalmente, para terminar con las ediciones españolas, diremos que impresas en el establecimiento tipográfico del Sr. Gorchs están en curso de publicación tres ediciones del *Quijote*, una en papel de hilo, otra en papel del Japón y otra en vitela.

Además podemos citar aquí las dos versiones catalanas de la misma obra, ambas publicadas también en nuestra ciudad: la de 1882, que comprende sólo la primera parte traducida por Eduardo Támaro, y forma un tomo en 4.° salido de la imprenta de don Cristóbal Miró; y la de 1891, traducida por D. Antonio Bulbena, que forma también un tomo, con el retrato de Cervantes. De esta edición, impresa en la tipografía de F. Altés, sólo se tiraron 350 ejemplares.

VERSIONES EXTRANJERAS

La demasiada longitud de este artículo hace que no podamos ocuparnos con mucha extensión de las versiones extranjeras del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Por lo tanto nos limitaremos á hablar, y aun someramente, de las versiones que se publicaron en el siglo XVII.

VERSIONES FRANCESAS

Trece son los ejemplares del *Quijote* que existen en la librería del Sr. Bonsoms, correspondientes á otras tantas ediciones que se publicaron en francés desde el año 1614 hasta el 1695 inclusive.

La más antigua de estas ediciones, cuya portada se reproduce en el presente número de La Ilustración, lleva la fecha de 1614, fué publicada en París por Juan Foüet, y contiene sólo la 1.ª parte del *Quijote*. Es la primera versión francesa, hecha por César Oudin, secretario de S. M. en las lenguas germánica, italiana y española y secretario de Monseñor el príncipe de Condé. El mismo Luis XIII, á quien está dedicada la obra, le encargó la traducción del *Don Quijote*, y por este trabajo recibió César Oudin una suma de 300 libras.

Síguele, en orden de antigüedad, la edición de 1622, publicada también en París por Denis Moreau y que sólo contiene la 2.ª parte del *Quijote*, traducida por Francisco de Rosset, natural de Provenza, novelista y poeta, y muy experto en las lenguas del Mediodía de Europa. Su versión, que es la primera que se hizo en francés de la 2.ª parte del *Quijote*, se imprimió por primera vez en 1618, según dice el Diccionario bibliográfico de Brunet.

Vienen después de estas dos primeras las dos ediciones de 1625, París, ed. Mestais, una de ellas con la traducción de César Oudin y otra con la versión de F. de Rosset; la edición de 1639, París, ed. Arnold Cottinet; otra de la misma fecha, publicada por Antoine Couton; la de 1646, publicada en Rouen; la de 1665, en Orleans; la de 1678, París, ed. Claude Barbin; la de 1681, también publicada en París por el mismo editor; otra de la misma fecha publicada en Lyón por Thomas Amaulry; la de 1692, Amsterdam, ed. Abraham Wolfgang; la de 1695, París, ed. Claude de Barbin, y finalmente otra de Amsterdam, ed. Pierre Mortier, que empezó á publicarse el mismo año de 1695, terminando su publicación en 1696.

VERSIONES INGLESAS

Los ejemplares que figuran en la biblioteca del Sr. Bonsoms, de las ediciones inglesas del *Quijote* publicadas durante el siglo XVII, son en número de cuatro.

De estas ediciones, la más antigua consta de dos tomos en 8.°, que contienen respectivamente la 1.ª y la 2.ª parte del *Quijote*, los cuales fueron impresos en Londres por Edward Blount; el primero, cuya portada se reproduce en el presente número, no lleva ninguna fecha, mientras que el 2.° tomo, en la portada, cuyo facsímile también puede verse en este número, lleva la fecha de 1620. Dicha edición contiene la primera versión inglesa del *Quijote*, hecha por Thomas Shelton; y como el Diccionario bibliográfico de Brunet, ya citado anteriormente, dice que esta primera versión se imprimió en Londres en 1612 y 1620, de esto se deduce que el primer tomo, que contiene sólo la 1.ª parte del *Quijote* (y no podía contener la 2.ª porque aún no se había publicado), debe ser del año 1612.

Siguen á esta edición las de 1652 y de 1675, ambas publicadas en Londres por Crooke y Scot respectivamente; y la de 1687, publicada asimismo en Londres por Newton, que contiene la traducción de J. Philips, en un solo volumen, folio menor, con láminas ó grabados en cobre.

VERSIONES ALEMANAS

De estas existen en la biblioteca del Sr. Bonsoms tres ejemplares correspondientes á otras ediciones del siglo XVII, á saber: las de 1648 y 1669, publicadas ambas en Francfort por M. Gotzen, y la de 1683, publicada en Basilea por J. Ludovico du Four. No consta en dichos ejemplares el nombre del traductor; pero ateniéndose á lo que dice el ya repetido Diccionario bibliográfico de Brunet, las ediciones á que nos referimos deben ser otras tantas reimpresiones de la primera versión alemana, hecha por Pascal Bastel, y publicada en Cothen en 1621.

VERSIONES ITALIANAS

Tres son también los ejemplares que posee don Isidro Bonsoms de las ediciones italianas publicadas durante el siglo á que nos contraemos: la edición de 1622 (primera italiana) y la de 1625, publicadas ambas en Venecia por Andrea Baba; y la de 1677, publicada en Roma por J. Corno y B. Lupardi. Las tres contienen la traducción hecha por L. Franciosini, y de las tres se reproduce la portada en el presente número de la Revista.

VERSIONES HOLANDESAS

De estas versiones existen en la biblioteca del señor Bonsoms cuatro ejemplares que corresponden á las ediciones siguientes: la de 1657, publicada en Dordrecht por Savry; y las de 1669, 1696 y 1699, publicadas las tres en Amsterdam, la primera por Boeckholt, la segunda por G. de Lamsveld, y la tercera por G. de Coup. Todas ellas contienen la misma traducción de L. V. B. (Bosch, según el catálogo de Leopoldo Ríus) y van ilustradas con estampas (véanse en el lugar correspondiente de este número las reproducciones de las portadas respectivas). De las versiones en las demás lenguas extranjeras no existe en la biblioteca del Sr. Bonsoms ningún ejemplar del siglo XVII.

Bastante más podríamos añadir á lo que llevamos expuesto; pero este artículo, que ya peca de largo en demasía, y que por la circunstancia de ser meramente bibliográfico ha de carecer de toda amenidad, resultaría, si fuese más extenso, extraordinariamente cansado y fastidioso para los lectores de esta Revista. Por otra parte, en este mismo número se inserta un estado de todas las ediciones publicadas del *Quijote*, que puede servir de complemento al presente artículo y en el cual se consignan cuantos datos puedan interesar á los cervantistas.

La lista de ediciones en dicho estado contenida, y lo que llevamos consignado en este artículo, bastan para demostrar la inmensa celebridad que, desde su aparición en 1605, ha tenido en nuestra patria y fuera de ella la obra inmortal del Príncipe de los ingenios españoles.

Ignacio Dublé



Tumba de D. Quijote, alegoría por Pinelli. Roma, 1834

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

EDICIONES PUBLICADAS DESDE SU APARICIÓN EN EL AÑO 1605 HASTA 1894

EDICIONES ESPAÑOLAS

EN CASTELLANO

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1605	Madrid	Francisco de Robles	1 en 4.º (1)	
1605	Lisboa	Jorge Rodríguez	1 – 4.º	
1605	Lisboa	Pedro Crasbeeck	1 – 8.º	
1605	Madrid	Francisco de Robles	1 – 4.º	
1605	Valencia	P. Patricio Mey	1 – 8.º	
1607	Bruselas	Roger Velpius	1 – 8.º	
1608	Madrid	Francisco de Robles	1 – 4.º	
1610	Milán	Hered. de Locarni y Bidello	1 – 8.º	
1611	Bruselas	Roger Velpius y Hub. Ant.º	1 – 8.º	
1617	íd.	Hub. Antonio	1 – 8.º	
1605 – 15	Madrid	Cuesta (2)	4 – 4.º	
1615	íd.	Francisco de Robles	1 – 4.º (3)	
1616	Bruselas	Hub. Antonio	1 – 8.º	
1616	Valencia	P. Patricio Mey-R. Sonzonio	1 – 8.º	
1617	Madrid	Jorge Rodríguez	1 – 4.º	
1617	Barcelona	Bautista Sorita	2 – 8.º	
1637	Madrid	Francisco Martínez	1 – 4.º	
1647	íd.	Imprenta Real	2 – 4.º	
1655	íd.	Bastida	2 – 4.º	
1662	Bruselas	Monmarte	2 – 8.º	32 cobre
1662	Madrid	Serrano de Figueroa	2 – 4.º	
1662 – 68	íd.	La Bastida	2 – 4.º	
1671	Bruselas	P. de la Calle	2 – 8.º	cobre
1672 – 73	Amberes	Verdussen	2 – 8.º	32 íd.
1674	Madrid	María Armenteros	2 – 4.º	34 íd.
1697	Amberes	Verdussen	2 – 8.º	32 íd.
1704	Barcelona	R. Bons	1 – 4.º	
1706	Madrid	Antonio González de Reyes	2 – 4.º	34
1714	íd.	Francisco Laso	2 – 4.º	35 madera
1719	Amberes	J. Verdussen	2 – 8.º	34 cobre
1723	Madrid	Hd. de S. Jerónimo	2 – 4.º	35
1730	íd.	J. A. Pimentel	2 – 4.º	35 cobre
1735	íd.	A. Sanz	2 – 4.º	44 madera
1736	León (de Francia)	J. y P. Bonnardel	2 – 8.º	32 cobre
1737	Londres	J. y R. Tonson	4 – F.º	68 íd.
1741	Madrid	J. San Martín	2 – 4.º	44 madera
1744	La Haya	Gosse y Moetjens	4 – 8.º	cobre
1750	Madrid	Alonso y Padilla	2 – 4.º	44 madera
1750	íd.	J. San Martín	2 – 4.º	44 íd.
1751	íd.	Alonso y Padilla	2 – 4.º	44 íd.
1755	Amsterdam ó Leipzig	Arksteé y Merkus	4 – 8.º	23 cobre
1755	Barcelona	Juan Jolis	4 – 8.º	46 madera
1757	Tarragona	Joseph Barber	4 – 8.º	íd.
1762	Barcelona	Juan Jolis	4 – 8.º	46 íd.
1764	Madrid	Alonso y Padilla	2 – 4.º	44 íd.
1765	íd.	Manuel Martín	4 – 8.º	44 íd.
1770	Amberes	Herederos Viuda Verdussen	4 – 8.º	32 cobre
1771	Madrid	Compañía de Impresores	4 – 8.º	32 íd.
1777	íd.	M. Martín	4 – 8.º	44 madera
1777	íd.	Antonio de Sancha	4 – 8.º	ilustrada
1777	íd.	Compañía de Impresores	4 – 8.º	32 cobre
1780	íd.	Academia	4 – F.º	32 íd.
1781	Londres y Salisbury	White y Caston	3 – 4.º	
1782	Madrid	M. Martín	4 – 8.º	44 madera
1782	íd.	Academia	4 – 8.º	24 cobre
1787	íd.	íd.	6 – 8.º	24 íd.
1797	íd.	Andrés Ponce Gabriel	6 – 12.º	45 íd.
1797 – 98	íd.	Sancha	5 – 8.º	31 íd.
1798 – 800	íd.	íd.	9 – 16.º	35 íd.
1800 – 807	Leipzig	Juan Sommer	6 – 16.º	6 íd.
1804	Berlín	Frolich	6 – 8.º	
1804	Madrid	Vega	6 – 8.º	20
1804	Burdeos	J. Pinard	4 – 8.º	
1808	Madrid	Viuda de Barco López	4 – 8.º	
1808	Londres	Lackington, Allen y C.ª	4 – 8.º	
1808 – 14	Barcelona	Sierra y Martí	6 – 12.º	19 cobre
1810	León (de Francia)	Tournachon Molin	4 – 8.º	39 íd.
1814	París	Bossange y Masson	7 – 16.º	ilustrada
1814	Londres	Lackington, Allen y C.ª	4 – 8.º	
1815	Burdeos	Beaume	4 – 8.º	
1818	Leipzig	J. Sommer	6 – 16.º	6
1819	Madrid	Academia	5 – 8.º	20 cobre
1825	París	Baudry y Barrois	6 – 16.º	
1825	íd.	Cormon y Blanch	4 – 12.º	
1826	Madrid	Miguel de Burgos	2 – 8.º	12
1826	París	Bossange, père	10 – 12.º	
1827	íd.	Fermín Didot	9 – 12.º	
1827	íd.	Cormon y Blanch	6 – 12.º	
1827	íd.	J. María Ferrer	1 – 16.º	9
1829	Madrid	H. de C. Piñuel	4 – 12.º	16 cobre
1829	íd.	Imp. tit. Ramos y C.ª	4 – 8.º	12 íd.
1831	íd.	J. Espinosa	4 – 16.º	8 íd.
1831	Zaragoza	Polo y Monge	2 – 8.º	9 pluma
1831	Berlín	G. Fincke	7 – 12.º	
1832	Madrid	Fuentenebro	4 – 12.º	10 cobre
1832	Barcelona	A. Bergnes y C.ª	6 – 12.º	12 íd.
1832	París	J. María Ferrer	1 – 16.º	10 acero
1832	Madrid	Fuentenebro	4 – 12.º	ilustrada
1832 – 34	Barcelona	Viuda é hijos de Gorchs	6 – 8.º	16 cobre
1833 – 39	Madrid	Aguado	6 – 8.º	
1835	París	Baudry	1 – 4.º	
1836	Leipzig	J. Fleischer	1 – 4.º	
1836	Boston	J. Sales-Perkins y Marvin	2 – 8.º	10 cobre
1837	íd.	íd.	2 – 8.º	10 íd.
1837	Zaragoza	Polo y Monge	2 – 8.º	10 cobre
1838	París	Lefevre	4 – 12.º	
1839 – 40	Barcelona	Bergnes y C.ª	2 – 4.º	800 madera
1840	Madrid	Venta pública	2 – 14.º	20 cobre
1840	Barcelona	Antonio Bergnes y C.ª	2 – 4.º	800 madera
1841	íd.	Mayol y C.ª	3 – 8.º	12 cobre
1842	México	Masse y Decaen	2 – 4.º	litografías
1844	Madrid	Fuentenebro	4 – 8.º	84 cobre
1844	París	C. Hingray	1 – 8.º	
1844	Madrid	Mellado.--Gabinete literario	2 – 8.º	12 cobre
1844	París	Carlos Hingray	1 – 4.º	
1845	íd.	Baudry	1 – 8.º	
1845	Barcelona	Pons y C.ª	6 – 12.º	6 acero
1845 – 46	íd.	Viuda é hijos de Mayol	3 – 8.º	ilustrada
1845	Madrid	Mellado	2 – 8.º	12 cobre
1846	íd.	Rivadeneyra	1 – 4.º	
1847	íd.	Gaspar y Roig	1 – 4.º	madera
1848	Barcelona	Oliveres	2 – 4.º	800 íd.
1849	Madrid	Rivadeneyra	1 – 4.º	
1851	íd.	Gaspar y Roig	1 – 4.º	madera
1851	íd.	Ferrer de los Ríos	1 – F.º	íd.
1853 – 54	Madrid	Bonifacio Piferrer	4 – 4.º	29 cobre
1854	Nueva York	D. Appleton y C.ª	1 – 12.º	
1854 – 55	Sevilla	Tena hermanos	2 – 4.º	18 madera
1855	París	Baudry	1 – 4.º	13 acero
1855 – 56	Madrid	Mellado	2 – 4.º	48 litografía
1856	íd.	J. Rodríguez	1 – 8.º	
1857	Barcelona	«El Plus Ultra»	2 – 8.º	8 madera
1859	Madrid y Barcelona	S. Martín y «E. Plus Ultra»	2 – 8.º	8 íd.
1859	íd.	T. Gorchs	2 – F.º	12 acero
1860	París	Fourant	1 – 8.º	
1860	Leipzig	F. A. Brockhaus	2 – 8.º	
1860	Nueva York	D. Appleton y C.ª	1 – 12.º	15 madera
1861	París	Baudry	1 – 4.º	
1862	Madrid	Murcia y Martí	2 – 8.º	14 madera
1862 – 63	íd.	Dorregaray	3 – F.º	43 cobre
1863	Argamasilla de Alba	Rivadeneyra	4 – 12.º	
1863	Barcelona	Maravilla	1 – 4.º	20 madera
1863 – 64	íd.	íd.	12 – 4.º	
1864	París	Garnier	1 – 4.º	8 madera
1864	Madrid	Rivadeneyra	1 – 4.º	
1864	íd.	Gaspar y Roig	1 – 4.º	300 madera
1865	íd.	íd.	1 – 4.º	300 íd.
1865 – 76	Barcelona	Maravilla	2 – F.º	100 íd.
1866	Leipzig	F. A. Brockhaus	2 – 8.º	
1867	Madrid	Martínez y García	1 – 8.º	10 madera
1868	Boston-Nueva York	D. Urico-Ybarra	2 – 8.º	
1868	Madrid	Manini	2 – 4.º	14 íd.
1869	Barcelona	«El Plus-Ultra»	2 – 4.º	12 madera
1871	Glasgow	Mauricio Ogle y C.ª	1 – 8.º	
1871	Londres	Cassell, Petter y Galpin	1 – 8.º	
1871 – 73	Barcelona	Francisco López Fabra	4 marqu.ª	
1872	Valencia	Aguilar y Terraza	2 – 8.º	8 madera
1873	Madrid	F. Martínez	1 – 8.º	ilustrada
1873	París	Garnier hermanos	1 – 18.º	íd.
1874	Leipzig	F. A. Brockhaus	2 – 8.º	
1874	Londres	Chatto y Windus	1 – 8.º	
1875	Madrid	Gaspar editores	1 – 4.º	300 madera
1875	íd.	«La Propaganda Católica.»	1 – 8.º	4 íd.
1875	íd.	Bibliot.ª Universal Ilustrada	2 – F.º	madera
1875	París	Baudry. - Bramard	1 – 4.º	
1876	Barcelona	Obradors y Sulé	2 – 4.º	madera
1877	Cádiz	J. Rodríguez	5 – 8.º	
1877	Sevilla	José G. Fernández	2 – 16.º	cromos
1878	París	Garnier hermanos	1 – 8.º	9 acero
1879	Barcelona	Salvador Ribas	2 – 4.º	madera
1879	Nueva York	D. Appleton y C.ª	1 – 12.º	
1879	Barcelona	J. Aleu y Fugarull	2 – 4.º	100 cromos
1879	Madrid	Gaspar editores	1 – 4.º	300 madera
1879	Barcelona	Espasa hermanos	2 – F.º	acero
1879	Sevilla	Francisco Alvarez y C.ª	1 – 8.º	edición microscópª
1879	París	Garnier hermanos	1 – 16.º	9 acero
1879 – 80	Alcalá de Henares	Federico García Carballo	4 – 8.º	
1880	Barcelona	Salvador Ribas	2 – F.º	ilustrado
1880	Madrid	Moya y Plaza	2 – 8.º	edición diamante
1880	Barcelona	Heredero de Pablo Riera	1 – F.º	madera
1880 - 83	íd.	Montaner y Simón	2 – F.º	madera y cromos
1881	íd.	Salvador Ribas	2 – F.º	ilustrada
1881	íd.	Luis Tasso Serra	1 – 8.º	
1881	íd.	Bibliot.ª amena é instructiva	2 – 8.º	retrato
1882	íd.	Salvador Ribas	2 – 4.º	ilustrada
1882	París	Garnier hermanos	1 – 8.º	ilustrada
1884	Palencia	Ortego Aquirrebeña	1 – 4.º	
1884	Barcelona	Bibliot.ª amena é instructiva	2, 8.º m.	ilustrada
1885	Zaragoza	Comas hermanos	4 – 32.º	ilustrada
1885	Madrid	Santa Ana	4 – 8.º	
1887	París	Garnier hermanos	1 – 8.º	madera
1887	Madrid	J. Góngora	2 – 12.º	
1887	íd.	Agustín Jubera	1 – 4.º	300 madera
1888	Barcelona	Salvatella	4 – 8.º	fotograbados
1893	íd.	Luis Tasso	2 tomos	ilustrada

EN CATALÁN

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1882	Barcelona	Cristóbal Miró	1 – 4.º	
1891	íd.	F. Altés	1 – 4.º	retrato
1894	íd.	Fidel Giró	1 – 8.º	

(1) Este tomo y los nueve que siguen comprenden sólo la *primera parte*.

(2) La *primera parte* se empezó en 1604 y existe en el Museo Británico con un certificado que acredita se imprimió en 1.º de diciembre de 1604, pero no se publicó hasta 1605.

(3) Este tomo y los tres siguientes comprenden la *segunda parte*.

EN FRANCÉS

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1616	París	Jean Fuët	1 en 8.°	
1622	íd.	Denis Moreau	1 – 8.°	
1625	íd.	Jean Mestais	1 – 8.°	
1639	íd.	Antoine Coulon	2 – 8.°	
1639	íd	Arnould Cottinet	2 – 8.°	
1646	Rouen	Jacques Caillove	2 – 8.°	
1665	Orleans	Gilles Hotot	2 – 8.°	ilustrada
1677 – 78	París	Claude Barbin	5 – 12.°	
1678 – 79	íd.	íd.	4 – 12.°	
1681 – 91	Lyón	Th. Amaulry	5 – 8.°	íd.
1681 – 96	París-Amsterdam	Cl. Barbin	5 – 12.°	32 cobre
1692	Amsterdam	Abraham Wolfgang	4 – 12.°	32 íd.
1695 – 96	íd	Pierre Mortier	5 – 12.°	32 íd.
1699 – 715	íd.	íd.	6 – 12.°	32 luyken
1704 – 15	París	Veuve Barbin	6 – 12.°	32 íd.
1706	Bruxelles	Guillaume Fricx	2 – 12.°	40 cobre
1713 – 54	París	Compagnie des Libraires	6 – 8.°	20 madera
1713 – 17	Lyón	Th. Amaulry	6 – 8.°	58 íd.
1717 – 19	Amsterdam	Freres Wetstein	6 – 12.°	cobre
1722	París	Compagnie des Libraires	6 – 8.°	33 íd.
1732	íd.	íd.	6 – 8.°	íd.
1735	Amsterdam	P. Humbert	6 – 8.°	32 íd.
1738	Lyón	Rigollet	6 – 8.°	58 madera
1741	París	Clousier et Lambert	6 – 8.°	28 cobre
1746	La Haya	Pierre de Hondt	1 – F.°	31 íd.
1750	Francfort	Bassompierre	6 – 8.°	22 íd.
1752	París	Libraires associés	6 – 8.°	
1754	íd.	Bordelet	6 – 12.°	ilustrada
1757	Francfort	J. F. Bassompierre	6 – 12.°	íd.
1768	Amsterdam	Arkstée et Merkus	6 – 8.°	29 cobre
1768	Haye et Liège	Bassompierre	6 – 8.°	22 íd.
1769	París	David	6 – 8.°	
1771	íd.	Compagnie des Libraires	6 – 8.°	
1773	Haye et Liège	Bassompierre	6 – 8.°	24 íd.
1774	París et Haye	Bleuet	2 – 8.°	31 íd.
1776	Liege	Bassompierre	1 F.°	31 íd.
1777	Paris	Barrois, aîné	4 – 8.°	15 íd.
1781	Lyón	Amable Leroy	6 – 8.°	20 íd.
1781	Rouen	Pierre Machuel	6 – 8.°	23 íd.
1782	Liège	J. F. Bassompierre	6 – 12.°	24 íd.
1782	Hamburgo	J. G. Virchaux	6 – 12.°	24 íd.
1793	Lyón	Amable Leroy	6 – 12.°	cobre
1795	Bruxelles	B. Le Franc	1 – 4.°	31
1796 (?)	Lille	C. J. Lechoucq	3 – 18.°	
1798	París	Dufart	4 – 8.°	24 íd.
1799	íd.	Deterville	3 – 4.°	ilustrada
1799	íd.	íd.	6 – 8.°	24 acero
1800	íd.	íd.	6 – 12.°	6 cobre
1800	Leipzig	Fleischer	3 – 8.°	3 íd.
1802	París	Deterville	6 – 12.°	6 íd.
1806	íd.	Gide, libraire	6 – 18.°	6 íd.
1807	íd.	Imp. Sciences et Arts	8 – 8.°	15 íd.
1808	íd.	H. Nicolle	6 – 12.°	24 acero
1809	íd.	P. Didot	6 – 12.°	24 íd.
1810	Leipzig	Fleischer	3 – 8.°	3 cobre
1810	íd.	Briand	6 – 8.°	6 íd.
1820	íd.	Aug. Renouard	4 – 12.°	6 íd.
1821	íd.	Desoer	4 12.°	12 acero
1821 – 22	íd.	Mequignon-Marvis	4 – 4.°	11 íd.
1824	íd.	P. C. Briand	3 – 8.°	6 cobre
1824	íd.	Delongchamps	10 – 12.°	10 íd.
1825	íd.	Salmon	8 – 12.°	8
1825	íd.	Delongchamps	6 – 8.°	5 acero
1826	íd.	Sautelet	6 – 4.°	
1826 – 27	íd.	Lugan	8 – 16.°	10 íd.
1828	íd.	Eymery, Fruger et Cie.	1 – 8.°	34 cobre
1829	íd.	Ladrange	4 – 12.°	íd.
1830	íd.	Bibliothèque Choisie	5 – 8.°	
1830	París	Briand	3 – 4.°	6 acero
1830	íd.	Marlin	5 – 8.°	10
1832	íd.	A. Hiard	8 – 18.°	15 íd.
1832	íd.	Lebigre frères	5 – 8.°	10
1832	íd.	Bibliothèque des Collèges	4 – 12.°	
1834	Stuttgart	Erhard	2 – 16.°	
1836 – 37	París	Dubochet et Cie.	2 – 8.°	800 madera
1836	íd.	A. Hiard	10 – 16.°	15 acero
1837	íd.	Lefèvre et Desrez	2 – 8.°	8 íd.
1837	íd.	Boudon-Huzard	3 – 8.°	9 íd.
1837	íd.	Ménard	3 – 4.°	6 íd.
1838	íd.	Dubochet	4 – 8.°	
1839 – 40	íd.	íd.	2 – 8.°	800 madera
1840 – 50	íd.	Garnier frères	2 – 8.°	800 íd.
1844	Stuttgart	Ch. Erhardt	2 – 16.°	
1844	París	P. C. Lehuby	1 – 8.°	14
1845	íd.	Dubochet	1 – 4.°	madera
1845	íd.	Didier	1 – 8.°	12 litografía
1847	íd.	Firmin Didot frères	1 – 12.°	
1847	íd.	Charpentier	2 – 12.°	
1847	íd.	Ducrocq	1 – 8.°	14 íd.
1849	íd.	Ducrocq, successeur Lehuby	2 – 12.°	4 íd.
1850	íd.	G. Haward	1 – F.°	madera
1850	íd.	Lecou	4 – 12.°	15 acero
1851	íd.	Vialat et Cie.	1 – 4.°	6 íd.
1851	Leipzig	Fleischer	1 — 8.°	
1852	íd.	A Bedelet	1 – 12.°	8 íd.
1853	íd.	L. Hachette et Cie.	1 – 12.°	17 madera
1853	íd.	V. Lecou	1 – 4.°	800 íd.
1853	íd.	Didier	2 – 12.°	13 acero
1854	íd.	Lecoffre	2 12.°	
1858	Tours	A. Mame et fils	1 – 8.°	26 íd.
1858	París	Furne	2 – 8.°	8 íd.
186..	íd.	Furne, Jouvet et Cie.	1 – 4.°	160 madera
1861	íd.	Béchet	1 – 4.°	6 íd.
1862	íd.	Magnin, Blancard Cie.	1 4.°	28 litografía
1863	íd.	Delarue	2 – 8.°	120 madera
1863	íd.	Hachette et Cie.	2 – F.°	370 íd.
1864	íd.	íd.	2 — 8.°	
1866	íd.	Furne	2 – 8.°	8 acero
1866	íd.	Garnier	1 – 8.°	8 madera
1868 – 71	íd.	Bibliothèque Nationale	4 – 12.°	
1868	íd.	Hachette et Cie.	1 – 18.°	64 íd.
1869	íd.	íd.	2 – F.°	370 íd.
1869	París	Charpentier	2 en 8.°	
187...	íd.	B. Béchet	1 – 8.°	6 madera
1870	Tours	Mame et fils	1 – 8.°	8 acero
1871	París	Firmin Didot	1 – 8.°	
1875	Lymoges	Barbou frères	1 – 4.°	1 madera
1875 (?)	París	Benardin-Béchet	1 – 18.°	
1876	íd.	Molinier	2 – 4.°	íd.
1877	íd.	J. Etzel et Cie.	1 – 4.°	316 íd.
1878	íd.	Hachette et Cie.	1 – 18.°	íd.
1878	íd.	J. Etzel et Cie.	4 – 18.°	
1881 (?)	Lymoges	E. Ardant et Cie.	1 – 8.°	4 íd.
1882	París	Hachette et Cie.	1 – 8.°	íd.
1884	íd.	Jonaust et Cie.	6 – 16.°	18 agua fuerte

EN INGLÉS

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1620	Londres	Edward Blount	2 – 8.°	
1652	íd.	Hodgkinsonne, for	1 – F.°	
1672 – 75	íd.	R. Scot, T. Basset, etc.	1 – F.°	
1687	íd.	T. Newton	1 – F.°	ilustrada
1700	íd.	Chiswell	2 – 8.°	12 cobre
1700 – 703	íd.	Bukley	4 – 8.°	32 íd
1701	íd.	Chiswell	2 – 8.°	14 íd.
1725	íd.	J. Knapton	4 – [illegible]	33 íd.
1731	íd.	J. Walthoe	4 – 8.°	16 íd.
1742	íd.	J. and R. Tonson	2 – F.°	26 íd.
1743	íd.	Midwinter	4 – 8.°	68 íd.
1749	íd.	W. Ynnys, R. Ware, etc.	4 – 24.°	17
1749	íd.	J. and R. Tonson	2 – 8.°	cobre
1755	íd.	Miller	2 – F.°	íd.
1756	íd.	J. and R. Tonson	2 – F.°	28 íd.
1761	íd.	Osborne	4 – 8.°	68 íd.
1766	íd.	Tonson	4 – 8.°	28 íd.
1770	íd.	Strahan	4 – 12.°	30 íd.
1771	Glasgow	Robert and Andrew Foulis	4 – 8.°	28 íd.
1774	Londres	J. Cooke	2 – 4.°	4 madera
1782	íd.	Strahan	4 – 8.°	18 cobre
1786	íd.	Longman, Caslon, Law, etc.	4 – 12.°	28 íd.
1792	íd.	C. Rivington	4 – 12.°	íd.
1793	íd.	Law, Miller and Kater	4 – 8.°	12 íd.
1794	íd.	Alex, Hogg	1 – 4.°	16 íd.
1795	íd.	T. Propietors	1 – 4.°	12 íd.
1796-97	íd.	Cooke	5 – 12.°	
1799-800	íd.	íd.	4 – 12.°	16 acero
1801	íd.	Miller	4 – 8.°	4 íd.
1803	Glasgow	Chapman and Long	4 – 8.°	20 cobre
1803	Filadelfia	Conrad and C.°	4 – 8.°	íd.
1809	Londres	Oaddy	2 – 8.°	ilustrada
1809	íd.	Sharpe	4 – 16.°	16 acero
1810	íd.	W. Miller	4 – 8.°	ilustrada
1811	íd.	Lackigton, Allen and C.°	4 – 8.°	20 cobre
1815	Nueva York	D. Hungtinton	4 – 12.°	
1818	Londres	Walker	2 – 16.°	8 cobre
1818	íd.	Cadell and Davies	4 – 8.°	4 acero
1819	íd.	M'Lean	4 – 8.°	50 íd.
1820	íd.	Hurst, Robinson	4 – 8.°	24 lit. iluminadas
1821	íd.	Bumpus, Wilson	4 – 12.°	24 acero
.. (?)	... (?)	Crissy and Markley	4 18.°	
1822	Edimburgo	Hurst, Robinson and C.°	5 – 8.°	
1828-40	Exeter	J. and B. Williams	4 – 16.°	
1831	Londres	Jones and C.°	2 – 12.°	8 madera
1833	íd.	Effingham Wilson	3 – 12.°	24 íd.
1836	íd.	Isaac Tuckey and C.°	1 – 4.°	15
1837-39	íd.	J. J. Dubochet and C.°	3 – 4.°	ilustrada
1840	íd.	J. Smith	4 – 12.°	800
1842	íd.	Ed. G. Bhon	2 – 4.°	ilustrada
1842	íd.	Ch. Daly	1 – 4.°	madera
1847	íd.	Ed. Bhon	1 – 4.°	16 íd.
1848	Boston	Ch. Peirce	1 – 8.°	16 íd.
1853	Londres	Ed. Bhon	1 – 4.°	4 íd.
1858	íd.	Routdledge and C.°	1 – 8.°	50 íd.
1860	Nueva York	Appleton and C.°	1 – 8.°	8 íd.
1865	Boston	Littlle, Brown and C.°	4 – 8.°	íd.
1866	Londres	Warne and C.°	1 4.°	8
1866	íd.	G. Routledge and Sons	1 8.°	ilustrada
1869	íd.	Routledge and C.°	1 – 8.°	700 madera
187...	íd.	Ward, Lock and C.°	1 – 8.°	100 íd.
187...	Nueva York	Leavitt and Alen Bros	1 – 4.°	íd.
1870	Boston	Littlle, Brown and C.°	4 – 8.°	
1870	Edimburgo	Gall and Ynglis	1 – 8.°	ilustrada
1870	Londres	Cassell, Peter	1 – 4.°	36 agua fuerte
1875	Nueva York	G. W. Carleton and C.°	1 – 8.°	2 acero
1875	Filadelfia	Lippincott and C.°	1 – 8.°	madera
1876	íd.	Portes and Coates	1 – 8.°	
1877	Nueva York	Wold. Publ. House	2 – 4.°	123 íd.
1879-81	Edimburgo	William Paterson	4 – 4.°	54 íd.
188	Londres	Fred. Warne and C.°	1 – 8.°	350 íd.
1881	íd.	J. C. Nimmo and Bain	4 – [illegible]	16 agua fuerte
1881	íd.	Kegan Paul and C.°	3 – 8.°	
1885	Nueva York	G. Routledge and Sons	1 – 8.°	8 madera
1888	íd.	B. Quaritch	5 – 4.°	íd.
189..	Londres	Milner, Sowerby of Halifox	1 – 16.°	íd.
18..	íd	Cassell	1 – F.°	15 agua fuerte

EN ALEMÁN

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1648	Francfort	Thomas M. Gotzen	1 – 12.°	
1669	íd.	íd.	1 – 12.°	5 cobre
1683	Basel y Franckfurt	Joan L. de Four	2 – 8.°	
1734	Leipzig	G. Fritsch	2 – 8.°	
1753	íd.	íd.	2 – 8.°	
1767	íd.	íd.	4 – 8.°	26 cobre
1776	Carlsruhe	Schmieder	6 – 8.°	6 madera
1775-77	Weimar y Leipzig	Fritsch	6 – 8.°	
1780 – 81	Leipzig	G. Fritsch	6 – 8.°	14 cobre
1785	Carlsruhe	Schmieder	6 – 8.°	6 madera
1798	Wien y Prag	Franz Haas	6 – 8.°	12 cobre
1799 – 801	Berlín	Joan Friedrich Unger	4 – 8.°	
1800	Konigober	F. Joan	6 – 8.°	6 madera
1810-12	Berlín	J. E. Unger y Realschulbuch	2 – 8.°	
1817 – 18	Wien	L. Grund	5 – 8.°	5 cobre
1825	Leipzig	F. A. Brochaus.	4 – 8.°	
1825	Quedlinburg	G. Basse	6 – 12.°	
1825	Zwickau	Schumann	8 – 16.°	8 íd.

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1831-32	Berlín	Reimer	4 en 8.°	
1837	Leipzig	Brochaus	4 – 12.°	
1837-38	Stuttgart	B. der Classiker	2 – 4.°	800 madera
1839	Pforzheim	Dennig	6 – 8.°	94 íd.
1839 41	Stuttgart	Metzler	5 – 8.°	
1840	Wien	Sammer	4 – 8.°	8 cobre
1850	Stuttgart	Metzler	5 – 8.°	
1852-53	Berlín	Hofmann y C.°	2 – 8.°	
1856	Wien	A. Wenedik	1 – 8.°	madera
1860	Berlín	Hofmann y C.°	2 – 8.°	
1867-68	Hilburghausen	Bibl. Institut.	4 – 8.°	
1869 (?)	New-Ruppin	Alfred Oehmigte	1 – 8.°	6 litografía
1870	Stuttgart	A. Kröner	1 – 8.°	madera
1870-71	íd.	Rieger	2 4.°	100 íd.
1872	Berlín	A. Sacco	2 – F.°	376 madera
1874	íd.	A. Hoffmann y C.°	2 – 8.°	
1876	Stuttgart	Tienemann	1 8.°	
1877	Leipzig	Philipp Reclam jun.	2 – 8.°	acuarelas
1883	Stuttgart y Leipzig	Loewe – C. Hofmann	1 – 4.°	cromolitograf.
1884	Berlín	Schmidt y Sternaux	2 – F.°m.	madera
1884	Stuttgart	W. Spemann	4 – 8.	

EN HOLANDÉS

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1657	Dordrecht	Jacobus Savry	2 – 12.°	24
1659	Haarlem	Krusemann	4 8.°	acero
1669-70	Amsterdam	Baltes Boeckholt	2 – 12.°	26
1696	íd.	W. van Lamsveld	2 – 8.°	25
1699	íd.	Willem de Coup, Lamsveld	2 – 8.°	25
1707	íd.	Jan Graal	2 – 8.°	25
1732	Te íd.	Pieter Visser	2 – 8.°	25
1746	Haya	P. de Hondt	1 – F.°	31 cobre
(1877)	Leiden	Nothoven van Goor	1 8.°	32 litografía

EN ITALIANO

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1622-25	Venecia	A. Baba	2 – 8.°	
1625	íd.	íd.	2 – 8.°	
1677	Roma	Corno y Lupardi	2 – 8.°	15
1722	Venecia	Antonio Groppo	2 – 8.°	
1738	íd.	Girolamo Savioni	2 – 8.°	
1755	íd.	Zerletti	4 – 8.°	
1816	Milán	P. Agnelli	8 – 8.°	
1818-19	Venecia	Alvisopoli	8 – 8.°	cobre
1819	íd.	íd.	1 – 8.°m	33 íd.
1840-41	Milán	Ubicini	2 – 4.°	800 madera
1851	Napoles	Tipografía Ranucci	4 12.°	
1870	Milán	Politti	2 – 4.°	800 íd.
1876	íd.	Fratelli Treves	1 – 8.°	64 íd.
1880	íd.	F. Menozzi e C.ª	2 – F.°	ilustrada

EN RUSO

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1815	Moscou	Imp. Universidad	6 – 8.°	20 madera
1848	San Petersburgo	Constantino Fernakov	2 4.°	íd.
1866	íd.	(No consta el editor)	2 – 8.°	
1867	San Petersburgo	L-lvov	1 – 8.°	íd.
1868	íd.	M. Osipovich	1 – 8.°	íd.
1873	íd.	Chtchigui	1 – 4.°	ilustrada
1882	Odessa	Berndt	1 – 4.°	íd.
1893	San Petersburgo	Chtchigui	2 – 4.°	íd.

EN DINAMARQUÉS

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1776-77	Copenhague	Gyldendalo	4 en 8.°	29 cobre
1829-31	íd.	Jens Yostrup Schulz	4 – 8.°	
1865-69	íd.	Woldicks	2 – 8.°	21 litografía

EN PORTUGUÉS

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1794	Lisboa	Tip. Rollandiana	6 – 8.°	
1830	París	Pillet aîné	8 – 12.°	
1853	Lisboa	Tip. Universal	1 – 4.°	madera
1870	Porto	Imp. da C.ª Litteraria	2 – F.°	íd.
1877-78	Lisboa	Francisco Athur da Silva	2 – 8.°	30 íd.

EN SUECO

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1818	Stockolmo	H. A. Nordstromo	4 – 8.°	ilustrada
1857	íd.	A. Hellstens	1 – 8.°	íd.

EN BOHEMIO

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1864	Praga	Blaznivy	2 – 12.°	una estampa
1866-68	íd.	J. L. Kobar	2 – 8.°	126 madera

EN HÚNGARO

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1850-53	Keiskemeten	(No consta el editor)	2 – 8.°	íd.
1870	Pest	Heckenast	1 – 8.°	ilustrada
1873-75	Budapest	Az Athenaeum Tulajdona	4 – 8.°	

EN POLACO

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1854-55	Varsovia	Merzbach	1 – F.°	ilustrada

EN GRIEGO

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1860	Athenas	(No consta el editor)	1 – 12.°	8 madera
1864	Trieste	»	1 – 4.°	13 íd.

EN SERVIO

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1882	Pantschowa	(No consta el editor)	1 – 8.°	íd.

EN CROATO

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1879	U. Zagrebu	Zupana, hermanos	1 – 8.°	íd.

EN FINLANDÉS

AÑO	POBLACIÓN	EDITOR	TOMOS	ILUSTRACIONES
1887	Kuopio	(No consta el editor)	1 – 12.°	

EN TURCO

18... Edición de traducción incompleta no ilustrada

SECCIÓN DE ANUNCIOS

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 7 de enero de 1895 — Núm. 680



BERNARDO RICO

Director artístico de «La Ilustración Española y Americana»

Nació en el Escorial el 30 de agosto de 1830. Falleció en Madrid el 9 de diciembre de 1894

(De fotografía de M. Huerta)

VERDADES Y MENTIRAS

Uno de los contadísimos (¡tan contados!) periodistas españoles que á su gran cultura une la condición de ser un espíritu positivo y crítico de los más claros que he conocido y conozco, me decía (no hace de esto muchas noches) que á la generación actual, á la joven, á la que todavía no ha llegado á los cuarenta años, le corresponde apurar la colilla de una época cuya cultura, cuyas fórmulas sociales y políticas y cuya misión histórica pertenecen ya al pasado, por más que ese pasado sea ayer. Esta verdad innegable, míresela desde el punto ó bajo el punto de vista que se mire, lleva aparejada otra, no menos innegable, puesto que á la vista se nos muestra constantemente y no con motivo de una sola cosa, sino en todas cuantas manifestaciones de la vida de la sociedad queramos observarla. Y esta verdad es el estado caótico en que luchan las agonizantes fórmulas del ayer y las aspiraciones, presentimientos é intuiciones del mañana, que á modo de vagas é indecisas nebulosas se interponen entre ideas é ideas, entre intereses é intereses, entre lo que perece y lo que es incierto.

No de otro modo se explica la confusión que al choque de todas esas distintas y opuestas opiniones, ideas y tendencias reina en el campo del arte, como quizá no reina en ninguna otra manifestación de las fuerzas morales y materiales de la actual sociedad. No miremos al arte dramático, que parece empeñado en señalar su paso por estos últimos años del siglo con una serie apenas interrumpida de tanteos que son otros tantos fracasos. No miremos tampoco al arte arquitectónico, convertido hoy en traductor y adaptador de modos y estilos que pertenecen á otros días; miremos á las artes plásticas por excelencia y en ellas encontraremos cómo ese caos de que vengo hablando se determina claro y distinto.

Aquí mismo en España, donde por virtud del atraso indudable con que llegan todas las vibraciones de las ideas, apenas si podemos tomar parte en el concierto general del humano pensar, sin embargo, al presente los que del arte viven ó se ocupan hállanse en estado de gran apasionamiento. Acaba de suscitarse una polémica de tonos agrios entre artistas de fama y un catedrático de Estética; y en esa polémica, sostenida en varios periódicos de importancia, pudo echarse de ver cuán cierto es lo de la confusión que existe en lo tocante á los rumbos que debe seguir el artista del día. Verdades y... equivocaciones han sostenido Sala, Martín Rico y Raimundo Madrazo, de una parte; de la otra el catedrático de Historia del Arte, Teoría y Estética, de la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado, el pintor Sr. Arroyo. Pero en verdad debo decir que más equivocaciones afirmaron todos esos señores que verdades.

No digo por decir. El motivo de la polémica á que me refiero fué el nuevo programa para las oposiciones de las pensiones en Roma, y muy especialmente la parte teórica del citado programa. Divídese esa parte en otras tres, que son: Perspectiva, Anatomía y Estética, Teoría é Historia del Arte. Realmente, es una verdadera enormidad que el artista desconozca en absoluto lo más elemental de estas ciencias que concurren en alto grado á la mayor facilidad de la producción de la obra de arte. Desde este punto de vista, algunas de las razones que aducía en sus réplicas el Sr. Arroyo eran de las que, como vulgarmente se dice, no tienen vuelta. El artista que va á Roma, no á estudiar cómo se pinta ó se esculpe, sino á formarse un criterio que pudiera y debe llamarse estético, necesita entender lo que va á estudiar. Si el artista, según quieren algunos (y mucho me temo que no sean de ese número por lo menos Raimundo Madrazo y Martín Rico), no necesita para nada el estudio de las grandes obras de arte de pasados siglos, en ese caso para nada tampoco se necesita la Academia de España en Roma, ni menos hacen falta museos, ni las investigaciones arqueológicas ni cosa que se le parezca; pero si aceptamos que todo eso es necesario (y no son menester muchos argumentos para probarlo), en tal caso el pintor, el estatuario, el arquitecto, no pueden desconocer las fundamentales nociones de la Perspectiva, de la Anatomía y de la Historia y Estética. Cuantos como los contrincantes del Sr. Arroyo deducen de sí mismos que al artista le basta saber manejar la paleta y el pincel ó el barro y el palillo, sacan á relucir al pobre D. Diego Velázquez como ejemplo de lo innecesarios que son para el que pretende producir arte todos esos conocimientos ó por lo menos una buena parte de ellos. Pero esos señores no quieren tomarse el trabajo de estudiar paso á paso al eximio autor de *Las Meninas*, pues de tomárselo, seguramente llegarían á saber lo que por lo visto ignoran; entre otras cosas, que Velázquez era un *estético* profundo, que conocía y se sabía de memoria cuáles son los elementos primordiales de la *belleza*, á cuyo conocimiento debió no haber caído nunca en lo insulso, ni en lo inarmónico, cosa en que caen la mayor parte de los pintores; sabrían también que Velázquez, por lo mismo que no ignoraba cuáles son aquellas leyes del sentimiento que rigen, rigieron y seguirán rigiendo la especulación y la producción de lo bello, supo encontrar en la naturaleza la armonía de las sensaciones sensual y espiritual; armonía que no se consigue con solas audacias de color y «justezas» de línea, sino con un cabal conocimiento del valor de cada una de aquellas sensaciones. ¿Verdad que á ustedes, señores defensores de la *necesidad* de ignorar que tiene el artista para que produzca lo sublime, les parecerá griego lo que digo? Pues bien: este griego lo sabían á la perfección con Velázquez, Herrera el Viejo y Morales y Palomino y Jordán, como lo habían sabido Campaña y Berruguete, y no digamos Miguel Angel, Leonardo de Vinci, etc., etc., porque ya sería cosa de creer que no habían abierto ustedes en toda su vida un libro, ni estudiado como deben estudiarse las obras de todos esos grandes artistas. Ya sé que ustedes me van á sacar á relucir lo de que esos maestros no sabían jota de indumentaria; pero á eso les contesto que tales estudios de la Historia y de la Arqueología, apenas si fueron conocidos hasta hace poco tiempo (relativamente); y por otro lado debo decirles también que, especialmente en Alemania, hubo (y hay) pintores que prescindieron de la fidelidad histórica en ese particular, por razones que, por no hacer largo este artículo, hoy no expongo; pero que conste que son razones de orden perfectamente filosófico.



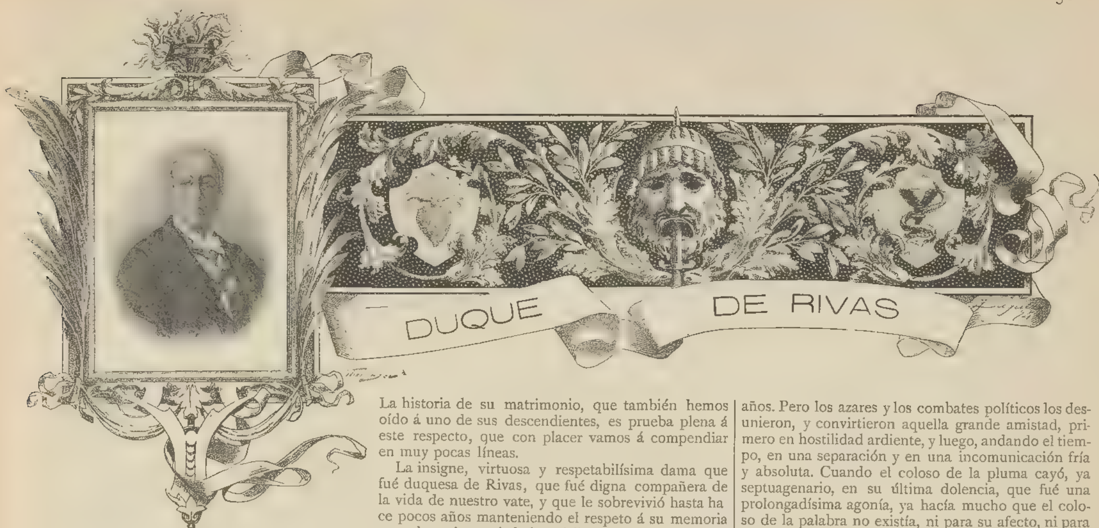
UNA VÍCTIMA, cuadro de José M.ª Tamburini (Salón Parés)

Ahora bien: si creo que defender á capa y espada lo de que el artista, para ser artista en toda la extensión de la palabra, es decir, artista en el *fondo* y en la *forma*, no necesita de la educación de sus dotes intelectuales y de aquilatar y depurar su sentimiento, es un verdadero desatino que por imperar brutalmente nos ha traído de la mano á un hastío sin límites, puesto que no gozan en la contemplación de una gran parte de la obra de arte de hoy más que los sentidos, que es lo mismo que borrar la perennidad de la emoción estética, así también considero otro desatino el que se pretenda que el pintor ó el escultor necesitan saber cómo vestían los caldeos ó los asirios, cómo fueron desarrollándose las fórmulas artísticas y estéticas de los tiempos prehistóricos á nuestros días, cómo los griegos pensaban de la belleza y el concepto que de ésta tuvieron los indios y los egipcios, así como la influencia de la civilización del pueblo de Sesostris en los del Asia y en el heleno, por cuanto ni el artista necesita ser historiador, ni emular á Wund, ni á Hegel, ni siquiera á Núñez Arenas, ni mucho menos aprender fórmulas estéticas, que varían como varían las sociedades y la cultura en general. Bueno que el artista tenga una idea somera de aquellas manifestaciones *típicas* del arte de los tiempos antiguos, puesto que en esas manifestaciones hay, como en las del arte de todos los tiempos, elementos plásticos y de concepto que es preciso tener en cuenta para no caer de bruces en una garrafalada histórica; bueno que el artista sepa que hay un más allá en el sentimiento y entendimiento de la belleza que el que buenamente pueda suponerse, y que para saber de ese más allá precisa distinguir de un modo concreto en qué y por qué se produce lo bello y cuáles son sus caracteres; pues de esta ignorancia venimos á pintar y esculpir esas señoritas con perros ratoneros, y esos monigotes llamados *bibelots*, que si por una suprema casualidad pueden aceptarse como un esfuerzo de paleta ó de palillo, tan pronto como los vemos se nos olvidan, sin que valga el socorrido decir de que habrán de tener valor histórico, pues dentro de cincuenta años, más que tales escuerzos (por la línea) valdrán los figurines de la *Moda Elegante*. Bueno, en fin, que sepa el artista algo de anatomía y un poco de lo que pudiera llamarse fisiología artística; pero que sepa cómo fué Adán anatómicamente considerado..., vamos, si es broma puede pasar. ¡Ah, si fuese esto solo; pero son tantos los..., cómo lo diré..., las, las *cosas* que vienen en ese programa, que no solamente huelgan, sino que ni aun los sabios en tales ciencias lo saben! Vaya, apuesto un duro contra un *perro chico* á que ni en Ebers, ni en Champolion, ni en Belzzoni, ni en Mariette, ni en lady Edwards, ni en Peters, ni en ninguno de los egiptólogos más famosos encontrará el Sr. Arroyo un estudio ¡qué digo completo! ni á medias, en el cual se despeje la incógnita de dos cosas sencillísimas, al parecer, y que tienen influencia decisiva en las manifestaciones del arte egipcio y de los pueblos asiáticos: las doctrinas religiosas puramente del Egipto, y las épocas en que fueron producidas una gran parte de las obras de arte de este pueblo, del indio y del asirio-persa.

Pero vamos á ver, ¿qué es eso de Adán? Por lo visto el Sr. Parada y Santín ha resuelto ya las cuestiones interesantísimas y que vienen siendo objeto de polémicas empeñadas entre filósofos, geólogos, paleontólogos y teólogos. Una de esas cuestiones es de carácter dogmático, y que no por ser de carácter dogmático deja de tener gran valor científico, puesto que buen número de sabios, entre ellos Humboldt, creen á pie juntillas en la existencia de una pareja de la cual desciende el género humano; y siendo esto así, es fuerza creer lo que el Génesis dice, de que Adán fué creado por Dios á su imagen y semejanza. He aquí ahora una cosa sorprendente, una cosa inaudita: al Sr. Parada y Santín, al darnos razón del tipo étnico de nuestro primer padre y al describírnoslo anatómicamente, resulta describiendo étnica y anatómicamente á Dios. ¡Caracoles! Pero ¿no descendemos de una sola pareja, como quieren muchos otros sabios, del mono, según Darwin?; pues en ese caso, ¿qué diablos de anatomía es esa que le ha inventado el Sr. Parada (es decir, él no se la ha inventado, otros, si no estoy trascordado, se la inventaron antes) al primer hombre, si el tal no existió? ¿Y aquellas deducciones antropológicas que?..

Sí, créanme los Sres. Arroyo, Parada y Santín y aun el mismo Sr. Gonzalvo, catedrático de Perspectiva, que sabiendo tanto, hace preguntas tan incomprensibles como la de saber «en qué punto del cono visual reside el cuadro;» (!!) toda esa ciencia que en el programa para las oposiciones á las plazas de pensionados en Roma aparece en forma de interrogante huelga en sus cuatro quintas partes para el objeto dicho; y además, me indica dos cosas el afán de preguntar tanto: que no han llegado á meditar hondamente dichos catedráticos en el valor que cada una de esas ciencias encierra en sí, puesto que las creen asequibles á todo el mundo y á todas las inteligencias, y que pretenden hacer del arte lo que el arte no será jamás, ciencia.

R. BALSA DE LA VEGA



SEMBLANZA (1)

A pocos de sus sacerdotes insignes debe la alma Poesía tanta gratitud como al egregio autor de *Don Alvaro*. Yo no sé si hay poetas artificiales, convencionales, artífices ingeniosos de la expresión divina de la belleza, aunque muchas veces, y en presencia de ciertas producciones, lo he pensado; pero sí sé que para ser verdadero poeta es necesario serlo por vocación, por organización: sí sé que *el poeta nace*, y sé también que el ser fiel á su modo de ser, á su difícil y complejísima inclinación, es para el poeta, sea cualquiera su condición, un mérito supremo. Y no conozco otro poeta más meritorio á este respecto que el gran duque de Rivas.

Todas las condiciones de su existencia parecían alejarle de su profesión poética desde el primer instante, y muchas de las sucesivas vicisitudes de su vida, las principales, lo exigieron así más tarde, aunque todas en vano. En primer lugar, su nacimiento, su educación aristocrática, su posición acomodada, esa facilidad del vivir brillante, que suele ahogar, con cierta triste lógica después de todo, la propensión literaria en espíritus poco diamantinos para la resistencia. La historia universal nos enseña que el culto de las Musas ha sido en la mayor parte de sus verdaderas autoridades una revancha contra la impía suerte; un producto, aunque bendito, de la necesidad; una forma, aunque excelsa, de la lucha por la vida. D. Angel Saavedra no tuvo esta lucha, pero abrazó aquel culto desde sus primeros años como el más necesitado, y supo hacer de su primitivo bienestar, ante todo y sobre todo, el auxiliar poderoso de su vida de poeta.

En segundo lugar, la Política, que es á la Poesía lo que el agua al fuego, no tuvo mejor éxito que la comodidad para eclipsar en el ministro, en el prócer, en el hombre de gobierno austero, ilustrado y respetado, al hombre de inspiración, al cantor eximio de *El moro expósito*, al autor de los monumentales *Romances*. Sus elevaciones, sus caídas en el seno de la gestión pública, sus ministerios, sus embajadas, sus discursos, sus apasionamientos de doctrina, sus goces y sus desdichas como hombre de partido, fueron igualmente inútiles para empequeñecer ó desvirtuar, ó suspender, si así puede decirse, las manifestaciones más altas de aquel gran carácter poético, muchas de las cuales aparecieron en medio de sus combates políticos.

Y aquel gran carácter poético que llenó su vida, correspondía en el hombre privado, por equidad de la Naturaleza, al mejor y más humano y más invariablemente agradable de los caracteres. No hay memoria en su ilustre familia, según he tenido el gusto de oir á uno de sus hijos, de haberle visto una sola vez incomodado. Recibía los vaivenes de la fortuna con la serenidad apacible del justo, ni había pequeñez mortificante que le alterase, ni dicha bastante para engreirle, ni desgracia para arrebatarle. La historia de su matrimonio, que también hemos oído á uno de sus descendientes, es prueba plena á este respecto, que con placer vamos á compendiar en muy pocas líneas.

La insigne, virtuosa y respetabilísima dama que fué duquesa de Rivas, que fué digna compañera de la vida de nuestro vate, y que le sobrevivió hasta hace pocos años manteniendo el respeto á su memoria entre la mejor sociedad madrileña, que la veneraba, era novia y prometida del duque cuando tuvo éste que salir de España, perseguido, arruinado y condenado por el ciego absolutismo. ¿Cuándo tendría término aquella dolorosa separación de los amantes? Lo tuvo pronto, por la iniciativa de aquella esposa modelo, que se decidió á serlo contra todos los obstáculos y consejos adversos, y que fué á unirse en lazo sagrado con el elegido de su corazón en Gibraltar.

Aquella luna de miel no ha tenido ni es fácil que tenga muchas similares. Pasaron ambos esposos su primera parte en un miserable é incómodo barco carbonero, que tras larga y penosísima travesía los desembarcó en la isla de Malta, donde aún viven los herederos de los que fueron sus agradecidos huéspedes. Yo he tenido ocasión de conocer en Oriente á uno de ellos, miembro de cierta familia Zamit para quien los duques de Rivas eran una memoria casi religiosa: la duquesa, según él, fué una santa, prototipo de caritativa rectitud: el duque, un modelo de caballeros españoles y de varones ilustres, digno en un todo de su admirable compañera.

El relato de aquella singular navegación nupcial era en labios del duque, según lo había oído Zamit á sus padres, de un interés conmovedor y de una originalidad exquisita. Admiraban los dos héroes de aquella aventura, ella y él, que es conveniente pasar por pruebas tales en la vida, para comprender la sublime verdad de que la dicha puede existir en el propio seno de la desventura y del peligro. ¡Qué importaban, en efecto, al gran poeta ni el ostracismo, ni la pobreza, ni el mar rugiente que le rodeaba, llevando como llevaba junto á su corazón á la realizadora de sus más puros ensueños de amor! ¡Qué importaban á la gentil y animosa belleza todas aquellas angustias, si las compartía con el inspirador de su ternura!

No sé por qué dejó de escribir el gran pensador esa bellísima página biográfica, que la posteridad hubiera de seguro recibido como una de las convincentes pruebas de aquella perpetuidad soñadora, que formó la esencia de su carácter. O, si por ventura la escribió, yo no he tenido el placer de verla, ni de oir hablar de ella siquiera. Pero tengo, en cambio, cabal y detallado conocimiento de cuáles fueron y cómo se escribieron y qué decían sus últimos versos, que voy á transcribir, seguro de que el lector de estas líneas me lo agradecerá. Preciso es, sin embargo, exponer, aunque sea en breves párrafos, los antecedentes que originaron la última manifestación poética del venerable maestro.

Las luchas de la vida política no pasan en balde ni aun para los caracteres óptimos, ni aun para los espíritus en quienes la ofensa, más ó menos real ó imaginada, más ó menos injusta ó excusable, está segura de hallar perdón y olvido, pasado el instante de su perpetración. No hay, no, mayor envenenadora de almas que la política, sin duda porque á cambio de las nobles pasiones de que puede acompañarse, lo hace también muchas veces, las más veces, de otras pasiones malas y terribles, cuyo rastro es indeleble. El gran duque de Rivas tuvo la desgracia de deber á la política, no diremos una enemistad eterna, pero sí un resentimiento personal de larga duración.

El duque de Rivas y D. Salustiano Olózaga habían sido amigos íntimos y cariñosos durante muchos años. Pero los azares y los combates políticos los desunieron, y convirtieron aquella grande amistad, primero en hostilidad ardiente, y luego, andando el tiempo, en una separación y en una incomunicación fría y absoluta. Cuando el coloso de la pluma cayó, ya septuagenario, en su última dolencia, que fué una prolongadísima agonía, ya hacía mucho que el coloso de la palabra no existía, ni para su afecto, ni para su memoria; ya hacía mucho que ni se habían visto, ni oído, ni hablado, y cada uno cumplía en su cerrado hogar la inexorable ley de su decadencia.

En un día de aquellos llegó á la casa de la plaza de la Concepción una carta para el duque, para el ilustre y pobre D. Angel, que pasaba sus últimas jornadas en una postración completa, sin tener casi, más que á breves intervalos, conocimiento y conciencia de cuanto le rodeaba. La familia abrió aquella carta. Era del gran orador, quien pedía al gran poeta, en nombre del pasado que los vió quererse, su firma para un álbum que le remitía, para el álbum de su hija, de su única hija que se iba á morir pronto de una tisis galopante, y que lo deseaba con el suave tesón de un moribundo. La familia aprovechó el primer momento lúcido de D. Miguel y le dió cuenta de la misiva.

D. Angel pidió el álbum y una pluma, y con mano temblorosa escribió en aquél:

SI HOY Á LA VOZ DE LA AMISTAD NO CEDO,
ES QUE YA EL PESO DE LA EDAD ME ABRUMA:
PERDONA MI SILENCIO; MAS NO PUEDO
MOVER NI EL PENSAMIENTO, NI LA PLUMA.

Y estos fueron los últimos versos del gran vate; este fué el último canto del soberano cisne andaluz. Así se despidió de la poesía y de la vida, el que había vivido todos sus días, todas sus horas, todos sus instantes sin dejar de ser poeta.

S. LÓPEZ GUIJARRO



Este grabado corresponde al romance *El moro expósito* y está tomado de la edición de las obras completas del duque de Rivas, profusamente ilustrada por José Luis Pellicer y Apeles Mestres, que ha publicado esta casa editorial en dos lujosos tomos en 4.°

(1) Con el presente artículo inauguramos la serie de semblanzas íntimas de los más ilustres escritores y artistas españoles fallecidos en nuestro siglo, escritas por los primeros literatos contemporáneos, que sucesivamente iremos publicando en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

EL SEÑOR PRESIDENTE

(A Mariano de Cavia)

No se vaya á creer que, usurpando atribuciones á quien tenga en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el negociado de teatros, trato de examinar ahora el juguete cómico titulado *El señor Presidente*, escrito por dos periodistas madrileños muy jóvenes aún y ya muy famosos, y que representa en el teatrito Martín el señor Manini; no, el señor presidente á quien me refiero es mi insigne tocayo el Sr. Cánovas del Castillo, al cual, según he oído decir por esos mundos, tratan de hacer presidente de la Academia Española, como si no bastasen y aun sobrasen, para molestarlo, las muchas presidencias que sobre sí tiene; porque el Sr. Cánovas lo preside todo.

Todos saben..., quiero decir todos los que piensan en esas cosas, que el actual presidente de la Academia de la Lengua es el conde de Cheste; pero los mismos todos saben también que el susodicho señor conde ha presentado, con carácter de irrevocable, la renuncia de ese cargo, indicando, como de pasada, al redactar su renuncia, que el ilustre jefe del partido conservador debía ser su heredero. El prócer académico, tan aficionado á los procedimientos antiguos, ha tratado, por lo que se ve, de resucitar aquel recurso de que se valían algunos emperadores romanos y muchos reyes visigodos para convertir en casi hereditarias monarquías casi electivas.

Los que pasan por bien enterados en cosas de *la Academia* dicen que la renuncia del conde no será admitida y que el veterano de las armas y de las letras españolas continuará presidiendo los actos de la docta corporación; pero como dicen lo uno, dicen lo otro, afirman que, si el traductor del *Dante* insiste en su dimisión, para sucederle en su cargo será elegido, sin duda alguna y sin oposición el ya repetido señor Cánovas. Y esto es precisamente lo que me desespera. – Y si desesperarme no, porque la cosa no es para tanto, me parece poco juicioso.

No desconozco los merecimientos literarios, políticos, científicos, filosóficos y morales y religiosos y de todas clases que en D. Antonio concurren; no le regatearía yo, si de mi competencia fuese otorgárselos, honores, distinciones, cruces y diplomas; pero ¿á qué darle más presidencias si ya no puede con las que tiene?

Porque nosotros los españoles somos así, nos empeñamos en que un ciudadano ha de ser presidente de esto y de aquello y de lo otro y de lo de más allá y, que quiera que no quiera, lo hacemos presidir Consejos de ministros y Consejos de administración de ferrocarriles; Academias y Asociaciones piadosas; Ateneos y Juntas de Beneficencia; *Comités* y Círculos de recreo; corporaciones científicas y hasta sociedades coreográficas; ¿y qué sucede?... Sucede que obligado ese presidente universal á presidirlo todo, no preside nada.

Concretándome ahora al caso de Cánovas del Castillo, recuerdo que es presidente (ó director, que para el asunto es lo mismo) de la Academia de la Historia, y que será – no sé cuando, pero lo será – presidente del Consejo de ministros, y es presidente del Círculo liberal conservador y ahora van á nombrarlo presidente de la Academia Española y presidente... ¿qué sé yo?, si es cuento de nunca acabar, – y ¿quiere decirme el que lo sepa, cuándo hace el insigne estadista los sombreros? – Porque, no hay que darle vueltas, por muy insigne y por muy talentudo que sea un hombre, no tiene el don de la ubicuidad, ni puede conseguir que el día tenga más de veinticuatro horas, de las cuales – aun habiendo matado el sueño, como dice Shakespeare – necesita consagrar algunas al descanso del cuerpo, otras al esparcimiento del espíritu, varias á la alimentación y al aliño de la persona y bastantes al comercio social y al cumplimiento de deberes de cortesía y de etiqueta que la posición impone inevitablemente. Véase, pues, si tengo razón para sospechar que no podrá conceder la necesaria atención á su nueva presidencia.

Pero, señor, ¿no hay en España quien pueda presidir algo? ¿No tenemos ni en las Academias, ni en los Ateneos, ni en las demás corporaciones, una sola persona que valga para presidirlos?

¡Ay! Ese afán de buscar para todo presidente de *cartel* (valga la locución) ha hecho fracasar ya muchos nobles intentos y muchos propósitos laudables.

Ahí está, quiero decir, ahí debía estar el proyecto *non nato* del *Monte Pío* de la prensa, proyecto que murió en flor, *única y exclusivamente* – pueden ustedes creérmelo á mí, que lo sé de muy buena tinta, – *única y exclusivamente* por el empeño de buscar entre los egregios quien ocupase la presidencia.

El egregio, es claro, aceptó; esas cosas se aceptan siempre; pero después de haber aceptado, ni volvió á pensar en los periodistas que le ofrecieron el cargo, ni se acordó más del *Monte Pío* de la prensa.

¿Y qué sucedió? Pues sucedió lo que tenía que suceder: los peluqueros, los cocheros de punto, los repartidores de pan á domicilio, los mozos de café, cuantos en Madrid trabajan y de su trabajo viven, se asocian, se reunen, se protegen mutua y recíprocamente; hasta los guardias de orden público fundaron (y han hecho perfectamente) su *Monte Pío*, solamente los periodistas ni se asocian, ni tienen *Monte Pío*, ni llevan trazas de tenerlo.

Comenzaron bien; pero acabaron mal, porque dieron en la manía de las Presidencias vistosas, y allí *fincó* el pleito y en tal estado continúa.

Mucha consideración, sí, señor, mucho respeto, mucha atención á los grandes hombres que son honra y lustre de la patria; pero no les pidamos más de lo que humanamente pueden darnos, y sobre todo, no les obliguemos á que nos presidan, ni esperemos que nos protejan.

Vean mis amigos Cavia y Soldevilla si ha llegado el momento de volver á empezar lo que tan bien iba, tomando ahora distintos derroteros, y sobre todo no fijando la atención en lo que *vista* ó deje de *vestir* para el caso *el señor Presidente*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

VULGARIDADES SONORAS



Aseguran que el hombre está fabricado de tierra; pero yo más bien creo que la fábrica humana es de aire condensado. Y fúndome para ello en la gran resonancia que todo lo que es sonoro adquiere, al venir á reflejarse en el sér humano.

No ya el sentimiento, la misma inteligencia se deja persuadir por la sonoridad de los conceptos ó de las palabras.

Una palabra que suene bien y que esté bien escogida arrastra un pueblo entero; provoca una revolución; transforma una raza.

Todo consiste en que el sonido tenga muchas notas armónicas y que esas notas armónicas sean de las que poseen como factor común todos los hombres de una época.

Una palabra encierra á veces una gran idea, una gran verdad, pero es, por decirlo así, *mate*, carece de sonoridad; pues con todas sus profundidades será completamente estéril y nadie hará caso de ella, y como semilla rica en gérmenes de vida, pero que cayó en mármol pulimentado, allá esperará inútilmente el momento misterioso de la germinación hasta descomponerse en polvo que arrastrarán vientos y aguaceros.

Esto sucede hasta en las mismas ciencias; ha sucedido siempre en Filosofía; y sucede – más que en ninguna parte – en política; y tanto ó más que en política en crítica literaria, la gran región y el fecundo campo de las vulgaridades sonoras.

Entre éstas anda hoy muy en voga una que tiene, por lo visto, maravillosas resonancias según los ecos que despierta, no ya en el vulgo de los críticos, sino entre escritores de verdadero talento y de profunda erudición.

Es esta vulgaridad sonora á que me refiero la que por artículos, revistas y aun libros corre con este nobilísimo título *Los nuevos moldes*, sobre todo los nuevos moldes para la literatura dramática.

Y yo me he preguntado cien veces y otras cien – que tiempo hay para tanto desde que «Los nuevos moldes» viajan de incógnito por el mundo, – ¿qué moldes podrán ser estos que, á manera de nuevos Mesías, nos anuncian los grandes y pequeños profetas de la crítica?

Declaro humildemente que no lo entiendo; porque una de dos: ó no se quiere decir nada al emplear esta frase, ó se quiere decir un soberano absurdo.

Molde, según la Academia, es «la pieza en que se hace en hueco la misma figura que ha de tener – bajo forma sólida – la materia fundida que en dicho hueco se vacía.»

Luego la palabra molde se refiere única y exclusivamente á la forma.

No se refiere á la materia; no se refiere á la substancia; no se refiere á la esencia. Refiérese tan sólo á la apariencia exterior.

Un molde cilíndrico dará forma cilíndrica á la substancia que en él se moldee; pero esta substancia podrá ser cera; podrá ser hierro; podrá ser plata; podrá ser, en suma, toda materia que puesta al fuego se liquide.

Luego al decir con entonación sonora *los nuevos moldes del teatro* se dice una soberana vaciedad, tan grande como el vacío que el molde contenga.

Se tuvo la pretensión de lanzar á los cuatro vientos algo muy profundo y se lanzó la idea más superficial que en materia de superficies cabe. Porque un molde, después de todo, no afecta nunca al fondo; no penetra en lo íntimo; no llega á las honduras: se queda contorneando formas exteriores.

¿Qué pueden ser en el Teatro los moldes? No pueden ser otra cosa que las exterioridades, los contornos, la posición en el espacio y en el tiempo, de la obra dramática.

Por ejemplo, si se ha de dividir en actos y cuántos han de ser.

Si el acto se ha de dividir en escenas y de qué modo habrán de distribuirse según su magnitud, ni más ni menos que las hiladas de un monumento.

Si las escenas se han de componer de diálogos, sencillos ó múltiples.

Si la progresión dramática ha de ir creciendo hasta el fin de cada acto y hasta el fin de cada obra, por manera continua ó por manera ondulada.

Si los finales han de caer en los puntos más altos ó en los puntos más bajos de la ondulación dramática.

Si se ha de conservar la unidad de tiempo y de lugar sistemáticamente, ó si ha de romperse dividiendo cada acto en tantos cuadros como exija el argumento.

En fin, todo lo que se refiere á los límites, contornos y divisiones de la obra dramática.

Pero estos moldes son siempre los mismos con pequeñas y accidentales diferencias. El teatro griego; el teatro romano; el drama religioso de la Edad Media; lo mismo la sublime creación de Shakespeare, que la tragedia clásica; la comedia de capa y espada, de igual suerte que la comedia moderna francesa; todo cuanto es representar sucesos imitados de la vida real ó sucesos simbólicos; todo el arte dramático, en suma, está dentro de los mismos moldes. Porque estos moldes son inevitables: podrán ensancharse más ó menos, suavizarse de esta ó aquella manera sus contornos; pero siempre tendremos sucesos dialogados que expresen pasiones ó que expresen ideas.

O estos moldes de que se habla con tanto énfasis no son tales moldes, ó nada se consigue con ensancharlos ó encogerlos como se ensanchan ó se encogen los pliegues de un vestido.

Cambiar los moldes de la obra dramática es para mí empresa tan insensata ó tan ridícula como cambiar los moldes de la figura humana. No; el hombre prehistórico y el hombre moderno están dentro de los mismos moldes, y lo único que cambia y diferencia pueblos de pueblos, razas de razas y una civilización de otra civilización, son las ideas y los sentimientos que, conservándose idénticos en el fondo, se ensanchan y se multiplican y abarcan horizontes cada vez más extensos.

Pues una cosa análoga sucede con la literatura dramática y con todos los géneros literarios. O no cambian los moldes, ó cambian poco, ó sus modificaciones son secundarias. Lo que cambia es la masa hirviente de pasiones que en esos moldes ha de vaciarse.

Modificar los moldes es empeño pueril de unos cuantos que jamás han comprendido ni lo que constituye el fondo de la belleza artística ni lo que constituye el fondo de la obra dramática.

Ya explicaré esto más por extenso en ocasión más oportuna.

JOSÉ ECHEGARAY

LA PUNTILLOSA (episodio de 1818)

I

Aunque ya hubieran pasado los días de más fachendosa ostentación de aquellas rumbosas majas de que D. Francisco Goya con su castizo pincel y don Ramón de la Cruz con su apicarada pluma nos dejaron admirabilísimos retratos, todavía por los años de 1818, aunque escasos y un tanto adulterados, no dejaban de verse en Madrid algunos restos de un tipo llamado á extinguirse en no lejanos días en la mancha gris de una sociedad incolora.

De las muestras de que hablamos, una de las que con más vigorosa entonación había conservado los rasgos característicos del original, era María Pepa Jordán, más conocida por *la Puntillosa*, hermosísima hembra, cuya fama, rebasando los límites de la intrincada red de callejas que formaban los barrios del Rastro y la Arganzuela, se extendía lo mismo re-



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de F. Vinea

gumque turris que *pauperum tabernas* á los más aristocraticos cuarteles de la corte del absoluto y felizmente restaurado monarca D. Fernando VII de su nombre.

De no muy alta estatura, pero sí dotada de toda la esbeltez compatible con un cuerpo más llamado á excitar con sus redondeces los sentidos, que no á elevar el alma á regiones ideales; de ese color trigueño que teniendo algo del marfil viejo no excluye la exuberancia de vida; de manos carnosas y mucho más finas de lo que sus nada pulcros trabajos pudieran hacer esperar, y de ojos rasgados y dormilones, en los cuales había todas las expresiones de la pasión, no era difícil buscar el cercano abolengo de María Pepa Jordán con una de aquellas majas que poco antes, lo mismo habían hecho desatarse en soporíferos madrigales á petimetres y currutacos de rizada chorrera, que avivar el odio al invasor que rugía en los pechos de manolos y chisperos de monillos de alamares, sombrero de medio queso y capotillo de mangas.

Y si en lo físico era muestra un poco arcaica de lo que había sido el bello sexo en las clases populares allá en los días de apogeo de Godoy y María Luisa, en lo moral nada desmerecía el fruto de lo que la corteza prometía.

Hija de un antiguo matarife, apenas tuvo tiempo de conocer á su madre, que murió al año escaso de venir ella al mundo, y de tal modo se hizo desde su infancia á no sufrir más yugo que el de su voluntad y á no obedecer otras leyes que las de su capricho, que creció y llegó á mujer tan en plena posesión de su libre albedrío, que aunque, por suerte, su natural bueno y honrado no la llevó nunca á abusar de su independencia, no fué ciertamente porque la intimidaran los enojos de su padre, á quien quería más que respetaba, ni mucho menos por miedo á romper con los hipócritas convencionalismos de una sociedad que miraba con el más soberano desprecio.

Para asegurar mejor aquella independencia, tan pronto como se vió en disposición de manejarse por sí misma, consiguió que su padre la tomara en traspaso un acreditado puesto de la plaza del Rastro, y allí, haciendo trono de la tabla en que despachaba menudos de vaca y tripas y livianos de carnero, se creyó reina más neta que lo era Fernando VII bajo el solio de Ataulfos y Alaricos.

Camarilla tampoco hubo de faltarla. La atractiva belleza que se había desarrollado en ella sirvió de cebo á las más heterogéneas clases sociales, y no había mañana en que en torno del modesto tingladillo en que movía sus manos cargadas de sortijas de aljófar, no se viera lo mismo al majo de patilluda y morena fisonomía, que al acomodado menestral y al atildado lechuguino; no siendo raro que para que nada faltara á su esplendor se mezclaran allí en amigable consorcio las casacas blancas de los guardias valonas con las azules y verdes de los cuerpos de infantería, dragones y carabineros reales de los ejércitos de S. M.

Pero todo ello era tiempo perdido. Sin necios remilgos ni mentidas gazmoñerías, si aceptaba con cierto benévolo desenfado toda galantería, cuando las cosas tomaban rumbo más serio plegaba su boca tan altivo é irritado mohín, que puede tenerse por seguro que al pretendiente que á tal enojo daba margen no le quedaban en mucho tiempo ganas de volver á asomar las narices por la plaza del Rastro.

II

Sin embargo, es fama, y sabido es que la fama miente pocas veces, aunque sí algunas, que la que de esquiva tenía *la Puntillosa* perdió no poco de su prestigio al saberse que cierto pájaro de cuenta rondaba con asiduidad un tanto sospechosa el puesto de mondongo, no pareciendo ser recibido en él con el desabrimiento que tanto desesperaba á galanes con los que no podía pensar en competir en punto á apostura y gallardía.

Para saber que la persona á que nos referimos no tenía en su favor ninguna de estas dotes, basta apuntar que era aquel celebérrimo Pedro Collado, que ya en no muy cercanos días y merced á su rústico gracejo, ascendiendo de aguador de la fuente del Berro á confidente del entonces príncipe de Asturias, había tomado parte no poco activa en el motín de Aranjuez y en la emigración de Valencey, y aún conservaba no poco prestigio sobre el ánimo del que sin contradicción alguna encabezaba sus absolutos decretos con la conocida fórmula de «Fernando VII por la gracia de Dios, rey de España y de sus Indias.»

Raro era ya que el zafio cortesano que entre sus no pocos defectos no había contado en sus juventudes el de dar en rijoso y enamoradizo, hubiera caído á sus años en la debilidad de aspirar á favores que no podían ser útiles en manera alguna á sus miras ambiciosas; pero como la maledicencia llega á explicírselo todo, no tardó en dar por cosa segura que no era por su cuenta por la que trabajaba el que nunca he sabido por qué era conocido en la corte con el apodo de *Chamorro*.

Y algo y aun algos de verdad debía haber en tales hablillas, cuando palaciegos de los mejor informados aseguraban que pocos eran los días en que cuando Collado ayudaba á vestir á S. M. no se oyera en la intimidad de la regia estancia el nombre de *la Puntillosa* mezclado á epigramas y chanzonetas no siempre del más delicado gusto.

III

No muy satisfecho debía andar *Chamorro* de sus gestiones, tuvieran el objeto que tuvieran, cuando cierta mañana, al entrar en los aposentos de S. M. Fernando, sin darle tiempo á desatarse en las burdas y ampulosas felicitaciones con que acostumbraba á dar los buenos días á su amo, le dijo con aquella burlona y llana sonrisa que ha hecho provervial la historia:

– *Chamorro*, te vas haciendo viejo.

– Encanecer en el servicio de mi rey es mi mayor honra, contestó Collado con servilismo.

– Es que hay quien me sirve mejor que tú.

– Puede que tenga V. M. servidores más afortunados, pero no más celosos, respondió el ex aguador palideciendo.

– Prueba de ello es que lo que tú no has logrado en meses enteros hay quien lo ha conseguido en solo un día Esta noche María Pepa me recibe en su casa.

Pedro Collado miró al rey con aire de duda; pero advirtiendo en el semblante del monarca que no había la menor sombra de burla en sus palabras, se mordió los labios con despecho, mientras su señor, sin duda por librarse de sus explicaciones, le mandaba imperativamente dar acceso en su cámara á aquellos de los cortesanos á que dispensaba la señalada honra de asistir á la última parte de su tocador.

Y lo peor no fué eso, sino que durante la audiencia, tal complacencia puso Fernando en humillar á su ayuda de cámara, de burlas tan sangrientas le hizo blanco, que aunque *Chamorro* tenía la epidermis tan dura que no solían molestarle los mayores sonrojos, tan pronto se vió libre de su servicio, nunca tan penoso como aquel día, salió de las regias habitaciones con humor tan negro y empecatado, que sólo sofocos recibieron de sus labios los cortesanos de escalera abajo, que siempre esperaban con memoriales y peticiones el paso de persona á quien tan altas distinciones dispensaba el árbitro de los destinos de España.

IV

Aquella noche, como otras muchas, el rey de España y de las Indias, envuelto en una ancha capa y confundiéndose con el resto de los mortales, salía de incógnito de su real Alcázar, sin otra compañía que su fiel confidente y capitán de su guardia el Excelentísimo señor duque de Alagón.

Si sus facciones no hubiera ocultado cuidadosamente el embozo de grana, se hubiera adivinado que la empresa que le hacía renunciar á su ordinaria tertulia debía importarle por lo menos tanto como los más arduos negocios de Estado; pero bastaba ver la prisa con que cruzaba calles y calles para dejar comprender qué feliz resultado esperaba de la empresa que aquella noche acometía.

Por fin á la media hora de marcha y cuando ya se había internado en la red de callejas que pone en comunicación la plaza del Rastro con la de la Cebada, deteniéndose el de Alagón ante una casa de un solo piso y de menos que mediana apariencia exclamó:

– Aquí es, señor.

– Llama, murmuró impaciente el rey.

Pero sin necesidad de que el de Alagón obedeciera la orden, la puerta se abrió, y saliendo de ella hasta cuatro hombres enmascarados, de tal modo la emprendieron á palos con el bizarro capitán de guardias, que S M., á quien ninguno de los agresores osó acercarse siquiera, acabó por emprender la retirada diputándole por muerto.

Aquella noche, Fernando, más mohino que otras veces, entró solo en su Real Palacio.

V

Cuando á la mañana siguiente Collado, que á juzgar por su azoramiento algo debía haber traslucido de la escena de la noche anterior, entró en la alcoba de S. M. á afeitarle, con gran sorpresa encontró á Fernando del mejor humor del mundo.

– Me han dicho, dijo después de gozarse largo rato con el azoramiento de su fiel criado, que el de Alagón se halla un poco indispuesto. Cuando acabes de vestirme no dejes de pasar á sus habitaciones á informarte del estado de su salud.

Y al cabo de un gran rato añadió:

– ¡Ah! Y no te olvides de decirle que el encarguito que recibió anoche estaba destinado á ti y que es mi voluntad que te lo devuelva íntegro. A cada cual lo suyo

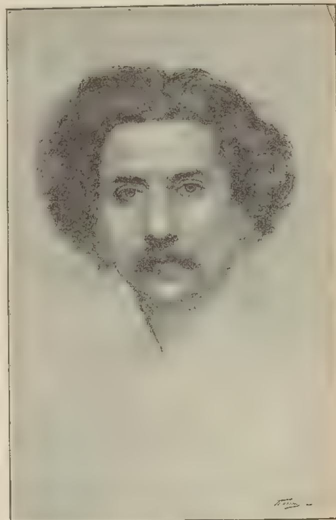
Y terminado aquel día su tocador, sin permitir que nadie entrara en la cámara, despidió con la mayor afabilidad á su ayuda de cámara, no sin recordarle la comisión que le había dado.

¡Que lástima que la historia no diga si el duque de Alagón cumplió fielmente el mandato del monarca!

ANGEL R. CHAVES

RAMÓN MARTÍ Y ALSINA

Los comienzos de la carrera del ilustre pintor cuya reciente muerte deja un gran vacío en el arte catalan, fueron los de tantos otros artistas que para seguir el camino adonde su vocación les llevara han tenido que desoir los consejos ó desobedecer los mandatos de aquellos bajo cuya potestad se han encontrado.



RAMÓN MARTÍ Y ALSINA
Vicedirector de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona
Murió el 21 de diciembre de 1894
Retrato al lápiz, dibujado por él mismo

Quiso el padrino y protector de Martí y Alsina, huérfano de padre desde edad muy temprana, que su ahijado cursara una carrera literaria; mas fué vano su empeño, y á los veintitrés años de edad ganaba Martí en reñidas oposiciones la cátedra de dibujo de figura de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona.

En la Exposición nacional de 1858 presentó, entre otros cuadros, *El último día de Numancia* y varios paisajes: el primero fué premiado con una tercera medalla y adquirido por el Estado, que lo conserva en el ministerio de Fomento; de los segundos dijo uno de los mejores críticos de la corte en aquel entonces que daban á su autor derecho para ocupar uno de los primeros puestos en el arte español.

Desde entonces siguió concurriendo á los principales certámenes y obteniendo en ellos altas y merecidas recompensas.

Martí y Alsina ha sido uno de los pintores que más han trabajado y que mas han enaltecido el arte en nuestra región. El catalogo de sus obras es interminable, y las principales corporaciones y familias barcelonesas ostentan en sus galerías ó en sus salones hermosos lienzos á su pincel debidos, pudiendo decirse sin exageración que durante muchos años su firma monopolizó el mercado de Barcelona.

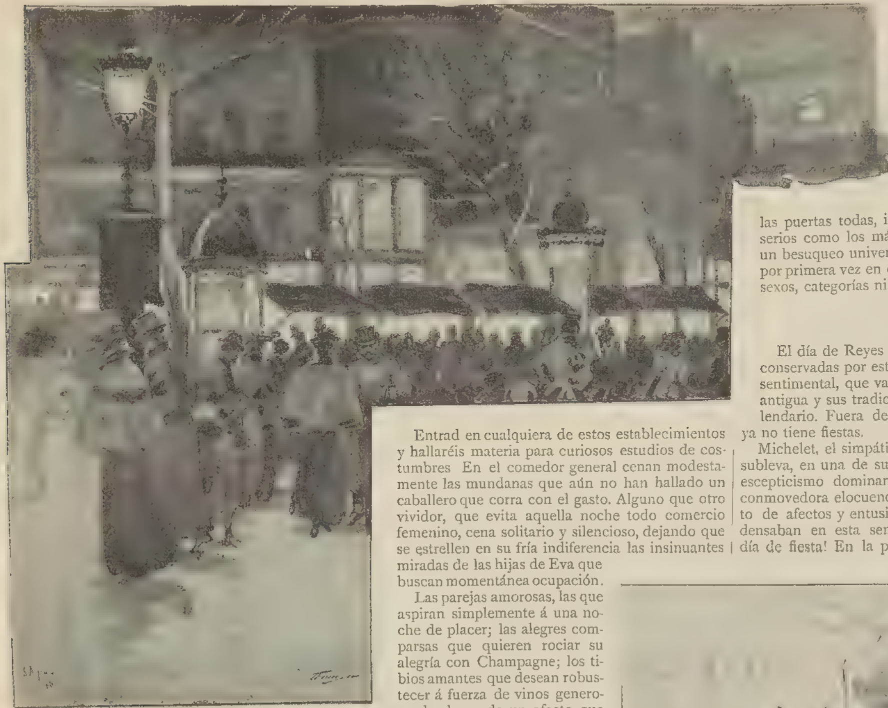
Era artista por temperamento y cultivaba con igual brillantez todos los géneros, el histórico, el de costumbres, el retrato, el paisaje y la marina.

De su talento como profesor son elocuente prueba los Vayreda, Urgell, Galofre, Pellicer, Miralles, Teixidó, y en una palabra todos esos artistas que fueron un día sus discípulos y que han figurado luego entre los primeros pintores de nuestra patria.

Mas con ser tantos estos merecimientos que por sí solos bastarían á justificar la fama a su nombre unida, todavía tiene Martí y Alsina otro título á la admiración y aplauso de la posteridad: él fué quien rompiendo las trabas que en su tiempo tenían aprisionado el arte, enseñó á nuestros artistas la verdadera senda por donde debían caminar; él fué quien haciendo caso omiso de académicos convencionalismos inició entre nuestros pintores el culto al estudio del natural; él fu , en una palabra, quien primero buscó sus inspiraciones en el aire libre y sus modelos en la realidad viviente, y si hoy la escuela catalana merece ser considerada entre las que marchan al frente del progreso artístico, debelo en buena parte á Martí y Alsina, que sento las bases sobre las cuales se han desarrollado las modernas tendencias.

Martí y Alsina, que desde hacía años era vicedirector de la Escuela provincial de Bellas Artes de Barcelona, ha muerto a los 69 años de edad.

¡Descanse en paz el artista cuya obra llena una de las más gloriosas páginas de la historia artística española contemporánea!



PARÍS. – La Nochebuena en los *boulevards*, dibujo de S. Azpiazu

CRÓNICA PARISIENSE

¡Qué libro tan curioso podría escribirse sobre el espectáculo que presenta París desde Nochebuena hasta la Epifanía! Y la tarea sería tal vez menos difícil que condensar en un solo capítulo las impresiones que en el alma del observador produce este grandioso y animado cuadro.

Este año el frío es soportable, y sin grandes lluvias y sin nieve, los paseantes han podido recorrer los *boulevards*, donde el pequeño comercio ha instalado largas hileras de tiendecitas para la venta de juguetes, frutas, golosinas y chucherías de toda especie.

La gente menuda atraviesa la época del año más feliz para ella. Ninguno de ustedes será tan flaco de memoria que no recuerde con emoción la incomparable alegría experimentada en su niñez por el hallazgo del juguete ó de la caja de dulces en el misterioso zapato puesto la víspera en el balcón.

La gente grande también quiere sus aguinaldos, más ó menos útiles, más ó menos ricos.

Aquí han llegado á ser una obligación social los regalos de fin de año, y hay que elegir entre someterse á la costumbre-ley ó romper con las relaciones. Dura ley que arranca muchos suspiros y crea grandes apuros.

Aparte de los regalos que la amistad impone, hay que contar con un número infinito de aguinaldos más ó menos obligatorios. Es preciso dar sendas propinas al portero, á los criados de la fonda, al mozo del *restaurant*, al camarero del café, al cartero, al repartidor de periódicos, á los niños de clientes y servidores, á los acomodadores de teatro, al barbero, á los *bebés* y á los criados de los amigos; á todo el mundo. Porque todo el mundo pide; porque todo el mundo se cree con derecho al aguinaldo.

***

La Nochebuena es aquí muy parecida á la que se celebra en toda España. La gente va á la misa del gallo, para cenar después. Pero así como en las poblaciones españolas la alegría trasciende á la calle, aquí se manifiesta de puertas adentro.

El que atraviese los *boulevards* y observe que la animación no va mucho más allá de los límites ordinarios, podrá pensar que aquí no se rinde gran culto á esta fiesta. Pero hay que ver la algazara que los parisienses mueven en sus casas ó en los sordos salones de los *restaurants* en boga.

Entrad en cualquiera de estos establecimientos y hallaréis materia para curiosos estudios de costumbres En el comedor general cenan modestamente las mundanas que aún no han hallado un caballero que corra con el gasto. Alguno que otro vividor, que evita aquella noche todo comercio femenino, cena solitario y silencioso, dejando que se estrellen en su fría indiferencia las insinuantes miradas de las hijas de Eva que buscan momentánea ocupación.

Las parejas amorosas, las que aspiran simplemente á una noche de placer; las alegres comparsas que quieren rociar su alegría con Champagne; los tibios amantes que desean robustecer á fuerza de vinos generosos los lazos de un afecto que empieza á debilitarse; las bandadas de amigos que llegan dispuestos á echar una cana al aire; los neófitos que eligen tan señalada noche para pasar el Rubicón; todo ese numeroso mundo heterogéneo y curioso cena en gabinetes reservados.

Y algunos de esos gabinetes pueden competir en lujo y elegancia con los *boudoirs* de las cortesanas de mejor gusto. Todo allí es bello y seductor; tapicerías de raso, doradas molduras, chimenea, piano, grandes espejos, soberbios cuadros, bronces y mármoles artísticos, plantas exóticas, suave temperatura, delicados perfumes, lujosa sillería, blandos almohadones, elegantes lámparas proyectando esa luz difusa que da extraordinaria morbidez á los rostros femeninos.

***

Y mientras todo un mundo corrompido y corruptor se embriaga en estos sitios de placer, derrochando el oro que tantas lágrimas podría enjugar y á tantos desheredados de la fortuna podría socorrer, oro acumulado por el sudor de un padre ó usurpado á la pobreza misma, cuando no es el premio del vicio y la prostitución; mientras tanto, en desmanteladas buhardillas, donde se siente frío y angustia, donde reina eternamente la miseria, los hijos del infortunio celebran la Nochebuena con un pedazo de pan y un mal chorizo comprado al fiado á una salchichera compasiva.

¡Qué enorme distancia entre el primer piso y el sotabanco! ¡Qué abismo tan profundo entre esas dos esferas de la sociedad!

***

El primer día del año es en Francia la fiesta de las fiestas. Su alegoría debiera componerse de cascadas de oro en vastos almacenes, monumentales cuernos de la abundancia, de los cuales la mágica Industria hace brotar los productos más ricos y variados.

Esta fiesta escala los más altos pisos de las viviendas, y á semejanza de los dioses más traviesos de las leyendas indias, adopta mil encarnaciones para poner la pluma en todas las manos, echar tarjetas por debajo de las puertas todas, impedir á todo trance los más serios como los más frívolos negocios, y decretar un besuqueo universal entre los que se encuentran por primera vez en el año nuevo, sin distinción de sexos, categorías ni edades.

***

El día de Reyes es la última de las tres fiestas conservadas por esta sociedad más positivista que sentimental, que va relegando al olvido con su fe antigua y sus tradiciones las solemnidades del calendario. Fuera de estos días, el París moderno ya no tiene fiestas.

Michelet, el simpático y quejumbroso Michelet, se subleva, en una de sus obras admirables, contra el escepticismo dominante, y deplora en términos de conmovedora elocuencia la desaparición del conjunto de afectos y entusiasmos populares que se condensaban en esta sentida y religiosa expresión: ¡un día de fiesta! En la parte más sujetiva de su *Ban-*



PARÍS. – La víspera de Año Nuevo en los *boulevards*, dibujo de Salvador Azpiazu



LA MAÑANA DEL DIA DE REYES.



uadro de Bruno Piglhein, grabado por Heuer y Kirmse

quete, libro póstumo, donde, más que en ninguna otra obra suya, se confunden la locura y la razón, produciendo ese algo inexplicable que da á su prosa el acento de una voz dulce y misteriosa que habla principalmente al corazón, el gran historiador del pueblo escribe: «¡La tristeza de mi alma proviene de que nunca tuve fiestas'» ¡Cuánta profundidad y cuánta melancolía encierra esta expresión!

¿Qué es una fiesta sino la comunión de un pueblo ó de una raza entera en la satisfacción de una obra realizada en común, ó la conciencia de un momento decisivo? Fecha de una victoria nacional para los pueblos guerreros; descanso entre los trabajos de dos estaciones en los pueblos agrícolas; símbolo místico de alianza entre el mundo sobrenatural y el mundo terrestre en los pueblos religiosos, el día de fiesta evoca y renueva una hora para siempre inmutable en la veneración de los hombres, donde todas las almas se han confundido en un solo movimiento de heroísmo ó de esperanza.

Pero esta comunión de una raza entera, pero esta fusión de todas las almas en un sentimiento único, ¿cómo ha de conmover á esta sociedad, dividida por el egoísmo en millones de individualidades distintas, como se divide en innumerables globulillos la gota de mercurio oprimida por el dedo?

Además un día de fiesta no se improvisa. Michelet se equivoca en la citada obra *El Banquete*, cuando opina que el Estado podría decretarlos. Aunque se sirviese al pueblo ese festín que imagina, en una mesa gigantesca, entre la plaza de la Concordia y el Arco del Triunfo, el acto no resultaría más que una comilona, porque le faltaría el carácter íntimo y grandioso á un tiempo, familiar y nacional que tienen las verdaderas fiestas que venimos celebrando desde la infancia para seguir rindiéndole íntimo culto hasta el fin de nuestra vida.

En esta sociedad que ha roto con sus tradiciones é ignora su porvenir, las generaciones presentes, tan distintas de sus antepasadas, han perdido el poder de asociar en un mismo impulso el pasado, el pre-



París. – El beso de Año Nuevo, dibujo de Salvador Azpiazu

sente y el porvenir. A través de los vaivenes de nuestro pensamiento de un extremo al otro de las doctrinas, no sólo nos separamos de nuestros semejantes, sino que también con harta frecuencia de nuestra propia personalidad. ¿Quién es hoy el mismo que era hace veinte años?

No sé si es ilusión de poética fantasía; pero se me figura que en este naufragio universal de las fiestas, las únicas que han sobrevivido y parecen destinadas á no desaparecer, son precisamente las que coinciden con la muerte de un año y el nacimiento de otro. Si son supersticiones, ¡cuán naturales resultan en el hombre, y cómo se imponen, lo mismo á los cándidos que á los escépticos! Para aquéllos, un año nuevo es la ilusión de una nueva vida. Para éstos hay en tales supersticiones una especie de culto secretamente rendido á la última divinidad adoptada por los anarquistas, á esa fuerza, misteriosa como la vida, que se llama el Tiempo y que, en su obra de destrucción y renovación eternas, arrastra hacia lo desconocido al universo todo, y á nosotros con él.

Pero ¿á qué buscar tan lejos una explicación metafísica, cuando salta á los ojos el motivo por que han sobrevivido estas fiestas de principio y fin de año? El secreto está en que son principalmente las fiestas de los niños. Esto basta para que sean inmortales como los Cristmas del Norte.

El hombre más desengañado de la ilusión universal, el más abrumado por el pesimismo que invade á Europa, dejará á un lado su análisis y su ironía cuando esta ironía y este análisis puedan dirigirse contra la infancia.

Las revoluciones podrán sacrificar las costumbres en aras de los nuevos ideales, como los antiguos sacerdotes sacrificaban vidas en aras de los dioses; la incredulidad sarcástica podrá deshojar una por una todas las flores de ese árbol místico que se llama el Año Cristiano, como en otros tiempos las hijas de María, vestidas de blancas túnicas, deshojaban rosas en las procesiones; nada habrá que destruya estas fiestas de la infancia, en las cuales los hombres se confunden con los niños.

Juan B. Enseñat

NUESTROS GRABADOS

Bernardo Rico. – La vida del que fué ilustrado y digno director artístico de *La Ilustración Española y Americana* estuvo íntimamente enlazada con el progreso de las bellas artes y en particular del grabado en España. Comenzó Rico ilustrando algunas obras y colaborando con éxito en la *Biblioteca Ilustrada* y *El Museo Universal* que publicaban en Madrid los conocidos editores Gaspar y Roig; siguió luego dando muestras de su valía y de sus constantes adelantos en el *Semanario Pintoresco* y en *La Ilustración de Madrid*, y acabó por colaborar asiduamente y dirigir el importante periódico que fundó D. Abelardo de Carlos, en el que junto á los grabados, que por su carácter de actualidad suponen una actividad asombrosa, ha publicado multitud de trabajos que por lo acabados justificaban la notoriedad por Rico alcanzada en su difícil arte.

Sus ocupaciones periodísticas, con ser muchas, dejábanle, sin embargo, tiempo para dedicar buena parte de su talento y espíritu de iniciativa á otras tareas con el arte relacionadas, habiéndose debido á él la fundación de la sociedad artística *La Acuarela*, y habiendo contribuído en principalísimo término á la prosperidad del actual Círculo de Bellas Artes de Madrid, del que fué presidente durante ocho ó nueve años y en el cual ha de dejarse sentir su falta por mucho tiempo.

A la amabilidad de *La Ilustración Española y Americana* debemos el retrato que publicamos, el mismo que ha figurado en sus páginas á raíz de la muerte de Bernardo Rico: al darle las gracias más expresivas por tan señalado favor, La Ilustración Artística se asocia de todo corazón al sentimiento que hoy embarga á nuestro querido colega madrileño, al que enviamos nuestro más sentido pésame por la pérdida que con el fallecimiento de su director artístico acaba de experimentar.

Una víctima, cuadro de José M. Tamburini (Salón Parés). – Un asunto sencillo y trivial ha dado lugar á Tamburini para producir un nuevo cuadro, agradable y simpático, como todos los que brotan de su paleta. Sea cual fuere el tema que escoja este inteligente y culto artista, siempre causa admiración por la elegancia del trazo, por la delicadeza de tonalidad y el sello de distinción que sabe imponer á todas sus producciones. No por eso olvídase de lo que á la naturaleza se debe, pues concienzudo, como pocos, estudia el natural, permitiéndose únicamente elegir ó escoger lo que presenta más caracteres de belleza, huyendo de todo cuanto pueda resultar antipático y desagradable. Tamburini no se limita á resolver problemas pictóricos, es ante todo artista, y como tal siente, piensa y discurre

El cuadro á que nos referimos llamó justamente la atención del público en el Salón Parés, en donde figuró expuesto recientemente.

Cabeza de estudio, cuadro de F. Vinea. – Hay en este lienzo del notable pintor italiano un sello de distinción y de elegancia que cautiva: ese lindo busto envuelto en tenues gasas que dejan adivinar bellezas de forma mal ocultas y de entre las cuales surge un rostro lleno de expresión y de delicadezas de línea, es una verdadera maravilla que no se cansa uno de contemplar y merece figurar entre las mejores obras de Vinea, muchas de las cuales hemos reproducido en La Ilustración Artística.

La mañana del día de Reyes, cuadro de Bruno Piglheim. – El autor de este cuadro, fallecido en 15 de julio último, era uno de los más notables artistas de la famosa escuela muniquense: nació en 19 de febrero de 1848, en Hamburgo, y desde muy joven se dedicó al arte escultórico, cuyas primeras lecciones tomó en su ciudad natal perfeccionándolas después en la Academia de Dresde y en el taller de Schilling; mas en un viaje que hizo á Italia sintió despertarse su verdadera inclinación, y desde entonces se consagró á la pintura, que estudió primero en Weimar bajo la dirección de Panwels y luego en Munich bajo la del profesor Guillermo Diez. Desde entonces Piglheim fijó su residencia en la capital de Baviera. Dedicóse al principio de su carrera á la pintura elegante, ligera, reproduciendo en sus cuadros figuras femeninas graciosas admirablemente trazadas; pero en 1879 demostró que su sentimiento artístico armonizábase más con lo trágico y su *Moritur in Deo* le colocó de pronto á la altura de los grandes genios. Ese cuadro, que representa al Salvador expirante en la cruz y recibiendo en su frente el celestial beso de un hermoso angel, se encuentra en la Galería Nacional de Berlín y es de aquellas obras maestras cuya impresión no se borra nunca de la mente del que una vez la ha contemplado. Una de las creaciones más grandiosas de Piglheim fué el colosal panorama de la Crucifixión de Cristo que en Viena destruyó un incendio. Entre sus otras muchas notables obras de este segundo período de su actividad merecen especial mención su *Sepelio de Cristo* y su *Ciega*. Bruno Piglheim había obtenido las primeras recompensas en las más célebres exposiciones, y cuando en 1892 surgió la secesión de los artistas muniquenses fué nombrado presidente de aquel grupo que hoy iguala, si no supera en importancia, al de los llamados ortodoxos. En suma, el autor del cuadro que hoy reproducimos y cuyas bellezas no hemos de ponderar porque por sí solas se alaban, ha sido uno de los más justamente celebrados pintores contemporáneos, y su muerte, que significa una gran pérdida para el arte alemán, ha sido sentida por cuantos, sin distinción de nacionalidades y escuelas, rinden culto á los grandes ideales artísticos.

TERESINA LABRIOLA

Hija del profesor de Filosofía, Historia y Pedagogía de la universidad de Roma, Antonio Labriola, uno de los jefes del socialismo científico italiano, cuenta en la actualidad Teresina veinticuatro años. Su educación é instrucción, así como la de un hermano suyo, corrieron á cargo de su madre, descendiente de una noble familia pomerania, la cual tan bien supo cumplir su cometido, que ambos pudieron ingresar en la universidad sin haber visitado la escuela y sin haber recibido de su padre otras lecciones que las de las lenguas antiguas. Siendo muy niña aprendió á leer sola, y á los ocho años se apasionó tanto con la lectura de una traducción alemana de Homero, que ni de noche soltaba el libro que en cuanto acababa volvía á empezar. Los dos hermanos tenían los mismos gustos é inclinaciones y ambos emprendieron la carrera de Derecho, en la que Teresina alcanzó siempre las mejores notas. El tema del discurso de su doctorado ha sido *El matrimonio en el Derecho*, tratandolo desde el punto de vista histórico comparativo y estudiándolo también bajo el aspecto ético psicológico. Con la misma brillantez desarrolló las dos tesis reglamentarias que le señaló el tribunal.



La señorita Teresina Labriola, doctora en Derecho de la Universidad de Roma

Teresina Labriola es la primera mujer que ha recibido en Roma el grado de doctora, y como en Italia no se permite á las mujeres el ejercicio de la abogacía, probablemente se dedicará á los estudios jurídico-científicos, hasta que llegue la ocasión, que dadas sus prendas físicas y morales no tardará de fijo en presentarse, de estudiar y ejercer practicamente los deberes y los derechos anejos á la institución que le sirvió de asunto para su tesis doctoral.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Salzburgo. – En la décima exposición anual celebrada este año en la Casa de Artistas se han vendido por valor de 32.000 florines (80.000 pesetas) 105 obras, de ellas 40 de autores austriacos y las restantes de alemanes, italianos y franceses.

Colonia. – Para el Museo se ha adquirido en la subasta de la colección Baudot verificada en Dijon un retablo procedente del antiguo convento de cartujos de aquella ciudad, una de las mejores obras del arte borgoñón, debida á Melchor Broederlam, pintor de Felipe el Atrevido, que ha costado 9.000 francos.

Teatros. – *Madrid.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Princesa *Sofía*, drama en tres actos del Sr Cavestany, que aunque algo falso en su punto de partida tiene un plan bien combinado, abunda en situaciones de efecto y está bien escrito; en Parish *Eclipse de luna*, opereta en tres actos muy bien arreglada del francés por los Sres. López Marín y Pardo con bonita música de Audrán; y en Romea *La Menegilda*, gracioso juguete de Larra y Gullón con música muy agradable del maestro San José.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Liceo la preciosa ópera de Massenet, *Manón Lescaut*, que ha constituído una verdadera solemnidad artística, tanto por las innumerables bellezas de la partitura, que es indudablemente una de las mejores de su autor, como por la ejecución que ha tenido, especialmente por parte de la señora Darclé, del tenor Masin y del maestro director, Sr. Spetrino; en el Principal *Servicio obligatorio*, graciosísima comedia en tres actos, arreglo de *Champignol malgré lui*, hecho con gran talento por el Sr. Pina y Domínguez; y en Novedades *De dos un*, chistosa pieza en un acto de D. José Barbany, y *La gran reforma*, revista de espectáculo en tres actos y diez cuadros, escrita con mucha gracia por G. Gumá.

Necrología. – Han fallecido:

José Grandt, escultor italiano, el principal representante de la escuela escultórica lombarda contemporánea.

Augusto Burdeau, presidente de la Cámara de diputados francesa.



¡Ah! ¡Ya viene el padre Bordes!, exclamó la encargada de la cartería poniéndose las manos sobre los ojos á guisa de visera

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

Al Pico de Anie, al Olimpo de los vascos, á la hermosa pirámide azul que domina mi país natal, á la orgullosa cima que mis abuelos admiraron y que mis descendientes admirarán después, dedico esta humilde obra, escrita con piadosa mano por un simple amigo de las montañas. — JUAN RAMEAU.

I

En su verde valle y entre sus nevadas montañas, el burgo de Aigues-Vives se despierta alegremente, acariciado por las brisas de abril.

Es un burgo pirenaico, cuyas casas con tejados de pizarra azulada forman líneas sinuosas á lo largo de dos torrentes, el de Ribenac y el de Montmirailh; estos atrevidos arroyos se unen al pie de la iglesia, entrechocan sus claras aguas con estrépito, y después se van juntos á murmurar en grutas sonoras, ó azotar con su espuma las superficies sonrosadas de las rocas.

Sobre un montecillo pedregoso concéntrase lo que llaman la Antigua Villa, es decir, unas cuarenta cabañas sombrías, agrupadas en desorden á la orilla de un escabroso sendero.

En el verde valle, la Nueva Villa ostenta sus construcciones simétricas, su hotel de Inglaterra de cuatro pisos, que se eleva, con su aspecto casero, en un parque lleno de pinabetes, y su establecimiento termal, edificio de pesada construcción que se apoya dignamente en columnas de marmol.

Cuatro ó cinco mil extranjeros, viajantes ó bañistas, suelen residir en Aigues-Vives durante la estación veraniega; mas en invierno, y hallándose dicho punto situado á ochocientos cincuenta metros de altura, el burgo se despuebla poco á poco; el hotel de

Inglaterra cierra sus puertas; las casas de huéspedes con sus postigos cerrados duermen como marmotas; los fondistas y los cocheros emigran hacia las ciudades de la llanura; los guías vuelven á ser pastores ó carniceros, y solamente quedan en Aigues-Vives ciento cincuenta indígenas, cuando más, entre sus tristes montañas, que cubiertas de nieve se elevan hacia un cielo sin sol.

Pero vuelve la primavera; el cenit se aclara, la nieve se derrite, los torrentes crecidos dejan oir su voz con más fuerza, los montes se despojan de su velo de nubes grises. que parecen arrojar lejos de sí, y el sol ha mostrado por primera vez, en la mañana que comienza nuestra historia, su voluminosa cabeza redonda, iluminando las crestas del Montmirailh...

¡Qué dulce es el cambio en el pequeño valle! Los añosos álamos se revisten de verde, los pinabetes parecen estremecerse, sacudiendo la escarcha de sus ramas, los prados toman los matices tornasolados de la felpa, y por todas partes corren aguas vivas. En las pendientes cubiertas de hierba serpentean los manantiales; impetuosos arroyos cruzan por sus ruinosos molinos, y cascadas deslumbradoras chocan contra las rocas, haciendo flotar en su espuma los ricos colores del arco iris.

En el camino de Pierrefitte se oye el sonido de cascabeles; un cabriolé avanza presuroso, conduciendo al gerente del hotel de Inglaterra, que hace su entrada en el país, y las criadas de Aigues-Vives asoman la cabeza á la ventana para saludarle.

–¡Conque ya está usted entre nosotros!, le dicen sonriendo.

–¡Sí, sí, ya estoy de vuelta!

–¡Vamos, pues buenos días, Sr. Cazaubon!

– Buenos los tengáis, amigas mías!

El cabriolé da la vuelta rapidamente, tomando la dirección del parque de los pinabetes; pocos minutos después las ventanas de los cuatro pisos se abren sucesivamente, y el hotel inmenso parece bostezar por sus sesenta y tantas bocas.

Pero las criadas han vuelto la cabeza otra vez hacia el camino de Pierrefitte para ver llegar otros nuevos conocidos: primeramente es un burrero, que vuelve al burgo haciendo chasquear su látigo sobre los cuadrúpedos remozados; después viene el propietario del casino, que acude para pintarrajar la fachada del edificio; sigue el ómnibus en combinación con el ferrocarril, que se anuncia por su eterno estrépito de hierro viejo; y últimamente, con gran tumulto de campanillas, que resuenan cadenciosas en el camino luminoso, vuelve el primer rebaño, es decir, doscientas ó trescientas ovejas, marcadas de rojo, que balan sin cesar, y que un peludo mastín acosa, ladrando de contento.

–¡Hola, ya estás de vuelta, Bacanere!, le dicen al pastor.

–¡Sí, sí, héteme aquí de nuevo!

–¡Vamos, pues que los tengas felices!

Y varios chiquillos cuentan los corderos, que aturdidos se oprimen contra sus madres; mientras que el carnero, honrado con la campanilla más grande, adelántase con gravedad, elevando sobre sus compañeras sus grandes cuernos soberanos.

El desfile continúa: llega el frutero de la calle de Gambetta, el cafetero del *Curso de las Termas*, el coronel retirado de la plaza Alta y el fotógrafo del bulevard del Mediodía, que hacen su entrada en Aigues-Vives-les-Bains. Y la pequeña villa, donde durante seis meses apenas se ha oído más que el murmullo de sus arroyos, el rumor de sus fuentes y la queja plañidera de sus pinabetes azotados por el cierzo, se reanima, se puebla de nuevo; óyese el rumor de los pasos de los peatones, el continuo rodar de los carricoches, y sobre las frágiles casucas con tejadillo de pizarra elévanse las columnas de humo Se hubiera podido observar que la mayor parte de las personas que llegaban, así como todas las que habían quedado, eran raquíticas ó feas, achacosas ó repulsivas, porque en ese país magnífico la naturaleza egoísta parece haber descuidado las especies vivas para apropiarse todas las fuerzas y todas las gracias.

Así sucede generalmente en las altas montañas. Para que los frutos sean sabrosos y las mujeres seductoras se necesita sol y horizonte.

Sin embargo, en un cabriolé de dos asientos, tirado por una mula flemática, aquella mañana se vió la silueta de una mujer muy linda. Era una joven, vestida con traje claro, que regresaba á Aigues-Vives en compañía de un sacerdote barrigudo.

–¡Ah! ¡Ya viene el padre Bordes!, exclamó la encargada de la cartería, poniéndose la mano sobre los ojos á guisa de visera.

–¡En efecto!, contestó el coronel retirado, cuyo reumatismo se exacerbaba con la impresión del aire; pero ¿quién es esa hermosa muchacha que le acompaña?

–Debe ser su sobrina, se aventuró á decir maese Lacrabe, alcalde de Aigues-Vives, que leía con mucha seriedad la *Pequeña Gironda*.

–¿Qué sobrina?

–¡Bien lo sabe usted! Aquella niña que vino cuatro años hace.

–¡No es posible! ¡Pues si esa es toda una mujer! ¡Y qué aspecto!.. ¡Pardiez!

Los comentarios no pasaron de aquí, porque el cabriolé estaba ya muy cerca, y un momento después pasó ruidosamente tirado por la mula flemática y cansada, que quería pararse, como una comadre, delante de todos los conocidos que encontraba en el camino.

–¡Anda, anda *Chula!*, gritaba el cura, hostigando al cuadrúpedo con sus bridas.

Pero la mula había visto á la encargada de la cartería, al señor alcalde y al coronel, y adivinando que esta gente deseaba dar la bienvenida á su amo, no hizo aprecio de las órdenes de éste, y aflojó el paso.

–¿Conque se ha decidido usted á dejar Argelez?, preguntó el viejo retirado con su voz más clara.

–Así es, mi coronel.

–¡Vamos, vamos, pues que usted lo pase bien, señor cura con la compañía.

Y el coronel vió, como en un relámpago sonrosado, un fresco rostro que se volvía vivamente para contestar á su saludo.

–¡Picarilla!, díjose el antiguo veterano, enderezando su pierna que el reuma le obligaba á tener algo encogida.

La mula emprendió de nuevo el trote, y después detúvose delante del *Restaurant de la Paz*. La joven saltó ligeramente á tierra, y un criado llegó para coger las bridas, dando la mano al sacerdote para que se apeara.

–Desengancha, Touton, dijo el padre Bordes, y lleva el cabriolé al cobertizo.

–¿El señor quiere subir á pie hasta Gargos?

–Sí. Carga esta maleta en la mula y vuelve al presbiterio cuanto antes. ¿No ocurre nada nuevo allá arriba? ¿No se ha presentado aún la avalancha?

–No, señor; no hay más que la de Montmirailh, que cayó ayer.

–¿Ha sido juiciosa?

–Sí, señor; nadie ha sufrido daño.

–¡Vamos, tanto mejor, tanto mejor!

El sacerdote cogió el breviario y dijo á su compañera:

–¡Por aquí; vamos pronto! Se necesitan tres cuartos de hora largos para llegar allá arriba.

Y se llevó á la joven consigo hacia una callejuela obscura, un poco molestado por los vecinos de Aigues-Vives, que afluían de todas partes á fin de verle pasar en compañía de tan linda joven.

Las montañesas, con su cuerpo arqueado, raquíticas ó con bocios, estaban á la puerta de sus míseras chozas y charlaban á cual más sobre la sobrina del cura.

–Es del llano, decía una.

–Sí, es la pequeña Jacobita, que saltaba á la cuerda con mi ahijada cuatro años hace, observó otra. ¿No os acordáis de ella?

–¡En efecto, cómo ha crecido!

–¡Oh! Allá abajo, por la parte de Pau, suben como la espuma. Se vuelve la cabeza y encuéntrase una mujer en vez de una chiquilla. Es cosa de la tierra, que así lo quiere. ¡Allá abajo hay mucho fuego!

El sacerdote oía estas frases de las montañesas; pero lo que le enojaba era la expresión de los montañeses. ¡Qué admiración se revelaba en sus ojos, y qué curiosidad en sus bocas abiertas! Todos se volvían, todos pronunciaban con cierta petulancia las palabras «¡Buenos días, señor cura!» ¡Y cuántas cosas decían! Pero no era solamente la gente ruin la que se extasiaba, pues lo mismo les sucedía á los ricos, á los elegantes y á todos los ociosos del lugar. El Sr. Cazaubon, gerente del hotel de Inglaterra, comenzó á guiñar los ojos de un modo extraño delante de la verja de su parque; y en la encrucijada de la calle de Gambetta oyóse de improviso una exclamación enérgica: era el doctor de las Termas, antiguo interno de los hospitales de París, que llegaba en su velocípedo.

La verdad es que la señorita Jacobita, sobrina del padre Bordes, merecía todos aquellos homenajes de los vecinos de Aigues-Vives.

Y era agradable espectáculo el que ofrecía aquella fresca joven al pasar aquella mañana rápidamente entre las vetustas casas del burgo. El viejo coronel, que había pescado mucho en los dos arroyos, pensaba un poco, al ver andar á la joven, en esas sinuosas anguilas que inútilmente se trata de coger y que se deslizan entre los dedos con tanta suavidad. Del cuerpo de Jacobita exhalábase un irresistible perfume de juventud; y en sus ojos de color azul obscuro había un no sé qué de cariñoso, semejante á la luz condensada, á la esencia de la primavera. Su barba prominente y de bien marcado perfil denotaba la energía, la tenacidad, la pasión; pero lo que más se admiraba en ella era la exuberancia, la fogosidad, la fuerza extraordinaria de vida que transfiguraba toda su persona. Hubiérase creído que seis almas funcionaban á la vez en su cuerpo; y su boca, sus ojos, sus brazos, sus piernas, todo, en fin, parecía reprimir sin cesar una infinidad de palabras, de sonrisas, de miradas y de movimientos impulsivos.

No contaba aún más que diez y seis años; todavía era pensionista en un convento de Pau; y á causa de su precocidad física, de su necesidad de agitación y de respirar el aire libre, los médicos le aconsejaron que fuera á correr un mes ó dos por las montañas. Era huérfana; su padre, Lorenzo Marcadieu, torero al estilo de las Landas, ó mejor dicho, vaquero, había muerto en las fiestas de Aire á consecuencia de una cornada que le atravesó de parte á parte; y su madre, Melania Bordes, falleció casi seguidamente de resultas de una afección cardíaca. Sus padres la dejaron sin fortuna; pero el padre Bordes, que era á la vez su tío, su padrino y su tutor, poseía algunos inmuebles productivos y proponíase legarle todos sus bienes. El sacerdote era quien la hacía educar en un convento de Pau; iba á verla á menudo, y observaba con tanto orgullo como inquietud que cada día era más bella.

–¡Bájate el velo, Jacobita, bájate el velo!, decíale cuando se paseaba con ella por las calles.

Y preguntábase á veces, con expresión inquieta, si no sería aquella ahijada el tormento de su vejez y no su consuelo.

Aquel buen padre Bordes no tenía mucho aire de parentesco con su brillante pupila; su rostro venerable producía notable contraste con la agraciada faz de su sobrina; contaba ya sesenta años, y parecía llevar con fatiga un abdomen redondeado que debía impedirle, mientras viviese, ir á ver la salida del sol en el pico de Montmirailh, si bien es verdad que aborrecía la montaña y soñaba en la adquisición de una granja en Normandía. Desgraciadamente, prescindiendo del *Restaurant de la Paz*, que le pertenecía, y de la *Quinta Magdalena*, asentada en el valle de Argelez, las propiedades que el padre Bordes poseía hallábanse á una altura de 1200 metros sobre el nivel del mar, y tan sólo el salvaje pico de Gargos, destacándose orgullosamente al Oeste de Aigues-Vives, representaba su Normandía.

Allá arriba, en efecto, á mil pies sobre la pequeña ciudad, había una agrupación de cabañas ruinosas, semejantes más bien á un nido de buitres que á un pueblo humano. No había ningún camino de carretera que condujese hasta allí; no se podía ir sino á pié ó á caballo; y cuando alguien se mudaba era preciso desmontar los muebles pieza por pieza y cargarlos en un burro. La senda que se debía seguir para llegar estrechábase tanto en ciertos recodos, que dos hombres no podían pasar de frente; los casados debían ir uno delante de otro; y en cuanto á los muertos, enviábanlos al cementerio de una manera muy expeditiva: atábase el ataúd en la extremidad de una gruesa cuerda y se deslizaba á lo largo de una roca pasando por una galería abierta por las avalanchas, como aún se hace en algunos otros caseríos de los Pirineos, particularmente en Goust, cerca de Eaux-Chaudes. El pueblecillo era invisible desde el fondo de Aigues-Vives; el Gargos le sostenía en su flanco, como un coloso desnudo que lleva en el costado algún parásito, y tolerábale ya hacía siglos, con su indiferencia de gigante tranquilo; pero en el año 1859 le había enviado bruscamente una avalancha por un barranco pedregoso, y por esta travesura del monte, la tercera parte del pueblo quedó arrasada.

Desde entonces, casi todos los años el fantástico pico persistió en sus malos tratamientos. Una vez se llevó así el campanario de la iglesia con una de sus rocas, tan fácilmente como un muchacho hace saltar un tapón, y en la primavera siguiente barrió los pilares del pórtico, como quien derriba los palos de un juego de bolos. A partir de aquel momento, el pueblo de Gargos, pues llevaba el nombre de la salvaje montaña en que se hallaba situado, comenzó á quedar cada vez más solitario.

Como el maniático pico se acostumbraba á maltratar sus casas, la mayor parte de los habitantes huyeron, y no quedaron sino aquellos cuyas viviendas estaban más seguras detrás de las estribaciones plantadas de árboles. Actualmente, la nave de la iglesia se mantenía aún, y hubiérase dicho que las avalanchas querían respetarla en lo futuro, pues hacía veinte años que se habían abierto un pasadizo rectilíneo, del cual no se apartaban ya; pero no era suficiente para el ejercicio del culto, y como el pueblo carecía de fondos, Gargos quedó suprimido para ser incorporado al distrito de Aigues-Vives. Entonces no hu-

bo ya allá arriba ni escuela ni cura; y aquello quedó reducido á un simple caserío, cuyas viviendas, de paredes arrugadas, como el rostro de una pobre vieja, inclinábanse un poco más cada año y derrumbábanse después, sin turbar apenas con sus piedras las aguas del tumultuoso arroyo de Ribenac, que corría cuatrocientos metros más abajo.

El padre Santiago Bordes había sido nombrado en su juventud cura de Gargos; entonces las avalanchas no molestaban al pueblo, y como los bañistas acudían en gran número á Aigues-Vives, el nuevo sacerdote, confiando en el porvenir del país, había comprado á ínfimo precio grandes extensiones pedregosas en la montaña. En su propiedad encontró de todo: moles de granito, pequeñas grutas, guaridas de oso, nieves eternas, y hasta algunos espacios de tierra cultivable en varios sitios; pero lo que más le enorgulleció fué una cascada, cuyas aguas cristalinas, frías como el hielo, caían con estrépito desde una altura de cuarenta metros, y después de chocar contra las rocas, iban á reunirse con la corriente del Gave, siempre ruidosa, por una pintoresca galería abierta entre el presbiterio y la iglesia de Gargos. En el país se dió á esa cascada el nombre de *Pichemule;* pero el padre Bordes, cuya alma poética se resentía por este grosero término, tuvo cuidado de bautizarla de nuevo, llamándola con énfasis la *Cabellera de Magdalena.* Después plantó árboles alrededor de las rocas, los rodeó de una cerca protectora, y dió orden de fijar en un poste el siguiente aviso:

PARA VER LA MAGNÍFICA CASCADA

LA CABELLERA DE MAGDALENA

DIRIGIRSE AL PRESBITERIO.

Y una mano bien dibujada mostraba una puerta con marco de boj, donde Poupotte, la cocinera del señor cura, tenía el encargo de anunciar á los viajeros que la entrada costaba cincuenta céntimos de franco.

De los cinco mil extranjeros que iban anualmente á Aigues-Vives-les-Bains, tres ó cuatro mil emprendían la excursión al Gargos, y casi todos éstos, picada su curiosidad por el anuncio, solicitaban ver la *Cabellera de Magdalena;* de modo que Poupotte percibía de mil quinientos á dos mil francos cada verano, que ingresaban en la caja de su amo.

Esto equivalía al sueldo de un canónigo honorario, así es que el padre Bordes no se cuidó de pedir otro curato cuando su parroquia fué suprimida. Como su casa estaba al abrigo de los caprichos de la montaña, gracias á un muro natural de granito que se elevaba perpendicularmente á más de cincuenta metros, quiso permanecer junto á sus ovejas; y de vez en cuando, después del deshielo, cuando las avalanchas no eran ya de temer, iba á decir misas, poco frecuentadas, en lo que aún quedaba de su pequeña iglesia. Después, para matar las horas de la tarde, que se le hacían muy largas con su breviario, instaló en su casa una sierra mecánica y un torno perfeccionado, que la *Cabellera de Magdalena* hacía funcionar, prestando un poco de su ondulante capa líquida. Con el sombrero sobre la oreja y protegida la sotana por un mandil de cuero, construyó toda clase de objetos curiosos de madera: acericos, anaqueles, botones y hasta un ingenioso sacabotas para el cual le aconsejaron que pidiera privilegio de invención; pero en lo que principalmente triunfó fué en la construcción de esas copitas que llaman hueveras; las hizo de boj, de álamo, de roble, de pinabete y de aliso, pareciendo que las especies vegetales que crecían en el árido pico de Gargos no iban á tener ya más destino que suministrar la primera materia para las hueveras del padre Bordes.

El día de su santo, el digno tornero distribuía graciosamente los objetos de su fabricación entre sus feligreses, por más que éstos no comieran nunca huevos pasados por agua.

El caserío se hallaba á demasiada altura para ser habitado durante el invierno. Desde octubre á marzo, las nieves le cubrían casi enteramente; los tejados de las cabañas tomaban el aspecto de caperuzas blancas; del altar mayor de la iglesia pendían estalactitas; los árboles se asemejaban á copetes ó penachos blanqueados con polvos de arroz; los pastos llanos parecían canteras de greda, y únicamente las escarpaduras de granito, demasiado empinadas para retener la nieve, mostraban sus planos verticales como los muros de una ciudadela negra. Entonces, solamente un hombre permanecía en Gargos: era Silverio Montguillem, montañés taciturno de veinte años, que por algunas monedas guardaba las casas de sus compatriotas.

Hacía un mes que Silverio había anunciado el deshielo á los vecinos de Gargos, retirados en Aigues-Vives ó en la llanura, y en vista de este aviso, los últimos feligreses del padre Bordes volvían á subir uno tras otro hacia sus frágiles casuchas, hacia los húmedos prados, ó los campos empapados de agua, que el sol hacía llorar suavemente al calor de sus primeros rayos. Poupotte la cocinera y Touton el jardinero, instalados ya en el presbiterio de Gargos, habían retirado las fundas y tapetes de los muebles, volvían á colocar los relojes, preparaban las crías de pollos, y barrían los senderos alrededor de la *Cabellera de Magdalena*, y por fin, en la hermosa mañana del 30 de abril, después de invernar seis meses en su quinta de Argelez, el padre Bordes volvía á su residencia de verano, la casita apoyada en la roca, donde iba á construir más hueveras hasta el otoño, oyendo el alegre rumor de su cascada...

–¡Por aquí, Jacobita! ¿Se te ha olvidado ya el camino?, preguntó el obeso eclesiástico después de pasar las últimas casas de la calle Gambetta, donde el doctor hacía continuas evoluciones con su velocípedo.

Y volviendo bruscamente á la izquierda, tomó un sendero entre dos barreras de pizarras, atravesó algunas praderas, y pronunciando un *¡uf!* como hombre que se alivia de un peso, comenzó la ascensión del Gargos, encaminándose por sendas muy pedregosas, que en veinticinco minutos debían conducirle al caserío.

Jacobita era feliz; su rostro, reanimado por el aire fresco, parecía sonreir á todo cuanto la rodeaba, y franqueada la primera senda comenzó á correr.

–Padrino, dijo de pronto, ¿nos verá aún ese caballero de la bicicleta? ¿No? Pues entonces puedo hacer locuras.

Y sin esperar contestación, emprendió veloz carrera haciendo saltar el borde de su vestido con los tacones de sus botas.

–¡Dios mío, qué hermoso es todo esto!, exclamaba al sentir la brisa de la montaña acariciar su cuello, y todo su ser, haciendo ondular sobre la nuca los mechones libres de su cabello.

Y subía y bajaba de nuevo locamente, sin objeto alguno, como el perro que salta alrededor de su amo, solamente por el placer de gastar su juventud y desahogar su alegría.

–¡Oh, qué magníficos árboles! ¿Cómo se llaman? ¡Y esas rocas!.. ¡Y ese delicioso perfume que se percibe por todas partes! ¿Dice usted que es boj? ¡Y aquel hombre que está atado á una cuerda para segar su heno! ¡Y aquella cabeza barbuda que mira pasar á todo el mundo por la ventanilla de la granja! Diríase que es una madre superiora, ¿no es verdad? ¡Oh, dispénseme usted!.. ¡Ya me confesaré!..

El cura no sabía reprender á su irrespetuosa ahijada.

–¡Oh, qué fresca es la hierba!, continuaba Jacobita. ¡Cierre usted los ojos, padrino, que voy á saltar por encima!

Y la joven brincaba, y después volvía á correr para manifestar su entusiasmo á los picos, á los valles, á los pueblos, á las cascadas y á todo cuanto se podía ver, á todo ese cielo lleno de claridad, á toda esa tierra pedregosa que se destacaba en puntas blancas, como en grandes exaltaciones hacia el sol.

El panorama se desarrollaba cada vez más vasto, cada vez más imponente; en cada senda descubríanse salvajes desfiladeros, montes inesperados y brillantes glaciares. Desde el fondo de Aigues-Vives apenas se veían más que cuatro montañas; y en el rigor del verano, tan sólo un alto pico que se elevaba al Sudeste mostraba un poco de nieve á los bañistas; pero desde Gargos, el espectáculo era maravilloso. Soberbias cimas se destacaban en casi todas las direcciones; y al Norte, por una grandiosa grieta que el Gave había abierto hacia Pierrefitte, veíase un inmenso espacio azul, una tranquila extensión de llanura, matices inverosímiles de zafiros que se desvanecían, cada vez más vaporosos, cada vez más ligeros, y que iban á extinguirse á veinte ó treinta leguas de distancia en una línea tranquila como el mar.

Aquel espectáculo encantaba á la joven; ya no corría, sino que admiraba con recogimiento, por más que hubiese visto ya las mismas cosas muchas veces en Gargos.

Pero en otro tiempo, los picos, los glaciares y las cascadas no la preocupaban: aquel día la naturaleza se le revelaba en todo su esplendor.

–¡Oh! Es tan hermoso, que da ganas de llorar, murmuró Jacobita.

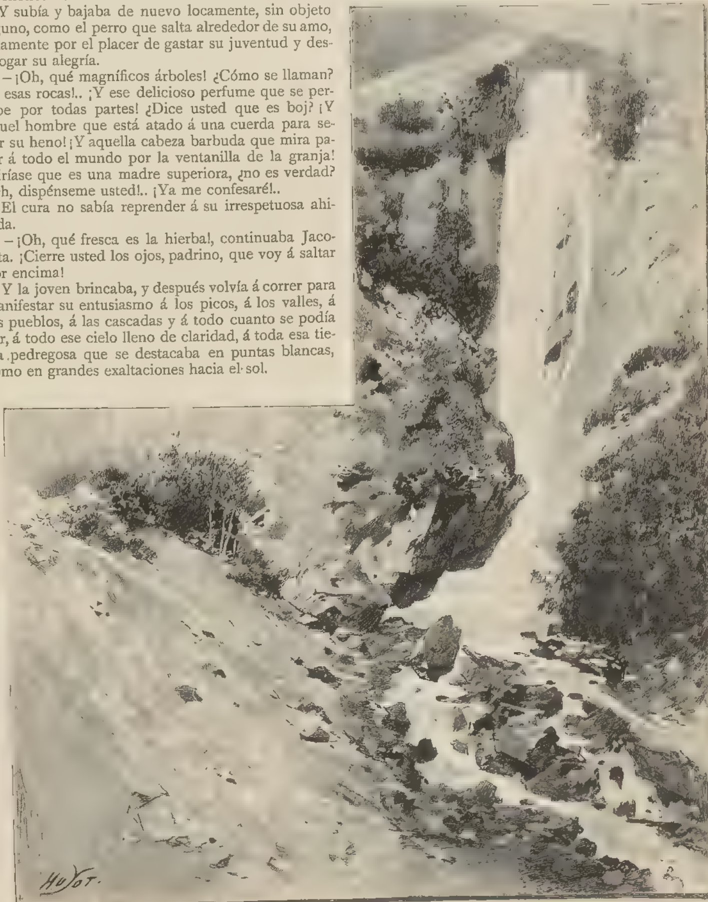
Y su belleza parecía acrecentarse.

En sus labios entreabiertos, en sus ojos radiantes adivinábase un alma cándida, ardiente, apasionada, que se explayaba allí, en el hermoso mes de abril, como una de esas flores silvestres de la montaña, que nadie ha visto aún y cuyo perfume aspirará tal vez el primero que pase.

En vez de regocijarse, el padre Bordes experimentó un sentimiento de tristeza.

No cabía ya duda; aquella niña era demasiado hermosa y amable, y las funciones de tutor amenazaban ser difíciles.

(Continuará)



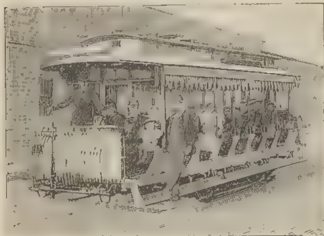
La Cabellera de Magdalena

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS TRANVÍAS ELÉCTRICOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

En ningún país han alcanzado los tranvías tan gran desarrollo como en la América septentrional, y examinando las estadísticas se observa que hasta 1886 la tracción de esos vehículos era exclusivamente animal, pues los ensayos de sistemas funiculares y eléctricos no habían dado buenos resultados.

En 1880 había 3.280 kilómetros de tranvías en los Estados Unidos y en 1890 mas de 9.920. En 1886, fecha en que se establecieron los tranvías eléctricos, sólo había dos líneas eléctricas; en 1887 fueron ya 6, y en 1889, 57. A fines del año 1893 la longitud de las líneas era de unos 20.000 kilómetros y por ellas circulaban 39.178 coches, correspondiendo á las eléctricas 12.274 kilómetros y 17.974 coches; á las de cable, 1.083 y 4.867 respectivamente; á las de vapor, 860 y 657. De suerte que hay 14.217 kilómetros explotados por procedimientos mecánicos, y sólo 5.783 con 15.680 coches por sistema animal.


Fig. 1. – El protector Field en descanso

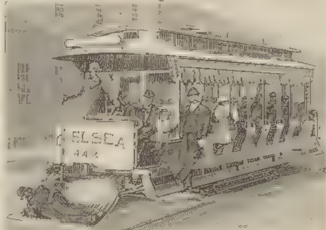


Fig. 2. – El protector Field recogiendo á un transeunte que ha caído en medio de la vía

Las 110 compañías de tranvías del Estado de Nueva York transportaron durante el año 1889 más de 686 millones de viajeros, ó sea cien veces la cifra de la población total: en la ciudad misma de Nueva York por los tranvías y el ferrocarril aéreo han circulado más de 400 millones de viajeros, aumentando el número de éstos de año en año más rápidamente que la población, lo cual indica no sólo que viaja más gente, sino que las mismas personas viajan con más frecuencia que antes.

De los cálculos hechos resulta que el número total de personas transportadas en Nueva York ha aumentado en más de 140 por 100 en cada período de diez años desde el año 1866: siguiendo esta progresión en 1.900, el número total alcanzará la cifra enorme de 1.500 millones. Ese inmenso desarrollo procede de las facilidades dadas por esos medios de locomoción rápida en que se tiene la seguridad de encontrar siempre sitio por la frecuencia con que se suceden los coches. Supongamos que una persona pueda destinar media hora por la mañana para ir de su casa á la oficina ó al taller: si la velocidad del tranvía es de 6 kilómetros por hora, como sucede en los de tracción animal, necesariamente ha de elegir domicilio en un perímetro limitado por una circunferencia de 3 kilómetros de radio; pero si la velocidad media comercial llega á 12, 18 ó 20 kilómetros por hora, como acontece con los tranvías eléctricos, el límite se ensancha en la misma proporción y la superficie dentro de la cual puede vivir el empleado ó el obrero es de 4, 9 ó 12 veces mayor. Se comprende, pues, la importancia que adquieren estas líneas de rápido tránsito para facilitar el desenvolvimiento de las poblaciones y permitir al trabajador disfrutar, una vez terminadas sus faenas, del aire puro del campo.

Así vemos que en todas partes multiplícanse en América las líneas de tracción eléctrica, no sólo en los arrabales de las grandes ciudades, sino que también para enlazar en el campo villas y aldeas en recorridos á veces muy largos, no siendo raros los trayectos de 25 y 30 kilómetros que pueden recorrerse por 25 céntimos. Esos tranvías son los verdaderos ferrocarriles económicos del porvenir, puesto que están organizados para el transporte de correspondencias, de mercancías y hasta para los transportes funerarios. Por tranvías eléctricos están ó estarán en breve enlazadas ciudades tan distantes entre sí como Baltimore y Wáshington, Nueva York y Filadelfia.

Pero ya se comprenderá que las grandes velocidades con que deben circular esos tranvías para recuperar el tiempo que naturalmente pierden en las frecuentes paradas, velocidad que algunas veces llega á 48 kilómetros por hora, ofrecen serios peligros, no siendo raros los atropellos de transeuntes y los choques con otros coches que quedan hechos trizas al ser embestidos por aquellos vehículos pesados cuanto rápidos. Estos accidentes son menos en los tranvías eléctricos, á pesar de lo cual son muchas las personas que no transigen con ellos y que les llaman *deadlytrolley*, el vehículo de la muerte algunos periódicos políticos registran con insistencia los accidentes que ocurren diariamente en el territorio de la Unión, accidentes en verdad poco numerosos con relación al desarrollo de las comunicaciones, y publican caricaturas que representan al tranvía eléctrico como una verdadera máquina infernal.

Pero las compañías y los electricistas no se desaniman por estas críticas injustas y á menudo interesadas, y procuran remediar los defectos y evitar los accidentes, perfeccionando el material, aumentando la potencia y seguridad de acción de los frenos á fin de poder parar casi instantáneamente un coche lanzado á toda velocidad, colocando en los vehículos indicadores de velocidad para que los maquinistas no puedan pasar de los límites marcados en los sitios muy concurridos, y poniendo finalmente aparatos de salvamento destinados á recoger, sin hacerles daño, á los transeuntes que se encuentren en la vía.


Fig. 3. – Caricatura americana de los protectores. – 1. En descanso. – 2. En acción. – 3. ¡Tome usted asiento!

Para terminar este artículo diremos algo de esos salvavidas muy generalizados en América y casi desconocidos en Europa. Consisten en una especie de plataforma ó raqueta colocada delante del vehículo y que descansa sobre la vía por su extremo anterior: esta plataforma está formada por barras de hierro paralelas, reunidas en sus extremos por otras barras transversales, ó bien consisten en un cuadro metálico sobre el cual hay tendida una red y que está provisto en su parte anterior de unas ruedecillas. Además se colocan en la delantera, á fin de que sirvan de cojinetes amortiguadores, fuertes tubos de caucho, provistos en su interior de muelles en espiral para que tengan mayor elasticidad, ó llenos de aire como los neumáticos de una bicicleta. Si alguna persona que se encuentre en la vía es alcanzada por el tranvía, en vez de ser arrollada por éste es recogida por el aparato protector, mientras el maquinista para el coche ó disminuye la velocidad de su marcha por cuantos medios tiene á su alcance. Los que han tenido ocasión de probar personalmente estos aparatos dicen que no sufrieron daño alguno, habiendo algunos de ellos repetido la prueba: esta es la mejor demostración de la eficacia de los salvavidas.

Hay muchas clases de estos aparatos de salvamento: nuestros grabados figuras 1 y 2 representan uno de los principales modelos debido á M. Field, y viéndolos se comprende el principio en que descansan y su mecanismo, por lo que creemos innecesario hacer su descripción.

La figura 3 es la reproducción de una caricatura publicada por un periódico americano: en ella se ve el protector, de una forma imaginaria, en el estado de reposo, en función y en sus resultados. Esa caricatura permite comprender mejor que una figura teórica la manera de funcionar esos protectores que prestan excelentes servicios.

Gran número de aparatos de este género funcionan en muchas líneas y han sido ensayados con objetos inertes y hasta con personas que voluntariamente se han prestado á ello y que han declarado no haber sentido daño alguno en el momento del choque, ni siquiera cuando la velocidad del tranvía era de 25 kilómetros por hora. Varias comisiones de ingenieros han estudiado su aplicación á los tranvías y han dictaminado que si bien es imposible asegurar la protección absoluta del público contra el choque de los vehículos que marchan á gran velocidad, por lo menos la adopción de los salvavidas que hemos descrito permite aumentar mucho la seguridad y evitar numerosos accidentes.

Por esta razón su empleo se generaliza de día en día, habiéndose promulgado algunas leyes que exigen el uso de tales aparatos.

G. Pellissier

(De *La Nature*)

***

LA PIEDRA MOVEDIZA DEL TANDIL

En el extremo Sur de la provincia de Buenos Aires, á 39½ kilómetros de la capital de la República Argentina y junto á la sierra del Tandil, hállase situado el pueblo de este nombre que ocupa una de las más deliciosas y pintorescas posiciones que imaginarse pueden.

Cerca de él, á una distancia de cinco kilómetros, encuéntrase la célebre piedra movediza, fenómeno extraño de la naturaleza que constituye sin disputa la más interesante curiosidad geológica de aquella república. En la parte superior de un gran peñasco hay una masa informe de piedras, coronada por una cuya forma, mirada desde el barranco hacia el cual se inclina, es la de un enorme sombrero de tres picos, y observada desde otros puntos la de un cono irregular: su longitud es de diez y ocho pies ingleses; su latitud de veinticuatro, y su peso se calcula en unos 11.600 quintales.

Pues bien: esta enorme masa oscila fácilmente movida por el viento que azota con frecuencia aquellas serranías, y cede sin dificultad á la menor presión de la mano del hombre: al moverse de un modo visible parece que va á derrumbarse desde la altura de doce metros en el precipicio sobre el cual está medio suspendida, y sin embargo muchas veces se ha tratado de hacer rodar esa enorme mole hasta el pie de la montaña, y aunque para ello se ha apelado á distintos medios, todo ha sido inútil y no se ha conseguido moverla de su lugar.

La piedra oscila sobre un eje invisible de Oriente á Poniente, y su base, que forma un vértice convexo distante diez y seis pulgadas del borde del abismo, la mantiene en perfecto equilibrio.

El grabado que publicamos, copia de una fotografía que junto con los datos explicativos nos ha remitido desde el Tandil D. Roberto Bordoy, da una idea perfecta de ese fenómeno interesante.



La piedra movediza del Tandil en la provincia de Buenos Aires (República Argentina). – Vista tomada del lado Norte
(De fotografía de D. Pedro Monani, remitida por D. Roberto Bordoy)

EL DOCTOR D. PRUDENTE DE MORAES

El nuevo presidente de la República Brasileña se dió á conocer como político en 1884 cuando apoyó la proposición del famoso estadista Dantas, cuyo gobierno proponía la abolición completa, pero gradual, de la esclavitud. Desde entonces no dió mucho que hablar, quizás porque no posee aquella elocuencia fulminante que tanto impresiona á las masas. Su oratoria es tranquila y tiende siempre á resultados positivos, procurando conciliar las más opuestas tendencias en los momentos de desacuerdo general

Se le tiene en el Brasil por modelo de prudencia, habiendo patentizado siempre tranquila mesura en la dirección de los negocios.

Apenas posesionado de la presidencia ha nombrado nuevo gabinete y publicado un manifiesto haciendo un llamamiento á la buena voluntad de todos para vencer las dificultades con que ha de luchar el país, como consecuencia de la revolución recientemente sofocada y garantizando el respeto á la libertad y la moralidad financiera.

***

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

MIMOSA, por *Alejandro Larrubiera*. – Como se trata de una obra de uno de nuestros asiduos colaboradores y pudiera por ende tacharse nuestro favorable juicio de inspirado por la amistad, copiamos á continuación lo que dice de él *El Liberal*, de Madrid, con cuyos conceptos estamos en absoluto conformes: «La obra del Sr Larrubiera es la historia de una mujer amante y desgraciada, historia sencilla que, como muchas de éstas, de amores sin fortuna, acaba en el suicidio de la protagonista. Pero en lo que el libro de Larrubiera no tiene nada de vulgar es en el estilo del escritor, en la exposición de los asuntos, en la naturalidad del diálogo, en las descripciones brillantes y con real color de vida que abundan en la novela. Con ella el autor ha dado un paso más en el camino de la fama literaria.»



El doctor D. Prudente de Moraes, nuevo presidente de la República del Brasil

Mimosa, que ha sido publicada por la Biblioteca Diamante de esta ciudad en elegante edición con bonitas ilustraciones de J. Triadó, se vende al precio de una peseta.

ALMANAQUE DE LA «CAMPANA DE GRACIA.» Este almanaque, que con tanto éxito publica D. Inocente López, contiene chispeantes caricaturas políticas y otros dibujos excelentes, debidos al lápiz de artistas tan reputados como Apeles Mestres, Pellicer (José L.), Moliné, Foix, Negro, Pellicer Montseny y Cuchy, y graciosos artículos y poesías de Gumá, Ubach y Vinyeta, Roure, Apeles Mestres, Roca y Roca, Federico Soler, Guimerá, Rahola, Soler de las Casas y otros conocidos escritores que colaboran en el popular semanario *La Campana de Gracia*. Véndese al précio de dos reales.

LA SUICIDA, por *Antonio Soriano y Donday*. Novela de costumbres en que el autor, según consigna en la dedicatoria de la obra, se propone hacer odiosos á esos seres que el Evangelio llama sepulcros blanqueados. Véndese al precio de dos pesetas.

GEOGRAFÍA DESCRIPTIVA DE LA REPÚBLICA DE CHILE, por *Enrique Espinosa* Esta obrita, que contiene las más recientes modificaciones administrativas y la descripción de los territorios anexionados, ha sido escrita con presencia de las publicaciones oficiales y de otras fuentes no menos fidedignas. En su primera parte trata de la situación, límites, extensión, aspecto del país, población, clima y en una palabra de todas las generalidades referentes á Chile, y en la segunda se describen particular y minuciosamente las provincias. El libro resulta una interesante geografía con multitud de datos importantes metódicamente expuestos Se vende al precio de un peso en la imprenta de «El Ferrocarril» Bandera, 39, Santiago de Chile.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 14 de enero de 1895 — Núm. 681



¡BUENA COLECTA! cuadro de Antonio Fabres,

vendido en la última Exposición de Munich

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El rey de Nápoles. – Causas perdidas. – Providenciales destinos. – Dinastías reaccionarias. – Los Borbones Farnesios en el trono de Nápoles. – Grandezas hispánicas en Roma. – El Palacio Farnesio. – La Farnesina en el Trastevere. – Francisco de Nápoles en San Pedro. – Las primeras resistencias á conformarse con el destino. – Definitiva conformidad. – Muerte. – Conclusión.

I

Ha muerto un principio más que un hombre, al morir el último rey de Nápoles. Aquella entidad política, llamada monarquía civil enfrente de la Iglesia y absoluta enfrente de los municipios y los estamen-



El ex rey de Nápoles Francisco II

tos, con suma lentitud se fué formando en los tres últimos siglos de la Edad media y con mayor lentitud se ha ido concluyendo á nuestra vista después de imperar tres completos siglos en la Edad moderna. Viven las instituciones que la sociedad aviva, y mueren las instituciones que mata la sociedad. Uno de los principios mejor demostrados por las ciencias naturales contemporáneas, aquel de que no reaparecen las especies desaparecidas en la naturaleza cuando les faltan los medios naturales de vida consonantes con su organismo, se aplica en todo su rigor á la política y en todo su rigor se comprueba. Poned el pensamiento en la edad social propia para las monarquías absolutas, y veréis aparecer una legión de inmortales personas á representarla, Fernando el Católico, Francisco I, Carlos V, Enrique VIII, las Isabeles de Inglaterra y España; poned el pensamiento en esta nuestra edad social impropia de las monarquías absolutas, y veréis que sombras representan el principio muerto, Enrique V, Carlos VII, Francisco de Nápoles, el duque de Cumberland, los infelices y extintos Estuardos. No han reaparecido los descendientes de Jacobo II en el trono de Inglaterra; no han reaparecido los descendientes de Carlos X en el trono de Francia; no han reaparecido los descendientes de D. Carlos en el palacio real de Madrid; no reaparecerán los régulos expulsados de Italia por la dinastía revolucionaria de Saboya, ni los régulos expulsados de Alemania por la dinastía protestante de Brandeburgo: los ha maldecido la Providencia, y no han repuesto su corona en la frente sellada con un indeleble decreto del Eterno. Cuando entráis en San Pedro de Roma, entre los deslumbramientos producidos por la espléndida luz que rebota en mármoles y bronces y mosaicos, una tumba os atrae, la tumba donde se guardan los restos del último Estuardo, porque oculta y encierra, no un hombre que ha caído en la muerte obedeciendo á las leyes naturales del universo, una institución histórica que desafiaba las edades y no supo resistir los tremendos golpes del progreso, á cuyo empuje cayó para siempre desplomada en los abismos. Junto á ese gran sepulcro del último rey legítimo de Inglaterra debería ponerse ahora el sepulcro perenne del último rey de Nápoles.

II

¡Cuántas consecuencias los hechos capitales en la sociedad y cómo duran y cómo se desarrollan en la historia! Desde que persiguen los Pontífices en el siglo décimotercio á la casa de Suavia por sus caracteres imperiales, tan opuestos á los caracteres pontificios, y descabezando á Coradino, su postrer vástago, llevan la real casa de Cataluña y Aragón á Sicilia contra el condotiero eclesiástico duque de Anjou y los angerinos, apenas se interrumpen los combates entre Francia y España por una corona que los Pontífices creían joyel de su tiara, defendidos por los franceses, entonces los más devotos y más adictos á la Santa Sede que había en el mundo. Todos los choques entre Francia y España sobre la península itálica se derivan de tal hecho, cuyas consecuencias trascienden á muchos siglos y perturban muchas generaciones. Descenso de Carlos VIII á Italia; luchas del Gran Capitán español Gonzalo de Córdova con los Bayardos del Renacimiento, que parecían una resurrección de los doce pares carlovingios; batallas en los edenes de Pavía y cautiverio de Francisco I en Madrid; saco de Roma por el condestable Borbón en el pontificado de los Médicis y amenazas á Roma por el duque de Alba en el pontificado de los Caraffas; maravilloso imperio de Alfonso V de Aragón en la vieja magna Grecia, parecido á una resurrección de la Hélade por el mar Tirreno; muerte de la República en Florencia y protectorado hispánico sobre la República en Génova; unión de Cerdeña y del histórico Milanesado con España; todos estos hechos concuerdan y se armonizan á una con aquella primera expedición, en que iban los aragoneses mandados por el valeroso Roger de Lauria, bajo la enseña de nuestros mayores y el supremo imperio de Pedro el Grande, requeridos de Prada y los suyos, á salvar Nápoles y Sicilia del feudalismo angerino, implantado é impuesto por la teocracia de Roma en el risueño Mediodía de Italia. Por una de las grandes contradicciones, connaturales al principio hereditario, la corona hispánica de Nápoles recayó en los franceses así que subió Felipe V de Borbón al trono aquí, de igual manera que recayó la corona protestante de Inglaterra en los implacables enemigos de ella cuando Isabel Tudor murió sin sucesión y fué aquel trono para el hijo de la descabezada por los Tudores, el hijo de María Estuardo, Jacobo primero. Bien se conoció que había un rey francés en Felipe V, y una reina parmesana en Isabel Farnesio, ambos extranjeros; y así, desconociendo uno y otro que aquella corona componía parte integrante del Estado español, pues fué debido el que se adquiriera primero y se conservara después bajo nuestro imperio, no sólo al esfuerzo de los españoles, al prestigio y ascendiente nuestros sobre las Dos Sicilias, tratáronla como un patrimonio particular propio, y la cedieron como pudieran ceder un predio al hijo mayor de los dos, al célebre Carlos III, quien arrebató estos dominios, fundando sobre ellos una dinastía, la cual con varias alternativas de revoluciones y de guerras duró sólo un siglo, siendo su representante postrero el desdichado rey que acaba de morir en la proscripción y en el destronamiento.

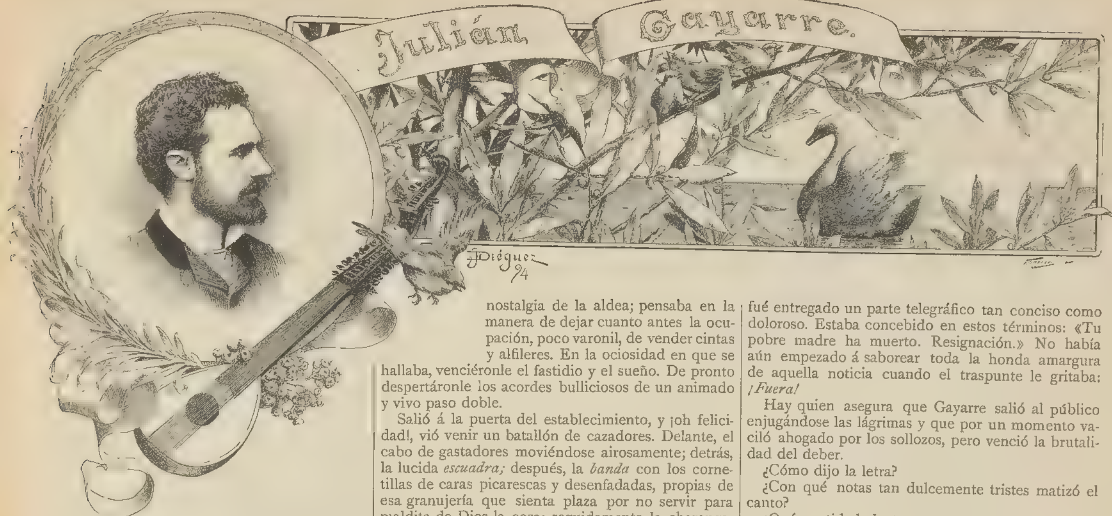
III

Perdimos en tiempo de Felipe V Nápoles y Gibraltar; Gibraltar por voluntad manifiesta y Nápoles por incuria no menos manifiesta del rey. Según sus relaciones con las dinastías de nuestra España, la casa Farnesio aparece como una casa real española, ó como una de sus más frondosas ramas. Paulo III, que vinculó en un bastardo suyo la corona de tal ducadito, no pudiera, no, hacerlo, como no contara con los reyes hispanos y no recibiera su asentimiento. Así el nombre más ilustre de la casa, el general de la segunda mitad del siglo XVI, de aquel siglo tan fecundo en grandes artistas como en grandes capitanes, Alejandro Farnesio, fué un general español, que ilustró su vida bajo nuestras banderas y á nuestro servicio. Así los recuerdos, á que podríamos llamar en Roma recuerdos farnesios, evocan la imagen de nuestra patria, como el Palacio Colonna con sus frescos bellísimos, glorificadores de Lepanto; como el Palacio Doria, donde no sólo se descubre la sombra del grande almirante, que llevó de triunfo en triunfo nuestras galeras, sino uno de los mayores milagros hechos por el pincel de Velázquez; como el apartamento de los Borgias, en cuyos salones Alejandro VI dividió el Nuevo Mundo, recién invenido por nosotros, entre Portugal y España; como el templete de Bramante allá sobre la colina del Fontanone, en que por todas partes campea el recuerdo y la cifra de los Reyes Católicos Fernando é Isabel; como tantas y tantas pruebas de nuestra hermandad con Italia y de nuestro influjo sobre la Ciudad Eterna. Cuando este otoño visitaba yo el Palacio Farnesio, maravillosísima obra de Miguel Angel, y admiraba la magnífica galería en que los Caraccios han depuesto el sello de la decadencia, especialísimo del siglo décimoséptimo italiano, y se han hombreado con aquel coro de los discípulos de Rafael y Buonarroti, que dejaron en las paredes eternas de la ciudad inmortal con un arte nuevo casi una nueva religión, y he visto surgir en la Farnesina sonriendo la Galatea de Rafael, con la mirada en los cielos helénicos y el pecho abierto á las brisas mediterráneas, junto á la Psiquis de Julio Romano, frente al hogar de la Fornarina, y he visto luego la columna trajana con las victorias del gran emperador andaluz allí esculpidas, al par que la célebre quinta de Adriano, donde este nuestro compatriota hizo para las artes y para la filosofía sincréticas, por él profesadas, un grande Panteón semejante al que consagraran sus predecesores á todos los dioses, no he podido menos que admirar la grandeza de nuestra patria, magna entre tantas magnitudes, y la extensión del espíritu español, que ha empapado, como los rayos solares, á todo el planeta en su fecundo y milagroso éter.

IV

Recluído dentro del Palacio Farnesio, pasó el último rey que ocupara nuestro antiguo trono de las Dos Sicilias por el comienzo de su destierro, tan perdurable como su vida misma, bajo la sombra del Estado pontificio, ya resentido por el empuje de los terremotos sociales y con pena sustentándose, según el veto que á toda extensión del reino italiano por allí oponía Napoleón III, quien jamás en esto cedió, ni al momento siquiera de sus trágicas y terribles postrimerías. Yo recuerdo haberlo visto al rey destronado, en la Semana Santa del año de nuestra revolución, andando so las altísimas bóvedas de San Pedro como una estatua funeraria en movimiento, sin que por signo ninguno de su persona se conociera la majestad caída, como se conocía en Alejandro II, por ejemplo, aunque fuera de incógnito en los barrios de París la majestad reinante. Muy encogido, muy humilde y modesto, apartado del mundo, como si le pesara que comparasen las alternativas y cambios bruscos en él de la humana suerte; un mérito hay que proclamarle, su conformidad á la postre con el destino reservado á poderes como el suyo por Dios, y la renuncia total á toda restauración y restablecimiento de su perdida corona. Por algún tiempo varias bandas de facciosos, guarecidos por las cordilleras de los Abruzos, hiciéronle creer en la posibilidad de una restauración para su causa, ó por lo menos de una porfía en la cual se mantuviese perdurable protesta frente á los revolucionarios y á los usurpadores, como habíala sustentado él mismo durante todo un año en Gaeta. La bravura y tenacidad de tales montañeses en armas llegó á interesar en tal manera, que Prudhón, representante del más avanzado socialismo, pudo llamarles en una de sus paradojas habituales únicos patriotas de Italia. En esto no puedo yo alabar al rey de Nápoles. Aquellos que no comprenden cómo están rotas para siempre, ó por demasiado retrógradas ó por demasiado progresivas, ciertas causas, imposibles de toda imposibilidad las primeras é inoportunas ó impertinentes las segundas, y agitan á su patria con aspiraciones políticas inútiles ó con guerras civiles desastrosas y revolucionarias más ó menos sorprendentes, no merecerán jamás el grande lauro que decreta la opinión á los buenos y que á los buenos les confirma siempre la historia. Por fin y postre, á fuerza de rotas ajenas y desengaños propios, Francisco de Nápoles aceptó lo más digno de un vencido y lo más honroso para su nombre, la resignación serena, si bien triste, al decreto incontrastable del destino. Lo mismo Enrique de Francia que Francisco de Nápoles han llevado en los últimos tiempos la sombra de su corona en vida como los simulacros funerarios la llevan sobre sus sepulcros en muerte. Hay cierta grandeza estética y moral en los vencidos que tienta de suyo á las almas grandes y les presta una centelleante aureola de gloria, como la que ciñeron á sus sienes aquellos últimos paganos al sacrificar en los altares de la victoria romana, mientras los bárbaros de Alarico aullaban vencedores sobre la subyugada Roma y la cruz del Salvador salía de las Catacumbas para sustituir á los dioses caídos sobre la cumbre del eterno Capitolio.

Madrid, 4 de enero de 1895.



SEMBLANZA

Ha dicho un escritor que para mantener ese «vapor de sueño» que envuelve en misteriosa vaguedad todo lo que se exterioriza en formas bellas, importa no sujetarlo á las curiosas menudencias del análisis.

Nada tan cierto.

El escalpelo del anatómico es pesimista, desengañado y frío, porque deshace la armonía del conjunto para llegar hasta la pequeñez del detalle, siempre defectuoso é incompleto.

Julio Enciso, en su libro titulado *Memorias de Julián Gayarre*, recuerda la frase, ó mejor diríamos el consejo de Dumas (padre) de que se deben ignorar completamente dos cosas: la edad de las mujeres hermosas y la de los grandes artistas.

Por tales razones no consignamos aquí el día, el mes ni el año en que nació el gran tenor, y prescindimos también de otros pequeños pormenores.

Por otra parte, no intentamos hacer una extensa biografía del incomparable artista.

¡Se han publicado tantas!

¿Quién ignora que á Julián Gayarre le ocuparon desde muy niño las faenas agrícolas?

¿Quién no sabe que en los comienzos de su juventud fué pastor de ovejas?

Nosotros le hemos oído al artista relatar con deleite acariciado por la vanidad y la soberbia los días alegres en que, ajeno de cuidados, vagaba por los empinados riscos de la tierra navarra, en la imponente y majestuosa soledad de la naturaleza, cuidando el rebaño, conduciéndole por las vertientes de mejores pastos, contando las ovejas, recogiendo las descarriadas, avivando á las perezosas, encerrándolas todas en el estrecho redil y haciendo con ellas vida *íntima* y de *familia*, según su gracioso decir, y en ocasiones, con ellas agrupándose y confundiéndose para calmar así rigores é inclemencias del tiempo.

Al fijarnos en el *amore* con que hacía Gayarre relación de estos hechos, doliéndose de haber perdido para siempre el cayado y el zurrón, nos venían á la memoria las *Coplas* de Jorge Manrique, donde el poeta retrata de manera admirable la descontentadiza naturaleza humana, condenada al eterno martirio de la inconformidad.

É involuntariamente nos decíamos:

¡Cuán presto se va el placer!
¡Cómo después de acordado
da dolor!
¡Cómo á nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor!

***

De pastor convirtióse Gayarre en *hortera*. A Pamplona fué á desempeñar la funciones de mozo de una quincallería.

Algunos biógrafos aseguran que su afición á la música le hizo perder el puesto en el establecimiento citado. Como el hecho que vamos á relatar lo hemos oído de los propios labios del artista, en este punto nos separamos de las distintas versiones conocidas.

Una tarde encontrábase en la tienda el novel dependiente *cansado* de no hacer nada, víctima de la nostalgia de la aldea; pensaba en la manera de dejar cuanto antes la ocupación, poco varonil, de vender cintas y alfileres. En la ociosidad en que se hallaba, venciéronle el fastidio y el sueño. De pronto despertáronle los acordes bulliciosos de un animado y vivo paso doble.

Salió á la puerta del establecimiento, y ¡oh felicidad!, vió venir un batallón de cazadores. Delante, el cabo de gastadores moviéndose airosamente; detrás, la lucida *escuadra;* después, la *banda* con los cornetillas de caras picarescas y desenfadadas, propias de esa granujería que sienta plaza por no servir para maldita de Dios la cosa; seguidamente la charanga, rodeada por la turba de arrapiezos descamisados, andrajos humanos desperdigados por el arroyo, que son el público de todas las fiestas y el necesario elemento de todo escándalo, y por último, el jefe á caballo, los oficiales y la tropa.

Sin darse de ello cuenta, Julián Gayarre, que veía el desfile, se colocó á la altura de la música. Con el cuerpo erguido, moviendo los brazos con airosa marcialidad siguió á *la fuerza*, que diría un militar, y habría penetrado en el cuartel si la frase *¡atrás paisano!*, pronunciada por el centinela, no le hubiera advertido que él no era otra cosa que dependiente de una quincallería.

A ella se volvió precipitadamente, pero era tarde. El dueño, sin andarse con explicaciones, le puso de patitas en la calle, y Julián, viéndose desamparado, se volvió corriendo... á la puerta del cuartel.

No fueron, pues, sólo las aficiones musicales lo que arrastraron al mozo de la quincallería detrás del batallón de cazadores. Influyeron, sobre todo, sus aficiones militares, su amor á nuestro ejército, que tuvo siempre por el más bizarro y *bien plantado* de cuantos había conocido.

***

Vivir con los brazos cruzados y esperar así el maná, era imposible. Volver al pueblo para apacentar ovejas, valía tanto como declararse vencido en las primeras luchas de la vida, y esto se conformaba poco con el carácter soberbio y rudo de Gayarre.

Buscó ocupación y la obtuvo en una herrería, donde aprendió el oficio pronto y bien. Un compañero de fragua hizo que se apuntara como socio en el Orfeón navarro. Movióle á ello lo bien timbrada que era la voz de su amigo, el cual, acompañándose con el rudo golpear del martillo sobre el yunque, entonaba sus canciones, y no había copla popular que no conociera, siendo las picarescas las que más prodigaba y repetía. Sobre todo, sin haberle enseñado nadie, era *una maravilla, cosa bajada del mismo cielo*, cantando la jota navarra que, por intuición maravillosa, saturaba de una dulce y tierna melancolía.

Por esta época le oyó D. Hilarión Eslava, y pocos meses después, al amparo y protección de tan acreditado maestro, vino á Madrid y obtuvo una plaza de pensionado en el Conservatorio, la cual ganó cantando la romanza *Spirto gentil* de *La Favorita*, que en el apogeo de su vida artística le valiera tantos aplausos.

La revolución de septiembre suprimió su plaza de pensionado, y este accidente de la adversa fortuna le obligó á volver de nuevo á Pamplona. Con los recursos que le produjo un concierto dado por el Orfeón y mil pesetas que le asignó la Diputación provincial, marchó á Italia en 1869 para continuar allí sus estudios.

Fueron éstos tan aprovechados que el año siguiente *debutaba* Julián Gayarre en el teatro Varesse, con la partitura de Verdi *I Lombardi*, logrando *pasar*.

Hizo su segunda aparición en escena con *Elisir d'amore*. En el mismo momento de salir á cantar la romanza del tercer acto

Una furtiva lágrima...

y ya preludiando la orquesta las primeras notas, le fué entregado un parte telegráfico tan conciso como doloroso. Estaba concebido en estos términos: «Tu pobre madre ha muerto. Resignación.» No había aún empezado á saborear toda la honda amargura de aquella noticia cuando el traspunte le gritaba: *¡Fuera!*

Hay quien asegura que Gayarre salió al público enjugándose las lágrimas y que por un momento vaciló ahogado por los sollozos, pero venció la brutalidad del deber.

¿Cómo dijo la letra?

¿Con qué notas tan dulcemente tristes matizó el canto?

¿Qué cantidad de ternura puso al servicio de su propio dolor?

No lo sabemos. El hecho es que el artista alcanzó uno de los éxitos más colosales de su brillantísima carrera. Por esto siempre que lo recordaba Gayarre, y en el seno de la amistad lo refería, terminaba diciendo:

«Mi buena y santa madre me dió á luz dos veces: primero á la vida, después al arte.»

Un crítico italiano dice que *el dolor halló en la voz de Julián Gayarre una amargura sólo comparable á la de sus lágrimas, y hubo notas que fueron verdaderos sollozos de un espíritu acongojado.*

En 1873 le contrató la empresa del teatro *San Fernando* de Sevilla. Ya la buena fama del tenor empezaba á hacerse, y quiso éste dar á su padre el gusto de oirle, para lo cual hizo que desde el Roncal, con su traje de *paleto*, se trasladara á la alegre ciudad, donde, como ha dicho el poeta,

murmura alegres canciones
el manso Guadalquivir.

Cantó *Sonámbula* con la Ortolani y el éxito fué desafortunado. Desde su presentación en escena empezaron á oirse *timos* y cuchufletas de la gente despreocupada del paraíso y se manifestó también la indiferencia de los *señoritos* de las butacas.

Al terminar la representación, el padre de Julián, emocionado y casi llorando se fué al cuarto del artista.

«Aquí no te quieren bien, hijo mío. Vámonos,» le dijo.

Gayarre, profundamente contrariado, se limitó á murmurar casi entre dientes: «¡Pobre viejo mío! ¡He sido un imprudente!» En *Ruy Blas*, segunda obra interpretada por aquél, las emociones del padre fueron diametralmente opuestas á las de la primera noche.

Cuando el artista se reunía con *su pobre viejo*, le preguntó: «¿Nos vamos?» Y el infeliz del *tío* Mariano, todo él orgulloso y satisfecho, le contestó: «Me había equivocado. ¡Vaya si te quieren bien!»

Marchó Gayarre á América del Sur, cantando en Buenos Aires, La Plata y Río Janeiro, alcanzando en aquellos puntos la misma entusiasta acogida y constante aplauso que en Europa.

El 4 de octubre de 1877, después de haber hecho brillantes campañas artísticas en el extranjero y de haber sido *consagrado* como *primo tenore* en la Scala de Milán, se presentó Gayarre al público exigente del teatro Real de Madrid con la ópera *La Favorita*.

¿Para qué hablar del éxito?

El mayor, el más unánime y legítimo de cuantos ha presenciado la gente cortesana.

El entusiasmo desbordándose en sonoras y continuas tempestades de aplausos, y un artista formando con aquellas manifestaciones el seguro pedestal de su inmarcesible gloria.

***

Julián Gayarre es una personalidad que aún no está bien definida. Sus *íntimos* elogiaban en él *todo* y calificaban de graciosas, cuando no las defendían, sus extravagancias. Los enemigos han querido presentarlo como un tipo ineducado y grosero. Importa, por tanto, determinar su verdadera fisonomía, ó en otros tér-

minos, señalar el verdadero carácter del malogrado artista.

Nosotros nos atreveríamos á intentarlo diciendo que Gayarre era muy español, muy rudo y muy sincero. Como todo aquello que es objeto del aplauso público, tenía una gran dosis de vanidad que fomentaba el cariño entrañable de sus amigos, con los cuales vivía como rey entre señores. Esto, que quizás parezca á alguno invención calumniosa, lo demostró el artista en varios hechos de su vida, que consignaremos antes de concluir este artículo.

El inolvidable tenor resentíase de la aridez propia de lo que no ha estado sujeto á una educación bien atendida y perfectamente cuidada. Él, por naturaleza, resultaba rudo como las hayas de los bosques navarros, seco como los pinos que coronan las sierras del Pirineo, y acostumbrado desde los trece años á luchar con la naturaleza, no logró nunca esa flexibilidad indispensable para las necesarias transacciones de la vida social.

En cambio, ¡qué formalidad la suya! ¡Qué seriedad para los negocios!

La palabra empeñada le obligaba mucho más que todos los documentos públicos.

A menudo decía: «La *fe* de un escribano no vale más que la mía, que es y ha sido siempre *buena*.»

Y después de decirlo lo probaba. Jamás firmó escritura con el conde de Michelena. Este le decía: «Empiezas, Julián, el día tantos con tal ópera,» y ya no se sabía más de Gayarre; pero el día señalado, sin aviso previo, se presentaba en el teatro á la hora convenida. No se dió el caso de que faltara una sola vez.

Eso sí, si á las doce del día en que trabajaba no le eran entregadas las 6.000 pesetas, ya podían hacerle protestas, ofrecimientos y dirigirle las súplicas más sentidas. Todo era inútil. Para él no había más argumento convincente, ni mejor influencia, ni ruegos más interesados que... las 6.000 pesetas.

* * *

Algún biógrafo ha asegurado que era Gayarre hombre de una INDEPENDENCIA á toda prueba. Para él, dice, *no había grandes ni poderosos*. Por esta razón precisamente no lo tuvimos jamás por modesto, aparte el entender nosotros que lo humano es que quien se veía halagado por la suerte, adulado de todo el mundo, con un nombre que llenaba por completo los ámbitos del arte lírico, se dejara desvanecer por los mareos de la vanidad.

Sin agregar á los hechos comentarios de ninguna clase, vamos á consignar dos pruebas elocuentes que habrán de confirmar nuestros juicios.

En 1875 encontrábase Gayarre en San Petersburgo. Una noche se presentó en el *camerino* del artista un ayudante de campo del zar, el que le hizo saber *de orden* de S. M. que éste deseaba oirle en un concierto palaciego. El tenor, molestado por lo duro de la forma en que se le hacía la notificación, contestó con marcado desabrimiento:

«No me encuentro bien. Ignoro si podré cumplir *la orden* del zar.»

Pero advertido éste del motivo que había producido la descortesía del cantante, se apresuró á dirigirle una atenta invitación que fué aceptada.

En Madrid celebrábase brillante fiesta en el palacio de uno de los aristócratas más linajudos. Fué invitado Gayarre y asistió á ella.

Como era de esperar, pronto le hicieron hábiles y discretas indicaciones acerca del gusto con que se le oiría cantar. Las damas aguzaron la imaginación y multiplicaron sus gracias para obtener aquel favor.

Julián Gayarre, contra su costumbre, accedió apenas le fué dirigida la primera súplica.

Uno de los concurrentes se ofreció á acompañarle al piano.

Todo era en la sala expectación y ansiedad; pero ¡oh desgracia imprevista!, el piano estaba cerrado y la llave había desaparecido.

Fué en vano buscarla: los criados, hasta los mismos dueños de la casa renunciaron á la esperanza de encontrarla. Ya iba á ser violentada la cerradura cuando Julián Gayarre dijo:

«Señores, la llave ha sido por mí sustraída y arrojada al jardín. No gusto de cantar más que en el teatro. Ruego á ustedes que me excusen y me perdonen.»

Y el aristócrata y las damas y los señores allí congregados y reunidos *se quedaron con las ganas*, según el vulgar decir.

Pero aún hay más. En su propia casa, cuando algún amigo le pedía que dijera alguna frase, ó recitara un pasaje de determinada obra, la negativa era segura é inútil toda insistencia.

Verdad es que adondequiera que iba Gayarre no le pedían otra cosa sino que cantara, y de haber accedido á todas las peticiones se habría pasado la casi totalidad del tiempo gorjeando como los ruiseñores.

Por esto, tiene gracia un sucedido originalísimo que vamos á referir.

En una de las temporadas de verano que *hizo* en San Sebastián, todos los días se le presentaban particulares, amigos, comisiones de sociedades pidiéndole que tomara parte en reuniones, conciertos y funciones benéficas. Julián se negaba buscando para ello toda clase de pretextos.

Un domingo fuése con cuatro amigos á pasar el día en Hernani. Ya muy cerca de media noche regresaba de la excursión. Quizás porque nadie se lo pidió *rompió* á cantar.

– ¡Qué bien *suena* la voz, decía, en el silencio de la noche! ¡Cómo se dilata y qué sonoridad adquiere en esta atmósfera serena y tranquila!

Y cantando, cantando, entró en la población, y cantando á toda voz seguía, cuando una voz destemplada y bronca le dijo:

– ¡A callar! Han dado ya las doce.

Julián Gayarre al ver delante al sereno que con semblante adusto le reconvenía, se fué á él, le dió un abrazo y exclamó regocijado:

– ¡Gracias á Dios! ¡Ya he encontrado uno que me mande callar!

* * *

Hemos dicho que era muy español.

Cuatro palabras bastarán para que el convencimiento llegue al ánimo del que nos lea.

Después de los éxitos obtenidos en Roma, un empresario le propuso que se cambiara el nombre.

– Póngame usted el que quiera, le dijo.

– Alteraremos también el apellido, repuso el empresario.

É incontinenti le interrumpió Gayarre gritando:

– ¡No!

– ¡Serás italiano, hombre! insistió el especulador.

Y Julián repuso:

– No acepto el cambio, porque voy perdiendo.

Cuando nos refería este hecho en Alhama de Aragón, se indignaba y nos decía:

– ¡Cambiar yo de apellido!.. ¡Perder mi patria y mis padres!.. ¡Qué locura!

Porque el artista era delicadísimo en sus sentimientos, pero tenía la delicadeza muy escondida y en lo más hondo.

* * *

En abril de 1886 debutó en el teatro de la Opera, de París, con *La Africana*, con un solo ensayo al piano. Después de la romanza del cuarto acto, el venerado artista Duprez, con las lágrimas en los ojos, exclamaba lleno de entusiasmo: «¡Es el primer tenor del mundo!»

Nueve representaciones de Gayarre produjeron á la empresa 200.000 francos; *recette* desconocida en el teatro de la Opera, y por eso sin duda se le designaba como el tenor *máximo*.

Hay que consignar, antes de poner término á este artículo, una fecha: la del 8 de diciembre de 1889.

Había terminado el dúo del acto primero de *El pescador de perlas*. Comenzó la romanza. Sus notas dulces y suaves, como el beso de un niño, llenaban el ambiente de la espaciosa sala del teatro Real de Madrid. El silencio era religioso.

El público saboreaba con delectación la sentida endecha de Nadir. La orquesta, como eco perdido que viene desde muy lejos, la acompañaba amorosa.

Al emitir el tenor una nota aguda, de esas que, según una frase del reputado y peritísimo Antonio Peña y Goñi, entraban como una caricia por el oído y caían como un bálsamo en el corazón, cesó de repente la voz, como si algo violento la hubiese truncado, produciendo un extraño sonido, el de «una cuerda que se rompe y salta hecha pedazos.»

La consternación fué general.

Gayarre había sufrido algún accidente que el público no se explicaba, pero que todo el mundo calificaba de grave.

Corrieron mil noticias, hiciéronse infinitos comentarios, y una melancolía grande, profunda, muy honda, se apoderó de los espectadores y se asomó á todos los semblantes. Pero continuó la representación, llegaron á los palcos, á las butacas y al paraíso nuevas tranquilizadoras, y la calma vino á restablecerse.

Es más: el tenor, en el último acto, cantaría la interrumpida romanza. Y así fué.

Cuando volvieron á sonar las notas purísimas de la romanza, y la melodía quejumbrosa y doliente iba desarrollándose gradual y perezosa, y el tenor la interpretaba con voz de ángel y acento de una dulzura infinita, la esperanza, que parece formada con las alegrías del amanecer, inundó todos los corazones.

Pero faltaba la nota comprometida, la que había saltado hecha pedazos.

Llegó y... volvió á estallar.

El artista levantó los ojos al cielo, como si le dirigiera una amarga interrogación; dejó después caer la cabeza sobre el pecho y murmuró con voz fatídica:

– ¡Esto se acabó!

Y como dice bien el crítico musical antes citado: «Se acabó, en efecto; se acabó entonces y se acabó para siempre.»

Todos los escritores que han dedicado artículos necrológicos á Julián Gayarre citan como fecha dolorosísima la del 2 de enero de 1890, en que murió el hombre. Peña y Goñi es el único que ha consagrado la del 8 de diciembre de 1889, en que murió el artista.

En esta última fué herido de muerte el más grande de los artistas líricos por *la nota fatal*.

* * *

No queremos hacer apreciaciones críticas acerca de Gayarre. Para nosotros nadie ha cantado como él las romanzas. Era un artista *subjetivo* sin término de comparación. Inimitable en el canto *spianatto*, pero...

¿Pero á qué decir más?

Nuestro juicio, si lo formulamos, llega muy tarde, y nuestros aplausos, si se los dedicáramos, tendrían que detenerse irresolutos y tímidos ante la fría losa de un sepulcro

EL ABATE PIRRACAS



ENTRE FLORES, cuadro de Manuel de la Rosa, adquirido por D. Julián Gutiérrez (de fotografía de Leopoldo Casiñol).



TOKÍO.—El pueblo contemplando las láminas que reproducen las victorias de los japoneses



París. – El *boulevard* en un día de lluvia, dibujo de S. Azpiazu

CRÓNICA PARISIENSE

Del mismo modo que París es la cabeza de Francia, el *boulevard* es la quinta esencia de París. Y no hay más que un *boulevard* en el mundo. Las grandes vías que llevan este nombre en otras ciudades, podrán ser calles hermosísimas con soberbios edificios, lujosos cafés y magníficas tiendas; podrán ser paseos deliciosos, donde una sociedad distinguida exhiba su elegancia y su lujo; podrán ser todo lo que se quiera, menos el *boulevard;* porque nada es comparable con esa arteria central de París que se extiende desde la Magdalena hasta la Bastilla y por la cual circulan en ebullición universales elementos de vida.

Otras capitales europeas han querido imitar los *boulevards* de París. Bruselas, que ya tenía un Sena, abrió en su centro anchurosas calles llamándolas *boulevard du Midi, boulevard de la Senne, boulevard Anspach, boulevard du Nord;* todas hermosas, magníficas, pero sin pasar de ser una imitación.

El municipio de Viena, cansado, sin duda, de oir hablar con envidia de esas vías deliciosas á los burgueses del Graben, trazó el inmenso semicírculo que se abre en el Stuben-Ring y se cierra en el Schotten-Ring. Son *boulevards* soberbios, pero no son el *boulevard.*

Puede imitarse las aceras, las casas, los comercios de los *boulevards* parisienses; pero la atmósfera refinada que en éstos se respira, pero la llama sutil que arde y abrasa á los espíritus, no se imitan.

Un *boulevard* sin París, y sobre todo sin los parisienses que le dan carácter propio, es un marco sin cuadro. El *boulevard* no se concibe sin el *boulevardier*, ese producto de una civilización en el apogeo de la agudeza, avanzada hasta la corrupción, acomodada á las salsas más exquisitas, para satisfacción de los paladares estragados por el abuso de manjares excitantes, del ajenjo, del champagne y del cognac; requemados por un fuego infernal donde los espíritus se templan como flexibles y mortíferos aceros.

Se ha vulgarizado la palabra *boulevard* aplicándola á toda clase de anchas vías, sin tenerse en cuenta su significación etimológica. Ni el *boulevard Sebastopol*, ni el *boulevard Haussmann*, ni el *boulevard Malesherbes*, con ser magníficos, son *el boulevard.* Este es particularmente el espacio que se extiende desde la Magdalena hasta el Gymnase, y para muchos, en rigor, no comprende más que desde la Maison Dorée hasta el café Brébant, como si el meollo de la gran ciudad se encontrase en los cafés de Suecia y de Madrid, de la Porte Montmartre y de Variedades, en los pasajes de Jouffroy y de los Panoramas, en las cervecerías de Zimmer y de Pousset.

Este es el centro moral de la patria francesa. El *restaurant* Bignon, el café Inglés, el Grand Hotel son ya los confines de Europa. Y los Campos Elíseos, la plaza de la Estrella y el Bosque de Bolonia pertenecen al mundo entero.

El *boulevard* es propiedad del *boulevardier*, quien de buena gana expulsaría de sus dominios á todo el que no forma parte de su sociedad, como echamos fuera de nuestra casa á un intruso impertinente.

Los días de fiesta el *boulevardier* huye de su centro de vida habitual por no verlo invadido por los domingueros cursis, y en verano emigra á las playas de Normandía y Bretaña porque allí encuentra sucursales del *boulevard.*

Bajo apariencias de emancipación absoluta, es el más rutinario y el más esclavo de los hombres. Por nada del mundo dejaría de exhibirse al menos dos veces por día en sus dominios: de cuatro á seis de la tarde y de once á una de la noche. No puede faltar á ningún estreno de Variedades, del Gymnase ó del Vaudeville. Está condenado á ir á aplaudir todas las noches á Sarah Bernhardt, á la Réjane ó á la Judic; á dejarse ver los martes en la Comedia Francesa; á jugar en las carreras de caballos de Longchamp, de Auteuil y de Chantilly, y á cenar en las tabernas aristocráticas, aunque padezca del estómago.

No todos los *boulevardiers* pertenecen á la misma categoría. Entre los de la Maison Dorée y los del café de Madrid, la diferencia es grande. Pero todos tienen afinidades comunes. Unos y otros acuden á husmear ideas nuevas, á saborear el escándalo del día, á desacreditar de antemano la comedia que se va á estrenar, á hacer frases, á quitar el pellejo á los autores en boga y la honra á nuestras damas que aún no han acabado de caer; á predecir el día antes lo que el vulgo no sabrá hasta el día después; á posesionarse de la actualidad febril, voluble y fugitiva, sorprendida en germen, antes de que florezca en admiración ó en escándalo. Coge al vuelo lo impalpable; mezcla los asuntos de bastidores con los de la política y el Arte con la Bolsa; resuelve *ex cathedra* los problemas más insolubles, y habla de las mujeres en lengua del *turf*, como si fuesen una variedad de la raza hípica.

Es un ser hastiado, paradógico y frío, para quien la candidez es el más denigrante de los defectos. Hace á cada paso profesión de escepticismo y alarde de indiferencia. Hunde para siempre á un escritor bajo cualquier apodo ridículo, y á un hombre de Estado con un equívoco insidioso. Desdeña la escena por los bastidores, y cuenta en estilo de opereta bufa los dramas que arrastra en su ruidosa corriente la vida parisiense.

En el *boulevard* la vida no empieza hasta el mediodía y no concluye hasta las dos de la madrugada. Fuera de estas horas es un barrio como otro cualquiera; más lúgubre que ningún otro cuando teatros, cafés y *restaurants* han evacuado su parroquia. Al amanecer se le puede comparar con una noctámbula enferma que acaba de despojarse de su traje de baile de máscaras.

El *boulevard* tiene sus horas: la del aperitivo, la del café con achicorias, la del paseo y la de la cena, durante las cuales no queda un puesto vacío en los cafés. Y á la animación que ofrecen estos establecimientos y al bullicio que reina en las aceras, por las cuales la circulación es muy difícil á las primeras horas de la noche por la aglomeración de transeuntes y vendedores de baratijas y periódicos, hay que añadir el asombroso movimiento de carruajes que desde las diez de la mañana hasta la terminación de los espectáculos dan al centro del *boulevard* el aspecto de un *carrousel* descomunal, interminable y vertiginoso.

Por cima del *fiacre*, que ha traído el reinado de la igualdad entre los viajeros en coche; por cima de la discreta berlina, vehículo de ilusiones y dichas, cuando no de preocupaciones y amarguras; por cima del insolente *landau*, que exhibe recién desposadas como para pregonar que dentro de una hora serán desceñidas por hombruna mano las virginales vestiduras y deshojadas las coronas de azahar, emblemas de pureza; por cima de todo se destaca el ómnibus, casa ambulante de dos pisos, cuyos inquilinos suben y bajan, entran y salen y se renuevan á cada instante.

En dos de los dibujos de Azpiazu que acompañan esta crónica, el ómnibus aparece como importantísimo detalle del cuadro; y es que constituye una de las notas más culminantes del *boulevard.*

Tiene muchos atractivos viajar en estos grandes carruajes públicos, á condición de no llevar mucha prisa. El ómnibus ofrece variado campo de observación; es una mina inagotable de estudio de costumbres populares. En primer lugar se presentan á nues-



París. – Estación de ómnibus en la Magdalena, dibujo de Salvador Azpiazu



París. – El *boulevard*. Regreso de las carreras de caballos, dibujo de Salvador Azpiazu

tra consideración el conductor y el cochero. Éste no tiene nada de común con el de *fiacre*, escéptico, burlón, irascible, insolente, agresivo; por el contrario, es tranquilo, indiferente, casi melancólico. La costumbre de recorrer veinte veces al día el mismo trayecto, con los mismos caballos, sin comunicarse jamás con los viajeros, sin hablar con nadie una palabra, le convierte en una especie de autómata, del cual tira el conductor por medio de una cuerda para hacer parar ó poner en movimiento el pesado vehículo. Vedle encaramado en su alto asiento, como ensimismado bajo su sombrero de hule, inmóvil y taciturno. Su posición es tan sólida como elevada; la Compañía le tiene asegurada una vejez tranquila, y el autómata cuenta tal vez cien veces al día los que le faltan para el retiro, sin que se le aparezca jamás el fantasma de la miseria, que muchos hijos del trabajo divisan en el negro horizonte de sus postrimeros años.

¡Cuán diferente es el conductor! Su existencia parece más penosa, pero tiene sus compensaciones, pues le distraen los transeuntes que se empuercan en el lodo que el Municipio manda limpiar raras veces, fuera de las épocas de Exposición; las matronas sofocadas que corren haciéndole señas de que pare; las hermosas mujeres que aceptan su apoyo para subir ó bajar del coche; las conversaciones de los viajeros; las operaciones de cobro y cambio de moneda. La clase ofrece variedad: hay el conductor joven, ágil, decidor y alegre; el conductor maduro y cansado; el huraño y taciturno; el bonachón, el malhumorado, el dicharachero... El carácter de cada uno se conoce hasta en la manera de hacer parar el ómnibus y anunciar las estaciones, y aun en los grados de inclinación de su gorra.

¿Y qué diremos del interior del ómnibus? Es un microcosmos donde el moralista puede estudiar todas las variedades de temperamento y carácter de la humana especie. El egoísta se revela en la manera de instalarse abriendo las piernas; el fatuo hace el pavo real poniendo en evidencia sus sortijas, su bastón, sus bigotes y su calzado; el cascarrabias se queja de que no tiene sitio bastante para sentarse y arma camorra á los vecinos que le aprietan y al conductor que ha tardado en hacer parar el coche; el expansivo y locuaz aprovecha todas las circunstancias para entablar conversación, y si los benévolos le responden con afabilidad, los taciturnos le contestan con gruñidos inarticulados y los insociables con un silencio absoluto.

En días de gran premio en las carreras de caballos, los *boulevards* y las avenidas de los Campos Elíseos y del Bosque de Bolonia ofrecen la misma animación que la calle de Alcalá, las tardes de toros, en Madrid.

No se habla de otra cosa que del espectáculo del día; todo el mundo dirige al cielo ansiosas miradas; la más pequeña nube causa viva inquietud; cuatro gotas de lluvia arrancan maldiciones sin cuento. El sol es el *desideratum* supremo de los aficionados.. El sol y un vehículo en que trasladarse al hipódromo.

Para los cocheros es día de gloria y de venganza. Todo aspirante á un *fiacre* recibe del auriga un gesto de compasión ó una sonrisa desdeñosa, si no lleva impresa en una fisonomía simpática la promesa de una propina excepcional.

Desde la una miles de carruajes empiezan á dirigirse á las carreras, y miles de curiosos ven desfilar trenes magníficos, mujeres encantadoras y elegantísimos trajes cortados por los patrones de la última moda, tirana de las mujeres y ruina de los hombres.

La vida del *sport*, particularmente del hípico, es aquí tan curiosa é importante que constituye uno de los aspectos más característicos de las costumbres parisienses.

Poco antes de las dos el público se agolpa á las puertas del hipódromo. Los hombres llegan preocupados por las apuestas. Las mujeres estrenan el vestido de la semana y ostentan sus más ricas joyas. Saltan del coche haciendo crujir el estribo bajo su pie diminuto y arqueado; recógense el vestido con un arte lleno de tentaciones, y se dirigen á las tribunas entre efluvios de amor, dejando una embriagadora estela de perfumes y deseos.

Las aventureras más célebres, las reinas del mundo elegante, las estrellas del arte teatral aparecen rodeadas de flamantes satélites. Agrupadas al pie de las tribunas, cortan sayos á las amigas ó acechan á sus rivales, templando los labios al incienso que las envuelve. En muchos casos su lenguaje es algo verde, pues hay pocas duquesas en tales corros; pero son divinas las pecadoras de aquella corte del amor libre. Eligen, entre sus cortesanos, el *sportmann* de cuyo brazo desean pasearse *sin desmerecer*. Quieren ver los caballos, y sus galanes explican, en lenguaje de cuadra, las habilidades y condiciones de los *favoritos*. Se critica y se admira; de todas partes brotan digresiones para las bellas curiosas, y no siempre es fácil adivinar si las cotizaciones que se discuten se aplican á los caballos ó á ellas.

Llega el momento solemne; los *jockeys* pasan de la báscula á la silla. A guisa de ensayo, los caballos galopan un momento por la pista. El cuadro es hermoso. El público llena el campo y las tribunas. La emoción es grande; la impaciencia, general.

Las mujeres apuestan, ó mejor dicho, hacen apostar en su nombre. La fiebre del juego concluye por dominarlas.

De pronto aparece el pelotón á escape, haciendo retemblar el suelo. Dan la vuelta, y con ellos galopan los corazones. Ya vuelven. *Gladiador* va delante... ¿Ganará él? ¡Ah! *Veloz* lo alcanza... y le toma la delantera. *¡Veloz, Veloz!*, gritan diez mil voces. Pero no; *Gladiador* se adelanta á sus competidores y gana al fin.

Un ¡hurra! inmenso llena el hipódromo.

Las mujeres que apostaron por *Gladiador* van á cobrar sus beneficios. Las que apostaron por *Veloz* confían á algún amigo complaciente el cuidado de liquidar la pérdida.

La misma escena se reproduce á cada premio.

Del regreso da exacta idea el dibujo de mi compañero Azpiazu, que nuestros lectores pueden ver en este número.

La fiesta, para muchos y particularmente para los gananciosos, concluye en el club ó en los gabinetes reservados de los *restaurants*, donde se come y se ama.

JUAN B. ENSEÑAT



La guerra chino-japonesa.—A bordo de un transporte japonés



La guerra chino-japonesa.—Tropas chinas dirigiéndose á Tong-Ku en el único ferrocarril chino



UNA HIJA DE EVA, cuadro de E Patry, [illegible]

NUESTROS GRABADOS

¡Buena colecta!, cuadro de Antonio Fabrés. – Pocos artistas poseen el talento de dar interés á los asuntos más sencillos como nuestro querido colaborador Antonio Fabrés; pocos conocen como él los secretos del arte que con tanto éxito como entusiasmo cultiva, gracias á los cuales sus composiciones tienen un encanto especial merced á las nuevas bellezas que, cuanto más se las mira, en ellas se encuentran. En sus cuadros nada hay por acabar; los más pequeños detalles son atendidos con minuciosidad suma, sin que por ello incurra en vulgares nimiedades, y por virtud de esa perfección que en cada uno de los elementos se admira, el conjunto aparece armónico sin ninguna de esas deficiencias ó de esos descuidos que tan frecuentes son en pintura. Repásese la colección de obras de Fabrés que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se han publicado y se verá cuán exacto es lo que decimos; y si no se quiere buscar en el pasado la razón de nuestro aserto, basta fijarse en el cuadro que hoy reproducimos para ver que no pecan de exagerados nuestros elogios. *¡Buena colecta!* figuró en la última Exposición internacional de Munich y con otros del mismo autor fué vendido ventajosamente.

ANTONIO NEBRIJA, escultura de S. Vancells

Entre flores, cuadro de Manuel de la Rosa. – Entre los varios lienzos que justamente llamaban la atención en la Exposición celebrada durante el verano último en Cádiz, figuraba el que reproducimos y que fué premiado en aquel certamen. Es una composición llena de poesía y admirablemente ejecutada: así el hermoso busto de la joven que aspira los perfumes del clavel como las flores que á su alrededor crecen desbordándose de las macetas ó poblando el frondoso arbusto, revelan la mano de un artista inteligente, profundo observador del natural, que ha derramado en su cuadro el color y la luz de que tan pródiga se muestra la encantadora tierra andaluza.

La guerra chino-japonesa. – Continuando la serie de grabados referentes á la lucha que sostienen los dos grandes imperios de Oriente, publicamos en el presente número tres que estimamos interesantes, porque indirectamente puede venirse por ellos en conocimiento del modo de ser de cada una de las potencias beligerantes. Uno representa el pueblo de Tokio contemplando las láminas expuestas en una tienda, que reproducen las victorias de los japoneses: el contento que en todos esos rostros se advierte revela gran entusiasmo, que es uno de los principales elementos de éxito en esas grandes contiendas entre los pueblos y que contrasta con la indiferencia con que los chinos, según escriben los corresponsales europeos, acogen las noticias de los desastres de sus ejércitos. Las otras dos ofrecen también un curioso contraste en materia de transportes de tropas: el detalle del barco japonés da idea del orden que en la administración militar japonesa reina y la disciplina de los soldados del Mikado; en cambio el convoy de tropas chinas que son enviadas á Tong-Ku en el único ferrocarril del imperio y en condiciones inferiores á las en que en otros países se transportan las peores mercancías, es prueba de un atraso y de una desorganización que necesariamente habían de producir los descalabros que está sufriendo aquel pobre pueblo á quien sus gobernantes tienen sumido en la más punible ignorancia y privado de todas las conquistas del progreso.

Una hija de Eva, cuadro de E. Patry. – Con decir que este cuadro llamó la atención en la última exposición de la Real Academia de Londres, donde, como es sabido, envían sus mejores obras los primeros artistas del Reino Unido, queda hecho su mejor elogio. El éxito conseguido por el autor de este lienzo se comprende perfectamente, pues la bellísima figura en él representada está hecha de mano maestra, y tiene primores de ejecución y delicadezas de tonos y líneas que saltan á la vista del menos entendido observador, no menos que la expresión que tanta vida comunica á la hermosa *Hija de Eva*.

Antonio Nebrija, escultura de S. Vancells. – La estatua del insigne gramático D. Antonio Nebrija, que reproducimos, ha sido recientemente colocada en la escalinata monumental del Palacio de la Biblioteca y Museos nacionales, ha poco terminado en la coronada villa. Su colocación junto á las de San Isidoro, Cervantes, Lope de Vega y otros varones ilustres, gloria de las patrias letras, significa un señaladísimo triunfo para el joven escultor catalán Sr. Vancells, puesto que lo ha sido en virtud del premio obtenido en el público concurso convocado por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en quien delegó el gobierno la misión de juzgar las obras presentadas. Entonces ocupóse, con la extensión que merecía, de la obra y del artista nuestro compañero el Sr. Balsa de la Vega en sus *Crónicas de arte*, por cuyo motivo hemos de limitarnos á consignar una vez más el acierto del Sr. Vancells, por haber sabido imprimir á su obra el carácter distintivo del que fué entusiasta cuanto afortunado colaborador del eminente cardenal Cisneros en su monumental *Biblia Poliglota*.

Reciba el artista nuestra calurosa felicitación unida al deseo de que pueda producir obras de igual importancia, seguros de que alcanzará honra y provecho.

Una bacante, cuadro de Cecilio Plá. – La circunstancia de habernos ocupado varias veces de los méritos y aptitudes de este ya distinguido artista, relévanos hoy de consignar nuevas apreciaciones acerca de las cualidades que enaltecen al pintor Sr. Plá, á las que debe, así como á su laboriosidad, la ventajosa reputación de que goza en el mundo del arte.

UNA BACANTE, cuadro de Cecilio Plá

Hemos de limitarnos, pues, á llamar la atención de nuestros lectores respecto de la graciosa figura que ha servido al artista para producir un hermoso cuadro de caballete, adquirido recientemente por la infanta doña Isabel.

Estatua del almirante D. Antonio de Oquendo, modelada por Marcial Aguirre. – La estatua que reproducimos corona el monumento que con gran solemnidad y con asistencia de SS. MM. y Altezas se inauguró el día 12 de septiembre último en la Zurriola de San Sebastián, frente á la casa en donde nació el gran almirante que ha merecido de la posteridad el dictado de *Héroe cántabro*. El monumento, cuya primera piedra se puso el día 5 de septiembre de 1887, mide en junto 15 metros de altura; su pedestal es de mármoles y está adornado con dos lápidas que ostentan inscripciones en castellano y en vascuence, dos estatuas en mármol blanco simbolizando la Guerra y la Marina, ocho relieves, los escudos de España, Guipúzcoa, San Sebastián y Oquendo, corona, mascarones y otros accesorios, todo de bronce. La estatua mide 3'50 metros y hasta la punta de la bandera 4'80. El monumento y todos sus detalles han sido proyectados y modelados por el escultor guipuzcoano D. Marcial Aguirre, que si en la figura del almirante ha sabido interpretar con gran maestría la personalidad del ilustre marino, en los accesorios se ha mostrado conocedor perfecto de los recursos de ornamentación monumental.

La estatua, los relieves, escudos y otros adornos del pedestal han sido fundidos en los talleres de D. Federico Masriera, de esta ciudad.

MISCELÁNEA

Teatros. – En el teatro que en su castillo de Totis tiene el conde de Esterhazy se ha estrenado con muy buen éxito la ópera de Frotzler titulada *Arnelda*, que fué premiada en la exposición de Chicago.

París. – Se han estrenado con excelente éxito: en el Palais Royal *Les ricochets de l'amour*, graciosísimo vaudeville en tres actos de Hennequin y Valabregue, lleno de quidproquós y de situaciones cómicas; en el Odeón una linda comedia en un acto y en verso, de Luis Legendre, titulada *¡At home!*; en el teatro de l'Oeuvre un drama en tres actos, *Padre*, del sueco Augusto Strindberg, muy bien traducida por Jorge Loiseau, en el cual se trata del problema del matrimonio y de la paternidad, y que, si bien con algunas inverosimilitudes en el carácter de los personajes y en ciertas situaciones, es notable por su forma literaria y por la sobriedad enérgica, vigorosa y en muchos puntos poética de la expresión escénica; en la Comedia Francesa, con ocasión del aniversario de la muerte de Racine, *Une separation*, bonita comedia en un acto de Jorge Bertal, en la que con estilo fácil y en armoniosos versos se refiere un episodio de los amores de aquel gran poeta con la Champmeslé; y en el Ambigu, *Les Ruffians de París*, interesante drama en seis actos y nueve cuadros, de Mauricio Drack.

Londres. – Se ha estrenado en el teatro Savoy con buen éxito *The Chieftain* (El caudillo), opereta de Burnand y Arturo Sullivan, que es una refundición de *El contrabandista*, escrita hace muchos años por este último en diez y seis días para ser representada en una casa particular. El libro de la opereta refundida es muy gracioso, y la música es inspiradísima y contiene muchos números dignos de una ópera cómica.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Te, chocolate y café*, gracioso juguete en un acto de D. Angel Sala, hijo del aplaudido actor Sr. Sala Julién, que trabaja en ese teatro, y en el Liceo *Die Puppenfee* (El hada de las muñecas), bonito baile de espectáculo en un acto con linda música de Bayer, que ha sido presentado con gran lujo.

Necrología. – Han fallecido:

D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque, capitán general del ejército español, senador vitalicio, y condecorado por méritos de guerra y servicios excepcionales con varias grandes cruces, entre ellas la de San Fernando, pensionada con diez mil pesetas.

Alejandro Zellner, reputado músico y compositor austriaco.

Aquiles Koetchet, notable pintor suizo muy conocido y estimado en París.

ESTATUA DEL ALMIRANTE D. ANTONIO DE OQUENDO, que corona el monumento erigido en la Zurriola de San Sebastián. Obra modelada por Marcial Aguirre, y fundida en los talleres de D. Federico Masriera, de Barcelona.



LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

–¡Ah, Señor, pensó, cuántos disgustos é inquietudes me ocasionará en lo sucesivo! Todos los pícaros del país van á correr en pos de ella. ¡Cuántas personas se han admirado en Pau, en Argelez y en Pierrefitte, y aun aquí mismo en Aigues-Vives!.. ¡Afortunadamente, todo concluyó por algunos días, pues en Gargos no habrá admiradores!

Pero el sacerdote creyó oir rumor de pasos en la montaña, y al volver la cabeza vió á Balaruc, el juez de paz, que trepaba por la pendiente detrás de él. ¿Qué buscaba aquel hombre, que nada tenía que hacer allí? El tutor de Jacobita oprimió las mandíbulas como un dogo que se dispone á morder. Y detrás del juez de paz oyóse de nuevo ruido de pasos; el cura, volviendo otra vez la cabeza, reconoció al velocipedista, que se adelantaba, empujando su máquina por delante.

–¡Ah!, exclamó el padre Bordes, ¿será cosa de que suban aquí todos?

Así era sin duda, pues detrás llegaba el coronel reumático, arrastrando su pierna, y á su vez vendría bien pronto el alcalde de Aigues-Vives y el secretario y el maestro y la gendarmería. Toda esta gente se lanzaba á la vez, siguiendo los pasos de la joven.

–¡Ah, Señor, en qué siglo vivimos!, exclamó el sacerdote.

Y apresuró el paso, bufando como una locomotora, y tomó á través de los pinabetes un sendero que

debían temer los pies elegantemente calzados de los notables del burgo.

– Veremos si el antiguo interno de los hospitales se arriesga por aquí con su bicicleta, murmuró el cura. ¡Ah, pillos, ellos tienen la culpa de que yo me destroce la sotana, y Poupotte me reñirá!..

Efectivamente, en aquel sendero espinoso hizo perder la pista muy pronto á los que le seguían; pero encontróse cara á cara con Laroque, un contrabandista de Gargos, más feo que hecho de encargo, y que sin embargo tuvo la audacia de mirar á la joven como si fuese un caballero de Pau.

– ¡Hola, señor cura! ¿De dónde ha sacado usted tan linda señorita?, preguntó con cierta familiaridad cuando la joven hubo tomado la delantera.

– ¿Eh, qué dices?, replicó el abate furioso. ¡Mejor fuera que siguieras tu camino, gran badulaque!.. Y á propósito, no te felicitaré por tu tabaco, y si es el mismo que vendes á los gendarmes me extraña que no te hayan puesto ya á buen recaudo. ¡Vamos, salud y divertirse mucho!

Y un poco aliviado por esta brusca contestación, el cura prosiguió su marcha.

Pero treinta pasos mas allá encontró al carpintero Artiguenabe, que á su vez quedó como petrificado al ver á Jacobita; y después vió al cartero Cambielle, que al paso de la joven abrió los ojos como un perro angustiado; y luego al pillete Augusto, que hacía las veces de sacristán y que comenzó á arrastrar sus zapatillas con cierta vanidad para pasar delante de la señorita, y por último á Bertrán Cojola, un viejo de ciento tres años, encorvado como un arco, que se irguió con ademanes de mosquetero al aspirar el perfume de la hermosa niña.

– ¡Cómo..., hasta los centenarios también!, pensó el padre Bordes. ¡Ahora no falta más que el ciego de la carretera de España! ¡Ah, Señor, qué ovejas me habéis confiado!

Y reuniéndose con Jacobita se cogió de su brazo.

– ¡Apresurémonos!, dijo, rugiendo de cólera.

Al fin llegaron al pueblo, formado por dos hileras de casuchas á lo largo de un escabroso camino.

Pero allí no encontraron más que á Silverio Montguillem, el joven montañés taciturno, guardián de Gargos, que apacentaba su mulo, ocupándose en construir ruecas.

– ¡Ah! En cuanto á éste, pensó el cura, espero que permanecerá tranquilo, pues no suele entusiasmarse sino delante de los glaciares.

El montañés se mostró ciertamente respetuoso; mas al pasar Jacobita, abrió mucho sus grandes ojos límpidos, que revelaban la más completa admiración.

Entonces el sacerdote no se contuvo ya más; volvióse hacia el campesino, y al ver que no vigilaba á su cuadrúpedo con el debido celo, le apostrofó violentamente.

– ¡Eh, hijo de papuda!, gritó. Si en vez de estar ahí con la boca abierta como un imbécil mirases un poco el mulo, harías mucho mejor. ¿No ves que se come mi hierba, tunante?

– ¡Oh! Dispense usted, señor, contestó el campesino con acento humilde, corriendo hacia el cuadrúpedo.

Pero el cura estaba poseído de una cólera terrible.

– Advierte, gritó, que si vuelvo á sorprenderte iremos juntos á ver al juez. ¿No te da vergüenza mirar á los cristianos de frente? Sin duda ignoras que antes de la revolución tus semejantes llevaban una campanilla al pescuezo para poder evitar los encuentros desde lejos.

Al oirse tratar así, el campesino se marchó sin replicar, haciendo andar su mulo delante.

El padre Bordes se calmó después de esta dura reprensión, y creyóse al fin libre de molestias, pues ya se acercaba al presbiterio.

– ¡Ya no encontraremos á nadie!, murmuró enjugándose la frente.

Y con la cabeza baja y los labios contraídos, comenzó á meditar dolorosamente.

– ¡Qué vida, Señor, qué vida con esa pequeña bajo mi protección! ¡Voy á perder la gana de comer y beber! ¡Y esto será cada vez peor, porque ohora no tiene más que diez y seis años, y la picaruela será cada día más hermosa! Será necesario vigilarla noche y día, y no podré separarme de ella ni un paso. ¡Qué cuidados, qué alarmas! ¡Más fácil sería guardar una manada de tigres en el desierto! ¡Dios mío, dadme fuerzas!

Y mirando á Jacobita de reojo, observaba sus facciones, sus hombros, su talle, y sentía redoblar sus inquietudes. Su responsabilidad le espantaba.

– ¡Señor, díjose, si fuera por mal camino!.. ¡La pupila del padre Bordes!.. ¡Qué escándalo!.. ¿Por qué no habré confiado la tutela á mi hermano Enrique?

El cura pensaba en los elegantes señores y en los toscos montañeses que había encontrado en el camino, en el gerente del hotel de Inglaterra, en el coronel, en el velocipedista y en todos aquellos que habían zumbado codiciosos detrás de su ahijada, como las avispas alrededor de una fruta madura.

– ¿Y qué será en el mes de agosto, cuando los ociosos llenen el pueblo de Aigues-Vives?, preguntábase el sacerdote. ¡Cuántos zánganos tomarán el camino de Gargos! ¡Ah, no le faltarán visitantes á la *Cabellera de Magdalena!*

Pero al llegar ante la puerta del presbiterio, el padre Bordes se tranquilizó progresivamente; una vaga sonrisa iluminó muy pronto sus facciones; detúvose, reteniendo á Jacobita por la manga, y díjole en voz baja:

– ¿La oyes?

Percibíase un rumor profundo entre las rocas inmediatas.

– ¡La cascada!, exclamó la joven corriendo hacia el presbiterio.

Pero su padrino la llamó al punto.

– ¡Espérame!, Jacobita, díjole, quiero hacerte yo los honores!

Estaba celoso de su cascada, y no quería que otros la viesen antes que él.

– ¡Espérame!, repitió, buscando una llave en su bolsillo.

Y él mismo, impaciente, apresuró el paso, sin cuidarse de su abdomen, tan maltratado desde hacía un cuarto de hora.

– ¡Aquí es!, murmuró, y con su llave abrió una puertecilla que se veía en el muro, y entró en un jardín.

Entonces se vió la *Cabellera de Magdalena* en toda su magnificencia, y su propietario cruzó las manos sobre el vientre, estremeciéndose de placer.

– ¡Qué hermosa es, qué hermosa es!, murmuró con religioso recogimiento.

Con el estrépito del trueno, la cascada parecía romperse ante él sobre un montón de rocas derrumbadas; precipitábase como un torrente deslumbrador por una estrecha depresión del muro de granito, y del lugar donde caía elevábase una niebla continua, semejante á un polvo de plata.

En aquel tiempo del año, la *Cabellera de Magdalena*, como todas las demás cascadas, era más abundante y más fogosa; su lecho ordinario no le bastaba ya, y su exceso de agua desbordábase por el otro lado de la iglesia, formando otra cascada intermitente más pequeña, que debía secarse del todo á partir del mes de mayo.

– ¿No ves el arco iris?, preguntó el padre Bordes á su pupila.

Y en sus ojos brilló el entusiasmo que le producía el magnífico circo multicolor á través del cual deslizábase la cascada como una bailarina de circo al través del aro.

Jacobita admiró de todo corazón el arco iris, y las neblinas heladas que iban á extinguirse en el jardín desprendieron algunas gotas sobre el cabello de la joven.

El cura la miró, y entonces renacieron sus inquietudes.

«¡Qué linda es la picaruela!, volvió á repetir. ¡Ah, Señor, cuánto tendré que vigilar!»

Pero en el mismo instante el sacerdote se estremeció; á la vista de la cascada, una idea libertadora cruzó por su mente. ¡Qué inspiración tan feliz ¡Adiós las alarmas, adiós los velocipedistas! ¡Para recobrar la paz de los pasados días bastaba casar á Jacobita!

– ¡Sí, eso es, eso es lo que se ha de hacer!, se dijo. ¡Veamos si ella piensa ya en esto!

Y cogiendo del brazo á su sobrina, murmuró con la vista fija en el brillante arco iris:

– ¿Te gusta mi cascada, Jacobita?

– ¡Ya lo creo, padrino!

– ¡Ah, tienes muy buena razón para que te agrade, porque á ella deberás tu dote!

– ¿De veras? ¡Cómo dice usted eso! ¿Piensa usted acaso en casarme?

– ¿Por qué no? Ya eres una mocetona, y has cambiado mucho hace algún tiempo.

– ¿Cómo le parezco á usted?

– ¡Oh!.., á mí! Yo no soy muy competente..., pero si se ha de juzgar por lo que dicen mis compatriotas...

– ¿Y bien?

– ¡Pues digo! ¡Vaya unas miradas que te han echado todos! ¿No te han mortificado?

– ¿Por tan poca cosa me había de mortificar, padrino? ¡Ah! ¡Si usted hubiera visto en Pau cuando íbamos á paseo! ¡Aquello sí que era divertido!

– ¿Te parece á ti?

– ¡Ya lo creo! ¡Oh! Eso no tiene ninguna importancia. No se contesta nunca á las cartitas de amor.

El cura se sobresaltó.

– ¡Cómo!, exclamó. ¿Has recibido ya billetitos amorosos?

– ¿Cómo ya? ¿Olvida usted, pues, padrino, que tengo un certificado de haber concluído los estudios superiores? Hay niñas que reciben esos billetes antes de sufrir los primeros exámenes.

El sacerdote palideció, y con paso nervioso dió algunas vueltas de arriba abajo.

– ¡Es posible, murmuró, es posible!.. ¡Qué costumbres! ¡Ah, Señor, adónde vamos á parar!

Y el padre Bordes se volvió bruscamente hacia la joven, que estaba como aturdida por aquella brusca exclamación. A decir verdad, Jacobita era bien inocente, pues habría sido más discreta en el caso de haber obrado con malicia. Su tutor lo comprendió muy pronto; pero si no debían acosarle remordimientos por el pasado, en cambio el porvenir le inquietaba más que nunca.

– ¡Es preciso casarla desde luego!, se volvió á decir.

Y mirando fijamente á la joven, añadió:

– Deseo que seas franca y que me lo confíes todo. ¿Hay entre tus adoradores alguno que te haya causado impresión, alguno que te parezca guapo, á quien tú ames y que quisieras aceptar por esposo?

– ¡Nada de eso, padrino!

– ¡Qué lástima!.. ¡Vamos!.. ¿No conoces ningún pretendiente?

– Ninguno. ¿Y usted?

– Yo tampoco..., pero voy á buscarle. ¡Ah, diantre, si yo hubiese sabido!..

Y apoyando la barba en su mano, el padre Bordes pareció reflexionar.

La joven soltó una carcajada.

– ¿Necesita usted el *Indicador*, tío? preguntó.

Pero enmudeció de pronto, al notar que un hombre se había detenido en el camino; y el sacerdote, volviendo la cabeza, vió un campesino que llevaba botas altas y cinturón rojo, al estilo del Bearne, reconociendo al punto en aquel individuo á uno de los notables del país, el brujo Roumigas, adjunto del alcalde de Aigues-Vives, un buen hombre que ganaba siete ú ocho mil pesetas al año haciendo conjuros para sus compatriotas.

– ¿Conque ya le tenemos otra vez á usted en Gargos, señor cura?, preguntó, al estilo de la gente del país, que interroga siempre á las personas antes de saludarlas.

– ¡Así es, ya lo ve usted!

– ¡Vamos, tanto mejor! ¡Tenga usted muy buenos días!

– ¡Dios le acompañe, Sr. Roumigas!

Mas el brujo no parecía dispuesto á marcharse tan pronto, y plantado delante de la puerta, miraba á Jacobita con sus malignos ojos de truhán, que acostumbrados al negro comercio con los diablos, debían ver una agradable compensación ante aquella hermosa joven.

– Señor cura, dijo Roumigas, ¿será por ventura la señorita Jacobina Marcadieu la que está junto á usted?

– La misma, caballero, para servir á usted, contestó la joven saludando.

Al oir esto, el brujo no vaciló más, y quitándose su boina, entró en el jardín.

– ¡Tú también, canalla!, murmuró el cura.

Pero se alegró mucho al ver que su sobrina tomaba la dirección del presbiterio.

– ¿Desea usted ver mi cascada, Sr. Roumigas?, preguntó el sacerdote. Estos días está muy hermosa. ¡Observe usted ese arco iris!

Mas el interpelado, poniéndose otra vez la boina, limitóse á exclamar:

– ¡Diantre, qué frío hace aquí!

Y sin transición aparente, preguntó:

– ¿No conocería usted ninguna joven casadera, señor cura?

El tutor de Jacobita se volvió vivamente.

– ¿Para quién, Sr. Roumigas?

– Para un buen mozo de veinticinco años, doctor en Derecho, que tendrá ochenta ó cien mil pesetas después de la muerte de su padre.

– ¡Es demasiado!, balbuceó el sacerdote. No conozco ninguna.

Roumigas sonrió con aire protector.

– ¡Bah!, repuso. Mi hijo no busca una mujer millonaria; bástale que sea linda, bien educada, que tenga un apellido honrado, y que posea algún día veinticinco ó treinta mil pesetas...

Al oir esto el sacerdote se turbó, sintiendo que su corazón latía aceleradamente.

– ¿Será en realidad hechicero este hombre?, se preguntó ruborizándose.

Roumigas, reconociendo que sus palabras habían producido algún efecto, continuó con más aplomo:

– ¿No se acuerda usted de mi hijo Gastón? Ahora es todo un hombre, y se dice que es un gallardo mozo. Yo creo que haría feliz á su mujer. Muy pronto

le veré en Tolosa. ¿Sabe usted que está inscrito en el colegio de abogados de aquella ciudad? Le hablaré de usted y de su ahijada, con quien Gastón jugaba cuando los dos eran niños... Y ahora, que usted lo pase bien, señor cura; sírvase usted ofrecer mis cumplidos á su pupila, con quien creo tener algún parentesco, pues su abuelo, Marcadieu, era primo del mío. ¡Vamos, hasta muy pronto! Si tiene usted que hacer alguna compra en Tolosa, piense en mí, pues me marcho en el tren de las cuatro.

El brujo se alejó; mientras el cura permaneció inmóvil como trastornado.

– ¡Su hijo!.. ¡Me ofrece su hijo para mi sobrina!, murmuró ¡Qué ganga!.. ¡Pero veamos, y no nos embrollemos! ¿Habré comprendido yo mal? ¡No, pues acaba de hacerme su proposición en regla! ¿Será un enviado del cielo ese familiar de Satanás? ¡Ya lo creo que le daré mi ahijada! ¡Es un partido excelente ese Sr. Gastón con sus cien mil pesetas, pues el mozo podría pretender algo mucho mejor!.. ¡Bah! La niña es hermosa, y hay una compensación.

Alegre y contento dirigióse al presbiterio, estremeciéndose de placer, y hubiera querido cantar un *Magnificat*. El tal Roumigas acababa de aliviarle de un gran peso. ¿Por qué diantres obraba así? Sus razones debía tener aquel marrullero; pero el cura, dejándose de reflexiones, pensó ante todo en los suyos. Al casar á Jacobita, la emancipaba; y tanto peor para el marido si no sabía alejar á los galanteadores. En cuanto á él, anciano tutor, nada tenía que ver con esto, y sin alarmas ni inquietudes podría volver á tornear sus hueveras...

¡Ah, qué buen hombre era el brujo!

El padre Bordes sonrió de placer, y abriendo su tabaquera incrustada de nácar, tomó con delicia un polvo de rapé de Laroque.

Después pasó á su casa, empujó la puerta de su salón y entró en él tan alegre como el prisionero que se escapa. Pero detúvose de pronto para reflexionar mejor.

– ¿Cómo es ese Gastón?, preguntóse. Yo no lo recuerdo. ¡Bah! Es abogado, vive en Tolosa, y debe tener buenas cualidades. Jacobita enloquecerá por él desde luego... Por lo demás, voy á informarme; practicaré una ligera información sobre el terreno.

Y consultando su reloj, se dijo:

– Las once y diez... ¿Si yo siguiera á Roumigas? ¿Si yo fuese inmediatamente á ver á ese Gastón?.. ¿Por qué no? Aún tengo tiempo, y es necesario batir el hierro mientras está caliente. ¡De aquí á tres meses casaré á Jacobita!.. ¡Vamos allá!

El cura se dirigió á la cocina.

– Buenos días, Poupotte, dijo. ¿Cómo va? Hazme el favor de correr á casa del Sr. Roumigas, pues aún le encontrarás en el camino. Dile que le acompaño á Tolosa, y que tenga la bondad de venir á buscarme de paso.

– ¡Santos ángeles!, exclamó la anciana cocinera. ¿Vuelve usted á marchar á Tolosa?

– Sí, Poupotte; prepara la maleta después de almorzar, poniendo en ella mi sotana nueva, mis zapatos de charol, y ropa blanca para dos días. ¡Vamos, despacha pronto!

Poupotte no tuvo más remedio que obedecer; fué á casa del brujo, que vivía al fin del pueblo de Gargos; volvió al presbiterio, y sirvió un abundante almuerzo, al que hicieron los honores el sacerdote y su pupila.

Después, mientras que la criada empaquetaba la ropa de su amo en una vieja maleta de cuero, el tutor hizo entrar á Jacobita en un aposento inmediato, que era el taller.

El padre Bordes tenía las mejillas coloradas, y en sus pupilas rebosaba la alegría; dió vuelta á una llave de fuente, el agua corrió, unas ruedas se pusieron en movimiento, y el torno comenzó á crujir.

Cuando la joven se hubo iniciado en el mecanismo, su padrino le dijo:

– Escucha: yo me marcho, y estaré ausente dos ó tres días. Sé muy juiciosa; y si te aburres, entretente en hacer funcionar el torno; pero sobre todo, no pongas los pies en Aigues-Vives. Es preciso que me lo jures así. Prométeme permanecer tranquila en el presbiterio y no bajar al pueblo. Si necesitas tomar el aire, podrás correr un rato por la montaña de Gargos, sobre el pueblo, pues por esta parte no encontrarás á nadie; pero te suplico que no vayas por los caminos de velocípedos. ¡Huye de Laroque el contrabandista; evita también á Cazaubon, el gerente del hotel de Inglaterra; y si Balaruc, el juez de paz, se acercase demasiado...

– ¡Espere usted, padrino!, interrumpió Jacobita, espere usted un minuto para que apunte todo eso en mi agenda.

Y sacó un *carnet* de su bolsillo, abrióle, cogió el lápiz y dispúsose á escribir:

– Cazaubon.. Laroque... ¿Y quién más?

– Balaruc.

– ¿Con dos eles?

El cura no pudo conservar su seriedad.

– ¡Niña, exclamó, tú te chanceas, y esto no está bien! . ¡Huye de todas esas personas, porque son peligrosas; evítalas como si fueran la peste!.. Y á tu vez, si Dios nos ayuda, tendrás la recompensa.

– ¿Un polichinela? ¿Un marido de tres al cuarto?

– ¿Por qué no?

– ¿Es verdad eso? ¿Va usted á buscarme marido en Tolosa?

– Te confieso que no me lleva allí ningún otro asunto.

– ¡Dios mío, qué divertido es eso!.. Sepa usted que yo lo quiero rubio, alto, con grandes bigotes ..

– Ten formalidad, Jacobita, y ruega al cielo que tenga buen éxito mi delicada misión. Mañana comienza el mes de María; aquí tienes la llave de la iglesia, y todas las noches, mientras Poupotte toque el *Angelus*, tu podrás rezar un rosario delante del altar de la Virgen.

– ¿Para que mi futuro tenga bigotes? Está muy bien, rezaré á la Virgen, padrino... ¡Ah, buen picarón está usted! ¡Es preciso que yo le abrace!

Así diciendo, la joven rodeó con sus frescos brazos el cuello de su padrino, y este cerró los ojos piadosamente, como lo hacía en la meditación.

– ¡Picarilla! ¡No son tontos, á fe mía!, díjose para sus adentros al pensar en los individuos que habían franqueado la cuesta del Gargos.

Pero desechando muy pronto ideas tan profanas, prometió hacer acto de contrición en el tren, y terminó sus últimos preparativos. Y mientras cambiaba de sotana, dirigióse de pronto hacia su sobrina.

– ¡Ah!, exclamó, se me olvidaba. Para distraerte puedes vigilar al mulo que pace allá abajo.

– ¿Qué mulo?

– El de Silverio Montguillem, ya sabes, aquel muchacho que encontramos junto á la iglesia.

– ¡Ah, sí, el fabricante de ruecas!

– ¡Eso es! Montguillem deja á su cuadrúpedo estropear nuestras tierras ¿Ves esa barrera de pizarras? Es el límite; lo de más acá nos pertenece, y lo de más allá es suyo. Si el cuadrúpedo pasa de aquel poste, manda á Poupotte que lo coja para que lo conduzcan al corral. ¡Así aprenderá! ¿Estamos entendidos?

– Sí, padrino.

– Muy bien. Son las dos y cuarenta minutos, y Roumigas ya está aquí. ¡Ten juicio, y no olvides mis recomendaciones!

Así diciendo, el cura abrazó á la joven, reunióse con el brujo en el camino, y los dos bajaron hacia el valle.

– ¡No olvides mis recomendaciones!, repitió el sacerdote desde el fondo del valle, antes de volverse hacia Aigues-Vives.

– ¡Pierda usted cuidado, padrino!

Y Jacobita le envió un gracioso saludo, enseñándole la agenda que tenía cogida con su mano derecha.

II

Cuando Jacobita Marcadieu estuvo sola se aburrió muchísimo. Después de abrir su maleta, aliñó sus vestidos en un aposento del piso bajo, despojóse de su ropa de viaje, se puso un traje de entretiempo y cogió un libro.

Pero el cura no había dejado sobre su mesa más que novelas de la *Biblioteca Rosa*, y á Jacobita le parecieron muy poco interesantes para una joven que tenía un título superior.

Entonces entró en el taller de su tío, é hizo funcionar el torno; mas no sintió entusiasmo alguno por este trabajo y no tardó en dejarlo todo como estaba.

– ¡Qué aburrido es esto!, se dijo, pasando al jardín.

Allí el espectáculo de las montañas le interesó mucho. ¡Cuántas había, santo Dios, y qué raras eran! Jacobita llamó á Poupotte.

– Quisiera conocer el nombre de ese pico, díjole, aquel que está á la derecha, aquel pico blanco. ¿No le ve usted?

La cocinera miró hacia el punto señalado.

– ¡Oh! Yo no lo sé, contestó Poupotte.

– ¡Cómo!, exclamó Jacobita. ¿Es posible que al cabo de veinte años que está usted aquí no se haya preguntado nunca el nombre de esa montaña?

– ¡Pues no! ¡Qué me importa á mí saberlo! He oído decir que había un pico de Montmirailh en alguna parte; pero ignoro dónde se halla.

– ¿Y aquel de la izquierda, con tantos campos y praderas?

– ¡Ah! En cuanto á ese ya le conozco, pues tengo un tío que vive allí y que se llama Carlos Vergez.

A esto se reducían todos los conocimientos geográficos de Poupotte.

– ¿Pues cómo mataré el tiempo?, se preguntó Jacobita.

La iglesia ruinosa de Gargos estaba allí cerca.

– ¡Ah!, exclamó la joven. ¡Voy á rezar á la Santa Virgen para que el marido que mi tío traerá tenga buenas condiciones.

Y cogió la llave; más al ver una gran brecha en una capilla lateral, parecióle más sencillo entrar por allí. Esto fué bastante fácil, y después de dar dos ó tres saltos entre los escombros, penetró en el sagrado recinto, donde vió una cabra que debió haber pasado por la misma abertura, dirigiéndose hacia el confesonario, donde la hierba crecía más espesa.

Jacobita se arrodilló ante el altar de María y rezó el rosario, pensando en un oficial inglés que había visto tiempo atrás en Pau; aquel hombre era alto y rubio, y llevaba bigote. A las señoritas del convento les había parecido muy guapo.

– ¡Virgen mía!, murmuraba Jacobita después de cada decena, un marido como ese es el que os suplico que me deis.

Después de rezar durante tres cuartos de hora, Jacobita se levantó.

– ¡Ya basta!, díjose. Si continuase demasiado tiempo, tal vez mi futuro tendría siete pies de estatura.

Y se marchó por el camino de la cabra.

– ¿Qué hacer ahora?, preguntóse bostezando. Si tuviese aquí alguien á quien hacer rabiar...

De repente dejó escapar un ligero grito.

– ¡Ah!, murmuró. He ahí el cuadrúpedo del vecino, que vuelve á pastar. Esto me producirá algunas emociones.

Jacobita se ocultó detrás de una glorieta de boj, y siguiendo las recomendaciones de su padrino, vigiló pacientemente al mulo.

El montañés á quien llamaban Silverio Montguillem se sentó junto á su cuadrúpedo; era un mancebo de diez y ocho á veinte años, de escasa estatura, moreno é imberbe. Llevaba boina de lana roja, y vestía como los pastores del país, es decir, un ancho capote con capucha, semejante al hábito del monje. En aquel momento tenía la cabeza descubierta, y el montañés dejaba ver su rostro juvenil, de expresión triste y pálido, como el de un convaleciente. Inclinada la cabeza, ocupábase en hacer ruecas de caña. Después de formar con tallos flexibles la parte superior, destinada á recibir el lino, engalanaba el mango con variados adornos, cruces, triángulos, círculos y espirales, todo lo cual esculpía con pequeños hierros, estampando después su firma «Silverio Montguillem» en el sitio más conveniente, lo cual daba á cada rueca el valor de quince céntimos.

Durante el verano, el montañés desempeñaba un oficio más lucrativo: era guía; y entonces *Morrudo*, así se llamaba el mulo que pacía á su lado, llevaba por espacio de tres meses á los viajeros de Aigues-Vives á las montañas de la región de fácil acceso. Por lo demás, aunque Montguillem arrastrase un poco la pierna izquierda á consecuencia de haber caído en un barranco, gozaba de gran reputación como guía para escalar cimas de los montes, siéndole conocidos todos los picos de la cordillera central, desde Balaitous hasta Nethou, pasando por el Vignemale y el Monte Perdido; y por esto el padre Bordes le llamaba irónicamente «el Sr. Pireneófilo,» cuando no le decía papudo. Este último dicterio es la injuria más sangrienta que se pueda dirigir á un habitante del Pirineo, y el montañés debía sufrirla á causa de su difunta madre, que había estado aquejada de papera en el cuello, como los descendientes de las razas malditas.

Acostumbrado desde muy pronto á los sarcasmos de los mozos del pueblo y á los desdenes de las jóvenes, Silverio se había convertido en un montañés salvaje, cuya boca no solía sonreir, y cuyos ojos de color azul opaco tenían la expresión humilde del pobre y la melancolía de los que se resignan con su suerte. Por doscientas pesetas había comprado al padre Bordes un espacio de terreno en la montaña, al Mediodía de la iglesia, en la extremidad de una pradera devastada por las avalanchas, y cien metros más arriba una pendiente de rocas sin valor, donde no crecía ni una sola brizna de hierba. En la pradera, bañada entonces por el exceso de agua de la *Cabellera de Magdalena*, había construído una cabaña con piedras, sobrepuestas sin nada de mortero; pero no habitaba en aquel sitio más de cuatro ó cinco meses, á causa de las avalanchas que le amenazaban después de cada deshielo. En el resto del año el montañés y su mulo permanecían arriba, en una vivienda especial para el hombre y su cuadrúpedo; era una cómoda y espaciosa gruta, donde solamente los osos se habrían albergado acaso alguna vez.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS GRANDES TRANSPORTES POR CABLES EN LOS ESTADOS UNIDOS

Los transportes por cables aéreos en los Estados Unidos desempeñan un papel importante en la edificación y en la explotación de los productos del suelo procedentes de minas y canteras.



Fig. 1. – Construcción de un arco de piedra por medio de transporte aéreo por encima de dos vías férreas en Baltimore

En la edificación, los materiales son transportados por encima de todos los obstáculos sin interrumpir la circulación: es una especie de conquista del aire que, como veremos por algunos ejemplos típicos, presenta curiosos episodios.

En las canteras, por ejemplo, no es cosa rara ver bloques de 120 metros cúbicos, arrancados por medio de las perforadoras y de los explosivos, ser levantados á 30 metros de altura y transportados á 100 metros en las carretillas de los transportadores aéreos.

La hulla, el mineral, las escorias, todo, en fin, circula por el espacio con una rapidez y una economía de mano de obra sorprendentes.

Cierto que la instalación de estos aparatos es costosa; pero hacen tan buena y rápida faena, que su resultado final es altamente provechoso.

Vamos á dar algunos ejemplos del modo de funcionar de estos aparatos, que tomamos de una interesante comunicación presentada por M. Spéncer Miller á la *American Society of civil Engineers.*

Digamos, ante todo, que el origen de estos aparatos, ó mejor dicho, de su empleo en los Estados Unidos, se remonta á 1860, fecha en que C. Schuman los utilizó para la explotación de las canteras de Pensylvania y de Vermont.

Consisten en un gran cable aéreo, por el cual circula una carretilla para llevar la carga por medio de un sistema de poleas; esta carga puede simplemente ir suspendida de las poleas del aparato ó dentro de la carretilla, que luego se vuelca en el sitio escogido para formar terraplén con sólo tirar de una cuerda (figura 2). Una serie de aparatos de este género instalados paralelamente unos á otros permiten llenar ó practicar una excavación y cerrar un valle con maravillosa rapidez.

En Point-Pleasant tratábase de construir una esclusa sin interrumpir la circulación fluvial y sin estorbar el paso por las orillas (fig. 4), y los americanos han establecido para ello al través del río un transportador gigantesco de 459 metros de longitud entre sus sostenes. El cable, de 63 milímetros de diámetro, está sostenido en cada orilla por una torre de 30 metros de altura y puede soportar cargas de 4.000 kilogramos de materiales. Un detalle típico y muy americano: una porción de obreros empleados en los trabajos de la esclusa habitan en la orilla opuesta á la en que se ejecutan los trabajos; pues bien, la compañía encargada de la empresa los transporta por la mañana y por la tarde en sus carretillas por encima del río, sin que hasta ahora haya ocurrido ningún accidente, y se trata de que, una vez terminados los trabajos, que durarán unos cinco años, subsista el transportador á modo de paso aéreo hasta que la afluencia de población en ambas orillas permita la construcción de un puente. Tal vez se fundará allí una de esas ciudades, tan comunes en los Estados Unidos, que nacen y se desarrollan construídas de madera, se incendian por completo una ó dos veces, renacen de sus cenizas, edificándose entonces de ladrillo ó de piedra, y luego desaparecen si la actividad y la lucha por la existencia han llevado á sus fundadores á otros lugares. Tal es la historia de Chicago y será quizás también la de Point-Pleasant, población hoy suspendida, por decirlo así, de un hilo, pero de un hilo que tiene seis centímetros de diámetro y que está tendido en los Estados Unidos.

Cuando no se trata de terraplenar, el transportador conduce dócilmente los materiales de construcción hasta la obra en que han de ser empleados. Así ha sucedido en el dique levantado en el arroyo Basin para el servicio de alimentación de agua de la ciudad de Butte en el Montana (fig. 3). Este dique de mampostería tiene 36'50 metos de altura por 91 de longitud. A fin de evitar el descenso, muy difícil, de materiales hasta el fondo del valle, el ingeniero C. B. Davis estableció al través de éste y en el plano vertical del dique un transportador aéreo de 272 metros de desarrollo: el cable estaba suspendido entre dos caballetes de madera, uno de 25 y otro de 4'50 metros de altura. Las piedras, debidamente escuadradas, se cogían en la misma cantera y eran colocadas en su sitio, sin necesidad de transbordo, gracias á lo cual en diez y seis días se colocaron 1.100 metros cúbicos de mampostería.

La estación de Baltimore nos ofrece otro ejemplo interesante (fig. 1). Se trataba de construir un gran arco de piedra para sostener un puente destinado á asegurar la circulación por encima de dos líneas de ferrocarril de mucho movimiento. Los Sres. Ryan y Mac Donald, encargados del trabajo, instalaron un cable transportador de una longitud de 244 metros, á lo largo del cual corrieron y descendieron matemáticamente á su sitio las piedras de las bases y las dovelas. Mientras duraron los trabajos, los trenes del ferrocarril continuaron circulando por las vías; y aunque las piedras de gran tamaño estaban de continuo suspendidas sobre los vagones, no ocurrió el más pequeño accidente.

Es indudable que el empleo de estos transportadores, procediendo con inteligencia, simplifica notablemente la instalación de obradores de cantería y facilita maniobras muy pesadas, especialmente las de levantar grandes pesos: los americanos sacan gran partido de aquellos aparatos.

No creemos necesario llamar la atención de los ingenieros y contratistas de obras sobre estos transportadores cuyas ventajas saltan á la vista. En la construcción de pilas de puentes en río, el transportador hace inútiles los andamiajes, y no hay que decir cuán ventajoso resulta esto para la navegación mientras duran los trabajos.

M. DE NANSOUTY

(De *La Nature.*)



Fig. 2. – Construcción de un terraplén por medio de un transportador aéreo. Detalle de la carretilla



Fig. 3. – Construcción del dique del arroyo Basin, cerca de Butte (Montana)

ALUMBRADO ELÉCTRICO EN LOS TRENES AMERICANOS

Entre los muchos procedimientos ensayados para asegurar de una manera práctica el alumbrado eléctrico de los trenes, merece ser mencionado el que recientemente ha puesto en uso la compañía *Biddle Railway Car Electric Lighting* de Nueva York. Consiste en emplear una dinamo situada en el *truck* del vagón y puesta directamente en acción por las ruedas de éste.

Dicha dinamo es *compound*, de enrollamiento diferencial para compensar las variaciones de velocidad angular: la energía eléctrica es conducida por medio de cables, desde la máquina generatriz á un armario en donde hay todos los aparatos reguladores y de allí á las lámparas puestas en el techo del vagón. Durante las paradas se utiliza una batería de acumuladores que pueden asegurar el alumbrado por espacio de cuatro horas. Cada vagón ordinario está iluminado por 18 lámparas de 16 bujías de 24 volts.

Según el *Electrical Engineer*, este nuevo sistema ha dado muy buenos resultados.



Fig. 4. - El transportador aéreo construyendo la esclusa de Point Pleasan

EL COMPOSITOR JULIO MASSENET

Con motivo del reciente estreno en nuestro teatro del Liceo de la ópera *Manón Lescaut*, que con tanto aplauso ha recibido el público barcelonés, creemos oportuno publicar el retrato y algunos datos biograficos de su autor, el celebrado compositor francés Julio Emilio Federico Massenet

Nació éste en Montaud, departamento del Loire, en 1⁄ de mayo de 1842; y después de haber estudiado los primeros elementos de música en su villa natal, fué admitido a la edad de diez años en el Conservatorio de París, en donde tuvo por maestros á Laurent, Reber, Savard y Ambrosio Thomas. Después de haber obtenido en 1859 el primer premio de piano, cierto contratiempo que hubo de ocurrirle con el profesor de armonía Bazin, le hizo interrumpir durante unos años su carrera, que reanudó más tarde, obteniendo en 1863 el primer premio de la clase de fuga y el gran premio de Roma por su cantata *David Rizzio*.

A su regreso de Italia visitó Alemania y Hungría; y á poco de estar de vuelta en París, hizo interpretar su *Pompeya*, primera composición de importancia que por su grandiosidad y sorprendente belleza causó la admiración aun de los que más esperanzas tenían fundadas en el talento del joven compositor.

Sucesivamente fué estrenando: *La Grande Tante* (1868), ópera cómica en un acto; *Poema de abril* (1868), *Serie para orquesta* (1868), *Poema de recuerdo* (1869), *Escenas húngaras* (1871), *Escenas pintorescas* (1872), *Don César de Bazán*, ópera en tres actos (1873); *Introducción, coros é intermedios* para la tragedia antigua *Las Erinnyas*, de Leconte de Lisle (1873); *María Magdalena*, drama sacro en tres actos (1873); *Eva*, misterio en tres partes (1875); *El rey de Lahore*, ópera en cinco actos (1877); *La Virgen*, oratorio (1880); *Herodiada*, ópera en tres actos que se estrenó en Bruselas y se cantó luego en París en 1884; *Manón Lescaut*, ópera en cinco actos (1884); varias piezas musicales para el drama de Sardou *Teodora* (1884); *El Cid*, ópera en cuatro actos (1885); *Esclarmonde*, ópera romántica en cuatro actos (1889); *El mago*, ópera en cinco actos (1891); *Werther*, ópera en tres actos (1893), y últimamente *La navarra*, ópera estrenada en Londres en el año próximo pasado.



El eminente compositor Julio Massenet, autor de la ópera *Manón Lescaut*, recientemente estrenada en el teatro del Liceo de Barcelona

Por esta lista, á la que hay que agregar infinidad de piezas aisladas para canto, piano ú orquesta, puede comprenderse la fecundidad asombrosa de Massenet, que ha producido obras de todos géneros, desde el más sencillo idilio al más elevado drama musical.

Durante la primera parte de su vida artística sintió grandes entusiasmos por la música wagneriana, cuyo estilo procuró imitar; más tarde inclinóse á la escuela romántica, que había entrado ya en Francia en el período de la decadencia; pero los ensayos que en uno y otro sentido hizo no fueron definitivos, y sólo le sirvieron para hacerse con un caudal de conocimientos técnicos que ha sabido utilizar con gran provecho desde el día en que entró resueltamente por la senda de originalidad que ha recorrido y sigue recorriendo entre ovaciones cada vez más entusiastas y más legítimas.

Massenet, como ha dicho muy acertadamente un notable crítico italiano, es el más elegante colorista de las figuras graciosas, un mago genial evocador de fantasmas que surgen de deslumbradoras nimiedades y que fascinan en la exterioridad de una belleza perfecta. Hablan á los ojos, á la imaginación; pero por punto general no hacen palpitar nuestros corazones, y aun en los asuntos más dramáticos evita cuidadosa y habilísimamente tratar del desenvolvimiento de las pasiones para trazar bellísimos cuadros, por decirlo así, de género, cuyas dulces notas embelesan, lo cual no impide que en muchas ocasiones estalle en su música el sentimiento más apasionado y sean sus notas otras tantas palpitaciones de un corazón ardiente.

Un detalle para terminar estos ligeros apuntes.

Bazin, profesor de la clase de composición á que asistía Massenet en el Conservatorio, falto de alcances para conocer lo que su joven alumno valía ó sobrado envidioso del talento de éste, predíjole que no sería nunca nada en el arte de componer, obligándole con ello, según antes hemos dicho, á suspender sus estudios con tanto entusiasmo comenzados.

¡Quién había de decirle al malaventurado profeta que el menospreciado discípulo le sustituiría en aquella misma cátedra y ocuparía el sitio que dejara él vacante, á su muerte, en la Academia de Bellas Artes!

Massenet ocupa estos elevados puestos desde el año 1878 y es oficial de la Legion de Honor desde 1887.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 21 de enero de 1895 — Núm. 682

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SAINETES MATRITENSES

EL GABINETE PARTICULAR DE S. E.

Una mesa del café Oriental en la Puerta del Sol

I

Canuto, joven elegante de cabeza de partido judicial, tomando café (con gotas) en la amable compañía de Fulánez, candidato á diputado provincial ó á Cortes ó á lo que salga y agente de negocios.

Canuto. – Este Madrid es mucho cuento, y para cualquier cosilla se necesita un millón de influencias



SAINETES MATRITENSES

El gabinete particular de S. E., dibujo de Méndez Bringas

y recomendaciones. ¡Canario! ¡Mire usted que para limpiarle el comedero á un triste administrador de Hacienda, ha habido que tocar pocas teclas! Y si no es por usted no hacemos nada. ¡Canario! Anteayer estuve tres horas y media aguardando ver al jefe del personal, y nada, no pareció por la oficina.

FULÁNEZ. – Amigo Canutito, para navegar sin tropiezo por entre los escollos y arrecifes burocráticos se necesita la larga práctica y la profunda experiencia que yo tengo. A mí no me la dan ni los señores del ministerio ni nadie. Vengo de raza de empleados. Mi abuelo fué covachuelista del gran Carlos IV; mi padre jefe de policía de Fernando VII; y yo, con doña Isabel II y su malogrado hijo, la República y don Amadeo, he servido veinticuatro destinos diferentes, y mi chiquitín ya tiene su destinito de cuatro mil realitos en el Tribunal de Cuentas.

CANUTO. – ¡Canario! ¡Pues no es nada lo que ustedes han chupado!..

FULÁNEZ. – Y si ahora aspiro á representar en el Parlamento el distrito de cuya capital es cacique su papá de usted, es sencillamente para ver si con la experiencia que poseo en asuntos administrativos, logro encauzar la cosa pública, haciendo ver que lo que hace falta son menos doctores y más empleados, con buenos sueldos, por supuesto.

CANUTO. – Pues con que usted nos ayude á reventar al administrador, que es el único que nos estorba y que tiene un hijo que le tenemos montado en las narices desde hace un año...

FULÁNEZ. – ¿Y por qué?

CANUTO. – Figúrese usted que yo le hacía cocos á la hija del marqués del Repollo, un título manchego que vive en el pueblo y tiene la mar de fanegas de tierra y seis pares de mulas, y á ella no le parecía mal; pero vino el administrador ese de todos los demonios, y el títere de su hijo, un abogadito andaluz, más embustero y charlante que un sacamuelas, le trastornó el seso de tal manera, que se casa con él, según por allí se dice.

FULÁNEZ. – Se conoce que es listo el nene.

CANUTO. – Pues como yo le pille le voy á romper una pata. ¡Canario! La suerte que tiene es que desde que subió D. Práxedes no ha parecido por el pueblo; que si no, ahora que es mi padre alcalde, ya le habíamos escabechado. Pero ya que no se pueda otra cosa, es preciso dejar cesante al padre, y si no, no se presente usted allí, porque saldrá con las manos á la cabeza.

FULÁNEZ. – Eso á mí no me cuesta nada. La cesantía de ese tío la tengo ya prometida, y para que se convenza usted de ello, lea usted esta carta del gabinete particular de S. E., en que me dice el ministro en persona; mire usted su firma auténtica: «Tomo nota preferente de la pretensión de usted y no dude me complaceré en extremo en atender su indicación cuando me ocupe del personal. Queda de usted afectísimo amigo y compañero, etc.» Ve usted, me llama compañero. ¡Ya lo creo, y tan compañero, como que fuimos los dos milicianos del mismo batallón en la época del gobierno provisional!

CANUTO. – ¿De modo que es cosa hecha?

FULÁNEZ. – Como si lo fuera, cuestión de dos ó tres días.

CANUTO. – Pues entonces voy á ponerle un parte á mi padre para que lo lea en el casino.

FULÁNEZ. – No me parece mal.

CANUTO. – ¡Mozo, papel y tintero! Canario, amigo Fulánez, es usted admirable, demasiado admirable, porque Madrid me va gustando; y al paso que usted lleva la cosa, pronto tendré que volverme al pueblo.

FULÁNEZ. – Traiga usted, yo redactaré el telegrama, que tengo más práctica. «Alcalde Villa-Cordilla. Ministro accede gustoso pretensión. – Mañana tendremos cesantía contrario. – Todo obra Fulánez. – Correo detalles. – *Canuto*.»

CANUTO. – Al pelo. Vamos á ponerlo. ¡Canario! Vaya una trapisonda que se armará en el pueblo... Ni cuando entró Dorregaray el año setenta y tres... Amigo Fulánez, es usted un gran hombre. Usted será diputado por Villa-Cordilla.

El gabinete particular del señor ministro. Habitación decorada con varias taquillas, mapas y retratos de los antecesores de S. E. En un rincón algunos aparatos telefónicos; en otro una estufa de gran tamaño.

II

DANIEL y VÍCTOR, jóvenes bien portados, saborean sendos habanos de pie junto al balcón. ALBERTO, ANGEL y RAMÓN (cinco y seis mil reales anuos con descuento) escriben afanosamente en vetustas mesas colmadas de papeles.

ALBERTO. – D. Daniel, esta carta de D. Caralampio el senador no tiene indicación alguna. ¿Qué se le dice?

DANIEL. – ¿Qué quiere ese badulaque?

ALBERTO. – Que asciendan á su cuñado.

DANIEL. – ¡En eso estábamos pensando! Bueno: pues contéstele usted que se toma nota preferente, ya sabe usted...

ANGEL. – D. Daniel, el gobernador de Molina felicita al señor ministro, y no entiendo lo que ha puesto usted aquí.

DANIEL. – Ni yo tampoco. Ese gobernador, ¿se sabe quién es?

VÍCTOR. – Ese creo que fué con tu tío á Filipinas. Un tal Martínez.

DANIEL. – ¡Ah, sí!.. Pues gracias muy expresivas.

VÍCTOR. – Ese fué aquel que le dió un sablazo de cien duros á tu suegro en el Molar.

DANIEL. – ¡Conque es aquél! Angel, no conteste usted á ese. Al archivo.

RAMÓN. – ¿Y esta cartita firmada por Etelvina; pidiendo un destino de oficial segundo para su hermano, que dice: «Consúltese con el señor ministro.»

DANIEL. – Coge esa carta, Víctor, y luego cuando venga tío se la enseñas y que disponga lo que quiera: regularmente llamará al jefe del personal para complacer á esa dama porque es muy su amiga.

VÍCTOR. – Entendido: la pondré aquí con estas comunicaciones confidenciales del embajador de Trípoli.

III

DICHOS y ANASTASIO, portero bastante zopenco con casaca galoneada.

ANASTASIO. – Señor secretario. Esta tarjeta me ha dado aquel caballero que parece igorrote, tan feo y tan posma. Hace una hora que le tengo de plantón dando paseos por el corredor. ¡Je, je! ¿Le dejo ya penetrar *ú* lo tiro á la calle?

DANIEL. – ¡Ah, es el fantoche de Fulánez! Lo mejor que puede usted hacer es arrojarse sobre él y devorarlo.

VÍCTOR. – Me parece recordar que en la firma de ayer iba una carta para él.

RAMÓN. – Sí, señor; la escribí yo en términos generales.

VÍCTOR. – ¿Y qué le duele á ese?

DANIEL. – Quiere ser diputado por Villa-Cordilla, y anda mareando á tío para que quite al administrador de allí.

VÍCTOR. – ¡Qué me cuentas! ¿Conque al administrador?

DANIEL. – Sí, y yo por echármelo de encima soy capaz de hacerlo. Allí en mi despacho sobre la mesa está la nota.

ANASTASIO. – ¿Pasa ó no pasa ese?

DANIEL. – Ahora no estamos para músicas celestiales.

VÍCTOR. – Déjame este asunto de mi cuenta. Tengo en ello gran interés.

DANIEL. – Como quieras; pero á mí me parece que lo mejor sería escamarlo, porque no nos puede hacer ni bien ni mal.

VÍCTOR. – Yo lo arreglaré. Anastasio, con toda la finura de que usted sea capaz, le dice que ahora no le puede recibir el señor secretario, pero que vuelva luego, allá á las once, y que pregunte por mí. *(Sale Anastasio.)*

DANIEL. – ¿Qué te propones, chiquillo?

VÍCTOR. – Mira, son las ocho. D. José está en Consejo; podemos escaparnos á comer ahí al Buffet Italiano y hablaremos de este particular.

DANIEL. – Como quieras. Señores, á comer todo el mundo. Que se quede el que le toque, y mucho cuidado con el teléfono. Luego, que vengan dos á las nueve y media. *(Dispersión general.)*

Otra vez el café Oriental.

IV

CANUTO y FULÁNEZ tomando café puro (sin gotas para variar).

FULÁNEZ. – Usted no tenía idea exacta de la gran influencia de que disfruto en las altas esferas gubernamentales. Y lo mejor del caso es que lo mismo me acontece en Guerra que en Marina ó Gracia y Justicia. En todas partes me hacen el mismo caso. Más de seis obispos me deben la mitra, y en los asuntos de Melilla he influído yo más que el propio Muley Jarafa.

CANUTO. – ¡Canario! Sí que es maravilloso. Bien sabía mi padre lo que se hacía cuando me dijo: «Canuto, agárrate á los faldones de Fulánez, que él despampanará al administrador.»

FULÁNEZ. – Me hubiera alegrado de que hubiera usted estado anoche conmigo en el gabinete de S. E. Hubiese usted visto, el secretario particular en persona y otro empleado joven, qué atentos, qué finos, excusándose de que el ministro no podía recibirme á causa de estar redactando un proyecto de ley muy importante, ¡y cuántas preguntas me hicieron de su papá de usted y del pueblo! Hasta me dieron un puro, y por último, el secretario me dijo: «Vaya usted tranquilo, querido. Mañana recibirá lo que desea. En cuanto firme el ministro, se lo mandaré á su casa con un ordenanza.»

CANUTO. – ¡Canario! Eso se llama tener influencia. Debíamos ponerle en seguida otro telegrama á mi padre.

FULÁNEZ. - Aguardemos á recibir el cese, para lo cual creo que debemos darnos una vueltecita por casa.

CANUTO. – Bueno; pero le advierto á usted que hoy nos vamos de *juerga* para celebrar el buen éxito de las gestiones. Comeremos en la fonda, luego nos iremos á Apolo á ver *El monaguillo* y todo lo que hagan, porque hay allí una tiple que me gusta la mar..., y luego nos venimos aquí otra vez, y ande el movimiento hasta la madrugada. ¡Canario!

FULÁNEZ. – Pero Canuto...

CANUTO. – No hay pero ni camueso. Para mi padre lo mismo son cien pesetas arriba que abajo: la alcaldía deja mucho, y usted se merece eso y más. Toma, chico, cobra.

FULÁNEZ. – Puesto que usted se empeña...

CANUTO. – ¡Canario! Pues no faltaba más. Vaya, vámonos á ver si ya han dejado eso en casa.

Acera de la Bola Verde en la Puerta del Sol.

V

CANUTO, FULÁNEZ y luego ANASTASIO.

FULÁNEZ. – Apresure usted el paso y le presentaré á unas buenas mozas.

CANUTO. – ¡Canario! ¿Dónde están?

FULÁNEZ. – Allí, junto á la librería de San Martín. Pero ¡calla, aquél es Anastasio, uno de los porteros del gabinete particular!.. Y lleva un pliego en la mano. Debe ser lo nuestro. Corramos.

CANUTO. – Todo en este asunto nos sale á pedir de boca.

FULÁNEZ. – Tales puntos andamos en ello. ¡Psh, eh, Anastasio!

ANASTASIO. – ¡Hola, Sr. Fulánez!.. A su casa iba con este pliego urgente que acaba de entregarme don Víctor.

CANUTO. – ¿D. Víctor?

FULÁNEZ. – Sí, aquel joven que estaba con el secretario particular anoche. A ver, á ver. Muchas gracias, Anastasio.

ANASTASIO. – Y nada más. *(Aparte.)* ¡Ni un mal puro, igorrote!

FULÁNEZ. – ¿Qué es esto?

CANUTO. – Lea usted, hombre, lea usted el volante primero, que es lo más corto.

FULÁNEZ. – *(Leyendo.)* «Estimado amigo Fulánez: Como prometí á usted anoche, ya está usted servido. Adjunta le envío copia literal de la real orden, disponiendo se le forme inmediatamente expediente al alcalde de Villa-Cordilla por sus escandalosos chanchullos en los bienes de Propios, á fin de suspenderle y entregarle á los tribunales. Tengo una verdadera satisfacción en haberlo complacido y me repito de usted atento, etc. – *El secretario particular*. – Por orden, *Víctor López y López*.»

CANUTO. – ¡Maldición! ¡Si ese es el hijo del administrador!.. Nos hemos caído. Es usted un infeliz y le han tomado á usted el pelo como á un doctrino. ¡Vaya una influencia de cuerno!

FULÁNEZ. – Poco á poco con aventurar suposiciones. Esto es... un error que se deshará inmediatamente. ¡No faltaba más!

CANUTO. – ¡Sí, como no lo deshaga nadie más que usted!

FULÁNEZ. – Y si no se castiga severamente al culpable, ¡que tiemble el ministerio, que tiemblen las instituciones!

CANUTO. – Por mí que tiemblen todo lo que quieran; pero usted, entretanto despídase de la diputación y de la *juerga* de esta noche. Me está bien por haberme fiado de un saltimbanqui. No le doy á usted una puntera, no sé por qué... ¡Canario!

FULÁNEZ. – ¡Señor mío, es usted un deslenguado, insolente!

CANUTO. – Y usted un mentecato. ¡Vaya usted noramala, mirlo triste!

ANASTASIO. – ¡Ja, ja, ja! ¡Mirlo triste! Poquito que se reirán en la casa cuando lo cuente. Vuelve otra vez por el gabinete particular y no des propinas á los porteros...

A. DANVILA JALDERO





SEMBLANZA

GENIALIDADES DE UN GRAN NOVELISTA

Se llamaba Manuel Fernández y González. Era un gigante con debilidades de niño. Rugía como el león y lloraba como un recién nacido. Todo, comparado con él, era pequeño, diminutivo; sólo era grande su personalidad literaria. Al inolvidable Adelardo Ayala, á ese coloso de la escena española, que escribió *El tejado de vidrio, El tanto por ciento* y *Consuelo*, le llamaba *Ayalilla;* lo que hacía reir al inmortal autor de *El hombre de Estado*, que le quería mucho y le llamaba genio.

Dios sólo se había ocupado en hacer una cosa perfecta: á Manuel Fernández y González.

Cuando en derredor de la alegre mesa de un café ó en el saloncillo del teatro Español, para estimular su verbosidad le echábamos en cara algún anacronismo de sus novelas históricas, nos contestaba con gran calma:

– Debió ser como yo lo he escrito y no como lo escribe la historia.

Una tarde, en el café Suizo, Manuel del Palacio le preguntó:

– Oye, Manolo: ¿quién vale más, Homero ó tú?

Fernández y González contestó con gran aplomo:

– *Yo te diré.*

Este yo te diré no tiene precio; es un retrato de cuerpo entero; no se puede definir más gráficamente ni con menos letras al autor de *El cocinero de su majestad.*

Fernández y González era el hombre de las grandes frases. La última réplica era siempre la suya. La noche que se estrenó en el teatro de Novedades su hermoso drama *El Cid*, los dos primeros actos tuvieron un éxito colosal, el tercero *aflojó* un poco. Al decirle que la leyenda del Cid concluía para el teatro con la muerte del conde Lozano, y que ni Guillén de Castro ni Corneille habían podido dar interés á los amores incomprensibles de Jimena con Rodrigo, Fernández y González contestó:

– El acto que habéis visto es *interino:* yo escribiré otro que valga él solo más que los dos primeros y lograré lo que no lograron ni Guillén de Castro ni Corneille, porque yo *salto más que ellos.*

Un acto interino en una obra dramática no se le había ocurrido á nadie más que á Fernández y González. Excusamos decir que el autor murió sin levantarle la interinidad al tercer acto de su inspirado drama *El Cid.*

Un crítico de salón que se distinguía más por la pulcritud en el vestir que por el mérito literario de sus revistas teatrales, un Aristarco de frac y corbata blanca, criticó con dureza la inspirada comedia de Fernández y González *Aventuras imperiales.*

Manuel no soportaba la crítica tratándose de sus obras, no admitía más que las alabanzas; así es que la censura de aquel moderno discípulo de Bizancio le irritó. Una noche, en el cuarto de Manuel Catalina, se encontró frente á frente con su censor. Manuel era muy corto de vista, casi ciego: miró al crítico con esa impertinencia del miope, casi tocándole con la nariz la cara, y de pronto, con una voz que parecía un cañonazo, dijo:

– ¡Átomo!!!

Y salió del cuarto, majestuoso y soberbio como un conquistador.

Aquél *átomo* produjo una carcajada universal, se hizo célebre, y... nada más.

Pocas noches después de la famosa de San Daniel, se hallaban en derredor de una mesa del café Suizo D. Nicolás María Rivero, Roberto Robert, dos ó tres redactores del periódico republicano *La Discusión* y Manuel Fernández y González. Narváez estaba en el poder y reinaba esa política preventiva que mandaba á Filipinas ó á Fernando Poo, no solamente al que conspiraba, sino al que se temía que conspirase.

Se hablaba por lo tanto de política en voz muy baja. Todos temían que el vecino fuera un policíaco dispuesto á echarle la mano; pero Fernández y González ni sabía ni podía hablar en voz baja, iba por el mundo pensando á voces. D. Nicolás Rivero le advirtió que hablara más quedo, y sobre todo que no hablara de política porque él no era político.

– ¡Que no soy político!, añadió Fernández y González.

Y con una voz atronadora gritó agitando el sombrero en el aire:

– ¡Viva la república!

Manuel se quedó solo en el café. Nadie le dijo nada. Algunos días después, D. Nicolás Rivero se reía de aquel exabrupto que hubiera podido mandarles al Saladero, porque todos los que rodeaban la mesa eran republicanos de pura sangre y enemigos irreconciliables del gobierno de Narváez, todos menos Fernández y González que había dado el grito de viva la república.

Una tarde Manuel vino á mi casa. De una novela de la época de Felipe II, titulada *Padre y Rey*, había hecho un drama, empleando en este trabajo literario algunas horas. Me lo leyó y le dije con franqueza que si lo ponía en escena tendría un mal éxito, pues no era una obra dramática.

Convencer á Fernández y González de que se había equivocado era bastante difícil. Como un autor de su talla no tiene más censor que el público, la obra se aceptó á *regañadientes* y llegó la funesta noche de su estreno en el teatro Español.

Manuel quiso ver su drama, oculto en la sombra, desde un rincón de la galería, y lo que fué peor para mí, se empeñó en que yo le acompañara en el *via crucis* que le esperaba.

A la quinta escena el público comenzó á toser y á dar muestras de desagrado. La tempestad fué aumentando; la catástrofe se echaba encima á pasos de gigante: Manuel, con una voz estentórea que dominaba los murmullos de los espectadores, decía de vez en cuando:

– ¡Silencio! ¡El drama está por encima del público!

Yo no sé cómo no nos echaron de la galería. Creo que nos conocieron y nos tuvieron lástima. Aquello fué un tormento para mí y una lucha titánica para el autor.

El drama concluyó de un modo desastroso, ó por mejor decir no concluyó, porque cayó el telón antes de terminarse la obra.

Salimos de la galería, Manuel rugiendo como un león y yo afectado y nervioso por la derrota de un amigo tan querido, de un gran novelista, de un genio fecundo, de un poeta de los de primera fila.

Cuando llegamos á la puerta del saloncillo, empujé la mampara y retrocedí. Estaba lleno de *gente del oficio*; escritores, periodistas, músicos, cómicos y aficionados á la vida íntima de bastidores. Se oía el murmullo que produce una mole de langosta cuando cae sobre un campo lozano y lleno de vida para devastarle. Estaban agradablemente entretenidos en *pinchar el cadáver;* es decir, al autor silbado.

– Entremos, dijo Manuel.

Yo me resistía; pero por fin entramos en el saloncillo.

Nuestra presencia produjo un silencio sepulcral. Aquel silencio era el respeto tributado á la víctima; era el silencio de las ranas cuando cae una piedra en el charco donde están cantando.

Hubo una pausa bastante embarazosa. De pronto Manuel, levantando la voz, dijo:

– ¡El caballo de buena raza tropieza y se levanta!.. Conste que todos ustedes son, un grano de arena ante el paso de Manuel Fernández y González: vámonos, Escrichillo.

Aquellas apreciaciones inmodestas de su personalidad literaria, sólo eran tolerables á un hombre de genio. Todo Madrid las saboreó al día siguiente: tuvieron un éxito que le indemnizó de la derrota que había sufrido en el teatro Español.

Aquella noche cenamos en el café Helvético. Manuel estaba como loco; comió mucho y bebió más. Salimos á las tres de la madrugada, llevando una botella de coñac debajo de la capa. Aunque era el mes de diciembre y el frío extremado, nos dirigimos hacia el paseo de la Castellana.

Manuel comenzó á grandes rasgos á hacer la semblanza de todos los escritores notables de la época. Las palabras brotaban como un torrente de su boca. Decía monstruosidades sublimes. De cuando en cuando cesaba de hablar para beber un trago de coñac. Gesticulaba como un poseído dando manotazos en el aire como si descargara cuchilladas sobre los escritores contemporáneos.

El lenguaje literario es pudoroso, y por lo tanto no es posible consignar en letras de molde todo lo que dijo aquella noche el célebre autor de *Martín Gil* y otras doscientas obras más que le dieron fama inmortal en la república de las letras.

Cuando ya no quedó un autor sin *despellejar*, cuando cansado y ronco terminó aquella *borrachera literaria* de la que no se habían salvado ni las más reputables eminencias, le dije:

– Te has olvidado dos escritores de fisonomía propia, y no creo justo que los dejes en paz en el fondo del tintero.

– ¿Quiénes son?, me preguntó.

– Tú y yo, le contesté.

– ¡Ah! Sí, nosotros dos somos los primeros novelistas del globo terráqueo.

Así terminó aquella célebre noche que no olvidaré mientras viva.

A pesar de estos rasgos de soberbia; todo el mundo quería á Manuel Fernández y González, reconociendo en él un genio de primer orden y un corazón de oro.

Manuel dictaba sus novelas á un taquígrafo. Su fecundidad era increíble, maravillosa. Su inspiración inagotable. Yo le he visto escribir en diez y ocho días su novela *Lucrecia Borgia*, dos tomos abultados en cuarto; cuatro mil cuartillas de original; casi no hay tiempo para leerlo.

Con un bastón en la mano, paseando por su despacho y dando palos á los muebles, aquello no era dictar, era representar dándole el colorido y la entonación que los actores dan á los papeles que representan sobre la escena. El pobre taquígrafo sudaba la gota gorda por seguir aquella verbosidad abrumado-

ra, pasmosa, aquel desbordamiento de palabras que no le daban tiempo ni para mojar la pluma.

Manuel no corregía nada. Hoy, al leer sus obras, no se concibe que sean improvisaciones sin la menor limadura, sin el más pequeño pulimento de la corrección. Lo que dictaba hoy, se imprimía al día siguiente, sin darle lugar á los *arrepentimientos* de la meditación.

Todo en Manuel Fernández y González era en efecto grande. En el tiempo que otro autor tardaba en escribir y corregir un capítulo, Manuel dictaba un tomo. Su intuición en la novela era de un orden superior.

Reprendiéndole á veces de que escribía mucho y *abarataba el género*, decía:

– Yo necesito cuarenta duros diarios para vivir y para que vivan los parásitos que me rodean. Si me pagan á doce duros la entrega escribo cuatro al día, si me pagan á seis escribo ocho, si me pagan á tres diez y seis: me es igual.

Y en efecto, durante la larga temporada que fué el novelista de moda, ganó cuarenta y ocho duros diarios, que se gastaba alegremente hasta el último céntimo sin que ni en sueños pasara por su imaginación la idea de economizar hoy para vivir mañana.

Manuel vivió siempre al día. Cuando le reprendíamos cariñosamente por sus despilfarros y desordenada vida, cuando se le hablaba del porvenir, de la vejez y de la muerte, contestaba:

– Eso de pagar el entierro es de gente vulgar, no reza conmigo. A los genios cuando se mueren los entierra la patria agradecida, y á mí me enterrarán como merezco por ser yo quien soy.

Nunca se ha visto una naturaleza más fuerte, más vigorosa, más privilegiada que la de Manuel Fernández y González. Su método de vida era imposible, y sin embargo nunca estuvo malo. Se pasaba las noches junto á la mesa de un café hablando en voz alta y bebiendo coñac, y jamás se notaba el cansancio de sus pulmones de acero.

Aconsejándole pocos días antes de morir que se cuidara, me contestó con un acento de profunda tristeza, como si viera á la muerte cernerse en derredor suyo:

– Escrichillo, *ya es tarde*.

De pronto le vimos decaer; su carácter cambió de un modo notable: hablaba menos y una profunda melancolía le devoraba.

Los editores no le pedían obras; la pobreza invadió su modesto albergue. De vez en cuando, como si mantuviera un diálogo consigo mismo, murmuraba en voz baja.

– *Es cuestión de arrancarse el cráneo; la prensa me ha olvidado; el público no lee mis obras; todos son novelistas menos yo. ¡Qué injusticia tan grande!*

¡Pobre Manuel! ¡Qué profunda tristeza se iba poco á poco apoderando de su alma! ¡Qué sombríos pensamientos batallaban dentro de aquel cráneo que él quería arrancarse, al ver el vacío en derredor suyo!

Su privilegiada salud iba resintiéndose. En su rostro se advertían las huellas que imprimen los sufrimientos morales.

Sí, el público, los editores y los críticos fueron injustos en sus últimos años con Manuel Fernández y González, con ese gran novelista, con ese Walter Scott español que dejó en pos de sí trescientas obras improvisadas que se admirarán siempre, y cuya fecundidad y lozanía no ha de olvidar la historia de la literatura del siglo XIX.

Manuel murió en la mayor pobreza, ó por mejor decir, en la más desconsoladora miseria. Su capital se reducía á algunos céntimos. Su mobiliario á un catre de tijera, una mesa y dos sillas de Vitoria. Su guardarropa á un carrick de paño gris y el traje que llevaba puesto.

El Ateneo reclamó el cadáver del autor de *El Cid* para honrar su memoria, y la desconsolada viuda se lo entregó con los ojos arrasados en lágrimas y la gratitud en el corazón.

Se le hizo un gran entierro, tan grande, tan solemne como lo merecía la alta talla literaria de Fernández y González.

¡Loor eterno á esa juventud llena de generosidad y de entusiasmo del Ateneo que libró á Madrid de la vergüenza de ver enterrar de limosna en la fosa común á un hijo ilustre de las letras españolas!

Si al llegar á la Cuesta de la Vega el coche fúnebre que conducía el cadáver de Fernández y González, éste hubiera podido levantarse y ver aquel grandioso espectáculo, aquel tributo de admiración y respeto rendido á su genio, su satisfacción, su regocijo hubieran sido inmensos, sus aspiraciones de gloria hubieran quedado satisfechas, y con esa voz sin eco ni ruido con que indudablemente hablan los muertos se hubiera dicho: *ya lo sabía yo.*

Todo Madrid seguía la carroza fúnebre, cubierta por una montaña de coronas. Todo Madrid comentaba las grandes frases del finado, su fecundidad pasmosa, su genio privilegiado, su pobreza, sus amarguras. Había llegado para él la triste hora de las alabanzas. Entre el féretro y la multitud se abría ese abismo sin fondo que separa la muerte de la vida.

Manuel había entrado por la puerta de oro en el templo de la inmortalidad, privilegio del genio al que muchos aspiran y muy pocos llegan, porque la muerte es la verdad niveladora en el mundo del arte.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH

LA MODELO



Narciso Oller

Cuando aún la patria tenía una esperanza menos y nosotros un buen compañero más, ¡cuando aún no había muerto!, yo acostumbraba á pasar muchos ratos á su lado.

Me gustaba escuchar al amigo, oir de su boca los animados recuerdos de sus viajes, los fogosos elogios de los cuadros que más le habían impresionado y las picantes saetas que escupía contra la crítica de molde hecho ó de mala fe más ó menos embozada; me gustaba hacer viajar, como él, los ojos, del modelo á la paleta, donde el pincel revoloteaba y chupaba como mariposa ansiosa entre flores, para posarse enamorada en la tela y dejar en ella, no sólo el colorado polvillo de sus alas, sino también la sedosa huella de la luz recogida en su camino; me gustaba ver cómo la misteriosa maña del pintor me descubría en la tela los tonos y matices del natural, que hasta entonces mis ojos no habían sabido encontrar; me gustaba, en fin, aquella atmósfera de taller, donde la luz descendía de altos ventanales, pura y blanca como concebimos la del primer día, para dar un tono esplendente á los ojos del modelo, iluminar alegre las creaciones á medio nacer de mi amigo y besar con ternura las enmohecidas armas, las rotas tapicerías, los cuadros polvorientos, las arcas, vestuarios y *bibelots* de otras centurias, que la piadosa mano del buen gusto había desenterrado de los escombros.

A veces encontraba el taller cerrado, y entonces ni siquiera llamaba: mi amigo trabajaba en algún estudio de desnudo, y no estaba bien que por mi egoísmo hiciera perder la *epos* á la modelo y promoviera una corrida hacia el biombo para ocultar sus carnes. Mordíame el labio, doliéndome de los pasos perdidos, y me dirigía á otra parte. Pero como, después de una contrariedad así, solía pincharme el deseo de volver pronto, no sé si por nostalgia ó curiosidad, mi visita inmediata no se hacía esperar mucho. Así sucedió en la ocasión que me ha puesto la pluma en la mano. Había encontrado la puerta herméticamente cerrada una mañana, y á los tres días, por la tarde, volví al taller, creyendo encontrarlo abierto, como debía estarlo, porque los modelos de mi amigo acostumbraban á ir siempre á la misma hora de la primera sesión. Efectivamente, no me equivoqué: la puerta cedió y el corazón me latió de complacencia, sin sospechar que el pintor podía haber salido.

Dos de sus discípulos (amorosamente entretenidos, copiando á un viejecito de arrugada piel, cubierta la cabeza con un calañés de copa muy cónica y color de ala de mosca, que á la luz del taller cobraba un tono de raso maravilloso), sin levantar apenas la cabeza, me dijeron que el pintor hacía ya dos horas que había salido y que no podía tardar..., que le esperara.

Dejando el sombrero y el bastón sobre una arquimesa, empecé á revolver objetos con la libertad que la amistad me permitía, cuando de pronto, al volver una tela, hubo de sorprenderme una cabeza hermosísima de andaluza con claveles en el moño, con el *ochavo* de raso en las sienes, intención picaresca en los ojos y una gracia tal en la expresión de los labios, en lo arremangado de la nariz, en los hoyuelos de las mejillas y barba, que era una belleza soñada.

Contemplándola estaba todavía, cuando se presentó mi amigo.

Su voz, más ronca que de ordinario, me advirtió su presencia cuando ya había dejado su sombrero de copa sobre la arquimesa.

– Basta por hoy; pueden ustedes retirarse, decía á sus discípulos, mientras se quitaba los guantes con aire triste y meditabundo.

Los discípulos lavaron la paleta, el viejo dejó el calañés sobre la silla, y pronunciando un «que lo pasen ustedes bien» desaparecieron pronto modelo y discípulos. Mi amigo parecía no haber reparado en mí, removiéndose por allí con rara inquietud, apartando taburetes y sillón, plegando caballetes, volviendo de una manotada las telas de sus discípulos sin fijarse en si el color estaba seco ó no. Por fin se dejó caer en una silla azul, y al levantar la cara deslizando la abierta mano por entre la sedosa cabellera, tropezó con mis ojos que contemplaban sonrientes la cabeza de la andaluza, saliendo del fondo ceniciento de una tela sin pintar, á mi lado.

La mirada de mi amigo bajó rápidamente hasta topar con aquella cabeza, en la que se clavó un momento con melancolía.

– Hazme el favor de volver esa tela, me dijo por todo saludo.

Y enseguida hundió otra vez su cara entre sus dos manos.

– ¿Qué te pasa?, le pregunté obedeciéndole. Vienes muy cabizbajo. Yo, que te esperaba para felicitarte por esta cabeza, que es lo mejor que has hecho en tu vida...

– ¡Ojalá no la hubiera empezado!

Y se levantó, vino á buscarla en dos zancadas, y cogiéndola, la tiró de punta al suelo, rompiendo con el golpe su bastidor en tres pedazos.

¿Qué haces? ¡No seas loco, hombre!.., grité yo, lleno de ansiedad, apoderándome de la obra medio estropeada.

– ¡Déjala, déjala! ¡Ponla de modo que no la vea, por Dios!

Y mientras él se volvía á su silla, procure ocultar el cuadro detrás de un armario del Renacimiento, oculto entre la sombra, dentro del cuarto de vestir que el biombo formaba. Después, lleno de angustia por la causa de aquellos extremos, me arrimé respetuosamente á mi amigo, y sintiéndole llorar, llorar de veras, procuré mantenerme callado para no importunar su sentimiento. La curiosidad, el ansia me afligían; pero al mismo tiempo, aquel dolor me infundía respeto, y á buen seguro que una vez desahogado el corazón, mi amigo hablaría.

Así fué. Enjugadas las lágrimas, la cabeza apoyada sobre la mano derecha, sus ojos desviados de los míos y con vergonzosa voz, me dijo:

– Chico, no extrañes nada de lo que hago. Me ha sucedido una cosa muy seria, tan seria, que estoy resuelto á no pintar más. Hace cuatro días, paseando por la carretera de Monjuich, encontré dos gitanas andaluzas que bajarían probablemente de echar la buenaventura á los soldados del castillo. Una de ellas era vieja, la otra jovencita, ambas tipos perfectos de su raza. La jovencita, sobre todo, era andaluza por el garbo, por la lengua, por el modo de vestir... Aquella saya corta, con volantes, que no se sostiene á plomo y que el movimiento de las caderas hace oscilar como un péndulo; aquel gran mantón de cuadros llamativos, que cae y se sostiene pegado al contorno del cuerpo, jugando con el pañuelo de la cabeza que deja al aire todo el cabello y que yace aplastado alrededor del cuello, por donde va dando saltitos la doble gargantilla coralina...; aquellos pendientes, aquellos alfileres del moño, llenos de pedrería falsa; aquel cabello negro, que parece empapado en aceite virgen; aquellas pestañas largas, verdadero velo que la caritativa naturaleza le ha puesto delante de los ojos para que no quemen al mirar; aquel..., en fin, el tipo de la hurí, de la bayadera, de la sirena, y ¿por qué no decirlo?.., el tipo de la andaluza que la pintura ha perseguido hasta hoy. Para mi cuadro, de que tanto te he hablado, *La cañita de Jerez*, no podía darse un modelo mejor. Así que, en cuanto me pararon y me cogieron la mano por la punta de los dedos, preparándose á echarme la buenaventura, en seguida las interrumpí hablándolas formalmente de venir al taller á ganarse una peseta por hora. Como picadas de una tarántula, salieron entonces con una pata de gallo de las suyas, que probaba la desconfianza que tenían de mis honradas intenciones. Se lo propuse y expliqué con calma y, tranquilizadas, quedamos citados para el día siguiente.

Efectivamente, á la hora convenida se presentó la chica, pero no acompañada de su madre, sino de un gitano de diez y ocho años, que yo tomé por hermano de ella. El mismo color de nogal viejo, los cabellos de seda negros arrollados encima de la oreja en forma de lengua que lamía las sienes, ojos de azabache, labios carnosos y encendidos como brasas, una cara toda pasión y unos movimientos rápidos y elásticos como los del gato. Al verle, mi imaginación añadió una figura al cuadro. No obstante, yo había de empezar por la hermana, principal personaje de la composición, en el cual habían de fijar sus miradas las demás figuras.



EL PRIMER CAFÉ DE ROMA (SIGLO XVIII), cuadro de José Sciuti

Hice subir á la gitana sobre la tarima; su hermano se sentó en esta arquimesa, las piernas colgando y bajo sus pies un perrito de aguas, rapado de medio cuerpo arriba, hasta vérsele la piel color de rosa, y después de indicar de palabra á la chica, desde aquí, cómo debía colocarse, subí á la tarima para poner le bien la cabeza, que cogí con dos dedos por las sienes y la barba.

De repente sentí que me tocaban la espalda. Vuelvo la cabeza y me tropiezo con la frente del gitano, los ojos encendidos...

mente mañana y tarde; pero no hice caso, acostumbrado como estoy á eclipses de esta especie. Yo estaba enamorado de aquella cabeza, sentía la fiebre del trabajo, y naturalmente, no era muy de mi gusto descansar por fuerza. Pero ¿qué hacer? ¡Ya volverá mañana ó pasado si quiere!, pensaba. Y así procuraba consolarme á mí mismo, viendo trabajar á mis discípulos, cuando el día siguiente cojo esté periódico y me encuentro con esta gacetilla.

Mi amigo me entregó el periódico y me señaló con el dedo una gacetilla que decía haberse encontrado

cer algo útil por la pobre víctima, á quien hubieran enterrado como un perro, sin caja ni acompañamiento; no descansé hasta lograr que me la enterraran decentemente, pagué el ataúd, comenzó á circular por casualidad la noticia entre mis compañeros, y esta tarde la hemos acompañado hasta el cementerio unos treinta pintores y escultores, después de adornarle la caja con guirnaldas de flores, una palma y una corona de siemprevivas. Para mis compañeros esta ha sido una de aquellas fiestas que se permite el corazón cuando está satisfecho de su caridad; para mí, un ver-



Me puse de nuevo delante del caballete.., dibujo de J. Cabrinety

—¡No la toque usted! Dígale usted cómo se ha de poner y ella se arreglará, dijo en andaluz cerrado y con tono enérgico.

Mi primera impresión fué de sorpresa indefinible; después pensé que aquél no era hermano, sino amante celoso, y medio compadeciéndole y medio riéndome de su candidez, me puse de nuevo delante del caballete para buscar con el carbón el contorno de la cabeza. Desde aquí mismo le iba yo diciendo: «vuélvase un poco hacia la izquierda,» «levante un poco más la barba,» «no tanto,» «una miaja más,» «así, no se mueva.»

El gitano seguía sentado en la arquimesa, moviendo las piernas, tirándose de los rizos, escupiendo por el cormillo y clavando la celosa mirada en mi trabajo, que había de parecerle detestable. El perrito, con sus ojos de albino, miraba á su amo; se lamía el hocico con su lengua de á palmo, aplanada y sonrosada; se levantaba, daba una vuelta sobre el mismo azulejo, haciendo oscilar el plumero con que remataba su pelada cola, y ¡paf! se echaba otra vez en el mismo sitio. Repitió tantas veces esta misma maniobra, que en ocasiones se me iba el santo al cielo, porque con el rabo del ojo, y con harta frecuencia, veía moverse á mi derecha aquella mancha blanca y revolotear á dos palmos del suelo el plumero con que terminaba su cuerpo. Un poco distraído por el animalito y preocupado un mucho por el dibujo, viendo que la modelo se me movía, salté de nuevo á la tarima para poner bien la cabeza de la gitana. Y otra vez ¡pam!, golpe á mi espalda y la subsiguiente observación del nuevo Otello.

Con interrupciones de esta especie, que cada vez eran más bruscas y enérgicas, hice en dos sesiones lo que has visto, aunque trabajando con mucho encogimiento por aquellos inexplicables celos.

Al tercer día la modelo no pareció; la esperé inútil-

en la montaña de Monjuich, cosido á puñaladas, el cuerpo de una gitana de unos diez y ocho años, sin que los tribunales hubiesen podido identificar el cadáver, ni la policía seguir el rastro del criminal.

Cuando hube leído, el pintor continuó, amarillento, como si la situación empezara de nuevo:

—El corazón me dió un vuelco y en seguida se me ocurrió la idea de que la desconocida víctima sería mi modelo. Fuíme sin vacilar, corriendo, al depósito del Hospital, la *Morgue* de Barcelona, donde tal vez estaría expuesto el cadáver. ¡La misma, chico, la misma! Lo que entonces pasó por mí no puedo decirlo; un sudor frío bañó todo mi cuerpo; debía de estar blanco como un lirio; perdí por un momento el sentido y hube de arrimarme á la pared para no caer. ¡Yo, yo parecía el asesino! No pocas horas hubieron de transcurrir y no pocas reflexiones tuve que hacerme para tranquilizarme hasta el punto en que me ves; esto es, para convencerme sólo de que, ya que la ley no puede perseguirme como coautor ni como cómplice, he de reconocer que no he influído gran cosa en el hecho. De todas maneras, poco ó mucho he influído; yo, aunque sin querer, he encendido los celos que han puesto el puñal en manos del gitano. Porque no lo dudes: es él quien la ha muerto, y la ha muerto nada más que por celos, sospechando tal vez que yo deseaba aquel retrato porque estaba enamorado de ella, diciendo entre sí: «Pues bien: te la mataré y no podrás terminarlo.»

—¡Calla, hombre, calla! No digas disparates, no ha sido nada de eso. Acaba: ¿qué has hecho luego? ¿De dónde venías ahora, enlutado y tan fuera de ti que hasta has roto la tela del cuadro?

El amigo se pasó la mano por la frente como si quisiera torcer el camino al chorro de sus exclamaciones, y reanudando el hilo de su relación continuó:

—Pues verás: una vez más tranquilo, pensé en ha

dadero tormento, una aflicción como la del que preside el entierro de un pariente cercano; parecía que acompañaba á alguna persona muy querida de mi familia, y es que, á más de la víctima, enterraba mis aficiones de pintor.

Y al decir esto, dos lágrimas resbalaron por las mejillas de mi amigo; pero, á Dios gracias, para bien del arte y de su nombre, si no volvió á tocar aquel cuadro, volvió á pintar y pintó hasta su muerte.

¿Y qué había de hacer? Recordándole un día aquellos propósitos, me respondió riendo:

—¿Acaso son más firmes los propósitos de los viudos? ¡Oh dolor, dolor, cuántas poesías haces!

Narciso Oller

CRÓNICA DE ARTE

El Círculo de Bellas Artes ha entrado en un período de vida completamente nuevo y al parecer pujante. Cuando todos deploraban que la sociedad viniese á tierra ante el número de dificultades enormes que se habían ido amontonando poco á poco, he aquí que de la noche á la mañana el Círculo aparece instalado en un palacio de la calle del Barquillo, cuyos salones se están decorando con pinturas que ejecutan los socios de nombres tan conocidos como Sorolla, Plá, Campuzano, Espina, etc., y con obras escultóricas que realizan también escultores no menos conocidos que aquéllos.

En el nuevo domicilio habrá clases de pintura al aire libre en el magnífico jardín del mismo palacio, sala de exposiciones, clases nocturnas, salas de billar, de esgrima, gimnasia, *restaurant;* en fin, cuantas comodidades y distracciones puedan apetecer—como dicen los dueños de hoteles—los huéspedes, aquí los socios. Estos son hoy (según me dicen) más de ocho-

cientos, y esperan los entusiastas de la sociedad que lleguen á mil. Si eso es así, el Círculo puede dar por asegurada su existencia.

***

Están ya emplazadas todas las estatuas que componen la decorativa de la nueva Biblioteca. Ayer quedaron ocupando sus respectivos lugares las que faltaban, *Berruguete, Alfonso el Sabio* y *San Isidoro*, obras, como ya saben los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, del Sr. Alcoverro. Son estas estatuas, especialmente la primera y la última de las citadas, las únicas esculturas verdaderamente monumentales que en Madrid existen, de positivo mérito. La figura del metropolitano de Sevilla tiene, sobre la severidad y grandeza del conjunto y de la noble simplicidad de su ejecución, un gran espíritu, ese algo inexplicable que pertenece exclusivamente á la inspiración, á un cuarto de hora cerebral, que tan sólo llega á experimentarlo el artista cuando se halla saturado de conocimiento «ideal» del personaje ó de la época, cuando cerrando los ojos ve destacarse allá en la obscura cámara del cerebro la silueta que la lectura de los hechos y de las obras del hombre célebre han ido trazando.

Simplicísima y grandiosa la del *Rey Sabio*, la cabeza, sin embargo, me parece ahora, como me ha parecido siempre, mezquina; no así la de *Berruguete*, que tiene mucho de la de Miguel Angel y de la *manera* de este gran artista.

La estatua de *Lope de Vega* es un modelo de ejecución, y el tipo, la parte fisonómica, está muy bien adivinada; pero me parece mucho más decorativa, por lo mismo que está tratada con más sencillez, así en el «andamento» general como en la traza, la del célebre latino *Nebrija*. Es esta estatua digna de encomio grande por lo ya apuntado y por lo característico del tipo y de la indumentaria. Los artistas catalanes, autores de las estatuas del Fénix de nuestros ingenios y del gran gramático, Sres. Fuxá y Nogués, son, con el Sr. Alcoverro, los que mejor han quedado en esta obra de decoración, donde tantos escultores tomaron parte. De las demás estatuas realmente poco bueno hay que decir.

***

Una de las cuestiones que amenaza tener gran resonancia es la del concurso para proveer la vacante de la cátedra de dibujo de figura y de adorno de la Central de Artes y Oficios, que vino ocupando mi fallecido amigo y maestro Germán Hernández. La batalla es tan reñida, que según mis informes – y los tengo como buenos – el consejero de Instrucción pública ponente hubo de retirar la ponencia, porque la sección no se mostraba conforme con ella.

El litigio está entre los ayudantes de la Escuela Central, los catedráticos numerarios de provincias y varios artistas premiados con medallas de oro. Cada una de estas colectividades hace fuerza de vela, y así van pasando los meses sin que la vacante se provea.

Este asunto es asunto que muy pronto ocupará á la prensa, pues resulta imposible la vida de ese establecimiento tal como hoy está organizado. Empezando por el reglamento y concluyendo por el personal, todo allí ha menester una reorganización enérgica, que no respete derechos adquiridos á la sombra de reales órdenes que hacen complicadísima la legislación particular de la Escuela, y que la han convertido en una sucursal de San Bernardino, en una especie de casa asilo. Es verdaderamente escandaloso lo que sucede. Ahí entran por la puerta falsa ayudantes y más ayudantes, sin que recen con ellos los turnos de oposición ni los de concurso. Pasan los años, y esos señores tienen, además del sueldo de que disfrutan, antiguedad para ascender. Otros han entrado porque pudieron obtener una medallita de tercera clase; pero se presenta á disputarles en concurso (porque en oposición eso no se estila) una plaza de catedrático un artista con medallas de oro, y ¡oh, gran Dios!, chillan como energúmenos, llenándose la boca con lo de los años de servicios. Pero, señor, ¡si también tiene años de servicios un peón de albañil!..

Por lo demás, á mí me parece muy bien que los ayudantes *de verdad*, los que por oposición (que no llegan á cinco) ó por concurso han obtenido sus plazas, puedan pasar á ser catedráticos, pero catedráticos de *entrada*, en provincias, no plantarse de un salto de ayudantes en catedráticos de término, como pueden considerarse los de Madrid. ¡Que les ampara el Reglamento!.. Pues Reglamento tan disparatado se reforma con arreglo á la ley general de Instrucción. ¿Los derechos adquiridos? ¡Qué más derechos que los que se les conceden á todos los ayudantes de todos los demás establecimientos de enseñanza de España! ¿O por ventura son de carne y hueso distintos los ayudantes de la Escuela de Artes y Oficios que los demás ayudantes?

***

Me parece que la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando pierde el pleito. Sí, señores; la fuente de *Cibeles* se ha desarmado sin que, hasta ahora, hayan sufrido la más pequeña luxación, así la esposa de Saturno como los leones que tiran del triunfal carro en que colocó el famoso arquitecto de Carlos III á la diosa. En fin, todavía falta la segunda parte; esto es, volver á armar tal *armatoste*.

A todas estas, mis buenos amigos los escultores Trilles y Parera, «padres» de los mellizos que al cabo de un siglo acaba de dar á luz la madre de los Titanes, trabajan activamente en presentarlos lo más parecidos posible á la mamá; entiéndase que con muy buena voluntad y gran acierto, los citados escultores han procurado dar á los geniecillos el carácter escultórico abarrocado que domina en la fuente de Cibeles. ¡Dios quiera que el ayuntamiento no se llame Andana cuando se trate de pagar las quince mil pesetas de la obra! Porque si les sucede á Parera y Trilles lo que á los autores de las estatuas del Prado, que todavía no saben cuándo cobrarán, y van transcurridos dos años y medio, se han lucido.

Y como formalitos, sí, son muy formales, y sobre todo muy artistas nuestros ediles, con el señor alcalde conde de Romanones á la cabeza; y si no, que lo diga Querol, á propósito del proyecto de la farola monumental para la Puerta del Sol. De esto he de ocuparme en otra *crónica*, porque hoy todavía no está la *cosa cronicable*.

***

¿Se acuerdan ustedes de un concurso abierto por la Academia de Bellas Artes, con objeto de premiar el mejor cartón que en el término de un año se presentase en dicha Academia y que debía representar *La cultura de España*? Sí, seguramente que ustedes lo recordarán, puesto que en estas mismas columnas me ocupé del tal concurso; pues bueno, ya tenemos aquí los cartones, y éstos son cuatro.

Lo que era de esperar se advierte en estos trabajos. Falta absoluta de dominio del asunto en primer término, de originalidad en segundo, de verdad histórica en tercero, de conocimiento de composición y distribución de grandes masas y grupos en cuarto, de brío en quinto.

No hay que culpar de todo esto á los artistas que han concurrido al certamen y que ignoro quiénes sean. Ya lo advertí hace un año. Es materialmente imposible que en una pintura mural, á no ser kilométrica, puedan agruparse aquellas figuras que más principalmente contribuyeron á la cultura española. Contemos: filósofos, historiadores, hombres de Estado, guerreros, hombres de ciencia, literatos, poetas, pintores, escultores, arquitectos, músicos, teólogos y otra porción de gentes célebres en distintos ramos del saber humano, que ahora se me van de la memoria. Y cualquiera de las grandes figuras que en cualquiera de esos conocimientos se omita, significa tanto como omitir un astro y descoyuntar un todo armónico que forman la historia y el saber patrios en lo alto del lugar donde reside lo eterno. Porque no vale, por ejemplo, hacer que figure en el grupo de los filósofos Luis Vives, olvidando á Raimundo Lulio. Ambos son figuras colosales en el campo de la filosofía, y el primero es el iniciador de una escuela que más tarde se llamó la Cartesiana (con sus naturales puntos de vista), y el segundo fué un reformador é iniciador de la resurrección de otra escuela que tuvo influencia también muy grande en el mundo de las ideas. Como no vale tampoco suponer que con Velázquez y Goya está sintetizada nuestra pintura, olvidando á Juanes y á Morales. Como, en fin, tampoco se representa la ciencia médica poniendo á Valles y dejando en el tintero á Francisco Sánchez. Y así por todas las demás ramas de la cultura.

Y de estas omisiones adolecen en grado superlativo los cartones presentados en este concurso.

Dejando á un lado los recuerdos que el mejor de los citados cartones ofrece en la composición de la tan conocida pintura de Kaulbach *La Reforma*, las agrupaciones de los personajes son tan sistemáticas que no pueden serlo más. Aparecen en el boceto á que me refiero clasificados por ciencias y artes, como las drogas en una farmacia, hombres de ciencia, artistas, guerreros, etc., etc., conversando en amigable intimidad, aun cuando hayan existido con quinientos años de diferencia cada uno. El concepto de la Historia no tiene aquí cabida. Precisamente yo entiendo que si este género de pinturas ha de valer algo, desde el punto de vista de la enseñanza de las multitudes, el respeto á la marcha cronológica de las ideas y de las evoluciones de la cultura humana es imprescindible; de otro modo, el abigarrado conjunto que forman las distintas indumentarias (y aun tipos) de esa falange de hombres célebres viene á ser un caos incomprensible hasta para las mismas gentes doctas, además de ser, dentro del mismo convencionalismo, un verdadero disparate.

Faltan, pues, en este cartón representaciones importantes, no tan sólo de personajes de inmenso valer, sino de ramas de la cultura. Fáltanle también al artista que lo ha pintado conocimientos importantes de la indumentaria, pero sobre todo condiciones plásticas y condiciones imaginativas. El lugar donde está colocada la composición es una equivocación lamentable de criterio. Respecto de paleta y de dibujo... es desconsoladora la anemia con que está dibujada y colorida aquella multitud.

***

Dentro de pocos días se abrirá el concurso propuesto por la comisión de que forma parte el que estas líneas escribe, para pintar un telón decorativo con destino al teatro Real. Las condiciones de este concurso están examinándose al presente, aun cuando los principales sean las que ha propuesto la Academia de San Fernando; pero como quiera que aquel cuerpo consultivo deja algunos puntos importantes por resolver, una ponencia compuesta del director del Museo nacional de Pintura, del director de la Escuela superior de Bellas Artes y del firmante de esta *crónica* propondrá las bases completas del citado concurso.

También examinará la misma comisión (que preside el director general de Instrucción pública), tan pronto como evacue este primer concurso, las bases de otro para decorar el *foyer* del mismo teatro. Probablemente este segundo concurso será, además de arquitectónico, escultórico y pictórico.

***

Y termino esta *crónica* con la impresión de que la próxima Exposición general de Bellas Artes será un certamen poco numeroso. Respecto de cuadros y esculturas importantes no tengo noticia. Si asiste alguna firma de las de primera línea será con retratos ó con cuadros de poca monta, no para tomar parte en la lucha.

Pudiera ser también que por lo mismo se realizase lo que afirma aquel antiguo refrán castellano, que dice que «donde menos se piensa salta una liebre.»

De todo corazón digo que me alegraría. Así como así, hace falta que salte alguna, porque si no...

R. BALSA DE LA VEGA



El primer café de Roma, cuadro de José Sciuti. – El autor de este cuadro es uno de los que con mejor talento cultivan en Italia la pintura histórica, género en el cual ha producido obras como *La victoria de Imera*, *Las madres de la patria*, *Los prisioneros de Castelnuovo después de la capitulación*, *Un episodio del saqueo de Catania* y *Píndaro ensalzando á un vencedor en los juegos olímpicos*, todas muy celebradas y esta última adquirida por el Ministerio de Instrucción pública, que la cedió á la Academia de Brera, y premiada después en Viena. El principal mérito de Sciuti consiste en agrupar y distribuir hasta los límites del horizonte centenares de figuras sin que se note en sus telas estrechez de espacio ó falta de aire ó de luz. Esta habilidad en la agrupación se observa también en su nuevo lienzo, el que reproducimos y que hace revivir á nuestros ojos el primer café que se estableció en Roma en el siglo XVIII; pero además admírase en él la naturalidad que campea en todas las figuras y la propiedad con que está representada la escena, que parece reproducción gráfica de una de esas que tan divinamente copió Goldoni en sus bellísimas comedias.

La guerra, cuadro de Manuel Villegas Brieba. – Es D. Manuel Villegas un artista ventajosamente conocido, no por llevar un nombre ya ilustre en el mundo del arte, sino por sus propios méritos. Paisano nuestro, pues nació en Lérida, empezó en Córdoba sus estudios, que terminó con singular aprovechamiento en la Escuela de Bellas Artes de la coronada villa. Pensionado en Madrid y en Roma, pudo dar muestra de sus aptitudes, produciendo obras tan recomendables como lo son sus cuadros titulados *Sin patria*, *Un episodio de la guerra de la Independencia*, *Momento supremo* y *Derrota de José Napoleón en Vitoria*, á los que han seguido *Las lavanderas*, *Flores de campo* y *El sermón*, premiados todos en varias exposiciones. Mención especial merece el que reproducimos, alegórica representación de la *Guerra*, justamente premiado en la Exposición nacional de 1892 y adquirido por el Estado. De composición sobria, original y sentida, resulta el lienzo tan bello como grandioso. Las rígidas figuras de los dos combatientes, la de la mujer atada á la cruz, desgarradas las ropas y suel-



LA GUERRA, cuadro de Manuel Villegas Brieba (premiado en la Exposición Nacional de 1892)



EL AQUELARRE, cuadro de José Benlliure

ta al viento la larga cabellera, el campo desolado y lleno de cadáveres, el espacio obscurecido por el humo de los incendios, todo, absolutamente todo contribuye á la penosa impresión que en el alma despierta el drama de la guerra.

Tal es el distinguido artista y tal el asunto de su notable cuadro.

El aquelarre, cuadro de José Benlliure. – Aunque de asunto muy distinto, merece este cuadro figurar al lado del famoso lienzo del mismo autor, *La visión del Coloseo*, que fué premiado con medalla de primera clase en la Exposición nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1887. El asunto del que hoy reproducimos no necesita gran explicación: á los conjuros del viejo alquimista congréganse brujos y brujas de todas edades, procedencias y cataduras para celebrar el periódico conciliábulo en que aquella turbamulta ha de discutir las cuestiones que á la clase interesan y arbitrar nuevos medios para fastidiar á los pobres mortales que tienen la desgracia de ser objeto de sus preferencias y la mayor todavía de creer en tamañas simplezas. Menos palabras aún necesitaremos para ponderar las bellezas de *El aquelarre:* con decir que todo en él es grandioso, que cada una de las muchas figuras es de una ejecución acabada, que el lugar de la escena y los accesorios armonizan perfectamente con el carácter de la composición y que el conjunto es todo lo fantástico que el asunto requiere, habremos dicho lo suficiente acerca de lo que vale esa hermosa obra del gran pintor valenciano.

Arcabucero. – Retrato de un niño. – Fascinadores de serpientes, obras de Fortuny. – Tantas veces hemos elogiado por nuestra cuenta al malogrado Fortuny, que hoy nos parece oportuno copiar algo de lo que un célebre crítico alemán, Gustavo Diercks, ha escrito acerca de tan eximio pintor en un concienzudo estudio publicado recientemente en una de las más importantes revistas artísticas que se publican en Alemania. «Las cualidades características – dice – á las cuales debe en primer término la pintura española contemporánea el interés que despierta y el aprecio en que se la tiene, son hijas en gran parte de la poderosa influencia de Mariano Fortuny, cuya individualidad artística, muy superior á la de sus contemporáneos, abrió nuevos caminos á la vida del arte en su patria.» Después de hablar de la admiración que en el mundo del arte causó *La Vicaría*, añade: «La soltura de la pincelada, el dominio completo de la técnica, la belleza y la previsora habilidad en el colorido, la fuerza de observación y la finura en las caracterizaciones, manifiéstanse desde entonces en todas sus obras, y hasta sus más sencillos estudios y bocetos ostentan estas cualidades.» El citado crítico termina su estudio con estas palabras: «El modo de ser de su técnica influyó en alto grado aun después de su muerte, no sólo en sus compatriotas, sino que también en los artistas franceses y en los del mundo entero, y ha contribuído no poco al desenvolvimiento de las distintas escuelas naturalista, realista é impresionista de las dos últimas décadas.»

El nuevo Palacio de Justicia del imperio alemán, construido en Leipzig. – Cuando hace algunos años se convocó un concurso para la erección de este palacio, presentáronse ciento diez y nueve proyectos, entre los cuales sobresalía, por el acierto con que distribuía el espacio en consonancia con las necesidades impuestas por un edificio de esta clase, el de Luis Hoffmann, que fué el que se adoptó y se ha llevado á cabo, no sin que su autor introdujera en él importantes modificaciones en la disposición artística, así del exterior como del interior. Vamos á dar una ligera descripción del palacio, pues las condiciones de esta sección nos impiden describirlo extensa y detalladamente. En el centro de la fachada principal un amplio pórtico de elevadas columnas comunica con el vestíbulo, desde donde se pasa al grandioso patio de espera, cubierto por la cúpula central, del que arranca la escalera de honor y varios corredores que conducen á los edificios laterales, separados del central por jardines. El palacio contiene trescientas setenta y ocho estancias, distribuídas en cuatro pisos y tan hábilmente dispuestas, que todas tienen entre sí varias comunicaciones independientes unas de otras, y las destinadas á los diversos funcionarios de la administración de justicia, perfectamente aisladas de aquellas en que se congrega el público, resultan, gracias á esta circunstancia, tranquilas y por ende muy á propósito para los trabajos que requieren silencio y meditación. Todo en este edificio es grandioso, sobresaliendo las salas en donde funcionan los distintos tribunales, y todo tan bien ordenado que el orientarse dentro de él resulta fácil. Para la disposición arquitectónica del exterior y de los patios y vestíbulos estudió Hoffmann los restos de las antiguas construcciones romanas, no sólo teóricamente en los autores que de éstas han tratado, sino prácticamente visitando los lugares en donde se conservan: el edificio aparece en todas sus líneas claro, grandioso, armónico, vigoroso y severo, presidiendo en todo él la más absoluta unidad y realzando estas cualidades una ornamentación sobria y apropiada al carácter del Palacio de Justicia. La esbelta cúpula central tiene una altura de sesenta y siete metros.

La obra de Hoffmann resulta aún más notable si se tiene en cuenta que el arquitecto hubo de ceñirse a un presupuesto relativamente reducido, lo cual le obligó á hacer para cada cosa multitud de estudios y numerosos ensayos á fin de ver cómo podía obtenerse el mismo efecto por los medios más sencillos y menos costosos.

El nuevo Palacio de Justicia, cuya primera piedra puso el emperador de Alemania en 31 de octubre de 1888, se inaugurará dentro de algunos meses.

RETRATO DE NIÑO, obra de Mariano Fortuny

FASCINADORES DE SERPIENTES, obra de Mariano Fortuny

ARCABUCERO, obra de Mariano Fortuny

MISCELANEA

Bellas Artes. – BRUSELAS. – La Sociedad Real de Acuarelistas ha inaugurado una exposición internacional de acuarelas, en la que figuran 233 obras de artistas belgas, holandeses, franceses, italianos y alemanes, especialmente berlineses.

DRESDE. – La Unión de Artistas, que se separó recientemente de la Asociación Artística, ha celebrado su primera exposición, cuya impresión general aumenta las simpatías que desde luego despertó ese grupo al que pertenecen todos los artistas jóvenes de Dresde que rinden culto al progreso de las bellas artes. Las obras expuestas son 119 de 35 autores, entre los cuales sobresalen Bantzer, Baum, Sterl, Ritter, Claudius, Mediz, Muller-Breslau, Luhrig y la señorita Mediz Pelikan: paisajes en su mayoría, y casi todos primaverales ú otoñales, tienen el encanto de todo lo que está íntimamente sentido. Entre los que exponen figuras merecen citarse Voigtlander Tetzner, Estler, Mangelsdorf, Glockner, Richter y Unger. De los escultores, son dignos de mención Poppelmann y Hecht, que han presentado dos bustos pintados y Rentsch, padre é hijo, que exponen respectivamente un hermoso retrato en relieve y elegantes grupos de flores de carácter decorativo

– En el salón artístico de Ernesto Arnold se ha celebrado una exposición de obras de la escuela de Glasgow que permite formar idea clara y completa de la escuela escocesa, tan discutida en estos últimos años.

Teatros. – *Madrid.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *Miel de la Alcarria*, drama en tres actos y en prosa de D. José Felíu y Codina, de argumento interesante, basado en un pensamiento bonito, bien desarrollado y escrito en bellísima prosa; en la Zarzuela *Mujer y reina*, zarzuela en tres actos, cuyo libro, del Sr. Pina y Domínguez, es muy gracioso y está tomado de una obra extranjera, y cuya música, del maestro Chapí, es preciosa y contiene algunas piezas que son sin disputa de lo mejor que ha escrito tan celebrado compositor; en la Alhambra *El hijo del torrente*, interesante drama en tres actos y en verso de los Sres. Molina y Santana; y en Martín *Figuritas de barro*, gracioso sainete en un acto de Navarro Gonzalvo y Rojas. En el Español, que ha sido objeto de grandes mejoras, siendo hoy uno de los más lujosos coliseos madrileños, ha comenzado sus funciones la compañía de María Guerrero, la cual ha inaugurado sus tareas con la hermosa comedia de Moreto *El desdén con el desdén*, puesta en escena con un lujo y propiedad extraordinarios. En el Real ha debutado la famosa tiple Emma Calvé, á la que el público ha dispensado sendas ovaciones entusiastas en cuantas representaciones ha tomado parte, aplaudiéndola no sólo como cantante sino que también como actriz: Emma Calvé, que á su talento artístico une una gran belleza, había de ingresar por vocación decidida en la Asociación de Damas de Saint Afrique, en Francia; pero la muerte de su padre, un ingeniero catalán, la hizo variar de propósitos, y para atender á las necesidades de su familia, aprovechando sus excelentes aptitudes para el canto, de las que había dado admirables pruebas en el coro del Sagrado Corazón de Montpellier, abrazó la carrera que tantos triunfos le ha proporcionado.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La bojería*, comedia en tres actos y en prosa de D. José Got y Anguera, de interesante argumento, en el que se mezclan hábilmente una acción cómica y otra dramática; y en el Eldorado *Los tres claveles*, zarzuela en un acto de los Sres. Tovar y Cuevas con bonita música del maestro Cotó. En el Principal, la señora Alvarez Tubau ha podido apreciar con motivo de su beneficio la alta estima en que la tiene el público barcelonés, que le tributó una ovación tan cariñosa como entusiasta. En el Liceo siguen con gran aplauso las representaciones de la eminente artista señora Darclée, que ha obtenido nuevos triunfos en *Cavalleria rusticana*, ópera de Mascagni que ahora ha obtenido mucho más éxito que cuando se estrenó hace dos años: en el propio teatro continúan representándose los magníficos bailes *Coppelia* y *El hada de las muñecas*.

Necrología. – Han fallecido:

Salomón César Malan, eminente filólogo y orientalista inglés, conocedor profundo de las literaturas hebrea, sánscrita, china, armenia, kopta, asiria, etíope, menfítica, gótica, georgiana, eslava, anglo-sajona, árabe, persa, tibetana y japonesa: era además un gran naturalista y un artista notable.

Carlos Tomás Newton, célebre arqueólogo inglés, uno de los que más han fomentado y enriquecido la colección de antigüedades clásicas del Museo Británico de Londres.

Carlos Burton Barber, notable pintor inglés, especialista en la pintura de niños y de perros.

Federico Warnecke, verdadera autoridad en materia de Heráldica, autor de importantes obras heráldicas.

Estanislao, conde de Kalckreuth, notable pintor alemán, fundador de la Escuela de Bellas Artes de Weimar.

Juan Gigoux, uno de los pintores franceses que de más nombradía gozaron en su tiempo, perteneció á la escuela romántica y se dedicó especialmente á los cuadros de historia y á los retratos.

Heemskerk van Beest, notable pintor marinista holandés.

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

–¡Eh, buen hombre!, gritó Jacobita saliendo de improviso de su escondite; veamos si vigila usted un poco ese caballo. ¡Eh!, volvió á repetir. ¿No oye usted lo que le digo?

El montañés miró á su mulo, y sin hacer caso de aquellas palabras, siguió confeccionando sus ruecas.

Jacobita se adelantó.

–¡No tiene usted poco descaro!, gritó. ¿Quiere usted retirar de ahí el mulo?

–Mi mulo no hace nada malo, señorita, contestó el montañés, pues pace en mi prado y no en el de ustedes.

–¡Cómo! Aquí es donde termina su propiedad. ¡Retírese usted pronto!

–¡No, señorita! Usted es la que está en mi posesión. Por ese lado, el límite se halla detrás de usted, puesto que es el arroyo.

Jacobita se había equivocado y esto la puso furiosa.

–¡Muy bien, repuso, ya arreglaremos eso!

Pero sin mirar á la joven, el montañés continuó haciendo sus ruecas.

Así transcurrieron algunos minutos.

–¿Y ahora?, gritó de pronto Jacobita. ¿Me equivoco también?

El montañés se levantó.

–No, señorita, contestó, corriendo hacia su mulo.

–¡Ah! Lo reconoce usted así, tunante! ¡Pues aguarde un poco!

Al decir esto, la sobrina del padre Bordes, cogiendo un guijarro, arrojóle contra el cuadrúpedo; pero como no le tocase, su cólera aumentó. Entonces cogió otro, y esta vez fué más feliz, pues el animal recibió el golpe en un costado.

–Señorita, dijo el montañés, tenga usted la amabilidad de no hacer daño á mi mulo.

Pero la joven estaba demasiado excitada para detenerse tan pronto, y además ¡era tan encantador el movimiento de su brazo al arrojar las piedras, y producía tan gracioso efecto su manga á la última moda al inflarse como la vela de un navío! ¡Y qué hermosa estaba con el cabello flotante sobre la nuca!

–Señorita, gritaba el montañés, ruego á usted que perdone á mi caballo, pues ya no está en tierras ajenas.

–¡Pero ha estado!, contestó la intrépida joven.

Y otra piedra rozó la cabeza del *Morrudo*.

–¡Ah!, exclamó Montguillem, al fin acabará usted por dejar tuerto al pobre mulo, señorita!.. ¡Por favor!..

Pero seguían lloviendo piedras, y el mulo huía al golope, buscando un refugio.

Silverio se indignó.

–¡Ah!, gritó con tono amenazador, será preciso que concluya usted de una vez.

Y se dirigió hacia Jacobita.

–¡Socorro!, gritó la joven. ¡A mí!

Y escapó atemorizada, pero volviendo después, cogió una piedra más grande y lanzóla contra el montañés. Entonces se oyó un golpe sordo; el joven guía profirió una queja, llevándose las manos á la la frente, y entre sus dedos brotó la sangre.

–¡Ah, Dios mío! ¿Qué he hecho?, exclamó Jacobita.

Silverio se había detenido, y sus manos estaban enrojecidas.

Al ver esto, la joven dejó escapar un grito de horror, murmurando:

–¡Qué miserable soy!

Y huyó hacia el presbiterio cerrando los ojos, corrió sin mirar tras sí, y llegó ante la puerta del jardín; pero tuvo miedo de entrar, de acercarse á Poupotte, y de darle á conocer su mala acción, tal vez su crimen.

–¡Oh, Dios mío!, volvió á repetir, ¡oh, Dios mío!

Enloquecida, remontó hacia la cascada, á través de los espinos, los arbustos y las rocas, buscando un agujero cualquiera, un lugar obscuro donde poder ocultarse, donde le fuese dado abrir otra vez los ojos sin ver aquellos dedos enrojecidos, aquellas manos ensangrentadas del joven montañés.

Al fin encontró una mole derrumbada, una inmensa pared de granito mal aplanada en el suelo, y pasando por debajo, refugióse en un rincón y no se movió.

La caída del agua próxima le enviaba á su frente nubes heladas, cuya frescura no sentía Jacobita. La tarde era serena: por el Levante, detrás de una pelada montaña, un pico cubierto de nieve resplandecía en aquel momento, herido por los rayos del sol; más abajo, un angosto desfiladero, que permitía ver la claridad azulada de un lago lejano, obscurecíase ya con las primeras sombras de la noche, como un río negro, y solamente se oía el estrépito de la cascada, el choque de las aguas espumosas sobre las rocas.



... se encaminó nuevamente hacia la gruta

Jacobita temblaba como una chiquilla; habíase refugiado allí sin reflexionar, impulsada por la vergüenza y el terror, pero muy pronto recobró la razón.

–¡Es preciso que vaya á verle, díjose; es preciso que yo le lleve algún socorro!

Jacobita se levantó, y con la misma rapidez con que antes huyera volvió al prado.

Ya no estaba allí el joven montañés; la pradera había quedado desierta.

Entonces el corazón de Jacobita se conmovió; adelantóse hasta llegar á la orilla del arroyo y encontró el sitio desde donde había arrojado las piedras. Diez pasos más allá pudo ver una mancha de sangre sobre la hierba, mancha muy grande, de la cual partía como una senda un reguero de gotas rojizas.

–¡Se ha marchado!, murmuró Jacobita.

Y siguió aquellas señales, que se prolongaban á través del prado hacia la cumbre de la montaña; andaba de prisa, mirando siempre las rocas desprendidas y aquellas gotas de color rojo, que eran la sangre del joven montañés; y así franqueó por dos pendientes muy empinadas el alto muro natural que se elevaba detrás del caserío. Cuando estuvo al otro lado vió de nuevo las señales rojas, y siguiéndolas otra vez llegó á un barranco donde corría un agua muy espumosa, sin duda el sobrante de la cascada; un poco más lejos vió como un caos de piedra, y al fin se encontró delante de una especie de gruta, cuya entrada resguardaba una puerta carcomida.

La joven se detuvo.

«¡Aquí es!,» pensó con el corazón oprimido.

Después de vacilar algunos segundos, acercóse al fin, inclinó la cabeza y dirigió una mirada al interior de la gruta; pero nada vió. Solamente pudo oir el ruido que producía un caballo ó un mulo golpeando el suelo con uno de sus cascos. El montañés debía haber vuelto á subir con su cuadrúpedo.

–¿Está usted ahí?, preguntó Jacobita con voz muy tímida, que expresaba bien el arrepentimiento. ¿Está usted ahí, Sr. Montguillem?, repitió. Le ruego que me conteste y que abra la puerta si puede hacerlo.

Jacobita no obtuvo respuesta; todo estaba silencioso en la gruta.

–¡Mire usted, me arrodillo, continuó la joven, me arrodillo á los pies de usted, y no me levantaré hasta que haya abierto.

Y uniendo las manos lloró de remordimiento y desesperación; mas la puerta permaneció cerrada; ningún ruido se oía en la obscura gruta.

–¡Oh, díjose Jacobita, si hubiese muerto!..

Dominada por esta idea levantóse, empujó la puerta y pudo entrar. Entonces se halló en una especie de galería ó pasadizo, con techo de roca de color gris, cuyas moles irregulares se perdían en la sombra: al principio no vió nada; pero adelantándose á tientas, tropezó contra un cuerpo inmóvil, tendido en el suelo.

– ¡Ah, exclamó inclinándose, es usted, y no ha muerto!.. ¡Oh, le pido á usted perdón; ignoraba lo que hacía!

La joven se arrodilló de nuevo, ocultando el rostro entre las manos y prorrumpió en sollozos.

Había visto el rostro del montañés en la sombra, un rostro pálido y triste, cuyos ojos le miraban con timidez, y también había notado que una venda blanca, manchada de rojo en el centro, rodeaba la cabeza de Silverio.

Con la frente inclinada, Jacobita sollozó durante un minuto, y sus ojos permanecieron cerrados para no ver los de su víctima, cuya mirada grave había de seguirla á todas partes.

– ¡Perdón!, volvió á decir. Yo no suelo ser mala, y no quería hacer á usted daño alguno. No sé lo que pasó por mí; durante un momento estuve loca sin duda, y ahora me creo muy desgraciada. ¡Oh, si pudiera dar á usted mi sangre para compensar la que ha perdido!.. ¡Perdóneme usted, perdóneme usted!

Y la joven pronunció estas palabras con tal grito de dolor, que el montañés se conmovió sin duda, pues Jacobita le oyó contestar con voz débil:

– ¡Perdono á usted, señorita! No se aflija más por esto.

– ¡Oh, gracias!, exclamó la joven, dejando ver su rostro. ¡Qué bueno es usted, qué bueno!

Y sin echarlo de ver, Jacobita había cogido una mano del montañés y estrechábala entre sus dedos temblorosos.

– Supongo que la herida no es grave, ¿eh? Tranquilíceme usted pronto, porque esa sangre me ha espantado mucho. Sin duda eso no será nada.

– Así lo espero, señorita. He oído decir que las heridas de la cabeza son mortales ó insignificantes; si hubiese de morir, paréceme que ya estaría en el otro mundo; y por otra parte creo que ya no mana sangre de la herida.

– ¡Oh, tanto mejor! ¡No, eso no será nada! ¡Voy á cuidarle tan bien que curará usted muy pronto! ¡Ah! Ya lo verá usted, Sr. Silverio. En el convento he recibido lecciones de medicina práctica, que hace algunos años nos enseñan. Yo soy muy entendida; déjeme usted hacer á mí... Por lo pronto tiene usted la cabeza demasiado baja, y la sangre podría correr de nuevo.

– Creo que tiene usted razón, dijo el montañés.

Y se incorporó, apoyándose en el codo.

– No, dijo Jacobita, no se mueva usted, ni sea imprudente. Yo soy quien ha de levantarle; no haga usted ningún esfuerzo. ¿Qué tiene usted aquí? ¿Hay heno?

– Sí, el pienso del mulo.

– Muy bien: déjeme usted ponerle un poco más debajo de la cabeza. ¡Ah, así! ¿Se siente usted mejor ahora?

– Seguramente.

– ¡Muy bien!

La joven hizo una almohada de heno muy suave, separando las hierbas demasiado gruesas, para que el montañés no se arañase la cara.

– ¿Está usted bastante abrigado?, preguntó Jacobita. El tiempo refrescará, y veo ahí su capote sobre una piedra. Permítame usted echárselo encima ¡Uf, cómo pesa! Le producirá el mejor efecto. ¡Cuánto me gustaría tener un edredón como ese!

Charlando así, la joven iba y venía apresuradamente por la gruta, feliz y risueña; mientras que con sus ojos tristes el herido la miraba silenciosamente, algo avergonzado al ver á una señorita tan linda dar vueltas en aquel mísero albergue.

Jacobita adivinó sin duda este pensamiento, porque exclamó con la mayor sinceridad del mundo:

– ¡Dios mío, qué divertido es pasar aquí un rato! Cuando yo sea mayor de edad compraré una gruta como esta, y ya no saldré de ella. ¿No habrá por aquí alguna otra para alquilar? Ya me la indicará usted, ¿no es verdad?

Jacobita se paseó después bajo las bóvedas, admirando la residencia del montañés, y poco á poco, acostumbrados ya sus ojos á la penumbra, pudo distinguir los objetos que la rodeaban, y vió el mulo en una gruta inmediata.

– ¡Es la cuadra!, exclamó. ¡Oh, y hay mucho sitio! ¡Qué sólido es todo esto!.. ¡Y aquí hay otro aposento! ¿Es el salón de usted? ¡Oh, qué encantador! Pero no hay palmeras en los ángulos... ¿Y qué es aquello que hay allá abajo? ¡Ah, supongo que será el gabinete!.. ¿Recibe usted de cuatro á siete?.. Solamente falta una antecámara con un oso de tamaño natural para tener los paraguas entre las patas... No haga usted caso de lo que digo, porque hablo en broma; pero en el fondo me parece todo esto encantador, se lo aseguro á usted.

Jacobita, interrumpiéndose bruscamente, añadió:

– Soy una aturdida, y debería comprender que le canso á usted con tanto hablar. Voy á dejarle dormir, porque lo necesita; pero muy pronto volveré.

Al decir esto se alejó de puntillas, como una enfermera silenciosa, dejando ver sus graciosas botinas; pero cuando hubo llegado á la puerta se volvió de pronto.

– Dos palabras más, añadió. ¿Quiere usted decirme dónde come? No he visto cocina por aquí, y me parece que los hornillos escasean. Supongo que alguna mujer le hace la comida en el pueblo. ¿No es así?

– En verano, repuso el montañés, como en casa de Artiguenabe, el carpintero de Gargos; y en invierno tengo aquí víveres, pan duro, patatas y algunas conservas. Algunas veces, cuando no hay demasiada nieve en los senderos, como en Aigues-Vives.

– Pero ¿dónde cenará usted esta noche?

– ¡Oh! No necesito nada.

– ¡Vaya una ocurrencia! Me parece, por el contrario, que debe estar usted muy débil después de semejante sangría. Voy á traerle un huevo pasado por agua, y entretanto descanse usted.

La joven se marchó presurosa para no oir la negativa del montañés. Atravesó rápidamente el caos de piedras, franqueó el agua espumosa del barranco, bajando por los escalones cortados en el granito, vió otra vez el prado, el jardín y el presbiterio, y muy nerviosa, con mucha emoción sin duda, pero con menos vergüenza de la que hubiera creído, refirió á la criada del cura todo lo ocurrido, absolutamente todo, manifestándole cuál había sido el origen de la disputa, cómo infirió la herida y cómo obtuvo después el perdón.

– ¡Haga usted dos huevos pasados por agua, Poupotte! Son para el joven montañés, y quiero llevárselos en seguida.

Al ver la mesa servida del comedor del presbiterio, la misma Jacobita comió aceleradamente como un viajero en el *restaurant* de una estación.

– No haga usted caso, Poupotte, dijo á la cocinera; otra vez saborearé sus platos con más calma. Su comida es exquisita. Déme usted los dos huevos.

Y tomando pan, un cuchillo, una cuchara y una botella de vino de España, la joven se encaminó nuevamente hacia la gruta.

El sol se ponía. A los pocos minutos llegó Jacobita á la gruta; pero no se atrevió á entrar desde luego, temiendo despertarle si dormía, y permaneció inmóvil en el umbral, atento el oído y conteniendo la respiración.

Pero el herido se agitó mucho en su lecho de heno, como para significar que no dormía.

Entonces la joven empujó la puerta alegremente.

– ¡Aquí están, dijo, y aún calientes! Despachemos pronto.

Pero el montañés no quiso. ¡No, no, no tenía gana! Y lo juró así, diciendo que la señorita era demasiado buena, y que no merecía tantas bondades...

– ¡Calle usted, que se cansará!, replicó Jacobita. ¡Vamos, incorpórese usted pronto!

Y sin escuchar las protestas del guía, la joven cascó un huevo vivamente con la punta del cuchillo.

¡Ah, Dios mío!, exclamó de pronto, ¡se me ha olvidado la sal!.. ¡Espere usted, voy á pedírsela á Poupotte!

Silverio retuvo á Jacobita por la manga de su vestido.

Señorita, aseguro á usted que es inútil... ¡Se cansaría usted demasiado!

Y para impedir que volviese á bajar, aventuró esta declaración de principio.

– No me gustan los huevos salados.

– ¿Es verdad?

– Ciertamente, señorita.

– ¡Pruébelo usted!

Silverio quedó cogido, pero supo salir del paso, y comió, bajando los ojos, con la turbación del pobre diablo que hubiera tenido por sirvienta una reina.

Jacobita sostenía el huevo con una mano, y con la otra mojaba pedacitos de pan.

– Hubiera podido traer una huevera, dijo la joven, pues á fe que no faltan en casa..., pero en fin, iba ya demasiado cargada, y usted no se enfadará por eso.

Hasta que el guía hubo vaciado el huevo, no se atrevió á decir:

– Yo tenía una huevera en el cofre..., el señor cura me la regaló por Pascua.

– Pues bien: la tomará usted para comerse el otro huevo.

– No, señorita; ya tengo bastante. Doy á usted las gracias.

– ¿De veras?

– Sí, señorita.

– ¡Pues entonces beba usted un trago!.. Es muy fácil. ¡Oh!, chupando, yo se lo ruego. ¡Me agrada mucho eso! Veamos si usted es práctico. Yo no sé beber así, pues no hago más que chupar y no puedo conseguir que el líquido salga. ¡Enséñeme usted!.. ¿No? Pues entonces voy á buscar un vaso.

Silverio no tuvo más remedio que beber; y Jacobita se dió por muy contenta con oir el *glú, glú* del vino de España en la garganta del guía.

– ¡Bravo, muy bien! Ya me dará usted lecciones cuando se haya curado.

Y cogiendo la botella, Jacobita la tapó y dejóla en un rincón. Después, al ver el huevo que había quedado, se le comió valerosamente sin sal.

– ¡Bah!, exclamó, no es tan malo como yo hubiera creído; pero á decir verdad, tengo un apetito en esta gruta... No sucede aquí como en aquellas salas de estilo de Enrique II... ¡Ah!, exclamó bruscamente, poniéndose en pie con su viveza ordinaria, se me olvidaba ese pobre mulo...

Antes que el guía tuviese tiempo para pedir explicaciones, Jacobita estaba ya fuera; pudo oir sus pasos precipitados sobre las piedras, y á los pocos instantes la vió volver, algo sofocada, con un gran cesto lleno de legumbres.

– ¿Le gustan las coles?, preguntó. ¿Y las zanahorias? También le he traído algunos nabos.

Y acercándose á *Morrudo*, la joven le ofreció aquellas diversas legumbres.

El montañés se incorporó, apoyándose en un codo.

– ¿Dónde ha cogido usted eso, señorita?, preguntó.

– En el huerto de mi tío. ¡Ah! Las coles no valen gran cosa. Tontón no se ha distinguido este año.

Pero el mulo no era tan difícil de contentar, y comía de la mejor gana, mirando con sus grandes ojos de animal espantado á la linda joven desconocida que hacía poco le arrojaba piedras y ahora le trataba con tanta munificencia. Sin embargo, la filosofía no alteró su apetito, y bastáronle cuatro lengüetadas para tragarlo todo. Cuando hubo concluído, sus orejas se enderezaron hacia Jacobita, y produjo una especie de relincho muy expresivo, que significaba: «¡Un poco más!»

– *Morrudo*, díjole su amo, eres muy impertinente.

Y bajando de nuevo los ojos, Silverio balbuceó con una voz apenas inteligible:

– Señorita, permítame usted darle gracias, así por mí como por el cuadrúpedo. Es usted mil veces demasiado buena, y si antes recibí mal sus palabras en el prado, ruego que me las perdone.

– ¡Oh! No hable usted así, repuso la joven, conmovida hasta el punto de llorar casi. Yo soy quien ha cometido una falta, y quien debería tener vergüenza de presentarme aquí. Dispénseme si vuelvo otra vez á verle: espero llegar á ser su amiga... Y ahora, buenas noches, Sr. Silverio. ¡Hasta mañana!

Y ofreció su fina mano, su mano confiada, que en el fondo de aquella gruta, invadida ya por la obscuridad de la noche, parecía recoger en su blancura los últimos rayos esparcidos á su alrededor, y sus dedos oprimieron con simpatía los de la mano del joven montañés.

– ¡Hasta mañana, *Morrudo!*, dijo después, acariciando el lomo del cuadrúpedo.

Jacobita se alejó lentamente en dirección al pueblo de Gargos, mirando á lo lejos sobre las montañas obscurecidas un esbelto pico sonrosado, cuyo frente iluminaban los últimos rayos de un sol moribundo.

Pero en aquel momento oyóse el tañido de una campana vecina: Poupotte tocaba el *Angelus* bajo una especie de cobertizo apoyado contra la iglesia, y que hacía las veces del campanario demolido por las avalanchas.

Entonces la joven, recordando las recomendaciones de su padrino, entró en el jardín del presbiterio, cogió algunas flores y fué á depositarlas en el altar de María. Después, muy piadosa y un poco turbada por la obscuridad de la noche, se arrodilló delante de la santa imagen; rezó fervorosamente, recorriendo todas las cuentas de su rosario, y á cada diez pensaba:

– ¡Santa Virgen, aunque no sea de los más grandes, ni siquiera de los más RUBIOS!..

Apenas Jacobita hubo salido de la gruta, Silverio se durmió, con un sueño tranquilo y reparador.

Sus ojos no se abrieron hasta la hora del alba, y entonces permaneció un instante sobre su lecho de heno sin moverse, sin pensar y sin sentir apenas en su cerebro ese hormigueo sutil que producen las ideas nacientes. ¡Oh! Aquella mañana, esas ideas tenían un color muy agradable.

El montañés, tocando su frente, se acordó de la herida, y también de la hermosa joven, de sus solícitos cuidados, de las manos blancas y delicadas y

de su dulce voz. ¿Era posible que una joven tan rica y tan bella se hubiese arrodillado delante del mísero montañés tan pobre y despreciado? ¡Oh! ¡Qué honor había sido para él que aquellos frescos brazos, llenos de perfume y adornados de encajes, se hubiesen movido alrededor de su frente ensangrentada! ¡Conque la señorita había tocado aquel heno tan basto y aquel capote tan tosco, dignándose acariciar á *Morrudo* con sus finos dedos, que no parecían propios más que para acariciar á las avecillas!

Silverio no podía dar crédito á sus recuerdos; esto no era posible; sin duda había tenido un sueño extravagante. Y fué preciso que mirase aquella botella de vino de España en un rincón, las cáscaras de los huevos junto al lecho y las huellas impresas por los tacones de las botinas en la tierra blanda del suelo, para creer en aquella inverosímil prueba.

La luz del día penetró en la vivienda del montañés, y sobre la bruma del valle divisáronse en un fondo amarillento las cumbres violáceas de las montañas.

Silverio se puso en pie; no experimentaba malestar alguno, y la herida de su frente le parecía curada, aquejándole tan sólo una ligera debilidad en las piernas. Acercóse á *Morrudo*, renovó el pienso, y cogiendo después una escoba oculta en un rincón barrió la gruta. Después, con un trapo y un cepillo que sacó de su cofre, limpió todos los objetos que le pertenecían; terminada esta operación, fué á lavarse en el arroyo inmediato, y sintiendo un poco de fatiga, cogió una silla de tijera, la única que poseía, para ir á sentarse á la entrada de la gruta, detrás de la puerta carcomida, junto á las huellas que Jacobita había dejado la víspera en la tierra blanda del suelo.

El sol no se veía aún porque las montañas le ocultaban; pero el tono amarillento del cielo tomaba un viso azul, mientras que las cumbres violáceas se teñían de blanco. Silverio adivinó que eran las ocho: desde allí no se podía oir más que la respiración del mulo y también el rumor de las aguas en las pendientes del Gargos.

Sin embargo, un ruido de pasos llamó muy pronto la atención del montañés; levantóse, miró por la abertura de la gruta, y palideció un poco: acababa de divisar la cabeza de Jacobita detrás de las rocas desprendidas de los primeros planos.

Después la vió adelantarse, y sus ojos tristes se iluminaron.

–¿Despierto ya?, exclamó Jacobita, acercándose á la gruta. ¿Cómo va hoy? ¡Tiene usted muy buen aspecto!.. ¡Pues bien: tanto peor para mí, que deseaba agobiarle con mis solícitos cuidados!..

Jacobita entró en la gruta y dejó en el suelo una caja grande con asas de cobre.

–Es el botiquín de mi tío, dijo. ¡Voy á curarle á usted..., y con todas las reglas del arte!

Al pronunciar estas palabras, sentóse en la silla de tijera para respirar un poco.

–¿Ha dormido usted bien?, preguntó á Silverio.

–Sí, señorita.

–¿Y el mulo, ha pasado buena noche?

–¡Es probable!

–En efecto, me mira con ojos muy claros, repuso la joven; pero no hay tiempo que perder. Siéntese usted... ¡Así!

–¿Para qué, señorita?

–¡Eso no le importa á usted!.. ¿Dónde tiene usted el agua?.. ¡Ah, sí, la cascada! ¡Qué lujo!

Jacobita abrió su caja, cogió una probeta, fué á llenarla en el barranco, púsola sobre un trípode, encendió una lamparita de espíritu de vino y calentó el agua.

–Procedamos con orden, dijo. ¡Incline usted la cabeza!

Silverio comprendió entonces.

–Doy á usted gracias, señorita, dijo; mi cabeza se curará por sí sola.

–¡No trate usted de resistirse; yo le inferí la herida, y es preciso que yo le cuide!

Y Jacobita sacó de la caja una infinidad de estuches, de frasquitos, de pinzas, y en fin, todo un arsenal de cirujano.

–¡Pero, señorita!., exclamó Silverio retrocediendo.

–¡Basta!

–Usted es demasiado bondadosa, repuso el joven; aseguro á usted que no necesito nada.

–¡Y usted es un ignorante! Una llaga mal curada puede conducir á la gangrena. ¡Ya conozco yo eso!

–Y yo también, señorita, pues he tenido heridas veinte veces, y jamás necesité...

–¿Será preciso arrojarle á usted más guijarros á la cabeza?, preguntó Jacobita á la vez enojada y risueña.

Silverio cedió de la mejor gana.

–¡Si esto me divierte!, balbuceó la joven, desarrollando una venda.

El montañés vió los lindos y ligeros dedos finos y perfumados que pasaban y repasaban por delante de su frente, y comprendiendo que se ruborizaba, cerró los ojos lentamente.

–¡Ah! Ahora se turba usted... ¿Qué le sucede?

Jacobita no se ruborizaba, porque no había en ella segunda intención; bien persiguiese al montañés á pedradas, ó ya con palabras dulces le ofreciera huevos pasados por agua, Jacobita era cándida como una niña, inocente como una virgen sin amor. Ante ningún hombre se había sentido mujer aún; pero dotada de un temperamento nervioso y de una vitalidad febril, lo hacía todo con pasión, lo mismo el bien que el mal; y sus músculos, su cerebro, su corazón, todo en ella, en fin, necesitaba obrar sin reflexión y sin medida.

Suavemente con sus pequeñas manos levantó la venda, y como el agua se había calentado ya, apagó la lamparita; después, destapando un frasco, vertió algunas gotas de color pardusco en la probeta.

–Es ácido fénico, dijo; el antiguo desinfectante de mi tío. En el convento tenemos el sublimado corrosivo y drogas muy bien arregladitas... ¡Ahora no se mueva usted!

Jacobita cogió algunas hilas, sumergiólas en el líquido tibio, y cerró después la herida de Silverio delicadamente para desprender del todo el vendaje. Esta operación duró un minuto.

–¡Uf! Ya está, exclamó la practicanta, levantando la venda sobre su cabeza. ¡Oh, qué buen color tiene la herida!

Y volviendo á coger las hilas, empapólas otra vez en ácido fénico y lavó minuciosamente la frente del montañés. Bajo su mano las hilas parecían frescas, suaves, untuosas, como la extremidad de un ala que roza, ó un poco de brisa que refresca el rostro, ó una sombra que se proyecta cariñosa.

–¡Qué lástima que no sea cosa más seria!, dijo Jacobita alegremente; entonces hubiera podido hacer gala de mis conocimientos, al paso que ahora no podré deslumbrarle con mi ciencia quirúrgica.

La joven hubo de contentarse con una cura mezquina; pero buscó la compensación en las hilas hidrófilas, de las cuales aplicó enormes capas; después cogió una venda muy blanca, y arrollóla en la cabeza del montañés muy laboriosamente. Con ademanes violentos dió vueltas y más vueltas á la venda, y el herido pareció muy pronto un turco con turbante.

–Póngase usted la boina encima, dijo Jacobita. ¡Así! ¡Está usted magnífico!

Y volviéndose hacia el mulo añadió:

–¿Le reconoces ahora, *Morrudo*? ¡Es tu amo, es Silverio Montguillem en persona!

Y la joven se dirigió presurosa á la cuadra.

–A propósito, dijo al montañés, veo que no causé ninguna herida al mulo. ¡Qué extraño me parece!

Así diciendo, Jacobita examinó á *Morrudo* cuidadosamente y hubo de convenir en que nada tenía que curar.

–Otra vez será, dijo. No me olvide usted cuando el pobre animal se rompa algo...

Jacobita arregló el estuche, las pinzas y los frascos; cerró la caja, y la puso cuidadosamente en un rincón de la gruta.

–Esto servirá para mañana, observó. Entretanto voy á dar una vuelta por el presbiterio. No se mueva usted, pues dentro de un cuarto de hora estaré de vuelta.

La joven reapareció muy pronto llevando una cesta de provisiones.

–Ahora vamos á almorzar juntos, Sr. Silverio He obtenido permiso de Poupotte para comer en la montaña. ¡Ya verá usted cómo me mima!

Y de la cesta sacó al punto dos chuletas, jamón, un bote de leche cuajada y bizcochos.

No dejó el frugal montañés de rehusar, pero fué tan poco afortunado como la víspera. Almorzó, probando de todas aquellas delicadezas para que su compañera de almuerzo no le pegara, y cuando hubieron terminado, Silverio se levantó é hizo ademán de salir; pero la joven se opuso.

–¡Orden del médico, caballero!, exclamó.

–Pero advierta usted, repuso el guía, que debo conducir á mi mulo al pasto.

–¡Ah, sí, es muy justo! Desátele usted; yo iré.

–¡Oh, señorita, no diga usted eso!..

–¡Pues va usted á verlo!

Y desatando al mulo, cogió la extremidad del ronzal y dirigióse hacia la puerta.

–¡Señorita, deténgase usted! ¿Qué dirán?

–¡Que digan lo que quieran!

–¿Y si cocea?

–¡Oh! No lo hará; le creo más galante

Y volviéndose hacia el mulo, gritó:

–¡Arre, arre, *Morrudo*! ¡Al pasto!

Y quieras que no, llevóselo consigo.

Silverio pudo oir cómo las cascos del animal chocaban contra las piedras desprendidas, resonando sobre los escalones de granito, y cómo el cuadrúpedo bajaba hacia los prados de Gargos.

El guía permaneció mudo y estupefacto.

Hallábase sin resistencia ante la joven; entre ella y él, los hechos parecían invertidos; Jacobita mandaba con el aplomo de un hombre, y él obedecía con la dulzura de una mujer.

Sin embargo, aunque le estuviese prohibido salió un instante, anduvo entre las rocas sin hacer ruido, franqueó el arroyo de la pequeña cascada, é inclinóse sobre la estribación de granito para ver lo que pasaba abajo. Entonces vió á Jacobita, que con la mayor gravedad hacía pacer á *Morrudo*, llevándole de un lado á otro, cogido el ronzal; y poco después, como la hierba era más alta al otro lado del arroyo, la joven compasiva no vaciló en trasladar á aquel sitio al cuadrúpedo.

–¡Oh, señorita, esa es la pradera de su señor tío! ¿Qué dirá, qué dirá?

Silverio quiso gritar estas palabras á la joven; mas no atreviéndose, volvió á entrar en su gruta, pensando en las trágicas explicaciones que seguramente tendría con el padre Bordes cuando el digno varón regresase de Tolosa.

Jacobita volvió á mediodía; *Morrudo* tenía la panza bien redondeada.

–¡Vamos, que no ha sido malo el almuerzo!, exclamó la joven, volviendo el mulo á su establo. ¡Se le ha dado azúcar para postre!

–¿No se ha equivocado usted de pradera, señorita?, se aventuró Silverio á preguntar. ¿Es mi hierba la que ha comido?

–Sí, de la de usted primero, y después de la de mi tío para principio.

–¿Qué dirá el señor cura?

–¡Eso es cosa mía, caballero! Supongo que no me buscará usted quimera.

Y añadió sonriendo:

–¡Ahora que he trabajado bien, cuénteme usted algo; hábleme mucho, sea de lo que fuere, de sus padres, de su infancia, de su país..., que tanto me agrada!

Al oir estas palabras, el montañés se transfiguró.

–¿Ama usted mi país?, dijo. ¡Oh! ¡Gracias! ¡Cuán dichoso me siento!

Silverio adoraba también su país natal; esto era en él una manía; no pensaba más que en las montañas, y solamente le interesaban los hermosos, los encantadores Pirineos.

–¡Oh! ¡Gracias!, repitió á media voz.

Y sus ojos se humedecieron de agradecimiento por la elegante señorita que se dignaba otorgar su cariño á los montes, á los arroyos, á los glaciares, á todas las maravillas que se ostentaban allí bajo aquel cielo puro y luminoso.

Y entonces habló de todo cuanto ella quería, él, joven taciturno, que jamás conversaba con sus compatriotas. Habló de su padre Francisco Montguillem, viejo pastor que durante el invierno apacentaba su ganado en los eriales de Pontacq; de *Bigorra*, el asno indolente que guiaba el rebaño, y de *Pigou*, el valeroso perro que los custodiaba. También habló de Emilio Montguillem, su hermano mayor, que habitaba en Gargos: dijo que era un muchacho enfermizo, que no había podido continuar extrayendo pizarra de las canteras de Lourdes; pero que ahora desempeñaba las funciones de segundo chantre en Aigues-Vives, aunque no entendía de letras. Por último, Silverio habló de sí mismo, de su profesión de guía, la más hermosa de todas en su concepto; y enseñó sus bastones herrados, sus hachas, su carabina, su morral, la brillante placa donde estaba grabado su nombre con letras mayúsculas, y su *carnet* del Club Alpino, donde los *turistas* habían elogiado su intrepidez, su ciencia y su abnegación. Después abriendo un cofre de encina, único mueble de alguna importancia que allí había, mostró una infinidad de objetos muy heterogéneos y preciosos: libros, fotografías, cartas geográficas, piedras brillantes, flores resecas, y cuernos de gamuza, todo de los Pirineos. Aquellas flores raras habían sido cogidas por él en las montañas; las piedras en que brillaban partículas de cinc, de cobre ó de plata, él las encontró en sus excursiones; las fotografías no representaban más que cimas, abismos ó cascadas, y los libros no se referían más que á aquella región. ¡Oh qué hermosos volúmenes, tantas veces hojeados! Silverio no conocía otros; y aunque al salir de la escuela apenas podía deletrear, cuando fué mayor aprendió por sí solo á leer y á escribir para saber lo que los viajeros pensaban de su hermoso país. Y poco á poco, ahorrando continuamente, pudo comprar una veintena de libros escritos por Ramond, de Chansenque, Cuvillier-Fleury, Paul Perret, Russel, Killough ó Taine.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS NUEVAS EXCAVACIONES EN LA ISLA DE CHIPRE

Desde el año 1879 he realizado gran número de excavaciones en la isla de Chipre, movido por el deseo de encontrar antigüedades, y por cuenta, algunas veces, de gobiernos, museos y particulares; pero los más bellos é importantes descubrimientos hícelos en un viaje de exploración que por mi cuenta llevé á cabo en 1885, convenientemente armado de pala y azadón.

En aquel viaje comprendí también la importancia excepcional de la ciudad y del reino de Tamassos, tan famosos por sus antiguas minas de cobre, y más tarde, en 1889, comisionado por los Reales Museos de Berlín, tuve la suerte de descubrir algunos de los admirables sepulcros de piedra de los príncipes que allí reinaron.

La obra que por encargo del emperador de Alemania he de publicar tratará, entre otras cosas, de esas tumbas de Tamassos, que son de importancia suma, no sólo para la historia del arte chipriota, sino que también para la del arte en general, según opinión de sabios tan competentes como el doctor W. Dorpfeld, de Atenas, el profesor A. Furtwangler, de Berlín, y muchos otros.

El primero que generosamente destinó una considerable suma para una exploración alemana en Tamassos fué un gran industrial, el Sr. Harder, que actualmente reside en Mannheim. Una vez agotada la cantidad por éste concedida, la dirección de los Reales Museos berlineses facilitó los fondos necesarios para continuar las investigaciones, y actualmente el emperador de Alemania ha dado una subvención importante para proseguir las excavaciones en la isla de Chipre y publicar una obra en que se consignen y reproduzcan los resultados obtenidos, habiendo ofrecido su cooperación varios ilustres sabios y en primer término el citado profesor Furtwangler, que en 1889 y 1894 fué á Chipre, siendo uno de los que en este último año dirigieron una parte de las excavaciones, ó sea las de la Acrópolis oriental de Idalión.

La obra que se ha de publicar se titulará *Tamassos é Idalión* y tratará de estos dos reinos chipriotas.

Digamos ahora algo de Tamassos, que poseía algunos templos importantes, tres de los cuales he logrado descubrir totalmente ó en parte. Las inscripciones encontradas en dos de ellos demuestran que el uno estaba consagrado á la madre de los dioses y el otro al Apolo heleno y al dios fenicio, no menos venerado, Resef. En cuanto al tercero, en el cual se encontró un bronce arcaico de gran valor histórico, que actualmente se guarda en el Museo de Berlín, tampoco puede caber duda alguna respecto de su destino, á pesar de no haberse descubierto en él ninguna inscripción, pudiendo afirmarse que estaba consagrado á Apolo, dios del sol. De allí se sacaron una cuadriga de piedra procedente del período floreciente de Fidias, que hoy se conserva en el museo chipriota de Nicosia, aunque por desgracia en bastante mal estado, y un coloso sin cabeza y bastante estropeado por la acción del agua del río en cuyo lecho fué encontrado.



Cabeza de 4'8 metros de altura de una estatua de estilo greco-fenicio, descubierta en el templo de Apolo Resef, de Frangissa, reino de Tamassos

Ese coloso es una figura griega, envuelta en ropa talar del tipo de las figuras de Apolo que en 1883 descubrí en el templo de Voni, en la antigua Chytroi, y que he reproducido en mi obra *Chipre, la Biblia y Homero*. Las dimensiones de ese descabezado coloso son 4'25 metros de longitud por 1'05 de anchura.

Los antiguos chipriotas eran muy aficionados á las estatuas colosales. ¿Quién al ver la cabeza reproducida más arriba no recuerda el coloso de arcilla de las Sagradas Escrituras? Esa cabeza mide 4'8 metros de alto, y la estatua á que perteneció fué encontrada puesta de pie en el centro del templo de Apolo-Resef, de Frangissa, en el reino de Tamassos, no lejos de las inscripciones biográficas bilingües, escritas en idioma y caracteres fenicios y griegos chipriotas, que presentó á la Academia de Ciencias de Prusia el famoso primer bibliotecario de la universidad de Estrassburgo, el profesor J. Euting. Desgraciadamente sólo pude reconstruir la parte superior de aquella estatua, que constaba de tres piezas separadas. El estilo de esta estatua es el propio de aquella isla, el que he denominado greco-fenicio, denominación que ha aceptado luego como buena el mundo arqueológico. Es un estilo mixto, en el que entran, además de las primitivas influencias griegas y fenicias, elementos egipcios de una parte y de otra asirios.

El grabado inferior, tomado de mi citada obra publicada en 1893 en Berlín, reproduce las excavaciones de Idalión: en él se ofrece á nuestros ojos un templo chipriota, uno de aquellos cotos sagrados que se describen en el Antiguo Testamento. En primer término aparece el espacio destinado á los presentes sagrados; detrás está el crematorio con el altar, en el cual se encontraron aún entre un inmenso montón de cenizas y carbones cinco horquillas de las que se usaban en los sacrificios. A la izquierda se ve un espacio cubierto, que probablemente servía de habitación á los sacerdotes y de tesoro. El templo fué descubierto en Idalión, á cuya Acrópolis oriental dediqué durante el año último mi actividad.

Dr. Max Ohnefalsch-Richter

(De la *Illustrierte Zeitung*)

EL TELÉGRAFO IMPRESOR

DISTRIBUCIÓN DE DESPACHOS POR LA MÁQUINA DE ESCRIBIR

La información rápida es una de las más imperiosas necesidades de nuestros días, y comprendiéndolo así la acreditada agencia Havas se ha venido desde hace años preocupando en buscar el mejor medio de satisfacerla, habiéndose fijado desde un principio en el telégrafo impresor del americano M. Wright, que permite reproducir á distancia lo impreso por una máquina de escribir. Nuestro grabado reproduce en su primer término esta máquina. El manuscrito que se ha de transmitir se imprime á distancia por medio de la máquina de escribir, colocada en una estación central, y la escritura así trazada reprodúcese simultáneamente en los aparatos registradores colocados en las estaciones de recepción de los abonados. En nuestro grabado representamos detrás de la transmisora la máquina receptora.

Después de muchas vacilaciones y dificultades se ha podido instalar un servicio que funciona en las oficinas de la citada agencia. En la imposibilidad de describir detalladamente todos los aparatos que en el sistema entran, indicaremos únicamente el principio general en que se basa.

Una máquina de escribir instalada en la estación transmisora gobierna un conmutador especial que permite enviar corrientes á una línea en la cual hay varios receptores ó máquinas de escribir, que son pequeñas obras maestras de mecánica sin movi-

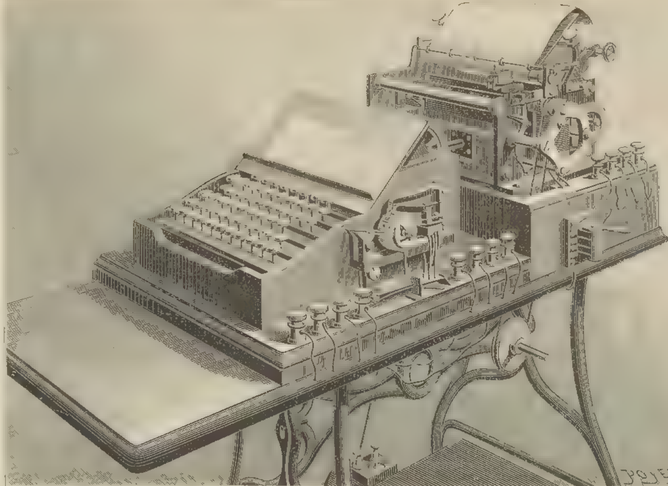


Coto sagrado descubierto en Idalión

miento de relojería. Una rueda en la que están grabadas en relieve las letras del alfabeto obedece á las corrientes que se le envían del puesto transmisor é imprime en una tira de papel de catorce centímetros de ancho los caracteres impresos. El conmutador está movido por un pequeño motor eléctrico que recibe la energía necesaria de una batería de sesenta acumuladores Tudor. La carga de estos elementos se efectúa por medio de una derivación tomada en el sector Edison. La transmisión en el circuito exterior de los aparatos se verifica á una diferencia de potencial de 100 volts y con una intensidad de 0'38 amperes.

La agencia Havas presta actualmente dos servicios, el de las carreras de caballos y el financiero, y tiene cuarenta y cinco abonados distribuídos en número de quince por circuito. Estos aparatos funcionan en París de una manera regular y el abonado ve á cada instante desarrollarse la cinta y cubrirse poco á poco de numerosas inscripciones.

Las noticias así transmitidas son preciosas: los abonados reciben desde por la mañana todas las cotizaciones de la víspera en el extranjero, y durante todo el día siguen sin interrupción las distribuciones, especialmente en las horas de Bolsa. Todos los telegramas que de todas partes llegan á la agencia Havas son inmediatamente transmitidos á los abonados.



Maquina para escribir que transmite á distancia lo que en ella se imprime.
En el primer término, la máquina de transmisión; detrás, la máquina receptora que sirve para la comprobación

Son también muy curiosos los servicios relativos á las carreras de caballos: si se trata de un acontecimiento hípico de importancia, los datos telefoneados desde el hipódromo á la agencia son transmitidos en el momento en que echan á correr los caballos, al tercio de la carrera, á la mitad y al final, de suerte que aun antes de terminar la carrera puede el abonado prever los resultados de la misma.

El precio del abono es de 1.500 francos al año para el servicio financiero y 600 para el de las carreras de caballos.

La agencia Havas está preparando la instalación de un tercer servicio, el de las informaciones políticas, para el cual habrá de emplear una máquina mucho más potente que la que ahora utiliza. Todas las máquinas necesarias no están todavía dispuestas, pero nuestro grabado reproduce algunos modelos. El transmisor, máquina de escribir, que se ve en primer término, sirve para establecer los contactos; en segundo término está el receptor, parecido a los que hay instalados en los domicilios de los abonados actuales y en cuya parte superior está la tira de papel que se desarrolla delante de la rueda impresora.

(De *La Nature*)



El nuevo Palacio de Justicia del imperio alemán, recientemente inaugurado en Leipzig, obra del arquitecto Luis Hoffmann

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 28 de enero de 1895 — Núm. 683

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO



SAINETES MATRITENSES

¡Un Murillo auténtico!, dibujo de Méndez Bringas

SAINETES MATRITENSES

¡UN MURILLO AUTÉNTICO!

Buhardilla trastera del palacio del Excmo. Sr. barón del Baratillo, abundantemente provista de esteras viejas, muebles desportillados y trastajos inclasificables.

I

ALEJO, criado de galoneada librea, y el TIJERAS, conspicuo individuo del gremio de traperos.

TIJERAS. – Ya te he dicho que no *pue* ser. Las esteras mayormente más pronto son una *calamidaz* que una *convenencia* con el calor que está *hiriendo*. Hay muy poca gente que estere la casa en agosto, y *aluego* están muy *acabás*...

ALEJO. – Es que si fueran nuevas ya se las hubiera *apandao* este cura.

TIJERAS. – ¡Ni que decir tiene! En fin, que no doy más de las quince pesetas por *too*.

ALEJO. – Pues mira la cama de hierro...

TIJERAS. – ¿Qué vas á decir de la cama? Es de las antiguas de libro, *tie* rota una pata y una barra *empalmá*, y allá en las Delicias *pa convertirla* en cama inglesa no te dan más de catorce *riales*, porque está todo muy *especulao*, amigo, y *pa* ganarte cincuenta céntimos has de echar los hígados. ¡Así los echara el ayuntamiento, mayormente que nos tiene á los artistas en las más últimas de las miserias!

ALEJO. – Pero oye, estos otros muebles...

TIJERAS. – ¡Adiós mueblista! A *cualsiquier* cosa llamáis muebles. ¡Que te calles, chico! A real la arroba *pa estillas* á los carboneros.

ALEJO. – El caso es que el señor barón me ha dado todos estos *trebejos* para mí y me hacen falta cuatro duros.

TIJERAS. – Pues, hijo, ni yo ni *denguno* del gremio te los da. Mira si por esas otras buhardillas hay algo más.

ALEJO. – Voy á ver. *(Sale y vuelve á los pocos instantes con un cuadrote, sin guarnición, roto, empolvado y lleno de telarañas. Tijeras coge un trapajo del suelo y le atiza cuatro lapos.)*

ALEJO. – Esto debe ser muy antiguo y cosa buena.

TIJERAS. – *(Con aire doctoral.)* ¡Que te calles, hombre! Justamente has *tropezao* con uno que *tie* fama en toda la Ribera de Curtidores *pa* las cosas de arte.

ALEJO. – ¿Y qué representa?

TIJERAS. – Pues esto debe ser el *Hambre de Madriz ú Los Misterios de la Inquisición*, porque aquí hay un sayón con un cuchillo y otro *espantao* con un pan en la mano. ¡Lástima de *abujero* que *tie* en la cabeza! Lo cual que le quita la mar de valor, porque *ties* que echarle media cabeza nueva, y luego *mia* qué costras le saltan.

ALEJO. – Como que ha estado sirviendo para tapar una ventana.

TIJERAS. – Pues tú dirás lo que quieres.

ALEJO. – Cincuenta reales.

TIJERAS. – ¡Ay qué gracia! Pues si en casa el *Maori* los *ties* más grandes que este, con más *feguras* que éste y más relucientes que un coche, con marco *dorao* y *too*, por cien *riales*, á escoger, lo mismo de mitología *sagrá* que de tauromaquia terrestre. Y *tie* más de mil.

ALEJO. – Bueno, hombre, pues da lo que quieras.

TIJERAS. – *Pa* llevármelo en seguida te daré siete pesetas, y *cudiao* que el restaurador lo menos me echa otras tantas por ponerlo decente, porque esto es una faena *delicá* que no entienden *toos*, y *aluego* hay que buscarle una *moldureja*, que si á mal no viene te cuesta un par de duros, y algo he de ganar yo.

ALEJO. – ¡Ya estáis buenos *guajas!*

TIJERAS. – *¡Mia* que tú también estás un pez!..

ALEJO. – En fin, para lo que á mí me cuesta..., vengan esas veintidós pesetas.

TIJERAS. – Toma siete pesetas del cuadro y tres duros de lo demás. ¿Es eso, barbián?

ALEJO. – Cabal.

TIJERAS. – Y *salú pa* gastar eso y mucho más. Voy á buscar un amigo que me ayude á llevarme *toos* estos tesoros.

El puesto del *Tijeras* en las Américas del Rastro de Madrid.

II

El TIJERAS, rodeado de sus innumerables cachivaches, aparece en actitud de leer un periódico. Aproxímase D. EZEQUIEL, vejete de cara maliciosa y largo sobretodo gris.

D. EZEQUIEL. – *(Aparte.)* Veamos si este trapacista ha pescado algo por la villa y corte que pueda ser útil para mi industria.

TIJERAS. – ¡Hola, D. *Cequiel!* ¡Cuántos días sin verle! Ya decía yo ¿se habrá muerto D. *Cequiel?*

D. EZEQUIEL. – Todavía no, querido, ni pienso por ahora. He estado fuera de Madrid.

TIJERAS. – Buscando antiguallas y chirimbolos, ¿eh?

D. EZEQUIEL. – ¡Qué se ha de hacer.., la pícara afición!..

TIJERAS. – Y hace usted *mu* ricamente si le da por ahí y *tie* posibles. Si le hubiera á usted *dao* por la *bebía*, pues igual sería; que es lo que yo le digo á la Indalecia cuando dice si me he *tomao* unas *tintas* de más con los amigos, digo *Toas las presonas tien sus distraziones*. ¡Y creo que digo algo! *¿Verdaz* usted, D. *Cequiel?*

D. EZEQUIEL. – Sí, hombre, habla usted como un libro... en rústica.

TIJERAS. – ¡Ni que decir tiene!..

D. EZEQUIEL. – Lo que estoy mirando es que hoy no hay por aquí nada que me haga avío.

TIJERAS. – ¡Anda, y tengo una *breporción* que ni *pintá pa* usted!

D. EZEQUIEL. – No veo...

TIJERAS. – ¡Pues es *menúo* el *gachó!* ¿No lo ve usted ahí detrás de la cómoda verde esa? Lo que es que lo tapan las esteras. Ahora lo sacaré. *(Separa las esteras y presenta á D. Ezequiel el cuadrote que figuró en la primera escena.)* ¿Qué tal? ¡Vaya una pieza!

D. EZEQUIEL. – *(Restriega con un pañuelo de hierbas las cabezas de los personajes pintados y las humedece con saliva.)* Esto es un mamarracho, y además está roto y hecho un asco.

TIJERAS. – Porque con esto de las *eleziones* he *andao ocupao* en sacar concejal á D. Federico.., ya lo conoce usted, y no he *podío* meterle mano á la restauración; que *sinós*, estaría más bonito que el *Pasmo de la Cecilia*.

D. EZEQUIEL. – Más vale así. *(Aparte.)* Como obra de arte no vale gran cosa, pero tiene cierto aire engañoso. *Murillea* algo.

TIJERAS. – Lléveselo usted y no se lo pondré caro. A ver si me estreno, hombre, que aún no se *acercao* hoy por el puesto alma viviente Estamos los industriales más *perdíos* que las ratas.

D. EZEQUIEL. - ¿Y cuánto quiere usted?

TIJERAS. – Me *paece* que cien pesetas...

D. EZEQUIEL. – ¡Atiza! Me parece, amigo *Tijeras*, que usted no está hoy bueno de la cabeza.

TIJERAS. – *Ofrezga* usted, aunque sea un ochavo.

D. EZEQUIEL. – En primer lugar que me importa tres pepinos el llevarlo ó dejarlo, y en segundo que soy perro viejo y sé cada cosa lo que vale. ¿Quiere usted setenta reales?

TIJERAS. – ¡Pero D. *Cequiel*..., ni que lo hubiera *robao* en una carretera! Me cuesta á mí diez duros, ahí donde usted lo ve.

D. EZEQUIEL. – Ni cuatro.

TIJERAS. – Tampoco.

D. EZEQUIEL. – Lo más que usted ha dado por este estafermo son treinta reales. ¡Si nos conocemos, hombre!

TIJERAS. – ¡El demonio que pueda con usted!

D. EZEQUIEL. – El que ha sido cocinero antes que fraile.. En fin, si te convienen los tres duros y medio, lo llevas luego á casa y añadiré para unas *tintas*. Y si no, con Dios.

TIJERAS. – No se hable más. Y qué, ¿no se lleva usted otra cosita?

D. EZEQUIEL. – Por hoy no.

TIJERAS. – Pues que *haiga salú*, D. *Cequiel*, y ya sabe usted que se le aprecia.

Sala del palacio del barón del Baratillo, decorada con tapices, vargueños, tablas góticas, cuadros bastante mediocres y muebles antiguos.

III

EL BARÓN, caballero anciano con largas melenas de estilo romántico, vestido con bata y gorro, sentado en vetusto sillón de cuero entre D. EZEQUIEL y D. JUAN, personaje petulante de raida levita. Los tres contemplan con atención el cuadrote en cuestión, forrado, restaurado, barnizado y con flamante moldura alemana barata.

D. EZEQUIEL. – A ustedes puede decírseles en confianza. Este *San Pablo* y *San Antonio en el desierto* procede de una comunidad de religiosas de Castilla la Vieja que se hallan en un apuro, y así, á la sordina, tratan de deshacerse de él. Yo me he encargado de adecentarlo y ver si se encuentra una persona de buen gusto y verdadera inteligencia artística, como el señor barón, que se quede con él. Las monjas no saben el verdadero mérito del lienzo, y con mil quinientas pesetas se contentarían. Ya ven ustedes que un Murillo auténtico, porque no cabe duda de que es una obra del inmortal pintor sevillano, no se encuentra tan fácilmente. ¡Digan ustedes que esto pudiera exhibirse y anunciarse, y se sacarían algunos miles de duros!

EL BARÓN. – ¿Y usted, qué dice, D. Juan?

D. EZEQUIEL. – No sabe usted lo que celebro que se asesore usted de D Juan, persona competentísima, crítico de grandes vuelos, ante quien hay que quitarse el sombrero y de quien espero el grandísimo favor de que me clasifique una colección de cuadros que trato de adquirir. Por supuesto, retribuyéndole su trabajo como se merece.

D. JUAN. – Exagera usted, amigo mío. No soy más que un modesto aficionado; pero.. si usted se contenta estoy á su disposición para esas tareas profesionales.

D. EZEQUIEL. – ¡Nada, nada, lo dicho; no quito ni una letra! Volviendo al cuadro, les advertiré que en la moldura vieja, por detrás, he descubierto casi borrado un rotulito con letra del siglo XVII que dice: *B. E. Murillo pinxit.*

D. JUAN. – ¡Hola, hola! Pues es un dato apreciabilísimo

EL BARÓN. – Yo tengo una idea de haber visto algún cuadro semejante á éste en alguna parte... Me parece que fué en la *National Gallery* de Londres, y allí no lo atribuían á Murillo.

D. EZEQUIEL. – Eso sería alguna variante hecha por un discípulo.

D. JUAN. – A mi entender, tenemos delante un Murillo, hecho y derecho; el aire místico de los personajes, la fealdad de las fisonomías genuinamente españolas, la disposición de los paños severos y rígidos, el color sombrío, la factura fluctuante, todo denuncia al autor de las Concepciones; y si bien los extremos dejan algo que desear, consiste en que el cuadro está pintado todo él en estilo *cálido* y los pies y las manos en estilo *vaporoso*, cosa muy frecuente en las obras de nuestro pintor, como he hecho notar en el discurso de apertura de la Academia de Bellas Artes de la ilustrísima república de Andorra, á la que me honro en pertenecer.

D EZEQUIEL. - ¡Es usted un pozo de ciencia!

D. JUAN. - Algo ha estudiado uno.. Pero volviendo á nuestro cuadro, opino, señor barón, que debe usted enriquecer su ya rica pinacoteca con esta joya, evitando que salga de España para figurar como tantos otros en los museos extranjeros, formados exclusivamente de lienzos procedentes de nuestra abandonada é ignorante patria He dicho.

D. EZEQUIEL. – Y dice usted muy bien; porque el señor barón, que es un patricio insigne, honra y gloria del título que lleva, Mecenas protector del arte, estoy segurísimo de que adquirirá este Murillo, y entonces su casa será la Meca de los amantes del arte, así nacionales como extranjeros, á cuyo fin yo me encargo de dar la noticia en la prensa de Madrid y Barcelona.

D. JUAN. – Yo por mi parte haré varios artículos descriptivos y críticos para las innumerables publicaciones americanas, asiáticas y oceánicas que me cuentan en el número de sus colaboradores asiduos.

EL BARÓN – Pues nada, amigo Ezequiel, déme usted el cuadro en mil pesetas, y no hablemos más. Haré este nuevo sacrificio por el arte nacional.

D EZEQUIEL – Pero, señor barón, ¡un Murillo mil pesetas! Es imposible; ¡si es dado de limosna en seis mil reales!

D. JUAN. – Transijamos, y quede en mil doscientas cincuenta pesetas.

EL BARÓN. – Sí, está bien. Porque hay que sustituir esa moldura por otra más rica en armonía con la importancia de la obra, tal vez ponerle un buen cristal.

D. JUAN. – Todo se lo merece el santo.

D. EZEQUIEL. – Acepto, pero con la condición de que no descubran ustedes á nadie la procedencia del cuadro. Se vende sin licencia del señor obispo, y si se supiera podría traernos algún contratiempo.

D. JUAN. – *(Aparte al barón.)* ¡Qué ganga!

D. EZEQUIEL – *(Aparte.)* ¡Qué majaderos!

EL BARÓN. – Descuide usted; nada se traslucirá. Pasemos á mi despacho y extenderé á usted un cheque contra el Banco. *(Salen.)*

IV

ALEJO entra con un plumero en la mano y se queda absorto ante el cuadro.

ALEJO. – ¡Conque tú eres un Murillo que vale cinco mil reales!.. ¡Te conozco, ah trapero maldito, me has robado miserablemente!..

A. DANVILA JALDERO



CURIOSIDADES TEATRALES (1)

EL CUARTO DE JULIÁN

(1842-1846)

Puede decirse que aquella lucha sorda y oculta, empeñada entre la tradición y la innovación, había concluído. La guerra de bastidores, menos pública entonces que en los tiempos modernos, merced á lo reducida que era la prensa periódica y al interés más capital de los acontecimientos políticos, había durado diez años.

La tragedia, resto de la literatura afrancesada, que tuvo por sublimes intérpretes á la Rita Luna é Isidoro Máiquez; el drama romántico, que invadió la española escena con ímpetu de torrente avasallador y en el que alcanzaron glorioso renombre la Concepción Rodríguez, la Bárbara Lamadrid, Caprara, Mate y D. Carlos Latorre; las comedias del teatro antiguo, que de cuando en cuando servían de intermedio tranquilo, á pesar de sus casi siempre desdichadas refundiciones, á aquellos géneros terroríficos, desempeñadas con notable acierto por la Antera Baus, Rafael Pérez y Antonio Guzmán, todas habían terminado su brillante existencia, repartiéndose coronas, laureles y aplausos en las dos únicas escenas del Príncipe y la Cruz.

Los últimos años de las *Empresas unidas* para explotar ambos coliseos, unas veces con el concurso del ayuntamiento de Madrid, propietario de los dos teatros, otras con la unión de los primeros actores, y alguna otra contando con el capital de algún aficionado (2), habían sido desastrosos en rendimientos pecuniarios. Los éxitos extraordinarios del *Trovador*, de García Gutiérrez, y de la *Pata de cabra*, traducción de *Le pied de mouton*, de D. Juan Grimaldi, no habían sido suficientes para sufragar los crecidos gastos de las dos compañías que alternaban en ambos coliseos y en las cuales se habían desarrollado los gérmenes de la insubordinación y de la reforma.

Los dos partidos dramáticos habían deslindado sus respectivos campos de acción, y la batalla era reñida y mortífera, ante el público primero y entre bastidores después. Julián Romea, que se había dado á conocer en una piececita traducida del francés, titulada *El Testamento*, y que el año 1835 había desempeñado el difícil papel de Antony en el drama de Alejandro Dumas del mismo título, era el jefe del nuevo partido, y contaba como auxiliares con la joven, casi niña, Matilde Díez, que había venido de Sevilla para desempeñar la *Huérfana de Bruselas*, traducción de Grimaldi, con su propio hermano Florencio, discípulo del Conservatorio de María Cristina, y con otros jóvenes entusiastas, ansiosos de ganar aplausos en la modificación teatral que se iniciaba. D. Juan Grimaldi, director de escena inteligente y esposo de la célebre Concepción Rodríguez, era el jefe del partido *antiguo*, como entonces se le llamaba, y de tal modo había luchado, que consiguió derrotar á los de la nueva escuela, alejándolos de los teatros de Madrid en la temporada cómica de 1839.

Volvieron los desterrados con nuevos bríos á la corte, y derrotando á su vez en la temporada del año cómico siguiente á los *antiguos*, quedaron por únicos dueños del campo y desterraron á su vez, y esta vez para siempre, á sus enemigos; puesto que la célebre Concepción Rodríguez se retiró definitivamente de la escena, fijando su residencia en París con su esposo.

Con Julián Romea, primer actor y director de la nueva empresa, se unieron, tránsfrugas del antiguo partido, Latorre y Guzmán, y le acompañaron en su campaña artística otra niña, Teodora Lamadrid, hermana de Bárbara, y Mariano Fernández, un segundo gracioso que había de compartir con Guzmán los triunfos de los papeles cómicos. Justo es decir que al lado de artistas de tal mérito se agrupaban una docena de nulidades que habían de acompañar á Julián Romea en su largo reinado, y cuyos nombres, por haber pasado tan inadvertidos como sus méritos, no hay para qué recordar.

Cierto que en los últimos años de aquella guerra teatral habían trabajado en los teatros de Madrid por cortas temporadas y ya afiliados al uno ó al otro bando, aunque siempre engrosando el capitaneado por Grimaldi, el joven José Valero y el cómico Juan Lombía, logrando hacerse aplaudir, sobre todo en el género cómico; pero los dos y algunos otros de menos importancia habían tenido que refugiarse en provincias, donde más á sus anchas y siendo casi siempre empresarios y directores de compañías lograban á la par honra y provecho.

Romea triunfaba en toda la línea, y no contribuía poco á su elevación y engrandecimiento, además de su mérito indiscutible, el giro nuevo que la literatura dramática tomaba en aquel instante.

García Gutiérrez con el *Trovador*, Hartzenbusch con los *Amantes de Teruel*, el duque de Rivas con el *Don Alvaro* habían iniciado el género romántico; pero tras de esas obras se habían representado á granel y sin descanso todos los dramas de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas y de Casimiro Delavigne: mezcláronse con éstos todos los melodramas de Bouchardy, y la escena española fué durante ocho años una interminable exposición de crímenes y horrores, dignos de figurar en la *Galería de espectros y sombras ensangrentadas*, que se publicaba en Madrid por aquella época. Huyó espantada la musa clásica de tan sangrienta epidemia, pero también se hastió el público de sufrir tan terribles y continuas emociones, y comenzó á pedir, sin darse cuenta de ello, alimentos escénicos más tranquilos y menos conmovedores.

La guerra civil que durante siete años había ensangrentado todos los pueblos de España, proporcionando á diario dramas verdaderos, iba á dejar su espada destructora en manos de los representantes del país, y el sistema constitucional libraría en sus cámaras la batalla terrible y aún no concluída á fines del siglo XIX entre el absolutismo y la libertad. Pero en aquel momento la tregua existía, y de ella se aprovechaba la musa *cómica* y juguetona de Bretón de los Herreros, y la habilidad de Ventura de la Vega, que trasplantaba á la escena española casi todas las producciones dramáticas del ingenioso Scribe. En ambos géneros brillaban sin rivales Julián y Matilde, como ya los llamaba Madrid entero. No podían bastar aquellos dos autores para abastecer el teatro del género predilecto del público; y aunque todavía quedaban poetas rezagados que de cuando en cuando le ofrecían algún drama romántico, para cuyo desempeño figuraban en las compañías del Príncipe y la Cruz Latorre, Bárbara, y Mate; y aunque algunos traductores, recogiendo lo que Vega no escogía, traducían á Bayard, Melesville y otros célebres vaudevillistas, el público echaba de menos *algo* nuevo que presentía y que halagara sus aspiraciones del momento.

Un nuevo autor, D. Tomás Rodríguez Rubí, le satisfizo por completo. Aportaba al teatro un género que ya en 1850 se calificó de *anodino*, y que consistía en unas comedias diplomático-político-amorosas pobrísimamente pensadas y más pobremente escritas, pero con tal habilidad trazadas para realzar la gracia de Matilde Díez y la elegante naturalidad de Julián Romea, casados ya á la sazón, que los triunfos de ambos y los éxitos de Rubí fueron la *moda* de la sociedad madrileña durante cuatro ó seis años. Julián llamaba la atención, no sólo en el teatro, sino en calles y paseos, sobre todo en el del Prado, donde solía presentarse montado en un brioso caballo tordo, regalo de un grande de España muy amigo suyo, y Matilde se veía copiada en sus trajes, en sus movimientos y hasta en sus lacrimosas inflexiones de voz por damas y señoritas de la más alta aristocracia.

En ocasión del *alboroto* que causó en la interpretación de un nuevo drama del autor favorito, circuló por Madrid la siguiente quintilla, muestra patente de la literatura teatral de moda:

«La *Bandera negra* vi,
y lleno de asombro al verla,
¡oh Matilde!, comprendí
cuánto realza una *perla*
las bellezas de un *Rubí*.»

Las obras de Rubí y su interpretación merecen capítulo aparte, y lo tienen en las *Curiosidades teatrales:* aquí sólo nos referimos á ellas en cuanto tienen relación con la popularidad de Julián y Matilde. Llegó ésta á tal extremo, que en la primera Exposición pública de pinturas, celebrada en los salones de la Academia de San Fernando, figuró un cuadro de gran tamaño, original de D. Antonio María Esquivel (que con Federico Madrazo y D. Jenaro Pérez Villaamil compartían el cetro de la pintura en la corte), en que Matilde y Julián, retratados de cuerpo entero y con trajes de época, bajaban por una escalera monumental, sirviendo de paje á la dama su propio hijo Alfredo, de siete años de edad á la sazón. La multitud se apiñaba compacta ante el retrato de sus ídolos, y el *cuarto de Julián* en el obscuro y miserable vestuario del teatro del Príncipe era el sitio de cita de cuantos hombres brillaban entonces en Madrid en artes, literatura, armas, política, riqueza y nacimiento.

Allí D. Luis González Bravo (el célebre *Ibrahim Clarete* entonces) concertaba sus bodas con una hermana de Julián; allí D. Cándido Nocedal, el ministro de 1856 y jefe después del partido tradicionalista, ofrecía su mano de esposo á otra hermana del célebre actor, y allí aprendían á pronunciar discursos y á declamarlos después en la tribuna forense ó política los oradores López, Olózaga, Escosura, Cortina, Nocedal y González Bravo. La educación esmerada que Julián había recibido, sus conocimientos en Literatura y en Historia, su inspiración como poeta, pues también corrían de mano en mano sus poesías, y la perfección con que hablaba el francés y traducía el italiano, eran cosas entonces tan impropias de un *cómico*, que le elevaban cien codos sobre el nivel de todos sus *antiguos compañeros*, y entonces sólo discípulos y servidores.

En aquel *cuarto* se resolvió más de una crisis política, se inició más de un pronunciamiento, se redactó más de un decreto; y como prueba fehaciente vamos á publicar á continuación una carta, que se escribió y firmó en una noche de septiembre de 1842, dirigida á uno de los más asiduos tertulios del *cuarto de Julián*, á la sazón en Barcelona.

Era éste D. Juan Prim, conde de Reus, que con su valor y arrojo acostumbrado acababa de triunfar de los *Ayacuchos* en Cataluña y obtenido por aquel hecho de armas la faja de general y la gran cruz de San Fernando. Omitiremos los versos y firmas de un sinnúmero de personajes hoy desconocidos, y nos limitaremos á insertar, por lo que tienen de raros y curiosos, los pensamientos poéticos de los más célebres contertulios.

(1) Obra inédita que comprende la historia del teatro en España durante medio siglo, 1830-1880.

(2) La empresa *Faboaga*, por ejemplo.

Empieza, como es natural, la carta por el *dueño de la casa*, en la forma siguiente:

Hoy á 30 de septiembre,
en la villa de Madrid,
en el teatro del Príncipe
y en mi cuarto de vestir.
A ti, valiente D. Juan,
á ti, bizarro adalid,
cuya victoriosa espada
hace á la canalla huir,
su voz cariñosa envía
mi corazón desde aquí;
porque tus glorias, Juan mío,
son mil glorias para mí.
Por tu denuedo increíble,
el gran pabellón del Cid,
limpio y glorioso tremola
de Barcelona á Molíns.
A todos los hombres buenos
tu nombre oirás bendecir,
que Dios por tu brazo salva
á la reina y al país.
La patria te da una faja
y una gran cruz... Bueno así:
bien merecen tus hazañas
ese premio y otros mil.
Yo nada tengo que darte,
mas ya vendrás á Madrid
y sentirás contra el tuyo
este corazón latir.
Y entonces verás, Juan mío,
lo que ya tú sabes, sí;
que como *Julián Romea*
ninguno quiere á Juan Prim.

—

Sigue derrotando ¡oh Juan!
á esa briballa infeliz,
que no es la que tú contabas
dentro de este camarín.
Si resiste todavía
el castillo de Hostalrich,
dale un par de puntapiés
con entrambos borceguís,
y quede como quedó,
por Mina, Castellfollit;
y del laurel coronado
que ganas en buena lid,
vuelve al hispano Congreso
donde tu voz varonil
por la justicia y la ley
se haga cual siempre sentir,
y al seno de tus amigos
que no se encuentran sin ti.
Y por no cansarte más
pongo á mi romance fin.
Fecha ut retro. Yo *Manuel
Bretón y Herreros*, tu muy
amigo y admirador.....
etcétera..... ¡Viva Prim!

—

Ahora entro yo, un compañero,
González Bravo, Luis,
que también te felicita
por tu denuedo viril,
y desque te conoció
siempre juzgó bien de ti.
España entera te admira,
y á tu esfuerzo juvenil
doblan esos badulaques
su revoltosa cerviz.
Verdad es que noble sangre
llegó la tierra á teñir;
mas... ¿qué importa si tus glorias
el victorioso clarín
difunde por todas partes,
y con dulce sonreir
mira en tus hechos, la patria,
de su fortuna el abril?
Si nuestro hermano Lorenzo (1)
cayó valiente, y morir
no temió en rudo combate
al golpe de plomo vil,
ábrele en cambio sus brazos
venturoso el porvenir.
En fin, bizarro D. Juan,
bizarro D. Juan, en fin,
el hecho es que tus hazañas
me tienen fuera de mí,
y la muerte de Lorenzo,
que ha consistido en un tris
el que no se verifique,
me ha obligado á revenir
del sosiego en que me hallaba
antes de lo que creí.
Otra vez estoy de vuelta;
ya me tienes en Madrid.
Dale un abrazo á Lorenzo
y cuando entréis en Monjuich
acordaos que en la corte,
entre admiradores mil,
descuella el que es vuestro hermano,
González Bravo, Luis.

Otro al punto viene, en nombre
de la gente ex cangrejil,
á darte mil parabienes,
victorioso paladín.
Sigue firme, pega duro,
que Serrano desde aquí
te ayuda cual buen hermano
á darle a tanto malsín
pan de perro, y será pronto
esa gente baladí
alfombra para tus plantas,
para tus ancas cojín.
Tus hazañas, yo entretanto
al Papa le he de escribir;
que otra cosa hacer no puedo,
y lo siento, mi buen Prim.
Con esto, amigo del alma,
pone fin á su decir
Patricio de la Escosura,
el del convite en París.

Ya dicen estos señores
que el turno me toca á mí,
Sr. D. Juan, y allá voy
aunque no sé qué decir.
Que eres valiente se sabe
del Ebro al Guadalquivir,
y antes de poco tu nombre
resonará hasta en Pekín.
Despacha pronto, y asoma
por las puertas de Madrid,
donde manolas te esperan
con pandero y tamboril.
Viéronte un tiempo asustadas
creyendo que el bravo Prim
era un catalán gigante,
de bigote tunecí,
fosco, negro, cejijunto
con patillotas de crin,
pelos tiesos y crizados
cual cerdas de jabalí.
Mil aspavientos hicieron
al mirar que no era así,
sino un joven agraciado
con gesto de serafín,
menos parecido á Marte
que á Narciso ó Adonís.
Su miedo se cambió entonces
en gracioso sonreir,
y sus vítores y vivas
rayaron en frenesí.
Vuelve pronto y las verás
despojar nardo y jazmín,
y á falta de otras coronas
tejerlas de perejil.
Juan Nicasio Gallego

—

También te va tu tocayo
en esta carta á escribir
versos, aunque no valdrán
ni cuatro maravedís.
Yo no te diré piropos:
la fama con su clarín
harto tu valor pregona
probado en sangrienta lid:
te escribo para excitar
en tu pecho juvenil
la clemencia y bizarría
que siempre en él conocí.
Cada cual tiene su tema,
según se suele decir:
la mía constantemente
fué, en nuestra guerra civil,
ponerme siempre de parte
del que llega á sucumbir.
En un humilde taller
hijo del pueblo nací;
y así el pueblo me interesa
lo que puedes presumir.
Piedad para los ilusos
que se sometan á ti;
piedad, que es la mejor prenda
de un valiente paladín,
piedad para los vencidos
la pide *Hartzenbusch* á Prim.

—

Salud al valiente jefe,
al aguerrido adalid,
salvador de patria y reina,
de las leyes y el país,
da el más fiel de tus amigos
el redactor gacetil.
Si te vieses apurado
envíanoslo á decir,
y al momento empuñaremos
intrépidos un fusil
y á marchas forzadas, todos
nos iremos junto á ti;
que en este bendito *cuarto*
ninguno es un zascandil.
Pero no llegará el caso,
no llegará, no, buen Prim,
que te sobra corazón
y fuerzas y medios, sí,
y valientes á tu lado
para poder concluir
esa rebelión infausta,
desleal, infame, ruin.
Díganlo si no tus triunfos,
dígalo tu nombre Prim,
que convierte á un centralista
en un pobre puerco-espín.
Cándido Noceda

—

Aunque soy, querido Juan,
el último en escribir,
sabes que no soy el último
en cuanto á quererte á ti.
Mucho quisiera decirte
por la campaña feliz
en que has ganado valiente
el ceñidor carmesí.
Y la banda en que alternando
rojo y dorado matiz,
la efigie del santo rey
brilla en la cruz de marfil.
Pero ¡ay, Juan!, estoy muy triste
desde que en el parte vi
que mi querido Lorenzo
fué herido del plomo vil.
Esto me tiene angustiado,
me tiene fuera de mí;
y nada puede alegrarme
hasta que no oiga decir:
«*Ventura*, ponte contento
que ya le tienes ahí.»
Ventura de la Vega

Y como hemos dicho antes, seguían á estos nombres otros menos célebres, pero tan importantes en aquella época, que demuestran hasta qué punto era centro de reunión política, literaria y artística el *cuarto de Julián*.

LUIS MARIANO DE LARRA

(1) D. Lorenzo Miláns del Bosch, amigo inseparable de Prim, que se casó después con la Tosi, célebre cantante italiana, y que llegó á general en época más moderna.



La edad feliz, cuadro de Noé Bordignón



NÁUFRAGOS, escultura de R. Stigell

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Un precioso libro. – Reflexiones acerca de la unión entre la ciencia y el arte. – Una vieja ópera y una cantante nueva en Madrid. – María Estuardo en la zarzuela de Chapí. – Períodos más ó menos dramáticos en el discurso de la vida que llevó tan célebre reina. – El teatro Español. – Recuerdos gloriosos. – Conclusión.

I

Un precioso libro, recientemente publicado, está por sus últimas hojas abierto ante mi vista, después de haberlo recorrido con el afán que puede inspirar dramática novela en los años de las juveniles pasadas lecturas. Lleva el título de *Miniaturas científicas* y aparece obra del insigne doctor Pulido. El empeño con que solicitan los hechos diarios y los problemas á cada minuto surgidos en las vías del mundo y en las fases del tiempo la noble atención de aquellos propensos al oficio de publicistas, produce copia de obras en cuyas páginas los pensamientos más contradictorios se conglomeran y los factores más heterogéneos se multiplican. Nunca olvidaré un chasco sufrido por mí á la compra y lectura de cierto centón que ofrecía, coleccionado por tales modos, grande número de artículos varios, sin más nexos entre todos ellos que los del período en cuya corriente y transcurso se habían escrito. Llamábales *Macedonia* su autor; y ¡tonto de mí!, con el interés despertado en el alma siempre por cuanto trata de geografía é historia griegas, compréla, creyendo su materia referente á la región donde Alejandro naciera y que irradiara el espíritu helénico por toda el Asia. No había visto en la librería el índice, y llegado á casa faltóme tiempo para enterarme de su contenido con la rapidez natural en quien durante medio siglo no ha dejado de leer, y de leer mucho, ni un solo día. ¡Oh desengaño! El autor escogió la fórmula y nombre de una ensalada conocidísima, compuesta de varias verduras sazonadas con salsillas de diversos ingredientes, cuando designó la ensalada de sus artículos, que Dios me libre de llamar disparatados, pero que pueden llamarse dispares, sin agravios ni ofensas á nadie. No así la obra del doctor Pulido, compuesta de retazos también, pero de retazos análogos en su materia y cosidos entre sí con las ilaciones de lógica y los métodos de serie adquiridos en una larga frecuentación de la ciencia. Todos sus capítulos tratan de materia médica, y todos se distinguen por la competencia de un saber allegado en vigilias y desvelos sin número; por la profundidad de unas ideas calcadas sobre todos los progresos de la fisiología y de la psicología contemporáneas; por la ternura de sentimientos, que muestra cómo esa profesión de médico da, según las compasiones y los condolores que trae aparejados, maternales entrañas á los hombres más hombres; por una elocuencia de suyo altísima sin altisonancias, copiosa sin exceso, resonante sin retumbos, elocuencia magistral á cuyos auxilios habrán de recurrir cuantos quieran divulgar los principios abstractos de la filosofía y poner hasta el alcance de un pueblo los complicados sistemas de la política. Desconoce una ciencia quien ignora su historia. En medicina, con especialidad, cada época histórica constituye una fase cuyo conocimiento necesitan los doctores, aun para las aplicaciones más sencillas de su arte. Hipócrates arrancando el saber médico al sacerdocio antiguo y constituyéndolo en saber laico; Galeno llevando á la ciencia de curar el sincretismo de Alejandría; los famosos Averroes y Avicena extendiendo desde las escuelas andaluzas al obscuro espíritu medioeval los rayos luminosos de las experiencias y tradiciones semitas; Vesalio trayendo el cuerpo humano á estudio por los días en que resucitaba la estatua clásica y venían en las naves de Colón los hombres primitivos; nuestro Servet, y más tarde Harvey, pegando á las venas el movimiento impreso por Copérnico y Keplero á los astros; Galvani con la revelación del fluido etéreo que se difunde por la red eléctrica de nuestros nervios, merecen páginas tan sabias por su fondo y bellas por su forma como las que ha dedicado el doctor Pulido á la medicina de los árabes, á las relaciones entre esta ciencia y las artes plásticas, al poema de la circulación que todos componemos y llevamos dentro de nosotros, merecedor de una odisea como la del trabajo y del comercio y de la navegación, escrita por Homero en los altares de la cultura humana. Reciba el doctor Pulido por su obra la más cumplida enhorabuena.

II

El Museo de Pinturas y el teatro de la Opera son los dos primeros templos elevados á las bellas artes en Madrid. Así no podemos olvidar ni á uno ni á otro, en cuanto despiertan algún público interés y fijan la general atención. Acabamos de oir una vieja obra y á una cantante joven: El *Hámlet* y la Calvé. Llamo vieja la producción, aunque sea relativamente nueva, porque ha envejecido mucho en poco tiempo, á causa de no haber obrado el milagro de acomodar á la música materia tan impropia del divino arte como las perplejidades y dudas de un escéptico medio demente y las ambiciones criminales de un monarca fratricida. La inspiración poética nunca rayó allende del punto á que llegara la inspiración de Shakespeare cuando trazó el mayor y más sublime de sus dramas trágicos. Los monólogos de *La vida es sueño*, las escenas del *Edipo* en Colonna, las rabiosas apóstrofes de Job y de Prometeo, la primera parte de *Fausto*, constituyen á una con las incidencias principales de *Hámlet* lo sumo de inspiración dable á la humanidad en el teatro. Pero la música de Tomás se ha quedado tan lejos de la poesía del gran Shakespeare como la fosforente luciérnaga del vívido sol. No sucedió con *Hámlet* lo sucedido con *Lucrecia Borgia*, el primer drama de Víctor Hugo, la primer ópera de Donizzetti. Mas, envuelta en su túnica, que diríais hecha con argénteos rayos del astro de las noches, coronada y ceñida de flores que bajan en hojas y en guirnaldas desde los cabellos á los pies, con arpegios de ave malherida en sus parejas y en sus nidos, errante de un lado á otro so lluvia de pétalos y junto á laguna de nieblas; recuerda y evoca la Calvé aquella virgen infeliz, aquella Ofelia, quien desde las ramas del sauce cae á los abismos del agua, cantando el amor, hasta que apaga las últimas escalas de sus melodías el primer beso de la muerte. Oirla y verla en el último acto de *Hámlet* es una verdadera delicia.

III

Chapí ha compuesto una zarzuela de muy hermosa música, cuya letra y argumento evocan á María Estuardo en los tiempos de su mayor felicidad, reinando casi niña juntamente con su joven esposo Francisco II sobre las tierras de Francia, y luciendo en sus sienes la espléndida corona de tan hermoso reino. Seis días contaba María Estuardo cuando fué proclamada reina de su Escocia; un año cuando fué ungida ó coronada; seis cuando fué prometida al delfín de Francia y con éste desposada. En su viaje al nuevo reino, á tan corta edad, como si nefasta estrella la persiguiese, los barcos del rey Enrique II de Francia y los barcos del rey Enrique VIII de Inglaterra estuvieron á punto de chocar en choque tremendo y enrojecer aquellas aguas casi negras con purpúreas manchas de sangre hirviente. Los Guisas, formidables soldados del catolicismo romano y del imperio español, lleváronla, como tíos suyos que eran por su madre, francesa, en prenda segura de que su reino, Escocia, seguiría indefectiblemente á Francia, en coyuntura cual aquella terrible ocasión del comienzo de las ligas y del reinado de Felipe II, que habían de generar guerras como la espantosa de los Países Bajos y matanzas como la terrible noche de San Bartolomé. En San Germán y sus bosques, en Chambord y sus jardines, en Fontainebleau y sus selvas, en el Louvre y sus salones creció María Estuardo, amada por el suegro, Enrique II, como una hija predilecta, y desamada por la suegra, Catalina de Médicis, como una rival terrible. A los quince años ya estaba en la plenitud completa de su vida y en el cenit esplendoroso de su hermosura incomparable. Alta, pero de proporcionada estatura; esbelta y con incomparable gallardía, su frente se alzaba sobre la frente de todas sus damas, y sus gracias, realzadas con un extraordinario gracejo, le atraían y esclavizaban todos los corazones. Brantome nos ha descrito en la *Galería de damas célebres*, á que ofreciera sus versos, los ojos con externos colores del Norte y fuegos internos del Mediodía; el talante varonil y arrestado, de una majestad análoga con la de Minerva ceñida de su casco y encerrada en sus armaduras; la frente, tan espaciosa y grande como menudos eran los pies y las manos, éstas especialmente las más proporcionadas y escultóricas que se habían visto en París; la voz de celestiales dejos, calmando con sus armonías las tempestades producidas con sus miradas; la prestancia de su figura modelo, espaciándose con una gentileza sólo comparable al cáliz de las flores por primavera, y los centelleos de su alma luciendo con una lumbre sólo comparable al resplandor de las estrellas en estío. Enamorada del genio italiano, tan fecundo en maravillas por aquella sazón extraordinarias; conocedora de las dos lenguas clásicas, griego y latín; amaestrada en las ciencias por su continua conversación y esparcimiento con los doctos; discípula de Ronsard en literatura, y de L'Hopita en derecho, escribía cartas á su madre con toda la madurez de un estadista, pronunciaba discursos en idiomas antiguos con toda la fluidez de un orador, y acompañándose al son de la lira, cantaba con suave dulcísima voz versos compuestos por ella misma y aromados de artificiosa, por lo general, pero, á veces, ingenua y encantadora poesía. Este rápido paso de la reina por aquella corte del Louvre sirve á la música de Chapí, autor inspiradísimo de tantas composiciones maestras, para jugar con los airecillos embalsamados de la zarzuela, poco idónea para el arte y estro de trágico drama que hubiera pedido una vida comenzada por sendas de flores y concluída sobre las tablas del patíbulo.

IV

El teatro Español remozado nos ha ofrecido estos días dos obras tan célebres como *El desdén con el desdén* del dramaturgo Moreto y *El retablo de Maravillas* del inmortal Cervantes. Quizás no pueda uno sustraerse á la magia de los nombres gloriosos, ni desceñirse al abrazo con que lo estrecha y enlaza el recuerdo imperecedero de las edades por excelencia estéticas; mas yo debo asegurar con toda verdad mi rendimiento incondicional á esas obras de tan profundo y religioso culto para mí, que sólo acierto á sentirlas con el corazón exaltado y no á juzgarlas con el juicio sereno. La comedia de Moreto anda todavía de teatro en teatro y se repite y se reproduce mil veces; pero el entremés de nuestro primer escritor estaba como esos cuadros que se dejan, por antiguos y empolvados, en los desvanes de nuestras iglesias y de nuestros museos. ¡Cuánta belleza! En tan estrecho espacio, con escenas tan rápidas y diálogos en que tanto intervienen la filosofía realista de un observador excepcional y el arte sumo de un romanceador sin segundo, aparecen por doquier tal número de incidencias interesantes que os rinden á su yugo y os asombran de veras. La hipnotización producida por unos sobre otros en los personajes, hasta ver todos de bulto aquello que carece de verdadera realidad, pues no viéndolo, pasarían por confesos ó por bastardos, presenta el fenómeno de la sugestión colectiva con tal acierto que debería representarse allá en las clínicas de los grandes hospitales consagrados al estudio y curación de las enfermedades nerviosas. ¡Cuán humano! Así, durante todo el espectáculo estuve con los conjuros de mi fantasía evocando aquellos tiempos en que se abrió el corral de la Pacheca, donde las entradas de favor vencían á las entradas de pago, y el techo se componía de toldos que preservaban del sol, pero no del viento, ni de la lluvia, y en el patio se contaban doce ó catorce bancos movibles de preferencia, los cuales iban de aquí allá, según lo más ó menos reverenciado de las personas que los ocupaban, y la cazuela, donde sólo podían entrar mujeres, fabricábase de ladrillos y cal con escaleras empinadas incomodísimas, aunque no tanto como las gradas, de donde quienes llegaban á ver no oían, y quienes llegaban á oir no veían, formándose tertulias más vocingleras y gárrulas que los actores y vendiéndose á grito pelado, como en las plazas, limas agrias y avellanas hueras, con que solían apedrearse muchas veces los bandos promovidos en favor ó en contra de los comediantes y de las comedias. Entran las costumbres y los hábitos con tanta encarnadura en lo más hondo de nuestra naturaleza, que me molestó mucho no ver á la boca del escenario, como antaño, en sus sendas pilastras, los seis retratos de aquellos seis primeros autores dramáticos hispanos, con los títulos de sus seis obras capitales respectivas, que parecían estar allí enseñando á sus discípulos y sucesores las tristes asperezas por donde se camina en combates sin fin y con esfuerzos sin número para llegar al templo de la inmortalidad y de la gloria.

Madrid, 17 enero de 1895.

LA ESCULTURA MODERNA EN INGLATERRA

(1883 á 1887) (1)

En 1883 Mr. Thomas Brock fué elegido individuo de la Real Academia, siendo el segundo á quien se admitía como adepto de la nueva escultura. Había sido el más hábil y más constante discípulo de Foley, y al morir este eminente escultor, le dejó encargada la ejecución de sus momentos sin concluir, y sobre todo la gran estatua de O Connell en Dublín. Este era un importante trabajo, y en su deseo de conservarse fiel á la memoria de Foley, Brock vaciló en adoptar los nuevos métodos. Durante este primer período dió á conocer en varias obras ideales un estilo peculiar suyo; pero luego dejó á un lado todas esas tradiciones y se agregó á los más jóvenes artistas sin compromiso alguno con su pasado.

Mr. Stirling Lee dió un paso más en la vía del progreso, presentando en 1883 su *Aurora de la mu-*

(1) Véanse los números 652 y 661.



Sócrates en la Agora, alto relieve de Harry Bates, A. R. A.

ter, que llamó mucho la atención en Londres; sin duda el escultor había visto la *Biblis convertida en manantial*, con la que Suchetet hizo furor en París un año antes. Mr. Lee había notado con el instinto del artista el delicioso conjunto y la frescura de aquel pequeño estudio del natural; pero le faltó el tacto que tan atrevido experimento exigía, y así es que su figura no revelaba elección de tipo ni belleza en las líneas, reduciéndose á ser la copia literal de una fea mujer desnuda. Sin embargo, la obra no dejaba de ser interesante, por el hecho de marcar un paso más en el progreso de la escuela.

El año 1883 fué particularmente notable por el número de bustos presentados, de mérito muy superior á los que se habían visto hasta entonces, sobresaliendo entre ellos los modelados por Mr. Gilbert y Mr. Thornycrof.

Linos, estatua de C. Onslow Ford, A. R. A.

En todo el trabajo icónico de aquel año manifestóse una tendencia á la carnosidad en las formas y á las líneas incisivas que hacía un siglo no se notaba en la escultura inglesa.

Tal vez el más brillante período para ese arte, por lo menos en Inglaterra, fué el correspondiente á 1884. A fines del año anterior, cuando los artistas se disputaban en el certamen la medalla de oro de la Real Academia, había producido gran sensación un modelo, que entonces era, y aún es por mucho, el mejor relieve ejecutado por un principiante. Habíase dicho que era obra de un muchacho; pero no resultó así, y cualquiera inteligente que hubiera visto el *Sócrates enseñando al pueblo en la Agora* habría reconocido desde luego, por la marcada ciencia técnica de aquel trabajo, que su ejecución no era la de un novicio. El autor era Enrique Bates, que se hizo famoso desde su primera aparición, y cuya obra tiene el mérito principal de fundarse en las mejores tradiciones del relieve griego, como las del Partenón, uniéndose á la vitalidad el sentimiento moderno. Los trabajos de Bates tienen un marcado encanto pintoresco que deleita á la vista, porque ha sabido evitar con el más delicado tacto los errores del arcaísmo.

En 1884 fué cuando Mr. Thornycrof presentó su viril estatua moderna en bronce *El segador*, en la cual se revelaba algo del realismo ideal de los escultores franceses Coutan y Lefeuvre, y también una marcada perfección técnica. La obra tuvo no pocos admiradores, que la prefirieron á cualquiera otra de las producciones maestras de aquel artista.

Otro trabajo que señaló época en 1884 fué *Icaro*, de Alfredo Gilbert, estatua de reducidas dimensiones, pero que ejerció gran influencia. En aquella figura adivinábase sin dificultad la estructura ósea del cuerpo, y el conjunto revelaba la más profunda ciencia.

No nos separaremos de 1884, ese *annus mirabilis* de la escultura inglesa, sin hacer mención del *Linos*, de Mr. Onslow Ford, figura destinada á la Abadía de Westminster; y también de la *Edad de Bronce*, notable trabajo que produjo sensación cuando se expuso en la Real Academia. Su autor era Mr. Rodín. En aquel año Boehm quiso competir con los demás artistas, presentando sus bustos, y particularmente su *Lord Wolseley* y su *Herbert Spencer*, trabajo excelente, aunque sencillo y de estilo algo prosaico.

En 1885 prodújose una reacción natural. La exposición de escultura en la Real Academia fué lánguida, y no faltó quien anunciara desde luego que la nueva escuela entraba en su decadencia.

No obstante, en el año 1886 se demostró la vitalidad de la nueva escultura, y se pudo comprender que las fuerzas de aquel arte se habían reservado para hacer después más vigorosa ostentación. En dicho año, sir Frederic Leighton, después de haber estado largo tiempo sin presentar nada, quiso figurar otra vez entre los escultores, y su *Haragán* ocupó el puesto de honor junto á un pequeño bronce titulado *Falsa alarma*. Comparadas con el *Atleta y Pitón*, esas obras, y particularmente el *Haragán*, eran tal vez un poco frívolas, pero denotaban marcado progreso en la concepción del escultor respecto á su arte, reconociéndose que había pasado de la dureza á la flexibilidad, y que dominaba mejor las formas de la carne y del hueso.

Otra obra importante de 1886 fué *La silla encantada*, de Mr. Gilbert, que según dicen, se rompió por accidente ó por capricho. Representaba una figura de mujer desnuda, sumida en profundo sueño en una silla mágica. Lo que daba á esa estatua importancia histórica en el progreso de la nueva escultura era el hecho de que se había llevado hasta lo último la investigación sobre el *color* que era el gran objetivo de Mr. Gilbert.

Mr. Thornycrof prosiguió con sus experimentos bucólicos en 1886, exhibiendo la preciosa estatua de otro *Segador*: era un magnífico estudio de la belleza de la vida rústica moderna; pero no tenía ningún nuevo carácter que le distinguiese de su obra análoga presentada el año anterior. Por otra parte, los admiradores de Mr. Onslow Ford quedaron recompensados aquel año por la exhibición de una pequeña estatua que por primera vez justificó con creces las esperanzas que dicho artista inspiraba. *La Locura*, de 1886, fué un bronce de exquisita delicadeza y originalidad, cuyo principal mérito consistía para muchos en lo bien acabado de la superficie de las carnes. *La Locura*, que revelaba una mano maestra, era la naturaleza en absoluto, trasladada al medio más puro y escogido.



El segador, estatua de Hamo Thornycrof, R. A.



EL TEATRO DE POLICHINELAS.



adro de Eugenio de Blaas, grabado por Bong

No estará de más añadir aquí que en 1886 fué cuando Mr. Pomeroy llamó por primera vez la atención de los artistas con un grupo titulado *La familia de Caín*.

El 8 de enero de 1887, Mr. Alfredo Gilbert obtuvo la recompensa de la Real Academia, siendo elegido individuo de la misma, aunque no había ocurrido vacante alguna entre los escultores; pero era imposible echar en olvido á un artista de tanto talento é instrucción.

El año 1887 hizo en cierto modo época, por haberse inaugurado en la Abadía de Westminster la estatua de Enrique Fawcett, mal colocada bajo una ventana pequeña en un ángulo lejano del baptisterio. Hasta entonces, y particularmente para las obras destinadas á la Abadía, los escultores parecían ignorar las exigencias de la arquitectura. Mr. Gilbert fué quien primero demostró en Inglaterra cómo el arquitecto y el escultor pueden mantener la unidad en sus trabajos.

En la estatua de Fawcett, Mr Gilbert se excedió para indicar el color por la textura y la sombra, y hasta osó poner en ella verdaderos colores con el más brillante efecto. El monumento se compone de un friso de siete figuras de bronce que flanquean el busto del eminente hombre de Estado, y tiene además por adorno dibujos heráldicos y caras en relieve; todas estas son de bronce, pero de varios tonos, y se ha hecho uso del oro en abundancia para variar el efecto. Fácil es comprender que en la caprichosa invención que da vida á todo el monumento, el escultor ha recordado las tradiciones y la historia del templo gótico donde la estatua debía colocarse; y talento ha necesitado el artista para armonizar una joya de escultura con la grandiosa y antigua urna que debía ocultarla.

La exposición de 1887 fué de interés inferior a las anteriores. *La Paz*, de Mr. Ford, fué la obra más notable. También se dió á conocer entonces un nuevo artista, Jorge Frampton, presentándose además un grupo de la señorita Jeffreis, la única artista del bello sexo que ha manifestado gran disposición para modelar en este período de progreso de la escultura. Lástima que no haya persistido en lo que es sin duda difícil carrera para una mujer.

El hecho más notable del año 1887 fué el reconocimiento de la nueva escuela en Manchester, donde se vió por primera vez que los artistas jóvenes se colocaban por encima de sus maestros. Casi todas las obras de que hemos hablado antes se vieron en Manchester en aquella ocasión, hallándose representados por ellas Leighton, Thornycroft, Gilbert, Ford, Lee y los artistas más modernos en el arte. Después de esta exposición, podría decirse que solamente quedaban dos fuentes vivas del arte en el país, los monumentos icónicos de sir Edgar Boehm por una parte, y los estudios de los nuevos artistas por otra.

Edmundo Gosse

NUESTROS GRABADOS

Náufragos, escultura de R. Stigell. – Bajo todos conceptos merece ser calificado de hermoso este grupo escultórico del reputado artista alemán Stigell. Si lo consideramos desde el punto de vista anatómico, veremos desde luego en cada una de sus figuras un estudio acabado del cuerpo humano y un conocimiento perfecto de las funciones de los distintos elementos que lo componen: aquellas carnes que tienen las morbideces del natural, aquellos músculos que se contraen á impulsos de un conjunto de nervios llenos de vida, y aquellos huesos, tendones y venas que debajo de la piel se marcan, sólo pueden ser obra de quien conozca muy á fondo la anatomía y la fisiología. En punto á expresión, la figura de aquel hombre que con el terror pintado en el semblante y ademán desesperado demanda socorro para él y los suyos en aquel momento de suprema angustia es verdaderamente magistral. Y en cuanto á la parte puramente plástica difícilmente puede darse ni más vigor ni un conjunto de líneas más armónico, más elegante, más ajustado á los cánones estéticos que el que ofrecen esas cuatro figuras en distintas actitudes, agrupadas sobre la roca que las olas del mar azotan y que amenaza ser la tumba de los infelices náufragos.

M. FELIX FAURE,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA

El nuevo jefe del Poder ejecutivo de la vecina República, elegido en la Asamblea reunida en Versalles por 430 votos contra 361, obtenidos por su contrincante M. Brissón, es un hombre que frisa en los cincuenta y cuatro años, y á quien la fortuna ha sonreído siempre, aunque fuerza es confesar que ha hecho mucho por conquistar y conservar sus favores. Hijo de modesta familia, educóse en una escuela profesional y pasó luego á Inglaterra con objeto de aprender la lengua de aquel país y estudiar la gran industria, así como el gran comercio. De regreso en Francia, aprovechó estas lecciones prácticas en una fábrica fundada por él, y en la que, mostrándose operario más bien que dueño, trabajó personalmente. De este modo adquirió una fortuna honrosa, menos á propósito para despertar la envidia que para estimular generosas emulaciones y para demostrar á las ambiciones desapoderadas y á las codicias insensatas que la inteligencia y el trabajo asiduo también pueden enriquecer.

En el Havre estuvo largo tiempo á su cargo el consulado de Grecia, y se granjeó de tal modo el aprecio de sus conciudadanos, que le eligieron teniente alcalde y juez del Tribunal de Comercio. Acababa de cumplir cuarenta años cuando fué elegido diputado por primera vez.



M. FÉLIX FAURE, Presidente de la República Francesa

Gambetta, que estaba dotado de gran perspicacia para conocer el valor de los hombres, comprendió al punto el de M. Faure, y cuando formó su ministerio de notables, le nombró subsecretario del ministerio de Comercio y de las Colonias. Siguió Faure la suerte de este gabinete y con él cayó; pero como había tenido ocasión de dar á conocer de lo que era capaz, en 22 de septiembre de 1883 le llamó Julio Ferry, presidente del Consejo de ministros, y le confirió de nuevo el anterior cargo, en el cual desempeñó un papel muy activo y muy personal en varias empresas coloniales, á las que, siquiera tardía, se ha hecho merecida justicia.

En 1885 fué elegido diputado por el departamento del Sena inferior por más de ochenta mil votos; tres años después volvió á ser subsecretario de las Colonias en el primer ministerio de Carnot; pero al poco tiempo, obligado por los manejos de la oposición, dimitió dignamente. Su situación en la Cámara adquiría de día en día mayor prestigio é importancia, y había sido designado por ella para el cargo de vicepresidente, cuando M. Dupuy le ofreció en su ministerio la cartera de Marina, puesto que le cuadraba perfectamente, pues Faure es una especialidad en las cuestiones que atañen á las marinas mercante y militar.

Al nombrarle la Asamblea para el alto puesto que hoy ocupa, ha tenido presente que era un diputado laborioso y desinteresado, que no obstante presentir la próxima caída del ministerio, prefirió continuar en su puesto á abandonarlo para ser presidente de la Cámara, y cuando cada cual se iba por su lado con un egoísmo que quizás haya contribuído en gran manera á desalentar á M. Perier, él, cual verdadero marino, siguió firme en el buque desarbolado para compartir la suerte de la tripulación. Esta abnegación y esta fidelidad á toda prueba han recibido su legítima recompensa.

M. Faure tiene además otras cualidades que le hacen altamente simpático; lleva la bondad retratada en su fisonomía; es complaciente y servicial, y está dotado de ese porte distinguido que tanto gusta á todos los pueblos y en especial al francés. Por último, y esta es una circunstancia importante en el jefe transitorio de una nación, no tiene enemigos.

La edad feliz, cuadro de Noé Bordignón (de fotografía de los Sres. Pauli y Bartrina). – Todo respira calma y sosiego. La tranquilidad de la naturaleza no se halla turbada por la tempestad. Confiados, sin temores ni cuidados, desconociendo las luchas de la existencia y la poderosa influencia de las pasiones, hállanse dos niños, el uno en apacible sueño, mientras su compañera entretiene sus ocios hurgándole con una pajita. Este sencillo grupo forma el cuadro que inspiró al distinguido artista italiano Sr. Bordignón el deseo de representar la apacible dicha que proporciona la calma del espíritu, que en los infantiles años, inocente y puro, no teme ni desea, inclinándose siempre al bien y á la virtud.

El teatro de polichinelas, cuadro de E. Blaas. Apenas ha cundido la voz de que se iba á dar una función de títeres, toda la chiquillería del barrio ha acudido presurosa al sitio designado desde mucho antes de comenzar el espectáculo á fin de no perder una palabra ni un gesto de los interesantes muñecos. De los espectadores, niños en su mayor parte, aunque no faltan entre ellos quienes hace años han salido de la edad infantil, unos se regocijan anticipadamente con lo que pronto han de ver, recordando lo que en otras ocasiones se divirtieron, y otros, para los cuales se trata de una cosa nueva, esperan con marcada curiosidad, y aun alguno un si es no es con el miedo que á la gente menuda infunde todo lo desconocido, lo que de aquel modesto barracón ha de salir. La comedia va á empezar, y ya por detrás de la cortina del escenario asoma la grotesca figura del polichinela, armado de descomunal garrote, que entretiene al público durante un rato con sus chistes y manotazos, mientras acaba de llenarse el local y la empresaria termina la colecta y el director da la última mano al decorado y atrezzo y dispone los personajes que sucesivamente habrán de ser apaleados por el protagonista del sainete.

Tal es la escena que nos presenta el famoso pintor de Blaas, suponiéndola en Venecia, ciudad cuyas costumbres y cuyos tipos como ningún otro reproduce; y cualquiera que haya presenciado una de estas representaciones de títeres habrá de convenir en que el autor del cuadro ha sabido arrancarlo del natural, aparte del talento con que ha trazado la composición y de la corrección técnica con que la ha ejecutado, dando á todos los elementos de la misma su justo valor y no descuidando ni el menor detalle que pudiera contribuir al efecto del conjunto.

Ejecución de un caudillo árabe en Melinda. – El caudillo árabe Ali-bin-Said fué hace poco sentenciado á muerte y fusilado por haber asesinado á Mr. Bell Smith, el superintendente de la Compañía Inglesa del Este de Africa: éste había tenido algunas disputas con Ali, el cual dos días después le asesinó mientras estaba fumando en el mirador de su casa. El asesino fué inmediatamente preso y conducido á Mombasa y de allí á Melinda para sufrir la pena que le fué impuesta. La ejecución se verificó en presencia de un destacamento de marinos del buque de guerra inglés *Swallow*, anclado en aquellas aguas, y de algunas fuerzas indígenas, así como de la gente de la población. El reo dió pruebas de gran serenidad y falleció á la primera descarga.

D. Guillermo Estrada. – El ilustre catedrático de la universidad de Oviedo, recientemente fallecido, era una de esas personalidades cuya modestia impide que sean conocidos cual se merecen los muchos méritos que en el mundo científico tienen contraídos. D. Guillermo Estrada, á poco de terminada su carrera de abogado, que cursó brillantemente en Oviedo y en Valladolid y ejerció en la capital de Asturias durante algún tiempo con gran lucimiento, sintióse irresistiblemente atraído por la enseñanza, y en 1859, á los veinticinco años de edad, comenzó á desempeñar la cátedra de Derecho político en la universidad ovetense; al año siguiente ganó en famosas oposiciones y contendiendo con el Sr. Montero Ríos, que alcanzó la de Santiago, la de Disciplina Eclesiástica de aquel centro docente, en el que sucesivamente fué luego desempeñando las de Procedimientos, Derecho civil y su ampliación, Oratoria forense, Derecho internacional é Historia general del Derecho, que era la asignatura que explicaba antes de su fallecimiento. La política le apartó algún tiempo de la cátedra y la guerra civil le llevó al lado de D. Carlos, quien le nombró consejero suyo y le confió elevadísimo cargo al lado de su esposa doña Margarita, hasta que firmada la paz volvió el Sr. Estrada á su cátedra.

Había desempeñado en Oviedo importantes cargos, entre ellos los de magistrado suplente de la Audiencia territorial, vicepresidente de la Comisión provincial de monumentos históricos y artísticos y académico correspondiente de la Real de la Historia.



D. GUILLERMO ESTRADA Y VILLAVERDE

catedrático de la universidad de Oviedo recientemente allecido

Reputábasele competentísimo en materias jurídicas, y como catedrático su explicación clara, metódica y elocuente era la admiración de sus alumnos y compañeros. Había sido notable periodista, y como escritor y pensador deja varios folletos, entre otros sus discursos sobre la importancia del Derecho canónico, la Ciencia y la Iglesia, Pedagogía y la Novela, que leyó los dos primeros en la universidad en 1860 y 1862, y los dos últimos en la Academia Jurídica y en la Juventud Católica respectivamente. Deja también muchos y muy importantes trabajos inéditos preparatorios de su obra magna *Historia del siglo XIX*, que la muerte le ha impedido concluir.



Y volviendo á coger las hilas empapólas otra vez en ácido fénico y lavó minuciosamente la frente del montañés

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Había aprendido de memoria, llorando de alegría y de admiración, los pasajes más entusiastas de aquellos libros; y al abrir uno de éstos, Silverio leyó á Jacobita las siguientes líneas, escritas por Taine al describir el Caos de Cumelia:

«Cien pasos más allá, el aspecto del valle toma un carácter imponente: numerosos mammuts y mastodontes de piedra están agachados en la vertiente oriental; mientras que otros se agrupan y escalonan en toda la pendiente. Aquellos colosos tienen un color leonado ferruginoso y brillante; los más enormes beben abajo el agua del río; diríase que calientan al sol su piel bronceada, y que duermen apoyándose en un lado ó en otras actitudes; pero todos son gigantescos y espantosos. Tienen las deformes patas replegadas, los cuerpos en parte hundidos en la tierra y sus lomos enormes apoyados unos sobre otros. Cuando se entra en aquel lugar maravilloso el horizonte desaparece; los peñascos se elevan á cincuenta pies sobre el suelo; el camino tortuoso se prolonga penosamente entre moles que parecen suspendidas en el aire; los hombres y los caballos aseméjanse á pigmeos; aquellas cimas enmohecidas ascienden á manera de peldaños hasta la cumbre, y el negro ejército suspendido parece á punto de desplomarse sobre los insectos humanos que van á turbar su sueño.»

–¡Oh, qué hermoso debe ser eso!, murmuró Jacobita, poseída de profunda emoción.

Y abriendo otro libro, Silverio leyó la página que Ramond había consagrado al Monte Perdido, la soberbia cima que fué el primero en franquear en 1802:

«...La escena cambió, y entonces olvidamos todas las penalidades sufridas. Desde lo alto de aquellas rocas contemplábamos con muda sorpresa el majestuoso espectáculo que nos esperaba en el paso de la Breche.

»Los glaciares brillaban, y la cima del Monte Perdido, resplandeciente de celestes claridades, no parecía pertenecer ya á la tierra. En vano trataré de pintar el mágico aspecto de ese cuadro, é inútilmente intentaría describir lo que su aparición tiene de inopinado, de asombroso, de fantástico, en el momento en que el telón se corre, en que la puerta se abre y en que se pisa al fin el umbral del gigantesco edificio. Las palabras no bastan para expresar una

sensación más rápida que el pensamiento; no se da crédito á los ojos; se busca alrededor un apoyo, algo para hacer comparaciones; pero todo es inútil: un mundo acaba y otro comienza; un mundo regido por las leyes de otra existencia. ¡Qué reposo en aquel vasto recinto, donde los siglos pasan con más ligero pie que aquí los años! ¡Qué silencio en aquellas alturas, donde un sonido, cualquiera que fuere, es el terrible anuncio de algún fenómeno raro y grandioso! ¡Qué calma en el aire, qué serenidad en el cielo! Todo estaba en armonía, el aire, la azulada bóveda, la tierra y las aguas; todo parecía recogerse en presencia del sol y recibir su vivificadora mirada con profundo respeto.»

La voz de Silverio temblaba al concluir esta lectura, y Jacobita, sintiendo vibrar algo en su ser que jamás se había estremecido hasta entonces, dijo al guía:

– ¡Oh! ¡Cómo ama usted sus montañas, y qué agradable es oirle hablar de ellas!

– Dispense usted, señorita, balbuceó Silverio, pues cuando hablo sobre este asunto, ya no sé contenerme. Las montañas son mi vida; en ellas sueño día y noche; las profeso un verdadero culto, y quisiera decirles muchas cosas de rodillas. Generalmente no hablo sobre esto, porque se burlarían de mí; pero ante usted no me avergüenzo, y divago como un niño. ¡Oh, qué hermosos Pirineos!... ¡Muy desgraciado fuí cuando supe que había montañas más altas! ¡Cómo he aborrecido á ese Monte Blanco, que se eleva mil cuatrocientos metros más que nuestro Maladetta! En otro tiempo soñé que le decapitaba, que le arrancaba su cúpula, piedra por piedra, y que le convertía en un monte ridículo; mas cuando me dijeron que en el Himalaya había cumbres de más de ocho mil metros de altura, pensé: ¡Me alegro, para que ese Monte Blanco no sea tan fanfarrón!

– ¡Oh, decíase Jacobita al oir estas palabras, cómo le abrazaría yo si fuese mi tío!

Pero Silverio continuó:

– ¿Y aman sus amigos de usted las montañas? Supongo que no. Solamente se detienen admirados ante el mar. Su tío de usted no conoce ni siquiera los nombres de los picos que ve todos los días, y en Aigues-Vives no hay diez habitantes que no prefieran vivir en la llanara. ¡Infelices! Tienen los ojos cerrados; son como las tortugas, que cuando asoman la cabeza sólo gustan de ver las prosaicas lechugas. Una vez, siendo yo todavía muy niño, acompañé á mi padre á la llanura; estuvimos seis meses detrás de una meseta sin ver los Pirineos, y yo creí que iba á morirme... ¡Venga usted á verlos, venga usted, añadió Silverio saliendo de la gruta. ¡Oh! Desde aquí no son tan hermosos como desde la cima del pico; pero también los ojos miran con gusto esas pendientes, esas cimas, esas rocas, esos torrentes, todas esas cosas de tan variadas formas y de tantos colores.

Al decir esto, señalaba á las montañas que les rodeaban.

Desde la gruta, situada á mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, el panorama era inmenso: el caserío de Gargos y el burgo de Aigues-Vives estaban ocultos por una loma pedregosa, y aparte de algunas verdes praderas que abigarraban por la izquierda la vertiente meridional de una montaña, nada de humano, nada de artificial se revelaba á los ojos. Solamente la naturaleza había trabajado allí; sólo sus manos habían levantado aquellos montes grandiosos, erizados de picos que parecían gigantescas catedrales. Todo cuanto la mirada podía abrazar presentábase con un carácter majestuoso, con su virginidad primitiva, con su eterno brillo, y experimentábase una alegría intensa, aunque melancólica, contemplando aquel espectáculo, viviendo allí, olvidando uno que era hombre, un débil y vil organismo, un poco de tierra obscura y animada, sintiendo que el alma se encarnaba en el alma de las cosas, pensando que el cuerpo llegaba á ser una parte integrante de los montes, una de esas piedras vanas, pero más duraderas que todo cuanto los genios han creído edificar de inmortal con sus manos ó su cerebro.

– ¡Oh, señorita', balbuceó Silverio, poseído de entusiasmo, ¿no es verdad que consuela mucho contemplar la montaña? En cuanto á mí, paréceme que no hay más que eso en el mundo, que no puede existir otro placer, ni puede haber otra ocupación. ¡Qué mezquino resulta todo lo demás si se piensa un poco! Días hay en que me dan ganas de sentarme sobre la hierba, admirar los picos, unir las manos y no moverme. ¡Oh, las montañas, las montañas!..

Silverio se transfiguró un minuto; pero ruborizándose después como un niño vergonzoso, balbuceó humildes excusas con voz respetuosa.

– No haga usted caso, señorita, dijo; la montaña me embriaga, y acaso me tome usted por un lunático. Dejemos este asunto para hablar de otra cosa, de lo que pasa en París, en Pau, en Aigues-Vives, y del casino, que debe abrirse pronto...

Pero Jacobita le puso la mano sobre la boca.

– ¡Calle usted, desgraciado!, exclamó. ¿Acaso existe todo eso? ¡Oh! ¡Me inspira usted lástima después de haberme complacido tanto! ¡Hable usted más de las cimas, de las cascadas, de los precipicios! Hable usted siempre de eso. ¡Nada de París, ni de Pau, ni de todas las ciudades que encierran! ¡Fuera los casinos y los conventos y las costureras! ¡Fuera la llanura y viva la montaña!

Y Jacobita unió las manos ante Silverio en ademán de súplica para que continuara.

¡Con qué alborozo obedeció el joven! Señalando las montañas vecinas, las nombró una tras otra. A la izquierda, por lo pronto, la más baja y la última cultivada, llamábase *Praderes*, y era la que tenía el honor de conservar los restos de Carlos Vergez, el tío de Poupotte; la que cerraba por el Levante la cuenca de Aigues-Vives, tenía por nombre *La Coronada*, á causa de un grupo de atrevidas rocas cuyo conjunto asemejábase á una corona ducal; al Sud, aquel monte sombrío que se elevaba á la derecha del burgo, llamábase *El Erizo*, porque estaba completamente cubierto de pinabetes, y este monte no era más que una estribación de la *Jirafa*, montaña inclinada cuya línea interminable prolongábase hacia España. Entre *Praderes* y *La Coronada*, aquella cima resplandeciente era el pico de *Montmiraílh*, de dos mil ochocientos cincuenta y cinco metros de elevación; y más á la derecha, entre *La Coronada* y *El Erizo*, aquel lejano grupo de picos, aquellas tres torres colosales, surgiendo de un glaciar y elevándose á más de trescientos metros, era el macizo de Bille-de-Neou, ciudad de la nieve.

Jacobita escuchaba y admiraba: el día era templado; no había en el cielo una sola nube, ni se oía más que el murmullo de las aguas corrientes; los hielos se derretían poco á poco en los huecos de las rocas, y hubiérase dicho que las montañas lloraban de alegría, elevándose hacia el sol. Jacobita sonreía silenciosa, y en su corazón también parecía derretirse alguna cosa deliciosamente, al calor de aquella primera tarde de mayo.

– ¡Qué hermoso es', exclamaba, abriendo cada vez más ávidamente sus ojos.

– ¡Si usted hubiera visto todo esto en invierno! continuó el montañés; entonces me hallo solo aquí; Gargos queda desierto; Aigues-Vives duerme; ninguna diligencia rueda por el camino; todo está cubierto de nieve, las montañas son blancas como las desposadas; la tierra parece haberse engalanado para mí; paso semanas enteras sobre las nubes, y estoy aquí como un Dios rodeado de incienso.

Y el joven explicaba los juegos de la luz en todos aquellos vapores cuando el sol volvía á iluminar el cielo: era un espectáculo deslumbrador, un conjunto increíble de armiño, una prodigiosa acumulación de flores de lis, una amalgama de todos los blancos posibles é imposibles, en los cuales se desearía revolcarse, dormirse y petrificarse lentamente entre sueños infinitos, cándidos como los de un cisne.

Sin embargo, el tiempo transcurría y las rocas proyectaban sombras más extensas en el flanco de las montañas; pero los jóvenes no tenían, al parecer, en cuenta las horas, y permanecían delante de la gruta inmóviles y transfigurados. No hablaron siempre; en su conversación hubo instantes silenciosos muy dulces, durante los cuales su meditación seguía el mismo camino en el cielo azul, cerniéndose sobre las mismas cimas, ó reposando en los mismos valles, y después de aquellos breves minutos, en los que nada se habían dicho, mirábanse con ojos más confiados, como si se hubieran conocido mejor.

El juicio que formaban uno de otro había cambiado desde la víspera. En cuanto á Silverio, en un principio no había visto en Jacobita más que una joven algo loca, más ó menos caprichosa, una hermosa niña que hablaba como una muñeca mecánica y pensaba poco más ó menos lo mismo. Ahora le parecía linda como antes, pero sabía que era buena, sentimental y grave. Por lo que hace á Jacobita, el primer día no vió en el montañés más que su cuerpo endeble, su rostro sin expresión y la pierna que arrastraba, y había creído estar en presencia de un patán ignorante, tan falto de educación como de belleza. Ahora veía en el fondo de aquel salvaje un artista conmovido, un contemplador entusiasta, un hombre tierno y hasta hermoso, pues al hablar de las montañas, su figura parecía la de un gigante y su rostro el de un iluminado. El maravilloso país de que era hijo prestábale ahora su gracia penetrante, y la pureza de su cielo resplandecía toda en sus ojos.

Jacobita, á su vez, refirió su historia con palabras muy sencillas, que Silverio escuchó religiosamente, inclinándose un poco para distinguirlas del murmullo de los manantiales vecinos. La joven le habló de sus padres difuntos y díjole el nombre de todos los demás parientes, comenzando por el doctor Enrique Bordes, médico en Aigues-Vives y hermano del cura, y acabando por Roumigas, el brujo de Gargos, que era primo de Marcadieu, el vaquero. Después habló de su infancia, de la llanura de Hortez, donde había nacido, y del convento de Pau, donde aún debía permanecer algunos meses más.

– Desde ese convento, continuó, vemos los Pirineos. ¡Y cuando pienso que yo no los miraba! ¡Ah! En adelante ya sabré divertirme durante las horas de recreo; haré que me indiquen las montañas de Aigues-Vives, y las contemplaré pensando en usted.

Los dos se sonrieron, y como sus miradas se encontraran, ambos se ruborizaron esta vez.

Pero de pronto profirieron un grito: desde la altura se derrumbaba una mole blanca, una masa enorme cubierta de nieve que saltaba como una fiera y precipitábase hacia ellos, aumentando de volumen y haciendo retemblar la montaña.

– ¡La avalancha!, gritó Silverio. ¡Retroceda usted!

Y cogiendo á Jacobita, levantóla vivamente y dió un salto hacia atrás. En el mismo instante la avalancha pasó delante de ellos por un ancho barranco; la joven vió un gran torbellino de cosas blancas, sintiendo á la vez como un soplo violento que heló su rostro, y la empujó, como si quisiera arrojarla en pos de la mole que rodaba.

– ¡Oh! Mírela usted, exclamó Silverio.

La avalancha había saltado con furia en una saliente de la montaña: cuando volvió á caer oyóse el ruido de las rocas que acababan de sufrir el choque; el Gargos retembló hasta en sus cimientos, y aún más voluminosa, más rápida, más terrible, la mole continuó su camino; saltó varias veces, y enfiló después la galería del caserío con el estrépito de la tempestad. A los pocos minutos, Jacobita vió surgir como una especie de nube blanca en la falda de *El Erizo*; era la avalancha que acababa de romperse en el fondo del estrecho valle, y cuyos restos remontaban sobre las pendientes opuestas.

Silverio había corrido hacia una eminencia vecina.

– ¡No ha causado daño alguno!, exclamó; desde aquí veo el pueblo; la iglesia está en pie aún, y mi cabaña también. ¡Dios sea loado!

Y volvió á reunirse con Jacobita, que estaba pálida y con las manos temblorosas, revelándose en sus ojos un profundo terror.

– ¡Oh!, exclamó; creí morirme. No quiero volver más á este país. ¡Jamás!

Al oir esto, los ojos de Silverio tomaron de nuevo su triste expresión; miró á la joven, y sin pronunciar palabra inclinó la frente.

Pero Jacobita se precipitó hacia él y cogióle las manos.

– ¡Oh, sí, quiero volver', exclamó; esto es terrible, pero sublime. ¡Adoro las avalanchas!.. Y aunque me maten, Sr. Silverio, usted me conducirá de nuevo á las montañas. ¡Yo lo quiero! Haremos las ascensiones juntos para ir á los picos más elevados, y usted me enseñará todo su país, todo, todo... ¿Cuándo comenzaremos?

– ¡Mañana!, contestó Silverio, transportado de alegría.

– ¿No le molestará á usted la herida?

– ¡Me siento más fuerte que nunca!

– Pues bien: hasta mañana, Sr. Silverio.

Y este nombre fué pronunciado con un acento muy dulce, algo tímido y que pareció lejano, cual si lo hubiese pronunciado el corazón.

Jacobita corrió hacia el pueblo sin volver la cabeza, y desapareció detrás de una roca de basalto, que parecía ensangrentada por el reflejo rojizo del sol.

La joven se dirigió hacia la iglesia para rezar las oraciones del mes de María, según las recomendaciones de su padrino; pero al entrar, encontró la capilla tan negra, que era muy difícil distinguir la efigie de la Virgen; apenas vió más que el rostro imberbe del joven montañés, cuya dulce imagen se conservaba en sus ojos. Y entonces, después de haber rezado con toda su alma, murmuró:

– ¡Santa Virgen..., aunque no tenga bigote!..

III

Aquella noche, después de tocar el *Angelus*, Poupotte reprendió mucho á Jacobita.

– ¡Al fin ha vuelto usted!, exclamó cruzándose de brazos con ademán trágico. ¡Marcharse á las nueve de la mañana y volver á las siete de la noche! ¿Es razonable eso?

– ¡Oh! De ningún modo, contestó la joven, y por eso me propongo comenzar de nuevo mañana

– Señorita, su tío ha prohibido que vaya usted á Aigues-Vives.

– Y yo me apresuro á obedecerle, Poupotte, porque no me dirijo hacia ese punto.

– ¿Pues adónde va usted, santos Angeles?

– A la montaña.

– ¿A la montaña? ¿Todo el día? ¿Y qué hace usted allí, si no hay más que langostas? Acabará por romperse la cabeza, si se arriesga por sí sola.

– Por eso tomo mis precauciones, Poupotte.

– ¿Tiene usted un guía?

– ¡Ya lo creo!

La cocinera del padre Bordes se sonrojó.

– ¿Y quién es?, repuso. Tal vez León Bielle... ¿No? Pues entonces será Juan Irady... ¿El Hornero?...

La cocinera citaba los nombres de los guías más acreditados de Aigues-Vives, los que ofrecían el brazo á las jóvenes que á ellos se confiaban en los pasos difíciles ó les turbaban la conciencia entre dos glaciares.

– No es ninguno de esos, contestó Jacobita. Mi guía es Silverio Montguillem.

– ¿El descendiente de papudos?.. ¡Ah, muy bien!, repuso la cocinera tranquilizada; eso no es grave.

Silverio no tenía ninguna importancia para el sexo débil de Gargos, y muy bien podían confiársele las niñas al joven rústico. ¡Ah, sí, santos Angeles! De un individuo como aquél, que no era hombre ni mujer y que tenía en la barba menos pelo que Poupotte, nada debía temerse.

Y la cocinera calculó que una linda joven como Jacobita era tan incapaz también de experimentar sensación alguna en presencia de aquel mozo, como el arroyo de Aigues-Vives de ir á dar una vuelta por el pico de Montmiraílh.

Así es que no se opuso en nada á los proyectos de la señorita.

Al día siguiente la joven se levantó muy temprano, vistió su traje del convento, muy sencillo, de lana azul, púsose una toca de piel, calzóse sus botinas claveteadas, guardó varios víveres en un morral, y salió para dirigirse á la gruta de Gargos.

– ¿A qué hora volverá usted, señorita?, preguntó la cocinera.

– No lo sé, Poupotte.

– ¿Será antes de mediodía?

– ¡Oh, no!

– Recuerde usted las recomendaciones del señor cura, y no vaya al pueblo de Aigues-Vives.

– ¡No tenga usted cuidado!

– Y no se acerque usted á los precipicios. ¡Cuidado con romperse algún hueso! ¡No beba usted tampoco agua helada!

Poupotte era prudente, y antes de permitir á la joven marcharse, quería informarla acerca de los peligros del camino.

– ¡Ah, se me olvidaba!, gritó, volviendo á llamar á la joven. ¡Cuidado con las víboras!

La cocinera no tuvo más que decir, y habiéndose asegurado de que Jacobita iba á reunirse con Silverio Montguillem y no con otro, volvió al presbiterio y desplumó por cuenta propia el pollo que tenía permiso para ofrecer á la señorita aquel día.

Había mucha niebla y no se veían los objetos á cien metros de distancia, presentando un color gris. Jacobita encontró á Silverio en el umbral de la gruta, y desde lejos le dió alegremente los buenos días.

– ¡Está usted magnífico!, exclamó.

El joven llevaba su traje de guía completo, pantalón y chaqueta corta de azul celeste.

– Venga usted, dijo Jacobita después de mirarle con marcada complacencia, voy á quitarle á usted esa venda que le afea demasiado.

Cinco minutos después había desaparecido el turbante de la víspera.

– Un centímetro cuadrado de tafetán sobre la frente será cuanto pueda necesitarse hoy, dijo la joven. ¡Qué desgracia, mañana ya no habrá nada que hacer!..

Y con su diminuta mano, que exhalaba el perfume de la oxiacanta en flor, tapó con los cabellos del montañés la pequeña cicatriz.

El joven se sonrojó un poco al sentir el contacto de aquella mano ligera que le había rozado la mejilla, y Jacobita se volvió esta vez para ocultar su propio rubor.

Pero de repente gritó:

– ¡Bravo! ¡Ahí está el sol!

El astro acababa de asomar su pálida cabeza á través de la niebla amarillenta.

– ¡Marchemos pronto!, dijo Silverio. Antes de mediodía todo el cielo estará despejado.

Y puso las provisiones en su morral, ofreció un bastón forrado de hierro á Jacobita, descolgó otro para su propio uso, y anudó una larga cuerda al ronzal de su caballo.

– ¿Viene con nosotros?, preguntó la joven.

– No, contestó el guía, le ataré á una estaca en medio del prado, y paciendo alrededor de ella, se podrá alejar lo suficiente para que no le falte alimento hasta la noche.

Los jóvenes bajaron hacia Gargos; se instaló á *Morrudo* en el prado de su amo, y después se dirigieron hacia el Mediodía por el camino de España.

– ¿Dónde vamos?, preguntó Jacobita.

– No lo sé.

Los dos apresuraron la marcha, y sus pasos resonaban en el camino; sus mejillas comenzaban á colorearse, azotadas por el viento fresco; la niebla humedecía sus pestañas; y embriagados de juventud, radiantes de esperanza, avanzaron juntos hacia un objeto indeterminado.

Al fin llegaron á un sitio donde el camino se bifurcaba; aquí Silverio colocó su bastón verticalmente entre las dos sendas, como si hubiera querido clavarle en el suelo, y le abandonó; cayó á la derecha, y los dos viajeros tomaron esta dirección.

Muy pronto llegaron á la orilla de un torrente.

– Este es el torrente de Ribenac, dijo el guía, como si hiciese una presentación.

– Me alegro mucho conocer á usted, Sr. Ribenac, dijo Jacobita.

Aquel torrente era encantador. ¡Cómo saltaba el agua entre las rocas, y qué duchas recibían aquellas pedregosas moles! Acá y allá, algún añoso sauce inclinaba ante aquel espectáculo su voluminosa copa, pareciendo que se retorcía, ó bien se inclinaba sobre las aguas, tratando de entorpecer su paso con sus tenues ramas prolongadas.

El torrente cambiaba de aspecto después; estrechábase mucho, y Jacobita lo vió salir impetuoso de un desfiladero sombrío como un túnel. Como el camino ascendía, muy pronto se dejó oir el rumor de las aguas, que ahora estaban bajo los pies de los excursionistas, á ochenta metros de profundidad; las dos montañas entre las cuales se deslizaban, parecían ansiosas de absorberlas en sus negros pasos. Algunas veces veíase en lo alto una roca que rompiendo el suelo prolongaba su cuello fantástico, y hallábase como suspendida sobre el río, cual si quisiera saber qué había sido de él.

– Despídase usted del torrente, dijo Silverio, pues mi bastón me aconseja subir por aquí. Vamos á ver el bosque de Ribenac.

Y tomó por la derecha un sendero pedregoso que conducía á un bosque de pinabetes.

Una vez aquí, la claridad disminuyó poco á poco; los árboles parecieron más espesos y corpulentos; los tallos de sus ramas se destacaban rectos como columnas de bronce, y entre ellos veíanse moles enormes, grandes trozos de la montaña desprendidos, desde siglos antes, de alguna cumbre ruinosa. Acá y allá, alguno de ellos, mal extendido y protegiendo un poco de tierra bajo su masa, veía salir por debajo un tronco voraz de pinabete, tronco hábil que se encorvaba primero para evitar la roca, y enderezábase después, como sus hermanos, hacia el cenit. Más lejos, una de esas moles, hecha pedazos en su caída, había sembrado en la pendiente sus fragmentos, y sobre sus restos leprosos crecían árboles, oprimiendo las piedras con sus raíces ávidas, crispadas como las garras de un buitre. Los pinabetes jóvenes elevaban sus ramas al cielo; los viejos parecían inclinar hacia la tierra sus largos brazos agrietados: avanzando en la carrera de la vida, árboles y hombres proceden de igual manera.

Jacobita y Silverio, entusiastas y juveniles, llevaban altas sus frentes radiantes mientras se adelantaban por el bosque, sintiendo en su ser una comezón confusa, la ardiente oleada de vida que el globo fraternal envía, así al corazón del hombre como al de la planta, el germen reparador que es la sangre del uno, la savia de la otra, y que en la primavera entreabre las flores y da nacimiento al amor.



Y cogiendo á Jacobita, levantóla vivamente y dió un salto hacia atrás

El bosque no tenía senderos; aún no le había profanado ninguna huella humana, la naturaleza vivaz reinaba allí con toda su gravedad, su fuerza y su esplendor; los pinabetes eran colosales; las zarzas y espinos se entrelazaban con más vigor; manantiales que no se habían enturbiado nunca deslizábanse bajo flores que nadie cogería jamás; agobiados de vejez algunos se pudrían sobre sus pies vacilantes; mientras que otros, derribados por el huracán, prolongaban sobre las piedras su tronco sin corteza, asemejándose á blancos esqueletos. El volumen de los peñascos y la rapidez de las pendientes preservaban al bosque de las vías de explotación; los vegetales crecían allí libremente, tomando su parte de tierra y de luz, rodeábanse de vigorosos retoños, en cuyas verdes tribus dominaban un siglo ó dos, y después, sin conocer el hacha de los leñadores ni la escuadra de los carpinteros, morían lentamente, día por día, con la paz serena de los patriarcas, y caían de vetustez en la montaña natal.

Jamás Jacobita y Silverio habían estado tan recogidos en sí, jamás temblor alguno les había inspirado tanta piedad; no hablaron en aquel bosque solemne, porque las frases más nobles no habrían servido más que para profanar estas puras emociones, y limitáronse á cambiar una mirada, dirigiéndose hacia la cima.

Muy pronto los pinabetes comenzaron á ser más mezquinos; algunos espacios cubiertos de nieve brillaban entre las rocas desprendidas; la vegetación disminuía en las escarpaduras, y ya no se vieron más que pinos rojos, los últimos árboles de las montañas, los supremos luchadores que llevan á más altura, hacia el cielo, los colores de la tierra.

– ¿Dónde estamos?, preguntó Jacobita.

– En el Gargos; no hemos salido de él; he ahí el pico sobre nuestras cabezas.

– ¡Oh! Vamos allá.

Almorzaron bajo un pino rojo, y después prosiguieron su asensión.

Al salir de la gruta dijo Silverio:

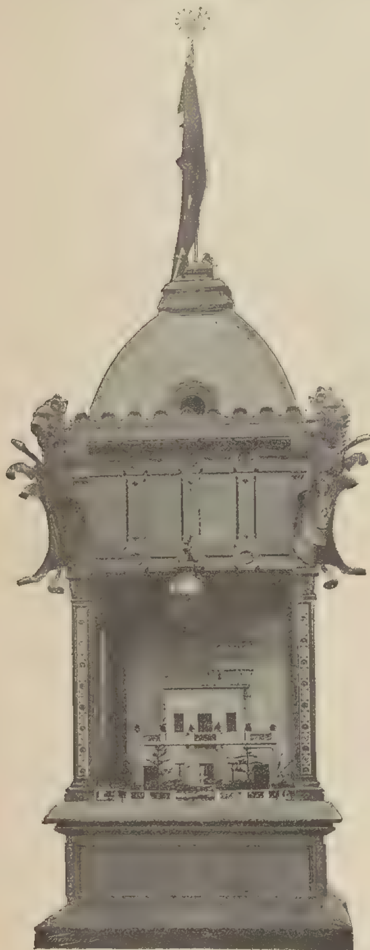
– Hubiéramos podido llegar á la cima en una hora y tres cuartos; por aquí el camino es más largo.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

VILLA MASCOTA. – NUEVO DISTRIBUIDOR AUTOMÁTICO

Desde que aparecieron esos curiosos aparatos que, previo depósito de una moneda de diez céntimos, señalan el peso de la persona subida en la báscula, ó entregan un objeto, ó reproducen la imagen fotográfica del que delante de ellos se sitúa, los mecánicos y los industriales han aguzado el ingenio para perfeccionar tales mecanismos y darles nuevas aplicaciones, siendo de esto resultado el gran número de ellos que con más ó menos fortuna se han ido instalando en las principales ciudades de España y del extranjero.



Villa Mascota, nuevo distribuidor automático, instalado en Barcelona por D. José Bataglia (de fotografía de A. Xatart)

Pero de cuantos hasta ahora conocemos, que no son pocos, ninguno tan ingenioso y elegante y al propio tiempo tan original como el que reproducimos y que D. José Bataglia, de esta ciudad, ha instalado á la entrada del Paseo de Gracia, con gran regocijo de la gente menuda y aun de las personas que, formando durante todo el día compacto grupo delante del kiosco en que está instalado, no se cansan de echar monedas para darse el gusto de ver la aparición de la *Señorita Mascota*, que tal es el nombre con que ha sido bautizada la muñeca distribuidora.

Pocas palabras bastarán para describir el aparato y su modo de funcionar: dentro de un kiosco de cristales hay levantado un pequeño edificio delante del cual se extiende un lindo jardín en miniatura; si se echa una moneda de diez céntimos en la abertura practicada en la parte delantera del kiosco, aparece por la puerta de la izquierda de la *villa* una muñequita elegantemente vestida, que describiendo un arco de círculo en el jardín, detiénese delante del espectador, y haciendo un gracioso saludo deja en manos de éste una pastilla de chocolate que lleva en una diminuta bandeja: en seguida pónese de nuevo en movimiento y desaparece por la puerta de la derecha del edificio.

El mecanismo interior es fácil de comprender en principio: la moneda al caer empuja una rueda en donde están colocadas las pastillas de chocolate; una de éstas cae por una abertura en la bandeja de la muñeca que está debajo, y á su peso pónese en acción un ingenioso sistema que imprime á la figurita el movimiento antes indicado.

Este aparato que ha sido inventado por dos obreros italianos, los Sres. Origgi y Caimi, hojalateros de oficio, ha obtenido en todas partes la mejor acogida, y en Barcelona, en donde, como hemos dicho, está instalado á la entrada de uno de nuestros mejores paseos y sin duda el más concurrido, el público no se cansa de contemplar las continuas entradas y salidas de la muñeca, verdadera *mascota* para su propietario el Sr. Bataglia, pues apenas permanece un segundo quieta, impulsada en ese continuo ir y venir por las monedas que no cesan de llover en el interior del kiosco mientras éste permanece abierto.

El éxito se comprende, pues además de la golosina que la figurita distribuye, la aparición y desaparición de ésta y sus graciosos movimientos constituyen un espectáculo bonito y entretenido. – A.

***

MONTAÑAS CANTANTES

América, que es el país de las maravillas de la naturaleza, y en especial la del Norte, no sólo tiene montañas que surgen de improviso de la noche á la mañana, como el Jorullo en Méjico, y montes que, aunque lentamente, se ponen en movimiento, como uno que hay junto al Colombia River, sino que también ofrece á la admiración del explorador y el viajero montañas que cantan, aunque parezca patraña.

Si hemos de dar crédito al célebre naturalista inglés Darwin, que fué uno de los primeros en describir científicamente el fenómeno, hay en la República de Chile, cerca de la ciudad de Copiapó, situada en la provincia de Atacama, un monte de no muy considerable altura, al que se da en el país el nombre de *El Bramador*, á causa del grito, ó mejor dicho, del bramido sordo, pero prolongado, que parece salir de sus entrañas.

En concepto del mencionado naturalista, que durante un viaje á Chile tuvo ocasión de estudiar detenidamente *El Bramador*, el bramido debe reconocer por causa el frotamiento de los granos de arena de que está cubierto el monte, y que, al paso de las personas y de los animales y quizás también por efecto de la trepidación del suelo, resbalan sin cesar, convertidos en polvo frío, por las laderas hasta llegar á la llanura.

En medio del lago de la Pirámide, cerca de Truckee River, en el Estado de Nevada (Estados Unidos), hay también otra montaña cantante, no tan conocida, pero sin duda más curiosa que la anterior, porque si el sonido que emite no es continuo, en cambio es mucho más armonioso. Según la fuerza del viento y mediante ciertas circunstancias atmosféricas, se oye de pronto algo así como el retintín de muchas campanillas de vibraciones argentinas; el ruido va luego adquiriendo gradualmente intensidad hasta convertirse en una verdadera sinfonía, como la que producirían los bajos de un órgano, y poco después se restablece súbitamente el silencio.

Además, las grandes extensiones arenosas poseen sin duda alguna ciertas propiedades musicales bien determinadas. ¿Quién no ha oído hablar de las voces que parecen salir del desierto? El de Lobnor, en China, abunda, según afirman los viajeros, en armonías extraordinarias. El Afghanistán, la Arabia, tienen también colinas de arena movediza que producen sonidos. En Manchester-de-la-Mer, en el Estado de Massachusetts, hay lo que se llama *the singing beach*, la playa cantante, y los arenales de Eigg, en las islas Hébridas, lo propio que los de Bornholm, en Dinamarca, parecen dotados de la misma sonoridad.

***

EL SEGUNDO SALÓN DEL CICLO

EXPOSICIÓN FRANCESA INTERNACIONAL DE VELOCIPEDIA

En enero del año pasado inauguróse en París, en la sala Wagram, el primer Salón del Ciclo, del cual nos ocupamos en el número 633 de La Ilustración Artística, y que fué, en cierto modo, un ensayo de exposición velocipédica en Francia, análogo á las grandes exhibiciones inglesas el *National Show* y sobre todo el *Stanley Show*, que desde hace diez y seis años las verifica periódicamente. El éxito de aquella tentativa fué tan decisivo, que los expositores se dieron cita para fin de año en el Palacio de la Industria. En enero fueron 110; en diciembre último han sido 470, y estas dos cifras, en diez meses de distancia, dan completa idea de los progresos que de día en día realiza el ciclismo entre el público y en la industria.

El segundo Salón del Ciclo, que fué solemnemente inaugurado el día 7 de diciembre próximo pasado por M. Lourties, ministro de Comercio, ocupa toda la planta baja del citado palacio, estando una de sus secciones, la llamada de la locomoción automóvil, relegada en las frías y sombrías regiones vecinas al *restaurant*. Todas las instalaciones están decoradas con gusto y algunas con verdadero y hasta excesivo lujo, y los visitantes elogian á una el efecto curioso que produce la combinación de los colores obscuros de los cortinajes y tapices con el brillo del esmalte y los resplandores del níquel.

Pero ¿qué novedades hay expuestas?, se preguntará el lector. Cuando se ha visto la bicicleta automática de gasolina y la máquina de correr de M. Valere, se comprende que ninguna otra invención se revela en condiciones de hacer una revolución en la mecánica ciclista actual, y sale todo el mundo del Salón del Ciclo convencido de que la bicicleta de 1895 será la misma que la de 1894, algo más estudiada y acabada, muy mejorada en sus detalles, pero sin ninguna modificación fundamental.

La exposición resulta en algunas cosas divertida desde luego las miradas se fijan en dos mecanismos extraordinarios dignos de figurar en la que podría llamarse teratología ciclista. La primera (fig. 1) es la bicileta torre Eiffel, de la casa inglesa Humber: esta monstruosidad ha venido al mundo del modo siguiente. Todos los años se verifica en Coventry una parada ciclista en la que las más inverosímiles locuras son las más celebradas. El año pasado, Mr Philipps concibió la idea de hacer montar en una bicicleta de tres metros de alto á un hombre de buena voluntad, cubierta la cabeza con un sombrero de copa de dimensiones proporcionadas á las del aparato. Esta máquina fué la reina de la parada y luego se la aplicó á la publicidad, habiendo circulado encaramado en ella un *hombre-sandwich* por las calles de Londres. El peso de esta bicicleta es de 29 kilogramos; cuatro estribos conducen á la parte superior y permiten á un ciclista ágil subir y bajar sin ayuda de nadie. Cuatro placas paralelas consolidan la horquilla de la parte delantera; la rueda motriz tiene 1'10 metros y la directriz 0'80, la multiplicación de 1'70. Dícese que algunas casas de anuncios de París han compra-



Fig. 1. – Bicicleta torre Eiffel, de 3 metros de altura (de una fotografía)

do ya varios modelos de ese curioso aparato.

El segundo monstruo es también un aparato de publicidad, el triciclo impresor (fig. 2). Las ruedas traseras del aparato están provistas de llantas de forma especial que constituyen inmensos componedores circulares, en los cuales, por medio de enormes letras de caucho *ad hoc*, se componen una ó dos palabras ó una frase corta. Un depósito de tinta de color da líquido á unas almohadillas que por medio de un manubrio se ponen en contacto con la parte superior de la rueda. Finalmente, delante de cada rueda y casi al nivel del suelo, un fuelle, alimentado por un ventilador que el triciclo hace funcionar andando, aparta el polvo y prepara á las letras una superficie limpia. El ciclista mueve los pedales, y mientras lentamente se pasea por las calles, las ruedas de su triciclo imprimen en el pavimento de madera, en el asfalto, etc., las letras ó dibujos de las llantas.

Este aparato es curioso, pero sería temerario esperar verlo funcionar en las calles importantes de las ciudades.

L. BAUDRY DE SAUNIER

(De *La Nature.*)



Fig. 2. Triciclo impresor de anuncios. – A la derecha detalle de las ruedas traseras



Ejecución de un jefe árabe en Melinda (posesiones inglesas del Este de Africa), dibujo de C. J. Staniland, tomado de un croquis del natural del teniente C. B. Kiddle

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 4 de febrero de 1895 — Núm. 684

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO



SAINETES MATRITENSES

El baile del marqués, dibujo de Méndez Bringa

SAINETES MATRITENSES

EL BAILE DEL MARQUÉS

Gabinete elegante del hotel n.° 333 en la Castellana de Madrid

I

El MARQUÉS y la MARQUESA, matrimonio *chic*

MARQUÉS. – Todas tus *toilettes* están muy vistas, y es preciso, indispensable, que estrenes algo nuevo.

MARQUESA. – Entonces pon por lo menos mil quinientas pesetas para que un modisto me confeccione algo de gusto.

MARQUÉS. – Que con las seis mil pesetas en que hemos presupuesto los gastos de la *soirée*, son siete mil quinientas. ¡Caracoles! Sabes que va subiendo la cosa de un modo...

MARQUESA. – ¿Y qué remedio, querido? El gran mundo tiene sus exigencias, y treinta mil reales, después de todo, no es ninguna enormidad. ¡Ah, y el aderezo de brillantes que está en el Monte!.. Habrá que sacarlo aunque no sea más que para una noche. ¿En cuánto se empeñó?

MARQUÉS. – En veintiocho mil reales.

MARQUESA. – Porque ya comprendes que no voy á presentarme con el de piedras falsas, que si pueden pasar así en el coche y vistas de lejos, lo que es á la luz eléctrica son impresentables.

MARQUÉS. – En efecto, querida. Nada; que necesitamos tres mil duros para hacer una cosita pasadera, sin estirar mucho el brazo.

MARQUESA. – Hijo mío, el que algo quiere, algo le cuesta, y en los momentos en que Pepe va á proponerte para la embajada de Mónaco, es preciso desvanecer los rumores que Carmen y otras chimosas como ella han hecho circular en Palacio, diciendo que estábamos tronados. Y ten por seguro que si no nos remediamos pronto con la embajada, la *débacle* es forzosa.

MARQUÉS. – Y tan forzosa... No tengo en cartera más que un billete de mil pesetas, y el mes que viene vence el pagaré gordo de Gómez, y no sé por dónde vamos á salir.

MARQUESA. – Tenemos una sombra pésima. Entre la mala racha que tú estás sufriendo hace tiempo en el casino y los golpes que á mí me han dado en *Beti Jai*, estamos á pedir de boca.

MARQUÉS. – Ya sin eso estábamos bastante *fanés*.

MARQUESA. – Pero en fin, nobleza obliga, y hay que dar el baile á toda costa. Ya sabes que Pepe en la corrida de Beneficencia me saludó llamándome «embajadora...,» y luego con toda reserva me aseguró que el nombramiento es cosa hecha.

MARQUÉS. – Sí, pero eso viene diciéndose hace dos meses y nunca llega.

MARQUESA. – Porque no movemos ruido. Hay que dar el baile sin remisión, y cueste lo que cueste.

MARQUÉS. – Bueno: pues bailaremos aunque sea la *Danse Macabre*.

MARQUESA. – Ingéniate. Ve quien te preste esos cuartos, pero sin escandalizar.

MARQUÉS. – Esa es la dificultad. Los inmuebles están todos hipotecados; las alhajas, ya sabes. A las gentes de nuestra esfera no se puede acudir; así que no sé...

MARQUESA. – Mira: Dolores, la corredora de alhajas, me habló hace algún tiempo de que su marido, un tal Garduña, representaba á una porción de gentes que hacían préstamos. Tal vez ese admitiera un pagaré tuyo; porque al fin y al cabo, tres mil duros no es ningún fortunón. ¿Quieres que le envíe recado?

MARQUÉS. – Nada se pierde.

MARQUESA. – Hoy al ir al Retiro pasaré por su casa, y yo en persona se lo diré.

MARQUÉS. – *Brabi*. Entonces me voy al Veloz. Si tuviera buena suerte... Adiós, monina.

MARQUESA. – Hasta mañana, señor embajador.

Despacho del marqués. Libros pocos, pero lujosamente encuadernados; en cambio abundan cuadros y objetos de *sport*.

II

El MARQUÉS en la mesa escritorio, y sentado ante el GARDUÑA, sujeto obeso, de rostro vulgar, colorado y truhanesco.

MARQUÉS. – Pues sí, amigo Garduña. Me hacen falta tres ó cuatro mil duros por unos días solamente, y espero que usted me los proporcionará.

GARDUÑA. – Señor marqués, aunque yo no tengo esa cantidad, conozco capitalistas que harán la operación, si la cosa tiene buena cara.

MARQUÉS. – ¿Cómo buena cara?

GARDUÑA. – Pues si la garantía es *conmeniente*.

MARQUÉS. – No entiendo...

GARDUÑA. – Si las fincas son buenas y están libres, *decetera*.

MARQUÉS. – Hombre, ¿y por una bicoca de tres ó cuatro mil duros pide usted fincas? Qué, ¿no basta mi firma?

GARDUÑA. – Eso del crédito personal está muy *tronao*, y se da cada petardo... Las últimas cesantías de Gobernación me han costado á mí más de cuatro mil duros.

MARQUÉS. – Usted se conoce que no sabe con quién trata.

GARDUÑA. – Puede; pero como Gómez tiene ya *pagareses* de usted por diez mil duros, y eso lo sabemos todos los capitalistas... ¿A que no hay quien dé á usted tres mil pesetas bajo su firma?

MARQUÉS. – Y cien mil también.

GARDUÑA. – Pues por mí, que se las den

MARQUÉS. – Sólo que no quiero molestar á los amigos por una pequeñez.

GARDUÑA. – Pues moleste usted, no sea tonto. Los amigos son para las ocasiones. *(Levantándose de la silla.)* Conque, señor marqués, me alegro tanto...

MARQUÉS. – Un momento. ¿Convendría como garantía mi cuadra?

GARDUÑA. – ¿Cuántos animales tiene?

MARQUÉS. – Cinco y buenos.

GARDUÑA. – ¿Y carruajes?

MARQUÉS. – Tres.

GARDUÑA. – ¿Y todo el material de arreos, guarniciones, libreas, *decetera*?

MARQUÉS. – Todo extranjero y superior.

GARDUÑA. – No me parece mal; pero eso hay que verlo. Esta tarde vendré con un amigo; y si hace, ya sabe usted la costumbre, seis por ciento de intereses mensuales, otro dos de comisión, la escriturilla y *decetera*.

MARQUÉS. – *(Aparte.)* ¡Ladrones en cuadrilla, bandoleros!

GARDUÑA. – Conque, señor marqués, me alegro tanto de haberle conocido.

MARQUÉS. – Y yo también... *(Aparte)* me alegraría de verte en la guillotina.

GARDUÑA. – Con Dios. *(Aparte y saludando grotescamente.)* Me parece que me como la última piltrafa que le queda á este *lipendi*.

Los salones del marqués iluminados *a giorno*.

III

La MARQUESA y JUANITO, revistero de moda. Como acompañamiento decorativo la *creme* de la gente *úschut*, incluso la embajada japonesa.

JUANITO. – *(Tomando notas en un carnet.)* Marquesa, decía usted que la *aigrette* de brillantes que lleva Mad. Pontenpié se la regaló el emperador de Rusia por no sé qué... diabluras.

MARQUESA. – Exactísimo. Mire usted, Manolita, mi prima, puede dar á usted más detalles, porque también ella estaba entonces en San Petersburgo y tuvo algo que ver en ese lío.

JUANITO. – Luego se lo preguntaré. Y diga usted, ¿quiénes son aquellas dos muchachas tan morenas que hablan con el marqués? ¡Qué cosa tan pasmosa; no las conozco yo!

MARQUESA. – ¡Ah, sí! Son las de Cacaseno; dos mulatas de la isla de la Trinidad: son riquísimas, amigo mío, riquísimas. Una fortuna colosal; no sé cuántos millones de libras tiene cada una.

JUANITO. – Ya me parecen encantadoras. *(Anotando.)* «Cacaseno – Dos mulatas – Trinidad – Dinero – Trajes rosa – Brillantes gordos – Monísimas.»

MARQUESA. – ¿Ha tomado usted muchas notas esta noche, Juanito?

JUANITO. – La mar, marquesa; las *sauteries* de usted me imponen siempre una *corvée* terrible, pero me recompensa...

MARQUESA. – ¿El *buffet*?..

JUANITO. – Y las sonrisas de las bellas. Todas desean que las apunte y no me dejan vivir con sus adorables insinuaciones.

MARQUESA. – ¡Ah, picarillo! Es usted un hombre feliz.

JUANITO. – No lo crea usted. Mi tarea es aplastante, y á lo mejor por una inadvertencia confundo el traje blanco de una con el verde de otra, y luego vienen las reclamaciones, los disgustos, y el tener que escribir una *causerie* rectificación; pero... estoy entreteniendo á usted demasiado, señora marquesa, en beneficio mío y daño de sus convidados que la reclaman.

MARQUESA. – Ya es tarde y habrá que ir preparando el cotillón.

JUANITO. – Que será el digno remate de una fiesta tan encantadora y presagio de la brillante representación que España va á tener en Mónaco dentro muy poco tiempo.

MARQUESA. – ¡Cómo! ¿Usted sabe?..

JUANITO. – Sí, bellísima embajadora. Lo sé todo, absolutamente todo.

MARQUESA. – No lo diga usted, pues...

JUANITO. – Nada más que á mis lectores de las «Crónicas de Salón,» y eso en confianza.

MARQUESA. – Pero...

JUANITO. – A mí me está permitido todo. Hasta luego, espiritual marquesa.

IV

La MARQUESA, el MARQUÉS, y PEPE, ministro de la Corona con más conchas que un galápago.

MARQUESA. – ¿Qué tal, Pepe, se divierte usted?..

PEPE. – ¡Y cómo no, marquesa! Tiene usted la difícil ciencia de llevar un salón mejor que *madame* Spinacoff, que es cuanto hay que decir.

MARQUESA. – ¡Oh! No tanto. Pero ¿cómo ha venido usted tan tarde?.. Tampoco, hasta este instante al menos, se ha dignado el presidente hacer honor á mi invitación, y me extraña...

MARQUÉS. – En efecto, los consejeros de S. M. se conoce que no están de humor de fiestas.

PEPE. – Humor de divertirnos no nos falta nunca; pero el Consejo ha concluído esta noche muy tarde, y ha sido largo y laborioso.

MARQUESA. – ¿Y se han acordado muchos nombramientos?

PEPE. – Ninguno.

MARQUÉS. – Pues se decía...

PEPE. – Nos hemos ocupado de cosas de más trascendencia. Vaya, se lo diré á ustedes, porque, después de todo, mañana ha de hacerse público y medio Madrid lo sabe ya.

MARQUÉS. – ¿Qué es ello?

PEPE. – Que nos vamos á casa.

MARQUESA. – ¡Pero Pepe! ¿Qué dice usted?

PEPE. – Lo que usted oye. El de Marina quiere irse por lo del Ferrol; su cuñado se va con él; Paco está peleado con Luis y no aguanta un día más, y todos, incluso el presidente, estamos ya cansados de tanto ministerio.

MARQUÉS. – Hacen ustedes muy mal de pensar siquiera en dejar las carteras.

PEPE. – Pues las dejamos dentro de algunas horas, y yo no tengo más sentimiento que no haber visto á ustedes representando á España en el extranjero. Pero cuando volvamos...

MARQUÉS. – *(Aparte.)* ¿Dónde estaremos nosotros?

MARQUESA. – *(Aparte al marqués.)* Calla y disimula. *(Alto.)* Vamos, señores, el tiempo vuela y ya es hora de que nos ocupemos del cotillón.

El zaguán del hotel de los marqueses.

V

JERÓNIMO, portero de gran librea, y COLÁS, lacayo del señor ministro. – Coro de lacayos.

JERÓNIMO. – Ahora, cuando el marqués se vaya á á la *embajá*, me voy á dar una vida pistonuda.

COLÁS. – Tampoco.

JERÓNIMO. – *¡Mia* qué otro; pues estás *enterao!*

COLÁS. – Más que tú. Mañana *denguno* de estos que ahora mandan será ya *na*. Hemos estado en Consejo hasta de ahora *mesmito*, y el ordenanza de la Presidencia lo ha oído y nos lo ha dicho á *toos* los *menisterios* que estábamos á la puerta.

JERÓNIMO. – ¡Cuerno! Pues si eso es así, me *paece* que por arriba va á haber muy pronto un estallido de órdago.

COLÁS. – ¿Pues y eso?

JERÓNIMO. – ¡Si están más *tronaos* que las ratas, y *too empeñao!*

COLÁS. – ¡Anda, la osa!

JERÓNIMO. – No no sé qué van á hacer sin dinero.

COLÁS. – Pues *fastidiarsen*; y si no, ya sabes: «el que no tiene dineros pinta panderos.»

CORO DE LACAYOS. – ¡Ja, ja, ja! Tiene razón Colás, que pinten panderos. ¡Ja, ja!..

JERÓNIMO. – Pues por mí, que pinten aunque sea una cuerda para ahorcarse... A mí no me pagan ellos, sino el dueño del hotel...

A. DANVILA JALDERO



G. A. BÉCQUER

SEMBLANZA

GUSTAVO ADOLFO DOMÍNGUEZ BÉCQUER

He leído en un crítico francés, cuyo nombre no recuerdo: «Hay poetas que sienten y poetas que expresan: éstos son los más felices.» Lo son, en efecto, no sólo en la vida social, sino que también en la vida del espíritu. En primer lugar, el espíritu de éstos nunca está tan combatido como el de los primeros, porque puede dilatarse con la expresión, y además como su poesía es de la imaginación, ésta llega más á todas partes, fecunda y deslumbrante, que los movimientos psicológicos del corazón, por muy pocos comprendidos. Los poetas que sienten son desgraciados y su vida es corta: de éstos era Bécquer. Poeta para sí propio, no buscaba el aplauso de la popularidad: su poesía era como la doncella principal y recatada que nunca debe exhibirse por calles y plazas. Así es que Bécquer era un poeta de verdad, no se servía de su musa ni la sometía á sus caprichos, sino que esperaba suplicante á que ella le otorgara sus favores. «Cuando pretendo escribir versos forzadamente – ha dicho, – un mundo de ideas confusas y sin nombre se elevan en tropel de mi cerebro y pasan volteando alrededor de mi frente como una fantástica ronda de visiones quiméricas, que no dejan nada tras de sí: las ideas más grandes se empequeñecen al encerrarse en el círculo de hierro de la palabra.» Tal era el credo poético de Bécquer: por esto ha escrito poco en verso y casi siempre en asonante. Su labor poética era difícil por lo honda, y en ella había la conjunción de la mente y del corazón. Él, tan perspicaz y tan grandilocuente en su prosa, sentíase cohibido cuando rimaba: misterios del metro que aún quizá no se ha explicado Castelar. Me he detenido en estas disquisiciones, porque refiriéndose á Bécquer no puede separarse al hombre del poeta: éste influía hasta en las más mínimas acciones de aquél. Fuera de este íntimo enlace ó quizá por causa de él, toda la organización de Bécquer ofrecía un perpetuo contrasentido, sintetizado en la siguiente frase suya: «Detesto el orden, y sin embargo, ¡es tan preciso para todo » Nacido bajo un sol espléndido, en un país meridional donde toda la naturaleza se reviste de luz y de colores, su imaginación se transportaba á los cielos del Norte, en donde el *blanco* astro diurno, cantado por Osián, asoma entre nubes de acero como el troquel de un combatiente: criado, digámoslo así, en la margen del Guadalquivir, entre granados y pitas, anhelaba sentarse en las riberas del Rhin ó del Danubio, teniendo enfrente, en vez de los dilatados horizontes andaluces, los sombríos bosques druídicos, y prefería como ideal las pálidas beldades de la Germania, coronadas de ramas de muérdago ó de encina, á las gallardas y morenas hijas de la *tierra baja* de Andalucía que llevan por tocado un manojo de claveles. Por esta causa la poesía de Bécquer no se inspiraba en las brillantes estrofas de Zorrilla, sino en los suspiros rimados y en los vagos pensamientos de los poetas alemanes Desde su infancia fué Bécquer un niño raro y excéntrico: salía con sus compañeros de colegio á explayarse en el campo de Triana, y mientras éstos se combatían mutuamente con piedras ó imitaban las suertes del circo taurino, el niño Gustavo sentábase *cabe* al Guadalquivir, con los pies casi metidos en el agua, y sacando una carterita pretendía dibujar alguno de los objetos que tenía delante de sí. Esta afición al dibujo, sin consecuencias, le duró toda la vida, y digo sin consecuencias, porque, como contraste de Víctor Hugo, que se creía dibujante insigne, Bécquer nunca dió importancia á su lápiz, que valía mucho más que el del poeta francés.

Un compañero de colegio dijo á aquél: «Puesto que no quieres jugar con nosotros, ¿por qué no te entretienes en pescar en el río?» «Pues tienes razón: no se me había ocurrido,» contestó Gustavo; y el primer día de esparcimiento se proveyó de una caña corta, cuerda, anzuelo, cebo de miga de pan, y con tales trebejos hízose pescador. A pesar de lo imperfecto del aparejo, un pez tuvo la bondad de picar; pero cuando Bécquer le vió colear en el aire con las convulsiones del dolor, sintió ganas de llorar, y nervioso y afligido arrojó pez y aparejo al Guadalquivir. Y con esto empezaron y acabaron sus conatos de pescador.

Bécquer dibujó siempre por incidencia. Cuando Lope de Vega escribía sus comedias, mientras pensaba una escena ó perseguía un consonante ó asonante que se le resistían, entreteníase en pintar con la pluma en el papel sobre que escribía pájaros que no pertenecían á ninguna especie ornitológica, pero que le ayudaban á atraer el concepto rebelde: varios de sus originales están llenos de estas fantásticas aves: del mismo modo Bécquer dibujaba antes de escribir un esbozo de la composición pensada ó cuyo tema estaba pensando, y el cual le proporcionaba á veces el dibujo que delineaba inconscientemente y como al acaso. En una ocasión, sin intención previa, trazó un sepulcro gótico y sobre él la estatua yacente de una mujer: empezó á hacer el cimiento de la ojiva que había de cubrirle, y esto le sugirió la idea de una de sus composiciones poéticas, que al coleccionar sus versos se puso la última á indicación mía.

Los cuatro vientos del espíritu de Bécquer eran la mujer, la poesía, la contemplación y la pereza. Este último provenía de los tres primeros: el que como él abusaba de la mente y del corazón, no podía por menos de anhelar el reposo del cuerpo. «La pereza – ha dicho – ennoblece al hombre, porque le da cierta semejanza con los privilegiados seres que gozan de la inmortalidad.» «Me falta tiempo para pensar en la mujer,» decía también; y con efecto, absorbido en este pensamiento sólo pudo entreabrir los ricos veneros de su entendimiento y de su imaginación. Bécquer era el antípoda de los caballeros andantes: éstos, en honra de su dama y para obtener sus favores, vivían en continua batalla contra gigantes y malandrines, y Bécquer para pensar en *Dulcinea* necesitaba un reposo oriental. Este *poeta de la mujer* sólo tuvo dos amores; pero amores como los suyos rinden toda una existencia. Como todo joven altamente organizado, amó primero á una mujer de alta clase, ó mejor dicho, amó en ella el lujo que la rodeaba; pero no bastándole este marco esplendoroso, ni los atractivos de la línea aristocrática, quiso penetrar en el corazón de aquella mujer, predispuesto á la sensualidad, pero que desconocía las idealidades de la pasión que Bécquer deseaba. Éste consumió todas sus energías juveniles en animarle con el *quid divinum* del amor, y esta empresa imposible gastó su alma y su cuerpo. Pasemos por alto este episodio delicado del poema del corazón del poeta, y detengámonos, como más fresco y risueño, en su segundo amor. Hasta hace pocos años hubo en el café de Madrid, al lado izquierdo, entrando por la Carrera de San Jerónimo, una pieza decorada con exquisito gusto, á la que Bécquer llamaba el *Gabinete Pompeyano*, á la que iba todas las noches, en donde le buscábamos Augusto Ferrán y yo, y en donde solía detenerse Ramón Correa todo cuanto le permitía su vaguedad de mariposa. Allí nos contó Bécquer *su evocación de Cínaris*. «Estaba en Sevilla – nos dijo – ocioso y tan triste que me aislaba todo lo posible. Había alquilado una barca sin barquero, y todas las mañanas, provisto de libros, papel, lápices y algún refrigerio, remando torpemente río arriba, arribaba á la isla del Guadalquivir, de que ya os he hablado. (Bécquer ha hecho una preciosa descripción de esta isleta en uno de sus artículos.) Pasábame toda la mañana y á veces todo el día en aquel solitario lugar donde podía dibujar, leer y soñar á mis anchas; y no sé por qué tenaz pensamiento de mis *sueños del desvelo*, los frecuentes ratos que me pasaba mirando al río, con esa atracción que produce el agua, casi siempre pensaba en la náyade ó ninfa Cínaris de la *Fábula del Genil*, de Espinosa. Ya sabéis el ansia que tengo de lo sobrenatural, porque el universo es hermoso, pero monótono: el sol siempre sale con exactitud rigurosa, las estaciones se suceden invariablemente, los astros de continuo describen la misma elipse, y hasta los cometas, esos misteriosos viajeros del espacio, acuden constantemente á las citas que les dan los astrónomos; pues bien, yo conseguí evocar á Cínaris – y notando el movimiento que hicimos Ferrán y yo, que le escuhábamos, Bécquer repuso sonriendo: – No era precisamente Cínaris, pero sí una mujer que venia nadando hacia mi isla. Asomaba sobre el agua una cabeza de muchachita, morena, con ojos pardos y vivos, y con el negro pelo tendido y flotante, que á haber sido en el mar pudiera tomársela por un cormorán negro. Hícele señas de que tomase tierra, pero ella me gritó: «Estoy en camisa; si me deja usted la barca volveré.» Saltó á mi barca pudorosamente, desamarróla de un marjal y remó río abajo con más destreza que yo; la vi lejanamente ganar la orilla opuesta, y á poco rato volver cantando con voz fresca y gutural una petenera. Era, como ya he dicho, una muchachita de catorce años, pero que no los representaba. Tenía las formas indecisas de la niñez, ojos pardos y vivaces, pelo negro y crespo por el desaseo y el cutis tostado por la acción del aire y del sol. Cuando vino nadando estaba en camisa, y después poco menos, puesto que sólo llevaba una falda de estameña. Aquella Cínaris se llamaba Antonia, y no habitaba *en aposentos de esmeraldas finas*, sino en una casucha ribereña al Guadalquivir,

Tú y yo

Cendal flotante de leve bruma,
rizada cinta de blanca espuma,
rumor sonoro de arpa de oro,
beso del aura, onda de luz,
Eso eres tú
Tú sombra aérea que cuantas veces
voy á tocarte te desvaneces
como la llama, como el sonido,
como la niebla,
como el gemido del lago azul.
En mar sin playas ola espumante,
en el vacío cometa errante,
largo lamento del ronco viento,
vaga esperanza de algo mejor;
Eso soy yo:
Yo que á tus ojos en mi agonía
los ojos vuelvo de noche y día;
yo que incansable corro y demente
tras una sombra,
tras la hija ardiente de una visión

20 — G. A. Bécquer.

en compañía de su padre, que era peón caminero. Cínaris venía á verme á mi isla algunos días, para lo cual me llamaba desde la orilla, y yo iba á buscarla en mi barca. Me cobró afición, ó mejor dicho, admiración, viendo brotar de mi lápiz árboles, plantas, casas, molinos, ganados con sus pastores y sus perros Sentía ya la adolescencia y era muy confiada. Yo iba tomándola cariño. Pretendía dibujar y no se daba mala maña. Un día vino muy limpia, contra su costumbre, muy bien vestida y sin oler á cebolla, que era su manjar predilecto Venía así porque había asistido á la misa de boda de una prima suya. No sé lo que sentí, pero resolví no volver á verla, pues temí abusar de su candor. No volví á la isla y anticipé mi regreso á Madrid. Ya veis – añadió Bécquer – lo incompleto de mi suerte: *Aquella* mujer y esta niña han sido las dos únicas que han conmovido mi corazón; pero á una faltábale fondo y á la otra superficie: conjunción difícil que desespero de encontrar.»

Bécquer pasó una larga temporada feliz y á tiempo en el monasterio de Veruela, y digo á tiempo, porque su cuerpo, ya quebrantado, predisponíale á su nativa pereza. Allí, sentado á la lumbre de un campestre hogar, donde ardía un tronco de carrasca que salta y cruje antes de consumirse, saboreaba el solitario soñador su taza de café y sus cigarrillos, ó vagaba por aquellas soledades más parecidas á los campos del Norte que á los de Andalucía, y por consiguiente más atractivos para él. Los claustros sombríos y medrosos del convento traían á su imaginación, completándolas, las leyendas que había esbozado en los alrededores de su albergue, basadas en una peña, en un barranco, en unas ruinas, que lo mismo podían ser de un castillo que de un mesón; y desde allí escribía sus cartas á *El Contemporáneo*, puesto que *se había comprometido á contribuir con una gota de agua, á fin de llenar ese Océano sin fondo, ese abismo de cuartillas que se llama periódico.*

Puede decirse que Bécquer desde los ocho últimos años de su vida sólo pensaba inconscientemente en la muerte. La postura horizontal era en él una enunciación, y siempre la adoptaba cuando estaba sólo y no escribía ó dibujaba. Gustábale la luz tenue filtrándose entre persianas ó cortinas, porque la penumbra de la muerte debilitaba ya sus ojos, que no podían soportar grandes claridades. Para escribir prefería la luz artificial, pero luz de bujía, «porque cuando la enciendo – decía él – paréceme que me ilumina interiormente, y que, amiga cariñosa é inteligente, me señala los errores que pueda cometer.»

He dicho que Bécquer pensaba en la muerte y se abismaba en esta idea, que generalmente se rechaza por repulsiva. Su *sueño dorado* era el sueño eterno. Como ya he indicado, hizo una hermosa descripción de la isla del Guadalquivir, para exponer su deseo de reposar eternamente en ella; deseo que, si no me engaño, preocupó á algunos concejales de Sevilla, á raíz de la muerte del poeta. Pero en el pensamiento de la muerte Bécquer tuvo dos ideas: la de la naturaleza y la de Dios. Primero anheló reposar eternamente en aquel sitio campestre, donde el sol calentara su tumba y Cínaris viniera á dejar coronas de juncias del Genil, ó alguna silfa compasiva á colgar

Su blanco velo de flotante tul;

mas también corría el riesgo de que el pedrisco del cielo la azotara y la profanaran las alimañas del campo, ó que los pescadores del Guadalquivir turbaran el silencio mortal con dicharachos y canciones. Por esto Bécquer pensó después en el reposo eterno bajo la égida de Dios *en la imponente nave del templo bizantino*, en la penumbra de *la indecisa luz que penetra por los pintados vidrios*, avivando en su alma *el ansia de la vida de la muerte, para la que un instante son los siglos.*

Todos los proyectos literarios de Bécquer, de que solía hablarnos en el *Gabinete Pompeyano* del café de Madrid, están basados en esta misma idea: el pensamiento en el reposo. No admitía que pudieran extinguirse ni el espíritu ni la memoria; pues de ser así, Dios hubiera equiparado al hombre con el animal, no siendo posible que le dotara del pensamiento para después arrebatárselo. Tenía proyectado escribir un poema grandioso, especie de *Diablo mundo*, sin diablo, porque éste sólo intervenía al final para ser redimido; idea que posteriormente se le ocurrió también á Víctor Hugo. Pero para realizar la idea de esta epopeya hubiera sido preciso que se compenetraran Bécquer y Zorrilla; aquél con su profundo y madurado pensamiento, y éste con su brillantez y actividad incansable. Era el poema que debía titularse *El sueño de siglos* ó una cosa parecida, semejante al que después dió á luz Víctor Hugo con el nombre de *La leyenda de los siglos;* pues había extraña concatenación entre las ideas de los dos poetas español y francés, pero diferían en el pensamiento generador: Víctor Hugo narra los acontecimientos de los siglos, y Bécquer quería expresar la impresión que producirían en un hombre de alta inteligencia que los presenciara. El hombre del poema de Bécquer estaba dotado de la facultad de dormir todo el tiempo que quisiera y despertarse á su voluntad. Tenía una gruta en la más alta cima del Himalaya, *donde no llegan ni las águilas*, y despertaba de dos en dos siglos para sentir y comentar la maravillosa impresión que le producían las transformaciones del mundo, así físicas como morales, y los falsos relatos históricos. Bécquer pretendió hacernos creer, y tal vez creyólo él mismo, que la publicación del poema francés le había desalentado; pero bien puede asegurarse que aun cuando hubiese vivido largos años no hubiera terminado su colosal concepción: era muy colosal, no para la capacidad, pero sí para la pereza de Bécquer. Cuando murió éste, yo no estaba en España, pero supe por Augusto Ferrán algunas particularidades de sus últimos días. «Me muero – decía. – Sabéis que no soy pretencioso; pero si es posible publicad mis versos. Tengo el presentimiento de que muerto seré más y mejor leído que vivo.» Dos días antes de morir, cuando ya apenas podía hablar, hizo que Ferrán le diera un paquetito de papeles atados con una cinta azul, y sacando trabajosamente un brazo de entre las ropas de la cama, los quemó en la luz de una bujía que ardía en la mesa de noche.

– ¿Por qué quemas eso?, le preguntó Ferrán.

– Porque serían mi deshonra, contestó Bécquer con voz apenas perceptible.

Augusto pudo leer algo de aquellos papeles, porque estaban mal quemados, pero respetó la voluntad de su amigo y poeta predilecto.

¡Pobre Bécquer, qué poeta era! En la sucesión de bienes y males que constituyen la existencia humana, ¡qué pocos de aquéllos le tocaron en suerte! Si es cierto lo que él siempre soñó; si la muerte no es aniquilamiento del espíritu, y éste sobrevive y ve y piensa, qué feliz será, descansando del combate de la vida, el poeta que dijo:

¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

F. MORENO GODINO

LA GUERRA CHINO-JAPONESA

Aquellos que desconocían la rápida evolución realizada por el imperio japonés, suponiéndole todavía envuelto en las nieblas del misterio, han debido experimentar ruda sorpresa al conocer sus modernísimos medios de acción y adelantos de aquel pueblo, que se presenta, por medio de una campaña, disponiendo de poderosos elementos, animoso y emprendedor, dispuesto á entrar en el concierto de los estados modernos.

Dos fases diametralmente opuestas ofrece el Japón en el presente siglo: la que alcanza hasta el año de 1868, representativa de su pasado, y la que abraza hasta nuestros días. La primera significa la negación del poder legítimo de la monarquía, absorbida por el Tuikun ó jefe superior de las fuerzas armadas y los señores feudales, y la segunda la reivindicación del poder nacional personificado en el Mikado y los derechos políticos. La historia no ofrece ejemplo de otro pueblo que en un espacio de tiempo tan relativamente breve haya aceptado tan radical transformación, adaptando á la suya la antes antitética civilización europea.

La odiosa autoridad de los *daimios* y los feudos de los *samurais*, altas dignidades y señores, ha desaparecido; los infelices siervos hanse convertido en ciudadanos de un pueblo libre, y el emperador, al recobrar su autonomía, ha reconquistado su antiguo prestigio velando por el pueblo que en él reconoce al descendiente de la divinidad. De este armónico concierto entre la nobleza y las clases todas ha surgido la nueva nacionalidad japonesa, que sin transición ni vacilaciones ha emprendido la organización de todos los servicios, dedicando de entre ellos preferente atención al ejército y la marina. Las levas han sido sustituídas por el servicio militar obligatorio, los desordenados pelotones por los regimientos y escuadrones, los despóticos samurais por ilustrados oficiales indígenas, instruídos en establecimientos militares, y la alta jerarquía del Taikun por la de los generales. No satisfechos con la adopción de los elementos europeos, han tratado de poseerlos nacionales, y el armamento occidental ha sido reemplazado por el fusil de repetición sistema Yoshima.

No debe, pues, sorprender que un pueblo que siempre ha figurado á la cabeza de los del extremo Oriente, haya tratado, aun en su nuevo aspecto, de completar su regenadora evolución con elementos propios, y que en su carácter generoso y emprendedor haya aprovechado la primera ocasión, el primer incidente que la suerte le ha deparado para castigar á su tradicional enemiga, la China, último baluarte de la civilización asiática. No hay que perder de vista que la península coreana ha sido siempre el objetivo que han perseguido los dos estados. A Corea debe el Japón el conocimiento de sus principales industrias artísticas y en Corea alcanzó Taikosama en 1592 sus señaladas victorias, impidiéndole la muerte realizar su atrevida y trascendental empresa de conquistar el Celeste Imperio.

La guerra actual debe, pues, considerarse como la realización del deseo nacional, á la vez que un ensayo ó alarde de fuerzas, quedando en ella plenamente comprobado una vez más el aserto de que un ejército bien organizado vencerá siempre á un enemigo superior en número, pero indisciplinado y provisto de defectuoso armamento. Violento contraste ofrecen los dos ejércitos, pues en tanto que el japonés ha entrado en campaña bien equipado y atendido, el soldado chino combate sin instrucción, mal vestido y peor alimentado. La sórdida avaricia de los mandarines y la corrupción de los funcionarios determinan graves conflictos que no pueden resolver los soldados del Hijo del Cielo. La metralla de los cañones japoneses barre los pelotones chinos, y aunque éstos intenten alguna vez oponer vigorosa resistencia, deben sucumbir, como en Port-Arthur, ante la pericia de los caudillos del Mikado, que como Yamagata y Oyama, han demostrado ser entendidos generales

El ejército japonés, si no igual al de las potencias europeas, es superior á las fuerzas armadas orientales. Su formación y organización hállase ajustada por completo á las modernas aspiraciones, y el soldado japonés se bate convencido de que lucha por la gloria de su patria, sin servir mezquinos ó personales intereses.

Los derechos son iguales para todos los ciudadanos, como igual es también en aquel país el deber de servir á la patria cuando ésta reclama el auxilio de todos sus hijos. El servicio militar es obligatorio, y lo mismo empuña el fusil el humilde hijo del campesino que aquel á quien el Mikado ha distinguido con un título nobiliario. Desde los diez y nueve á los cuarenta años todos los japoneses hállanse obligados á acudir al primer llamamiento que se les dirija para trocar sus pacíficas profesiones por la arriesgada y penosa vida del soldado.

Ruda ha sido la prueba á que ha debido someterse el moderno ejército de aquel país, pues aparte de las penalidades propias de una campaña y de tener que combatir en territorio enemigo contra sus masas, faltas de organización, pero numerosas, deben soportar los sufrimientos provenidos por enfermedades de carácter endémico, pero terribles, cual es, entre otras, la disentería, que ocasiona numerosas bajas en las filas del ejército invasor. Mayores han de ser las que experimenten las divisiones chinas, que sin el auxilio moderno de la administración militar, carecen hasta de lo más preciso para la conservación y curación de los soldados.

Aquellos escritores que tan ligeramente como el académico francés M. Pierre Loti han juzgado del pueblo japonés, ridiculizando sus soldados vestidos y equipados á la europea, deben considerar como justa y merecida lección lo que se determina de la actual campaña. Si algunos pueblos de esta vieja Europa alimentaran entusiasmos ardientes de patrióticos ideales, hubieran sabido luchar y vencer con iguales energías que las que aportan la victoria á las tropas de la misteriosa Nipón.

Los corresponsales que siguen de cerca las operaciones, agregados al cuartel general de los tres cuerpos de ejército, sorpréndense al observar la perfecta organización militar japonesa y aplauden el heroico entusiasmo de aquellos soldados, que podríamos haber juzgado como reclutas, soportando tan patrióticamente las penalidades de la campaña y los servicios de campamento, cual si se tratara de aguerridos veteranos.

Nuestros grabados reproducen varios interesantes apuntes tomados sobre el terreno, que completan en cierto modo las noticias que apuntamos, representando escenas de vivac, los servicios de escucha y descubierta, un detalle del ataque de Port-Arthur, etcétera, y en contraposición la línea de combate del ejército chino.

Difícil es prever el resultado de la guerra; pero si nos fijamos en la desigualdad de elementos y recordamos las tristes enseñanzas que para algunos pueblos guardan las páginas del libro de su historia, no titubearíamos en suponer que el Japón vencerá á China, como Alemania venció á Austria en Sadova y á Francia en Sedán.

G. Ll.



Guerra chino-japonesa. - Campamento del cuerpo de ejército del general Oyama. - Servicio de escuchas en las avanzadas
Asalto y ataque de Port-Arthur. - Primera línea del ejército chino en Ping Yang

VERDADES Y MENTIRAS

LA CULTURA EN ESPAÑA

Hagamos historia. El lema que sirve de segundo epígrafe á este artículo, es el asunto elegido, como ya saben los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, para un concurso, hace un año abierto entre pintores españoles por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

De ser premiado el cartón que se exigía en el antedicho concurso, se pintaría un gran lienzo para decorar el nuevo edificio destinado á Biblioteca y Museos.

Entre las condiciones del repetido concurso figura ó figuraba, la esencial de que el desarrollo del motivo debía hacerse representando las principales figuras ó personajes que desde los tiempos antiguos habían venido contribuyendo en mayor grado á la cultura española.

Supongo que á cuantos hayan visto y entendido la citada convocatoria, se les habrá ocurrido pensar que la pretensión académica era, es y será irrealizable, y que por lo tanto, ningún artista que meditara un poco sobre el asunto tendría valor suficiente para acometer la empresa.

Bueno: pues así ustedes como yo nos hemos equivocado de medio á medio, no en lo de la imposibilidad de realizar la obra, porque en esto estamos en lo cierto, pero sí en lo de que no hubiese pintores que intentaran perder el tiempo, porque ha habido cuatro.

Y para no hacer enojoso este artículo emitiendo cuádruple juicio, me circunscribiré á estudiar el mejor de los cartones presentados, que es el que lleva por lema *Non omnis moriar*.

***

Tiene por fondo la composición de este cuadro (porque cuadro es, colorido al óleo sobre lienzo) un pórtico con su ático y todo, parecido al del edificio del Congreso de esta villa y corte como una gota de agua á otra gota. Adosadas, dos columnatas semicirculares, que no son enteramente del mismo orden arquitectónico que el pórtico. En el centro del semicírculo que forma el ¿edificio? se alza la estatua de España, presidiendo lo que á continuación verá el curioso lector.

Bajo el pedestal de la precitada estatua, como clave de la composición, se ve en pie, vestida de *raso azul*, con la mano izquierda apoyada en una esfera terráquea de dorado bronce y la derecha extendida hacia el espectador, á la reina Isabel la Católica: del otro lado de la esfera, no sé si en cuclillas ó arrodillado, mirando algún desperfecto del «artefacto» geográfico, al insigne Colón.

Por entre las columnas medio se vislumbran algunas figuras que visten las clásicas vestimentas de los griegos y de los romanos de la antiguedad pagana. A un lado y á otro de la columnata, pero ya fuera de ésta, se ven, repartidos por grupos, obispos godos y caballeros medioevales; hacia el centro de la composición están los poetas y artistas de los siglos XVI y XVII; mezclados otros personajes del siglo pasado, y aun no sé si algunos del actual..., y no va más, señores.

***

O he perdido los papeles, ó maldito si en composición de tal especie existe desarrollado, no ya por entero, ni siquiera á medias, el pensamiento que encierra el tema propuesto por la Academia de San Fernando.

Dos son los puntos de vista principales que, para realizar el «imposible» pedido por la citada corporación, debió haber tenido en cuenta el artista. El primero la originalidad y la verosimilitud mayor dentro del convencionalismo en que se desarrolla la pintura decorativa, y especialmente la que, como ésta, no puede echar «mano» de nubes, de figuras puramente decorativas sin más valor que el de equilibrar la composición, etc.; y el segundo, aquilatar el valor intelectual de cada una de las figuras que hayan de sintetizar y representar los distintos ramos del saber humano.

Ninguno de estos dos extremos ha tenido en cuenta el autor del cartón de que me ocupo. Y á probar esto que digo voy al punto.

En primer lugar, las agrupaciones en este cuadro recuerdan fuertemente las de la gran pintura de Kaulbach, *La Reforma;* pero esta falta de originalidad pudiera dispensarse si no fuese que la rápida evolución hacia el mayor grado de realidad posible, emprendida hace muy poco tiempo en el campo del arte, no hiciese imposible la imitación ó por lo menos la inspiración en modelos que ya no están por completo en consonancia con la evolución dicha. Además de esto, la obra de Kaulbach, como las del género conocidas (el hemiciclo de la Escuela de Bellas Artes de París, pintado por Delaroche, y *La Escuela de Atenas*, de Rafael), en su composición se sujetan á la idea de unidad de un solo motivo, y mal pueden servir de pauta para disponer la agrupación vastísima que ofrecen las colectividades de las divisiones múltiples del saber humano.

Teniendo en cuenta esto; teniendo en cuenta esa evolución que hacia el menor convencionalismo posible verifica el positivismo estético del día; teniendo en cuenta que en esa pintura sintética de los diversos ramos de la cultura de un pueblo, la verdad histórica, por lo que atañe á la cronología, exige una composición especial para poder apreciarse fácilmente el rumbo seguido por el saber, no obligando al docto y al indocto á descifrar un jeroglífico; teniendo en cuenta, por último, que la mayor aproximación á la verdad, como vengo diciendo, exige que los accesorios, cual en este cartón ¿el templo? respondan al complejo carácter del asunto, resulta la pintura de que me ocupo completamente falsa y falta por lo mismo de las condiciones estéticas y plásticas también que debían aparecer en ella.

Porque, en lo que á la estética corresponde, aquella mezcla sin orden ni concierto cronológico de figuras, de épocas distanciadas unas de otras por siglos, más semejan grupos de máscaras que de hombres serios que, á la seriedad propia del hombre en la madurez de su existencia, unen el prestigio de su gloria. Porque dentro de las condiciones de la estética, esas mismas figuras resultan todas una misma, aun cuando sus rostros quieran recordar las fisonomías de aquellos que ha evocado el artista; la monotonía de las proporciones, del tipo en general, de lo que en el «argot» del arte se llama *andamento*, salta á la vista desde luego, destruyendo así aquel interés plástico y á la par estético que despierta el retrato de una figura histórica. Porque, dentro de la estética siempre, aquellas agrupaciones simétricas, á un lado y al otro de la estatua de España y de la reina Católica, resultan mortalmente monótonas y antipáticas, además de acusar un recurso infantil para el desarrollo total de la composición. Porque, dentro de lo que exige la verdad histórica, así como pintar hoy, por ejemplo, las *Bodas de Caná* como el Veronés las pintó, vistiendo los personajes á la moda de su siglo (del del artista), es cometer un delito imperdonable, así también suponer á personajes de la antigüedad, de la España romana, de la gótica, etc., paseándose ó lo que se quiera, «viviendo» en fin en un edificio que tiene los caracteres del Renacimiento, es otro delito no menos imperdonable que aquél; y por último, que ante el mismo sentido común es asimismo una cosa inaudita suponer que pueda desarrollarse en el tamaño que exige la pintura decorativa la composición, tal y como aparece en el boceto. Figúrense mis lectores que proporcionalmente al tamaño de las figuras aparece desarrollado el templo hasta verse la mitad del ático triangular que corona el pórtico. Suponiendo que las figuras hayan de tener (las de segundo término) por lo menos dos tercios del tamaño natural, la altura del lienzo donde deba ser desarrollado el boceto alcanzará aproximadamente unos diez ó doce metros, es decir, la altura de una casa de dos pisos; con arreglo á esta elevación supóngase el ancho de dicho lienzo.

***

Vengamos ahora al segundo punto de vista de que he hablado más arriba.

Trátase de representar, por medio de las figuras que en más alto grado han contribuído á ello, la cultura de España. Es decir, que deben representarse cosa de seiscientas ó setecientas figuras. Pero además de esto, debe tenerse en cuenta que si, por ejemplo, en la química (y quien dice en la química, dice en otra rama cualquiera del humano saber) puede salirse del paso con cuatro ó seis figuras, en la Teología, en la Filosofía, en la Poesía, etc., no se puede prescindir de representar cuarenta ó cincuenta, so pena de dejarse en la paleta, es decir, en el tintero, personajes de capital importancia, dentro no sólo de una de esas ciencias y artes, sino también dentro de una misma época; amén de que exige la convocatoria del concurso la precisa *representación de aquellas figuras que en más alto grado*, etc.

Bueno; pues en este cartón, no tan sólo faltan por docenas personajes indiscutibles, sino que también artes y ciencias.

Pero dejemos á un lado esta deficiencia capital y preguntemos: ¿son esos mismos personajes que han tenido el honor de ir á figurar en el mejor de los cartones presentados *Non omnis moriar*, los indiscutibles entre los indiscutibles?

Tengo entendido que fué consultado el sabio polígrafo, honra de España, Menéndez Pelayo; pero, respetando, ¡qué digo respetando!, poniendo sobre mi cabeza la autoridad del autor de *La Historia de las ideas estéticas en España*, yo me permito creer que no se haya tomado el trabajo, persona tan atareada como el insigne sabio, de hacer un verdadero estudio de la cuestión que se le consultaba; pues ni por pienso me supongo que se le hubiesen olvidado, con ser heterodoxos, Prisiliano, Servet y otros hombres no menos grandes, y con estos Lulio, Gebirol, Francisco Sánchez, el *Greco* y así cientos de sabios, artistas y guerreros, cuya importancia en el adelantamiento de nuestra cultura tan capital ha sido.

¡Ahí es nada, meterse en las honduras de una averiguación y avaloración cuantitativa y positiva de la ciencia de cada una de esas grandes figuras, para no caer en injusticias y en pretericiones que no perdonaría la historia nunca! ¡Ah! Ya sé que más de un académico de la de San Fernando es capaz de salirme al encuentro, diciendo que no se exige en la convocatoria del concurso que se represente á *todos* los grandes hombres; pues siendo la entidad cultura la que se pretende representar, aun cuando por medio de sus más preclaros cultivadores, es bastante que cada rama de aquélla la representen en las épocas respectivas dos, cuatro ó seis hombres de más renombre.

Precisamente ahí está el *quid*. Vamos á ver; poetas de la corte de D. Juan II de Castilla: ¿á quién le damos la preferencia?, ¿á Santillana?, ¿á Jorge Manrique?, ¿á Juan de Mena?, ¿á quién más entre los más notables?

«Vengamos á los de ayer, que también han sido olvidados como aquéllos:» ¿á quién dejamos en el tintero?, ¿á Lope?, ¿á Calderón?, ¿á Tirso?, ¿á Quevedo?

Demos una vueltecita por el campo de la Teología, por el de la Filosofía: ¿dejamos á los Salmerón? (no me refiero á D. Nicolás, sino al teólogo de Trento), ¿á Luis Vives?, ¿á Averroes?, ¿á Fox Morcillo?

Sigamos por la *república* del arte: ¿ponemos al autor de *La Celestina?*, ¿dejamos al de *La defensa de las donas?*, ¿ponemos ó no al *Greco?*, ¿dejamos á Morales?, ¿ponemos al Cano?, ¿encaja ó no encaja Gregorio Hernández?

Vamos por los reyes: ¿qué pecado gordo cometió el iniciador de la nacionalidad ibérica Ataúlfo para que se le olvide?, ¿cuál es el delito del otro iniciador de la reconquista, Pelayo, para que se le ponga á la sombra?

Para llenar veinte columnas como éstas tendría si fuese á nombrar cuantos hombres ilustres, con detrimento de la verdad, con detrimento de la justicia, con detrimento del prestigio de la cultura que se pretende representar, han sido preteridos en el cartón que lleva por lema *Non omnis moriar*. Pero ¿podía ser de otro modo?

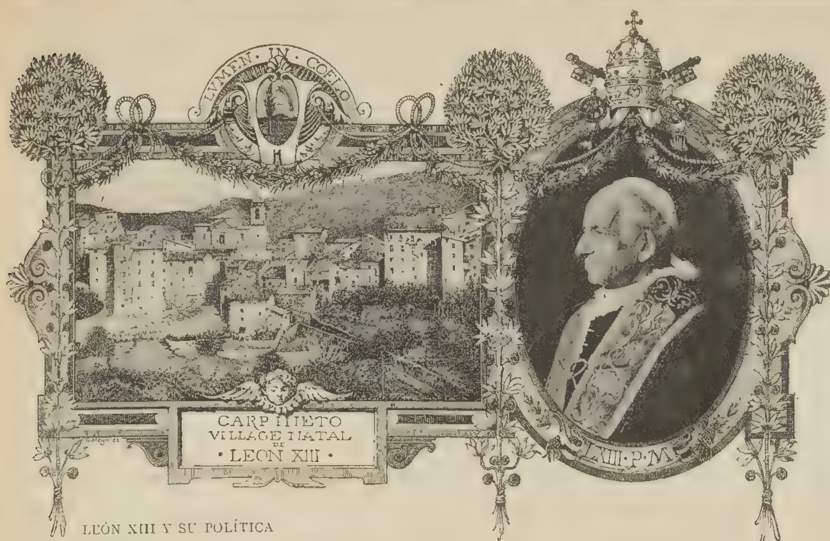
Yo no puedo por menos de preguntarme asombrado algunas veces: pero, señor, ¿habrán sido los académicos de San Fernando los que pensaron y redactaron cosa tan estupenda como la convocatoria que ha dado por resultado esto que estoy juzgando *grosso modo?* No: imposible; entre los académicos de la de Bellas Artes hay hombres de gran saber, de gran criterio, que saben perfectamente lo que se puede realizar pintando ó escribiendo; y sabiendo esto, saben que hay ideas, pensamientos, hechos, etc., que no son ni plásticos ni de posible desarrollo sintético en el lienzo ni en el barro. Saben también que un artista, por grandes que sean sus conocimientos en los demás que son ajenos á su arte, no puede llegar al dominio de materias tan complejas como aquellas en que hay un análisis cual se exige para el desarrollo de una pintura como la de este cartón. Hoy no solamente no es posible abarcar, siquiera sea sintéticamente, la cultura en una gran parte, cual acontecía á los Leonardo Vinci, Rafael y veinte y veinte artistas más, sino que en una sola materia la dificultad es casi insuperable.

***

Termino con una noticia. Después de largos y acalorados debates en el seno de la Academia de San Fernando, ésta ha concedido al autor del cartón del cual acabo de hacer este ligero estudio el premio prometido. Además se ha otorgado el accésit á un artista que se reveló en la última Exposición general de Bellas Artes con un cuadro muy sentido, pero tan distinto del género histórico decorativo, como puede ser lo real de lo imaginario.

El autor del cartón *Non omnis moriar* es un artista de reconocido mérito, José Garnelo y Alda.

R. BALSA DE LA VEGA



LEÓN XIII Y SU POLÍTICA

El difunto arzobispo de Cambray exclamaba un día: «He descubierto un hecho escandaloso y superlativamente ridículo: en muchas parroquias de mi diócesis se rezaban novenas para impetrar del cielo la conversión de León XIII.»

Ya van transcurridos diez y seis años desde que monseñor Duquesnay hizo este extraño descubrimiento, y nadie nos asegura que las tales plegarias, por cierto perfectamente organizadas y que tan justo asombro causaban al venerable prelado, se hayan interrumpido. Sea como fuere, es de presumir que Dios no ha querido escuchar la apelación directa que le enderezaron contra su representante en la tierra. El Papa ha permanecido inmutable, tal como era el día siguiente á su elección. *Qualis ab incepto...*

En su *Carta Apostólica* recientemente enviada «á los Príncipes y á los Pueblos del Universo,» se hallan enumeradas todas las doctrinas religiosas, políticas y sociales por él promulgadas desde el día de su advenimiento al solio pontificio.

El estadista perspicaz cuyo gobierno reparador ha restituído al Pontificado los medios de acción más eficaces para la dirección de los negocios humanos no es de aquellos soberanos irresolutos cuya voluntad se halla sujeta á bruscas mudanzas, sino de los que piensan que la política es el arte de saber lo que se quiere y de perseverar en esta voluntad razonablemente decidida.

Cuando fué elegido León XIII, el Pontificado estaba en peligro: acaso no ha corrido nunca un riesgo tan inminente de naufragar la barca mística de Pedro.

Escuchado como un profeta, venerado como un mártir, Pío IX sólo había usado del ascendiente personal que tenía sobre los fieles para constituirse jefe supremo de los partidos vencidos, protector de las dinastías destronadas, adversario de los principios más caros á las sociedades modernas. Fué, en suma, un Pontífice siempre dispuesto á transformar en artículos de fe los intereses políticos que había tomado bajo su patrocinio con una resolución inquebrantable.

El vicario de Jesucristo, más poderoso que nunca en punto á materias dogmáticas, había perdido en cambio toda su influencia social y política.

Durante los postreros años de su pontificado no parecía sino que el cometido de la Santa Sede había de ceñirse á fulminar el anatema contra los poderes constituídos y á reivindicar con inflexible perseverancia sus antiguos dominios temporales.

La herencia de Pío IX llevaba consigo una pesada responsabilidad, agravando la situación la conducta observada por el Santo Padre, cuyos actos no habían estado en consonancia con sus palabras al entrar en Roma las tropas italianas. En buena lógica hubiera debido alejarse inmediatamente de la Ciudad Eterna para evitar que su presencia en el Vaticano fuese en cierto modo una ratificación poco menos que imposible de conciliar con las vehementes filípicas que diariamente fulminaba contra los invasores.

Los antecedentes del cardenal Joaquín Pecci inducían á pensar que León XIII no perseveraría en aquella política tanto más impotente cuanto que no pecaba por exceso de consecuencia. En efecto, el nuevo Pontífice no juzgaba que hubiese de limitarse su deber á una protesta sistemática contra los cambios operados en la organización social y el régimen interior de los pueblos europeos por la influencia del tiempo y de la zapa revolucionaria. Lejos de esto, abrigaba la íntima convicción de que «la Iglesia posee abundantes fuerzas, no sólo para la salvación eterna de las almas, sino también para el bienestar de toda la sociedad humana.» Así, en vez de encerrarse en el dominio de los dogmas religiosos, resolvió hacer sentir la solicitud de la Santa Sede «por la prosperidad de la vida presente de los hombres.» Pero el ex arzobispo de Perusa, que había tenido que luchar muy á menudo en su diócesis con los representantes del gobierno italiano, sabía por experiencia propia que para ejercer una influencia benéfica sobre los pueblos es preciso que el poder espiritual viva en buena armonía con la autoridad secular.

Teniendo en cuenta este principio, aplicóse León XIII desde los albores de su pontificado á restablecer las interrumpidas relaciones entre la Santa Sede y los gobiernos que habían respondido á los anatemas de Pío IX llamando á sus embajadores y poniendo en entredicho al Vaticano. Las cartas que el nuevo Papa escribió al emperador de Alemania y al czar notificándoles su elección en nada se parecían á las comunicaciones que estos soberanos estaban acostumbrados á recibir de la curia romana. El lenguaje conciliador del Santo Padre produjo una impresión muy favorable á la diplomacia europea, y al poco tiempo entabláronse negociaciones entre la Santa Sede y las potencias que se hallaban con ella en estado de enemistad latente ó de lucha abierta.

Estas negociaciones fueron largas y laboriosas. Para llevarlas á buen término, León XIII no se apartó jamás de la prudente política que había adoptado. Usó de su autoridad sobre el clero y sobre los pueblos católicos, dando á los gobiernos una ayuda moral en cambio de la cual estipulaba importantes concesiones en provecho de la causa religiosa. El Papa se ha visto contrariado algunas veces en esta empresa por la obstinada resistencia de los prelados y de los mismos fieles á quienes Pío IX había llevado por muy distinto camino. Algunos católicos se han atrevido á acusar al Padre Santo de haber sacado consecuencias excesivas del dogma de la infalibilidad y de haber descendido á un terreno cuya jurisdicción no le correspondía.

Ninguna censura podía dirigirse á León XIII por la conducta que ha observado respecto á Irlanda. Al prohibir al clero que contribuyese á una suscripción manifiestamente destinada á subvencionar crímenes agrarios y al condenar la práctica bárbara conocida con el nombre de *Boycotting*, el Papa no se inmiscuía en asuntos puramente políticos. Establecía preceptos respecto á elevadas cuestiones morales, y no hay quien pueda atreverse á negarle en ellas la competencia. Aun cuando no hubiese obtenido en recompensa del importante servicio prestado al gabinete de Londres ninguna ventaja para los intereses católicos, ya en Escocia, en donde se ha restablecido la jerarquía episcopal, ya en la India, en donde se han instituído nuevos obispados, su intervención en los asuntos de Irlanda habría sido justificada por la necesidad de poner á los ministros del culto al abrigo de peligrosos compromisos.



S. E. Rampolla — Mons. Cagiano de Azevedo — S. S. León XIII — Mons. della Volpe — S. E. Monaco La Valetta

En los convenios ajustados con el difunto emperador de Rusia Alejandro III, León XIII ha ido más lejos todavía, pues ha impuesto á los sacerdotes polacos un doloroso sacrificio ordenándoles que renunciasen á sus reivindicaciones nacionales y viviesen en buena armonía con unas autoridades civiles que, de muchos años acá, no han cesado de tratar al clero católico como un enemigo, un vencido y un rebelde indigno de toda misericordia.

Con todo, al exigir esta obediencia al poder constituído, el Papa no se ha extralimitado de sus atribuciones, pues la Iglesia ha preceptuado siempre la sumisión al poder secular hasta cuando se halla representado por un gobierno perseguidor. Apresurémonos á añadir que han distado mucho de ser estériles los sacrificios impuestos á los obispos de la Polonia rusa. La cuestión de la Academia eclesiástica de San Petersburgo y del reclutamiento del clero se ha resuelto de conformidad con los deseos de la Santa Sede; el párrafo 18.° del ukase de 1865, arma terrible en manos de la potestad secular para hacer la guerra al catolicismo, ha sido derogado, y como coronamiento de esta obra pacificadora, el czar ha enviado al Vaticano un representante, el señor Iswolski.

Cuando León XIII invitó á los diputados católicos del Reichstag de Berlín á votar la ley del septenado, no les pidió ni con mucho una prueba de abnegación tan penosa como la que había impuesto al episcopado polaco cual condición del acuerdo establecido entre Rusia y la Santa Sede; mas desde el punto de vista del derecho estricto parecía difícil de justificar esa intervención pontificia en una cuestión de estrategia parlamentaria.

Es sabido que los teólogos romanos no reivindican para la Santa Sede la facultad de dictar decisiones supremas sino en materias religiosas ó mixtas. El proyecto presentado á la Asamblea alemana tenía un carácter puramente civil, y por lo tanto no tenía que ver con el dogma de la infalibilidad. Partiendo de este principio, la prensa adicta al Vaticano ha proclamado repetidas veces que en las instrucciones enviadas á los jefes del partido del centro a propósito del asunto del septenado, el Padre Santo no había hecho más que expresar un deseo y dar un simple consejo.

Por otra parte, este incidente, curioso como revelación de las doctrinas de la curia romana y de los medios diplomáticos empleados por León XIII para inducir al príncipe de Bismarck á mejorar la suerte de los católicos alemanes, no ha ejercido una influencia decisiva en el resultado de las negociaciones. Las cartas escritas por el cardenal Jacobini á monseñor di Pietro, nuncio apostólico en Baviera, respecto á la conducta política que debían observar Windthorst y sus colegas no son sino un episodio de esas negociaciones que bien pueden figurar entre las más largas y dificultosas de nuestro siglo. A fuerza de habilidad, de paciencia y de flexibilidad el Padre Santo ha llevado poquito á poco al canciller de hierro á Canossa; las leyes del Kulturkampf han sido derogadas y Prusia ha enviado un ministro plenipotenciario al Vaticano.

A los católicos franceses no les ha enviado León XIII la manifestación de un deseo, sino la orden categórica de acatar el gobierno republicano. La Iglesia ha enseñado siempre que el poder civil emana de Dios y que, por consiguiente, el cristiano tiene el deber de someterse á las autoridades constituídas.

El mismo Bossuet, á pesar de su adhesión á los principios monárquicos, no hacía en este punto ninguna diferencia basada en la cuestión de forma, pues dijo textualmente: «No hay ninguna forma de gobierno, ninguna institución humana exenta de inconvenientes; de suerte que lo más sensato es permanecer en el estado á que se acostumbró el pueblo por un largo transcurso de tiempo. Por esto Dios toma bajo su protección á todos los gobiernos legítimos, sea cual fuere la forma en que se hallan



UNA VISTA INTERESANTE, cuadro de J. Simón



VENUS Y MARTE, cuadro de R. Armenise



El Papa en los jardines del Vaticano. - La caza de pájaros

establecidos; el que intenta derribarlos, no sólo es un enemigo público, sino también enemigo de Dios.» (*Política sacada de la Sagrada Escritura*, lib. II, prop. XII.)

A los ojos de Bossuet, como á los de la Santa Sede, tan legítima era la República de Venecia como la monarquía francesa. La única innovación que León XIII ha introducido en la doctrina tradicional de la Iglesia se reduce en realidad á considerar á los gobiernos constituídos *por una necesidad social* tan dignos de respeto y obediencia como si tuviesen la consagración del tiempo.

«Esta necesidad social, dice el Padre Santo en su Encíclica de 16 de febrero de 1892, justifica la creación y la existencia de los gobiernos nuevos, cualquiera que sea su forma; pues en la hipótesis que nos ocupa, estos gobiernos son un requisito indispensable para la existencia del orden público.»

Después de proclamar la *necesidad social* como el carácter más indiscutible de legitimidad que pueda invocar un régimen establecido para obtener el apoyo de la Iglesia, León XIII invita á los católicos franceses á adherirse á la República, no sólo por sumisión á los principios proclamados por la Santa Sede, sino también para defender con mayor eficacia los intereses religiosos. El Papa declara á los fieles que mal sirve á la religión quien pretende sujetarla al feudo de un partido político en estado de guerra abierta con el poder constituído, y que el medio más adecuado para mitigar los rigores de la legislación que les perjudica es aceptar sin reservas la forma de gobierno que la voluntad nacional ha establecido.

Ocioso fuera negar que la política del Papa, no obstante los notables triunfos por ella alcanzados, ha encontrado tenaz resistencia en todas partes. Un soberano que no tiene gendarmes para hacerse obedecer de sus súbditos, ni ejército para apelar, si viene al caso, al irresistible argumento de las bayonetas, ha de negociar con los demás en condiciones por todo extremo desfavorables. Sin embargo, no es menos cierto que el Padre Santo ha sido el único diplomático de la época que no se ha dejado engañar por el príncipe de Bismarck.

Alternativamente enérgico y dúctil, pero siempre firme en sus propósitos, sabe inclinarse á tiempo, como el árbol simbólico que decora el blasón de los Pecci, cuando pasa el viento de la tempestad; pero en cuanto se ha alejado la ráfaga, vuelve á erguirse con mayor altivez, haciendo alarde de una fortaleza inquebrantable. Cuando le obligó á ello la necesidad, no tuvo reparo en llegar hasta el último límite de las concesiones posibles; mas esto no le ha privado nunca de disputar el terreno palmo á palmo al canciller alemán cuando había de acomodarse á aquel sistema de regateo al cual se ha mostrado éste en todos tiempos tan singularmente aficionado. En uno y otro caso León XIII ha sido un táctico modelo, cuyo talento y perseverancia han devuelto al Pontificado el poderío moral que había perdido en parte á consecuencia de la política del cardenal Antonelli. Su origen, sus antecedentes de familia, su educación y su género de vida contribuyeron de consuno á prepararle para desempeñar lucidamente este papel difícil y glorioso.

Raras veces se había visto una armonía más perfecta entre el hombre y sus obras. Ese anciano cuyas manos transparentes parecen formadas para echar bendiciones y cuyo demacrado cuerpo desaparece bajo los pliegues de una sotana blanca es el vivo emblema de una fuerza puramente moral. Tiene la personalidad física estrictamente necesaria para servir de albergue al espíritu que la anima.

Bajo aquel cuerpo tan endeble se oculta un vigor que ha defraudado las esperanzas de más de un cardenal sorprendido por la muerte antes de haber tenido ocasión de presentar su candidatura al Pontificado.

Los Pecci son una raza robusta: el hermano mayor de León XIII vivió 86 años; el segundo llegó á los 91; el tercero, el cardenal José Pecci, murió á los 84, y el Papa cumplió en marzo del año anterior esta respetable edad con una fuerza que le permite esperar aún bastantes años de existencia.

Su linaje es oriundo de Siena, perteneciendo por tanto á la raza toscana que ha producido los Dantes, los Médicis, los Maquiavelos, los Leonardo de Vinci, los Miguel Angel, mientras que su prosapia materna es una de las más antiguas de Cori, lugar situado en las montañas de los Volscos. Es un país algo primitivo, en el cual se han conservado las tradiciones de la tenacidad latina. Este doble origen explica el carácter de León XIII: toscano por la poderosa audacia de sus concepciones y romano por su lentitud y su perseverancia en ejecutarlas.

El último príncipe Caetani decía con aquella infatuación propia del viejo patriciado de la Ciudad Eterna: «Más ó menos tarde acabarán por ponerse de acuerdo los Pecci y los Savoyn-Cariñan: entre nobles campesinos se hacen pronto las paces.»

Había algo de verdad en esta desdeñosa calificación que un descendiente de la estirpe de Bonifacio VIII daba á la familia del lejano sucesor de aquel famoso Papa.

La villa Pecci, antigua construcción del siglo XVI, erigida en la falda del monte Semprevisa, produce á primera vista la impresión de una residencia de *nobles campesinos*. Al pie de la morada señorial vese la aldea de Carpineto «como un nido de águilas entre dos peñas,» cual dijo el cardenal José, hermano de León XIII.

Merced á una rigurosa economía, el conde Ludovico Pecci, ex coronel da la guardia real de Italia en tiempo de Napoleón I, y su valerosa consorte Ana Prosperi Buzi, lograron dar una esmerada educación á sus siete hijos. Leon XIII ha debido á esta primera educación de noble campesino del país de los Volscos la profunda aversión que le inspira todo despilfarro. «Dejaos de cicaterías: los soberanos hemos nacido para ser explotados», decía con bondadosa sonrisa Pío IX á un mayordomo harto severo á quien indignaba que se gastasen en un mes veinticinco sacos de carbón en las cocinas pontificias.

No hay cuidado que se renueven semejantes abusos mientras dura el pontificado de León XIII. El Padre Santo, no satisfecho con haber suprimido los gastos superfluos, hace vender las naranjas y las legumbres de sus jardines. En Carpineto, los propietarios diligentes no desprecian ningún rédito, por modesto que sea. «Haced como yo, suele decir el Papa á sus cardenales, con veinte sueldos diarios tengo bastante para mi subsistencia.»

Esta parquedad suscitó al principio un gran descontento entre el personal del Vaticano, acostumbrado á la proverbial largueza de Pío IX. Los suizos estuvieron á pique de sublevarse por no haber recibido la propina tradicional con que acostumbraba celebrarse la inauguración de los nuevos pontificados. Sin embargo, la verdad es que se necesita una administración muy prudente para mantener el equilibrio de un presupuesto cuyas cargas son enormes y cuyos ingresos son bastante limitados.

Las distracciones personales que se permite León XIII no pecan de costosas. Una de las curiosidades más notables de los jardines del Vaticano, en los cuales tan difícilmente logran penetrar los profanos, es el pabellón desde el cual se dedica el Papa á la caza de pajarillos. El instinto de cazador no abandona jamás por completo al hombre que ha pasado los primeros años de su juventud en el campo. Un día Luis XVI reprendió severamente á un prelado de noble prosapia por su excesiva afición á la caza; y el obispo le respondió: «Señor, la culpa la tienen mis antepasados.»

El hijo menor del cardenal Pecci entró en el colegio de los jesuítas de Viterbo á la edad de doce años, y puede decirse que desde entonces ha sido educado en el regazo de la Iglesia. Al salir de aquel piadoso establecimiento entró en el Colegio Romano y algunos años más tarde en la Academia de Nobles Eclesiásticos.

León XIII ha sido sacerdote toda su larga vida. Esto no quiere decir que su inteligencia no se haya mostrado desde la infancia accesible á todos los conocimientos humanos En el colegio ganó el primer premio de física, y desde entonces no ha cesado de interesarse por el progreso de las ciencias. Sin arredrarse ante la idea de romper con todas las tradiciones del servicio interior de sus habitaciones, en las cuales aún se usaban las lámparas antiguas, mandó instalar el alumbrado eléctrico en el Vaticano. Por de contado que la física, las matemáticas y la química no podían ocupar sino un puesto secundario en la educación de un joven eclesiástico. El *Collegio Romano* no fué instituído para formar químicos ó astrónomos.

En cambio, Joaquín Pecci ha recibido una vasta educación literaria, merced á la cual posee desde su juventud los secretos de la lengua de Cicerón y de Virgilio. Sus dotes intelectuales parecían destinarle á la carrera de las letras y aun á figurar entre los poetas más conspicuos de su tiempo; pero el ministerio sacerdotal ha marcado las obras del hombre con un sello indeleble, cortando el vuelo á una musa pontificia que se expondría á quemarse las alas en la llama de la zarza ardiente. Por la fatalidad de su origen, la poesía del Papa está condenada á respirar eternamente una atmósfera de incienso y mirra.

El discípulo más brillante de la *Academia dei Nobili Ecclesiastici* supo hacerse cargo de que si los versos latinos son un pasatiempo para un ministro del altar, la teología es una ciencia indispensable á un sacerdote capaz de aspirar á las más altas dignidades de la Iglesia.

Cuando Monseñor Kirby, antiguo condiscípulo de Joaquín Pecci, fué á felicitarle por su elección, recordóle que cuarenta y tres años antes le había disputado el premio que llaman de los sesenta cequíes.

En este concurso, cuyos temas se sorteaban, el abate Pecci hubo de improvisar una disertación sobre el derecho de apelación á la persona del Papa, alcanzando un gran triunfo sobre todos sus contrincantes. ¿Tenía el joven teólogo en 1835 el presentimiento de su futura infalibilidad? Sea como fuere, el feliz laureado de los sesenta cequíes no soportaba fácilmente la contradicción. Uno de sus antiguos camaradas, el difunto cardenal Ferrieri, solía contar que había sostenido más de una controversia contra el futuro vicario de Jesucristo, y gloriábase de haberle hecho sudar de orgullo: *lo feci sudare per l'orgoglio.*

Por lo demás, parece ser que desde su juventud el hijo del modesto hidalgo de Carpineto ya se creía llamado á ocupar muy altas posiciones. A los veinte años dejó el nombre de Vicente que le habían puesto en las pilas bautismales, adoptando el de Joaquín. El piadoso obispo que evangelizó las riberas del Garona era á los ojos del seminarista del *Collegio Romano* un personaje algo obscuro, mientras que el padre de la Virgen María era un santo de los más gloriosos. Esta primera modificación de estado civil ya parece en cierto modo el prefacio del segundo cambio de nombre que cuarenta y ocho años más tarde debía imponer el conclave al cardenal Joaquín Pecci al elegirle para recoger la pesada herencia de Pío IX.

El cardenal Pecci, arzobispo de Perusa, perseguido por Antonelli y algo sospèchoso á los ojos del Papa, descollaba sobre todos sus colegas del Sacro Colegio por su elevada inteligencia, de modo que se le designó muy pronto como candidato á la tiara. Cuéntase que, pocos meses después de la ocupación de Umbría por las tropas piamontesas, entró casualmente en relaciones con el señor Crispi, entonces simple diputado en el Parlamento. Entre estos dos hombres, italianísimos por carácter y por temperamento, existían inconscientes afinidades. «Estáis destinado á ser primer ministro del reino, dijo el cardenal al diputado por Palermo. - Eminencia, respondió el futuro presidente del Consejo, permitidme que os anuncie á mi vez que vos llevaréis la tiara cuando se realice vuestra profecía »

Los acontecimientos han hecho buenos los vaticinios de esos dos adversarios que sin duda experimentaban en el fondo de su corazón un deseo igual de llegar á entenderse. Verdad es que, á despecho de esta buena voluntad, no ha podido colmarse todavía el abismo que separa el Quirinal del Vaticano.

En las audiencias que otorga á los fieles, León XIII es paternal y benévolo, aunque no tiene el amable abandono de su antecesor. Vese en él al obispo habituado por espacio de muchos años á vivir rodeado de personas inferiores y á evitar toda familiaridad indiscreta. Exige hasta á los cardenales la disciplina que había sabido imponer al clero de Perusa, y no ha tenido nunca, como su inmediato predecesor, una condescendencia excesiva hacia los laicos que sembraban la anarquía en la Iglesia rebelándose en ocasiones contra la autoridad espiritual del episcopado.

El ideal de León XIII consiste en ser un obispo universal cuya solicitud debe extenderse sobre todos los habitantes de una diócesis que abarca la totalidad del globo terrestre.

Ningún Papa ha ensanchado tanto como él la acción directora de la Santa Sede sobre todos los países y sobre todas las ideas. No le arredra ningún sacrificio encaminado á fomentar los progresos de la propaganda que convierte á los gentiles y á los infieles; dedícase á preparar el retorno de las sectas heréticas al seno de la Iglesia, y en la actualidad está negociando una reconciliación con los cismáticos de Oriente. Han de transcurrir aún muchos años antes que se conozcan los resultados de esa colosal tarea.

Mientras esperamos el fallo de la Historia, bien se nos permitirá tributar un homenaje de admiración á ese Pontífice tan aplicado al estudio de las ideas y las necesidades de su siglo, que ha buscado sinceramente la solución de los problemas que nos dividen, ha procurado lealmente constituirse árbitro entre el capital y el trabajo, entre los gobiernos y los pueblos, y se ha propuesto hacer del Pontificado la conciencia viviente del género humano.

Esta política, cuyos resultados aún no han podido apreciarse, ¿se continuaría si en un plazo más ó menos remoto y cuyo término es imposible prever, la salud del Padre Santo cesase de desmentir la nueva tantas vecas repetida de la próxima vacante de la Sede Apostólica?

La contestación á esta pregunta no tanto dependerá de las tendencias de la mayoría de los cardenales como del carácter personal del elegido por el futuro conclave.

En un gobierno que tiene por fundamento el dogma de la infalibilidad hay tradiciones que no pueden ser inmutables, p... que su conservación depende del albedrío del soberano.

DAMASIUS



Y señaló con temblorosa mano los montes más famosos, que se elevaban sobre una profusión de lomas..

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– ¡Tanto mejor!

– Por lo demás, daremos otra vuelta para ver una roca que el señor cura no conoce, pero que merece su más vivo agradecimiento, y también el de usted, señorita.

– ¿Pues qué nos ha hecho?

– Una fortuna sencillamente. Venga usted por aquí.

Como si hubieran querido retroceder, dirigiéronse hacia el Norte, cruzaron por una meseta nevada, franquearon un barranco y vieron una roca á la orilla de un torrente.

– ¿Es esa la bienechora?, preguntó Jacobita.

– Precisamente.

– Explíquese usted.

– Voy á complacerla. ¿Sabe usted qué agua es esa, señorita? Es la que alimenta la cascada de ustedes, la *Cabellera de Magdalena.*

– No es posible. ¡Qué alta cae!

– Aquí estamos á mil novecientos metros. Pues bien: esa roca, que ha debido resbalar del pico de Gargos como todas sus semejantes, desvió el torrente en otro tiempo, deteniéndose en ese lugar. Puede usted ver el antiguo lecho á la derecha, y gracias á eso la *Cabellera de Magdalena* cae en el jardín de ustedes.

– ¿Pues dónde caería si no fuese por eso?

— En mi posesión, señorita, en el sitio donde ahora cae el sobrante de aguas de la cascada.

— ¡Bah! Pues eso es muy sencillo; espere usted un poco y verá cómo arruino á mi tío de un solo golpe con la espalda.

Y la joven se adelantó riendo para empujar la voluminosa piedra.

— ¡Está por el padre Bordes!, exclamó Jacobita. No es de temer que se mueva.

Los jóvenes continuaron la ascensión, y como era fácil resbalar sobre los puntiagudos guijarros, Jacobita tomó la mano de su guía.

Subieron aceleradamente, porque ansiaban llegar á la cima de aquel Gargos salvaje, que elevaba ante ellos fantásticos declives de quinientos metros de altura.

— ¿Es preciso atacar de frente, Sr. Silverio?, preguntó Jacobita. No veo el ascensor.

— ¡Bah! Esa cima no es tan inexpugnable como parece; ya la conocemos, y sólo se trata de saber cogerla. Bastará volver á la izquierda, pues tiene la espalda redonda por este lado. Antes de una hora estaremos sobre sus orejas.

Los jóvenes apresuraron el paso.

Para que su compañera tuviese oportunidad de reposar un poco, Silverio se sentaba algunas veces en una piedra, y la joven, temerosa, al parecer, del sol, colocábase á su lado para que le hiciese sombra. Esta última era muy reducida, porque la hora del mediodía se acercaba. Silverio y Jacobita, sentados así uno junto á otro, tenían las manos cogidas, y miraban el cielo, donde el sol luchaba con las nubes entre los montes.

Era una batalla grandiosa; los rayos volaban como flechas, perforando la bruma, y á veces alguna nube, cual si estuviese espantada, refugiábase detrás de un pico, aferrándose á él con todas sus fuerzas; pero el astro, lentamente y seguro de su victoria, daba la vuelta al pico, lanzaba sobre la nube hostil sus rayos de fuego, semejantes á una lanza deslumbradora, atravesábala sin compasión, la reducía á fragmentos, y la nube vencida, cada vez más recortada y menos consistente, desvanecíase al fin en el azul del cielo.

Jacobita miraba todo esto silenciosa, y daba gracias á Silverio con una mirada, una sonrisa ó una presión de la mano. Ya no sabía hablar; su garganta oprimida por el gozo, no podía proferir las triviales exclamaciones humanas; y en su seno, en sus pulmones dilatados por el aire puro, el cielo de las alturas derramaba una embriaguez inefable, una beatitud desconocida que invadía su corazón de virgen.

La joven no descansó más; azotada por el viento de las cimas, subió con la cabeza baja y jadeando; ardía en deseos de llegar al punto culminante del pico y de alcanzar el objeto misterioso, disfrutando de la dicha esperada.

Los dos avanzaron nerviosamente, sin pronunciar palabra, atravesando entre las piedras grises donde ya no crecía hierba alguna; poco á poco, las rocas se deprimieron, la cresta cedió, nivelóse el sol, y por todas partes surgieron los Pirineos.

— ¡Helos ahí!, exclamó Silverio estremeciéndose de exaltación. Todos parecen los más hermosos y los más altos. ¡Oh! En cuanto á mí, cuando llego á este sitio soy demasiado feliz, y me parece que mi alma se va. Vea usted el gracioso círculo que las montañas forman alrededor de nosotros.

Y señaló con temblorosa mano los montes más famosos, que se elevaban sobre una profusión de lomas, de picos y de cimas, que se ostentaban alrededor del Gargos como un mar de piedras.

— He ahí, al Levante, dijo Silverio, el Pico del Mediodía de Bigorre, las puntas desportilladas del Tourmalet, y á la derecha los glaciares de Billedencou y los Montes Malditos. Eso que ve usted al Mediodía es la cúpula del Monte Perdido, el Marboré y sus Torres, la Brecha de Rolando y el anfiteatro de Gabarnie, donde el Gave se precipita desde una altura de 422 metros. Ahí está el Vignemale y su Pica, el Balaitous y su glaciar. Por el Poniente vea usted el Pico de Ossán, el más atrevido de la cadena, con su doble diente; y por último, al Norte, vea usted Francia.

Y Silverio mostró la extensión azul.

Estaba pálido, con los labios temblorosos; el vértigo se apoderaba de su ser; cerró los ojos y murmuró:

— ¡Dispénseme usted, es preciso que llore!

Y sus lágrimas corrieron.

Pero de improviso sintió dos manos que atraían su frente y dos labios que besaban sus ojos.

— ¡Le amo á usted, Silverio!, dijo la voz de Jacobita,

El montañés levantó la cabeza.

— ¡Oh Dios mío!, murmuró al ver los ojos de la joven llenarse también de lágrimas. ¿Qué dice usted, qué dice usted?

— Digo que le amo, repuso Jacobita, y que si usted la quiere, le daré mi vida.

Silverio cerró los ojos al oir estas palabras; hizo una larga aspiración, como si toda la luz del cielo hubiese penetrado en su pecho, y sin pronunciar palabra continuó llorando dulcemente.

Pero un momento después profirió un grito: la joven se desmayaba en sus brazos.

— ¡Señorita!, gritó. ¿Qué tiene usted? ¿Va usted á morirse?.. ¡Oh, Dios mío!..

Silverio cogió á su compañera y se la llevó; corriendo por la cresta, bajó entre las rocas, y á cada momento exclamaba:

— ¡Señorita, señorita!

El montañés apresuró la marcha; mas á pesar de la sobrexcitación del momento, sintió que sus fuerzas se debilitaban, y hubo de sentar á la joven á la orilla del sendero. Entonces cogió un poco de nieve y aplicóla á la frente de Jacobita, pero ésta no abrió los ojos ni contestó al llamamiento de su amigo.

— ¡Dios mío, inspiradme!, exclamó el montañés fuera de sí.

Y volviendo á coger á su compañera en brazos, bajó corriendo á través de las rocas derrumbadas, en dirección al pueblo y hacia la gruta

— Allí hay medicamentos, se dijo, y yo la curaré.

Sus lágrimas caían sobre el cabello de Jacobita; otras dos veces debió sentarla en tierra para tomar aliento, y entretanto rogaba á Dios de rodillas con toda su alma, suplicándole que permitiera á la joven abrir sus ojos húmedos aún, aquellos ojos tan dulces de la hermosa doncella, que era la primera mujer que le había amado.

— ¡Ah, ya los abre!, gritó Silverio transportado de alegría. ¡Señorita, está usted salvada! ¡Ah! Dios es bueno.

La joven, en efecto, recobraba sus sentidos, y sonriendo otra vez, enlazó con sus brazos el cuello del guía.

— Sí, Dios es bueno, repitió Jacobita, y los dos le rezaremos. ¡Silverio, estaremos juntos hasta la muerte!

Los dos se levantaron; Jacobita pudo andar; y cogidos de la mano, como habían venido, emprendieron la marcha. Al descender por la montaña, ambos se sonreían transfigurados, comprendiendo que aquel día el cielo les había concedido bastante gloria y felicidad para regocijar todos los años futuros.

Llegados á la gruta, estuvieron ya en su casa; y entonces sus brazos se enlazaron, y sus bocas se unieron inconscientemente bajo un imperioso impulso de juventud, en un ímpetu irresistible de amor.

Pero en aquel instante, un grito hirió sus oídos:

— ¡Ah, Señor... Señor! ¿Qué he visto? ¡Se abrazan!, exclamó una voz de hombre detrás de ellos.

Era el padre Bordes, que había vuelto de Tolosa y estaba allí.

— ¡Señor, continuó, decidme si sueño!

Los enamorados acababan de separarse, algo confusos, é inclinaron la cabeza bajo las imprecaciones del digno varón.

— ¡He aquí lo que debía encontrar á mi regreso!, exclamó; el mulo en mi huerto, y mi ahijada en brazos del hijo de papudos.

Y adelantándose hacia los jóvenes gritó:

— ¡Ah miserables! ¡Criaturas del demoniol.. Y yo que había ido á Tolosa á fin de buscar esposo para esta niña...

— ¿Le ha encontrado usted, padrino?, preguntó Jacobita, recobrando un poco de su aplomo.

— ¡Sí, le he hallado, pícara! Y esta misma tarde debes comer con él.

— ¡Pues no vale la pena, porque yo he elegido ya esposo para evitarle á usted molestias: el Sr. Silverio Montguillem es el hombre que amo y el que debe pedir á usted mi mano!

Pero esta explicación, en vez de calmar al cura, le enfureció más.

— ¡Señor, exclamó levantando los brazos, mi sobrina está loca!

El sacerdote gesticuló durante algunos segundos, dió algunas vueltas de arriba abajo, enjugóse la frente, sin saber si era la cólera ó la cuesta lo que le había puesto en aquel estado, buscó lo que debía decir, y al fin recordó un apóstrofe de Juvenal; pero parecióle más sencillo coger á su ahijada por la oreja, y sacarla de allí como una niña á quien se castiga.

— ¡Al presbiterio ahora mismo!, gritó. ¡Y desde mañana al convento, señorita! Si esto no basta, reuniré el consejo de familia para que se la envíe á una casa de corrección. ¡Vamos, vamos pronto!

— Señor cura, dijo el montañés con acento de súplica, ruego á usted que no la haga daño alguno.

Entonces el padre Bordes, volviéndose hacia Silverio y cruzando los brazos, díjole con altanería:

— ¡Hola, hijo de papudos! ¿Quién te ha permitido levantar la voz en mi presencia? ¿No te han dicho que el testimonio de cinco de tus semejantes no equivalía en otro tiempo más que al de un hombre ordinario, y que había en todas las iglesias del país puertas especiales para los leprosos y para vosotros? ¿No sabes que os estaba prohibido habitar cerca de la gente, y que si algún cristiano se os acercaba por descuido debíais huir bajo pena de muerte?.. ¡Ah, Señor! ¡Pensar que un hombre de esta calaña se ha permitido hacer la corte á mi ahijada! ¡Canalla, iré en busca del alcalde de Aigues-Vives, y se te expulsará del país como un perro!

Al oir estas palabras, Silverio Montguillem había levantado la cabeza; su respiración era cortada, y en sus ojos azules brilló un relámpago de cólera.

— Señor cura, dijo, siempre me agobió usted de injurias, y hasta aquí le he escuchado con paciencia; mas le aconsejo que sea mejor educado para el futuro. Yo no soy de esa raza que usted dice: mi padre, Francisco Montguillem, es de Bigorre, como usted, y no menos honrado. Mi difunta madre, Gracia Armendaritz, era del país vasco, y no niego que padecía de una papera; pero esto no significa nada, y usted debería saberlo mejor que nadie. Señorita, añadió por vía de conclusión volviéndose hacia Jacobita, que había entrado en la gruta al oir las voces, ya he dicho á usted quiénes eran mis padres, y no he mentido; soy un pobre montañés, pero no desciendo de esa raza que, como ha dicho su tío, no podía alternar con las gentes.

— ¿Y qué me importa?, contestó la joven; aunque así fuese, Silverio, no por eso le amaría menos. Sea quienquiera el esposo que mi tío me reserva, rehusaré aceptarle, y no perteneceré á nadie más que á usted. Si no se consiente en ello, esperaré el tiempo necesario para no necesitar el permiso de nadie; y de no casarme con usted este año, nos uniremos de aquí á cinco, cuando ya sea mayor de edad. ¡Se lo juro á usted ante Dios, Silverio mío!

El cura creyó que iba á sufrir un ataque apoplético.

— ¡Hereje, gritó, hija de Satanás! ¡Vuelva usted al punto á casa, y veremos quién puede más de los dos! En cuanto á ti, miserable, añadió volviéndose hacia el montañés, si quieres recobrar tu mulo, que se disponía á saquear mis legumbres cuando yo volví, irás á pedírsele mañana al señor juez, y ya sabrás lo que cuesta comer los rábanos del padre Bordes.

El digno tutor, que no había tenido nunca oportunidad de hacer semejante gasto de elocuencia desde la época lejana en que predicaba sermones para sus feligreses de Gargos, enjugó de nuevo su frente con el pañuelo, tomó un polvo de rapé con energía, y un poco sofocado dirigióse hacia el presbiterio.

— ¡Ah pícara, murmuraba sin dejar de andar, en qué estado me ha puesto!.. ¡Ya veremos quién vencerá! . ¡Ya lo veremos!..

Silverio Montguillem se quedó solo, mirando al cura que bajaba; oyó sus pasos en las piedras del barranco y después en los peldaños de granito, y otra vez reinó en la montaña el silencio de todos los días

Entonces unió las manos, y dirigiendo una mirada á los serenos picos, murmuró:

— ¡Qué hermoso sueño ha sido el mío!

Y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Había gran tumulto en su cerebro; todos los acontecimientos felices ó desgraciados de aquel día parecían chocarse en su espíritu, cual combatientes en las luchas trágicas, levantando un polvo confuso que le impedía discernir las cosas. Procuraba darse cuenta de la situación, y no lo conseguía; tan pronto le parecía el porvenir de color de rosa, como negro y lúgubre.

Al fin una profunda tristeza, una tristeza fatal é invencible, como esa niebla húmeda que se cierne por la noche sobre los valles, penetró lentamente en su alma é invadió su corazón y todo su ser.

Algunas palabras del padre Bordes habían producido este efecto, las palabras relativas al hombre que debía casarse con Jacobita y que él no conocía. ¿Quién era? Sin duda aquel aspirante era rico, y tendría educación y talento; sería elegante y buen mozo. ¿No olvidaría la joven al verle lo que había dicho momentos antes en aquella gruta á un simple montañés, hijo de un pastor y de una papuda? ¡Son tan largos cinco años! ¡En este tiempo se puede uno consolar de muchas penas, y es dado cambiar muchas veces de sentimientos! Jacobita amaría poco á poco al hermoso futuro elegido para ella, aquel joven de Tolosa con quien debía hablar en aquel momento. Y aunque no le amase, seguramente se casaría con él para obedecer á su padrino, porque huérfana y pobre, debía estar continuamente bajo la dependencia del padre Bordes, primeramente como pupila, y después como heredera.

— ¡Sí, ha sido mi sueño hermoso!, volvió á decirse Silverio, dejando correr sus lágrimas.

La gruta se había obscurecido; el día expirante desplegaba tristes sombras como velos de luto; el sol se puso detrás del Gargos; las tintas sonrosadas del crepúsculo se desvanecieron en las nevadas cimas, la lobreguez de la noche ocultó poco á poco las montañas lejanas. Todo se desvaneció paulatinamente en la paz de las tinieblas cada vez más profundas; y si el montañés no hubiese oído el murmullo de las corrientes de su alrededor, hubiera podido creer que el mundo no existía ya.

– ¡Oh! ¿Por qué vivía aún? Dulces montañas, picos grandiosos, Pirineos tan queridos, ¿seríais suficientes en adelante para el corazón del montañés?

Silverio lloraba con la cabeza entre las manos.

En otro tiempo, cuando le afligían las profundas penas de su vida, tenía costumbre de acariciar á su mulo, dirigirle palabras de queja, confiarle su desgracia, y esto aliviaba un poco su angustiosa aflicción, pues agradábale oir los resoplidos de *Morrudo*, el ruido de sus mandíbulas que trituraban el heno y los golpes de sus cascos sobre el duro suelo.

Ahora no poseía ya nada; el terrible cura, el hombre negro de las crueles palabras se lo había arrebatado todo.

Silverio se dirigió hacia su cofre, cogió el botiquín que Jacobita había dejado allí y colocólo sobre sus rodillas. Aquella caja era muy suave al tacto; en su madera, las manos del montañés encontraban al parecer alguna cosa de las de Jacobita, un poco de su calor, sutiles partículas de su perfume.

– ¡Oh, se dijo, qué dedos tan finos han tocado esto! ¡Oh qué boca ha besado la mía!

Silverio dejó escapar un sollozo de desesperación.

– Jacobita, exclamó en voz alta, ¿no volveré á verte más?

Un eco trató de repetir estas palabras á lo lejos; después no se volvió á oir más que el rumor infinito de las corrientes y los sollozos eternos de la montaña.

– No, pensó, era demasiado hermoso, y el cielo no me ha creído digno de ser tan dichoso. Por una hora de felicidad, será preciso sufrir hasta la muerte. Es demasiado bella la pupila del cura, demasiado linda y cariñosa para un desgraciado como yo. ¿Han fijado por ventura en mí su atención las jóvenes más feas de Gargos? Yo hubiera debido huir cuando ella se acercaba, y decirle:

– Señorita, no soy más que un joven achacoso, un salvaje sin alegría, á quien los padres de usted no quisieran ni aun para servidor. Aléjese usted de mí, y no fije sus miradas más que en hombres hermosos, ricos y distinguidos como usted. En cuanto á mí, harto feliz seré si alguna pobre sin belleza consiente algún día en compartir mi suerte.

Silverio se decía todo esto, lamentándose en su obscura gruta, y con las manos tocaba en su frente el pedazo de tafetán aplicado á la herida ya cicatrizada que Jacobita le había inferido. ¡Oh, si pudiese abrir de nuevo aquella herida benigna, profundizarla y hacer pasar por ella toda su sangre y después la vida!

Poco á poco Silverio se calmó; las negras ideas se desvanecían en su cerebro, y parecíale ver á lo lejos algunos resplandores, como el azul del cielo que reaparece después de una tempestad.

Y entonces, juzgando que se había desconsolado con exceso, se entregaba á la esperanza.

– ¡Pero ella ha dicho que me amaría siempre, murmuró el montañés; ha dicho que sería mayor de edad dentro de cinco años y que nos volveríamos á ver! ¡Oh, si fuese cierto! ¡Si ella rehusase unirse con el hombre que se la destina; si no temiese que la desheredara su tío; si prefiriera vivir pobre conmigo que rica con otro!.. ¡Si fuese verdad, si fuese verdad!.

Y Silverio recorría la gruta á largos pasos, levantando los brazos, y su corazón latía con violencia, como si hubiese querido precipitar las horas, acelerando el curso del tiempo, y terminar en una sola noche aquellos cinco años de angustias. ¡Oh, si pudiera casarse con Jacobita en dicho plazo, y aunque fuera en diez años! ¡Si pudiera sentir una vez más sus labios temblar bajo los de ella; si le fuese dado oirlos repetir antes de su muerte lo que le habían dicho en la montaña: «¡Le amo á usted, Silverio, y mi vida es suya!» ¡Oh! Morir después de escuchar tales palabras, sería para él como entrar en el paraíso.

– ¿Por qué no me arrojé yo desde lo alto del Gargos cuando Jacobita me declaró su amor? ¡Soy un loco, sí, loco y ciego!

El montañés se exaltaba en su soledad, y su dolor y su alegría desvanecíanse sucesivamente en profundas quejas ó en gritos de triunfo que nadie podía escuchar.

Salió de la gruta, y al ver la luna enorme, el blanco astro de la noche que se elevaba entre las montañas, su infortunio le pareció más espantoso. Se echó sobre la dura tierra, y allí lloró su miseria, sintiendo que á cada sollozo su cabeza chocaba contra los guijarros.

Pero casi en el mismo instante oyó un ligero ruido, como un rumor de pasos rápidos que se acercaban, incorporóse apoyándose en los codos, y se preguntó quién podría venir á semejante hora de la noche.

A la luz de la luna vió aparecer otra forma blanca también, y el cabello se erizó sobre la frente del montañés, porque creía ver venir un ser sobrenatural, una de esas hadas que habitan palacios de oro en el seno de las montañas y que se presentan á veces á los pastores amenazados de próxima muerte.

Silverio, sin respirar, miró la forma blanca, que se acercaba, ascendiendo hacia él; detrás iba un animal negro, y sobre el disco brillante de la luna se perfiló el contorno de una mujer.

– ¡Ah, Jacobita; es Jacobita!, exclamó Silverio transportado de alegría.

En efecto, era ella; el montañés la reconoció bien; llevaba un peinador blanco, y su cabello flotaba sobre sus hombros.

– ¡Oh, qué feliz soy!, exclamó Silverio, abriendo los brazos y acercándose á la joven.

Y sobre su corazón sintió palpitar el de su amada.

– Buenas noches, Silverio, dijo Jacobita; vengo á traer á *Morrudo* y á despedirme de usted.

El animal negro era el mulo que se había atracado de rábanos del padre Bordes; relinchó alegremente al ver á su amo, volvió á la gruta, y se reinstaló en su sitio acostumbrado para entregarse allí al sueño del justo.

– ¡Qué feliz soy!, repetía Silverio embriagado de alegría.

Sus lágrimas seguían corriendo; mas en aquel momento eran dulces, eran lágrimas de gozo, que deslizándose por sus mejillas servían de alivio á su corazón y brillaban á la luz de la luna.

– Es media noche, dijo Jacobita; mas no he podido venir antes, porque me han encerrado en mi habitación, y hasta creo que un criado dormía á través de mi puerta; pero no han pensado en la ventana. Yo estoy en el piso bajo, Silverio, y cuando supuse que todos mis guardianes dormían, he saltado al jardín. ¡Aquí estoy, y ahora abráceme usted para recompensarme!

No dejó de hacerlo así el montañés, que besó á la joven con sus labios impacientes, y fué tan bueno aquel casto beso, á la luz de la luna, en aquella gruta aislada, que las dichas futuras, por hermosas que pareciesen, debían quedar siempre eclipsadas ante el recuerdo de aquel momento.

– Ahora, continuó Jacobita, abráceme usted por haber puesto en libertad á *Morrudo*. ¡Pobre animal! Le hubieran llevado á Aigues-Vives mañana á primera hora; pero yo he ido á la cuadra, he cortado el ronzal, y he salido dejando las puertas abiertas para que se crea que el mulo ha huído solo. ¡Qué rabieta cogerá mi tío al ver esto!..

Silverio escuchaba embelesado á la joven, estrechando sus manos á intervalos, como para asegurarse de que estaba allí, de que no soñaba, que tenía derecho á ser feliz y á bendecir la vida.

Pero la voz de la joven le contristó.

– ¡Oh Silverio, murmuró, cuánto vamos á sufrir los dos! Mañana por la mañana me conducirán al convento, y hasta que llegue á mi mayor edad me estará prohibido abrazar á usted, verle y escribirle... ¡Pero cómo me vengaré dentro de cinco años!

Silverio movió la cabeza.

– ¿Será su corazón para mí, Jacobita, de aquí á cinco años?

– ¿Qué quiere usted decir?

– Cuando conozca usted al futuro que la destinan, ¿le será posible pensar aún en Silverio Montguillem?

– ¡Malo!, exclamó Jacobita, aún pensaré más.

– El pretendiente de usted será sin duda un buen mozo...

– Un joven antipático, idiota y necio...

– Aún no le conocerá usted bastante.

– Sí que le conozco, y usted también. Es Gastón Roumigas.

– ¿El hijo del brujo? ¿El abogado de Tolosa?

– El mismo.

– ¡Ah! Es elegante, es rico.

– ¡Silverio, no me insulte usted!

– Dispénseme, señorita, balbuceó el montañés inclinando la cabeza. ¡Tengo tanto miedo y soy tan poca cosa, que me parece natural que me olvide!..

– ¡Niño!, exclamó Jacobita, besando á Silverio en los ojos. ¡No, yo no le olvidaré! De aquí á cien años, si aún viviese, pensaría en usted como hoy, Silverio mío. ¡Yo lo sé, y lo conozco; mi corazón es el que habla, y toda mi existencia está contenida en el juramento que le hago.

– ¡Oh, gracias!, contestó Silverio; esas palabras me enloquecen de felicidad. Mire usted, aunque me engañase más tarde, ya no tendría derecho para quejarme, pues todas las penas futuras no me harán olvidar la dulzura de este instante. ¡Señorita Jacobita, sea de usted lo que fuere, mi vida la pertenecerá siempre!

Los dos permanecieron silenciosos un minuto, cual si quisieran dejar á sus almas el tiempo necesario para absorber toda aquella alegría, y oyeron el murmullo de los manantiales á su alrededor en la montaña que vió nacer su pasión amorosa.

– Le he hablado de usted, Silverio, dijo después Jacobita con su cariñoso acento.

– ¿A quién?

– A Gastón Roumigas; le he dicho que amaba á usted, para que pierda toda esperanza.

– ¿Ha confesado usted eso? ¡Oh, Dios mío! ¿Y qué ha contestado?

– Se sonrió y me dijo: «¡Eso no es cosa seria, señorita!» «¡Ya lo veremos!,» repuse yo. Y le invité á nuestra boda para el 25 de abril, dentro de cinco años. Yo seré mayor de edad el 24, Silverio mío, y seguidamente quiero que me llamen señora Montguillem.

El montañés parecía deslumbrado.

– ¡Usted, á quien adorarían los jóvenes más afortunados, murmuró, consentir ser la esposa de aquel que jamás fué amado de nadie! ¡Oh, señorita, qué buena y qué generosa es usted! ¡No debería hablarla sino de rodillas!

Y besaba respetuosamente una de las manos de la joven, suspirando de agradecimiento.

Jacobita se estrechó más contra el montañés, rodeóle el cuello con su lindo brazo que exhalaba el perfume de la primavera, aplicó su fresca mejilla contra la de Silverio, curtida y tosca, y díjole con ternura:

– Tanto mejor si soy hermosa y rica, y si todos los hombres me admiran; y tanto mejor si usted es pobre y mísero, y si todo el mundo le mira con desdén, porque así yo le haré más feliz y más orgulloso. Tanto mejor también si somos jóvenes y no hemos amado jamás, ni uno ni otro, puesto que nuestro amor será más fuerte así y podremos vivir más años juntos. Silverio mío, cuando nos hayamos casado iremos á Aigues-Vives cogidos del brazo; sí, á Aigues-Vives, á Tarbes y á Pau, adondequiera que usted haya ido cuando era muchacho. Iremos á ver á todos los que le despreciaban en otro tiempo, á todos los que eran más felices que usted y que se creían superiores. ¡Oh! Entonces yo quisiera ser más hermosa aún, quisiera ser célebre y venerada, quisiera ser una reina vestida de púrpura y de oro, para pasearme cogida del brazo de mi pequeño montañés y honrarle más... Pero acabemos ya, Silverio, y basta de hablar; no nos abracemos tampoco, porque los minutos deben parecer más largos cuando uno se calla y permanece inmóvil. ¡No nos movamos, y aprovechemos toda la noche! ¡Oh! Cuando termine será precisa la separación.

Jacobita no dijo ya nada, cerró los ojos, siempre con la cabeza apoyada sobre el hombro de su amigo, mientras que uno de sus brazos le rodeaba el cuello; y así permanecieron los dos, abismados en su casto amor, en la noche solemne.

Pero las horas pasaron, las estrellas no se detuvieron sobre sus cándidas cabezas, y la luna volvió hacia el Levante vaporoso...

– ¡Oh, Dios mío, he aquí la aurora!, exclamó Silverio levantándose.

Pero los ojos de la joven permanecieron cerrados y no se movió.

– Ya amanece, dijo Silverio; muy pronto será de día, y entrarán en el cuarto de usted, Jacobita.

– ¡Qué importa!, balbuceó la joven. ¡Yo le amo á usted!, y suspiró, entreabriendo suavemente sus frescos brazos.

No quiso mirar al cielo, ni tampoco ver cómo el horizonte blanqueaba detrás de las montañas.

– ¡Yo le amo!, volvió á decir con voz desfallecida.

Jacobita temblaba de pies á cabeza; su seno palpitaba bajo el peinador blanco; sus labios entreabiertos se ofrecían al beso, y Silverio la sintió doblegarse en sus brazos.

– ¡Le amo á usted!, balbuceaba siempre.

Jacobita no contestaba más que esto, y no podía pensar en otra cosa; el alba, el día próximo, los años futuros, nada existía para ella más que aquel momento tan dulce; todo debió olvidarse en la alegría de aquella hora, completamente todo, el padre Bordes, el convento, las cosas más importantes y los deberes más sagrados.

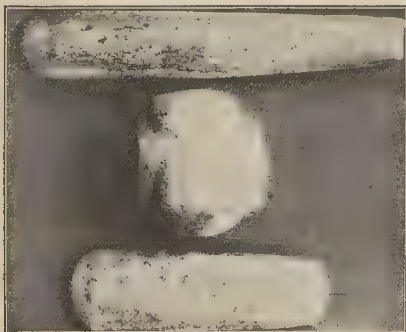
– ¡Le amo á usted, le amo á usted, no quiero marcharme!

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

INVESTIGACIONES PREHISTÓRICAS EN GALICIA

Sin embargo de ser recientes, en el verdadero sentido científico consideradas, las investigaciones encaminadas al estudio de los primeros albores de la civilización, ya Homero en la *Odisea,* Esquilo en el *Prometeo encadenado,* y Lucrecio Caro en su gran poema *Rerum naturæ,* hablaron incidentemente de



Hachas y maza de piedra del período neolítico

aquellas primeras épocas del hombre que en todas partes revistieron los propios caracteres, aunque no fueron coetáneas; pues cuando Fidias con la escultura é Ictinos con la arquitectura, trabajando en la Acrópolis ateniense, alcanzaban la perfección estética, en la península Ibérica aún el indígena construía el grosero túmulo; y para que aquella celebrada Grecia de Pericles llegara á tan alto grado de cultura, precisara haber pasado por el incipiente de la edad de piedra que evidencian las excavaciones practicadas en Hssarlik y en Santorín, como lo propio les sucedió con respecto á esta nación á los diversos Estados del antiguo Oriente.

Centurias de años transcurrieron, sin embargo, antes de que los sabios tomasen en cuenta las observaciones de aquellos clásicos, sin fijarse en que para el completo conocimiento de la historia hay necesidad de investigarla hasta topar con las primeras manifestaciones de la actividad humana. Mas en nuestra época adquirió notable desarrollo el estudio de la Prehistoria, á cuya nueva ciencia se consagran hombres eruditos, que á fuerza de incesantes trabajos van logrando penetrar en los obscuros orígenes de la sociedad, dándonoslos á conocer en sus diversos aspectos.

Pero, desgraciadamente, no es en nuestra nación donde estos estudios se han cultivado hasta ahora con el requerido entusiasmo, pues si exceptuamos los incompletos trabajos realizados con respecto á las provincias del SE. por Góngora, Vilanova, Rada y Delgado, Sampere y Miquel, y lo recopilado por Mr. Cartailhac, poco más hay lucubrado entre nosotros acerca de tan preciadas materias. En cambio, los vecinos portugueses, mostrándose más celosos por la nueva ciencia, prestáronle especial atención, y los esfuerzos realizados en este sentido por Delgado, Ribeira, D'Acosta y otros, dieron como natural resultado el colocar á gran altura los interesantes estudios prehistóricos relacionados con el corto territorio lusitano.

Con referencia á Galicia, apena el ánimo observar cómo siendo región rica en datos prehistóricos, así en el orden etnológico como en el de la arqueología, se miran hasta con punible indiferencia estos asuntos. Sin embargo, nuestros distinguidos historiógrafos Murguía, Saralegui y Villaamil mucho trabajan en pro de la nueva ciencia, habiendo logrado sentar las sólidas bases de estos estudios entre nosotros; pero ahora lo esencial son las escrupulosas exploraciones arqueológicas y los estudios filológicos y etognosiáticos en todas las comarcas de nuestro país, cuya es la falta que se nota, y que, debido á diversas causas, no pudieron hasta la fecha llevar á cabo estos autorizados escritores.

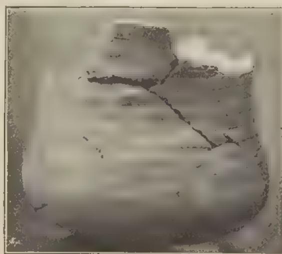
Hace tres años, cuando teníamos veinte de edad, ofrecimos en nuestro libro *Crónicas de Ortigueira* escribir la historia de este rincón en que nacimos. Y como la parte prehistórica era la primera que había que tratar, á ella nos consagramos con empeño, emprendiendo al efecto la concienzuda investigación de este país para reunir los materiales necesarios al objeto que nos hemos propuesto; y nuestra ardua labor nos dió como feliz resultado una buena colección de inéditos datos muy importantes para el estudio del período antehistórico en esta región.

Verdad es que la realización de este pensamiento, nacido al calor del entusiasmo patrio, nos costó no escasos sacrificios de todos géneros, que damos por bien empleados, pues que el éxito corona nuestros esfuerzos.

* * *

En el espíritu que informaba las primitivas sociedades, aparecía como esencial deber el de proporcionar á los muertos digna sepultura en relación con su rango; tanto que Platón, y como él otros clásicos, recordaban á sus contemporáneos «que la sombra de los que no han recibido los últimos honores, vaga inquieta é infeliz.» Esta supersticiosa creencia fué motivo para la erección de esa infinidad de monumentos funerarios que en todas partes subsisten y que resultan siempre grandiosos en relación con el estado de cultura de sus autores; de lo que son buen ejemplo, en la época prehistórica, los grandiosos túmulos franceses de Mon-Saint y Mané-er-Hoech; en el período *menfita,* que se distinguió en este género de construcciones, las celebradas pirámides, y en los tiempos greco-romanos, el panteón de Mausoleo y la tumba de Adriano.

En Galicia son numerosos los monumentos tumulares depositarios de los restos de nuestros aborígenes, y se les conoce con el nombre regional de *mámoas,* acusando su construcción un arte en estado embrionario. De ellos, una gran parte encierra el grosero *dolmen,* acerca de cuyo pueblo constructor tanto se lleva discutido desde muy antiguo, pues que Fergusson remonta el comienzo de estas polémicas á los tiempos de Jaime I y de Carlos II de Inglaterra; pero según la opinión de Mortillet, son debidos á varias gentes sedentarias, por más que refiriéndose á los de esta región, nuestro buen amigo el conspicuo historiador Sr. Murguía disiente de tal



Vasija de la época Robenhausien

doctrina y supónelos «fruto legítimo de la civilización céltica.»

En la extensa comarca que exploramos hemos topado con gran número de estos característicos enterramientos prehistóricos, cuya mayor parte son de forma esférica y algunos oviformes, que, según lo creen los anticuarios ingleses, encierran los restos de jefes ó de familias. Varían mucho en dimensiones, pues reconocimos *mámoas* desde 20 metros de diámetro hasta de 4; y de idéntica forma y proporciones encontramos buenos ejemplares de *gals-gals,* como más extensamente daremos á conocer en nuestro futuro libro *Prehistoria del Noroeste de Galicia.*

Estos monumentos funerarios están emplazados indistintamente en todas partes del terreno, formando algunas veces importantes necrópolis, sin que en su colocación se note simbolismo alguno; pero en cambio, observamos en los por nosotros estudiados que teniendo el núcleo principal en la parte más elevada del país, descienden al Norte por la sierra Faladora que corre paralela al río Sor y á las veras de su antiquísimo camino que la corona hasta llegar á la célebre Estaca de Vares – el Burum de Ptolomeo, – donde existen los restos de grandiosas obras hidráulicas que suponemos de origen fenicio, según trataremos de demostrar en un estudio especial que les consagraremos.

Cual la mayoría de los monumentos térreos y megalíticos de Galicia, estas *mámoas* no revisten las grandes proporciones de las de Bretagne y de otras regiones; pero están dotadas de los propios caracteres, acusando la identidad de procedencia; como lo propio les sucede á las que sólo contienen la cámara tumular construída con pedruscos, con relación á las del Mediodía de la península, observación que debo á mi respetable amigo el ilustre sociólogo D. Manuel Sales y Ferré, cuyo sentido práctico en estos asuntos tanto encomian los eruditos autores de la *Protohistoria Ibérica.*

De las muchas *mámoas* que exploramos, no hallamos tres cuyo interior sea idéntico. La mayoría encierran el *dolmen,* siempre de disposiciones variadas; habiéndolos notables desde diversos puntos de vista, y entre ellos encontramos el caso de los Langdipser de Dinamarca, según mi buen amigo Sr. Saralegui. En algunas ocasiones el monumento aparece dotado de un grueso revestimiento de cantos de aluvión en la propia forma que el *túmulo* de Tumiac (Francia-Morbihan) que dibujó Mortillet en su *Musée prehistorique,* particularidad que notamos en *mámoas* diversas, cuyo interior es, sin embargo, de diferente orden. En otras nos encontramos con que sólo contenían en su centro un *menhir* ó una laje colocada verticalmente y sin orientación determinada, y en algunas, cual los *gals-gals,* con que el túmulo estaba formado por paredes construídas con pequeños cantos de aluvión.

En todos los monumentos de este género que hemos registrado, hallamos residuos importantes de cremación, y de algunos logramos exhumar preciosos objetos de los períodos *neolítico* y del bronce, como puede servir de ejemplo de los primeros la fotografía de la maza y hachas que reproducimos, y hasta bollos de tierra roja preparada para el tatuaje, iguales á los que aparecen en las colinas conchíferas del Brasil, de que se ocupó el doctor Roth. También en algunos de estos enterramientos prehistóricos de esta comarca aparecieron fragmentos de cerámica de la época Robenhausien, y según puede verse en la fotografía que acompañamos, nuestro excelente amigo D. Santiago de la Iglesia logró los necesarios para reconstruir la vasija, que después de servir para las libaciones funerarias, fué rota sobre el túmulo en que reposan el sueño eterno las cenizas de un aborigen gallego.

FEDERICO MACIÑEIRA Y PARDO,
Cronista de Ortigueira.

NUESTROS GRABADOS

Una vista interesante, cuadro de J. Simón. – Si en nuestro espíritu no existe impura la huella de los pesares, felices podrán ser los días que pasemos alejados del movimiento activo y febril en que se arrastra nuestra existencia en los grandes centros de población, entregándonos por completo al goce que nos produce la plácida calma de la naturaleza, en la época en que ésta se viste con sus esplendentes galas. Entonces, atentos sólo á la belleza del cuadro que á nuestras miradas se presenta, comprendemos cuánta sublimidad existe en la importante obra de la creación, tan variada como bella en sus manifestaciones; pero si por desgracia nuestra alma se ve combatida por el sufrimiento y los pesares, nuestros ojos no distinguirán más que un tono, obscuro y tétrico como el dolor que nos aflija.

Venus y Marte, cuadro de R. Armenise. – Ante los atractivos de la mujer sucumben los más bravos y valerosos. El amor sujeta con sus cadenas de flores á los espíritus más indómitos y á los caracteres más esquivos é independientes. Comprendiéndolo así, los artistas han concebido la peregrina idea de representar á un león humillado ante una mujer hermosa, representación genuina de la belleza dominando la fuerza. Al militar del cuadro que reproducimos debió acontecerle lo mismo que al león, al hallarse en presencia de la hermosa tabernera. Los rasgados ojos de la bella dieron al traste con su proverbial audacia y valeroso esfuerzo, de tal manera que á quien no intimidaron las bocas de los arcabuces y las puntas de las espadas rinde la suya ante los encantos de la joven.

Tal es el asunto que ha inspirado al pintor R. Armenise el cuadro cuya reproducción ofrecemos.

Monumento á Sadi Carnot, proyecto de Raul Verlet. – A raíz del horrible atentado de que fué víctima el presidente de la república francesa Sadi Carnot, inicióse el proyecto de erigirle un monumento en Angulema, costeado por medio de suscripción nacional. Al efecto abrióse un concurso, en el que tomaron parte los más distinguidos escultores de la vecina nación, entre ellos M. Raud Verlet, cuyo proyecto alcanzó el primer premio concedido por el Jurado, compuesto de artistas tan eminentes como lo son Falguiere, Mercié, Dalou, Gerome, Puvis de Chavannes, Barrias y Coquart. El monumento tendrá cuatro metros de altura. Constitúyenlo, además del busto de Carnot, sustentado por un bello pedestal, dos preciosas figuras, representando una de ellas á una joven depositando al pie del busto ramas de palmas y de olivo, y la otra, semicubierta por el pabellón nacional á modo de amplio manto, simboliza á Francia. Los detalles arquitectónicos débense á M. Deglané.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BRUSELAS. – Se ha inaugurado la 35.ª exposición de la Real Sociedad belga de Acuarelistas: en ella figuran casi todos los pintores notables de Bélgica que se dedican á la acuarela, tales como Becker, Den Duyts, De Vriendt,

Hommon, Knopff, Lanneau, Themon, Uytterschant, Van Leemputten, Verhas, Smits, Sassiers, etc.

LONDRES. – Ha llamado poderosamente la atención del público londinense la exposición celebrada en la Galería Goupil de las obras del gran artista japonés Utamaro, que vivió desde 1754 hasta 1806. El tema favorito de este pintor fué el de la mujer japonesa, que supo en cierto modo idealizar, presentándola siempre como una creación llena de gracia y de elegancia. La obra de Utamaro no ha sido apreciada solamente en nuestros días; en su tiempo alcanzó ya una popularidad tan grande y la personalidad del artista fué tan justamente reconocida, que los encargos afluían de continuo y de todas partes á su taller, y sus dibujos se pagaban á muy buen precio.

BERLÍN. – El notable paisajista Julio Helff, que hace poco falleció en Berlín, ha legado á la Academia de Bellas Artes de aquella capital una buena parte de su no pequeña fortuna, que usufructuará, mientras viva, su hermana. El legado asciende á 100.000 marcos (125.000 pesetas) y ha sido dejado á la Academia con la condición de que los intereses de esta suma sirvan para un estipendio de viaje que, con el nombre de Premio Helff, se concederá anualmente y previo concurso á un pintor paisajista. Además ha legado á la propia Academia todos sus estudios y bocetos, que son muchos y buenos, y á otras asociaciones artísticas varias cantidades que juntas suman 30.000 marcos (37.500 pesetas).

VIENA. – En la Casa de Artistas se ha inaugurado una doble exposición de los secesionistas muniquenses y de la Asociación libre de Dusseldorf. Figuran en ella, además de muchas obras conocidas ya por haber formado parte de la última exposición celebrada en Munich por los referidos secesionistas, varias obras nuevas, entre las cuales sobresale el *Sepelio de Cristo*, de Federico Uhde, cuadro formado por ocho figuras de tamaño natural, que produce impresión profunda por la originalidad y maestría técnica con que está tratado el asunto.

BARCELONA. – *Salón Parés. – Duodécima exposición.* – Si por las obras que figuran en la exposición recientemente inaugurada debiera deducirse la valía de los artistas que residen en nuestra ciudad, equivocado sería el concepto que de sus cualidades pudiera formarse. Los noventa y siete cuadros que se hallan expuestos no responden al abolengo artístico de Barcelona, ni á los laudables empeños de quien, como el Sr. Parés, da tan fehacientes muestras de su constante entusiasmo, organizando en su salón sus anuales certámenes. Diversas son las causas productivas de tan desconsolador resultado, entre ellas, quizás la más importante, la desviación, las dudas que han perturbado hondamente el ánimo de aquellos á quienes ha hecho vacilar el aplauso interesado por el exclusivismo de una escuela exageradamente perturbadora. Vese en muchas obras, aun en aquellas ajustadas á la técnica personal del pintor que las ha producido, el propósito de amalgamar, el deseo de buscar una conjunción entre lo propio y lo no sentido. De ahí que los que antes descollaban y aun en sus defectos y errores descubrían una personalidad, aparezcan cada vez más vacilantes é inseguros. Contado es el número de los que persisten en su noble y varonil empresa y limitado por lo tanto el de las producciones dignas de observación y alabanza.

Nota felicísima, sentidamente comprendida é interpretada es el precioso paisaje de Dionisio Baixeras, en el que sólo descuella la figura de un campesino conduciendo un haz de ortigas. Tiene algo que recuerda la poesía y la plácida calma de las obras de Millet. Al fijarse en el lienzo siéntese el poderoso dominio de la obsesión y parece como si el observador se hallase situado en la cima de una montaña pirenaica, saturados sus pulmones por balsámica atmósfera y aislado, sin percibir sonidos, alcanzando á comprender la inmensidad. Elegante y distinguida es la figura de la joven, de Román Ribera, digna compañera de las que tan merecidos aplausos han valido á su autor: muy recomendable la hermana de la Caridad, de José Triadó, nota razonable y explicada del concepto modernista: delicadas y ejecutadas con plausible simplicidad las preciosas cabezas de J. Brull: hondamente sentidas las *Penas*, de Juan Llimona, pues angustia produce la representación de los últimos momentos de quien sucumbe por efecto de una afección pulmonar: delicada la *Pensativa* de Tamburini, ajustada á la simpática gama de su paleta: discretamente trazados los caballos de Cusachs, y agradable las escenas de *Boulevard*, de Miralles. Notas dignas de mencionarse son los lienzos de Caba, Barbasán, Masriera (D. José) y Mas y Fontdevila.

Cuanto á los demás expositores, aun sin merecer censuras, poco puede decirse, pues no aportan obras que signifiquen una nueva etapa. No han llegado algunos de ellos á colocarse en la misma línea que alcanzaron en las anteriores exposiciones.

Necrología. – Han fallecido:

Oswaldo Walter Brierley, pintor inglés.

Pablo Foucher, publicista y novelista francés.

S. A. Ribbing, pintora noruega.

Otón, barón de Schlechta-Wssehrd, célebre orientalista austriaco, ex director de la Academia Oriental de Viena, autor de excelentes traducciones de poetas persas.

Pasunti Lwowitsch Tschebyscheff, uno de los primeros matemáticos rusos, miembro de las Academias de Ciencias de San Petersburgo, París, Berlín, etc.

Heemskerck van Beest, pintor marinista holandés.

Juan Degreef, paisajista belga.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

ARQUITECTURA ROMÁNICA EN SORIA, por *D. Teodoro Ramírez Rojas.* – Esta obra, que fué justamente premiada en el certamen científico literario celebrado en Soria en octubre del año último, contiene un acabado estudio de los monumentos románicos existentes en aquella provincia, una de las que conserva más interesantes recuerdos de aquel período, y en la que el arqueólogo y el artista pueden hallar tantos motivos de consulta y ancho campo de investigación.

Plácemes merece el Sr. Ramírez Rojas por su trabajo, que no le escaseamos, alentándole para que prosiga esta clase de estudios de tanta conveniencia y utilidad para el arte patrio.

***

AGENDA DE ADMINISTRACIÓN MUNICIPAL Y GENERAL PARA 1895, por *D. Antonio Torrents Monner.* – El ilustrado contador de la Diputación provincial de Barcelona acaba de publicar la Agenda administrativa del penúltimo año, que tanto éxito ha alcanzado en los anteriores, libro de verdadera consulta para todos los funcionarios del Estado, ya que contiene interesantes datos y antecedentes para la rápida y acertada resolución de todos los asuntos de carácter administrativo.

Su acertada clasificación y el recuerdo que contiene cada una de las páginas de la Agenda de todas las obligaciones que tienen fijado plazo perentorio hacen del libro una obra de suma utilidad y de verdadera y eficaz consulta.

***

TODO MALO, por *Jaime E. Solá Mestre.* – Contiene este libro una colección de artículos interesantes y muy bien escritos y de poesías inspiradas y en extremo sentidas. El autor, con una modestia excesiva, ha titulado la colección *Todo malo;* á pesar de ello, hay mucho bueno en las composiciones del ilustrado escritor gallego Sr. Solá Mestre. El libro ha sido impreso en Vigo, imprenta de Angel Varela.



MONUMENTO Á CARNOT

Proyecto premiado del monumento que debe erigirse en Angulema á la memoria de Carnot, obra del escultor Verlet

SIGUIENDO AL MUERTO, por *Federico Urrecha.* – LOS HUMILDES, por *A. Pérez Nieva.* – Forman estos dos libritos los tomos 15 y 16 de la *Colección Diamante* que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Inocente López. El primero, además del artículo cuyo título lleva el tomo, contiene otras narraciones y novelitas del Sr. Urrecha, todas interesantes y escritas todas con la galanura peculiar de tan celebrado escritor. El nombre del Sr. Pérez Nieva, autor del segundo, es suficiente garantía de la bondad de los artículos que éste contiene, comprendidos en el título de *Los humildes:* en todos ellos predomina la nota del sentimiento que tan admirablemente sabe dar el autor de *El valle de lágrimas* y que tan deleitosa hace la lectura de sus producciones. Cada tomo se vende en las principales librerías al precio de dos reales.

***

CHINA Y JAPÓN, por *D. J. Bohigas de Argullol.* – Elegantemente impreso, embellecido con bonitas iluminaciones y vistosa encuadernación, es el nuevo libro que ha publicado el Sr. Bohigas, en el que en forma sencilla y fácil se consignan noticias generales acerca de los dos Estados que hoy miden sus fuerzas en las llanuras de la Mandchuria, en busca de futuros prestigios. No es, dada su forma compendiosa, una obra de consulta, pero sí de agradable y útil entretenimiento, muy propia para servir de premio en las escuelas, propósito que seguramente habrá perseguido su autor y el inteligente editor Sr. Bastinos.

***

LA ESPAÑA MODERNA. – Los últimos números de esta importante revista, en la que colaboran los primeros publicistas españoles, contienen notables trabajos de los Sres. Sánchez Pérez, A. Posada, O'Neill, Cotarello, Hoyos Sainz, Unamuno, Menéndez Pelayo, Pérez de Guzmán, doña Emilia Pardo Bazán, Michel, Morphy, Castelar, Pirala y Echegaray. En ellos se publica además una preciosa novela de D. Juan Valera. Suscríbese á esta revista en Madrid, Cuesta de Santo Domingo, 16.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 11 de febrero de 1895 — Núm. 685

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA PERLA DEL ALBAICÍN, cuadro de Cecilio Plá



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La cuestión de Marruecos. – Necesidad de un espíritu público y de una opinión general para plantearla y resolverla. – La concordia ó la discordia con Marruecos influye sobre nuestra política interior y exterior. – El factor Africa en la multiplicación de nuestros intereses y en las páginas de nuestra historia. – Necesidad de ejercer un protectorado moral en Marruecos antes de tomar el efectivo. – Desacato al representante del sultán y responsabilidades. – Paz intercontinental. – Reflexiones. – Conclusión.

I

Aunque deseáramos de todas veras hoy sustraernos al embargo general del sentimiento público por los adversos casos ocurridos con ocasión de la presencia del embajador marroquí en Madrid, no podríamos conseguirlo, pues nos lo vedaría el culto religioso que tenemos á nuestra patria y el desvelo continuo que impone á cada patriota el natural cuidado por la integridad de su territorio sacratísimo y por la honra de su nombre inmortal. Entre los muchos problemas presentados á cada político en el curso de la vida, no surgirá ninguno comparable, según la gravedad que dentro de sí encierra, con el problema relativo á la consecución del gobierno de las naciones por sí mismas en completa posesión de su intrínseca soberanía y en ejercicio continuo de su voluntad soberana. Y para resolver este problema, consiguiendo el bien de precaver á los pueblos contra las dictaduras pretorianescas y las monarquías absolutas, no basta escribir en la Constitución ú obtener en la práctica una prensa libre y unas cámaras legisladoras, aquélla leída por muchos y éstas generadas por el derecho de reunión y de asociación; necesítase llenar los congresos y senados, los periódicos y libros, los gobiernos y tribunales, la sociedad toda, de un espíritu que ilumine, caliente y mueva la vida social, por tener ésta un solo cuerpo y en el cuerpo un solo espíritu. Así, ante un caso como el presente oblígannos las instituciones, adquiridas con innumerables holocaustos y sacrificios, al deber de formular una clara y concreta política en las relaciones anudables con el imperio marroquí tras los hechos de Melilla y los tratados á ellos subsiguientes. La nación, por medio de los varios órganos que posee, necesita declarar sus sentimientos y sus ideas á este respecto, diciendo si quiere con Marruecos vivir en concordia ó en discordia. Y necesita decirlo, pues tanto su política interior como su política exterior dependen del acuerdo que tome y del proceder que siga en este negocio de Estado la opinión española. Si ha de mantener la concordia, puede pasar el gobierno con un presupuesto de cantidades más bajas que si ha de mantener la discordia, como con ejército de seguridad y defensa menos numeroso que un ejército de ofensa y de conquista. Esto por lo respectivo á la política interior. Y en lo respectivo á la política exterior, si ha de mantener la discordia, necesita, para lograr sus frutos, en lo duro de pelar que está la conquista de Marruecos y en la inevitable precisión de sumar nuestras fuerzas á otras fuerzas, no ya para recabar un resultado, para proponérselo, necesita requerir de alianza cordial á cualquier potencia y revocar su presente neutralidad. Así para extender el radio de la política exterior como para extender el radio de la política interior hemos los españoles de saber si viviremos en paz ó en guerra con los vecinos del desierto, á los cuales nos aproximan siempre nuestras posiciones respectivas en el Occidente de Europa y en el Occidente de Africa, el contacto de los sendos mares propios Atlántico y Mediterráneo, la convivencia bajo el mismo cielo por siete siglos indelebles, la posesión del gaditano estrecho en su mayor parte, el disfrute de costas donde se hallan posesiones hispánicas que nos juntan por el apretadísimo lazo de la vecindad y de las fronteras, miles de circunstancias tan imperiosas é inevitables como todas las imposiciones del tiempo y del espacio, cuya material fatalidad y cuya incontrastable pesadumbre no puede muchas veces vencer ni el libre albedrío de los indivduos, ni aun la colectiva común voluntad de los pueblos.

II

Yo sé muy bien cuánto nos daña el factor Africa en la multiplicación de nuestros comunes intereses. A primera vista se comprende la ventaja de un pueblo como el francés, vecino á regiones de producción y de trabajo, las cuales han de solicitarle por necesidad al cambio y con el cambio han de traerle una copiosa y abundante riqueza. Mas nosotros nunca lamentaremos bastante que, desde la desembocadura del Tajo hasta las riberas de Rosas, el continente vecino á la parte mayor de la península nuestra, sea un continente donde domina esta raza de guerra y de conquista, la cual raza nos impone deber tan gravoso como el de armarnos y nos pide vida tan difícil como la consiguiente á una vigilancia continua; pues no produciendo nada ella y comerciando lo menos posible, nos desposa, desposa nuestra tierra con el fatalismo enervador y con el árido desierto. Esta vencidad del Africa fué siempre nuestra desgracia histórica; pues, si fortísima ella, nos combate y sojuzga, como lo hicieron el patriciado cartaginés y el califato árabe; mientras si fuertes nosotros y conquistadores, apenas sacamos provecho ni de que D. Enrique Aviz nos trajera Ceuta; don Alfonso el Africano, Tánger; D. Fernando el Católico, Melilla; el emperador Carlos V, Túnez; el cardenal Cisneros, Orán; que se gana mucho entrando en comunidad con pueblos que trabajan, poco entrando en comunidad con pueblos que combaten. La religión musulmana se nos aparece como el dogma de la guerra por excelencia. Los pueblos musulmanes se distinguen por un valor tan alto, patente de antiguo en mil batallas, y por una difusión tan rápida, luego asegurada por su fortaleza y por su constancia, que se hubiera desprendido varias veces sobre nuestra Europa, en los tiempos modernos mismos, si una invención como la del cabo de Buena Esperanza y otra invención como la vuelta del mundo entero no hubieran dado en el planeta superioridad tan incontestable á los creyentes en Cristo sobre los creyentes en Mahoma. Siglos hacía que los expulsáramos de Provenza y de Sicilia; en vísperas estábamos de arrojarlos del suelo español; de cristianas habíamos bautizado en lo posible las islas evocadas por el genio ibérico entre las tierras enropeas y las tierras africanas de Occidente, cuando á la vista de los reyes cristianos y de los Papas católicos, los mahometanos en su familia turca se apoderaron del imperio griego y su capital Constantinopla, después de habernos en el siglo décimotercio arrancado toda esperanza de recobrar Jerusalén, un momento cristianizada, no por el arrojo de la cristiandad, por los sortilegios y los fantaseos del gran emperador Federico II de Suavia. Pues bien: ante problema de tal género, ante un problema como la conquista de Marruecos por nosotros, tan erizado de peligros, hay que decidirse por una de las dos políticas; ó por la de un combate á muerte con Marruecos, en el cual todos nos desangráramos y enflaqueciéramos, ó por la política de una convivencia con Marruecos, en que no pongamos la mano sobre su territorio nosotros, pero trabajemos de suerte que nadie pueda tampoco ponerla, conociendo como hay un protectorado nuestro allí, no inscrito en protocolo ninguno, pero sí desempeñado con la calma y habilidad de quien sabe cuántas ventajas le reporta la circunspección y cuántos daños le traería la imprudencia. Yo tengo en esta importante alternativa mi partido tomado hace mucho tiempo.

III

Los lectores de estas revistas no pueden ignorarlo. Cuando la llama de un ciego entusiasmo encendía los espíritus y empujaba los ánimos hacia la cruzada contra el infiel marroquí por las desgracias de Melilla, grité yo paz entre aquellos fragores de las pasiones exaltadas y me puse á laborar esta paz con todos los medios procurables por mi posición conocida y por el influjo mío sobre los gobiernos liberales de Europa, compuestos en su mayor parte por viejos correligionarios y amigos de por vida. Procedí así, no ciertamente por emociones fugaces de un minuto, por creencias formuladas como leyes del pensar y del proceder mío, en mi discurso-testamento último, al despedirme de la política militante hace ahora un lustro. «Grande, muy grande, yo decía entonces, nuestro general O'Donnell en su guerra, temeraria como demostraron los acontecimientos, pero por temeraria, heroica sobre toda ponderación; grande, grandísimo el esfuerzo de nuestros soldados en Sierra-Bullones y en los pasos del Jelú; verdaderamente legendario, como Santiago, aquel general mártir, á quien todos hemos querido de corazón y á quien todos lloramos todavía; grande, muy grande todo esto; pero todo esto nos enseña como no debemos emprender nada militar en Africa, fiando el cumplimiento de nuestro derecho á la evolución de lo porvenir. Se han acabado las colonizaciones militares y comienzan las colonizaciones científicas; factorías y no campamentos; naves y no ejércitos; grandes diplomáticos y no grandes generales; escuelas, donde podamos establecerlas; misioneros, donde puedan oirlos; medios, muchos medios; una influencia de todos los días; traducciones de aquellos libros árabes que demuestran la comunidad de unos y otros pueblos, y que hacen latir el corazón de razas poéticas y verdaderamente religiosas; todo esto, si quieren, pero nada de guerras al infiel marroquí, porque para todo español sensato la integridad del imperio de Marruecos debe levantarse á dogma, como la integridad del imperio turco lo fuera un día en la Inglaterra clásica.» Procediendo así, parecería, mirado este proceder por su externa superficie, que procedíamos con ingenuo candor, cuando en realidad procedíamos con experta política. Un afán inmoderado y un esfuerzo temerario por adquirir colonias caracteriza el final de nuestro siglo, como un grande abandono á este respecto muy punible caracterizó el final de la pasada centuria. Hoy hasta los gatos quieren zapatos y hasta los reyes belgas colonias. Por el Congo compromete Bélgica su neutralidad, como en Zanzíbar se muestra débil Alemania, ella, tan fuerte y tan poderosa en todo nuestro continente. Francia desgrana su ejército y dispendia su presupuesto por Madagascar y Tonkín, mientras Italia sigue y persigue á un fantasma en su colonia Eritrea, tan hermosa de nombre como triste y voraz en realidad. Mas, entre tanto territorio codiciado, ninguno con la intensidad que los territorios del Africa occidental, donde termina el Mediterráneo y comienza el Atlántico inmenso conducente á las Canarias y á las Antillas y al centro de América. Desea Inglaterra Tánger con vivísimo anhelo; pugna Francia por el Muluya y el oasis de Fidji; hasta Italia, dolorida todavía de su renuncia terrible á todas sus esperanzas en Túnez y á todos sus proyectos en Trípoli, suspira por esa parte de Africa, pidiendo una porción de ella en el reparto supremo, como suma de las compensaciones en el Mediterráneo occidental africano á los muchísimos servicios hechos al Egipto y á sus dueños de ahora los ingleses en el Mediterráneo africano oriental. Pues entre tantas pretensiones y entre tantos aspirantes al reparto de Africa, no conozco mejor política que la encaminada con reflexión y con voluntad á preservar Marruecos de tantos ambiciosos como quieren repartírselo.

IV

Detesté la guerra última en el continente africano y aplaudí la paz. Pero esta paz, tan útil á la nación entera, no fué por la nación entera comprendida y apreciada en todo su valor. El vínculo atávico de nuestra sangre hirviente contra los moros de antiguo y el afán de popularidad en los cortesanos del pueblo convirtieron un acto de consumada prudencia en un acto de notoria debilidad. Si no me llamaran severo diría que comprendieron los marroquíes el interés de ambos pueblos con superioridad notoria sobre los españoles al refrenar las tribus indómitas del Rif, recibir con entusiasmo y con fraternidad los enviados por nuestro gobierno á su capital para de nuevo ajustar paces, y prestarse á cuanto exigimos en materia de arreglos territoriales y en materia de indemnización pecuniaria. Después de tal correspondencia, el odio debía en amistad trocarse y establecerse una cordial inteligencia entre ambos pueblos. Así lo comprendió el nuevo sultán, y por ello diputó la embajada. Y, al venir esta embajada, ¿hemos hecho nosotros, españoles, todo cuanto debíamos para recibirla con el agrado correspondiente á la muestra de amistad que se nos daba y al interés que tenemos en cultivar esta indispensable amistad? Nada de ello, ni el gobierno, ni el público, ni la prensa, ni el sentimiento colectivo han mostrado la resolución en favor de la paz demandada por todo cuanto nos interesa en el mundo, por el bien de nuestra política interior y por el bien de nuestra política exterior. Descuido en la custodia, indiferencia en los gobernadores, artículos de befa en los periódicos, miradas de odio despedidas por aquellos que anhelaban una campaña, poco amor á la paz en los corazones, sueños con lo imposible y lo fabuloso en algunas inteligencias: he ahí cuanto hemos observado y cuanto nos explica hoy cómo, entrando estos efluvios de ideas en un alma de combatiente, transmitidos como irradiaciones de misterioso magnetismo y de ardentísima electricidad por los nervios muy montados, á un corazón muy susceptible de vivas emociones, hayamos visto un desacato tan grande como imprimir horrible y resonante bofetada en la mejilla de un embajador, á quien protegen todas las leyes divinas y humanas, todas las costumbres y todas las tradiciones con una inviolabilidad sacrosanta, no los pueblos cultos y civilizados tan sólo, hasta los pueblos salvajes en los esbozos de su sociedad incipiente y en los asomos de su nativa conciencia. Francamente, me tendréis por tan extraviado como quien ha cometido la irreverencia; pero yo imputo más la responsabilidad de cuanto ha sucedido á la falta de un espíritu general en la sociedad española, que al arrebato singular de un general arriesgado. Nos volvemos contra el castigo de Adán, y sin embargo por todas partes descubrimos cuantas culpas de otros recaen sobre nuestras personas, sin que hayamos podido evitarlo, y sobre todos recaerá la culpa y el castigo de aquél, impelido á su atentado irreparable, ó por indiferencia de los menos, ó por sobrado entusiasmo de los más. Y no habrá otro medio de precavernos contra responsabilidades así, que arrestarnos á una gran política de protectorado moral sobre Africa en espera del día que pueda traernos el protectorado material y tangible. Pero el protectorado futuro no podrá levantarse nunca sino sobre la base de una grande alianza con Marruecos hoy. He visto la embajada mora en casa de una tan distinguida é inteligente dama como la ilustre marquesa de Esquilache. Pocos espectáculos tan dignos de atención y estudio como el presentado al pensamiento y á la vista de uno por estos hombres extraordinarios, que parecen venidos de un planeta muerto y parecen iluminados por las pavesas de un sol extinto. Lo primero que se nota en ellos es la fortaleza física y moral. Cada hombre de esos puede luchar sin descanso por haber llevado á la continua una vida de combate. Lo segundo que se nota es una inaccesible reclusión dentro de ellos mismos, la reclusión de su ser en el pensamiento, la reclusión del pensamiento en su alma. Yo comparaba su impasible rostro con el rostro nuestro, atormentado por el combate de tantas pasiones y por el martirio que causan las invencibles aspiraciones á la realización de ideas muchas veces impracticables. Nosotros los europeos todos mostramos la inquietud proveniente del combate librado dentro de nuestras almas entre la realidad en que vivimos y el ideal con que soñamos. Ellos están satisfechos de su religión, satisfechos de su familia, satisfechos de la organización política y social que tienen su Estado y su gobierno, satisfechos del traje litúrgico que visten y hasta del yugo que llevan, por lo cual apenas conciben la vida de otra suerte, y no podéis por tanto comprender cómo admiraba yo, con cuál fervor, la presencia entre nosotros de tribus que parecen adscritas á los tiempos prehistóricos, y que únicamente conocen un libro á que sus almas se prenden, y únicamente aspiran á vegetar en el suelo donde les cupo nacer, aguardando tras esta vida, de resignación á la muerte y de conformidad con el hado y el destino, un paraíso de sensuales delicias.

Madrid, 4 de febrero de 1895.



SEMBLANZA

Así como hay niños que parecen hombres antes de tiempo, de igual manera no faltan hombres que parecen niños durante toda su vida.

Uno de estos últimos fué Hartzenbusch. Estatura mediana, más bien baja que alta; facciones que manifestaban, de una parte, hondo pesar, y de otra, rectitud de corazón; trato afable; carácter servicial; índole, en ocasiones, plañidera; genio un si es no es encogido; talento claro, debido más bien al estudio que á la espontaneidad; dicción castiza..: he ahí retratado, mediante cuatro rasguños, en cuerpo, alma é inteligencia á nuestro caro amigo, cuya fausta memoria durará mientras existan las letras patrias. De la verdad que entrañan las anteriores premisas, certificarán unos cuantos ejemplos que, sin más preámbulos, pasamos á exponer á la consideración del benévolo y juicioso lector.

El hombre es, por punto general, hijo de las circunstancias. Pues bien: á éstas debió nuestro biografiado el genio un tanto taciturno que de vez en cuando se transparentara en sus facciones y en su conversación.

Es el caso, que Hartzenbusch perdió á la autora de sus días cuando contaba sólo dos años de existencia, y era ella bastante joven (como que no contaba más de veintidós abriles), efecto de haber demostrado ésta natural compasión al ver que arrastraban por las calles de Madrid á un personaje, maltratándolo cruel y desaforadamente.

– «¡Jesús, qué lástima!,» gritó al presenciar semejante barbarie.

– «¡Con el que tenga lástima se debe hacer otro tanto!,» exclamó sediento de sangre uno de los sicarios componentes de semejante chusma.

La impresión que con tal motivo recibiera aquella buena señora fué tal y tan honda, que al mes dió á luz su segundo hijo, y dos semanas después entregaba su alma á Dios, delirante y presa de horribles convulsiones. ¿Qué mucho, pues, que faltándole el calor de su madre cuando más había menester de él; reducido á una vida laboriosa, modesta y silenciosa, propia del taller de ebanistería en que se ejercitaba su padre (filósofo por otra parte, á fuer de buen alemán), y testigo presencial, apenas abría sus inocentes ojos á la luz del día y de la razón, de los atropellos horrorosos cometidos por la soldadesca francesa en nuestro suelo, no se saturara su tierna imaginación de vapores tétricos, su alma de hondo pesar y su corazón de inquebrantable aversión hacia todo cuanto pudiera relacionarse con las desmedidas ambiciones napoleónicas? Así es que, cincuenta años después de haber perdido para siempre en la tierra al ser querido que lo llevara en sus entrañas, exhalaba las siguientes sentidas ternezas en su composición titulada

LA CASA DE LA MADRE

El sueño final dormía,
tendida en funérea caja
con blanca y negra mortaja,
la joven madre María.
Y hallando el acceso franco
un niño, en la sala entró,
y muerta á su madre vió
vestida de negro y blanco.
Miró el niño el cuerpo inerte
con infantil impiedad:
estaba en la tierna edad
que aun ignora que haya muerte.
Mas causáronle estupor
aquellas manos en cruz,
y aquel traje, y tanta luz
de su madre en derredor.
Le alzo en brazos por detrás
un mancebo con cariño:
sacaron de casa al niño,
y á su madre no vió más.
En un templo cierto día
dar vió reverente culto
á un triste y hermoso bulto,
que blanco y negro vestía.
Cercábanle ardientes cirios;
las manos le vió cruzadas,
y en el pecho siete espadas
indicando sus martirios.
«¡Mirad á mi madre allí!,»
el niño al punto exclamó.
Un joven le dijo: «No;»
le dijo una anciana: «¡Sí!
»Lo es tuya de varios modos
María, que allí se ve.
– María mi madre fué.
– María es madre de todos.»
Juntó con piadoso error
el niño (y hombre las junta)
la madre que vió difunta
con la Madre del Señor.
Y dulce interés despierta
oirle en voz conmovida:
«¡Primer recuerdo en mi vida
fué ver á mi madre muerta!
»Veloz el tiempo corrió;
si el bien alcanzo que anhelo,
veré á mi madre en el cielo,
joven ella, viejo yo.»
A joven no era llegado,
y unas flores vió arrancar
de tierra que fué solar
de humilde albergue arruinado;
Y un hombre dijo sombrío,
suspendiendo su labor:
«Donde esta campestre flor,
nació tu madre, hijo mío.
»La casa materna, altar
debe para el hijo ser:
¡Feliz, si viene á caer,
quien la puede levantar!»
Por más que al hijo desplace,
poco el suelo poseyó
donde su madre nació,
nunca el suelo donde yace.
Al muro que el tiempo arrasa
da tumba naturaleza:
ni aun deja ver la maleza
las ruinas de aquella casa... etc.

Quien albergue allá en lo íntimo de su corazón siquiera un destello de sentimiento, no podrá tender la vista por esta leyenda autobiográfica sin echar de ver que algo húmedo corre por sus mejillas.

Cuando en 1867 tuve yo el gusto de visitar y conocer personalmente á D. Juan Eugenio (puesto que nuestro trato epistolar databa de unos cuantos años atrás), como quiera que se opusiera á mi despedida por dos ó tres ocasiones, hube de reponerle al cabo: «No gusto de incurrir en la nota de rapacidad que achaca Napoleón á ciertos individuos.» Visiblemente alterado, me preguntó: «¿Y qué nota es esa?» A lo que le respondí textualmente: «Hay una especie de ladrones que no persiguen las leyes, aunque le roban al hombre lo más precioso que posee, que es el tiempo.»—«¡Lástima, exclamó asomándosele las lágrimas á los párpados, que verdad tan grande no hubiera sido pronunciada por otro que no hubiese robado tantos momentos de felicidad á la sociedad y á la familia!..» Seguramente, sin querer yo, había evocado á su memoria el triste recuerdo de su idolatrada madre la señora doña María Josefa Martínez Calleja, muerta moralmente por las selváticas hordas francesas, y con circunstancias terriblemente agravantes en el terreno físico, según queda arriba manifestado; pedíle perdones mil, al echar de ver lo intempestivo de mi cita, y quedamos tan buenos amigos, de que no dejó de darme pruebas fehacientes en adelante.

Hablar de su modestia, sería el cuento de nunca acabar. Deseoso de ver en cierta ocasión la magnífica posesión del duque de Osuna apellidada *La Alameda*, se lo comunicó así á aquel egregio prócer, quien no tardó en extender á su favor una carta de recomendación dirigida á su mayordomo en aquella pintoresca y suntuosa casa de recreo, encargándole que recibiera y atendiera á semejante huésped con las mismas consideraciones que si se tratara de su propia persona.

No hay para qué decir que, ante un texto tan concluyente, no se le regatearon los miramientos de todo género al portador de tal misiva. Pocas horas habían transcurrido desde que nuestro excursionista se había albergado allí, cuando notó el *cicerone* oficial que su recomendado andaba buscando algo, con avidez no muy recatada, en una de las varias sillerías que alhajaban aquella mansión destinada al solaz y al reposo y exornada con cierto lujo sibarítico, siquiera ocupara una situación campestre.

– ¡Ya la encontré!, prorrumpió en su voz atiplada Hartzenbusch.

– ¿Qué es ello?, interrogó algo sorprendido el acompañante.

– La marca que ostentan estos sillones, por la cual se acredita que soy yo el artista que hizo esta sillería. Porque ha de saber usted, si no lo sabe, añadió con cierto aire triunfal el visitante, que en mi juventud fuí yo ebanista.

Excusado parece hacer saber al lector menos lince cómo las consideraciones hasta allí habidas con el señor Hartzenbusch en aquella grandiosa quinta, olieron desde entonces más á cola y á pino que á incienso y estoraque. ¡Tal ha sido y será siempre la pícara humanidad; mayormente (y ahora que por desgracia no nos puede oir el ínclito varón que promueve estos desaliñados brochazos) cuando, como dijo asimismo Napoleón I, «la tiranía más insoportable es la de los subalternos.»

Compañera inseparable de la modestia es la afición á la soledad ó retiro. Buena prueba dió de ello cuando, según refiere uno de sus biógrafos (D. Aureliano Fernández-Guerra), lo elevó éste al puesto de Bibliotecario primero de la Nacional de esta corte, como escalón inmediato para hacerle ascender poco después á la cúspide de dicho establecimiento, esto es, al rango de director. Fuerza es no perder de vista que Hartzenbusch desempeñaba á la sazón el cargo de jefe de la Escuela Nacional, que se le había conferido en noviembre de 1854, y al que estaba anejo el disfrute de casa y jardín. Ahora bien: cualquiera pensaría que el amor propio del hombre se lisonjearía naturalmente al aventajar en posición y sueldo; ¡que si quieres!, el bueno de D. Juan corre precipitadamente en busca de su favorecedor, y sin andarse en rodeos, le dice: «Sr. D. Aureliano de mi alma, aunque reconozco su buena intención de prosperarme, estoy muy distante de agradecérselo. ¡No puede usted imaginarse el daño tan grande que me ha irrogado con privarme de aquel jardincito que constituye mis delicias todas!..» Si no hubiéramos significado en un principio que Hartzenbusch fué un niño durante toda su vida, este solo rasgo bastaría para acreditarlo de tal. ¡Felices las almas para quienes no existe la carcoma de la ambición y el prurito de papelear! Felices una y mil veces, porque se gozan en un estado el más á propósito para no ser envidiosas ni envidiadas!.. Por eso, cabalmente, nunca quiso figurar en el estadio de la política.

Secuela inherente á tan recomendable como rara virtud es naturalmente la desconfianza de sí propio. Preciso es, empero, no relegar al olvido que en un

término medio consiste la virtud; y al tratarse de este particular, duélenos el tener que confesar como nuestro buen amigo anduvo en él algo exagerado. Tan perjudicial es, en efecto, la excesiva presunción cuanto la nimia desconfianza; á este último defecto hay que achacar ciertos lunares, si así pueden ser calificados, que ostenta tal cual de sus producciones en algún que otro pasaje, efecto de su propensión innata á alcanzar la perfección absoluta. Pero la perfectibilidad intrínseca es propiedad exclusiva de la Divinidad: por eso es axioma generalmente recibido, que *lo mejor es el mayor enemigo que tiene lo bueno*, y como dice nuestro pueblo en su filosofía vulgar, que *muchos componedores descomponen la novia*. Alusión es esta, v. g., entre otras muchas que pudiera citar con tal motivo, á los retoques que dió y refundiciones que hizo en *Los Amantes de Teruel*, en cuya operación, si bien ganaron algunos pasajes, no salieron otros igualmente librados. Pero no es ahora la ocasión de entrar en el juicio literario de esta ni de ninguna de sus obras, todas ellas más ó menos apreciables; basta con lo ligeramente expuesto para poder venir en conocimiento de lo que era su manera de ser, de su idiosincrasia, acerca del particular que en este momento nos ocupa, y á mayor abundamiento, con el siguiente suceso, que pasó entre él y quien redacta estos breves y mal pergeñados renglones.

Envió á *La Defensa de la Sociedad* (revista que fundó en Madrid D. Juan Bravo Murillo, de la cual era director D. Carlos María Perier, y redactor principal, ó *en jefe*, como ahora se ha dado en decir á la francesa, el que esto escribe), una fabulita, como suya, intitulada *El dedo índice de la mano izquierda*. En ella pinta... Pero cedamos la palabra á su autor, porque mejor lo hará en su magnífica poesía que nosotros en nuestra humilde prosa. Dice, pues, así:

Cuando por un motivo harto ligero,
desechó á doña Vasthi D. Asuero,
sus ministros en sabia controversia
decretaron hacer en toda Persia
leva de señoritas
de cualquier condición, siendo bonitas,
de quienes, á placer, con libre mano,
se adjudicara novia el soberano.
Fué la recolección tan poco parca,
que se hartó de ver niñas el monarca,
y limitarse quiso,
por superior y celestial aviso
(resolución extraña, pero cuerda),
á verles sólo la manita izquierda.
Pasaban á un salón las elegidas,
y ante dos cortinajes (1) detenidas,
alargaban la mano al rey oculto,
que mirándola á bulto,
se dejaba decir con desenfado:
«Visto, bueno; enterado.»
Entre cortina, pues, y entre cortina,
zurda una vez apareció divina
(ojo: trasposición esto se llama),
que en amoroso ardor al rey inflama,
y él un velo del otro separando,
absorto queda ante sus pies mirando,
portento de modestia y hermosura,
la adorable arcangélica figura
de Ester, por mano del Señor electa,
en virtud y beldad virgen perfecta,
para ser en el día de amenaza
la feliz salvadora de su raza.
Entusiasmado el rey, y enternecido,
y entre dos dedos manteniendo asido
el de la hermosa Ester índice izquierdo,
«La predicción recuerdo,
la predicción me cumples (repetía),
que un profeta de Dios hízome un día:
– Tendrás consorte de virtud colmada
y de rostro y de tino sobrehumano,
si la doncella eliges, que no tema
dejarte ver en su siniestra mano,
maltratada del índice la yema. –
Tu amante rey ansioso te pregunta
¿qué hizo este pobre dedo por la punta,
que algo se me presenta deslucido
por parecer estar como roído?»
Responde Ester modesta:
«Fácil es la respuesta,
Señor, que darte puedo:
Esto es que en mi labor me coso el dedo.»
«Tú eres la compañera peregrina
(exclama el rey), que el cielo me destina.
Él ha querido que mi esposa fuera
sobre insigne beldad, gran costurera.
Recibe ufana la real corona
que tus méritos altos galardona.»
Esto que, dicho así, parece cuento,
no consta en el Antiguo Testamento.
Hállase en un escrito de aljamía,
y á fábula, de allí, se le reduce.
Mas la verdad en ella se trasluce
en medio de arabesca fantasía,
y es útil documento
para dar su valor entre cristianos
á la buena mujer de buenas manos.

Vista ya tan linda composicioncita, digamos acerca de ella lo que ocurrió. Enviáronse pruebas al autor, con cuyo motivo no conocí yo la fábula hasta después de compuesto el pliego de máquina; y, francamente, al leerla, me chocó eso de *pararse las muchachas delante de dos* CORTINAJES, tras de los cuales estaba oculto el rey, al efecto consabido. Pidió Hartzenbusch seis ú ocho ejemplares del número en que se había publicado dicho trabajo, con el objeto de regalarlos á varios amigos, y se le enviaron sin tardanza; volvió á pedir otros tantos al día siguiente, en ocasión en que me encontraba yo en la oficina, y habiendo dado orden el director de que se los facilitaran, dije que yo me encargaba de ser el portador. Fuíme en derechura á la Biblioteca Nacional, y después de elogiarle el apólogo cuestionado, le pregunté:

– Vamos á ver, Sr. D. Juan: Al decir usted que *las niñas se detenían ante dos* CORTINAJES, ¿se propuso dar á entender por medio de ese último vocablo dos *juegos de cortinas*, ó dos *cortinas grandes*?..

– Dos cortinas grandes; ¿qué duda cabe en eso?

– Es decir, dos *cortinones*, con perdón de la Academia, que no apunta semejante palabra como definida en su Diccionario, siquiera la use en una de las definiciones del artículo *compuerta*...

– ¡Es usted terrible, Sr. D. José de mi alma, exclamó en tono compungido, cuando maneja la crítica filológica, y tiene usted razón que le sobra.

Y diciendo esto se levanta precipitadamente, vuela á su mesa escritorio, rasga la faja de unos cuantos números de la consabida revista en que figuraba dicha su fábula, enristra la pluma y comienza á sustituir en cada ejemplar el vocablo *cortinajes* por el de *cortinones*, sin que bastaran todas mis observaciones para hacerle cejar en su empeño.

– Deseo, me añadió, que hagan ustedes figurar esta errata en el número próximo de *La Defensa*.

La cosa no lo merecía, después de todo; pues, como yo se lo hice notar en el acto, podía darse el caso de que hubiera habido dos pares de cortinas, cada uno de su clase, con lo cual resultaban efectivamente dos *cortinajes*, y quedaba la cuestión á salvo de toda duda; mas él insistió en que no veía en aquella ocasión más que dos *cortinones*, y que sólo una distracción propia del estado de debilidad en que se encontraba ya su cabeza (fueron sus palabras), pudo dar margen á semejante *quid pro quo*. Yo sentí en el alma haberle producido aquel mal rato (porque de seguro se lo dí contra mi voluntad y mi cálculo), y no hay para qué decir que el director y yo convinimos en no hacer figurar como errata en *La Defensa de la Sociedad* aquello que tan buena defensa tenía bajo ciertos respectos en el papel.

De propósito he querido consignar este ligero suceso de su vida, primeramente por dar á conocer lo pulcro y atildado de su estilo, junto con lo formal de su carácter, al negarse á estampar en el papel cosa alguna que pudiera discrepar lo más mínimo de la verdad que abrigara su mente; y después, porque semejante rasgo pinta por sí solo la espontaneidad con que se sujetaba al dictamen ajeno cuando lo estimaba aceptable, con sólo hacérsele la más leve indicación.

Tal es la razón por que, en el caso presente, he respetado yo en el texto la voz CORTINAJES y puesto por nota marginal *léase* CORTINONES, cumpliendo, como tributo póstumo, con lo terminante de su voluntad en este particular.

De lo pacato, tímido, encogido, apocado (ó como quiera decirse) de su genio, baste citar el suceso siguiente:

Trataba con mucha franqueza á cierto sujeto, de origen asimismo germánico, naturalista hábil y escritor bastante apreciable, conocido en la república literaria por el seudónimo de *El Tío Cigüeño*.

Tuvo este buen señor la humorada de casarse, ya algo entrado en años, con una posadera, tocándole en suerte (quiero decir, en desgracia) una de tantas pécoras como pululan en este mundo sublunar, por lo que al fin y al cabo se vió obligado á consumar el competente divorcio.

A fuer de hombre filósofo, y andando de continuo por el campo dedicado á sus investigaciones naturalistas, solía no hacer gran caso de su persona, vistiendo comúnmente con no poco desaliño. Mas he aquí que cierto día se presenta en casa de Hartzenbusch elegantemente vestido y con rostro más placentero que de costumbre, y echándole los brazos al cuello, prorrumpe en esta exclamación:

– ¡Tocayo, vengo á que me dé usted la más cumplida enhorabuena!

– ¿De qué?

– ¡De que se ha muerto mi mujer!

Para un hombre como Hartzenbusch; todo corazón, y que de más á más había logrado la inapreciable dicha de tener dos ángeles por esposas, debió de sonarle aquel *exabrupto* á algo así como blasfemia. Yo me lo figuro en este momento subiéndosele el carmín á las mejillas, con los ojos desencajados, y vacilante bajo sus pasos como si fuera á tragárselo la tierra, subiendo de punto su estupefacción al oir que á continuación le pide el visitante que le componga inmediatamente un epitafio en verso, en que se acredite el júbilo que con tal motivo embarga su corazón y su actual bienhadada existencia. . . . . . .

. . . .

Hay situaciones en la vida que resultan verdaderamente cómicas; la que ahora nos ocupa no podía serlo indudablemente más: ¡cuán cierto es que existen novelas que parecen historias, así como historias que parecen novelas! Yo desafío al hombre más denodado á que permanezca imperturbable ante una situación semejante, de igual modo que reto al pintor más hábil á que traslade al lienzo escena tan inaudita. Si lo hay, que no creo, por mi parte me declaro incompetente para trasladarla al papel; y así, reanudando el hilo de mi discurso, digo: Que no bastando ningún linaje de consideraciones y reflexiones á hacer desistir de su tenaz porfía á aquel impertinente, y teniendo que ceder por fuerza á lo apremiante de las circunstancias, prorrumpió, mal de su grado, en la siguiente redondilla:

La mujer que yo tenía,
yace sepultada aquí:
¡Jesús, que bien está así
para su paz y la mía!'

Excusado parece decir que, aun cuando destinada esa verdad para ser manifestada al público en el gran recinto donde la verdad mora, cual lo es toda necrópolis, si no siempre en los epitafios, por lo menos siempre en el reducido ámbito cuya entrada sellan esas losas funerarias, la autoridad eclesiástica no podía dar curso á desahogo tan irreverente.

Creo que se puede poner el sello al carácter moral que distinguía á Hartzenbusch, con decir que en el cumplimiento estricto de su deber se informaban los actos todos de su vida. Probablemente, cuando empuñó las armas para defender á su patria con el carácter de miliciano nacional, hubo de leer este párrafo de las *Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de sus ejércitos* (tít. XVII, art. 1.º núm. 12), tan en consonancia con su modo de pensar y obrar: «El oficial cuyo propio honor y espíritu no lo estimulan á obrar siempre bien, vale muy poco para mi servicio: el llegar tarde á su obligación (aunque sea de minutos); el excusarse con males imaginarios ó supuestos á las fatigas que le corresponden; el contentarse regularmente con hacer lo preciso de su deber sin que de su propia voluntad adelante cosa alguna, y el hablar pocas veces de la profesión militar, son pruebas de grande desidia é ineptitud para la carrera de las armas.» ¡Conceptos sublimes que debieran estar escritos en letras de oro sobre láminas de bronce, y hacerse relativa y proporcionalmente extensivos á todas las clases y condiciones del Estado, para mengua y confusión de muchos de sus servidores, y que, á no hallarse redactados de antemano en aquel código venerando, hubieran surgido espontáneamente del cerebro y de la pluma del digno autor de tantos cuadros morales en que campea el sacrificio por el cumplimiento de su deber!

Hásele atribuído á este egregio varón un dicho de cuya existencia siempre dudé. Cuéntase que, saliendo de una reunión, al tomar equivocadamente don Adelardo López de Ayala el sombrero de Hartzenbusch, lo soltó inmediatamente diciendo: «Yo tengo más cabeza que el dueño de este sombrero,» y que el aludido replicó: «Más sombrero, sí; pero más cabeza, no.»

Conocida la modestia que caracterizaba á nuestro biografiado, y siendo ambos íntimos amigos, cae por su base la existencia de semejante dicho. A mayor abundamiento, cuando se le sacaba á Hartzenbusch la conversación acerca de este particular, aseguraba no conservar el más mínimo recuerdo de tal acontecimiento, ni mucho menos pronunciado la frase que se le imputaba.

Yo me apresuro, pues, á descolgar del retablo erigido á su buena memoria un milagro que no había hecho.

Prudente y sufrido en las situaciones adversas de la vida, ora sociales, ora domésticas, solía exclamar, cuando le rodeaban personas de confianza, en esta muletilla ó refrán de índole chistosa: «¡Vaya por lo que pasó Blas cuando lo caparon la primera vez!» Idéntico dicho se me ocurre repetir ahora, al contemplar que, deseoso de hacer un retrato acabado de tan egregio varón, sólo he acertado á trazar un ligero boceto, siquiera sea fiel en sus lineamentos. Las grandes figuras no caben en marco tan reducido, exigiendo, además, el ser desempeñadas por el delicado pincel de los Velázquez ó los Murillos.

JOSÉ MARÍA SBARBI

(1) Léase *cortinones*.

LA GUERRA CHINO-JAPONESA.—Tropas chinas procurando salvar su artillería

Dibujo de R. Caton Woodville, tomado de una fotografía

LOS SOLDADOS DE LA INDEPENDENCIA

EL ALCALDE DE MONTELLANO

Tiene nuestra epopeya nacional un carácter originalísimo que la diferencia de todas las guerras, y necesariamente ha de hacer variar el procedimiento de los que pretendan historiarla.

La misma dificultad con que lucharon los generales de Napoleón para lograr un éxito definitivo, han de encontrar los historiadores, y por eso creo que nunca se conseguirá escribir una verdadera historia de aquel acontecimiento tan trascendental que varió la faz de Europa é hizo eclipsar la estrella del primer capitán, no sólo de los tiempos modernos, sino también de los antiguos, porque yo soy de los que creen que la gloria militar del vencedor de Austerlitz iguala, si no aventaja, á la de Julio César y Alejandro.

Sería pueril é inútil negar que los franceses en España ganaron casi todas las batallas, pero es imposible desconocer que perdieron todas las campañas.

Las victorias al parecer más importantes, como las de Cabezón, Rioseco, Tudela, Ocaña y tantas otras, se convertían al día siguiente en hechos aislados, que ni siquiera daban la posesión de una provincia, ni proporcionaban á los vencedores un momento de reposo, ni les permitían proveerse tranquilamente de víveres, atender al cuidado de sus enfermos, ni establecer entre sí comunicaciones regulares.

Lannes, después de la toma de Zaragoza, escribía al emperador:

«¡Qué guerra! ¡Qué hombres! ¡Un sitio para cada calle, una mina debajo de cada casa! ¡Verse obligado á matar tantos valientes, ó si se quiere á tantos locos! ¡Es una guerra horrible! ¡La victoria entristece!»

La victoria entristece, decía el heroico mariscal, y podía haber añadido: no sirve de nada. ¿Qué importaba tomar á Zaragoza y á Gerona y á Ciudad Rodrigo y á Valencia, si en los mismos arrabales de las plazas conquistadas se levantaba un cura de misa y olla, un labriego, un sacristán, un estudiante, un noble, un pobre diablo cualquiera para desconocer la autoridad del vencedor y hostilizarle día y noche y obligarle á emprender nuevas operaciones, que algunas veces se convertían en verdaderas campañas?

De trescientas ochenta y dos guerrillas organizadas y con jefes reconocidos se tiene noticia. ¿Quién es capaz de exterminar ese enjambre de fuerzas, que no necesitan armamento, ni vestuario, ni víveres, ni municiones?

Y aun prescindiendo de las guerrillas que vivían habitualmente en campaña, todavía quedaba otro elemento que hubiese destruído los ejércitos de Jerjes. Los buenos patriotas, es decir, casi doce millones de españoles, que sin abandonar sus casas hacían desde ellas al invasor todo el daño posible, no sólo auxiliando con dinero y recursos á los que estaban en armas, sino tomándolas en ocasiones y convirtiéndose en soldados de un día, para realizar alguna empresa que les inspiraba su patriotismo y favorecían las circunstancias.

Héroes anónimos casi todos ellos, que como el tambor de San Pedor contribuyen á victorias tan brillantes como la del Bruch, y luego desaparecen, sin que la historia consiga descubrir sus nombres, ni la patria pueda consagrarles un recuerdo de gratitud.

***

Uno de estos soldados de veinticuatro horas, y no seguramente de los menos beneméritos, fué el alcalde de Montellano.

Cuando en 1810 José Bonaparte se posesionó de Andalucía instalándose en Sevilla, y desde allí logró hacerse dueño, sin gran resistencia, de aquellas ricas provincias, donde en realidad no quedaba más que Cádiz como último baluarte de la patria española, los franceses pudieron considerar realizada la empresa que Dupont había emprendido dos años antes, creyendo la cosa relativamente fácil, y que hizo por entonces imposible el triunfo completo y brillantísimo de Castaños en Bailén.

Dueños de todas las capitales y hasta de las poblaciones importantes de segundo orden, dedicáronse á organizar contraguerrillas, como hacían en todas partes, para combatir á las fuerzas populares que todavía se negaban á someterse; y por triste que sea, fuerza es confesar que allí encontraron sus propósitos más facilidades que en ninguna otra región de la península. No fueron pocos los que se prestaron á combatir por el rey intruso, y entre aquellos malos patriotas, á quienes se daba el nombre de *juramentados* y á los que el pueblo aplicaba el epíteto de *Josefinos*, hubo varios oficiales del ejército y otros individuos de la clase de paisanos. Claro es que entre ellos habría mucha gente maleante, de la que en todas las guerras toma las armas, sin cuidarse de cuál sea la causa que defiende y movida solamente por el afán del pillaje y el desorden, que son inseparables de las situaciones en que sólo impera la fuerza. Y hoy que extinguidos los odios podemos juzgar con la imparcialidad de la historia, tampoco hemos de negar que hubiera entre los afrancesados, belicosos ó pacíficos, algunos que lo fueran por convencimiento de que era empresa irrealizable y temeraria la de resistir al Capitán del siglo, y creyeran más ventajoso para la patria transigir con la necesidad, someterse de buen grado á ser vencidos y sufrir la dura ley del vencedor; sin que faltara tampoco una minoría insignificante que influída por las ideas que había extendido la revolución francesa, pensara que España había de progresar más bajo el cetro de Bonaparte que bajo la monarquía de los Borbones.

En el pueblo no entraban estas ideas, y en la misma Andalucía los franceses, dueños de las grandes poblaciones, no lo fueron nunca de las aldeas, donde las columnas, como no fueran muy considerables, no lograron entrar jamás sino á viva fuerza.

En sus abruptas montañas organizáronse muchas guerrillas, que si no dieron grandes batallas, hostilizaron incesantemente á los invasores, obligándoles á retroceder en muchas ocasiones y causándoles siempre grandes pérdidas.

La Serranía de Ronda, donde operaban algunas de ellas, llegó á adquirir tal fama de lugar temible, que los franceses la bautizaron con el nombre de *Calle de la Amargura*. Tales eran las que habían pasado los que se internaban en ella.

***

Montellano es un pueblo inmediato á la sierra. El alcalde, llamado D. José Romero, tuvo noticia de que una columna enemiga, fuerte de trescientos hombres, se dirigía á la villa, y puesto á la cabeza del vecindario, armado de escopetas, trabucos, palas, hoces y piedras, forma el propósito de rechazarlos, y el día 14 de abril, después de un sangriento combate, consigue ponerlos en fuga.

Aquella victoria no podía menos de atraer la venganza sobre el pueblo, y ocho días después, el 22 del mismo mes, una columna de mil doscientos hombres con dos cañones pasa por Grazalema, teniendo que vencer alguna resistencia, y se dirige á Montellano.

No se intimida D. José Romero, que era sin duda de raza de héroes; ordena á sus convecinos tomar las armas; llena el pueblo de barricadas, levantadas en los puntos que le parecieron más estratégicos, y dispone la lucha á toda costa.

En aquel pueblo cuyo nombre no figura en la historia, se repite el espectáculo de Zaragoza.

Los franceses pelean con gran valentía, pero los españoles se defienden como fieras. Cada casa cuesta un sitio. Los hombres desde las ventanas hacen un fuego horroroso; las mujeres y hasta los chiquillos les ayudan tirando los muebles y los cacharros de la cocina. Muchas viejas derraman sobre los invasores sartenes de aceite hirviendo. Los asaltantes ganan terreno, pero cada paso les cuesta una baja, y avanzar en estas condiciones es imposible. Entonces deciden incendiar el pueblo y realizan su propósito.

Los vencedores de Europa otorgaban á un miserable pueblo de Andalucía los honores de condenarlo á perecer como Sagunto y Numancia.

El fuego prendió pronto en varias casas y el incendio avanzó con aterradora rapidez, propagándose de unas á otras, con tanta mayor facilidad cuanto que nadie se ocupaba en atajarlo.

Los españoles, reputando imposible continuar una lucha que duraba ya algunas horas, comenzaron á abandonar la población, huyendo á la sierra con sus familias.

Cuando los parientes y amigos de D. José Romero, que peleaban junto á él, quisieron persuadirle á que imitara el ejemplo de sus convecinos, aquel hombre estoico tuvo una frase digna de los héroes de la antigüedad:

—Soy alcalde de Montellano, y mi puesto está aquí.

Y como viera que las llamas amenazaban ya su morada, entra en ella animosamente, coge en brazos á su mujer, atraviesa con tan preciosa carga por entre el incendio y las balas de la fusilería, y seguido de unos cuantos héroes, á quienes Lannes, quizás con razón, hubiese apellidado locos, corre á encerrarse en la iglesia y renueva el combate desde las ventanas de la torre.

Ya el cañón iba á destruir aquel último baluarte del patriotismo, cuando la Providencia quiso premiar tan nobles esfuerzos. La guerrilla de D. Gaspar Tardío, que operaba en las inmediaciones, había acudido en socorro del pueblo, y presentándose por la parte de Puerto Serrano, atacó á los franceses por la espalda.

Los que ya se reputaban vencedores, viéndose cogidos entre dos fuegos, aniquilados por aquella lucha sangrienta y larga, ignorando el número de sus nuevos enemigos y oyendo el toque de rebato de las aldeas inmediatas, emprendieron una retirada que parecía fuga.

D. José Romero aún tuvo alientos para salir de la iglesia en persecución de los soldados imperiales, llamándoles cobardes y retándoles á nueva batalla.

Abandonado por el vecindario aquel montón de ruinas humeantes, el valiente Romero marchó con su familia á la villa de Algodonales.

***

Me ha parecido digno de recordación este hecho, porque pinta el carácter de la guerra de la Independencia.

Un invasor que después de vencer á los ejércitos organizados y aun de dominar á las fuerzas irregulares, todavía tiene que contar con lo imprevisto, y lo imprevisto son alcaldes de monterilla como D. José Romero, está vencido de antemano.

Eduardo Zamora y Caballero

D. ANTONIO GONZÁLEZ SOLESIO

Pertenecía el Sr. González Solesio al cuerpo de Estado Mayor del Ejército, y legítimamente había ganado todos sus grados y empleos hasta el de coronel que tenía á su fallecimiento, habiendo regado distintas veces con su sangre los campos de batalla.



D. Antonio González Solesio,
gobernador civil que fué de la provincia de Barcelona,
fallecido en Archidona en 15 de enero de 1895

Había sido gobernador civil de Castellón de la Plana, de Zaragoza y de Barcelona: en los dos períodos de su mando en nuestra provincia halló ocasión para demostrar cuán excepcionales eran las condiciones que le adornaban para el desempeño de tan elevado y difícil cargo.

En 1885, cuando la epidemia colérica, dió pruebas de una abnegación, celo y valor cívico sin límites, acudiendo á los sitios de mayor peligro, distribuyendo socorros y organizando los servicios sanitarios. La Diputación provincial le otorgó un sentidísimo y entusiasta voto de gracias y acordó regalarle una plancha de oro y plata en que constara dicho voto y se continuaran las firmas de todos los diputados. Al propio tiempo le fué entregado un magnífico álbum que rápidamente se cubrió de millares de firmas de todas las clases sociales de la provincia.

En 1890, su previsión, su tacto y su energía durante las huelgas de 1.º de mayo evitaron graves sucesos, logrando restablecer la tranquilidad, que se había visto muy amenazada, resolviendo, con prudencia, pero también con mano vigorosa, difíciles conflictos, y demostrando una serenidad y un valor poco comunes.

El Sr. González Solesio, que formó últimamente parte del cuarto militar de S. M., será eternamente recordado con respeto y gratitud por los catalanes todos, que siempre admiraron en él al cumplido caballero, al valiente militar, y al gobernador probo, fiel cumplidor de sus deberes y como pocos celoso del bien de sus administrados. — A.



PARÍS. – Muelle del carbón en el Sena

CRÓNICA PARISIENSE

Durante la última quincena, el termómetro ha bajado frecuentemente á muchos grados bajo cero, y la nieve, encanto de artistas y tormento de los pobres, ha cubierto varias veces la gran ciudad.

Las esperanzas de dulzuras invernales que el veranillo de San Martín, prolongado hasta Nochebuena, vino alentando con sus hermosos días, se desvanecieron ante tan fría realidad, y á los grandes problemas que en el orden social se debatían, hubo que añadir el de la calefacción, que preocupa á todos los parisienses, desde los que tiritan en buhardas sin hogar, hasta los que se repantigan en cómodas estancias provistas de estufas calentadas al rojo.

En el aristocrático barrio de San Germán, aún aparecen con los primeros fríos robustos hijos de la Auvernia, que en los patios de los hoteles sierran gruesos troncos de haya ó de encina, destinados á las vastas chimeneas que á través de mil innovaciones han subsistido en esas antiguas viviendas.



PARÍS. – Un brasero público

En el seno de las familias linajudas, generalmente es todavía un agradable entretenimiento el pasarse el invierno sobre los tizones; y no se crea que el atizar bien el fuego de una chimenea sea cosa fácil: es operación en que únicamente suelen distinguirse las mujeres y los artistas.

En los ministerios, donde quien paga es el Estado, se conserva también la tradición del fuego de leña. Las oficinas, por la elevada temperatura que en ellas se mantiene, parecen dependencias de baños rusos; y más de un empleado subalterno, filósofo, melancólico y flemático, como casi todos los de sueldo exiguo, pensará que en vez de vivir entre la congestión cerebral que le amaga en el despacho y la pulmonía que le acecha en su casa, cabría un seguro bienestar con menos calor en la oficina y con más paga con que combatir el frío del hogar.

En los barrios modernos, la estufa reina en absoluto. Pero en esto, como en muchas cosas, fáltale al progreso un poco de poesía. En una habitación calentada por invisible cok, la temperatura es más uniforme; pero por elevada que sea, deja algo frío el corazón, sin el agradable efecto de una llama animada y juguetona; tan cierto es que hasta en los fenómenos físicos puede mucho la imaginación.

Para la inmensa mayoría de los parisienses, los problemas de la calefacción son puramente cuestiones económicas difíciles de resolver. Más de una familia tiene que recurrir al zumaque que las carboneras pregonan por la calle con una pausada melopea que parece un gemido del invierno. Más de una obrera, tiritando en su buhardilla, sólo cuenta para conservar un poco de calor vital con un braserillo que después de calentar los pies próximos á helarse, aún comunica á los dedos la agilidad indispensable para manejar la aguja.

Hay en París una clase de pobres desocupados que á duras penas reunen bastante dinero para una escasa comida diaria, y que han de acudir á mil estratagemas para calentarse gratis. El tipo es muy curioso. Se le encuentra en el Palacio de Justicia desde que se abren las puertas hasta la hora de almorzar; y su almuerzo consiste en un *ordinario* (caldo y cocido) tomado en cualquier taberna al precio de cuarenta céntimos, y que le permite pasar, sin desfallecer, el resto del día en las sesiones de la Audiencia. Se le encuentra también en los cursos del Colegio de Francia, donde no siempre entiende ni escucha lo que el profesor explica; al anochecer, comiendo castañas ó patatas fritas en un cucurucho de papel, echa á andar por los pasajes más abrigados, y consagra las primeras horas de la noche á la lectura de viajes por países cálidos, en cualquier Biblioteca pública, desde donde va á calentarse en las estaciones de los ómnibus, fingiendo aguardar un coche que no toma jamás.

Cuando el último vehículo se ha llevado al último viajero, cuando la ciudad entra progresivamente en el silencio y en la obscuridad, el pobre hombre se resuelve á subir á su glacial sotabanco y se acuesta vestido en una miserable cama donde tiembla de frío el resto de la noche, pensando en las gratas horas que pasará el día siguiente en los sitios públicos de su predilección, ó soñando con viajes á los trópicos.

Para el hombre entrado en años, la gran tristeza del invierno es la soledad en un hogar sin lumbre. A los veinte, cuando la sangre ardorosa de la juventud circula por las venas, no hay habitación sin fuego, ni suele reinar en ella la soledad. El momento terrible es aquel en que ninguna esperanza sonríe ya al hombre á quien sorprende el declive de la vida, sin que aún haya llegado el entorpecimiento de las pasiones, que viene á ser la cristalización del sufrimiento.

Gran cosa es un buen fuego en una casa, pero lo esencial es el hogar convertido en santuario del amor. ¡Feliz quien lo posee, y más feliz aún quien lo venera!

Hemos dicho que la nieve es objeto de júbilo para los artistas y de angustia para los pobres. El hermoso panorama que ofrece París nevado supone una infinidad de obreros sin trabajo y de familias sin pan. Con el paro de las obras coincide el aumento de necesidades y la carencia de recursos.

«El invierno será riguroso,» anuncian los hombres de ciencia con la estoica calma del que sólo ve materia de observación en los fenómenos atmosféricos; y mientras tanto, el resto de los mortales se fastidia ó tiembla. Unos aguardan el buen tiempo cómodamente pertrechados contra el frío, en tanto que otros sufren las inclemencias de la estación metidos en cuchitriles donde hasta la sangre se hiela. Para estos desheredados de la fortuna, la naturaleza es implacable, y la sociedad es muchas veces sorda á sus quejas.

Afortunadamente, en París – en este París lleno de oro y de miseria – la caridad no deja de ejercer su misión sublime. Basta apelar al corazón de los parisienses, describiendo el cuadro de esos infortunios, para que la caridad acuda á enjugar lágrimas y aliviar miserias.

La humanidad progresa en la senda del bien, á pe-



LOS CONSEJOS DEL ABUELO, cuadro de **Alfredo Guillou** (Salón de los Campos Elíseos)



UN ALTO, copia del celebrado cuadro de T. Rocholl


París. – Parroquianos á la estufa del Museo de escultura egipcia

sar de cuanto digan los detractores de nuestro siglo. El hombre se vuelve cada vez más compasivo y justo. Los habitantes de una misma ciudad se consideran solidarios. ¿Quién, teniendo de sobra, niega un socorro al que siente hambre y frío? Esta comunidad de sentimientos revela una marcha ascendente del hombre hacia un ideal de bondad que alcanzará sin duda algún día.

No les falta razón á los filósofos cuando deploran la necesidad de la limosna. Si toda limosna implica un corazón humanitario y una mano generosa, también atestigua una lamentable desigualdad social. Lo que honra al uno, puede humillar al otro. Pero es de esperar que llegará un día en que las clases más numerosas y más pobres, mejor instruídas y dirigidas que ahora, comprenderán mejor sus intereses y, más celosas de su dignidad, pedirán al trabajo y al ahorro lo que hoy esperan de la munificencia particular ó pública – cuando no del crimen disfrazado de reivindicación social.

Entretanto aquí, como en todas partes, la limosna es una transición necesaria, máxime cuando al bullicioso y alegre otoño sucede el inclemente invierno; cuando aquellas masas flotantes de extranjeros que lo invadían y animaban todo, han tomado el tren para ir á contar en el seno de sus familias y al amor de la lumbre las impresiones de su visita á la moderna Babilonia.

Cesaron los conciertos al aire libre. Las compañías del Horloge, Ambassadeurs y Alcazar d'Eté funcionan en Eldorado, Parisiana y la Scala. El Bosque de Bolonia está desierto. Saint-Cloud, Robinson, Bougival, Nogent, todas esas deliciosas comarcas de los alrededores de París, que el Sena y el Marne fertilizan y embellecen, han perdido la animación que *canotiers* y *cocottes* les prestaban con sus francachelas y sus bailes.

Al sol de otoño han seguido las pertinaces lluvias y las nevascas de invierno; al aire tenue y perfumado por las últimas violetas, la atmósfera nebulosa y húmeda que engendra sabañones y bronquitis. Los árboles han perdido su verde vestidura, y las hojas amarillas bailan por el fangoso suelo danzas *macabras* cuando tienen por música los quejidos del viento huracanado.

En España, donde se vive en familia, el invierno no produce tan tristes impresiones como en este hormiguero inmenso de seres humanos que viven juntos sin estar unidos, en su inmensa mayoría, por ningún vínculo sagrado. A la poesía de la naturaleza, sucede la poesía del hogar. Llega noviembre, y se empieza por rendir un tributo de amor y de respeto á la memoria de los deudos y amigos que nos precedieron en la tumba: sentimiento religioso, poesía del corazón. Los primeros fríos reanudan los lazos de la familia: poesía del amor. Los salones abren sus puertas á los amantes de las tertulias y de los bailes: poesía de la belleza y de la juventud. Llega Nochebuena con sus pavos y turrones: poesía... – ¿por qué no? – poesía del estómago.

Aquí, al ver rodar por el suelo las hojas amarillentas; al notar que los días se acortan y obscurecen; al sentir los primeros fríos de la estación ingrata, el corazón se oprime y el alma se siente sumergida en las sombras de la tristeza. En esta sociedad cosmopolita, la mayor suma de delicias es para los sentidos. Esta metrópoli es comúnmente un desierto para el alma, cuando no se tiene un hogar donde solazarse al amor de la familia. En este caso hay que recurrir á los salones particulares ó á los espectáculos públicos. Los salones de París satisfacen á todos los gustos y á todos los caracteres. Para ciertos individuos, son lugares de mero pasatiempo; para otros, las antesalas de las Cámaras, campos abiertos para medrar en todas las esferas de la política; para el calavera son centros de aventuras amorosas; para el escritor y el artista, minas inagotables de observación y estudio.

Los teatros se convierten en emporios de impudicie, donde el descoco y la inmoralidad se presentan con todos los atavíos de la elegancia y de la belleza; naturalismo degenerado en pornografía y complicado con una contabilidad cínica, que lleva en presencia del público sus libros por partida doble y aun por partida triple. Sí; ese mercado del amor venal se hace *coram populo,* sin una sombra de escrúpulo, sin una apariencia de repulsión de parte de los espectadores. Y las mujeres oyen y ven sin inmutarse, porque si alguna mejilla se colora, no es ciertamente por rubor... ¡Ay del público que así bebe á ojos cerrados, sin darse cuenta del veneno que contiene la dorada copa!

Juan B. Enseñat

NUESTROS GRABADOS

La perla del Albaicín, cuadro de Cecilio Plá. – Como resultado de su última excursión á Granada, ofrece este distinguido pintor una bellísima producción, nueva muestra de la elegancia y gallardía de su pincel, que tan magistralmente transporta al lienzo los brillantes matices de la tierra andaluza, en donde todo brilla y sonríe. La tejedora de anea puede ser la *perla del Albaicín,* conforme la titula su autor, descendiente de las arrogantes y graciosas moras que han poetizado la leyenda, pero preciso es convenir que Plá ha logrado imprimir á su obra una gracia especial, que sin separarse de la realidad la rodea de cierto encanto.

Guerra chino-japonesa. – Tropas chinas procurando salvar su artillería, dibujo de R. Catón Woodville. – Siguiendo la serie de ilustraciones que reproducen episodios interesantes de la guerra del extremo Oriente, publicamos el dibujo del celebrado artista inglés R. Catón Woodville, especialista para todo cuanto se refiera á batallas, en el que se representa una sección de tropas chinas que perseguidas de cerca por los japoneses tratan de salvar su artillería. Los latigazos que sobre las espaldas de los infelices soldados caen son otro de los muchos signos de lo que puede y vale el ejército del Celeste Imperio.

Los consejos del abuelo, cuadro de Alfredo Guillou (Salón de los Campos Elíseos). – Razonada manifestación del arte moderno es el bello cuanto sentido cuadro del distinguido pintor francés M. Alfredo Guillou, que con tanta justicia ha atraído las miradas del público en el Salón de los Campos Elíseos. Trasunto fiel del natural, el artista ha logrado trasladar al lienzo un cuadro admirable de la vida real, bello en su sencillez y grande por el concepto.

Un alto, cuadro de T. Rocholl. – El grabado que figura en este número con el presente título, es fiel reproducción de una de las mejores obras del pintor alemán T. Rocholl, quien ha sabido distinguirse por cuadros de asuntos militares, cuyo género cultiva con singular acierto, pues aparte del sello de verdad que imprime á los tipos que interpreta, embellece sus composiciones con los fondos de sus lindos y bien pintados paisajes.

El mariscal Canrobert. – El mariscal Canrobert, fallecido en 28 de enero último, nació en 1809 é hizo sus primeras armas en Africa, en donde de 1830 á 1849 ganó todos sus grados en las expediciones que dieron por resultado la conquista de Argelia. Edecán de Luis Napoleón Bonaparte y general de brigada en París, tomó parte principalísima en el golpe de Es-


El mariscal Canrobert

tado del dos de diciembre, y con poderes ilimitados recorrió entonces los departamentos para estudiar en ellos la situación política. Durante la guerra de Rusia mandó la primera división del ejército de Oriente, y después de haber sido herido en el paso del Alma fué nombrado comandante en jefe de las operaciones de Crimea, comenzando los trabajos del sitio de Sebastopol y siendo herido nuevamente en Inkermann. Al año siguiente, en 18 de marzo de 1856, fué nombrado mariscal de Francia. En 1859 tuvo en Italia el mando del tercer cuerpo de ejército en Magenta y Solferino; en 1865 sucedió al mariscal Magnan en el mando del primer cuerpo de ejército de París, y finalmente en 1870, al frente del sexto cuerpo terminó dignamente su larga carrera militar en Borny, en Gravelotte y sobre todo en Saint-Privat-la-Montagne. Había sido senador por el Lot en 1876 y por la Charente en 1879: en la última renovación parcial del Senado no presentó su candidatura.

Nicolás Karlovitch de Giers. – El ministro ruso, fallecido en 27 de enero último, nació en 9 de mayo de 1820 en Finlandia de una familia noble oriunda de Suecia. A los diez y ocho años entró en el ministerio de Negocios extranjeros, siendo nombrado cónsul general en Egipto en 1858 y en Teherán en 1863. Ministro en Estockolmo en 1872, fué llamado tres años después á Rusia, en donde desempeñó el cargo de *towaritchtch* (adjunto) del ministro de Negocios extranjeros, el príncipe Gortchakof. Un rescripto imperial de 9 de abril de 1882 relevó á este último de sus funciones y designó para reemplazarle á Giers. Durante todo su ministerio, Giers se ocupó principalmente de las cuestiones asiáticas, combatiendo con habilidad y fortuna la política inglesa en Asia. Desde el punto de vista político, sus viajes en 1881 y 1883 á Berlín, Viena y Friedrichsruhe han motivado la suposición de que deseaba orientar hacia Alemania la política del tsar; esto no obstante, Giers ha contribuído poderosamente en estos últimos años á la aproximación entre Rusia y Francia.


Nicolás Karlovitch de Giers


Lord Randolfo Churchill

Lord Randolfo Churchill. – Fué lord Churchill uno de los políticos más importantes de Inglaterra y uno de los más conspicuos *leaders* del partido conservador, para el cual procuró ganar las simpatías del pueblo trazando un programa de reformas político-sociales á fin de mejorar el estado de las clases populares. Sentóse por vez primera en la Cámara de los Comunes en 1874, cuando contaba veinticinco años de edad; fué secretario de Estado en el departamento de la India con el gabinete Salisbury (1885) y el alma del llamado cuarto partido que quiso dar nueva vida al torysmo aceptando algunas reformas democráticas, y más tarde canciller del Tesoro. Lord Churchill, además de gran político y orador de primera fuerza era escritor notable, y en sus artículos publicados en las más importantes revistas y en su obra *Plain Politics for the working classes* se admira al observador profundo y al consumado estilista.

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

–¡Sí, Jacobita, dijo Silverio, es preciso partir! Podíamos ser desgraciados toda nuestra vida, si nos encontrasen juntos aquí á esta hora. ¡En nombre de nuestro amor, separémonos!

Al oir esto la joven se incorporó vivamente, y sacudiendo su cabello suelto murmuró:

–¿Conque es preciso, es preciso?.. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué será de mí? Sola en aquel convento, sin poder comunicarme con usted... ¿Se ve la ciudad de Pau desde la cima del Gargos, Silverio?

–Sí, cuando la atmósfera es clara se distinguen los edificios.

–Pues bien: por la noche encienda usted grandes hogueras, si puede hacerlo. Yo miraré las montañas, y si diviso una luz me diré que mi Silverio piensa en mí.

Los dos lloraban á lágrima viva.

–¡Adiós!, murmuró por fin Jacobita prorrumpiendo en sollozos.

Pero como esta palabra helase su corazón, añadió:

–¡No, no, es demasiado espantoso! Yo no podría nunca pasar cinco años sin ver á usted; estoy persuadida de ello, y mejor quisiera morirme.

Jacobita se acercó de nuevo á su amigo, y estrechando una de sus manos entre las suyas, continuó:

–Silverio, es preciso buscar un medio para casarnos en seguida; es necesario conmover á mi tutor.

–¿Cómo?

–No lo sé; busquemos, pidamos á Dios, y sin duda nos inspirará. ¿Sería eso imposible? ¡No, no! El cielo, que ve nuestro amor, nos ayudará sin duda. ¡Oh Silverio, si usted fuera rico, tal vez mi tío consintiera; sí, estoy segura de ello; la pobreza de usted es el único obstáculo. Mi tío aborrece en el fondo á Roumigas, y muchas veces le vi maltratar al brujo. Si concede mi mano al hijo de ese hombre es tan sólo porque no tengo otro pretendiente que se halle en una situación análoga á la mía. Silverio, si tuviera usted la mitad de la fortuna de Roumigas, sería usted preferido á él, segura estoy de ello. ¡Oh! Es preciso ganar pronto dinero para casarnos, para ser felices juntos.

–¡Sí, sí!, contestó Silverio con entusiasmo; tiene usted razón, Jacobita, es preciso ganar dinero; y yo lo ganaré, lo juro. Voy á trabajar día y noche, y creo que esto me será fácil ahora. ¿Qué no haría yo pensando en usted?

Los dos se estremecieron de esperanza, levantando sus brazos á la luz de la aurora; transportados en su sueño, mecíanse en fantásticas ilusiones y creían realizar milagros. Todo se hacía posible, y para obtener la fortuna bastábales desearla mucho. Mirábanse confiados y sonreían con cándida expresión, como si una de aquellas montañas vecinas, cuyas cumbres parecían azuladas en el horizonte, debiese abrirse ante ellos por arte de encantamiento para darles minas de oro y cascadas de rubíes.

La campana de Aigues-Vives comenzó á tocar maitines sobre el valle, y entonces Jacobita, vertiendo lágrimas, dijo con acento vibrante de esperanza:

–¡Hasta muy pronto!

Y Silverio la vió alejarse hacia el Oriente sonrosado.

Permaneció en pie delante de su gruta, escuchando los pasos precipitados de la joven sobre los peldaños de roca; y cuando nada se oyó ya, unió las manos y elevó una oración á Dios. Pidióle la riqueza, ingenuamente, con los labios trémulos, la riqueza que debía permitirle unirse con Jacobita; y pronunció el cándido juramento de erigir, si Dios le escuchaba, una cruz en la cumbre del Gargos, una cruz muy alta de granito ó de mármol, cuyos brazos señalaran la dirección de los Pirineos amigos, en el lugar sagrado donde Jacobita le había declarado su amor.

El Oriente pareció encenderse de pronto detrás de la Coronada; de los barrancos, obscuros aún, elevábanse lentos vapores, como si las montañas quisieran rodearse de incienso; sobre el perfil del Montmiraílh, la nieve azulada se recamó de oro, y sobre una cresta denticulada como un muro ruinoso, el sol ascendió gravemente.

Los ojos de Silverio brillaron de pronto.

–¡Ah!, exclamó, como si algo le deslumbrara, he hallado la riqueza; ya sé cómo obtenerla; estoy seguro ahora que Dios me ayudará y que plantaré la cruz sobre el Gargos.

Una hora después, Silverio, una vez cerrada su gruta, cogió su hacha, su morral y su carabina, montó en su mulo, atravesó el pueblo, y detúvose delante de una cabaña donde su hermano Emilio Montguillem vivía. Allí tomó una barra de hierro que servía para socavar las moles de pizarra, la sujetó en el lomo de *Morrudo* y dirigióse hacia el camino de España.

–¡Eh! ¿Dónde vas tan de mañana?, preguntóle el contrabandista Laroque, á quien halló cerca del Gave.

–Voy á reunirme con un viajero que me espera en Gavarnie.

–¡Cómo, hijo del diablo! ¿Tienes ya excursiones en el mes de mayo?

–Sí, me ha tomado á su servicio un sabio que quiere ver el Monte Perdido antes del deshielo... ¿Puede usted venderme pólvora por casualidad? Tal vez la necesite.

El contrabandista no había introducido más que cinco cajas aquella mañana, y Silverio se las compró todas.

–¡Buena suerte!, gritó Laroque.

–¡Muchas gracias!

El contrabandista continuó su marcha hacia el Gargos, y el guía hizo trotar su mulo en dirección á España.

Pero cinco minutos después, el montañés miró á su alrededor, aseguróse de que no había nadie por allí en las cercanías, obligó á *Morrudo* á tomar la derecha, y remontó vivamente hacia la cima del Gargos.

Llegado á la meseta nevada, miró la cuenca de Aigues-Vives, y fijó su atención en tres puntos negros que bajaban del pueblo.

–¡Es Jacobita!, se dijo, Jacobita y el padre Bordes, y entre ellos va la mula, que lleva el equipaje.

Silverio permaneció allí un instante para ver cómo su amiga se alejaba en dirección al camino de Pau; dos veces parecióle que Jacobita volvía la cabeza, dirigiendo una mirada á la montaña; y después los tres puntos, cada vez más pequeños, volvieron hacia el burgo de Aigues-Vives, perdiéndose detrás de las casas.

–¡Oh, Jacobita, murmuró Silverio, si el cielo me ayuda, volverás antes de un mes!

Y aproximándose á un torrente, el guía remontó su curso á través de las rocas.

IV

Era un tunante aquel Antonino Roumigas, con su rostro arrugado como una nuez, y su cabello blanco, rizado como el vellón de un carnero.



Silverio, sin respirar, miró la forma blanca que se acercaba

Había nacido en Salvatierra del Bearn, y como era el séptimo hijo de una numerosa familia, sus compatriotas le atribuyeron facultades maravillosas. En aquel país, el niño que tiene seis hermanos mayores toma el título de *rey*, y según las creencias del pueblo, posee el don de curar la mayor parte de las enfermedades con simples imposiciones de las manos.

Apenas llegado á la adolescencia, el joven Antonino Roumigas hizo una competencia desastrosa á los doctores de las diversas facultades que trataron de establecerse en la región; pero uno de ellos, menos sufrido que los otros, amenazó al *rey* con persecuciones judiciales por ejercer ilegalmente la medicina. Entonces Roumigas, desconfiando del tribunal, abandonó voluntariamente á los suyos y buscó un pueblo susceptible de respetar más su dignidad de *rey*.

He aquí cómo fué que se estableciera en Gargos.

En este país, donde cada montaña tiene su leyenda, la superstición florece en todo su vigor; lo fantástico está en todas partes, en la forma de las cosas y en el pensamiento de los seres, y hasta la naturaleza misma invita á creer en lo sobrenatural. En los Pirineos es donde principalmente se rinde culto á las hechiceras; y las personas de más instrucción apenas se atreven á poner en duda la existencia de los aparecidos y la de los duendes. Por la noche, vagos resplandores siguen al pastor; silenciosos animales aguardan á los viajeros, y blancos espectros rondan el lecho de la mujer dormida. Todo es allí terrible y misterioso.

–¡Aquí, pensó Roumigas, yo seré el único que no crea en las hechiceras!

Sus asuntos prosperaron maravillosamente. Halló recetas admirables para impedir á los espíritus malignos que persiguieran á los cristianos y á los animales; y sus clientes llegaron á ser numerosos, tanto que debió alquilar una habitación en Tarbes para dar allí las consultas los días de mercado. Todas las mañanas permanecía en Gargos, y allí iban á verle los montañeses de los valles superiores, los vascos, los bearneses y los españoles.

Naturalmente, sus consultas eran gratuitas, y lo proclamaba así en voz bien alta; pero los campesinos saben reflexionar, y suponen que lo que pone en mar-

cha todas las cosas aquí abajo puede tener alguna influencia allá arriba, y que los espíritus puros del espacio deben volar más ligeramente en auxilio de los hombres si saben que algún obsequio recompensará su molestia. He aquí por qué la mayor parte de los hechizados ponían una moneda blanca sobre la chimenea de Roumigas, el gran interventor celeste. De este modo ingresaban todos los años en su caja ocho ó nueve mil francos, contando las monedas españolas.

Compró la más hermosa finca de Gargos, una cómoda casa situada en la extremidad meridional del pueblo y circuida de un magnífico jardín. En invierno, el sol podía visitarla una hora ó dos, penetrando por la escotadura que el torrente de Ribenac había practicado en la montaña, y en verano nunca soplaban allí los vientos del Norte. Gracias á esta situación, los árboles frutales pudieron prosperar en sus tierras; cinco ó seis se esforzaron para dar manzanas, y un cerezo trató de madurar su fruto, lo cual consiguió á veces el heroico vegetal. Entonces Roumigas fué feliz, porque tuvo la manía de ser horticultor, y no perdonaba sacrificio alguno para obtener medallas en el comicio agrícola de Argelez.

Después de la riqueza vino la consideración: Roumigas fué elegido alcalde de su pueblo en la época en que Gargos gozaba de su independencia comunal; y cuando el territorio fué anexionado al burgo vecino, el hechicero no encontró dificultad para que se le nombrara adjunto del alcalde de Aigues-Vives.

Este fué el apogeo de Antonino.

Mas ¡ay!, en aquella primavera, tres semanas antes de la llegada de Jacobita á Gargos, produjose un molesto acontecimiento: Roumigas había estado á punto de envenenar á un cliente del doctor Enrique Bordes, segundo tío de la señorita Marcadieu, preparándole una tisana maravillosa, y el médico quería, al parecer, poner el hecho en conocimiento de los tribunales.

El hechicero no dormía ya; su situación amenazaba ruina.

– Si me condenan, decíase con justo motivo, ¡adiós los honores políticos y los ocho mil francos de ingreso!

Al punto había buscado un medio para desarmar al irritado doctor, y no halló nada más propio que transformar en aliado á tan temible enemigo. Por eso deseaba tanto casar á su hijo Gastón con Jacobita Marcadieu.

¡Qué agradable desenlace sería este! Así se arreglaba todo á las mil maravillas; la sobrina del doctor se casaba con el hijo del brujo; y los Bordes y los Roumigas se perdonarían al celebrarse los desposorios, acabando por abrazarse en la boda. ¡Oh! ¡Qué buena vejez entreveía así! Ya no habría inquietudes para el porvenir, y disfrutaría de una renta que le permitiría vivir tranquilo el resto de su vida.

– ¡Ah! Esto no es ya una utopía, díjose Roumigas en la noche del 2 de mayo, al salir del presbiterio de Gargos, donde había comido con su hijo Gastón. Ese hermoso sueño está en vías de realizarse. El tutor no deseaba otra cosa sino cedernos la señorita, y nosotros la aceptaremos. ¡Ya lo creo, pardiez¡ No es de las más ricas; pero ¡bah!, la felicidad se debe tener en cuenta antes que el dinero. Por otra parte, Gastón está enamorado ya de la muchacha, y el tunante lo entiende. ¡Bastantes locuras ha hecho hasta ahora en Tolosa!.. En cuanto á la niña, ya le pasará su capricho por el montañés..., es cuestión de quince días. ¡Pse! Comezón de la primavera, que en cuanto uno se rasca, se olvida. Además, Jacobita no es tonta, y comprenderá muy bien que Gastón es para ella un partido inesperado. Haremos la boda una mañana de septiembre, y aquel día... ¡por Dios vivo que daré cincuenta escudos á los pobres del pueblo!

Roumigas volvió á su casa, y tuvo los más agradables sueños, como hubiera podido tenerlos en las noches siguientes, pues todo marchaba á medida de su deseo. El cura, á quien solía encontrar á menudo, mostrábase siempre mejor dispuesto; y Gastón, al que sondeaba de vez en cuando, parecía más y más enamorado. Los tres se paseaban por la noche en la calle de Gargos trazando planes; hablaban del porvenir, y poníanse de acuerdo respecto de todos los detalles. El cura propuso conducir á Gastón al convento de Pau el mes siguiente para que trabase más amplio conocimiento con Jacobita; los desposorios se podrían efectuar en junio, y después se elegiría iglesia para celebrar el matrimonio. El tutor se inclinaba en favor de la de Gargos; el brujo prefería la de Aigues-Vives, y el futuro no tenía opinión; mas para el viaje de boda, por ejemplo, emitió su idea: deseaba pasar un mes en París, y esto le parecía suficiente.

Entretanto, Gastón debió volver á Tolosa para preparar una defensa.

Roumigas y el sacerdote le acompañaron hasta la estación.

– El hijo de usted es seductor, decía el padre Bordes, presentando su tabaquera al brujo.

– ¡Bien se lo había dicho á usted!, contestaba el hijo de Satanás. Ya sabía yo que Jacobita sería feliz con él.

Y los dos se iban á comer juntos.

En la mesa comparaban los bienes respectivos de los futuros.

– Sr. Roumigas, decía el cura, la Providencia le ha favorecido siempre á usted, pues posee varias cosas que le producen bastante en Aigues-Vives, y yo no soy más que un pobre diablo en comparación suya.

– ¡Bah, bah!, contestaba el brujo, henchido de satisfacción, no se ha de quejar demasiado. Por lo pronto posee usted una cascada que representa un capital de cincuenta mil francos por lo menos, y este es ya un inmueble importante, porque nada debe temer del tiempo ni de nadie. ¡Ni siquiera necesita usted asegurarlo de incendios!

– ¡Es verdad!, replicaba el cura sonriendo. Mi ahijada tiene en eso una dote apreciable, aunque líquida... ¡Ja, ja! Este es un chiste que se me ocurre, ya lo comprenderá usted...

Y chocaban sus vasos con beatitud.

Muy aborrecidos eran los hechiceros hacía veinticinco años; y los sacerdotes no solían estar en buena inteligencia con ellos; pero hacía una semana, aquellos dos hombres se querían mucho al parecer. El uno ansiaba desembarazarse de Jacobita, y el otro no tenía más deseo que tomarla, por lo cual era justo que se hicieran algunas concesiones. El hechicero comenzó á ser piadoso, y el cura satánico; en otro tiempo, Roumigas no creía mucho más en el Dios del cura que en su propio diablo; pero ahora no faltaba á la misa el domingo, asistía con asiduidad á los sermones, y permanecía tranquilo durante los cánticos religiosos.

Una noche el cura dijo á Roumigas:

– Le deseo á usted felices días, amigo mío.

El hechicero no comprendió, y buscando en su memoria no halló la explicación de aquellas palabras.

– ¿No se llama usted Antonino?, preguntó el abate.

– ¡Sí, pardiez, sí, Antonino, para servir á usted!

Pues bien: mañana estaremos á 10 de mayo, y la Iglesia celebra la fiesta de San Antonino, obispo y confesor.

– ¡Ah, sí, es cierto!, exclamó el hechicero. ¿Dónde diantres tendría yo la memoria?.. Y para ponerse en buen lugar con el buen tutor, añadió:

– Hasta había pensado, señor cura, en rogar á usted que dijese una misa por mí con tal motivo.

– ¿Y quién se lo impidió á usted?

– ¡Nadie! Es que temí molestarle.

– ¡Ah, señor! ¿Por qué tantos escrúpulos? Voy á decir esa misa, Sr. Roumigas.

– ¿Es tiempo aún?

– ¡Sin duda alguna! La diré mañana en mi antigua iglesia de Gargos. No tengo que hacer más que avisar al pequeño Augusto, el cual me sirve generalmente de monaguillo.

– Es usted muy complaciente, señor cura, y acepto con agradecimiento. ¿Qué hora señala usted?

– Las ocho ¿Le conviene así?

– ¡Sí, muy bien!

– Pues hasta mañana, Sr. Roumigas.

– ¡Dios le conceda un buen sueño, señor cura!

El brujo se levantó tarde el día de San Antonino, pues había dormido poco la noche anterior. A eso de las dos de la madrugada, cuando ya iba á conciliar el sueño, despertóle una detonación lejana que parecía provenir de la parte del Oeste.

– ¡Diantre!, se dijo, pues yo no sé que haya ninguna cantera por allá... ¿Qué pueden hacer saltar?

A las siete y media, en el momento de vestirse, oyó una nueva explosión, y los vidrios de su ventana retemblaron.

– ¡Eso ya es demasiado!, exclamó. ¿Si tendremos tempestad?

Y miró al cielo detenidamente; mas no vió ninguna nube amenazadora.

– ¡Pardiez!, se dijo entonces, esto es que hacen salvas de cañón en Tarbes.

Y satisfecho de esta explicación, siguió vistiéndose; púsose su ropa de los días de fiesta, las botas nuevas, la faja de lana roja, al estilo del Bearn, y la boina azul.

Cuando estaba preparado, la sirvienta entró.

– Señor, dijo, un enfermo pregunta por usted.

– ¿Quién es?

– Emilio Montguillem.

– ¡Ah, bueno!.. ¿El hermano del guía?

– Sí, señor.

– ¡Bah! Ese no tiene un cuarto, pensó Roumigas.

Y después de consultar su reloj, añadió volviéndose hacia la criada:

– Dile que no tengo tiempo; que voy á misa y que podrá volver en mejor ocasión.

– Está bien, señor.

Y la criada fué á despedir al hermano de Silverio, el cantero enfermizo, asiduo cliente de Roumigas. Como ya eran las ocho, el hechicero bajó y dirigióse hacia la iglesia de Gargos.

El padre Bordes, á punto de oficiar, estaba en el umbral de la sacristía.

– ¡Vamos, Sr. Roumigas, venga usted y despachemos pronto!, dijo el sacerdote al ver al brujo que llegaba. ¡Ya son las ocho y cinco!

– Dispénseme usted, señor cura, contestó Antonino apresurándose; se me había olvidado en la cama. ¡El cañón de Tarbes me ha impedido dormir! Ahora estoy á su disposición, y puede comenzar cuando guste. Es mucha bondad por parte de usted haberme esperado.

Y mostrando un voluminoso devocionario, entró en la iglesia y arrodillóse delante de una silla.

En el mismo instante el padre Bordes, precedido del pequeño Augusto, llegó ante el altar.

Los fieles eran en número de tres: Roumigas, Hilloune, su criada, y Poupotte, la cocinera del oficiante.

El brujo se indignó, y preguntábase si no habría más fieles en Gargos.

Pero el sacerdote había colocado ya el cáliz delante del tabernáculo, volviéndose después para bajar los escalones y comenzar el *Introito*. Roumigas se colocó de la manera más edificante, abrió su libro y rezó por cuatro.

El padre Bordes apreciaba en mucho aquella pequeña iglesia, la primera donde oficiara, y apenas había predicado más que en su vetusto púlpito. Allí evocaba recuerdos de su juventud en todos los ángulos, y si el exterior del edificio se hallaba en un estado lastimoso, el interior tenía aún bastante buen aspecto. Cierto que la hierba había invadido la capilla de la Virgen, y también se veía en la de San José una brecha tan grande como una puerta; pero la nave parecía bastante sólida, y la bóveda, exceptuando dos agujeros que permitían al agua caer sobre el altar, no presentaba grietas amenazadoras. El anciano sacerdote osaba celebrar la misa en aquella ruina de vez en cuando, desde el mes de mayo al de noviembre, cuando las avalanchas no eran ya de temer. En la sacristía se guardaba un inmenso quitasol de pintor que el monaguillo colocaba oblicuamente sobre el altar cuando los rayos del sol penetraban por la brecha vecina.

Aquella mañana del 10 de mayo, día de San Antonino, Augusto no había creído necesario servirse del quitasol, porque los rayos del astro del día no penetrarían por allí hasta las once; y el padre Bordes celebraba la misa con recogimiento, vistiendo el hábito sacerdotal de otra época, al paso que oía el alegre rumor de su cascada, cuyas blancas aguas veía caer por una ventana lateral.

El cura fué interrumpido un momento en el *Gloria*, porque la cabra de Bertrán Cojola, asiduo feligrés, introdujo de pronto su cabeza curiosa por la brecha y quiso entrar; pero Poupotte gritó con voz fuerte: *¡Houch, houch!*, y el animal se fué á pacer á otra parte.

El monaguillo no estaba muy al corriente del ritual, y el sacerdote hubo de darse la mitad de las contestaciones; en el evangelio se vió obligado á trasladar él mismo el misal de un lado á otro, y en la elevación la campanilla tocó demasiado pronto, tanto que Poupotte, que hubiera servido la misa tan bien como el almuerzo, no pudo menos de murmurar junto al monaguillo: «¡Aún no, amigo mío, aún no!» Esto escandalizó á Roumigas.

Augusto tenía en su favor circunstancias atenuantes, pues jamás le habían enseñado lo necesario para ayudar á misa. Era uno de esos pilletes traviesos que pululan por los caminos del país durante la estación y que persiguen á los coches entonando cánticos de Lourdes, como por ejemplo: *En esa co-li-na Ma-ría apa-re-ció*, ó bien: *¡Esperanza de la Francia!..*

Si el viajero no da nada, creen que le han resentido en sus opiniones políticas, y entonces entonan la *Marsellesa* con el mismo fervor; y si esta vez no obtienen mejor resultado, arrójanle piedras y huyen, haciendo una mueca en son de burla.

Sin embargo, el padre Bordes había podido comulgar sin contratiempo, y hallábase en las *abluciones*, cuando de pronto se volvió bruscamente hacia una ventana lateral.

Augusto creyó haberse equivocado en alguna cosa, y dió algunas vueltas delante del altar sin saber qué hacer.

– ¡Chist, no te muevas!, díjole el sacerdote.

Y acercó el oído hacia la ventana.

El monaguillo siguió el ejemplo, y los tres fieles



Ven acá, Poupotte, dijo; haz el favor de mirar por allá abajo...

que habían observado el movimiento del cura, preguntáronse á su vez qué podría ocurrir por el lado de aquella abertura.

– Escucha, Augusto, dijo el sacerdote en voz baja, ¿oyes tú el rumor de la cascada?

El muchacho se estremeció.

– No, señor cura, contestó, no oigo nada.

– ¡Ni yo tampoco!.. ¡Es singular!.. Mira bien, Augusto, por aquella ventana de la capilla. ¿Ves ahora la cascada?

El monaguillo alargó el cuello hacia la capilla.

– Sí, señor cura, contestó. ¡La veo!

– ¿No te parece más pequeña que de costumbre?

– ¡Oh! Sí, señor, mucho más pequeña, como que apenas queda nada.

Al oir esto, el padre Bordes palideció, y sus labios pronunciaron la acostumbrada exclamación:

– ¡Ah, Señor!.. ¡Ah, Señor!..

Poupotte había visto palidecer á su amo, y tan inquieta como preocupada, dirigióse hacia el altar.

– ¿Qué ocurre, señor cura?, preguntó. ¿Se siente usted indispuesto?

El sacerdote se alegró de que su criada acudiese.

– Ven acá, Poupotte, dijo; haz el favor de mirar por allá abajo...

– ¿El qué?

– La *Cabellera de Magdalena.*

– ¡Ah, santos ángeles, ya no tiene agua!

– ¿Verdad que no, Poupotte? ¿Qué significa eso, Señor?

La criada se precipitó hacia la sacristía; Augusto la siguió corriendo; Hilloune, algo turbada, salió también; y el padre Bordes, presa de una emoción muy natural, franqueó los escalones del altar.

– ¡Eh!, díjose Roumigas, supongo que no soy yo quien haya de concluir la misa.

Y cogiendo su boina, salió como los demás.

Todos se encontraron delante de la puerta de la sacristía, frente á la cascada, y allí abrieron desmesuradamente los ojos, poseídos de asombro.

La *Cabellera de Magdalena* estaba reducida en tres cuartas partes; ya no era más que un chorro de agua insignificante, que apenas tendría la importancia de aquel que caía durante la primavera en las tierras de Montguillem.

– Señor cura, dijo Roumigas, me parece que la cascada de usted está muy comprometida.

El sacerdote miró al brujo con ojos que expresaban el terror.

– ¿Qué dice usted?, preguntó.

– ¡Pardiez!, que si enflaquece tanto en la presente estación, no sé qué hará cuando llegue el mes de agosto.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1900

El afán de innovar y engrandecer, nota característica de nuestro siglo, ha sido causa de empeñadas



Proyecto de M. Girault (primer premio del concurso)

controversias con motivo del emplazamiento y área que debe darse á la proyectada Exposición Universal de París que se celebrará el año último de esta centuria. El empeño sostenido por M. Alphand de conservar las principales construcciones que constituyeron el certamen de 1889, entre ellos la famosa torre Eiffel, ha sido la dificultad más poderosa que se ha ofrecido á los que pudiéramos llamar modernistas, puesto que en su propósito innovador hubieran demolido todos aquellos edificios, que cual si fueran verdaderos palacios recuerdan todavía una de las más grandes manifestaciones del trabajo y de la actividad de todos los pueblos, para dejar libre el inmenso y amplio Campo de Marte. Apoyan sus razonamientos en la necesidad de ofrecer á los visitantes el interés de la novedad, que suponen es igual ó semejante, tratándose de los edificios de una exposición, al brillante decorado de una obra lírica ó dramática, deleznable cual lo son las materias ó elementos de que se forma.

Los entusiastas partidarios del propósito conservador de M. Alphand han opuesto argumentos de más fuerza y ha prevalecido el criterio de perpetuar el recuerdo del concurso último. De este acuerdo surgió otra discusión, cual es la que ha tenido por objeto determinar el perímetro y alcance que se ha de dar á la proyectada Exposición, sentando como principio la necesidad de ampliar el área, y de enlazar, cual los eslabones de sólida cadena, los anteriores con el nuevo concurso, empeño noblemente perseguido, según puede observarse al examinar el emplazamiento y desarrollo de cada certamen. La torre de Eiffel y las construcciones del Campo de Marte evocan el recuerdo de la Exposición última, como el Trocadero perpetúa la de 1878 y el palacio de la Industria la de 1855. No se hizo esperar la solución de este, que hubiera podido ser difícil problema, dado el apasionamiento de los dos bandos, resultando tan atrevida como grandiosa y propia de un pueblo noble que busca afanoso el medio de dar á conocer de modo gallardo y completo el asombroso esfuerzo de sus energías, su poderosa vitalidad y la riqueza que posee, determinada por su plétora de producción. El proyecto es verdaderamente grandioso, puesto que el perímetro de la próxima Exposición de 1900 abrazará desde el Campo de Marte al Trocadero y desde los Inválidos á los Campos Elíseos, de manera que puede afirmarse que será en cierto modo un resumen de todas las Exposiciones universales verificadas en la capital de la vecina república durante el presente siglo.



Transformación de la Torre de Eiffel, proyecto de M. Hénard

Preciso es tener en cuenta que en todos los acuerdos adoptados ha prevalecido el criterio de M. Alfonso Picard, nombrado para desempeñar el honroso cargo de comisario general del futuro certamen, quien desde el primer momento se ha manifestado contrario á los métodos de clasificación generalmente adoptados. M. Picard sustenta un procedimiento tan modernista como racional, rompiendo con las reglas del rutinarismo. Trata de reunir el producto con los elementos de producción, esto es, la materia con el mecanismo que la elabora, el artefacto junto al objeto que aquél produce, con el propósito de que se obtengan las necesarias enseñanzas, verdadero objetivo y base de las exposiciones. Con tal sistema ofrecerán las vastas naves del certamen un aspecto tan nuevo como interesante, y la monotonía y uniforme aspecto de las galerías desaparecerá ante la variedad de la acción mecánica y de la producción, ofreciéndose á los visitantes agradable instrucción y entretenimiento. Este sistema, que revela desde luego un espíritu cultivado y eminentemente observador, ha puesto en grave aprieto á los autores de los proyectos por exigir mayor número de construcciones y la inversión de cantidades más importantes, de tal manera que casi se duplica el espacio que han de ocupar las nuevas construcciones, comparado con el representado por los edificios de la anterior Exposición. En 1889, las secciones cubiertas representaban una superficie de veintitrés mil metros cuadrados, en la de 1900 ocuparán cuarenta mil.

Transformación de la Torre de Eiffel, proyecto de M. Genty



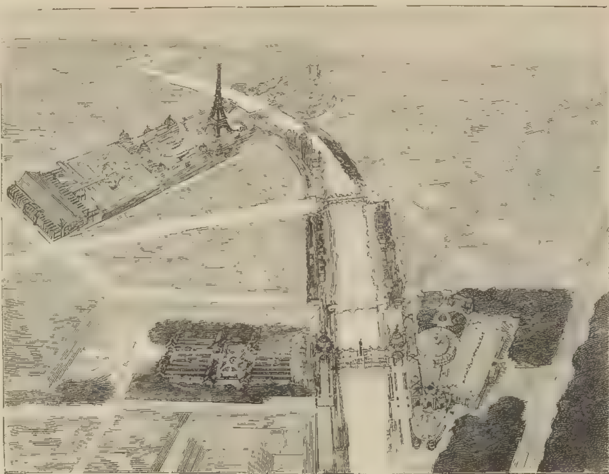
Proyecto de M. Hénard (primer premio del concurso)

Si el concepto de grandiosidad es la nota que ha de dominar, grandes y numerosos han sido los proyectos sometidos al fallo del jurado. A algunos centenares asciende el número de arquitectos, ingenieros, maestros de obras y hasta aficionados que dieron á conocer sus deseos de tomar parte en tan especial concurso, puesto que al publicarse la convocatoria inscribiéronse 664, constituyendo el conjunto de los proyectos presentados, teniendo en cuenta los varios cuadros ó bastidores de que cada uno se compone,

una verdadera exposición. En este heterogéneo conjunto de manifestaciones tan diversas, de criterios tan opuestos, de práctico desarrollo ó de quiméricos empeños, ha debido ejercer el jurado su alta cuanto delicada misión, para elegir las diez y ocho obras dignas á su juicio de disputar las cuatro series de premios de 6.000 á 1.000 francos.

En el primer grupo han obtenido la principal recompensa los proyectos presentados por los señores Girault, Hénard y Paulin, señalados respectivamente con los números 73, 49 y 107.

El proyecto de M. Girault ofrece originalidad y ha despertado el interés del público. Los nuevos edificios figuran emplazados en ambas riberas del Sena, de modo que presentan una perspectiva admirable, especialmente si se supone colocado el espectador en el puente de la Explanada. Modifica el Palacio de la Industria por medio de la agregación de un nuevo palacio, cuya monumental puerta de ingreso hállase paralela al río. Consérvase la torre de Eiffel, utilizándose el paralelogramo que por ángulos determinan los cuatro pilares sostenedores y la primera plataforma para la exposición de horticultura, que abrazará dos extensas naves laterales que se adicionan asimismo en el proyecto. Merece también mencionarse la bella columna luminosa que M. Girault trata de erigir cerca de la plaza de la Concordia, ó sea en el sitio que corresponderá á la entrada principal de la Exposición.

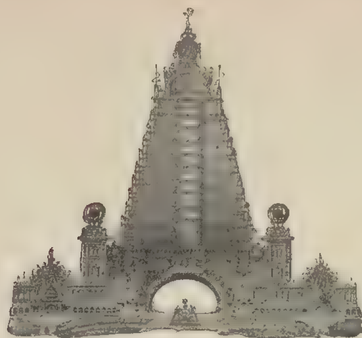


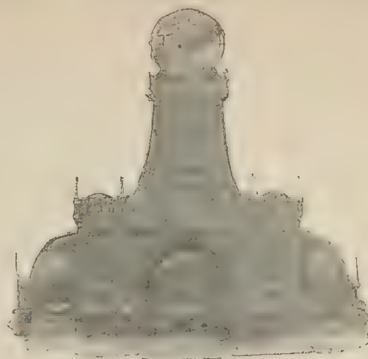
Proyecto de M. Paulin (primer premio del concurso)

Contra los propósitos de M. Girault, en el proyecto de M. Hénard hácese tabla rasa de todas las construcciones existentes, ó bien las modifica de tal manera que casi puede afirmarse sería más ventajosa su demolición. Suprime el Palacio de la Industria, y se traza en la prolongación de la Avenida de los Inválidos una extensa vía que termina en los Campos Elíseos, levantando á cada lado dos magníficos palacios, destinados á las Bellas Artes y á las Letras y Ciencias. Proyecta asimismo un puente triunfal sobre el Sena, en cuyo centro se levanta una estatua inmortalizando á Francia. En la explanada descuella el Palacio de la Electricidad y en el muelle de Orsay la exposición flotante. Varíase la estructura de la torre de Eiffel, y entre el número de variadas cuanto originales construcciones distínguese el Palacio de las ilusiones, constituído por un vastísimo salón hexagonal en el que deberían multiplicarse los efectos de luz.

M. Paulin, el último de los tres distinguidos con el primer premio, ha puesto especial cuidado, conforme lo atestigua su proyecto, en conservar las edificaciones, ideando una exposición colonial en el Trocadero y además una pequeña ciudad flotante chino-japonesa.

Objeto de un especial estudio sería la somera indicación de los demás proyectos, que por otra parte exigiría mayor, espacio del que podemos disponer. Esto no obstante, no titubeamos en hacer mención especial de aquellos en que se adivina en sus autores, cual acontece con los de M. Hénard, Genty, Gautier y Bossis, el decidido


Transformación de la Torre de Eiffel. – El Palacio del siglo, proyecto de M. Gautier


Transformación de la Torre de Eiffel, proyecto de M. Bossis

propósito de quitar á la ya famosa torre de Eiffel su férrea rigidez, variando ingeniosamente su estructura, como podrá comprobarse con los grabados que se acompañan.

Los propósitos que apuntamos y las dotes especialísimas que concurren en M. Picard y en su secretario M. Legrand, son ya garantía segura del éxito y del carácter que ha de revestir la última exposición de este siglo. El Comisario general trata de dar pronto comienzo á las obras y aprestar á la realización de tan colosal proyecto todos sus esfuerzos y todos los elementos de que pueda disponer, figurando entre ellos el de la celebración de grandes fiestas y cuantas distracciones recreativas puedan atraer al público. De ahí que considere en sesenta millones el número probable de visitantes, ó sea el doble de los billetes que se expendieron en la última Exposición de 1889.

Mucho puede esperarse del patriotismo del pueblo francés y del esfuerzo de M. Picard; mas á pesar de todo, sólo podemos repetir, como en los antiguos calendarios, la frase de *Dios sobre todo*; haciendo, no obstante, votos en favor del buen éxito de tan útil empresa.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 18 de febrero de 1895 — Núm. 686



S. M. el rey D. Alfonso XIII, busto en mármol modelado por Agustín Querol



CRONICA DE ARTE

Crónica es ésta de desdichas, lamentables desde cualquier punto que se miren. La lucha por el pedazo de pan que el Estado proporciona, bajo el título de cátedras y ayudantías, especialmente en los centros de enseñanzas artísticas, se disputa con encarnizamiento. La lucha noble, levantada, en la que jueguen el saber, los méritos reales y positivos, la fama adquirida en larga serie de años dedicados á la labor; todo eso, conjunto de sumas que constituyen el caudal único del hombre estudioso y que, por virtud de tal estudio, puede elevarse del nivel ordinario de la vulgaridad culta; todo eso, repito, no entra para nada en el reparto de los mendrugos de que hace ofrecimiento el Estado.

Tres casos que ocurren en la actualidad vienen á probar de un modo patente lo que digo: son estos casos dos concursos para cátedras y una oposición, también para cátedra. Haré un poco de historia; porque entiendo como deber del cronista, y del cronista del género éste que yo cultivo, dejar estampado en letras de molde, duren el tiempo que duraren, cuantos sucesos que se relacionen con la vida y desarrollo del arte en España tengan importancia; y no dudo que determinar aquí el criterio del Estado respecto de cosa de tanta monta como es el concepto que pueda tener del valor de la enseñanza, es dato que no debe echarse en olvido cuando llegue el momento de hacer justicia, al exponer los hechos que vayan desarrollándose.

Concurso primero: entre artistas españoles premiados en Exposiciones nacionales para cubrir la vacante que resulta en la Escuela especial de Pintura de Madrid, por jubilación del catedrático de *Paisaje*, D. Carlos Häez.

Preséntanse, entre otros, á disputarse la cátedra dicha el ayudante interino de la misma D. Jaime Morera y D. Antonio Muñoz Degrain. Pero he aquí el primer taponazo de zurrapas, que salta á la vista de todos los que se cuidan de estas cosas; la *Gaceta* decía en su anuncio que debería proveerse la referida cátedra en artista que hubiese obtenido medallas de oro *en la especialidad*. Pues señor, que á alguien se le ocurre dar un vistazo al reglamento, y en efecto, allí no reza nada de *especialidades* ni cosa que lo parezca, y sí tan sólo medallas de oro.

Echóse á pensar el *Curioso impertinente* sobre el valor que tendría el aditamento de *en la especialidad*; y pensando, pensando, encuentra al cabo la clave del enigma, enigma que reservadamente me aclara el dicho *Curioso*, pero que yo voy á revelar aquí, como lo ha hecho ya el mismo *Curioso* en las columnas de *El Liberal*.

No se han concedido hasta el año de 1890 medallas de oro á la especialidad pictórica del Paisaje; y el único que logró alcanzar la primera recompensa de esa especie es el Sr. Morera en la Exposición nacional última. Además dicho artista cuenta no recuerdo si doce ó diez y seis años de servicios prestados de *real orden* en la cátedra en litigio. Por su parte el señor Muñoz Degrain no tiene más que dos medallas de plata en Paisaje, pues cuando presentó los cuadros objeto de dichas recompensas, las medallas de plata, como acabo de decir, eran el máximum á que podía aspirar el artista que cultivaba la rama de la pintura á que la cátedra vacante pertenece. Cierto que el señor Muñoz Degrain obtuvo varias medallas de oro con cuadros históricos; cierto que los paisajes del célebre pintor valenciano están reconocidos, así por la gente del oficio como por la crítica, como obras de mérito superior; pero con todo esto, la coletilla de *en la especialidad* echaba al suelo los méritos del autor de *Los amantes de Teruel* y de *Los Gaitanes*.

A tiempo hubo de percatarse de todo esto mi queridísimo amigo el nuevo *Curioso impertinente*, quien por otro lado andaba un poco mohino hacía ya buena fecha con varios concursos análogos ya realizados, en los que parecía que entre renglones la *Gaceta* exigía á los concursantes nada más sino llamarse Pedro y ser hijo de Juan; claro, como no se presentaba más que uno á los concursos que se llamase como el apóstol que negó por tres veces á su divino Maestro y que tuviese por padre á un individuo que fuera homónimo del apóstol que escribió el *Apocalipsis*, aquel individuo se llevaba la prevendita, y ¡tan ricamente! Pues como iba diciendo, mi amigo hubo de percatarse de la diferencia de textos, y acudiendo en socorro de la ley hizo presente al señor director de Instrucción pública, siempre dispuesto á hacer justicia, la observación respecto de la diferencia de textos, y desde aquel momento se dió orden de suspender el concurso.

Pero cátate con que, para defender la convocatoria, alguien dice al Sr. Vincenti que lo de *en la especialidad* venía siendo «costumbre.» ¡Carape! ¡Vaya unas costumbres!, dijo también para su coleto el *impertinente*; y vuelve á la carga en *El Liberal*, contestando al propio tiempo á varios colegas en la prensa que abogaban por «la costumbre.» Y aun tuvo que repetir la suerte por tercera vez, y la cosa está en litigio. ¡Allá veremos!

Vamos con el segundo concurso: para proveer la cátedra de dibujo y figura de la Escuela Central de Artes y Oficios, vacante por el fallecimiento del propietario D. Germán Hernández.

Preséntanse al citado concurso artistas premiados con medallas de oro, catedráticos por oposición de las escuelas de Artes y Oficios de provincias y ayudantes de la Central.

Y va, y la sección del Consejo de Instrucción pública propone en primer término á un ayudante que no tiene, que yo sepa, medalla alguna, cuando más, alguna de tercera clase, pero en cambio lleva diez y seis años en la ayudantía, que le fué concedida de *real orden*; en segundo lugar, á otro ayudante, éste lo es por oposición; y en tercero, á un artista premiado con dos medallas de oro, que tiene su plaza de restaurador en el Museo Nacional, ganada por oposición hace yo no sé cuántos años y á quien el mundo artístico conoce, el Sr. Martínez Cubells. Después van los catedráticos por oposición.

Naturalmente, creerá cualquiera que no sea consejero de Instrucción pública que es una verdadera enormidad tal propuesta; empezando por que los ayudantes no debían pasar, por arte de encantamiento, de tales ayudantes á catedráticos de la Escuela Central, puesto que la categoría de dichos catedráticos es la de término. Pero aun descontando tamaña atrocidad, que vulnera la ley general de Instrucción pública, podría tragarse, como se les obliga á hacer con las nueces á los pavos, lo que dicho queda, si además no hubiera otro plato fuerte que engullirse: dice la ley, en lo referente á servicios prestados por el profesorado, que no se contarán los años de servicios que se presten sin poseer las plazas por oposición ó por concurso de méritos. Pues bien: el ayudante que se llevará la prevenda hace diez y seis años que lo es de *real orden*.

Claro; los profesores de provincias que lo son por virtud de oposiciones más extensas que las de los ayudantes, y que en lugar de estarse «á la capa» como aquellos señores, han arrostrado los riesgos de la oposición para alcanzar superior categoría, no se resignarán á lo decidido por el Consejo y acudirán al de Estado. ¡Ay! Me parece que perderán el tiempo y el dinero los catedráticos.

Y ya sólo me resta hablar de las oposiciones á la plaza vacante en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona. La rutina; pero señor, ¿para qué servirá esa academia de San Fernando, siempre en el mismo día del año de 1844, último en que hizo algo en pro de los adelantos en todo lo concerniente al arte?: sigamos; la rutina y la... Nada: los mismísimos ejercicios para las oposiciones rigen hoy que regían cuando el rey que rabió. Una figurita del yeso, en tamaño académico, que todavía no sabemos á punto fijo cuál es; un «partidito» de pliegues copiado del *pelele*; una figurita del desnudo; unas preguntillas sobre anatomía y perspectiva. ¡Claro! Lo de hacer una composición, desarrollar un asunto, una idea cualquiera, donde se pueda juzgar al artista, dibujando, agrupando, pensando, interpretando la vida en sus dos manifestaciones, la moral y la física, eso..., eso no; no podrían entrar á tomar parte en el certamen los discípulos y amiguitos del tribunal, en sus dos terceras partes formados por profesores de la susodicha Escuela Central y de académicos de la de San Fernando.

La cosa, el *quid*, está en copiar trapos y el eterno modelo inmóvil, siempre el mismo, de la Escuela. ¡Menudo el revolcón que se llevaría... ¿quién diré? Pérez Galdós, ó Pereda, ó Emilia Pardo Bazán si para hacer oposiciones á una cátedra de literatura, les examinaran de gramática al detalle, como á cualquier parvulillo que sale del Instituto!

Sí, señores; delicioso es todo esto. Pero mientras tanto no se vuelva á convocar para nuevas oposiciones la cátedra vacante en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, seguirá un señor, nombrado de real orden, cobrándose el sueldecito. ¡Vaya! ¡No faltaba otra cosa! Por mi parte sólo me toca decir á alguien cuyo nombre es nacional: pero usted que es maestro en dibujo, ¿quién le manda meterse en dibujos oficiales?

***

¡Cuando decía que esta crónica es de hechos deplorables!.. El jurado de calificación de las obras que se presenten en la próxima Exposición nacional de Bellas Artes deberá componerse, según reciente decreto, en la forma siguiente: de cinco académicos; de cinco artistas con medallas de oro, nombrados por el ministerio de Fomento, y de cinco artistas también elegidos por sufragios de los expositores que hayan obtenido medallas de primera y segunda clase; los que las tienen de tercera, esos, según el criterio oficial, no son artistas todavía.

Me parece que si ahora no resulta un jurado de «altura,» como el primer ministerio de esta situación fusionista, no sé cuándo va á resultar. Bueno: dirán los que todo lo censuran, que en tiempos de sufragio universal y de democracia, es un contrasentido estupendo esa dictadura artística; y que además, el Estado dando patentes de o'50 céntimos de artista á los que han obtenido medallas de tercera clase, es todavía cosa más estupenda que la anterior; pero esos reparos son quisquillas; sí señor, quisquillas. Yo, en el caso de los confeccionadores del actual reglamento, hago más; aplazo la apertura de la Exposición para dentro de un año, y exijo que los cuadros históricos que se presenten se pinten tomando por modelo *La Muerte de Viriato*, de D. José Madrazo, ó el lienzo conocido por *El año del hambre*, del inolvidable Aparicio; para los de paisaje, los de Camarón ó de Ferrant (no D. Alejandro, que éste es otro *López*; no confundir); para la estatuaria, las obras de Martín (no Lutero); y verían ustedes cómo se encauzaba el gusto estético, y cómo se metía en cintura á tanto heterodoxo del arte como anda suelto por ahí, pintando lo que le da la gana.

Yo no sé, no me explico cómo el señor director de Instrucción pública, persona amante de todo lo que significa progreso, ha podido resolverse á dar su *exequátur* á reglamento tan absurdo; únicamente creyendo en la idoneidad de alguien, que no es ni idóneo, ni se llama *Pedro* siquiera, en lo que al arte atañe.

Créame el Sr. Vincenti; no sirven ya las rancias teorías académicas, y mucho menos los criterios de personas que, si como empleados y jefes de administración son inmejorables, para meterse en las honduras de una reforma, por pequeña que sea, en tan abstracta entidad como es el arte, no tienen «ropa.» ¿Cómo garantiza el ministro de Fomento un criterio amplio, tan amplio como es preciso hoy, llevando al jurado de una exposición de Bellas Artes personas peritas que no pertenezcan á todas las escuelas y defiendan tendencias diversas? ¿No acaban de ver el ministro de Fomento y el director general de Instrucción pública que la Academia de San Fernando, el más alto cuerpo artístico del Estado, propone tan disparatado asunto como pintar la historia de España entera en un cartón?

¿Es que se pretende concluir de dar al traste con el arte español? Me dicen que la atrocidad reglamentaria es para evitar que se den medallas de oro á troche y moche.

Que no tengan valor alguno para concursos de cátedras y ayudantías; que sean como en todas partes las medallas premios puramente honoríficos, y verá cómo no se prodigan tanto. Hágase la prueba, que yo garantizo el resultado.

R. Balsa de la Vega



SEMBLANZA

En el centro del antiguo Madrid, aunque en una de sus calles menos importantes y regulares, el azulejo indicador del título ostenta el nombre de *Mesonero Romanos*, por haber nacido en la casa número 6 de la misma este ilustre madrileño.

En la plaza de Bilbao y entre los balcones del piso principal de la casa que fué de su propiedad aparece una lápida con un busto en alto relieve y debajo la inscripción que sigue:

A DON RAMÓN MESONERO ROMANOS
AUTOR DE LAS «ESCENAS MATRITENSES»
CRONISTA DE LA VILLA
— EL AYUNTAMIENTO DE MADRID —
1885.

Finalmente, en el cementerio de San Isidro, patio de Santa María de la Cabeza y en un sepulcro de tanta severidad artística como sencillez cristiana, se lee:

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS
«EL CURIOSO PARLANTE»
CRONISTA DE MADRID
19 *de julio de* 1803 – 30 *de abril de* 1882.

Los anteriores datos constituyen en cierto modo, como puede observarse, la biografía abreviada de un madrileño insigne; las fechas de su nacimiento y muerte, las casas en que nació y murió, el lugar en que descansan sus restos, el cargo único de que se enorgullecía en vida, el seudónimo que ilustró con sus escritos y con el cual ha pasado á la posteridad.

Para conocer más al detalle la significación de D. Ramón Mesonero Romanos y consagrarle algunas cuartillas como recuerdo de consideración, de justicia y de gratitud, existen hoy dos elementos inapreciables: una crónica viva, entusiasta y cariñosa en su hijo mayor, el distinguido letrado D. Francisco, y el libro interesantísimo y de carácter autobiográfico, titulado *Memorias de un setentón*. Guiado ya por el uno, ya por el otro, recurriendo simultáneamente á mis piopios recuerdos y á los de otros amigos y entusiastas de Mesonero, intentaré hacer un sintético resumen de lo que fué, supuso y representó dentro de la vida madrileña y muy principalmente de la literatura española del siglo XIX *El curioso parlante*, el cronista de Madrid, el sabio arqueólogo, el modestísimo literato, que sólo aspiraba á ser, según sus palabras, «...un buen hijo de esta villa que, contento con el aprecio de sus convecinos, no aspiraba á extender su fama literaria ni social más allá de los límites del arrabal de Chamberí.»

MEMORIAS POLÍTICAS Y LITERARIAS

Mesonero Romanos ha escrito sus *Memorias* con el encanto propio de su inimitable estilo, pero no tan completas como sus admiradores hubieran deseado. Las cerró en el año de 1850, faltándoles por consiguiente toda la parte más importante del desarrollo material de Madrid durante la segunda mitad del siglo. Verdad es que, ya en esta última época, el periodismo diario, las revistas periódicas, las memorias de todos géneros y los documentos oficiales permiten reconstruir todo lo más esencial de la vida madrileña; pero ¡hubiera podido decir tanto y tanto de la vida íntima, de los secretos de Madrid en el período de su transformación!

No lo hizo, sin embargo, y hay que respetar su silencio, limitándome á estudiar con deleite lo que escribió, verdadera crónica de la vida política madrileña en toda la primera mitad del siglo.

Mesonero, por extraño acaso, aparece como una de las víctimas del Dos de Mayo de 1808, contando cinco años de edad por haber nacido en 1803. No lo fué, sin embargo, como es de suponer, por ningún arranque belicoso ni patriótico, ni aun por compromisos colectivos de localidad, sino porque impulsado por la curiosidad que le inspiraba el vocerío del pueblo en aquella memorable fecha, quiso asomarse al balcón, y lo hizo con tanta precipitación y tan escasa fortuna, que su frente fué á chocar contra los hierros, causándole una profunda herida, á cuya curación tuvieron que acudir solícitos sus padres en los momentos de mayor ansiedad, cuando uno de los



RAMÓN DE MESONERO Y ROMANOS

inquilinos de su casa de la calle del Olivo (la misma que hoy lleva su nombre) disparaba una mala escopeta contra los franceses y éstos contestaban á la agresión con una descarga que agujereaba á balazos la casa de Mesonero. El espíritu observador del niño, su prodigiosa memoria y la desahogada posición y grandes relaciones de su familia, le permitieron formar cabal concepto del movimiento insurreccional de España contra el invasor, base segura de las interesantísimas *Memorias* en las que, sesenta años después, reseñaba la caída del favorito Godoy, el luctuoso Dos de Mayo, la ocupación de Madrid por los franceses, la estancia en esta capital de los ejércitos aliados, las tareas de las Cortes, el regreso del rey Fernando, la revolución de 1820, el período constitucional que la siguió, el sitio de Cádiz y la jornada militar que hizo á esta plaza como miliciano movilizado. Y después de este cuadro grandioso y sombrío de costumbres políticas, el cambio operado en la sociedad española, la guerra civil, la vida literaria y el renacimiento de las letras durante los comienzos del reinado de Isabel II. Las *Memorias* de Mesonero constituyen una crónica de palpitante interés y encanto indecible, en la que abundan los retratos de las más ilustres personalidades de la sociedad española, las escenas más típicas y los más acabados estudios del natural. En ellas están nuestros padres con sus entusiasmos, su fe política, su arrojo y sus creencias; una sociedad que se despide, un pasado que se derrumba entre titánicas luchas, para dejar paso á otra sociedad naciente y anémica, falta de toda grandeza, sin ideales que la alentasen ni entusiasmos que la escudaran contra sí propia. A los apasionamientos iba á suceder el indiferentismo, á las luchas de gigantes las mezquinas conspiraciones propias de pigmeos, á las grandes revoluciones los insignificantes motines. Después de setenta años constituye, por ejemplo, consolador recuerdo y glorioso timbre de nuestros padres la sencilla entereza con que el de Mesonero, no queriendo comprar la *Guía Oficial* de los años en que reinaba el dominador francés, ponía en el viejo ejemplar de la de 1808: «Valga para 1809,» «Valga para 1810»..., y años después, cuando José I congregaba á las personas pudientes y procuraba por todos los medios combatir el hambre de Madrid, el mismo Mesonero, padre, á pesar de su buen juicio, sólo transigía con el usurpador hasta decir: «Seguramente este hombre es bueno... *¡Lástima que se llame Bonaparte!*;» bastarían también, entre otros sucesos, la marcha de la Milicia nacional de Madrid á Cádiz, conduciendo los restos de Daoiz y Velarde, á fin de que no pudieran ser profanados por el ejército francés que entraba en España para dar muerte á las políticas libertades. Y cito especialmente este hecho por haber concurrido al mismo, como boletero ó encargado de los alojamientos, el bueno de Mesonero Romanos, que realizó no sin peligros el viaje de ida y todo el de su vuelta á Madrid, ya que no corrió los riesgos de la defensa del Trocadero, debidamente apreciada por los mismos franceses al penetrar victoriosos en la ciudad gaditana.

¿Por qué las *Memorias* alcanzan sólo hasta 1850? La vida privada de Mesonero puede darnos contestación más ó menos satisfactoria á esta pregunta. Años antes, hallándose en París con su inseparable amigo el primer marqués de Valdegamas, presenciando la traslación de los restos de Napoleón I, adquirió un enfriamiento que le ocasionó un principio de sordera, el cual, acentuándose en los años sucesivos, le hizo apartarse del mundo, ó mejor dicho, limitarlo al hogar que había constituído casándose en 1845 con una hermosísima señora, de la que tuvo cuatro hijos (Francisco, Santiago, Manuel y Mercedes). El amor conyugal y los paternos cuidados le ocuparon desde entonces casi por completo, consagrándoselos tan entusiastas y decididos como lo eran todas sus afecciones. El patriota, el fundador de sociedades, el literato bullidor, el hombre de mundo había terminado: quedaba sólo el entusiasta madrileño que por entonces comenzaba á escribir *El antiguo Madrid* y el amante padre que sólo interrumpía sus nocturnas tareas de bufete para ver si sus inocentes y tiernos hijos se hallaban bien abrigados en su lecho y respirando tranquilamente.

MESONERO PERIODISTA

No eran las empresas guerreras, ni aun siquiera en su juventud, lo que más enardecía á Mesonero Romanos. Su estudio de los clásicos españoles y la observación continuada, atenta y juiciosa del modelo vivo, de la sociedad en que se agitaba, le hicieron lanzarse al campo de las letras. Tres años antes del período de la reacción, participando como tantos otros jóvenes de las corrientes liberales y á pesar de contar sólo diez y siete años de edad, trazó unas semblanzas de sus compañeros de estudios y diversiones que lograron de parte de los mismos la mayor aceptación, lo cual le animó á mayor empresa, que realizó escribiendo doce artículos de costumbres, uno para cada mes de 1821. Aquel original nació al pronto con desgracia, porque fué perdido por el autor y no pareció á pesar de haber anunciado su extravió en el *Diario de Avisos*. Esta contrariedad, en vez de desalentarle, contribuyó por el contrario á hacerle insis-

tir; escribió de nuevo los artículos, los llevó á la imprenta anónimamente, y tal fué su éxito que el público se los arrebató materialmente y el periódico *El Indicador*, que dirigía Carnerero, reprodujo uno de ellos. Mesonero, halagado en su vanidad de escritor, se presentó al director del periódico, el cual, como recompensa muy propia de aquellos tiempos, premió al joven que tan notorias muestras daba de su capacidad, invitándole á colaborar gratuitamente en el diario.

La vida periodística de Mesonero, comenzada en 1822 del modo indicado en una publicación que ostentaba el extraño título de *El Indicador de los espectáculos y del buen gusto*, no se reanuda hasta 1835, en que contrata y dirige el *Diario de Avisos de Madrid*, al que lleva su depurado buen gusto, y en 1836 tiene nueva manifestación, que dura hasta 1842, fundando y dirigiendo el *Semanario pintoresco español*, cuna del grabado en madera, refugio de los mejores escritores y colección importantísima dentro de la vida literaria de España. Los hijos de Mesonero Romanos conservan hoy como verdadero tesoro autográfico la mayoría de los trabajos literarios que vieron la luz en dicha publicación.

Nuestro autor no tiene, pues, más que tres referencias en el Catálogo periodístico de Hartzenbusch, hijo; pero le bastaba una sola de ellas, la referente al *Semanario pintoresco*, para crearle una saliente personalidad.

Su verdadera representación está, por lo tanto, en sus libros, y á ellos necesito consagrar algunos párrafos.

EL PRIMER LIBRO

Mesonero Romanos, que desde sus años juveniles anheló y supo consagrar sus esfuerzos al bien de Madrid, renunciando muy temprano, no sólo á la política, sino que también á la bella poesía, y nada conforme por naturaleza é instinto con la escuela romántica, meditó hacer un libro esencialmente madrileño y reconocidamente útil, y que, conforme se diría en nuestro moderno *argot* convencional, había de llenar un vacío: este libro fué su *Manual de Madrid, descripción de la corte y de la villa*. A fines de 1830 la obra estaba escrita y preparada para pasar á la imprenta; pero como era necesaria á la sazón licencia del Consejo de Castilla, Mesonero la solicitó en debida forma, y experimentó gran contrariedad sabiendo poco después que el permiso había sido negado, negativa tan inexplicable como absurda entonces y ahora. El joven escritor hizo gala con este motivo de las energías de su carácter; visitó uno por uno á todos los consejeros, y supo que éstos no habían tenido parte ni intervención en la negativa; recurrió en alzada, apoyado por el presidente gobernador de dicho Consejo; alcanzó al cabo con la licencia la satisfacción de que el subalterno autor de la negativa fuese objeto de un apercibimiento; pasó el manucristo á informe del Ayuntamiento, y una vez aprobado también por éste é impreso en octubre de 1831, pudo el autor entregar los primeros ejemplares á los reyes Fernando VII y María Cristina y escuchar de labios del primero: «Me parece muy bien y muy útil: ya sé que has tenido algunas triquiñuelas con los golillas: son mala gente.»

Mandó á la librería de Cuesta trescientos ejemplares, que juzgó bastantes para varias semanas, y el primer día se agotó la remesa; lo mismo ocurrió en las sucesivas, y la edición quedó agotada en poquísimo tiempo; los grandes prodigaron al autor sus plácemes y la prensa le colmó de alabanzas.

«Por último - dice el propio Mesonero, - el librero Cuesta, apartándose por primera vez del retraimiento usual en el gremio y haciendo alarde de una inaudita magnificencia, se me presentó (concluída que fué la primera edición) con la pretensión de hacer de su cuenta y riesgo la segunda, y para apoyar materialmente la demanda puso además sobre la mesa de mi despacho una *talega* de mil pesos duros, *contantes, sonantes y de cordoncillo* (no se habían inventado todavía los billetes de Banco), con lo cual hube de lisonjearme de que si al genio poético de Bretón le fué dada la gloria de llevar la gente al teatro, á mi pobre y prosaico ingenio le cupo en suerte el no menos difícil, inverosímil entonces, de enseñar al público el camino de la librería.»

LAS ESCENAS MATRITENSES. - EL CURIOSO PARLANTE

Realizado el fin que se había propuesto en el orden descriptivo, acometió Mesonero más agradables empresas, para las que se prestaba admirablemente su espíritu burlón y sus tendencias observadoras. Corrían los años de 1835 al 1840, en los que la literatura española, siguiendo la moda de la francesa, ó acaso superándola en los moldes románticos, se lanzaba á los mayores absurdos. «Hubo momentos - ha dicho nuestro autor - en que la sociedad literaria más se mejaba á un manicomio que á cosa seria y de gente formal...» y en que los poetas «poblaron nuestra atmósfera poética de lúgubres y fantásticas visiones, cuadros sanguinolentos, víctimas y verdugos, castillos feudales, buhos agoreros, puñales y venenos, féretros y responsos...»

Mesonero tomó por el camino opuesto; estudió las clases sociales y las costumbres públicas, profundizó en la vida del pueblo bajo y en la de la clase media, y tuvo el valor de salir al encuentro de las descabelladas tendencias literarias que privaban á la sazón, leyendo en la misma tribuna del Liceo su artículo *El romanticismo y los románticos*. El ridículo pudo más que los gustos dominantes, y el artículo citado señaló el comienzo de la decadencia del romanticismo. Los artículos juveniles del autor habían sido el anuncio, algo incoloro todavía, del nuevo género; pero ya desde el mencionado trabajo y utilizando el éxito que lograba su periódico *El Semanario pintoresco español*, Mesonero fijó su personalidad crítica y festiva, adoptó la firma de *El curioso parlante* y con ella autorizó la colección de sus *Escenas matritenses*, varias veces impresa, y en la cual se leerán siempre con encanto, entre otros escritos, los titulados «Costumbres literarias,» «La comedia casera,» «El día de toros,» «La noche de vela,» «El entierro de la sardina,» «El retrato,» «El recién venido,» «El campo santo,» «La calle de Toledo,» «Una junta de cofradía,» «Madrid á la luna,» «La posada» y «Antes, ahora y después.»

«Las *Escenas matrienses* - ha dicho Hartzenbusch - son una prueba irrecusable de que se puede escribir en el género festivo sin emplear groserías, dicterios ni suciedades, ni hacer agravio á las leyes ni á las personas y sin pedir al idioma francés elegancias que en el nuestro no son de recibo. El Sr. Mesonero ha visto nuestra sociedad tal como es en el día, es decir, separándose mucho de lo que fué, censurando no poco de lo que ha sido, dudosa y vacilante acerca de lo que será en lo sucesivo: así la ha trazado en sus cuadros, pintando tipos generales, en que ninguna persona determinada se encuentra, porque el fin del autor no es mortificar á ninguno, sino buscar el provecho común de todos...»

EL ANTIGUO MADRID

Había realizado Mesonero, en honra del pueblo que fué su cuna, la descripción material y el retrato moral; había pintado la decoración y hecho moverse y hablar á sus figuras; había, en una palabra, publicado el *Manual de Madrid* y las *Escenas matritenses*. Para completar su trabajo érale necesario examinar á la capital española bajo sus aspectos histórico-arqueológico y político, y esto fué lo que realizó más tarde en *El antiguo Madrid* y las *Memorias de un setentón*. De esta última obra he dado ya ligera noticia por haberme servido de guía para gran parte de mi trabajo. En cuanto á *El antiguo Madrid: paseos historico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa*, constituye un acabadísimo estudio histórico-arqueológico, de profunda erudición, en el cual hace ver el autor el Madrid morisco, el Madrid restaurado, los varios recintos que ha tenido, sus más recientes ampliaciones, la historia arqueológica y anecdótica de sus calles, paseos, edificios y monumentos públicos, los recuerdos históricos y literarios que se relacionan con la capital, y cien y cien curiosidades que hacen gratísima la lectura de sus páginas.

Siendo un género que cuenta numerosos cultivadores, *El Antiguo Madrid* es un libro verdaderamente excepcional por lo completo y metódico de las noticias que encierra, por la prolijidad con que en él se desentrañan los puntos más difíciles de la historia, por el severo juicio artístico que lo avalora y por el encanto con que el autor ha sabido resucitar gloriosos períodos de la vida literaria en los antiguos tiempos.

El Antiguo Madrid, pues, es un libro que ha sido y será perpetuamente *nuevo* y singularmente interesante.

TERTULIAS Y AMISTADES LITERARIAS

Durante los últimos años del reinado de Fernando VII, el espíritu de asociación, combatido por su despótico gobierno, se traducía en numerosas reuniones, ya políticas, ya literarias; y Mesonero Romanos, que huyó siempre de las primeras, no pudo sustraerse á formar parte de las segundas.

Figuraba entre las tertulias literarias de la época la que el primogénito del conde de la Cortina, hermano del que fué luego marqués de Morante, tenía en su casa, y Mesonero, muy joven á la sazón, asistía á ella en unión de sus amigos Ugalde, Musso y Valiente, Bretón de los Herreros, Gil y Zárate, Húmara, Castillo y Ayensa, Escosura, Larra, San Pelayo, Vedia, Estébanez Calderón, Segovia, Ventura de la Vega y Caballero (D. Fermín), una nueva y brillante generación que iba formándose casi espontáneamente y que estaba llamada á los éxitos más envidiables. Algunos de los concurrentes habían demostrado ya su valía en empeños dramáticos ó críticos; otros comenzaban á dar sus primeros pasos en el campo de las letras; pero todos, entusiastas por el arte, buscaban nuevos horizontes para el mismo. Innecesario es añadir que los entusiasmos de Mesonero encontraban en aquellas reuniones el ambiente que necesitaban, y que su musa festiva tuvo ocasión de manifestarse en más de una crítica acerada y sangrienta contra los Miñanos, Burgos, Hermosillas y otros representantes de la generación que concluía.

También por entonces figuró en otra reunión menos literaria, á la que su presidente Olózaga tituló de «Los caballeros de la cuchara,» y que, aun consagrada en la apariencia á recreos, excursiones y banquetes juveniles, constituía en cierto modo un núcleo de carácter político. La prisión de Olózaga y de Iznardi abrió los ojos á la juventud que formaba la sociedad, y Mesonero, que no dejó de pasar ciertas inquietudes, pudo consagrarse tranquilamente á sus tareas exclusivamente literarias.

Más en su terreno estuvo, por lo tanto, concurriendo al «Parnasillo,» ó sea á la reunión que por los años de 1830 al 1840 tenían en el café del Príncipe (actual contaduría del teatro Español) los literatos y artistas de la época, y por el cual pasaron Vega, Escosura, Carnerero, Bretón, Ortiz, Pezuela, Alonso (J. B.), Alvarez (Miguel de los Santos), Segovia, Villalta, Gil y Zárate, Doncel, Valladares, los Madrazos, Olona, Diana, Pérez Calvo, Ferrer del Río, Larrañaga, Grimaldi, Peral, Navarrete, Salas y Quiroga, Tejeo, Rivera, Carderera, Esquivel, Villamil, Gutiérrez de la Vega y otros muchos que, si no cultivadores, eran entusiastas por lo menos de las artes y de las letras, protectores de los artistas ó ilustres políticos, como Pacheco, Sartorius, Bravo Murillo, González Bravo, Donoso Cortés y otros que, aunque no con carácter fijo, solían asistir de vez en cuando al Parnasillo, deseosos de olvidar enojosas preocupaciones de gobierno con la amena conversación de los concurrentes al mismo. De dicho café, obscuro, desmantelado y pobre, surgieron las brillantes sociedades que habían de llamarse el Liceo, el Instituto y el Ateneo científico y literario, en todas las cuales formó Mesonero, alegrándolas con su regocijado ingenio, su vasta erudición, su espíritu investigador y su notable memoria. Durante la estancia del Ateneo en la calle de la Gorguera, Mesonero, que fué secretario de su primera Junta directiva, contribuyó en gran modo á su sostenimiento, como había contribuído á su creación.

Más adelante las aspiraciones del hombre grave sustituyeron á las del joven, y sus trabajos en el Ayuntamiento, en el Monte de Piedad y Caja de Ahorros y en la Sociedad económica matritense de Amigos del País quedaron como ejemplo vivo de abnegación y de desinterés por las clases desvalidas, por el progreso moral y material y por el desarrollo de la población madrileña. Si mi propósito no se redujera especialmente á la significación literaria de Mesonero, sería ésta oportuna ocasión de recordar sus numerosos y fecundos trabajos como concejal en beneficio de la población; el cuidado que puso en la conservación de su archivo y fundación de su biblioteca, publicando el catálogo de ésta con numerosas ilustraciones críticas y mereciendo ser nombrado director perpetuo de la misma y comisario nato del archivo; habría de consignar también sus notables iniciativas en la Sociedad económica matritense; lo que auxilió en sus empresas al marqués viudo de Pontejos, de grata memoria, y la parte principalísima que tomó en el establecimiento de la Caja de Ahorros, contribuyendo á que las personas más elevadas de todos los órdenes sociales fueran escribientes gratuitos en aquella institución benéfica que completaba de manera admirable el noble pensamiento del humilde capellán Piquer, fundador inolvidable del Monte de Piedad. Pero esto, prolongando con exceso mi trabajo, le haría á la vez apartarse no poco de su primitivo objeto, y no es este lugar ni ocasión de hacerlo.

El espacio apremia y me es fuerza caminar al final de mi tarea, aunque no sin citar antes los siguientes versos del autor, que retratan maravillosamente su personalidad:

> ...No hay junta ni sociedad
> que no me honre con su voto
> para trabajar de balde
> en los públicos negocios.
> ¿Se instalan cuatro vecinos,
> honrados y filantrópicos,
> para fundar una escuela
> ó una caja de socorros?



REGRESO DE LA CAZA, cuadro de Gustavo Schrodter

Pues me nombran presidente
ó secretario con voto,
y me envían los apuntes
para hacer los monitorios,
¿Se trata de algún proyecto
de asociación, de periódico,
de reforma material
ó instituto filantrópico?
«Extienda usted, D. Ramón,
ese informito de á folio,
ó forme usté el reglamento
que han de discutir los socios.»
No hay un cargo concejil
para el que no me hallen propio,
ni expediente del común
que no venga á mi escritorio.
No hay reunión literaria
que no me cuente por socio;
no hay duro que no me pidan
ni trabajo que no tomo.
Usufructuario de nada,
soy honorario de todo;
figuro en cartas de pago,
nunca en nóminas de cobro.
«Usted, que está tan holgado
(me dice D. Celedonio),
¿quiere usted ser mi hombre bueno
en un juicio de despojo?
Usted que es tan complaciente,
tan servicial y tan probo,
sea usted tutor ó albacea
de éste, de aquél ó del otro.»
No hay autor que no me lea
sus manuscritos narcóticos,
ni periódico de *letras*
que no cuente con mi apoyo.
Ni álbum de uno y otro sexo
que no me demande un trovo,
ni litigante hablador
que no me emboque el negocio.
Huyendo ser publicista
soy público de los otros,
y para no ser electo
tengo que darles mi voto.
A trueque de este derecho
imprescriptible, sonoro,
y en premio al servicio ajeno
y en pago de bienes propios,
recibo cada trimestre
los apremios amorosos
de la patria, pagaderos
á la orden del Tesoro.
Con esta vida que cuento,
con este afán que deploro,
todos me tienen envidia,
yo me compadezco solo.

Mesonero, como queda indicado, fué siempre fiel á las amistades literarias de su juventud y las fué ampliando en lo sucesivo. Jamás se desmintieron sus buenas relaciones con D. Francisco del Acebal y Atarria, con quien empezó á escribir el *Viaje de los dos donceles*, que es sensible no llegase á terminar; fué también compañero consecuente de Ros de Olano, literato de altos vuelos «á pesar de ser militar,» como decía D. Ramón en su escaso afecto á la milicia; dirigió muy prudentes advertencias en los comienzos de su vida literaria al Sr. Cánovas del Castillo, que le había sido presentado por una carta de su tío Estébanez Calderón, y al insigne Pérez Galdós que realizaba en sus *Episodios nacionales* una idea largo tiempo acariciada por él; seguía amistosa correspondencia con el ilustre Pereda, que dedicó á don Ramón su precioso libro *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, y prologueaba á las escritoras Matilde Chesner (Rafael Luna) y Sofía Tartilán, y aun se fijaba benévolamente en la obrilla baladí *Viaje entero alrededor de la Puerta del Sol*, debida á la modestísima pluma que hoy le consagra este cariñoso recuerdo.

El día en que las obras completas de Mesonero Romanos se publiquen con el carácter monumental que reclama su importancia y las ilustraciones artísticas á que tanto se prestan, es seguro que los hijos de *El curioso parlante* las adicionarán con notas de carácter íntimo, que no me hallo autorizado para revelar.

HONORES EN VIDA Y HONORES PÓSTUMOS

D. Ramón de Mesonero Romanos, á pesar de su natural modesto y de su falta de ambiciones, no pudo sustraerse en vida á muchas pruebas de consideración y aprecio. Cuando Antonio Esquivel pintó el cuadro conocido por «de los poetas,» en él figuraba su retrato; cuando Luis López hizo el de «La coronación de Quintana,» la figura de Mesonero no faltaba en la solemne ceremonia del Senado; Rosario Weis, la discípula predilecta de Goya, le hizo un buen retrato al lápiz; D. José de la Revilla, ilustradísimo literato y artista, pintó otro al óleo que hoy conserva la familia; y el mismo literato le hizo firmar en blanco un papel, que luego resultó ser la solicitud para ingresar en la Real Academia Española, donde leyó un discurso de entrada acerca de «la novela en España.» El regente del reino, duque de la Torre, le visitó en su domicilio para felicitarle por sus *Memorias*, y en 1870 recibió otra visita no menos inesperada y agradable, la del excelente alcalde de Madrid D. Manuel María J. de Galdo, que le dijo:

– Soy el alcalde de Madrid y vengo á visitar á quien, como usted, es uno de los más ilustres madrileños...

– No merezco...

– Y á manifestarle que, á propuesta mía y fundado en sus buenos servicios, el ministro de Estado D. Bonifacio de Blas le acaba de conceder la gran cruz de Isabel la Católica.

Sin la generosa y discreta iniciativa del Sr. Galdo, el insigne Mesonero Romanos, gloria de las letras, sólo habría podido ostentar en su pecho... la medalla de miliciano movilizado. Hoy, después de un cuarto de siglo, muerto el agraciado, y paralítico desde hace más de tres años el celoso alcalde de Madrid, constituye para el autor de estos párrafos motivo de legítima satisfacción el poder hacer justicia á dos de los españoles ilustres de este siglo tan calumniado por sus detractores.

Después de su muerte, la Asociación de Escritores y Artistas tomó la iniciativa para que la casa en que había fallecido ostentara su recuerdo, y á muy poco se fijaba en la fachada por la corporación municipal la lápida conmemorativa, con su excelente busto en relieve, labrado por el escultor Gandarias; la calcografía nacional adquirió otra plancha de su retrato; el escultor D. Angel López modelaba su busto para la Diputación provincial; en la misma corporación se inauguraba con su nombre la lápida de mármol blanco consagrada á los madrileños ilustres; celebrábanse veladas conmemorativas en el Ateneo científico y literario, en el Madrid-club, en la Asociación de Escritores y Artistas, en la Unión ibero-americana y en la Sociedad económica matritense, y es de esperar que no terminen aquí sus honores póstumos, si llega á cumplirse el pensamiento expresado por Ros de Olano al decir que Madrid debía dos estatuas á otros tantos Ramones: D. Ramón de la Cruz y D. Ramón de Mesonero Romanos. Bien lo merece el que supo honrar á la capital de España, haciendo colocar los monumentos murales de Cervantes y de Calderón, de Lope de Vega y de Moratín; el que, entusiasta por este último, sufrió no pocos disgustos, adquiriendo la casa que tuvo en Pastrana el autor de *El sí de las niñas;* el que buscando lugar de descanso y recreo para sus continuados trabajos, compró una modesta casita en Carabanchel Alto, desde la cual pudiese siempre ver á la capital, cuya historia, descripción, usos y costumbres había tratado en media docena de libros, que por los muchos méritos que contienen bastan para que de par en par le sean abiertas las puertas de la inmortalidad.

M. Ossorio y Bernard

LOS INVIOLABLES

«No me toque usted á la marina.»
(De una zarzuela bufa.)

¡Me valga Dios!, según dice mi buen amigo Peña y Goñi, cómo y cuánto se han enojado algunos admiradores de Pérez Galdós (Eusebio Blasco entre ellos) porque los *chicos de la prensa* se tomaron la libertad de responder duramente al novelista insigne, que los había llamado, sin mucha suavidad, *monos sabios, juececillos, petulantes, ignorantones* y no sé cuántas otras cosas desagradables. Mi antiguo compañero en *Gil Blas*, Eusebio Blasco, se halla con ese motivo muy acongojado. Y dice que en nuestro país nada se respeta y que esto está perdido.

Tranquilícese, por su vida, el ingenioso escritor festivo, y piense que la cosa no es para tanto; de seguro que ni al mismísimo autor de los *Episodios nacionales* le ha pasado por la imaginación lamentarse tan amargamente como sus amigos – más realistas que el rey ó más *galdosistas* que Galdós – se lamentan.

En resumidas cuentas, ¿qué es lo que ha sucedido aquí para que Blasco y otros impresionables amigos de Pérez Galdós pongan el grito en el cielo?

Nada entre dos platos: que Galdós llevó al teatro de la Comedia una obra titulada *Los Condenados*, y que esa obra no fué del agrado del público; y aquí paz y después gloria.

Pues, señor, ¡si eso es cosa que está sucediendo todos los días, y nadie se asusta, ni se escandaliza por ello!

Muchas veces aconteció lo mismo al gran Bretón de los Herreros, y al insigne Ayala, y al egregio García Gutiérrez; y á Tamayo – ¡el autor de Un drama nuevo! – le ha sucedido también; y al *maestro*, á Echegaray, al ilustre D. José, le ha pasado muchas veces y

«ni han temblado las esferas,
ni se ha hundido el firmamento,»

ni han dejado de ser quienes son, ni de valer lo que valen Echegaray y Tamayo. Como en nada desmerecieron para la posteridad, ni aun para sus contemporáneos, por algunos fracasos que ninguna significación tienen, los autores de *Marcela*, de *El tanto por ciento* y de *Venganza Catalana*.

«El que no quiera ver erratas en sus trabajos, solía decir un literato muy distinguido, que no los imprima, ó que no los lea impresos.» Pues con la misma justicia y acaso con más sólido fundamento podría decirse: «El que no quiera exponerse á sufrir desaires del público, no lleve sus obras al teatro; porque donde menos se piensa salta la silba.» Y quien dice la silba dice las manifestaciones de desagrado, que en algunas ocasiones y sobre todo en algunos teatros suelen ser más cultas; sin que sean por eso menos mortificantes para el poeta.

Y esas muestras, más cultas ó menos cultas, de desagrado, no significan, ni han significado jamás, ni significarán nunca falta de respeto, ni mucho menos olvido de los méritos contraídos por este ó por aquel dramaturgo; significan solamente que la obra de que se trata no ha gustado á los espectadores: ni más, ni menos.

Que la comedia rechazada por el público puede ser muy buena; que acaso otro público la acepte y aun la aplauda, no lo niego, ni lo niega nadie, ni lo negaría siquiera el mismísimo público que la ha rechazado, si alguien se lo preguntase. Porque el espectador se limita á decir lisa y llanamente: «Esto me aburre, ó me disgusta,» y no se mete en otros dibujos.

En el caso del eminente Pérez Galdós hubo más; hubo que Pérez Galdós imprimió su drama *Los Condenados*, en lo cual me parece que hizo muy bien, y además escribió un prólogo en que trataba con soberano desdén á los *chicos de la prensa*, en lo cual me parece que ya no hizo tan bien como en lo otro Los *chicos de la prensa* replicaron á Galdós en el mismo tono, ó acaso extremando más la nota agresiva, y en tal estado habría *fincado* el pleito sin la peregrina ocurrencia de algunos amigos del gran novelista, que, imitadores del *Corregidor de Almagro*, salieron á romper lanzas en defensa de quien, seguramente, se basta y se sobra para defenderse á sí mismo si lo considera necesario.

Confieso que entre todas esas ocurrencias á que me refiero, la que me ha sorprendido más es la de mi camarada Eusebio Blasco, porque demuestra un desarrollo extraordinario en el que llaman los frenólogos órgano de la veneración, que nunca lo había yo conocido.

«Que aquí no se respeta nada,» exclama, casi con lágrimas en los ojos, el ingenioso y célebre autor de *Los curas en camisa*; ¿y por eso se aflige Blasco? Pues hace ya mucho tiempo que debería andar afligidísimo.

Esa que á Blasco le parece falta de respeto, es enfermedad que hemos padecido todos. El mismo D. Benito Pérez Galdós escribe en su prólogo (que aparte de los denuestos á la prensa es un trabajo primoroso y admirable): «En mis verdes años padecí, como tantos, ese sarampión de las letras, que consiste en la fiebre del criticismo impertinente. Contraviniendo la ley de la Naturaleza, por la cual el juzgar las obras del entendimiento es labor más propia de la madurez experta que de la infancia presumida, lancé á la publicidad innumerables escritos de ciencia literaria; me metía con todo el mundo, daba consejos á los mayores en edad, saber y gobierno, y sostenía con pueril gravedad los mayores desatinos. Verdad que nadie me hacía caso, y por esto sin duda llegué á comprender, con la ayuda de Dios, que por aquel camino no se iba á ninguna parte. Rasgué mi toga de juececillo literario y busqué en la reflexión y en el trabajo la senda verdadera.»

Pues bien: en estas niñerías que el insigne Galdós confiesa con sinceridad noble y con encantadora ingenuidad, hemos incurrido todos ó casi todos: ¿qué mucho que ocurra ahora algo parecido? ¿Y por qué lo mismo, mismísimo que hecho por nosotros nos parecía entonces muy bien, y aun ahora, visto desde lejos, se nos antoja pecadillo venial, ó travesurilla pueril disculpable por los pocos años, ha de ser calificado, si en otros lo vemos y, sobre todo, si contra nosotros va, de crimen horrendo y delito imperdonable?

Hay ahora, como hubo siempre (y menos que en otros tiempos, desde luego), muchachos petulantes, jóvenes fatuos que encaramados *per accidens* en la tribuna de algún semanario, generalmente de vida muy precaria y muy corta, expiden, porque sí, credenciales de autor dramático á quien bien les parece y se las niegan á otros, porque sí también; que definen *ex cathedra* sobre el mérito ó demérito de obras que no han leído y de las cuales, si las leyeran, no entenderían una palabra; pero eso que hubo antes y que habrá siempre, no es la crítica, ni es la prensa; de esos sabios, como dice francamente nuestro Galdós,

nadie hace caso, y ellos mismos, después de varias tentativas infructuosas se convencen, lo mismo que se convenció el autor de *Realidad*, de que *por ese camino no se va á ninguna parte* y optan entre abandonar el campo, yermo para ellos, de la literatura y de la crítica, ó buscar en el trabajo y en la reflexión la senda verdadera.

Prescindiendo, no obstante, de esos desdichados, que en todos tiempos han constituído la excepción y que van siendo cada día menos numerosos, y prescindiendo asimismo de tal cual ciudadano que hace de la prensa instrumento de sus odios personales, ó de sus envidias, ó de rencorcillos ruines y cuyos desmanes y cuya miseria no pueden, ni deben, en justicia, ser achacados al periodismo - porque siempre fué irracional y absurdo atribuir faltas del individuo á colectividades; - prescindiendo, repito, de esas excepciones, la regla general, tratándose de la prensa, y muy principalmente de la prensa española, es que dominen en ella tonos de templanza y de consideración y de respeto; que se vea en sus juicios, en lo que á literatos se refiere, benevolencia y aplauso, acaso excesivos.



La vuelta del hijo pródigo, cuadro de Luis Dettmann

Pero si en alguna ocasión, por circunstancias cualesquiera, se echan de menos ese comedimiento respetuoso, esas cariñosas benevolencias, ¿somos nosotros, los que hemos pasado gran parte de nuestra vida esgrimiendo las armas de la sátira y ridiculizando personajes é instituciones, los autorizados para reclamar respetos que no hemos guardado y consideración que no hemos tenido?

¡Ay, inolvidable compañero, antiguo y siempre querido amigo Blasco!, esa falta de respeto de que ahora tan amargamente te quejas, era precisamente lo que más deleitaba á nuestros lectores de *Gil Blas*. Y sin embargo, ni las chispeantes caricaturas de aquel excelente y nunca olvidado Ortego, ni tus desenfadados artículos llenos de donaire y de sal, ni los versos tan buscados de nuestro *Manolico Palacio*, ni los intencionados y hondos sarcasmos de Roberto Robert, ni lo mucho que entonces escribíamos unos y otros, sin respeto á nada, ni á nadie, combatiendo falsos prestigios y socavando injustificadas grandezas, se consideró por persona alguna pecaminoso, ni funesto.

En las grandes perturbaciones sociales, lo que debe hundirse se hunde, lo que merece flotar flota, y ahí tienes flotando hoy en la superficie de las aguas que tantas reputaciones anegaron, el nombre de *Bretón de los Herreros* que tuvo innumerables detractores, y de *Moratín* que aún tuvo más, y que tuvo también, más que detractores, encarnizados enemigos.

¿Y á qué citar más, si todos los que algo valieron



La prueba del agua fuerte, cuadro de L. Galliac (Salón de los Campos Elíseos de París)



EL LAÑADOR, dibujo original de Isidoro Marín



GITANA PRENDERA, dibujo original de Isidoro Marín

han sido en su tiempo discutidos y aun condenados?

Y aquí y allí, en España como en Francia, en Europa como en América, cuando todo se analiza y se discute todo; cuando la crítica no perdona ni la obra del sabio, ni la labor del político, ¿vamos á pretender *nosotros* que tal poeta ó cual escritor, que este novelista ó aquel dramaturgo, porque son amigos nuestros ó porque sus obras nos deleitan, sean declarados inviolables?

Esa pretensión (mi amigo Eusebio lo reconoce lo mismo que yo) es una verdadera niñería.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

NUESTROS GRABADOS

S. M. el rey D. Alfonso XIII, busto en mármol de Agustín Querol. – Por encargo especial de S. M. la reina regente y con destino al real palacio de Madrid ha modelado nuestro asiduo y querido colaborador señor Querol el busto de nuestro augusto monarca que reproducimos. Como en todas las obras del laureado artista tortosino, admírase en ésta, además de la finura y suavidad de las líneas y de la exactitud del parecido, el soplo de vida que sólo los grandes talentos saben infundir en el pedazo de mármol á que el cincel da forma, y sin el cual la materia inanimada, por hábiles que sean las manos que la modelen, nunca producirá esa emoción estética que debe ser el principal fin del arte. El busto de Su Majestad el rey D. Alfonso XIII fué premiado con medalla de oro en la Exposición Internacional de Bellas Artes celebrada en Viena el año último, y este es el mejor elogio que de la obra puede hacerse, pues sabido es cuán parcos se muestran los jurados de tales certámenes en conceder tan altas recompensas á los artistas extranjeros.

Regreso de la caza, cuadro de Gustavo Schrodter. – Esta bonita obra del celebrado pintor alemán Schrodter es un bellísimo estudio de figura: a poco que se examine con alguna atención el grupo que forman los dos jovenes que amorosamente se abrazan, se verá cuan perfectamente trazados están, así el mancebo que regresa de su excursión cinegética con no despreciable botín, como la hermosa doncella á quien aquél sorprende camino de la fuente y que detiene su paso para dar con sus brazos la más dulce bienvenida á su amado cazador. Contribuye á aumentar el efecto del grupo el fondo obscuro de rocas sobre que se destaca y que apenas deja entrever allá á lo lejos un pedazo de cielo azul y transparente.

La vuelta del hijo pródigo, cuadro de Luis Dettmann. – Este cuadro confirma lo que en distintas ocasiones hemos dicho, á saber: que las ideas más gastadas y más viejas pueden revestir formas completamente nuevas cuando las trata un artista de verdadero talento. La parabola bíblica del hijo prodigo ha sido explotada por artistas de todos los tiempos; a pesar de ello, el notable pintor alemán Luis Dettmann ha logrado dar con una nota completamente nueva, pues en vez de presentarnos al hijo pródigo recibido amorosamente por los suyos que ante el placer de volver a verle olvidan los disgustos por su causa sufridos, nos lo presenta postrado de hinojos sobre la tumba de sus padres, derramando lagrimas de arrepentimiento y de dolor por no haber recibido el ultimo beso y el perdón de aquellos que quizás no pudieron sobrevivir al pesar del triste abandono en que su hijo les dejara. El lienzo de Dettmann, de concepción valiente y de ejecución sobria, es de un gran efecto dramatico, tanto por la vigorosa expresion que en su actitud tiene la figura, cuanto por la impresion de tristeza que produce la contemplación de aquel humilde y desolado cementerio.

La prueba del agua fuerte, cuadro de L. Galliac. – Figuró este cuadro en el último salón de los Campos Elíseos de París y mereció la atención del público y la alabanza de la crítica, que admiraron y ensalzaron en él la verdad con que estan trazadas las figuras, la naturalidad de expresión de sus caras y las delicadezas de ejecución que se advierten aun en los menores detalles del lienzo y que permiten apreciar en todo su valor el hermoso grabado de Baude que reproducimos.

El lañador, Gitana prendera, dibujos originales de Isidoro Marín. – Formada la nacionalidad española por la reunión de diversas provincias, antes autónomas é independientes, ofrece cada una de ellas carácter y tipos distintivos, tan opuestos y variados cual lo es su situación en la península. De ahí que sea tan extenso en nuestra patria el campo de observación y estudio que se ofrece al artista.

La región andaluza es la que quizás se presta más para que el pintor pueda hacer gala de su habilidad trasladando al lienzo los admirables contrastes de luz y tonos que presenta aquel país en donde todo parece que se agita, brilla y sonríe, cual si la plétora de la vida se manifestara, así en la naturaleza como en los que de ella viven.

Isidoro Marín, el ya distinguido pintor granadino, ha mucho tiempo que se dedica con plausible deseo á dar á conocer los tipos y costumbres de su ciudad querida. Nuestros habituales lectores recordarán algunos de sus preciosos dibujos, no menos interesantes que los populares y conocidos del *lañador* y la *gitana prendera*, que hoy nos cabe la satisfacción de reproducir en estas páginas.



¿A cuál de las dos?, cuadro de Félix Mestres

Idilio pastoril, cuadro de Juan Muzzioli. – Recientemente se ha celebrado en Módena una exposición de cuantas obras pudieron reunirse del malogrado Muzzioli, el pintor poeta de las flores y de los idilios, algunos de cuyos principales cuadros hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Entre ellas figuraba el *Idilio pastoril*, una de las últimas producciones del afamado artista italiano.



Idilio pastoril, cuadro de Juan Muzzioli

¿A cuál de las dos?, cuadro de Félix Mestres. – No en vano supusimos, al ocuparnos por primera vez en las páginas de esta revista de una de las obras del joven pintor Félix Mestres, que en breve nos ofrecería nueva ocasión en que poder celebrar otras y más importantes producciones. Entonces dió muestras de su laudable empeño y de sus cualidades, y el cuadro que motivó las líneas que le dedicamos podía considerarse como un feliz tanteo. Hoy, el nuevo lienzo revela un progreso, un adelanto que atestigua el resultado del estudio y avalora las condiciones del artista. El asunto, si bien trivial, es simpático y agradable, pues retrata un cuadro de nuestras costumbres y tipos verdaderamente copiados del natural. Dos modistillas á quienes sigue un joven estudiante, y que en su inocente coquetería pregúntanse cuál de las dos es la preferida, es el motivo que ha servido al joven pintor para producir su bello cuadro.

Fausto en la Alcarria, dibujo original de Cecilio Pla. – Una garrida moza acompañada de su vejecita madre y un robusto y enamorado galán con la cabeza ceñida por típico pañuelo, que apoyado en la baranda del puente que da entrada al villorio alcarreño se convierte en inconsciente Fausto, sirvió á nuestro amigo y distinguido pintor Cecilio Pla para producir el bonito é interesante dibujo que figura en la última página de esta revista. Sencillo podrá ser el tema, pero no exento de interés y altamente recomendable por ser un buen estudio del natural, tan bien observado, que no titubeamos en aplaudirle por su fidelísima interpretación.

Quien haya recorrido la comarca alcarreña no podrá olvidar la sabrosa miel de sus tradicionales colmenas ni los bellos tipos de sus mujeres, hermosas á pesar de su antiestético traje, airosas y gallardas á pesar de sus múltiples é informes faldas de burda franela, y con cierto encanto, que acrece en su ovalado rostro el negro marco que forma el casco de la mantilla.

MISCELÁNEA

Teatros. – *París.* – Pocos éxitos pueden compararse al obtenido por el famoso poeta Francisco Coppée con su última obra *Pour la Couronne*, drama en cinco actos y en verso estrenado en el Odeón, que por la sobriedad de su composición y por la maravillosa pintura de los caracteres recuerda la pureza clásica de las tragedias antiguas. La idea que preside en el argumento es grandiosa, la acción se desenvuelve lógica y vigorosamente, dando lugar á varias escenas magistralmente desarrolladas y á situaciones de gran fuerza dramática y de sorprendente efecto. El drama está escrito en hermosos versos. Al decir de los críticos franceses, el estreno de *Pour la Couronne* señalará una fecha memorable en la historia del teatro francés contemporáneo y el triunfo alcanzado por Coppée recuerda las más grandes victorias de Víctor Hugo. Se han estrenado también con buen éxito en el Gymnase *L'Age difficile*, comedia en tres actos de Julio Lemaitre, de argumento interesante, pero con situaciones altamente escabrosas desde el punto de vista de la moral; en Porte-Saint-Martín *Le Collier de la Reine*, comedia de gran espectáculo en cinco actos y trece cuadros de Pedro Decourcelle, tomada de la conocida novela de Alejandro Dumas del mismo título y que ha sido puesta en escena con gran lujo é intachable propiedad; en Folies Dramatiques *Nicol-Nick*, vaudeville opereta de Raymond y Mars con bonita música de Roger, éste y aquéllos autores de la tan celebrada opereta *Les 28 jours de Clairette*, traducida al español con el título *El húsar*; y en los Bouffes Parisiens *La Duchesse de Ferrare*, bonita opereta en tres actos de Boucheron y Audran. En Varietés se ha reproducido con gran aplauso la antigua opereta de Hervé *Chilperic*, que ha sido admirablemente presentada.

Madrid. – En el Real ha cantado con gran éxito la aplaudida tiple señorita Carrera; la señorita Calvé hubo de abandonar precipitadamente la corte después de haber cantado con gran aplauso *Cavalleria rusticana*. Se han estrenado con buen éxito: en Lara *Los... de Ubeda*, graciosa pieza en un acto de Fiacro Irayzoz, y *Quisquillas*, comedia en dos actos arreglada al francés por los Sres. Flores García y Romea, abundante en chistes y situaciones cómicas; en la Comedia *La fierecilla domada*, traducción muy bien hecha por D. Manuel Matoses de la celebrada comedia de Shakespeare *Taming of the shrew*, que Novelli nos dió á conocer con el título de *La bisbetica domata*; en Martín *[illegible] y sin título*, chistoso juguete en un acto de D. Eduardo Sánchez Castilla; y en Romea *Mujer y ruina ó Marquita Stoy-que-Ardo*, graciosísima parodia de *Mujer y reina*, letra de Felipe Pérez y música del maestro Rubio. *Domingo de Ramos*, la zarzuela de Miguel Echegaray y del maestro Bretón con tanto afán esperada por los que recordaban los últimos triunfos de tan celebrados autores, ha sido recientemente estrenada en Apolo, no habiendo correspondido el éxito á las esperanzas concebidas. El éxito mayor de la temporada actual ha sido *Mancha que limpia*, hermoso drama en tres actos y en prosa de D. José de Echegaray, últimamente estrenado en el teatro Español.

Barcelona. – En el Liceo han terminado las representaciones de ópera: con motivo del beneficio de la señora Darclée, que fué un verdadero acontecimiento artístico, estrenóse la conocida ópera en dos actos de Leoncavallo *I Pagliacci*, interesante cuadro dramático con [illegible] música del género italiano, que fué muy aplaudido. En el Principal actúa una compañía de zarzuela, de la que forma parte la aplaudida tiple Sofía Romero y que ha estrenado con buen éxito *Amores de un veneciano*, bonita zarzuela en dos actos de los Sres. Caballé y Torrents con linda música del maestro D. Julio Pérez. En Novedades se representa la popular comedia de magia de Hartzenbusch *La redoma encantada*, puesta en escena con gran aparato y con hermosas decoraciones del Sr. Soler y Rovirosa.



En tiempo de mi abuelo corría ya por aquí, dijo el viejo Cojola

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Pero la *Cabellera de Magdalena* no parecía dispuesta á esperar el verano para desaparecer completamente.

Disminuía á la simple vista; su murmullo se oía cada vez menos; ya no tenía espuma ni neblina, y de repente no quedaron de ella más que algunos hilos líquidos.

–¡Ah, santos ángeles!, exclamó Poupotte. ¿Será esto el fin del mundo?

– El diario le anuncia para el año próximo, repuso Hilloune, la criada de Roumigas.

Todos estaban trastornados, y durante veinte segundos nadie pronunció palabra.

– Amigos míos, balbuceó el padre Bordes, volvamos á la iglesia, porque hemos pecado gravemente al distraernos así: recemos al Señor, y tengamos confianza en él.

El sacerdote fué el primero en dar el ejemplo; pero sus piernas flaqueaban; un sudor frío inundaba sus sienes, y temió caer sobre los escalones del altar.

– ¿En qué habíamos quedado?, preguntó al monaguillo.

– ¡El señor cura se lavaba las manos!, contestó Augusto.

– Es verdad; prepara las vinajeras...

Y el sacerdote continuó el oficio desde las ablucio-

nes; pronunció la última oración con labios impacientes, y volviéndose hacia los fieles murmuró:

– *¡Ite, missa est!*

– *¡Deo gratias!*

Pero no había nadie en la iglesia, porque los tres fieles, aturdidos por el incidente, permanecían aún delante de la cascada.

El padre Bordes se despojó de sus vestiduras sacerdotales y fué á reunirse con su gente.

– Y bien, dijo, ¿ha vuelto el agua?

– ¡Ah, señor, muy lejos de ello, se ha ido del todo!

El cura se tambaleó, pues era verdad; sobre el granito negro apenas corrían ya algunas gotas cristalinas; ya no había chorro, ni ruido, ni arco iris: la *Cabellera de Magdalena* no era más que un recuerdo.

– ¡Es posible!, balbuceaba el padre Bordes con labios temblorosos. ¡Es posible!..

De repente corrió hacia el presbiterio para ver la cosa más de cerca, y lo mismo hicieron Augusto, Poupotte y Roumigas, pues Hilloune, más filósofa, recordó que ya era hora de espumar su olla.

– Vuelvo á casa, dijo á su amo.

Y se alejó sola.

El padre Bordes llegó á su jardín, adelantóse en medio de los árboles, y se acercó á las rocas donde la *Cabellera de Magdalena* chocaba aún la víspera con tanto ruido. Ahora todo era silencio, duelo, desolación; y el bueno del cura no pudo hacer más que levantar los brazos, murmurando siempre:

– ¡Es posible, es posible!

Volvió á su casa, y fuése hacia el taller; pensaba en el torno, en su magnífico torno hidráulico, establecido á grandes expensas por un ingeniero de Bayona. Allí se detuvo delante de sus ruedas, sus sierras, sus líneas de hueveras; y dió vuelta á la llave, aquella preciosa llave que hacía funcionar el aparato; pero nada se movió.

Entonces, agobiado por un pensar profundo, sentóse delante del torno, en medio de las virutas, sobre un banco donde aún se veía serrín.

– ¡Bah!, exclamó el brujo, que le había seguido. ¿Por qué se ha de contristar usted tanto? Tenga un poco de paciencia, que ya volverá la cascada. ¡Es imposible que se detenga tanto tiempo! Preciso es que toda esa agua vaya á alguna parte.

En efecto, era forzoso que volviese, y no podía ser otra cosa. Tal fué también la opinión de Poupotte, pues una cascada tan regular que se había visto toda la vida correr por el mismo sitio, no podía irse así con la música á otra parte, diciendo: «Hasta la vista, señores;» y era inadmisible que faltase á las buenas formas tanto tiempo.

– ¡Bah, algún alud habrá hecho eso!, continuó el brujo: un peñasco sin duda, una roca desprendida, que obstruye el canal una hora ó dos, así como un cálculo, y dispense usted la comparación, señor cura, impide al enfermo á quien aqueja obrar cuando lo necesita.

Todas estas explicaciones tranquilizaban al padre Bordes.

– Sí, eso debe ser, dijo con expresión de confianza; no puede ser otra cosa. La cascada volverá de un momento á otro, y mucho más fogosa, á causa de la acumulación de las aguas... ¡Con tal de que no me tronche mis árboles!..

Pero en el mismo instante abrióse la puerta del taller violentamente.

– ¡Señor cura, gritó Hilloune, he encontrado á la cascada en el camino!

– ¿Cómo es eso?

– Cae allá abajo, al otro lado de la iglesia; produce un estrépito infernal, intercepta todo el camino, de modo que no hay medio de volver á nuestra casa.

Esta noticia trastornó á todo el mundo: el padre Bordes se precipitó fuera: Augusto, Poupotte y Roumigas se lanzaron en pos; después de atravesar el jardín, corrieron hacia la iglesia, y muy pronto vieron una cascada magnífica, asombrosa, que saltando desde una altura de más de cien pies, arrastraba restos de rocas entre su espuma.

– ¡Ah!, exclamó el padre Bordes, ahora cae en las tierras de Silverio. ¡Es de él!

Y se detuvo desconcertado, con ojos que revelaban el estupor.

– ¡Pardiez, sí, es bien suya!, confirmó Roumigas, después de haberse adelantado para examinar la cosa. La cascada pasa entre su cabaña y su prado, y aquí no cabe error.

Hilloune, Poupotte y Augusto miraron los postes, y su parecer fué unánime; después su sorpresa se tradujo en violentas exclamaciones.

– ¡Santos ángeles!, dijo Poupotte. ¡Qué suerte tiene ese Montguillem!

– De seguro que él también hará pagar cincuenta céntimos por verla.

– ¡Cincuenta céntimos, mujer de Dios! ¡Sería muy poco, pues esa cascada vale por lo menos setenta y cinco céntimos! ¡Es mucho más hermosa que la otra!

– ¡Tunante de Silverio! ¡Es una fortuna llovida del cielo!

– ¿Dónde está?

– No se le ha visto hace una semana.

– No debe saber esto.

– ¡Sería necesario avisarle, pardiez!

– Voy á ver si está en la gruta, dijo Augusto.

Y se alejó rápidamente en dirección á la vivienda de Silverio.

Pero volvió casi al punto, gritando:

– ¡Está cerrado, no he visto á nadie!

– Ha ido á España, dijo Laroque el contrabandista, que llegaba corriendo; ahora debe hallarse en el Monte Perdido con unos ingleses. ¡Ah, qué suerte tiene ese hijo del diablo!.. ¡Felices, padre Bordes y la compañía!

Los vecinos de Gargos acudían entretanto por todas partes; la noticia había circulado ya por todo el pueblo, y los habitantes, siempre curiosos, iban á ver la cascada del guía. Las casas se desocupaban; de ellas salían hombres con las mangas de la camisa arremangadas hasta el codo y llevando en la mano una garlopa ó un martillo; mujeres en chambra que mondaban legumbres, y niños tiznados de hollín ó manchados de barro, que corrían delante de todos; también llegó Bertrán Cojola, el viejo centenario, encorvado como un arco, exponiéndose sin duda á romperse la columna vertebral; levantó la cabeza para mirar allá arriba la depresión de granito por la que se despeñaba la nueva cascada; examinó la cosa con sus ojos opacos, reflexionó un instante, y después dijo con su boca sin dientes:

– ¡En tiempo de mi abuelo corría ya por ahí!

– ¡Pardiez!, exclamó el hechicero, pues entonces hay muchas probabilidades de que continúe como está. ¡Señor cura, usted no era más que un simple inquilino; la finca deja de pertenecerle!

El padre Bordes, con la boca abierta y las manos cruzadas á la espalda, escuchaba todo esto sin decir nada, pues las palabras del viejo le infundían espanto. ¡Era posible que la *Cabellera de Magdalena* hubiese corrido por allí en otro tiempo! En tal caso no hacía más que recobrar su antiguo lecho, después de haberle abandonado durante un siglo ó dos. ¡No, esto era demasiado terrible!

– ¡Ese viejo es un idiota!, exclamó señalando á Cojola, y chochea cuando refiere tales cosas. ¡La cascada ha corrido siempre por delante del presbiterio!

El sacerdote estaba pálido de cólera; Poupotte lo notó y acercóse á él atemorizada.

– Señor cura, dijo, está usted pálido como un difunto; volvamos á casa, porque estas emociones le matan. ¡Ah, santos ángeles! ¿Sería posible que enfermase usted por tan poca cosa?

Y se llevó á su amo suavemente, cogido de la mano, como se lleva á un ciego. El sacerdote se dejó conducir; estaba como alelado, y á intervalos oíasele murmurar su frase acostumbrada: «¡Es posible, es posible!»

. . . .

Silverio no había perdido el tiempo en el Gargos: en ocho días voló la mole conocida de Jacobita, la roca que impedía al torrente de Pichemule seguir su curso primitivo.

Ruda había sido la faena: las cinco cajas de pólvora suministradas por Laroque no fueron suficientes, y Silverio debió ir á comprar otras muy lejos, pues temía infundir sospechas á la gente del país. Cierto es que el contrabandista no se jactaría de haberle vendido pólvora, pero los traficantes de Aigues-Vives no tendrían las mismas razones para guardar silencio, y hubieran podido hacer revelaciones enojosas. Silverio, pues, había ido á Cauterets para comprar pólvora, y en esta misma ciudad adquirió algunos metros de mecha, un taladro, un martillo y varias herramientas. La roca que debía desencajar ó destruir se hallaba á mil novecientos metros de altura, en una vertiente muy empinada, cerca de una meseta cubierta de nieve; y el montañés no temía que se le molestase en sus trabajos. No viendo por allí á nadie, comenzó su obra con intrepidez; no debía pensar en hacer rodar la roca, pues cincuenta caballos no habrían sido suficientes para moverla; y por lo tanto se resignó á fraccionarla poco á poco á fuerza de barrenos. Empleaba medio día para abrir un agujero en la mole granítica, y algunas veces la explosión no arrancaba más que un fragmento insignificante. Sin embargo, persistió con tenacidad en esta tarea, aplicándose á ella día y noche; cuando experimentaba desaliento pensaba en Jacobita, y al punto sentíase con bastante fuerza para triturar la montaña.

Mientras que Silverio trabajaba, *Morrudo* recorría las pendientes inmediatas en busca de pasto, y como no encontraba gran cosa enflaquecía cada vez más; de vez en cuando miraba á su amo con ojos tristes, pensando tal vez en los buenos rábanos del padre Bordes, en las deliciosas berzas que le había llevado en otro tiempo una linda joven, de dulce voz y brazos perfumados.

En cuanto á Silverio, iba á comer patatas y á beber leche dos veces diarias en una granja que había en la vertiente occidental de la montaña, y por la noche, cuando el cielo estaba despejado, cortaba brezos, rododendros y ramas de pinabetes, y encendía una gran hoguera en la vertiente Noroeste del Gargos, por el lado de Pau, á fin de que Jacobita, con los brazos apoyados en alguna ventana de su convento, se estremeciese de placer al observar aquel resplandor rojizo y se acordase un poco del pequeño montañés que iba á soñar con ella.

En la noche del 9 de mayo, cuando estuvo seguro de lograr su objeto, Silverio no pudo reprimir su alegría. Ayudado por *Morrudo* llevó todo el ramaje de un pino rojo á la cima del Gargos y encendió tres hogueras enormes para indicar á Jacobita que estaba á punto de realizarse un acontecimiento extraordinario. Trabajó toda la noche, disgregó las últimas moles, y esta vez las detonaciones se oyeron hasta en la llanura: éstas fueron las que Roumigas tomó por ejercicios de cañón. A las siete de la mañana el nuevo lecho del torrente quedaba definitivamente abierto, y el agua de la *Cabellera de Magdalena*, tropezando con una presa que Silverio había levantado con fragmentos de roca, cambiaba poco á poco de dirección. Dos horas después abandonaba completamente el antiguo lecho y precipitábase á lo largo de un árido barranco hacia el pueblo de Gargos

Entonces el guía bajó de la montaña corriendo, llegó á una estribación desde donde se divisaba el caserío y vió el agua espumosa saltar entre las piedras, enfilar la galería de los aludes, rozar la gruta, rebotar sobre la alta barrera de granito y lanzarse después desde una gran altura por el otro lado de la iglesia, es decir, en su dominio.

– ¡Ya está!, se dijo.

Y tendiendo el puño hacia el presbiterio, añadió:

– ¡Ah, tú me maltratabas! ¡Esto te servirá de lección!

Pero el guía fué, sin embargo, prudente, y no trató de regocijarse con su triunfo desde luego. Remontó á lo largo del nuevo torrente, desviando con su palanca de hierro las piedras que entorpecían el descenso de las aguas, y llegado á la bifurcación de los dos lechos borró las huellas de sus pies, recogió los cabos de las mechas, los escombros cuyas fracturas parecían demasiado recientes, adoptando en fin, todas las precauciones apetecibles para que no se pudiese atribuir la inconstancia de la cascada á una causa artificial, á una desviación atrevida.

– ¡Bah!, se dijo. Dudo mucho que el señor cura llegue alguna vez hasta aquí, pues no conoce el camino por donde podría venir, y si por casualidad quisiera subir á estos sitios remontando el lecho del antiguo torrente, encontraría algunos pasos donde su barriga no estaría muy á gusto.

A mediodía Silverio ocultó sus herramientas debajo de una roca, montó en su mulo, dirigióse hacia el Sud, para ir á tomar, á orillas del torrente de Ribenac, el camino de España que conduce á Aigues-Vives, y á las tres menos cuarto llegaba á Gargos.

Para disimular mejor, no fué directamente á su casa, y condujo á *Morrudo* á la del carpintero Artiguenabe, donde solía comer. Apeóse, ató el ronzal del mulo á la argolla de la casa, empujó la puerta, saludó á la gente y preguntó si quedaba todavía alguna cosa que comer.

– ¡Cómo, eres tú!, exclamó al punto Artiguenabe. Me han dicho que vuelves del Monte Perdido. ¿Es así? ¡Feliz muchacho, no sabes lo que te espera!

– ¿Qué ocurre?, preguntó Silverio con voz bastante natural.

– ¿Qué ocurre? Has de saber que el pueblo está todo alborotado por causa tuya. ¡Mira! ¿Ves allá abajo aquella multitud junto á la iglesia?

– ¡Calla, es verdad! ¿Y por qué está ahí toda esa gente?

– ¡Sígueme y pronto lo sabrás!

– Déme usted primero de almorzar, y después iremos.

Pero el carpintero no tenía tanta paciencia; quería enterar del hecho á su amigo, y llevándosele consigo hízole correr y le enseñó la cascada con ademán de triunfo.

– ¿Lo hubieras creído?, exclamó. ¡Qué suerte tienes, muchacho! Eso es ahora tuyo, porque el agua corre por tu propiedad. Al cura le ha dado ictericia á causa del disgusto.

Silverio supo conservar una actitud conveniente.

– ¡Qué agradable sorpresa!, murmuró. ¡Es una cascada muy hermosa!

—¡Sí, una cascada magnífica, muchacho! Vale cincuenta mil francos como un céntimo. Solamente se trata de saber arreglarla, y yo te propondré un plan, pues tengo uno soberbio. Quiero que te aproveches bien. ¡Qué diablos, al fin somos compañeros!

—Pero ¿cómo ha sucedido eso?, preguntaba Silverio aparentando un asombro cada vez más natural.

—¡Oh! Es muy sencillo. ¡Un alud, contestó Artiguenabe sin vacilar; un gran alud que se ha detenido en su marcha, enviando una roca al canal del padre Bordes!.. ¡Ah, muchacho, cómo me alegro por ti!

Silverio pareció muy satisfecho de la explicación, y tres ó cuatro personas que había allí se la repitieron. Era un alud enorme, que seguramente se hubiese llevado el resto de la iglesia si hubiera seguido adelante; una mole tan grande como el hotel de Inglaterra, y varias personas la habían visto desprenderse la víspera á las seis y cuarto...

—¡No, á las siete menos cinco!, interrumpió Augusto, que estaba siempre allí. ¡A las siete menos cinco; yo mismo la he visto detenerse!

Todo el mundo miró al muchacho; las mujeres le pidieron detalles, y él dió más de los que querían. Dos ó tres días después, habiéndolo repetido á doscientas personas, creyó sin dificultad haber visto verdaderamente el alud, y varios de sus compatriotas tuvieron la misma convicción. Poco á poco el hecho llegó á ser histórico, y hasta el corresponsal de la *Pequeña Gironda* lo telegrafió, haciendo publicar un artículo con el título de *Hazañas de un alud*. La fecha se consagró, así como también la hora, las siete menos cinco..., y Augusto pudo gloriarse de ello.

Persuadido ya de que ninguno de sus paisanos sospechaba la verdad, Silverio dió libre expansión á su alegría. Miró la cascada por todos lados, calculó su altura y su caudal, y fué á ver el efecto que producía desde la iglesia, desde el camino y desde el extremo de la aldea. Como el agua atravesaba el camino interrumpiendo la comunicación, se estableció un puente volante provisional con una docena de tablones puestos sobre gruesas piedras, y por él pudieron llegar á su domicilio Roumigas é Hilloune.

—Será preciso levantar un dique, amigo mío, decía el carpintero á Silverio; y después mandarás construir un puente de madera por encima de él; yo me encargo de instalarlo en ocho días.

—También se necesitará algo de mampostería, insinuó un albañil. Ya pensarás en mí, Montguillem, ¿no es verdad?

Un herrero propuso fabricar una verja, diciendo que seguramente se necesitaría.

—Sí, decía un horticultor, pero la cascada quedaría aún muy descubierta, y bastaría pasar por la calle para verla. No produciría nada si no se ocultase por medio de algunos árboles, como lo hizo el padre Bordes.

Al oir todos estos ofrecimientos, Silverio se alarmó.

—Pero advertid, dijo, que yo no tengo dinero para todo eso.

—¡Oh, dinero! Ahora te prestarán centenares y miles, y por otra parte eso no te costará caro, porque te pondremos precio de amigo.

—¡Y otra cosa mejor aún! No nos pagarás hasta el año próximo, con el dinero que la cascada produzca.

¡Qué amables eran todos!

Silverio les dió gracias con efusión, y sus ojos brillaban de esperanza, porque iba á ser rico, sí, tan rico como el cura y como Jacobita. ¡Qué dulce le parecía el porvenir!

Al echar una mirada á su alrededor, pudo observar que casi todos los habitantes de Gargos se hallaban allí; pero el sacerdote no aparecía, y esto le inquietó un poco. ¿Cómo habría tomado aquel suceso?, preguntábase Silverio con una ligera turbación.

De repente, á eso de las tres y media, divisóle delante del presbiterio: el tutor de Jacobita llegaba lentamente, con su breviario debajo del brazo y el sombrero sobre los ojos.

—¡He aquí al padre Bordes!, dijeron por todas partes. No parece estar muy contento.

Silverio no pudo menos de sonrojarse, y bajó la cabeza sin pronunciar palabra.

El presbítero no le vió; acercóse, saludó á todos á la redonda, y después preguntó con voz reprimida:

—Y bien, ¿sigue corriendo?

—¡Vaya! Sí, señor cura.

—¡Bueno, bueno, dejémosla hacer!

Mas de pronto sus mejillas tomaron un color de púrpura, porque acaba de verá Silverio en un grupo. Entonces no pudo ya dominarse, tembló, sus ojos se tiñeron de sangre, temió gritar como un loco, y dirigiéndose al fin hacia el montañés, díjole con voz penetrante:

—Y bien, señor Pireneófilo, ya estamos de vuelta, ¿eh?

—Sí, señor cura, contestó Silverio tímidamente.

—¿Y qué piensa usted de eso?

—¿Qué quiere usted que piense, señor cura? Me regocijo, y nada más

—¿Que se regocija usted? ¿Y por qué? Esa cascada inutilizará su prado, y no adivino qué razones puede usted tener para regocijarse.

—Pues á mí me parece fácil comprenderlo: ayer no tenía un cuarto, y hoy espero hacer fortuna.

—¿Hacer fortuna? ¿Me explicará usted cómo?

—¡Pardiez, con mi cascada!

—¿Eh? ¡Cómo dice usted eso de *mi cascada!*

El cura se cruzó de brazos con ademán agresivo, como lo había hecho en la gruta ocho días antes, y repitió:

—¡*Su* cascada!.. ¡Hola, buen amigo! ¿Cree usted por ventura que esa cascada le pertenece?

—Me parece que...

—Pues sepa usted, interrumpió el cura, que es mía, y que siempre lo ha sido. ¿Lo entiende usted? Yo no le vendí más que el terreno.

—¡Dispense usted! Puesto que la cascada está en mis tierras...

—¡En *sus* tierras! ¡Cómo dice usted eso también! ¡Vaya un descaro! ¡Sepa usted, caballerito, que no tiene tierras! Yo vendí ese espacio de terreno á Francisco Montguillem por treinta pistolas cuatro años hace.

—Ese dinero era mío.

—¡Nada sé de eso, caballerito, ni quiero saberlo tampoco! Usted era menor de edad y no podía adquirir; de modo que en nombre de su padre se hizo la compra.

—Mas por cuenta de su hijo Silverio Montguillem.

—¡Nada me importa!

—¡A mí menos! Tanto si le parece bueno como malo, yo soy el propietario del terreno, y seré el de la cascada.

—¡Es usted un insolente!

—Señor cura, está usted en mi casa, y he oído decir que se debe respetar á los huéspedes.

—¡Bandido, el orgullo le ahoga!.. Pero pleitearemos...

—¡Cuando usted quiera!

—¡En Tarbes hay jueces, y veremos si se atreven á despojarme de mi cascada!.. ¡Pleitearemos!

El eclesiástico se caló el sombrero hasta los ojos, y retiróse. El furor le cegaba; abrió su breviario, y le tuvo un momento al revés.

—¡Ah, renacuajo!, murmuraba de cuando en cuando entre sus oraciones.

Al llegar delante de su puerta, acercáronse á él dos desconocidos, hombre y mujer, sin duda los primeros bañistas de Aigues-Vives.

—Dispense usted, señor cura, díjole la dama con marcado acento inglés, ¿me dirá usted dónde está la *Cabellera de Magdalena?*

El abate se irguió.

—¿No es á usted á quien debemos dirigirnos?, añadió la extranjera.

—Ahora no, contestó el sacerdote, poniéndose encendido hasta las orejas

—¿Adónde es preciso ir?

—¿Para ver la cascada de Pichemule?.. Allá abajo.

—¿Dónde?

—Al otro lado de la iglesia... Sigan ustedes en derechura, refunfuñó el sacerdote. ¿Me toma usted acaso por un poste indicador?

Y como viese dos monedas de cincuenta céntimos en la mano de la señora, sacó su llave del bolsillo, entró en el presbiterio como un vendabal, y cerró la puerta de golpe con violencia.



Silverio encendía una gran hoguera en la vertiente Noroeste del Gargos

—¡Pleitearemos!, murmuró otra vez, dando un resoplido en la escalera, y fué á beber media copita de Benedictine para calmar su sofocación.

V

El padre Bordes se encerró en su habitación y abrió un gran armario de encina.

—¡Vamos á ver!, dijo en alta voz.

Y acercando una silla al armario, subióse en ella y cogió en la tabla superior varios registros, cuadernos y papeles amarillentos envueltos en cubiertas de diversos colores; lo puso todo sobre una mesa, buscó sus anteojos, los limpió vivamente antes de colocarlos sobre la nariz, y después, con manos febriles, buscó entre los papeles cubiertos de polvo.

A los pocos minutos retiró un cuaderno bien conservado, que tenía la inscripción siguiente:

DESPACHO DE M. LABURTHE

Notario en Argeles

—¡Esto es!, dijo el cura.

Y abriendo el cuaderno leyó á media voz:

«Venta á Francisco Montguillem de un terreno situado en Gargos.»

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

CONSTRUCCIONES GIGANTESCAS EN NUEVA YORK

El grandioso progreso del comercio y del tráfico ha traído consigo necesidades que en tiempos pasados no se conocían, notándose esto más que en ninguna otra parte en las capitales de la América del Norte, en donde la actividad mercantil ha llegado á su grado máximo. En Nueva York, en San Francisco y en Chicago ha surgido, por decirlo así, una nueva raza con ideas nuevas y con nuevas exigencias: los barrios que constituyen los centros de negocios de estas tres ciudades son relativamente pequeños, y aun cuando se ha tratado de ampliarlos, llevando á otros puntos almacenes, despachos y oficinas, el éxito no ha sido satisfactorio, porque los que construyeron edificios lejos de tales centros no encontraban inquilinos, ó si los encontraban era por poco tiempo, pues tenían que abandonar sus negocios por falta de clientela los que se aventuraban á alquilarlos.

Para salvar la dificultad de la falta de espacio en los sitios privilegiados, intentóse aumentar el número de pisos de las casas, pero resultó que los últimos pisos tampoco se alquilaban.

Y sin embargo, hacíase preciso arbitrar algún medio para que dentro del limitado espacio cupiera más gente, ya que el tráfico mercantil tomaba de día en día mayor incremento: el ascensor vino por fin á remediar el conflicto, permitiendo la adopción de un nuevo estilo arquitectónico, el de las casas de ocho ó diez pisos.

En un principio no se pasó de aquí; pero cuando el público se hubo acostumbrado á los ascensores, creció el deseo de habitar á mayores alturas, en busca de aire más puro al par que de más luz y mayor silencio.

Entonces los arquitectos hubieron de resolver el problema de elevar aún más los edificios sin aumentar el espesor de sus paredes, y lo resolvieron cumplidamente: el grado de perfección alcanzado en los materiales y en la manera de utilizarlos y el desenvolvimiento de las modificaciones que ello trajo en las tradiciones arquitectónicas dieron origen á un nuevo sistema de construcción, cuyo principio fundamental fué que en vez de sostener las paredes á las vigas, como antiguamente, éstas sostuvieran á aquéllas. La edificación de esqueleto de acero, como se la llama, adquirió rápidamente gran incremento en Chicago desde 1880, y también, aunque en menos proporciones, en Nueva York. En este sistema las paredes dejan de ser sostenes y los distintos pisos se apoyan por completo en pilastras de acero que se levantan unas sobre otras desde los sótanos hasta el terrado y se hunden en el suelo hasta una profundidad de cuarenta ó cincuenta pies, constituyendo de esta suerte sólidos fundamentos. En el número 666 de La Ilustración explicamos detalladamente cómo se construyen estas casas, por lo que ahora creemos ocioso repetir la descripción á propósito de los dos gigantescos edificios que en esta página reproducimos. – X.



Edificio de la «American Security Company» en Nueva York



Edificio de la Compañía de seguros «Home Life Insurance,» de Nueva York

***

REPRODUCCIÓN ARTIFICIAL DE LOS ACCIDENTES CARACTERÍSTICOS DE LA SUPERFICIE LUNAR

Prosiguiendo sus investigaciones de geología experimental, M. Estanislao Meunier ha realizado nuevas pruebas cuyo punto de partida es un experimento descrito por Poulett Scrope en su obra sobre los volcanes, publicada en 1825, en los siguientes términos: «Si se echa en una sartén ordinaria una capa de yeso desleído en agua de una pulgada ó dos de espesor y se coloca la sartén en el fuego de modo que se produzca una rápida ebullición del agua, las burbujas que revientan en la superficie, sucediéndose rápidamente en el mismo punto de ésta, dejan, cuando el agua se ha evaporado, numerosas cavidades circulares rodeadas de un pequeño reborde. Estas cavidades se parecen de tal manera á las de la superficie lunar, que fácilmente se convence uno en su vista de que nuestro satélite ha debido sufrir una operación análoga.»

M. Meunier ha reproducido este experimento en diversas formas. En primer término ha descubierto que un cambio en la composición de la pasta determinaba accidentes especiales que sólo pueden ser estudiados por medio de hornillos de gas modernos, pues únicamente cerrando de pronto la espita puede pararse bruscamente el experimento en condiciones favorables, dejando la materia plástica en una completa inmovilidad hasta que el cuajamiento le comunique la solidez asegurando la conservación de los detalles. Por este método, M. Meunier ha podido reproducir los detalles esencialmente característicos de los volcanes lunares que Poulett Scrope no parece haber imitado, entre ellos, por ejemplo, la formación de un pequeño pezón aislado en el centro del circo.

Además ha comprobado que los cráteres se forman en determinados puntos y siguiendo ciertas líneas reguladas por la distribución del calor. Estos cráteres pueden agruparse en número de dos, tres ó más, y entonces sucede que un circo único abarca varios, disposición que con frecuencia se encuentra en el disco lunar: en este caso es muy común que la altura de la superficie limitada por el circo sea distinta de la de la región que la rodea, como acontece también con frecuencia en la luna.

Finalmente pueden permanecer completamente llanos espacios considerables, resultando de aquí contrastes análogos á los que se observan en nuestro satélite y á los que se denomina mares y continentes. La diferencia entre estas dos categorías de regiones acentúase si en el momento de la ebullición se cubre la pasta de yeso con una delgada capa de arena ligeramente gris: las erupciones llevan la materia blanca del fondo sobre la película de color, y las gotitas lanzadas verticalmente caen sobre la arena simulando los bloques esparcidos señalados en los mares de la luna.

Por último, el desprendimiento de la mayor parte del agua provoca hendeduras que atraviesan todos los accidentes y son análogas á las ranuras lunares.

Una capa espesa de arena que represente el revestimiento de los terrenos cristalinos y estratificados que constituyen la epidermis de nuestro globo produce accidentes muy parecidos á los terrestres: las conmociones son más localizadas, produciendo hendeduras en las cuales se abren cráteres de los que se desprenden verdaderos ríos de lava.

***

UN NUEVO MARSUPIAL DESCUBIERTO EN AUSTRALIA

Australia es el país de las sorpresas zoológicas, una de las cuales es el descubrimiento reciente de un nuevo ejemplar que ha aumentado el registro de aquella fauna. Mr. Sterling, director del museo Sudaustraliano, ha dado cuenta á la Sociedad Real de Adelaida de la existencia de un nuevo marsupial, el *Notoryctes typhlops:* este animal vive en el trópico, en la región que se extiende entre Port Augusto y Palmerston, y se alimenta de insectos de toda clase, especialmente de larvas de capricornios. Su nombre zoológico significa cavador ciego dañino, nombre muy apropiado porque en su piel no se encuentran ni siquiera los orificios necesarios para los ojos. Sus extremidades, extraordinariamente musculares, tienen una forma muy rara, en especial las anteriores, que constituyen una especie de pala tan perfectamente apropiada al modo de ser del animal que difícilmente puede imaginarse cosa mejor, puesto que para aquél la arena fina significa lo mismo que el agua para la foca ó para la nutria. El *Notoryctes* se introduce con maravillosa rapidez en las profundidades de un suelo poco consistente, para lo cual sírvele de mucho también su hocico, cubierto con una especie de escudo córneo. De cuando en cuando sale á la superficie y anda un pequeño espacio arrastrándose lentamente, apoyando el vientre plano en la tierra y descansando sobre las patas delanteras cruzadas debajo del cuerpo.



Un nuevo marsupial descubierto en Australia

Su piel es de un color rojo gris y en algunos puntos amarillo de oro. Una vez cogido, no se le puede conservar vivo mucho tiempo.

MONUMENTO Á JOSÉ WERNDL EN STEYER

Cuando después de la guerra de 1866 el gobierno austriaco comprendió que era indispensable dotar al ejército de un nuevo armamento, José Werndl fundó su primera gran fábrica de armas y tomó á su cargo el proveer á aquella necesidad, comenzando por transformar los antiguos fusiles de percusión en fusiles de sistema Wanzel, inventando luego el fusil de su nombre y fabricando finalmente los fusiles Mannlicher. Aquel inteligente industrial llegó á poseer trece fábricas á orillas del Steyer y otras varias en la vecina población de Letten, en donde se ganan el sustento millares de familias.

José Werndl falleció hace poco tiempo, y para honrar su memoria sus conciudadanos, sus amigos y los obreros de sus fábricas, que veían en él más que á un amo á un padre, han erigido en la plaza principal de Steyer el monumento que reproducimos y que recientemente fué inaugurado. Obra del afamado escultor vienés Víctor Tilgner, el artista de las concepciones originales, tiene el sello realista propio de nuestros tiempos y constituye en el fondo un monumento artístico levantado al trabajo.

En él José Werndl, el gran industrial é inteligente inventor, aparece rodeado por representaciones de los grupos principales en que sus obreros se dividen, sencillamente vestido á la usanza del país, con la diestra extendida en ademán de dar órdenes y empuñando con la izquierda dos fusiles. El pedestal sobre el que la estatua se levanta ostenta el nombre de Werndl, y como adorno algunos fusiles enlazados con ramas de laurel.


Monumento erigido en honor del fabricante de armas José Werndl, en Steyer, obra de Víctor Tilgner

En el basamento se lee la inscripción *Arbeit ehrt* (El trabajo ennoblece), y en sus cuatro ángulos se ven otras tantas figuras: un montador que saluda con entusiasmo á Werndl; un obrero anciano que sostiene un medallón con el busto del padre de éste; un herrero que golpea con el martillo una pieza de hierro puesta en el yunque, y un ajustador que está montando un fusil. Estas cuatro figuras simbolizan el amor, la gratitud, la fuerza y la laboriosidad.

Todas las estatuas son tipos de trabajadores tomados del natural, y todas ellas, así como la de Werndl, que tiene tres metros de altura, han sido fundidas en bronce en la Fundición imperial artística vienesa bajo la dirección del profesor Ponninger.

El monumento, considerado en su conjunto no puede ser más apropiado al personaje en cuyo honor ha sido erigido, y si en la ejecución se revela la mano del hábil artista que tan admirablemente ha trazado las nobles figuras del patrono y de sus obreros, en la concepción admírase el genio del pensador que tan bien ha sabido concebir una obra dedicada á un hombre que consagró su vida al progreso de una importante industria y procuró por cuantos medios estuvieron á su alcance contribuir al mayor bienestar posible de cuantos á sus órdenes trabajaron.



Fausto en la Alcarria, dibujo original de Cecilio Pla

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 25 de febrero de 1895 — Núm. 687



MONUMENTO FUNERARIO, escultura de Federico Kuhn

ADVERTENCIA

Con el número 689 de "La Ilustración Artística," correspondiente al día 11 del próximo mes de marzo, repartiremos á nuestros abonados el tomo II de la notable obra AMÉRICA.—HISTORIA DE SU COLONIZACIÓN, DOMINACIÓN É INDEPENDENCIA, escrita por D. José Coroleu.

Como los señores suscriptores que lo son desde principio de este año no poseen el tomo primero de tan notable obra, publicado el año pasado, les invitamos á que lo adquieran, para no tenerla truncada, por el precio de CINCO pesetas, ÚNICO PARA LOS SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL.

En el caso de que á algún suscriptor no le conviniese su adquisición, podrá elegir, en sustitución del expresado tomo segundo de la "Historia de América," entre cualquiera de las siguientes obras:

LOS ECOS DE LAS MONTAÑAS, escrita por don José Zorrilla y profusamente ilustrada por Gustavo Doré, LOS MISTERIOS DEL MAR, ó LA GUERRA FRANCO-ALEMANA (1870-1871), escrita por el mariscal conde de Moltke, con preciosos grabados intercalados en el texto.

Los Editores

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Don Quijote de la Mancha en comedia de magia. – Fábricas de dramas por Sardou, que son fábricas de moneda. – Artículos últimos de Pérez Galdós y Echegaray. – Conferencias del emperador Guillermo II. – Peligros de estas conferencias para los soberanos. – El asunto de la guerra chino-japonesa. – Jugar con fuego. – Conclusión.

I

¿Quién le ha mandado á Sardou arañar en el bronce componente del coloso que un día escribiera *Don Quijote de la Mancha*, un día creador como ninguno? Reduciendo á comedia de magia y aparato el más excelso libro de todas las letras humanas, aquel en cuyas páginas aparece lo ideal, que está en los espíritus, y la realidad, que está en la vida, contradiciéndose y sin embargo completándose, Sardou perpetra enorme y criminal profanación. Yo nunca perdonaré á los temerarios, perpetradores de un atrevimiento tal como el de poner aleve mano en las obras capitales del ingenio, aunque sea para corregirlas de una falta ó añadirles una perfección. Recuérdanme todos estos irreverentes aquel pintor aleve, llegado á la posteridad con el mote de *Braguetone*, por haber cubierto á ojos pudibundos é hipócratas las desnudeces naturales de los condenados en el Juicio final de la Sixtina, donde compitió Buonarotti con Dante mismo en arranques sublimes y en visiones apocalípticas. Difícilmente se puede perdonar á Gounod que haya puesto el *Fausto* en música, difícilmente á Thomas que haya puesto en música el *Hámlet*, pues para trasladar estas figuras ideales de un arte á otro se necesita poseer un genio como el genio de Mozart, cuyo D. Juan en la ópera tiene todo el grandor que en la leyenda y en el drama; pero nadie le perdonará jamás al dramaturgo francés haber convertido lectura tal como la que guarda el *Quijote* á todos los entendimientos, desde los más vulgares á los más filosóficos, en juguete de niños y nodrizas. ¡Malandrín quien fuese osado á convertir la Escuela de Atenas ó la Disputa del Sacramento, milagros de Rafael, en cuadros vivos para los teatruelos de feria! Sardou levanta un drama de su cacumen como quien levanta una fábrica de moneda. Y echa en los hornos de fundir las estatuas encontradas al paso en la historia, importándole poco acabar con sus formas, si aprovecha sus metales. No conozco industria comparable á la suya en esto de montar una obra literaria que dé muchas entradas al teatro y por ende muchos luises á la taquilla. Pero al coger *Don Quijote* para fundirlo, se le ha echado encima el titán y le ha roto la cabeza. El jurado público lo condena sin apelación. La censura en los diarios y el disgusto en los críticos parecen universales. Que sirva este castigo en lo futuro á su corrección y á su enmienda.

II

No tienen dos admiradores y dos amigos cual yo en este mundo, ni Pérez Galdós, ni Echegaray. Créolos gloria y ornato de nuestra patria, placiéndome así la bondad nativa como la inspiración inagotable, proclamadas por todos en sus sendas complexiones y en sus fértiles ingenios. Pero no creo que haya debido el uno defender por modo directo y el otro comentar por modo indirecto sus obras, como han hecho en dos justamente celebrados artículos. Quien tiene mucho espíritu creador tiene poco espíritu crítico. La crítica está en el poeta como una virtud oculta, que sólo sirve de suyo á la producción y sólo se manifiesta por obras, no por reflexiones. Homero nunca hubiera podido escribir los libros trazados por sus comentadores. Zorrilla se indignaba con verdadera exaltación al favor logrado por su *Tenorio*. Pon lo tuyo en consejo, y unos dirán que es blanco y otros dirán que es negro. Precisa obedecer á esta ley, sin forcejear bajo ella inútilmente. Yo he defendido la doctrina de mis discursos contra sus impugnadores; la hechura de mis discursos no la he defendido jamás. Es el arte la elocuencia donde caben menos los artificios del cultivo y los agentes del estudio. No se habla como se quiere, sino como se puede. Si yo hubiera podido, hablara mejor de lo que he hablado; hacedme tal justicia. Mas declaro, en el término de mi vida y de mi obra, no haber jamás escuchado lección de maestro, ni leído regla de retórica, ni declamado á solas un párrafo mío, escrito en la memoria siempre hasta el instante de recitarlo con las espontaneidades naturales á la súbita improvisación; y no haber dado á nadie ni advertencia, ni consejo, ni menos lecciones sobre las artes del bien hablar en público. Hay tres cosas las cuales únicamente admiten esta sanción, la victoria, y son á saber: el teatro, la elocuencia, la guerra. ¿Triunfasteis del enemigo en una campaña? Pues no me digáis con qué táctica. ¿Llevasteis mucho público por grande número de veces al teatro? Pues no me digáis con qué drama. ¿Tuvisteis, orando, suspenso al auditorio de vuestros labios? Pues no me digáis con qué discurso. Venced, é impórteos poco que luego la prensa y la crítica se emperren á una en llamar derrotas vuestras victorias. Galdós y Echegaray vencen por las obras; no por los comentos. A producir. ¡Ay de los no combatidos!

III

Continúan las conferencias del emperador Guillermo. Recitó hace días una sobre marina y ha recitado ahora la segunda sobre la combinación de las fuerzas marítimas y las fuerzas terrestres en la guerra entre los japoneses y los chinos. Asistieron á la primera gentes de mar distinguidas, y han asistido á la segunda gentes no menos distinguidas del ejército. Pero callaríamos la verdad si no dijésemos como todo el mundo extraña esta derogación al silencio litúrgico que parece debería reinar por su alta suprema dignidad en todos los soberanos. Entre nosotros los españoles inauguró esta costumbre de hablar los reyes en público el malogrado Alfonso XII. Y confesemos que no le salió bien el ensayo, pues á las palabras del rey nos asíamos las oposiciones para procurarle todo género de disgustos al partido conservador y acibarar los goces de su gobierno. Un auditorio escucha siempre con recelo á los oradores y expresa las emociones que inspiran éstos á sus almas con una inevitable sinceridad, exponiéndose así todos cuantos hablan en público á desagradar y á desagradarse. En el castellano clásico sólo tenían prestigio los prestigiadores que al pueblo emboban, embaucándolo con sus trampas; mas en el castellano moderno se llama prestigio al poder moral que de imponerse virtualmente y dominar tienen las personas constituídas por sus posiciones ó por sus talentos en altas autoridades públicas. Y no está mal que se haya tomado semejante vocablo, significativo de ilusión sugerida, porque trae aparejado al prestigio de los ascendidos á puestos altos en sociedad algo de sortilegio, muy quebradizo, y por tanto muy fácil de romperse al menor contratiempo. Luego un soberano parece que había de ser el primero en todo; por lo cual muchos de los césares antiguos no consentían que se les pusiesen delante ni siquiera los dioses mismos. De aquí partió la demencia de Nerón, inclinada de suyo al crimen. Habiendo venido con una corona en la frente al mundo, por la sangre augusta que corría en sus venas y por el poder mágico que para exaltado al imperio empleara su madre, creyó traer aparejado con la corona todo lo primero del mundo, la primer voz, la primer imaginación, la primer inteligencia, la primera paleta, el primer cincel, las artes primeras de la declamación, amén de las artes del gesto y de la pantomima; por lo cual, cuando la triste realidad le sacaba de su error, mostrándole cómo Lucano componía y Séneca pensaba y cualquier farsante griego decía versos ó cantaba himnos mucho mejor que él, revolvíase airado contra los naturalmente superiores á su divina persona, y encargaba el cuitadísimo al verdugo que lo librase de sus émulos. Conocemos todos el temperamento bondadoso y las ideas humanitarias del joven emperador germánico, y no hay miedo á tal contingencia en su honrada vida; mas quien unas veces frecuenta la música, otras la navegación, otras el drama, pues los hay sugeridos, ya que no hechos por él, otras la economía y la sociología, llevándolo hasta congregar concilios ecuménicos del socialismo en Berlín, tras la predicación religiosa después ó antes de las regatas ó de las carreras con las apuestas, debe reflexionar como está expuesto á contraer una incoherencia que le suscite á cada paso grandes peligros y le traiga fatalmente á la postre irreparable daño. Conozco muy bien la curiosidad que despierta un conflicto como el empeñado en las tierras extremas de Asia, y creo utilísimo el estudio de las combinaciones que pueden resultar del mutuo auxilio prestado á las tropas de tierra por las tropas de mar en larguísima campaña. Con efecto, habiendo ido unos isleños como los japoneses á pelear con peninsulares como los coreanos y con verdaderos continentales como los chinos, esa especie de guerra doble, mantenida unas veces en los campos y otras veces en las aguas, deberá presentar fenómenos dignos de toda consideración y estudio para quien gobierna pueblos y manda ejércitos. Lo mismo el primer choque horroroso entre dos divisiones de las sendas escuadras, que los demás encuentros colosales, han sucedido en aguas ó en tierras tan cercanas de los mares como Corea y Mandchuria y el golfo de Pet-chili, en verdad idóneas para ofrecer enseñanzas á quienes desean suplir con el saber, allegado de prisa, la falta de una sabia y magistral experiencia. Esa extirpación casi de las armadas celestes; ese acaparamiento rápido de una tierra tan difícil á la conquista como Corea; el paso por Mandchuria, de donde fueron á Pekín los emperadores tártaros, y las amenazas á la ciudad santa de éstos, á Mukden; los asedios á Puerto Arturo y al arsenal dominante sobre los grandes golfos, por cuyos senos el camino á Pekín se abre y la seguridad necesaria del emperador y su corte ofrece brecha; todo este gran esfuerzo militar, en el cual se han empleado cuantos medios y armas han podido procurar á los japoneses, pueblo injertado en una civilización á él extraña, y sus improvisados progresos merecerían lecciones y conferencias de doctores con menos coronas y menos armas á su disposición que tal emperador á caballo. Me llamaréis caviloso; me argüiréis de muy desconfiado; diréisme que todo el mundo puede tratar todas las materias posibles en unas conferencias públicas y privadas; pero habré de responderos que así como un cardenal está bien cantando misas y está mal cantando arias, está bien un emperador si lee discurso muy oficial y muy solemne bajo un solio, y está mal si pronuncia discursos á lo catedrático sobre una tarima y ante un encerado. Dícenme aquellos que conocen Alemania cuán ingenuo todo esto les parece, atendiendo al carácter patriarcal de las monarquías alemanas y al hábito en los reyes, cuando jóvenes y príncipes, de asistir á las aulas y confundirse con los discípulos, cosa que les autoriza y faculta para subir á las cátedras y confundirse con los catedráticos. No lo negaré, aunque los reyes no podrían aspirar á diputados y ninguna constitución existe cuyo texto permita que los diputados deliberen delante del rey. Pero quizás mis escrúpulos á este respecto nacen de la materia tratada por Guillermo II, más que de la competencia y autoridad con que la haya tratado. Confieso mi falta, la digo y proclamo sin rebozo: en cuanto un *Imperator*, ó sea un jefe del Estado con corona en la frente y espada en el cinto, á cuya voz pueden reunirse millones de soldados, habla de guerra, siquier esté tal guerra en el espacio tan lejana de nuestro lado como la guerra entre los japoneses y los chinos, creo, alucinadísimo de mí, oir en los aires la trompeta del ángel exterminador que nos presenta el apocalipsis, y estremecerse bajo las plantas el suelo como si lo agitaran á una cien terremotos y reventase con estruendo en mil volcanes, pues no hay calamidad en el mundo comparable á la calamidad de una guerra.

Madrid, 16 de febrero de 1895.





SEMBLANZA

Así como para que un retrato plástico tenga todas las condiciones precisas de parecido necesita el artista aquilatar las líneas del rostro en sus más delicadas expresiones, así también para que ese retrato sea un trasunto fiel, una imagen acabada del retratado, el artista necesita sorprender las líneas, por lo menos las más características, del tipo moral; que aun cuando alguna vez la especulación filosófica haya dicho – por ejemplo, por boca de Delbeuf – que «lo psíquico es irreductible á lo físico,» en la producción artística, especialmente en la del retrato, no siempre se confirma aquel aserto; pues lo psíquico, la entidad moral humana, por su propio dinamismo se exterioriza en toda la entidad física, imprimiéndole movimientos, determinándole aspectos externos, modificándole líneas y dándole modos de expresión al rostro, cuales pueden ser y son, en efecto, las contracciones de la boca, el apagamiento ó la brillantez en la mirada, etc., que sirven al artista para concretar dentro de las líneas fisonómicas las indeterminadas de la fisonomía espiritual del individuo. Ateniéndome, pues, á este concepto mío, de lo que es y debe ser un retrato plástico, le aplico también á estas semblanzas de artistas muertos, procurando únicamente que en estos retratos literarios tenga la entidad moral todo el valor y toda la exactitud que no le es dable reproducir al pincel en el lienzo y al palillo en el barro.

Era Casto Plasencia, que murió en la plenitud de su vida, á los cuarenta y cuatro años, algo más que mediano de estatura, cuadrado de hombros, de apariencia recia y musculosa, moreno de color, y el de los ojos, cabello y barba – que llevaba bastante larga – castaño. El pelo casi cortado al rape lo peinaba sobre la frente, no muy alta, pero sí ancha, de amplia curva como el cráneo, que parecía de una testa de gladiador romano. Vestía con esmero, mejor dicho, con extremada pulcritud y buen gusto. Su porte parecía el de un militar, y á primera vista, por el rudo gesto de sus facciones enérgicas, más de cuatro que después fuimos sus amigos sinceros hubimos de juzgarle adusto y desdeñoso. Muy al contrario, el insigne pintor era un corazón de oro.

Enérgico sí, tenía una fuerza de voluntad incontrastable, como lo probó en varias ocasiones. Una de éstas fué con motivo de sus oposiciones á la plaza de pensionado en Roma, las primeras que se verificaban, pues acababa de ser fundada la Academia de España en la ciudad de los Papas, merced á la iniciativa de Castelar.

Como digo, hacía entonces Plasencia oposición, y no faltaba para terminarla más ejercicio que el último, que consistía en pintar un cuadro histórico, sacado el motivo á la suerte. Las condiciones de este ejercicio eran trabajar un número de horas diario, por espacio de mes y medio, en un local destinado al efecto, pero en donde no podía entrar nadie más que el opositor y el modelo. El asunto del cuadro era el famoso *Rapto de las sabinas.* Cuando ya no faltaban más que tres días, es decir, veinticuatro horas, pues las «sesiones» eran de ocho por día, rompiendo la consigna pudo penetrar en el local en donde Plasencia pintaba un condiscípulo suyo (hoy pintor de mérito). Quedóse éste con la boca abierta mirando estupefacto cómo por una aberración óptica ó por falsedad de la luz ó por otra causa de difícil explicación (pues todos los condiscípulos de Plasencia sabían que éste era un colorista de primer orden) la tonalidad total del cuadro resultaba morada. Plasencia, abrumado ante aquella observación que pudo confirmar pronto, comparando lo hecho con otros trabajos suyos que no había vuelto á ver desde que comenzara el cuadro, experimentó un momento de terrible desfallecimiento. ¡Adiós sueños de oro; adiós medios de terminar su carrera; adiós reputación de aventajado, adquirida á pulso, entre condiscípulos como Pradilla, que hacía también oposiciones, como Villodas, como otros tantos que alcanzaron más tarde lugar preeminente en la pintura! Sin embargo, aquel desfallecimiento no fué más que momentáneo; con pulso firme echó la cuchilla al lienzo, y en los tres días que faltaban para terminar el plazo pintó de nuevo el *Rapto de las sabinas.* Cuando se expusieron al público los trabajos de los opositores, el cuadro de Plasencia fué saludado por todos como el primero. Hoy puede verse en la Academia de San Fernando esta obra verdaderamente genial, llena de vida, de luz y de color.

Otra de las ocasiones en que el autor de las pinturas de la cúpula de la capilla de Carlos III de San Francisco el Grande de esta corte probó también la fuerza de su voluntad, fué año y medio antes de su muerte.

Había pintado en el verano anterior, durante su corta estancia en San Esteban de Pravia (Asturias), el precioso cuadro de costumbres, de todo el mundo del arte conocido, titulado *El mentidero,* y quería hacerle la pareja, el *pendant,* como decimos en España. Llevaba cosa de mes y medio luchando con la dificultad de pintar al aire libre y bajo copudos castaños y en día sin sol una porción de campesinas, sentadas unas, echadas otras, todas descansando. La dificultad que supone pintar á esa luz templada, pero que todo lo inunda, que da tanto valor á los objetos de segundo término como á los del primero, y en donde no hay el recurso del claro-obscuro la conocen demasiado cuantos ahora me leen para que yo les encarezca lo atrevido del problema de paleta que pretendía resolver Plasencia. Una tarde, el maestro se levanta de su silla de campo, deja los pinceles en el suelo y ya completamente rendido dice á uno de sus discípulos, en cuya casa vivía: «*El mentidero* se queda sin pareja. Me doy por vencido.» En efecto, dos meses más tarde era un acontecimiento artístico el cuadro *La siesta.* Todo Madrid aficionado desfiló por el suntuoso «estudio» del Pasaje de la Alhambra para admirar la bellísima tabla.

* * *

Era Plasencia, más que maestro, amigo íntimo y cariñoso de sus discípulos. De esto pueden dar fe, además del que suscribe este artículo, un laureado artista alcoyano, Fernando Cabrera, el autor de *Los huérfanos.* Recuerdo que una tarde se recibió un telegrama de Roma, expedido desde la Ciudad Eterna por otro condiscípulo mío, Luis Romea, que estaba allí pensionado por la Diputación provincial de Madrid, en el que nos anunciaba su primer *envío.* Fuimos á ver el cuadro y Plasencia quedó satisfechísimo de la labor de su discípulo. Había que festejar el acontecimiento. Convinimos en celebrar un banquete. Allá fuimos ¡qué sé yo cuántos! Se brindó; el maestro estaba decidor, alegre, tan entusiasmado como si le hubiese caído la lotería. La broma le costó cerca de dos mil reales. De estos rasgos los tenía muy frecuentes.

En los últimos años de su vida Plasencia quiso emular á los grandes pintores del Renacimiento, haciendo de su taller un lugar donde se diese culto á todas las manifestaciones del arte. Lujosamente decorado el enorme salón, los sábados aparecía brillante de luz, que hacía destacarse sobre los tapizados muros los bronces, los vasos de antigua cerámica, las soberbias armaduras que vistieran en un tiempo nobles guerreros de alta prosapia, las pinturas, los tallados muebles. Enorme concurrencia, compuesta de lo más selecto del mundo artístico, literario, político, etc., acudía á admirar las obras del maestro y á escuchar escogidísima *musica di camera,* que ejecutaban entre otros el violinista Arbós, el pianista Tragó, el primer «viola» del teatro Real y así varios artistas celebrados.

– Pero, Plasencia, le preguntaba en una de esas tardes un amigo ex ministro, gran aficionado (cosa rara) del arte. ¿Por qué no invita usted á estas fiestas á las damas? Yo sé que hay muchas, pero muchísimas que darían cualquier cosa por venir á ver tan originales y bellísimas reuniones.

– Amigo mío, si invito á las señoras, como tengo la fortuna de que todas las que conozco son muy hermosas, ¡adiós mis pinturas y mis estatuas y mi música! ¿No comprende usted que en ese caso ninguno de ustedes oiría con gusto ni vería con gusto más que su voz y sus ojos?

– Plasencia, ¿por qué no se casa usted?, le preguntó cierto día una dama, ilustre y hermosa además.

– Señora, porque aun siendo tan hermosa como usted, habría de serle perjuro.

– ¡Hombre de Dios, qué dice usted!

– Lo que usted oye, señora. La pintura es muy celosa, y quiere que no se rinda culto á ninguna otra belleza más que á la suya.

Una tarde estábamos reunidos todos sus discípulos en el taller pequeño (le llamábamos el pequeño, pero era un salón de gran capacidad), al cual daba la puerta del estudio de Plasencia, cuando de pronto vimos salir á la *modelo,* á medio vestir y con la cara de susto.

– ¿Qué ha sucedido, Fulana?

– Nada, contestó llorando. D. Casto, que ha debido de comer demonios fritos, porque está de un humor...

Se marchó la muchacha, y á poco entramos en el estudio dos de los discípulos que más confianza teníamos con Plasencia. Estaba éste paseando á grandes pasos, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Nos sentamos sin dirigirle la palabra, y él por su parte continuó sus paseos. Al fin se encara conmigo.

— ¡Pero, hombre, *tal* (aquí una interjección castellana de las más fuertes), ya podía usted haber entrado hace un cuarto de hora!

— ¿Por qué? No sabía que usted deseaba verme.

— Pero, *tal;* ¿no oyeron ustedes el lloro de esa?

— ¿De la Fulana? Pues ¿qué ha sucedido?

— Que por poco la mato, concluye Plasencia tirando con rabia el puro que estaba fumando. Un día mato á un modelo. Yo voy á terminar en presidio.

Nos sonreímos, mientras Plasencia volvía á sus paseos, porque sabíamos que Plasencia era incapaz de hacerle daño á una mosca.

— No he logrado todavía encajar esa maldita figura, continuó señalándonos un lienzo decorativo. Esa mujer no ha estado quieta ni un segundo. En fin, me he puesto tan nervioso que cogí la espátula y se la tiré.

La carcajada que soltamos fué monumental.

— ¡Caracoles, D. Casto, pues si le acierta usted!..

Al otro día, la Fulana seguía tranquilamente «poniendo» la figura y haciendo desesperar á Plasencia.

***

Pocas son las anécdotas de Plasencia que puedan encerrarse en una frase que le retrate. Sin embargo, recordaré una.

Visitaba la reina regente la iglesia de San Francisco el Grande, y se puso á contemplar las pinturas de Plasencia.

— Maestro, esa cara de la Virgen la acentuará usted más; así está difusa; más que verse se adivina.

— Eso es precisamente lo que yo quiero; que se la pinte cada uno á su gusto en la imaginación.

Y no tocó á la cara de la Virgen.

***

Voy á terminar estos recuerdos con una anécdota que tiene todos los caracteres de un cuento de Lamartine.

Viajaban, cuando aún eran muy jóvenes, Pradilla y Plasencia por las llamadas *rías bajas* de Galicia, semejantes á lagos salados, de paradisíacas orillas, bordadas de bosques de camelios, castaños, naranjos y con puertecitos á cual más encantador. En uno de éstos determinaron hacer alto unos cuantos días, con objeto de pintar tipos y costumbres. Plasencia eligió para modelo á una joven, casi una niña (y dejo á Plasencia que la describa), «delgadita, blanca, de talla más que mediana, de ojos verdes como el mar, de labios ligeramente gruesos, de rostro un poco pomuloso, de cabello del color del trigo y rizado á grandes ondas.» Era hija de un marinero y su madre vendía pescado.

Carmen, que así se llamaba la muchacha, acompañaba á Plasencia en sus excursiones por la costa, y con gran sentimiento artístico llevaba al pintor á aquellos lugares, en donde la belleza del paisaje se desarrollaba con todo su esplendor. Fué Plasencia acostumbrándose de tal modo á la compañía de la niña, que llegó á mirar con disgusto el término de su estancia en el puertecillo. Por otro lado, los tipos, las costumbres y el paisaje se le ofrecían continuamente bajo nuevos aspectos á cual más pintoresco, así que determinaron Pradilla y Plasencia alargar unos días más la residencia en aquel puerto.

Pero llegó al fin la hora de la marcha. La víspera había estado Carmen sirviendo de modelo al pintor para que éste hiciera una figurita de pescadora. Plasencia pintaba febril y silenciosamente.

— Yo no sé..., me decía sonriendo la tarde que me refería esta anécdota; pero creo que me había enamorado de aquella arrapieza.

Ella por su parte no se movía, y así estuvo en «posición» horas y horas. Cuando el artista dió por terminado su trabajo se acerca á él, mira la figura y exclama:

— ¡Me parezco!

— Bien, contesta Plasencia bruscamente. Toma; te voy á pagar.

Y echando mano al bolsillo, le alargó todo el dinero que llevaba.

Entonces, me decía Plasencia, sucedió una cosa..., verá usted. La chica echa las manos atrás; se me queda mirando fijamente con aquellos ojos verdes, grandes, llenos de luz como la que refleja el Océano cuando el sol hiere sus ondas; se pone roja como una cereza, luego pálida, muy pálida, y sin apartar de mí la mirada, me dice:

— No; usted no me quiere. Eso ya lo sabía yo. Pero yo tampoco quiero su dinero.

— Pero, niña, Carmela, interrumpe Plasencia absorto, tus padres lo querrán. ¿No reparas que en todos estos días no los has ayudado en nada?

— No, decía la niña cada vez más pálida y moviendo la blonda cabecita á un lado y á otro, no; no lo quiero.

Y le temblaban los labios, y su mirada ardiente, me decía el maestro, me lastimaba aquí dentro.

— No quiero eso. (Y después de una pausa): Quiero que usted me deje un retrato pintado por usted.

Y Plasencia no tuvo otro remedio que ponerse ante un espejo y hacer su propio retrato. Cuando se lo dió, la contestación de la porteña fué echarle una larga mirada llena de lágrimas.

Al poner el pie en el estribo de la diligencia que se llevaba á los artistas, Carmen echó los brazos al cuello de Plasencia y estampó un beso con aquella cara enérgica y bondadosa á la par.

— ¿Volvió usted á saber de ella, maestro?

— Sí, respondió el artista sordamente. La volví á ver. Estaba flaca y amarilla, y llevaba alrededor no sé cuántos hijos, creo que cuatro ó cinco. El mayor se llamaba como yo.

R. Balsa de la Vega

ATRACCIÓN FUNESTA

I

Habían estado reunidos largo tiempo, y á eso de la media noche, casi todos bostezaban; pero dieron las dos sin que ninguno de ellos se levantase de su asiento, y sin que se cruzase ya más que alguna que otra frase, á la cual seguía una larga pausa que se prolongaba á veces más de lo regular.

Alberto Hallet, impacientado sin duda por aquel silencio y lanzando al aire una bocanada de humo de su cigarro, preguntó de pronto:

— ¿No habéis oído decir que me caso?

Uno de los presentes dirigió una rápida mirada al que esto decía, y como si no hubiera comprendido, inclinó la cabeza sin contestar.

Pero Alberto volvió á repetir su pregunta.

Entonces el otro, hombre joven aún, de aspecto elegante, y que fumaba en una preciosa pipa, contemplándola á intervalos con evidente placer, miró otra vez al que le interpelaba y encogióse de hombros.

— Amigo mío, contestó, me resisto á creerlo.

— ¿Pero no has oído hablar de ello?

— Estoy harto de saberlo, y dispensa mi ruda franqueza.

— Me parece que el parabién no es muy halagüeño, repuso Alberto con bondad.

— Es que, como he dicho, no he dado crédito á la noticia.

— Pues debes creerla.

— Pues te compadezco, porque á mi modo de ver cometerás la mayor de las locuras. Si fueras un joven de diez y ocho ó veinte años, se te podría dispensar hasta cierto punto, y tu resolución indicaría casi cierta audacia, cosa que jamás he conocido en ti; pero á tu edad, y dada la mujer en quien has fijado tu elección, ese matrimonio me parece disparatado.

— ¡Cómo! ¿Consideras que la edad de treinta años es demasiado avanzada para casarse? ¿No se me debería congratular, por el contrario, porque conservo aún el espíritu de la primera juventud? Eres muy poco amable.

Luis sacudió con impaciencia la ceniza de su pipa.

— Querido Luis, continuó Alberto con la mayor calma y su acostumbrado acento de bondad, eres un descreído, y mucho temo que el mundo te haya pervertido.

— ¡A mí! ¿Piensas que podría ocurrírseme como á ti el casarme con una bailarina?

— Ya sé que debes contraer matrimonio con una señorita que te llevará un buen dote, aunque también tiene más edad que tú.

— Puesto que amo á esa joven, creo que esto no será ningún descrédito para mí.

— Sí, aparentarás amor á tu futura; pero después veremos cómo te portas

— De todos modos, nunca tendré motivos para avergonzarme de mi esposa.

— ¡Oh! No hablemos aquí de semejante posibilidad, que considero muy romántica.

— ¡Romántica!, repuso Luis soltando la carcajada. Pero dejemos eso á un lado, y permíteme preguntarte si tu madre consentirá en tu unión con Nora...

— Lo dudo.

— ¿Y crees que tus amigos la verán con buenos ojos?

— Es posible que no.

— Pues entonces, no me explico que persistas en semejante enlace.

— Es porque para mí tiene algo de poético.

— ¿Y lo creerá así tu esposa cuando se vea aislada de todo el mundo?

— Supongo que no llegará á suceder, y añadiré, querido Luis, que tu modo de ver no se aviene con el de nuestros contemporáneos. Diez años atrás se podía pensar como tú piensas, mas ahora no.

— Son ya las tres, repuso Luis levantándose y después de haber consultado su reloj: me marcho, pero no será sin decirte que lo que tú quieres no es otra cosa sino producir sensación. Esta es la nota moderna.

— Tu suposición es sobrado gratuita.

— ¿Y me será lícito preguntar cuándo se efectuará la boda?

— Hoy mismo; esta mañana.

— ¡Tan pronto! Buenas noches.

— ¡Adiós, Luis!

II

Es media noche: en una magnífica habitación, en la cual se ostenta todo el lujo moderno, muebles valiosos, ricos cuadros, espejos y alfombras, se ve, en una especie de diván, una mujer en parte oculta por una colcha de seda encarnada.

Durante largo rato nadie interrumpe el silencio que allí reina; pero la dama se mueve al fin, levanta los brazos, muy blancos y del más perfecto contorno, incorpórase un poco y bosteza ligeramente. Su cabellera, que á cualquier otra hora estaría sin duda peinada artísticamente, está en este momento muy enredada y en desorden, pero aun así ofrece un conjunto más pintoresco, que realza las agraciadas facciones de la joven, cuyo blanco cuello engalanan varios lazos de seda.

Al poco rato para un coche á la puerta de la casa, ábrense las puertas, y entra en la habitación Alberto con traje de etiqueta. Su expresión es alegre, como de costumbre, y al dirigir una mirada hacia el diván se sonríe. Después acerca una silla á la chimenea, arréglase un poco la corbata, y se sienta, sin notar que dos ojos fijan en él una mirada de enojo.

De repente la joven salta de su diván, coge una silla y se sienta enfrente de su marido.

— ¿Te has divertido mucho, Alberto?, pregunta después de una pausa.

— Bastante...

— ¿Has comido fuera?

— Sí, en casa de la familia Portman.

— ¿Estaba allí Carlota, *tu* señorita Carlota?

— ¡Oh!, sí; y ahora me recuerdas que me ha dicho que vendría aquí mañana.

— Pues será inútil, replicó Nora con aire triunfante, porque no tendré tiempo para recibirla.

— Procura tenerlo, porque le he dicho que estarías en casa, y me dejarías en mal lugar.

— Esa mujer me empalaga con sus lisonjas y sus caricias; me inspira aversión y no quiero verla

— Tienes un carácter indómito, y yo quisiera que respetases un poco más las conveniencias sociales.

Al oir esto, Nora hizo un ademán de impaciencia, y algunas lágrimas asomaron á sus ojos, pero más bien hijas de la cólera que del pesar.

Alberto se levantó, y cogiendo una de las manos de la joven, fijó en ésta una mirada de bondad.

— Nora, dijo, no seas impaciente, y procura dominar tu genio. Ya sé que al aceptar mi mano como esposa debías renunciar á una vocación...

— No hablemos de eso..., no estoy de humor para entrar en explicaciones.

— Bueno: permíteme decirte ahora que es necesario cumplir con el mundo, ó más bien con la sociedad, lo cual no siempre es fácil; y si no procuras modificar tu carácter, todos se alejarán de ti. Un poco de paciencia, Nora, y por lo pronto no te niegues á recibir á la persona que quiere visitarte mañana.

— ¡No, y cien veces no!

— Advierte que Carlota es mujer de influencia, y que por lo tanto te conviene mucho su amistad.

— ¡No la necesito para nada; aborrezco á esa mujer, y si fueras un hombre como debes, no me hablarías en su favor! Te confieso que esto de que no quieras que me vean contigo en ninguna parte me irrita lo que no es decible.

— Querida Nora, yo te convenceré de que soy como debo, y en prueba de ello, desde hoy rehusaré todas las invitaciones en que no se te comprenda á ti.

Nora mira á su esposo con aire de duda y hasta con expresión de agradecimiento.

III

Desde aquel día, la sociedad no volvió á saber nada de Alberto Hallet, quien para satisfacer un nuevo capricho de Nora dejó de ir á sus casinos.

— ¡Hola, muchacho!, díjole Luis cierto día que le encontró en la calle por casualidad. ¿Dónde te metes, que no se te ve por ninguna parte?

– Ya comprenderás que el hombre casado tiene sus deberes.

– Sí; pero me parece que no eres tú quien lleva en tu casa los pantalones.

– ¿Qué quieres decir?, preguntó Alberto un poco amostazado al parecer.

– ¡Oh! Dispensa; no lo he dicho con ánimo de ofenderte. ¿Vives aún en la misma casa?

– Sí.

– ¿Podré ir á verte?

– ¿Quieres acompañarme al teatro esta noche?, añadió, como para dar otro giro á la conversación.

– No; esta noche no podrá ser.

Pocos momentos después los dos se dirigieron á la sala; Nora fué á sentarse en su diván como de costumbre, y Alberto cogió un libro; pero su joven esposa no quería dejarle leer.

– ¡Ah!, exclamó, se me olvidaba decirte una cosa. ¿A que no sabes á quién he visto hoy?

– No puedo adivinarlo.

para ti, debo oponerme. Si deseas volver á tu antigua vida, solamente por amor á ella, no debo prestarte mi apoyo, porque hasta cierto punto lo juzgaría como una deshonra para mí. Hemos hecho una especie de cruzada contra la sociedad, y...

– ¿Y qué?

– Que si vuelves otra vez al teatro, sería confesar en cierto modo que no nos llevamos bien, y yo prefiero no hacer esa confesión públicamente hasta que llegue... el fin.



¡Imposible, caballero, porque su mujer está allí... con el cadáver!

– Cuando gustes; y no hay inconveniente en que te acompañe tu hermana.

«No me atrevería á proponérselo á Margarita,» dijo Luis para sí cuando se hubo separado de su amigo.

Al volver á su casa en la tarde del mismo día, Alberto supo que su esposa había salido; cogió un diario, y comenzó á pasar la vista por él distraídamente; pero pocos momentos después llegó Nora.

– ¡Oh, Alberto!, exclamó al entrar, he visto un corte de vestido precioso; me sienta divinamente, y está adornado con verdadero encaje de Bruselas.

– ¿Y te has decidido á comprarle?

Nora miró á su esposo con expresión indignada, y salió de la habitación sin contestar. Los dos esposos no se vieron ya hasta la hora de comer, y entonces Nora no volvió á hablar del vestido.

– ¿Conque has comprado el vestido?, preguntó al fin Alberto, aprovechando un instante que le pareció oportuno. ¿Cuánto te ha costado?

Nora frunció el ceño, y quiso mirar á su esposo con gravedad; mas no pudiendo fingir, soltó una carcajada.

– Ciento cincuenta duros, y eso que lo he regateado bastante, contestó al fin; pero te gustará mucho.

– Hija mía, repuso Alberto, seguro estoy que en tu guardarropa no te queda ya lugar para poner más trajes, y á este paso, pronto me arruinarás

– ¡Oh!, replicó Nora, todos los hombres dicen lo mismo, ó por lo menos los maridos.

– ¡Ah!, suspiró Alberto, dando á entender así que comprendía muy bien la indirecta.

– A Eugenidi, el maestro de baile.

Alberto levantó la cabeza y fijó en su esposa una mirada más bien de enojo que de sorpresa.

– ¿Por qué me miras así?, preguntó Nora, ruborizándose ligeramente. No creo que tenga nada de particular haber encontrado á una persona conocida. Eugenidi es un buen hombre, y siempre me ha tratado con la mayor cortesía.

– Naturalmente.

– Ya comprendo que no es santo de tu devoción.

– Jamás traté de ocultar que siempre ha sido para mí una persona muy desagradable, y tal vez no haya conocido otra tan antipática.

– Por fortuna para él, no todos piensan así.

– ¡Oh! Si todos le aborreciesen como yo, sería hombre digno de compasión.

– Supongo que no quieres saber lo que me ha dicho.

– Nunca fuí curioso.

– Pues bien: quiero que lo sepas. Me ha dicho que si accedo á ponerme bajo su dirección hará mi fortuna.

– ¿Como bailarina?

– Sí; me enseñará dos ó tres nuevos bailables, y se encarga de que se me proporcione desde luego una contrata que debe producirme un dineral.

– ¿Y cómo puede él saber eso?

– Dice que, teniendo tú tan buenas relaciones, podrías ayudarme mucho. ¿Quieres hacerlo?

– Si he de hablarte con franqueza, no lo creo conveniente, y por muchos atractivos que la cosa tenga

IV

Alberto Hallet sabía muy bien que su esposa era una mujer extravagante; pero estaba muy lejos de creer que su propensión al despilfarro podría llegar hasta el punto de ocasionar su ruina. Parecíale, sin embargo, que en su mujer se había desarrollado recientemente un insaciable afán de gastar dinero; y cuando llegada la Navidad le presentaron las cuentas de fin de año, ya no pudo hacerse ilusiones. Si Nora no se corregía, su pérdida era inevitable, y por primera vez vió ante él un porvenir triste y sombrío, desgraciadamente muy próximo.

En la tarde del día de Año Nuevo, trató de sondear discretamente á su esposa para saber de una vez qué podría esperar de ella; mas no confiaba conseguir gran cosa, dado su carácter dominante, caprichoso y voluble.

– Nora, la dijo, en la exposición hay un magnífico cuadro de Chardín que tengo vivos deseos de ver. ¿Querrás acompañarme?

– No, Alberto, hoy me es imposible.

Esta negativa no debía extrañar al marido, acostumbrado á ellas hacía tiempo; pero aquella vez llamó su atención más que nunca, y se fijó en el hecho de que hacía algún tiempo que su mujer se negaba siempre á acompañarle.

– Observo, dijo Nora después de una pausa, que ya no vas nunca á tu casino. No quisiera que por mí te privaras de ese pasatiempo.

Esta observación era incomprensible. ¿Acaso no había renunciado Alberto á sus casinos solamente

por complacer á su esposa? ¿Por qué le hacía semejante indicación? Iba á contestar con alguna violencia; pero se contuvo, temeroso de promover una discusión; y después de hablar cinco minutos más sobre cosas indiferentes, se levantó y dirigióse hacia la puerta, olvidando lo que se había propuesto antes de entrar.

– Recuerda que hoy comeremos á las seis, díjole Nora en el momento de salir.

– ¡Tan temprano!

– Sí; debo hacer una visita á una amiga de la niñez á quien no he visto hace muchos años, y por lo tanto, esta noche quedas libre para consagrarla á tus amigos.

– ¿Y no he de acompañarte?

– ¡Oh, no!

Alberto salió de la habitación más preocupado que nunca; no tenía por costumbre fiscalizar las acciones de su esposa, ni se le había ocurrido jamás pedirle explicaciones sobre ellas, porque lo juzgaba impropio de su dignidad.

Durante la comida, Nora estuvo muy inquieta, y al parecer poseída de una excitación singular, aunque trató de disimularla bajo una aparente volubilidad. Preguntó á su esposo si había visto el cuadro de Chardín; y refiriéndose de una manera indirecta á la señorita Carlota, objeto de una violenta discusión algunos días antes, dijo que se avendría á recibir su visita, si con esto podía complacer á su esposo. Alberto la escuchó con aparente indiferencia; estaba muy preocupado, y ni siquiera notó que Nora miraba á cada momento un diminuto reloj de oro que llevaba engarzado en una preciosa pulsera. Después de servidos los postres se levantó como si no pudiese reprimir su impaciencia.

– Ya es hora de marcharme, Alberto, dijo; siento dejarte solo, mas no puedo evitarlo, porque mi antigua amiga ha de ausentarse.

– ¿Tomarás un coche?

– ¡No..., sí..., es igual!.. ¡Gracias!

Nora salió del comedor, y Alberto mandó á un criado que fuese á buscar un coche. Después se apoyó en la chimenea, y entregóse á sus reflexiones, muy amargas sin duda, á juzgar por la triste expresión de su rostro.

Pocos momentos después detúvose el vehículo á la puerta de la casa.

Entonces Alberto se acercó á la mesa, llenó de vino un vaso y apuróle de un trago.

En aquel momento entró Nora, luciendo su abrigo de pieles, que realzaba su belleza y sus elegantes formas.

– ¡Adiós, Alberto!, dijo sonriendo con dulzura.

– Por segunda vez te pregunto, repuso el marido, si quieres que te acompañe...

– Esta noche no. ¡Hasta luego!

Un minuto después, Alberto oyó que el coche se alejaba rápidamente.

Maquinalmente, Alberto corrió á la ventana para dirigir una mirada á la calle; comenzaba á llover pausadamente, y algunas gotas de agua humedecían los cristales; al triste esposo le pareció que los faroles brillaban más que nunca; en la casa de enfrente se daba un baile, y oíanse los dulces acordes de la música, espectáculo que despertó en Alberto las más amargas reflexiones, porque también él se había divertido mucho así en otro tiempo, y ahora era el triste juguete de una mujer caprichosa, á quien tenía la desgracia de amar.

Alberto se retiró de la ventana y fué á sentarse en un diván; después levantóse de pronto, y se dirigió al tocador de su mujer con cierta timidez, como si fuese un ladrón, mirando á todas partes. Todo estaba como de costumbre; en una mesita veíanse varias joyas diseminadas, y sobre el lecho estaba la colcha de seda encarnada con que Nora solía cubrirse cuando se echaba en el diván. Alberto entró de puntillas en el guardarropa y miró atentamente, pero tampoco observó allí nada de particular.

Practicado este rápido examen, en vez de volver al comedor, fué á su aposento para arreglar un poco su traje; su hogar doméstico le parecía en aquel momento demasiado triste, y necesitaba distraerse. El cielo se aclaraba, y una luna melancólica pugnaba por brillar á través de las nubes cuando Alberto entró en su casino.

V

La primera persona á quien vió fué precisamente Luis Latimer.

– Alberto, ¿tú por aquí?

– ¡Querido Luis! ¿Cómo estás?

– Muy bien. ¿Has estado enfermo?

– No... ¿Por qué lo preguntas?

– Veamos, déjame mirarte bien. ¡Ah! No, ya veo que estás como siempre; mas al pronto me parecisíte una persona apenas restablecida de una enfermedad. ¿Qué piensas hacer esta noche? ¿Quieres que vayamos á pasar una hora ó dos en el teatro?

Alberto hizo un ademán negativo.

– ¡Pero hombre, no seas así! Al cabo de tanto tiempo que no vienes por aquí, paréceme que deberías complacer á un amigo que te aprecia tanto como yo. Te advertiré que he estado en París estos últimos días, y que me es muy necesario un sedativo.

– Querido Luis, repuso Alberto sin poder reprimir una sonrisa, hay momentos en que eres irresistible, y quiero complacerte.

Una vez en el teatro, el brillo de la luz eléctrica, el lujoso decorado, la elegante sociedad que ocupaba el coliseo, los acordes de la orquesta, todo, en fin, contribuyó á que Alberto desechase por el pronto su tristeza. Al entrar los dos jóvenes terminábase el primer acto del baile «Atalanta,» y en vez de ocupar sus localidades, fueron á recorrer el teatro. Un cuarto de hora después hallábanse ya sentados en la cuarta fila de butacas, el mejor sitio para ver la escena, y allí esperaron á que comenzase el segundo acto. Al fin se levantó el telón. De repente los dos jóvenes hicieron un movimiento de asombro, y Latimer miró de reojo á su compañero.

Alberto estaba pálido como un difunto, y tenía contraídas las facciones: el público aplaudía frenéticamente, y pidió con instancia que se repitiese el último paso del bailable.

Nora era la que excitaba así el entusiasmo del auditorio, y cuando se hubo retirado de la escena, donde no debió presentarse más, Alberto se levantó de su asiento como un autómata, sin acordarse de su amigo Luis y tal vez sin darse apenas cuenta de lo que hacía; pero Latimer no le dejó andar muchos pasos sin reunirse con él.

– ¿Quieres beber algo?, preguntóle con tono afectuoso.

– Bien, vamos al café.

Latimer observó que la mano de su amigo temblaba al coger el vaso.

– ¿Por qué no me lo has dicho antes?, preguntó.

– Suponía que lo sabías...

– No, te aseguro que lo ignoraba, contestó Alberto tranquilamente. ¿No te parece que estaba hermosísima?.. ¡Vámonos ya, Luis, no me siento bien!

Tal era la curiosidad de Latimer, que no pudo menos de interrogar á su amigo.

– Dispénsame, Alberto, pero no puedo menos de preguntarte qué ha ocurrido. ¿Es posible que realmente no supieras?..

– No ha ocurrido nada, ni yo tampoco sabía la menor cosa.

Latimer se detuvo, cogiendo á su amigo del brazo.

– Escúchame, dijo con acento cariñoso. ¿Por qué no tienes confianza en mí? ¿Por qué has de sufrir en silencio sin comunicarme tus penas para que yo te consuele? Harto comprendo que te arrepientes de tu matrimonio, y siempre pensé que sucedería así. ¿Quieres que te ayude á salir de este mal paso, si es posible?

Alberto miró á su amigo con expresión de curiosidad.

– Estás ciego, continuó Luis, y todo el mundo puede ver más que tú.

– Vamos, no pierdas tiempo en hablar, repuso Alberto con impaciencia.

– Demasiado comprendo el gran daño que te ha causado lo que acabas de ver en el teatro; pero debes consolarte con la idea de que aún queda un medio para que no se hable de ti. Las relaciones de Nora con Eugenidi, ese mísero griego, van á ser muy pronto del dominio público. Confía el asunto á un inspector de policía, y ya verás cómo todo se arreglará de manera que quedes en buen lugar.

Ya no se cruzó ninguna palabra más entre los dos amigos hasta que llegaron á la puerta del Nuevo Ateneo, y entonces Alberto hizo seña á un cochero para que se acercase.

– ¿No quieres entrar?, preguntó Latimer.

– No, ahora no. ¡Buenas noches!

Alberto se acercó al coche, mas al poner el pie en el estribo llamó á Luis.

– Oye, le dijo, estás equivocado si crees que mi pasión se ha extinguido ya. Nadie sabe lo que esa mujer es para mí, y te aseguro que jamás la amé tanto como en este momento. Por ella he sacrificado á mi madre, mis parientes, mis amigos... y mi fortuna, añadió con triste sonrisa; y ahora, después de tan cruel desengaño, me parece que solamente me resta una cosa que sacrificar...

– ¿Tu honor?

– ¡Mi honor!.. Tal vez tengas razón, Luis... En fin, ya veremos. ¡Buenas noches!

Luis entró en el Ateneo y pidió de cenar; le sirvieron muy bien; pero todo le pareció malo, y apenas probó los manjares. Aunque la noche era fría, parecíale la atmósfera sofocante, y el olor de las viandas le producía náuseas.

Un cuarto de hora después salió á la calle, y entonces, obedeciendo á un secreto impulso, ó más bien abocado de un triste presentimiento, acercóse á un coche, dió las señas de la casa de su amigo y ordenó al auriga que hiciera correr á su caballo todo lo posible.

Al llegar á la casa de Alberto, no sin cierto temor de que tal vez cometiera una imprudencia, tiró de la campanilla; pero fué necesario repetir el llamamiento antes de que la puerta se abriese.

En el recibimiento vió á un agente de policía y un criado detrás, que sollozaba amargamente.

– ¿El Sr. Hallet?, balbuceó Luis.

– Acaba de suicidarse, contestó el agente. ¿Conocía usted á ese caballero?

– He estado con él toda la noche. Pero ¿es posible que haya muerto ya?, añadió Latimer, que había palidecido de horror.

– La muerte debe haber sido instantánea.

– ¿Pero no puedo verle por última vez?

– ¡Imposible, caballero, porque su mujer está allí... con el cadáver!

Luis Latimer se alejó de la casa con los ojos llenos de lágrimas, y en mucho tiempo no olvidó al compañero á quien profesaba la más sincera amistad.

Nora no volvió á pisar las tablas, y aunque su arrepentimiento fué tardío, lloró al esposo á quien había perdido tan lastimosamente.

Traducción del inglés por E. L. Verneuil

ALGUNOS SELLOS RAROS

Los filatelistas londinenses han podido ver recientemente reunidos 470 sellos raros que en Saint Martin's Town Hall han expuesto los Sres. Ventom, Bull y Cooper. Los seis pertenecientes á esta colección que nuestro grabado reproduce son: el 108 paras de Moldavia, el 2 peniques de Mauricio de 1848, el 2 peniques, de Mauricio también, de 1859, el 2 reales de España de 1851, el 4 peniques de Ceylán de 1857 y el 15 céntimos de la Reunión de 1852. Los precios señalados á estos sellos son respectivamente de 35, 92, 130, 32, 130 y 50 libras esterlinas.

35 £ 92 £ 130 £



32 £ 130 £ 50 £

Facsímiles de algunos sellos raros y precios señalados á los mismos

No son, sin embargo, éstos los sellos más caros que se conocen, pues no hace mucho se vendió uno, el 2 céntimos rosa de la Guayana inglesa de 1850, por 25.250 francos, y los dos primeros emitidos en 1847 en la isla Mauricio figuran en los principales catálogos con un precio de 10.000 pesetas, habiéndose vendido no hace mucho un ejemplar de estos últimos, el de 1 penique, por 8.750 francos.

El orden de importancia de los sellos más raros es, según los peritos en la materia, el siguiente: el 1 céntimo rosa de la Guayana inglesa de 1856, del que sólo se conoce un ejemplar; el 2 céntimos de Hawai de la primera emisión (1852), del que únicamente se conocen seis ejemplares; el citado 2 céntimos de la Guayana inglesa de 1850, y los dos mencionados de la isla Mauricio.



ENTIERRO DEL MARISCAL CANROBERT. – DESFILE DE LOS INVÁLIDOS, dibujo de S. Azpiazu.

CRÓNICA PARISIENSE

Raramente los azares de la vida de un pueblo ofrecen contrastes tan salientes como el que acaban de presentar la muerte de Canrobert y la vuelta de Rochefort á su patria después de seis años de destierro.

Uno de los principales actores del golpe de Estado de 1851 es amnistiado, á la hora suprema de la muerte, por la nación francesa, que al recordar los heroicos hechos del soldado de la Francia tiende el velo del olvido sobre los errores del cómplice de Napoleón III.

El instigador de Boulanger, el agitador más activo del último movimiento dictatorial contra la tercera república, es amnistiado por el gobierno sobre el cual no ha cesado un solo día de echar injurias desde las columnas del *Intransigente.*

Por la mañana, el ejército, los poderes públicos y el pueblo honraban con solemnes exequias la memoria del último mariscal de Francia. Por la tarde, el mismo pueblo, á despecho de los poderes públicos, saludaba con aclamaciones la vuelta del primer libelista de París.

El mismo día ha visto glorificar públicamente á un soldado cuyo prestigio no llegó á obscurecer la parte que tomó en la restauración bonapartista, y á un escritor cuya celebridad tuvo origen en el papel que desempeñó contra el imperio decadente.

La república de 1870 perdona, con motivo de la proclamación de su sexto presidente, á uno de los principales vencedores de la república de 1848, en gracia á los servicios que á la patria prestó en los campos de batalla, y realiza este acto de alta justicia precisamente en el momento en que devuelve el derecho de ciudadanía al más brillante cooperador de la aventura bulangerista.

Los admiradores del ilustre veterano han podido conducirlo á su última morada, pasando por debajo de la gloriosa bóveda de banderas de los Inválidos.

Los amigos del antiguo redactor de *La Linterna* han podido aclamarlo libremente en las calles de París.

El contraste de estos dos acontecimientos es de los que impresionan vivamente el ánimo, y el de las dos medidas que les han dado origen honra al gobierno que ha tenido el buen acuerdo de dictarlas.

En presencia del anciano general no había quien dejase de experimentar un sentimiento profundo de admiración y de respeto. Parecía la personificación de la Francia caballeresca. A pesar de sus ochenta años bien cumplidos, había conservado una elegante y ágil robustez. Las grandes melenas grises que rodeaban su enérgico rostro, acentuado por un recio bigote y curtido por el sol de las batallas, y sus ojos grandes, hermosos, claros y serenos recordaban la noble fiereza del león.

No era fácil sostener su mirada de fuego, aunque la atemperase la más bondadosa de las sonrisas. Su temperamento prodigioso de guerrero hacía centellear aquellos ojos, cuyos rayos electrizaron tantas veces á los soldados de la Francia en Constantina, en Zaatcha, en Inkermann, en Solferino y Saint-Privat, embriagándolos con el loco afán de vencer ó de morir.

En aquel foco luminoso ardía el fuego hereditario de una raza entera; de esa raza de héroes que durante tanto tiempo tuvo á raya á los césares é hizo retroceder á las águilas romanas.

Al simple aspecto de su enérgico rostro, Canrobert producía una impresión profunda, y ésta aumentaba en intensidad al recuerdo de su larga vida, llena de honor y patriotismo, de abnegación y valentía, de admirables rasgos de desinterés y de nobleza.

Teniente, *debuta* con una brillante acción de guerra y rehusa la primera cruz, porque su viejo capitán la merece y no la tiene todavía. General en jefe del ejército de Crimea, desciende sin protesta ni murmuración alguna á la segunda fila. Mariscal de Francia, cargado de años y de gloria, ruega en Metz que le confíen el mando de un puñado de hombres para poder batirse y derramar su sangre por la patria hasta el último aliento de la resistencia.

Nada falta á su noble figura militar, ni aun la pobreza de los grandes héroes; porque Canrobert ha muerto sin fortuna, como los más famosos capitanes de la antigüedad.

Bien ha hecho el gobierno en honrar su memoria con exequias nacionales, bajo esa cúpula de los Inválidos en que los trofeos de guerra protegen el último sueño de los grandes soldados de la Francia.

El pueblo ha podido saludar con respeto al que iba á descansar para una eternidad al lado de sus compañeros de armas que le precedieron en la tumba.

Aquellos inválidos de cien combates que asistían á las exequias han debido sentir, bajo las cenizas de los años, arder en su corazón el mismo fuego que hasta el postrimer instante corrió por las venas del octogenario general; y los soldados bisoños que hacían los honores militares en el entierro debieron sentir pruritos de victoria, deseos de poder rivalizar en valor y arrojo con el que fué osado capitán de cazadores de Constantina, bizarro coronel de zuavos en Zaatcha, estratégico general de Inkermann.

¡Quién sabe si algún día, en la nube de polvo y humo de sangrienta batalla, estos soldados verán la sombra de Canrobert, señalándoles con su gloriosa espada el camino de la victoria!

En la carrera militar de esta gran figura, que llena más de medio siglo, no se encuentra un solo desfallecimiento. La vida de este soldado pundonoroso desmiente á los que pretenden que los tiempos heroicos ya pasaron. Su heroísmo fué natural, sencillo y comunicativo. En las trincheras de Sebastopol se acerca un día á un sargento condecorado con la Legión de Honor.

– Buenos días, colega, le dice.

– ¿Colega?, objeta el soldado; no soy más que un modesto sargento y vos sois nuestro general.

En aquel instante un obús estalla y los cubre de tierra.

– ¿Qué tal?, replica el general en jefe; si este obús nos hubiese llevado á los dos la cabeza, ¿no seríamos colegas para *in eternum*?

Los soldados le querían entrañablemente,



ENTIERRO DEL MARISCAL CANROBERT. – PASO DEL CORTEJO FÚNEBRE POR LA EXPLANADA DE LOS INVÁLIDOS, dibujo de S. Azpiazu





TIZIANO Y SU HIJA, cuadro de Ernesto Klimt



Llegada de Enrique Rochefort á París, dibujo de S. Azpiazu

porque nunca malgastaba su sangre ni sus fuerzas. Al recibir del gobierno imperial la orden de preparar sin el tiempo necesario el asalto para el 18 de junio, aniversario de Waterloo, presentó la dimisión de comandante general del ejército por medio de una carta en que decía: «Las obras de cerco no están concluídas. Se perderán inútilmente miles de hombres. No puedo asumir la responsabilidad de un nuevo desastre en este día que recuerda uno de los grandes lutos militares de nuestra historia. Servíos aceptar mi dimisión. *Pido el mando de la primera columna de asalto.*»

Retiráronle el mando general. Dióse el asalto y perecieron sin resultado más de diez mil hombres.

Canrobert era la personificación del honor, de la sinceridad y del entusiasmo militar. Lloraba como un niño al recordar los desastres de la Francia. ¡Con qué tristes colores, con qué conmovedora emoción pintaba el sombrío drama del *año terrible!*

Lo que mancilla y mata no es la derrota; es la pérdida de las virtudes militares. Los pueblos no se salvan sino merced al espíritu de abnegación y de sacrificio. La sangre vertida bajo la bandera de la patria es semilla que produce héroes. La inmolación nunca es estéril.

Si Francia conserva á Belfort débese á la admirable resistencia de Canrobert en los campos de Saint-Privat.

Negociando las condiciones definitivas de la paz, Thiers había rechazado durante quince horas mortales las nuevas exigencias del vencedor. En el momento en que ambas partes creían llegar al término de aquellas negociaciones tan ardientemente debatidas, una inesperada pretensión del estado mayor alemán estuvo á punto de precipitar una vez más las dos naciones en los horrores de una lucha implacable.

El emperador Guillermo, instigado por el general Moltke y el partido militar, exigía la entrega de Belfort.

¿Qué argumento decisivo doblegó su voluntad soberana?

La línea fronteriza que hacía pasar al imperio alemán dos provincias francesas dejaba á la Francia un campo de batalla hecho para siempre famoso por dos prodigios. Este campo era el de Saint-Privat, inundado de sangre alemana y ennoblecido por el sacrificio de heroicos franceses.

El emperador Guillermo lo reclamó con insistencia.

– Quiero que la tierra que ha servido de tumba á mi guardia imperial sea alemana, decía. En cambio dejo Belfort á Francia como testimonio de lo mucho en que estimo el valor de su ejército.

Cumplióse la voluntad del emperador. La guardia prusiana muerta en Saint-Privat reposa en tierra alemana, y el nieto de aquel monarca vencedor ha saludado desde su trono imperial el cadáver del héroe de aquella hecatombe, en el momento en que hallaba honrosa sepultura en los Inválidos, como si ante la muerte se extinguieran las ambiciones, las rivalidades y los odios que encendieron la guerra entre los pueblos.

Juan B. Enseñat

NUESTROS GRABADOS

Monumento funerario, obra de Federico Kuhn. – En la idea del eterno reposo han hallado siempre hermosos motivos de inspiración los más afamados escultores, quienes han producido verdaderos monumentos que son artístico ornamento de los más famosos cementerios y de los templos en donde descansan muertos ilustres. Con ser uno el pensamiento primordial que en todos ellos preside, ¡cuánta variedad en la forma de exteriorizarlo!, ¡cuánta sencillez en unos, cuánta magnificencia en otros! En pocas obras, sin embargo, sienta tan bien como en éstas la sobriedad, y en nuestro concepto el artista debe hacer prevalecer en ellas el sentimiento, modelando la materia plástica en líneas severas y omitiendo todo lo que, llevando la atención por otros caminos, pueda distraerla de lo que ha de ser objeto capital de la misma. Como pocos cumple estos requisitos el admirable monumento funerario que reproducimos: en su rostro, en su actitud, en el plegado de los ropajes, en una palabra, en su conjunto y en sus menores detalles ostenta en alto grado la bellísima figura modelada por el célebre artista alemán Federico Kuhn esa condición de sobria severidad que tan bien se ajusta á todo aquello que con la muerte se relaciona, y que en esta obra se halla además avalorada por una ejecución perfecta.

Tiziano y su hija, cuadro de Ernesto Klimt. – El autor de este cuadro ha hecho indudablemente un estudio profundo de las obras del pintor inmortal cuya figura reproduce, y sobre todo de sus retratos por él mismo pintados; así ha de reconocerlo desde luego cualquiera que recuerde los admirables lienzos del eximio artista que en los principales museos se conservan como preciadísimas joyas. El *Tiziano y su hija* del lienzo de Klimt tienen grandes analogías con las incomparables figuras que el pincel del gran maestro trazara, y este es su mejor elogio. Si alabanzas merece el cuadro, no menos digno de ellas es el grabado de Bong, que tan maravillosamente lo ha reproducido: el buril del grabador ha logrado en la madera una suavidad de líneas, una pastosidad de tonos y una limpieza que difícilmente pueden ser superadas en el arte xilográfico.

Los almirantes japoneses Ito Yuko y Tsuboi. – Son estos personajes dos de las figuras más importantes de la armada japonesa, cuya fama ha crecido considerablemente desde la batalla del Yalu, en que tan principalísima parte tomaron. El vicealmirante Ito mandaba en jefe la escuadra en aquel memorable combate que tanta trascendencia tuvo para el curso sucesivo de la guerra; el contraalmirante Tsuboi, que era el segundo comandante de aquélla, púsose al frente de la primera de las dos líneas en que se dividió la flota japonesa en dicha acción. Uno y otro dieron pruebas de su gran pericia durante las cuatro horas del encarnizado combate que terminó con la derrota completa de los chinos y que dió á los vencedores las llaves del golfo de Petchili.



Ito Yuko, vicealmirante japonés



Tsuboi, contraalmirante japonés

Guerra chino-japonesa. – Los japoneses conduciendo un cañón monstruo del fuerte de Talien-Wang. – Confiaban mucho los chinos en la defensa de Port-Arthur para atajar el avance de sus enemigos, y esta confianza hallábase en cierto modo justificada por los poderosos medios acumulados en aquella plaza y en los fuertes de sus inmediaciones, de los cuales es buena muestra el cañón monstruo que nuestro grabado reproduce. Port-Arthur, sin embargo, cayó en poder de los japoneses, los cuales se apoderaron poco después de Wei-hai-wei, como sin duda se apoderarán, si la diplomacia europea no lo remedia, de cuantas plazas les convengan hasta ponerse en situación de imponer al Celeste Imperio las más duras condiciones de paz.

MISCELANEA

Bellas Artes. – Berlín. – Para la erección del monumento á Helmholtz, el emperador ha hecho un donativo de 10.000 marcos (12.500 pesetas).

Achaffenburgo. – En esa pequeña ciudad de Baviera que apenas cuenta diez mil habitantes, se va á construir una fuente monumental que costará 50.000 pesetas, de las cuales 35.000 las pagará el Estado, del fondo de bellas artes: consistirá en una construcción arquitectónica con figuras alegóricas de las industrias minera y forestal, de la caza y de la pomicultura, de las cuales brotarán varias fuentes; una estatua del rey Luis I, el bienhechor de la ciudad, coronará el monumento, para cuya ejecución se ha convocado un concurso de artistas bávaros.

Teatros. – Ha sido arreglada al alemán con el título de *El rey recluta* la popular zarzuela española *El rey que rabió.*

– En París funcionará desde 15 de mayo á 15 de junio en el teatro de la Porte-Saint-Martin una compañía de ópera italiana de la que será empresario el conocido editor milanés Sr. Sonzogno y que pondrá en escena obras de Mascagni, Leoncavallo, Cippolini, Franchetti, Samara, Giordano, van Westerhout y Gianette.

– En Milán se ha estrenado con mediano éxito un drama en tres actos de Enrique Ibsen, *El pequeño Eyolf*, que como todos los de este dramaturgo noruego ofrece, más que contrastes de personas ó de caracteres, contrastes de conciencias. Contiene, es cierto, algunos efectos de primer orden que demuestran el genio de su autor, pero al lado de ellos hay nimiedades vulgarísimas y el simbolismo que encierra la obra resulta en muchos puntos tan indescifrable que la obra se hace pesada.

– El marqués de Lorne, yerno de la reina de Inglaterra, ha terminado dos óperas cuyos libretos están tomados de dos leyendas escocesas y que se pondrán en escena próximamente.

– En el teatro Lessing, de Berlín, se ha estrenado la obra de Sardou *Ghismonda*, que ha sido puesta en escena con gran lujo y propiedad y ha logrado un gran éxito.

– En Viena se ha estrenado con muy buen éxito una nueva opereta de Millocker *El beso de prueba.*

Londres. – En el teatro Lyceum se ha estrenado un drama de Mr. Comyns Carr, titulado *King Arthur*, basado en una de las leyendas caballerescas de la Tabla Redonda, que tan admirablemente cantó Tennyson: está escrito en versos libres, tiene situaciones muy poéticas y vigorosas y su acción despierta gran interés. El famoso compositor Arturo Sullivan ha escrito para esta obra algunos números de música muy inspirados y perfectamente subordinados al efecto dramático. El drama, cuyos principales papeles desempeñan el gran actor Irving y la eminente actriz Elena Terry, ha sido puesto en escena con gran lujo y propiedad, habiendo sido pintadas las decoraciones por los reputados escenógrafos Craven y Harker, según los bocetos del célebre pintor Burnes Jones, el cual ha dibujado también los figurines de los trajes.

Necrología. – Han fallecido:

Manuel, conde de Mirafiori, hijo del rey Víctor Manuel y de su esposa morganática la condesa de Mirafiori, distinguido enólogo.

Roberto Luis Stevenson, novelista inglés, uno de los primeros estilistas ingleses.

Juan Lord, historiador norteamericano.

Raúl Toché, celebrado escritor francés, autor de gran número de vaudevilles y revistas muy aplaudidos en los principales teatros de Francia.

Julian Florian Felix Desprez, arzobispo de Tolosa, decano del Sacro Colegio de cardenales, miembro de las congregaciones de obispos y regulares, del Indice, de los ritos, de las indulgencias y de las reliquias.

Alejandro Brida, pintor de historia francés, muy conocido por sus cuadros bíblicos.

Gustavo Graf, pintor de historia y retratista alemán.

Enrique Rodakowski, reputado retratista y presidente de la Asociación Artística de Cracovia.

Antonio Pablo Wagner, notable escultor vienés, individuo de la Real Academia de Bellas Artes.

José Estremera, celebrado poeta y autor dramático, entre cuyas obras merecen citarse especialmente *San Franco de Sena, El hermano Baltasar, La czarina, Música clásica, El ventanillo* y *Noticia fresca.*



¡Oh, gracias!, murmuró cogiendo las manos del padre Bordes

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Sentóse, ajustó sus anteojos, y leyó el contrato desde el principio hasta el fin, con la esperanza de hallar una cláusula cualquiera, una línea que le permiese reivindicar la cascada ú obtener la anulación del contrato; pero no encontró nada.

— P... dijo, no saco nada en claro. ¡Vamos á nsultar á los hombres de ley!

Y salió al punto con su contrato debajo del brazo para ir á Aigues-Vives.

Media hora necesitó para bajar la cuesta, y llegado al camino de Pierrefitte, dirigióse á la calle Gambetta y se detuvo delante de la casa del Sr. Balaruc, el juez de paz, el mismo que tanto había perseguido á Jacobita doce días antes en los senderos de Gargos.

El magistrado estaba en su casa, é interrumpiendo la lectura de la *Dépêche de Toulouse* para recibir al padre Bordes, preguntóle con grandes demostraciones de amistad cómo estaban de salud en su casa.

— ¡Muy bien!, contestó el presbítero. Poupotte sigue como siempre, y en cuanto á Toutón está fuerte y sólido como el Pico del Mediodía.

— ¿Y su sobrina de usted?, se aventuró á preguntar el juez.

— ¡Ah! Tengo motivos para creer que está buena; hace ocho días que volvió al convento.

Dicho esto, el eclesiástico abrió su contrato y refirió su percance.

El juez se condolió mucho y aconsejóle que fuera á ver á un abogado.

– No se olvide usted de ofrecer mis respetos á la señorita Marcadieu, añadió, acompañando al cura hasta la puerta.

En la plaza de las Termas, el Sr. Lacrabe, alcalde de Aigues-Vives y antiguo abogado, leía la *Pequeña Gironda*. El cura se acercó á él, pidióle noticias del Parlamento, y notando después que el sol se ocultaba detrás del Gargos, presentó su contrato y refirió el desgraciado incidente.

El Sr. Lacrabe se mostró tan compasivo como Balaruc, y aconsejó al padre que fuera á ver al presidente del Colegio de Abogados de Lourdes, informóse acerca de la salud de la señorita Marcadieu y continuó su lectura de la *Pequeña Gironda*.

El coronel reumático leía también el diario delante del hotel de Inglaterra; pero no debía ser muy fuerte en derecho, y de consiguiente el cura suprimió la lectura del contrato, hablándole tan sólo de lo que le había sucedido.

– ¡No es posible!, exclamó el coronel. Pero... ¡ah! sí, recuerdo haber leído eso en el diario. ¡Por vida de!.. ¡Sí que es una desgracia!.. Y hablando de otra cosa, ¿cómo sigue su sobrina?..

A las siete de la tarde, rendido de cansancio y sin estar más enterado que al mediodía, el padre Bordes remontaba los senderos de Gargos con su contrato debajo del brazo.

– Espero, dijo para sí, tomando un poco de aliento á la mitad de la cuesta, que mañana el presidente no me preguntará por Jacobita.

En efecto, el presidente, á quien el eclesiástico fué á ver al día siguiente, no le habló de la señorita Marcadieu, á quien no había visto nunca; se contentó con leer el contrato y escuchar el relato del atribulado sacerdote.

– Amigo mío, le dijo después de reflexionar un momento, es una desgracia; pero... no se puede hacer nada.

– ¡Es posible!

– Nada se puede hacer si no prueba usted que la cascada se desvió de su lecho natural por mano del hombre. El día en que usted tenga pruebas de ello, puede venir á verme.

Y el presidente rasgó la faja de la *Pequeña Gironda*, que estaba sobre su bufete junto al *Diario de Tolosa*.

Aquella misma tarde, el padre Bordes fué á Tarbes; y un joven abogado que leía el *Fígaro* le escuchó con paciencia; mas no le dijo nada bueno sobre la cascada, sirviéndose tan sólo de un juego de palabras que al parecer le satisfacía bastante.

– No veo proceso posible, señor cura. Sin duda su cascada tenía ya edad para emanciparse, y lo ocurrido no es precisamente un secuestro de menores.

– ¡Oh escepticismo del siglo!, se dijo el eclesiástico en la escalera del abogado. Los hombres de hoy día se mofan de las cosas más serias.

El buen cura se sintió desalentado, porque ningún jurisconsulto le aconsejaba apelar á los tribunales. ¿Sería tan mala su causa, Señor?

Al otro día, el padre Bordes se remangó resueltamente la sotana, armóse de un bastón herrado y subió al Gargos. Llegado á la gruta de Silverio, y después de dar prudentes rodeos para esquivar los pasos peligrosos, llegó al lecho del antiguo torrente, el pequeño barranco, entonces seco, donde la *Cabellera de Magdalena* lanzaba aún sus hermosas aguas la semana anterior.

– ¡Si fuese una desviación!, pensó. ¡Ah, ah, el Pireneófilo es un pícaro!

Y siguió el barranco arriba, lo cual fué fácil al principio; pero muy pronto la pendiente comenzó á ser tan empinada como una pared.

– ¡Diantre, un lagarto no se arriesgaría por aquí!, exclamó el padre Bordes limpiándose el sudor.

Se puso los anteojos, y miró con mucha detención la parte superior del barranco.

– No veo más que la boca, murmuró; la vía está libre hasta ese recodo de allá arriba. ¡Procuremos examinar lo que sigue!

El cura retrocedió para escalar la montaña por pendientes más cómodas; pero necesitó tres cuartos de hora para llegar al nivel de lo que él llamaba el recodo

Cuando al fin estuvo allí, quedóse muy perplejo; púsose otra vez los anteojos, y quiso examinar el resto del canal; mas era una galería muy pendiente que se ocultaba en varios sitios bajo una vegetación enmarañada.

– ¡Señor, exclamó el padre Bordes, nueve gatos no encontrarían ahí una rata blanca!

El repleto tutor de Jacobita vaciló algunos instantes, pues no era socio del Club Alpino; subir á más altura que su púlpito le había causado siempre vértigos; no tenía noción alguna del Pico de Gargos, y hasta aquel día la gruta de Silverio había sido el punto de su más alta ascensión. En su consecuencia, contempló aquel pasadizo con aire desconfiado, y sintió desfallecer su intrepidez.

– ¡Volveré con un guía!, dijo para sí.

En efecto, el día siguiente, acompañado de Couquerot, comenzó á escalar de nuevo la montaña.

Los guías conocían bastante bien el pico de Gargos, por tener con frecuencia oportunidad de conducir allí á los viajeros; pero nunca se habían ingeniado para remontar el torrente de Pichemule, que formaba la antigua cascada del cura, porque nada les atraía hacia aquellos parajes, ni siquiera la esperanza de robar leña.

El guía Couquerot, armado de su hacha, provisto de su cinturón y de una cuerda, condujo al padre Bordes á lo largo del antiguo torrente. Todo fué bien durante media hora; pero llegados á la famosa galería, Couquerot se detuvo.

– Señor cura, dijo, no creo que podamos continuar sin un poco de cuerda.

– Pues bien: estoy á su disposición, contestó el sacerdote con valor.

El guía anudó la cuerda bajo los brazos de su cliente.

– Cójase usted bien á la cuerda con la mano izquierda, le dijo; apóyese en el palo con la derecha y no se mueva.

Dados estos consejos, Couquerot cogió la extremidad libre de la cuerda y subió delante; después, cuando aquélla estuvo muy tirante, anudóla con fuerza á una raíz de boj.

– Ahora, dijo al eclesiástico, venga usted hacia mí, sin temer nada, porque no hay ningún peligro.

El guía tiró hacia sí de la cuerda y subió á su hombre como si fuese un cubo de agua; la operación salió bien, y el cura ascendió hasta el boj; pero temblaba un poco.

– ¿Y se ha de recorrer mucho camino así, Couquerot?

– No lo creo, señor cura. ¡Valor..., algunas brazadas más!

Pero el eclesiástico perdió pie de pronto, al querer enjugarse la frente.

– ¡Ah, Señor!, exclamó.

Su guía le vió rodar hasta la extremidad de la cuerda; mas por fortuna, aún estaba sujeta en la raíz. El cura, suspendido por los sobacos, dió dos ó tres vueltas en el vacío.

– ¡Basta ya, gritó, se me ha caído el sombrero! ¡Basta!.. ¡Condúzcame usted otra vez al presbiterio!.. ¡Canario, traerme á mí á semejantes sitios!

– ¡Pero, señor cura, no he hecho más que obedecer!

– ¡Basta, le digo que quiero volver á casa!..

– Ya hemos pasado lo más difícil...

– ¡Me importa un bledo!.. ¡No tengo ganas de romperme la crisma!

Fué necesario volver á bajar al eclesiástico con el cinturón y la cuerda.

– ¡Ah, Señor, exclamó el buen hombre, temblando como un junco, he creído llegada mi última hora! ¡Si al menos hubiera traído un frasco de coñac para recobrar fuerzas!

Descansó algunos minutos, y después dirigióse lentamente á Gargos, murmurando:

– ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Desde aquel día renunció á la hipótesis de la desviación.

– Aunque fuese verdad, pensó, yo no podría probarlo, pues se tiene el testimonio de Augusto y de otras muchas personas que han visto un alud detenerse á las siete menos cinco. Para todo el mundo, eso es lo que ha desviado la cascada, y la prensa lo ha confirmado.

Sin embargo, muy penoso era para él renunciar á la *Cabellera de Magdalena*, y no podía resignarse á su nueva situación. Por eso meditó de nuevo y volvió á leer una vez más el contrato de venta á Francisco Montguillem, con la esperanza de hallar alguna falta de forma.

– Las parcelas que yo le cedí, se dijo, llevan los números 318 y 319 de la matriz catastral. ¡Si se hubiese cometido algún error por casualidad! ¡Si se hubieran copiado mal los números! Montguillem no sería entonces propietario del barranco que ocupa, y como no hay prescripción, el contrato quedaría nulo.

Esta idea quimérica le hizo recobrar algún valor; y marchó á Aigues-Vives para rebuscar en el plano catastral de Gargos, cuyas hojas miró con emoción.

Pero las parcelas vendidas estaban marcadas, en efecto, con los números 318 y 319; de modo que no había error, y hasta en un plano del pueblo que databa de 1712, el cura hizo un descubrimiento que le angustió. En dicho plano figuraba al Sud de la iglesia una línea azul que iba á reunirse con el arroyo de Ribenac y que tenía la indicación siguiente: «Torrente de Pichemule.»

– ¡Cómo!, exclamó el cura. ¿Conque la *Cabellera de Magdalena* estaba al otro lado de la iglesia y no pasaba por delante del presbiterio?.. ¡Pues entonces el viejo Cojola tenía razón! Al cambiar de sitio la cascada no ha hecho más que volver á su antiguo lecho... ¡Ah, Señor, toda esperanza se pierde así!

El sacerdote debió creer entonces forzosamente en el alud de las siete menos cinco. ¡Condenado Gargos, cómo se divertía llevando su torrente tan pronto á la izquierda como á la derecha! Esto recordó al sacerdote las fechorías de un alud histórico que en 1630 había recorrido el valle de Heas, haciendo cosas más extraordinarias aún. Había obstruído el curso del Gave, transformando el valle en un inmenso lago que duró siglo y medio.

– ¡Ah, malditos aludes!, exclamó; pero corrigióse al punto añadiendo:

– No hablemos demasiado mal de ellos, porque pueden repararlo todo; si uno me despojó de mi cascada, tal vez me la devuelva otro.

Y ya no vivió más que con esta esperanza.

– ¡Bah, se dijo, aún no se ha derretido toda la nieve; todavía puede caer alguna cosa de allá arriba!

Pero este optimismo no era muy fundado, pues el alud reparador no se daba prisa en llegar.

Entonces, para hacerlo venir apeló á Dios. El 19 de mayo, fiesta de la Ascensión, celebró la misa en Gargos, con el quitasol, porque los rayos del astro rey picaban de firme; y con este motivo se comprometió, puesta la mano sobre el Evangelio, á consagrar á la reedificación de la iglesia la mitad de los ingresos que produjese la *Cabellera de Magdalena*, si volvía á tomar el camino del presbiterio.

Prestó este juramento con todo el fervor y la sinceridad de su alma.

– ¡Señor, pensaba el padre Bordes, habéis querido castigar mi egoísmo y mi codicia; bendita sea vuestra mano, y permitidme reparar mis faltas!

Después de la misa fué á ver con su cocinera la nueva cascada.

– ¿No te parece, Poupotte, que disminuye?, preguntó.

– ¡Nada de eso, señor cura!

– ¡Sí, sí, disminuye, no lo dudes!.. Me parece enferma... ¡Mira su caída! No lleva tanta agua desde hace algunos días.

– ¿Lo cree usted así?

– ¡Ciertamente, sí, eso salta á la vista!

Así diciendo, se retiró: estaba impaciente por ver de nuevo en su jardín la pared desnuda y goteando siempre donde antes caía la *Cabellera de Magdalena*.

– ¡Mira, Poupotte, exclamó, mi cascada vuelve á venir!

– ¡Ah, santos ángeles! ¿Cómo puede usted decir eso?

– ¡Toma, muy naturalmente! El granito está mucho más húmedo hoy, y veo caer las gotas en mayor número. Basta mirar con ojos imparciales. Si el progreso continúa, de aquí á quince días la *Cabellera de Magdalena* volverá á correr.

– ¡Pobre amo mío!, exclamó la cocinera. ¿Se volverá usted al fin loco?

– ¡Vamos, ya vuelven á manifestarse tus sentimientos!, exclamó el cura. ¡Bien lo adiviné al punto! ¡Ah! A ti te daría pena que mi cascada volviese!.., ¿eh?

– ¿Qué ha dicho usted, señor cura?, replicó la cocinera. ¿Cómo se atreve á tratar así á una pobre mujer que le sirve hace ya veinticinco años y que se dejaría matar por usted?

La cocinera gimoteó y su estado de ánimo fué causa de que se cortase la mayonesa del almuerzo; sin duda en su turbación le había dado vueltas de derecha á izquierda en vez de hacerlo al contrario.

– ¡Tanto peor para usted!, dijo con enojo, poniendo la salsera sobre la mesa.

Entonces el cura reconoció que había sido injusto, y antes de tomar el café rogó á su criada que le dispensase.

– No te enfades por eso, Poupotte, dijo. ¡La desgracia nos hace injustos! Ese alud ha sido para mí un golpe terrible; y no se resigna uno á perder de la noche á la mañana una renta de dos mil francos, cuando no se tiene más riqueza que la mía. La cascada era mi principal recurso, como sabes muy bien; me ayudaba á constituir el dote de mi sobrina, permitiéndome además ir á pasar dos semanas todos los años á orillas del mar, y gracias á ella érame dado recibir dignamente á su ilustrísima el obispo de Tarbes cuando tenía á bien honrarme con una visita. Ahora, si Dios no me llama á sí, podré vivir aún, porque me queda la *quinta Magdalena* de Argelez, y el *Restaurant de la Paz* de Aigues-Vives; pero ¿qué es eso? ¡Un capital de veinticinco á treinta mil fran-

cos cuando más, y eso no es para vivir holgadamente! En adelante suprimirás el plato de legumbres de la comida, Poupotte, y para el almuerzo no me pongas ya tostadas con manteca.

Estas palabras angustiaban el corazón de la cocinera, que echó á llorar tapándose los ojos con el delantal; y al verlo, los del cura se humedecieron también.

Por la noche hizo mucho viento; varias veces el tutor de Jacobita miró hacia su jardín, y parecíale oir el ruido de la cascada que volvía; pero no era más que el temporal que agitaba los árboles. Aquel rumor engañoso no le dejó dormir en toda la noche.

Al otro día de la Ascensión llovió á mares, y el lecho del antiguo torrente se llenó de agua.

–¡Ya vuelve la cascada, Poupotte, exclamó el cura, transportado de júbilo; esta vez sí que vuelve!

Pero era una falsa alegría, porque después de cada tormenta no se veía ya cascada.

Entonces el sacerdote se afectó más y más; la indiferencia del cielo para con él le impresionó mucho; y preguntóse por qué no se atendía á su ruego. Experimentaba cierta amargura al hojear su breviario, y ya no celebró la misa con el fervor de antes.

–¿Llegaré á ser un mal sacerdote?, se preguntó, examinando el fondo de su conciencia.

Una tarde vió en la montaña una mujer vieja; era Poutonne la Barbuda, una campesina más fea que los siete pecados capitales, que pasaba por hechicera en el país. En aquel momento se paseaba á orillas del antiguo torrente, en el sitio mismo donde la *Cabellera de Magdalena* caía antes con tanto estrépito.

–¿Qué hará allí?, se preguntó el padre Bordes. ¡En ese sitio no hay nada que robar!

Y singulares ideas cruzaron por su mente.

Al otro día vió también á Laroque en la montaña, á quien muchos suponían en pacto con el diablo.

–¿Y por qué ronda también por allí ese hombre?, volvióse á preguntar el sacerdote, pasándose la mano por la frente. A decir verdad, continuó, estoy muy lejos de creer en todas esas necedades; pero en fin, no hay humo sin fuego. *Vox pópuli, vox Dei.* Puesto que el pueblo cree en los hechiceros y en los duendes...

El tutor de Jacobita temía concluir: pensaba en los recientes descubrimientos de los doctores, en los fenómenos extraños observados en los hospitales, en los poseídos de Londun, en los fakires de la India, y en todos los misterios de otro tiempo y de hoy.

–¡Si fuera verdad, sin embargo!, murmuró.

Y veía pasar ante sus ojos las figuras de Poutonne la Barbuda y de Laroque el contrabandista.

La superstición de sus antepasados, cuyos gérmenes latentes perturbaban su cerebro, quería florecer en él con motivo de aquella cascada perdida; y como todos sus desgraciados compatriotas, que en vano han apelado á la ciencia de los hombres y á la omnipotencia de Dios, pensaba en volverse hacia el diablo. Sus estudios no habían servido de nada. ¿No conocía abogados, letrados y médicos que al envejecer se hacían tan supersticiosos como sus ancianas nodrizas?

–¡Las hechiceras!, se decía el padre Bordes. ¡De ellas nos habla la Biblia!.. Si fuera una de esas hijas del demonio la que me ha robado mi cascada... ¿Pero cuál? ¡Ah, si yo la cogiese entre mis manos!

El padre Bordes recordó entonces varias leyendas locales.

Se cree en aquel país que el sacerdote que se olvida de cerrar su misal, una vez terminado el oficio divino, obliga á todos los afiliados del diablo á permanecer en la iglesia. El día de la Pascua de Pentecostés, el padre Bordes ofició en Aigues-Vives, y todo el pueblo de Gargos estaba allí. Fingiendo una distracción, el sacerdote dejó su misal abierto, y un cuarto de hora después todos los asistentes se habían ido. ¡Ni siquiera quedaba allí Poutonne la Barbuda!

Entonces el sacerdote apeló á otro medio muy empleado en la región, que consiste en poner en la pila del agua bendita una cáscara de haba con nueve guisantes pequeños: las hechiceras desde el momento que la ven no pueden, según se asegura, retirar su mano del agua bendita.

El padre Bordes buscó los guisantes pequeños, que se vendían muy caros, al decir de Poupotte, y se proporcionó también dos cáscaras de haba con las condiciones requeridas. Colocó la una en la pila de agua bendita de Aigues-Vives y la otra en la de Gargos; mas el procedimiento no surtió efecto alguno.

El sacerdote, muy desconsolado, pensó entonces en consultar á Roumigas; mas pronto desechó esta tentación.

–¡Sería estúpido!, pensó. Yo, eclesiástico, no debo aparentar que creo en tales cosas. ¿Qué se diría en el país? Todos mis feligreses deben recordar aún cierto sermón en que combatí enérgicamente á los «explotadores de la credulidad pública...» ¡No, de ningún modo debo ir á consultar á Roumigas!

Sin embargo, los días pasaban; tres semanas habían transcurrido desde la fiesta de San Antonino, y la cascada caía aún en el dominio de Silverio. El tutor de Jacobita comenzó á enflaquecer; había perdido el apetito; su sueño era agitado; pasaba la mitad del tiempo en las rocas de su antigua cascada, y sobrecogíale ya una espantosa melancolía. Su jardín le pareció vacío; su casa era triste como un sepulcro, y sus praderas, menos bañadas, perdían poco á poco sus verdes y brillantes matices. ¡El alma de las cosas se había desvanecido!

Una mañana, cediendo á su nostalgia, fué pasito á paso, como un viejo, á ver la cascada nueva.

–¡Ah! Es en realidad imponente, se decía, y Silverio es muy feliz. ¡Qué agradable ruido, qué blanca espuma! ¡Qué hermoso arco iris forma! ¡Parece un cinturón de seda que ciñe el talle de una joven!

Los ojos del padre Bordes brillaban ante aquel espectáculo.

–Y bien, Silverio, dijo al montañés, ¿sigues tan contento?

–¡Ya lo creo, señor cura!

Ya no se dirigían palabras rencorosas; saludábanse con afabilidad como todas las personas del pueblo, y su voz dulcificada parecía indicar un deseo de conciliación.

El sacerdote examinó las inmediaciones de la cascada, que estaban completamente cambiadas; Silverio había resuelto rodear su terreno de una cerca, y varios trabajadores levantaban un muro á lo largo del camino, mientras que otros demolían la casuca apoyada en la roca, es decir, la cabaña en la que el guía sólo habitaba hasta después del paso de los aludes. Por último, el carpintero construía un puentecillo de madera sobre un canal profundo, por donde el agua de la cascada corría hacia el arroyo.

–¡Oh, Silverio, cómo vas á embellecer todo el barrio de la iglesia!, exclamó el sacerdote.

–¡Así lo espero, señor!

–¿Qué quieres poner allá abajo, en lugar de tu cabaña?

–Una casita para que los extranjeros puedan beber leche, jarabes ó licores.

–¡Excelente idea! Si yo hubiera hecho eso en el presbiterio, habría acumulado una fortuna; pero ya comprenderás que un sacerdote no es tan libre como un laico. ¿Y sin duda tendrás una vaca?

–Dos, señor cura, y además algunas ovejas; mi padre me dejará una parte de su rebaño.

–¡Necesitarás mucho dinero para eso!

–Ya me prestan; ahora tengo crédito, y hasta me ofrecen más de lo que pido.

–No me extraña eso, Silverio, porque eres un muchacho formal é inteligente; pero permíteme que te haga una observación. Me parece que tu terreno está mal situado, y si levantas construcciones, los aludes será fácil que las arrasen durante la primavera.

–Bien lo sé, y por eso he dispuesto que las construcciones no tengan importancia: una simple azotea bastará para los consumidores, y en cuanto á las vacas y á las ovejas, las acomodaremos en cualquier parte, en una casa del pueblo.

–Si tuvieses aquel espacio de terreno de allá abajo, á la derecha de la cascada, podrías edificar maravillas. ¡Qué hermosa situación ahora! Desde allí se vería la cascada á los pies, estando al mismo tiempo al abrigo de los aludes, y se podría recrear la vista en un magnífico panorama sobre el valle de Aigues-Vives.

–¡Bien lo sé!, contestó Silverio; pero el terreno pertenece á usted, señor cura.

–En efecto.

–Y yo no he osado...

–¿Qué?

–No he osado rogar á usted que me le venda.

El sacerdote no dijo nada; miró al suelo un instante; sacó su tabaquera incrustada de nácar, y cerrándola después con un golpe seco de sus falanges, repuso:

–Ya hablaremos de eso, Silverio. Es un asunto que exige reflexión.

Daban las once, y el padre Bordes se alejó; fuése á su casa y almorzó con el mejor apetito.

Poupotte no pudo contener su asombro.

–¡Ah, señor cura!, exclamó, que contentillo está usted esta mañana.

–He aspirado el aire de la cascada, hija mía, y esto me hace mucho bien. ¡Qué quieres hacerle! Yo estaba acostumbrado á su frescura desde hace treinta y cinco años, y como me había faltado estos días, no me encontraba bien.

Después de almorzar, el sacerdote visitó otra vez á Silverio; examinó con ojo complaciente el trabajo de los albañiles, y habló varias veces con los carpinteros. Cuando el montañés le vió, apresuróse á llevarle una banqueta.

–No has hecho mal, dijo el padre Bordes, porque tengo las piernas quebrantadas.

Así diciendo, el sacerdote fué á colocarse en el prado, á diez metros de la cascada.

–¡Qué bien se está aquí!, dijo levantándose la sotana para ponerla sobre la rodilla.

Morrudo pacía á pocos pasos.

–¡Ah, ah, he ahí nuestro malhechor!, exclamó el padre Bordes. ¡Cómo ha engordado! ¡Hermoso animal! ¡Se conoce que mis rábanos le han sentado bien!

El buen sacerdote parecía olvidar sus antiguos rencores; sonreía á las personas y á los animales y á todas las cosas que le rodeaban

Y de vez en cuando miraba á Silverio Montguillem fijamente.

–Muchacho activo, decíase, económico y de porvenir. ¡Se hará rico!

El padre Bordes observaba además una transformación completa en el traje del montañés: Silverio no llevaba ya su ropa de pastor; calzaba zapatos nuevos, se había puesto corbata de seda, y la camisa era muy fina: poco á poco adquiría la elegancia del mismo Gastón Roumigas.

Maquinalmente, el sacerdote hacía comparaciones entre los dos mancebos.

–Gastón, decíase, tiene modales más finos; pero en Silverio hay una expresión más franca. ¡Bah! No es difícil explicarse la inclinación de Jacobita.

El padre Bordes se concentró en sus reflexiones, y extrañas ideas se desarrollaron lentamente en su cerebro. ¡Oh, qué agradables eran! Se parecían un poco á esos serpentines sonrosados, blancos, amarillos, azules y de todos colores, que había visto arrojar en la playa de Biarritz cierto día de fiesta, y trazaban en él caprichosos arabescos, espirales brillantes, que se movían suavemente al fresco soplo de la cascada vecina.

–Bien mirado, pensaba, si yo hubiese otorgado la mano de Jacobita á ese muchacho, no habría perdido nada el día de San Antonino. La *Cabellera de Magdalena* hubiera cambiado de lugar, mas no de propietario; sería de mi sobrina y de su esposo, en fin, de mi familia, si no de mi pertenencia, y los tres tendríamos el recreo y también los beneficios. Ahora yo podría mandar construir un pequeño taller junto á la cascada, y trasladar aquí mi torno sin gastos, ese torno que me ha costado tres mil francos, y del que ya no me serviré nunca por falta de motor hidráulico... ¡Ah! ¡Qué gran locura!

El padre Bordes se levantaba de vez en cuando bajo un impulso repentino, muy semejante á un remordimiento, é iba á hablar con los trabajadores de Silverio, cuyas operaciones vigilaba, atreviéndose á emitir su parecer, á veces como si hubiera sido el verdadero propietario. El joven guía le dejaba hacer, tomando nota de sus observaciones.

De repente, después de pasear un momento, el sacerdote se volvió hacia Silverio.

–¿Y bien, preguntóle, no pensamos ya más en ese proyecto de construcción allá abajo?

–¡Ya lo creo, y más que nunca! Si usted consiente en cederme el terreno, se comenzarán las obras al punto, pues ya tengo hecho el plano.

–Veámosle.

El padre Bordes se caló sus anteojos, tomó el plano, estudióle con detención, aprobó ciertas partes, criticando bastante otras, y resumió su impresión diciendo:

–Seguramente está bien, muy bien; pero me parece un poco mezquino. Yo sueño aquí algo grandioso, magnífico... Déjame el plano para examinarle esta noche en casa, y aun mejor será que vengas á comer conmigo y le estudiaremos juntos. ¿Te conviene mi proposición?

–Con mucho gusto, señor cura.

–¡Pues ya estamos entendidos!.. A las siete en punto, si te parece bien ¡Hasta luego!

Y aquella tarde Silverio fué á comer á casa del padre Bordes.

La cocinera no volvía en sí de su asombro.

–¡Santos ángeles, exclamó, quién hubiera creído esto! ¡Silverio en nuestra casa!

El sacerdote y su convidado tuvieron gran apetito.

Después de comer, el padre Bordes desarrolló el plano sobre la mesa é inclinóse sobre él, tomando su café á sorbitos.

–Aquí ponemos la azotea para los concurrentes; allí las cuadras y la habitación del guarda..., se necesitará un guarda con librea azul..., y por último, en este espacio, la casa principal con un parque; bastará que tenga dos pisos, y mirador para disfrutar de la vista del burgo de Aigues-Vives.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

INVESTIGACIONES PREHISTÓRICAS EN GALICIA (1)

II

De todos los descubrimientos que hemos realizado en nuestras exploraciones prehistóricas, uno de los que reputamos de más importancia es el de dos magníficos *cromlechs* que hallamos en la notable estación de Puentes de García Rodríguez. Y conste que les aplicamos este nombre, que tanto llevan equivocado los arqueólogos, ateniéndonos estrictamente á su etimología y á la acepción que da á esta palabra el sabio Mortillet, el cual dice que «los verdaderos cromlechs son cercos formados por piedras fijas en tierra. Y digo piedras, más bien que menhirs, porque en la mayor parte de los cromlechs el volumen de las piedras que constituyen el cierre ó cerco es relativamente pequeño.»



Fig. 1. Cromlech de Puentes de García Rodríguez

Los *cromlechs* de Puentes están emplazados en una loma que domina una gran planicie que riega el Eume y varios de sus afluentes, asiento indudable de una población *lacustre*, mediando entre uno y otro unos 200 metros y teniendo en torno cuatro magníficas *mámoas* dolménicas. Los dos son enteramente iguales; pero el mayor, que nuestro grabado reproduce, tiene el diámetro del célebre de Gellaimille, cerca de Chartres – 21 metros, – mientras que el otro sólo alcanza á unos 10 escasos.

Con especialidad el principal de estos *cromlechs*, la naturaleza de cuyos materiales le hacen aparecer de nívea blancura, destacándose notablemente sobre la verde vegetación que alfombra el monte, es magnífico por todos conceptos, y á la vista de tal monumento, que elocuentemente nos habla de las primeras manifestaciones de esa grandiosa arquitectura que produjo más tarde maravillas que al alma cautivan, nuestro espíritu se transporta en verdadero éxtasis á las épocas en que nuestros aborígenes lo erigieron, y juzga de la importancia moral que en aquel entonces revestiría. Verdad es que no alcanza las proporciones de muchos otros de Inglaterra, Dinamarca y Escandinavia y aun de algunos de los de Francia; pero en cambio tiene tales caracteres de originalidad y perfección, que cual el Stonchenge de Salisbury, aunque no tan notable, constituye casi un caso excepcional en el campo de la arqueología prehistórica.

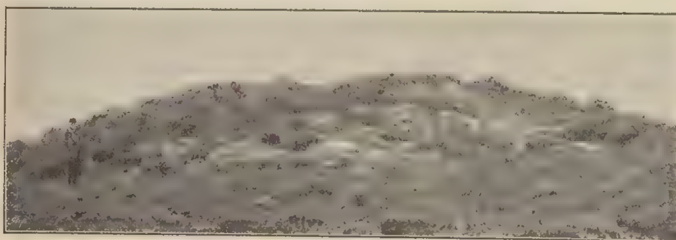


Fig. 2. – Cairn ó gals-gals

Tiene éste forma circular, que suele ser la más común en tal clase de monumentos, y está tan perfectamente descrita, que no cabe dudar de que á su trazado no fué ajeno el compás en estado embrionario; y su lado lo constituye un pretil de unos 60 centímetros de alto, formado por grandes y groseros cantos de cuarzo blanco sin labrar – que abunda mucho en aquellos parajes, – muy clavados en el pavimento y dispuestos en dos hiladas paralelas sin dejar entre sí hueco alguno. Al SE., cuatro *menhirs* de relativa perfección, que del suelo sobresalen un metro, flanquean la espaciosa entrada del *cromlech*, cual si fuesen los eternos guardianes de este que para nuestros primeros ascendientes ha sido sagrado recinto, tanto en el caso de que le consideremos monumento conmemorativo, cuanto que tuviese un objeto político ó religioso.

Refiriéndose á los *cromlechs* en general, dicen Vilanova y Rada y Delgado en su *Geología y protohistoria ibéricas* que son monumentos megalíticos funerarios, y Fergusson cree también que este carácter revisten los que no exceden de 30 metros de diámetro, pues los mayores supone que conmemoran batallas libradas en el lugar en que éstos existen. Pero á la vista del *cromlech* que nos ocupa, instintivamente se adquiere el convencimiento de que no sirvió como elemento decorativo ó simbólico de algún túmulo, como generalmente sucede con los de las islas británicas, de Suecia y de muchas otras regiones de Europa y también de Africa; y que cual los *cromlechs* y demás monumentos prehistóricos de Moytura, en Irlanda, no tienen éstos un objeto conmemorativo, también puede juzgarse sin gran temor de equivocación.

Nosotros, por las especiales circunstancias que en éste concurren, creemos que se trata de un monumento requerido por las necesidades inherentes á la organización social de las gentes que lo construyeron: quizá fuese un templo, pues que tiene los mismos caracteres que el que á Júpiter consagraron los arcadios de la época legendaria en el monte Liceo; quizá sirviese de lugar para celebrar las asambleas políticas, según sucedió también en tiempos de los griegos homéricos con la Agora de Micenas, que era muy parecida á este *cromlech*; ó presumible es que, cual el santuario de Delphos y aun algunas catedrales del primer período gótico, tuviese los dos objetos á la vez.

Según la opinión de nuestros excelentes amigos los distinguidos arqueólogos gallegos Murguía y Saralegui, el druidismo existió en nuestra región, con la cual están conformes otros autorizados historiógrafos. «Los templos de los druidas – dice un escritor – eran una especie de anfiteatro ó arena circular á descubierto, y formada de pilastras compuestas de piedras sin labrar, tales como salían de la cantera;» y esto concuerda perfectamente con los caracteres que reviste nuestro *cromlech*; y para mayor abundamiento, éste se halla situado en un lugar circundado por grandes bosques de robles que, cual la encina, teníalos aquella religión por cosa sagrada, y eran, por lo tanto, de gran significación para el culto.

Por las dichas razones, presumimos que el monumento de que tratamos era donde aquellos venerables sacerdotes, por antonomasia llamados *espíritus del bosque*, se reunían para arreglar las cuestiones concernientes á su jurisdicción ó para verificar los sacrificios á la misteriosa luz de la luna, mientras en torno la multitud lanzaba los característicos *aturuxos* de nuestros poéticos campos, opinión que hasta cierto punto consolida más la tradición que en el país corre unida á este monumento. Y quizá aquel lugar, de tantos recuerdos prehistóricos rodeado, fuese en los primitivos tiempos el centro religioso del NO. de mi país, cual Chartres lo ha sido de las Galias, según César.

Las *mámoas* que hay en torno de estos *cromlechs* son notables por su mayor tamaño y por los magníficos *dólmenes* que encierran, en los que aparecieron un dije de bronce y la deteriorada hacha neolítica de que damos una reproducción; además, la que ocupa el espacio que media entre los dos citados monumentos participa en algo de la condición de *gals-gals*, pues tiene un grueso y uniforme revestimiento de cantos rodados, como el célebre túmulo de Tumiac (Francia.)

Creemos nosotros que no sea aventurado el relacionar directamente estas *mámoas* con los *cromlechs* y aun en el terreno de las conjeturas, suponerlas depositarias de los restos de personajes que en aquellos templos ó *forums* hubiesen desempeñado principal papel. Y estas mismas consideraciones hacémoslas extensivas al magnífico *cairn*, que reproducimos, que algunos metros más arriba destaca su perfil en el horizonte y de cuya cámara tumular se exhumaron un precioso torque y un magnífico puñal de bronce.

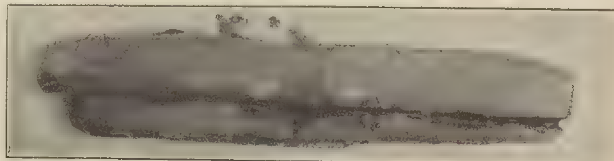


Fig. 3. – Hacha de piedra del período neolítico

Si tanta relativa atención hemos prestado á este ó á estos monumentos que descubrimos, es por tratarse de un caso excepcional en Galicia, pues el *cromlech* del monte Las Fachas (Mondoñedo), investigado por el sabio arqueólogo Villamil y Castro, sólo tiene 2'50×2'90 metros de diámetro, y el de Corzán (Coruña), dos únicos de que hay noticia entre nosotros, que estudió el ilustre Murguía, aunque más notable que el anterior, no reviste por ningún concepto la importancia que el que tratamos. Este creemos que por todas las circunstancias que en él concurren, figurará como uno de los más interesantes monumentos prehistóricos megalíticos de nuestra región y aun de España, donde se carece de construcciones de este género, cual sucede en todo el centro y Sur del territorio europeo.

Federico Maciñeira y Pardo,
Cronista de Ortigueira

(1) Véase el núm. 684.

***

TRANVÍA AÉREO EN GIBRALTAR

Comprendiendo la utilidad del sistema de tranvías aéreos, que desde hace mucho tiempo se emplea para fines industriales, se han hecho recientemente varias aplicaciones de él para el transporte de viajeros. En el número 654 de La Ilustración Artística nos ocupamos de un tranvía de este género establecido cerca de Knoxville, en el estado de Tennessee; hoy diremos algo de otro análogo hace poco instalado en Gibraltar, en donde presta grandes servicios, para poner en comunicación el vigía, situado en la cumbre de la colina del centro del peñón, á una altura de unos 380 metros, con el extremo Sur de la ciudad que se extiende al pie de aquella eminencia.

Para llegar á aquel punto hacíase antes preciso verificar una ascensión tan larga como penosa, y sin embargo no era posible pensar en el establecimiento

de una vía férrea ordinaria, que habría resultado excesivamente cara, dado el escaso tráfico que en ella habría habido.

Los tranvías aéreos, es decir, suspendidos por medio de un cable, permitieron dar al problema una solución práctica y económica. Como representa nuestro grabado, el vehículo, que no es sino un sencillo cajón ó banasta que sólo puede contener una persona, se desliza por un cable y es arrastrado por otro colocado debajo del primero, según puede verse en el cartucho que aparece en la parte superior del dibujo. La longitud del cable es de 300 metros desde la estación inferior hasta el flanco de la colina.

En el trayecto de la ascensión el cable está sostenido por caballetes, que se ven en nuestro grabado y que en mayor escala están reproducidos en el cartucho inferior del mismo.

Esta línea se utiliza á la vez para el transporte de personas y para el de mercancías.

En México funciona también una línea de este género que atraviesa abismos de algunos centenares de metros de profundidad, que sólo á fuerza de gastos muy cuantiosos y de vencer grandes dificultades técnicas hubieran podido salvarse por medio de puentes. El tranvía aéreo, poco costoso y de fácil instalación, ha resuelto el problema. En aquel tranvía el vagón, capaz únicamente para dos viajeros, consiste en una simple plataforma; de suerte que para las personas que padecen del vértigo no es muy agradable la travesía. A pesar de ello, la línea es, según parece, muy frecuentada, y son muchos los que hacen el viaje por simple placer.

El inventor del tranvía aéreo de Knoxville, Mr. J. B. Gagnier, propone construir uno análogo para atravesar la catarata del Niágara: los cables estarían tendidos sobre el mismo salto de las aguas, y de esta suerte podría disfrutarse, de una manera incomparable, de tan maravilloso espectáculo.

(De *La Nature*)



TRANVÍA AÉREO EN GIBRALTAR



Guerra chino-japonesa.–Los japoneses transportando un cañón del fuerte chino de Ta-lien-Wang, después de la toma de Port-Arthur

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 4 de marzo de 1895 — Núm. 688

ADVERTENCIA

Con el próximo número de "La Ilustración Artística," correspondiente al día 11 del corriente mes de marzo, repartiremos á nuestros abonados el tomo II de la notable obra AMERICA.—HISTORIA DE SU COLONIZACIÓN, DOMINACIÓN É INDEPENDENCIA, escrita por D. José Coroleu.

Como los señores suscriptores que lo son desde principio de este año no poseen el tomo primero de tan notable obra, publicado el año pasado, les invitamos á que lo adquieran, para no tenerla truncada, por el precio de CINCO pesetas, ÚNICO PARA LOS SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL.

En el caso de que á algún suscriptor no le conviniese su adquisición, podrá elegir, en sustitución del expresado tomo segundo de la "Historia de América," entre cualquiera de las siguientes obras:

LOS ECOS DE LAS MONTAÑAS, escrita por don José Zorrilla y profusamente ilustrada por Gustavo Doré, LOS MISTERIOS DEL MAR, ó LA GUERRA FRANCO-ALEMANA (1870-1871), escrita por el mariscal conde de Moltke, con preciosos grabados intercalados en el texto.

Por nuestra parte nos permitimos aconsejarles que no dejen de completar la preciosa é interesante obra AMERICA.—HISTORIA DE SU COLONIZACIÓN, DOMINACIÓN E INDEPENDENCIA, en vista de la entusiasta acogida que ha tenido el tomo primero, único que hasta ahora hemos repartido.



SAINETES MATRITENSES

El porvenir descubierto, dibujo de Méndez Bringa



SAINETES MATRITENSES

EL PORVENIR DESCUBIERTO

Habitación de la calle del Tribulete, pobre, pero cursi.

I

DOÑA GERTRUDIS, jamona de rompe y rasga, ostentando en orejas y dedos brillantes americanos como garbanzos, aparece sentada ante una mesilla cubierta por verde bayeta con alguno que otro lamparón. Sus ojos azules contemplan una baraja desparramada sobre el tapete, como interrogando los ignotos misterios del porvenir. Suena una campanilla que parece un esquilón: óyense pasos, y se presenta la ANGUSTIAS, representante dignísima del gremio de pitilleras.

GERTRUDIS. – *¡Alante!* Pase usted, señora.

ANGUSTIAS. – Felices. ¿Es usted la que echa eso?

GERTRUDIS. – Sí, hija; tome usted una sillita. *(Aparte.)* Ya cayó una pescadilla.

ANGUSTIAS. – *Pus* yo venía porque la Generosa me dijo, dice: «Hija, *pa* lo que te pasa *naide* mejor que doña Gertrudis, que *adevina too* lo *ocurto*.» Y yo dije, digo: «*Pus* allá me voy.» Pero me han dicho que lleva usted diez *riales*, y la *verdaz*, que eso me parece mucho, porque una, es una *probe*.

GERTRUDIS. – Mire usted, medio duro es ya la última clase, y no se puede bajar.

ANGUSTIAS. – Ande usted, que ya viene aquí gente de *parné*, y al señorío le puede usted meter mano; tan y mientras que á una, que una semana trabaja y otra no...

GERTRUDIS. – Bueno, por ser usted y con condición de que no dirá por ahí que la rebajo...

ANGUSTIAS. – ¡Ni que decir tiene, señora!

GERTRUDIS. – Pues dé usted dos pesetas.

ANGUSTIAS. – ¡Señora! *Pus* vaya una *conomía*... ¿En una no estará bien? *Pa* lo que á usted le cuesta...

GERTRUDIS. – Oiga usted, ¿qué se ha *figurao* usted, que soy una titiritera de esas que andan por las plazuelas?

ANGUSTIAS. – No se amosque usted, que no es *pa* tanto. Seis *riales*, y no hay que hablar más.

GERTRUDIS. – En fin, ya que usted ha venido...; pero ya le digo que no ha de decirlo á nadie.

ANGUSTIAS. – Tome usted. (*Doña Gertrudis suena las monedas.*) No tenga usted reparo; la peseta es buena, sólo que el *nene* tiene una hoja en la nariz.

GERTRUDIS. – Sí, ya lo veo. Ahora usted dirá lo que desea saber.

ANGUSTIAS. – Pero, hija, yo creí que usted lo decía *too*.

GERTRUDIS. – Nada hay oculto para mí; pero si una fuera á descubrir todo el sino de las personas que vienen aquí, *apañá* estaba, ni en tres meses acabaríamos.

ANGUSTIAS. – *Güeno, pus* mire usted, yo le diré á usted lo que más me precisa. No sé si usted conocerá al *Momia*...

GERTRUDIS. – No recuerdo á ese caballero.

ANGUSTIAS. – Lo que es *cabayero*, mayormente no lo es, porque me hace *ca perrá;* pero es muy barbián, y yo le tengo ley, que *sinós*... *Pus pa* San Isidro *pasao* hizo un año que estamos en relaciones, ¿sabe usted?.. Porque en la *praera* me regaló un pito y un Castelar de yeso de esos que dicen que sí con la cabeza. *Pus* él es periodista; lo cual que tiene mucha de la suerte, porque hay días que se vende sus tres veinticincos de *Liberales* y *Globos*, amén de las *Lidias* y *Blancos y Negros, decetera*, porque en el café del Este tiene un cajón de *buten*, y eso que con el *moro-polio* de las *ceriyas* ha *perdío* lo menos dos pesetas diarias un día con otro y los domingos...

GERTRUDIS. – Vamos al grano.

ANGUSTIAS. – *Pus* el grano es que hace tres días que no ha *parecío* por casa, ni por el cajón, y el *echaor* del café me dijo que unos parroquianos le habían visto en la Bombilla de juerga con unos y con unas, y yo quiero saber si me ha *faltao* y con quién y *toas* las *cercunstancias* que hacen al caso, *pa* sacarle los ojos en cuanto que lo vea, si es caso que le vuelvo á ver al ladronazo.

GERTRUDIS. – Ya estoy al cabo de la calle. Corte usted tres veces esta baraja. Ahora de este montón saque usted tres cartas; así, bueno. Ahora mucho silencio, que voy á comenzar. Baraja, barajita, que bien barajada estás... – por la estrella de Venus – y los tres Reyes Magos, – que me digas los sucesos, – ya buenos, ya malos...

ANGUSTIAS. – ¿Y diga usted?..

GERTRUDIS. – ¡Psh! ¡Atención! El caballo de copas, que sale el primero, indica un hombre *aficionao* á la bebida.

ANGUSTIAS. – ¡Ya lo creo, como agua!

GERTRUDIS. – El tres de oros..., con dinero; otro caballo..., se reune con un amigo valiente, porque es de espadas.

ANGUSTIAS. – Sí, ese debe ser el *Aleluya*.

GERTRUDIS. – Estas cartas iguales indican que se pusieron de acuerdo para ir de juerga. Mire usted, estas dos sotas son las mujeres que fueron con ellos.

ANGUSTIAS. – ¿Quiénes son?

GERTRUDIS. – Una gruesa con bigotillo.

ANGUSTIAS. – ¡Ah! Esa es la Braulia. *¡Condená!* Ya me lo *feguraba*.

GERTRUDIS. – La otra es rubia.

ANGUSTIAS. – ¿Rubia? Esa sí que no caigo. ¿Y no dicen las cartas el nombre?

GERTRUDIS. – Hija, todo no es posible. Aquí tiene usted los bastos, que indican palos.

ANGUSTIAS. – Eso no me extraña, porque el *Momia tie* malas pulgas y le da á *cualsiquiera* una *guantá* más pronto que canta el *gayo*. Mire usted, en la plaza del Callao, hará un mes, le dió una puntera á un *gili* de señorito que venía dándome la lata hache, y hubo la mar de palos y *gofetás*. ¡Poquito que nos reímos, porque *aluego!.. (Suena la campanilla de la puerta.)*

GERTRUDIS. – Bueno: todo eso no hace al caso; han llamado; lo cual que hay que servir á todo el público.

ANGUSTIAS. – *Pus* que tengan *pacencia*, que yo buen dinero le he *dao* á usted. En fin, á mí lo que más me importa es saber si ese va á volver ó no. ¿Está usted?

GERTRUDIS. – Los dos ases con el rey de oros por cima dicen bien claramente que volverá, á menos que una partida de juego en que correrá mucho dinero no dé por resultado el que no vuelva.

ANGUSTIAS. – ¡Qué me dice usted! Mucho dinero no será; porque *toos* los que se han *ajuntao* están más *tronaos* que las ratas. Pero diga usted, ¿él sigue en lo de casarse conmigo?

GERTRUDIS. – Estas tres cartas lo han de decir. Escoja usted una. El as de copas. Bueno: pues indica que ocurrirán muchas peripecias y que la cosa es muy dificultosa. Si usted quiere saber más del porvenir hay que echar el gran juego de Constantinopla, y eso cuesta tres pesetas.

ANGUSTIAS. – ¡Quiere usted *cayar*, señora! ¡Si tres pesetas no vale él y *toa* su casta!

GERTRUDIS. – ¡Juan, que pase otro!

ANGUSTIAS. – Eso quiere decir que ya estoy de más aquí. ¡Lástima de seis *riales! Pa* lo que hemos *sacao* en claro...

GERTRUDIS. – Hija, poco dinero, poco meneo.

ANGUSTIAS. – ¡Claro! *Pa* meneo el que yo le voy á dar á la *indina* de la Braulia, ¡y de balde! Con Dios.

GERTRUDIS. – *(Aparte.)* ¡Andar y que os ahorquen á todos!

II

D. NICOLÁS CHICHARRÓN, caballero (al parecer) aunque algo deteriorado, á juzgar por lo apabullado de la chistera y lo raído de su gabán de color de canela.

D. NICOLÁS. – ¿Se puede?..

GERTRUDIS. – Pase usted, caballero.

D. NICOLÁS. – ¿Es usted doña Gertrudis, la que echa las cartas á precios módicos?

GERTRUDIS. – Servidora.

D. NICOLÁS. – Muy señora mía. ¿Usted á mí no me conocerá?

GERTRUDIS. – No tengo el honor...

D. NICOLÁS. – Pues bien: yo soy Chicharrón (don Nicolás), tenedor de libros, jubilado de la Sala de Ultramar del Tribunal de Cuentas del Reino, con cuarenta años de servicios.

GERTRUDIS. – Por muchos años.

D. NICOLÁS. – Y usted que lo vea. Pues bien: yo ando tras un pez gordo.

GERTRUDIS. – ¿Es usted pescador?

D. NICOLÁS. – No, señora; ya he dicho á usted que soy jubilado con 66 pesetas y 66 céntimos mensuales con descuento.

GERTRUDIS. – No es mucho.

D. NICOLÁS. – ¡Qué ha de ser! Así que apenas puedo comer berzas, con perdón de usted. Por esta causa me ocupo en buscar el gordo de la lotería. He estudiado mucho el asunto, he cavilado más y estoy á punto de dar en el *quid*. Tengo un libro precioso, titulado *Manual Satánico*, encuadernado en pergamino, que compré en el Rastro por treinta céntimos y que no lo daría por todo el oro de España, si es que en España hay oro, pues yo no he tenido el honor de verlo amonedado hace veintidós años larguitos de talle.

GERTRUDIS. – ¿Y tan bueno es el libro?

D. NICOLÁS. – ¡Vaya! ¡Como que tiene fórmulas hasta para volar!

GERTRUDIS. – ¿Y usted las ha ensayado?

D. NICOLÁS. – Sí, señora; pero al hacer la invocación previa, me dió un dolor de cabeza tan fuerte, que me asusté, y no quise seguir adelante. Pero vamos al caso: el libro tiene también muchas recetas para acertar los premios de la lotería. Lo malo es que no están claras y tiene usted que andar á ciegas, y otras no es fácil hacerlas, como por ejemplo, la que dice: «Cuéntense los dientes á un ahorcado por delito de brujería, multiplíquense por el número de años del reo y se obtendrá el número que se desea.» Pero por mucho que usted busque, ¿dónde encuentra un ahorcado de esa clase?

GERTRUDIS. – Sí, no es fácil; pero encargándolo con tiempo...

D. NICOLÁS. – Por eso me he decidido por otra fórmula que dice: «Búsquese persona perita en echar las cartas y descubrir el porvenir. Pregúntesele el año en que ocurrirá la muerte del ser que más se quiera, y las dos últimas cifras se multiplican por las del año en que nació y se obtendrá el número del premio mayor.»

GERTRUDIS. – D. Nicolás, eso le va á costar á usted veinte reales.

D. NICOLÁS. – ¿No puede ser menos?

GERTRUDIS. – No, señor, porque yo tengo otro libro satánico que pone los precios á cada cosa, y dice que si se rebajan no sale el premio, sino la aproximación.

D. NICOLÁS. – Carillo es; pero, en fin, tome usted las cinco pesetas.

GERTRUDIS. – Corriente. Ahora dígame usted quién es la persona que usted más quiera.

D. NICOLÁS. – Pues el caso es que yo no tengo familia ni nada, ni quiero tampoco á nadie, más que á una perrita que se llama Blanquita, que era de mi difunta; pero como el libro no dice persona, sino ser, creo que sirve para el objeto.

GERTRUDIS. – Sí, señor. ¡Ya lo creo! Voy á sacar la baraja de los grandes misterios, que tiene doble número de cartas.

D. NICOLÁS. – Saque usted todo lo que guste con tal de que salga bien.

GERTRUDIS. – Sí, señor, descanse usted. ¡Vaya! Colóquese usted de pie en medio de la sala, y mientras yo hago la combinación, usted en voz baja y sin que yo le oiga cuenta hasta ciento.

D. NICOLÁS. – Comprendido. *(Hace la maniobra ordenada.)*

GERTRUDIS. – ¡Así, eso es! Comencemos... «¡Luz de Norte, luz de Sur, luz de Levante y luz de Poniente, venid y reveladme la muerte! ¡Por las potencias infernales! ¡Por Abraham, Sansón y Napoleón!..» Ahora haré tres montones, luego cuatro y luego dos...

D. NICOLÁS. – ¡Ciento! Ya he concluído.

GERTRUDIS. – ¡Al pelo! Elija usted una carta de éstas. A ver: el siete de oros. Muy buen agüero: oros, dinero, fortuna: la Blanquita morirá el año 1897.

D. NICOLÁS. – ¡Pobrecilla! ¡Crea usted que lo siento!

GERTRUDIS. – Con que ya lo sabe usted.

D. NICOLÁS. – Sí, señora: me voy á casa á escape á hacer lo demás, y crea usted que cuando llegue la extracción ya me acordaré de usted. ¡Adiós, señora!

Gertrudis. – Vaya usted con Dios, buen caballero. *(Aparte.)* Ya lo creo que te acordarás de mí, y de los veinte reales más.

III

Pelayo, carbonero, á juzgar por la negra costra que encubre su rostro y manos.

Pelayo. – *Buenus* días *nus* dé Dios.

Gertrudis. – Muy buenos. ¿Viene usted á consultar?

Pelayo. – *Vengu pur* saber el *sinu* de mi *presona, peru denantes quieru* saber *cuántus perrus* me va á llevar.

Gertrudis. – Según lo que usted quiera saber.

Pelayo. – *Non* es mucho. Mire: *primeru* si subirán las leñas y *lus* carbones este *inviernu: segundu* si las *baquiñas* que *tengu* en la *terriña* tendrán buen *partu: terceru* si podré pasar el *duru falsu* que heredé de mi hermana *Turibia.*

Gertrudis. – No diga usted más: eso es una tirada grande, que cuesta diez reales.

Pelayo. – ¡Lléveme *oh demo!* ¡Qué carestía! ¡Diez *riales; dus* pesetas y media; *mediu duru!*

Gertrudis. – Sí, hombre, sí, cincuenta *perras* chicas.

Pelayo. – ¡Oh, no! Es muy *caru; non* me *determinu.*

Gertrudis. – ¿Cuánto daría usted?

Pelayo. – Pues veinte *céntimus.*

Gertrudis. – ¡Hombre!.. ¡Vaya usted á mandar llover y no me haga perder el tiempo!

Pelayo. – En la puerta de *Tuledu pur cincu céntimus* hay *unus pajarines* que sacan un *papelitu cun lu* que *tie* que suceder.

Gertrudis. – Pues váyase usted allá, porque aquí no puede ser, *maruso.*

Pelayo. – Entonces, quedar con Dios. ¡Ah! Si la señora *nesecita* buen carbón de encina, sin piedras ni tizones y *baratu*, aquí á la vuelta al *numaro* seis, *preguntandu pur* Pelayo Terneiro...

IV

León, individuo mal carado, de gran barba, hongo, capa y un respetable garrote con puño de hierro, que entra como Pedro por su casa.

León. – Buenas... Vamos á ver si me descubre usted el porvenir, pero con mucho salero, ¿eh?

Gertrudis. – Sí, señor. *(Aparte.)* ¡Qué poco me gusta este peje! ¿Quiere usted juego grande de cinco pesetas ó el económico de diez reales? Puede usted elegir.

León. – El que usted quiera; me es igual.

Gertrudis. – Es que... el pago es adelantado.

León. – Pero eso será según y conforme sean las personas. ¿Tengo yo cara de no pagar?

Gertrudis. – No, señor; pero la costumbre...

León. – Por una vez, quién lo va á saber. Además que me propongo que quede usted contenta, muy contenta.

Gertrudis. – Lo dice usted con un retintín...

León. – Señora.., yo soy muy formal y no me guaseo de cosas tan serias.

Gertrudis. – Pues si ha venido usted á tomarme el pelo, se ha equivocado.

León. – Señora..., ¿Cómo puede usted suponer eso, cuando soy un compañero?

Gertrudis. – Hombre, en efecto, esa cara no me es desconocida.

León. – ¡Vaya! Como que yo también adivino el porvenir, y ya que usted no quiere decirme nada si no suelto la *guita*, voy á darle una muestra de mis conocimientos. Venga una baraja.

Gertrudis. – ¡Pero caballero!..

León. – Nada; déme usted las cartas, y verá usted cosa buena. Cortaré por cualquier lado. El as de espadas: ya tenemos un dato. Usted es natural de Palencia.

Gertrudis. – Sí, señor.

León. – Adelante. El dos de oros me dice que su nombre de pila no es Gertrudis, sino Sinforosa, de apellido García y de mote la *Urraca.*

Gertrudis. – Pero...

León. – No hay pero ni camueso. ¡Si soy un gran maestro!

Gertrudis. – Y se ha figurado usted que voy á consentir..

León. – ¡Silencio! Vea usted el cuatro de copas qué clarito está. Usted ha estado alojada por cuenta del Gobierno en la casa de recreo para señoras de Alcalá de Henares.

Gertrudis. – *(Tratando de huir.)* ¡Juan! ¡Juan!

León. – ¡Quieta, ó le doy á usted un palo! Juanito, alias *Ganzúa*, licenciado de Cartagena, no puede venir, porque lo han *trincado* unos amigos en la portería. Ahora escuche usted y calle; si no, será peor. El caballo de bastos lo descubre ya todo, pues pronostica que por orden del juzgado de guardia, usted en compañía del amigo van á ser conducidos á la plaza de las Salesas.

Gertrudis. – Pero ¿qué he hecho yo?

León. – Conque sabiendo descubrir el porvenir, ¿no lo ha adivinado usted?

Gertrudis. – No sé por qué me manda detener el señor juez.

León. – Pues nada, un capricho de su señoría, que desea que usted le eche las cartas y le dé además datos sobre cierto timo de alhajas hecho á un caballero de Puerto Rico el sábado último.

Gertrudis. – ¡Pues tiene gracia la cosa!

León. – Mucha; y lo más gracioso es que, sin baraja ni nada, yo le pronostico á usted que va á volver á pasar una temporada en aquella casa de Alcalá de Henares que usted sabe.

A. Danvila Jaldero



Las últimas flores, escultura de G. van der Straeten

LOS SOLDADOS DE LA INDEPENDENCIA

LAS MUJERES

Complemento del artículo consagrado á conmemorar la hazaña del alcalde de Montellano, de la cual dice el general Gómez Arteche que merecía ser inmortalizada en un poema, paréceme oportuno hablar de la parte que las mujeres tomaron en la guerra, no ya excitando á los hombres, padres, hijos, amantes ó maridos, á tomar las armas, que esto se puede decir que lo hicieron todas las españolas, sino tomándolas ellas mismas y peleando en muchas ocasiones con una bizarría que podía servir de ejemplo á los soldados más aguerridos.

Todos los que nos encontramos ya en la edad madura, podemos recordar que hasta hace algunos años figuraba en Madrid, en la procesión cívica del *Dos de Mayo*, una señora bajita, delgada, anciana, pero ágil todavía, modestamente vestida de negro y cubierta la cabeza con mantilla, nada lujosa, que ostentaba sobre el hombro izquierdo la charretera de subteniente de infantería, ganada peleando contra los invasores en aquella memorable jornada. Es cosa sabida que las manolas madrileñas lucharon á pecho descubierto en las calles, encontrando algunas la muerte en tan desigual combate, y no es posible olvidar á la hija del heroico Malasaña, que combatió al lado de su padre, defendiendo las avenidas del parque de artillería.

En todas las provincias encontró imitadoras el ejemplo de las madrileñas.

Las gerundenses organizaron la compañía de Santa Bárbara, que recogía los heridos en los puestos avanzados, bajo el diluvio de balas que enviaban sin cesar los sitiadores; y en la batalla de Bailén, las mujeres de los pueblos inmediatos llegaron hasta las guerrillas, con cántaros de agua, que en medio del fuego y la metralla distribuían entre los combatientes; lo cual, dado el calor horrible de Andalucía en el mes de julio, era lo mismo que darles la vida. Algunas perdieron la suya, ocupadas en tan patriótica tarea.

Las zaragozanas merecen mención especial y muy honorífica. Puede decirse que todas contribuyeron á la defensa, y cuando llegó el momento del asalto compitieron con los hombres en arrojar desde balcones y ventanas los muebles y objetos que hallaban á mano. No recuerdo cuál de los escritores franceses que hablan de los dos inmortales sitios inserta la carta de uno de sus generales que dice: «Hasta las viejas se asomaban á las ventanas y nos tiraban *ses vases de nuit.*»

Es imposible hablar de Zaragoza y no consagrar un recuerdo á las dos heroínas que alcanzaron mayor notoriedad en tan grandiosa epopeya.

La condesa de Bureta, que empezó convirtiendo su casa en hospital de sangre, donde asistía á los heridos, que ella misma, seguida de sus criados, recogía en los puestos de mayor peligro, y cuando destruídas las defensas exteriores, ya no se trató sino de morir defendiendo palmo á palmo la ciudad sagrada que hollaban los invasores, la hermana de la caridad trocóse en combatiente; sus manos, débiles y aristocráticas, empuñaron el fusil del soldado, y peleó impávida al lado de los más valientes.

De Agustina Aragón, tan famosa en los anales de la historia patria, nada me parece más oportuno que dejar hablar al mismo general Palafox, que en un manuscrito inédito, destinado sin duda á publicarse en Francia, por estar redactado en idioma francés, se expresa en estos términos:

«Agustina tenía de veinte á veintidós años; era morena, de grandes y hermosos ojos, y aun cuando no podía pasar por linda era graciosa, alta, bien formada y tenía una viveza sumamente agradable y un aire muy despejado. Amaba á un sargento de artillería que murió en el instante de hacer fuego. Ciega de cólera (1), arranca la mecha de manos de su amante, y jurando vengar su muerte se abalanza al cañón de 24 que servía y le da fuego. Yo fuí testigo de aquella escena en el momento en que llegaba á la batería, que estaba cubierta por los cadáveres de más de cincuenta artilleros, tendidos por el suelo y presentando el espectáculo más desgarrador. La joven brillaba entonces en todo su esplendor, aunque envuelta en humo, y me saludó con una desenvoltura igual á su valor. En cuanto terminó el combate cogí las jinetas del sargento muerto y las coloqué en los hombros de la amazona, que continuó después peleando en otras varias acciones, siempre exaltada y siempre guerrera.»

(1) Había ido á la batería á llevar la comida á su amado.

Por mi parte, sólo puedo añadir que la heroína siguió al ejército, asistió al sitio de Tortosa y por la defensa de Tarragona obtuvo el empleo de oficial.

Sería imposible citar, una por una, los nombres de todas las mujeres que ejecutaron en la guerra acciones distinguidas, por lo cual habré de limitarme á escribir los de algunas, de las que he podido adquirir noticias ciertas.

Magdalena Bofill peleó en Coll de Buch haciendo fuego sin descanso con un retaco, desde el principio hasta el fin del combate, y otra catalana, llamada Margarita Tona, tomó parte en la acción de Viladrau, distinguiéndose igualmente por su serenidad y arrojo. Doña Susana Claretona compartía con su marido D. Francisco Felonch el mando de los somatenes de Capellades. Infatigable en las marchas é intrépida en la pelea, llegó á capitanearlos en alguna escaramuza, como aconteció el 14 de marzo de 1809, en que trabuco en mano y al frente de los suyos logró rechazar á los franceses. Cuando Cuevillas con sus guerrilleros atacó á Santo Domingo de la Calzada, obligando á la guarnición francesa á encerrarse en el convento de Santo Domingo, recientemente fortificado, su mujer, que le acompañaba, mató por su mano á tres de los soldados imperiales. Doña María Catalina López figuró como teniente en la guerrilla que organizó en Extremadura su tío D. Toribio Bustamante, para tomar venganza del atentado de que había sido víctima su esposa, atropellada y muerta por la soldadesca en Rioseco, delante de su marido. Esta guerrilla, llamada del Caracol, en la que también figuraba otra mujer, doña Francisca de la Puerta, sostuvo infinidad de combates, en todos los cuales tomaron parte ambas amazonas. La doña María Catalina demostró que era digna de su empleo de teniente, haciendo alarde de un valor temerario, sobre todo en la acción de Valverde el 18 de febrero de 1810. Citaré también á Martina la Vizcaína, que no se contentó con menos que con acaudillar una pequeña partida, con la cual prestó grandes servicios. Espoz y Mina, que llegó á irritarse con ella, destituyéndola del mando por sus actos de crueldad, dice que era valiente como pocos hombres, y que se distinguía sobre todo por su serenidad inalterable en los trances más apurados. En la acción de Puente Larrá, habiendo sido herido un oficial llamado Asenjo, que después se casó con ella, Martina lo hizo retirar en una camilla, y viéndose perseguida por los franceses, dejó al herido oculto entre unos matorrales y siguió ella con la camilla vacía, hasta desorientar á sus perseguidores. Asenjo fué recogido y curado en un caserío.

¿Merecen todos estos nombres obscuros salvarse del olvido en las páginas de la historia? Creo que sí, porque cada uno de ellos representa una gloria y todos juntos pintan una época.

Y antes de terminar este artículo he de recordar otro rasgo de heroísmo, no ya de una mujer, sino de toda una familia, que es la del insigne D. José Romero, alcalde de Montellano, en la cual no parece sino que la abnegación patriótica era característica ó que el estoicismo espartano se transmitía de padres á hijos, como se transmiten en otras familias ciertas enfermedades hereditarias.

Antes de realizar la hazaña que en otro artículo he referido, Romero, cuando el primer levantamiento de Andalucía, había tomado las armas, asistiendo voluntariamente con dos de sus hijos á las batallas de Alcolea y Bailén. Después de esta última, el general Castaños, que le conocía y estimaba, obligóle á regresar al lado de su familia. Sus hijos quedaron en el ejército, y uno de ellos encontró gloriosa muerte en Ocaña, peleando con seis coraceros franceses.

Ya sabemos que después de su admirable triunfo de Montellano, siguiendo los consejos de D. Gaspar Tardío, se retiró á la villa de Algodonales, donde poco después debía hallar digno término su nobilísima existencia.

El primero de mayo de 1810 se presentó delante de esta villa una columna de 4.000 hombres. Los vecinos, sin consultar más que su patriotismo, intentaron la sublime locura de resistir á fuerza tan numerosa, y claro es, que Romero fué uno de los que más les alentaron á poner por obra la temeraria resolución. Todo el día duró el combate; pero la artillería y el incendio hicieron su efecto, y en la mañana del 2 estaba justificada la frase del Prefecto de Sevilla, de que *en adelante en el mapa de aquel hermoso reino se vería señalado como desierto el lugar que ocupaba la fértil villa de Algodonales.* Todo el vecindario había huído y sólo quedaba en pie la casa de D. Carlos Marcos Martel, donde se hallaba Romero con su familia, compuesta de su mujer, doña Ana Dorado; sus cuatro hijas, la mayor cuyo nombre no consigna el documento de que saco estos datos (1); la segunda, doña Jerónima, de edad de diez y siete años; la tercera, doña María del Rosario, de siete, y otra de pecho, con un niño de doce años, llamado D. José María. Con ellos estaba un amigo cuyo nombre era don Francisco Ascanio, anciano de setenta años, y el criado Antonio Arenilla. Pues aquella guarnición, compuesta en suma de dos hombres, un viejo, dos mujeres y cinco niños, siguió defendiendo la casa, convertida en último baluarte del patriotismo, sin reparar en que ya el incendio hacía presa en ella.

Murieron combatiendo el anciano Ascanio y el criado Arenilla, y cayó también para no volver á levantarse el heroico Romero.

Entonces ocurrió un hecho que quizás no tiene igual en la historia de los tiempos antiguos ni modernos. Mientras doña Ana y sus hijos arrastraban el cadáver del alcalde de Montellano, y lo arrojaban á las llamas de un granero que ardía para que no lo cogiese el enemigo, doña Jerónima y D. José María, una joven de diez y siete años y un niño de doce, empuñaban las armas y proseguían disparando, hasta que doña Jerónima cayó atravesada de un balazo, que por fortuna no le causó la muerte. Sólo entonces se hicieron dueños los franceses de aquel montón de ruinas humeantes.

¿Hay palabras para encomiar este hecho? Confieso que yo no las encuentro. Todas las que acuden á los puntos de la pluma me parecen incoloras y débiles al lado de la relación escueta de los sucesos.

La patria, tan pródiga en otras ocasiones para recompensar servicios de mérito mucho más discutible, ha sido ingrata con la familia de D. José Romero.

La viuda del héroe anduvo mucho tiempo solicitando una recompensa, y aunque las Cortes reconocieron su perfecto derecho á obtenerla, no llegó á conseguirla.

De sus hijos varones, sólo se sabe que el mayor, que comenzó su carrera militar peleando con su padre, como he dicho, en Alcolea y Bailén, veintiún años después, en 1839, era teniente con grado de capitán, á pesar de haber prestado muchos servicios, haciendo toda la primera guerra civil y recibiendo en la batalla de Gra cuatro heridas de lanza. D. José María, el que á la edad de doce años alcanzó la gloria de disparar el último tiro en la defensa de Algodonales, luego de caer herida su heroica hermana doña Jerónima, fué oficial de artillería, y falleció retirado en Logroño el año 1865.

Eduardo Zamora y Caballero

(1) Una carta de doña Ana, que conserva autógrafa la familia del insigne pintor D. José Madrazo, á quien Fernando VII había encargado un cuadro que conmemorase la catástrofe. El cuadro no llegó sin duda á ejecutarse. La carta la publicó el general Gómez Arteche en su libro *Guerra de la Independencia.*



Lola Kirschner, célebre novelista bohemia conocida con el seudónimo de Ossip Schubin

NARCISO SERRA



SEMBLANZA

Narciso Serra, á los doce años de edad escribió una carta en verso al general D. Antonio Ros de Olano, que éste tuvo la bondad de leerme algunos años después, y de donarme, á instancias mías, para tener yo el gusto de poseer un autógrafo del joven poeta, que ya empezaba á despuntar en el arte escénico. La carta es larga y está escrita en romance; y aunque nada tiene de particular, si se exceptúa lo difícil del asonante, yo inserto aquí un trozo, como curiosa y casi desconocida prueba de la precocidad poética de Serra y de sus aspiraciones infantiles. Dice así:

«Antonio, querido Antonio:
Estoy dado á Belcebú,
porque mi madre desea...,
me va á dar un patatús
solamente con decirlo;
y también temo que tú
al saberlo, de sorpresa
te quebrantes de salud.
Pues bien: mi madre ya tiene
confeccionado el *menú*
del banquete de mi vida
que es más soso que alcuzcuz,
y quiere que cuando yo
ascienda á la juventud
y haya de elegir carrera
sea médico. ¡Jesús
me valga! y tú, si es que puedes
persuadirla de que un
ser con corazón y nervios
que no sea un avestruz,
no puede estar día y noche
bordeando el ataúd,
viendo lágrimas que á veces
son de pariente gandul
que espera una pingüe herencia,
y viendo y oliendo ¡puf!
lo que otros han..., al pensarlo
me pongo de oro y azul.
¡No, yo jamás seré médico
aunque me pongan en cruz!
Yo quiero seguir tu ejemplo
y el de aquel ínclito bur-
galés, que llamaron Cid;
y sin tregua, ni quietud
luchar contra la morisma
desde Fez hasta Stambul,
ó con el francés, si acaso
vuelve á llegar hasta el Bruch.
¡Querido Antonio, hijo mío!,
aunque me quedan aún
algunos años de espera,
no desecho la inquietud;
pues mi madre, bien lo sabes,
con su carácter y su...,
es tan terca cual si hubiese
nacido en Calatayud.
¡Yo médico! Antes me marcho
nadando hasta Visapur,
ó con la Biblia en la mano
y en la cabeza un baúl,
corro á encerrarme en la Trapa
ó en la Cartuja, y ¡abur!»

Serra, en efecto, no fué médico, ni tampoco trapense ó cartujo, pero sí militar, si bien en esta carrera no reflejó, ni siquiera de lejos, las hazañas del ínclito burgalés que cita en sus versos. Aunque á semejanza de muchas personas, gustábanle más que la suya otras profesiones, fué forzosamente lo que tenía que ser y para lo que estaba predestinado, poeta dramático; y digo poeta, porque á haber escrito en prosa sus obras hubieran perdido la mayor parte de su valor.

El carácter previsor de su madre, que se afanaba por crearle un porvenir seguro, su genio algo díscolo y otras causas que no son pertinentes, lo fueron para que Serra, muy joven, abandonara la casa materna y se lanzara á la vida bohemia, que aunque por breve espacio de tiempo, fué tremenda para él. Su constitución endeble no podía soportar las privaciones, y su carácter tímido y altivo vedábale recurrir á las buenas relaciones que por su familia tenía, entre las que se contaba el susodicho general Ros de Olano, que fué siempre su constante amigo, no obstante la diferencia de edades. Como no era simpático, decidor y sociable, como Inza, Correa y Roberto Robert, estuvo abandonado á sus propias fuerzas, que no eran muchas, y sufrió todos los horrores de la existencia aventurera. Durante tres meses se le pasaron muchos días en claro y muchas noches en turbio, sin tomar alimento. Menos feliz que Ramón Correa, el cual, como he dicho en otra parte, encontró un portal donde reposar, Serra, sin casa ni hogar, tenía que vagar incesantemente por Madrid, porque en la época de su perdición la policía era muy restrictiva y no permitía á nadie ni siquiera sentarse en sitios públicos, ni que ningún establecimiento ni buñolería se abriesen hasta después de amanecer. Serra decía: «Yo he andado más por los portales de la plaza Mayor que Ashavero por el mundo.»

Además estaba destinado á padecer por el prójimo, á cuyo propósito él también decía: «Yo soy un ojo enfermo; todas las chinas vienen á mí.» Pudo tomar un cuartucho en una casucha de la calle de San Bernardino, y consiguió amueblarle con una mesa de pino, dos sillas, un aguamanil con jofaina minúscula y una cama (que le prestó un amigo), compuesta de catre de tijera, jergón, colchón ético, almohadas anémicas y una manta por entre cuyo tejido se colaba el aire que era una bendición de Dios. Pero en fin, aquello comparado con los portales de la plaza era las delicias de Golconda. Narciso se proveyó además de un vaso y de una olla: por las noches, cuando se retiraba, llenaba ésta en la *Fontana de Trevi*, según él llamaba á una fuente de vecindad, aludiendo á la copiosa que hay en Roma, y hubiera dormido apaciblemente en su nido si la falta de gases estomacales y la sobra de chinches no se lo hubieran estorbado.

La entrada del mes de octubre coincidió con unas tercianas que aquejaron á Serra, y con estas dos cosas, otra tercera peor todavía: cual fué el haber dado albergue en su casa á López el sucio, personaje á quien todos los *capitalistas* de aquel tiempo hemos conocido. En la imposibilidad de dormir juntos, por lo estrecho del catre y por la mencionada suciedad, Narciso le cedió el jergón, y en éste, puesto en el suelo, López, menos delicado que aquél, dormía á pierna suelta. Una noche estando los dos en sus respectivas camas, Serra, desvelado, encendió luz y quedóse asombrado de que López roncara; pues aunque ya hacía fresco, una multitud de chinches rezagadas pululaban sobre todo su cuerpo y entre sus románticas y encrespadas guedejas. Narciso, que era muy nervioso, despertóle á medias y le dijo:

—¡Pero hombre, te están comiendo las chinches!

—Las desprecio, contestó López, y siguió roncando.

Pues bien: una mañana, cuando Serra pudo conciliar el sueño, un tanto repuesto del frío de la terciana, el despreciador de chinches se le llevó la única manta que tenía en la cama. Narciso sufrió varios percances parecidos á este, que serían largos de contar: el que después hizo gozar á tantos con el chispeante diálogo de sus comedias, sufrió más que ninguno, si se tiene en cuenta su carácter tímido y vidrioso y su complexión endeble.

De Málaga pasó Narciso á Malagón; quiero decir, que después de bohemio fué cómico de la legua, pero soportó mejor esta contingencia: primero, porque la compartía con otros, y además por su decidida afición á actuar como comediante: hubiera dado la gloria de Calderón, de Espronceda y de Zorrilla y la suya propia por la de Julián Romea: hasta la milicia era para él cuestión secundaria, comparada con los triunfos escénicos de un actor eminente.

Pero como fué tan mal cómico como militar, resignóse á ser poeta.

Fueron innumerables las aventuras y desventuras que tuvo en su expedición de actor ambulante. No se encontró con ningún D. Quijote, como los comediantes del *Carro de la muerte*; pero sí con muchos patatazos, silbidos y hasta garrotazos. Voy á citar como muestra una aventura suya, que prueba la fatalidad que pesaba sobre él. Llegó á Denia la *compañía*, anunciaron la representación de *Don Juan Tenorio*, hubo buen despacho de localidades durante el día, y á la hora de la función estaba lleno el teatro. El drama pasó sin novedad hasta el cuadro de la quinta. Serra, que siempre hacía los primeros papeles, aquella noche cedió el de protagonista á un actor recientemente ingresado en la *troupe*, que tenía fama de *bordar* el Tenorio, y se reservó el de D. Luis Mejía. Como seguramente el lector habrá visto el popular drama, es ocioso recordar que en el susodicho cuadro D. Luis viene á pedir satisfacción á D. Juan, y estando en esta escena anuncian al terrible comendador Ulloa. Tenorio, entonces, ruega á Mejía que espere en un aposento inmediato á que él cumpla con el agraviado padre de doña Inés: por consecuencia, D. Luis, es decir, Narciso Serra, salió de la escena y en el escenario aguardaba su salida en la representación, cuando vinieron á anunciarle que el contador de la compañía, que era también expendedor de billetes, se había alzado con los fondos de la recaudación y huído con ellos. Esta noticia le produjo el efecto de un golpe de maza, porque él y todos los actores hallábanse muy averiados: se le fué el santo al cielo, revolvióse la bilis (que tenía mucha), apoderóse de él un vértigo, y en vez de perseguir al infiel contador, salió á escena extemporáneamente, sin saber lo que hacía, y prorrumpió en las siguientes redondillas que él recordó toda su vida:

«Comendador: su cinismo
se burla de tu vejez;
mas aquí estoy yo ¡pardiez!
para romperle el bautismo.
No son de cólera extremos,
sino justicia y razón.
Le arrancaré el corazón
y ambos nos lo comeremos.»

Y dicho esto, emprendióla con D. Juan Tenorio á bofetadas, y ¡gracias que no lo hizo con la espada que llevaba al cinto! D. Juan, sintiéndose agredido *de veras* contestó en la misma *tesitura*, aplaudió la plebe de espectadores, protestaron é increparon á éste y á los actores los eruditos de Denia que conocían el drama, y á no haber intervenido el alcalde, los alguaciles del ayuntamiento y un capitán de la guardia civil, que estaba entre el público, hubiera habido una colisión de aristocracia y oclocracia, convirtiéndose el coliseo en nuevo campo de Agramante. Afortunadamente también, Serra se serenó, y pudo terminar el cuadro tal como está escrito.

Después de su correría de la legua y de varias tentativas como actor en el teatro de las Urosas de Madrid, Narciso, por mediación de Ros de Olano, obtuvo gracia de alférez y llegó á teniente de caballería; pero con su cabello rubio infantil, su rostro exiguo y bilioso y su modo de andar indolente y desgarbado, presentaba un aspecto militar deplorable. Era muy aficionado á la equitación; mas aunque adquirió firmeza, nunca *cayó bien á caballo*, pero sí del caballo, que le botó de la silla una tarde en la pradera de San Isidro.

Serra tenía pasmosa facilidad para escribir versos, si bien incorrectos, fluidos y armoniosos: más que

poeta que piensa, parecía *medium* espiritista de escritura poética. Casi todas sus obras teatrales tuvieron éxito, y sin embargo, en las noches de estreno sentía un miedo cerval al fallo del público. No se atrevió nunca á arrostrarle *en el bastidor*, como la mayor parte de los autores. Durante la representación se metía en un café próximo al teatro; pedía cerveza, que tomaba con temblorosa mano; esperaba á que algún amigo fuese á darle noticia, acto por acto, de cómo el público iba recibiendo su producción, y sólo cuando le daban seguridad de que sería llamado á escena se decidía á entrar en el teatro.

Porque Serra, sumamente nervioso é impresionable, estaba destinado á padecer en todo lo que gozaba, como dicen que sucede al verdadero amor. Ejercía con gusto la carrera militar, y el peso del sombrero de tres picos producíale continuas neuralgias. No pudo nunca acostumbrarse al olor de cuartel, y cuando estaba de guardia en el de San Gil, pasaba la noche tendido en la cama, sin dormir, con luz encendida, vestido y con un látigo en la mano por temor á las colosales y feroces ratas de que estaba (no sé si sigue estando) plagado el susodicho cuartel. Narciso era enamorado; pero por rara predestinación, siempre ponía su amor en mujeres pecaminosas, que se burlaban de él, le explotaban y nunca le daban las filigranas de la pasión, como él deseaba. Era un inocentón que quería pasar por tunante. Una temporada dióle por jugar á los de azar: no sabía ni calar las cartas, y sin embargo, cuando tallaba al monte, pretendía hacernos creer que *amarraba y sabía la que iba á venir*.

Por un contrasentido que no se explica á su edad, en su época y con las libres compañías que había frecuentado, Serra execraba la libertad, la democracia y demás *chinesquerías*, según él las llamaba; y era más realista que el rey, llevando su amor á la realeza hasta el servilismo. Todo buen caballero puede sentir, como Narciso ha expresado, que

«Dar la sangre al rey es ley
natural de la hidalguía;»

pero ninguno que se precie de noble podrá decir á un rey que le ha deshonrado en su esposa, y que le propone un duelo para satisfacerle:

«No riño, señor:
si lo mandareis, primero
sería yo pregonero
de mi propio deshonor.»

Esta atrocidad estaba reservada á un personaje de un drama de Serra.

Con tales antecedentes, fácil es comprender la impresión que le produjo la revolución de septiembre. Cuando supo que la reina Isabel II, desterrada, había traspuesto la frontera francesa, sufrió tal ataque de bilis que estuvo á las puertas de la muerte.

Narciso escribió poco y vulgar en prosa: decía que le costaba más trabajo escribir una carta en prosa con sintaxis, que un acto de una comedia; y yo no conozco nada suyo que no sea en verso, exceptuando unos cuantos artículos muy breves en un periódico titulado *El Bardo*, de que fué director, y unas notas que solía poner, prediciendo el éxito, á las obras que leía cuando fué censor de teatros. Así pues, apenas hay una carta suya que no esté escrita en verso: Salas, Gaztambide y algún otro empresario de teatros recibieron muchas llenas de espontaneidad y gracejo, pidiéndoles adelantos por obras que escribía ó pensaba escribir.

Y aquí entra la parte más dolorosa de la existencia del desgraciado poeta: ya había él dicho:

«Mi juventud, á fuerza de gastada,
Parece una vejez bien conservada,»

cuando casi de súbito, en la fuerza de la edad y en la madurez de su ingenio, quedóse paralítico de todo el cuerpo, excepción hecha de la cabeza y del brazo derecho. Vivió así muchos años, no recuerdo cuántos: muerto para el mundo y para las letras, como el que se encierra en un monasterio: no fué éste el de la Trapa ó Cartuja, sino su cuarto de la calle de Segovia, que le sirvió de *in pace* duradero. Allí escribió sus últimos versos buenos, en una composición dedicada á la reina Isabel (á la que profesaba singular afecto), que empezaba con la siguiente quintilla:

«Mi musa no canta, llora,
y nunca mayores daños
pudiera llorar que ahora;
porque hace más de seis años
que estoy baldado, señora.»

Después de esto, apartamiento del mundo, sombras en la mente, frágiles conatos poéticos, lágrimas de desolación cuando algún amigo iba á visitarle. ¡Pobre Narciso! Sin embargo, si murió para la producción literaria, no así para la inteligencia. Fué nombrado censor de teatros, ponía una nota profética del éxito á casi todas las obras que leía, y puede asegurarse que sólo se equivocó por completo en *La levita*, de Enrique Gaspar. Afortunadamente, en medio de su desgracia, vivía en compañía de su madre, y á ésta debió el vivir algunos años más en aquel crepúsculo de existencia. Hallábase reducido al estado de un niño que no puede tenerse en pie. Sacábanle de la cama, le vestían, le sentaban á una mesa con libros y periódicos, y así pasó Serra años y años. Era admirable su resignación, se quejaba pocas veces de su suerte y sin amargura. Al principio de su dolencia y cuando el peculio de la familia lo permitía, salía algunos días en coche, pero volvía á su casa más triste que había salido. Un día dijo á su madre: «No vuelvo á salir: quiero ver lo menos posible, y ojalá pudiera olvidar lo que he visto.»

En este estado le sorprendió la Restauración.

Cuando leyó en *La Correspondencia de España* la descripción de la entrada del rey Alfonso XII en Madrid, tomó papel y pluma, que tenía á su alcance, é intentó hacer versos; pero su última querida, como él llamaba á la Musa, habíale abandonado. Entonces prorrumpió en llanto y sollozos, motivados por alegría y pena á la par: aquélla por la realización del fausto suceso tan deseado por él, y ésta por su impotencia para celebrarle: repito que Serra era un realista encarnizado. Quizá su resignación no era más que exterior y ocultaba una tempestad de espíritu, pues aunque recibía á todo el mundo tranquilo y casi alegre, su madre decía que se pasaba horas y horas tapándose la cara con las manos como el que se entrega á honda meditación. Era ferviente católico, y cuando algún íntimo iba á verle, solía preguntarle: «¿Habré yo llevado vida tan pecaminosa, que este secuestro de la vida sea un castigo de Dios?»

No, Serra no mereció tan excepcional mala suerte: era bueno en su fuero interno y capaz de dislocarse un tobillo por no pisar á una hormiga, como el obispo de *Los miserables*, de Víctor Hugo. Tenía un carácter cándido, sencillo y elevado: le repugnaban las vulgaridades, y sólo le he conocido una (si lo es), su excesiva afición al cante flamenco, que hacíale pasar noches enteras en algún café cantante, oyendo *queos* y *jipíos*.

Por extraño contraste, siendo tan antiliberal tenía algo de levadura socialista. Excepción hecha del rey y de los ricos blasonados por las proezas de sus abuelos, sentía despego hacia los que se habían labrado su fortuna, y atracción compasiva por los menesterosos, especialmente por los ciegos, á los que socorría con frecuencia, sirviéndoles á veces de guía para atravesar calles y plazas.

Por el retraimiento á que frecuentemente le redujeron sus dolencias y por la última que le hizo vivir aislado tantos años, Serra *anduvo poco por la vida;* fué como el ruiseñor, que se oye su canto, pero apenas se le percibe entre las frondas del bosque.

D. Nicolás María Rivero dijo á raíz de la restauración, refiriéndose á Alfonso XII: «Este niño trae dentro un viejo;» y yo, recordando esta frase, resumo el carácter de Narciso con esta otra: Era un niño grande que tenía dentro la solitaria de la poesía dramática.

***

Después de escrita esta semblanza, he recibido la siguiente carta del popular novelista Enrique Pérez Escrich:

«Querido Florencio: Este otoño, cuando estuve en Barcelona, comí un día con los editores Sres. Montaner y Simón, y estuvimos hablando largamente de las genialidades de ciertos escritores. Les conté una verdaderamente extraordinaria que me había sucedido con Narciso Serra, que es la siguiente: Leí yo mi drama *La dicha en el bien ajeno* en el teatro del Príncipe: Narciso Serra, como tenía por costumbre, no pudo asistir á la lectura y vino por la noche á mi casa á que le leyera la obra. Tomamos café junto á la chimenea y se la leí.

»Al terminar la lectura, Narciso, conmovido y con los ojos llenos de lágrimas, me preguntó:

– »¿Por qué no has escrito esta obra en verso?

– »Porque debe ser prosa; tiene demasiado asunto para el verso.

– »¡Bah!, añadió Narciso. Trae el último acto: voy á probarte que estás en un error.

»Y se puso á leerlo en redondillas, sin vacilar, sin detenerse.

»Yo estaba loco oyéndole; no comprendía aquella facilidad pasmosa, creyéndola muy superior á la de Lope de Vega y Quevedo. Si hubiéramos tenido allí un taquígrafo, el drama se hubiera representado con el último acto en verso, y hubiera escrito un prólogo contando el hecho, pues no recuerdo otro igual en la historia de la literatura.

»Como tú has escrito la semblanza de Narciso, los editores quieren que conste este rasgo de facilidad que tanto enaltece al autor de *El loco de la buhardilla*, á quien tanto queríamos todos.

»Voy á darte otro detalle.

»Narciso vendió el *Don Tomás* á D. Alonso Gullón por 10.000 reales. Salimos de casa del editor, y al llegar al pasaje de Murga, calle de la Montera, Narciso entró en un portal, diciéndome que le esperara un momento. A la media hora bajó con el rostro encendido: había perdido los 10.000 reales del *Don Tomás* en una timba de mala muerte.»

Enrique Escrich, que nunca ha andado por los senderos del vicio, no sabía que aquella timba, llamada «Las cucas del Pasaje,» tenía doble atractivo; pues concurrían á ella damas pedigüeñas, de las que el demonio del juego se servía para aumentar las tentaciones.

F. Moreno Godino

EL BAILE DE TRAJES DEL CÍRCULO ARTÍSTICO

Tan unánime como el convencimiento de que el Carnaval hállase en plena decadencia, es el deseo de que se haga algo para levantarlo de la postración en que ha caído y devolverle los atractivos que tuvo en no muy lejanos tiempos. A realizar esa aspiración de todos tienden las iniciativas y los esfuerzos de sociedad tan importante como el Círculo Artístico de nuestra ciudad, cuyos bailes de trajes son, de unos años á esta parte, el único acontecimiento de las fiestas carnavalescas de Barcelona.

Dispúsose el que se celebró en la noche del pasado lunes en el teatro Lírico, cuyas bellezas realzaba la hermosa decoración con tanto arte, inteligencia y buen gusto dirigida por los Sres. Rogent y Chía con la valiosísima colaboración de nuestros más distinguidos pintores y dibujantes.

El aspecto del local era el de un salón fastuoso, y tan hábilmente combinados estaban los elementos decorativos, que apenas podía uno darse cuenta de que se encontraba en un teatro: el escenario, convertido en frondoso jardín poblado de plantas tropicales, ostentaba en el centro elegante surtidor y aparecía en el fondo y á los lados cerrado por artística vidriera de colores, obra de los señores Vilumara y Galofre Oller, quienes supieron imprimir en ella el verdadero carácter de las vidrieras medioevales con todas las complicadas labores y delicados matices que en tales objetos acumulara el arte gótico de aquella época. Completaban el adorno del escenario un vaciado de la Venus de Milo y una gran paleta, á los lados de la boca del mismo, y en el fondo una figura con el estandarte del Círculo, y contribuía no poco al bellísimo efecto de aquel extremo del salón la suave luz que al través de los pintados cristales se filtraba, contrastando con la que á raudales bañaba el resto del local. Sostenidos por hermosas astas decorativas, grandes plafones ornamentales ocultaban los palcos y galerías del primer piso, separados unos de otros por grandes escudos en los que sobre plateado fondo campeaba escrito en caracteres rojos el título del Círculo Artístico. Dichos plafones representaban: una pareja escocesa del siglo XVI, obra del Sr. Coll y Pí; una escena de la antigua Grecia, del Sr. Bertrán; una escena de la corte de Luis XV, de D. Guillermo Roca; alegoría del Renacimiento italiano, del Sr. Ferrer; una danza árabe, del señor Triadó; una pareja de *Incroyables*, del Sr. Lorenzale; una japonesa, del Sr. Graner; dos romanas, del señor Baixas; una pareja india, del Sr. Pey; dos figuras del primer imperio, del Sr. Lorenzale; una castellana y un trovador de la Edad media, del Sr. Casas; dos mujeres egipcias, del Sr. Bertrán; dos reyes bizantinos, del Sr. Graner; alegoría del Renacimiento alemán, del Sr. Campmany; una *Pierrette*, del Sr. Masriera (D. Francisco); dos chulas, del Sr. Passos; y una pareja de galos, del Sr. Bouquet.

Tales eran los detalles más salientes de aquel conjunto de decoración que, mejor que por esta descripción brevísima, podrán apreciar nuestros lectores por el grabado que en el presente número publicamos.

De los ricos y apropiados trajes que en el baile lucieron las damas y señoritas más conocidas de la alta sociedad barcelonesa, nada diremos porque aparte de la falta de espacio para ello, minuciosamente descritos están en el *Salón de la Moda* que con este número de La Ilustración se reparte.

No terminaremos esta corta reseña sin dedicar un entusiasta aplauso al Círculo Artístico y formular fervientes votos para que Barcelona siga respondiendo como es debido á sus levantados propósitos. – X.



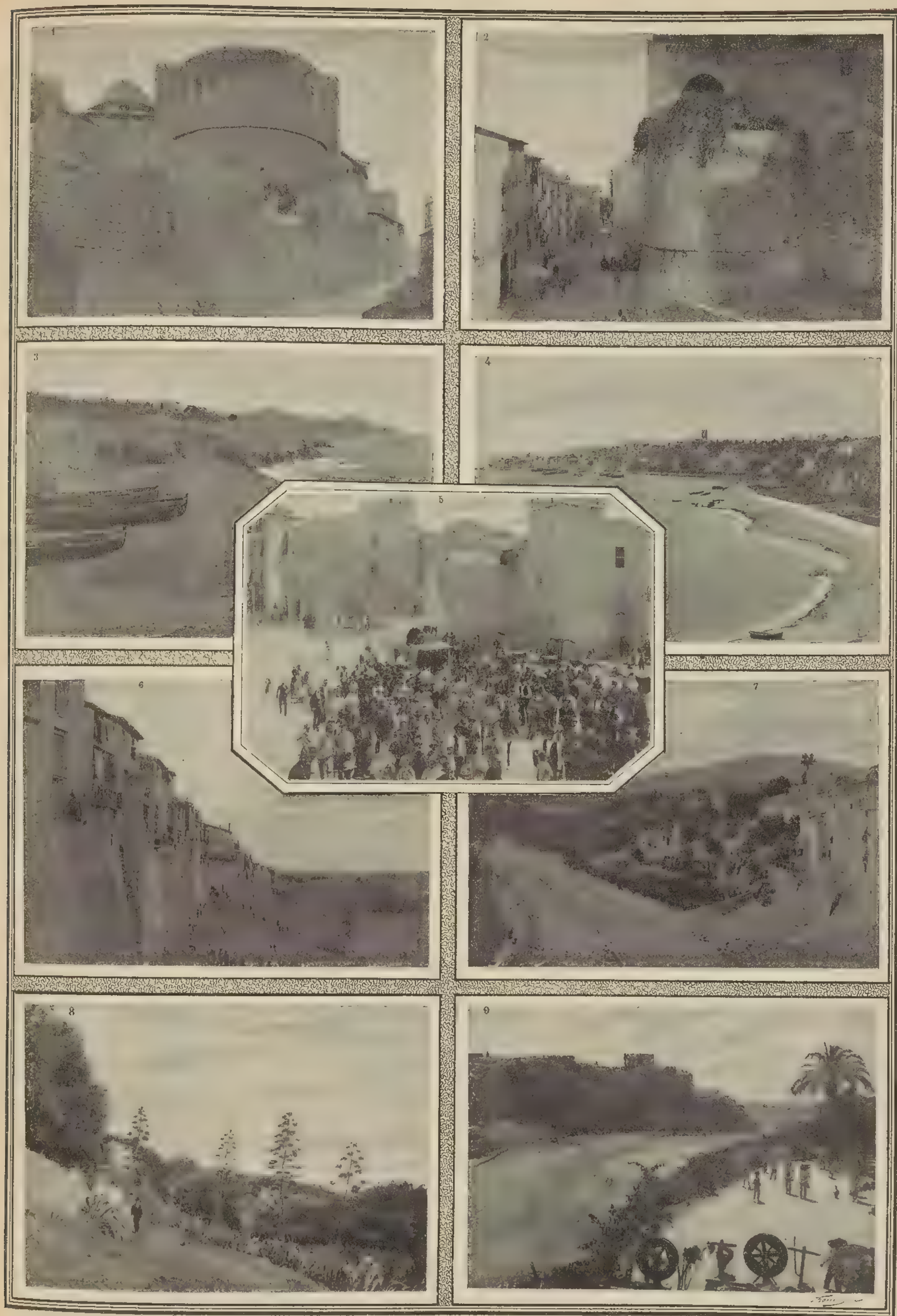
TERCER BAILE DE TRAJES

Circulo Artistico
Tercer Baile de Trajes
1895

Baile de trajes organizado por el Círculo Artístico y celebrado en el teatro Lírico en la noche del 25 de febrero último



TEJEDORAS DE CONSTANTINA, cuadro de Lucas Robiquet



VILLAJOYOSA. – Núm. 1. Abside de la iglesia parroquial. – 2. Torreón en la plaza. – 3. Almadraba del NE. – 4. Vista por el Nordeste. – 5. Diligencia en la plaza. – 6. «La Costera.» 7. El río. – 8. Camino de los ribazos en el río. – 9. Hilandero junto al río (fotografías de Leopoldo Soler y Pérez)

NUESTROS GRABADOS

Dr. D. José Evaristo Uriburu, presidente de la República Argentina. – La renuncia del doctor Sáenz Peña acaba de llevar á la presidencia de la República Argentina al Dr. D. José Evaristo Uriburu, hijo de la provincia de Salta, y que cuenta en la actualidad unos sesenta años.

Comenzó su vida política en 1862 como diputado nacional. Fué posteriormente presidente de la cámara de diputados y ministro de Justicia, Culto é Instrucción pública durante la guerra del Paraguay.

Ha ocupado desde entonces varios puestos de importancia, como el de director de la Oficina de tierras de la provincia de Buenos Aires y juez federal de Salta, é ingresando luego en la carrera diplomática fué nombrado ministro argentino en Bolivia; más tarde fué al Perú con igual carácter, y finalmente representó á la Argentina en Chile, en cual puesto se hallaba cuando el voto de la Convención lo llamó para el difícil cargo de vicepresidente de la república.

Ha ido constitucionalmente al poder, y si como político logra obtener siquiera la mitad de las simpatías con que cuenta como particular, fácil será que bajo su gobierno se aquieten las pasiones y luzcan días serenos para la sonriente República Argentina.



DR. D. JOSÉ EVARISTO URIBURU, presidente de la República Argentina

Lola Kirschner, célebre novelista bohemia – A los quince años de edad escribió Lola Kirschner su primera novela, cuyo manuscrito presentado por ella á Alfredo Klaar mereció muy favorable juicio de este notable escritor praguense. Poco después envió á la importante revista alemana *Deutsche Rundschau* otra novela que firmó con el seudónimo de Ossip Schubin y que fué altamente celebrada. Desde entonces su fama ha ido creciendo, y hoy Lola Kirschner es reputada como una de las primeras novelistas austriacas. Sus libros, aunque por punto general tratan de asuntos relacionados con la vida y costumbres de la aristocracia de su patria, reflejan también la vida y costumbres de otros pueblos, estudiados *de visu* por la escritora, que ha viajado por toda Europa y recorrido todas las grandes capitales, desde Madrid á San Petersburgo. Aunque en sus obras se advierte una originalidad indiscutible, así en los asuntos como en el estilo, algo hay en ellas que revela la influencia que en la educación literaria de Ossip Schubin han ejercido Turgeneff y demás geniales novelistas rusos contemporáneos.

Las últimas flores, escultura de G. van der Straeten. – Pocos escultores tienen el acierto de imprimir en sus obras el sello de elegancia que se admira en todas las de van der Straeten: sus figuras son de una esbeltez irreprochable y en sus actitudes aparecen á cual más graciosas, como habrán podido observar nuestros lectores en las muchas que de tan distinguido artista llevamos publicadas y sobre todo en la que hoy reproducimos, esa hermosa niña que, apoyada en las puntas de los pies, alcanza la rama más alta del árbol para arrancar las últimas flores.

Tejedoras de Constantina, cuadro de Lucas Robiquet. – A pesar de que en Argelia se deja sentir cada día más la influencia francesa, todavía aquellas gentes, á fuer de buenos orientales, conservan en sus costumbres y en sus industrias algo y aun algos de sus tradicionales rutinas, que si pugnan con el espíritu progresivo de nuestros tiempos y de nuestra civilización, en cambio permiten al artista desarrollar asuntos eminentemente pintorescos. Tal sucede con el interior tan admirablemente pintado por Robiquet, que reproduce un grupo de tejedoras de Constantina: los tipos de las mujeres están perfectamente trazados y tienen todo el carácter de aquella poética raza, y la miserable vivienda y el primitivo aparato en que una de ellas teje justifican lo que antes decimos y casi nos hacen bendecir el atraso de ciertos pueblos en gracia de los motivos de inspiración que proporciona al arte.

Vistas de Villajoyosa. – El pueblo donde busca la salud el Sr. Ruiz Zorrilla figura entre los principales de la provincia de Alicante, y por su situación y la belleza de sus campos compite con los mejores de otros puntos de España.

Como otros tantos pueblos fundóse éste en una eminencia cercana al mar, y rodeáronle en el siglo XVII altas murallas y grandes torreones contra los desembarcos de los piratas berberiscos.

El aumento de la población obligóla á formar calles fuera de sus defensas, emplazándose unas en la vertiente hacia el mar, y otras siguiendo los caminos que llevan á Alcoy, Alicante y Denia, de frecuentada carretera y mejor de lo que se dice estos últimos, necesitándose tres á cuatro horas para ir en carruaje á la segunda.

El río Amadorio limita por el Sur la población antigua, muchas de cuyas casas se levantaron sobre la muralla que toca á la *Costera* ó cuesta, por aquel bañada de tarde en tarde.

La iglesia parroquial, de una nave con bóveda gótica y portada greco-romana, se acaba de restaurar por iniciativa del entusiasta párroco, y aquélla encierra su ábside en un torreón. Otro, que por ser jardín de la Casa-Abadía adorna con plantas la desnuda piedra, ennoblece la plaza, en la cual por el día descuella entre los característicos toldos y sombrajos de los vendedores, y en noches de luna evoca románticos recuerdos.

Rodean al pueblo extensos y feraces campos de regadío y de secano, cultivados en bancales, en que multitud de casas blancas ó azules destacan entre los trigos, los altos maíces y las vides, interrumpidos por almendros, algarrobos y olivos de gran tamaño. En esas casas viven muchos de los habitantes de Villajoyosa, cuya mayoría posee un pedazo de tierra, y con el cultivo se ocupan en la fabricación de chocolates, el transporte de pescado, vino y algarrobas y el comercio de almendras con Londres y Hamburgo.

Pocos campos hay tan hermosos como aquéllos. Encerrados por el mar y un cinturón de montañas, bajan al río y á la playa entre empinadas sendas de pitas, juntándose en algún punto las olas y los bancales, cuyos intensos y variados verdes contrastan con las tintas amarillas, grises ó violadas de los montes, el blanco de los polvorientos caminos y el azul brillante del mar y cielo.

Ese Mediterráneo, que en tiempo de los barcos de vela surcaban muchos construídos en Villajoyosa, bordea la playa con pequeñas entradas y promontorios semejantes á los de los mares griegos, y en aquéllos asientan varias casas que reunen las excelencias de la huerta con las ventajas del mar, cuya vista extensa dominan, recibiendo en el invierno el calor del sol, que mitiga la brisa en el verano.

Junto á la carretera de Alicante y en la playa de *Paraís* ó Paraíso, tiene un hijo del pueblo y entusiasta por él, el alienista y político Dr. D. José Esquerdo, su manicomio veraniego, y á dos kilómetros de éste, hacia el interior, se alza en una colina su casa de *La Pileta*, cerca de la cual se han hallado ánforas y otros restos de construcciones romanas, abundantes en los campos de allí. Si el manicomio goza de la proximidad del mar y la carretera, La Pileta disfruta de más amplias vistas, y tanto que se la divisa desde la grandiosa sierra de Aitana, que á cinco horas en el camino de Alcoy se eleva á 1158 metros.

LEOPOLDO SOLER Y PÉREZ

Madagascar. Declaración de guerra en Antananarivo. – Los franceses, como es sabido, encuéntranse en guerra con los malgaches: á consecuencia de ciertos rozamientos diplomáticos, que más que causa han sido esta vez, como otras muchas, simples pretextos, retiróse el residente general francés de Antananarivo y Francia aprestóse á la lucha, votando la cámara los créditos necesarios y el envío de quince mil hombres hacia aquella apartada isla del Océano Indico á fin de afirmar el protectorado que á los franceses aseguraba el tratado de 1885. Los malgaches, por su parte, apercibiéronse también á defender sus derechos que ellos creían lastimados, y apenas hubo abandonado la capital hova el representante de Francia proclamaron solemnemente la guerra. La lucha ha comenzado, y por ahora la suerte es favorable á las armas francesas, que se han apoderado ya de Tamatave, y que de no intervenir la diplomacia europea, especialmente la inglesa, es probable lleguen triunfantes á la capital, dictando desde ella una paz que limitará aún más de lo que lo estaba la independencia de los hovas.

El archiduque Alberto de Austria. – El archiduque Alberto, que recientemente ha fallecido en su castillo de Arco, en donde desde hacía muchos años solía pasar los inviernos, había nacido en 1817. Sus inclinaciones, que coincidían con los deseos de su padre, el gran maestre de la guerra, el archiduque Carlos, hiciéronle entrar desde muy joven en el ejército imperial; á los doce años de edad, su tío el emperador Francisco I le nombró coronel del regimiento 44 de infantería. Nombrado mayor general en 1840, tomó parte en las grandes maniobras que se practicaron en Italia bajo el mando de Radetzky, y de entonces datan sus primeras obras de ciencia militar, en las cuales encuéntranse ya los principios que más tarde informaron sus importantes libros *De la responsabilidad en la guerra* y *Cómo debe ser reorganizado el ejército austriaco.* Fué comandante general en Moravia, en Silesia, en la baja y en la alta Austria; pero los desgraciados sucesos de mayo de 1848, de los cuales se le culpó al parecer injustamente, le hicieron dimitir y entrar como voluntario en el ejército de Radetzky, que después de retirarse de Milán aprestábase en el cuadrilátero veneciano á atacar á Carlos Alberto de Cerdeña. El archiduque Alberto recibió el bautismo de fuego en el cementerio de Santa Lucía. Cuando Carlos Alberto denunció el armisticio, el archiduque Alberto tomó el mando de la primera división del cuerpo d'Aspré, y luchando siempre contra enemigos muy superiores en número, consiguió victorias tan brillantes como la del paso del Tessino, la de Mortara y la de Novara, que la historia militar de Austria consigna con letras de oro en sus anales y que valieron al archiduque la cruz de la orden de María Teresa. Durante los diez y siete años de paz que siguieron á aquella lucha fué gobernador de Maguncia, comandante de Bohemia, jefe del tercer ejército y gobernador civil de Hungría: en este último puesto, con su bondad y su prudencia, al par que con su energía, supo pacificar aquel país hasta entonces sólo contenido por la fuerza de las armas. En 1863 fué nombrado feldmariscal y en 1866 encargóse del mando del ejército del Sur: á pesar de tener que luchar contra fuerzas tan superiores que cuantos seguían aquella guerra consideraron segura su derrota, gracias á su genio militar supo llevar á los austriacos á la victoria, y en las alturas de Custozza obtuvo sobre Víctor Manuel uno de los triunfos más grandes que se registran en los anales militares austriacos. Terminada aquella campaña nombrósele inspector general del ejército, y á él se deben las importantes reformas que en éste se han realizado. El archiduque Alberto era además excelente agricultor é industrial y poseía en su palacio una de las mejores colecciones de grabados del mundo.

Augusto Vacquerie. – Las letras francesas están de luto por la muerte de Augusto Vacquerie, á quien han respetado y honrado siempre sus mismos adversarios y que fué uno de los amigos más fieles y de los más fervientes adoradores de Víctor Hugo. Debutó como periodista en 1840 con sus artículos de crítica en el *Globe* y en *L'Epoque*, y en 1848 comenzó sus trabajos en *L'Evenement*, del que fué colaborador asiduo. Después del golpe de estado de 2 de Diciembre estuvo algún tiempo en Jersey, de donde regresó á París en 1869 fundando entonces con Carlos y Francisco Hugo, Pablo Maurice y otros *Le Rappel*, que hizo encarnizada guerra al Imperio. Caído éste apoyó al gobierno de la Defensa nacional y después de la amnistía defendió desde las columnas de aquel diario los más radicales principios políticos. Vacquerie ha sido, no sólo un periodista eminente, sino que también un poeta de talento y un autor dramático de gran mérito. Después de haber publicado dos tomos de hermosas poesías dió al teatro varias obras del género romántico, *Funerailles de l'Honneur*, *Jean Baudry*, *Formosa* y *Jalousie*, y la linda comedia *Souvent homme varie.* Más tar[illegible] publicó su teatro completo y un gran poema filosófico titulado *Future.* El eminente literato y crítico ha fallecido á la edad de setenta y seis años.



El archiduque Carlos Alberto de Austria, fallecido en 18 de febrero último



El célebre crítico y escritor francés Augusto Vacquerie, fallecido en 19 de febrero último

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Silverio protestó.

–¡Oh, dijo, eso costaría veinte mil francos!

–¡Qué importa! Yo te los prestaré.

–¿A qué tipo?

–¡Bah! De todos modos nos arreglaremos.

Después el sacerdote habló de otra cosa, porque aquella tarde su conversación era de las más desordenadas. De repente, sin la menor transición, pedía á Silverio toda especie de datos sobre su familia, su juventud y su instrucción.

–Tu padre, le dijo, ha nacido en Gargos, ¿no es verdad? ¿Era también pastor tu abuelo? ¿Dónde está ahora Francisco Montguillem?

–En Pontacq, señor cura; pero dentro de ocho días se hallará en el pueblo.

–¿Y tu madre se llamaba Gracia Armendaritz?

–Precisamente.

–¿Donde nació? Creo que en Espeleth...

–Sí, señor.

–¿De qué murió?.. ¿A qué edad? ¿Y tus otros parientes?.. ¿Cómo sigue tu hermano Emilio? ¡Mal aspecto tiene ese!.. Te diré en confianza que no quisiera que estuvieses en su pellejo. ¡Siempre escupe sangre!.. ¿No es cierto? Pero ¡bah!, tú estás fuerte como el Pico del Mediodía.

Silverio se vió obligado así á referir la historia de toda su parentela.

El sacerdote, escuchando con mucha atención, apuntaba no pocas cosas en un librito de memorias para no olvidarlas, como por ejemplo, los nombres de los pueblos donde habían vivido los Armendaritz y los Montguillem.

Así pasaron el tiempo hasta las diez.

–¡Vamos, buenas noches, hasta mañana!, dijo el padre Bordes. Iré á verte á la cascada. ¡Ah!.. Mis afectos á tu padre cuando le escribas.

El sacerdote y el montañés se veían diariamente, y el primero se mostraba cada vez más cortés con Silverio; ya no le trataba jamás de hijo de papudos, y si le llamaba Pireneófilo era con una sonrisa familiar que indicaba más aprecio que ironía.

El 4 de junio comieron juntos por segunda vez, y Poupotte, que había recibido órdenes formales, trató al joven Montguillem con las consideraciones que hubiera dispensado á un vicario general.

Al servirse los postres se habló un momento de la cascada, y después el sacerdote sacó varias cartas del bolsillo y las dejó sobre la mesa diciendo:

–¿Sabes tú, Silverio, que en tu familia no hay señal alguna de descendencia de esa raza idiota y maldita del cielo que existió en esta parte de los Pirineos?

–¿Ha hecho usted investigaciones, señor cura?

–Sí, me he informado en estos días. Los Montguillem son personas muy honradas, que nada han tenido que ver con la justicia; y en cuanto á los Armendaritz, aún es mejor, pues han tenido un sacerdote en los colaterales: Domingo Armendaritz era cura de Osses en 1734.

–¿De veras?

–Es lo que resulta de una información practicada en la localidad por un cura amigo mío, que es vicario en el país vasco. Tú no eres lo que creí, y obré mal cada vez que te dí nombres injuriosos.

–¡Oh, señor cura, yo también le he faltado muchas veces!

–No tantas como yo, Silverio, pues te he agobiado de injurias en presencia de varias personas, y estuve a punto de enviar á tu caballo al corral de las bestias embargadas. He sido injusto contigo; ahora me doy cuenta de ello, y me pregunto cómo podré reparar mis faltas.

–Señor cura, yo tengo muchos más remordimientos de lo que usted cree. Y escuche usted, permítame hacerle una proposición en que pienso hace algunos días...

El guía se sonrojó mucho al pronunciar estas últimas palabras, bajó la cabeza, y mirando al suelo con ojos que nada veían, balbuceó:

–Señor cura, yo me tendría por feliz, por muy feliz, si usted quisiera compartir conmigo los ingresos que la cascada pueda producir en lo futuro... ¡Acepte usted, yo se lo ruego, aunque no sea más que para aliviar mi conciencia!

–¡Silverio!, contestó el padre Bordes, tienes un corazón de oro, y acepto con gusto.

A esto se siguió un breve silencio: los dos comprendían que aún les faltaba que decirse otra cosa, y que debían convenirse aquella misma noche sobre otra cuestión más importante. Ambos inclinaban la cabeza, sin que sus ojos osasen cruzar una mirada; Silverio, muy tímido, fijó su atención en un angulo del plano y sus párpados se llenaron de lágrimas; mientras que el sacerdote, algo turbado sin duda, comenzó á dar golpecitos distraídamente en una taza de porcelana con una cucharilla. Sin embargo, muy pronto, sin levantar la vista, preguntó con acento que jamás debía haber sido tan dulce:

–Silverio, ¿sigues pensando en Jacobita?

–¡Que si pienso!.., contestó el montañés palideciendo.

El sacerdote levantó entonces la cabeza, y vió lágrimas en los ojos del joven.

–¡Tanto mejor, Silverio!, repuso. También Jacobita piensa en ti, y ahora no veo obstáculo para vuestro enlace.

Silverio se estremeció de alegría al oir estas palabras.

–¡Oh! Gracias, murmuró, cogiendo las manos del padre Bordes. Yo no osaba esperar tanta dicha, y no sé expresarle mi agradecimiento sino con lágrimas.

–¡Bah!, exclamó el sacerdote, es la mejor manera de hacerlo, y ya veo que soy sensible.

La voz del sacerdote se alteraba también, y Poupotte pudo oir desde la cocina que su amo se sonaba de una manera inusitada.

Pero el bueno del cura dominó su emoción, y otra vez comenzó á golpear la taza de porcelana con la cucharilla.

–¿Por qué me negaría yo á uniros?, dijo. Ya no hay razón para ello. El mes pasado era distinto, pues tú no eras más que un simple guía, sin otra hacienda que tu prado, tu cabaña y tu mulo; no tenías esperanza alguna, y todos mis parientes habrían protestado si te hubiese concedido la mano de Jacobita. Ahora, todo ha cambiado; mi ahijada es pobre, puesto que no debe contar ya con una herencia tan importante, y tú vas á disfrutar de cierta comodidad, explotando tu cascada. De consiguiente, todas las dificultades quedan allanadas, y al consentir en tu unión con Jacobita, no solamente consagro un matrimonio por amor, sino también por conveniencia. ¿Estás satisfecho de mí, Silverio? ¿Es de tu gusto mi razonamiento? ¡Pues bien: toca esos cinco! ¡Lo dicho, dicho! Mañana iremos á Pau juntos, y tú mismo darás la buena noticia á Jacobita.

–¿Mañana, dentro de algunas horas? ¿Es posible?, exclamó Silverio llevándose la mano al corazón.

–¡Sí, hombre, mañana! Tomaremos el tren de las nueve; verás á Jacobita antes de mediodía, y te permitiré acompañarla toda la tarde. ¡Y á propósito, ya que estamos en ello, hagamos una cosa: podríamos ir los tres á ver á papá Montguillem! Preciso es anunciarle vuestra unión, diantre, y hasta pedirle su consentimiento.

–¡Es verdad!

–Pues bien: me parece que ya es hora de ponerse en movimiento. ¿No dices que vive en la llanura de



El padre Bordes monologaba á media voz...

Pontacq? Pasado mañana iremos á dicho punto los tres en coche. ¡Qué agradable paseo! ¿Qué te parece, muchacho?

– Que no hay más que pedir.

– ¿Crees tú que encontraremos á papá Montguillem?

– Si no está ya en camino para volver á Gargos, nada más fácil.

– Pues entonces queda convenido que trataremos de reunirnos con él. ¡Vamos á tener tres días de vacaciones! Y ahora, buenas noches; acuéstate pronto para estar bien dispuesto. Mañana á primera hora engalánate un poco, á fin de parecer mejor á los ojos de Jacobita.

Al llegar al recibimiento, el padre Bordes detuvo de pronto á Silverio por un botón de su chaqueta, y díjole con voz insinuante.

– A propósito, deberías reservarme un rincón en tu casa nueva, nada más que un rinconcito por el lado de la cascada, para colocar mi torno... Ya comprenderás que quiero instalar allí una presa, y así podré continuar mis trabajos. ¡Ah, diantre! La alegría ha desaparecido de estos sitios y los dolores reumáticos vuelven á molestarme.

– Podrá usted tomar todos los rincones que guste, señor cura, repuso Silverio, pues allí habrá lugar para el torno, y también para usted, si quiere complacernos viviendo en nuestra compañía.

– ¡Buen muchacho!, exclamó el sacerdote, estrechando la mano al montañés con bastante fuerza para triturársela. ¡Ah! Jacobita será feliz... ¡Vamos, hasta mañana!.. ¡Levántate el cuello de la chaqueta para no resfriarte!

Separáronse con esto, y aquella noche los dos tuvieron sueños muy diferentes, pero deliciosos.

– ¡Poupotte!, dijo el padre Bordes á la mañana siguiente, al sentarse ante su chocolate, de hoy en adelante volverás á servirme tortas con manteca.

VI

Silverio se levantó á las cinco de la mañana, y media hora después entró en la iglesia de Aigues-Vives.

Quería confesarse; experimentaba la necesidad de confiar á un sacerdote el secreto sobre la desviación de la cascada; y á pesar de la generosa proposición que había hecho la víspera al padre Bordes, sentía como un peso en la conciencia. Parecíale tener sobre el corazón la roca que había desmenuzado allá arriba, sobre el torrente de Pichemule; y en vano repetíase que si había arrebatado la *Cabellera de Magdalena* al buen sacerdote, lo hizo con la intención de restituirla á su joven heredera. El acto, no obstante, tenía poco de católico en su concepto, y esto perturbaba su sueño por la noche, impidiéndole apreciar durante el día las apetitosas golosinas que le servían en el presbiterio. Varias veces había estado á punto de referírselo todo al padre Bordes, pero desconfiaba, porque el tutor de Jacobita no era fácil de contentar, y se exponía á un fracaso.

– No se lo diré hasta después de la boda, se dijo al fin Silverio.

Pero habiendo sabido que varios sacerdotes extranjeros se hallaban en aquel momento en Aigues-Vives, con motivo de una fiesta religiosa, aprovechó la ocasión para ir á confiar su gran pecado á uno de ellos.

Cuando salió del confesonario, sintióse ligero como una pluma.

– ¡La verdad es que esto alivia!, se dijo.

Y temiendo que el confesor no le hubiese comprendido bien, pues habíale impuesto tan sólo una penitencia muy benigna, el despojador de cascadas rezó además dos rosarios, recorriendo por entero el via crucis.

Seducíale pensar que se hallaría en estado de gracia cuando volviera á ver á la sobrina del sacerdote. ¡Oh, cuánta felicidad en aquel hermoso día en que el cielo azul brillaba sobre Aigues-Vives!

Silverio volvió hacia su casa, escalando en menos de veinte minutos los senderos de Gargos; parecíale tener alas en los pies, y se estremecía de impaciencia. ¡Qué despacio rodarían los vagones del ferrocarril de Pierrefitte á Pau!

Al pasar por delante del presbiterio, vió salir al padre Bordes.

– ¿Ya estás aquí?, exclamó el sacerdote. ¿Cómo te va esta mañana?.. ¡Diantre, tienes unos ojos que brillan como el sol! ¡Deslumbrarás á mi sobrina! ¡Vamos, prepara el mulo, y marcharemos dentro de un cuarto de hora! Yo tengo ensillada ya la yegua, porque debo evacuar ante todo una pequeña diligencia. Quiero ir á casa del Sr. Roumigas, pues ya comprenderás que tendría remordimientos respecto á esa gente. Es preciso que sepan lo que pasa.

También el presbítero necesitaba tranquilizar su conciencia.

Dejó á Silverio Montguillem remontar hacia su gruta, y encaminóse á la casa del brujo.

– Me parece que va á ser algo dificilillo el arreglo, decíase por el camino.

Al pasar por delante de la iglesia, hizo la señal de la cruz.

– ¡Vaya si será difícil!

Y acortó cada vez más el paso.

Llegado delante del jardín de Roumigas, vaciló un momento.

– ¡Qué embajada!.., murmuró. ¡Cómo anunciarle esto!

Abrió una pequeña verja de hierro, y reflexionó un instante junto á un manzano en flor.

– La cuestión es, se dijo, que ellos parecen tener empeño en quedarse con Jacobita. El padre no la soltará tan fácilmente, y el hijo está enamorado de ella como un loco. Por otra parte, yo les había dado mi palabra...

El padre Bordes monologaba á media voz, y por lo regular, cuando se veía apurado así, tomaba un polvo de rapé, porque esto excitaba su cerebro, inspirándole sanas ideas.

– ¡Bah!, murmuró después de aspirar lentamente el tabaco, vamos allá, porque las ideas no quieren venir.

No había dado aún treinta pasos cuando vió á Roumigas delante del manzano florido.

– ¡Ah, diantre, me ha cogido de sorpresa!, pensó el tutor de Jacobita.

El brujo le había visto ya.

– ¡Hola, hola!, exclamó. Parece que nos paseamos muy de mañana, señor cura.

– Sí, Sr. Roumigas.

– ¡Qué buen tiempo! ¿No es verdad?

– ¡Magnífico!

– ¡Buenos días, padre Bordes! ¿Cómo va?

– Muy bien, Sr. Roumigas.

– ¡Pardiez, bien se ve! Tiene usted mejor aspecto ahora, y parece que se remoza desde hace días. La semana última, y dispénseme la frase, parecía usted un enfermizo.

– En efecto, las cosas tomaban mal giro, Sr. Roumigas, y esto me preocupaba.

– ¿De veras?.. Supongo que eso habrá pasado ya...

– ¡Ah! No, señor, contestó el sacerdote, rascándose la oreja.

Y para sus adentros se dijo:

– ¡Aquí te quiero ver escopeta!

– Mi hijo me escribió ayer, continuó el brujo, diciéndome que tiene intención de ir á Pau la semana próxima, para lo cual espera que tendrá usted la bondad de darle una carta de recomendación, dirigida á la madre superiora, á fin de que pueda ver á Jacobita.

– ¡Me abre camino él mismo!, pensó el sacerdote.

Pero como el tabaco no había producido aún efecto apreciable, el padre Bordes no dejó de inquietarse al ver el giro que la conversación tomaba.

– Sr. Roumigas, dijo al fin, precisamente venía para hablar á usted de mi ahijada.

– ¡Cómo dice usted eso! ¡No parece sino que ha de comenzar un sermón!

– No es un sermón, pero sí una cosa muy grave.

El brujo miró al sacerdote fijamente, y sus ojos grises y penetrantes le escudriñaron hasta el fondo.

– ¡Este tabaco de Laroque no vale nada!, pensó el presbítero, pasándose la mano por la frente.

– Sr. Roumigas, dijo al fin, he reflexionado mucho desde hace algunos días, y he reconocido con sentimiento que el matrimonio de mi sobrina con su hijo de usted era imposible.

El hechicero se inmutó al oir estas palabras.

– ¿Qué dice usted?.., exclamó. ¿Imposible ese matrimonio? ¡Vamos, señor cura!.. ¿Y por qué, si se puede saber?

Un vigoroso estornudo imprimió un violento movimiento en la cabeza del sacerdote.

– ¡Ya viene, ya lo encontré!, pensó el tutor de Jacobita, llevándose la mano á la cara. Ahora esto marchará por sí solo.

– ¡Jesús!, dijo Roumigas.

– ¡Gracias!.. Decía, pues, apreciable vecino, que la situación de mi ahijada ha cambiado mucho desde hace un mes. Ya sabe usted que Jacobita carece de fortuna, y que yo soy quien la educó; tan sólo puede contar con la reducida herencia que yo debo dejarle algún día, y sin duda comprenderá usted que esa herencia está al presente muy comprometida.

– ¿Cómo es eso?

– Ya no tengo mi cascada, Sr. Roumigas. ¡Bien lo sabe usted!

– ¡Ciertamente! ¡La cascada se marchó! Esto es una desgracia..., pero aún le quedan á usted sus inmuebles.

– ¡Es tan poca cosa!..

– ¿Cómo poca cosa? Tiene usted la casa de Gargos, la quinta de Argelez, y el *Restaurant de la Paz* de Aigues-Vives...

– La propiedad pierde mucho de su valor, y no da casi nada. Todos mis bienes reunidos no representan dos mil francos de renta.

– ¡Rebaja usted el valor demasiado!

– Nada de eso; bien sé yo cómo estoy. Muy pronto me veré obligado á vender la quinta de Argelez, y dentro de veinte años, si aún vivo, el *Restaurant* seguirá igual camino.

– ¡Nada de eso! Estoy seguro de que usted no venderá nada. Con dos ó tres mil francos se puede vivir en Gargos; y por otra parte, debo advertirle que nosotros no tratamos de hacer un matrimonio por dinero. Los sentimientos de Gastón, señor cura, son más nobles y elevados. Ese muchacho tiene corazón, y yo también. Ya sé que cualquier otro le hubiera dicho á usted después de su desgracia: «¡Quédese usted con su sobrina!» Pero nosotros no somos de esas personas que olvidan á los amigos en el infortunio. Mi hijo tiene cien mil francos, y aunque poseyese doscientos mil se casaría con la sobrina de usted, por más que estuviese arruinada. Sin embargo, esos escrúpulos le honran á usted, señor cura; mas por fortuna son inútiles con hombres como nosotros. Tranquilícese usted, pues, porque cuando un Roumigas ha dado su palabra se puede contar con ella.

El sacerdote, sin decir nada, inclinó la cabeza un momento, y después apeló á su tabaquera.

– Apreciable amigo, repuso, si se puede contar con la palabra de un Roumigas, también se puede tener igual confianza en la de un Bordes. He prometido al hijo de usted la mano de mi sobrina, es verdad; pero Jacobita no le ha prometido nunca nada.

Roumigas no pudo reprimir un ademán de cólera.

– ¡Ah! Sea usted franco, exclamó. ¡La niña es quien no quiere á Gastón!

– La verdad es que no le manifestaba mucha simpatía.

– ¡Vaya un descaro! ¡Ya podrá buscar ahora abogados del colegio de Tolosa!

– Por eso mismo tomará un esposo de más modesta posición.

– ¡Ah! ¿La casa usted?

– Sí, amigo mío.

– ¿Con quién, si se puede saber?

– Con Silverio Montguillem.

– ¡Con Silverio! ¡Ah, permítame usted que me ría! ¡Por Dios vivo! ¿Será posible?.. ¡El hijo de papudos, el Pireneófilo, como usted decía con tanta gracia!.. ¡Qué buena historia! Es preciso que se la refiera á Hilloune, cuya hija no quiso á ese muchacho. ¡Ah, por Dios vivo que nos vamos á reir mucho!..

Roumigas se volvió de pronto.

– Pero sin duda se chancea usted, añadió. ¡Eso no será formal! ¡Vamos, confiese que ha querido divertirse conmigo un rato!

– Es tan formal lo que le digo, caballero, repuso el cura, que dentro de cinco minutos estaremos ya en marcha Silverio y yo, para ir á ver á Jacobita en Pau y fijar el día de la boda.

– ¡Bien, bien, basta! Pero ¿no le repugna á usted eso? ¡El hijo de una papuda!

– ¡Dispense usted! ¡Por lo pronto no es descendiente de la raza maldita!

– ¡Toma, pues usted es quien lo ha hecho creer en todas partes!

– Hice mal, lo confieso. Silverio es un buen muchacho, distinguido y atento, que tiene un corazón de oro, y además será rico dentro de muy poco tiempo. Sin embargo, esto es igual para nosotros; pertenece á una familia digna, y con esto hay suficiente.

– ¡Una familia digna! ¡Ah, Señor! ¿Cómo dice usted eso? ¿No conoce usted á su hermano? ¡Es un idiota, con quien ni un burro quisiera rozarse!.. ¡Dignos los Montguillem!.

– Sí, caballero, muy dignos, y yo le ruego que respete ese nombre de aquí en adelante, si quiere usted que se respete el suyo. Con esto, tengo el honor de saludarle, Sr. Roumigas.

El padre Bordes volvió la espalda y encaminóse hacia el presbiterio, y á fe que el regreso fué mucho más rápido que la venida. El tutor de Jacobita creyó oir silbar las piedras á través de los manzanos en flor; pero no eran más que las miradas del brujo, miradas rencorosas y penetrantes como las balas que creía sentir sobre su espalda.

A decir verdad, los ojos de Roumigas, muy grandes, fijaron su mirada en el sacerdote durante más de dos minutos.

– ¡Por Dios vivo, murmuró el padre de Gastón, el negocio anda mal!

Y siguiendo los pasos del padre Bordes, se paseó por el pueblo con cierta excitación. A las siete y cin-

co vió á Silverio bajar de la gruta en su mulo, costear la cascada, encaminarse hacia el Norte y detenerse al fin enfrente del presbiterio. El sacerdote se presentó casi al punto, montado en su mula.

Entonces Roumigas palideció de furor.

–¡Y es verdad!, se dijo. He ahí á mis hombres que se marchan para tomar el tren de las nueve. ¡Pícaro cura!

Y cerrando los puños, rechinó los dientes de cólera.

Después se dirigió hacia sus manzanos, presa de un temblor convulsivo.

–¡Si Gastón no se casa con esa muchacha, murmuró, soy hombre perdido!

Y comenzó á pasear de un lado á otro; pero muy pronto se detuvo con la mirada fija, los dientes apretados y las cejas fruncidas, como si le acosaran pensamientos misteriosos. Después se marchó de pronto, gritando:

–¡Hilloune, Hilloune!

Y corrió hacia la casa para ver antes á la criada, á quien halló delante de la puerta de la cocina.

–Dime, preguntó con voz alterada, ¿ha vuelto Emilio?

–¿Qué Emilio?

–Emilio Montguillem, el hermano de Silverio, ya lo sabes, ese muchacho enfermizo á quien has visto venir con frecuencia para consultarme y á quien despediste el otro día.

–¡Ah, sí, ya me acuerdo! Aún no ha vuelto, señor.

–¡Muy bien! Vé á su casa volando; ya conoces su cabaña; es la última que hay allá abajo, al extremo del pueblo. Dirás á Emilio que le espero, y que venga á la consulta de esta mañana sin falta, porque debo comunicarle algo que le interesa mucho. ¡Apresúrate!

–Bien, señor, ya voy.

Hilloune corrió hacia el pueblo, mientras que Roumigas se dirigió otra vez hacia los manzanos. Sus ojos despedían llamas.

–¡Es preciso que ese matrimonio no se efectúe!, balbuceó gesticulando con violencia.

Y oculto detrás de un pabellón, miró por la parte de Gargos para acechar la vuelta de su criada.

Al fin la vió llegar, y salió á su encuentro.

–¿Le has hallado?

–Sí, señor, ahora vendrá.

–¿En seguida?

–Se está vistiendo. ¡Ah, pobre muchacho, está muy enfermo!

Roumigas sintió un movimiento nervioso en su mejilla izquierda, cosa rara que no se producía en él sino cuando le dominaban fuertes emociones.

El brujo atravesó el jardín, y volviendo la cabeza dijo á su criada:

–Me parece que los clientes no tardarán en venir, y cuando Emilio Montguillem haya llegado, no recibas á nadie más. ¿Lo has entendido?

–Sí, señor.

Roumigas entró en su casa, y dirigióse lentamente hacia la escalera.

Su gabinete de consulta estaba en el piso bajo; pero subió antes al primero, y fué á sentarse en un aposento tenebroso, situado sobre la cocina. Desde allí se podían oir las menores palabras de Hilloune, gracias á varios agujeritos practicados en el suelo. Aquellas aberturas constituían toda la brujería de Roumigas. Cuando un montañés se presentaba en la casa para apelar á las luces del brujo, Hilloune le hacía sentar en la cocina delante de la chimenea, y diestramente, como quien no hace nada, hablándole de la lluvia y del sol, de los pastos y de los rebaños, conducíale á explicar su caso y á decir el nombre de la bruja ó del duende que le perseguía á él, á su mujer ó á sus carneros.

Roumigas, instalado allí, no perdía una sola palabra de la conversación, y cuando el cliente había charlado bastante, el hechicero bajaba de puntillas, pasaba por una escalera excusada, y quitándose las babuchas calzábase las botas. Después daba una vuelta por el jardín, entrábase en la cocina con el aire de un hombre que se ha paseado durante dos horas, y recibía al hechizado en el gabinete de consulta, donde no le costaba mucho asombrar al cliente con su ciencia adivinatoria.

Los más de los brujos del campo proceden de igual manera.

–¡Ah! No voy á tener mucha gente hoy, se dijo Roumigas después de esperar un cuarto de hora. ¡Con tal que Emilio venga!..

De pronto se levantó, al oir los ladridos de un perro en el jardín, y mirando por su ventanillo vió un individuo que se adelantaba hacia la puerta de la cocina.

–¡Es mi hombre de Broto, el español, díjose Roumigas, el que se ha dejado enredar por una tejedora!

El hombre entró, y después de saludar á Hilloune, preguntó si el Sr. Roumigas estaba visible.

–Ha salido, contestó la criada; ahora estará dando su paseo de costumbre; pero siéntese usted, buen hombre. Creo que no tardará en volver.

Un momento después, el perro anunció un nuevo visitante.

–¡Pardiez!, pensó Roumigas, deslizando una mirada por los agujeros. Ya vuelve esa buena Mariana Crabot. ¿Qué le ocurrirá ahora?

Escuchó la conversación de la recién venida con Hilloune, y supo que se trataba de una relajación en el tobillo derecho. Dos personas llegaron después, un anciano y un muchacho.

–¡Esto promete ser más serio!, pensó Roumigas.

Y aplicó el oído; pero aquella maldita Mariana, con su voz de marica, le impidió oir las palabras de los últimos llegados.

–¡Ya le daré yo á esa un tratamiento para su torcedura!, refunfuñó el brujo.

Afortunadamente, Hilloune, que no era tonta, hizo pasar á la sala de espera á la charlatana en compañía del español. Entonces el viejo, hábilmente interrogado por la criada, confesó que su sobrino, allí presente, dormía mal hacía algunas semanas; levantábase medio despierto, se ponía en cuatro pies haciendo el perro y enflaquecía visiblemente.

–¡Bueno: ya sé lo que es eso!, díjose el brujo. Un duende en ciernes... Hace ya mucho tiempo que no me habían traído ninguno.

Tres mujeres entraron sucesivamente: la primera había perdido dos carneros cuatro días antes; la segunda tenía á su esposo aquejado de un orzuelo; y la tercera iba á consultarle sobre una vaca á quien un vecino había hecho mal de ojo, siendo esto causa de que el animal hubiese perdido la leche.

Por último, un hombre escuálido se presentó delante de la casa.

–¡Emilio Montguillem!, murmuró Roumigas, cuyos ojos brillaron.

Y conteniendo la respiración, aplicó el oído contra el suelo.

Hilloune hizo buena acogida al nuevo cliente; ofreciole la silla mejor y la colocó cerca del fuego. Después, adivinando que Emilio tenía más importancia que los demás, envió á toda la gente al recibimiento.

–Y bien, ¿qué me cuenta usted de nuevo?, preguntó á Emilio Montguillem.

–Nada de bueno, contestó el otro con voz afable.

Y comenzó á detallar sus miserias: perdía las fuerzas poco á poco; no podía ya trabajar en la cantera, y hasta debía abstenerse de cantar. Nada tomaba con gusto, ni la leche cuajada, ni el carnero asado, ni las golosinas... ¡Decididamente no estaba nada bien!

Emilio hubo de interrumpirse para toser.

–¡Está tísico!, pensó Roumigas; pero tirará hasta el otoño.

La criada trató de reanimarle.

–¡Bah!, exclamó, ya saldrá usted del paso con un poco de tisana; y apuesto á que de aquí á ocho días volverá á estar tan fuerte como el puente de San Salvador.

–¡Dios la oiga! Temo mucho que no sea así, y de esto se alegraría no poco alguna persona que yo sé.

–¡De veras! ¿Tiene usted por ventura algún enemigo, usted que es tan buen muchacho?

–¿Quién no lo tiene?, repuso Emilio Montguillem con voz lúgubre; más... ¡por vida de..., que si estuviera seguro de ello!..

–¡Muy bien; excelente asunto!.., pensó Roumigas, sintiendo otra vez la contracción nerviosa en su mejilla izquierda.

Y lleno de esperanza, bajó presuroso.

Apelando á su ardid ordinario, púsose las botas, dió una vuelta por el jardín, entró por la cocina, saludó á su gente diciendo que la mañana estaba deliciosa, y atravesó el recibimiento, después de invitar á la persona que había llegado primero á seguirle á su gabinete.

El español se levantó, y Roumigas le introdujo en el santuario: era una habitación grande con dos ventanas; y en el centro de la pared, un crucifijo enorme abría sus brazos como en un tribunal. A los brujos ó hechiceros les agrada poner la figura de Jesucristo como emblema: de este modo los campesinos se tranquilizan más que si vieran los cuernos de Satán.

Roumigas invitó al español á quitarse su faja amarilla.

–¡Siempre la tejedora!, murmuró con expresión meditabunda, después de olfatear aquella prenda.

Pocas preguntas hizo; mandó al hombre sacar la lengua, escupir y toser, y acabó por aconsejar á su cliente – aquejado tan sólo de una simple enfermedad cutánea – que mandase quemar, en un fuego con laurel bendito, cuanta ropa le hubiese dado la tejedora maligna, excepto dos vendas de lino puro, que era preciso coser en cruz y colocar á media noche delante de la puerta de la casa de aquella mujer, diciendo en voz baja: «¡Recaiga en ti y en los tuyos el mal que me has dado!»

Por esta consulta, el español dejó discretamente dos pesetas sobre la chimenea del Sr. Roumigas.

–¡Eh! Según el tipo del cambio, esas monedas no representan más que treinta y dos cuartos cada una, pensó el hechicero, acompañando á su cliente hasta la puerta ¡Ya verás si otra vez te doy fórmulas de este calibre!

Mariana Crabot entró después para enseñar su torcedura.

–¡Eh, no hay mal en esa pierna!, pensó. ¡Vamos á curarla muy pronto!

Sin embargo, para enseñar á la comadre á no hablar tan alto en lo futuro, le ordenó el tratamiento que se aplica en el Bearn á todas las torceduras de los campesinos acomodados, y que consiste en hacerse vendar la pierna enferma nueve veces seguidas por una mujer que haya tenido dos gemelos.

El anciano y el chico se presentaron después: el muchacho tenía el ánimo perturbado por los cuentos fantásticos que sus padres referían tan á menudo por la noche; y durante sus sueños, creyéndose transformado en animal, ladraba, saltaba en su lecho, y hacía así, al decir de su abuelo, el aprendizaje de duende.

–El otro día, murmuró el anciano confidencialmente, Laroque le dió unas pastillas.

–¿Laroque el contrabandista?

–Sí, Sr. Roumigas.

–¡No hay error, pensó el hechicero, para las tres cuartas partes de las personas que le conocen, Laroque es brujo!

Y abrió un voluminoso libro, en el cual se hallaban consignados la mayor parte de los sortilegios más conocidos en el país y donde había anotado algunos otros de su invención.

–Claveteará usted los zuecos del chico, dijo al anciano, con clavos que hayan servido para herrar un caballo.

–Ya lo hemos hecho, y no se ha conseguido nada.

–Pues entonces, repuso Roumigas, después de consultar otra vez su libro, pondrá usted clavos que se hayan empleado para herrar un burro.

–¡Gracias, señor; Dios le recompense por sus bondades!

A la mujer que había perdido tres carneros en la montaña, se le ordenó que se presentase de nuevo al día siguiente con tres vedijas de lana de los tres animales.

–¡Pero yo no tengo eso, señor!

–Pues entonces será preciso traerme tres briznas de hierba que haya crecido en el sitio mismo donde los carneros se perdieron.

La buena mujer concentró su pensamiento un instante é hizo una señal afirmativa.

–Bueno, señor, repuso; voy á pedir eso á mi marido. ¡Muchas gracias!

Al campesino que tenía un orzuelo, Roumigas le impuso el tratamiento ordinario; es decir, hacerse todas las noches una cruz en el ojo enfermo hasta que curara del todo.

A la campesina cuya vaca padecía por efecto del mal de ojo, preguntóle si el animal se quejaba por la noche.

–Sí, señor, contestó la mujer; algunas veces muge de tal modo que da miedo.

–Pues bien, dijo Roumigas, es preciso encender una vela bendecida, colocarla en un rincón del establo y ocultarla con una medida para granos boca abajo; cuando la vaca deje oir su primer mugido levante usted aquélla de pronto, y si la operación se ha ejecutado bien, la bruja que hizo mal de ojo á la vaca se quedará en los cuernos del animal.

Después de todas estas diversas consultas, Roumigas encontró sobre la chimenea la cantidad de siete pesetas, una de ellas falsa.

–¡Debe ser de la mujer de los tres carneros!, se dijo Roumigas. Me parece que esa no respeta mucho á los espíritus.

Roumigas guardó aquel dinero y esperó, algo nervioso, la llegada de Emilio Montguillem.

El hombre se presentó al punto; era un mocetón muy huesoso, de rostro enjuto, en el que sobresalían mucho los pómulos y cuya laringe tenía dimensiones exageradas; la mirada de sus ojos negros era inquieta y recelosa; y como apenas tenía barba, parecía que su rostro se hubiese acortado por su parte inferior. Cuando andaba, el busto debía inclinarse sobre sus largas piernas, y aunque el hombre no hubiese cumplido aún treinta años, parecía un anciano.

–¡Jacobita tendría bonito cuñado!, pensó Roumigas, mirando de reojo á su cliente.

Emilio, con su ordinaria timidez, daba vueltas á la boina entre sus manos.

(Continuará)

ALEJANDRO SCHNEIDER

Y SUS OBRAS

Hace poco tiempo llamaron poderosamente la atención en Dresde unos cartones expuestos en el salón del comerciante en objetos de arte Lichtenberg: su



El célebre dibujante alemán Alejandro Schneider

autor era desconocido para la generalidad del público, habiéndose averiguado que se trataba de un joven artista ruso-germano, llamado Alejandro Schneider, que había hecho sus estudios en la Academia de aquella ciudad y especialmente bajo la dirección del célebre Leonardo Gey, recientemente fallecido.

Lo que en primer término excitaba el interés en aquellos dibujos de concepción atrevida y ejecución segura, eran los asuntos que representaban. Que hoy en día no se puede pintar ningún cuadro de santos, ningún lienzo de carácter religioso, es cosa que los versados en bellas artes consideran axiomática y por ende indiscutible: cada vez que vemos instalar un nuevo ventanal en un templo ó figurar entre las desnudeces de nuestras exposiciones alguna imagen de una virgen, oímos exclamar á algunas personas competentes «¡Cuán vano, cuán convencional! Es imposible ya pintar estas cosas, porque ya no se cree en ellas.» Y ese juicio desdeñoso suele terminar por una invocación á Perugino y á Rafael, pronunciada con acento elegíaco y entre suspiros. Y aunque el pintor de santos se llame Gebhardt ó Uhde, la conclusión, con más ó menos variantes, viene á ser en definitiva la misma, y apenas si se toman como cuadros religiosos serios sus grupos de obreros y de labradores. «¡Esto no es más que un convencionalismo disfrazado!,» exclaman aquellos críticos. «¡Hacen ver que creen en lo que pintan!»

Pero cosa rara; delante de los citados cartones expuestos en el salón Lichtenberg no se oía nada de esto, á pesar de que los mejores de ellos representaban temas religiosos: el joven Schneider, que cuenta sólo veinticuatro años, había reducido á silencio á todos los que ejercen de aristarcos cursis en materias de bellas artes.

Había entre aquellas obras un gran cartón, titulado *Otra vez frente á frente* (1): en él se veía á Jesucristo sentado, presidiendo el juicio final, y arrodillado delante de él á Judas, el que le vendió, tendiendo con ademán de indecible tormento la bolsa con los treinta dineros de plata, como si dijera al Hijo de Dios que se la quitara de las manos.

Desde luego puede afirmarse que ya la idea de esa escena es grandiosa y completamente nueva. ¿Habríase creído posible una cosa tal? Pero aún hay más. Al lado de aquél, otro dibujo, titulado *Una cosa es necesaria...*, representaba á Cristo predicando al pie de la cruz el Evangelio de la indulgencia y del amor al prójimo; la muchedumbre, cuyas innumerables cabezas se pierden en lontananza, contémplale con esa expresión de embrutecimiento propia de la ignorancia en que vive, sin que llegue á comprender las palabras del Maestro, cuyo puro aliento envenena con su soplo el demonio de la falsa interpretación que en forma de mono monstruoso permanece detrás del Salvador agarrado á la cruz. Este es otro pensamiento nuevo y presentado de una manera altamente original.

Mas no es esto todo, sino que después de estos dos admirábase en aquella exposición otro cartón, también de asunto religioso, no menos sorprendente que sus compañeros: en él se veía á *Judas* caminando por entre espinas que le destrozan las carnes, con la cabeza caída y clavada la vista en una blanca y resplandeciente cruz que delante de él se alza: el suelo que pisa brilla de un modo extraordinario porque está empedrado de monedas de plata; y á lo lejos, envuelto en un nimbo de luz, distínguese al ángel de la Justicia.

(1) El título del cuadro es, en el original, *Ein Wiedersehen*, palabra que no tiene equivalente entre los sustantivos castellanos y que literalmente significa la acción de volverse á ver. En la imposibilidad de dar de ella una traducción exacta y bastante expresiva, nos ha parecido que *Otra vez frente á frente* es la frase que en nuestra lengua más se aproxima á la idea que tan admirable y concisamente expresa el título alemán y que tan gráficamente explica el pensamiento del autor del dibujo.—*(N. del T.)*



Una cosa es necesaria..., cartón dibujado por Alejandro Schneider

Después de esto conviene preguntar: ¿se habrán equivocado los antes citados críticos artísticos? Porque, á lo que se ve, á pesar de ellos y dejando á un lado á Hofmann y á otro á Uhde, pueden hoy en día pintarse cuadros religiosos con tal que el artista sepa lo que se trae entre manos.

Pero ¿es que el pintor ha de suscribir en todas sus partes al símbolo de la fe y al catecismo? De ser así resultaría que al fin y á la postre el hombre más devoto sería el mejor pintor religioso. Hay, pues, que confesar que tal condición no es indispensable. El artista ha de creer ciertamente en algo, mas no únicamente en las letras de la religión, en el dogma, sino en la fuerza de su propia fantasía: ha de creer que las creaciones de su imaginación pudieron vivir tal como él las ha visto en su espíritu. ¿Cree, por ventura, Böcklin en centauros y sirenas? ¿Cree Klinger en el esqueleto que con su guadaña mata á los hombres? ¿Cree Stuck en sátiros? Paréceme que no.

Y sin embargo nos recreamos contemplando estos seres fabulosos que el arte inventa; admiramos á los artistas que nos los presentan en formas corpóreas ante nuestros ojos, y nos reímos del gran naturalista que hace poco dijo que los centauros son creaciones artísticas desagradables, porque no han existido nunca en la naturaleza.

Una cosa realmente se necesita en esas representaciones de seres y escenas ideales, y es que el autor comprenda hasta en lo más hondo el tema que trate. Precisamente aquel que se atreve á sustraernos á la realidad y llevarnos á la región de su fantasía es quien más ha de conocer la naturaleza y más por completo ha de dominarla; pues de lo contrario, sólo producirá fantasmas huecos y ridículas caricaturas. De aquí que la impresión intensa que causan los cartones de Schneider se deba, no sólo al pensamiento original que entrañan, sino principalmente á la adecuada expresión plástica que el artista ha sabido darle. Schneider es un excelente observador y un dibujante seguro, y gracias á estas cualidades puede aventurarse á tratar los asuntos religiosos y simbólicos que nos presenta. La cabeza del Cristo de su *Otra vez frente*



Otra vez frente á frente, cartón dibujado por Alejandro Schneider

á frente merece las mayores alabanzas: en ella nada hay convencional, nada de lo que mil y mil veces hemos visto, y en ella se juntan la vida intelectual y una expresión momentáneamente fijada con la dignidad del Juez Supremo.

El Judas caminando entre espinas es una muestra elocuente de cómo Schneider domina el desnudo.

Otras dos figuras sueltas merecen ser especialmente mencionadas: una titulada *El sentimiento de la servidumbre* representaba á un hombre desnudo y encadenado que deja caer los brazos con desaliento, porque un negro monstruo, echado delante de él en el suelo, espía y domina todos sus movimientos; la otra nos presenta un *Anarquista* en la forma de un hombre que arroja una bomba á un palacio asirio de mil años de existencia y envuelto entre tinieblas.

En otro de sus cartones vemos el vigoroso contraste entre el cuerpo desnudo de un adolescente y la sombría figura de un caballero armado de todas armas; y en los *Genios de la Historia* ha tomado Schneider pretexto de este tema para ofrecer los efectos de luz, de abajo arriba, sobre varios cuerpos humanos sentados y de pie.

Hermosa y monumental es la figura del *Señor del mundo*, caudillo oriental semidesnudo, de luenga barba negra, que cruzado de brazos se alza sobre alto pináculo, mientras en la pared que debajo de él se extiende aparece en pálidos contornos la trágica imagen del Redentor crucificado.

Acabamos de escribir la palabra que caracteriza el rasgo fundamental de los cartones de Schneider: monumental. En efecto, todos tienen algo de monumental, así en el tema tratado, como en su representación plástica, como en la majestad con que se mueven sus figuras. Respecto de este último punto de vista merece consignarse que Schneider no quiso exponer con los otros un hermoso cartón, *Cristo á la entrada del infierno*, por la razón única de haberle parecido demasiado trivial el movimiento de los personajes.



El sentimiento de la servidumbre, cartón dibujado por Alejandro Schneider

En medio de tantas alabanzas no podemos menos de formular una pregunta que se hicieron cuantos visitaron atentamente aquella exposición y que se harán sin duda los que estas líneas lean, á saber: ¿es Schneider tan excelente pintor como dibujante?

De momento nos es imposible dar á esto respuesta, pues de este artista hemos visto muy pocos estudios pintados. Algunos cartones, como por ejemplo *Otra vez frente á frente*, producirían gran efecto animados por el color; pero en otros, en cambio, el artista se vería obligado, si los pintara, á suavizar algo el elemento fantástico, espiritual, porque el cuadro está más estrechamente subordinado á la naturaleza que el dibujo.

Aunque nacido en San Petersburgo, Alejandro Schneider no es de origen eslavo. Su padre, Rodolfo Schneider, muerto hace diez años, fué uno de los fundadores de las «Comunicaciones gráficas suizas» y un artista importante. El joven Alejandro, que hoy cuenta veinticuatro años, al morir su padre trasladóse á Dresde con su madre, y demostró desde muy niño excepcionales aptitudes para el dibujo; pero como contaba con muy escasos recursos, sus naturales disposiciones no pudieron desenvolverse sino entre penalidades, y no pocas veces el frío intenso del invierno y los abrasadores calores del verano le obligaron á suspender los trabajos que realizaba en su pobre y desmantelada vivienda. Pero nada pudo vencer su fuerza de voluntad y su amor al arte. Sus parientes le ayudaron y el pobre artista pudo terminar sus estudios.

Ahora se ha elevado de repente á la altura de un gran hombre á quien la prensa celebra, las Asociaciones artísticas nombran miembro de honor, y que puede mirar tranquilo y alegre el porvenir, olvidando los sufrimientos pasados.

(De la revista alemana *Moderne Kunst*)



Madagascar. - Proclamación de la guerra en Antananarivo, después de la retirada del residente francés

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 11 de marzo de 1895 — Núm. 689

ADVERTENCIA

Con el presente número de "La Ilustración Artística" repartimos á nuestros abonados el tomo II de la notable obra AMÉRICA. — HISTORIA DE SU COLONIZACIÓN, DOMINACIÓN É INDEPENDENCIA, escrita por D. José Coroleu.

Como los señores suscriptores que lo son desde principio de este año no poseen el tomo primero de tan notable obra, publicado el año pasado, les invitamos á que lo adquieran, para no tenerla truncada, por el precio de CINCO pesetas, ÚNICO PARA LOS SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL.

En el caso de que á algún suscriptor no le conviniese su adquisición, podrá elegir, en sustitución del expresado tomo segundo de la "Historia de América," entre cualquiera de las siguientes obras:

LOS ECOS DE LAS MONTAÑAS, escrita por don José Zorrilla y profusamente ilustrada por Gustavo Doré, LOS MISTERIOS DEL MAR, ó LA GUERRA FRANCO-ALEMANA (1870-1871), escrita por el mariscal conde de Moltke, con preciosos grabados intercalados en el texto.

Por nuestra parte nos permitimos aconsejarles que no dejen de completar la preciosa é interesante obra AMÉRICA. — HISTORIA DE SU COLONIZACIÓN, DOMINACIÓN É INDEPENDENCIA, en vista de la entusiasta acogida que ha tenido el tomo primero, único que hasta ahora hemos repartido.



SAINETES MATRITENSES

No se reparten esquelas, dibujo de Méndez Bringa

SUMARIO

SAINETES MATRITENSES

NO SE REPARTEN ESQUELAS

Salón de la casa mortuoria decorado con buenos muebles, aunque de venerable antigüedad

I

JUANITO, joven ya maduro, de aspecto romántico y voz meliflua, ocupa un sofá en el centro de la estancia. En torno suyo DOÑA CARMEN, D. SALVADOR, DOÑA TECLA y D. GERVASIO y acompañamiento de amigos, deudos y obligados de la difunta.

D. SALVADOR. – Pues señor, ha sido una noticia que ha caído como un rayo sobre nosotros: cuando lo leímos en *La Correspondencia* casi no lo queríamos creer, tanto que Tecla dijo: «Será alguna otra señora que se llamará lo mismo.»

JUANITO. – Desgraciadamente es cierto, pueden ustedes creerlo.

DOÑA TECLA. – Sí, ya hemos tenido el gusto .., digo, el sentimiento de verla de cuerpo presente.

D. SALVADOR. – *(Aparte.)* Milagro sería que mi Tecla no metiese la pata.

D. GERVASIO. – A mí ya me extrañó anteayer no ver á doña Escolástica en la novena de San Crispín, porque asistía treinta y tres años ha, sin faltar ni una tarde, y la anterior nada nos dijo que indicase su próximo fin.

JUANITO. – Si la cosa ha sido casi repentina. Figúrense ustedes que yo vine, como todas las noches, á dar una vueltecita antes de ir á la reunión de Casimira Casa-Chancleta, que por cierto está muy concurrida, y me encontré á la pobre tía dando las últimas boqueadas.

DOÑA CARMEN. – ¿Y no ha podido saberse cuál ha sido la causa de tan horrible desgracia?

JUANITO. – El doctor Cantárida, que la asistía hace más de cincuenta años, ha dicho que pudiera ser una *melonitis* aguda, porque la pobre señora era muy aficionada al melón y ayer por la mañana se comió más de la mitad de uno riquísimo que le habían regalado las monjitas de Vicálvaro, y desde aquel punto se puso tan mal que ya no volvió en sí.

D. SALVADOR. – ¡Mísera naturaleza humana! La verdad es que no somos nada. ¡Cualquier cosilla nos derriba en un segundo! Que es lo que yo le digo á Tecla cuando se come su *kilo* de albaricoques ú otra fruta del tiempo: «¡Mira, niña, que el mejor día no lo cuentas, que esas fruslerías han costado la vida á mucha gente!»

DOÑA TECLA. – *(Lanzando una mirada iracunda á su marido.)* ¡Pues mira que tú puedes hablar! La otra tarde cuando vino de la oficina se comió un queso de Villalón enterito.

D. SALVADOR. – Pero fué alternando con una libreta y su copita de Cariñena después, y así no hay cuidado.

D. GERVASIO. – *(Aparte á doña Carmen.)* ¡Qué par de bárbaros! No tragarían tanto si estuviesen cesantes como nosotros.

JUANITO. – *(Suspirando.)* ¡Qué mareo y qué trapisonda! Yo desde ayer no he probado bocado. ¡Pobre tía de mi corazón!

DOÑA TECLA. – Lo que es cuando ocurre una cosa de estas, no se descansa hasta meter bajo tierra al interfecto.

DOÑA CARMEN. – Y diga usted, Juanito. ¿Quién ha redactado las esquelas?

JUANITO. – ¡Ay, doña Carmen! Ya sé dónde va usted á parar. Calle usted, por Dios, que sólo faltaba eso para aumentar mi aflicción. ¡Qué plancha! ¿Qué dirán todos los amigos? ¡Pobre tía! ¡Quién le había de decir que aun después de muerta había de experimentar tales desventuras!

D. GERVASIO. – ¿Pero qué ha sido ello?, porque yo no me he enterado de nada.

DOÑA CARMEN. – Hijo, tú siempre estás en Belén. Desde que Becerra te dejó cesante, no sabes en qué país vives.

JUANITO. – *(Con ademán de dolorosa resignación, coge una de las esquelas de defunción que se ven sobre el sofá en que está sentado y se la entrega á D. Gervasio diciéndole:)* Lea usted, mi buen amigo. Lea usted aquí al pie.

D. GERVASIO. – «Se suplica el coche.»

JUANITO. – Siga usted, siga usted.

D. GERVASIO. – ¡Ah, ya! «No se reparten esquelas.» ¡Hombre, pues tiene gracia!..

JUANITO. – Pues á mí no me hace ninguna.

D. SALVADOR. – Nosotros ya notamos el disparate, pero no hemos querido decir á usted nada por si no lo había advertido.

JUANITO. – Sí, señora, lo sabía porque las primeras esquelas se han repartido en la casa, y á las vecinas del tercero les ha faltado tiempo para venir á decírmelo. Yo me he puesto furioso, y por el teléfono del ultramarino le he dicho á la empresa funeraria lo que ocurría, y me han contestado no sé qué desatinos de un telegrama que no he podido entender. Nada..., excusas. Lo peor del caso ha sido que los repartidores habían ya salido con las esquelas y no ha habido medio de evitar la catástrofe.

DOÑA TECLA. – ¿Y han hecho muchas?

JUANITO. – Dos mil quinientas nada menos. ¡Figúrense ustedes!

DOÑA CARMEN. – Por eso dice el refrán: «Bien vengas, mal, si vienes solo.»

JUANITO. – Y á todo esto, mi primo Pepe sin llegar, y eso que en seguida le escribí á Guadalajara dándole cuenta de todo. Así que he tenido que hacérmelo todo yo solito. Y luego vendrán las críticas y me pondrán como chupa de dómine. Créanme ustedes, señores: no se mueran así de pronto, y sobre todo no llamen á la *Elegancia lúgubre*, porque se les quitarán las ganas de volver...

(Un nuevo grupo de visitantes interrumpe la brillante improvisación de Juanito, que tiene que acudir á recibir los apretones de manos y los pésames más sentidos y á explicar por centésima vez el fallecimiento de la tía y el quid pro quo de las malhadadas esquelas.)

Sala despacho de modesta apariencia.

II

JUANITO sentado ante la mesa escritorio, leyendo con airado ademán una factura llena de números. En una silla inmediata reposa el Sr. CANILLAS, sujeto alto, flaco, huesudo y de rostro patibulario, vestido de chaqué negro con los codos lustrosos y el cuello mugriento, lo cual no perjudica en nada á su carácter de representante de la empresa de pompas fúnebres la *Elegancia lúgubre.*

JUANITO. – ¡Ya, ya! Han apretado ustedes bien la mano; dos mil doscientas cincuenta pesetas por el entierro. Y si después de todo se hubieran hecho las cosas como es debido...

CANILLAS. – No sé de qué podrá usted tener queja. Tres mil ciento ventiún entierros lleva hechos la casa, y en todos se ha complacido de tal suerte al parroquiano, que ni uno solo, y podemos decirlo muy alto, se ha presentado en las oficinas á hacer la menor reclamación; por esto nuestro crédito crece como la espuma y de día en día son más los difuntos que nos honran con su confianza.

JUANITO. – Pues á pesar de todo, el disparate cometido en las esquelas no ha podido ser mayor, y ha puesto en ridículo ante todo Madrid, no sólo á la finada, sino á mí, su sobrino, que tanto me he afanado para que todo resultase elegante, severo y de buen tono. ¡Mire usted que poner al pie de la esquela: «No se reparten esquelas!..» ¡Vamos, eso no se le ocurre ni al que asó la manteca!

CANILLAS. – ¡Poco á poco, señor mío! La empresa conserva el borrador escrito por usted y la lista del reparto.

JUANITO. – Pero á que no consta allí esa advertencia estúpida.

CANILLAS. – ¿Y el telegrama recibido de Guadalajara?

JUANITO. – ¡Qué telegrama ni qué caracoles!..

CANILLAS. – Tómelo usted. *(Saca del bolsillo un telegrama que entrega á su interlocutor.)*

JUANITO. – *(Leyendo.)* «Representante *Elegancia lúgubre*, Perro, 40. Esquelas Escolástica Pamplina conste que no se reparten. J. Pamplina.» ¡Dios mío, qué lío es este! ¿Pero quién habrá metido á Pepe en camisa de once varas? Más valía que hubiera venido á cumplir con su deber y se hubiera abstenido de telegramitas perturbadores. Lo que es mañana cuando llegue aquí le voy á dar el gran revolcón.

CANILLAS. – Ya ve usted que nosotros hemos obrado correctamente, amalgamando la orden verbal de usted de hacer y repartir las esquelas y el aviso telegráfico de que constase que no se repartían.

JUANITO. – ¡Pero si ese telegrama no es mío! ¿No comprende usted que yo no podía estar aquí y en Guadalajara?

CANILLAS. – La casa no podía entrar en averiguaciones. Las firmas son iguales, «J. Pamplina.» ¿Cómo íbamos á sospechar que usted tenía un primo? Además con eso de las bicicletas que ahora están en moda, vaya usted á saber dónde está cada cual, si habla usted con una persona y una hora después se encuentra en Getafe ó Sigüenza.

JUANITO. – Y si después de todo no fuese más que eso; pero mire usted, la mayoría de nuestros conocimientos, que viven en el distrito del Hospicio, no han recibido las esquelas y he tenido infinidad de quejas y disgustos. En fin, un horror...

CANILLAS. – Eso ha sido un accidente imprevisto Mariano, que es el repartidor de ese distrito, es un borrachín; se *ajumó*, y en vez de llevar las esquelas á las casas las fué dejando en todas las tabernas que encontró al paso.

JUANITO. – ¡Hombre! ¡Pues me gusta el descaro!..

CANILLAS. – Pero esté usted tranquilo, porque la empresa le ha impuesto un severo correctivo, separándole inmediatamente del cargo de repartidor y destinándole al servicio de los coches de cuarta clase; porque ahí, aun cuando tome alguna *pítima* no desluce la ceremonia.

JUANITO. – Bueno, basta; no quiero saber más. Vuelva usted mañana á la noche, que ya estará aquí mi primo y arreglaremos cuentas.

CANILLAS. – Entonces me retiro con permiso de usted, esperando que lo sucedido no amenguará la confianza que usted ha depositado en la *Elegancia lúgubre;* que tenga usted la seguridad de que sólo anhelo tener pronto la ocasión de servir á usted y complacerle.

JUANITO. – *(Aparte.)* Antes ciegues que tal veas. *(Alto.)* Vaya usted con Dios y muchas gracias. Diablo de Pepe, ¿por qué habrá puesto el telegrama?

Notaría de D. Ruperto Uñas. Gabinete elegante, adornado con grandes cuadros antiguos; algunos armarios con papelotes, y unas estatuas de ninfas muy coquetonas en los ángulos de la estancia.

III

D. RUPERTO, viejo socarrón cómodamente arrellanado en una butaca, lee unos pliegos á JUANITO y á PEPE, buen mozo, de aire provinciano y expresión maliciosa.

D. RUPERTO. – «Item, es mi voluntad que en mi entierro no se repartan esquelas bajo ningún pretexto, y si alguno de mis dos sobrinos contraviniera tal disposición, *ipso facto* quede privado de la cuarta parte de la herencia, que acrecerá al que hubiese respetado mis órdenes.»

PEPE. – ¿Lo oyes, querido Juan?

JUANITO. – ¡Pero eso es un disparate insigne!

D. RUPERTO. – Disparate ó no, la última voluntad es ley, y ya sabe usted aquello de *dura lex, sed lex;* lo que en castellano quiere decir: que diez mil duritos se le van á usted de entre las manos con rumbo hacia las arcas de D. José.

PEPE. – Y no podrás decirme que yo he obrado de mala fe, pues aunque tu deber era ver lo que tu tía había dispuesto para el entierro, no obstante, por si acaso, como me noticiabas que la *Elegancia lúgubre* se había encargado de todo, puse el telegrama que tanto te ha indignado. ¿Se puede hacer más?

JUANITO. – Y sólo conseguiste que la esquela resultase un despropósito.

PEPE. – Chico, después de todo no tienes hijos y yo tengo ya seis.

JUANITO. – *(Indignado.)* Pero tú no sabes los que yo me proponía tener.

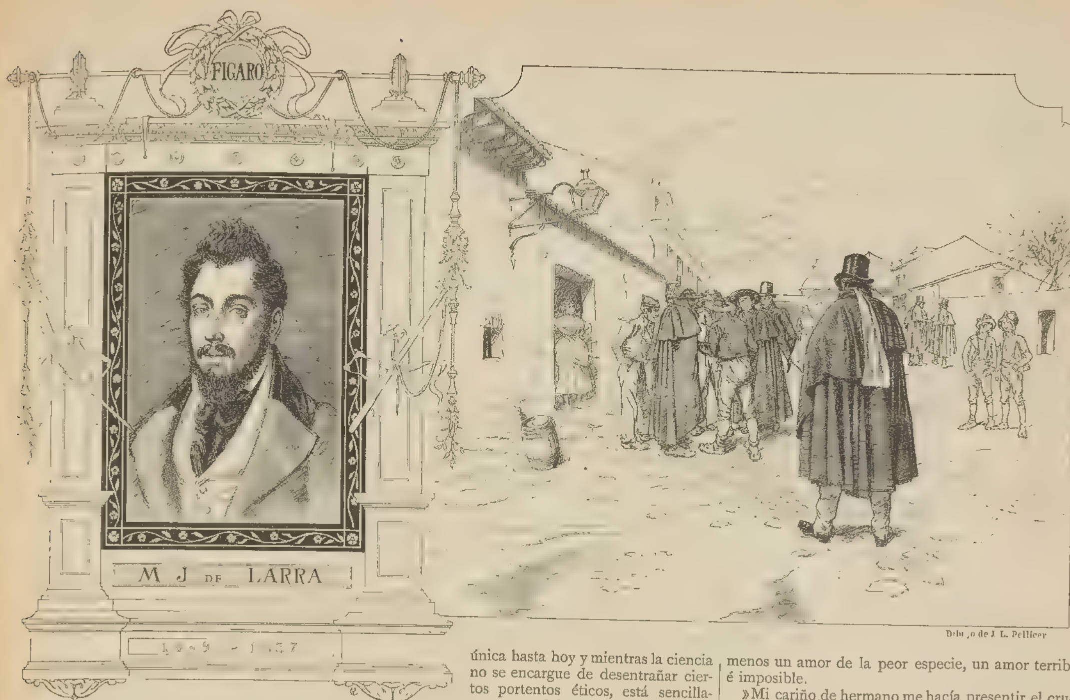
D. RUPERTO. – Eso no pasa de ser una presunción. De toda suerte, le quedan á usted cincuenta mil pesetas, y siendo como es usted arregladito, aún puede encontrar por ahí alguna señora ya jamona que lleve el doble por lo menos. Si usted me autoriza, yo me encargo de...

JUANITO. – ¡Sí, de buen humor estoy yo para bromitas!

PEPE. – ¡Qué más broma que la de las esquelas!

JUANITO. – ¡Malditas sean, y qué caras me cuestan! Y después de todo, ¿para qué? ¡Para que en su mayoría se hayan repartido por las tabernas de Madrid!..

A. DANVILA JALDERO



Dibujo de J. L. Pellicer

SEMBLANZA

El nombre de D. Mariano José de Larra es verdaderamente el de un privilegiado de nuestra historia literaria moderna: es quizá, y sin quizá, el de una celebridad sin precedente en España por las condiciones excepcionales con que se formó. Yo al menos no recuerdo otro escritor, otro pensador español que antes de cumplir los treinta años, y en el espacio de una labor de muy pocos, ganase como el ilustre *Fígaro* tanta y tan indiscutible y tan indestructible fama.

Larra fué, ante todo y sobre todo, una precocidad literaria de alto vuelo. Sonó su nombre por vez primera cuando apenas tenía veinte años, y sonó, no ya sólo como anuncio de una autoridad de las letras, sino como presencia y realidad de una plenitud de admirables aptitudes. Llegó y venció, puede decirse, como un César del pensamiento, sin aguardar siquiera á que la Naturaleza le llevase á un período de madurez que aparentemente abonase su empresa. Aquel era un raro ejemplar de la escasa especie de los precoces gloriosos, de los Mozart, de los Bellini, de los Byron.

Con efecto: la España de nuestros padres debió admirar en primer término en Larra un verdadero fenómeno fisiológico intelectual. Aquel coloso de la crítica, que desde su primer artículo empuñó el cetro de su difícil cometido, para no dejarlo caer de sus manos mientras viviera, era un joven de pocos más de cinco lustros. Aquella hermosa razón serena; aquella observación profunda y exactísima; aquella conciencia artística, tan rica de instrucción y de verdad; aquel conocimiento del corazón humano; aquella filosofía del dolor, cuya explicación sirvió de fondo á su obra entera, á todas sus lucubraciones, lo mismo á las más graves que á las más humorísticas; aquel inimitable y magistral estilo sin rival entre sus coetáneos, venían de una juventud que empezaba. ¿Cuándo, ni cómo, ni en qué espacio de tiempo, de estudio, de preparación, de lucha, de premeditación, de experiencia, de antecedentes lógicos, se había nutrido, desarrollado y completado aquel adalid de la pluma, que fué tan superior á su época misma, y que, en el período de transición á que asistía en su patria, imprimió en ella á la literatura contemporánea el movimiento, la tendencia y la estructura, por decirlo así, de un nuevo orden social, no ya europeo, sino universal? ¡Qué verdadero prodigio!

Pues bien: yo creo que la mejor explicación de aquel fenómeno, cuya sorprendente realización inspiró y sostuvo el comentario de asombro de las dos generaciones anteriores á la nuestra; yo creo que esa explicación, para nosotros los que ya podemos examinar el insólito suceso con relativa é imparcial frialdad; esa explicación, si no bastante, al menos única hasta hoy y mientras la ciencia no se encargue de desentrañar ciertos portentos éticos, está sencillamente en el hombre, en la personalidad, en la entidad que constituyó el fenómeno. ¿Qué fué el gran Larra como hombre?..

Todos los datos hasta ahora reunidos, conocidos y no negados lo confirman: Larra fué un hombre esencialmente apasionado, apasionadísimo; Larra fué la pasión encarnada, la pasión con todas sus ansias, con todos sus arrojos, con todos sus tormentos, con todas sus ambiciones, con todas sus ceguedades, con todas sus grandezas de aspiración, con todos sus desprecios del obstáculo. Querer lo que se quiere á toda costa, y querer siempre algo del mismo modo, y vivir sufriendo ó gozando por lo que se quiere, sin descanso, haciendo en un día, en una hora, lo que otros hacen en una vida larga, y obtenerlo, ó morir por no lograrlo: esta es la alta pasión, y esto fué Larra, y esto explica lo que fué como gran escritor, y lo que fué su vida, y lo que fué su muerte.

¡Su muerte! ¡Quién ignora cómo fué! Su muerte prematura, nunca bastante llorada; su muerte, que defraudó tantas legítimas esperanzas de la España de hace medio siglo, su muerte (todo el mundo lo sabe, y no creo cometer al decirlo la menor irreverencia, ni la indiscreción menor) fué el fruto de la más triste, pero la más poderosa de sus pasiones. Yo puedo contar á este respecto lo que hace ya mucho tiempo me refirió un grande amigo del insigne *Fígaro*, que hoy tampoco existe. He aquí el breve, interesante relato, que no he olvidado nunca, y que recuerdo como si lo hubiese oído ayer.

«Larra y yo – me dijo el Sr. M... departiendo íntimamente conmigo en cierta velada del Ateneo – éramos amigos de la infancia, y habíamos estudiado juntos, y vivido más tarde juntos en Francia, y teníamos los mismos gustos literarios y las mismas ideas progresivas en política, y nos llamábamos con secreto orgullo doceañistas, porque entonces todavía no se estilaba llamarse librepensadores, y teníamos el mismo noble afán de ver entrar á torrentes en nuestra atrasadísima tierra la luz de la civilización transpirenaica, y nos queríamos, en fin, fraternalmente, y lo que es más, nos lo habíamos probado repetidamente. Una noche de verano, de aquellos veranos madrileños, no desiertos como los de ahora, de aquellos veranos que el Madrid acomodado y el inteligente y el laborioso pasaban resignados en la villa sin agua, sin árboles y sin paseos, nos hallábamos sentados en sendas sillas, que todavía no eran de hierro, del Prado. El mundo conocido pasaba y repasaba ante nosotros, sin que Mariano, presa de profunda absorción en sí mismo, lo notase, y sin que yo, que hacía algún tiempo le veía en igual preocupación alarmante, en igual amenazadora taciturnidad, diese tampoco la menor importancia á cuanto nos rodeaba. Porque yo sabía que la causa de aquel profundo mutismo era una inmensa pena, una ardiente agonía de aquel alma donde nada podía ser pequeño ni pasajero, y mucho menos un amor de la peor especie, un amor terrible é imposible.

»Mi cariño de hermano me hacía presentir el cruel desenlace trágico que aquel gran padecer tuvo, y contra el cual se revelaba instintivamente mi afecto. Y en aquel instante decidí hablar al amigo del alma con la brutal franqueza que el contagio de su desesperación me aconsejaba, decidí aplicar á la herida de aquel noble corazón despedazado el hierro candente de mi propia indignación cariñosa, y le hablé, le interpelé repentina y despiadadamente, diciéndole, con estas ó parecidas frases, que el espectáculo de su anonadamiento mataba y destruía de un golpe toda mi antigua y persistente fe en su elevación moral, que me había enseñado á tenerle por un ídolo.

– »¿Qué quieres decir?, me preguntó saliendo de su estupor.

– »Quiero decir, contesté, que estoy próximo á creerte un simple *quidam* de la especie de Adán. Quiero decir que la contemplación del que tantos tienen por un genio, por un coloso, por un gran espíritu y por un gran carácter, convertido en un miserable enfermo moral, sin voluntad, sin fuerzas, sin respeto á sí mismo, y todo por arte de una pasionceja melodramática; ese espectáculo á que me haces asistir, ha empezado por darme ira y acabará por darme náuseas. ¡Cómo! ¿Eres tú, tú, que tantos mundos llevas en tu cerebro, quien reduce el mundo entero á una infausta personilla incapaz de comprenderte? ¿Eres tú, tú, que á tanto puedes aspirar, tú, que tantas grandezas de pensamiento y de sentimiento atesoras, quien se declara vencido en un tropiezo de callejero, de aventurero vulgar? ¿Eres tú, en fin, tú, á quien sonríen unísonas la vida, la juventud, la gloria, la estimación general, quien á todo eso renuncia por haber caído en las redes de un torpe deseo insaciable? ¿Eres tú?..

– »Mira, me interrumpió alzando su noble frente altiva y fijando en mí sus expresivos ojos: no te canses, no prosigas el sermón inútil, y óyeme. Muchas veces hemos pensado y dicho juntos y conformes que el *Quijote* es el libro de los libros, el mejor, el más admirable de todos. Muchas veces hemos convenido en que esa generosísima creación de su protagonista debe servir de ideal perpetuo á la humanidad para amar el deber, la virtud y el sacrificio; muchas veces hemos llegado hasta pensar que D. Quijote es la figura de un Cristo con yelmo. ¡Qué lástima que tuviera la locura especial é incurable de sus leídas y soñadas magias caballerescas! Pues bien: yo seré todo lo grande hombre, todo lo Quijote que tú quieras, pero también tengo mi locura en esta pasión que me ha gangrenado el alma; y ya sabes que la gangrena no se cura, afortunadamente. Conque déjame en paz.»

Esto me contó hace muchos años el Sr. M..., grande amigo del insigne autor de *Macías*, añadiendo que el epílogo de aquel diálogo fué á los pocos días el pistoletazo del suicida. – ¡La pasión se había sido fiel á sí misma!

S. López Guijarro.



Salón de estudio, dibujo de J. L. Pellicer

LA BIBLIOTECA ARÚS

Rosendo Arús y Arderíu, festivo periodista y fecundo escritor de comedias, fué lo que en lenguaje cristiano se llama un hombre caritativo y en el de la moderna filosofía un *altruista* modelo. Su ingenio cáustico y chispeante hizo verter muchas lágrimas de júbilo; su excelente corazón enjugó con más frecuencia todavía el llanto de los desventurados.

Era opulento, ilustrado y bondadoso, circunstancias que le habían granjeado muchas simpatías en todas las clases sociales y un prestigio indisputable entre sus amigos y correligionarios. Entró en la vida pública en una época turbulenta y excesivamente propicia para los medros de la juventud batalladora. Sin embargo, Arús, que tan brillantes cualidades atesoraba para abrirse paso entre sus contemporáneos, no sintió jamás aquella pueril ambición de figurar que las más de las veces no sirve sino para poner de manifiesto las miserias de la necedad presuntuosa.

Arús era, en cierto modo, un tipo excéntrico. En el seno de una sociedad cínicamente utilitaria no se avergonzaba de consagrar un culto fervoroso y desinteresado á un ideal que otros menos austeros y más aprovechados calificaban de utópico, tal vez con razón sobrada. Era republicano por convicción, demócrata por instinto, y en su concepto la República y la Democracia significaban para el pueblo la redención de las tinieblas de la ignorancia y de los martirios de la miseria.



D. Rosendo Arús y Arderíu (de fotografía)

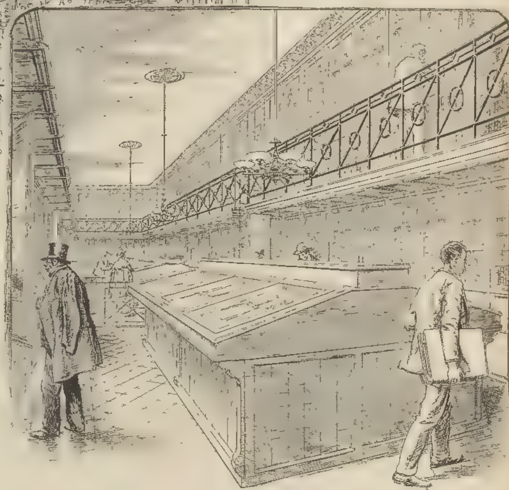
No hemos de inquirir hasta qué punto pudo motejársele con justicia de soñador por haber abrigado toda su vida tan hermoso optimismo; pero confesamos que era una noble y santa chifladura la suya, porque sus adversarios políticos no han intentado nunca demostrar que fuese inspirada su conducta por móviles interesados, ó por un torpe afán de populachería.

De él se podría decir, sin asomo de encarecimiento, que la sinceridad era uno de los rasgos más notables de su carácter, y esto ya es por sí solo un grande elogio en los tiempos que corremos.

Como no es nuestro propósito escribir la biografía de este malogrado escritor, nos abstenemos de añadir ni una sola pincelada á este boceto trazado á vuela pluma de tan simpática fisonomía. Los que tuvieron el gusto de conocer y tratar á Rosendo Arús saben muy bien que no adolecen de ponderación las alabanzas que le tributamos; los que con él no han tenido comunicación amistosa pueden formar de él exacto y equitativo juicio fijándose en sus actos que podríamos llamar de ultra tumba.

Arús era soltero; mas como tenía entrañas de padre para los desheredados y siempre consideró la ignorancia como una calamidad social, su postrer pensamiento, al abandonar la tierra, fué consagrar el caudal que en ella dejaba á la ilustración de sus conciudadanos. Por una cláusula de su testamento ordenó que se costease la construcción de la Casa Consistorial y las escuelas municipales de Dax, pueblo de la Cerdaña española; en otra instituyó un legado para fundar una escuela en el Hospitalet, y por último hizo una manda en favor de Barcelona, legando á la ciudad todos sus libros y una magnífica finca situada en el Salón de San Juan para que en ella se estableciese una Biblioteca Pública, destinándose á su conservación y fomento la renta producida por el local que no fuese por aquélla ocupado.

Para la ejecución de sus últimas voluntades nombró herederos de confianza á sus íntimos amigos D. Valentín Almirall y D. Antonio Farnés, quienes han correspondido á ella dedicándose á tan noble tarea con un celo y una ilustración dignos de encomio. La casa se ha



Instalación de la Biblioteca, en el gran salón, dibujo de J. L. Pellicer

transformado de manera que hoy es sin duda la Biblioteca popular más suntuosa de España, con su lujosa escalera de mármol, su precioso salón de lectura, cuyo techo decoran unas pinturas al óleo representando la Acrópolis de Atenas, las universidades de Salamanca y Barcelona, la Politécnica de Zurich y las escuelas de Dax y del Hospitalet, sus salas de estudio y la especialmente destinada á la música, que está provista de piano y armónium.

Al ocurrir el fallecimiento del testador no había sino una pequeña parte de los libros que hoy componen esta ya notable Biblioteca que, merced á la inteligente actividad del Sr. Almirall, consta ya de más de 22.000 volúmenes.

Los hay entre ellos, relativos á la Historia de España, 1.200.

Id. á la Historia Universal y á la general de varios países, 1.500.

Id. á la Historia de América, 600.

Id. á las Bellas Artes (música, pintura, escultura y arquitectura), 2.000.

Id. á Geografía y viajes, 600.

Id. á Lingüística, 400.

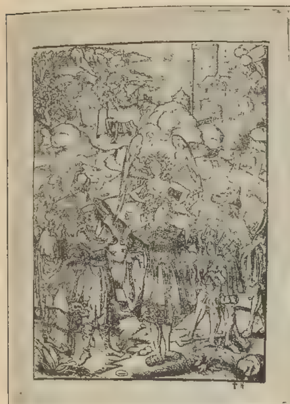
Id. á navegación, agricultura, industria y comercio, 700.

Entre sus numerosas colecciones merecen citarse la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra; la de Escritores Castellanos; la de Autores Clásicos, en castellano; la de Autores Clásicos Italianos (en italiano); la de los Clásicos Franceses (en francés), y otra colección de Autores Italianos (edición diamante).

Posee, además, la copiosa colección de documentos inéditos del Archivo de la Corona de Aragón; la no menos importante de documentos inéditos del Archivo de Indias; la de los Manuales Rozet y otras varias.

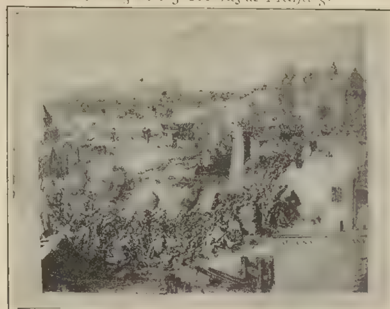
La sección correspondiente á la historia de América, que por razones muy especiales hemos tenido ocasión de estudiar, gracias á la exquisita galantería con que D. Valentín Almirall y D. Celso Gomis, encargado de la organización de la Biblioteca, nos han facilitado su examen, es una de las colecciones más preciosas que en su género existen. Habíala formado el diligente americanista Sr. Serrapiñana, dedicando muchos años de su existencia á esta labor, ejecutada con el entusiasmo de una verdadera manía. Allí hemos encontrado obras de inestimable valía, así por su indiscutible mérito como por lo mucho que hoy escasean en el mercado de libros, y las más notables que en nuestros tiempos se han escrito respecto á la historia del Nuevo Mundo.

No creemos que los publicistas aficionados á su estudio puedan encontrar en parte alguna un acopio tan considerable de datos y noticias referentes al descubrimiento y colonización de América y á las vicisitudes que experimentaron



·Opera·Vergiliana·

·0'15 × 0'26·



·Colonia·1631·



La Comedia di Dante Aligieri·

Año·1544·

LAS OBRAS DE BOSCAN Y ALGUNAS DE GARCILASSO de la Vega Repartidas en quatro libros.

A DE MAS QUE muchas añadidas van aqui mejor corregidas mas cumplidas



·Año 1606·



Facsímiles de algunos ejemplares de la Biblioteca Arús

aquellos remotos países durante la dominación europea.

Entre los libros raros allí reunidos merecen citarse algunas ediciones del famoso impresor veneciano Aldo Manucio, que tuvo por inspirador á Pico de la Mirandola; varias del célebre Plantín de Amberes, á quien nombró Felipe II su impresor de cámara, encargándole la reimpresión de la Biblia Poliglota de Alcalá; algunas de los holandeses Elzevir; una de Schœffer, socio y yerno de Fausto y coinventor de la imprenta, edición que data de 1475, y otros muchos incunables, entre ellos un Homero en griego, impreso en 1484.

Del siglo XVI y casi todas de su primera mitad hay más de cincuenta ediciones, contando entre ellas una de Tucídides y otra de Demóstenes, en griego, hechas respectivamente en 1588 y 1504 por Aldo el Joven y Aldo el Antiguo. De la misma época – 1544 – hay un precioso ejemplar de la *Divina Comedia*, en italiano, amén de otras dos ediciones de esta obra, ilustradas por Flaxman.

Son asimismo dignos de mencionarse, entre los libros curiosos y raros que allí se ven, el titulado «Deliberación en la causa de los pobres,» por fray Domingo de Soto, edición gótica publicada en Salamanca en 1545; *Il Decamerone*, de Boccaccio, dado á luz en 1541 y con una lujosa encuadernación de la época; las obras de Sannazaro, impresas en 1535 por Pablo Manucio, hijo de Aldo el Antiguo; una descripción de Suiza, edición elzeviriana de 1627, y una *Celestina*, impresa en caracteres góticos en 1523 é ilustrada con notabilísimos grabados.

El grabado que en esta misma página publicamos reproduce las portadas é ilustraciones de algunos de estos preciosos libros.

Recientemente se ha adquirido lo publicado de la magnífica obra que se da á luz en Hannóver con el título de «Monumenta Germaniæ histórica.»

El número total de los verdaderos incunables, ó sea anteriores al 1500, pasa de veinte.

Para los artistas que deseen conocer los muebles, la indumentaria, las armas, etc., de otros tiempos, atesora la Biblioteca Arús un riquísimo arsenal de datos contenidos en las magníficas reproducciones de las maravillas de San Marcos de Venecia y de las obras maestras de los museos del Vaticano, de Nápoles, de Herculano, del Louvre, de Turín, del del Prado y el arqueológico de Madrid, de la galería Pitti de Florencia (5 tomos), del de Versalles (16 tomos) y demás museos célebres de Europa.

Hay también muchas obras relativas á la teoría del arte; la *Historia del Arte*, de Agincourt, y la famosa obra *L'Egipte*, edición oficial de la comisión que acompañó á Egipto á Napoleón Bonaparte. Consta de 26 tomos de texto y 11 de láminas destinadas á ilustrarlo.

Entre las más suntuosas publicadas en España hay que mencionar *El Real monasterio del Escorial*, por Juan de la Puente Vizcaíno, edición lujosísima ilustrada con preciosos cromos.

Los músicos también pueden encontrar allí una espléndida colección de obras, cuya serie llega hasta á las partituras de Wagner, Verdi, Boito y demás compositores célebres de nuestro tiempo, y muchas obras didácticas á este arte relativas.

Como libros auxiliares y de consulta hay un gran número de diccionarios enciclopédicos, entre los cuales hemos visto el francés de Littré y el alemán de Sachs.

Son también curiosidades dignas de nota la gran colección de retratos y autógrafos de autores contemporáneos, y otra de 55 fotografías, reproducción de todas las esculturas del Partenón existentes en el Museo Británico de Londres.

Sabemos que hay el propósito de imprimir, además del catálogo general, los catálogos parciales de todas las secciones en que está dividida la Biblioteca.

Nos lisonjeamos de que esta sucinta reseña ha de bastar para que nuestros lectores se formen una idea de la importancia que tiene ya hoy día la Biblioteca fundada por Rosendo Arús. Si á tanto llegó antes de haberse celebrado su inauguración, calcúlese lo que podrá ser y la influencia que podrá tener en la divulgación de los conocimientos humanos á la vuelta de pocos años. Arús hizo con esta fundación un espléndido legado á sus compatricios, dando al morir un ejemplo digno de imitación y alabanza. Hasta sus adversarios políticos deben reconocerlo, porque ante un acto tan humanitario y patriótico enmudece la pasión de partido. – J. COROLEU.



Salón principal de lectura, dibujo de J. L. Pellicer

VERDADES Y MENTIRAS

Es necesario que cuantos se preocupan de la marcha del arte en España y tienen claro concepto de la importancia de aquella entidad en la cultura patria pongan, como suele decirse, pies en pared para obligar al Estado á que tenga también un criterio definido y concreto, bien sea echando por la calle de en medio y ejerciendo una dictadura, puesto que á tal extremo parecen inclinarse nuestros mandarines, bien reorganizando por completo, en un sentido amplio y como lo exigen las tendencias modernas, cuanto se refiere á las enseñanzas artísticas, á las exposiciones, á los concursos públicos y, en fin, á todo lo que atañe al desenvolvimiento y vida del arte nacional.

Porque, de seguir así, como en la actualidad, vamos á ir á parar al absoluto desquiciamiento de nuestro arte y de las industrias que le son anexas. Porque las Escuelas de Bellas Artes, y las Escuelas de Artes y Oficios, y las recompensas en las Exposiciones, y los concursos, y todo es una mentira negativa que cuesta á la nación un dinero que podría aplicarse con más éxito á crear casas de Misericordia para llevar á ellas á los artistas.

¿Qué es esto? ¿Qué autoridad tienen los burócratas de Fomento, las cuatro quintas partes de los consejeros de Instrucción pública y esa turba de catedráticos y ayudantes de nadie conocidos, que por la puerta de las recomendaciones ha logrado asaltar los puestos de la enseñanza, reservados por las leyes – con ser éstas obra de personas ajenas al tecnicismo – para aquellos que hayan probado en oposiciones su capacidad ó para artistas de reconocido y premiado mérito? ¿Cómo puede consentirse más tiempo que rija el criterio de esas gentes para todo lo que concierne á la vida del arte? ¿Cómo es posible que el Estado obtenga fruto alguno de sus dispendios, pocos ó muchos, encomendando la enseñanza, con raras excepciones, á rutinarios anónimos, y la alta dirección del sentido artístico y estético á colectividades que, cual la Academia de San Fernando y el Consejo de Instrucción pública, una está compuesta de gran número de medianías rancias en ideas, y el otro de médicos y abogados, si muy notables, completamente alejados de todo lo que con las Bellas Artes tiene alguna relación?

Ya en mi *Crónica* última, al dar cuenta de lo que aquí acontecía, relataba las enormidades que, en sentir de todo el mundo, están cometiendo las gentes oficiales; pero ahora voy á puntualizar algunas de las ideas allí esbozadas, para poner de relieve el caos en que nos han metido de sopetón gentes indoctas y gentes que defienden con tesón, digno de mejor causa, cosas que no pueden, que no deben subsistir.

Principio preguntando: ¿Cuál es el criterio del Estado en lo que atañe al rumbo que debe seguir el arte en España? ¿Cuál es el criterio del Estado en lo que concierne á la aplicación de las enseñanzas artísticas á las industrias y á los oficios? Porque, sin criterio en estos dos particulares, no puede dictar ni una real orden resolviendo el más pequeño conflicto de carácter técnico. Sepamos, pues, á qué atenernos. Y voy á poner unos casos prácticos, para que conteste quien deba contestar.

Y vamos con el primer caso:

Se trata de poner en práctica el decreto creando la sección de electricistas y clases orales de la Escuela Central de Artes y Oficios, y se reparten las clases, una, la de *Estética* y de *Historia*, en la calle de la Palma; otra, la de Física, en la calle de Atocha; otras en la del Barquillo, y todas á las mismas horas poco más ó menos. Es decir, que las enseñanzas resultan incompatibles y, por lo tanto, imposibles para los alumnos.

Pero todavía esto no es bastante. Sección artística y sección científica de la Escuela están: 1.º, bajo la dirección de un artista (?) que entiende de ciencias y de sus aplicaciones y de todo lo concerniente á eso, como cualquier consejero del de Instrucción pública – por ejemplo, de pintura el violinista Monasterio, del cual puedo afirmar, pues he sido individuo de una comisión con dicho señor, que no entiende una jota del arte de Apeles, aun cuando mete la cucharada en todo; – 2.º, que por lo menos la tercera parte de las cátedras, así de nueva creación como de las antiguas, están servidas por caballeros á quienes no sólo no conoce nadie como pintores ó escultores medianos, sino que ni medallas de 3.ª clase tienen; es decir, que el Estado, además de vulnerar las leyes que dicta para la provisión de cátedras vacantes, zampando en ellas de real orden á media humanidad, con perjuicio grave de la otra media, que tiene derechos indiscutibles á ocupar las citadas plazas, por el mismo procedimiento, sino que para los efectos de enseñar las terceras medallas tienen valor; pero para votar un jurado, para eso el artista no es tal artista.

En qué quedamos. ¿Se puede saber qué criterio es el del Estado?

***

Segundo caso práctico:

En instancia dirigida al ministerio de Fomento en el mes de octubre último, si no recuerdo mal, y firmada, entre varias personalidades, por el rector de la universidad de Barcelona, se ruega á dicho ministerio que la vacante de la cátedra de *paisaje* y *perspectiva* que existe en la Escuela de Bellas Artes de aquella capital, se convoque exclusivamente para una de las dos enseñanzas, con el fin de crear, ó bien una nueva cátedra de *paisaje*, ó bien una de *perspectiva*, separando dichas asignaturas, de un orden completamente distinto y además de suficiente importancia cada una de ellas de por sí para que puedan cursarse simultáneamente. Hay que advertir que dicha Escuella es provincial y está sostenida por la provincia, y por lo tanto al Estado debe tenerle por lo menos completamente sin cuidado que se amplíen las enseñanzas, ya que, como debiera suceder, no amparara esos buenos deseos de las regiones, provincias ó municipios.

Naturalmente, cuantos estas líneas lean, habrán supuesto ya que el ministerio de Fomento accedió en seguida á los justos deseos manifestados por Barcelona, máxime cuando en todas las Escuelas de Bellas Artes del universo existe la solicitada separación de las dos enseñanzas á que más arriba me refiero. Pues bien: el ministerio determinó no acceder á lo solicitado por... ¡adivinen ustedes!.., pues porque ya estaba hecha la convocatoria.

Pero lo más asombroso del caso es, que todos ó casi todos los opositores que yo conozco que han presentado ya las correspondientes solicitudes para tomar parte en los ejercicios de oposición, andan bebiendo los vientos para conseguir que la separación de las dos asignaturas sea un hecho; pues el que es maestro en *perspectiva* no lo es en *paisaje*, ó por lo menos no reune los dos conocimientos en un mismo grado, y viceversa. No sé lo que podrán conseguir; pero juzgue quienquiera, con este caso á la vista, del criterio del Estado. Y para que aquellos que no estén muy enterados de estas cosas técnicas, puedan apreciar más á fondo la gran inopia oficial, diré que la *perspectiva*, además de ser un conocimiento matemático que exige generalmente un temperamento á propósito para llegar á dominarlo por completo, encaja mejor con la clase de *figura* y *composición* que con la de *paisaje;* pues en la composición de cuadros donde ha de representarse una escena en que la figura entra necesariamente como elemento primordial, en que el mueble ó el accesorio han de ocupar un lugar *ad hoc*, en que el escenario ha de sujetarse imprescindiblemente á determinada perspectiva, por el artista ideada y después supeditada á la inflexible posición que las operaciones matemáticas le señalen; la *perspectiva*, repito, encaja como el anillo en el dedo. En cambio, si es cierto que en el *paisaje* el conocimiento aquel no solamente no sobra, sino que muchas veces es preciso; en cambio en otra porción de casos, la misma Naturaleza le indica al artista las distancias, los tamaños y las posiciones de las cosas y de las mismas figuras, si es que debe haber alguna.

Conste que todo esto lo digo á los lectores de La Ilustración Artística, pues ya sé que por el ministerio de Fomento les tienen sin cuidado estas *pequeñeces*.

***

No hablemos de lo que se refiere á reformas, así en la enseñanza, como en los ejercicios de oposiciones á cátedras, como en el régimen interior de las Escuelas, como en lo que pueda ayudar á la vulgarización de los conocimientos artísticos é históricos del arte. En este particular estamos peor que en los tiempos de Carlos III. Por lo menos entonces había ministros como Lancáster, que proponían la enseñanza del dibujo del desnudo frente á frente de la mojigatería de la sociedad de entonces y del poder clerical. Entonces Pérez hacía su célebre viaje artístico, y Llaguno y Ceán Bermúdez publicaban obras de historia del arte. Pero hoy, hoy estamos todavía averiguando si la Escuela central de Pintura, Escultura y Grabado, que vino á sustituir á la Academia de Bellas Artes, tiene ó no tiene derecho á utilizar la colección de yesos que Carlos III, como la reina de Suecia y Mengs, legaron á dicha Academia *para la enseñanza*. Hoy todavía se exige al opositor á una cátedra de dibujo, que dibuje un yesecito y una figurilla del desnudo cual puede hacerlo un alumno y que le cuente los pliegues al maniquí. En cambio, á la vista tengo un libro publicado por el gobierno italiano en **1851**, en el cual se hace historia de la provisión por oposición de una cátedra de dibujo del Real Instituto de Bellas Artes de Nápoles, y en donde se pide como ejercicio principal «*effigiare á matita in un cartone di palmi otto per dodici una composizione di genero classico, tolta da un argomento da estrarsi á sorte, tracciandosene pria il concetto in una bozza estemporanea di piccola dimensione.*» Es decir, que hace la friolera de cuarenta y cuatro años, casi medio siglo, que fuera de España se tenía en cuenta que el que ha de enseñar ha de saber crear.

No, no hablemos de nada de todo esto: ¿para qué? Sabemos que se procura con empeño grande, en todos los países civilizados, que los artistas como los hombres que han probado su ciencia en esas materias, ocupen las cátedras de las cuales han de salir el artista y el industrial de mañana, y para lo cual los méritos y la mayor aptitud de los aspirantes se aquilatan por medio de tribunales, cuyos individuos razonan sus votos, como aconteció en la provisión de la cátedra de Nápoles arriba citada, lográndose de este modo dos cosas: 1.ª, que no forme parte del tribunal ningún individuo que no tenga conocimientos especiales, y 2.ª, que obligando al jurado á razonar su voto, no valen recomendaciones de nadie.

Sabemos también que los gobiernos no entran ni salen por nada en lo de organizar las exposiciones, aun aquellas de carácter oficial. Sabemos también que todos los gobiernos de todas las naciones, donde se tiene un claro concepto de la libertad en que debe desarrollarse el arte, con objeto de que toda manifestación de esta entidad, aun la más extraña, siempre que revele mérito saliente, pueda contar con el apoyo del Estado, existe un ministerio ó por lo menos una dirección general, á cuyo frente está, no un artista, porque sabido es, como decía hace poco tiempo Sarcey, que el artista es quien menos libre está de prejuicios, sino una personalidad que haya probado, como Ruskins, como Taine, como otros á este tenor, su indiscutible competencia, que dirige, ayudado por la consulta en casos graves de un cuerpo técnico que se renueva por épocas, cuantos trabajos, así referentes á organización, etc., de las enseñanzas, como en el estudio de la historia, crítica, etc., se consideran precisos.

Esto y mucho más sabe todo el mundo. Pero váyales usted, bien á los Académicos, bien á los Consejeros de Instrucción pública, bien á esos innominados que se colaron de rondón por la puerta falsa en escuelas de Bellas Artes y de Artes y Oficios y á los mismos burócratas de Fomento, á decirles que no lo entienden unos; á otros, que no han visto nunca más allá de sus medallas de «inmortales;» á otros, que no tienen autoridad ninguna en el mundo del arte para seguir enseñando lo que ellos mismos no saben, y que están allí por virtud de una trasgresión de la ley de Instrucción pública, que exige que se declaren las vacantes á los treinta ó sesenta días (que esto no lo recuerdo ahora) de ocurrir; y por último, á los empleados altos y bajos, que no pueden ni deben meter el cazo en cuanto se relacione con el arte. Sí, váyales usted con estas tiraliras, que ya se las dirán á usted de misas y con órgano y todo.

Mientras tanto, ¡qué le vamos á hacer! Los catedráticos y ayudantes de real orden y á quienes (salvo rarísima excepción) no conoce como artistas nadie, ó si los conoce alguien son las familias de los interesados, ahí se estarán en los puestecitos chupándose la breva; el arte seguirá amarrado al criterio de seis ó siete académicos, que son los únicos que, por no perder las dietas, asisten á las sesiones y que dan dictámenes como escribía aquel periodista, quien una noche entró en la redacción andando muy despacio y diciendo: «¡Señor director! Dispénseme usted que hoy no escriba nada, porque tengo los pies imposibles!»

***

No crea nadie que es ajeno á esa falta de criterio el haberse retardado tanto la convocatoria para la Exposición nacional de Bellas Artes que en esta corte se celebrará en mayo próximo. Oficialmente, el motivo ha sido votar un crédito para celebrarla: algo hay de cierto; pero lo indudable ha sido, y así lo dijeron varios periódicos, incluso algunos ministeriales, la reforma del reglamento. En un principio se había acordado que el Jurado solamente podría ser elegido por los expositores que ya hubiesen obtenido recompensas de primera y de segunda clase en otras Exposiciones. Dicho Jurado debía componerse de cinco académicos de la de San Fernando, de cinco artistas elegidos por el ministerio de Fomento y de otros cinco por los expositores.

Trascendió fuera del ministerio tal enormidad, y como acabo de decir, varios periódicos la censuraron duramente. El director general de Instrucción públi-



En la venta, cuadro de Mariano Barbasán (Salón Parés)

ca debió de haber llamado á capítulo á los reformadores, porque volviendo, con gran tino, justo es decirlo, sobre sus pasos, redactaron (según me contó el *Curioso impertinente* de marras) personas ajenas á las oficinescas el reglamento publicado en la *Gaceta*.

Votan, pues, todos los expositores que hayan obtenido recompensa, incluso diploma, y los que hayan presentado y sido admitidas sus obras en dos Exposiciones. El Jurado en pleno, salvo la vicepresidencia, pues la presidencia corresponde al director general de Instrucción pública, será elegido por los expositores. El mismo Jurado hará la selección de las obras y las calificará.

¡Gracias á Dios! Por esta vez el buen sentido puso sus manos en una cuestión de arte; y pláceme consignarlo así, siquiera porque, aun cuando sea el motivo pequeño en comparación con los arriba expuestos y con otros de mayor cuantía de que ya me ocuparé más adelante, tengo una ocasión más para dar la enhorabuena á mi respetable amigo y paisano don Eduardo Vincenti. – R. BALSA DE LA VEGA.



Al caer las hojas, cuadro de Mateo Balasch



Audiencia concedida por el emperador de la China á los representantes diplomáticos extranjeros con moti
(según croquis remitidos de P



...I LLAÑOS DE LA EMPERATRIZ MADRE, EN EL RECINTO DE LA LLAMADA «CIUDAD PROHIBIDA,» DE PEKIN, DIBUJO DE SMALL,
...POR EL DIBUJANTE C. E. FRIPP

NUESTROS GRABADOS

Retrato de la niña M..., cuadro de Antonio Caba (Salón Parés). – Retrato es el de la niña que figura en el cuadro que reproducimos; pero sin dejar de tener las condi-



RETRATO DE LA NIÑA M..., cuadro de Antonio Caba (Salón Parés)

ciones de tal, debe considerarse como un acabado é inteligente estudio, así por las dificultades que ofrece la realización de una obra de esta índole, como por la forma razonadamente modernista con que la ha llevado á cabo nuestro respetable amigo D. Antonio Caba, director de la Escuela provincial de Bellas Artes de esta ciudad. No pueden ocultarse á nuestros lectores los escollos con que ha debido luchar el artista para que al huir de los rutinarios moldes del retrato, pudiera lograr imprimir vida y movimiento, sin que la simpática figura de la niña perdiese sus rasgos característicos.

Sinceramente felicitamos al Sr. Caba por su obra, complaciéndonos en ofrecerle este testimonio de consideración, que lo es asimismo de simpatía para el distinguido escritor D. Francisco Miquel y Badía, padre de la preciosa niña.

En la venta, cuadro de Mariano Barbasán (Salón Parés). – Cuando el movimiento artístico español adquiere notable desenvolvimiento y nuestros artistas logran por medio de sus obras reivindicar el buen concepto y el recuerdo de nuestras gloriosas tradiciones, digno de aplauso es quien contribuye á fomentar ese movimiento y alentado por noble entusiasmo aporta el caudal de su inteligencia y de su actividad. Tal sucede con Mariano Barbasán, quien no se ha limitado á unir su esfuerzo al de sus compañeros, puesto que en Roma, lejos de su patria, dedica á la tierra que le vió nacer todas sus aptitudes, representando rincones, escenas y tipos españoles, brillantes de luz y colorido, notables siempre por sus singulares contrastes y por su especial entonación. Merecidos son los elogios que se tributan á las obras de tan discreto artista, como justa es la reputación que ha logrado conquistarse.

Al caer las hojas, cuadro de Mateo Balasch. – Tiene la humana existencia cierta analogía con la de las plantas. Las que ayer crecían lozanas y exuberantes, inclínanse hoy sobre sus tallos, tronchadas por el violento huracán, así como quebrantan nuestro organismo los sufrimientos físicos ó morales. Esta idea es la que indudablemente ha inspirado al joven pensionado D. Mateo Balasch el bonito lienzo que reproducimos, en el que todo revela tristeza y melancolía, desencanto y falta de vida. El primer desengaño hiere hondamente á la simpática joven, que ve desaparecer sus ilusiones, cual van desprendiéndose de los árboles las secas hojas faltas de calor y sin que llegue hasta ellas la savia vivificadora.

La figura, la entonación y hasta el que pudiéramos titular escenario han sido bien elegidos é interpretados por el joven pintor catalán, quien se manifiesta por medio de esta obra como artista que discurre y siente, que no se limita á la simple representación de lo que ante su vista se presenta.

Audiencia del emperador de la China á los diplomáticos extranjeros. – Las fiestas recientemente celebradas en Pekín con ocasión del sexagésimo aniversario del natalicio de la emperatriz madre terminaron con una audiencia imperial, á la que asistieron los individuos de las legaciones extranjeras. Este suceso es de gran importancia, pues la ceremonia se verificó en el recinto de la llamada «Ciudad prohibida,» en donde se levanta el palacio del emperador, siendo esta la vez primera que los extranjeros han penetrado en aquellos sitios. Tal concesión no se hizo sin una empeñada lucha con los elementos oficiales que mandan en absoluto en el palacio imperial y que se oponían á ella con todas sus fuerzas. No menos dificultades hubo que vencer para fijar el edificio en que la audiencia se celebraría, habiéndose por fin escogido el llamado *Wen-hua-Tien* ó Palacio del Fulgor Literario. El emperador recibió á los diplomáticos extranjeros, sentado en el fondo del salón sobre un entarimado, á cuyos lados estaban de pie dos príncipes imperiales; detrás de él habíase colocado un tapiz amarillo que, según se dijo, sirvió para disimular la presencia de la emperatriz madre, quien, oculta en aquel sitio, pudo presenciar, por gracia especial, aquella ceremonia por ella nunca vista.

El guardavía y el tigre. – La escena que nuestro grabado reproduce ha sucedido recientemente en el ferrocarril de la India del Norte. He aquí la comunicación en que el jefe de la estación inmediata al sitio en que ocurrió el incidente da cuenta al jefe del tráfico de la línea: «Señor, tengo el honor de poner en conocimiento de usted que el guardavía Dilsaak se disponía á hacer funcionar la señal de distancias, cuando vió un tigre que se acercaba á él. De pronto se asustó mucho, pero el Todopoderoso vino en su ayuda y le inspiró la idea de encaramarse á la señal. El tigre permaneció allí acechando su presa durante media hora, hasta que al fin oyóse el silbato del tren y la fiera escapó. Durante todo este tiempo Dilsaak estuvo encaramado en la señal: dice que le vieron los pasajeros y el conductor de servicio, á los cuales llamó á gritos para que el tren se detuviera... En vista de esto, tendrá usted la bondad de poner un aparato para iluminar la señal de distancias, pues de lo contrario el mejor día una existencia humana será víctima de las bestias feroces. – Tengo el honor de reiterarme de usted, etc.»

Para que nuestros lectores no extrañen el estilo de esta comunicación, que es absolutamente auténtica, les diremos que su autor, el jefe de estación, pertenece á la raza indígena de aquellas regiones.

El doctor Dujardin-Beaumetz. – El eminente clínico francés Dujardin-Beaumetz, miembro de la Academia de Medicina de París, nació en Barcelona en 1833: estudió en Francia, y muy joven comenzó á ejercer la Medicina, siendo nombrado á los veintisiete años jefe de clínica de la Facultad de París, y más tarde, después de unos brillantes ejercicios, médico de los hospitales. Después de la guerra franco-alemana,



EL DOCTOR DUJARDIN-BEAUMETZ, eminente clínico francés, fallecido en 13 de febrero último (de una fotografía)

en la que se distinguió notablemente, fué agregado al hospital de San Antonio y luego nombrado catedrático de Clínica médica del hospital Cochín, cátedra que aún desempeñaba antes de su fallecimiento. El doctor Dujardin-Beaumetz, cuya inteligencia bien puede calificarse de privilegiada, aplicó su gran talento y su vastísimo saber á casi todas las cuestiones de terapéutica y patología interna, habiendo prestado á la medicina y á la higiene importantes servicios que le han valido el ser justamente reputado como una de las eminencias médicas modernas.

Juego de bolos, cuadro de Francisco García de la Cal. – El autor de este cuadro ha sido pensionado en Roma por la Diputación de Avila, habiendo merecido por sus aptitudes los elogios de Pradilla, Luna y otros pintores no menos célebres. De su valía artística es buena prueba el lienzo que reproducimos, bien concebido y no menos acertadamente ejecutado: los jugadores y los espectadores son figuras arrancadas de la realidad, formando un conjunto primoroso en sus actitudes y expresiones, y el paisaje es de tonos agradables. De todo ello resulta una escena montañesa llena de verdad, que honra al Sr. García de la Cal.



JUEGO DE BOLOS, cuadro de Francisco García de la Cal

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – En Bruselas se ha formado una nueva sociedad musical, la *Société des Nouveaux Concerts*, que se propone dar anualmente en aquella capital grandes audiciones sinfónicas y vocales: en el presente invierno se han dado seis conciertos dirigidos por los célebres maestros Félix Mottl, Hermán Levi, Hans-Ricter, Siegfrido Wagner, Ricardo Strauss, Francisco Servaie, Kees y Carlos Bordes.

Teatros. – En el teatro Carlos, de Viena, se ha estrenado con aplauso una opereta, *Lady Charlatan*, de Adolfo Muller, hijo: el libro es poco interesante, pero la música contiene muchos números bellísimos, así por su melodía como por su originalidad.

París. – Se han estrenado con éxito: en el teatro de la República *Le Drame des Essarts*, drama en cinco actos de C. Samson y L. Cressonnois, cuyo argumento, interesante y hábilmente conducido, se basa en un error judicial; en la Comedia francesa *Pardon*, comedia en tres actos de Julio Lemaître, obra delicadamente pensada y escrita con exquisita finura; y *Les Petites Marques*, comedia en dos actos de Mauricio Boniface, en la que se satirizan algunos tipos y costumbres de la alta sociedad parisiense; en Vaudeville *Monsieur le Directeur*, graciosa comedia en tres actos de Bisson y Carré; en la Reinassance *Magda*, traducción del drama alemán en tres actos de Sudermann *Heimat (El hogar)*, obra de interés bien sostenido por algunas situaciones dramáticas, aunque peca algo de falta de lógica; en el Ambigu *Gaîtés de l'Escadron*, graciosa revista de la vida de cuartel en ocho cuadros, de Courteline y Norés; en la Opera *La Montagne noire*, drama lírico en cuatro actos, letra y música de Mme. Augusta Holmés, abundante en dulces melodías y cantos llenos de pasión y de ternura y cuya admirable instrumentación revela la influencia que en la genial compositora ha ejercido la obra wagneriana; y en la Opera Cómica *Ninon de Lenclos*, episodio lírico en cuatro actos y cinco cuadros, con música de Edmundo Missa inspirada, elegante y con mucho carácter de época. El estreno en el Chatelet del *Don Quichotte* de Sardou ha sido un verdadero fracaso.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en el Real la ópera de Massenet *Manon Lescaut*, en cuyo desempeño obtuvieron un triunfo la señora Tetrazzini y el Sr. De Lucia; en la Comedia *El amo del cotarro*, bonita comedia en tres actos del Sr. Vela; en Lara *El Carnaval del amor*, gracioso juguete lírico en un acto, letra de Jackson Veyan con bonita música de Julián Romea; en Eslava *El cura de regimiento*, zarzuela en un acto de Sánchez Pastor con preciosa música de Chapí; en Martín *Se suplica la asistencia-Teatro Martín*, graciosa revista de los Sres. Chicote, Manini (hijo) y Leira, música del Sr. Calleja; y en Novedades *El enigma*, arreglo de la interesante comedia de Octavio Feuillet *Le Sphinx*, muy bien hecho por los Sres. Paris y López Marín. En el teatro Real ha debutado con *Lohengrin* el tenor Viñas, á quien se ha tributado una ovación entusiasta.

Barcelona. – En el Principal actúa nuevamente la aplaudida compañía de la señora Tubau de Palencia, que ha estrenado con aplauso *La Marquesita*, arreglo de una bonita comedia francesa de Meilhac y Halevy. En el Eldorado se ha reforzado la compañía con elementos tan valiosos como Ramón Rosell, el popular actor cómico justamente mimado por nuestro público, y las aplaudidas tiples señoritas Segura. En el Liceo han terminado las representaciones de los bailes de espectáculo.

Necrología. – Han fallecido:

D. Jacinto Labaila, notable poeta lírico y dramático valenciano.

D. José Polo de Bernabé, vicealmirante de la armada española, que había desempeñado importantes cargos diplomáticos y prestado valiosos servicios como marino.

Pablo Mantz, famoso crítico de bellas artes francés.

El Padre Deza, director del observatorio del Vaticano.

Jorge Kobel, notable paisajista alemán muy conocido por sus cuadros de la campiña romana y de la alta Baviera.

Cristina Georgina Rosetti, poetisa italiana.

Guillermo Fernando Arndt, catedrático de ciencias auxiliares históricas en la universidad de Leipzig, famoso historiógrafo, colaborador de la grandiosa obra *Monumenta Germaniae historica*.

Luis Ziemssen, notable historiador y novelista alemán.

Mauricio Carriere, célebre filósofo y estético alemán, catedrático de Estética en la universidad de Munich y autor de varias obras muy reputadas.



Mira ese vaso, [illegible] sin moverte y sin [illegible] palabra, y mira si ves aparecer algún rostro en el agua

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

¿Me ha enviado usted á buscar, Sr. Roumigas?, preguntó.

– Sí, amigo mío, tengo muchas cosas que decirte, mas por lo pronto permíteme darte una satisfacción. Tú estuviste en mi casa dos ó tres semanas ha; yo iba á salir, y no pude recibirte; pero lo he sentido mucho. Te esperaba al otro día y en todos los siguientes, y al ver que no te presentabas te envié á buscar por Hilloune. ¿Me dispensarás?

– Sí, Sr. Roumigas, y le agradezco mucho que haya pensado en mí. Si no he vuelto, es porque no me atrevía á presentarme á usted.

– ¿Por qué?

– Porque ha sido usted muy bueno para mí, recibiéndome tantas veces á su consulta, á mí, pobre diablo, á quien esta maldita enfermedad arruina y que jamás pudo agradecérselo sino con buenas palabras.

– Es la mejor manera de hacerlo, amigo mío, y yo no exigiré otra clase de agradecimiento. Hay personas que dejan dinero sobre mis muebles cuando vuelvo la cabeza, y á mí me dan lástima; eso es bueno para los charlatanes y los médicos. Es preciso aliviar á nuestro prójimo sin idea de lucro. El sol ilumina el mundo sin pedir nada á nadie.

Esta era la gran frase de Roumigas; la decía en español á los franceses, y en francés á los españoles,

para que produjera más efecto; y la mayor parte de los individuos á quienes se dirigía imponíanse el deber de enviarle un buen regalito el día de Año Nuevo, un salmón ó un cordero, por ejemplo.

Emilio Montguillem miraba al brujo con cierto terror respetuoso. Roumigas dió algunos pasos silenciosamente, y después, cruzándose de brazos, detúvose delante del hermano de Silverio.

– He trabajado para ti, díjole con gravedad, y al fin he conocido tu mal.

Los ojos de Emilio se dilataron.

– Sí, pobre amigo mío, continuó Roumigas, he conocido tu mal, y veo que es cosa seria.

El enfermo tembló, y sus labios lívidos se entreabrieron.

– ¡Ya lo presumía yo, contestó Emilio; aquel que me tiene embrujado sabe hacerlo bien! ¡Estoy perdido!

Y añadió después con cierta exaltación:

– ¡Ah, rey de los cielos, confío en que habrá un infierno para esa gente!

Estas palabras complacieron al padre de Gastón.

– Continúa creyéndose embrujado; es indudable; pero ¿por quién se figurará estarlo?

Roumigas sondeó á su cliente, pronunciando, bajo un pretexto cualquiera, el nombre de las personas á quienes el país creía relacionadas con el señor de los infiernos.

– ¿Sabes tú, preguntóle, si Poutoume la Barbuda está hoy en el mercado de Argelez? ¿Y Juanita Irigoyen?.. La he visto hablar la otra tarde con Catiche Montastruc...

Pero en vano Roumigas pronunciaba nombres de brujas reconocidas como tales, pues no observaba en los ojos de Montguillem el brillo revelador que significase: «¡Esa es!»

– Hay ciertos individuos que se permiten toda clase de audacias, continuó Roumigas; he sabido que Laroque el contrabandista trataba de pedir un estanco.

– ¡Pues lo obtendrá!, replicó Montguillem con voz sonora. ¡Ah! Laroque será prefecto de Tarbes si lo desea.

– ¡Bueno, pensó Roumigas, otra vez tenemos á Laroque! Decididamente el contrabandista obtiene todos los sufragios.

– ¡Sí, continuó Emilio con acento apasionado, Laroque será prefecto y todo cuanto quiera! ¡Ah! ¡Por Dios vivo, que si yo estuviera seguro!..

No terminó la frase, pero sus ojos brillaron con feroz expresión en su cara angulosa.

Entonces Roumigas abrió un armario, cogió un vaso lleno de agua, hizo la señal de la cruz sobre él varias veces y le colocó ante los ojos del enfermo.

– Mira ese vaso, díjole con tono imperioso; míralo mucho tiempo sin moverte y sin decir una palabra, y dime si ves aparecer algún rostro en el agua.

Emilio, que estaba sentado, unió lentamente las manos sobre sus rodillas, y con el cuello tendido, los labios entreabiertos y las pupilas dilatadas miró con fijeza. Roumigas le observaba, concentrando en él la llama de sus ojos grises, y muy pronto vió al enfermo estremecerse, respirar con dificultad y retroceder ante el vaso.

– ¡Es él!, gritó el hermano de Silverio. ¡Ah, el asesino!

Roumigas cogió el vaso al punto, vació el agua, hizo otras dos veces la señal de la cruz y acercóse al tísico para coger su mano, que estaba fría como el hielo.

– Amigo mío, díjole en voz baja, ¿comprendes ahora por qué te he llamado? Te he visto gravemente enfermo, y he querido socorrerte. ¡No desesperes, Montguillem! ¡Un enemigo terrible te está rondando; entre vosotros dos hay entablado un duelo á muerte, y es preciso que uno ú otro perezca en la lucha! Hasta el presente tú has llevado la peor parte; pero en estos días podrás recobrar lo perdido. Voy á indicarte lo que debes hacer.

El tísico escuchaba, siempre con las manos unidas sobre sus rodillas.

– Esta noche, continuó el hechicero, cuando hayan dado las doce, penetra en el jardín de ese enemigo mortal, que yo no conozco, pero cuya imagen te han mostrado los espíritus; cogerás una col, y llegado á tu casa colgarás aquélla en tu chimenea. Si has de curar, la col palidecerá al punto, y tu perseguidor morirá como el vegetal; pero si se mantiene verde, tu enemigo conservará la vida, y tú eres quien habrá de morir. Antes de que hayan transcurrido tres días, ese adversario implacable se verá probablemente obligado á presentarse á ti; le verás en tu casa, te tocará y te ofrecerá algún remedio, alguna bebida ó cualquier polvo mortífero para acelerar tu mal. ¡Esta será la lucha suprema; y Dios te sostenga en tal momento, dándote fuerzas para vencer á tu enemigo ó vengarte de él! ¡Pluguiera á la Providencia que él sucumbiese y no tú!

Roumigas oró un instante después de pronunciar estas palabras, y estrechando luego la mano á Emilio Montguillem murmuró:

– ¡Dios te libre, amigo mío, de divulgar esto ni comunicarlo á nadie! Si dijeses una sola palabra, antes de tres días todo se habría perdido, y si hablases después, tu enemigo, aunque hubiese muerto, podría perseguirte más allá de la tumba. ¡Adiós! ¡Que el espíritu de vida te guarde!

Emilio Montguillem, pálido como un difunto, salió lentamente y se encaminó hacia su cabaña, pasando entre los manzanos floridos de Roumigas.

El hechicero se fué entonces á la cocina y dijo á su criada:

– Ese muchacho me inquieta, pues temo que tenga una enfermedad contagiosa, por lo cual te prohibo entrar en su casa. Haz la misma advertencia á tu hija, y entiende bien que te prohibo poner los pies en su vivienda hasta fines de esta semana...

Dicho esto, volvió á su gabinete reflexionando:

– ¡Pardiez, el visitante podría ser mal recibido, sobre todo si se asemejase á la persona que estaba en ese vaso!

Emilio Montguillem llegó á su cabaña. Situada ésta en el lado septentrional del caserío, componíase tan sólo de piedras irregulares sobrepuestas, sin cal ni arena, como la mayor parte de las casas de Gargos, y era la primera que se encontraba en lo más alto de los senderos de la montaña, llegando de Aigues-Vives. También vivía allí Francisco Montguillem con su rebaño durante la estación calurosa. Ninguna mujer habitaba en la cabaña; los dos hombres iban á comer á casa del carpintero Artiguenabe, como lo hacía Silverio

Emilio entró en su vivienda por la puertecilla de la calle, sentóse en el borde de su lecho y permaneció largo tiempo inmóvil, con las manos unidas y el terror pintado en los ojos.

En aquel vaso brillante, magnetizado por Roumigas, una alucinación le había hecho ver el rostro del enemigo, las facciones del perseguidor en quien soñaba sin cesar, la imagen del contrabandista Laroque; y después de esta visión, sus ojos brillaban como los de un fanático.

– ¡Conque es él, conque es él!, balbuceaba estremeciéndose.

¡El día antes podía vacilar aún; mas ahora lo había visto con sus propios ojos!

La reputación de brujo que Laroque tenía entre sus compatriotas reconocía dos causas: en primer lugar, el hombre era feo, horriblemente feo, y Satanás, si hemos de creer á los individuos competentes en la materia, rara vez recluta sus súbditos entre las personas dotadas de hermosura. Además de esto, Laroque era contrabandista desde su infancia, y los que le conocían, complacíanse en creer que si burlaba tan fácilmente la vigilancia de los aduaneros, era porque podía metamorfosearse en animal cuando pasaba por la frontera. Semejante explicación satisfacía á todo el pueblo de Gargos, donde por lo demás no se hacían grandes ilusiones respecto del rigor de los guardas contra los defraudadores que les hacen partícipes de sus beneficios.

Por estas diversas razones, la mayor parte de las personas que padecían enfermedades incurables ó que se hallaban agobiadas de extraños infortunios creían ver la cara de Laroque en sus insomnios.

El inocente Emilio había pensado en aquel hombre desde los primeros ataques de su mal. El contrabandista le suministraba tabaco, y por este medio debía haberle envenenado la sangre, siéndole fácil introducir así gérmenes infecciosos en el cuerpo de sus semejantes. Una vez le dispararon un tiro; pero como Laroque había vendido la pólvora, «las balas se desviaron.»

Emilio Montguillem miró al sol por una ventana. ¡Que alto estaba aún, y qué largas le iban á parecer las horas hasta la media noche! El hermano de Silverio se arrodilló delante de un crucifijo de loza, fijo en la pared, y rezó *Ave-Marías* en voz alta, corriendo las cuentas de un largo rosario de madera comprado en Lourdes. La tarde transcurrió lentamente; el cielo palideció poco á poco, y los terrenos bajos quedaron ocultos bajo la bruma, elevándose después las sombras por los lados de los picos.

– ¡Oh, la noche, aquí está ya la noche!, murmuró el enfermo, dejando escapar un suspiro y siempre con las manos unidas.

Cuando todos los rumores hubieron cesado en el caserío, cuando ninguna casa dejó ver ya el ojo amarillento de su ventana, iluminada bajo el capuchón de su tejado, Emilio Montguillem salió.

Después de pasearse largo tiempo delante de las puertas cerradas, y cuando las estrellas hubieron dado vuelta en el cielo, se fué por entre las rocas hacia el levante para aproximarse todo lo posible á Aigues-Vives y oir sonar las horas del reloj parroquial. Por fin dió la media noche.

¡Oh, qué melancólicas eran aquellas doce campanadas que interrumpían el silencio del valle dormido! Al enfermo le pareció que resonaban en su corazón, entre sus pulmones lacerados, y entonces dirigióse hacia su cabaña.

Laroque habitaba en una casa vecina; era la cuarta que se encontraba á la izquierda en la calle única de Gargos; tenía hermoso aspecto, y después de la de Roumigas y la del padre Bordes, era la más bonita del pueblo. Emilio se encaminó hacia ella, dió la vuelta á su alrededor sin hacer ruido, y llegado delante de la tapia del jardín, la saltó. Nunca se había sentido tan ligero hacía dos años; agachóse sobre la tierra, tocó las plantas con sus manos febriles, reconoció una col, arrancóla y emprendió la fuga.

Dos minutos después la col estaba suspendida en la chimenea de Emilio, según las instrucciones de Roumigas.

Después, muy sofocado, el tísico se echó sobre su cama, cruzó las manos sobre el pecho y comenzó á orar con todo el fervor de su alma, escuchando el rumor de las aguas de la montaña que se deslizaban como arroyuelos alrededor de las casas.

Cuando amaneció, Emilio fué á ver la col de Laroque, y observó que estaba verde; á mediodía, el color del vegetal conservaba su delicado matiz, y por la noche no se había marchitado aún.

– ¡Ah, Dios mío!, balbuceó el enfermo poseído de espanto.

Y se puso á rezar ansiosamente, pidiendo al cielo que las hojas palidecieran: recitó varias veces el rosario, murmurando todas las oraciones que conservaba en la memoria; y si no hubiera temido que los transeuntes se agruparan, habría entonado con su voz temblorosa los cánticos y los motetes que en otro tiempo le pedían en la iglesia de Aigues-Vives.

La aurora del segundo día iluminó el cielo, y Emilio corrió á la chimenea: la col no se había secado aún.

– ¡Yo soy quien ha de morir!, se dijo el enfermo. ¡Oh, asesino!

A las once se abrió la puerta y Montguillem se puso en pie.

Era Rosina Artiguenabe, la mujer del carpintero, que venía á ofrecerle una taza de caldo.

– ¡Hace buen tiempo esta mañana!, dijo entrando en el aposento.

– Sí, este año es año de sequía.

– ¡Dios te guarde, Emilio!

– Y á usted también, Rosina.

– Venía á ver qué era de ti, pues no se te ha visto dos días hace. ¿Estás acaso peor?

– No. ¡Gracias por el interés!

– ¿Dónde has comido?

– ¡Oh! No tengo apenas gana. Aún me quedaba un pedazo de pan moreno.

– ¡Pero es preciso comer, hombre de Dios! ¡Que no me den un testarudo como tú! ¡Bebe ese caldo, que ya traeré más para mañana!

Emilio apuró la taza, dando gracias después á la mujer de Artiguenabe.

Cuando volvió á quedar solo en su casa húmeda que lloraba por todas las piedras, cogió otra vez el rosario de Lourdes para continuar sus *Ave-Marías*.

El sol se ocultaba detrás del pico de Gargos. Antes de la hora del crepúsculo, Emilio fué á mirar la col; las hojas se habían ablandado, mas parecían tan verdes como la víspera.

Montguillem se vió definitivamente perdido; ya no rezó más, y sin desnudarse echóse en su mísero lecho, observando con terror cómo aumentaban las tinieblas.

Volvió la noche; el pueblo quedó otra vez dormido, no se oía más que el murmullo de las aguas en las pendientes, y á veces un soplo de la brisa que rozaba al paso los pinabetes.

A las nueve pasó alguien; Emilio pudo oir el ruido que producían dos zuecos en el camino; se levantó de golpe, y sus ojos redondeados dirigieron una mirada á la puerta; pero el transeunte se alejó, y ya no se oyó más que el murmullo de los manantiales y la vaga queja de los pinabetes.

Montguillem fué á sentarse en un escabel, mirando á su alrededor las tinieblas misteriosas.

De repente oyó dos golpes ligeros en su puerta; parecióle que su corazón dejaba de latir, y un momento después volvieron á llamar de igual modo.

– ¡Montguillem, soy yo!, dijo una voz conocida.

Emilio se estremeció; dirigióse hacia la puerta, y necesitó diez segundos para encontrar el pestillo. Cuando hubo abierto, vió la figura de Laroque en el umbral.

—¡Acostado ya, hijo del diablo!, exclamó familiarmente el contrabandista. ¡Brr, qué oscurra está tu casa!.. ¡Espera, que encenderé luz!

Laroque encendió un fósforo, y las sombras del aposento flotaron alrededor de los dos hombres.

—Puedo ofrecerte un tabaco excelente, dijo el contrabandista cerrando la puerta. Quiero enseñártele. ¿Dónde tienes la vela?

Y como viese una lamparita de espíritu de vino sobre la meseta de la chimenea, acercó el fósforo, y una claridad más viva iluminó la estancia. Entonces Laroque, sentándose en el escabel, desdobló un pañuelo encarnado sobre sus rodillas.

Apoyado contra el lecho, Montguillem le miró silenciosamente, ocultando las manos detrás de la espalda para que no se vieran sus estremecimientos.

—¡Huele eso!, continuó el contrabandista poniendo un paquete abierto bajo la nariz del enfermo. ¡Y te advierto que no es caro! ¡Vamos, decídete! ¡Desde hace dos meses y medio no me has comprado más que fósforos! ¿Cuánto quieres? ¿Dos paquetes?

Emilio los tomó, y encerrólos en un cajón de su cómoda. Después contó algunos cuartos en la mano de Laroque.

—¡Diantre, te has enfriado!, exclamó el contrabandista. Tienes los dedos temblones.

—No es nada, repuso Emilio, ya pasará.

Y volviendo á su cajón sacó una navaja, abrióla con rápido movimiento y la ocultó en el bolsillo interior de su chaquetón.

—¡Vamos, buenas noches!, dijo Laroque doblando su pañuelo. Acabo de vender cuatro paquetes á Roumigas, y voy á llevar otros tantos á un empleado de Aigues-Vives. Fuma un cigarrillo de ese tabaco antes de acostarte, y ya me dirás mañana qué tal es.

Montguillem estaba pálido como un muerto, y parecía que de sus ojos brotasen llamas, mientras que su mano derecha crispábase en el bolsillo de su chaqueta.

Laroque salió y quiso cerrar la puerta.

—¡Yo salgo también!, dijo Emilio reteniéndola.

Y siguió al contrabandista por la calle; iba pisándole los talones, sin pronunciar palabra, y su respiración parecía un estertor.

—¡Noto en ti algo extraño esta noche!, dijo Laroque un tanto inquieto. ¿Vas á seguirme mucho tiempo así?

Emilio no contestó; acercóse más, y poco después llegaban á los senderos.

—¡Hola!, exclamó el contrabandista. ¿Quieres acompañarme?

—Sí

—¿Hasta Aigues-Vives?

—No.

—¿Dónde diablos tienes que hacer entonces?

—¡Aquí mismo!, contestó Montguillem con voz sorda.

Y se precipitó sobre Laroque.

Con la mano izquierda le empujó la cabeza hacia atrás, y con la derecha hundióle el cuchillo en la garganta.

—¡Toma, brujo, murmuró; por lo menos morirás antes que yo!

Y retirando su arma, encarnizóse en el rostro del contrabandista, le acuchilló las mejillas, y buscó los ojos ferozmente, gritando de continuo:

—¡Toma, brujo, toma, brujo!

Laroque se defendía.

—¡Oh, Montguillem tú!.., comenzó á decir.

Pero la sangre salía á borbotones de su boca, y cayó en el sendero; hubo un breve estertor y algunas convulsiones agitaron el cuerpo. Después, Emilio Montguillem no oyó más que el murmullo de los arroyos en la montaña.

Y muy aliviado, sonriendo á las estrellas, entró en su casa.

Cuando estuvo delante de su lámpara y vió sangre en su chaquetón, pensó que acababa de cometer lo que los gendarmes llaman un crimen.

Entonces se mudó de ropa, cogió un azadón y fué á abrir una fosa lejos de su casa, en las escarpaduras del Gargos que daban frente á Aigues-Vives. En el hoyo arrojó su cuchillo y sus ropas ensangrentadas.

Cuando se retiraba con el azadón al hombro, tan tranquilamente como un obrero que ha concluído su trabajo, parecióle oir un débil ruido entre la espesura; pero no se inquietó; y una vez en su cabaña, cerró la puerta y durmió hasta el día siguiente.

El Sr. Roumigas había sentido necesidad de tomar el fresco aquella noche después de comprar el tabaco á Laroque. Cuando se hubo paseado mucho por el pueblo, siguió al contrabandista á cierta distancia; vióle entrar en casa de Montguillem y creyó interesante verle salir.

—¡Ah, Dios mío! ¿Quién hubiera creído eso?, se dijo con bastante candidez después de oir el estertor de Laroque.

Y cuando vió á Montguillem enterrar la ropa, hizo después una cruz con un cortaplumas en el pinabete más próximo á la fosa, á fin de que le fuera dado reconocer aquel sitio.

VII

Entretanto, Silverio y Jacobita eran muy felices.

A las doce y media de la mañana del día 6 de junio el padre Bordes introdujo al montañés en el locutorio del convento.

Cuando Jacobita vió á Silverio, palideció de gozo.

—¡Te traigo á tu novio!, dijo el padrino empujando al joven guía.

Los enamorados se miraron, y no pudieron pronunciar una palabra.

—¡Abrazaos al menos si no sabéis hablar!, exclamó el sacerdote.

Silverio y Jacobita se miraban con ojos atónitos; pero maquinalmente se habían cogido las manos.

—¡Oh, padrino, qué bueno y amable es usted desde hace un mes! Quisiera ver aquí un poco de hierba para hacer cabriolas. Dispense usted, se me olvidaba que voy á ser una señora. ¡Tengamos formalidad!

Salieron al punto para ir á pasear en la ciudad; pero no miraron gran cosa, pues Silverio contemplando á Jacobita no se acordaba de los Pirineos; en cambio el padre Bordes debió admirar las montañas durante todo el tiempo, para dejar á los enamorados en paz.

Sin embargo, muy pronto la joven señaló una cumbre azul á su compañero.

—Allí es donde brillaba la hoguera, dijo.

—¿Conque usted la vió?

—Casi todas las noches durante la primera semana. ¡Oh, si supiera usted cómo me consolaba aquello! Y recuerdo que una noche encendió usted tres hogueras. ¿Por qué?

—Para que supiese usted que yo era feliz, Jacobita, y que al día siguiente tendría una cascada.



Con la mano izquierda le empujó la cabeza hacia atrás, y con la derecha hundióle el cuchillo en la garganta

—¿Conque es verdad?, exclamó al fin Jacobita. ¡Usted es mi novio, Silverio, y usted es quien me lo dice, padrino! ¡Oh! ¡Temo estar soñando!

—No es un sueño, repuso el montañés; es la pura verdad, Jacobita, y ahora tenemos permiso de su padrino para amarnos.

Al decir esto, el guía besaba la mano de la joven.

—¡Bien bien!, exclamó el padre Bordes; la conversación se anima. Continuad; yo voy á ver un instante á la madre superiora.

El sacerdote dejó á los jóvenes solos y salió del locutorio sonriendo.

Entonces el montañés refirió á Jacobita cuanto había pasado: habló de la desviación de la cascada, de la desesperación del padre Bordes y de la reconciliación que había venido después. La joven escuchó transfigurada el relato de estas agradables aventuras.

¡Qué bueno era verse después de tan larga ausencia!

—¡Treinta y cuatro días!, exclamó Silverio exhalando un suspiro.

—¡Sin contar las noches!, añadió Jacobita.

Y se miraron de nuevo silenciosamente, como si sus ojos alegres hubieran querido compensar todas las horas de la separación.

Pero muy pronto reapareció el sacerdote.

—Vé á ponerte un sombrero, dijo á su ahijada.

—¿Tengo permiso?

—¡Ya lo creo!

—¿Hasta la noche?

—Hasta que tú no quieras más.

Al decir esto se tocaron con el codo.

—¡Atención!, murmuró Silverio. Podría oirnos.

Los dos se reían mirando al padre Bordes, que distraía su aburrimiento contemplando las montañas.

—¡Pobre hombre!, decía Jacobita. Ganas me dan de ir á comprarle un diario para que se aburra menos.

Al día siguiente alquilaron un coche para ir á Pontacq, pero no encontraron á Francisco Montguillem en aquel punto; el pastor había vuelto á Gargos algunos días antes.

Se encontraron veinticuatro horas después en la extremidad meridional del valle de Argelez, al pie de la montaña de Soulom; eran las diez de la mañana cuando Silverio, que miraba sin cesar los prados por la ventanilla del coche, divisó unos carneros señalados con cruz azul, que pacían en una pendiente cercana. No lejos del rebaño hallábase un pastor envuelto en un capote, haciendo media á la sombra de un castaño.

—¡Es mi padre!, dijo Silverio, cuyos ojos se iluminaron. Es mi padre, sí. Reconozco el rebaño... Ahí está el perro *Pigou* y también el asno *Bigorre*. ¡Bajemos pronto!

Hicieron parar el coche, y los tres se apearon, dirigiéndose rápidamente, á través de los campos de maíz, hacia el pastor que hacía media. Silverio y Jacobita se daban la mano; el padre Bordes les seguía, algo encorvado, haciéndose aire con el sombrero, y el pastor interrumpió su tarea al ver venir aquellos tres personajes por el valle.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

PASATIEMPOS NÁUTICOS

Los juegos de circo exigían una nueva fórmula, y M. Oller tuvo una buena idea hace algunos años, estableciendo en París el Nuevo Circo, en el cual el elemento líquido ofrecía, en el momento oportuno, ejercicios entonces completamente desconocidos para los espectadores.

Pero un estanque grande como una pista de circo no basta ya á los acróbatas náuticos, y de aquí que recientemente se hayan visto en Londres y en Amberes magníficas instalaciones montadas para un espectáculo exclusivamente náutico en estanques de más de cien metros de diámetro.

No es nuestro ánimo describir todos los números del programa que ofrecen al público los empresarios de estas exhibiciones acuáticas; nos limitaremos únicamente á dar noticia de los más interesantes, como son las montañas rusas náuticas, los cilindros y la marcha en el agua.

En el número 356 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA describimos unas montañas rusas constituídas por un plano inclinado, sobre el cual deslizábase una especie de pequeño trineo ocupado por una sola persona; pero aquel sistema, muy rudimentario, describía su trayectoria sumergiéndose profundamente en el agua, lo cual obligaba á que usaran traje de baño todos los que querían gustar las delicias puramente mecánicas de aquella diversión.

Desde entonces se han realizado en esta materia grandes progresos, y este año en Londres y en Amberes los aficionados á este deporte especial han podido entregarse á él con toda comodidad en el *watershow* construído para ellos por el capitán Boyton, el conocido nadador.

El pequeño trineo del antiguo ejercicio ha sido sustituído por una barca de fondo plano en la que pueden ir ocho viajeros á la vez; la pendiente tiene cerca de ciento cincuenta metros de desarrollo y la plataforma superior está casi al nivel de un quinto piso.

El cartucho de la figura 1 indica la forma de la barca, convenientemente redondeada en la proa para que no se hunda demasiado en el agua en el momento de llegar al nivel de ésta. El dibujo principal representa la barca en el instante en que después de haber dado el primer salto se encuentra casi enteramente fuera del agua: en aquel punto la emoción de los viajeros alcanza su grado máximo; pero esta impresión dura poco, porque después de dos ó tres saltitos más pequeños, la barca, cuyo movimiento se ha amortiguado considerablemente por estos saltos sucesivos, arriba suavemente á la orilla opuesta al punto de partida, habiendo recorrido una distancia de un centenar de metros.

En ese rápido descenso y en la navegación ondulatoria con que termina hay una serie de emociones variadas que son muy del gusto de los aficionados á ese deporte, siendo muy frecuente ver á las mismas personas que acaban de cruzar de ese modo el estanque subir nuevamente la cuesta que conduce al extremo superior del plano inclinado, para gozar una vez más de las delicias de ese ejercicio.

Como este deporte sería poco interesante para los simples espectadores, varíase el programa utilizando las montañas rusas y el estanque para otros ejercicios más distraídos: así, por ejemplo, un nadador monta en su bicicleta y desde lo alto del plano inclinado precipítase en el agua, desapareciendo en ella por algunos instantes y volviendo á aparecer con gran contentamiento del público.

Las figuras 2 y 3 reproducen otros tantos ejercicios que promueven gran hilaridad entre la gente menuda: la figura 2 representa á varios nadadores que se mantienen en equilibrio sobre un cilindro de cuatro á cinco metros de largo por treinta ó treinta y cinco centímetros de diámetro. Para hacer ver mejor la forma y las dimensiones del aparato, el dibujante ha exagerado intencionadamente la relación entre la parte emergente y la sumergida.



Fig. 1. - Las montañas rusas náuticas del capitán Boyton

Fácil es comprender cuán instable es el equilibrio en el sentido transversal, sobre todo cuando el nadador permanece de pie, elevando considerablemente su centro de gravedad. Para restablecer este equilibrio, el acróbata no cuenta con otros recursos que con un balancín de madera y con la inclinación de su cuerpo, así es que las contorsiones que preceden á la caída son de gran efecto cómico. La posición de equilibrio más estable se consigue tendiéndose de espaldas y oprimiendo fuertemente el balancín sobre el cilindro con las corvas, como hace el hombre sentado que reproduce en su primer término la figura 2: si el cilindro tiende á rodar á un lado ó á otro, el balancín horizontal se sumerge más ó menos profundamente en el agua por uno ú otro de sus extremos y la presión vertical así ejercida produce un par de rotación alrededor del eje del cilindro que tiende siempre á restituirlo á su posición de equilibrio.

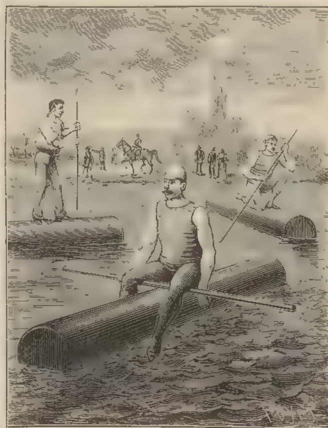


Fig. 2. - El ejercicio del cilindro

La marcha en el agua (fig. 3) es otro de los ejercicios que divierte grandemente á los espectadores. Los nadadores de ambos sexos llevan los pies metidos en enormes zuecos de forma elipsoide y fondo plano, formados por un ligero armazón que les permite flotar y andar por el agua, gracias á un artificio tan sencillo como ingenioso, haciendo los mismos movimientos que en la marcha ordinaria sobre tierra firme. Para ello, debajo de cada zueco hay fijada transversalmente una lámina de hoja de lata ó de aluminio, de forma rectangular y articulada en su parte superior: la articulación está dispuesta de tal manera que en el movimiento de atrás adelante, la hoja metálica, que compararemos con una verdadera aleta de pez, toma una posición horizontal, no ofreciendo de esta suerte ninguna superficie á la resistencia del agua y por consiguiente ninguna resistencia al movimiento. En el movimiento de delante atrás, por el contrario, la aleta se coloca verticalmente y ofrece, por ende, una superficie y una resistencia grandes.

De esta combinación resulta que por el juego alternativo de las piernas, como en la marcha ordinaria, el movimiento de atrás adelante de una pierna se efectúa apoyándose en la otra pierna que, al tender á resbalar hacia atrás, encuentra mayor resistencia y por consiguiente se mueve muy poco. El avance representa la diferencia de los dos movimientos, y á pesar de su lentitud es perceptible. El bastón que los nadadores llevan en la mano está destinado, no á mantener el equilibrio, bastante asegurado por los zuecos de ancha base que calzan, sino para unas justas que suelen terminar por la caída de los dos campeones con gran regocijo del público, regocijo que llega á su paroxismo cuando los justadores hacen esfuerzos altamente cómicos para enderezarse de nuevo sobre sus extraños zapatos.

DR. Z.

***

ANALOGÍA ACÚSTICA DE LA FOTOGRAFÍA DE LOS COLORES

La exposición de la teoría de la fotografía de los colores, según el método de Lippmann, resulta un tanto difícil. Para comprender el principio en que se funda sin necesidad de acudir á elevadas nociones de óptica física, creemos útil presentar la siguiente analogía.

Cuando se produce algún ruido seco cerca de una balaustrada ó al pie de una gran escalinata, bien sea batiendo palmas, bien golpeando dos piedras, el ruido se prolonga en un sonido á menudo elevado y ligeramente vibrante. La razón del fenómeno es evidente: la onda, compuesta de una suma de vibraciones, encuentra sucesivamente los balaustres ó los peldaños y se refleja parcialmente en ellos. En su consecuencia el oído recibe una serie de choques espaciados en un tiempo doble del intervalo necesario para que el sonido recorra el espacio comprendido entre dos de aquellos objetos, y siendo estos choques casi equidistantes toman el carácter de un sonido determinado, del mismo modo que un haz de luz blanca parcialmente reflejado en los espejos translúcidos de la película se transforma en un haz de luz homogénea. Esta analogía puede acentuarse más provocando la reflexión del sonido sobre redes de anchas mallas suspendidas verticalmente á distancias iguales.

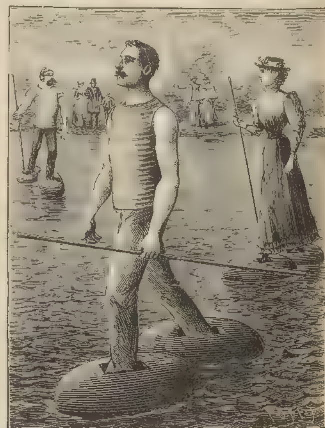


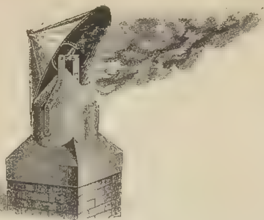
Fig. 3. - La marcha por el agua

(De *La Nature*)

APÉNDICE DE CHIMENEA

Todos los que suelen utilizar las chimeneas como medio de calefacción habrán sin duda experimentado las molestias que produce el humo que invade las habitaciones cuando el viento se introduce por el tubo de aquéllas. Cuando esto sucede, el tiro de la chimenea se interrumpe, y el humo, empujado de arriba abajo por el aire, sale por la boca del aparato, haciendo imposible la marcha natural del mismo.

Esto sin contar con que si el tubo de salida de la chimenea es abierto, la nieve y la lluvia penetran por él fácilmente hasta llegar á la habitación en que aquélla está situada. Para evitar esto se cubren las chimeneas con unos capuchones que si impiden el paso del agua y de la nieve no evitan la citada molestia del humo.


Apéndice de chimenea

De aquí que se hayan construído algunos de estos capuchones de modo que se muevan con el viento: entre los varios aparatos de esta clase merece citarse el que reproducimos, del americano M. H. Ingalls. Consiste en un embudo giratorio de tela metálica flexible, sobre el cual hay una capucha de hoja de lata montada en una especie de báscula: fácil es comprender que con la fuerza del viento el aparato se coloca en la posición que menos resistencia ofrece al aire y que colocado en esta posición impide que éste penetre por el tubo de la chimenea y también que en ésta se introduzcan el agua y la nieve.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Pro patria. – Los últimos números de esta importante revista contienen notables artículos de Arruche, duque de Rivas, Vega Rey, Paz, Rodríguez Marín, Toda, Barrantes, Enseñat, Sánchez Pérez, Ventura de la Vega, Angel Pulido, Maldonado Macanaz, Manuel del Palacio, Cazaubón y otros publicistas no menos distinguidos. Suscríbese en Madrid, calle de Claudio Coello, núm. 19.

La Tribuna Forense. – Con este título y bajo la dirección de D. Everardo Jiménez Gavarre ha empezado á publicarse en Madrid una revista quincenal de legislación, jurisprudencia y oratoria que, á juzgar por los dos números hasta ahora repartidos, ha de ser de gran interés y utilidad para cuantos á las distintas ramas del Derecho se dedican. Abarca la revista diferentes secciones: doctrinal, de legislación, de jurisprudencia civil, criminal, de Registros y contencioso-administrativa, de competencias y de discursos forenses, publicando además en cada número el retrato de un juez ó magistrado ó de los letrados cuyos discursos se reproduzcan. Las diferentes secciones llevan numeración separada á fin de que formen tomos independientes cada año. Cada reparto contiene por lo menos ocho pliegos de 16 páginas de texto. Los precios de suscripción son en Madrid 6 pesetas y en provincias 7 trimestre, en Cuba y Puerto Rico 18 semestre, y en Filipinas y extranjero 45 al año. *La Tribuna Forense* tiene su dirección y administración en Madrid, calle del Colmillo, 3, 1.°

De la ortografía castellana, por *Rodolfo Lenz*. – Este trabajo, publicado en los «Anales de la Universidad,» de Santiago de Chile, formaba parte de una memoria presentada por el Sr. Lenz al director del Instituto Pedagógico, habiendo acordado el Consejo de Instrucción pública que se publicase como anexo á las actas de una de sus sesiones. Es una bien pensada defensa de la ortografía que debe su origen á Andrés Bello y que hoy goza de general aceptación en Chile, pero que dista mucho de ser la ortografía revolucionaria, por decirlo así, que algunos pretenden, en aquella misma república americana, introducir en la lengua castellana desde hace tiempo, sin que hasta la fecha haya logrado arraigar.



El guardavía y el tigre. Incidente ocurrido en un ferrocarril de la India del Norte, dibujo hecho según un croquis del mayor J. R. Dood

Viaje á América, por *Rafael Puig y Valls*. – Imposible dar en esta sección una idea del interesante libro del Sr. Puig y Valls, quien, después de cumplir dignísimamente la misión que el gobierno le confiara en la Exposición de Chicago, visitó los Estados Unidos, México, Cuba y Puerto Rico. Los estudios, las observaciones, las impresiones fruto de esta excursión, consígnalos el autor en el libro que nos ocupa, expuestos con tanto método como elevado criterio y en un estilo agradable, familiar y correctísimo, en el que el juicio y la deducción del hombre de estudio que obligan á pensar alternan con el *bon mot* y el culto epigrama del hombre de ingenio que hacen sonreir. El *Viaje á América* es, en suma, una obra de estudio, entretenida, sin arideces, y un libro de viajes, instructivo, sin trivialidades, que no vacilamos en recomendar á nuestros lectores, como obra de útil y muy amena lectura. Forma dos tomos con bonitas ilustraciones que se venden á seis pesetas.

Memoria de los trabajos realizados por la Comisión de Beneficencia. – Como término del honroso encargo que se le confiara, ha publicado la Comisión de Beneficencia organizada en Santa Cruz de Tenerife la Memoria razonada de su gestión durante el calamitoso período de la última epidemia colérica, constando en ella los servicios prestados por las cocinas económicas establecidas, los socorros en metálico y especie, y un resumen de los auxilios prestados, de manera que puede apreciarse perfectamente la intensidad de la desgracia y los cumplidos esfuerzos de la caridad para aminorar los efectos producidos por dicha epidemia.

Gusano de luz, por *Salvador Rueda*. – Lluvia menuda, por *Sinesio Delgado*. – Estas dos obras que forman los tomos 17 y 18 de la *Colección Diamante* que con tanto éxito publica el conocido editor barcelonés D. Inocente López, se recomiendan por sí solas. *Gusano de luz* es una preciosa novela de costumbres andaluzas de Salvador Rueda, sobrado conocida para que hayamos de ensalzarla: el entusiasta elogio que de ella hizo el eximio D. Juan Valera es su mejor recomendación. Y en cuanto á *Lluvia menuda*, el nombre de Sinesio Delgado es la mejor garantía de la bondad de las poesías en el libro contenidas, escritas todas con la facilidad y gracia que son características en tan popular poeta. Véndese cada tomo á dos reales.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 18 de marzo de 1895 — Núm. 690



El eminente historiador César Cantú, fallecido en Milán en 11 del corriente

(de fotografía de Ganzini)

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Los hermanos Goncourts. – Recuerdos de ambos escritores y generales caracteres suyos. – Diario curioso de sus emociones. – Lucha con Renán promovida por este diario y sus remembranzas. – Ingreso del marqués de Pidal en la Academia Española. – Muerte de Ismail-Bajá. – Larguezas de Ismail. – Obra de guerra y obra de paz. – El organista Saint-Saens. – Sus viajes y sus cartas. – Observaciones. – Conclusión.

I

Para entretener y deleitar conozco muy pocos escritores comparables á los Goncourts, Bautistas de Zola y Daudet, cuando se trata del arte de fotografiar los objetos y sujetos que van pasando por una lente maravillosa, donde se retratan mejor las observaciones al vuelo que la sabia experimentación. Quizás no atesoran muchas ideas ni, por tanto, leyes generales sus escritos; pero demuestran en ellos grandísima capacidad de sentir sus autores, idóneos para conmoverse á todas las emociones y maestros así en guardarlas con tenaz retentiva como en exponerlas y reproducirlas con expresión feliz. Por esta falta de síntesis y generalización, sus volúmenes referentes á historia carecen de aquellas encadenadas series en el pensamiento, merced á las cuales Michelet hiciera milagros de mágica evocación y Guizot presentara las fases históricas del humano espíritu en su lento y progresivo desarrollo con verdadera profundidad. Ni la fisiología ni la psicología de una edad se guardan dentro de sus trabajos históricos; pero, en cambio, el hecho diario en cada instante y el ejemplar vivo de algún contemporáneo se reflejan en su forma literaria, transparente como un lago de Lombardía y espléndida como un cristal de Venecia. No requiráis de los Goncourts ni el examen profundísimo de Balzac, ni el estilo cincelado y á veces perfecto de Flaubert, ni la maestría y la facundia literaria de Zola; pero hay, en cambio, una originalidad tal, que no puede confundírseles con escritor alguno en genial independencia y en constante afirmación de su personalidad, por las cuales caerán en la extravagancia, pero no en la imitación y menos en la copia de sus predecesores y de sus maestros. Si ambos literatos, Julio y Edmundo Goncourt, no se hubieran en las mismas entrañas engendrado y no hubieran en la misma cuna los dos nacido, hermanos de padre y madre, ningún mortal se parecería en el escribir á ellos, como ellos se parecen uno á otro; pero no á nadie más en el mundo y en el arte. Uno solo son por el pensar y el escribir, aunque sean dos por la generación y por el nacimiento; mas no habrá tres. Así la obra característica suya es el diario, en que van refiriendo cuanto les acaece y comentando lo acaecido, con observaciones fragmentadas, contradictorias, rotas en cien pedazos, pero curiosísimas. Las ideas y emociones de uno y otro parecen torbellinos de átomos, que no se han detenido en parte alguna y no han hallado núcleo donde conglomerarse. Por tal razón, junto á emanaciones que aroman el olfato, emanaciones que hieden y lo apestan. La llave de oro con que abren los santuarios les sirve para también abrir las cloacas. Y como todo es en ellos relieve, todo golpea en la vista. Medias tintas crepusculares, gradaciones suavísimas, dulces matices, iris armoniosos, insinuaciones y reticencias no encontraréis en Goncourt, aunque los pidáis por Dios. Así, les gusta el arte japonés, un arte de bulto, con figuras muy hechas y espejuelos muy brillantes y paisaje ó vegetación muy relamidos. Como en el Hon-Kong chino, en el procedimiento á lo Goncourt no hay crepúsculos, esos comienzos graduados del día y de la noche tan poéticos en las templadas zonas nuestras. El sol nace y muere allá en el mar meridional chino como se apaga y enciende un fósforo en vuestras manos, de súbito. Lo mismo el pensamiento en Goncourt, no luce, relampaguea. El diario está lleno de noticias que valen la pena y de otras que no podrían entrar en una gacetilla. Todo lo ven por prismas con facetas. Diríase que están abriendo y cerrando los ojos para mirar los objetos tras un pestañeo continuo. Las grandes perspectivas no les tientan. Dibujantes consumados, la pluma parece un esfumino, un lápiz, un pincel en ellos. Así, no canta el estilo suyo como cantaba el estilo de Gauthier; no piensa el cerebro suyo como pensaba la cabeza de Taine. Ni en Florencia toman el dibujo florentino magistral, ni en Venecia toman el color veneciano brillantísimo; y eso que lo mejor del conocido volumen sobre Italia es la visita de los museos. Muy combatidos por los demás, ellos no han peleado mucho por sí. Renán abominó de Goncourt en los últimos días de la vida, porque cometiera en su diario el escritor impresionista muchas indiscreciones, contando dichos arrancados á los labios suyos, á unos labios de filósofo pesimista, por el sitio de París y por la guerra con Alemania. Tiene Goncourt, el superviviente, una página de verdadera elocuencia, la cual arranca lágrimas: aquella en cuyos concisos renglones refiere la muerte de su hermano.

II

Mi amigo el marqués de Pidal ha entrado en la Academia Española y leído un discurso acerca del drama histórico en la copiosa literatura teatral nuestra. Con decir quién lo ha escrito, basta para expresar la ciencia y la experiencia que lo enriquecerán á una con sus tributos y aumentarán su mérito intrínseco. El marqués de Pidal todo lo estudia con grande atención y no escribe sobre tema ninguno hasta después de haber agotado su contenido en diligentes y sabias investigaciones. Pocos asuntos tan socorridos para una buena disertación como el enlace de la Historia con la Epopeya y con el Drama. De nuestras crónicas y de nuestros Romances han extraído: Lope, «Lo cierto por lo dudoso;» Moreto, «El rico hombre de Alcalá á los pies del rey Don Pedro;» Tirso, «La prudencia en la mujer;» Calderón, «El príncipe Constante,» pues no puede la historia portuguesa desglosarse de la historia patria; Quintana, el «Pelayo;» Zorrilla, «El Zapatero y el Rey;» Hartzenbusch, «La Jura en Santa Gadea;» García Gutiérrez, la «Venganza Catalana;» «El hombre de Estado,» Ayala; y si nos extendiéramos á las literaturas extranjeras, el «Don Carlos» Schiller, y Víctor Hugo el «Ruy Blas» con el «Hernani,» como Corneille su inmortal «Cid,» base y fundamento de todo el teatro francés. A la verdad, no puede ofrecer cantera para el tallado de personajes interesantes ninguna materia social como la historia viva, tan llena de los combates y de los conflictos que necesita el drama para desarrollarse. Y esto de convertir en drama la historia, como la historia en drama, tiene muchos ejemplos y muchos antecedentes en los pueblos poseedores, por sus especialísimas facultades y aptitudes, de un verdadero teatro. Los héroes del mundo antiguo, aquella serpiente del Nilo, que tentó á Marco Antonio, Eva de Oriente perdiendo al mísero Adán de Occidente, con el propósito de ver pasar la dirección del mundo desde nuestra Europa en aquellos días á los déspotas asiáticos, tal como está en la historia de Plutarco resucita en los dramas de Shakespeare, cuya Cleopatra se nos aparece y presenta como copia viva, sacada por el gran trágico de la historia clásica. Luego juntamente con las Porcias romanas y con los cínicos griegos y con los tribunos del Aventino y con los monstruos que mancharon la montaña palatina y las glorias romanas, á fuer de gran trágico, Shakespeare, singular maestro por su inspiración y por su arte, resucita los personajes y objetos y argumentos de la historia inglesa, desde las aras del martirio donde murieron los hijos de Eduardo inmolados á las ambiciones reales, hasta las salas del tribunal donde Catalina de Aragón defendió su castidad y su honra y su amor contra el divorcio entablado por la sensualidad coronada en la persona del perverso y brutal Enrique VIII. De idéntica suerte que ha nacido el teatro moderno, naciera el teatro antiguo. Cuanto nuestros maravillosos ingenios trágicos encontraron en el poema de nuestra historia, encontráronlo á su vez los trágicos griegos en la epopeya de su Homero, pórtico milagroso, únicamente comparable al pórtico del Partenón, precediendo toda la vida de Grecia. Y no existe, no, en la trinidad trágica helena poeta ninguno que haya dejado de apelar á las correspondientes historias y epopeyas patrias. Los argonautas en Eurípides, los atridas en Sófocles, los persas en Esquilo reproducen la leyenda mística y la historia real de aquella región, donde naciera el hombre, ya emancipado, con forma de dórica estatua en su cuerpo, en las manos el cincel de Fidias y la espada de Leonidas, en el afluente labio la elocuencia de Pericles unida con la poesía de Píndaro, sobre la cabeza esférica y la frente luminosa, como una llama de fuego creador, el verbo de Platón, y á los pies, vencido y maniatado, el despotismo de Oriente. Mis aplausos al marqués de Pidal y á su insigne compañero Menéndez Pelayo, que le contestó en una sobria y magistral oración.

III

Decían las letras antiguas que los protagonistas de la tragedia debían ser monarcas, y atribuyo esta designación yo, en verdad, no á que fueran éstos los hombres más visibles y notables de su tiempo y sociedad, á que también fueron los más desgraciados. Cuantos males y tristezas acompañan la vida real, se agravan y enconan y exacerban mucho en los altos sitios de la política, en los vertiginosos picos de la pública gobernación y del Estado. Así nada tan de suyo trágico cual una vida que acaba de apagarse ahora mismo en la muerte. Me refiero á la vida de Ismail-Bajá, monarca un tiempo del reino de Egipto por delegación del sultán de Turquía, monarca destronado. Ismail-Bajá vivió en medio de todos los placeres, absorbió esta vida en todo cuanto le rodeaba, desde los libros de su religión y de su moral hasta las esperanzas de otra vida mejor en el edén mahometano. Siguiendo aquellas tradiciones de los Psaméticos, que levantaban palacios superiores en extensión y en pórticos á las mayores ciudades; aquellas tradiciones de los Ptolomeos, que bebían sus vinos en copas de vaciadas esmeraldas y disolvían en hidromiel perlas del valor de un imperio; aquellas tradiciones de los califas sirios y de los shas persas, que tapizaban de brillantes sus camarines, Ismail dispendió sus tesoros como si fueran de plata líquida las aguas del Nilo y de oro puro los dátiles del desierto, hasta gastarse veinte mil duros en una cena de orgía y un millón de francos en un puentecillo de jardín, cual si hubiera dispuesto de cuantas piedras ó metales preciosos atesora en sus entrañas la tierra, y hubiera podido desclavar las estrellas del cielo como otros tantos clavos áureos y metérselas en el inagotable bolsillo. Pero si estos dispendios le precipitaron y le hundieron en la bancarrota, confesemos que hizo una gran obra pacífica, el canal de Suez, y una gran obra guerrera, la conquista del Sudán.

IV

Volviendo al arte desde la política, recordemos lo antedicho: cómo el teatro está siempre necesitado de una cantera, semejante á la que tuvo el teatro griego en la *Iliada*, el teatro español en los Romances, el teatro clásico francés en sus predecesores griego y español, como la que tienen ahora todos los teatros occidentales en las literaturas del Norte. Yo creí la boga de los autores boreales, de los rusos, dimanada del sentimiento de alianza entre Rusia y Francia; pero no ha entrado Suecia en esas alianzas, y su Ibsen truena en París; no ha entrado Austria, pues pertenece á la triple, fundada con ella, Prusia é Italia, y un drama de origen austriaco priva hoy con grandísimo favor en París. Sea en buen hora. Pocas veces he visto á los franceses tan viajeros y errantes como en estos días que corren. Saint-Saens vaga por el mundo entero escondiendo su nombre glorioso tras apellido más ó menos músico y abriendo sus oídos á todas las consonancias y armonías del universo. Lo que más nos aterra en la infinidad del tiempo y en la infinidad del espacio es considerar cómo callan los muertos y cómo callan los mundos. Nada nos dice todo cuanto yace bajo nuestros pies, y nada nos dice todo cuanto se mueve sobre nuestras frentes. El cielo y el sepulcro callan. Por eso hemos necesitado poner bajo la losa del sepulcro angélicos conciertos, y en las soledades inmensas del espacio azul música de mundos y sinfonías de esferas. Pero nuestro planeta, levantado entre dos infinitos, canta. Y sobre nuestro planeta cantan sus artistas. El gran músico de la Magdalena, Saint-Saens, corre nuestro globo en busca y requerimiento de melodías. Nada tan curioso á este respecto como la colección de cartas publicadas acerca de tal peregrinación en estos días. Desde París corrió á las tierras meridionales francesas. Desde las tierras meridionales francesas, no creyéndose aún en Mediodía pleno, á las tierras meridionales hispanas. Valencia lo retuvo en sus jardines henchidos de aromas eternos, y en Valencia lo encantó la zambra de nuestras zarzuelas populares tan rítmicas y el melodioso dejo de nuestras canciones callejeras, acompañadas por las guzlas de nuestros improvisadores y trascendiendo así al aroma de los azahares como al eco de las serenatas. Mas aún le pareció pálida Valencia en este invierno de lluvias, y se marchó á la tierra del antiguo Egipto, donde los rayos del sol, hiriendo á las frías partículas del pórfido, arrancaban dulcísimas notas á la gigantesca estatua de Memnón. Y en Egipto, después de haber anotado el vibrar de las palmas para en el órgano repetirlo cuando acompañan sus tubos el cántico de los profetas, pasó á la vista del Sinaí tonante y se perdió como un buzo en el mar indio, lleno de madreperlas y perfumado por bosques de sándalos y cañaverales de canela. Mecido, pues, por aquellas ondas entre aires y aguas de un azul intenso; viendo los colibríes revolotear en bandadas entre las jarcias y los delfines saltar en círculos junto á las quillas, el grande compositor, que sabe agitar nuestras fibras con los escalofríos pintados por las cadencias sublimes, ha compuesto el acto último de su ópera en gestación, el acto último de *Brunequilda*. Podrá callar el cielo y podrá callar el sepulcro, pero bien cantan la tierra con sus bosques y sus mares, el arte con su poesía y su música.

¡Bendita la tierra, bendito el arte!

Madrid, 9 de marzo de 1895.





SEMBLANZA

D. José Casado del Alisal fué uno de los artistas españoles contemporáneos que mejor han sabido reflejar en sus obras sus gustos personales, su manera de ser social, sus ideas aristocráticas y su temperamento altivo.

Porque el insigne autor de *La Campana de Huesca*, correctísimo en su trato, era sin embargo muy poco asequible á la intimidad, especialmente con personas de modesta posición; y aun me parece, cuando le recuerdo, que al igual de Alfredo de Vigny, se propusiera vivir dentro de una torre de marfil para que no le manchase el vulgo.

Era Casado de elevada estatura, rubio tirando á rojo el color de la barba, no muy espesa y cuidada con esmero, y en la que se veían algunas hebras de plata. La blancura de la tez parecía la del nácar, contribuyendo á esta coloración exangüe la terrible enfermedad del pecho que lo llevó al sepulcro. Jamás le vieron otro sombrero que el de copa. Su andar era reposado, sus movimientos casi rígidos, su mirar era duro y frío y lo hacía más frío el color azul, de un azul claro, de sus ojos.

Pocas veces habrán oído los que fueron sus discípulos – alguno de ellos hoy pintor notable – un elogio del maestro, ni una frase de aliento; por el contrario, la crítica más seca y descarnada salía de su boca de labios finos, descoloridos. Cuando se acercaba al caballete á corregir, echábanse á temblar cuantos con él aprendían el difícil arte de la pintura, porque era seguro que para rectificar un trazo, un contorno cualquiera, no respetaba ni lo mejor pintado. Al devolver la paleta solía decir: «Las contemplaciones no llevan á ninguna parte.» Cierto que con la misma severidad se corregía á sí mismo.

Pocos amigos sinceros tuvo el ilustre pintor; no predisponían para quererle, ni su talante, ni la sequedad y desabrimiento de su cortés pero fría conversación. Además el vacío que sus colegas hacían en derredor suyo estaba justificado... hasta cierto punto; no respetó jamás lo que pudiera llamarse *caridad artística:* así fuese de Velázquez el cuadro ó la obra que caía bajo sus ojos, le clavaba el bisturí de una crítica terrible, más terrible en él por el tono desdeñoso con que la hacía.

Recuerdo ahora dos sucesos que acaecidos con tres años de diferencia se completan, y que pudieran titularse primera y segunda parte de un odio. Mirábamos varios amigos artistas ciertos lienzos expuestos en las salas de la Escuela superior de Pintura de esta corte, y entre los lienzos había uno de Casado. Acercóse á nosotros un joven, y no sé quién nos dijo que era el autor de un cuadro que llamara bastante la atención en la Exposición nacional hacía pocos días celebrada. Le preguntamos qué le parecía el lienzo de Casado, y haciendo un gesto de disgusto, contestó que le parecía *relamido* y *falso*. Pasaron tres años, y el joven aquel lleva á la Exposición (la de 1884) un gran lienzo, que desde el primer instante tuvo la suerte de apasionar á críticos y á artistas, atacándole duramente unos y defendiéndole con calor otros. Una tarde, días antes de la apertura del certamen – que se discutía respecto de la obra del joven en cuestión, – entra Casado del Alisal, y viendo el lienzo, que todavía estaba en el suelo, hace un gesto de desdén, le mira, y con la entonación más despreciativa que pudo encontrar pregunta á varios de sus compañeros de Jurado: «¿Dónde colocamos ese estafermo?»

Se habían pagado ambos pintores, y sin saberlo seguramente, en la misma moneda, sus odios de artista.

El *estafermo* aquel obtuvo varios votos para la medalla de honor y fué premiado con la de oro.

Hacía un año que Casado regresara de Roma, y que expusiera su celebrado lienzo *La leyenda del rey monje;* cierto día un banquero tan rico como indiscreto, que había ido al estudio del maestro, después de admirar los objetos de arte allí acumulados, le preguntó:

– ¡Ganará usted mucho, Sr. Casado; su nombre debe proporcionarle una buena renta!

Casado, después de un momento de silencio, durante el cual y á través del humo de su veguero midiera de alto á bajo al impertinente, le contestó:

– Sí. Pero más gana usted jugando en la Bolsa.

– ¡Oh! Créame usted que hay años...

Hay años, interrumpe el artista, en los que no se gana absolutamente nada. Lo sé, y por eso los banqueros no quieren concluir de arruinarse adquiriendo obras de arte, como lo prueba el no haber ganado yo en doce meses más de mil quinientas pesetas.

Y así era en verdad.

Le gustaban con delirio las flores. Pocos eran los días en los que no se veían en su taller grandes ramos colocados con exquisita coquetería en hermosos jarrones japoneses. Su estudio no se parecía á los de sus colegas. Reinaba en él, juntamente con cierta severidad elegante en el decorado y en los muebles, una especie de *confort* femenil, que hacía simpática la estancia allí; por más que esa especie de amalgama espiritual, efectiva, característica de Casado, la velara el maestro con su desdeñosa y sobria conversación.

Como Casto Plasencia, jamás dejó el cigarro; si hubiese necesidad de saber cuál de los dos fumaba más, sería cosa de quedarse sin averiguarlo. A ambos artistas les habían prohibido los médicos el abuso del tabaco, pero ninguno tuvo á bien obedecerles. En otro detalle se parecían Casado y Plasencia, en su horror al vino.

Odiaba cordialmente cuanto acusara abandono ó dejadez en una persona. Figúrense nuestros lectores, teniendo en cuenta esto, lo que Casado debió de haber sufrido con el suceso que voy á relatar, y que le acaeció en los últimos años de su estancia en Roma.

Tenía como modelo una bellísima transteverina, que recordaba fuertemente el clásico tipo de las matronas romanas de los tiempos del Imperio, y de la que, hacía tiempo, se había declarado su protector. Cierto día hubo de necesitar Casado un modelo de hombre, y encargó á un colega amigo suyo que le enviase uno á propósito para la figura que concibiera. Cumpliendo el encargo, el otro pintor le envió un *ciociaro* como de cuarenta años, fuerte, alto y de hermosa musculatura, tal y como Casado lo necesitaba para trazar la primera figura del grupo que baja la escalera en el cuadro *La leyenda del rey monje.*

El *ciociaro* se presentó en el estudio del maestro como suele andar la gente de su calaña, que duerme bajo los pórticos de los palacios y de los templos de Roma, ó hacinados como piaras en miserables casuchas de los más abandonados suburbios de la Ciudad Eterna: se presentó, pues, sucio, desgreñado, roto y lleno de miseria. Casado, inmediatamente que le echó la vista encima, le manda salir y le tira al suelo dos liras para que fuese á darse un baño, ordenando al propio tiempo á su protegida que saliese en busca de ropa para aquel miserable.

Acababa de salir la muchacha para dar cumplimiento á la orden, cuando recibe Casado la visita de un artista italiano, que había encontrado en la escalera á la modelo y al *ciociaro*. Alabando el visitante varios cuadros que el maestro tenía á medio concluir, repartidos por el estudio, hubo de reconocer á la modelo, es decir, á la protegida, en algunas de las preciosas figuras de mujer de los citados cuadros, y haciéndose lenguas de su belleza, dijo que, como hombre, era más bello todavía el *ciociaro marito della fanciulla.* Casado dió un salto en su asiento al enterarse de tal cosa, y aguardó impaciente el regreso de su protegida. De vuelta ésta ya, le preguntó:

– Dime, ¿es verdad que ése es tu marido?

– ¡Oh, *signore*, contestó con gran aplomo la muchacha, *come marito ancora non, ma mi baccia spesso!*

En aquel punto y hora levantó su protección á la joven.

A un discípulo suyo le oí relatar lo siguiente, que retrata á Casado de cuerpo entero.

Hallábase éste pintando, y viéndole trabajar estaba un colega suyo que llegara de Valencia hacía muy pocos días con objeto de presentar un cuadro en la Exposición. El maestro había sido elegido individuo

del Jurado calificador, y el artista valenciano había ido á saludarle y á recomendarse. Llega la hora de despedirse, y el visitante, que hasta entonces había tenido las manos bajo la capa, le alarga la diestra llenos los dedos de chafarrinones de colores, así como los puños de la camisa. Casado, que había hecho ademán de estrechar la mano que el otro le alargaba, retira la suya vivamente, y mirando á su interlocutor, le pregunta:

– ¿Pero usted pinta con los dedos?

Da suelta á la risa el interpelado y contesta:

– No *ché;* pero esta es la mano de un artista.

– De un puerco, querrá usted decir, responde Casado, volviéndole la espalda.

Cuentan que cuando la reina regente, poco tiempo después de la muerte de D. Alfonso, fué á visitar el estudio de Casado, que á la sazón estaba pintando, por encargo de la regia viuda, un retrato del rey, encontró tan parecida la pintura doña Cristina, que rompió á llorar. Casado, con su frialdad de ánimo, después que transcurrieron los primeros instantes de la explosión de dolor de la regente: «Señora, le dijo, siento grandemente el mal rato que acaba de pasar vuestra majestad; pero no puedo menos de felicitarme de ese llanto, porque prueba la bondad de mi obra.»

He dicho que Casado criticaba duramente los trabajos, así de sus discípulos como los de sus colegas, aun cuando fuesen éstos de los que la fama ha hecho intangibles; pues bien, al ilustre artista le tocó, á su vez, escuchar una censura que debió causarle herida profunda en su amor propio; herida tanto más honda, cuanto que la persona que asistía al juicio crítico, porque de un juicio crítico se trataba, no pertenecía, ni de cerca ni de lejos, al gremio.

Hallábanse delante del tantas veces citado lienzo *La campana de Huesca* varios artistas, hombres políticos y personajes de viso, admirando la obra. Entre los admiradores se encontraba Casado (esto acaecía en la exposición en que se exhibió el cuadro de referencia). Acompañado de varios amigos, acertó á pasar por allí un hombre político de los que por entonces estaban en candelero, y otro de los que se deshacía en elogios del famoso lienzo, le llama y le pregunta:

– ¿Qué le parece á usted este cuadro? (Debo advertir que el preguntado no conocía al autor.)

– No me parece mal. Yo no entiendo de pintura y, la verdad, no sé decir más de una obra sino que me gusta ó que no me gusta; pero á mí me parece que ese rey, exclama señalando al *monje*, no ha hecho nada cortando la cabeza á esos rebeldes, si no se la corta también á esos caballeros que en primer término miran airados la justicia que acaba de hacer el soberano.

Casado se mordió los labios. La observación era justísima y todos callaron.

Por su parte el ilustre artista tampoco se quedaba corto, aun cuando nunca faltase en lo más mínimo á las reglas de la más exquisita urbanidad.

En cierta ocasión, corrigiendo á un discípulo suyo, hombre hecho y derecho ya, una figura que éste estaba dibujando del natural, le dijo:

– Ayer le hice ver á usted que el modelo es más fuerte de torso; hoy sigue usted haciéndolo tan débil como anteayer que se lo advertí por vez primera. Amigo mío, poco á poco me va usted *consumiendo la figura.*

Cuando por fin, después de una oposición tenaz por parte de varios académicos de la de San Fernando, pudo lograr que lo eligiesen «inmortal,» al darle la enhorabuena un ilustre pintor – ya muerto – le contestó Casado:

– Créame usted, haré lo que hacen los Madrazos: ir lo menos posible á la Academia. Porque, la verdad, amigo mío, en aquella casa no se puede soportar la conversación; decimos á cada dos por tres *ojecto, haiga* y otras atrocidades por el estilo. Y además, ninguno de nuestros colegas es ni Fremiet ni Meissonier.

– En ese caso, no me explico por qué ha querido usted ser académico.

– ¡Ay, amigo mío! No es por el huevo, es por el fuero.

La suerte reserva á las veces para ciertos hombres crueldades y sarcasmos terribles. Casado, tan pulcro, de tan aristocráticos gustos, siempre rodeado de flores, vistiéndose el frac tan á menudo como la levita, y ésta era su prenda de diario, á quien repugnaban las gentes mal trajeadas; un hombre, en fin, que para dejar la paleta, así como los demás pintores suelen tener una mesita ó un mueble cualquiera, él tenía un almohadón de Utrech, fué á morir en la pieza precisa. De allí le sacaron para depositarlo en el féretro.

R. Balsa de la Vega

ROMÁN RIBERA

Y LA ESCUELA PICTÓRICA MODERNA

Innegable es que los ideales estéticos de este siglo son distintos de los que se persiguieron en los anteriores, y por lo tanto, los cambios que se han operado en la pintura religiosa é histórica han producido otra manifestación: la pintura de género, que reviste verdadero interés para el arte moderno. Esta pintura es la que singularmente ha cultivado Román Ribera desde que dió sus primeros pasos en el camino del arte, y á sus sencillas notas de color, que también tienen el sello que marca su personalidad, debe la justa reputación de que goza.

La mayoría de sus cuadros representan luchas, investigaciones, porque aparte de la concepción y desarrollo del asunto, plácese en vencer los escollos que los tonos, al combinarlos, pueden ofrecerle. Agréguese á esta cualidad la de observar en todas sus composiciones la mayor corrección en el dibujo, y se comprenderá el buen concepto que merece como artista y la alta estima en que se tienen sus cuadros.

Ribera domina la paleta. De ello ha dado frecuentes muestras; pues aun dentro del género que cultiva, propio, personal y característico, ha producido obras ajustándose á la llamada tónica modernista, sin que al amasar otra gama haya perdido mérito la producción.

No vaya á creerse, sin embargo, que Ribera haya recurrido á costumbres de tiempos remotos ni buscado en añejos ideales las fuentes de su inspiración, puesto que la mayor parte de sus numerosos cuadros pueden considerarse como esencialmente modernos por el concepto que integran. Si Ribera no se hubiera presentado siempre como artista modernísimo y cultivador de la pintura de género, podríamos decir de él que era un catalán injerto de parisiense. París, con sus tipos, su carácter y su especial modo de ser, pudo haber influído para que se desarrollaran y avaloraran sus aptitudes artísticas; pero el pintor nos pertenece, es español aun en los cuadros en que representa escenas y tipos no vulgarizados todavía en nuestra patria, porque sobre las filigranas del color y la elegancia de la factura se destaca la viveza, el calor y el sentimiento que sólo se hallan en la tierra española.

Manifestación clara de su gran valer como artista es el cuadro reproducido en esta página, que representa una nueva *Salida de baile*, premiado en la última exposición de Bellas Artes de Barcelona y adquirido con destino al Museo municipal. – A. C.



Salida de baile, cuadro de Román Ribera



SAINETES MATRITENSES

Un lance de honor, dibujo de Méndez Bringa. Texto de A. Danvila Jaldero

SAINETES MATRITENSES

UN LANCE DE HONOR

Despacho del director de *El Cosaco*, periódico callejero. Muchos papelotes y cuatro trastos viejos.

I

ANTOÑETE, director y propietario de buena pasta. – El CAPITÁN, ex ídem, con grandes bigotazos. – FELIPITO, «reporter» audaz é impertinente.

ANTOÑETE. – ¿Conque es decir, que mañana nos batimos?

FELIPITO. – Sí, querido, todo está ya arreglado; mañana, á las seis, en la «Huerta de la Bombilla,» á sable. No te quejarás de nuestra actividad.

ANTOÑETE. – *(Aparte.)* ¡Maldita sea vuestra actividad!

FELIPITO. – Los padrinos de Cacharrín han mostrado grandes deseos de una transacción, insinuando que *El Congrio* podría rectificar...

ANTOÑETE. – ¡Hombre..., pues haber aceptado!

CAPITÁN. – ¿Qué está usted diciendo, criatura? Después de haberle llamado á usted ladrón, canalla y presidiario, ¿cree usted posible un arreglo? ¡Mil pares de demonios!

ANTOÑETE. – Como yo le he dicho en otro artículo á Cacharrín que era un timador, estafante y bígamo, no encuentro tan disparatada la idea de una avenencia.

CAPITÁN. – ¡Nunca! Yo no se lo consentiría á usted. A un tal Lenguado, boticario de Pamplona, de quien yo fuí padrino, le obligué materialmente á ir al terreno, y cuando luego lo ensartó de una estocada su adversario, que era un capitán de artillería, me quedé tan satisfecho de haber cumplido mis deberes.

ANTOÑETE. – Y el boticario se quedaría también tan contento.

FELIPITO. – Ponte tú en su lugar.

ANTOÑETE. – Por eso que no quisiera ponerme, hubiera deseado...

CAPITÁN. – Dado el gran escándalo de los palos que se dieron ustedes en el teatro Eslava, usted no puede desear más que lavar en sangre tamaña ofensa.

ANTOÑETE. – ¿Y cree usted que así me desaparecerán los dos chichones que ese bruto de Cacharrín me hizo en la cabeza?

FELIPITO. – De seguro, y más aún si Cacharrín te da un tajo encima.

ANTOÑETE. – Antes ciegues que tal veas

CAPITÁN. – Por eso quería yo que los sables tuvieran corte y punta; pero Felipito y los padrinos del director de *El Congrio*, que son unos blanquillos, se han opuesto, y he transigido, aunque de mala gana. ¡Mil millones de bombas!

ANTOÑETE. – Gracias, Felipito, Dios te lo pague.

CAPITÁN. – Mejor hubiera sido, dada la inexperiencia de los combatientes, haber empleado el sistema de una sola pistola cargada.

ANTOÑETE. – ¡Qué atrocidad! Eso sería bueno si uno tuviera la seguridad de que le tocaba la buena.

CAPITÁN. – Así, con los sables sin filo, lo más que le puede á usted ocurrir es que le dé en una sien y se quede usted muerto en el terreno, que es lo más hermoso que le puede suceder á un hombre de honor.

FELIPITO. – Y ya sabes aquello de *Un bel morire tutta una vita onora.*

ANTOÑETE. – Sí, muy bonito, precioso.

CAPITÁN. – Pero no hay cuidado; llevaremos á López, que es un gran cirujano, y en caso desgraciado operará á usted ó le amputará lo que sea menester.

ANTOÑETE. – ¡Pues estaré yo bueno con una pata de menos!

CAPITÁN. – ¡Hombre..., no sea usted gallina! Y el gusto de decir luego: «Cuando yo me batí con Cacharrín...» Ya verá usted cómo le toma el gusto, y luego se bate usted con cualquiera por un quítame allá esas pajas, como me sucede á mí.

ANTOÑETE. – No lo creo; pero, en fin, no hay más remedio que hacer de la necesidad virtud.

FELIPITO. – El honor de *El Cosaco* lo exige.

CAPITÁN. – Ahora dejamos á usted. Tenemos muchos detalles que ultimar.

FELIPITO. – Y yo tengo que hacer un suelto sobre el particular para que el público se entere.

ANTOÑETE. – Adiós, pues, señores; pero si á última hora los de *El Congrio* presentaran sus excusas..., no hay tampoco que hacerse los Quijotes y extremar las cosas.

Gabinete con alcoba modestísimamente amueblado.

II

CACHARRÍN, escritor público deteriorado, y RUPERTA, su cara y ajamonada esposa.

CACHARRÍN. – Ya lo sabes: si fallezco, mejor dicho, si ese bruto de Antoñete me divide de un sablazo, mi testamento ológrafo lo hallarás en la sombrerera vieja que hay en la buhardilla. Todo te lo dejo á ti.

RUPERTA. – No digas esas cosas, esposo mío, que haces llorar á una vidriera. ¡Quedar yo viuda á los veinticinco años de matrimonio, cuando todo nos sonreía!..

CACHARRÍN. – Y cuando *El Congrio* tenía ya 227 suscripciones efectivas. ¡Y todo por qué! Por cuatro frasecillas de esas que todos los días oyes decir por las calles sin que nadie se altere.

RUPERTA. – Además que con los achuchones aquellos que os disteis en Eslava estaban de sobra reparadas.

CACHARRÍN. – La culpa principal de todo esto la tienen esos majaderos de Centellas y Serafín, que lo han embrollado todo, y por darse pisto han charlado en el Círculo y en el Ateneo y han escandalizado la mar.

RUPERTA. – Como ellos no se han de batir; y luego, si tú, lo que Dios no permita, perecieras, tampoco han de amamantar al pequeñuelo...

CACHARRÍN. – ¡Tan mono como está con sus hoyuelos de las viruelas!.. No me lo nombres, que me va á faltar el valor.

RUPERTA. – Y si yo fuera al Gobernador y se lo dijera todo, ¿no podría desterrar á Antoñete por unos cuantos años á Fernando Poo?

CACHARRÍN. – Sí, y á mí me desterrarían también Dios sabe dónde. Y si no, ¿quién no te dice que alguno de los redactores de *El Cosaco* no sale á la defensa de su director y me da un pie de paliza que me desloma?

RUPERTA. – ¿De modo que no hay más que dejar que te asesinen? ¡Ay, Dios mío, qué horrible situación!

CACHARRÍN – No llores, vida mía, que me matas antes de tiempo.

RUPERTA. – Otra cosa se me ocurre; pero... lo malo es que nos pilla mal de dinero.

CACHARRÍN. – Como siempre. ¿Y qué es ello?

RUPERTA. – Fugarnos á Francia. Emigrar para siempre de este infame Madrid.

CACHARRÍN. – ¿Y qué vamos á hacer nosotros en Francia?

RUPERTA. – Pues otro *Congrio* como el de aquí.

CACHARRÍN. – ¡Pero si yo no sé una patata de francés! Ni siquiera sé cómo se dice congrio.

RUPERTA. – Entonces no me queda más remedio que enviudar del todo. *(Llorando.)* ¿Y de dónde voy yo á sacar para hacerme el luto?

CACHARRÍN. – Eso es lo que menos me importa.

RUPERTA. – Pues á mí no. ¡Egoísta! Mira: ¿sabes lo que se podría hacer? Coger yo al niño y arrojarme á los pies de Antoñete y suplicarle que admita toda clase de explicaciones. Creo que ante mis lágrimas no se negará, si es persona decente.

Cacharrín. – Eso es lo que no sabemos. Lo que sí sabemos es que es muy avestruz y que es fácil que te dé una puntera.

Ruperta. – ¿A mí? No es fácil; le sacaba los ojos en menos que canta un gallo.

Cacharrín. – Lo creo, pero es impracticable: me tomarían el pelo los colegas. Como no se te ocurra otro medio...

Ruperta. – Lo tengo, y superior.

Cacharrín. – Dímelo en seguida.

Ruperta. – El duelo es á primera sangre, ¿verdad?

Cacharrín. – Sí.

Ruperta. – Entonces te has salvado.

Cacharrín. – ¿Cómo? ¡Dilo, por Dios!

Ruperta. – Oye. *(Le habla en voz baja.)*

Cacharrín. – ¡Brabo, magnífico, sorprendente! *(Se pone á cantar un vals, y cogiendo á su mujer por la cintura, la obliga á bailar con él, derribando el velador y las sillas que encuentra al paso.)*

Una huerta en las cercanías de «La Bombilla»

III

Debajo de unas higueras y en el espacio comprendido entre una noria y un granero, Antoñete, Cacharrín, El Capitán, Felipito, Centellas, Serafín (periodistas de menor pelo) y el Dr. López, que fuma con calma una gran pipa, contemplando las evoluciones de una bandada de patos que se zambullen en un charco próximo. Varios labriegos asoman la cabeza por detrás de unos cañizos.

Antoñete. – *(Aparte.)* Me divide por el eje al primer envite. No hay más que mirar lo satisfecho que está.

Cacharrín. – *(Aparte.)* A pesar de todo, no estoy muy tranquilo; no vaya á arrimarme un chafarotazo antes de que yo pueda preparar el golpe.

Capitán. – Vamos, señores. No perdamos tiempo. Ponerse en mangas de camisa.

Antoñete. – ¡Hombre..., nos vamos á resfriar con el fresquito que hace!

Capitán. – Quién repara en eso, ¡mil truenos!, cuando de aquí á un instante tal vez esté usted más frío que un mármol.

Antoñete. – ¡Pues vaya unos ánimos que usted me da!

Felipito. – Vamos, hombre, quítate el chaqué.

Cacharrín. – Esto se hace así. *(Se quita la levita y deja ver el chaleco con un enorme siete en la espalda. A su vista, Centellas, Serafín y el Dr. López sueltan la carcajada.)*

Felipito. – *(Cantando.)* «Tiene ventiladores por delante y por detrás...»

Capitán. – ¡Doscientos mil pares de demonios fritos! ¿Qué es eso? *(Mirando el boquete del chaleco.)* ¡Cuerno! ¡Qué jabeque!

Cacharrín. – Esto es de otro desafío, y no he querido que me lo cosan.

Capitán. – Eso indica que los padrinos no conocían sus deberes. Hay que quitarse los chalecos también.

Antoñete. – Si escapo del sable, lo que es la pulmonía la tengo segura.

(Los combatientes se quedan en mangas de camisa y echándose miradas recelosas. Los padrinos conferencian un momento, y luego colocan á Antoñete y Cacharrín á distancia conveniente, entregándoles dos sables.)

Capitán. – Vamos, señores, á tomar una actitud arrogante y esbelta. ¡En guardia!.. ¡A la una..., á las dos...

Antoñete. – *(Tembloroso y agitado.)* Capitán..., Felipito, un momento.

Capitán. – ¿Qué quiere usted?

Antoñete. – Si muero en el acto, que no me hagan la autopsia. Oye, Felipito, al mozo de la cervecería le debo seis cafés y cuatro tostadas...

Felipito. – Ya se las pagarás, no tengas cuidado.

Cacharrín. – ¡Pero, hombre, cuánta pamplina!

Centellas. – Vamos, en guardia.

Capitán. – ¡A la una..., á las dos..., á las...

Cacharrín. – ¡Eh, que yo aún no estoy preparado!

Capitán. – Pero, señores, ¿es que no vamos á terminar nunca? ¡Atención! ¡A la una..., á las dos.., y á las tres!

(Los adversarios se deciden á atacarse. Antoñete cierra los ojos y descarga dos mandoblazos al aire. Cacharrín contesta con otro tajo inofensivo, al mismo tiempo mete la mano en el bolsillo del pantalón, hace unas contorsiones ridículas agitando el sable al mismo tiempo, y cae al suelo dando un grito. Los testigos se precipitan hacia él.)

Capitán. – Pero ¿qué es eso? ¿Le ha tocado á usted? ¿Pero cómo diablos ha sido eso?

Cacharrín. - Estoy herido. Véanlo ustedes. *(Levanta la mano izquierda y enseña un corte en el pulgar, del que sale bastante sangre.)*



Patinadores en el Bosque de Bolonia de París, dibujo de S. Azpiazu

Antoñete. – *(Con arrogancia.)* ¡Por un poco no le abro en canal, porque tengo un brazo terrible para estos lances!..

Serafín. – Doctor, ¿es cosa grave?

Dr. López. – Ante todo, ponerle en pie. *(Entre todos levantan á Cacharrín, que se pasa la mano herida por la pechera de la camisa, llenándola de manchas de sangre.)*

Felipito. – ¡Qué roja es la sangre de congrio!..

Dr. López. – Esto no es nada. Serafín, traiga usted agua.

Capitán. – Señores, siendo el duelo á primera sangre, declaro el honor satisfecho.

Centellas. - Archisatisfecho.

Dr. López. - *Y tutti contenti. (Con el agua traída en un puchero por Serafín, lava la mano de Cacharrín, le coloca una tira de tela aglutinante, y mientras le lía un trapo le dice en voz baja:)* ¡Buena navajita, amigo. Ciérrela usted, no se le clave en el muslo.

Cacharrín. - No le entiendo á usted.

Dr. López. - Pues yo le he comprendido á usted perfectamente, y creo que los demás también.

Capitán. -- Ahora un abrazo, amigos míos: son ustedes unos valientes.

Felipito. - A cual más bravo.

Antoñete. – ¡A mis brazos, compañero!

Cacharrín. – ¡Con mil amores, querido colega! *(Se abrazan.)*

Capitán. – Ahora procede..

Dr. López. – Dispense usted, capitán; pero el almuerzo nos espera desde hace una hora en el *restaurant* de la Bombilla, y no es cosa de hacerle aguardar más.

Todos. – ¡Sí, sí; á almorzar, á almorzar!

Felipito. – Soy con ustedes al momento, en cuanto dé al chico de la imprenta el suelto que ha de aparecer en *El Cosaco* de hoy. *(Salen todos, y Felipito saca la cartera y escribe la consabida noticia, que comienza: «Examinando esta mañana unos sables en la huerta de la Bombilla los distinguidos señores..., etcétera, etc., etc.»*

A. Danvila Jaldero

CRÓNICA PARISIENSE

Durante este largo y crudo invierno, el patín ha vencido á la bicicleta. En lagos y en ríos, en el *Palacio de Cristal* y en el *Polo Norte*, doquiera el hielo ofrecía una capa resistente y una superficie bastante lisa para el patinaje, han acudido á evolucionar en ella los aficionados á ese *sport*, que en París se cuentan á millares.

Y son dignos de señalar los contrastes que estas heladas pistas ofrecen merced á la diversidad del público que por ellas se desliza.

Todas son interesantes, pero ninguna tan bella como la del Lago Pequeño del Bosque de Bolonia, de que se halla apoderado el Círculo de patinadores y donde se reune lo más selecto y elegante de esta sociedad cosmopolita.

Desde las diez de la mañana hasta las primeras sombras de la noche se ve el lago lleno de damas y caballeros entregados al patinaje con un entusiasmo tanto más ardoroso cuanto más fría está la atmósfera.

El pabellón de Armenonville es un excelente punto de vista, desde el cual muchos curiosos observan tan animado espectáculo.

Sobre el verde musgo, las patinadoras entregan con refinada coquetería sus lindos pies á las sirvientas encargadas de ponerles los patines. Con frecuencia las faldas se recogen más de lo necesario, y de todas partes convergen miradas codiciosas hacia el punto de tan seductora exhibición.

Detrás del cordón de curiosos asomados á la barandilla que rodea el lago brillan los ojos centelleantes de los braseros, cuyo humo va á confundirse con las brumas que cubren el cielo de flotantes gasas, bañadas de color de rosa por los pálidos fulgores de un sol septentrional, que al reflejarse en el hielo, le dan la apariencia de un espejo mágico, por el cual se deslizan hadas envueltas en ricos paños y en abrigos de pieles.

Sí, hadas en medio de una decoración de apoteosis; unas de rasgados ojos, llenos de tentaciones y promesas; otras de burlona sonrisa, capaz de desarmar al conquistador más osado; todas de flexible talla con ondulaciones de serpiente.

Si las observamos con detención, veremos señales de impaciencia, de despecho ó de melancolía en la generalidad de las que patinan solas, y veremos reflejada la satisfacción en el rostro de casi todas las que llevan compañero. ¡Cuántos idilios, comedias y dramas se inician ó desenvuelven en el *skating!* ¡Cuántos hombres cuentan nerviosos los minutos, procurando calmar su impaciencia con el aturdimiento de vertiginosas carreras, á través del aire glacial que araña el rostro!

Más de uno patina con el corazón tan frío como el hielo que tiene á sus pies, porque acecha en vano la llegada de la mujer á quien espera



Patinadores en las inmediaciones de la iglesia de la Magdalena de París, dibujo de Salvador Azpiazu



Patinadores en el salón «Polo Norte» de París, dibujo de Salvador Azpiazu

Mas de pronto se estremece de emoción, electrizado por una intensa alegría que le inflama el pecho y le agita los párpados, al ver llegar, envuelta en pieles, ceñida en su vestido de paño obscuro, cubierto con una toca de marta cebellina el pelo rubio desgreñado como espuma de Champagne, la mujer con tanta impaciencia esperada.

Tiéndele su diminuta mano, murmurándole casi al oído:

– ¿He tardado?

Todas llegan tarde adrede, por el placer de causar con su presencia una emoción cuya intensidad está en razón directa con el tiempo que se han hecho esperar.

Ávidas de sensaciones intensas, se entregan con entusiasmo á ese deslizamiento embriagador que tiene para ellas inefable encanto.

En torno de ese cuadro interesante, el bosque parece lleno de misteriosa tristeza. El cierzo helado corre sin obstáculos por entre los desnudos árboles, cuyos erguidos esqueletos se dibujan en el cielo gris, por cima de la silueta obscura de los vecinos montes.

Y poco á poco, á medida que llega la tarde y cae el crepúsculo y se apagan los últimos resplandores del día, el espejo mágico se ensancha, el núcleo de patinadores se desgrana hacia los coches alineados detrás del *chalet* del tiro de pichón, y las enamoradas parejas que continúan evolucionando sobre el hielo, experimentan sensaciones divinas, como si deslizándose con la ligereza del pájaro, plegadas las alas en abrazo estrecho, marchasen en vertiginosa carrera hacia el infinito.

Alguna romántica, solitaria y melancólica, traza un nombre con los patines. ¿Escribirá mañana el mismo de hoy?

Por fin no queda más que una pareja. La mujer, con las manos crispadas en las del hombre, con los párpados entornados, sin voluntad propia, indolente, se abandona al suave desliz sin pronunciar una palabra. No ofrecen sus labios más que esa mueca deliciosa que hacen las niñas cuando sonríen á los ángeles.

El se siente envuelto en efluvios amorosos, y daría la mitad de la existencia por retrasar aquella noche que se aproxima, por que no se encendiesen en el cielo las primeras estrellas que brillan para él como tristes lamparillas.

A ella se le figura despertar de un hermoso sueño; mas como encuentra el juego peligroso, se promete no volverlo á empezar.

Pero el invierno se prolonga, y la linda patinadora volverá con su alma inquieta, despreciando el peligro, á jugar con el amor, como una gatita con un ratón.

Y si el hielo natural se derrite en el Bosque de Bolonia, le quedará el hielo artificial del Palacio de Cristal y del Polo Norte, donde las damas más linajudas se confunden con las *cocottes* más zarandeadas.

Esa promiscuidad no entibia en las señoras del gran mundo su entusiasmo por ese género de *sport*. ¡Son tantas las que se aburren en París, unas abandonadas de sus maridos, otras impacientes por encontrarlo, todas atormentadas por la imaginación, en medio de esta sociedad en que todo lo correcto es acompasado y monótono, donde se critica á toda mujer que ofrece alguna originalidad, lo mismo que se murmura de toda la que no amolda su vida al patrón común!

Al menos en el *skating* gozan de una libertad parecida á la del pájaro, pudiendo apoyarse material y moralmente en un amigo, sin que nadie tenga derecho á murmurar.

Ni aun los sermones cuaresmales llenan la existencia diurna de las parisienses, y la pista de hielo ofrece un programa siempre imprevisto.

También se les presenta á veces el patinaje como espectáculo, al que asisten sin que en él tomen parte alguna.

El Palacio de Cristal ha introducido la costumbre de dar fiestas de ese género.

La última que ha celebrado ha sido espléndida. La sala, adornada con escudos y banderas, con hermosas plantas y profusión de flores, presentaba un aspecto fantástico.

Lo más notable de la fiesta fueron los trineos, montados por bellísimas mujeres y tirados por nevados cisnes, y la batalla de flores, en la cual se bombardearon con bonitos ramos y bolas de nieve las más elegantas reclutas del batallón de Citerea.

Aquella misma noche fué detenida en el *boulevard* Barbés una infeliz muchacha que trataba de reclutar algún transeunte para su buharda desprovista de pan y de lumbre. Al llegar al cuartelillo de la calle Bochard-de-Saron, murió de resultas de una congestión causada por el frío.

En esta ciudad de las grandes virtudes y de los grandes vicios, se prende á las miserables pecadoras que se *deslizan* á pie, y se cubre de oro á las que se deslizan en trineo.

Juan B. Enseñat



EN EL CAMPO, cuadro de Angel Dall'Oca Bianca



EL SANTO VIÁTICO, cuadro de F. Miralles, grabado por Sadurní

NUESTROS GRABADOS

El Excmo. Sr. D. Emilio Calleja. – Procede el actual capitán general de la isla de Cuba del arma de infantería, desde la que pasó en 1857, siendo capitán, á infantería de ma-



EXCMO. SR. D. EMILIO CALLEJA, capitán general de la isla de Cuba

rina, prestando muy pronto sus servicios en las Antillas. Estuvo de guarnición, con el grado de comandante, en Santo Domingo, y después de distinguirse en la campaña contra aquellos insurrectos, fué trasladado en 1867 á Puerto Rico, coadyuvando á sofocar el levantamiento de Lares. Después de una breve estancia en la Habana regresó á la península, y al poco tiempo, en 1869, volvió á Cuba con el grado de coronel, luchando contra los separatistas tres años, al cabo de los cuales fueron sus valiosos servicios recompensados con el ascenso á brigadier. De vuelta á España combatió contra los cantonales en Cartagena y contra los carlistas en Castellón, en Valencia, y en el Norte con el empleo de mariscal de campo y después de haber sido agraciado con la gran cruz del Mérito militar. Terminada aquella guerra fué de segundo cabo á Cuba, en donde secundó eficazmente la obra de los generales Jovellar y Martínez Campos hasta la paz del Zanjón. Más tarde ascendió á teniente general, habiendo sido capitán general de Andalucía y de Castilla la Vieja, desde donde pasó á encargarse de la suprema jefatura de la isla de Cuba. Con motivo de las reformas políticas y sobre todo de la actual insurrección ha sonado mucho el nombre del Sr. Calleja y se han dirigido no pocos ataques á su personalidad. El entusiasta elogio que de él ha hecho recientemente en las Cortes un militar y un patriota tan ilustre como el general Martínez Campos es la mejor contestación que puede darse á las apasionadas acusaciones de que ha sido objeto el general Calleja, cuya hoja de servicios no puede ser más brillante; acusaciones que, si no otra cosa, cuando menos pueden llamarse extemporáneas, pues en circunstancias como las actuales se necesita más que nunca rodear al representante de España en aquella isla de toda la autoridad y darle toda la fuerza moral necesaria para que en breve pueda ser sofocada la rebelión y se estrechen más si cabe los lazos que unen á nuestra patria con aquella hermosa cuanto querida provincia, á la que con razón se designa como la perla de las Antillas.

El eminente historiador César Cantú. – El ilustre historiógrafo que acaba de fallecer en Milán ha sido indudablemente una de las más salientes figuras de nuestro siglo. Nacido en 5 de diciembre de 1804 en Brivio (Milanesado), educóse en Sondrio, y la pobreza de su familia le impulsó á abrazar la carrera sacerdotal, que abandonó al poco tiempo para encargarse de la clase de gramática en el Liceo de Sondrio primero y en el de Como después. A los veinticinco años trasladóse á Milán, en donde dedicóse á trabajos literarios que muy pronto llamaron la atención y que alternaba con los estudios históricos. Su obra *Reflexiones sobre la historia de la Lombardía en el siglo XVII* le valió ser procesado y encarcelado, escribiendo en la prisión su *Margarita Pusteria*, que después de *Los novios* de Manzoni es la más popular de las novelas italianas, y concibiendo el plan de la *Historia Universal* que tanta fama había de conquistarle y á la que puso mano en cuanto recobró la libertad. A esta siguieron otras obras históricas, como *Historia de los italianos*, *Historia de los cien años* 1750 á 1850, *Los herejes en Italia*, *Retratos de italianos ilustres* y *Caracteres históricos;* moralistas, como *Lecturas juveniles*, *La cartera de un obrero*, y una infinidad de trabajos histórico-literarios de no menos importancia. Sus obras, aun las más trascendentales, revisten una forma artística y en extremo amena, que hace agradable su lectura y fácilmente asimilables las provechosas enseñanzas que contienen. Su *Historia Universal* constituye un libro único en la literatura italiana; y teniendo en cuenta la época en que fué escrita y el caudal de estudios y de esfuerzos que significa el llevar á cabo tamaña empresa, merece ciertamente el dictado de monumento científico, aun cuando dadas las tendencias de la historiografía moderna, resulta deficiente por muchos conceptos y poco ajustada á las necesidades de los que en nuestros días al estudio de la historia se dedican, precisamente porque en obras de tal magnitud y de tan compleja índole es imposible que un solo hombre, siquiera sea un genio, pueda realizar con la amplitud y escrupulosidad debidas una labor que exige el concurso de muchos especialistas y tratar á fondo períodos y hechos á los que en otro tiempo apenas se daba importancia, y que hoy, por virtud de nuevos descubrimientos, han venido á ocupar primeros puestos en los anales de la humanidad.

En el campo, cuadro de Angel Dall' Oca Bianca. – Difícilmente puede conseguirse con más sencillos medios un efecto tan intenso como el que con este cuadro logra producir el célebre pintor veronés Dall' Oca Bianca. Todo en él respira placidez, todo hace sentir la poesía del campo, de ese campo que el artista nos presenta envuelto en la luz indecisa del crepúsculo vespertino, en la hora en que los labradores terminan su faena y se disponen á regresar á sus modestos hogares. Además de estas bellezas, que podemos llamar de conjunto, tiene este lienzo otras muchas no menos dignas de alabanza, mereciendo especial atención el bien dispuesto grupo del primer término, cuyas figuras están primorosamente trazadas.

El Santo Viático, cuadro de F. Miralles. – Ni este precioso é interesante cuadro necesita explicación, ni hemos de prodigar nuevos elogios al autor, á quien tantas veces hemos justamente alabado. La escena que el pintor representa en la plaza de Oriente de Madrid, delante del Palacio real, ha ocurrido repetidas veces, pues no hay dama ó caballero que de cristianos se precien, que al ver á pie al sacerdote llevando el último auxilio de la religión á un moribundo, no se apeen del coche y no se sientan orgullosos de que se digne ocuparlo el Rey de cielos y tierra. De la ejecución de la obra nada diremos, primero porque sus muchas bellezas saltan á la vista, y segundo por no repetir lo que en tantas otras ocasiones hemos dicho del pincel, como pocos elegante, del Sr. Miralles.

Vendedora de higos chumbos en Granada, cuadro de Cecilio Pla. – Al igual de los demás lienzos que de este distinguido pintor hemos reproducido recientemente, recuerdo de su excursión veraniega á la antigua capital de los monarcas nazaritas, tiene el sello de la localidad, que se observa así en los pormenores como en la variada brillantez de tonos que tanto encanto ofrecen en la tierra andaluza.

La vendedora de higos chumbos es trasunto del natural, debe considerarse como fidelísima copia de uno de los tipos populares granadinos, irrecusable testimonio de lo que aún resta, al cabo de cuatro siglos, de aquel pueblo cuya poderosa savia aún germina á pesar de ser distintas la época y la sociedad.

Notable es el estudio que nos ofrece en su lienzo Cecilio Pla, así por la exactitud del tipo como por la gallardía de la ejecución.

Ismail-Bajá, ex jedive de Egipto. – El quinto virrey de Egipto de la dinastía de Mehemet Alí, que ha fallecido recientemente en Constantinopla, había sido educado en Francia, y á su advenimiento al trono, en 1863, era considerado como un príncipe sabio, económico y administrador, y sin embargo á los diez y ocho años de su reinado, Egipto, que al morir su antecesor Saíd tenía sólo una pequeña deuda, llegaba á tal estado de ruina que las potencias europeas hubieron de ponerse de acuerdo para destronar á Ismail. Este fué el primer virrey egipcio que obtuvo el título de jedive, que le concedió la Sublime Puerta á cambio de unos cuantos millones: también le costó una cantidad importante obtener el derecho hereditario directo para sus descendientes personales. Durante su reinado el territorio egipcio aumentó con la adquisición de Darfur, las



ISMAIL-BAJÁ, ex jedive de Egipto

provincias ecuatoriales y la región de los grandes lagos. El hecho de ir unido á la apertura del Istmo de Suez ha dado fama á su nombre, y el recuerdo de las maravillosas fiestas celebradas con motivo de la inauguración del canal presentará siempre al entonces virrey de Egipto como soberano fastuoso, siquiera obrara en ello impulsado, más que por otra cosa, por su vanidad.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – DUSSELDORF. – El Club de San Lucas ha celebrado en el Salón Schulte su correspondiente exposición anual, que si en número de obras resulta inferior á la del año pasado, no lo es en cuanto á la valía de las mismas. Entre los principales expositores merecen citarse Arturo y Eugenio Kampt, A. Frentz, T. Rocholl, G. Janssen, O. Jernberg, Wendling y Liesegang.

LONDRES. – En la Real Academia se ha celebrado la exposición de obras de los antiguos maestros correspondiente al presente invierno, que resulta muy superior á las celebradas en años anteriores. Entre los cuadros de pintores ingleses figuran los magníficos retratos y un cuadro religioso de Josuah Reynolds, los de Jorge Rommey y Enrique Raeburn, un lienzo de Gainsborough, dos muy interesantes de Juan Zoffany (*Interior de la Galería de Florencia* y *Clase del natural en la Academia en* 1772), un retrato de Guillermo Dobson y bellísimos paisajes de Turner, Constable, José Stannard, David Cox y Jorge Morland; las escuelas española, italiana y flamenca están admirablemente representadas por obras de Velázquez, Murillo, Tiziano, Giorgione, Tintoretto, Van Dyck, Jordaens, Rubens, Rembrandt, Wouverman, Dow, Terburg, Lely y Jan van de Capelle.

Estas obras han sido facilitadas por la reina de Inglaterra, la condesa de Camperdown, el duque de Westminster, sir Carlos Tennant, el marqués de Bristol, lord Darnley, John Millais, el duque de Devonshire y otros notables coleccionistas.

MUNICH. – Los secesionistas celebrarán durante el presente año las siguientes exposiciones: en Munich, desde el 15 de marzo hasta fines de abril; en Stuttgart, desde principios de marzo hasta mediados de abril; en Berlín, en la gran exposición internacional, desde 1.° de mayo á fines de septiembre, y en Munich, con ocasión de la exposición internacional de verano, desde 1.° de junio á fines de octubre.

ROMA. – El célebre asunto del príncipe Sciarra, á quien se procesó en Roma por haber vendido su famosa colección á extranjeros, contra lo dispuesto en el antiguo edicto Pacca, ha sido definitivamente resuelto de una manera inesperada. Sabido es que el príncipe, deseando enajenar su colección, la ofreció al gobierno italiano, el cual no quiso adquirirla: en vista de ello, el príncipe vendió una parte de aquélla á los Sres. Rothschild y Hirsch, de París, produciendo este suceso gran impresión en Roma. Incoado el proceso, el tribunal condenó al príncipe á tres meses de cárcel y á pagar 5.000 francos de multa y 1.260.000 de indemnización, cantidad esta última que el tribunal de apelación romano rebajó á medio millón de francos. Llevado el asunto al tribunal de casación, éste lo envió al tribunal de apelación de Ancona, el cual ha condenado únicamente al príncipe Sciarra al pago de una multa de 18.000 francos, que ni siquiera ha tenido que pagar aquél, porque el delito viene comprendido en la amnistía de 1893. ¿Cuáles serán las consecuencias de este fallo? Fácil es adivinarlo, y de fijo que antes de poco pasarán al extranjero muchos de los tesoros artísticos que en Italia se conservan.

BRESLAU. – El célebre pintor Hermán Prell ha terminado los frescos para el Museo Silesio, que se reputan como una de las más importantes creaciones del arte decorativo moderno y que completan la ornamentación de la magnífica escalera de aquel edificio. La cúpula que cierra la caja de la escalera ha sido pintada por Schaller, el cual ha agrupado alrededor de un genio que arroja flores varias figuras simbolizando los comienzos de la civilización. Prell ha representado en sus dos frescos la antigüedad clásica y la época cristiana: en el centro del primero está Apolo cautivando á los hombres con su canto; á la izquierda Paris entrega la manzana á la diosa de la belleza, y á la derecha un joven sujeta á Pegaso, que ha de conducirle á las claras regiones del mundo de la poesía; en el centro del segundo se ve á Jesucristo sobre la fuente del Paraíso, que rodean ángeles y hombres que ansían la redención; á un lado San Jorge dando muerte al dragón y al otro Beatriz conduciendo á Dante.

BERLÍN. – Entre las recientes adquisiciones hechas para los museos berlineses figuran: un busto de la *Virgen en oración*, de Alberto Durero, pintado por éste en 1518 y procedente de la colección Morosini Gatterburg, de Venecia; un cuadro de los pocos que pintó el famoso pintor de Amsterdam Simón Lutichnis; un precioso busto un mármol de Mino da Fiesole, legado por el coleccionista Hainauer; un paisaje de bosque de A. Lucas; la gran acuarela de Bartel, *La inundación*, y varias acuarelas y dibujos de Cornelius, Genelli, Kaulbach, Wislicenus, Carlos Muller y L. Spangenberg.

– En la tercera exposición que en el salón Schulte ha celebrado la asociación muniquense de los *Veinticuatro*, han llamado con justicia la atención la *Huída á Egipto*, de Uhde; *La tarde*, de Keller-Rentlingen; dos cabezas de mujer, de Stuck; *Hermana dichosa*, de A. Keller; los retratos de Lepsius y José Block; los interesantes cuadros de Borchardt, G. Kuhl, Habermann, Vetter, Exter, Thomas, Benno Becker y Landenberger, y las hermosas esculturas de Hugo Kaufmann, H. Hahn y Flossmann.

– Ha sido nombrado individuo de número de la Academia de Bellas Artes berlinesa el pintor español D. José Villegas.

Teatros. – En el teatro de la Ciudad, de Magdeburgo, se ha estrenado con gran éxito una ópera en un acto de Godofredo Grunewald, titulada *Astrella*, cuya música entra de lleno en las tendencias modernas y abunda en hermosos efectos.

– En Nuremberg y en Hamburgo se ha cantado con gran aplauso la última ópera de Massenet *La Navarraise*.

– En el teatro Alemán, de Berlín, se ha representado con muy buen éxito el nuevo drama en tres actos de Ibsen, *El pequeño Eyolf*, que pocos días antes se había estrenado en Cristianía. También en Amsterdam ha sido muy aplaudida esta última producción del dramaturgo noruego.

– En Palermo ha sido muy aplaudida una ópera de Bimboni, titulada *Santuzza*, que es una continuación de *Cavalleria rusticana*.

– Se ha estrenado en Milán la última ópera de Mascagni *Ratcliff*: las opiniones andan muy divididas acerca de la valía de los dos primeros actos, pero están unánimes en señalar el tercero como conjunto de bellísimas piezas musicales, entre las que sobresalen el preludio y el final, que produjeron gran entusiasmo. En general parece que los pasajes líricos están bien trazados, resultando en cambio deficientes los esencialmente dramáticos.

– En el teatro de la Moneda, de Bruselas, se han estrenado con buen éxito dos nuevas óperas: *Francesca de Rimini*, de Pablo Gilson, y *L'enfance de Roland*, de Eusebio Mathieu, cuya música, admirablemente instrumentada, pertenece al género wagneriano.

– En el teatro de la Scala, de Milán, ha obtenido gran éxito la ópera de Saint Saens *Sansón y Dalila*, que hace algunos años había sido acogida muy fríamente por el mismo público.

Necrología. – Han fallecido:

Eugenio Benjamín Fischel, pintor de género francés.

Francisco José Lanth, notable egiptólogo alemán y conservador de la colección egipcia de Munich.

Francisco Podesti, célebre pintor de historia italiano.

Reginaldo Stuart Poole, profesor de Arqueología de la universidad de Londres, y uno de los más elevados funcionarios del Museo Británico, bajo cuya dirección se hizo el importante catálogo de la sección numismática del mismo.

Juan Evangelist Riedmuller, escultor alemán.

Adolfo Schreyer, pintor de animales y batallas alemán.

Juan Federico Vogel, uno de los más notables grabadores de Alemania.

Hugo Barthelme, pintor de historia muniquense.

José Valentín, pintor alemán.



El pastor Montguillem llevaba sobre sus hombros un cordero herido

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Era un hombre alto y moreno, de hombros caídos y de rostro completamente afeitado.

– ¡Dios le guarde á usted, padre!, dijo el montañés. ¿No me reconoce usted ya?

– ¡Eres tú, Silverio!, exclamó el pastor. ¡Diantre! ¡La verdad! es que no te conocía con ese traje de ca[illegible] ¿Y quién es esa linda señorita á quien das la mano?

– Es la nueva hija de usted, padre, contestó Silverio; es la señorita Jacobita Marcadieu, la sobrina del padre Bordes, aquí presente, y que será mi esposa si usted lo tiene á bien.

El pastor enmudeció de asombro; contempló aquella joven tan fresca y hermosa y tan engalanada, cogida de la mano de Silverio, y sus ojos expresaron gran confusión.

– ¿Es eso verdad?, preguntó al sacerdote, á quien acababa de reconocer. ¿Es cierto lo que este muchacho me cuenta?

– Es la pura verdad, papá Montguillem, contestó el eclesiástico, y hace dos días que corremos en busca de usted para que consienta en este casamiento.

– ¡Oh Dios, en quien yo creo!, exclamó el pastor. ¿No se burlan ustedes de Francisco Montguillem,

pastor del país de Bigorre?.. Señorita, no, no; yo no podría consentir, porque no osaría llamar hija á una persona á quien he tomado por una princesa

– ¡Oh! Ya se acostumbrará usted, papá, dijo Jacobita.

Y queriendo dar las gracias al buen hombre con una ingenua galantería, le besó en ambas mejillas.

Aquella caricia hizo que se humedecieran los ojos del honrado pastor.

– Pues entonces, repuso, ya que esto no es una ilusión, dejadme ser feliz á mi vez. ¡Hijos míos, que vuestra unión sea agradable á Dios, como lo es para mí; bendita sea la hora en que nos hallamos, y benigno el cielo para todos los que me rodean!

Francisco Montguillem tenía inclinada la cabeza; sus labios temblaban de emoción, y sus manos quisieron continuar la media interrumpida, pero todos los puntos se le escapaban. *Pigou*, el perro del rebaño, que acababa de reconocer á Silverio, saltaba á su alrededor, ladrando de alegría; mientras que los corderillos nacidos en la primavera, acercándose un poco, olfateaban el vestido de la señorita con mucha prudencia, y después alejábanse, saltando ligeros, para ir á frotarse contra el vientre de las ovejas.

El padre Bordes no se ponía el sombrero; había oído hacer algunas demandas de casamiento en salones elegantes; había consagrado numerosas uniones en iglesias solemnes; pero ninguna de aquellas ceremonias había producido en él tanta impresión como los rústicos desposorios hechos á la sombra de un castaño por un pastor de corazón sencillo, ante aquellas hermosas montañas, donde los pueblos, las praderas y los bosques escalonábanse con tintas armoniosas hasta la nieve da las cimas.

Silverio mostró los carneros de su padre á Jacobita, y dióle á conocer á *Bigorre*, el asno venerable, que hacía muchos años iba siempre á la cabeza del rebaño, ó conducía á su amo rendido de fatiga por los caminos de la llanura y los escabrosos senderos de la montaña. A Jacobita le complació pasar la mano por el lomo de los corderos, señalados por una cruz azul, y sobre el cuello del venerable *Bigorre*, que dirigía hacia ella sus largas orejas inquietas.

– Conque padre, dijo Silverio, ¿volverá usted esta noche á Gargos?

– Sí, pequeño, y si quieres haremos el camino juntos.

– Y yo, preguntó Jacobita, ¿tengo permiso para seguirles?

– ¡Oh, señorita, usted se cansaría demasiado!

– Soy más valerosa de lo que á usted le parece, contestó la joven; y por otra parte, ¿no tendré á *Bigorre* para conducirme, si es que el asno se digna llevarme de vez en cuando?

– Señorita, contestó el pastor, *Bigorre* no se habrá visto nunca tan honrado, y si tiene buena crianza, soñará en ello toda la noche.

Al oir esto, Jacobita saltó sobre el asno sin el menor cumplido; el cuadrúpedo, que sabía su deber, tomó al punto la dirección de Gargos, y el rebaño, balando en todos los tonos, se reunió para emprender la marcha en pos de su compañero.

– ¿Y yo?, preguntó el padre Bordes. Me parece que me olvidan un poco.

Jacobita y Silverio protestaron, como era justo.

– ¡Bueno, bueno!, replicó el sacerdote; volved como queráis. Yo regresaré á Argelez con el coche; pues debo ver á mi notario para hablar del contrato y reunir los documentos necesarios para publicar las amonestaciones. Tú, Silverio, cuídate de obtener las partidas de nacimiento y de bautismo. ¡Es preciso acabar pronto!.. ¡Vamos, buen viaje!

– ¿Cuándo volverá usted, padrino?

– Esta noche, ó mañana á primera hora lo más tarde. Almorzaremos todos juntos en el presbiterio. Te espero sin falta, Silverio, y á usted también, papá Montguillem. Jacobita, tú avisarás á Poupotte. ¡Hasta mañana!

El sacerdote subió al coche, y los novios se alejaron con los carneros de la cruz azul.

¡Qué dulce fué para ellos aquella tarde! Llegaron á orillas del Gave, cuyas aguas jugueteaban con las rocas de su lecho; el valle se estrechaba poco á poco, y muy pronto las montañas elevábronse más sombrías y más áridas, obligando al camino á someterse á todos sus caprichos; mientras que el sol aparecía ó desaparecía á cada recodo, como si jugase al escondite con los enamorados. A veces, una roca suspendida sobre el camino parecía atraer al rebaño, mostrándole una mata de hierba verde entre dos piedras, y entonces algún carnero intrépido, levantando la cabeza, alcanzaba la peña en cuatro saltos, arrancaba la mata verde con ávidas fauces, y después descendía presuroso para evitar las advertencias del perro *Pigou*.

Silverio y Francisco departían andando. El hijo refería al padre las peripecias de la amorosa aventura, hablando también de su felicidad, mientras franqueaban las montañas amigas, cuyas pendientes, tan pronto cubiertas de bosque, como pedregosas, enviaban al Gave el tributo armonioso de mil cascadas.

A mediodía almorzaron en una cabaña y bebieron leche en un vaso de estaño. Después Jacobita obligó á Francisco Montguillem á montar en *Bigorre*, y de nuevo emprendieron la marcha.

Dos horas después, el desfiladero del Gave se ensanchaba; las montañas parecían alinearse para dejar que penetrase el sol en una verdosa cuenca, y el camino apareció flanqueado de esbeltos álamos, mientras que el campanario de Aigues-Vives se destacó á lo lejos en el fondo obscuro del Erizo. El rebaño iba más de prisa; todas las ovejas balaban ante sus cansados corderillos; al ver los prados de Gargos, *Bigorre* levantó la cabeza con placer, pareciendo que sus ovejas querían humillar al pico de Montmiraílh; y el perro *Pigou* corría á derecha é izquierda, mostrando su celo con ladridos muy suaves, para expresar su alegría de cuadrúpedo á la vista del país natal. Ningún carnero pacía ya, y todos se apresuraban, haciendo resonar sus campanillas. De repente giraron á la derecha, como un batallón que maniobra, para tomar el sendero de Gargos.

– Voy á buscar á *Morrudo*, dijo Silverio á Jacobita. Les alcanzaré á ustedes muy pronto.

Y corrió hacia Aigues-Vives.

Siempre que el montañés se alejaba de Gargos conducía á su mulo á la casa de un ganadero del pueblo, que guardaba los animales y les daba de comer por una peseta diaria.

Silverio fué á buscar su mulo, le encontró en medio de la cuesta y montó en él para volver á reunirse con el rebaño. Las ovejas corrían; Jacobita y Francisco á duras penas podían seguirlas; los carneros viejos se internaban en senderos transversales, saltando en medio de las rocas, hacia el caserío, y *Bigorre*, olvidando su acostumbrada gravedad, creyó de su deber rebuznar en un tono de los más líricos.

– ¿No te da vergüenza hacer eso delante de la gente?, gritó Silverio, dirigiéndose al animal.

El pastor Montguillem llevaba sobre sus hombros un cordero herido. Varias ovejas, cuyos hijuelos estaban cansados, quedábanse atrás; al ver á sus compañeras correr esforzábanse á veces para seguirlas, y avanzaban atrevidamente; mas al oir el llamamiento angustioso de los corderos que habían quedado solos, volvíanse para reunirse con ellos otra vez, reanimábanlos con algunos tiernos balidos, y consentían en esperar, renunciando á la alegría de llegar las primeras ante la casa de los Montguillem.

Y Jacobita sonreía á los buenos corderos, y hubiera querido pararlos á todos, hablándoles de mil cosas confusas en una lengua indeterminada y conmovedora como sus balidos.

La comitiva llegaba ya á los últimos senderos de Gargos, y al volver la cabeza, Jacobita reconoció la Coronada soberbia, Praderes con sus campos, el Erizo cubierto de pinabetes, el pico de Montmiraílh al Nordeste, las Torres nevadas de Bille-de-Neou al Sudeste, y por último, al Norte, el valle de Argelez, con las llanuras azuladas que iban á perderse treinta leguas más allá, en una línea serena como el mar.

Entonces Jacobita dijo á Silverio:

– ¡Qué digna de compasión era yo la última vez que trepé por esa cuesta! ¡No le conocía á usted!.. ¡Hay personas que son muy desgraciadas sin saberlo!

¿No lo sería un poco en aquel momento la novia de Silverio Montguillem?..

– ¡Calla!, exclamó el montañés. ¿Qué hay allá arriba?

Jacobita miró hacia el sendero superior, y pudo ver una considerable multitud en medio de los pinabetes.

– ¿Por qué habrá allí tanta gente?, preguntó á su vez.

– ¡Acerquémonos!, dijo Francisco Montguillem. Los tres avanzaron aceleradamente.

Unas treinta personas estaban en el sendero; eran vecinos de Gargos y de Aigues-Vives.

Jacobita fué la primera en llegar junto á ellos, pero retrocedió de pronto.

– ¡Oh, sangre!, exclamó.

– ¡Calla, pues tiene razón, sangre es!, murmuró Silverio, al ver un charco de color obscuro á orillas del arroyo.

– ¿Pues qué ha pasado aquí?, preguntó el viejo pastor, dejando su cordero en el suelo.

Entonces Augusto, el niño de coro, que estaba naturalmente en un grupo, les dijo que Laroque había sido asesinado en aquel sitio la noche anterior.

– ¿Laroque el contrabandista?, preguntó Silverio. ¡Dios mío!.. ¿Quién puede haber cometido tal crimen?

– Nada se sabe aún. Allá arriba está el juez con los gendarmes.

Entretanto Jacobita palidecía al ver aquella sangre derramada.

– ¡Vámonos, tengo miedo!, dijo á su novio.

– ¿Miedo de qué?

– No lo sé... Tengo el corazón oprimido... ¡Vámonos pronto!

Sus piernas flaqueaban, y fué necesario sostenerla. Pronto llegaron á la primera casa de Gargos, que era la de los Montguillem; junto á la puerta abierta, el tísico, demacrado y risueño, miraba entrar las últimas ovejas.

– Jacobita, dijo Silverio, aquí tiene usted á mi hermano Emilio.

La joven ofreció su mano fría al primogénito de los Montguillem.

Mas como viese gendarmes ante la puerta de una casa inmediata, exclamó con expresión de espanto:

– ¡Vámonos..., salgamos de este lugar!

El montañés la condujo hacia el presbiterio.

Delante de la casa del padre Bordes vieron á Roumigas, que se paseaba con el sargento de los gendarmes.

– ¡Vamos más lejos, balbuceó Jacobita; huyamos de esa gente!

– ¿Quiere usted venir á ver nuestra cascada?

– ¡Sí, vamos pronto; así estaremos más lejos de esa sangre!

Pasaron por delante de la iglesia, y Silverio mostró á su compañera las mejoras que se habían hecho en aquel sitio. Hízole ver el puente, los cimientos de la casita, la cerca de madera levantada por Artiguenabe, y por último la condujo al pie de la nueva cascada, cuyas aguas espumosas caían con estrépito formando tenue bruma.

Pero la joven estaba distraída; no podía menos de pensar en aquel crimen, sobre todo después de haber visto al sargento de gendarmes pasearse con Roumigas. No veía objeto alguno, ni cerca, ni puente, ni cascada, y no parecía sino que tuviese ante los ojos aún el charco de sangre

– Yo vuelvo á casa, Silverio, dijo; necesito descansar. Ya me enseñará usted todo eso otro día. ¡Hasta después! Conduzca usted á *Morrudo* á su domicilio, y déle de mi parte una buena brazada de heno.

Y estrechando la mano del joven, se dirigió después hacia el presbiterio.

Silverio condujo su mulo á la gruta y volvió á salir; eran las cuatro. Al pasar por delante de la iglesia encontróse frente á frente con Roumigas, que al ver al hermano de Emilio Montguillem se estremeció á pesar suyo.

– ¡Hola!, exclamó. ¿Ya has vuelto de Pau?

– Sí, Sr. Roumigas.

– ¡Vamos, tanto mejor!.. ¿Sabes lo que ha sucedido?

– Acaban de decírmelo.

Silverio se inquietaba poco por el asesinato de Gargos. ¿Podía él pensar en otra cosa más que en su dicha? Recordó las recomendaciones que el padre Bordes le había hecho al pie de la montaña de Soulom, y como no sabía bien á quién debía dirigirse para obtener su fe de bautismo, apeló á las luces de Roumigas.

– Señor, dijo, permítame usted pedirle un informe.

– Estoy á tu disposición, muchacho.

– Usted es adjunto del alcalde de Aigues-Vives, y en calidad de tal podrá darme sin duda un buen consejo: necesito mi fe de bautismo, y no sé á quién debo pedírsela.

– Yo mismo puedo proporcionártela, pues mañana he de ver al secretario de la alcaldía. ¿En qué papel la quieres?

– No entiendo de eso, Sr. Roumigas.

– ¿Qué uso has de hacer de ese documento?

– Lo necesito para mi casamiento.

Los ojos de Roumigas brillaron bajo sus espesas cejas.

– ¡Para tu casamiento!, exclamó.

Y miró con fijeza al guía, como si esperase su contestación; pero después volvió bruscamente la espalda.

– Ven á mi casa, le dijo, y te informaré sobre todo eso.

– Bien, señor, contestó Silverio, siguiendo los pasos de Roumigas.

Avanzando rápidamente llegaron al jardín, pasaron bajo los manzanos sin flor y entraron después en la cocina.

– ¡No estoy para nadie!, dijo Roumigas á su criada.

Y empujando á Silverio hacia su gabinete, cerró las puertas, ofreció una silla al joven, y sentóse delante de su escritorio. Cuando hubo arreglado algunos papeles que estaban en desorden, volvióse de pronto hacia Silverio.

– ¿Sabes tú, preguntóle con dureza, quién ha matado á Laroque?

– No, Sr. Roumigas.

– Pues ha sido tu hermano.

Silverio se estremeció, pero no dijo una palabra, y miró al hechicero con terror.

–¡Oh, señor!, balbuceó después de haber enmudecido de asombro un momento. ¿Qué ha dicho usted? ¿Mi hermano, mi hermano Emilio?..

–Ha matado á Laroque anoche á las diez, cosiéndole á puñaladas.

–¡Ah! ¡No es posible, Sr. Roumigas! Emilio es incapaz de cometer un crimen. Si alguien ha asesinado á Laroque, estoy bien seguro de que no ha sido mi hermano.

–Pues tu hermano ha sido, yo lo he visto.

–¿Usted?

–Yo.

–¡Ah, Dios mío!

Silverio se había levantado; estaba lívido, y sus facciones se descomponían por el horror.

–¡Oh! Tranquilízate, dijo Roumigas, pues solamente yo sé eso. A tu hermano no se le ha molestado hasta ahora, y puede ser que no se le moleste nunca.

–¿Conque es verdad?, replicó Silverio. ¿Conque no me ha dicho usted eso solamente para amedrentarme? ¿Usted ha visto á un hombre matar á Laroque, y este hombre era mi hermano?.. ¡Vamos, señor Roumigas, no diga usted eso!.. ¿Cómo hubiera usted podido reconocerle á las diez de la noche? Es evidente que ha confundido á mi hermano con otro. ¡Hay tantos individuos que se parecen á Emilio!

–Puesto que eres incrédulo, voy á darte pruebas. Anoche regresaba yo á Aigues-Vives á eso de las diez, y en el último sendero oí voces de socorro. Precipitéme corriendo hacia el sitio, pero llegué demasiado tarde; tan sólo pude ver un hombre tendido en tierra; el infeliz agonizaba en medio de un charco de sangre, y al inclinarme reconocí á Laroque. Poseído de espanto, miré á mi alrededor, y aguzando el oído percibí un rumor de pasos por la parte de Gargos. Me lancé en aquella dirección para alcanzar al culpable, y entonces pude reconocer á tu hermano; le vi entrar en su casa, y salir pocos minutos después, llevando sus ropas y su navaja para enterrarlas en la montaña. Yo le seguí sin que él lo sospechara; de modo que conozco el sitio donde abrió el hoyo. Ahora, para convencerte más, te daré las señas del arma y de la ropa: la primera es la navaja de que te servías algunas veces para fabricar tus ruecas; la ropa consiste en ese pantalón y esa chaqueta de cutí azul que tu hermano llevaba aún estos últimos días. Ya comprenderás que no hay error y que estoy bien informado.

Silverio vacilaba; sus estremecimientos eran cada vez más fuertes. Roumigas temió verle caer en el suelo.

–¡Eh, muchacho! ¿Por qué afectarte de ese modo? ¡Nada tienes tú que ver con ello, qué diantre! No puedes ser tú responsable de los actos de tu hermano, añadió, empujando al joven hacia un sofá. ¡Siéntate y recobra el espíritu! Ahora es preciso que hablemos un poco.

Silverio se dejó conducir como un niño; seguía mirando á Roumigas con ojos de terror, y no sabía qué decir ni qué hacer. Estaba aturdido por la violencia del golpe.

Sin embargo, Roumigas se paseaba por su gabinete con las manos á la espalda, hasta que al fin, después de algunos instantes de silencio, cogió una silla y fué á sentarse frente á Silverio.

–Muchacho, dijo, hubiera querido ocultarte todo esto; sé que tu hermano es un asesino, pero tú eres un hombre honrado, te aprecio mucho y me inspiras la más sincera simpatía. Me hubiera complacido en extremo ahorrarte el pesar que ahora te aflige, y sin duda comprenderás que para hacerte una confidencia de este género tenía razones muy graves.

Silverio se estremeció, temiendo una nueva desgracia.

–Me has dicho antes, continuó Roumigas, que debías casarte. Ya sé con quién, pues el padre Bordes me lo ha notificado: con la señorita Jacobita Marcadieu. Pues bien, ámigo mío, ya comprenderás que no hay que pensar en ese casamiento.

Silverio no contestó; con ojos extraviados seguía mirando el rostro cetrino del Sr. Roumigas.

–La señorita Marcadieu, continuó el hechicero, es una joven de las más dignas; su abuelo era primo de mi padre, y tú sabes muy bien que no debo permitir, á pesar de mis buenas disposiciones respecto á ti, que uno de mis parientes lleve el nombre de un asesino. Si yo fuese el único que ha de conocer la verdad; si yo pudiera convencerme de que nadie sospechara jamás que tu hermano ha matado á Laroque, y si, admitiendo que Emilio pudiese escapar siempre de las investigaciones de la justicia, estuviera seguro de que no ha cometido ninguna otra mala acción, te juro, Silverio, que no me opondría de ningún modo á tu casamiento. Tu felicidad fuera la mía; ¿pero quién puede responder del porvenir? Lo que hoy está oculto corre peligro de ser descubierto mañana, y por prudente que un criminal haya sido, su delito se puede conocer en un día. Figúrate que te casas con Jacobita de aquí á tres semanas, y que dentro de tres años, si no tres meses, llega á saber de pronto que es la cuñada de un asesino. ¿No te imaginas cuál será su vergüenza y su desesperación? ¿No te parece oir sus maldiciones?.. Silverio, si tú la amas verdaderamente, no necesitas mis consejos, y sin duda adivinas cuál es tu deber: te será preciso olvidar á la señorita Marcadieu. ¡Ten valor, amigo mío! Yo participo sinceramente de tu dolor, y sentiré toda mi vida haberme visto obligado á ocasionarte un pesar. Suceda lo que quiera, puedes estar persuadido de mi abnegación. Si reflexionases un poco reconocerías que te he suministrado ya pruebas irrecusables. El juzgado ha venido esta mañana á mi casa, y ha poco el sargento de gendarmes de Aigues-Vives me preguntaba cuál era mi opinión acerca de ese asesinato, rogándome que le guiara en sus pesquisas: me bastaba hacer una señal, y tu hermano estaba perdido... ¡Vamos, valor, muchacho! Mis afectos á tu padre.

Roumigas se levantó, y Silverio hizo lo mismo; los dos salieron del gabinete de consulta, y atravesando el recibimiento llegaron á la cocina. El hermano de Emilio andaba maquinalmente sin saber adónde iba; vió una puerta abierta y se dirigió hacia ella; después le pareció que bajaba por una escalerilla, oyó crujir la arena bajo sus pies, y hallóse en un sendero del jardín.

La tarde estaba tranquila, la nieve de las lejanas cimas tomaba un tinte amarillento. Silverio, encaminándose hacia el caserío, llegó ante su cascada; acercóse á ella lentamente, con movimiento automático, y la bruma helada de las aguas refrescó su rostro. Al cabo de algunos segundos se estremeció ligeramente, enjugóse el rostro, sus pensamientos se despertaron, y entonces pudo reflexionar, acordándose de Roumigas, de sus revelaciones y de sus consejos.

–¿Conque soy hermano de un asesino?, balbuceó. ¿Y es preciso que renuncie á Jacobita? ¡Oh! ¿No será una pesadilla horrible lo que me agita desde hace una hora?

Dió algunos pasos por delante de la cascada sonora, y sintió latir sus sienes por efecto del terror.

–¡Ah! Pero eso no puede ser, continuó; sería demasiado espantoso. Ese hombre ha debido mentir. Emilio no ha matado á nadie... Quiero asegurarme de ello; voy á ver.

Y alejándose precipitadamente, se dirigió hacia la iglesia, atravesó el pueblo, pasó por delante de la casa de Laroque, alrededor de la cual veíanse aún algunos curiosos, y llegó á la de su hermano, donde entró sin llamar. En el aposento no había nadie; se dirigió al establo, que ocupaba el fondo de la cabaña, y allí encontró á Emilio, que se entretenía en acariciar á unos carneros.

Al ver á su joven hermano, el enfermo se volvió lentamente.

–¿Eres tú, Silverio?, preguntó. ¿Buscas á nuestro padre? Ha ido á ver unos pastos por la parte de Praderes, y no volverá antes de la noche.

Al pronunciar estas palabras, Emilio se sonreía, mirando á su hermano. Parecía menos encorvado y no tan abatido; tenía los ojos serenos y las mejillas sonrosadas.

–No es á mi padre á quien busco, contestó Silverio á media voz, sino á ti, Emilio.

–¿Qué quieres?

–Preguntarte una cosa.

–Ya escucho.

–¿Estamos completamente solos?

–No hay aquí más que nuestros carneros.

Con la mayor indiferencia, el tísico sacaba sal de un bolsillo, llenábase con ella las palmas de las manos y la ofrecía á las ovejas, que se empujaban codiciosas, alargando sus hocicos golosos.

(Continuará)



Así lloró largo tiempo

SECCIÓN CIENTÍFICA

TRANVIA ELÉCTRICO SUSPENDIDO

El rápido crecimiento de las grandes ciudades y la consiguiente expansión de las poblaciones hacia la periferia de las mismas, hace cada vez más necesarios los medios de comunicación cómodos y rápidos. Los tranvías ordinarios que circulan al nivel del suelo de las calles, aun siendo eléctricos sólo pueden satisfacer esta necesidad dentro de ciertos límites, porque la relativa lentitud de su marcha no satisface á los que han de recorrer largos trechos. Por otra parte, el aumento de velocidad resulta peligroso para los transeuntes y en muchas ocasiones imposible á causa del mucho tráfico rodado de algunas vías urbanas.

De aquí que en algunas ciudades se haya construído una red de ferrocarriles y tranvías subterráneos ó aéreos: los primeros, muy generalizados en Londres, son de instalación excesivamente cara, además de poco cómodos para los pasajeros, y sólo en muy contados casos ofrecen verdaderas ventajas; los segundos, los aéreos, cuando no pasan por las calles como en Berlín, podrán ser útiles para las principales líneas de tráfico, pero amén de no ser tampoco baratos, no bastan á satisfacer todas las necesidades del público; y si son como los de Nueva York, es decir, si siguen la dirección de las calles y por consiguiente tienen mayor utilidad que los otros, resultan sumamente feos y molestos para los pasajeros y para los habitantes de las casas por encima de las cuales circulan. La sustitución del vapor por la electricidad en estos tranvías ha remediado algunos de estos inconvenientes, el del humo entre ellos, pero no por eso ha mejorado su condición.

Muchas tentativas se han hecho para obviar tales inconvenientes, como la de reducir la anchura de la vía, que tanto afea las calles, haciéndola de un solo riel; mas en todos los sistemas hasta ahora propuestos resulta que ó los vagones, si van sobre los rieles, han de llevar en su parte inferior unas poleas-guías para que se mantenga el equilibrio, y si van por debajo necesitan en su parte superior otro riel y por ende las mismas poleas arriba. Esta disposición es muy poco á propósito para inspirar confianza.



Fig. 1. – Tranvía eléctrico suspendido, sistema Langen. Trayecto construído como ensayo en Deutz

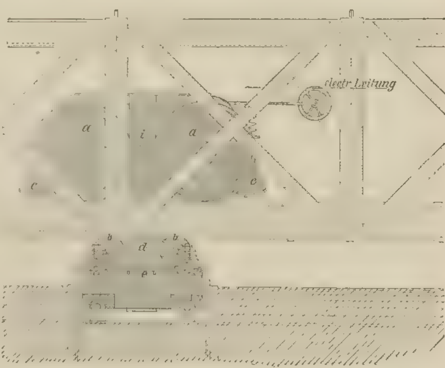


Fig. 2. – Disposición de los sostenes y del aparato giratorio, sección lateral

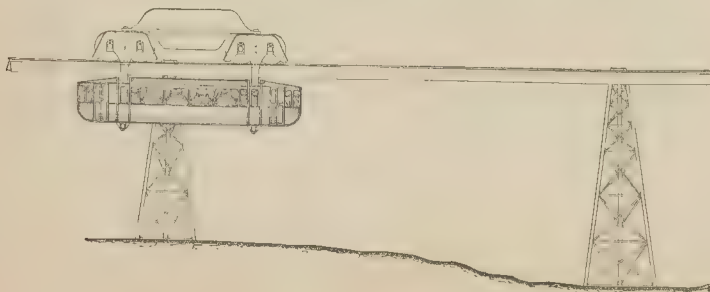


Fig. 3. – Vista del coche suspendido

El último invento dentro de este sistema es el tranvía eléctrico suspendido de Eugenio Langen, de Colonia, y por las ventajas que ofrece sobre todos sus similares nos mueve á decir algo acerca de él.

En esta clase de tranvías los vagones, provistos cada uno de dos aparatos giratorios colocados en su techo, cuelgan de unos sostenes en forma de caja sin fondo que se apoyan sobre columnas ó soportes situados á 25 ó 30 metros de distancia unos de otros: los rieles están asentados en el lado interno de cada escarpa inferior. Cada aparato giratorio tiene dos ejes y es impulsado por un electromotor. La conducción de la corriente se verifica por medio de conductores que pasan por dentro de los sostenes y que, por consiguiente, en nada pueden perjudicar á las conducciones telefónicas y telegráficas. La disposición de estos vagones con aparatos de dirección, frenos, etc., es análoga á la de los vagones de los tranvías eléctricos, con la sola diferencia de que las plataformas son cerradas. Los aparatos de seguridad, en cuanto no los lleva ya consigo el mismo sistema, son más que suficientes para tranquilizar al público, pudiendo asegurar que los vagones ni pueden descarrilar ni precipitarse de la altura en que se mueven: en efecto, para que no descarrilen las ruedas hay debajo de los rieles unas dobles poleas que en situación normal no funcionan; para el caso de rotura de un riel, las ruedas encuentran un punto de apoyo en la especie de cinturón que llevan los sostenes, y si la rotura es de una rueda ó de un eje quedan sobre los rieles unos garfios que á modo de trineos se deslizan por encima de ellos. Si se rompen también las poleas, otros garfios que salen fuera de los cinturones de los sostenes impiden que el vagón siga su marcha. Aunque simultáneamente se rompiera toda una serie de órganos, el coche no caería: para que esto pudiera suceder sería preciso que se vinieran abajo todos los sostenes.

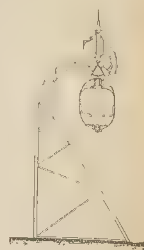


Fig. 4. Esquema de un soporte

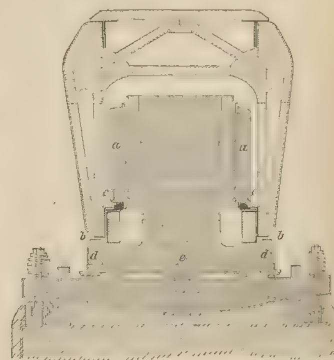


Fig. 5. – Disposición de los sostenes y del aparato giratorio, sección transversal

Este sistema de tranvías tiene, además de éstas, otras muchas ventajas sobre los tranvías aéreos comunes: en primer lugar la altura y en segundo la poca anchura de la vía, que permite que los soportes sean de forma esbelta y que toda la construcción tenga un aspecto elegante. En las calles donde hay árboles dichos soportes se confunden con los troncos de éstos y la vía se disimula entre las ramas de los mismos.

La explotación de este sistema nada de particular ofrece, pues en punto á velocidad, á dimensiones de los coches, etc., satisface como todos los demás las necesidades del público. Es interesante también observar la aplicación de un procedimiento por el cual un vagón no recibe la corriente eléctrica y no puede, por ende, moverse hasta que el que le precede se halle á la distancia reglamentaria.

Merece asimismo mencionarse la facilidad con que en este sistema se salvan las corrientes de agua.

Por otra parte, dado el poco espacio que la vía ocupa, pueden establecerse estos tranvías en las calles de segundo orden, dejando completamente li

bres las grandes vías, es decir, las vías de lujo, lo cual no puede conseguirse con otros sistemas.

En Deutz (Colonia) se ha construído un trozo de vía para hacer la prueba de este ferrocarril y para las ciudades de Berlín y Hamburgo se han solicitado concesiones, siendo muchas las capitales de Alemania y del extranjero, especialmente Inglaterra, que se disponen á instalar el tranvía suspendido que hemos descrito y de cuyos detalles podrán formarse idea nuestros lectores por los grabados que publicamos. - X.

* * *

PESCA DEL NÁCAR EN LA INDIA

En la India inglesa se hace un enorme comercio de conchas de nácar, que generalmente pertenecen á la especie *Turbinella* y que principalmente se encuentran en distintos puntos del golfo de Manaar, en Jaffnapatam, en Travancore, en Tuticorin y en Kilakarci. La pesca se efectúa especialmente en estos dos últimos sitios, situados uno cerca de Ramade y otro en el estrecho de Tinnevelly. Esas conchas se cogen á dos brazas de agua, unos 3'20 metros, comenzando la pesca en octubre para terminar en marzo. En aquellas regiones se encuentran gran número de bancos de estas conchas en estado fósil, pero las únicas que se venden á buen precio son las que se pescan estando aún vivo el molusco, pues de lo contrario el nácar pierde su brillo y no vale ni siquiera lo que cuesta el flete. Entre los moluscos vivos los hay también dañados por gusanos, como sucede con las ostras, siendo la proporción de estas conchas malas de una décima parte.

Ya hemos dicho que el nácar es muy solicitado en la India y da lugar á un considerable comercio que tiene sus grandes centros de venta en Calcutta y en Madrás. En la época en que la dinastía de los Chalukya reinaba en Kalian, la concha de nácar era una de las insignias de la realeza, y aun hoy en día á los indios ricos se les entierra con una porción de joyas, como brazaletes, collares y sortijas, fabricadas con esta materia, con la que se confeccionan también cajas.

Fig. 6. - Perfil de un soporte con dos sostenes

El gobierno inglés explota en provecho propio esta pesca que en los 17 años desde 1877 á 1893 le ha producido 2 lacks 3.674 rupias 11 annas, ó sea unos 490.000 francos. Durante la temporada de 1892 á 1893 se han pescado 316.354 conchas en buen estado y 30.132 picadas por los gusanos, habiendo sido el precio de venta total de 39.280 francos; y como los gastos de explotación se han elevado á 19.700 francos, resulta que el gobierno inglés ha obtenido un beneficio de 19 580 francos.

Mas no se crea que el precio de venta de estas conchas sea regular y uniforme; por el contrario, sufre grandes variaciones. Así por ejemplo, en la última temporada vendiéronse aquéllas á 45 y 51 rupias (108 y 122 francos aproximadamente) el millar, cuando en 1890-91 habíanse vendido á 78 y en 1887-88 á 123 rupias.

Además el precio unitario de una concha oscila entre límites extraordinariamente diversos, según ciertas cualidades excepcionales que cada una puede presentar. Su valor depende principalmente del volumen, siendo de notar que las que aparecen abiertas por la derecha, que son sumamente raras, se venden á precios en extremo elevados, habiéndose llegado á pagar por algunas de ellas 400, 500 y hasta 1.000 rupias, y aun se cita una por la cual se dieron 2.000, ó sea más de 4.700 francos.

La pesca de las conchas de nácar es sumamente original. Los hombres que en ella se emplean van subidos en unas armadías formadas por cuatro troncos de árbol atados con cuerdas de coco, y llegados al punto en donde se encuentra el banco de madreperlas, se sumergen llevando á la espalda un saco con un pequeño azadón que les sirve para desprender las conchas.

Algunos pescadores se sumergen de este modo hasta 9 brazas de profundidad y permanecen dentro del agua unos 30 ó 40 segundos; pero los hay que resisten hasta un minuto y algo más, si bien cuando salen arrojan por los ojos y los oídos agua teñida en sangre. A pesar de lo pesado y peligroso de este trabajo, los infelices buzos ganan un jornal sumamente ínfimo.

Este sistema de pesca es, como se ve, poco práctico y muy penoso, sin embargo de lo cual los que se encuentran al frente de la explotación no parecen dispuestos á modificarlo.

Lo mismo sucede con la pesca de la perla, pues aun cuando en algunos puntos se usan ya aparatos que facilitan la tarea de los pescadores, en otros muchos se sigue el primitivo sistema. - D.

LIBROS

ENVIADOS Á LA REDACCIÓN *por autores ó editores*

La fetidez de aliento de origen nasal, por el *doctor Avelino Martín.* – El conocido médico barcelonés especialista de las enfermedades del oído, garganta y nariz, Sr. Martín, ha hecho un estudio completo del ozena verdadero, que expone en el libro que nos ocupa y en el cual trata del concepto general de esta enfermedad, de su etiología, anatomía y fisiología patológicas, sintomatología, diagnóstico y pronóstico y tratamiento. Esta obra, en la que se patentizan los conocimientos profundos de su autor, se vende al precio de 2'50 pesetas.

Rimas, por *Leonidas Pallares Arteta.* – En vez de exponer el juicio que nos merecen las poesías contenidas en este tomo, preferimos copiar lo que acerca de su autor escribe el ilustre literato peruano D. Ricardo Palma. «En el autor de este libro hay más tendencia al espiritualismo romántico de Bécquer que á la fosforescencia pesimista de Verlaine y Richepin. Pallares Arteta es un poeta sujetivo, que expresa sus esperanzas, sus ensueños, sus alegrías y sus dolores amorosos, sus sentimientos íntimos todos sin recurrir á fastuosa palabrería.» Por nuestra parte solo añadiremos que los versos del Sr. Pallares Arteta son dulces y armoniosos y abundan en bellísimos pensamientos. *Rimas*, que forma el primer tomo de la serie de obras poéticas de su autor, se vende en Lima en la librería Gil (Banco del Herrador, 113 y 115) al precio de 50 centavos.

Historia de la civilización ibérica, por *J. P. Oliveira Martins.* Traducción de D. *Luciano Taxonera.* – El mejor juicio que podemos emitir acerca de esta obra importantísima del eminente publicista portugués es copiar las siguientes frases que le dedica el conocido poeta gallego Curros Enríquez: «En esta obra, dice, se registra en páginas de oro la historia de la raza ibérica, se analiza nuestro presente y se anuncia la aurora de nuestra regeneración. Leyendo este libro se siente uno orgulloso de haber nacido en este rincón de Europa, surgen en el alma impulsos generosos y como del fondo de un ataúd creemos levantarnos y resucitar á nueva vida, animados por un soplo de fe en el porvenir, del pantanoso lago de pesimismo y de duda que nos rodea.» La traducción del señor Taxonera reune las condiciones de fidelidad y corrección de lenguaje que en tales trabajos son indispensables. Véndese el libro en todas las librerías al precio de siete pesetas en Madrid y ocho en provincias.

Vendedora de higos chumbos en Granada, cuadro de Cecilio Pla

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 25 de marzo de 1895 — Núm. 691



¡DIOS LES ASISTA!, cuadro de Arturo Faldi, grabado por Mancastropa

SUMARIO

CRÓNICA DE ARTE

El día 1.º del próximo mes de abril comenzará á correr el plazo de admisión de las obras que hayan de figurar en la próxima Exposición nacional de Bellas Artes. Cuándo terminará ese plazo, es cosa que, aun cuando la *Gaceta* ha dicho que el día 12 del mismo mes, no puede saber nadie: dependerá de los mismos artistas.

Porque, en eso sí, no pueden dejar de ser españoles. Y aun cuando en la ocasión presente no esté de parte de aquéllos toda la culpa del retraso que pueda sufrir la apertura del certamen, sin embargo, es cosa corriente entre pintores y escultores de acá de los Pirineos dejar la labor para las últimas semanas que preceden inmediatamente á la apertura de las Exposiciones. Ya, de un modo indirecto y desde un periódico madrileño, piden nuestros artistas la consabida prórroga. Por esta vez, sería «materialmente» una falta de equidad por parte del ministerio de Fomento que no se les concediese la ampliación del plazo destinado á admitir las obras. Y digo *materialmente* porque todos los artistas sabían hace bastantes meses que se celebraría la Exposición.

Muchos y muy diversos son los juicios que se emiten ya acerca de la importancia que pueda tener el certamen artístico de mayo. Quiénes afirman que la tendrá excepcional, quiénes que será uno de los más flojos. Verdaderamente, tal es la fluctuación en que viven los artistas respecto de los rumbos que al arte se le indican hoy por las ciencias, así morales como físicas, así por las ideas sociales como por las que reaccionan en un sentido exaltadamente místico.

Y á juzgar por las noticias hasta mí llegadas, el género místico, así el de carácter religioso como el artístico puramente, tendrá gran representación en el próximo concurso. Entre los asuntos de los cuales se habla con encomio y que pertenecen al género citado, figurarán un «Episodio de la vida de San Isidoro,» de Garnelo; «La muerte de la Virgen,» de Palomo y Anaya; «Gesta el mal ladrón,» de Fernández Copello; una escena del «Nuevo Testamento,» de Vidal; el celebrado medio relieve de Querol «San Francisco curando á los leprosos;» «Santa Eulalia,» de Palencia, y así otros que no recuerdo; del género místico-socialista, al tenor de las doctrinas de los Tolstoi y secuaces, se expondrán «Miseria de levita,» de Stuyck; «Malaventura,» de Salces; «Último sueño de una virgen,» de Villegas Brieva.

No menciono más. Tengo por cierto que el misticismo religioso no encuentra ambiente en que desarrollarse. A cualquier parte adonde dirija sus ojos el artista que pretenda cultivar el género pictórico, encontrará realidades demasiado grandes, problemas sociales en solución, más grandes todavía: el positivismo, en fin, amasando las ideas con las necesidades, sean éstas cualesquiera que sean, pertenezcan á la vida material ó á la del espíritu. He aquí por qué el género místico-religioso puramente dogmático, exclusivamente teológico, no puede realizarse hoy. El carácter impreso por ese positivismo de que hablo al arte religioso, lo diferencia totalmente del de ayer. La intensidad del pensamiento moderno aumenta en relación á la intensidad de las necesidades morales y materiales de las sociedades que hoy viven. El conocimiento de un problema social implica el presentimiento de otro derivado. Nunca como al presente ha necesitado el hombre – y por el hombre entiéndase la humanidad – remontar el vuelo de su imaginación, de su inteligencia, para ir al encuentro de las verdades que del núcleo de las doctrinas emitidas por los pensadores de las pasadas y presentes edades, van surgiendo con irregulares intervalos, como del espacio sin medida donde los astros giran se desprenden esos fragmentos de materias desconocidas que nos revelan otros mundos y otros organismos y otros seres. No en vano Cristo expuso una doctrina; no en vano Aristóteles nos traza un sistema de investigación, al ahondar en los hechos contingentes para deducir todo un infinito tangible; no en vano el esfuerzo del pensamiento, impulsado por la voluntad y ésta por la fuerza de lo necesario mediato ó inmediato, al indicarnos el progreso mayor nos indica también que las necesidades del *yo* físico y del *yo* psíquico son más complejas y no menos imprescindibles.

Por eso, con arreglo al elevado nivel que han alcanzado nuestros deseos y nuestras aspiraciones, no puede responder el arte que produjeron sociedades cuyos horizontes, en todo orden de ideas, eran mucho más limitados que los de las generaciones de estos últimos años del siglo XIX. Ayer se contentaba el hombre con la galera ó el carromato para trasladarse de un lado á otro, hoy no puede prescindir de la velocidad vertiginosa del vapor. La vida era ayer simple, hoy es compleja, múltiple; por lo tanto las necesidades son también complejas y múltiples. Y á tenor de esta gradación ascendente, va ascendiendo el pensamiento, y el sentimiento adquiere modulaciones de intensidad infinita.

A ese estado intelectual, hijo – mejor dicho, – generador del positivismo, responde el movimiento místico-filosófico del arte. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA en el número correspondiente al día 4 del actual mes de marzo, al publicar algunos de los cartones del semi-ruso Schneider, viene á probar palmariamente cuán cierto es lo que vengo diciendo ha bastante tiempo y como ahora en estas mismas columnas respecto de la equivocación que sufren los artistas que buscan en el arte puramente religioso, ó en el que interpreta doctrinas de carácter puramente teológico motivos para cuadros ó estatuas. Schneider, como Miguel Ángel, no hacen de Cristo el Cristo cuya divina voluntad no puede ser apreciada por la humana conciencia, y por lo tanto aparece caprichosamente, ya justiciero, ya vengador, ya infinito de bondad. No; Schneider, como el gran florentino, sintetizan en Cristo la humanidad con sus aspiraciones eternas hacia lo perfecto. He aquí por qué creo que si domina en la próxima exposición el género religioso, ha de ser aquel certamen un certamen donde se hallen en completo divorcio el artista y el pensador.

Verdaderamente que, como ya he dicho hace poco tiempo, no se advierte, cual otras veces en análogas ocasiones, movimiento grande en los talleres de los artistas, especialmente en los de aquellos que forman en primera y en segunda fila. De Domínguez, de Ferrant, de Muñoz Degrain, de otros que miden la talla de éstos, no sé que piensen en exhibir, si acaso, más que retratos. Sin embargo, de la cuenta hay que separar á Moreno Carbonero, quien está terminando un cuadro (un asunto inspirado en *Don Quijote)* que, según dicen los que han visto aquella obra del autor de *Gil Blas* y tantos otros lienzos del mundo del arte conocidos y alabados, es una maravilla. También Cutanda llevará una nota verdaderamente dramática á la Exposición si tiene tiempo para terminarla.

He hablado de que se exhibirán retratos; á juzgar por los anuncios ascenderán á noventa ó cien los que figuren en el próximo certamen. Sorolla exhibirá varios; Martínez Cubells, si no mienten las crónicas, treinta; un artista nuevo, pero que se está poniendo en moda entre la aristocracia, pues pasan de ochenta los retratos que tiene encargados, casi todos de damas, expondrá varios, y así otros pintores.

Hasta ahora los nombres de artistas que tengo apuntados y que se disponen á ir á la lucha, son de desconocidos. Juventud que llega llena la mente de esperanzas, de ardimientos. Yo no sé qué pensar acerca de esta avalancha diaria de pintores y escultores que cada día viene á invadir el campo del arte con el ímpetu de los primeros años. Realmente, cada hora que pasa hace más difícil y espinoso el cultivo de aquella entidad. El pensamiento humano vuela con la velocidad del rayo, descubriendo horizontes nuevos y por lo tanto desconocidos. El arte no puede supeditarse ya á la reproducción de la naturaleza ni á expresar un pensamiento cuyo valor no tenga una importancia reconocida dentro de las aspiraciones del espíritu moderno. La equivocación terrible que padece el artista latino, y especialmente el español, es creer en que la misión del arte está en reproducir de un modo fiel la naturaleza, sin preocuparse de otra cosa. Y precisamente hoy, lo que nuestros artistas toman como finalidad, no es sino el medio para expresar otras bellezas que no pertenecen á la plástica. Pero tamaña equivocación en nosotros los españoles procede de no habernos preocupado jamás en estudiar á fondo ningún problema, sea de la clase que sea, ni mucho menos inquirir las causas de los hechos. Aceptamos éstos, como podemos aceptar un vaso de agua cuando tenemos sed, sin que se nos ocurra preguntar de dónde procede el agua, ni si el estómago lo tenemos en aquel instante en disposición de soportar el transparente y cristalino elemento. Porque aquí, el artista, con especialidad el pintor, ha mirado á Velázquez, y en el autor de las *Meninas* la verdad plástica en que es colosal maestro; y ya no piensa más. Para él, Velázquez es todo. Y Velázquez no es todo, ni mucho menos. Velázquez es un pintor de hoy, que pinta la verdad de un modo prodigioso. Velázquez es el genio que supo desligarse de las ideas de su tiempo, dejando á un lado el ambiente místico-dramático en que vivían sus colegas, para pintar hombres física y moralmente. Velázquez es el genio que va derechamente á ilusionarnos con la reproducción de lo que nos rodea, pero Velázquez no hace más; es menester ser sinceros, es menester que seamos justos, es menester que no nos engañemos: entre Velázquez reproduciendo lo que ve, y Rafael, Miguel Angel, Vinci ó el Ticiano, no hay duda, Velázquez es el que más se acerca á la verdad; pero Velázquez queda obscurecido, olvidado – no lo duden los artistas – ante *La Escuela de Atenas*, ante el *Juicio Final*. Decía Diderot que la obra de esos colosos sintetiza el pensamiento humano en todos los aspectos de los grandes ideales y de las grandes realidades y de los grandes problemas.

Si el objeto del arte fuese reproducir lo que nos rodea, sin cuidarse de escoger una idea, el arte moriría prontamente.

A Vicente Cutanda le ha salido un competidor de su cuadro *La huelga*. Munckasi está terminando, si no lo ha terminado ya, un cuadro que tiene por motivo el mismo asunto. Y lo más notable es que en el cuadro del célebre autor de *Milton dictando á sus hijos el Paraíso Perdido*, la escena está compuesta de un modo análogo al de Cutanda. Como en el de este pintor, en el cuadro de Munckasi: hay un obrero que, subido en la plataforma de un vagón, dirige la palabra á sus compañeros, quienes, en actitudes más ó menos fieras, pitan, imprecan ó le escuchan. El lugar de la escena también es el fondo de una fábrica.

En París acaba de morir uno de los predecesores de Neuville y de Detaille que más alto colocaron la pintura del género militar. Llámase Armando Dumaresq. Pintor afamado en ocasión del segundo imperio, hacía tiempo que abandonara los pinceles, pues su hora había pasado. La luz abierta, el realismo fotográfico de los que le sucedieron, con otras condiciones del momento (que á su vez han pasado también), obligaron á Dumaresq á abandonar la lucha del arte.

Sin embargo, Dumarescq era un esclavo de la verdad. Para «componer» los asuntos de un cuadro siguió á las guerras en Argel y en Italia, al ejército francés, y allí como testigo de vista y en medio del campo de batalla tomaba sus impresiones y hacía sus estudios. De este pintor existe en el Museo de Versalles una colección de acuarelas, que le fueron encargadas por el emperador Napoleón, que no tienen más valor que el de datos de indumentaria militar. Su última obra, hecha cuando el sitio de París, es una escena de guerra, tomada del natural cerca de Champigny.

Actualmente se están celebrando en la capital de Francia varias exposiciones llamadas por la prensa *Petits salons*, de acuarelas, de cuadros, esculturas, de pintoras, de aguas fuertes y de dibujos. El salón de las *pintoras* es, según nos cuentan los críticos, bastante malo. Salvo tres ó cuatro telas, donde las flores y las frutas aparecen como motivo principal, el resto es insoportable. La exposición de dibujos, titulada *La Pluma*, é instalada en la calle de Bonaparte, si no muy numerosa en obra, tiene cierta importancia por las firmas que en ella figuran. A este «saloncito» asisten Puvis de Chavannes, Rodin, Cherét, Grasset, Charpentier, Groux y otros de segunda fila.

Y vayan las dos últimas noticias. En el mes de junio próximo, después que haya pasado el calor de los salones de los Campos Elíseos y del de Marte, se organizará, por inspiración de parte de la crítica parisiense, una exposición de las obras del paisajista Corot. Lo que se recaude se destina al monumento que á este pintor, uno de los más sinceros y delicados intérpretes de las tintas del alba y del anochecer, le erigirán en su país.

A varios pintores ingleses, entre los que recuerdo á Salomón, Alma Tadema y Leython, les acaba de otorgar la universidad de Oxford, por sus escritos sobre crítica artística, filosofía é historia, la borla de doctor en filosofía. ¿Cómo se las compondrán esos célebres pintores para pintar, estudiar y escribir? Porque, según me dicen cuantos artistas conozco, no les es posible (á los que me dicen esto) leer ni la más pequeña de las gacetillas de cualquier periódico.

R. BALSA DE LA VEGA



Nicolás María Rivero

SEMBLANZA

Hará aproximadamente cuarenta años, época á que se refiere la mayor parte de este relato, los trasnochadores de Madrid apenas tenían sitios honestos donde guarecerse de la intemperie, porque entonces no había más que el casino de la Carrera de San Jerónimo, el café de la Perla situado en las Cuatro Calles, el del Gato en la calle del mismo nombre, y otro en la de la Gorguera (ahora de Núñez de Arce). Estas tres localidades, pues no incluyo el casino de Madrid reservado para los socios, algunas tabernas á puerta cerrada y varias buñolerías eran los únicos establecimientos públicos que funcionaban á altas horas de la noche ó madrugada. Por esta causa imperaba en el trasnocheo un completo socialismo, puesto que á veces se reunían en un mismo local personas de todas clases, desde las más encopetadas á las más humildes. Había también entonces casas de juego y otras pecaminosas, sólo aprovechables para los trasnochadores viciosos, y no al alcance de todas las fortunas.

D. Nicolás María Rivero, que era trasnochador, concurría casi todas las noches al susodicho café de la Perla, acompañado de sus dos ayudantes nocturnos, el novelista Juan de Dios Mora y un periodista llamado Pérez del Haya. En el café de la Perla conocí y fuí presentado á D. Nicolás, el cual no bien cambiamos los primeros saludos me hizo la siguiente pregunta, extraña para mí entonces:

– Y diga usted, amigo, ¿usted ha conocido á Juan Pastor?

– No, señor, contesté yo, pero es nombre que me huele á torero.

– ¡Qué desgracia!, dijo D. Nicolás. ¡Nadie ha conocido á Juan Pastor!

Juan de Dios Mora me explicó después que esta pregunta constituía una especie de broma, *quedo* ó muletilla del célebre hombre político y orador, que no se limitaba á hacerla en sus actos de expansión privada, sino que también en los públicos y casi oficiales, como sucedió cuando estuvo en Barcelona en el apogeo de su popularidad, que se la hizo al presidente de la Diputación provincial, dejándole contristado y preocupado por no saber contestarla. Pero D. Nicolás, queriendo una noche *quedarse* con un D. Juan Rando, vividor andaluz y coronel retirado, que entonces pululaba por Madrid, encontróse con la horma de su zapato.

– ¿Supongo, amigo, que usted habrá conocido á Juan Pastor?, le preguntó.

– ¿Al torero?

– Sí, señor, al torero.

– ¡Pues no he de haberle conocido!, dijo Rando en el tono más natural del mundo. El año de 1843 vivía yo en el piso principal de una casa de la calle del Ave María, señalada con el número 14, y tenía por vecino en el segundo al diestro Juan Pastor. Con este motivo le conocí y traté mucho, así como también á su familia, que la constituían Concha su mujer, Asunción su cuñada, y Paquito, Dolores y Bernardina, sus tres hijos. ¡Vaya si le he conocido! ¡Le tengo dados más cigarros!..

– ¿Ven ustedes cómo no es broma mía y que hay quien ha conocido á Juan Pastor?, observó D. Nicolás, dirigiéndose á sus ayudantes, á Roberto Robert y á mí, que le acompañábamos.

– Y diga usted, D. Nicolás, preguntó á su vez Rando. ¿Usted ha conocido á la comadre de Juan Pastor?

– ¿A su comadre?

– Sí, á la Mariquita Chaparrones.

– No, señor, contestó Rivero, y vean ustedes cómo no puede haber erudición completa.

A los pocos días de tratarle yo, encontré á D. Nicolás en el café solo, porque Juan de Dios Mora hallábase levemente indispuesto y Pérez del Haya tenía que trabajar en la redacción de *La Discusión* hasta bien entrada la mañana. A poco rato de llegar, me dijo D. Nicolás:

– Quiero que sea usted socio del Círculo Aéreo, pues lo merece, y esta misma noche voy á presentarle á usted.

– Pero D. Nicolás, repliqué yo, que nunca había oído hablar de semejante círculo, advierto á usted que en este momento histórico no estoy para ser presentado en parte alguna; en primer lugar porque supongo que habrá cuota de entrada...

– Ninguna, interrumpió Rivero; es una sociedad recreativa, modesta y generosa, que vive del aire, como lo indica su nombre.

– Además, no estoy en traje...

– Allí se admiten todos, con tal que no falten descaradamente á la decencia.

– Sin embargo...

– Nada, nada; no hay subterfugios que valgan: desde esta noche será usted socio del Círculo Aéreo: el círculo es digno de usted, y á usted le vendrá pintiparado.

– ¿Y dónde está?..

– No admito interrogaciones. Quiero que goce usted del placer de la sorpresa.

Conocía el carácter de D. Nicolás y no insistí.

Un rato después salimos del café, seguimos la Carrera de San Jerónimo, y por la Puerta del Sol embocamos la calle de la Montera, por la acera de la derecha. Un poco más arriba de la calle de la Aduana había un corro de cuatro hombres, dos metidos en el quicio de una puerta cerrada y los otros dos en la acera. Paróse allí D. Nicolás, saludó á los del corro, que le recibieron con suma complacencia, y dirigiéndose á mí dijo:

– He aquí, amigo mío, el Círculo Aéreo, llamado así, no porque esté en el aire, sino al aire. Sus socios han tenido la bondad de nombrarme presidente honorario; pero el efectivo es el Sr. Mollinedo, aquí presente, quien á pesar de su alto cargo en la dirección de Correos, aún tiene tiempo de ocuparse del fomento de este círculo, manteniendo en él el fuego sagrado, ó mejor dicho, la escarcha.

Uno de los dos sujetos que ocupaban el quicio de la puerta, y que era un buen mozo, muy simpático, se inclinó cómicamente.

Rivero prosiguió diciendo:

– Esta noche serán fáciles las presentaciones, puesto que el círculo está poco concurrido, tal vez por ser temprano – eran cerca de las tres de la mañana. – El Sr. Navarro, diamantista de S. M. C. la reina de España y notable en el acordeón... – Un caballero que estaba junto á Mollinedo, también muy buen mozo y sumamente elegante, inclinóse á su vez. – En cuanto á estos dos señores, que cumplen mejor los estatutos de la sociedad, puesto que están más á la intemperie – repuso D. Nicolás, – son D. Timoteo España, que durante la noche siente horror hacia su catre de tijera, y D. Roberto Robert, escritor recién venido á Madrid, el cual si no se le tuerce el carro llegará á morirse de hambre, como tantos otros. Y ahora, señores, sólo me resta suplicar á ustedes que admitan por compañero y socio á este buen amigo... (por mí), pues cuando yo le presento, méritos tendrá para ello.

Tal fué mi ingreso en el Círculo Aéreo, que Navarro celebró llevándonos á su casa y obsequiándonos con salchichón catalán y vino de Jerez.

Por el relato precedente se comprenderá el carácter de D. Nicolás María Rivero: era el mayor bromista y el más correcto que yo he conocido. Mi queridísimo amigo Manuel del Palacio, con sus chispeantes versos creó una reputación de borracho al hombre político y ministro de la Unión Liberal Negrete, que sólo bebía un cuartillo de vino, repartido en las dos únicas comidas que hacía; pero la reputación de Rivero de aficionado á la bebida no tuvo que hacerse: era de indiscutible notoriedad, y causa de admiración en él, lo que en otros lo es de censura y vilipendio. Porque D. Nicolás bebía mucho: es indudable y yo lo he visto; pero si se achispaba, sería por dentro; pues bebiendo ó sin beber, nunca, que yo sepa, faltó á las conveniencias sociales. Rivero, y permítaseme la comparación, era como el camello, que sabe la carga que puede sobrellevar, y por eso en sus libaciones no se extralimitaba nunca de las que podía resistir. Su chispa material se concatenaba con la de su viva imaginación, y sólo se revelaba aquélla en algo más de locuacidad que en el estado normal. Tenía genialidades y arranques impetuosos en la vida pública política; pero fuera de ésta, en su trato y en sus expansiones no ha habido hombre más sociable y correcto. Por su índole y costumbres se rozaba frecuentemente con todas las clases sociales, y á todas les era simpático por sus prendas de franqueza é ingenio. Así se explica su popularidad: otros hombres políticos de tanta valía como él han sido discutidos: él nunca: cuando ocupaba un alto puesto, ni amigos ni adversarios dudaban de su capacidad y rectas intenciones. Era atractivo en su conversación, la adaptaba á sus oyentes, y en sus excursiones nocturnas tenía contrastes deliciosos. La gente del pueblo le buscaba para oirle hablar, pues él era asequible á todos, y le oía con respetuoso regocijo; porque Rivero poseía el difícil don de ser familiar y respetado. Había observado mucho las costumbres populares andaluzas, y las describía con admirable relieve y gracejo; y sucedía á veces que estando hablando, por ejemplo, de una boda de gitanos, llegaban á su corro algún hombre político de talla ó poeta ó literato (cosa frecuente en la época á que me refiero), y entonces D. Nicolás, alzando el coloquio, le elevaba á disquisiciones profundas y verdaderas. Exceptuando estas ocasiones, su lenguaje era llano, pintoresco y *guasón*. Marcaba las fechas en broma, y decía, por ejemplo: «Cuando Navarro, montó la corona de la reina Isabel, y se le extravió un diamante,» ó «cuando Félix Bona, *secundum* su hermano el cojo, con tres folletos derrocó la dinastía de Luis Felipe,» ó «cuando Miralpeix dejó un presente á los soldados que tomaron la barricada que defendía.» Esto último necesita explicación: Miralpeix era un patriota catalán que se batía en todas las barricadas que se alzaban contra el gobierno del general Narváez; y estando en una, levantada en la Carrera de San Jerónimo, antes de retirarse forzado por la tropa, dejó en aquélla una cosa que no puede mencionarse.

Otro caso raro en Rivero: aunque andaluz y aficionado á *excitarse*, no era embustero ni siquiera exagerador; por cuya razón me chocó mucho una aventura suya que me contó, por parecerme inverosímil á todas luces: hela aquí: En su primera juventud, soltero y antes de establecerse definitivamente en Madrid, D. Nicolás hizo dos ó tres excursiones á la villa y corte. En una de ellas se enamoró de una joven, hija de un cerero de la calle de Toledo; se arregló con ella, y entraba todas las noches en su casa por el siguiente procedimiento: A altas horas, cuando la familia del cerero estaba recogida, la resuelta joven y su criada (que era cómplice) descolgaban á la calle por medio de una maroma un cajón de los de guar-

dar cirios: metíase en él Rivero, y ellas tirando, le subían hasta el balcón; pero sucedió que una noche estando en esta ascensión, las forzudas jóvenes fueron sorprendidas por el cerero; aturdiéronse, dejaron de tirar, y el galán aéreo cayó al suelo, sin sufrir afortunadamente más percance que un tremendo batacazo; y eso que el balcón estaba en un piso segundo. Me contó D. Nicolás la aventura con tal convicción y seriedad, que yo no me atreví á decirle que este sucedido se parecía mucho al de Manolito Gázquez, cuando con el hilo de baba que se le caía, enganchó á un hombre y le subió á lo alto de la Giralda de Sevilla.

Desde el café de la Perla, solía Rivero ir á la cocinilla del casino de Madrid, situada en la calle de Arlabán y abierta al público toda la noche, y allí pasaba la última etapa de su trasnocheo. Se servía bien en la cocinilla, aunque caro, lo cual era una ventaja hasta cierto punto, pues por esta causa no era asequible á los trasnochadores de baja estofa. En este *restaurant* nocturno conocí yo al duque de San Lorenzo, al conde de Torrejón, á Tonico Castellá y á otras personas distinguidas: era como una sucursal del casino, y tenía además el aliciente de que algunas veces presentábanse allí trasnochadoras. Como en la cocinilla se resumían las noticias del día, don Nicolás, á instancias nuestras, nos daba su opinión respecto á los sucesos de actualidad, y rara vez se equivocaba. Allí nos predijo el fin del bienio progresista, las fases más salientes de las campañas de Crimea y Africa y la revolución de septiembre. A los dos meses de entrar D. Amadeo de Saboya en Madrid, nos dijo: «Ese rey, sin nobleza y sin pueblo, no puede arraigar: es una planta exótica, sin ambiente arriba y sin tiesto abajo.» De la república decía que era una joven inexperta, que aburrida de sus adoradores les dejaría plantados, como la Marcela de Bretón de los Herreros á sus pretendientes. Posteriormente, cuatro ó cinco meses después de la restauración encontré una tarde á Rivero en el café de la Iberia en compañía de Cristino Martos. Ambos hombres políticos disputaban: Martos apostaba á que el primer ministerio de D. Alfonso sería el primero y el último; Rivero replicó: «No quiero ganar á usted la apuesta, porque ya hay rey para rato;» y era que don Nicolás, no obstante ser hondamente liberal, no se hallaba nunca perturbado por la pasión política: su clara inteligencia se sobreponía á sus aspiraciones, cuando no eran factibles, como el sol á las nubes. Era un notable hombre de gobierno, y su primera cualidad la energía y la previsión. Fué alcalde de Madrid á raíz de la revolución, y si bien con alguna merma del erario público, evitó excesos populares, proporcionando distracción y sustento á millares de trabajadores, y decía á propósito de éstos: «Les he puesto el acial.» Fué ministro de la Gobernación y casi limpió á España de bandolerismo. A veces era algo violento de procedimiento, por lo cual no faltó quien le llamara el Narváez de la democracia.

Rivero, además de su afición al trasnocheo, á las libaciones y á la chanza, tenía otro saliente: era dado á hacer monólogos, y los hacía casi siempre que estaba solo. «El monólogo – decía – está en la naturaleza; la palabra interior escuece: arengar al espacio es abrirse una fuente. Hablar en alta voz y solo es como seguir un diálogo con el dios que lleva uno dentro de sí mismo, y poseer la facultad hermafrodita de servirse á sí propio de auditorio: las ideas propias se sienten mejor oyéndolas.» Alguna vez ponía apodos siempre exactos y nunca ofensivos: al revolucionario Sixto Cámara, que era blanco y muy rubio, le llamaba *Febo Tangible;* así fué que cuando tuvo noticia de su muerte, producida por una insolación, después de lamentarla, añadió: «Febo ha matado á *Febo.*»

Rivero era aficionado á la milicia y le gustaba describir batallas y sitios de ciudades y fortalezas. Tenía pensado escribir una obra titulada *Táctica militar antigua y moderna,* detallando desde la formación en cúneo ó cuña de las huestes y alas, hasta la vencedora estrategia de Napoleón I; pero no se decidía á escribirla, diciendo á este propósito nunca llevado á cabo: «¿Cómo he de describir horrores y desafueros, cuando deseo paz á los hombres de buena voluntad, y que todos lo sean?» En estas descripciones belicosas marcóse más que en nada su decadencia: hacíalas en sus buenos tiempos con una claridad, precisión y colorido que encantaban; y cuando en su vejez, no trasnochando ya, concurría á primera hora de la noche á la penúltima pieza del café Suizo, había dejado de ser el brillante y fácil narrador, repitiéndose y haciéndose un lío. Era devoto de las mujeres: disculpaba sus extravíos y ensalzaba sus cualidades. A propósito de ellas comentaba el *Génesis.* «Dios – decía – creó el universo, y como autor cuidadoso revisó su obra. Al llegar al hombre y al ratón, observó que aquél estaba triste y fargallón, y que éste roía las raíces de las plantas del Paraíso. «¡Calla! – exclamó el Creador. – ¡Pues he cometido dos tonterías!,» y las enmendó haciendo nacer á la mujer y al gato.»

Pues bien: ¡cosa notable en Rivero!, estando en buena edad, realzada su agradable figura con el prestigio de su popularidad, que hacíale blanco de *avances* femeniles, rodeado en su vida nocturna de todos los vicios, nunca incurría en ninguno, excepto el de la bebida, que en él no lo era. «¿No juega usted, D. Nicolás?» – le preguntaban á veces. – «Jamás, ni á la brisca; – contestaba, – pero tengo hecha mi reputación, sin costarme un cuarto: como en mi vecindad saben que me retiro á las cuatro ó cinco de la mañana, no suponen que salgo de hacer penitencia de insomnio en la bóveda de San Ginés, sino de tirar de la oreja á Jorge.» Yo no traté á Rivero en la vida doméstica, pero tengo para mí que debió ser ejemplarísimo padre de familia. Sobrevino la restauración, prevista por él, como otros muchos acontecimientos, y se arrinconó: no quiso como algunos locos *hinchar el perro,* es decir, mezclarse en conspiraciones y algaradas de imposible realización. La vejez debilitó sus facultades intelectuales. Cada vez se retraía más de hablar de política, como si sintiera pesadumbre por no ver realizados sus ideales democráticos, ó remordimiento por haberlos propalado. Como buen andaluz injerto en madrileño, siempre fué aficionado é inteligente en toros, y últimamente acreció su afición é iba hasta á las corridas de novillos. Olvidó su muletilla de Juan Pastor, el torero, y sin saber por qué, la sustituyó con la de Bona, el cojo, ya mencionado. Era éste un escritor de economía política, de no vulgares conocimientos, que tenía habitud de faltar á la verdad y que andaba ayudándose de dos fuertes y ruidosas muletas. Cuando alguno ponía en duda lo que oía á D. Nicolás, decíale éste: «¡Se lo juro á usted por Bona el cojo, y cuenta que este juramento es más solemne para mí que lo era el de la laguna Estigia para los dioses!» A veces resonaba en el café Suizo un golpe lejano: un deseoso de asonada exclamaba: «¡Un tiro!;» pero Rivero le replicaba: «No, es que se le ha caído una muleta á Bona.» Unos cuantos días le dió por decir que los Bonas (eran tres hermanos) habían celebrado consejo de familia, habiendo determinado, como economistas que eran, suprimir las muletas del hermano cojo, de cuyas resultas éste andaba á gatas.

Tal fué D. Nicolás María Rivero. Valía más que su reputación, y la tenía grande. Pudo ser envidiado cuando ocupó altos puestos; pero muerto, no puede haber nadie que le haya tratado que no conserve de él grata memoria.

F. MORENO GODINO



EL EXCMO. SR. GENERAL DE BRIGADA D. JULIÁN GONZÁLEZ PARRADO, general en jefe del ejército de operaciones en Mindanao

LA ISLA DE MINDANAO

Y LAS ACTUALES OPERACIONES DE CAMPAÑA

Para el perfecto conocimiento de las operaciones de campaña en la isla de Mindanao, operaciones cuyo principal objeto es llevar nuestras armas al corazón de dicha isla y hacer efectivo nuestro dominio sobre los moros rebeldes de la laguna de Lanao, importa conocer algunos datos relativos á tan magnífica posesión, datos en su mayor parte recientísimos y que por sí solos constituyen un interesantísimo estudio histórico-geográfico. Estos los completaremos con una idea ligera de la campaña, lo suficiente para que el lector se forme sin fatiga ni esfuerzo idea clara de nuestra situación y de nuestra política en aquellas remotas tierras, capítulo este muy poco conocido por desgracia entre los de nuestra historia colonial y que bien merece alguna atención por parte de cuantos no miren con indiferencia el porvenir de nuestra patria.

Mindanao es después de Luzón la mayor isla del Archipiélago Filipino. Forma parte de las islas volcánicas que se extienden desde las Curiles y forman el Japón, las Filipinas, las Molucas hasta Nueva Guinea, y es de figura irregular, semejando un triángulo isósceles. Según la *Memoria* publicada el próximo pasado año por el general González Parrado, á que más de una vez tendremos que referirnos por tratarse del trabajo más reciente que conocemos, comprende con sus islas inmediatas una superficie de 94.000 kilómetros, midiendo sus líneas de mayor extensión 470 de Norte á Sur y 490 de Este á Oeste. (Portugal no mide más de 92.575 kilómetros cuadrados, de suerte que comparados superficialmente éste con aquélla, tiene Mindanao cerca de dos mil unidades más que la parte peninsular del vecino reino.) Cinco bahías magníficas que pueden apreciarse en el adjunto mapa; cuatro grandes cordilleras, de que se derivan algunas más y en una de las cuales, la central, se alza el volcán Apo á 3.343 metros de altura; tres ríos principales, de los cuales el *Pulangui* ó río Grande cuenta 483 kilómetros de curso y más de 60 navegables; cinco lagunas, entre ellas la de Lanao, cuya superficie alcanza á 450 kilómetros cuadrados, y su suelo feraz, cubierto de espesísimos bosques y que encierra una verdadera riqueza mineral, todavía por explotar, testifican la magnitud, hermosura é importancia de esta isla, cuyo dominio no hemos hecho totalmente efectivo.

Los datos concernientes á la población no son

tan seguros. Según los jesuítas, en 1883 ascendían á 194.314 los indios cristianos visayas y zamboangueños, á 300.000 los indios montaraces y á 350.000 los moros. Y esta variedad de población, esta heterogeneidad de tribus y familia, derramadas en una isla tan quebrada y tan poco poblada con relación á su superficie (nueve habitantes por kilómetro cuadrado), no contribuye menos que los obstáculos que ofrece la topografía de aquel suelo á dificultar toda operación conducente al dominio efectivo de España. Se comprende por estas razones, no menos que por la incuria de nuestros gobiernos, que hayan pasado largos años sin que se intentara una empresa seria y de algún alcance. Con efecto: desde que en 1593 se ocupó el puerto de la Caldera al Sur de Mindanao, construyendo allí una fortaleza y tomando posesión efectiva de aquella isla, van transcurridos la friolera de cuatrocientos años.

La conquista de Mindanao así como la de Joló lleváronla en 1639 á cumplido término los generales D. Sebastián Hurtado de Corcuera, gobernador general de Filipinas, y su segundo D. Pedro Almonte, tras lucidísimas campañas que dieron por resultado la ocupación de esa misma laguna de Lanao, objeto de las actuales operaciones, del río Pulangui y de varios puntos de la costa. Entonces se construyeron fuertes en Buhayén, Sabanilla é Iligán y se mejoró la fortificación de Danpitán, levantada en 1630. Por desdicha, la guerra con Holanda y las desgracias que pe-

cación de poblados, la ocupación de rancherías y la organización de los distritos.

Pero en honor de la verdad, desde la época de Corcuera hasta 1860, en que para adelantar en la ocupacion y dominio de Mindanao se dividió su territorio en seis distritos, no se concibió y maduró un plan fijo de operaciones encaminadas á definitiva conquista. Con arreglo á este plan, en el que se fijaba un buen sistema de operaciones, mucho es lo que hubiera podido conseguirse en punto á dominio y colonización; pero no se cumplió más que en la parte orgánica, como lo prueba una comunicación del general Jovellar al gobierno en 1883, en la que manifestaba «que la situación pasiva que se venía manteniendo en Mindanao hacía años, era muy poco á propósito para adelantar en aquella importante empresa; que lejos de eso, no haciendo nada en el terreno material, entendía que se había perdido y se seguía perdiendo en autoridad moral lo que merced al sistema de contemporización ganaban en confianza de su propia fuerza y poder las razas no sometidas,» y en consecuencia «era de parecer que se debía iniciar un período de actividad, sin comprometerse en grandes y costosas operaciones; que se reconstruyesen nuestros fuertes para decoro de la bandera y salubridad de la tropa, aumentándose en el presupuesto 100.000 pesos para esta atención; que se recorriese por la marina el litoral de la de Illana, ocupándose en él, además de Pellok, otro punto tal como Barás ó

Determinó la campaña del segundo, en 1891, la ocupación de Momungán, en el camino de Iligán á Lanao – que es en el que actualmente operan nuestras tropas; – la de Liangán, Balatacán y Tangog, en el seno de Panguil; la de Sindangán; la de Margo-satubig, en el seno de Damanquilas; las de Barás, Malabang y Parang Parang en la bahía de Illana, la de Pikyti y la terminación de la trocha de Tucurán á Lintadug.

La actual campaña no puede considerarse, pues, como otra cosa que una continuación de las anteriores. Estaba en la conciencia de las autoridades del archipiélago y estaba en el ánimo del gobierno, puesto que en la exposición de motivos que precede al real decreto de 14 de julio próximo pasado, para justificar el Sr. Becerra el aumento de créditos de la sección 4.ª (Guerra) en el proyecto de presupuestos para las islas Filipinas correspondiente á 1894-95, decía lo siguiente: «Gastos serán éstos reproductivos, porque *se tiene el elevado propósito de hacer una campaña decisiva*, que no sólo asegure para siempre la tranquila posesión de España en aquel territorio, sino que haga posible el desarrollo de las grandes riquezas que contiene, hoy inexploradas y entregadas á la rapacidad de razas infieles que imponen á las demás la más dura servidumbre.» Por lo mismo, la ocupación de Pantar, ordenada en marzo por el general Blanco, era un hecho necesario, dados estos antecedentes, pues Pantar es otro punto avanzado en la línea de opera-



ISLA DE MINDANAO. – MAPA DE LOS TERRITORIOS COMPRENDIDOS ENTRE LAS BAHÍAS DE ILIGÁN É ILLANA

saron sobre Filipinas en el siglo XVII motivaron el abandono completo de Mindanao en 1663, y con él el crecimiento de la piratería china y malaya, abandono que se prolongó hasta 1718, pues el vuelo que tomaron los piratas obligó de nuevo á ocupar los puntos antes citados y los de Zamboanga, Surigao, Cagayan, Iligán y Misamis para servir de puerto y depósito á nuestras armadillas. Y desde esta última fecha, ya puede decirse que comenzó el progresivo ensanche de nuestro territorio en Mindanao, la edifi-

Lalabuán, para impedir el contrabando, y que se tomase, en fin, actitud de dominio y autoridad sobre los Dattos.»

A estos principios obedecieron las campañas de los generales Terrero y Weyler.

Dió por resultado la primera en 1887: la ocupación de Liong, Bacat y Kudaranga, la toma de posesión de la ensenada de Pujaga (costa oriental), de la bahía de Sarangani, puertos de Lebak y Santa María y los primeros trabajos de la trocha de Tucurán.

ciones hacia la laguna de Lanao, y las pérdidas sufridas por las tropas españolas empleadas en los trabajos de dicho camino ó trocha, resultado de los preliminares de la campaña. Ya el cable nos ha ido notificando los últimos hechos de armas, reducidos á penoso avance y á la fortificación de los puertos ocupados.

Con que el lector se fije en el mapa que reproducimos, copiado de la excelente *Memoria* publicada por el general González Parrado, actual general en jefe

del ejército de operaciones en Mindanao, tendrá perfecta idea de nuestra posición y del movimiento de nuestras tropas. Momungán ó fuerte general Weyler es el único y primer punto que hemos tenido tierra adentro de Mindanao. Para darle condiciones de fuerte provisional, esto es, de estacas, hierba y caña, y para lograr una senda militar, no carretera ni mucho menos, nuestras tropas han sostenido muchos combates durante tres años y ha sido necesario un esfuerzo extraordinario por parte de los 900 hombres que constituyen la guarnición del fuerte. La labor que actualmente desarrollan nuestros soldados es, por lo mismo, increíble por lo penosa. Los 12 kilómetros recorridos desde Momungán á Pantar y los tres desde Ulama á Cabasarán, últimamente avanzados, supone un esfuerzo extraordinario, merecedor de todo género de alabanzas, porque esos 32 kilómetros de avance, que en tierra europea suponen bien poco, constituyen en Mindanao un hecho de suma importancia. Allí para marchar es preciso talar grandes extensiones de terreno, trazar y levantar fuertes con los recursos del país, cortando maderas de los bosques y llevándolas á hombros hasta los puntos en que se necesitan: hay que chasquear la hierba para techos y paredes, etc., etc. Y todo esto, casi sin herramientas y convirtiéndose el soldado en ingeniero y el oficial en arquitecto.

Y si esto es difícil y penoso, no lo es menos el avance á través de bosques y manglares, en los que un enemigo astuto y valeroso, conocedor del terreno y lleno de fanatismo, sorprende á las tropas, obligadas á marchar casi siempre á la desfilada, y se lanza sobre ellas esgrimiendo sus armas cortas y trabando sangriento combate cuerpo á cuerpo, en que la ventaja casi siempre está de parte del atacante. La sorpresa en que halló gloriosa muerte el capitán Salazar, como la del 9 de julio anterior, fué debida á un ataque no previsto, en el momento en que nuestros soldados cruzaban un paso difícil. Y cuando el moro espera á pie firme en las trincheras y en las *cottas*, protegido por ancho foso y por un terreno cubierto de abrojos, no es menos temible por el valor con que maneja su *campilán* y su *cris* que cuando mueve su bolo y su puñal en el seno de los bosques. Añádase á esto su carácter desconfiado, suspicaz y altivo; su entusiasmo por el valor personal y sus costumbres en extremo viciosas, y se comprenderá las dificultades con que ha de tropezar la reducción. Y se comprende también, por lo dicho, que sea esta raza la más difícil de cristianizar y civilizar. En ella se han estrellado, con efecto, los buenos deseos de los misioneros y de los comerciantes.

Queda, por consiguiente, como camino el más indicado la acción militar; pero en el modo de proceder ó de emplear las armas vemos frente á frente dos opiniones altamente respetables, como emitidas por generales que han gobernado en la isla.

El señor general Salcedo, en su obra *Colonias españolas*, publicada en 1891, afirma que «es imposible pensar seriamente en dominar en absoluto por la fuerza de las armas el importante centro moro de la gran laguna de Lanao. Su situación, dice, su topografía, el número é índole de sus pobladores, exigen poderosos elementos de combate en hombres y pertrechos, minuciosos estudios y una ocupación fuerte y costosísima, si es que la empresa no había de resultar infecunda. No es preciso, añade, ni posible para nuestros intereses del momento, que nuestras tropas bordeen la laguna. Esta puede quedar en nuestro poder tomando los puntos estratégicos bien marcados, que son los mercados exportadores en la gran bahía de Illana, que impiden el contrabando de que viven los moros. La ocupación militar de este puerto y costa, completada por el dominio absoluto de sus aguas, colocará á los illanos y malanaos en situación tan estrecha y difícil como franca para nosotros. Establecidos seriamente en ambas costas, una política prudente completaría la obra iniciada por las armas.»

Por el contrario, el general González Parrado, en el *Plan de campaña* que publicó hace pocos meses, dice que «para herir en el corazón á la raza moro-malaya de Mindanao, dislocar sus agrupaciones y organizarlas en pueblos ó rancherías españolas, no queda otro recurso que una campaña rápida, enérgica y decisiva en la comarca de Lanao y en todo el territorio comprendido entre aquella laguna y la de Iligán,» campaña que no se reduzca á destruir y esquilmar, sino que dé por resultado la sumisión ineludible de aquellos habitantes. «Es indispensable, afirma, que desde el mismo día de nuestra llegada comencemos los trabajos necesarios á fin de establecernos allí para siempre.»

Hay en el fondo de estos dos pareceres una sola afirmación: la de que, si la guerra emprendida ha de ser fructífera, exige grandes sacrificios por parte del gobierno, y mucha cautela y habilidad por la del general en jefe del ejército en operaciones. Véase el mapa y se comprenderá que con las tropas que hoy combaten camino de Lanao (una brigada y algunas unidades sueltas de las tres armas), en junto unos mil y tantos hombres – pues la guarnición total de la isla suma sólo 4.000, – no es posible soñar en la realización de una empresa formal y seria. Por lo tanto, es de prevenir que se otorguen los refuerzos pedidos por el general Blanco y que éstos alcancen por lo menos á 6.000 soldados y algunos cañoneros. Aun así, los combates que habrán de reñirse serán bastante rudos, pero es de presumir que, bordeaba la laguna y ocupados sus puntos estratégicos, la sumisión total de los moros llegará á ser un hecho.

Pero hay que repetirlo: aun abrigando la seguridad de tal resultado, se trata de una campaña penosa y difícil, obra de tiempo y sacrificios, más de carácter moral que económico, y en la que si las armas pueden abrir la senda de la paz, la política, una política previsora y patriótica, debe poner término á la obra de la guerra.

FRANCISCO BARADO

ROQUE-REY

Como en el negociado donde Roque prestaba servicio no había cosa urgente por despachar, Roque y sus compañeros se dedicaron aquel día á la charla.

Principiaron por hablar de teatros y de toros, dióse luego en murmurar de algunos ascensos injustos, y por último, como casi siempre ocurría, concluyóse por hablar del gobierno y de los gobernantes, de la política española y de la política extranjera.

Cierto que ninguno de los que intervenían en la discusión, tranquila primero y vivísima y acalorada después, estaba muy enterado en achaques de Estado; pero ello es que, bastándoles con la experiencia propia, todos venían á deducir, aunque algunos se negaran á confesarlo, la injusticia con que se trata á los humildes y las prebendas que se conceden á muchos tunos.

La discusión, que había llegado á su período álgido, comenzó á decaer; los empleados volvieron á sus desvencijados sillones, se hicieron más largas las pausas y ya el silencio iba haciéndose monótono cuando Roque puso el punto final á los debates, diciendo al tiempo que suspiraba:

–¡Ay! ¡Si yo gobernara, otra cosa sería!

Callaron todos, apenas si interrumpió el silencio el crujir de algún papel que se dobla ó el correr de alguna pluma de acero en la hoja del libro registro; la luz del día, un día nublado, llegaba con dificultad á la destartalada habitación, á través de unos vidrios empañados y sucios; las altas pilas de legajos permanecían inmóviles dificultando más el paso de la luz, y Roque, apoyado de codos en el viejo pupitre que protestaba con siniestro crujido de aquel peso, se quedó dormido.

***

Ahora sí que iba á ser Roque dichoso. Ya no tendría que ir á la oficina, ni firmar el parte diario de asistencia, ni cargar con legajos, ni copiar minutas, ni trabajar. Ya no tendría que llevar fiado de la tienda, ni que deber al sastre, ni pagar al casero, ni nada. Roque era poderoso, era rico, era rey.

Rey de hecho y derecho: él no se explicaba cómo podría haber llegado á serlo; pero, qué demonio, había tantas cosas que no se había podido explicar nunca... Era dueño y señor de un inmenso reino, donde si no eran felices todos los súbditos, no sería por culpa del jefe del Estado. Roque, dócil como la cera, si algo tenía de malo era precisamente su excesiva bondad.

Sus ministros eran todos de su absoluta confianza, por algo habían sido sus camaradas y sus amigos. Es verdad que las Cortes habían sido suprimidas en aquel país; pero después de todo, maldito para lo que hacían falta en una tierra donde todo el mundo cumplía con su deber y respetaba las resoluciones del monarca Roque I.

Roque por su parte era de lo más llano y sencillote que en clase de soberanos pudiera imaginarse. Salía á pie, distribuía por su mano cuantiosas limosnas, se disfrazaba de súbdito pobre ó miserable como los reyes de las zarzuelas bufas para inspeccionar su monarquía, y era, en suma, un modelo de gobernantes.

Sin embargo, él había creído al principio de su reinado que sería feliz y no lo era del todo. Cierto día que se disfrazó de extranjero pudo convencerse de que en las fronteras de aquel país el ministro de los caudales estaba cometiendo una serie de abusos increíbles, y una vez que se vistió de corregidor se encontró con una soberana paliza que estaba sin duda preparada para el que verdaderamente desempeñaba el cargo.

Roque había pensado no trabajar, y se encontró con que no le dejaban tiempo para nada los negocios de Estado y sus asuntos particulares. A las seis tenía que levantarse, porque los doctores de la real cámara lo habían prescrito para mayor salud de Roque; á las siete el baño; á las ocho el desayuno, que no duraba menos de una hora; á las nueve su apoderado general le estaba ya volviendo loco con cifras y cuentas; á las diez despachaba su correspondencia particular, después recibía al comandante de su guardia, al jefe del ministerio, á los políticos de elevada posición..., á una infinidad de atrevidos que concluían por dar al traste con la paciencia de Roque; á la una era de rigor que almorzara opíparamente, tuviera ó no tuviera gana; á las dos ya le esperaba el gabinete reunido, ó cualquier asamblea, ó cualquier inauguración, ó cualquier cosa que requería su presencia; á las tres, tenía que ir de paseo en coche ó velocípedo, porque así lo ordenaban los galenos para su tranquilidad, pero en paseo siempre se encontraba con algún pretendiente pesado ó con algún poeta huero que le sorbía el seso con sus absurdas concepciones.

Por la tarde, comía á las seis el eterno pavo trufado, la siempre idéntica galantina, el monótono faisán, el imprescindible salmón... ¿Por qué algún día no habían de darle cocido, de aquel cocido que él comía cuando estaba en España? ¡Imposible! Una vez lo pidió, y nadie supo de lo que se trataba; llamó á los mejores cocineros de su Estado, y nada; púsose él mismo el mandil, rodeóse de pinches y marmitones, y todo inútil: ¡no había garbanzos en aquella tierra, y Roque I con todo su poder no pudo fabricarlos! Otra de las particularidades de la comida eran los vinos; para cada manjar había los suyos: Burdeos para el solomillo, Jerez para la galantina, Manzanilla para el pescado, Madera para el faisán, Champagne para el asado, Málaga para las pastas, licores para el café..., ¡qué sé yo!, un sin fin de bebidas, cada una de las cuales se escanciaba en vasos diferentes, desde la copa de oro hasta la copilla de vidrio verde, y que concluían por dar al traste con la tranquilidad del cerebro de Roque.

Acabado de comer, el extraño monarca era conducido al fumadero; también allí le hablaban de política y le hacían firmar escritos de los que rara vez lograba enterarse. De allí se dirigía al salón donde había reuniones ó se iba al teatro. A las doce y media de la noche, cuando pensaba que ya nadie le molestaría, todavía se encontraba con la visita del jefe de su cuarto militar.

A todo esto, tenía que correr sus aventurillas, que hacer viajes á que su cargo le obligaba, que enterarse de lo que decían de él la prensa y el pueblo y hacer una infinidad de cosas, tales como la de mudarse seis ó siete veces de traje al día y probar los caballos que le regalaban, que no le dejaban tiempo ni para estornudar.

Por lo demás, Roque estaba tranquilo en cuanto á su gobierno: eran todos gente de su confianza; lo peor era la monotonía de aquella existencia. Él necesitaba amar á alguien más que á su nación. Prendóse de una aldeana, los ministros le pusieron el veto por razón de Estado; requebró á una potentada, sus confidentes le aconsejaron una indignidad. Ni aun en esto podía evitar Roque que se le inmiscuyeran.

El bandolerismo hacía ya correrías por aquellas tierras. Roque quiso cortarlo de raíz; cruzáronse influencias, estuvo á pique de perder el trono y desistió de ello. Un camarada de Roque le pidió que todas las prebendas de su departamento fueran para sus herederos y así fué. Alguien le pidió que fuera sanguinario, y á eso resistió Roque; pero lo que él dejó por hacer, no faltó quien en nombre de Roque lo hiciera.

Por fin, Roque pareció haber hallado una mujer que le conviniera al Estado y á él: era la heredera del vecino condado. Aceptó la oferta el Gabinete, y allá fué el ministro de Relaciones extranjeras á arreglar la boda.

Ya iba Roque á ser más feliz. Pero ¡quiá!, el pueblo se sublevó en masa contra Roque, y menos mal que pudo escapar con vida; pero aún más que el destronamiento sintió otra cosa: su prometida se escapó á otro país con el ministro, con aquel ingrato de Juan, el temporero de Hacienda á quien Roque había elevado al ministerio.

Roque dió un salto en el sillón y despertó. Juan, el temporero, le sonreía.

–¡Más vale que siga siendo Roque!, dijo el empleado; y se puso á estudiar un expediente.

P. GÓMEZ CANDELA



El abrevadero de la feria, cuadro de Mariano Barbasán (Salón Parés)

NUESTROS GRABADOS

¡Dios les asista!, cuadro de Arturo Faldi. – La característica de las obras de este célebre pintor italiano, profesor de la Academia de Bellas Artes de Florencia, es el sentimiento. El cuadro que reproducimos, que figuró en la última exposición artística de Milán y ha sido adquirido por el ministerio de Instrucción pública para la Galería de Arte moderno de Roma, es un asunto eminentemente humano y profundamente sentido; todo él respira tristeza, así el grupo de esos tres seres desamparados, como el paisaje, pobre de galas y envuelto en una luz melancólica que aumenta la impresión penosa que aquellos infelices producen.

Excmo. Sr. D. Julián González Parrado, general en jefe del ejército de operaciones en Mindanao. – Pertenece el general Parrado á esa brillante pléyade de nuestro ejército, que se distingue por su vasta instrucción, convencido de que al militar de nuestra época no le es suficiente su esfuerzo personal para llenar por completo su cometido y ser útil á la patria. Era casi un niño cuando salió del colegio de Infantería para la gloriosa campaña de Africa, tomando parte en las reñidas batallas del Serrallo, Castillejos, Tetuán y Wad-Ras. De regreso en la península, al firmarse la paz, pasó á formar parte del ejército de Santo Domingo, acreditando su bravura, singularmente en la acción de 11 de noviembre de 1863. Al estallar la insurrección separatista pasó á Cuba, de donde volvió para distinguirse en la guerra carlista, á cuya terminación ostentaba las divisas de teniente coronel. Con el laudable propósito de aumentar el caudal de sus conocimientos y estudiar la organización militar, viajó durante algún tiempo por Francia, Suiza, Alemania é Italia, pidiendo su pase á Joló, para dar pasto á su actividad.

La Memoria recientemente publicada y la brillante campaña ya emprendida en Mindanao atestiguan las excelentes dotes de este general, á quien muy acertadamente se ha confiado el mando de aquel ejército de operaciones, ya que sus recomendables cualidades militares y los grandes conocimientos que tiene del país han de ser prenda segura para que queden garantidos los derechos de España, domeñadas las rebeldes tribus moras y abierta al comercio una región importantísima, rica y exuberante, casi desconocida y un tanto olvidada de la madre patria.

La brillante jornada de Marahuit, ocurrida el 10 del actual, confirma una vez más nuestros juicios y las relevantes dotes del bravo caudillo que ha conducido á la victoria á las sufridas y valerosas tropas que bajo la bandera de la patria combaten en aquellas apartadas regiones. El sultán Amaní y más de veinte dattos han quedado tendidos en el campo de batalla, ascendiendo á algunos centenares de bajas las experimentadas por el enemigo. La pasiva situación en que durante algunos meses ha permanecido el ejército de operaciones, obligado por la estación de las lluvias, hase convertido en activa y casi decisiva, pues la operación tan felizmente realizada determina la sumisión de



Guerra chino-japonesa. – Desembarco de los japoneses en el promontorio de Shan Tung



ARTISTA CALLEJERA, cuadro de Sichel, grabado por Bong



¡OTRA COPITA!, cuadro de A. Lesrel, grabado por Baude

la importante población de Malaya y el dominio efectivo de las regiones ribereñas de la gran laguna de Lanao.

Plácemes merecen el general Parrado y cuantos le secundan en su gloriosa empresa, no escaseándoselos por nuestra parte, ya que todos han merecido bien de la patria.

El crucero «Reina Regente». – De cuantas catástrofes han pesado de mucho tiempo á esta parte sobre nuestra patria, que no son pocas ni de escasa magnitud, ninguna ha emocionado como el naufragio, que por seguro se tiene ya, del



EL CRUCERO «REINA REGENTE»

crucero *Reina Regente*. Otras habrán producido de momento impresión más fuerte, pero ninguna esa tensión de ánimo constante durante días, ese choque de sentimientos y sensaciones que causa la incertidumbre, permitiendo que el alma se abra por un instante á la esperanza para que sea más dolorosa luego la decepción. Estas alternativas de la alegría al dolor más intensos abaten más, mucho más que la explosión de la pena sentida ante la certeza de una repentina desgracia por terrible que ésta sea; por esto no vacilamos en afirmar lo que al principio decimos, que la pérdida del *Reina Regente* ha causado una emoción excepcional en los fastos de las tristezas españolas.

El crucero *Reina Regente* era, después del *Pelayo*, el mejor buque de la armada española: desplazaba 4.800 toneladas y sus máquinas desarrollaban una fuerza de 12.000 caballos. Fué botado al agua en 24 de febrero de 1887 en los astilleros de Clydebach (Glasgow); medía 105'60 metros de eslora, 15'43 de manga y 8'92 de puntal desde cubierta; el casco era de acero y calaba de popa y de proa 6,50 metros; tenía 142 compartimientos estancos y 13 embarcaciones menores, diez de remo y tres de vapor y un radio de acción á toda máquina de 12.000 millas. Su andar era de 18 á 20 millas por hora. Montaba cuatro cañones Hontoria de 24 centímetros, seis del mismo sistema de 12, seis del sistema Hotchkiss de tiro rápido, seis ametralladoras y cinco tubos lanzatorpedos. Iba mandado por el capitán de navío D. Francisco de P. Sanz de Andino, uno de los jefes de más brillante historia de nuestra marina de guerra, y su dotación constaba de unos 400 hombres.

El día 9 del actual salió de Cádiz para conducir la embajada marroquí á Tánger, y al disponerse á regresar al puerto de salida para asistir á la botadura del *Carlos V*, sorprendióle en aguas del estrecho el terrible temporal de estos pasados días, que desgraciadamente no pudo resistir, según así lo indican todas las probabilidades en el momento en que escribimos estas líneas, aunque oficialmente no se tiene, al parecer, la certidumbre del naufragio.

Si es cierta realmente la catástrofe que España entera llora, ¡que Dios haya acogido en su seno las almas de los pobres náufragos! ¡Que la nación honre su memoria rezando por los muertos y acordándose de sus familias, sumidas todas en la desolación y muchas en el desamparo!

El abrevadero de la feria, cuadro de Mariano Barbasán (Salón Parés). – Esencialmente pintorescos son los cuadros y escenas que ofrecen las ferias en nuestro país, esos grandes mercados populares á los que afluyen con sus productos los campesinos de la región y en los que se observa, por lo tanto, diversidad de tipos y violentos contrastes. Entre todas las ferias españolas distínguense por lo característicos las que se celebran en la tierra andaluza. De ahí que los artistas procuren reproducirlas: tal es la belleza y brillantez de tonos, la animación y movimiento que en ellas se observa.

Recuerdo de uno de sus cuadros de costumbres populares es el bonito lienzo de D. Mariano Barbasán, cuyas cualidades y méritos han podido ya apreciar nuestros lectores en las varias producciones que hemos tenido ocasión de reproducir.

Guerra chino-japonesa. Desembarco de los japoneses en el promontorio de Shan Tung. – Continuando la serie de grabados relativos á la guerra del extremo Oriente, publicamos la vista del promontorio de Shan Tung en el momento de desembarcar un ejército japonés de treinta mil hombres que se proponía atacar la plaza de Wei-hai-Wei: la escuadra de desembarque se componía de veintitrés buques. Consecuencia de esta operación fué la toma de la citada plaza.

Artista callejera, cuadro de Sichel. – Varias son las obras de este notable pintor alemán con cuya reproducción se ha honrado LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y en todas ellas hemos admirado al par que lo acabado de la ejecución la expresión de lo bello, que el autor realiza por los más laudables medios. La *Artista callejera*, es nueva prueba de lo que decimos: la figura de la pobre niña que tocando la gaita gánase el sustento mendigando por las calles está admirablemente concebida y trazada, y si algún defecto hubiera que señalar en ella, quizás sería la misma belleza, la finura de la muchacha que el pintor ha exagerado, precisamente por su noble afán de rendir ante todo culto al sentimiento estético embelleciendo lo que en realidad no suele ofrecérsenos tan correcto como en este cuadro se nos presenta.

El general Lachambre. – Los tristes sucesos que actualmente se desarrollan en la isla de Cuba han dado gran popularidad al general Lachambre, acerca de cuya suerte circularon por algunos días pesimistas noticias que afortunadamente han sido completamente desmentidas. D. José Lachambre y Domínguez procede del arma de artillería y tiene una brillantísima hoja de servicios. Durante la última guerra civil distinguióse en las operaciones contra los facciosos del Norte, habiendo sido uno de los auxiliares á quien más estimó el general en jefe de aquel ejército de operaciones D. Domingo Moriones. Terminada la lucha carlista fué á Cuba, en donde mandó varias columnas que persiguieron sin descanso á los insurrectos, batiéndolos en distintos y reñidos combates. En aquel entonces desempeñó el gobierno militar de Pinar del Río, comarca que limpió de bandoleros; después fué gobernador del castillo de la Cabaña (Habana), y ascendido al poco tiempo á general de división encargóse del gobierno militar de Matanzas. Posteriormente se le nombró general en jefe de operaciones de Santiago de Cuba, quedando después de gobernador militar de esa provincia, cargo que actualmente desempeña. En su distrito se han levantado recientemente los separatistas; pero gracias á la pericia y al conocimiento del país que posee el general Lachambre y á la poco simpática acogida que el levantamiento ha tenido aun entre los elementos que más propicios á ella parecían, la insurrección parece sofocada en un principio, y es de esperar que no tardará en renacer la tranquilidad en aquella provincia y por consiguiente en toda la isla. El general Lachambre cuenta en la actualidad cuarenta y nueve años y ostenta en su pecho las más honrosas y estimadas condecoraciones militares.



EXCMO. SR. D. JOSÉ LACHAMBRE Y DOMÍNGUEZ, general de división y gobernador militar de Santiago de Cuba (de una fotografía)

¡Otra copita!, cuadro de A. Lesrel. – Aun cuando la moda parece haber puesto en predicamento la pintura abocetada y los tonos poco definidos, siempre se contemplarán con gusto y se tendrán como hermosas obras de arte los lienzos en que, como el de Lesrel, las líneas y el claroobscuro aparecen cumplidamente resueltos y los colores se ostentan en todo su valor y acentuados, sin vaguedades y difusiones que no pocas veces ocultan la falta de destreza ó de conocimientos técnicos del pintor. El género á que este cuadro pertenece no ha muerto ni es fácil que muera, por fortuna, mientras haya, como los hay en todas las Escuelas pictóricas, artistas que entiendan que el dibujo perfecto es elemento esencial en toda obra de arte y que el colorido brillante, si no es falso, en nada daña, antes bien poderosamente ayuda al buen efecto de una pintura.

El recuerdo del ausente, cuadro de G. G. Kilburne. – En la última exposición que celebró el Instituto de pintores al óleo, de Londres, llamó con justicia la atención este cuadro por su sentimiento y por su factura: la tristeza que embarga el ánimo de la joven está muy bien expresada en el rostro y actitud de la figura que, olvidando su trabajo, deja vagar el pensamiento, y contribuyen á aumentar la impresión de melancolía la semiobscuridad de la humilde estancia y la figura que en último término contempla á la que consagra sus recuerdos al amante ausente.

MISCELANEA

Bellas Artes. – LONDRES. – Se ha constituído una sociedad *Compañía anónima de Orquesta sinfónica de Londres*, con el objeto de organizar una orquesta permanente: en los prospectos se leen los nombres de Víctor Rubens, Carlos Meyer, Alejandro Siemens y Daniel Mayer; el capital social es de 25.000 libras esterlinas y los conciertos empezarán en el próximo otoño.

DUSSELDORF. – La Asociación artística de los países del Rhin y de Westfalia ha regalado al Museo de Barmen un cuadro de K. Becker y G. Wendling, y á la Galería de Dusseldorf uno de Janssen y una estatuita de Gotz. Además ha concedido subvenciones de 6.250 y 10.000 pesetas para el embellecimiento del salón de las Casas Consistoriales de Dusseldorf, y para la erección del grupo *El Rhin y sus afluentes*, que se ha de levantar delante del palacio de los Estados de dicha ciudad. Este grupo costará 165.000 pesetas, de las cuales 50.000 las satisfará de sus fondos la citada asociación.

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Rose d'Automne*, delicada comedia en un acto y en prosa del notable poeta Augusto Dorchain, y en la Comedia Parisiense *Mademoisselle Eve*, comedia en tres actos y en prosa de la célebre escritora Gyp, que es una fina sátira de la vida y costumbres del gran mundo, y *Salomé*, pantomima lírica de Armando Silvestre y C. H. Meltzer, para la cual ha escrito una bellísima partitura Gabriel Pierné. En los famosos conciertos Lamoureux ha sido un verdadero acontecimiento la ejecución de algunos importantes fragmentos de *Los Maestros cantores* de Wagner, entre ellos la obertura y el preludio y cuadro segundo del tercer acto.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en Lara *El señor Gregorio*, gracioso juguete en un acto de Ricardo Monasterio, y en Martín *Sobresaltos y saltos*, chistosa pieza en un acto de Gonzalo Cantó. La nueva comedia de Eusebio Blasco, *Juan León*, estrenada en el teatro de la Comedia, ha tenido un éxito desgraciado, á pesar de estar muy bien escrita. El maestro Bretón ha obtenido un gran triunfo con su nueva ópera *La Dolores*. entre las piezas culminantes y que más han entusiasmado al público se citan el preludio, el coro de introducción, el pasacalle y una preciosa jota final del primer acto; un madrigal de tenor y un dúo de tenor y tiple del segundo, y en el tercero el rosario de introducción, la romanza de tiple y el gran dúo de tiple y tenor que, según parece, es el número capital de la partitura. La instrumentación de ésta es admirable.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La sonata XXVI*, preciosa comedia en tres actos arreglada del italiano por D. Joaquín Riera y Bertrán; en Romea *La Suripanta*, graciosísima comedia en tres actos de D. A. Ferrer y Codina, de corte marcadamente francés; y en Novedades *Llas que no lliga*, drama en tres actos de D. José Amat y Campmany, y *La pubilla de Caixás*, drama en tres actos de D. Francisco J. Godó, de argumento sencillo é interesante, de carácter genuinamente catalán y muy bien versificado. La Sociedad Catalana de Conciertos ha empezado en el Lírico la serie de los cinco que tiene anunciados bajo la dirección del célebre compositor y director M. Vincent d'Indy: en el primero se tocaron composiciones del siglo XVII y principios del XVIII, de Bach, Gluck, Haydn, Mozart y otros autores no menos famosos; el segundo fué consagrado al gran Beethoven, de quien se ejecutaron la tercera obertura en do de *Leonora*, la séptima sinfonía, el *adagio cantabile* de la novena y la obertura de *Egmont*. En ambos conciertos la orquesta, admirablemente dirigida por el citado maestro, hizo verdaderas maravillas que entusiasmaron al público. Á juzgar por el de los dos primeros, el éxito de esta serie de conciertos será brillantísimo y honrará en alto grado á la Sociedad Catalana de Conciertos y á M. Vincent d'Indy, de cuya dirección guardarán gratísimo recuerdo los buenos aficionados barceloneses.

Necrología. – Han fallecido:

José Schwenninger, paisajista austriaco, el Nestor de los artistas vieneses.

Juan Turcan, notable escultor francés.

Juan Seeley, profesor de Historia moderna en la universidad de Crambridge, autor de muchas y muy importantes obras históricas.

Emilio Brehmer, notable pintor alemán, presidente de la Asociación Artística de Breslau.

Federico Augusto Dahlgren, poeta y autor dramático sueco muy versado en historia de la literatura y en la filología.

J. W. Hulke, eminente oculista inglés, presidente del Real Colegio de cirujanos de Londres.

José Uhl, escultor alemán.

María Czerwinca Rieger, escritora boemia, autora de la mayor parte de los libretos de las óperas del célebre compositor Dvorack.

Guillermo Romain Fouace, pintor y escultor francés.

Carlos Soubre, pintor belga y profesor de la Academia de Bellas Artes de Luttich.



Pero entonces sintió que los brazos de Jacobita, arrodillada detrás de él, le sujetaban

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

—¡Qué extrañas son, decía Emilio, qué extrañas! ¡Mira esa pequeña cómo pide! ¡Tiene la voz de niño! ¿No te parece?

Silverio vaciló. ¿Qué había venido á preguntar? ¿Cómo creer asesino á aquel buen muchacho, que se divertía tan tranquilamente con los corderos, mientras que los gendarmes hacían resonar sus espuelas delante de la puerta?

—¡Roumigas se ha engañado!, pensó Silverio. ¡Oh! Es evidente

acercóse á su hermano con expresión de alegría.

—Emilio, díjole, me complace mucho verte en buena salud y tan indiferente en medio del rebaño. ¡Si tú supieras lo que me han dicho una hora hace!

—¿El qué?

—Horrores, ¡pobre hermano mío!

—¿Con qué motivo?

—Con motivo del asesinato de Laroque.

—¿Qué dicen?, preguntó vivamente el enfermo, con los ojos brillantes y la expresión interrogadora.

El montañés no pudo menos de mirar aquellos ojos, y sintió que su corazón se oprimía de improviso; retrocedió lentamente, sin apartar la vista de las pupilas de su hermano, y dejó escapar un ligero grito.

—¡Desgraciado!, exclamó. ¿Será cierto?

—¿El qué?

Silverio trató de manifestar sus sospechas, pero no pudo; las palabras se le anudaban en la garganta.

El enfermo se entretenía en acariciar otra vez los carneros.

—Déjame tu cuchillo, Emilio, dijo entonces Silverio con expresión de temor.

—¿Qué cuchillo?

—La navaja..., ya sabes, aquella de que yo me servía algunas veces para cortar mis cañas. . ¡Cortaba tanto!

En los ojos de Emilio se pintó el terror.

– ¡No la tengo!, contestó con voz sorda.

– ¡Ah, Dios mío!, balbuceó Silverio. ¿No la tienes?.. Y tu ropa de cutí azul, ¿no la tienes tampoco? Quiero decir aquella chaqueta y pantalón que llevabas la semana última...

Emilio, sin contestar, permaneció inmóvil, con la boca abierta, mirando á Silverio.

– ¡Ah, miserable!, exclamó el montañés. ¿Conque es verdad? ¿Conque tú eres quien ha matado á Laroque?

– ¡Cállate!, murmuró Emilio, tapando la boca á Silverio con la mano.

Y los dos temblaron, uno frente á otro, observándose fijamente.

Mas Silverio no pudo sostener la mirada fanática del enfermo, y volviendo la cabeza, balbuceó:

– ¡Oh! Quisiera haber muerto. ¿Por qué no me has matado á mí?

Y retirándose á un rincón, comenzó á sollozar, oculto el rostro entre las manos.

Pero de pronto sintió en la cara el aliento de Emilio, y oyó su voz que le decía con la mayor dulzura:

– No me has de tener mala voluntad, hermano, porque yo no soy criminal como crees. He obrado en justicia, dando muerte á quien me mataba. Esto es todo.

– ¿Qué dices?

– Digo que he matado á Laroque, porque él quería mi muerte.

– ¿Cómo es eso?

– Me tenía embrujado, Silverio, y si yo no le hubiese quitado la vida, él me hubiera matado á mí.

– ¡Pobre inocente! ¿Y tú crees en esas cosas?

– ¡Forzoso es creer lo que se ve! Dos años hace ya que Laroque trataba de aniquilarme, y si yo no le hubiese dado muerte, todo habría concluído para mí. Bien sabes cuán enfermo estaba yo la última semana; pues bien, mira cómo he mejorado ahora. ¡Es porque mi enemigo ha muerto, es porque el perseguidor no existe ya! Dentro de ocho días podré cantar en la iglesia de Aigues-Vives, y dentro de quince me será posible continuar trabajando en la cantera. ¡Estoy libre del espíritu del mal, y voy á vivir!

Las palabras de Emilio vibraban de alegría, agitaba los brazos con frenesí, y añadió después, paseándose en medio de sus carneros:

– Bien mirado, ¿qué me importa que lo sepan? ¡Yo no he hecho nada malo! He librado al país de un brujo, y ningún juez podrá condenarme.

– ¡Cállate, inocente, cállate y no te vanaglories de ese asesinato, porque no habría piedad para ti! Te han visto matar á Laroque, y te han visto enterrar la ropa y la navaja ¡Tal vez seas detenido mañana, ó esta tarde, á cualquiera hora del día ó de la noche, y acabarás tu vida en un presidio, si no en el cadalso'.. ¡Y tu padre morirá de vergüenza, y todos quedaremos deshonrados! ¿Qué hacer, Dios mío? No hay partido alguno que tomar, ni se puede hacer ningún esfuerzo. Trasladarse á España sería infundir sospechas á la justicia; y en cuanto á desenterrar la ropa, ¿de qué te serviría puesto que te han visto?

– ¿Quién me ha visto?

– El Sr. Roumigas.

– ¡Ah!

Emilio quedó pensativo, y Silverio adivinó lo que pasaba en su alma de idiota, límpida como la de un niño.

– ¡Ah, ya lo comprendo todo! ¡El Sr. Roumigas es quien tiene la culpa de todo eso!, exclamó el montañés. Te ha hecho creer que te habían embrujado, insinuándote después que era Laroque.

– ¡No hables así!, gritó Emilio con tono amenazador. ¡Eso es falso; no es el Sr. Roumigas! ¡Desgraciado, no digas nunca una palabra de esas cosas! ¿Quisieras mi muerte tú también?

– Yo no quiero tu muerte, pobre hermano, sino tu salvación. Confiesa, yo te lo suplico, confiesa en nombre de nuestra difunta madre. ¿Te has acercado al Sr. Roumigas en estos días últimos, ó le has pedido alguna consulta sobre tu mal? ¡Oh! Mírame, de rodillas te pido que me digas la verdad, de rodillas, Emilio. ¡Habla, habla!

– ¡No, vete de aquí, eres un mal hermano, vete!

– ¡Tú has visto al hechicero, desgraciado; lo adivino por tu voz!

– ¡No, mientes! Roumigas no me ha dicho nada, lo juraría ante el infierno. ¡Vete, y no me dirijas jamás tales preguntas, porque de lo contrario, pobre de ti!

– ¡Estamos perdidos, exclamó Silverio moviendo la cabeza; ese hombre nos tiene cogidos á todos, á ti, á mí, á nuestro padre y á Jacobita! ¡Dios mío, estamos perdidos!

Y con paso vacilante, apoyándose en la pared, salió del establo, entró en el aposento de Emilio y dejóse caer sobre el escabel. Allí lloró largo tiempo, con el rostro oculto entre las manos, oyendo balar á los tiernos corderillos y á las ovejas glotonas que se estrujaban alrededor de Emilio para comer sal.

Llegó la noche, y Silverio al levantar la cabeza vió el pálido crepúsculo detrás del pico de Gargos. En el pueblo no se oía más ruido que el murmullo de las aguas corrientes.

Silverio se marchó al fin; andando á la casualidad entre las casas tranquilas, muy pronto echó de ver que tomaba el camino de la gruta, y entonces cambió de dirección. No quería volver allí, pues tal vez Jacobita le esperaba, y ahora no debía verla más.

¡Era preciso alejarse de ella, y no amarla ya! ¡Oh! ¿Cómo conseguirlo? ¿Cómo hallar la fuerza necesaria para semejante sacrificio? Toda entrevista era peligrosa; la menor explicación podría conducir al esclarecimiento de la verdad.

– ¡Sí, pensaba, debo huir de ella, porque no tendría valor para ocultarle lo que pasa, le confesaría el crimen que debe separarnos, y moriría de vergüenza! ¡Es preciso huir! ¿Qué sucedería si ella supiese que soy hermano de un asesino? O me odiaría, y esto fuera demasiado doloroso para mí, ó bien persistiría en nuestro matrimonio, y entonces el Sr. Roumigas mandaría detener á mi hermano... ¡Debo huir para siempre, permitiendo que me tachen de olvidadizo, de infiel ó de loco!.. ¡Oh..., después de los desposorios de esta mañana bajo los castaños de Soulom!.. ¡Compadeceos de mí, Dios mío!

Silverio sollozaba; hallábase perdido en un abismo de dolor, y su vida no era más que un sendero de desolación á través de un desierto.

– ¡Compadeceos de mí, Dios mío!, repetía á intervalos, uniendo las manos con expresión desesperada.

Largo tiempo vagó por la montaña; cuando se cansaba, sentábase sobre una piedra, apoyando la frente en sus manos. Como no llevaba su capote y la noche era fresca, sus miembros tiritaban á veces; pero ¿qué le importaban el frío y la fatiga? No entró en su gruta por temor de encontrar allí á Jacobita, y pasó una hora en la galería de los aludes, con la vaga esperanza de que el Gargos, compadeciéndose de él, le pulverizaría con una de sus rocas. Las estrellas giraban lentamente en el cielo, y una langosta chirriaba en un pino rojo. ¡Oh! Silverio reconoció aquel árbol, algunas de cuyas ramas muertas habían servido en otro tiempo para encender una hoguera en la cima del Gargos. ¡Cuánto daría para que volviese aquella época en que se creía tan desgraciado! ¡Entonces podía esperar que fuera suya Jacobita en el término de cinco años; mas ahora era preciso renunciar á ella definitivamente!

¡Oh, aquel beso que había recibido! ¡Otro hombre debía recibirle también algún día!

Este pensamiento le martirizaba; levantábase gimiendo de dolor, y se dirigía hacia la gruta, pues ansiaba ver de nuevo á Jacobita. ¡Volver á verla, recobrarla, guardarla para siempre! ¿Qué importaba Roumigas? ¿Por qué inquietarse acerca de Emilio? ¡El uno denunciaría al otro, y un Montguillem moriría en el cadalso! Y después, ¿qué?

– ¡Jacobita me amará de todos modos, estoy seguro de ello!, decíase Silverio. ¿La amaría yo menos si fuese hija de un presidiario? ¡Es preciso decírselo todo; es necesario volver á verla inmediatamente!

Y apresurando el paso, Silverio corría hacia la gruta; pero después sus piernas flaqueaban á pesar de todo, y deteníase, retorciéndose las manos.

– Pero el tutor, continuaba, no querría ya. Jamás la familia Bordes permitiría que Jacobita se casase con el hermano de un asesino; y aunque ella accediese á ser mi esposa, ¿no debería tener yo el heroísmo suficiente para rehusar? ¡Sí, la amo demasiado para hacerla tan desgraciada! No debo consentir en tomarla por mujer. Si su amor es bastante poderoso ahora para hacerla olvidar el crimen de mi hermano, podrá disminuir más adelante, y entonces se convertirá seguramente en desprecio, y tendrá derecho para odiar al que ha dado un nombre envilecido á sus hijos. ¡Oh, no, Jacobita, no debemos amarnos más! Sufrirás mucho sin duda, pero esto pasará poco á poco, como todo pasa; olvidarás al pobre enamorado de la gruta antes de lo que piensas, y tal vez antes de llegar á tu mayor edad; hallarás algún buen muchacho cuya familia sea digna, le amarás sin sonrojarte, serás su esposa; y si algún día averiguas por qué Silverio quiso separarse de ti la víspera de su desposorio, podrás decir: «¡Ha hecho bien; era un honrado joven!»

Silverio lloraba, hablándose así á media voz como un loco; y no tardó en ver despuntar la aurora detrás de la Coronada. Entonces recordó el término de aquella otra noche en que á Jacobita le costó tanto separarse de sus brazos.

– ¡No pensemos más en ello, porque me hace demasiado daño!, se dijo, poniéndose en pie.

El montañés continuó su marcha por las pendientes pedregosas, sin objeto ni reflexión, complaciéndose en subir, después en bajar, en cansarse las piernas, extenuar su cuerpo para conseguir el sufrimiento físico, á fin de olvidar sus tormentos morales, embrutecerse y no pensar más.

El montañés dió la vuelta al Gargos, y á las diez de la mañana entró en la granja donde se había hospedado en otro tiempo, cuando se ocupaba en la desviación de la cascada. Tomó para su almuerzo unas patatas cocidas con leche, y después volvió á la montaña, y una vez allí, entregóse á una profunda meditación. Por lo pronto se preguntó si debía permanecer en Gargos, y no le fué difícil comprender que sería peligroso vivir cerca de Jacobita. Era preciso, pues, abandonar el país; pero ¿en qué región iría á establecerse? ¿Qué haría para ganar la subsistencia? Pasó en revista mentalmente los pueblos pirenaicos que había visitado en sus excursiones, y se acordó de un caserío llamado Goust, que se hallaba más arriba de Eaux Chaudes y era muy semejante al de Gargos. Allí se podía vivir sencillamente, lejos de los ruidos del valle; durante la temporada, los bañistas afluían á las inmediaciones, bien á Eaux Chaudes ó ya á Eaux Bonnes, y los *turistas* se alojaban en uno de esos pueblos cuando querían emprender la ascensión del Gourzy, del pico de Ger, del pico del Mediodía de Ossau y hasta del Balaitous.

– ¡Iré á vivir allí!, se dijo Silverio; haré que el Club Alpino me acredite como guía, y no volveré á Gargos hasta que Jacobita se haya casado. Esta misma noche emprendo la marcha con mi mulo; iré á tomar en Argelez el camino de Eaux Bonnes, y mañana á primera hora estaré á cuarenta kilómetros de mi gruta, sin que nadie sepa qué ha sido de mí. Tal vez dentro de algunos días escribiré á Jacobita; le diré que he cambiado de parecer; que he tenido escrúpulos de conciencia; que sin duda me había engañado sobre la naturaleza de mis sentimientos respecto á ella, y que temí no amarla suficientemente para consagrarle toda mi vida. Mi carta será breve y fría, á fin de que no sienta mucho perderme, y la terminaré deseando mil felicidades á la que debía ser mi esposa... ¡Sí, todo está bien combinado, y no hay otro partido que tomar!

Silverio continuó su meditación, vagando por las pendientes de la montaña opuestas á la gruta; las horas transcurrían; llegó la tarde, y cuando el sol declinaba sobre el Monné de Cauterets, Silverio se dirigió hacia la cima del Gargos, á la cual pudo llegar antes de terminarse el día. Los picos del Sud estaban velados; el Vignemale traspasaba con su pico una larga nube de color rojizo, que parecía ensangrentada por reflejarse en ella los últimos rayos del sol poniente, y las llanuras del Bearn dormitaban bajo una bruma sonrosada. Silverio dirigió una muda despedida á las montañas del país, y arrodillándose después en el sitio donde Jacobita le había declarado su amor, rezó su oración de la tarde. No lloró mucho, porque no tenía lágrimas en sus ojos enrojecidos; su dolor le parecía menos agudo, y un velo de melancolía rodeaba suavemente su corazón, como aquella noche silenciosa invadía poco á poco las cimas inmediatas. Cuando las primeras estrellas aparecieron, Silverio bajó lentamente hacia el pueblo, pensando que en aquella hora Jacobita estaría comiendo y que, sin temor de encontrarla, podría ir á su vivienda en busca de *Morrudo*.

Llegó á la entrada de la gruta, aplicó el oído antes de penetrar en ella y no oyó más que el resuello del mulo impaciente.

– ¡Pobre *Morrudo*, no ha comido hace veinticuatro horas!, se dijo. Voy á darle todo el heno que me queda.

El montañés entró, y después de acariciar al cuadrúpedo, dióle una cena abundante.

En seguida encendió una vela, abrió su cofre y empaquetó varios objetos: libros, un álbum de fotografías, una lente de aumento y todos los recuerdos de los Pirineos que en otro tiempo bastaban para consolar sus penas.

Después arrolló su traje de guía, sujetándolo con una correa, puso en un saco lo mejor de su ropa blanca, cerró el cofre, barrió la gruta y descolgó su carabina.

Era necesario esperar á que el mulo hubiese concluído de comer su heno, y el buen *Morrudo* no parecía tener mucha prisa. Después de haber tomado la mitad de su ración, agradábale prolongar el placer y hundía el morro en la hierba odorífera con la voluptuosidad de un viejo gastrónomo.

Para aprovechar todos los minutos, Silverio ensilló el mulo, y enganchó el saco de la ropa, la correa que sujetaba el traje y el paquete de libros y álbum.

Morrudo había concluído; su amo le desató, y cogiendo el ronzal, condújole á orillas del arroyo vecino.

—¡Bebe, *Morrudo*, bebe, para aplacar toda tu sed de ayer y de hoy! ¡Bebe el agua límpida del Gargos, porque ya no volverás á verla en mucho tiempo!

Y Silverio se inclinó para beber él también, en el hueco de la mano, el agua pura de la montaña natal.

Pero de repente se volvió: Jacobita llegaba; Jacobita, vestida de blanco, como en otro tiempo, en aquella dulce noche de luna.

Silverio se irguió á orillas del arroyo, sobrecogido de un estremecimiento que helaba su sangre.

—¡Al fin le encuentro!, exclamó la joven. ¡Oh, Silverio! ¿Dónde estaba usted? ¿Por qué abandonarnos sin avisar á nadie? ¡Malo! ¿No sabía por ventura que le esperábamos para almorzar hoy y que hemos pasado la tarde buscándolo por todas partes? ¡Oh! ¡Malo, malo! Desde esta mañana lloro sin cesar.

La joven se había acercado y rodeaba castamente el cuello del guía con sus brazos.

Silverio suspiró; quiso hablar, y no encontró palabras; quiso apartar de sí á Jacobita, y sus manos no supieron rechazarla.

—¿No me dice usted nada?, continuó la joven. ¿Por qué? ¿Es esa la manera de recibir á una amiguita? Silverio, Silverio mío, ¿está usted enfermo?

La joven había retrocedido para verle mejor; y entonces el montañés halló la fuerza necesaria para llevar á cabo su sacrificio.

—Señorita, dijo, bajando la cabeza, dispénseme usted si ahora le ocasiono un pesar: me he comprometido con un viajero español para servirle durante toda la estación que comienza, y cuando usted llegó me disponía á salir de Gargos.

Jacobita permaneció silenciosa al pronto; contempló al joven con ojos que parecían los de una loca, y después, sintiendo su corazón desfallecer, repuso:

—¿Y es usted quien habla así, Silverio mío; usted, mi prometido; usted, á quien amo y que me amaba aún ayer?..

—¡Oh!.. Sí, la amaba á usted ayer, señorita; es mucha verdad; mas ahora... después de reflexionar... creo advertir...

¡No podía decir lo que había de completar la frase! Sentía un dolor sordo en su pecho, y era que su corazón protestaba; su corazón angustiado, que parecía subírsele á la garganta.

El montañés enmudeció; alejóse del arroyo, conduciendo el mulo á la gruta, y continuó sus preparativos de marcha, mudo y vacilante, bajo la bóveda irregular de granito, donde la luz de la vela proyectaba grandes sombras. Al fin cogió su capote, se puso la carabina al hombro y acercóse á su montura.

Pero entonces sintió que los brazos de Jacobita, arrodillada detrás de él, le sujetaban.

—¿Estaré yo loca, Silverio? ¿He oído bien que usted no me ama? ¿He comprendido bien que usted se dispone á marchar? ¡Ah, yo no lo permitiré nunca, de ningún modo! Me cogeré á usted, Silverio, y habrá de quedarse ó marcharemos juntos. Yo le amo, ¿me entiende bien? ¡Yo le amo, y por más que usted haga, preciso será que vivamos juntos siempre, sí, siempre! Para irse sin mí será forzoso que me mate. ¡No, tú no me abandonarás, Silverio! ¡Ah, lo juro! ¡Te amo tanto, te amo tanto!..

La joven seguía sujetándole con sus brazos nerviosos, y sus lágrimas caían sobre los pies de Silverio; Jacobita se cogía á él desesperadamente, luchando con toda la juventud de su cuerpo y toda la fogosidad de su primer amor.

Silverio temblaba; volvióse, y no pudo impedir que sus manos acariciasen el cabello de Jacobita.

La joven levantó la cabeza entonces, y pudo ver que los ojos de su prometido estaban llenos de lágrimas.

—¡Ah! ¡Bien lo ves, exclamó con aire de triunfo, bien ves que tú también me amas á mí!

Pero el guía, volviendo el rostro, exclamó con toda la energía de que en aquellos momentos era capaz:

—¡No, yo no la amo á usted, la he engañado, Jacobita, y por eso lloro! Aseguro que no la amo, y si usted estuviera más serena podría reconocerlo. ¿Por qué había de marcharme y abandonar el país? Es muy sencillo, y hasta una criatura lo comprendería. Siendo usted hermosa, rica y distinguida, ¿por qué no me casaría con usted si la amase verdaderamente, puesto que hoy todo el mundo consiente en este matrimonio, usted, su padrino y mi padre? Es preciso rendirse ante la evidencia, Jacobita; es forzoso creer que mi amor ha cesado. Ciertamente me pareció usted muy linda, y todos los hombres de mi edad hubieran hecho lo que yo; habríanla cortejado, manifestándola los más tiernos sentimientos; pero no todos hubieran sido sinceros. Yo quiero serlo; ahora estoy seguro que sólo he sentido por usted un amor pasajero, y ya comprenderá que este no es el verdadero amor. ¿Se casa uno por ventura con todas las mujeres hermosas que encuentra? ¡Ah! Ya veo que está usted convencida. Olvide el mal que le hice, y no llore más, yo se lo ruego. Tampoco debe acusarme de crueldad al separarse de mí. De aquí á veinte años comprenderá, por el contrario, hasta qué punto he sido bueno, y me dará gracias por lo que hoy hago... Permítame estrechar su mano y decirle adiós, sin fijar la atención en que estoy tan triste como usted, y en que mi corazón se enternece al separarme de usted. Jacobita, de todos modos, espero que piense en mí, si aún puede hacerlo; yo, por mi parte, difícilmente conseguiré olvidarla del todo. Me voy sin avisar á mi familia; si ve usted á mi padre, dígale que muy pronto escribiré, y presente mis excusas al padre Bordes. Le dejo la cascada, porque ya no la necesito; espero que la acepte, y que se cuide de mi familia, si el rebaño no les bastase para subsistir... ¡Que Dios sea con usted, Jacobita, y la preserve de todo mal!

Estas últimas palabras apenas fueron perceptibles, porque Silverio había agotado sus fuerzas, y temía caer, á pesar suyo, á los pies de la joven, para revelárselo todo en un grito de desesperación. Jacobita sollozaba, y al ver al guía volverse hacia su mulo, exclamó:

—¿Conque es verdad..., conque es verdad?.. ¿Y qué será de mí ahora?

Silverio se apresuró á poner fin á aquella situación.

—¡Adiós!, dijo. ¡Por favor no me hable usted más!.. ¡Adiós para siempre!

Y cogiendo el ronzal de *Morrudo*, partió con la cabeza baja, encaminándose á través de las rocas.

—¿Conque es verdad que todo ha concluído?, volvió á preguntar Jacobita.

Y con voz angustiada gritó:

—¡Silverio, Silverio!..

Sus sollozos resonaban en la montaña.

El guía apretó el paso entonces y dirigióse rápidamente hacia el valle. Allá abajo, entre los pinabetes, hallaría los senderos que conducen á Aigues-Vives.

Pero Jacobita debía seguirle, pues otra vez oyó su llamamiento doloroso en el Gargos.

—¡Silverio, Silverio!..

¡Oh! Aquellos gritos le desgarraban el corazón.

—¡Dios mío, sostenedme!, balbuceaba el montañés.

Y continuando su marcha, llegó á los pinabetes; ganó el primer sendero, y parecióle reconocer una mancha negra en la tierra: era la sangre de Laroque.

—¡Silverio!, seguía gritando la voz lejana de Jacobita.

Pero el montañés proseguía su camino sin volver la cabeza; y para ir más de prisa, montó en su mulo y lo puso al trote...

Dos ó tres veces más creyó oir el llamamiento de la joven en el silencio de la noche, aquel nombre lanzado tan angustiosamente á las montañas, y que los ecos le llevaban con tanta tristeza. Después, el torrente de Aigues-Vives, el torrente sonoro, cuyas aguas murmuraban á lo largo del camino, fué lo único que turbó el silencio de aquella soledad.

VIII

Silverio Montguillem anduvo toda la noche.

Al salir de la cuenca de Aigues-Vives acortó la rapidez de la marcha, y para no cansar á *Morrudo* le puso al paso. A la una de la madrugada llegó al pueblo de Soulom; cruzó por Pierrefitte, costeó Saint-Savín, y hallábase en Argelez antes de las dos. Desde allí abandonó el valle para remontar, por la izquierda, el torrente de Azún.

Al rayar la aurora, el montañés avistó el burgo de Arrens; Silverio estaba encorvado por efecto de la fatiga, pues solamente había dormitado un poco sobre su cabalgadura; detúvose delante de una posada, despertó al mozo y pidió un rincón de la cuadra para su mulo.

No se había acostado hacía dos días; alquiló una habitación, y cuando estuvo en cama rindióse al sueño; durmió pesadamente hasta mediodía, sin que nada perturbase su reposo, y continuando luego su marcha, llegó á Eaux Bonnes á las seis y media. A los tres cuartos de hora estaba en el caserío de Goust, donde encontró un anciano que consintió en admitir en la cuadra de su granja el caballo, cediendo un rincón del granero á su amo.

Al día siguiente bajó á Eaux-Chaudes á fin de buscar trabajo; pero aún escaseaban los *turistas*. Por otra parte, los guías del país no le permitieron situarse en los buenos puntos; rodeábanle y le agobiaban de injurias cuando un extranjero se dirigía á él para ir á la gruta ó á Bious Artiques, y por último tuvo que volver á Goust sin que nadie hubiese utilizado sus servicios. Los días siguientes no fué más afortunado.

Había emprendido el viaje con una cincuentena de pesetas, resto de un préstamo de cien escudos que Antiguenabe le hizo, y ya comenzaba á experimentar cierta inquietud. ¿Sería preciso volver á su país, ó dejarse morir de hambre?

Escribió á su padre, pidiendo perdón por su brusca marcha, y diciéndole, como había dicho á Jacobita, que no se creía bastante enamorado para casarse. Rogábale que fuese á la gruta para poner allí un poco en orden las cosas, cerrar bien las dos aberturas con cadenas y guardarse las llaves de la casita para que los ladrones no pudiesen llevarse nada. Terminaba suplicando á su padre que le enviase noticias de Gargos con la mayor frecuencia posible, sirviéndose para esto de Artiguenabe, que sabía escribir lo suficiente. Daba las señas en Goust, cerca de Eaux-Chaudes (Bajos Pirineos). Silverio envió también una carta para su hermano enfermo; asegurábale su constante cariño, y le deseaba un pronto restablecimiento: no hacía la menor alusión á Laroque, pues como Emilio, lo mismo que su padre, no entendía de letra, la persona que abriese la carta para leérsela hubiera podido descubrir el espantoso secreto. Por otra parte, en el fondo de su conciencia perdonaba á Emilio, infeliz muchacho que después de matar á un hombre acariciaba como un niño á los corderos. ¿Era por ventura completamente responsable de sus actos? ¿No creía tener derecho para dar de puñaladas á un brujo que le había hechizado, así como el viajero le tiene para disparar un tiro contra el bandolero que le acomete? ¿No era esto legítima defensa? ¡Pobre Emilio, tan supersticioso, tan ignorante y tan cándido!

Silverio escribió, por último, al padre Bordes; y su carta, muy humilde, contenía frases en extremo sencillas. Explicó su conducta lo mejor que pudo; pidió perdón en términos respetuosos, y confirmó lo que había dicho á Jacobita respecto á la cascada. Hacía donación absoluta de ella al señor cura, rogándole que sacase de ella el mejor partido posible y continuara los trabajos comenzados. No conservaba para sí más que la gruta y una porción del prado, á fin de que *Morrudo* tuviera donde pacer el día en que volviese á Gargos.

Silverio se juzgó relativamente feliz al escribir estas cartas, y creía volver en cierto modo á su vida dichosa de otro tiempo; pero cuando las hubo enviado todas, la tristeza de los últimos días se apoderó otra vez de su corazón, y estuvo más desesperado y más melancólico que nunca. Se habían roto los últimos lazos que le unían con aquel pasado tan dulce, y entraba en el porvenir tenebroso y frío.

En otro tiempo no leía jamás diario alguno, y rara vez se había preguntado lo que sus contemporáneos podían hacer á su alrededor; pero desde que habitaba en Eaux compraba la *Pequeña Gironda* como el más trivial bañista. Largo tiempo necesitó para descifrar aquella especie de gaceta y comprender la nomenclatura de los acontecimientos, pues allí veía cosas inexplicables para él: *Cambios de Bolsa*, *Trabajos Parlamentarios*, *Sport Velocipédico*. Silverio no buscaba más que el nombre de Laroque y el de Montguillem; dos días después de su llegada á Eaux-Chaudes encontró el del contrabandista, pero no vió nunca el de Emilio; el diario refería el crimen de Gargos, mas no decía quién fuese el culpable, «á quien la justicia buscaba activamente.»

—¡Dios quiera que no le encuentre!, decíase el montañés. Lo espero así, porque el Sr. Roumigas ha debido tener conocimiento de mi marcha, y guardará su secreto para recompensar mi conducta.

El mes de junio terminaba; Silverio seguía sin trabajo, y no recibía tampoco noticias de Gargos. ¡Cuántas veces tuvo intención de marcharse, de volver por el camino de Argelez é ir á ver qué ocurría allí!

Para desechar estas ideas peligrosas escalaba los picos de los alrededores, y extenuábase á fuerza de cansancio; elegía las rocas más difíciles, y arriesgábase en las cornisas más angostas, para tener distracciones violentas y pensar un poco menos en Jacobita.

Cierta mañana emprendió así la ascensión del pequeño pico de Ossau, uno de los más peligrosos de la cordillera, especie de aguja vertiginosa, donde apenas se aventuraban sino aquellos que van en busca de un suicidio de sensación. Cuando bajaba, vió varios *turistas* detenidos en la base del pico grande, los cuales le contemplaban con sorpresa. Uno de ellos, después de mirarle un momento, exclamó alegremente:

—¡Calla, pues si es mi guía, es Montguillem!

Silverio se volvió para ver la persona que así hablaba, y reconoció á un socio del Club Alpino, á quien había acompañado el año anterior á la Brecha de Rolando y al Monte Perdido.

—¡Buenos días, Sr. de Linville!, dijo el montañés, descubriéndose al punto.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

CLEPSIDRA MISTERIOSA

Los viejos movimientos de relojería, cuando son curiosos, están destinados á figurar en los museos: sus muelles enmohecidos, sus ruedas sin dientes, sus ejes fuera de su centro no les permiten ya ser más que testimonios de un arte desaparecido. Es esta una ley ineludible; de aquí que no pueda menos de ser admirado un aparato que, á despecho de esta ley, funcione hace trescientos cincuenta años sin haber necesitado la menor reparación. Tal sucede con un reloj que posee M. Pottin, de Ivry-Port (Francia), y cuya edad ha sido diagnosticada por Marié Davy, el difunto director del observatorio de Montsouris. Digamos ante todo que si se ha sustraído á la triste suerte de los mecanismos viejos es porque carece de ellos. En efecto, se trata de una clepsidra representada por la figura 1.

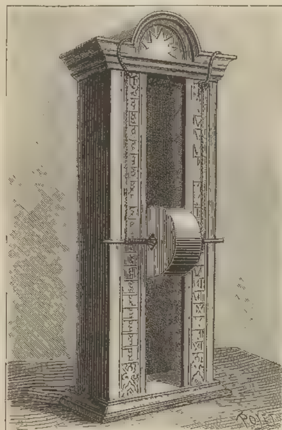


Fig. 1. – Clepsidra misteriosa

Exteriormente no se ve más que un cilindro de unos 15 centímetros de diámetro, suspendido por dos hilos arrollados á los extremos de una barrita redonda que atraviesa su eje. Cuando, haciendo girar este cilindro de abajo arriba, se ha terminado el arrollamiento de los hilos, se abandona el aparato, el cual, después de haber oscilado dos segundos para encontrar su aplomo, empieza á descender lentamente, empleando diez y ocho horas en recorrer con precisión las escalas de derecha é izquierda, cuyas divisiones son de cobre incrustado en la madera del mueble (1).

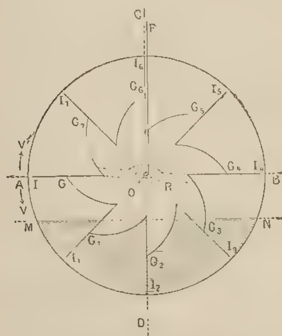


Fig. 2. Esquema explicativo

He aquí la explicación de este curioso resultado, para comprender la cual servirá el esquema de la figura 2.

El cilindro está dividido en ocho compartimientos perfectamente iguales y simétricos con relación al eje O. Estos compartimientos G, G^1... G^7, se comunican entre sí por medio de pequeños orificios I, I^1... I^7: además unos canales centrales K les ponen en comunicación dos á dos; así, por ejemplo, G^7 comunica con G^3, G con G^4, G^1 con G^5 y G^2 con G^6. El cilindro contiene líquido (1) hasta el nivel M N. Supongamos el cilindro suspendido por el hilo F arrollado alrededor de O, á la derecha de la vertical que pasa por el centro de gravedad del sistema CD: evidentemente la gravedad hará girar el aparato en el sentido de la flecha V, pero en este movimiento se produce un desnivel del líquido á izquierda y derecha de CD, en el sistema de depósitos comunicantes formado por los compartimientos G y los orificios I: el líquido sube á la derecha y desciende á la izquierda hasta que el centro de gravedad pasa por la vertical F. Entonces cesa la caída del cilindro, pero vuelve á producirse á medida que los dos niveles tienden á igualarse por la comunicación lenta al través de los orificios I. Y como esta igualación sólo puede lograrse mientras el cilindro está suspendido, el lento movimiento de descenso continúa indefinidamente.

Este movimiento se verifica de un modo perfectamente regular, porque todas las partes del cilindro son simétricas con relación al eje central.

Examinando el esquema de la figura 2 se ve fácilmente que los compartimientos sólo pueden comunicarse, durante el período de descenso, por los orificios I. Se comprende también que es muy sencillo armar el aparato: basta para ello dar vueltas al cilindro en el sentido de la flecha V', con lo cual el hilo se arrolla alrededor del eje central, y á medida que sube el aparato los compartimientos se vacian por los canales centrales R en sus simétricos, de donde resulta que á cualquiera altura el sistema, abandonado á sí mismo, recobrará, después de dos ó tres oscilaciones, su perfecto equilibrio.

M. Marié Davy atribuía la construcción de esta clepsidra á un artista de la época de Enrique II, siendo muy probable que algunos obreros menos hábiles hayan intentado imitar ese aparato, pues en la región de Brie, en donde pudo adquirirlo M. Pottin, se han encontrado una veintena de imitaciones, pero todas incapaces de funcionar. En la exposicion de Artes retrospectivas celebrada en París en 1889 había un cilindro de cobre que tenía mucha semejanza con el que acabamos de describir y que se suponía ser una clepsidra del tiempo de Carlomagno (2). ¿Se habrán atribuído algunos siglos de más á este producto del arte antiguo? No podemos decirlo.

Nuestro propósito ha sido únicamente dar á conocer un instrumentó muy sencillo y de gran precisión que de fijo muy pocos conocen y que, por ende, hemos creído digno de ser descrito.

L. Reverchon

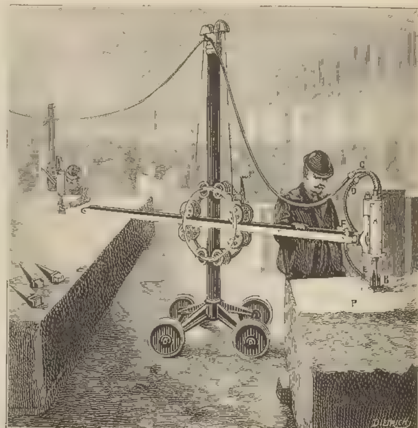
***

APARATO NEUMÁTICO PORTÁTIL PARA LABRAR LAS PIEDRAS

Sabida es la importancia que han alcanzado y alcanzan más cada día en la industria las máquinas aun para las aplicaciones más limitadas. Entre ellas merece mencionarse la que reproducimos, para labrar piedra, que funciona por medio del aire comprimido: es de construcción muy sencilla y fácilmente transportable. Nuestro grabado reproduce la vista en conjunto del aparato é indica al mismo tiempo su modo de funcionar: consiste esencialmente en un cilindro A, que contiene en su interior un émbolo móvil, el cual lleva en su extremo un instrumento cortante de varias ramas que pueden penetrar en la superficie exterior de una piedra P y cortarla en un espesor determinado. Este émbolo se mueve por el aire comprimido, que es llevado á la parte superior del mismo por un conducto C. Cuando el émbolo llega al término de su recorrido, establécese una comunicación con el aire exterior, el aire comprimido se escapa y el émbolo vuelve hacia atrás: entonces entra nuevamente aire comprimido en el cilindro que empuja otra vez al émbolo, y así sucesivamente. De esto resulta un movimiento de vaivén continuo, pudiendo el aparato dar cien golpes por minuto. El aire comprimido, durante el movimiento del émbolo hacia atrás, no se escapa directamente al exterior, sino que atraviesa un tubo D y sale por E barriendo los restos de piedra á medida que el aparato los arranca. Una espita F permite regular á voluntad la salida del aire.

El aparato neumático va fijado al extremo de un travesaño horizontal que el operador puede fácilmente cambiar de sitio: nuestro grabado reproduce la máquina en función y al obrero que gobierna con su mano derecha este travesaño, el cual está sostenido por un sistema especial de contrapesos que se pueden subir ó bajar por medio de una cabria. El conjunto del aparato va montado sobre una columna con cuatro ruedas que con facilidad puede transportarse de un lugar á otro.

El nuevo aparato neumático portátil no es ciertamente de construcción perfecta y muy mecánica; pero, á pesar de ello, no podemos menos de examinar con atención este mecanismo sencillo, sin ninguna complicación, formado con los más comunes elementos. Esta máquina, de una sencillez extremada, presta todos los días grandes servicios para desbastar piedras duras, incluso el granito, bastando de seis á diez minutos para pulir una superficie de 10 decímetros cuadrados. Se calcula que una máquina de esta clase puede ejecutar en un día un trabajo que hecho á mano costaría noventa pesetas, ó sea en un año una labor equivalente á 25.000 pesetas.



Aparato neumático para labrar las piedras

Este es el argumento más poderoso que ha decidido á los americanos á utilizar este aparato: para ellos basta que una máquina, aunque sea de construcción imperfecta, pueda producir una ganancia positiva para que sea inmediatamente adoptada. En otros países los fabricantes no consentirían que saliera de sus talleres un aparato en tales condiciones.

Para hacer funcionar esa máquina se han ensayado el vapor y la electricidad; pero ni uno ni otra han presentado las mismas ventajas que el aire comprimido, que permite barrer inmediatamente los restos arrancados de la piedra, y en esta industria es un punto importante obtener una marcha rápida del cincel sin ninguna pérdida de tiempo. Sin embargo, fácil habría sido construir un motor eléctrico que moviera el cincel y al mismo tiempo barriera los trozos de piedra, con lo cual habríase evitado el gasto de tubos para el paso del aire comprimido, tubos que necesitan ciertas condiciones especiales, sobre todo cuando se trata de una longitud algo regular. Los cables eléctricos, por el contrario, habrían podido ser de pequeña sección y al propio tiempo habría sido fácil empalmarlos directamente en las distribuciones de energía eléctrica para el alumbrado que existen en casi todas las fábricas americanas. Pero esta solución no ha sido quizás buscada y el aire comprimido ha sido utilizado desde un principio.

Es de suponer, sin embargo, que los mismos americanos, gente práctica como nadie, estudiarán este nuevo aspecto de la cuestión y no tardarán en sustituir el aire comprimido por la fuerza eléctrica cuyas aplicaciones tanto han generalizado y perfeccionado.

J. Lafargue

(1) La escala dividida en 18 horas tiene una longitud de unos 75 centímetros; ya se comprenderá que esta longitud podría ser mayor; así, por ejemplo, en una habitacion ordinaria podría obtenerse facilmente una marcha de dos días, sin dar cuerda, por decirlo así, al aparato.

(1) Intencionadamente decimos *líquido* y no *agua*, pues no es posible reconocer la naturaleza del contenido del cilindro, porque éste es de estaño y está soldado en todas sus partes. De modo que para saber de qué líquido se trata sería preciso destruir el aparato.

(2) El benedictino Carlos Wailly construyó en 1690 un reloj análogo, que el padre Alejandro describe en su *Tratado general de los relojes*.

LA TEMPERATURA EN EUROPA

desde el 26 de enero al 20 de febrero de 1895

El invierno de 1894-1895 ha sido notable por lo riguroso.

Dos hechos principalmente han contribuído á hacerlo memorable: la prolongación de los fríos intensos hasta el 20 de febrero y la extensión de las fuertes heladas por toda Francia, por la mayor parte de las islas Británicas y de Italia y por la mitad septentrional de España.

La causa primera de este frío tardío no es conocida, pero se ha manifestado por un fenómeno más general que el descenso de la temperatura del aire. Este fenómeno, que puede considerarse como causa secundaria é inmediata, ha sido constituído por la persistencia de un área de bajas presiones en toda la cuenca del Mediterráneo y por la de una zona de altas presiones en el resto de Europa.

En tesis general, un área de bajas presiones produce una elevación de temperatura en su parte oriental, adonde los vientos del Sur llevan el aire caliente de los países más meridionales, y determina, por el contrario, un descenso de temperatura en su mitad occidental, adonde los vientos del Norte conducen el aire frío de las regiones más septentrionales.

Durante el período que examinamos, la prolongación excesiva del área de las bajas presiones mediterráneas de Oeste á Este, ha limitado la elevación de temperatura á Turquía y á la Rusia meridional, habiéndose en cambio extendido el frío á la mayor parte del continente.

Por otro lado, las altas presiones ocasionan en invierno una temperatura que puede ser relativamente benigna si brilla el sol, pero que generalmente es muy baja, sobre todo de noche, á causa de la radiación terrestre, que es lo que ha sucedido en el Norte de Europa.

La distribución de las presiones era, pues, excepcionalmente favorable á la producción de un frío intenso y general.

Del cuadro de mínimas absolutas de temperatura, trazado con las observaciones efectuadas en 90 estaciones europeas, resulta que las heladas de menos de 10° bajo cero se han extendido casi á toda Francia; que las de 5° han invadido el centro de España y aun el Sur de Italia y finalmente que el hielo sólo ha dejado indemnes á una parte de Cerdeña y de Sicilia, Grecia y el extremo meridional de la península ibérica.

El mayor frío registrado en Francia ha sido de 23° bajo cero en la región de Nancy; en Laponia la temperatura ha bajado á 33° bajo cero, siendo de notar que estas temperaturas se han obtenido por medio de termómetros instalados con los abrigos reglamentarios en los observatorios para preservar esos instrumentos de la lluvia, de la nieve y del sol. Si los termómetros hubiesen estado al aire libre habrían dado temperaturas tres ó cuatro grados más bajas. De este modo pueden explicarse las temperaturas de 27° y 30° bajo cero señaladas por algunos periódicos del Nordeste de Francia. – P.

***

FABRICACIÓN DE VIDRIOS POR LAMINADURA

Se ha señalado recientemente en la fabricación de vidrios una observación muy interesante que podría ser de gran importancia para esta rama de la industria. Un fabricante de vidrios francés, M. Simón, ha conseguido producir planchas de vidrio de gran anchura y de longitud *ad libitum* por medio de cilindros: el vidrio así obtenido, por su solidez, homogeneidad y transparencia resulta muy superior al ordinario y tiene, al parecer, un brillo que en nada cede al del cristal pulimentado. La parte esencial del invento de M. Simón consiste en el empleo de cilindros metálicos especiales y huecos, calentados interiormente por medio de vapor ó de gas, los cuales cogen directamente la pasta que, procedente del fondo de un crisol, llega hasta ellos sin necesidad de ningún aparato intermediario. Para evitar que la masa blanda se adhiera á los cilindros se da á éstos una capa muy fina de polvo de carbón, aceite y cera. – X.

LIBROS

ENVIADOS Á LA REDACCIÓN

por autores ó editores

Rimas galantes, por *Martín Pou Moreno.* – Colección de bonitas poesías castellanas y mallorquinas. Compuestas en su mayor parte para figurar en álbums ó abanicos, casi todas cantan las bellezas de alguna mujer, revelándose en ellas el señor Pou poeta de sentimiento. Muy apreciables son también las composiciones de otros géneros, que contiene este libro, como *[illegible]*, *Dos Galateas*, los pensamientos y las traducciones de Heine y Dante. Véndese á cuatro reales cada ejemplar.

Guía enciclopédica de Barcelona, por *J. Manaut-ta.* – Cuantos datos acerca de Barcelona y su población pueda desear el más exigente, encuéntranse metódica y detalladamente consignados en este libro: las divisiones municipal, eclesiástica y militar, guía de calles y plazas, servicios de carruajes, tranvías, telégrafos, teléfonos, correos y ferrocarriles, descripción de la ciudad y de sus principales edificios y monumentos, guía judicial, establecimientos de beneficencia, mercados, guía por orden alfabético de nombres y apellidos, de artes, oficios, industrias, etc.; todas estas y otras materias están perfectamente explicadas y descritas en esta obra que ilustran muchos grabados y varios planos, proporcionando así mayor facilidad al consultante. Véndese en la Administración, calle de la Canuda, 39, principal.

Preceptos higiénicos que debe observar la mujer durante el embarazo, parto y puerperio, por el *Dr. Vidal Solares.* – Como de este libro nos ocupamos en otra ocasión, únicamente diremos hoy que agotadas las cinco primeras ediciones, su autor acaba de publicar la sexta. Además, conocida como es la competencia del Sr. Vidal Solares en tan importantes materias, no es necesario elogiar un libro que por sí solo se alaba.

Pro patria. – El último número de esta importante revista contiene notables trabajos de R. Lucas Martínez, Pulido, Borao, O-Neill, Figuera, Degetáu y González y Balaguer, é interesantes revistas de academias y sociedades musicales, teatrales, políticas, científicas y bibliográficas, por Amicsa, Mitjana, Sánchez Pérez, Sinesio, Learner y Amando. Suscríbese en Madrid, Claudio Coello, 19, 2.°

El recuerdo del ausente, cuadro de G. G. Kilburne

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 1.º de abril de 1895 — Núm. 692

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

MÁS ACERCA DE FUENTES HISTÓRICAS

En el número 397 de esta Revista (correspondiente al 5 de agosto de 1889), comencé encareciendo, bajo el título de *Fuentes históricas*, la importancia que entraña el estudio analítico comparativo de las *Constituciones sinodales* establecidas por los prelados de las múltiples diócesis del catolicismo, y singularmente de las del suelo hispano, á cuyo efecto aduje unos cuantos ejemplos, y terminé anunciando que quizás no fuera el contenido de dicho artículo la única muestra que ofreciera á la benévola consideración y mayor competencia de los lectores de La Ilustración Artística; hoy pasa á convertirse aquella hipótesis en realidad, mediante las siguientes



BOULEVARD, cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés)

líneas que, contando, como siempre, con la benevolencia del público, procedo á trasladar al papel.

Fray D. Pedro de Rojas, obispo de Astorga, celebró sínodo en su diócesis en el año de 1592, y por el capítulo 22 de la constitución 10, se dispuso lo siguiente:

«Otrosí, *sancta Synodo approbante*, estatuímos y mandamos en virtud de santa obediencia, y so pena de descomunión y de cuatro ducados por cada vez, que de aquí adelante ninguno use de abusos algunos, de los que hasta aquí usaban en este obispado, de *llevar la gallina*, que llamaban, á los novios después de media noche el día que recibían las bendiciones nupciales, con cantares lascivos y deshonestos, en ofensa de Dios y del matrimonio, ni se hagan semejantes abusos en ninguna manera, ni se canten cantares enderezados á semejantes deshonestidades...»

Ya se deja comprender que la *gallina* á que aquí se alude no era ninguna de esas aves de corral conocidas con dicha denominación.

Celebróse sínodo en Málaga por su obispo el Ilustrísimo y Revmo. Sr. D. Fr. Alonso de Santo Tomás, año de 1671, y entre otras muchas particularidades de mayor ó menor curiosidad é interés, leemos la siguiente:

«Y mandamos que de aquí adelante para todas nuestras iglesias parroquiales no se hagan casullas, dalmáticas, capas, frontales, paños de púlpitos, mangas de cruz, mucetas ni atrileras de ningunas telas extranjeras, ni de otros colores fuera de los cinco en la Iglesia usados (1). Y encargamos sean los dichos ornamentos de terciopelo, damasco, ó tafetán de España y no de otros reinos, y que sea tejido con especial cuidado y todo gusto, por la experiencia que tenemos de cuánto más decente y firme materia es la que se labra en estos reinos, de cuyo uso se sigue mayor lustre á las iglesias y conveniencia á la Fábrica. Y el mayordomo que sin especial licencia nuestra otra cosa hiciere, no se le reciba en cuenta el gasto y costa que hubiere hecho, ni los sacristanes ni otros ministros reciban ni admitan los tales ornamentos hechos contra el tenor desta constitución.» (Lib. 1.º, título 15, párrafo 5.)

Con muchas disposiciones por este estilo, emanadas de todo linaje de autoridades que desempeñaran el papel de padre y no de verdugo de la nación, y con menos afición de la que desgraciadamente reina en nuestro suelo á pagar vergonzoso tributo al predominio de usanzas venidas de *extranjis*, algo más valdría nuestra industria, nuestro comercio y nuestra significación. De cualquiera suerte, ¡loor al príncipe de la Iglesia que, sin necesidad de vocinglería ni alharacas, ostentara patriotismo tan acendrado!..

Las *Constituciones synodales del obispado de Cádiz* fueron promulgadas en el año de 1591 por su prelado el cardenal D. Antonio Zapata, canónigo que había sido de Toledo, é impresas en Madrid en el de 1594. Entre otros varios particulares dignos de llamar la atención del hombre observador y curioso, figuran los dos que procedo á copiar textualmente:

«La felice recordación de Pío V dejó ordenado que á los condenados á muerte se les administre el santo sacramento de la Eucaristía, porque castigados en el cuerpo no lo sean en las almas, quitándoles un remedio tan importante para su salvación; y ansí, mandamos que en este obispado se guarde y cumpla, no obstante cualquiera costumbre que en contrario haya, y la Justicia en manera alguna no lo impida.»

A dicho propósito transcribiremos aquí lo que dijimos en *El Averiguador Universal* (tomo II, pág. 102), tomado de la *Noticia del origen de los nombres de las calles de Sevilla*, por D. Félix González de León (páginas 68-69), y es del tenor siguiente:

«El estilo que había, era que, en condenando los jueces á uno ó más á muerte, les llamaban al confesor, que los confesaba generalmente, y, en absolviéndolos, los llevaban al patíbulo. Ofrecióse en Granada sentenciar á un mozo por ladrón; confesó con un padre de la Compañía, y luego que entendió que no había de comulgar, fué tanta la aflicción y llanto que tuvo, que el compañero del confesor, que era lego y se llamaba Juan de Sevilla, le ofreció solicitar su consuelo. Entró en la sala de los Alcaldes, y propúsoles su zelo y compasión. Respondiéronle no era estilo viniese nuestro Señor á parte tan inmunda. Refiere Pedraza la réplica tan eficaz que les hizo Juan de Sevilla, que se hallaron confusos, y le dijo el que presidía acudiese al arzobispo; que lo que él ordenase se ejecutaría. Fué Juan de Sevilla al Arzobispo; dióle cuenta de todo lo que pasaba, y el Arzobispo mandó un criado suyo á la parroquia de Santa Ana, y que mandase al cura comulgase al reo. Hízose esto con tanta diligencia, que primero comulgó el reo que lo supiesen los alcaldes. El Arzobispo dió cuenta al pontífice Pío V, el cual despachó *motu proprio* un breve, su data en Roma á 25 de enero de 1568, para toda la cristiandad, disponiendo se diera la Comunión á los condenados á muerte, no obstante cualquier uso ó costumbre en contrario.

»Después el rey D. Felipe II lo determinó por ley, mandando que las Justicias ordinarias señalasen en las cárceles capilla y lugar decente donde los condenados á muerte pudiesen oir misa y recibir el sacramento de la Eucaristía con honor y reverencia, y que, *por el decoro que se debe á tan gran Sacramento, no se ejecute la sentencia de muerte hasta el día siguiente, pasadas las veinticuatro horas.*»

Al tratarse en dichas Constituciones gaditanas de los examinadores de ordenandos (ú *ordenantes*, como allí se los llama), intímaseles á aquéllos que «en las preguntas que hicieren, no se muestren severos y rigorosos en el aspecto y palabras, de manera que el examinado desmaye. Oíganle con benignidad, mostrando agradarse con las respuestas; y por ocasión ó causa del examen no reciban cosa, por muy pequeña que sea, antes ni después, so las penas en el sagrado Concilio discernidas, sobre lo cual les encargamos la conciencia.» Falta hacía que á algunos catedráticos de nuestra época les cayera encima una ley análoga, lo cual llenaría de gozo á más de cuatro estudiantes de ciertos Institutos y Universidades.

De las *Constituciones synodales del obispado de Oviedo, hechas en esta ciudad por el Ilustrísimo Señor D. Agustín González Pisador* (1769), trasladamos la cláusula siguiente, que obra al título 3.º, constitución 1.ª, párrafo 1.

«..... prohibimos la impropia y perjudicial costumbre que hay en algunas parroquias de esta nuestra diócesis, de la función ó repartición del *Bollo*, que llaman, y que se hace en la iglesia en el viernes santo de cada un año al tiempo de la adoración de la Cruz, con la turbulencia, algazaras y voces que se dejan reconocer, incorrespondiente á tan sagrado lugar y santo día, y asimismo la que hay en otras de comerse y beberse en los pórticos de ellas en los días festivos el pan sobrante de caridad y el vino que quedó en la misa que dijo el cura, de que también se siguen altercaciones y disputas.»

Ya se comprende que, no habiéndose establecido el arte de la imprenta en nuestro suelo hasta bien entrado el último tercio del siglo XV, mal podían las Sinodales anteriormente estatuídas ser trasladadas al molde en época anterior á esa fecha; así y todo, no fueron esas obras de las primeras en salir á luz por medio de la estampa, si bien no dejó de imprimirse alguna que otra antes de terminar dicho siglo. Ahora, pues, en el año 1406 celebró sínodo en Coria su pastor D. Fr. García de Castronuño, según lo evidencia el siguiente curioso documento que insertamos á continuación, tomándolo de la *Sevilla Mariana* (tomo VI, págs. 264-65), y es del tenor siguiente:

«Acerca de los Manteles con que se celebró la Cena Eucarística, sobre los que se puso el pan que Jesucristo consagró y convirtió en su propio Cuerpo, consta, según la práctica de los hebreos, que eran muy extensos, para que pendiesen de la mesa por todos sus lados. Parte de ellos se conservan en Viena, de Austria; pero la mayor los posee en su Relicario la Santa Iglesia Catedral de Coria, en Extremadura.» El maestro Gil González Dávila, antiguo cronista de los Reinos de Castilla, en su *Teatro-Eclesiástico*, de las Iglesias Metropolitanas y Catedrales de España, al hablar de la de Coria, dice: «Tiene en su Sacristía Reliquias de mucha estima, parte de los Pañales en que Cristo Niño fué envuelto; *los Manteles en que Jesucristo cenó con sus Discípulos;* una Espina de su Corona; una parte del *Lignum Crucis*;» y sigue enumerando las otras de varios Santos. Una familia piadosa de Sevilla posee un pequeño fragmento de aquellos Manteles, en un cuadro con su auténtica, que al pie de la letra dice así:

«Nos D. Ramón Montero, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, arzobispo, obispo de Coria, del Consejo de Su Majestad, etc. – Atestamos: Que habiendo manifestado y puesto á la pública veneración las santas Reliquias que se veneran en esta nuestra Santa Iglesia Catedral, y siendo una de las más estimables la de los *Manteles* en que nuestro divino Salvador celebró la Cena é instituyó el admirable Sacramento de la Eucaristía, de cuya autenticidad se hizo reconocimiento por nuestro digno antecesor el Ilustrísimo Señor D. Fray García de Castronuño, en el año de mil cuatrocientos y seis, en que celebró sínodo, y en él se hizo mención de las mismas santas Reliquias; y deseando dar una prueba de nuestro afecto al Excelentísimo Señor D. José Sanjuán, Teniente General de los Reales Ejércitos y Capitán General del Ejército y Provincia de Extremadura, en recompensa de sus sentimientos religiosos, le hemos donado una pequeña parte de dichos santos Manteles, la que pendiente de una cinta encarnada, se halla unida á esta Certificación, mediante el sello mayor de nuestras armas, de la que, como ni del sello, por ningún motivo pueda separarse – Dada en nuestro Palacio Episcopal de Coria á los treinta días del mes de julio del año de mil ochocientos treinta y dos. – Ramón, Arzobispo, Obispo de Coria. (Hay una rúbrica). – Por mandado de Su Señoría Ilustrísima, el Arzobispo, Obispo mi señor, Ignacio Rodríguez Amado, Secretario. (Rúbrica).»

Año de 1698 tuvo sínodo en Logroño el Ilustrísimo Sr. D. Pedro de Lepe, obispo de Calahorra, natural de Sanlúcar de Barrameda, y sujeto de admirables ciencia, prudencia y virtud. Es notabilísimo el Catecismo ó Doctrina Cristiana que precede á las *Constituciones* en tal ocasión redactadas, y de las cuales entresacamos la cláusula siguiente (constitución 21, lib. 3.°, tít. 9.º), por la que se reprueba altamente la práctica abusiva «de que en los entierros, cuando sacan el cadáver de la casa en donde está, lo ponen en el zaguán, ó en la calle, y allí el clero, puesto en bancos que tienen prevenidos para este efecto, ó en otra forma, le hace y canta el nocturno, ó nocturnos, de Difuntos, reservando tan solamente para la iglesia la Misa y Oficio de sepultura.»

La verdad es que, así por este como por otros varios conceptos consignados en el texto de dichas Constituciones sinodales, que sería prolijo enumerar, no sale muy bien parado, que digamos, el clero calagurritano de fines del siglo décimoséptimo. Bien es verdad que la causa de esos y otros muchos abusos provenía de la circunstancia de ser en aquel obispado pilongos ó patrimoniales los beneficios eclesiásticos, de donde nació el antiguo refrán que dice: *En Calahorra, al asno hacen de corona*.

D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, de la ilustre casa de Altamira, que falleció siendo arzobispo de Toledo, y cuya memoria será imperecedera por los muchos y distinguidos rasgos caritativos que abrillantan su vida, fué antes cardenal de la Iglesia Romana y obispo de Jaén. En esta ciudad convocó y celebró sínodo diocesano en el año de 1624 (cuyas Constituciones se imprimieron en Baeza en 1626), y al libro 2.º, título 10, cap. 1.º, leemos la especie siguiente, después de haber ordenado que «no se hagan votos de correr toros, ni valgan los hechos:»

«Y en cuanto á los votos que en algunos lugares de nuestro obispado se han hecho de no dar de mamar á los niños, ni de comer ni de beber á los animales en fiestas de algunos santos, hasta después de la procesión y haber vuelto á sus casas, mandamos á nuestros visitadores los vean y examinen, para que en el cumplimiento dellos se sirva Dios y honren sus santos, y se huyga *(sic)* cualquier olor ó especie de superstición.»

No es menos curiosa, por otro estilo, la especie que vamos á apuntar:

«..... no consientan los priores ó curas que se lleven á la iglesia ofrendas fingidas, los cueros no vayan llenos de aire ni agua, el pan sea trigo, no cebada, pena que los que lo contrario hicieren, tendrán obligación á dar otro tanto trigo como cabía en los costales que allí pusieron, y otro tanto vino como cupo en los cueros...»

¡Cuán cierto es que el capítulo de defraudaciones cuenta en España más fecha de lo que algunos se figuran; así como que el estudio de la *Gramática parda* ha sido en todo tiempo cultivado á maravilla por nuestro pueblo, de suyo socarrón y maleante!.

Terminemos ya, pues de seguir dando rienda suelta á la pluma con el motivo que aquí nos ocupa, no veríamos tan cercano el fin de esta divertida materia, más importante de lo que muchos creen, aun de aquellos individuos que, por razón de su ocupación ó su clase, se dedican á disquisiciones históricas, hasta el punto de menospreciar ó de ignorar que existen semejantes obras: obras que, en último resultado, son la expresión de la índole y de las costumbres del pueblo á quien se enderezan, dado que el código de las leyes que las constituyen tiende no sólo á la reforma del estado eclesiástico, sino también del secular, proveyendo á las respectivas necesidades del pobre, á la vagancia del gitano, á la enseñanza del ignorante, á la defensa del que se acogía a sagrado huyendo de la Justicia civil, y á cien y cien circunstancias más de que tenía que hacerse cargo la Iglesia, ya que al elemento secular poco ó nada le preocupaba el atajar tantos, tan diversos y tan graves inconvenientes.

José María Sbarbi

(1) Hoy son seis, por haberse concedido el *azul* á favor de la celebridad de la Concepción de Nuestra Señora. Sabido es que los otros cinco son: *encarnado*, *blanco*, *morado*, *verde* y [illegible].



El poeta Olmedo pide á Bolívar en nombre del Perú la libertad de éste (bajo relieve de Tenerani)



Estatua de Bolívar para Maracaibo

SEMBLANZA

Tal es el nombre grabado en todo un continente, esculpido con indelebles caracteres en mármoles y en granito, que tiene su altar propio en el corazón de los americanos. Es la figura majestuosa que gana proporciones, y finalizado este siglo en que vivió y extinguidas las generaciones contemporáneas, se elevará más y más en la historia á la par de aquellos inmortales que por la magnitud de sus acciones han tomado á través de centurias y centurias carácter legendario por el poderoso influjo que ejercieron sobre la especie humana.

En Simón Bolívar todo fué grande, atrevido, eterno: encerrábanse en él, no sólo un tesoro de elementos para constituir al héroe, sino también los que resplandecen en el hombre de Estado. El vástago de noble estirpe vizcaína nació legislador y guerrero, adunándose é influyendo las circunstancias singulares para poner cimiento á su pedestal glorioso: la entonces reciente revolución francesa, de notoria trascendencia, que al descubrir ideas nuevas las esparció de pueblo en pueblo, como chispa eléctrica; el estado anormal de la Europa entera; los incompatibles alzamientos de sus naciones poderosas, que erguíanse para luchar contra el invasor.

A más, desde niño se desarrollaron en Bolívar las ideas de independencia, merced á los estudios de los clásicos y á los ejemplos de Grecia y Roma: el Monte Sacro presenció su himeneo con la libertad: allí juró morir por la desposada que le imponía su dominio y por el amor que había de ser único en su existencia.

Era el hombre para subyugar con la palabra, imponerse á las multitudes, y ensanchando el horizonte de las ideas, remover la faz de las sociedades. Sus ojos, que giraban en un hueco profundo, eran indefinibles y con frecuencia los inclinaba al suelo como para velar los fulgores eléctricos que lanzaban, la luz vivísima, el vigor imperioso é imponente. La mirada era una revelación de la voluntad soberana, y al tratarse cuestiones de interés patriótico, se encendía asomando á las pupilas la perseverancia, el ardiente impetuoso entusiasmo, nunca desmentido en la carrera de aquel hombre singular, que señala, representa, una nueva era, una época de alta trascendencia para los pueblos del Nuevo Mundo.

Siglo de Bolívar debiera llamarse en América á este décimonono, porque el espíritu del incomparable venezolano, su impulso, encarnó los principios, dándoles forma y vida en una gran parte de este continente, que en justicia llamaríamos colombino.

Amalgamábanse, formando feliz conjunto en el Libertador, los arrojos temerarios y sangre fría del soldado con la elocuente audacia del tribuno, y el desinterés más excesivo, con las ambiciones únicas de la victoria y de los laureles inmortales. Estaba dotado de exquisita penetración para juzgar á los hombres y las cosas. Poseía excepcional viveza y talento cultivado. Su palabra persuadía por su elocuencia y era conmovedora.

La misión que se impuso, erizada de peligros y dificultades, requería los ricos dotes aludidos que, agrupándose con la condición innovadora, la perspicacia y alteza de su imaginación que todo lo abarcaba, lograron el éxito de proyectos al parecer irrealizables.

Desde otro punto de vista había en Simón Bolívar mucho de soñador y de poeta. «Mi delirio en el Chimborazo» revela aquellas condiciones. El criterio para juzgar obras literarias fué siempre exacto y razonado: es indudable que hubiera podido ser un gran escritor.

En una carta á Simón Rodríguez, su maestro, decíale:

«Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fué mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa.» Más adelante añade: «Venga usted al Chimborazo. Profane usted con su planta atrevida la escala de los titanes, la corona de la tierra, la almena inexpugnable del Universo Nuevo.»

Viene al caso citar algunos detalles que retratan la extraña individualidad de tan genuina representación en la historia americana.

Conocí mucho y traté en Bogotá á un anciano general, Manuel Antonio López, ayudante que había sido del Libertador. A pesar de sus años, conservaba incólume la memoria y latente el fervoroso entusiasmo por el generalísimo. Adquirí multitud de datos característicos que formaron conjunto con otros recogidos en Lima en mis conversaciones con el escritor venezolano Simón Camacho y Bolívar, que si mal no recuerdo era sobrino del héroe.

El campeón patriota cifraba su mayor goce en las batallas, y las fatigas no hacían mella en su vigorosa naturaleza, como dice un colombiano (1): «El sol de los combates había tostado su cara y sus manos, que parecían de bronce sobre cuerpo de alabastro.»

En el trato social era ameno y amable, propio para animar á todos, y en sus horas de buen humor cautivaba con sus ingeniosos dichos y agudezas. Levantábase siempre con la aurora; recorría á caballo el campamento, prodigando palabras halagadoras para la tropa y capaces de encender su amor propio, valiéndose del profundo estudio que había hecho del corazón humano.

Aparte de esta ventaja, contaba, como César, con el ciego amor de los soldados, porque con ellos soportaba las mayores privaciones, comunicándoles con su ejemplo valor para sufrir y esperanza en el triunfo. Vivía bajo un pie de igualdad, no llevando ni aun distintivo en su uniforme y alimentándose lo mismo que el ejército. Bolívar era muy sobrio y siempre aborreció los licores y el juego.

En todo se demostraba su celo por las tropas. En una ocasión llegó rendido por una marcha penosa á un pobre rancho de indios, donde como alojamiento le ofrecieron la única pieza con techo que allí había, pero sin vacilar la cedió para un soldado gravemente herido, y envolviéndose en una manta, se acostó en la hamaca que siempre llevaba consigo y que le servía para sentarse y despachar órdenes, que dictaba con pasmosa rapidez.

(1) Cuando le vió muerto en Santa Marta.

Sería ocioso, por lo extenso, aglomerar hechos en reducido espacio; pero no estará de más consignar que en las iniciativas de la lucha, y aun después, carecía de víveres el ejército y más de una vez la tropa necesitaba buscarse el sustento.

Estando en los Llanos, prohibió Bolívar que se matasen las reses hembras, y contraviniendo sus órdenes mataron una novilla.

El delincuente compareció ante el general.

– ¿No sabes que bajo la pena de cincuenta palos tengo prohibido que se maten las novillas?

– Señor, dijo el soldado, tenía tanta hambre que no pude contenerme.

La gallarda figura del militar interesó á Bolívar y la respuesta le conmovió y le fué sensible.

– ¿Cómo se llama este muchacho?

Le dijeron el nombre, añadiendo que era un valiente.

– Estás perdonado. Anda, y que te den otra novilla.

Bolívar era nervioso, impaciente, impresionable, y dice el doctor francés Roudín, que conoció al grande hombre en Bogotá, que su perfil era vascongado y griego por el corte del rostro, por la pequeñez de la boca y por su nariz corva, pero admirablemente delineada. Tenía la frente muy ancha, levantada en la región de los órganos imaginativos, prominente en las cejas, arqueadas y extensas, y era natural en él cruzar los brazos, tomando actitud escultural.

El espíritu observativo le hacía fijarse en los detalles más insignificantes, y á veces en los principios de la guerra ocurrieron chistosos episodios.

Entre los jefes de estado mayor que constantemente acompañaban al Libertador, había un valeroso inglés, de los muchos extranjeros que se distinguieron entonces en América. Un día, en el momento de sentarse á la mesa, se fijó el general en que la raída casaca del coronel Rook estaba cerrada completamente hasta el cuello, como ocultando la falta de una prenda muy principal.

– Coronel, ¿no tiene usted camisa?

– No, mi general.

– A ver, Palacios, saque usted una de las mías y désela al coronel.

Palacios, por apodo *el Catire*, era mayordomo de Bolívar y le siguió en los días de gloria y en los de amargura hasta su muerte.

– Que le dé una camisa, señor, ¿y cuál? Usted no tiene más que dos, la puesta y otra no muy buena que ahora están lavando.

– Pues esa; mañana veremos.

Tal era á veces la situación precaria del jefe y de su ejército.

El alma entera de aquél, sobreponiéndose á todos los padecimientos, á todas las necesidades, y siendo esclavo del aseo y esmero para su persona, suplía con los baños frecuentes la falta de ropa necesaria.

Aceptaba sin arredrarse los obstáculos, buscando inmediatamente recursos para vencerlos.

En una carta escrita desde Kigston decía:

«Amo la libertad de América más que mi propia gloria, y para conseguirla no he ahorrado sacrificios.»

Animado por un pensamiento, ideal de toda su vida, rechazaba ó destruía lo que amenazase malograr su heroica empresa, y los años de continua lu-

cha no habían abatido su espíritu, antes por el contrario, se conceptuaba más obligado y más dispuesto á coronar la obra.

En una época por extremo tormentosa para el Perú surgió de pronto un nuevo conflicto, que acentuaba aún más los peligros de la situación: la guerra civil.

Dispuesto á luchar contra ella, acudió Bolívar á uno de sus generales predilectos, el filósofo guerrero Antonio Sucre.

– Usted es el hombre de la guerra, le dijo; yo soy el hombre de las dificultades.

He aquí unos párrafos dirigidos á Sucre: «Reina una dislocación de cosas, hombres y principios, que me desconcierta á cada instante; llego á desanimarme á veces. Tan sólo el amor á la patria me vuelve el brío que pierdo al contemplar los obstáculos.»

Escribía Bolívar con facilidad suma, con vehementes frases, con la energía del revolucionario que tiene en activa labor el pensamiento. Sus proclamas, sus leyes y decretos revelan el patriotismo más puro, el tacto y buen sentido, á la vez que el caudal de talento y la superioridad del héroe.

Su espíritu de justicia y la severidad con que corregía toda falta de moralidad y mucho más si esta falta influía en la disciplina militar, los manifiesta el siguiente rasgo, entre otros que se podrían citar.

Hallándose el ejército americano escalonado en 1824 en el departamento de Ancachs, los oficiales del batallón Vargas fueron recibidos una noche en casa de una señora española residente en Huaraz, la cual tenía dos hijas y dos sobrinas casaderas. Bailóse un rato, y una de las jóvenes, indispuesta, hubo de retirarse á su habitación, adonde la siguió poco después un capitán de dicho batallón con propósitos poco nobles. Resistíase la joven al oficial, cuando una mano se apoderó con rapidez de la espada que éste llevaba al cinto y se la hundió en el costado causándole la muerte. Quien así castigaba al hombre que pretendió llevar la deshonra al seno de una familia era la misma madre de la joven ultrajada.

Bolívar tuvo noticia de tamaño desafuero, y en su indignación ordenó, aparte de otras enérgicas medidas, que se diera sepultura al delincuente sin los honores de ordenanza y que el furriel rompiera en presencia de la compañía la espada que la patria le diera para defensa de la libertad y la moral. El Libertador visitó luego á la señora española y le dirigió estas nobles palabras:

«Saludo á la digna matrona con todo el respeto que merece la mujer que en su misma debilidad supo hallar fuerzas para salvar su honra y la honra de los suyos.»

Dignas son de admirarse las hermosas palabras que dirigió á los españoles en una de sus proclamas después de la campaña del Ecuador.

«Soldados españoles: La capitulación que ha terminado vuestros padecimientos, os ofrece dos patrias, Colombia y España. Escoged: si queréis un suelo libre, tranquilo y pródigo, sed colombianos; pero si queréis dejar vuestras cenizas en el sepulcro de vuestros padres, la España es libre y debe ser dichosa.»

Unido el valor militar con la suerte en los combates, y habiendo llegado Bolívar al apogeo de su gloria, claro está que eran inevitables las envidias, y su vida, respetada por las balas, estuvo expuesta más de una vez en criminales asechanzas.

Una de ellas fué en Huamachuco (Perú), donde el bizarro venezolano había establecido su cuartel general y maestranza. Pidiendo colocación en ésta, se presentó un sargento chileno, y sin dificultad se aceptaron sus servicios. Pero dos ó tres días después llegó un mensaje á manos del Libertador, y no bien hubo leído los pocos renglones que contenía, llamó á un ordenanza é hizo buscar al sargento mayor, á quien había protegido dándole trabajo, y mientras departía con él benévolamente y se informaba de los adelantos ó reformas en la maestranza, le observaba con su penetración de soldado, convenciéndose de la identidad con la persona que era denunciada en el mensaje. Habían omitido el nombre, pero enviaban la filiación.

Por último, le dijo:

– Los jefes y oficiales que se unen conmigo y que generalmente corresponden á mis esperanzas, siempre obtienen una colocación digna. Usted irá de comandante de armas á un buen pueblo: acuda al estado mayor á recibir órdenes.

El sargento se retiró confuso, pero no satisfecho, tropezando al salir con el coronel López, ayudante de Bolívar.

– Pocas veces se ve á un asesino mejor retratado.

– ¿Qué dice usted, mi general?

– Ese hombre está pagado para asesinarme. Vea usted el aviso y su filiación. Usted hágase cargo de la maestranza, y que el individuo salga esta noche para su destino, bien vigilado.

De ese modo generoso se libró del asesino, enviándole á larga distancia del cuartel general.

Abrigaba Bolívar la más absoluta confianza en el éxito de la contienda; y á no dudarlo, esta creencia constituía gran parte de la fuerza, prestándole ejemplar actividad á prueba de todos los reveses y hasta de la falta total de recursos. Su idea favorita era:

«Un ejército de hombres libres, valerosos y vencedores no puede encontrar resistencia.»

También proclamaba:

«No es el despotismo militar el que puede hacer la felicidad del pueblo.»

Según el grande hombre: «El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política.»

Por carácter odiaba la anarquía, y en las luchas civiles siempre tuvo empeño en evitarla, sacrificando hasta sus ideales más queridos y separándose del mando cuando éste podía acarrear disturbios.

«No aspiremos á lo imposible, decía, no sea que por elevarnos sobre la región de la libertad descendamos á la región de la tiranía.»

El grande hombre era en ciertas cosas intransigente y severo, y su semblante, generalmente melancólico, adquiría una expresión de firmeza incontrastable cuando se trataba de infracciones á su mandato.

Jamás permitió que nadie se enterase de las cartas confidenciales que recibía, y en una ocasión dijo: «Son sagradas para todo el mundo, porque hay secretos de otros que no se deben confiar.»

La correspondencia particular suya la despachó siempre por sí mismo, y esto aun estando vencido por la enfermedad. Verdad es que en el generalísimo la fuerza moral sobreponíase al mal físico, y sólo así se comprende que en Pativilca, extenuado, cadavérico, perdidas las energías por un grave tabardillo que amenazó su vida, combinara nuevos planes y viera en lontananza nuevas victorias.

Por entonces D. Joaquín Mosquera, ministro plenipotenciario de Colombia en el Perú, acudiendo al llamamiento de Bolívar, interesado en conferenciar con el diplomático, se dirigió á Trujillo; pero al ser sabedor de su enfermedad y de que se hallaba en Pativilca, siguió en su busca.

Profunda sorpresa y amargura sintió Mosquera al verle sentado en pobre silla de baqueta, respaldada por el tosco muro de un huertecillo, donde muy débil todavía é impaciente por la lentitud de la convalecencia, entregábase á forzado reposo corporal, mientras que su cerebro era un remolino de concepciones políticas.

Y la situación no podía ser peor, ni más crítica y aciaga, como tampoco más difícil para encontrar remedio: todo era adverso, funesto, sombrío: ni ejército, ni recursos, ni apoyo, á la vez que completa dislocación en los partidos.

Nunca había tenido Bolívar tan herido su corazón.

El cuadro aterró á Mosquera, y vacilando preguntó:

– ¿Y qué piensa usted hacer ahora?

Levantó los ojos el caudillo, animado por el entusiasmo: el rostro había perdido algo de su palidez, y con tono resuelto contestó:

– ¡Triunfar!

Semejante hombre, incomparable en todo, lo fué por mayor extremo en el infortunio. En sus desprendimientos generosos había rehusado el sueldo de treinta mil pesos asignados por el Congreso colombiano y los cincuenta mil anuales que le señalara el Congreso nacional del Perú, rechazando también la doble oferta de un millón, que la gratitud peruana ofrecía al paladín de su independencia.

Las inmensas riquezas de una gran parte del continente de Colón estuvieron en sus manos y las cuantiosas rentas á su alcance; pero si dió el ejemplo por su intrepidez en la pelea y por sus virtudes cívicas, sorprende al vender su vajilla de plata para costear su último viaje.

Con trabajo logró reunir diez y siete mil pesos, y escribiendo á Venezuela para que activasen un pleito sobre minas de su propiedad, decía: «Por mi parte digo á usted que no necesito nada ó muy poco, acostumbrado como estoy á la vida de soldado. Mas el honor de mi país y el de mi carácter me obligan imperiosamente á presentarme con decoro delante de los demás hombres, mucho más cuando se sabe que he nacido con algunos bienes de fortuna.»

La familia de Bolívar á más de noble fué rica.

Múltiples fueron las amarguras y las decepciones en los últimos años del patriota sin par. Vivía como sobre un volcán. El ánimo y la naturaleza decayeron. Las arrugas surcaron el rostro y la frente meditabunda y espaciosa. El corazón estaba triste y herido de muerte. Santa Marta le albergó moribundo. San Pedro Alejandrino, con sus brisas, suaves y hospitalarias, hizo menos dolorosas las horas de agonía.

El Libertador, nombre que él dijo «era superior á todos los que ha recibido el orgullo humano, y por tanto es imposible agrandarlo,» dictó en su lecho de martirio la despedida á Colombia, que concluye: «Colombianos: mis últimos votos son por la felicidad de la patria: si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.»

Tenía á la sazón cuarenta y siete años.

Los infortunios y la muerte prematura son la cúpula gigantesca de aquella existencia portentosa.

La baronesa de Wilson.

LA PRUEBA

El pintor Francisco María de Champagne, segundo sobrino del noble y muy generoso artista que la casualidad hizo nacer en Bruselas, pero que pertenece verdaderamente á Francia, había venido á estudiar durante algunos meses en la provincia á que debía su nombre.

Habitaba entre Chalons y Epernay, cerca del río de aguas verdes ó de color de pizarra, cuyo curso, sombreado por el ramaje de los sauces, es una maravilla de dulce majestad y de elegancia. Todas las tardes Francisco María regresaba á su domicilio con algún nuevo tesoro de observación, porque aquellos paisajes de la Champaña son verdaderamente admirables. Cuando se miran en las sombras de la tarde, dibújanse con la limpieza, la intensidad y la más acabada perfección de una miniatura en porcelana; mientras que si, por el contrario, les ilumina la luz brillante del sol, aseméjanse en su delicadeza marchita á un fresco de subido precio. Los hombres ofrecían también interesante materia de estudio al pintor. Francisco María sabía representar todo lo pintoresco que tiene, aunque á muchos no lo parezca, la raza de la Champaña, que se distingue por una originalidad extraordinaria, tanto más poderosa cuanto que se ignora visiblemente. Se nota un singular contraste entre sus rasgos indecisos, su actitud incierta y el brillo extraño, casi enfermizo, de sus ojos, donde asoman sin cesar rápidos relámpagos, semejantes á los glóbulos de fuego pálido que suben á la superficie de una copa de vino de Ai. Igual contraste se observa entre las ideas de esa raza y su conducta. Así, por ejemplo, un hombre que parece ser la sabiduría viviente, después de haber glorificado el justo medio, predicando con la mejor buena fe la absoluta moralidad de las costumbres, correrá á la casa de alguna mujercilla, poseído de pasión y de fiebre; mientras que otro, industrial laborioso, exacto, económico, consagra sus noches á rimar cierto poema sobre antropología para hacerle imprimir á sus expensas en lujoso papel Holanda.

«¡He aquí, se dirá, el mejor oficial de ministerio del mundo: exigente para los demás y severo para sí!» Y será mucha verdad; pero esto no impide que aquel modelo de virtudes pase debajo de una mesa de taberna las raras noches que no se queda ante la de un casino.

En esas existencias tiradas á cordel, bien plantadas de vides, de árboles frutales y de legumbres, floridas acá y allá por algunas plantas ordinarias, tan pacíficas y tranquilizadoras á primera vista, siempre hay algún animal oculto que de improviso enseña los dientes.

Todos estos descubrimientos, apuntados con la pluma, el lápiz, el pincel, el buril y generalmente con ayuda de todo lo que graba, ennegrece, ilumina y colora, distraían el alma de Francisco en la felicidad propia de toda energía en ejercicio.

Añadamos que el pintor tenía junto á sí el más hermoso modelo de la Champaña, una linda doncella llamada Francisca María (la casualidad había querido designar con los mismos nombres á los dos jóvenes), que amó desde luego al artista. En Chalons-sur-Marne, cediendo al ruego de su padre, hombre muy rico, había comenzado á pintar el retrato de la hija; muy pronto dijo alguna palabra, hizo un ademán, y esto bastó para que Francisca María se enamorase del pintor, en vista de lo cual el padre dió por terminado el encargo de la pintura.

Francisco María se retiró á la Champaña, y en su soledad vióse un día sorprendido por la joven, que acudió á él en súplica de que continuara el interrumpido retrato.

En la mañana de agosto en que estamos, el retrato



UNA LECCIÓN DE CATECISMO, cuadro de José Benlliure

se había terminado ya; y por su notable semejanza era, dado el modelo, una verdadera obra maestra de arte puro.

¡Sí, era una obra maestra, en medio de la vasta habitación, aquel gran lienzo, retirado del caballete y apoyado contra un antiguo reloj!

Imagínese una joven de esbelto talle, tan flexible que parece desfallecido por una irritante dejadez; corona la frente un abundante cabello castaño; los párpados parecen expresar una sonrisa indefinible, y sin embargo, la boca, tan fina y delicada, se mantiene grave, casi triste. Bajo el vestido claro, largo de talle, adivínase la juventud que circula y que late, y los labios carmíneos apenas dejan entrever el blanco esmalte de los dientes. Con su mano nerviosa, Francisca María estruja un ramito de claveles de envidiable frescura.

Terminado el retrato, también terminaba el período de absoluta ociosidad que Francisco de Champagne se había impuesto; y ahora, el amor, que naciendo en la una se había alimentado del otro, avanzaba rápidamente á la crisis fatal.

A decir verdad, á pesar de su elegancia y de la gracia de sus sentimientos, la joven no poseía más que una mediana perspicacia.

El pintor la había amado, y esta era su única excusa; pero debió cansarse muy pronto de su frivolidad, de sus celos retrospectivos, de su ignorancia y de sus aficiones poco en armonía con las inclinaciones del artista. Los proyectos futuros que ella acariciaba parecíanle á él tan sólo una senda de espinas; y sus conversaciones concluyeron por no ser ya más que responsos de una adoración fatigada, dictados tan sólo por la costumbre.

¿Se han calculado alguna vez las impaciencias, las cóleras y hasta los odios que el amor tolera sin dejar de ser amor? Francisco luchaba entre la imposibilidad de conservar á la joven y la de separarse de ella. ¿Se negará que esto es tener el corazón desgarrado?.. Y no se crea que el amor escapa por la herida; yo le conozco, y sé que, muy al contrario, vuelve á entrar por allí con más fuerza que antes.

Desgraciadamente, Francisca María ignoraba esta ley psicológica, porque la psicología no había llegado aún á la Champaña cuando ocurrió esta aventura, habiéndose manifestado apenas en los límites de la Isla de Francia. Hasta el sabio enviado apresuradamente para estudiar su marcha vacilaba en afirmar qué fuese la verdadera psicología.

He aquí por qué después de muchas detenidas meditaciones en que la pura seda de sus párpados se dilató á menudo humedeciéndose de lágrimas, Francisca María quiso hacer una prueba definitiva.

Véase la maquinación ingeniosa que inventó, escribiendo lo siguiente:

«Amigo mío: debéis comprender que el porvenir me espanta. Ahora dudo de vuestro amor, y á vos os sucede lo mismo. ¿No es verdad? Ya no estáis tan seguro como antes. Hemos sido muy felices; pero todo cambia en poco tiempo, cuando en este breve tiempo se pone una eternidad de ternura y de esperanzas. Permitidme no sobrecargar vuestra existencia con un peso que llegaría á ser cada vez más agobiador. Conservad de mí un tierno recuerdo, pues yo os juro que para mí todo concluyó. ¿Me habrán maldecido para que sufra tanto? No tratéis de buscarme. ¡Adios!»

Y firmó: «Francisca María.»

Si en esta carta había algún acento de sinceridad, era preciso que resultase de las preocupaciones ordinarias de la que intentaba la prueba. La mentira más atrevida no lo es nunca más que á medias, y ésta estaba evidentemente tan cerca de lo verdadero como de lo falso. De aquí su elocuencia.

Aquella carta, encerrada en su sobre y dirigida á Francisco de Champagne, fué puesta sobre una mesa, en sitio bien visible, junto al antiguo reloj en que el gran lienzo se apoyaba.

La mesa estaba llena de todas esas frivolidades encantadoras que una mujer y un artista asociados pueden acumular: flores secas del penúltimo paseo, frasquitos de esencia, limosneras de cuero precioso, cuchillos de forma rara, telas antiguas compradas á curas pobres, armas de diversión ó mortales, y entre otras, una diminuta pistola de culata curiosamente esculpida, cuyo cañón jaspeado tenía no sé qué de travesura.

Al fin Francisco María volvió de su expedición artística, y la joven se escondió apresuradamente detrás del retrato.

El pintor entró con ese paso rítmico propio del que se cree estar solo; depositó en un rincón un paquete de croquis, y dejando después su sombrero y su bastón arregló su cabello bañado en sudor. Después, en un espejo que tenía á su alcance se miró con aire distraído, murmurando dos versos que acosaban su mente.

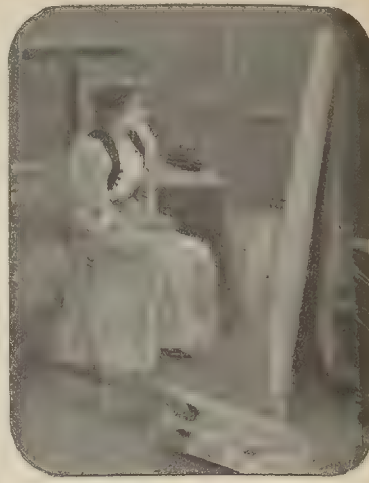
De improviso vió el sobre, y no sin asombro examinóle con mucha atención; después rasgóle bruscamente y leyó.

Su mirada se fijó ante todo en la firma, volviendo después á las primeras líneas: sus labios se oprimían temblorosos, y su mano derecha, después de agitarse un momento en el vacío, crispábase ahora sobre la culata de ébano de la pistola.

¡En su alma no había ya más que desesperación, pero desesperación de orgullo; se le hacía traición sin haberlo sospechado, y por ella! También le desesperaba el aislamiento: ¿qué hacer ahora con todo cuanto tenía á su alrededor? ¿Cómo salir solo de aquel sitio donde había reinado tanta confianza y sucedídose tantas delicias? Su desesperación era de amor, porque en aquella hora el amor laceraba su alma, desgarrada en otro sentido y por otra herida. El artista paseaba á su alrededor una mirada vaga y tenaz.



El pintor tenía junto á sí el más hermoso modelo de la Champaña



Era una obra maestra aquel gran lienzo, retirado del caballete y apoyado contra un antiguo reloj

La joven, que le observaba, debía estar contenta y orgullosa de la prueba que había ideado. ¡Suyo era el hombre á quien tanto atormentaba aquella separación!

Pero de improviso, de pie y con aspecto amenazador, Francisco María apuntó su pistola hacia el retrato, que sonreía en medio de la habitación con toda su seductora, victoriosa y pérfida belleza.

—¡Nada más quiero de ti, nada más!, gritó disparando su arma.

La bala atravesó el corazón del retrato.

Y entonces, detrás del lienzo resonó un grito de angustia, seguido de una caída siniestra: con el cabello suelto, el blanco de los ojos azulado y un hilo de sangre que corría de la boca sin color, el modelo tenía también el corazón atravesado por la bala, y el pintor se precipitó hacia Francisca María, exclamando:

—¡No mueras..., oh, no mueras, yo te adoro!.. ¡Juro que te adoro!

Esta vez el juramento era sincero. La prueba había sido completa.

EMILIO HINZELIN

AMAR EN VERSO

¡Ay, qué rubia!

Pepe la contemplaba con avidez desde el balcón de su cuarto.

Cada momento que transcurría se sentía más enamorado nuestro poeta. Porque hay que advertir que Pepe era poeta de los que suspiran mucho, y por lo tanto, tenía, además de una imaginación volcánica, un corazón inflamable.

Teniendo tales condiciones, y siendo tan guapa la rubia – porque la rubia era muy guapa, – nadie extrañará que el joven se enamorase.

Rita – ¡vaya un nombre!, decía el poeta – tenía una cara monísima; blanca y rosada, con esos tonos preciosos del nácar fino; el cabello, es de *ene*, como las doradas espigas; y la boca, de labios delgados y de un corte superior, era lo que precisamente entusiasmaba á Pepe. De los ojos nada digamos: oir á aquél hablar de los ojos, era oir una colección de madrigales.

Esto en cuanto á lo físico. Por lo que respecta á *lo moral*, la linda vecina cuidaba flores, mimaba unos jilgueros y hacía competencia á éstos cantando de una manera muy delicada.

La muchacha, después de regar las plantas y poner al sol sus *pipís*, se sentaba cerca de la ventana, y cose que te coserás.

Pepe puso sitio á la plaza: desde su balcón, situado frente al de la niña, se pasaba las horas lanzando miradas incendiarias. Esto duró muchos días sin que la cosa tomase otro rumbo.

Poco después, ambos jóvenes comenzaron á saludarse.

Él no descansaba ni dormía, pensando siempre en ella. Compró un libro en blanco, con pasta muy bonita, y con su más hermosa letra escribió en la primera página: *Mis amores.*

Y en la segunda una poesía *A ella;* y en la tercera un soneto *A sus ojos;* y en la cuarta una décima, *Sus labios;* y así sucesivamente, hasta que en la página treinta, no teniendo ya más perfecciones visibles que cantar, dedicó unas seguidillas *A los jilgueros*.

Aquella cabeza era una fábrica de versos al segundo: todas las noches vaciaba Pepe su cerebro henchido de hipérboles, de imágenes. El cuaderno tocaba á su fin.

Una tarde llegó Pepe á casa muy contento. La había acompañado unos treinta pasos: se declarara... con los ojos; le había dicho *soy poeta*, y ella le pidiera unos versos para mandarle á una tía suya, llamada Robustiana y habitante en el país de los pimientos morrones, en Calahorra.

¡Mañana me declaro!, exclamó el enamorado vate. Pero no, añadió después de un momento de vacilación: es muy pronto.

Y deliberando seriamente, decidió publicar en *El Trovador*, semanario de ciencias, artes y literatura al por menor, una declaración, en versos de arte mayor, *A Rita*.

Así fué. En el número inmediato del citado semanario de ciencias, etc., en medio de una docena de producciones literarias que trascendían á sabañones y mitones de estambre verde, aparecieron los versos de Pepe, que cuidó de mandar un ejemplar á la vecina.

– ¡Ahora me dará alguna respuesta!, pensó él.

Mas no fué así: Rita continuó saliendo al balcón, con la diferencia de que al anochecer se estaba asomada como una hora: le saludaba muy amable... y pare usted de contar.

En vista de esto, Pepe tomó una resolución: escribió un soneto más. En él lamentaba la indiferencia de ella, y concluía pidiéndole que se apiadara de su amor.

Para arrojar al balcón de su vecina la cuartilla, envolvió en ella un cabo de vela, y ¡zas!, el pequeño bulto cayó entre las macetas.

El poeta esperó intranquilo la luz de la mañana. Lució ésta, transcurrieron algunas horas, Rita abrió el balcón, cogió el misterioso envoltorio; pero ¡oh desdicha!, por la noche había llovido á cántaros y, por consecuencia, lo arrojó á la calle.

¡Adiós, inspirado producto del numen del poeta!

– Mal agüero, dijo éste casi descorazonado.

Y cuando por la noche volvió á casa, encontró á la rubia ideal, á la musa de sus cantares, á la visión de sus ensueños, en amable conversación con un teniente de caballería.



MONUMENTO ERIGIDO Á LA MEMORIA DE MEISSONIER EN POISSY, obra de Fremiet

¡Y oyó que se tuteaban!

¡Aprieta!

Pepe entró en su casa aturdido. El cielo de sus esperanzas se había venido abajo.

Ya en su habitación, se sentó á la mesa.

Vió sobre ésta el confidente de su pasión, su libro de versos, y el furor del despecho le acometió: abrió las vidrieras del balcón, y *Sus amores* se estrellaron contra el balcón de su vecina.

Se oyó el ruido de los cristales que caían rotos á la calle, y uno que pasaba dijo:

– Fué de ahí enfrente.

Y la encantadora voz de la rubia dijo también:

– ¡Jesús, qué bruto!

Es fama que Pepe jamás, desde entonces, ha hecho el amor en verso.

AURELIANO J. PEREIRA

NUESTROS GRABADOS

Boulevard, cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés). – Los *boulevards* de la capital de la vecina república son el punto de reunión de sus habitantes, las verdaderas arterias, que del centro distribuyen los torrentes de la actividad á todo el resto de la población. En ellos hállanse magníficos establecimientos, dedicados á todas las industrias, suntuosos palacios y elegantes cafés, lugares de cita de los hombres de negocios y de los desocupados. Uno de estos centros de la gran capital francesa ha servido al distinguido pintor Sr. Miralles para producir el bello cuadro que reproducimos, interpretado con singular acierto, al igual que las figuras que dan vida é interés á la composición.

Conocidas son las aptitudes del discreto pintor catalán y el buen gusto que descuella en sus obras de género, nota característica en esta clase de pintura, á cuyo cultivo se ha dedicado especialmente. *Boulevard* figura en la ya numerosa serie de sus producciones de carácter parisiense, recomendándose como todas las que produce su elegante paleta.

La lección de catecismo, cuadro de José Benlliure. – El afamado pintor valenciano, ya lo hemos dicho varias veces, cultiva con igual éxito los más distintos géneros, creando en todos ellos verdaderas joyas, según pueden ver los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA con sólo repasar nuestro periódico. Parece imposible que el autor de *La visión del Coloseo* sea el mismo que ha trazado *La lección de catecismo:* en aquel cuadro todo es grandioso y la imaginación ha podido desplegar en él libremente sus alas; en éste admíranse la sencillez y el talento de observación, que se ha ceñido á trasladar al lienzo una escena de la vida real maravillosamente sorprendida por el artista. La obra de Benlliure, que hoy reproducimos, figuró en una de las últimas exposiciones celebradas en Berlín, y de ella dijeron los más eminentes críticos berlineses que era una de las perlas de la sección española de aquel certamen.

Monumento á Meissonier, obra de Fremiet. – Este monumento fué expuesto en el Salón de París del año pasado, en donde llamó la atención principalmente por su sencillez. Meissonier está representado de pie en una de las actitudes que le eran familiares: con la paleta en una mano y el pincel en la otra, su mirada parece escudriñar la naturaleza que se propone reproducir. En el zócalo que sostiene la estatua está esculpido el gran cordón de la Legión de Honor con la cruz: Meissonier ha sido el único pintor que ha gozado de tan alta



Los tres últimos, cuadro de Leipold



PENSATIVA, cuadro de José M. Tamburini (Salón Parés)



EL ORTIGUERO, cuadro de Dionisio Baixeras (Salón Parés)



Recuerdos, cuadro de Manuel Villegas Brieva

distinción. La ciudad de Poissy, que ha elevado este monumento á la gloria del eximio artista que tanto cariño profesaba á aquella linda población, merece entusiastas plácemes de cuantos por el arte se interesan.

Los tres últimos, cuadro de Leipold. – No puede darse mayor sobriedad que la que este cuadro nos ofrece, y sin embargo, ¡cuán profunda impresión nos produce! Esos tres pobres náufragos, últimos restos del buque que el mar ha sepultado, refugiados en débil y desmantelada embarcación, extenuados por el cansancio y por el hambre, que ya parecen haber acabado con la existencia de uno de ellos, abatidos por el mayor de los dolores, por la pérdida de toda esperanza, insensibles al peligro que de continuo les amenaza, ni siquiera tratan ya de luchar con las embravecidas olas. Este completo abandono, más terrible que la lucha más desesperada, constituye una de esas notas trágicas que causan emoción intensísima: el celebre pintor alemán Leipold ha sabido interpretarla con sin igual maestría, aumentando el efecto de la terrible escena con las sombrías tintas del mar y del cielo.

Pensativa, cuadro de José María Tamburini (Salón Parés). – Rasgo distintivo de las producciones del conocido pintor Sr. Tamburini es la sencillez del asunto por él elegido, avalorado por el sentimiento y la simpática gama de su paleta. Muestra de ello es la preciosa niña, en cuya actitud y tranquila mirada adivínase el dominio que en ella ejerce el pensamiento que la domina, el poético recuerdo de su lejano país, el tierno cariño de sus padres, ó bien la realidad de su situación, penosa y difícil tal vez, y siempre muy superior al esfuerzo de sus pocos años y á las ideas que pueden germinar en su infantil cerebro.

La actitud, el colorido, el dibujo, la suave y delicada entonación, todo contribuye á hacer agradable y simpática la composición, impregnada de poesía, delicada y sentida como todas las de nuestro amigo, en el que se hallan armónicamente unidas las cualidades del artista y la habilidad del pintor.

El ortiguero, cuadro de Dionisio Baixeras (Salón Parés). – Nota felicísima, sentidamente comprendida é interpretada es el precioso paisaje de Dionisio Baixeras, en el que sólo descuella la figura de un campesino conduciendo un haz de ortigas. Tiene algo que recuerda la poesía y la plácida calma en las obras de Millet. Al fijarse en el lienzo, siéntese el poderoso dominio de la obsesión y parece como si el observador se hallase situado en la cima de una montaña de la cordillera pirenaica, saturados sus pulmones por balsámica atmósfera y aislado, sin percibir sonidos, alcanzando á comprender la inmensidad.

El nuevo cuadro de Baixeras debe estimarse como una de sus más capitalísimas obras, inteligentemente ejecutada y comprendida, merecedora del aplauso de los inteligentes y de todos aquellos para quienes una producción de este género ha de considerarse como indubitable muestra del genuino arte catalán.

Recuerdos, cuadro de Manuel Villegas Brieva. - Los desengaños, las decepciones, la irreparable pérdida de seres queridos, dejan en nuestro corazón indeleble huella, que si bien se borra paulatinamente por efecto del transcurso de los años, su solo recuerdo evoca el vacío que nos produjo y aviva el dolor. Tal vez el alma pura y delicada de la joven religiosa sufrió rudo golpe, concibiendo en el paroxismo del sentimiento la idea de consagrarse por completo á quien sólo guarda para la humanidad ternura infinita é inmensa misericordia. En la soledad del claustro y en su nueva y contemplativa existencia alcanzó la tranquila calma apetecida; pero, por desgracia, no pueden arrancarse del corazón determinadas impresiones, y ellas conmueven, de vez en cuando, el corazón de la joven.

Tal es el asunto en que se ha inspirado el discreto pintor Sr. Villegas Brieva, de quien nos cupo la satisfacción de publicar recientemente su notable lienzo titulado «La guerra.»

La princesa Elena de Orleans y el duque de Aosta. – El hijo del difunto rey de España Amadeo I ha pedido oficialmente á la condesa de París la mano de su hija la princesa Elena. Esta es una joven rubia, de dulce mirada y de facciones de líneas purísimas: cuenta veinticinco años y es hermana segunda del duque de Orleans. El príncipe Manuel Filiberto de Saboya, duque de Aosta, nació en 1869: es de elegante figura, y su carácter expansivo le ha hecho muy popular en Italia; en la actualidad manda el quinto regimiento de artillería de guarnición en Venari-Reale, pequeña villa situada á corta distancia de Turín.

Un mal paso, cuadro de José Cusachs (Salón Parés). – *Un mal paso* ha servido de asunto al distinguido pintor militar D. José Cusachs para representar con singular acierto la situación, si no difícil, un tanto embarazosa de algunos caballeros y elegantes amazonas, y con serlo realmente resulta un buen paso dado por el discreto artista en un género de pintura que hoy cuenta con tantos aficionados.

Acertado ha estado el Sr. Cusachs, habiendo puesto de relieve una vez más su maestría en la representación de los caballos, á cuyo estudio se ha dedicado con singular asiduidad y aprovechamiento.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Granada. – Nuestro colega *El Defensor de Granada* ha inaugurado en el punto más céntrico de aquella ciudad un Salón de Bellas Artes, cuya apertura responde á la necesidad de propaganda para las obras artísticas que en aquella culta población andaluza se sentía y á la conveniencia de establecer un punto de contacto entre los artistas y los aficionados. El éxito más completo ha coronado tan laudable empresa, pues en los dos primeros meses de abierto el Salón llévanse vendidas en él unas cuarenta obras. La Ilustración Artística felicita á *El Defensor de Granada* y á su ilustrado director D. Luis Seco de Lucena por la realización de una idea que ha de redundar en beneficio del arte en general y de los artistas españoles y del público granadino en particular.

Necrología. – Han fallecido:

Benjamín Godard, notable compositor francés, autor de bellísimas obras musicales, como *Jocelyn* y *Dante* y otras piezas de concierto que se han hecho populares: deja inédita una ópera, *La Vivandiere*.

Burtón Barber, notable pintor de animales inglés.

Guillermo J. Martens, retratista y pintor de historia holandés.



La princesa Elena de Orleans, hija de la condesa de París y prometida del duque de Aosta

Juan Portaels, pintor de historia belga, director de la Academia de Bellas Artes de Bruselas.

Armando Dumaresq, notable pintor francés que cultivó primero el género religioso y luego los asuntos militares y el retrato.

Fridolin Becker, pintor holandés, director de la Academia de Bellas Artes de El Haya.



El príncipe Manuel Filiberto de Saboya, duque de Aosta

Enrique Rawlinson, arqueólogo inglés, célebre por sus descubrimientos de inscripciones cuneiformes asirio-babilónicas de las ruinas de Nínive y Babilonia y por su notable obra *Las inscripciones cuneiformes del Asia Occidental*.

F. Filippini, pintor italiano muy conocido por sus hermosos paisajes alpinos.

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

–¡Buenos días, muchacho! Siempre intrépido, según veo. ¿Y has subido hasta allí por nada, solamente por el gusto de romperte la cabeza? ¡Te felicito!



El padre Bordes

–Quería explorar el pico de Ossau, repuso Silverio con cierta confusión. No es tan malo como se supone.

–No estoy nada contento de ti, dijo el *turista*, porque te he escrito á Gargos hace unos quince días, y no te has tomado la molestia de contestarme.

–No he recibido la carta, contestó Silverio, porque salí de mi pueblo el 9 de junio. Lo siento en el alma.

–Yo también. Te escribí para pedirte un servicio.

–¿No podría prestárselo á usted ya?

–Ahora veremos. ¿Estás libre para todo el resto de la estación?

–Sí, señor.

–¿Podrías acompañarme con tu mulo hasta el mes de septiembre?

–Con mucho gusto.

–Pues bien: irás esta noche al hotel de Francia en Eaux-Bonnes y hablaremos.

Silverio no dejó de presentarse, y quedó contratado inmediatamente hasta el 15 de septiembre en excelentes condiciones. Tratábase de conducir al señor de Linville y á dos de sus amigos á las simas más reputadas de la cordillera, y deberían detenerse sucesivamente en Eaux-Bonnes, Cauterets, Gavarnie, Bariges y Luchón.

Silverio se alegró mucho; así tendría dos largos meses de distracciones, durante los cuales no le sería posible ir á Gargos. ¿No puede el corazón curarse en dos meses de un mal contraído en dos días?

–¡El mío se curará, pensó Silverio; olvidará poco á poco sus penas ante los picos, los glaciares y los torrentes, y Jacobita olvidará también sin duda, volviendo así los dos á ser felices!

Las ascensiones dieron principio al día siguiente; Silverio comenzó por la Peña de Oroel; tres días después condujo á los *turistas* á la cima de Arrieu Grande, y luego franqueó con ellos el escarpado Balaitous.

Quiso embriagarse en la vista de los paisajes, admirar los picos áridos, los glaciares agrietados, los abismos vertiginosos y las lontananzas azuladas; pero no encontró en esas visiones las puras alegrías de otro tiempo. En vano elevaban las más soberbias montañas, bajo el sol del Mediodía, sus cimas grandiosas ó sus picos más fantásticos; en vano sus faldas fabulosas se alineaban bajo las miradas como una cabalgata de gigantes derrotados; todos aquellos horrores y aquellas gracias aumentaban más la melancolía en el alma del montañés.

–¡Oh, exclamaba á cada hora del día, si Jacobita hubiera visto eso!

No pensaba más que en ella; imaginábase la felicidad de que hubieran podido disfrutar contemplando aquellas cosas, y su imaginación deliraba. ¡Las crestas orladas de nieve, los precipicios profundos, los rayos del sol iluminando las nubes, el rumor de las aguas saltando en los glaciares!.. ¡Oh! ¡Los picos vagos y lejanos, surgiendo de entre vapores como castillos aéreos y fantásticos, las torres ruinosas, las cúpulas colosales y los anfiteatros medio derrumbados, con sus gradas ruinosas alineadas bajo el sereno cielo! ¡Oh, maravillas siempre nuevas, fuentes de exaltaciones infinitas! ¿No volverá Silverio á mostrárselas jamás á Jacobita?

Cada vez que llegaba á la cima de un monte, el guía miraba hacia Gargos, y sus pensamientos iban á buscar allí á la antigua amiga, arrebatábanla, la conducían por encima de todas las montañas intermedias, y Silverio podía entonces estrecharla en sus brazos; á ella, y no á sus clientes, era á quien enseñaba aquellos sitios, y solamente por ella mostrábase expansivo y alegre.

–Tenga usted ciudado, Jacobita, decía mentalmente en los pasos difíciles; déme la mano aquí..., espéreme allá... ¡Desgraciada, no se incline usted tanto!.. ¡Ah! Para franquear esa grieta, cójase bien á mí... Ahora podrá usted correr en ese prado á su gusto..., y si lo quiere así, correremos juntos.

Y el guía comenzaba á correr de veras, como si Jacobita le hubiera acompañado verdaderamente.

¡Qué tratamiento tan desastroso para curar un mal de amor! En vez de cicatrizarse la herida de su corazón, hacíase más profunda; y Silverio enflaquecía, soñando continuamente en su pueblo. Cuando estuvo en Cauterets se consideró el más desgraciado de los hombres: bastábale escalar la negra montaña de Peyraute para ver las estribaciones de Gargos.

Cierta noche, no pudiendo resistir más, partió solo, corrió hacia la montaña natal y ganó una escarpadura desde donde se veía Aigues-Vives. Entonces divisó unos puntos amarillos en el fondo de una especie de embudo sombrío: ¡allí era; allí dormía Jacobita, cerca de aquellas luces, si su tutor no la había conducido otra vez al convento! ¡Sí, allí era!.. Embozado en su capote, se echó sobre la escarpadura y lloró hasta el alba, respirando el aire de su país.

Sucesivamente franqueó el pico de Ardiden, el Vignemale, el Cilindro del Marboré, el Monte Perdido y las cimas de Troumouse; pero desde todas estas cumbres veíanse las montañas de Aigues-Vives, y la nostalgia de Silverio se acrecentó.

–¡No echo tanto de menos á Jacobita como á mi país, la Coronada, los tres picos de Billedenou, el Montmirailh y el Erizo, decíase para consolarse, y sobre todo la gruta donde he vivido! ¡Oh! ¿Cuándo podré ver otra vez todo eso?

Y trataba de orar para pedir á Dios que Jacobita se casase pronto; pero sus labios enmudecían, y decíase luego:

–¡No; prefiero abandonar el país para siempre! ¿Podría yo vivir si supiese que se había casado?

El 10 de septiembre, después de haber dedicado tres semanas á las montañas de Oo, á los Posets y al grupo de los Montes Malditos, Silverio se despidió del Sr. de Linville y pasó un día en Luchón.

El montañés estaba muy cambiado, y parecía haber envejecido diez años. Aquel día el tiempo era delicioso en el valle; Silverio fué á sentarse en un banco próximo al establecimiento termal, y dejó á su lado un sitio libre, el mejor, porque estaba cubierto de sombra, para que pudiera colocarse allí la Jacobita ideal que le acompañaba hacía dos meses y medio en todas sus excursiones.

Aquel día se complació en representársela vestida de azul, como lo estaba realmente el día en que la condujo al Gargos, é imaginóse que le refería toda especie de cosas dulces, como las que decían allá abajo los mozos del pueblo, á la sombra de los grandes árboles del paseo, á las jóvenes que tenían á su lado.

–¡Oh, Jacobita, mire usted esa hermosa nube que se ha situado allá sobre el puerto de Venasque! ¿Pues y los pinabetes de Superbagneres? ¡Ah! No son tan vigorosos como los del bosque de Ribenac; pero los tilos tienen un aspecto encantador en las alamedas de Etigny. ¿No le parece á usted?

Así conversaba mentalmente con su prometida de la primavera anterior, y los curiosos que pasaban por delante de él deteníanse á veces para verle sonreir solo en su banco, como un niño que recuerda algún cuento agradable.

– ¡Oh, Jacobita, continuó, cómo se parece á usted esa señorita que llega por allí!.. ¿No es verdad?.. ¡Sí, sí, tiene el mismo talle de usted, las mismas facciones é igual manera de andar! ¡Oh, es sorprendente! Y da el brazo á un joven, y va acompañada de un sacerdote, sí, un sacerdote bastante grueso, y un...

Pero el guía se interrumpió en su sueño, levantóse y palideció. ¡La señorita que llegaba era la misma Jacobita; era la señorita Marcadieu, seguida del padre Bordes y de Roumigas! Mas ¡ay!, iba cogida del brazo de Gastón.

Ante aquel espectáculo, Silverio se sintió sobrecogido de un vértigo, alejóse lentamente, fué á ocultarse detrás de un árbol, y con los ojos turbados vió pasar á su antigua amiga.

Aquella visión inesperada le trastornó; permaneció inmóvil durante algunos minutos, y parecióle que su corazón se hacía pedazos por efecto de la conmoción.

– ¡Es Jacobita, es Jacobita!, murmuraban sus labios pálidos. ¡Está casada!

Y la miró largo tiempo, mientras que la joven se perdía á lo lejos entre la multitud de paseantes; después alejóse en opuesta dirección á través de la ruidosa muchedumbre, sin ver ni oir nada y con el aire inconsciente del sonámbulo.

– ¡Está casada!, repetíase á intervalos, con el alma sobrecogida de estupor.

Continuando su paseo automático, muy pronto llegó á la cuadra donde se hallaba alojado *Morrudo*, y entonces pudo llorar al fin, al ver cómo había enflaquecido el pobre cuadrúpedo, el antiguo compañero de su tristeza.

– ¡Oh, *Morrudo!*, exclamó. ¿Te acuerdas de aquel tiempo en que ella te traía rábanos?

Puso el aparejo á su montura, pagó el gasto y salió de Luchón. El mulo trotó libremente, sin que su amo le indicara el camino que debía seguir; y en cuanto á Silverio, jamás había estado tan abatido.

– ¡He aquí cómo suceden las cosas, se decía; Jacobita es de otro y ha podido olvidarme!

Y ante esta idea, todo su ser se rebelaba; maldecía á la ingrata, recordaba sus juramentos en la gruta, y dirigíale las más amargas quejas á media voz, en la soledad por donde *Morrudo* le conducía. Después, un reflejo de buen sentido iluminaba su cerebro, y entonces reprendíase á sí mismo y pedía perdón á Jacobita.

– ¡No ha hecho más que lo que yo he querido!, pensaba. ¿Por qué me había de ser fiel después de jurarla yo que no la amaba? ¡Merezco mi desgracia, y solamente yo soy la causa de ella!

El sol se ocultaba ya detrás de las montañas, y el mulo seguía trotando. Silverio contempló el paisaje que se extendía á su alrededor, y pudo reconocer el torrente del One, que mugía á su derecha.

– ¡Buen *Morrudo!*, exclamó, ya veo que quieres regresar á Gargos.

Aquel camino conducía, en efecto, á Aigues-Vives, por el desfiladero de Peyresonde, el Tourmalet y Baréges; pero era necesario recorrer 80 kilómetros.

– ¡Vaya, volvámonos á nuestro país!, dijo Silverio á la montura. Puesto que Jacobita está en Luchón con su esposo, nada debemos temer ya. ¡Sí, volvamos á Gargos para continuar los dos la vida de otro tiempo! Tú encontrarás la hierba de tu prado, y yo seguiré construyendo ruecas. ¡Ah, pobre amigo mío! ¿Por qué nos arrojaron piedras una tarde de primavera? ¡Nada hubiera sucedido si el guijarro lanzado por la mano de una joven se hubiese desviado cinco centímetros á la izquierda ó á la derecha! ¡He aquí de qué cosas tan frívolas depende la felicidad de un hombre!

No pudiendo evocar ya la imagen de Jacobita, ni asistiéndole tampoco el derecho de llevarla á su lado, en sus sueños infantiles, forzoso le era desahogar su dolor con el digno *Morrudo*. El cuadrúpedo le escuchó con paciencia en todo el camino, y durante los diez primeros kilómetros, el nombre de Jacobita resonó muchas veces en sus largas orejas; después llegó la noche, las confidencias fueron más raras y los suspiros menos agitados.

Nada hay estable en este mundo, ni siquiera el dolor, y cualquiera que sea la inmensidad de nuestro infortunio, somos incapaces de llorar durante tres horas consecutivas.

El día 12 de septiembre, cuando llegó al risueño burgo de Aigues-Vives, Silverio experimentó ciertamente mucha tristeza; pero no tanta como aquella tarde de junio en que le abandonó. La llaga de su corazón no era ya viva; antes se hallaba entregado á la desesperación, y ahora resignábase con su suerte.

Morrudo franqueó muy contento la cuesta de Gargos, y Silverio no vió ya ninguna señal de la sangre de Laroque en el último sendero. Los pinabetes murmuraban sordamente su melancólica canción de cada día; las cumbres de los alrededores tenían menos nieve, las pequeñas cascadas eran muy reducidas y las montañas, tan olvidadizas como los hombres, parecían haber perdido los recuerdos de la primavera anterior.

El guía llegó al caserío y llamó á la puerta de la primera casa. Abrióla Emilio Montguillem, y los dos hermanos se abrazaron al verse. ¡Qué flaco estaba, y qué encorvado el pobre tísico! ¡Apenas podía tenerse en pie, él, que había creído curarse al matar á Laroque!

Silverio hizo un movimiento de sorpresa.

– Sí, sí, dijo Emilio, los calores me han aniquilado, pues hemos tenido aquí una temperatura insoportable; mas ahora estoy mejor, y creo que podré volver á trabajar á fines del otoño.

Emilio confiaba siempre en las palabras de Roumigas, y como su enemigo había muerto, imaginábase que él podía vivir.

Pero ninguno de los dos hermanos hizo la menor alusión á *esto*, al negro recuerdo que debía poner una sombra entre ellos hasta que sus pensamientos se extinguieran; y Silverio se limitó á preguntar por su padre, Francisco Montguillem. ¿Dónde estaba? ¿Había encontrado buenos pastos? ¿A qué precio? ¿Prosperaba el rebaño? ¿Debía marchar pronto á la llanura?

– Nuestro padre tiene ahora los carneros en la montaña de Praderes, contestó Emilio, y ha encontrado excelentes pastos con buenas condiciones. Todas las noches viene aquí á las nueve. Se han perdido cinco ovejas, tres que murieron y dos que se extraviaron, y hemos vendido veintiocho cabezas al carnicero de Aigues-Vives. En cuanto á la marcha á Pantacq, no se efectuará hasta fines de septiembre.

Después Emilio refirió diversos incidentes ocurridos en Gargos: Artiguenabe tenía otro niño; Poutonne la Barbuda había muerto; Beltrán Cojola seguía lo mismo, y el cartero Cambielle se había casado.

Durante este relato, el guía bajaba la cabeza, esperando á cada momento oir pronunciar el nombre de la señorita Marcadieu; pero el enfermo no habló de ella.

Entonces, después de coger la llave de su gruta, pendiente de un clavo, el montañés continuó su marcha hacia el presbiterio, la iglesia y la cascada. Al pasar por delante del primero, contemplóle con mirada tímida, y vió que todos los postigos estaban cerrados. En cuanto á la iglesia, no había recibido ningún golpe del Gargos desde la primavera, y su boquete en la capilla lateral se hallaba en el mismo estado. Por lo que hace á la cascada, no la divisó al pronto, y solamente pudo ver una alta barrera de tablas pintadas de verde, que cerraban un espacio de terreno á la derecha, cerca del barranco de los aludes. En un lado de esta barrera había una puerta, en cuya parte superior leíase lo siguiente en un rótulo.

PARA VER LA MAGNÍFICA CASCADA
LA CABELLERA DE MAGDALENA
PREGUNTAR AQUÍ

Era el antiguo rótulo del presbiterio: el padre Bordes no había hecho más que cambiarlo de sitio.

Silverio examinó los alrededores; tenía el corazón oprimido, y temía interrogar á las personas y acercarse á las cosas; pero empujó la puerta del rótulo y se adelantó, seguido de su mulo.

– ¡Eh, dispense usted, los animales no entran!, gritó una voz enérgica.

Y en el mismo instante presentóse Poupotte, la criada del padre Bordes, junto á una especie de kiosco pintado de verde como la barrera; pero levantó los brazos al reconocer al visitante.

– ¡Santos ángeles!, exclamó. ¿Eres tú, Silverio? ¡Entra, pues! Ya puedes acercar tu mulo, pues Toutón barrerá los senderos otra vez. ¿Y qué tal? ¡Cáspita, no has engordado! ¿Y qué hay de nuevo?

– Poca cosa, Poupotte. ¿Y qué pasa por aquí?

– ¡Bah, nada de extraordinario tampoco! Los extranjeros se van, y ya no baremos gran cosa este año.

– ¿Han sido muchos los ingresos?

– ¡Así así!.. Nos faltan árboles, pues la cascada se ve demasiado desde la orilla del camino. Cuando las hayas que se plantaron allí abajo hayan crecido, los que quieran ver algo no tendrán más remedio que entrar... ¡Eh, santos ángeles, mira que tu mulo estropea nuestro prado!

Silverio fué á retirar de allí á *Morrudo*, que cometía el error de querer tomar posesión de su prado, y una vez tranquilizada Poupotte, siguió charlando delante de su kiosco.

– Y hablando de otra cosa, dijo, ¿vienes á presenciar la boda?

El guía se estremeció.

– ¡Aún no está casada!, pensó. Me había precipitado. ¡Oh! ¡Cuán grata es para mí esta noticia!

Y una sonrisa iluminó su rostro.

– ¡Hola! Parece que esto te hace impresión, continuó Poupotte; pero también es muy natural. ¡No he olvidado que eras el preferido hace tres meses; y á decir verdad, la señorita experimentaba cierta inclinación por ti, picarón!.. ¡Sí, sí!.. Has de saber que Poupotte no tiene los ojos en el bolsillo; pero ¿qué quieres hacerle? Difícil es luchar con un caballero tan encopetado como el hijo de Roumigas. La boda se debe celebrar en octubre, y yo espero que te invitarán. El padre Bordes hará que venga un personaje de Tolosa; tendremos aquí á Monseñor... Y ahora que pienso, ¿no los has encontrado en las montañas?

– ¿A quién, Poupotte?

– ¡A los novios! Hace ya días que están en Luchón. ¡Ah! El señor no ha dejado de aprovechar el buen tiempo este verano. ¡También ha ido á Eaux-Bonnes con la señorita y después á Cauterets.

– ¡A Eaux-Bonnes, á Cauterets!, exclamó Silverio, con aire de sorpresa.

– ¡Vaya! Sí, señor. ¡Santos ángeles, siempre de viaje! A la pequeña le domina ahora el afán de viajar... ¡Ah! Dispensa; creo que vienen visitantes y voy á recibirlos.

Poupotte volvió á entrar en su kiosco, recibió una peseta, que ingresó en caja, é hizo los honores de la *Cabellera de Magdalena* á dos caballeros.

Entretanto Silverio se alejó; fuése en busca de su caballo y se encaminó hacia la gruta. ¡Oh, qué emanaciones del pasado percibió allí dentro! Depositó sus libros, sus ropas y su carabina; condujo el mulo á su sitio de costumbre, y muy pensativo contempló en el suelo la huella de un pequeño tacón, que el pie de Jacobita había dejado allí impresa la noche en que se separaron.

Cinco días después, hallándose ocupado en adornar una rueca, mientras que su mulo pacía en las pendientes cubiertas de hierba del Gargos, Silverio oyó andar junto á la gruta; y al volver la cabeza divisó al padre Bordes, que llegaba, seguido á cierta distancia de Jacobita y Gastón.

– ¿Conque ya estamos de vuelta?, preguntó el sacerdote con bastante frialdad.

– Sí, señor.

– Poupotte me lo ha dicho. Nosotros llegamos anoche, y me apresuro á visitar á usted. Tenemos que hablar.

– Estoy á la disposición de usted, contestó Silverio con cierta turbación.

– Es sobre el asunto de la cascada. Usted me escribió diciéndome que me hacía donación de ella; lo considero como una generosidad de su parte, pero esto no es muy correcto, pues no se da una propiedad como un polvo de rapé. En su consecuencia, si á usted le parece bien, se extenderá un acta ante notario, no acta de donación, sino contrato de venta. Yo le había vendido á usted ese terreno por doscientos francos algunos años hace; se lo compro ahora por la misma cantidad, y además le cedo la gruta. ¡Cuanto más amigos más claros! ¿Le conviene á usted?

– Si lo quiere usted así...

– Pues iremos uno de estos días á casa de Laburthe. Si necesita usted dinero ahora mismo, no tenga reparo en pedirlo... ¿Usted toma rapé?, añadió el sacerdote, presentando su tabaquera abierta.

– Gracias, no lo uso.

– ¡Mal hecho! Un polvito de rapé de vez en cuando alivia mucho el cerebro.

Y para unir el ejemplo con el precepto, el sacerdote tomó un polvo y cerró su tabaquera con aire de satisfacción.

– ¡Vamos, buenas tardes y que vaya bien!, dijo á Silverio. ¿Dónde habrán ido esos muchachos? ¡Ah, helos aquí!

Y el padre Bordes se reunió con los dos enamorados, que pasaban á lo lejos cogidos del brazo.

Una vez solo, Silverio siguió adornando su rueca.

– ¡He aquí cómo me tratan ahora!, pensó. Ya vuelvo á ser el pequeño montañés sin la menor importancia, el hijo de la raza maldita, á quien todo el mundo puede despreciar. El padre Bordes no ha juzgado oportuno hacer la menor alusión á lo que pasó entre nosotros; y ahora que le he regalado la cascada, apenas piensa que quiso darme su sobrina en cambio. ¡Y esa sobrina, que se pasea por allí, sin dignarse siquiera hacerme el saludo que se dispensa á los mendigos, parece más altiva aún que su tutor!

Los dedos del guía temblaron un poco sobre la rueca de caña al ver á Jacobita correr entre las rocas, dando la mano á su novio. ¡Cómo se reía, y qué feliz era al parecer! Pasó junto á *Morrudo* y no le dijo nada, ni le miró siquiera.

– ¡Eso no está bien, pensó Silverio, pues mi mulo no tiene la culpa de nada!

Y bajó un poco más la cabeza para no ver las traveseras de la olvidadiza Jacobita; pero oyó las voces de la joven pareja que se acercaba, y pudo escuchar todas sus palabras.

—¡Cómo!, exclamaba la sobrina del sacerdote. ¿No ha visitado usted nunca el pico de Gargos, usted que ha nacido aquí?

—¡Pues no!, contestó la voz de Gastón Roumigas.

—¡Es vergonzoso!

—¿Y usted ha ido?

—¡Ya lo creo!

—¿Es divertido?

—Ya lo verá usted mañana, pues quiero que suba.

—¿Con usted?

—¡Naturalmente! Se emprenderá la marcha temprano, y almorzaremos allá arriba.

—¿Sabrá usted el camino por lo menos?

—¡No tenga usted cuidado, tomaremos un guía!.. ¡Ah! Precisamente veo uno delante de nosotros. ¡Venga usted, podremos contratarle para esta ascensión!

¡Cómo se sonrojó Silverio al oir esta proposición! ¿Era posible que Jacobita se dirigiese á él para subir al Gargos? ¿Quería que el novio de la primavera condujese al novio del verano á la inolvidable cima?

Aún dudó un instante, pero los pasos de los paseantes se acercaban. ¡Sí, los pies de Jacobita eran los que tropezaban contra las piedras! El guía, sintiendo que se sonrojaba cada vez más, no interrumpió su trabajo ni levantó la cabeza; é inclinado sobre su rueca, manejó nerviosamente su cuchillo, pero sin ver lo que hacía.

—¡Buenos días, caballero!, díjole la joven con voz alegre. ¿Conque ya estamos de vuelta?

Y sin esperar la contestación, añadió con tono de indiferencia:

—¿Estará usted libre mañana? ¿Podría usted conducirnos al Gargos?

Silverio quería contestar negativamente; pero temió que se atribuyese esto á su amor, y quiso probar que su corazón, precisamente porque palpitaba demasiado, estaba tan tranquilo como el de la joven.

—Señorita, contestó, bajando siempre la vista, la conduciré á usted mañana adonde guste.

—¡Muy bien! Venga usted á buscarnos á las nueve al presbiterio, y no lo olvide.

—Queda entendido que no necesitamos mulo, dijo Gastón.

Y demostrando que no estaba bien educado, el hijo de Roumigas añadió en presencia de la joven:

—¿Cuánto valdrá esa ascensión? ¿Prestará usted el servicio por ocho francos? ¡Como la estación ha terminado!.. ¡Vamos, ocho francos y cincuenta céntimos! ¿Estará bien?

—Ya nos arreglaremos, contestó Silverio secamente.

—¡No, mejor será estipular las condiciones de antemano para evitar sorpresas! ¡Vaya, digamos nueve francos, incluso la propina!.. ¡Hasta mañana!. ¿Viene usted, Jacobita?

Silverio se irguió; sus ojos se animaron de una expresión de cólera, y abrió la boca para dirigir al abogado de Tolosa alguna frase dura y violenta; pero se contuvo.

—¡Es el hijo de Roumigas, pensó; de Roumigas, que ha visto matar á Laroque!

Y sin pronunciar palabra, siguió trabajando en su rueca febrilmente, disimulando las lágrimas de vergüenza que asomaban á sus ojos.

Jacobita no había intervenido en aquella escena, ni había pensado que debía pronunciar alguna palabra para que se respetase la dignidad del guía. ¡Qué ferozmente se vengaba! ¡Cómo buscaba todas las ocasiones de humillar ahora al hombre á quien tanto había exaltado en otro tiempo! ¡Cómo sabía aborrecer la que tan bien había sabido amar!

Entonces Silverio se preguntó si la joven no habría ideado aquella ascensión al Gargos para someter á su antiguo enamorado al más cruel de los martirios, y tuvo miedo del día siguiente.

A las nueve en punto, vestido con su traje de guía, el montañés se presentó en el presbiterio.



¡Vaya, volvámonos á nuestro país!

—¡Entra!, exclamó Poupotte. Ven á calentarte á la cocina. El señor está tomando su chocolate en el comedor, y parece que el viaje le ha sentado bien, á juzgar por las tortas que se come... En cuanto á la señorita, creo que está acabando de vestirse... ¿Conque se trata de pasar el día allá arriba? ¡Extraño capricho, pudiendo oir la música en la plaza de las Termas!

En aquel momento abrióse la puerta y se presentó el padre Bordes.

—¡Ah, muy bien!, exclamó con tono de mal humor y limpiándose una mancha de chocolate en la sotana. Veo que usted es exacto... ¿Cree usted que tendremos buen tiempo? La estación está muy adelantada, y en cuanto á mí, hubiera aplazado la expedición hasta el año próximo. En fin, ya que se ha resuelto...

El eclesiástico se dirigió hacia la sala.

—¡Jacobita!, gritó, ¿estás ya lista?

—Voy al momento, contestó la voz lejana de la joven.

El padre Bordes volvió á reunirse con su cocinera

—¿Y tú, preguntó, lo has preparado todo?

—Aquí están los paquetes, contestó Poupotte; el café en esa botella, el azúcar aquí, los bizcochos allá. ¡Cuidado con tumbar el pastel! En cuanto al *rosbif* le encontrará usted en este papel y la mayonesa en el bote.

—¿Y mi sal de Vichy?, preguntó el padre Bordes.

—¡Ah, santos ángeles! Lo había olvidado.

—¡Te vas haciendo vieja, Poupotte!..

El tutor de Jacobita hizo una mueca para manifestar su descontento.

—Pero he pensado en ponerle á usted un chaleco de franela, repuso la criada, y hele aquí. ¡No se vaya usted á constipar allá arriba!

—¡Bueno, bueno!, repuso el sacerdote dulcificándose... ¡Ponga usted todo eso en el saco, Silverio!.. ¡Diantre, no lo sacuda usted de esa manera, y tenga más cuidado!

Jacobita se presentó al fin, vistiendo traje azul, como la otra vez.

—¡Heme aquí, estoy á sus órdenes!, dijo, poniéndose los guantes

Parecía no haber visto á Silverio.

Los expedicionarios pusiéronse en marcha para ir á buscar á Gastón al otro extremo del pueblo.

—¡Cuidado con las víboras!, gritó Poupotte, que prodigaba demasiado las buenas recomendaciones.

—Cruzaremos por el bosque de Ribenac. ¿No es verdad?, preguntó la joven á Silverio con tono imperativo y apresurando el paso.

—Es muy fatigoso, señorita, contestó el guía, y necesitaremos una hora más.

—¡No importa, repuso Jacobita, tengo empeño en pasar por allí!

Y tomó la delantera con su tío.

El sacerdote parecía estar de muy mal humor.

—¡Este sí que es el último capricho en que te complazco, refunfuñaba, andando pesadamente junto á su sobrina. ¡Lastimoso es obligar á un pobre viejo como yo á subir allá arriba!

Pero Jacobita le oprimía entonces el brazo para indicarle que debía ser más discreto con los extraños.

Al fin llegaron ante el jardín de Roumigas.

—¡Hola! ¡Ya están ustedes aquí, exclamó el hechicero, saliendo de su pabellón. Gastón espera ya.

Siguieron los saludos y se habló de la salud, mientras Silverio se mantenía separado para no mezclarse en las efusiones de la familia.

El padre Bordes se extasió, contemplando las cerezas de Roumigas, que comenzaban á madurar.

—Sí, prometen, dijo el padre de Gastón; pero esos pícaros pájaros me las roban todas las mañanas. Por más que ponga muchos espantajos en el jardín, no bastan para ahuyentarlos.

—¡Oh, oh!, exclamó el sacerdote, señalando sobre el cerezo un corpulento maniquí que representaba un personaje extravagante, un cuerpo relleno de salvado y revestido con una falda vieja de Hilloune la criada. Eso sí que los hará huir.

—¡Hacerlos huir!, repuso Roumigas. ¡Nada de eso! No se van hasta que les arrojo piedras; pero á mí ya me conocen de lejos, ¡pardiez!, y no hay temor de que se acerquen. ¡Ah, pícaros, quieren impedir que yo coma cerezas en aguardiente, señor cura!

¡Cómo se entendían! ¡Qué bien se llevaban!

Pero Gastón llegaba con un diario en la mano.

Jacobita corrió hacia él; los dos viejos cambiaron un polvo de rapé, y el perseguidor de duendes entró luego en su pabellón con aire idílico, no sin haber demostrado á Silverio, por una mirada rápida como el reflejo de un sable, que se acordaba aún de Laroque.

Entonces comenzó el paseo.

Jacobita se puso á la cabeza, cogida del brazo de Gastón, y el sacerdote siguió lo mejor que pudo, siempre echando los bofes.

Así llegaron á orillas de un riachuelo, y entonces la joven se volvió hacia Silverio.

—Señor guía, díjole. ¿Cómo se llama este río?

—El arroyo de Ribenac, señorita.

—¡Ah! Muy bien.

Y mostró detenidamente á Gastón el movimiento de la espuma en las rocas. ¿No es verdad que era muy bonito aquel torrente? ¿No parecía divertirse, mojando el lomo de aquellas pobres piedras?.. ¡Qué loquillo era el torrente! ¡Y aquellos buenos sauces añosos, de voluminosa cabeza, que parecían retorcerse ante aquel espectáculo! ¡Y aquellos abedules, cuyas ramas pendientes trataban de molestar al río en su paso!

Jacobita se había servido de estos mismos términos en otro tiempo para mostrar las mismas cosas al guía; mas hubiérase dicho que ya no lo recordaba la antigua amiga, que estrechándose más contra su Gastón, seguía extasiándose ante el paisaje.

—¡Por aquí!, dijo Jacobita tomando el sendero de la derecha, el mismo que había señalado en otro tiempo el bastón ferrado del montañés.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL DICATÓPTERO DE ENRIQUE EPPER

La afición al dibujo y aun la necesidad de dibujar se generalizan de día en día: pero como son muchos los que no saben hacerlo con la seguridad y corrección debidas, hace tiempo que se busca la manera de

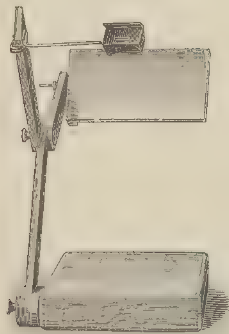


Fig. 1. – El dicatóptero, aparato para dibujar

salvar esta deficiencia, construyendo aparatos para dibujar al alcance de todos. Sin embargo, el éxito no ha correspondido á lo que los inventores se prometían, pues tales inventos se han reducido á modificaciones más ó menos acertadas del pantógrafo y sobre todo de la cámara obscura.

Pero el pantógrafo no será nunca un aparato perfecto porque no puede utilizarse para el dibujo de figura y de paisaje. En cuanto á la cámara obscura, actualmente ha encontrado su forma más perfecta en



Fig. 2. – Modo de usar el dicatóptero

la cámara fotográfica; mas nunca podrá ser utilizada como aparato para dibujar, dada la dificultad de comprobar en un medio completamente obscuro las líneas que se trazan.

El dicatóptero de Enrique Epper, de Brunswick, parece resolver estas dificultades y satisfacer la necesidad expuesta, ya que es un aparato utilizable para muchas aplicaciones que, merced á dos espejitos de plata bruñida, reproduce clara y marcadamente en la superficie en donde ha de dibujarse los objetos de

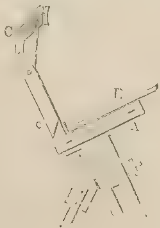


Fig. 3. – Aparato supletorio del dicatóptero para dibujar objetos en perspectiva

cualquier clase que sean, sin estorbar para nada la libertad completa del dibujante. Al artista, al especialista, le interesarán la variedad de combinaciones y funciones del aparato, la claridad y vigor de la imagen reproducida y la facilidad de ejecución que se realiza con sólo seguir las líneas que en la superficie se destacan.

El dicatóptero, que va encerrado en una pequeña caja, tiene la forma de una caja de pintor; sus dimensiones son 18 centímetros y medio de largo, por 21 y medio de ancho y tres y medio de alto, y su peso es de 800 gramos, de modo que puede llevarse fácilmente en viajes y excursiones.

Como indican las figuras 1 y 2, el dicatóptero se compone de una caja, de tres palos movibles, de un portaobjetos y de una cámara. Para dibujar se fija el objeto en el portaobjetos por medio de chinches, se coloca el papel en que se ha de dibujar sobre la caja y se mira por el orificio de la cámara. La imagen que se quiere reproducir, la mano y el lápiz se presentan perfectamente distintos sobre el papel, de modo que con suma facilidad puede ser copiado el objeto que se desea.

Para reproducir en perspectiva paisajes y edificios se atornilla al dicatóptero un sencillo soporte (fig. 3); se ajusta la cámara con una lente cóncava al palo superior y se coloca el álbum ó el papel sobre la caja, á la cual se da la inclinación conveniente hasta que la imagen de los objetos verticales (torres, casas, etcétera) aparezca paralela á las líneas de la caja.

Aun cuando es evidente que el manejo del aparato resulta algo embarazoso y que es algo molesto mirar con un solo ojo por la cámara obscura, es lo cierto que el dicatóptero responde á las necesidades que hacen utilizar estos instrumentos de dibujo al alcance de todos, mejor que cualquier otro de los muchos que para tal objeto se han construído hasta ahora.

La utilidad del dicatóptero ha sido apreciada, no sólo por los simples aficionados y por los legos en materia de dibujo, sino que también por los paisajistas, por los maestros de dibujo, etc. Este aparato se recomienda muy especialmente para los que se dedican á la pintura de cristales, á la pintura sobre madera, á la de flores y en general á todas estas labores de adorno que requieren ciertas nociones previas de dibujo. – X.

***

LAS CALDERAS DEL CONTRATORPEDERO INGLÉS «HORNET»

El contratorpedero inglés *Hornet* es indudablemente uno de los buques de marcha más rápida del mundo: en las diferentes pruebas que se han practicado ha alcanzado una velocidad de 28'16 nudos, de 28'39 y 28'48, siendo este resultado debido á sus calderas.

El constructor de éstas, M. Yarrow, después de haber logrado un triunfo con las que construyó para el torpedero *Havock*, ha inventado el tipo que nuestra figura 1 reproduce, habiendo colocado ocho de ellas por pares en el *Hornet*, que tiene por consiguiente cuatro chimeneas, con una superficie de 15 metros cuadrados de enrejado y 745 metros de superficie de calefacción. Esta subdivisión del aparato motor presenta, además de esta mayor superficie, otras ventajas: en primer lugar, permite reemplazar fácil y rápidamente (en 40 minutos) esas calderas cuando están gastadas, y en segundo, conservar cierta potencia y determinada velocidad al buque en el caso de que una de las calderas se inutilice.

Las calderas pesan 43 toneladas, y para evitar las quemaduras, sus tubos, que son de cobre y que sólo tienen 25 milímetros de diámetro, están llenos de agua y hacen funcionar máquinas de triple expansión de unos 4.300 caballos indicados.

El constructor de este contratorpedero ha adoptado las disposiciones necesarias para reducir las vibraciones que imprimen las hélices al casco del buque en marcha y que á menudo hacen tan penosa la permanencia en éste. Según el dictamen de la comisión de prueba, este resultado se ha conseguido, puesto que en el mismo se consigna que tales vibraciones son nulas.

El *Hornet* es el segundo buque en que M. Yarrow ha hecho la prueba de su nuevo tipo de caldera que anteriormente había ensayado en uno de los pequeños torpederos que construyó para la República Argentina y cuya marcha resultó ser de 18'11 nudos por hora. Estos resultados han movido al almirantazgo inglés á no emplear en lo sucesivo más que calderas de este género para los torpederos de primera clase, habiendo los astilleros en que éstos se construyen hecho distintos pedidos á M. Yarrow, que ha obtenido privilegio de invención y que acaba de contratar con el gobierno ruso la construcción de un torpedero, cuyo andar será de 29 nudos.

Es de suponer que de aquí á la entrega del buque M. Yarrow habrá introducido en su invento algunos perfeccionamientos que son indispensables. En efecto, en las maniobras de 1894 los predecesores del *Hornet* no han escapado á la plaga que azota á los barcos extra-rápidos, puesto que han sufrido graves averías. Finalmente, y este es un defecto capital, los contratorpederos de la clase del *Hornet* (220 toneladas) pasean con ellos durante la noche un penacho de llamas muy comprometedor y muy peligroso, pues por una parte revela al enemigo su presencia y por otra expone al barco á un incendio, y tanto es así, que las tripulaciones se ven obligadas á inundar incesantemente todos los objetos que están sobre el puente y en los que fácilmente podría prender el fuego.

L. RENARD

***

FABRICACIÓN DE FULMINANTES

En esta denominación comprendemos todas las composiciones químicas que permiten obtener efectos de entretenimiento, y en primer lugar las llamadas cápsulas de artificio, fulminantes inofensivos empleados en las pistolas que sirven de juguetes á los niños. Estos fulminantes están formados con una pasta compuesta de fósforo rojo, clorato potásico y goma, que se pone en muy poca cantidad en el centro de un pequeño cuadrado de papel, de ocho milímetros de lado, que se cubre con otro papel de igual tamaño.

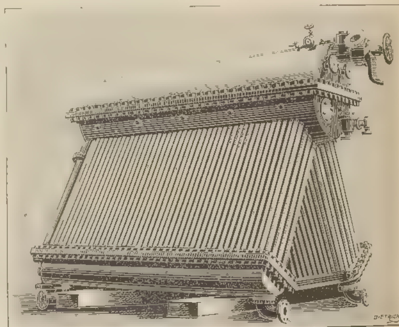


Fig. 1. – Nueva caldera Yarrow empleada en el contratorpedero inglés *Hornet*

En Inglaterra la composición autorizada es también una mezcla de clorato de potasa y fósforo rojo con ó sin nitrato potásico, sulfuro de antimonio ó azufre pulverizado.

He aquí la composición de algunas mezclas:

I. – Clorato potásico, 85 partes; fósforo rojo, 15.

II. – Clorato potásico, 80 partes; fósforo rojo, 12; nitrato potásico, 8.

III. – Clorato potásico, 80 partes; fósforo rojo 12; sulfuro de antimonio, 6; nitrato potásico, 2.

Para estas mezclas aconsejamos que no se emplee azufre, que las hace peligrosas.

Estas materias se pulverizan aparte y luego se mezclan con muchas precauciones en agua de goma (80 gramos de goma arábiga ó 100 de dextrina por litro) de modo que se forme una pasta clara. La cantidad de explosivo que debe emplearse es de 5 miligramos por fulminante: en Inglaterra la cantidad está limitada á 4'55 miligramos por cápsula y la del fósforo amorfo á 0'65 miligramos.

A estas dosis tales artificios son inofensivos, pero si se aumentan las proporciones pueden ofrecer ciertos peligros, estando probado que la cantidad de explosivo no ha de exceder de 5 miligramos por fulminante.

La fabricación se verifica del modo siguiente:

En una mesa de madera, mármol ó hierro se extienden las hojas de papel no engomado de color rojo: sobre ellas se aplica una plancha erizada de puntas de madera ligeramente cónicas y estriadas, de unos 5 centímetros de longitud. Estas planchas, análogas á las que sirven para imprimir papel pintado, tienen 55 centímetros de largo por 45 de ancho y dos asas para que puedan ser fácilmente cogidas; constan de 60 filas de 75 puntas.

Un obrero coge la plancha y la coloca en un barreño plano que contiene la mezcla en un espesor de unos 25 miligramos, con lo que todas las puntas se

empapan de cierta cantidad de explosivo que se estima en 20 miligramos, y luego la pone sobre el papel, dejándola así algunos instantes. Atraída la composición por la capilaridad, cada punta deposita en la hoja una gota, que representa unos 10 miligramos de mezcla. Hecho esto, una obrera pone la hoja del papel sobre una hoja de cinc de iguales dimensiones y la lleva al tendedero.

En otras fábricas se emplea otro sistema para depositar la composición fulminante sobre el papel en cantidad dosificada y regular. El aparato consiste en una hortera hueca con muchas hileras de tubos ligeramente cónicos y situados á un centímetro uno de otro: esta hortera puede cerrarse herméticamente y está en comunicación por medio de un tubo flexible con una pera de caucho provista de una válvula: pónese dentro de la hortera la composición, y colocada la hoja de papel debajo de los tubos oprímese la pera y sobre aquélla caen las gotitas de materia explosiva. En una jornada de trabajo dos obreros y dos ayudantes pueden llenar 500 hojas con 2.500.000 fulminantes y un total de 15 kilogramos de materia explosiva seca.



Fig. 2. – El contratorpedero inglés *Hornet*. Velocidad de 28 nudos por hora

Las hojas se dejan secar durante un día al aire, sin ninguna elevación de temperatura para evitar un accidente. Después de esto se cubre cada hoja con otra de papel de igual clase, pero engomado con dextrina, verificándose esta aplicación de una hoja sobre otra por medio de un cepillo, procurando no apoyar mucho y evitar el menor choque. Luego se coloca cada hoja sobre una plancha de cinc, cubriéndola con cuidado con una tela metálica puesta en un marco para evitar que la humedad la encorve ó reblandezca, y así se la deja durante veinticuatro horas en el secadero, que debe estar á la temperatura ordinaria y bien ventilado.

Una vez secas las hojas, se cortan una á una en evitación de cualquier accidente, y las obreras encargadas de esta operación, que se hace con tijeras, deben procurar no tocar la parte que forma una pequeña eminencia en el papel.

Los fulminatos que se ponen en los papeles con que se cubren ciertos dulces y que estallan cuando se tira de sus extremos, se fabrican del modo siguiente: se toman dos pedazos de madera de pino de 8 centímetros de largo por 4 ó 5 milímetros de ancho y 1/4 de milímetro de grueso, poniendo en el uno una gota de fulminato de plata en pasta y en el otro pasta de esmeril. El fulminato se pone por medio de un objeto puntiagudo de modo que no se deposite más de un miligramo. La composición detonante se hace pasta con agua de goma y á veces se mezcla con nitrato de potasa. En cuanto á los pedazos que han de ser cubiertos con esmeril, se les sumerge simplemente en la pasta algo espesa de esmeril y goma. Todas estas tirillas se colocan separadamente en planchas de cinc y se ponen á secar cubiertas con una tela metálica para evitar que las corrientes de aire hagan volar aquéllas unas sobre otras, pues en este caso los pedazos se pegarían y al tratar de despegarlos podría producirse la explosión.

Una vez secas esas tiras se aplican unas sobre otras por los extremos que contienen las pastas, en una longitud de unos dos centímetros, y luego se envuelven en una hoja de papel fino encarnado y engomado con dextrina. Fácilmente se comprende que así dispuestos y después de secos los fulminantes basta tirar inversamente de las dos tiras para que el esmeril roce el fulminante y la explosión se produzca.

Cuando estas dos tiras son de madera ó de cartón sucede á menudo que se rompen por efecto de la resistencia que ofrece la tira de papel en que están envueltas: como este contratiempo molesta á los interesados en hacer estallar el fulminante, algunos fabricantes han sustituído aquéllas con tirillas de algodón ó de tela impregnadas de silicato de sosa para ponerlas rígidas; otros han apelado al aluminio, metal muy ligero y muy á propósito para esta aplicación. – A. M. B.



Un mal paso, cuadro de José Cusachs (Salón Parés)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 8 de abril de 1895 — Núm. 693



El Domingo de Ramos en Madrid,

composición y dibujo de Narciso Méndez Bringa, grabado por Thomas

SUMARIO

LA SEMANA SANTA

Dos de las mayores culpas en esta sociedad patentes, á no dudarlo, son el triste olvido de las ideas religiosas, y con las ideas religiosas, de nuestra muerte irremisible. Aunque nos muramos cada cual á nuestra respectiva hora, como se morían todos nuestros progenitores, no solemos acordarnos del inevitable trance, ni á su llegada con tiempo apercibirnos, procediendo cual si hubiéramos de permanecer aquí para siempre y ser inmortales sobre un planeta en que reinan desde su primitiva formación la guerra con la muerte. Por tal olvido punible paréceme cosa gustosísima para el sentimiento estético y buena para la vida toda esta semana, consagrable más que ninguna otra en el año á la meditación sobre lo divino del obscuro misterio que nos envuelve por todas partes y sobre lo cierto de la eternidad que á todos nos aguarda en sus insondables abismos.

A mí ningún año me cuesta, ni esfuerzo, ni trabajo, dar de mano á cuantas faenas me asaltan sin tregua, y separarme de sitios y deberes ajenos á la religión en esta octava. Comenzando porque desde la infancia lo hice así con fervor, y concluyendo por confesar el crecimiento en mi ánimo de todos los símbolos recordados en este sacro tiempo, á medida que más conozco el mundo y más estudio la historia, no contaré un secreto si cuento mi asistencia perenne á todos los oficios de tales días y mi facultad de sentirlos como al balbucear el primer latín eclesiástico en la escuela y ayudar de niño por mandato del maestro y ruegos del párroco á misa, guardada en mi memoria, pues tras medio siglo rumio aún sus oraciones de corrido y entre dientes, y á la callada todavía repito en salmodias internas los prefacios y el Gloria y el Credo, como si anduviera por mi valle levantino en aquellas primaveras ornadas con los almendros en flor primeramente y más tarde con los cerezos en fruto, escuchando toda ella mezclarse al pío de las golondrinas recién llegadas y al gorjeo de los ruiseñores recién anidados el repique de las campanas y el arpegio de los órganos en la iglesia.

¡Domingo de Ramos! Ninguna ceremonia excede durante la Semana mayor en poesía viva é interés dramático á esta ceremonia. Tanto es así, que solemos llevarla como un hermoso cuadro en la retina: el pueblo con sus arrebatos de regocijo y sus aclamaciones de entusiasmo, rodeando en muchedumbres muy crecidas al Salvador de los hombres, montado en su asnillo, y recibiendo con serenidad, que oculta el presentimiento de los dolores próximos, aquellos homenajes; los mantos tendidos á sus pies, lavados en el Cedrón; los ramos de olivo con las palmas de triunfo vibrantes sobre su cabeza, la cual va ceñida de un hermoso nimbo, cuyos rayos despiden, ¡ah!, no resplandores materiales, ideas vivificadoras y etéreas. Pocos espectáculos tan bellos como la procesión de tal día dentro de la iglesia. El clero vestido de morado entona salmodias melancólicas, mientras las palmas áureas y los ramos cenicientos de olivo y los puñados de bien oliente romero, al aromar el aire y encantar la vista, recuerdan la Palestina con sus obscuros bosques junto al desierto con sus palmeras, evocando una escena de hace dos mil años con la verdad y relieve, cuyo secreto guardan las liturgias y los ritos de las grandes religiones históricas. Este prólogo de hosannas, de triunfos, de vítores, precediendo á la tempestad de insultos inferidos y á la preparación de holocaustos aparejados para la inmolación del justo, nace tanto del seno mismo de la naturaleza humana y se repite con tal insistencia en la historia universal, que todos, grandes y pequeños, gentes coronadas de laureles y gentes vulgares, pobres y ricos, lo hemos experimentado en nosotros mismos, viendo mil veces cómo el favor de la tornadiza opinión cambia cual el viento, y la gloria más merecida se trueca en torcedor, y el trono de los renombres más fundados en patíbulo, y en corona de espinas las diademas brillantes del rey con los lauros inmortales del poeta.

Una parte del pueblo, los judíos espiritualistas, veían en Cristo el Mesías prometido á su raza por los profetas; y otra parte del pueblo, los judíos carnales, veían en Cristo el revolucionario preparado á redimirlos de la servidumbre deshonrosa en que los tenía la dominación romana. Pero los comentadores de la Biblia, el cuerpo de los escribas, que iba componiendo la maravillosísima obra llamada Talmud, y los principales sacerdotes del templo, los fariseos, denominados así porque separaban el santuario y el dogma judaicos de todo contacto con la idolatría, habiendo conseguido por pactos entre reyes como Herodes y gobernadores como Pilatos, bajo césares deseosos de paz, un útil convenio, cuyos cánones les permitían vivir en el nido de su ciudad y de su templo bajo las dos alas del águila imperial, veían en Cristo un perturbador, ido allí al desastroso fin de remover los ánimos contra el emperador y contra el imperio. Mas Cristo, muy sabedor de que las sociedades no pueden renovarse, como no se renueven antes las almas que las forman y componen, conjuraba estos recelos del sacerdocio, separando el poder temporal del poder espiritual, á cuya separación podía sin reservas instituir el tributo de los ases al césar y á Dios el tributo de las íntimas oraciones juntas con las buenas obras.

El Miércoles Santo evoca, en este gran poema litúrgico de la Semana mayor, los presagios de Cristo acerca de la ruina del templo, fulminados desde la cumbre del Olivete y oídos como una blasfemia imperdonable por todo el sacerdocio. Quien desee sentir por sus fibras el escalofrío de lo sublime, leyendo cómo Cristo aseguró las apocalípticas desolaciones de Jerusalén, cumplidas lustros más tarde, no tiene sino leer el capítulo XIII de un Evangelio tan primitivo y candoroso como el Evangelio de San Marcos. Los hijos de Jerusalén debían subirse á las montañas como en tiempo del diluvio; los que anduvieran por los tejados, no descender á las casas; huir los trabajadores del campo, dejando sus vestiduras con presteza y sin volver por ellas; recelar del hijo el padre y de la mujer el marido; abstenerse todos de la generación para no engendrar esclavos; porque se levantarán pueblos contra pueblos y reinos contra reinos; la guerra entrará desoladora por los espacios y la sed con el hambre por las fauces; morirán á cuchillo los pequeñuelos y como reses de holocausto los mayores; hasta que no quede ya en la ciudad de David y en el templo de Salomón piedra sobre piedra, todas calcinadas por las teas de unos ejércitos semejantes á los ángeles exterminadores que han de barrer con sus exterminadoras espadas el polvo de los soles y arruinar al estremecimiento de un terremoto profundo con los choques de sus alas todo el Universo.

El Jueves Santo aparece todo cambiado. El negro capuz que cubre las cruces se ha convertido en blanco; las vestimentas de luto en vestimentas de fiesta; los altares sombríos en focos luminosísimos, oyéndose á una el alegre repique de las campanas con el armonioso acento de los órganos. Y en verdad hay razón para todo ello, pues Cristo instituyó en tal día, viendo lo próximo de su muerte, aquel sacramento de la cena mística, por cuya virtud, muerto en la cruz, enterrado en Getsemaní, subido al Tabor, y transpuesto al cielo, todavía está entre nosotros, los humanos, transubstanciada en la Hostia de los altares su carne inmaculadísima y su sangre fecunda en el vino de los cálices. Desde que Cristo anunció la ruina del templo, los sacerdotes no le dejaron vivir en paz, he dicho antes, y le persiguieron á una con verdadera saña. Mas Jesús, redoblando contra ellos sus invectivas, decía que gustaban del primer lugar en las sinagogas, del primer asiento en los festines, del primer saludo en los mercados, y les reconvenía por llamarse á guisa de reyes señores, cuando sólo debe haber para los hombres, iguales en su naturaleza, un solo señor, nuestro Dios que está en los cielos. Desde tal momento los fariseos captaron al pueblo y le pusieron cantos en el puño para que lapidasen á Cristo. Y Jesús les preguntó por qué le apedreaban. Y ellos le respondieron que no le apedreaban por sus obras, sino por sus palabras, porque siendo un hombre mortal se llamaba Dios á sí mismo. Y Jesús, extrañado de tales reconvenciones, respondióles con pregunta en verdad sencilla: «¿Pues no dicen los Salmos que somos los mortales sin excepción hijos de Dios?» Entre las sentencias de los sacerdotes y el clamoreo de las muchedumbres convenciéronle de que se hallaba próxima la hora de su muerte. Y quiso en una cena despedirse de sus discípulos. En todos los siglos y en todas las religiones, sentarse á la misma mesa, repartirse los bocados del mismo pan, beber vino en común, hablar en amor y compaña significa una comunión de ideas y de sentimientos que sostienen á las almas como la bebida y el manjar á los cuerpos. Lo cierto es que la humanidad de Cristo debía en todos los humanos perpetuarse, y la misma divinidad por las venas de los redimidos difundirse, merced al pan partido y al cáliz apurado en aquella cena santísima, que nos ha reunido en la santa comunión de una misma dignidad y de un mismo derecho, á fin de que, habiendo sido libres, iguales, hermanos todos en esta vida, tengamos en la otra el amor divino para saciar la sed inextinguible del corazón, y la verdad absoluta para llenar el pavoroso abismo de nuestra inteligencia.

Y llega el Viernes Santo. La torre del templo, muda; los hogares, cerrados, como en lutos y duelos recientes; el fuego sacro, extinto; sin vestiduras y sin sacras los altares; caídos los candelabros; obscuras las lámparas; el treno de Jeremías, que transmite á las piedras yertas con sus lamentos latidos de corazones desgarrados; el miserere, murmurado por rumores que creeríais vibrantes en labios de muertos; la cruz, desceñida de sus velos, alzándose triste y sola sobre tanta desolación; el santuario, vacío y con sus dos puertas francas, semejante á un sepulcro profanado; Cristo, desnudo y yerto, mostrando en el cuerpo rígido y en la cabeza ensangrentada y en los labios cárdenos las señales de su martirio, la hiel y vinagre, las espinas, los clavos, las lanzadas del pecho; nuestra Madre la Virgen María, envuelta en túnicas negras y negros mantos, abandonada, triste, moribunda, sus manos amarillas como las de un cadáver, amarillo su rostro cual las manos y lleno de lágrimas cuajadas en él como granizos ¡ay!, horrores trágicos son aumentados por la grandeza y la poesía del culto, en los cuales vemos pasar, tras nubes de lágrimas, todas nuestras horribles tragedias continuas. Pero no sólo el Evangelio nos demuestra el lado pésimo de nuestra vida en la pasión del Salvador, sino que también el feliz y óptimo en el Sermón de la Montaña, cuyos dichos colman todos nuestros deseos y nos presentan todas las esperanzas. Los pensamientos suyos fundan la eterna redención del espíritu. Allende lo que dicen ellos, nada podría decirse. Imaginando una divinidad superior á cuantas han visto las más puras inteligencias y anunciado los más afluentes labios, no podría esa divinidad concebir ideas superiores á las contenidas por Cristo en el Sermón de la Montaña. Y no digáis que antes Chridna enseñó parábolas como esas en las orillas del Ganges; no digáis que los libros referentes á los muertos en el viejo Egipto contienen esperanzas análogas respecto de la inmortalidad; no digáis que Sócrates había bebido la cicuta por el dios de su conciencia y que Platón había revelado la espiritualidad íntima del alma bajo los árboles del Pireo: las revelaciones casi nacionales ó de raza, difundidas por las riberas del Ganges y del Nilo sacros; los dogmas encerrados en escuelas científicas ó comunidades sectarias; los dichos profundos y sabios de un filósofo cualquiera; la doctrina sublime neoplatónica; el principio moral estoico; todo lo coincidente con las alboradas y albores de la revelación cristiana ó todo lo anterior, no puede acercarse, ni de lejos, al Sermón de la Montaña, inspirado por el mayor corazón de la Humanidad. No regatearé yo la perfecta sabiduría clásica del diálogo que leía Catón poco antes de morir por fortificarse y resolverse al sacrificio por la libertad y por la patria. Los acentos del Timeo, lanzados por Platón, el profeta, el divino, el sublime, consolarán un alma patricia con pensamientos hondos como la humana ciencia; pero no serán aquellos granos de trigo que llevaba Jesús por Nazareth, por Tiberiades, por toda Galilea en sus dedos, y con los que reclama y atrae á sí las almas de los pobres, de los infelices, de los ignorantes, de los humildes. Esa, Redentor nuestro, ha sido la ciencia tuya; esa la virtud tuya, superiores á todas las virtudes y ciencias. Tú has caldeado los sublimes pensamientos de la sabiduría universal en el fuego de tu corazón ardentísimo; los has contenido en parábolas sencillas como el aroma de los lirios y como el cantar de las alondras; los has dado en comunión á los labios del perseguido, del opreso, del esclavo: luego has muerto por ellos. Los espacios podrán enrollarse como un pergamino á las llamas del incendio final, podrán extinguirse como pavesas frías arrastradas por el soplo de la muerte los astros del firmamento; pero tu Evangelio jamás podrá cerrarse ni tu Verbo divino perderse, porque los han dictado á la humana lengua y los han encendido en el alto cielo tu caridad y tu amor.

EMILIO CASTELAR

Madrid, 1.º de abril de 1895



Las Marías en el sepulcro, fragmento de un cuadro de D. F. Madrazo

SEMBLANZA

Pocos meses hace he tenido que cumplir en estas mismas columnas el triste deber de trazar el artículo necrológico de este ilustre pintor, maestro de varias generaciones de artistas, figura interesantísima desde el punto de vista del arte, jefe de una evolución en España en las ideas y en los procedimientos plásticos, nombre que la historia ha apuntado en sus páginas.

Al intentar hoy evocar su recuerdo, delineando como sepa y pueda su retrato moral, especialmente en aquella fase de la vida que pudiera llamarse familiar ó íntima, siento algo, allá en lo hondo de mi alma, que se parece al vacío que deja en los afectos, así el amigo con quien establecemos, además de las cordiales relaciones del trato social, las intelectuales, como el contrario con quien contendemos en el campo de las ideas: que para mí, en el terreno de la vida intelectual es tanto ó más grande el vacío que deja el compañero y colega que milita con nosotros bajo una bandera, como el que deja aquel que bajo los pliegues de la contraria sostiene las opuestas tendencias. No quiero decir con esto que á D. Federico Madrazo le considerase como contrario mío; él había sido jefe indiscutible, y yo no soy más que uno de los últimos soldados bisoños de la generación nueva que defiende otros puntos de vista y otras teorías enteramente diversas á las defendidas y mantenidas por Madrazo: si digo todo esto es para hacer constar mi admiración por el ilustre artista, y por lo tanto el grado de sinceridad con que voy á emprender la tarea de retratarle.

Llámase todavía á la familia á que perteneció don Federico *la dinastía de los Madrazos*. De dos maneras se ha dado valor á esta denominación: los admiradores de familia donde tantos hombres ilustres hubo y hay aún, estamparon la frase como elogio; los que pensaban que esos hombres ilustres imponían á modo de autócratas su criterio en cuestiones artísticas, hicieron uso de la denominación citada para patentizar la perennidad de una dominación que ellos creían perjudicial para el desarrollo de la vida del arte. Sabido esto, voy á referir una anécdota que aun cuando yo no pueda salir garante de su veracidad, retrata sin embargo de tal modo el carácter del maestro, que me hace inclinarme á darla por sucedida.

No recuerdo con qué motivo, un periódico de segunda fila atacó rudamente á los académicos de la de San Fernando, poniendo á los inmortales de oro y azul; concluía el articulista encarándose con D. Federico, llamándole «autoridad anticuada» y otras lindezas por el estilo, amén de «individuo de una dinastía de reyezuelos oficiales del arte.» (Por cierto que el artículo á que me refiero iba firmado con un seudónimo.) Uno de tantos amigos oficiosos que tienen los hombres que ocupan lugar evidenciado en el mundo del poder ó del saber, no tuvo cosa de más prisa que llevar el artículo á D. Federico. ¡Ah! Me olvidaba agregar que en el artículo se les llamaba *cabestros* á los académicos. D. Federico leyó sonriendo aquella sarta de sandeces, y al devolver el periódico al amigo le dijo:

– Pero ¡Dios mío!, ese periodista debe haber visto alguna burra cuando escribió ese artículo. En mí descubre un reyezuelo de una dinastía, y en los académicos una raza de mansos; pero ¡vea usted lo que son las cosas!, él descubre su progenie, enseñándonos los cascos y las orejas.

En otra ocasión decía, también á propósito de lo de la *dinastía*: «Yo no sé por qué me echan en cara eso; hasta ahora no he mandado ahorcar á ninguno de mis enemigos.»

Entre sus innumerables discípulos los tenía que le querían de un modo entrañable, y realmente cuantos hemos recibido lecciones suyas, aun aquellos más refractarios á su manera de ser y de pensar como pintor, le respetaban y se inclinaban ante él cuando con el carbón ó el pincel en la mano corregía el contorno de una figura. Las correcciones las acompañaba casi siempre con dichos agudos, á costa del corrigendo, y más de una vez le costó la corrección al discípulo ponerse á punto de llorar ó de abandonar la clase, renunciando á la enseñanza de D. Federico. A propósito de lo que vengo diciendo, recuerdo los siguientes sucedidos:

Era D. Federico Madrazo, al propio tiempo que director de la Escuela, profesor de la clase de colorido. Una mañana entró en la clase, y tomándole la paleta á uno de los alumnos – en la actualidad querido amigo mío – se quedó mirándola, porque no había en aquella colores apenas, excepto una porción de azul.

– ¿Puede usted darme la receta de pintar sin colores?, porque yo gasto en ellos un dineral al cabo del año.

Y revolviendo el azul con la punta del pincel se puso á «encajar» la figura; pero estaba ésta tan desvencijada, que ya un poco amostazado D. Federico se vuelve hacia el alumno, que tenía unos grandes ojos negros, y le dice con voz seca:

– Pero hombre, ¿para qué le sirven á usted esos ojos tan hermosos?

Las carcajadas con que todos los alumnos acogieron el dicho fueron unánimes, pero entre todas las risas sobresalía la de un andaluz. Tocóle á éste el turno de la corrección; Madrazo había vuelto á recobrar su buen humor (cáustico siempre), y como viese que el andaluz de marras – que era ya un mocetón y se daba aires de artista hecho y derecho «con mucha luz en la paleta,» como él decía, – el maestro se coloca bien las gafas, movimiento este muy típico de D. Federico, y echándose las manos atrás le dice con tono pausado:

– De dibujo está mal esa figura; en cambio el color lo ha copiado usted de un puchero.

También tuvo el insigne maestro equivocaciones terribles en lo de adivinar la disposición de sus discípulos para el cultivo del arte. Referiré dos de esas equivocaciones, no mencionando los nombres de los que merecieron de Madrazo el juicio que voy á traducir. Los interesados figuran hoy, por virtud de sus altos méritos, en primera línea entre los grandes pintores españoles contemporáneos.

Copiaba el primero de los citados pintores una figura del natural en la clase de colorido. Madrazo venía admirando hacía algún tiempo la fe y la asiduidad con que el alumno trabajaba; pero á pesar de esta admiración, no podía ocultar la poca confianza que le inspiraba tanta labor. Ese día, Madrazo, después de haber contemplado durante un rato lo que el alumno hiciera, movido por aquel humor mordaz que tan á menudo le tomaba, le pide la paleta y los pinceles, y en cuatro trazos dibuja la figura que al discípulo le estaba costando tantos sudores «meter en caja.» Al devolverle la paleta, le dice D. Federico fríamente:

– Es lástima que pierda usted el tiempo en este aprendizaje, estando tan necesitada de brazos la agricultura.

Verdad que, á pesar de lo cruel del dicho, el joven siguió asistiendo puntualmente á clase, y tanto trabajó y tanto luchó, que venció por fin y en toda la línea.

El segundo caso fué con motivo de unas oposiciones á las pensiones de Roma. Entre los opositores estaba un joven que ya mereciera el honor de una medalla en reciente Exposición nacional de Bellas Artes. Llega el segundo ejercicio, que consistía en dibujar una figura del modelo vivo. D. Federico vota en contra de la del joven citado y con D. Federico el resto de los jurados. El opositor no pudo terminar las oposiciones.

Dos años más tarde alcanzaba el aludido, con un cuadro de una sola figura, una medalla de oro.

D. Federico Madrazo fué el pintor español que más mujeres aristocráticas retrató. Yo creo que este éxito entre las damas lo debía tanto el insigne artista á sus talentos de dibujante admirable cuanto á su buen gusto estético y á su conocimiento de mundo. Una vez que por necesidad de mi oficio fuí á verle á su estudio, y con su exquisita amabilidad me enseñaba retratos que hiciera hacía más de cuarenta años, como me mostrase el de una actriz célebre que si debía de haber sido muy hermosa, según sus contemporáneos la celebraban, me pareciese sin embargo mucho más bella en el retrato, le dije ingenuamente que para mí era un secreto el saber retratar una mujer fea, embelleciéndola, sin que por eso padeciese nada el parecido.

– Es cuestión esa, aparte del dominio de la técnica – me dijo, abarcándome con la profunda y escrutadora mirada de sus ojos azules, – en la que entra de por mucho la edad del artista y la de la retratada.

Y sin hacer caso de la sonrisa que asomó á mis labios, prosiguió:

– El sentimiento estético tiene tres períodos; los mismos que tiene la producción artística individual. El primero, sin rumbo fijo: ¡claro, la cabeza y el corazón están solicitados por distintas ideas y sentimientos!: el segundo es de madurez de juicio; man-

da la cabeza, pero pone el corazón de su parte vehemencias hermosas, entusiasmos; en fin, por ese camino todo lo que usted quiera: el tercero es de pura reflexión, la cabeza es dueña absoluta del campo. Me dirá usted que así y todo no se explica más que á medias el secreto; pues mire usted, se explica por entero. En el último período suple á los entusiasmos y vehemencias de los dos primeros períodos el refinamiento que se ha adquirido del gusto y el dominio de la técnica.

– Perfectamente, D. Federico; yo le doy á usted gracias por esta lección de estética tan bien explicada; pero todavía queda un cabo suelto – le dije. – ¿Qué importancia tiene en este caso la edad de la retratada?

Entonces fué el ilustre pintor quien se sonrió.

– Importancia casi capital – me contestó. – Por fea que pueda ser una joven, la juventud siempre tiene líneas y colores finos y delicados. Si el artista sabe aprovecharse de esos elementos, puede llegar con facilidad, relativa indudablemente, á corregir el tipo sin que el parecido deje de existir. Pero si la retratada es vieja y además fea, ya esa rectificación de la naturaleza ofrece mayores dificultades. Hay que adivinar á través de la atrofia de la línea y de la color quebrada el tipo posible de relativa belleza que haya podido advertirse en sus buenos tiempos.

D. Federico era un admirador cariñoso de sus hijos, especialmente de Raimundo y de su yerno Mariano Fortuny. Un día (conste que esto que voy á relatar lo he oído contar de distintos modos) llamó la atención á Raimundo, porque éste llevaba algún tiempo sin coger los pinceles. Raimundo, cediendo á la indicación de su padre, hizo el retrato famoso de su hermana Cecilia, esposa que fué del autor de *La Vicaría*. «La obra de Raimundo – dice D. Federico á un crítico famoso entonces (y ahora) – es la obra de un artista de raza.»

He aquí, según tengo entendido, la frase de la cual arranca la otra, la de *dinastía de los Madrazos*.

A D. Federico Madrazo debe hacérsele más justicia de la que generalmente se le ha hecho, en lo tocante á alentar á los artistas y á aceptar las manifestaciones nuevas del arte. Cuando la crítica toda y una buena parte de los pintores atacaban rudamente el cuadro de Rosales *El Testamento de Isabel la Católica*, poniéndole enfrente, como muy superior bajo todos conceptos, el de Gisbert los *Comuneros*, Madrazo decidió la votación para concederle la medalla de oro á Rosales, dándose el caso de que obras tan opuestas como las citadas obtuviesen la misma recompensa. Y ¡lo que son las cosas! Entonces, si hemos de creer lo que nos cuentan testigos presenciales de las discusiones medio críticas medio políticas – porque la política representaba por aquellos días papel importante en todo – que con motivo del cuadro *El Testamento* se sostenían, llegaron á decir las gentes que la violenta diatriba que contra dicho lienzo había escrito el insigne autor del *Sombrero de tres picos* estaba inspirada por D. Federico. Pocos días después el voto del maestro desvanecía la acusación.

Hablando una tarde en su estudio del concepto que merecían generalmente los artistas á las gentes, especialmente á las señoras, me decía el insigne pintor, sonriendo irónicamente:

– Ahora ya puede darse por concluída esa prevención malévola; pero yo recuerdo que allá por los años treinta y tantos ó cuarenta, y aun después, la fama de que gozábamos no era la de gente bien avenida con la moral.

Y me refirió el suceso que va á continuación y que relata su hermano D. Pedro, si no estoy equivocado, en uno de los números del periódico *El Artista*, del que era propietario el propio D. Federico, y al mismo tiempo colaborador artístico y literario.

Sorprendió á dos señoras en la calle un fuerte chaparrón; refugiáronse en un portal, y cuando más descuidadas estaban, entra un joven preguntando si vivía en la casa un pintor. Como el portero le contestase afirmativamente, las señoras, á pesar de la lluvia que entonces caía á torrentes, se lanzaron de nuevo á la calle huyendo, como si alguien las persiguiera.

– Pero, ¿por qué hicieron ustedes eso? – les preguntan unas amigas, ante las cuales se lamentaban de la mojadura.

– ¡Ay, hija!, porque allí vive Fulano; y ya sabes la fama que tienen esas gentes.

Y después de referirme este lance, decía D. Federico:

– No debían pensar lo mismo aquellas damas que, cual la duquesa de Ferrara, se hacían retratar como vemos en las Venus del Ticiano y como las que Rubens pintó en cuadros como el *Jardín del amor*.

Y termino estos ligeros recuerdos haciendo notar el gran tacto que distinguía al ilustre artista para cuanto se relacionase con la vida social. Pocos hombres ilustres habrán sabido conservar latente su autoridad y prestigio durante serie tan larga de años como la que vivió, y á pesar de haber dejado últimamente, por causa de sus achaques, la vida activa. La última prueba de este tacto hubo de darla días antes de su muerte, regalando al Círculo de Bellas Artes, al cual jamás mirara con buenos ojos, y con destino á la rifa que dicha sociedad organizara para erigir una estatua á Velázquez, los retratos al óleo de Bárbara Lamadrid y de Arjona. La prensa y el público exclamaron:

– ¡Oh! ¡Los retratos de Madrazo!..

R. Balsa de la Vega

LA SEMANA SANTA EN SEVILLA

(BOCETO)

I

Inundada de torrentes de luz que se desbordan de un cielo azulado purísimo y transparente, como las pupilas de una Virgen del pintor de Fiesole; adormecida con el voluptuoso perfume de los azahares, de las rosas y de las madreselvas; acariciada por el tibio aliento de la primavera; entre las vagas armonías que parten de lo infinito y que el viento lleva en sus alas, bulliciosas y alegres como los ecos de la juventud, ó tristes y melancólicas como las notas arrancadas en el silencio de la noche de la morisca guitarra acompañando los cantos de *polos* y *carceleras;* ceñida su frente con la aureola de gloria que el Arte, la Tradición y la Poesía han ido formando en el transcurso de tantos siglos; envuelta en el espléndido manto de su historia inmortal, como visión deslumbradora y magnífica, ataviada con la fastuosa pompa del Oriente y con todos los esplendores de la naturaleza del Mediodía, muéstrase á nuestros ojos el singular conjunto que ofrece este privilegiado rincón de la tierra andaluza, en los días solemnes en que la Iglesia conmemora el mayor y más cruento de los sacrificios, que termina con el último suspiro del Dios Hombre, lanzado desde la cumbre del Calvario.

Si en esos días penetráis por las tortuosas y estrechas calles de la ciudad, con sus casas blanquísimas, con sus ventanillos entretejidos de verdes pámpanos, con sus azoteas coronadas de claveles, sus persianas y celosías, sus mezquinos vanos y sus restos de brillantes azulejos, cuyas irisaciones semejan mosaicos de nácares y oro; si os detenéis ante las puertas de señorial palacio ó de una casa de vecindad, por todas partes veréis bullir incesante de gentes, animación desusada; un deslumbramiento de vida, si se me permite la frase, tan alegre, tan exuberante, tan fascinador, que con nada puede ser comparado por su originalidad. Sonrisas y cantares, rostros morenos, cuyos correctísimos óvalos tienen por marco cabelleras de ébano, en las que van prendidos ramos de claveles y de rosas; ojos negros ó garzos entre cuyas grandes pestañas centellean provocativas miradas; labios de fuego que sonríen; talles esbeltísimos como los juncos de los ríos; pies menudos que apenas si huellan el suelo; mantillas de negras y transparentes blondas; pañolones de Manila con anchos y movibles flecos y esplendentes colores; sedas y percales almidonados, que crujen, brillan y se revuelven airosos con ligeros movimientos de las torneadas cinturas, y que dan lugar á mil requiebros y agudezas de los mozos que se aproximan al grupo de muchachas, que aguardan ansiosas la llegada de las cofradías en las plazas, en las bocacalles, en cuantos lugares más ó menos cómodos encuentran; pues todo se sobrelleva con gusto en cambio de ver la procesión desde su comienzo á su fin, y si es posible, en primera fila. Por los sitios más principales de la carrera que han de seguir las cofradías, á uno y otro lado de la calle están dispuestas largas hileras de sillas que se alquilan; los balcones, las ventanas, azoteas y tejados contienen un enjambre de criaturas, en cuyos rostros retrátase la impaciencia y la alegría, que más de una hora antes de la fijada para el paso de la procesión han acudido para tomar buen sitio. Las gentes que llegan de nuevo pretenden colocarse en los primeros puestos, ó atravesar aquella compacta muralla humana que cierra apretadamente la entrada de las bocacalles, y es de ver entonces los empellones y codazos de los unos, la resistencia de los otros, los chistes que á este propósito se cruzan, las frases burlonas é irónicas con que se motejan con mil dichos picantes que revelan la espontánea agudeza de este pueblo, al cual bástale una sola frase, concisa y gráfica, para herir oportunamente y con gracejo y donaire singular. Mientras tanto los vendedores de flores perfuman el ambiente con sus canastos henchidos de rosas y violetas, y al par pregonan con robustas voces:

Yo traigo flores
De mil colores,
Traigo violetas,
Y traigo rosas
Que á *toas* las niñas las *güerven* locas.
Estrellitas de la mar,
A cuartito rositas *encarnás*

Apláudenle todos al escuchar el pregón, y no es de extrañar que de pronto se oiga la voz de otro émulo celoso de aplausos que cante:

Florecitas *e* mayo
Matita *e* jazmines
Le daré á la *gaché* que *camelo*
Pa que no me *orvíe*.
Y traigo *capuyos*
Con *er* cabo suyo.

«¡Olé la *grasia!*» gritan todos con verdadero entusiasmo. «¡Viva tu *mare!*»

. . . .

Mas prosigamos nuestro camino y demos vista á la plaza de San Francisco, en cual lugar aparece el cuadro más genuinamente sevillano con toda su brillantez y todos sus encantos. Al pie de la monumental fachada de las Casas Capitulares corren dos filas de palcos, una más elevada que otra, ambas henchidas de gente, así como todo el ámbito de la plaza, cuyos balcones ofrecen la misma compacta muchedumbre, sobre todo los días más clásicos de cofradías, que son los de Jueves y Viernes Santo por la tarde y por la madrugada; pero antes de describir estos cuadros permíteme, lector amigo, que haga un paréntesis para decirte algo acerca de la historia de nuestras celebradas procesiones.

II

Ni su origen es conocido, ni creo que será fácil esclarecerlo, pues los archivos de las hermandades no conservan noticias anteriores al siglo XVI, y en cuanto á éstas, sólo sabemos que las contienen muy corto número de aquellas corporaciones. Que desde la reconquista de esta ciudad por Fernando III se establecieron hermandades religiosas para promover el culto á determinadas efigies, es punto innegable; pero el origen cierto de las que hoy llamamos *cofradías*, ó sean aquellas que hacen procesionalmente sus visitas al templo metropolitano, no estimo que puedan ostentar abolengo anterior á la XVI centuria. En esta fecha aparecen las que se llaman de *Penitencia*, *Sangre* y *Luz*; las dos primeras, como indican sus títulos, porque públicamente sus cofrades solicitaban del Altísimo el perdón de sus culpas, macerando sus carnes á veces con tal fervor que el erudito Morgado, que escribía á fines de aquella centuria, se expresa, hablando de estos pormenores, en los siguientes términos: «Verdaderamente es un espectáculo devotísimo ver la ciudad en los días de Semana Santa toda regada de sangre, derramada en memoria de la Pasión del Señor;» y un historiador contemporáneo consigna que hubo de abusarse de estas penitencias, pues algunos disciplinantes usaban de signos ó señales para ser conocidos, alardeando otros de su piedad en la sangre que derramaban, y añade que hubo hermandad que alquilaba disciplinantes, cuando entre sus cofrades no tenía el número suficiente de aquéllos.

La costumbre de estas públicas flagelaciones permaneció hasta los tiempos de Carlos III, que con muy buen acuerdo las prohibió por su cédula expedida en el Buen Retiro á 20 de febrero de 1777.

Primitivamente parece que las procesiones de Semana Santa componíanse tan sólo de un estandarte ó cruz, seguían los hermanos en dos filas y otras personas devotas acompañando á un crucifijo, llevado casi siempre por un sacerdote. Introducido más tarde el uso de *parihuelas*, que son las que llaman hoy los sevillanos *pasos*, sobre ellas colocaron las efigies, que eran conducidas por los cofrades, como aún se acostumbra en muchas partes de España, los cuales iban vestidos de una túnica, sujeta á la cintura con una soga, llevando envuelta totalmente la cabeza en un capuchón con dos agujeros para los ojos.

El analista Zúñiga, hablando de las cofradías de su tiempo, dice que «en ellas se ve una de las mayores grandezas de Sevilla, en la cantidad de cera, en lo lucido de estandartes, guiones y banderolas, en la plata de insignias y varas, en lo rico de los pasos, á que con muchos grados no es comparable lo que se hace en otra alguna ciudad de España, y en que siendo en la cristiana devoción que las fomenta igual en todas el fruto de la devoción á lo ostentoso de la exterioridad, no puede desearse cosa de mayor ejemplo y de más cristiana grandeza...



La Semana Santa en Sevilla. – 1. Nuestra Señora del Valle. – 2. La Expiación (Triana). – 3. Sagrado descendimiento y quinta Angustia de María Santísima. – 4. Nazareno. 5. Santo Cristo de las Palabras (parroquia de San Vicente). – 6. Nazareno. – 7. Nuestra Señora de la Esperanza (San Gil). – 8. Centurión. – 9. Santo Cristo de la Conversión (de fotografías del Sr. Beauchy, de Sevilla)

»Desprecian las cofradías en las insignias, cruces, candeleros, varas, campanillas y otras alhajas cuanto no es preciosa plata; desdeñan en faldones de los pasos, palios, estandartes, guiones y banderolas cuanto no es costosos bordados, subidas telas ó terciopelos. En sus pasos la mejor talla y la más perfecta escultura sólo se miran sin ceño, y la emulación (loable en esto) adelanta siempre sus demostraciones.» Y con efecto, las más costosas y ricas telas, las piedras y metales preciosos, las obras más acabadas de entalladores y escultores fueron los medios que emplearon las hermandades de los pasados siglos para demostrar su fe y su entusiasmo. Juan Martínez Montañés, Bernardo de Gijón, Duque Cornejo, Pedro Roldán y su hija Doña Luisa, Hita del Castillo, Jerónimo Hernández, el capitán Cepeda y otros habilísimos artistas dejaron memoria indeleble de su soberano ingenio en las portentosas efigies que ejecutaron, algunas de las cuales eran tan preferidas por sus mismos autores, que según tradición apoyada en el dicho de graves analistas, siempre que salía la imagen del Señor de Pasión, su autor, el celebérrimo Montañés, acudía con sus amigos á las bocacalles por donde pasaba, para contemplarla una y otra vez. Y en cierta ocasión, examinándola el arzobispo Sr. Despuig, acompañado de numerosa concurrencia, después de admirarla largo rato dijo que «le encontraba una falta;» y como le preguntasen cuál, respondió: «le advierto la de que no respira.»

El deseo de las hermandades de poseer efigies de gran mérito y exclusivas de las mismas, dió lugar á que la del Cristo de la Expiración, noticiosa de la pericia del capitán Cepeda, que floreció en el último tercio del siglo xvi, lo hiciera venir de Córdoba para que ejecutase una efigie del Señor en sus postrimerías, pero con la condición que había de ser de pasta para conducirla con más comodidad en el paso, la cual una vez terminada, si era á gusto de todos, se le pagaría lo convenido, rompiéndose entonces los moldes, como con efecto así tuvo lugar, y aquéllos fueron arrojados al Guadalquivir.

Llama la atención de los forasteros, justamente al parecer, que no guarden las cofradías en sus salidas el orden riguroso que fuera de desear, para ofrecer ordenadamente á la pública devoción los asuntos ó misterios que en sus pasos se representan, resultando de aquí que el Domingo de Ramos vemos á Cristo expirante y el Miércoles Santo se nos ofrece orando en el Huerto. La razón de esto fúndase en la antigüedad de las corporaciones, que tan celosas han sido siempre en sostener sus prerrogativas en cuanto al día, hora y sitio en que cada una había de salir y ocupar con respecto á las otras, que es incalculable el número de litigios que se sostuvieron, hasta el punto de que en lo antiguo formábase un tribunal eclesiástico para fijar las condiciones de la salida á cada hermandad; costumbre que aún no ha desaparecido del todo, pues el sábado víspera del Domingo de Ramos hácese el llamamiento de las cofradías en la misma forma que se observaba en 1775. Antiguamente ninguna procesión salía antes del Miércoles Santo, y cada una de ellas dirigíase á visitar las iglesias de su devoción, procurando que la noche no les alcanzase en el camino: hoy, por el contrario, ponen especial empeño, para su mayor lucimiento, en salir tarde de las iglesias respectivas y todas hacen estación á la catedral.

Uno de los cuadros más sorprendentes que se ofrecen á los ojos de los que por vez primera lo contemplan, es el paso de las procesiones, en particular las de madrugada, por delante del *Monumento* en que se deposita la Sagrada Forma durante los días del Miércoles y Jueves Santo. La imponente majestad de la grandiosa basílica, los arranques de cuyas ojivas piérdense en las altas penumbras de sus bóvedas; la vivísima luz que arroja el colosal *Monumento*, cuya terminación toca á las claves de los arcos, todo él centelleante por las innumerables hachas de cera y magníficas lámparas de plata, cuyas luces reflejan singularmente en las riquísimas colgaduras de terciopelo franjado de oro que reviste los pilares próximos; el recogimiento de la muchedumbre de gentes que oran en torno de la magnífica custodia de plata, maravilla del cincel de Juan de Arfe, en cuyo hueco principal hállase expuesta la caja de oro que contiene el Cuerpo de Dios; el profundo silencio que reina por doquiera, interrumpido solamente por la severa salmodia de los sacerdotes ó por los acompasados pasos de los nazarenos con sus altos capirotes, negras túnicas, estandartes, banderas y guiones, y por último el momento en que se ve aparecer el divino simulacro de Cristo crucificado ó el de su Madre Santísima, resaltando en el fondo sombrío de las naves del templo, puede asegurarse que es de los que se sienten y con dificultad podría describirlo un privilegiado ingenio.

III

Las cofradías que se presentan con más pompa son las que hacen estación en las tardes del Jueves y Viernes Santo y en la madrugada del primero al segundo día mencionado. Entre el bullicioso gentío que inunda las calles, formado del más heterogéneo conjunto, vense cruzar por todas partes *nazarenos* lujosamente vestidos de terciopelo verde, negro, morado, con gruesos cordones de oro á la cintura y los escudos de las hermandades respectivas bordados en los antifaces: lucen algunos túnicas blancas de finísimo merino, negras ó de colores, cuyas largas colas llévanlas recogidas en el brazo izquierdo, las de Holanda menudamente plegadas y rizadas, que darían envidia á la más pulcra planchadora de conventos, y entre esta muchedumbre descuellan los enormes penachos blancos y rojos de los *armados*, parodia ridícula de los legionarios romanos, que por fortuna se encuentran ya en el ocaso de su institución, pues antes eran muchas las hermandades que los lucían y actualmente son contadas.

A la caída de la tarde comienzan á pasar las procesiones por la plaza de San Francisco, y ciertamente sorprende el efecto que producen los pasos al desembocar de la calle de las Sierpes. La riqueza de los palios de terciopelo y oro, sostenidos por robustos varales de plata; el número infinito de luces que alumbran las devotas imágenes, cuyas túnicas y mantos vense cubiertos de esplendentes bordados de oro; las nubes de incienso que las envuelven y las armonías de las músicas que tocan marchas fúnebres ó el canto majestuoso de los salmos, conmueven en alto grado á la multitud, que guarda el más religioso silencio, el cual de pronto se rompe por alguna voz vibrante, que con entonación tristísima entona una *saeta*, alusiva á la Pasión del Señor, diciendo:

Quién me presta una escalera
Para subir al madero
Y para bajar de él
A Jesús el Nazareno.

Al terminar, extiéndese por la plaza sordo murmullo de aprobación, que cesa instantáneamente al escucharse el comienzo de otra *saeta*, las cuales van repitiéndose por todas las calles, pues entonces brotan de los labios de los sevillanos, como medio de expresar los sentimientos de tristeza que embargan sus almas y con la misma espontaneidad con que improvisan sus inimitables cantares amatorios, para dar así rienda suelta á sus impresiones del momento.

El ritmo de las *saetas* es de tal suerte melancólico, su cadencia tan triste, que parece prolongado lamento; y si se tienen en cuenta los pormenores y circunstancias en que se entonan, no será extraño que se vean resbalar por los morenos y aterciopelados rostros de mis paisanas lágrimas silenciosas que brotan del corazón. El efecto de estas coplas es aun más profundo é inexplicable cuando se escuchan en medio del silencio de la noche y durante el paso de las procesiones de madrugada, algunas de las cuales no llevan más música que un fagot, flauta y clarinete, con los que se acompañan los cantores que entonan las estrofas del *Miserere* ó de las *Lamentaciones*. En el intervalo que media entre una y otra de aquéllas, rompe el silencio una voz de mujer que canta:

La estrella más reluciente
Detrás del sepulcro va,
Sus ojos parecen fuentes
Llorando su soledad.

. . . .

Este mismo pueblo que durante la noche del Viernes Santo ha presenciado con tanto recogimiento el paso de las cofradías, y que lo hemos visto conmovido, silencioso y devoto, cambia súbitamente, ofreciendo singular contraste, cuando los primeros rayos del sol disipan las nieblas del crepúsculo y se reflejan en los brillantes chapiteles de las torres, en las cúpulas de las iglesias y en las aéreas cresterías de nuestra catedral. Todo entonces se convierte en bullicio y alegría, sonriente como la mañana que comienza; parece que se anima y se vivifica, y ¿qué mucho que el pueblo trueque su tristeza en regocijo, si hasta los mismos penitentes, sobre todo los de la Macarena, tan devotos de la Virgen de la Esperanza, olvídanse á veces del culto á Nuestra Señora por dedicarse al de Baco, ante cuyas aras ofrecen libaciones sin cuento? Los aficionados á estudios populares encontrarán ancho campo para su espíritu observador, si acuden á contemplar la entrada de la referida hermandad en su iglesia de San Gil. Cuando los vapores del vinillo trastornan los cerebros de aquellos cofrades, escúchanse entonces verdaderos rasgos de ingenio; la sátira y la agudeza más refinada, las más absurdas ó gráficas hipérboles campan con toda libertad, y el donaire de aquella gente, inquieta y maleante, luce á cada momento: requiebran los nazarenos á las mozas, responden éstas con la zumba y gracia en ellas innatas, y todas son risas y algazara y derroches de ingenio y alardes de viveza.

La *legión romana*, con las viseras de los cascos levantadas, los mantos descompuestos, sin guardar ya el riguroso orden de formación con que se presentara en las primeras horas, ha perdido la marcialidad, pero no el buen humor ni la *guasa fina* de la tierra, para emplearla también como sus hermanos los nazarenos. Tan poseídos se encuentran de su papel de soldados romanos, que muchos invierten sus ahorros del año, deducidos de un cortísimo jornal, pues la mayor parte son hortelanos, para costearse el traje; y no ha mucho que el capitán de una *centuria* vendió su pobre casa, único patrimonio que poseía, para costearse una riquísima vestimenta, luciendo aquel año un casco de plata con magníficas plumas, el traje de raso bordado profusamente de oro y en el calzado brillaban amatistas y topacios. Esta cofradía tiene por costumbre pasar, ya entrada la mañana, por delante del hospital central, que se encuentra extramuros, muy próximo á la Puerta de la Macarena, para que los pobres asilados tengan el consuelo de contemplar á la Virgen de la Esperanza, y es tradición recibida en el barrio que la veneranda efigie fué del hospital, que la cedió á la cofradía á cambio de un reloj de torre, pero con la condición de que si por cualquier evento entraba alguna vez el divino simulacro por las puertas de aquel edificio, quedaría privada de ella la corporación.

Dió lugar esta creencia á un grave escándalo, ocurrido en 1846, pues habiendo dispuesto los oficiales de la hermandad que la cofradía entrase en el hospital, una vez dentro el cuerpo de penitentes y el paso de la Sentencia, al ver los macarenos que iba á efectuarlo el de la Virgen, prorrumpieron en tales gritos, protestas y amenazas, que temerosos los cofrades de lo que hubiera podido ocurrir, retrocedieron todos al momento, con lo cual apaciguóse el tumulto.

Para que mis lectores formen juicio de la magnitud de algunos de los pasos, les diré que el referido de la Sentencia de Cristo consta de una magnífica peana tallada y dorada, construída á imitación de las antiguas del siglo xvii, sobre la cual se ve á Pilato sentado bajo dosel, con dos pajes á sus lados, el uno con jofaina y el otro con una toalla; delante de aquel juez está el Señor, sujetas las manos con cordones que tienen dos soldados, y á uno y otro lado, á lo largo del paso, sentados en sillones, seis consejeros. Todas estas doce figuras son de tamaño natural y algunas de verdadero mérito artístico y van conducidas sobre unas parihuelas con faldones de terciopelo, que ocultan á los mozos que las transportan en número de 25 á 30.

El Sábado de Gloria, una vez que las campanas de la Giralda anuncian la Resurrección del Señor, á cuyos repiques siguen las de todas las iglesias de la ciudad, atruenan el espacio las descargas de los que se gozan haciendo fuego contra los monigotes que representan á Judas, por medio de figurones henchidos de paja que pendientes de una cuerda tendida de balcón á balcón sirven de blanco, no sólo á los mozos, sino á los chicuelos que los ensucian y apedrean con verdadero regocijo en medio de una algazara diabólica.

El encanto, pues, de las mil deslumbradoras escenas que Sevilla ofrece durante su Semana Santa, puede afirmarse que no se borra jamás, y nunca he sentido más profundamente ese duelo del alma que se llama nostalgia que al verme alejado de mi ciudad querida en aquellos días, que despiertan en mi alma tantos y tantos recuerdos juveniles, que con su alegría son acaso el único consuelo de las tristezas del presente.

José Gestoso y Pérez

MATER DOLOROSA

No escribo este artículo para las almas desnudas de fe cristiana. Pasen por alto esta página de La Ilustración Artística cuantos no crean sinceramente, cándidamente, en la verdad de la plegaria que conocemos bajo la denominación de *Letanía de la Virgen;* cuantos no vean en ese hermoso cántico laudatorio, collar de perlas de oriente nítido, purísimo, que han ido engarzando cientos de generaciones de mártires, de santos, de ascetas, de fervorosos creyentes, para deponer á los pies de la Madre de Cristo; cuantos no vean en ese centón de frases de amor, de fe, de esperanza, escala de oro fulgente, trabajada por el cincel del arte cristiano para subir al Empíreo.



La Magdalena, cuadro de Juan Muzzioli



Jesús delante de la casa de Ahsaverus, cuadro de F. Thiele



EL ENTIERRO DE J



...ADO DE FEDERICO AUGUSTO DE KAULBACH

No con los ojos materiales ha de aquilatarse la belleza perdurable; aquella que, cual el rodar de las nieblas por picachos, bosques y valles, no deja huella alguna y sí en la mente los contornos vagos, las indecisas líneas de cien figuras, como las de nuestros sueños de juventud ó las de nuestras exaltaciones en los momentos en que el alma, cuando, como enseña la mística doctora de Ávila, *dejando la casa sosegada*, sálese de ésta á vagar por los espacios infinitos del amor por el amor. Y á este género de belleza pertenece la que el sentimiento del que adora en Cristo adjudicó desde los primeros siglos de nuestra era á la Madre del Redentor del mundo.

Incontables son las obras de arte que ha inspirado la figura de la Virgen; y con ser tantas y el número de las que pueden considerarse como obras maestras casi imposible de escribir, á la Hija de Nazareth solamente se la adivina en poquísimas pinturas; y éstas son precisamente aquellas que hubo de trazar la mano del exaltado fraile artista, ó la del laico, guiado por una sociedad que erigía esas inmensas catedrales góticas, cuyas agujas, como el pensamiento ingrávitas, son otros tantos suspiros del alma cristiana por tornar de su destierro á la patria aquella donde impera la Eterna Luz.

Y pues ha menester quien pretenda adivinar la ideal belleza de la Virgen, en las tablas del beato fraile de Fiesole, ó del melancólico maestro de la Umbría, ó del arrepentido Lippi, ó del severo Mantegna, fe ciega, alma sencilla, corazón simple, vean cuantos este artículo leyeren si están en tales condiciones.

¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos!

* * *

No puede concebirse á Cristo y su obra sin la Virgen; Él es el pensamiento, Ella el sentimiento. Él es el rayo de fúlgida luz que deslumbra, que obliga al hombre á prosternarse ante la suprema verdad; Ella la luz de esperanza que conforta al atribulado, y como la de la aurora, la que ilumina el camino que trazara su Hijo. Él habla al alma, Ella al corazón. Él manda, Ella implora. Así la comprendió Fra Angélico, así logra pintarla Rafael alguna vez. Conjunto sublime de belleza plástica y de belleza soñada, como las impalpables figuras que forjan las nieblas, más semeja á ficción de poeta que á estética y purísima, pero concreta realidad. El propio fraile de Fiesole duda de sí mismo cuando ve trazada la cabeza de la Virgen en su cuadro *La Anunciación*. Aquella frente alta, ligeramente convexa; aquellas mejillas, cuya pureza y suavidad de color compara la crítica – aun la escéptica – á las hojas de la azucena; aquella boca, humildemente plegada; aquellos ojos, donde el color verde, el azul, el opalino se mezclan sin confundirse, y que parecen despedir claridad no vista en la tierra; aquellos cabellos blondos, pero sin encrespar, que bajan cándidamente por las sienes, hubo de tomarlo el santo artista por obra sobrenatural. En sueños, cuando rendido por el cansancio, cuando agobiado por la torpeza de la mano, incapaz de expresar lo que la imaginación y el sentimiento adivinaban y sentían, cerró los ojos, figurósele ver que un ángel, penetrando en su celda, le tomaba la paleta y los pinceles y con extrahumana facilidad trazaba la cabeza de la Virgen en aquel momento psicológico en el cual, al anunciarle el arcángel Gabriel que iba á concebir, la Virgen de las Vírgenes sintió todos los éxtasis y todas las angustias de su doble naturaleza, divina y humana. Despertó Fra Angélico con el canto matinal del gallo, y al mirar el prodigio cayó de rodillas.

Rafael Sanzio pinta la Madre de Dios. No son las dulcísimas Madonas del gran artista figuras soñadas, por lo que respecta á la plástica. La Virgen Madre, que en la imaginación del favorito de Leon X estereotipara un exquisito sentimiento de la belleza, es la idealización de la forma femenina. Mirad la *Virgen del Pez*, que guarda nuestro sin igual Museo del Prado, y sin daros cuenta, diréis con San Bernardo: «Madre de divina gracia, Madre amable, Madre admirable.» Fijad vuestra atención en aquel rostro de líneas curvas, de dulzura, imposibles de apreciar; en la mirada límpida, reposada, pura; en la frente tersa, sin sombra, fanal transparentísimo de su espíritu; en la boca, cuyos labios parece como que se entreabren para daros el deleitoso nombre de «hijo;» en el movimiento lleno de modesta y á la par de imponente soberanía, y seguiréis diciendo: «Espejo de la justicia, Torre de David, Virgen poderosa, Reina de los ángeles y de las vírgenes, Madre del Salvador.» Rafael Sanzio siente, pero piensa; á través del idealismo de la línea, se adivina al teólogo que alcanza la medida de la esencia divina de María; pero en tal medida va envuelto el sentimiento del poder. Fra Angélico no piensa, siente únicamente; va tras de una ilusión, de una visión luminosa, de impalpable y blanca aparición amasada en el polvo de plata de un rayo de luna. Rafael persigue la realización del concepto de soberana que el teólogo tiene de la Madre de Cristo, para encarnarlo en la más pura, en la más casta, pero real y tangible forma femenina.

* * *

Mas la Hija de Nazareth, apenas comprendida por el artista, cuando aún no se realizara en ella el misterio de la Encarnación; ya comprendida por bastantes pintores y escultores, cuando Madre, logra ser comprendida y sentida, hasta un grado de sublime verdad, durante el tiempo en el cual se realiza la Pasión y Muerte de su Divino Hijo.

Bien sé que difiero de los teólogos todos al afirmar tal extremo; pero no ha de ser óbice la premisa teológica de proponer como inenarrable el dolor de la Virgen, por realizarse el fenómeno psico-físico en persona no mortal, para que yo recuerde ahora aquellas obras maestras de la pintura donde el dolor de la Madre de Jesús fué adivinado por el genio y el sentimiento y la fe de grandes pintores.

La escuela española se llevó la palma, pintando la *Madre Dolorosa*. No podía ser otra alguna la que mejor interpretase el dolor de la Virgen. No podía ser otra, sino la escuela pictórica española, la que diese forma, la que encontrase con maravilloso acierto la expresión plástica de la tortura de una madre que sigue paso á paso la dramática odisea del suplicio de su hijo. Solamente la escuela alemana logró acercarse á la nuestra en la adivinación de aquel dolor; mas quedóse á distancia al darle vida en el lienzo. Fueron y son los italianos más paganos que ningunos otros artistas; son los franceses y fueron admirables asimilistas de toda manifestación intelectual, pero no creadores; la escuela inglesa no existía cuando el arte respiraba ambiente religioso únicamente; en Flandes, Holanda y Alemania, diversas y encontradas corrientes dogmáticas, filosóficas y sociales detuvieron el desarrollo de la pintura mística en manos de Van-Eyck; pero en España, precisamente cuando el arte pictórico llegaba á su apogeo, llegaba también á su plenitud el imperio del sentimiento religioso, invadiendo todas las manifestaciones de la vida nacional.

El carácter castellano, severo, austero, enérgico; el andaluz, apasionado y violento; el valenciano, dramático y exaltado, formaron una característica espiritual del arte, pura y genuinamente nuestra. Contribuyeron otras causas también á formarla, mas el medio social y religioso fueron los principales. Y aquella característica, aparte de lo de religiosa, era dramática en grado eminente. Un escritor francés con una dosis de imparcialidad y de conocimiento de nuestra historia no frecuente en sus compatriotas, dice al referirse á esa característica de que hablo: «En esta monarquía – la española – de inquisidores, de guerreros que guardan los sentimientos caballerescos, las pasiones sombrías, la fiereza y la intolerancia y el misticismo de la Edad media, los más grandes artistas son los que han poseído en grado altísimo las facultades, los sentimientos y las pasiones del pueblo que lo rodeaba. Los más célebres poetas, como Lope de Vega y Calderón, fueron soldados y aventureros, voluntarios de los barcos de guerra, duelistas y enamorados, tan violentos en su misticismo y en sus amores, como los poetas y los Don Quijotes de los tiempos feudales. Apasionados católicos, tan ardientes que, al declinar sus existencias, unos se hacen familiares de la Inquisición, otros, frailes, y el más ilustre de todos ellos, el gran Lope, diciendo misa, se desvanecía al pensar en el martirio de Jesucristo, representado en el incruento sacrificio.»

No es la pintura que Taine hace imaginaria ni exagerada, es la realidad histórica. Cano pasa la mitad de su vida huyendo de la justicia, que le persigue por duelista; Morales, por sus violencias irrespetuosas para cuanto se oponía á sus deseos, muere olvidado, pobre, miserable, allá en una obscura ciudad de Extremadura; Zurbarán se acoge á una iglesia después de haber matado en duelo, y con esas vehemencias pintan y esculpen. No son temperamentos idílicos los de nuestros artistas de los siglos XVI y XVII, ni el aire de lucha que contra Europa entera se aspiraba en España entonces, le permite; así pues, el «motivo» dramático, el trágico, son los que inspiran á los pintores y á los poetas; amar ó aborrecer: he aquí la característica, el fondo pasional de aquellos espíritus humanamente ideales é idealmente humanos. Y así se comprende que acertasen en la interpretación plástica del dolor de la Virgen. Realistas hasta la medula, buscan en la más exacta reproducción de la forma los caracteres, rasgos y líneas de un rostro angustiado; y así como el artista pagano llega hasta lo sublime, hasta lo ideal, ahondando en el concepto estético de la belleza de la forma, así nuestros pintores y escultores llegan hasta lo sublime también buscando aquella expresión que con más fuerza dramática expresa el dolor.

No ven, no, los Zurbaranes, Canos, Morales, Ribaltas y Herreras las delicadísimas visiones del de Fiesole, ni las mismas dulces y puras Madonas del de Urbino; ven la madre de Cristo, la mujer sublimada por el más grande y horrible de los martirios que puede torturar el alma maternal. Ven con ira empapada en lágrimas una crueldad, y odian al verdugo. Así el judío fué arrojado de España, sin que una voz siquiera, impulsada por el egoísmo, al mirar cómo con la expulsión de los descendientes de Jacob se perdía una de las fuerzas productoras de mayor importancia de la patria, se levantase á protestar. Tengo por cierto que si no luchásemos contra Francia, Italia, Alemania, América, el español hubiera levantado nueva cruzada para ir á arrancarles á los infieles la bíblica Jerusalén.

Cuando miro aquella *Piedad* que de Morales guarda nuestro Museo del Prado; cuando miro aquella *Dolorosa* del mismo, existente también en nuestro Museo; cuando miro, en fin, aquella otra de Cano y otras representaciones de la Divina Madre en el trance de su gran amargura, paréceme ver á los artistas que pintaron con tal fuerza dramática aquel rostro empeñados en llevar al corazón del espectador toda la vehemencia de su sentir, é infiltrarle todo el sentimiento de su intolerancia para con los enemigos de Cristo, para con los verdugos de un corazón de madre amantísima.

* * *

Hay algo, sin embargo, en aquellos rostros llenos de mortal aflicción de las *Dolorosas* de nuestros grandes pintores del siglo de oro de la pintura española, que es también reflejo de un estado particular del espíritu de los que los pintaron. Yo creo adivinar al propio tiempo que ese sentimiento de ardiente piedad y de amor de cristiano, la expresión de una amargura, de una queja, de un momento de flaqueza espiritual del artista; algo así como cansancio de la existencia.

Yo quisiera que al leer estas líneas tuvieseis ante vuestra vista el cuadro de Morales *La Virgen sosteniendo á su Hijo muerto*, para que vieseis cómo en aquella faz descolorida, demacrada, que vela una angustia infinita, faz humana, grandemente humana, hay una sombra de aflicción mortal, de aflicción de criatura de carne, de nervios, de criatura que no participa de personalidad divina, antes al contrario, que parece nacida entre dolores, criada entre dolores, sostenida por dolores y que espera la muerte como un bien. Mientras que en el rostro de la Virgen del *Pasmo de Sicilia*, de Rafael, se advierte, á través de la expresión de dolor, de dolor grande, inmenso, del dolor que le causa el encuentro de Jesús, caído en la calle de la Amargura, algo sobrehumano que le presta fuerzas para tender los brazos á su Hijo, en esta otra Virgen de nuestro Morales se ve de un modo claro cómo apenas, á duras penas, puede sostener la inerte cabeza de Cristo muerto.

Háblanme más al alma estas *Dolorosas* de los pintores españoles que cuantas he alcanzado á ver de los de otros países. Quizá porque son figuras en las cuales para realizarlas no ha entrado por nada ó por muy poco la especulación teológica en lo que se refiere á lo divino de la personalidad de la Virgen. Háblanme al corazón, y por tanto, al sentimiento. Y es que la idea del dolor no cabe en un ser inmortal. Cabe, sí, la de la bondad, la de la justicia, la de la serenidad; pero de ningún modo lo que es sinónimo de flaqueza, de desfallecimiento.

Por eso la Virgen del célebre grupo *La Piettá*, de Miguel Angel, despierta en el espectador, en cuantos la contemplen, ideas hondas, amargas, pero de un carácter puramente reflexivo. Hay en aquella faz algo que revela la existencia de un pensamiento cuyo valor filosófico todavía no alcanzó nadie á descifrar por completo, aun cuando al darle á la Virgen el nombre de Virgen de la Piedad, parece justificarse la afirmación del crítico francés, quien teniendo en cuenta el modo de ser espiritual del inmenso artista florentino, cree ver en la figura de la Madre de Cristo la simbólica representación de la Justicia contemplando á Jesús, la Humanidad, muerto por la brutal pesadumbre de las iniquidades, de los dolores y de las miserias sociales.

* * *

Quizás respondan, y seguramente responden al positivismo del sentimiento del espíritu moderno,

positivismo que tiene un fondo moral indiscutible, esas concepciones místicas de Leonardo y de Miguel Angel; mas al sentimiento ingenuo y cándido del que ama por amar, las *Dolorosas*, sublimes en su humana expresión, de nuestros Canos, Ribalta, y Morales, le hablan de modo tan conmovedor como á Teresa de Jesús la vista del Amado, al santo de Asís la del leproso y al de Buillón el sepulcro del Redentor del mundo. Y mientras tanto el arte no encuentra un motivo de inspiración que conmueva á la humanidad tan hondamente como el que produjo *Mater Dolorosa*, será fuerza llorar frente á la *Virgen sosteniendo en sus brazos á su Hijo* del pintor del segundo de los Austrias ó frente á la *Soledad* de Murillo.

¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos!

R. BALSA DE LA VEGA

DIVAGACIONES

Jesucristo. – Solemnidades religiosas. – La Semana Santa ante las diversas edades

Demos un momento de descanso al fatigado espíritu; despojémonos de nuestras diarias preocupaciones, y con el pensamiento fijo en el que es fuente de todo bien, recordemos sus dolores, su triste calvario, las invectivas de que fué objeto, la suma infinita de padecimientos que le acompañó desde que, realizada la predicación de su doctrina, quiso sellar con su muerte el mayor de los sacrificios por la más noble de las causas.

Una sociedad caduca terminaba su misión, dejando lamentable recuerdo de sí; otra sociedad nacía á reemplazarla, y á esta sociedad animó el Hijo de Galilea, influyéndole nuevos y salvadores principios. La mujer quedó dignificada, el niño redimido, el esclavo recobró su libertad. El hijo de Dios, nacido en humilde establo, consagró con ello la pobreza; educándose junto al anciano carpintero, proclamó el trabajo; queriendo nacer de mujer, la enalteció para siempre; muriendo en afrentoso suplicio, convirtió el instrumento de su martirio en sagrado símbolo, ante el cual debían postrarse cien y cien generaciones.

Rodeóse de pobres pescadores, y los pobres fueron los primeros en el reino de los cielos; admitió junto á sí á Magdalena, y el arrepentimiento fué desde entonces prenda de perdón para el delito; inspiró la fe de sus promesas, y la fe quedó desde entonces consagrada como la primera de las virtudes.

Las parábolas constituyen tesoro de enseñanzas, no bien apreciado todavía por el hombre; sus acciones, acabadísimo modelo de virtud; su pasión y muerte, ejemplo sublime de conducta y término de comparación, por nadie excedido, para sufrir con paciencia las contrariedades y las penas de la vida.

El sublime Maestro tuvo discípulos que, repartiéndose por la tierra, repitieron la sana doctrina; el martirio que éstos lograron enalteció sus predicaciones, y la sangre con que regaron la tierra hizo multiplicarse prodigiosamente el número de los creyentes. Las rudas persecuciones del paganismo contra la Iglesia naciente sólo lograron arraigarla más y más en los corazones, y los que llevaron con su palabra la nueva doctrina al seno de la ignorancia, como los que luego la consagraron con su muerte, realizaron de consuno la altísima revolución que marca un cambio completo en la mansión habitada por el hombre.

La doctrina del Crucificado quedó triunfante de los ritos del paganismo; pero hoy lucha con adversarios no menos terribles; la duda de unos, el ateísmo de otros, la indiferencia de muchos, el procaz orgullo del hombre, que acaso pretende reemplazar al Hacedor con la satánica soberbia que le dan sus propios triunfos...

La moderna Babel, olvidada de la antigua, pretende prescindir de las creencias salvadoras; pero la tierra que tiembla, el huracán que azota, el rayo que se desgaja de las nubes, la epidemia que aniquila y la enfermedad que mata son otras tantas advertencias de esa Divinidad, siempre piadosa para el humilde, recordando que hay sobre el hombre, menguado ser de corta y penosa existencia, ese Ser Supremo, que da leyes al universo, que es principio y fin de todas las cosas, y debe ser, por lo tanto, objeto preferente de la devoción del hombre, cada vez que éste, ante la inmensidad de la Creación, se da cuenta de su propia pequeñez.

***

La conmemoración de la Pasión y Muerte del Redentor se verifica en España, si no con extraordinaria brillantez, con muy laudable constancia, que perpetúa gloriosas tradiciones nacionales, y con independencia de las funciones de Iglesia, los reyes católicos conservan las piadosas ceremonias del lavatorio y comida de los pobres y el perdón de algunos infelices sentenciados por la justicia humana.

Este es el aspecto español más digno de elogio y más característico de entre las solemnidades propias de la época.

¡Cuán esperados serán, por tanto, estos días por los pobres y por los reos de muerte!

Verdad es que, aun no perteneciendo á ninguna de las citadas categorías, la Semana Santa es un tiempo excepcional por todos esperado, como intentaré demostrar en los párrafos que siguen.

***

Durante la dichosa edad infantil, la Semana Santa constituye una fiesta, tanto más deseada, cuanto más se aparta de las restantes del año. Los libros se han dejado descansar, atados con sus correas, y permanecerán en la misma disposición hasta que pase la Pascua; sus declinaciones y conjugaciones; sus listas de puertos, naciones y ríos; sus índices cronológicos de reyes; todos los estudios que pesan como una amenaza terrible sobre la niñez, duermen temporalmente.

Cierto que no hay las diversiones propias de otras festividades; pero tampoco faltan en la Semana Santa. En primer lugar el Domingo de Ramos con sus esplendores y sus alegrías, sus plantas aromáticas y sus palmas rizadas, sin contar con el regalito de los abuelos ó de los padres. Porque los niños saben perfectamente que los refranes son hijos de la sabiduría popular, y que uno de ellos dice que «en el Domingo de Ramos, el que no estrena se queda sin manos,» y las tiernas criaturas tienen en harta estima sus manos para prescindir resignadamente del traje nuevo ó el codiciado juguete. Llega después el miércoles con su función de tinieblas á que no renuncia; el jueves y viernes con su extraño silencio, la ausencia de coches, el toque de la carraca sustituyendo al de la campana; la procesión de los pasos y hasta las comidas extraordinarias, que apartándose de lo que son en el resto del año, ofrecen á su espíritu glotón nuevos atractivos; el Sábado de Gloria, que es una verdadera resurrección de la vida de costumbre, con su alegre campaneo; la Pascua que le sigue, con su séquito de corderos, su apertura de teatros y circos y la consiguiente necesidad de frecuentarlos.

Es posible que las tiernas criaturas no se fijen todo lo que debieran en lo que es, representa y significa la Semana de Pasión; y su razón, no acabada de formar todavía, justifica que así sea.

Hay, no obstante, en las escenas que la Iglesia conmemora, aun con cierta independencia de su aspecto religioso, algunos puntos que conviene meditar á los niños.

¿Quieren saber lo efímero de las mundanas glorias? Pues nada para ello tan elocuente como la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén, y los tormentos, sacrificios, sangrientas mofas y muerte infamante que la siguieron.

¿Buscan una prueba de lo falible de la justicia humana? Vean la sentencia del Justo.

¿Quieren conocer el criterio de las muchedumbres á que hoy se halla entregado el derecho moderno? Pues recuerden al pueblo de Jerusalén pidiendo la libertad de Barrabás y respondiendo á las tímidas exhortaciones en favor de Jesús con el grito repetido de «¡Crucifícale!»

¿Pretenden averiguar hasta dónde llega el amor de una madre? Vean á la Santísima Virgen, recogiendo las palabras de agonía de su Divino Hijo y depositando en su amante regazo su sacratísimo cuerpo muerto.

Vean en Judas la traición interesada, en Pedro el momentáneo desvío, en Pilato la cobarde autoridad, dejando prevalecer el error y el crimen.

Y si, huyendo de los vicios de la flaca naturaleza, buscan ejemplos que imitar, fíjense en el tránsito de Jesucristo sobre la tierra, y tendrán, personificados en él, la obediencia y la mansedumbre, la dulzura y la resignación, la abnegación sublime y la constancia en el padecer en defensa de la verdad... Sigan sus pasos y sus ejemplos, aunque sea desde muy lejos; que si es verdad que carecen de la divina esencia del mismo, también lo es que, por muchos y muy grandes que sean sus padecimientos, en nada podrán compararse jamás con los que sufrió por salvarnos de la mancha del primer pecado el Redentor de la humanidad.

Para la juventud, la Semana Santa ofrece también sus atractivos. Son los días de los trajes elegantes, del forzoso abandono del carruaje, del paseo por las calles so pretexto de la visita de estaciones y de los compromisos de las mesas de petitorio... Mezcla extraña de lo divino y de lo humano, de la tentación y el arrepentimiento, el luto de los vestidos pugna con el brillo de las miradas, el aniversario de escenas de muerte y desolación con los gratos olores de los campos, la suave temperatura, el sol que inunda de vida á toda la naturaleza. Pero ¿qué extraño que sea así, cuando la misma muerte del Dios Hombre es germen de vitalidad, de desarrollo y de redención para la humanidad. Acaso los severos moralistas encuentran motivo en muchas de las prácticas mundanas para sus rígidas y secas observaciones y censuras, é indudablemente tienen razón; pero contra sus razonamientos, por muy justos que sean, existen las poderosas fuerzas de la juventud, las gratas ilusiones que lleva consigo, los ensueños color de rosa, los horizontes lejanos de la vida, bañados por torrentes de luz y de armonías.

Censurable es el consorcio de las prácticas religiosas con las costumbres mundanas; pero alguna atenuación merecen, cuando la sangre juvenil hierve en las venas, precisamente en los días que son comienzo de la primavera y en que son más límpidas las corrientes de los ríos, más suaves los perfumes de los campos y más diáfanos los resplandores de los cielos.

Para el hombre en su edad viril, la Semana Santa constituye un período excepcional y no siempre agradable.

Prescindamos de los desgraciados á quienes las corrientes de una esterilizadora filosofía han secado la salvadora Fe, y que se complacen en discutir ó negar los sublimes misterios que en la Semana Santa se conmemoran. Dejémosles entregados á sus torcedoras dudas, á sus abstractos razonamientos y á las negaciones en que su espíritu vive encerrado; pero, aun prescindiendo de ellos, siempre quedarán otros muchos individuos que, sin abjurar de sus creencias, conceptúan estos días como una verdadera contrariedad.

Interrumpidas todas las corrientes de la contratación y del negocio, cerrados comercios y oficinas, paralizada la vida industrial y hasta dificultado el tránsito por la vía pública, la citada semana es para ellos una solución de continuidad en sus asuntos. No niegan lo divino, no discuten su esencia, no se oponen á las prácticas del catolicismo, que dicen profesar; pero se lamentan amargamente de los perjuicios materiales que se les irrogan. No asisten á los oficios divinos, porque necesitan aquel tiempo para hacer una liquidación ó un balance; no recorren las estaciones, porque les llaman á otro lado sus empresas, y si se encuentran cerca de la carrera seguida por la procesión, es sólo para lamentarse de que el gentío les perturbe y aun les corte el paso, cuando precisamente tienen que acudir á una cita para dejar definitivamente planteado un buen negocio. Hombres á la moderna y de su siglo, adoran como los antiguos israelitas al becerro de oro, que es su verdadera divinidad, y encontrarían muy razonable que el catolicismo siguiera hoy encerrado en las catacumbas con tal de que no les perturbara en sus prácticas mundanas. No tienen inconveniente en que sus balcones ostenten la palma, con tal de que sus hijos no les obliguen á ir á comprarla; no se niegan á la limosna que se les pide desde el interior del templo para fines eclesiásticos ó benéficos, siempre que no se les haga perder un tiempo precioso en acudir personalmente á entregarla, y transigirían con las devociones ajenas si no les paralizaran sus negocios y les perjudicasen por la clausura de las oficinas y centros de contratación.

Ellos que, no pudiendo tener las alas de Mercurio, las suplen con el coche propio, el carruaje de alquiler ó el tranvía; que vienen devorando distancias para llegar á tiempo de ganar unos céntimos por ciento, anhelan como los niños el alegre toque del Sábado de Gloria; pero por diferentes motivos: porque dicho toque les devuelve á la realidad de la vida, á la fiebre del oro, sangre de sus corazones que les invade el cerebro y presta á sus pies actividad vertiginosa.

Entretanto los ancianos, que miran á enorme distancia los años de su alegre infancia; que han perdido las halagadoras ilusiones de la edad juvenil; que no sienten ya los estímulos de la ambición, ni niegan osados dentro de la pequeñez humana los sublimes misterios de la Redención; autómatas que recorren difícilmente las últimas jornadas del camino de la vida, siguen con el pensamiento turbado y los ojos llenos de lágrimas la conmemoración de la Pasión y Muerte del Salvador de los hombres, y lastimados por sus recuerdos, sus achaques y sus enfermedades, llevan resignadamente la cruz de sus padecimientos en el camino de su calvario, que aún les falta recorrer.

M. OSSORIO Y BERNARD



UNA VISIÓN, cuadro de Napoleón Gradi



MÁRTIRES DEL CRISTIANISMO, cuadro de Erico Brunkal

NUESTROS GRABADOS

D. José Coroleu é Inglada. – En unos tiempos y en un país como los nuestros, en que innumerables medianías se encumbran; en que tantas veces un barniz de cierta erudición basta á suplir la falta de conocimientos sólidos; en que la audacia puede con harta frecuencia más que el valer positivo y la ignorancia alcanza lo que el talento ni á pretender siquiera se atreve, mucha virtud se necesita para echar por el camino de la verdad y de la ciencia, del estudio serio y de la meditación. Así es tan contado el número de los que lo siguen y más contado aún el de los que habiéndolo emprendido ni desfallecen ante los desengaños, ni ante los obstáculos se arredran.

De Coroleu bien puede decirse que fué uno de estos pocos, y en él se realizaba el milagro que sólo hace la pasión científica, convirtiendo en encantos inenarrables las que para el común de las gentes son abrumadoras arideces.



D. JOSÉ COROLEU É INGLADA, eminente literato é historiador
Nació en 16 de agosto de 1839
Murió en Barcelona en 28 de marzo de 1895

Dominado por el ansia de saber, cuanto más se ensanchaba la esfera de sus conocimientos tanto más se afanaba por acrecentar su caudal científico; pero en vez de guardar sus riquezas, como guarda sus tesoros el avaro, á quien se parecía en el insaciable afán de aumentarlas, complacíase en hacer partícipes de ellas á todo el mundo, convirtiéndolas en joyas tan preciosas como *Las Cortes Catalanas, Los Fueros de Cataluña, El feudalismo y la servidumbre de la gleba en Cataluña, Las supersticiones de la humanidad, Memorias de un menestral de Barcelona, Dietario de la Generalidad de Cataluña*, la continuación de la *Historia de España* de Lafuente y tantas otras que harán imperecedero su nombre.

Actualmente estaba escribiendo la *Historia de la colonización, dominación é independencia de América*, cuyos dos primeros tomos se han repartido ya á los suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL.

Con ocasión de esta obra y de la continuación de la *Historia de España*, que publicó la casa editorial de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hemos podido conocer y admirar de cerca al hombre y al sabio á quien desde hace mucho tiempo de nombre conocíamos y por sus libros admirábamos. Sólo los que cual nosotros han visto cómo trabajaba Coroleu pueden juzgar de lo que como historiador y escritor valía.

Historiógrafo á la moderna, ni quiso aceptar las enseñanzas que pudiéramos llamar de segunda mano, ni se dejó nunca llevar de su fantasía, ni sentó una sola afirmación que no estuviese sólidamente contrastada: el hecho, el documento, tomados de las primeras fuentes, fueron siempre su base y su punto de partida. En su sentir, la historia novelesca era científicamente tan abominable como la llamada novela histórica.

Mas no se crea por esto que su labor se limitaba á desenterrar documentos archivales y á transcribirlos en sus libros, ó á relatar hechos sin comentarios; ni se entienda tampoco que sus trabajos resultaban áridos de puro científicos. El documento sólo era el comprobante de sus asertos; el hecho servíale para emitir juicios producto de un criterio exquisito, y maestro en el bien decir, sabía dar á sus obras una amenidad realzada por un lenguaje castizo, en que las galanuras literarias eran preciado ropaje admirablemente amoldado á las severas formas de la verdad histórica.

Acogió con cariño la idea de escribir la *Historia de América*, y á medida que avanzaba en sus estudios preparatorios el cariño trocábase en ardiente entusiasmo: oíasele hablar con deleite de la obra de nuestros conquistadores y dolerse con amargura de la injusticia con que han tratado la generalidad de los historiógrafos las nobles figuras de nuestros militares, de nuestros políticos y de nuestros sacerdotes que llevaron las conquistas de la civilización y las admirables doctrinas del cristianismo al lejano continente por Colón descubierto. Para llevar á cabo su cometido, Coroleu se dedicó á un trabajo de investigación y estudio gigantesco: á su erudición portentosa y á sus aficiones de bibliófilo no escapó una sola de las obras que de América se han ocupado, así antiguas como modernas, así las más conocidas como las que constituyen verdaderas rarezas bibliográficas. Y no se limitaba á estudiarlas superficialmente, sino que las leía una por una, penetraba en el fondo de ellas, empapábase en su espíritu, y sólo cuando había realizado esa labor de asimilación consignaba en las cuartillas, en muy pocas á veces, toda la substancia del libro consultado, avalorada por sus propias y siempre atinadísimas consideraciones.

Las cuartillas de Coroleu revelan exactamente su modo de ser: escritas con matemática regularidad, en letra clara é igual, casi sin una enmienda, sin una palabra tachada, son testimonio elocuente de la seguridad de su criterio que, una vez estudiado un asunto y formado sobre él su juicio, transcribíalo en el papel sin una vacilación, sin el menor arrepentimiento.

Escritor de conciencia como pocos, si después de escrito y aun entregado un capítulo descubría algún dato nuevo ó venía en conocimiento de algo que en su sentir rectificaba lo anteriormente hecho, apresurábase á recoger sus originales para ampliarlos si le parecían deficientes, ó modificarlos si sus estudios posteriores le demostraban que no contenían toda la verdad que ansiosamente perseguía y que sus nobles escrúpulos no le consentían desatender ni aun en aquello que á muchos hubiera parecido insignificante.

Los dolores físicos, la postración en que le sumió la última enfermedad, no disminuyeron en aquel espíritu entero y de la ciencia enamorado la pasión por el estudio, que le acompañó hasta en sus últimos momentos: si un instante de tregua le dejaba su mal, consagrábalo al libro, que no abandonaba hasta que la debilidad del cuerpo vencía á las fugaces energías morales que su exaltación le fingiera.

El día antes de morir, aún escribió á los editores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL la siguiente tarjeta, quizás su último autógrafo: «*Saluda afectuosamente al Sr. Simón José Coroleu é Inglada, y le ruega tenga la bondad de entregar al dador, mi hijo, para repasar, el original desde la historia del Paraguay en adelante.*» Y momentos antes de su muerte estaba leyendo la *Historia de Chile*, de Barros Arana, que en su sentir era una de las obras históricas más grandes de nuestro siglo.

Coroleu ha muerto sin ver terminada la *Historia de América*, en la que tenía cifradas todas sus ilusiones de escritor é historiógrafo: «Este libro – solía decir á los editores – no lo escribo para ustedes, lo escribo para mí, y es tal el placer que me proporciona y tal la fe que en él tengo puesta, que no han de agradecerme el cariño con que lo hago, pues nace del más refinado egoísmo.» «Si alguna de mis obras ha de enaltecer mi pobre nombre – nos dijo en varias ocasiones – será indudablemente ésta, mi hija predilecta, en la que he compendiado todos mis amores y en la que cifro todas mis esperanzas.»

¡Pobre Coroleu! El destino no ha querido que viese concluída *su obra*, como él la llamaba; pero no ha muerto sin haber experimentado antes la satisfacción de ver unánimemente alabada con entusiasmo la parte de ella que se ha publicado, y que con lo que de ella deja inédito será uno de los más preciosos monumentos de la moderna historiografía hispano-americana.

¡Qué más podremos decir del inolvidable amigo! Su modestia excesiva, su bondad á toda prueba, su trato afable y caballeresco, su conversación amena sembrada de rasgos de ingenio, conquistáronle el cariño de cuantos con su amistad se honraron.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y los editores del periódico, al consagrar este humilde recuerdo al colaborador inteligentísimo, asócianse al dolor de su amante familia, y lloran con la pérdida del sabio por todos respetado, la del amigo del alma por todos querido.

El cardenal Benavides. – El cardenal D. Francisco de Paula Benavides nació en Baeza en 1810, hizo sus primeros estudios en el colegio de San Felipe Neri de su ciudad natal,



EL CARDENAL BENAVIDES, Arzobispo de Zaragoza, fallecido en 30 de marzo de 1895

continuólos en el Real Colegio de los Apóstoles San Bartolomé y Santiago de Granada y en la Universidad de esta última población acabó de estudiar la Teología. A los veintidós años ingresó en las órdenes militares y á los veintiséis se ordenó de sacerdote. En 1840, y después de haber servido el beneficio Curado de Colmenar de Oreja, propio de la orden de Santiago, fué nombrado catedrático de Religión y Moral en el instituto de Baeza, cargo que dejó al cabo de siete años para encargarse del arcedianato de Úbeda, de donde en 1853 pasó á ser diácono de la catedral de Córdoba. En 1857 fué preconizado obispo de Sigüenza; en 1877 el gobierno le presentó para el importante cargo de Patriarca de las Indias, y el Sumo Pontífice no sólo aceptó la presentación sino que confirió al presentado la púrpura cardenalicia: cuatro años después fué preconizado arzobispo de Zaragoza, sede que ha ocupado hasta el momento de su muerte. Al par que por sus grandes virtudes fué universalmente admirado el cardenal Benavides por sus vastos talentos, que le valieron ser nombrado individuo de las academias de la Historia y de la Lengua y condecorado con las grandes cruces de Carlos III é Isabel la Católica. Su vida ha sido un verdadero apostolado y su muerte la muerte ejemplar del justo, que desligado por completo de los terrenales lazos y con la conciencia del deber cumplido, llega tranquilo al fin de su existencia y espera gozoso el tránsito que ha de llevarle á la presencia de Dios, que en su divina justicia habrá recompensado al que fué una de las más grandes lumbreras de la Iglesia española contemporánea.

El Domingo de Ramos en Madrid, dibujo de Méndez Bringa. – Dotado de un talento clarísimo y de un espíritu de observación al que nada escapa, tiene además de estas cualidades el autor del dibujo que publicamos el don, que estimamos inapreciable en todo artista, de colocarse en un justo medio cuando se trata de trasladar al papel ó al lienzo lo que ha concebido y estudiado con sus propios ojos: Méndez Bringa es un dibujante de la escuela realista; sólo dibuja lo que ve, como lo prueba el hecho de que sean su especialidad los tipos y escenas de costumbres de la coronada villa en donde reside; pero en vez de reproducir cuanto á su vista se ofrece, feo ó bonito, malo ó bueno, desecha, en uso de una libertad que nadie podrá negar al artista, todo lo antiestético, aunque sea verdadero, y sólo se inspira para sus composiciones en aquello que por su belleza se ajusta por completo á su gusto exquisito y se presta admirablemente á su lápiz ó á su pincel, como pocos elegantes. De aquí el sello de finura, de delicadeza que en todas sus obras se advierte y que hace resaltar una ejecución irreprochablemente correcta, según habrán podido ver nuestros lectores en los dibujos que han ilustrado los *Sainetes matritenses* y en el que hoy reproducimos, que representa la puerta de la catedral de San Isidro de la corte, el día del Domingo de Ramos.

La Magdalena, cuadro de Juan Muzzioli. – Aunque pintado cuando su malogrado autor contaba apenas veinticinco años, constituye quizás el punto máximo de la vitalidad artística del gran pintor italiano, hace poco fallecido. Muzzioli nos presenta en su lienzo á la Magdalena antes de su arrepentimiento, en el instante en que la vista del Salvador hace brotar en su alma la idea de la posibilidad de su redención. En la figura de la pecadora ha querido principalmente concentrar el artista la atención del espectador; pero cualquiera que contemple el cuadro no podrá menos de admirar tanto como aquélla las figuras de Jesús y de la multitud que le acompaña, formando un grupo lleno de vida y de movimiento. Grandes elogios merece también la decoración del cuadro, hábilmente dispuesta para que sobre ella destaquen los personajes de tan bellísima composición.

Jesús delante de la casa de Ahseverus, cuadro de F. Thiele. – Cuenta la tradición que cuando Jesús, llevando la cruz sobre sus hombros, pasó por delante del taller de Ahseverus, á quien se supone zapatero en Jerusalén, cayó rendido de dolor y de fatiga; los soldados que conducían al Redentor al Calvario, movidos á compasión, rogaron al artesano que le dejara descansar unos instantes en el zaguán de su casa. Ahseverus no accedió á su súplica, y dirigiéndose á Jesús le dijo: «¡Anda!» A lo cual respondió éste con voz dulcísima: «También tú andarás, recorrerás la tierra hasta la consumación de los siglos, y cuando tu planta fatigada quiera detenerse, esa terrible palabra que has pronunciado te obligará á ponerte de nuevo en marcha.» Cumpliéronse las palabras de Jesucristo, y desde entonces, según la leyenda, Ahseverus recorre el mundo sin descanso, habiendo sido por ello denominado el *Judío errante*. Tal es la legendaria narración que el notable pintor alemán Thiele reproduce en su cuadro, dándole gran vigor dramático y trazando una escena movida en que forman hermoso conjunto la expresión dolorida del Salvador, el colérico ademán del cruel judío y el furor y la indignación del populacho, que apenas pueden contener los soldados.

El entierro de Jesucristo, cuadro de Federico A. de Kaulbach. – Entre los pintores que al tratar asuntos religiosos se ajustan por completo á la tradición cristiana merece lugar preferente Kaulbach, que en la admirable escena del sepelio del Crucificado ha prescindido de las innovaciones introducidas en aquel género por los modernistas, presentándola tal como la sienten los verdaderos creyentes, así en punto á la disposición de las figuras como en la expresión de los sentimientos que en cada una de ellas dominan. Grandiosamente concebido y magistralmente ejecutado, el lienzo de Kaulbach constituirá en todos tiempos una prueba elocuente de que en las postrimerías de nuestro siglo ha existido una escuela que ha continuado las gloriosas tradiciones de los grandes maestros del arte cristiano. Federico Augusto de Kaulbach, sobrino del gran pintor de su mismo apellido, nació en Hannóver en 1850 y en Munich recibió lecciones del célebre Guillermo Diez, habiéndose dedicado especialmente á la pintura de género y á los retratos, en los que ha obtenido grandes éxitos. Por sus méritos fué nombrado en 1886 director de la Academia de Munich, y en una de las últimas exposiciones de Berlín obtuvo la gran medalla de oro.

Una visión, cuadro de Napoleón Gradi. – Los teólogos y los filósofos ortodoxos han estudiado y definido el misticismo como amor á lo divino ó al ideal de perfección: el místico exaltado se enajena de sí, pierde la conciencia de su propio ser, y anulando por completo su propia personalidad, ante la sublime explosión del sentimiento religioso, comunícase directamente con la divinidad en la visión intuitiva ó en el éxtasis. La oración, el ayuno, el quietismo de la vida conventual, la pureza de un corazón por entero consagrado á Dios y no perturbado por sentimiento mundano alguno, predisponen al alma á este estado en que merced á la Divina Gracia los ojos se extasían en visiones sobrenaturales y los oídos se recrean en celestiales sonidos. ¿Qué mejor explicación que ésta del hermoso cuadro de Gradi? El celebrado pintor milanés ha realizado con él una obra altamente pensada é intensamente sentida, sin nada de artificios ni amaneramientos, que si en todas las pinturas son censurables, lo son mucho más en las que como *Una visión* tienen un carácter eminentemente filosófico y religioso.

Mártires del Cristianismo, cuadro de Erico Brunkal. – Bien se comprende al contemplar este cuadro que los dos mártires son dos esposos á quienes uniera un amor santo y á quienes separa en el momento del suplicio el odio de los implacables perseguidores de la fe cristiana. Creyeron sus verdugos aumentar sus torturas poniéndoles frente á frente en el momento de la muerte; creyeron que el dolor propio multiplicaríase hasta lo infinito con la contemplación del dolor del ser amado; creyeron que la idea de una pronta y en su sentir eter-

na separación sería tormento más horrible que el del fuego que había de ser ceniza de sus cuerpos. ¡Insensatos! ¡Cuán poco comprendían aquellos paganos las energías que la única religión verdadera comunicaba á los que por ella y en ella morían! Lejos de aumentar sus sufrimientos, la mutua contemplación endulza sus últimos instantes; la persistencia en la fe del uno redobla la ferviente exaltación del otro, y sus pensamientos, indiferentes á los dolores de su terrenal envoltura, más se juntan cuanto más sus cuerpos se separan y anticipadamente se recrean en las inefables delicias de la unión eterna de sus almas.

Inspirada sin duda en estos sentimientos está la bellísima obra del pintor alemán Brunkal, sobriamente ejecutada y tan llena de expresión que podemos considerarla como una de las más hermosas páginas de la historia de los mártires cristianos.

Los ángeles velando el cadáver de Santa Cecilia, cuadro de De Vriendt. – Ocioso nos parece llamar la atención sobre las bellezas de este cuadro: su composición bien entendida, las figuras acertadamente distribuídas y ejecutadas y los accesorios perfectamente dispuestos, constituyen un conjunto de impresión agradable que hace resaltar la excelencia de la idea á que el pintor ha dado forma.

MISCELÁNEA

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en Cluny *La cage aux lyons*, comedia bufa en tres actos de León Gandillot; en el teatro de L'Oeuvre *La verité dans le vin*, antigua comedia en un acto de Colle, en que se pintan las corrompidas costumbres del tiempo en que fué escrita (siglo XVIII), y un drama en un acto de Mœterling, *Interieur*, que es una escena de una impresión sugestiva de primera fuerza; en el Ambigu *Deux Patries*, hermoso drama en ocho cuadros de Luis Hennique; y en la Comedia Parisiense *Petit Lord*, bonita comedia en tres actos de Lemaire, Burnett y Schurmann.

Madrid. – Con posterioridad á nuestra última miscelánea se han estrenado con éxito satisfactorio: en la Comedia *El Padre Nuestro*, drama en un acto, una adaptación á la escena española, admirablemente hecha y hermosamente versificada por el Sr. Colorado, de la bellísima obra de Coppée *Le Pater*, y *La novia de Otelo*, gracioso juguete en un acto de D. Angel Pérez Magnon; en Lara *La rebotica*, precioso sainete en un acto de Vital Aza; en la Alhambra *Mancha que... mancha*, graciosísima parodia y fina sátira en un acto y en verso del último drama de Echegaray *Mancha que limpia*, original de los Sres. González y Gómez Candela, y *Pilar de Aragón*, interesante episodio dramático en un acto y en verso de D. Pedro Sañudo Autrán; en Martín *Sin pluma y cacareando*, juguete cómico en un acto del Sr. Portolés; y en Romea *Gustos que merecen palos*, zarzuela en un acto de Jackson Veyan, refundición de *Prueba de amor* del mismo autor, con bonita música del maestro Rubio. La ópera de Mascagni *L'amico Fritz*, estrenada en el Real, ha sido recibida con bastante frialdad. En el Español se estrenó el ensayo dramático en un acto *Teresa*, de D. Leopoldo Alas: el poco éxito obtenido por esta obra quizás se deba, como algún crítico ha afirmado, más que á las condiciones de la misma á la poca atención que á su representación prestó el público, influído tal vez por ciertas prevenciones contra su autor, el sabio catedrático de Oviedo y notable escritor y crítico. En Lara se ha celebrado una función en honor de D. Ramón de la Cruz, habiéndose puesto en escena los preciosos sainetes del mismo *La casa de Tócame Roque* y *Manolo*, que fueron extraordinariamente aplaudidos.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito desde nuestra anterior miscelánea: en el Principal *Las horcas caudinas*, comedia en un acto muy bien arreglada del italiano por D. Francisco J. Godó, y *Pasar el rato*, entretenido juguete cómico en un acto de los Sres. Martínez y Villar; en el Circo Barcelonés *El pan del pobre*, interesante drama en cinco actos de los señores González Llana y Francos Rodríguez, cuyo estreno en Madrid dió origen á apasionadas discusiones; en Romea *Ditxós ball de máscaras*, gracioso apropósito en un acto del Sr. Figueras, y *La viuda*, sainete en un acto de D. Emilio Vilanova, que, aunque inferior á otros del mismo autor, divirtió al público; y en el Eldorado *El tambor de granaderos*, zarzuela en un acto, letra del Sr. Sánchez Pastor y música del maestro Chapí. La Sociedad Catalana de Conciertos ha terminado la serie de los cinco conciertos históricos, ejecutados bajo la dirección de M. Vincent d'Indy; el tercero fué dedicado á los románticos del presente siglo, habiéndose tocado piezas de Weber, Mendelssohn, Schuhmann, Berlioz, Bizet y Saint Saens; el cuarto estuvo consagrado exclusivamente á Wagner, de quien se ejecutaron magníficos fragmentos de *Tanhauser*, *Tristán é Isolda*, *Los maestros cantores*, *Parsifal* y *El oro del Rhin;* el último se dedicó á la escuela moderna francesa, figurando en el programa obras de Ropartz, Chausson, Breville, Faure, Chabrier, Bordes, César Franck y d'Indy. En todos estos conciertos la orquesta hizo verdaderos prodigios de ejecución, habiendo producido gran entusiasmo en el público que llenó el espacioso teatro Lírico: preciso es, sin embargo, confesar que las mayores ovaciones fueron para las obras del inmortal genio de Bayreuth, dirigidas y ejecutadas como nunca se habían oído en Barcelona. El Sr. d'Indy, además de acreditarse de director de primer orden, se ha dado á conocer á nuestro público como compositor de gran talento en las hermosas piezas *El campo de Wallenstein* (primera parte de una trilogía) y *Sinfonía sobre un canto montañés* para orquesta y piano, y en los dos números de la serie sinfonía en *re*.



Los ángeles velando el cadáver de Santa Cecilia, cuadro de De Vriendt

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 15 de abril de 1895 — Núm. 694



FIESTA SOLEMNE, cuadro de Enrique Serra

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS (1)

POR DON EMILIO CASTELAR

El *Reina Regente*. – El canal de Kiel. – Aniversarios del mes de marzo celebrados en todas las capitales europeas. – Recuerdos y enseñanzas ofrecidos al cuarto estado por la comunidad revolucionaria. – El socialismo y sus nefastos principios. – Cesar Cantú y su influencia. – Conclusión.

I

No podemos sino apenarnos y entristecernos al considerar las desventuras que han caído sobre nosotros con la inmersión en el mar de nuestro magnífico crucero *Reina Regente*, que ha sumergido en su casco cuatrocientos marinos de primer orden, comandados por una oficialidad expertísima y brillante. Pocas veces hemos visto de modo tan manifiesto cual en este caso la unidad íntima del espíritu nacional, desviviéndose por el bien de cada individuo en la gran familia componente de la nación, lo cual hace que cada individuo de ésta considere las desgracias sucedidas en el hogar ajeno como si sucedieran en el hogar propio, convertido el Estado en techo para todos y la vida entre todos difundiéndose como la luz y el aire natales. Si cupiera consuelo en tanta desgracia traeríalo esta solidaridad. Pasando á Francia, precisa decir que otro suceso marítimo trae también su atención embargada, la indispensable asistencia de sus barcos al festejo apercibido por el emperador de Alemania, para celebrar trabajo tan útil á la navegación y al comercio como el rompimiento de un canal en Kiel, destinado á facilitar las comunicaciones entre los senos del mar Norte y los senos del mar Báltico. Debe notarse que la obra se ha realizado en las provincias del Selering-Holstein; que estas provincias, pertenecientes á Dinamarca un día, se han sumado á Prusia por fuerza de armas, y que tal caso de fuerza mayor abrió la serie de graves desdichas y contratiempos, á cuyo término acaeciera la catástrofe del terrible choque con Prusia y la pérdida irreparable para Francia de Alsacia con Lorena. Separadas violentamente del diminuto reino dinamarqués las regiones en cuyas playas tales trabajos se realizan, Dinamarca dice, con ser débil y pequeña, que no asistirá, no, á la festividad, pues podría confundirse su asistencia con un tácito asenso á su desmembración; y los patriotas franceses desearían ver en Francia iguales procederes, porque, siendo magna y fuerte, no debe prestar un asenso indirecto á otra desmembración terrible, inolvidada é inolvidable, la desmembración de su Alsacia y su Lorena. Fuerte ha parecido la objeción al gobierno, y para despuntarla un poco, hale á Rusia enderezado amable nota, pidiéndole acción común en el tristísimo espectáculo, al cual irán los dos Estados como si fueran uno solo, llevando igual número de barcos y poniéndolos todos bajo un solo almirante que les preste la misma dirección. Pero, sea de esto lo que quiera, una ceremonia exterior de puro aparato y ostentación hase convertido entre los franceses en una cuestión de política interior que acabará por darles mucho trabajo con muchísimos trabajos.

II

Todos los comunistas de Europa y América han celebrado recientemente el aniversario de la comunidad colectivista que se proclamó el 18 de marzo en 1871, cuyos días deben recordarse también por los que amamos al pueblo y queremos quitar la utopía de su espíritu. El ideal del comunismo ruso había corrido por Francia como los efluvios de la peste, y había viciado y podrido las conciencias. Creíase que esta idea moderna de la nacionalidad era una farsa. Para los reformadores moscovitas, no existen estas personas superiores, llamadas naciones, que sin desviarse del espíritu universal humano, forman su propia ciencia, su propia literatura, sus leyes particulares, y contribuyen á la rica variedad de las sociedades humanas tan semejantes á la naturaleza. Una grande aglomeración de ciudadanos en municipio comunista; una grande aglomeración de municipios sin más lazo que el pacto ó el contrato dictado por sus mutuos intereses: he ahí el ideal que oponen á las nacionalidades vivientes, ideal de reacción feudalísima, mezcla absurda de la anarquía y del despotismo. Esta teoría rusa pasó como un viento glacial de la estepa moscovita sobre la ciudad de las ciudades, sobre París, y concitó más que ningún otro elemento aquella comunidad revolucionaria, ardiente combustión de las pasiones demagógicas. ¡Cómo las ideas más justas se vician! ¡Cómo los proyectos más sensatos se destruyen! La base de una verdadera libertad está en el municipio. Para que un ciudadano sepa regir una nación es preciso que haya mucho antes aprendido á regir una aldea ó un barrio. Allí sus virtudes deben alcanzarle el público aprecio y la estimación universal. Allí los cargos electivos deben mostrarle el arte del gobierno y la inmensa responsabilidad que en el gobierno se contrae. Allí puede recorrer y probar en el ayuntamiento, en las alcaldías, en los jurados, las tres amplias esferas del poder, el legislativo, el ejecutivo y el judicial. Pero si es verdad esto, si el municipio tiene semejante virtud creadora, la pierde en cuanto sale de sus límites y quiere formar la universalidad y la superioridad del Estado. Este es otro de los errores más acreditados en la escuela socialista contemporánea. Después de haber sus antecesores hecho del Estado político una especie de Estado-Dios, como los antiguos Estados asiáticos, ahora se desploma tristemente en concepto de todo en todo contrario, en el concepto de una sociedad sin Estado, sin ese organismo indispensable al derecho. Así París no se curó para nada de Francia. Su municipio fué el municipio ruso, un municipio-Estado, un municipio-Nación. Siempre habíamos creído que reduciendo el Estado á sus menores límites, aún le quedaban tres facultades esencialísimas: la administración de justicia, la dirección de la fuerza pública, que es la seguridad nacional, y las relaciones exteriores. Pues la comunidad de París se apoderó inconsideradamente de estas tres facultades. Nombró un ministro de Justicia con el cargo de organizar los tribunales. Nombró un ministro de la Guerra con el encargo de mandar el ejército, y nombró por último un ministro de Relaciones exteriores, como si un municipio pudiese arbitrariamente dirigirse á una nación y Francia acabara de ser borrada del mapa. El eterno tema de los clubs volvió á surgir al inaugurarse esta crisis terrible. Los pueblos de antiguo habituados á la servidumbre tienen dos cualidades generalmente funestas. La primera es su apego á los Apocalipsis socialistas; la segunda es su ciega superstición por la virtud de los nombres. Durante toda la defensa no habían tenido más que una cantinela todos los demagogos de París. Si la defensa era floja, debíase á que no se proclamaba á tiempo la comunidad revolucionaria. Si la guardia nacional no se organizaba con arte y con celeridad, á la ausencia de esa institución salvadora. La comunidad sólo poseía los secretos de la ciencia moderna, y con los secretos de la ciencia moderna el medio de destruir los ejércitos enemigos. En cuanto los parisienses se vieran regidos por magistrados de la más roja demagogia, volvíanse como por ensalmo héroes, y tomaban las trincheras enemigas, y salían de madre inundando con el fuego de su cólera hasta Versalles y derritiendo en sus sienes y en sus manos la corona y el cetro de ese férreo rey de Prusia. Y si esto podía el ayuntamiento en el combate revolucionario, en el combate titánico, podía mucho más en el aprovisionamiento y sustentación de París. Solamente él tenía fuerza para hacer las visitas domiciliarias, para entrar en la casa de los ricos, para herir los intereses creados, para explorar las bodegas y las despensas, para tasar la comida de todo el mundo, para poner á ración lo mismo los pobres que los ricos, para emprender esa gigantesca cuenta de las subsistencias, según la cual París debía tener víveres suficientes para mantenerse por lo menos tres meses más en su austera intransigencia. Estas ideas, tan fáciles de divulgar como difíciles de cumplir, se apoderaron del cerebro y del corazón de un pueblo preso durante cinco meses, incomunicado con el mundo, herido en sus más caras afecciones, hambriento y ayuno, trabajado por toda suerte de emociones horribles, caído de su trono en lecho de sangre y fango, puesto en el potro de todos los tormentos y visitado por la siniestra visita de todos los dolores. Así, en cuanto vino tras la crisis de la guerra la crisis todavía más dolorosa de la paz, las muchedumbres exaltadas atribuyeron todos aquellos desastres á la triste ausencia de la comunidad revolucionaria. Si París sucumbió, si cayeron los ejércitos de provincia, si se ajustaron armisticios deshonrosos, si la marcha triunfal de Garibaldi se cortó, si la derrota terrible de Bourbaky se consumó en el Este, si vino una asamblea legitimista y reaccionaria, si los prusianos pasaron orgullosos bajo las bóvedas del arco de la Estrella, si una paz infame fué prometida y se obligaron á ceder Alsacia y Lorena, Metz y Estrasburgo, á pagar cinco mil millones de rescate, á consentir hasta la totalidad del pago la ocupación extranjera en el territorio nacional, todos estos males sin cuento provenían de que ni aun se había dejado á la gran capital libertad bastante para un sacrificio como el sacrificio de Bruto ó de Catón. Y luego, en aquel momento, su comercio estaba en el suelo; su capitalidad sobre Francia, capitalidad de trabajo, capitalidad de riqueza, capitalidad de arte, capitalidad de ciencia, en litigio, más que en litigio, próxima á desaparecer por no haber aparecido jamás la comunidad revolucionaria. Y á esto se unía la seguridad casi de perder hasta el nombre por que tantos sacrificios se habían hecho, hasta el nombre sacratísimo de República. Por consiguiente, no había que vacilar más. Aún era tiempo. Aún se podía acometer la empresa de proclamar la comunidad revolucionaria. Aún esta forma no experimentada de gobierno podía volver su antigua inspiración á París, su antiguo vigor á Francia. Los ensueños de la derrota, los ensueños de la desgracia se encarnan tristemente en los comuneros, en los hombres que habían combatido al gobierno de la defensa nacional. Subió la demagogia al gobierno. Convirtiéronse los clubs en asambleas deliberantes. La utopía extendió su luz de tempestad en el centro donde debía brillar el sol de las ideas. El delirio de la fiebre se sustituyó al calor de la vida. Los extremos de la exageración reemplazaron á las transacciones indispensables de una política prudente. Y fué proclamada la comunidad revolucionaria de París.

III

Muchos sentimientos se han removido en los corazones al recuerdo de tales fechas del mes de marzo y muchas ideas á la muerte de hombre tan ilustre como Cesar Cantú. Este grande historiador fué siempre un güelfo, es decir, un patriota, un republicano, un católico, al revés de los gibelinos, realistas y alemanes y cesáreos. Además los güelfos de Italia se han inclinado siempre á Francia, la nación católica por excelencia, mientras los gibelinos á Germania, quien mucho antes de haber estallado allí la Reforma de Lutero y por ende la revolución religiosa, ya disputaba al Papa una parte de su poder supremo, como se vió en el conflicto de las investiduras, por medio de sus césares, que debían al Pontífice su corona y luego se alzaban audaces contra el Pontificado. Así en la gibelina Italia no tenía la palabra de Cantú mucho eco por democrática y republicana, mientras en la Francia democrática y republicana no lo tenía tampoco por católica y religiosa, pues á los flamantes republicanos de ahora se les ha metido en el cacumen la incompatibilidad entre el derecho y el catolicismo, como si la religión católica no se prestase á todas las formas de gobierno, cual el espacio presta sus senos á todos los rayos de la luz y á todos los astros del universo. Pero cuando nosotros éramos chicos, y habíamos encontrado por toda Historia Universal el *Discurso* de Bossuet y el gran libro de Vico, elocuente aquélla y éste profundo, pero los dos de una gran deficiencia, por no haber pasado del siglo XVII, en que se publicaran, y haber tenido el uno un criterio sobradamente ortodoxo como el otro sobradamente profano, recibimos con alegría este libro de Cantú, que nos presentaba en una serie lógica y con un verbo inflamadísimo el desarrollo de la humanidad en el tiempo, desde un punto de vista muy parecido al de Bossuet, su maestro, y al de Vico, su compatriota, pero profesando siempre y manteniendo siempre la teoría del progreso, la democracia dentro del catolicismo, y para encarnar uno y otro principio la república cristiana. Consagremos á tan gran escritor un recuerdo y reconozcamos que nuestra Europa, no prestando el homenaje debido á su memoria, nos ofrece una imperdonable ingratitud. Háyase procedido contra ellos como se haya procedido, en este minuto supremo los libros del historiador italiano quedan entre las grandes luminarias del siglo que esclarecerán á nuestra generación y honrarán á su patria.

Madrid, 27 de marzo de 1895.

(1) La circunstancia de haber dedicado el número anterior á trabajos consagrados á la Semana Santa, nos ha obligado á retrasar la publicación de esta revista, que insertamos hoy porque las materias que en ella se tratan ofrecen gran interés aun cuando en parte hayan perdido el carácter de actualidad.





Coronación de Zorrilla en el palacio de Carlos V, de Granada, el día 22 de junio de 1889

SEMBLANZA

Don José Zorrilla

La mayor parte de los mortales tenemos un ángel bueno ó malo, que bajo la figura de hombre ó mujer influye poderosamente en nuestros destinos, marcándonos los derroteros de la vida, especialmente en las primeras fases de ésta. En su primera juventud, Zorrilla vivía tranquilamente en Valladolid y se resignaba á la vulgar existencia de la vida de provincia. Si no es enteramente cierto el axioma de que no puede haber *superioridades desconocidas,* porque éstas, más pronto ó más tarde, rompen su capullo ó su crisálida como el gusano y la mariposa, el egregio poeta hubiera continuado en su resignación, siendo, á lo más, modesto periodista ó poeta de segundo orden de su localidad. Zorrilla en la época á que me refiero era un joven campestre y pacíficamente soñador, por lo cual puede decirse que entonces fué más poeta que nunca. Gustábale la soledad y en ella pensaba en sus aspiraciones aún no formuladas. Vagaba mucho por los campos de su ciudad natal, y en ellos se entregaba á la observación de la naturaleza, notando que *los rastros de las culebras anuncian lluvias cercanas* ó contemplando largos ratos las evoluciones del insecto *medio mosca y medio pez,* que gira en incesantes círculos en la superficie de las aguas estancadas. De estas impresiones juveniles proviene la fuerza de descripción de la poesía de Zorrilla.

No aspiraba éste á las distinciones sociales, no pretendía romper el círculo de su existencia vulgar, y aunque leía con preferencia á Chateaubriand, no pensaba en el amor romántico de Velleda, bastándole sus tranquilas relaciones con una muchacha de su vecindad.

Pero se hizo amigo de un joven paisano suyo, Miguel de los Santos Alvarez, que fué su ángel bueno, puesto que contribuyó á que fermentase en él la levadura poética. Miguel, impetuoso de imaginación, alto de pensamiento, fino y delicado de organización, no se resignaba á la obscuridad de la provincia, y aspiraba, no precisamente á distinciones, sino á las filigranas sociales que embellecen la vida. Miguel era irresistible: á su ingenio, á su brillante y persuasiva palabra de siempre, unía entonces una alegría comunicativa, y Zorrilla se entregó por completo á la influencia de aquel generoso carácter, y yo le he oído decir muchos años después: «Miguel Alvarez me sacó del cascarón.» Vagaban ambos jóvenes por los alrededores de Valladolid, y Miguel en estos paseos solía leer los periódicos de la corte. ¡Oh! ¡Cuántas cabezas ha trastornado la prensa! La prensa es el foco de luz que desde Madrid irradia á todas partes, atrayendo á las mariposas de provincias; la mayor parte de éstas se queman las alas, y sólo algunas ascienden á los cielos de la ciencia, del arte ó de las posiciones sociales. Para los jóvenes de provincia que no han estado en Madrid, las descripciones de la prensa, de salones resplandecientes de luz, poblados de mujeres hermosas; las reseñas de las sesiones políticas ó literarias, en las que poetas y oradores obtienen los honores del triunfo; las crónicas de estrenos escénicos, y el relato de esos múltiples accidentes de la vida cortesana, tienen el atractivo de una novela real y positiva, en la que todo el mundo puede tomar parte, con sólo meterse en una diligencia galera y ahora en un coche de ferrocarril.

Una mañana Zorrilla y Miguel, sentados en la margen del Pisuerga, pensaban y comentaban los periódicos que acababan de leer, cuando acertó á acercárseles una gitana, prometiéndoles la *buenaventura.* Era muy joven. Zorrilla le preguntó su nombre, y ella contestó que se llamaba Aurora: *yo soy Aurora la gitanilla,* que dijo muchos años después el poeta. Echóles la *buenaventura* para ella, puesto que le valió una peseta, prediciéndoles dos cosas que la casualidad hizo exactas. – Sus mercedes, les dijo, vivirán muchos años y divertirán mucho á la gente. – Pues entonces no vamos á ser ministros, pues éstos suelen hacer llorar al país, observó Miguel. – Pero quizá sí cómicos, aunque sea de la legua, replicó Zorrilla. – Tú, torero en un caso: tienes planta de eso.

Sucedió con Zorrilla respecto á Miguel lo que suele acontecer á algunos catecúmenos, que hácense más fervientes que su catequizador. Miguel tenía deseo de Madrid: Zorrilla sintió ansia. Olvidó sus modestos amores, se ahogaba en su ciudad natal, y los alrededores pareciéronle *campos de soledad;* así fué que reuniendo como pudo unos cuantos duros, montó una mañana en una yegua de un tío suyo, que pastaba en la dehesa, y se vino gentilmente á la corte.

El respeto debido á la muerte no permite referir algunas pecaminosas aventuras de Zorrilla en los comienzos de la vida madrileña. En Zorrilla hay que separar al poeta del hombre: era como una magnífica planta tropical, olorosa y resplandeciente de colores, plantada en un tiesto de barro de Alcorcón. En esta crisis de su existencia le salvaron dos cualidades: la conciencia de su superioridad, que refiriéndose á otro cualquiera hubiérase calificado de desvergüenza, y su organización material, que le permitía vivir sin exigencias delicadas. Murió Larra, el escritor profundo, atrabiliario y suicida; pronunciáronse discursos en su enterramiento, y entre éstos surgió un joven pálido, nervioso, de melena merovingia, que leyó una composición poética: era Zorrilla y sus versos fueron la llave de oro que le abrió las puertas de la poesía y de la celebridad. Jacinto de Salas y Quiroga, director del *No me olvides,* puso á su disposición las páginas de su periódico, después el *Semanario Pintoresco,* y por fin las reuniones en el primer Liceo consolidaron la reputación del vate que fué luego tan popular. La aparición de Zorrilla junto al sepulcro de Larra constituyó una falsedad y posteriormente una prevaricación: saludó al suicida con el nombre de poeta, y Larra nunca lo fué, como lo atestiguan los detestables versos de su drama *Macías,* y muchos años después Zorrilla se desdijo de su panegírico en los dos endecasílabos siguientes:

> Broté como una hierba maldecida,
> Al borde de la tumba de un malvado.

Como Zorrilla nunca tuvo la noble indolencia del poeta, desde que consiguió notoriedad, atropelló digámoslo así, sus producciones poéticas. Brotaban de



Corona ofrecida al poeta Zorrilla con motivo de su coronación en Granada, labrada con oro nativo del río Darro

su pluma tomos de versos, incorrectos, destartalados, á veces de concepto repetido, pero brillantes y deslumbradores, llenos de imaginación impetuosa, y sólo desgraciadamente faltos de corazón. Respecto á este particular Zorrilla se conocía y se juzgaba bien; solía decir: «Nunca llegaré al séptimo cielo de la poesía, porque las huríes necesitan las ternuras del alma, pero de seguro volaré desahogadamente por los demás es-

pacios: yo, como el ruiseñor, no siento, pero canto.» Tuvo la desgracia de casarse con una señora tan desequilibrada como él, que se inmiscuía en su producción literaria, como la esposa del poeta del *Café* de Moratín, que preparaba la *ilusión de las catástrofes*. La señora de Zorrilla quería que la leyenda *Margarita la Tornera* terminara ahogándose los amantes en la Albufera de Valencia, entre los gritos de las aves acuáticas: afortunadamente, el poeta la acabó cristiana y razonablemente. El hogar de Zorrilla era un *imbroglio* de papeles y apuntes poéticos, porque la dueña de la casa aprovechaba todo cuanto encontraba ó pensaba; pero entre aquel fárrago el poeta encerrábase en la pieza más pequeña y desmantelada, porque decía que en menor espacio brotan mejor las ideas, y hacía acudir á su Musa de grado ó por fuerza. A veces no estaba inspirado y se repetía: incrustaba en un drama los versos de una leyenda, y como siempre estaba falto de dinero, vendía una obra dramática á tres editores diversos. La producción literaria daba entonces escasos emolumentos, y además Zorrilla era de esos que no se sabe ni saben ellos mismos en qué gastan el dinero. Algún biógrafo suyo ha achacado á aquél espíritu aventurero, que seguramente no tenía: Zorrilla rico, hubiera hecho una vida sedentaria; pero sus continuos apuros y el deseo de remediarlos, le impulsaban á su casi incesante locomoción. Era poco erudito y poco reflexivo: presenta á Atila montado en un palafrén, que es cabalgadura de dama ó de viejo, blandiendo una espada de gavilanes, sólo conocida siglos después. El primer título que puso á su poema *Granada* fué *La Cruz y la Media Luna*, porque creía, como hoy creen algunos articulistas y cronistas, que la media luna es distintivo de moros. El orientalista D. Pascual Gayangos disuadió á Zorrilla de su inexactitud. La creencia de que nadie es profeta en su patria, llevó á París al siempre apurado poeta, y son donosas y tristes á la par las contingencias que allí pasó. Alejandro Dumas (padre), con quien tenía muchos puntos de semejanza, salvóle varias veces y le hizo flotar. Poco tiempo después, viudo ya, gastado en España y no atendido en Francia, Zorrilla se fué á México á cobijarse bajo el amparo del reciente imperio de Maximiliano. Llegó á la ciudad de Moctezuma con cuarenta pesos. Solicitó una audiencia del emperador por medio del conde de Karlap, uno de sus chambelanes que poseía perfectamente el idioma español, leyó á ambos las deslumbrantes octavas de la introducción del poema *Granada*, y desde aquel día tuvo aposentamiento en palacio y nombramiento tácito de poeta de la corte. Sabido es cómo terminó áquel imperio: acaso el poeta envolvió en su tempestad al príncipe.

Zorrilla volvió á España tan pobre como se fué, con más años y *chiflado*, al decir de sus detractores. A imitación de Lamartine, trató con poco respeto á su Musa. El poeta francés recibía visitas de consulta literaria ó de conversación *á luis por hora;* Zorrilla ideó una farsa teatral, en la que se presentaba en escena para leer sus composiciones poéticas. No hizo efecto, ganó poco dinero y vióse zaherido por críticos de todos calibres; lo cual le produjo mucha tristeza y desaliento. A su regreso á España hallóse con una novedad que le halagó y mortificó á la par. Su drama *Don Juan Tenorio*, que había dormido bastantes años el sueño del olvido, resucitado no sé por qué empresario so color de que era obra á propósito para día de Animas, se representaba todos los años en casi todos los teatros de España, siendo un filón de oro para los editores á quienes el autor había vendido la propiedad por cantidad mínima. Esta particularidad imprevista mortificó, como ya se ha dicho, á Zorrilla, que, despechado, hizo una crítica acerba de su obra y trató de explotarla convirtiéndola en zarzuela, que no tuvo éxito. A pesar de que la crítica de su autor es exacta en su mayor parte, el *Don Juan Tenorio* es el mejor timbre del poeta, no dramático; pues como sucursal del *Quijote*, es la síntesis de la idiosincrasia del pueblo español.



Medalla acuñada con motivo de la coronación de Zorrilla en Granada

A su vuelta de México, Zorrilla tuvo la suerte de casarse en segundas nupcias, y esto fué la única cosa juiciosa que hizo en toda su vida. Su segunda esposa consiguió en parte encarrilar aquel carácter descompuesto, y llevar tranquilidad á su hogar, soportando las rarezas que Zorrilla tenía en sumo grado. Regresó éste de su expedición á América en completa decadencia literaria, pero con la misma actividad y con más ansia de producción que nunca. Explotó su nombradía, escribió un poema *El Cid*, y sólo los años y los achaques á ellos anexos consiguieron divorciarlo de su Musa. Fué nombrado cronista de Valladolid, su ciudad natal; fijó en ella su residencia, pero por poco tiempo, y volvió á Madrid. Madrid le recordaba su vida de joven, aquellas noches alegres en que vagaba por el barrio de la Morería, entre caserones aristocráticos y recuerdos islamitas, en compañía de Miguel de los Santos Alvarez y Sazatornil. Porque no ha habido nadie más apegado á sus recuerdos que Zorrilla: su buen sentido hacíale contenerse para no parecer un viejo ridículo; pero cuando se hallaba á solas con alguno de sus contemporáneos, se explayaba, y hasta con lágrimas en los ojos evocaba su juventud cada vez más lejana. Era el antípoda de Bécquer, que pensaba con fruición en el descanso de la muerte; Zorrilla la odiaba y la había odiado desde joven: nunca pasó por frente á un balcón ó ventana por donde saliera resplandor de cirios que anunciase un cuerpo presente. En una ocasión asistió á la ejecución de un reo, y de resultas estuvo enfermo quince días.

¿Quién soy? – ¿Quién lo sabe? – Yo mismo lo ignoro.
Creyente sincero del Dios en quien fío,
á él solo me humillo y á él solo le imploro;
Dó quier le he hallado velando en bien mío;
Dó quier le bendigo, le canto y le adoro;
Do quier sus creencias evoco con brío;
cantar mi fe firme no tengo á desdoro;
no tengo del pobre verguenza ó desvío,
mi pan con él parto, su mal con él lloro
y no me da nunca recelo ni hastío
su sórdido traje, su oscura mansión.
Los mas escondidos rincones exploro,
y en todos á todos mi fé les confío,
contando á los unos un cuento sombrío
y haciendo con otros ferviente oración.

Autógrafo de Zorrilla

Aunque tenía una asignación como cronista de Valladolid, y no bastándole, como era natural, dados sus hábitos de manirroto, solicitó una pensión nacional, que obtuvo, no sin dificultades, y desde entonces hizo la vida doméstica, nunca resignado, y molestado, aún más que por sus achaques, por la tensión de sus nervios y por los arranques de su imaginación, que nunca pudo dominar. En Zorrilla, la imaginación ha absorbido todos los demás sentimientos: era de la raza de Víctor Hugo y de Fernández y González; tan árido, de corazón poético, y menos profundo, pero como estos dos poetas, riquísimo de fantasía. Fué una máquina incesante de hacer versos. Cuando ya no quería hacerlos, pues él mismo conocía que eran malos, traía á la memoria los que había hecho. En el crepúsculo del sueño senil, en que no se pierde la noción de la vida, Zorrilla, recostado en una butaca, repetía sus versos más celebrados y oíasele murmurar:

> Aguilas que os cernéis en corvo vuelo
> sobre el Atlas y el Cáucaso...

ó bien:

> Nací entre juncias en Alfarache,
> donde una loba fué mi nodriza...

Y se despertaba de mal humor, como el que después de un sueño plácido vuelve á las tristes realidades de la vida, amenazada de próxima extinción. Por lo general, los más gloriosos en la existencia son los más resignados á perderla; pero Zorrilla, como ya hemos dicho, era como Luis XIV de Francia en su ancianidad, y la idea de la muerte producíale profunda melancolía.

El poeta que había dicho: «yo soy el trovador que vaga errante,» apenas salía de su casa; el hombre que casi no prestaba atención á la clase de alimento, con tal de que éste fuese abundante, en sus postrimerías se preocupaba minuciosamente del servicio de su mesa y dedicó su atención al arte de cocina, oficiando en él. El que cuando joven se revolvía en habitaciones donde todo estaba en desorden, en la vejez hízose esclavo de la simetría: medía escrupulosamente la distancia de cuadro á cuadro, y no podía tolerar que un objeto cualquiera estuviese desplazado. Con frecuencia se observa el fenómeno fisiológico de que los ancianos adquieren hábitos opuestos á los de toda su vida; por eso Cervantes, que pensaba ó presentía todo, ideó que D. Quijote, el desaforado caballero andante, que sólo soñaba con tajos y feridales, desease en sus postreros días hacerse pastor, trocando el ferrado lanzón por el pacífico cayado.

Por lo demás, y excepto su repulsión á la muerte, Zorrilla sólo vivió tranquilo en la última etapa de su existencia, *sin tener que hacer cada dos meses un milagro para procurarse la subsistencia*, como él mismo solía decir. Tuvo un lugar limpio y cómodo, una compañera cariñosa, la consagración de su gloria, antes puesta en tela de juicio, con la apoteosis en vida, como Corina y como Quintana, y descendió al ocaso de la muerte como el sol de un día revuelto que se apacigua á la proximidad de la noche.

Algunos meses antes de morir, una tarde alcancé á Zorrilla que subía trabajosamente por la calle de Doña Bárbara de Braganza, y seguimos andando. El anciano poeta miró al cielo, donde se desenvolvía una magnífica puesta de sol, con ligeras nubes alrededor del astro que las matizaba de fuego, esfumándose en un nimbo de color de esmeralda. «¡Ya pocas veces veré eso!,» exclamó tristemente Zorrilla. Al pasar por frente la iglesia de las Salesas, detuvo á éste una mujer pequeña, vieja, pobremente vestida de negro y que cojeaba. Me separé por discreción. Oí que el poeta le hablaba con afecto y le daba una moneda. Cuando se reunió á mí me dijo: «Esa mujer que parece una golondrina con una ala rota, ha sido hermosa, elegante, coqueta y solicitada, y me inspiró una de mis composiciones: *¡Tiempo, tiempo, cuánto puedes, tú que indiferente escribes, sobre cráneos y paredes, la cifra de la verdad!* Zorrilla enmudeció, se detuvo, volvióse á mirar á la mujer que se había situado al pie de la escalera que conduce á la iglesia, y prosiguió diciendo, como ensimismado en sus recuerdos:

> «Mas tú, Catalina, como eres de bella
> Así veleidosa te precias de ser.»

y luego, señalando con el bastón, exclamó:

«Pues bien: ahí tiene usted á la veleidosa Catalina, pidiendo limosna todo el día en un mismo sitio, y tan vieja como mi Musa.»

– Pero ella morirá, observé yo, no por cortesía, sino por convicción, y la Musa de usted será inmortal.

F. MORENO GODINO

EL MEJOR DE LOS CEBOS

(EPISODIO DEL AÑO 10)

Pocas ilusiones podía hacerse S. M. José I respecto al amor de sus improvisados vasallos, y hasta estoy por decir que había llegado el momento en que ni siquiera le regocijaran las noticias que, un poco abultadas por cierto, hacían llegar hasta él sus cortesanos, ponderando las victorias alcanzadas por las tropas imperiales sobre las *rebeldes hordas* – así las calificaban los afrancesados – que hasta entonces, con más heroísmo que fortuna, mantenían enhiesto el sagrado pendón de la independencia nacional.

El claro juicio de que, mal que pese á nuestro españolismo, estaba dotado el rey intruso, le hacía conocer que aunque la fuerza de las armas consiguiera domar la fiereza de sus malcontentos súbditos, todas sus bondades y condescendencias no llegarían á trocar en cariño las muestras de burla y de hostilidad de que le hacía blanco sin rebozo alguno el apicarado y maleante pueblo de Madrid, que después de todo no hacía otra cosa sino reflejar los sentimientos de la nación entera.

En un carácter más altivo y dominante, poca mella hubiera hecho tal desamor; pero á José, que en esto,



Curiosidad, cuadro de Enrique Serra



Una sala del estudio de Enrique Serra en Roma

como en otras muchas cosas, se parecía poco á su soberbio y avasallador hermano, descorazonamiento y grande producía el no poder cruzar una sola vez las calles de su corte sin que hasta sus oídos llegaran aquellas más agudas que justificadas chanzonetas de manolos y chisperos en que se le prodigaban los nombres de *El rey de copas*, *el Tuerto*, *Pepe Botella* y otros apodos de este jaez.

Para evitarse disgustos de aquella índole, reducido se veía desde hacía meses á no salir del suntuoso palacio que ya miraba como encierro, como no fuera para dar solitarios paseos por las alamedas de la Casa de Campo ó los carrascales del Pardo, en los que sus escasas aficiones á los ejercicios venatorios tampoco le hacían encontrar grande alivio á la misantropía que se iba apoderando poco á poco de su más ó menos auténtica majestad.

En la primavera de aquel año ocurrióle pasar unos días en la Granja, en cuyos jardines, tal vez por ser remedo de los de Versalles, esperaba encontrar la perdida alegría; y á pesar de que sus allegados le hicieron ver cuán peligrosa podía ser su estancia en San Ildefonso, sabiéndose como se sabía que en tierra de Segovia abundaban las partidas de guerrilleros, de tal modo se aferró el monarca á su idea, que no hubo más sino dejarle partir.

En honor de la prudencia de sus cortesanos, debemos consignar que no fueron los menos los que encontraron pretexto para no seguir á su amo, el cual á su vez, poco amigo como era de la adulación, no los hubiera echado gran cosa de menos, si su aislamiento en el Real Sitio no hubiese sido todavía más espantoso que el del alcázar de Madrid.

Para distraer su tedio, un día le ocurrió dedicarse á un ejercicio más conforme con su natural apacible que las ruidosas cacerías con que alegraban en otro día aquellos parajes, lo mismo el un poco misántropo Carlos III, que el siempre bondadoso Carlos IV.

A noticia de José había llegado la justa fama de que goza el río Eresma por la abundancia de sus truchas; y como sabía que, sobre todo sus dos últimos predecesores en el trono de San Fernando, habían cuidado con especial esmero de la cría y procreación de tan sabrosa como astuta pesca, huyendo de todo séquito cortesano, tomó como el más humilde de los mortales el camino de Balsain, provisto de la indispensable caña, y no paró hasta que, cerca del sitio conocido por la Boca del Asno le pareció hallar lugar apropiado para probar si las truchas mordían mejor en su cebo, que los españoles en las irrisorias libertades con que les brindaba la Constitución de Bayona.



El heredero, cuadro de Enrique Serra

Pero ni por esas. José estaba de malas; y en honor de la escurridiza población de las transparentes aguas del Eresma, debemos decir que allí no debía haber afrancesados que acudieran al cebo tendido por el ilustre pescador, puesto que más de una hora llevaba sentado pacíficamente en un ribazo, y ni una vez sola había tenido ocasión de tirar de la caña.

Esto, que aun estando solo hubiera mortificado un poco el amor propio del no muy afortunado monarca, se hacía intolerable teniendo espectadores, y José los tenía.

Poco tiempo después de estar en su puesto, notó que no muy distante de él, un viejo casi octogenario, acompañado de un chicuelo de seis á siete años, había echado asimismo los anzuelos al río, y cada vez que sacaba pesca, lo cual no dejaba de ser frecuente, dirigía una mirada entre satisfecha y burlona hacia el sitio que ocupaba el regio pescador, á quien no conocía ó aparentaba no conocer.

Este, sin ser ya dueño de contener su mal humor, tiró á un lado la inútil caña, y levantándose de su asiento se dirigió con la mayor llaneza hacia su afortunado competidor, diciéndole con el marcado acento extranjero que nunca le fué posible desechar.

– Veo, buen amigo, que tiene usted más suerte ó más habilidad que yo.

– De todo puede haber un poco, respondió el viejo sin interrumpir su tarea. Y eso que los tiempos no están para favorecer á nadie. Si no, aquí me tiene usted á mí, que en otra ocasión le hubiera echado mano para llevarle á la cárcel de Segovia por pescar en estos sitios, y hoy soy el primero en delinquir.

– ¿Luego usted es?..

– Hoy nada. Antes era pescador titular de la real casa desde los tiempos de mi señor D. Carlos III, que creó la plaza para mí, respondió el viejo con orgullo. Pero hoy ni hay real casa, ni rey, ni Roque, y todos somos aquí merodeadores, lo mismo usted que yo.

José estuvo á punto de poner un correctivo á los desmanes del desenfadado anciano; pero domado el primer impulso y como si nada hubiese pasado, replicó, siempre en el tono más amistoso del mundo:

– Puesto que usted tiene motivos de saber más que yo de estas cosas, le voy á hacer una pregunta. ¿En qué consiste que usted saca truchas á docenas del río y yo en una hora no he conseguido pescar una?

– En una cosa muy sencilla, contestó el pescador titular. A fuerza de estar toda mi vida tratando con los peces de este río, conozco sus aficiones como las mías propias, y sé el cebo que he de ponerles para que piquen. El de usted será más delicado, pero menos de su gusto. Repárelo un poco y verá cómo en todo pasa lo mismo. ¿Por qué ese rey intruso, á quien usted indudablemente sirve, no logra que muerdan su anzuelo los españoles? Pues es sólo porque el secreto del cebo le tiene exclusivamente S. M. legítima D. Fernando VII (q. D. g.)

José se sonrió con amargura, é indudablemente hubiera contestado al atrevido viejo, si éste, dando un grito espantoso, no le hubiera hecho volver los ojos al río. Lo que en él vió le hizo estremecer.

El chiquillo que acompañaba al anciano y que era su propio nieto, enfrascado en sus juegos, mientras su abuelo hablaba con aquel desconocido, había perdido pie al pisar una de las movedizas piedras de la orilla y acababa de caer al río, que debido al deshielo, llevaba un crecido caudal.

A pocos pasos de él una olla le atraía con sus rápidos remolinos.

El viejo, comprendiendo su impotencia para luchar con la corriente, ni á moverse se atrevió. Pero José, despojándose rápidamente de su casaca y sin decir una palabra siquiera, se precipitó al río, en el cual, mostrándose hábil nadador, logró asir al niño en el momento en que el remolino se iba á apoderar de él. Cuando estuvo en tierra con su infantil carga, el infeliz abuelo, sin curarse ya de disimular, rompió á llorar, mientras cubría de besos alternativamente el pálido rostro de su nietezuelo y la mano de su salvador.

– ¡Señor, perdón! A V. M. debo hoy más que la vida.

– Esta vez me parece que no ha sido del todo malo el cebo, contestó la tan mojada como bondadosa majestad bonapartesca. Con él creo que no dudará usted en aceptar, firmado de mi mano, el refrendo de su título de pescador de la real casa.

El rostro del viejo se anubló, apresurándose á contestar:

– Eso no. Pero crea V. M. que no tardará en saber que Segundo Rosendo no está hecho de la madera de los ingratos.

Y partió hacia Segovia.

El golpe estaba bien preparado. Las partidas de Abril y de Jurico, las más fuertes de las que operaban por aquellos contornos, debían haber caído sobre el camino de Balsain, apoderándose de la persona de José I, que, según confidencias, había salido de incógnito de la Granja con dirección á la Boca del Asno.

Todo estaba preparado de modo que el plan diera resultado, y sin embargo la ocasión se perdió y el monarca entró en su palacio sin que nadie le hubiese inquietado en el camino.

¿Quién tuvo la culpa de ello? Algunos quisieron hacer pesar la responsabilidad sobre Segundo Rosendo, el pescador titular de D. Carlos III y D. Carlos IV; pero ¿quién podía dudar del españolismo del que había empezado por mandar á todos sus hijos á pelear por la nación? Quien hubiera podido descubrir la clave del misterio era aquel rey *malgré lui*, como él hubiera dicho, que á pesar de volver con la *chistera* vacía había hecho aquel día una buena pesca.

ANGEL R. CHAVES



La *Feria del pan de especias* en París, dibujo de Salvador Azpiazu

CRÓNICA PARISIENSE

FIESTAS POPULARES, CON ILUSTRACIONES DE AZPIAZU

I

Con Pascua florida empieza aquí el ciclo de las ferias; ciclo de oro para la gente nómada que de ellas vive. En provincias son el único acontecimiento que interrumpe una ó dos veces al año la eterna monotonía de las poblaciones, prestándoles grande animación durante dos ó tres semanas. Aquí anuncian, en competencia con las golondrinas, la llegada de la primavera, y son el punto de partida para las *juergas* al aire libre, por las cuales se vuelven locos los parisienses. En una y otra parte son verdaderamente pintorescas y ofrecen á la observación los últimos vestigios de antiquísimas costumbres, que habiendo sido generales en toda Europa, únicamente en Francia se conservan tales como las pintan antiguos autores de todos los países.

Todo el que haya leído el *Wilham Meinster* de Goëthe, ese admirable y delicioso poema en prosa, del realismo más ideal, cuya protagonista ha popularizado Ambrosio Thomas con la más inspirada de sus óperas, habrá deseado ver una de esas ferias que tan bien describe el inmortal poeta alemán.

Las que se celebran en los suburbios de París conservan todo el carácter que revestían hace cuatro siglos. Ni el gas, ni la electricidad, ni las demás conquistas del progreso han alterado el aspecto general de esas flotantes ciudades en miniatura, donde las calles de tiendas, los tiros de ballesta, de pelota y de carabina, los columpios, los panoramas, los museos de figuras de cera, los circos, los teatros y todo ese conjunto de espectáculos é industrias que llenan tan extraño campamento, son en su esencia exactamente lo mismo que eran en la época en que pasa la acción del incomparable libro de Goëthe.

La prefectura de policía ha tratado de perseguir, en nombre de no sé qué leyes ó en virtud de no sé qué principios, alguna de las tradicionales industrias que forman parte de la esencia misma de las ferias. Vano empeño. Las sonámbulas extra-lúcidas, herederas directas de las brujas de la antigüedad, se han burlado de los edictos prefectorales, como se burlaron de leyes y anatemas sus endiabladas antecesoras. Hay algo más poderoso que los códigos y la voluntad de los gobernantes: la superstición de los pueblos. Mientras haya personas no iniciadas en los secretos de las ciencias, habrá quien crea en los arcanos de la nigromancia. Todo ignorante que sufre, deseará consultar un oráculo que pueda explicarle la causa, el remedio y el término de su sufrimiento, máxime cuando éste arranca de afectos pasionales; y si vive en la miseria, ó simplemente en la estrechez, ansiará rasgar el velo que cubre su porvenir. Por esto las sonámbulas, las adivinadoras, las que interrogan las cartas y leen en las líneas de la mano, las que explican los sueños y hacen horóscopos, gozarán siempre del favor del pueblo y seguirán ejerciendo su lucrativa profesión á despecho de todas las ordenanzas prohibitivas.

II

En la *feria del pan de especias*, que se celebra actualmente en la anchurosa plaza de la Nación y en las grandes vías que á ella convergen, he visitado como simple observador una sonámbula que goza de gran prestigio entre el bajo pueblo. Interrogada por mí, contestóme al principio con alguna reserva. Adiviné su recelo y le exhibí mi retrato-tarjeta de periodista.

–¡Ah, es usted de la prensa!, exclamó tranquilizándose. Y se sometió gustosa á mi *interview*.

– He visto que rotula usted esta... oficina: *Gabinete de metoposcopia*. ¿Sabe usted el griego?

– Y el ruso y el húngaro y el caldeo y el egipcio.

– ¿Adivina usted realmente el porvenir?

– Y el presente y el pasado.

– ¿Por qué medios?

– Por la cartomancia, la metoposcopia y el sonambulismo.

– ¡Brujerías!

– ¡Usted me ofende! No soy bruja. Poseo la doble vista y sobre todo una grande inspiración, como lo atestiguan millares de pruebas. Yo soy la única que he dicho la verdad y explico á fondo los tres tiempos de la vida; la única que no empleo el equívoco y he compuesto una bola luminosa en que se ve á las personas en bien ó en mal, inclusos sus pensamientos.

– ¿En qué consiste y de qué modo se sirve usted de esa bola maravillosa?

– Esta es la parte secreta de mi trabajo. Yo empleo treinta y tres métodos desconocidos, y mis pronósticos son infalibles.

– Lo que más me interesa, en los procedimientos de usted, es la metoposcopia.

– Como que es una verdadera ciencia. Usted sabe que la *fisiognomonía* es el arte de definir el carácter de las gentes por las líneas del rostro; sus reglas son generalmente de una aplicación exactísima. Aristóteles fué el primero que observó que cuando un hombre se parece á un animal, el parecido se extiende á las inclinaciones y á los hábitos. Todo el mundo sabe que Lebrún, el pintor de cámara del gran Rey, que era también un gran pintor, trazó una serie de dibujos que expresaban la relación de la figura humana con la de los animales. Y ¿quién no ha hecho análogas observaciones? Gall pretendía poder descubrir, por el examen de las protuberancias craneanas, las cualidades y los defectos de los individuos. Después de él, Lavater estableció definitivamente los principios de la *fisiognomonía*.

– Es usted un prodigio de erudición en la materia. Pero yo quisiera que pasase un momento de la teoría á la práctica. ¿Quiere usted decirme qué lee en las líneas de mi rostro?

– Dispense usted que no le complazca particularizando á tal extremo.

– Explíqueme, al menos en tesis general, las significaciones de las facciones.

– Existe un librito sumamente curioso, impreso en el año de gracia de 1643 y titulado *El pronóstico perpetuo tanto de las cosas celestes como de las humanas*. El autor, que oculta su nombre bajo el seudónimo de Beau Soleil y dedica su obra á «las gentes honradas,» dice que la frente estrecha es signo de pereza y holgazanería, mientras que la frente grande y abultada denota capacidad é ingenio. La frente aplastada que se ensancha mucho hacia las sienes, significa bestialidad indigna del hombre. Frente arrugada y ruda, denota falsía y engaño unas veces, y otras preocupación constante y locura. Frente cuadrada y bien



Recuerdo del Tíber, cuadro de Enrique Serra



Mercado en un pueblo de Italia, cuadro de Enrique Serra



INVIERNO, dibujo estudio para un cuadro de Enrique Serra



Una instalación de caballitos y barcos del *tío Vivo* en la *Feria del pan de especias* de París, dibujo de Salvador Azpiazu

proporcionada revela gran valor y discernimiento. Frente muy alta es indicio de terquedad. Frente y rostro largos con pequeña barba, son propios de hombre cruel y tirano.

Con creciente animación, la sonámbula extra-lúcida me fué detallando minuciosamente la significación ó indicio de cada uno de los diferentes rasgos de las cejas, los ojos, la nariz, la boca y el rostro en general, sin omitir el cabello y los pelos de la cara. Pero la repetición de su discurso llenaría en esta crónica un espacio á que tienen derecho otras curiosidades de la feria.

III

Imposible detenerse ante todas las *paradas* de músicos y saltimbanquis, y menos penetrar en todos los barracones donde se exhiben monstruos de tierra y de mar, enanos y gigantes, liliputienses y colosos, niños bicéfalos, beldades de todas las razas, antropófagos, figuras de cera, todo lo susceptible de atraer la curiosidad y producir rendimiento. No bastaría un mes para visitar todo lo que contiene la feria. El público se divide según la edad, la educación y el gusto, y mientras la gente menuda se deleita dando vueltas en los caballos y en los barcos del *tío-vivo,* asistiendo á las comedias de magia y á las funciones ecuestres ó haciendo provisión de juguetes y golosinas, la gente de bronce llena los circos romanos donde luchan á brazo partido formidables atletas, mide su fuerza en las básculas y su puntería en los tiros, presencia la distribución de la comida en las casas de fieras y *se echa* un viaje por el *Mar en tierra,* que es á la postre un vomitivo con música; los libertinos visitan las bellas circasianas que fuman tabaco argelino, las bayaderas que bailan la danza del vientre, los cuadros mímico-plásticos y las colosas que se dejan tocar la pantorrilla mediante un suplemento que constituye *su pequeño beneficio;* las amas de gobierno compran utensilios de cocina, cintas de todos colores, polvos para limpiar metales y matar las ratas y los chinches; las muchachas sentimentales asisten á las representaciones de *Las dos huérfanas* y hacen provisión de papel para su correspondencia amorosa.

IV

En la mayor parte de los barracones, lo más notable es lo que se exhibe en el vestíbulo. A son de bombo y platillos, el director de la compañía, rodeado de sus artistas, entre los cuales figura casi siempre un mono sabio vestido de librea, explica á voz en cuello las maravillas que se presencian en el interior.

Allí están los héroes del pugilato. En el desquiciado frontón del circo se lee esta divisa caballeresca: *¡Honor y cortesía!,* debajo de una pintura que representa á un hombre en actitud de desvencijarle á otro la mandíbula de un puntapié. ¡Valiente cortesía y bonito honor! El empresario promete 500 francos al que lo venza; y para probar que los tiene, agita un puñado de calderilla en una caja de latón. Hombre que reune tales condiciones, serviría divinamente para fundar cualquiera sociedad de crédito.

Los principales aplausos son para la funámbula que hace verdaderos prodigios en su maroma. Parece una niña por lo ágil; pero las arrugas de su rostro acusan muchos años, aunque una compañera suya me afirma que no ha cumplido los cuarenta. Ha trabajado siendo moza en los primeros circos del mundo, y ha pasado á cien pies de altura por encima de los ríos más caudalosos.

– Hoy está en decadencia, dice mi amable interlocutora; pero ¡ah!, si la hubiese usted visto en sus buenos tiempos... La llamaban la hermana de las estrellas; y la verdad es que parecía rozar el cielo azul con su cabellera de oro ó rasgar las nubes con su altiva frente. Ha sido aplaudida por las manos que amasan los destinos de los pueblos. Las leyes implacables que nos atan á la tierra no existían para esa heroína del espacio, sostenida por alas invisibles Su serenidad y su valor intrépido hacían de ella una criatura sobrenatural. Pero ¡ay!, estaba escrito que había de caer en la miseria con tanta rapidez como se había elevado á la gloria y la fortuna. Es una triste historia que acongoja y estremece.

– Me va interesando el relato. ¿Qué le pasó á esa desdichada?

– Una adivina pronosticó que haría prodigios en la maroma, conquistando entusiastas aplausos y una rápida fortuna. «Tus ojos serán ascuas, le dijo, y tu corazón hielo, hasta el día que pisarás sangre.» Mi compañera esperaba no pisarla jamás y se alegró del horóscopo. Cumplióse la primera parte de la profecía. La funámbula alcanzó pronto celebridad y fortuna, y escuchó con indiferencia las apasionadas declaraciones de amor que diariamente recibía. Debo advertir que cuando encontrábamos una gota de sangre en el camino, los compañeros tomaban á la chica en brazos por temor de que se cumpliese la amenaza de la buenaventura. Enamoróse locamente de ella un militar, que viéndose despreciado se suicidó en el circo durante la representación. Al irse á casa, la chica, trastornada por aquel trágico suceso, puso inadvertidamente los pies en un charco de sangre que se había formado en el vestíbulo mientras se llevaban el cadáver de su víctima. Desde aquella noche, la artista que había sido el ídolo del público, fué por él odiada, y su brillante fortuna se hundió como por maleficio. Enamoróse de un infame que la maltrata, la engaña con otras mujeres y le roba el dinero que gana en medio de tantas amarguras.

¡Cuánta miseria bajo el oropel de esos saltimbanquis! ¡Cuánto drama en el seno de esas compañías de histriones!

V

Pensando en lo vano y efímero de la celebridad artística, fuíme á ver los monigotes de *pan de especias* que representan otra celebridad más positiva y duradera.

En cierta tertulia buscaban una definición de la gloria, y el gran periodista Weis, que estaba apoyado en la chimenea, dijo: «La gloria consiste en llegar á ser de pan de especias.»

Esta gloria la han alcanzado pocos hombres y está próximo el día en que á todos les será negada, porque el gorrino-amuleto de pasta, miel y especias ha matado al monigote, que era el héroe de la feria.

El público está ahora por el puerco, sobre todo desde que industriales ingeniosos han dado en bautizarlo á gusto del comprador. Romeo no cabe en sí de gozo desde que una gorrina lleva el nombre de Julieta, y ésta brinca de amor porque hay marranos que se llaman Romeo.

Y mientras tanto, el clásico monigote solicita en vano una mirada compasiva y yace en el olvido, como amortajado en los adornos de azúcar que cubren sus ropajes de pasta de centeno y miel.

Estos monigotes datan de la época de Luis Felipe, cuyo molde, ligeramente modificado, sirvió para el de Thiers, que aún comparte esta gloria con la cantinera, la nodriza normanda, el general y el currutaco de rigor.

VI

El general ocupa un puesto preeminente en esta galería de la escultura policroma, porque se presta á los adornos de relumbrón. Todas las batallas favorables á la Francia han tenido representación en esta feria, desde que se ha considerado como un deber el presentar la efigie del general vencido ó vencedor. Estas efigies no pueden considerarse precisamente como retratos, y es de suponer que no apelarán á ellas los artistas futuros que quieran reproducir la época presente.

La que hoy priva es la del emperador de Rusia, hecha con singular esmero. No fueron objeto de tanto cuidado las de Napoleón III y de Gambetta, que no llevaban sus nombres. Bismarck se vendió tres ó cuatro años seguidos, hasta que desapareció por queja de la embajada.

Thiers estuvo más ocurrente que el canciller de hierro. Al anunciarle que había sido caricaturado en forma de monigote de pan de especias, contestó á quien le preguntaba qué iba á hacer:

– Voy á felicitarme de semejante éxito y nada más. Ahora tengo la prueba de que mi nombre penetra en las masas, y mi orgullo no puede menos de estar satisfecho.

A últimos del segundo imperio, el bombero de Nanterre, que ya constituía una de las figuras indispensables del cancán, rivalizó en la feria del pan de especias con el velocípedo, entonces en plena boga. Hoy se ve al bombero en velocípedo, con una gorra en vez del casco.



En un barracón de titiriteros de la *Feria del pan de especias,* dibujo de Salvador Azpiazu

Esta industria que ayudaba á la historia fijando el grado de popularidad de los personajes, ha caído en el marasmo. El puerco ha destronado al prohombre en este fin de siglo naturalista.

Juan B. Enseñat



Y Silverio, vióla recostada sobre la hierba, coqueteando con Gastón, que le dirigía ardientes miradas

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Y la joven se despidió del arroyo de Ribenac, que se hundía en un desfiladero, obscuro como un túnel.

–¡Ah! Mire usted esas montañas, dijo la joven. ¿No se diría que quieren escamotear el torrente bajo sus faldas? ¿Y aquellas rocas de allá arriba que están como suspendidas y alargan el cuello? No parece sino que adelantan la cabeza para ver qué ha sido del arroyo.

Y volviéndose de nuevo al guía, añadió:

–¿No se va por aquí al bosque de Ribenac?

–Sí, señorita, contestó Silverio con una voz que apenas se oyó.

El montañés cerraba los ojos, porque no quería ver otra vez el bosque solemne que había cruzado en el mes de mayo, dando la mano á Jacobita. ¡Oh! Aquellos árboles gigantescos, de troncos rectos como columnas de bronce; aquellos árboles voraces, cuyas raíces oprimían las piedras como si fuesen las garras de un buitre, y aquellos pinabetes jóvenes que elevaban sus brazos hacia el cielo, mientras que los seculares los inclinaban hacia la tierra! ¡Sí, todo aquel bosque era imponente como una catedral de gigantes! ¡Las rocas cubiertas de musgo, la intrincada maleza y los manantiales cuyas aguas no se habían enturbiado nunca, corriendo bajo las flores que nadie pensaba en coger! ¡Y los troncos de color gris, que yacían como esqueletos en las solitarias pendientes! ¡Y aquellos patriarcas vegetales rodeados de sus verdosas tribus, aquellos colosos que dominaban á sus vástagos un siglo ó dos, y caían después de vetustez

sobre la montaña natal!.. ¡Cuántos recuerdos evocaba todo esto en el alma del montañés! ¡Con qué recogimiento Jacobita y él habían contemplado aquellos árboles en la primavera pasada! ¡Oh! ¡Qué sacrilegio el de la joven que osaba volver allá cogida del brazo de otro! ¿No tenía ya corazón? ¿Era por ventura insensible á toda delicadeza y á toda piedad?

– ¡Bondadosos árboles, decíase Silverio mentalmente, perdonadla, porque debe estar loca!

Y con los ojos llenos de lágrimas, tocaba de vez en cuando un pinabete como para acariciarle.

– ¡Oye!, dijo el sacerdote furioso, ¿quieres coger una bronquitis, Jacobita?

– ¡Brr! Lo que es aquí deben llover pulmonías, dijo Gastón. ¡Y yo que no me he traído el pañuelo!

Y levantándose el cuello del chaqué, el abogado andaba mirándose las puntas de los zapatos, mientras saboreaba una pastilla de brea.

– ¡Me alegro: bien empleado le está á Jacobita, díjose Silverio; esto es lo que merece!

Y añadió con voz gangosa:

– ¿Quiere usted ponerse la chaqueta de franela, señor cura?

Pero el tutor no comprendió la indirecta, y al parecer tampoco Gastón, porque exclamó al punto:

– ¡Ah! ¿Lleva usted una chaqueta de repuesto? ¡Buena idea; si yo lo hubiera sabido!..

Silverio estaba vengado.

– ¡Ahora no les falta más, pensó, que entretenerse en leer el diario!

Efectivamente, muy pronto hablaron de la inteligencia franco-rusa.

– Y dicen que Inglaterra está de parte de Alemania, observó el sacerdote, levantándose la sotana para franquear un arroyo que llenaba de espuma los azulados guijarros.

– Inglaterra nos hará siempre alguna de esas jugarretas, repuso Gastón, agachándose para pasar por debajo de las ramas de un enorme pinabete, de tronco liso como una columna de mármol. ¡Acuérdese usted de la guerra de los Cien Años!

Después los dos hombres emitieron cada cual su parecer sobre las tarifas aduaneras. El padre Bordes era proteccionista, y el abogado le convirtió casi al libre cambio, entre dos rocas enormes cubiertas de musgo verde que parecía una alfombra de terciopelo.

– ¡He ahí dos que comprenden la naturaleza!, se dijo Silverio con admiración.

Jacobita se mantenía separada, y sin duda estaba mordiéndose los labios; Gastón se acercó á ella de pronto, y comprendiendo que había sido demasiado prosaico al hablar de pulmonías, quiso corregirse.

– ¡Qué hermosos árboles!, exclamó con lirismo. ¡Qué riquezas forestales hay en este rincón de Francia! ¡Aquí duermen millones por falta de vías de explotación! Con un pequeño Decauville...

La poesía triunfaba...

– ¡Qué miserable!, pensó Silverio.

Y observó con satisfacción que Jacobita se mostraba insensible al entusiasmo de su novio, pues subía sola á los pinos rojos del Gargos, los árboles trágicos y dolientes que elevan á más altura hacia el cielo los colores de la tierra.

– ¿Qué vegetal es ese?, preguntó Gastón al guía.

– El pino rojo, caballero.

– ¡Es muy extraño! ¿No es verdad, Jacobita?

– ¡Preciso será llevarme un pedazo de tronco para hacer hueveras!, dijo el sacerdote.

Pero la joven huía, golpeando nerviosamente las piedras con su bastón.

– ¡Almorcemos aquí!, dijo de pronto.

Y Silverio la vió sentarse en el mismo sitio de otras veces. ¿No respetaba nada? ¿Quería profanar todos los sitios donde había ido con su primer enamorado?

El montañés no tenía apetito, y mientras los demás comían, fué á sentarse al pie de un pino rojo. El almuerzo fué largo. El sacerdote refunfuñó un poco porque el burdeos se había alterado con el movimiento, pero los jóvenes rebosaban alegría. Silverio oyó las carcajadas sonoras de Jacobita, y habiendo vuelto la cabeza, á pesar suyo, para mirarla, vióla recostada sobre la hierba, coqueteando con Gastón, que le dirigía ardientes miradas.

¡Oh, qué punzada sintió el montañés en el corazón! Cerró los puños y rechinó los dientes, poseído de cólera, y volviendo la espalda á los novios, contempló un rebaño de carneros que pacían libremente, sin perro ni pastor, en las pendientes del Gargos.

De improviso oyó como un choque por aquel lado, un ruido sordo semejante á un golpe de maza sobre la roca dura. Entonces se levantó y pudo ver dos carneros que luchaban en la montaña; eran dos animales vigorosos, anchos de cuerpo, con cuernos enroscados como dobles coronas, y peleaban con bravura no lejos del rebaño que pacía. Frente á frente, graves y animados por el rencor, mirábanse por espacio de algunos segundos, y después, cayendo uno sobre otro, chocaban sus frentes duras con estrépito; luego retrocedían, mirándose siempre, para tomar más impulso, y preparado su golpe, lanzábanse al encuentro más intrépidos que antes, con tal fuerza que se oían crujir sus cuernos por el choque. Veinte veces se embistieron hasta que, por un golpe más violento, abrióse una frente y de ella brotó un gran chorro de sangre. Pero ¿qué importaba esto? La lucha continuó más furiosa y más implacable; el carnero herido no quería rendirse; cegado por la sangre, acometía aún, y temblando en el estremecimiento de la muerte, persistía en la pelea; sus piernas se doblaban, y á pesar de esto, presentaba con tenacidad su cabeza enrojecida al adversario victorioso, al aborrecido rival, mientras que las ovejas que habían motivado la contienda seguían paciendo indiferentes las buenas hierbas de la montaña.

– ¡Bravos carneros, pensó el guía, felices animales que pueden matarse así lealmente por la compañera que codician!

Gastón y Jacobita seguían riéndose sobre la hierba.

Silverio se levantó para ir más lejos.

Pero los *turistas* se reunieron con él á los pocos minutos de reposo, y la ascensión continuó.

El guía los condujo á la meseta pelada, y después llegó á las escarpaduras del pico.

A la vista de aquellas rocas enormes que parecían formar una ola inmensa de quinientos metros de altura, el padre Bordes se detuvo.

– ¡Cómo, exclamó, queréis trepar hasta allá arriba! ¡Adelante si os place, rompeos la cabeza como queráis; pero yo no haré más que esperar aquí lo que de vosotros quede!

Y el sacerdote se dejó caer sobre una pendiente cubierta de hierba.

– ¡Pero padrino!..

– ¡Es inútil que prediquéis, porque no me moveré de aquí hasta que volváis á buscarme!

El padre Bordes tenía ya suficiente con lo hecho y prefería dejar que los novios continuaran solos su ascensión á tener que seguirlos por aquellos riscos. Sin embargo, para tranquilizar su conciencia de tutor, el buen sacerdote tiró á Silverio de la manga, y díjole á media voz:

– Tú los vigilarás, ¿no es verdad, amigo mío? No los pierdas de vista un momento.

Dicho esto y muy sofocado, comenzó á leer su breviario en alta voz.

– ¡Eh, Montguillem!, gritó de pronto, interrumpiendo su lectura, déjame mi chaleco de franela... ¡Gracias, Dios te acompañe!

Entonces los jóvenes subieron con más rapidez, precedidos de Silverio, que iba silencioso y con la cabeza baja. Como los dos enamorados hablaban detrás de él de cosas que le perturbaban, olvidó observar las reglas elementales en aquella clase de ascensiones, y redobló el paso en vez de conservar una prudente lentitud; pero apresurábase en vano, porque Jacobita y Gastón se mantenían siempre cerca de él.

Cuando volvía la cabeza en un nuevo sendero, veíalos cogidos de la mano, y cuando se detenía para dejarlos respirar un poco, oíalos murmurar palabras tiernas. Adivinaba los suspiros apasionados del uno y los mudos rubores de la otra, y su sangre hervía en las venas y su cuerpo se estremecía de celos. Aquella montaña era su calvario, y aquella ascensión se convertía para él en un verdadero via crucis. Quiso andar más de prisa aún, pero temió dejar á los enamorados en el camino, porque podían quedarse detrás de alguna roca, y continuó su ascensión dolorosa á través de las áridas moles, á lo largo de escabrosos senderos y por desoladas cornisas.

A la una del día, después de franquear la última escarpadura, vió que las rocas parecían aplanarse, que la cresta se reducía, y que el suelo se hundía, surgiendo entonces los Pirineos por todas partes: estaba en la cima del Gargos.

Silverio se detuvo, y dejó pasar á los enamorados por delante de él; siempre cogidos de la mano, subieron á la piedra culminante del pico y miraron las cimas de los alrededores.

El guía no pronunciaba palabra; cerró los ojos, y no quiso ver los Pirineos que tan queridos le eran, los buenos amigos de corazón de mármol y de nevada cabeza. Jacobita le obligó al punto á hablar y á ver.

– Tenga usted la bondad, dijo, señalando las montañas en el horizonte, de darnos á conocer los nombres de esas cimas.

Y Silverio, con voz temblorosa y debilitada, dijo:

– Vean ustedes, á Levante, el Pico del Mediodía de Bigorra, las puntas agrietadas del Tourmalet, y á la derecha, allá en el fondo, los Montes Malditos. He ahí, al Sur, la cúpula del Monte Perdido y el Marboré con sus torres; en esa montaña se ve el Circo de Gavarnie, con sus anfiteatros de cuatro kilómetros de circunferencia y su cascada de cuatrocientos veintidós metros de altura. Al Sudoeste, el Vignemale y su pico, el Balaitous y su glaciar...

Silverio se interrumpió; no podía continuar, porque el llanto ahogaba su voz; la prueba era demasiado cruel. Veía á Jacobita en el sitio mismo donde él la había declarado su amor, en el lugar bendito donde juró plantar una cruz; y al inclinar la cabeza para ocultar su turbación, observó que la joven estrechaba amorosamente las manos de su novio.

– ¡Oh!, murmuró, exhalando un suspiro.

Y se puso la mano sobre el corazón como si hubiese recibido una herida mortal, el golpe de gracia que aniquila.

Después alejóse de allí, bajó presuroso, desapareció detrás de las rocas de la cumbre, y dejando á los enamorados en la cima del Gargos, no pensó más que en huir. Sus piernas flaqueaban como las del carnero ensangrentado; su respiración parecía entre sus labios un silbido, el soplo de un agonizante, y varias veces debió apoyarse en las rocas inmediatas para conservar el equilibrio. Oía pasos tras sí: era sin duda que los novios le alcanzaban; pero sin volver la cabeza, siguió bajando por las cornisas desoladas y los escabrosos senderos entre las rocas peladas.

Encontró al padre Bordes y prosiguió su marcha hacia el caserío.

No pronunció una palabra, porque temía desfallecer, caerse antes de llegar al punto deseado, y aceleró el paso por las escarpadas sendas. Andaba maquinalmente, como una piedra que rueda, sin mirar nada; pero de vez en cuando sobrecogíale un vértigo desconocido, y entonces se detenía, pasándose la mano por los ojos.

– ¡Con tal que pueda llegar á la gruta!, pensaba con ansiedad.

No quería que Jacobita viese su dolor, no quería desmayarse delante de ella; reunió sus últimas fuerzas y apresuró el paso.

– ¡Eh, muchacho!, gritaba el eclesiástico. ¿Qué te ha dado? ¡Apenas podremos seguirte!

Los novios corrían, cogidos de la mano; y en menos de una hora avistaron la gruta.

Silverio respiró con más desahogo; las apariencias se habían salvado.

Pero en el mismo instante Jacobita se acercó á él.

– Señor guía, dijo, ¿tendría usted aquí la llave de su cabaña? Si me lo permite quisiera enseñar la gruta al Sr. Roumigas... Ya verá usted qué curiosa es, añadió, volviéndose hacia Gastón. ¡Hay unos rincones tan singulares!

Silverio se detuvo: creyó comprender las intenciones de Jacobita.

El guía cerró los ojos, vaciló durante dos segundos, y después, resignándose silenciosamente, buscó la llave en su bolsillo. Sus dedos temblaban y no podían cogerla, pero al fin la sacó y presentósela á Jacobita.

– ¡Gracias, dijo la joven, vamos á devolvérsela á usted al momento!

Y condujo á su prometido hacia la puerta.

Desde aquel instante, Silverio no tuvo ya conciencia de sus actos; se alejó en dirección al pueblo, en pos del sacerdote; vaciló en el barranco pedregoso, su vista se turbó en los peldaños irregulares de granito, y al oir el ruido de la llave en la cerradura, cayó suavemente sin exhalar una queja pocos metros más allá, á los pies del padre Bordes.

– ¡Ah, Señor!, exclamó el sacerdote con espanto. ¡Socorro! ¡El guía se ha matado!

Jacobita oyó esta exclamación, y al punto corrió hacia donde el tutor gritaba.

– ¡Silverio, gritó, Silverio! ¿Qué ha hecho usted?

Y llegando junto al cuerpo del guía, arrodillóse á su lado, y puso la mano sobre el corazón de su antiguo novio.

– ¡Loado sea Dios, exclamó, aún vive! No debe haberse hecho daño alguno... ¿De dónde ha caído?...

– ¡Levantémosle, padrino, yo se lo ruego! ¡Ayúdeme usted, pronto!

Y cogió al guía por debajo de los brazos para llevárselo al presbiterio.

Pero de pronto, al ver que abría los ojos, aquellos ojos azules de tan triste expresión, Jacobita rompió á llorar, y apoyando su cabeza sobre el pecho del montañés, balbuceó:

– ¡Perdón, Silverio, perdón!

Después, sin hacer caso del sacerdote, sin cuidarse tampoco del joven Roumigas, oprimió cariñosamente entre sus manos la frente del antiguo amigo.

– ¡Pero Jacobita!... murmuró Gastón; me parece que semejante conducta...

La joven no le escuchaba.

– ¡Perdón!, seguía diciendo á Silverio desvanecido. Usted es el hombre á quien amo, ¿me entiende usted? ¡Y todo lo que hoy he hecho era para saber si usted me correspondía aún!

El sacerdote estaba perplejo ante aquel espectáculo, y Gastón tan pálido que parecía verde.

–¡Es demasiada audacia!, gritó. ¡Nadie se puede burlar tan impunemente de las personas!

Y mirando con fijeza á la joven, añadió:

–Señorita, esta escena se prolonga en demasía, y le ruego que elija inmediatamente entre el guía y yo, porque uno de los dos sobra aquí.

–En efecto, caballero, puede usted retirarse, repuso la joven con indiferencia.

El sacerdote dió un brinco al oir estas palabras.

–¡Jacobita!, exclamó. ¡Ah, Señor!.. ¿Y usted, amigo Gastón?.. ¡Ah, qué compromiso!

El buen eclesiástico abría desmesuradamente los ojos entre los dos enamorados de la víspera, sin saber de qué lado volverse.

Pero Jacobita no quería perder tiempo; había llamado al jardinero Toutón, y con su auxilio llevaba al presbiterio al pequeño montañés desmayado.

–¡Santos ángeles! ¿Qué ha sucedido?, exclamó Poupotte al abrir las puertas de la casa. ¡Seguramente un resbalón en la montaña! ¡Cuando yo decía que hubiera sido mejor irse á oir la música!.. ¿Tenía yo razón?.. Y á usted, señor cura, ¿no le ha sucedido nada? ¡Está usted un poco pálido!.. Voy á prepararle una infusión de menta.

Entretanto Jacobita y Toutón se llevaban á Silverio por el pasillo.

–¿Dónde le dejaremos, señorita?

–En una habitación, si es posible.

–Pues entonces, en el primer piso.

–No, sería incómodo. ¡Mire usted, por aquí!

Silverio fué depositado sobre el lecho de Jacobita.

–¡Gracias, Toutón!, dijo la joven. Y ahora, si quiere usted prestarme un gran servicio, monte en la yegua y vaya á casa de mi tío, el doctor Enrique Bordes de Aigues-Vives, para rogarle que venga á Gargos lo más pronto posible. Le espero esta tarde.

–¡Bien, señorita!

Toutón salió al punto.

Silverio seguía con los ojos cerrados, y oíasele apenas respirar. Jacobita le puso una segunda almohada debajo de la cabeza, y pidió sales á Poupotte.

Pero el padre Bordes entraba con una taza humeante en la mano.

–¡Cómo, exclamó, en tu habitación!

–Necesario era, puesto que no hay otra en el piso bajo.

–¿Pues y la mía?

–No he osado, padrino, porque probablemente le hubiera molestado.

–¡Oh! Espero que ese muchacho no se eternizará aquí.

–¡Dios lo quiera, pero entretanto, sigue privado de conocimiento!

El sacerdote bebióse el contenido de su taza y dejóla sobre la mesa.

–¡Qué enredo, Señor qué enredo!, exclamó. ¡Qué situación tan crítica es la mía! Gastón se ha ido enojado... ¿Qué pensará de nosotros?.. ¿Y su padre? ¿Y los vecinos de Gargos? ¡Ah, Señor, iluminadme!

Y dejándose caer en un sillón, hundió los dedos desesperadamente en su tabaquera de nácar.

Después, recogiéndose un instante murmuró, inclinando la cabeza:

–¡Estoy molido!.. ¡Esa subida, esa bajada, esos resbalones y esa emoción final! ¡Es demasiado para un hombre solo, y habría suficiente para coger una enfermedad de corazón!.. ¡Estoy molido!

Cinco minutos después el buen eclesiástico roncaba.

IX

Silverio no recobraba los sentidos; sus ojos se habían abierto durante dos segundos, cuando las lágrimas de Jacobita cayeron sobre su rostro; pero no había comprendido nada. Permanecía inerte en el blanco lecho de la joven, y apenas un breve soplo dilataba su pecho, soplo ligero como el del niño que duerme.

Un cuarto de hora transcurrió así; después el alma de Silverio pareció despertar; experimentó una sensación aguda en las fosas nasales y figuróse que las tinieblas se movían en su cerebro; volvió la cabeza penosamente para librarse de aquella sensación que le perseguía, y parecióle oir un suspiro de esperanza. Entonces abrió los ojos, y vió claramente el rostro moreno de Jacobita inclinado sobre él; mas no comprendió aún, y sus párpados cansados volvieron á cerrarse. Sin embargo, una voz que le llamaba hirió su oído, una voz triste, que parecía lejana:

–¡Silverio, Silverio!

¿Soñaba acaso? ¿No percibía un eco de aquella noche espantosa en que había abandonado á Jacobita en la montaña?

–¡Silverio!

¿No era un recuerdo de aquella separación desgarradora, que conmovía ahora su corazón?

–¡Silverio!

Pero la voz parecía acercarse; era más distinta y más perturbadora, y el soplo que la conducía rozaba su frente.

–¡Silverio, soy yo, Jacobita!.. ¿Me oye usted?

El guía abrió los ojos por tercera vez, miró á su alrededor, y la luz se hizo definitivamente en su cerebro.

Entonces lo recordó todo, la ascensión al Gargos, la bajada, la llave y la caída; adivinó que le habían conducido al presbiterio, y que aquellos sentidos llamamientos eran de la señorita Marcadieu, arrodillada á su lado.

–¡Ah, me oye usted al fin, continuó la voz de la

y muy pronto las impresiones de Silverio fueron más precisas. Adivinó que se hallaba en la habitación de la joven, reconoció su perfume, aquel perfume tan suave que él llamaba, por falta de conocimientos, olor de primavera, que se exhalaba de todas las cosas que había á su alrededor, y sintióse feliz como si se hallase bajo el dominio de un delicioso sueño. Al mediodía parecióle que su mal había pasado; hallábase tan bien dispuesto como los días anteriores, y entonces quiso levantarse, dar gracias al padre Bordes y volver á su gruta; pero Jacobita se opuso.

–El doctor ha ordenado completo reposo, dijo. ¡Está prohibido moverse! Si es *Morrudo* lo que le inquieta, sepa usted que Toutón le ha llevado ya heno.

Al pronunciar estas palabras, Jacobita arreglaba la ropa de la cama con sus bellas manos.



¡Ah, Señor!, exclamó el sacerdote con espanto. ¡Socorro! ¡El guía se ha matado!

joven, me oye usted, Silverio! ¡Reconoce á Jacobita, que le ama, y que jamás amó á ningún otro!

El guía escuchó estas palabras religiosamente, sin respirar, como si no hubiese querido perder nada de sus vibraciones benditas, y después, una sonrisa de felicidad le transfiguró. Sus ojos no se cerraron, mas no por eso vió mucho más, porque se llenaban lentamente de lágrimas luminosas.

–¡Le amo á usted, Silverio; siempre le amé, continuó la joven, y veo que también usted me ama todavía! ¡Oh, qué hermosa es la vida!

En voz baja, y tal vez inconscientemente, el guía contestó:

–¡Sí, la amo á usted, Jacobita, y yo tampoco he amado á nadie más!

Dicho esto, Silverio enmudeció; las palabras no podían expresar lo que en aquel momento experimentaba; continuó llorando, y su alma desahogada comunicó á su rostro una expresión radiante.

Aún no tenía suficientes fuerzas para soportar semejantes alegrías; los objetos se desvanecieron ante sus ojos, los rumores se atenuaron en sus oídos, y las tinieblas, disipadas un instante, invadieron otra vez su cerebro. Un estremecimiento progresivo agitó todo su ser, un calor creciente le sobrecogió poco á poco y por todo su cuerpo se extendió un fuego ardiente.

Así permaneció largo tiempo, con una vaga noción de las cosas exteriores. Adivinó, más bien que vió, el fin del día, la luz de una lámpara, la llegada de un médico, las idas y venidas de Jacobita, del padre Bordes y de Poupotte, mientras las horas transcurrían, tristes y monótonas, marcadas á lo lejos por el timbre melancólico de un reloj.

La noche pasó; la azulada mañana hizo palidecer la lamparilla; el enfermo sintió los dedos de Jacobita que le daban de beber, y al volverse, la negra figura del padre Bordes hundida en un sillón.

La fiebre disminuyó en el transcurso de la mañana,

A las dos, aprovechando la hora en que el sacerdote descansaba en su lecho de las fatigas de la víspera, Jacobita hizo confidencias muy tiernas á Silverio, refiriéndole todo cuanto había pasado desde su separación.

Le habló de su tristeza, de su desesperación y de sus maldiciones después de aquella espantosa noche de junio.

–¡Ah, Silverio, dijo, yo estaba furiosa, porque me había usted resentido cruelmente, y juré que le arrancaría los ojos si llegaba á encontrarle algún día!.. Le he buscado á usted por todas partes. Por su padre supe que había usted ido á Eaux-Chaudes, y al punto me lancé en su persecución; encontré sus huellas en varias ciudades, en Eaux-Bonnes, en Cauterets y en Luchón; pero siempre llegué tarde. ¡Dios mío, qué desgraciada era! Imagínese usted que me ha sido necesario decir mentiras é idear proyectos para decidir al sacerdote, que es tan sedentario y tan gruñón, á que me acompañara en todos los viajes. ¡Y ese imbécil de abogado tolosano, de quien yo debía aparecer enamorada y con el cual había de casarme, tan sólo para que usted tuviera celos el día en que regresase! ¡Ah! ¡Cómo he sufrido al lado de ese necio! ¡Qué patán tan fastidioso! ¿Le oyó usted hablar ayer del libre cambio en el bosque de Ribenac? ¡Qué monstruo! Yo le hubiera asado vivo. ¡Qué ganas me daban de saltar al cuello de usted, abrazarle de grado ó por fuerza y gritar: «¡Tanto peor si no me ama, porque yo le adoro!» ¡Oh, Silverio mío, usted se figuró que yo le había abrazado allá arriba en el Gargos; pero es un error! Lo fingí para vengarme, para hacerle saltar de rabia, para castigarle por haberme abandonado tres meses antes, rechazándome vilmente y sin razón como un cobarde... ¡Oh! Dispénseme usted, porque aún me indigno. ¡Bien puede ver que yo aborrezco con la misma fuerza que amo, con toda mi alma!

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

VELOCÍPEDO TORRE EIFFEL

El aparato que nuestro grabado reproduce circula actualmente por las calles de Nueva York llamando la atención de los yankees. Como se ve, sobre una armadura igual á la de un velocípedo ordinario levántase un alto armatoste de hierro, coronado por el asiento que ha de ocupar el velocipedista. Este se encuentra colocado á más de 10 pies ingleses de altura sobre el nivel del suelo, y al verlo correr con el aparato con bastante velocidad y doblando fácilmente las esquinas, se comprende que domina por completo el aparato.

Para subir á él necesítase que alguien aguante el velocípedo mientras el velocipedista se encarama por detrás. Las desigualdades del suelo constituyen grandes dificultades para la máquina, pues siendo la cadena rotatoria relativamente muy larga y muy pesada, con mucha facilidad pierde el aparato el equilibrio.

La rueda dentada que hace mover la cadena comunica el movimiento á la rueda trasera, y para evitar que oscile por los lados encaja en una especie de polea colocada en la rueda de atrás.



Velocípedo torre Eiffel

La rueda de delante tiene 28 pulgadas inglesas de diámetro y la trasera 36. La altura total del aparato es de 13 pies.

Este velocípedo ha sido construído en Inglaterra.

Cuando su dueño montado en él se pasea por las calles de Nueva York suelen agruparse á su alrededor varios velocipedistas, que jinetes en sus máquinas ordinarias forman una especie de guardia de honor á su elevado colega y tienen que abrirle paso en muchas ocasiones.

La utilidad de ese feo y poco cómodo armatoste, que sólo á título de curiosidad reproducimos, no se acierta á comprender cuál sea. Quizás á su dueño le basta con el placer de llamar la atención y de considerarse muy por encima de sus semejantes. – C.

* * *

FOTOGRAFÍA DE LOS COLORES

CHASSIS Á MERCURIO

El método indicado por el profesor Lippmann para obtener la reproducción de los colores por medio de la fotografía no ha entrado todavía en el dominio de la práctica, porque hasta ahora no ha sido posible adquirir en el comercio placas que reunan las condiciones indispensables para que el fenómeno de las interferencias produzca el resultado que se desea: estas placas se las ha de preparar uno mismo, lo cual nos hace retroceder á los tiempos del daguerrotipo sobre placas de cobre, tiempos en los que había muchos menos aficionados que en la actualidad.

Aunque el procedimiento no esté al alcance de todo el mundo, puede suponerse, sin embargo, que entre los aficionados á la fotografía instruídos los hay dispuestos por lo menos á practicar algunos ensayos, y es también de esperar que los fabricantes de placas no tardarán en surtirnos de emulsiones dispuestas para ser empleadas. Muchos constructores han estudiado ya *chassis* especiales en extremo prácticos que permiten fácilmente colocar la capa sensible en las condiciones requeridas, es decir, en contacto directo con el mercurio. Dos modelos especialmente han llamado nuestra atención, modelos que bajo formas diferentes reunen los requisitos necesarios.

El que ha construído M. Richard, siguiendo las indicaciones de M. Contamine (fig. 1), compónese, como todos los chassis fotográficos, de un marco de madera H, provisto de ranuras que permiten colocarlo en su sitio detrás de la cámara, y de un postigo ó cortina destinada á ocultar la placa hasta el momento en que tiene que ser expuesta á la luz. El fondo del chassis está formado por un depósito A en el cual se echa mercurio por el tapón de tornillo B, y está dividido en dos partes, en el sentido de la altura, por una plancha de hierro F que sólo por dos de sus lados se ajusta al marco, pues los otros dos, el de arriba y el de abajo, no tocan á la madera.

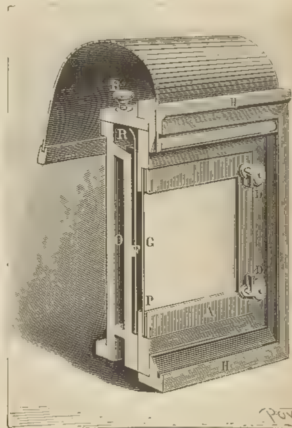
En las condiciones dichas, cuando el chassis descansa de plano sobre el fondo O, el mercurio permanece en el depósito y se puede colocar en su sitio el cristal sensible: éste, G, se pone en un espaldón practicado en el marco y guarnecido de piel de gamuza; un segundo marco de la misma piel P se coloca por encima del cristal, y el todo está sólidamente sostenido por un marco de hierro A sólidamente sujeto por cuatro corchetes D, de los que sólo dos se ven en nuestro grabado, que está cortado por uno de sus lados.

En tales condiciones, si se levanta verticalmente el chassis el mercurio pasa debajo de la plancha de hierro F y se eleva para recobrar su nivel en el espacio comprendido entre F y G: la cantidad de mercurio es bastante para que el cristal quede completamente cubierto. Cuando ha terminado la exposición, se vuelve á colocar en situación plana el chassis para cambiar el cristal y reemplazarlo por un cristal cualquiera: el mercurio queda en el aparato, el cual, gracias á las pieles de gamuza y al marco de hierro, se cierra bastante herméticamente para que se le pueda transportar en todas las posiciones y sin precauciones especiales.

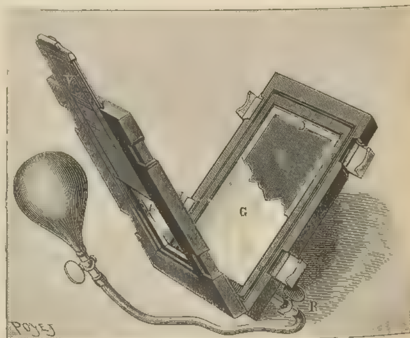
La figura 2 representa otro modelo construído por M. Mackenstein, que recuerda, por lo menos por el sistema de introducción del mercurio, el utilizado por los Sres. Lumiere hermanos para obtener sus retratos y paisajes. Empléase un chassis doble del modelo llamado inglés, es decir, del que se abre por el centro; pero la separación que tienen los de esta clase está suprimida, y en uno de los lados se fija de una manera estable una placa de cristal blanco F, se pega por encima un marco D de piel de gamuza y en uno de los ángulos se fija un tubo con llave R. La placa sensible G se coloca por encima y se cierra el chassis: un marco de muelle A puesto en la parte del aparato que lleva también el postigo V oprime la placa G contra la piel de gamuza y cierra herméticamente el espacio comprendido entre G y F, en donde se introduce el mercurio cuando el chassis está colocado en la cámara obscura. Para ello basta fijar en R el extremo de un tubo de caucho, cuyo otro extremo comunica con una pera de piel de gamuza que contiene mercurio: elevando esta pera por encima del chassis, el mercurio llena el espacio comprendido entre los cristales, escapándose el aire por los poros de la piel.

Para poner á foco puede procederse como de ordinario sobre el cristal opaco de la cámara, pero esto no es necesario y aun es preferible hacerlo sobre el mismo chassis: como el fondo de éste F es transparente, basta, en efecto, colocar provisionalmente un cristal opaco en G y levantar el postigo V para que la imagen sea visible cuando el chassis está en su sitio en la cámara: reemplazando luego el cristal opaco por la placa sensible puede tenerse la seguridad de que hay coincidencia absoluta.

Es de esperar que la creación de este nuevo material contribuirá á impulsar á los aficionados á estudiar algo más la cuestión interesante de la reproducción de los colores. – G. Mareschal.



Fotografía de los colores
Fig. 1. – Chassis á mercurio de M. Richard



Fotografía de los colores
Fig. 2. – Chassis á mercurio de M. Mackenstein

EL TEMPLE DEL ACERO

El temple del acero es una de las cuestiones que más se han estudiado hasta ahora y la que ha dado lugar á los más notables trabajos, como se prueba con sólo recordar los muchos experimentos realizados para determinar la constitución molecular de ese metal. M. Charpy ha presentado recientemente á la *Sociedad para el fomento de la industria nacional*, de París, una comunicación muy interesante sobre este asunto. Sus experimentos se refieren á 16 metales que comprenden:

1.º Cuatro aceros Martín que contienen respectivamente o'11, o'35, o'45 y o'75 por 100 de carbono.

2.º Doce aceros preparados especialmente para estas investigaciones en la fábrica Saint-Jacques, de Montluçon, con materiales muy puros y que forman tres grupos.

a. Aceros al carbono con o'09 o'06, o'37 y o'65 por 100 de carbono respectivamente.

b. Aceros extradulces que contienen o'12 por 100 de carbono y respectivamente 1 por 100 aproximadamente de cromo, manganeso, níquel y tungstene.

c. Aceros al 45 por 100 de carbono con 1 por 100 de cromo, manganeso, níquel y tungstene respectivamente. M. Charpy ha deducido de sus experimentos las siguientes conclusiones:

En todos los aceros estudiados el temple produce modificaciones análogas: aumento de la carga de ruptura, diminución de prolongación, aumento de resistencia á la flexión y al choque. La importancia de estas modificaciones varía notablemente con la composición química del metal y con la naturaleza del baño de temple, pero en todos los casos se producen casi por completo en un pequeño intervalo de temperatura alrededor de los 700 grados, pudiendo afirmarse, en general, que si el metal se calienta á menos de 700 grados se corre el riesgo de que no se temple y que calentándolo á más de 750 á 800 es poco lo que gana.

NUESTROS GRABADOS

Cuadros varios de Enrique Serra. – *Fiesta solemne, Curiosidad, El heredero, Recuerdo del Tíber, Mercado en una aldea de Italia, Invierno.* – El estudio de Enrique Serra. – Hemos hecho tantas veces justicia al talento de Enrique Serra y á las excelencias de sus producciones, que poco añadiremos hoy en alabanza del notable artista, nuestro paisano y asiduo y querido colaborador. Dotado de un espíritu clarísimo, cultiva con igual maestría los más diversos géneros: sus pinturas religiosas son hermosas idealizaciones de los asuntos que en ellas trata, siendo buena prueba de lo que decimos su *Madona*, su *Cristo en el lago de Genhesaret* y su tan conocido y celebrado *Dejad venir á mí los niños;* sus paisajes, romanos en su mayor parte, reproducen con toda su melancólica poesía las indefinibles bellezas de aquella campiña con sus ruinas, sus lagunas y su extraña atmósfera que tantos encantos prestan á sus cuadros *El árbol sagrado*, *El Lacio*, *La Vía Apia*, *Las Lagunas Pontinas;* y en sus cuadros de género, como *Torquemada*, *Ninon de Lenclós*, *El artículo de fondo*, muéstrase brillante colorista y miniaturista delicado y elegante.

El taller de Enrique Serra está lleno de estudios, en los cuales, según dice un notable crítico de Roma, «el pintor ha sorprendido la verdad en sus diversas manifestaciones, la naturaleza en sus momentos más difíciles: el alba, la puesta del sol, la salida de la luna, la tempestad, los cielos luminosos, el silencio y la calma de los bosques, los prados cubiertos de las galas primaverales, las hierbas humedecidas por reciente lluvia, el reflejo del sol poniente sobre las aguas muertas de las lagunas, la caída de las hojas en el otoño, los árboles desnudos de follaje en el invierno, los ardores del estío, en una palabra, todos los aspectos y las formas todas de esta inmensa naturaleza, siempre varia y eternamente enigmática, cuyos más ocultos secretos ha sabido arrancar el artista paciente y apasionado, poniéndolos ante nuestros ojos bajo las formas más distintas y en la inmensa gama de las variaciones del color.»

Enrique Serra ha resuelto abandonar á Roma y establecerse definitivamente en París, en donde tiene, desde hace dos años, un magnífico taller, y con este motivo la prensa de la capital de Francia dedica al genial artista saludos de bienvenida, tan entusiastas, como entusiastas y sentidas son las frases de despedida que los periódicos italianos le consagran.

Casi todas las obras que reproducimos en el presente número figuran hoy en las primeras galerías de Berlín, Londres, París y Basilea, habiendo sido adquiridas por coleccionadores de tanta nombradía como Bleichroder, Beherens, Schuwach, Butterfield, Isaac Smith y Fernando Riisch.

También publicamos la vista de una sala del magnífico estudio de Enrique Serra en Roma, que como podrán ver nuestros lectores encierra innumerables preciosidades artísticas dispuestas con exquisito gusto.

MISCELANEA

Bellas Artes. – EL HAYA. – En la capital de Holanda se ha formado una asociación denominada «Rembrandt,» cuyo objeto es evitar que las obras de arte holandesas salgan de aquel país: hasta ahora ha adquirido notables cuadros de Memling, Heda y Aert van der Gelder, que han sido cedidas al Museo de Pinturas de El Haya.

PARÍS. – La décimaséptima exposición celebrada por la Sociedad de Acuarelistas franceses ha sido tan notable como las anteriores, pues si bien han dejado de concurrir á ella algunos artistas de nota, como Detaille, Cazin, Morot, Benjamín Constant, Beraud y Mme. Lemaire, en cambio otros pintores no menos famosos, como Harpignies, Emilio Adam y Yon han acudido con mayor número de obras que otras veces. Entre las acuarelas más dignas de mención citaremos los paisajes de Harpignies, las figuras de marineros de Adam, los paisajes de Yon, los de Tuber, Lecomte, Claude (padre é hijo), los plafones decorativos de Duez, los abanicos de Jourdain y Loir, los episodios de la vida de Juana de Arco de Boutet de Monvel, los estudios venecianos de Vignal, las flores de Rivoire, los cuadros de Roullet, Toudouze, Clairin, Moreau y Rochegrosse.

– La Sociedad de Artistas franceses ha elegido presidente á Eduardo Detaille y vicepresidentes al escultor Barrias y al arquitecto Garnier.

BERLÍN. – En el concurso celebrado por iniciativa del emperador para reconstituir la cabeza de mujer que, procedente de Pérgamo, se guarda en el Museo de Berlín, han tomado parte cincuenta y nueve artistas, habiendo sido otorgado el premio de 1.000 marcos (1.250 pesetas), instituido por el soberano, al escultor R. Felderhoff y concedida una mención honorífica al conde Goertz-Schlitz. Para el año próximo se ha convocado un nuevo concurso, en el que se otorgará un premio de 2.000 marcos 2.500 pesetas) ofrecido también por el emperador al mejor proyecto de restauracion de la *Ménade danzante*, estatua griega de mármol que en 1874 fué adquirida por 15.000 pesetas y que se reputa como una de las mejores piezas del Museo berlinés.

– La Galería nacional ha adquirido recientemente una gran acuarela de Bartel, *Tempestad en las costas del Báltico*, un paisaje de Canal, *Molino westfalio*, y un cuadro de Werner, *Delante de París en* 1870. Ademas le ha sido regalado por la familia de Liebermann uno de los mejores lienzos de este notable artista.

– El emperador de Alemania ha otorgado al famoso pintor Adolfo Ménzel la cruz de primera clase de la orden del Aguila Roja, que es la más alta distinción hasta ahora concedida á un artista prusiano.

Necrologia. – Han fallecido:

Hermán Grote, célebre numismático alemán, autor de un notable armorial, antiguo conservador del Gabinete Monetario de Hannóver.

Berta Morissot, una de las más notables cultivadoras de la pintura impresionista francesa.

Demetrio Cossola, notable pintor italiano.

BIBLIOTECA UNIVERSAL

DE NOVELAS CONTEMPORÁNEAS

La casa editora de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ha comenzado á publicar una BIBLIOTECA UNIVERSAL DE NOLELAS CONTEMPORÁNEAS, título que, sin necesidad de ulteriores explicaciones, indica claramente cuál es la idea que en la publicación preside y cuáles los fines que con ella se proponen los editores.

La novela ha tenido siempre gran importancia dentro de la literatura; pero gracias á la evolución que en ella se ha ido realizando, bien puede afirmarse que hoy impera sobre todos los demás géneros literarios. La novela de nuestros días, abandonando las fábulas inverosímiles y las narraciones sobradamente sentimentales, inspírase en la realidad viviente, externa é interna; observa los hechos, analiza los sentimientos, describe las costumbres y estudia los estados psicológicos, merced á lo cual en sus páginas vemos reproducidos con verdad pasmosa, así las escenas que ante nuestros ojos se desenvuelven, como los fenómenos que se realizan en nuestra alma.

La novela es, pues, en la actualidad expresión fiel de la vida material y moral de los pueblos: de aquí el interés que ha de ofrecer el examen comparativo de las obras más notables que en este género se han producido en distintas naciones. A la idea de facilitar este estudio, como pocos ameno, responde la BIBLIOTECA UNIVERSAL DE NOVELAS CONTEMPORÁNEAS, en la cual tendrán cabida las producciones más salientes de las literaturas europeas y americanas, que permitirán formarse cabal concepto del modo de vivir, de sentir y de pensar de sociedades para la generalidad del público poco menos que desconocidas ó á lo sumo conocidas muy superficialmente.

Pero la BIBLIOTECA responde á algo más. Es innegable que una parte de las novelas modernas, por sus tendencias ó por los procedimientos que en ellas han empleado sus autores, constituyen en ciertas manos un verdadero peligro, que hace precisa en muchas familias una labor de selección antes de consentir á sus hijos la lectura de uno de estos libros. Pues bien: esta labor, pesada siempre y en muchos casos imposible, resultará innecesaria tratándose de esta BIBLIOTECA, porque en ella no han de insertarse otras novelas que las que puedan ser puestas en las manos más inocentes, lo cual en nada ha de menoscabar el interés de las narraciones, ya que dentro de la moral más pura es donde más interesantes argumentos pueden encontrarse.



El eminente novelista D. Enrique Pérez Escrich, autor de la novela *Sor Clemencia*

Al ofrecer al público la BIBLIOTECA UNIVERSAL DE NOVELAS CONTEMPORÁNEAS, los editores han creído que debían comenzar por la sección española, y dentro de ésta han estimado que el puesto de honor correspondía, dada la índole de aquélla, al decano de nuestros actuales novelistas y al más popular de todos ellos, al ilustre escritor D. Enrique Pérez Escrich, y al efecto, sin reparar en sacrificios, pudieron obtener de él que escribiera expresamente para la BIBLIOTECA la novela *Sor Clemencia*, que es la que inaugura la publicación y que indudablemente figurará entre las mejores de su celebrado autor.

Conocido el género que durante toda su vida literaria ha cultivado el Sr. Pérez Escrich, ocioso nos parece encarecer las excelencias de la novela que ha escrito con destino á la BIBLIOTECA. ¿Quién no ha leído algo del incomparable autor de *El Mártir del Gólgota* y de *El cura de aldea*? ¿Quién, habiéndolas leído, no habrá apreciado la bondad y las bellezas de sus obras? Dotado de una imaginación fecunda, de un talento claro y de un corazón de oro, pocos le han aventajado en inventiva para hallar argumentos interesantes y originales y desenvolverlos en acciones dramáticas admirablemente sostenidas y ninguno le ha igualado en el arte de llegar al alma de sus lectores. En todas sus novelas se patentiza la bondad de sus sentimientos: para trazar los tipos nobles que en sus obras admiramos; para poner en sus labios los levantados conceptos que les conquistan nuestras simpatías, y para combinar las escenas que hacen asomar las lágrimas á nuestros ojos, no necesita más esfuerzo que dejar correr libremente la pluma, trasladando al papel en frase galana las infinitas ternuras que su corazón atesora.

Gracias á esas cualidades, Pérez Escrich no se ha visto nunca abandonado por el público durante su larga carrera literaria, y las innumerables obras que en múltiples ediciones en más de cuarenta años lleva publicadas han sido para él otros tantos triunfos.

Los años y el trabajo, que han podido debilitar el cuerpo, no han hecho mella en la privilegiada inteligencia de ese novelista, que hoy escribe con el mismo entusiasmo que en sus años juveniles, prodigando en sus obras las mismas bellezas de dicción y sentimiento realzadas por una mayor madurez y un conocimiento más completo del mundo, hijo de su profunda observación y de su dilatada experiencia.

Los editores de la BIBLIOTECA creen que la publicación de ésta viene á satisfacer una necesidad largo tiempo hace sentida entre el público: para la realización de su idea no perdonarán medio ni sacrificio alguno en la eleccion y adquisicion de obras nacionales y extranjeras á fin de que la publicación corresponda á la bondad del pensamiento que la ha inspirado, y esto, unido á las excelencias materiales y á lo módico de su precio, les hace esperar que la BIBLIOTECA será un elemento de sano recreo indispensable á todas las familias.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 22 de abril de 1895 — Núm. 695

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

En el presente número publicamos la semblanza del eminente poeta mexicano D. Juan Altamirano, debida á la distinguida escritora americanista la señora baronesa de Wilson.

Deseosos de que la colección de semblanzas de La Ilustración Artística sea lo más completa posible, agradeceremos á nuestros suscriptores de América y en general á todos los escritores americanos que nos envíen artículos del género de los hasta ahora publicados en esa sección, refiriendo los rasgos más salientes y las anécdotas de los hombres ilustres del Nuevo Continente, ya fallecidos, acompañando con el texto un retrato del personaje biografiado, artículos que si, como esperamos, responden al deseo que nos mueve á formular esta petición, tendremos mucho gusto en insertar en las columnas de este periódico.

SUMARIO



REGRESO DEL TRABAJO,

cuadro original de Vicente Cutanda, reproducido directamente

CRÓNICA DE ARTE

Dentro de veinticinco ó veintiocho días deberá inaugurarse la Exposición nacional de Bellas Artes. Hasta la fecha no se tienen noticias concretas de la importancia de dicho certamen, ni de si se prorrogará el plazo de admisión, ni de si asistirán varios de los artistas de fama, cuyos nombres ha dado la prensa á la publicidad.

He dicho en otra ocasión que no había visto nunca mayor falta de actividad y de entusiasmo entre la gente del arte, en vísperas de celebrarse una Exposición nacional; y efectivamente, apenas si alguno que otro, interesado en recabar un premio, por cuanto significa un mérito para optar á cátedras y ayudantías, toma con calor cuanto se relaciona con el próximo certamen, y especialmente con el nombramiento de jurados.

Realmente, este particular es el que preocupa á algunos artistas. Sobre todo, designar el jurado de la sección de Escultura trae á mal traer á varios ahijados y á sus padrinos. Como siempre, en los días inmediatamente anteriores á la apertura de las Exposiciones, la labor del regateo de las medallas entre electores y candidatos, es labor de suyo ocasionada á discusiones violentas, á compadrazgos y á pactos, de los cuales no salen muy bien libradas, ni la moral, ni la justicia, ni el mérito, ni el prestigio; padeciendo con todo esto la importancia de los palenques que al arte abre el Estado. Sin embargo, una garantía hay ya en favor de la justicia, y esa garantía son los nombres del presidente y vicepresidente del jurado, nombrados por el ministerio de Fomento. D. Pedro Madrazo y D. Vicente Palmaroli sabrán defender los fueros del verdadero mérito.

Corren como candidatos probables para jurados de la sección de Pintura los nombres de Álvarez, presidente del Círculo de Bellas Artes, secretario del Museo Nacional, autor del cuadro *La silla de Felipe II;* el de Moreno Carbonero, el de Martínez Cubells y el de algún otro pintor de mérito; en cambio para la sección de Escultura no han llegado los presuntos expositores á un acuerdo, pues según tengo entendido hay escultor que á todo trance desea ser jurado, y tal empeño tiene un poco sobre aviso á la gente. Háblase de Samsó, de Bellver, de Elías Martín, de Marinas, de Vallmitjana (D. Venancio) y de varios otros estatuarios de menor cuantía. Lo digno de ser notado es que ni por casualidad figuran en candidatura Balart, Picón ni crítico alguno. A mi entender hacen bien los artistas: obligar á mis colegas á cargar con la responsabilidad moral de adjudicar premios, en estos tiempos en que el arte marcha por derroteros tan exhaustos de toda inspiración y de norte, me parece algo así como condenar á un lince á andar á tientas.

Por de pronto ya se quejan los artistas de la escasez de recompensas que señala el reglamento; y ¡vean ustedes lo que son las cosas!, á mí me parece que han de sobrar medallas, si éstas se otorgan al verdadero mérito.

***

Por el ministerio de Fomento se ha dado ya solución á dos litigios pendientes, y de los cuales he hablado en anteriores *Crónicas:* me refiero al concurso abierto para proveer la clase de Paisaje de la Escuela Superior de Pintura Escultura y Grabado, y al de provisión de la cátedra vacante en la Central de Artes y Oficios por fallecimiento del propietario, D. Germán Hernández.

No habrán olvidado mis lectores la importancia que revistieron aquellos litigios desde el momento en que la prensa diaria tomó cartas en el asunto de la provisión de ambas plazas. El primero entrañaba nada menos que romper ó seguir como hasta aquí, interpretándose el reglamento para la convocatoria de concursos, no al pie de la letra, sino suponiendo en éste un espíritu que no tiene, ni mucho menos. Desde uno de los más importantes diarios de la mañana se impugnó la citada interpretación, y después de sostener una batalla campal contra determinados elementos oficiales y contra algún periódico que defendía *la costumbre* – costumbre que ha venido lesionando derechos indiscutibles, – el consejo de Instrucción pública acordó anular el concurso y convocar nuevamente, como el citado diario y LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, consultados por la dirección, pedían. Hace, pues, unos veinte días que ha aparecido en la *Gaceta* la real orden, y según dicen varios periódicos, se presentan al concurso, entre otros, D. Francisco Pradilla, quien, como es de suponer, puesto que cuenta varias medallas de oro y una de honor, será el agraciado y vendrá á ocupar un puesto de catedrático en la Escuela Central de Bellas Artes.

La solución del segundo litigio ha sido un verdadero descalabro para la justicia y la equidad. De nada ha servido que el reglamento, para los casos de provisión de cátedras por concurso, disponga que los catedráticos numerarios por oposición, en las Escuelas de Artes y Oficios de provincias, sean los primeros en el turno, ni que las medallas de oro se consideren como méritos superiores; había necesidad de complacer á persona de gran influencia, y después de largos debates en el seno de la sección del consejo, el pleno acordó proveer la vacante de la Central de Artes y Oficios en un ayudante de real orden, que hace diez y seis ó diez y siete años que viene sorteando toda oposición, en espera de una coyuntura por donde colarse de catedrático, lo mismo que se colara de ayudante. Verdad es que dicho ayudante no está de *non* en la Escuela con las condiciones citadas. De modo que con aquel acto de justicia y este de favoritismo, el Consejo de Instrucción pública ha ofrecido una de cal y otra de arena á la práctica en interpretar la ley con arreglo á equidad. Veremos si ahora, en el nuevo concurso que deberá abrirse muy pronto para proveer otra cátedra vacante, también en dicha Central de Artes y Oficios, el reglamento queda mejor parado.

***

Pocas son las noticias importantes que de los *salones* que en París deben abrirse al público en los primeros días del próximo mes de mayo, trae hasta ahora la prensa parisiense. Los maestros Carolus Durán, Gervais, y Juan Beraud, el celebérrimo pintor socialista, no exponen cuadro alguno; en cambio Puvis de Chavannes expondrá un gran lienzo de carácter decorativo, y cuadros importantes Roll y L'Hermitte. En el Palacio de Bellas Artes se destina á las obras del artista Carrié, muerto hace un año, una gran sala. Los cronistas de arte de París dicen que será dicha sala uno de los grandes atractivos de este año artístico, un verdadero «suceso.» Otro de los acontecimientos, según las probabilidades todas y los vaticinios, es el monumento sepulcral que exhibe el escultor M. Bartholomé. Las proporciones de la obra son colosales, y la cantidad de labor, así decorativa como estatuaria, es muy grande.

Por lo que respecta á la pintura, el número de paisajes con ó sin figuras no tiene límites. Por cierto que algunos de los títulos de esos paisajes parecen ideados en aquellos tiempos en que damas y galanes bebían vinagre, se dejaban crecer las melenas y las uñas y cantaban *Hernani* ó el *Atala;* prueba al canto: M. Jules Cayrón expone un paisaje que titula *¡La hora triste!* (¡ay!). En cuanto al Sena, como río de «inspiraciones,» los franceses lo consideran á la misma altura que los alemanes el Rhin; llevo contados ciento y pico de paisajes en los cuales figura el río que «parte por gala en dos» á París, y á dicho número debo añadir *Orillas del Sena*, de M. Voisard-Marguerie; *El Sena en Epinay*, de Pierre Pelletier, y *El Sena* (á secas – es un decir –), de M. Vollet.

Como ustedes ven, nada tienen que echarse en cara los artistas franceses y los españoles. Por allá en París el Sena, por acá en Madrid el Manzanares. Entre ríos y nieves *couchers* y *levers du soleil*, los paisajistas transpirenaicos prometen convertir ambos *salones* (Elíseos y Campo de Marte) en unos parajes de humedad insoportable; serán muy malsanos seguramente. El mismo Pelletier no puede resistir á la tentación de pintar la nieve, y pinta la *Isla Saint-Ouen* nevada; M. Aubertin *Efecto de nieve en los Alpes*, y por si esto no es suficiente, Paul Vogler expone cuarenta paisajes de nieve ó nevados – como ustedes gusten – en la sala Berheim, Rue Laffite. Todavía habrá gentes que renieguen del invierno.

Pero no desesperemos. En la próxima Exposición nacional también habrá muchos paisajes con ríos y nieves y árboles secos. V bien sabe Dios que no digo esto en tono de zumba, ni mucho menos. Me gusta la Naturaleza hasta el extremo de ser un adorador de ella; pero ¡ay!, ¡me la tratan tan mal los pintores!..

***

En esta temporada se ha desarrollado una afición laudabilísima á las conferencias sobre temas de arte, que ó mucho me equivoco, ó de aquí salimos todos unos estéticos y unos historiógrafos hechos y derechos. Anunció un amigo mío, de quien tienen noticias frecuentes los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA – y que se oculta lleno de rubor tras del seudónimo de *El Curioso impertinente* – una serie de conferencias de *Filosofía é Historia del Arte*, y cátate con que el señor obispo de Madrid-Alcalá, tomándole la delantera, da una – notable por cierto – también de *arte*, en el Fomento de las Artes; sigue á nuestro prelado el dicho *Curioso;* en seguidita D. Ramón Mélida comienza en el Ateneo otra serie de conferencias sobre el tema de la Historia de la Pintura española; poco después al Sr. Sentenach le vino en ganas echar su cuarto á espadas, y en efecto, lo echa desde la cátedra de la casa de la calle del Prado; no podía quedarse en el tintero el Sr. Parada y Santín, y nos explica cómo son los «querubines;» por cierto que este ilustrado catedrático de Anatomía de la Escuela superior de Pintura y Escultura es un iluminado, un vidente ó algo así, pues además de haberle sabido encontrar á nuestro padre Adán la filiación étnica y la antropológica, y lo mismo á Dios, ahora resulta que se la ha encontrado también á los individuos de las celestiales milicias, como hemos podido advertir en la notable conferencia á que acabo de referirme.

No menos interesante es el movimiento periodístico-artístico. Como quien no dice nada, tenemos en la actualidad en Madrid el *Mundo Artístico* (casualmente me he enterado de la existencia de este colega); *Historia* y *Arte*, publicación mensual de gran lujo; *El Boletín* del Círculo de Bellas Artes, y se anuncian otros varios periódicos con ilustraciones de toda «clase, género y hechura,» como dice un querido y respetable amigo mío. Pero no está para zampoñas el centeno; con tanto arte, el arte está atravesando un período de decadencia como no pueden imaginarlo ni los mismos artistas.

***

Las oposiciones á las pensiones en Roma van marchando á paso de tortuga. «Por fin» anteayer, día 11 de abril (salvo error), quedó ya despertada la incógnita del último ejercicio de escultura, el cual consiste en hacer una estatua. El asunto sacado á la suerte es *un gladiador herido*.

Yo entiendo que si el arte escultórico tiene su verdadera expresión en el desnudo, no por eso deben ir á Grecia ó á Roma los escultores en busca de motivos escultóricos, relegando á un lado la verdad. Porque solamente por milagro, por divina permisión, creo que un artista del siglo XIX (y casi pudiera decirse del XX) puede adivinar cosas y hechos de siglos tan distantes como lo están de este en que vivimos los de César Augusto ó de Nerón. Representar á un gladiador herido no es cosa fácil por lo que atañe á la expresión y al movimiento, ni mucho menos por lo que se refiere á un tipo que encarna, digámoslo así, toda una sociedad, cuyos defectos y cualidades, si nos los cuenta la historia, no los comprenden nuestro corazón ni nuestra alma. Para representar á un gladiador herido es menester una altísima educación estética é histórica; educación que no puede exigírsele al que hace oposiciones para ir á Roma á adquirir esa misma cultura; pues á buen seguro que si los aspirantes á las plazas de pensionados pudiesen trazar y sentir, con arreglo á las exigencias de la crítica moderna, figuras como la mencionada, no se tomarían la molestia de hacer unas oposiciones, además de difíciles, interminables, para ir á la ciudad de los Papas á vivir mezquinamente y allá en lo alto de *San Pietro in Montorio*, cual si fuesen frailes apartados de toda sociedad.

***

Hace pocos días leía yo en un periódico ciertas reticencias á propósito de lo que mi amigo el *Curioso impertinente* decía de los artistas franceses y de las condiciones creadoras del francés en esta rama intelectual. El aludido periódico (español), cual si mi querido amigo y compañero hubiese cometido un delito de lesa nación al afirmar que los franceses no tuvieron jamás escuela pictórica ni teatro nacional, hasta ha relativamente muy poco tiempo, y que aun ahora tampoco pueden considerarse como artistas originales, sale por los cerros de Ubeda, afirmando que ningún teatro hay de mayor virilidad, con mayor vida, con mayor cantidad de gracia, arte..., y ya no me acuerdo si decía que con mayor cantidad de vergüenza.

Como anillo al dedo, esto es, como contestación sin posible vuelta sobre el argumento, recomiendo al periódico español-francés á que me refiero que dé un ligero vistazo á la prensa francesa de estos días, *Fígaro* inclusive, á propósito de la idea emitida para erigir un teatro internacional en París durante la Exposición de 1900. Y verá el Sr. X cuán grande es la seguridad que en sus genios de dramaturgos, en sus grandes artísticas producciones, tienen desde Sardou y Dumas, hasta Halevy y Daudet. Como dice Lavedan, en París no puede admitirse ni Ibsen ni nadie; ni siquiera debió haberse tolerado que Echegaray fuese conocido en su *Gran Galeoto* en una sala particular de la gran capital, que por ironía llaman las gentes aún el *cerebro de Europa*.

R. BALSA DE LA VEGA



SEMBLANZA

En México se le llamaba *el maestro,* nombre que la juventud y aun los hombres que peinaban canas le prodigaban con cariñoso entusiasmo. Preguntábame yo el porqué del dictado y sentía verdadera curiosidad de conocer y ponerme al habla con el originalísimo escritor, que á juzgar por las diversas opiniones, era una individualidad digna de estudio, una palabra de gloria en los labios de sus conciudadanos.

No tardé en formar juicio por mí misma desde su primera visita y complacerme con el ameno trato de aquel ingenio, que tanto lustre ha dado á la literatura patria, atendiendo principalmente á que con su palabra conquistaba á unos é impulsaba á otros, formando el hermoso núcleo donde brillaron Justo Sierra, Guillermo Prieto, Alfredo Chavero, los hermanos Gonzalo y Roberto Esteva y más tarde el desgraciado poeta Manuel Acuña, Gustavo Baz, Juan de Dios Peza y muchos que hoy gozan de merecida fama, debida en primer lugar á su talento, pero también á los acertados consejos y á la sabia dirección del *maestro,* que era sencillo y bonachón á veces, cáustico otras, brillante siempre, fecundo en ideas, y por encima de todo esto, un crítico de alto vuelo profundamente ilustrado, y que si en la conversación familiar entretenía y cautivaba con chistosas ocurrencias, en público sus giros, sus frases, su manera fogosa y escogida, le reservaban un éxito ruidoso.

Los rasgos fisonómicos revelaban la pureza de la raza india, y de ello enorgullecióse Altamirano, añadiendo que era *sin mezcla;* psicológicamente corroboraba su origen; había en su carácter las fierezas selváticas del hombre de los bosques, la suspicacia de aquéllos, y á la vez la sencilla naturalidad, la franca disposición y la hospitalaria benevolencia.

Con estas cualidades se amalgamaban hermosas tendencias filosóficas, la noble abnegación, el desinterés propio en almas grandes y un patriotismo nunca desmentido.

Por último, para formarse idea exacta de aquella especialísima naturaleza, será preciso revestirla con austeridades catonianas que no siempre andaban de acuerdo con algunas vanidades pueriles y pequeñeces de niño mimado, impropias en quien tanto valía.

Verdad que en Altamirano los extremos se tocaban, y era muy frecuente verle pasar de la bondad más exquisita y delicada á la cólera repentina y temible.

La impresión se manifestaba rápida, fosforescente, borrascosa, y esto se palpa al leer algunos de sus artículos de costumbres, que encierran un pensamiento político y donde campea la sátira fina, punzadora, de esas que levantan ampollas y tempestades de rencores.

Lo virulento de aquellos escritos, que pudiéramos calificar como expansiones de ideas, se desarrollaba firme y resueltamente, con brillo y forma notable, reflejando al pensador de elevada intelectualidad, pero con garras y rugidos de león.

Es indudable que *el maestro* rendía culto y homenaje al grandioso principio de libertad, siendo por índole hostil á todo elemento extranjero, y no vacilaré en afirmar que sentía desvío invencible, lógico, dada su ascendencia, contra la raza invasora é imperante, y esto había sido transmitido de generación en generación.

Me sucedía con el mexicano insigne lo que suele acontecer cuando tropezamos de improviso con una obra maestra, sea de la creación, sea del arte. Me quedaba embelesada con su pasmosa verbosidad; electrizábame la palabra brillante, la voz sonora que atraía, impresionando hasta el punto de estarse largo espacio de tiempo pendiente de aquel cerebro privilegiado, derrochador de ideas, que desenvolvía con extraordinaria agudeza, vistiéndolas con detalles y colorido verdaderamente deliciosos.

Sus pupilas brillaban; su alma entera se asomaba á ellas, expresando todas las transiciones que allá en su mente sufrían los ideales, muchos de ellos destinados á caer en el olvido.

Porque *el maestro* era como el alquimista, gustábale reconcentrarse y crear en las soledades de su misterioso laboratorio; pensaba mucho; soñaba; desarrollaba el pensamiento, tenía singular placer en modelarlo, pulirlo con refinamientos artísticos y bosquejarlo con la palabra, dando carácter á cada uno de los personajes. Sus facultades estaban siempre en actividad; pero, por desgracia, Altamirano era indolente para el trabajo, y aquélla resultaba muchas veces estéril.

Sin embargo, sus dotes literarias revélanse en *Clemencia,* que manifiesta condiciones sobresalientes en la parte descriptiva, no menos que desde el punto de vista de los caracteres.

Allí está el hombre, en sus episodios, en sus poemitas en prosa, donde hay filigranas de primer orden y rebosa el ingenio, haciendo la lectura por extremo amena y entretenida.

Ha escrito pocos versos, ¿y para qué?; con tres composiciones, «Los naranjos,» «Las amapolas,» y la más bella, «Las abejas,» creía y con justicia tener derecho á ser considerado como poeta. Con la última bastaría, de no haber tenido tan alta fama con sus concienzudas críticas dramáticas. Ese es el pedestal glorioso *del maestro* donde se ven de relieve los estudios históricos; los gustos clásicos; el atinado criterio, descollando aquella habilidad analítica, pronta, precisa, razonada, certera.

Con ambición de medrar, hubiera sido á no dudarlo una notable figura política y militar, á más del escritor celebrado que fomentó con ahinco la literatura patria, sirviendo de estímulo poderoso, alentando, corrigiendo y señalando los defectos.

Luchaba con su poca fortuna, con la escasez, y vivía modestamente; pero en cambio el calor del aplauso, la constante compañía de sus amigos, era su atmósfera propia y sin ella no podía vivir.

«Altamirano – decía uno de sus más íntimos y alta entidad política – necesita las brisas de esta tierra; y desengáñese usted, que si como creo hace su viaje á Europa, no le volveremos á ver: morirá allá.»

Dos años después llegó á Barcelona, con el cargo de cónsul general de México, y no olvidaré jamás aquella primera entrevista. Nada había perdido de su vigor intelectual. En esa tarde habló de sus impresiones de viaje: argumentó con vehemencia; sus ojos negros y expresivos chispeaban, y como un torrente salieron las palabras de su boca abundantes en chistes y en agudezas. Estuvo alegre y lleno de esperanzas.

Pero sobrevino una enfermedad; tras de ella asomaron la tristeza, el desencanto y la nostalgia. Altamirano decaía; tornábase taciturno; se ahogaba. No era su centro; como recién llegado, no tenía un círculo entusiasta que le admirase, le aplaudiera y le acompañara.

Pidió ser trasladado á París, permutando en el consulado con su amigo, compañero y compatriota don Manuel Payno.

«Me encuentro en mi elemento, escribía; y á pesar del frío, siento que estoy más aliviado.»

Su llegada produjo entusiasmo, y en los círculos hispano-americanos fué un meteoro.

El rumor de los elogios, la influencia de las simpatías le devolvieron su vivacidad y su elocuente *charla.*

Pero tuvo la duración de un relámpago; los destellos, aunque vivísimos, fugaces, de la luz próxima á extinguirse.

Estaba herido de muerte, no sólo por la dolencia crónica que cada día iba en aumento y que ya no le daba tregua ni descanso, sino también por los pesares, por las estrecheces y las decepciones, no contando con otra causa, para mí principal y que influía notoriamente en el espíritu y en la salud de Altamirano: el frío, el invierno, lo lejano de la patria, la aspiración de tener á su lado á los amigos de toda la vida, y por último la falta del sol, el cielo y el clima templado de México; todo esto he creído que fueron motivos especiales y poderosos auxiliares para el recrudecimiento de la enfermedad y la decadencia de ánimo, que hasta entonces se había sobrepuesto valerosamente á las contrariedades de la suerte.

Y sin embargo, estudiando el artístico retrato hecho en París por los hermanos Torres, nada anuncia la próxima y fatal solución.

El *maestro* está hablando, como suele decirse. Hay luz, hay vida en la mirada meditativa y absorta; el semblante no revela, no, los sufrimientos, ni las torturas morales y físicas.

El espíritu alienta allí. La frente serena, la cabeza erguida reflejan la labor de observación y la plenitud de las facultades vigorosas.

Sólo en el conjunto se observa como una tenue nube de tristeza; el pensamiento que divaga y se pierde en lo infinito.

En todos sus detalles es un retrato admirable y de un parecido extraordinario.

Ya por entonces bullía sin duda en el cerebro la idea de abandonar á París, de huir del clima húmedo y glacial en el invierno. Probablemente soñaba con pasar los Alpes y saturarse con oxígeno puro y vivificador.

Realizó su deseo. Fué á Italia buscando atmósfera suave, sol ardiente, brisas cálidas, pintorescas perspectivas, que operasen cambio favorable en su organismo abatido y enfermo.

Su mayor empeño y aliciente era recobrar el vigor necesario para corresponder á los deseos de sus amigos que trabajaban en México, para asegurarle una posición tranquila que le permitiese ver á su valle mexicano y morir entre los suyos más bien que en suelo extranjero, acompañado únicamente por la esposa, que amantísima compartía sus pesares y le cuidaba con cariñoso afán.

Por fin se apagó aquel entendimiento nada común, aquella inteligencia fogosa, dotada pródigamente y que ejerciera tan favorable influjo en las letras mexicanas.

¿Añadiremos en este imperfecto bosquejo que Altamirano murió pobre?

¿Y cómo extrañarlo?

¿Acaso la riqueza fraternizó nunca con el genio?

LA BARONESA DE WILSON

Barcelona, febrero de 1895

PARA MAYO

¡Oh! ¡Cuál vamos á ser felices todos!
¡Lo que se va á perder el que se muera!
(El Padre Cobos, 1855)

Se nos aguó del todo la fiesta del carnaval; pero á pesar de eso, y quizá por eso, estamos ya disponiéndonos para las fiestas del Santo Isidro... ¡Quiera Dios que no se nos agüen como la otra!; lo cual

«dura cosa será, pero posible;»

pues eso de que llueva por San Isidro es cosa á que ya estamos acostumbrados los habitantes de Madrid *é islas adyacentes.*

A bien que los de esta bendita tierra no nos asustamos por unas gotas de agua más ó menos, y para esos días del susodicho mayo tenemos ya en proyecto muchos festejos, muchos. Vayan ustedes contando:

Primero: Gran *Diana*, ó *diana* con minúscula, para evitar que al *Santo patrón* de la villa y corte disguste el sabor mitológico de este número del programa.

Segundo: Corridas de toros, grandes también, por de contado. Este número no podía faltar; es una parte de la solemnidad que se impone á los organizadores.

Tercero: *Carreras de caballos* – también grandes; los caballos y las carreras: – esto ya no es tan de la tierra como lo anterior; pero al cabo, ya que tenemos ahí el hipódromo muerto de risa...

Cuarto: Idem de velocípedos – donde dice ídem léase carreras. – De la *bicicleta* no podíamos prescindir en este momento histórico. Hay quien supone que *esto matará á aquello*, como decía Claudio Frollo; es decir, que el velocípedo anulará al caballo; no lo creo, por supuesto; pero me resigno y sucumbo á la ley de las mayorías; por hoy, así como antes se repetía lo de «no hay función sin tarasca,» debemos decir: no hay festejos sin bicicleta.

Quinto: No matar; digo, fuegos artificiales. Esto de los castillitos de pólvora es ya un tantico pasado de moda; pero, sin duda, se quiere que haya para todos los gustos, y los circulitos brilladores y los cohetes con ruido divierten mucho todavía á las buenas gentes de Alcorcón y de Húmera y de Fuenlabrada.

Sexto: Misa de campaña; eso es, de campaña y de campiña, á fin de que aparezcan unidos, en feliz consorcio, el fervor religioso y el amor á la naturaleza.

Séptimo: Procesión religiosa; entiéndase bien, religiosa; no vaya á entenderse que se trata de una procesión cívica como la del día dos de Mayo ó de una manifestación socialista como la del primero del mismo mes. Después de la misa de campaña, la procesión, y cumplidos estos deberes de conciencia cristiana... ¡á divertirse!

Octavo: Cucañas en la Pradera de San Isidro. Está muy bien pensado que sean en la pradera, donde desde tiempo inmemorial se celebra la romería, porque de ese modo los vendedores de *torraos* y pasas, los *rosquilleros* descendientes de la verdadera tía Javiera, los comerciantes en frasquitos de licores finos, si no han encontrado en su negocio mercantil las ganancias legítimas que esperaban, podrán, sin perder de vista su mercancía, optar al premio de las cucañas.

Noveno: *Carrousel.* ¡Carrousel!, ¡carrousel! Esto no es cosa de mi tierra; sin embargo, no voy á rechazarlo por eso. No sé lo que es, no, señor; pero puede que sea muy bonito. Me parece que hace ya cosa de *dos mil* años (y un pico..., un pico muy grande) que los griegos tenían algo parecido á eso; aunque no le llamaban *carrousel.* En aquellos juegos, que eran, poco más, poco menos, lo que son ahora las carreras de caballos (con añadidura de carros), no era necesaria la asistencia personal del propietario. De Alcibiades cuentan que en cierta ocasión hizo correr en nombre suyo media docena de carros; como ahora los amos de caballos de carrera ganan los premios obtenidos por sus *jokeys* ó como eso se diga.

Décimo: Carreras de cintas. Y seguimos con las carreras. ¡Quiera Dios que no se les ocurra á nuestros concejales pensar en darnos una carrera de baquetas; pues si lo discurren, nos la dan, como dos y tres son cinco!

Undécimo: Certamen musical; eso es bueno, porque si

«la música á las fieras domestica,»

es posible que este certamen ablande el corazón de los panaderos, que ya están pensando en subir el pan... ¡Ay! ¡Y si se contentasen con pensarlo!..

Duodécimo: Juegos florales en el *teatro Español.* Esto de que los juegos florales sean en el *teatro Español* y no en otra parte, consiste en que los señores del ayuntamiento quieren lucir las mejoras introducidas en su *coliseo.*

Décimotercero: Batalla de flores. Supongo que esa batalla no podrá ser en el teatro Español.

Décimocuarto: Regatas – y añade el autor del programa – *en el estanque;* añadidura ociosa, pues ya suponíamos todos que no podrían verificarse en la Puerta del Sol.

Décimoquinto: Retreta militar, grande como la diana y las corridas de toros.

Décimosexto: Baile en el *teatro Real*, grande también, eso por sabido se calla y lo callan los organizadores.

Décimoséptimo: Cabalgata (grande, no se olvide esto) de la industria y del comercio.

Décimooctavo: *Gran* exposición de bellas artes.

Décimonono: Gran exposición de flores y plantas.

Vigésimo: Visita á los Museos; gran visita, se entiende, aunque no lo rece el programa.

Vigésimo primero: Otra visita, grande, á la Casa de Campo...

Y otras visitas de más ó menos cumplido á la Armería Real, á las Caballerizas Reales, al Palacio Real, etc., etc., porque los restantes números se reducen ya al visiteo; y hay muchos á quienes, como á mí, les molestan las visitas.

Prescindiendo, no obstante, de esta última parte del programa propuesto, todo lo demás seduce verdaderamente.

Compréndese así que veamos en los diarios madrileños noticias como la siguiente:

«Con motivo de organizarse diferentes y nuevos festejos para el próximo mes de mayo, varios estudiantes han acordado crear una estudiantina, compuesta á lo menos de cien individuos, que tomará parte en las fiestas que se verifiquen.»

Ahí tienen ustedes un centenar de escolares que han encontrado una manera ingeniosa de prepararse alegremente para los exámenes de junio.

A. Sánchez Pérez

Posdata. ¡Después de escrito lo anterior, hemos estrenado alcalde; pero todo hace presumir que en lo de festejar á San Isidro perseveramos.

EL TÍO DE INDIAS

I

Harto de oir hablar de grandezas en Indias y más harto aún de pasarse los días de sol á sol cumpliendo el precepto divino de regar la tierra con el sudor de su frente, Marcelo se decidió á figurar en las levas de emigrantes que para desgracia nuestra merman las costas cantábricas.

Días antes de abandonar el terruño experimentó el mozo vago malestar que le obligaba á poner la cara lánguida y tristona: que para quien nunca creyó que el mundo pudiera extenderse más allá de las queridas montañas del valle natal, es doloroso y estupendo el transponerlas y dejar, tal vez para siempre, amigos y deudos... ¡Perder el aire del terruño que vivifica el corazón, es perderlo todo!..

La marcha resultaba para el mozo mucho más triste porque en la última entrevista que tuvo con Pilar, su novia, habíale dicho ésta al oído una de esas cosas que obligan á poner la cara seria aun al hombre más irreflexivo.

Marcelo, después de recobrarse de su natural, sorpresa, no supo decirle á Pilar más que

– ¿Tienes fe en mí?..

– ¡Como en mí propia!, afirmó la joven sin vacilar.

– ¿Esperarás que vuelva?..

– Aunque tardes un siglo, pero ¿y si no vuelves?..

– ¡Volveré!, dijo resueltamente el mozo, como si en lo por venir pudiera leer un feliz regreso.

– ¡Por Dios, Marcelo, no me olvides!.. Siquiera por...

Y la pobre muchacha no pudo terminar la frase, porque las lágrimas la ahogaban de pena.

Marcelo replicó solemnemente:

– ¡Te lo juro!

Y con sólo estas palabras despidiéronse los novios.

II

Barco que hace su derrotero por el mar de la fortuna, es innegable que siempre tiene viento próspero.

Al cabo de unos cuantos años de estancia en América, realizó Marcelo mayor caudal que el que su pobre fantasía anhelara, tanto que, empujado por una nostalgia tristona del terruño, decidió volver á él y realizar el sueño dorado de su vida: el que los de la aldea le vieran á él, el pobretuco destripaterrones, convertido en un señorón que vestía á lo duque y llevaba sortijones de brillantes y al pecho tremenda cadena y dijes de oro: propiamente un muestrario de joyería.

Y tal como lo pensó, lo hizo.

Marcelo desembarcó en las suspiradas playas de la madre patria una tarde de otoño, templada y suave.

III

Esperaba la visita y la temía.

– ¿Qué se habría hecho de Pilar?.. Al principio escribiéronse los novios asiduamente; luego él, ciego en la lucha por la existencia, comenzó á empalagarse de los dulzores, aún saturados de olor á manzana fresca, que contenían las misivas. Dejó de contestar á una carta, luego á otra y otra y diez más. Y aquí acabó el cuento.

O debía de haberse muerto la muchacha, ó bien, á pesar de «aquello,» habría encontrado alguno del lugar que apechugase con ella: cosa después de todo no tan extraordinaria, porque á mujer guapa y hacendosa pocas habría que la igualasen.

Esta sería la mejor solución para el «indiano;» el cual, y no favorece mucho al héroe de nuestra historia lo que sigue, al verse rico, empezó á sentir flaquear el afecto que profesaba á su prometida, afecto que él creía inmutable. Se sintió en la ardiente América más despierto á percibir otras sensaciones para él casi desconocidas, á disfrutar sibaríticamente de la vida: cotejó á su Pilar con aquellas señoritas que á diario entraban á comprar en su establecimiento, y halló á las tales dignas de ser colocadas en retablos y á la montañesuca terriblemente fea y bastota: no sabía hablar, no entendía ni jota de los pulidos remilgos que eran el mejor encanto del señorío. A veces la conciencia le atraía al joven por el sendero que olvidaba... «¿Y si era cierta la noticia?..» Este era el punto difícil... Quedábase pensativo un momento, y luego... otra vez á soñar con las señoritas aquellas que hablaban de París como de su propia casa, de las últimas modas y de los últimos escándalos galantes, con charla alegre, picaresca, siempre encantadora... «Y ¿por qué yo en mi tierra no me he de casar con una señorita así parecida?..,» se preguntaba Marcelo.

Y suspirando, seguía el soliloquio:

«Lo peor es lo de Pilar... Lo que menos pensará es en casarse conmigo... Si se muestra inconveniente, ya sabré yo salir del paso. Voy allá á ver á mi gente y á verla á «ella.» ¿Que llora y se desespera y me llama esto y lo otro y lo de más allá?.. ¡Está bien!.. Yo erre que erre... La doy unas cuantas onzas y... punto concluído. La conciencia tranquila, y á vivir y á gozar de lo que tantos sudores me ha costado; á ver más mundo, y allí donde encuentre una de esas señoritas tan guapas, tan bien educadas, tan elegantes y ricas, me caso, ¡vaya si me caso! Mi figura todavía es aceptable.»

Y añadía al monólogo una sonrisa de íntima satisfacción. . . . .

Al ver entrar en su casa á Pilar, seguida de una muchachita como de ocho años, guapa y ataviada con los trapitos de los días de fiesta, Marcelo se vió asaltado por repentino ahogo que le obligó á saludar torpemente á su prometida.

Ésta, al verle tan señor, con muchas sortijas en los dedos y mucha cadena de oro pendiente del chaleco, quedóse indecisa un momento, y dando rienda suelta á las lágrimas que revelaban la alegre emoción suya de volver á encontrarse con el que ya creía para siempre perdido, fuésele acercando hasta que sus brazos enlazaron el cuello del de Indias que, ¡gran mastuerzo!, permanecía como atontado, mira que te mira á la chicuela, la cual más atenta estaba á contemplarse las puntas de los zapatos nuevos que á aquel señor con cara de color de membrillo.

Extrañada del frío recibimiento y estúpida perplejidad de su novio, Pilar, desapartándose de sus brazos, le dijo con acento de dulce reconvención:

– Pero, hombre, ¿qué tienes?.. ¡Ni siquiera das un beso á nuestra hija!..

– ¿Nuestra hija?, repitió el de Indias.

– Sí, nuestra hija, afirmó Pilar abriendo mucho los ojos, como si quisiese cerciorarse mejor de que su Marcelo era el que tal sinrazón le preguntaba.

Después, rápida como el pensamiento, cogió á la niña por la cintura, la levantó en alto hasta nivelar su cabecita orlada de rubia cabellera con la muy crespa del indiano.

– ¡Bésala!, le ordenó con acento intraducible.

El hombre obedeció como un autómata, tartamudeando:

– ¡Es... muy... guapa!

– ¡Como un sol!, replicó Pilar, reflejándose en sus ojos una mirada de agradecimiento. ¡Mírala bien Marcelo!.. ¡Es tu vivo retrato!..

– Sí.., sí.., gruñó el ricacho.

Y como si le disgustara el sesgo sentimental de la conversación, murmuró:

– Tenemos que hablar, Pilar.

– A eso he venido.

Aprovechándose Mari, la niña, de que nadie se ocupaba de ella, se acercó á una mesita sobre la que se veía una porción de objetos americanos.

Sentáronse frente á frente los dos novios: Marcelo, sin saber cómo empezar el discurso que durante la travesía preparóse, jugueteaba con la leontina de oro; Pilar, sin atreverse á romper el angustioso silencio que reinaba en la habitación, miraba á su hija.

– Oye, mujer, comenzó diciendo el indiano con voz tartajosa sin levantar la vista del suelo, he pensado que nuestra situación es..., vamos, ¿cómo te diría yo?.. Anormal. Eso es; anormal.

– ¿Y qué quieres decirme con eso?..

– Pues... verás... Yo no sé cómo hacerte ver que las circunstancias nuestras..., nuestras circunstancias han cambiado mucho.

– ¡Y tanto!, suspiró Pilar. Tú pareces un rey y yo sigo siendo una *probe*...

– ¡Ahí no le duele precisamente; pero... no es que yo te desprecie, ¡eso no, mujer!, exclamó Marcelo, á quien el demonio de la soberbia hacía hablar. Lo que hay es que, rodando por el mundo, se aprenden muchas cosas y se cambian los gustos, y lo que antes nos parecía blanco resulta después negro... y viceversa.

– No sé á qué vienen esos amenes... Tú te explicarás.

– Pues... muy fácil.

Marcelo tosió reciamente, se estiró los puños de la camisa á estilo de orador tribunicio, y accionando como si llevara con las manos el compás de una orquesta, dijo recalcando mucho la frase:

– Poco á poco se anda el camino, y yo así hago todas las cosas, despacio, pensándolo mucho antes..., viendo el pro y el contra del negocio... Gracias á esto, he podido reunir unos cuantos miles de duros.. ¡A costa de muchos trabajos, mujer: no creas que por estarme mano sobre mano!.. Y á Dios gracias, que muchos pasan el charco y allá abajo quedan hechos unos pobres, sin tener donde caerse muertos... Bueno, pues.. muchas veces he pensado en ti... y en lo demás (dijo esto último como quien confiesa un crimen), y me he dicho: «¡Hombre, si la suerte me ayudara, pues... podría hacer feliz á Pilar!..» Volvía al pueblo y la decía: «Ya soy rico. No te faltará nada..»

– Lo que yo he querido siempre, Marcelo, es que volvieras... *Probe* ó rico: me es igual. Ya estás aquí y aún no te he preguntado si venías hecho un «indiano» ó tan pobretuco como cuando nos conocimos.

– ¡Verdad! Ya sé yo que tú no eres interesada... Y así me gustan á mí las personas... Pero nunca está demás el dinero y...

– Bueno; no hablemos de eso, interrumpió con frialdad la joven.

Marcelo quedóse un poco parado.

– De algo hemos de hablar, observó. Y bajando más el tono, dijo: como ya te he advertido, han variado mucho las circunstancias, y si vengo al pueblo es sólo por ti...

– ¡Gracias, Marcelo, gracias!, exclamó Pilar húmedos los ojos.

Y como un torrente que se desborda, con acento infinitamente pasional continuó:

– ¡Nunca dudé yo de tus palabras!.. Siempre me he dicho: «Marcelo es bueno. Volverá.» Y le pedía á la Virgen que te protegiese. Cuando supe que volvías, lloré mucho, muchísimo... ¡De alegría, Marcelo!.. No porque vengas á casarte conmigo ni porque seas rico... Por nada de esto... Por esa pobretuca niña...

Y le señalaba á Mari.



Entre palomas, cuadro de Egisto Lancerotto

Marcelo, que desde el comienzo de esta escena, se mostraba visiblemente contrariado, murmuró secamente, como quien desea acabar pronto un asunto enojoso:

– He venido para despedirme de ti...

Pilar, estupefacta, miró como loca al de Indias.

– ¿Vuelves otra vez allá?.. ¿Solo?..

Marcelo movió afirmativamente la cabeza.

– ¿Es decir, que nos abandonas otra vez?

– Yo lo siento, pero...

– No sigas, le interrumpió Pilar levantándose con aire resuelto. Ya sé adónde van tus palabras... ¿A qué te traes esas retóricas conmigo?.. Para ti soy yo una pobretona, un trapo... ¡Sí! ¡Eso es, hombre, la verdad! Y... cuando me pediste relaciones, ¿qué eras tú, Marcelo?.. Tan cascanueces como yo, tan pobretuco ó más que yo.

Y sobreponiéndose al llanto pronto á desbordarse, terminó con frase de rabiosa desesperación:

– ¡Márchate!.. Dios no me ha abandonado hasta aquí... ¡Vete!..

– ¡Terminemos!, gruñó el de Indias. No sé á qué vienen esos desplantes. Creo que dejándote el dinero suficiente...

– ¡Yo no necesito nada tuyo!.. ¡No lo he necesitado nunca!.., replicó con hermosa entereza la mujer, avanzando hacia el hombre, que retrocedía paso á paso, espantado de la actitud trágica de Pilar. ¿O te crees tú que con unas cuantas onzas reparas el daño que nos has hecho á mi hija y á mí?.. No, no quería más que tu cariño... Tu dinero, ¡no! Te lo guardas, hombre... Amor con amor se paga y el cariño con el cariño... El que yo te admitiese ahora tus ochavos sería una venta... Y yo, tú lo sabes muy bien, ¡no me vendo!..

Y dirigiéndose á la niña, que con sus grandes ojos azules contemplaba azorada la escena, la cogió en brazos y salió de la estancia, fulminando sobre el indiano una mirada de suprema indignación mientras que sus labios exclamaban como un anatema:

– ¡Mal hombre!..

IV

. . . .

Recortábanse en caprichosa greca de sombra, sobre los claros de luna que había en las silenciosas calles de la aldea, los salientes de los tejados.

Como eco de misteriosa plegaria, llegaba el rumor de los millares de hojas del bosque vecino al ser movidas por el viento gallego.

Entró en la calle mayor del pueblo un hombre ya de edad, vestido á uso de gente rica, y después de cerciorarse de que nadie le veía, se arrimó á una de las ventanas de cierta casita de paredes terrosas que había al promedio de la empingorotada calleja.

A través de las entornadas maderas, el hombre pudo sorprender un cuadro apacible, digno del pincel de un Tenniers: era el interior de la habitación una cocina de pueblo, vivamente iluminada por los rojizos resplandores del fuego que ardía en el lar. Sobre las ahumadas paredes veíanse varios aperos de labranza. La luz de un candil, colgado su garabato á la repisa de la chimenea, parecía una estrella en un cielo cárdeno.

Dos mujeres, una de ellas guapa y joven, trajinaban disponiendo la mesa para la cena: un hombre, labrador á juzgar por sus trazas, encontrábase sentado en un taburete cerca del fuego, fumando solemnemente una pipa; oíase el clo, clo, producido por el hervor de los pucheros y el sonar de los cubiertos de estaño al chocar contra la vajilla ordinaria del servicio.

Después de ver el cuadro, quedóse el incógnito personaje indeciso.

Fué corta su indecisión; cruzó por frente á la ventana y se detuvo delante de la puerta de entrada á la casa.

Golpeó con el bastón la madera.

– ¿Quién va?, preguntó con firmeza una voz fresca y juvenil.

– ¡Gente de paz!, replicó el que llamaba.

Fuéle franqueada la puerta, y el hombre, seguido de la mujer joven, penetró en la cocina.

La luz de la llama daba de lleno sobre el rostro pálido y demacrado del huésped: leíase en él una melancólica tristeza.

– ¡Marcelo!, gritó la más vieja de las dos mujeres, acercándose al hombre.

– ¡Pilar!, exclamó Marcelo, que él era el misterioso rondador.

La joven acercóse mientras al de la pipa, y en voz baja le dijo al oído unas cuantas palabras.

– No me habías reconocido, ¿verdad, Pilar?, preguntó con deje amargo el de Indias. No me extraña, quince años de ausencia son lo suficiente para olvidarse...

– No, Marcelo, yo nunca te he olvidado, dijo con acento de reconvención Pilar.

Y señalándole el grupo que formaban los jóvenes, añadió:

– Pregúntaselo, si quieres, á tu hija.

Marcelo, emocionado, tendió los brazos y en ellos se precipitó Mari.

El hombre de la pipa tenía lágrimas en los ojos.

– ¡Abraza también á ese!.., siguió diciendo Pilar al de Indias, empujándole suavemente hacia el joven. Es también tu hijo: el esposo de Mari...

V

Marcelo comenzó así su relato:

«Vuelvo á vosotros como volvió á su casa el hijo pródigo... El demonio del orgullo, ¡qué graves daños acarrea!... Tardío es mi arrepentimiento; pero si Dios es servido, intentaré reparar en algo el mucho mal que os he hecho.»

Marcelo hizo una pausa, y tendiendo una mirada cariñosa hacia las dos mujeres y el hombre que le escuchaban, sin apartar de él ni siquiera un segundo los ojos, continuó:

«Al verme rico creí que hallaría la felicidad, no aquí Pilar, en apacible vida contigo, sino allá, en la corte, con alguna de aquellas señoritas tras de las que se me iban los ojos en mis mocedades... Llegué á Madrid, dándome tonos de príncipe y queriendo alternar con el señorío, sin caer en la cuenta, ¡ciego!, de lo ridículo de mi pretensión, porque hay necesidad de haber vivido mucho tiempo en los salones para poder apreciar los escollos, los peligros y las burlas á que frecuentemente se halla expuesto cualquier advenedizo acaudalado que en los mismos quiere lucirse.

»En una de tantas reuniones á las que era invitado, gracias á los amigotes que me proporcioné á costa de mi dinero, fuí presentado á una señorita joven, bellísima, rica... según las gentes, mejor de lo que yo anhelara para realizar mis sueños de oro... La hice el amor, pareció no disgustarle el ser la señora del «Tío de Indias,» como burlonamente me denominaban en el mundo elegante, y nos casamos, regiamente, según pintaba la boda en una revista un periodista amigo mío.

»La vanidad de ser el dueño de una mujer que era el encanto de los salones de la buena sociedad, no me hizo ver que la fama de sus caudales... era sólo fama, nada más, ni advertí hasta muchos años después lo peligroso de mi enlace con una joven astuta, voluble, coqueta y soñando siempre en eclipsar con sus fastuosidades al mundo entero... Yo padecí mucho, pero callé. Se me prohibía hacer ninguna advertencia: ¡harto satisfecho debía estar con poseer la estrella de los salones!.. Además, como un sambenito pesaba sobre mí lo humildísimo de mi origen... ¡Ah, Pilar! ¡Cuántas veces, mordido el ánimo por los celos, tanto más rabiosos cuanto más impotentes, hastiado de la agitada vida de placeres para la que yo no servía, recordaba mi mocedad: ¡cuando tú y yo éramos tan felices con tan poco, en las romerías del valle, gastándonos nuestro peculio: un puñado de ochavos en avellanas!.. ¡Cuánto daría yo ahora por haber detenido el curso del tiempo en el punto y hora en que nos conocimos!..»

Pilar interrumpió al narrador, diciéndole:

– ¡Esperaba yo esto, hombre!.. ¡Que algún día volvieses arrepentido á la montaña!.. Y en esta esperanza te he permanecido toda la vida fiel.

– ¡Gracias, Pilar!.., replicó Marcelo; pero estaba de Dios que tenía que representar hasta el fin mi papel de tío de Indias. Ha sido escandalosamente explotada mi candidez por los que se llamaban mis amigos: así me arruinaban... Mi mujer murió hace tres años. ¡Dios la haya perdonado!.. El tiempo que malgasté en la corte pesa sobre mí como plomo. He llegado á adquirir el convencimiento de que la paz reina en la aldea para los que en ella nacimos, de que la ventura debe buscarse en la mujer amante, aunque no vista sedas ni sepa deslumbrar á nadie con el brillo de costosa pedrería... Al verme solo, aunque tenía aquí una familia para el mundo ignorada, temiendo morir entre extraños, temblando de frío en mi dorada soledad, Dios me inspiró á que encaminase mis pasos al punto de donde nunca debí apartarlos... Y ante vosotros tenéis al tío de Indias, gran culpable, que os pide perdón y un puesto á vuestro lado; que le dediquéis un poco de cariño que amortigüe el helamiento de alma que el aire cortesano le ha producido... ¿Me lo negaréis?..

Y dirigió á su auditorio una ansiosa mirada.

Mari y Pilar rodearon con sus brazos á aquel tío de Indias, que entonces, por vez primera en su vida, lloraba de felicidad...

ALEJANDRO LARRUBIERA

AMOR ACÚSTICO

Ya no cabía dudarlo... El Sr. Petter cesó de tocar, colocó en el reborde del atril su flauta y empezó á pasearse por el estudio. El maldito violín del vecino entonaba *La Marsellesa*. Ni una vez se ponía el profesor alemán á ensayar, sin que acto continuo el violín consabido le respondiera con los célebres acordes de Rouget de Lisle.

El violín sonaba al otro lado de una pared que deslindaba los patios de las casas de ambos músicos. Desde la ventana de Petter no se veían más que los balcones del tercero de la casa del violinista, que ocupaba el bajo; y por esta razón, el maestro de flauta, aunque le creía francés, no le había visto nunca; juzgaba la nacionalidad de su burlador por patriotismo: aquello de oponer siempre la música más popular de Francia á la música mejor de Alemania tenía algo de odio hacia la última, algo de reto sistemático, imposible en otro que un francés.

Y respecto á que el violín aludía al Sr. Petter, éste poseía ya seguridad completa. Lo había comprobado de mil diferentes modos en los treinta ó cuarenta días que contaba de duración el extraño desafío lírico. Si deseaba escuchar el himno revolucionario, bastábale tocar algo de Wagner ó de Weber..., al punto *La Marsellesa* caía sobre él por cima de la tapia como una pedrea de insultantes notas, y tras ella imitaba el violinista, en su odioso instrumento, una carcajada larga, impregnada con habilidad excepcional de toda la *écrassante plaisanterie* de un parisiense.

Sabido lo anterior, júzguese cuál fué la rabia del Sr. Petter oyendo *La Marsellesa*. Escuchábala aquella tarde rechinando los dientes, en el colmo de la desesperación. ¡Y qué manera de tocar! ¡Vaya un retintín el del instrumento endiablado! El flautista seguía paseando por su estudio á grandes zancadas, con las manos en los bolsillos y los ojos muy abiertos... ¡Por descargar un puñetazo en las muelas del vecino, hubiera sido capaz de dar... la Alsacia y la Lorena!

Al cabo de buen rato terminó su música el violinista; pero ¡oh furor!, terminó... con la carcajada larga, tan bien imitada, repetida varias veces en *crescendo* progresivo; carcajada irresistible, cínica, insolente más que lo más del mundo; carcajada que de manera tal puso trémulo á Herr Petter, que, lanzándose al atril, tomó la flauta y sopló en ella como el fuelle en una fragua, dando á la vez grandes patadas en un mueble para acompañarse con estrépito la marcha imperial alemana. Pero esto no le pareció bastante ruido: tiró la flauta, golpeó furioso una cómoda con pies y manos, y se puso á cantar con un vozarrón inverosímil, equivalente, lo menos, al de diez cabreros. El francés, comprendiendo que ganaba la batalla y que le faltaba poco para destrozar al adversario, reanudó su *Marsellesa*, pero con calma, con majestuosa serenidad, y la cantó con una extensa y pura voz de tenor que penetraba y se sobreponía á los destemplados gritos de Petter...

El cual, hecho una fiera, disparó por lo alto de la tapia una botella de cerveza.

Al poco chocó y se rompió contra la pared de su ventana otra botella vacía.

– ¡El vino francés!, rugió Petter.

En efecto, era de Champagne. ¡Bien hubiese esto indicado que el vecino era francés, si ya no bastaran aquellas significativas frases del canto de la armada del Rhin! ¡La última estrofa! ¡Siempre la última estrofa!

... Nous aurons le sublime orgueil
de les venger ou de les suivre...

¿Podía decir algo más terrible y patriótico un francés á un germano?

El flautista se enardecía, pateaba de rabia. Cogió una partitura de Gounod y se la arrojó al violinista. Al mismo tiempo que una segunda botella apareció del lado contrario por los aires, viniendo á estrellarse en el marco de la ventana, él balanceaba el atril en una mano y un libro de Suppé en la otra para lanzarlos...

Pero se detuvo de improviso.

Un tercer instrumento y una nueva voz tomaban parte en la lucha. Eran un piano y una voz que bajaba del cielo, á juzgar por su dulzura; el acento argentado de una mujer hermosísima, de la vecina del tercero de la casa del francés, cuyos balcones divisaba Petter. Semejaba el cántico entonado por un ángel de paz sobre los desaforados músicos; y en efecto, cortó como por obra de magia las hostilidades.

L' incantator della montagna...

¡Oh! ¡Italiano! Nación amiga. ¡Romanza de Meyerbeer, de un alemán!.. Petter, en la posición algo



Occidente, cuadro de M. Barbasán



Oriente, cuadro de M. Barbasán

forzada en que le tomó la sorpresa, permaneció escuchando extasiado la voz de la seductora vecina; es decir, de aquella mujer que debía de ser seductora, tan rodeada de misterio, tan invisible, á la que, por uno de esos empeños de las almas de artista, amaba con seguridad, aunque las verdes persianas del balcón jamás se habían alzado para descubrirla.

Como buen músico, Petter era sentimental; y mecida su imaginación en el fugaz y lánguido encanto de aquella voz adorable, entre las notas aéreas había románticamente vislumbrado un rostro célico, una cabellera rubia, una esclava ideal que sufría tal vez los caprichos de un marido tirano y celoso (que no á otro pertenecía sin duda una voz de hombre que solía escucharse también acompañada del piano). ¿Qué importaba, pues, no verla nunca? Al amor no se le ve, se le siente...

En esto iban las ideas del Sr. Petter, cuando la vecina interrumpió con volubles jugueteos y arpegios la romanza de *Dinorah*, pasando á tocar otra cosa.

¡Cielos! Petter se entusiasmaba. ¡Nada menos que



Otoño cuadro de Nicolás Raurich



ABNEGACIÓN, cuadro de José Cusachs (Salón Parés)



LA NOCHEBUENA EN NAPOLES, cuadro de **V.** Irolli



POMPAS DE JABÓN, cuadro de Egisto Lancerotto

un trozo de la tanda de walses compuesta y publicada por él mismo! Nunca le parecieron tan brillantes. No pudiendo resistir á súbita tentación, soltó el atril y el libro, que todavía conservaba en las manos, fué á por su flauta y se puso á hacer el dúo y una porción de genuflexiones, de puro sentir la música. Delectación amante, voladora armonía de dos almas uniéndose en el espacio azul... Mas no había transcurrido un cuarto de minuto, cuando el francés rasgó bruscamente el enamorado concierto, entonando á toda máquina *La Marsellesa*. Su violín chillaba; sus notas eran una espantosa gritería...

He aquí los movimientos que ejecutó el alemán, con la precisión de un hombre de muelles: separó de la boca la flauta, abrió mucho los ojos y dió un paso atrás, luego dió un paso adelante y se descargó en la calva un puñetazo. Esto significaba una sorpresa y una reflexión como un relámpago:

– También la ama, se dijo: Los celos: he ahí la causa del odio de ese violín.

Y al son nervioso de *La Marsellesa* triunfante, se abalanzó á la cómoda y escribió:

«Caballero, os odio y me odiáis. Somos músicos, y nos hemos manifestado con claridad lo que guardamos el uno para el otro. Amamos á la misma mujer; somos enemigos irreconciliables. Tendrá un placer inmenso en conoceros y mataros vuestro servidor *Petter, profesor de flauta.*»

El criado que condujo esta misiva trajo la respuesta siguiente:

«Tenéis razón, caballero. Enviad dentro de una hora dos amigos al café inmediato, donde estarán otros dos de vuestro atento *Baylli, maestro de violín.*»

Petter sonrió. La cosa tomaba mal aspecto.

Al siguiente día el violinista quedaba muerto sobre el campo de un balazo en el corazón. Pero dos balas certeras se habían cruzado, y Petter, á los tres días, dejaba de existir á consecuencia de un balazo en el hígado.

Se habían portado como dos locos; enamorados de una voz dulcísima, murieron creyendo que se sacrificaban al amor de una hermosa hembra. Son en la vida muy frecuentes equivocaciones así, y yo (que he tenido ocasión de saber lo cierto sobre este punto) puedo asegurar que no había tal hermosura, y mucho menos tal hembra. El canto celestial que Petter adoraba y aquel otro que solía oirse en el piano simultáneamente con él, haciendo pensar al desgraciado músico en la existencia de un marido tirano, pertenecían á una sola persona: al Sr. Canelo, caricato de zarzuela bufa, que imitaba voces de tiple y contralto, haciendo en los teatros muy divertidos papeles.

Nadie podrá imaginar el disgusto que tiene el pobre desde que se enteró noches hace del irreparable *quid pro quo* á que dieron lugar sus ensayos caseros.

FELIPE TRIGO

NUESTROS GRABADOS

Regreso del trabajo, cuadro de Vicente Cutanda. – En el país vasco, en aquella privilegiada región, en donde parece como si se concentrara cuanto queda en España de aquellos pueblos que ennoblecieron con sus hechos las principales páginas de la historia patria, nota el observador una suma de energías, de actividad y de constante labor, que sorprenden tanto como la sencillez y las virtudes, distintivas cualidades del país cantábrico. De ahí que los artistas de verdadero temperamento, como nuestro amigo Cutanda, en quien tan armónicamente unidas se hallan la habilidad del pintor y la inteligencia del artista, siéntanse subyugados ante el espectáculo siempre nuevo, siempre grandioso, que ofrece el pueblo vasco, activo y laborioso, satisfecho de sí mismo, convencido de que cumple y llena la misión que corresponde á todo pueblo culto.

El Sr. Cutanda, entusiasta admirador de aquel rincón de la madre patria, halló asunto interesante para la bella composición que reproducimos, inspirada en una escena sencilla, pero animada, cual lo es el regreso á sus hogares, desde las minas ó los altos hornos, de un grupo de chicos que en la plataforma de un coche de ferrocarril olvidan las fatigas de la jornada, entonando sus tiernos zorcicos y los aires de su país.

Entre palomas. Pompas de jabón, cuadros de Egisto Lancerotto. – Si por sus obras pudiéramos juzgar del modo de ser de un artista, no vacilaríamos en afirmar que el famoso pintor veneciano debe ser hombre de carácter franco, alegre y apacible, á quien la vida sonríe y que todo lo ve, como suele decirse, de color de rosa. Para comprobar lo que decimos basta echar una ojeada á los muchos cuadros que de él hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA: todos ellos, como los que hoy publicamos, respiran alegría é inocencia, y todos hacen asomar á los labios del que los contempla una de esas sonrisas que, á poderlas ver el autor de los lienzos, serían para él el mayor elogio á sus producciones.

Occidente. Oriente, cuadros de Mariano Barbasán. – No es preciso fijar mucho la atención en estas dos obras de nuestro compatriota el Sr. Barbasán para comprender el pensamiento que con ellas se ha propuesto desarrollar su autor. De una parte, dos mujeres jóvenes, bellas y elegantes constituyen el centro en donde convergen las miradas de gran número de hombres admiradores de sus encantos; de otra, un morazo feo y sin gracia alguna, rodeado de hermosas muchachas que le contemplan más ó menos amorosamente, esperando cada una de ellas ser el objeto preferido de sus favores. ¿No dice con bastante claridad este contraste cuál ha sido la idea que ha impulsado al Sr. Barbasán á trazar esos dos bellísimos cuadros que en su aparente frivolidad revelan en uno de sus más importantes aspectos el hondo abismo que separa á dos civilizaciones?

Otoño, cuadro de Nicolás Raurich. – Bien merece aplausos, y sin reserva se los tributamos, quien como el joven pintor catalán Nicolás Raurich señala los primeros pasos de su carrera artística con repetidos triunfos. La Exposición nacional de 1892 significa para el artista el primer premio alcanzado en un público concurso, la de San Juan de Puerto Rico, recientemente celebrada, su segundo éxito, que ha de satisfacer sus aspiraciones, porque la recompensa llevaba consigo la adquisición de la obra y su consiguiente colocación en el Museo de aquella ciudad. El cuadro que nos representa el otoño, el período en que la naturaleza va desprendiéndose de sus galas para sumirse en el invernal letargo, es una nota sentida, bien interpretada y que revela aptitudes no comunes en un artista.

Abnegación, cuadro de José Cusachs (Salón Parés). – Cusachs, de quien y de cuyas obras siempre nos hemos ocupado en los términos que entendemos merece y corresponde, hállase ya, felizmente, en el período de su madurez artística. Así lo consignamos, porque cada cuadro que produce, cada composición que desarrolla es una manifestación de su ingenio, es una nueva muestra de su cultura y de sus alientos. Sus lienzos de asuntos militares son cuadros de gran interés, en los que se descubre, además de las bellezas de colorido y las cualidades distintivas del género especial que cultiva, el resultado de su ingenio y de su poderoso temperamento artístico. Prueba de ello es el magnífico cuadro que damos á conocer á nuestros lectores, que creemos ha de llamar la atención en el Salón de París como la atrajo en el Salón Parés. La escena preséntase con tal sello de verdad que parece observada del natural. Un reducido grupo, resto de una brigada francesa deshecha por la metralla prusiana, aguarda, con la serena calma y el heroísmo del soldado, la carga de la caballería enemiga que trata de apoderarse de la desbaratada batería, atendiendo sólo al cuidado del general herido, del distinguido caudillo que no ha podido conducirles á la victoria.

La nochebuena en Nápoles, cuadro de V. Irolli. – Una de las fiestas que más se conmemoran en todos los pueblos es la Natividad del Señor. Fiesta esencialmente de familia, no hay hogar en que no se celebre, y desde el palacio del magnate á la más humilde choza, en todas partes algún extraordinario recuerda una de las fechas más grandes del mundo cristiano. El notable cuadro del distinguido pintor italiano V. Irolli reproduce una de esas escenas de nochebuena en una pobre vivienda napolitana. Reunida la familia en torno del brasero, escucha las sonatas que el padre y su hijo ejecutan ante la improvisada capillita, en donde entre hierbas y flores aparece colocada una imagen del Niño Jesús. Las figuras de este lienzo forman un grupo encantador, en el cual hay detalles bellísimos, como el de la madre que amamanta al pequeñuelo y el de la pareja de novios.

El eminente novelista francés Héctor Malot. – El insigne novelista francés cuyo retrato publicamos, goza en el mundo literario de tan grande como merecida fama. La serie de sus novelas, comenzada en 1859, ha sido para él una sucesión de triunfos no interrumpida: *Los amantes*, *Los esposos*, *Los hijos*, *Los amores de Jacobo*, *Un matrimonio bajo el segundo Imperio*, *Las batallas del matrimonio*, *Sin familia*, *Madre* y otras muchas han alcanzado un éxito extraordinario.

A sus anteriores triunfos ha venido á unirse el que le ha valido su última obra, *En familia*, que ha sido premiada por la Academia Francesa y que se considera como una de las mejores de su celebrado autor.

Deseosos los editores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL de proporcionar á los suscriptores de ésta las primicias de esa joya literaria, no han vacilado ante sacrificio alguno, y han podido adquirir de la casa editora francesa el derecho de publicación exclusiva de la traducción española de la novela, así como de las preciosas ilustraciones que adornan la edición de lujo publicada en París.



El eminente novelista francés Héctor Malot, autor de la novela *En familia*

Próximamente podrán los suscriptores de la BIBLIOTECA apreciar en todo lo que vale la última producción de Héctor Malot, ya que ésta formará el segundo tomo de la presente serie, es decir, el primero que ahora ha de repartírseles.

En familia es una novela interesantísima y tan moral que puede ponerse en mano de la joven más inocente, pues en ella no hallarán la menor tacha aun las personas más exigentes en este punto. Un libro que tales cualidades reune satisfará por completo á los suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, quienes lo tendrán, sin duda alguna, como uno de los más escogidos entre los publicados en la misma.

MISCELÁNEA

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con éxito: en la Ópera Cómica *La Vivandiere*, ópera cómica en tres actos, obra póstuma de Benjamín Godard, esencialmente melódica y una de las más inspiradas de su malogrado autor; en el Odeón *Not' Claire*, interesante comedia en un acto de Mme. Jules Barbier; en el Palais Royal *Le Paradis*, graciosa comedia en tres actos de Hennequin, Bilhaud y Barré; y en la Reinassance *La Princesse lointaine*, drama en cuatro actos y en verso de E. Rostand, inspirado en una leyenda de la Edad media, y en cuya ejecución ha obtenido un gran triunfo Sarah Bernhardt.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en el Príncipe Alfonso *Lola la desvergonzá*, graciosa parodia de *La D[illegible]*, escrita por los Sres. A. González y P. Gómez Candela; en Lara *Los asistentes*, juguete en un acto que es un divertido cuadro de la vida militar, original de D. Pablo Parellada (Melitón González); y en Apolo *La Dolores... de cabeza*, parodia también de *La Dolores*, letra de D. Salvador Granés y música del maestro Arnedo. En el teatro de la Comedia funciona la aplaudida compañía de opereta italiana que dirige el Sr. Giovannini.



¡Claro, mira est... contempla mi espantajo!

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Y rodeándole el cuello con sus brazos, añadió:

– Dígame usted ahora, dígame usted por qué se fué. Confiéselo todo. ¡Oh! ¡Yo se lo suplico, Silverio mío! ¡Le juro por la cruz que se lo perdonaré!.. ¡Vamos, diga usted pronto!.. ¡Ya escucho!

Y con ademán picaresco se acercó al enfermo para escuchar mejor la confesión que esperaba.

Silverio cerraba los ojos entonces, movíase ligeramente, vacilaba, buscaba una respuesta conveniente, y después, no hallando nada, limitábase á murmurar en voz baja:

– ¡Jacobita!

Esto era muy dulce, y significaba mil cosas, como esas palabras de los niños que apenas saben hablar.

– ¡Oh! Le atormento á usted, decía la joven; y es preciso descansar, Silverio. Ya me contestará mañana, cuando esté del todo curado.

La joven le dejaba entonces, corría las cortinas á fin de que durmiese, andaba de puntillas por la silenciosa habitación, y después sentábase junto al enfermo para bordar ó leer.

¡Qué agradable era la presencia de aquella joven! ¡Qué alegría respirar el aire agitado por ella! Algunas veces, en el mes de mayo, Silverio había sentido suaves brisas que acariciaban su frente, frescas brisas saturadas del aroma de las acacias; el aliento de Jacobita le llegaba así á intervalos, á través del cortinaje blanco de aquel lecho de virgen, y derretían en su corazón todas las nieves de los meses pasados.

¡Oh, si fuese posible no curarse, permanecer siempre enfermo en aquella habitación, donde flotaba el perfume de la amiga!.. ¡Si pudiera detener el curso de las horas, eternizarse en aquel presente delicioso, no conocer jamás el porvenir obscuro!..

– ¡Dios mío, pensaba Silverio, si te interesas un poco por mí, deberías hacerme morir aquí mismo,

hoy ó mañana, antes que vuelva á ser desgraciado!

El guía se contristaba, pensando en cosas negras que le amenazaban por todas partes, y acordándose de aquellos ojos grises del Sr. Roumigas, que debían acecharle desde el fondo de la callejuela.

– ¡Sí, Dios mío!, balbuceaba entonces. Valdría más arrancarme la vida al punto, y voy á pediros que me hagáis esta gracia.

Y con esta intención comenzó á rezar el *Ave-María* repetidas veces debajo de la colcha.

Como no tenía rosario, contaba con los dedos, y á cada diez decía un *Pater*. Así rezó todo el día, simulando el sueño; y cuando Jacobita salía un instante, el guía se tocaba el pecho, los costados y la espalda, respirando con fuerza, para saber si tendría alguna lesión interna. ¿No se habría roto nada en aquella caída? ¿Saldría del paso sin más que un poco de fiebre? ¿No se produciría muy pronto alguna complicación más alarmante?

Silverio continuaba sus *Ave-Marías* para llamar en su auxilio á la Madre de Dios, y permanecía inmóvil esperando la muerte.

Sus sueños eran muy conmovedores: imaginábase que hacía su testamento; que legaba su *Morrudo* á Jacobita, recomendándole que le cuidase mucho y se sirviese de él de vez en cuando para ir á pasearse por las montañas de Aigues-Vives. Y Jacobita lo hacía con la mejor voluntad en recuerdo del guía difunto. Después pensaba en sus ganancias del año, en los billetes que el Sr. de Linville le entregara, y confiábalos al carpintero Artiguenabe para saldar la deuda de cien escudos primero, y luego erigir con el sobrante una modesta cruz en el Gargos, la cruz que había prometido levantar si se casaba con Jacobita. ¡Jamás se uniría con ella!.. Pero ¿qué importaba? A pesar de todo, había sido muy feliz, y quería que la montaña conservase largo tiempo el recuerdo de su dicha. En aquella cruz otros enamorados irían sin duda á inscribir sus nombres, y esto sería grato para el alma del difunto Silverio, el alma del joven guía, á la que Dios enviaría á menudo á las montañas amadas para ver de nuevo los nevados picos, las verdes praderas y los manantiales cristalinos, llorando sin cesar alrededor de la gruta vacía.

Y el enfermo se imaginó poco á poco que todo esto sería realizable, y era tan dulce para su pensamiento, que algunas lágrimas tibias llenaron sus ojos, y una beatitud profunda invadió su pecho. ¡Oh, qué dulce era aquel fin de la vida! Parecíase á un crepúsculo tranquilo, á una de esas tardes serenas en que las flores se inclinan con languidez y se cierran lentamente bajo un cielo de color sonrosado pálido...

– ¿Está usted mejor, Silverio? ¡Ah, sí, la fiebre ha desaparecido completamente! Voy á traerle unos huevos pasados por agua.

Así decía Jacobita; y todos los hermosos sueños del montañés se venían abajo como castillo de naipes.

– ¡Conque es preciso curar, Dios mío!, se decía el montañés. ¡Qué lástima!

Y reconocía con pesar que los huevos pasados por agua le hacían tomar de nuevo gusto á la vida.

– No he puesto mucha sal, observaba Jacobita, pues recuerdo que no la quería usted en la gruta. ¿Pondré un poco más?

– Algunos granos, si me hace usted el favor.

A Silverio le pareció el vino exquisito.

¡Adiós las lesiones internas, el testamento sentimental y la cruz en el Gargos!

– ¡Vamos, vamos, el tratamiento de mi ahijada es bueno!, exclamó el padre Bordes, que acababa de entrar. ¡Bien necesitaba usted estar enfermo, amigo mío, pues jamás tuvo tan buen aspecto como ahora!

Así, pues, todo había concluído; la curación parecía completa; hacíase preciso abandonar la dulce habitación y renunciar á morir en brazos de Jacobita. Silverio hubo de levantarse forzosamente, pues ni aun su amiga tenía ya pretexto para retenerle. Apenas hacía cuarenta y ocho horas que estaba en el presbiterio. ¡Qué rápidos pasan los días de enfermedad!

Silverio pidió su morral y su bastón herrado; dió gracias al padre Bordes por las atenciones que se le habían dispensado en aquella casa, y después se despidió de Jacobita.

Mas aprovechando el momento en que el sacerdote entraba en su taller, la joven retuvo al guía por la manga y condújole de nuevo á su habitación.

– No saldrá usted de aquí, díjole, sin haber señalado el día en que podré volver á verle, y además, ya sabe que espero aún ciertas explicaciones...

Silverio bajó la cabeza.

– ¿Para qué hemos de vernos, balbuceó, y de qué serviría explicarnos?

– ¿Qué quiere decir eso? Usted ha confesado que me amaba aún y me había amado siempre; pues bien, si es verdad, quiero volver á verle, y esto es muy natural. Si me amó siempre, quiero saber por qué se alejó de mí en el mes de junio. Usted tiene un secreto, Silverio, y yo le ruego que me lo confíe. ¡Si supiera cuántas cosas me he figurado! ¡He hecho espantosas suposiciones! Me he preguntado si le ligaría algún voto, si tendría usted compromisos, si existiría en cualquiera parte alguna mujer á quien hubiese hecho alguna promesa y que tuviera el derecho de recordársela... ¡En fin, qué sé yo!

– ¡No era nada de eso, Jacobita!

– ¿Pues qué?

Silverio bajó los ojos.

– No puedo decírselo á usted, contestó.

– ¡Oh! ¿Por qué? No lo comunicaré á nadie, se lo juro, ni aun á mi padrino. ¡Confiéselo usted todo!

– ¡Es imposible, porque me moriría de vergüenza! No trate usted de averiguarlo, ni me hable jamás de ello, porque no quiero pensar en semejante cosa.

– Muy bien, Silverio, puesto que le aflijo, ya no se lo preguntaré más, ni cuando sea su esposa.

El guía se estremeció al oir estas palabras.

– ¡No podrá ser usted mi esposa, Jacobita!, murmuró bajando la cabeza.

– ¡Oh, Dios mío! ¿Y por qué, si usted me ama y yo le correspondo? Mi padrino consentirá, pues yo le obligaré á ello; sí, yo seré la esposa de usted y dentro de poco tiempo. ¿Qué sería de mí sin esta esperanza? Ya habría vestido el hábito de religiosa si no le hubiese encontrado á usted, porque no hubiera podido casarme con Gastón: estoy persuadida de ello.

– ¡Sin embargo, sería preciso contraer ese matrimonio, Jacobita!

La joven retrocedió poseída de asombro.

– ¿Y es usted quién me aconseja eso, preguntó; usted, Silverio, que me ama tanto? ¿Pierde usted acaso la razón?

– ¡Pluguiera el cielo que la hubiese perdido, porque así no tendría juicio ni memoria! Señorita, en nombre de nuestro amor la suplico que conceda su mano á Gastón Roumigas.

– ¡Pero si le he despedido!

– ¿Cuándo?

– Anteayer, el día en que usted se desmayó.

– ¿De veras ha hecho usted eso?, preguntó Silverio con expresión de terror.

– ¡Pues sí! Ya lo hubiera usted oído si no le hubiese faltado el conocimiento. Le puse en la puerta, delante de Toutón y de mi padrino, y le dije que á nadie amaba más que á usted.

– ¡Oh, desgraciada!

– Y bien, ¿qué?

– Será usted causa de la desgracia de mi vida y de toda mi familia. ¡Estamos perdidos!

El guía se dejó caer sobre una silla y oprimió la frente entre sus manos con expresión desesperada. Jacobita abría los ojos con estupor, sin comprender nada de las angustias de Silverio, hasta que al fin, arrodillándose á sus pies, balbuceó:

– ¿Que yo seré causa de la desgracia de usted? Dios sabe que le soy á usted fiel, y que su felicidad es lo que he buscado siempre. Si he cometido alguna falta, ¿es por ventura irreparable, Silverio mío?

– Temo que sí, porque en dos días el Sr. Roumigas ha podido hacer muchas cosas... ¿No ha oído usted hablar de nada? ¿No ha ocurrido ningún acontecimiento extraordinario en Gargos mientras yo estuve enfermo?

– No, al menos que yo sepa.

– ¿No ha sucedido nada? ¿Está usted segura de ello?

– ¿Qué podía haber sucedido? ¡Me espanta usted, amigo mío! ¿Y yo sería la causa de todo? ¡Estoy temblando, tranquilíceme usted! ¿Por qué está usted tan pálido?

Silverio se levantó vivamente.

– Es preciso ir á casa del Sr. Roumigas, dijo. ¡Venga usted, venga usted, pues tal vez sea tiempo aún! Le pediremos perdón juntos.

– ¿A Gastón?

– ¡A su padre sobre todo! Es preciso jurarle que usted ama á su hijo, que se casará con él, sin pensar más en mí, y que no consentirá nunca en unirse con un Montguillem.

– ¡Pero eso sería falso, porque mi mayor deseo es llevar el nombre de usted, Silverio mío!

– ¡No, no, no diga usted ni piense en tal cosa! Los Montguillem son indignos de pertenecer á la familia de los Bordes! ¡Por Dios, venga usted, venga usted conmigo!

– ¿Para decir á ese caballero que no le quiero á usted? ¡Jamás, Silverio mío, porque le probaría al día siguiente que era mentira!

– ¡Venga usted de todos modos, se lo suplico! ¡Si usted supiera!..

Y tomando la mano de Jacobita, encaminóse hacia la casa del brujo.

Pero se detuvo delante de una ventana; acababa de ver las figuras de dos gendarmes, allá arriba en medio de los pinabetes, y observó que uno de ellos socavaba el suelo con un azadón.

El guía se estremeció.

– ¡Ah! ¡Tal vez sea demasiado tarde!, exclamó.

Y helado de espanto, alejóse de Jacobita, atravesó el presbiterio, el jardín y el pueblo, y corrió hacia la casa de Roumigas.

En aquel momento, el padre de Gastón confeccionaba un nuevo espantajo en su jardín, y esta vez era la obra maestra del género, consistiendo en un maniquí que representaba al mismo Sr. Roumigas de tamaño natural. El brujo trabajaba en su obra hacía dos días, y había desatendido á varios clientes para perfeccionarla; pero en cambio acababa de obtener una viva semejanza con su persona. Había formado parte de la cabeza con una careta japonesa comprada últimamente en Luchón, una careta de color amarillento y expresión diabólica, que había aterrado á Hilloune, haciéndole decir: «¡Pues si es usted mismo, hombre de Dios! ¡Yo le he visto á usted esa cara cuando padecía los cólicos nefríticos!» A Roumigas no le halagó mucho esta apreciación de su cocinera; mas á pesar de todo parecía muy satisfecho.

– ¡El rostro será perfecto, se decía; procuremos imitar igualmente bien el cabello!

Para esto se sirvió de una piel de carnero; cortóla habilmente, y la aplicó sobre la careta.

– ¡Es exactamente mi cabello rizado!, pensó Roumigas.

Y coronó el todo con una boina vieja, que ya no usaba.

El resto del cuerpo no era de muy difícil ejecución, y hasta un niño hubiera podido salir del paso. Roumigas no tuvo que hacer más que rellenar de heno uno de sus chaquetones y un pantalón; arrollar la cintura con una de sus fajas encarnadas, la cual bastaba para que se le reconociera de lejos, y calzar con unas botas viejas las piernas del espantajo.

– ¡Es magnífico!, se dijo. Como los pájaros me temen, los desafío á que se acerquen ahora. ¡Así podrán madurar las cerezas!

Sin embargo, aquel día, su alma de horticultor debía estar perturbada por cuidados de otra naturaleza, pues Roumigas parecía muy agitado á intervalos; levantábase, abandonaba su espantajo, é iba al extremo del jardín para ver si no ocurría nada insólito en Gargos.

– ¡Es extraño!, pensaba. ¡Esa gendarmería de Aigues-Vives no vale un pito, pardiez!

Y como mirase por el lado del pueblo, vió de pronto á Silverio Montguillem, que llegaba corriendo.

– ¡Hola, hola!, murmuró Roumigas.

Y volvió á su cenador para dar la última mano al espantajo.

Silverio se apresuraba, y parecía muy trastornado; abrió la verja de hierro que cerraba el jardín de Roumigas por la parte de Gargos, y continuó su carrera hacia casa.

– ¡Eh, buen amigo!, gritó Roumigas presentándose de pronto. ¿Dónde diablos vas tan corriendo?

Silverio se volvió, vió al padre de Gastón y acercóse á él. ¿Qué diría para conmover el corazón de aquel hombre? ¿Qué ruego era preciso dirigirle para salvar á Emilio? No lo sabía, vacilaba, y temblaba todo su cuerpo.

Descubrióse antes de llegar al cenador, inclinó la cabeza humildemente, y sus manos estrecharon la boina con ansiedad.

– Sr. Roumigas, dijo con voz doliente, vengo a pedir á usted perdón, perdón por mí y por la señorita de Marcadieu. Jamás hemos tenido intención de ofender á usted, y le suplicamos que no nos guarde rencor.

– ¿Rencor de qué?, preguntó Roumigas, aparentando sorpresa. No entiendo lo que me dices, muchacho; dime de qué se trata si te place.

– Caballero, repuso el guía, su señor hijo ha creído tal vez que la señorita Marcadieu deseaba casarse conmigo; pero está en un error, porque la señorita no piensa absolutamente en tomarme por esposo; se lo aseguro, y yo no tendría jamás el orgullo de pedir su mano.

– ¿Y qué puede importarme á mí eso, amigo mío? A mí me es igual que esa señorita se case con Juan, Pedro ó Pablo. Creo que mi hijo pensó en pedir su mano; pero seguramente encontrará otras mujeres que solicitar. ¡Eso no tiene ninguna importancia! Gastón ha vuelto á marcharse á Tolosa.

Y á fin de probar la serenidad de su alma, Roumigas añadió:

– ¡Chico, mira esto, contempla mi espantajo! ¿Crees tú que los pájaros no se asustarán ahora? ¡Por Dios vivo, consiento en que me ahorquen si vuelven á meter el pico en mi jardín! ¡Me bastará colocar ese monigote en el cerezo!

Y Roumigas se extasiaba ante su obra, manifestando la mayor indiferencia por todo lo demás. ¿Qué le quería aquel mozo con sus historias y cuentos, buenos para dormir?

No obstante, Silverio no se había tranquilizado.

– Sr. Roumigas, continuó con voz tímida, puesto que nunca seré esposo de la señorita Marcadieu, espero que se muestre bondadoso para nosotros, que no quiera afligir á mi padre y que tenga compasión de mí...

Silverio se interrumpió, porque la vergüenza le impedía precisar.

– ¿Qué quieres decir, muchacho?, preguntó Roumigas con aire de un hombre que no comprende lo que le dicen.

– Ya sabe usted lo que Emilio ha hecho, balbuceó el guía.

– ¡Ah!.. ¡Es verdad! ¡Maldito si me acordaba de ello! ¿Y cómo sigue ese pobre amigo?

– Me parece que está muy enfermo, Sr. Roumigas.

– ¿De veras?

– Y le agradeceríamos toda la vida que usted consintiera..., que se dignase aún..., que siguiera, si puede, guardando... ese secreto que...

El padre de Gastón hizo un brusco movimiento.

– ¡Espero que no dudará usted de mí, exclamó, porque sería para mí una injuria creer!.. ¡Pardiez, yo, Roumigas! ¡Vamos, dígale usted á su hermano que puede dormir tranquilo! No soy yo quien abusaría... ¡Ah, no, de ningún modo! Mas si por casualidad hubiese otros testigos, si se presentase una acusación, y si me hicieran comparecer..., ya comprenderá usted..., ante la imagen de Cristo... mi conciencia... Sin embargo, estas son puras hipótesis; el asunto está ya juzgado, y seguramente no oirá usted hablar más de ello.

– Lo que me ha espantado, Sr. Roumigas, es que acabo de ver dos gendarmes en la montaña.

– ¡Ah, bah!, exclamó Roumigas, sonrojándose á pesar suyo. ¿Estás seguro de haber visto dos gendarmes?

– Sí, señor, y uno de ellos se disponía á cavar en medio de las rocas.

– ¡A cavar! ¿Será posible? ¡Diablo! ¿Y por qué parte era eso?

– Por el lado de los pinabetes, en la extremidad del pueblo.

Las manos del horticultor se estremecieron sobre su espantajo, y su mejilla izquierda se movió, como cuando Roumigas experimentaba profundas emociones.

– ¡Por el lado de los pinabetes! ¡Eso es, pardiez! ¿Quién diantres ha podido decir?.. ¿Habrá habido alguna denuncia?

En aquel momento volvieron la cabeza los dos, porque el sargento de Aigues-Vives entraba en el jardín.

– ¡Vamos, exclamó con voz sonora, dirigiéndose hacia Roumigas, paréceme que esta vez le tenemos ya!

– ¿A quién?, preguntó el hechicero.

– Al asesino de Laroque.

– ¡Se chancea usted sin duda!

– ¡Nada de eso! El tribunal ha recibido ya dos anónimos en cuarenta y ocho horas, y no hemos tenido que hacer más que seguir las indicaciones facilitadas. Así hemos encontrado el arma que sirvió para cometer el crimen, y en este instante mis hombres se disponen sin duda á poner á buen recaudo al culpable.

– ¿Y quién es?

– Un tal Emilio Montguillem.

– ¡No es posible!

Y volviéndose hacia Silverio, el padre de Gastón añadió:

– ¡Te acompaño en el sentimiento, muchacho!

– ¡Cobarde, gritó el montañés, mirando á Roumigas con expresión de soberano desprecio, usted es quien le ha denunciado; pero advierta una cosa, y es que si mi hermano comparece ante el tribunal, le verán á usted á su lado, Sr. Roumigas!

Y Silverio Montguillem, saliendo al punto, volvió á tomar el camino del caserío.

Iba sin aliento, corría maquinalmente, impelido por su furor, y muy pronto llegó ante las primeras casas de Gargos. Todas las puertas se abrían, y los vecinos precipitábanse en curiosos grupos hasta la extremidad del pueblo; delante de la cabaña de Emilio veíase una multitud; un gendarme estaba en el umbral y otro registraba en el interior.

El guía se dirigió hacia el presbiterio, cruzó el jardín, entró en la casa, abrió una puerta y vió al padre Bordes conversando con su ahijada.

– Señorita, dijo, enloquecido por la aflicción, ahora voy á contestar á usted por qué no quería ser su esposo; porque soy hermano de un asesino. ¡Emilio es quien ha matado á Laroque!

Y se alejó presuroso.

Jacobita y el padre Bordes habían escuchado mudos de estupor aquella declaración de Silverio; ambos permanecían inmóviles y silenciosos como si les hubiera sobrecogido una parálisis; miráronse con espanto durante algunos instantes, y después, oyendo á la gente correr por la única calle de Gargos, levantáronse para asomarse á las ventanas. Jacobita se inclinó y pudo ver á Emilio á lo lejos entre dos hombres vestidos con uniforme azul.

– ¡Es verdad, dijo, los gendarmes se le llevan!

Como la noticia se había propalado rápidamente, unas treinta personas se hallaban reunidas ya delante de la casa de los Montguillem, y otras llegaban por todas partes; los habitantes más pacíficos se dejaban llevar de una curiosidad contagiosa.

lentamente de nubes, y ningún soplo de viento rozaba los pinabetes.

Jacobita y el eclesiástico entraron en su casa; cuando estuvieron en el salón, miráronse un instante, y después la joven, cayendo á los pies de su tutor, dejó escapar un sollozo, unió las manos y murmuró con acento suplicante.

– ¡Oh, padrino!

El sacerdote la levantó.

– Te comprendo, dijo; pero bien puedes pensar que todos los ruegos son en adelante inútiles. No quiero ver más á Silverio en mi casa, y te prohibo pronunciar su nombre en mi presencia.

Los sollozos de Jacobita redoblaron entonces, y resonaban tan dolorosamente, revelando tal angustia, que el padre Bordes, conmovido, levantó á su ahija-



Jacobita se inclinó y pudo ver á Emilio á lo lejos entre dos hombres vestidos con uniforme azul

– Voy á dar una vuelta, dijo el padre Bordes.

Y salió sin perder tiempo en busca del sombrero.

Jacobita le siguió, y como iban muy de prisa, pronto llegaron á la casa de Emilio: no había nadie en ella; la puerta abierta formaba un rectángulo negro en la pared de piedras. Los curiosos se precipitaban hacia los senderos.

Jacobita corrió como los demás; volvió á ver los sombreros de los gendarmes sobre las cabezas, y al doblar un recodo del camino divisó de pronto al hermano de Silverio.

– ¡Oh, parece un cadáver!, exclamó.

Encorvado, flaco, lívido, Emilio era conducido hacia la prisión de Aigues-Vives.

La joven se detuvo; temía desmayarse, y apoyada contra un pinabete miró á los curiosos que iban detrás de los gendarmes. Todos hablaban de Montguillem.

– ¡Quién lo hubiera creído!

– ¡Bah, se había maleado tanto!

– ¡No puede uno fiarse de nadie!

– Seguramente lo haría para robarle...

– ¡No lo sabemos! ¡Era malo sin parecerlo!

– ¡Pero cuánto tiempo ha burlado á la policía!

– ¿Le guillotinarán en Aigues-Vives?

– No, en Tarbes.

El padre Bordes se reunió con su ahijada.

– Volvamos á casa, dijo, ese espectáculo no te hace ningún bien.

Y remontaron juntos el sendero que conducía al pueblo, sin pronunciar una sola palabra. El sacerdote iba con la cabeza baja y las manos cruzadas á la espalda; y Jacobita, meditabunda, no pensaba al parecer en lo que hacía.

El día tocaba á su fin; el cielo estaba negro detrás del pico del Gargos; todas las cimas visibles cubríanse

da, hízole sentar á su lado y le dirigió palabras cariñosas.

– ¡No llores así, hija mía!, dijo. Yo te quiero mucho, y padezco al verte sufrir; mas es preciso ser razonable. Tú perteneces á una familia respetada; ningún Bordes, ni tampoco Marcadieu, han cometido crimen alguno, y nuestros parientes no nos perdonarían jamás, ni á ti ni á mí, si te casases con el hermano de un asesino. ¡Eso sería una unión monstruosa!

– ¡Ya lo sé, padrino, ya lo sé!, contestó la joven, llorando siempre, y por eso estoy desconsolada. ¡Nada más hay que hacer; todo concluyó! ¡Jamás seré su esposa! ¡Ah, Dios mío! ¿Qué será de mí ahora?

Y apoyando la cabeza sobre una mesa, dió libre curso á sus lágrimas.

El padre Bordes se enternecía y trataba de consolarla diciéndole cosas llenas de buen sentido; pero ¿qué puede la lógica en tales momentos?

– ¡Tú eres joven, decíale, tienes ante ti el porvenir, Jacobita, y todo se olvida en este mundo! Viajaremos, trabaremos nuevas relaciones, y fácilmente encontrarás algún buen mozo que te agrade tanto como tu pequeño montañés. Todos los hombres casaderos no se parecen á Gastón Roumigas, y puesto que de ningún modo quieres á éste, voy á buscar entre mis conocidos algún buen muchacho susceptible de hacerte feliz. Ya lo verás, de aquí á seis meses no te acordarás ya del nombre de tu salvaje de la gruta.

Pero Jacobita protestaba con pasión:

– No hable usted así, padrino, dijo, porque no sabe usted cómo le amo. ¡Jamás me casaré con otro, y esta es la verdad! Mi vida es inútil en adelante; lléveme usted otra vez al convento y ya no volveré á salir.

(Concluirá)

SECCIÓN CIENTÍFICA

NUEVA PARIHUELA DE A. HOFFMANN

Casi todas las parihuelas desmontables que se han utilizado hasta ahora para el transporte de heridos y enfermos adolecen de dos defectos capitales: en primer lugar la dificultad, cuando llega el momento de utilizarlas, de montar rápida y exactamente las distintas piezas de que consta el aparato, y en segundo la poca estabilidad de éste, que al cabo de algún tiempo de uso se deja sentir de una manera muy molesta.



Fig. 1. Parihuela de Hoffmann desmontada

Estos dos defectos están perfectamente subsanados en la parihuela que nuestros grabados reproducen, sin que por ello pierda nada la facilidad del transporte.

La parihuela de Hoffmann, cuyo peso es de 10 kilogramos, puede llevarla cómodamente, cuando está plegada, un solo hombre debajo del brazo ó al hombro (fig. 1). Cuando es preciso montarla basta, como indica la figura 2, separar con las manos las dos varas y empujar al mismo tiempo con el pie la primera tabla transversal articulada, que es de hierro y que tiene un juego de charnelas. Merced á este movimiento avanza un riel guía que monta las otras dos tablas transversales; de suerte que la parihuela se monta de un modo análogo á como se abre un paraguas. La posición fija de la parihuela puede asegurarse además por medio de un tornillo alado. Luego se coloca el cabezal en la situación que se quiere y en él se fija la almohada de crin, quedando el aparato tal como representa la figura 3.

Con esta parihuela no se corre peligro de que los juegos de charnelas se gasten ni se enmohezcan; pues para evitar lo primero, el peso está repartido de una manera igual y las distintas piezas se apoyan unas en otras, y en previsión de que no ocurra lo segundo, esto es, el enmohecimiento de las charnelas dobles y triples, dichas piezas están estañadas.

En las pruebas que durante algunos meses se han hecho con la parihuela de Hoffmann han dado un resultado satisfactorio, tal como se había esperado, de suerte que el aparato constituye un perfeccionamiento esencial en materia de transportes de enfermos y heridos.

La parihuela de Hoffmann, cuyo autor forma parte de la tercera columna sanitaria de Leipzig, fué muy elogiada por los inteligentes en la exposición de Sanidad militar y civil que se celebró el año pasado en Dresde, habiendo además sido en ella premiada con medalla de oro. – X.

* * *

EL HIELO EN LOS ESTADOS UNIDOS

Durante el rigor del invierno y en toda la comarca Noroeste de los Estados Unidos, particularmente en el Minnesota, hay millares de hombres ocupados en una industria especial, cual es la de recoger el hielo que cubre los inmensos lagos de agua dulce de las cercanías de Minneapolis y San Pablo. Aún no hace muchos años, ese producto natural se utilizaba casi exclusivamente en los Estados del Norte, siendo muy contados los buques que siguiendo el curso del Iowa transportaban algunas cantidades de él á los Estados del Sur: la cantidad así expedida apenas llegaba á algunos centenares de toneladas.



Fig. 3. Parihuela de Hoffmann montada

En la actualidad la cosa ha variado mucho, y diariamente varios trenes llevan ese hielo hasta la América central, además de lo cual verdaderas flotas acuden constantemente á hacer provisión de ese producto tan estimado por las poblaciones del Sur durante los calores del verano. El río Iowa goza de un raro privilegio: aun en lo más riguroso del invierno nunca su corriente se ve obstruída por bancos de hielo, gracias á lo cual la navegación por él no sufre interrupción alguna y los pequeños barcos destinados á aquel transporte circulan en todas las estaciones.

Importantes sociedades que explotan los hielos en el Minnesota han construído cerca de los lagos, fuente de sus pingües beneficios, inmensas neveras que les permiten almacenar una cantidad enorme de hielo para atender á todas las eventualidades y en cada una de las cuales se guardan siempre más de cien mil toneladas.

El sistema de explotación hoy en día empleado en Minnesota es muy interesante. En otro tiempo, los primeros explotadores limitábanse á recoger el hielo, bien cortándolo á hachazos, bien aserrándolo después de haber practicado en la superficie helada un agujero por donde introducir la sierra, siguiéndose uno ú otro procedimiento según el espesor del banco de hielo. Pero además de que esto exigía mayor tiempo, el hielo, cortado en fragmentos irregulares de varias dimensiones, se derretía con más facilidad, siendo por otra parte un obstáculo á su almacenamiento la misma irregularidad de los bloques. De aquí que, á medida que ha ido aumentando el consumo, se ha hecho preciso otro sistema de explotación más en armonía con las nuevas necesidades.

En la actualidad el procedimiento que se emplea es muy sencillo, y consiste en servirse de unos arados especiales, de los que tira un tronco de caballos vigorosos. Después de haber practicado en el hielo una zanja lo más rectilínea posible á fin de separar la nieve, un primer arado, cuya reja muy afilada penetra algunos centímetros en la masa helada, divide ésta en tiras regulares longitudinales y transversales. La reja tiene una forma rectangular muy pronunciada y el aparato está provisto de anchos dientes en su parte inferior: una especie de paralelogramo de hierro rígido lleva una espiga metálica vertical, que encajando en la hendedura anteriormente trazada impide que el arado se desvíe de su dirección al trazar las posteriores.

El banco de hielo en explotación queda, pues, convertido en un colosal tablero de ajedrez, dividido en casillas exactamente iguales. Entonces funciona un segundo arado, cuya reja es más larga y de mayor potencia que la del primero, y la hendedura que sólo tenía algunos centímetros de profundidad se ahonda rápidamente bajo la acción de aquélla y el surco llega muy pronto hasta los dos tercios del espesor del hielo. Dos buenos caballos bastan para realizar en poco tiempo esta segunda operación, después de lo cual sólo hay que separar los bloques y conducirlos hasta el punto en donde los cargan las vagonetas para transportarlos á las neveras. Estas últimas operaciones se verifican de un modo metódico y sin pérdida de tiempo: dos hombres provistos de largas palanquetas introducen la punta de éstas en la ranura, y uniendo sus esfuerzos separan en un instante y sucesivamente todos los cubos. Otros obreros, armados de acerados bicheros cogen los bloques y haciéndolos flotar los dirigen á un punto previamente señalado, en donde por medio de pequeños planos inclinados se les iza fácilmente hasta las vagonetas. Cada bloque de hielo tiene aproximadamente un volumen de un metro cúbico, y un solo caballo puede arrastrar doce de esos vehículos. – X.



Fig. 2. Soldado montando la parihuela de Hoffmann





MONTEVIDEO. – Pabellón principal y uno de los laterales construídos con motivo de la kermese organizada por el Ateneo de Montevideo y proyectados por D. Félix Elena

KERMESE ORGANIZADA POR EL ATENEO

DE MONTEVIDEO

El Ateneo de la capital uruguaya decidió recientemente celebrar una *kermese* con objeto de allegar fondos para terminar el edificio social que está ya muy adelantado.

Realizóse el pensamiento con el concurso de diversas comisiones de señoras y caballeros de las más principales familias montevideanas, que con el mayor empeño se dedicaron á recoger objetos para la tómbola y á organizar la fiesta.

La recolección de lotes y la venta de billetes corrieron principalmente á cargo de distinguidas señoritas, que trabajaron con gran empeño y contribuyeron en primer término al brillante éxito de la *kermese*.

La venta de los billetes duró quince días, y á pesar de las frecuentes lluvias que hicieron perder cuatro ó cinco noches, llegaron á venderse doscientas mil cédulas, que dieron un producto de veinte mil pesos. Otro tanto aproximadamente produjeron las exposiciones de cuadros, exhibición del fonógrafo y kinetoscopio, pabellón de ilusiones ópticas, conciertos, concursos de bandas militares, juegos diversos y representaciones teatrales por ciento treinta niños y niñas. Deducidos los gastos, quedarán unos treinta mil pesos para terminar el suntuoso edificio del Ateneo, cuya construcción dirige D. Emilio Boix, profesor de Historia de la Arquitectura de la universidad de Montevideo.

Los grabados que en esta página publicamos representan el pabellón central y uno de los laterales de la kermese, que con las restantes construcciones que completaban ésta formaban un conjunto que acreditaban el buen gusto del autor del proyecto D. Félix Elena, jefe de la subdivisión de dibujo del departamento de Ingenieros.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 29 de abril de 1895 — Núm. 696



Fridthjof huyendo de su patria, después de haber incendiado el templo de Balder,
notable escultura de E. Hubner

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Resumen. – Fiestas de Pascua en Europa. – El cordero pascual. – El huevo de Pascua. – La mona de Valencia. – Sábado Santo. – Ceremonias del Sábado Santo. – Culto á la luz. – Esperanzas en la resurrección universal. – El Domingo de Pascua en mi pueblo. – El doctor Fausto y la Pascua. – Himno de la Naturaleza. – Conclusión.

No conozco fiesta que celebren las iglesias cristianas con tanto regocijo á una como la fiesta de Pascua. Deja en esto muy atrás á Navidad. Colocada en la primavera, el aire se llena de mariposas, el alma de aleluyas. Colocada en el plenilunio, hasta sus noches aparecen luminosísimas y regocijadas. Diríase que las golondrinas aguardan para volver, y los nidos para revivir, y las rosas para estallar el repique primero de gloria. Pondrán más tarde ó más pronto que nosotros en sus calendarios y en sus liturgias la fiesta de Pascua los diversos pueblos cristianos; pero todos la celebran á una con igual regocijo. En Oriente llega éste á colectiva embriaguez. Los armenios y los albaneses católicos atruenan el aire disparando desde sus rifles hasta sus pistolas, en cuanto los templos anuncian la Resurrección del Señor. Aquéllos queman su pólvora dentro de las iglesias mismas. Entre los rusos no retumba menos que entre sus vecinos de Oriente y Occidente la pascual alegría. Así que anuncia el pope dentro de su misteriosísimo santuario, tan apartado del pueblo, en voz alta y jubilosa que Cristo ha resucitado, se besan los fieles unos á otros en los labios sin distinción de sexos. Muchos jóvenes de París, conocedores del rito ruso, van los Sábados Santos á la iglesia moscovita sin escrúpulo de ningún género, y colocándose con buen acuerdo cerca de las mayores beldades, celebran alegremente con el regalo de sabrosísimos besos el más sublime y alegre día del rito cristiano universal.

La fiesta de Pascua significa fiesta del paso, y recuerda la salida ó éxodo del pueblo de Israel desde su cautiverio en Egipto hacia la tierra esperada ó prometida, siendo por tanto una fiesta de libertad humana y redención progresiva. El israelita para mejor celebrarla, como le trae la noche de su emancipación en recuerdo, toma el báculo so la mano, cíñese á los riñones el cíngulo, cálzase de sandalias los pies después de haberlos con esmero lavado, apercibe y prepara el pan ázimo en significación de que no tiene para su amasijo levadura, ni para esperar que fermente tiempo, en su precipitación por salir de la cautividad, pues los faraónicos tiranos le pisan los talones; tuesta el cordero pascual dentro de su hogar, después de haberlo degollado con arreglo á liturgia y ungido con su sangre los quicios y las hojas de sus puertas, repitiendo en coro con su familia los salmos equivalentes á las odas dichas y á los himnos cantados por los pueblos clásicos y por los pueblos modernos después de sus revoluciones en loor de las libertades tan amadas por todos, ó en evocación de los combates mantenidos con los déspotas y las legiones de los déspotas para obtener sus preciadísimos derechos. Fiesta de Pascua, fiesta, pues, de libertad.

Así la costumbre, muy arraigada y extendida, que hasta en los pueblos católicos perdura, del almuerzo pascual con cordero asado. Y junto á esta costumbre hay también la costumbre de comer los huevos cocidos, poniéndolos en pastas ricas y pintándolos de vivos colores y relucientes dorados, con tal regularidad que se llaman todos los años en todas partes huevos de pascua. Nada más natural. ¿Qué recuerda la Pascua? Pues recuerda entre nosotros la resurrección. Y no hay manera de resurrección como el recalentamiento de los nidos en primavera por las dos alas y las ardientes pechugas y los calurosos plumajes de las aves á la postura de los huevos, que bajo su cáscara contienen vuelos, gorjeos, amores, los cuales pronto han de surcar el horizonte, y en los resplandores del éter bañarse como la oración en los resplandores del santuario y llenar con escalas cromáticas y notas de píos dulcísimos el silencio de las alturas henchidas con el incienso de los aromas primaverales y con el himno de la juventud y de la esperanza.

Yo relaciono las antiguas cosmologías que derivaban el universo de un huevo puesto por la eternidad en el espacio, con la costumbre pascual de ofrecer estos productos del corral nuestro bien condimentados á la familia, y en la familia muy particularmente á los niños. El día de Pascua íbamos, allá por nuestra infancia, todos los años á comernos la mona, pues así llamábamos un pan empapadísimo en aceite, con azúcar endulzado, sobre cuya superficie campeaban varios huevos cubiertos por cruces parecidas á morenos macarrones, con todo lo cual nos regalábamos en términos de sabernos ello á gloria como nunca nos supieron las mejores golosinas, y con ello regalarnos cual nunca nos regaláramos en los grandes empingorotados banquetes. Acompañaban á la mona un papelito con sal, un trozo de longaniza, unas habas crudas, una gorda naranja. Y nos lo comíamos todo en el campo, sobre las colinas perfumadas de tomillo y romero y alhucema, junto al arroyo hinchado por los deshielos de abril, entre las canciones de los nidos y el revuelo de las golondrinas, á la vera de los almendros que ya mostraban sus frutas verdes y de los granados que ya mostraban sus flores carmesíes, oyendo entre verjeles y apriscos á lo lejos el ruido de las poblaciones en fiesta y el campaneo resonante de las torres celebrando con sus lenguas de bronce la bendita Pascua.

¿Habéis conocido ningún poema que pueda ponerse, por lado alguno, en parangón próximo con la misa del Sábado Santo? Al comenzar están las luces apagadas aún como el Viernes. Aún está el altar mayor cubierto por el velo de las tristezas. El ara parece tumba fría y cerrada. Los celebrantes con sus blanquísimas albas y sus casullas negras semejan muertos encerrados en largos sudarios y ocultos tras cosidas mortajas. Los primeros cantos entonados por los sacerdotes evocan la noche, aquella noche de castigos y exterminios en que los israelitas emprendieron su éxodo de Egipto, y aquellas otras noches de tinieblas y de soledad en que ocupó su sepulcro, yerto bajo las piedras y en la tierra, quien desplegara con su mano el cielo y encendiera con su aliento los astros. Después de invocar la noche con sus calígines, el diácono evoca la luz, sí, aquella luz por la cual anhelan todas las criaturas, y que llaman los gallos desde las bardas del corral con agudos quiquiriquíes y las alondras desde los surcos del sembrado con regocijados arpegios. Así, justamente bendito el cirio, castrado de sus mieles, compuesto de blanca cera que han producido las zumbantes y áureas abejas con su inspirada instintiva industria, concluído por la llama, cuyos destellos parecen una centella resplandeciente y vibrante del alma universal. Por esto, en cuanto el cirio se aviva y al par lucen de nuevo las velas, arden las lámparas, humea el incensario, creéis oir bajo las bóvedas aquella palabra creadora que dijo: «habrá luz.» Y aquella otra, que le corresponde allá en el *Génesis:* «hubo luz.»

Ya, tras todo esto, la misa del Sábado Santo no trata sino de la creación pasada y de la resurrección futura. Los capítulos del santo libro describiendo los primeros días del planeta parecen como el crepúsculo de los metamorfoseos divinos que van á celebrarse con tanto júbilo. Y tras estos capítulos óyese la vidente profecía del inspirado Ezequiel. Un espacio yermo se dilata por todas partes á vuestra vista. En aquel espacio, parecido á un campo de batalla desierto, hasta de los buitres abandonado por no tener cosa ninguna en él que tragarse, descúbrense montones y montones de mondados huesos. Divisáis el espacio vacío de vida, con menos calor y menos movimiento que las sepulturas, ofreciéndoos implacable asfixia en su carencia de aire, con un horizonte parecido á la bayeta de un túmulo funeral, con el abismo de la nada por todas partes allí abierto, cuando de súbito un soplo pasa y los huesos inertes se mueven, y las fibras secas se hilan en filamentos de carne, y el calor vital enciende las llamas de los ojos con la sangre del corazón y con los respiros del pecho hasta que los cuerpos se levantan y las almas los compenetran, dispuestos en aquel despertamiento del sueño á escalar, si es preciso, la cumbre de los cielos en sus aspiraciones infinitas hacia el Ideal y hacia el Empíreo.

Leído el capítulo y profecía de Ezequiel, llega la hora de consagrar esta resurrección universal con la prometida resurrección de nuestro Redentor. Así, después de haber bendecido el cirio, se bendice antes de misa el agua que debe servir de bautismo todo el año, entre piadosas letanías. Y mientras se dicen éstas los celebrantes cambian sus casullas moradas ó negras por casullas blancas relucientes de oro. Como recuerdo el regalo de mi paladar con la mona de Pascua en los campos, recuerdo el éxtasis de mi alma por los minutos anteriores al cántico de Gloria el Sábado Santo en la Iglesia. No hay en esta misa *introito*, á causa del largo ceremonial y cánticos y rezos que la preceden. Por ello, en cuanto empezaba el *Kyrie* nuestros corazones y nuestras sienes de niños latían fuertemente y nos faltaba, del anhelo con que aguardábamos la resurrección, aire y respiro. Y lo merecía, pues todo creyente recibe una sacudida en emociones increíbles cuando al cántico de Gloria se rasga el velo y aparece lleno de luces y de flores el retablo mayor; se interrumpe con alegres notas del órgano y con resonantes vuelos de los campanarios el anterior silencio; se cantan las aleluyas que parecen bañar sus jubilosas letras en los resplandores de las lámparas y cirios redivivos, en las cadencias de los coros alegres y regocijados, en las frases de santas esperanzas que celebran la resurrección y anticipan la Pascua.

Esta festividad alegre de la Pascua se deriva del rito hebreo, que celebraba, primero, por abril, las flores; después, por junio, las siegas, y últimamente, por octubre, las vendimias. En su primer fiesta conmemoraban la salida del cautiverio; en su segunda fiesta la promulgación de los mandamientos por Moisés desde las cumbres del Sinaí; en su tercera fiesta los tabernáculos llevados por el desierto cuarenta días y al cabo establecidos en la tierra prometida, sobre la montaña de Sión. Tomamos los cristianos la Pascua de los judíos y celebrámosla poco más ó menos por los mismos días que éstos. Sin embargo, durante mucho tiempo, en la Pascua florida sólo conmemoramos la muerte del Salvador, remitiendo su resurrección á que la celebrase otra pascua, la granada, ó Pascua de Pentecostés. El tema de si Jesús tuvo su cena ó no el día mismo en que los judíos comieran su cordero, se controvirtió mucho allá por la escuela teológica de Tabunga y dió pie á que sus audaces é irreverentes profesores negasen su indudable autenticidad al cuarto Evangelio, al Evangelio de San Juan. Mas parece averiguado por los sabedores de historia religiosa que después del concilio de Nicea, quedó la Pascua del comienzo de la primavera consagrada de suyo á la muerte y resurrección del Señor, como la Pascua del fin de la primavera se consagró á la venida del Espíritu Santo. La moderna literatura guarda una página referente á la Pascua en las primeras páginas del *Fausto* de Goethe. Recordémoslas.

Hase abstraído el doctor en términos que parece olvidado de toda realidad é inmerso, con la rigidez de un pobre náufrago cadáver, en el océano de las ideas. Así, después de haber agotado toda la ciencia humana, sin haber tenido más relación verdadera con la vida exterior que algún rayo de luna, cuyos reflejos penetraban en la noche por los vidrios de su laboratorio donde á la triste alquimia se daba, ó algún choque del ala de los gorriones del tejado con su ventana, al encontrarse como único substracto en las retortas un poco de ceniza y como único residuo en los raciocinios y en los estudios un poco de duda, muy desengañado del saber y del pensar, muy desengañado de la filosofía, de la medicina, de la metafísica, de la religión también, vuélvese á pedir el sueño eterno á la muerte y á la nada el silencio y el vacío eternos también, cuando, en el momento de llevar su pomo letal de apercibido veneno á los labios, suenan las campanas con las aleluyas y con las cantatas de Resurrección y le devuelven á sí mismo, reintegrándolo en la esperanza religiosa y sumergiéndolo en la vida universal. Emociones análogas todos experimentamos en el Sábado Santo al primer vuelo de las campanas por las alturas y al primer toque de los órganos que acompañan el cántico de Gloria. ¡Cuál mañana la mañana de Pascua en Levante! Dos días después de haber pasado la Soledad, con su corazón malherido de agudas espadas y su rostro lleno de lágrimas, entre las cadencias de un *Miserere* funerario en procesión, otra, la del Resucitado, se celebra, y las calles, antes luctuosas y gimiendo, se llenan de aromáticas enramadas, y los balcones, antes desiertos, se cubren de colgaduras carmesíes, y el clero, antes con vestimentas de duelo y luto, luce dalmáticas y casullas blancas con recamados de mil flores, resaltando en fondos de plata y oro, como la Virgen, antes llorosa, esplende con su corona de astros en las sienes y su calzado de argéntea luna en los pies, divinizando todo ello el renacimiento de la vida en una primavera y en una Pascua que por todas partes tienden sus aladas mariposas con resonantes aleluyas.

Madrid, 22 de abril de 1895.



La muerte de Lucrecia, cuadro de Rosales

SEMBLANZA

En una hermosa mañana del verano de 1857 salía de la villa y corte, tomando la carretera de Francia, una de las *galeras aceleradas* que con relativa rapidez hacían por aquel entonces el oficio que hoy desempeña el ferrocarril, poniendo en comunicación la capital de la monarquía española con la nación vecina, á la zazón convertida en flamante imperio por obra y gracia del tercer Napoleón.

No faltaban nunca pasajeros que ocupasen los diversos asientos del pesado vehículo, y el día á que me refiero habíalos de todas clases y categorías, figurando en la más modesta un joven de rostro pálido, grandes y melancólicos ojos y simpática expresión, que según la hoja de ruta del mayoral era Eduardo Rosales, natural de Madrid, de 21 años de edad y con billete para Vitoria, primera etapa del viaje á la ciudad que constituye el ideal de todos cuantos se dedican á la noble y espinosa profesión de la pintura.

Parece condición indispensable de aquellos que luego han de brillar como estrellas de primera magnitud en el cielo del Arte, que la salida de la patria en demanda de la venerable capital del mundo católico haya de hacerse con la mayor penuria y á costa de no pocas privaciones y dificultades, y ciertamente no fueron pequeñas las que el joven Rosales tuvo que vencer para conseguir su propósito de trasladarse á Italia.

Completamente desconocido en el mundo artístico, privado de bienes de fortuna y sin más apoyo de familia que la cariñosa solicitud de su tío D. Blas Martínez Pedrosa, en cuya morada había encontrado un hogar que reemplazara al paterno durante sus estudios literarios y artísticos en la corte, fué necesario una gran dosis de energía y cierto presentimiento del porvenir para que Eduardo, poco á poco y mientras completaba la enseñanza recibida en la Escuela especial de Pintura, con las doctas lecciones de D. Luis Ferrant y D. Federico Madrazo, pudiese agenciarse algunos fondos, ejecutando primorosas copias de Velázquez y otros maestros insignes del Museo del Prado. El producto no era grande, sin embargo, y Dios solo sabe el tiempo que hubiese tardado en reunir la suma necesaria para la realización de sus proyectos sin el oportuno encargo de pintar el supuesto retrato de D. García Aznar, quinto conde de Aragón, con destino á la galería de soberanos que entonces se estaba formando á expensas del gobierno. El producto de esta obra, ahorrado cuidadosamente por el mancebo, determinó la marcha á Roma con tanto afán deseada, no sólo por Rosales, sino por sus íntimos amigos y compañeros de profesión Vicente Palmaroli y Luis Álvarez (1), que reunidos en un modestísimo estudio de Puerta Cerrada fantasearon cien veces aquel viaje, al que les impulsaba no sólo su vocación artística, sino también la esperanza de que el suave clima italiano detendría la marcha de la enfermedad del pecho revelada á Eduardo por un terrible vómito de sangre que le acometió en un café el martes de carnaval de 1856.

Llegado Rosales á Vitoria, alojóse en casa de un pariente cercano que desempeñaba un cargo en el ramo de comunicaciones, y allí fué donde tuvo lugar la reunión de los tres amigos, que enlazados por el afecto más sincero y la adhesión más inquebrantable, habían de constituir en adelante una triada indisoluble, lo mismo en las adversidades que en la fortuna, y que sólo la muerte había de deshacer con su implacable guadaña.

De cómo y en qué condiciones realizaron nuestros artistas su viaje á la ciudad pontificia da cabal idea la siguiente anécdota que Palmaroli refiere en un artículo publicado en el periódico *El Liberal*. Dice textualmente el ilustrado director del Museo del Prado:

«En la madrugada del 27 de agosto, ocho días después de haber emprendido la marcha, bajamos de un tren mixto en Cette. Eran las dos, y con nuestras maletas en la mano nos dirigimos al centro de la ciudad, en donde reinaba un silencio absoluto. Una hermosa luna iluminaba las calles solitarias, por las que marchábamos á la ventura, discutiendo qué resolución debíamos tomar, pues desconocíamos la población. Andando, andando, nos encontramos al lado de un canal lleno de pequeñas lanchas sin marineros y atadas al muelle. Inmediatamente concebimos el proyecto de pasar en una de aquéllas las horas que nos faltaban para terminar la noche. En efecto, escogimos la que nos pareció más limpia, y de un salto nos instalamos en ella, arreglándonos en el fondo, y sirviéndonos de almohadas los sacos de noche nos quedamos dormidos y no nos despertamos hasta que el día clareó; aun cuando yo creo que más que la aurora, nos despertaron las desenfrenadas carreras de unas ratas furiosas, sin duda contra los tres importunos que habían invadido su tranquila habitación.

»Al salir de la lancha y al volvernos para despedirnos del hospitalario y gratuito albergue que la suerte nos deparara, leímos el título de aquélla y era *La volonté de Dieu*, y á pesar de que ninguno de los tres amigos éramos supersticiosos, consideramos el nombre de la lancha como cosa providencial y de buen augurio. Debo hacer constar aquí que Rosales y yo nos veíamos obligados á hacer el viaje de la manera más económica posible, pero Luis Álvarez podía haberlo hecho con toda comodidad; esto no obstante, buen compañero y amigo, prefirió seguir la suerte de sus condiscípulos. A las pocas horas de lo que acabo de referir nos encaminábamos á Marsella en el primer tren que llevaba tercera clase, y ya en aquel punto nos embarcamos para Liorna.»

De Liorna se dirigieron los viajeros á Florencia, visitando rápidamente las maravillas sinnúmero que encierra la celebérrima ciudad del Arno, y desde allí en un coche de colleras, por no haber otro medio de locomoción, dieron con sus cuerpos en un pobre *albergo* transteverino. Ya en Roma, suscitóse animado debate sobre cuál debiera ser el objetivo de su primera excursión. Cada cual indicaba sus simpatías por tal ó cual monumento, pero sonó en la conversación el nombre venerando de Rafael, y por aclamación se acordó que la tumba del famoso maestro, en el Panteón de Agripa, debía llevarse la preferencia, tratándose de artistas admiradores de las preciadas obras del gran pintor de Urbino.

Pasados los primeros meses y satisfecha la natural curiosidad, comenzó la fatigosa lucha por la existencia para los tres jóvenes, en especial para Rosales, que sin apoyo de ningún género y agotados rápidamente los escasos recursos que llevara de España, vióse pronto obligado á hacer copias de cuadros célebres de los museos vaticanos para ir cubriendo las más apremiantes necesidades y poder al propio tiempo hacer los estudios á que le inclinaba su natural propensión y el ardiente deseo de adelantar en su difícil carrera.

Empero como por un lado no abundaban los buenos parroquianos y por otra parte Rosales jamás demostró facilidad para la ejecución de esos cuadritos agradables y de moderado precio con que los artistas se ayudan en los trances difíciles de su carrera, la situación fué agravándose en tales términos que aquel genio á quien más tarde había de aclamar la Europa entera como pintor eminentísimo, desesperanzado y abatido, pensó en acudir á recursos extraños á su profesión, y con tal objeto comenzó á tomar lecciones de violín de cierto maestro, Pinelli, que notando en él buenas disposiciones musicales le hizo entrever la posibilidad de lograr con el manejo del arco lo que tan difícil se le presentaba con el de la paleta y los pinceles. Mas la traidora dolencia que seguía latente en el pecho de Eduardo, excitada por las angustias de su nada halagüeña situación, volvió á surgir amenazadora; y agotados los auxilios cariñosos de sus amigos, hízose indispensable el traslado del enfermo al hospital español de Monserrat.

Las simpatías que nuestro pintor excitaba por doquier por su dulce y afable trato, no le faltaron en aquel benéfico asilo, é interesado por su desgracia el rector, no sólo le atendió con solícito cuidado durante su enfermedad, sino que luego á título de convaleciente le conservó consigo varios meses, dando así espacio á que algunos individuos de la embajada española iniciaran y favorecieran la idea de lograr una pensión del ministerio de Fomento, que el buen Palmaroli obtuvo durante su estancia en Madrid en 1859 del entonces ministro marqués de Corbera, alegando que no solicitaba el auxilio oficial para el amigo, sino para el artista que había de dar á su patria gloria imperecedera.

Aquella pensión de ocho mil reales anuos, confirmada más tarde por el marqués de Vega de Armijo, fué la tabla de salvación que evitó el naufragio completo de las esperanzas de Rosales, que con nuevos

(1) A la amabilidad y galantería del ilustre autor de *La Silla de Felipe II* y tantas otras obras de reconocido mérito y justa fama, debo gran parte de los datos inéditos que me han servido para escribir la presente semblanza.

bríos volvió otra vez á sus trabajos artísticos, de los que es buena muestra la excelente copia de un fresco de J. A. Razzi, *il Sodomma*, ejecutado durante una excursión á Siena y remitido al ministerio de Fomento. Los buenos oficios de Álvarez en pro de su compañero, no sólo alentándole y animándole, sino procurando relacionarle con personas acaudaladas que pudieran adquirir alguna de sus obras, produjeron también buen resultado, y gracias á ello la distinguida condesa de Velle adquirió, entre otros, el precioso cuadro *Nena*, premiado con mención honorífica en la Exposición de Madrid de 1862.

A partir de esta época comenzó á cotizarse á buen precio la firma de Rosales, y éste, libre ya de las abrumadoras necesidades del momento, confiado en sus extraordinarias facultades é impulsado por el gusto en él innato por las escenas grandiosas y nobles de la historia, comenzó á preocuparse con la ejecución de una obra que le diera á conocer como quien era. Con tal objeto alquiló un estudio en la *Via dei Grecci*, y aquella poderosa inteligencia, después de serias meditaciones, escogió como asunto para el cuadro en que fundaba todas sus esperanzas la simpática figura de la Reina Católica en el solemne instante de dictar su famoso testamento.

La índole peculiar, íntima, de esta semblanza me veda entrar en el terreno de la crítica artística de uno de los mejores cuadros que ha producido el arte moderno; tarea que por otra parte resultaría ociosa, cuando tanto y con tan encontrado criterio se discutió, analizó y comentó la obra maestra de Rosales al ser conocida del público en la Exposición de Madrid de 1864, en la que fué premiada con medalla de primera clase. Sólo haré constar que el éxito sobrepujó las esperanzas del autor, que ni por los elogios perdió su habitual modestia, ni por las críticas más acres revolvióse contra los que le censuraban por aquel estilo grandioso, franco y sencillo, que es una de las infinitas cualidades de primer orden que avaloran la composición que hoy en día figura entre las joyas que atesora nuestra Pinacoteca Nacional, gracias al patriótico desinteres del autor, que desechando proposiciones ventajosísimas que le hicieron del extranjero, prefirió gustoso la cantidad relativamente exigua ofrecida por el gobierno español, á trueque de que el *Testamento* no saliese de su patria.

Mas no por ello le faltó á la obra el aplauso y la admiración de las naciones extrañas, pues tras de obtener un premio en Dublín, el mundo entero, congregado en París con motivo de la Exposición Universal de 1867, rindió pleito homenaje á Rosales, aclamándole como el más eximio pintor de la época, y sólo unos cuantos votos de los jurados italianos, obcecados en conceder la medalla de honor al viejo artista Florentino Ussi, impidieron que tan preciada distinción consagrase de un modo solemne la supremacía artística de nuestro compatriota.

Yacía en tanto el pobre Eduardo en el lecho adonde con frecuencia le conducía su mísera naturaleza. Una tarde, rodeado de sus amigos, entonces ya muy numerosos, manifestaba el enfermo sus temores de ser víctima de alguna de las intrigas tan frecuentes en los jurados artísticos de todos tiempos, máxime existiendo intereses encontrados de naciones diversas, cuando entró en la estancia el distinguido grabador Maureta con un telegrama en la mano. Al divisarlo Rosales, sobresaltóse en gran manera, y pálido y conmovido exclamó:

– ¡Dios mío, alguna mala noticia!

– Nada de eso, replicó Maureta; Raymundo Madrazo y Bernardo Rico me dicen que tienes una primera medalla y la gran cruz de la Legión de Honor, concedida por el emperador Napoleón únicamente á ti entre todos los pintores extranjeros.

Asomaron las lágrimas á los ojos de Rosales, que recibió conmovido los abrazos y enhorabuenas de los presentes, diciendo sólo:

– Hoy es el día más feliz de mi existencia.

Tan prodigioso triunfo no se tradujo sólo en honoríficas recompensas; las obras del maestro adquirieron un valor considerable; y á tener Eduardo miras más interesadas y positivistas, fácil le hubiera sido explotar su talento en condiciones tan ventajosas cual pudiera ambicionar. Pero su temperamento se oponía á todo lo que tuviese carácter mercantil, y contentóse con la desahogada posición que le proporcionaba el pintar aquello que le placía y se amoldaba á su manera especial de sentir el grande arte.

No he de entrar en la enumeración de las diversas obras ejecutadas por Rosales en el período que media desde el triunfo de París hasta la presentación de *La muerte de Lucrecia* en la Exposición de Madrid de 1871, porque esto puede hallarse en cualquier biografía; sólo haré constar que en esa época tuvo lugar el enlace con su prima doña Maximina Martínez Pedrosa, señora dotada de todos los atractivos que pudiera desear un espíritu tan superior como el de nuestro artista. Unía á los dos primos antiguo y sincero afecto, y el matrimonio, realizado en Madrid por Luis Álvarez por medio de poderes, fué la consagración de aquel idilio de familia.

Y con esto llego ya á la obra más discutida de Rosales, *La muerte de Lucrecia*, que por tantas peripecias había de pasar hasta su adquisición por el ministerio de Fomento en 1881, ocho años después de la muerte de su autor.

Pintó Rosales esta composición, tan admirable por todos estilos, en un amplio estudio de la *Via Flaminia*, y coincidió su terminación con el ataque de la ciudad pontificia por las tropas de Víctor Manuel en 1870.

En la mañana de aquel día memorable en que se consumó una de las mayores usurpaciones que registra la historia contemporánea, encontrábase Rosales sumamente alarmado por las noticias que corrían por la población referentes al inminente asalto de los soldados italianos, cuando llegó Alvarez al estudio. Comunicóle Rosales sus temores respecto á la suerte que podría correr el precioso lienzo en el caso de que el edificio, dada su situación, pudiese ser teatro de encarnizado combate, y en su consecuencia ambos amigos dedicáronse á poner en seguridad el cuadro, pero sus grandes dimensiones no hacían fácil tal tarea. Por último, desesperanzados de poder ocultarle en parte alguna, hubieron de contentarse con desclavarle del bastidor, arrollarle cuidadosamente y colocarle en el ángulo formado por la pared y el suelo de la habitación, cubriéndole luego con tablas, trapos y cuantos objetos pudieran preservarle de alguna avería. Felizmente nada turbó la paz del estudio durante el simulacro de defensa hecha por las tropas pontificias, y *La muerte de Lucrecia* pudo figurar incólume en la Exposición de 1871, proporcionando á su autor otra primera medalla, á pesar de la ruda oposición de cierto bando artístico que inculpaba á Rosales de excesiva franqueza en el toque y una independencia en los medios de expresión pictórica que pugnaba con los cánones tradicionales, defendidos como insustituíbles desde los tiempos de Luis David.

Se ha dicho por algún crítico que la *manera* especial y peculiar de Rosales, más patente en las obras coetáneas y posteriores á *La muerte de Lucrecia*, tales como *Hámlet*, *La feria de Murcia*, etc., eran producto de su excesiva cortedad de vista, refiriéndose acerca de este particular alguna anécdota completamente apócrifa. Esto no es cierto, pues si bien Rosales sufría una miopía bastante acentuada, no era tanta que no pudiese pintar sin lentes en algunas ocasiones. Más bien debiera atribuirse la exageración en el toque á los múltiples elogios que con justicia se tributaron al *Testamento*, por la franqueza y vigor de la ejecución, y que hicieron acentuar al gran artista su especial manera de *poner el color*.

Mucho pudiera decirse sobre este particular y sobre otras cualidades técnicas que avaloran *La muerte de Lucrecia;* mas impidiéndomelo la razon expuesta al tratar del *Testamento*, forzoso me es dejar de nuevo al artista y volver á ocuparme del hombre, en el último período de su vida, ó sea en la época en que vivió en la capital de España.

Hallábase entonces Rosales en el apogeo de su talento y de su gloria. Querido de cuantos tenían la dicha de tratarle; aplaudido y celebrado públicamente, recibiendo á cada paso homenajes de consideración y respeto; solicitados con afán sus trabajos; gozando de la dulce compañía de su cariñosísima esposa en aquel hogar alegrado por las gracias infantiles de su hija Carlota, que hoy ocupa un honroso lugar en la esfera artística como pintora distinguida; todo sonreía al gran maestro, que creía llegado el momento de ver recompensados sus afanes y las angustias sufridas, hasta compartir con Fortuny la soberanía de la pintura española contemporánea. Pero la tisis rara vez perdona á sus elegidos, y con el aumento de trabajo coincidió también el de la terrible dolencia, dificultando con sus ataques la ejecución de sus últimas obras: los *Evangelistas* destinados á la derruída iglesia de Santo Tomás; el techo del palacio de Portugalete, representando una *Alegoría de la Música y la Poesía*, y algunas otras no tan conocidas.

Sobrellevaba Rosales sus padecimientos con ejemplar resignación, confiando, como en su juventud, que el regreso á Italia le preservaría de las asechanzas de su mortal enemiga. El nombramiento, pues, de director de la Academia española de Roma le satisfizo en gran manera, porque facilitaba la ejecución de su proyecto de abandonar á Madrid. Así se lo manifestó á Luis Alvarez al despedirle con rumbo á la capital del reino italiano en busca de nuevos laureles.

– Adiós, Eduardo, dijo aquél estrechando cariñosamente la mano de su íntimo amigo. Allí te espero. Hasta la vista...

– Sí, hasta la vista, contestó Rosales muy emocionado.

Y dió un paso para separarse de un compañero al que había llegado á llamar hermano; pero de pronto, sombrío presentimiento abrumó su imaginación, y volviendo atrás exclamó:

– ¡Luis, dame un abrazo..., el último tal vez, por si no volvemos á vernos más! . . . .

Poco tiempo después, el 13 de septiembre de 1873, el autor del *Testamento de Isabel la Católica* y de *La muerte de Lucrecia*, imposibilitado de salir de Madrid, entregaba su alma á Dios entre las angustias de la disnea, mas con cristiana resignación y ejemplarísima piedad, no dejando á su atribulada familia riquezas ni bienes temporales, pero legándole en cambio un nombre glorioso que será siempre pronunciado con respeto por todos los amantes de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno.

Para terminar este ligero trabajo sobre un hombre cuya vida y obras consideradas bajo diversos aspectos requieren espacio más amplio y pluma más autorizada que la mía, paréceme oportuno dar á conocer el retrato hecho por su compañero Palmaroli en el artículo antes citado:

«Rosales – dice – era alto, guapo, de mirada inteligente y dulce, melancólico, como lo son todos los que están destinados á morir de la cruel y terrible enfermedad de la tisis. Su carácter era reflexivo, frío y reservado; tuvo muchos amigos, íntimos pocos. Fué Rosales muy galanteador y trovador siempre victorioso. Jamás se ocupó en la política, pero sus ideas eran verdaderamente liberales. Vestía con gran sencillez y con mucho esmero y elegancia. Como artista de gran sentimiento adoraba en la música. Conocía muy bien la literatura española, y en cuanto llegó á Italia gustó y cultivó la italiana. Sus cartas son modelo de expresión clara y sencilla y su contextura literaria elegantísima »

Por mi parte sólo he de añadir que aun respetando los insondables designios de la Providencia, es lícito deplorar, por la gloria del arte patrio, que un genio de facultades tan excepcionales no alcanzara la edad que lograron el Greco, Morales, Espinosa, Goya y sobre todo el centenario Tiziano Vecellio de Cadora.

A. DANVILA JALDERO,

C. de la Real Academia de San Fernando

* * *

Como ampliación del notable artículo del Sr. Danvila Jaldero, reproducimos á continuación algunos fragmentos de un trabajo inédito y recientemente escrito por nuestro querido amigo y colaborador Sr. Balsa de la Vega, á quien damos las gracias por habernos autorizado á publicarlos.

No era Eduardo Rosales idealista, ni discurriendo, ni pintando, ni expresando su modo de sentir la belleza; las siguientes frases del artista madrileño demuestran este extremo.

Encontrábanse varios amigos, aficionados y pintores en el estudio de Rosales, y hablaban de las condiciones que debía tener un cuadro ó una estatua para que atrajese la atención pública. Unos decían que la primera condición de la obra era el pensamiento; otros que la corrección de la traza; otros que la mayor verdad en la interpretación del natural; otros que el cuadro histórico, por reunir las citadas condiciones de pensamiento, dibujo, composición, etcétera; otros que la pintura decorativa; en fin, cada cual fué exponiendo su parecer. Llegaba á todo su auge la discusión, cuando Rosales, hasta entonces callado, dejó la paleta, y adelantándose hacia los que discutían, dijo gravemente:

– Yo creo, señores, que es buena la escultura ó la pintura que arranca al espectador una exclamación de sorpresa.

Hace pocos días el distinguido dibujante Sr. Comba, único discípulo que tuvo Rosales, me enseñaba, en corroboración de lo que vengo diciendo, una carta, que conserva como reliquia inestimable, escrita desde el establecimiento termal de La Fuensanta por su maestro. En dicha carta, además de otros consejos y advertencias respecto de cómo debe estudiarse el arte de la pintura, decía textualmente: «Haga usted estudios del natural y muy á conciencia hechos, que *el poco más ó menos* nunca ha hecho los buenos artistas.»

Cuando pintaba se abstraía de tal modo que no se daba cuenta de lo que sucedía en derredor suyo, hasta el punto de que su discípulo el citado Sr. Comba, después de horas de permanecer en el estudio viéndole trabajar, alguna vez se retiró sin saber si Rosales se había hecho cargo de su presencia.

Al revés de lo que suelen hacer todos los pintores, que colocan el modelo á cierta distancia del lienzo y generalmente á la derecha, el célebre artista lo



CIGARRERAS SEVILLANAS dibujo original de J. García Ramos

colocaba al lado del caballete. Algo influía para esta colocación la cortedad de vista de Rosales, pero no puede achacarse por completo á tal defecto físico aquella costumbre, pues pintores conozco mucho más cortos de vista que el eximio autor del *Testamento*, y como la generalidad de sus colegas, ponen á distancia la figura. Lo verdaderamente asombroso era su modo de pintar. Acercábase al modelo, miraba fijamente en él aquella nota, línea ó parte que debía reproducir ó trasladar á la tela, y en seguida se colocaba á distancia, volvía á mirar la figura que pintaba, avanzaba al cabo y el pincel ponía el color; pero con tanta seguridad, que rara era la vez que «levantaba» lo hecho. Sin embargo de esto, si se mira con detenimiento la figura de Bruto del cuadro *La Muerte de Lucrecia*, pueden verse bajo del brazo derecho las huellas de varios tanteos del movimiento de dicho brazo.

No fueron los aplausos para el pintor madrileño lo que para el pintor de *La Vicaría*, ni en número ni en remuneración. Mientras en París aplaudían críticos, inteligentes y artistas al genial Fortuny, y aquí en España se le dedicaban artículos encomiásticos y se le traía y se le llevaba, como á ídolo chino, á Rosales se le regateaban los elogios. La alta idea que como hombre superior tenía de sí mismo, le impedía mirar y aquilatar esa diferencia de éxitos. Todavía, ¡qué digo todavía!, entonces, en el año de 1871, cuando presentó el cuadro *La muerte de Lucrecia*, las censuras de la crítica y las de bastantes artistas cayeron con violencia sobre Rosales. Allá en la soledad de su taller, el gran pintor solía hablar á algún íntimo de las amarguras que tales juicios le proporcionaban. Alguna vez, en uno de esos momentos en que á pesar de la bondad de su carácter se rebelaba contra la suerte, hubo de exclamar: «Dicen que pinto con las brochas de afeitarme, que pinto escenográficamente; pues, señor, yo no sé pintar como quieren que pinte.» Mas sin embargo de esto, no intentó variar de rumbo. Los Evangelistas que destinaba para la iglesia de Santo Tomás, son una prueba de la fijeza en sus ideales.

Fortuny fué uno de los artistas que apreciaron en lo que valía á su colega. Rosales nos ha legado un retrato del pintor reusense, del cual no hace mención nadie, y que es uno de esos retratos que tiene la doble importancia del parecido y de representar el personaje principal de la obra maestra de Shakespeare. Me refiero á la figura del príncipe danés del cuadro *Hámlet y Ofelia*. Vistióse Fortuny la ropilla y «puso» la figura. Allí está llena de vida, de pasión, sacudiendo violentamente á Ofelia y diciéndole que se vaya al convento; que en el mundo, así sea más pura que el ampo de nieve, se dudará de su virtud.

De esa fecha datan varios cuadritos de caballete de Rosales; pero aun cuando la vista de las obras de Fortuny parece notarse en ciertos detalles de la manera de aquél, el genio del gran artista era de una pieza, no tenía flexibilidad. Tal había sido la voluntad de Dios al concederle el alto don que le inmortalizó.

R. BALSA DE LA VEGA

FRANCISCO COPPÉE

No vamos á descubrir, como ahora se dice, al poeta de *Les Intimités* y de los *Poemes modernes*, ni al autor de dramas tan hermosos como *Severo Torelli* y *Pour la couronne*, ni al novelista que tanto nos hace sentir con *Toute une jeunesse* y con sus cuentos y novelas cortas: queremos simplemente dar á conocer, reproduciéndolos de una notable revista francesa, algunos de los rasgos característicos de su modo de ser y de pensar, sorprendidos en el trato familiar é íntimo.

Francisco Coppée, después de haber pasado la mayor parte de su vida en París, ha ido á establecerse en una hermosa finca de su propiepad, denominada la Fraiziere y situada cerca de uno de esos pueblecitos que tanto embellecen los alrededores de la capital francesa. El poeta que tantas veces y con emoción tan sincera ha traducido la alegría de los humildes que después de una vida de trabajo realizan su sueño dorado, retirándose al campo y viviendo en una pintoresca casita, fruto de heroicas y lentas economías, ha logrado á su vez, después de treinta años de labor maravillosa, gozar de esas mismas delicias, y hoy al contemplar los prados, el jardín, el huerto y la casa de la Fraiziere puede exclamar con tanta satisfacción como orgullo: «¡Todo esto me pertenece, todo lo he ganado honradamente con el solo esfuerzo de mi pensamiento!»

Y cuando solo ó acompañado de su hermana Anita, de la que nunca se ha separado, se pasea por los caminales y senderos de su finca, de fijo acuden á su mente, por la fuerza del contraste, los recuerdos de su modesta infancia, sobre los cuales flota la sombra de su madre, de aquel ser adorado y adorable, cuya memoria constituye para Coppée un verdadero culto.

– Mi madre – dice el poeta – había tenido ocho hijos, de los cuales murieron cuatro: quedábamos mis tres hermanas y yo. En mi casa no había más ingresos que el sueldo, no muy pingüe, de mi padre, empleado en un ministerio, y con él era preciso mantener á todos y conservar cierto rango: aunque el problema resultaba difícil, la fuerza de voluntad y las manos de hada de mi pobre madre realizaban prodigios, y gracias á su actividad, á su paciencia y á su habilidad la casa y todos nosotros le hacíamos honor. Cierto que había momentos difíciles: así por ejemplo, á fines de mes la comida no era ni muy abundante ni escogida, pero nunca dejaba de servirse sobre mantel limpísimo, ni faltaba jamás en tiempo de las flores un ramo en la mesa. No acabaría nunca si hubiera de referir los esfuerzos extraordinarios que realizó, más aún con su corazón que con sus manos, aquella santa mujer, siempre alegre, siempre sonriente para animar á los demás, que en los días de mayor escasez redoblaba su buen humor, y ya que no podía llenar nuestra casa de oro la llenaba con sus canciones.

Tratando íntimamente al gran escritor, se observa que el Coppée que escribe en nada se parece al Coppée que habla: escribiendo, muéstrase lírico con algo de ironía sentimental y de presuntuosa sencillez; hablando, es jovial y franco, no se desdeña de emplear tal ó cual palabra más ó menos cruda y salpica su conversación con anécdotas picantes. En esto se revelan los dos aspectos de su naturaleza: tiene gustos refinados y comprende el alma de las gentes sencillas; sus sentidos son los de un aristócrata y su corazón el de un plebeyo; su sensibilidad de artista oculta algo de la picardía del pilluelo parisiense. Su voz misma tiene inflexiones que recuerdan el acento de los arrabales, y sus ojos azules brillan con cierta alegría burlona que se refleja también en los pliegues de sus finos labios. Hay en este académico algo del hijo del pueblo, que todavía se entretendría en curiosear los escaparates de las tiendas y en distraerse con el más insignificante suceso callejero... si no tuviese que entregar cuartillas á su editor. Porque Coppée siente una secreta inclinación á la indolencia y no se desdeña en confesarlo, puesto que en una de sus composiciones ha dicho: «Soy un perezoso que ha trabajado mucho.»

Coppée se ofrece aún bajo otro aspecto, el de reaccionario. Sin que se sepa por qué, está animado de un violento espíritu de oposición contra los gobiernos democráticos: odia la política y á los que de ella viven, el Palacio Borbón, los discursos que en él se pronuncian y las profesiones de fe que hasta él conducen, las reuniones públicas, el aparato del sufragio universal, las bandas de los alcaldes, los bordados uniformes de los prefectos, los ramilletes tricolores ofrecidos á los ministros por jóvenes vestidas de blanco, la *Marsellesa*, los orfeones y las diversas ceremonias de la pompa oficial.

Los grandes dramas de Coppée parecen condenados á no estrenarse en la Comedia Francesa. Cuando el poeta hubo terminado su *Severo Torelli* apresuróse á presentar el manuscrito á M. Perrin, director á la sazón de aquel teatro, que lo acogió muy fríamente, llegando á decir que la escena capital del segundo acto era irrepresentable. Coppé recogió su manuscrito, no sin sentirse mortificado en su amor propio, y se dijo: «Si mi drama es irrepresentable en la orilla derecha, será representado en la izquierda, pues por fortuna el ómnibus que pasa por la Comedia Francesa conduce también al Odeón.»

En efecto, el director de éste, M. La Rounat, admitió la obra, cuyos ensayos comenzaron inmediatamente y cuyo éxito superó á todas las esperanzas.

Lo propio sucedió con su nuevo drama *Pour la couronne*. Rechazado por el comité del teatro Francés, fué aceptado por la dirección del Odeón, que lo puso en escena con gran lujo y propiedad y que obtuvo con sus representaciones pingües beneficios, pues la obra produjo en el público indecible entusiasmo y valió á su autor una de las mayores ovaciones conseguidas en su larga y triunfal carrera literaria.

Hablando de su método de trabajo decía recientemente Coppée á un periodista:

– En este punto soy muy caprichoso y mi divisa es la de Enrique Murger. Hay semanas en que uno no tiene ganas de trabajar... Aquí, en la Fraiziere, en la soledad de estos campos, aún puedo hacer algo todos los días; pero en París mil disipaciones me atormentan, las reuniones, los banquetes y otras distracciones que la sociedad impone y que procuro soportar con sobrehumana energía. – X.

TERCER CENTENARIO DE LA MUERTE DEL POETA ÉPICO TORCUATO TASSO

El día 25 del presente mes cumpliéronse trescientos años de la muerte del gran poeta.

Varias ciudades de Italia disputánse el honor de haber sido cuna del autor de *La Jerusalén libertada*, pero está fuera de toda duda que éste nació en la pintoresca villa de Sorrento, en 11 de marzo de 1544. Hijo de un poeta, Bernardo Tasso, cuya fama sería más notoria de no haberla obscurecido el mayor renombre de Torcuato, sintió desde muy niño por la poesía una pasión que no fueron bastantes á destruir los estudios jurídicos á que su padre le dedicara. A los diez y ocho años había compuesto el poema heroico en doce cantos *Reinaldo* y concebido la idea y aun compuesto algunos cantos de *La Jerusalén*. Llamado en 1565 á Ferrara por el cardenal Luis de Este, fué á poco admitido en la corte ducal de Alfonso II, en donde animado por el príncipe pudo continuar su comenzado poema.



Copia del busto con la careta de cera del poeta Tasso tomada del natural, existente en el convento de San Onofre en Roma

Autógrafo del poeta Tasso
Facsímile de la estrofa primera del canto VI de *La Jerusalén libertada*, que se conserva original en la Biblioteca Real de Viena. (Dos tercios del tamaño original).

La muerte de su padre, acaecida en 1569, obligóle á partir de Ferrara; mas no tardó en volver á aquella ciudad, entrando de nuevo en el servicio del cardenal Luis, quien lo llevó consigo á Francia, en cuya corte halló el poeta la más cordial y entusiasta acogida. En 1572, á consecuencia de una calumnia, hubo de abandonar á su protector y otra vez marchó á Ferrara: allí escribió un drama pastoral *Aminta* y terminó en 1575 *La Jerusalén libertada*.

Desde aquel momento comenzaron para él las contrariedades que ya no debían abandonarle hasta el fin de su vida. La crítica despiadada, inspirada en móvi-

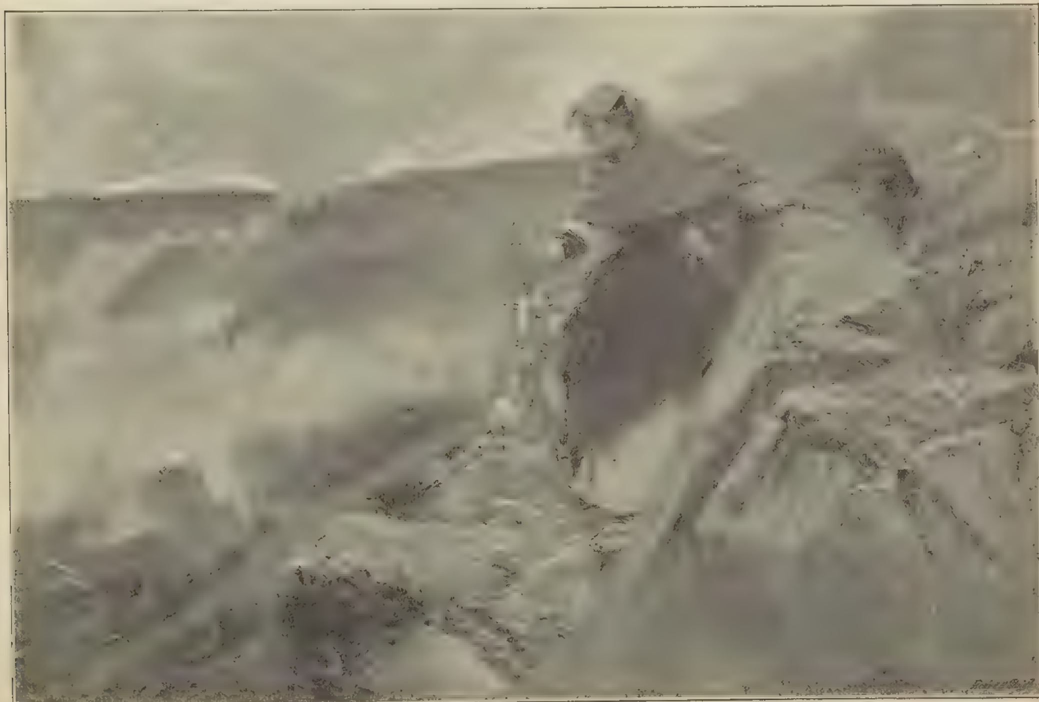
les mezquinos, cebóse en aquella obra que había de ser la admiración de los venideros siglos. Tasso, cediendo en algunos puntos, quiso en otros defender su poema, lo cual fué para él causa de no pocas pesadumbres que, unidas á la pérdida de seres queridos, á unos amores desgraciados y á su temperamento tétrico y dado á la melancolía y á las cavilosidades, quebrantaron la firmeza de su razón, dejando asomar los primeros síntomas de la demencia que en él hizo presa más adelante, cuando fué encarcelado por orden de Alfonso y por causas que la historia no ha logrado poner en claro. Poco después se le condujo al convento de San Francisco, de Ferrara, de donde no tardó en escaparse, yendo á refugiarse en casa de su hermana Cornelia, en Sorrento; pero dominado por su melancolía y por quiméricas inquietudes trasladóse sucesivamente á Roma, á Ferrara, á Padua, á Venecia y á Urbino, en donde fué acogido por la corte como se merecía, á pesar de lo cual estuvo allí muy poco tiempo, trasladándose á Turín, desde donde solicitó y obtuvo permiso para volver á Ferrara. Pero mortificado por el frío recibimiento que se le dispensó, deshízose en invectivas contra el duque Alfonso, quien mandó en 1579 encerrarlo en el hospital de locos de Santa Ana. Después de más de siete años de cautiverio, que hicieron más terrible los malos tratamientos de que allí fué objeto, el duque devolvió la libertad al poeta: Tasso entonces se refugió en Mantua, y allí dedicóse á sus trabajos literarios, entre ellos un nuevo poema, *La Jerusalén conquistada*, que alternaba con estudios teológicos y prácticas piadosas. Hizo varios viajes á Roma, á Florencia y á Nápoles, y llevaba cuatro meses de estancia en esta última ciudad cuando el cardenal Cinthio quiso atraerlo á Roma, renovando en honor suyo la ceremonia de la coronación en el Capitolio, que no se había reproducido desde los tiempos del Petrarca.

Tasso, aunque poco halagado por tal distinción, volvió á Roma, siendo allí acogido con grandes honores y refugiándose en el convento de San Onofre; pero postróle en cama una fiebre violenta que le llevó al sepulcro el día 25 de abril de 1595, es decir, el día antes del señalado para la ceremonia de la coronación.

La cara del Tasso que reproducimos es una careta de cera, tomada del natural, que los monjes de San Onofre han colocado sobre un busto, vestido tal como representa nuestro grabado: la cabeza es fina, de notable belleza; la fisonomía agradable, la pureza del perfil y el contorno de la boca realzan la distinción de estas facciones de poeta y hombre elegante. – M.



El eminente poeta francés Francisco Coppée en su quinta de la Fraiziere



En los Apeninos, dibujo original de Mariano Barbasán



COLOQUIO IN...



NUESTROS GRABADOS

El actor español Ricardo Calvo. – Cuando hace unos pocos años presentóse Ricardo Calvo al público de Barcelona por vez primera como primer actor y director, puso en escena, en la noche de su beneficio, el magnífico drama romántico del duque de Rivas *Don Alvaro ó la fuerza del sino:* los calurosos aplausos que en las principales escenas le prodigaron los espectadores, que llenaban por completo el teatro del Eldorado, convirtiéronse al final de la obra en una ovación entusiasta. Levantóse la cortina infinidad de veces, y al fin Ricardo Calvo, llenos de lágrimas los ojos y con acento conmovido, pronunció estas palabras casi ahogadas por los sollozos: «Acepto estos aplausos que me tributáis, pero los acepto para dedicarlos á la memoria de mi inolvidable hermano Rafael.» Esta frase retrata al actor cuya reciente pérdida lloran los amantes del arte dramático. En efecto, nacido á la vida de la escena al lado de Rafael, mientras vivió éste no le abandonó nunca y prefirió siempre ocupar junto á él un lugar secundario á buscar fuera de su compañía un puesto principal que otros con menos merecimientos que él han conquistado. Muerto su hermano, á quien quería entrañablemente y con cuyo modo de sentir y de pensar hallábase completamente identificado, puso todo su empeño en cuidar de la herencia que aquél le legara y prosiguió representando el repertorio de Rafael, no por el afán de ser con éste parangonado, sino por mantener siempre vivo en el público el recuerdo del que fué su actor predilecto. A pesar de esto, la comparación vino y Ricardo salió triunfante de la prueba: los que hasta entonces sólo vieran en él á un actor estudioso hubieron de reconocer que era de la masa de los grandes actores, y si algún defecto se le encontraba era precisamente el de querer seguir demasiado las huellas de su hermano, cuando poseía aptitudes suficientes para tener una personalidad propia.

El actor español Ricardo Calvo, muerto en Madrid el 21 de abril de 1895

Ricardo Calvo sobresalía, y en esto diferenciábase de Rafael, en todos los géneros, y lo mismo entusiasmaba en el drama romántico y en la comedia clásica que deleitaba en la comedia de costumbres y divertía en el juguete cómico y en el sainete, representando con igual maestría el *Don Alvaro*, que *El vergonzoso en palacio*, *El anzuelo* que *El ventanillo.*

Su muerte es una gran pérdida para el teatro español, y ha sido hondamente sentida por cuantos vemos poco á poco desaparecer, sin ser sustituídas, las grandes figuras que han ido perpetuando las gloriosas tradiciones de nuestro arte escénico.

Fridthjof, escultura de E. Hubner. – Cuenta una leyenda noruega que Fridthjof, hijo de un labrador, estaba enamorado de la bella Ingebjorg, hija del rey de Sogn, con la cual se había criado. Muerto el padre de su amada, pidió la mano de ésta á sus hermanos Helge y Halfdan, quienes en vez de acceder á su demanda casaron á Ingebjorg con el anciano rey Hring y condenaron al mancebo á tener que llevarles el tesoro de Angantyr, en castigo de haber ofendido á Helge. Fridthjof, después de haber incendiado el templo de Balder, huyó de su patria y se refugió en la corte de Hring, el cual, después de haberle otorgado su favor en vida, dejóle á su muerte dueño de su esposa Ingebjorg y de su reino de Ringerike, situado al Sur de Noruega. Fridthjof cedió el reino á los hijos del monarca difunto, y acompañado de Ingebjorg volvió á su país, en donde mandó construir un templo para reparar el pecado en otro tiempo cometido, dió muerte en una batalla á Helge y obligó á Halfdan á abandonar á Song, en donde reinó él como soberano. Tal es el héroe legendario que el notable escultor alemán ha reproducido en su magnífica escultura, representandolo en el momento en que después de haber incendiado el templo de Balder huye de su patria. La figura modelada por Hubner tiene vida, se mueve y en su rostro expresa el espanto producido por la idea del tremendo crimen que acaba de realizar: desde el punto de vista técnico admíranse además en ella la elegancia de líneas y la maestría de ejecución, que revela perfecto conocimiento del desnudo.

Cigarreras sevillanas, dibujo original de J. García Ramos. – Al distinguido artista sevillano J. García Ramos debemos el notable dibujo que reproducimos, trasunto fiel del natural, inspirado en el conjunto animado y bullicioso, altamente pintoresco, que ofrecen los grupos de cigarreras en la fábrica de tabacos de Sevilla.

Esta industria, relativamente moderna, ha dado origen á una clase que en cada centro ofrece un tipo especial y característico, distinguiéndose quizás entre todos el de la cigarrera sevillana, en la que parece se hallan resumidos, concentrados, las cualidades y defectos de todo el gremio.

Nuestros lectores conocen otras producciones del genial pintor, y esta circunstancia nos releva, ó mejor dicho, nos impide, reproducir juicios ya emitidos. Hemos de limitarnos, pues, á felicitar al artista por su nuevo trabajo y á significarle una vez más la consideración y estima que nos merece.

En los Apeninos, dibujo original de Mariano Barbasán. – Las abruptas vertientes de los Apeninos, en toda su ruda y violenta grandeza, impresionaron vivamente á nuestro amigo el distinguido pintor Mariano Barbasán en su última y reciente excursión artística, sugiriéndole el deseo de utilizar aquella poética y pintoresca región del territorio italiano como asunto del gran lienzo en cuya ejecución se ocupa actualmente, al que ha servido de base y antecedente el notable estudio que reproducimos, bastante por sí solo para patentizar las cualidades que concurren en el celebrado pintor

Al fijarse en el dibujo, apréciase el acierto del artista, puesto que ha logrado representar en toda su severa grandiosidad una porción de la famosa cordillera, una de cuyas peligrosas vertientes atraviesa la garrida pastora, segura la planta y sereno el espíritu, despreciando el peligro de los profundos despeñaderos y de las movedizas piedras y guijarros en donde debe sentar el pie.

No dudamos que el nuevo cuadro de Barbasán ha de sorprender agradablemente á todos los amantes del arte patrio, aplazando para entonces emitir por completo el juicio que ya nos merece su última obra.

Coloquio interrumpido, cuadro de Eugenio de Blaas. – Años hace que este pintor se dedica á los cuadros de género venecianos, buscando para ello sus modelos, no en los palacios, sino en los barrios populares, en donde el tipo de las mujeres se conserva en toda su pureza. Sus cuadros *¿Qué me querrá?*, *Muchacha veneciana* y *El teatro de polichinelas*, reproducidos en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, confirman lo que decimos y demuestran hasta qué punto ha llegado Blaas á dominar los temas á que con preferencia se consagra. El que hoy publicamos casi no necesita explicación: el viejo marinero está en agradable coloquio con las tres muchachas, hablándoles de sus amoríos ó quizás contándoles algún cuentecito un tanto subido de color que hace asomar la risa á sus labios, cuando advertido de que se aproxima su malhumorada cónyuge, poco amiga de ciertas bromas, suspende la conversación, y fingiendo entretenerse en limpiar su pipa, lanza una mirada maliciosa á la vieja, á quien teme más que al temporal en alta mar. En este cuadro, como en todos los de Blaas, no hay una figura que pueda calificarse de secundaria: todas tienen capital importancia y todas están tratadas con un cariño y una perfección que sólo poseen los que de veras sienten el arte y han llegado con su talento á dominar todos sus secretos.

El pintor francés Chenavard. – Ha fallecido este celebrado artista en Lyón á la edad de ochenta y siete años. A los diez y siete llegó á París para entrar en el taller de Hersent y de Ingres; dos años después, en 1827, partió para Italia, y en 1830 pintó su primer cuadro histórico. Pasó diez años de su vida dibujando una serie de cartones que constituían una *Historia de la Humanidad.* En 1848 el gobierno provisional le encargó el decorado del Panteón, que comenzó con gran entusiasmo; pero la caída de la república le impidió terminar esa obra, cuyos cartones figuraron en la exposición de 1853 y valieron al artista la cruz de la Legión de Honor, que le confirió Napoleón III. Estos cartones y varios lienzos de Chenavard quedaron arrinconados, hasta que en 1870 M. de Chenevieres, á la sazón director de Bellas Artes, propuso su cesión al museo de Amiens; pero Chenavard renunció á todos los ofrecimientos para legarlos á Lyón, su ciudad natal, en cuyo museo se encuentran actualmente.

El pintor francés Chenavard, muerto en Lyón el 12 de abril de 1895

Los estudiantes alemanes felicitando á Bismarck. – De todas las fiestas que se han celebrado en Friedrichsruhe con motivo del octogésimo cumpleaños del príncipe Bismarck, ha sido sin duda la más brillante la de los estudiantes alemanes. Más de cinco mil de éstos, procedentes de todas las universidades de Alemania, quisieron demostrar con una manifestación grandiosa su cariño, su lealtad y su gratitud al gran canciller: reunidos en Hamburgo, dirigiéronse en trenes extraordinarios y desde la estación de Aumuhle se encaminaron á un campo cercano á la residencia de Bismarck, en donde se formaron los grupos de las distintas universidades, cada uno con su bandera, y desde allí fueron todos al parque de Friedrichsruh. A cosa de la una apareció en el amplio mirador del palacio el príncipe rodeado de los rectores de las universidades: un ¡hurra! estruendoso saludó su aparición; millares de voces aclamaban al ilustre anciano mientras los acordes de las músicas confundíanse con las aclamaciones de la multitud que agitaba pañuelos, sombreros y espadines con entusiasmo delirante. El príncipe con la cabeza descubierta contempló hondamente conmovido aquel grandioso espectáculo que se prolongó largo rato, no cesando un punto los vivas que atronaban el espacio. Restablecido al fin el silencio, un estudiante de Bonn pronunció un discurso felicitando al gran canciller, reiterándole el testimonio de afecto y gratitud de la juventud académica, asegurándole que ésta continuará la obra creada por el genio del príncipe. Las últimas palabras del orador fueron ahogadas por estruendosos aplausos y nuevas aclamaciones. El príncipe, profundamente emocionado, contestó á esa salutación con un discurso en que describió sus difíciles luchas políticas, la grandeza de Alemania en tiempo de los Hohenstaufen y Carlovingios, la posterior decadencia del imperio, la laboriosa restauración de la unidad alemana, conseguida merced á la cooperación de los príncipes alemanes, el glorioso reinado de Guillermo I, y finalmente los propios esfuerzos que, después de lograda aquella unidad, ha venido haciendo en pro del mantenimiento de la paz. Terminó el príncipe su oración con las siguientes palabras dirigidas á los estudiantes: «Conservad lo que tenemos, sin temor á aquellos que ven con despecho nuestro triunfo; tened siempre los ojos fijos en la bandera nacional y en todas las luchas sírvaos de lazo de unión la idea grandiosa que personifican el emperador y el imperio. ¡Viva el imperio! ¡Viva el emperador!» No hay que decir el entusiasmo con que fué acogido este discurso por los estudiantes, los cuales desfilaron por delante del príncipe, retirándose después del parque de Friedrichsruh.

MISCELANEA

Bellas Artes. – MILÁN. – Se ha inaugurado solemnemente el monumento de las Cinco Jornadas, erigido en conmemoración de la lucha sostenida desde el 18 al 22 de mayo de 1848 por la población milanesa contra las tropas de Radetzki. El monumento, obra del escultor Grandi, recientemente fallecido, consiste en un obelisco de granito á cuyo pie hay un grupo de cinco mujeres, con un águila y un león, formando una composición que se considera como una de las más grandes creaciones monumentales de la moderna plástica italiana.

ATENAS. – Después de una inspección minuciosa del Partenón, el profesor Durm ha manifestado al gobierno griego que era posible realizar la obra que le ha sido encomendada de preservar las ruinas existentes de nuevos deterioros, sin alterar el carácter del monumento. Del mismo parecer es el arquitecto inglés Penrose.

– Se ha inaugurado un monumento erigido en honor de Byron, obra del escultor francés Chaper, que hubo de terminar Falguiere. Consiste en un grupo de mármol, compuesto de tres figuras que simbolizan la participación del gran poeta inglés en la lucha por la independencia griega. La figura de Hélade corona á Byron, junto al cual un joven griego rompe las cadenas que lo aprisionaban.

LONDRES. – La exposición que actualmente celebra el Real Instituto de Acuarelistas es la más interesante de cuantas ha organizado esta corporación. No figura en ella ninguna obra de grandes dimensiones, pero en cambio las composiciones imaginativas, las escenas de la vida inglesa y extranjera, los paisajes y las marinas ofrecen gran variedad de estilos y asuntos, habiendo entre ellas algunas de gran mérito. Merecen citarse especialmente una figura de J. Linton, trazada sobre un bellísimo fondo de paisaje; otra figura de E. J. Gregory, admirable de luz y de color, puesta sobre un fondo de exuberante vegetación; cinco estudios de H. G. Hine, dos figuras de Frank Dadd, un interior de Hugh Carter, varias escenas holandesas de Rainey, un grupo de playa de Langley, las figuras de Enrique Rheam, un grupo de chiquillos de Fidler, varias escenas rurales de Bundy, Wetherbee y White, y otras obras de Aumonier, Ingram, Macallum y Stuard Richardson.

DRESDE. – En el Salón Arnold se ha expuesto una hermosa colección de cuadros holandeses, compuesta de 70 cuadros al óleo de 33 pintores y pintoras, y 45 acuarelas, pasteles y dibujos de 27 artistas. Todas estas obras responden al carácter del arte holandés, que es eminentemente nacional y se complace en copiar la naturaleza y las escenas sencillas é íntimas de su país, finamente observadas y con gran cariño reproducidas. Entre los nombres de los autores cuyos lienzos más han llamado la atención cítanse los de Haas, Bock, Koldewey, Mesdag, Bisschop, Maris, Schwartze, Blommer y los dos Israel.

Teatros. – El director de la sociedad dramática parisiense L'Oeuvre, que ha permanecido recientemente una temporada en Cristianía, dice que el gran dramaturgo noruego Ibsen ha terminado un nuevo drama que se titula *Rita Allmers* y que es un paso hacia el misticismo más pronunciado que el que significan las últimas obras del célebre poeta.

Barcelona. – En el Liceo actúa durante esta temporada de primavera una compañía de ópera, de la que forman parte los eminentes artistas Sra. Darclée y Sr. Marconi, habiéndose cantado *Manon*, de Massenet; *Cavalleria rusticana*, y *Los Hugonotes.* En el Tívoli funciona con gran éxito la compañía Tomba, que ha cantado con aplauso, además de varias operetas, en las que Milzi, Marchetti y Poggi hacen las delicias del público, algunas óperas como *Lucia di Lammermoor*, *Cavalleria rusticana*, *Crispino e la Comare* y *Carmen.* En Romea se ha estrenado con buen éxito *La herencia del oncle Pau*, graciosa comedia en tres actos arreglada del francés por el actor Sr. Colomer. Ha sido un verdadero acontecimiento artístico y literario el estreno en Novedades de la leyenda dramática de gran espectáculo, en cuatro actos, de Angel Guimerá, *Las monjas de Sant Aymant*, con música del maestro Morera, puesta en escena con lujo y propiedad imponderables: los magníficos figurines han sido dibujados por el Sr. Labarta y las preciosas decoraciones que en número de quince se han estrenado para dicha obra son debidas á los reputados escenógrafos Soler y Rovirosa, Moragas y Vilumara. En el próximo número reproduciremos algunas de estas decoraciones. En el teatro Principal ha comenzado con gran éxito una serie de representaciones el eminente actor D. Antonio Vico, que de regreso de su excursión á América, ha cumplido la promesa hecha á nuestro público de que su reaparición en España sería en un teatro de Barcelona.

Necrología. – Han fallecido:

María Thornycroft, escultora inglesa, hija de Juan Francisco Thornycroft y esposa de Tomás Thornycroft, ambos célebres escultores.

Augusto Fritz, pintor alemán.

Alfredo Fripp, notable acuarelista inglés.

P. J. Bollig, segundo prefecto de la biblioteca del Vaticano.

Carlos Hertel, pintor de género de la escuela de Dusseldorf.

Enrique Jorge Hine, pintor inglés, ex vicepresidente del Instituto de Acuarelistas.

Vicente Caltañazor, célebre actor cómico, decano de los actores españoles y profesor honorario del Conservatorio de Madrid



[illegible]

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

La joven esperaba sin duda ver al sacerdote rebelarse contra esta decisión; pero hubo de reconocer que se conformaba de muy buen grado.

– Hija mía, balbuceó, en su egoísmo de tutor inquieto que se ve libre de pronto de graves cuidados, yo no me atrevía á dirigirte por ese camino; mas puesto que le tomas por tu voluntad, apruebo tu resolución, pidiendo á Dios que te conceda el valor necesario.

Estas palabras enloquecieron á la joven en vez de calmarla; levantóse, salió del salón y fué á encerrarse en su cuarto.

Allí sollozó durante dos horas; no quiso comer y rehusó abrir la puerta á su tutor. Tendida en su lecho, revuelto aún como le había dejado Silverio, estremecíase de angustia y de dolor.

– ¡Conque he de morir religiosa!, exclamaba. ¿Religiosa yo?

Y al pronunciar aquel *yo*, todo su cuerpo joven, ardiente y hermoso se agitaba con violencia.

– ¡Religiosa yo', repetía, estremeciéndose. ¡No, es imposible! ¡Oh, Silverio, qué me importa que seas hermano de un asesino! ¡Aunque tú mismo fueses el asesino te querría! ¡Qué necesidad tengo yo de consultar con mis padres!

Y levantándose de pronto, presa de la mayor exaltación, abrió su ventana y saltó al jardín para ir á reunirse con su amigo.

Serían las ocho poco más ó menos; el viento, muy fuerte, soplaba del Sud; vivos resplandores ilumina-

ban á intervalos el pico del Gargos, y permitían ver, por espacio de un segundo, bajo el fondo claro del cielo, el perfil recortado de la montaña.

Jacobita atravesó el jardín del presbiterio y encaminóse hacia la gruta. Las tinieblas eran espantosas; no se podía distinguir nada á tres pasos, y la joven hubo de tocar los peldaños de granito para saber dónde estaban y esperar á que los relámpagos le mostrasen el camino.

A veces una ráfaga de viento hacía resbalar las piedras sobre las pendientes obscuras.

Jacobita llegó á la gruta.

– ¡Silverio!.., gritó.

Ninguna voz contestaba; la puerta parecía entreabierta, y solamente se oían los resoplidos de *Morrudo*.

– ¡Silverio!, gritó la joven otra vez.

Y entrando luego, palpó las paredes invisibles, buscando en todos los rincones; pero el hermano de Emilio no estaba allí.

– ¿Dónde habrá ido?, preguntóse. No le he visto entre los vecinos de Gargos. ¿Se habrá encerrado en la casa de su padre? ¡Sí! ¡No puede estar más que allí!

Jacobita volvió á tomar el camino del pueblo; los relámpagos la cegaban y hacían parecer más obscura la noche; la *Cabellera de Magdalena*, desplegada por el viento, enviaba chorros de agua hasta el pórtico de la iglesia, y uno de ellos azotó el rostro de Jacobita, helándole la nuca. Los habitantes del caserío dormían; no se veía en la calle ni una sola persona, ni luz alguna en las cabañas; tan sólo en el presbiterio divisábase como un rectángulo amarillo en el piso bajo: el sacerdote velaba aún.

La joven avanzó por la calle hasta llegar á la casa de los Montguillem; la puerta principal estaba cerrada, mas por la parte de Aigues-Vives veíase la puerta del establo abierta.

Entró y no vió nada; todos los rincones estaban obscuros y silenciosos.

Entonces comenzó á dar vueltas alrededor de la cabaña, esperando que Francisco Montguillem ó su hijo se presentarían muy pronto; mas ninguno de ellos llegó.

Jacobita comenzaba á tener miedo; corrió hacia los senderos, aventuróse bajo los pinabetes, cuyas copas azotaba el viento; y de improviso, al resplandor de un relámpago, divisó á Silverio de pie en una roca: era una brusca imagen, una silueta dura como un recorte de plomo bajo el fondo claro del cielo.

– ¡Silverio', gritó la joven, dirigiéndose hacia la roca.

Y pocos segundos después hallábase á los pies de su amigo.

– ¡Oh, qué inquietud me ha causado usted!, exclamó. Media hora hace que lo busco. ¿Qué hace usted aquí?

– Espero á mi padre.

– ¿Dónde está?

– En el prado. Debo volver esta noche á Gargos con su rebaño, y quiero estar á su lado antes de que sepa la detención de Emilio. ¡Con tal que no le den la noticia antes de llegar á casa! ¿Qué dirá? ¡Este golpe será su muerte!

Silverio prestaba atento oído por la parte de la montaña de Praderes.

– Escuche usted, señorita, dijo. ¿No oye usted resonar las campanillas del rebaño? ¿No será la más sonora la de nuestro asno *Bigorre*?

Pero el viento producía demasiado ruido en los árboles para que fuese posible distinguir el sonido de las campanillas.

– ¿A qué ha venido usted aquí, señorita?, preguntó entonces Silverio. ¿Acaso no me aborrece? ¿Aún se digna acercarse á un Montguillem?

– ¡Oh, Silverio!, contestó la joven. Vengo para anunciar á usted, por el contrario, que no le abandonaré. Nos amamos, y si los parientes se oponen á nuestro matrimonio, prescindamos de su permiso. Vamos á vivir lejos de aquí, en algún pueblo ignorado, donde seremos felices. ¡Ven, Silverio mío, vamos á buscar á tu padre, consolémosle, pidámosle su consentimiento y su bendición y salgamos del país esta misma noche!

Y Silverio siguió á la joven suavemente, cerrando los ojos en la noche sombría, dócil y feliz, encadenado por aquellos brazos de virgen amante como por una guirnalda de rosas

– ¡Oh, no!, balbuceó de repente, al llegar á los senderos y al sitio en que su hermano había matado á Laroque. No; sería otro crimen... ¡No quiero!

– ¡Silverio!

– ¡No quiero! ¡Váyase usted, pues si volviesen á encontrarnos, yo también iría á la cárcel!.. ¡No quiero, ni debo! Amo á usted demasiado para darla un nombre envilecido, para amargar toda su existencia. ¡Adiós!

Y Silverio se desasía de los brazos de la joven.

– ¡Silverio! ¿Será, pues, preciso que yo muera?

– ¡No morirá usted! Dios permitirá que sea una esposa feliz, y una madre honrada y orgullosa del nombre de sus hijos. Bien ve usted que tengo razón; y hasta diré que si fuese usted mayor de edad, tendría la fuerza necesaria para rehusar su mano ahora. No debo aceptar aunque su tutor me la ofreciese; es mi deber, y puesto que soy hermano de un asesino, este deber ha de anteponerse á todo. ¡Adiós, señorita, separémonos, y no me compadezca usted! He tenido mi parte de felicidad, y usted me ha dado cien veces más de la que merecía un joven tan desgraciado como yo. ¡He sido amado durante tres meses, y este recuerdo endulzará toda mi vida!

La joven seguía sollozando, y al fin exclamó:

– ¿Por qué no tendré yo también un nombre deshonrado? ¡Tal vez así no me rechazases! ¡Oh! ¡Esto es terrible! Me vuelvo loca, me haces perder el sentido moral, y hasta creo que quisiera haber cometido un crimen, puesto que es el único medio de ser digna de ti. Y por tus palabras me arrepiento ahora de haber sido virtuosa y honrada, y de no haber robado y asesinado como tu hermano Emilio.

– ¡Mi hermano no es tan infame como usted cree, señorita, ni tiene más responsabilidad que el arma de que hizo uso. Si él es quien hirió, otro fué quien preparó el golpe.

– ¿Quién?

– ¡El Sr. Roumigas!

– ¿El Sr. Roumigas? ¿Por qué?

– Para impedir nuestro matrimonio.

– ¡Me espanta usted! ¿El Sr. Roumigas habría hecho eso?.. ¿Cómo se hubiera arreglado?

– Dijo á mi hermano enfermo que Laroque le había dado su enfermedad, y manifestóle que si deseaba conservar la vida debía suprimir aquel hombre. ¡He aquí por qué mi hermano fué asesino; y el infeliz no creyó cometer un crimen, pues imaginábase que aseguraba su salvación. El verdadero criminal es Roumigas, ¡y ese miserable debía ser el suegro de usted!

Jacobita se estremeció.

– ¿Podía usted probarme eso?, preguntó bruscamente.

Silverio movió la cabeza.

– Muy difícil es, contestó, luchar contra semejante bribón, porque esa gente lo prevé todo. He tratado de interrogar á mi hermano sobre sus entrevistas con Roumigas, y se enfureció al punto, injurióme y me prohibió hablar de eso, sospechando, ¡pobre inocente!, que yo deseaba su muerte; pero he comprendido muy bien que Roumigas le había impuesto el secreto de toda esa historia, amenazándole con las mayores calamidades. Emilio es ignorante y supersticioso; no dirá nada á los jueces, ni siquiera al confesor; y aun se callará cuando su cabeza esté bajo la cuchilla de la guillotina. He aquí por qué no se podrá producir nunca la prueba más convincente; pero todas las presunciones existen. Sé que Roumigas ha dado consultas á mi hermano enfermo, y no ignoro que preveía el crimen, puesto que se arregló de modo para ver cómo lo cometía.

– ¡Cómo! ¿El Sr. Roumigas ha visto?..

– Sí, ha visto á mi hermano matar á Laroque.

– ¿Está usted seguro?

– ¿Que si estoy seguro? El mismo Roumigas me lo confesó al día siguiente.

– ¿Es posible? ¿Le confesó á usted eso? ¿Y por qué?

– ¡Pardiez!, para impedir que me casase con usted. Me ha probado que había visto cometer el crimen; que sabía dónde estaba el arma de que el asesino se sirvió, y que le bastaría decir una palabra para hacer caer la cabeza de mi hermano. Después me aconsejó que renunciase á usted, porque usted era su prima lejana, y no podía permitir que una mujer de su familia se uniese con un asesino. ¡Hé aquí el secreto de mi conducta con usted, señorita; he aquí por qué la abandoné después de solicitar su mano, y por qué fingí no amarla ya, ausentándome después de Gargos! Si he vuelto, fué por haber creído que ya estaría usted casada, pues habíala visto en Luchón dando el brazo á Gastón Roumigas. . En fin, he aquí por qué cuando supe que usted había despedido á ese enamorado, le supliqué que fuese á pedir perdón á su padre; presentía que la venganza de éste no se haría esperar, y usted ha visto como se ha dado prisa á denunciar á Emilio. ¡Si usted y yo hemos sufrido tanto, es por culpa de ese hombre; si Laroque ha muerto, es por causa de él también; si mi hermano es condenado, si mi padre sucumbe de pesar y si todos nosotros quedamos envilecidos, también será por culpa de Roumigas! Y seguramente nada podrán hacerle, ni probarle nada, porque Emilio temería volver á ser presa de los demonios si le comprometiera. ¡Ah! El miserable ha merecido veinte veces la muerte, y sería muy justo imponérsela por castigo.

Silverio calló; las campanillas de un rebaño resonaban cadenciosamente en la cuesta del Gargos.

– ¡Mi padre llega exclamó, ya está ahí! ¡Ah! Cómo decirle...

Y corrió al encuentro del anciano pastor.

Jacobita se quedó sola. Sofocada de indignación, recordó todos sus padecimientos, pensando en las angustias de sus amigos. Parecíale ver la sangre vertida en aquellas piedras; recordaba que la de Emilio podrá enrojecer muy pronto la plaza de Tarbes, y sus dientes rechinaron de cólera y de odio.

– ¡Cómo!, exclamó. ¿Y no se castigaría al que ha sido causa de todo esto? ¡Vamos, esto no puede ser!

Y se precipitó hacia el pueblo, sedienta de venganza; era preciso que se hiciese justicia.

– ¡Voy á matar á Roumigas!, se dijo la intrépida Jacobita.

Volvió corriendo al caserío, entró en su casa, penetró en la habitación del sacerdote, y del cajón de la mesa de noche sacó un revólver cargado.

– ¡Ah, santos ángeles!, exclamó Poupotte. ¿Es usted, señorita? El señor cura la busca por todas partes, y ahora creo que está en la gruta.

Pero la joven no escuchaba á la cocinera, pues había salido ya, y Poupotte la vió correr á través del jardín.

– ¿Adónde va usted, señorita?..

Pero no obtuvo contestación.

Jacobita llegaba á la iglesia.

– ¡Sí, voy á matarle, decíase; voy á matarle en su misma cama! ¡Ya me abrirán!

La joven no sentía el suelo bajo sus pies, porque todo su ser se estremecía de furor.

El viento no soplaba ya; la cascada no le envió más que una bruma helada, que refrescó su frente; pero los relámpagos seguían rasgando las sombras, y comenzábase á oir el fragor del trueno.

– ¡Voy á matarle, repetíase Jacobita; voy á ser una criminal yo también, y Silverio no tendrá motivo para rehusar mi mano!

La joven disminuyó la velocidad de su carrera para preparar el revólver; pero el frío del cañón la espantó; y como un relámpago le permitiese ver el jardín de Roumigas muy próximo, sintió que su valor se debilitaba.

– ¡Oh!, se dijo. ¿Y también yo haré correr la sangre?

Sus piernas se paralizaban, y ya no podía correr; pensaba en aquella cabeza blanca á que sería preciso apuntar, y sus manos estremecidas querían rechazar el revólver.

– ¿Por qué no soy yo más que una débil mujer?, murmuró. ¿Por qué me han educado en el horror al crimen?

Y una reflexión repentina la impidió avanzar.

– Pero si yo matase á ese hombre, díjose, me detendrían, me llevarían á la cárcel, y ya no me sería posible ver á Silverio... ¡En vez de reunirnos, este crimen levantaría una barrera entre nosotros!

Jacobita fué á sentarse en una roca, y lloró su impotencia; nada se podía hacer; era preciso renunciar á imponer á Roumigas el castigo que merecía. ¡El monstruo seguiría viviendo para vigilar sus cerezas!

– ¡Ah, tus cerezas', murmuró. ¡Espera, yo te las arreglaré un poco!

Y animada del despecho de no poder hacer fuego contra el propietario, la joven descargó su revólver contra el cerezo, exclamando:

– ¡Toma, toma, toma!

Todos los tiros resonaron; fué una magnífica descarga cerrada, que el trueno pareció prolongar aún, y algunas ramas del árbol crujieron, heridas por los proyectiles.

En el mismo instante brilló un relámpago, y Jacobita retrocedió, poseída de horror.

– ¡Oh! ¿Qué veo allí se dijo, qué acabo de ver bajo ese árbol?

La joven tembló y permaneció inmóvil, esperando con ansiedad otro relámpago; cuando éste rasgó las tinieblas de la noche, Jacobita profirió un grito.

– ¡Le he matado!, exclamó.

Acababa de ver á Roumigas al pie del cerezo, á Roumigas, que yacía inerte sobre la hierba.

– ¡Le he matado; una de mis balas ha debido tocarle!.. ¿Qué haría ahí? ¡Oh, qué espantosa casualidad!

El corazón de Jacobita se oprimió, y parecióle que iba á desmayarse. Quiso dudar un momento; mas aún tenía ante los ojos aquella lúgubre visión, un hombre tendido al pie del árbol é inerte, un hombre con botas y faja encarnada.

Jacobita huyó fuera de sí, gritando, y volvió á tomar la dirección del pueblo; en la orilla de la cascada encontró una persona: era el padre Bordes, que se acercaba presuroso.

– ¡Ah! ¿Eres tú, Jacobita? ¡Al fin! ¿Dónde estabas? ¿Qué hacías?

—¡Le he matado!, contestó la joven con exaltación.

—¿A quién?

—¡Al Sr. Roumigas! ¡Le he matado en su jardín! ¡Oh, es horrible!

El eclesiástico quedó aturdido.

—¡Qué estás diciendo!, repuso. ¿Has perdido el juicio? ¿Tú has matado á Roumigas, tú?

—¡Sí, yo! ¡Le disparé todos los tiros, y le herí sin apuntar! ¡Ya no se mueve! ¡Venga usted á verlo por sus propios ojos, padrino! ¡Oh! ¡Si pudiera haberme engañado, si Dios permitiera que fuese una ilusión!

Y cogiendo á su tutor de una mano, la joven le condujo hacia el jardín de Roumigas. Muy pronto estuvieron delante de la puerta.

—¡Esperemos un relámpago, dijo Jacobita; el cadáver está allí, muy cerca de nosotros!

Permanecieron inmóviles, cogidos siempre de la mano, temblando y sin respirar apenas.

—¡Ah!

Ambos retrocedieron, profiriendo un grito.

A la luz de un relámpago acababan de ver el cadáver. ¡Era efectivamente Roumigas! El padre Bordes reconoció sus facciones arrugadas. ¡Qué cara tan diabólica! ¡Cómo debía haber sufrido!

—¡Ah, desgraciada!, exclamó el sacerdote. ¿Qué has hecho?

—¡Perdón, padrino!

—¿Y estás segura que has sido tú?

—¡Sí, yo, con el revólver de usted! Ya verá que está descargado.

—¡Señor, qué desgracia!.. ¡Huyamos! ¡Deben haber oído las detonaciones! ¡Vámonos pronto! ¡Qué abismo has abierto á nuestros pies!

Los dos huyeron.

—¡Señor, murmuraba aún el sacerdote, levantándose la sotana para evitar una caída, Señor, qué oprobio á mi edad!..

Pero su voz se debilitaba; no podía hablar ya, y sus dientes castañeteaban cuando llegó al pueblo; pensaba en los gendarmes, en la prisión, en el presidio, en la deshonra de su familia...

De vuelta al presbiterio, se dejó caer en el canapé del salón, y su mano buscó maquinalmente la tabaquera en el fondo del bolsillo.

Mas de pronto se irguió.

—¡Es preciso marchar, exclamó, ganar al punto la frontera!.. ¡Ah, hija mía, me moriría de vergüenza si te viese entre dos gendarmes, como he visto á Montguillem antes!.. ¡Partir, pasar inmediatamente á España! ¡El juez lo sabrá todo mañana!

Y apelando al saludable polvo de rapé, añadió:

—¡Qué aventura, qué aventura!..

Jacobita se había arrodillado delante de su padrino, y pedíale perdón con acento de súplica; pero el sacerdote recobraba ya toda su lucidez.

—Ya me pedirás perdón otra vez, desgraciada, dijo; ahora no hay que pensar más que en la fuga. ¡Coge tu toca y ponte el mantón! ¡Voy á confiarte á Silverio!

—¡A Silverio, padrino!

—¡Es claro! Solamente él es capaz de conducirte á esta hora á España por caminos seguros. En cuanto á lo demás, tanto valéis ahora el uno como el otro, y podéis casaros si aún lo deseáis... ¡Señor, qué aventura!

Pero Jacobita saltaba de gozo al ponerse el manto y la toca.

—¡Cómo! ¿Es verdad que usted consiente, padrino?.. ¡Ah, qué bueno es usted!, añadió abrazándole.

¿Qué le importaba el cadáver con botas de Roumigas? ¡Ya no pensaba en ello! No podía tener remordimientos por un acto que producía resultados tan maravillosos.

—¡Pronto, pronto!, dijo apresurándose. ¡Marchemos, vamos á buscar á Silverio!

Los dos salieron sin ruido.

—Por aquí, ordenó el padre Bordes, dirigiéndose hacia la izquierda; está en casa de su padre; acabo de verle, y yo creí que estabas con ellos. ¡Chist, ten prudencia, anda de puntillas!..

En pocos segundos llegaron á la cabaña de los Montguillem, y Jacobita volvió á ver á Silverio menos con el terror de una criminal que con la embriaguez de una esposa.

—¡He matado á Roumigas, dijo sonriendo; venga usted pronto! Mi padrino consiente en nuestro matrimonio; pero es preciso salir de Francia.

El sacerdote confirmó estas palabras, y Silverio manifestó su alegría.

—¿Es verdad, murmuró, que usted ha matado á Roumigas? ¡Oh, qué buena es usted!.. Abrace usted á mi padre, que tan afligido está, y dígale que ha vengado á Emilio.

—¡Buenas noches, papá!, balbuceó la joven, estampando un beso en la frente del anciano.

Pero el padre Bordes se impacientaba.

—¿Queréis que os detengan en la frontera, hijos míos?, exclamó. ¡Por favor, marchaos pronto, sin perder un minuto! Lleva el mulo, Silverio, porque Jacobita se cansará muy pronto. ¡Acompáñeos Dios!.. ¡Ah, qué aventura! ¡Todos los Bordes se ven ahora deshonrados por el acto de esa loquela! ¡Si al menos no hubiese testigos, y nadie más que nosotros supiera quién ha disparado los tiros contra Roumigas! ¡El honor de la familia se salvaría!.. No diga usted nada de esto, Montguillem... ¿Lo jura usted? Y vosotros, hijos míos, sed mudos; idos sin ruido y no paséis por el pueblo, porque esos tiros de revolver habrán despertado á la gente. ¡Sin duda han descubierto ya el cadáver!.. Pasad á España antes de que amanezca; aún no se habrán corrido los partes, y os dejarán pasar... ¡Vamos, tal vez se haya perdido solamente mi ahijada! ¡Hazla feliz, Silverio!.. ¡He aquí mi bolsa!.. Ya os enviaré mi dinero... ¡Escribidme, y sobre todo no cometáis imprudencias!.. Yo iré á casaros en España uno de estos días. ¡Tened un poco de paciencia, tunantes! ¡Ah, Señor, estas emociones me quebrantan!.. ¿Quiere usted un polvo, papá Francisco?, añadió, presentando su tabaquera.

Los enamorados estaban ya lejos.

X

Los relámpagos no menudeaban ya; el trueno no se oía más que como un lejano rumor, y el viento había cesado completamente.

Silverio y Jacobita ganaron la gruta, dando la vuelta al pueblo; ensillaron al mulo en dos minutos, la joven montó, y el guía, embozado en su capote, tomó la delantera en dirección á España.

No quiso seguir el camino ordinario, á fin de evitar el caserío y la casa de Roumigas; pero cuando estuvo á un kilómetro de distancia en la vertiente oriental del Gargos, volvió á bajar bruscamente hacia la izquierda y tomó el camino de herradura á lo largo del arroyo de Ribenac.

—¡Estamos salvados!, dijo á Jacobita. Nadie ha podido vernos. Cójase usted bien, porque voy á poner á *Morrudo* al trote.

Y tocando ligeramente con el ronzal las ancas del cuadrúpedo, éste se lanzó al momento y el guía corrió á su lado.

¡Oh, qué obscura estaba la noche y qué agradable era aquella fuga tan fatigosa! ¡Jacobita era suya para siempre, y Roumigas no podía hacer ya nada.

La felicidad le enloquecía.

—Iremos á establecernos en Panticosa, dijo; es un agradable centro de excursiones, y ganaré bastante para vivir con mi oficio de guía. ¡Seremos muy felices, Jacobita!

Cuando llegaron al valle de Ossone, algunas gotas de lluvia humedecieron á los jóvenes.

—Apresurémonos, dijo Silverio. Se necesita todavía una hora para llegar á España; debemos pasar por un desfiladero que está á 2.600 metros de altura, y si aquí llueve, podría nevar allá.

Morrudo emprendió otra vez el trote; muy pronto la lluvia pareció más fría; un momento después empezó á granizar, y luego comenzó á caer la nieve silenciosa.

—¿No llegamos nunca á ese desfiladero?, preguntó Jacobita con voz inquieta.

—¡Aún no; apresurémonos!

Pero por más que golpease á *Morrudo*, el animal resbalaba á cada paso en la nieve.

Diez veces temió la joven una caída.

—¡Oh, Dios mío!, exclamó Silverio, será necesario apearse. ¿Nevará acaso toda la noche?

El mulo no avanzaba ya; Jacobita se apeó temblorosa y apoyóse en el hombro del guía. Dieron algunos pasos más, encorvándose bajo las ráfagas de nieve, y *Morrudo* siguió con las orejas muy bajas.

—¡Y ni una granja, ni una gruta, nada!, exclamó Silverio. Vamos á quedar bloqueados.

Brilló un relámpago, y por todas partes se vieron las montañas blancas.

Jacobita tiritaba á pesar de su mantón, y durante cinco minutos avanzaron penosamente y silenciosos; pero el guía no encontraba ya el camino; todos los barrancos estaban colmados, y á cada paso podían hundirse en alguna grieta.

De pronto vieron una roca inclinada junto á ellos.

—Vamos por allí, dijo Silverio; la roca protege el suelo por ese lado, y podremos resguardarnos un momento.

Ganaron aquel refugio, y cuando Jacobita vió bajo la enorme roca un poco de tierra negra, que la nieve no alcanzaba, dejóse caer sin despegar los labios.

Estaba embotada por el frío, y no sentía ni pensaba ya en nada; apoyando la cabeza en las rodillas de Silverio, solamente quería dormir.

El montañés la cubrió con su capote de lana.

—¡No se duerma usted, Jacobita, dijo, porque sería peligroso! Déme usted las manos para que las caliente, y acérquese más á mí. Muy pronto será de día, la nieve se derretirá, como espero, y proseguiremos nuestro camino.

Al cabo de un rato la joven se reanimó un poco.

—¡Silverio!, murmuró dulcemente, acercándose á su amigo.

Era un amor nuevo lo que experimentaban, un amor atenuado y puro como las montañas vecinas, un amor en que el cuerpo, deprimido por el frío de las altas regiones, no dominaba ya, y en que el alma soberana se cernía libremente en el aire ligero de las cumbres sin ninguna traba terrestre á sus inmaculadas alas.

—¡Silverio!

Era la voluptuosidad de los angeles, era una calma profunda en lo más recóndito del ser, un éxtasis de los antiguos amantes sin nada de terrenal.

No debían pensar en la muerte, porque la naturaleza no quiere que los espíritus sanos se ocupen de ella; pero si la nieve los hubiera cubierto bajo aquella roca solitaria, habrían expirado sin sentimiento, en brazos uno de otro, silenciosos y castos, felices porque desaparecían en medio de todas aquellas blancuras, que al derretirse en abril descubrirían sus cuerpos cuyas cenizas esparciría el viento por aquellas montañas.

Sus manos se estrechaban siempre, y sus ojos, impregnados de una deliciosa melancolía, miraban la naciente aurora, blanca como las montañas.

Ya no nevaba, el viento se había calmado, y apenas veían á intervalos una ráfaga que levantaba en el suelo algunos copos de nieve, ligeros como las plumas.

Reinaba el más religioso silencio; todos los manantiales dormían bajo la nieve; ningún ser viviente, ni ave, ni insecto, ni larva, turbaban la inmovilidad serena de los montes. Silverio y Jacobita no se atrevían apenas á respirar.

El sol pareció salir sobre un país muerto, y así debe iluminar los planetas del espacio. Los jóvenes le veían ascender entre dos cimas, y no pensaban ya en huir, sino que permanecían inmóviles como las piedras que se hallaban alrededor. La inercia de las cosas se apoderaba de ellos poco á poco.

Pero *Morrudo*, olvidando menos fácilmente sus funciones de animal, agitábase casi tanto como un mulo ordinario, y la gravedad del paisaje no le imponía. En un momento dado enderezó las orejas de una manera singular hacia el Nordeste, y hasta produjo un relincho irrespetuoso que los ecos de aquella soledad repitieron con estupor.

El mulo tenía sus razones para proceder así: acababa de divisar una mula negra en medio de aquella extension blanca, una mula negra que llevaba un hombre negro; y precediendo á este grupo iban dos individuos más ó menos rojizos. *Morrudo* no pudo menos de relinchar otra vez alegremente al ver llegar á la pequeña caravana, y quiso significar á su amo que iba á suceder algo extraordinario; pero el guía estaba distraído al parecer, y el mulo contempló el espectáculo para sí solo con sus grandes ojos de cuadrúpedo pensativo. Muy pronto se percibió un sonido, y el animal tendió las orejas.

Una voz había resonado en el desierto blanco.

—¡Eh, Jacobita! ¿Estás ahí?

Los ecos repitieron este llamamiento á todas las montañas.

—¡Eh, Jacobita!

Entonces los jóvenes se estremecieron.

—¡Escuche usted!, dijo Silverio.

Dos minutos después, la misma voz repitió con mucha más claridad.

—¡Eh, Jacobita!.. ¡Eh, Silverio!, ¿me oís?

—¡Es el padre Bordes!, balbuceó el guía levantándose. ¿Por qué nos buscará?

—¡Eh, eh!

—¡Por aquí!, gritó otra voz, que Silverio reconoció como la del guía Couquerot. Veo sus huellas en la nieve, y no pueden estar muy lejos.

—¡Con tal que no venga á retirar su consentimiento!, dijo Silverio á su amiga.

Pero la joven no oía al parecer; indiferente á todo, seguía mirando con ojos distraídos el sol pálido entre las cimas blancas.

—¡Eh, Jacobita!

Esta vez se oía muy próxima la voz, y *Morrudo* creyó de su deber contestar ruidosamente, levantando la cabeza con energía.

—¡Ahí están, gritó Couquerot; los ves bajo aquella roca! ¡Por aquí!

Los jóvenes divisaron al padre Bordes, que con el cuello envuelto en un enorme tapabocas, llegaba pesadamente montado en su mula. Con la mano iz-

quierda sostenía una poderosa linterna, que en su emoción de *turista*, á pesar suyo, se le había olvidado apagar al salir el sol; acompañábanle dos guías, Couquerot y Leon Bielle.

–¡Eh, Jacobita, exclamó, al fin te encuentro! ¿No podías contestar antes? Y tú también, Montguillem, que dejas á las personas enronquecerse sin dar señales de vida... ¡Ah! Seguramente hubiera perdido la voz... ¡Jacobita, hija mía, abrázame, porque no le has matado! No era el Sr. Roumigas, sino su diabólico espantajo, un maniquí con botas y faja encarnada, que se le parecía mucho. El viento hizo caer aquel armatoste del cerezo. ¿Comprendes ahora?..



Jacobita y Silverio

¡A mis brazos, hija mía, y volvamos tranquilamente á casa! ¡Ah, Señor, estas emociones me matan! Tengo los pies helados...

Y el sacerdote, sacando un frasco del bolsillo, y fija la vista en el cielo, bebió algunos tragos de coñac rancio.

Jacobita había escuchado estas explicaciones sin manifestar mucha sorpresa.

–¡Ah! ¿De veras?, repuso con voz tranquila. ¿Conque era un maniquí? ¡Pues entonces no he matado á nadie! ¡Tanto mejor!

–¡Hola!, exclamó el eclesiástico, á quien el coñac había reanimado un poco, paréceme que esto no te extraña, picarilla. ¿Será eso una jugarreta? ¿Habréis querido acaso burlaros de mí para arrancarme el consentimiento? ¡Ah, bribones!

–¡Oh, padrino, no piense usted semejante cosa! He sido sincera, pregúnteselo á Silverio... ¿No es verdad, Silverio, que tú no sabías nada tampoco?..

El padre Bordes dió un salto.

–¡Ah, Señor, exclamó asombrado, ya se tutean!

Y volviendo la brida de su montura añadió:

–¡Escuchad: os he dado mi consentimiento, y no le retiro! La palabra del padre Bordes... No ha sido poca suerte para vosotros que anoche soplara el viento... ¿Quieres coñac, Jacobita, y tú también, Silverio? ¡Parece que los dos estáis dormidos; bebed, que esto os reavivará!.. Hasta yo voy á tomar una gotita más... ¡Me matáis, hijos míos!

La caravana volvió á bajar hacia el Gargos.

Bajo el sol radiante, las montañas parecían revestidas de todas sus galas.

Emilio Montguillem murió pocos días después de su detención, por efecto de la tuberculosis, según los médicos; por causa del maleficio de Laroque, según los montañeses.

Aquel duelo retardó algunos meses el matrimonio de Silverio y Jacobita; pero en la primavera, cuando los aludes del pico de Gargos hubieron rodado á través del pueblo, el padre Bordes bendijo la unión de su ahijada con el propietario de la *Cabellera de Magdalena*, en la pequeña iglesia ruinosa, con sus brechas un poco ensanchadas y sus baldosas más cubiertas de hierba. Poupotte tocó la campana con vigor; Augusto sirvió la misa con mucho aparato; habíase preparado hacía largo tiempo, y no se equivocó en el *Suscipiat*, ni tampoco en la *Elevación*.

Detrás de los esposos hallábanse algunos parientes, entre ellos Francisco Montguillem, el anciano pastor, cuyo rebaño, marcado de azul, había llegado la antevíspera de Pontacq; el doctor Enrique Bordes, y el médico bien conocido de Aigues-Vives. Junto á ellos se alineaban, luciendo sus trajes del día de fiesta, casi todos los habitantes del Gargos.

La cabra de Cojola, acostumbrada concurrente al santo lugar, se arriesgó á mostrar su cabeza curiosa por la brecha de la capilla; pero se turbó mucho ante un público tan brillante, y alejóse sin que fuera necesario espantarla.

Antonio Roumigas no formaba parte del cortejo. Había manifestado la más violenta indignación al saber que el padre Bordes concedía la mano de Jacobita á Silverio Montguillem.

–¡Cómo!, había exclamado. ¡Un individuo del clero hace alianza con el hermano de un asesino! ¡Esa gente deshonra á mi familia!

Y habíase apresurado á salir de Gargos, donde temía, por lo demás, que los nuevos esposos, ayudados de su tío, el doctor Enrique Bordes, le hicieran difícil la existencia después del asunto Laroque Montguillem.

Volvió á Salvatierra del Bearn, su pueblo natal, donde un senador de la región, que temía á los brujos sin duda, influyó para que le concedieran un estanco.

En el pico de Gargos, en medio de los Pirineos, blancos y azulados, los *turistas* actuales observan una cruz de mármol, que en cumplimiento de su voto mandó erigir Silverio.

Algunas semanas después de la boda, el padre Bordes supo de boca de los recién casados la historia verídica de la desviación de la cascada, que tanto le conmoviera el año anterior.

–¡Ah, bandido!, exclamó volviéndose hacia Silverio. ¿Conque eras tú?

Y temió sufrir un ataque de apoplejía.

–¡Advierta usted que se la hemos devuelto, tío!, repuso Jacobita sonriendo. ¡Vamos, dé usted la absolución á su sobrino, pues se ha hecho bien merecedor de ella!..

Aquella fué la última emoción del eclesiástico.

Libre para lo sucesivo de las agitaciones de este mundo, ha vuelto á montar su torno hidráulico junto á la nueva cascada, y sigue construyendo hueveras en medio de las hermosas montañas, que nunca mira.

Traducción de E. L. Verneuil.

SECCIÓN CIENTÍFICA

FERROCARRIL AÉREO DE MEIGS

El conocido proverbio «El tiempo es oro» caracteriza una de las fases esenciales de la vida social de los Estados Unidos y expresa en cuánto estima el norteamericano el tiempo y hasta qué punto resultan para él secundarios otros factores de la existencia con aquél comparados. De aquí que cuando de ahorrar tiempo se trata, el americano prescinde de muchas cosas que para los europeos son de gran importancia.

Resultado típico de esto son los ferrocarriles aéreos que en muchas ciudades de los Estados Unidos facilitan, desde hace muchos años, el tráfico y que ciertamente no contribuyen al embellecimiento de la población. Pero así como en Europa, al discutirse sobre ferrocarriles análogos proyectados en algunas poblaciones, lo primero que se pregunta es «¿Qué aspecto ofrecerá nuestra ciudad?,» en América las consideraciones estéticas ceden ante la utilidad práctica, y lo único que allí se averigua es el tiempo que podrá ganarse con el tal sistema. Estos dos puntos de vista caracterizan dos modos de ser enteramente opuestos, pero ambos por igual exagerados. La facilidad y la rapidez de comunicaciones tienen tanta importancia para una gran ciudad, que bien merecen se haga por ellas algún sacrificio; por otra parte, el sentimiento estético representa un papel tan importante en la vida humana, que también es digno de ser tenido en cuenta: dar á uno de estos factores preferencia sobre el otro es un error lamentable; ambos deben ser atendidos armoniosamente, y bueno sería que, haciéndolo así, los europeos pensasen un poco más á la americana y los americanos un poco más á la europea, con lo cual las grandes ciudades de Europa tendrían mejores medios de comunicación y las poblaciones de los Estados Unidos un aspecto más elegante.

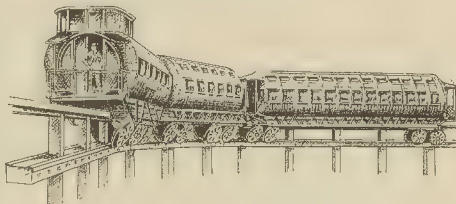


Fig. 1. – Ferrocarril aéreo de Meigs

Convencidos los *yankees* de que los ferrocarriles aéreos les facilitaban grandemente el tráfico y les ahorraban mucho tiempo, no vacilaron en sacrificar á ellos sus mejores calles: consecuencia de ello ha sido que muchas de estas calles estén hoy completamente desfiguradas; pero en cambio tales ciudades disponen de los mejores medios de comunicación. A pesar de esta última ventaja, aun los europeos más partidarios de la facilidad del tráfico no pueden menos de experimentar á la vista de esas poblaciones un sentimiento de disgusto: al contemplar el espectáculo que en ellas á sus ojos se ofrece, siéntense como en presencia de la repugnante imagen de un Moloch á la moderna, no como aquel dios de los cananeos para aplacar cuya cólera se sacrificaba lo que más se estima en un estado monárquico, el primogénito del rey, sino el ídolo de la ambición y de la sed de ganancias, ante cuyos altares se inmolan los bienes ideales de la humanidad.

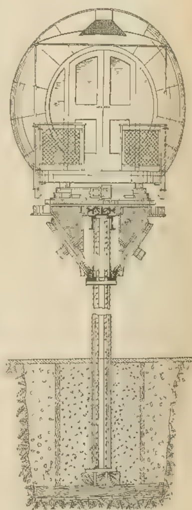


Fig. 2. – Sección del ferrocarril aéreo de Meigs

Se han hecho, sin embargo, en América algunos esfuerzos para armonizar las exigencias del tráfico con las aspiraciones estéticas, y son varias las ciudades norteamericanas que se resisten hace tiempo á introducir el sistema de ferrocarriles aéreos: una de las que más han resistido es Boston, cuyas autoridades, empero, han acordado recientemente la introducción de un sistema de ferrocarriles aéreos distinto del geneneralmente utilizado y que afea las calles menos que los ordinarios, el del capitán J. V. Meigs que, después de quince años de lucha, no tardará en ver, según parece, planteado su invento. Una vez demostrada prácticamente, en un trecho de prueba, la bondad de su ferrocarril, el capitán Meigs ha podido conseguir que el Congreso del estado de Massachussets diera una ley por virtud de la que en Boston sólo podrán construirse ferrocarriles aéreos de su sistema, acerca de los cuales vamos á dar á continuación algunos detalles.

El principal inconveniente que ofrecen los ferrocarriles aéreos ordinarios es el de que su ancha vía con sus planchas cubre la calle, siendo causa de que las tiendas y pisos bajos resulten obscuros y por ende de menos valor: otro de sus inconvenientes es que con ellos se afea el aspecto arquitectónico de la calle. Meigs ha querido remediar estos dos inconvenientes construyendo un ferrocarril que aparentemente sólo consta de una vía, aunque en realidad está formado por dos, una encima de otra, sostenidas por columnas: de este modo se quita menos luz á los edificios y se perjudica menos la belleza arquitectónica de la calle.

La figura 1 representa el ferrocarril de Meigs con un tren compuesto de tres vagones, de los que el primero es la locomotora. De las dos vías sólo sostiene el tren la inferior en la que encajan las ruedas inclinadas: contra la superior, que como la otra tiene dos rieles, se aprietan dos ruedas horizontales por medio

de una prensa hidráulica, las cuales ruedas impiden que el vagón vuelque, y sirven de ruedas motrices, puesto que ellas son las que reciben el impulso de la máquina.

Los principales detalles de la construcción pueden verse en las figuras 2 y 3, que están tomadas del trozo de ferrocarril construído como prueba. Este trozo se construyó de madera; pero este material en la construcción definitiva sólo se utilizará en las afueras de las ciudades, pues dentro de éstas únicamente se empleará el acero y el hierro.

En dicha construcción definitiva, los soportes y las vigas-guías estarán unidas por un enrejado para que aquélla tenga mayor consistencia: las columnas plantadas á distancias que variarán entre 4 y 14 metros, tendrán 7'50 metros de longitud, de ellos 1'80 debajo de tierra, y su altura, hasta los soportes, será de 4'30; de suerte que por debajo de la vía podrá hacerse cómodamente el tráfico normal. La distancia entre las dos vigas es de algo más de un metro; la anchura horizontal de la vía superior de unos 43 centímetros y la de la inferior de unos 53; de modo que esta construcción levantada encima de la acera á ambos lados de la calle, si no embellecerá ésta, tampoco la afeará gran cosa.

En la figura 3 están reproducidas la parte superior del cuerpo de la vía y la inferior del juego de ruedas de la locomotora. El vagón está sostenido únicamente por las ruedas inclinadas W W que encajan en los dos rieles del soporte: los ejes L L de las dos ruedas motrices D D que se ajustan á los rieles de la viga-guía, no son fijos, sino que se mueven entre las correderas A A fuertemente unidas al vagón. Empujadas hacia dentro las correderas por medio de prensas hidráulicas, las ruedas guías y las ruedas motrices, movidas por la máquina, se aprietan de tal modo contra las vigas-guías, que á consecuencia del roce el vagón muévese hacia adelante.

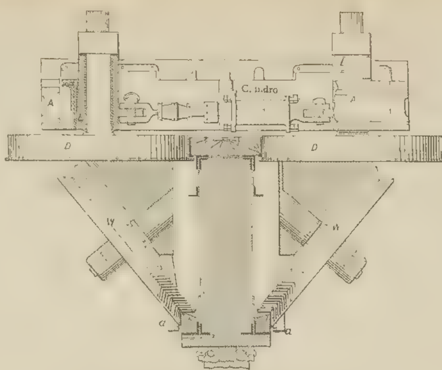


Fig. 3. - Parte superior del cuerpo y de las ruedas de la locomotora del ferrocarril aéreo de Meigs

La posición inclinada de las ruedas inferiores parece á primera vista atrevida é insegura; sin embargo, en las pruebas verificadas su seguridad y sus ventajas prácticas han quedado plenamente comprobadas, habiendo salvado fácilmente curvas hasta de 15 metros de radio en una pendiente de 1 por 32. Estas circunstancias se ofrecerán aún más favorables cuando en vez de máquina de vapor se utilicen los motores eléctricos, que á pesar de su fácil adaptación no se han empleado hasta ahora en el sistema, porque cuando éste fué inventado aquéllos no habían alcanzado el grado de perfección que hoy tienen.

Aunque se inutilicen algunas ruedas no es posible un vuelco, pues lo impiden los brazos *a a*, que se ven en la figura 3: lo único que puede ocurrir es que los vagones se inclinen algunos centímetros.

Las pruebas verificadas en un trecho de 340 metros han dado buenos resultados; pues si bien por ellas no puede apreciarse definitivamente la velocidad máxima, se ha visto que el ferrocarril con carga completa salvaba una curva de 15 metros de radio, con una velocidad de 25 kilómetros por hora.



FIESTAS CELEBRADAS EN FRIEDRICHSRUHE CON MOTIVO DEL OCTOGÉSIMO CUMPLEAÑOS DE BISMARCK. – Los estudiantes felicitando al ex canciller (de una fotografía)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

MARÍA, novela americana por *Jorge Isaacs* (Edición ilustrada de la *Biblioteca de Artes y Letras*, encuadernada con tapas alegóricas). – Es esta una de las novelas americanas que mayor y más justa fama han alcanzado: su autor, el distinguido escritor y poeta de Bogotá Jorge Isaacs, ha desarrollado en ella con magistral sencillez un argumento interesantísimo, tierno, delicado, abundante en hermosas descripciones de cuadros y escenas de la vida americana. Aumentan los atractivos de la obra abundantes y primorosas ilustraciones de Riquer y Passos. La sexta edición de *María*, que acaba de publicarse en un tomo lujosamente encuadernado, véndese en Barcelona al precio de tres pesetas en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

LOS CATÓLICOS ALEMANES. – EL DESPERTAR DE UN PUEBLO, por *Alfonso Kannengieser*, traducción de *M. Hernández Villaescusa*. – Con decir que en estos dos libros se estudia la lucha entablada en Alemania por los del *Kulturkampf* y el triunfo del catolicismo en aquel país, cuna y principal asilo del protestantismo, queda hecho su mejor elogio. Con abundancia de datos, con un criterio elevado, con una fe absoluta y ardiente en las doctrinas y en la Iglesia verdadera de Cristo estudia el autor, el presbítero parisiense Kannengieser, tan importantes materias, prodigando en sus obras las más nobles enseñanzas deducidas de la exacta observación de los hechos. Estos dos libros, que han merecido un laudatorio breve de Su Santidad León XIII y que con entusiasmo recomiendan los prelados más insignes del mundo católico, han sido admirablemente traducidos por el reputado publicista Sr. Hernández Villaescusa. Encuadernados en tela se venden al precio de dos pesetas cada uno.

LA CIENCIA DEL SIGLO XX, por *Pedro Arnó de Villafranca*. – El autor de este folleto da cuenta de una obra suya en que se consignan la nueva doctrina científica por él encontrada después de detenido estudio y crítica severa, los descubrimientos que han sido su consecuencia y la resolución de los problemas de psico-física, exponiendo como muestra sus doctrinas sobre los movimientos del sol. Véndese á 50 céntimos en las principales librerías y en casa del autor (Pacífico, 12 C, bajo, Madrid).

PRO PATRIA. – El último número de esta importante revista contiene notables trabajos del conde de Tejada Valdosera, de doña Sofía Casanova de Lutoslawski, de los Sres. García Concellón, Balaguer, E. Portal (en francés), Enseñat, Hardisson, Espon, Marco, Mitjana, Sanchez Pérez y otros no menos conocidos. Suscríbese en Madrid, calle de Claudio Coello, 19, 2.º

LA FORASTERA, novela de costumbres por *J. Gallardo Lobato*. – Novela muy interesante y bien escrita, en la que sobresalen algunos cuadros descriptivos de costumbres andaluzas, que demuestran el espíritu de observación y el talento literario de su autor. Impresa en Jerez, en la imprenta de El Guadalete, se vende á dos pesetas.

EL ESCÁNDALO, por *M. González García*. – Novela naturalista la denomina su autor, y realmente lo es, así por su argumento como por la forma en que está desarrollado. El Sr. González García es autor de una serie de novelas portorriqueñas, de una de las cuales, *La primera cría*, premiada con medalla de oro en el certamen de la Sociedad Económica de Puerto Rico, nos ocupamos hace algún tiempo.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 6 de mayo de 1895 — Núm. 697

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PENOSA JORNADA,

copia del cuadro del pintor inglés Juan Collier

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Cosa difícil, más difícil cada día que transcurre, es orientarse en este caos espantoso de ideas, de aspiraciones, de deseos, de ideales, de ansias, de sentimientos que agitan, conmoviéndola hasta en sus raíces, la sociedad actual. Nada más difícil que determinar hoy, siquiera sea vagamente, cuál será el rumbo que haya de seguir la razón, la fría razón analizadora que escruta, que deduce del hecho leyes invariables, fundamentales, que sirvan de jalones para fundamentar, realizándolas, las nuevas fórmulas para la vida social en todos sus órdenes. Nunca vaciló la razón con sacudidas tan distintas á impulso de tan diversas ideas, de tan inexplicables como misteriosas y encontradas fuerzas como al presente. Algo hay que late en el fondo de ese caos, que impulsa al espíritu humano á la destrucción del organismo social existente, que le impele con violentísimos empujes á la renovación de la vida en sus aspectos intelectual y material, que sostiene en constante tensión nuestro espíritu y nuestros nervios. Pero cuál sea aquella fórmula, aquella aspiración, aquel ideal concreto que sustituya á lo que se derrumba, eso es lo misterioso, lo que todavía no hemos alcanzado á vislumbrar, piensen y digan lo que quieran, así el neurótico Max Nordán, el frío Spéncer, los vehementes Bebel y «guedistas» franceses, los utópicos sublimes Tolstoy y Krapotkine.

Hace tiempo que vengo ocupándome en estas columnas de una reacción idealista en el campo del arte, y pronosticaba que esa reacción abarcaría todas las manifestaciones estéticas del sentimiento, viniendo á hacer presa en nuestros artistas y literatos. No era menester del don de la profecía para hacer las afirmaciones y deducir las consecuencias que hube de hacer. Veíase venir á paso gigantesco la protesta contra la desoladora filosofía del materialismo científico; veíase avanzar de nuevo de las regiones del septentrión sobre el Mediodía de Europa – cual en otros siglos á los bárbaros – el ejército de las ideas espiritualistas á combatir las ideas egoístas, las ideas de la mezquindad materialista, las ideas del refinado y cruel positivismo. Contra esta fiebre del goce material; contra esta crueldad de la ciencia, que pretende reducir todo fenómeno, sea del orden que sea, á simple ecuación algebraica; contra esta limitación del espacio á que pretenden reducir las ciencias físicas y naturales aquel en que vivió y debe vivir el espíritu, viene esa milicia de idealistas, de altruistas, que recabando para el desheredado lo que por el hecho de haber nacido le debe la sociedad, al propio tiempo se apresta á defender la libre y espontánea manifestación del sentimiento, rompiendo con los doctrinarismos de la escuela materialista, mucho más intransigentes que cuantos doctrinarismos han pesado sobre el espíritu humano en el transcurso de los tiempos.

He aquí la razón del número importante de obras místicas que han de figurar en la próxima Exposición nacional de Bellas Artes. He aquí por qué la literatura dramática, la novelesca, la poesía tienden ahora á buscar en el misticismo católico las fuentes de inspiración en que bebieron los poetas y literatos de otros días. He aquí por qué la confusión de ideas, lo incongruente de ciertos rumbos estéticos, lo antagónico de lo sujetivo, lo violento de la lucha, la diversidad de los modos de realización. He aquí por qué el caos y la dificultad para orientarse. De un lado, aquellas conquistas – porque sería puerilidad negarlas – que en favor de la verdad ha logrado la ciencia dentro del positivismo del análisis y de la crítica; de otro, las reivindicaciones del derecho á subsistir del proletario; de otro, el escepticismo general respecto de las fracasadas verdades de la especulación de la filosofía; de otro, la impotencia de las escuelas políticas para solucionar los grandes problemas económicos; de otro, la elevación del nivel intelectual que ha colocado á las clases ilustradas en el dintel mismo de la duda, cerrándoles el paso á la fe y no abriendo otro camino que les lleve á lugar de horizontes despejados; todo esto contribuye á la confusión reinante, á las ofuscaciones del pensamiento, á las aberraciones del sentimiento, á las intransigencias de escuelas ó de sistemas. En medio de esta lucha se advierte, una concentración de fuerzas en un punto dado. Esas fuerzas forman parte del ejército aquel de los idealistas que comenzó á lidiar en Rusia, en el Norte de Germania, en las regiones donde las nieves brillan al sol de todo el año. Sin darse cuenta de ello, buen número de artistas de todos los países, ansiando despojarse de la armadura de acero en que pretende encerrarlos la dura, inflexible y estéril escuela que sujeta todo movimiento espiritual al determinismo que rige para lo inorgánico, se adelantan hacia las avanzadas del neo-idealismo místico. Mas, ofuscados por el espejismo de una libertad más aparente que real, van á dar de bruces en un campo estéril, que no es aquel en donde ha sentado sus tiendas el ejército idealista. Los artistas que acuden á la Exposición próxima han tomado por santos, por mártires y confesores del catolicismo los apóstoles y defensores de ideas que, si aportadas por Cristo al código de la moral universal, si por su valor ético pueden considerarse como emanaciones ó destellos de la Absoluta Sabiduría, pertenecen ya de hace bastantes años á esta parte al dominio del hombre.

Que la equivocación es lamentable no cabe duda. Buscar en cosas, hechos y personas de otros tiempos ideas que encajen en el marco de las aspiraciones de ahora, paréceme algo así como vestir la armadura mejor templada que pudiera llevar el gran duque de Alba, y con ella pretender defenderse de las balas de un fusil Maüser. Tanto valdría vestir un traje de papel. Exactamente lo mismo acontece con oponer á las ansias espirituales – que son muy grandes – del hombre moderno los éxtasis del místico de Asís ó de la de Avila, las escenas de sangre de los días de Valerio y Diocleciano ó las ejemplaridades de Agustín ó de la Egipciaca. No son las luchas de nuestros días luchas por afirmar principios religiosos; muy al contrario, son por que esos principios, en cuanto tienen de compatibles con la existencia del hombre, con su vida, con la misión que le está confiada aquí en la tierra, se interpreten y apliquen en toda su pureza. Frente al mártir y al confesor del código sublime de Cristo, está hoy el minero enterrado á profundidades espantosas en el fondo de las minas, con la muerte suspendida sobre su cabeza un día y otro día, sintiendo cómo silba el *grisú* bajo sus pies ó sobre su cabeza, sintiendo cómo se desploman las tierras de las galerías subterráneas, sintiendo cómo crujen las maromas del ascensor que, transportándolo de las entrañas de la tierra, lo deposita en la superficie de ésta, donde la luz del día le causa dolorosa sensación. Frente á los Franciscos, á los Jacopone, á las Isabeles, á los Vicente de Paúl están esos hombres que, como Pestalozzi, como Keplero, como Jovellanos, como tantos otros, han luchado y luchan por que la humanidad, alcanzando entero conocimiento de sus deberes y de sus derechos, marche en busca de la perfección posible dentro de la justicia y de la equidad mayor; por que la humanidad, conociendo cuál es su misión, ponga en juego todas las fuerzas espirituales de que Dios la dotó, con el doble objeto de atender á su existencia y al conocimiento más aproximado de la Divinidad, estudiándola en sus obras. Sería pequeñísimo el espacio de un artículo para apuntar en él los ideales que, en lucha hoy, son motivos de inspiración de belleza moral y plástica, y en donde el artista puede encontrar páginas sublimes que ofrecer como sedantes á los dolores de nuestro conturbado espíritu. Las necesidades espirituales varían en intensidad, en calidad y en motivo, según las potencias alcanzan mayor grado de cultura, mayor grado de delicadeza, mayor grado de sensibilidad, mayor grado de fuerza en su aspiración constante por acercarse á la verdad absoluta. Y si es cierto que las sociedades avanzan en el camino que lleva á la perfección, no puede desconocerse que las ideas y los sentimientos de aquellas emanadas ayer, por razón de haberse producido en distinto medio ambiente del actual no tienen el valor activo necesario para ayudar á resolver los problemas hoy planteados, ni tampoco para deshacer esta dolorosa incertidumbre en que se agita nuestra alma. Desde este punto de vista la reacción místico-cristiana, en el sentido dogmático en que la han tomado pintores, escultores, literatos y poetas, es un salto atávico que lleva al arte á su anulación, puesto que las bellezas que produzca serán reflejos de las producidas cuando debían ser.

Pero si han equivocado el concepto del nuevo misticismo todos ó casi todos los artistas de hoy, también es indudable que han equivocado el camino de la verdad y de la belleza aquellos otros que pretenden producir obras de arte imperecederas, tomando como medio y fin la fiel y exclusiva interpretación de la belleza material. Y esta equivocación, tanto más lamentable cuanto que la tiene por cosa cierta buen número de los que al cultivo de las Bellas Artes se dedican, ha traído, especialmente á la pintura y á la escultura española, á términos de deplorable esterilidad. No hace todavía una semana, visitando yo el estudio de un pintor de indiscutible mérito, se suscitó la eterna cuestión de la finalidad del arte. Defendía el pintor á quien aludo la necesidad de que se preocupen los artistas de realizar la belleza tal y como ésta se les ofrece en el natural, sin andarse en disquisiciones de ideas ni *filosofías* de ninguna especie. Objetéle que con eso solamente no se iba á ninguna parte, y me contestó ofreciéndome como argumento capital la obra de Velázquez. En vano quise hacerle comprender que está equivocado en el concepto que de Velázquez tiene la mayoría de sus admiradores – y yo me encuentro entre ellos. – Todos mis argumentos fueron vanos; en sus *trece*, como diría Clarín, mi contrincante no quiso comprender que el autor de las *Meninas* tiene un mérito superior al de su dominio de la parte técnica de la pintura, el cual mérito consiste en haberse adelantado á su tiempo en el estudio de lo que le rodeaba, dejando aparte aquello que él no había visto ni jamás sentido. Pues bien: así como el aludido pintor, rindiendo parias al color, á la luz y á la forma, hace prodigios que al fin y al cabo se olvidan, así también los otros pintores, echándose á buscar gentes, cosas y sucesos que no han visto y que no sienten, pintan cuadros que van asimismo al rincón del olvido á hacer compañía á los de su colega el velazquista.

Mas si quedasen reducidas á estas dos escuelas y á las consiguientes luchas de ambas las confusiones de que vengo hablando, fácilmente podría orientarse cualquiera para determinar el rumbo del arte de hoy; pero debe agregarse que además de lo caótico de los ideales místico, socialista, histórico, alegórico, bucólico, etc., todavía andamos á la greña en lo que respecta á la parte técnica, no tan sólo por lo que se refiere al concepto estético de la forma, sino por lo que atañe al procedimiento. Todavía se discute si la escuela impresionista tiene por objeto reproducir rápidamente la tonalidad de una coloración momentánea, de una silueta, de un rayo de sol, etc., sin pararse á determinar de un modo preciso los contornos: si la *escuela* – á cualquier cosa llaman escuela – de los puntillistas es la que dice verdad; si la escuela de los *modernistas* (?) con sus grises y sus siluetas opacas y su luz tamizada, aun cuando sea de aire libre, es la escuela del porvenir; si la de los *decadentistas*...

Yo, ¡Dios me perdone!, confieso ingenuamente que todas esas diferencias, todas esas discusiones son síntomas de una esterilidad enorme en cuanto á la potencia creadora, y al propio tiempo acusan una decadencia grande de las facultades fisiológicas precisas para *ver* bien é interpretar lo visto. Hasta ahora las tres cuartas partes de los cuadros y esculturas que he podido mirar rápidamente en el palacio de la Exposición me parecen influídos por la preocupación de la *hechura* con arreglo á las premisas de determinadas maneras. Los mejores lienzos – de los que conozco, pues pudiera muy bien suceder que los hubiese de mayor mérito – no son más que sinfonías de colores. Los asuntos no son más que pretextos para lucir las gallardías de un pincel colorista. Ni una idea, ni un pensamiento nuevo que haga sentir, que la memoria retenga durante algún tiempo. A más de un pintor he tenido que darle un título para su cuadro, pues no sabía cómo llenar el hueco del boletín de admisión. He aprendido que sin lastre no navega bien ningún barco, y yo creo que el lastre del artista son las ideas, y éstas no se producen por generación espontánea.

Por lo demás, «en todos tiempos – dice Pí y Margall – nuestra lucha con el mundo engendró símbolos que sin cesar reprodujeron la poesía y el arte. Esta sola lucha, lucha inacabable y cada vez más vigorosa, hoy señalada por gloriosos triunfos y mañana por aterradoras catástrofes, es manantial perenne de arte y de poesía... Lo será también el lazo de amor que ha de ir estrechando á la humanidad y al hombre: al hombre que engendra todos los progresos, á la humanidad que los concibe y los fecunda. Será con el tiempo la humanidad el más acabado tipo de belleza, así para la poesía como para el arte. El arte y lo poesía han sido siempre la expresión del sentimiento... Pasó por fortuna la época mística de nuestras artes... Cerrado el cielo, vivirán de nuestra vida el pintor y el poeta y hallarán fuentes de inspiración que nunca conocieron.»

Estas conclusiones, que si no estoy conforme con alguna de ellas, en cambio las demás responden maravillosamente á mi sentir, tienen para mí el valor de voces proféticas. Yo quisiera que cuantos artistas estas líneas lean grabasen en su memoria estas frases:

«Hoy rinden (pintores y poetas) preferente culto á la forma, lo rendirán mañana á la idea.»

R. BALSA DE LA VEGA

Decoraciones de la leyenda dramática de D. Angel Guimerá ***Las monjas de Sant Ayman,*** [illegible]

[illegible]

EL BUSTO

Fué el busto de D. Gonzalo de Ataide la obra excelsa que reveló el genio escultórico de Javier Lozano, en quien ven los inteligentes revivir el clásico gusto de la escuela griega, hermanada con el estudio del natural, necesario á las modernas aficiones. Merecedora del aplauso público y galardonada por el jurado con el ansiado premio, sirvió la obra á su joven autor de punto de partida para el vuelo de su fama, que hoy como nunca le alcanza honores y fortuna que vienen de consuno á buscarle en la amplitud llena de riquezas de su taller de artista. Si trabajos posteriores han hecho olvidar á las gentes la primer explosión de su genio, consérvala su creador afición especial por unirse á ella el recuerdo agridulce de su secreta historia, con que á las veces distrae el renombrado artista la tarea fértil de su asiduidad, atrayéndola ante sí palpitante y rica, merced á un esfuerzo de la memoria desde los repliegues de su cerebro, en que yacen confusas y revueltas las cosas que pasaron.

Era hace quince años y aún recuerda Javier Lozano el mal comprimido gozo con que, pobre y deslucido, confundido entre la turba de curiosos que á la exposición concurría, oía trémulo de emoción los elogios tributados al ignorado autor del hoy encomiado busto.

Ciertamente, aquella cabeza del opulento senador D. Gonzalo de Ataide tan conocida de todo Madrid, trasladada al mármol con toda su artística expresión, era digna de la estima en que desde luego fué tenida.

El mármol palpitaba vibrante y el rostro de Baco, característico del egregio prócer con su expresión fisonómica, jovial y franca, amortiguada un tanto por la eterna serenidad de sus ojos sin luz, era exacta copia de un semblante que revelaba el predominio de la vida física en el ser á quien aquella carátula animada pertenecía. El orgullo manso y apacible, el fácil y suave engreimiento de D. Gonzalo, debido á la constante posesión de los bienes del mundo, esculpidos quedaron allí por prodigiosa manera en el rostro cincuentón que se unía á la calva por el enlace de una frente á través de la cual parecían traslucirse las cifras y combinaciones firmes y meditadas del banquero, cuyas maniobras en los mares procelosos de la Bolsa no le lanzaban al abordaje de la fortuna, sino que le hacían semejante á la imperturbable serenidad con que una nave poderosa echa el ancla en puerto seguro y conocido.

Despacio y con gran detenimiento había observado Javier Lozano los rasgos típicos de aquel semblante en las sesiones que durante la formación del busto celebró en casa del capitalista, y habíale siempre chocado la singular expresión que tanto le asemejaba al dios de los pámpanos y de la viña en su más elevada personificación y tal como le comprendió el genio plástico de los griegos. Esta semejanza, que remontaba la mente del artista á los tiempos lejanos del paganismo, adquiría mayor precisión al compararla con la juvenil cabeza de la esposa del banquero, retoño de aristocrática familia y fiel trasunto, á lo que el pobre escultor imaginaba, por su virginal aspecto, de la divina Vesta.

Cuando arrobado contemplaba á la última, sentía secreta alegría por haberla desde luego personificado, allá, en lo íntimo de su pensamiento, con ser tan ajeno á la maternidad, pareciéndole alejar con esto ideas que al observar el franco sentimiento de candoroso cariño con que Elena contemplaba á su esposo, le punzaban y atormentaban con grosero desasosiego.

Era mucha la juventud del artista, y no extrañará que se hubiera forjado en sus adentros algo que para tranquilidad de su alma daba carácter de célica y paternal unión á lo que era en puridad casamiento por conveniencia y feliz por excepción.

El casi aún adolescente escultor no comprendía – quizá porque inconscientemente se daba armas para adquirir gustosos convencimientos – que una joven candorosa y pura hallase su felicidad en el matrimonio con un hombre que, aunque de desproporcionada edad, había echado el cierre definitivo á su vida de aventuras y devaneos, de la cual había salido incólume el vigor de su fuerte naturaleza. Esta era la verdad por más que se ocultase á los ojos del artista tras no sé qué figuraciones etéreas y sutiles con las cuales entretenía la soledad de su pensamiento, puesto siempre en la gallarda figura de la diosa griega.

Resultado de su oculta admiración, que le atraía á casa del banquero, y del prestigio que ante los ojos de éste adquiriera en la valía de su obra, fué el trato continuo y casi de familia que entabló con D. Gonzalo y Elena y que le logró la dicha de ver á ésta con frecuencia inusitada. De natural complaciente, desvivíase más por agradar á la que ya se atrevía á confesarse á solas que adoraba; mas nunca tuvo ocasión de halagarla con el menor obsequio, porque nunca ella manifestó deseo alguno en que él pudiera complacerla.

Menudeaban las instancias, hasta que Elena por fin fijó cierto día algo que de Javier esperaba y que éste se apresuró, deseoso de complacerla, á otorgar, aun antes de que le dijera la materia del favor que se le pedía.

Consistía éste en la satisfacción de un pueril capricho en que se traslucían, para pena del escultor, afectos de enamorada para con el esposo: sentimiento que con ser tan natural y justo, y quizá por tal, causóle á aquél amargor de alma con visos vehementísimos de despecho.

Allá, al otro lado de la frontera, en los alrededores de Biarritz, poseía Ataide una hermosa quinta en donde pasaba el matrimonio los meses del estío. Generalmente partía primero Elena y más tarde se reunía con ella D. Gonzalo, cuando las tareas bursátiles le permitían un breve descanso en que dar al traste sus complicados negocios. Elena, admiradora ferviente del magnífico busto que desde un ángulo del más suntuoso salón de su casa presenciaba frío é imperturbable cuanto pasaba, sentía verse privada del gusto de mirarle durante su excursión veraniega; y como no era cosa de traer y llevar tan pesada masa, ideó satisfacer su deseo, pidiendo al escultor la reproducción en pequeño tamaño de su laureada obra.

Javier Lozano se apresuró á complacerla; mas no pudo menos de lamentar los extraños senderos por donde se encaminaba aquel gusto de servirla en algo que por tanto tiempo había acariciado.

La contemplación continua del busto grande, necesaria para formar el pequeño, llegó á hacerle aborrecibles las facciones del que abiertamente declaraba rival suyo. Sin querer, sus manos, obedeciendo á secretos móviles, tendían á dar carácter caricaturesco al rostro del dios Baco, y por más que puso coto á sus arranques, salió sin embargo la reproducción en medio de su exactitud con expresión más avejentada y con aspecto de Sileno, diluídos en las líneas de la inteligente faz. Resultó, sin embargo, la obra, como no podía menos, acabada y perfecta, constituyendo una maravilla artística, una exquisita preciosidad...

¡Monísima!, como dijo Elena llevándola á sus labios con infantil candor la vez primera que la tuvo entre sus manos.

Empaquetado con los demás enseres de viaje, hizo el busto el suyo á Biarritz, para ostentarse en el gabinete preferido de la dama á la admiración de todas sus amigas.

Nada tenía de extraño que cuando aún permanecía Ataide en la capital marchase el escultor, huyendo los ardores de Madrid, á visitar las frescas playas del Cantábrico, y natural era que, una vez en Biarritz, visitase asiduamente á su hermosa amiga. Comenzaba la época de su fama, que fué comenzar la de su fortuna, y al verse libre de sus estrecheces rebosaba satisfacción y atesoraba energía para lanzarse con aliento ante el brillante porvenir que se le presentaba. ¿Fué la expansión osada que en todas sus cosas ponía al sentir el terreno firme bajo sus plantas y al comenzar á tener sin asomos de vanidad la fe sólida de su talento? ¿Fué, sin darse cuenta de ello, la ausencia del marido que sólo con su presencia llenaba el hogar con ambiente de dicha y de respeto?

Quién sabe: quizá las dos cosas reunidas, quizá el avance natural de las ideas en quien andaba la carrera de la hermosa juventud... Ello es que el platonismo vago é incorpóreo que le poseía, dejó lugar á más tangibles deseos, y la timidez encogida se vió trocada por atrevimientos que revelaron al exterior lo que hacía tiempo escondía sólo para sí.

Verdad que para asombro suyo la fortaleza que juzgara casi inexpugnable se le presentaba llana y fácil en la acometida. El balbuceo de sus primeras frases y prudentes exploraciones halló en lugar de hostilidad rápida y extraña acogida que incitaba á proseguir el camino comenzado. Oíale Elena absorta y como ensimismada en sus propios pensamientos, no mostrándose ofendida, y salía de pronto de su abstracción con nerviosa algarabía, sonriéndole agradable y proponiéndole toda clase de expediciones como ansiosa de placer y de alegría. La serenidad tranquila de su vida en otros años se cambiaba éste por bullicioso y turbulento regocijo, con asombro de la veraniega colonia.

La clave de tan singular conducta estaban muy lejos de poseerla sus amigos de Madrid, y mucho menos Javier Lozano. Enamorada Elena de su esposo, sentía en su corazón la mordedura profunda de los celos. Cierta dama solterona, defraudada un tiempo en sus ilusiones de himeneo con D. Gonzalo de Ataide y ansiosa de venganza, atizóla la llama del desafecto, inventando historias que hacía buenas la prolongada ausencia del banquero. Con su astuta mirada de célibe envidiosa se había puesto la dama al tanto de la situación, sirviendo de encubierta mediadora á los propósitos del escultor.

Tramada la intriga, sirvióle de último recurso el día que Elena recibió carta de D. Gonzalo diciéndole que no le escribiera á Madrid, por estar próximo á efectuar un viaje, el asegurar á la joven que su esposo marchaba á Andalucía tras cierta célebre funámbula, asombro de los madrileños por su extraordinaria belleza. Irritada Elena que durante los escarceos de su amiga había prestado oídos, movida por el despecho, á las insinuaciones del artista, citóle dos días después, cuando éste dió ante ella rienda suelta á su pasión en el jardín de la quinta y ante las ventanas de sus habitaciones, á las cuales llegó á significarle no ser difícil el acceso.

Durante las horas de la noche que precedieron á las de la cita, la joven, desasosegada é inquieta, vacilaba ante la inmensa magnitud del momento que se aproximaba, agitada por mil diversos sentimientos. Rondaba ya frente á sus ventanas el escultor, poseído por la viva excitación de quien se ve próximo á realizar deseos largamente ansiados, y todavía Elena, indecisa y trémula por la emoción, yacía en un confidente de su gabinete repasando la triste historia de sus agravios. El pequeño timbre de un diminuto reloj llevó á sus oídos con su precipitado retintín la voz aguda con que el mecanismo le advertía que había llegado la hora convenida. Alzóse nerviosamente de su asiento, y su mirada se fijó en el busto de su esposo.

¡Qué lejos estaba de parecerle monísimo en aquel instante!

La tranquila faz del envejecido Baco parecía agrandarse ante sus ojos, y decirla con su plácida y burlesca expresión y los labios entreabiertos al albor de una sonrisa:

– ¡No te atreverás!

Elena aceptó el mudo reto que se la dirigía, decidida á llamar ante su presencia á Lozano; pero quiso apartar de sí el odioso rostro que la insultaba, y cogiendo el busto con su breve mano lo lanzó con vehemencia por la ventana.

Un grito de dolor resonó en el jardín.

El enamorado escultor, que aguardaba impaciente la cita y que se había estremecido de gozo al ver asomar á su adorada, había recibido el marmóreo busto en mitad de la cabeza.

La índole de la agresión no dejaba lugar á dudas, y Javier Lozano, tratando de contener con un pañuelo la sangre que corría por su rostro, se alejó al trote largo del lugar de su desventura.

Atónita Elena no se daba cuenta de lo que pasaba, cuando oyó en la quinta un rumor que le causó nuevo sobresalto. Poco después D. Gonzalo de Ataide penetraba en sus habitaciones. El viaje ideado era á Biarritz, donde pensaba sorprender gratamente á su consorte: detenido en Bayona por sus asuntos, sólo á aquellas horas había conseguido realizar su sorpresa.

Cuando Elena conoció aquellos detalles, sólo pudo arrojarse en los brazos de su esposo, llorando de alegría.

Han pasado quince años. D. Gonzalo tiene sesenta y cinco, y Elena..., no cometeré la indiscreción de decirlo, seguro de que nadie habrá de adivinarlo al verla en la plenitud de su belleza.

Cuando Javier Lozano recuerda la historia de su famoso busto, distrae con lo dulce de sus ilusiones lo agrio del desenlace que para él tuvo. Ignorante del azar que motivó la que él califica fortísima lección, sonríe escépticamente al contemplar la viril fortaleza del viejo Ataide, que se mantiene fuerte como un roble, y Dios sabe á qué causas atribuye la feroz travesura de la dama.

Elena conserva cuidadosamente el busto recogido por ella misma del jardín, y su esposo no acierta á compaginar la predilección que por él demuestra, cuando por un fútil pretexto le hizo hace muchos años romper sus relaciones de amistad con el notabilísimo escultor D. Javier Lozano

Enrique Corrales y Sánchez



SEMBLANZA

Como poeta, como escritor y como diplomático, Miguel de los Santos Álvarez no ha sido juzgado como sus eximias cualidades merecían. Pocos conocen sus versos rebosando en ternura y profundidad; contados son los que han leído su prosa, castiza, sencilla y no obstante tejida con primoroso estilo, y casi nadie ha parado mientes en que su breve gestión diplomática en la República Mexicana, que valióle su destitución, fué el germen de la benevolencia que España merece en la actualidad á aquel país, del que la separaban tradicionales disentimientos.

«Miguel de los Santos Álvarez – se ha dicho – nunca presentó gran saliente. De joven sintió las emociones peculiares á toda organización poderosa, tuvo amores violentos y desgraciados, efervescencias políticas y sociales; pero desde la edad de la razón madura su existencia hase deslizado sosegada, en un limbo agradable para él y simpático para cuantos cultivaban su trato.» Este extremo de la simpatía es verdad. Cuanto más extensa es una asociación, mayor choque hay en ella de ideas y apreciaciones y por consecuencia más discrepancias en avalorar hechos ó cualidades; y no obstante, en el casino de Madrid, del que Miguel de los Santos Álvarez fué uno de los socios fundadores, había sólo una opinión unánime en lo referente á su personalidad.

«¡Oh! Miguel, Miguel es uno de los hombres más buenos, más simpáticos y más felices.»

Cuando alguno le reprochaba su perpetuo celibato y Miguel contestaba con su amable sonrisa «pero si nunca he podido tener reloj, ¿cómo he de pensar en tener hijos?,» creíase que era una de sus paradojas; pues nadie podía comprender que un escritor notable, que había ocupado puestos tan elevados, se hallara reducido á tal extremo.

Y sin embargo, decía la verdad.

La existencia y el carácter de Miguel de los Santos Álvarez asemejábanse á un mansísimo río que nunca se desborda: y no obstante, aquella corriente tan apacible en apariencia se nutría de lágrimas y en su fondo hervía una tempestad casi continua. Los que le trataban con alguna intimidad sabían que su pobreza era verdadera; pero no conociéndole ningún vicio ó pasión, no sabían á qué atribuirlo.

Ignoraban que Miguel tenía la más grande y generosa de las pasiones: la pasión del pródigo de la Parábola, de San José de Calasanz, de Ernestina de Villena: la caridad. Caridad que jamás se exhibía, que no aspiraba á los aplausos de la tierra, ni, que yo sepa, á las recompensas del cielo. La existencia de Miguel fué un perenne sacrificio; su pasión ha sido mucho más larga, aunque no tan dolorosa como la de Jesucristo. Miguel con dar poco, pues poco tenía, ha dado más que todas las personas caritativas, y no se vió reducido á extrema pobreza porque él mismo vivía de la caridad. Miguel, como todo el que tiene una pasión, no gozaba en ella, sino que sufría; pues jamás ha existido una organización tan antagónica á las miserias humanas. Indolente y sibarita, su impetuosa imaginación sólo pensaba en los exquisitos goces de la inteligencia y de los sentidos; á haber sido como el vulgo de las gentes, Miguel hubiera vivido en una abstracción oriental. Buscaba con ansia lo grande y lo bello, y por una especie de fatalismo que provenía de su pasión, tenía que rozarse con lo pequeño y deforme.

Y este hombre que rebosaba en sentimiento y desesperación, por un esfuerzo inaudito de voluntad reconcentraba en sí propio sus dolores y se presentaba en sociedad plácidamente.

He aquí un día del *tormento de Miguel*, según decíamos sus íntimos: Como era constante trasnochador se levantaba tarde, á menos que algún deber social se lo impidiera, pues no ha habido hombre más fiel cumplidor de sus deberes; así es que los altos cargos que ha ejercido han sido sacrificios impuestos á su conciencia por su familia y por los pobres, de quienes se veía acosado. Miguel, ocupándose de las cosas serias de la vida, era como una mariposa en una colmena. Se levantaba tarde, pues, cuando le era posible; hacía dos ó tres flexiones gimnásticas, á las que, según él, debía su inquebrantable salud, envolvíase en su bata ó en traje de franela encarnada; se liaba al cuello una bufanda, se calzaba, excepto en la época de riguroso calor, zapatillas de orillo, y así, según frase suya, *esperaba los acontecimientos*. Por lo regular su almuerzo se reducía á un par de huevos fritos, pues no era sensible á los placeres gastronómicos, pero sí al lujo de las mesas fastuosas, resplandecientes de luz, cubiertas de flores y de los esplendores de la vajilla. Miguel, por tanto, nunca comía en su casa; en ella no podía haber los refinamientos decorativos de las de los palacios de la embajada inglesa, ó de Fernán Núñez ó Medinaceli. Después de tan frugal almuerzo empezaba el verdadero recreo de Miguel. Se reclinaba en un sofá, aproximábase el velador sobre el que Espronceda escribió *El Estudiante de Salamanca*, y se embebecía en la lectura de un poeta ó autor predilecto. «¡Más valía que leyeses menos y escribieras más!,» solía decirle algún amigo que le sorprendía leyendo, y entonces Miguel replicaba con su dulce acento: «Es más trabajoso escribir que leer lo que otros han escrito, y yo no estoy seguro de producir tan grata emoción intelectual como éstos.» Pero á veces el amigo iba á pedirle dinero, contándole cuitas que hacían descender á Miguel de las altas regiones á que habíale elevado su lectura; y si su peculio estaba exhausto, como solía suceder, se exasperaba *su tormento*. Le estremecía el ruido de la campanilla cuando la oía desde su cuarto, puesto que siempre esperaba visitas semejantes, pero aguantaba valientemente en la brecha hasta que en sus últimos años se declaró vencido, dando orden de que le negaran á todo el mundo, excepto á los que pronunciasen esta frase: *Para mí sí*.

Los primeros días de mes la casa de Miguel era un jubileo: los *gorriones* acudían al olor del grano, esto es, á la paga ó cesantía de consejero de Estado. Tenía aquél asignadas pensiones, como los poderosos de la tierra, y distribuía la paga en cantidades que envolvía en papeles, según y como ha averiguado un periódico, no sé por qué medio, pues aun los íntimos de Miguel ignorábamos esta particularidad. Sabíamos que daba mucho, que lo daba todo; pero ignorábamos á quién.

Respecto á este particular, Miguel era un esfinge.

Había días en que Miguel no tenía que dar ó había dado lo que tenía, y llegaba un nuevo postulante. Oía aquél el conflicto, procurando calmar la tensión de sus nervios; pero cuando se quedaba solo prorrumpía en monólogos que hubieran sido donosos á no ser tremendos de excitación. Como el padre Sechi, que ciego de pasión astronómica, exclamaba á veces: «¡Alas, alas, para volar siquiera á la luna!, del mismo modo gritaba Miguel: «¡Oh! ¿Por qué el diablo no se roza ya con nosotros? ¡Le vendería mi alma por cien mil duros de renta!» ¡Pobre Miguel! Bien poco pedía: siendo rey hubiérase hallado igualmente pobre, teniendo que vender cetro y corona.

Los pobres habían buscado á Miguel las junturas de la coraza y por ella le asestaban los dardos de su miseria: él sufría crisis de impotencia; y lo extraño es que un hombre combatido por tales tempestades de espíritu haya podido llegar á tan avanzada edad. Porque por una compensación justa y providencial ha vivido siempre sin enfermedades, no siendo de complexión robusta y teniendo en su familia la tisis como afección originaria. Ultimamente, á consecuencia de un enfriamiento de la vejiga, vióse precisado á tomar aguas de Mondáriz; pero ni antes ni después no hay memoria de haberle oído quejarse.

Además de la caridad no satisfecha, Miguel sufría diariamente otro *tormento*, aunque no tan doloroso: el asearse y vestirse eran para él trabajo ímprobo, pero indispensable. «¿Por qué no he nacido perro?,» exclamaba á veces, mientras hacía refinadamente su limpieza. Durante muchos años usó solo un traje siempre idéntico: frac, chaleco y pantalón negros, debajo de un amplio gabán ó de capa de mucho abrigo. A veces este traje de etiqueta estaba algo raído y con las costuras un tanto blancas. Solía suceder también que su calzado no era tan bueno ni estaba en tan buen uso como lo que requerían las alfombras que pisaba; pero esto, que hubiera sido un inconveniente entre la reparona clase media, pasaba sin notarse en las altas esferas que frecuentaba Miguel. Éste en sus postreros años se fué retrayendo de la sociedad, refugiándose en el hospitario calor del casino de Madrid, donde leía periódicos y después tomaba chocolate al lado de una chimenea.

Porque Miguel de los Santos Álvarez fué uno de los hombres más frioleros que han existido bajo la capa del cielo, y usaba la suya desde que soplaban las primeras frescas brisas otoñales hasta después del *cuarenta de mayo*. Envuelto en ella, alto el cuello, y embozado hasta los ojos, Miguel salía del casino todos los días entre tres y cuatro de la madrugada, y se dirigía á su casa, vacilando de frío y pensando en los *tormentos* que le esperaban al día siguiente. Ha sido quizá el hombre que ha tenido más amigos, entre los que pueden contarse las personalidades más salientes de una larga época: Prim le sentaba sobre sus rodillas y González Bravo hacíale morar en su casa casi por fuerza. Las hijas del famoso orador y político, niñas entonces, se embebecían oyéndole improvisar cuentos en verso. Porque Miguel ha sido quizá el primer improvisador. La temporada que vivió en Carabanchel en compañía de González Bravo, fué de las pocas tranquilas que tuvo: allí no le acosaban los pobres; pero él en cambio, impulsado por su generosa pasión, venía á buscarlos á Madrid, no bien tenía algo que dar. ¿Cómo no ser amigo de Miguel, si además de traslucirse la exquisita bondad de su corazón, tenía un trato social inapreciable? Cuando rodeado de mujeres elegantes y discretas, como lo son muchas en la alta clase, y de hombres distinguidos é inteligentes, *oliendo bien*, según él decía, sólo oyendo hablar de cosas agradables, y haciendo abstracción de las penalidades ajenas que constantemente le afligían, Miguel esparcía su ánimo: brotaban de sus labios raudales de chistes llenos de sal ática, de chispeante colorido y de delicada finura, que no molestaban á nadie y que embelesaban igualmente á los niños y á las personas más conspicuas y serias. Era imposible contender con él: siempre vencía por la gracia persuasiva de su palabra.

Miguel, pues, tuvo muchos amigos, pero su predilecto fué Espronceda. Mediaba entre ambos tal hermandad de espíritu, que creíanse los dos una sola persona. Por ejemplo, en una ocasión dijo Espronceda á Miguel: «Me ha convidado á comer Nicomedes Pastor Díaz, pero no puedo ir porque tengo cita con Fulana: vé tú;» Miguel fué, aunque no trataba á aquél, y desde entonces tuvo un amigo más. Cuando murió Espronceda, hallábase Miguel de secretario de embajada en Río Janeiro, y al regresar á Madrid sufrió una crisis de tristeza de la que se libró á duras penas.

Hombre como Miguel, de figura agradable y distinguida y de notable inteligencia, debió tener y tuvo mucho partido con las mujeres; mas con ninguna se relacionó amorosamente, según él mismo ha dicho:

«Un corazón valiente y generoso,
Sólo á amores de muerte da cabida.»

Y hasta la suya, él conservó indeleble el recuerdo de un desgraciado amor de la juventud. Hablaba poco y nunca seriamente de religión, pero citaba con frecuencia á Jesucristo. «Jesucristo – decía para disculparse de su celibato – nunca fué casado, y no por esto dejó de ser el hombre más perfecto, prescindiendo de su divinidad.» Cuando le reprochaban su timidez para escribir, contestaba: «Sigo el ejemplo de Jesucristo, que nunca hizo más que hablar, comer á la mesa de los amigos y dejarse lavar los pies por la Magdalena.» No sabemos si su superficialidad religiosa era verdadera. Una anécdota suya prueba que, por lo menos, respetaba las creencias de los demás: siendo muy joven, y en no sé qué época de restricción política, Miguel pertenecía á una asociación revolucionaria: los individuos y simpatizadores de la junta se pronunciaron en sentido republicano en los alrededores de Tarrasa; pero columnas de ejército dispersaron la partida. Miguel, disfrazado de cura, llegó en una tartana á Barcelona, y desde esta ciudad se encaminó á Gerona, á fin de ganar la frontera francesa. Pero el alcalde de Gerona estaba ya advertido, y bien porque le pareciera sospechoso ó porque fuese verdad el pretexto alegado, rogó á Miguel que supliese á un sacerdote enfermo en la celebración de la misa mayor que debía rezarse próximamente. Conocía aquél el ritual como un eclesiástico, y pudo prestarse á la mixtificación; pero prefirió declararse francamente á la autoridad de Gerona. Por fortuna tropezó con un buen sujeto, que hizo la vista gorda y le permitió internarse en el Pirineo francés.

Son innumerables las anécdotas referentes á Miguel: con sólo su estancia de emigrado en París podría escribirse un volumen. En todas partes le perseguía la pobreza ajena. Un día, en París, le pidió limosna un mendigo: Miguel inconscientemente echóse mano al bolsillo, sin acordarse de que sólo tenía una moneda de cinco francos: el pobre notó el movimiento y se estremeció de esperanza; vaciló aquél porque se hallaba á legua y media de su hotel, pero por fin dió la moneda, creyendo indigno de él cambiar para dar menos.

A veces también los pobres atormentaban de noche á Miguel, quebrantando sus expansiones é impidiéndole guarecerse en sus aristocráticos refugios. Una noche había en casa de Fernán Núñez baile de toda solemnidad. Aunque el cielo estaba nublado, Miguel esperó en su casa la hora de la fiesta con tranquilidad, porque tenía tres pesetas para coche. Salió: entonces habitaba en la calle del Sacramento, y al llegar á la plaza del Cordón encontróse con un *pariente;* pues, según Miguel, entre el que da y recibe se establece una especie de parentesco espiritual. Contrariando su natural impulso y notando que empezaba á lloviznar, dió al *pariente* una sola peseta, y por el callejón de San Justo se dirigió á Platerías, donde hay parada de coches; pero (segundo tropiezo) en la esquina de la plazuela de San Miguel salióle al encuentro una que había sido criada de su casa, con una niña, según aquélla, enferma de hambre. ¿Qué había de hacer el invitado de Fernán Núñez? Pues darle las dos pesetas que le quedaban, y prorrumpiendo en uno de sus terribles monólogos mentales, descompuestos los nervios por la fatalidad de miseria que le perseguía, envuelto en un turbión de agua y viento, entrarse chorreando en el casino de Madrid.

Por lo dicho, pues, aunque someramente y como de pasada, se trasluce cuál fué la existencia de Miguel de los Santos Álvarez. De día el tormento de la caridad sin recursos, suponiendo que pudiese haberlos para remediar todas las miserias y dolores originados por la pobreza; el ansia del bien general; la conmiseración por *toda carne que padece,* como indigno de la criatura humana, que en un caso sólo debe sufrir en el espíritu, y la lucha de la actividad impuesta á una organización indolente y sibarita. De noche, raras treguas á estas punzantes emociones, agravadas por su continuidad, en los centros del mundo, en donde sólo de oídas penetra la miseria. Miguel de los Santos Álvarez ha sido una de las personas que mejor han practicado la *imitación de Jesucristo.* De las tres virtudes teologales no tenía la esperanza, ignoramos si sentía la fe; pero sólo unos pocos sabemos hasta qué extremo le ha hecho sufrir la caridad. En la modesta losa que guarda sus restos mortales debería grabarse la siguiente inscripción:

¡Aquí yace un mártir desconocido!

F. MORENO GODINO



El día del *barnizado* en el Salón de París, dibujo de S. Azpiazu

CRÓNICA PARISIENSE

La actualidad, que comparte con la moda el dominio del mundo, nos obliga á consagrar nuestra crónica de hoy al *vernissage* de la Exposición anual de pinturas, que es el acontecimiento de la quincena. Pero tropezamos desde luego con la dificultad de hablar holgadamente en nuestro idioma de este asunto tan parisiense, cuando la mayor parte de las voces derivadas del verbo *barnizar* se hallan excluídas del Diccionario de la Academia. Perdone, pues, la docta corporación si faltamos esta vez á su ortodoxia empleando un tecnicismo exótico que ella no autoriza, pero que ha tomado carta de naturaleza en el lenguaje vulgar.

El *barnizado* del *salón* es un ensayo general de primer orden, más codiciado del público que el de cualquier drama de autor célebre. De algunos años á esta parte el *boulevardier* que no asiste á esta operación desmerece terriblemente á los ojos de sus contemporáneos. Conozco señora que se moriría del berrinche si no pudiese estrenar en el *vernissage* su primer traje de primavera.

Visitar el *salón* el día de su apertura es el colmo de la vulgaridad. El *chic* está en visitarlo la víspera, en compañía de los artistas, de los *barnizadores* y de los críticos. Esto es lo que da tono y derecho de ciudadanía en ese pequeño círculo excepcional, por antífrasis llamado el *todo París.*

Claro es que las puertas de la Exposición están aún cerradas rigurosamente para el público, pues tan sólo tienen derecho á entrar *los de casa;* pero á última hora se hallan mil medios de violar la consigna, y cada año aumenta el número de elegantes intrusos de ambos sexos que desde las diez de la mañana invaden el *salón* para presenciar el barnizado de las pinturas expuestas.

Los currutacos del pasado siglo pretendían que no les era posible pasearse diez minutos por el Puente Nuevo sin tropezar con diez conocidos. Cualquier ciudadano del *todo París* actual tiene que dar más de diez apretones de mano en el momento de cruzar el vestíbulo de la Exposición.

En las salas no hay medio de dar un paso sin encontrarse con un colega ó con un amigo; y no es raro oir diálogos como éste, entre los intrusos:

– ¿Cómo ha entrado usted?

– Vestido de barnizador, con blusa y todo.

– ¿Y una lata de barniz?

– Por supuesto. ¿Y usted?

– Con mi tarjeta de periodista.

– ¡Ah! No sabía que fuese usted de la prensa. ¿En qué periódico escribe usted?

– En *La Estrella Polar.*

– Tampoco sabía que existiese en París ese papel.

– ¡Ca! Si es una revista quincenal de veterinaria que se publica en Buenos Aires.

Tres ó cuatro elementos distintos llenan el vastísimo local del palacio de la Industria: los artistas, en cuyo número se cuentan á sí mismos los barnizadores de cuadros y los colocadores de estatuas; los periodistas más ó menos auténticos, los modelos y los curiosos.

El artista que expone se conoce á la legua; no por las melenas, el levitón á la moda del año 30 y el sombrero excéntrico que distinguían al tipo hoy pasado á la historia, sino por la febril agitación con que explica el asunto y la factura del lienzo, por la multiplicidad de sus apretones de mano, por sus gestos, por la entonación de su voz y por sus frases llenas de *color local.*

Para estos seres, generalmente mal equilibrados, no hay justo medio; la obra que no es magnífica es detestable; magnífica, cuando el autor está presente; detestable, desde el momento que éste vuelve las espaldas.

Cada artista recibe al pie de su cuadro como en un salón particular á sus amigos, y hace los honores del local con buen ó mal talante, según que esté ó no satisfecho de la colocación de su obra. Casi todos se quejan.

– ¿Habrá peor sitio que éste? Demasiada luz; un reflejo horroroso.

– ¿Alcanzan ustedes á ver mi cuadro, en esa obscuridad absurda? Habré de poner una lámpara á disposición del público.

– ¡Calle usted, hombre, me han puesto por las nubes! Se necesitará un telescopio para ver mi cuadro.

Las conversaciones se animan. Los chistes estallan en medio de los corros, yendo á dar en las pinturas que cubren las paredes, y se lanzan contra el Jurado de admisión las diatribas más sangrientas.

– ¿Ha visto usted cómo abundan este año las obras malas?

– En cambio quedan en los estudios preciosidades que el Jurado no ha admitido.

– ¿Es cierto que á X le han devuelto dos retratos?

– No sé; lo que me consta es que N. presentó dos paisajes magníficos; pero como hubieran perjudicado á los que expone R., se los rebusaron.

– ¿Saben ustedes la novedad?

– ¿Cuál?
– Durand ha presentado una estatua.
– ¿Durand el pintor?
– El mismo. Abandona el pincel por el cincel.
– Está de enhorabuena la pintura.
– Y la escultura de pésame.
– ¿Has visto la batalla de M.?
– Sí.
– ¿Qué te parece?
– Que puede titularse la degollación de la estética.
– ¿Qué opinas del retrato del Presidente, por A.?
– Que no es malo... como memorial para una condecoración.
– Ya se contentará el autor con una licencia de caza.
– La señorita B... ha invadido otra vez el *salón* con sus flores, edición mil y una.
– Pintadas en abanicos, se venderían á precio regular en la tienda.

Nada escapa á la murmuración y á la crítica: ni el talento, ni la edad, ni el sexo, ni aun el propio infortunio, que se atribuye generalmente á incapacidad y torpeza.

Cuando el artista ha descubierto su cuadro, se apresura á hacerle dar barniz, cuando no prefiere *operar* él mismo. Este día el barnizador es un personaje. Su doble escalera, de la cual penden los materiales y los instrumentos de su industria, rueda sin cesar de una á otra sala, atropellando á todo el mundo. Se da tono de artista; dícese amigo íntimo de todos los pintores célebres y les hablaba en tono de protección con una familiaridad deliciosa.

Los pintores jóvenes barnizan en persona sus cuadros con el afán de llamar la atención, particularmente de las mujeres.



Restaurant Ledoyen, en los Campos Elíseos de París, el día del *barnizado* de la Exposición anual de pinturas, dibujo de S. Azpiazu

Algunas modelos van á verse en pintura y hablan amistosamente con los artistas de segundo orden, encargándose á veces de presentarlos unos á otros.

Los comerciantes en cuadros, que nunca faltan, miran minuciosamente los lienzos que más llaman su atención, máxime cuando llevan firmas que aún se cotizan á bajo precio. Anotan en su cartera las obras delante de las cuales se forman corros; escuchan disimuladamente las apreciaciones de la crítica, pensando en comprar tal ó cual cuadro antes de que el autor sospeche el éxito que va á tener, y apuntan el nombre del debutante que promete, con la esperanza de adquirir por cuatro cuartos la pintura que venderán á elevado precio cuando la haya elogiado la crítica.

Los representantes de la prensa universal, lápiz en ristre, apuntan nombres, títulos é impresiones. El *reporter* pregunta á toda persona que considera poseedora de un secreto y capaz de una indiscreción. El crítico concienzudo toma millares de notas, deteniéndose delante de cada cuadro que estima digno de mención particular. El crítico influyente tiene corte abierta ante las obras de efecto y emite en voz alta su opinión. Su séquito lo acompaña de cuadro en cuadro, de la misma manera que los alumnos de medicina siguen al jefe de clínica de cama en cama en una sala de hospital.

Los curiosos preguntan quién es aquel importante personaje, y su nombre corre de boca en oído entre la muchedumbre de profanos. Los artistas rinden homenaje á aquel dispensador de celebridad, que crea el alza y la baja en la Bolsa del arte.

Muchos extranjeros se confunden este día con los parisienses, con la diferencia de que éstos han entrado por derecho propio, por tolerancia ó por fraude, mientras que aquéllos han pagado carísima su entrada. El dinero abre aquí todas las puertas; ¡y los que trafican con los billetes son tan ingeniosos!..

El resultado es que con el francés alternan todos los idiomas del mundo.

El vulgo busca principalmente los retratos, que cada año inundan el *salón*, como si todos los franceses fueran grandes hombres y todas las francesas modelos de hermosura.

Nada más natural que esa curiosidad de los que desean conocer á los hombres del país. Pero en esta época de medianías presuntuosas, el pintor de retratos raramente raya á gran altura, porque los modelos no tienen nada capaz de inspirar á un verdadero artista.

Cuando más solemnes han sido las épocas históricas, más notables han resultado los retratos de las mismas épocas.

El siglo de León X se honra con el de este pontífice, hecho por Rafael; el rey Carlos Stuart tiene por pintor á Van Dyck; Enrique VIII, el Terrible, sirve de modelo á Holbein; y Luis XIV, que tiene á Lesueur, se contenta con Mignard.

Los originales de los retratos que figuran en la Exposición van de sala en sala, en busca de su efigie, deseosos de contemplarse y de ver el efecto que producen en pintura. Y se irritan al ver que la gente pasa con una indiferencia que no vacilan en calificar de estúpida.

Los retratistas de mujeres no ven en el sexo débil más que lo hermoso, lo suave, lo terso y lo brillante. Han suprimido las arrugas y todas las imperfecciones del rostro. Han dicho al tiempo: «De ahí no pasarás,»



A las puertas de la Exposición anual de pinturas en el Salón de París el día del *barnizado*, dibujo de S. Azpiazu



LA TENTACIÓN DE SAN JERÓNIMO, fragmento de un cuadro de H. Siemiradzki



LA CONVALECIENTE, cuadro de Leopoldo Romañach

y ninguna de las mujeres por ellos retratadas, aunque sean abuelas, representa más de veinticinco años. Y las retratan á todas con la misma hermosura, con la misma elegancia, con la misma juventud. El parecido es lo de menos. Lo esencial es que los originales se declaren satisfechos, y esto se consigue haciendo que parezcan, además de hermosos, elegantes y ricos.

Sucede, á veces, que la persona retratada ha adquirido triste celebridad en alguna causa escandalosa ó ingresado en la cárcel desde que su efigie entró en el *salón*. Pero esto son ironías de la suerte que los parisienses saborean con fruición inefable.

El *vernissage* tiene por complemento indispensable para la gente de buen tono el almuerzo en el *restaurant* Ledoyen, situado en los Campos Elíseos, cerca del Palacio de la Industria; y nada es comparable á la animada conversación á que se entregan los comensales en esa fiesta gastronómica del París mundano y elegante.

Allí, bajo los árboles umbrosos que cobijaron la casa de Madama Tallien, esa hermosa reina de una república agonizante; en el mismo sitio en que el joven Bonaparte hacía tímidamente la corte á Josefina Beauharnais, esa criolla que había de subir al trono efímero de un imperio, las duquesas y las *cocottes* de hoy rivalizan en seducción y elegancia, cautivando á sus contemporáneos con el arte dificilísimo de hacerse amar, en este fin de siglo en que el amor es un sentimiento de que se avergüenzan las tres cuartas partes de la humanidad.

Las anécdotas y las ideas del momento histórico, las pasiones y los hechos, todo lo que agita al mundo es del dominio de la parisiense.

La Europa es como un vasto salón en que todos los elegantes se conocen por haberse encontrado alguna vez en los centros de la elegancia parisiense.

Londres, Viena, Madrid, se ocupan en un mismo día, casi á la misma hora, de unos mismos acontecimientos y hasta de unos mismos trajes.

El que describe un salón de San Petersburgo hace, á poca diferencia, la descripción de un salón de París.

Y al escribir este artículo, en medio de las flores y las elegancias parisienses, pienso que el final llevará pocas novedades á mis lectores de ambos mundos, porque en todas partes hay las mismas flores, las mismas modas y la misma gracia femenina.

Juan B. Enseñat



Penosa jornada, cuadro de Juan Collier. – Para hacer vibrar las fibras del sentimiento, para producir en una de sus más intensas manifestaciones la emoción estética, no necesita el artista de talento apelar á grandes efectos, ni echar mano de complicados recursos. Si el pintor siente con viveza la inspiración del genio y su mano domina la técnica del arte, puede conseguir con el cuadro más sencillo lo que en vano pretenden otros, no dotados de tales cualidades, lograr con difíciles composiciones. Dígalo si no el hermoso lienzo del célebre artista inglés Collier: una mujer pobremente vestida, sosteniendo en sus brazos un niño del que sólo se ve la cabecita, y un paisaje pobre, falto de las galas con que se hermosea la naturaleza, son los únicos elementos empleados por el autor; y sin embargo, ¡cuán profunda impresión nos causa esa pintura! ¡Cuánta tristeza produce en nosotros la contemplación de aquel rostro y de aquel cuerpo que tan maravillosamente expresan el cansancio, la miseria, el abandono de la pobre madre! *Penosa jornada* es una de esas obras que fascinan y cuyo recuerdo no se borra de la mente del que una vez las ha visto.

Decoraciones de la leyenda dramática de D. Angel Guimerá «Las monjas de Sant Ayman.» – Al reproducir hoy trece de las quince decoraciones de la última obra de Guimerá, sólo diremos en alabanza de sus autores, los reputados escenógrafos Sres. Moragas, Vilumara y Soler y Rovirosa, que han echado en ellas el resto, como vulgarmente se dice, y sabiendo lo que tales artistas valen, las maravillas que sus pinceles han producido, inútil es insistir en las bellezas de los hermosísimos telones que no se cansa de admirar el público que acude al teatro de Novedades, en donde se representa la leyenda dramática del gran poeta catalán. La notable composición del Sr. Passos que publicamos, permitirá á nuestros lectores formarse idea del efecto que esas decoraciones producen. En la imposibilidad de describirlas con la minuciosidad que merecen, hemos de limitarnos á explicar lo que representa cada una de las que reproducimos. Acto I. *Cuadro* 1.º Plaza del pueblecillo de Venafur. *Cuadro* 2.º Aposento señorial en el castillo de Venafur. Acto II. *Cuadro* 1.º Sitio agreste y montañoso de carácter fantástico. *Cuadro* 2.º Gran cámara señorial del monasterio de Sant Ayman. *Cuadro* 3.º Templo del monasterio de Sant Ayman. *Cuadro* 4.º Paisaje de rocas y árboles fantásticos. Acto III. *Cuadro* 1.º Paisaje montañoso y alegre con una ermita en la altura. *Cuadro* 3.º Campamento de los Cruzados. Acto IV. *Cuadro* 1.º Exterior de la mezquita de Omar en Jerusalén. *Cuadro* 2.º Paraje inmediato á las murallas de Jerusalén. *Cuadro* 3.º Murallas de Jerusalén. *Cuadro* 4.º La puerta de Efraim. *Cuadro* 5.º Interior del templo del Santo Sepulcro. Las decoraciones de los actos primero y tercero han sido pintadas por el Sr. Moragas, las del acto segundo por el Sr. Vilumara y las del acto cuarto por el Sr. Soler y Rovirosa.

La tentación de San Jerónimo, fragmento de un cuadro de H. Siemiradzki. – Las tentaciones de los santos anacoretas han servido en todos tiempos á los más famosos pintores de asunto para sus cuadros. El contraste entre las formas adoptadas por el espíritu del mal para asediar la virtud del solitario ermitaño y la figura de éste consumida por las mortificaciones y el ayuno, la lucha que ha de sostener el santo para vencer en aquella prueba y el lugar mismo en que la tentación se desarrolla, son en realidad elementos dignos de ser utilizados por los artistas de genio. Siemiradzki, uno de los más grandes pintores rusos contemporáneos, ha acometido el tema que á tantos y tan ilustres predecesores suyos ha seducido, y á pesar de pertenecer éste á un género distinto de los que él suele cultivar, ha pintado un lienzo digno de figurar entre los mejores que de su pincel han salido, con ser éstos tan admirables como los que nuestros lectores han podido ver reproducidos en varios números de La Ilustración Artística.

La convaleciente, cuadro de Leopoldo Romañach. – En el número 519 de La Ilustración Artística, con motivo de la reproducción del cuadro del Sr. Romañach *Un nido de miseria*, expusimos el concepto por todo extremo favorable que esta obra del artista novel nos merecía y dijimos algo de su autor, pensionado en Roma por la Diputación provincial de Santa Clara (isla de Cuba) y discípulo de nuestro antiguo y querido colaborador D. Enrique Serra. Hoy tenemos el gusto de publicar una nueva producción del joven pintor, que revela un adelantamiento desproporcionado con el tiempo desde entonces transcurrido y que demuestra cuán cumplidamente corresponde el Sr. Romañach al beneficio recibido de la citada Diputación cubana, á la cual está destinado el cuadro. *La convaleciente* pertenece al mismo género naturalista de buena ley de *Un nido de miseria;* pero en él se nos aparece ya el artista formado, con perfecto conocimiento del camino emprendido, seguro en su concepción, en su dibujo y en su pincelada, demostrando, en una palabra, que reune todas las cualidades necesarias para llegar á ser maestro en el arte á que con tanta pasión se ha consagrado. La Diputación de Santa Clara puede sentirse orgullosa de haber favorecido á quien ha demostrado ser tan digno de su protección, y en vista de los resultados obtenidos es de esperar que continúe dispensándosela para que el Sr. Romañach complete en Roma ó fuera de Roma sus estudios, base de una carrera que ha de proporcionarle gran nombradía y que ha de redundar en gloria de su patria y honra de la corporación que le ha pensionado.

MISCELANEA

Bellas Artes. – Los secesionistas muniquenses han inaugurado su exposición de primavera, en la que figuran trescientas obras, entre las que sobresalen las de Uhde, Stuck, Herterich, Keller, Erter, Slevogt y Busse.

Munich. – De las memorias publicadas por las dos asociaciones artísticas acerca de los resultados de las exposiciones celebradas en 1894, resulta que la que podríamos llamar de los ortodoxos, ó sea la que verifica sus certámenes en el Palacio de Cristal, fué visitada por 100.000 personas, y en ella se vendieron 282 obras, la cuarta parte de las expuestas, por valor de 500.000 pesetas: en la de los secesionistas, en la cual figuraban 483 obras para la venta, se vendieron 150 por 343.750 pesetas. Con los sobrantes de este año los secesionistas han podido disminuir en 50.000 pesetas la deuda contraída para la construcción de un edificio especial para su asociación.

Carlsruhe. – Se ha inaugurado un panorama que representa el asalto de Nuits, el hecho de armas más notable realizado por los badenses durante la guerra franco-alemana. Sus autores, el pintor de historia Carlos Becker y los paisajistas Carlos Kehr y Federico Kallmorgen no han presentado un campo de batalla con todos esos horrores que es casi de cajón poner en tales lugares á fin de producir efectos de relumbrón, sino que ofrecen á los ojos del espectador una representación exacta y natural de un combate tal como hoy se libra según las reglas de la táctica moderna. El momento escogido por los pintores es el de la preparación para el asalto, viéndose en el lienzo maravillosamente reproducidas las masas de tropa de tamaño natural y espaciándose la vista por un inmenso panorama con todos los accidentes del terreno, que los artistas han estudiado minuciosamente.

Breslau. – La galería del Museo Silesio se ha acrecido recientemente con varias donaciones testamentarias que demuestran el favor que en su existencia relativamente corta ha alcanzado dicho museo entre aquella población. Entre estos legados sobresale por su importancia uno del juez Sr. Friedlander, que comprende un Defregger de 1873; un díptico, *Venus y Amor*, de Gabriel Max; un paisaje de Osvaldo Achenbach, de 1848, y varios paisajes de Schleich, el mayor, de Schindler y otras obras no menos notables.

Hannóver. – La Asociación Artística hannoveriana cuenta en la actualidad 4.882 miembros, pudiendo por lo mismo ser considerada como una de las más importantes de Alemania. En la exposición que celebró el año pasado figuraron 780 obras, de las cuales se vendieron á particulares 72 por la suma total de cerca de 70.000 pesetas: por su parte la Asociación adquirió 59 obras para su lotería por valor de 25.000 pesetas. Entre los cuadros vendidos figura un magnífico lienzo de Siemiradzki de grandes dimensiones, cuyo comprador lo ha cedido por testamento, junto con otras obras valiosísimas, al Museo de la ciudad.

Florencia. – La Galería de los Uffizi se ha enriquecido con las siguientes obras: *Encuentro del Cristo resucitado con Magdalena*, fresco de Francia Bigio; *La Virgen entre los Santos*, de la escuela de Boticelli, y un friso alegórico de las estaciones, de Signorelli.

Cairo. – En el concurso abierto para la construcción de un nuevo edificio para museo, en el cual se presentaron 71 proyectos (entre ellos 23 italianos, 16 franceses y 16 ingleses), no se ha otorgado el primer premio. Sólo han sido concedidos cuatro segundos á los arquitectos franceses Breasson, Loviot y Gassieu, Guilhelm y Gillet, y Dourgnon. Un tercer premio ha sido también para un parisiense, de suerte que todos los premiados son franceses.

Berlín. – La memoria oficial de las colecciones de arte de Prusia correspondiente al último trimestre de 1894 menciona, además de la compra de un retrato original de Rembrandt, un número considerable de regalos y legados, entre los cuales merecen especial mención: 41 bronces egipcios, una colección de 4.000 *ex-libris*, de los siglos XVI á XIX, muchos grabados y libros ilustrados japoneses, y 100 tomos de obras francesas con preciosas ilustraciones.

– En el Museo de Industrias Artísticas se ha organizado una exposición de obras de las artes gráficas, grabado en acero, en madera, cincografía, autotipia, heliograbado y cromo, con inclusión respecto de éste de la impresión policroma por medio de tres planchas en rojo, azul y amarillo. Figuran en esta exposición obras alemanas, inglesas, francesas y japonesas en gran número, siendo una de las cosas más notables de la misma la colección de carteles anunciadores artísticos ingleses y especialmente franceses, entre los que sobresalen los de Cheret, Grasset y otros especialistas en este género.

Londres. – Gracias á la munificencia de lord Savile, la Galería nacional ha entrado en posesión de un cuadro de Velázquez de grandes dimensiones, titulado *Los desposorios*. La misma Galería, merced á un convenio con el museo de South Kensington y á cambio de la cesión á éste de algunos cuadros ingleses, se ha enriquecido con varias obras de antiguos maestros, entre ellas algunas de Perugino y de Juan Bellini.

San Petersburgo. – La Asociación de acuarelistas rusos celebra actualmente su exposición anual, que no es más que mediana y en la que predominan los paisajes, los estudios y las flores. Entre las pocas figuras sobresale la *Visión*, de Solomko. Los artistas veteranos, como Sokoloff, Charlemagne, Alexandroffsky y Babrow no revelan nada nuevo; otros, como Benois, Kioschenko, Karasin, Pissemsky, Beggrow y Wassilkowsky, permanecen apegados á la rutina y ceden cada vez más á las exigencias del comprador, que casi siempre están reñidas con el verdadero arte. Lo más notable de esta exposición son las acuarelas de Heftler, inspiradas en las ciudades italianas y en las playas del Mediterráneo y llenas de luz y de color. Merecen ser también citados los paisajes de otoño é invierno de Bergholz, los de Lepeticz, Baxst, Gut-Maniser y del impresionista Mankoffsky.

Venecia. – La exposición internacional de Bellas Artes recientemente inaugurada en Venecia responde perfectamente al objeto primordial de estos certámenes, cual es el de permitir formarse concepto claro de las varias escuelas y tendencias de la pintura en Europa. En la sección de pintura española llaman la atención las obras de Villegas *(La coronación de la dogaresa* y *El cazador)*, Sánchez Barbudo, Benlliure (José), Tusquets, Jiménez Aranda (José), Bilbao, Emilio Sala y Ricardo de los Ríos; entre los franceses sobresalen Duez *(Jesús calmando una tempestad)*, Bonnat, Roll *(Los obreros de la tierra* y *Retrato del almirante Krantz)*, Beraud *(Las dos musas y el poeta Armando Silvestre)*, Besnard, Carlos Durán, Puvis de Chavannes *(Pietá)*, Dagnan *(Madona con el Niño)* y Dupré *(Segadora)*; las obras más notables de las escuelas alemana y austriaca son las de Marr *(Los flagelantes)*, Schonleber, Hartmann, Stuck, Hacher, Delug, Dettmann *(Entierro de una niña)*, Firle *(Enferma)*, Liebermann *(Retrato de Hauptmann)* y Lembach; en la sala de daneses y escandinavos se distinguen especialmente los cuadros de Tuxen *(Regreso de la pesca* y *Susana en el baño)*, Ancher Michael, Paulsen, Ander Zorn *(La fiera)*, Niels, Pedersen *(El secretario de la aldea)*, Ole y Zahrtmann; en la sala de los artistas belgas, holandeses é ingleses figuran entre otros con bellísimos lienzos Lemputten *(Procesión en el campo)*, Mesdag, Meulen, Van Haanen, Maris, Vander Veele, E. R. Hughes *(Bianca Bella e Samaritana* y *Dead Knigth)*. Completan las secciones extranjeras algunos cuadros de los americanos Benson, Wistler y Alexander. La sección italiana resulta notabilísima, así por el número como por la valía de las obras expuestas; citaremos algunos nombres de los expositores más salientes: Gioli, Tomasi, Simi, *(Idilio campestre)*, Muzzioli *(Idilio* y *En la fuente)*, Lojacono *(Marina iluminada por la luna)*, De Blaas *(Campesina)*, Grosso *(La última cita*, cuadro que ha dado motivo á grandes discusiones por lo atrevido y que estuvo á punto de no ser admitido), Boldini *(Retrato de Verdi* al pastel), Bianchi *(Muchacha de los Alpes)*, Rotta *(Los locos*, una de las mejores obras de la exposición), Tito *(La fortuna* y *La procesión de los anzoleti en Venecia)*, Zezzos *(Arador* y *La plaza de San Marcos)*, Milesi, Belloni, Delleani, Morelli *(Jesucristo en el desierto)*, Sartorio *(La Virgen de los ángeles)*, Beppo Ferrari, Pictor *(Fantasía macabra* y *Venecia á la luz de la luna)*, Bezzy, Brass, Carcano, Mancini, Rossi y Fraziacomo.

Teatros. – En el teatro de la ciudad de Bremen se cantará por vez primera, en 25 de mayo, el oratorio de Rubinstein *Cristo*, cuya segunda audición se verificará á principios de junio: los coros constarán de 350 personas, y los solos serán desempeñados por los principales artistas alemanes. Como directores han sido contratados Carlos Muck, del teatro Real de Opera de Berlín; Julio Ruthard, del teatro de la Ciudad de Bremen, y Leopoldo Weintraut, del teatro de la Ciudad de Breslau.

Barcelona. – El único estreno en la anterior semana ha sido el del precioso sainete de Vital Aza *La rebotica*, que con éxito grande se ha puesto en escena en el Eldorado. En el Principal sigue contando por ovaciones el número de sus representaciones el eminente actor Sr. Vico, que ha puesto en escena varias joyas del teatro antiguo y moderno. En el Liceo la Darclée y Marconi hacen las delicias de los aficionados á la música buena y bien cantada. En Novedades continúa representándose con muy buenos resultados la leyenda dramática de Guimerá *Las monjas de Sant Ayman*. En el Tívoli la compañía Tomba obtiene muchos aplausos cantando las más populares operetas y algunas óperas, entre ellas *Carmen*. En el próximo mes comenzarán sus tareas en Novedades y en el Liceo respectivamente las notables compañías que dirigen la señorita Guerrero y el Sr. Mario.

Necrología. – Han fallecido:

David Lugeon, escultor suizo á quien se debe la restauración de muchas iglesias góticas de Francia.

Julio Roulleau, escultor francés.

CORA

HISTORIA DE UNA MODELO

I

El gracioso modelo estaba encantador con su gran sombrero de la época del Directorio, la falda ceñida con listas de color de rosa, el cabello negro algo crespo y enmarañado, y moviendo la cabeza, mientras que el pintor trazaba con cariño en el lienzo los contornos de aquel cuerpo esbelto y flexible y sus líneas juveniles, que se marcaban bajo la transparencia de las telas de otro tiempo.



El escritor francés Julio Claretie, autor del cuento *Cora*

–¡Oh, señorito Jorge, qué bonito es ese traje, muy lindo por cierto; pero no es así como yo hubiera querido retratarme!

Pronunciaba estas palabras con el dulce acento criollo, tartajeando ligeramente. Sus grandes ojos negros, de expresión melancólica, contrastaban con su rostro de niña árabe, pálido y de color cobrizo.

–¡Ah! ¿Conque no es así? ¿Y cómo habría querido usted ser retratada, señorita Cora?

Los ojos tristes del lindo modelo brillaron de pronto – sin duda al evocar un recuerdo, – y Cora contestó con voz temblorosa:

–¡Oh! Hubiera querido verme reproducida en el lienzo con el traje de hermana de la Caridad.

–¿De hermana de la Caridad?

–Sí; con aquellas grandes alas blancas que se mueven á los lados de la cara... ¡Es tan hermoso ese tocado! ¡Y es tan bueno ser hermana de la Caridad!.. Mejor hubiera querido ser esto que...

Cora se interrumpió, y sus negros ojos se llenaron de lágrimas.

–Hija mía, dijo el pintor, si llora usted ya no parecerá una currutaca del Directorio.

Este diálogo se cruzaba en el taller de mi joven amigo Jorge, situado á dos pasos de la iglesia de San Vicente de Paúl, cuyas torres se veían á través de los cristales de una gran ventana, destacando sus siluetas de color gris sobre un hermoso cielo azul, un cielo de mayo, diáfano y lleno de vida. Los ojos tristes de Cora contemplaban aquel cielo de primavera, mirando también las torres grises que se dibujaban marcadamente y el reloj de la iglesia que daba las horas. Y bajo su sombrero rosa del Directorio movía siempre su pequeña cabeza de africana; mientras el pintor trazaba un alegre cuadro que representaba un grupo de petimetres y currutacas sentados en un florido cenador ante una mesa llena de sorbetes, con una profusión de telas rayadas, de colores claros, de cabellos rubios, de medias chiné, de abanicos, de chales y de sonrisas. En el fondo veíase París, el gran París revolucionario; pero de una manera vaga, á través de la bruma, y mugiendo sordamente á los pies de los jóvenes que bromeaban desde lo alto del cerro de Montmartre ó de la colina de Belleville...

Cora estaba lejos, muy lejos del cuadro en que se la representaba; y su mirada triste, melancólica como el desierto infinito, fijábase tenazmente en las torres de la iglesia.

Sus gruesos labios, de un rojo anémico y cuyo borde un poco dilatado formaba un perfil clásicamente puro, murmuraban las mismas palabras que habían pronunciado antes en voz alta con la expresión de un profundo sentimiento: *¡hermana de la Caridad!*

–¿Y cómo va de salud?, preguntó el pintor continuando su tarea, sentado en un taburete; mientras que Cora permanecía en pie, á pocos pasos de él y en medio de la luz.

–¿La salud, señorito Jorge? ¡Ah! La salud no va mal... Creo que me pondré bien. El médico me ha dado una bebida con éter, que me alivia mucho, y ahora duermo mejor...

Cora tosió un poco, y añadió al punto, como para que se la dispensase ó para engañarse á sí misma:

–Aún me aqueja la tos, pero muy ligera... ¡Oh! La salud marcha bien, señorito Jorge; lo que no va bien...

Cora se interrumpió, tratando de sonreir, y su fisonomía infantil, su rostro exótico, tomó una expresión de tristeza angustiosa.

–Lo que no va bien, añadió, es la cabeza...

–O el corazón. ¿Todavía piensa usted en él?

–¡Siempre, sí, siempre... y siempre pensaré, repitió la hechicera criolla con su graciosa pronunciación.

¡Ah! Sí, la vida de Cora era una novela; en aquella linda cabeza, en aquel corazón de mujer niña había una ilusión, un padecimiento, y el destino había tratado duramente á la joven modelo de mirada melancólica. El viento de amor, soplando sobre su cabello negro algo crespo, había comunicado una expresión de tristeza á sus labios carnosos, tan propios para besar y para sonreir.

Sí, por el mundo andaba alguno que para Cora era *él*, y hacia *él* volaba y volaría siempre su pensamiento; pero *él* la había olvidado sin duda, ó no se cuidaba para nada de ella; no conocía más que su nombre de pila *Pedro*, y repetía continuamente este nombre, dulce para ella como una caricia de amor, adorado con locura, porque era cuanto le quedaba de un pasado no muy distante, pues la seductora criolla no contaba más que diez y ocho años.

–Pero entre nosotras, decía la joven con tristeza, la mujer es vieja á mi edad, sobre todo cuando no ha sido afortunada.

Y al decir esto, Cora se esforzaba para atenuar con una sonrisa lo angustioso de sus palabras.

II

–«¿Que quién era el *señorito Pedro*? (Aún le llamaba así, como cuando le había dirigido la palabra por primera vez en la isla de la Reunión). ¡Pues era teniente de infantería de marina! ¡Y qué airoso, y qué bueno! Pequeño como yo, muy rubio, tenía el bigote fino y rizado. Nos amamos en cuanto nos conocimos, pues no necesitan andar con rodeos los que son libres y adivinan que se quieren. Yo no tenía padres, y estaba con una tía anciana que se proponía dedicarme al oficio de modista. ¡Ah, qué buena idea! ¡Y qué graciosos son los sombreros que se hacen allí!.. Yo era libre, como ya he dicho á usted, y me dije «Puesto que Pedro me ama, me tomará por esposa; yo no he amado, ni amaré tampoco á nadie más que á él, y soy una joven honrada, como él es un hombre honrado.» ¡Oh! ¡Y le amaba con toda mi alma, con todo mi corazón! Cuando me apoyaba sobre los galones de oro de su uniforme, me sentía más orgullosa que si me hubieran nombrado presidenta de la República. En el barrio de Poissonniere hay infantería de marina acuartelada; cuando paso por allí para ir á la calle Lafayette, me detengo, señorito Jorge, para mirar aquellos uniformes, aquellas charreteras amarillas, y me digo: «¡Tal vez le veré aquí!» Aunque no esté en París, yo espero siempre; y después de contemplar un momento á los *marsuinos* – ya sabrá usted que los llaman así, á lo menos él me lo ha dicho, – ya no puedo tener los ojos secos, y todo el pasado vuelve á mi memoria. Es muy cierto: veo otra vez la isla, el mar, los barcos de allá abajo, nuestro cielo y nuestros árboles siempre que pasa un soldado de marina, aunque aquí no visten el uniforme blanco como en los trópicos. Sin embargo, son ellos esos soldados, los *marsuinos* que veíamos entre vosotros. Entonces sueño; y después me digo: «¡Qué tonta eres, pobre Cora; todo eso ha concluído; ya no estás en aquella tierra, sino en París, que es muy triste, porque cuesta mucho vivir aquí!»



¿Y cómo habría usted querido ser retratada, señorita Cora?

»¡Ah! Cómo echo de menos el tiempo en que yo le servía de intérprete!; pues ha de saber usted que yo hice la campaña, y que formé parte de la columna con la infantería de marina en Madagascar. ¡Cómo me agradaba aquello, el peligro, las fatigas! El señorito Pedro tenía á sus órdenes los voluntarios de la Reunión en Farfate, y yo he marchado contra los hovas, sí, yo, sin tener miedo, se lo juro á usted. A mí me divertía el cañoneo en Majunga, y también cuando los fusileros de marina atacaron á orillas del Bonnamary. ¡Y era de oir cómo silbaban las balas!: *¡zis, zis!* ¿Pero qué me importaban á mí las balas, estando yo con *él*?

»Sus soldados le adoraban como yo. ¡El teniente!.. ¡Oh! Cuando pronunciaban esta palabra, hubiérase creído que hablaban de Dios. Iban adondequiera que *él* les mandaba ir; los lanzaba en la pelea, y adelantándose después á ellos, se ponía á su cabeza. Era de escasa estatura, poco más que la mía; yo iba á su lado, y desaparecíamos casi entre las altas hierbas. Algunas veces nos ocultábamos allí, y le abrazaba mientras oíamos resonar los tiros. Yo tenía un amuleto que me había dado un brujo del país, y esto nos preservó de todo. El capitán, que me había autorizado para seguir la columna como intérprete, murió una noche del tétanos, ocasionado por una herida, de la que solía decir: «¡Oh, esto no será nada!» Pedro le cuidaba mejor que un cirujano; pero el capitán se moría diciendo: «¡Esto es horrible, espantoso!.. ¡Reventar aquí! ¡Ah! Frente á los alemanes hubiera yo preferido morir!.. ¡Ah, este país!.. ¡Condenado país!.. ¡Teniente, le confío á usted nuestros soldados; vuelva usted á Francia con el mayor número que sea posible de esos buenos chicos!» Aún me parece oir la voz del capitán y aquel estertor, mientras repetía: «¡Morir aquí, morir aquí!» Y como yo dijese á Pedro en voz baja: «¿No es verdad que esto es horrible?,» me contestaba gravemente, él, que siempre se reía: «¿Qué quieres hacerle? ¡Es el deber!»

»Todavía pienso en todo eso, y me digo: «¡A pesar de la fatiga, de las balas, de la falta de agua y de las noches en que el enemigo acechaba, aquel era el buen tiempo. ¡Yo quisiera que volviesen aquellas horas!.. ¡Pero están tan lejos!»

»Cierto día la columna volvió á Tamatave.

»Habían dejado al capitán en un agujero, muy lejos, con otros. Pedro era el jefe, y volvía muy contento, tan negro como yo, curtido por el sol, y el goberna-



¡La pequeña Cora quedaba sola en el mundo, en aquella tierra donde no tenía ya á quien amar!

dor le felicitó mucho. ¡Ah, qué cumplidos..., como en los libros! Yo estaba loca de alegría por aquel triunfo, y dije á Pedro: «¡Ahora te nombrarán coronel por lo menos!» «¡A un teniente!, contestó. ¿Estás loca, querida Cora?» Es verdad que lo estaba; pero aunque le hubiesen promovido á general en el acto, me hubiera parecido justo.

»¡Si yo hubiese podido imaginar que aquella campaña iba á separarme de él, y que le llamarían á Francia, á París, bajo el pretexto de recompensarle!.. Sin embargo, esto es lo que sucedió. Dióme la noticia una mañana, sin notar que yo me entristecía... Marchaba á Francia, y le extrañó ver lágrimas en mis ojos. Díjome que probablemente al llegar se habría publicado en el *Diario oficial* el decreto condecorándole. Yo estaba contenta porque *él* lo estaba también; pero muy desconsolada al mismo tiempo, al ver que no comprendía mi dolor, tal vez por el exceso de su alegría... ¡Quién sabe!

»Al parecer no le era posible llevarme consigo, pues un buque del Estado no es como un bosque, donde cualquiera puede ocultarse; y entonces yo me dije: «¿Dónde están aquellas espesuras aun con el peligro, el fuego de fusilería, los hovas y el tétanos?» ¡Aquello era mejor!.. Pero al menos si no podía llevarme consigo, me escribiría. ¡Oh, en cuanto á eso, sí por cierto! Me lo prometió. ¿Cómo había de olvidar él á su pequeña Cora? «¡Si yo tuviera talento, me dijo, tú serías mi *Rarahu!*»

»Yo no sabía qué era esto, y no lo comprendí hasta que usted me prestó aquel libro tan bonito.

»Y Pedro añadía, abrazándome: «Tú eres propia para figurar en un cuadro, con esa carita tan extraña y tan..., tan...»

»¡Encantadora!, me dijo! ¡Propia para un cuadro! ¡Yo estaba destinada á servir de modelo, señorito Jorge, ya lo ve usted! ¡Oh! *El* sentía mucho separarse de mí; bien lo eché de ver; pero fué inútil que le dijera: «Ocúltame en cualquiera parte; tu Cora se hará tan pequeña, tan pequeñita, que nadie la verá.»

»Siempre me contestaba: «No;» ó bien decía: «¡No seas estúpida! ¡Tú estás loca!»

»¡De ambas cosas se tiene un poco cuando se ama demasiado!

»Y al fin llegó el día en que el barco se le llevó. La despedida, el postrer beso, la postrera súplica al oído: «¡Me escribirás, me escribirás!» «¡Sí, sí, pequeña Cora me dijo, te escribiré!» Después, el último ademán con la mano desde el barco, donde Pedro desaparece como si le hubiese tragado un tiburón; y luego aquél se aleja más y más, hasta que sólo parece un punto negro perdido en el espacio, y al fin... ¡nada! ¡Adiós Pedro, adiós amor! ¡La pequeña Cora quedaba sola en el mundo, en aquella tierra donde ya no tenía á quien amar!

»Al pronto me dije: «Ya volverá;» y después pensé: «¡Hay quien olvida!..;» pero los días pasaban, yo no podía olvidar; y luego me ocurrió que Pedro no volvería nunca. ¡Oh! ¡Si usted supiera cuánto sufrí entonces!.. Ya no tuve gusto para nada; sentía aburrimiento y pesadez, como la de un día de tempestad en nuestra tierra, deseos de morir y accesos de tristeza. Morir, sí, he pensado más de una vez en ello, porque era demasiado desgraciada viviendo sin *él*. Después cruzó por mi mente una idea, idea loca, idea fija, la de encontrarle, la de ir á Francia, puesto que *él* estaba allí. Y cuarto á cuarto, trabajando como podía en la confección de sombreros, comencé á economizar para obtener mi pasaje en el vapor que presta el servicio hasta Marsella. ¡Oh! Iría en tercera clase, con los fardos y los pobres. ¿Qué me importaba esto á mí?

»Yo me decía: «¡La infantería de marina está en París, y por lo tanto, allí le encontraré!» ¡Es cosa de reirse! ¿Y sabe usted dónde confiaba yo encontrar á Pedro? Pues en la plaza mayor. Sí, yo me representaba este París como un pueblo grande, donde había, lo mismo que en los de mi país, una plaza principal en la que tenían el mercado y banda de música y donde la gente se reunía.

»Cuando repetía en el barco: «Voy á buscar á uno en la gran plaza de París,» todos se reían de mí, y creían que me chanceaba; pero yo les dejaba reir. Tenía mi idea; veía desde lejos aquella plaza, y á Pedro paseándose con el sable al costado y su gracioso casco de lienzo blanco.

»Y he aquí cómo he venido á París, sin detenerme ni un solo día en Marsella; llegué aquí á toda prisa, y en el pequeño hotel, cerca de Mazas, donde me había apeado con mi pobre equipaje en la mano, tomé el primer informe. «Tengan ustedes la bondad de indicarme, dije, dónde está la plaza grande...»

»Sin duda adivina usted cómo abrirían los ojos la dueña y sus camareros. ¿La plaza grande? ¡Oh! Había varias. La plaza de la Concordia, la plaza Real, la de la Magdalena, la de la República..., y otras. ¡Tantas casas y plazas, y todas aquellas calles y *boulevards!* ¡Ahora me daba miedo París! ¿Dónde había venido yo, Dios mío? ¿Cómo encontrar á Pedro en aquel pueblo que era un mundo?

»Iba de un lado á otro, buscaba, buscaba preguntando á todo el mundo, y veía que me hacían muy poco caso. En el ministerio me dijeron: «¿Conoce usted los nombres y apellidos y los servicios de ese Pedro?» No, yo no tenía ningún dato; le llamaba Pedro y le amaba, y esto era todo cuanto yo sabía. Me había presentado en las oficinas, en el cuartel mismo; pero me recibieron tan mal, que no me atreví á volver... No, nunca he vuelto... Cuando quería interrogar en la calle á los de las charreteras amarillas, se reían ó querían burlarse de mí, lo cual es peor... Entonces me dije: «¡Esperemos; confía en la casualidad, pobre Cora!» Esto parece una tontería, una locura. ¿No es verdad? Pues bien: es cierto; yo me había lanzado en este París ignorante de todo y sin tener en el bolsillo más que sesenta y cinco francos, que desaparecían rápidamente...

»¡Ah! Cuando volvía por la noche á la calle de Lyón, á mi pequeño aposento, tan triste y con el papel de las paredes desgarrado, echaba de menos con frecuencia la Reunión, y hasta Tamatave, y lloraba. Pero al fin, enjugando mis lágrimas, me decía: «No importa, Cora, bien has hecho en venir, pues ya le encontrarás. En medio de esa gente que pasa, ya le hallarás un día ú otro. ¡Valor, hija mía!» Y no me faltaba valor. Entre aquella multitud, en la que no conocía á nadie, comparábame yo con un guijarro caído en el mar. ¿Y cómo vivir cuando hubiera gastado el último cuarto? No sabía yo hacer sombreros tan bonitos como los que llamaban mi atención cuando pasaba por delante de las tiendas. Por otra parte, el barrio en que vivía me daba miedo por la noche, pues cuando ya anochecido volvía á mi domicilio, siempre encontraba paseantes que al verme pasar por delante de un farol de gas me decían con un tono que me alarmaba mucho: «¡Adiós, negrilla!», ó bien: «¡Eh, grano de café!.. ¡Y es guapilla!»

»No encontrando á Pedro ni en la gran plaza ni en ninguna otra parte, ya comprenderá usted que llegué así á no tener ya con qué pagar mi habitación, y á preguntarme cómo comería al día siguiente, y si no sería mejor arrojarme al agua apenas llegase la noche. Sí, señorito Jorge, á este punto había llegado. Se lo dije á la patrona, excusándome de no pagar mi cuenta, y le rogué que me concediese un plazo. Añadí que me presentaría á todas las modistas, y que seguramente encontraría trabajo, porque no dejaba yo de ser hábil; pero en cuanto á irme de París sin haber vuelto á verle, esto de ningún modo; no lo haría. ¡Ah, por nada del mundo! ¡No faltaría más!

»La patrona era buena mujer; me dijo que podía contar con ella, y que trataría de obtener para mí una colocación. En efecto, á ella debí no haberme muerto de hambre; pero ¿cómo?.. Voy á decírselo. Entre sus inquilinos contábase un antiguo director del teatro de Cherchell, ó de Blidah, ó de Biskra...

Resignémonos, hija mía, y tengamos fe en el arte

en fin, no me acuerdo sino de que era una población de Argelia. Había venido á París con un cargamento de trajes árabes, de vestidos de gasa, chales, collares de zequíes, babuchas de pacotilla, y dos corpulentas judías, dos hermanas, según creo, á quienes él enseñaba en París, diciéndoles que se proponía fundar un espectáculo de conciertos argelinos, semejantes á las músicas tunecinas de la calle del Cairo... El Sr. Castelbiel buscaba local y compañía..., acababa de encontrar el primero en el barrio de San Martín; era una cervecería arruinada, y proponíase decorarla con tapices argelinos, poniendo en el fondo de la sala algunas tablas para formar estrado. En la puerta se colocaría una muestra, adornada con medias lunas y caracteres árabes, en la cual se leería: *Concierto del Profeta. Bebidas y bailes de los más escogidos*. Las dos hebreas, vistiendo el traje de su país, entonarían canciones argelinas; pero no podían bailar, porque eran demasiado obesas y macizas, ó bien bailarían mal. «¡Demasiado abdomen!,» decía el Sr. Castelbiel. Entonces fué cuando el director del *Concierto del Profeta*, que me había visto subir y bajar, pensó en mí y habló á la patrona, á quien llamaban señora Souverain. En el caso de que yo quisiera trabajar en la cervecería del arrabal San Martín, me daría un duro diario, trajes á elegir; mas para esto era necesario bailar.



La bailarina de Egipto ejecutaba aquella danza de la calle del Cairo

– »Pero, señora, contesté á la señora Souverain cuando me dijo esto, yo no conozco el baile, ni he bailado en mi vida. ¡Jamás!

– »El Sr. Castelbiel, repuso la patrona, pretende que no es necesario saber bailar para ejecutar la danza del vientre, pues basta hacer algunas contorsiones con el cuerpo.

– ¡»Pero señora, la danza del vientre!..

– »¡Oh!, hija mía, replicó la señora Souverain, en el año de la Exposición estaba eso tan de moda, que todas las grandes damas del arrabal San Germán ejecutaban esa danza en sus casas para entretener á los convidados.

»Me decía todo esto, que me extrañaba un poco, é inquietábame repitiendo, lo cual era verdad, que no se encuentra fácilmente un duro diario. En esto llegó el Sr. Castelbiel, un marsellés que era todo fuego y llama, que hablaba en voz muy alta y largo tiempo.

– »¿Sabe usted bien lo que yo le ofrezco, hija mía?, me dijo. No es solamente la vida asegurada, sino el primer escalón hacia la gloria. En París se llega á todo con tal que se *debute*. Usted es linda, y tiene un tipo propio..., sí, un tipo..., y ¡quién sabe si bailando en el *Concierto del Profeta*, dará usted el primer paso hacia las tablas del teatro de la Opera! María Sasse..., bien habrá usted oído hablar de María Sasse..., dejó una sala de concierto del arrabal del Temple para entrar en la Academia imperial de música, y lo mismo podría suceder con usted, ahora que es Academia nacional. (¡Oh, recuerdo muy bien cuanto me decía!) Usted asegura, añadió, que no sabe bailar; pero esto es un error..., ¡todas las mujeres saben bailar, así como todos los patos saben nadar! El baile constituye uno de los encantos de la mujer. ¿No ha ejecutado usted nunca la danza del vientre? Pues bien: hará usted como si la ejecutase, y bailará con los brazos y con los hombros, pues en usted todo estará bien. ¡Menos agradable era el aspecto de las bailarinas de la calle del Cairo! Por otra parte, ¡vestirá usted un traje tan bonito! ¡Gasa, cinturón de oro y babuchas de color de rosa! ¿Quiere usted encontrar en París á alguna persona querida? Pues precisamente este es el mejor medio de volver á verla. Sin duda ese desconocido ama el arte, y cuando vea anunciada la inauguración del *Concierto del Profeta* ¿quién nos dice que no vendrá al arrabal de San Martín? ¿Y cómo ha de saber él que usted se halla en París? ¡Es buscar la aguja en un pajar! Pero si él lee en un cartel, en grandes letras: *Debut de la señorita Cora Berthier, bailarina oriental*..., digo *oriental* para no engañar al público, porque usted es *oriental* y no argelina, como Fatma y Medjé...; si lee ese cartel, repito, ¡pardiez, acudirá presuroso! En cuanto la vea aplaude, salta al estrado, la abraza á usted, y ya no necesita buscarle más.

»¡En verdad que me resuenan en el oído todas esas palabras del Sr. Castelbiel como si las estuviese oyendo aún! ¡Ah, qué lengua de miel! La idea de que estampando mi nombre en un cartel podría ver otra vez á Pedro y llamar su atención, se antepuso en mí á todo y me hizo acceder á las pretensiones del señor Castelbiel. «¡Bailaré me dije, me adornaré el cabello con zequíes, y dejaré ver mis brazos desnudos bajo la gasa!» Y bailé. Parece que el Sr. Castelbiel tenía razón al decir que todas las mujeres bailan bien, puesto que yo no bailaba mal. Sí, bailé la danza del vientre, entre el polvo de la pequeña cervecería, con los aplausos acompañados del choque de las cucharillas en los vasos y platillos. Y pasé las noches respirando aquel aire cálido, impregnado del humo de tabaco, que me atacaba la garganta, haciéndome toser y mirando siempre la multitud desde lo alto de mi estrado, para ver á través de la bruma y el polvo si habría venido *él*, atraído por el magnífico anuncio en que se leía mi nombre impreso con grandes letras, y si descubriría entre todos aquellos rostros desconocidos el de mi amado Pedro. ¡Ah! Bien podía buscarle, mirar un semblante tras otro... ¡Nunca he vuelto á verle, nunca! Por otra parte, si hubiese venido, si hubiese estado allí, no habría yo necesitado esperar para verle, porque hubiera adivinado su presencia con el corazón, si no con los ojos. Toda hubiera sido suya.

»Pero no: la danza del vientre, los tamboriles que Fatma y Medjé tocaban, y las canciones de Argel acompañando mis descarados movimientos; á esto se redujo todo, sin que jamás viese á Pedro. Y todas las noches volvía á la pequeña habitación que había alquilado en el arrabal de San Martín, más triste que cuando estaba en el hotel de la calle de Lyón, adonde iba aún muy á menudo para preguntar á la señora Souverain si habría ido por casualidad alguien á preguntar por mí.

»Comprenderá usted que yo no era feliz. Aquel oficio de saltimbanqui me disgustaba; pero ¿qué quiere usted?, es preciso vivir. Así me decía un antiguo cómico, M. Brichanteau, á quien el Sr. Castelbiel había contratado, y que recitaba poesías entre dos de nuestras danzas.

– »Ese es el problema, decíame Brichanteau. ¡Durar, hija mía, es preciso durar, pues cuando se dura, al fin se encuentra la compensación! Usted la tendrá, que es joven, y yo también, aunque soy viejo. Advierta usted que yo he representado tragedias con la Rachel en América, yo, cuando era todavía un muchacho; piense también que soy discípulo y émulo de Beauvallet, y que mi profesor estaba envidioso de mí; y ahora, como puede ver, recito versos en un café cantante, fiel á Corneille hasta en un zaquizamí. ¡Resignémonos, hija mía, tengamos paciencia y fe en el arte, porque el porvenir es nuestro!

»Y como yo le contestase que el arte no me importaba, y que la danza del vientre no era mi oficio, repuso – porque ya le había referido yo mi historia:

– »¡Pues bien: ya obtendrá usted la recompensa y el desquite, exactamente como yo, usted á los diez y ocho años y yo á los sesenta! ¡Para mí la gloria, y para usted el amor!

»¡Pobre Sr. Brichanteau, tan bueno y tan paternal! «¡Usted vale más que eso, decíame..., como yo; pero somos víctimas del destino. Usted ridiculiza su belleza haciendo contorsiones; yo sirvo á la musa en vez de ambrosía vasos de cerveza!»

»El buen hombre me hacía sonreir, pero sin burlarme de él, pues me consolaba.

»Y así pasaban los días y los meses, que me parecían interminables, y pasaban como si hubiese soñado: el tiempo se deslizaba lentamente, pero á veces parecíame que corría con mucha rapidez. El *Concierto del Profeta* no tuvo buen éxito, y el establecimiento hubo de cerrarse. El Sr. Castelbiel, marchó no sé adónde, dejando á las dos judías en la calle, sin contar al Sr. Brichanteau, que refugiándose donde pudo, entró de comparsa en el Ambigú, según creo. A Medjé, á Fatma y á mí nos ofrecieron contrata para bailar en el *Moulin Rouge*, pero siempre la danza del vientre, en el interior de un gran elefante, de un elefante monstruo, comprado en un establecimiento, el *País de las hadas*, que no había tenido buen éxito durante la Exposición. Allí fué donde usted me vió, señorito Jorge, á mí, que bailaba siempre – esta vez en el vientre de un elefante – esperando siempre á ver si *él* vendría y me sería dado reconocerle... ¡Ah! Ya desesperaba de todo cuando usted me encontró! Por una parte, enferma, aquejada de una mala tos,



¡Duerme en paz, pobre Cora, duerme en paz!

cogida allá en el *Concierto del Profeta...;* y por otra, cansada de bailar continuamente al son del mismo tamboril de aquellas dos corpulentas y estúpidas judías... He aquí por qué cuando usted me propuso servirle de modelo, esto me complació mucho, como usted pudo ver, porque el cambio era ventajoso para mí, pues podía respirar otro aire en vez del que me ahogaba allí abajo. Además, yo tengo un mal aquí en el pecho, cual si me quemase alguna cosa; no me agrada el invierno ni la niebla de París, y necesito sol..., ya comprenderá usted. El calor de su estufa es bueno al parecer, y á mí me calienta la espalda, pero en cambio me escuece la garganta. Yo quisiera que el invierno hubiese terminado para ir á tomar el sol al campo, aunque el sol de Francia es muy pobre en comparación del nuestro. ¡Ah! ¡El sol, cualquiera que sea, ansío disfrutar de él, y le necesito!

Y mientras que la pequeña Cora hablaba, sus ojos, sus grandes ojos negros, velados por una especie de angustiosa languidez, animábanse y brillaban. La esperanza de ver otra vez el sol inflamábalos, como si la idea misma de aquel sol, de su calor y de su claridad se relacionara con la imagen del oficial desaparecido, de aquel Pedro tan dulce y tan amado en otro tiempo allá abajo, mas allá del mar inmenso...

Después, con una sonrisa de niña, y moviendo su graciosa cabeza de criolla, delicada y presa de la anemia, Cora expresó un deseo infantil.

—¡Oh!, dijo. Yo quisiera también otra cosa, y le repetiré á usted que lo deseo de todas veras, y es mi retrato con el traje de hermana de la Caridad. ¡Ser hermana de los pobres..., cómo me hubiera agradado esto!

—Pues tendrá usted el retrato con la toca blanca, pequeña Cora.

—¿De veras?

Y palmoteaba con alegría, como una criatura á quien se hubiese prometido un juguete.

—Sí, le tendrá usted.

—Bien mirado, ¡qué rarezas tenemos unos y otros!, repuso la joven, volviendo á tomar su expresión melancólica. Yo no volveré á ver más á Pedro, porque seguramente no le encontraré. Pues bien: la idea de ser hermana de la Caridad me consuela mucho. Allá en mi país había hermanas de la Caridad que cuidaban á los soldados franceses cuando morían de una insolación, de un cólico ó de un balazo, y á mí me parecerá que yo soy quien le cuida.

III

De la graciosa Cora, con su pequeño cuerpo de formas delicadas y exquisitas, con sus ojos profundos, de triste expresión, y con su dulce voz; de aquella joven, vestida con el traje de seda de alguna hebrea, conservaba yo un tierno recuerdo: tanto era el encanto que para mí tuvo la resignación fatalista de aquella linda joven, que para encontrar al amigo perdido se había entregado á los azares de la vida de París, como el perro que se arroja al agua para seguir al barco donde va su amo; y que abandonando su país, cándida y confiada, había caído en medio del tumulto y del engranaje de ese monstruo que llaman París, preguntando: «¿Conocen ustedes á un gallardo oficial rubio que se llama Pedro? ¿Dónde está la gran plaza del pueblo? Quiero ir á buscarle allí.»

¡Pobre niña! No solamente deseaba el traje de hermana de la Caridad, sino que tenía la vocación para serlo. Después, casi la olvidé poco á poco, aunque sonriendo algunas veces cuando pensaba por casualidad en aquella loca confianza que había impulsado á la joven á cruzar los mares para correr en pos de su amor. Cierta noche, habiendo ido yo al teatro de la Puerta de San Martín, donde se representaba *Cleopatra*, parecióme reconocer entre las esclavas agrupadas alrededor de la reina, echada con perezosa indolencia y estirándose como una serpiente al sol, á mi pequeño modelo del taller, y mirándola con los gemelos más despacio, vi que en efecto era Cora, no ya con la falda de seda rayada, que en otro tiempo lucía, sino ocultando sus formas bajo los pliegues transparentes de un traje de bailarina egipcia, con adornos de oro en la frente, en las muñecas y en los tobillos; y mientras que la reina, lánguida, con su triste mirada fija en un cielo azul como una bandada de ibis, proseguía en su meditación, la bailarina de Egipto ejecutaba al compás de una música monótona y lenta aquella danza de la calle del Cairo que le había servido para vivir en la ahumada taberna de Castelbiel.

¡Cora, el gracioso modelo que tenía por antojo verse pintada como hermana de la Caridad! En aquel momento parecíame completamente transformada; su color moreno, iluminado por la luz pálida de las candilejas, y las contorsiones de su delicado cuerpo de criolla, comunicábanle en realidad el aspecto de una bailarina de Egipto á los ojos del público que había acudido allí, y que sin duda no podía sospechar la novela de amor que contristaba á la pálida joven, haciendo latir su pequeño corazón de niña bajo la gasa y las mallas del traje.

Y yo me decía:

«¡Bah! Ahora, lanzada en la vida de París, cogida entre los bastidores del teatro, la pequeña Cora olvidará, y ¡adiós el amigo Pedro!»

Cora no era ya sin duda la pequeña ignorante que había desembarcado en la gran ciudad para buscar á su querido Pedro; era la bailarina aplaudida de *Cleopatra*, y tal vez algún día veríamos su retrato fotográfico en los escaparates de una tienda.

Transcurrieron meses y meses, y yo había olvidado ya á la pequeña bailarina, cuando una carta vino á recordármela, carta conmovedora y triste, escrita por la joven en tono de dulce súplica. Me pedía una apostilla para una solicitud al ministro de Marina.

Enferma del pecho, decía, la muerte en París infundíale espanto, deseaba volver á la Reunión, ver otra vez su tierra, su cielo, el sol de otro tiempo, y con él recobrar la vida. Ya tenía bastante de aquel París que la mataba, y espantábale la miseria y lo que lleva consigo. ¡Marchar! Ahora tenía tanto empeño y ansiedad por alejarse como antes tuvo para ir á buscar á Pedro; mas para irse necesitaba dinero. Horrorizábale la idea de embarcarse con aquella tos que la minaba y ese malestar que sentía por todo el cuerpo, en el entrepuente sofocante del buque. Solicitaba del ministro que se la condujese á su país, concediéndole además la gracia de no señalarle tercera clase, para que pudiera aspirar el aire libre del mar, contemplando la noche y las estrellas...

El vapor debía salir de Marsella el 3 de abril. Cora solicitaba ya marchar en los primeros días fríos del mes de enero, sabiendo sin duda que las contestaciones oficiales tardan mucho. La petición de la pobre joven no concernía al ministerio de Marina—así se le dijo en estilo administrativo,—y para su objeto era necesario dirigirse al señor subsecretario de Estado de las Colonias, á quien se trasladaría por lo tanto el asunto...

Tosiendo siempre en alguna triste habitación, la pobre Cora esperaba, viviendo de algunos cuartos ahorrados desde las noches de la Puerta de San Martín, y preguntábase si sus economías y sus fuerzas llegarían hasta el mes de abril, esa marcha de la primavera hacia el sol. Ya no tenía gusto para que le hicieran su retrato con la cofia blanca, vistiendo el traje de hermana de la Caridad.

—¡No, me dijo, estoy demasiado cansada y flaca y estaría muy fea! No; le dejaré á usted mi fotografía del tiempo en que podía considerarme agraciada. Usted le pondrá la cofia blanca, haciendo el retrato de memoria... ¡Me le enviará usted *allá!*

¡Era muy lejos allá!

La pobre Cora ha marchado en este mes de abril en dirección al país donde su sueño nació; y el fantasma de amor que ha perseguido le encontrará *allá abajo*, más seguramente que en las calles fangosas del *pueblo grande*. A menudo pienso en ella, en su delicada cabeza de niña, en sus ojos pensadores, en su cariñosa voz de criolla tan sumamente dulce, y sobre todo en la súplica del pequeño modelo.

—¡Oh, Sr. Jorge, como hermana de la Caridad!.. ¡Es tan bonito! ¡Así es como yo hubiera querido ser retratada!

Y me digo también que tal vez sobre la blanca almohada donde la linda criolla haya apoyado su graciosa cabeza, se habrá inclinado alguna toca de hermana de la Caridad, aquella toca de grandes alas de mariposa que tanto agradaba á la joven, y que una voz de mujer, tan dulce como la de Cora, habrá murmurado á su oído, cerrando sus ojos para siempre:

—¡Duerme en paz, pobre Cora, duerme en paz!

Y la criolla se habrá dormido así bajo las alas de la cofia blanca, para soñar con el buen Pedro, á quien buscará aún en la *gran plaza* de un pueblo más grande, de ese otro mundo más vasto aún y más lleno de misterios que el nuestro..., ¡en lo infinito!

¡Sueña, sueña eternamente, pobre Cora!

Jules Claretie

2 Octobre 1894

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA ELECTRICIDAD APLICADA Á LA AGRICULTURA

En la creencia de que ha de interesar á muchos de nuestros lectores, vamos á decir algo de un método de cultivo cuya saludable influencia sobre la vegetación ha sido objeto de comprobaciones recientes, método casi desconocido del público en general, aunque la primera idea del mismo se remonta hasta el siglo XVIII, pero que se aplica ya en Francia, Alemania, Rusia, Italia, Noruega y Canadá: nos referimos al *electro-cultivo*, ó sea la aplicación de la electricidad al desarrollo de la vegetación con el objeto de aumentar la producción de las plantas útiles.



Fig. 1.—El geomagnetífero

Es evidente que la electricidad atmosférica da vida á las plantas: M. Grandeau ha colocado plantas de tabaco y de maíz en una jaula de alambre fino que las sustraía á la electricidad de la atmósfera, y las plantas se han agostado. Estos mismos vegetales cultivados al aire libre se han desarrollado admirablemente, produciendo muchos más granos y menor cantidad de materias minerales y de agua.

Se ha probado también que electrizando con una máquina de disco de cristal semillas de rábanos, espinacas y lechugas previamente humedecidas y sembrándolas en seguida, germinan en mayor número y mucho más de prisa que las no electrizadas ó electrizadas secas.

En vista de estos resultados, era natural que se ensayaran las pilas, y habiéndose utilizado tres ó cuatro elementos de pila Leclanché, cuya electricidad se distribuía en fajas de tierra por medio de dos planchas metálicas de cobre y cinc, introducidas en el suelo á profundidades variables y unidas á las pilas por medio de alambres, se han obtenido resultados contradictorios, lo cual se comprende, pues el suelo, en los diversos experimentos, ofrecía necesariamente al paso de la corriente resistencias muy variables, según el estado de humedad ó de sequedad.



Fig. 2.—El geomagnetífero empleado para el cultivo de los viñedos

Más satisfactorios han sido los ensayos con las máquinas eléctricas cuyo polo positivo estaba en comunicación con el suelo y el positivo con una red de alambres provistos de puntas de latón dirigidas hacia la tierra y tendida por encima del campo: las máquinas funcionaban diez y ocho horas al día, permane-

ciendo sin funcionar durante las horas fuertes del sol. Con este procedimiento se consiguió que una plantación de fresas madurara con excepcional precocidad.

Los experimentos hechos con generadores de electricidad artificiales son caros, así es que se ha pensado en utilizar la electricidad atmosférica por medio del *geomagnetífero* (fig. 1): es éste un aparato de fácil instalación, consistente en un palo resinoso de 12 á 20 metros de altura (cuanto más alto mejor), terminado en una varita de metal, de la que está aislado por un aislador de porcelana: en éste hay atornillada una escobilla metálica de cinco briznas de cobre encarnado que recoge la electricidad y la envía al distribuidor por medio de un alambre de hierro galvanizado mantenido á lo largo del palo por aisladores de porcelana. Este alambre penetra en la tierra y comunica con otro alambre del mismo diámetro, de donde parten, á intervalos de dos metros y perpendicularmente á aquél, otros alambres de menos diámetro que distribuyen el fluido eléctrico por la tierra y por las raíces. Hecha esta prueba, se ha comprobado que en el espacio sometido á la influencia eléctrica, la producción de patatas ha sido de 28.000 kilogramos por hectárea, al paso que en el resto del terreno la producción no pasaba de 18.700. El mosto de la uva sometido á la acción del geomagnetífero (fig. 2) ha producido una mayor proporción de azúcar y alcohol.

Es indudable que la electricidad, al modificar la acción química debe influir grandemente en la sapidez de las frutas y de las legumbres y también en el perfume de las flores: no se sabe de una manera ni siquiera aproximada cómo obra la electricidad en tales casos, pero su influencia es evidente.

***

LA ELECTRICIDAD EN EL JAPÓN

La guerra chino-japonesa ha puesto de moda á aquellas dos naciones asiáticas, y las victorias del Japón, atribuídas á sus progresos y adelantos, dan carácter de actualidad á las noticias siguientes:

Los progresos de la telegrafía en el Japón han sido tan rápidos, que á pesar de no haberse inaugurado allí el telégrafo hasta 1870, cuenta hoy con una red de 48.000 kilómetros de desarrollo. En estas líneas están incluídos varios cables submarinos de diferentes longitudes, uno de los cuales y de los más largos es el que une á Niphong, isla principal, con la de Tsu-Shima, situada á la mitad de la distancia que separa el Japón de Corea.

Varios de los barcos de la armada japonesa disponen de alumbrado eléctrico, y en las últimas batallas navales han demostrado su habilidad en el manejo de los reflectores y se ha patentizado la eficacia de estos últimos.

El teléfono ha sido acogido con entusiasmo en el Japón: en Yedo, la policía y el cuerpo de bomberos disponen de una red telefónica perfectamente organizada.

Respecto al alumbrado eléctrico, no sólo existen en el Japón estaciones centrales productoras de fluido y las redes consiguientes, sino hasta fábricas de material eléctrico perfeccionado. – X.



La célebre novelista alemana Eugenia Marlitt, autora de la novela *La segunda esposa*

BIBLIOTECA UNIVERSAL
DE NOVELAS CONTEMPORÁNEAS

La excelente acogida que el público ha dispensado á la BIBLIOTECA UNIVERSAL DE NOVELAS CONTEMPORÁNEAS es la mejor prueba de que los editores de ésta no se equivocaron al suponer que tal publicación vendría á llenar una necesidad hace tiempo sentida por infinidad de personas aficionadas á la buena literatura y deseosas de leer obras que, además de ser interesantes, ofrecieran la seguridad de estar ajustadas á la moral más intachable.

Inaugurada la sección española con la preciosa novela *Sor Clemencia*, de D. Enrique Pérez Escrich, hacíase preciso proceder con sumo cuidado en la elección de la obra con que debía comenzar la sección extranjera, á fin de que resultara compañera digna de aquella joya del más popular de nuestros novelistas.

La segunda esposa, de Eugenia Marlitt, llena cumplidamente este objeto, y tiene por otra parte la ventaja de pertenecer á una literatura poco conocida en nuestra patria.

Eugenia John, conocida en el mundo literario con el nombre de Eugenia Marlitt, nació en Arnstadt en 5 de diciembre de 1825, habiendo mostrado desde su niñez gran afición y excepcionales aptitudes para el canto. Su talento musical y su hermosa voz llamaron la atención de la princesa reinante Matilde de Schwarzburg-Sonderhausen, la cual la tomó como hija adoptiva cuando contaba diez y siete años, haciéndola entrar en la Escuela superior de su residencia. Terminados sus estudios en ésta, fué á perfeccionarlos en Viena, en donde permaneció tres años, y disponíase á consagrarse al teatro cuando una enfermedad en el oído la imposibilitó de continuar su carrera teatral. La princesa nombróla entonces su lectora, cargo que la obligaba á vivir en la corte y á acompañar á su protectora en sus frecuentes viajes, juntando Eugenia en aquella vida cortesana y en estas excursiones por distintos países un caudal de conocimientos y de observaciones que explican la variedad de caracteres y de costumbres que tan magistralmente había de pintar más tarde en sus novelas. En 1863 abandonó la corte y se retiró para siempre á su villa natal, en donde falleció en 1887.

En su apacible retiro de Arnstadt comenzó sus trabajos literarios, que fueron aceptados desde luego por uno de los más populares semanarios alemanes y que muy pronto hicieron famoso su nombre en toda Europa, pues apenas publicados en aquel periódico eran traducidos á los principales idiomas europeos, como el francés, el italiano, el ruso, el holandés, el sueco, el dinamarqués, el polaco, el húngaro, etc.

En sus novelas júntanse el alma del poeta con el talento del observador profundo: desde las primeras páginas atraen y cautivan, y á medida que la acción se desenvuelve crece el interés de tal manera que se hace penoso interrumpir la lectura del libro una vez comenzada. Hay en ellas una mezcla armónica de poesía y de naturalismo, en la buena acepción de la palabra, que encanta, porque ni la fantasía se eleva á espacios imaginarios, ni la pintura del natural se arrastra por esos caminos que ciertos autores han emprendido, hiriendo á los lectores en sus más legítimos sentimientos y en sus aspiraciones más levantadas.

Las obras de Eugenia Marlitt, que á las citadas cualidades reunen la de estar escritas en un lenguaje elegante y sencillo, que hace sean leídas con el mismo gusto en las moradas aristocráticas que en las viviendas más humildes, han conquistado para su autora el título de novelista predilecta del bello sexo.

De aquí la preferencia que á una de ellas, conceptuada como de las mejores, han dado los editores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL DE NOVELAS CONTEMPORÁNEAS, no siendo aventurado asegurar que á los éxitos logrados por las ediciones innumerables publicadas en los demás países de Europa podrá añadirse desde ahora el conseguido por la primera edición española de *La segunda esposa*, que aparecerá en la BIBLIOTECA profusamente ilustrada.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 13 de mayo de 1895 — Núm. 698

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

En uno de los próximos números comenzaremos la publicación de la interesante novela de Juan de la Brete *Mon oncle et mon curé*, traducida al castellano por D. Carlos de Ochoa y Madrazo con el título de *Un buen tío y un buen cura*.

El mejor elogio que de esta novela podemos hacer es consignar que ha sido premiada por la Academia Francesa y que de ella se han hecho más de cuarenta ediciones en francés.

Un buen tío y un buen cura se publicará en La Ilustración Artística, profusamente ilustrada por el reputado dibujante D. José Cabrinety.

SUMARIO



REGRESO

cuadro de F. Miralles, grabado por Sadurní

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El mes de mayo. – Sus bellezas. – Temores desvanecidos. – Festejos tradicionales. – Centenario de Tasso en Italia. – Carácter y vida del poeta. – Sus obras. – Conclusión.

I

Uno de los privilegios atribuídos por la tradición al paraíso consistía en la perpetuidad inalterable de su temperatura y de su clima: de aquí el cielo siempre luminoso, el aire aromado siempre, florido el terrón, los arroyos susurrantes, la miel fluyendo por todas partes; en lo alto el éter esplendente y en los ramajes las flores abiertas; el nido lleno de vida y el ruiseñor animado de amor; coros compuestos con cromáticas escalas y aleteos de aves que suben á las alturas y endechan odas; una poesía natural, una música melodiosa, una pintura deslumbradora, vivientes y animadas; todo aquello que al mes de mayo caracteriza y distingue, haciéndolo tan hermoso en sí mismo como amable á los que habitamos estas zonas y anualmente revivimos tras el largo invierno con la hermosa y fecunda primavera. Parece que la humana sociedad, evolución del organismo y de la vida superior á la naturaleza, debía concordarse con el regocijo y animación de ésta, consagrando el mes de mayo también al arte y á la poesía. Pero no, hace tiempo que una porción de la sociedad amenaza con aprovecharse del primer día de mayo para dirigir declaración de guerra implacable á otra porción de la sociedad, trocando en odio entre los humanos el universal amor entre todos los seres. No hay palabras con que pintar el terror imperante sobre los menos por estos alardes bélicos de los más hace ahora un lustro cumplido. Parecía que, á cada primero de mayo, iban apocalípticamente las estrellas á caerse de sus engarces y á encerrarse las flores y los nidos con todas sus esperanzas y todas sus promesas en el abismo de un irremediable aniquilamiento. Pero la experiencia y los tiempos han menguado el odio de los unos, así como extinguido el terror de los otros, y mayo continúa con sus tradicionales fiestas, con su día dos consagrado á la patria, con su Ascensión saludada por los órganos del templo y por los árboles del campo, con sus rosas puestas en los altares, con sus letanías en los rezos y sus serenatas en las calles y sus arpegios en los bosques y sus mariposas en las enramadas. Italia se ha distinguido entre tantas fiestas con una peculiar, propia, con la que ha cerrado el mes de abril último y abierto el mes de mayo corriente, con la fiesta consagrada por todos sus hijos á conmemorar el tercer centenario de la muerte de Tasso.

II

Es imposible decir cuanto acaba de hacer Italia por su gran poeta. ¿Que sus padres eran de Bérgamo? Pues fiesta en Bérgamo. ¿Que Ferrara le vió enfermar y lo recluyó dentro de un hospital? Pues fiesta en Ferrara. ¿Que nació en Sorrento? Pues grande reunión literaria celebrada por Sorrento. ¿Que murió en San Onofre de Roma? Pues peregrinación de innumerables romanos al monasterio sito en el Janículo donde pasara sus últimos años y á la celda donde despidiera su postrer suspiro. ¿Que hizo una égloga dialogada y muy conocida con el nombre de *Aminta*? Pues representación de la égloga que en un escenario convertido en un hermoso jardín recitaron los alumnos de la Escuela de Declamación de Florencia. Roma se ha distinguido especialmente en esta competencia de honores dedicados al autor de *La Jerusalén*, celebrando una exposición notabilísima de los manuscritos del poeta, descubriendo una lápida conmemorativa en el palacio Mancini de la vía Scrofa, en donde Tasso recibió hospitalidad del cardenal Gonzaga y distribuyendo premios á los estudiantes que los han merecido por sus composiciones sobre el eximio vate. No hay homenaje regateado á su memoria: que nada prueba tanto lo divino del arte como la inmortalidad alcanzada por los artistas y la consubstancialidad del espíritu inspiradísimo de éstos con el espíritu de sus pueblos. Pero el mayor obsequio de todos ha sido la colección de sus obras, publicada por el eminente literato Solesti, que la completa con una biografía tan extensa como minuciosa, en la cual no se pierde ni un recuerdo siquiera de aquella gloriosa vida. Y bien ha hecho, porque no consiste la grandeza de Tasso en unos amores desmentidos por la crítica, siquier los haya celebrado la poesía; no consiste tampoco en un cautiverio exageradísimo por lord Byron y consistente sólo en la reclusión que se impone á un enfermo; consiste á la verdad en lo mucho que le hizo padecer su genio, el cual estallaba dentro de su cabeza y su corazón, haciéndole pasar desde su niñez hasta su muerte por los potros de verdadero tormento en un martirio sin término.

III



La grande apoteosis de Tasso está en su desgracia. La naturaleza le diera todos sus dones: inspiración en la mente inagotable, lira inmarcesible en las manos, corazón pronto al amor en el pecho, corona de genio en las sienes, vista para alcanzar las ideales formas sobre las formas efectivas de los seres en los ojos, palabra tan armoniosa como un cántico en los labios, fuerza bastante á contener con la idealidad eterna la realidad pasajera, con las cosas los arquetipos de ellas, con la luz del pensamiento la llama de las pasiones; y luego, cuando ha venido con esos dones de otro mundo superior á este bajo mundo, se ha estrellado contra todos los límites de la universal contingencia; se ha herido en todas las espinas de nuestras selvas de abrojos; se ha asfixiado en esta atmósfera cargada con las cenizas de la muerte; y el recuerdo de su patria ideal y el resplandor de sus lejanos cielos sólo han servido para aumentar las tristezas de su destierro. Así ha nacido poeta, y grande poeta, en una edad en que se han agotado sobre el suelo de su Italia esterilizada por los tiranos todas las fuentes de poesía. Sobre los tiempos que cantaba habían pasado cuatro siglos; y el Sepulcro, cuyo rescate celebrara, estaba en manos de los infieles, guardado por los perros de Mahoma. La libertad sufría eclipse no menos triste y no menos largo que el arte y la conciencia. Como todos los sacerdotes del pensamiento, había nacido para las libres asambleas de los pueblos, y su negra estrella le lanzó en las esclavas cortes de los príncipes. Así no hay sitio por donde haya pasado el mártir que no esté obscurecido por uno de sus dolores y regado por una de sus lágrimas. En las sombrías paredes del Louvre, á las orillas del Sena, se ve su sombra triste como las nieblas del río, comparando el resplandor que da la corona de poeta, tejida por la mano de los ángeles, y la corona de monarca, forjada por la mano de los hombres; en los jardines de Ferrara, y á la sombra de aquellos bosques, se ven sus ojos, que buscan los ojos de una princesa, apartada del corazón suyo por los abismos insalvables de las supersticiones seculares y de sus artificiosas jerarquías, tan opuestas á las jerarquías naturales en el universo. Los edificios de la risueña corte de los Estes se hallan obscurecidos por aquellos tormentos del genio que rayaron en locura y por aquellos recelos del tirano que rayan en crueldad. Por Sorrento respira todo alegría: la vegetación, que enriquece tal suelo bienhadado; la luz, que brilla en sus horizontes diáfanos; el labriego y el marinero, que fecundizan las tierras y las aguas; los pueblos que conservan el antiguo genio de Grecia; todo, menos la tristísima sombra de Tasso, que se pasea por aquellas orillas y que evoca el momento de su vuelta, solitario y receloso como un bandido, al presentarse con la pobre túnica de tosco pastor á las puertas del hogar. En Roma, en el monasterio de San Onofre, sitio de su muerte, el recuerdo de la agonía del poeta concuerda con los luctuosos objetos que os circundan. ¡Cuántas veces allí, á la sombra de un ciprés fúnebre; recostado sobre los restos de una columna rota; junto á tan modesto cenobio, triste cual obscuro panteón éste; al eco de la campana perdido en los solitarios claustros y del rezo murmurado por los monjes, últimos huéspedes de aquellos desiertos, he contemplado la lejana vía Apia con sus hileras de sepulcros amontonados como las generaciones en el juicio final; las colosales ruinas, por cuyas grietas vagan como fuegos fatuos las ideas muertas; los templos solitarios, sin culto y sin ceremonias, habitados por los cuervos en vez de ser habitados por los dioses; los campos de batalla, henchidos todavía de sangre y engendrando con sus letales vapores eternos remordimientos en la conciencia humana; las lagunas pontinas semejantes á inmensos depósitos de lágrimas, despidiendo en nubes de extraña forma y sombríos matices el hálito de la muerte; los ángeles exterminadores levantándose de tantos seculares despojos para vagar por esta necrópolis del mundo, por esta catacumba de todas las creencias, por este sombrío Josafat de la historia! Entonces, toda la vida del poeta subía tristemente á mi memoria. Veíale tierno y desposeído, á los primeros años, de su madre; libre, y obligado al oficio de cortesano; inspiradísimo, y buscando la fuente de sus inspiraciones allá en las cenizas de los recuerdos; filósofo, y caído en el infierno de la intolerancia religiosa; católico, y en pos de figuras menos que paganas, figuras magas, surgidas al conjuro de los sortilegios de Oriente; poeta, y en vez de adelantarse á lo porvenir, descaminándose y perdiéndose por lo pasado; brillante de genio, y eclipsado entre los ornamentos de un palacio; henchido de amor, y sin saber, ni él mismo, ni la posteridad siquiera, qué mujer amaba; destinado á embellecer, así la lengua como la literatura patria, y obscurecido por todas las sombras, y ahogado en todas las penas, y puesto en el potro de todos los tormentos; nacido para dominar, y dominado; para lucir, y perseguido; para consolar, y desgraciado; para encantar, y siempre entre angustias; adorando, como Reinaldo, la magia de una hechicera que toma mil formas y que le trastorna el seso, imagen de un deseo jamás realizado; hiriendo de su propia mano la poesía que le consolaba, como Tancredo á Clorinda; próximo á recoger en la cima del Capitolio, al ocaso de su vida, la corona de mirtos y laureles con que soñara á todas horas, é interrumpiéndole ¡cuitado! en aquel momento, al minuto mismo de su apoteosis, la muerte, para que ni siquiera en el sepulcro tuviese reposo alguno su eterna inquietud, ni alivio y consuelo sus dolores. Imaginaos á Tasso, que ha soñado toda su vida un triunfo semejante al triunfo de Petrarca, con una palma y un laurel en la cima del Capitolio, eterno templo de la gloria. En el penoso trabajo de la creación continua, le ha sostenido esa esperanza. En las tristes amarguras de la realidad, le ha consolado ese espejismo. Y llega la hora, y se acerca el momento. Y en su fiebre ve el triunfo. La colina sagrada del Capitolio está pronta; el palacio de los senadores, engalanado como para una fiesta de la antigua historia; las escalinatas, que conducen á la cumbre, todas henchidas de pajes y de alabarderos, en cuyas armas y en cuyas preseas se refleja el sol de la Ciudad Eterna; el pueblo romano, en las calles que avecinan, anhelante por aclamar y aplaudir; procesión de jóvenes vestidos de escarlata le precede; el Senado le acompaña; el papa le aguarda en su trono; las músicas entonan himnos, y el laurel va muy pronto á ceñir sus sienes; y cuando ve y toca y palpa todo esto con verdadera ansia, muere, y sólo recibe el frío contacto de la guadaña y el triste asilo de una obscura tumba fría y desolada, cuyo único ornamento está por muchos siglos en las dos sencillas palabras de su nombre. ¿No os parece una imagen de la humanidad, y de sus dolores sin tregua, y de sus esperanzas sin realización, y de sus aspiraciones sin término, y de su eterno prolongado martirio? La grandeza del Tasso está toda entera, más que en la hermosura de sus poemas, en la inmortalidad de sus dolores. Aquel laurel que no puede ceñir á sus sienes ha brotado de su tumba, y crece hasta llenar la eternidad, regado por las lágrimas de cien generaciones. Su miseria es su gloria, y sus tormentos su triunfo, y sus dolores su Tabor. La humanidad preferirá siempre á todas las glorias la gloria del martirio.

Madrid, 6 de mayo de 1895



BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

SEMBLANZA

Bajo el nevado manto de la colosal cordillera de los Andes se oculta el torrente de fuego, vigoroso, activo, eterno, que se manifiesta en las alturas inaccesibles por vivísimos destellos, por focos de luz que á veces en fantásticas ondulaciones brillan como meteoros entre las nieves eternas y envueltos en las tenues é impalpables gasas del firmamento.

Así también, cubierto por blanquísimas y sedosas guedejas agitábase el espíritu, bullía el pensamiento, que en páginas robustas, en libros exuberantes de galanura y originalidad que traducían la rica privilegiada fantasía, en obras múltiples de importancia nacional y progresista impulso, ha dejado en Chile, y diré más, en América, huella genuina é imperecedera.

Ahora mismo y sin escatimar ni perder un detalle podría hacer el boceto, dibujar aquella figura del más caracterizado de los escritores chilenos contemporáneos.

Su presencia era bella, noble y correspondía á los sentimientos hidalgos y generosos, siempre dispuestos en favor de toda causa justa, de toda empresa digna y grande. El nombre de Benjamín Vicuña Mackenna es un portentoso monumento en Chile, que personifica la honradez acrisolada, el puro patriotismo, la actividad intelectual más extraordinaria.

Cuando yo lo conocí frisaba en los cuarenta y cinco años, pero el calor intenso de la imaginación había blanqueado sus cabellos. Tenía la cabeza proporcionada, hermosa, y el semblante me reveló desde luego la tenaz energía, la persistente labor de aquel cerebro. La frente era ancha, alta, reflejando el espíritu observativo, así como la mirada serena á la par que elocuente y velada en ocasiones por nubes de melancolía: llevaba bigote blanco y nutrido.

Seducía por su trato obsequioso, delicado y hospitalario, muy particularmente al tratarse de hacer á un extranjero los honores de Chile, y en este caso, puedo juzgar por mí misma, por más que viera también frecuentes pruebas con otros.

Puede ser que al tratar de Vicuña Mackenna vaya demasiado lejos, llevada por la cariñosa amistad que profesé al caballeresco soñador; pero aun así, nunca mi pluma llegará á dar sino una pálida idea de su talento fecundo, trascendental para la patria, ni de la existencia activa y laboriosa del infatigable ingenio que al brote de la idea tomaba caprichosos y variados giros, ora al internarse en las profundidades de la historia, ora jugueteando por las amenas regiones donde el pensamiento se esparce sin trabas y llega á las cimas del idealismo.

No pocas veces su inspiración revistió carácter épico, y derramando sus tesoros á manos llenas, usó de ellos para estimular el patriótico instinto de las masas, caldeando el espíritu público, ya desde las columnas de la prensa, en folletos, ó en el Congreso, con su elocuencia enérgica y el empeño decidido de glorificar en todo el nombre chileno.

La vida de Benjamín Vicuña Mackenna fué relativamente corta, sólo alcanzó á cincuenta y cinco años, y parece imposible el trabajo creador, la fuerza desplegada por el atleta de la idea perdurablemente transmitida y esclava de la voluntad y de la acción.

«Querer es poder,» pienso sería el lema del Plutarco chileno, que rompiendo, si puede decirse así, la rutina que era dominante en Chile, transformó en hábil industrial al indolente obrero, y fué uno de los grandes contribuyentes para propagar principios liberales. Deleitando al lector excitó su interés por las glorias nacionales, y con gráficas pinceladas puso de relieve las hazañas de los héroes y las individualidades más culminantes en la política ó en la organización del país. No hay para qué ponderar su popularidad lógica y justa, añadiendo que al revés de todas las grandes entidades no tuvo ni envidiosos ni enemigos. La grandeza de alma, el carácter franco y digno de Vicuña Mackenna, el misterioso atractivo de su pluma ó de su palabra, su protectora influencia, le granjearon la admiración general.

Descollaba el autor de «Diego Portales» no sólo por las fogosidades y entusiasmos del hombre político, del publicista notable y de la entidad apropiada para ejercer altos cargos públicos, sino á la vez por la sencillez de su vida doméstica, por las bondades de su carácter, que convertía su hogar en un oasis, en un santuario, donde era el patriarca más querido y venturoso. Nada tan apacible y sereno como la mansión de Vicuña Mackenna; nada más hermoso que el cuadro de familia y el conjunto de los seres que le rodeaban.

No olvidaré decir que la puerta de la casa no se cerró jamás para nadie; ricos, pobres, extranjeros, todos tenían entrada franca y benévola acogida.

En 1876 las auras populares proclamaban á Vicuña Mackenna candidato para la presidencia de la república. A la sazón recorría yo por primera vez la nación chilena. Era de ver y es de consignar el aplauso y las ruidosas ovaciones, pues á semejanza de vencedor romano se vitoreaba su nombre y se tendían alfombras de flores á su paso.

Pero más que en la política sobresalió en aquello de registrar empolvados y vetustos pergaminos, siendo su mayor goce y su elemento rebuscar en las crónicas olvidadas en el rincón más obscuro de los archivos, en las necrópolis de libros, en los fárragos de papeles encontrados en su despacho, en el cúmulo de obras de consulta inglesas, francesas, italianas ó españolas, que alternativamente le servían para tomar datos; este trabajo era continuo, sin tregua ni reposo. «Ya descansaré en el sepulcro,» decía cuando el quebranto de su salud era visible é inspiraba temores á su familia.

La inercia era la muerte moral para aquella naturaleza, y lo prueba su última obra «Al Galope,» escrita en pocos días, con el ánimo decaído y el físico enfermo y hasta escapándose á la vigilancia de su adorada y hermosa compañera, á quien los médicos recomendaban le hiciera tener descanso, indispensable para prolongar su vida.

Un día y encontrándose entonces alejado de la política, unos amigos suyos y compañeros en la prensa le repitieron las palabras de Lutero en el cementerio de Worms: «Los envidio porque descansan;» á lo que Vicuña Mackenna contestó: «Al contrario podría yo decirles á ustedes: Los envidio porque luchan.»

Rendía verdadero culto á las innovaciones y lo llevó á su grado más alto mientras tuvo á su cargo la Intendencia de Santiago. Cada día, cada hora ponía en práctica un proyecto para hermosear y engrandecer su cuna, la opulenta ciudad de los palacios, la capital de Chile.

Avenidas soberbias, calles espaciosas trazadas con buen gusto, ensanches que honrarían á los grandes centros europeos; asilos, hospitales, plazas y jardines; exposiciones, torneo necesario para estímulo de los pueblos; todo lo abarcaba. Todo lo invadía aquella capacidad potente.

En la misma época su imaginación impresionable concibió una idea, la más bizarra, original y feliz de cuantas hubiera concebido hasta entonces: convertir un cerro inculto, estéril y enriscado en verjel paradisíaco; en paseo ameno y alfombrado perennemente con flores y follaje en sitio delicioso para solaz y meditación, con glorietas rústicas, con fuentes murmuradoras, con bosquecillos alegres, haciendo del peñasco un mirador admirable que domina la población y la campiña.

Si retrocediéramos tres siglos y medio veríamos al pie del peñón histórico al valeroso conquistador don Pedro de Valdivia, en los momentos de trazar la ciudad que en lo futuro había de adquirir preponderancia tan alta.

El vástago de las moles andinas, el «Huelén» (Dolor), cambió su nombre indígena, merced á la ermita de Santa Lucía que erigieron los españoles en la cúspide de la roca, sin que perdiese su aspecto escarpado y agreste, hasta que la voluntad de un hombre, su pensamiento por demás extraño, operaron la maravillosa transformación y bordaron las faldas de la colina con lozanía y gala, con cálices variados que despiden esencias deleitosas.

Y allí en la cumbre empinada hizo labrar su sepulcro Vicuña Mackenna, en sencilla cripta cerrada con lápida de mármol negro, para descansar como en sarcófago egipcio y tener aun en la eternidad la compañía grata de los que formaron su hogar y su encanto en la tierra.

Hace tres años, al encontrarme de nuevo en Chile, visité la tumba enaltecida y venerada del escritor ilustre, y desde allí me encaminé á su casa, animadísima cuando él vivía, cuando él pensaba y elaboraba, cuando la cabeza y el corazón iban de acuerdo y ponían en práctica regeneradoras ó filantrópicas ideas. Produjome hondo pesar recorrer los jardines y los aposentos, evocando recuerdos con la gallarda pero triste viuda que conserva con amor y religioso culto mucho de lo que perteneció al hombre inolvidable, pues una gran parte de objetos valiosísimos fueron robados en las últimas convulsiones populares.

El tesoro legado á la posteridad era inmenso. Manuscritos sabiamente coleccionados; legajos voluminosos, guardando los documentos de gran valía para la historia; libros curiosos y de ediciones agotadas, que con prolijo interes buscó y encontró en sus investigaciones: citaré, entre otras, una hermosa copia del archivo de Indias, en Sevilla, primorosamente empastada.

Así la quinta es un museo pintoresco y raro; es una morada que revela en toda su extensión las aficiones del que la habitó, abandonándola para ocupar un puesto en el templo de los inmortales.

Poseía además un sitio de recreo, allá muy cerca del río Aconcagua: una casa pintoresca por extremo y en la que pasaba largas temporadas entregado á la vida saludable del campo.

En Colmo había reunido Vicuña Mackenna objetos de interés histórico, formando una especie de museo. Allí vivía en aquel hermoso valle, donde se recordará perdurablemente la noble figura del chileno insigne. Era de ver su vida patriarcal y el cariño que esparcía por todas partes.

En Colmo luchó con la enfermedad, pidiéndole á la naturaleza exuberante nueva savia que vigorizara su debilitado organismo, sintiendo misteriosa melancolía, algo inexplicable que le anunciaba el final de su laboriosa carrera.

Y en la pintoresca hacienda de Santa Rosa de Colmo dejó de existir.

La tarde y la velada rodaron rápidas, dejando en mi ánimo memorias dulces y eternas, y sirviéndome para conocer más detalladamente los últimos años de aquella existencia, de aquel entendimiento esmaltado con filigranas sin par.

La figura de Vicuña Mackenna ha guardado todo el realce y alteza intelectual, y conservará su más vigoroso colorido en la historia de la literatura americana del siglo XIX.

LA BARONESA DE WILSON

UN JUGADOR

Como se perseguía el juego, el teniente Gutiérrez no pudo moverse en toda la tarde del garito El Barcelonés. Y como... ¡mal rayo las parta! las buenas estaban de malas y él jugaba á las buenas, á las cinco le habían dejado ya enteramente desplumado. Suerte que, preparando el día anterior la mudanza de casa, había podido escamotear una manta más, que, bien empeñada, no dejaría de proporcionarle las tres ó cuatro pesetas que necesitaba para intentar el desquite.

Gutiérrez no había cenado y el hambre le atormentaba atrozmente; pero si en su casa no quedaba ni un mendrugo, ¿á qué ir á ella? Presentarse allí sin medios para aliviar la miseria, para hacerse perdonar la última disputa, sólo serviría para agravar inútilmente el malestar. Fuera de que el corazón le decía que aquella noche había de ganar. ¡Qué diantre, si ya debía haber ganado por la tarde! Nada, nada: ante todo buscar el desquite, recobrar lo perdido para pagar deudas y deshacerse del paquete de papeletas de empeño que su Elvira le guardaba. Un militar sin espada ni revólver no podía pasar, y una situación como la suya imponía un último esfuerzo. ¡El desquite, el desquite, y después ya jamás, jamás! ¡Oh! Lo que es esta vez nadie le haría faltar al juramento! Por consiguiente, valía la pena de aventurar las pesetas de la manta, aunque ni él ni su familia cenasen y alguno hubiese de tiritar de frío en la cama. Al amanecer volvería rico á su casa, y habrían acabado los apuros: su pobre Elvira, al ver aquel fajo de billetes, se lo perdonaría todo y se volvería loca de alegría. Y él no pondría jamás los pies en una casa de juego jamás.

– Mañana, gran fiesta. Ante todo, buscar nodriza para el chiquitín, y veremos si él y su madre se reponen; luego, á comprar vestidos y calzado para las cinco niñas; proveernos Elvira y yo de ropa para el invierno; y una buena comida..., ¡ah sí, una buena comida!.., y después... dejar el piso que hemos ocupado hoy..., porque... vaya, esa calle de Alcolea, allá á lo último de Sans, está demasiado lejos para todos. Desde allí al cuartel hay una legua de camino; mi mujer no podría venir á Barcelona; las niñas habrían de seguir sin ir al colegio, y ahora quiero que vayan ¡Digo si quiero!.. ¡Ea, Gutiérrez, á recoger la manta y á llevarla á casa de!.. de ese judío, iba á decir; pero ¿quién sabe si esta incurable costumbre de maldecir de quien más necesito, me ha hecho perder muchas veces? ¡Es tan misteriosa la suerte! ¿Quién me asegura que el revés de esta tarde no lo deba al deseo que me acometió de ahogar al Bizco? ¡Habráse visto hombre de más suerte! Pero lo que sé es que, desde aquel momento, empezó á caer aquella lluvia de malas, que ni el fuego de los carlistas cuando nos sorprendieron con Nouvilas. Si esto son delirios (?) ó no, venga Dios y véalo. Lo cierto es que todos los días se ven misterios por el estilo. Sin ir más lejos, ahí está Mora que tenía la seguridad de perder el día que daba un tropezón. Y yo mismo, ¿cuántas veces no he logrado que cambiara la suerte sólo con mudarme de dedo la sortija?

Y haciendo estas desatentadas reflexiones, llegó al cuartel, confió la manta á un ganapán de la calle, y... pies para qué os quiero..., corriendo á empeñarla.

Al bajar las escaleras de la casa de préstamos iba más contento que unas castañuelas. ¿Cómo no estarlo con esas dos cosas de buen aguero?

Primera: haber obtenido, no ya cuatro pesetas, sino cinco.

Segunda: que las cinco eran alfonsinas, del rey niño: de ningún rey caído, ni de ninguno difunto.

¿Qué digo dos cosas? ¡Si eran tres!

Tercera: que registrándose los bolsillos, aún se encontró diez céntimos para pagar al mandadero; es decir, que le quedaban mondas y lirondas las cinco pesetas para volver á jugar.

Lo malo era que acababan de dar las siete y el corazón le decía que no se debía poner á jugar hasta las nueve. Nuestro hombre empezó á dar vueltas por la Rambla, con las manos metidas en los bolsillos y el sombrero echado atrás, pensando en su apuradísima situación, soñando con el desquite. Pero como la gente atareada le empujase, le diese continuos codazos y empezase á aturdirlo, salió del paseo central y pasó á la acera. De los *restaurants*, de los cafés se escapaban efluvios aperitivos, rumores de cubiertos, de vajilla de loza y de cristal, recordándole que había comido poco, que no había cenado nada, aumentándole las punzadas del estómago, redoblándole los escalofríos y tentándole á entrar en alguno de aquellos establecimientos. Él se resistía, viraba en redondo, volvía con vacilantes pasos al paseo central, mustio, cabizbajo y con el sofocante sombrero cada vez más caído hacia el cogote. De vez en cuando sentía temblores de frío, de un frío entre cuero y carne que le obligaba á retorcer bruscamente el cuerpo mal arropado y meterse otra vez las manos en los bolsillos; pero al tibio contacto de las pesetas, un sudor frío le inundaba de pies á cabeza. Porque no era, no el templado calor seco é insípido de la moneda puesta al abrigo de su pantalón, ni tampoco el del metal de una espada calentada con la sangre del enemigo; era como el de una mano generosa que agitada y sudurosa le socorría. «Aquí lo tienes, corre á tu casa, alimenta á tus hijos, compártelo con tu esposa, enjuga las lágrimas, apaga la sed, calma el hambre, y si no – al menos, – sáciate tú,» parecía decirle una voz al oído. Y se le doblaban las piernas, y los ojos, aquellos ojos saltones, parecían salirle de las órbitas, y sólo una fibra de voluntad le aguantaba, le mantenía el tino necesario para no caerse.

Aguijoneado por el hambre, mareado por aquel vaho, aturdido por las voces interiores que le ponían en pugna con la voluntad, empujado por el temor de sucumbir á los estímulos del instinto de conservación, huyó, huyó de la Rambla, y se puso á dar vueltas por calles, callejones y plazas, arrimándose á las paredes, dando traspiés, sin saber adonde encaminaba sus pasos, hasta que, de pronto y cuando ya casi le faltaba el aliento, tropezó con el escalón saliente de una escalinata. Fijó la vista, y notó que estaba delante de una iglesia, de una iglesia gótica que no conocía, abandonada en aquella plazuela obscura, negra, por la que no transitaba alma viviente. La puerta estaba en el fondo del atrio ojival y convergente, por donde se colaba un airecillo tibio, absorbiéndolo, ofreciéndole abrigo y un calor que consolaba.



UN JUGADOR. – Toma..., tómalo todo... Me han muerto casu...al...mente. Dáselo todo á Elvira..., á mis hijos...



STELLA MARIS, cuadro de Mme. Demont Breton (Salón de los Campos Elíseos de París, 1895)

Una idea extraña cruzó por su mente: ¿si rezase?.. Subió trabajosamente las gradas, y entró. La iglesia estaba tenebrosa, llena de devotas sumergidas en negruzca masa en aquella obscuridad que ni permitía vislumbrar las simétricas capillas abiertas en fila á ambos lados. Solamente allá en el fondo, á la mitad del altar mayor, resplandecía una gran mancha de luz, destellaban algunas aristas de oro del esbelto templete gótico cuyas delgadas agujas trepaban hasta las nebulosidades que escondían la bóveda.

Gutiérrez avanzó, avanzó con trabajo, siempre atraído por aquel foco de resplandores. Estaba este foco encerrado en un arco esbeltísimo, festoneado de dorados encajes. Gutiérrez siguió avanzando más y más por entre las mujeres arrodilladas, con los ojos fijos en la resplandeciente mancha suspendida en el aire, más esplendorosa á cada paso, más viva, más celestial, hasta descubrir en medio de ella á la Virgen, con su vestido blanco, su manto azul, sus blondos cabellos, la mirada fija en el cielo, las manos místicamente plegadas sobre el pecho, y sus delicados pies hollando una serpiente que aprisionaba con sus apretados anillos un mundo. La claridad, aquella claridad blanca y deslumbradora, parecía brotar resplandeciente de la figura ideal de la Virgen, estaba dentro de la gama de tonos de su ropaje, del rosa purísimo de las carnes, de las cerúleas transparencias de sus ojos. Y cuerpo y luz, al besarse, se esfumaban, se confundían en vaporosidades lumínicas que borraban los contornos y daban hálito de vida ultraterrestre al rostro virginal de la imagen, á sus delicadas manos. Oleadas de incienso subían deleitosas á arrebolarse con las castas blancuras de aquella luz, y quedaban meciéndose ante la Virgen, perezosas de remontarse al cielo.

Febril, casi sin aliento, el jugador cayó de rodillas al pie del presbiterio. Su mirada, ya humillada y rendida, volvió á levantarse con el incienso hasta los hermosos ojos de la Virgen. Y allí se detuvo, allí se cernió afanosa de caridad, sedienta de consuelo.

Pero la Virgen miraba al cielo; en su éxtasis, incomprensible para el jugador, aquellos preciosos ojos, de pureza infinita, ni pestañeaban, ni se inclinaban nunca á mirar á la dolorida multitud que á sus plantas oraba. En aquella obscuridad, en aquel recogimiento devotísimo, oíanse gemidos, suspiros ansiosos, toses henchidas de dolorosos anhelos, de todo el afán infinito de una humanidad desamparada, férvidamente ganosa como él de consuelo..., pero la Virgen no bajaba los ojos.

—¡Oh Virgen, oh Madre, que miráis al cielo, al alcázar de todas las dichas..., dignaos mirarme á mí! Vengo aquí á arrepentirme, vengo aquí en busca de consuelo, vengo aquí para pedir consejo. No soy yo; es el esposo, el padre...

Y no pudo acabar, porque se le anudó la voz en la garganta. Mas de súbito los ojos, preñados de lágrimas, se le secaron; en sus pupilas brilló una chispa; quedóse con la boca entreabierta, temblorosos los labios, y extendió los brazos en actitud de anhelante súplica.

¡Oh, sí! Lo había visto, lo había visto. El pecho de la Virgen se movía, palpitaba con ruda lucha para romper á hablar; sus pequeños dedos, abiertos ya, temblaban como juncos; sus ojos lloraban; vibraban sus párpados: le iba á mirar.. ¡Oh, sí, le iba á mirar!

Y las azules pupilas, á las que convergían todos los rayos de aquella luz celestial, fueron realmente bajando, bajando con la solemnidad de estrellas ponientes, y aquellos ojos divinos, al tropezar con la maravillada mirada del hombre, se clavaron en ella.

—¿Ganaré?, preguntó él entonces, jadeante de agonía suprema y aguzando la mirada hasta lo imposible.

¡Oh, sí! ¡Le dijo que sí! La vió bajar la cabeza, y humillando él la suya con rendición absoluta, sintióse anegado en resplandores de gloria.

De este modo permaneció algunos momentos que le parecieron siglos. Después se atrevió á levantar los ojos poquito á poco. La Virgen miraba otra vez al cielo, inmóvil, indiferente á la multitud dolorida que á sus plantas oraba.

Gutiérrez se alzó á costa de mucho trabajo. El temor de haberse engañado, la duda, le tenían trémulo, desalentado. Presa de la incertidumbre, salió sin santiguarse, y ya fuera del cancel, se caló el sombrero, exclamando fuera de sí:

—Todo ha sido mentira; todo ilusión.

Mas de pronto, y como le pareciese aquella negación una blasfemia, se maldijo á sí mismo. Y suspirando desesperado, retrocedió, volvió á entrar en el templo, cayó de rodillas y profirió palabras de arrepentimiento, solicitando compungido la reconciliación del cielo.

Y salió mareado, esclavo otra vez de la duda, sin bastante fe para creer, con sobrado sobresalto para negar; y huyó, huyó de allí, lleno de dolor, ciego, loco y haciendo eses como un beodo; llegó al Barcelonés, se abrió paso entre los jugadores á fuerza de codazos y echó una peseta á buenas.

«Malas,» dijo la suerte.

«Buenas,» refunfuñó él con rabia, echando otra peseta.

«Malas,» recalcó la suerte.

«Buenas,» repitió él, apretando los dientes.

«Malas,» volvió á decir la tozuda enemiga.

«Buenas, y si no un tiro »

«Buenas» hicieron por fin los dados, dando saltitos sarcásticos.

Y, ora á buenas, ora á malas, siguió jugando, doblando, ganando 5, 10, 20, 40, 80, 160, 320, 640; en una palabra, hasta 3.000 pesetas.

Cuando de pronto:

—¡La policía! ¡La policía!, gritó un hombre, entrando y echando la llave á la puerta.

Apagóse el gas, cien garras cayeron sobre el tapete, claváronse cien codos en las costillas de unos y otros; bancos y sillas rodaron por el suelo entre un confuso montón de hombres que se arremolinaban, se repelían á puñetazos y puntapiés sin dar un grito ni proferir una palabra; se abrieron puertas y ventanas, y, á la tenue claridad de las estrellas, se vieron saltar, dando tumbos y coscorrones, fantasmas y más fantasmas al medroso vacío exterior.

De repente sonó un pistoletazo, crujió la puerta, saltó la cerradura con porción de astillas, y la reverberación del farol de un sereno inundó de crudos resplandores el desgarrado tapete de la larga mesa. Todo un pelotón de guardias se precipitó por las puertas contiguas á registrar la casa, á escudriñar desde las ventanas las tinieblas del jardín, mientras el comisario recogía pesetas del suelo.

—¡Alto!, gritó de pronto uno, tropezando con un cuerpo inmóvil. ¡Luz, luz! Aquí hay un hombre.

Todos acudieron á los gritos y se inclinaron sobre un hombre estirado junto á un reguero de sangre que le brotaba aún del corazón. Estaba demacradísimo, tenía los ojos entornados, los labios contraídos por el dolor, la nariz afilada y blanca del moribundo. Pero como todavía respiraba, el comisario envió agentes en busca del Juzgado de guardia, de médicos, de una camilla, y salió de la sala dejando de vigilancia á uno de sus subordinados.

Éste, apenas se vió solo, cogió la vela que le habían dejado encendida, y se puso á registrar todos los rincones de la sala por si quedaba algo que recoger. Después, cerrando la desvencijada puerta, dejó la luz en el suelo, se acercó al herido y lo contempló con la mayor atención. Tenía los ojos más hundidos, la nariz más cárdena, la boca abierta, pero sin respirar. Un gran cuajarón de sangre le tapaba el desgarro de la ropa, que en la parte mojada empezaba á acartonarse

No satisfecho aún, se arrodilló, se bajó y le aplicó la mano al pecho con sigilosa atención.

«Está muerto,» pensó.

Reflexionó un poco, y venciendo por fin vacilaciones secretas, comenzó á registrarlo con la afanosa codicia de un merodeador de campos de batalla.

«¡Oh qué gozo! ¡Qué fortuna! ¡Tenía los bolsillos llenos de oro, de plata, de billetes!»

Mas de pronto retrocedió pálido, asustado; su presa se movía, le podía descubrir.

El herido abrió los ojos, movió los labios, é hizo un ademán reconciliador lleno de dulzura.

Temblando, estremecido, más blanco que la víctima, aquel ladrón se resignó á escuchar la voz débil, imperceptible, del herido, que le decía anhelante y como á sacudidas:

—Toma..., tómalo todo... Me han muerto casu... al...mente. Dáselo todo á Elvira..., á mis hijos... Están en la mi...se...ria.. Aquí... tienes... las señas..., la libreta... de alquiler...

El policía, tocado en el corazón, se quedó diciendo que sí con la cabeza, leyendo en la vidriosa mirada del moribundo toda la sed infinita de un juramento sagrado. Y aún el moribundo le estimulaba con temblorosas señas á perfeccionar la obra, indicándole el bolsillo interior donde llevaba la libreta. Pero el policía se quedó indeciso; el bolsillo coincidía con la herida, estaba adherido al gran coágulo que restañaba la poca sangre que quedaba en aquel cuerpo. De levantar aquel paño de americana ya reseco y pegado hasta la piel, el hombre se moría sin remedio.

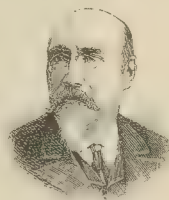
—Busca, saca, seguía diciendo aquella mano trémula, descarnada y llena de ansias.

El policía titubeaba aún; mas al fin, con el deseo de salir de una situación tan violenta y peligrosa, cogió la americana y... dejó escapar la vida del infeliz. Entonces intentó sacar la libreta del charco de sangre del bolsillo, decidido todavía á cumplir aquel encargo sagrado; pero impregnada de sangre como estaba, desistió. Volvió á extender sobre el pecho la americana, acalló su conciencia endosando la responsabilidad de su crimen á la casualidad, y viendo al muerto bien muerto, dejó la luz sobre la mesa, encendió un cigarro y acabó de ahogar sus escrúpulos diciendo entre dientes:

—¡Bah! Quien roba á un ladrón, ha cien años de perdón. ¿No lo dice el refrán?

Narciso Oller

LA CIENCIA DE LO BELLO



José de Echegaray

Mucho se ha escrito y mucho se ha discutido acerca de este tema. Y no puedo tener la pretensión, no ya de resolver, pero ni siquiera de plantear, en las breves cuartillas de un artículo, escritas al correr de la pluma, improvisadas casi, cuestión tan honda y tan debatida.

Valga, pues, cuanto voy á decir, como meras observaciones ó como ligeros apuntes, que pudieran, cuando más, servir á manera de guías ó jalones á un estudio detenido y concienzudo, digno por lo menos de tan difícil y trascendental problema.

Sin otra pretensión, allá van unas cuantas ideas que me salen al paso, y que desordenadamente recojo.

Y lo primero que ocurre preguntar es esto: ¿Pero, es que existe realmente una ciencia de la belleza? ¿Existe lo bello con realidad objetiva? Quiero decir: ¿Hay objetos, en la naturaleza y en el arte, que se distingan esencialmente de los demás, y á los que podamos aplicar esta misteriosa cualidad de la belleza? Como hay cuerpos más pesados que el aire y otros que lo son menos; como hay superficies materiales que reflejan el color azul, pongo por caso, y que se dicen azules, y otras que no reflejan ningún color y que se llaman negras; como en química cada substancia tiene sus propiedades particulares distintas de las que poseen otras substancias, así en este mundo misterioso de la Estética objetiva, ¿existirá la propiedad de la belleza encarnada en los objetos de tal suerte, que habrá objetos bellos y objetos indiferentes y objetos impregnados de repugnante fealdad?

O, por el contrario, todo cuanto existe en la naturaleza y en el arte ¿será de igual condición ante la Estética, como fondo insubstancial y descolorido, que á merced de las circunstancias producirá en el ser humano impresiones de placer ó de dolor, no por mérito intrínseco del agente que actúa, sino por cualidad propia del ser sensible que recibe la impulsión externa?

De suerte que, como existe una ciencia de las propiedades físicas y otra de las propiedades químicas, y como hay una doctrina ética, y como hay una disciplina jurídica, ¿existirá una ciencia, una doctrina y una disciplina de la belleza, ó no existirá más que el capricho circunstancial y variable del sentimiento?

Hay quien contesta afirmativamente á todas estas preguntas; y autores hay que se han esforzado por crear la ciencia llamada Estética, ó en su totalidad ó en alguna de sus partes. Pero autores hay también, y de gran altura, que lo niegan.

Kant, sin ir más lejos, en su crítica del juicio, niega que la belleza pueda sujetarse á conceptos intelectuales. Y aunque algo retrocede, en el curso de su estudio, de esta primera negación, una buena parte de ella queda en pie, cerrando el paso, como la tremenda sentencia del *Infierno* del Dante, á los que acuden con la esperanza de buscar leyes del orden racional para estos fenómenos complicadísimos de la emoción estética y de los objetos que la producen.

Respetando los profundos conceptos del gran filósofo y de los que de cerca ó de lejos le siguen, con más ó menos autoridad, yo rechazo de todo en todo el fallo desconsolador, anticientífico y, á mi entender, absurdo, de cuantos niegan la existencia posible, por lo menos, de una ciencia que estudie las leyes del *placer* y del *dolor desinteresado*.

Prescindo, por supuesto, de la opinión de aquellos que desconociendo la naturaleza del problema, la historia de sus transformaciones y las obras de los grandes autoridades que han defendido, ya la tesis positiva, ya la negativa, niegan toda ley estética para que el terreno les quede franco y puedan en él ejercitar su crítica insubstancial, que no viene á ser en el fondo más que una serie arbitraria de conceptos más ó menos literarios. Verdaderos impresionistas son los tales de su propia manera de sentir; y con el

mayor desahogo, y casi sin tener conciencia de ello, aplican, cada veinticuatro horas, un criterio distinto al juzgar las obras literarias. Y es que hay mucha gente, en efecto, para quienes hacer una crítica es escribir un artículo de frases más ó menos efectistas, impregnadas, ora con la melaza del elogio, ora con la salmuera de la censura; pero sin que se justifiquen, en el orden intelectual, ni la censura, ni el elogio.

Yo creo, según he dicho, que existe la ciencia estética, ó en potencia ó en acto, como decían los aristotélicos. Quiero decir, que si no existe ya como ciencia ordenada, existen grandes materiales para su ordenamiento; y que aun dado caso que hoy no sea un hecho, llegará á serlo algún día. Como no era una ciencia la alquimia, y, sin embargo, de ella brotó la química. Como no era una astronomía definitiva la astronomía de Hiparco, y hoy adivina astros que no ha visto nunca, y analiza las substancias de soles y nebulosas cual si estuviesen encerrados en las retortas de un laboratorio.

Pero que existe ó existirá la estética, ¿qué duda tiene?

¿No se refiere á un orden determinado de fenómenos, fenómenos inconfundibles con los demás que llaman el Cosmos? Y todo grupo de fenómenos de la misma naturaleza, ¿no está sujeto á leyes? Y el conjunto de leyes, ¿no es precisamente lo que constituye la ciencia? Pues es evidente que este razonamiento, tan sencillo como inquebrantable, se ajusta matemáticamente á todo aquel conjunto de hechos en que domina la nota característica de la belleza.

Es una argumentación cerrada, sencilla y firmísima que se aplica á nuestro caso, sin que deje resquicio á la duda, ni portillo por donde pueda entrar la refutación.



D. Manuel Cabrinety, D. Carlos Orta y D. José Caro, director y profesores primero y segundo respectivamente de la Escuela Náutica de Talcahuano, Chile (de fotografía)

¿No se agrupan, en efecto, los fenómenos por sus analogías, relaciones y semejanzas, ni más ni menos que en un edificio se agrupan los accidentes arquitectónicos por fachadas? Pues así como en la esfera celeste las órbitas de los astros, sus avances y retrocesos, su brillo y sus figuras, su posición y sus cambios constituyen un conjunto de hechos de cuyo estudio brota la astronomía; así como las relaciones íntimas de los cuerpos, sus acciones y reacciones, ácidos y óxidos y sales y el calor que desarrollan al combinarse ó descomponerse, y todo lo que ocurre, en suma, en ese mundo de los infinitamente pequeños que se llaman átomos y moléculas, por ser fenómenos del mismo orden, por estar contiguos y relacionados y no confundirse con otro alguno constituyen un grupo perfectamente definido, que es el grupo de los fenómenos químicos y dan lugar á la ciencia química; así como, por último, para no acumular ejemplos, las acciones de los hombres, buenas ó malas, las que hacen derramar sangre ó las que hacen derramar lágrimas, las que llegan embravecidas como la pasión ó las que llegan sublimes y tranquilas como el sacrificio, constituyen otra esfera especialísima de fenómenos inconfundibles con los restantes y cuyas leyes forman la ciencia que se llama Moral, asimismo los fenómenos que pudiéramos llamar estéticos forman otro grupo aparte, riquísimo en manifestaciones diversas, tanto ó más que los fenómenos de la Física, de la Química, de la Astronomía ó de la Moral, y que deben estar sujetos á leyes, como está sujeto á ley cuanto existe.



La nueva Casa de Correos de Berlín



BADAJOZ. 1812. Copia del celebrado cuadro de R.



...DWILLE, EXPUESTO EN LA REAL ACADEMIA DE LONDRES

Como se agrupan los astros que voltean en la extensión; como se agrupan las moléculas que vibran en lo interior de los cuerpos; como se agrupan las pasiones que vibran cual la nota ó rugen cual la tempestad en el corazón humano, es natural y es lógico y es inevitable que agrupemos los objetos que se llaman bellos y que nos hacen sentir placer inconfundible con ningún otro placer, ó dolor inconfundible con ningún otro dolor, para constituir con ellos y con sus leyes la ciencia de la Estética.

¿Quién duda que la Estética existe? ¿Quién puede negarlo aun llamándose Kant, que, aunque genio profundo, no era genio infalible? Es preciso hoy, para atreverse á formular negación semejante, ó ser un mísero fabricador de frases, ó ser un nihilista blasfemo de todo orden, ó ser un fanático esclavo de ideas preconcebidas.

Los hechos estéticos existen: nadie se atreve á dudarlo. Existen radiantes puestas de sol y risueñas alboradas; mares espléndidos y altas montañas con sus coronas de nieve; espumas en las ondas, y flores en los campos, y sombras en los bosques, y armonías supremas en toda la naturaleza. Existen acciones que estremecen nuestro ser con estremecimiento sublime, que es á modo de aspiración hacia un infinito que nos domina, ó que es atracción de un abismo que nos llama. Existen versos de Homero y de Virgilio y de Dante, y dramas de Shakespeare y grandezas de Calderón y aventuras del Quijote, la Venus griega y catedral gótica, y así miles y miles de hechos, todos revolviéndose en el mismo cielo, como en el cielo azul se revuelven los astros; todos perdiéndose en el mismo misterio, como en los misterios intermoleculares se revuelven las moléculas. Pues existen también, lo diremos una vez más, los hechos y los fenómenos estéticos como una de tantas fachadas de este infinito monumento del Cosmos, que sólo fachada por fachada puede ir estudiando el hombre.

Y si existe el fenómeno estético bien definido, ¿no ha de estar sujeto á leyes? ¿Dónde se ha visto nada entregado al azar, aunque nuestra ignorancia pronuncie este nombre cuando no sabe decir otra cosa?

Pues si hay *fenómeno* y hay *ley*, hay *ciencia;* y pueden negarla cuantas veces gusten los espíritus superficiales ó los espíritus vanidosos, que quieren hombrearse con la creación y arrancarla sus ejes por el gusto estúpido de verla desquiciada.

Pero materia es esta en que voy entrando, que no tiene cabida, por lo extensa, en el presente artículo.

Otra vez será. Por hoy conste que la Estética existe, como existen todas las demás ciencias ó ya formadas ó en vías de formación.

JOSÉ ECHEGARAY



La primavera de la vida, cuadro de Noé Bordignón

NUESTROS GRABADOS

Regreso, cuadro de F. Miralles. – Entre los muchos cuadros del Sr. Miralles que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos reproducido, hay varios que representan escenas de playa y en todos ellos se ve que el distinguido pintor catalán no sólo se preocupa de trasladar al lienzo los hermosos colores del cielo y del mar de nuestra costa de Levante, bellos como pocos, sino que procura animar el cuadro con algo que comunique una nota de sentimiento á sus admirables copias de la naturaleza. Esto, que nuestros lectores habrán podido ver en las distintas obras de este género que, como decimos, hemos publicado del mismo artista, confírmase una vez más en el *Regreso*, en donde entre otras figuras, admirablemente dispuestas, se destaca el grupo del viejo pescador amorosamente abrazado á su hija después de una ausencia terrible, no por su duración, sino por el peligro que corriera su existencia, amenazada de continuo por la tempestad que le sorprendió mientras embarcado en frágil barquilla se dedicaba á su penosa faena.

Stella Maris, cuadro de Mme. Demont Bretón. – Entre las mujeres que con más éxito cultivan en Francia la pintura, ocupa uno de los primeros lugares Mme. Demont Bretón, algunas de cuyas obras hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Actualmente tiene expuesto en el Salón de los Campos Elíseos de París el hermoso cuadro *Stella Maris*, de conmovedor asunto y de ejecución admirable. A merced de las embravecidas olas flotan los restos de un buque destrozado por el temporal y atados á ellos dos pobres náufragos, un marinero y un grumete, rendidos de tanta lucha, medio muertos, abandónanse impotentes á su suerte y esperan sin conciencia ya de su situación, el último golpe que ha de sepultarles en el mar, mientras en el fondo del lienzo aparece la Estrella de los mares con su Divino Hijo en brazos, último rayo de esperanza para los infelices que ya sólo del cielo pueden recibir su salvación ó la eterna recompensa de sus tormentos horribles. Mme. Demont Bretón ha sido recientemente nombrada caballero de la Legión de Honor, y la obra que ha enviado al Salón de este año ha sido unánimemente elogiada por los críticos parisienses más reputados.

El director y dos profesores de la Escuela Náutica de Talcahuano. – Esta escuela está instalada á bordo de la corbeta de guerra *O'Higgins*, célebre por el papel que desempeñó en la última revolución, y de la cual es en la actualidad comandante D. Basilio Rojas, oficial de la armada chilena: fué inaugurada en 1893, y hoy, según opinión de una gran parte de la prensa de Chile, es la más floreciente de aquella república, habiendo merecido entusiastas elogios de todos los delegados del gobierno que la han visitado. Es director de la misma D. Manuel Cabrinety y profesores primero y segundo lo son D. Carlos Orta y D. José Caro, los tres españoles, que á pesar de los cargos que ocupan no han abdicado de su nacionalidad: visten el uniforme de oficiales de la Armada, disfrutando de las mismas ventajas que éstos, pero sin mezclarse para nada en lo relativo al ramo de guerra.

La nueva Casa de Correos de Berlín. – El incremento que ha adquirido Berlín desde que de capital de Prusia pasó á ser capital del imperio, raya en lo maravilloso. Un solo dato lo demuestra elocuentemente: su población, que en 1861 era de unos 520.000 habitantes alcanza hoy la cifra de 1.600.000. Al aumento de población ha correspondido naturalmente el mayor embellecimiento de la ciudad, en la que actualmente álzanse magníficos edificios públicos que en número y calidad pueden competir con los de las primeras capitales del mundo. Hace poco reprodujimos el magnífico palacio del Reichstag; hoy publicamos una vista de la nueva Casa de Correos, por la cual podrán formarse nuestros lectores una idea de la importancia que allí se da á una rama de la administración pública que es indudablemente de las que mayores servicios prestan á una nación y por ende de las que mejor deben ser atendidas. El edificio, como se ve, es suntuoso y en él se hallan reunidas todas las oficinas centrales de correos y telégrafos, las habitaciones particulares del ministro, la escuela de Correos y Telégrafos y el notabilísimo Museo Postal, en donde se puede estudiar toda la historia de los correos alemanes. Este servicio de comunicaciones es objeto preferente de las atenciones de todos los gobiernos alemanes; á pesar de ello, quizás no habría alcanzado el grado de perfección que tiene si allí se hubiese seguido el sistema de cambios de alto personal que en otras naciones, la nuestra por ejemplo, es consecuencia de una política tan mal entendida como de funestas consecuencias. El doctor Stephan es director general de Correos en Alemania desde 1870; este hecho es por sí solo más elocuente que cuanto pudiéramos decir comentándolo, y explica al mismo tiempo por qué el servicio de comunicaciones en aquella nación puede considerarse como modelo y cómo en un período de veinticinco años se han podido levantar en distintas poblaciones del imperio hasta 300 edificios, algunos de ellos magníficos, exclusivamente destinados á correos y telégrafos: sólo en Berlín, además del que nos ocupa, hay otros cuatro destinados á oficina principal de telégrafos, á correos, á la dirección general de Correos y á correos de la corte.

Badajoz, 1812. Cuadro de R. Catón Woodwille. – En 10 de marzo de 1812 puso el ejército aliado á las órdenes de Wéllington sitio á la plaza de Badajoz, que ocupaban los franceses mandados por Phillipón. Duro fué el ataque, pero no lo fué menos la resistencia: sucedíanse las tentativas de asalto, pero el valor de los sitiadores estrellábase ante las defensas acumuladas por los sitiados en las brechas por los cañones de aquéllos abiertas. Por fin, un supremo esfuerzo de los aliados en la memorable noche del 6 de abril hízoles dueños de la ciudad: tres mil quinientos hombres cayeron muertos ó heridos en aquel asalto y más de dos mil perecieron dentro ya de las brechas. No es, pues, de extrañar que Wéllington al llegar aquella misma noche ante los muros de la plaza se sintiera profundamente impresionado al ver cuán cara habíale costado la victoria. Este es el momento elegido por el eminente pintor inglés Catón Woodwille para el cuadro que en este número reproducimos, y del cual no hemos de hacer elogio alguno porque es de aquellas obras que por la grandiosidad de su concepción, por su composición admirable, por su irreprochable ejecución emocionan intensamente, y cuando esta emoción se produce huelga toda alabanza. Además de que harto conocido es en el mundo del arte el autor de esta y de tantas otras preciosas pinturas, muchas de las cuales han podido admirar nuestros lectores reproducidas en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

La primavera de la vida, cuadro de Noé Bordignón. – La primavera de la vida en sus dos más bellas manifestaciones ha servido de tema al distinguido pintor veneciano Noé Bordignón, para producir el bellísimo cuadro que reproducimos. La naturaleza revestida con sus esplendentes galas y la joven campesina con los atractivos de su belleza, sintetizan perfectamente la idea desarrollada por el artista. A la monotonía de tintas del tétrico invierno sucede la variedad de tonos de la más bella de las estaciones: las plomizas brumas que cubrían la celeste bóveda se desvanecen por la fuerza vivificadora del estío rey, abarcando nuestra vista la inmensidad del espacio; los árboles, que antes extendían su escueto ramaje, puéblanse de hojas; los campos, agostados por la nieve, cúbrense de verdura y de matizadas y olorosas flores, y todo, cual si renaciera, recobra su fuerza y perdida vitalidad. Lo mismo sucede, en otro orden, con la humana criatura. La juventud es la verdadera primavera de la existencia, ya que el organismo adquiere su completo desarrollo, la imaginación obtiene la fijeza en las ideas y el corazón empieza á experimentar sensaciones que marcan quizás el futuro modo de ser.

Tal es la composición desarrollada en el lienzo que damos á conocer á nuestros lectores, que figuró dignamente en la sección extranjera de nuestra última Exposición de Bellas Artes.

MISCELÁNEA

Teatros. – *Londres.* – En el Liceum se ha estrenado con buen éxito la comedia *Don Quijote*, basada en la obra de Sardou del mismo título, recientemente fracasada en París. En el arreglo inglés se han introducido importantes modificaciones que han mejorado notablemente el original. En el desempeño del papel de protagonista ha conseguido un triunfo entusiasta el célebre actor inglés Irving. La obra ha sido puesta en escena con lujo y propiedad extraordinarios.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito en el teatro de la Princesa *De México á Villacorneja*, gracioso juguete cómico escrito sobre el pensamiento de un vaudeville francés por los Sres. González Llana y Francos Rodríguez, y *El candidato*, bonita zarzuela en un acto de los Sres. Conde y González con música del maestro Valverde (padre).

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La familia Boniquet*, graciosa comedia en tres actos, arreglo de una obra francesa hecho con mucha gracia y habilidad por el Sr. Guasch y Tombas; en el Tívoli *Re é conscrito*, traducción de la preciosa zarzuela de Vital Aza y del maestro Chapí *El rey que rabió*, que tan popular se ha hecho en España; y en el Liceo la ópera en tres actos del maestro Albéniz *Henry Clyford*, que fué acogida por el público con verdadero entusiasmo, habiendo sido muy aplaudidas las principales piezas, entre las cuales sobresalen un dúo de contraltos, un coral funerario y el final del primer acto y un rondó de tenor, el bailable de hadas y gnomos y la fiesta campestre del acto segundo: las deficiencias de la ejecución no permitieron apreciar debidamente las bellezas del tercero. En el Principal ha celebrado su beneficio el Sr. Vico, que ha sido objeto de una ovación inmensa.

VENGANZA CORSA

NOVELA ORIGINAL DE JORGE DE LYS

ILUSTRACIONES DE SAUBER

I

El otoño ostentaba todas sus galas; los matizados pámpanos cubrían en parte los racimos de moscatel, semejantes á lágrimas de oro, y más arriba, en la montaña, á través de los árboles, veíase una cosecha menos rica, pero igualmente benéfica, la castaña, ese pan de la Córcega tan apreciado de sus habitantes. Desde las gruesas ramas de los árboles las cáscaras abiertas dejaban caer sobre la hierba rojiza los frutos parduscos y las cúpulas vellosas. Agachado entre el follaje, Guido Arrigo Rosoli, con las mangas recogidas sobre sus brazos musculosos, curtidos por los rayos de un sol benéfico, ocupábase en varear los troncos, haciendo caer los frutos, que cubrían el suelo. De pronto se detuvo, limpió con el dorso de la mano su frente inundada de sudor, y blandiendo otra vez su palo, segó las hojas de un vigoroso golpe.

Las hojas, alas rotas, cubriéronle en su caída, y como eco de su queja, un grito doloroso detuvo su brazo, levantado para golpear de nuevo.

A sus pies, una joven oprimía con la mano su mejilla herida; Guido la reconoció á través del ramaje.

–¡Ana Dea!

Se deslizó por el tronco lacerándose las rodillas, y al punto se acercó á la joven; después, balbuceando algunas palabras, separó suavemente la mano de la herida. En la fresca tez de la mejilla en flor veíanse algunas gotas encarnadas. Guido se afligió y sonrióse la joven.

–No es nada, Guido, dijo ésta; debí haber tenido más cuidado.

Pero él se lamentaba y acusábase de torpe por haberla herido.

Ante aquel pesar de Guido tan desproporcionado con el mal que había hecho, Ana se entregó á un acceso de hilaridad. Desconcertado al principio el joven imitóla; pero la mejilla estaba roja, y como cerca había una fuente, Guido quiso conducir allí á la joven.

Los dos penetraron bajo la espesura, hablaron como pajarillos que gorjean alegremente, olvidando el objeto de su excursión en la embriaguez de las soledades; maquinalmente se extraviaron, y cuando más distraídos iban vieron que les cerraba el paso un torrente que por la opuesta orilla lindaba con un pequeño estanque donde se precipitaba una graciosa cascada.

–¡Espera!, gritó Guido.

Y cogiéndose á una rama, saltó á la corriente; solamente su cabeza sobresalía del ribazo; después abrió los brazos, y con el pecho dilatado volvió á gritar:

–¡Salta ahora!

Vaciló la joven, confusa y vergonzosa; pero después se agachó para deslizarse á lo largo del declive pedregoso. Guido dió un salto, la cogió, condújola á la orilla opuesta y sentóla sobre la hierba, lentamente y como con sentimiento. Con las mejillas encendidas, Ana ocultó el rostro entre las manos. Sobre el corazón del hombre despertóse el suyo, y el amor naciente se desbordó en pesadas lágrimas.

–¿Lloras?, preguntó Guido.

Y se arrodilló ansioso ante la joven, que moviendo la frente dejó ver por entre sus dedos desunidos su mirada conmovida y su sonrisa feliz, y abandonó sus manos entre las que las solicitaban, quedando unidos en estrecho abrazo aquellos dos jóvenes cuyas miradas se confundieron en un rayo de amor.

–¡Te amo!, exclamó Guido. ¿Quieres ser mía?

–Mi padre te aprecia, y yo quiero ser tuya. Ven conmigo para que nos bendiga.

Y la bendición del padre los desposó...

Señalóse el día para la boda; Guido apresuró los preparativos, y marchó á Sartene á fin de evacuar algunas diligencias y elegir el anillo nupcial.



–No es nada, Guido; debía haber tenido más cuidado

II

En la pesada hora del mediodía, la sala parece tener más prolongado su rectángulo, aplanado por el techo bajo de vigas ahumadas; á través de la penumbra las mesas desmanteladas destacan sus aristas geométricas, y sus pies se confunden vagamente con los travesaños confusos de las sillas alineadas. A través de los postigos cerrados se desliza acá y allá un rayo de sol, cuyas estrechas fajas luminosas se reflejan alegremente en el enjambre zumbador de las moscas y en la danza de los átomos.

Cerca del mostrador, en el ángulo más apartado de la taberna, tres hombres están apoyados sobre una mesa, y en la inmediata se ven numerosas botellas vacías. Uno de ellos, Antonio Lovinchi, baraja con pesada mano un juego de naipes grasientos..., y la partida continúa en silencio.

Uno de los jugadores perdía de continuo. Reconocíase en él al montañés por su traje fiel á las antiguas modas nacionales: gorro largo y puntiagudo de lana parduzca y peluda, caído sobre la espalda; chaqueta de terciopelo de color castaño; faja encarnada que ceñía el calzón, cuya parte inferior se perdía dentro de unas polainas altas de cuero leonado. En el bolsillo interior de la chaqueta asomaba la extremidad del mango de un puñal, á punto de ser cogido por la mano izquierda para que la derecha pudiera desenvainarle más pronto.

El montañés levantóse de improviso, y con brusco ademán barrió la mesa.

–¡Eh!, exclamaron los otros. ¿Qué quiere decir eso, Guido Arrigo Rosoli?

–Esto quiere decir, balbuceó Rosoli con los dientes apretados y los labios temblorosos, que vais á devolverme mis cien pesetas.

–¿Devolvértelas?

–Sí, mis cien pesetas. ¿Me oís? Y las pido porque tú, Lovinchi, te entiendes con Juan Bautista Scinetro para robarme mis escudos.

–¡Hola!, replicó Antonio. Reprime esa lengua; por esta vez te perdonamos, porque la pérdida y el vino te trastornan sin duda..., pero no digas más, ó de lo contrario saldrán á relucir los puñales.

El tabernero se interpuso; no quería escándalos en su casa.

–Has perdido, Guido Arrigo, dijo al montañés; éstos juegan lealmente, y son antiguos conocidos míos. Vamos, dales la mano sin rencor, y yo traeré una botella de mi Tallano rancio para que brindéis por la paz.

–¡Quiero mis escudos!, gritó Rosoli, golpeando la mesa inmediata con tal violencia que las botellas acumuladas allí rodaron por el suelo con estrépito, rompiéndose en mil pedazos. Por última vez, ¿queréis devolvérmelos?

–¡No!

–Pues ya nos veremos, dijo Rosoli con tono amenazador saliendo de la taberna.

Los gananciosos no tardaron en seguirle, después de haber pagado el gasto.

–Idos, hijos míos, murmuraba el tabernero mientras barría los restos de las botellas rotas: batíos si os place, mataos; pero no en mi casa. Mejor estaréis en la calle ó en campo raso.

Y filosóficamente guardó en su mostrador el ingreso bajo la forma de tres buenos duros.

III

Guido Arrigo Rosoli había llegado de Quenza para vender cerdos en Sartene; Lovinchi y Scinetro habían trabado conocimiento con él, y condujéronle después á la taberna, donde le propusieron jugar una partida de *scopa*, ese juego corto en que sólo se emplean las figuras y las cartas bajas. Bien fuera porque los dos compadres se entendían, ó por mala suerte, el caso es que el dinero de Rosoli pasó de su escarcela á las bolsas de los otros.

Sartene es una ciudad singular, muy pequeña, en-

clavada en una estribación del Incudine, á la cual comunican alegre aspecto los olivos que la rodean, formando como un jardín.

En su parte superior, las rocas de color gris parecen estar suspendidas, y los desnudos peñascos agrietados tienen un aspecto amenazador; á sus pies se extiende el verde valle del Rizzanese, que se prolonga, desarrollando su curso sinuoso hasta el golfo de Valinco, donde el limo de sus ondas se pierde en el azul de aguas del Mediterráneo.

La región de Sartene ha conservado en todo su primitivo salvajismo las antiguas costumbres corsas; la pólvora habla con frecuencia, y los puñales parecen salir de su vaina por sí mismos. Allí no se acata más que una ley: la ley de Lynch.

Si una pendencia termina por una muerte, el heredero de la víctima declara la *vendetta* al homicida, y desde entonces ya no hay para este último un momento de reposo. Le es preciso vivir alerta, con el ojo avizor y atento el oído; pensar que en un recodo del camino, que detrás de una espesura de jengibres, le espía tal vez un enemigo con su arma preparada... Ni aun se puede creer seguro en su casa aunque todo esté cerrado; si un ruido insólito, si el deseo de aspirar un poco de aire le inducen á dirigirse á la ventana..., se oye silbar una bala, y... «Guárdate, que yo me guardo.»

IV

Guido Arrigo Rosoli había ido á la gendarmería para dar queja contra aquellos de quienes se creía engañado; el individuo á quien expuso el caso le envió al oficial, y éste le dijo que podría presentarse al cuartel maestre. Después de retorcerse largo tiempo el bigote, el jefe contestó como por vía de fallo, que Rosoli estaba en un error, puesto que el juego era una contravención de las leyes, y que debía darse por contento con que no se formara contra él un proceso verbal; añadió que más le hubiera valido no jugar, pero que esto le serviría de lección, enseñándole á emplear mejor su peculio. En vano protestó Guido, pues solamente consiguió que le pusieran á la puerta.

Una vez en la calle, su sangre enardecida se abrasó en la sed de venganza; dirigióse á la hostería donde había estado, cogió su escopeta y examinó su gatillo: pero de pronto pensó en una joven morena, en Ana Dea, la prometida de hoy, la desposada de mañana, y por primera vez la vida errante del criminal perseguido le atemorizó. Hizo un esfuerzo para dominar su cólera, y resolvió marchar al punto á Quenza.

Cruzaba por la ciudad á largos pasos, cuando de improviso vió en un estanco á sus dos adversarios que le señalaban con el dedo y se reían á sus expensas. Un acceso de ira enardeció su cerebro dominándole completamente; desvióse de su camino y entró en la tienda.

– ¡Por última vez, dijo á los dos hombres, devolvedme mi dinero!

– ¡No!

El cañón de la escopeta se inclinó, reflejando en la pared las ondas luminosas que su acero despedía herido por el sol, y oyóse resonar una doble detonación, cuyos ecos se repitieron en los desfiladeros de la montaña. En el suelo, entre el humo de la pólvora yacían dos hombres: Scinetro con el hombro destrozado, y Antonio Lovinchi muerto de un balazo entre los ojos...

Los transeuntes obstruían ya la puerta. Rosoli saltó sobre los cuerpos de sus víctimas para buscar una salida por la parte posterior de la casa.

El estanquero, detrás de su mostrador, se mantenía en la más estricta neutralidad.

Guido Arrigo cruzó por dos habitaciones; abrió una ventana, y retrocedió... El muro se elevaba á pico sobre una roca á más de ocho metros del suelo.

Entonces volvió atrás, y empuñando el puñal con la mano derecha, mientras que con la otra hacía el el molinete con su escopeta descargada á guisa de maza, tomó impulso y quiso atravesar entre la multitud; pero encontróse cara á cara con José Lovinchi, hermano del muerto.

La impetuosidad de su carrera le hizo tropezar con este enemigo, en adelante mortal, y cuyo primer tiro silbó entonces á sus oídos: mas al fin salió á la calle y pudo huir. Al punto resonó otra detonación... Guido Arrigo sintió una sacudida en el hombro y tropezó; pero reuniendo sus fuerzas franqueó la rampa del camino en forma de cornisa y ganó las montañas.

José le siguió, pero se detuvo en el parapeto, y arrodillándose, con los codos apoyados en el reborde de granito, apuntó detenidamente al fugitivo é hizo fuego...

Otra vez estremecióse el desgraciado . Alrededor de Lovinchi resonaron algunos aplausos.

– ¡Tocado!, gritaron algunos.

– Pero aún está en pie, contestaron otros.

José volvió á cargar apresuradamente su arma. La población, ansiosa y agrupada, seguía con la vista atenta al fugitivo, que vacilaba perdiendo su sangre por dos heridas. Aquella caza al hombre excitaba á todos, y Lovinchi apuntó otra vez.

– ¡Demasiado corto!, exclamó.

La bala había rebotado en unos guijarros que se hallaban al paso de Guido, el cual muy pronto iba á estar fuera del alcance de los disparos, y la multitud murmuró descontenta. Rosoli debilitábase en sus esfuerzos supremos; un pequeño muro de piedras le cerraban el camino; al otro lado estaba la salvación, y en todo caso podría cargar allí su arma y esperar á la defensiva á Lovinchi, si se atrevía á perseguirle. Hizo un esfuerzo para franquear el obstáculo, volvió á caer, trepó de nuevo, y otro proyectil se aplastó á su lado.

Por último, reuniendo toda su energía cogióse desesperadamente al reborde del muro y montó en él; mas cuando se hallaba á punto de escapar y mientras allá arriba resonaba un grito de rabia, Guido vaciló y cayó en tierra con los riñones atravesados de un balazo

Un grito de triunfo saludaba á José, cuando de improviso resonó otro:

– ¡Los gendarmes!

La multitud refluyó, y agolpóse para formar entre la fuerza armada y el asesino una compacta barrera: Lovinchi emprendió la carrera hacia el bosque.

Los gendarmes llegaban sin aliento, pues su cuartel estaba situado en la extremidad de la población, atravesada por una calle única. Dos individuos se lanzaron en persecución del fugitivo; pero antes de que pudiesen vencer la resistencia pasiva de la multitud que obstruía el camino, el hombre había desaparecido, sin dejar indicio de la dirección que seguía. Los soldados de guarnición que volvían de las maniobras habían sido testigos, desde lejos, de aquel sangriento drama; corrieron á fin de prestar auxilio y no llegaron á tiempo más que para levantar del suelo á Rosoli moribundo. Improvisaron rápidamente unas angarillas, y volvieron á tomar el camino de la ciudad, escoltando el fúnebre convoy.

A su encuentro salió el padre Lovinchi, blandiendo una pistola. La agonía del infeliz Guido no mitigó su sed de venganza, y vociferó:

– ¡Vas á morir; pero antes de que expires quiero que lleves mis señales!

Y al decir esto inclinó su pistola.

Los soldados se interpusieron.

– ¿Qué os importa puesto que ha de morir?, gritaba el viejo. ¿Qué tenéis que ver con nuestros odios? ¡Quiero lavar mis manos en la sangre del asesino de mi primogénito, de mi Antonio!.

Se desarmó al furioso fanático, el lúgubre cortejo entró en la villa, y el moribundo fué conducido al hospital, donde expiró á la noche siguiente.

Al otro día se efectuaron los dobles funerales. Toda la población de Sartene seguía el ataúd de Lovinchi. Las mujeres proferían roncas exclamaciones, desesperadas quejas, imprecaciones salvajes; mientras que los hombres caminaban mudos y sombríos.

Setenta parientes y amigos de Guido Arrigo Rosoli habían bajado de la montaña todos en armas, y escoltaban su convoy con la carabina preparada y el dedo en el gatillo. El cadáver, que iba descubierto, se tambaleaba en el ataúd, y el movimiento había entreabierto los párpados, que dejaban ver las órbitas vidriosas, y los labios, que dejaban asomar una siniestra sonrisa.

Los dos cortejos se cruzaron; un estremecimiento agitó á los hombres de ambos partidos, y una sangrienta lucha flotó en el aire..., pero los gendarmes estaban allí revólver en mano y la carabina al hombro, mientras que detrás de ellos brillaban las bayonetas de la infantería, y cada cortejo se alejó lentamente, no sin dirigirse una mirada de sangriento reto y una promesa de inextinguible odio.

V

A la rojiza luz del sol poniente destacábanse en el camino polvoriento las formas sombrías de los montañeses que ya llegaban á Quenza.

Entonces salió del pueblo una mujer descabellada, que con los brazos levantados se dirigía hacia el convoy. Bajo sus párpados marmóreos, los ojos negros, de mirada profunda, parecían más brillantes, y el color mate de aquel rostro joven hacía más aterradora la llama de rencorosa desesperación que brotaba de las pupilas. Al acercarse la mujer, el cortejo se detuvo.

Pasando entre los hombres, que se descubrían al verla, avanzó directamente hacia el ataúd, donde yacía el cuerpo de Guido Arrigo cubierto de polvo é hinchado por el calor de la canícula. La mujer iba á contemplar al novio que al morir se había llevado consigo su amor.

Miró los tristes despojos sin horror, secos los ojos, y con ademán resuelto cogió una mano que pendía del ataúd.

Y volviéndose después, fijó la mirada en los hombres, y su voz resonó vibrante.

– ¿Cuántos han pagado?, preguntó.

Siguióse un silencio profundo: los hombres retorcían entre sus dedos febriles el gorro peludo é inclinaban sus cabezas. Ana Dea, después de contemplarlos lentamente, continuó:

– Os pregunto que cuántos duelos hay hoy en Sartene que venguen el mío, es decir, el nuestro. ¿Sois mudos? ¿Sois hombres?.. ¿Habéis quemado valerosamente vuestra pólvora?

Ana se erguía estremeciéndose, con la mirada fija y el oído atento. Nadie contestaba...

¡Oh, cobardes, que no habían vengado á su novio, á su compatriota, á su amigo!

– ¿Sois montañeses corsos, exclamó, ó viejas charlatanas? ¡Ah! Ya pueden matar á los vuestros, deshonrar á vuestras esposas é hijas; presentáis la frente á la injuria como los bueyes la cabeza al yugo..., y los ciudadanos de Quenza merecerán hasta el desprecio de los de Luca!

Orlando Rhineti, primo de Rosoli y de Ana Dea Ponsevero, se acercó para hablar.

– Prima, dijo, nos juzgas mal. Los montañeses de Quenza son hombres, y perdonan la injuria que tu desesperación les ha inferido sin ofenderlos. Hubiéramos hecho á Guido sangrientos funerales, dignos de él, si entre los de Sartene y los nuestros no hubiésemos tenido los gendarmes y los soldados.

– ¿Qué me importa á mí eso Orlanduccio?, replicó la impetuosa joven.

Pero la fuerza nerviosa faltó á Ana Dea, que se arrojó sollozando sobre el cuerpo de su prometido, cubriendo de besos su frente helada y sus ojos inanimados...

– ¡Oh, Guido mío!, exclamó· ¿Y no habrá quien te vengue?

Después, como avergonzada de sus lágrimas, irguióse, y sobreponiéndose á su dolor, hizo un ademán para que el cortejo continuase su marcha. Ana le siguió grave y con expresión lúgubre.

VI

Al día siguiente, Guido Arrigo Rosoli yacía con sus miembros rígidos sobre la larga mesa colocada delante del umbral de su casa. La cabeza, echada hacia atrás, tenía puesto el gorro puntiagudo, y la tirantez del cuello hacía sobresalir el tiroide, cuya punta tomaba por el juego de la luz los tonos pulimentados por el uso en el color amarillento de la piel, así como en una antigua estatua de bronce una prominencia á veces desgastada deja ver desnudo el cobre, luciente cual una herida fresca.

Al recibir noticia de la muerte de Guido Arrigo, juntáronse en Quenza todos sus parientes y amigos de Sorbollano, de Serra di Scopamene, de Mala y de Levie.

Los más robustos habían ido á Sartene á recoger los despojos mortales; mientras los otros permanecían en el pueblo para asistir á los funerales. Todos se agrupaban ahora alrededor del estrado mortuorio, en plena calle, á la luz de un sol brillante, inmóviles y silenciosos.

Abrióse la puerta de la casa; la madre y la prometida del muerto se adelantaron con la frente inclinada bajo el velo de luto, y arrodilláronse junto al cadáver, reproduciéndose los sollozos. Ana Dea, levantándose de pronto, apartó el velo negro que ocultaba su semblante, y apoyando la diestra en la mano helada del muerto, con la izquierda impuso silencio á la multitud.

Todos callaron, y entonces de sus labios inspirados exhalóse con acento gutural el canto fúnebre que se desarrollaba en melopea, prolongándose en acordes dolorosos y lamentables: la virgen improvisaba su *vocero*.

«El relámpago ha brillado, seguido del rayo; – el altivo montañés vacila y cae; – el suelo ha retemblado bajo el peso de su cuerpo, – y el rocío de la noche ha vertido sus lágrimas sobre el bravo que ya no existe.

»Así el soplo abrasador del Libeccio quema la flor y mina el alerce en su savia; – la vieja muerte guarda sus besos para las frentes jóvenes.

»Ya no oirás el canto de los mirlos, – la voz majestuosa de nuestros torrentes espumosos, – ni en la espesura las esquilas cuyo sonido te guiaba hacia la que te ama y que te espera siempre.

»¡Ah! Aquel que segó tu vida debió herirme á mí

también. – ¿No teme mi venganza? – Al tocar tu corazón, puso en el mío el odio inexorable – ¡Y no estás vengado!..»

Orlando se adelantó; con su robusta mano estrechó las del muerto y de Ana Dea, y su voz varonil continuó la cantilena.

«¡Muerto!.. ¡Salud á todos! – De tu raza sigo siendo. – Demasiado joven, no tienes hijos para la sangrienta herencia; – mas por Cristo y la Madona, yo, tu pariente próximo, te vengaré. – Duerme contento; la sangre lavará tu sangre.»

Resonaron las vociferaciones mezcladas con quejas lánguidas; las mujeres se laceraron con sus uñas las mejillas, y en el colmo de la desesperación, desgarraron sus corsés; las manos arañaron los hombros y los senos formando estrías sanguinolentas, y después sacudieron sobre el cadáver aquella aspersión salvaje.

Allí estaba el sacerdote; el cadáver fué colocado en un ataúd descubierto y el triste cortejo encaminóse á través de los jengibres, hacia el panteón de la familia, edificado en el campo de la muerte. Al borde de la fosa, y antes que la tierra cubriera el cuerpo, una descarga irregular saludó por última vez á Guido Arrigo Rosoli, el asesino, que esperaba en la eternidad al que le mató á él.



Cogióse desesperadamente al reborde del muro

VII

Han transcurrido los días, las semanas y los meses: Ana Dea se mantiene rígida bajo el duelo de las viudas, ella, la virgen consagrada voluntariamente al celibato. Su alma no conoce más que el odio, y el rocío que pudiera hacer florecer de nuevo su corazón sería tan sólo una lluvia de sangre. Muda, casi feroz, recorre el país como un fantasma cubierto de negro sudario. ¡Ay! Fuera de su alma, casi nadie se acuerda ya de Guido Arrigo.

Orlando Rhineti, fiel á los deberes de la sangre, se había puesto al punto en campaña; á veces pasaban algunos días sin que se le viera, y después regresaba para dar cuenta á Ana Dea, siempre impaciente, del resultado de su expedición. Escuchábale la joven, y sus ojos brillaban cuando algún indicio le parecía bueno para descubrir al asesino; pero entristecíase á cada decepción. Poco á poco creyó descubrir que Orlando estaba celoso del culto inmutable que ella profesaba al difunto; su actividad disminuyó; hubiérase dicho que se cansaba de perseguir á un enemigo invisible, y aseguraba que nadie sabía qué había sido de José Lovinchi. Tal vez habría abandonado la isla, trasladándose á Cerdeña. Pero Ana Dea movía la cabeza ante esta suposición, diciendo que presentía que estaba allí, cerca de ella, al alcance de su venganza.

Orlando anunció un día la muerte del padre Lovinchi, cuyos pasos espiaba, añadiendo que con él se perdía el único hilo conductor que hubiera podido conducirle á descubrir al bandido, por lo cual renunciaba desde luego á una persecución inútil.

Ana Dea le miró, segura ahora del rencor celoso que inducía á Orlando á desistir de su venganza, comprendióle: fijó en él sus ojos y le dijo:

– Nunca se pondrá mi mano sino en aquella que haya vengado la injuria. Tenlo por entendido Orlando; ignoro si mi corazón puede amar aún; pero es seguro que no podré pertenecer á ningún hombre mientras que Guido Arrigo pida venganza desde su tumba. Sé que me amas; haz méritos para obtener mi mano.

– ¿Serás mía si te vengo?

– No te prometo mi amor; pero obedeceré tu voluntad, consagrándote mi agradecimiento y mi vida. Te doy mi palabra.

VIII

Ana Dea habitaba con su anciano padre en una casa de campo. Cierto día, hallándose sola, á causa de haberse ausentado aquél por algunos días, un hombre bañado en sudor y sin aliento se precipitó en la primera habitación de la entrada.

– ¡Por la Madona, exclamó con acento suplicante, sálveme usted!

– ¿Quién eres?

– Un desgraciado perseguido por los gendarmes.

– Estás en casa de corsos; nada temas; eres mi huésped.

Y abriendo una puerta, empujó al hombre en una habitación.

Apenas había vuelto al primer aposento, dos gendarmes franquearon el umbral.

– Dispense usted, señorita, dijo el oficial, retorciéndose el mostacho y fijando en la joven una mirada conquistadora. ¿No habrá usted visto á un bandido á quien damos caza dos horas hace? Seguramente ha pasado por aquí.

– No he visto á nadie, contestó sencillamente Ana Dea.

– Ruego á usted de nuevo que me dispense, hermosa niña, insistió el oficial; mas no puedo creerla bajo su palabra, á pesar de la galantería francesa, que me precio de practicar. Nuestro hombre no ha podido tomar otro camino, y me veo obligado á registrar la casa.

– ¡Hágalo usted!, contestó Ana con tono desdeñoso y altivo.

A una señal de su jefe, el gendarme subió al granero; mientras que aquél, fijando su vista en la puertecilla de la cueva, levantóla é iluminó el interior con un tizón cogido en el hogar. Nada vió sospechoso, y soltando el anillo, dirigióse hacia la habitación donde Ana Dea había ocultado al fugitivo

– Esa es mi alcoba, caballero, dijo la joven.

Y pronunció estas palabras con tal acento de casta dignidad, que el oficial se detuvo, con la mano en el pestillo de la puerta entreabierta ya. No hizo más que dirigir una furtiva mirada al interior, y cerró después, inclinándose cortésmente.

El bandido estaba salvado.

Ana no pudo disimular la expresión de contento que iluminó sus ojos, haciendo con ellos renacer la desconfianza en el oficial; pero la joven le intimidaba; no se atrevía á mirarla de frente, y se valió de una estratagema.

– Dispense usted, señorita, dijo, ahora nos iremos, pero estamos muy cansados y nos morimos de sed. ¿Podría usted darnos una botella de vino fresco, pagando, se entiende, lo que valga?

– No se paga la bebida en nuestra casa, repuso la joven, porque esto no es una hostería; pero tampoco negamos un vaso de vino á quien nos le pide.

Y levantando la trampa, bajó á la cueva.

Apenas hubo desaparecido, el oficial abrió silenciosamente la puerta de la habitación y penetró dentro. Registró un armario, donde se veían colgadas varias prendas de vestir de la joven, cuyo olor aspiró sensualmente, y acercándose después al lecho se inclinó para mirar detrás de las cortinas.

– ¡Caballero .., exclamó una voz indignada, que le hizo erguirse, confuso y con la mano en la visera, como un soldado á quien su jefe sorprende en falta. Desconfía usted de mí, cuando le trato como huésped, dijo Ana Dea con acento despreciativo.

El oficial se excusó, y siguió á la joven, balbuceando algunas palabras; mientras que Ana ponía sobre la mesa un jarro y dos vasos, y dirigióle después varias frases benévolas.

– ¡Beban ustedes!, dijo Ana después de llenar los vasos.

– A la salud de la compañía, contestó cortésmente el oficial.

Los dos gendarmes saludaron con sus vasos, chocáronlos, se limpiaron los bigotes con el dorso de la mano y salieron.

A los pocos pasos el oficial dijo al gendarme:

– Quédate aquí emboscado, mientras yo voy á buscar refuerzos, porque el hombre debe estar aquí.

Y se alejó apresuradamente.

Desde la ventana, Ana Dea le había visto bajar solo por la cuesta; presintió la emboscada, y fué á prevenir al fugitivo. Encontróle pálido y tembloroso: creyó ella que era por el peligro que había corrido, pero la turbación de aquel hombre provenía de una causa que la joven no podía sospechar.

– Le espían á usted, dijo; el oficial ha marchado solo, y seguramente volverá antes de la noche para cercar la casa. Obedézcame y le salvaré.

– ¿Qué he de hacer?

– He aquí la navaja de afeitar de mi padre; córtese el bigote; usted es delgado, apenas más alto que yo, y mis vestidos le sentarán bien; tómelos usted, y apresúrese. Le esperaré en la cocina... ¡Ah!, añadió. ¡Cuidado con que le vean por la ventana!

Un instante después el bandido reapareció transformado: estaba encantador, con su rostro moreno é imberbe, su talle bien ceñido por el corsé de Ana Dea, que le oprimía un poco. La joven corsa, impasible hacía un año, no pudo menos de sonreir.

Quiso ponerle ella misma en la cabeza la toca de paño negro, y después le dió pan, jamón y una calabaza llena de vino.

– Oculte usted todo eso debajo del vestido, dijo, y ahora váyase pronto.

– ¿Y mi carabina?

– Mañana por la noche la depositaré en el hueco de aquella encina de la montaña que desde aquí se ve. No vaya usted á buscarla antes de las doce, y

hasta entonces ocúltese en la espesura, porque estará más seguro que aquí. ¡Vamos, en marcha, y que Dios le guarde!

–¡Que la Madona bendiga los amores de usted!, contestó el bandido con emoción.

Salió de la casa y alejóse á paso natural por el camino del pueblo; mas apenas hubo andado un trecho, dirigióse hacia el bosque y se perdió en su espesura.

A la hora del crepúsculo, cuando el oficial volvió con su refuerzo, el gendarme emboscado le llamó.



– No he visto á nadie, contestó sencillamente Ana Dea

– He aquí el momento oportuno, dijo; la joven ha ido al pueblo, y podemos registrar con toda comodidad.

El oficial mandó cercar la casa, y después entró bruscamente en ella, revólver en mano.

–¿Otra vez?, preguntó Ana Dea levantándose.

–¡Voto á tal!, exclamó el jefe, volviéndose hacia el gendarme, te has dejado engañar como un chino.

–¡Pero si yo he visto salir á esa joven hace una hora!, exclamó el subordinado, poseído de asombro.

–¡Al diablo las mujeres!, murmuró el oficial, adivinando la sustitución. Nos han burlado, y ya podemos irnos, porque nada más hay que hacer aquí. Nuestro hombre está lejos, y no tenemos pruebas suficientes para prender á la joven. Imbécil, añadió, ¿no has adivinado que era el otro el que huía disfrazado con las ropas de esa sirena? No llegarás jamás á oficial, concluyó, con cierto aire de superioridad, mirando desdeñosamente al subalterno confuso.

IX

Después de vagar por la montaña, el bandido encontró detrás de una espesura de lentiscos y de brezos arborescentes una gruta natural que escogió para su refugio. Allí, después de haberse despojado lentamente, y como con sentimiento, del vestido de la virgen corsa, púsose su ropa, que llevaba sujeta á la cintura. Después, como el cuerpo exhausto reclamara sus derechos, el pan y el jamón desaparecieron muy pronto, vacióse la calabaza de vino y el joven se echó sobre una capa de helechos, poniendo por almohada las ropas de Ana Dea.

A pesar de la fatiga, el sueño huía de sus párpados cerrados; sutiles aromas hacían temblar sus labios, y su boca se entreabría como ansiosa de un perfumado beso. Un ligero fantasma flotaba sobre el joven, que no acertaba á explicarse si aquello era una evocación ó un sueño; pero lo cierto es que no dormía. Haciendo un esfuerzo, entreabrió los ojos, incorporóse, salió de la gruta, y aspiró con fuerza el aire tranquilo de la noche. En el puro cielo parecía que las estrellas hormigueaban y en la espesura oíase el canto de un ruiseñor.

El bandido volvió á echarse, apoyando siempre la cabeza en el vestido de la que le había salvado...; pero de improviso apareciósele la virgen con su belleza sombría, aunque iluminada con la dulce sonrisa con que le consoló al marchar... Y entonces, sintiendo que su corazón palpitaba ante aquella sonrisa, bendijo á Dios por haber permitido que en él naciera un inmenso amor.

Y allá abajo, en su lecho virginal, Ana Dea sentía vagar entre las cortinas el hálito del hombre á quien había ofrecido un refugio; la rica sangre de su naturaleza meridional coloreaba sus mejillas ardientes, dilatando su garganta al pensar en el hombre que había dejado su presencia en los pliegues de las cortinas; después, la turbación que angustiaba su pudor se calmó, y vió pasar ante sus ojos deslumbrados el esbelto perfil de una hermana, con su vestido negro. Este recuerdo la hizo sonreir por segunda vez...

Ana Dea se despertó, lánguida, pero casi alegre. Las horas fueron lentas para ella; sin tener nada que hacer, é incapaz de entregarse á un trabajo cualquiera, vagaba por la casa, atraída siempre como por un encanto hacia el lecho, sobre el cual apoyaba su frente pensativa

En un rincón vió de pronto la carabina del fugitivo, cogióla y la examinó como persona experta.

Después descargó los cañones, y esforzóse para borrar de ellos algunos puntos de orín que deshonraban el arma; volvió á cargarla con pólvora fresca de la que tenía su padre, descubrió las chimeneas y renovó los pistones.

El sol declinó por fin lentamente para ir á extinguirse en la capa húmeda del Mediterráneo, y detrás de él la noche victoriosa tendió los crespones impalpables del crepúsculo sobre el luto del día, que había desaparecido entre fulgores de color rojizo.

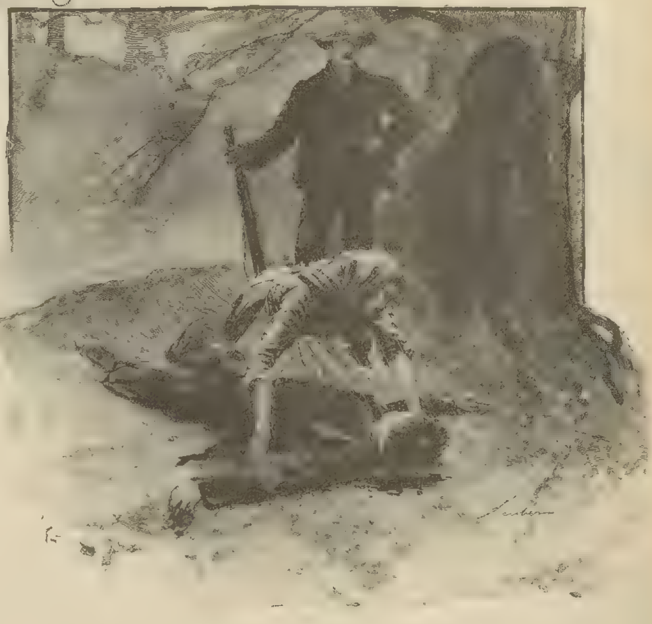
La pálida estrella del pastor pareció animarse y adquirir mayores dimensiones á medida que el azul del firmamento comenzaba á ser más sombrío... Con la carabina debajo del mantón y una cesta de provisiones en el brazo, Ana Dea se dirigió al punto de la cita. Avanzaba de prisa, como si la hubiesen llamado para una diligencia urgente, cortando de través la espesura de arbustos cargados de rojas bayas, de mirtos olorosos y de verdes lentiscos.

Muy pronto se divisó la encina, que se agrandaba cada vez más, y Ana redobló el paso.

La noche había cerrado del todo cuando la joven llegó á la cima de la cuesta: en el risueño horizonte veíase ya la luna entre su cortejo de estrellas. Una sombra se irguió de repente delante de Ana Dea, ofreciéndole las manos, y la joven abandonó en ellas las suyas. Sintió que se estremecían bajo la presión firme del hombre, y se tranquilizó, como la yegua bajo la ruda caricia de su amo.

El bandido la hizo sentar suavemente sobre el musgo, y se recostó á su lado, conservando una mano entre los dedos, mientras que con un brazo sostenía su talle. Ana Dea se abandonó, como perdida en un sueño.

Los dos guardaban silencio, prolongándose así el encanto de su éxtasis; pero la sangre del joven se enardecía, y de pronto, inclinándose hacia la mujer amada depositó un beso en su frente.



Ana cogió las manos del cadáver, levantó su cabeza y palpó su corazón

La joven dejó escapar un ligero grito é irguióse con los brazos extendidos, desviando de sí al amante embriagado por el filtro que acababa de probar. Aturdida, sin palabra, retrocedía ante su perseguidor; pero tropezó, y apoyóse en el tronco de la encina. Entonces, la altiva y enérgica doncella tuvo un desvanecimiento, sus piernas flaquearon, y dejóse caer en tierra.

Pero en seguida se puso en pie, y dijo con solemne gravedad:

–¿Eres tú hombre capaz de atentar contra el honor de la que te ama?

El proscrito cayó de rodillas.

– Soy tuyo, contestó; dispón de mí.

– Yo creía, repuso Ana Dea, exhalando un suspiro, que mi corazón había muerto para el amor; mas ahora late junto al tuyo. ¡Ay de mí! No puedo pertenecerte, porque ya he dispuesto de mi vida...

Ana le reveló entonces el compromiso que tenía con Orlando; y el joven, después de escuchar atentamente, profirió una exclamación de triunfo.

– ¡Nos hemos salvado!, dijo. ¿Cómo se llama tu enemigo?.. Yo te vengaré, dándole muerte; te lo juro; y entonces podrás ser mía sin faltar á tu palabra.

– ¡Ah, exclamó Ana, eres todo un hombre!

Y cogiendo entre sus manos la cabeza del bandido, le besó amorosamente. . . . .

Cuando se separaron, después de haberse hecho mil protestas amorosas, el bandido gritó á Ana Dea, que se alejaba:

– ¡Dime cómo se llama el hombre!..

– ¡Ah!, exclamó Ana. ¿Quién eres tú para haberme hecho olvidar mi odio? ¿Qué pasión es la tuya, que me revela que yo no había amado aún? Soy ahora tan feliz, que perdono al hombre.

– ¿Y tu juramento? ¿Y el mío?

– ¡Oh!, murmuró Ana Dea con expresión de terror, he faltado, y tú eres quien debe reparar el mal, para que Dios nos perdone. El matador es natural de Sartene, y se llama José Lovinchi.

Al oir este nombre, el bandido vaciló; pero reponiéndose en el mismo instante, repuso:

– Cumpliré mi palabra, Ana Dea.

Y contempló á la joven mientras se alejaba, mirándola como si quisiese incrustar su imagen en sus ojos.

Cuando se dejó de oir el rumor de sus pasos, el joven cayó de rodillas, murmurando:

– ¡Era la futura de ese Rosoli! ¡Desgraciados de nosotros, le he prometido mi muerte!

X

– Prima mía, dijo Orlando al entrar en la casa de Ana Dea, Guido Arrigo está vengado, y ese asesino ha dejado de existir.

– ¿Quién le ha dado muerte?, preguntó la joven.

– ¡Yo!

Ana agitó los brazos y cayó en el suelo sin sentido; Orlando corrió hacia ella, levantóla y la condujo á su lecho. Mientras que, ayudado del padre Ponsevero le prodigaba sus cuidados, dijo al anciano:

– Esto será efecto de la alegría.

Ana oyó estas palabras al recobrar los sentidos.

– Sí, la alegría, dijo. Tienes mi palabra, Orlando; pero antes de darte mi mano quiero saberlo todo.

– Pues helo aquí, contestó orgullosamente Rhineti. ¿Creerás tú que ese Lovinchi ha osado venir á rondar por estos alrededores? Le han visto los mismos gendarmes de Levie, que le persiguieron hasta el territorio de Quenza, conducidos por el capitán Belhounne, un francés; pero se escapó; se necesita un corso para coger á un corso. Yo estaba ayer en Levie, en el café, cuando un gendarme refirió la aventura; acerquéme á él y le interrogué. Era Mariani, un hijo de Zicavo. Cuando supo que entre nosotros había *vendetta*, quiso hablarme á solas, y me dijo: «Tenemos orden de prender á ese hombre vivo ó muerto. Al buen entendedor con media palabra basta.»

– ¿Qué más?, preguntó Ana con angustia.

– Volvía yo por la montaña esta noche pasada, continuó Orlando, cuando al acercarme á la encina grande que se eleva en la altura, dominando el pueblo, divisé una sombra que al parecer trataba de ocultarse: «¡Eh, Lovinchi!,» grité al punto. El hombre se volvió bruscamente; yo no podía dudar, y como ya tenía el arma preparada, disparé mis dos tiros. Lovinchi cayó entonces, soltando su carabina, que rodó á pocos pasos; mas temiendo un ardid, no me acerqué sin desenvainar el puñal. Lovinchi vivía aún, y me preguntó: «¿Quién eres? Dímelo antes de rematarme.» – Soy, dije, Orlando Rhineti, primo de Guido Arrigo Rosoli. «Pues dirás que he cumplido mi juramento, y que José Lovinchi ha muerto en. .» El estertor de la muerte le impidió concluir...

Ana Dea, que acababa de levantarse con el rostro desencajado interrumpió á su primo:

– ¡Quiero verle; condúceme adonde está!

– Pues vamos pronto.

No tardaron en llegar á la encina.

Tendido, con el pecho agujereado por dos balazos, los ojos muy abiertos y fijos en el cielo azul, el amante parecía esperar á su adorada en el lecho nupcial con los brazos extendidos para estrecharla por última vez.

Rígida por su dolor, Ana cogió las manos del cadáver, levantó su cabeza y palpó su corazón.

– ¡Oh! Está bien muerto, dijo Orlando.

Ana desvió la vista de su fatal vengador, y como viera el puñal de José que asomaba por la abertura de la casaca, cogióle y le ocultó en su corsé.

– Déjame, dijo después á Orlando.

Cuando estuvo sola, Ana Dea se inclinó otra vez sobre la cabeza del muerto, levantóla entre sus manos, la acercó á la suya, y depositó en sus labios inertes el último beso de amor.

Después sacó el puñal de su corsé desabrochado, descubrió su garganta y blandió el arma... Pero de pronto se detuvo, guardóla otra vez en su seno, y murmuró:

– ¡Aún no es hora!

XI

Luciendo el blanco traje de las desposadas, Ana Dea penetró en la habitación nupcial cogida del brazo de Orlando. Embriagado de amor el joven, quiso estrecharla entre sus brazos; pero ella le detuvo.

Inquieto al ver la trágica expresión de su fisonomía, Orlando dirigió la palabra á su esposa.

– ¿Qué tienes, adorada mía?, preguntóle. Ya estamos solos; ha llegado por fin la hora tan esperada, la hora de la recompensa á tu vengador.

– ¡Te odio!, murmuró Ana Dea.

– ¡Estás loca!

– ¡Sí, te odio porque has matado á mi amante, á mi único esposo! Sábelo ahora; sin conocer su nombre, he amado á tu víctima que me amaba á mí también. Nuestro pabellón nupcial ha sido la encina que tu mano ha convertido en un dosel fúnebre. Te odio, porque le amaba, porque le amo aún demasiado para ser tuya y lo bastante para ir á reunirme con él.

Al pronunciar estas palabras, rasgó su vestido con rápido movimiento, dejando ver entre las blancuras vivientes del seno el acero brillante de un puñal.

– Esta arma es la suya, Orlando, dijo la joven, profiriendo una carcajada estridente, ven á tomarla.

La hoja del puñal brilló en el aire, y Ana Dea cayó en tierra, envuelta en sus blancos velos y con la sonrisa en los labios, mientras que en su seno se veía una mancha sangrienta.

Y como fuera de sí, Orlando cayó de rodillas junto á la joven, murmurando:

– ¡Los dos hemos cumplido nuestra palabra!

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL

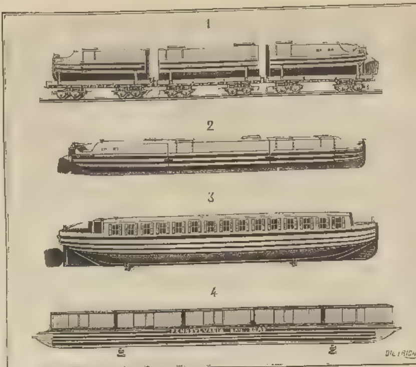
VÍAS FÉRREAS Y VÍAS ACUÁTICAS

Mucho se ha hablado de la competencia de las vías férreas y acuáticas sin tener en cuenta que unas y otras tienen su misión especial: así lo ha comprendido Alemania, en cuyos puertos de navegación interior hay instaladas vías férreas que permiten a los vagones acercarse á los barcos, con lo cual salen ganando los ferrocarriles, la navegación, los industriales y el público.

Pero en los Estados Unidos se ha ido más allá, haciendo que los canales y los lagos sean prolongación de las vías férreas y viceversa, asegurando por consiguiente el tránsito de mercancías sin necesidad de descargarlas. Verifícase esto por medio de embarcaciones llamadas *ferry-boats*.

Se ha hablado mucho de los *ferry-boats*, que desempeñan el papel de barcas ordinarias, sustituyendo á los puentes allí donde éstos serían imposibles, y por lo tanto nada diremos de ellos. Pero actualmente el uso de estas embarcaciones es corriente para servir de prolongación de una vía férrea al través de una vasta superficie de agua, permitiendo de este modo que se enlace artificialmente con otra vía férrea que va á parar al otro extremo de aquella superficie. Los ejemplos de esto son numerosos, por lo que sólo citaremos algunos. La *New York Philadelphia and Norfolk Railroad* ha tenido durante diez años un servicio de *ferry-boats* entre el cabo Charles y Norfolk (Virginia) en una distancia de 46 kilómetros. El *Toledo Ann Harbour and Northern Michigan Railroad* posee un servicio análogo entre Kewannee (Wisconsin) y Frankfort (Michigan) en una distancia de 109 kilómetros.

La Compañía *Pennsylvania Railroad* ha encontrado un sistema original, ó mejor dicho, dos sistemas sucesivos para asegurar el transporte sin trasbordo de las mercancías embarcadas en las chalanas. La figura 1 de nuestro grabado da fácil idea de la economía de este procedimiento, empleado desde el año 1843, época en que había un considerable movimiento de mercancías entre Filadelfia y Johnstown y Pittsburgo. Pero entre estos puntos se alza una cordillera divisoria de aguas bastante importante, en la cual terminaban las vías navegables de cada vertiente. En este caso hay siempre el recurso de establecer un canal divisorio cuando hay agua para la alimentación; pero se había recurrido simplemente á un *portage*, como decían los canadenses franceses, es decir, á una vía de comunicación terrestre por donde pasaban las mercancías.



Material flotante y rodado de la *Pennsylvania Railroad Company*. 1. Chalana descompuesta en trucks. – 2. Chalana montada. 3. Chalana para emigrantes. – 4. Vagones sobre una chalana.

En el verdadero *portage*, palabra que la lengua inglesa ha conservado invariable, hay descarga; sin embargo la compañía del *Pennsylvania Railroad*, que explotaba las líneas de navegación de aquella región, había instalado un *portage-railroad*, es decir, un «ferrocarril de portage» que formaba como un doble plano inclinado; pero cada chalana no era cargada entera sobre un vagón, sino que se dividía en tres secciones unidas, cuando la embarcación estaba en el agua, por medio de herrajes especiales.

La figura 1 representa una chalana así descompuesta, cargada en tres trucks y dispuesta para atravesar la cordillera divisoria de aguas. En la figura 2 los tres segmentos están reunidos.

La misma compañía poseía también cuando le eran de utilidad chalanas para emigrantes, una de las cuales reproduce la figura 3.

Aunque estas embarcaciones no sirven actualmente, según creemos, el sistema puede prestar servicios en ocasiones análogas.

La propia compañía *Pennsylvania Railroad* nos presenta otro ejemplo curioso de aparato que permite á los vehículos de una vía férrea pasar por una vía acuática: en efecto, tiene en el Hudson una verdadera flota de chalanas como la que representa la fig. 4, que transportan los mayores vagones de mercancías desde la estación terminus del ferrocarril á Jersey City hasta el depósito situado en Nueva York.

Todas estas cuestiones son sumamente interesantes, sobre todo en el momento en que en Siberia especialmente se prepara una gran vía de comunicación, cuyas secciones de vía férrea alternarán con las secciones de vía acuática.

(De *La Nature*) DANIEL BELLET

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 20 de mayo de 1895 — Núm. 699

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL GRAN INQUISIDOR,

copia del cuadro de Enrique Serra (reproducción autotípica)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los suscriptores de la «Biblioteca Universal» el segundo de los tomos correspondientes al presente año. Lo forma la preciosa novela de Héctor Malot *En familia*, obra que ha sido premiada por la Academia Francesa y que además del interés que despierta su lectura y de sus bellezas literarias, tiene la cualidad de ser intachable desde el punto de vista moral.

SUMARIO

CRÓNICA DE ARTE

Requiriera ya la pluma y las cuartillas para comenzar esta crónica, cuando un querido amigo mío, discreto si los hay, frío y reflexivo, aficionado á estas cosas del arte y mi consejero en más de dos ocasiones en que como en la presente debo cumplir el deber de relatar á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA lo que de importancia ocurra en el campo artístico durante el tiempo que media entre *crónica* y *crónica*, interrumpió el hilo de mis ideas, diciéndome:

– Creo que tus lectores te agradecerán mucho más que el relato de los acontecimientos artísticos ocurridos en esta última quincena, acontecimientos que, bien mirados y remirados, quedan reducidos á la elección de los jueces que habrán de fallar acerca del mérito de las obras destinadas á exhibirse en el palacio del Hipódromo; te agradecerán, repito, que les digas algo de esas tendencias, escuelas ó como quieras llamar á las evoluciones, así plásticas como sujetivas, que inspiran al presente á los pintores y escultores españoles. Pues me figuro que en tus revistas críticas de la próxima Exposición hablarás, como de pan comido, de todas esas tendencias; y pudiera ocurrir que no todos cuantos te lean estén al cabo de la calle, cosa (aquí para *inter nos*) que no tiene nada de particular, pues se me ha metido en la cabeza que tampoco nosotros estamos muy convencidos de la razón é importancia de todos esos problemas artístico-filosófico-místico-sociales y qué sé yo cuantas cosas más, inspiradores de las obras de arte al presente ya colgadas en los muros de dicho palacio.

Calló mi amigo y me quedé pensando en lo que acababa de decirme. Lealmente confieso como no se me había ocurrido lo de escribir, á guisa de prólogo de los estudios críticos que habré de dedicar á la próxima Exposición nacional de Bellas Artes, cosa tan necesaria para establecer desde luego una inteligencia más ó menos clara entre mis lectores y yo. Comprendí á los pocos instantes de meditación las dificultades con que debía luchar para exponer, de un modo medianamente comprensible, mi criterio en asunto de tanta monta, y así lo declaré á mi amigo.

– ¿Difícil? Sí, es difícil poder bucear en ese océano de ideas tan diversas y encontradas; pero de algo ha de servir á los que escribís y habláis á diario de estas cosas de arte vuestro criterio; por lo menos el que tú tengas y expongas será una opinión más.

– *Ecco il problema;* porque me sucede lo que á los famosos doctores del *Rey que rabió:* después de estudiar las opiniones de todas las autoridades en la materia, me encuentro con que puede estar rabioso el perro *ó puede no lo estar*. Es decir, que puede ser – pongo por caso – un disparate la tendencia místico-idealista, ahora en auge, ó puede ser el principio de una reacción necesaria para que lleguemos á entendernos.

– Discurramos con calma, interrumpió mi amigo. Principiemos por el principio. Vamos á ver: ¿Cuál es el fin que persigue el arte? Dirás que el de expresar y hacer sentir la belleza; verdad que de puro sabida es una perogrullada; mas, á pesar de esto, no sabemos que sea otro el fin que se propone el arte. Prosigamos filosofando. La belleza en sus dos aspectos, el objetivo y el sujetivo, ¿la entendemos hoy como la entendieron los neo-clásicos del siglo pasado y de los comienzos del actual? Enseña Taine, y en este punto creo en su enseñanza, que no siendo el arte una manifestación de la inteligencia humana, aislada de todas las demás, adquiere con las evoluciones y aspiraciones sociales formas de expresión adecuadas. ¿Cuáles son las evoluciones, cuáles las aspiraciones, cuáles los derroteros que la actual sociedad realiza, desea y sigue? He aquí el nudo de la cuestión que nos ata de modo que está casi á punto de ahogarnos. Estudiemos lo más someramente posible las distintas procedencias de los lazos que forman ese nudo que á tal aprieto nos ha traído, á ver si por el hilo sacamos el ovillo.

– ¡Dios nos tenga de su mano! Pero tú, exclamé, ¿pretendes reseñar en un artículo la enorme suma de concausas de todas naturalezas que ha producido el desbarajuste que existe en el campo de las ideas estéticas?

– Nada de eso; lo que voy á decirte es puramente histórico, y no atañe sino á las manifestaciones artísticas *realizadas;* después haremos deducciones.

«Cosa sabida es de todo el mundo que de la lucha de románticos y clásicos se vino á un eclecticismo, especie de amigable componedor que impuso durante algún tiempo leyes, acatadas más ó menos religiosamente, pero acatadas al fin por los dos bandos. El eclecticismo era un compuesto de los respetos de los neo-clásicos al ideal plástico del arte pagano y de los atrevimientos impresionistas de la paleta realista de los románticos. Mas la parsimonia que exigía la estética clásica para la traza de la figura y las condiciones psíquicas que debían regir al artista para interpretar ó sentir la forma, como la interpretaran ó sintieran los artistas coetáneos de Pericles y aun de Filipo, no pudieron seguir imperando por las diferencias de raza, de ambiente social, por razón de la absoluta diferencia de tiempos, gentes y cultura y por otras tantas razones más, y hubo que buscar un nuevo arquetipo; y ese arquetipo no se podía buscar sino en la mujer con corsé y en el hombre con pantalones y frac. Ya puesto en rumbo, marchó el gusto por el camino del realismo hasta dar de bruces en el naturalismo. Claro es que á esta marcha de frente hacia la interpretación de la naturaleza, mejor dicho, hasta llegar á convertir el pincel y el cincel en simple copiador de lo agradable y de lo repulsivo, como puede hacerlo la máquina fotográfica, contribuyó de un modo eficacísimo el determinismo científico, ayudado por el fatalismo filosófico; pero esto no es para tratado ahora.

»Es innecesario decir que el color marchó paralelamente con la forma. De la luz suave y tranquila del «estudio» pasa la paleta á pintar al aire libre, con ciertas reservas primero, más tarde empeñándose en copiar los más violentos contrastes de la luz de sol, guiándole únicamente el deseo de producir en la retina el mismo efecto que la realidad. Pues bien: al llegar á este punto nos encontramos con que enfrascados los artistas en el empeño de ser *sinceros* como reza el «argot» del arte, echaban mano de cuanto más á propósito les parecía para hacer gala de brillanteces de color, y caímos (hablo aquí en España) sobre los casacones de nuestros abuelos, y sobre los jaiques y los tapices morunos, y sobre las trusas y las ropillas de las gentes de los siglos XV y XVI como las moscas sobre un panal de miel. Pero todavía no habíamos pensado en que la pintura de «Historia» era convencional. A llamarnos la atención respecto de este particular vinieron juntamente con los «impresionistas» y los «servilistas» (por lo que se refiere á la copia minuciosa del objeto) la teoría de la escuela naturalista literaria (el manoseado *documento humano*) y el movimiento social de las clases obreras, amén de otras ideas, así filosóficas como científicas. Pasamos, pues, como recordarás, de los cuadros donde reyes y caballeros de otros siglos figuraban, á pintar labriegos y marineros y escenas de la vida urbana; y aun descendiendo á los grados inferiores del arte pictórico, el paisaje y la marina vinieron á sustituir en gran parte á aquellos cuadritos de género y costumbres que tan maravillosamente pintaron y pintan artistas como Zamacois, Rui-Pérez, Aranda (don José), Garrido y Román Ribera.

»Cuando más á gusto marchábamos pintando el *documento humano* cogido al acaso, en la calle, en el café, en el muelle del puerto ó allá en la aldea en compañía de las vacas; cuando todos nuestros esfuerzos se dirigían á pintar chopos y peñascos, puestas y ortos del sol, toreros y chulas, señoritas y «demimondaines,» gañanes y mozas de cántaro; cuando creíamos sinceramente, unos que la nota recogida en un decir Jesús, ya fuese esta nota la abigarrada de una romería, ya la uniforme de las multitudes urbanas, ya la de la coloración de una puesta de sol; etc., otros que la fidelísima copia del modelo fuese el que quisiera, y la reproducción de las más vulgares escenas de la vida social, nos llevaba de cabeza á la inmortalidad, amén de lo de haber *descubierto* el realismo y el naturalismo, comienzan á soplar aires de fronda que por venir del Norte de Europa helaron nuestros entusiasmos, aun cuando ya debíamos de haber observado lo «frío» de la indiferencia con que las gentes todas comenzaban á mirar los dichos rumbos artísticos. Como es costumbre en nosotros, volvimos los ojos á Francia y los clavamos en París con el fin de orientarnos. Pero en París estaban (y siguen estando) á la misma altura que nosotros; es decir, peor que nosotros, porque no sabiendo á qué santo encomendarse, así pretendían marchar por los trigos del bucolismo, ya por los antiguos y trillados campos de la pintura histórica, bien por los derroteros del naturalismo, ora por los del neo misticismo, bien por los del simbolismo, como trataban de inventar una nueva escuela que por broma sin duda diósele en llamar *decadentista*.

»Hasta aquí no he venido haciendo más que un ligerísimo y por lo tanto deficiente estudio de las principales evoluciones, tendencias ó como quieras llamar á todas esas manifestaciones del arte contemporáneo; tócale ahora el turno al arte del actual «momento histórico,» en que vamos á estudiar una Exposición de Pintura y Escultura, á la cual concurre la gente nueva y la ya conocida de nuestra patria. ¿Cuál es, en medio de la confusión que, como acabo de decir, reina en el campo de las ideas estéticas y de sus manifestaciones plásticas, la tendencia, la escuela, la evolución ó lo que sea, que más prosélitos parece tener? *Ecco il problema*, como tú has dicho. Si por la importancia del número y de la magnitud de los lienzos juzgamos, es indudable que el misticismo idealista gana la partida; pero frente á esta reacción aparece más ó menos disfrazada otra tendencia, la socialista; y por cierto que no son mancos los artistas que defienden la tal tendencia. ¿No hay más ideales en discordia? Hay otro más, el bucolismo (dispensa lo galo de la palabreja). Esto por lo que se refiere á los motivos inspiradores, á la idea; en cuanto á la plástica, ya es más difícil la orientación en el océano de cuadros que anega las salas del Palacio del Hipódromo; sin embargo, observo que el impresionismo (y van dos) tiene número grande de devotos, especialmente entre paisajistas y marinistas; repara que digo *especialmente*, pues también entre los artistas de los demás géneros pictóricos cuenta con bastantes adeptos. Con los impresionistas han venido los «servilistas,» en mucho menor número. ¿Existe unidad de criterio en la interpretación de esas maneras? Sí, casi en absoluto puedes afirmarlo. El *toque*, la *factura*, hasta el modo de poner la pincelada es en todos ó casi todos los pintores una misma cosa; en lo que no están conformes es en *sentir* el color; no parece sino que se han puesto de acuerdo para desentonar. ¿Cuál es el fin que por lo visto persigue el arte actualmente, así en lo sujetivo como en lo objetivo? Pregunta esto cuando hagas tus estudios críticos; pero ten en cuenta que tú debes saberlo ó por lo menos adivinarlo, si es que no crees en que la finalidad del arte, ayer, hoy y siempre es la belleza.

»Y no olvides la escultura. También de las equivocadas tendencias de la escultura puede y debe decirse mucho. La escultura tiende á invadir el campo de la pintura, al preocuparse más de la manera que de la línea; al buscar con afán pernicioso el asunto vulgar, los retorcimientos de la forma y los motivos psicológicos, inexpresables por el medio plástico del modelado con barro. También nuestros escultores van cayendo en la trampa de los impresionistas.

»He aquí lo que debes decir en ese artículo. Es menester que pongas en autos á tus lectores; pues si no, corres el riesgo de que no te entiendan. Claro está que con lo dicho no puede nadie hacerse cargo de las tendencias reinantes, ni adivinar adónde vamos á ir á parar; pero ni tú ni yo ni nadie creo que, á estas alturas, sepan tampoco adónde vamos. Cierto que tú tendrás tu modo especial de juzgar este maremágnum; pues bien, ese criterio tuyo, personal, así como las razones en que te apoyes para tenerlo, debes explanarlo en los próximos artículos, para que partiendo de él, puedan apreciar los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el valor de la obra expuesta en el Palacio del Hipódromo.»

Calló mi amigo; y como me pareciesen aceptables su consejo y sus observaciones, cogí la pluma y trasladé á las cuartillas su discurso.

Tal y como él lo pronunció, aquí lo dejo estampado; declinando en mi dicho amigo la responsabilidad que caberme pueda por no haber escrito una *crónica*.

R. BALSA DE LA VEGA

Valeriano D. Bécquer.



[illegible] la comida, cuadro de Valeriano Domínguez Bécquer



SEMBLANZA

Duélese el alma de verse encerrada en la cárcel del cuerpo, cuyos ojos no ven más allá de lo que le representa el mundo sensible. Y el alma del artista, con sus ansias y aspiraciones á lo infinito, se acongoja doblemente dentro de la humana máquina, que no responde sino de un modo desmayado y limitadísimo á aquellos impulsos, presentimientos y abstracciones.

Y sucede, en este combate interno y eterno, entre el espíritu que ansía por volar y acercarse á lo absoluto, y la materia que tiende á arrastrarse en busca de lo limitado, de lo tangible y comprensible para los sentidos, que á un tiempo se quebrantan las fuerzas del alma y del cuerpo, concluyendo éste por rendirse á las sacudidas interiores y mirar á la tierra con triste y amoroso deseo de reposo, y aquélla por encogerse y esperar en lo más recóndito, escuchando la voz de lo alto que, como á Edipo, le grita: *¡Cuánto tardas! ¡Ven!*, el momento en que la materia se rompa, para ir en un solo empuje de sus alas á la mansión de la eterna verdad.

Por eso hay muertos que viven. Por eso los hermanos Bécquer, el gran poeta y el tan olvidado como insigne pintor de costumbres, vagaban en los últimos años de su existencia por aquellas soledades de Veruela, y por las calles de ciudades que, como Toledo, Segovia, Soria, Ávila, con sus ruinas y sus reliquias históricas y sepulcral silencio, no incitando á la materia con sensaciones externas de fuerza positiva alguna, daban á las almas de los dos soñadores hermanos espacio grande en que girar, en donde moverse y remontarse hacia aquellos mundos del sentimiento, en los cuales ansiaban vivir. Por eso, el cuerpo, frágil al fin, hubo de ceder á tales extremos amorosos, y roto, primero el de Valeriano, nueve ó diez meses después el de Gustavo, abrir paso á las almas. La enfermedad que á los dos llevó á la tumba, ¿para qué saberla?; Gustavo la dijo en una sola palabra; he aquí cómo:

Había muerto Valeriano, hacía pocos días; Gustavo marchaba por la Puerta del Sol pausadamente, mirando sin ver, en espera del momento en que debía reunirse con su hermano. A arrancarle de su soledad, en medio de tanta gente como por allí transita, fué una voz conocida. El poeta volvió el rostro y estrechó la mano de un amigo cariñoso, á quien no veía desde algún tiempo. Ramón Correa, el autor de *Rosas y Perros*, que éste era el amigo, con voz temblorosa por la emoción y mirando la exangüe y triste cara de Gustavo, «¡Pobre Valeriano! – dijo. – ¿De qué ha muerto?» Gustavo siguió andando y sin mirar á Correa, exclamó: «¡De muerte!»

***

Por todas las anécdotas que de Valeriano puedan contarse, vale lo que voy á relatar; relato que seguramente, hasta ahora, no habrá sido hecho por nadie. Una feliz casualidad me hizo conocer al modelo que sirvió al insigne pintor para que trazara la magistral y típica figura del *Sastre de aldea*, que publicaron varias *Ilustraciones* y periódicos ilustrados. A dicho *modelo* debo, pues, la honra de escribir esta página, sencilla y terrible á la par, de la vida íntima de Valeriano Bécquer.

Pocos serán los que sepan que el artista era casado; pero muchos los que no ignoran las aficiones artísticas y literarias de ambos hermanos Bécquer. Románticos, pero dentro de la realidad, tenían un cariño inmenso á Shakespeare, en quien se reunen las condiciones de una fantasía ardiente, de un romanticismo sublime y de una observación profunda de la sociedad y del corazón humano. Así, las figuras de los grandes dramas del inmortal inglés eran para los dos artistas tipos de carne y hueso, que pertenecían á aquel mundo de sus ensueños, donde las grandes pasiones y los efectos más elevados y puros se amalgamaban para dar plasticidad á hombres, mujeres y cosas. Y de las creaciones de Shakespeare los ídolos de Gustavo y Valeriano eran Ofelia y Hámlet.

Ciertamente que las gentes supersticiosas, de ocurrirles lo que á ambos hermanos, por sus cariños al príncipe de Dinamarca y á la hija del Chambelán del rey, desde luego hubiesen tenido por fatales los citados cariños. Y digo esto, porque bien sabida es la causa por la cual Gustavo dejó de ser empleado en el ministerio de Hacienda. Hallábase una tarde dibujando (Gustavo dibujaba muy bien) una escena del *Hámlet*, y al mismo tiempo, sin levantar la cabeza, iba diciendo á sus compañeros de oficina: «Este es Hámlet; esta es Ofelia, que le escucha llena de amargura; estos que están aquí, detrás de la cortina...» ¡Reparó que todos sus compañeros habían cogido las plumas respectivas y trabajaban muy atareados, y cuando les iba á preguntar la causa de tan repentina labor, escuchó una voz grave y severa, que á sus espaldas decía: «Aquí sobra uno.» El poeta dibujante se vuelve, ve al director general del departamento, y cogiendo el sombrero termina la frase de su jefe, diciendo: «Y este que sobra, se larga ahora mismo á la calle.»

El susodicho jefe escuchó del ministro las más agrias censuras.

– ¿No sabe usted distinguir de colores, señor director?

Pues bien: á Valeriano, la fatalidad de su temperamento le causó una honda y amarga pena. Una tarde, no sé dónde, ve pasar delante de él una belleza del «Norte.» Sintió el pintor emoción intensa al mirar los rubios cabellos de aquella joven, finos, blondos, deshaciéndose en suaves rizos sobre el terciopelo negro del abrigo que cubría los hombros juveniles. Avanzó, miró al rostro de la desconocida; era una niña de diez y ocho años, blanca, de ojos azules como el cielo de Escocia en mañana de estío, cuando las nieblas, rasgándose en largos girones, van á replegarse en las cumbres de las montañas de la verde Erín, y dejan que el sol abrillante el espacio y la límpida y fresca atmósfera. El pobre Bécquer creía mirar á Ofelia.

Gustavo tenía gran fe en su hermano, y tuvo ansia de conocer á la que así evocaba en la mente del pintor y de modo tan vivo la soñada é impalpable figura de la amante de Hámlet. La vió. «Verdaderamente es una *aproximación* grandísima,» dijo á Valeriano.

Y Valeriano, atraído por aquella hija de la tierra romántica por excelencia, figura delicada y vagorosa como la que viera el caballero de Snowdon guiando ligero esquife en escondido lago, vivía en fiebre continua esperando el momento de verla. Por fin pudo hablarla, logró enamorarla. A la hija del Norte debió parecerle el artista hombre digno de ella, y le amó también.

– ¿Te casas?, interroga Gustavo á Valeriano.

– Sí.

– ¡Adiós ilusión! Ofelia muere ahogada. Más te valiera que te contentases con quererla. ¿Sabes tú lo que hay detrás del azul del espacio?

– ¿Qué me importa eso?

– Un infinito; lo insondable. El color azul oculta lo que no puede medir la vista humana.

Y diciendo esto, Gustavo dió la espalda á su hermano, pensando quizá en que también los *ojos verdes*, como las aguas del mar, ocultan un abismo.

Se casó el pintor. Poco tiempo después marchaban Gustavo y Valeriano á Toledo. Allí estuvieron largo tiempo. Valeriano fué á las montañas de Soria y de Navarra; la Naturaleza le consolaba de honda tristeza; la vista de las costumbres sencillas de los habitantes de aquellos ignorados lugares le inspiraba sus más preciosos cuadritos.

Una tarde, hallábase en Sevilla, recostado en el quicio de la puerta de un comercio, hablando con varios conocidos. De pronto los ojos del pintor adquirieron un brillo extraordinario, y con la vista fija en una mujer rubia que avanzaba por la calle, en dirección del sitio donde él estaba, fué siguiéndola. Cuando aquella mujer hubo traspuesto de Valeriano un poco, éste respondiendo á algo íntimo, «¡No era Ofelia!,» murmuró.

***

Un suceso cómico les acaeció en Toledo á ambos hermanos.

Paseaban una noche á la luz de la luna por las tortuosas y empinadas calles de la imperial ciudad, contemplando por centésima vez las altas y esbeltas agujas de la catedral; cómo brillaba, cual si fuese de plata, la afiligranada torre de aquel templo que tantos hechos históricos presenció, que á tantos ilustres próceres y magnates sirve de panteón, que tantos años y quizá siglos seguirá recordando todavía á las generaciones que se sucedan; cómo España llenara el mundo con su poder, y cómo esa misma España, rueda al cabo de tan alto á la obscura sima de la más grande de las decadencias siglo y medio más tarde. Paseaban, digo, Valeriano y Gustavo, parándose, ora delante de San Juan de los Reyes, para discutir acerca de la belleza de aquel monumento del ojival florido; ora delante de la adusta y colosal mole del alcázar, cuya sombra se proyectaba sobre una parte de la ciudad agrupada á sus pies; ora en escondida plazoleta, donde un farol con su lucecilla de

aceite apenas iluminaba la angustiada y sangrienta faz de un Cristo, adosado á la pared de un convento de monjas, quienes en aquel instante, la media noche, hacían sonar la esquila, cuya voz aguda, repercutiendo en las revueltas callejas vecinas, solitarias y sumidas en medrosas tinieblas, parecía el lamento del alma de cualquiera de aquellos nobles muslimes que por divina permisión volvía á la ciudad querida, entonces tan poderosa, hoy tan triste, á llorar grandezas pasadas, cuando ambos hermanos notaron que, escondido en la sombra, alguien les seguía.

Eran aquellos días días de políticos trastornos; mas como quiera que ellos nada tenían que ver con Narváez ni con los progresistas, se encogieron de hombros, y volviendo á sus interrumpidas discusiones artísticas y arqueológicas, continuaron su paseo por la ciudad. Pero cátate que cuando estaban más enfrascados mirando á un edificio y censurando algo que la falta de celo de las autoridades había hecho digno de sus censuras, la sombra perseguidora avanza, y poniéndole la mano en el hombro á Valeriano,

– ¡Alto!, dijo. En nombre del gobernador, dense ustedes presos. He oído lo que ustedes decían de la autoridad, y por conspiradores vengan ustedes detenidos al gobierno civil.

– Pero hombre, exclamó uno de los hermanos. Usted debe estar soñando ¡Qué conspiradores ni qué niño muerto!

– En nombre de la ley, digo y mando que vengan ustedes conmigo, repitió muy alterado y muy tosco, como tienen por costumbre esas gentes. Y no traten de escapar, porque ya he tomado mis medidas oportunas.

Miráronse Gustavo y Valeriano, y este último contestó:

– ¡Bueno, hombre, bueno! Vamos andando.

En efecto; el celoso polizonte, después de dejar confiados los conspiradores á dos de sus subalternos, entra en el despacho del gobernador de la provincia y le dice que acababa de detener á los sujetos cuya captura le interesara aquella tarde; añadiendo que eran los mismos cuyas señas telegrafiara el ministro de la gobernación, además de que él les había oído *todo*.

El señor gobernador se echa apresuradamente de la cama, y manda que lleven á su presencia á los detenidos. ¡De «aquella» sí que se zampaba en un gobierno civil de primera clase!

Entran los hermanos, y lo primero que hizo Valeriano fué ponerse á mirar al techo, donde se veían algunos arabescos; y dándole un golpecito á Gustavo, le señaló lo que le llamaba la atención, sin pararla en que la primera autoridad de la provincia les miraba de hito en hito.

– ¿Cómo se llama usted?, – interroga el gobernador á Valeriano.

– Valeriano Bécquer.

Hizo un gesto el gobernador y prosiguió.

– Su oficio ¿cuál es?

– Pintor.

– Pintor, pintor, mascullaba la suprema autoridad civil de Toledo.

– Y usted, ¿cuál es su nombre de usted?, preguntó á Gustavo.

– Gustavo Adolfo Bécquer.

El gobernador suspende el interrogatorio, y mirando fijamente á Gustavo,

– Pero, vamos á ver: ¿los hermanos Bécquer?..

– Servidores de usía, responden ambos.

– Pero ¡qué conspiradores me trae usted, animal!, increpa el gobernador á su delegado.

– Conspiradores, dice el policía sospechando que había cometido alguna barbaridad de *á folio*. Sí, señor gobernador, yo les he oído censurar á las autoridades y al gobierno, y hablar de bocinas, cañones y otras cosas de esas.

Los detenidos soltaron el trapo, dando grandes risas.

– ¡Pobre hombre! Nos ha oído hablar de arcos de bocina ó abocinados, de bóvedas de cañón, etc., ¡ahora nos explicamos las confusiones de su subalterno!

Y volvieron á reir todavía con más ganas.

Excusa decirse que el gobernador, para quien no eran desconocidos, por lo menos de oídas, los hermanos Bécquer, se apresuró á darles toda clase de explicaciones, rogándoles que las aceptasen, así como un banquete que en su honor organizó la primera autoridad gubernativa de Toledo.

***

Preguntábale á Valeriano un colega suyo por qué iba á países tan tristes y tan poco pintorescos en busca de asuntos para sus cuadros

– ¿Tristes? Tristes son todos, cuando se está triste; y pintorescos son todos también, cuando se miran con los ojos del alma.

Mirando en cierta ocasión varias acuarelas y cuadritos de Fortuny, quien ya comenzaba por entonces á imponerse al mercado artístico como firma de gran porvenir, estaban con Valeriano Bécquer varios otros pintores. Todos elogiaban al artista reusense maravillados de la factura, del color y del elegante dibujo que campeaban en aquellas obras. Bécquer no era de los que menos admiraban los prodigios hechos por Fortuny.

– ¡Vaya, señores!, exclamó uno de los que más entusiasmados estaban. Hay que confesar que este es un mozo de cuenta. Es un «pintorazo.»

– Sí, dijo Valeriano Es un «prestidigitador» maravilloso.

***

Al señalar en esta galería de biografías anedócticas un puesto á Valeriano Bécquer, La Ilustración Artística cumple con un deber de justicia. Bécquer es el primer pintor de costumbres rurales que ha tenido España; y no solamente el primero, sino uno de los artistas de gusto más delicado, de los más sinceros y de los más personales que, quieran ó no las gentes, registra la historia del arte contemporáneo.

¡Ya quisieran Millet y Courbet, para los días de fiesta, la corrección y el buen gusto del amador de Ofelia!

R. Balsa de la Vega

VENGANZA HUMANA Y JUSTICIA DIVINA

La diligencia corría por un camino lleno de baches y polvoriento en dirección al valle, donde estaba situado el pueblo punto de nuestro destino.

Al llegar á una eminencia desde la que se divisaba perfectamente el llano por el cual corría un manso río orlado de agradables arboledas que formaban marcado contraste con la aridez que nos rodeaba, mi amigo Julián, que me acompañaba en aquella excursión y era perfecto conocedor del país, me dijo designándome una hondonada á la derecha de la cuesta que empezábamos á bajar:

– Como puede usted ver, ese barranco es una cantera, hoy abandonada, en la que no ha muchos años ocurrió un dramático episodio que demuestra hasta dónde puede llegar el ruin espíritu de venganza de algunos hombres de corazón cobarde.

– Aunque supongo que será una historia triste, ruego á usted que me la cuente, y de ese modo el interés que en mí excite me hará más llevaderas las molestias de este viaje.

– Lo haré de buen grado, aunque como usted presume bien, la historia es triste.

«Como acabo de decir, hace poco tiempo habitaban en ese pueblo que desde aquí se divisa dos familias, antes amigas, pero que una mezquina cuestión de intereses, que motivó un litigio, acabó por desavenir. Sabido es lo que esta clase de cuestiones son en las poblaciones de corto vecindario, las rencillas que ocasionan, los rencores que engendran, las malas artes que inspiran, y los disgustos, la intranquilidad de todos los momentos que producen en el seno de las familias.

»El jefe de una de las dos á que me refiero, Pablo Mont, hombre avaro, de intención aviesa é hipócrita y taimado, no pudo soportar desde el primer momento que hubiera quien se opusiese á sus miras por más que la razón le acompañase, y como en toda persona de alma menguada suele suceder, el pleito que sostenía con su antiguo amigo y vecino Luis Rada, al infundirle el temor de que su capital pudiera sufrir algún sensible menoscabo, dió creciente pábulo á sus perversas intenciones. Falsedades, calumnias, amenazas, á todo apeló para salir victorioso; mas de nada le sirvieron, pues los tribunales, en primera y segunda instancia, dieron la razón á su contrincante.

»Un furor reconcentrado, obscuro, pero disimulado bajo mentida máscara de resignación, ardió en su pecho cuando se convenció de que no le quedaba más remedio que ceder, y ya sólo pensó en tomar la más completa venganza de quien, en su concepto, había sido causa de la merma de su capital. Cualquier otro hombre de corazón más entero, siquiera poco noble, habría procurado arbitrar un medio de satisfacer esa venganza directa y personalmente en aquel que causaba su ira, pero Pablo era cobarde; no se atrevió á tanto, é inspirado sin duda por el mismo demonio, adoptó el plan más inicuo que el rencor pueda sugerir á una imaginación desequilibrada, y del que la historia antigua ofrece algún ejemplo.

»Luis Rada estaba casado, y tenía una hija, preciosa niña de seis años, que era el encanto y el orgullo de sus padres. No pudiendo, ó mejor dicho, no atreviéndose Pablo á hacer sentir corporalmente todo el peso de su rencorosa saña á Luis, se le ocurrió causarle en el alma la más profunda herida que puede sentir el corazón de un padre amoroso, atentando á la vida de su hija. Para llevar adelante su malévolo plan, fingió algún tiempo estar conforme con la pérdida del pleito, reconocer la razón que asistía á su contrincante, seguir cultivando la amistad de la familia y prodigar toda clase de halagos y caricias á la tierna niña.

»Un día que juzgó oportuno para sus fines, y cuando más confiados estaban sus padres, se la llevó con engaños hacia estos solitarios sitios, y en el borde de esa cantera por la que acabamos de pasar, allí donde las malezas la ocultan á la vista de los viandantes, satisfizo con horrorosa crueldad en aquel ser inocente toda la rabia largo tiempo reconcentrada en su pecho, estrangulando despiadadamente á la infeliz criatura. Ningún testigo tuvo este crimen, y Pablo se retiró á su casa tranquilo y persuadido de su impunidad.

»La zozobra de los padres de la desdichada víctima fué grande cuando notaron su desaparición, y aunque en los pueblos es cosa frecuente que las criaturas salgan solas por los alrededores, el corazón de Luis, así como el de su esposa, les hacía temer una desgracia. Cuanto más tiempo transcurría, mayores eran su sobresalto y su alarma; el padre por un lado y la madre por otro indagaron, preguntaron, recorrieron todas las inmediaciones, practicaron continuas pesquisas, ayudados por algunos vecinos de buena voluntad, hasta que á los dos días uno de éstos, que había salido de caza y guiado por el penetrante olfato de su perro, dió con el cadáver de la niña y llevó al pueblo la terrible noticia del asesinato.

»Al saberla la desesperada madre corrió desolada, fuera de sí, al sitio indicado; pero su misma tribulación le impidió al pronto dar con él; el temblor que agitaba todo su cuerpo, el frío sudor que corría por su frente velándole los ojos, la creciente congoja que de todo su ser se había apoderado y que la obligaba á andar vacilante, no le permitían reconocer bien el terreno, y subía y bajaba por aquella cuesta, agitada, jadeante, mirando, pero casi sin ver, buscando sin encontrar, tropezando aquí, cayendo allá, saltando pedruscos y agarrándose á las breñas con desesperado afán. De pronto, sus ojos se fijaron en un bulto que entre éstas se hallaba escondido, y en el que reconoció el inanimado cuerpo de su hija. Quiso correr hacia él, pero sus pies se negaron á andar; quiso gritar, pero la voz expiró en su garganta, y soltando la maleza á que estaba asida, abriendo desmesuradamente ojos y manos, fascinada, atraída por aquel espectáculo; anhelando precipitarse á estrechar contra su corazón aquellos restos idolatrados, perdió la conciencia de sí misma, flaqueáronle las piernas, y se desplomó su cuerpo, que cayó rodando de piedra en piedra hasta llegar al fondo de la cantera, donde pudo recogerla su esposo, que, no menos atribulado, había corrido en su seguimiento.

»Trasladada á su hogar, con el cuerpo terriblemente magullado, á fuerza de cuidados se logró hacerla volver á la vida, pero no á la razón..., la infeliz madre se había vuelto loca, y aunque, después de estar postrada largos días en el lecho, logró sanar de sus heridas y contusiones, no ha recobrado el juicio, y loca continúa, creyendo tener siempre delante el cadáver de su hija.

»Tal es, amigo mío, el triste episodio á que aludía, y tales los horrorosos efectos de una venganza baja y cruel.»

– ¿Y el autor del crimen?, pregunté.

– El autor del crimen, contestóme mi amigo, fué perseguido por la justicia con motivo de ciertos indicios y sospechas; pero como había meditado y preparado bien su plan, pudo probar la coartada y se hubo de sobreseer la causa por falta de pruebas. Pero lo que la justicia de los hombres no pudo hacer lo hizo la justicia de Dios.

– ¿Cómo así?

– Un día que regresaba al pueblo por ese mismo camino, sorprendióle la noche cerca de la cantera, noche tempestuosa y fría. Como arreciara la lluvia y por esa cuesta bajara el agua á torrentes, quiso guarecerse en una de las excavaciones de esa cantera, y así lo hizo con ánimo de esperar que abonanzara un tanto y poder llegar al pueblo. Mas al poco rato de estar en su refugio, rasgó el firmamento un vivísimo relámpago, estalló casi inmediatamente un horrísono trueno, cuyo estampido repercutió en todas las anfractuosidades de esas peñas, y la conmoción que éstas experimentaron por efecto del fragor, así como por el diluvio que seguía cayendo, hizo que se desgajaran algunas sobre la excavación en que el criminal se cobijaba, dejándole aplastado con su peso. El verdugo había perecido en el mismo sitio que su víctima.

La Providencia, que no deja impune la maldad de los hombres en la otra vida, suele dar en ésta anticipados ejemplos de su justicia. – M. A. S.



Venganza humana y justicia divina. Abriendo desmesuradamente ojos y manos, perdió la conciencia de sí misma...

CARICATURAS

I

–¡Pobre Nicanor!, exclamó Manuel en su reunión del café de Levante.

–Pero ¿qué le pasa para merecer esa exclamación compasiva?, le preguntó Paco.

–Pero ¿no lo sabéis de veras?

–De veras no lo sabemos, contestaron Paco y los demás amigos.

–Pues que se halla á dos dedos de la locura, con la más extraña sugestión que imaginarse puede.

–¿Se ha lanzado como D. Quijote en busca de aventuras?, interrogó uno.

–No, precisamente; pero me alegro de que evoquéis semejante recuerdo, porque el estado de nuestro pobre amigo es muy parecido al del hidalgo Quijada y debido á causas análogas.

–Hombre, cuenta, que el preámbulo promete.

–Pues estadme atentos.

Y Manuel, después de consumir lo que restaba de su taza de café, comenzó su relato en estos términos:

II

–Ya conocéis á Nicanor. Él no fué nunca un gran estudiante, ni ha calentado muchas sillas en las bibliotecas; pero en cambio, tiene una pasión desenfrenada por la prensa festiva. No hay día en que no se gaste unos cuantos reales en periódicos y se pase después las horas muertas engolfado con ellos. *Madrid cómico*, *Barcelona cómica*, *Blanco y negro*, *La Lidia*, *Don Quijote*, *Gil Blas*, *La Gran vía*..., no hay periódico callejero que no adquiera, lea y devore con la vista. Los caricaturistas Pons, Melitón González, Cilla y *Mecachis* son su delicia, y en cuanto á los escritores de tanda, hay dos por los cuales daría su propia sangre: Eduardo de Palacio y Luis Taboada.

–Bien; pero hasta ahora no vemos en eso nada de particular: todos gozamos con los trabajos de esos escritores y artistas.

–Tened un poco de paciencia, y ya iréis viendo lo que es bueno, mejor dicho, lo que ha sido tan malo para nuestro pobre amigo. Todos nosotros disfrutamos efectivamente viendo una caricatura hecha á lápiz ó á pluma, y á lo sumo, nos hace recordar á tal ó cual individuo de la vida real por su parecido físico ó analogías morales; pero el desgraciado Nicanor, á semejanza del hidalgo manchego, á quien se volvieron los sesos agua leyendo á sus *Amadises* y *Esplandianes*, á fuerza de leer á Taboada y Palacio y de admirar á Melitón y Hermúa, ha llegado á ver el mundo, no como es realmente, sino como lo ven y lo pintan aquéllos. Si observa á un hombre con las orejas un poco largas, las ve crecer y dilatarse y terminar en punta como las de los borricos; una nariz mediana desaparece para él y se borra; una afilada se aumenta hasta verla convertida en un cucurucho; una boca algo rasgada llega para él hasta las orejas; y en el orden moral encuentra siempre las más extrañas aberraciones.

–Pues no arriendo la ganancia á la pobre familia.

–¡Ya lo creo! En cuanto llega á su casa dice á la mujer:

–«Pero, hija mía, tápate esos pies, que parecen propiamente dos cestas besugueras.» Después se dirige á su suegra y exclama:

–«¡Hola, doña Bruna! Usted siempre tan guapa, con su nariz que parece una manga de riego y ese precioso color de remolacha meditabunda. ¿Y mis niños? ¡Ah! Ya los veo: Arturito hecho una medalla de alto relieve sobre unas tenacillas de rizarse el pelo, y Elena convertida en una aceituna sevillana picada por los gorriones. Pero ¿y el pequeño? ¡Si está chorreando el pobre!.. Mira, esposa mía, retuércele bien y ponle sujetito con unos alfileres en la cuerda del balcón para que se oree...» Y embargado por el paternal cariño, dice á la niña:

–«Ven acá cuerpo de chocolatera, cara de media tostada de abajo; ven, que he de comprarte un sombrero de moda con sus dos cuernecitos y un gabán con solapas de á vara... Vas á parecer un figurín hecho por Cilla y á promover el asombro de Taboada, á quien te presentaré á la primera ocasión.» La mujer, para cambiar el rumbo de las ideas de Nicanor, le pregunta:

–«¿A quién has visto en la oficina?

–»Pues á los de siempre: al director general, que en vez de hablar estornuda y humedece á sus interlocutores; al jefe de negociado, que parece sentado á tuerca en algún palo del asiento de la silla y que discurre lo mismo que un marmolillo solitario, y á los escribientes Peláez, Rizo y Pozuelo, arrancados de algún tapiz descolorido y que se deshilachan trabajando.

–»¿Traerás ganas de comer?

–»Sí, dame cualquier cosa: congrio fluvial, filetes que no sean de imprenta por lo duros, tortilla anterior á la germinación de los pollos... ¿Hay queso?

–»Sí, un poco de Roquefort.

–»Pues dale una voz para que se venga andando él solo. Ahora retira el enjuague, que es para lo último...

–»¿Qué enjuague, si es la sopa?

–»¡La sopa!.. Es verdad: no había notado que me está mirando, porque supongo, cuando tiene ojos que será para que miren. Perfectamente. Dame ahora infusorios en su elemento y algo de Valdepeñas, aunque esté cristianizado contra su voluntad. Y qué, ¿ha venido alguien á buscarme?

–»Un señor de edad...

–»¿Alto como un poste de telégrafos, con piel de clientes y guantes á los que se oye ladrar todavía?..

–»Alto, sí que lo era; pero no he reparado en lo demás.

–»Sí, es un escribano manchego, que todos los días se corta las uñas de los pies y nunca las de las manos y come sandía con cuchara. Buena persona... Padece de mal de piedra, acaso por haberse comido un cargamento de adoquines, y ahora trata de fundar una empresa para utilizar en grande escala el pelo humano, contratando todo el que se corta en las peluquerías y el que pueden facilitarle los enterradores.

–»También ha venido tu amigo el poeta.

–»Sí, á leerme un drama. Le habrás dicho que no estaba, que no estaré nunca mientras no se le pierda á él el manuscrito... Figúrate que se ha empeñado en leérmelo para que lo recomiende á un compañero de oficina, cuya portera es hermana de la mujer del primo de un comparsa del teatro Español. Yo escucharía la lectura de su obra utilizando cualquiera de los días en que me acomete la sordera; pero sobre que no puede fijarse esto de antemano, el tal poeta tiene una voz de trueno que penetra hasta los más gruesos tapones de algodón en rama.

–»Pues ha quedado en volver.

–»Bueno; pues si vuelve, utiliza la carabina de cuando fuí miliciano, y que todavía debe conservar la carga por no haberme atrevido á sacarla. ¡Ah! Me olvidaba decirte que hoy me ha echado el jefe un sermón, viendo que estaba haciendo pajaritas de papel...

–»Claro, por el papel blanco que gastarás...

–»Precisamente para no gastar papel iba utilizando las hojas de un expediente que había recomendado mucho el ministro...

–»¡Pero, hombre, te van á dejar cesante!

–»¿Y qué? Me dedicaría al dibujo, para el cual tengo grandes aptitudes.

–»No había notado...

–»¡Vaya! Sé poner un papel transparente sobre un dibujo cualquiera, y siguiendo los contornos con un lápiz me resultan caricaturas preciosas. ¡Si vieras cómo se parecía á las de Pons una que hice esta mañana!

–»¡Como que la calcarías de Pons!

–»¡Naturalmente!»

. . . .

–Basta lo dicho, queridos amigos, para que podáis apreciar la triste situación á que ha venido á parar nuestro infeliz compañero Nicanor, para quien el mundo es una inmensa caricatura nada más. Todo lo ve abultado, retorcido y deforme; sus ideas se han perturbado, sus conceptos son más alambicados cada día, y ayer mismo, hallándose en una peluquería, estuvo á punto de tener un serio disgusto, porque se acercó á un parroquiano que tiene varios quistes en la cabeza (y de quien se cuenta que no es muy feliz en su matrimonio), y pasándole la mano por ellos, dijo con la mayor naturalidad: «¡Ya brotan! ¡Ya brotan!» El hombre se levantó para arrojarse sobre él; pero se interpusieron los oficiales de la peluquería y algunas otras personas, haciendo prudentes observaciones al ofendido, mientras Nicanor, cogiendo una toalla en la mano izquierda y un paraguas en la derecha, repetía á grandes voces, pero á respetable distancia: «¡Dejádmele á mí!.. ¡Fuera del ruedo todo el mundo, que soy *Guerrita!*»

III

–Pero á propósito de Nicanor, dijo uno de los contertulios. ¿No es ese que viene hacia nosotros?

–Efectivamente.

–Pues silencio respecto á todo cuanto hemos dicho y observémosle, dijo Manuel.

–¡Nicanor!

–¡Nicanor!

–¡Ah! ¿Sois vosotros? No podéis figuraros lo que me alegra vuestro encuentro, y eso que me parecéis hoy algo raros. ¡Qué narices más afiladas las de Paco! ¡Qué labio tan caído el de Manuel!

–Sí, sí: ya lo habíamos notado; pero explícanos por qué te alegrabas de vernos.

–¡Ah! Es verdad; para daros cuenta del descubrimiento que acabo de hacer. ¿No os habéis fijado? Se han venido á Madrid todos los locos de Leganés y Ciempozuelos y ahora van á llegar los de casa de Esquerdo. Fijaos bien: unos dicen que son diputados, otros títulos del reino; algunos van en lujosos carruajes con cocheros gigantes y lacayos enanitos... Además – y no sé en qué puede consistir esto – casi todos los hombres se han quedado jorobados y las mujeres torcidas; unos tienen ojos como besugos y otros barbas como púas de puerco espín; algunos me gastan orejas que les descansan sobre los hombros, sin duda las de los días de fiesta..., y ¡qué cabezotas todos con relación á los cuerpos! Yo sé en lo que consiste esto, y hasta os lo diría si me guardarais el secreto.

–¡Hombre..., me parece que entre nosotros!..

–Pues bien: hasta ahora, el arte imitaba á la naturaleza; pero se han vuelto las tornas y la naturaleza imita ahora al arte. Y como hoy domina en este último el carácter caricaturesco, la humanidad se mortifica para ponerse ridícula. ¡De seguro que Paco ha metido las narices en una prensa hasta dejárselas laminadas como las tiene! ¡De seguro que Manuel se ha colgado del labio inferior alguna pesa de hierro ó plomo, hasta conseguir tenerlo tan caído! ¡La caricatura triunfa! ¡La caricatura se impone!.. El absurdo y la locura se enseñorean de la sociedad, y los cuerdos no vamos á tener más remedio que marcharnos á habitar las casas que han dejado desocupadas los locos, que es precisamente lo que hace un momento me aconsejaba un amigo médico, que me ha acompañado hasta aquí.

–¿Y piensas seguir su consejo?

–¡Qué remedio!.. ¡Cualquiera va á poder seguir viviendo en esta sociedad caricaturesca!..

M. Ossorio y Bernard

. . . .

LOS SALONES DE PARÍS EN 1895

I

EL SALÓN DE LOS CAMPOS ELÍSEOS

Los principales críticos parisienses convienen en que en el Salón oficial del presente año no hay una sola de esas obras que desde luego se imponen y que no tardan en merecer por voto unánime el calificativo de *clous* del certamen en que figuran.

Como nuestro propósito no es otro que dar á los lectores de La Ilustración Artística una ligera noticia de las más salientes obras expuestas en el Palacio de la Industria, omitiremos por un lado hacer consideraciones acerca de las causas que puedan haber contribuído á esa inferioridad relativa, con respecto á otros años, del actual Salón de los Campos Elíseos, y por otro nos concretaremos á citar, sin hacer crítica, aquello que, en sentir de la mayoría de los inteligentes, merece especial mención.

J. P. Laurens, *La muralla* (1212), cuadro inspirado en la historia de Tolosa, de composición complicada, con multitud de figuras.

Detaille, magníficos *Retratos del príncipe de Gales y del duque de Connaugth*, á caballo, en el campo de maniobras de Aldershot.

Roybet, el pintor premiado hace dos años con medalla de honor, *La zarabanda*, modelo de elegancia y de finura y de hermoso colorido.

Demont, *Las Danaides*, grandiosamente concebido y de mucho sentimiento dramático, y un bellísimo *Paisaje*, cuya contemplación hace sentir la emoción de la naturaleza.

Mme. Demont-Bretón, *Stella Maris*, reproducido en el número 698 de La Ilustración Artística.

Ehrman, *Las letras, las ciencias y las artes en la Edad media*, destinado á ser reproducido en tapiz en los Gobelinos para la Biblioteca nacional.

Sorolla, español, *Regreso de la pesca*, uno de los lienzos que han merecido mayores elogios.

Munkacsy, *Antes de la huelga*, escena tumultuosa de obreros en una taberna, notable por su realismo, y *El Calvario*, que tan gran éxito tuvo en la exposición de Amberes.

Struys, belga, *Visita al enfermo*, uno de los cuadros que se conceptúan mejores en el actual salón.

Desvalliéres, *Adán y Eva*, que parece una reminiscencia del estilo italiano del siglo XV.

Bonnat, *Retrato del actual presidente de la República*, M. Félix Faure.

Bretón, su propio *Retrato* y *Las últimas espigas*, bellísima escena campestre.

Dupain, *El centenario de la Escuela Politécnica*, notable por el gran número de retratos de celebridades científicas que contiene.

Boutigny, el pintor militar, *Motín en Pavía* (1796), episodio de las guerras de Napoleón.

Bilbao, *La siega*, hermosa página de pintura ruralista.

Gerome, *La Verdad en el fondo del pozo* y sobre todo la *Oración en la mezquita de Caid-Bei* (Cairo).

Chabas, *Los Parnasianos*, colección de retratos de célebres literatos reunidos en el jardín de Alfonso Lemerre en Ville d'Avray.

Guillemet, *El muelle de Enrique IV* (París), de franca y atrevida composición.

Rochegrosse, *Gorjeo de pájaros*, escena de harén persa.

Lessi, italiano, *Interior de la Biblioteca del palacio Ricardi* (Florencia), que es un prodigio de ejecución.

Hirshfeld, ruso, *Viejo marino*, composición melancólica, llena de sentimiento.

Makowski, ruso, *La prueba*, escena de la época de los boyardos.

Martin, *Las Bellas Artes*, friso decorativo para el Hotel de Ville de París.

Denneulin, *La oración antes de partir*, conmovedora escena de costumbres marinas.

Brouillet, *La vacuna de la difteria en el hospital Trousseau*, cuadro en el que se ven varios retratos, entre ellos el del doctor Roux.

Merecen también ser especialmente mencionados los cuadros de figura de Flandrin, Walter Gay, Debat-Ponsan, Geoffroy, L. Giffard, Gilber, Dautan, P. de Córdova, Bompard, Brunets, Caín, Bonis, Buland, Cederstroem, Vollon, Bail, Cayron, Brangwyn, Vauthier, Marioton, Robert Fleury, Pomey, Taupin, Orange, Quinsac, Mac Evén, Worms, Hebert, Van den Boos, Lynch, Laurent, Lobrichon, Kirbach, Girardet, Spriet, Maignan, Sherwod Hunter, Truchet, Beyre, Menta, Laissement, Brispot, Adán, Orestes de Molin, H. León, Aviat, Brunin, Vallet, Vázquez, Toudouze, Stevenart, Mercié, el escultor, Jacquet, Mme. Peuillas-Creussy, Desvaliéres, Caire, Collin, Bourgognié, Souza Pinto, Perier, Warthmuller, Le Roux (padre é hija), Monginot y Herkomer.

En el género de los retratos sobresalen, además de los antes especialmente citados, Benjamín Constant, Morot, Baschet, Henner, Lefebvre, Doucet, Dreger, Trupheme, Thomas, Umbricht, Aubert, Moreau de Tours, Winter, Schommer y Ordschardson.



El eminente naturalista Carlos Vogt, recientemente fallecido en Ginebra

De los paisajes y marinas, que abundan mucho, citaremos los paisajes bretones de Gosselin y Bermier, los provenzales de Dufour, y las obras de Harpignies (en primer término), Guillemet, Dameron, Nozal, Ravanne, Picknell, Cesbron, Yon, Champeaux, Lecreux, Desbrosses, Jacomin, Michel, Le Liepvre, Serrier, Petitjean, Liot, Français, Dupré y Noirot.

En la sección de escultura sobresalen: el magnífico grupo de *Juana de Arco*, de Mercié, destinado al monumento de Domremy, obra admirable por su concepción original y por la portentosa ejecución de las dos figuras que la forman; *Guillermo Tell*, hermosa estatua también de Mercié; *Enrique de la Rochejaquelaine*, de Falquiere; *Oran gutanes y salvajes de Borneo*, alto relieve de Fremiet, admirablemente ejecutado; *Juana de Arco*, de Dubois; *Suiza socorriendo á Estrasburgo durante el sitio de* 1870, grupo colosal de Bartholdi de gran efecto decorativo; *La visión de San Antonio de Padua*, bajo relieve de Puech; *Safo arrojándose al mar*, figura de atrevida ejecución de Guilbert; *Susana*, estatua policromada de Barrau; un grupo en bronce de Croissy, destinado al monumento que ha de erigirse en Sedán á la memoria de los soldados muertos en la guerra franco-alemana; *La bacante y el sátiro*, hermoso grupo de Gauquié; tres hermosos desnudos de Cornu, Charpentier y Belloc; *Juana de Arco después de la victoria*, de Allouard, y las esculturas de distintos géneros de Marqueste, Ackermann, Valton, Hiolle, Debienne, Lombard, Aizelin, Bayeux, Loiseau Rousseau, Chevré, Legrand, Hercule, Cifariello, Campagne, Beguine, Theunissen, Michel, Cauer, Bailly, Carles, Clausade, Houssim y Gardet.

En la sección de grabado hay preciosas estampas de Jacquet, Gauquet, Lamotte, Danguin, Leveillé, Gelardi, Payrau, Lalanze, y de las señoras Formstecher y Donbar, sobresaliendo la reproducción de la *Crucifixión* de Mantegna hecha por Jacquet. – X.



Canal del mar del Norte al Báltico. Puente de Levensau



EL ANILLO DE BODA, cuadro de H. Schmachen



EN LAS CARRERAS, cuadro de Román Ribera (Salón Parés)

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Bismarck, en Leipzig, obra de Lehnert y Magr. – Existe en Leipzig una sociedad de artistas y literatos, denominada *Los Estalactitas*, que deseando conmemorar de una manera original y digna el octogésimo aniversario del natalicio de Bismarck, concibieron, pocas semanas antes de la fecha de éste, el proyecto de erigir en la plaza de Augusto de Leipzig un monumento colosal en yeso que sólo permaneciera en aquel sitio unos días. A pesar del poco tiempo de que se disponía, dos célebres escultores se encargaron de ejecutar la obra, que realizaron en menos de tres semanas, y que, como pueden ver nuestros lectores por el grabado que la reproduce, así por su concepción como por el modo como está ejecutada, parece producto de largos trabajos y de no pocos estudios. A las nueve de la noche del 31 de marzo los artistas daban la última pincelada en el bronceado del monumento, que medía 9 metros de altura, y á las doce se descubría éste solemnemente en la grandiosa plaza citada.

El gran inquisidor, cuadro de Enrique Serra. – En ocasiones recientes nos hemos ocupado de las últimas obras de nuestro ilustre compatriota que desde hace años nos honra con su colaboración: al número de las mismas pertenece *El gran inquisidor*, cuadro en el cual admiramos una vez más esa habilidad sin igual que caracteriza á Enrique Serra, esa pintura minuciosa y detallada que sin degenerar en nimia y frívola permite apreciar todas las bellezas de una composición, ese dibujo de una corrección intachable que revela un perfecto conocimiento de la técnica del arte, en fin, todas esas cualidades ante las que hay que reconocer la existencia de un gran artista.

El eminente naturalista Carlos Vogt. – El sabio ilustre que recientemente ha fallecido en Ginebra nació en 1817 en Giessen (Alemania) y desde la edad de diez y ocho años dedicóse en Berna á los estudios anatómicos y fisiológicos, tomando parte en 1839 en los trabajos científicos que en Neuburgo emprendieron Agassiz y Desor y en la expedición á los glaciares que llevó á cabo el primero de éstos. Desde 1844 á 1846 vivió en París, pasó luego una corta temporada en Italia, y en 1847 fué nombrado profesor en su ciudad natal, que al año siguiente le confió su representación en la Asamblea nacional alemana, figurando en ella en la extrema izquierda y brillando allí como uno de los primeros oradores parlamentarios. Privado de su cátedra de Giessen, trasladóse en 1850 á Berna, permaneció luego en Niza haciendo estudios sobre los animales marinos, y en 1852 fué nombrado profesor de Geología en Ginebra y al poco tiempo también de Zoología. Fué miembro del gran Consejo, consejero federal, y en 1878 eligiéronle miembro del Consejo nacional. Fué uno de los más fervientes defensores del materialismo primero y del darwinismo después, sacando de estas escuelas las últimas consecuencias con claridad extremada. Entre sus principales obras citaremos: *Montañas y glaciares* (1843), *Cartas fisiológicas* (1845), *Tratado de Geología y de las petrificaciones* (1846), *Escenas de la vida de los animales* (1852), *Superstición y ciencia* (1853), *Los microcéfalos ú hombres monos* (1866), *Cartas políticas* (1871), *Origen de los helmintos intestinales del hombre* (1877), y *Tratado de anatomía práctica comparada* (1885).

Monumento que por unos días se erigió en la plaza de Augusto de Leipzig, en conmemoración del octogésimo aniversario del natalicio de Bismarck. Obra de los escultores Lehnert y Magr

Canal del mar del Norte al Báltico. Puente de Levensau. – Una de las obras complementarias del canal que dentro de poco tiempo se inaugurará en presencia del emperador de Alemania y de príncipes y representantes de todas las naciones civilizadas, es el puente de Levensau, por donde pasan el ferrocarril de Kiel á Flensburgo y la carretera de Kiel á Eckenforde. Este puente es una obra maestra de ingeniería y tiene 165 metros de ojo y 42 de alto sobre la superficie del agua: su anchura es de 10'20 metros y su peso de tres millones de kilogramos. Ha sido construído en quince meses y montado en cinco.

El anillo de boda, cuadro de H. Schmachen. – Aun dejando á un lado la perfección con que está trazada la figura que constituye este cuadro, la contemplación de esa joven que se prueba el anillo de desposada produce en nosotros una de esas impresiones agradables que son el mejor comentario de una obra artística: al mirarla, compartimos con ella la emoción que experimenta al colocar en su dedo la sortija que sella la historia de unos amores y que abre ante la que pronto será esposa los horizontes de una nueva existencia.

En las carreras, cuadro de Román Ribera (Salón Parés). – Magistralmente concebida é interpretada es la bella producción del distinguido pintor Román Ribera, portaestandarte de la pintura de género en nuestra región. No cabe con tan limitados recursos y con tan nimio asunto obtener mayores resultados. La preciosa figura de la elegante dama, que en pie sobre el estribo del carruaje sigue con creciente interés los incidentes de la fiesta hípica, está admirablemente trazada. La distinción y la elegancia son notas distintivas, que se avalúan con la exactitud de todos los pormenores, concienzudamente observados y ejecutados con felicísimo acierto.

Un cazador primitivo, escultura de José Campeny. – El discreto artista José Campeny ha tratado de representar en el grupo escultórico que reproducimos un cazador primitivo, una representación del hombre protohistórico, utilizando su muscular esfuerzo para luchar con la reina de las aves. Difícil había de ser necesariamente el desarrollo de un tema asaz preñado de dificultades; mas como quiera que la obra ha de figurar en la Exposición nacional de Bellas Artes próxima á inaugurarse en la capital de la monarquía, omitimos consignar nuestro juicio, esperando la calificación que merezca del Jurado. Esto no obstante y sea el que fuere el veredicto que merezca, aplaudimos el empeño del Sr. Campeny en dedicarse á un estudio harto difícil y poco cultivado en nuestra patria.

MISCELANEA

Bellas Artes. – BARCELONA. – *Salón Parés.* – Una asociación artística de reciente creación, una reunión de artistas agrupados bajo la égida de un santo artista también, «El Círculo de San Lucas,» muestra, por medio de una manifestación colectiva de una exposición organizada en el Salón Parés, su laudable empeño de restauración ó de encauzamiento artístico. Cierto es que ni el número ni la calidad de las obras expuestas bastan para borrar el recuerdo de las equivocaciones y de los errores ayer cometidos; pero no ocultamos nuestra satisfacción al observar los nuevos derroteros que felizmente persiguen los artistas afiliados al «Círculo de San Lucas.»

Superior á la anterior es ciertamente la actual exposición, pues si en ella, conforme ya indicamos, no destacan producciones verdaderamente geniales y las verdaderamente recomendables son en escaso número, en cambio nótase gran unidad, producto ó resultado de la nueva evolución. La exhibición resulta provechosa y en extremo plausible el esfuerzo de los artistas que en ella han tomado parte, puesto que constituyen agrupaciones bien definidas y confundidos todos por la identidad de sus aspiraciones. Puede afirmarse ya que el movimiento evolutivo se ha iniciado á completa satisfacción de cuantos nos interesamos por el progreso artístico de nuestro país. La perturbadora nota grisácea, de importación transpirenaica, preséntase amoldada á las tonalidades que determina la luz en nuestro país, resultando precisa, justa y sin exageración. De ahí que cautiven por su entonación precisa, por el ambiente, por su admirable conjunto, los bellos paisajes de Joaquín Vancells, saturados por las montañesas brisas, aromatizadas por silvestres plantas, y la plácida calma, la serena tranquilidad de los paisajes y figuras de los cuadros de Juan Llimona, singularmente el titulado *Marta y María* y los cuatro lienzos de Dionisio Baixeras.

Gallarda manifestación de simbolismo ó idealismo es la composición de Riquer, delicada y sentidamente cristiana. El perfume que se desprende de la tierra después de una lluvia primaveral, convertido en tenue bruma, truécase en la impalpable figura del ángel bienhechor que derrama la savia de la vida en los árboles y plantas, iluminados por los solares rayos.

Caba, el distinguido pintor, aporta un retrato de un niño, en el que se muestra toda la habilidad y la experiencia del maestro. Desde la figura hasta los más nimios pormenores, todo revela una seguridad pasmosa, un profundo y perfecto conocimiento de todos los recursos de que puede disponer el artista.

Discreto preséntase Félix Mestres en su cuadro *Extramuros*, y como efectista Luis Buxó en el estanque del claustro de nuestra catedral, muy superior á los dos lienzos que asimismo exhibe. Galvey y Berga representan como saben hacerlo, por medio de sus paisajes, la fresca y jugosa escuela olotense, que preside un boceto del que fué nuestro amigo querido Joaquín Vayreda, digno de conservarse por su mérito y significación.

El *Desconsol del avi*, original del Sr. Hoyos, evoca el recuerdo del cuadro de Fernando Cabrera titulado *En el ...* que figura en nuestro Museo Municipal de Bellas Artes, y si bien resulta estimable, mengua un tanto su mérito la identidad del efecto producido por la roja cortina, que tan admirablemente representó el aventajado discípulo de Casto Plasencia.

Algunos estudios de Xiró, Vela, Canturri, etc. y tres retratos de Utrillo completan la exposición pictórica, á la que sirven de complemento algunas obras escultóricas, entre las que se destacan un ángel custodio, destinado al cementerio de Comillas, obra de José Llimona; el busto representando un flagelante, de Celestino Devesa, y un bonito bajo relieve, reproducción de Donatello, policromado, imitando las producciones cerámicas italianas de este género, ejecutado por Antonio Oliva.

Tal es la exposición organizada por el «Círculo Artístico de San Lucas,» cuya significación no puede desconocerse, ya que ha de considerarse como el primer paso dado para lograr el encauzamiento de la desbordada corriente



Más de un pañuelo, agitado por manos nerviosas, envió el último adiós á algún joven oficial

LA TRENZA DE SUS CABELLOS

POR LUIS ENAULT,

con ilustraciones de J. Cusachs

Todos saben que Cádiz es la última ciudad de la Europa meridional; después no se encuentra más que el mar, muy cercano, y más lejos el Africa, de la que evoca realmente un recuerdo por sus largas calles, siempre estrechas, tortuosas á menudo, y con casas tan altas, que apenas se divisa un espacio de cielo entre sus tejados, muy próximos entre sí.

Su aspecto produciría seguramente un acceso de *spleen* si algunas veces una puerta entornada no permitiese dirigir al paso una mirada furtiva al patio interior de algunas de aquellas casas misteriosas, cuyas ventanas están siempre cerradas. Entonces se ofrece á la vista un mundo del todo nuevo, lleno de gracia, de encanto y de poesía íntima, con sus fuentes brotando agua, sus flores y sus verduras.

Cierto día en que yo vagaba solitario á través de las calles á esa hora en que están silenciosas y desiertas porque el calor abrasa, me llamó la atención uno de aquellos patios, más grande y también más hermoso que los otros; era una dependencia del hospital más importante de Cádiz, servido por una congregación de mujeres.

El balcón, que se corría alrededor del primer piso, sobrepuesto de una galería con arcos en ojiva, y las paredes, de una blancura deslumbradora, adornadas tan pronto de graciosos frescos como de revestimientos de porcelana azules y rojos, con esos esmaltes dorados que vemos en las casas moriscas, comunicaban al conjunto un carácter imponente de riqueza y elegancia.

«Este patio de hospital, – decíame yo á manera de reflexión, – podría ser lo mismo el de un harén; y no me sorprendería mucho si viera aparecer de pronto en alguno de esos balcones una graciosa silueta de sultana, rodeada de sus odaliscas.»

Muy pronto me distraje de mis pensamientos, demasiado profanos en semejante sitio, al pasar por delante de una pequeña capilla formada en uno de los ángulos del patio. Habíanla decorado con ese lujo, de un gusto dudoso, demasiado caro hoy para la piedad española; pero en el altar, ante el cual arde una lámpara que no se apaga jamás – eterna como la de las vestales romanas, – pude admirar una Virgen tallada en brillante mármol, como el más puro Paros, y no menos notable por la pureza de sus formas que por la marcada expresión de una fisonomía verdaderamente divina.

Esta Virgen, digna del cincel patético de aquel gran escultor que fué también pintor célebre, de Alonso Cano, es conocida en Cádiz con el nombre de Virgen de los Dolores.

El hospital está bajo su protección particular; todos los habitantes de la ciudad la veneran mucho, y se tacharía de hereje, digno de la hoguera, á quien pusiera en duda su poder milagroso. Este se confirma, por lo demás, así como el agradecimiento de todos aquellos á quienes ha socorrido, por los numerosos exvotos pendientes de las paredes de la capilla, llenas de inscripciones en que la fe y la caridad se desbordan, expresándose con el calor de la retórica española, un poco exagerado á veces. Había allí todo un museo anatómico de pies, manos, ojos y orejas, en yeso ó en cera, que representaban la triste efigie de todas las miserias humanas, aliviadas y curadas por la intervención de la Virgen.

Como huyo por instinto de todos los museos que puedan infundir horror, pasé rápidamente ante aquel conjunto de cosas lúgubres, y ya iba á salir de la capilla, demasiado melancólica, cuando mis miradas se fijaron de pronto en una trenza de cabello, cuyo color obscuro se destacaba vigorosamente sobre el estuco blanco. Su longitud me pareció desmesurada; era igualmente compacta en ambas extremidades, y más gruesa seguramente que el brazo de aquella á quien había pertenecido. De un negro brillante y lustroso, con los visos de las alas del cuervo, aquella trenza, suelta y cayendo de la cabeza que en otro tiempo adornaría mejor que la más rica diadema, debió cubrir los hombros y llegar hasta los pies, dejando tras sí un rastro, como el manto de una reina.

* * *

Las mujeres de Cádiz tienen el cabello magnífico, flexible y fino, con suaves ondulaciones que imitan el movimiento mismo de la vida, y adviértase que este es un carácter común á todas las andaluzas. Orgullosas de él, le cuidan y adornan con toda especie de joyas y riquezas, no ignorando que éste es uno de sus más poderosos medios de seducción. No en balde dijo al hombre la Biblia, que es el libro mismo de la Sabiduría: «La mujer te conducirá donde ella quiera tan sólo con un cabello de la nuca.»

La andaluza lo sabe bien cuando dice al que la ama..., si ella le corresponde á su vez: «¡Para ti es para quien yo me peino!»

Yo sabía todo esto, y por eso miraba con más atención aquella hermosa trenza, cortada sin duda de una cabeza encantadora. Algo me decía que encerraba toda una historia, y yo hubiera dado mucho por conocerla; pero ¿á quién pedírsela en aquella ciudad, donde no tenía más que relaciones superficiales, y ninguna de confianza?

En aquel momento vi pasar por el patio, muy cerca de la capilla, de la cual no había salido yo todavía, una religiosa que me pareció muy joven á pesar de la expresión austera de un rostro de noble aspecto; vestía con gracia patricia, á la vez que con imponente dignidad, el hermoso hábito de las hijas de Santo Domingo, vestido blanco de largos pliegues, y ancho manto negro.

Nuestras miradas se encontraron.

Me incliné profundamente ante ella, y me devolvió mi saludo, con esa política y cortesía que son tradicionales en toda España, tratándose de mujeres de cierta condición. Después, como se hubiese detenido un instante en el umbral de la capilla, dirigiendo una mirada á la imagen de la Virgen de los Siete Dolores, osé dirigirle la palabra para preguntar si aquella opulenta cabellera, que hacía un momento me preocupaba, era también un exvoto.

– Sí, caballero, como todo lo que aquí ve usted, contestó con tono algo breve, indicando así claramente que no era su ánimo trabar conversación conmigo sobre aquel asunto, ni probablemente sobre ningún otro.

Y sin añadir una palabra más, alejóse majestuosa y tranquilamente, con la mirada serena y la frente impasible.

Mas no había dejado yo de observar en sus labios, al pronunciar aquella lacónica frase, un imperceptible estremecimiento; pero á esto se redujo todo, y desapareció, dejándome en la duda de si yo había visto en realidad, ó tan sólo había creído ver.

– ¿Quién es esa religiosa que acaba de cruzar por el patio ahora mismo?, pregunté á la hermana tornera, que estaba en el umbral de la puerta del convento en el instante en que yo me disponía á salir de la santa casa.

– ¿Quién ha de ser?, contestó. Una religiosa como otra cualquiera.

– ¡No, repuse, no como otra! Debe ser, por el contrario, una que no se asemeja á nadie. No sé nada; pero estoy seguro de ello... ¿Y cómo se llama?

– Hermana Dolores de la Soledad.

«¡Hermana Dolores de la Soledad! - dije para mis adentros, sin moverme del sitio donde estaba; – pues ese nombre no es tampoco como otro cualquiera.

– ¡Hermoso convento! ¿No es verdad?, díjome, dándome un golpecito en el hombro é interrumpiendo mis reflexiones, el Sr. Pacheco Iturbe, canónigo de la catedral, á quien había presentado una carta de recomendación en la víspera de aquel día.

– Sí, hermoso convento, repuse; pero ¡qué singulares reliquias! Entre otras, añadí, señalando la trenza que había llamado mi atención, he ahí una cuya historia me alegraría mucho conocer.

Aquella misma noche, doña Jacinta, la hermana del canónigo, me refería, con cierta fruición la historia de aquella trenza.



Si llegase el caso de no amarte, siempre estaría enamorado de ese magnífico cabello

* * *

La que se llama hoy en religión Dolores de la Soledad era conocida antes en el mundo con el nombre de Consuelo de Alcántara; pertenecía á la mejor familia de Cádiz; distinguíase así por la nobleza de su apellido como de su persona, y tenía fama de ser la mujer más hermosa de la ciudad. Un poco más alta de lo que suelen serlo de ordinario nuestras lindas compatriotas, llamaba la atención por sus esbeltas formas, su flexible talle, su mano pequeña y diminuto pie, y ese color pálido mate como el de la flor del jazmín; con sus labios rojos como una granada entreabierta, y sus ojos castaños de reflejos de oro, abrasadores como la pasión y dulces como la ternura, representaba bien el tipo más perfecto de esa encantadora belleza andaluza de que nos hablan muchas personas dignas de fe, porque han experimentado su irresistible seducción. El magnífico cabello de aquella joven era célebre desde Granada á Córdoba, y asegúrase que más de una vez llegaron hasta aquí en peregrinación pintores y poetas tan sólo para verle. Consuelo no lo ignoraba, y debo confesar que hasta se mostraba orgullosa de ello. Por lo demás, también sabía lucirlo de una manera admirable, elevándole unas veces sobre la frente en dos trenzas que formaban una corona como no la llevó nunca la Ceres cantada por los griegos, ó recogiéndole otras sobre su cabeza, y avivando su color sombrío con un clavel rojo colocado graciosamente sobre el ángulo de la oreja izquierda.

Pero el día en que deseaba obtener el triunfo sobre todas sus rivales, contentábase con retirar el peine de su cabello, dejándole flotar sobre sus hombros, y descender hasta los pies, cual una onda de seda perfumada, los suaves rizos en que se adivinaba el estremecimiento de la vida.

El joven teniente Valdés de Casa Real no había podido mostrarse insensible al atractivo poderoso de aquella rara hermosura; muy enamorado de ella, había dejado hablar á su corazón, que se expresaba bien, y Consuelo le escuchó.

Nada tenía esto de extraño: Valdés era lo que se ha convenido en llamar un mozo apuesto; llevaba con cierta coquetería su gracioso uniforme, muy persuadido de su mérito, y esto le infundía mucha seguridad de sí mismo, así como también le envanecía su fino bigote castaño con las puntas rizadas. Además de esto, expresábase bien, con esa impetuosidad de la juventud feliz, y no le faltaba talento; mas era un poco egoísta, como sucede con demasiada frecuencia á los que, mimados por la vida y por las mujeres, han conseguido sus triunfos con harta facilidad.

El amor que semejante hombre era capaz de inspirar á una joven sin experiencia ni desconfianza, como lo era entonces la señorita Alcántara, podía tener muy bien sus peligros para una mujer de noble corazón, nacida para amar solamente una vez, para concentrar toda el alma en su ternura y para vivir y morir por ella. Raros son los hombres que merecen semejantes afectos; pero Valdés era muy capaz de ilusionar á las que le escuchaban, y sabía parecer verdaderamente enamorado, cuando tan sólo le abrasaba ese fuego del deseo que con tanta facilidad se enciende en la sangre de la juventud.

La señorita de Alcántara debía engañarse, y tal vez el Sr. de Casa Real se engañó también, pues era siempre muy sincero en sus apasionadas expansiones, que parecían brotar de un alma impotente para reprimirlas. La dulce joven estaba á la vez seducida, y atemorizada ante tal ardimiento, y á menudo resistía al encanto que Casa Real ejercía en ella por la turbación misma que le ocasionaba.

– Puedes estar tranquila, contestó un día Valdés al preguntarle Consuelo si era constante, pues si llegase el caso de no amarte, siempre estaría enamorado de ese magnífico cabello, preferible para mí, en la cabeza que adorna, á la misma corona de España.

– ¡Pobre de mí, exclamó la joven, si tu amor depende de mi cabello! En cuanto á mí, conozco bien que moriré cuando tú no me quieras.

A pesar de este diverso modo de ver ciertas cosas, no vivían los dos menos felices en la dulzura de su mutuo afecto. Nuestra querida Andalucía, por lo demás, es verdaderamente propia para el amor; éste se dilata bajo un hermoso cielo, como una flor natural á la luz del sol, y las costumbres del país le son tan favorables como su clima. Las más honradas familias, confiadas en la virtud de sus hijos y tranquilas además por la solidez de sus rejas, pues todas las ventanas están protegidas por barrotes de hierro que alejan todo temor de escalamiento y de fractura, permiten á las que se hallan tan bien guardadas aprovecharse de la calma de las noches tibias y serenas para hablar de amor con sus aspirantes..., que por lo demás suspiran siempre con buen fin. El tiempo que se consagra á esa dulce ocupación se desliza tan ligeramente, que no se nota su marcha; la aurora sustituye á las pálidas estrellas, y se cree que aún es de noche. Para los enamorados de nuestro país, siempre canta el ruiseñor, jamás la alondra, y con frecuencia las vecinas, al abrir sus puertas á primera hora de la mañana, ven á Romeo, que se ha retardado, huir deslizándose á lo largo de los muros; mientras que Julieta ha desaparecido, no sin dejar caer antes sobre la verja la cortina cómplice. Pero como se sabe que todo eso no ha pasado de conversación, y que un verdadero matrimonio debe ser el fin de la interesante novela de amor, cuando la hermosa adorada, que se levanta un poco tarde, sale por primera vez, se le dan los buenos días con maliciosa sonrisa.

* * *

Valdés y Consuelo, prometidos ya uno á otro y debiendo presentarse ante el altar cogidos de la mano apenas el teniente hubiese ascendido á capitán, disfrutaban sin temor de la mucha libertad que les concedían las costumbres andaluzas.

Pero en asuntos de amor sobre todo es en los que con razón podría decirse que hay mucha distancia de la copa á los labios.

Los feroces marroquíes vinieron á interponerse, por desgracia, en aquellos proyectos de felicidad. La corte de España y la de Africa están demasiado próxi-

mas para que no haya entre las dos razas, enemigas desde hace siglos, frecuentes contiendas.

Cierto día, á consecuencia de una violación de territorio por tribus revoltosas, España, quisquillosa en puntos de honor, quiso vengar la injuria inferida á su pabellón, y se declaró la guerra.

Como la guarnición de Cádiz no necesitaba hacer más que una travesía de pocas horas para llegar al teatro de las hostilidades, fué la designada para entrar en campaña desde luego.

Esta noticia, propalada con la rapidez del rayo, produjo una impresión dolorosa en todas las mujeres; muchos hermosos ojos de las paseantes de la Alameda se llenaron de lágrimas, y hubo angustias en más de uno de los corazones que latían bajo los negros corsés. La ciudad de mármol, llena de risas, de alegrías y de canciones, quedó sombría á las pocas horas y velada de negro crespón.

Pero entre esas hermosas afligidas, ninguna se creyó tan desgraciada como Consuelo de Alcántara; hubiérase dicho verdaderamente que aquel que se iba se llevaba consigo la vida de la joven al otro lado de los mares.

Los dos enamorados pasaron junto á la reja toda la noche que precedió al día del embarque; aquellas horas fueron para los dos deliciosas y tristes á la vez, llenas de juramentos de ternura eterna; jamás se habían adorado tanto... y debían separarse.

* * *

Aquella mañana, todo Cádiz estaba en el muelle; el *Cid*, con las máquinas encendidas, no esperaba más que la hora de la marea para levar anclas y enderezar el rumbo hacia la costa de Africa.

El regimiento que se iba dejaba muchos vacíos tras sí, pues las andaluzas enloquecen por el uniforme militar y adoran los galones No se veían más que grupos de mujeres angustiadas y de novias poseídas de la mayor aflicción, que maldecían la cruel ausencia y la desapiadada guerra, no menos aborrecida por las mujeres y los amantes que por las madres.

Así es que cuando el *Cid* saludó con un cañonazo á la ciudad hospitalaria de donde se alejaba, más de un suspiro mal ahogado le contestó, y cuando al fin comenzó á cortar las olas con majestuosa lentitud para trazar su estela en alta mar, más de un pañuelo, agitado por finas manos nerviosas, envió el último adiós á algún joven oficial inclinado sobre las bandas del buque para ver una vez más á la que muy pronto perdería de vista.

En aquel momento se hubiera podido ver á dos jóvenes, un poco separadas de la multitud, que seguían con los ojos al *Cid*.

Permanecieron un instante una junto á otra, pensativas y silenciosas, hasta que al fin una de ellas, que era Consuelo de Alcántara, dijo de pronto á su amiga Carmela Sánchez:

– No hubiera debido venir, porque me falta el corazón, y si no me sostienes voy á desfallecer.

– Ten cuidado, y no te abandones así, repuso Carmela; te están observando, y la menor imprudencia bastaría para que se hablara de ti.

Así diciendo, llevóse á Consuelo consigo.

. . . .

La ausencia fué larga. Consuelo sufrió mucho, tanto más, cuanto que estuvo largo tiempo sin recibir noticias. Preguntóse, como otras muchas, qué habría sido de la expedición, de la que ya no se hablaba; al fin quedó sumida en una especie de languidez, y no teniendo ya para quién peinarse, ocultó bajo una mantilla las largas trenzas de reflejos azules que tanto amaba el teniente Casa Real.

* * *

Después de varias alternativas de triunfos y reveses, comenzaron á circular por la ciudad rumores alarmantes: decíase que todo un regimiento había sido cercado por las tropas marroquíes, y que aislado del grueso del ejército, se hallaba en una posición singularmente crítica. El temor de una catástrofe llenó de espanto á todos, y hubo como un duelo público, que se tradujo por manifestaciones religiosas y sentimientos de angustia y compasión.



–¡Virgen Santa, Virgen poderosa de los Siete Dolores, devuélvemele, sálvalo!

Bajo el imperio de aquellos temores, harto fundados, Consuelo llegó muy pronto á sentirse dominada por una especie de exaltación enfermiza, y en uno de sus transportes violentos, arrodillándose ante una imagen de la Madre de Dios, que extendía sus manos llenas de gracias para proteger y bendecir su aposento de doncella, exclamó:

–¡Virgen Santa, Virgen poderosa de los Siete Dolores, devuélvemele, sálvalo, y acepta en cambio la ofrenda de este cabello de que tan orgullosa estaba!

Y sin dar tiempo á la reflexión, que con frecuencia nos retrae de las mejores resoluciones, así como también de las más locas, y uniendo la acción á la palabra, cogió las tijeras y cortó con desapiadada mano aquella perfumada mata de cabello que tanto envidiaban todas las mujeres y que á todos los hombres enamoraba.

El suelo de su habitación quedó completamente cubierto, formando como una maravillosa alfombra, sobre la cual hubiera podido cualquiera arrodillarse. Durante un momento, inmóvil y muda, la joven contempló aquella devastación, no con pesar, pues era incapaz de lamentarse de una cosa que había hecho en un instante de noble exaltación, y era de aquellas á quienes los sacrificios cuestan poco; pero sí con una especie de estupor, que no pudo evitar, como si hubiese presenciado una sacrílega mutilación de sí misma, y por decirlo así, un suicidio de su hermosura. Su cabeza, tan largo tiempo doblada bajo el peso encantador de sus largas trenzas, parecíale ahora tan ligera, que se figuró no tenerla ya sobre sus hombros.

Permanecía allí con la frente inclinada y los brazos pendientes, perdida en sus vagas reflexiones, cuando de pronto un pensamiento tan natural, que se extrañó de no haberlo tenido antes, cruzó por su mente como el relámpago que atraviesa el espacio.

–¡Por él he consumado este sacrificio!, murmuró. Pero...¿y si ahora no me amase ya?..

Esta idea le dió miedo, y trató de ahuyentarla; mas siempre volvía; y Consuelo recordó con qué loca adoración el joven Casa Real besaba aquel cabello y le acariciaba, aspirando su perfume con una especie de apasionada idolatría.

– Esto sería espantoso, se dijo; pero me parece imposible... Creo verdaderamente que me volvería loca.

Al fin recobró la calma, y recogiendo lentamente el cabello esparcido, reunióle para formar una sola trenza; pero una trenza maravillosa, inverosímil, que limpió y perfumó con toda la solicitud de la doncella amorosa que quiere complacer á su amado. Después se puso un vestido obscuro, cubriendo con la mantilla su cabeza despojada; y muy ligeramente, como mujer que no quiere encontrar á nadie ni ser reconocida, corrió por calles desviadas al convento de Nuestra Señora de los Siete Dolores. Una vez allí, prosternándose respetuosamente ante la imagen de la Santa Virgen, elevó al cielo su ardiente súplica.

Cuando se levantó estaba como transfigurada por el amor y la fe, y con mano firme suspendió de la pared, en medio de todas aquellas ofrendas dolorosas, la trenza de reflejos azules.

Y sin mirarla por última vez, poseída completamente de la amarga y profunda emoción producida por el sacrificio consumado, salió del convento.

Mas en vez de volver á su casa, donde no tenía la seguridad de ser bien recibida, porque su madre estaba orgullosa de la belleza de su querida Consuelo, como debió estarlo de la suya propia unos veinte años antes, fué á ver á su amiga Carmela Sánchez, alma bondadosa y tierna, que no tenía para ella censura ni reprensión... ¡Demasiado bien lo sabía!

Al entrar en el taller, donde la joven se ocupaba en pintar una cabeza de ángel, para la cual había servido ya de modelo su amiga, Carmela exclamó, apenas la vió y sin haber tenido tiempo para mirarla:

–¡A tiempo llegas, porque te necesito! ¡Quítate esa fea mantilla, que me parece un apagaluces; retira el peine de la cabeza y préstame tu cabello! El de mi querubín tiene una forma que no me agrada; el tuyo me dará mejor idea.

Y como Consuelo permaneciese inmóvil y muda, Carmela añadió, engañándose sobre la causa de aquel silencio:

–¡Oh! No será cosa de mucho tiempo; apenas necesitaré diez minutos!

–¡Mi cabello!, exclamó al fin la señorita de Alcántara en voz baja y como con cierta confusión y cortedad. ¡No lo tengo ya!

Y con enérgico ademán, despojóse de la mantilla y mostró su pobre cabeza rapada.

Carmela hizo un movimiento de sorpresa y de indignación, y poniéndose ambas manos sobre los ojos, exclamó:

–¡Qué horror!.. ¿Estás loca? ¿Qué has hecho?

– He dado mi cabello á Nuestra Señora de los Siete Dolores para que me devuelva á mi Valdés sano y salvo.

– Verdaderamente, sólo tú eres capaz de tener semejantes ideas... ¡Y si después de esto no te amara!

– ¡Ya lo sabremos cuando él regrese, querida Carmela!, contestó Consuelo grave y pensativa.

* * *

Las súplicas de la joven amante fueron atendidas por aquella Virgen, á quien no se invoca jamás en vano. Valdés de Casa Real volvió á Cádiz sano y salvo, con todos sus miembros, su cabeza muy sólida y el corazón ligero.

Se había firmado la paz, al menos por algún tiempo, con el enemigo. Algunas semanas después de haber hecho Consuelo su piadosa ofrenda á Nuestra Señora de los Siete Dolores, el regimiento de Valdés regresaba á la patria; y el teniente, citado dos veces en la orden del día por actos de valor y de intrepidez excepcionales, volvía con el grado de capitán, condición impuesta terminantemente por el Sr. de Alcántara para el casamiento de su hija. Una carta en que se desbordaban todas las efusiones del amor feliz, anunciaba á la señorita de Alcántara el próximo regreso de su amado.

Consuelo disfrutaba ahora de la embriaguez de la alegría más profunda. ¡Iba á verle! Toda la vida se encerraba para ella en estas palabras. Su cabello volvía á crecer más vigoroso aún que en otro tiempo; el terreno era bueno y prometía una generosa compensación de la primera corta, sólo que sería preciso esperar algunos años.

Por el momento, con sus ricitos muy cortos, tenía la linda cabeza de un ángel con peluca.

* * *

Las campanas repican alegremente; los cañones de los fuertes hacen ruidosas salvas; la escuadra entra en el puerto.

Mas ¿por qué no está allí la hermosa Consuelo, como todas las demás enamoradas que esperan á sus amados?

Con sus ojos de lince, que todo lo ven, el capitán Valdés la busca por todas partes, y extraña mucho no encontrarla; pero divisa á su amiga Carmela Sánchez, y en el desorden del desembarco halla medio de cruzar algunas palabras con ella.

– ¿Y Consuelo?, pregunta. ¿Cómo es que sabiendo mi llegada, no está aquí?

– Se ha sentido un poco débil, y temía dar á conocer su emoción delante de todo el mundo. Le espera á usted en su casa.

Una hora después el capitán llamaba á la puerta del taller de Carmela.

Más turbada de lo que se podría imaginar, é inquieta por la impresión que iba á producir en su prometido, Consuelo se había refugiado, casi escondido, en un obscuro rincón, y allí esperaba muy ansiosa.

Valdés se dirigió hacia ella rápidamente, atrájola al centro de la habitación cogiendo su mano, y en aquella cabeza, siempre encantadora, vió los rizos cortos y ligeros que reemplazaban á las pesadas trenzas, cuyo perfume penetrante le había perturbado tantas veces en lo más íntimo de su ser.

La impresión que experimentó fué de aquellas que no se analizan bien; por lo pronto una verdadera sorpresa, como la que produce una cosa del todo inesperada; y después un sentimiento profundo por la pérdida de aquella belleza particular, que él apreciaba tanto, y de la cual se veía privado de repente sin poder comprender por qué causa. Le producía una impresión indefinible de malestar aquella cabeza de Efebo, la cual no carecía seguramente de gracia; pero que no valía para él lo que aquella otra, tan adorable, con su abundante y largo cabello, que no volvería á ver jamás y que siempre echaría de menos.

Por dueño que fuese de sus impresiones, no pudo disimularlas del todo á la que tanto interés tenía en conocerlas.

La joven quedó aterrada; un pensamiento desconsolador llenó su alma de la más profunda desesperación. «¡Ya no me ama!,» se dijo.

Valdés comprendió su angustia, y obedeciendo á una especie de compasión rodeó su cuello con un brazo y estrechóla contra su pecho; después, dulcemente, con ternura, pero sin pasión, besó sus húmedos ojos.

Consuelo desfalleció bajo aquella caricia, y abandonóse sobre aquel corazón que tanto temía perder.

Pero Valdés, echándola un poco hacia atrás, la obligó á mirarle; atrájola más hacia sí, y con los ojos fijos en los suyos, preguntóle:

– ¿Qué has hecho del cabello que yo tanto amaba?

– Estabas en peligro y se lo he dado á Nuestra Señora para que te salvara.

– La intención era buena; pero ya me hubiera salvado yo solo; y tus largas trenzas sentaban muy bien alrededor de tu linda cabeza.

– Ya crecerán, y ahora que estás aquí, te juro que no volveré á cortármelos, dijo Consuelo, humilde y temerosa.

– Es de esperar así, repuso Valdés con cierta indiferencia.

Y como se dispusiese á marchar, Consuelo le preguntó con una tristeza que hacía su voz temblorosa, llenando sus ojos de lágrimas:

– ¿Te marchas ya?

– Es preciso. No he podido escapar más que por un instante..., aún he de arreglar muchas cosas para la instalación de mis soldados.

– ¿Cuándo volveré á verte?, preguntó la joven como desesperada y poseída de tristes presentimientos.

– Pues... cuando pueda..., naturalmente.

– ¿Pues entonces, hasta la noche en mi balcón?

– Sí, hasta la noche.

Y besando á Consuelo en la frente, aunque con frialdad, salió.

Cuando se vió sola, la desgraciada joven dejóse caer en un diván, y ocultando la frente entre las manos, lloró. Pero muy pronto la presión de una mano amiga hízole levantar la cabeza; era Carmela, que no queriendo dejar á su amiga mucho tiempo frente á frente con su dolor, acababa de subir para consolarla.

– ¡Bien veo que ya no me ama!, murmuró la pobre joven prorrumpiendo en sollozos.

– ¡Loca!, exclamó Carmela enjugando las lágrimas de su amiga. ¿Por qué no te había de amar ya? ¿No eres siempre adorable y encantadora?

Esto era lo que se debía decir; pero desgraciadamente, Carmela no lo dijo bien, sin duda porque le faltaba la convicción. Había visto al capitán en el momento de salir del taller, y no pudo menos de extrañar el aire de frialdad y de confusión en aquel hombre tan entusiasta y ardiente antes.

– ¿Cómo quieres que te crea, repuso Consuelo, cuando conozco que ni tú misma crees lo que me dices? ¡Ah! Por más que yo me haga ilusiones, no puedo engañarme. Aún no hacía dos minutos que estaba él aquí, cuando adiviné ya cuál sería mi suerte...

– Tú tienes la costumbre de exagerar, y es necesario que te hagas cargo de su sorpresa. Ya sabes que ese nuevo peinado te cambia mucho... ¡Y él amaba tanto tu cabello!..

– ¡Triste amor es aquel que se mide por la longitud del cabello, y ninguna mujer tiene derecho para enorgullecerse de él!, contestó Consuelo con secreta amargura.

– Espera la noche para juzgarle. Muchas cosas se arreglan por una buena conversación á solas..., aunque se esté separado por una reja.

– ¡Con tal que venga!, murmuró Consuelo.

Pero el capitán no volvió.

Por la tarde había escrito algunas líneas para excusarse; pero en cada una de las frases de su breve carta adivinábase la violencia de un hombre que no dice la verdad y que aún no sabe mentir.

Decía que al entrar en su casa había encontrado una misiva de su madre, bastante enferma, y que después de tan larga y penosa ausencia experimentaba el deseo muy natural de volver á verla. Añadía que le era imposible fijar la fecha de su regreso, porque todo dependía del estado en que encontrase á su querida enferma.

«¡Todo ha concluído – pensó Consuelo; – ya no me ama, y no volverá!.. ¡Pobre de mí!»

No se engañaba Consuelo. El capitán, á quien se había concedido licencia, muy bien merecida, pidió y obtuvo una prórroga, de la cual se aprovechó para negociar la permuta con un oficial de su grado, que estaba hacía largo tiempo de guarnición en el Norte, y que deseaba conocer un poco el Mediodía.

Valdés encontró en casa de su madre, que hacía mucho tiempo deseaba vivamente casarle, una joven rubia, de carácter dulce y muy rica; y olvidando sus primeros juramentos, contrajo enlace con ella, después de haberla hecho prometer que no se cortaría el cabello jamás.

Tuvo la consideración de no anunciar su matrimonio á la familia de Alcántara; pero la que seguía amándole no dejó de recibir la fatal noticia. ¿No se sabe al fin todo en este mundo? Consuelo no se sorprendió, pues conocía por demás á su enamorado de algún tiempo para creer en su constancia, cuando ya no podía creer tampoco en sus deseos.

Pero su alma hermosa, eternamente fiel, á pesar del olvido de Valdés, estaba demasiado enamorada para que la fuese posible reponerse de su disgusto.

Consuelo pertenecía á esta noble raza de mujeres que no han nacido para amar más que una vez, y para ella, la existencia fuera del amor no tenía ya nada que á su modo de ver valiese la pena de vivir. Sin embargo, como no quería ponerse en evidencia ante los que conocían su triste aventura, ni hacerles testigos de sus secretos pesares, encerró en lo más profundo de su ser una desesperación que no tuvo más confidente que su fiel y tierna amiga Carmela Sánchez.

Sin apresurarse, sin esas precipitaciones con que proceden las que no están seguras de sí mismas ni de sus resoluciones, después de pasar tres meses en el mundo, donde todos los que conocían el triste desenlace de sus hermosos amores pudieron admirar su calma impasible y su buen aspecto, algo altivo, declaró claramente á sus padres que después de haber reflexionado maduramente estaba resuelta á entrar en un convento. Su determinación era inquebrantable.

La familia, que se había distinguido siempre por sus elevados sentimientos piadosos, no trató de resistir á una voluntad manifestada con tanta firmeza, y después de algunas observaciones hechas por pura forma y para descargarse la conciencia, por si acaso la joven no hacía más que ceder á un impulso pasajero, se le concedió el permiso que pedía.

Eligió como lugar de su retiro el convento mismo donde, cediendo á un impulso generoso de abnegación y de amor exaltado, había ido á suspender, cual piadosa ofrenda para la salvación de aquel á quien amaba, la hermosa y larga cabellera que había sido el orgullo de su juventud y el adorno supremo de su belleza.

Toda la ciudad quiso asistir al acto de tomar el velo la señorita de Alcántara, porque las circunstancias que á esto habían conducido tenían un carácter excepcionalmente particular.

El obispo no tuvo nada que cortar de aquella cabeza ya rapada, que Consuelo había mutilado voluntariamente, rompiendo así los últimos lazos que podían unirla con el mundo que para siempre abandonaba.

Cuando las puertas del claustro se hubieron cerrado detrás de la señorita de Alcántara, separándola de la sociedad, olvidando, ó por lo menos perdonándolo todo, no vivió más que para hacer el bien, entregándose en cuerpo y alma á la práctica de las virtudes que consuelan.

Asegúrase que algunas veces viene á prosternarse y á orar en la pequeña capilla que precede al patio del convento, á los pies de la imagen de Nuestra Señora de los Siete Dolores, como si la atrajese una fuerza irresistible. Si algunas veces siente inclinación á lamentarse de haber perdido las alegrías de esta vida, á las que voluntariamente renunció, dirige una mirada á la hermosa trenza, siempre suspendida en medio de los exvotos, mudos testimonios de aquellos á quienes la Virgen Santa curó ó consoló. Y comprendiendo todo cuanto hay de frágil y perecedero en las cosas de este mundo, ama con más firmeza lo que del cielo emana, y las obras divinas de la caridad, como lo hacen siempre las almas hermosas destinadas á la gloria, y de las cuales no era la tierra digna.

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

RELOJES JAPONESES

En el Japón el día consta solamente de doce horas, que se dividen en seis de día y seis de noche: las primeras se cuentan desde la salida á la puesta del sol y las segundas de la puesta á la salida, de suerte que sólo dos veces al año, es decir, en los equinoccios, los días y las noches tienen las horas iguales, en cambio en los solsticios la desproporción es considerable. Esta división exige por consiguiente que sean desiguales las seis divisiones que componen cada uno de los dos períodos diurno y nocturno; así es que en los días largos las seis horas de la noche son más cortas que las del día y viceversa en los días cortos.

Este sistema, complicado ya de por sí, lo resulta mucho más cuando se trata de contar las horas: nada parece tan sencillo como contar de 1 á 12 las doce partes del día; pero los japoneses desdeñan esta sencillez, y como para ellos el número perfecto es el 9, lo que entre nosotros son las 12 del día y las 12 de la noche entre ellos son las 9 del día y de la noche; la salida del sol equivale en el Japón á las 6 de la mañana y la puesta del mismo á las 6 de la noche. Si se pregunta cómo 9 puede encontrarse dos veces en 12, contestaremos que la imposibilidad aritmética se vence ó se elude comenzando á contar por 4, pues entonces se terminará en el número perfecto 9.

Los números intermediarios se desenvuelven del siguiente modo: dos veces 9 son 18, suprímase el número de las decenas y queda 8; por esto la hora

que sigue á las 12 del día y á las 12 de la noche, es decir, la segunda hora es las 8. Tres veces 9 son 27, suprimiendo el número de las decenas quedan 7, que constituye la hora tercera, y así sucesivamente.

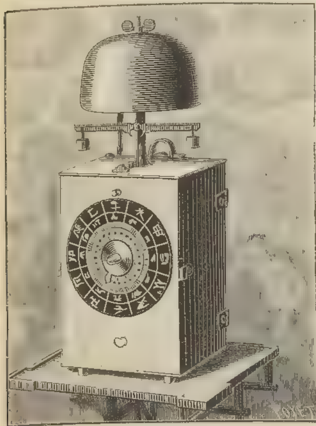


Fig. 1. – Reloj de pesas japonés

Para marcar estas horas y obtener la ecuación de los días, los japoneses han adoptado diversos sistemas, unas veces el péndulo, otras el cuadrante. En el primero (fig. 1) el péndulo se compone de una varilla vertical, en la que hay montada horizontalmente una plancha de metal, cuya parte superior es dentada y de la cual penden dos pedacitos de metal que sirven de reguladores y se pueden separar ó aproximar al eje, á fin de activar ó retrasar la marcha del péndulo. En los días largos, por ejemplo, á la hora de la salida del sol se colocan los dos reguladores en los extremos de aquella especie de volante, y las horas se marcan lentamente; al llegar la hora de la puesta del sol se las coloca junto al centro del eje, y las horas de la noche pasan más rápidamente. De este modo se obtienen las horas largas para los días largos y cortas para la noche.

En el sistema de cuadrante de disco circular, este último se compone de doce cartuchos móviles en los cuales están grabadas las horas. Estos pequeños cartuchos están montados sobre correderas en el disco, de modo que con las manos se pueden fácilmente apartar ó aproximar unos á otros. En los días largos, por ejemplo, se separan los seis cartuchos que sirven para marcar las horas diurnas y se acercan proporcionalmente las otras seis que marcan las nocturnas. De manera que la ecuación de los días se verifica con la mano mediante la separación proporcionada de los cartuchos. Hemos de añadir que en este sistema el cuadrante completo gira arrastrado por el movimiento y las horas se presentan sucesivamente delante de la aguja que es fija. Las seis horas del día y las seis de la noche que forman el día completo tienen, además del número, un nombre; pero el día completo, en vez de componerse de dos períodos de seis, comprende doce nombres que corresponden á los signos de su Zodíaco y que son: el *ratón* para la media noche, ó sean las 9; el *buey* para las 8; el *tigre* para las 7; el *conejo* para las 6 (salida del sol); el *dragón* para las 5; la *serpiente* para las 4, el *caballo* para mediodía, ó sean las 9; la *cabra* para las 8; el *mono* para las 7; el *gallo* para las 6 (puesta del sol); el *perro* para las 5, y el *jabalí* para las 4.

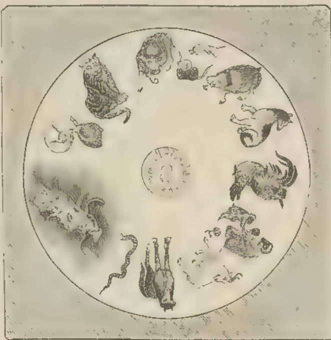


Fig. 2. – Esfera de porcelana de un reloj japonés

La fig. 2 reproduce un cuadrante con estas figuras, que en otros relojes sólo están representadas por los caracteres que corresponden á sus nombres.

Los relojes japoneses marcan, además, por medio de muy ingeniosos mecanismos los días de la semana, los del mes y las lunas.

Los japoneses son los únicos que, fuera de los pueblos europeos occidentales, han construído relojes de un carácter particular, datando la fabricación de éstos de fines del siglo XVI ó principios del XVII. Sus primeros ensayos fueron imitaciones de los tipos europeos que llegaron á aquel país, pero pronto construyeron relojes más en armonía con su método especial de contar las horas.

Para terminar, diremos que desde 1872 en el Japón las horas se cuentan oficialmente como en Europa y los relojes de allí las marcan como los nuestros. – P.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Teresa, ensayo dramático, por *Leopoldo Alas*. – Leyendo *Teresa*, no acertamos á explicarnos qué causas produjeron el fracaso que tuvo en el teatro Español de Madrid; pero se nos antoja que el público de aquel aristocrático coliseo no supo ó no quiso ver lo que había en el drama, y ó no lo entendió por no haberlo escuchado ó entendiéndolo sobradamente juzgó peligroso el aplaudirlo. Porque lo cierto es que la obra encierra, en el fondo por lo menos, dos problemas que necesariamente han de interesar á cuantos de cristianos se precien y á todos los que conocen las miserias sociales modernas, y no puede negarse que la solución dada por el Sr. Alas á uno de ellos es, en medio de su rudeza, altamente consolador. El drama podrá no haber gustado y haber sido combatido (quizás por ser su autor *Clarín)*; pero tenemos por seguro que ha de agradar á cuantos lo lean sin prevenciones y lo vean sin apasionamientos y convencidos de que en el teatro cabe algo más que las frivolidades que en él hoy privan.

Clarín y su ensayo, por *J. Torrendell*. – Con este folleto se ha dado á conocer entre nosotros como crítico muy notable el escritor, paisano nuestro, que hace años se conquistó merecida fama de tal en Montevideo. Su estudio de la obra de Leopoldo Alas es completo cuanto imparcial; sus teorías críticas son elevadas y nacidas de profundas convicciones; la defensa que hace de *Teresa* es valiente y justa, y las consideraciones de que deriva su juicio definitivo demuestran la solidez de sus conocimientos, lo vasto de su instrucción literaria y su identificación con las tendencias modernas de la literatura dramática. El folleto véndese en la librería de López y en las principales de Barcelona y del resto de España al precio de una peseta.

Mancha que... mancha. – Lola la desvergonzá, por *A. González Fernández* y *P. Gómez Candela*. – Se han publicado estas dos graciosas parodias de los dramas *Mancha que limpia* y *La Dolores*, que fueron hace poco estrenadas con gran éxito en los teatros de la Alhambra y del Príncipe Alfonso de Madrid: ambas están escritas en fáciles versos y responden perfectamente á lo que deben ser las obras de su género.



Un cazador primitivo, escultura de José Campeny

(Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)

La declamación española, por *Enrique Funes*. De libro de verdadera importancia debe ser calificado este que su autor titula Bosquejo histórico crítico. Mucho sentimos que la índole de esta sección no nos permita alabar como se merece esta obra notable por todos conceptos, así por los conocimientos didácticos como por la erudición y elevado criterio que en ella se admiran: hemos de limitarnos por consiguiente á decir que en este libro se estudian concienzudamente las principales cuestiones que con la declamación se relacionan, y se hace una historia completa del arte escénico en nuestra patria desde los tiempos antiguos hasta nuestros días, todo profundamente pensado, metódicamente expuesto y analizado con acertado espíritu crítico. Véndese en la librería de Sanz, en Sevilla, y en las principales de España al precio de cinco pesetas.

Los Juegos florales en España, por *D. Víctor Balaguer*. – Este libro, como todos los que contienen trabajos del eximio escritor, que es gloria de Cataluña y de España, merecería algo más que una ligera noticia; pero como la índole de La Ilustración Artística no consiente otra cosa, hemos de limitarnos, no á recomendarle á nuestros lectores, ya que por sí solo se recomienda, sino á decir simplemente que en él están coleccionados los hermosos discursos pronunciados por el Sr. Balaguer como presidente de los Juegos florales de Barcelona, Valencia, Granollers, Pontevedra, Reus y Zaragoza, y algunas hermosas memorias leídas en las Reales Academias de la Historia y Española y en el Ateneo de Madrid. En unos y otras se tratan magistralmente algunos puntos interesantísimos de nuestra literatura y nuestra historia, y en todos se admiran la erudición, la elevación de ideas, la inspiración poética y la pureza de estilo que han conquistado al Sr. Balaguer uno de los primeros puestos entre nuestros mejores literatos. *Los Juegos florales en España* forman un tomo de 500 páginas, que se vende á diez pesetas en la Biblioteca Museo Balaguer de Villanueva y Geltrú, á cuyo sostén y fomento se destina el producto íntegro de la obra.

La Iberiada, por *Manuel Lorenzo D'Ayot*. – Se ha publicado el canto III de este poema en prosa consagrado á Aragón, cuyas glorias pone de relieve el autor en brillantes párrafos llenos de profundos conceptos. Véndese el cuaderno á dos reales.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 27 de mayo de 1895 — Núm. 700



HOJAS DEL ÁRBOL CAÍDAS..., escultura de Rafael Atché

(Exposición nacional de 1895)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los suscriptores de la «Biblioteca Universal» el segundo de los tomos correspondientes al presente año. Lo forma la preciosa novela de Héctor Malot *En familia*, obra que ha sido premiada por la Academia Francesa y que además del interés que despierta su lectura y de sus bellezas literarias, tiene la cualidad de ser intachable desde el punto de vista moral. El tomo, como todos los de la Biblioteca, está profusamente ilustrado.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Pueblos y reyes. – Crisis prolongada de Portugal. – Disgustos entre Bélgica y su rey. – Las reinas de Holanda. – Los regulillos suavos. – Feudalismo en Alemania. – El rey de Servia y sus padres. – El príncipe de Bulgaria y su mujer. – La dinastía de Grecia. – Un discurso acerca del emperador Alejandro III y su trascendencia política. – Los monarcas escandinavos y sus respectivas nacionalidades. – Reflexiones. – Conclusión.

Escribió mi amigo, el gran escritor Oliveira Martins, que Portugal se le aparecía como cuerpo diminuto, rematado por cabeza grande y gorda, por Lisboa. Sin Lisboa, el gran pensador añadía, quizás no hubiésemos hecho rancho aparte los lusitanos en la península. Ni mantengo ni combato esta opinión yo: la recuerdo. Entusiasta por la historia de los pueblos peninsulares, visité á Portugal un día, como quien visita sacro templo, y evoqué aquellas figuras que reverberan su gloria en la península, como pueda evocar los santos del cielo un devoto al ver las efigies que los representan entre las lámparas de sus iglesias. Y la reflexión que saltaba con mayor ímpetu á mi mente y de relieve mayor ante mis ojos se ponía, en los viajes por aquellos caminos y en los paseos por aquellas calles, era esta: cómo habiendo tenido, cual nosotros, guerra de la independencia, y cual nosotros guerra civil, y cual nosotros revoluciones innumerables, y cual nosotros una reacción espantosa, ninguna de tales crisis dejó las huellas de sangre y de humo y de ruinas en Portugal que dejaron las crisis correlativas en la tierra española. Mas ahora dicen que va muy de veras. Ahora los industriados en cosas concernientes al vecino reino anuncian el estallido de una revolución próxima por disidencias entre la monarquía y el pueblo. Nada más natural. Van los reyes teniendo tanta extranjera sangre hoy en sus venas, que no les dicen cosa ninguna éstas de sus pueblos.

Deseemos que no llegue la sangre al río; pues, por discordias parecidas entre la monarquía y la nación, va muy de veras el agriamiento y acerbidad de la política belga, reino análogo en sus dimensiones y en su historia con el pequeño Portugal. Siquier no se deba semejante caso adverso á la regia prerrogativa, precísanos recordar que, mientras en el reinado de su ilustre padre Leopoldo primero, gobernó á Bélgica el partido liberal, en este reinado de Leopoldo II, heredero del anterior glorioso monarca, gobierna el partido ultramontano á Bélgica. Y aunque haya tenido neutralidad constitucional, impuesta por la presión del pueblo todo, su rey, algunas veces flaqueara mucho, por lo cual recibiera de los ultramontanos extremos advertencias crudas respecto de su política personal, juntamente con voto negativo de todas las escuelas parlamentarias cuando pretendió aplicar á Bélgica el referéndum helvecio, un plebiscito á lo Napoleón, cuyas consecuencias hubiesen convertido la monarquía constitucional en breve caricatura de los imperios cesaristas. Pero lo peor de todo ha sido que, por dejarse deslumbrar del espejismo de las colonias, compró el Congo Leopoldo al buen Stanley, que lo engañó como á un chino, y ahora se lo ha empelazgado á la nación que no desearía recibirlo.

Sin los disgustos que en Bélgica, varias y diversas aprensiones en Holanda. No conozco dos pueblos más próximos en los puntos del espacio y más apartados en las ideas del espíritu. El año quince la Europa de los reyes unió estos dos pueblos en un solo Estado; el año treinta los apartó la revolución de los pueblos. Habíase constituído sobre aquella democracia histórica holandesa por expedientes diplomáticos una monarquía constitucional; y á su desempeño regular ocurrieron arbitrariamente con príncipes, más ó menos ligados por atavismo á los antiguos Oranges, á Guillermo, en el siglo décimosexto asesinado por el fanatismo religioso, y al otro Guillermo, en el siglo décimoséptimo alzado por la herencia de este martirio y por el combate de los suyos en España y los españoles al trono de Inglaterra. Concluyó en una débil niña esta monarquía de varones fuertes, y hay que casar á la reina de Holanda por haber llegado la infeliz al estado núbil. Pero el príncipe que comparta con la joven Guillermina tálamo y trono debe ser de la religión protestante y no ser de la grande Alemania. Mas ¿cómo encontrar este cuervo blanco; un protestante germano que al imperio germánico no pertenezca? Así han ido la reina menor y la regente madre á Inglaterra en pos de un príncipe luterano inglés. Difícil cosa como tenga el príncipe sangre real británica en sus venas. Esta casa de Hannover ha puesto los pies sobre su trono de Inglaterra, pero el corazón se lo ha dejado en su natal Alemania. El duque de Edimburgo, hijo segundo de la reina Victoria, no obstante hallarse casado con gran duquesa moscovita, cambió el almirantazgo primero de los mares por el diminuto solio de un principadillo germano, apenas en los mapas de tal región perceptible. Pensaron en asentar un hijo de tal inglés renegado en el trono de Holanda; pero por demasiado alemán, le han preferido, según dicen, otro del árbol de aquellos Coburgos luteranos que dieron á Bélgica su rey constitucional y á Inglaterra su príncipe consorte.

Muy comprensible y justificado el empeño de la libérrima Holanda en buscar todos cuantos medios pueda procurarse para no caer á los pies del imperio alemán. ¡Flojo aquelarre hay armado allí con tantos reinos enemigos entre sí mismos y tal número de gentes amontonadas en tamaño cuartel! Indudablemente lo más bello y más deslumbrador del territorio alemán es el antiguo rincón de Suabia, donde se juntaran los primeros genios de Germania, como se juntan en plácido jardín las más canoras filomenas del aire. Y por este rincón se halla un reino y un rey, como el reino y rey de Wurtemberg, los cuales parecen apostarse á ver en qué dirección va Berlín para ir en la contraria ellos. Los veranos últimos ya tuvieron el imperio y el feudo hondísimos disgustos por las maniobras militares. El rey grande, ó sea el César, se incomodó, y tuvo que rendirse á su voluntad el rey chico. Pero no dejó nunca de suscitar al supremo imperante su vasallo dificultades múltiples en todos los altos consejos del Imperio, donde tiene voz y voto. Parece que hoy, por haberse los ministros del emperador dado á una política tan reaccionaria como la que representa en el Imperio su canciller Hohenloe, se han dado los diputados del reino feudatario á una política semi-radical, apuntando medidas las cuales van en sus apariencias al bien del pueblo y en sus realidades á enrabiar al emperador.

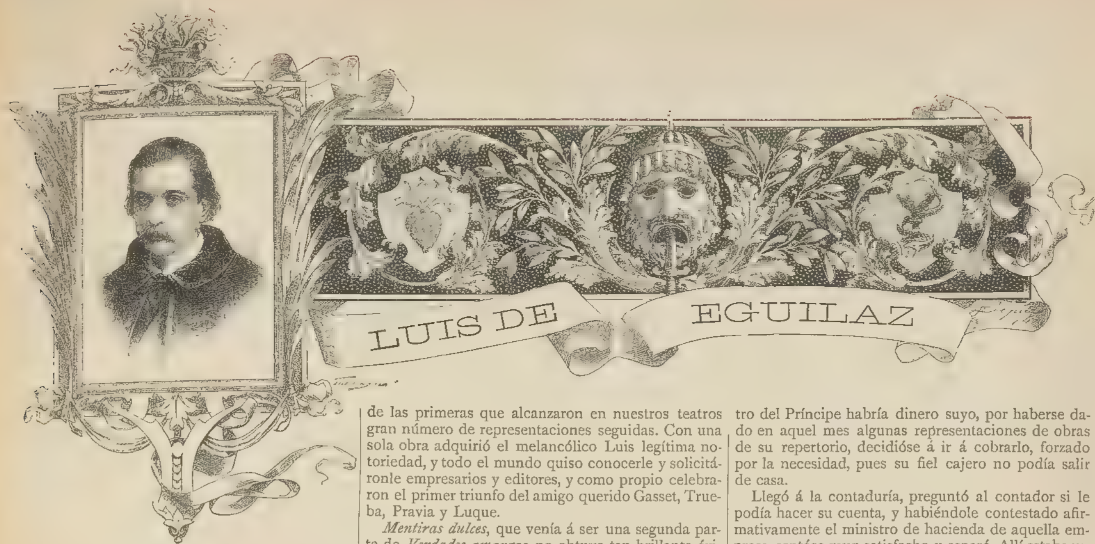
Las rarezas de Alemania no pueden medirse ni contarse. Hoy, al morir el siglo décimonono, existen allí dos ducados meklemburgos, cortos por sus habitantes y por sus dimensiones, los cuales ducados nos ofrecen extraños restos de feudalismo. Allí clases como en cualquier imperio asiático, y no puede pasarse desde la una sin ducal permiso á la otra, separadas como están por seculares privilegios mantenidos en supersticiones inextinguibles. Nadie puede vender ni comprar sino el soberano, y en su nombre, por expedir él solo patentes de oficios. Crimen de lesa majestad matar una res de los cazaderos ducales. El ciervo privilegiado destruye los centenos y rumia las praderas, sin que se atreva el campesino á defender el campo. Se nace allí legislador como se nace rey. Se necesita ser caballero para ser diputado. Son ochocientos, pero sus dos monarcas los reunen á su guisa en el menor villorrio con propósito de que no tengan dónde alojarse y así dejen de acudir á la convocatoria. No quiere ni la representación de sus cortesanos. Vestidos en el género federico, de chupa blanca y casaca roja y sombrero acandilado y calzones cortos y medias lustrosas y zapatos de charol con hebillas áureas y argénteas, andan como en carnaval buscando posada y no la encuentran. Para mayor claridad tienen derecho á disponer de la palabra todos á un tiempo en las sesiones. Aconsejan; pues el soberano propone y resuelve. Dan un baile al año, y como todos hablan, todos bailan. Y luego el partido socialista pide reformas. ¿Dónde se hallan los labriegos que no arman guerras, como las del siglo XVI, contra estos señores feudales?

Por Oriente las monarquías recién desgajadas del imperio turco no pecan de feudales; pero los régulos de aquellas más ó menos jóvenes y recientes, más ó menos redivivas y regocijadas, dan quince y falta en materia de aventuras políticas á sus congéneres y colegas de las demás zonas europeas. Entre los matrimonios divididos y separados y en riña por los Balkanes, con seguridad no hay ninguno, ni todos sumados, que costase tantas lágrimas y tanto dinero como el regio de Servia, generador del joven Alejandro, ahora reinante. Por si habían de vivir bajo el mismo techo, unas veces, Milano y Natalia; otras veces por si habían de divorciarse, armaban guerra civil tan intensa, que á ella iban reunidos mil incidentes difíciles, como golpes de Estado, apresamientos de ministerios en la corte cual en un bosque, declaraciones de mayor edad regia hechas contra el texto de la Constitución y de las leyes, descrédito de la clerecía griega por haber sancionado canónicamente separaciones de los cónyuges no fundadas ni en la religión ni menos en la moral, demandas de dinero por el rey á cambio de abdicaciones del trono y hasta de renunciar á la ciudadanía: los más inverosímiles hechos y los más encontrados contratiempos. Mas ahora vuelve triunfante Natalia con aires soberanos al palacio de su hijo, y Milano se lleva entre las uñas, connaturales á su regio nombre, otro residuo del malbaratado presupuesto. Y todos contentos á una, todos, menos los esquilmados pueblos, á quienes anuncian, entre fiestas reales y aumentos de listas civiles y decretos de pensiones cortesanas, otro nuevo empréstito.

Pero si el rey de Servia va mal, no va mejor el príncipe de Bulgaria. Este, Fernando Coburgo y Orleáns, fué al trono ascendido después que Battemberg lo abandonó, al verse á su vez abandonado de Rusia. Protegido del Austria, quien sobre Bulgaria ejerce la natural atracción de las distancias, y enemigo de Rusia, quien sobre Bulgaria ejerce la natural atracción de las moles, encuéntrase tal cuitado en perturbaciones continuas, como los imanes en las líneas del Ecuador. Así existe un partido muy entusiasta por la reconciliación inmediata con Rusia sin detrimento del Austria y bajo el gobierno de Fernando. Pero este partido exige la conversión del príncipe desde la religión católica nada menos que á la religión griega. Orleáns por su madre, Coburgo por su padre, naturalista de afición y príncipe oriental de oficio, no sentiría grandísimos escrúpulos al separarse de su Iglesia; pero la mujer, infanta de dinastía borbónica y devota del antiguo régimen, se resiste mucho á la conversión. Y no le repugna solamente por cambio de fe, le repugna por el ritual de bautizo consuetudinario en la Iglesia griega. Esta no se satisface con el agua vertida sobre la cabeza de sus catecúmenos, el óleo aplicado al cuello y al oído, la sal en los labios: exige una inmersión completa, un baño de cuerpo entero en el agua lustral ó bendita. La princesa de Bulgaria tendría que desnudarse ante todo el clero y sumergirse la infeliz, vistiendo el traje de nuestra primera madre, delante del clero, en la concha bautismal. Y parece no estar de humor para repetir el cuadro de Susana y los viejos.

Tuvo que hacerlo así la princesa hereditaria de Grecia cuando cambiara la religión luterana por la religión helena, y hubo mil ó más leguas de mal camino. Por cierto que la dinastía helena, de origen danés, hase mucho envalentonado sobre su exótico trono de Atenas; y en prestigio crece todo cuanto menguan los primeros repúblicos. No le sucede al rey de Grecia lo que á su padre y señor el rey de Dinamarca. Este viejo príncipe alemán se ha dado trazas tales para colocar á sus hijas é hijos, que una de aquéllas está casada con el príncipe de Gales, otra con el riquísimo duque de Cambelard, otra es madre del emperador de Rusia, otra mujer de un Orleáns, mientras reina en Atenas un segundo suyo y el primogénito se apercibe á recibir el trono de su padre, jefe de tan excelsa y numerosa familia. Pero si el rey de Dinamarca con tanto acierto casó á sus hijas, no se unió él con acierto parecido á su nación en el matrimonio político que contraen los reyes constitucionales al aceptar los códigos impuestos por sus pueblos. Andan siempre á la greña monarca y nación. Así debe admirar aquél mucho á su nieto Nicolás II de Rusia, quien dice por boca de un predicador muy oído en sermón de paralelos entre Alejandro I muy liberal y Alejandro III muy reaccionario, que no habrá en el mundo moscovita quien pueda tocar al imperio absoluto y á la Iglesia ortodoxa. Bien está eso para los rusos, muy mansos; mas no son los escandinavos de tan buena composición como los moscovitas, pues á las puertas de Dinamarca existe un embrollado nudo tal entre Noruega la democrática y el sueco rey Oscar, que bien puede concluir en tragedia.

Madrid, 19 de mayo de 1895.



SEMBLANZA

Un andaluz, de pura raza árabe, serio, grave, melancólico era aquel poeta que vino á Madrid desde Sanlúcar de Barrameda, pobre de metales, pero rico de ilusiones y de esperanzas.

Débil de salud y fuerte de voluntad, vivió algún tiempo la vida de los apuros y la escasez, y frecuentando los centros en que se reunían otros escritores incipientes, pobres como él, contrajo estrecha amistad con Eduardo Gasset y Artime, el futuro fundador de *El Imparcial;* Antonio de Trueba, el que pronto se hizo popular con su *Libro de los cantares;* Carlos Pravia, delicadísimo poeta muerto prematuramente, y algún otro que todavía vive. Y no he citado entre los amigos íntimos de Eguílaz á Diego Luque, porque éste era para él más que amigo; era hermano cariñoso y su paisano y compañero inseparable. Juntos vivieron hasta que la muerte se llevó al pobre Luis, y éste no pudo mostrar mejor el afecto entrañable que le profesaba que haciéndole tutor de la hija querida que dejaba huérfana en el mundo.

***

En aquella época no era tan fácil darse á conocer en literatura como en los actuales tiempos.

Había pocos periódicos; todavía Gasset y Artime no había creado el periódico á la moderna, que esencialmente se debe á aquel ilustre maestro del periodismo. Los pocos periódicos diarios eran exclusivamente políticos, y la parte amena limitábase á la gacetilla y á la crítica dramática, en que sobresalían D. Aureliano Fernández-Guerra, que firmaba con el seudómino de *Pipi* en *La España*, y D. Manuel Cañete, en el *Heraldo*. Los periódicos literarios eran escasos, y solían vivir poco.

Los teatros eran el Príncipe, la Cruz, el Instituto, Variedades y el Circo. Luego se edificó el de la Zarzuela y posteriormente se convirtió en coliseo para representaciones teatrales el circo ecuestre construído en la plaza de la Cebada, y al que se dió el nombre de teatro de Novedades.

Abastecían el teatro el inimitable Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, Tamayo, Rodríguez Rubí, Hartzenbusch, García Gutiérrez, Ariza, Hurtado, Carreras y González, Ortiz de Pinedo, Olona, Isidoro Gil, etc., etc.; y el autor desconocido tenía que devorar muchas amarguras antes de abrirse camino.

El insigne actor D. Joaquín Arjona fué quien tuvo la gloria de dar á conocer el nombre del nuevo autor que había de merecer durante algunos años el público aplauso, siendo uno de los más entusiastas y afortunados cultivadores de la literatura dramática.

Verdades amargas se titula la primera obra importante que Eguílaz dió á la escena. Antes habíase representado, sin nombre del autor, la donosa parodia de *Adriana*, que escribió con el título de *Mariana la Barlú*. Aquella comedia de costumbres, oportuna, intencionada y superiormente escrita en verso fácil y correcto, logró un éxito extraordinario, porque la obra era buena y porque la ejecución fué primorosísima. Eguílaz fué el autor á la moda y su obra una de las primeras que alcanzaron en nuestros teatros gran número de representaciones seguidas. Con una sola obra adquirió el melancólico Luis legítima notoriedad, y todo el mundo quiso conocerle y solicitáronle empresarios y editores, y como propio celebraron el primer triunfo del amigo querido Gasset, Trueba, Pravia y Luque.

Mentiras dulces, que venía á ser una segunda parte de *Verdades amargas*, no obtuvo tan brillante éxito, á pesar de su innegable mérito; pero luego logró Luis resultado muy lisonjero en obras tan bellas como *Alarcón, El caballero del Milagro, Una aventura de Tirso, La vaquera de la Finojosa*, preciosísimo y delicado poema; *Las querellas del Rey Sabio, El Patriarca del Turia*, dramas estos dos en que el gran actor Valero estaba sublime; *Los soldados de plomo*, un triunfo colosal para el autor y para Julián Romea; *La payesa de Sarriá*, cuadro popular catalán de gran relieve; *Los crepúsculos*, delicadísima comedia en un acto, y otras que no cito por no hacer demasiado largo este artículo.

***

Las comedias de Eguílaz ensayábalas siempre con el autor su amigo y compañero Diego Luque, peritísimo en materia teatral y gran conocedor de los efectos escénicos, de suerte que siempre resultaban admirablemente puestas en escena. Díjose que las obras pertenecían á los dos. No era cierto. Bien que Luque fuera muy capaz de escribir comedias, que talento tenía y tiene para ser autor dramático, las de Eguílaz eran exclusivamente suyas. Seguramente consultaba con su hermano del alma los planes de sus obras, que los hacía minuciosa y prolijamente, y el consejo de persona tan ilustrada y tan interesada en el éxito de cuanto escribía, sirvió de mucho á Luis, para que aquéllas alcanzaran en la representación el mayor grado posible de perfección. Y no podía menos de suceder así, estando tan íntimamente unidos un autor como Eguílaz y un director de escena como Diego Luque.

***

Luis Eguílaz era un corazón tierno y sensible, con adorables candideces de niño, y desconocía por completo la vida práctica. Sabía hacer comedias, que era bastante saber, pero no sabía otra cosa. Nunca perteneció á ninguna camarilla literaria ni política, jamás le oí hablar en disfavor de ningún otro autor, y jamás pretendió figurar en salones, en Ateneos y en Academias. Tenía pocos amigos, pocos y buenos, que le querían entrañablemente.

Todos los días, durante muchos años, después del almuerzo, Eguílaz y Luque iban al antiguo café de la Iberia, y ocupaban siempre la misma mesa, donde saboreaban el buen café que se servía en aquel establecimiento; y como se sabía la hora en que fijamente se encontraría allí al célebre autor, allá íbamos los que deseábamos verle y conversar con él un rato. Hablaba poco, pero con la gracia propia de su tierra.

Al café solían ir á buscarle también autores desconocidos que pretendían hacerle conocer comedias que habían escrito y pedirle apoyo y consejo para salir de la obscuridad. Eguílaz los recomendaba de buen grado á los empresarios y á los actores que dirigían las diversas compañías, pero él se excusaba siempre de oir obras ajenas.

Luis desconocía completamente el valor del dinero. No lo llevaba nunca. Su amigo Luque era quien cobraba y pagaba. Una vez que Luis tuvo dinero sucedió lo que voy á referir.

Estaba Luque enfermo, y en casa de los dos amigos escaseaba ya el dinero. Eguílaz, en vista de esta penuria, y suponiendo que en la contaduría del teatro del Príncipe habría dinero suyo, por haberse dado en aquel mes algunas representaciones de obras de su repertorio, decidióse á ir á cobrarlo, forzado por la necesidad, pues su fiel cajero no podía salir de casa.

Llegó á la contaduría, preguntó al contador si le podía hacer su cuenta, y habiéndole contestado afirmativamente el ministro de hacienda de aquella empresa, sentóse muy satisfecho y esperó. Allí estaba un sujeto á quien Luis conocía de vista, por haberle hallado algunas veces en el mismo sitio, ó en otros teatros, que le saludó muy rendido, contestándole Luis con la cortesía propia de su buena educación. Comenzó el contador á repasar las hojas de entrada correspondientes á los días de las representaciones de obras del insigne autor, y el individuo aquel se despidió, como deseando no estorbar ni enterarse de lo que no le importaba.

Eguílaz cobró sus derechos, que sumaban una regular cantidad, bastante para las necesidades de su casa en aquellos días, y salió del teatro. En aquella época no se había hecho el ensanche de la plaza de Santa Ana, y frente al teatro había un estrecho callejón que salía á dicha plaza. Por aquel callejón se dirigió Luis, y allí se vió detenido por el mismo sujeto, que conocía de vista y á quien acababa de ver y saludar en la contaduría del teatro.

—D. Luis, le dijo, tengo que hablar con usted. Esperaba á usted aquí, porque al verle en la contaduría hace un momento he pensado que sólo usted puede salvarme de caer en el abismo á cuyo borde me encuentro.

—Vamos, hable usted, contestó Eguílaz bondadosamente, y dígame qué le pasa, y si en algo puedo servirle...

El redomado bribón, que tal era aquel sujeto, contó, entre sollozos y lágrimas, al tierno y honrado poeta una historia horrible de infortunios y miseria. En su casa no había ni una migaja de pan; cinco criaturitas iban á morir de hambre; la madre estaba viaticada; él, el jefe de la familia, iría á la cárcel en la madrugada próxima, denunciado como estafador por un usurero sin entrañas... En fin, una situación tan extrema, tan sin solución, careciendo de dinero, que no tenía el hombre otro recurso que pegarse un tiro antes de amanecer. Ya se había provisto de una pistola de dos cañones... Pero ¡qué pena abandonar á los niños hambrientos, á la esposa moribunda!..

—Ya que para mí no hay salvación, ya que yo voy á morir dentro de pocas horas, D. Luis, por Dios, vaya usted á socorrer á mi mujer y á mis hijos, á consolarles, sea usted su padre, usted que es tan bueno, que no tiene otras obligaciones, que gana usted lo que quiere... Se lo ruega á usted un moribundo...

Eguílaz, crédulo como una criatura, profundamente conmovido ante el futuro suicida, metió la mano en el bolsillo y puso en las de aquel grandísimo pillo todo lo que acababa de cobrar en el teatro, volviendo á su casa tan sin dinero como cuando salió, y teniendo que pedir un adelanto para atender á las más apremiantes necesidades.

Este hecho es la prueba más evidente de la bondad de corazón y de la inocencia y candidez del autor de *Verdades amargas*.

***

Eguílaz, que desde que vino de Andalucía, no había salido de Madrid, tenía vivos deseos de conocer Cataluña. Andalucía y Cataluña le parecían lo mejor de España. Por fin, realizó su deseo. Presentía, sin duda, que en aquel país había de encontrar su ventura. En Barcelona, donde fué muy estimado y distinguido, conoció á la señorita doña Balbina Renart,

que luego fué la dulce compañera de su vida. Su ventura duró poco tiempo. La dignísima esposa del ilustre autor murió en Madrid, dejando en el corazón de Luis un dolor que no había de acabar nunca. Desde aquella desgracia se acentuó más la melancolía de su carácter, se abandonó completamente, escribió poco y al cabo enfermó gravemente.

En 22 de julio de 1874 murió el siempre aplaudido autor, un mes antes de cumplir los 44 años. Había nacido el 25 de agosto de 1830.

Como ya he dicho, dejó una hija, Rosita Eguílaz, heredera del talento de su padre. Esta señora, casada hoy con un artista ilustre, ha escrito algunas obras de teatro dignas de aplauso, y ha publicado en periódicos literarios trabajos sumamente estimables.

***

Además de las obras dramáticas que he citado, las más importantes del repertorio de Eguílaz, escribió éste con gran fortuna varias Zarzuelas; y es de observar que Luis en los primeros tiempos de su carrera literaria era enemigo jurado de la Zarzuela, que le parecía un género muy inferior de literatura. Por suerte para él y para la Zarzuela, reconoció el error en que estaba, y escribió, entre otras, *El molinero de Subiza* y *El salto del pasiego*, que han recorrido todos los teatros de España y América y que son verdaderos modelos en su género.

CARLOS FRONTAURA

LA VENUS DEL BUQUE

(NOVELA CORTA)

I

Nuestro contertulio de la cervecería, D. Tomás Mendoza, era un gran tipo: alto, grueso, con facha de alemán, lucía unas patillas rubias que parecían dos interrogaciones mal hechas en un rostro redondeado, de color de fuego, respirando siempre alegría. Iba vestido en todo tiempo con un «redingot» que le llegaba á los tobillos, y un sombrero flexible, de color café, cubría su calva, que calvo era este señor Mendoza, á pesar de no contar arriba de cuarenta primaveras.

Dedicóse en su juventud á ser viajante de comercio, y lo mejor de la vida se lo pasó el hombre cruzando mares y recorriendo los países más lejanos: desde Australia á Nueva York, desde el Cabo de Buena Esperanza á la India.

D. Tomás permanecía soltero, no por aversión al matrimonio, sino por cortedad de genio y apocamiento de ánimo.

Vivía de sus rentas en un entresuelito muy bien alhajado de la calle del Príncipe. Por la tarde nos hacía la tertulia: tomaba el café puro, sin azúcar, y mascaba como un indio el cigarro que siempre traía entre dientes.

Hablaba mucho y su especialidad eran las aventuras de viaje.

***

Mirándonos á todos, como si quisiera asesorarse de nuestra atención, empezó D. Tomás su historia.

– Aquel viaje, último que yo hice á la Habana, fué el que me decidió á dejar el oficio de correveidile comercial. Señor, mejor dicho, señores, ¡qué viaje!.. Cuidado que yo no soy sospechoso; pocos mortales se habrán visto más veces metidos en un cascarón de nuez (que esto y no otra cosa parece un transatlántico en pleno Océano). Pues bien: estuve á la altura de un ratón, todo medroso y asustadizo, faltándome casi nada para chillar como la más nerviosa de las damiselas.

Y sonriéndose, con sonrisa de hombre satisfecho, nos preguntó:

– ¿Han presenciado ustedes un incendio á bordo?..

Ninguno de los presentes habíamos presenciado parecida catástrofe – y quiera Dios que jamás la presenciemos, – así es que permanecimos mudos á la pregunta del narrador.

– ¡Es lo más horriblemente grandioso que pueda verse!

Y después de hacer una pausa corta como si recopilase *in mente* los dramáticos detalles del suceso, continuó:

– Pero, antes de pintar con la palabra – mal, eso sí; que estas pinturas, no siendo en la realidad, resultan siempre bocetos, – he de poner á ustedes en autos, que diría un abogaducho, de lo que precedió al naufragio del *San Bartolomé*, uno de los mejores buques correos que han cruzado los mares.

«Zarpamos de Santander un sábado, y durante los primeros días de navegación nada notable ocurrió á bordo, salvo los imprescindibles mareos del pasaje. Los que como yo estábamos hechos á la vida marinera, dedicamos el tiempo á pasear sobre cubierta, á comer como tiburones hambrientos y á jugar al tresillo. El elemento joven ocupaba los ratos de ocio – es decir, el día y parte de la noche – en jugar al amor; juego peligroso en todas partes, y más en un buque, dada la severidad y excesiva vigilancia que imperan sobre tan delicado asunto.

»Entre los que íbamos en primera clase, había una joven rubia y guapísima que viajaba sola, al cuidado del capitán del buque; un paisano mío, natural de Cádiz, excelente sujeto, caballero á carta cabal y hombre de mundo.

»Todos, á la vista de Emma – llamábase así la hermosa, – sentíamos no sé qué de atracción indescriptible, y aun los más serios del pasaje suspiraban como estudiantillos al verse á su lado. ¡Qué madrileña más divina! ¡Qué ojos los suyos, tan negros, tan rasgados, tan dulcemente melancólicos en la calma; tan llenos de luz, pasión y vida en los momentos de enojo. En fin, señores, fínjanse ustedes el tipo más delicioso que haría su felicidad, y esa es la heroína.

»En la mesa, en el salón, en los pasillos, en dondequiera que se encontrase, se veía prontamente rodeada de una turba de zánganos, que, rebuscando los conceptos más rimbombantes y ensayando sonrisas y miraditas revolucionarias, intentaban sorprender el corazón – virgen de amor – que palpitaba dentro del cuerpo más bien modelado, arquetipo de la belleza.

»Perdonen ustedes estos lirismos, pero esa mujer ha sido la única que me hizo pensar seriamente en una porción de tonterías: hasta en la de trocar gustoso mi salvaje independencia por la esclavitud – dulcísima, ¡ya lo creo! – que resultaría al casarse con Emma. Digo que una nube de caballeretes la asediaban disputándosela, mientras que la casa en donde íbamos marchaba rápidamente hacia la Habana, y digo también que D. Luis el capitán arrugaba el entrecejo y enviaba noramala á los Adonis que tal hacían.

»Y manifestaba más ostensiblemente su disgusto al ver que en la mesa todas las miradas iban á dar en «ella» y todas las manos se alargaban – á trueque de cometer un desaguisado – para obsequiar á la muchacha, que agradecía tales deferencias con una sonrisa, para muchos parecida al despertar del sol después de una interminable noche.

»El disgusto teníanlo también las otras damas y damitas no tan agasajadas ni comidas con los ojos como la madrileña, *la Venus del buque*, como en son de burla la denominaba un respetable pergamino, vehículo del alma de una señora vieja, que era el malicioso cronicón con faldas de la travesía.

»Me convencí pronto de dos cosas: que la señorita Emma no mostraba predilección por ninguno de sus adoradores, antes bien parecía mortificarle la corte que en su derredor formaban, y que el capitán tenía por la joven una adoración sin límites, pero muda y respetuosa.

»Tomando lo más filosóficamente mi partido, me decidí á ser con la pasajera lo que había sido siempre, un indiferente, y sorprender los progresos que la pasión hiciera en el autocrático gobernador de la nave y ver si era ó no correspondido.

»Y mientras los otros andaban en cabildeos y escribían ridículamente su pasión en cartas y poesías que valiéndose de mil medios hacían llegar á manos de la insensible dama de sus pensamientos, yo, uno de tantos pasajeros, me dediqué á vigilar al bueno de D. Luis, el cual, muchas veces, al oir una frase galante dirigida á Emma, palidecía y descargaba su mal humor con el primero de la marinería que se cruzaba en su camino.

»Una noche, acostados ya casi todos los viajeros, dióme la humorada de abandonar mi no muy tranquilo lecho, y vistiéndome de prisa y corriendo salí al pasillo, débilmente iluminado por dos faroles.

»Había andado unos cuantos pasos é iba á meterme en la saleta en donde comenzaba la escalerilla que conduce á la parte superior del barco, cuando me detuve sorprendido al escuchar un diálogo en voz baja, pero no tanto que no pudiera enterarse una persona colocada tan cerca de los interlocutores como yo me veía.

»Confieso que no es acción que dignifique la de sorprender la conversación del prójimo, mas cualquiera en mi lugar me habría imitado.

»Los interlocutores eran *la Venus del buque* y el capitán.

»Recostándome en la pared, para evitarme una caída á cualquier brusco movimiento del vapor, presté oído:

El capitán. – »Perdone usted, Emma; he sido un necio en figurarme...

Emma. – »Por Dios, capitán, siento mucho...

– »La quiero á usted con delirio (aquí la voz de D. Luis tembló). Déme usted una esperanza, una tan sólo...

»Precedió una pausa: yo creo que estaba tan ansioso como el capitán de oir la respuesta.

– »¡Pues bien, caballero!, dijo con acento de fiera resolución *la Venus*, no puede ser... Crea usted que aún mis labios no han hablado de amores con ningún hombre.

– »Entonces, no me explico... Es usted huérfana, sin otro apoyo que un tío sexagenario á cuya casa se dirige usted ahora. No media aquí ningún impedimento... Ya sé que nada valgo y...

– »¡No; no es eso!, atajó la hermosa.

– »Dígamelo usted de una vez, Emma: es que la soy muy antipático, ¿verdad?..

– »No.

– »Entonces...

– »Llámeme usted loca, romántica, estúpida, lo que mejor le parezca, capitán; pero yo, que en estos achaques de pasión no sé palabra, opino que para querer á un hombre debe preceder antes algo que en este caso falta.

– »¿El qué, Emma?

»Había un mundo de ansiedad en la pregunta.

– »La atracción mutua.

– »Andando el tiempo, con el cambio de ideas y sentimientos podríamos..., insinuó D. Luis.

– »No; imposible, dijo la muchacha con acento que no admitía réplica. ¡Buenas noches, capitán!

– »Buenas noches..., Emma, tartamudeó D. Luis conteniendo su rudeza de marino en aquella frase de despedida que salió de sus labios sibilante.

»Yo, á este punto, retrocedí unos cuantos pasos, pisé recio y me puse á tararear una cancioncilla.

»El capitán se cruzó en mi camino: nos saludamos y juntos subimos sobre cubierta

– »¡Qué hermosa noche, capitán!, le dije mostrándole el cielo que tenía transparencia cristalina y el mar que mansamente mostraba su verdosa é inacabable superficie.

– »¡Para usted, mi amigo!, replicó D. Luis con acento tan amargo que sentí hacia aquel hombre infinita lástima.»

II

«Nadie podría al día siguiente adivinar lo que la noche antes había mediado entre el capitán y Emma, al ver á ésta tan risueña y cariñosa con los obsequios que aquél le prodigaba.

»Oidor del prólogo, era yo el único iniciado en el drama. Mi vista sondaba – por así decirlo – el corazón de D. Luis, y le veía debatirse con la desesperación del náufrago que está cerca del puerto y nota que las fuerzas le abandonan y que muy pronto será masa inerte á capricho del oleaje. A través del iris de los hermosísimos luminares de Emma, sospechaba el germinar de una mirada compasiva hacia el marino, pero ningún otro sentimiento: faltaba aquel que cierra el círculo donde palpitan al unísono dos corazones: la atracción.

»Con el entusiasmo del que asiste á una lucha para todos ignorada, seguía con avidez su desarrollo y tenía á los adoradores de la púdica *Venus del buque* como á unos infelices dignos de compasión. Si hubieran sabido que tal mujer no se conquistaba si antes el enemigo no la atraía, hubieran cambiado los aprestos de la lisonja y el servilismo por los de la rabia ó el despecho.

»No nos quedaban más que dos días para llegar á la Habana, y esperaba yo que los amores del capitán, si no finalizaban en el momento de quedarse en tierra la linda muchacha, serían de por vida para él melancólico recuerdo que existiría en su pecho guardado como reliquia sagrada que al exhumarse desprende aroma á incienso.

»La Providencia dispuso las cosas de otro modo.»

D. Tomás, hizo aquí alto en su historia. Cerró los ojos un momento como para reconstituir la escena.

Impacientes esperábamos la continuación del relato.

«Aquella noche – prosiguió – la mar estaba alborotada y el cielo nuboso: un calor asfixiante hacía difícil la respiración. Las luces del barco reflejándose en las olas parecían serpientes luminosas que saltasen de continuo sobre un negro tul agitado con violencia.

»El capitán y los oficiales hablaban en voz baja del temporal. Los pasajeros cambiábamos nuestras impresiones nada halagüeñas, y con ojos de angustia dirigíamos tímidas miradas á aquellas inmensas y sombrías soledades de mar y cielo. El rumor del agua y el acompasado ruido de la marcha del vapor reonaban lúgubres.

»A las diez no había ya nadie sobre cubierta.

»La mayoría de los pasajeros se despidieron en-

tre sí con cara lánguida: los más asustadizos acudieron al capitán preguntándole si esperaba novedades. «Ninguna: lo más, lo más un pequeño *baile*,» aseguraba D. Luis sonriéndose.

»Me disponía á bajar á mi camarote, cuando dominando el bullir de las olas se escuchó sobre cubierta un grito tremebundo que me hizo poner los pelos de punta.

—»¡Fuego! ¡Fuego!, gritaba la voz.

»El capitán y el resto de la oficialidad acudieron á la escotilla de proa.

»Yo los seguí.

—»Será alguna falsa alarma, decía don Luis como para infundirnos ánimo.

»Desgraciadamente no era falsa.

»Teníamos fuego á bordo hacia la parte de proa.»

III

«Nunca dentro de lo más trágico he visto cuadro más pintoresco. La voz de alarma había despertado á todos y las puertas de los camarotes abríanse violentamente haciendo saltar sus cerraduras, y en los pasillos aparecieron á medio vestir, hombres mujeres, y niños, restregándose los ojos soñolientos. Y atropellándose, luchando el fuerte con el débil para ganar un puesto, corrieron todos como rebaño que huye hacia la escalerilla que conducía á la parte superior del barco, llenando las interioridades de éste de una sonoridad espantosa, formada por ayes de dolor, de miedo, por diálogos nerviosamente sostenidos, por nombres dichos ansiosamente, por lloros y maldiciones. Y la gente subía los peldaños en vilo, y allá sobre la tablazón de la cubierta caía como masa ebria, empujada, pisoteada brutalmente por los que quedaban atrás, que atemorizados, creían ya ver sus carnes achicharradas y gritaban: «¡Subid aprisa! ¡Más aprisa!» las mujeres daban chillidos espeluznantes: «¡Por Dios, que nos aplastan!,» suplicaban con voz de lágrimas! Pero nadie se detenía: al contrario, todos empujábanse con mayor ahinco, ansiosos de ver el mar, de ver el cielo; y el que en aquella imposible ascensión caía, peor para él: la masa le arrollaba sin escrúpulo. Respiraban satisfechos al verse sobre cubierta, corrían á las bandas á recibir la brisa marítima y pedían con fieras voces salir del *San Bartolomé*. Junto con aquello reinaba una abrumadora actividad en la marinería. Con picos, con cubos, con cuerdas, pegados á las bombas, yendo y viniendo de un extremo á otro del barco la tripulación secundaba las órdenes del capitán, que, sereno en aquellos terribles instantes, procuraba atajar el elemento que amenazaba convertirnos en pavesas. La voz de D. Luis era la voz de un Júpiter: resonaba atronadora sobresaliendo por cima de todos los demás ecos.



Arcabucero, croquis de Mariano Fortuny

»Con expresión estúpida mirábamos los del pasaje á aquellos hombres que querían quitar al fuego su presa. Permanecíamos mudos; que no hay nada que mejor ate la lengua que el terror pánico. Había ciudadano que de puro miedo castañeteaba los dientes: las mujeres en su mayoría lloraban amargamente y las madres que traían á sus pequeñuelos en brazos los besaban como se besa en los momentos supremos: queriendo que el hálito de los labios atraviese la epidermis y llegue al corazón. Nunca me he sentido más molécula que en aquella noche. Y creo que los demás creerían lo mismo de sí propios.

»De pronto corrió de boca en boca una noticia más horrible aún que la que había motivado el brusco despertar del pasaje.

«¡Va á volar la santabárbara!»

»Y aquí una escena de desmayos, gritos, rezos y plegarias.

«¡Salvarse! ¡Botes al agua!,» fueron las órdenes.

»Y en un santiamén, todo el pelotón humano corrió á las bandas, y por arte de magia fueron botados al agua los barcos salvavidas que colgaban á babor y estribor.

»El egoísmo de la propia conservación se manifestó aquí más rudo é hizo más temibles los difíciles momentos porque atravesábamos los cientos de seres que veíamos á nuestras espaldas la muerte y huíamos de ella, queriendo todos ser los primeros en salvarnos. En un segundo se vieron llenos los botes. Aquel vomitar personas del *San Bartolomé* era vertiginoso: caían las unas sobre las otras en revuelta confusión, y una vez dentro de los botes el lamento era sordo, más rumoroso que el del agua que nos rodeaba empapando nuestros vestidos: las madres pedían á gritos sus hijos, los maridos á sus mujeres, los amigos á sus amigos; cada nombre vibraba con ansiedad angustiosa.



Descanso aprovechado, cuadro de Mateo Balasch

»Alejábase un bote y oíase el chocar violento de sus remos sobre aquella mar dura que impávida seguía su cantata.

»Las demás embarcaciones que quedaban al pie del transatlántico seguían recibiendo la carga humana, y sobre ésta tiraban desde las bordas sacos de noche, maletines, carteras, lo más precioso de que cada pasajero era portador.

»El capitán, siempre sobre cubierta, corría como loco de un extremo á otro del buque, recomendando calma. Nadie le hacía caso, nadie se ocupaba más que de sí propio y ver el medio de abandonar cuanto antes aquel horno flotante. Las luces de proa alumbraban en un corto radio las barcas de salvamento, que al traspasar aquel círculo luminoso perdíanse en la sombra, y por un segundo sus siluetas semejaban las de enormes cetáceos heridos que aletearan agónicos, dejando detrás de sí un reguero de blanca espuma. Un pasajero cayó al mar, no se sabe cómo. «¡Hombre al agua!,» gritaron. Un marinero se arrojó á salvarle y no pudo. Volvió al *San Bartolomé* diciendo con indiferencia: «¡Se le merendaron los peces!..»

»Nadie sintió conmoverse: aquel era un pequeño episodio del espantoso fin que aguardaba al vapor correo.»

IV

«El punto obscuro que en el Océano formaba el *San Bartolomé* vióse de pronto brillantemente convertido en una gigantesca llama, tan soberbia que parecía tocar con el cielo. El fuego tiñó el mar de rojo. La llama parecía un telón sobre el cual se recortaban con dureza las siluetas de los marineros que se disponían á abandonar aquel foco candente. Empezó á arder la arboladura y el viento llevaba las llamas á un mismo punto: caía el material hecho ascua sobre el líquido elemento y chirriaba el ascua como si se quejara de morir ahogada. Hubo un momento en que parecía palpitar el infierno en pleno Océano: las bocanadas de humo daban sobre los botes que se alejaban del lugar de la catástrofe, mientras que los hombres que iban en ellos tenían lágrimas en los ojos, y las mujeres, horrorizadas, tapábanse la cara con las manos y sollozaban.

»Faltaba, no obstante, la nota última, la que arrancó un ¡ay! trágico á todos los pechos.

Sobre la cubierta, que parecía un volcán, vimos un hombre que traía en brazos una mujer vestida de blanco, reclinada sobre el hombro del salvador la cabeza y suelto el cabello.

»Esto era fantástico, propio de una apoteosis escénica... Ofelia salvada.

»De un momento á otro el barco se hundiría, y en él no quedaban más que aquel hombre y aquella mujer.

»Todos gritamos: «¡Salvarse!»

»El hombre pareció un momento indeciso, como si el deber le impulsara á perecer juntamente con el barco; pero miró á la preciosa carga que traía en brazos, y sin precipitarse, con majestuosa serenidad, fiándolo todo de la Providencia, avanzó hasta la escala, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo puso el pie en el primer travesaño y afianzándose con la siniestra mano que tenía libre los bajó todos pausadamente.

»De los botes salió un ¡hurra! entusiasta.

»Ninguno, sin embargo, se atrevió á acercarse por miedo á la inminente explosión del transatlántico: algunos marineros, no obstante, fueron al encuentro del héroe.

»¡Cuál no sería mi asombro al reconocer en éste á D. Luis y en la mujer que salvara á Emma!..»

* * *

«El capitán nos explicó que haciendo la requisa para ver si había aún alguien en el buque, encontró á Emma, desmayada á la puerta de su camarote.

»Y he aquí, amigos míos, que acaba la aventura, pero, como en los finales de las comedias: con boda —aunque esto les parezca algo extraordinario.

»Un año después del incendio del *San Bartolomé* me encontraba yo en Cádiz, y una mañana leí en uno de los diarios locales que se había efectuado el enlace del capitán con *la Venus* del malaventurado buque.

»Lo cual prueba, señores, que lo que no pudo conseguir el amor lo alcanzó el heroísmo.

»El agradecimiento fué el broche de atracción necesario para cerrar el círculo en donde palpitan al unísono los corazones amantes.

Alejandro Larrubiera

LOS SALONES DE PARÍS EN 1895

II

EL SALÓN DEL CAMPO DE MARTE

Siguiendo el mismo procedimiento que adoptamos en el número anterior para el Salón de los Campos Elíseos, vamos hoy á enumerar las obras más salientes de la exposición que en el Campo de Marte celebra la Sociedad Nacional de Bellas Artes, ó sea la de los disidentes que hace algunos años se separaron de la Sociedad de Artistas Franceses.

Puvis de Chavannes, *Las musas inspiradoras aclamando al genio mensajero de la luz*, gran composición decorativa, destinada á la biblioteca de Boston: el lienzo, que se divide en cinco arcos que se cruzan y se destacan sobre un cielo iluminado por las tintas de la aurora, produce dulce impresión, presenta gran armonía de colorido y puede considerarse como un primoroso modelo de concepciones decorativas poéticas.

Lhermitte, dos bellísimos paisajes y *Mercado de París*, cuadro destinado al Hotel de Ville, de dibujo intachable, con multitud de figuras y de accesorios perfectamente dispuestos y pintados con verdad sorprendente.

Burnand, *Carlos el Temerario después de la batalla de Morat*, lienzo de verdadero carácter histórico, irreprochable desde el punto de vista arqueológico y de gran expresión dramática.

Kroyer, dinamarqués, tres retratos, estudios para un gran cuadro que se titulará *La Bolsa de Copenhague:* uno de ellos es de lo mejor que hay en el Salón.

Roll, *Goces de la vida*, lienzo decorativo destinado al Hotel de Ville, de composición atrevida, lleno de aire y de luz: es el primero de una serie.

Pranishikoff, ruso, siete cuadros preciosos, entre los que sobresale una *Retirada de cosacos*.

Girardet, once cuadros: llaman especialmente la atención el *Regreso de la desposada*, *Escenas de Bu Saada* y *Pastos en las altas mesetas*.

Checa, *Un barranco de Waterloo*, admirable por su composición y por su ejecución.

Conturier, *Abandonado*, episodio dramático de la vida del mar, notable por su sentimiento.

A. Stevens, seis cuadros sólida y vigorosamente pintados.

Dinet, varios estudios africanos llenos de color.

Brunet, *Un domingo en el muelle de un puerto*, con gran número de figuras muy bien dispuestas que se destacan sobre un fondo de mar.

Cazin, colección de paisajes de varias clases admirablemente pintados.

Dagnan Bouveret, *Lavanderas bretonas* y *El amor*, lienzos de pequeñas dimensiones profundamente sentidos.

Carriere, *Teatro popular*, cuadro con figuras vagamente trazadas, cuyas cabezas iluminadas intensamente forman contraste con la exagerada obscuridad del resto de la tela.

Wilhert, cuatro paisajes llenos de luz.

Mathey, retrato del duque de Orleáns.

Ary Rehan, *La falena*, composición altamente original y poética.

Besnard, varios cuadros de asuntos orientales.

Israels, alemán, uno de los primeros apóstoles del impresionismo, unos *Aldeanos*, de factura sincera y vigorosa.

Van Stetten, paisajes del lago Mayor y un retrato del actor de la Comedia Francesa Le Bargy en el papel de Carlos V de *Hernani*.

Burnes Jones, tres cuadros, uno de ellos con dos figuras, que recuerda los antiguos maestros florentinos, delicadamente concebido, hecho con gran sinceridad y de ejecución minuciosa.

L. Frederic, belga, cinco cuadros muy bien pintados que representan la *Naturaleza*, las *Flores*, el *Trigo*, los *Frutos* y la *Escarcha*.

Cottet, diez hermosas marinas con el título general *En el país del mar*, entre las que sobresale, á pesar de su dureza y de sus tonos sombríos, *El entierro*.

Zorn, *Efecto de noche*, *Encajeras* y un retrato que revelan el pincel de un maestro.

Guignet, *Concierto de primavera*, bien sentido, pero demasiado gris.

Aublet, dos retratos y varias figuras decorativas de delicado colorido.

Edelfeldt, el artista de los interiores finlandeses, varios estudios, un retrato y una Virgen.

Miss Nourse, *La primera comunión* é *Hilanderas rusas*.

Friant, *Los días felices*, hermosos paisajes con figuras.

Nuestros paisanos Casas, Barrau, Rusiñol, Teixidor y Graner dejan bien sentado el pabellón del arte catalán, y sus cuadros han merecido grandes elogios de los críticos franceses.

Para terminar citaremos en globo los cuadros de figura de Sorolla, Claus, Besnard, Duez, Berton, Lubin, Liebermann, Montzaigle, Claude, C. Meissonier, La Touche, Deschampe, Frappa, Menard, Courtens, Lafon y Berton; los retratos de Dubufe, Desboutin, Courtois, Hawkins, Shannon, Jourdain, Duglas, Teissier, Robinson, Loup, Gounod, las señoritas Breslau y Danethan, Rixens y Loup, y los paisajes y marinas de Perret, Montenard, Muenier, Binet, Bovy, Colin, Costeau, Chudan, Camus, Mesdag, Lagarde, Stengelin, Jeanniot y Picard.

En la sección de escultura merecen especial mención los siguientes artistas:

Rodín, busto de Octavio Mirbeau, hermoso relieve en mármol; un busto de mujer, y un *Ciudadano de Calais*, fragmento del grandioso grupo tan discutido y admirado.

Bartholomé, un proyecto de monumento funerario de colosales dimensiones con una porción de figuras admirablemente modeladas: es una obra que impresiona hondamente por la idea en que está inspirada y por el sentimiento que de ella se desprende.

Saint Marceaux, monumento á Tirard, sencillo, pero de gran efecto.

Lambeaux, *Embriaguez*, grupo colosal ejecutado con gran valentía.

Le Roy, *Los primeros remordimientos*, grupo en mármol con las figuras de Adán y Eva, y *En la mina*, pequeño grupo en bronce, ambos bien sentidos y modelados.

Mennier, el gran escultor belga, cuatro obras de maravillosa ejecución y llenas de sentimiento.

Klingel, *Cassandra*, elegante figura policromada.

Granet, boceto del monumento al pintor Lalanne que se ha de inaugurar en Burdeos; un busto de aquel gran paisajista destinado á este monumento, y una estatua, *La fuente*, concepción original que constituye una de las mejores esculturas del Salón.

Merecen también ser mencionadas las obras de Charlier, Devreese, Lefebvre (C.), Escoula, Taverner, Korschann, Aubé, Fagel, Bombeaux, las señoras Vallgreen y Cazin, Vibert, Voulot, Vallgreen, Schnegg (J. y L.), Injalbert, Peter, Briffault, Marquet de Vasselot, Brontelles, Wernhes y Masseau.

Admírase por último en el Salón del Campo de Marte una preciosa colección de obras del insigne y malogrado escultor Carriés. — X

LOS DESCUBRIMIENTOS DE DACHUR

M. Morgan, director del departamento de Excavaciones y Antigüedades de Egipto, tuvo la suerte de encontrar el año pasado en Dachur, localidad muy próxima al Cairo, cierta cantidad de valiosos objetos del remoto tiempo de los Faraones, que llamaron poderosamente la atención de los arqueólogos. Pero los descubrimientos que en el mismo sitio ha logrado hacer este año superan en valor intrínseco y extrínseco á los anteriores, por cuanto además de su riqueza dan una exacta idea del adelanto de las artes de orfebrería egipcias en aquellas apartadas épocas.

Entre dichos objetos figuran en lugar principal varias alhajas encontradas en las tumbas de dos princesas, que á juzgar por las inscripciones de los respectivos ataúdes, debieron llamarse Ita y Khnumit. Dos de estas alhajas son coronas, una de ellas formada de delgadas lacerías de oro que sostenían florecillas silvestres parecidas á no me olvides y hechas de esmeraldas y cornalinas: de trecho en trecho hay á modo de unas cruces de Malta, de lapislázuli y oro que dividen en partes iguales la corona. La otra, algo parecida á la anterior y no menos notable por la belleza y finura de su labor, se compone de diez y seis medallones de oro y piedras preciosas, con colgantes análogos á la especie de eslabones que constituyen el cerco ó aro de la corona.

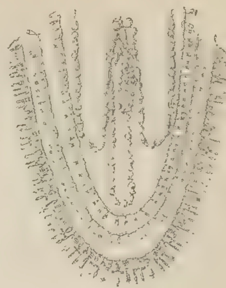
Además de estas joyas, sacáronse de ambos féretros riquísimos y bien labrados collares de oro y pedrerías; un broche imitando por su forma un ave; un puñal con hoja de bronce y puño de oro incrustado de cornalina, lapislázuli y esmeralda, estando el pomo formado por una sola piedra de lapislázuli; varios portaplumeros, cajas de perfumes, etc., etc.; en una palabra, hasta cinco mil setecientos setenta y siete objetos, que atestiguan la perfección del arte egipcio cinco mil años antes de nuestra época, obras maestras de habilidad y paciencia, algunas de las cuales reproducimos, y para cuya labor los joyeros antiguos debieron disponer de útiles y procedimientos ignorados de nosotros.



Grupo de collares



Corona formada de lacerías de oro con piedras preciosas



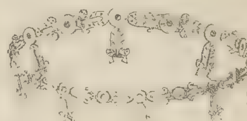
Grupo de collares



Broche en forma de ave



Puñal de bronce, oro y lapislázuli de la princesa Ita



Corona de oro con piedras preciosas

Joyas descubiertas recientemente en una tumba de Dachur (Egipto), por M. Morgan

Los recientes descubrimientos hechos en Dachur (Egipto), por M. Morgan.–Comitiva portadora de los tesoros descubiertos

dibujo de Phillippoteaux



COLOQUIO AMOROSO cuadro de José M.ª Tamburini



UNA JUGADA COMPROMETIDA, cuadro de Ramiro Lorenzale (Salón Parés)

Hasta los mismos indígenas, tan indiferentes á cuanto se refiere á esta clase de excavaciones, no pudieron contener su admiración en presencia de tan maravillosas reliquias, y organizaron una procesión al trasladarlas á la casa de Dachur, entonando, en arábiga melopea, alabanzas al *Mudir*, que por segunda vez acababa de hacer tan interesantes descubrimientos. Nuestro grabado de la página 375 reproduce esta procesión.

NUESTROS GRABADOS

Hojas del árbol caídas..., escultura de Rafael Atché. – Un tanto filosófico preséntase el popular escultor Sr. Atché, en la nueva producción que nos cabe dar á conocer á nuestros lectores; pero justo es confesar que ha desarrollado genial y gallardamente la idea que concibiera. Explicado, mejor dicho, realizado el asunto ó tema, debe fijarse la atención en la forma adoptada por el artista para demostrarlo. Atché ha huído de manoseados moldes, y presenta una figura eminentemente modernista, de un realismo admirable, que se confunde con el idealismo de la concepción. No es posible reproducir con mayor acierto el natural, y no creemos pueda obtenerse más expresión que la revelada por la soñadora mirada de la joven, abstraída en la vaguedad de sus pensamientos, entregada por completo al vuelo de su fantasía.

No dudamos en aplaudir á Rafael Atché, por la que consideramos como una de sus más valiosas producciones.

Arcabucero, croquis de Mariano Fortuny. – Cuando se trata de un gran genio como lo fué nuestro malogrado compatriota Fortuny, sus obras más sencillas, croquis, apuntes, etc., adquieren el valor de preciosas joyas que son admiración de las posteriores generaciones, y cuya posesión se disputan los coleccionistas más renombrados. Los innumerables dibujos preparatorios de sus hermosas creaciones que el mágico lápiz de Fortuny trazara guárdanse, por esta razón, como reliquias valiosas, y á buen seguro que el inolvidable artista destruyó como inútiles ó insignificantes muchos de ellos que hoy se pagarían á peso de oro, porque en el más trivial de sus croquis resplandecen las excepcionales cualidades que como dibujante caracterizaron al pintor reusense, tales como la profundidad de observación y la firmeza y seguridad de los trazos, que son patente muestra de un dominio perfecto de la técnica.

Descanso aprovechado, cuadro de Mateo Balasch. – Nuestros habituales lectores han tenido ocasión de ver reproducidos en las páginas de esta revista algunos cuadros y dibujos del joven artista Mateo Balasch, y de leer las noticias que hemos consignado respecto de los méritos y cualidades de este pintor catalán, á quien lo porvenir reserva, á no malograrse, distinguido lugar entre sus compañeros. Así pues, venimos hoy obligados á felicitarle por su nueva obra, resultado de su primer año de pensionado en Roma, que por haber sido dedicada al Ayuntamiento de nuestra ciudad, ha sido destinada á figurar entre las producidas por otras pensiones que atesora ya el Museo Municipal de Bellas Artes.

Sin que la composición del Sr. Balasch revista los caracteres de una obra maestra, es ciertamente recomendable. Hállase inspirada en una escena observada en la campiña romana, y aunque el artista no ha logrado todavía el sello de su personalidad, nótase el empeño que persigue, el esfuerzo para lograrlo, huyendo de los antiguos moldes y ajústase á las modernas corrientes del arte.

Coloquio amoroso, cuadro de José M.ª Tamburini. – La corrección y la belleza son las notas características de las producciones de José M.ª Tamburini. Para poseer estas cualidades ha debido dedicar todos sus esfuerzos, comprendiendo que sin el dibujo no existe la forma y que sin ella no es posible la verdad y la expresión, aunque con el pincel se logre producir maravillas de color. Nuestros lectores han podido admirar algunas obras de este aventajado pintor, en quien se hallan armónicamente enlazadas la habilidad del artista y el sentimiento del poeta. El *Coloquio amoroso*, que hoy reproducimos, resulta una composición simpática por la naturalísima expresión que embarga á los jóvenes que se comunican sus primeras impresiones, y por su atinada coloración, así como la de los nimios objetos que les rodean y realzan la escena representada.

Una jugada comprometida, cuadro de Ramiro Lorenzale (Salón Parés). – Hijo de un artista meritísimo, á quien se debe respetuoso recuerdo, muéstrase Ramiro Lorenzale, por medio de sus obras, como aventajado discípulo de su padre y maestro, y continuador, en cierto modo, de la clásica escuela en que aquél logró notoriedad. Testimonio de cuanto apuntamos nos ofrece el bonito cuadro de caballete titulado *Una jugada comprometida*, tan recomendable por su intencionado asunto como por su ejecución, que resulta agradable y simpática. En su armónico conjunto, como en sus pormenores, obsérvase el cariño con que el artista ha dado cima á su empresa, pues todo ha sido por él cuidado y resuelto con igual interés y con idéntica habilidad.

Riera de Llavaneras, cuadro de José Masriera. – Después de períodos de prueba, en los cuales en vez de muestras de fijeza hemos observado señales de profundo desvarío, grato es para los amantes del arte ver gallardas manifestaciones del ingenio de nuestros pintores y alimentar la esperanza de ver llegar días serenos, de espléndida luz, que iluminen por igual todas las inteligencias. José Masriera figura dignamente entre nuestros primeros paisajistas, ya que aparte de sus apreciabilísimas cualidades, distínguese porque todas sus obras revelan al artista que cultiva la pintura con fervoroso culto. Amante del país que le vió nacer, busca en nuestras encantadoras campiñas, en las abruptas montañas, en las poéticas frondas, en donde la naturaleza se presenta embellecida con sus más ricos atavíos, ancho campo á su observación y medios en que manifestar su inteligencia. La corrección, la exactitud y la belleza son las notas características de sus paisajes.

Isaac Albéniz. – Leyendo la biografía de Albéniz sorprende que sea la de un joven que sólo cuenta treinta y tres años: tantos son los acontecimientos en ella acumulados, tantas las peripecias de su vida, tantos los éxitos de su carrera artística; mas si se tiene en cuenta que el eminente pianista y compositor comenzó su vida pública en el arte á la edad de diez años, que es infatigable para el trabajo y que alienta en él un espíritu para el cual parece escrito el *¡siempre adelante!*, sin arredrarse ante los obstáculos ni entretenerse en gozar de los triunfos de la victoria, la sorpresa desaparece y el hecho se explica como la cosa más natural del mundo. En la imposibilidad de detallar esa biografía, haremos de ella un resumen á grandes rasgos. Nacido en Camprodón, pasó su infancia en Barcelona, en donde aprendió los elementos del arte en que al poco tiempo debía ser maestro insigne; fuese á Madrid á los nueve años, y después de haber perfeccionado allí lo que en Barcelona aprendiera, hasta el punto de que ya entonces le llamaran el pequeño Mozart, escapóse al año siguiente de su casa, y sin más recursos que su habilidad recorrió media España, dando en las principales ciudades conciertos, en los cuales entre las de los grandes maestros intercalaba composiciones suyas, algunas de ellas improvisadas, que daba como originales también de aquéllos. En América continuó la carrera triunfal emprendida en su patria, y por espacio de cuatro años hízose aplaudir en la Argentina, en el Uruguay, en el Brasil, en México y en Cuba, ora en teatros ó casinos, donde le facilitaban estos locales, ora en el primer café que hallaba al paso, cuando no podía disponer de otro sitio. En Santiago de Cuba hízolo detener su padre, en aquella sazón interventor general de la aduana de la Habana, sin duda con ánimo de pedir estrecha cuenta de sus actos al hijo rebelde que cuatro años antes se fugara de su casa; pero al ver que éste, á pesar de su poca edad y de su vida errante, había hecho el mejor uso de la libertad que se había tomado, como lo demostraban sus adelantos artísticos y los ahorrillos que de su excursión guardaba, dióle licencia para proseguir sus viajes, visitando entonces Albéniz los Estados Unidos con el mismo buen éxito con que había recorrido la América latina. De regreso en Europa establecióse en Leipzig, en cuyo Conservatorio y bajo la dirección de Reinecke y Sadashon estudió un año, transcurrido el cual volvió á Madrid: presentado al poco tiempo al rey D. Alfonso XII, éste, admirado de su talento, concedióle una pensión para que pudiese perfeccionar sus estudios en el Conservatorio de Bruselas, en donde cursó piano, armonía y composición bajo la dirección de los profesores Brassin, Dupont y Ghevaert respectivamente, y de donde salió á los tres años con el primer premio. Después de haber recibido por espacio de seis meses las lecciones de Liszt, volvió á Cuba y á los Estados Unidos, vino luego á Barcelona, en donde pasó los años 1882 y 1883, y dirigido por el maestro Pedrell perfeccionóse en la composición; estuvo en Francia, de nuevo en Madrid y otra vez en Barcelona cuando la Exposición universal de 1888, y finalmente en Londres, en donde puede decirse que tiene establecida su residencia, por más que su carrera le obliga á ausentarse de la capital inglesa largas temporadas, algunas de las cuales ha pasado en nuestra ciudad.



El eminente pianista y compositor Isaac Albéniz
(de fotografía de A. Esplugas)

De sus méritos como pianista, ¿á qué hablar? Su nombre es conocido en todo el mundo, y decir ahora que domina el piano como pocos y que como pocos nos hace sentir con sus delicadezas y nos arrebata con sus prodigios de ejecución, no sería decir nada nuevo. El número de piezas para piano que tiene compuestas es incalculable; de fijo que él mismo no recuerda una buena parte de ellas. Muchas son también las que ha escrito de música *di camera*. Entre las composiciones de más alto vuelo merecen citarse: *The magic opal*, opereta que se representó con gran éxito en Londres hace dos años, si mal no recordamos, y de cuyo estreno nos ocupamos en una de las *misceláneas* de La Ilustración Artística; *The poor Jonathan*, opereta que escribió en colaboración con Millhoker y que se estrenó con gran aplauso en uno de los principales teatros londinenses; los doce números que escribió para las *Leyendas bíblicas* de Armando Silvestre que recitó en Londres Sarah Bernhardt, números que fueron escritos, ensayados y ejecutados en menos de cuatro días; *Catalanes de Gracia*, zarzuela en un acto, letra del Sr. Palomino de Guzmán, estrenada en el teatro Eslava de Madrid; *San Antonio de la Florida*, zarzuela en un acto, letra de Eusebio Sierra, estrenada en el teatro de Apolo, y finalmente la ópera en tres actos *Henry Clifford*, recientemente estrenada en nuestro teatro del Liceo, con un éxito tan franco y entusiasta como merecido. En la actualidad está terminando la música para la ópera catalana *Mar y cel*, basada en la hermosa tragedia de Guimerá.

Como se ve, la carrera de Albéniz no puede ser más brillante. Si tanto lleva hecho nuestro ilustre paisano en ese primer período de su existencia, en que mucho ha tenido que luchar, ¿qué no hará desde ahora, cuando ve coronados con sendas victorias sus esfuerzos, cuando la lucha más que por la existencia puede decirse que es ya por la gloria? De otros podríamos dudar para lo porvenir; de Albéniz no, que ni se duerme sobre sus laureles, ni con los aplausos puede saciar su amor al arte, ni con los éxitos contener sus nobles aspiraciones.

MISCELANEA

Teatros. – *Londres.* – En el Covent Garden ha comenzado la temporada de ópera del presente año: el día de la inauguración, después del himno nacional que cantó con gran entusiasmo el coro, rodeando un busto de la reina colocado en el centro del escenario, púsose en escena el *Otelo*, de Verdi, en cuya ejecución fueron muy aplaudidos la tiple señora Albani y el tenor señor Tamagno. En la segunda noche cantóse *Mefistófeles*, de Boito, por la señorita Macintyre y los señores De Lucia y Plançon, que obtuvieron también muchos aplausos.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en los Bufos Parisienses *Le dot de Brigitte*, graciosa opereta en tres actos de Ferrier y Mars con bonita música de Serpette y Roger; en el Ambigu Comique *La famille Martial*, interesante melodrama de Blum y Toché, tomado de la segunda parte de la popular novela de Eugenio Sue *Los misterios de París*; en el teatro Libre *L'Argent*, comedia en cuatro actos de E. Fabre, de gran alcance moral y filosófico, que revela profundo espíritu de observación; en L'Oeuvre *Le petit Eyolf*, interesante drama en tres actos de Ibsen, traducido por el conde Prozor; en Dejazet *L'air de París*, bonito vaudeville de Sonal y Grehon, y en la Comedia Parisiense *Ceux qu' on aime*, interesante comedia en tres actos de P. Wolff. El gran acontecimiento teatral ha sido la *reprise* de desagravios (como han dicho algunos periódicos) del *Tanhäuser*, de Wagner, que con tan mal éxito se estrenó en 1861. Esta vez el éxito de la hermosísima ópera del gran maestro ha sido colosal, habiendo producido entusiasmo indescriptible. *Tanhäuser* ha sido puesta en escena con verdadera magnificencia, y en su desempeño ha obtenido un ruidoso triunfo el tenor Van Dyck, encargado del papel de protagonista.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Princesa *Sustitución reglamentaria*, graciosa pieza en un acto del Sr. Gómez Erruz, y en Eslava *El señor barón*, bonita zarzuela en un acto, letra de D. Federico Jaques y música del maestro Zabala. En el teatro del Buen Retiro ha debutado la aplaudida compañía de opereta italiana que dirige el Sr. Tomba.

Barcelona. – En el teatro Lírico ha dado tres conciertos el incomparable Sarasate, cuyo nombre, universalmente famoso, nos releva de todo elogio: únicamente diremos que el teatro se llenó por completo en las tres noches y que el público tributó en cada concierto entusiastas ovaciones al sin par violinista navarro. En breve funcionarán en Novedades, el Eldorado y el Lírico respectivamente las compañías que dirigen María Guerrero, Vico y Mario, este último en unión de Ramon Rosell, cuyo beneficio, recientemente verificado en el Eldorado, fué una muestra elocuente de las simpatías con que cuenta en Barcelona tan popular actor. Se prepara, pues, una temporada como pocas se habrán visto en nuestra ciudad, ya que tendremos á la vez las tres mejores compañías de declamación española.

Necrología. – Han fallecido:

Carlos Ludwig, director del Instituto Fisiológico de la universidad de Leipzig, decano de aquella facultad de Medicina y uno de los primeros fisiólogos alemanes.

Leonardo Rausch, paisajista alemán á quien se denominaba el Nestor de los artistas de Dusseldorf.

Jorge Schart, ex director de la Galería nacional de retratos de Londres.

Carlos Thiersch, director de la clínica quirúrgica de la universidad de Leipzig, uno de los más notables cirujanos alemanes.



El señor cura meneaba la cabeza con aire satisfecho, tomaba una buena dosis de rapé y repetía una y mil veces: «¡Bien, muy bien!»

UN BUEN TÍO Y UN BUEN CURA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETE, PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO. - ILUSTRACIONES DE CABRINETY

I

Soy tan pequeñita que podrían calificarme de enana, si mi cabeza, mis pies y mis manos no guardasen completa proporción con mi estatura. Mi cara no tiene las dimensiones desmesuradas y ridículas que suelen tener generalmente los enanos y demás seres disformes, y la finura de mis extremidades las envidiaría más de una mujer por bonita que fuese.

Y sin embargo, la exigüidad de mi estatura me ha hecho verter á escondidas algunas lágrimas.

Digo á escondidas, porque mi cuerpo liliputiense encerraba un alma altiva y orgullosa incapaz de dar el espectáculo de sus debilidades á nadie y menos aún á mi tía. Al menos, esta era mi manera de sentir á los quince años. Pero los acontecimientos, las penas, las preocupaciones, las alegrías, la lucha de la vida, en una palabra, han modificado rápidamente caracteres mucho más rígidos que el mío.

Mi tía era la mujer más desagradable que dar se puede. Yo la encontraba feísima, por lo que podía juzgar entonces quien como yo no había, puede decirse, visto ni comparado nada. Su cara era angulosa y vulgar, su voz chillona, su andar y su estatura gigantescos.

A su lado parecía yo una pulga, una hormiga. Cuando la dirigía la palabra, tenía que alzar la cabeza como si mirase á lo más alto de la torre Eiffel. Era de origen plebeyo, y como la mayor parte de los de su raza, dominaba ante todo en ella la fuerza física y profesaba á mi enclenque persona un desdén que me aniquilaba.

Su moral era la fiel reproducción de su físico. No contenía sino asperezas é ironías, ángulos agudos contra los cuales los infelices que vivían con ella se rompían la nariz diariamente.

Mi tío, aristocrático campesino, cuya estupidez había llegado á ser proverbial en la comarca, se había casado con ella por debilidad de carácter y de inteligencia. Murió poco después de casado y yo no le llegué á alcanzar. Cuando entré en la edad de la reflexión, atribuí esta muerte prematura á mi tía, que me parecía muy á propósito para enterrar, no digo á un pobre diablo como mi tío, sino á todo un regimiento de maridos.

Tenía yo dos años cuando mis padres se fueron al otro mundo, abandonándome á los caprichos de los acontecimientos de la vida y del consejo de familia. De un bonito caudal dejaron algunos restos importantes: unos cuatrocientos mil francos, en tierras que producían una buena renta.

Mi tía consintió en encargarse de mi educación. No le gustaban los niños; pero como su marido había administrado mal sus bienes, pensó con razón que el bienestar volvería á entrar en su casa con mi presencia.

¡Qué casa tan fea! Grande, destartalada, mal puesta, en medio de un patio lleno de estiércol, de lodo, de gallinas y de conejos. Detrás había un jardín en el que brotaban sin orden ni concierto todas las plantas de la creación, sin que nadie hiciese caso de ellas. Creo que no había memoria de que ningún jardinero se hubiera ocupado en cuidar aquellos árboles ni en regar aquellas flores.

Aquella selva virgen me desagradaba sobre manera, pues aunque niña, tenía una afición innata por el orden y la simetría.

La propiedad se llamaba el Buissón y estaba situada en medio del campo, á media legua de la iglesia y de una pequeña aldea, compuesta de unas veinte chozas. Ninguna quinta, ninguna casa de campo por aquellos contornos. Vivíamos en la soledad más completa. Mi tía iba alguna que otra vez á C..., la aldea más próxima á Buissón. Yo tenía grandes deseos de acompañarla, y, por lo mismo no se me lograba jamás.

Los únicos acontecimientos de nuestra existencia eran la llegada de algunos colonos, que traían el producto de sus arriendos, y las visitas del señor cura.

¡Oh! ¡Qué hombre tan bueno el señor cura!

Venía á nuestra casa tres veces por semana, habiéndose encargado de irme enseñando todo lo que él sabía respecto á ciencias.

Continuaba su labor con perseverancia, á pesar de que yo hacía lo posible para agotar su paciencia. No tenía dura la cabeza, pues aprendía con facilidad, pero era muy perezosilla. Sin embargo, yo le quería bien, le hacía muchos mimos, correspondiendo de este modo á sus esfuerzos heroicos para extirpar de mi espíritu esa planta de Satanás.

Además, y este era el punto más grave, la facultad de razonar se desarrollaba en mí con gran rapidez.

Me ponía á discutir con él y le sacaba á veces de sus casillas, permitiéndome unas apreciaciones enteramente opuestas á sus más arraigadas opiniones.

Era un verdadero placer para mí contradecirle, impacientarle, tergiversar sus ideas, sus gustos, sus opiniones. Esto me ponía la sangre en movimiento, me hacía estar siempre alerta. Sospecho que él experimentaba la misma sensación y que habría sentido mucho si hubiese perdido de repente mis hábitos de insubordinación y la independencia de mis ideas

Pero estaba muy lejos de ser así, pues cuando lo veía agitarse en su sillón, con los pelos en punta, su nariz repleta de rapé, contra toda regla de limpieza, olvido que sólo se advertía en las grandes ocasiones, no hay idea de la dicha que yo experimentaba

No obstante, si nos hubiéramos encontrado solos los dos, tal vez habría podido resistir al demonio tentador. Pero mi tía había tomado la funesta costumbre de asistir á las lecciones, á pesar de que no comprendía una jota de lo que allí se decía y de que no cesaba de bostezar.

Ahora bien: la contradicción, aun cuando su feísima persona no tuviese nada que ver, la ponía furiosa, tanto más furiosa cuanto que no se atrevía á chistar delante del señor cura. Además, oirme discutir le parecía una monstruosidad en el orden físico y moral. Jamás me encaraba con ella, pues era muy brusca y temía que me pegase. Lo cierto es que mi voz, y eso que es dulce y musical, tengo orgullo en decirlo, pro-

ducía en sus nervios auditivos un efecto desastroso.

Dados estos antecedentes, se comprenderá que me hubiera sido imposible, completamente imposible, no dar rienda suelta á mi malicia para molestar á mi tía y hacer rabiar á mi profesor.

Y sin embargo, yo quería mucho á mi profesor, pues sabía que aparte de mis ocurrencias, por lo general absurdas y muchas veces impertinentes, tenía por mí el mayor afecto. No era yo solamente su oveja preferida, sino que me consideraba como su discípula predilecta, su obra, la hija de su corazón y de su inteligencia. A este amor paternal se unía una dosis de admiración por mis aptitudes, mis palabras y mis actos en general.

Se había propuesto hacer algo de mí; quería instruirme, velarme como un ángel tutelar, á pesar de mi cabeza á pájaros, de mi lógica y de mis extravagancias. Hay que decir que esta determinación llegó á ser lo más grato, ó mejor dicho, la única distracción de su monótona existencia.

Con lluvia, viento, nieve, granizo, calor, frío, tormenta, veía aparecer al cura, remangándose la sotana y con su sombrero debajo del brazo. No recuerdo haberle visto jamás con el sombrero en la cabeza. Era su manía andar con la cabeza descubierta, dirigiendo una sonrisa á los transeuntes, á los pájaros, á los árboles, hasta á la hierba que pisaba.

Repleto y rechoncho, parecía rebotar como una pelota cuando caminaba con paso lento hacia nuestra casa, leyendo en su semblante que le dirigía á la naturaleza esta frase: «Eres buena y te quiero.» Estaba contento de vivir, contento de sí mismo, contento de todo el mundo. Su rostro plácido y sereno, sonrosado y fresco, sus cabellos blancos, me hacían el efecto de las rosas tardías que siguen floreciendo bajo las primeras nieves.

Cuando penetraba en el patio, las gallinas y los conejos acudían presurosos á su voz para mascullar algunas migajas de pan que había cuidado de meter en sus bolsillos al salir de su casa. Perrina, la muchacha que cuidaba esos animalitos, se adelantaba á saludarle; luego se presentaba Suzón, la cocinera, que le abría cortésmente la puerta y le introducía en la sala en donde dábamos la lección.

Mi tía, que sentada en una butaca se asemejaba á un pararrayos, se levantaba á saludarle y le faltaba tiempo para contarle algo malo respecto á mí, después de lo cual volvía á sentarse, tiesa como un palo, y colocando sobre sus rodillas su gato favorito, tomaba su labor y aguardaba la ocasión de decirme alguna cosa desagradable.

El señor cura oía con santa resignación aquella voz desagradable que atormentaba el oído. Se encogía de hombros como si la filípica fuera para él, y me amenazaba con el dedo con dulce sonrisa. A Dios gracias, conocía de memoria á mi tía.

Nos instalábamos junto á una mesa que habíamos colocado al lado de la ventana. Esto tenía la doble ventaja de que estábamos á una respetable distancia de mi tía, que seguía fastidiándonos sentada junto á la chimenea, y de que me permitía distinguir el vuelo de las golondrinas y de las moscas, y durante el invierno observar los efectos de la nieve y de la escarcha en los árboles del jardín.

El señor cura colocaba su caja de rapé sobre la mesa, junto á él un gran pañuelo de color en uno de los brazos de su butaca y comenzaba la lección.

Cuando la pereza no se había apoderado de mí, la cosa iba tal cual, sobre todo si se trataba de temas y de lecciones escritas, pues aunque eran generalmente cortas, mi letra era clara y mi estilo fácil. El señor cura meneaba la cabeza con aire satisfecho, tomaba una buena dosis de rapé y repetía una y mil veces: «¡Bien, muy bien!»

Mientras tanto, me entretenía en ir contando mentalmente el número de manchas que tenía en su sotana, y me preguntaba á mí misma qué aspecto presentaría mi profesor si tuviese una peluca negra, calzón corto y un frac encarnado, tales como los que usaba el tío de mi padre en el retrato que había en la sala

La idea de ver al cura con calzón corto y con peluca era tan estrambótica, que no pude menos de soltar una carcajada, lo cual me valió que mi tía exclamase: «¡Estúpida! ¡Habráse visto una necia igual!» Y otras lindezas por el estilo, que tenían el privilegio de ser tan parlamentarias como explícitas.

El cura me miraba, sonriéndose á la vez, y repetía dos ó tres veces: «¡Ah, juventud! ¡Dichosa edad!» Y un recuerdo retrospectivo á sus primeros quince años le hacía lanzar un suspiro.



Las gallinas y los conejos acudían presurosos á su voz

Después pasábamos á las lecciones de memoria, y esto presentaba ya algunas dificultades. Era el momento de la charla, de las opiniones personales, de las discusiones y á veces de las disputas.

El cura mostraba su admiración por los hombres de la antigüedad, los héroes, por los hechos casi fabulosos en los cuales el valor físico tuvo una parte importante. A mí me parecía esto completamente en desacuerdo con la manera de ser de mi profesor.

Había yo observado que no le gustaba al señor cura retirarse á su casa después de anochecido, y esta sospecha que yo acariciaba con cierta delicia, por ser también muy medrosa, no podía dejarme ilusión alguna acerca de su valor.

Además su naturaleza plácida y tranquila, amante del reposo, de la rutina, de sus ovejas, no había jamás, pero jamás, soñado con el martirio. Muy al contrario, palidecía, todo lo que sus sonrosadas mejillas podían palidecer, cuando leíamos las páginas consagradas á los suplicios por donde pasaron los primeros cristianos.

Encontraba muy hermoso entrar en el paraíso de un salto heroico, pero pensaba que era también muy dulce aproximarse tranquilamente hacia la eternidad sin fatiga y sin precipitación.

No experimentaba esos fervores exaltados que inspiraban el deseo de la muerte para ver más pronto al Soberano de los mundos y del tiempo. ¡Oh! ¡Absolutamente! Estaba decidido á marcharse sin murmurar cuando llegase su hora, pero deseaba sinceramente que fuese lo más tarde posible.

Confieso que mi temperamento, que no brilla por el lado heroico, se acomoda muy bien con esta moral dulce y sencilla.

No obstante, estaba encaprichado por sus héroes; los admiraba, los exaltaba y los amaba tanto más, sin duda, cuanto que, llegado el caso, se sentía absolutamente incapaz de imitarlos.

Por mi parte, no compartía ni sus gustos ni sus admiraciones. Experimentaba una absoluta antipatía por los griegos y los romanos. Por un trabajo sutil de mi fantástica inteligencia, había decidido que estos últimos se parecían á mi tía..., ó bien que mi tía se parecía á ellos, como mejor se quiera, y desde el día en que noté esta semejanza, los romanos fueron juzgados, sentenciados y ejecutados en mi imaginación.

A pesar de esto, el cura se empeñaba en que hiciésemos algunas excursiones por la historia romana, y yo me obstinaba en no tomar ningún interés en ello. Los hombres de la República me dejaban fría, y los emperadores se confundían en mi cabeza. En vano lanzaba el cura exclamaciones de admiración, en vano se enfadaba y trataba de convencerme, nada podía vencer mi insensibilidad y mi opinión personal.

Por ejemplo, refiriendo la historia de Mucio Scévola, terminaba yo así:

– Quemó su mano derecha para castigarla por haberse engañado, lo que prueba que era un majadero

El cura, que me escuchaba pocos momentos antes con aire de beatitud, se estremeció indignado.

– ¡Un majadero! Señorita..., ¿por qué razón?

– Porque la pérdida de su mano no reparaba el error cometido, contesté yo; porque Porsena no estaba ni más ni menos vivo, y porque el secretario se encontraba lo mismo.

– Muy bien, hija mía; pero Porsena se asustó é inmediatamente levantó el sitio.

– Lo cual prueba, señor cura, que Porsena fué un cobarde.

– No digo lo contrario; pero Roma se vió libre, y ¿gracias á quién?, gracias á Scévola, ¡gracias á su acción heroica!

– Pues yo sostengo lo que he dicho, continué diciendo no era más que un majadero, ¡un grandísimo majadero.

El cura, sofocado, exclamaba:

– Cuando las niñas se empeñan en raciocinar, los mortales oyen muchas tonterías.

– Señor cura, usted me demostró el otro día que el raciocinio es el don más hermoso del hombre.

– No hay duda, no hay duda, cuando sabe servirse de él. Además, yo me refería al hombre formal y no á muchachuelas.

– Señor cura, el pajarito ensaya sus fuerzas al borde del nido.

El buen hombre, un tanto desconcertado, se despeluznaba los cabellos con energía, lo que le daba el aspecto de una cabeza de lobo empolvada de blanco.

– Hace usted mal en discutir tanto, niña, me decía algunas veces; es un pecado de orgullo. No siempre me tendrá usted presente para contestar, y cuando se encuentre usted sola luchando con la existencia, sabrá usted que con ésta no se discute, sino que se la tiene que soportar.

Pero yo me preocupaba poco de la existencia. Tenía un cura para ejercitar mi lógica, y esto me bastaba.

Cuando me había hartado de contrariarle, de fastidiarle, de impacientarle, se esforzaba para dar á su fisonomía una expresión severa; pero tenía que renunciar á ello, pues su boca, en la que se veía siempre dibujada la sonrisa, se negaba en absoluto á obedecerle.

Entonces me decía:

– Señorita de Lavalle, repasará usted sus emperadores romanos, y procurará usted no confundir á Tiberio con Vespasiano.

– Dejemos en paz á esos caballeros, señor cura, le contestaba yo; me fastidian mucho. Usted no sabe que si le hubiesen conocido á usted le habrían tostado vivo, ó arrancado la lengua y las uñas, ó cortado en pedacitos convirtiéndole en salchichón.

Ante tan lúgubre espectáculo, el cura se estremecía ligeramente, y se largaba sin dignarse contestarme.

Ya sabía yo que su desagrado había llegado á su apogeo cuando me llamaba señorita de Lavalle Este nombre ceremonioso era su más viva manifestación, y tenía remordimientos hasta que volvía á verle con sus cabellos al aire y la sonrisa en los labios.

II

Mi tía me maltrataba cuando yo era niña, y tenía tal miedo á los golpes que me daba, que la obedecía sin discutir.

Todavía me pegó el mismo día en que cumplí diez y seis años, pero fué la última vez. Desde aquel día, fecundo para mí en acontecimientos íntimos, una revolución que germinaba sordamente en mi ánimo hacía unos meses, estalló de pronto y vino á modificar por completo mi manera de ser con mi tía.

En aquella época, el cura y yo repasábamos la historia de Francia, y yo tenía cierta vanidad en estar al corriente de toda ella. Bien es cierto que teniendo en cuenta las lagunas y las restricciones del texto de mi compendio, lo que yo sabía no era mucho.

El cura profesaba por sus reyes un amor que llegaba hasta la veneración, y sin embargo, no quería á Francisco I, antipatía tanto más extraña cuanto que aquel monarca era valiente y ha conservado su popularidad. Pero nada, no le entraba al cura, que no perdía jamás una ocasión para criticarle, y yo, por espíritu de contradicción, hice de él mi favorito.

El día que alcé más la voz tenía que recitar la lección concerniente á mi rey favorito. Desde la víspera estuve calentándome los cascos para encontrar el modo de hacerle brillar á los ojos del cura. Desgraciadamente no podía sino repetir las expresiones de mi libro de historia, manifestando opiniones que se apoyaban mucho más sobre una impresión que sobre un razonamiento.

Hacía más de una hora que me estaba devanando los sesos, cuando una idea luminosa atravesó por mi imaginación.

«¡La biblioteca!,» exclamé.

E inmediatamente atravesé de prisa un gran corredor, y penetré por primera vez en un cuarto ni grande ni chico, cuajado de libros, cubiertos de telas de araña. Ese cuarto comunicaba con otros varios que se hallaban cerrados desde que murió mi tío; había tal olor á humedad, á falta de ventilación, que creí un momento que me iba á encontrar mala. Me apresuré á abrir la ventana, una ventana muy pequeñita que no tenía ni madera ni persiana y que daba á la parte más agreste del jardín; empecé en seguida á registrar volúmenes; pero ¿cómo era posible dar con Francisco I en medio de tanto libro y de tanto polvo?

Estaba casi decidida á renunciar á mi deseo, cuando el título de un libro pequeño me hizo lanzar un grito de alegría. Era la biografía de todos los reyes de Francia hasta Enrique IV exclusive. Un grabado bastante bueno, que representaba á Francisco I con el espléndido traje de los Valois, se hallaba unido á la biografía. Lo examiné con gran extrañeza.

«¡Es posible, me dije maravillada, que haya hombres tan hermosos como éste!»

El biógrafo, que no participaba de la antipatía del cura por mi héroe, hacía su elogio sin restricción alguna. Hablaba, con una convicción entusiasta, de su belleza, de su valor, de su carácter caballeresco, de su inteligente protección á las artes y á las letras. Terminaba con dos líneas sobre su vida privada y supe lo que ignoraba completamente, y es:

«Que Francisco I llevaba una vida alegre y amaba las mujeres de una manera prodigiosa. Que prefería con mucho y con gran sinceridad á la bella Ana de Pisseleu, á quien dió el condado de Etampes, que elevó luego á ducado para serle más agradable.»

De estas pocas palabras deduje las siguientes conclusiones:

Primero. Habiendo descubierto, desde hace un mes, que mi existencia era monótona, que me faltaban muchas cosas, que la posesión de un cura, de una tía, de unas gallinas y de unos conejos no bastaba para la felicidad, saqué en limpio que siendo una vida alegre precisamente lo contrario de la mía, Francisco I había dado, al escogerla, una prueba de mucho talento.

Segundo. Que profesaba seguramente la santa virtud de la caridad predicada por mi cura, puesto que quería tanto á las mujeres.

Tercero. Que Ana de Pisseleu era mujer feliz, y que me hubiera alegrado mucho que un rey me diera un condado, elevado luego á ducado para serme más agradable.

«¡Bravo!, exclamé lanzando el libro hacia el techo y asiéndolo de nuevo. He aquí tela para confundir al cura y convertirlo á mi opinión.»

Por la noche volví á leer en la cama la biografía de mi rey favorito:

«¡Qué buen hombre era ese Francisco I!, me decía á misma. Pero ¿por qué el autor no habla más que de su afecto á las mujeres? ¿Por qué no ha dicho igualmente que también quería á los hombres? Después de todo, cada cual tiene sus gustos; pero si hubiese de juzgar á las mujeres por el patrón de mi tía, creo que tendría una preferencia visible por los hombres.»

Mas recordé luego que el biógrafo pertenecía al sexo masculino, y pensé que había sin duda creído cortés, amable y modesto no hacer mención de él ni de sus congéneres.

Y me dormí ante esa idea luminosa.

Al día siguiente me levanté muy contenta. En primer lugar tenía diez y seis años; después la mujercita que se miraba en el espejo, examinaba un semblante que no le disgustaba; luego hice dos ó tres piruetas pensando en la estupefacción del cura ante mis nuevos conocimientos.

En mi impaciencia, me hallaba instalada en mi mesa hacía tiempo, cuando llegó sonrosado y con la sonrisa en la boca. Al verle me palpitó algo el corazón, como á los grandes capitanes en vísperas de una batalla.

– Vamos á ver, hija mía, me dijo una vez corregidos los deberes y después de haber hecho cierto gesto al enterarse de su laconismo, pasemos á Francisco I y examinémosle bajo todos sus aspectos.

Se instaló cómodamente en su butaca, tomó su caja de rapé con una mano, con la otra su tradicional pañuelo, y mirándome de reojo, bien claro se veía que iba preparándose para sostener la discusión que preveía.

Abordé francamente mi tema; me agité, me animé, me entusiasmé; insistí mucho acerca de las cualidades preconizadas en mi libro, haciendo gala después de mis conocimientos especiales.



¡Es posible, me dije maravillada, que haya hombres tan hermosos como éste!

– ¡Y qué hombre tan simpático, señor cura! ¡Su porte era majestuoso; su fisonomía noble y bella; una barba tan bonita tallada en punta y unos ojos tan hermosos!

No había pronunciado estas últimas palabras, cuando el cura, muy enfurrunchado y erguido como uno de esos diablillos que por medio de un resorte saltan de la caja, exclamó:

– ¿En dónde ha aprendido usted toda esa hojarasca, señorita?

– ¡Ah! Yo no puedo decirlo, contesté con airecillo misterioso. Y quemando mis naves, le dije:

– Señor cura, ¡yo no sé lo que le ha hecho á usted Francisco I! ¿Pues sabe usted que tenía un gran entendimiento? Llevaba una vida muy alegre y le gustaban muchísimo las mujeres.

Los ojos del cura se abrieron de tal modo en aquel momento, que creí que iban á salirse de su órbita. Exclamó: «¡San Miguel! ¡San Bernabé!,» y dejó caer su caja de rapé, metiendo tal ruido que el gato, que se hallaba tendido en un canapé, saltó al suelo todo asustado.

Mi tía, que estaba durmiendo, se despertó sobresaltada, y exclamó: «¡Qué animalucho!,» dirigiéndose á mí, no al gato, y sin saber quién tenía la culpa. Pero este epíteto constituía invariablemente el exordio de todos sus discursos.

Ciertamente esperaba producir gran efecto; no obstante, me quedé algo parada al ver el semblante del cura.

Pero al poco rato continué con gran imperturbabilidad:

– Amó sobre todo á una mujer muy hermosa, á quien dió un ducado. ¡Confesad, señor cura, que era muy bueno, y que habría sido muy agradable encontrarse en el pellejo de Ana de Pisseleu!

– ¡Santa madre de Dios!, prorrumpió el cura con voz casi extinguida. ¡Esta muchacha tiene el diablo en el cuerpo!

– ¿Qué ocurre?, gritó mi tía, clavando en su moño una de las agujas de hacer media. Castíguela usted si se permite alguna impertinencia.

– Hija mía, continuó el cura, ¿dónde ha aprendido usted lo que acaba de decirme?

– En un libro, contesté lacónicamente, sin mencionar para nada la biblioteca.

– ¿Cómo es posible que se atreva usted á repetir semejantes atrocidades?

– ¡Atrocidades!, dije escandalizada. ¿Cómo es eso, señor cura? ¿Encuentra usted mal que Francisco I fuese generoso y amase las mujeres? ¿Por lo visto usted no las ama?..

– ¿Qué dice esta estúpida?, exclamó llena de furor mi tía, quien al oirme sacó de mi contestación los pronósticos más desastrosos que dar se puede. ¡Descarada!..

– ¡Paz, señora mía, paz!, exclamó el cura, quien ya se había serenado un poco. Déjeme usted explicarme con Reina. Vamos á ver, ¿qué encuentra usted de laudable en la conducta de Francisco I?

– Pues es bien sencillo, contesté con cierto desdén al pensar que el cura envejecía y que empezaba á tener la comprensión algo lenta. Todos los días me predica usted el amor al prójimo; pues me parece que Francisco I practicaba ese precepto: «Amar al prójimo como á sí mismo, por el amor de Dios.»

Apenas había yo terminado mi frase, cuando el cura, en cuyo semblante se veían gruesas gotas de sudor, se echó para atrás en su butaca, y con sus dos manos apoyadas en su vientre, prorrumpió en una carcajada homérica que duró tanto tiempo que asomaron á mis ojos lágrimas de despecho y de contrariedad.

– En verdad, dije con voz temblorosa, he sido una tonta en tomarme el trabajo de aprender mi lección y en hacer admirar á usted Francisco I.

– Pichona mía, me dijo por fin, recobrando su aspecto habitual y empleando su expresión favorita cuando estaba satisfecho de mí, lo cual me sorprendió mucho; pichona mía, yo ignoraba que tuviese usted semejante admiración por las personas que ponen en práctica la virtud de la caridad.

– De todos modos, no es una cosa risible, contesté con ironía.

– Vamos, vamos, nada de enfadarse.

Y el cura, dándome una palmadita en la mejilla, abrevió la lección, me dijo que volvería al día siguiente y se fué á confiscar la llave de la biblioteca que él conocía sin que yo lo supiera.

No había el cura atravesado el patio, y ya mi tía se echó sobre mí como una furia, y trasteándome de lo lindo me dijo:

– Parlanchina del diablo, ¿qué has dicho, qué has hecho para que el señor cura se vaya tan pronto?

– Pero ¿por qué monta usted en cólera, si usted no sabe de lo que se trata?

– ¿Que no lo sé?.. Pues qué, ¿no he oído lo que decías del señor cura, descarada?

Juzgando que las palabras no bastaban para exhalar su cólera, me dió un cachete, me pegó brutalmente y me puso en la puerta como á un perro.

Me fuí á mi cuarto, donde me encerré á mi gusto. Mi primer cuidado fué quitarme el vestido y cerciorarme delante del espejo de que los dedos flacos y secos de mi tía habían dejado rastros azulados en mis hombros.

«¡Vil pequeña esclava, dije mostrando los puños á mi propia imagen, ¿soportarás largo tiempo semejantes cosas? ¿Acaso por cobardía no te atreves á rebelarte?»

Me seguí regañando severamente durante unos cuantos minutos hasta que se produjo la reacción, y cayendo sobre una silla lloré mucho.

«¡Qué he hecho yo, pensé, para ser tratada de este modo! ¡Qué mujer más mala! Además, ¿por qué ponía el cura una cara tan rara cuando le recitaba la lección?»

Y me eché á reir mientras que las lágrimas corrían aún sobre mis mejillas. Pero por más que profundizaba el problema, no le encontraba solución.

Me asomé á la ventana, que estaba abierta, y me puse á contemplar melancólicamente el jardín, recobrando poco á poco mi serenidad, cuando se me figuró oir la voz de mi tía, que conversaba con Suzón. Me puse á oir su conversación aproximándome aún más á la ventana.

– Hace usted mal, decía Suzón; la señorita no es ya una niña, y si usted la maltrata se quejará al señor de Pavol, que la recogerá en su casa.

– ¡Pues no faltaba más! Pero ¿qué quiere usted que piense en su tío, si apenas se acuerda de que existe?

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

RUINAS KHMERES EN EL CAMBOIA SIAMÉS

ANGKOR-THOM Y BANH-YONG

Los monumentos construídos por los antiguos khmeres ocupan en el Camboia y en el Camboia siamés un inmenso territorio hoy invadido por los bosques. La composición de los planos de todas estas obras extraordinarias, la originalidad de las esculturas y de los adornos tallados en la piedra y por su magnificencia asombrosos excitan en alto grado la curiosidad del viajero. Interesaría conocer las fechas de origen de estos monumentos que son muestras de una civilización refinada; pero desgraciadamente nada se ha encontrado hasta ahora que permita precisar de una manera exacta la época en que se construyeron tan maravillosos edificios. Existe, sin embargo, un documento importante que se conserva en el tesoro del rey de Camboia, Norodón: la crónica real, ó *Pongsa Voda*, que se compone de dos partes. La primera es un resumen completo, formado con narraciones fabulosas que enumeran los acontecimientos ocurridos desde el origen del Camboia hasta el año 1340 de nuestra era; la segunda comienza en 1340 y termina en el período moderno. Los anales chinos y anamitas y varios antiguos manuscritos conservados por algunos jefes de los bonzos pueden también facilitar algunas vagas noticias acerca de los primeros tiempos del país de los khmeres.



Fig. 1. – Puerta de entrada del lado Sur de la fortaleza de Angkor-Thom (Camboia siamés), dibujo del natural de Alberto Tissandier

Consultando las obras de los Sres. Moura y Aymonier, que han obtenido del rey Norodón autorización para hacer traducir el *Pongsa-Voda*, he recogido los principales hechos que pueden servir para señalar fechas aproximadas á los monumentos notables que eran ornamento de la antigua capital de los camboianos.

La historia del Camboia ha tenido tres épocas principales: los primitivos habitantes constituían tribus salvajes que se ha supuesto eran los samrés y que tenían fe en el misterioso culto de la serpiente. Esos samrés fueron subyugados por una invasión del pueblo Kham, procedente del reino de Khomerat, situado en las fronteras de la China, en el año 500 antes de Jesucristo. Los khames, mezclados con los samrés, habían sabido crear un estado próspero que se denominaba el Kutch-Thloc, pero se mantuvieron en estado primitivo. La dinastía de sus reyes duró cien años.

En 443 antes de Jesucristo, Prea-Thong, príncipe indostano, hijo del rey de Indraprastha (Delhi), que se había rebelado contra su padre, á quien arrojó de su país, vióse obligado á emigrar con gran número de sus conciudadanos al Sur de la Indo-China, estableciéndose en el Kutch-Thloc, en Cukhan, y aportando allí las ideas de progreso y los conocimientos artísticos de su país de origen. Prea-Thong y sus compañeros eran bracmanes, como lo era, según se dice, el pueblo Kham. No tardaron en surgir disensiones entre estas tribus, retirándose los khames vencidos á las provincias del Laos inferior. Prea-Thong, resuelto á quedarse definitivamente en aquel país, casóse con la hija de uno de los principales jefes del Kutch-Thloc y se hizo proclamar rey con el nombre de Prea-bat-Ti-vong as char y denominó á su reino Crung-Kampuchea (Camboia), palabras derivadas del pali, que significan *Reino salido de las aguas*.

La leyenda precisa el hecho de una manera fabulosa, presentándonos á la prometida del príncipe, la princesa Suwan-Neakea, como hija del rey de los dragones, que podía hacer retirar las aguas del mar y hacer surgir de tierra un palacio y una fortaleza para alojar á los nuevos esposos.

El rey de Crung-Kampuchea, ayudado por sus compañeros de emigración, formó obreros indígenas: los cimientos de su fortaleza, de sus palacios y de sus templos pudieron comenzarse en las tierras fértiles que el mar dejaba á descubierto en aquel territorio, según hoy se ha probado. Los camboianos dicen á una que las numerosas ruinas conocidas con el nombre de Angkor-Thom son precisamente las de las antiguas construcciones emprendidas por Prea-Thong y sus sucesores, ó según la leyenda, las que el rey de los dragones hizo surgir de la tierra.

Funestos sucesos señalaron el fin de la dinastía de Prea-Thong: en 125 antes de Jesucristo, el pueblo khmer fué invadido por los chinos y en 43 por el rey de los khames, siendo de presumir que entonces estarían ya construídos la ciudadela de Angkor-Thom y sus principales monumentos.

La ciudad fuerte, ó Pon-Teay, de Angkor-Thom, mide unos 12 kilómetros de perímetro: sus murallas, de 6 metros de altura, están rodeadas de un foso de 120 metros de ancho por cuatro de profundidad. La figura 1 reproduce la puerta de entrada, por el lado Sur, de la antigua fortaleza: á pesar del estado de ruina en que se encuentra, se distingue la cúpula que la coronaba, que representa la cabeza de Brahma, cuyas cuatro caras están orientadas hacia los cuatro puntos cardinales. Estas cabezas ostentaban una tiara de torres. Más abajo se ve una especie de friso, compuesto de personajes divinos en actitud de orar, que parecen salir del centro de una flor de loto. Entre las partes arruinadas ve aún los restos de los ornamentos laterales de esta majestuosa entrada, que consisten en un enorme elefante tricéfalo, Airawaddi, el elefante favorito de Siva cuyas cabezas se adivinan todavía y sobre las cuales se notan los restos de tres divinidades que, al parecer, guían al animal.

En una *Descripción del Camboia*, escrita por un oficial chino en el siglo XIII y traducida al francés, hay una descripción de la ciudadela de Angkor-Thom, intacta en aquella época, de la cual extractamos lo siguiente:

«La capital tiene 20 lis de perímetro y cinco puertas, detrás de las cuales hay un gran foso y después de éste los baluartes de comunicaciones con grandes puentes. A cada lado se ven 54 estatuas de divinidades. Los arcos tienen forma de serpientes de nueve cabezas y está prohibido á los transeuntes acercarse á ellos. Cada una de las 54 estatuas tiene en la mano una serpiente. A ambos lados de la puerta se ven unos elefantes tallados en la roca.»

Los restos que aún se conservan del monumento demuestran la verdad del relato del oficial chino.

De la ciudad vieja de Angkor-Thom, cuyas casas eran de madera, nada queda. El sitio que ocupaba el palacio de los reyes se ve todavía y se descubren vestigios de antiguas terrazas, calzadas de piedra y muchos escombros. Con las murallas de cerca y sus puertas triunfales subsisten aún algunos monumentos importantes, aunque muy arruinados, que son: los edificios de Pimeanacas (lugar elevado) y de Bapuon, formados ambos por terrazas sobrepuestas, al parecer sin carácter religioso, y las elevadas murallas cubiertas de bajos relieves, en las cuales se ve la estatua célebre del rey leproso, algunos restos de palacio y las terrazas llamadas de los Dam-reys (elefantes). La figura 2 representa una parte de sus notables esculturas, los bajos relieves del lado Sur. Algunos elefantes de tamaño menor que el natural, esculpidos en alto relieve, formaban los ángulos de esta terraza que terminaba en una escalinata de piedra y que conducía á Bapuon. Finalmente Banh-Yong, el monumento más interesante de toda la comarca, que por su originalidad sobrepuja á cuanto ha podido crear el pueblo khmer, termina la nomenclatura de las ruinas más curiosas encerradas en Angkor-Thom.

El edificio de Banh-Yong (bella vista) no era únicamente religioso, sino que los khmeres lo consideraban, además, como lugar de paseo y diversión. Sin embargo, toda la obra estaba consagrada á Brahma, según lo indican los menores detalles de las construcciones; sus ruinas ocupan una superficie considerable.

Las fachadas de su segundo recinto tienen un desarrollo de más de 150 metros por 140 de lado: las de la base del santuario tienen 76 por 85 y ofrecen á la vista magníficas perspectivas. Las paredes interiores de estos pórticos ostentan una serie de bajos relieves, una gran parte de los cuales están desgraciadamente sepultados bajo los escombros de las arruinadas bóvedas. En aquellos lugares disfrutaban los habitantes de Angkor-Thom de la vista de los jardines y podían contemplar las esculturas que repre-

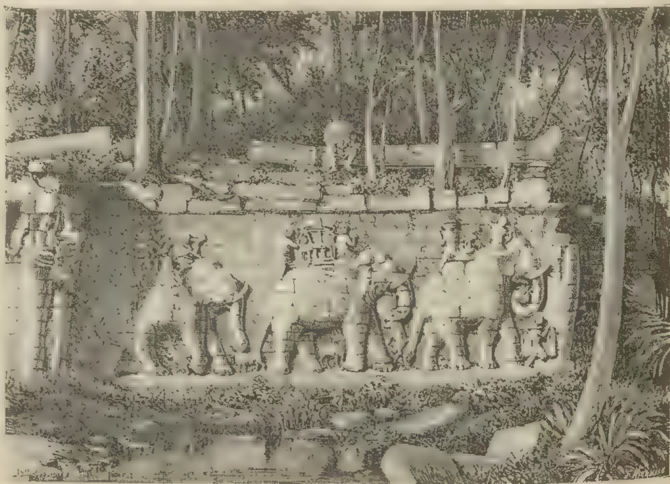


Fig. 2. – Bajo relieve de la terraza de los *Dam-reys* (Desfiladero de los elefantes), situada en el recinto de Angkor-Thom y que conduce á Bapuon (Camboia siamés), dibujo del natural de Alberto Tissandier

sentaban las escenas familiares de su existencia, tales como la caza, la pesca, las luchas y la danza, y las maravillosas hazañas de los héroes y de los dioses descritas en el poema indostano el *Mahabharata*. A pesar del bosque, que contribuye desde hace siglos á su ruina, Banh-Yong conserva todavía casi todas sus cúpulas, terrazas y patios interiores rodeados de galerías: las bóvedas y columnatas derrumbadas no impiden que el viajero pueda penetrar en la mayor parte del edificio y formarse idea del conjunto del mismo.

Un muro bajo servía de primer recinto y encerraba dos grandes estanques, colocados en un parque, en donde estaban sin duda las habitaciones de los guardianes del santuario. Seguía luego una segunda cerca rectangular con grandes vestíbulos de entrada unidos por pórticos: situada en una terraza elevada y adornada con balaustradas y escalinatas monumentales, formaba el primer piso del Banh-Yong. Este segundo muro de cerca, cuyas paredes desprovistas de todo adorno contrastan con la riqueza de las construcciones centrales, encerraba un vasto jardín. Diez y seis cúpulas, compuestas por las cuatro cabezas de Brahma y unidas por elegantes pórticos, constituyen con cuatro pequeños patios con galerías y santuarios las primeras bases del gran Prea-sat, situado en la terraza superior. En este grupo de construcciones las cuatro cúpulas de los ángulos son únicas en su nivel, pues las demás se elevan gradualmente formando un piso intermedio que conduce á la tercera terraza. Estas cúpulas y galerías comunícanse por medio de escaleras ó sólo por algunos escalones. Esta distribución extraña hace difícil la comprensión del plano y justifica el nombre de «templo del juego del escondite» que los indígenas han dado alguna vez á Banh-Yong.


Fig. 3. – Cúpulas con las cuatro caras de Brahma, vistas desde la terraza superior de Banh-Yong (Camboia siamés), dibujo del natural de Alberto Tissandier

Ocupa la terraza superior el santuario del dios supremo, ó Prea sat, con vestíbulos magníficos y su entrada orientada al Este. En los otros lados, ligeros pórticos le ponen en comunicación con santuarios secundarios que conducen á las escaleras que llevan á las galerías inferiores. Debajo del gran Prea sat estaba la sala misteriosa, donde no podía entrar la luz del día y que contenía la imagen del dios: las leyes brahmánicas prohibían el acceso de los fieles á ese recinto. Corona el Prea-sat una cúpula que se eleva á más de 40 metros sobre el suelo de la terraza y que está formada por cuatro figuras colosales de Brahma, ceñidas las frentes con sendas tiaras de cuatro pisos terminadas por una flor de loto. Al pie de esta cúpula hay agrupadas otras 50. El espectáculo que ofrecen al viajero esas testas divinas, de expresión digna y serena, es verdaderamente único en el mundo. La figura 3 reproduce una parte de esas cúpulas de rostros sobrenaturales.

ALBERTO TISSANDIER

(De *La Nature*)



Riera de Llavaneras, cuadro de José Masriera

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 3 de junio de 1895 — Núm. 701

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Con el último número de La Ilustración Artística repartimos á los señores suscriptores de la Biblioteca Universal la preciosa novela de Héctor Malot *En familia*, premiada por la Academia Francesa é ilustrada con profusión de grabados.

Los señores suscriptores que no hayan recibido esta obra, que forma el segundo de los tomos correspondientes al presente año, se servirán reclamarla á los repartidores ó á los corresponsales de esta casa.

SUMARIO



BUENOS AMIGOS,

copia del cuadro del celebrado pintor Geza Peske

EXPOSICIÓN NACIONAL

DE BELLAS ARTES

I

A 1.257 ascienden las obras de la sección de Pintura de esta exposición, á 135 (salvo error de cuenta) las de la de Escultura y á 14 las de la de Arquitectura; arrojando un total de 1.406, según el catálogo, las obras de arte que se exhiben actualmente en el Palacio del Hipódromo.

Pertenecen á la pintura de «paisaje» 281 cuadros, á la de «marina» 79, á la de flores y naturaleza muerta 117, á la *bucólica* 24, á la de retrato 180; los bocetos, apuntes, estudios, etc., son 308.

La impresión que al público y á la prensa ha causado en el primer momento la totalidad de la obra expuesta no ha sido halagüeña; debiendo advertirse, por ser este un dato curioso, que, salvo contadas excepciones, los grandes lienzos son los peores. Como viene aconteciendo desde que hay Exposiciones de Bellas Artes en Madrid, y cuenta que se han celebrado bastantes, y que por lo que á mí toca, he visto más de media docena, las censuras á los jurados dirigidas por los inteligentes tienen por motivo el exceso de benevolencia con que procedieron y proceden en la admisión de obras. Otro dato muy significativo debo apuntar: la crítica con unanimidad rara no señala más de doscientas obras dignas de atención por algún concepto, sin excluir de éste el nombre del autor.

Dicho todo lo cual, paso á ocuparme de la sección de Escultura.

***

Figura en primer término pero á una altura inconmensurable respecto de las restantes, la estatua de *Trueba*, modelada por Mariano Benlliure y muy bien fundida en bronce por la casa Masriera, de Barcelona. La obra de Benlliure es de la naturaleza de aquellas que inmortalizan al artista que las ejecuta.

De mí sé decir tan sólo que no puedo juzgar la efigie del poeta vasco. Horas y horas paso contemplando aquella maravilla del genio de Benlliure, que parece ejecutada con el pensamiento.

De todas las estatuas esculpidas por el escultor valenciano, ésta es sin duda alguna la más perfecta, así plásticamente como en lo que se refiere á la interpretación del carácter moral del estatuado. Cuantos hayan leído y saboreado las descripciones de los paisajes, tipos y costumbres de la tierra vasca hechas por Trueba; cuantos hayan conocido al hombre, seguramente apreciarán como evocación maravillosa la efigie que de Trueba modeló Benlliure.

Aparece el poeta sentado en un banco rústico; en el respaldo apoya el brazo izquierdo y con la mano sujeta unas cuartillas. El torso, ligeramente vuelto hacia la derecha, es de una proporción justísima; sobre el muslo derecho apoya la mano del mismo lado, en la cual se ve un lápiz cogido en la disposición que es corriente cuando se utiliza. La cabeza de la estatua, más vuelta que el torso hacia la derecha, encaja de un modo admirable entre los hombros; la pierna izquierda, doblada hasta formar un ángulo agudo, se oculta detrás de la derecha, que está apoyada naturalmente.

La indumentaria es, como puede suponerse, la vulgar y corriente de un burgués. Y sin embargo de lo antiestético de las líneas del pantalón y de las demás prendas que usamos, Benlliure ha realizado el prodigio de trazar una estatua cuya silueta, desde cualquier punto de vista que se la mire, resulta elegante, acusando el desnudo de tal modo, que no deja lugar á duda alguna respecto de aquella región del cuerpo que se indica bajo las ropas.

Pero si mirada en totalidad la estatua es de una proporción y armonía de líneas exquisitas, estudiando particularmente la cabeza, todo cuanto en elogio de ésta se diga es poco. La sonrisa de placidez que anima aquella faz de bronce; la tranquila mirada de aquellos ojos cuyas pupilas huecas causan la ilusión de la realidad; aquellas mejillas de las cuales ha desaparecido la tersura de la juventud; aquel cuello robusto, pero que revela ya la blandura que el tejido adiposo adquiere en los comienzos de la senectud; aquella frente que surcan ligeras arrugas; aquel bigote ligeramente alzado á la borgoñona, todo esto produce un efecto de verdad tan grande, que mirado con atención durante algún tiempo, parece verse cómo la sangre circula, cómo se contraen con la sonrisa los labios, cómo se refleja en el rostro la placidez del espíritu que anima al poeta vasco.

De los detalles de ejecución me limito á repetir las siguientes palabras de uno de los jurados, en compañía de quien admiraba yo la obra de Benlliure. «Vea usted esos borceguíes – me dijo mi acompañante. – Si no fuesen mayores que los de tamaño natural, los creería vaciados todo el mundo.»

Benlliure exhibe también dos bustos en bronce. Uno es el retrato de una señora joven y de bellas y animadísimas facciones; el otro es el de una niña. Ambos están modelados como únicamente modela Benlliure.

El autor de *La Tradición*, Agustín Querol, ha traído á este certamen nueve obras. Cuatro son bustos retratos en mármol, dos una cabeza de la famosa *Tulia*, que allá en los tiempos de la pagana Roma asombraba con sus costumbres corrompidas á sus corrompidos conciudadanos, y otra del santo de Asís, ambas también esculpidas en mármol: dos estatuitas en bronce, representando á *Don Juan Tenorio* y á *Doña Inés*, y el conocido bajo relieve *San Francisco curando á los leprosos.*

Sabido es del mundo artístico el dominio grande que de la técnica de su arte posee Querol. Decir que toda la obra que expone está prodigiosamente modelada, es decir una vulgaridad. Como he apuntado en otra parte y antes de ahora, el barro y el mármol dejan de ser materias inertes, para adquirir vida bajo los dedos del escultor tortosino; sobre todo cuando imita la carne, ésta palpita y parece adquirir toda la morbidez y blandura de la del modelo, especialmente si éste es mujer. Por eso los bustos retratos de la señora del actual presidente del Consejo de ministros y el de la marquesa de Alonso de León habrán de ser admirados siempre. Pero á pesar de lo dicho, el busto del rey lo considero superior al de la regente y á los citados, así en el parecido como en la ejecución.

Pudiera excusarme la labor de estudiar y describir el bajo relieve que como obra capital exhibe Querol; pues aun cuando dicho bajo relieve ha sido reproducido en mármol y algunos detalles han ganado, como podrá apreciarse comparándolos con los del modelo en yeso, no introducen en lo más mínimo variación alguna en la totalidad de la composición. Pero no quisiera que alguien juzgase torcidamente el omitir aquí un juicio, siquiera sea el tercero que yo hago respecto de obra tan conocida; así pues, repetiré otra vez más lo dicho.

Mide el bajo relieve 3'50 metros de ancho por 2'20 de alto y está esculpido en mármol blanco de Carrara. Ocupa el centro de la composición la figura de San Francisco, que aparece de perfil, colocando la mano derecha sobre el llagado cuerpo de un leproso, á quien sostienen algunos de los que rodean al santo. A la derecha del espectador, en primer plano y ofreciendo su auxilio al enfermo, se ve de rodillas á un fraile; inmediatamente y en pie está otro que sostiene un ánfora; varias figuras de frailes, curiosos y enfermos completan la composición por este lado. En el izquierdo, sentado en el suelo, un leproso, al que sostiene una mujer, extiende los brazos hacia San Francisco; detrás de este grupo otros enfermos, de pie, miran con ansia al fundador de la orden de Menores; entre los que asisten al prodigioso espectáculo que ofrece la ardiente caridad del iluminado de Asís, se ve un niño.

Tal es, á grandes rasgos descrita, la escena que representa el bellísimo bajo relieve modelado por Querol.

Sería, como he dicho más arriba, repetir una cosa de todos sabida, decir en elogio de la factura de esta obra que es muy bella y que luce el artista sus condiciones de ejecutante con un brío y una espontaneidad dignos de encomio. Telas y carnes están prodigiosamente modeladas, y tengo por cierto que aun aquellos que aquilatan el mérito hasta en el más pequeño detalle, no podrán dejar de alabar las condiciones apuntadas. Por lo que atañe al rigorismo con que exige la crítica moderna que sean tratados los asuntos históricos, quizá puedan hacérsele al artista objeciones de cierto valor; pero me he propuesto no exponer juicio crítico alguno, y quiero cumplir mi propósito. Tiempo, espacio y lugar tendré, más adelante, para llevar á cabo de la mejor manera que sepa la misión que en mi calidad de crítico debo cumplir.

Susillo exhibe cinco obras; tres de ellas de importancia por el tamaño y por el asunto; sin embargo, voy á ocuparme, ligeramente, por supuesto (pues de extenderme en el estudio y descripción de los cuadros y esculturas que figuran en el actual certamen, no terminaría nunca), del bajo relieve en barro cocido que se titula y que en efecto representa una bacanal. Poco más de un metro de ancho mide este cuadrito escultórico, en el que se ven cómo bailan al son de panderos y de tibias jóvenes de belleza verdaderamente voluptuosa, como las de aquellas Ménades de cabellos rubios con quienes soñaba el viejo Anacreonte y que le acompañaban en sus libaciones. Allí se ven los sátiros de pies de macho cabrío y los faunos girando en vertiginosa danza, con las hermosas bacantes, cuyos mórbidos cuerpos adoptan las más seductoras posturas. Varias de estas sacerdotisas de Baco llevan en andas un sátiro completamente beodo. Al fondo de la composición se ve el ara.

Es este bajo relieve una de esas obras de arte que despiertan el ansia de poseerlas. Poco importa que los tipos de aquellas mujeres no sean rigurosamente helenos; las caras de las mujeres andaluzas, y las de las sevillanas especialmente, si no tienen la corrección de líneas de las de las hijas de Caria ó de Egina, tienen en cambio gracia y sal para dar y tomar. Y este detalle no quita valor á la obra, ni el poquito del sabor clásico que se gusta viéndola. Y aun mirando con detenimiento el bajo relieve de Susillo, parece como que llegan á nuestros oídos las estrofas que en honor de las embriagueces del vino y del amor compusiera Anacreonte.

Dejemos al cantor de Baco que encargue á Efesto la fabricación de una copa de plata muy honda, donde le cincele *la vid y el alegre racimo;* dejemos á las Ménades que vendimien (con permiso de Roger de Flor, no sea cosa que no existiesen vides en los tiempos de Anacreonte) y hagamos un ligero alto en nuestra visita á las obras de Susillo, ante el *Cristo* (2'40 metros de alto por 1'70 de ancho) de bronce y ante el grupo que forman Pilatos y aquel sacerdote ó fariseo que le pide á gritos (según es de descompuesto su ademán) la muerte del justo. Cristo aparece con la cabeza levantada al cielo: por la posición de la cabeza en el momento elegido por el escultor para representar á Jesús de Nazareth, es aquel en que exclama: *¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?*

No es una obra acertada ésta, aun teniendo como tiene trozos modelados y sentidos como siente y modela el notable escultor sevillano. Para mí, esculpir ó pintar un Cristo es empeño casi imposible. Los distintos relatos que de la crucifixión nos hicieron desde los evangelistas hasta los más autorizados padres de la Iglesia, dan lugar para muchas dudas y confusiones que traen aparejados el error histórico y el error plástico.

Del grupo de Pilatos y el fariseo (en el catálogo aparece este grupo con el título *Crucificale*) solamente diré que el Pretor recuerda algo el pintado por Munckacsy en el famoso lienzo *Cristo ante Pilatos*. Tengo por cierto, pues á Susillo le sobran inspiración y originalidad para crear, que para nada habrá tenido en cuenta la dicha figura que trazó el célebre pintor húngaro; mas, á pesar de eso, existe cierta coincidencia en la interpretación que del tipo de Pilatos hicieron ambos artistas. Con todo, me parece más acertado Susillo en esta figura que en la del energúmeno que pide la muerte de Jesús.

De las dos obras que ha enviado Vallmitjana Abarca, la que llama la atención es el grupo en yeso que representa una *Leona con sus cachorros*. Vallmitjana «siente» este género, aquí muy poco cultivado, como ningún otro escultor español. El citado grupo tiene trozos muy bellos. Especialmente el dorso y la cabeza de la leona y el cachorro que intenta mamar están ejecutados con gran conocimiento de la verdad. Además, la agrupación es muy bonita y el conjunto de la obra muy armónico. Como decorativo es ese grupo una obra digna de aprecio, y creo que no será tiempo perdido el que haya empleado el Sr. Vallmitjana en modelar con tanto cariño y con tanta sencillez el grupo á que me refiero.

Entre cualquiera de los cachorros de león de que hablo y el *San Jerónimo* que también ha remitido el escultor catalán, prefiero uno de los primeros. Y conste que sabe dibujar el Sr. Vallmitjana.

R. BALSA DE LA VEGA

PEDRO A. DE ALARCON



Diéguez 94

SEMBLANZA

Alarcón tenía una cabeza y una fisonomía de esas que vistas por primera vez hay que mirarlas repetidas veces. Antes de saber quién era, le vi una noche en el teatro Español, sentado, durante un entreacto, en una localidad que entonces había delante y algo más baja que los palcos bajos, llamada *balconcillo;* y mi primera impresión fué suponer que era un africano vestido á la europea. Pelo obscuro y encrespado, frente vasta y pensadora, cejas prominentes, que servían como de doseletes á dos ojos entre negros y garzos, de mirada investigadora y profunda, barba rala todavía, y todo esto sobre el fondo de una tez morena, amarillenta, enteramente marroquí y destacándose sobre unos hombros altos y un cuerpo fornido: tal era Pedro Alarcón. Mirábale yo, y no le comprendía sentado en un teatro de Europa, sino entre los arenales de un desierto del Mogreb ó del Egipto, envuelto en blanco albornoz para resguardarse del sol ardiente ó de la nocturna escarcha, montado en un caballo de corta alzada, descarnados remos, hocico achatado, mirada salvaje; cantando ó pensando los siguientes versos:

«Cuando la luz de la luna
el horizonte ilumina,
tercio mi fiel carabina
sobre mi ardiente corcel.
Y á la sombra de un esfinge
de las tumbas de los reyes,
dicto orgulloso mis leyes
al creyente y al infiel.»

Aproximóse Narciso Serra á mi butaca, frente á la que estaba en pie, de espaldas al escenario, y le preguntó:

–¿Conoces á aquel que está asomado al antepecho del balconcillo?

–Sí, me contestó, es Perico Alarcón.

–¿El autor de *El final de Norma?*

–Sí.

Aumentóse entonces mi sorpresa. ¿Cómo aquel africano había concebido una novela tan genuinamente europea?

Alarcón y yo nos tratamos desde aquella noche, y posteriormente nos hicimos bastante amigos. Me contó sus impresiones de provinciano que aún no ha visto la corte. Esta no ejerció en él influjo atrayente, como en otros jóvenes de provincia. Vivía tranquilamente en Granada, leía con curiosidad la prensa madrileña y oía con interés relatos de la vida cortesana; pero aunque suponiendo que alguna vez podría venir á Madrid, no hizo esfuerzo alguno para adelantar la ocasión. No conocía esta frase de Standal: «Cerca ó lejos, consciente ó inconscientemente, las inteligencias superiores afluyen á París, como los ríos al Océano: alguien ó algo se encarga de llevarles al *Pandemonium*, donde perecen tantos y se salvan tan pocos.»

Pues bien: *una* alguien se encargó inconscientemente de traer á Pedro Alarcón á Madrid, ó por lo menos de anticipar su venida. Vió á una joven en la calle y se enamoró de ella. Era una madrileña que estaba temporalmente en Granada; pero que para bien ó mal de aquél, adoptó la costumbre andaluza *y salió á la reja*, como allí se dice. De seguro lo hizo por curiosidad ó por seguir los usos del país, porque la figura de Alarcón no era para impresionar á ninguna mujer. Hízome éste el retrato oral de su primer amor *por lo fino,* según él decía: «Era joven, casi pequeña, casi rubia y casi picaresca: blanca como Sierra-Nevada en invierno, y tan delgada, tan sumamente delgada que parecía que aquel cuerpo servía sólo de pretexto para contener un alma.» Y yo, por esta semblanza supongo que Alarcón se prendó de ella por la ley de los contrastes; pues los había grandes entre aquélla y éste, y deduzco también que si ella toleró la fealdad de su enamorado, debióse al ímpetu, al ingenio y al colorido con que la expresaría su amor; pues la palabra de Alarcón fué siempre chispeante y atractiva. A las cinco ó seis noches de pelar la pava, la madrileñita dijo á aquél que ella y su hermano regresaban al día siguiente á Madrid por motivo de un asunto imprevisto de familia; como así fué, quedándose Alarcón en la primera miel de su enamoramiento, que era más que mero entretenimiento ó capricho, puesto que le hizo venir á la corte á disgusto de su familia. Sin embargo, no vino como Zorrilla y tantos otros, á lo bohemio, sino con algún dinero y decente equipaje. La iniciación bohemia está casi exclusivamente reservada á los poetas, y Alarcón no lo era, aunque hacía versos. La madrileña habíale dejado las señas de su casa en Madrid, y dos horas después de llegar el joven provinciano á la villa y corte en el tren de Andalucía, ya estaba paseando la calle de su amada, que era la de las Rejas, con la esperanza de que ella le viese. Vióle, en efecto; salió un momento á la reja, pues también en Madrid vivía un piso bajo; hablaron brevemente, y á ruegos de Alarcón quedaron citados para pelar la pava á las once de la noche. En esta primera entrevista díjole ella que la *pava* en Madrid era un animal casi exótico y que por lo tanto buscase medio de ser presentado á su hermano, que estaba empleado en el ministerio de Estado. Tres días después Alarcón tuvo que guardar cama, por consecuencia de una indisposición leve; restablecióse en cinco ó seis días, salió de su casa de noche, de miedo al calor, que era de mediados de julio, y entróse por la calle de las Rejas, ansioso de ver á su adorado tormento. La calle de las Rejas es corta y está poco alumbrada, pero aquella noche destacábase en su comedio un vivo resplandor, precisamente en frente de la casa de la madrileñita: «tendrán tertulia ó acaso baile,» pensó Alarcón. Al irse aproximando vió que, en efecto, la claridad salía por una reja de la morada de su amada: acercóse con precaución para no ser visto desde dentro, llegó á la reja, y á no agarrarse á ésta hubiera caído de espaldas, á consecuencia de ver un ataúd entre cuatro blandones, y en él, dando cara á la calle, á la joven madrileña, muerta y vestida con hábito del Carmen.

Con tan malos auspicios entró en Madrid el joven provinciano. Sin embargo, no se halló nunca en estrechez extrema. Antes de acabársele el peculio de la familia, que era linajuda y acomodada, empezó á ganar dinero con sus producciones literarias, que tuvieron mucha aceptación. Así pues, Alarcón en la primera etapa de Madrid no sufrió contrariedades materiales; mas sí á consecuencia de su carácter sucedióle lo que á Carlos Rubio: creíase poco simpático á las mujeres, á las que era sumamente aficionado, y como entonces no tenía notoriedad que le compensase del desvío de éstas, agrióse su mal carácter, que empezaba á tener visos de hostilidad hacia la sociedad. Tal vez en este primer período de exasperación adquirió el vicio que le dominó la mayor parte de su vida, y de que me ocuparé más adelante. Dió una producción al teatro, que no tuvo éxito, y desde entonces renunció á la dramática, no pareciéndose en esto á otros escritores que *insisten* inútilmente. Su libro de la guerra de África, el más popular tal vez que se ha publicado en España, puso el sello á su reputación literaria. Con la reputación vino la holgura y hasta el amor. Una señora distinguida, aunque algo extraviada, puso su cariño en Alarcón; adquirió éste relaciones valiosas; fué admitido en grandes casas, entre ellas la de la duquesa Ángela Medinaceli, y en resolución el joven escritor adquirió pronto los lauros de la edad madura. Su mal carácter se modificó con estas satisfacciones, y Alarcón hubiera sido un hombre correcto, á no estar dominado por el vicio de la bebida. Embriagado, hacíase más insoportable que casi todos los borrachos, que suelen serlo mucho, y excitábanse en él todas sus malas pasiones, refrenadas por la cultura é inteligencia: según él mismo decía en sus períodos lúcidos, llevaba dentro de sí á Arimanes y Omazor, y estos dos genios persas, del mal y del bien, reñían en su espíritu continuas batallas. «Cuando me veáis dominado por Arimanes – nos decía Alarcón, – huid de mí, pues soy una bestia que sólo sirvo para hacer mal.» A pesar de estas advertencias, como la embriaguez invade gradualmente, á veces no podíamos sortearle, y nos hacía escenas desagradables. Como muestra voy á referir una de la que sólo quedamos dos actores supervivientes, Manuel del Palacio y yo. Una noche cenábamos éste, Adelardo Ayala, Eduardo Inza, Alarcón y yo en un colmado que había en la calle del Príncipe, esquina á la de la Visitación. Habíamos comido bien y bebido mucho; por supuesto, sobresaliendo en esto último, según costumbre, Alarcón é Inza. Por si algún lector le desconoce, citaré un apólogo de la India oriental que marca los diferentes estados de la embriaguez, y es el siguiente: «Cuando Brahma plantó la vid, rególa con sangre de un papagayo, de un mono, de un león y de un cerdo.» Pues bien: en nuestra cena, Inza estaba en el período del papagayo y hablaba por los codos, y Alarcón, que hallábase en el de la acometividad, ó sea del león, levantóse de repente, y dando un tremendo puñetazo al parlanchín, exclamó: «¡Calla, que me mareas y no dices más que necedades!» Inza, que era débil y sensible, echóse á llorar, y Ayala sacudiendo la modorra, pues ya estaba casi en el período del cerdo, indignóse de la agresión injusta de Alarcón, cogió á éste por un brazo, apretándosele con fuerza, y le dijo: «¡Oye tú, africano, alpujarreño, mala sangre!, aquí no estamos para sufrir brutalidades: ahora mismo vas á pedir perdón á Eduardo!» «¡Es Arimanes, Arimanes que me está bullendo en el cuerpo!,» exclamó Alarcón. Momentos antes habíase asomado á la pieza en donde estábamos el brigadier Miláns del Bosch, que á todos nos conocía, y encarándose con Alarcón, después de llenarle de improperios, obligó á éste á que hiciera un acto de contrición y diera la mano á Inza.

Algunos meses antes ya había yo presenciado otro ejemplar de la *chispa* de Alarcón, que tuvo su parte graciosa. Fuimos él y yo á una corrida de toros en Aranjuez, bebió algunas copas de aguardiente durante los *arrastres*, salió de la plaza algo excitado, y cuando atravesábamos la de Palacio trabóse de palabras y luego de obras con un chulo madrileño, aún más excitado. Alarcón era más fuerte, y de algunos puñetazos le derribó al suelo; y cuando íbamos á intervenir en la contienda varios transeuntes y yo, vimos que Alarcón ayudaba á levantarse á su contrincante y le limpiaba el polvo que tenía en el traje y la sangre que le salía de la nariz; pero no pudimos privar que después de tenerle limpio y aseado volviese á darle una tremenda bofetada, derribándole al suelo por segunda vez.

No obstante estos excesos, ó más bien por causa de ellos, preciso es convenir en que Alarcón tuvo mucha fuerza de voluntad para resistir á su vicio culminante, pues durante largos espacios de tiempo siempre se le veía sereno y correcto. Sin embargo, se eclipsaba por dos ó tres días, de vez en cuando, y entonces no faltaba algún chusco que solía decir: «Por fin Alarcón se decide á una segunda tentativa

teatral: hace días que está en cama escribiendo un drama, que según tengo entendido se titulará *El delirio Traumático*.» Por lo que se deduce, el vicio álgido de Alarcón era como el río Guadiana, que corre á intervalos subterráneamente, ó como la línea filamentosa que crece debajo de la tierra, asomándose alguna vez á la superficie.

Alarcón era muy impetuoso en amores; pero asunto es este que no puede mencionarse. Le entusiasmaba la música: Bellini era su maestro predilecto, y solía decir: «Bellini es el poeta de la música, así como Espronceda es el músico de la poesía.» Vivió siempre decorosamente, en buenos pupilajes y en una *garzonerie*, como dicen los franceses, que tuvo en la Red de San Luis. Su vida privada ofrece poco saliente. No le gustaban los gatos, pero siempre tenía tres ó cuatro por miedo nervioso á los ratones. Escribía mucho y de prisa, aunque no podía estar sentado mucho tiempo: á cada cuatro ó cinco cuartillas que llenaba, se levantaba y paseaba por su habitación, porque según él decía: «Es preciso que las ideas bajen á las piernas, para que dejen desocupada la cabeza.» Así escribiendo y paseando tejió su notable labor literaria. En política y en religión fué el reverso de Víctor Hugo. Éste en su primera juventud era realista y católico, y con el transcurso de los años se hizo demócrata y deísta: Alarcón, por el contrario, no obstante la noble partícula de su apellido, tuvo arranques juveniles de republicanismo popular, y en religión indiferencia rayana con el ateísmo; pero después, conforme fué adquiriendo posición social, á ejemplo de tantos otros, concluyó por ser monárquico y creyente.

Sin embargo, siempre siguió teniendo ideas excéntricas respecto á la sociedad. Decía: «El que las mujeres se adornen con diamantes, que no necesitan, habiendo tantas flores en los campos; el que los magnates coman con vajilla de metales preciosos; el que se acuñe moneda de oro ó plata, no justifica el crimen social de tener á tantos hombres trabajando en las minas, acortándoles la vida y privándoles de su derecho al sol.»

La frase «El Dios de los ejércitos» le sonaba mal; pues, según él, ¿cómo es posible que Dios se erija en lugarteniente de masas de hombres que se matan unos á otros? Y cuando se le hacía observar que la destrucción es una de las leyes del mundo, y que los animales se comen entre sí y nosotros á los animales, él replicaba: «Es cierto; pero nosotros no los hemos creado, no son hechura nuestra.»

No obstante su carácter altanero, nunca fué presuntuoso en literatura. Se retrajo de la poesía lírica, no bien se convenció de que le faltaba estro; desistió del teatro, porque carecía de la parte de oficio necesario para la escena, y se redujo al género literario, no preferido por él, sino en el que se creía competente. Durante una temporada le dió por pasear por la Casa de Campo y casi siempre bordeando el estanque: á mí me parece que Alarcón tuvo conatos de suicida.

Célebre ya, académico de la Lengua y en posición, se casó, y algún tiempo después se estableció en el pueblo de Ciempozuelos. Le perdí de vista, pues venía poco á Madrid. En sus últimos años le encontré un amanecer en una chocolatería que había entonces en la calle del Arenal y que no se cerraba nunca. Le hallé muy envejecido, y aunque no tenía edad en extremo avanzada le temblaban las manos y balanceaba la cabeza como á los decrépitos. Fuimos á pasear al Retiro. Alarcón nunca había sido expansivo, ni en su juventud, ni en sus borracheras, como suelen serlo los borrachos; así es que aquella mañana me sorprendió su locuacidad comunicativa: creo que me dijo lo que no había dicho á nadie en toda su vida; no sé si por causa de no haberlo pensado hasta entonces. Me hablaba en voz baja, embarullando ideas; más bien que conversación fué un monólogo. «Mira, me dijo: he llegado á la meta, según tú dices: he dado productos á la naturaleza y producciones al pensamiento. Tengo familia, y sin embargo me siento solitario por dentro. He sido un salvaje que he vivido en la civilización, pero nunca me la he asimilado. ¿Sabes lo que yo hubiera querido ser? Pues guarda de campo en la falda de la Alpujarra; pero no lo he sido porque no puedo vivir sin mujer que me quiera. Ha podido haber alguna tan distinguida que prescindiendo de mi figura me quisiese por el talento que dicen que tengo; pero ¿cómo seguirme á mis soledades? Yo valgo para marido, mas no para amante.» Dicho esto, poco más ó menos, Alarcón, variando de tema por medio de una transición mental, prosiguió diciendo: «El estudio de la astronomía me ha disgustado de todo, hasta de la familia, de las letras, de la música, hasta de la mujer; no puedo resignarme al momento presente del hombre. El cálculo de las distancias astronómicas me marea. Nuestro planeta es pequeño, nuestra creencia nos daba soluciones para la vida y para la muerte; pero yo ¿cómo creer en nada, cómo dar importancia al progreso que se efectúa en un átomo, cómo no suponer partícula de este átomo á toda cosa y á todo hombre, bien sea yo ó bien el emperador de Rusia?»

Alarcón divagaba aquella mañana; lo achaqué á debilidad cerebral de la vejez; pero después supe que podía haber otra causa congénita y predisponente. Como los extremos de las edades se tocan, Alarcón en sus postrimerías habíase entregado á su vicio dominante, no contenido ya por ningún respeto. Se embriagaba, haciendo cómplices hasta á sus criados; pasaba por todas las fases del apólogo indio antes citado, y su familia le recogía del suelo como á un diamante pisoteado cuyas facetas están pulverizadas.

Alarcón fué en suma semejante á una vid, tan llena de savia, que aun roída por la filoxera produce opimos y sabrosos racimos.

F. MORENO GODINO

GOLPE AL PARCHE

(EPISODIO DE 1835)

A pesar de los muchos años que van transcurridos, uno de los recuerdos más vivos que conservo de aquella memorable campaña es el del tambor de la 4.ª del 2.° batallón del regimiento de infantería de la Princesa, que era en el que yo servía.

Como travieso, lo era, que ni mandado hacer de encargo. Lo desmedrado de aquella personilla, en que nadie hubiera adivinado los catorce años muy corridos que ya contaba, parecía decir que todas las fuerzas que debieron emplearse en desarrollar la parte física del individuo se habían consumido en dotar pródigamente de malicias y truhanerías su cerebrillo, que no por ser poco mayor que el de un pájaro, tenía menos viva comprensión que el de esos sesudos varones que para darnos á entender cuánto era su meollo, nos pintan con unas cabezotas tamañas como bolas de barandal de puente.

Fealdad, eso sí, no le faltaba; pero en honor de la verdad debo confesar que aun con lo desproporcionado de sus facciones y con el empedrado que había formado en su cutis tostado y lijoso una cruenta fiebre variolosa, aquella fealdad, lejos de ser repulsiva, atraía y se hacía simpática por extremo, como si lo tosco del vaso no fuera bastante á ocultar la delicadeza de la esencia que contenía.

Esto de la delicadeza no pasa de ser una licencia que se toma la pluma; pues si he de ser franco, maldito de Dios lo que había de delicado ni en lo externo ni en lo interno del *guaja*, que era como, por antonomasia, se conocía en todo el batallón á Ramón González, ó sea el protagonista de mi cuento.

Ni había uniforme más astroso y mugriento en todo el ejército leal, ni se conocía conciencia menos escrupulosa que la suya para hacer desaparecer entre los parches del tambor la mejor gallina del corral de la casa en que caía alojado. En cambio, ni en todo lo que no fuera cuestión de aseo había soldado tan fiel cumplidor de sus deberes, ni á largueza y generosidad cedía á nadie. Bastaba que supiese que la mesa de su capitán ó de cualquier oficial no estaba tan bien provista como el decoro exigía, para que él se apresurara á ceder su mejor presa, dándose por pagado con que se le abandonara la colilla de un cigarro, que por áspera é incombustible que fuera, le parecía más sabrosa que el mejor sazonado de los manjares.

Sin embargo, desde hacía algún tiempo todas las habilidades del tambor de la 4.ª eran inútiles. Llevábamos unos meses en que si es cierto que muchos santos están en el cielo sólo por virtud del ayuno, el regimiento entero caminaba á la bienaventuranza á pasos agigantados.

La intendencia militar parecía haberse olvidado de nosotros; los pueblos que recorríamos sin descanso, adictos á la causa del Pretendiente, se daban la mejor maña del mundo para ocultar sus víveres apenas nos divisaban, y por si esto no fuera bastante se acababan de dictar las más severas órdenes para atajar las rapiñas, punto menos que inevitables en un ejército, sobre todo cuando éste está tan mal vituallado como nosotros lo estábamos.

Nada menos que á ser pasado por las armas se condenaba al que fuera cogido infraganti apoderándose de objeto alguno, así no tuviera éste más valor que el de una pieza de dos cuartos.

Nuestros hombres, más que soldados aguerridos y curtidos por la fatiga, parecían sombras decaídas y macilentas, y hasta los oficiales contemplábamos con ojos de codicia la rancia corteza de tocino que, ocultándose de las miradas de todos, devoraba en un rincón algún individuo de la clase de tropa.

Hasta el tambor de la 4.ª había perdido su jovialidad habitual. Sobre todo, cuando veía al asistente de su capitán condimentando para su amo un potaje de alubias más duras que cantos y sin otra grasa que un poco de aceite que á las veces habría ya prestado sus servicios en el candil, giraba sobre sus talones para no dejar ver una lágrima como una avellana que rodaba por sus ásperas y nada limpias mejillas.

Un día se armó una trapatiesta de dos mil demonios. Nuestro coronel estaba que echaba chispas.

A él, que tenía á orgullo mandar el regimiento más moralizado de todo el ejército, se le acababa de denunciar un robo llevado á cabo por uno de sus soldados. Una redomada viejecilla, que por no dar una mala corteza á sus alojados, había jurado y perjurado no tener en su casa ni una migaja de pan, decía y hasta probaba que le había sido sustraído un lechoncillo vivo, gordo como un rollo de manteca y tan sano y medrado que prometía hacerse el cochino más perfecto que de las manos del Creador saliera desde los principios del mundo.

Quién fuera el ladrón, no se sabía; pero como las sospechas recaían sobre la 4.ª del 2.°, el coronel llamó á nuestro capitán, y entre un diluvio de votos y una granizada de ternos, le amenazó con que si antes de las veinticuatro horas no parecía el culpable, no había de quedar á la compañía hombre para contarlo.

Decir esto el jefe y comerse el capitán la partida, todo fué uno. Que la cosa no podía achacarse más que al tambor González, era para él más claro que la luz del día; pero como no ignoraba la suerte que esperaba al chicuelo de descubrirse el hurto, se contentó con echarle la filípica más espantosa que de labios humanos saliera nunca, tengo para mí que más que con el objeto de buscar la enmienda, con el de hacer que el *guaja* tomara sus precauciones para no ser descubierto por quien no hubiera dejado las cosas en el punto en que el capitán las dejaba.

Sin embargo, por dar más fuerza á sus razones, no se olvidó de largar, como fin y remate de su discurso, un par de puntapiés al mozuelo, mientras le decía:

– Cuídate de escapar de esta; que como en otra te metas, te juro que tu fin ha de ser el que alcanzan siempre los granujas de tu especie.

Probable es que el coronel no se hubiese contentado con tan poco, si un repentino incidente no hubiese cambiado la faz de los sucesos.

Cuando menos se esperaba, una gruesa columna facciosa cayó sobre el pueblo que ocupábamos con el fin de copar nuestro regimiento; y como las órdenes que teníamos nos prohibían aceptar accion alguna, se dispuso una inmediata retirada.

Esta se operó sin que nosotros disparáramos un tiro; pero no sin que nos costaran algunas bajas los disparos del enemigo, que nos perseguía de cerca.

Ya, sin embargo, nos creíamos fuera del alcance de las balas de los carlistas, cuando de pronto el *guaja*, que caminaba en su calidad de tambor de órdenes al lado de nuestro capitán y con la caja á la espalda, cayó á tierra. Un balazo, alcanzando la mitad del parche, arrancó al propio tiempo un redoble seco y una especie de sordo gemido.

La herida, por el sitio por donde debía haber penetrado el proyectil, tenía que ser mortal de necesidad, y la sangre que en abundancia tenía la tierra anunciaba que el tiro no se había perdido.

El capitán se inclinó hacia el suelo, lleno de interés; pero con gran sorpresa vió que el tamborcillo se levantaba ligero como una corza y sonriente como si nada hubiera pasado.

– ¿No estás herido?, preguntó con asombro.

– El muerto es otro, respondió el tambor mostrando por entre las desgarraduras del parche al lechoncillo, en cuya espesa capa de grasa se había embotado la bala. Ahora ya tengo seguridad de que no me delatará con sus gruñidos.

El pueblo en que nos detuvimos era tan inhospitalario para nosotros como el que dejábamos á nuestra espalda, y la mayor parte de nuestra fuerza tuvo que resignarse á ayunar por aquella noche.

Sólo nuestro capitán y un par de oficiales á quienes había invitado pudimos regalarnos con la sabrosa carne de un tostoncillo que casi todos ignoraban de dónde hubiera salido.

Cuando hubimos terminado la cena, el capitán, dirigiéndose al tamborcillo, que aguardaba en un rincón que le abandonáramos los restos del festín, exclamó:

– Excuso decirte que por mi parte quedas perdonado.

– Gracias, contestó humildemente el chicuelo. Ya ve mi capitán que en la guerra no siempre conviene pasarse de honrado. Sin el pecadillo que tan caro ha podido costarme, ni mi capitán hubiera cenado tan á su sabor, ni yo estaría ahora aquí esperando echarle un puntalillo al estómago.

ANGEL R. CHAVES



Divettes españolas en los cafés conciertos de París. – 1 y 2. Lola y María Bernal (*Las estrellas de Andalucía*). – 3. *La Morena*. – 4. Milagrito Gorgé. – 5. La bella Otero. Composición y dibujo de S. Azpiazu

CRÓNICA PARISIENSE

TEATROS CONCIERTOS Y CAFÉS CANTANTES

Saliéndose de los límites que le marca el calendario, Su Majestad el Invierno ha ampliado esta vez el tiempo de su dominio, en detrimento del otoño y de la primavera.

A intervalos ha imitado á esos personajes que en las comedias *hacen que se van y vuelven;* y durante su falsa retirada, los que se pirran por *sacar las modas* han salido por estas calles de Dios con sombreros de paja y con trajes de entretiempo.

Pero los parisienses avisados, que saben á qué atenerse en materia climatológica, se han limitado á suspender momentáneamente sus habituales tareas, para lanzarse al campo á tomar baños de sol, contestando á los *Aleluyas* del período pascual con el oportuno proverbio: *Alegrías, antruejo; que mañana volverá á ser ceniza.*

Han estado á punto de dejarse engañar por esos falsos *mutis* del invierno los empresarios de los cafés cantantes de verano, quienes dan órdenes y contraórdenes á su personal, según sube ó baja la temperatura. Si hace dos días de calor: aviso á cafeteros, acomodadores, músicos y cantantes para inaugurar tal día la temporada. Veinticuatro horas después cambia bruscamente el tiempo, y el viento frío y la lluvia vuelven á reinar con persistencia: nuevo aviso á todo el mundo para que nadie se moleste: la apertura queda indefinidamente aplazada.

Esas danzas y contradanzas no serían posibles, ó al menos resultarían muy costosas para los empresarios, si éstos no explotasen alternativamente los conciertos de invierno y los de verano con una misma compañía. Nuestro compatriota Sr. Oller, dueño de la *Olympia* y del *Moulin-Rouge*, explota el fantástico *Jardín de París* de los Campos Elíseos, durante la *clôture* del espléndido teatro del *Boulevard des Capucines*. Marchand dirige en invierno las *Folies Bergere, Scala* y *Eldorado*, y en verano el *Alcazar d'Eté* y los *Ambassadeurs*. Debasta, dueño de *Parisiana*, traslada en la primavera al *Horloge* el personal que ha trabajado en invierno en el *Boulevard Poissonnière*.

La temporada que fine ha sido particularmente fecunda en género español. Hace dos años, todo era aquí á la rusa. Actualmente, el arte moscovita no está representado más que por una compañía que ejecuta en la *Olympia* cantos y bailes cosacos en extremo curiosos. Durante todo el invierno la música y la danza españolas han privado en los conciertos de París; y desde el grado más sublime á que se ha elevado Sarasate tocando el violín en la *Sala Herard* y en el *Chatelet*, hasta el ínfimo grado en que rasguean sus instrumentos los guitarristas anónimos de las estudiantinas tabernarias; desde las vocalizaciones prodigiosas con que Milagrito Gorgé ha entusiasmado al público en *Folies Bergere, Eldorado* y la *Scala*, hasta los *jipíos* con que Lola Lucena ha *alborotado* en la *Olympia;* desde los graciosos *trenzados* con que Rosita Mauri triunfa en la *Opera* hasta los *puntapiés* que dirige al público de *Folies Bergere* la bella Otero, toda la escala del arte español ha tenido su representación en las escenas parisienses.

Mi compañero Azpiazu, que fiel á la proverbial galantería española, rinde artístico culto al bello sexo, ha reunido, en elegante ramillete, los retratos de algunas de las mujeres que han representado durante el invierno que termina los diferentes géneros del arte musical y coreográfico de nuestra tierra.

Ahí está Milagrito Gorgé, la última en edad y primera en mérito, cuyo nombre parece simbolizar las prodigiosas facultades que reune para el *bel canto*. Toda su cara vivaracha respira inteligencia; y yo no le reprocho más vicio que el de echarse á perder con blanquete y carmín el hermoso cutis moreno mate con que la ha favorecido el bello sol de su patria. Milagrito nació en Alicante, donde al cabo de pocos estudios llegó á la altura que artistas de gran renombre no han alcanzado sino después de largos años de ejercicio. Todo en ella es naturalidad é intuición, y su voz, cuya extensión abarca desde el *sol* grave hasta el *fa* sobreagudo, se deja oir con gran pureza en todos los registros. Su garganta privilegiada no encuentra dificultad alguna para la ejecución de piezas de tanta agilidad como el aria de Rosina en *El Barbero*, el *rondó* de *La Sonámbula* y el vals de la sombra de *Dinorah*. Su fama se ha extendido rápidamente por toda Europa, pues después de haber cantado en los principales teatros de España y Portugal y recorrido la Alemania, ha justificado en París el sobrenombre de *Nueva Patti* con que se la conoce en el mundo musical.

En el ramillete de Azpiazu figuran dos representantes del género flamenco puro: María y Lola Bernal, llamadas *Las estrellas de Andalucía*, que han dado en la *Olympia* y en el *Moulin-Rouge* gallarda muestra de lo que saben hacer en *canto jondo* y en baile andaluz las sevillanas de *pistó*. *La Morena*, cuyo retrato aparece en la colección, es una *barbiana* que *da el opio* bailando jerezanas por lo fino y jotas por todo lo alto en *Parisiana*. Y ahí tienen ustedes, en fin, la vera efigie de *la bella Otero*, como á sí misma se llama, con más inmodestia que propiedad, esa afortunada gallega, que desnaturalizando el canto y el baile españoles en la escena de *Folies Bergere* ha obtenido de Apolo y de Terpsícore un pasaporte de artista con que disimular su condición de mujer galante en sus frecuentes viajes á Citerea.

No mentaré á los demás españoles de ambos sexos que han contribuído á popularizar nuestro arte en París durante el invierno, porque la lista es interminable. No hay teatro concierto, ni café cantante, ni cervecería artística que no haya tenido una *diva*, una pareja de baile, una compañía flamenca ó una orquesta de guitarras y bandurrias ejecutando género español.

Si yo fuese casado y tuviera hijos, escribiría mis Memorias para orgullo y solaz de mi prole, ya que el público no había de leerlas; y en estas Memorias habría un capítulo titulado: *De cómo fuí autor y director de baile*. En él contaría que hallándome una noche en la *Olympia*, me lamentaba, como español, de que se presentase de un modo antiestético una numerosa compañía que tocaba, cantaba y bailaba aires de nuestra tierra, cuando el dueño del teatro, que oyó



En el «Jardín de París,» dibujo de S. Azpiazu

mi observación, díjome que, cansado de amonestar al *capitán* de aquella *tropa*, que repetía lo mismo hacía treinta noches, iba á ponerlos irremisiblemente á todos en la calle antes de cuarenta y ocho horas si al día siguiente no daban novedad al espectáculo.

– Será una lástima, dije yo, porque hay en esa compañía elementos bastantes para presentar un buen cuadro de costumbres populares españolas.

– Es verdad, pero su director no sabe sacar partido de esa gente, y ya me tienen apurada la paciencia.

– ¿Por qué no se les impone el director de escena?

– No halla medio de entenderse con el *capitán*, que no habla una palabra de francés.

– Hágales usted representar un baile pantomima.

– No hay quien pueda con ellos.

Ocurriéndosele de pronto una idea, me dijo el empresario:

– ¿Se siente usted capaz de hacerles representar algo nuevo?

– ¿Por qué no?

– Pues vamos ahora mismo al escenario.

Y me condujo por una puerta de escape al *foyer* de los artistas, donde llamó al director de escena para enterarle de mis propósitos y al *capitán* de la *tropa* para que se pusiera á mis órdenes.

Este *capitán* era el famoso *Chivo*, padre de la *Soledad*, de ruidosa memoria, que se escapó con un príncipe ruso durante la Exposición de 1889, donde trabajaba aquél con su compañía de canto y baile.

Vino el *Chivo* al día siguiente á mi casa, y teniendo en cuenta los informes que me daba acerca de las aptitudes de su personal, tracé el argumento de un baile en que se desarrollaban unas cuantas escenas de la vida popular de España.

Envié el libro (sin firma) al director del teatro, y no volví á la *Olympia* hasta que ya creí que se estaba representando mi *obra*. Pero grande fué mi sorpresa al enterarme de que *me esperaban* para ensayarla. En vano objeté que de ello incumbía al director de escena; tuve que rendirme y dirigir los ensayos. Pasé las de Caín para lograr que *se moviesen* aquellos guitarristas y *cantaores* que tenían la costumbre de trabajar sentados en semicírculo, y para poner de acuerdo á las bailarinas, cada una de las cuales se consideraba de superior categoría que las demás. Como yo tenía pocos días disponibles, hubo tarde en que les hice ensayar tres veces consecutivas. Media hora antes del estreno, estando yo en el cuarto del personal masculino, ocupado en ver si algo faltaba en trajes ó accesorios, vino el *Chivo* consternado á decirme que la Julia Recio, primera bailarina, no quería vestirse si no le dejaban bailar sola el vito, después de las sevillanas que le correspondía bailar con la Lola Gómez, otra primera bailarina.

– Si *ozté* no la *convense*, no la *convense naide*. Vaya *ozté, zeñó; en zinb, ezto ez* el *acabbze*.

– ¿Dónde tiene el cuarto?

– *Mezmito* debajo *dezte*, en el *entrezuelo*. La *zaztra ze* lo *enzeñará*.

Efectivamente, la costurera me indicó el cuarto de la Recio. Dí en la puerta con los nudillos...

– *¡Entrez!*, gritó dentro una voz femenina.

Abrí y me detuve en el umbral, vagamente avergonzado en presencia de cuatro ó cinco mujeres á á medio vestir – y aún añado ropa. – La Julia vino á parlamento, sin más traje que la malla interior, cruzándose las manos sobre el pecho; manos que para cubrir el busto resultaban muy pequeñas. En menos de un minuto vinimos á un acuerdo. Prometíle el solo que quería, y se apresuró á vestirse.

Dí el aviso necesario al director de orquesta, y la caprichosa niña bailó el vito, por cierto con muchísima gracia, acompañado por la banda de guitarras y bandurrias y coreado y jaleado por toda la tropa.

La representación anduvo menos mal de lo que yo temía. El público quedó satisfecho. La compañía renovó su contrata con la empresa, y el baile siguió representándose con aplauso hasta la expiración de la *riconferma*.

Pero dejemos al *boulevard* con sus elegantes coliseos y sigamos á los desocupados que se encaminan, entre las ocho y media y nueve de la noche, hacia los Campos Elíseos. Apenas se dobla la esquina de la *rue Royale*, saliendo á la plaza de la Concordia, cuando aparecen raudales de luz por entre la espesura de los árboles. Los amantes del aire libre y del bello sexo tienen un enjambre de mujeres bonitas á quienes galantear en aquel pequeño Paraíso. Los aficionados á los conciertos populares se meten en los alcázares que allí tiene abiertos la canción.

Ya sabéis lo que son esos cafés cantantes. Hace veinte años no había en París más que los que aún existen en los Campos Elíseos. Ahora los hay á centenares. Antes aparecía en un pequeño escenario, iluminado con profusión de candilejas, una docena de mujeres ricamente ataviadas, con mucha cola y mucho escote y expuestas como tapices de Persia en un semicírculo de sillas que cubrían el fondo del estrado. Hoy ha caído en desuso esa decoración femenina. Al pie del escenario, la orquesta; detrás de la orquesta, un cobertizo abierto por los lados y cerrado en el fondo por un café. Apretadas hileras de sillones incómodos en el centro y de cara al teatro. Filas de bancos ó sillas laterales. En los respaldos, rebordes de hierro para los recipientes de las bebidas. Un público compuesto de burgueses, comerciantes, industriales, algunos obreros, familias enteras de *juerga* extraordinaria, algunos provinciales y muchos extranjeros. Oyense idiomas de todo el orbe. La entrada es libre y el asiento también, pero el consumo es forzoso; y un café con achicorias ó un jarabe de 15 céntimos cuestan 4 francos en los sillones reservados, 3 en los sillones libres y 1'50 en los bancos laterales. Así se comprende que las empresas realicen algunas noches 10 y 12.000 francos de beneficio.

Deslízase por dos correderas, en el marco del escenario, una tablita con el nombre del artista y á veces con el título de la pieza que éste va á cantar. Las canciones, por regla general, son del peor gusto, y su interpretación suele ser grotesca. Pero al público le gusta el género, y aplaude los puntapiés, los movimientos de hombros y de caderas, los visajes descompuestos y los manoteos ridículos con que los cómicos acentúan las pretendidas sutilezas ó las obscenidades de las canciones. Para ser maestro en el arte, hay que saber imitar á todos los animales de la creación. El *astro* de la compañía, el que aparece retratado en el cartel, el que sirve de cebo para atraer al público, ladra como un perro, muge lo mismo que un buey, cacarea como el gallo y la gallina, rebuzna mejor que un burro, silba como un mirlo y llora como un becerro. Y el público estalla en risas á cada mamarrachada, y en aplausos al final de la canción, cuya última estrofa le obliga á repetir.

Luego, circula por la sala un vendedor de papeles voceando: ¡50 céntimos, *La solitaria*, última *creación* de Fulano de Tal!

Llégale el turno á la *estrella* de la casa, que espeta con voz estridente y ademanes groseros una canción capaz de avergonzar á un granadero borracho. A esta indecencia sigue sin transición un canto patriótico, patéticamente entonado por un barítono flacucho ó por un tenor obeso, vestido de frac y corbata blanca.

Cinco ó seis cantantes hembras, con más descaro que voz; otros tantos *artistas* del sexo fuerte, que son para el oído lo que las cantáridas para la piel; una familia de titiriteros y dos parejas de cancanistas suelen llenar el resto del programa.

Justo es consignar que entre tantas cantantes de mal género, algunas salen buenas. Del café concierto proceden María Sass, Theresa y Judic, que han llegado á la perfección en el canto y la dicción musical.

Estos espectáculos tienen sus poetas y sus compositores, que conocen todas las delicias del éxito. Son una verdadera institución que ha adquirido el mayor desarrollo y ejerce extraordinaria influencia en la modificación de las costumbres. Cierto es que su repertorio execrable pervierte el gusto musical, pero mantiene al pueblo alejado de la taberna, del garito y de otros lugares donde antes se embrutecía en el vicio.

El establecimiento que supera á todos los de la clase, debe su admirable organización al genio emprendedor de un catalán. El Sr. Oller, que ha creado en París el *Nuevo Circo*, las *Montañas rusas*, el *Moulin-Rouge* y la *Olympia*, de una magnificencia asombrosa, ha reunido en el *Jardín de París* de los Campos Elíseos los alicientes del teatro concierto y del salón de baile, los atractivos de la *kermesse* y de la feria, á fin de que todo el que penetra en su recinto halle á cada paso una distracción nueva y se sienta transportado á una región fantástica de encantos y delicias.

JUAN B. ENSEÑAT



Concierto en los «Ambassadeurs,» dibujo de S. Azpiazu



Excmo. Sr. D. Salvador Martínez Cubells



D. Antonio Muñoz Degrain



Excmo. Sr. D. Alejandro Ferrant



D. José Moreno Carbonero



Excmo. Sr. D. Vicente Palmaroli



D. Julio González Pola



D. Aniceto Marinas



Excmo. Sr. D. Enrique Repullés Vargas



D. Aníbal Alvarez

INDIVIDUOS DEL JURADO DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES, que actualmente se celebra en Madrid

Los cinco primeros pertenecen á la *sección de Pintura*, los dos siguientes á la *sección de Escultura* y los dos últimos á la *sección de Arquitectura*



EN LA FUENTE, cuadro de R. López Cabrera



¡GLORIA Á LOS MÁRTIRES DEL «REINA REGENTE!,» composición y dibujo de Xumetra

NUESTROS GRABADOS

José Yxart y Moragas. – Joven todavía, casi en la plenitud de la vida y cuando podía dar, quizás, los más sazonados frutos de su privilegiado ingenio, dejó de existir el 25 de mayo anterior en Tarragona, su ciudad natal, rodeado de sus



JOSÉ YXART Y MORAGAS,
fallecido en Tarragona el 25 de mayo de 1895
(de fotografía de Audouard)

ancianos padres y amantísimos hermanos, el que fué amigo muy querido y distinguido colaborador de esta revista D. José Yxart y Moragas.

Cierto es que en estos momentos, sometido nuestro espíritu bajo la penosa impresión producida por la pérdida irreparable del amigo sincero y consecuente, unido por estrechos vínculos de cariño con alguno de nuestros compañeros, desde infantil edad, sobrepónese el sentimiento personal, íntimo, la afección herida, á las consideraciones que se determinan de la desaparición de entre los vivos del ilustre escritor; pero sin abrigar el temor de incurrir en exageración, no titubeamos hoy en afirmar que las letras patrias están de luto, puesto que Yxart no es una gloria catalana, no se halla circunscrito su mérito á la región á que perteneció. Su nombre, como el de todos los grandes genios, ha tiempo que rebasó las fronteras, si límites pueden existir para las regiones que constituyen la nacionalidad, y la fama alcanzada entre sus compatricios, el aplauso recogido en la patria chica fué confirmado y reconocido en el resto de España.

La personalidad de Yxart destácase de modo saliente en el cuadro que ofrece el movimiento literario y artístico en el último tercio de nuestro siglo. Yxart fué más que un campeón, fué un verdadero apóstol del movimiento moderno, puesto que penetrado de la significación y conceptos de nuestra época, rompió denodadamente con el rutinarismo, con los manoseados moldes literarios, y con ingenio y energías superiores á la fragilidad de su organismo logró formar una agrupación, pudo reunir á su alrededor á un número de escritores y artistas que compenetrados con sus ideales secundáronle en su patriótica empresa.

Sus estudios de crítica literaria y artística, reunidos en varios volúmenes que durante algún tiempo vieron la luz pública bajo el título de «El año pasado,» así como los innumerables artículos publicados en periódicos y revistas, y por último la valiosa colección, que constituye la Biblioteca de *Artes* y *Letras*, por él escogida y editada bajo su experta dirección, demuestran la valía de Yxart como crítico, como observador profundo, como escritor castizo, correcto y elegante, y su alteza de miras, inspirada siempre en amplios cuanto levantados ideales.

No tratamos hoy de trazar los rasgos que caracterizan á Yxart, pues aplazamos hacerlo con la detención que merece; hemos de limitarnos á rendir un cariñoso recuerdo al amigo querido, un testimonio de respetuosa consideración al que fué colaborador distinguido de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y unir nuestro sentimiento al que aflige á su familia, sobre la que roguemos derrame Dios raudales de cristiana resignación.

Buenos amigos, cuadro de Geza Peske. – Podrá calificarse de sencillo, de trivial el asunto de este cuadro; pero en materia de bellas artes sucede á menudo que un tema sin importancia puede llegar á tener gran valor artístico, según quien lo trate y cómo lo trate. La emoción estética no se produce únicamente con grandes composiciones inspiradas en hondos pensamientos; también se experimenta contemplando obras en el fondo insignificantes, sólo que para esto precisa que el pintor sea un consumado maestro y disponga de recursos que por la belleza de la forma suplan aquella deficiencia. Esa maestría la posee en alto grado el ilustre pintor húngaro Geza Peske, establecido en Munich, y nadie, al admirar su delicioso lienzo *Buenos amigos*, echará de menos en él esas cualidades de la gran pintura, sin las cuales se puede también conseguir el efecto apetecido por el artista.

Individuos del Jurado de la actual Exposición nacional de Bellas Artes. – Basta leer los nombres de los nueve jurados de la Exposición nacional de Bellas Artes que actualmente se celebra en Madrid, cuyos retratos publicamos en la página 391, para reconocer que ellos son la mejor garantía del espíritu de justicia que indudablemente presidirá en el fallo que en su día hayan de dictar. Cada uno de ellos ocupa lugar distinguido en el arte español contemporáneo, y algunos han conquistado con su labor admirable universal renombre; criterio ha de sobrarles para juzgar la bondad de las obras expuestas y conceder las merecidas recompensas, y seguros estamos de que no ha de faltarles entereza para resistir á las intrigas, halagos y asechanzas de los que poco seguros de su propio valer apelen á toda clase de influencias para obtener un premio que satisfaga su vanidad, aunque, logrado en tales condiciones, no pueda ser patente de su mérito. Propio de humanos es errar; pero en lo que dentro de la falibilidad de los hombres cabe, esperamos y con nosotros esperan cuantos por el arte patrio se interesan, que el juicio que emitan artistas de tanta valía como los que el Jurado componen, se inspirará únicamente en los verdaderos ideales artísticos y no estará influído por condescendencias punibles ni por imposiciones intolerables.

Al comenzar la serie de retratos de los jurados que en el próximo número completaremos, felicitamos á los que han merecido el honor de ser designados por sus compañeros para tan elevado cargo, y felicitamos también por su acierto en la elección á los expositores que, como hemos dicho, tienen en el talento y en la justa reputación de aquéllos la más sólida garantía de la rectitud é imparcialidad con que han de proceder.

En la fuente, cuadro de R. López Cabrera. – Inspirado en una escena popular de la campiña romana, tiene este cuadro una riqueza de luz y una vida que hacen sumamente grata su contemplación. Merece además elogios el lienzo de nuestro distinguido compatriota por su composición y su factura: las figuras de las jovenes, bien agrupadas y dibujadas con naturalidad y soltura, tienen verdadero carácter y revelan ser copia, no del modelo del taller, sino de las campesinas de los alrededores de Roma; el frondoso emparrado á cuya sombra platican aquéllas, mientras llenan ó esperan llenar sus cántaros en el artístico pozo, está trazado con gran habilidad, y la escena en conjunto, con ser reproducción de la realidad, resulta altamente poética y revela un alma de artista de buena cepa, que siente y domina todos los recursos del arte.

¡Gloria á los mártires del «Reina Regente!» composición y dibujo de Xumetra. – La catástrofe que sepultó en el mar tantas vidas, cuya pérdida llora y llorará aún por mucho tiempo España entera, ha inspirado al distinguido dibujante Sr. Xumetra la sentida composición que reproducimos: enlazándose en extraña cadena surgen del mar los cuerpos de las infortunadas víctimas, á quienes recibe en sus brazos el ángel de la gloria, que indicándoles el cielo les señala el eterno premio con que han de ser recompensadas las horas de horrible tormento que precedieron á la muerte sufrida en cumplimiento del deber. Cada figura, vigorosamente dibujada, es una obra acabada de expresión de dolor en las unas, cual si lloraran la separación de lo que en la tierra amaron, de entusiasmo en las otras, como si por encima de todas sus afecciones estuviera la satisfacción de haber muerto en el puesto de honor y al servicio, ya que no en defensa, de la patria, cuya bandera junto con la palma del martirio les acompaña en ese tránsito á otra vida. El dibujo del Sr. Xumetra es de los que profundamente impresionan; tiene toda la grandiosidad que á ese género de composiciones alegóricas corresponde y constituye una hermosa hoja de la corona fúnebre que con sus lágrimas y sus rezos y sus donativos ha tejido la nación española á la memoria de los pobres mártires del *Reina Regente*.

Isaac Peral. – El ilustre sabio, bien merece el Sr. Peral este nombre y este calificativo, que hace pocos días falleció en Berlín después de haber sufrido una dolorosa operación practicada por el doctor Bergmann, pasó durante los últimos años de su vida por las alternativas más diversas á que un hombre puede verse sometido por la suerte.

España entera le glorificó un día; todos los honores parecían pocos para el inventor del submarino á quien felicitaban el monarca y las cámaras, agasajaban todas las clases sociales desde el obrero al magnate, y aclamaba la nación en masa con delirante entusiasmo. Las corporaciones científicas estimulaban sus esfuerzos, el gobierno ayudábale en su empresa, la prensa le dedicaba lugar preferente en sus columnas, las personalidades más ilustres en todas las ramas del saber humano tenían á gala ensalzarle y el pueblo llegó á sentir por él verdadera idolatría.



ISAAC PERAL,
fallecido en Berlín el 24 de mayo de 1895

De pronto todo cambia: á la protección oficial sucede el más completo abandono; á las alabanzas de los hombres de ciencia, las censuras de una crítica despiada las; á la a[illegible] la burla o cuando mas la indiferencia.

¡Pobre Peral! ¡Cuántas amarguras en premio de sus afanes! ¡Cuán cara la gloria que por un momento le fué dado disfrutar! Él, que cifraba todas sus ilusiones en el submarino, hubo d abandonarlo cuando quizás en su mente veía resueltos todos los problemas que con la construcción del mismo se relacionaban, cuando tal vez iba á dar el último paso que debía convertir su invento en máquina de guerra invencible, cuando acaso estaba próximo á realizarse su sueño dorado de pagar de una vez y con creces á su patria los auxilios y los honores que de ella había recibido. Él, que sentía veneración por el cuerpo de la armada, vióse obligado á pedir el retiro y á renunciar al honroso uniforme de marino para poder defenderse de ataques apasionados, de críticas injustas, hasta de injurias groseras, que hubieron de herirle en lo más hondo de su alma. Aquí donde tantos explotan la credulidad del pueblo para su medro personal, fué tachado de ambicioso el que sólo por el amor á su patria trabajaba sin descanso; aquí donde tanta actividad se consume en tareas estériles y en imaginarios proyectos, calificóse de iluso al que pudo demostrar con hechos la casi totalidad de sus afirmaciones, según lo comprobó en su informe el Capitán general del departamento de Cádiz; aquí donde con punible indiferencia se toleran tantas dilapidaciones que sólo en provecho de unos cuantos redundan, dirigiéronse graves cargos á los ministros que habían concedido auxilios, relativamente pequeños, para el fomento de una empresa que tenía por mira el bien de la patria, y lanzáronse ruines acusaciones al que los había recibido é invertido íntegros en la realización de su invento.

Isaac Peral ha sido tratado con notoria injusticia por sus contemporáneos; la posteridad enmendará á no dudarlo la falta por la actual generación cometida, colocando en el número de glorias nacionales al sabio y honrado inventor del submarino.

Otro sabio no menos ilustre, el Sr. Echegaray, lo ha dicho en un notabilísimo estudio altamente encomiástico para el señor Peral, y nosotros al tributar este humilde homenaje de respeto y admiración á la memoria del preclaro marino, de quien así como de su invento se ocupó en otras ocasiones LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos complacemos en reproducir sus palabras, cuyo valor aumenta la circunstancia de haber sido escritas en los días de desgracia del inventor: «Las nobles ideas de un noble cerebro no dependen ni de la gritería de los alborotados, ni de los chistes estúpidos de los imbéciles ó de los envidiosos, ni del olvido ó del silencio de los indiferentes: son lo que son, y como encarnen en algo serán lo que hayan de ser en la historia de las invenciones... El Sr. Peral ha hecho algo útil por la ciencia; la historia de la ciencia española le hará justicia: todos, inventor, jueces y público tendrán que comparecer ante ella.»

El hombre pájaro Janos Dobos. – En Moscou, en Riga, en Varsovia, en Breslau, en Berlín, en Hamburgo, en Kiel, en Nancy y últimamente en Munich ha llamado la atención un joven de 15 años, cuya cara ofrece gran semejanza con la de un pájaro, cuya estatura es de 98 centímetros y cuyo cuerpo perfectamente formado pesa sólo nueve kilogramos. Dobos, que así se llama, es oriundo de Hungría é hijo de unos labradores que además de éste han tenido otros tres, también con cara de pájaro, que murieron prematuramente, y cinco completamente normales, que viven. Este fenómeno ha despertado gran interés en el mundo científico, habiendo sido examinado por las eminencias médicas de Alemania, Hungría y Rusia, entre ellos el ilustre Virchow, y todos han convenido en que no se trata de un monstruo, ni de un microcéfalo, sino de un hombre en miniatura con una deformación cuyas causas no han podido todavía ser explicadas. Janos Dobos, que revela no escasa inteligencia, ha sido también objeto de estudio en la Unión Antropológica de Munich y en el décimotercero congreso médico.

MISCELANEA

Bellas Artes. – BRUSELAS. – Con destino á la Galería de Pinturas ha sido comprado por 20.000 francos un magnífico cuadro de Jordaens, *Susana y los viejos*. Con esta son siete las obras del gran pintor flamenco que posee aquel museo, de las cuales cuatro fueron adquiridas desde 1827 á 1854 por precios que varían entre 600 y 1.600 francos, otra en 1878 por 5.800 y la sexta en 1894 por 12.000.

BERLÍN. – La exposición de Bellas Artes recientemente inaugurada contiene 1.925 cuadros, 119 grabados y 248 esculturas, y se considera como una de las más importantes que de muchos años á esta parte se han celebrado en la capital de Alemania. En ella están muy bien representados los artistas alemanes, especialmente los secesionistas muniquenses y los de la Asociación Artística de Dusseldorf; los franceses, así los de los Campos Elíseos como los del Campo de Marte, y los americanos en París residentes; también figuran dignamente los ingleses, holandeses, belgas é italianos. Además se han organizado en ella algunas exposiciones particulares, entre las cuales llaman la atención las de obras de los pintores Leible y Trubner y del escultor Eberlein.

Teatros. – En Dresde se ha estrenado con gran éxito una ópera, *Atila*, en cuya música, de Adolfo Gunkel, se a[illegible] bellísimas melodías y grandes efectos dramáticos. En la prop[illegible] ciudad se pondrá próximamente en escena la ópera cóm[illegible] de Haydn *El boticario*, que el afamado compositor escri[illegible] en 1768.

Barcelona. – En el teatro de Novedades ha debutado con extraordinario éxito la compañía que dirige María Guerrero: en la noche de inauguración púsose en escena la preciosa comedia de Moreto *El desdén con el desdén*, que desempeñaron a[illegible]blemente la señorita Guerrero y el Sr. Díaz de Mendoza. Este, nuevo para el público de Barcelona, demostró ser un actor de verdad, modelo de naturalidad, de distinción y de buen decir, cualidades que no desluce ni el más pequeño asomo de tendencia al efectismo ó á la exageración declamatoria. Los demás actores, especialmente el Sr. Díaz (D. Manuel), dignos de tan notable pareja. La *mise en scene* irreprochable.

Necrología. – Han fallecido:

Gustavo Freytag, uno de los más ilustres escritores alemanes, autor de muchas y muy notables obras, entre ellas el gran ciclo de novelas *Los antepasados*.

Maximiliano de Menz, notable pintor de historia.



¡Vamos, contesta! ¿Qué opinión tienes tú de los hombres?

UN BUEN TÍO Y UN BUEN CURA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETE, PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO.—ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

—¡Vaya, vaya! Se acuerda perfectamente, y si la hace usted desgraciada la mandaría á usted á paseo, y adiós las ventajas que tiene usted con tenerla en casa.

—Bueno, bueno; quiere decir que ya no volveré á pegarla; pero...

Se alejaron ambas y no pude oir el final de la frase.

Después de la comida me fuí en busca de Suzón. Esta había sido amiga de mi tía, antes de entrar como cocinera. Se disputaban á cada paso, pero no podían vivir la una sin la otra. Nadie quería creerlo, pero es la pura verdad: Suzón quería sinceramente á su ama.

Pero si perdonaba á mi tía personalmente que se hubiese elevado en la escala social, la pegaba sin duda con el prójimo y con todo el mundo, pues refunfuñaba sin cesar.

—Suzón, le dije, colocándome delante de ella con aire decidido, ¿por lo visto soy rica?

—¿Quién le ha dicho á usted ese disparate, señorita?

—Eso no te importa Suzón; pero quiero que me contestes y me digas dónde vive mi tío de Pavol?

—Quiero, quiero, refunfuñó Suzón; ¡vaya un lenguaje para una niña! Pues no le diré á usted nada, porque yo nada sé.

—Mientes, Suzón, y te prohibo que me contestes de este modo. He oído lo que le decías á mi tía hace un instante.

—Pues si me ha oído usted, señorita, es inútil que yo le cuente á usted nada.

Y me volvió la espalda sin querer contestarme.

Subí á mi cuarto, muy nerviosa, y apoyada en el balcón escogí por testigos á la luna, á las estrellas y á los árboles de que tomaba la resolución formal de no dejarme pegar en lo sucesivo, de no tener ya miedo á mi tía y de emplear todo mi ingenio en serle desagradable.

Y dejando caer los pétalos de una flor que iba deshojando, arrojaba al mismo tiempo al aire mis temores, mi pusilanimidad y mis timideces de antes. Sentí que ya no era la misma y me dormí consolada.

Durante la noche soñé que mi tía, transformada en dragón, luchaba con Francisco I, que le atravesaba de parte á parte con su gran espada, y que tomándome en sus brazos desaparecía conmigo, mientras que el cura nos miraba con aire afligido y se limpiaba el rostro con su enorme pañuelo de color, retorciéndolo en seguida con todas sus fuerzas, hasta que el sudor chorreaba como si hubiese estado sumergido en el río.

III

A la mañana siguiente, apenas estábamos instalados en nuestra mesa el cura y yo, cuando la puerta se abrió con estrépito y vimos entrar á Perrina, con su gorra sobre la nuca y sus zuecos repletos de paja en la mano.

—¿Está ardiendo la casa?, preguntó mi tía.

—No, señora; ¡pero el diablo ha venido á visitarnos de seguro! La vaca se ha escapado al campo de la cebada que florecía tan bien; lo está talando todo, y no puedo atraparla; los capones están en el tejado, y los conejos en la huerta.

—¡En la huerta!, exclamó mi tía, que se levantó de golpe lanzándome una mirada de furor, pues la tal huerta era un lugar sagrado para ella y el objeto de sus únicos amores.

—¡Mis hermosos capones!, refunfuñó Suzón, que tuvo por conveniente darse á luz y unir su voz desagradable á la voz aún más desagradable de mi tía.

—¡Ah, estúpida!, exclamó ésta.

Y se precipitó detrás de las criadas empujando la puerta con furor.

—Señor cura, dije yo en seguida, ¿cree usted que en el universo entero haya una mujer más mala que mi tía?

—Vamos, vamos, niña, ¿qué quiere decir eso?

—¿No sabe usted lo que hizo ayer, señor cura? ¡Me pegó!

—¿Pegar?, repitió el cura con tono incrédulo, hasta tal punto le parecía increíble que nadie se atreviese á tocar siquiera con la punta del dedo á un ser tan delicado como mi persona.

—¡Sí, señor, me pegó!, y por si usted no lo cree, le voy á enseñar cómo me dejó señalada...

Y al pronunciar estas palabras, empezaba á desabrocharme. El cura me miraba con aire azorado.

—¡Es inútil, es inútil!; la creo á usted á pies juntillas, contestó precipitadamente, con la cara amoratada y bajando con pudor los ojos.

—¡Pegarme el mismo día en que cumplí diez y seis años!, proseguí diciendo mientras me abrochaba el vestido. ¡No sabe usted cuánto la detesto!

Y dí al mismo tiempo un puñetazo sobre la mesa, que entre paréntesis me hizo algún daño.

—Vamos, vamos, hija mía, me dijo el cura todo emocionado, cálmese usted y cuénteme cómo pasó.

—¡Pues nada! Cuando usted se fué, me llamó descarada y se echó sobre mí como una furia. ¡Oh! ¡Qué mujer más mala!

—Vamos, Reina, vamos, ¡ya sabe usted que hay que perdonar las injurias!

—¡Caspitina!, exclamé separando bruscamente mi silla y paseándome por el cuarto, ¡no la perdonaré jamás, jamás!

El cura también se levantó y se puso á pasear en diverso sentido que yo, de suerte que seguimos nuestra conversación, cruzándonos continuamente como aquellos dos personajes de no recuerdo qué historia.

—Hay que ser razonable, Reina, y tomar esa humillación como una pequeña penitencia, por la remisión de sus pecados.

—¡Mis pecados!, dije parándome un momento y encogiéndome ligeramente de hombros; ya sabe usted, señor cura, que son tan pequeños que no vale la pena de hablar de ellos.

—¿De veras?, dijo el cura, que no pudo reprimir una sonrisa. Pues entonces, si es usted una santa no hay más que soportar las contrariedades con paciencia por amor á Dios.

—¡A fe que no!, repliqué con tono muy decidido. Me conformo á amar á Dios un poco..., no mucho,—no frunza usted el ceño, señor cura;—pero estoy persuadida que me ama bastante para no estar satisfecha de verme desgraciada.

—¡Qué cabeza!, exclamó el cura. ¡Vaya una educación que he hecho!

—En fin, proseguí diciendo paseándome siempre por el cuarto, quiero vengarme, y me vengaré.

—Reina, eso es muy feo. Dígame usted...

—La venganza es el placer de los dioses, contesté dando un salto para atrapar un moscón que revoloteaba á mi alrededor.

—Hablemos seriamente, hija mía.

—Pero si yo hablo seriamente, le contesté parándome un momento delante de un espejo para cerciorarme complacientemente de que la animación me iba muy bien. Ya verá usted, señor cura, ¡agarraré un sable y decapitaré á mi tía, como hizo Judit con Holofernes!

—¡Esta criatura me saca de mis casillas!, exclamó

el cura desesperado. Hágame usted el favor de estarse quieta y de no decir tonterías.

– Obedezco, señor cura; pero ¿confiesa usted que Judit no valía dos cuartos?..

El cura se apoyó contra la chimenea é introdujo con delicadeza un polvito de rapé en sus fosas nasales.

– Dispense usted, hija mía; eso depende del punto de vista en que uno se coloca.

– ¡Qué poca lógica tiene usted, le contesté! ¡Encuentra usted soberbia la acción de Judit porque libertó á unos cuantos israelitas que de seguro no valían tanto como yo, y que no deberían interesar á usted, puesto que han muerto y están enterrados hace tiempo..., y ¡encontraría usted muy mal que yo hiciese lo propio para libertarme igualmente! Y sin embargo, Dios sabe muy bien que yo estoy perfectamente viva, dije haciendo mil piruetas.

– Tiene usted una gran opinión de sí misma, dijo el cura, que se esforzaba para tomar un aspecto severo.

– ¡Oh, excelente!

– Vamos á ver, ¿quiere usted escucharme ahora?

– Estoy segura, dije prosiguiendo mi razonamiento, que Holofernes era cien veces más agradable que mi tía, y que habría hecho muy buenas migas con él. Por lo tanto, no veo absolutamente qué me impediría imitar á Judit.

– ¡Reina!, exclamó el cura dando un golpe con el pie.

– Querido maestro, no se enfade usted, se lo ruego, y tranquilícese, no mataré á mi tía; tengo otro medio para vengarme.

– Dígame usted cuál, contestó el buen señor, que ya se había serenado, tomando asiento en el canapé.

Me senté á su lado

– Dígame usted. ¿Ya ha oído usted hablar de mi tío Pavol?

– Ciertamente; vive cerca de V...

– Justo. ¿Cómo se llama su quinta?

– El Pavol.

– Entonces, escribiendo á mi tío á la quinta de Pavol, cerca de V..., la carta le llegará con toda seguridad.

– No admite duda.

– Pues bien, señor cura, ya he encontrado cómo me vengaré. ¿Ya sabe usted que si mi tía no me quiere, en cambio tiene gran afecto á mis cuartejos?

– Pero, criatura, ¿de dónde ha sacado usted semejante cosa?, me contestó atónito.

– Se lo he oído decir á ella misma, de modo que estoy segura de lo que digo Lo que más teme en el mundo es que yo me queje al Sr de Pavol y le pida que me recoja en su casa. Así, pues, pienso amenazarla con escribir á mi tío, y esto no quiere decir que el día menos pensado, añadí después de un instante de reflexión, no le escriba de verdad.

– ¡Vamos, eso es bastante inocente!, dijo el buen señor sonriendo.

– ¡Conque ya lo sabe usted!, exclamé gozosa, ¿y usted aprueba mi idea?

– Sí, hasta cierto punto, hija mía, pues es indudable que no deben pegarla; pero le prohibo á usted que se muestre impertinente. No se sirva usted de sus armas sino en caso de legítima defensa, y recuerde usted que si su tía tiene defectos, debe usted sin embargo respetarla y no ser agresiva.

Hice un gesto significativo.

– No prometo á usted nada..., ó más bien, mire usted, para ser franca, le prometo á usted hacer precisamente lo contrario de lo que acaba usted de decirme.

– ¡Es una verdadera insubordinación!.. Acabaré por enfadarme, Reina.

– Es más que una insubordinación, repliqué con gravedad, es una revolución.

– ¡Vamos, yo perderé la paciencia y la vida!, refunfuñó el cura. Señorita de Lavalle, hágame usted el favor de someterse á mi autoridad

– Escuche usted, le dije con acento mimoso, le quiero á usted de todo corazón, es usted la única persona á quien quiero en el mundo... (El semblante del cura se fué mejorando poco á poco.) Pero detesto, execro á mi tía, y reconozco que será siempre lo mismo. Tengo mucho más talento que ella...

El cura quiso interrumpirme, pero yo me adelanté á decirle:

– No me diga usted lo contrario, pues demasiado sabe usted que tengo razón.

– ¡Qué mal educada! ¡Dios mío!, exclamó el cura alzando las manos.

– Señor cura, no tema usted por la salvación de mi alma; ya nos encontraremos algún día en el reino de los cielos. (Y seguí mi discurso:) teniendo mucho más talento que mi tía, me será fácil atormentarla con mis palabras. Anoche mismo, me prometí solemnemente serle muy desagradable. La luna y las estrellas me sirvieron de testigo.

– Hija mía, me dijo el cura con seriedad, no quiere usted escucharme, y usted se arrepentirá.

– ¡Eso ya lo veremos!.. Estoy oyendo á mi tía: está furiosa porque he sido yo quien ha soltado la vaca, los conejos y los capones, para quedarme sola con usted. Échela usted un buen sermón, señor cura, pues le aseguro á usted que me ha pegado de lo lindo; tengo todo el cuerpo lleno de cardenales.

Mi tía entró como un huracán, y el cura se quedó tan atónito que no pudo ni contestarme.

– Reina, ¡venga usted aquí!, exclamó, el rostro enrojecido de cólera y sin poder respirar apenas, de resultas sin duda de la carrera que había dado para atrapar los conejos.

La contesté con un saludo.

– Dejo á usted con el señor cura, díjela dirigiendo un gesto de inteligencia á mi aliado.

La ventana afortunadamente estaba abierta.

Salté sobre una silla y en un dos por tres me encontré en el jardín, que estaba casi al nivel de la ventana. Mi tía, que se había colocado delante de la puerta para cortarme la retirada, se quedó estupefacta.

Confieso que hice como que me escapaba; pero la verdad es que me escondí detrás de unos matorrales, desde donde pasé un buen rato escuchando los regaños del cura y las exclamaciones furibundas de su interlocutora.

Durante la comida mi tía se asemejaba á un perro dogo á quien tratan de arrebatarle un hueso.

Regañaba á Suzón, que la mandaba á paseo; maltrataba á su gato; tiraba los cubiertos á derecha é izquierda, produciendo un ruido espantoso; en fin, exasperada por mi aire impasible y burlón, agarró una botella y la tiró por la ventana.

Yo me apoderé en seguida de un plato de arroz, que no había probado aún, y lo mandé en busca de la botella.

– ¡Infame criatura!, exclamó mi tía lanzándose sobre mí.

– No se acerque usted, dije retrocediendo; si me toca usted, escribo esta misma noche á mi tío Pavol.

– ¡Ah!.., dijo mi tía, que se quedó como petrificada, con los brazos al aire.

– Y si no es esta noche, será mañana ó cualquier otro día, pues no quiero que nadie me pegue.

– Su tío de usted no la creerá, gritó mi tía.

– ¡Oh! ¡Que sí!.. Tengo la señal de sus dedos de usted en el cuerpo. Ya sé que es muy bueno y me iré con él.

No tenía realmente ninguna idea del carácter de mi tío, pues contaba apenas seis años cuando le vi por primera y última vez; pero pensé que debía hacer ver que estaba perfectamente enterada de todo, con lo cual daba una prueba de una gran diplomacia.

Abandoné el comedor majestuosamente, dejando á mi tía desahogarse con la buena de Suzón.

IV

La guerra estaba declarada, y desde entonces consagraba mi tiempo á luchar contra la señora de Lavalle. Antiguamente apenas si me atrevía á abrir la boca en su presencia, excepto cuando el cura nos acompañaba; me imponía silencio aun antes de concluir la frase.

Afirmo que semejante procedimiento me molestaba sobre manera, porque yo soy muy parlanchina. Algo me desquitaba con el cura, pero no era lo bastante, por lo cual había tomado la costumbre de hablar alto conmigo misma. Me sucedía á menudo que me plantaba delante del espejo y me ponía á charlar con mi imagen durante horas enteras...

¡Mi espejo querido!, ¡mi amigo fiel!, ¡confidente de mis más íntimos secretos!

Yo no sé si los hombres han reflexionado alguna vez con seriedad acerca de la enorme influencia que ese pequeño objeto puede ejercer en la imaginación. Obsérvese que yo no determino el sexo de esa imaginación, estando como estoy bien convencida que los individuos barbudos tienen tanto placer como nosotras en observar sus cualidades exteriores.

Si yo escribiese una obra filosófica trataría esta cuestión: «De la influencia del espejo en la inteligencia y el corazón del hombre.»

No niego que mi tratado sería tal vez único en su género y que no se parecería en nada á la filosofía en la que Kant, Fichte, Schelling, etc., han patullado durante toda su vida para su gloria y para la felicidad todavía más grande de la posteridad, que los lee con un placer tanto más vivo cuanto que no comprende nada de ella. No, mi tratado no tendría nada que ver con las obras de esos caballeros: sería claro, preciso, práctico, con ribetes de causticidad, y es menester llevar muy lejos el amor á la contradicción para dejar de convenir en que estas cualidades no son las que brillan más en las filosofías antes mencionadas. Pero no encontrando mi inteligencia bastante madura para una obra tan importante, me contento conservando á mi espejo un afecto sincero, mirándome en él todos los días en señal de gratitud.

Sé muy bien que, ante esta revelación, alguno de esos caracteres agrios y desabridos, que todo lo ven bajo el aspecto más negro, insinuarán que la coquetería representa un gran papel en el sentimiento que experimento por mi espejo. ¡Gran Dios! ¡Nadie es perfecto! Y observa, querido lector, que si vas de buena fe, lo cual es dudoso, tendrás que confesar que el interés personal, por no valerme de otra expresión más dura, ocupa el primer lugar en la mayor parte de tus sentimientos.

Pero volviendo á lo que me concierne, diré que habiendo roto completamente con mis antiguos terrores, no trataba ya de moderar mi locuacidad en presencia de mi tía. No había una sola comida sin que tuviésemos discusiones que amenazaban convertirse en tempestades.

Aunque no conocía bien su origen, no había tardado en descubrir que era más ignorante que una carpa y que experimentaba una viva contrariedad cuando apoyaba mis opiniones en mi saber ó en el del cura. Además no titubeaba jamás en dar la calificación de históricas á ideas que eran únicamente hijas de mi inteligencia. Por desgracia, me era imposible luchar contra la experiencia personal de mi tía, y cuando me afirmaba que las cosas sucedían de tal ó cual manera en el mundo, que los hombres no eran más que unos bocones, más malos que Satanás, me ponía furiosa por no saber qué contestar. Tenía bastante discernimiento para comprender que los personajes con quienes vivía no podían darme sino una idea muy imperfecta del género humano en las circunstancias ordinarias de la vida.

El cura comía todos los domingos en casa. Tenía sin duda motivos secretos para no elogiar delante de mí al rey de la creación – excepto cuando se trataba de sus héroes antiguos, de los cuales no podía ya temer el espíritu emprendedor, – pues no oponía sino pocas y muy débiles denegaciones á las afirmaciones de mi tía.

La comida del domingo se componía invariablemente de un capón ó de un pollo, de una ensalada con huevos duros y de arroz con leche. El cura, cuya mesa era menos que modesta y cuyo paladar sabía hacer justicia á los guisos de Suzón, llegaba los domingos frotándose las manos y gritando que traía gran apetito.

Nos sentábamos en seguida á la mesa, y la conversación, sobre todo al principio, era tan invariable como el programa de la comida.

– Qué hermoso tiempo tenemos, decía mi tía, cuya frase, si llovía, no recibía más modificación que el cambio del adjetivo

– Un tiempo hermosísimo, contestaba el cura alegremente. ¡Es delicioso pasear en estos días de sol!

Si había llovido, si había nevado, si había granizado, si había habido relámpagos y truenos, el cura expresaba del mismo modo su satisfacción, ya haciendo el elogio de una habitación desprovista de corrientes de aire, ya ponderando las delicias de una buena chimenea.

– Pero no hace calor, continuaba diciendo mi tía. ¡Es particular! En mi tiempo se ponía una los vestidos blancos por Pascua.

– ¿Los vestidos blancos le iban á usted bien?, me apresuraba yo á preguntar.

Mi tía, temerosa de alguna impertinencia de mi parte, me lanzaba una mirada preventiva de furor antes de contestar:

– Ciertamente que me iban bien.

– ¡Oh!, exclamaba yo con un tono que no dejaba la menor duda acerca de mi íntima convicción.

– En mi tiempo, afirmaba mi tía, las niñas no hablaban sino cuando se les preguntaba algo.

– ¿No hablaba usted cuando era joven, tía?

– Cuando me interrogaban; si no, jamás.

– ¿Todas las jóvenes se parecían á usted, tía?

– Ciertamente, sobrina.

– ¡Qué tiempos tan feos!, exclamaba yo lanzando un suspiro y mirando al techo.

El cura me miraba con aire enfadado, y la señora de Lavalle dejaba errar su mirada hacia los distintos objetos que había sobre la mesa, con la tentación evidente de arrojarme alguno de ellos á la cabeza.

La conversación, al llegar á este punto... agudo, cesaba por completo, hasta el momento en que los sentimientos agriados de mi tía, contenidos por los esfuerzos de su voluntad, estallaban de pronto, con máquina sometida á una presión demasiado fuerte. Entonces era ella; fulminaba toda su cólera contra la

creación entera: hombres, mujeres, niños, nadie se salvaba en ese diluvio de adjetivos. De los hombres, sobre todo, sólo quedaba al final de la comida una mezcla, no de huevos y de carne podrida, sino de monstruos de todas las especies.

– Los hombres no valen ni la cola de un perro, decía mi tía en ese lenguaje armonioso y elegante que le era habitual.

El cura, que tenía la certidumbre desoladora de no ser una mujer, bajaba la cabeza y parecía estar lleno de contrición.

– ¡Qué incrédulos! ¡Qué malos!, proseguía diciendo con aire furioso y mirándome fijamente, como si yo hubiese pertenecido á la especie en cuestión.

El cura se callaba como un muerto.

– ¡Gentes que no piensan más que en gozar, en comer!, proseguía mi tía, que no podía olvidar la pobreza legada por su marido. ¡Qué hijos de Satanás!

– ¡Hum! ¡Hum!, exclamaba el cura bajando la cabeza.

– Señor cura, exclamé con impaciencia, *¡hum!* no es un argumento de gran valor.

– Yo diré á usted, contestó el buen señor, á quien interrumpíamos en la degustación de su sabrosa comida; yo creo que la señora de Lavalle va un poco demasiado lejos empleando esas expresiones. Ahora bien: es muy cierto que algunos hombres no merecen gran confianza.

– Usted es como Francisco I. ¿Prefiere usted las mujeres?, dije con cierta candidez.

– ¡Voto á Sanes!, exclamó mi tía, que había reemplazado ciertas palabras enérgicas por esta expresión propia de su marido, y que ella creía ser muy aristocrática; ¡voto á Sanes!, ¡cállese usted, estúpida!

Pero el cura le dirigió una mirada significativa, y la buena señora se mordía los labios.

– ¿Y sus héroes de usted, señor cura? ¿Y sus griegos?, ¿y sus romanos?

– ¡Oh! Los hombres de hoy no se parecen en nada á los hombres de antes, decía el cura, muy convencido de que expresaba una gran verdad.

– ¿Y los curas?, continué diciendo.

– Los curas no se cuentan, contestó con una dulce sonrisa.

Este género de conversación, lleno de lugares comunes, tenía el privilegio de ponerme nerviosa. Tenía la conciencia de que un mundo de ideas y de sentimientos, que no debía tardar en descubrir, se hallaba cerrado para mí. Dudaba de que el juicio formado por mi tía acerca de la humanidad fuese justo en absoluto, pero comprendía que ignoraba muchas cosas y que me arriesgaba á permanecer largo tiempo en mi ignorancia.

Una mañana en que me hallaba meditando sobre esta extraña situación, me vino la idea de consultar á las tres personas que tenía ocasión de ver todos los días: Juan el colono, Perrina y Suzón.

Como esta última había vivido en C..., comprendí que su apreciación debía estar basada en una gran experiencia, y la reservé para lo último

Tomé un abrigo, me puse los zuecos y me dirigí hacia el cortijo, situado á un kilómetro de la casa.

Llenándome de lodo hasta las narices, llegué cerca de Juan, que estaba limpiando su carreta.

– Buenos días, Juan.

– ¡Muy buenos, señorita!, contestó Juan quitándose su gorro de lana, lo que permitió á sus cabellos ponerse en punta sobre su cabeza. Cuando no se hallaban sometidos á cualquier presión, era una particularidad de su temperamento el entregarse á ese ejercicio.

– Vengo á consultar con usted una cosa *muy* importante, dije recalcando sobre el adverbio para despertar su inteligencia, que ya sabía yo que se iba por los cerros de Ubeda cuando se le preguntaba algo.

– Mande usted, señorita.

– Mi tía dice que todos los hombres son unos bocones; ¿cuál es su parecer de usted sobre esto, Juan?

– ¡Unos bocones!, repitió Juan abriendo desmesuradamente los ojos como si distinguiese un monstruo delante de sí.

– Esta es la opinión de mi tía y quiero tener la de usted.

– ¡Diantre! Pues tal vez tenga razón.

– ¡Pero esa no es una opinión, Juan! Vamos á ver, ¿cree usted, sí ó no, como Cristo nos enseña, que los hombres son generalmente unos bocones?

Juan apoyó sobre la punta de su nariz el índice de su mano derecha, lo que significa, como es sabido, el indicio de una profunda meditación.

Después de haber reflexionado un buen rato, me dió esta contestación clara y decisiva:

– Oigame usted, señorita, ¡yo diré á usted!, bien pudiera ser que sí, pero bien pudiera ser que no.

– ¡Animal!, le dije, indignada de contemplar semejante fenómeno de estupidez.

Abrió la boca, abrió los ojos, abrió las manos, hubiera abierto toda su persona si hubiese podido, para manifestar mejor su extrañeza.

Regresé al patio del Buissón, echando pestes del barro, de mis zuecos, de Juan y de mí misma.

– ¡Perrina, exclamé, ven aquí!

Perrina, que estaba limpiando las jarras de su lechería, vino en seguida con un puñado de ortigas en la mano, los brazos al aire, la cara colorada como una manzana y con la gorra medio torcida, según su costumbre.

– ¿Cuál es tu opinión acerca de los hombres?

– De los hom...

Y Perrina, de manzana á peonía dejó caer sus ortigas, agarró una punta de su delantal, levantó la pierna izquierda, y apoyada sobre la de la derecha, se quedó mirándome con aire estupefacto.

– ¡Vamos, contesta! ¿Qué opinión tienes tú de los hombres?

– La señorita quiere reirse de mí, de seguro.

– No seas tonta, hablo con toda formalidad. ¡Vamos, responde pronto!

– Pues, señorita, me dijo Perrina, colocándose de aplomo sobre sus dos piernas, á mí me parece que cuando son guapos y frescotes, hay cosas más desagradables que mirar...

Este modo de mirar la cuestión, me dió mucho que reflexionar.

– Yo no me refiero al físico, dije encogiéndome de hombros, sino al moral.

– ¡Yo los encuentro muy agradables!, contestó Perrina, cuyos ojillos brillaban de lo lindo.

– ¿De modo que tú no encuentras que sean incrédulos, bocones, hijos de Satanás?

Perrina se echó á reir á carcajadas.

– ¡Qué disparate! A mí lo que me parece...

Se interrumpió de pronto para darse con los puños en la cabeza. Retorció su delantal, bajó los ojos, y me pareció dispuesta á tomar las de Villadiego.

– ¿El qué? ¡Di!..

– ¡La señorita se está burlando de mí! ¡Vaya, agur!

Y dirigiéndome una amable cortesía, desapareció de repente, metiéndose en su lechería y dándome con la puerta en las narices.

Vamos, no lo entiendo... Ya no me queda más recurso que Suzón, pero falta saber si querrá explicarse.

Entré en la cocina. Suzón, con la escoba en la mano, se preparaba á hacerla funcionar activamente. Me pareció que no estaba de buen talante, y juzgué prudente poner en juego algunas precauciones oratorias antes de comenzar mis preguntas.

– ¡Cómo relucen tus cacerolas, Suzón!, le dije en el tono más amable que pude.

– Hace una lo que puede, dijo refunfuñando, y el que no esté contento no tiene más que decirlo.

– ¡Qué bien haces los pollos en salsa, Suzón!, continué diciendo siempre en el mismo tono; ¡deberías enseñarme á hacerlos!

– Eso no es cosa de señoritas; haga usted sus quehaceres y déjeme usted en paz en mi cocina.

Viendo que mis medios de seducción no causaban ningún efecto, dirigí mis baterías hacia otro punto.

– ¿Sabes una cosa, Suzón? ¡Has debido ser muy bonita en tu juventud!, dije yo, pensando sin embargo que si hubiese sido su marido la habría metido en el asador para desembarazarme de ella.

Se conoce que había tropezado con la cuerda sensible, porque Suzón se dignó sonreir.

– Cada cual tiene su cuarto de hora, señorita.

– Suzón, proseguí diciendo, aprovechando ese súbito instante de buen humor para llegar cuanto antes á lo que me interesaba, ¡tengo ganas de hacerte una pregunta! ¿Cuál es tu opinión acerca de los hombres... y de las mujeres?, añadí, pensando que era ingenioso abarcar mis estudios acerca de los dos sexos.

(Continuará)



¡La muy tonta!.. ¡Un hombre tan encantador!

SECCIÓN CIENTÍFICA

TRANSMISIÓN DE LAS FOTOGRAFÍAS Á DISTANCIA

EL ELECTRO-ARTÓGRAFO DE AMSTUTZ

¡Otra maravilla de la electricidad! El artógrafo eléctrico, ó electro-artógrafo, como su inventor lo llama, tiene por objeto transmitir á cualquier distancia por

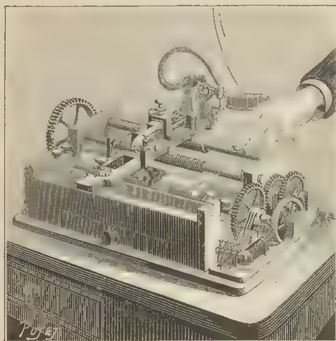


Fig. 1. – El electro-artógrafo Amstutz. – Aparato transmisor

medio de la corriente eléctrica copias de una fotografía, y reproducirla al otro extremo de la línea, en un grabado que sale listo para imprimir con él.

Su inventor, Mr. N. S. Amstutz, es un ingeniero mecánico y electricista muy conocido, de la ciudad de Cleveland, Estado de Ohio. Como se verá por el funcionamiento del aparato que pasamos á describir, éste reune algunos detalles característicos del fonógrafo y del teléfono.

Como en este último aparato, el electro-artógrafo se basa en la corriente ondulatoria eléctrica, y la reproducción se efectúa en un cilindro cubierto de cera, giratorio como en el fonógrafo. Para ello se necesitan un instrumento de transmisión y otro de recepción.

El principio en que se basa el aparato es muy sencillo, y se comprenderá fácilmente por la ilustración, cuya figura 1 representa el aparato de transmisión, y la figura 3 el de recepción, ó sean el transmisor y el receptor.

Se empieza haciendo un negativo fotográfico de la persona ó cosa cuya imagen se quiere transmitir. Con este negativo se expone á la luz una película de gelatina, á la que se ha hecho sensible por medio del bicromato de potasa, que como se sabe, hace insolubles en el agua las partes expuestas á la luz al pasar por las partes claras del negativo fotográfico, y solubles todas aquellas que no ha afectado la luz por no poder pasar por las partes obscuras del negativo. Sabido también es que la solubilidad varía según la intensidad de los detalles del negativo.

Después de haber disuelto todas las porciones solubles de la película, quedará en ella grabada la imagen del negativo, pero en relieve enteramente. De una manera exagerada representamos en la figura 2 una sección de dicha película, en la que indican las variaciones de su superficie los distintos efectos producidos por las sombras y los claros del negativo fotográfico, al atravesarlos la luz y afectar distintamente la película bicromatada.

Obtenida la película se le fija en la superficie del cilindro A (fig. 5), preparado para girar. Un trazador ó puntero B, conectado de un modo ajustable en la palanca C, descansa en la película, y al girar ésta con el cilindro en que está montada, el puntero se levanta y cae según las ondulaciones formadas por los relieves de la película, comunicando así un movimiento de distintas intensidades de subida y bajada al extremo opuesto de la palanca C.

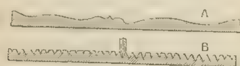


Fig. 2. – A Sección en escala aumentada de la superficie gelatinosa impresionada que sirve para la transmisión. – B Sección transversal en escala aumentada de la superficie receptora que reproduce las distintas profundidades de los surcos sucesivos.

Una colección de palanquitas F están acodadas centralmente en su punto de apoyo D, y dispuestas de modo que unos de sus extremos toquen al subir los extremos inferiores de los terminales E. Los extremos de dichas palanquitas, que tocan en el extremo de la palanca C, como lo indica el grabado, no están en una misma línea horizontal.

Cuando la palanca C está en su punto más bajo, á causa de una depresión en la película de gelatina, todas las palanquitas tocan con sus extremos opuestos en los terminales. Con otra revolución del cilindro A y una elevación de la película, levantando la palanca C, el contacto de todas las palanquitas, menos una, se rompe.

De modo que la elevación de las ondulaciones ó distintos relieves de la superficie pelicular determina el número de palanquitas que se ponen en contacto con los terminales.

Un terminal de la pila N va á la tierra, y el otro se enlaza con el punto de apoyo D de las palanquitas F, y la corriente pasa á través de éstas, los terminales E y resistencia H, á la línea principal, y de ésta al solenoide I distante de la estación contraria, y á la tierra.

Cuando todas las palanquitas tocan los terminales, todas las resistencias están en paralela, y la resistencia total es mínima y la corriente máxima; y por el contrario, la resistencia es máxima y mínima la corriente á medida que se rompe el número de contacto. Por esta disposición de las resistencias hay subidas y bajadas en la corriente correspondientes á las que se hallan en la superficie de la película.

Esa corriente variable, circulando por el solenoide I, produce una atracción variable también en la barra unida al extremo de la palanca J. Dicha palanca tiene su apoyo en K, y lleva el cincel L, en forma de V, debajo del cual se encuentra una película de gelatina ó de cera, pegada al cilindro M.

No perdiendo de vista esta disposición, se com-

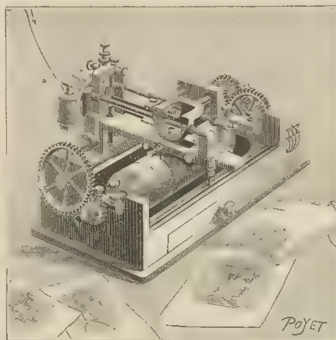


Fig. 3. – Aparato receptor

prenderá fácilmente que con una revolución del cilindro A, al seguir el puntero las elevaciones y depresiones de la película, el extremo libre de la palanca C entra en contacto con los extremos de una ó más de las palanquitas F, permitiendo que la corriente pase más ó menos á través de la resistencia y ejerza por medio de ella una atracción hacia abajo más ó menos pronunciada en el extremo de la palanca J.

Se han dibujado para simplificar cuatro palanquitas solamente; pero fácil es comprender que cuanto mayor sea su número tanto más delicadas serán las variaciones de atracción en la barra del solenoide. El número de palanquitas no tiene límite; sin embargo, Mr. Amstutz encuentra que no se requieren más de diez, y muchas menos cuando se trata de obtener reproducciones á grandes rasgos para las ilustraciones de los diarios.

Supongamos, pues, que se ha asegurado una película de imagen en el cilindro de transmisión A y otra de gelatina ó de cera en el cilindro de recepción M, y que ambos giran con una misma velocidad. Una revolución hará que el cincel L abra una raya ó línea alrededor de la película que tiene debajo, la cual raya saldrá irregular en cuanto á sus depresiones y anchura, puesto que el cincel tiene la forma de V, y la atracción ejercida en el extremo de la palanca es variable, á causa de la distinta intensidad de la atracción de la barra del solenoide en el extremo de la palanca.

¿Puede hacerse un retrato con una sola línea? Naturalmente que no, pero una línea es elemento de toda una imagen; y cuando el cilindro gira, el puntero y el cincel adelantan por la acción del tornillo que se ve en las figuras 1 y 3, y espiralmente se produce otra línea al lado de la primera con distintas profundidades y anchos (fig. 2, B), que corresponden á las ondulaciones vecinas que se encuentran en la superficie de la película del transmisor.

De este modo las líneas de la película del transmisor se van trazando de una manera continua en la otra película del receptor, y cuando se electrotipa esta película se tiene un grabado listo para imprimir con él.

Las dos máquinas representadas en las figuras 1 y 3 tienen los mismos órganos característicos: un bastidor, un puntero dotado de movimiento progresivo y una carretilla, guiada por la barra redonda del respaldo y que adelanta encima del cilindro por la acción del tornillo enfrente de la barra de guía, un cilindro giratorio que corresponde á los cilindros A y M, engranajes convenientes en los extremos para hacer girar el cilindro y el tornillo, los tornillos de ajuste, las tuercas necesarias y un aparato sincronizador para regir la velocidad de cada cilindro.

Con la perfección de detalles el grabado que se hace por este método será de la clase superior, el que se conoce con el nombre «de línea.»

Además de la gelatina los grabados pueden hacerse sobre metales, como en los objetos de oro ó de plata. Tampoco se necesita funcionar á grande distancia, pues los aparatos pueden colocarse juntos y obtener así un trabajo local de reproducción.

Hemos escogido una muestra del trabajo obtenido con estos aparatos en su forma actual, que da una idea aproximada del trabajo artístico que darán una vez que los aparatos hayan obtenido la perfección de que son capaces. El cuadro del niño con el perro (fig. 4) se grabó en las máquinas del laboratorio particular de Mr. Amstutz, necesitándose emplear tres minutos solamente para grabar la última imagen.

No es difícil creer que muy pronto se pueda remitir desde Londres á Nueva York por cable la noticia de un suceso acompañado de las principales escenas, que se podrán imprimir simultáneamente con las palabras del cablegrama; y esto sin intervenir en lo más mínimo en las condiciones telegráficas, cuyas oficinas sólo necesitan proveerse de los aparatos que acabamos de describir.

Como Mr. Amstutz tiene mucha práctica en todo lo referente al asunto de ilustraciones para libros y periódicos, ha podido mejor que nadie vencer las dificultades que el nuevo problema le presentaba. En la actualidad se ocupa en perfeccionar sus aparatos, sobre todo en la cuestión de hacerlos lo más expe-



Fig. 4. – Facsímile de la reproducción de una fotografía obtenida á distancia con el electro-artógrafo Amstutz

ditos posible, y en la de valerse de ambas corrientes, la continua y la alternativa, manteniendo sin embargo el principio en que se basan.

(De *La América Científica*)

***

LA TRACCION ELÉCTRICA POR ACUMULADORES EN PARÍS

En el número 572 de La Ilustración Artística describimos los tranvías eléctricos de acumuladores que pocos meses antes se habían inaugurado en las distintas líneas de París. En los tres años de explotación transcurridos desde entonces, los resultados han sido satisfactorios y han permitido realizar ciertas economías sobre la tracción animal. El gasto ha resultado ser de 0'47 francos por coche y kilómetro,

de los que o'16 corresponden á la conservación y entretenimiento de los acumuladores, o'18 á la fuerza motriz, o'05 al entretenimiento de los trucs y motores y o'08 al personal.

Estos primeros resultados se han obtenido con los coches antiguos reformados para el servicio eléctrico; pero desde hace algún tiempo la Sociedad ha realizado una serie de modificaciones y de mejoras que le permitirán efectuar el servicio en condiciones mucho mejores. En primer lugar, como ha indicado M. J. Sarcia en la *Sociedad internacional de electricistas*, la *Sociedad para el trabajo eléctrico de los metales* ha introducido grandes perfeccionamientos en los acumuladores. Las placas negativas de estos acumuladores, en los cuales la materia activa se obtenía por medio de la reducción del cloruro de plomo, han resistido perfectamente y han durado largo tiempo: no sucedía lo mismo con las positivas, que muy pronto se inutilizaban por desprendimiento de la materia activa y disgregación del soporte. En vista de ello, la sociedad que construye los acumuladores adoptó un soporte formado por un alma rellena de plomo con 10 por 100 de antimonio y que sostiene en los lados algunas piletas inclinadas, dentro de las cuales está la materia activa. Al cabo de algún tiempo de servicio esta materia cae, pero el soporte permanece intacto, bastando reponer aquélla.

Fig. 5. – Diagramas y principios de los aparatos transmisor y receptor del electro-artógrafo Armstutz

Estas diversas mejoras han permitido reducir de 3.000 kilogramos á 1.700 el peso total de la batería necesaria para un coche.

Los nuevos coches que ya funcionan en París son muy espaciosos y reunen excelentes condiciones. La batería de acumuladores de 56 elementos con nueve placas de 200 milímetros de longitud por otros tantos de anchura va encerrada en una caja única que se quita y se pone en dos ó tres minutos.

Los motores son dos motores *shunt* que gobiernan los ejes por medio de un solo engranaje. El empleo de estos motores shunt ha permitido realizar otro progreso y recuperar durante las bajadas algo de energía eléctrica en cantidad de un 18 por 100 aproximadamente: esta circunstancia es sumamente importante porque esa recuperación se produce precisamente en los momentos en que los acumuladores acaban de proporcionar una descarga elevada. Este régimen de recarga de cuando en cuando es en alto grado favorable para el entretenimiento de la batería.

Todas las maniobras del nuevo coche se verifican por medio de un solo aparato gobernado por el conductor y que permite poner resistencias en el circuito de los inductores ó del inducido y retirarlas á voluntad.

Merece también citarse el frenamiento eléctrico que se obtiene poniendo el inducido en circuito corto y que es bastante potente para parar instantáneamente el coche.

Todas esas innovaciones han dado por resultado una rebaja considerable en los gastos de explotación, siendo ahora el gasto por coche y kilómetro de o'34 francos, de los que o'10 son para la conservación y entretenimiento de los acumuladores, o'13 para la fuerza motriz, o'03 para el entretenimiento de los trucs y motores y o'08 para el personal. – J. L.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ROJO Y BLANCO, por *Antonia Opisso.* – Colección de interesantes novelas cortas de la distinguida escritora Antonia Opisso, de quien dice el reputado literato Sr. Sánchez Pérez, en el ingenioso prólogo que lleva el libro, que «es de las pocas, de las contadas que, como el filósofo demostraba el movimiento, demuestra la aptitud de la mujer para escribir escribiendo.» *Rojo y blanco*, que forma parte de la Biblioteca Selecta que en Valencia publica D. Pascual Aguilar, véndese á dos reales.

GENTE DE MADRID, por *Carlos Frontaura.* UN VIAJE Á LOS INFIERNOS, por *Miguel Melgosa.* – Forman estas dos obras los tomos 19 y 20 de la Biblioteca Diamante que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Inocente López: contiene la primera una colección de siluetas y semblanzas de gente de Madrid, escritas con toda la gracia y todo el talento proverbiales en el Sr. Frontaura, especialista, por decirlo así, en la descripción de tipos y escenas de la corte; en la segunda el distinguido escritor Sr. Melgosa trata en forma festiva y á veces chispeante algunos problemas y cuestiones trascendentales dignas de ser estudiadas. Véndense los tomos al precio de dos reales cada uno.

CARTAS SOBRE POMPEI, por *Emilio Pi y Molist.* – El ilustre catedrático de esta universidad D. Antonio Rubió y Ors dice en el notable prólogo de este libro que «la publicación de la obra del Sr. Pi ha de ponerse entre las efemérides literarias de hogaño, en el número de los sucesos de más bulto entre los de esa clase en nuestra ciudad.» Este juicio no puede ser ni más laudatorio ni más justo: los que han recogido y dado á luz las cartas que desde Pompeya dirigió el autor á su amigo D. Luis Mayora, han prestado un gran servicio á la literatura española, falta hasta ahora de una obra que seriamente se ocupase de la resucitada ciudad campaniense. Leyendo las diez y siete cartas que constituyen el libro, se admira la actual Pompeya arruinada y se ve surgir de entre sus ruinas la Pompeya antigua con todas sus bellezas y magnificencias, dejando la obra satisfechos el entendimiento y el corazón por las imágenes y recuerdos que evoca y por las ideas y afectos que brotan de los mismos. Tratándose de un libro del autor de *Los primores del Quijote*, inútil es decir que la forma en que está escrita es tan castiza que bien merece calificarse de clásica. En suma, *Cartas sobre Pompei* serán leídas con igual deleite por las personas doctas, que hallarán en ellas útiles enseñanzas, que por los que sólo quieran buscar en el libro grato entretenimiento. El libro ha sido lujosa y elegantemente impreso en la tipografía de *L'Avenç*.

ENFERMEDADES AGUDAS Y CRÓNICAS, por *N. Neuens.* – El sacerdote alemán N. Neuens, discípulo por decirlo así del abate Kneipp, ha completado su *Manual práctico y razonado del sistema hidroterápico de Kneipp*, con la publicación del libro que nos ocupa, en el cual se tratan desde el punto de vista del sistema del abate de Worishofen todas las enfermedades agudas y crónicas. El libro está traducido por Gustavo Gili y Roig y ha sido editado en Barcelona por D. Juan Gili (Cortes, 223): se vende encuadernado en tela á 5 pesetas.

El hombre pájaro Janos Dobos que actualmente se exhibe en el Panóptikum de Munich

CONSEJERO DE LAS FAMILIAS, por e[illegible] – En este libro se compendian los p[illegible] tra[illegible] que tanta [illegible] han [illegible] al célebre cura [illegible] Worishofen y que se refieren al cuidado de los n[illegible] los adolescentes durante el per[illegible] desarrol[illegible] dieta para la edad viril y á las instrucciones para [illegible] Estúdianse además en él las enfermedades de la [illegible] de la adolescencia, de la edad viril y de la vejez. Es[illegible] libro que justifica plenamente su título. Véndese [illegible] librería de Juan Gili (Cortes, 223, Barcelona) á 3'50 p[illegible]

PRO PATRIA. – El último número de esta importante revista contiene notables trabajos de Balaguer, Perés, Olmedilla, Roque-Ferrier, Villegas (B.), Sánchez Pérez, Enseñat, Román, Mitjana y otros.

LA BOJERÍA, drama en tres actos, por *José Got Anguera.* – Se ha impreso y puesto á la venta al precio de dos pesetas el interesante drama catalán del conocido escritor señor Got Anguera *La bojería*, que se estrenó con buen éxito en el teatro Romea de esta ciudad el día 14 de enero de este año.

MARÍA DE NAZARETH, por *Ricardo Fuentes Castilla.* – Colección de descripciones sobre los puntos más fundamentales de la historia de María Inmaculada, escritas con verdadero entusiasmo religioso y dentro del criterio de la más pura ortodoxia. Este librito ha sido impreso en Madrid en el establecimiento de Antonio Menárguez, Princesa, 33.

COLECCIÓN DE FORMULARIOS para las principales actuaciones en las Audiencias y Juzgados de Instrucción, por *Miguel Escobar Barberán.* – Libro sumamente útil para los funcionarios de Audiencias y Juzgados de Instrucción, auxiliares de los mismos, procuradores, jurados, etc., por cuanto contiene una colección completa de formularios que se emplean, tanto en la tramitación de las causas y sus incidencias, cuanto en la parte gubernativa á que da motivo la administración de la justicia en lo criminal. Se vende en Madrid, en casa de D. Francisco Cáceres Pla, Florida, 3, y en las principales librerías, al precio de dos pesetas.

¡RATAPLÁN!, por *José M. Matheu.* – Con este título se han publicado diez interesantes y muy bien escritos cuentos del reputado literato Sr. Matheu: forman el tomo 22 de la *Colección Diamante* que edita en esta ciudad D. Inocente López. Véndese en las principales librerías á dos reales.

DUENDES Y FRAILES, zarzuela en dos actos, letra de *Luis Escudero y Pedroso*, música de *José Osuna y Zayago.* – Se ha publicado el libro de esta bonita zarzuela, original del conocido escritor sevillano Sr. Escudero y Pedroso, que se estrenó con gran aplauso en el teatro Cervantes de Sevilla el 16 de noviembre de 1894. Véndese en casa de los corresponsales de la Administración Lírico Dramática.

LA VOZ DE MANDO, juguete cómico en un acto, en verso y prosa, original de *Angel Alfaro del Castillo* y *Enrique Luque Méndez Vigo.* – El éxito alcanzado por esta obra cuando la compañía de D. Emilio Mario la estrenó en Barcelona en 1893 y cuando la representó en Madrid al año siguiente, es el mejor elogio de *La voz de mando*, que se vende en las principales librerías y en casa de los corresponsales de la galería lírico-dramática «El Teatro.»

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 10 de junio de 1895 — Núm. 702



Busto en mármol de la Excma. Sra. Marquesa de Alonso de León, viuda de Martos, obra de Agustín Querol

(Exposición general de Bellas Artes. Madrid, 1895)

SUMARIO

EXPOSICIÓN NACIONAL

DE BELLAS ARTES

II

Representantes de la escultura florentina del Renacimiento son los escultores catalanes Alcoverro y Carbonell. Exhiben ambos la estatua sedente de *San Isidoro* y la de *Luis Vives* respectivamente, cuyas reproducciones en mármol decoran el exterior del nuevo edificio de la Biblioteca nacional.

Más de una vez emití juicio crítico sobre aquellas estatuas en estas mismas columnas; hoy solamente añadiré á lo ya dicho que son las obras más importantes, después de la de Benlliure, que figuran en el actual certamen, así por el carácter eminentemente escultórico con que han sido trazadas, como por el estudio que sus autores han tenido que hacer de los personajes que pretendieron representar, como también por la nobleza y grandiosidad con que han realizado género tan olvidado hoy cual es el de la escultura decorativa, que debe sujetarse á las líneas y carácter general de un edificio. La obra de Alcoverro, *San Isidoro*, estimada como la primera de las estatuas que son ornamento del citado palacio de la Biblioteca, recompénsela ó no el Jurado de esta Exposición con el premio á que es acreedora, será siempre una estatua que la historia del arte español contará entre las mejores de estos últimos años del siglo.

Y á pesar de que la crítica y la opinión pública confirman de nuevo en estos días su juicio favorable á las efigies de *Luis Vives* y de *San Isidoro*, allá están arrinconadas en un ángulo del salón segundo de la escultura. El jurado cree que no merecen lugar más visible.

Declaro sinceramente que no achaco á pasión mala ese desdén con que el Jurado mira las dichas estatuas; para mí la causa es puramente de disconformidad en el concepto que de la escultura existe entre unos y otros. Pero no debo ocultar tampoco que no es del Jurado la razón. Ofuscados algunos de los individuos que lo componen, artistas de mérito, por la tendencia *modernista* de la estatuaria, creen á pies juntillas que en la exactitud escrupulosa de la copia, en la *manera* naturalista del modelado está el *quid* de la escultura moderna. Hacerles comprender que la verdad no es eso, que la copia de un modelo cualquiera no lleva á la realización de la obra de arte, es punto menos que imposible; escultores y pintores, entre Migel Angel y Rafael Velázquez decláranse velazquistas. Los problemas del claroscuro, de las medias tintas, de la fiel reproducción del contorno, sea éste feo ó hermoso, he aquí á lo que reduce el artista del día, especialmente la mayoría de los jóvenes, la misión del arte.

Mas no valen modas, ni interpretaciones con apariencias más ó menos ajustadas á lo que debe ser. La obra de arte es tal, por cuanto sintetiza en términos de verdad desde la idea más abstracta hasta el objeto más determinado, y para alcanzar á esa fuerza de expresión es necesario levantar la mirada del detalle al conjunto, del átomo al cuerpo, del individuo á la especie. El hombre de un siglo puede sintetizar la sabiduría, las costumbres, las leyes, los vicios, la raza, etc., en aquel siglo; mas para trazar plásticamente la imagen de ese hombre, es preciso forjarse el tipo, y ese tipo no es el primer aguador ó el primer enclenque que se encuentre á mano. He aquí la razón por la cual son y serán las estatuas de *San Isidoro* y *Luis Vives* obras de arte, no copias de un hombre. Que no tan sólo se produce la emoción estética plásticamente esculpiendo Venus ó Apolos, sino esculpiendo noblemente la verdad; entiéndase bien, *noblemente*, echando á un lado los afeminamientos con sus redondeces é indecisiones de línea y las desproporciones y groserías de contornos del gañán.

De las dos obras que Atché ha enviado, la más genial, la que hace patentes las cualidades de artista notable que todos cuantos de cosas de arte se ocupan reconocen en el escultor barcelonés, es el grupo en yeso que titula *Entierro de Judas*. La figura del diablo está vigorosamente modelada y su actitud es eminentemente trágica; la de Judas pesa, es un cuerpo muerto, algo desconyuntado sin embargo; y tengo para mí que Atché, si pretende hacer mayor este grupo ha de procurar que ambas figuras se ajusten más al natural, así en las proporciones como en la composición, pues ofrece puntos de vista en los cuales las masas apenas presentan líneas que acusen el dibujo de las figuras. La otra obra de Atché (que ya conocía yo hace tiempo) adolece del defecto de no ser escultórica. Aquella *demi-mondaine*, pensativa, recostada en un banco rústico, viendo cómo caen á sus pies y sobre su vestido las hojas secas que el viento otoñal arranca de los árboles, es asunto puramente pictórico. No es ese asunto de líneas de forma únicamente, es de sentimiento, y para expresar el cual, el color, la paleta solamente pueden determinar la vaguedad de las tonalidades melancólicas del otoño, contribuyendo así á la emoción estética, precisa para que el espectador comprenda y sienta en todo su valor el psicológico de la figura.

El mismo detalle de la hoja caída en la falda de la *demi-mondaine* – detalle importantísimo – pasa inadvertido ó poco menos; pero aun en el caso de que se advierta, falta saber si la hoja ó las hojas dichas son verdes ó secas; si se han desprendido del árbol, faltas ya de jugo, ó si fueron arrancadas violentamente; y en esta duda, la *filosofía* de la obra desaparece.

Campeny es un escultor que no ha determinado todavía su personalidad artística, en lo que corresponde á un ideal sujetivo. Va del campo de la escultura de género al de la simbólica, de éste al de la histórica. Las cualidades de escultor de Campeny son grandes; modela con verdadera gracia, principalmente esos grupitos de barro cocido, en los cuales el motivo suele ser un tipo callejero, unas máscaras, etc. En la misma escultura grande, este distinguido artista catalán ha producido obras encomiadas por todo el mundo; mas obsérvese que dichas obras tienen (puesto que existen) el carácter de esculturas de *género*, y más aún que éste el de *costumbres;* por ejemplo, *La espigadora*. Así que reconociendo, como reconozco en la estatua que en esta Exposición exhibe y que lleva por título *Cuerpo á cuerpo*, estudio del arte antiguo (del clásico) en el modelado y dibujo del luchador, proporción, verdad en ciertos movimientos, por ejemplo en el del torso, sin embargo, no puedo menos de deplorar la equivocación sufrida por Campeny al escoger asunto de la índole del de *Cuerpo á cuerpo*. Para *sentir* y expresar asuntos de esa naturaleza son menester dos cosas; primera, conocimiento grande de la antigüedad clásica, así histórica como artísticamente; segundo, amor muy hondo al arte pagano. De no poseer más que á medias dichas condiciones, resultará lo que le ha resultado á Campeny en esta obra de que me ocupo: que á pesar de su dominio de la técnica, no logra expresar su pensamiento de un modo que determine la emoción estética que se ha propuesto.

Dejemos á un lado el motivo: un cazador de los tiempos homéricos, luchando con un águila, á la que tiene sujeta por el cuello. La cabeza del hombre recuerda fuertemente la tan conocida del Júpiter de la Gigantomaquia; el cuerpo está inspirado también en estatuas clásicas; sobre todo los brazos creo haberlos visto en un Hércules ó en un gladiador, no recuerdo ahora si de la decadencia griega ó de la escuela greco-romana de los Apolodoros. No es esto decir que Campeny, á quien sobran condiciones de escultor, y de escultor bueno, haya copiado servilmente: lo que digo es que se inspiró bastante en obras clásicas y que quizá las haya tenido á la vista. Apunto esto porque prefiero al artista personal, no influído; pues ni nos transmite en su obra su modo de sentir la verdad, ni tampoco nos hace sentir lo que los artistas de Grecia y Roma. Por lo que respecta al movimiento de la figura es frío. En conjunto *Cuerpo á cuerpo* es una obra escultórica que poco ó nada nos dice del artista, mucho del que la modeló, pues tiene trozos muy bellos. Del grupo *Lobo atacado por perros* diré que es un estudio de esos animales, acertado en algunos trozos, pero que no me satisface por completo la composición del grupo; es simétrica en demasía.

Campeny no debe esculpir más que asuntos y tipos de costumbres; ese es el campo que domina.

Otro escultor catalán notable asiste á esta Exposición. Fuxá ha enviado una figura digna de encomio por la vida que en ella se advierte, por la naturalidad de su disposición, por la verdad del tipo *Después de la misa* no tiene para mí más defecto, mejor dicho, no tiene otro inconveniente para que se la considere una de las estatuas mejores del actual certamen que el de representar un asunto viejo. El monaguillo cargado con el misal y las velas apagadas lo hemos visto pintado y esculpido cientos de veces. También creo que el tamaño (un metro veinte centímetros) es un poco grande para asunto tan pequeño; mas descartados estos dos reparos, debo felicitar al Sr. Fuxá por el acierto con que ha tratado las carnes, las telas y los demás accesorios, así como por la corrección del dibujo y lo franco del modelado. cosa á la cual no nos tiene muy acostumbrados.

Y ya que me ocupo de los escultores catalanes, seguiré anotando, siquiera sea á vuela pluma, las obras que éstos exhiben en el Palacio del Hipódromo.

Parera ha traído dos bustos-retratos en bronce, uno de señora y otro de hombre, admirables ambos como parecidos, especialmente el segundo. Para mí, después del busto de niña, obra de Benlliure, el citado segundo de Parera puede considerarse como el mejor de los muchos bustos-retratos que hay en la Exposición. Casualmente he podido apreciar la exactitud del parecido en ese busto, pues casi inmediato á él estaba el retratado. En cuanto al dominio de la técnica ambos bustos son verdaderas obras de arte.

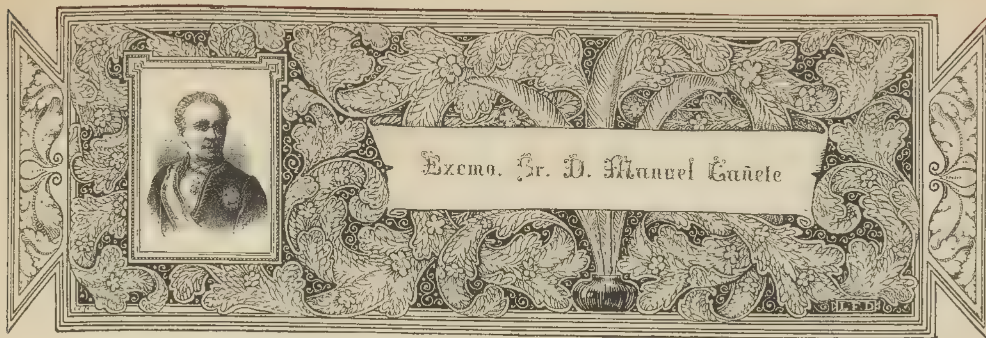
Reynés, cuyas obras fueron tan discutidas en la Exposición de 1890, sigue probando á adversarios y amigos que sabe ajustarse al natural y modelar muy bien. No siendo su estatua *Juvenilla* una obra acertada por completo, es sin embargo una de las más dignas de encomio de la sección. Reynés afronta en su última estatua las dificultades que ofrece el desnudo de mujer, y las afronta con muy buen éxito, aun cuando en *Juvenilla* no estén vencidas todas, como puede observarse en la pierna izquierda, sobre la cual planta la figura. Dicha pierna forma un ligero arco desde el tercio inferior del muslo hasta el tobillo, arco que concluye de hacerse perceptible por efecto del movimiento que hacia adentro tiene el pie. Mas á pesar de esto y de la dislocación de la rodilla de la citada pierna, dislocación que obedece al desdibujo mencionado, y de alguna otra incorrección, como la de la mezquindad de línea que ofrecen los brazos, es *Juvenilla* merecedora de atención por parte de cuantos siguen atentamente los distintos rumbos del arte de hoy.

De los escultores todos que han concurrido á esta Exposición, es Reynés el menos español. Su factura tiene la afeminada blandura que está en auge entre buen número de estatuarios parisienses. La línea del desnudo de que hablo ofrece curvas exageradas, que indudablemente da el natural y que tanto se diferencian de las suavísimas é inapreciables por su armónico desarrollo de las de las estatuas de mujer de los clásicos y de los grandes escultores del Renacimiento. *Juvenilla* es una mujer de vida alegre, cuyo torso redondo y muy bien modelado acusa la deformación que ejerce el uso del corsé; la cabeza echada hacia atrás está bien colocada, y el cuello modelado con escrupulosidad grande revela claramente que no pertenecía el modelo á la raza vigorosa y hermosa de las Carias, como tampoco la faz que anima risa picaresca recuerda las líneas correctas y firmes de las de Juno ó de Diana. Estudiar esa obra de Reynés es estudiar una obra ejecutada con arreglo á los cánones de la escuela decadentista, la cual se diferencia de la naturalista en que los asuntos que escoge para producir obras de arte son todos ó casi todos elegantes, aunque poco varoniles, y en la plástica rehuye la copia de modelos de líneas rudas. No de otro modo producían los émulos de Canova y de David d'Angers.

Lástima grande que el Sr. Font no haya acertado á desarrollar como se merece su hermosa composición alegórica *La Eternidad anunciando al siglo* XIX *que se acerca su fin*. El Sr. Font debe ser muy joven todavía, pues más que nada se advierte en su obra inexperiencia y falta de dominio del dibujo; pero con todo esto, puede creer mi desconocido artista que no le olvidaré ya y que espero á ver algo más completo en otras exposiciones.

Y aquí hago hoy punto final. En la crónica próxima terminaré estas ligeras noticias acerca de la escultura, que como podrán ir juzgando los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dejan mucho que desear. Sin embargo, aún me quedan en el tintero algunas obras y algunos escultores que ya figuran en la propuesta del Jurado para ser premiados con medallas de oro.

R. BALSA DE LA VEGA



SEMBLANZA

I

Decir que Madrid se hallaba en estado de sitio, cuando se remontan los sucesos que van á referirse á 1848, es una verdadera redundancia. Soliviantada media Europa por el advenimiento de la república francesa, no había partido liberal que no diese que hacer al gobierno de su país, y tal era el caso de España, donde se ponía á prueba diariamente la energía del general Narváez, quien creciéndose al hierro lució dotes de verdadero hombre de Estado y consolidó una posición política, que sólo podía minar, como al fin la minaron, intrigas palaciegas.

De la tienda de Andaluces ó colmado de Nicolás, en la calle de Atocha, que recordarán muchos todavía, pues sobrevivió á estos sucesos no pocos años, entre las calles de Cañizares y las Urosas, salía una noche del mes de abril un joven, casi un niño, acompañando, ó mejor dicho empujando á un hombre de más edad y de aspecto distinguido; pero que por las señas había vuelto á la infancia, merced á libaciones excesivas. Así era en realidad y centro de reunión aquella tienda de varios actores del próximo teatro del Instituto, á la sazón muy en boga, por un cuadrito recién llegado de Andalucía bajo la dirección del célebre Dardalla, que como fines de fiesta solía representar piezas del género que hoy llamamos flamenco, próximo á subirse á mayores con la pretensión de formar una escuela andaluza, cuando era simplemente una rama de nuestra antiquísima y hermosa literatura picaresca, que ya en libros, ya en romances y relaciones ha entusiasmado en todo tiempo á la gente del bronce con guapezas y valentías de los héroes de encrucijada y trabuco. Entre aquellos actores acababa de contratarse y se iba á estrenar de un momento á otro un aficionado célebre en los Liceos andaluces y extremeños, donde no sin razón le comparábamos sus amigos con Latorre y Valero en *Sancho García*, *Carcajada* y otras *obras de fuerza*.

Buscando amparo contra los peligros de la calle en la tienda de Nicolás, llevaban sus treinta horas largas varios de estos comediantes del *cecco*, alrededor de una cuba de manzanilla, que servía de mesa y sustentáculo á sendos platos de sardinas y calamares, de anchoas y aceitunas, en aquel patinillo cubierto de cristales y festoneado de pipería, cuyas candilejas de aceite habían apagado más de una vez los estallidos de la metralla, obligando á los más guapos á pegarse unos con otros como obleas. Más flojo de estómago ó menos curtido en tales lides, nuestro aficionado perdió muy pronto la chabeta, subiéndosele el espíritu á la lengua, que de sacristanesca y reaccionaria como se había criado, hízose de pronto liberal y gritadora con tal empuje y tales vivas y mueras que sus mismos comilitones se vieron comprometidos, pues rondaban patrullas por la calle y en el próximo convento de la Trinidad había un fuerte retén con piezas de campaña y todo. Ello es que el buen Nicolás acabó por abrirle la puerta con muchísimo recaudo, tan pronto como llegó á buscarle por encargo de su familia cierto joven imberbe amigo suyo, que era como quien dice el prospecto del viejo autor de esta verídica leyenda.

El cual recuerda todavía, con los pelos de punta, el peligro que corrió aquella noche y el arrepentimiento que muchas veces le afligía por haber tomado sobre sí la temeraria empresa de buscar por calles ensangrentadas á un cómico primerizo y corretón, no ya como obra de caridad meramente, sino para complacer á una patrona viudita y agraciada, que por dos pesetas hacía á sus huéspedes servicios dignos de los cien ducados del sainete. Porque á cada paso que dábamos por la calle de Atocha, mi buen amigo se empeñaba en apellidar guerra y venganza contra Narváez, insultos contra los soldados del retén, vivas á Espartero y otras lindezas; y allí era entonces el meterle yo las manos en la boca hasta los codos, y el caérseme el sombrero y encima el amigo y yo sobre el montón, y ponernos todos hechos una lástima, sin que por fortuna soldados ni polizontes nos hicieran caso, creyéndonos sin duda viciosos pisaverdes inofensivos, máxime por no llevar capa, ni aun bastón, ni chirimbolo alguno sospechoso. Cuando me dí por muerto fué en la Lonja del Almidón, que estaba, por supuesto, herméticamente cerrada, pero á cuyo umbral trepó el desdichado con marcable gallardía para decirme resueltamente:

– De aquí no paso, si no me dejas gritar ¡viva la República!

Repito que me dí por muerto. ¡Nos hallábamos enfrente de un pelotón de soldados que vivaqueaban en el atrio de la Trinidad! ¡Íbamos á bajar por la calle de Carretas, cuajada de policía, y á atravesar la Puerta del Sol, cuartel general de las autoridades militares! La calle de Hortaleza, donde mi amigo vivía, se presentó á mis ojos como un calvario imposible de alcanzar, y ya bullía en mi mente la idea de abandonarle á su triste destino de mártir de la libertad sin derecho á pensión de gracia ni de justicia, cuando un joven que pasaba pegado á la pared con más miedo que otra cosa, fijando su atención en aquella fantasma encaramada en el umbral de la Lonja, exclamó parándose de repente: «¡Manoliyo!,» mientras el borracho repetía «¡Manoliyo!,» echándole al cuello los brazos, con esa ternura infantil y hasta llorona que se apodera á veces de los que no están en sus cabales.

Pero á mí me salvó la peripecia, porque ya no hubo modo de separar á los dos tocayos, por más que repetidamente lo intentara el desconocido, en quien creí notar visible repugnancia y un concepto claro de la situación que se le había venido encima. Cuando el beodo, con voz temblona, confundidos ambos resuellos y con las manos clavadas en los hombros de su amigo, le decía: «¡Cañete! ¡Cañete!.. ¡Hombre..., cuánto me alegro!..,» el pobre Cañete miraba como azorado á una y otra parte, pugnando por recobrar su libertad, quizás para usar de ella á manera de galgo.

Pero no hubo remedio, y yo con mil amores contribuí á que no lo hubiera, suplicando á mi ángel salvador, casi con lágrimas en los ojos, que no dejara incompleta su obra, y en efecto, á regañadientes, con tanto ó más miedo él que yo, echamos por la calle de Carretas abajo, respondimos temblando á cien *¿quién vives?*, cuando escasamente nos darían ocho ó diez en la Puerta del Sol, y al llegar á la Red de San Luis, los maldecidos restos de una barricada renovaron en nuestro cómico la fiebre política, pues desprendiéndose de los brazos del tocayo, pretendía encaramarse en un montón de piedras para gritar allí sabe Dios qué, cuando aquél le dijo:

– Hombre, Manoliyo, no nos detengamos, que ya está cerca tu casa, y estoy deseando oirte aquella escena de la lámpara en el *Zapatero y el Rey*, que tú haces tan primorosamente.

– Sí, sí, dijo el beodo irguiéndose y echando á andar. Te lo he ofrecido y te lo cumpliré en cuanto lleguemos á casa...

> – Ya hierve este licor emponzoñado...
> Ya de la mecha en derredor se apila,

balbuceó Cañete, apretando el paso delante de él.

> – Ya trepa por sus hilos inflamado,

añadí yo imitando á Cañete.

> – ¡Ay!.., medroso..., mi espíritu. . vacila...

Y vacilaba tanto, en efecto, el primer Manolo, que no conoció que estaba cerrada la puerta de su casa y se dió con ella de bruces, y tuvimos que subirle en brazos, y desnudarle delante de la patrona, menos ruborizada en verdad de lo que era de temer, y dejarle allí entregado á sus visiones del *Zapatero y el Rey*, hasta que á la madrugada, un acceso feroz de fiebre le hizo caer del desvencijado catre con tal desdicha, que sin poder siquiera estrenarse en el teatro del Instituto, aquella misma primavera le enterrábamos. No ya galopante, desbocada fué la tisis del pobre Manoliyo.

II

Del otro había podido yo pescar al vuelo algunos datos en la confusa y abigarrada conversación que durante el camino sostuvieron. El nombre de Manuel Cañete excitó desde luego mi curiosidad y no perdí sílaba, porque estaban siendo la comidilla del café del Príncipe los artículos que *El Heraldo* publicaba de un crítico teatral así llamado. Eran en efecto amigos y paisanos los dos *Manolos*, conocían á medio mundo de actores y de gente de rompe y rasga de Sevilla y Córdoba, porque habían frecuentado ambos las bambalinas, el uno por afición, el otro por oficio, conque entendí que Cañete había sido apuntador ó por lo menos traspunte, no sé si de aficionados ó de cómicos. Mi amigo el enfermo, en el escaso período que sobrevivió á aquella noche triste, quizás no quiso ó quizás no supo llenar las lagunas de aquel embrión biográfico, limitándose á declararme en puridad que había misterio en el origen del crítico, origen aristocrático indudablemente y de las casas más linajudas de Andalucía, pues conservaba y siempre conservó relaciones, costumbres y tendencias de esas que da la sangre, no el estado. Puntilloso hasta la exageración, firme en el carácter, consecuente en la amistad, trabajador como un jornalero y más ambicioso de gloria que de fortuna, se había propuesto abrirse camino y ya iba consiguiéndolo. Algunas obras suyas, con regular éxito representadas, habían arrancado la declaración á la crítica de que era un joven de esperanzas, á pesar de tener Cañete en este ramo del periodismo no pocos envidiosos y rivales, por ser justamente el que él más cultivaba y con singular dureza en *El Heraldo*, periódico que con su carácter batallador y ministerial acérrimo, si daba importancia á sus redactores los hacía al mismo tiempo impopulares.

De su persona, estaba tan lejos de Adonis, que si no con Moyano y Gabino Tejado podía con Nocedal y Villoslada formar trinca, y más con éste que con el primero, airoso, vivaracho, decidor, mientras Cañete, como Villoslada, era enteco y corpulento, cargado de espaldas, anguloso, nada comunicativo, de boca desproporcionada y saliente dentadura, esquinas por decirlo así que los años y la natural morbidez fueron convirtiendo en chaflanes, hasta parecernos en su ancianidad, como nos parecía en estos últimos tiempos, un hombre, si no hermoso, pasadero. En la época de que vamos hablando, antes que su apostura y sus personales condiciones, el principal atractivo de Cañete consistía en su mirada profunda, pero benévola; en su conversación amena sin ser chispeante ni pretenciosa, en cierta simpática amargura de su poco frecuente sonrisa, rasgo típico de aquellos jóvenes envejecidos prematuramente á puro mirar de espaldas á la fortuna, y en ese no sé qué indefinible que el talento presta á los bustos peor moldeados, como luz que se transparenta por un mármol exquisito. Arranques bruscos ó de mal genio, que hoy se llaman desplantes con vocablo nada impropio, quizás contribuirían á hacerle poco grato á sus superiores y á mantenerle en segunda fila entre los jóvenes moderados de aquell

época, aunque pocos le aventajaban en mérito, en servicios y sobre todo en lealtad. Sus amigos, no sólo se los perdonábamos de buen grado, sino que alguno se los provocaba por el gusto de ver transfigurada aquella fisonomía, sin que pasase los límites casi nunca de un ligero destemple, y eso más en palabras que en conceptos ni ademanes. También solía demostrar con ellas su buen humor, aplicando al caso versos obscenos ó demasiado enérgicos, principalmente de un famoso poeta y grande de España, su protector y amigo, que tenía por lo visto la mismísima costumbre. Hallábase, por ejemplo, cuando carecía de dinero,

cual si hubiera nacido
del santo Job y de la reina Dido.

Y no debo recordar otros versos ni otras prosas.

III

Vivía en la calle de Atocha, cuando yo más frecuenté su casa, y aunque altísima y modesta, reinaba en ella el orden, la pulcritud y cierto ambiente de elegancia. Pocos cuadros, pero ninguno sin marco; pocas sillas, pero ninguna coja, y un despacho humilde, pero alegre y hasta coquetón, cooperaban á la difícil armonía entre la escasez de medios y las aspiraciones elevadas. Nunca disimuló Cañete su pobreza, y hasta ponía cierta amarga satisfacción en exagerarla. Así le costó tanto trabajo sostenerse á la altura de los sanos principios literarios, sin descender á las impurezas prácticas que producen dinero y bienestar, como la traducción, el surtido de los teatros y la política militante. Aunque frecuentaba los escenarios y el trato de los actores, debía de inspirarle secreta repulsión aquella sociedad en que se había criado, y que por lo mismo le era perfectamente conocida, cuando no insistió en abrirse por allí su camino, prefiriendo ser el Lista de la generación moderna, menos querido porque no se sentaba en una cátedra independiente abierta á toda luz y á toda mirada, sino en una redacción periodística, que siempre tiene algo de apasionado y tenebroso para el espíritu; pero su influencia ha sido quizás más honda y trascendental que la de su antecesor, porque sus enseñanzas ni eran tan autoritarias ni tan pedagógicas, tenían más realidad y encajaban mejor en la vida moderna. D. Alberto engendró hombres de lucha por el ideal, en días que presagiaban una batalla tremenda entre lo nuevo y lo viejo, mientras Cañete, colocado ya en las últimas líneas de la batalla, recogía del campo los dispersos, amonestaba á los vencedores, consolaba á los vencidos, alentaba á los vacilantes, y del conjunto de este espectáculo siempre rico en enseñanzas, deducía, si no cánones y principios nuevos para el arte, que ya quizás no los admite ni tampoco los ha menester, el armonismo entre las doctrinas eternas y por decirlo así preexistentes, y las que las evoluciones sociales traen á la literatura como á todas las cosas de este mundo, sujetas á mudanza y renovación, ni más ni menos que el hombre que las crea, las representa y las dirige. Este sentido filosófico de su labor crítica fué menos firme y estuvo menos claro en *El Heraldo* que en la *Ilustración Española y Americana*, su última tribuna periodística, ya por la diferencia de las costumbres literarias, más fraternales y armónicas ahora que hace cuarenta años, ya porque consolidada su reputación y reconocido su magisterio, sentábanle mal al pedagogo reprimendas y palmetazos, ya en fin porque el gusto público hiciera, como visiblemente está haciendo, una reacción en muchos casos violenta y tal vez desatinada, pero que lleva en sus entrañas los gérmenes de lo bueno y de lo bello, eterna fuente de lo verdadero y aspiración también eterna del arte.

Allí, en *El Heraldo*, en sus primeros tiempos, por afán de notoriedad que á todos los jóvenes aqueja, por apresuramiento en consignar principios y porque el eco de la batalla retumbaba todavía más acaso que en la atmósfera literaria en la política y social, y á tales ecos es muy difícil cerrar los oídos, pecó nuestro crítico de intransigente y hasta de cruel con algunos escritores que miraban el arte como un *modus vivendi* y no como un sacerdocio. Antes que distraerse, el pueblo necesita meditar y educarse, máxime en épocas de renovación histórica que tantos problemas traen aparejados. Tal fué la doctrina de Cañete enfrente, por ejemplo, de las comedias de Rubí, que á la sazón se hallaba en su período de mayor fecundidad, y producía con cada una de ellas una verdadera pelamesa entre la gente de pluma. Un desafío en que la bala de su adversario le quitó el sombrero de la cabeza, tuvo para la política más resultado aún que para el crítico, pues gentes que andaban alistando jóvenes de mérito debajo de la bandera del director de *El Heraldo*, D. Luis José Sartorius, primer conde de San Luis, hallaron modo de separar al autor de *Isabel la Católica* de las corrientes progresistas que seguía, llevándole á leer este drama en presencia de la joven reina Isabel, que lo hizo representar en su propio palacio, donde tenía un teatro para su uso particular. Esta página de historia político-literaria ofrecerá algún día curiosísimas peripecias y lazos con el desafío del crítico y el poeta, si llegase á ver la luz un libro de cosas de aquel tiempo, que estaba preparando al ser por la muerte sorprendido un ex gobernador de Madrid y ministro de la Gobernación, que fué en ellas parte principal.

Y no menor en verdad la que tomó Cañete en la rápida elevación y fama de Sartorius, su paisano, su amigo y su protector, aunque menos decidido que la opinión pública pudo esperar alguna vez, acaso porque el carácter de nuestro crítico se prestaba poco á las flexibilidades cortesanas, cosa contraria también á las creencias de la opinión pública. Ello es que en tiempos en que se acostaban los hombres periodistas adocenados para levantarse ministros, Cañete, que entre ellos sobresalía no poco, únicamente pudo alcanzar una modesta plaza en la secretaría del conde, ya durante su ministerio de la Gobernación, ya en la presidencia del Consejo. Y sin embargo, Sartorius le debía los fundamentos más sólidos de su pasajera popularidad: la publicación de las poesías de Selgas, que por indicaciones de Arnao, hechas al director de Correos, Manresa, trajo Cañete de Murcia á regocijar y refrescar aquellos círculos políticos abrasados por una repentina fiebre de intereses materiales, que había puesto de moda en Francia un presidente de la República incapaz de llegar al Imperio por el camino de la gloria militar de que era símbolo su nombre, y que el de la corrupción y los apetitos insanos de la clase media pensaba serle más fácil y más corto. La reglamentación del teatro español y de los derechos de representación de las obras dramaticas, que desde entonces ha permitido á los escritores sacudir hasta cierto punto la tiranía de las empresas, fué también obra de Cañete, en que puso no poca mano Ventura de la Vega, para quien se creaba la Comisaría regia, que venía á ser una dictadura sobre cómicos y poetas, capaz de convertir en infiernos del Dante, como los convirtieron, al café y al saloncillo del Príncipe, á los corros trashumantes de la plaza de Santa Ana y de la puerta del Suizo, á las redacciones de los periódicos y á los conventículos de la gente menuda. El álbum dedicado al conde por la gratitud imparcial de los que sólo miraban en su reforma el engrandecimiento del teatro y de los autores, álbum que se imprimió con extraordinario lujo, fué igualmente inspiración del crítico de *El Heraldo*.

Para quien fué una verdadera catástrofe la revolución de 1854, pues sin haber medrado gran cosa con la prosperidad de sus amigos se halló envuelto en su ruina. Como no era hombre para conspirar ni para irse con la corriente, al trabajo pidió su único consuelo y su único medio de subsistencia. ¡El trabajo! Tampoco su salud ni sus hábitos se lo permitían en la medida reclamada por las circunstancias. Premioso y descontentadizo, aunque despachaba en dos solas cuartillas de papel un folletín de *El Heraldo*, sobre corregir por la tarde lo que había escrito por la mañana, lamía y relamía por la noche la obra de mañana y tarde, resultando la claridad de su letra incompatible con la de las cuartillas borrajeadas hasta en el canto del papel, y así tenía que hacer más de una copia cuando de cosas de empeño se trataba. Creía firmemente que entre renglones estrechos el estilo se pule mejor, como si sudara y se purificase; y en efecto, el suyo era tan limpio y tan atildado, en verso como en prosa, que sus dos únicos volúmenes, las *Poesías líricas* y los *Apuntes para la historia del teatro español anterior á Lope de Vega*, pueden servir de modelos de corrección y buen gusto. Una historia general de este teatro fué la mayor ilusión y empleo de su vida; pero los ricos materiales que para ella tenía allegados nunca le dejaron completamente satisfecho, y ora por falta de un manuscrito de Viena, ora por no encontrarse en Sevilla una comedia que constaba en el *Registrum* del fundador de la Colombina, andábase por las ramas sin acometer de lleno su gran de empresa. Debemos, sin embargo, á estos trabajos de detalle su preciosa edición de las *Farsas y églogas*, de Lucas Fernández, y la no menos bella que hizo la Sociedad de bibliófilos españoles de la *Josefina*, de Micael de Carvajal, rico y desconocido florón de nuestra corona dramática, á quien puso un prólogo Cañete con tal esmero que se estima por el mejor de sus trabajos.

Afanosa y triste fué su existencia. Vivió siempre solo, sin otras afecciones que las pegadizas y amistosas, pegado á las cuartillas como un labrador al terruño, sin otros rayos de luz que los que llevaban sus amigos, que los tuvo muy sinceros é ilustres, á aquella casa sombría de la calle de los Caños, número 7. Las vueltas de la política habían mejorado bastante su posición sin pasar de la medianía, proporcionándole el trato de personajes de alta alcurnia, por quien tanto se perecía. Era tan hábil en el arreglo y adorno de mesas para festines, que en muchas casas aristocráticas no se abría el comedor sin el *visto bueno* de Cañete.

Una afición inmoderada al buen tabaco y un miedo invencible á las pulmonías le dominaron también en sus últimos años, presintiendo quizá lo que iba á sucederle. Una húmeda tarde de octubre de 1891 antojósele visitar el edificio que se estaba edificando para Academia Española en las alturas de San Jerónimo el Real; encendió por precaución un magnífico habano, y no habiéndolo concluído al salir de allí, sentóse á hacer tiempo para una visita en el Prado, cuyas andanzas y viajes aprovechó por tercera vez su mortal enemigo, para atacarle y vencerle á los pocos días, rodeado de literatos y de músicos, dos de los cuales iban á seguirle á la tumba muy pronto, Fernández-Guerra y Barbieri.

V. BARRANTES

LA MEJOR PRESEA

Jugador 1.° El caballo aún no ha salido.
Id. 2.° ¿Qué carta vino?
Id. 3.° La sota.
Id. 1.° Pues por poco se alborota.
Id. 3.° Un caudal llevo perdido
Voto á Cristo...

(El Estudiante de Salamanca.)

El *croupier* tiró el *albur;* un *as* y un *siete*.

Al *picar el gallo* volvió un *rey*, que se dobló, y enfrente el *dos de copas*.

– *¡Entrés!*.. y *pinta*..., dijo, paseando una mirada mortecina alrededor de la mesa en que se agrupaban los jugadores.

Una lluvia de billetes de banco, fichas y monedas cayó sobre el tapete: «dos duros al *as*...;» «cinco al *siete*...;» «juego dentro;» «seis á la *pinta*...»

Y aquellos hombres, de rostros ajados por el insomnio, seguían con mirada febril las manos del banquero que marcaba las posturas.

– Juego..., dijo éste disponiéndose á volver la baraja.

– ¡Juego!, respondió como un eco la voz del capitán Martínez, que entraba en el templo del azar.

Fijó su vista sobre las cartas, y lentamente, sin temblarle la voz, con una decisión firme y resuelta, añadió:

– Soy último en el entrés.

Un escalofrío paralizó el movimiento de aquellos corazones curtidos en el vicio. Todos se volvieron, y con esa admiración del recluta en presencia de un entorchado, miraron al capitán, reconociendo en él un *punto fuerte*, nombre que se da en el *argot* de los garitos al jugador que pierde ó gana, con sangre fría, sumas considerables.

La sorpresa era lógica; el capitán pronunció una frase de sensación, era el *copo* á la banca, un duelo á muerte entre ésta y el jugador.

Los banqueros se consultaron con la vista, y uno de ellos dijo, cambiando de posición la carta:

– ¡Va!..

Y volvió la baraja.

El capitán demostró que era un punto fuerte; jugaba mucho y bien, es decir, con arrojo y sangre fría. Que la suerte fuera próspera ó adversa, nunca se alteró aquella eterna sonrisa estereotipada en sus labios; era el prototipo del jugador *pur sang*, correcto, sereno, audaz y de gran corazón; siempre dispuesto á perder á una carta la fortuna del universo entero y á rescatarla después con su cabeza.

– ¿Tenía capital?.. No. El tapete verde se *llevó* en poco tiempo la herencia paterna, que no era despreciable, y el dote de su mujer, del cual sólo restaban cinco mil duros que iba dispuesto á jugarse aquella noche.

Siendo en Cuba capitán cajero, arriesgó los fondos del regimiento y los perdió: unos veinte mil pesos. Á tirar sobre el tapete la última onza de oro, quebró la suerte y empezó á ganar; se rehizo en pocos golpes; al décimo saltó la banca.

– ¿Qué hubieras hecho si te tiran la contraria?.., le preguntaba un compañero al otro día.

– Pagar.

– ¡Pagar!.., y ¿con qué?..

– Con esto..., respondió sacando del bolsillo un revólver de los llamados *bull-dog*.

Este era el hombre que entró en el casino copando la banca.

El *croupier* comenzó á tirar. Una..., dos..., tres; saltó... Á las cinco cartas vino el rey. Se contó el dinero... ¡Diez y seis mil pesetas!.. perdidas al primer golpe.





LAS VIRTUDES CARDINALES,

pinturas decorativas de Fernando Xumetra y Ragull

—*Va* muerto el *as*..., dijo sacando un fajo de billetes.

Y ganó.

Transcurría el tiempo; la suerte venía y se marchaba cediendo el puesto á la *mala sombra*. «Una...,



Excmo. Sr. D. Fernando Primo de Rivera,
gravemente herido en su despacho de la capitanía general de Madrid en la mañana del día 3 del presente mes

dos...,» «cargo...,» «doblo...,» «diez mil pesetas...,» «veinte mil...» La banca cede... «Un golpe á la *cruz* y fuera...» «¡Maldición!..» «¡La *sota!*..» «Vuelta...,» «caso en el *tres*...,» «salto en el *caballo*...» «*¡La llave!*»

Y así, con las alternativas del azar, dándose y quebrando el juego, esperando la carta que no viene y dándose la que por cálculo debía quedar en el monte, perdiendo todo y rehaciéndose con el último billete, pasó una hora más de angustias y sobresaltos; aquella partida era para él una cuestión de vida ó muerte.

Los *puntos* y *mirones* fueron desfilando poco á poco; unos, desplumados, tristes y cariacontecidos; otros, con la satisfacción retratada en el semblante por ganar á tan poca costa lo que tal vez serían incapaces de obtener en mucho tiempo con el trabajo honrado, y no pocos dando vueltas allá en las profundidades de su cerebro á cábalas misteriosas, *martingalas* de éxito infalible con las que más ó menos tarde se proponían hacer saltar la banca en la misma *kursaal* de Monte-Carlo.

A la una fueron llegando los trasnochadores; gente que duerme de día, no trabaja y se divierte en las horas destinadas al descanso, porque tiene dinero para ello, y hace bien. Martínez, firme en la brecha, continuaba empeñado en su feroz pugilato contra la desgracia, que le oprimía y aplastaba como la roca mitológica el hercúleo cuerpo del titán; echó sobre el tapete verde los últimos cien duros y... ¡perdió!..

Cuando la raqueta, con esa fría impasibilidad del autómata, se llevó aquel girón postrero de dos fortunas que representaban muchos años de trabajo y no pocas privaciones, y vió al *croupier* insensible amontonar su dinero sobre el de la banca, debió experimentar algo así como un odio reconcentrado hacia aquel hombre, un profundo aborrecimiento, el de la fiera contra el domador que fustiga sus carnes, la rabia impotente del forzado contra los hierros que le aprisionan...

Y sin embargo, él, en su fuero interno, comprendía que esta aversión carecía de lógica... ¿Quién le mandó jugar?.. Nadie... ¿Por qué jugó?.. Porque sí... Porque quiso..., cediendo á los impulsos de su libertad libérrima... Perdió... Bueno... ¿Y si hubiera ganado?..

Aún le quedaba un recurso, al que se asió con la desesperación del náufrago á la tabla salvadora. Tenía amigos...; en caso tan extremo ¿por qué no acudir á ellos, como ellos pusieron á contribución su amistad en otras ocasiones?.. Allí, enfrente de él, estaba ganando el comandante C***, á quien días antes prestó un servicio análogo... Fuera dudas...

El capitán se levantó, y acercándose al comandante le pidió mil pesetas... ¡que á los cinco minutos le había llevado la banca! Decididamente se cebaba en él la *mala sombra*..., pero era fuerza jugar..., jugar, sí, hasta quemar el último cartucho... ¡Jugar!.. ¿Cómo? No tenía un céntimo y debía mil pesetas...; las deudas del juego son sagradas, y entre caballeros deben quedar saldadas dentro de las veinticuatro horas; preciso era pagar, y pagaría, costase lo que le costase; su honor estaba comprometido y debía procurar salvarlo... ¡Si aún le quedase algo!.. — la suerte es loca y ¡quién sabe!, el juego venía por derecho. — ¡Qué sarcasmo!.., entonces, cuando ni una moneda le quedaba para intentar el último golpe...; y había que jugar..., sí..., buscar de nuevo el desquite de su ruina, pagar aquellos doscientos duros cuyo recuerdo le abrasaba..., rescatar con un golpe audaz su honor puesto en peligro...

Abismado en estas reflexiones, miraba sin ver las cartas que caían sobre el tapete y escuchaba sin oir el retintín metálico de la plata que amontonaban los banqueros en sendas pilas.

—¡Es preciso!.., murmuró pasado un rato, como respondiendo á una idea que germinaba en su cerebro.

Y sacando una tarjeta de la cartera, escribió al dorso con mano febril:



D. Miguel Angel Trilles



D. Ricardo Navarrete

Individuos del Jurado de la actual Exposición general de Bellas Artes. Sección de Escultura

«Querida Mercedes: Para salvar mi honra, envíame la joya de más precio que tengas. — Tuyo

»*Manuel*.»

Llamó á un criado y se la entregó con orden de que esperase respuesta. Él se levantó, pasó al salón contiguo, y aplanado, triste, presa de mortal aniquilamiento se desplomó sobre un sillón, donde á poco le dominó un profundo sopor, algo parecido á ese estado de falsa catalepsia que se apodera del hombre á continuación de las grandes catástrofes, cuando el sufrimiento rebasa los límites de la resistencia intelectual y física.

Entró un servidor del círculo y le tocó en el hombro suavemente creyéndole dormido.

—¡Señor!..

—¡Qué hay!.., respondió levantando la cabeza y mirando al criado con esa indecisión que acusa un estado del alma frontero á la locura.

—Una señora que desea verle...

—¡Una señora!.., ¡á mí!.. ¿Cómo se llama?..

—No ha dicho su nombre; aguarda en el salón de recibo.

—Está bien. Diga usted que allá voy...



Teatro Politeama Adriano, de Roma, recientemente destruído por un incendio

Presagiando vagamente algo que no podría definir un hecho desconocido, no sabía cuál, que le oprimía el corazón, se puso en pie. Tenía el semblante cadavérico, las mejillas hundidas, los labios secos y los ojos brillantes, con ese fulgor metálico de la fiebre y enrojecidos en el borde de los párpados.

Con paso vacilante atravesó un corredor y la antesala donde los ordenanzas de guardia roncaban á pierna suelta tendidos sobre el escaño de terciopelo verde; abrió la puerta del salón y no vió á nadie; las lámparas estaban apagadas, menos una que proyectaba su débil claridad sobre un reducido espacio. Fué á retirarse, cuando se destacó marchando hacia él entre la obscuridad del fondo una sombra envuelta en amplio abrigo de terciopelo negro. Era su mujer, bellísima criatura de veintitrés años, cuya pálida tez hacía resaltar como el nimbo de una Virgen la tradicional mantilla de blonda.

—¿A qué has venido?.., la preguntó brutalmente el capitán.

—A obedecerte, Manuel, respondió tristemente aquella víctima de las pasiones humanas.

—Mientes..., yo no te he llamado.

—Es lo mismo; me has pedido la joya de más precio y aquí te la traigo.

El capitán no era malo; tenía un corazón recto y amaba á su mujer. Avergonzado del brutal arranque primero, inclinó la cabeza y respondió más suavemente con una voz que temblaba por la emoción:

—Mercedes..., se trata de salvar mi honra, perdona...

—Nada te pregunto, respondió cogiendo entre sus brazos y alargando al capitán un bulto que al entrar depositó con gran cuidado sobre un escaño. ¡Toma!, ahí tienes lo que me has pedido, nuestra joya más valiosa..., ¡tu hijo!..

Y así hablando, descubría dulcemente un niño de once meses, hermoso como los ángeles, que despertaba sonriendo y tendía las manitas hacia su padre.

El capitán lanzó un rugido, estrechó apasionadamente al niño contra su pecho, y salió como loco, sin soltarle, diciendo á Mercedes, que miraba derramando lágrimas de enternecimiento el grupo formado por aquellos dos seres tan queridos de su alma.

—Vámonos de aquí, Mercedes, salgamos de esta casa que aborrezco..., me has salvado el honor, y tal vez con el honor la vida. . . . .

Aquella tarde recibió el secretario del círculo una carta que decía:

«Muy señor mío: Por razones particulares, he determinado darme de baja en la lista de los socios de ese círculo.

»Lo que tengo el honor de participar á usted, etc.»

El capitán, que hoy es general, no ha vuelto desde entonces á traspasar los umbrales de una casa de juego, el cual aborrece al par que siente profunda piedad hacia los jugadores.

Siguiendo las máximas del Evangelio: *Odia el delito y compadece al delincuente.*

JOSÉ DE MADRAZO



SANSONETTO, caballo vencedor del gran premio del Comercio en las carreras de San Siro (Milán)

EL BURRO DEL TÍO LUCAS

BOCETO

¡Cualquiera se atrevía en el pueblo á disputar con el tío Lucas, poniendo en duda las condiciones de aquel tremendo cuadrúpedo, símbolo, en todas las edades del mundo y del hombre, de la ignorancia!

– Ya podéis *golveros* locos en veinte leguas á la redonda, decía el tío Lucas un domingo en medio de un grupo de arrieros y de labradores. Aunque *paece* mentira, mi Rucho es menos burro que muchas personas, y en cuanto á manso es un borrego.

Y entre exclamaciones de este género ó apreciaciones exageradas sobre la bondad del burro, el dueño de aquel tesoro con patas se disputaba con todos los del pueblo si alguno osaba contradecirle.

Sus convecinos ya lo sabían, y cuando después de apurar sendos jarros de vino se separaban, limpiándose la boca con la manga de la camisa, algunos decían tan sólo y en voz baja:

– El tío Lucas no ve más que por los ojos del Rucho.

Y el burro era, en efecto, el prototipo de los de su raza.

¡Vaya un burro, desde las orejas al rabo!

Tío Lucas, *¿quie usté* vender el Rucho?

– Así *premita* Dios me dé un torozón antes que llegue ese caso.

– Pues hay un señor que *quie* comprarlo.

– Pues dile á ese señor que se *güelva* á su casa.

Y el tío Lucas pasaba su callosa mano por el pescuezo del asno, que aguzaba las orejas como si escuchara lo que decía su amo.

* * *

– Pues mire usted, andan retratando por ahí á todos y de *barde.*

– No te fíes de esos que trabajan sin cobrar. A mí *naide* me la pega, y si ellos retratan de *barde*, en algún *lao* sacarán el cacho.

Dos señores se aproximaron al grupo que formaban el tío Lucas, su interlocutor y el famoso burro, y precisamente en el Rucho se fijaron los recién llegados, observándole con mucha atención.

– Buen hombre, dijo uno de ellos, ¿quiere usted dejarnos el burro por unos momentos?

– Mire usted, señorito, ya me puede usted *pedir* mi mujer, mi casa toda y hasta la *Pelaa*, que es una galga que atrapa una liebre al salto...; pero el Rucho..., vamos, eso..., *dequiá* luego.

– No, hombre, se trata de que usted lo tenga mientras tomamos unos apuntes.

– Apuntar..., apuntar...

El tío Lucas, después de mil explicaciones consin-



Los primeros pasos, dibujo de F. Millet



LA VISITA DE LA MADRE, cuadro de Enrique Paternina



EL JARDIN DE LAS HÉSPERIDES, cuadro de A. F. Gorguet (Salón de los Campos Elíseos)

tió en llevar el Rucho aparejado con la albarda nueva al patio de la posada, y allí en un dos por tres le retrataron *con pintura fina*, según dijo después el tío Lucas en casa del barbero.

***

– Oye, Lucas, decía el boticario al propio tiempo que leía *El Liberal*. ¿No sabes que el Rucho tiene fama adquirida en Madrid?

– ¿Qué me dice usted..., D. Faustino?

– ¿Te acuerdas de aquellos señores que estuvieron aquí hace dos meses?

– ¿Aquellos que *retrataron* esta alhaja?

– Sí, hombre, los mismos; pues bien, el cuadro que hicieron en el patio de la posada le han vendido en 4.000 pesetas.

– ¡Zambomba!

– Aquí lo dice *El Liberal*, que hace la reseña de la exposición de pinturas en Madrid.

El tío Lucas montó en el Rucho, cruzó sus pies el uno sobre el otro, y después de un *¡arre, burro!*, dió las buenas tardes á D. Faustino.

El burro emprendió un trote cochinero en dirección á la cuadra, mientras el tío Lucas iba pensando:

– Si un burro *pintao* vale tanto dinero, ¿cuánto valdrá mi Rucho, que es de carne y hueso?

Desde entonces el tío Lucas mira al burro con más respeto que cariño. – F. OLTRA.

NUESTROS GRABADOS

Pilluelo. – El primer triunfo estatuas de Joaquín Anglés. – Grato es siempre para nosotros significar testimonio de consideración á los artistas que han logrado distinguirse por su laboriosidad y sus méritos; pero lo es mucho más cuando los elogios van dedicados á aquellos que como el Sr. Anglés logran abrirse paso en extranjero suelo y alcanzan merecido renombre. Entonces acreciéntase la importancia del triunfo, ya que los que se obtienen contribuyen á cimentar el buen concepto del movimiento artístico de nuestra patria.



PILLUELO,
escultura de Joaquín Anglés. (Salón de París)

Tan modesto como estudioso, no titubeó el discreto escultor tortosino, á pesar de los elogios que sus obras merecían, en abandonar nuestra ciudad para trasladarse á París, con el fin de recibir de los primeros maestros las enseñanzas necesarias para cimentar su educación artística. Que no se equivocó Anglés, demuéstranlo las dos bellas estatuas que reproducimos, expuestas actualmente en el Salón, inspiradas en los modernos conceptos y ejecutadas con soltura y grandiosidad. Una y otra, de opuesto carácter, están modeladas con felicísimo acierto, y si el *Pilluelo* es trasunto del natural, *El primer triunfo* hállase inspirado en las magistrales producciones del gran arte.

Busto de la Excma. Sra. Marquesa de Alonso de León, obra de Agustín Querol. – Nuestro querido colaborador Sr. Balsa de la Vega, en el artículo publicado en el último número, ha encomiado cual se merecen las obras llevadas por el Sr. Querol á la Exposición general de Bellas Artes que actualmente se celebra en Madrid, entre las cuales figura el precioso busto en mármol que hoy reproducimos. Las justísimas alabanzas que en el citado artículo se dedican á la manera prodigiosa como modela el célebre escultor tortosino, coinciden con las que toda la prensa madrileña le ha prodigado, y esa unanimidad, confirmada por el aplauso público, es el mejor lauro para el Sr. Querol. En cuanto á nosotros, inútil es decir, tratándose de un antiguo colaborador á quien tanto estimamos, que unimos nuestros más sinceros plácemes á los que sus ultimas obras le han valido, y que deseamos que la recompensa sea digna del merecimiento.



EL PRIMER TRIUNFO,
escultura de Joaquín Anglés
(Salón de París)

Excmo. Sr. D. Fernando Primo de Rivera. – En la mañana del día 3 de los corrientes acababa de entrar el Sr. Primo de Rivera en su despacho de la capitanía general de Madrid, cuando se le presentó un capitán de infantería, D. Primitivo Clavijo, y apenas hubo cruzado con él el saludo de ordenanza, disparóle dos tiros de revólver, hiriéndole gravemente en el pecho y de menos gravedad en el brazo. De las personas que en la estancia se encontraban y de las que al oir los disparos allí acudieron, unas se apresuraron á socorrer al ilustre herido, mientras otras sujetaban al agresor, no sin tener que sostener con él alguna lucha. Tal es, en pocas palabras referido, el atentado que en estos días ha conmovido á toda la nación española, admiradora de un militar de tan brillante historia como el marqués de Estella. El delito ha sido expiado: el capitán Clavijo fué pasado por las armas á los dos días de cometerlo, muriendo como buen cristiano y dando pruebas de serenidad, de valor y de noble arrepentimiento. ¡Que Dios haya acogido el alma del desdichado y oiga los votos de cuantos se interesan por la vida y el pronto restablecimiento del general Primo de Rivera!

Sansonetto, caballo vencedor en las carreras de San Siro. – Las carreras de caballos se han aclimatado por completo en Italia, en donde todos los años se celebran en las principales ciudades. En las últimas celebradas en San Siro (Milán) ganó el gran premio del Comercio el hermoso caballo de raza italiana *Sansonetto* que reproducimos.

Teatro Politeama Adriano, de Roma. – Este teatro, recientemente incendiado, era de grandes dimensiones y sólo funcionaba desde hace un año, pues por ser casi todo él de madera y ocupar el interior de una manzana, las autoridades no querían que en él se dieran representaciones. Al fin hubieron de ceder aquéllas, y los hechos han venido pronto á demostrar cuán prudente era su primera negativa y cuán mal hicieron en dar el consentimiento para la apertura. Funcionaba en él una compañía de baile que representaba el *Excelsior:* el incendio comenzó á las cinco de la madrugada y á las seis estaba el teatro completamente destruído, siendo muy considerables las pérdidas ocasionadas por el incendio.

Los primeros pasos, dibujo de F. Millet. – El infortunado autor de *El Angelus* imprimía en todas sus obras un sello de melancólica poesía que le ha dado verdadera personalidad en el mundo del arte: mucho hubo de sufrir en vida el infortunado Millet, pues sus contemporáneos no supieron apreciar lo que valía el eximio artista; la posteridad le ha hecho justicia, y aunque desgraciadamente tarde para él, sus obras se estiman hoy como preciosas joyas cuya posesión se disputan los aficionados de todo el mundo, y su nombre se pronuncia con la admiración que merece uno de los más fervientes apóstoles del arte que siente intensamente la naturaleza y que reproduce con una sinceridad y una sencillez portentosas sus múltiples bellezas. En *Los primeros pasos* brillan en alto grado estas cualidades que ya hemos alabado en su autor, á propósito de otras obras suyas que hemos publicado.

La visita de la madre, cuadro de Enrique Paternina. – Cada época marca en todas las creaciones el sello ó carácter especial que la distingue. La nuestra manifiéstase por el estudio y expresión de cuanto constituye el modo de ser, la existencia de sentimientos y pasiones, vicios ó virtudes que nos enaltecen ó rebajan. Por eso nótase que algunos artistas inspíranse en cuadros de costumbres, dramas íntimos ó bien en escenas tan tiernamente sentidas cual la que ha servido al distinguido pintor riojano Enrique Paternina para producir el hermoso lienzo que reproducimos. Una niña enferma, á quien visita en el hospital ó en el asilo su amante madre, privada de prodigarle sus cuidados por carecer de recursos, ha servido de tema al artista, quien ha sabido desarrollarlo con singular acierto, ya que así las figuras de la enfermita como la de la madre y la de la religiosa están bien interpretadas, viéndose en el bello semblante de la niña las huellas de la dolencia que la aflige y las de la impresión que le produce la vista de aquella á quien debe el ser y de la que el cruel destino la separa cuando más necesitada se halla de sus caricias.

Aplausos merece el que fué aventajado discípulo de D. Alejandro Ferrant por su notable lienzo, que no titubeamos en prodigarle, cual lo hicieron ya cuantos tuvieron ocasión de verlo en la Exposición nacional de 1892.

El jardín de las Hespérides, cuadro de A. F. Gorguet. – Las Hespérides, hijas de Atlas y de Hesperos, la estrella vespertina, habitaban, según la fábula, un jardín delicioso, cuyos árboles, cargados de dorados frutos, extendíanse desde el lado de la noche hasta más allá del río Océano. La misión de las Hespérides consistía en guardar las manzanas de oro, misión en la cual las secundaba Ladón, dragón de cien cabezas. Hércules fué á la conquista de aquellos preciosos frutos, que pudo conseguir dando muerte al monstruo y realizando con ello el undécimo de sus trabajos.

El joven pintor francés Gorguet ha modernizado de una manera bellísima la antigua fábula y evocado un recuerdo mitológico, adaptándolo primorosamente al gusto del día: su cuadro fué justamente admirado en el Salón de París.

D. Miguel Angel Trilles, D. Ricardo Navarrete, D. José Parada y Santín, D. Fernando Arbós, individuos del Jurado de la actual Exposición general de Bellas Artes. – Continuando la serie que comenzamos en el número último, publicamos hoy los retratos de los jurados Sres. Trilles, Navarrete, Parada y Arbós, éste último secretario general, respecto de los cuales nada hemos de decir, pues conocidos son sus merecimientos para desempeñar los cargos que les han sido confiados, bastando á nuestro objeto dar por reproducido lo que consignamos al ocuparnos de sus compañeros.



D. JOSÉ PARADA Y SANTÍN,
jurado de la sección de Pintura de la actual Exposición general de Bellas Artes



D. FERNANDO ARBÓS,
secretario del Jurado de la actual Exposición general de Bellas Artes

UN BUEN TÍO Y UN BUEN CURA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETE, PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO.—ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Suzón se apoyó sobre su escoba, puso una cara de vinagre, y me contestó con acento de profunda convicción:

—Las mujeres, señorita, valen muy poco, pero los hombres valen aún mucho menos.

—¡Oh!, exclamé con aire de duda, ¿estás segura de ello?

—¡Tan segura como se lo digo á usted, señorita!

Y dando un escobazo mayúsculo á los restos de verduras que se hallaban por tierra, los hizo desaparecer con igual destreza que si hubiesen representado los bípedos objeto de su antipatía.

Me encerré en mi cuarto para meditar sobre el axioma misántropo lanzado por Suzón, bastante descorazonada pensando que valía muy poco, y que mis amigos desconocidos, los hombres, merecían la denominación humillante de valer aún mucho menos.

V

No obstante, mis estudios de costumbres me parecían enteramente insuficientes, por lo cual resolví seguirlos con la ayuda de las novelas de la biblioteca.

Precisamente un lunes, día de feria, mi tía, el cura y Suzón debían ir juntos á C... Mi tía había decidido, según costumbre, que yo me quedaría vigilada por Perrina, y por primera vez en mi vida, esa decisión me encantó. Estaba segura de hacer lo que me diese la gana, contando con que Perrina se ocuparía mucho más de la vaca que de mis inspiraciones.

Para ese género de excursiones, el colono, á las ocho de la mañana, se presentaba en el patio con una especie de carrito bautizado en el país con el nombre de *maringote*. Mi tía sacaba su traje de gala, luciendo un sombrero redondo de fieltro negro, que había adornado con unas bridas de color violeta y que se plantaba sin pizca de gracia encima del moño. Se cubría con unas pieles, ya hiciese calor, ya frío, habiendo observado el principio, desde que se casó, que una señora de buen tono no podía ponerse en camino sin llevar sobre sí la piel de algún animal. Cuando estaba vestida de este modo, se le figuraba que todas las señales que denunciaban su origen se borraban del todo.

Se sentaba en una silla, en el fondo de la *maringote*, colocando una almohada encima, para que esa parte delicada del individuo, que una pluma discreta se niega á nombrar, estuviese más cómoda.

Suzón, encargada de guiar un caballo que no necesitaba ser guiado, se colocaba á la derecha, sobre la banqueta del pescante, y el cura iba á su lado.

Entonces, simultáneamente se dirigían á mí.

—No hagas ninguna diablura, decía mi tía, y no vayas á la huerta.

—No revuelva usted mi cocina, gritaba Suzón, y conténtese usted con la ternera fría para almorzar.

El cura no decía nada, pero me enviaba una amable sonrisa y hacía un gesto que quería decir:

«No ha querido venir con nosotros, pero por mi gusto habría venido.»

En ese memorable lunes, todo pasó como de costumbre. Anduve algunos pasos por delante de casa, y bien pronto los vi desaparecer, dando los tres unas sacudidas como cestos de ensalada.

Sin perder un minuto, puse en ejecución un proyecto que acariciaba hacía tiempo. Se trataba de tomar posesión de la biblioteca, cuya llave había tenido el cura la fatal idea de llevarse consigo; pero yo no era muchacha que se descorazonase por tan poca cosa.

Fuí corriendo á buscar una escalera de mano que arrastré hasta colocarla debajo de la ventana de la biblioteca; haciendo esfuerzos sobrehumanos conseguí ponerla de pie y apoyarla sólidamente contra el muro. Trepando con ligereza llegué pronto arriba, rompí uno de los cristales con una piedra que había tenido la precaución de meter en mi bolsillo, y retirando todos los cristales que habían quedado aún, introduje la parte superior de mi cuerpo por la abertura y me colé en la biblioteca.

Caí de cabeza y me hice un cichón enorme en la frente; al día siguiente, el cura me trajo un ungüento para curarme.

Mi primer cuidado, así que me levanté y que el aturdimiento causado por mi caída se disipó, fué registrar los cajones de un antiguo escritorio para descubrir una llave igual á la que el cura se había llevado. Mis investigaciones no fueron largas, y después de dos ó tres ensayos infructuosos encontré lo que deseaba.



Perrina escondida en un rinconcito se dejaba abrazar por un robusto aldeano que había estrechado su talle

Después de haber suprimido, como pude, las huellas de mi fractura, me instalé en una butaca, y mientras descansaba de mis fatigas, mi vista se fijó en las obras de Walter Scott, colocadas delante de mí. Agarré un tomo de la colección y me dirigí á mi cuarto, llevándome como un tesoro la *Bonita muchacha de Perth*.

En mi vida había leído una novela, y fué para mí un éxtasis, un encanto indecible de que nada puede dar una idea. Viviría novecientos sesenta y nueve años, como el buen Matusalén, y no podría olvidar jamás mi impresión al leer la *Bonita muchacha de Perth*.

Experimenté la alegría de un preso á quien trasladan desde su calabozo á un jardín rodeado de árboles, de flores y de sol; ó más bien la de un artista que oye representar por primera vez y de un modo ideal la obra de su corazón y de su inteligencia. El mundo que me era desconocido, y por el cual suspiraba inconscientemente, se reveló ante mí de repente. Un resplandor se presentó súbitamente en mi imaginación, que creí haber sido hasta entonces estúpida, idiota. Me entusiasmaba, me deleitaba con esa novela llena de colorido, de vida, de movimiento.

Cuando llegó la hora de comer, bajé al comedor con la cabeza llena de fantasía, y el cura, que comía con nosotros, me aguardaba con impaciencia.

Me miró con una profunda compasión, y me preguntó con el mayor interés cómo me había sucedido aquel accidente.

—¿Un accidente?, dije con aire de extrañeza.

—Tiene usted toda la frente negra, hija mía.

—La muy estúpida, dijo mi tía, habrá trepado por algun árbol ó por la escalera de mano.

—Justo, dije yo, por la escalera; es verdad.

—¡Pobrecita!, dijo el cura apesadumbrado; ¿y se ha dado usted en la cabeza?

—Hice un signo afirmativo.

—¿Se ha puesto usted árnica, hija mía?

—¡Bah! ¡Por tan poca cosa!, exclamó mi tía. Coma usted su sopa, señor cura, y no haga usted caso de esta chica tan aturdida; no tiene más que lo que se merece.

El cura no añadió una palabra más; me hizo una señal de amistad y me siguió observando de reojo.

Pero yo no prestaba gran atención á lo que pasaba á mi alrededor. Pensaba en esa interesante Catalina Glover, en ese valiente Enrique Smith, por quien estaba entusiasmada, cuando de repente me puse á sollozar.

—¡Ah, Dios mío!, exclamó el cura, levantándose en seguida. ¡Mi querida Reina, hija mía!

—¡Déjela usted!, dijo mi tía; está disgustada porque no nos ha acompañado á C...

Pero el cura, que sabía que yo detestaba los lloriqueos y que además tenía demasiado orgullo para manifestar delante de mi tía cualquier pesar causado por ella, se acercó á mí, me preguntó por lo bajo por qué lloraba y se esforzaba por consolarme.

—No es nada, mi querido señor cura, dije enjugando mis lágrimas y echándome á reir. Ya lo sabe usted, los sufrimientos físicos me causan horror: me duele la cabeza, y además debo estar espantosa.

—Como siempre, dijo mi tía.

El cura me miró con inquietud. No le satisfacía la explicación y se figuraba que algo raro había pasado durante su ausencia. Me aconsejó que me fuese á acostar en seguida, lo que hice sin obligar á que lo repitiera.

Estaba humillada de haber sido causa de una escena de enternecimiento, tanto más humillada que no sabía por qué había llorado. ¿Era de alegría ó de contrariedad? No habría podido decirlo, y me dormí pensando que era inútil empeñarse en analizar mi impresión.

Durante el siguiente mes devoré la mayor parte de las obras de Walter Scott. Es indudable, desde aquella época he tenido profundas y serias alegrías; pero por grandes que hayan sido, no creo que hayan sido tan grandes como las que experimenté cuando mi imaginación salió de sus tinieblas, como una mariposa de su crisálida. Caminaba de delicia en delicia, de éxtasis en éxtasis. Olvidaba todo para no pensar más que en mis novelas y en los personajes que excitaban mi imaginación

Cuando el cura me resolvía un problema, pensaba en Rebeca, que había dejado conversando á solas con el Templario; cuando me daba lección de historia, veía desfilar delante de mí esos arrogantes hé-

roes, entre los cuales mi corazón veleidoso había ya escogido una docena de maridos; cuando me hacía alguna observación, no oía ni la mitad, estando ocupada en confeccionarme un traje semejante al de Isabel de Inglaterra ó al de Amy Robsart.

– ¿Qué ha hecho usted hoy?, me preguntaba al llegar.

– Nada.

– ¿Cómo nada?

– Todo esto me fastidia, dije con acento de cansancio.

El pobre cura estaba consternado. Preparaba largos discursos y me los encajaba, quieras que no quieras; pero habría obtenido el mismo efecto dirigiéndose á un muerto.

Por fin, se apoderó de mí la tristeza. Si mi tía no me pegaba ya, en cambio me decía siempre cosas desagradables. Había adivinado que me entristecía ser tan pequeña, y no perdía ocasión de insistir sobre este punto vulnerable, llamándome figurilla y repitiéndome que era fea.

Poco antes me encontraba muy bonita, y tenía mucha más confianza en mi opinión que en la de mi tía; pero al conocer á las heroínas de Walter Scott, la duda surgió en mi imaginación. Eran tan hermosas, que me entristecía pensando que era preciso parecerse á ellas para ser amada.

El cura, por simpatía, perdió sus sonrisas y sus colores. Me observaba con aire compungido, empleaba su tiempo en tomar rapé, olvidando todas las reglas del arte, tratando de adivinar mi secreto y empleando medios maquiavélicos para conseguir su objeto, pero yo me mostraba impenetrable.

Un día le vi dirigirse hacia la biblioteca, pero se conoce que olvidó llevar la llave; el caso es que se volvió atrás, haciendo un movimiento de cabeza y pasando la mano por sus cabellos, los cuales más en revolución que de costumbre, hacían el efecto de un penacho.

Yo me había escondido detrás de una puerta, y cuando pasó junto á mí le oí murmurar:

– ¡Volveré con la llave!

Semejante decisión me contrarió vivamente, pues supuse que descubriría mi secreto y que no podría continuar mis queridas lecturas.

Fuí en seguida á buscar varias novelas que me llevé á mi cuarto, reemplazándolas en el estante en que estaban colocadas por otros libros que fuí tomando de aquí y de allí; pero á pesar de estas precauciones pensé que el pedazo de papel que coloqué para disimular el cristal roto, sería un indicio de acusación para mí.

Aquel día fué, al examinar un legajo de cartas que encontré en la mesa de despacho, cuando descubrí el origen de mi tía. Era un arma contra ella y resolví esgrimirla desde luego.

Al día siguiente, á la hora del almuerzo, estaba de muy mal humor. En aquella disposición moral, si no encontraba un pretexto para serme desagradable, lo dejaba para mejor ocasión.

Soñaba con aquel encantador Buckingham, que me parecía adorable de puro insolente, y me preguntaba por qué Alicia Bridgeworth estaba tan desesperada de hallarse en su casa, cuando mi tía me dijo sin preámbulos:

– ¡Qué fea estás hoy, Reina!

Me puse de pie sobre la silla.

– ¡Tome usted!, dije dándole el salero.

– ¡Yo no te pido la sal, estúpida! ¡En verdad, que te vas volviendo tan negada como fea!

Hay que tener en cuenta que mi tía no me tuteaba jamás. Desde el día en que se encontró ser la mujer de mi tío, creyó colocarse á la altura de su situación suprimiendo el tuteo de su vocabulario. Hasta á sus conejos les decía *usted*.

– Pues no opino como usted, contesté secamente, yo me encuentro muy bonita.

– ¡Eso tiene gracia!, exclamó mi tía. ¡Bonita usted! ¡Un aborto que no llega á la chimenea!

– Vale más asemejarse á una planta delicada que parecer un sargento, contesté yo.

Mi tía creía firmemente que había sido una beldad, y ni comprendía siquiera que nadie pudiese dudarlo.

– He sido muy hermosa, señorita, tan hermosa que nos dieron á mi hermana y á mí el nombre de una diosa.

– ¿Su hermana de usted se le parecía?

– Mucho, como que éramos gemelas.

– Su marido debió ser muy desgraciado, dije con acento lleno de convicción.

Mi tía lanzó una imprecación que no permitiré á mi pluma que la repita.

– Además, proseguí diciendo con calma, usted tiene naturalmente los gustos de una mujer del pueblo, mientras que yo...

Pero me quedé con la boca abierta sin terminar la frase; mi tía acababa de romper un plato con el mango de su cuchillo. Lo que acababa de decir hacían inútiles los esfuerzos que había hecho hasta entonces para ocultarme su nacimiento y me vengaba por completo de sus ruindades para conmigo.

– ¡Es usted una víbora!, exclamó encolerizada.

– No opino como usted, tía.

– ¡Una víbora!

– Le repito á usted que no, dije tranquilamente mientras comía mi última fresa.

– Una víbora cobijada en mi seno, repitió mi tía, que estaba demasiado furiosa para encontrar frases más apropiadas.

Sacudí la cabeza, diciéndome que si fuese una víbora no me encontraría á gusto en semejante posición.

– Permítame usted, dije, he estudiado ese animalucho en mi historia natural, y no recuerdo que tuviese la costumbre de cobijarse en el seno de una mujer.

Mi tía, que se desconcertaba siempre que yo aludía á mis lecturas, no contestó nada; pero la expresión de su fisonomía me pareció tan sospechosa, que me esquivé cantando con malicia:

«¡Conocía yo un tío de Pavol, de Pavol, de Pavol!»

Nos hallábamos á mediados de junio. Las mariposas volaban por todas partes, las moscas zumbaban sin cesar, el aire estaba impregnado de mil perfumes; en una palabra, el tiempo me pareció tan seductor que me olvidé de mi prudencia habitual. Agarré mi libro y me fuí á instalar á la sombra de un hermoso prado.

Tenía el corazón un tanto apesadumbrado al pensar en las palabras de mi tía. Es indudable que era una contrariedad ser tan pequeñita, tan pequeñita. ¿Quién podría jamás amarme? Pero me consolaba leyendo *Peveril del Pico*. Entre las novelas de Walter Scott era una de las que yo prefería, precisamente á causa de Fanella, cuya estatura era ciertamente más exigua que la mía.

Amaba, adoraba á Buckingham. Me irritaba contra Fanella, que le decía cosas verdaderamente muy duras, y en el momento en que ella desaparecía por la ventana suspendía mi lectura para exclamar:

– ¡La muy tonta!.. ¡Un hombre tan encantador!

Al decir estas palabras, alcé los ojos y lancé un grito al ver al cura, de pie, delante de mí. Con los brazos cruzados, me miraba estupefacto. Parecía tan consternado como ese personaje de los cuentos de hadas que encuentra sus diamantes convertidos en avellanas.

Me levanté algo avergonzada, pues la cosa no era para menos.

– ¡Oh! Reina..., empezó diciendo.

– Mi querido señor cura, exclamé estrechando á *Peveril del Pico* contra mi corazón, ruego á usted, le suplico que me deje continuar.

– Reina, mi Reina querida, ¡nunca hubiera creído esto de usted!

Semejante dulzura me enterneció tanto más, cuanto que no tenía la conciencia muy tranquila; pero por una táctica eminentemente femenil me apresuré á cambiar de conversación.

– ¡Era una distracción, señor cura, y me encuentro tan desgraciada!

– ¿Desgraciada, Reina?

– ¿Cree usted que es divertido tener una tía como la mía? Ya no me pega, es verdad; ¡pero me dice unas cosas que me causan tanta pena!

¡Qué bien conocía yo á mi profesor! Había olvidado ya sus agravios y sus sermones, tanto más, cuanto que había un gran fondo de verdad en mis palabras.

– ¿Es por eso por lo que está usted tan triste, hija mía?

– Ciertamente, señor cura. ¡Hágase usted cargo que mi tía me repite sin cesar que soy un aborto, que soy fea, horrible!

Mis ojos se arrasaron de lágrimas, pues no podía tocar ese punto sin que me entristeciera.

El buen señor, muy emocionado, se rascaba la nariz con aire perplejo. Estaba lejos de compartir las ideas de mi tía sobre este punto, y se preguntaba qué medio podría emplear para disipar mi tristeza sin despertar en mi alma el orgullo, la vanidad y otros elementos de condenación.

– Vamos á ver, Reina, es preciso no dar demasiada importancia á cosas que no la merecen.

– Mientras tanto esas cosas existen, repliqué yo, encontrándome á dos siglos de intervalo, con el pensamiento de la más hermosa hija de Francia.

– Y además, ya verá usted tal vez gentes que no pensarán como la señora de Lavalle.

– ¿Es usted una de ellas, señor cura? ¿Me encuentra usted bonita?

– Vamos..., sí, contestó el cura con acento de piedad.

– ¿Muy bonita?

– Vamos..., sí, contestó el cura en el mismo tono.

– ¡Ah! ¡Qué contenta estoy!, exclamé saltando como una loquilla. ¡Cómo le quiero á usted, señor cura!



De lo alto del árbol gritaba que las gotas de agua brillaban en mis cabellos

– Ya lo sé, Reina; pero esto no impide que haya cometido usted una falta muy grande. Se metió usted en la biblioteca, exponiéndose á romperse la cabeza, y se ha puesto usted á leer libros que probablemente no le habría permitido nunca leer.

– Walter Scott, señor cura, escritos por Walter Scott, de quien mi tratado de literatura dice maravillas.

Y le describí todas mis impresiones. Hablé largamente con desparpajo, encantada de ver que el cura

no tan sólo dejaba de regañarme, sino que oía con interés lo que le refería. Ante mi entusiasmo y mi alegría, que reaparecieron como por encanto, recobró súbitamente sus colores y su dulce fisonomía.

—Vamos, me dijo, le permito á usted que siga leyendo á Walter Scott; yo mismo volveré á leerle para hablar de él con usted, pero prométame usted no volver á hacer lo que ha hecho.

Se lo prometí de todo corazón, y desde entonces tuvimos un nuevo motivo de disensiones y de disputas, pues como es consiguiente, no éramos jamás del mismo parecer.

Pero muy pronto el interés que me inspiraban mis novelas vino á borrarse por un acontecimiento extraordinario, inaudito, que sobrevino algunas semanas después en el Buissón, uno de esos acontecimientos que no desmoronan los imperios por sus cimientos, pero que producen la consternación en el corazón ó la imaginación de las muchachas.

VI

Era un domingo.

Los domingos asistíamos siempre á la misa mayor, que era la única ceremonia de la mañana, porque el cura no tenía vicario. Mi tía entraba la primera, tomando asiento en el banco que teníamos reservado, y yo iba detrás, después Suzón y luego Perrina, que cerraba el cortejo.

Nuestra pequeña iglesia era vieja y miserable. El color primitivo de las paredes desaparecía bajo una especie de limón verdoso, causado por la humedad; el piso, en lugar de estar unido, se hallaba formado por una cantidad de grietas y de hoyos que invitaban á los fieles á romperse la cabeza y á aprovecharse de su presencia en un lugar santificado para subir más pronto al cielo; el altar estaba adornado con figuras de ángeles, pintadas por el carretero del pueblo, que se las echaba de artista; dos ó tres santos se contemplaban con extrañeza, sorprendidos de encontrarse tan feos. Varias veces, al mirarlos, me dije á mí misma que si fuese una santa y si los mortales me representasen de un modo tan disforme, me encontraría completamente sorda á sus ruegos; pero tal vez los santos no tienen mi temperamento. Por una ventana exenta de vidrios, una rosa blanca mostraba su cabeza perfumada, y por su belleza y su frescura parecía protestar contra el mal gusto del hombre.

Poseíamos un armónium que tenía tan sólo tres notas que vibrasen; algunas veces llegaban á cinco, por estar aquel instrumento, gracias á la temperatura, sujeto á caprichos, como los reumatismos de nuestro sochantre, el cual rugía durante dos horas con la convicción más inocente y más profunda de que poseía una voz hermosísima.

El taburete del señor cura estaba colocado en el fondo de un precipicio, de suerte que, desde mi asiento, no veía sino su cabeza y su busto, y parecía que estaba en penitencia. Los monaguillos gesticulaban y hablaban por lo bajo, sin que él, vuelto de espaldas, advirtiese nada de esto.

Después del Evangelio se quitaba su casulla y su estola delante de nosotras, pues todo se pasaba en familia, y dando algunos tropezones á causa de los hoyos del piso, llegaba hasta el púlpito.

Entre los seres humanos que se agitan en la superficie del globo, no hay ninguno, supongo, que en el curso de su existencia haya dejado de tener un sueño. El hombre, cualquiera que sea su posición, ínfima ó elevada, no puede vivir sin deseos, y el cura, víctima de la ley común, había, durante treinta años de su vida, soñado con la posesión de un púlpito.

Desgraciadamente era muy pobre, sus fieles lo eran también, y mi tía, que era la única que podía ayudarle, no contestaba nada á sus tímidas insinuaciones; sin contar con que era de un interés sórdido cuando se trataba de dar, no tenía además ni pizca de consideración con el sueño dorado de su prójimo.

Por fin, á fuerza de economizar, el cura se encontró un día con la suma de doscientos francos. Resolvió entonces realizar su sueño bien ó mal, como pudiese

Una mañana le vi llegar faltándole la respiración.

—Hija mía, venga usted conmigo, exclamó.

—¿Adónde, señor cura?

—¡A la iglesia; venga usted pronto!

—¡Pero si ya se ha dicho la misa!

—Sí, pero tengo algo muy bonito que enseñar á usted.

Tenía un aspecto tan jovial, su dulce fisonomía respiraba tanta satisfacción, que me río aún pensando en ello, y conservo de aquella escena uno de los recuerdos mejores de aquel tiempo.

No andaba el buen señor, sino que volaba, y llegamos corriendo á la iglesia. Acababan de colocar el púlpito, y el cura, en éxtasis delante de la realización de su deseo, me dijo en voz baja:

—¡Mire usted, mi querida Reina, mire usted! ¿No ha sido una idea feliz? ¡Por fin poseemos un púlpito! No tiene un aspecto muy sólido, pero puede servir. ¡Y he aquí el sueño de mi vida realizado! ¡No hay nunca que desconfiar de nada, hija mía, nunca!

Miré un tanto desconcertada, pues no podía disimularme que mi imaginación se había representado un púlpito como algo grande, monumental. Lo que se presentaba á mi vista era una especie de cajón de madera blanca colocado sobre unos pies de hierro tan poco elevados, que en rigor, se hubieran podido suprimir los escalones para penetrar allí. Pero un púlpito sin escalones es cosa que no se habría visto jamás; así es que para salvar el honor habían imaginado colocar dos, de quince centímetros de alto cada uno.

—¡Vea, usted, Reina, me decía el cura, qué buen efecto produce! Cuando tenga algún dinero lo haré pintar, ó más bien yo mismo le daré un poco de pintura; eso me distraerá y será además más económico. Ciertamente que podría estar más alto, pero es preciso no tener demasiada ambición.

Y el excelente cura daba vueltas alrededor del púlpito con aire de admiración. Si los tableros los hubiese pintado Rafael y las esculturas fuesen de Miguel Angel no hubiera sido más feliz.

No pensaba en que la realidad, ¡como siempre desgraciadamente!, no se asemejaba al sueño; no se le ocurría hacer comparaciones, y disfrutaba de su felicidad como si no la pudiera haber mayor.

—Soy yo quien ha dado el diseño, hija mía, ¡y realmente ha sido una idea feliz! Sin embargo, la medalla tiene su reverso, y he de manifestar que tengo una pequeña deuda; el precio que me han pedido es más elevado que el que yo imaginaba, pero parece ser que sucede siempre lo propio cuando se manda construir. Contaba comprarme una dulleta para este invierno; pues bien, Dios mío, me pasaré sin ella, ni más ni menos.

¡Oh! Ciertamente, su alegría es para mí uno de los mejores recuerdos de aquellos tiempos. Jamás he visto un hombre tan feliz, demostrando una alegría tan sincera, hija de su naturaleza privilegiada y de su inteligencia un tanto infantil.

—Es que parece enteramente un púlpito, decía riéndose y frotándose las manos.

Yo abrigaba algunas dudas sobre el particular, pero ocultaba mi decepción y me extasiaba cuanto me era posible ante ese objeto extraordinario que, á causa de la forma irregular de la iglesia, estaba colocado en un rincón del fondo, de suerte que, cuando el cura predicaba, las tres cuartas partes del auditorio no veían más que un brazo y un mechón de cabellos blancos que se agitaban con elocuencia, según las diversas fases del discurso.

El cura estaba tan contento al decir «Voy á subir al púlpito,» que debimos resignarnos á oir un sermón todos los domingos.

En cuanto había abierto la boca, las mujeres tomaban una postura cómoda para entregarse mejor al sueño; Perrina aprovechaba aquel sopor general para lanzar alguna que otra mirada al banco inmediato al nuestro, y Reina de Lavalle se preparaba á meditar acerca de las vicisitudes de la vida representadas por una tía y el fastidio de los sermones.

Yo no sé por qué al cura le gustaba insistir acerca de las pasiones humanas; pero un día en que se dejó arrastrar en el calor de la improvisación, le hice, á la hora de comer, preguntas tan indiscretas y tan perplejas que me prometió no volver á abordar delante de mí ciertos asuntos. Se contentó en lo sucesivo con hablar de la pereza, de la embriaguez, de la cólera y de otros vicios que no excitaban ni mi curiosidad ni mi locuacidad.

Durante una hora nos ponía delante de los ojos la gran iniquidad en la cual nos hallábamos sumidos; luego, cuando nuestro estado moral se encontraba en situación verdaderamente lamentable, descendía con aire radioso con nosotros en los infiernos y nos hacía tocar con el dedo los suplicios que merecían nuestras almas devastadas por el pecado; después de lo cual, dando un giro atrevido á su frase y pasando á ideas menos horribles, se despedía poco á poco de las regiones infernales, permanecía algunos instantes sobre la tierra, nos depositaba tranquilamente en el cielo y descendía del púlpito con paso triunfante como un conquistador que viene de romper algún nudo gordiano.

El auditorio se despertaba entonces sobresaltado, salvo Suzón, demasiado feliz con oir hablar mal de la humanidad para dormirse, y que bebía una taza de leche mientras que el cura fustigaba á sus ovejas con sus flores retóricas.

Érase, pues, un domingo. Hacía un calor sofocante, y al regresar á casa, Suzón nos dijo:

—Tendremos tormenta antes de que anochezca.

Esta profecía me causó placer; una tormenta era un incidente feliz en mi vida monótona, y á pesar de mi miedo, me gustaban los truenos y los relámpagos, á trueque de temblar como una desgraciada cuando aquéllos eran demasiado frecuentes.

Durante las primeras horas de la tarde erraba como un alma en pena en el jardín y en la pradera. Me aburría extraordinariamente, diciéndome con melancolía que jamás me sucedería ninguna aventura, y que estaba condenada á vivir perpetuamente al lado de mi tía.

Serían como las cuatro cuando entré en casa; subí al corredor del primer piso, y con la cara pegada al cristal de una gran ventana, me divertía en seguir con la vista el movimiento de las nubes que se amontonaban hacia el Buissón y nos traían la tormenta anunciada por Suzón.

Me preguntaba de dónde venían, lo que habían visto en su tránsito, lo que podrían referirme, á mí que no sabía nada de la vida, del mundo y que aspiraba á ver y á conocer. Se habían formado detrás de aquel horizonte que yo no había traspasado jamás y que me ocultaba misterios, esplendores (al menos lo creía así), alegrías, placeres acerca de los cuales meditaba por lo bajo.

Me distraje en mis reflexiones observando que Perrina, escondida en un rinconcito, se dejaba abrazar por un robusto aldeano que había estrechado su talle.

Abrí precipitadamente la ventana, y grité dando una palmada:

—¡Muy bien, Perrina; ya la veo á usted, señorita!

Perrina, espantada, agarró sus zuecos y fué á refugiarse corriendo al establo. El campesino tiró el sombrero y me examinó con una sonrisa estúpida que le hacía abrir la boca hasta las orejas.

Me reía de todo corazón, mientras que un ligero vehículo, que no había oído que se acercaba, penetró en el patio. Un hombre saltó del coche, dijo algunas palabras al criado que le acompañaba y miró en torno suyo para saber á quién dirigirse.

Pero Perrina, cuyo gorro blanco veía yo perfectamente al través del enrejado del establo, no se meneaba, y su enamorado se había precipitado boca abajo detrás de un montón de paja. En cuanto á mí, estupefacta por aquella aparición, había empujado una de las maderas de la ventana y observaba los sucesos sin hacer un movimiento.

El desconocido subió de dos en dos los escalones deteriorados de la escalinata y buscó la campanilla que no había existido jamás, y como se advirtió de ello, y no siendo por otra parte la paciencia su cualidad dominante, dió fuertes puñetazos en la puerta.

Mi tía y Suzón aparecieron al mismo tiempo, y certifico que desde aquel instante tuve la mejor opinión de su valor, pues no manifestó temor alguno. Saludó ligeramente, y comprendí por su gesticulación que, temeroso del mal tiempo que hacía, pedía refugiarse en el Buissón.

En el instante mismo, en efecto, la tormenta se desencadenó con gran violencia; no hubo sino el tiempo necesario de poner al abrigo el coche y el caballo.

Se dice que la soledad le vuelve á uno tímido; pero, en ciertos casos, produce el efecto contrario. No habiendo tenido ningún roce con nadie, no habiendo podido jamás hacer comparación alguna, tenía gran confianza en mí misma, é ignoraba completamente lo que era ese extraño sentimiento que aniquila las facultades más brillantes y convierte en estúpido al hombre más superior.

No obstante, ante esta aventura que parecía evocada por mi imaginación, mi corazón latía con vehemencia, y estaba tan perpleja de si debía entrar ó no en el salón, que me hallaba aún á la puerta cuando el cura llegó hecho una sopa, pero siempre contento.

—¡Señor cura, exclamé lanzándome á su encuentro, hay un hombre en el salón!

—¿Algún colono sin duda?

—Pero no, señor cura, es un hombre de verdad.

—¿Qué quiere decir un hombre de verdad?

—¿Quiero decir que no es ni un cura ni un aldeano; es joven y está muy bien vestido. ¡Vamos á verle!

Entramos, y me faltó poco para lanzar un grito de sorpresa al ver que mi tía tenía una expresión realmente graciosa y que sonreía afectuosamente al desconocido, el cual, sentado enfrente de ella, parecía estar tan á gusto como si estuviera en su casa.

Por lo demás, su solo aspecto hubiera bastado para cambiar de triste en alegre á cualquier mortal. Era alto, bastante grueso, con una fisonomía alegre, franca y abierta. Sus cabellos rubios estaban cortados al rape, llevaba los bigotes con las puntas rizadas, tenía la boca bien dibujada y unos dientes blancos que mostraba á menudo, gracias á su manera de reir franca y natural. Toda su persona respiraba la alegría y el amor á la vida.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL BUQUE ROTATORIO DE M. BAZIN

Quince años hace que el ingeniero francés M. Bazin está estudiando la manera de dar á los vapores

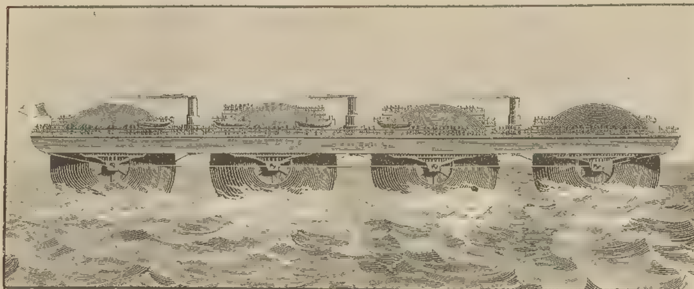


Fig 1. – El buque rotatorio de M. Bazin, visto de costado

un movimiento rotatorio para lograr de esta suerte una mayor velocidad; es decir, pretende sustituir los dos roces, el del oleaje y el de la marcha del barco, por uno solo, el rotatorio. Las tentativas hechas hasta ahora parece que han sido coronadas por el éxito.

He aquí cómo está construído ese buque, que bien puede llamarse el buque del porvenir. Imagínese una gran plataforma sostenida por grandes ruedas huecas (tambores) y mantenida por éstas á una altura de seis ó siete metros sobre la superficie del agua. Debajo de esa plataforma hay en el sentido de la longitud y de la anchura veinte cilindros de acero de 80 centímetros de diámetro que, descansando sobre fuertes soportes, transmiten el movimiento de la máquina á las ruedas. En la plataforma están situados los cama-

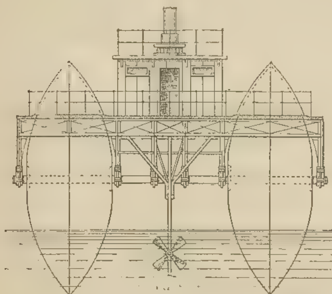


Fig. 2. – Sección del buque rotatorio de M. Bazin

rotes, el comedor, los salones y las máquinas, de modo que este barco mirado por arriba parece un coche monstruo.

Como las ruedas giran alrededor de su eje sin moverse del sitio, es decir, sin andar, M. Bazin, á fin de imprimir al buque un movimiento de avance, le ha puesto una hélice de pequeñas dimensiones (véase figura 2) que comunica á aquél un movimiento impulsivo.

El problema más difícil de resolver era el de la dirección: fácilmente se comprenderá que el sistema de timón usado en todas las embarcaciones era de imposible aplicación en un barco como el rotatorio, cuya cubierta está á seis ó siete metros sobre la superficie del agua, sumergiéndose en ésta únicamente una parte de las ruedas. En su consecuencia M. Bazin ha inventado un sistema de timón hidráulico sumamente original, que desarrolla una fuerza extraordinaria: consiste en una columna vertical movible puesta en la popa del barco y sumergida en el agua, que maneja el timonel; de esta columna sale un poderoso chorro de agua que consume 300 caballos de fuerza que con energía de reacción puede ser dirigido á todos lados, de manera que no se pierde ninguna fuerza, como sucede con los timones actuales, que producen un roce considerable. Con este timón puede hacerse virar en redondo el barco sin moverse de su sitio, hasta en su mismo anclaje, y la embarcación á una velocidad de 31 nudos puede pararse de repente y luego tomar una marcha de $^1/_2$ ó $^1/_4$ de nudo para echar el ancla.

La velocidad del buque rotatorio de M. Bazin depende del tamaño de sus ruedas, habiendo resultado de las pruebas hasta ahora verificadas que esa velocidad equivale al 60 por 100 de la circunferencia de las ruedas: M. Bazin espera hacerla llegar al 70.

Hace poco navegó por el lago del bosque de Vincennes en París un buque modelo de esta clase, de 5'25 metros de longitud, construído en la proporción de $^1/_{20}$ de un gran vapor de 5.000 toneladas: las pruebas dieron una velocidad de 42 nudos por hora.

Las personas peritas, ingenieros, oficiales de marina, etc., que asistieron á esas pruebas quedaron tan satisfechos del resultado que en seguida se constituyó una sociedad para facilitar á M. Bazin 300.000 francos, con cual cantidad se construirá un vapor de 25 metros de eslora por 11'80 de manga, con cuatro ruedas, que dentro de algunas semanas hará la travesía de prueba entre Dieppe y Newhaven. Si esta prueba da buen resultado, se procederá desde luego á la construcción de un vapor de pasaje para hacer los viajes entre el Havre y Nueva York. Las ruedas de este buque tendrán 22 metros de diámetro, de los cuales siete y medio se introducirán en el agua: la circunferencia máxima es de 69'08 metros. Y como, según hemos dicho, la velocidad equivale al 60 por 100 de la circunferencia, las ruedas recorrerán en cada vuelta completa un espacio de 41'44 metros, y dando cada rueda 24 vueltas por minuto la extensión recorrida en este tiempo será de 994'56 metros, ó sean 59'674 kilómetros, equivalentes á 32'22 nudos por hora. La distancia del Havre á Nueva York, que es de 5.900 kilómetros, será pues recorrida por el buque rotatorio en 96 horas. – X.

***

LA NAVEGACIÓN AÉREA EN PARÍS EN 1900

Con ocasión de la Exposición Universal de París de 1900 se verificarán en el bosque de Vincennes ascensiones aerostáticas: para entender de todo lo que á éstas se refiere se nombró una comisión que comenzó por pedir un crédito de 476.000 francos, cifra que luego ha quedado reducida á 300.000, y con la cual se ha de atender á las necesidades siguientes:

1.° Los gastos necesarios para establecer en una situación cómoda una toma de gas suficiente para henchir rápidamente los globos por medio de un tubo de 400 milímetros de diámetro, que llevará el gas hasta el pie de las tribunas, merced á lo cual las ascensiones se verificarán en condiciones no realizadas hasta ahora, pudiendo henchirse seis globos á la vez.

2.° La construcción de un almacén que sirva para guardar el material de aerostación y que permita la exhibición, no sólo de las telas, redes, válvulas, sino que también de las jarcias y de los instrumentos científicos que habrán de llevar consigo los aeronautas.

La comisión desearía que la navegación aérea se desenvolviese en un sentido eminentemente científico, para lo cual sería preciso que sólo se admitiesen en los concursos de 1900 los globos que ofreciesen condiciones de seguridad suficientes y aeronautas que hubiesen verificado anteriormente ascensiones.

La comisión ha acordado que los concursos sean graduados y eliminatorios; es decir, que en los últimos, en los cuales se concederán los premios más importantes, sólo tomen parte los vencedores de los anteriores concursos.

La partida de los globos irá acompañada de sueltas de palomas mensajeras, que se verificarán en palomares reunidos telefónicamente al recinto de las ascensiones.

También se propuso organizar ascensiones retrospectivas, en las que figurarían globos de formas iguales á las de los que han desempeñado un papel en la historia de la navegación aérea; pero como la administración no puede atender á los considerables gastos que exigirían las construcciones de esta clase, se limita á estimular con algunas primas ó recompensas honoríficas á los particulares que se distingan en esa reconstitución del pasado. Lo mismo se hará con los que presenten formas nuevas y ventajosas.

Las ascensiones de globos cautivos han sido desechadas á fin de que la administración no haga la competencia á las instalaciones particulares autorizadas en la exposición del Campo de Marte y de los Campos Elíseos; pero no sucede lo mismo con las ascensiones de globos cautivos locomóviles. Desgraciadamente estas ascensiones sólo las verifican los gobiernos, de modo que el concurso quedaría limitado á los diferentes servicios aeronáuticos militares. Cierto que esta exhibición ofrecería grandes ventajas y pocos inconvenientes desde el punto de vista profesional, puesto que todos los parques aeronáuticos sirven en las grandes maniobras de los distintos ejércitos europeos; pero la comisión no ha podido hacer otra cosa que llamar la atención del gobierno acerca de este particular, no habiéndose creído autorizada para formular ningún acuerdo sobre el mismo.

Lo propio sucede con los peligros que la fotografía en globo puede tener para la defensa nacional: la comisión no ha hecho más que llamar la atención de la administración, aconsejándola que se atenga á las resoluciones de la autoridad militar; sin embargo, ha creído justo proponer que las medidas que se adopten sean obligatorias para todos, sea cual fuere su nacionalidad, á fin de no crear privilegios contrarios al principio de una exposición internacional. – X.

***

EL MICROFOTOSCOPIO

Las vistas fotomicrográficas ofrecen actualmente grandísimo interés, así para los estudios científicos como para la simple curiosidad de los espectadores.

Hasta ahora dolíanse los que á esos estudios especiales se dedican de no tener un aparato único que les permitiera, después de haber hecho un estudio microscópico, conservar el resultado del mismo por medio de una fotografía que pudiera luego pasarse á un aparato de proyección; en una palabra, deseaban evitar las complicaciones que en los estudios microscópicos ó fotomicrográficos se ofrecen.

Hoy este deseo se ha realizado, pues el aparato que reproducimos llena cumplidamente el objeto con la sola condición de que se disponga de una cámara obscura de suficiente tirada.

La figura 1 reproduce, para dar idea del montaje, un buen microscopio ordinario, que comprende: un pie G que permite la inclinación del cuerpo hasta 90 grados, una cremallera rápida de doble piñón A, una platina móvil en todos sentidos B, un tornillo micrométrico de vaina prismática C, un portadiafragmas de excéntrico D, un espejo plano por una

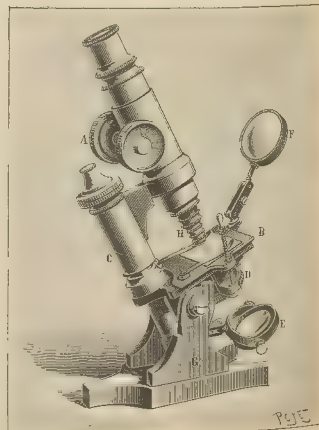


Fig. 1. – Microscopio ordinario montado sobre un

cara y cóncavo por la otra E y un condensador de luz F: estos dos últimos accesorios montados cada uno en articulación.

No hablaremos del sistema óptico, porque la vuelta de tornillo H es universal y en ella puede colocarse cualquier objetivo.

Tal es el aparato que sirve como microscopio. Cuando se quiere emplear este aparato para la microfotografía, se inclina el microscopio en una línea horizontal (fig. 2), se quita el espejo, y luego se atornilla una pieza de prolongación I en el sitio en donde estaba antes este espejo. Hecho esto, se vuelve á colocar por medio de un vástago preparado *ad hoc* el espejo cóncavo E, que entonces sirve para dirigir el rayo luminoso, al través de la lente condensadora, hacia la preparación. Este rayo luminoso puede provenir de la luz difusa ó de un foco de luz artificial.

En esta situación la preparación microscópica no estaría iluminada regularmente, pues los condensadores de microscopio son generalmente lentes planoconvexas y por consiguiente concéntricas: este defecto se corrige por medio de una combinación óptica que se pone en lugar del mismo diafragma y que, según las curvas, recoge los rayos en su punto central de convergencia para distribuirlos sobre la preparación con una igualdad tan perfecta como es posible.

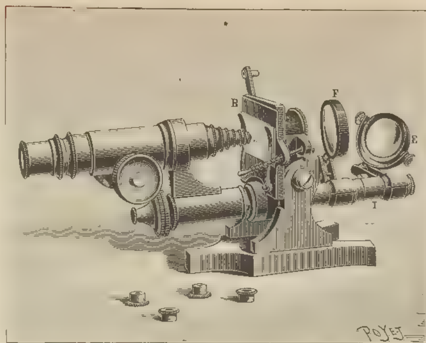


Fig. 2. – El mismo microscopio montado en su posición de aparato fotográfico

El aparato en estas condiciones dispuesto puede emplearse para la fotomicrografía: basta disponer en el ocular una cámara obscura de tirada suficiente; poner en placa, operación facilitada por la platina móvil B; poner á foco por medio del tornillo micrométrico C, y reemplazar el cristal opaco por una placa fotográfica.

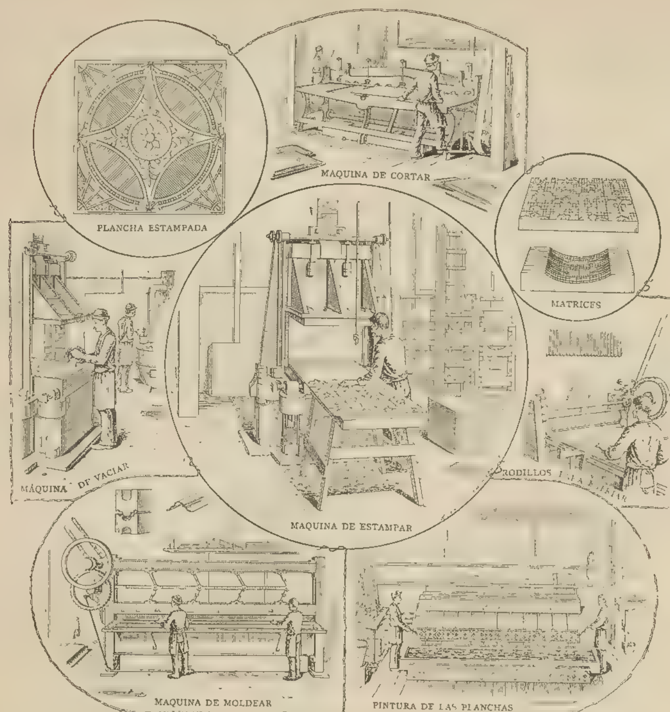
El sistema de ajuste en la cámara obscura es muy sencillo y por la misma razón muy práctico: consiste simplemente en una hoja de caucho fijada en la planchita de la cámara por medio de un disco de cuero y cortada de modo que presente un agujero algo más pequeño que el portaocular.

De este modo el aparato se cierra perfectamente con sólo apretar el portaocular por la abertura del disco.

ALBER

(De *La Nature*)

FABRICACION DE CIELOS RASOS DE METAL



FABRICACIÓN DE CIELOS RASOS METÁLICOS ESTAMPADOS

En los Estados Unidos ha adquirido gran importancia la industria de la preparación de planchas estampadas de metales para los techos y tabiques de las casas particulares y edificios públicos, acerca de la cual vamos á dar algunos detalles.

Estas piezas de adorno se hacen de metal laminado. Una vez obtenidas se cortan en distintos tamaños y formas, pues las láminas tienen generalmente unas 24 ó 30 pulgadas de ancho por 120 de largo. Las de acero suelen tener de 20 á 32½ pulgadas de ancho por 120 de extensión.

El grueso de las de hierro es el conocido con el número 27 y el de las de acero con el 28.

En la adjunta ilustración, el grabado superior de la derecha representa la máquina de cortar. Apenas necesita descripción, pues el grabado bien la da á conocer. Tiene un cortador cuya hoja es de unos 10 pies de largo, compuesta de dos piezas, cada cual de unas 4 pulgadas de ancho y un grueso de ⅝ de pulgada. Son de acero. Unida á la máquina y enfrente de la hoja del cortador hay un agarrador, que por medio de un resorte sujeta bien la lámina hacia abajo y en el banco del aparato hasta que éste ha dado el golpe que ha de dividirla.

Las láminas pesan unas 9 libras cada una, y un buen operario puede cortar unas 30 láminas por hora. Una vez cortados los trozos de láminas, pasan á la prensa de estampar, para la cual se preparan de antemano las matrices, compuestas de dos piezas distintas superpuestas.

La inferior es de acero, y su tamaño varía desde 14 hasta 32 pulgadas cuadradas, con un grueso de unas 3 pulgadas. Este molde ó matriz se asegura fuertemente en el lecho de la prensa de vaciar ó moldear por medio de 4 tornillos de los extremos con sus correspondientes tuercas.

La superior se hace de peltre ó de cinc del comercio. Para formar esta matriz se le pone á la inferior un marco de madera, y se le vacía encima el metal fundido hasta obtener una capa de unas 3 pulgadas de espesor que sobresale el marco de madera mencionado.

El martillo de la prensa de vaciar tiene un número de tornillos que sobresalen hacia abajo unas dos pulgadas.

Vaciado el metal se baja el martillo de la prensa hasta tocarlo, y se le deja enfriar lo que toma unos 20 minutos. Después se levanta el martillo con la matriz asegurada por medio de los tornillos mencionados y las tuercas que se les ponen. La prensa queda, pues, lista para estampar, como se ve por el grabado central.

Obtenida la matriz superior, se pone sobre la inferior, que es de bajo relieve, el pedazo de lámina que se quiere estampar, y se deja caer el martillo con la matriz superior por medio de un pedal que al efecto tiene la prensa.

Si se quieren varias impresiones en una misma lámina más larga que la matriz se le llama hacia afuera, como lo indica el grabado, y se vuelve á bajar el martillo.

Este con su matriz pesan unas 2.800 libras, y la caída es de unos 2 pies. El martillo se levanta á mano por medio del mecanismo adecuado de fricción. De ese modo se pueden estampar de unos 500 á 1.000 adornos como el representado en el primer grabado de la izquierda. Cuando no se quieren ya las matrices pueden volverse á fundir.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 17 de junio de 1895 — Núm. 703



CARMENCITA

copia directa de un cuadro de Enrique Serra

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

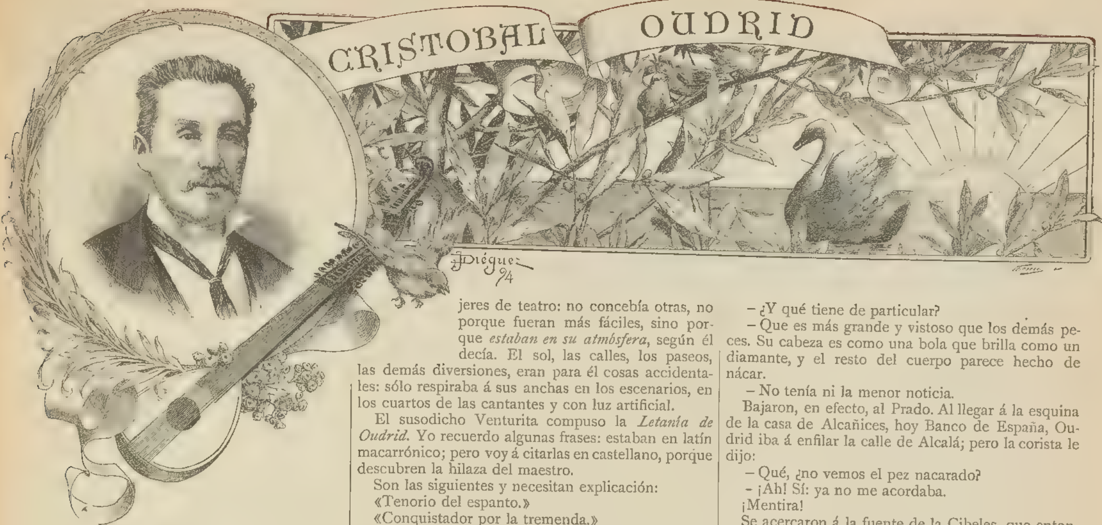
Las recepciones académicas en París. – El poeta Heredia y su discurso. – La contestación de Coppée. – Cuba y Heredia. – Un libro alemán acerca del descubrimiento de América. – Influencia de la Europa Boreal en la obra de Colón. – Una recepción en la Academia Española. – Reflexiones. – Conclusión.

Regalo del alma toda fiesta intelectual. Ir á un museo donde se revelan los ideales en formas hermosísimas; contemplar una tranquila noche desde buen observatorio las estrellas; asistir á recitaciones de versos, como los de Zorrilla ó Hugo, por los propios inmortales poetas; escuchar un discurso de Lamartine ó de Donoso; personarse en recepciones académicas que os ofrecen espectáculos como el chispazo y relampagueo de ideas altísimas luciendo á los ojos y penetrando por los nervios, es ocupación religiosa, como pueda serlo el presenciar las liturgias y ceremonias de un culto. Aquí no sabemos cuánto embarga el espíritu de la buena sociedad parisiense ó la candidatura para un sillón vacante ó la fiesta literaria que sigue á cada designación de académico. Llegan á formarse partidos numerosos en París por unos ú otros candidatos, así como á constituirse bandos gratuitos de alabarderos, tan dispuestos al aplauso como los alabarderos pagados de las representaciones teatrales. Imaginaos qué habrá sucedido en la recepción del cubano Heredia, tan glorioso y tan aplaudido por un ramillete de versos que dentro del puño caben y se distinguen por su perfección literaria. En el amor á lo extranjero y á lo exótico, reinantes hoy sobre Francia, quien ha vuelto desde su desamor al inspirado Wagner á un culto fervoroso por el genio escarnecido antaño, y desde su indiferencia glacial hacia lo publicado allende sus fronteras á una especie de neurosis por el ruso Tolstoy, por el noruego Ibsen, por el flamenco Maeterlinck, proclamados excelsos, no diré sin juicio, pero sí diré sin examen, lógico el entusiasmo por un tropical que tiene algo del cóndor según su vuelo, y algo del colibrí según los colores de su imaginación, y algo del sinsonte según la melodía de sus versos. El Sr. Heredia no podía menos de recordar á Cuba su patria, creyéndose como se cree á sí mismo descendiente de los descubridores. ¡Y cuál soplo cargado de aromas picantes y de polen fecundísimo y de vibraciones tropicales no pasaría por el concurso parisiense al oir el nombre de la hermosa isla y renovar el recuerdo de su inmortal descubridor! Yo he leído y releído mil veces los concisos párrafos que Colón en el diario de su primer viaje consagra con acentos épicos á la invención de Cuba. Muy retenido antes, no suelta el freno á su admiración. Pero llegado Colón á Cuba, no se contiene ya su genio, no se reserva su estilo, no se limita su entusiasmo, estallando los vocablos y frases y pensamientos en fulguraciones como las que abrasan á un poeta inspirado cuando lo posee la fiebre de su inspiración, y en hipnosis extrañas como las que dominan á un místico cuando se anega con enajenación en el seno de Dios. Y todo lo justificaba el horizonte tropical inundado por intenso éter; el Atlántico entre azul celeste y opalado rosáceo, como una gigantesca madreperla; los arrecifes áureos esmaltados de conchas y nácares; las bocas de los ríos ceñidas con cañaverales bravos y bambúes flotando á guisa de florestas ó macetones móviles; los cayos cubiertos de follajes acuáticos animados por innumerables infusorios; en los lejos, montes y picos esmaltados por un lila y un púrpura, cuyos tonos semejan á condensaciones del iris; los ramajes, tan intrincados que parecen muro impenetrable de verdura, y tan pintados y de tal brillo que parecen rica pedrería las flores y las frutas pendientes de sus varas; el voluble volar de las mariposas, en cuyas membranas, que les prestan y les sostienen el vuelo, parecen la gualda y el murice y el añil esmerándose para que finjan como ramilletes aéreos compuestos con todos los matices del prisma; los tejidos espesos de lianas ó enredaderas, que se extienden como alfombras pérsicas por el suelo bajo la umbría de los árboles que deslumbran los ojos con sus frondas y enloquecen el cerebro con sus esencias; el paso de las aves múltiples vestidas de plumajes deslumbradores como la sedería de Catay; los plátanos, de hojas tan amplias y de urdimbre tan fuerte, cual verdes mantos de terciopelo; los palmerales de cocos que salen del agua y llegan al empíreo; los helechos arborescentes al ingreso de las selvas vírgenes, formando por arriba como una bóveda impenetrable á los rayos solares y por las honduras como un océano de vegetación donde laten abismos llenos de vapores análogos con gasas de nubes indecisas; los maizales, de un verdor clarísimo, cargados con panojas que diríais torzales de sedoso brillo y cabelleras de áureo rubio; los palos campeches con sus pintores jugos y los guanábanos y los chirimoyos de regaladas frutas; los cactus con las estaturas del cedro y los caobos y los ébanos de sólidas tablas; las galegas medicinales con su estriado tronco; el diluvio de polen, las erupciones casi volcánicas de seres animados, la fragancia de olorés trascendentes á muy apartados lugares, el fragor de una sinfonía compuesta con el concierto de las olas hirvientes y de los ramajes movidos por brisas y casi estallando al exceso de su savia; todo el conjunto aquel de vida exagerada recordando el paraíso sin males del Adán bíblico sin pecados en el minuto de levantarse nuestro primer padre al soplo divino para recoger en sus venas los primeros misteriosos efluvios de la vida universal.

Y he recordado esto, porque parecía que un cubano debiera llevar á París la exuberancia tropical, no la perfección ateniense ó florentina. Tomaríaislo, sin embargo, por un heleno de aquellos que, junto á un mar celeste y sin tempestades, bajo un cielo sin vapores de nubes y sin agitaciones de vientos, sobre un suelo sin vegetación compuesto por piedras desgajadas del Pentelicio, cincela con buril agudo en sobrios dibujos figuras sugeridas por los versos serenos de Mosco y de Teócrito. Nuestro Lucano, tan enfático; nuestro Góngora, de tantas hipérboles; nuestro Calderón, guardando en cada imagen de las más externas un interno sublime pensamiento, parecen más del trópico y sus exuberancias que tal cincelador de frases hechas con el martillete usado por Arfe para golpear en el oro de sus custodias, ó con las pinzas de que Cellini se valía para coger las perlas y los aljófares de sus joyas. Así al lado de nuestro Heredia se nos aparece Víctor Hugo, como junto al joyero florentino su paisano Miguel Angel llevando rayos en la frente, huracanes en las barbas; y se nos aparece Lamartine como un Rafael pintando sus melodiosas Vírgenes y sus estancias celestiales, de una suave armonía, no discorde con lo épico de aquellos asuntos y lo sublime de aquellos personajes. *La leyenda de los siglos*, el poema puesto por Víctor Hugo en frescos murales que trazaran pinceles fulminantes como los manojos de llamas y centellas empuñados por Polifemo y Encelado, en Heredia se ofrece como una serie de camafeos hechos en piedras preciosas, pero tan diminutos, que para ver toda su perfección indudable necesitáis valeros de un vidrio aumentativo á través del cual se agranden y se pongan como de relieve y de bulto en vuestra personal admiración. Bien es verdad que tan eximio poeta, nacido en mares de vida inmensos y profundos, en los mares antillanos, se recluyó desde niño dentro de la Escuela de Cartas, respirando en vez de polen difundido por las palmas, los átomos y particulillas despedidos del viejo y empolvado pergamino en aquella Escuela. Creyendo yo que quien lo hermoso no admira es porque no puede mirarlo, uno mi aplauso al aplauso universal tributado en todos los pueblos á la coronación académica del gran poeta. Pero le mentiría, mentiría también á mi corazón y á mi conciencia si le callase cuánto me ha dolido leer que se llamase dos veces francés, cuando se nace sólo una vez, y esta vez nació Heredia español. La patria no es el blasón que se cuelga de una puerta para olvidarlo después ó exhibirlo en raptos de orgullo á la vista del huésped; es como el alma de innumerables generaciones que van dentro de nuestra propia alma, y quien la olvida ó la sustituye por otra patria, reniega de sí mismo renegando de sus padres. No hay honor en la tierra que supere al honor de haber nacido español. Yo traduzco lo del inglés: «Si no hubiera yo nacido en España, querría ser de España.» Mi patria y mi madre se han confundido para mí en una sola religión y en solo culto. Y crea Heredia que cuando se lee su discurso, de un francés tan contrahecho, y se le compara con el discurso del buen Coppée, de un francés tan espontáneo, se ve que el uno está en las escuelas de Cartas aprendido y el otro aprendido en las calles de París. No será francés todo aquel que quiera serlo.

Nuestro bueno y excelente amigo, el insigne literato alemán Fastenrath, que desde Colonia sigue con atención entusiasta el movimiento literario y científico de España, cual si estuviera en Madrid ó en Barcelona ó en Sevilla, y que nos manda continuamente sus libros con recuerdos y expresiones á esta segunda patria suya, danos muestra novísima de su acendrado hispanismo, consagrando un libro como suyo al descubrimiento de América. Mas á pesar de la predilección patente por el país que inspiró á Mozart su *Don Juan* y á Schiller su *Don Carlos*, no deja de buscar con diligencia y encarecer con exceso la participación que le cupo á su gente germánica en las exploraciones oceánicas y en los descubrimientos terrestres de nuestra maravillosísima edad creadora, la edad de los hallazgos españoles. Contamos en este punto nosotros tal copia de tesoros gloriosísimos, que podemos á nuestra guisa derrocharlos, sin temor de extinguirlos. Mas aparte del dato que llevó á la mente de Colón en Lisboa la noticia de los cálculos acerca del grandor de nuestro planeta hechos por Behain en la célebre ciudad de Nuremberg, aquel cosmógrafo que desde lejos instruyó á Colón, como pudiera instruir Regio Montano á Copérnico, pero que no fuera Colón, cual tampoco fuera Copérnico Montano, desconozco qué magna parte pueda tocar á los alemanes digna del agradecimiento universal. En las razas del Norte sólo hay dos familias de pueblos descubridores, la familia sajona en sus trasplantes á Inglaterra, y la familia escandinava, con especialidad las naciones danesa y noruega. Desde Islandia nada más fácil á los normandos que ir hasta los extremos boreales del Nuevo Mundo y topar con las islas del mar Glacial que se acercan á su polo Norte. Pero nunca se puede por esto asegurar que hallaran todo el continente americano y que tuvieran el derecho de los españoles á creerse sus reveladores. América fué descubierta por España y sólo por España. Mas nos vamos engolfando en disecciones eruditas y debemos dar cuenta de una recepción académica de Madrid, la recepción del insigne literato Sellés en la Española. De prensa y de periódicos ha disertado mi colega en discurso de muy correcto estilo y de fondo conceptuoso é ingeniosísimo. Contestóle mi amado genial amigo Echegaray. Cuando tengo en mis manos un periódico, cuando recorro sus columnas, cuando considero la rica diversidad de sus materias y la copia increíble de sus noticias, no puedo menos de sentir un rapto de orgullo por mi siglo y de compasión hacia los siglos privados de tal portento del humano trabajo, la creación más milagrosa entre nuestras creaciones. Todavía comprendo sociedades sin máquinas de vapor, sin telégrafos y teléfonos, sin las mil maravillas que la industria moderna sembrara en las vías triunfales del progreso, adornadas de monumentos imperecederos; mas imposible para mí una sociedad sin ese libro inmenso de la prensa diaria, en el cual se registran por una legión de escritores, que debían ser sagrados, nuestras angustias, nuestras vacilaciones, nuestros temores y los grados de perfección que vamos alcanzando en las cristalizaciones lentas del ideal de justicia sobre la faz de nuestro planeta. Los antiguos imperios de Asia tenían un colegio de historiadores muy venerados. Y algo de tal ministerio tiene la prensa diaria, sin que nosotros por creerla tan útil vayamos á declararla infalible y mucho menos impecable. Pero apagadla en los pueblos, y veréis cómo se mascan las tinieblas y se impone á todos una terrible tiranía. Y la prensa, con darnos tales provechos, nos da también la gloria inmarcesible de su rica literatura, elevada entre los españoles á cumbres tales, que no podemos envidiar en esto á ningún otro pueblo. Así aplaudimos con aplauso sincero el tema escogido por Sellés, en parte alguna de tanta oportunidad como en el seno de la Real Academia Española. Pero debo decir á mi compañero y amigo que descuidó un tanto la historia de tal institución y olvidó mencionar aquellos héroes de la pluma, los cuales, durante la edad épica de nuestra revolución, llegaron á cambiar con un artículo toda la faz de nuestra sociedad y hacer temblar sobre sus cimientos las instituciones más arraigadas en el espacio y más seculares en el tiempo. La historia de los grandes principios y de las instituciones progresivas encierra en sí una viva filosofía.

Madrid, 6 de junio de 1895.



SEMBLANZA

—Oiga usted, Oudrid, ¿cuándo y á qué hora estará usted en casa?

—¿Para qué?

—Para leerle una zarzuela.

—No, en mi casa no: siempre estoy en la cama ó haciendo música ó aseándome. La leeremos en el teatro, en los entreactos ó después de la función.

Este diálogo indica que Oudrid nunca tenía casa para los demás. Yo no sé de nadie que haya pisado la casa de Oudrid, lo cual daba lugar á comentarios y suposiciones. Ventura de la Vega, hijo del insigne escritor y hermano del donoso sainetero, á quien todos llamábamos Venturita, aseguraba que había descubierto el secreto. Según él, Oudrid tenía en su casa una señora italiana paralítica, antigua amiga suya, gran compositora de música, y que escribía al maestro todas sus partituras. Lo cierto era que la impenetrabilidad en su casa constituía una de las muchas particularidades de aquél. En cambio, si no en su domicilio, se exhibía en público en todas partes, desde las nueve ó diez de la mañana hasta las tres ó cuatro de la madrugada. Atildado, cuidadosamente peinado, limpio como los chorros del oro, Oudrid no permitía que ni la más imperceptible mota invadiera su traje, y continuamente se las estaba quitando con las manos. Tanto aseo era ofensivo y desesperador. A veces subía una multitud de gente por la calle de Alcalá ó Carrera de San Jerónimo, presurosa y azorada porque habíala sorprendido en el Prado ó Recoletos un turbión de agua ó viento: todos venían polvorientos ó mojados, y Oudrid entre ellos, tan resplandeciente de aseo como de costumbre: parecía que andaba metido en un fanal invisible. ¿Cuándo dormía? ¿Qué talismán de repulsión poseía contra la suciedad? Venturita, tomando una frase de Shakespeare, decía que «Oudrid había matado al sueño.» La figura del popular maestro ofrecía también particularidades. Alto, de buena presencia, sus formas estaban demasiado redondeadas. Era imberbe, y sólo un conato de bigote sombreaba su labio. No parecía español, sino piamontés, y en resolución, su aspecto hubiera sido afeminado sin la expresión maliciosa y picaresca de su fisonomía. En cuanto á su parte moral, se escurría al análisis, como la anguila de entre las manos; sin embargo, pueden marcarse tres puntos salientes en su carácter: era mujeriego, rencoroso y de mala lengua: Oudrid sólo vivía por y para esta trilogía; no tuvo nunca más inclinaciones, vivió sin amistades, y, por lo menos aparentemente, sin afecciones. Tenía una erudición musical asombrosa y cazaba al vuelo los plagios ó repeticiones de sus compañeros de profesión. Cuando no dirigía orquesta, oía en el escenario el estreno de partituras: se cantaba una pieza y Oudrid exclamaba: «¡Aubert! ó ¡Stradella! ó ¡Cimarosa!» A todos los maestros les había puesto motes, según las aficiones musicales de éstos; sólo á uno muy italianizado le llamaba Pórpora, y explicaba el contrasentido porque el susodicho maestro tenía una *discípula* predilecta, que llevaba el mismo nombre que la heroína de la célebre novela de Jorge Sand, entonces muy en boga.

Pero la pasión culminante de Oudrid eran las mujeres de teatro: no concebía otras, no porque fueran más fáciles, sino porque *estaban en su atmósfera*, según él decía. El sol, las calles, los paseos, las demás diversiones, eran para él cosas accidentales: sólo respiraba á sus anchas en los escenarios, en los cuartos de las cantantes y con luz artificial.

El susodicho Venturita compuso la *Letanía de Oudrid*. Yo recuerdo algunas frases: estaban en latín macarrónico; pero voy á citarlas en castellano, porque descubren la hilaza del maestro.

Son las siguientes y necesitan explicación:

«Tenorio del espanto.»

«Conquistador por la tremenda.»

«Baratero del amor.»

En efecto, Oudrid era todas estas cosas, aunque algo exageradas; pues al fin y al cabo, por buen mozo, elegante y de conversación ingeniosa, no debía ser repulsivo á las mujeres; sin embargo, como era frívolo y veleidoso, para rendir á tantas tenía que valerse de armas de mala ley, cuales eran su fama de vengativo y mal hablado. La incisiva característica señora Baeza solía decir: «Con todo el mundo en guerra, menos con Oudrid é Inglaterra;» y esta frase, que cundió por lo interior de los teatros, creó al maestro una reputación de *temerón*, que preocupaba á todas cuantas él ponía la proa. Dado su carácter rencoroso, como maestro atendido por las empresas y como director de orquesta, casi siempre tenía medios de vengarse de desaires, haciendo *embrollarse* en escena á una cantante, ó valiéndose de otros procedimientos; he aquí algunos: una de las cantantes que hacía el papel de ciega en *Los Magyares* acostumbraba á ponerse zapatillas durante los entreactos. Oudrid acechó ocasión y untó de pez el calzado que aquélla sacaba á escena: la avisaron la salida, calzóse precipitadamente, el cuarto estaba en el mismo escenario, y la pobre mujer, ya ante el público y en situación de acción muy movida, se tambaleaba y se la pegaban los pies á las tablas, produciéndose la chacota consiguiente. En otra ocasión, cuando una tiple cantaba una romanza muy poética en la que decía:

> Baña el claro y azul cielo
> la luna con su fulgor...,

Oudrid, que no dirigía, hizo sonar la caja de los truenos, que estaba en una escalera del teatro de la Zarzuela, y... ¡figúrense ustedes!

Se encaprichó mucho por una corista que se le resistía. Una tarde de ensayo la dijo: «Esta noche no hay función: aprovechémosla para comer juntos. Voy á su barrio de usted á un asunto, y dentro de una hora la aguardo en la puerta de su casa, para que avise que no come en ella.» La corista no contestó; pero Oudrid quiso interpretar su silencio por asentimiento. La esperó, como había dicho, más de una hora; no se atrevió á volver al teatro por recelo de que ella viniese por otro camino, y creyó excusado subir al piso, puesto que él no la había visto entrar. Al día siguiente ella le dió explicaciones que le satisficieron á medias; mas posteriormente supo que la casa de la corista, situada en la calle de Valverde, tenía comunicación con la de Fuencarral, y que por consecuencia aquélla habíale hecho sufrir un plantón. El maestro no se dió por entendido. Uno de los días de Carnaval, en el baile de la Zarzuela, invitó á cenar á la *burladora*. Cenaron en el intermedio, é inmediatamente después ella mostró deseos de volver á su casa. Oudrid quería tomar un coche.

—No, le dijo la corista; estoy algo mareada, el aire me hará bien.

—Supongo que sí, para lo cual, si á usted le parece, bajaremos al Prado por la calle de la Greda y subiremos por la de Alcalá; con eso veremos el pez nacarado.

—¡Un pez! ¿Qué pez es ese?

—¡Cómo! ¿No sabe usted? Pues todo Madrid va á verle. Es un pez filipino que han echado al pilón de la Cibeles...

—¿Y qué tiene de particular?

—Que es más grande y vistoso que los demás peces. Su cabeza es como una bola que brilla como un diamante, y el resto del cuerpo parece hecho de nácar.

—No tenía ni la menor noticia.

Bajaron, en efecto, al Prado. Al llegar á la esquina de la casa de Alcañices, hoy Banco de España, Oudrid iba á enfilar la calle de Alcalá; pero la corista le dijo:

—Qué, ¿no vemos el pez nacarado?

—¡Ah! Sí: ya no me acordaba.

¡Mentira!

Se acercaron á la fuente de la Cibeles, que entonces no tenía la barandilla con que después la rodearon: asomáronse ambos al pilón; ella, por ser bajita, muy empinada sobre la punta de los pies.

—No veo ningún pez.

—Ya saldrá. ¡Como no le hemos anunciado nuestra visita!.. ¡Ah! Ya me parece que le veo.

—¿Dónde?

—Aquí, debajo de nosotros. Asómese usted bien.

La corista se empinó más: entonces Oudrid, con un movimiento rápido, asióla por las piernas, la zambulló de cabeza en el pilón y se alejó de prisa. La noticia del chapuzón propalóse por los coliseos. Un hermano de la víctima, ex marino, que se las echaba de guapo, desafió al maestro; éste le partió la cabeza de un sablazo, y con el duelo y la aventura del pez nacarado se consolidó su reputación de *Tenorio del espanto*, como rezaba Venturita en su letanía.

Pero las mujeres acorraladas por Oudrid tenían una vengadora en doña Marta Revé, dama antigua y consagrada por el uso, andaluza con ribetes de literata é ínfulas musicales, que daba en su casa reuniones de escritores y músicos de pacotilla. Enamoróse ésta perdidamente del autor de *Moreto* y le acosaba en todas partes donde le veía. Le tomaba la cara, diciendo estas ó parecidas cosas: «¡Ah, mi hermoso músico, vale usted más que la Giralda y el Alcázar y la Torre del *Loro* y la Alhambra y todas las cosas bonitas que hay en Andalucía! Si sigue usted no haciéndome caso, voy á concluir por tirarme por el Tajo de Ronda.»

El lector comprenderá que doña Marta estaba loca.

Y ¡cosa rara! ¡Misterio psicológico que ni la psicología podría aclarar! Oudrid, tan descarado con hombres y mujeres, se azoraba en presencia de la vieja erótica, quedándose como hipnotizado. Hacía propósitos *de reventarla de una patada*, y cuando volvía á verla experimentaba nueva fascinación. La noche del estreno del *Molinero de Subiza*, la preciosa jota valióle al maestro un éxito tan ruidoso como merecido; pero la presencia de doña Marta Revé, que le esperaba á la salida del teatro, le proporcionó un ataque de bilis mayúsculo.

Era Oudrid muy ocurrente: parecía madrileño, aunque no lo fuese.

—¿Sabe usted, maestro, que Pablo Iradier se parece á usted?

—Sí, en que me debe un duro.

—¿Conque Gaztambide, que nunca convida más que á sus contertulios, le ha invitado á usted para el día de su santo?

—Sí; pero yo no voy.

—¿Por qué?

—¿No sabe usted lo afrancesado que es Gaztambide? Necesitaría intérprete para hacer la digestión.

A los matrimonios sin hijos les llamaba *Abelardos*, á las coristas no agraciadas *Cari-feas*. Decía que el cerdo y la mujer son las bases de la creación: la materia y el espíritu. Aseguraba que su nombre de Cristóbal era una corruptela del de Tubal, inventor de la música, y explicaba que ésta es la lengua universal, porque no dice nada, dejando al que la oye que se diga lo que quiera. En una ocasión, la citada característica Baeza le dijo en broma:

—¿Pero por qué no me hace usted el amor como á todas?

Y Oudrid contestó:

—¡Ay, señora, porque usted es la Oudrid de las mujeres, y pan con pan no nos sabría á nada!

Meses antes de morir se enamoró *de veras* de una conocida ramilletera; pero ella no le hizo caso: es más, viendo que la rondaba, le dijo: «Oiga usted, señor Oudrid, conmigo pierde usted el tiempo. ¡Sé cómo las gasta usted con las mujeres; pero tenga entendido que si yo *me cuelo* alguna cosa, le arranco esos cuatro pelos que tiene por bigote! Conque al avío.»

Y por fin, la casualidad, que no me atrevo á decir la Providencia, castigó al maestro por do más pecado había. Iba una tarde por la calle del Turco, embebecido en ver los bajos de una señora, algo remangada por causa de la lluvia, y metió una pierna por el agujero de una losa que daba descenso á la alcantarilla. Llevó un golpe tremendo, y desde entonces perdió todas sus energías intelectuales y físicas. Pasó una temporada en el Escorial para reponerse, y allí quiso escribir música para un libreto que tenía, titulado *Los cazadores;* pero según decía él mismo: «Pensé escribir una introducción venatoria y me salió un *De profundis*.

En resumen: Oudrid fué un excelente compositor de música, inútil á los hombres (excepto en su arte) y calamitoso para las mujeres.

F. Moreno Godino

EXPOSICIÓN NACIONAL

DE BELLAS ARTES

III

Llaman la atención entre las obras escultóricas expuestas, en primer término el grupo en yeso titulado *El sacamuelas*, del joven escultor asturiano Folgueras, autor de *Los primeros pendientes*, premiado en la Exposición nacional de 1890, y la estatua sedente de *Séneca*, obra del artista cordobés Inurria.

Ambos escultores pertenecen al grupo de los que buscan la verdad únicamente en la forma, estudiando el modelo con excesiva escrupulosidad anatómica. Ya he dicho en mis anteriores artículos cómo, á mi juicio, tal camino es de los que llevan á la anulación de las genialidades que son características del verdadero artista, pues convierten á éste en hábil mecánico, haciéndole descender de las regiones donde se columbra el verdadero concepto de la belleza á lugares donde, según la gráfica expresión vulgar, *no se ve más allá de las narices*. Pero dentro de ese rumbo naturalista y modernista que sigue la escultura del día, Folgueras é Inurria se nos muestran como maestros. *El sacamuelas* es un grupo estudiado con gran detenimiento, con un dominio notable de la técnica, si bien algo monótona la ejecución y disposición de los pliegues. Las actitudes del paciente y del *dentista* están sorprendidas con acierto digno de obra de más empeño, en la cual hubiera podido Folgueras demostrar cumplidamente lo que vale y lo que de un talento indiscutible puede esperar la escultura española. *El sacamuelas* reducido á una cuarta parte del tamaño que le dió su autor, sería un *bibelot* graciosísimo.

La estatua del filósofo cordobés Lucio Aneo Séneca, modelada por su paisano Inurria, tiene trozos admirables de ejecución, por ejemplo, la espalda y las manos. La cabeza, quizá demasiado recargada de detalles, resulta un poco dura, aun cuando con bastante espíritu. Toda la estatua carece de grandiosidad: he aquí el resultado inmediato de la tendencia á que aludo más arriba. Enfrascado el artista en el estudio de un trozo del natural, aquilata el detalle, olvidando el conjunto. Mas, á pesar de esto, la obra de Inurria hubiera sido propuesta para una medalla de oro, como el grupo de su colega Folgueras, si no desapareciese el torso del filósofo entre los pliegues de un manto colosal y hundido más de una tercera parte en los almohadones de la silla.

El afilador es otra de las esculturas que revelan en su autor Viciano y Martí á un artista de alientos grandes, si no se malogra por seguir la moda del naturalismo modernista. Representa esta estatua á un *amolador árabe*, afilando largo alfanje en una piedra de las destinadas á ese uso y que hace girar con el pie derecho.

Tiene esta figura un escorzo atrevidísimo. Violentamente inclinada sobre la citada piedra de afilar, no planta sobre el pie izquierdo lo suficientemente á plomo, para que no se le ocurra al que la contempla la idea de que aquel moro, en el momento mismo en que ponga en movimiento la cigüeña que hace girar la piedra, se vaya de cabeza sabe Dios adónde. Pero aparte de esto, como también dejando á un lado la escasísima importancia del asunto y sobre todo lo de no ser escultórico, no puedo menos de confesar que á trozos está bien modelada la figura y en general dibujada con seguridad.

No pasaré adelante en esta reseña sin hacer unas ligeras reflexiones que se me ocurrieron contemplando las tres esculturas aquí descritas. La escultura propiamente dicha, no la talla en madera, apenas ha tenido cultivadores en nuestra patria. Al presente, número grande de jóvenes viene á probar al mundo entero que también en esta tierra el arte que inmortalizó á Miguel Angel, á los Leoni, á tantos otros grandes artistas del Renacimiento, que puso tan alto á los David d'Angers y ahora á los Fremiet, Carpeaux y Rodin, es arte que no tiene secretos para ellos, y que en la patria de Rosales y Fortuny, Domingo, Plasencia y Pradilla, existen émulos de los celebrados estatuarios franceses, belgas, ingleses y alemanes, cuyas obras admiramos diariamente. Pero si es cierto que, manejando el barro, copiando el natural, esos jóvenes no tienen por qué envidiar las dotes de aquéllos, no es menos cierto que abandonados á su carácter impresionista, aceptan á ojos cerrados aquellos derroteros estéticos que un extravío ó un estragamiento del gusto impuso á una parte de los artistas franceses, llevándoles á buscar en el modelo lo que el modelo por sí solo no tiene, esto es, la belleza sintética, que solamente reside en la especie.

Pero aún sería esto disculpable si en el cuidado con que el escultor escogiese el modelo se viese una determinada tendencia á buscar la verdad dentro de aquella armonía de las partes en el todo, que debe dominar por completo, especialmente en la obra escultórica. Que la belleza no consiste en trazar figuras de líneas más ó menos delicadas y de facciones diseñadas con arreglo á un patrón, sino en dar á cada una aquel carácter propio que es peculiar del ambiente en que vive. Y me contentaría por ahora con esto; mañana, ante los *Burgueses de Calais* de Rodin ó ante la *Marsellesa* del arco de la Estrella, ya estudiaríamos por qué en lugar de *sacamuelas*, ó de figuras de viejo más ó menos vulgares, ó de tipos que ni tienen el valor de representar una colectividad, la más insignificante, no habían de esculpir algo digno de este siglo que muere y que tan gran importancia ha tenido en la historia de la humanidad.

Rodrigo Álvarez y Blanco ha modelado una estatua de *David* que tiene gran parentesco con *Apolo*, con *Narciso* y con otras estatuas clásicas. Yo, que reconozco las buenas cualidades de la obra del señor Álvarez, que veo con placer cómo este escultor no echa en saco roto las enseñanzas que ofrecen en sus obras griegos y romanos, quisiera sin embargo que fuese personal, que no olvidando lo que se debe al buen gusto pensara más en la verdad, y que nos mostrara cómo la siente él, no cómo la traduce de los clásicos. El Sr. Álvarez, que modela muy bien y que dibuja discretamente, no debió jamás irse por los trigos ajenos, sino por los que son de su propiedad, que los tiene, como acabo de decir, y pensar también que lo inverosímil no puede admitirse, como en efecto no se admite hoy en ninguna obra, y si esa inverosimilitud es cursi además, mucho menos. ¿No le parece que al pastor David, vestido con pieles de oveja, no le cae muy bien que digamos una cabellera peinada según la moda de los días de Pericles y sujeta con una cinta como si fuese cualquiera de las hetarias de la Grecia de Fidias?

Más me gusta, con sus desdibujos y con sus defectos de modelado, *El último viva* de Eugenio Carbonell. Para este escultor todavía hay asuntos grandiosos, todavía hay patria. Aquel soldado que cae lanzando con el último suspiro un viva á la patria, es una nota enérgica, vigorosa, que revela á un artista inspirado. Ángel Trilles, uno de los más notables escultores jóvenes que contamos, pero que tiene el defecto de no estar jamás en disposición de trabajar, exhibe una hermosísima cabeza de mujer, de líneas severas, de expresión sentida. Alsina figura con dos cabecitas de barro delicadamente modeladas. Claramunt ha enviado la estatua en yeso de *Un fraile mercenario tocando el violoncello*. Una estatua recomendable por más de un concepto, pues tiene trozos bien modelados, como la espalda, el pecho y las piernas; que está sentida en el movimiento total, aun cuando pueden señalársele algunos desdibujos y desproporciones, es la titulada *Remordimiento*, que modeló el Sr. Esmenota, profesor de la Escuela de sordo-mudos de esta corte.

Un aristócrata, D. Rodrigo Figueroa, hijo del marqués de Villamejor, es un artista que revela condiciones muy aceptables para cultivar con éxito la escultura. A esta exposición ha enviado el retrato en mármol de su señor padre, y ciertamente que no es, ni mucho menos, de los medianos, como parecido.

Perro salvavidas titula el escultor asturiano señor Menéndez un grupo del cual la figura más importante es, como puede suponerse, un perro de Terranova. Está discretamente ejecutada esta obra. Mejor me parece el *Primer intento* de Monserrat. Aquel niño que pretende dar solo el primer paso está graciosamente modelado. Soy franco, la *Modista madrileña* de Miranda y García no me hace *tilín*, ni como dibujada ni como interpretación del tipo. Conozco modistilla madrileña que desde la cabeza hasta los pies, toda ella es una maravilla... de dibujo, de líneas finas y elegantes como las quisieran para sí muchas de sus parroquianas aristocráticas. Moratilla, el autor de los *esfinges* que exornan la escalinata de la fachada de Levante del palacio de la Biblioteca nacional, ha presentado una estatua sedente, de medio tamaño, en mármol: representa al arzobispo de Lima, Excmo. Sr. D. José Sebastián Goyeneche; un jarrón estilo pompeyano (en bronce), y un *perro de muestra*, en bronce también. La estatua está bien dispuesta y los paños bien modelados. De Obregón (D. Augusto) la mejor obra es el retrato en escayola; el busto *Una manola* tiene trozos ejecutados con facilidad, por ejemplo la mantilla.

La señora del opulento capitalista Martínez Roda, además de proteger á los artistas adquiriendo sus obras, también se dedica al arte de la escultura que, según lo que puede juzgarse examinando los dos bustos retratos en barro cocido expuestos en el palacio del Hipódromo, no le ofrece grandes dificultades para el dominio de la técnica. Ambos bustos son retratos de su hija y están modelados con gran sentimiento del natural. Víctor Serveto no responde á lo que de él puede esperarse con su estatua *Jesús ante el pueblo*. Aparte del modelado y de la disposición de los pliegues de la túnica de Cristo y de otros detalles, en los cuales se advierte á un artista bueno, la totalidad de la figura ofrece una silueta angulosa, pesada. Yo creo que Serveto es capaz de hacer mucho mejor que esta estatua; y me apoyo para decirlo en la maestría con que aparecen ejecutados aquellos detalles mencionados.

Tres bronces, un *busto*, una *mascarilla* y otro *Jesús*, ha traído Vázquez (Jaime). La *mascarilla* está fundida en otra sacada directamente del natural; es el retrato terrible que suele hacerse cuando la muerte arrebata á un ser querido. La de *Jesús* está bien modelada y tiene cierta grandeza de líneas y éstas son reposadas. Sin embargo, me gusta más el alto relieve en mármol, representando la *Santa Faz*, de Carbonell, el autor de *Luis Vives*. El *busto*, tercera obra de Vázquez, es muy discreto de modelado y de dibujo; nada hay en esta obra saliente, ni tampoco nada que pueda criticarse.

Y aquí doy fin á la reseña de la sección de Escultura; no porque haya hecho mención de todas las obras expuestas, sino porque creo que después de las citadas, las demás no ofrecen interés suficiente para decir algo nuevo, cosa difícil en estas reseñas cortadas por un patrón todas, y que no tienen otro valor que el de dar cuenta lisa y llana de las obras más notables que se exhiben en estos certámenes, en los cuales se marcan los grados de temperatura que tiene el arte en España. Tan sólo apuntaré dos esculturas más, ejecutadas por Aurelio Carretero y M. Garnelo. La del primero de estos escultores lleva por título la leyenda siguiente: *¡Nació sin halagos, murió sin caricias!*, y representa una jovencilla, casi una niña, mal trajeada, con la faz demacradísima, tendida en la tierra; la obra del segundo es un grupo en el cual se ve también un hombre muerto; se titula *Muerto por la patria*.

* * *

Cuando esta *crónica* se publique ya serán conocidos los nombres de los artistas á quienes el Jurado ha otorgado las recompensas reglamentarias. Tengo en los jurados de las secciones de Pintura y Escultura muchos y cariñosos amigos; pero esto no es bastante para obligarme á dejar de consignar el sentimiento con que he visto la falta de equidad con que se han repartido las medallas. Solamente una, la de honor, concedida á Mariano Benlliure, es justa; pues aun cuando hay otros premios otorgados también justamente, sin embargo no están en las propuestas en los lugares que de derecho les corresponde.

R. Balsa de la Vega

De las esculturas citadas por el Sr. Balsa de la Vega en este artículo y en los dos anteriores, se han publicado en La Ilustración Artística: de Querol, *Tulia* (Núm. 402), *Busto de la Reina Regente* (Núm. 490), *Don Juan Tenorio* (Núm. 511), *San Francisco curando á las leprosos* (Núm. 523), *Busto de Su Majestad D. Alfonso XIII* (Núm. 686), *Busto de la marquesa de Alonso de León* (Núm. 702); de Atché, *Entierro de Judas* (Núm. 659) y *Hojas del arbol caídas* (Núm. 700); de Alcoverro, *San Isidoro* (Núm. 568); de Fuxá, *Después de la misa* (Número 602, con el título *El monaguillo*); de Carbonell, *La Santa Faz* (Núm. 659); de Campeny, *Cuerpo á cuerpo* (Núm. 699 con el título *Un cazador primitivo*), y de Vallmitjana Abarca, *Leona con sus cachorros* (Núm. 667).—(*Nota de la Redacción.*)



PENOSA JORNADA, cuadro de Matías Schmid



Tipos de la *pelouse* y del *pesage* en el hipódromo de Longchamps, París. Dibujo de Salvador Azpiazu

CRÓNICA PARISIENSE

El calendario ha caído en descrédito. Ya nadie se fía de él por lo que toca al anuncio de las estaciones. Hasta que los teatros no subvencionados ponen fin á su *clôture* anual con una reapertura pregonada á son de bombo y platillos por todos los heraldos de la prensa, no principia para los parisienses el otoño. La emigración de la gente elegante á la *costa azul*, que es la costa que se extiende desde Cannes á Monte-Carlo, anuncia oficialmente la llegada del invierno. Cuando el legendario castaño de las Tullerías muestra sus primeros retoños, cosa que coincide generalmente con los preparativos de los *Salones* de Bellas Artes, se dice que empieza la primavera. Y se entra en el verano el día del *Grand Prix*, ó sea el de las carreras de caballos, cuyo primer premio es de 200.000 francos, ofrecidos por el municipio de París.

Un mes antes no se habla de otra cosa en salones y círculos. En los talleres de las modistas se trabaja día y noche en la confección de los trajes que han de estrenarse ese día. Se conciertan *picnics* en *break* dentro del hipódromo. Y de todas partes, principalmente de Inglaterra, llegan á las fondas, como faustos anuncios de lluvias de oro, cartas y telegramas apalabrando habitaciones por una ó dos semanas.

El tiempo suele ponerse de parte de esta fiesta. Alguna tormenta, rápida como todas las de la estación, viene á veces á sembrar alarmas y tristezas entre los *sportsmen*, y sobre todo entre las *sportswomen*, que tantas esperanzas tienen puestas en ese *steeplechase* de la coquetería y el amor.

Apenas amanece cuando se entreabren ventanas y balcones, y asoman ojos inquietos que interrogan al cielo y narices ansiosas que aspiran el aire matinal. Ya desde la víspera todo el mundo ha consultado el firmamento, observando atentamente las menores variaciones atmosféricas y haciendo pronósticos sobre el tiempo.

Si el sol está en su sitio á la hora de levantarse los parisienses, ¡qué alegría, qué júbilo y qué de gracias al Dios de las alturas! Y todos se levantan temprano el día del *Grand Prix*. Desde las siete de la mañana hormiguea la gente por las calles. Mujeres que han salido á tomar un baño, á comprar adornos para su *toilette*, á expedir un telegrama que no han querido confiar á la indiscreción de los criados; maridos complacientes que hacen una docena de encargos de sus consortes; sastres y modistillas que van ó vienen de entregar vestidos y sombreros; gente de servicio que hace mandados con excepcional premura, todos bullen con agitación febril, comunicando al ambiente esa vibración precursora de los grandes acontecimientos.

Todo el que se propone ir á las carreras almuerza á escape. Ya se desquitará en la comida.

La hora de ponerse en marcha para Longchamps es distinta según los medios de locomoción de que se dispone. Los que van á pie parten antes del mediodía; no todos llegan á la meta; muchos prefieren quedarse á la sombra de los árboles, en las grandes alamedas del Bosque de Bolonia, para ver pasar á los que van al hipódromo. A la una se ven interminables colas en las márgenes del Sena; son los aficionados que esperan turno para embarcarse en los vaporcitos que prestan servicio entre París y Suresnes. Y reina en esas larguísimas formaciones un orden perfecto, que nadie se atreve á alterar. A lo sumo, algún chusco provoca la hilaridad de las filas con chispeantes observaciones sobre la extravagancia de los tipos y la ridiculez de los trajes que se prestan á la sátira. Y las chuscadas son á veces tan graciosas que hacen reir á las mismas personas aludidas. El viaje fluvial es rápido, entretenido y cómodo. En el pontón de Longchamps desembarcan miles y miles de pasajeros que pasan luego á llenar la *pelouse* del vasto campo de las carreras.

Los inexpertos que cuentan con los ómnibus para la expedición del día, esperan largas horas en las estaciones antes de poder tomar un coche que los deja á cinco ó seis kilómetros de Longchamps. De los *boulevards* del centro parten á cada instante jardineras que el público toma por asalto, y el movimiento de vehículos de toda clase que en esta vía central se establece, recuerda el de la calle de Alcalá en Madrid y el de las Ramblas de Barcelona en días de toros.

En la plaza de la Concordia empieza á verse algún carruaje de lujo, y á partir de Rond Point de los Campos Elíseos afluyen los faetones, los *breaks*, las victorias, los landós, los *mail-coach*, cuyo número es ya infinito en la avenida del Bosque de Bolonia.

En la bifurcación del Pabellón Chino el espectáculo es indescriptible. Los coches, aglomerados, circulan con dificultad. Sombrillas de todos colores reflejan con vivos centelleos los rayos del sol cenital, cobijando elegantísimas mujeres. Cámbianse saludos más ó menos expresivos entre ellas y más ó menos correctos entre hombres y mujeres, sin contar las miradas llenas de explicaciones y las sonrisas llenas de promesas.

A las puertas del hipódromo la decoración cambia y las escenas adquieren mayor vida. Los guardias de orden público someten los coches á riguroso turno para el apeamiento de la gente y los hacen alinear después en las alamedas inmediatas. Millares de curiosos se entretienen viendo llegar á las mujeres hermosas y á los personajes conocidos. Los estribos crujen bajo el pie vigoroso de los hombres, y ceden suavemente, como para hacer el salto más fácil, bajo el diminuto pie de las mujeres. Son pocas las que no encuentran un brazo varonil en que apoyarse para penetrar en el aristocrático recinto donde se reunen todas las celebridades mundanas de París. Oleadas de gente atraviesan el *pesage* é inundan las tribunas y la pista. Las conversaciones se van animando por momentos. Crúzanse saludos en alta voz de un lado á otro y se agitan bastones, abanicos, sombrillas y pañuelos para llamar la atención de los conocidos. No se da punto de reposo á los gemelos, y á cada mirada sigue un comentario, una exclamación, un gesto, una confidencia ó una crítica. Los ojos vienen ávidos de ver y las lenguas dispuestas á murmurar. Salen á colación historias y cuentos sobre las personas visibles. Y en tanto que la mitad del público despelleja á la otra mitad, los jugadores hacen sus apuestas, y no se queda nadie al fin sin jugar poco ó mucho, pues ocurre aquí con el Gran Premio un *entraînement* parecido al que produce en España la lotería de Navidad. Los *book-makers* no pueden con su tarea y se hacen auxiliar por su familia. Terminan los almuerzos en los *mail-coach*; saltan en medio de hurras los tapones del Champagne, y el vino de oro, escanciado en copas de finísimo cristal, rebosa en espuma sobre muchos vestidos de seda y de *zéphyr*.

Dominan los trajes claros, y la novísima moda triunfa en toda la línea. El año pasado, la silueta de una elegante podía confundirse con la de un paraguas de enorme puño. En la actualidad, el traje femenino afecta la forma de una campana. De esto al miriñaque no hay más que un paso, y no hay razón para que no lo dé el figurín de la estación próxima.

Entre los trajes cortados con los patrones vigentes suelen aparecer algunos que copian el de las figuras de tal ó cual cuadro notable del *Salón*. Aún recuerdo el éxito asombroso que obtuvieron hace algunos años tres *demi-mondaines* reproduciendo al vivo un cuadro de Morlon, titulado *Una moda nueva bajo el Directorio*, y cuyo grupo principal se componía de tres mujeres jóvenes y hermosas. Aquellas tres muchachas causaron la admiración general, simbolizando el triunfo de la gracia y la belleza. Sus trajes renovaban con irreprochable exactitud histórica la moda del Directorio. El grupo era armonioso y bello. Las tres Gracias de la antigüedad hubieran sido destronadas por las tres Gracias del día, si el escultor griego no hubiese realizado su obra sin la colaboración de la modista parisiense. Pero la naturaleza venció al arte moderno. Lo que en el cuadro de Morlon era un lindo remedo del encanto femenino, fué en el grupo humano, realzado por la luz del sol, un portento de gracia y de hermosura.

Durante cada carrera de caballos, la emoción es intensísima; pero dura poco, afortunadamente. El nombre del que lleva la delantera se escapa de todos los labios, en unos con júbilo y en otros con extrañeza, según se haya apostado en pro ó en contra, y el vencedor es aclamado frenéticamente por todo el que no ha jugado contra él. La escena se repite á cada premio, y terminada la última prueba, empieza el desfile de la gente.

Los curiosos han aumentado en todo el trayecto que se extiende desde el hipódromo, por las avenidas de Longchamps y del Bosque de Bolonia, hasta el *Club de los Tronados*, pintoresco nombre dado al espacio lleno de sillas que se encuentra á la entrada de este último paseo por la parte de la plaza de la Estrella.

La mayor parte de los *sportsmen* y de las *sportswomen* dan en carruaje la vuelta al Lago del Bosque antes de irse á comer. La animación llega al colmo. En todas partes se oye discutir y comentar las carreras. La exaltación de los gananciosos contrasta con la decepción de los que han perdido. Todo París ofrece el aspecto de un día de fiesta excepcional. No es el cuadro popular de los domingos ordinarios; es un espectáculo único en que se confunden los grandes actores con los comparsas, el pueblo con la burguesía, las elegancias de baja extracción con las de origen aristocrático. Entre los carruajes de lujo circulan coches de plaza hacinados de individuos de todas edades y sexos, rojos de alegría y de alcohol, exuberantes de lirismo ruidoso. El caballo ético alterna con

el brioso corcel, la grisetilla con la gran dama, el hortera con el *clubmen*, el *rastaquère* con el aristócrata, y la oleada inmensa continúa, sin que parezca haber de acabar ni disminuir jamás.

Y mientras la flotante colonia de ricos extranjeros y provinciales se precipita en los *restaurants* del centro, allá en la margen derecha del río, entre Longchamps y el Point-du-Jour, se dispone á comer una enorme muchedumbre de parisienses sin fortuna, cuya alegría exhala en canciones y danzas, cuando pueden ayudar á la digestión de un par de platos copiosos con sendos tragos de vino. El olor de las frituras abre el apetito y el son de los organillos invita al baile. Los columpios y los tío-vivos se disputan el favor del público. Al pie de cada árbol hay un cenador, en cada cenador una mesa y en cada mesa un par de cubiertos.



El Grand Prix de París. Antes de la carrera. – Dibujo de Salvador Azpiazu

La noche sorprende á los comensales de estos *restaurants* campestres con el vaso en la mano y la canción en los labios. Los fuegos artificiales de cualquier pueblo vecino ponen término al festín, y regresan á sus pobres viviendas caravanas de hombres, mujeres y niños, unos á pie, otros en carricoches tirados por perezosos rocines que tropiezan á cada paso. Muchos hombres, acalorados, enarbolan en el bastón su chaqueta y su sombrero y agotan todo el tesoro de su facundia para divertir á las mujeres. Los andarines llegan extenuados á la estación del ferrocarril; hacen cola para tomar su billete; se amontonan en los vagones, y una vez en París, esperan turno durante una hora antes de encontrar



El Grand Prix de París. La partida. – Dibujo de Salvador Azpiazu



LA DANZA DE LAS FLORES, cuadro de José Llovera



EL GRAN CEMENTERIO, cuadro de F. Miralles

sitio en el ómnibus que los deja á quince minutos de su casa.

Mientras tanto, en los *restaurants* de moda celebran el triunfo ó se consuelan del fracaso con carísimos ágapes los *turfistes* de la *high-life*.

Estos establecimientos han perdido gran parte de su animación y de su prosperidad desde la caída del imperio.

Hubo un tiempo en que la *Maison dorée* y todas sus congéneres eran por las noches teatro de amorosas aventuras y exorbitantes despilfarros. Cuando los grandes funcionarios públicos tenían abiertas las arcas del Tesoro, las orgías eran constantes en los salones reservados de estas casas. Las mujeres ligeras adquirían fácilmente celebridad, y al poco tiempo de ostentar su hermosura en lujosa carretela por el Bosque de Bolonia ó en la tribuna del hipódromo, tenían su protector en la corte.

Hoy las cosas han cambiado, y á excepción del día del *Grand Prix*, estos establecimientos sólo abren las puertas de sus saloncitos discretos para refugio de alguna pareja que va á satisfacer en una hora la curiosidad de toda la vida.

Juan B. Enseñat

NUESTROS GRABADOS

Carmencita, cuadro de Enrique Serra. – Aunque residente Enrique Serra desde hace mucho tiempo en Roma y dedicado con preferencia á reproducir los asuntos que más de cerca puede observar, de cuando en cuando una de esas escenas tan genuinamente españolas como *Carmencita* viene á demostrarnos que el afamado pintor sigue recordando con deleite á su patria y tiene para ella esas notas de color y esas maravillas de dibujo que son el encanto de cuantos contemplan sus hermosas obras. En el cuadro que reproducimos todo respira la vida y la alegría que constituyen el carácter de las costumbres populares de Andalucía, y las dos figuras que en él se admiran tienen el sello que hace inconfundibles con otros los tipos que han nacido y se han criado en la bendita tierra andaluza.

Los franceses en Madagascar. El Mirador. – Desde hace tiempo luchan los franceses contra los hovas, que, auxiliados más ó menos abiertamente por alguna potencia europea, han intentado sacudir el protectorado de Francia. La guerra no es tan fácil como parece debiera ser tratándose de una potencia como la francesa y de un pueblo tan inferior á ella como el de Madagascar; pero los recursos acumulados en aquellas lejanas tierras por Francia acabarán por dominar á los indígenas. El grabado que publicamos reproduce un mirador ó puesto de observación, el más avanzado que ocupan los tiradores malgaches de la columna del general Metzinger frente á



Los franceses en Madagascar
El mirador, puesto de observación ocupado por una compañía de tiradores malgaches

Majunga: como se ve, su construcción es bastante primitiva y típica y nos da idea de la clase especial de lucha que allí se sostiene.

Por esta razón hemos creído interesante reproducirlo á título de dato curioso.

D. José María de Heredia. – El día 30 de mayo último fué recibido en la Academia Francesa este eminente poeta, y á la sesión con tal motivo celebrada se le ha dado el nombre de fiesta del Parnaso, por ser el Sr. Heredia, aparte del maestro Leconte de Lisle, el tercer parnasiano que ingresa en aquella corporación: los otros dos son Coppée y Sully-Prudhomme. D. José María de Heredia nació en Santiago de Cuba en 1842, comenzó sus estudios en un colegio francés, continuólos en la universidad de la Habana y los terminó en París en la escuela de Cartas. Sus primeros versos aparecieron en 1862, fecha desde la cual ha venido publicando algunos sonetos sueltos que insertaba en diversas revistas; hasta 1893 no se decidió á dar al público su primer tomo, *Trofeos*. En prosa, el Sr. Heredia ha publicado la *Verídica historia de la conquista de Nueva España*, traducida al español, y una novela, *La monja alférez*. Acerca de los méritos literarios del nuevo académico francés nada diremos, porque en este mismo número ocúpase de ellos con la brillantez y maestría que le son propias nuestro ilustre colaborador D. Emilio Castelar.



El eminente poeta D. José M.ª de Heredia, cubano, recientemente ingresado en la Academia Francesa

Penosa jornada, cuadro de Matías Schmid. – Rendida por el cansancio y terminada la pesada faena de repartir el correo en los caseríos diseminados en la montaña, la pobre muchacha se ha tendido en medio del camino para buscar en el sueño algún descanso á sus fatigas, sin curarse de la dureza del suelo, que no hay almohada mas blanda que el cansancio. Allí la encuentra su enamorado, que por la misma vereda viene, y no hay que decir la grata sorpresa que experimentará la joven durmiente cuando al despertar se vea al lado de su novio, con quien regresará al pueblo platicando una vez más de sus amores y haciendo risueños proyectos para el porvenir.

La danza de las flores, cuadro de José Llovera. – Los lectores de La Ilustración Artística han tenido ocasiones frecuentes de ver con cuánta afición cultiva nuestro querido paisano y colaborador Sr. Llovera el cuadro de costumbres andaluzas y con qué habilidad las reproduce en el lienzo. En *La danza de las flores* hay verdadero derroche de gracia, y contemplando aquella escena parece que vemos los voluptuosos movimientos de la *bailadora*, que oímos las sentidas notas del *cante jondo*, acompañado por los dulces acentos de la guitarra y los alegres golpes de la pandereta, y que respiramos el aire tibio y embalsamado de la sin par Andalucía.

El gran cementerio, cuadro de F. Miralles. – ¡Cuánta sencillez y cuánta grandiosidad al mismo tiempo en este bellísimo cuadro! Varias veces hemos dicho que en los lienzos del Sr. Miralles al lado de los primores de ejecución admírase el pensamiento que los informa: lo mismo, y en mayor grado si cabe, hemos de consignar hoy con motivo del que en el presente número reproducimos. Esas dos mujeres sentadas en la playa y una de las cuales claramente da á comprender con sus lágrimas que en el mar ha hallado sepultura un ser querido, constituyen una nota de sentimiento tan hermosa, que toda alabanza resultaría pálida, comparada con la emoción que produce la contemplación de *El gran cementerio*.

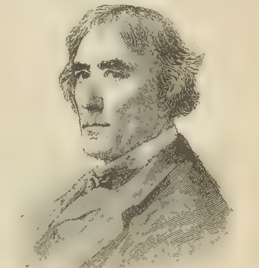
El gigante egipcio Hassán Alí. – Actualmente se exhibe en el Tívoli Music Hall de Londres un gigante egipcio que aventaja en estatura á los conocidos de algún tiempo á esta parte. Llámase Hassán Alí; su padre, soldado egipcio, casi le iguala en altura, su madre la tiene de seis pies ingleses y su hermana no es más baja. No es, por tanto, de extrañar que perteneciendo á una familia de estaturas tan extraordinarias, Hassán se parezca por este concepto á sus inmediatos allegados; pero lo particular del caso es que hasta hace unos tres años, su altura era la ordinaria, mas desde entonces empezó á crecer y hoy tiene ocho pies ingleses de alto, y aún sigue creciendo, porque es bastante joven. La longitud de sus brazos comparada con los de una persona regular puede apreciarse por la comparación establecida en nuestro grabado. El contorno de su pecho mide 48 pulgadas; la mano, desde el principio de la palma hasta la punta del dedo medio, 11, y sus zapatos tienen 16 pulgadas inglesas de largo.

El eminente actor inglés Enrique Irving. – La reina Victoria ha nombrado recientemente caballero á Irving, siendo esta la vez primera que la corona otorga tan alta distinción á un actor. Este nombramiento ha sido muy bien acogido por todas las clases sociales de Inglaterra, que consideran con razón á Irving como una gloria nacional: podrá haber habido en aquella nación actores de mayor mérito, pero es indudable que ninguno ha alcanzado la popularidad del que acaba de ser agraciado con aquel título honorífico. Enrique Irving nació en Keinton, cerca de Glastonbury, en 1838 y salió por vez primera á las tablas en Sunderland en 1856: el primer triunfo lo obtuvo en 1871 representando el drama *The Bells (Las campanas)* en el Lyceum de Londres, y en 1878 fué nombrado director de ese teatro, en el cual ha ido conquistando cada día mayores lauros. Aunque con igual maestría representa toda clase de obras, su especialidad son las de Shakespeare, que interpreta como ningún otro actor, circunstancia que por sí sola demuestra la magnitud de su talento y justifica la adoración que por su actor predilecto sienten los ingleses.

El compositor Francisco Suppé. – Ha fallecido recientemente en Viena el que con Offenbach y Lecoq compartió durante tanto tiempo el aplauso de todos los públicos en el género musical de la opereta. *Bocaccio*, *Fatinitza*, *Doña Juanita* y *La bella Galatea* serán testimonio durante muchos años de la gloria alcanzada por el eminente compositor, y más de una generación se regocijará aún con las alegres notas y elegantes melodías de aquellas partituras. Francisco Suppé nació en Spalato (Dalmacia) en 18 de abril de 1820 y estudió en la universidad de Viena; pero su afición á la música hízole abandonar aquellos estudios para dedicarse al de la composición: fué luego director de orquesta en varios teatros, entre ellos el Carlos de la capital austriaca, y compuso gran número de cuartetos, oberturas, sinfonías, cantos y operetas que muy pronto se hicieron populares.



El ilustre compositor Francisco Suppé, recientemente fallecido



Enrique Irving, eminente actor inglés, el primero de su profesión que ha sido nombrado caballero en Inglaterra

MISCELÁNEA

Teatros – *Barcelona*. – En Novedades la compañía que dirige María Guerrero ha puesto en escena *Mariana*, *La segunda dama duende*, *María Rosa*, *El castigo sin venganza* y *La Dolores*, habiendo obtenido en el desempeño de esas obras grandes aplausos la Srta. Guerrero y los Sres. Díaz de Mendoza y Perrín, á quienes han secundado con mucho acierto los demás actores de la compañía, entre los cuales merecen especial mención la Sra. Domínguez y los Sres. Díaz (D. M.), Carsi, González y Mendiguchía.

La excelente compañía que bajo la dirección de D. Emilio Mario actúa en el teatro Lírico, además de haber representado las más aplaudidas obras del repertorio, ha estrenado con gran éxito *La fierecilla domada*, arreglo del inglés admirablemente hecho por D. Manuel Matoses; *Villa Tula*, preciosa comedia de Vital Aza, y *Los asistentes*, graciosísima pieza en un acto de D. Pablo Parellada *(Melitón González)*. *La monja descalza*, comedia de D. Miguel Echegaray, ha tenido muy poco éxito. Las Srtas. Cobeñas y Ruiz, la Sra. Alverá y los Sres. Mario, Thuillier, Rosell, Jiménez, Balaguer y Cirera ven justamente recompensado su trabajo con los entusiastas aplausos que les prodiga el público.

En el Eldorado funciona la compañía dirigida por D. Antonio Vico, de la que forma parte la notable actriz Srta. Contreras: ha puesto en escena, entre las conocidas obras del teatro antiguo y moderno que forman su escogido repertorio, algunas hace tiempo no representadas en Barcelona, como *Otra [illegible] con dos puertas* y *Venganza catalana*, habiendo sido muy aplaudidos en todas ellas la Srta. Contreras, el Sr. Vico y demás actores de la compañía.

En el Tívoli, donde actúa una notable compañía de zarzuela, en la que figuran artistas tan ventajosamente conocidos como las Srtas. Montilla y Pérez Isaura y los Sres. Alcántara, Carbonell, Visconti, Sigler y Gamero, ha estrenado con muy buen éxito la zarzuela de Pina y Domínguez con música de Chapí *Mujer y Reina*, que ha sido puesta en escena con el lujo y la propiedad á que de antiguo nos tiene acostumbrados la empresa del Sr. Elías.

En el Jardín Español y en el teatro de la Granvía se representan zarzuelas de las llamadas del género chico.



Cinco días después, la muerte llamaba á las puertas del Buissón y cambiaba la faz de mi existencia

UN BUEN TÍO Y UN BUEN CURA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETE, PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO. – ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Se levantó al vernos entrar, y aguardó un instante á que mi tía hiciera la presentación. Pero esta ceremonia la ignoraba ella, lo propio que los habitantes del Groenland, y se presentó él mismo bajo el nombre de Pablo de Conprat.

– ¡De Conprat!, exclamó el cura; ¿es usted hijo de aquel excelente comandante de Conprat que conocí hace tiempo?

– Mi padre es efectivamente comandante, señor cura. ¿Le conoce usted?

– Le conocí mucho, sí, señor. ¡Qué hombre tan bueno!

Ya sé que mi padre es muy querido, contestó el Sr. de Conprat, cuyo rostro apareció aún más risueño. Es para mí una gran dicha oir hablar de mi padre.

– Pero, añadió el cura, ¿no tiene usted algún parentesco con el Sr. de Pavol?

– Ya lo creo; primo en tercer grado.

– Pues he aquí su sobrina, dijo el cura presentándome á él.

A pesar de mi inexperiencia, observé perfectamente que la mirada del Sr. de Conprat expresaba cierta admiración.

– Celebro infinito tener el gusto de conocer á tan interesante sobrina, me dijo dándome la mano.

Su frase produjo en mí una impresión muy agradable, y le dí la mano muy gustosa.

– No son ustedes precisamente primos, dijo el cura tomando un polvo de rapé con gran fruición; el señor de Pavol es tío por alianza de Reina, pues su mujer era una señorita de Lavalle.

– Es lo mismo, exclamó el Sr. de Conprat, no renuncio al parentesco. Además, no sería difícil encontrar alianzas entre mi familia y la de Lavalle.

Nos pusimos á conversar como tres amigos íntimos, y me parecía que nos habíamos siempre visto, conocido y querido. Experimentaba esa impresión extraña que hace suponer que lo que acontece inmediatamente á nuestra vista ha acontecido ya en una época lejana, tan lejana que no se ha conservado de ella sino un recuerdo vago y casi borrado en nuestra memoria.

En vano pasaba revista en mi imaginación á todos los héroes de novela que yo conocía, y no encontraba ninguno tan rollizo como éste. Era grueso, no cabía la menor duda; pero tan bueno, tan alegre, tan vivo, que ese defecto físico se transformó prontamente á mis ojos en una cualidad eximia. Hasta mis héroes imaginarios no tardaron en parecerme totalmente desprovistos de encanto. A pesar de su cuerpo elegante y siempre esbelto, se hallaban eclipsados, radicalmente eclipsados por ese robusto mancebo lleno de vida y de alegría, á quien yo revestía mentalmente de una infinidad de cualidades.

A pesar de que la tempestad había disminuído en intensidad, la lluvia no cesaba un instante, y como se acercaba la hora de la comida, mi tía invitó á Pablo de Conprat á sentarse á nuestra mesa. No se dejó rogar, declarando en seguida que tenía un apetito espantoso y aceptando el convite, lo que me agradó sobre manera.

Salí un momento de la estancia para ir á afrontar el mal humor de Suzón.

– Suzón, dije al entrar en la cocina, el Sr. de Conprat se queda á comer. ¿Tenemos un buen capón, leche, fresas y cerezas?

– ¡Dios mío!, tendremos lo que hace falta, y lo que no hay no lo habrá.

– ¡Esa es una gran verdad, Suzón!; pero respóndeme como es debido. Tal vez un capón no será bastante.

– No tenemos capón, tenemos un pavo; ¡mírelo usted!

Y Suzón, toda orgullosa, abrió el asador y me enseñó el animalito, que bien preparado por ella y por Perrina, pesaba lo menos doce libras. Su pellejo dorado era una prueba evidente de que estaba divinamente asado, así es que me tranquilicé en seguida.

– ¡Bravo!, exclamé. Pero ¿y el arroz con leche estará á punto?, ¿habrá bastante? ¡Y la ensalada á ver si la aliñas bien! Pon mucho cuidado.

Tengo por costumbre poner mucho cuidado en todo lo que hago, señorita. Además, supongo que ese señor no es ningún emperador ni príncipe. Es un hombre como los demás y ya se arreglará con lo que le den.

– ¡Un hombre como los demás, Suzón!, dije indignada. ¿Sin duda no le has visto?

– ¡Vaya si le he visto! ¡Y le he oído también hablar! ¡Vaya una ocurrencia! Entrar así de rondón... ¡No faltaba más ahora sino que se enamoricase usted de él!

Abrí la boca para contestar como era debido; pero me contuve prudentemente, pensando en que, para vengarse y contrariarme, Suzón sería muy capaz de echar á perder su pavo.

Algunos instantes después pasamos al comedor, y no pude menos de lanzar una mirada alrededor de aquellas paredes que estaban en un estado deplorable. Además, Suzón tenía una manera singular de arreglar la mesa. Los saleros estaban todos juntos en medio de la mesa; los cubiertos de plata repartidos al buen tuntún, sin orden ni concierto; las botellas de vino corrían las unas detrás de las otras, mientras que una sola de agua estaba tan mal colocada, que teníamos que hacer un gran esfuerzo para cogerla, por ser la mesa tres veces mayor de lo necesario.

Por primera vez en mi vida tuve la intuición de que todas las leyes de la simetría se hallaban violadas por el gusto fantástico de Suzón.

Pero el Sr. de Conprat tenía uno de esos caracteres felices que toman todo por el mejor lado, y poseía además la facultad de identificarse con lo que le rodeaba.

Examinó la mesa con aire risueño, tomó su sopa sin dejar por eso de hablar, felicitó á Suzón y prorrumpió en verdaderas exclamaciones de alegría cuando apareció el pavo.

– Hay que confesar, señor cura, dijo, que la vida

es una feliz invención, y que Heráclito estaba dotado de una fuerte dosis de estupidez.

– No murmuremos de los filósofos, contestó el cura, pues muchas veces tienen razón.

– Veo que es usted la bondad misma, señor cura. En cuanto á mí, si fuera gobierno daría libertad á los locos y encerraría á los filósofos, teniendo cuidado de tenerlos todos juntos para que se devorasen unos á otros.

– ¿Qué significa eso de Heráclito?, preguntó mi tía.

– Un estúpido, señora, que pasaba su vida lloriqueando. ¡Habráse visto ridiculez igual! ¡Y haberle hecho por esto solo pasar á la posteridad!

– Tal vez, dije yo, vivía con varias tías; y eso le había agriado el carácter.

El Sr. de Conprat me miró con cierta extrañeza y se echó á reir á carcajadas. El cura me dirigió una mirada severa, y mi tía, muy ocupada trinchando el pavo, no oyó nada.

– La historia no dice nada sobre eso, primita.

– De todos modos, añadí, guárdese usted de atacar á los hombres de la antigüedad; el señor cura le sacaría á usted los ojos.

– ¡Ah! ¡Los tunantes, qué guerra me han dado! No conservo de ellos más que un recuerdo: las horas extraordinarias de estudio que me impusieron.

– Permítame usted, dijo el cura, esforzándose por contrarrestar mi opinión, que iba prevaleciendo; no podrá usted negar en ellos ciertas virtudes, ciertos actos heroicos que...

– ¡Ilusiones, ilusiones!, interrumpió Pablo de Conprat. Eran unos tunantes insoportables, y porque se han muerto, se les reviste de virtudes increíbles para humillar á esos pobres vivientes que valen más que ellos. Pero ¡Dios santo, qué pavo tan rico!

Hablando sin cesar, comía con un apetito y un humor sin iguales.

Las tajadas se amontonaban en su plato y desaparecían con una velocidad tan pasmosa, que llegó un instante en que mi tía, el cura y yo nos quedamos, con el tenedor alzado, contemplándole con mucha extrañeza.

– Ya les había á ustedes prevenido, nos dijo riendo, que tenía un apetito espantoso, lo que me sucede generalmente trescientas sesenta y cinco veces al año.

– ¡Cuánto dinero debe usted gastar en comer!, exclamó mi tía, que tenía la especialidad de apoderarse del lado mercantil de las cosas y de decir justo lo que no debía decirse.

– Veintitrés mil trescientos setenta y siete francos, señora, contestó el Sr. de Conprat con la mayor seriedad.

– ¡No es posible!, balbuceó mi tía estupefacta.

– Parece usted ser muy feliz, señor mío, dijo el cura restregándose las manos.

– ¿Si soy feliz, señor cura? ¡Ya lo creo! Francamente, ¿cree usted natural ser desgraciado?

– Algunas veces, contestó el cura sonriendo.

– ¡Ah!, ¡bah! Las personas desgraciadas lo son la mayor parte de las veces por su culpa, porque toman la vida al revés. Créame usted, la desgracia no existe, lo que existe es la estupidez humana.

– Pues esa es ya una desgracia, replicó el cura.

– Bastante negativa por sí misma, señor cura, y de que mi vecino sea tonto, no se desprende que yo deba imitarle.

– ¿Es usted aficionado á las paradojas, amigo mío?

– De ningún modo; pero me duele ver á tanta gente entristecer su existencia á causa de una imaginación enfermiza. Me figuro que no comen bastante, que se mantienen de alondras ó de huevos frescos, y que se devanan los sesos al mismo tiempo que el estómago. Yo adoro la vida, pienso que cada cual debería encontrarla bella y que no tiene sino un defecto: «¡el de acabarse, y acabarse muy pronto!»

El pavo, la ensalada, el arroz con leche, todo estaba comido; y mi tía miraba, con un semblante que no tenía ya ninguna gracia, el caparazón del volátil con el cual contaba para festejarnos durante varios días.

Ibamos á levantarnos de la mesa, cuando Suzón, entreabriendo la puerta, asomó la cabeza para decirnos con su tono destemplado:

– He preparado el café, ¿hay que servirlo?

– ¿Quién le ha dado á usted permiso?.., empezó á preguntar mi tía.

– Sí, sí, dije interrumpiéndola con viveza, sírvalo usted pronto.

La hubiera dado un beso por esta idea feliz; pero mi tía no era de la misma opinión. Al contrario, se ausentó para ir á disputarse con Suzón, y no la volvimos á ver sino en la sala.

– Tienen ustedes una excelente cocinera, primo, dijo Pablo de Conprat saboreando el café.

– Sí, ¡pero muy gruñona!

– Eso no es más que un detalle.

– ¿Y cómo encuentra usted á mi tía?, le pregunté en tono confidencial.

– Pues bastante majestuosa, contestó con cierto embarazo.

– ¡Ah! Majestuosa... Vamos, ¿usted quiere decir desagradable?

– ¡Reina!, exclamó el cura.

– Pues bien, hablemos de otra cosa, señor cura; pero me alegraría tener el carácter feliz de mi primo y descubrir las bondades de mi tía.

– Tenga usted un poco de filosofía práctica, simpática prima; esa es una base seria para la felicidad y la única filosofía que me parece tener sentido común.

– ¡Qué desgracia que no sea usted mi tía! ¡Cómo nos querríamos!

– ¡En cuanto á eso, estoy persuadido de ello!, exclamó riendo, y no necesitaríamos ninguna filosofía para llegar á ese resultado. Pero si le es á usted igual preferiría no cambiar de sexo y ser su tío.

– Por mi parte no hay inconveniente, pues yo no soy como Francisco I; yo tengo una antipatía absoluta hacia todas las mujeres.

– ¿De veras, continuó diciendo sin cesar de reir, conoce usted los gustos de Francisco I?

El cura hizo un gesto de impaciencia, al cual el Sr. de Conprat contestó con otro que quería decir: «¡Esté usted tranquilo, ya comprendo!»

Semejante pantomima me atacaba los nervios, é hice un esfuerzo violento para comprender lo que ellos se decían.

– A propósito de tíos, dije, ¿conoce usted mucho al Sr. de Pavol?

– Sí, mucho; mi propiedad está situada á una legua de la suya.

– Y su hija ¿qué tal es?

– He jugado á menudo con ella cuando era niña; pero desde hace unos cuatro años la he perdido de vista. Dicen que es muy bonita.

– ¡Cómo me gustaría estar en el Pavol!, dije suspirando. Nos veríamos con frecuencia.

– ¿Quién sabe, primita? Tal vez yo no le agradaría á usted, si me conociese usted mejor. Sin embargo, puedo certificar que soy un buen chico; salvo que tengo pasión por el pavo y que las mujeres bonitas me gustan con locura, no conozco en mí ningún vicio.

– Gustarle á uno las mujeres bonitas, ¡ese no es un defecto! Yo detesto la gente fea, como por ejemplo mi tía; pero asimilar un pavo á una mujer bonita no hace mucho favor á ésta, primo.

– Tiene usted razón; convengo que ha sido una frase desgraciada.

– Le perdono á usted, dije con viveza. ¿De modo que me encuentra usted bonita?

Hacía por lo menos dos horas que me decía yo, en mi fuero interno, que era preciso no dejar escapar la ocasión de informarme por una opinión ilustrada y competente acerca de un asunto de palpitante interés para mí. Desde el principio de la comida aguardaba con impaciencia el momento de hacer mi pregunta. Yo no abrigaba duda alguna acerca de la respuesta; pero oirse llamar bonita, directamente y cara á cara, por otra persona que un cura... ¡es verdaderamente delicioso!

– ¡Bonita, Reina! ¡Es usted encantadora! ¡No he visto en mi vida unos ojos tan hermosos, ni una boca tan bonita!

– ¡Bravo! Y luego hablarán mal de los hombres, como por ejemplo mi tía.

– ¿Su señora tía no quiere á los hombres? Es evidente que ha traspasado ya la edad de la coquetería.

– ¡La coquetería! Jamás me hablan de eso. ¿Encuentra usted que hay que ser coqueta?

– Indudablemente, prima; á mis ojos es una gran cualidad.

– ¡No me ha enseñado usted eso, señor cura!, exclamé.

El pobre cura, durante esta conversación, pasaba las penas del purgatorio. Quería poner la cara dulce, y sorbía su café á duras penas, pues le parecía muy amargo.

– El Sr. de Conprat se burla de usted, me dijo.

– ¿Es cierto, primo?

– De ningún modo, contestó Pablo de Conprat, que tenía todas las trazas de divertirse de lo lindo. A mi modo de ver, una mujer que no es coqueta no es mujer.

– ¡Muy bien, pues voy á tratar de serlo!

– Vamos á la sala, señorita de Lavalle, dijo el cura levantándose.

– Bueno, dije para mí, ya está el cura enfadado. No he dicho nada malo, sin embargo.

Había cesado la lluvia, las nubes se habían dispersado, y propuse á Pablo de Conprat dar un paseo por el jardín. Dicho y hecho: nos fuimos sin pedir permiso, seguidos del cura, que nos lanzaba miradas casi de terror, pensando tal vez que su querida oveja estaba en vía de perdición.

Corríamos como unos chiquillos sobre la hierba todavía húmeda, mojándonos los pies y riendo como unos locos. Hablábamos, charlábamos, yo sobre todo, refiriendo los sucesos de mi vida, mis disgustillos, mis sueños y mis antipatías.

– ¡Oh, qué tarde tan agradable y deliciosa!

El Sr. de Conprat se subió á un cerezo, y el árbol, sacudido violentamente, dejó caer sobre mí toda la lluvia que tenía encima. Con la boca llena de cerezas y desde lo alto del árbol gritaba que las gotas de agua brillaban en mis hermosos cabellos como un aderezo ideal y que no había visto jamás nada tan bonito.

– ¡Y Suzón, me decía á mí misma, que pretende que es un hombre como otro cualquiera! ¡Cómo es posible ser tan tonta!

Regresamos á la sala, donde se añadió leña á la chimenea para que nos secásemos los pies. Sentados á proximidad el uno del otro, Pablo de Conprat y yo continuamos conversando con aire misterioso.

Mi tía, estupefacta de mi audacia, de mi libertad y de la alegría que se reflejaba en mi semblante, no decía una palabra. El cura, satisfecho de verme contenta, no dejaba de estar muy preocupado, tanto que se olvidaba de interponerse entre nosotros dos. ¡Ah, qué velada tan deliciosa!

Por fin, el Sr. de Conprat se levantó para retirarse, y le acompañamos hasta el patio.

Se despidió afectuosamente del cura y dió las gracias á mi tía; después, dirigiéndose á mí, me estrechó la mano, y me dijo en voz baja:

– Hubiera deseado que esta velada no se acabara jamás, prima.

– ¡Pues y yo! Pero volverá usted, ¿no es cierto?

– ¡Y pronto! Así lo espero.

Acercó mi mano á sus labios, y es preciso verdaderamente que la naturaleza humana tenga un fondo muy grande de perversidad, pues aquel homenaje fué para mí un placer tan nuevo, tan vivo y tan perfecto que tuve la idea inoportuna de..., ¿debo confesarlo, Dios mío? Sí, tuve la idea – que no puse en ejecución – de echarme en sus brazos y de besarle en las dos mejillas, á pesar de mi tía y á pesar del cura que nos vigilaba como un dragón de nueva especie, como un excelente dragón mofletudo y benigno.

VII

Mi imaginación, después que se marchó el Sr. de Conprat, permaneció durante varios días en una especie de beatitud que me sería difícil describir. Experimentaba sensaciones múltiples que se manifestaban exteriormente por saltos y piruetas, pues este último ejercicio, durante bastante tiempo, ha sido mi manera de expresar una infinidad de sentimientos.

Cuando estaba harta de brincar, me echaba sobre la hierba, y con los ojos mirando al cielo pensaba en una porción de cosas, si bien no pensaba absolutamente en nada. Ese estado moral delicioso, durante el cual el alma vive en una especie de somnolencia, en una tranquilidad pensativa que se asemeja al sueño, por más que está uno muy despierto, me ha dejado el más grato recuerdo, pudiendo decir que desde entonces nació en mí esa loca pasión por la bóveda celeste, que desde esa época me ha parecido digna de simpatizar con mis pensamientos, ya tristes ó alegres, ya serios ó insignificantes.

Cuando había permitido á mi imaginación que se extraviase por senderos sombríos, tan obscuros que galopaba á tientas, la dejaba retornar á la luz y contemplar al Sr. de Conprat. Sonreía con el recuerdo de su fisonomía franca, de su risa tan ingenua, de su dentadura tan fresca. Amaba el beso que había estampado sobre mi mano, y experimentaba una verdadera alegría al pensar que, si hubiese realizado mi idea, habría podido besarle en las dos mejillas. Permanecía largo rato bajo esas dulces sensaciones, hasta que llegaba á preguntarme por qué pasaba mi alma bajo esas diversas fases.

Al llegar á este punto delicado, mi imaginación comenzaba á entrar en las tinieblas, en donde luchaba con ideas vaporosas, tan vaporosas que á la desesperada abandonaba la partida para pensar de nuevo en una boca que me había agradado, en unos ojos que me habían sonreído, en una fisonomía que estaba firmemente decidida á no olvidar jamás.

Pero esas personas extrañas, mis ideas, no me dejaban largo tiempo en reposo, y poco á poco volvía á encontrarme en su poder.

Descubrí por fin que estaba enamorada y que el amor era la cosa más deliciosa del mundo. Este descubrimiento me llenó de alegría, primeramente, porque mi vida se encontraba embellecida con un en-

canto que, aunque vago, no dejaba por eso de ser positivo, y después, porque si amaba, estaba de seguro correspondida. Efectivamente, amaba al Sr. de Conprat porque me había parecido encantador, y era indudable que mi presencia había debido producir el mismo estrago en su corazón, puesto que me encontraba encantadora. Mi lógica, envuelta en una inexperiencia absoluta, no iba más lejos y era suficiente para asentar mis razonamientos y hacerme feliz.

Un descubrimiento trae otro, y me puse á pensar que la caridad podía muy bien no haber representado sino un papel muy insignificante en la simpatía que Francisco I manifestaba por las mujeres en general y por Ana de Pisseleu en particular; que el amor no se asemejaba al afecto, puesto que yo adoraba á mi cura, y sin embargo no deseaba jamás abrazarle, mientras que no me habría hecho rogar para dar un par de besos á Pablo de Conprat; que era muy ridículo adoptar un tono misterioso y tratar de esconderse para hablar de una cosa tan natural, en la que, evidentemente, no había ni sombra de nada malo.

– Pero mi cura, pensaba yo, debe tener sobre el amor ideas erróneas y extraordinarias, puesto que, si no puede casarse, no puede tampoco amar. Sin embargo, Francisco I estaba casado, y... ¡No comprendo ni jota!, y es preciso que yo me informe.

Había tal caos en mis ideas que, á pesar de mis desdeñosas prevenciones sobre los pareceres del cura, resolví discutir con él este punto escabroso.

El buen señor advertía perfectamente que mi imaginación se encontraba muy perturbada, pero tenía demasiada perspicacia y buen sentido para hacer ver que daba importancia á impresiones á las cuales la provocación de una confidencia hubiera podido dársela en efecto. Trataba de distraerme por todos los medios que estaban en su mano, y tomando el partido de venir todos los días al Buissón, prolongaba la lección indefinidamente.

Estábamos sentados junto á la ventana; mi tía, delicada desde hace algún tiempo, se había retirado á su cuarto; yo estaba distraída y el cura se esforzaba en explicarme sus problemas.

– ¡Mire usted lo que ha hecho, Reina! Ha hecho usted la operación como si fueran kilogramos en lugar de contar por gramos; así es que aquí 3/5 multiplicados por...

– Señor cura, dije, ¿adivina usted cuál es la cosa más deliciosa en la tierra?

– ¿Cuál, Reina?

– El amor, señor cura.

– ¿De qué quiere usted hablar?, exclamó el cura con aire inquieto.

– ¡Oh! De una cosa que conozco muy bien, contesté meneando la cabeza con cierta petulancia. Y hasta me pregunto por qué no me ha dicho usted nunca una palabra de esto, siendo así que se ve todos los días.

– He aquí lo que tiene leer novelas, señorita; toma usted por lo serio lo que no es más que imaginario.

– ¡Qué mal hecho es hablar contra lo que uno siente, señor cura! Demasiado sabe usted que se quiere uno con amor en la vida y que eso es delicioso.

– Asunto es ese impropio de las muchachas, Reina, y usted no debe hablar de él.

– ¿Cómo ha de ser impropio de las muchachas, cuando son ellas las que aman y las que son amadas?

– ¡Qué desgraciado soy, exclamó el cura, en tener que vérmelas con esta cabeza al revés!

– ¡Por Dios, no hable usted mal de mi cabeza, señor cura, pues yo la quiero mucho, sobre todo desde que el Sr. de Conprat la ha encontrado tan bonita!

– El Sr. de Conprat se ha reído de usted, Reina. Esté usted convencida de que la ha tomado á usted por una niñita sin consecuencias.

– De ningún modo, contesté ofendida, pues me ha besado la mano. ¿Y sabe usted lo que se me ocurrió en aquel momento?

– ¿El qué?, dijo el cura que estaba sobre espinas.

– Pues, señor cura, me faltó poco para abrazarle.

– ¡Vaya un disparate! No se abraza á nadie sin conocerle.

– ¡Claro está! ¡Pero á él!.. Además, si hubiera sido una mujer no habría tenido semejante idea.

– ¿Y por qué, Reina? No dice usted más que tonterías.

– ¡Oh! Porque...

Un silencio siguió á esta contestación profunda, y yo examinaba por lo bajo al cura, que se agitaba y tomaba un polvo de rapé para disimular su contrariedad.

– Mi querido profesor, dije con un tonillo insinuante, ¿si fuese usted tan amable?..

– ¿Qué hay, Reina?

– Que le haría á usted algunas preguntillas sobre ciertos puntos que me escarabajean en la imaginación.

El cura se echó hacia atrás en su sillón, como un hombre que toma súbitamente una resolución.

– Está bien, Reina, pregunte usted. Vale más hablar categóricamente de lo que le preocupa á usted, que hacer reflexiones inútiles y divagar...

– Yo no divago, señor cura; solamente que pienso mucho en el amor, porque...

– ¿Por qué?

– Nada. En primer lugar, dígame usted, ¿por qué razón si usted me besase la mano lo encontraría ridículo y nada agradable, á pesar de que le quiero á usted de todo corazón, y me sucede todo lo contrario cuando se trata del Sr. de Conprat?

– Pero ¿qué dice usted, Reina?

– Digo que he encontrado muy agradable que el Sr. de Conprat me besase la mano, mientras que si fuese usted...

– Pero, hija mía, su pregunta de usted es absurda, y la impresión de que me habla usted no significa nada ni merece la pena que se ocupe uno de ella.

– ¡Ah!.. Pues no es esa mi opinión. Pienso á menudo en ella y he aquí lo que he descubierto: que si la acción del Sr. de Conprat me ha parecido agradable, es porque es joven y podría ser mi marido, mientras que usted es viejo y que un cura no se casa jamás.

– Ya, ya, contestó maquinalmente el cura.

– ¿No es verdad que al marido se le quiere siempre con amor?

– Claro está, claro está.

– Ahora, señor cura, ¿dígame usted si es verdad que á veces los hombres aman á varias mujeres?

– Yo no sé nada de eso, dijo el cura algo cargado.

– Pues usted debe saberlo. Y sucede también que un marido ama á otra mujer que no es la suya, puesto que Francisco I amaba á Ana de Pisseleu estando casado.

– Francisco I era un calavera, dijo el cura exasperado, y Buckingham, por quien tanto se interesa usted, era otro calavera.

– ¡Dios mío, todos podemos ser iguales, y yo no sé por qué se les acrimina de haber amado á muchas mujeres! La reina Claudia y madama Buckingham se parecerían tal vez á mi tía. Además, acabo de descubrir que no manda uno en sus sentimientos, y no podrían menos de amar, como me sucede á mí...

– ¿Qué dice usted, Reina?

– Nada, señor cura. Pero temo tener un flaco por los calaveras, pues confieso que Buckingham es encantador.

– Pero en fin, hija mía, yo he tratado de explicar á usted ciertas cosas desde que lee usted Walter Scott, y veo que no ha comprendido usted nada.

– Oigame usted, mi querido señor cura, las explicaciones de usted no son muy claras, y ¡hay tantos puntos obscuros en mi cabeza!.. ¡Es tan singular todo eso! En fin, explíqueme usted ¿por qué el amor excita su indignación?

– Reina, dijo el cura fuera de sí, ¡basta, basta! Hace usted unas preguntas tan singulares que es imposible contestar á usted. Hablo á usted con toda seriedad; hay asuntos sobre los que no debe usted hablar y que no puede usted comprender, porque es usted muy joven aún.

El cura agarró su sombrero y se fué. Corrí tras de él y le dije para despedirle:

– Usted dirá lo que quiera, mi querido profesor, pero conozco perfectamente el amor; es la cosa más deliciosa del mundo. ¡Viva el amor!

El cura estuvo dos días sin venir al Buissón, y arrepentida de haberle hecho rabiar tanto, al tercer día me dirigí hacia su casa para pedirle perdón. Le encontré en su cocina, delante de un modesto almuerzo que devoraba con tanto afán como apetito.

– Señor cura, dije con tono relativamente humilde, ¿está usted enfadado?

– Algo, hija mía; no me quiere usted escuchar nunca.

– Le prometo á usted no volver nunca á hablar del amor.

– Trate usted sobre todo, Reina, de no pensar en cosas que no puede usted comprender.

– ¡Oh! Que yo no puedo comprender..., exclamé llena de entusiasmo; comprendo perfectamente, y á pesar de todos los curas del universo, sostendré que...

– Vamos, interrumpió el cura descorazonado, ¿volvemos á las andadas?..

– Tiene usted razón, señor cura; pero aseguro á usted que un cura no entiende nada de todo eso.

– Y Reina de Lavalle tampoco. Luego iré á dar á usted lección, hija mía.

De este modo terminó la disputa más grave que tuve con mi profesor.

Entretanto transcurrían los días y Pablo de Conprat no venía, lo que era fatal para mi sistema nervioso, pues empezaba á notarse en mí una irritabilidad de mal augurio. Al mes de la memorable aventura había perdido todas mis ilusiones, mi tranquilidad; se apoderó de mí el fastidio y una gran tristeza.

Entonces fué cuando el cura se incomodó con mi tía, que acabó por despedirle.

Sentada junto á la ventana de la sala, oí la siguiente conversación:

– Señora, dijo el cura, vengo á hablar á usted de Reina.

– ¿Con qué motivo?

– Esa criatura se aburre, señora. La visita del señor de Conprat ha abierto en su imaginación horizontes que ya se habían entreabierto con algunas novelas que había leído. Esa niña necesita distracción.

– ¡Distracción! ¿Dónde quiere usted que la busque? No puedo apenas menearme, estoy enferma.

– Ya lo sé, señora; por eso no cuento con usted para distraerla. Hay que escribir al Sr. de Pavol y rogarle que se haga cargo de Reina durante algún tiempo.

– ¡Escribir al Sr. de Pavol!.. ¡Qué disparate! La niña no querría luego volver aquí.

– Es muy posible; pero eso es una consideración secundaria de la que luego nos ocuparemos. Además, está destinada á vivir un día ú otro en medio de la sociedad, y me parece necesario que cambie un poco su existencia y que empiece á ver cosas de las cuales no tiene la menor idea.

– No estoy conforme, señor cura; Reina no saldrá de aquí.

– Pero, señora, interrumpió el cura, que se iba enardeciendo, repito á usted que es urgente. Reina está triste, su imaginación es viva y trabaja mucho, estoy cierto que se imagina estar enamorada del Sr. de Conprat.

– ¡Lo mismo me da!, dijo mi tía, que era completamente incapaz de comprender los razonamientos del cura.

– Alguien ha dicho que la soledad es el abogado del diablo, señora, y es muy exacto tratándose de la juventud. La soledad es funesta para Reina; un poco de distracción la hará olvidar lo que no es, en suma, más que una niñada.

«¿Cómo es posible que un cura tenga ideas tan raras?, me preguntaba yo á mí misma. ¡Tratar tan ligeramente un asunto tan serio y figurarse que yo podría llegar á olvidarme del Sr. de Conprat!»

– Señor cura, dijo mi tía con tono seco y desabrido, mézclese usted en aquello que le concierne. Yo obraré como me parezca, y no como le parezca á usted.

– ¡Señora, yo quiero á esta criatura con todo mi corazón y no me conviene que sea desgraciada, contestó el cura con un tono que jamás le había oído emplear. Usted la ha enterrado en el Buissón; jamás le ha dado usted el gusto más pequeño, y puedo decir que sin mí hubiera vivido en la ignorancia más completa, llegando á ser una planta salvaje ó poco menos. Repito á usted que hay que escribir al Sr. de Pavol.

– ¡Esto es demasiado!, exclamó mi tía, furiosa. ¿Quién manda en mi casa? ¡Salga usted de aquí, señor cura, y no vuelva más á pisar esta casa!

– Está bien, señora: ya sé ahora lo que debo hacer, y veo claramente hoy que si no he obrado antes, es porque estaba ciego por el placer egoísta de ver constantemente á mi querida discípula.

El cura me encontró llena de angustia á la salida.

– ¡Es posible, señor cura!.. ¡Haber expulsado á usted de esta casa por causa mía!.. ¿Qué va á ser de nosotros si no nos volvemos á ver?

– ¿Ha oído usted la discusión, hija mía?

– Sí, sí, estaba junto á la ventana. ¡Ah! ¡Qué mujer!, ¡qué...

– Vamos, vamos, cálmese usted, siguió diciendo el cura, que estaba con el semblante arrebatado y todo tembloroso. Esta misma noche escribiré á su tío de usted.

– Escriba usted en seguida, señor cura. ¡Con tal de que venga pronto por mí!

– Así lo espero, contestó el cura con una dulce sonrisa no ajena de cierta tristeza.

Pero diferentes quehaceres le impidieron escribir aquella misma noche al Sr. de Pavol, y al día siguiente, mi tía, que luchaba hacía algunas semanas contra la enfermedad, cayó gravemente enferma. Cinco días después, la muerte llamaba á las puertas del Buissón y cambiaba la faz de mi existencia.

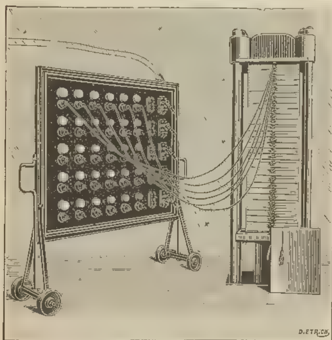
(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

PRENSA DE APRESTOS CALENTADA POR MEDIO DE LA ELECTRICIDAD

Para aprestar ciertos tejidos, así como para obtener efectos de *moiré*, de relieve, etc., se utiliza la prensa hidráulica, en la cual y entre planchas calentadas se coloca la tela ó el papel.

La calefacción de estas planchas se obtiene poniéndolas en el horno; pero este sistema tiene el inconveniente de que durante el trabajo aquéllas se enfrían, á consecuencia de lo cual la acción conseguida no es regular. De aquí que se haya concebido la idea de calentar las planchas por medio de la electricidad, estableciendo de esta suerte una prensa eléctrica. El grabado que publicamos reproduce la que ha instalado en Chemnitz M. Emilio Claviez: la corriente, procedente de una dinamo, llega á un distribuidor, desde donde es conducida á cada una de las planchas de la prensa; éstas son huecas y contienen hilos dispuestos en espiral que oponen resistencia á la corriente y producen la calefacción.



Prensa de apréstos calentada por la electricidad

Este dispositivo es, como se ve, sumamente sencillo y tiene además la ventaja de que con él puede regularse á voluntad la intensidad de la calefacción y obtener por ende los efectos que se deseen.

La instalación constituye una novedad que seguramente interesará á gran número de industriales. – V

***

HISTORIA DE LOS COCHES AUTOMÓVILES

El primer coche de vapor fué debido á José Cugnot, quien nacido en Lorena el 25 de septiembre de 1723, había pasado su juventud en Alemania, en donde estudiara con gran afición la mecánica y en donde encontró muy pronto un empleo de ingeniero. Vivió después en los Países Bajos, y no tardó en llamar la atención del mariscal de Sajonia por haber inventado un nuevo modelo de fusil que en seguida fué adoptado para el armamento de los uhlanos. Animado por este primer éxito, trasladóse á Bruselas y resolvió construir carretones de vapor que destinaba al transporte de cañones y material de artillería.

Cugnot fué á París en 1763 resuelto á proseguir sus trabajos y consiguió construir un modelo de coche de vapor que terminó en 1770. Una antigua memoria de los *Archivos de Artillería* dice que el aparato de Cugnot fué examinado por el general Gribeauval y que el ministro Choiseul se proponía pedir al inventor que hiciese funcionar el aparato delante de él; pero habiendo sido al poco tiempo desterrado el ministro, el coche, según consigna el ponente L. N. Rolland, comisario general de artillería, se quedó sin pruebas.

La tradición cuenta que Cugnot ensayó su máquina y la hizo funcionar; pero en una prueba desgraciada, el coche desvióse de su camino y fué á chocar contra una pared de cerca que se vino al suelo, quedando interrumpidos los ensayos.

En 1793 el Comité de Salud Pública quiso desmontar esa máquina para hacer de ella armas; pero algunos oficiales de artillería pudieron evitar esta destrucción, y en 1799 fué hallada intacta por Mollard, conservador del Conservatorio de Artes y Oficios, que la reclamó para las galerías de este establecimiento, adonde fué llevada en 1801 y en donde está todavía, siendo examinada con interés por los visitantes. Este coche, que nuestros lectores pueden ver reproducido en la figura 1, era movido por una máquina de vapor de efecto sencillo; comprende dos cilindros de bronce, y la caldera, montada en la parte delantera, iba cubierta por una capa de tierra refractaria que formaba cuerpo aislador. Este vehículo, que tiene tres ruedas, constituye un verdadero triciclo.

Cugnot murió en 1804.

En 1786 un americano de Pensylvania, Oliverio Evans, que hacía tiempo se ocupaba de trabajos mecánicos, construyó una máquina de vapor de alta presión que quiso utilizar para el funcionamiento de un coche, pero fué muy mal acogido por sus conciudadanos. Trasladóse á Filadelfia, en donde trabajó y ganó algún dinero, pudiendo entonces comenzar á construir su coche de vapor, y en 1800, después de haber gastado cuanto poseía, tuvo la satisfacción de ver funcionar su vehículo. Entonces emprendió la fabricación de sus máquinas de alta presión y llegó á crear vastos talleres en Filadelfia; pero en 1819 un incendio destruyó por completo su fábrica, y el desgraciado inventor, que tenía el proyecto de dedicarse nuevamente á su coche, murió del disgusto.

Oliverio Evans había enviado á menudo sus planos á Inglaterra, en donde los conocían algunos ingenieros. Dos mecánicos de Cornuailles, Trevithick y Vivián, construyeron en 1801 máquinas de vapor de alta presión análogas á las de Evans, y también se dedicaron á la fabricación de coches de vapor. La figura 2 representa el coche fabricado por estos constructores: el vehículo estaba á bastante altura sobre el nivel del suelo; en la trasera, entre las dos ruedas, había un sólido marco de hierro, fijado en el eje, que servía de apoyo al hogar, alrededor del cual un depósito de agua, se calentaba y enviaba el vapor á un cilindro horizontal. El pistón de este cilindro llevaba un vástago que por medio de un sistema de engranajes determinaba la rotación de las ruedas del coche y le hacía avanzar.

Este aparato ofrecía algunos mecanismos ingeniosos, pero distaba aún mucho de constituir un sistema práctico para funcionar en los caminos. Los inventores reconocieron la imperfección de su obra y la convirtieron en un vagón que se deslizaba sobre rieles en las minas; el éxito, sin embargo, no correspondió á sus esfuerzos que, esto no obstante, merecen ser citados.

Mucho se habló en Inglaterra de los experimentos de Trevithick y Vivián; pero hasta 1827 no llegamos á la construcción de otro curioso coche de vapor, debido á un mecánico llamado Gurney: el grabado de la época, que reproduce el aspecto del mismo (fig. 3), nos dispensa de hacer una larga descripción del carruaje, por lo que nos limitaremos á traducir la leyenda que aparece al pie de la composición del dibujo: Dice así:

«El conductor va sentado delante y maneja el timón de las dos ruedas; al alcance de su mano, á la derecha, tiene también otro timón unido al principal tubo de vapor. De esta suerte asegura la marcha del vehículo. En la parte posterior de éste está la máquina que produce el vapor, el cual pasa por los tubos á los cilindros colocados debajo del carruaje y pone en movimiento las ruedas traseras. El depósito, que contiene unas 200 cuartas de agua, está situado en la caja, que ocupa en toda su longitud y latitud: las chimeneas están detrás, y como para la combustión se emplea el cok, no se produce humo, al paso que el aire caliente, poco en cantidad, se disipa con el movimiento del coche. En las paradas se hace provisión de agua y combustible. La longitud del coche es de 15 á 20 pies y su peso de unas dos toneladas; puede andar de una y media á dos leguas alemanas en una hora y caben en él seis pasajeros en el interior y doce en el exterior. El cajón delantero es para los equipajes. El inventor de este coche es Mr. Goldsworthy Gurney.»

Este coche ha funcionado, pero no tenemos de él más que el grabado y su leyenda, la cual da una descripción poco completa, sin hablar de los experimentos realizados ni dar el menor detalle acerca del motor.

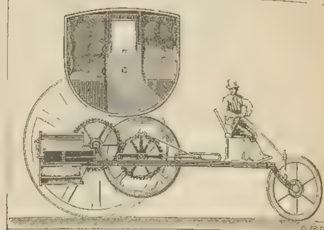


Fig. 2. – Coche de vapor de Trevithick, construído en 1801 (reproducción de un grabado inglés)

En 1833 un ingeniero italiano hizo funcionar en Birmingham otro coche de vapor, pesado y macizo, que era movido por una máquina de vapor; podía contener gran número de pasajeros y constaba de tres ruedas como el de Cugnot: nada se sabe de los experimentos ejecutados con este vehículo ni de la disposición de su mecanismo.

Nos ha parecido interesante recordar los esfuerzos de estos precursores del coche automóvil, que han preparado y presentido la solución de un problema que hoy puede considerarse como resuelto.

Las carreras de carruajes mecánicos que han de verificarse dentro de poco en Francia permitirán al público fijar su atención sobre las construcciones, muchas de ellas notables, que en nuestros días se ha conseguido hacer funcionar de un modo práctico.

Gastón Tissandier

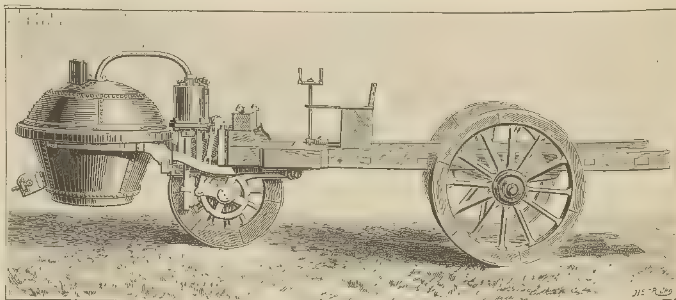


Fig. 1. – El primer coche de vapor de Cugnot, probado en 1770, actualmente expuesto en el Conservatorio de Artes y Oficios de París

***

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1900

M. Picard, comisario general, ha sometido á la comisión superior una memoria completa con los correspondientes planos, en la que se trazan las líneas generales de la próxima exposición y de la cual vamos á dar un extracto.

Principios generales y distribución del plano. – La dirección de Arquitectura se ha inspirado en las diversas composiciones premiadas en el concurso con una amplitud de miras que honra á M. Bonvard, director de los servicios de arquitectura, y á sus dignos colaboradores.

El motivo principal de la exposición será el Sena, cuyas orillas se adornarán convenientemente y en el cual se celebrarán fiestas venecianas. Por vez primera en una gran empresa de este género el Campo de Marte, la Explanada de los Inválidos y los Campos Elíseos estarán reunidos dentro del recinto de la exposición.

El *clou* de ésta será una inmensa perspectiva de 60 metros de ancho que partiendo del lugar que hoy ocupa el Palacio de la Industria atravesará el Sena por un puente de acero de un solo arco y terminará

en la explanada de los Inválidos. La creación de esta perspectiva exige la demolición del citado palacio, cuya existencia no ha podido prolongarse á pesar de haberse para ella intentado gran número de combinaciones. En cambio subsistirá la torre Eiffel, primero porque su demolición resulta muy cara, y segundo porque se supone, con razón, que aún quedan muchos extranjeros deseosos de contemplar desde sus plataformas el inmenso panorama de París.

La entrada de honor de la exposición estará en los Campos Elíseos.

Distribución de los edificios, parques y jardines. – Al entrar en la exposición los visitantes encontrarán á la derecha los pabellones de la Administración, de la Educación y de la Enseñanza. A la derecha también y haciendo frente á los Inválidos, se levantará el Palacio de Bellas Artes, á la izquierda, frente á éste, el de la Exposición retrospectiva del Arte francés: estos dos edificios subsistirán aun despues de la exposición. La explanada será dedicada al arte decorativo en todas sus manifestaciones.

En la orilla derecha del Sena, desde el puente de los Inválidos al del Alma, estarán el Palacio de la ciudad de París, la Horticultura, la Economía social y los Congresos: en la izquierda, desde el puente de los Inválidos al Campo de Marte, se erigirán los palacios de las naciones extranjeras y los edificios para el ejército, la marina, los bosques, la caza y la pesca.

En el Trocadero se situarán las instalaciones de Argel, Túnez y demás países sometidos al protectorado de Francia. En el Campo de Marte se instalarán las grandes industrias y la producción agrícola. La electricidad ocupará un grandioso palalacio de cristal que se construirá delante de la galería de máquinas de 1889, la cual será convertida en salón de fiestas.

Fig. 3. – Coche de vapor de Gurney, probado en Londres en 1827 (copia de un grabado inglés)

La circulación interior. – Dos anchos puentes, además del monumental, pondrán en comunicación las dos orillas del Sena; uno se levantará entre el puente de los Inválidos y el del Alma y otro entre éste y el de Jena: suaves pendientes, en vez de las peligrosas escaleras de 1889, asegurarán el paso por encima de los extremos de los puentes de los Inválidos y del Alma.

Un ferrocarril eléctrico de circuito cerrado circulará por la Explanada, por el muelle Orsay y el Campo de Marte.

Cálculo de gastos. – El conjunto de gastos previstos para esta vasta organización se eleva á 100 millones, de los cuales 70 se invertirán en trabajos. De esta cantidad, considerable, es cierto, pero que puede darse por bien empleada tratándose de una exposición que cerrará gloriosamente el siglo XIX, una parte pesará sobre el Estado y otra sobre el municipio de París, habiéndose ideado ya varias combinaciones que harán esta carga lo menos onerosa posible.

Tal es á grandes rasgos el anteproyecto de la exposición de 1900 presentado por su comisario general, pudiendo asegurarse desde luego que aumentarán el valor y los atractivos del plan trazado oficialmente los proyectos de iniciativa privada que en gran número contribuirán al mayor éxito del certamen.

(De *La Nature*) MAX. DE NANSOUTY

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

PIMPOLLOS, por *J. Torrendell.* – No hace mucho tiempo, á propósito de un folleto sobre el ensayo dramático *Teresa*, de D. Leopoldo Alas, pudimos presentar á nuestros lectores como crítico notable al Sr. Torrendell, quien en *Pimpollos* ha reunido cuatro cuentos ó novelas cortas, llenas de atractivos bajo todos conceptos, así en el fondo que revela al escritor realista convencido, apasionado por el estudio y reproducción de la vida real, como en la forma con que reviste sus bellísimas concepciones, dándoles cuerpo en estilo claro, sobrio, exento de lirismos y de cuanto á convencional trascienda. Aunque bien se advierte la influencia que en él han ejercido los modernos novelistas franceses, el Sr. Torrendell tiene personalidad propia, pues si acepta las enseñanzas de aquéllos es para armonizarlas con su manera especial de pensar y de sentir, que da verdadera originalidad á sus obras. *Pimpollos*, que lleva una interesante semblanza del Sr. Torrendell, escrita por el reputado literato uruguayo Eduardo Ferreira, ha sido editado por D. Inocente López, y se vende en las principales librerías á tres pesetas.

ESTUDIOS PENITENCIARIOS, por *D. Francisco Murcia Santamaría.* El autor de este libro, ayudante de segunda clase del cuerpo especial de establecimientos penales, trata en él, como el título lo indica, de una materia interesantísima, especialmente en España, cuyos establecimientos penitenciarios necesitan de una esencial reforma que los ponga á la altura que hoy exige en todos los pueblos civilizados la moderna ciencia penal. A esto tienden los capítulos de la interesante obra del Sr. Murcia Santamaría: en ellos se estudia lo que debe ser el régimen interior de una prisión tal como ha de funcionar un establecimiento de esta clase para que en él pueda conseguirse el fin moralizador de la pena, y se analizan las reformas que para conseguir este fin habrían de introducirse en nuestra actual organización penitenciaria, demostrando el autor grandes conocimientos en tan importante asunto. El libro, impreso en Burgos (imprenta de Agapito Díez y Compañía), se vende á tres pesetas cincuenta céntimos.



EL GIGANTE EGIPCIO HASSÁN ALÍ (de fotografía de Retlaw, Edimburgo)

BOTONES DE MUESTRA, por *A. Sánchez Pérez.* – ROMANCES Y OTROS EXCESOS, por *Tomás Luceño.* – GRITOS DEL ALMA, por *Teodoro Guerrero.* – Tres firmas á cual más conocida llevan las composiciones que forman estos tres tomos de la Colección Diamante, que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Inocente López. Los Sres. Sánchez Pérez, Luceño y Guerrero son suficientemente conocidos del público para que no sea menester elogiar los libros que dan á la estampa. Omitimos, pues, toda alabanza por nuestra parte y nos limitamos á consignar que los tres tomos citados son dignos de tan distinguidos literatos, que han sabido conquistarse cada uno en distinto género un alto y merecido puesto en la literatura patria. Estos tomos, como todos los de la Colección Diamante, se venden al precio de dos reales cada uno.

ALGO DE LETRAS, por *Enrique Redel.* – En otras ocasiones nos hemos ocupado de este distinguido poeta cordobés, que en *Algo de letras* se nos presenta como buen observador y crítico y como elegante prosista. En una carta-prologo que precede á los artículos coleccionados en este libro, el notable literato D. Jacinto Octavio Picón pone de relieve las brillantísimas condiciones que adornan á Redel, «su espíritu de justicia y moral bien entendidas, su fértil imaginación, sus juveniles atrevimientos, y en una palabra, cuanto constituye el fondo de su talento y su pintoresca fuerza de imaginación.» Con copiar estas palabras creemos hacer el mayor elogio del libro del Sr. Redel, que se vende en las principales librerías de Madrid y Córdoba al precio de una peseta cincuenta céntimos.

PERFILES Y SEMBLANZAS, por *Julio Pellicer.* – De los diez artículos que contiene este libro del joven escritor cordobés, cinco son cuadros de costumbres populares, narraciones sencillas hábilmente desarrolladas y llenas de notas de color que sólo pueden obtenerse estudiando con gran espíritu de observación el natural; los otros cinco son biografías, semblanzas y estudios de otros tantos artistas cordobeses, y en ellos se acredita de crítico el Sr. Pellicer. Avaloran estas cualidades un lenguaje elegante y sobre todo muy español. *Perfiles y semblanzas*, impreso en Córdoba, se vende á dos pesetas cincuenta céntimos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 24 de junio de 1895 — Núm. 704

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Estatua de D. Antonio de Trueba, obra de Mariano Benlliure,

premiada con la medalla de honor en la actual Exposición general de Bellas Artes de Madrid

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

IV

PINTURA

«Así, de prisa, de prisa. – Todo al vuelo, todo al vuelo.»

¿Para qué detenernos en largo y hondo estudio? La Exposición actual tiene la importancia que un desastre, en momentos en los cuales una victoria no significa más que alargar por breve tiempo la agonía de un imperio, ayer fuerte y grande.

No nos hagamos ilusiones. Ni en Francia, ni en Italia, ni en España las bellas artes alcanzan el valor sujetivo que deben alcanzar en estos últimos años del siglo XIX. Los dos *salones* de París, pese á cuanto puedan decir las gentes que juzgan las obras de arte plásticas por los encomiásticos artículos de los Iriarte, Gefroy, Cardou, etc., no acusan sino un desfallecimiento enorme en el artista, una vacilación grande, un extravío del gusto, más grande todavía, un agotamiento completo de la inspiración. La más honda tristeza se apodera del espectador al mirar aquellos miles de cuadros y de esculturas, en los cuales no se advierte un solo rasgo inspirado, una sola idea nueva, y esa misma tristeza se apodera de nosotros estudiando la actual Exposición de Bellas Artes.

Como rayo de sol que á intervalos atravesando el encapotado espacio alegra nuestra vista, arrancando al paisaje varios y brillantes matices, así también algún cuadro alegra nuestro espíritu y le recrea en esta Exposición, donde forma, color y pensamiento aparecen velados por la niebla de la duda y por el desaliento.

No padece de vacilaciones ni desalientos el autor del cuadro *La Conjura*. Graner sigue un determinado rumbo hace años y lo sigue con valentía. No le importe que el Jurado le haya otorgado una recompensa mezquina. ¡Adelante! Frente del Jurado está la opinión de los inteligentes, que declara como muy buena su obra. El estudio psicológico que el Sr. Graner ha hecho de los tipos que representó es digno de encomio; la fisonomía del anarquista que ocupa el centro de la composición es un verdadero prodigio de verdad y de honda observación. Respecto del dibujo de las figuras solamente diré que es firme y correcto. Este cuadro, al que acaso se le pueda objetar de un tanto verdoso en la tonalidad general, es un cuadro que coloca á su autor entre los buenos pintores españoles, en aquella línea donde sólo se cuentan una docena.

Cercanías de Roma, de Enrique Serra, es un paisaje que yo reputo como de los mejores de la actual Exposición, si no el mejor. Lleno de melancolía, de grandiosidad en las líneas, de trozos acertadísimos de color y de dibujo, este paisaje produce un sentimiento de dulce melancolía, cual la que despiertan en nosotros las notas de una sonata de Tzibultka. Del valenciano Pinazo hay dos retratos que pueden considerarse como obras maestras del género, especialmente uno de militar. Mejor que el cuadrito *El femater de la casa*, cuadrito de costumbres, exhibe el notabilísimo pintor valenciano una pintura decorativa que titula *Cupido*, y que si no es lo más exquisito de la palela de Pinazo, es en cambio una obra llena de gracia, de delicadeza y elegante. Representa á una niña, en esa edad en que ya se revelan en su sexo instintos de coquetería y le acometen vagas inquietudes y deseos, y todavía no ha llegado físicamente á un completo desarrollo. La niña tiene una figura elegante, llena de distinción; está sentada en un jardín, y sobre las rodillas, acariciándola con sus finas manos, Cupido, con alas de mariposa, juega con ella devolviéndole las caricias. Ambas figuras están colocadas con gran arte y buen gusto, y el desarrollo de ese pensamiento tan agradable, tan humano, que tantos deseos de vivir despierta, es á trozos digno del artista que comparte con Sorolla, en España, el dominio de la paleta.

Pasemos por alto en esta crónica la balumba de retratos que en estas salas que voy recorriendo nos sale al paso. Un cuadro de dimensiones bastante grandes nos invita á que le dirijamos larga y atenta mirada. Hagámoslo así; después de todo bien vale Pla y Gallardo un poco más de atención que el otro Pla.

Titúlase el cuadro de que hablo *Lazo de unión*. El asunto parece estar inspirado en un drama conyugal, aun cuando por la disposición de la escena y colocación de los personajes no me parezca que sea un drama propiamente dicho lo que allí se desarrolla. Cuando más yo le titularía á este cuadro *Tempestad conyugal*. Pero en fin, aparte estos tiquis miquis, pues creo que Pla no ha pretendido dar á la escena que le sirve de motivo para mostrarnos sus excelentes dotes de pintor un alcance de mayor cuantía, *Lazo de unión* es uno de los pocos lienzos dignos de encomio que se exhiben en el palacio del Hipódromo.

Los actores de *Lazo de unión* son tres: marido, mujer y una niña de ocho ó nueve años. El marido, sentado, mirando al espectador, no parece que el enojo le domina grandemente, más bien parece inquieto, aun cuando procura representar una indiferencia que está bien lejos de sentir, no solamente por el movimiento transitorio adoptado para simular la indiferencia, bien porque ha ido á sentarse en el sofá ó diván, en uno de cuyos extremos está su mujer, vuelta de espaldas hacia él con la cara cubierta por un pañuelo y llorando. El *Lazo de unión*, la niña, una niña de precocidad intelectual inmensa, colocada entre su padre y su madre, coge de un brazo al primero, de la falda á la segunda, é inclinada hacia su padre parece rogarle que apresure el término de aquella situación.

Este cuadro es mejor, mucho mejor que de dibujo de paleta. Especialmente el lado derecho, donde está la figura de la esposa enojada, tiene trozos magistralmente pintados. La ventana por donde entra la luz que domina la escena y que está colocada sobre el sofá, así como la figura de la esposa que recibe de lleno la luz son trozos de la realidad misma.

De Masriera la obra importante, porque es la más sólida, es el cuadro *Magdalena*. Aun cuando no por otra cosa, por haber acometido la pintura de un desnudo, aquí donde no hay un artista capaz de trazarlo medianamente (por lo menos, de los maestros de la gente nueva, no conozco más de tres que se atrevan á pintar un desnudo), la *Magdalena* de Masriera es digna de laudes. Las tintas suaves y templadas, de gran transparencia, con que está modelado el cuerpo de la hermosa penitente, dan á la figura apariencia grande de realidad y solidez. El otro lienzo importante de Masriera, *¡Son ellas!*, peca para mí de falta de ambiente; fondo y alfombra tienen el mismo color de tono. Las muchachas, efectivamente, *¡Son ellas!*; son ellas, sí señor, unas ellas poco *penitentes* ciertamente, capaces de...

Es un pintor *manièré*, pero distinguidísimo, fácil en la ejecución, conocedor del mundo social que pinta, el Sr. Miralles. Los tres cuadritos *Wals*, *Tristeza* y *De soirée* que ha traído á esta Exposición revelan las cualidades dichas del pintor.

Desde luego he afirmado que Miralles es un *manièré;* pinta de memoria las dos terceras partes de sus cuadros, contentándose quizás con tener á la vista unos cuantos apuntes tomados del natural al correr de lápiz, tras de un cortinaje, á la luz de un farol, en la calle, etc.; mas con todo esto, no pueden tildarse de mal dibujadas aquellas lindas figuritas de jóvenes elegantes, ni faltas de animación y vida aquellas composiciones donde tantas y tan varias son las actitudes y los accesorios. Sobre todo el Sr. Miralles tiene un gran sentimiento de la armonía del color y un exquisito gusto para agrupar.

Casi al lado de estos tres cuadritos está uno de dimensiones bastante grandes que representa el interior de una habitación modestísima, en la cual duerme acostado en una tosca cama de madera un niño: guardándole, de pie, como si escuchase algún ruido del exterior, se ve á un hermoso perro leonado; al fondo de la habitación se columbra el puchero que hierve en el hogar. *Amigos inseparables*, así titula Garnelo (D. Jaime) esa obra suya, es un trozo de buena y castiza pintura; pero no le va en zaga, si no le supera en dicha condición de castiza, la paleta de Bertodano, que acaba de revelarse en el lienzo *La nieta del marinero* como uno de los mejores coloristas de la gente nueva. Representa dicho lienzo el interior de una habitación, modesta también como la de los *Amigos inseparables*, aun cuando mejor alhajada. El viejo marinero, metido en cama, medio se incorpora para recibir, con el enjuto y varonil rostro animado por placentera sonrisa, una taza de alguna bebida reconstituyente, que le ofrece su nietecilla, la cual tiene trozos pintados magistralmente, por ejemplo, un brazo y la cabeza. Cierto que también la cabeza del abuelo es hermosa de color, y que el ambiente de la habitación, así como la figura de mujer que aparece en la puerta del fondo, están tratados con gran talento.

De las *marinas* exhibidas en este certamen, una, quizá la única que merece los honores de ser mencionada, es la que representa un trozo de costa, que á juzgar por la tonalidad de las aguas y por el título, debe ser un trozo de la del Mediterráneo. *Sudeste* la bautizó su autor, el Sr. Fernández Alvarado. Cielo y agua tienen trozos acertados, especialmente el agua.

Como con los retratos, haré con varios cuadros de pintores catalanes que se me presentan al paso; dejaré el estudio de esos cuadros para otra ocasión. No es cosa para tratarla así, al vuelo, como escribo esta relación de lo más saliente del actual certamen de Bellas Artes, lo de aplaudir ó rechazar las obras de Rusiñol, Casas, Guinea, Nonell, Monturiol y demás pintores *fin de siglo* que pretenden crear una nueva estética y por lo tanto toda una modificación completa del sentimiento, del gusto, de la interpretación de la verdad, etc. Ya charlaremos. Tengo mucho que decir á propósito de los puntillistas, de los impresionistas y de las intransigencias de unos y de otros.

¡Aún dicen que el pescado es caro! es el lienzo mayor de los quince ó dieciséis que entre retratos y cuadros de género ha traído Sorolla.

Sorolla es un pintor que no puede discutirse; como pintor, se entiende, no como artista. Manejando la paleta, me río yo de todos los decadentistas, puntillistas, impresionistas, etc., que andan por esos mundos de Dios, tratando de reformar el órgano de la visión, que es el que «pinta.» Como artista, como pensador, como «admirador» de la belleza que no reside en los colores, en ese particular, Sorolla no puede figurar á la altura en que le ha colocado su propio esfuerzo de colorista insuperable. Prueba lo que del ilustre pintor valenciano digo, ese mismo cuadro *¡Aún dicen que el pescado es caro!*

No paremos mientes en el título, verdadera equivocación de expresión; vengamos á la idea que inspiró el cuadro. Yo creo que si altamente cristiano, ó por lo menos de gran fondo moral, por lo que se refiere á la fuerza social, á la tendencia á que parece obedecer, no merece la pena de recordarle más allá de cinco minutos. ¿Comemos pescado á costa de la vida del marinero? ¡Qué le vamos á hacer! A costa de la vida cerebral, á costa de la razón de muchos hombres en muchos casos, la humanidad va alcanzando el grado de progreso que se propone alcanzar. Lamentable es que perezca un semejante por proporcionarnos el placer de un trozo de pescado; mas á cambio de ese trozo de pescado, otro semejante da una cantidad de fósforo cerebral, al propio tiempo que el medio para que subsista el marinero.

La escena está compuesta y expuesta con gran sencillez y naturalidad. Dos marineros curan á otro, herido en las faenas del oficio de pescador, que está tendido en el suelo de la bodega de un falucho. El marinero más viejo, que parece ser el patrón, ofrece la espalda á la luz que baja por la escotilla y que ilumina el torso desnudo del herido y la cabeza y hombros del que sostiene á éste. Por los efectos de clarobscuro que produce dicha disposición de las figuras y de la luz, se recuerda la manera de Rembrandt.

Las figuras están en general bien dibujadas, son reales, verdaderamente típicas, destacando con gran relieve. El fondo, por efecto de la aglomeración de cachivaches allí hacinados y acaso también por acusarse demasiado los objetos en la penumbra, distrae bastante la atención de la escena. Pero yo que confieso ingenuamente que este cuadro dista bastante de satisfacerme, porque no me hace sentir, que es la condición primera de la obra de arte, en cambio me extasío mirando aquel otro cuadrito *La bendición de la barca*, que Sorolla ha debido pintar con todo el entusiasmo de un amador de la Naturaleza. De este cuadrito decía yo en otra parte y ahora lo repito: «Dejemos aparte aquellos reparos que pudieran hacerse, tanto por lo que se refiere al dibujo de algunas de las figuras, por ejemplo, la del viejo que está sentado el primero en la borda de la barca, cuanto á la colocación y actitudes de los asistentes á la ceremonia, actitudes bien poco respetuosas: lo demás, cielo, mar, efectos de sol, las ropas y las carnes de los marineros, todo esto ofrece una impresión tan viva de verdad, que difícilmente podrá superarla ningún otro pintor...» Ante el espectáculo de la Naturaleza que Sorolla, siguiendo la tendencia *impresionista*, ha sabido reproducir en las pequeñas dimensiones de un cuadro de caballete, siento igual emoción que experimento contemplando la realidad misma.

R. BALSA DE LA VEGA

ANTONIO DE TRUEBA

NACIÓ EN 1821

MURIÓ EN 1889

SEMBLANZA

Antón el de los Cantares, como sus íntimos le llamábamos y como él gustaba de que le llamasen sus comadres y vecinas, era un hombre alto, anguloso, desgarbado, con pies y manos muy grandes, la cabeza habitualmente inclinada, fumador impenitente, modesto en el vestir, envuelto en una capa negra hasta en primavera, en el hablar tardo y aun algo balbuciente, de barba rala como el cabello, donde empezó á nevar muy pronto, aunque nieve pajiza más que blanca, y con unos andares y unas maneras tan marcadamente cantábricas, que con razón le ha comparado uno de sus biógrafos á un casero acomodado de la montaña en día de fiesta. Pero en cambio su sonrisa y su mirada eran de lo más dulce y benévolo que pueda imaginarse, y tan expresivas de todas las sensaciones de su alma, que podía leerse en ellas como en un libro abierto. Su famoso *mecachis*, única interjección que aquellos labios se permitían, así era indicio de placer como de dolor, de asombro como de naturalidad, y para interpretarlo rectamente había que mirarle á la cara, que aunque siempre grave, se iluminaba ó entenebrecía para dar al *mecachis* colorido.

Verdadero filósofo cristiano, como poeta de hondos sentimientos, nacido en aquellas Encartaciones de Vizcaya que desde los tiempos de Plinio vienen arrojando de sus entrañas tanto hierro que pone en sus hijos sangre sana y espíritu viril, parecía Trueba en su juventud un seminarista en vacaciones, retozón con las muchachas, juguetón con los niños, con sus iguales corriente y campechano, sin pasar en ningún caso con ellas de palmaditas en los carrillos, ni llegar con los jóvenes á aquel límite en que la copa de vino sube á la azumbre y la alegría á la embriaguez. A medida que el tiempo y las amarguras de la vida fueron labrando aquel brillante de su corazón, despedía más vivos resplandores; pero su exterior tomó esa apacible serenidad de los verdaderos filósofos, resignados en el hogar, displicentes y aun marrulleros en el mundo, á quien parecen decir con todas sus acciones: «Te conozco y sé bien lo que puedes darme.»

Únicamente en muy críticas ocasiones salía de este estado de beatitud, y era cuando en su presencia se hablaba mal de sus amigos, de sus protectores, ó del *sancta sanctorum* de los fueros vascongados, su único amor político, su creencia más arraigada, tanto que competía en su espíritu con las religiosas. Más de un periodista liberal dejó de asistir á la famosa tertulia literaria del café de la Esmeralda, allá por los años del 51 al 53, por haberse permitido censurar á D. Pedro Egaña, estando allí Trueba, uno de los tertulianos más asiduos, que con razón había levantado un altar en su pecho, no ya al vascongado y paladín incansable de las franquicias éuscaras, sino al hombre que desde la mayor altura política había tendido espontáneamente la mano al autor de *El libro de los cantares*, y héchole de su periódico *La España* un verdadero pedestal, que fué el más firme cimiento de su gloria.

Por cierto que casi ninguno de sus biógrafos ha tenido en cuenta esta página interesante de la vida del popular poeta, que pudo torcer su vocación, haciéndole un político adocenado, probablemente un gobernador de provincia ó un oficial de secretaría, ahogando en germen tantas obras primorosas como después produjo. Porque el Sr. Egaña no sólo se lo llevó á la redacción de su periódico, sino que puso empeño en que aquella pluma, que por lo natural y sencilla parecía de paloma, se emplease en asuntos que requerían, si no la del buitre, la del milano ó por lo menos la del astuto gorrión, y aquí se trabó una verdadera batalla entre el carácter complaciente de Trueba, estimulado por su gratitud á D. Pedro, en quien tantas esperanzas fundaba para su porvenir, y las inclinaciones de su naturaleza blanda y suave, que no le permitía la irritación ficticia, la acometividad sistemática y el tono campanudo y doctoral en que principalmente consiste el éxito del periodista militante.

Demás de esto, la instrucción que por sí mismo había adquirido en horas robadas al sueño y al trabajo, pues era tan laborioso como pobre, limitábase á la esfera poética y literaria en que su alma vivía, y quizás hasta ignoraba la historia de aquellos partidos y aquellos hombres en cuyos combates era forzoso á un periodista intervenir, menos en lo que se relacionase con la cuestión de los fueros, que eso lo tenía al dedillo. Al diputado andaluz Sánchez Silva, enemigo jurado de ellos, se lo sabía de memoria, por decirlo así, aun antes que la revolución de 1854 pusiera tan de relieve su figura.

Así tuvo este episodio el desenlace que era de esperar, dado el paternal afecto que D. Pedro le profesaba. Necesitando un *modus vivendi* que sólo podía por entonces proporcionarle el periodismo, Trueba optó por *La Correspondencia de España*, diario de noticias que empezaba á hacer rico y célebre á Santa Ana, diario que por huir de las discusiones políticas y por tener un carácter bonachón, sencillo y popular, compaginaba perfectamente con el suyo propio. Acomodó en cambio en el periódico moderado á su amigo íntimo Carlos de Pravia, que murió pocos años después desempeñando el gobierno civil de las islas Baleares y que había sido su colaborador en cierto libro de *Fábulas infantiles*, que conocen pocos, aunque diz se vende en la librería de Hernando. En cuanto al director y propietario del periódico *La España*, no sólo estimó y aplaudió la modestia de Trueba, sino que al propio tiempo que favorecía á muchos amigos de éste sólo por serlo, empezó á preparar la opinión en las provincias vascas para que la Diputacion foral de Vizcaya le nombrase cronista y archivero del señorío. Entre las 3.000 firmas de la solicitud con este objeto presentada so el árbol de Guernica, acaso la mitad fueron gestión personal y exclusiva de D. Pedro Egaña, rasgo que honra tanto al protector como al protegido.

Él también nos permite rectificar un tanto al más distinguido de sus recientes biógrafos, al Sr. Becerro de Bengoa, caro amigo nuestro y rival insigne de Trueba en su amor á aquel país que los vió nacer, el cual nos asegura que «su categoría literaria, tan bien reconocida y asentada, no fué para él jamás incompatible con el ejercicio de la modesta, ruda y civilizadora labor del periodismo. Trueba, es verdad, era un escritor, un poeta laureado, un aristócrata de la familia literaria por sus éxitos; pero es verdad también que fué además de esto un periodista de vocación, de los de la verdadera raza, de los que más dignamente deben honrar la prensa española de nuestro siglo. En la bella literatura, como genio, ganó sus laureles, y en la prensa corriente, como obrero, como hombre de bien, ganó el pan de cada día.»

Esta última aseveración es la exacta, aunque destruyo la de su vocación de periodista que jamás sintió en tales términos. Por accidente, por *modus vivendi*, según hemos dicho nosotros, lo fué en Madrid varios años, doliéndose entre sus íntimos no poco del tiempo que perdía y de las facultades que malgastaba; pero por vocación, por amor á la profesión, únicamente si acaso fué periodista en Bilbao, y eso porque todas las cuestiones que allí podía y debía tratar se relacionaban con aquella tierra y aquella gente para él tan querida como sus mismos hijos y sus mismos padres. En esto del provincialismo rayó siempre con la exageración, como lo ha probado el mismo Sr. Becerro de Bengoa, según veremos después, con asombro nuestro, que casi casi lo ignorábamos, aunque allá en nuestra juventud habíamos visto á Trueba tildado de obscurantista por glosar un artículo del *Semanario pintoresco* con verdadera delectación aquellos versos tan conocidos del moderno romance:

> ¡Feliz el que nunca ha visto
> más río que el de su patria,
> y duerme anciano á la sombra
> do pequeñuelo jugaba!

Que para nosotros no parecía entonces ni parecerá nunca amor al *statu quo* y odio al movimiento y al progreso, que á la época moderna caracterizan, sino inspiración bucólica de un poeta sencillo y enamorado de la naturaleza, que padece la nostalgia de la patria, cosa harto frecuente y común. Otros rasgos análogos de Trueba se citan hoy, que cuando no están relacionados con la cuestión vascongada tampoco salen para nosotros de la esfera del que acabamos de citar.

Pero no cabe duda que la guerra civil y la abolición de los fueros exasperaron el alma de Trueba hasta el punto que su biógrafo nos ha acabado de descubrir, y que llegó por lo visto al peligroso extremo de poner en pugna los más nobles sentimientos de su corazón y hasta lo que hoy decimos la patria chica con la patria grande.

Ya en 1873, cuando la guerra carlista le trajo á Madrid, hallámosle abatido, misantrópico, y lo que nos pareció más grave, desdeñoso hacia esta población en que había pasado su juventud, proporcionándole tan puras alegrías y tantas honras literarias. Cerrado como estaba el horizonte político y llenos de amargura los corazones, el estado de Trueba no nos alarmó en verdad, por coincidir con el de todos los buenos patricios en aquel tiempo. Una persona que le estaba muy ligada por lazos de amistad y aun de gratitud, quiso regalarle un solar en las afueras para que edificase

> aquella casita blanca
> medio oculta entre el ramaje,

de sus sueños poéticos, y le contestó desdeñosamente:

– No quiero terrenos en Madrid.

– Pero, hombre, Antón, le dijo su amigo, aunque el sitio no es de los mejores por desgracia, recuerda las hermosas meriendas que por allí hemos tenido, los alegres bailes con aquellas muchachas..., los madrugones que nos tomábamos recordando las *Mañanas de abril y mayo*, de Calderón...

– Con más fantasía que realidad. Créeme. Este Madrid es capaz de secar las cataratas del Niágara. Si tú conocieras mi casita de las Encartaciones comprenderías..., ¡qué comprender!, te arrepentirías de proponerme que viva en una casita... que ni blanca puede ser.

– ¿Ni aun en la Virgen del Puerto?

– Ni en la Virgen del Puerto. Cerca de dos siglos se han necesitado para que haya árboles que no parezcan tísicos..., como los demás de Madrid. Si estas flores no tienen perfume..., si estas plantas, como el jardinero no las esté regando todo el día, se mueren de tristeza.

– Pero, Antón, ¿y si no pudieras volver á Bilbao? ¡Las cosas van tomando tan mal cariz!..

– Pues ¿no he de volver? Esto se acaba. Tiene que acabarse y muy pronto. Caerá D. Amadeo. Pasaremos quizas por la república, pero volverá doña Isabel ó su hijo..., y yo... á morir á la sombra de Nuestra Señora de Begoña.

– Es decir, ¿que reniegas de tu Manzanares y tu Lozoya, que tanto te entusiasmaban y tan lindamente cantaste cuando se inaguró el canal de Isabel II?

No sabemos lo que contestaría; lo que sí sabemos es que poco tiempo después, en septiembre de 1875, nos escribió para epílogo de nuestro libro *Dias sin sol*, que se estaba imprimiendo, una hermosa carta, que es sin duda la mejor de aquellas olvidadas páginas, donde con elocuente sencillez refería los *días*

sin sol que él á su vez acababa de pasar en Vizcaya, y que aún duraban, pues la guerra civil no había concluído; «mar de lágrimas, y sangre y cenizas y ruinas, que cubre los antes apacibles y dichosos valles de mi infancia.

»Horrible llamas (proseguía) á la primavera del año 1873, que pasaste en Extremadura, y horribles debo yo llamar á la primavera y el verano del mismo año que pasé en Vizcaya. En Extremadura te indignaba la insensatez de los discípulos de Castelar, y en Vizcaya me indignaba la de los discípulos de Castelar, la de los discípulos de Aparisi, y aun la de los discípulos de otros maestros menos ilustres, pero no menos funestos, aunque no suprimieran, como el desatentado Pi, el clero castrense, condenando al pobre soldado á morir hasta sin los consuelos de la religión, ni hicieran, como Mendiri y Dorregaray, á los facciosos navarros rezar el rosario en la plaza, como santa compensación de las blasfemias de Dios y de la Virgen que consentían en sus labios.»

Páginas en verdad de las más hermosas y características que Trueba ha escrito llorando y cantando como era su costumbre. Allí pueden leerse las salvajadas de los facciosos en Munguía y en Mirabilla; allí las borracheras sempiternas de los soldados de la República, y de los francos de Nouvilas sus canciones anárquicas:

Abajo las estrellas,
abajo los galones,
que no quiere mandones
la santa Federal,

ó como aquella otra que tenía por estribillo

y muera el clero
conspirador;

allí el entierro civil de un niño, verdadera joya engarzada en púas agudísimas de sátira social de que puede juzgarse por este párrafo:

«No le presidía (el entierro) el santo símbolo de la redención del mundo, ni sacerdote alguno entonaba cantos de gloria en torno del féretro, ni flores simbólicas de la hermosura y la pureza coronaban la pálida frente del niño. Las flores habían sido sustituídas con un gorro frigio; en lugar de la crucecita formada con flores que se solía poner entre *las manos á Dios* (como llaman nuestras piadosas gentes del pueblo á las manos juntas en actitud de orar), en las del niño se habían puesto no sé qué signos de la Francmasonería ó de la Internacional, y en lugar de sacerdotes cercaban el féretro hombres y muchachos desarrapados, que cantaban blasfemias en que competían la barbarie de la sintaxis y la rima con la grosería y la impiedad del concepto.

»La pobre gente aldeana apartó la vista indignada de aquel espectáculo, mientras yo pensaba: «Si aunque sea en nombre del moro Muza se ofrece un fusil para combatir lo existente á esos hombres que han presenciado esto, ¿qué harán sino tomarle, y qué harán sino exhortarles á que lo tomen esas mujeres que esto han presenciado?»

Tanto ó más que histórica y política tiene importancia esta carta de Trueba al autor de los *Días sin sol* para apreciar el estado de su espíritu, su abatimiento moral y la independencia de su criterio, que robustecido con la rebautización, por decirlo así, del hierro de sus libertades vascongadas, no concebía fuera de ellas otra libertad ni aun otro estado social. Por no faltar nada en aquel documento precioso, y en justificación de nuestro aserto de que lo escribió llorando y cantando, también ingería, muy oportunamente por cierto, una epístola que en romance de arte mayor acababa de escribir á su amigo, donde su ideal está de cuerpo entero, y que por ser tan breve, tan característica y tan desconocida endulzará al lector de nuestra amarga prosa:

LA LIBERTAD

I

Juan, recibí tu fervorosa carta
en que con mucha instancia me aconsejas
que en cualquiera partido me afilie,
con tal que el tuyo ese partido sea.
Ha muchos años que soñé un partido
y me acogí entusiasta á su bandera,
creyendo ser tan generosa y santa
que nadie, nadie se atreviese á ella;
pero el partido que soñé era sueño
y á otro real que me afilie es fuerza.
Juan, tú que adoras en el libre examen,
no extrañarás que á examinar me meta
si tu liberalismo es el que busco
ó es un liberalismo de comedia.
¡Viva la libertad!, gritas furioso
en el club, en la calle ó en la prensa,
y cuando alguno grita lo contrario,
de liberal indignación babeas.
La libertad de cultos es de todas
las libertades la que en más aprecias,
y te das á doscientos mil demonios
si me ves santiguar ante una iglesia.
Te causa indignación la beatería,
porque el prestigio religioso amengua,
y dices que no hay Dios ni calabazas,
pues es de curas invención grosera.
La esclavitud humana te parece
digna de execración é infamia eterna,
y ayer hablaste á tu mujer á palos
porque fué á pasear sin tu licencia.
Sólo las leyes que del pueblo emanan
reconoces y acatas en la tierra,
y con ellas emprendes á balazos
cuando acatarlas no te tiene cuenta.
Cuatro folletos y cuarenta artículos
llevas escritos ya contra la pena
de muerte, y... casi cotidianamente
está en tus labios la palabra *¡muera!*
Por escalar la cumbre del Parnaso
pugnas desatentado y forcejeas;
pero en el cieno mundanal arrastras
la veste celestial de los poetas.
Y finalmente, Juan, tú que á las nubes
todo derecho individual elevas,
el asociarnos para alzar al cielo
oraciones y cánticos, nos vedas.
Juan, tu partido para mí no sirve,
por más que tú por liberal te tengas;
si eso es ser liberal, no quiero serlo;
si esa es la libertad, ¡maldita sea!

II

Juan, ya que tu partido no me sirve
y verme liberal tanto deseas,
á ver si tú, que entiendes de partidos,
por ahí alguno que me sirva encuentras.
Para no perder tiempo con preguntas
de si ha de ser así ú otra manera,
oye lo que mis sueños liberales
vienen á ser en resumidas cuentas.
Amo la libertad con toda mi alma,
porque no hay bien ni dignidad sin ella;
pero la amo en silencio, porque la amo
más con el corazón que con la lengua.
Si alguien encuentro que cadenas pide,
procuro convencerle de que yerra,
y si no le convenzo, lo más que hago
es decir: *¡Dios te dé lo que deseas!*
La libertad de cultos me parece
sólo aceptable al que ninguno acepta,
porque la religión que yo profeso
es la única santa y verdadera,
y si no fuese tal, no me pesara
ver adorar el zancarrón de Meca.
Me causa indignación la beatería
cuando el prestigio religioso amengua,
porque creo en un Dios único y trino
que *es* y *será* por su increada esencia.
La esclavitud me ha parecido siempre
digna de execración é infamia eterna,
y por eso en mi casa hasta los pájaros
libres y alegres cantan, salen y entran.
Quiero las leyes que del pueblo emanan,
pues tales son las de mi libre tierra
y si el fusil alguna vez empuño
será para luchar en su defensa.
Sólo con una condición admito
la abolición de la suprema pena:
que previamente el asesino infame
á no herir ni matar se comprometa.
Cuando baje al sepulcro, mi mortaja
la augusta veste del poeta sea,
con tal que esta mortaja pobre y rota,
manchas del cieno mundanal no tenga.
Y, por último, Juan, amo y acepto
toda la libertad que á Dios no ofenda,
porque Dios es el bien y la justicia,
la suprema razón, la ley suprema.
Ya ves lo que mis sueños liberales
vienen á ser en resumidas cuentas;
si esto es ser liberal, yo quiero serlo;
si esta es la libertad, ¡bendita sea!

Al año siguiente, es decir en 1876, recién terminada la guerra, visitamos á Trueba en Bilbao, restituído ya definitivamente á su país y á su cargo de cronista y archivero del señorío, y con él las ruinas humeantes, los sitios recién bautizados con celebridad sangrienta y por último sus queridas Encartaciones, el caserío de sus padres en Montellano, su cuna en fin. Aún nos parece estarlo viendo. *El tío Antón el de los Cantares* se transfiguraba, iba, venía, reía, saltaba, cantaba, lloraba..., como el día anterior en el destrozado santuario de Begoña, dando vueltas como un loco se deshacía en improperios: ¡Vándalos!, ¡brutos!, ¡salvajes!, ¡impíos!

No pensábamos ciertamente que su odio á los carlistas se iba á hacer extensivo á los vencedores, como nos ha demostrado el Sr. Becerro de Bengoa, y que su amor á los fueros borrase de su corazón sentimientos tan arraigados como su gratitud á la reina Isabel y al duque de Montpensier, que tanto le habían favorecido costeándole publicaciones y endulzándole muchas amarguras... Era que desconocíamos sus últimos versos, su composición *La musa indignada*, y sobre todo sus *Distracciones de un enfermo*, donde escribe:

Nos dijo un rey tan severo
como prudente y cristiano (Felipe II):
«Cortárame antes la mano
que ponerla en vuestro Fuero.»

Quizá el mal sino que cupo,
ave fugaz en la tierra,
al que imitarle no supo,
misterio de Dios encierra.

Y luego como historiador filósofo remacha el clavo así:

Detesta Euskaria lo anárquico;
pero... que echen un responso
á su espíritu monárquico
que hirió el duodécimo Alfonso.

¡Pobre Antón el de los Cantares!, ¡cuánto debió llorar en sus últimos días! Ni vió concluída la casa que le regalaron sus paisanos de América, ni sospechó jamás que se le alzase una estatua en la plaza de Trueba de su querido Bilbao. En cambio, ¡cuántas cosas vió que no quisiera haber visto!

V. BARRANTES

LA REVOLUCIÓN DEL PERÚ

Desde que se firmó la paz de 1883 que puso término á la guerra con Chile, había venido rigiendo los destinos de la nación peruana el general Cáceres, primero como presidente de la república y después poniendo en la presidencia á una hechura suya, el coronel Morales Bermúdez.

Al fallecer éste, pocos meses antes de que concluyera su período presidencial, correspondía la sucesión al primer vicepresidente Sr. Solar; pero Cáceres, pasando por encima de las leyes que durante el gobierno de Morales se habían dictado, impuso como jefe de Estado al vicepresidente segundo Sr. Borgoño, con lo cual preparaba el triunfo de su propia candidatura en las próximas elecciones.

Ante este golpe de Estado levantóse una gran parte del país, poniéndose al frente del movimiento el Sr. Piérola, quien organizó las llamadas montoneras que poco á poco circunscribieron la acción de Cáceres á Lima, que defendió con 5.000 hombres, 20 ametralladoras y 50 cañones Krupp.

En la madrugada del 17 de marzo último, dos mil quinientos montoneros, mandados por Piérola, atacaron á la capital, y aunque rechazados al principio con grandes pérdidas, lograron al fin hacerse dueños de una parte de la ciudad, cuyos habitantes fraternizaron desde luego con ellos. Entonces libróse sangriento combate que duró tres días, ocupando los montoneros calle por calle y casa por casa y realizando unas y otras fuerzas prodigios de valor.

Mil setecientos muertos y dos mil trescientos heridos yacían en el suelo cuando se convino una tregua para dar sepultura á los primeros y asistencia á los segundos, tregua que no sin gran exposición de su vida logró concertar Monseñor Machi, Nuncio Apostólico y decano del cuerpo diplomático residente en Lima.

Al conocer los estragos que aquella jornada había causado entre los suyos, el general Cáceres comprendió cuán imposible le era continuar resistiéndose, pues el enemigo no sólo conservaba el terreno ganado, sino que, además, reforzábase con nuevos contingentes del pueblo. En vista de ello y de acuerdo con Piérola y por mediación de los representantes diplomáticos, nombró durante la tregua una Junta de Gobierno, en la que resignó el mando, embarcándose pocas horas después sigilosamente en un buque extranjero.

Los episodios de aquella lucha fueron infinitos y novelescos; por ambas partes se hizo alarde de valor inaudito, y hubo grupos de combatientes que asediados por fuerzas muy superiores negáronse á rendirse, pereciendo todos.

La revolución del Perú ha durado cerca de un año, y en ella se han distinguido el doctor Augusto Durand, joven abogado de veinticuatro años y brazo derecho de Piérola, el doctor Arana y los coroneles señores Seminario, Jessup, Oré y Collazos, quienes en el Norte, en el centro y en el Sur de la República y al frente de pequeñas partidas de hombres resueltos quebrantaron el poder militar de Cáceres, no dejándole concentrar en Lima todas sus fuerzas. El doctor Durand especialmente ha sido de los que más han trabajado por el triunfo de la revolución, y en los combates de Lima viósele siempre en los sitios de mayor peligro, dando pruebas de heroico valor y animando con su ejemplo á sus soldados.

El doctor Piérola, cuyo retrato publicamos con las vistas de dos de los más interesantes episodios de la lucha sostenida en la capital peruana, es un hombre de vasta ilustración y de gran talento organizador, prendas que unidas al amor que el pueblo le profesa hacen esperar un período de prosperidades y de progreso para el Perú. – A.



Revolución del Perú. – Aspecto que presentaba la plaza de Armas de Lima al tomar posesión del Palacio del Gobierno el estado mayor de Piérola el 20 de marzo de 1895. – Retrato del doctor Piérola, jefe del partido vencedor

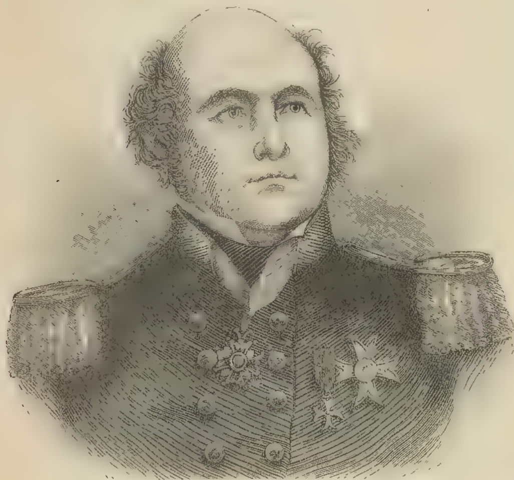


Revolución del Perú. – Patio interior del Palacio del Gobierno. Los vencidos de Cáceres antes del licenciamiento definitivo

QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO

DE LA EXPEDICIÓN DE FRANKLIN

La Real Sociedad Geográfica de Londres ha conmemorado el 20 de mayo último el quincuagésimo aniversario de la desgraciada expedición de sir John



JUAN FRANKLIN

Franklin á los mares polares árticos, salida de Inglaterra en igual fecha del año 1845. Esta conmemoración se celebró en la universidad de Londres, bajo la presidencia del duque de York y con la asistencia de varios sobrevivientes de otras expediciones de Franklin, entre ellos los renombrados marinos Ommaney, Mac Clintock, Nares y Deane.

Sabido es de cuantos al estudio de la geografía de los mares árticos se dedican la atracción que desde antiguo ha ejercido sobre los navegantes la exploración de aquellas inhospitalarias regiones, los inauditos esfuerzos que ha costado el menor de sus descubrimientos, y las pérdidas de buques y vidas que ha costado la ansiada conquista del Polo Norte, el cual no ha revelado aún sus secretos á los atrevidos exploradores.

Durante un dilatado período, la Gran Bretaña pareció asumir exclusivamente el cuidado del equipo y armamento de dichas expediciones, y unas tras otras salieron muchas de los puertos ingleses, sin que á pesar del malogro de las empresas desmayara aquella nación en sus tentativas. La organizada por el almirantazgo y puesta al mando de sir John Franklin tenía por objeto el descubrimiento del paso del Noroeste, y salió de Londres, como queda indicado, el 20 de mayo de 1845. Componíase de los dos buques *Erebo* y *Terror*, acondicionados con exquisito cuidado, tripulados por 137 hombres y mandados el primero por el mismo Franklin, y por el capitán Francis Richard Crozier el segundo. Ambos barcos habían surcado ya los mares de la región polar antártica en una expedición mandada de 1835 á 1843 por el célebre capitán sir James Ross. La de Franklin, que era la quincuagésima octava emprendida para la exploración del Norte del nuevo continente, fué menos afortunada que las otras, pues no se volvió á tener noticia de ella.

Sir John Franklin, cuyo retrato se ve en esta página, era un marino expertísimo. Contaba á la sazón cincuenta y nueve años y navegaba desde los catorce. Asistió con Nelson al bombardeo de Copenhague, y á bordo del *Belerofonte* se batió con bravura en el combate de Trafalgar. En 1818 hizo su primer viaje al Norte; dos años después fué á explorar aquellos países á las órdenes de Parry, habiendo padecido mucho en aquella ocasión, á pesar de lo cual efectuó análogas tentativas de 1825 á 1827.

El largo silencio que siguió á la última, ó sea la de 1845, hizo presagiar su trágico resultado, y el Almirantazgo inglés ofreció veinte mil libras de recompensa al que diese noticia de ella. No contento con esto, equipó barcos que acudieron en busca de Franklin y sus compañeros; algunos armadores ingleses y americanos hicieron lo propio, y en 1850 quince buques mandados por expertos capitanes avezados á los rigores de aquel inhospitalario clima exploraron minuciosamente el laberinto de islas, bahías y estrechos de la región polar. La esposa de Franklin invirtió parte de su fortuna en las mismas pesquisas.

Los capitanes Ommaney y Penny acabaron por descubrir en la entrada del canal de Wellington algunos vestigios del paso de la expedición, pues se encontraron varias tumbas, cajas de metal blanco, cuerdas y ropas, y entonces, creyéndose que los expedicionarios habrían avanzado por las regiones del Norte, en ellas se concentraron todas las investigaciones. Tres años de continuados esfuerzos apenas dieron resultado, hasta que en 1854, el doctor Rae obtuvo informes de los esquimales, quienes le dijeron que habían visto algunos años atrás por el Sur de la tierra de Boothia un grupo de unos sesenta hombres sumamente demacrados, añadiendo que más adelante los encontraron á todos muertos.

Guiándose por estos últimos indicios, la esposa de Franklin compró con los restos de su fortuna el vapor de hélice *Fox*, con el cual se hizo á la mar el capitán Mac Clintock en 1857. Después de veintidós meses de viaje, este marino descubrió el 6 de mayo de 1859 en la punta norte de la tierra del rey Guillermo, una zanja cubierta de un montón de piedras, merced á la cual pudo descifrarse el fatal enigma que excitaba la curiosidad de los marinos y sociedades científicas de todas las naciones. Algunas hojas de pergamino, con la fecha del 25 de abril de 1848, firmadas por el capitán Crozier del *Terror*, contenían detalles referentes á la desgraciada expedición de Franklin y en ellas se consignaba que este jefe había muerto el 11 de junio de 1847. En 1848 esperaban aún los que sobrevivían llegar á la desembocadura del río de Back; pero sucumbieron también, víctimas del frío y del hambre.

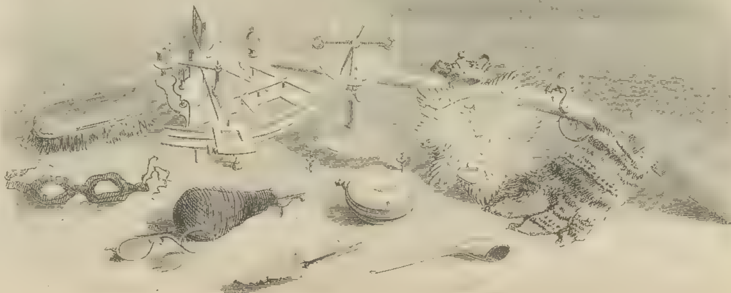
En septiembre de 1859, el capitán Mac Clintock regresaba á Inglaterra, llevando diversos objetos encontrados en los lugares donde tan desastrosamente perecieron Franklin y muchos de sus compañeros, y algunos de los cuales están reproducidos en el grabado que incluímos.

Se ignora la época en que exhalaron su postrer suspiro los últimos individuos de la expedición de Franklin. Según vagos y apenas creíbles informes de los esquimales, el capitán Crozier y otro compañero no fallecieron hasta 1864, en la isla de Southampton. Como además corría el rumor de que los esquimales poseían aún escritos y dibujos de la mencionada expedición, los americanos Carlos Francis Hall en 1868 y Federico Schwatka en 1878 efectuaron varios viajes para inquirir lo que hubiera de cierto, en los cuales llegaron hasta la tierra del rey Guillermo, teatro de la catástrofe. Schwatka pudo fijar con precisión el derrotero seguido por los náufragos; de las huellas que encontró dedujo que éstos sólo habían podido caminar de dos á cuatro millas diarias, y en casi todos los puntos en que acamparon encontró las sepulturas de los que habían fallecido por el camino.

Gradualmente podía apreciarse la falta de fuerzas y el desfallecimiento de aquellos desgraciados por la tosquedad y poco cuidado con que fueron construyendo las sepulturas de sus compañeros. Si las primeras se distinguían por grandes montones de piedras apiladas, las últimas sólo estaban indicadas por algunos montoncillos de guijarros. En una pequeña bahía de la península de Adelaida, punto extremo alcanzado por aquellos infelices, hallaron restos humanos aserrados y cortados, detalle que dió á comprender que el hambre los arrastró al canibalismo. – X.



Los buques *Erebo* y *Terror*, en los cuales hizo Juan Franklin su expedición al Polo Norte en 1845



Diversos objetos de la expedición de Franklin, transportados por el *Fox* á Inglaterra en 1859



Poesía de invierno, cuadro de Joaquín Vayreda

NUESTROS GRABADOS

Estatua de D. Antonio de Trueba, obra de Mariano Benlliure. – Después de los elogios que en su primera revista de la actual Exposición general de Bellas Artes de Madrid ha dedicado á esta obra admirable nuestro querido colaborador Sr. Balsa de la Vega, y sobre todo después de la alta cuanto merecida recompensa otorgada al Sr. Benlliure por esta estatua, que ha obtenido la medalla de honor, nada hemos de decir en alabanza del genial escultor valenciano, á quien felicitamos por el triunfo logrado en el certamen madrileño.

Dicha estatua ha sido admirablemente fundida en los acreditados talleres de Masriera y Compañía, que honran á nuestra ciudad y á España entera y cuyos trabajos pueden competir dignamente con los mejores que se ejecutan en el extranjero.

Poesía de invierno, cuadro de Joaquín Vayreda. – Como sentida manifestación y testimonio del grato recuerdo que conservamos del que fué nuestro amigo querido, reproducimos hoy en las páginas de esta revista una de las últimas producciones del eximio pintor Vayreda, al que debe nuestra región la existencia de una escuela artística, razonada é inteligente, ajustada por completo á las condiciones de nuestro país. Al poderoso esfuerzo de Vayreda, á su acendrado cariño á la tierra que le vió nacer y á su entusiasmo por el arte debemos, no sólo las magistrales obras que produjo, sino el origen de un género de pintura especial, á la que dió carácter



En la Vía Sacra, cuadro de Lorenzo Delleani

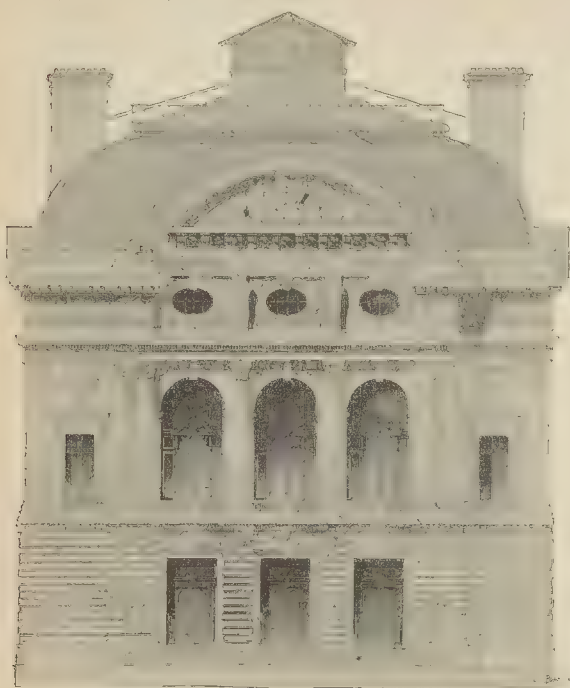


EL DOMINGO DE RAMOS EN VENE



...CELEBRADO CUADRO DE JOSÉ VILLEGAS

y sintetiza su personalidad. No cabe en sus producciones mayor encanto, más exactitud ni más verdad. Sus admirables paisajes, ya reproduzcan las poéticas frondas ó los jugosos y frescos prados de la comarca olotense, revelan el sentimiento del artista y la habilidad del maestro, no reemplazado ni sustituído á pesar de las condiciones que reconocemos en algunos de sus discípulos.



RECONSTRUCCIÓN DE LA OPERA CÓMICA DE PARÍS.
FACHADA PRINCIPAL DEL PROYECTO DE M. BERNIER, adoptado por el gobierno después de haber obtenido el primer premio en el concurso

Reconstrucción de la Ópera Cómica de París. Fachada principal del proyecto de M. Bernier. —Como es sabido, el teatro de la Ópera Cómica de París incendióse en 25 de mayo de 1887: el gobierno pensó desde luego en la reconstrucción del edificio, habiendo presentado los oportunos proyectos de ley. Muchas fueron las dilaciones que experimentó este asunto, debidas principalmente á dificultades parlamentarias que sería largo relatar; pero por fin en 1893 pudo anunciarse el concurso entre arquitectos franceses, en el cual se ofrecieron un premio de 10.000 francos, uno de 6.000, otro de 4.000 y cinco de 2.000, con la condición de que el autor del proyecto que obtuviera el primero sería el encargado de la ejecución definitiva, cuyo coste no había de exceder de tres millones y medio de francos. De los ochenta y cuatro proyectos presentados, puso el Jurado en primer término el de M. Bernier, que es, por lo tanto, el que ha sido adoptado en definitiva y que ha merecido unánimes elogios por la sencillez de su disposición, por su claridad, por la acertadísima distribución de entradas y salidas y por lo justo de sus medidas y proporciones. A este proyecto pertenece la fachada que reproducimos y que por su aspecto severo y elegante justifica, dada la armonía que guarda con el resto de aquél, la decisión del Jurado.

En la Vía Sacra, cuadro de Lorenzo Delleani. — Príncipe de la pintura piamontesa llama uno de los más reputados críticos italianos á este pintor, quien habiendo comenzado por dedicarse á los cuadros históricos, cambió de rumbo en 1881 para consagrarse al paisaje: en este género ha producido maravillas, y una de ellas es la que reproducimos y que figuró en la última Exposición de Bellas Artes de Brera, en donde fueron admirados una vez más la verdad con que pinta la naturaleza de aquella región italiana que circundan los Alpes y baña el Po y el sentimiento que imprime en todas sus obras.

El Domingo de Ramos en Venecia, cuadro de José Villegas. — Venecia tiene singulares atractivos para los artistas: sus canales, sus estrechas callejuelas, sus vetustos palacios impresionan tan hondamente, que á poco que se sienta el arte experiméntase al contemplarlos una emoción que con ninguna otra se confunde. Y si de la Venecia de hoy remóntase la imaginación á la Venecia de los pasados siglos, sus magnificencias han de ser forzosamente motivo de inspiración para aquellos pintores á quienes todo lo grandioso seduce y para cuyos pinceles no tienen secretos el color ni la forma. En la Venecia antigua están inspirados los mejores lienzos de nuestro ilustre compatriota D. José Villegas; véase en prueba de ello la hermosa composición que hoy reproducimos: en esos grupos admirablemente dispuestos de doncellas de blanco vestidas, de niños cantores, de pajes, de patricios que en pintoresca procesión salen del templo, ha derramado el pintor todos los tesoros de su paleta, resucitando con su genio artístico una bellísima página de costumbres, arrancada de los tiempos más gloriosos de la poética ciudad de las lagunas. Otra prueba de nuestro aserto es el muy notable cuadro *La coronación de la dogaresa* que tanto ha llamado la atención en la exposición recientemente celebrada en Venecia.

La primera nube, cuadro de Van den Bos. — El nombre de este pintor belga es conocido ya de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en cuyas páginas hemos reproducido, entre otros, su notable lienzo *El heredero*, que con justicia tanto llamó la atención en la Exposición general de Bellas Artes celebrada en 1891 en esta ciudad. Aunque de menos importancia que éste, *La primera nube* descubre la mano de un maestro que, aparte de las bellezas técnicas de forma, ha sabido imprimir en las dos figuras de su cuadro la expresión justa del sentimiento que domina á la joven pareja en cuyo cielo ha aparecido la primera nube que no tardará sin duda en desvanecerse.

D. Manuel Ruiz Zorrilla en la caja mortuoria, dibujo de Evaristo Barrio. — Los periódicos de toda España y del extranjero han dado extensas y detalladas noticias del fallecimiento del Sr. Ruiz Zorrilla, que después de largos años de trabajar en extraña tierra por el triunfo de sus ideales, ha venido á morir en la patria. No vamos á hacer la necrología de este hombre político que bien merece el dictado de ilustre: harto conocida es de todos, y no creemos por lo mismo necesario recordar que desde su primera juventud se consagró á la libertad y que por la causa de ésta luchó sin descanso y en todos los terrenos con un entusiasmo, una convicción y una consecuencia que no pueden menos de ser admirados aun por aquellos mismos que más han combatido sus ideas. Que el Sr. Ruiz Zorrilla prestó grandes servicios á su patria es evidente, y así lo ha reconocido hace pocos días en el Parlamento una personalidad tan elevada y tan poco sospechosa como el Sr. Cánovas del Castillo; pudo errar en algunos momentos, pero ante la muerte hay que olvidar los errores si los hubo y admirar tan sólo al que sirvió á su patria.

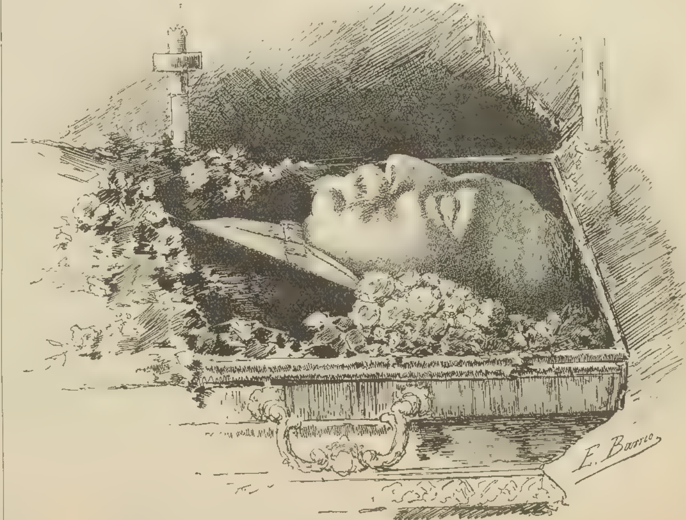
El excelente dibujo que reproducimos y que tomado del natural representa al Sr. Ruiz Zorrilla en su caja mortuoria es debido á la pluma del distinguido dibujante burgalés D. Evaristo Barrio, á quien damos las más expresivas gracias por su amabilidad y su deferencia para con LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Al pie de estas líneas publicamos también la reproducción de la firma del Sr. Ruiz Zorrilla, que es uno de sus últimos autógrafos.

D. Luis Sainz. - Continuando la serie de los retratos de los individuos del Jurado de la Exposición general de Bellas Artes que actualmente se celebra en Madrid, publicamos el de D. Luis Sainz, distinguido pintor madrileño, de cuyos conocimientos artísticos, ha tiempo apreciados cual se merecen, es la mejor prueba la designación para el cargo de confianza con que tan acertada cuan merecidamente ha sido honrado en el citado certamen.



D. LUIS SAINZ,
individuo del Jurado de la actual Exposición general de Bellas Artes de Madrid (sección de Pintura)



D. MANUEL RUIZ ZORRILLA en la caja mortuoria, dibujo del natural de Evaristo Barrio

UN BUEN TÍO Y UN BUEN CURA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETE, PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO. – ILUSTRACIONES DE CABRINETY.

(CONTINUACIÓN)

VIII

Yo me refugié en casa del cura inmediatamente después de la muerte de mi tía, quien ni una sola vez durante su enfermedad preguntó por mí, y á la cual Suzón asistió con gran cariño.

El cura había escrito al Sr. de Pavol para comunicarle que la señora de Lavalle estaba enferma; pero los progresos de la enfermedad fueron tan rápidos, que mi tío recibió el despacho anunciándole el desenlace fatal aun antes de haber podido contestar á la carta del cura. Telegrafió en seguida para prevenirnos que le sería imposible asistir á la ceremonia fúnebre.

Al día siguiente recibimos una carta en la que decía que, no del todo restablecido de un acceso de gota, no podría venir al Buissón. Rogaba al cura que me condujese algunos días después á C..., esperando estar del todo restablecido para venir á buscarme.

Mi tía fué enterrada sin fausto y sin aparato. No era querida, y marchó al otro mundo sin un gran cortejo de simpatías.

Regresé del entierro haciendo grandes esfuerzos para experimentar algún dolor, pero sin poder conseguirlo. A pesar de las exhortaciones de mi conciencia, un sentimiento de que recobraba mi libertad se agitaba en mi cerebro y en mi corazón. No obstante, si hubiera conocido la frase de un hombre célebre, me la habría ciertamente apropiado, y afirmo que habría exclamado en un soberbio acceso de misantropía:

«¡Ignoro lo que pasa en el corazón de una miserable; pero conozco el de una honrada muchacha, y lo que veo me horroriza!»

Pero esta frase me era completamente desconocida, no pude por lo tanto servirme de ella para satisfacer a los manes de mi tía.

Mi tío había fijado para el 10 de agosto el día de mi salida, estábamos á 8, y pasé esos días con el cura, cuya dulce fisonomía se alteraba de hora en hora á la idea de nuestra separación.

El martes por la mañana me preparó un excelente almuerzo, y nos instalamos por última vez enfrente el uno del otro, tratando de adquirir fuerzas; pero á medida que íbamos comiendo, se apoderaba de nosotros la más viva emoción y apenas podía yo contener las lágrimas.

El pobre cura no había pegado los ojos en toda la noche. Estaba demasiado triste para poder dormir; además, no pudiendo acompañarme á C..., había escrito una carta de diez y siete páginas á mi tío, en la cual, como supe después, enumeraba mis cualidades, pequeñas, grandes y medianas. Respecto á mis defectos, no se hablaba de ellos.

– Mi querida discípula, me dijo después de un largo silencio, ¿no olvidará usted á su anciano profesor?

– ¡Jamás!, ¡jamás!, contesté con entusiasmo

– ¿No olvidará usted tampoco mis consejos? Desconfíe usted de la imaginación, hija mía. Yo la comparo á una hermosa llama, que alumbra, vivifica una inteligencia cuando se la mantiene discretamente; pero si se la atiza demasiado, se convierte en un fuego de alegría que abrasa la casa, y el incendio deja en pos de sí cenizas y escorias.

– Me esforzaré en gobernar la llama con prudencia, señor cura; pero confieso á usted que los fuegos de alegría me gustan bastante.

– Sí, pero ¡cuidado con los incendios! No juguemos con el fuego, Reina.

– Un fueguecito muy pequeño de alegría, señor cura, ¡es delicioso! Y si se teme un incendio, se echa un poco de agua fría en el hogar.

– ¿Pero en dónde se encuentra el agua fría, hija mía?

– ¡Ah! Ahora no lo sé, pero tal vez llegaré á saberlo.

– ¡Quiera Dios que no!, exclamó el cura. El agua fría, mi querida discípula, son las desilusiones y las penas, y yo rezaré cada día para que no tropiece usted con ellas en la senda de la vida.

Se apoderaron de mí las lágrimas al oir al cura hablar así, y bebí un gran vaso de agua para calmar mi emoción.

– Antes de separarme de usted, continué diciéndole, debo prevenirle que creo tener una afición muy marcada por la coquetería.

– Ese es el flaco de todas las mujeres, ya lo sé, dijo el cura con su acostumbrada sonrisa; pero no hay que tener una afición desmedida. Por lo demás, la frecuentación de la sociedad enseñará á usted á equilibrar sus sentimientos, y además, su tío de usted sabrá muy bien aconsejarla.

– ¡Qué agradable debe ser frecuentar la sociedad, señor cura!, y estoy persuadida que agradaré, siendo tan bonita...

– Sin duda, sin duda; pero desconfíe usted de los cumplimientos exagerados, desconfíe usted de la vanidad.

– ¡Bah! Es tan natural que le guste á una agradar... ¿Qué mal hay en eso?

– ¡Hum! Esa es una moral un poco traidora, contestó el cura despeluznándose los cabellos. En fin, esos razonamientos son propios de su edad, y ¡á Dios gracias!, está usted lejos aún de decir con la Escritura: «¡Todo es vanidad, y nada más que vanidad!»

– ¡Qué exagerada es la Escritura! Y además ¡es tan antigua! Me figuro que esas ideas deben ser muy añejas.

– Vamos, vamos, dejemos esto. Demasiado sé que la Sagrada Escritura y las ideas de un pobre cura de aldea no puede comprenderlas una muchacha bonita, que me parece que está bastante preciada de su persona.

Me miró sonriéndose; pero sus labios temblaban, pues se acercaba la hora de la marcha.

– Tenga usted cuidado de no coger frío en el camino, Reina.

– ¡Pero, señor cura, si estamos en el mes de agosto y se achicharra uno!

– Es verdad, contestó el cura, que no sabía lo que decía. Entonces, no vaya usted demasiado abrigada, pues sería fácil resfriarse.

Nos levantamos por fin de la mesa, después de habernos esforzado inútilmente por probar los postres.

– ¡Qué pena tengo, exclamé, sollozando súbitamente, qué pena tengo de abandonar á usted, señor cura!

– No llore usted, hija mía, no llore usted; esto es absurdo, dijo el cura, sin darse cuenta de que gruesas lágrimas corrían por todo lo largo de sus mejillas.

– ¡Ah, señor cura!, seguí diciendo, asaltada por un súbito remordimiento, ¡le he hecho á usted rabiar mucho!

– ¡No! ¡Qué disparate! Ha sido usted la alegría de mi existencia, toda mi felicidad.

– ¿Qué va á ser de usted sin mí, oh profesor amado?

El cura no contestó una palabra. Dió algunas vueltas por la sala, se sonó fuertemente y consiguió dominar su emoción.

La *maringote* se hallaba á la puerta. Perrina, muy emperejilada, debía acompañarme hasta C... y entregarme en brazos de mi tío. El colono se encargó de conducirnos, pues Suzón, entregada del todo á su dolor, quedaba provisionalmente al cuidado del Buissón.

Dije á Juan que fuese delante, y el cura y yo recorrimos á pie parte del camino para permanecer más tiempo reunidos.

Escribiré á usted todos los días, señor cura.

– No pido tanto, hija mía. Escríbame usted tan sólo una vez al mes, y muy íntimamente.

– Le contaré á usted todo, absolutamente todo, hasta le expondré mis ideas sobre el amor.

– Bueno, bueno, dijo el cura con amable sonrisa. La existencia que llevará usted será tan nueva para usted, llena de tantas distracciones, que no cuento mucho con sus promesas.



Mi tío se puso á leer otro periódico

Juan se detuvo para aguardarnos, y vi que era preciso partir. Agarré las manos del cura, llorando con toda mi alma.

– ¡La vida tiene trances muy crueles, señor cura!

– Todo pasará, todo pasará, contestó con voz entrecortada. Adiós, mi querido angelito; no me olvide usted y viva usted alerta...

Pero no pudo acabar su frase y me ayudó precipitadamente á subir al cochecillo.

Me instalé en el antiguo asiento de mi tía, encajonada entre un baúl al que le faltaba la cerradura y entre innumerables paquetes, de distintos tamaños, pésimamente confeccionados por Perrina.

– ¡Adiós, señor cura, adiós, mi querido señor cura!, exclamé.

Me dijo adiós con las manos y se volvió bruscamente.

Al través de mis lágrimas, vi que se alejaba á paso rápido, poniéndose el sombrero, prueba inequívoca de que su moral se hallaba no sólo en la más violenta agitación, sino completamente perturbada.

Después de haber sollozado por espacio de diez minutos lo menos, juzgué que ya era tiempo de seguir el consejo de Perrina, la cual repetía en todos los tonos:

– ¡Hay que conformarse, señorita, hay que conformarse!

Metí mi pañuelo en el bolsillo y me puse á reflexionar.

¡Verdaderamente, la vida es una cosa bien extraña! ¿Quién me habría dicho quince días antes que mis sueños se realizarían tan pronto y que vería antes de poco al Sr. de Conprat? Esta idea seductora disipó las últimas nubes que obscurecían mi espíritu, y me puse á pensar que el firmamento era hermoso, la vida dulce, y que las tías que se van al cielo ó al purgatorio se hallan dotadas de un entendimiento superior.

Mi segundo pensamiento fué sobre mi tío. Me inquietaba en extremo de la impresión que iba á producir en él, y tenía la conciencia de que el vestido negro y el estrambótico sombrero que Suzón me había confeccionado eran sumamente ridículos. Ese sombrero de mis pecados me causaba un verdadero tormento, quiero decir un tormento moral. Fabricado con unos crespones de cuando murió el Sr. de Lavalle, parecía todo menos un sombrero. Me afeaba evidentemente, y no pudiendo soportar esta idea me lo quité, y haciendo de él una pelota lo escondí en

mi bolsillo, cuyas anchura y profundidad hacían honor al genio práctico de Suzón.

Estaba atormentada además por el temor de aparecer estúpida, pues sabía que una porción de cosas, que son sencillas y naturales para todo el mundo, serían para mí objeto de sorpresas y de admiraciones. Resolví por lo tanto, para no poner mi amor propio en berlina, como se dice vulgarmente, disimular con cuidado mis extrañezas.

Estas diversas preocupaciones me impedían encontrar el camino largo, y me creía aún muy lejos de C..., cuando estábamos casi á su vista. Nos dirigimos directamente á la estación, después de haber atravesado la ciudad tan rápidamente como lo permitían las pobres patas de nuestro caballo

Me había yo figurado que mi tío sería un señor alto y muy delgado. Pero cuál sería mi sorpresa al ver que se acercaba á nuestro vehículo un señor rechoncho y de aspecto bonachón, que nos dijo:

– Buenos días, sobrina; por poco me haces esperar.

Me alargó la mano para que bajara del coche y me abrazó afectuosamente, después de lo cual, mirándome de pies á cabeza, me dijo:

– ¡Tan chiquitina como bonita!

– Esa es también mi opinión, tío, contesté bajando modestamente los ojos.

– ¡Ah! ¿Esa es tu opinión?

– Sí, señor; y la del señor cura, y la de... A propósito, he aquí una carta del señor cura para usted, tío

– ¿Por qué no ha venido contigo?

– Porque tenía mucho que hacer.

– Lo siento, porque hubiera tenido gusto en verle. ¿Vienes sin sombrero, hija mía?

– Lo tengo en el bolsillo.

– ¿En el bolsillo? ¡Vaya una ocurrencia!

– Lo he escondido porque es horrible, tío.

– ¡Vaya una razón! Yo no he visto á nadie hacer eso. No se viaja sin sombrero, hija mía. Vamos, póntelo pronto, mientras voy á facturar tu equipaje.

Algo desconcertada por este pequeño sermón, volví á plantarme el sombrero, pudiendo asegurar que su viaje dentro de un bolsillo era poco higiénico para ese *especimen* de la industria humana

Después de lo cual me despedí de Juan y de Perrina.

– ¡Ah! Mi señorita, me dijo Perrina, sería usted una hermosa y rozagante vaca, que no tendría yo una pena más grande en despedirme de usted.

– Muchas gracias, dije medio riendo y medio llorando. ¡Abracémonos, y adiós!

Besé las frescas y coloradas mejillas de Perrina.

– Adiós, Juan.

– Hasta más ver, señorita, dijo Juan riendo estúpidamente, que es una manera como otra cualquiera de manifestar su emoción.

Algunos instantes después me hallaba en el tren, sentada enfrente de mi tío, completamente aturdida por el movimiento de la estación y por todo lo que me rodeaba.

Cuando fuí entrando en mí me puse á examinar á mi tío.

Mi tío, de mediana estatura, de complexión fuerte, anchas espaldas, manos gruesas, coloradas, no presentaba á primera vista un aspecto aristocrático. El rostro encarnado, la frente alta, la nariz abultada, los cabellos cortados al rape, los ojos pequeños, escudriñadores, hundidos y casi ocultos por unas cejas enormes: tal era el retrato de mi tío, pero bajo esas facciones vulgares se veía fácilmente al hombre de mundo, al hombre distinguido. La facción de su rostro que llamaba más la atención era la boca. Bien dibujada, aunque el labio inferior era demasiado gordo, su boca tenía una expresión fina, delicada, irónica, un tanto burlona, que desconcertaba á los más tímidos. Estudiándole se olvidaban completamente las vulgaridades que podía presentar el físico de mi tío, ó por mejor decir, no se encontraba en él nada de vulgar, reconociendo por el contrario que su naturaleza rústica era un marco que hacía resaltar de un modo admirable esa boca inteligente.

Mi tío hablaba poco y siempre despacio, pero su palabra era siempre oportuna y discreta. Le gustaba á veces emplear frases enérgicas que producían tanto más efecto cuanto que las pronunciaba con lentitud y serenidad. No tenía más que sesenta años; á pesar de esto, como sufría con frecuencia de la gota, su imaginación se resentía de sus sufrimientos físicos. Pero si no tenía la viveza de antes, su boca, por un movimiento casi siempre imperceptible, expresaba todos los matices que existen entre la ironía, la delicadeza de palabras, la burla franca ó refinada, y he visto muchas gentes pulverizadas por mi tío antes de que hubiesen articulado una palabra.

Me faltaba por supuesto la experiencia que es indispensable para hacer de pronto un estudio profundo del Sr. de Pavol, pero le miraba con el mayor interés. Él, por su parte, al propio tiempo que leía la carta de que fuí portadora, lanzaba de vez en cuando una mirada observadora sobre mí, como si quisiera penetrarse de que mi semblante no contradecía las afirmaciones del cura.

– Observo que me miras muy fijamente, sobrina, me dijo; ¿acaso me encuentras de tu gusto?

– Absolutamente.

Mi tío hizo un pequeño gesto.

– Esto se llama ser franca, ó yo no sé lo que es la franqueza. Y dime, ¿por qué estás tan pálida?

– Porque estoy muerta de miedo, tío.

– ¿De miedo? ¿Y por qué?

– Porque vamos tan de prisa, que causa espanto.

– ¡Ah! Ya comprendo ahora. Es la primera vez que viajas en ferrocarril. No tengas cuidado, no hay peligro alguno.

– ¿Y mi prima está en el Pavol?

– Ciertamente, y está deseando conocerte.

Mi tío me dirigía algunas preguntas sobre mi tía, sobre mi existencia en el Buissón; luego se puso á leer un periódico y no me volvió á dirigir la palabra hasta que llegamos á V...

Nos aguardaba en la estación un landó con dos caballos, que debía conducirnos al Pavol. Acomodaron como pudieron mis trastos en aquel elegante coche, lo que hacía resaltar doblemente su fealdad, siendo grande mi humillación.

En cuanto nos instalamos en el landó, mi tío me dió un saco que contenía algunos bizcochos, y se puso á leer otro periódico.

Esta actitud de mi tío comenzó á ponerme nerviosa. Fuera de que no está en mi naturaleza permanecer largo tiempo silenciosa, tenía que hacer una infinidad de preguntas. Así fué que al cabo de un rato de encontrarme á mis anchas en un coche bonito, elegante, de movimientos dulces, me decidí á romper mi silencio.

– Tío, le dije, si quisiese usted interrumpir su lectura, podríamos conversar un rato.

– Con mucho gusto, sobrina, contestó mi tío doblando inmediatamente su periódico. Creí que te sería agradable dejarte tranquila. ¿De qué quieres que hablemos? ¿Sobre la cuestión de Oriente, la economía política, los trajes de las muñecas ó sobre las costumbres de los zulús?

– Todo eso me interesa poco; y respecto á las costumbres de los zulús, me figuro, tío, que sé tanto como usted.

– Es muy posible, en efecto, contestó el Sr. de Pavol, algo asombrado de mi aplomo. En fin, dime de qué quieres que hablemos.

– Dígame usted, tío, ¿no es usted algo incrédulo?

– Pero ¿qué diablos dices, sobrina?

– Le pregunto á usted, tío, si no es usted algo incrédulo y bocón.

– .. ¿Te estás burlando de mí?, exclamó mi tío empleando un vocablo muy poco parlamentario.

– No se incomode usted, tío; empiezo un estudio de costumbres, algo más interesante que el de los zulús. Quiero saber si mi tía tenía razón al decir que todos los hombres eran unos bocones.

– ¿Tu tía por lo visto carecía de sentido común?

– Dió pruebas de tenerlo, y mucho, cuando se fué al otro mundo; pero antes no, contesté tranquilamente.

El Sr. de Pavol me miró con evidente sorpresa.

– ¡Ah! ¡Qué manera tan cruda de expresar una idea! ¿Por lo visto no simpatizabas con la señora de Lavalle?

– Ya lo creo que no. Era muy desagradable y me pegó más de una vez. Pregúntele usted al cura, á quien despidió por causa mía porque defendía mis intereses. ¿Por qué me ha dejado usted tanto tiempo con ella? Era una mujer del pueblo, y usted no la quería.

– Cuando murieron tus padres, Reina, mi mujer estaba muy enferma, y me alegré mucho que mi cuñada quisiera hacerse cargo de ti. Te volví á ver cuando tenías seis años; parecías entonces estar alegre y contenta, y después, debo confesarlo, te había casi olvidado. Ahora lo siento, puesto que veo que no eres feliz.

– ¿Y ahora me tendrá usted siempre consigo, tío?

– Ciertamente, contestó el Sr. de Pavol, con aire decidido.

– Cuando digo siempre .., quiero decir hasta que me case, pues yo me casaré muy pronto.

– ¿Que te casarás pronto? ¡Cómo se entiende! Si no has salido apenas del cascarón ¿y hablas ya de casarte? El matrimonio es una invención muy estúpida, para que lo sepas, sobrina.

– ¿Y por qué razón, tío?

– ¡Las mujeres no valen un comino!, contestó mi tío con aire de convicción.

Me dejó parada esta respuesta, y en el fondo de un rincón me puse á pensar que era poco halagüeña para mi tía de Pavol. Al poco rato dije:

– Pero como yo me casaré con un hombre, me tiene muy sin cuidado que las mujeres no valgan un comino. Mi marido se entenderá conmigo como pueda.

– Eres muy lógica y veo que sabes razonar. Las muchachas se despepitan por casarse, ya es sabido.

– ¿Por lo visto mi prima opina lo mismo que yo?

– Sí, contestó mi tío, frunciendo el ceño.

– ¡Ah! Cómo me alegro, dije restregándome las manos. ¿Es muy alta mi prima?

– Alta y hermosa, replicó el Sr. de Pavol con aire satisfecho, una verdadera divinidad y la alegría de mis ojos. Pronto la verás, puesto que ya estamos cerca.

Penetramos en efecto en una avenida cubierta de olmos que conducía á la quinta.

Mi prima nos aguardaba á la puerta. Me recibió en sus brazos con la majestad de una reina que concede una gracia á sus súbditos.

– ¡Dios mío, qué hermosa es usted!, dije mirándola estupefacta.

Ciertamente que es muy raro encontrar bellezas incontestables, pero la de mi prima se imponía y era indiscutible. No siempre agradaba, pues su fisonomía era altiva y á veces un poco dura, pero los mismos que menos la admiraban no podían sino exclamar con mi tío:

– ¡Es realmente hermosísima!

Tenía unos cabellos castaños, un perfil griego de una pureza casi perfecta, una tez soberbia, unos ojos azules cuyas pestañas eran obscuras y unas cejas admirablemente dibujadas. Alta, robusta, los pechos desarrollados, se la habría dado diez y ocho años, si su boca, á pesar de un pliegue desdeñoso que amenazaba acentuarse demasiado más adelante, no revelara movimientos infantiles propios de una gran juventud. Su porte y sus gestos eran lentos, algo indolentes, pero siempre armoniosos y sin ninguna afectación. Un amigo del Sr. de Pavol dijo una vez riendo que á los veinticinco años se parecería como dos gotas de agua á Juno, y le quedó este nombre.

Tomé súbitamente un cariño entrañable á mi espléndida prima, y mi tío celebraba mucho mi entusiasmo.

– ¿No has visto nunca mujeres hermosas, sobrinita?

– No he visto nunca nada, puesto que estaba enterrada viva en un agujero.

– Podías mirarte en el espejo, Reina; el Sr. de Conprat ya nos había dicho que eras muy bonita.

– ¿Pablo de Conprat?, exclamé.

– El mismo, dijo mi tío, y ahora recuerdo que no te he hablado de él. ¿Parece ser que se refugió en el Buissón durante una tormenta?

– Ya me acuerdo, ya, contesté yo ruborizándome

– ¿Vendrá á almorzar el lunes, Blanca?

– Sí, papá; el comandante ha escrito hoy aceptando el convite. ¿Quién la ha vestido á usted, Reina?

– Suzón, un diminutivo de mi tía respecto á mal gusto y necedad, contesté con despecho.

– Desde mañana nos ocuparemos de tus *toilettes*, sobrinita. Pero te aconsejo que tengas un poco más de respeto por la memoria de tu tía. No la querías, pero ya se ha muerto, y ¡descanse en paz! Vamos á comer, y Juno te acompañará luego á tus habitaciones.

– Pasé gran parte de la noche en la ventana de mi cuarto, soñando de una manera deliciosa y contemplando las moles sombrías de los gigantescos árboles del Pavol, en donde yo debía reír, llorar, divertirme, aburrirme, en una palabra, ver cumplirse mi destino.

Me encontraba tan feliz, que mi cura, aquella noche, no era ya más en mis recuerdos que un punto imperceptible.

IX

Pero pido que no se me suponga un corazón ligero é inconstante, porque este olvido no fué sino momentáneo, y tres días después de mi llegada al Pavol escribí al cura la siguiente carta:

«Mi querido señor cura: tengo tantas cosas que decir á usted, tantos descubrimientos que comunicarle, tantas confidencias que hacerle, que no sé por dónde empezar. Figúrese usted que el cielo es más hermoso aquí que en el Buissón, que los árboles son más grandes, que las flores son mas frescas, que todo es agradable, que un tío es una feliz invención de la naturaleza y que mi prima es bella como una hada. En vano me predicará usted y me reprenderá, mi querido señor cura; no me quitará de la cabeza que si Francisco I amó á mujeres tan bellas como Blanca de Pavol, estaba dotado de un juicio muy sólido. Us-

ted mismo, señor cura, usted mismo se hubiera enamorado de ella al verla. Pero confieso á usted que sus maneras de reina me intimidan un poco, á mí que nada me intimida. Además ella es grande..., y yo hubiera querido que hubiese sido pequeña, lo cual me hubiera consolado, aunque yo sepa hoy que mi estatura, en su pequeñez, es flexible, elegante y bien proporcionada. Sea lo que quiera, yo pregunto á usted qué le hubiera importado á Dios concederme unos cuantos centímetros más de altura. Confiese usted, señor cura, que Dios es algunas veces poco complaciente.

»No hablaré á usted de mi tío, porque sé que usted le conoce; pero ya veo que le querré y que he hecho su conquista. Es una gran felicidad la de tener una bonita figura, mucho mayor de lo que usted me había dicho: se agrada á todo el mundo, y cuando sea abuela, contaré á mis nietos que ese es el primer descubrimiento maravilloso que he hecho al entrar en la vida. Pero tiempo tenemos para pensarlo.

»Aunque ando de sorpresa en sorpresa, estoy ya completamente acostumbrada al Pavol y al lujo que me rodea. Sin embargo, algunas veces prorrumpiría en exclamaciones de admiración, si no temiese parecer ridícula. Por eso disimulo mis impresiones; pero á usted, mi querido señor cura, puedo confiarle que estoy con frecuencia en un grande embelesamiento.

»Anteayer fuimos á V..., á fin de comprar vestidos y ropas, porque las obras de Suzón son indudablemente horrorosas. No nos alucinemos, querido señor cura; á pesar de su admiración de usted por ciertos vestidos, he llegado aquí mal pergeñada, horriblemente mal pergeñada.

»¡Ah! ¡Cuán agradable es una ciudad! Yo me he extasiado al ver las calles, las tiendas, las casas, las iglesias, y Blanca se ha burlado de mí, porque ella llama á V... un agujero sobre una altura ¿Qué diremos del Buissón entonces? Después de una sesión de tres horas en casa de la costurera y de la modista, mi prima, que es muy devota, ha ido á confesarse y me ha dejado hacer algunas compras con la doncella. Mi tío me había dado dinero para emplearlo en cosas útiles y prácticas; pero ¿podría usted creer que no sé apreciar lo útil ni lo práctico? He comenzado por ir corriendo á una pastelería y atracarme de pastelillos; me acuso humildemente de ello, querido señor cura, tengo pasión por los pastelillos. Mientras me entregaba á este ejercicio tan útil como agradable, usted convendrá en ello, porque, después de todo, es un deber importante el alimentar á este cuerpo de barro, observé varios objetos muy bonitos en una tienda enfrente de la pastelería. En seguida fuí á ella y compré cuarenta y dos muñequitos de barro, todo



Compré cuarenta y dos muñequitos de barro, todo lo que había en la tienda.

lo que había en la tienda Después de esto, no solamente no poseía un céntimo, sino que estaba fuertemente empeñada, lo que importa poco, porque soy rica. Mi prima se ha reído mucho, pero mi tío me ha reñido y ha querido hacerme comprender que la razón debe equilibrar la cabeza de los humanos, grandes ó pequeños, que ella es buena en todas las edades y que sin ella se hacen tonterías. Ejemplo: se compran cuarenta y dos muñequitos de barro, en lugar de proveerse de medias y de camisas. He escuchado ese discurso con semblante contrito y humilde, mi querido señor cura; pero al final, que era, á fe mía, muy bueno, mi ánimo rebelde se figuraba á la razón con un cuerpo desagradable, una nariz larga, hasta romana, una cara enjuta y antipática, y este personaje se parecía de tal modo á mi tía, que acto continuo tomé tirria á la razón. Tal ha sido el resultado de la elocuencia desplegada por mi tío. Entretanto, tengo diseminados en mi cuarto cuarenta y dos muñequitos que lloran, se sonríen y hacen gestos, y estoy contenta.

»Ayer por la noche hablé de amor con Blanca, señor cura. ¿Por qué me decía usted que el amor no existía sino en los libros y que no interesaba á las jóvenes?.. ¡Ah, mi querido señor cura, creo que me ha engañado usted con frecuencia! Cuando las primeras semanas de luto hayan pasado, volveremos á frecuentar la sociedad. Mi tío me encuentra demasiado joven, pero yo no puedo quedarme sola en el Pavol. Si se tratase de esto, usted comprende, señor cura, que no tendría más que una cosa que hacer: ó arrojarme por la ventana ó prender fuego á la quinta.

»Según parece, puedo esperar con gran fundamento un éxito feliz, porque sí soy bonita, en cambio tengo una fuerte dote. Blanca me ha dicho que una linda figura sin dote tiene poco valor, pero que las dos cosas combinadas forman un conjunto perfecto y un plato nada común.

»En fin, señor cura, espero el lunes con impaciencia, pero no diré á usted por qué. En ese día ocurrirá un acontecimiento que hace latir mi corazón, un acontecimiento que me da ganas de hacer locuras. ¡Dios mío, qué bella cosa es la vida!

»Pero nada hay completo, porque usted no está aquí y le necesito. ¡No puedo decir á usted cuánto le necesito, mi querido señor cura! ¡Me alegraría tanto hacerle admirar la quinta y los jardines tan bien cuidados, que tan poco se parecen al Buissón! ¡Tendría tanto gusto en que gozase usted de la vida natural que llevamos aquí! La cosa más insignificante está en orden en sus más pequeños detalles, y á la verdad yo me creo en el Paraíso terrenal. A cada instante tengo algún nuevo motivo de placer y de admiración, á cada instante también quisiera participárselo á usted: le busco, le llamo; pero los ecos de este hermoso parque permanecen mudos.

»Adiós, mi querido y excelente señor cura: no abrazo á usted porque no se abraza á un cura (yo me pregunto por qué), pero le envío todo el cariño que mi corazón siente por usted. Yo le adoro á usted, señor cura.

»*Reina*»

Es cierto que me acostumbré inmediatamente á la atmósfera de lujo y elegancia á la cual fuí bruscamente trasplantada. Es igualmente cierto que, aunque Blanca fué muy amable conmigo y decidió que nos tuteásemos, me intimidó durante los primeros días que siguieron á mi llegada al Pavol. Su porte de diosa, su presencia un poco altiva, la idea de que tenía más experiencia que yo, todo esto me imponía y me impedía ser franca con ella. Pero esta impresión tuvo la duración de una escarcha bajo un sol de abril, y de resultas de una conversación que tuvimos el domingo por la mañana en mi cuarto, el prestigio de que yo la había rodeado desapareció enteramente.

Aún estaba yo en la cama, medio dormida, lisonjeándome con beatitud, abriendo de vez en cuando un ojo para contemplar con encanto mi cuarto alegre y confortable, los muñequitos de barro y los árboles que veía por la ventana abierta, cuando Blanca entró en el cuarto, vestida con un traje que le arrastraba, con los cabellos sobre la espalda, y con semblante preocupado.

– ¡Tan hermosa como la más hermosa de las heroínas de Walter Scott!, dije mirándola con admiración.

– Reina, me dijo ella sentándose al pie de la cama, vengo á hablar contigo.

– Tanto mejor. Pero no estoy bien despierta y mis ideas se resentirán de ello.

– ¿Aunque se trate de matrimonio?, repuso Blanca, que conocía ya mi opinión sobre tan grave asunto.

– ¿De matrimonio? Ya estoy despierta, dije incorporándome súbitamente.

– ¿Deseas casarte, Reina?

– ¡Que si deseo casarme!.. ¡Qué pregunta! Ya lo creo, y lo más pronto posible. Yo adoro á los hombres, me gustan mucho más que las mujeres, excepto cuando las mujeres son tan hermosas como tú.

– No se debe decir que se adora á los hombres, dijo Blanca con severidad.

– ¿Y por qué?

– No sé muy bien por qué, pero te aseguro que eso no está bien en una joven.

– ¡Tanto peor!.. ¡En fin, esa es mi opinión!, contesté volviendo á colocarme debajo de la cobertura.

– ¡Qué niña eres!, dijo Blanca mirándome con una especie de lástima que me pareció bastante ofensiva. He venido para hablarte de mi padre, Reina.

– ¿Qué ocurre?

– He aquí. Como tú, quiero casarme un día ú otro: mi padre ha rechazado ya varios partidos para mí; pero me es igual, porque no tengo prisa. Esperaré hasta los veinte años: únicamente quisiera saber si se opondrá siempre á mi casamiento.

– Es preciso peguntárselo.

– ¡Ah! Eso es, prosiguió Blanca, algo embarazada; te confieso que mi padre me causa miedo, ó más bien me intimida.

Llena de sorpresa, me incorporé apoyándome en un codo y separé los cabellos que me cubrían el rostro, para ver mejor á mi prima. En aquel momento descendió de las nubes olímpicas sobre las cuales la había colocado, y bajo aquel cuerpo de Juno descubrí á una joven que no me intimidaría jamás.

– ¡Nadie me intimida á mí!, exclamé cogiendo una almohada para tirarla en medio del cuarto.

Blanca me miró con asombro.

– ¿Qué haces, Reina?

– ¡Ah! Esa es mi costumbre... Cuando yo estaba en el Buissón, tiraba siempre la almohada á cualquier parte para hacer rabiar á Suzón, á quien este modo de proceder ponía fuera de sí.

– Como Suzón no está aquí, te aconsejo que renuncies á esa costumbre. Volviendo á lo que decíamos, ¿te crees tú con valor para tener con mi padre una discusión sobre el matrimonio, que él critica sin cesar?

– ¡Sí, sí, yo soy muy versada en la discusión, ya verás! De aquí á poco ataco á mi tío, y llevo las cosas sin embozo ni rodeos.

Durante la comida hice un gesto expresivo á mi prima para significarle que iba á entrar en lucha. Mi tío, que preveía algún peligro, nos observaba frunciendo sus grandes cejas, y Blanca, ya desconcertada, me hizo una seña para que no pasara adelante. Pero yo hice crujir los dedos, tosí con fuerza y me lancé resueltamente á la arena.

– Tío, ¿es posible tener hijos sin casarse?

– No, ciertamente, respondió mi tío, á quien mi pregunta pareció divertirle.

– ¿Sería una desgracia que la humanidad desapareciese?

– ¡Jum! He ahí una pregunta grave. Los filántropos responderán que sí, y los misántropos que no.

– Pero ¿cuál es la opinión de usted?

– Apenas he reflexionado sobre ello. Sin embargo, como creo que la Providencia ha hecho bien lo que ha hecho, voto por la perpetuación de la especie humana.

– Entonces, tío, no es usted consecuente consigo mismo cuando censura el matrimonio.

– ¡Ah! ¡Ah!, dijo mi tío.

– Puesto que no es posible tener hijos sin estar casado y puesto que vota usted por la propagación del género humano, se deduce que debe usted adoptar el matrimonio para todo el mundo.

– ¡Diablo!, prosiguió el Sr. de Pavol haciendo un gesto tan burlón que Blanca se puso colorada, ¡he ahí lo que se llama razonar! ¿Qué es el matrimonio en tu opinión, Reina?

– ¡El matrimonio, dije con entusiasmo, es la más bella de las instituciones que existe en la tierra! Una unión perpetua con aquel á quien se ama. Cantan, bailan juntos, se besan la mano... ¡Ah! ¡Eso es encantador!

– ¿Se besan la mano? ¿Por qué la mano?

– Porque es..., ¡en fin, esa es mi idea!, dije dirigiendo una sonrisa llena de misterios á mi pasado.

– El matrimonio es una institución que entrega una víctima á un verdugo, refunfuñó mi tío.

– ¡Ah!

Juno y yo protestamos con la mayor energía.

– ¿Cuál es la víctima, padre mío?

– El hombre, ¡voto á!..

– ¡Tanto peor para los hombres, repliqué con decisión, que se defiendan! En cuanto á mí, estoy pronta á transformarme en verdugo.

– ¿Adónde queréis venir á parar ahora, señoritas?

– A esto, tío: que Blanca y yo somos partidarias decididas del matrimonio, y que hemos resuelto poner nuestras teorías en práctica. Deseo que esto sea lo más pronto posible.

– ¡Reina!, gritó mi prima, estupefacta de mi atrevimiento.

– No digo más que la verdad, Blanca; solamente tú quieres esperar, pero yo no tengo ninguna paciencia.

– ¿De veras, sobrina? ¿Supongo que no tienes inclinación por nadie?

– ¡Naturalmente, dijo Blanca riendo, no conoce á un alma!

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

JOYAS EGIPCIAS DEL LOUVRE DE PARÍS

Mucho se ha hablado del tesoro recientemente encontrado en Dachur (1), y de los mismos que tanto han ponderado las joyas allí encontradas pocos saben que en el Museo del Louvre de París se guardan ejemplares que se consideran como los más ricos de cuantos nos ha legado la antigüedad egipcia. Por dos veces encontró Mariette en momias de príncipes alhajas de una belleza y de un valor artístico incomparables, primero en el Serapeum en la tumba de los Apis enterrados en tiempo de Ramsés II, y luego en Tebas en el sarcófago de una reina de la décimoctava dinastía, Ahhotpú I. Mariette, á fuer de artista, hizo resaltar el interés de su descubrimiento y la elevada idea que daba de la habilidad de los artífices de los siglos XIV al XVI antes de nuestra era; pero como había descubierto tantos monumentos tan importantes para la historia política y para la civilización, no insistió gran cosa en este resultado secundario de sus trabajos. Las joyas de Ahhotpú se conservan en Bulaq y las del Serapeum en el Louvre, ocupando estas últimas una porción de compartimientos de la vitrina que hay en el centro de la sala histórica. Entre ellas admírase en primer término una máscara de oro en mal estado, cadenas de oro de cinco y ocho hilos de una finura y perfección sorprendentes, amuletos de feldespato, jaspe y cornalina, escarabajos, broches, etc.: después se ve una segunda serie de objetos de la misma procedencia, si no más acabados, más curiosos, que fueron donados á la momia de un toro divino por Psarú, que con el príncipe asistía á los funerales de un Apis.

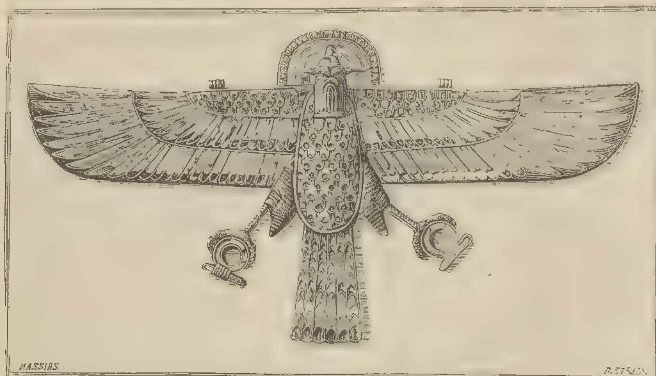


Fig. 1. – El gavilán con cabeza de carnero. Joya egipcia de oro que se conserva en el Museo del Louvre de París

Entre los egipcios las joyas servían para disimular en parte lo que los vestidos no cubrían: un collar de muchas vueltas rodeaba el cuello y caía en el nacimiento de la garganta; anchos brazaletes ceñían los puños, el antebrazo y las piernas; la cabellera, ó mejor la peluca, tapaba los hombros y una parte de la espalda; una joya cuadrada, suspendida de una sarta de perlas ó de una tira de cuero, descendía por encima del collar entre los dos senos. Esta pieza era el pectoral y tenía á menudo el aspecto de una fachada de templo, encuadrada por un bocel y coronada por una cornisa: imágenes de dioses ó emblemas sagrados llenaban el campo, y varias inscripciones indicaban el nombre del propietario, acompañado de algunas fórmulas piadosas.

El broche de Psarú (fig. 4, núm. 2) ha podido servir para cerrar el cinturón que sujetaba el paño que cubría desde la cintura hasta las rodillas, ó la cinta que ceñía la cabeza y sujetaba la peluca. Su pectoral es uno de los más ricos que hasta nosotros han llegado, y está tallado en una plancha de basalto verde pulimentado y esculpido con asombrosa precisión. El escarabajo central resalta formando un relieve muy alto sobre un fondo plano, siendo admirable la fidelidad del modelado, pues los pequeños detalles de la cabeza y del coselete están reproducidos con una verdad casi científica: las dos mujeres que puestas una á cada lado parecen adorarle son Isis y Nephtys, las dos hermanas de Osiris; los contornos de su cuerpo están tallados en la hoja de oro que encuadra el escarabajo.

Otro pectoral (fig. 2) es de labor menos fina, pero ofrece particularidades interesantes desde el punto de vista técnico: es calado, y el dibujo de sus distintas partes está formado por medio de *cloinsons* de oro muy fino en los cuales están engastados el escarabajo y los cristales de colores que adornan los montantes y la cornisa. El escarabajo es de lapislázuli; los vestidos de las diosas son de oro brillante y labrado para simular las rayas de las telas. El sentido místico de este adorno comprendíalo fácilmente cualquier egipcio medianamente instruído: el escarabajo representa la vida y el corazón del hombre, en donde la vida reside, y constituía el amuleto cuya posesión aseguraba á los vivos y á los muertos la propiedad de su corazón; por esto se le ponía, si no á todas las momias, por lo menos á las ricas, unas veces pegándolo con betún sobre la piel misma del cadáver, en el nacimiento del cuello, y otras engarzándolo en el pectoral que se colocaba en el pecho entre los pliegues de las telas en que se envolvía el cuerpo. Como todo egipcio al morir se asimilaba á Osiris, el corazón y el escarabajo se consideraban como el corazón y el escarabajo de éste á quien velaban las imágenes de las dos diosas que á menudo se encuentran en los pectorales.

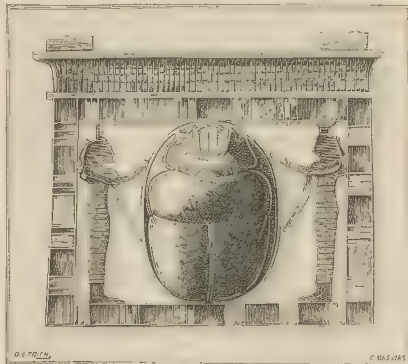


Fig. 2. – Pectoral de oro con incrustaciones de cristal



Fig. 3. – Pectoral de Ramsés II

El gran pectoral que reproduce la figura 3 había pertenecido al propio Ramsés II, ó cuando menos había sido fabricado por orden suya y como donación personal en honor del Apis á quien se enterraba: su cartucho-prenombre *Ousirmari* está colocado precisamente debajo del friso, y sirve, por decirlo así, de centro á la composición que llena el interior del cuadro. Forma en primer término el pectoral un gavilán con cabeza de carnero cuyas alas desplegadas se repliegan para encuadrar el cartucho y que sostiene en sus garras el sello emblema de eternidad; más abajo un gran ureus y un buitre estiran sus alas protegiendo á la vez al gavilán y al cartucho: dos *Tats* que simbolizan la duración ocupan los dos ángulos inferiores. El gavilán con cabeza de carnero representa el alma del sol, el ureus y el buitre son las divinidades patronímicas del Mediodía y del Norte: los tres reunidos defienden en el universo entero al rey, cuyo cartucho está colocado entre sus alas, y por intermediación del rey al muerto cuya momia lleva la joya. Las figuras de ésta están también dibujadas en *cloisons* de oro con incrustaciones de pastas de colores ó de pedacitos de piedras talladas, formando un conjunto rico, elegante y armónico. Los tres asuntos principales aumentan en proporciones á medida que descienden hacia la base del cuadro en una progresión admirablemente calculada. El cartucho con sus oros mates ocupa el centro; el gavilán forma debajo de él una primera faja de tonos tornasolados cuyas líneas ligeramente encorvadas corrigen la rigidez que los lados largos del cartucho ofrecen. El ureus y el buitre, como unidos en un mismo par de alas, envuelven al gavilán y al cartucho en un semicírculo de esmaltes cuyos matices pasan del encarnado y del verde al azul obscuro con una espontaneidad y una armonía de color que honran al obrero. Si el aspecto general resulta algo pesado no es culpa del artífice, sino de la forma que la tradición religiosa imponía á la joya, forma por sí misma tan rígida que ninguna combinación podía enmendar más que hasta cierto punto este defecto. El tipo de las joyas procede del mismo orden de ideas que la arquitectura y la escultura egipcias: es monumental y parece las más de las veces haber sido concebido para el uso de seres gigantescos. Por esto los egipcios han prescindido en algunos casos



Fig. 4. – 1. Pequeño gavilán de oro esmaltado. – 2. Broche esmaltado del príncipe Psarú. – 3. Sortija de Ramsés II

(1) Véase LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA núm. 700.

de esa forma cuadrada que sus antepasados les legaran. Mariette descubrió en el Serapeum dos de estos pectorales simplificados que representan un gavilán: el primero (fig. 4, núm. 1) tiene su cabeza ordinaria y las alas encorvadas; el segundo (fig. 1) tiene cabeza de carnero y las alas rectas. En ellos hay la misma elegancia de líneas que en los otros objetos de análoga procedencia; pero el dibujo, libre del cuadro esmaltado que lo ahogaba, es más gracioso. La ejecución de este pectoral es maravillosa y la cabeza del carnero especialmente excede por la finura del trabajo á todo lo hasta hoy conocido.

La sortija de oro (fig. 4, núm. 3) procede igualmente de Ramsés II: los dos caballos que en ella se ven eran célebres en la historia de las guerras sirias; llamábanse *Nourit* y *Anaitis* y habían sido enganchados al carro del rey el día de la batalla de Qodshú, cuando Ramsés II hubo de cargar contra los khitas que le habían sorprendido. El cincelado de esta joya, sin ser tan perfecto como el del gavilán con cabeza de carnero, es muy bello y reproduce muy bien la figura y las actitudes de los caballos egipcios.

La mayor parte de estas joyas han pasado por una porción de manos antes de llegar al Louvre, así es que se han estropeado considerablemente: los *cloisons* se han aflojado y aun roto, y los cristales y otras incrustaciones se han desprendido en algunos sitios. En cambio las encontradas en Dachur se han conservado como nuevas, lo cual ha contribuído no poco á que fueran tan admiradas, pues parecen casi recién salidas de las manos del artífice, y la admiración que se experimenta al verlas en tan buen estado, después de cuatro mil años, hace que se miren con indulgencia las imperfecciones que un atento examen descubre en ellas. Su extremada antigüedad entra por mucho y con razón en el concepto que de ellas se ha formado: en efecto, es muy curioso comprobar que desde treinta siglos por lo menos antes de nuestra era los egipcios habían alcanzado tan alto grado de perfección en la técnica de los metales preciosos y en el arte de la orfebrería. Cosa era esta, sin embargo, ya muy sabida, pues no es raro encontrar sortijas, restos de collares y pectorales aislados, algunos de los cuales se remontan quizás al antiguo imperio, al paso que otros datan sólo de la época romana ó revelan la influencia bizantina.

Pero estos objetos aislados, que en gran número poseen los museos y de los cuales hay no pocos ejemplares en colecciones particulares, llaman poco la atención del público; para excitar la curiosidad de éste es preciso que una feliz casualidad ponga al descubierto algún tesoro considerable en que se encuentren reunidas muestras de todos los tipos de joyas que generalmente sólo se recogen una á una.

G. MASPERO

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

KETTELER Y LA ORGANIZACIÓN SOCIAL EN ALEMANIA. – EL PODER TEMPORAL Y LA TRIPLE ALIANZA, por *Alfonso Kannengieser*. – Al ocuparnos en uno de nuestros anteriores números de las dos obras del mismo autor que ésta, *Los católicos alemanes* y *El despertar de un pueblo*, hicimos notar el sentido eminentemente católico que resplandece en todo cuanto escribe el presbítero parisiense Kannengieser, cualidad que ha hecho merecedores á todos sus libros de los elogios de la Santa Sede y del aplauso de cuantos se interesan por la propagación de las buenas doctrinas. En *Ketteler y la organización social en Alemania* se explica cómo han de organizarse las fuerzas sociales y religiosas y qué resultados produce una buena organización, y el autor ha ido á buscar el ejemplo en Alemania, porque en ninguna otra parte la organización de los católicos es tan bien comprendida, tan ampliamente desarrollada, tan plenamente coronada por el éxito, haciendo resaltar en su libro la figura de Mons. Ketteler, obispo de Maguncia, que ha sido el organizador por excelencia.

Como digno complemento de las tres obras antes citadas ha publicado el autor el otro volumen, *El poder temporal y la triple alianza*, que es de alta política internacional y está lleno de curiosísimas relaciones: en él se ponen de manifiesto los actos y acontecimientos que han traído consigo la pérdida del poder temporal del Pontífice romano, fijándose especialmente en dos figuras, Curci y Dœllinger, que son, por decirlo así, las personificaciones en el terreno científico de la lucha contra la Santa Sede. Este último libro lleva un interesante apéndice sobre la conquista de Roma por la masonería, original de D. Modesto Hernández Villaescusa, que es quien ha traducido con gran acierto las referidas obras del presbítero Kannengieser.

Los dos tomos de que hoy nos ocupamos véndense, elegantemente encuadernados, á 2 pesetas cada uno, en la administración, calle de Mallorca, 325, 2.° en Barcelona.

∴

PRO PATRIA. – El último número de tan importante revista contiene excelentes trabajos de Arruche, Alvarez Sereix, Sandoval (D. M.), Cazaubon (en francés), Villegas (D. B.) y Stor, é interesantes revistas y notas de Academias y Sociedades, musicales, políticas y bibliográficas, por Ache, Mitjana, Sinesio y Amando.



La primera nube, cuadro de Van den Bos

ELEMENTOS DE AGRICULTURA, poemita didáctico por *José M. Gutiérrez de Alba*. – En fáciles versos y en muy pocas páginas ha reunido el autor de este trabajo los principios elementales referentes al cultivo de los campos, presentándolos en forma de aforismos que, conteniendo la esencia de los conocimientos agrícolas, permiten luego sin la menor dificultad ampliar por el estudio y la experiencia las nociones por este medio adquiridas. El propósito del Sr. Gutiérrez de Alba ha sido, además de éste, ofrecer á los niños esas ideas de manera que no se borren de su memoria y puedan dar á su tiempo sus naturales frutos, y á nuestro modo de ver lo ha conseguido por completo en su poemita, con el cual creemos que ha prestado un verdadero servicio á la agricultura. Y siendo ésta una de las principales fuentes de riqueza de nuestra patria, y necesitando ser más atendida de lo que en realidad es, así por los de arriba como por los de abajo, inútil nos parece añadir que la obra del Sr. Gutiérrez de Alba puede producir generales beneficios y merece que la lean y hagan leer á los niños todos los que por la prosperidad del país se interesan. Impreso en Sevilla (Almudena, 5) véndese este librito en las principales librerías, al precio de 50 céntimos de peseta.

∴

JUVENTUD, por *F. Degetau González*. Conocido en el mundo de las letras por una porción de trabajos que han visto la luz en importantes periódicos y revistas y por algunos libros notables que ha dado á la estampa, el Sr. Degetau ha llevado recientemente á cabo una labor de mucho mayor empuje, conquistando con ella legítimamente un alto puesto entre nuestros buenos novelistas. Entusiasta por las tendencias modernas de la literatura, observador estudioso del sentimiento y del pensamiento humanos, su *Juventud* entra de lleno en la novela psicológica y constituye un estudio interesantísimo, en el que aparecen admirablemente retratadas las fisonomías morales de los personajes que en la obra intervienen y cuyas almas nos pone el Sr. Degetau al descubierto, describiendo con perfecta verdad las fases por que pasan las pasiones á cuyo impulso se mueven. Mas no se crea por esto que la novela del Sr. Degetau es una de esas obras de tesis, uno de esos estudios psíquicos que sin entretener al lector fatigan su atención; al contrario, la lectura de la novela del Sr. Degetau deleita é instruye al mismo tiempo, pues resulta en extremo interesante por su argumento, que se desarrolla muy hábilmente en una acción sostenida siempre á la misma altura hasta el final del libro.

Véndese *Juventud* en las principales librerías al precio de 3 pesetas 50 céntimos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 1.º de julio de 1895 — Núm. 705



FLAMENCA, cuadro de Francisco Masriera

ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos á los suscriptores de la **Biblioteca Universal** un nuevo tomo de Obras escogidas de Ventura de la Vega, que contendrá las renombradas comedias *Llueven bofetones, La escuela de las coquetas, Bruno el tejedor, El tío Tararira, La sociedad de los trece, Quiero ser cómico, El gastrónomo sin dinero, Una boda improvisada, Amor de madre, La familia improvisada, El testamento, El héroe por fuerza, Otra casa con dos puertas* y *La mujer de un artista.*

Como muchos de los señores suscriptores que lo son desde principio de este año no poseen el tomo primero de tan notable obra que publicamos el año pasado, les invitamos, para que tengan completa la colección, á que lo adquieran por el precio de cinco pesetas, único para los suscriptores de la **Biblioteca Universal.**

Este primer tomo comprende todas las obras poéticas de tan ilustre autor, entre las cuales se cuentan *El hombre de mundo, Don Fernando el de Antequera, La muerte de César* y *La crítica de «El sí de las niñas»*, la *Fantasía dramática para el aniversario de Lope de Vega* y la loa *La tumba salvada.*

El éxito que el libro ha tenido nos mueve á aconsejar y recomendar á nuestros suscriptores la adquisición de este primer tomo por el módico precio antes indicado, con lo cual y tomando el que próximamente repartiremos tendrán una de las obras más salientes de nuestra **Biblioteca Universal.**

A fin de poder atender debidamente á las indicaciones que se nos hagan, rogamos á nuestros suscriptores y corresponsales se sirvan hacernos los pedidos para los que deseen el expresado tomo de las obras poéticas de Ventura de la Vega.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La noche de San Juan. – Nuestras mocedades y nuestra vejez. – El Precursor. – Comparación entre la nochebuena y la noche de San Juan. – Este profeta en la pintura. – En el Evangelio de San Lucas. – Su padre Zacarías y su madre Isabel. – Natividad de San Juan Bautista. – Los precursores. – Las promesas y las esperanzas universales. – Conclusión.

¡Oh noche de San Juan! Tu regocijo, que de muchachos nos conducía como de la mano á las verbenas y á las enramadas, nos conduce hoy á evocar y á contemplar la imagen del santo precursor. Para comprender bien á Cristo y á la persona de Cristo hay antes que comprender bien á San Juan y á la persona de San Juan. El Bautista representa un tal ministerio en la religión cristiana, que su natividad se corresponde con la natividad misma de nuestro Salvador. Acaece por un solsticio ésta, y aquélla por otro solsticio. El día de Cristo es el día más corto del año, y el día de San Juan es el día más largo del año. Los pueblos, por su parte, conmemoran ambas fiestas con festejos correspondientes á los meses en que vienen una y otra. La noche del nacimiento de Cristo es noche del hogar, noche de la familia, noche de los niños; y la noche de San Juan es noche de las hogueras al aire libre, de las serenatas amantes, de los augurios matrimoniales, de las novias y novios, del profetismo vulgar. El Bautista prepara y apercibe las vías divinas de Cristo, representando como el alba, como la esperanza, como el anuncio de lo porvenir, como el crepúsculo matutino de la buena nueva. El espíritu religioso asócialo de antiguo al Redentor. Aquellos pintores del Renacimiento que asistían á una pascua de la naturaleza y de la humanidad invocaron la figura de San Juan en sus luminosos talleres. Pintólo Rafael sentado en una roca bruñida por el sol, desnudo como un efebo helénico, de proporciones parecidas á las estatuarias proporciones en lo antiguo, con algo de las matemáticas de Fidias en su armoniosa estatura, esférica la cabeza, espaciosa la frente, vibradores los labios, luminosísimos los ojos, el dedo índice levantado á los cielos, despidiendo por todos sus poros el regocijo de la esperanza.

Nuestros pintores, mucho más católicos y mucho más místicos que los pintores del Renacimiento, han trazado á San Juan de otra suerte, pero asociándolo á la persona de Cristo. En la historia litúrgica española el niño de la pasión tiene un lugar apenas conocido en otras liturgias menos severas y ortodoxas. Este niño de la pasión lleva ya su corona de zarzas, sus lágrimas de sangre, la soga en los riñones, la cruz en los hombros, las llagas en las manos y en los pies, como señales impresas en su breve cuerpo y en todo su ser por los presentimientos de la pasión y muerte que le aguardan. Murillo ha pintado estas afecciones, que se dirían privativas del niño Dios en la persona del niño Bautista. No hablamos del sonriente que á la orilla de un arroyo comparte con Jesús las aguas clarísimas escanciadas en el nácar de una concha, no; hablamos de aquel solitario, sentado en las piedras del camino, con su blanco y gordo borrego delante, la mano sobre su pecho y los ojos fijos en dolorosas contemplaciones de un visible sacrificio. Pero ¿qué decimos de Murillo? El pintor monástico por excelencia en la tierra es el inmortal Zurbarán; y seráli siempre, pues con dificultad, con suma dificultad podrá el corazón humano sentir de nuevo los afectos por él sentidos en su tiempo. Y Zurbarán ha pintado el Bautista, poseído por la tristeza de los mismos pensamientos que atosigan á su hermoso Niño Dios, quien aparece acostado sobre su negra cruz, la cual á su vez reposa tristemente sobre zarzas y abrojos. El profetismo semita, las ideas mesiánicas judías, el asceta egipcio, el esenio y el ebionita sirios, el penitente de la Tebaida, el teurgo griego de aquellos días explican la vida y la persona de San Juan en toda su ingenua verdad. Desnudos los pies y desnuda la cabeza; mal envuelto en una piel de cordero; fidelísimo á las abluciones litúrgicas; apartado y muy lejos de la sociedad y de la familia; sin más alimento que las hierbas del campo como las aves del cielo; sin más bebida que la escanciada por sus manos en las riberas del Jordán; sin más casa que las cavernas del desierto; vertiendo en su desnudez y en su miseria vivificadoras esperanzas; anunciando con su palabra de fuego la buena nueva; errante y nómada, cual aquellos pastores que traían la idea reveladora de los campos caldeos, personifica San Juan en personificación brillante su tiempo henchido de santas esperanzas y su generación de todo en todo mesianista.

El Evangelio de San Lucas narra mejor que ningún otro Evangelio, con más extensión y con mayor seguridad, la historia del Bautista ¡Cómo se conoce que aquella su narración está por completo á la sombra del templo judío trazada! La sinagoga inspiró su relato. Los caracteres todos sin excepción de los héroes israelitas reprodúcense y avívanse á una en la persona del precursor. Como Isaac y como Sansón y como Samuel y como tantos otros de los grandes personajes hebreos, tócale nacer á San Juan Bautista de madre muy vieja, incapacitada por la edad para la generación, pero capacitada por el milagro. Cuando se le anuncia que suena la hora de tener un hijo, aquella mujer, denominada, como la esposa de Aarón, Isabel, no quiere creerlo. Mas para verdaderamente representar la tradición y la liturgia del judaísmo, necesítase que su padre tenga los años de Abraham, y su madre los años de Sara, y su familia todos los caracteres conocidos en la familia de Isaac y de Jacob. El Evangelio pone un grandísimo empeño en presentar los personajes primeros ó protagonistas de las escenas por él historiadas en las mismas condiciones que los grandes personajes de la Biblia. El Nuevo Testamento completa en esto, como en otras muchas cosas, al Viejo Testamento. Parecen de rúbrica padres muy viejos para hombres muy grandes. Lo tardío de un fruto, desprendido lentamente de robusta encina, préstale sazón anticipada y madurez, que se burlan de todas cuantas deficiencias aquejan á la niñez humana y á la misma juventud. Consideran los santos autores bíblicos y evangélicos indispensable á los héroes, á los mártires, á los profetas, á los reveladores, una vida exenta de manchas, y por lo mismo libre de la debilidad á toda infancia congénita y de la pasión que acompaña y sigue á toda juventud.

Corrían los tiempos del gran rey Herodes. El sacerdote Zacarías, descendiente de David, estaba casado con la vieja mujer Isabel, descendiente de Aarón. La sangre regia y la sangre sacerdotal de Israel habíanse fundido en aquel matrimonio. Pero inútilmente: la esterilidad los abrumaba. Esta desgracia de marrar á los fines matrimoniales, á la propagación de nuestra especie, desgracia grandísima en todos los tiempos y entre todos los pueblos, crecía de punto en Israel, donde se la tomaba por una maldición directa de Dios. Inútilmente Zacarías entraba, casi á diario, en el templo, por motivo y razón de su oficio, dirigiendo preces y presentando sacrificios á Dios. Los cielos estaban sordos á sus clamores, y ninguna piedad había en ellos para el desdichado sacerdote. Consumida la juventud, pasados los tiempos de la esperanza y del amor, acabada toda posibilidad de tener hijos, conformóse con pena Zacarías á la divina voluntad, y aguardó con tristeza la hora de su ingreso en el seno de Abraham, sin esperanza de ver sus retoños al pasar de esta vida sobre nuestra implacable tierra. ¿Cuánto no se asombraría en el minuto de la súbita y no esperada revelación? Hallábase á la puerta del santuario atizando las luces del gran candelabro y poniendo en las cazoletas el incienso grato á Jehová. La muchedumbre israelita se había quedado á la puerta, quizá por no ser aquella la hora litúrgica propia para penetrar en el templo. Solo Zacarías en aquel sacro sitio, una fascinación extraña posee y domina su espíritu; un sacudimiento cuasi epiléptico remueve y agita sus nervios; los ojos extáticos le salen de las órbitas, como atraídos por extrañas visiones; le zumban las orejas con voces verdaderamente sobrenaturales; un temblor, como el producido por frío tercianario, le asalta; y sus rodillas tiemblan, y sus manos se cruzan, y sus labios vibran, y todo el ser suyo se turba, como si le atrajeran los abismos y le azotaran las tempestades. En efecto, uno de aquellos arcángeles pertenecientes á las jerarquías que ya los caldeos habían visto antes de Abraham en el cielo y copiado en sus movimientos, el arcángel Gabriel, murmura, embajador celestial, palabras increíbles en las orejas atónitas de Zacarías; palabras increíbles, porque le anuncian y le prometen un hijo. Y no solamente le prometen un hijo, sino que añaden ha de venir con distinciones y privilegios aparte y singularísimos, magno en presencia de Dios, á misiones divinas llamado desde las entrañas maternales, capaz de tocar en el corazón á los israelitas y precursor de aquel en quien creerán los justos y se redimirán los pueblos.

Un asomo de duda sobrecogió á Zacarías, y una socarrona sonrisa, proveniente de interior escepticismo, se dibujó en sus labios. Tal estado del ánimo disgustaba profundamente á los cielos. Jehová y su ángel no podían tolerar que los mortales desoyeran sus palabras y dudaran de sus promesas. Mas llevó tan lejos la duda Zacarías, que fué osado á pedir prendas y á esperar seguridades ciertas del cumplimiento de aquellas palabras. A tal incredulidad se airó Dios como, según Isaías, también se airara en otros tiempos á la incredulidad terrible del rey Acaz. No podía en este momento marrar justicia que no se interrumpe ni un minuto; y Gabriel, viendo la irremediable desconfianza del sacerdote, le condenó á temporal mudez. Y cuando, acabado este próvido encuentro, vuelto Gabriel á los cielos, desde la derecha del arca de los perfumes, y tratando Zacarías, por su parte, de volver á su casa, al encontrarse con el pueblo inquieto por su larguísima tardanza, no pudo articular palabra. Encajábansele unos en otros los dientes; pegábansele uno á otro los labios; deteníasele como paralizada la lengua, y ni siquiera por señas expresaba su admiración y su asombro.

A los nueve meses había parido Isabel, su esposa, un hijo, á quien dieron el regocijado nombre de Juan. Entonces Gabriel desató la callada lengua del sacerdote y comenzó éste á cantar el cántico de alabanzas al Señor que aún se repite bajo las bóvedas sacratísimas de nuestras iglesias en las grandes fiestas litúrgicas. «Bendito, exclamaba como un pobre niño que balbucea sílabas de incipientes palabras, el Dios de Israel, porque visitó á su pueblo con voluntad resuelta de redimirlo, y volcó el cuerno de la abundancia en su cabeza, y lo extrajo del poder de sus enemigos, y le habló por la boca de sus sacerdotes, y le renovó las promesas dadas al santo Abraham, y le trajo misterioso niño á quien debían llamar profeta del Altísimo todas las generaciones, por llegado á disponer y apercibir y aparejar las vías del Redentor, dando al pueblo conocimiento de su salvación, esclareciéndolo con el resplandor de su palabra, merced á la cual se tornaron fecundos los desiertos.» Veinte siglos han pasado ya desde que se compusieron tales cánticos. La crítica más adusta no puede negar que San Lucas escribió toda esta relación pocos lustros después de muerto Cristo; la doctrina del Salvador apenas había salido aún del radio dominado por la vieja sinagoga; y sin embargo, ¡cuál visión profética de lo porvenir y cómo adivinaba Zacarías que aquel nombre de Jesús debía representar por siglos de siglos la renovación y la esperanza! Bautistas llamarán todas las generaciones á los que prevén, á los que pronostican, á los que auguran, á los que adelantan y aperciben lo porvenir. Indudablemente Zacarías vió su hijo á la puerta de todas las iglesias, sobre las pilas del bautismo, cantado en el hermosísimo solsticio de verano por las más límpidas voces del planeta en siglos de siglos, surgiendo su figura en los cuadros de innumerables artistas inspirados, cristalizándose á su nombre y á su idea esos baptisterios como el de Florencia y como el de Pisa, en cuyas bóvedas resuenan eternamente melodías angélicas y por cuyas puertas esculpidas con maravillosas inspiraciones entra el espíritu de la Humanidad, regenerado con tal aliento y fuerza, que se cree dentro, por un total rescate de su primera culpa, dentro ya del Paraíso.

Madrid, 25 junio 1895



Juana Manuela Gorriti

SEMBLANZA

Estaba yo recién llegada de Europa á Buenos Aires, cuando á su vez daba vuelta á su patria la excepcional escritora salteña, que habíase granjeado en toda América envidiable reputación literaria. No perdí momento para conocerla personalmente, pues lo que es por cartas ya estábamos en íntimo contacto. Yo había saboreado con deleite muchos de los escritos que en periódicos y en libros atestiguaban la sin par fantasía de aquella mujer por demás extraordinaria.

Al verme entrar me abrazó como á una hermana, diciendo: «¡Dios mío, qué felicidad! ¡Deseaba tanto conocerla!»

Aun ahora paréceme verla sentada á mi lado, con su erguida estatura; la presencia arrogante y hermosa; la frente ancha, muy despejada; el rostro de un óvalo perfecto, y la mirada perspicaz, enérgica y á veces profundamente melancólica. Su cabello era sedoso y finísimo. Cuando yo la conocí sus rizos parecían de plata, porque los terribles contrastes de su vida los habían blanqueado más que los años.

A la altura de un alma de acero tenía la poderosa fuerza de voluntad y un corazón dispuesto á todos los sacrificios y templado para los grandes infortunios.

Juana Manuela Gorriti era soñadora vehemente; apasionada, con imaginación fantástica, fecunda como pocas, rica en tesoros de ingenio y pródiga en narraciones, ligadas con frecuencia á sus memorias de la niñez y de la juventud.

«Güemes,» «La biografía de Belzu,» «El álbum de una peregrina» son fotografía de su historia.

Hay rasgos en su vida que harán comprender el valor moral de aquel gran carácter, que de suyo se destaca en las páginas legadas á la posteridad.

«Toda mi existencia – decía – ha sido una cadena de luchas y de episodios extraños.»

Un día, siendo muy joven, tuvo que abandonar la casa paterna y el suelo argentino. Hija del patriota general Gorriti, había de participar de las persecuciones y del ostracismo de aquél, empezando entonces su larga serie de viajes, así como á manifestarse sus aficiones literarias, cimiento de su fama.

Estando en el otro lado de la frontera, en el suelo del destierro, la unió el amor con un oficial subalterno del ejército boliviano que el gobierno había confinado lejos de la capital, tal vez temiendo su naciente ambición.

El idilio de ternura que precedió al enlace tuvo sangriento epílogo en el palacio presidencial de la Paz (Bolivia)

Era la época de las revueltas políticas, de los motines de cuartel y de terribles represalias, cuando ocupaba de nuevo la presidencia el general Belzu, que en años anteriores habíase casado con la ilustre argentina. Idolo de los indios, para quienes todavía hoy es un héroe legendario, sosteníase apoyado más bien en aquel prestigio y á pesar de las grandes dificultades que le creaba el general Melgarejo, soldado de fortuna y uno de los hombres más audaces que figuran en la historia de Bolivia.

Hubo combate y lucha prolongada, y cuando el general Belzu podía juzgarse vencedor, fué de improviso asesinado en su propio palacio.

Las turbas propagaron por la ciudad el funesto acontecimiento, y la noticia llegó rápidamente á la casa donde habitaba Juana Manuela Gorriti, que por incompatibilidades de carácter y de costumbres vivía alejada de su marido y del palacio teatro del drama sangriento.

No vaciló un instante; el deber la llamaba y se sobreponía á desvíos y á ofensas.

Es uno de los rasgos culminantes en aquella mujer insigne.

Sin detenerse se lanzó á la calle y siguió á las masas. Se dirigían al palacio. Al entrar en él Juana Manuela buscó, encontró y colocó sobre su regazo el cuerpo inerte de su marido, y mientras se cercioraba de si aún tenía un átomo de vida, resonaban en sus oídos los gritos de *¡Viva Melgarejo!*

Todo en torno suyo debía parecer pequeño y mezquino ante la magnitud del grupo.

Juana Manuela tuvo siempre verdadera predilección por el Perú; veía en él su segunda patria, donde muy joven y hermosa le prodigaron ovaciones entusiastas y fraternal cariño.

– Lima, mi Lima, decíame con vehemencia; usted no sabe lo risueña y hospitalaria que es aquella tierra.

Cuando yo llegué al Perú, ya Juana Manuela había regresado de Buenos Aires, y mi primera salida fué para ir con ella y visitar la tumba de su madre, por quien guardaba profunda veneración.

Por entonces vivía de su pluma y de la enseñanza. Era infatigable para el trabajo y su espíritu inventivo no decaía nunca.

Su casa convirtióse en templo, y allí al rendir culto á la literatura descollaban sus geniales condiciones, imponiéndose á todos, comunicando su entusiasmo y sus ideas originales, de un aticismo especial.

Juana Manuela acudía á cada grupo: dejaba caer aquí una frasecilla, una acertada crítica; salía al encuentro de un recién llegado, y en dos palabras le ponía al corriente de lo que en aquella noche se trataba para que sin perder tiempo apoyase ó combatiese el pensamiento.

En aquel piso bajo que tengo tan grabado en la imaginación se reunían las entidades literarias más en boga; se desarrollaban temas nuevos, aplaudiendo y estimulando en veladas inolvidables á peruanos y á extranjeros. Para llegar al salón principal había que atravesar el que durante el día ocupaban las clases y las alumnas, donde desempeñaba su misión educacionista la autora de «La Quená.»

Yo no he visto jamás actividad tan excepcional, y es digno de notarse que Juana Manuela Gorriti ha sido la escritora sudamericana más popular y también aquella que en mayor escala obtuvo producto de sus obras, en una época en que apenas la mujer empezaba á sobresalir y á dar pruebas palmarias de su valor intelectual.

En una ocasión fuí á visitarla en Lima, cosa frecuente porque su amistad tenía tal agasajo que era imposible no abrigar el deseo de cultivarla. Me sorprendí al encontrarla mudándose apresuradamente de traje y arrojando en un cestón las prendas que se quitaba. La miré interrogándola.

– He pasado la noche y algunas horas de la mañana con una amiga querida, que ha muerto de viruelas: ¡tan buena y en la flor de la vida!

– Pero ¿no ha temido usted contagiarse?

– Cuando cumplo un deber no tengo temor á nada.

Esas palabras gráficas son un retrato completo.

Otro no menos característico:

Era en los días aciagos de la guerra entre el Perú y Chile. En el antiguo templo de San Francisco de Paula, en Lima, convertido entonces en prisión militar, estaba arrestado por cuestiones de disciplina un hijo de Juana Manuela Gorriti, joven peruano, pero recién llegado de Buenos Aires para batirse en defensa de la patria.

Con él había pasado toda la tarde la noble anciana y, como de costumbre, salió triste y preocupada, atravesando sin darse cuenta de ello la gran distancia que media desde aquella iglesia hasta el río que se cruza por un puente frontero con la línea ferrocarrilera de la Oroya – que, entre paréntesis, es la más atrevida de las construídas en América.

Extraña Juana Manuela á cuanto pasaba en torno suyo, sorda por la excesiva preocupación, no vió la lengua de fuego de la locomotora, ni tampoco oyó ni se hizo cargo de los rumores y de las exclamaciones de angustia escapados á los transeuntes de una y otra orilla. Todo fué obra de un segundo: Juana Manuela volvió la cabeza en el instante mismo que el eco de las montañas repetía el bramido del coloso que ya estaba tan cerca de ella que la llama podía chamuscar sus vestidos.

«La sangre fría, que más de una vez me ha servido en casos extremos, salvóme entonces de una muerte horrible.» Así me decía en una carta que recibí poco después en Colombia, frases que ha consignado también en su libro «El mundo de los recuerdos.»

De un salto se puso fuera de la vía cuando el tren pasaba á toda velocidad.

Juana Manuela sintió que la abrazaban, mientras que cien gritos de alborozo poblaban los aires, saludando la milagrosa salvación. Pocos habría entre aquella multitud que no la conocieran y la venerasen.

Hay que contar para esta popularidad que en epidemias ó en luchas habíasela visto siempre en los hospitales asistiendo á los atacados, sin temor á contagio, y curando á los heridos, sin desfallecimientos femeninos. Era un hábil ayudante, á la par que una enfermera cariñosa y consoladora.

Ruegos y súplicas la sacaron del Perú; sus amigos, sus compatriotas deseaban que pasara los días postreros de su vida en el suelo natal. Sobre su ancianidad (había nacido en 1818) pesaba ya la vida demasiado laboriosa para atender á las necesidades más perentorias.

Años atrás habíale señalado el gobierno argentino una pensión como hija del prócer valeroso de la Independencia, y por fin abandonó el país predilecto para establecerse en las riberas del Plata.

Raro privilegio, la imaginación de Juana Manuela conservó sus facultades creativas hasta los últimos días de su vida, y aunque su salud era delicadísima y su rostro mostraba las huellas del tiempo, apenas decayeron las juveniles lozanías, lo florido del lenguaje, ni la riqueza de estilo y de pensamientos.

También había en ella una segunda vida: la del pasado; la de los recuerdos, ya risueños muchos ó azarosos otros, los que evocaba con tan pasmosa precisión y lujo de pormenores, que constituían, al decir de aquellos que la rodearon – hasta hace poco más de dos años, – datos preciosísimos para la historia de Bolivia, Perú y la Argentina.

Juana Manuela Gorriti no murió rica, pero sí disfrutando relativo bienestar: rodeada por el respeto y el cariño de todos; acompañada por su hijo Julio; tranquila, serena, con la seguridad de que legaba un nombre ilustre y que su patria y toda América honrarían su memoria.

Pocos meses antes de su muerte leí en Lima cartas suyas dirigidas á dos de sus amigas predilectas.

En una de ellas decía:

«Mi querida hija: Esto se acaba. Creo que no te escribiré más »

Aun esa postrera frase demuestra la gráfica fortaleza y el alma de aquella mujer notable, que hoy tiene elevado puesto en el templo de la inmortalidad y es luminoso astro en la historia de la literatura hispano-americana del siglo XIX.

La baronesa de Wilson

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES

V

Este artículo lo dedico exclusivamente á estudiar las obras de José Jiménez Aranda, Gonzalo Bilbao, Vicente Cutanda y Alberto Pla y Rubio.

Seguramente que al leer este último apellido habrán pensado mis lectores en el otro Pla, el autor del *Lazo de unión*. De ese he hablado ya. Ahora tócale su turno á este, de cuyo cuadro *A la guerra* tanto se ha venido hablando. No me he ocupado antes de ese lienzo, á pesar del *succès*, porque me parecía irrespetuoso hablar de él antes de otros que, como los de los artistas citados, los considero muy superiores en mérito.

No sé si mis lectores recordarán un cuadro exhibido por D. José Jiménez Aranda en la última exposición bienal que celebró el Círculo de Bellas Artes en el Palacio de la Biblioteca, y del cual me ocupé en estas columnas. Titulábase aquel cuadro *¡Abandonada!* La escena era sencillísima; el drama era eminentemente conmovedor, á pesar de lo vulgar del asunto. Una joven sentada al lado de una cuna de madera, en la cual dormía un niño. De ese cuadro decía yo entonces que como acierto en la expresión de un hondísimo dolor moral; como estudio psicológico de un estado del alma; como hallazgo felicísimo desde el punto de vista plástico, del motivo y disposición de la figura y de la escena, era una obra acabada, digna de un pintor del Norte.

Si mis lectores han recordado ya el cuadro, recordarán asimismo que, poco más ó menos, escribía yo: «Se adivina en aquella faz algo terrible, como un pensamiento de color de sangre. Aquellos labios fuertemente fruncidos, aquellas cejas rectas por contracción nerviosa grande, aquellos ojos brillantes cuya mirada vaga tiene el aspecto de la extraviada del loco y su fiereza, producen en el espectador una emoción estética hondamente dramática, dolorosa, pero al propio tiempo simpática por la moral de su filosofía.»

¡Loca! es el cuadro como *Abandonada* de muy pequeñas dimensiones que exhibe en esta Exposición el ilustre pintor andaluz. Es la segunda parte del drama; el epílogo ya podemos suponerlo.

Allí está la misma joven abandonada, sentada en el suelo de una celda, cuyas paredes desnudas causan frío; allí está desgreñada, desnudos los pies, apretando contra el pecho un muñeco de trapo; con la mirada que parece clavarse como un puñal en el alma de quien la contempla; dilatadas las pupilas; la boca entreabierta, cual si entonase un cantar de arrullo para el simulado hijo; demacrada, hundidas



La sarabanda, cuadro de Fernando Roybet (Salón de los Campos Elíseos. París. 1895)

las mejillas. ¡Cuánto dolor! ¡Qué drama tan grande se adivina, mejor dicho, vemos en esos dos lienzos de dimensiones pequeñas, de valor filosófico-social tan elevado!

Decía yo cuando escribí á propósito de *Abandonada*, que el pensamiento generador de la obra brotara de la observación de uno de esos dramas vulgares en que el amor hace de verdugo y de víctima á la vez. Pero ¿cuáles son las grandes obras de arte, así literarias como plásticas, en las cuales no entre lo vulgar á representar el principal papel? ¡Lo vulgar! El amor, la ambición, la envidia, el egoísmo, la bondad, la virtud misma, son sentimientos vulgares; en mayor ó menor grado, todos los humanos sentimos y obedecemos los impulsos de alguno, cuando no de algunos de esos sentimientos.

Por lo que se refiere á la parte técnica del cuadro *¡Loca!*, no puede decirse sino que la figura está admirablemente dibujada, especialmente los pies. El color es un poco frío, y la ejecución como de dibujante de la talla de Jiménez Aranda.

Otro de los cuadros que más han llamado y siguen llamando la atención es el de Gonzalo Bilbao *La siega en Andalucía*. La escena se desarrolla en una llanura cubierta de dorada mies; en la lejanía se ve una ligera loma. En primer término están dos segadores, vestidos de blanco, con grandes sombreros de palma. Uno de los segadores mira hacia el espectador y el otro se enjuga el sudor copioso que parece correrle por la cara, roja por el sol. Éste inunda la escena, arrancando chispazos de luz del color del oro á los haces de trigo del primer término. La disposición de las figuras está acertadísima; se despliegan en dos alas, formando un ángulo agudo, cuyo vértice es el segador que aparece mirando.

Gonzalo Bilbao es acaso el primero de los pintores bucólicos de España, y sin discusión el primero de los de Andalucía. Buen dibujante, observador de la naturaleza y de las costumbres de la vida campesina de su tierra, colorista brillante, persigue con tenacidad la solución de los problemas que la luz del sol le ofrece en aquella región donde los días nublados son espléndidos en otras. Ya en el cuadro *La vuelta al hato*, que figuró en las Exposiciones de 1889 de Madrid y 1891 de Barcelona, pudo observarse que á Bilbao le obsesionaban las coloraciones cuasi tropicales de la luz en Andalucía. Impresionista, pero impresionista sincero, sin recurrir á las fórmulas de los impresionistas transpirenaicos, quienes para conseguir el resultado de obtener una relación aproximada entre la luz y la sombra comienzan por rebajar las tonalidades, buscando en los colores intermedios entre el tono blanco y el negro, los azules y los amarillos, ataca de frente el problema de realizar lo que



La muerte del general Gordon en Kartum, cuadro de G. W. Joy (Salón de los Campos Elíseos. París. 1895)

ve, empeñado en producir en la retina del espectador la sensación que la realidad misma.

Y en este cuadro *La siega en Andalucía*, Bilbao se empeñó en la solución de un problema todavía más difícil de resolver que el intentado en el cuadro *La vuelta al hato*. Trata en el de *La siega* de pintar el sol, sin que, para producir el efecto de luz violenta solar, iluminando la escena toda, haya de establecerse punto de comparación en las tonalidades, aprovechando, bien la blancura de una tapia, bien la sombra de una quebrada del terreno. Fortuny, el padre de la pintura «de sol,» buscó siempre esos contrastes, como puede verse en su lienzo que dejó inconcluso *La playa de Portici*. Además de la nota azul del mar, de la ocrosa de la arena, el autor de la *Vicaría* aprovechó como punto donde poner toda la luz de que dispone la paleta una tapia que se ve en primer término. Añádase á estas tonalidades brillantes las pequeñas y picantes notas de los trajes de las figuras, y se comprenderá que efectivamente el cuadro tiene que resultar luminosísimo. Mas Bilbao se limitó á pintar un campo amarillo y unas figuras vestidas de lienzo blanco. Ni una pared, ni un árbol que dé sombra, ni un altozano, nada en fin que robe un espacio á los rayos del sol.

Yo creo que Bilbao hizo un esfuerzo titánico. El blanco puro de la paleta no tiene más fuerza luminosa, ó no aparenta, mejor dicho, más luz que la de una diezmillonésima parte de un rayo de sol. Intentar en esas condiciones reproducir la realidad es por si solo meritorio. Por eso, admirando aquellas figuras enérgica y correctamente dibujadas; aquellas masas de trigo tan bien dispuestas; aquella composición bellísima; aquella escena tan bien entendida, sin embargo, yo no puedo convencerme de que allí hace sol del mes de julio y sol andaluz. Cierto que por la coloración del cielo y por la bruma caliginosa de la lejanía que funde las líneas parece como que es un día de esos que llamamos *pesados*, porque la atmósfera enrarecida por los vapores de la tierra, por la carencia absoluta de brisa, se vuelve opaca y el sol no brilla esplendoroso, no ilumina con violencia los objetos, antes bien parece como si sus rayos llegasen hasta nosotros después de atravesar una gasa. Mas á pesar de esto, yo creo que Bilbao intentó pintar la luz solar, limpia de toda gasa, de toda bruma, pues en la figura del segador citado, del primer término, hay dos puntos donde efectivamente se advierte el efecto de la luz del sol; son dichos puntos el sombrero y el hombro izquierdo.

Para «entrar,» como dice la gente del arte, en el cuadro de Bilbao, es menester estudiarlo con atención grande. Al pronto la masa amarilla de aquella llanura de trigo resulta un poco agria; pero después de mirar durante algún tiempo al lienzo para acostumbrar la retina á la crudeza de la nota dominante, se echa de ver el ambiente grande que avalora la obra de Bilbao, aun cuando no quede el espectador convencido de la verdad de la nota dicha.

Vamos con otro cuadro de un artista á quien ya conocen de antiguo los abonados de La Ilustración Artística, y que hoy puede considerarse como jefe de una escuela nueva en la pintura española, la *socialista*.

Epílogo es un lienzo de pequeñas dimensiones; apenas mide metro y medio de longitud. En primer término y á la izquierda del espectador se ve la cabecera de una camilla que lleva un obrero. Detrás de éste un guarda con su banderola correspondiente hace ademán de gritar que despejen de gente para que quede el paso franco. Al otro lado de la camilla un empleado con la gorra blanca se inclina para mirar dentro de la cama portátil. Un niño acompaña el triste convoy, llevando varias prendas de ropa del herido. En el otro lado del cuadro un obrero con una escoba en la mano suspende la faena de barrer la arena con que han cubierto la sangre que hay en el suelo, vestigio del desgraciado accidente, y vuelve la cabeza siguiendo con la vista á los camilleros, mientras que con la mano derecha hace ademán de rascarse la cabeza; otros obreros en segundo y último término miran también al grupo que se lleva al camarada. Tal es la escena.

El escenario es una amplia galería de una fábrica de fundición. Allí se ven las rojas notas del hierro incandescente y las grises del acero frío en pequeños bloques amontonados en el centro, las enormes tijeras de vapor, las bocas de un horno, y por bajo de la cubierta de esta galería un cielo plomizo, sobre el cual se recortan los tejados de otras galerías lejanas.

Hay en este cuadro una tonalidad, un empaque, así de color como de entonación, verdaderamente magistrales. El ambiente de aquella galería es prodigioso por su realidad. Se respiran humo, vapor de agua, partículas de hierro y de carbón de piedra que flotan, envolviendo en misteriosa penumbra los términos últimos.

Las figuras están pintadas con una franqueza y una casta de color sana, verdaderamente española. Del dibujo de las figuras, en totalidad, correcto; particularizando, algunos reparos se le pueden hacer. Pero es preciso confesar que en nada amenguan los lunares que en ese sentido puedan apuntarse á las figuras la soberana maestría con que está pensada y desarrollada la escena. Para mí, Cutanda ha dado un paso gigantesco en el manejo de la paleta desde su cuadro *Huelga de mineros en Vizcaya*, que le valió la medalla de oro en la última Exposición internacional de Bellas Artes.

El temperamento de Cutanda, eminentemente dramático, se muestra en todo su valor en *Epílogo*, aun siendo como es este cuadro uno de esos cuadros que el artista pinta más que como obra de empeño como estudio.

Réstame hablar del cuadro *A la guerra*, de Pla y Rubio.

Bien quisiera, yo que me impuse por norma un estudio ligero, no una crítica severa de las obras que figuran actualmente en el Palacio del Hipódromo, unir mis aplausos á los de mi colega y jurado de esta Exposición Francisco Alcántara; pero debo ser franco antes que todo: el cuadro *A la guerra*, siendo la obra discretísima de un artista que emprende con grandes bríos la carrera del arte de la pintura, deja mucho que desear como obra á la cual se le adjudica una medalla de oro.

Pla y Rubio ha intentado representar el momento eminentemente dramático de un embarque de tropas en un tren, las cuales van á la guerra. Allí, pues, las despedidas conmovedoras de padres, hermanos, novios, amigos ofrecen al artista campo vastísimo para su inspiración. Allí puede sorprender el drama psicológico que con varia intensidad se desarrolla en el corazón de cada uno de los actores de la patética escena, exteriorizándose ya por medio de los espasmos del llanto en las mujeres, ya por medio de la sombría expresión en el padre, ya advirtiéndole á través de la forzada sonrisa del soldado, bien estudiándolo en la nerviosa alegría de los que bullen en el interior de los vagones.

Pero para mí el cuadro *¡A la guerra!* no tiene ese valor dramático. Es un episodio vulgarísimo de la vida militar; episodio que presenciamos todos los años en la época en la cual los quintos se incorporan á sus respectivos batallones. Nada hay en el cuadro de Pla y Rubio que indique que aquella tropa marcha á verter su sangre en el campo de batalla. ¿Es quizá porque llora la madre ó la hermana y porque se aflige aquel anciano, por lo que se cae en la cuenta de que van á la guerra los soldados que pintó Pla y Rubio? Yo he visto, y como yo cuantos han querido verlo, cómo en esas despedidas el llanto de las madres es obligada paria que paga el cariño maternal; y sin embargo, el mozo no marcha á correr los riesgos de una campaña, sino á la capital vecina del departamento á poner «sitio» á las criadas en los paseos y en las plazuelas. ¿Dónde están en el cuadro *¡A la guerra!* la muchedumbre que se agolpa para abrazar á los que van á morir por la patria; las autoridades que arengan; las cabezas que se descubren; los pañuelos y los sombreros que agita el entusiasmo que despierta el héroe en las masas populares?

¡Oh, no! En el cuadro de Pla y Rubio no hay nada de esto. Y desde el punto de vista de la plástica las figuras que están fuera del grupo fotográfico están desdibujadas: dígalo si no aquel jefe que da órdenes al corneta; dígalo el soldado que besa al niño, que tiene rotas las piernas; dígalo aquel otro que bebe en la cantina, con una minúscula cabeza, pequeñísimo al lado de un viejo que tiene el tamaño que debe tener dado el plano en que está colocado; díganlo aquellas mismas botellas y frascos de la cantina, verdaderas vasijas de colosal grandor.

Además las figuras están pintadas en el estudio; la escena es al aire libre. El color es sordo, y sin embargo desentonan los rojos de los pantalones de los soldados. Falta ambiente...

Es un cuadro de un artista que comienza bien, pero que está todavía al principio.

R. Balsa de la Vega

EL CANAL DE KIEL

Recientemente inaugurada esta obra grandiosa que será un timbre de gloria para Alemania, creemos interesante dar á nuestros lectores algunos detalles acerca de la misma, explicatorios de los dibujos que reproducimos en la página 455 y que completaremos en el próximo número, en el que publicaremos otros grabados referentes al canal de Kiel. El segundo de esos dibujos comprende varios planos topográficos del canal y esclusas, perfil longitudinal y secciones transversales de aquél y de éstas, y otras vistas que permiten formarse idea completa de la magnitud de la empresa realizada.

En el centro del segundo de estos dibujos se reproduce el plano del nuevo canal: comienza éste en la orilla derecha del bajo Elba, un poco más arriba del pequeño y hasta ahora casi insignificante puerto de Brunsbüttel, en un sitio en que las aguas del río aun en su nivel más bajo tienen una profundidad de 10 á 11 metros; sigue en dirección Nordeste al través de las tierras bajas y pantanosas del bajo Elba y del lago de Kuden, y tuerce luego hacia el Norte, atraviesa los montes que forman la divisoria del Elba y del Eider, y volviendo al Nordeste pasa por el valle del Gieselau y entra en la cuenca del Eider. Remonta este río, en su parte baja y en dirección paralela al mismo cruza terrenos pantanosos y el lago de Meckel (más bajos que el flujo máximo del Eider, por lo cual se han tenido que construir diques laterales) y llega á 60 kilómetros del Elba, al lado Sur de Rendsburgo.

Hasta este punto el canal no utiliza los lechos de los ríos. En Taterphal corta la línea férrea de Itzeboe-Heide y en Grunenthal la de Neumunster-Heide, habiéndose construído para la primera un doble puente giratorio y para la segunda un elevado puente de arco de hierro. Al Sur de Rendsburgo atraviesa el canal la carretera que conduce á Itzeboe, en la cual se ha puesto también un puente giratorio; forma luego un arco al Sudeste de Rendsburgo, cruza el ferrocarril Rendsburgo-Neumunster (doble puente giratorio), entra por Audorf en la región de los lagos del alto Eider, atravesándolos en *thalweg*, y tomando desde allí la dirección Este sigue el antiguo canal del Eider, construído hace 110 años, hasta llegar á Holtenau, en donde desemboca en la rada de Kiel. Poco antes de su desembocadura atraviesa en Levensau la línea férrea de Kiel-Eckernforde, para lo cual ha sido preciso construir el gigantesco puente que reprodujimos en el número 699.

La longitud total del canal es de 98'6 kilómetros; su anchura en la superficie del agua de 65, y en las curvas de 100 metros aproximadamente; su solera de 22 y su profundidad de 9; de suerte que su perfil es mayor que el del canal de Suez.

En el citado dibujo de la página 455 reproducimos la sección transversal del canal con la de un acorazado de 10.000 toneladas, por donde se ve que por el cauce de aquél pueden circular fácilmente los buques de mayor porte: á pesar de ello, en seis puntos distintos, marcados en el plano con AA, hay otros tantos espacios de 400 metros de largo por 100 de ancho que permiten que á la vez circulen en direcciones contrarias dos embarcaciones de gran tonelaje. En algunos sitios en los cuales el canal ha cortado las carreteras se han dispuesto grandes barcazas para facilitar el tránsito.

El perfil longitudinal que se ve al pie del dibujo permite formarse idea del terreno cruzado por el canal. En los dos extremos de éste se han construído dos grandes esclusas, de 150 metros de longitud por 25 de anchura, por las cuales podrán circular en todo tiempo los mayores acorazados. En el dibujo antes indicado pueden verse los planos exactos de estas dos esclusas, así como la sección transversal de una de sus cámaras. La esclusa del Báltico estará abierta todo el año, á excepción de unos veinticinco días; la del Elba lo estará, durante el período de flujo del mar del Norte, algunas horas.

Una tercera esclusa más pequeña, situada al Norte de Rendsburgo, permite el paso de los buques entre la cuenca del alto Eider, atravesada por el nuevo canal, y el bajo Eider.

A consecuencia de la construcción del canal ha disminuído el nivel del agua del alto Eider y por ende el del lago Flemhud, que ha tomado una forma distinta y más reducida de la que antes tenía, como puede verse en el centro del segundo dibujo de la página siguiente. Para mantener el nivel de las corrientes que desembocan en este lago, nivel necesario para las tierras vecinas, se ha construído un dique que circular que cerca una parte del lago; paralelo á este dique corre un canal de siete metros de alto desde donde el agua por él recogida cae en el lago.

Tales son á grandes rasgos descritos el trazado y algunas de las más importantes obras del canal que desde hoy establece una comunicación directa entre el mar del Norte y el Báltico. Empresa de grandes alientos y de altísima importancia para el comercio en general y para el poderío militar de Alemania, natural era que su inauguración se hiciese con solemnidades y festejos excepcionales y que el imperio pusiese gran empeño en que á ese acto asistieran representaciones de todas las potencias.



Dupuy de Lome (francés) acorazado, 14.000 cab. — *Pelayo* (español) acorazado, 6.800 cab. — *Hohenzollern* (alemán) Yate imperial, 9.460 cab. — *Brandenburgo* (alemán) acorazado, 8.000 cab. — *New York* (americano) acorazado, 16.500 cab. — *Resolution* (inglés) acorazado, 13.000 cab. — *Royal Sovereign* (inglés) acorazado, 13.000 cab. — *Sardegna* (italiano) acorazado, 22.800 cab. — *María Theresa* (austriaco) acorazado, 10.000 cab. — *Osborne* (inglés) Yate real, 2.900 cab.

Demostración naval con ocasión de la inauguración del canal de Kiel

Así ha sido, en efecto, y en la amplia rada de Kiel congregáronse los mejores buques de las escuadras de todas las naciones europeas y de alguna de América, que correspondiendo á la invitación de Alemania contribuyeron con su presencia al mayor realce de las fiestas inaugurales. He aquí la lista completa de los mismos:

ALEMANES. – Heimdall, Hager, Frithjof, Hildebrand, Gesion, Hasburg, Kaiserin Augusta, Dantzig, Cobra, Suevia, Meteor, Bayern, Pfeil, Weissenburg, Worth, Blitz, Jagd, Mars, Brandenburg, Trave, Kaiser Wilhelm II, Auguste Victoria, Sachsen, Greisenau, Moltke, Stein, Frosch, Raethia.

AUSTRIACOS. – Kaiserin Maria Theresa, Trabant, Elisabeth, Kaiser Franz Joseph.

DINAMARQUESES. – Heeken, Geiser.

ESPAÑOLES. – Pelayo, Infanta María Teresa, Marqués de la Ensenada.

FRANCESES. – Hoche, Surcouf, Dupuy de Lome.

HOLANDESES. – Alkmar, Aljeh.

INGLESES. – Enchantress (yate del Almirantazgo), Blenheim, Bellona, Empress of India, Resolution, Repulse, Speldy, Royal Sovereing, Endymion, Osborne (yate real), Queen Victoria.

ITALIANOS. – Ruggiero di Lauria, Etruria, Savoia (yate real), André Doria, Umberto, Sardegna, Partenope.

NORTEAMERICANOS. – Marblehead, New York, San Francisco, Columbia, Columbia-Arethusa.

NORUEGO. – Viking.

PORTUGUÉS. – Vasco de Gama.

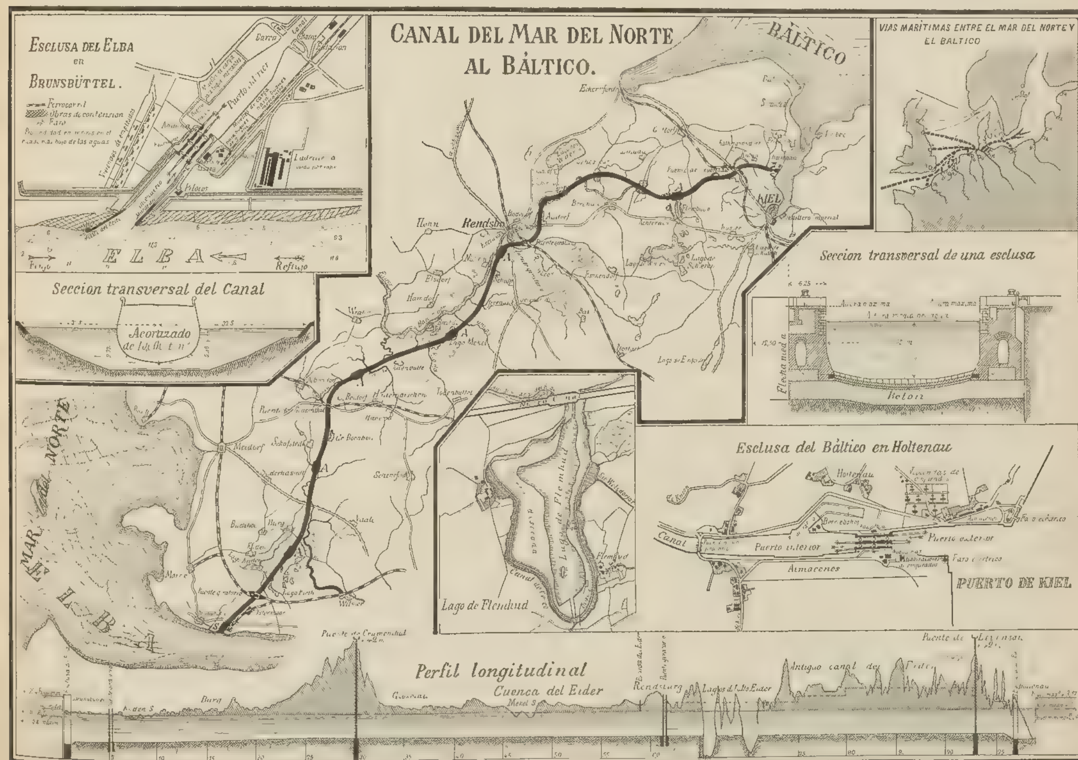
RUMANO. – Mircea.

RUSOS. – Rugia, Emperador Alejandro II, Rurik, Groziastchy, Elisabeta.

SUECOS. – Edda, Thulle, Sleivner, Goeta.

TURCO. – Fund.

El primer grabado de esta página reproduce una vista parcial de la rada de Kiel con algunos de los principales buques que concurrieron á la brillante demostración naval con que se solemnizó la inauguración del nuevo canal del Báltico. – X.



PLANO TOPOGRÁFICO DEL CANAL DE KIEL, PERFIL LONGITUDINAL Y SECCIÓN TRANSVERSAL DEL MISMO, PLANOS Y SECCIÓN TRANSVERSAL DE LAS ESCLUSAS, PLANO DEL LAGO FLEMHUD Y VÍAS MARÍTIMAS ENTRE EL MAR DEL NORTE Y EL BÁLTICO



MARTA Y MARÍA, cuadro de Juan Llimona (Salón Parés)



UN APRISCO EN LOS PIRINEOS, cuadro de Dionisio Baixeras

NUESTROS GRABADOS

Flamenca, cuadro de Francisco Masriera. – Ocasiones tan repetidas se nos han ofrecido de ensalzar en estas páginas las obras del distinguido pintor Francisco Masriera, que casi juzgamos inútil enaltecer las bellezas de la nueva obra de que hoy damos copia.

El Sr. Masriera ha alcanzado singular autoridad: sus lienzos llevan el sello especial, elegantísimo y delicado, que son el distintivo de los que brotan de su elegante paleta, y sus producciones todas revelan el empeño del artista, ferviente admirador de la belleza, á la que consagra el resultado de su inteligencia y de su habilidad.

D. Eugenio Sellés, el conde de la Viñaza, D. Segismundo Moret, recientemente ingresados en la Academia de la Lengua. – Sobrado conocidos son los nombres de éstas tres eminentes personalidades para que tengamos que añadir nada á lo que todo el mundo sabe acerca de los que por derecho propio tenían desde hace tiempo ganados los puestos que hoy ocupan en la Academia de la Lengua. Ni Sellés, el autor dramático que nos ha asombrado con *El nudo gordiano* y *Las Vengadoras;* ni el conde de la Viñaza, el ilustre aristócrata aragonés que ha sido durante largos años académico correspondiente y vió premiada por esa Corporación una obra bibliográfica y lingüística notabilísima; ni Moret, el sabio catedrático, el ateneísta insigne, el intachable orador parlamentario, necesitan ser presentados á nuestros lectores: nuestros elogios en nada aumentarían la justa y universal fama de que disfrutan. Nos limitaremos, pues, á consignar que los discursos de entrada que respectivamente pronunciaron sobre *El periodismo, La poesía satírico-política* y *La oratoria española* han sido unánimemente alabados por su fondo y por su forma, y á felicitar á los nuevos académicos y á la docta corporación que los cuenta en su seno.



D. EUGENIO SELLÉS,
recientemente ingresado en la Academia de la Lengua



EL CONDE DE LA VIÑAZA,
recientemente ingresado en la Academia de la Lengua



D. SEGISMUNDO MORET,
recientemente ingresado en la Academia de la Lengua

La sarabanda, cuadro de Fernando Roybet. – El notable pintor francés Roybet continúa la marcha triunfal comenzada en el Salón de París de 1893 con el hermoso cuadro *Propos galants*, que le valió la medalla de honor. El lienzo presentado en el Salón del presente año, el que reproducimos, no cede á aquél en punto á belleza de composición ni en perfección del dibujo y vigor del colorido: en una sala de una antigua casa holandesa un caballero, vestido con un rico traje negro y sentado en una mesa cubierta por rico tapete, pulsa la mandolina, mientras una joven de rostro delicioso y elegante figura contempla extasiada á los dos niños que ensayan la sarabanda. Esta obra es la obra de un maestro á quien puede calificarse de casi único en su género.

La muerte del general Gordon en Kartum, cuadro de G. W. Joy. – Desde hacía algún tiempo, el general Gordon comprendía que el odio y la desconfianza apoderábanse de sus tropas, soliviantadas por los emisarios del mahdi. En vez de tomar una determinación enérgica que pusiera término á aquella situación peligrosa, prefirió confiar en su buena estrella y esperó impasible los acontecimientos. Una mañana un centenar de negros sublevados asaltaron su casa en Kartum, y después de haber dado muerte á los centinelas se lanzaron por la escalera, en donde les esperaba el general, y precipitándose sobre éste le acribillaron con sus lanzas y sus flechas, asesinándole cobardemente. Tal es la escena que ha reproducido el distinguido pintor Joy en el cuadro que publicamos y que ha llamado poderosamente la atención en el Salón del presente año de París.

Marta y María, cuadro de Juan Llimona (Salón Parés). – Juan Llimona representa por medio de sus obras la armónica conexión que existe entre el arte y la poesía, porque en casi todos sus cuadros represéntanse los sentimientos que enaltecen al hombre, que le conmueven y constituyen la síntesis de los afectos más puros y delicados. La poesía de Llimona es sencilla, tierna, modesta, esencialmente creyente y virginal. Germina en el conjunto de creencias y aspiraciones, de la unión de afectos y sentimientos que constituyen el modo de ser del artista y la nota distintiva de su carácter.

Inspiróse antes en las apacibles y conmovedoras escenas que retratan la vida, recordándonos el hogar y la familia. Hoy, sin separarse por completo de su primer propósito, halla medio para manifestar sus místicos impulsos, sus creencias arraigadas. Mas ayer como hoy, la figura de Juan Llimona destácase en el cuadro de nuestro arte regional.

Un aprisco en los Pirineos, cuadro de Dionisio Baixeras (Salón Parés). – Baixeras cultiva con provecho todos los géneros, sobresaliendo, sin embargo, en la pintura de costumbres marítimas y rurales, en la que pocos rivalizan con él y en el que tal vez ninguno le aventaja en la verdad y expresión de los tipos.

El aprisco de los Pirineos, cuya copia ofrecemos á nuestros lectores, certifica lo que dejamos expuesto, ya que no pueden ocultarse ni desconocerse las dificultades que ha debido vencer el artista para trasladar al lienzo la verdad que expresa el natural.

Un cuento de Quevedo, grupo en barro cocido de Rafael Atché. – Varias veces y siempre con elogio nos hemos ocupado en las obras de este distinguido escultor, tributándole los justos aplausos que merece por sus relevantes cualidades, por cual motivo nos limitaremos hoy á hacer notar una circunstancia que concurre en Rafael Atché, no común á la mayoría de los que, como él, cultivan las bellas artes. Esta es que su entusiasmo y sus aptitudes no se mitigan ni se apagan. Siempre fácil y vigoroso, produce desde la obra propia del gran arte, á la fina, elegante ó maliciosa á propósito para embellecer el más aristocrático salón. Prueba de ello, la colosal estatua que corona el monumento que Barcelona dedicó á Cristóbal Colón, el atrevido grupo titulado *El entierro de Judas*, que figura en el Museo Municipal, y el intencionado que hoy damos á conocer á nuestros lectores.

Monumento á Mac-Mahón en Magenta, obra de Suchi y Beltrami. – El mes pasado se inauguró este monumento, erigido á la memoria del valiente mariscal y de los soldados franceses muertos en el campo del honor. Por iniciativa del alcalde de Magenta M. Brocca, abrióse hace algunos meses una suscripción que dió grandes resultados, y la obra, debida á la artística colaboración del escultor Succhi y del arquitecto Lucas Beltrami, es de carácter sencillo, pero noble y severo. El monumento es de bronce y tiene una altura de unos seis metros: la estatua mide tres.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – COLONIA. – Al Museo Wallraf-Richartz le ha sido regalado por un particular el notable cuadro de Munkaczy *El héroe de la aldea.*

BERLÍN. – En el nuevo presupuesto del Estado prusiano se ha aumentado hasta 400.000 marcos (500.000 pesetas) la consignación destinada al fomento de los reales museos.

MUNICH. – Los secesionistas muniquenses han celebrado la exposición de primavera, que puede considerarse como preparatoria del gran certamen del verano presente. A esta circunstancia se debe indudablemente que la citada exposición sea poco notable, pues los artistas asociados reservan, como es natural, sus mejores obras para la que en breve ha de inaugurarse, y aun algunos de los más importantes no han enviado á la de ahora cuadro alguno. En ésta no hay nada saliente: las tres cuartas partes de las obras expuestas son paisajes, algunos de ellos firmados por pintores que se dedican con preferencia á la figura. Entre las obras que merecen especial mención citaremos: cuatro cuadros de Dill, presidente de la asociación; *Hulda á Egipto*, de Uhde; una colección de impresiones de color, entre ellas una preciosa *Cabeza de estudio*, de A. Keller; un *Interior de iglesia*, de Kuehl; un *Paisaje* al anochecer, de Stuck; un *Idilio de pesca*, lleno de luz, de Engel; un *Paisaje* de hermoso color, de Keller-Reutlingen; varios cuadros de *Naturaleza muerta*, de Hummel; un *Paisaje de primavera* con dos figuras, de Herterich; algunos elegantes pasteles, de Boznanska; un cuadro de Langhammer, que es una obra maestra de color; varios paisajes, de Heider; un *Paisaje* agreste, de Reiniger; una delicada *Cabeza de estudio*, de Bredt; *Tarde de otoño*, de Erler; un grupo de viejos, de Nissl; un *Retrato*, de Micaela Pfaffinger, y varias obras de Ubbelohde, Crodel, Hanisch, Greiner y Hugo de Habermann.

BUDAPEST. – La exposición primaveral que últimamente se celebró en la capital de Hungría contenía 246 obras de artistas húngaros: entre ellas sobresalían un cuadro titulado *Fiebre* (un poeta que en los delirios de su calentura ve las figuras creadas por su fantasía y en medio de ellas un genio que corona su busto), de Luis Mark; un cuadro político, *Paz*, de Eugenio Gyarfas, de atrevida factura; un gran retrato de Fernando de Coburgo, de Benczur; *La santificación de San Esteban*, de Ujvary, y un cuadro de género, de Mauricio Karvaly. Merecen también citarse los paisajes de Bela de Spanyi, Carlos Telepy, Antonio Zilzer y Edoi Illes; una hermosa cabeza de mujer, de Bertalan Karlovzky, y los cuadros de Bela Pallik, Felipe Lassloz, Baditz, Basch, Zemplenys, Tornais y Korokonyai. De las obras escultóricas sólo son dignas de mención las de Teltsch y Ligetis.

HAMBURGO. – Un acaudalado banquero, el Sr. L. Behrens, ha legado en testamento á la Galería de Bellas Artes de la ciudad su magnífica colección de grabados, dos estatuas de Begas y un capital de 150.000 marcos (187.500 pesetas), cuya renta habrá de destinarse á la compra de cuadros modernos.

Teatros. – En el teatro de la Corte, de Munich, se representarán desde el día 8 de agosto al 27 de septiembre las siguientes óperas de Wagner: *Las Hadas, Rienzi, El buque fantasma, Tanhäuser, Lohengrin, El anillo de los Niebelungos, Tristán é Isolda* y *Los maestros cantores.* De cada una de estas dos últimas se darán tres representaciones; de las otras únicamente dos.

– En la iglesia de San Giovannio degli Scolofu de Florencia se ha cantado como oratorio la ópera de Donizetti *Poluto.*

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Gymnase *Les demi-vierges*, comedia en tres actos del conocido novelista Marcelo Prevost, de argumento interesante aunque bastante escabroso y muy bien escrita, y en la Opera Cómica *Guernica*, drama lírico en tres actos de Gailhard y Gheusi, cuya música, de P. Vidal, es muy sentida y llena de color local y demuestra un dominio completo de la técnica musical.

Barcelona. – En Novedades se han puesto en escena *La niña boba*, de Lope de Vega, y *La de San Quintín*, de Pérez Galdós además se ha estrenado con mucho éxito el ensayo dramático de Leopoldo Alas *(Clarín) Teresa*, que tan discutido fué por la prensa madrileña y que también lo ha sido por la prensa barcelonesa, prodigándole unos críticos grandes alabanzas y haciéndole otros objeto de apasionadas censuras: de todos modos, la obra del Sr. Alas contiene innumerables bellezas que han reconocido aun los que más la han atacado en conjunto y especialmente por sus tendencias, que quizás han sido interpretadas torcidamente ó por lo menos con alguna exageración. La señorita Guerrero y los Sres. Díaz de Mendoza, Perrín y demás actores de la compañía han obtenido entusiastas aplausos en todas las obras que han representado y muy en particular en *Teresa*, de la que María Guerrero ha hecho una creación admirable. La excelente compañía de D. Emilio Mario, además de algunas obras de repertorio, ha estrenado con aplauso *Los pajarillos*, comedia francesa de Labiche y Delarcour, arreglada á la escena española por D. Luis Vela; *Miel de la Alcarria*, interesante drama en tres actos y en prosa de D. José Feliu y Codina, y *Los condenados*, de Pérez Galdós, que han obtenido en Barcelona un verdadero éxito que contrasta con la indiferencia con que el público madrileño acogió esta última obra del ilustre novelista y dramaturgo. Tratándose de actores como los que actúan en el Lírico bajo la dirección de artista de tanto mérito como el Sr. Mario, inútil es decir que todas las obras puestas en escena han tenido un desempeño irreprochable. En el Tívoli sigue atrayendo gran concurrencia la bonita zarzuela de Pina y Domínguez y Chapí *Mujer y Reina.*

Necrología. – Han fallecido:

Camilo Doucet, notable poeta y autor dramático francés, secretario perpetuo de la Academia Francesa desde 1876 y gran oficial de la Legión de Honor.

Pedro Zaccone, popular novelista francés.

Juan Bell, notable escultor inglés.

Jacobo Dwight Dana, uno de los primeros naturalistas norteamericanos, autor de importantes obras sobre geología y mineralogía.

Carlos Grunwedel, pintor de historia muniquense que se distinguió también como pintor de estatuas, litógrafo y grabador.

Alfredo Koenigsberg, autor dramático y periodista austriaco.

Jorge Guillermo de Simm, pintor alemán.



Monumento erigido en Magenta á la memoria del mariscal Mac-Mahón



– Mira qué pie tan pequeño

UN BUEN TÍO Y UN BUEN CURA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETE, PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO. – ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Desde mi llegada al Pavol, había pensado mucho en mi amor y en el Sr. de Conprat, y me había preguntado varias veces si debía revelar á mi prima el íntimo secreto de mi corazón. Pero, bien reflexionado, me decidí, en aquellas circunstancias, á romper con todos mis principios para unirme al Arabe y encontrar con él que el silencio es de oro. Sin embargo, ante la aserción de Blanca y á pesar de mi firme resolución de guardar mi secreto, estuve á punto de divulgarlo, pero conseguí vencer la tentación de hablar.

– En todo caso, yo amaré un día ú otro, porque no se puede vivir sin amar.

– ¡Ciertamente! ¿De dónde has sacado esas ideas, Reina?

– Pero tío, esa es la vida, respondí tranquilamente. Vea usted, si no, las heroínas de Walter Scott: ¡cómo aman y son amadas!

– ¡Ah!.. ¿Es el señor cura quien te ha permitido leer novelas y quien te ha explicado un curso de amor?

– ¡Pobre señor cura! ¡Cuánto le he hecho rabiar á propósito de esto! En cuanto á las novelas, él no quería darme ninguna y hasta se había llevado la llave de la biblioteca, pero yo entré por la ventana rompiendo un cristal.

– ¡La cosa promete! ¿En seguida te has apresurado á soñar y á divagar sobre el amor?

– Yo no divago nunca, sobre todo acerca de eso, porque conozco bien el asunto de que hablo.

– ¡Muy bien!, dijo mi tío riendo. ¡Sin embargo, acabas de decirnos que no amas á nadie!

– ¡Es verdad!, repliqué vivamente, bastante confusa de mi yerro. ¿Pero no cree usted, tío, que la reflexión puede suplir á la experiencia?

– ¿Por qué no? Estoy convencido de ello, sobre todo en un asunto semejante. Y además tienes una cabeza bastante bien organizada.

– Soy lógica sencillamente. Dígame usted, tío. ¿No se ama nunca á otro hombre que á su marido?

– No, nunca, respondió el Sr. de Pavol sonriéndose.

– Pues bien; puesto que no se ama nunca á otro hombre que á su marido, que se ama siempre naturalmente á su marido y que no se puede vivir sin amar, deduzco que es necesario casarse.

– Sí, pero no antes de haber cumplido la edad de veintiún años, señoritas.

– Eso me es igual, contestó Blanca.

– Pero á mí eso no me es igual. ¡Jamás esperaré cinco años!

– Pues esperarás cinco años, Reina, á menos de un caso extraordinario.

– ¿A qué llama usted un caso extraordinario?

– A un partido tan conveniente bajo todos conceptos que sería absurdo rechazarlo.

Esta modificación del programa de mi tío me gustó tanto que me levanté para hacer piruetas.

– Entonces estoy segura de que tendré lo que deseo, grité echando á correr y refugiándome en mi alcoba, adonde Blanca apareció en seguida con aspecto majestuoso.

– ¡Qué descarada eres, Reina!

– ¡Descarada! ¿Así es como me das las gracias cuando he hecho lo que has querido?

– Sí, ¡pero dices las cosas tan francamente!

– Esa es mi manera, me gustan las cosas francas.

– Luego se hubiera dicho que querías impacientar á mi padre.

– Sentiría en extremo contrariarle: me agrada mucho con su cara burlona y le quiero apasionadamente. Pero no salgamos de la cuestión, Blanca; él es quien nos hace rabiar protestando contra el matrimonio, y en fin, tú sabes lo que querías saber.

– Ciertamente, respondió Blanca con semblante preocupado.

El Sr. de Pavol no tardó en saber á sus expensas que si las mujeres no valen un comino, las jóvenes no valen más y desprecian sin inmutarse las ideas de un padre y de un tío.

X

El lunes por la mañana me levanté con la sensación de una felicidad muy viva. La noche anterior había soñado con Pablo de Conprat, y me había despertado dando un grito de alegría.

El placer de ponerme por primera vez un traje como ninguno de los que jamás había tenido, aumentó aún mi júbilo, y cuando acabé de vestirme me contemplé largamente con una admiración silenciosa. Después me puse á remolinear en un acceso de dicha exuberante, y por poco no hice caer á mi tío en un corredor.

– ¿Adónde corres así?

– A mirarme en todos los espejos. ¡Mire usted qué linda estoy!

– Así es, en efecto.

– ¿No es verdad que mi talle es bonito con un traje bien hecho?

– ¡Precioso!, contestó el Sr. de Payol, á quien mi alegría embelesaba y que me besó en las dos mejillas.

– ¡Ah, tío, cuán feliz soy. Creo que el caso extraordinario va á presentarse muy pronto.

En seguida desaparecí y me precipité como un meteoro en el cuarto de Juno.

– ¡Mira!, grité dando vueltas tan vivamente sobre mí misma que mi prima no pudo ver más que un torbellino.

– Estate quieta, Reina, me dijo con su calma de costumbre. ¿Cuándo habrá equilibrio en tus movimientos? Sí, el traje te cae bien.

– Mira qué pie tan pequeño, dije tendiendo la pierna.

– ¡Oh coqueta innata!, exclamó Blanca riéndose. ¿Quién hubiera creído que un diablillo como tú llegaría á tal punto de coquetería?

– Pues ya verás otra cosa, respondí gravemente. Yo sé que la coquetería es una cualidad, una seria cualidad.

– Es la primera vez que lo oigo decir. ¿Quién te

ha enseñado eso? Supongo que no ha sido el señor cura.

– No, no, sino alguien muy versado en ello. ¿Tenemos otras personas que los de Conprat, Blanca?

– Sí, el cura y dos amigos de mi padre.

Nos instalamos en la sala esperando á los convidados, y pronto llegó mi tío, acompañado del comandante de Conprat, á quien me presentó.

¡Dios mío, qué excelente cara la del comandante! Tenía los ojos transparentes como los de un niño, el bigote y los cabellos blancos como la nieve; una fisonomía tan buena, tan benévola, que me recordó la del cura, aunque no había entre ellos ninguna semejanza. En el acto me sentí atraída hacia él y vi que la simpatía era recíproca.

– Una parientita de quien he oído hablar, me dijo tomándome las manos: Permítame usted que la bese, hija mía, yo fuí amigo de su padre de usted.

En fin, entró Pablo, y yo hubiera cambiado mi dote entera y mi bonito traje por el derecho de correr hacia él y besarle cariñosamente.

Dió un apretón de manos á mi prima y me saludó tan ceremoniosamente que quedé desconcertada.

– Déme usted la mano, dije, ya sabe usted que nosotros nos conocemos.

– Esperaba su permiso de usted, señorita.

– ¡Qué tontería!

– ¡Y bien, Reina!, dijo mi tío con dureza.

– ¡Una flor un poco salvaje, dijo el comandante mirándome con cariño, pero una bonita flor, verdaderamente!

Estas palabras no llegaron á disipar la emoción que experimenté sin saber por qué, y estuve algún tiempo callada en mi rincón, observando al Sr. de Conprat, que hablaba alegremente con Blanca. ¡Ah, cuánto me agradaba verle! ¡Y cómo me latía el corazón cuando volvía á encontrar en él su risa natural, sus blancos dientes, sus ojos francos, con los cuales yo había soñado tanto en mi fea y antigua casa! Y mi tío, el cura, Suzón, el jardín mojado por la lluvia, y el cerezo al cual se subió desfilaban en mis recuerdos como sombras fugitivas.

Pronto me mezclé en la conversación, y ya había recobrado una parte de mi buen humor cuando pasamos al comedor.

Colocada entre el cura y el Sr. de Conprat acometí á éste inmediatamente.

– ¿Por qué no ha vuelto al Buissón?, le dije.

– No he sido libre de mis acciones, prima mía.

– ¿Lo ha sentido usted por lo menos?

– Vivamente, se lo aseguro á usted.

– ¿Por qué no me ha dado usted la mano al llegar?

– Porque era usted quien debía hacerlo, señorita, según la etiqueta.

– ¡Ah, la etiqueta! ¡No pensaba usted en ella allá en el Buissón!

– ¡Estábamos en condiciones especiales y lejos del mundo, seguramente!, respondió él sonriéndose.

– ¿Acaso el mundo impide ser amable?

– No precisamente; pero los miramientos sociales reprimen muchas veces el ímpetu de la amistad.

– ¡Buena tontería!, dije con tono breve.

Pero bastante satisfecha de su explicación, volví á hallar mi alegría comunicativa. Sin embargo, hablando con él advertí que no daba la misma importancia que yo á las palabras que me había dicho en el Buissón. Pero me alegraba tanto de verle y de hablarle, que en aquel momento esta pequeña decepción entró en mi alma sin menoscabar su confianza.

El Sr. de Conprat nos manifestó que habría muchos bailes en el mes de octubre.

– Me alegro mucho, respondió Juno.

– Me enseñarás á bailar, dije saltando ya en mi silla.

– Pido ser profesor, exclamó Pablo de Conprat.

– Pablo es un valsador consumado, dijo el comandante: todas las mujeres desean valsar con él.

– ¡Y además es encantador!, repliqué con afectuosa persuasión.

El comandante y su hijo se echaron á reir: el cura y los dos amigos de mi tío me miraron sonriéndose y meneando la cabeza de un modo paternal. Pero el rostro del Sr. de Pavol tomó una expresión de descontento y mi prima levantó las cejas con un movimiento que le era peculiar cuando algo le disgustaba, movimiento lleno de tal desdén que tuve la penosa sensación de haber dicho una tontería.

Después del almuerzo fuimos á recorrer los bosques: yo había recobrado mi alegría y hablaba sin detenerme, divirtiéndome en imitar la facha y el tono de voz de uno de los convidados cuyas ridiculeces habían llamado mi atención.

– ¡Reina, qué mal educada estás!, decía Blanca.

– Habla así, respondí oprimiéndome la nariz para imitar la voz de mi víctima.

Y el Sr. de Conprat reía; pero Juno se revestía de una dignidad imponente que no me causaba ninguna turbación.

Llegó un momento en que me encontré cerca de él mientras mi prima iba delante de nosotros con ademán descuidado. Noté que él la miraba mucho.

– Qué hermosa es, ¿no es verdad?, le dije con la inocencia de mi corazón.

– ¡Hermosa, muy hermosa!, respondió él con una voz entrecortada que me estremeció.

Una duda y un presentimiento atravesaron mi espíritu; pero á diez y seis años, semejantes impresiones huyen rápidamente y desaparecen como las mariposas que revolotean alrededor de nosotros, y yo estuve locamente alegre hasta el momento en que los invitados se despidieron del Sr. de Pavol.

Cuando se fueron, mi tío se retiró á su gabinete y me hizo comparecer ante él.

– ¡Reina, has estado ridícula!

– ¿Por qué, tío?

– No se dice á un joven que es encantador, sobrina.

– Pero puesto que yo lo creo así...

– Razón más para no decirlo.

– ¡Cómo!, repliqué desconcertada. ¿Entonces debía decir que lo encontraba antiencantador?

– No debías discutir ese asunto. Ten la opinión que te plazca tener, pero resérvala para ti.

– ¡Sin embargo, es muy natural decir lo que se piensa, tío!

– No en el mundo, sobrina. La mitad del tiempo es necesario decir lo que no se piensa y ocultar lo que se piensa.

– ¡Qué execrable máxima!, dije con horror. Jamás podré ponerla en práctica.

– Ya llegarás á practicarla; pero entretanto sométete á la etiqueta.

– ¡Todavía la etiqueta!, respondí yéndome de mal humor.

Por la tarde, discurriendo fantásticamente en la ventana, como tenía costumbre de hacerlo, mis ensueños fueron turbados por una sorda inquietud que no llegué á definir exactamente. Medité sobre lo ocurrido en aquel día, esperado con tanta impaciencia, y no pude disimularme que las cosas no habían pasado como yo lo había deseado. ¿Qué esperaba yo? No lo sabía; pero me eché á mí misma un largo discurso para convencerme de que el Sr. de Conprat estaba enamorado de mí, y la peroración concluyó con un enternecimiento de mal agüero.

Sin embargo, al día siguiente mis inquietudes habían desaparecido enteramente; pero por la tarde recibí una larga carta del señor cura, carta llena de buenos consejos, y que concluía así:

«Reinita: Su carta de usted ha venido á consolarme y alegrarme en mi soledad: no se canse usted de escribirme, se lo ruego. No sé qué va á ser de mí sin usted, y no me atrevo á ir al Buissón, temiendo llorar como un niño. Me reconvengo por mi egoísmo, porque usted es feliz; pero como dice la Escritura, la carne es débil, y mi presbiterio, mis deberes, mis oraciones no han podido aún consolarme.

»Adiós, querida niña; mi última palabra será para decirle: Desconfíe usted de la imaginación.»

Y esta frase produjo una impresión desagradable en mi alterado espíritu.

XI

Hacía tres semanas que estaba instalada en el Pavol, y mi tío pretendía que yo había embellecido bastante para que le fuese imposible al cura reconocerme si me volvía á ver. Me comparaba con una planta vivaz, que brota hermosa en un terreno ingrato porque tiene buen carácter, y cuya hermosura se desarrolla de una vez de una manera increíble cuando se la trasplanta á una tierra favorable á su naturaleza.

Cuando me miraba al espejo, veía que mis ojos pardos tenían un nuevo brillo, que mi boca era más fresca y que mi tez de meridional tomaba tonos sonrosados y delicados que me producían una viva satisfacción.

No obstante, pocos días después del almuerzo de que he hablado, había descubierto indudablemente que, en mi gran sencillez, me había engañado groseramente creyendo que el Sr. de Conprat estaba enamorado de mí. Pero nunca he sido pesimista, y me apresuré á raciocinar para consolarme. Díjeme que todos los corazones necesariamente no deben estar hechos de la misma manera, que unos se entregan en un minuto, pero que otros tienen el derecho de meditar, de estudiar antes de enardecerse; que si el Sr. de Conprat no me amaba, llegaría á amarme un día ú otro, puesto que era indudable que existía una verdadera semejanza entre nuestros gustos y nuestros caracteres respectivos. De modo que aunque la decepción había sido grande, mi tranquilidad, por espacio de muchos días, no fué seriamente turbada. Y mi corazón se dilataba en un elemento simpático á todos mis gustos: yo me calentaba con los resplandores de mi dicha, como un lagarto se calienta á los rayos del sol.

Mi prima era muy aficionada á la música. El comandante, que adoraba la música, venía al Pavol varias veces cada semana, y su hijo le acompañaba siempre. Por otra parte, la puerta le estaba abierta con motivo de sus relaciones de la niñez con Blanca y los vínculos de parentesco que unían á las dos familias. Además, mi tío veía con gusto esta intimidad, porque, de acuerdo con el comandante y á pesar de sus paradojas sobre el matrimonio, deseaba vivamente casar á su hija con el Sr. de Conprat, creyendo con bastante razón que él representaba un caso extraordinario.

Yo supe ese proyecto más tarde, al mismo tiempo que otros hechos que me hubiera sido fácil descubrir si hubiese tenido más experiencia.

Generalmente esos señores venían á almorzar. Pablo, dotado del apetito que ya conocemos, almorzaba de lo lindo y luego merendaba sólidamente hacia las tres.

Después de esto, si estábamos solos, Blanca me daba una lección de baile mientras él tocaba alegremente un vals de su composición. Algunas veces se convertía en profesor: mi prima se ponía á tocar el piano, el comandante y mi tío nos miraban con satisfacción y yo daba vueltas entre los brazos del Sr. de Conprat, poseída de una alegría inefable. ¡Ah, qué hermosos días!

Nosotras no formábamos ningún proyecto sin contar con él. Su alegría comunicativa, su carácter conciliador, el genio de la organización y de las ocurrencias chistosas que poseía en el más alto grado, hacían de él un compañero encantador, amenizaban nuestra vida y desarrollaban mi amor. Hábil, industrioso, complaciente, era bueno para todo y sabía hacerlo todo. Cuando rompíamos un reloj, un brazalete ú otro cualquier objeto, Blanca y yo decíamos:

– Si Pablo viene hoy, él nos lo compondrá.

Pintaba con frecuencia y nos traía sus obras. Es el solo punto sobre el cual no pude jamás entenderme con él. Yo tenía una antipatía inveterada por las artes, pero sobre todo por la música, porque la maldita etiqueta impide taparse los oídos, mientras que es fácil no mirar un cuadro ó volverle las espaldas. Sin embargo, cuando el Sr. de Conprat tocaba aires de bailes, le escuchaba con gusto y largo tiempo; pero él era el que me gustaba en sus aires, y no los aires por sí mismos. Indico de paso esta sensación, porque un día hice su análisis, y este análisis me condujo á un terrible descubrimiento.

– ¿Por qué pinta árboles, primo mío?, le dije. El árbol más feo es todavía mejor que esos paquetillos verdes que usted pone en el lienzo.

– ¿Es así como usted comprende el arte, prima mía?

– ¿Cree usted que Juno no es mil veces más bella en realidad que en su retrato?

– ¡Sí ciertamente, lo creo!

– Y esas florecitas azules que pone usted en los árboles, ¿qué significan?

– ¡Es el cielo que se ve entre los intersticios de las hojas!

Me puse á hacer piruetas y exclamé con tono patético:

– ¡Oh cielos, oh árboles, oh naturaleza, cuántos crímenes se cometen en vuestro nombre!

Mi tío tenía numerosos amigos en V...: estaba aliado á la mayor parte de las familias del país y tenía mesa franca. Era raro que no tuviésemos algunos convidados á almorzar ó á comer. Para mí era un medio de conocer los usos del mundo, y de aprender, como me lo había dicho el cura, á equilibrar mis sentimientos. Pero debo decir que el equilibrio no hizo progresos, y que apenas llegué á disimular impresiones y pensamientos, muchas veces tan absurdos como impertinentes.

Mi tío y Juno, enteramente rígidos sobre el capítulo de los miramientos sociales, me dirigían algunas reconvenciones bien sentidas; pero otras tantas se llevaba el viento. Con una tenacidad verdaderamente insoportable, yo no perdía la ocasión de cometer un descuido ó de decir una tontería.

– Reina, has estado impolítica con la señora A...

– ¿En qué, Juno hipócrita? La he dejado ver que me disgustaba: ¡he ahí todo!

– Precisamente esa es una inconveniencia, sobrina mía.

– ¡Es tan fea, tío! Además, no me siento atraída hacia las mujeres; son burlonas, malas, y le examinan á uno de pies á cabeza como si fuese un animal raro.

– ¿Cómo puedes echarles en cara que son burlonas, Reina? Tú pasas el tiempo en observar lo que hay de ridículo en las gentes y en burlarte de ellas.

—Sí, pero yo soy bonita; por consiguiente todo me está permitido. El Sr. C... me lo dijo el otro día.

—No veo bien la consecuencia... Después, ¿crees que los hombres no te examinan de pies á cabeza?

—Sí, pero es para admirarme, mientras que las mujeres buscan defectos en mi físico é inventan otros si es necesario. ¿Ves? Ya he observado una multitud de cosas.

—Bien lo vemos, sobrina; pero procura observar que las buenas maneras son una cualidad apreciable.

Cuando los convidados masculinos eran jóvenes, nos hacían la corte á Blanca y á mí, y yo me divertía mucho; pero cuando eran viejos... ¡Oh, Dios mío!, siempre surgía la política para darme jaqueca. ¡Ah!.. ¡Cuánto me ha aburrido esa política!

Aquellas buenas gentes llegaban fuertemente excitadas por algunos actos censurables del gobierno, y hablaban de ellos con discreción hasta el momento en que un bonapartista fogoso exclamaba que querría fusilar á todos los republicanos para llenarlos de terror. La sencillez de estas palabras hacía reir, pero esa matanza imaginaria era la preparación para el combate y para los discursos. Todo el mundo se entendía para abominar república y republicanos; mas cuando cada convidado sacaba del bolsillo el gobierno que había tenido cuidado de traer con él, no tardaban en lanzarse miradas furibundas y en ponerse colorados como tomates.

La legitimidad se envolvía en la dignidad de sus tradiciones, de sus respetos, de sus pesadumbres y trataba al imperialista de revolucionario; éste, en su fuero interno, trataba de tonto al legitimista; pero como la urbanidad no le permitía dar su parecer, gritaba como un energúmeno para indemnizarse. Después se acometía de nuevo á los republicanos; se los llenaba de invectivas, se los deportaba, se los fusilaba, se los decapitaba, se los trituraba, uniéndose bonapartistas y legitimistas en un odio común para barrer de la superficie de la tierra á aquellos desgraciados bípedos. Se peroraba con pasión, se gesticulaba, se salvaba á la patria, se enrojecía de cólera..., lo cual no impedía que las cosas siguiesen su curso hábilmente y sin estrépito.

Mi tío, en medio de aquellas divagaciones, lanzaba de cuando en cuando una palabra ingeniosa ó llena de sentido y llevaba la discusión á un terreno más elevado que el de los intereses personales y de las simpatías individuales. Sin ser legitimista y sin tener ninguna opinión determinada, no por eso dejaba de creer que la Francia, hace cerca de un siglo, marcha con la cabeza abajo, y que siendo anormal esta posición, concluirá por perder el equilibrio y por caer en un precipicio donde la enterrarán.

Reía de las mezquindades y de la necedad de los diferentes partidos, pero experimentaba muchas veces desfallecimientos que se manifestaban con alguna frase chistosa. Jamás le vi exaltarse; conservaba la calma en medio de los rugidos diversos de los convidados, seguro de tener razón, porque veía las cosas con perspicacia y penetración. Sin embargo, sus antipatías eran vivas y excecraba á los republicanos, sin ser apasionado con exceso para no dejar de permanecer en su justo medio, puesto que hubiera aceptado una república, si la hubiese creído posible, y se inclinaba ante la honradez de ciertos hombres que luchan de buena fe por una utopía.

Algunas veces le oí calificar á nuestros gobernantes de jugadores de volante, comparando las leyes que las dos Cámaras se envían diariamente á los volantes que los franceses, con la nariz dirigida al cielo, miran circular con aire de beatitud hasta el momento en que caen sobre su respectivo cartílago y lo aplastan enteramente. De ahí saqué, para mi gobierno, algunas deducciones que referiré oportunamente.

El Sr. de Pavol gustaba de la conversación y aun de la discusión. Si hablaba poco, escuchaba con interés. Bajo un exterior rústico, ocultaba conocimientos generales, un gusto seguro, elevado, delicado y un gran buen sentido unido á una verdadera alteza de miras. No era un santo ni un devoto. Como la mayor parte de los hombres, había tenido, supongo, sus debilidades y sus errores; pero creía en Dios, en el alma, en la virtud, y no consideraba la incredulidad, los razonamientos capciosos, el espíritu de denigración, como signos de virilidad y de inteligencia. Le gustaba oir á los materialistas y á los librepensadores desarrollar sus sistemas, y su boca indicaba muchas cosas, mientras que observaba á su interlocutor, juntando las pobladas cejas que le ocultaban casi enteramente los ojos. Después respondía lentamente, con la mayor tranquilidad.

«¡Admiro á usted, caballero! Ha llegado usted casi á la perfecta humildad predicada por el Evangelio. Estoy confuso de no poder seguir sus huellas, pero este diablo de orgullo me impedirá siempre compararme con el gusano que se arrastra á mis ojos ó con el cerdo que se revuelca en el corral.»

Siempre en guerra con el consejo municipal de su pueblo, no quería á los lugareños, y pretendía que no hay nada más astuto y más canalla que un aldeano. Por eso, aunque era estimado y respetado, no era querido. No obstante, practicaba la caridad largamente y daba pruebas de ser complaciente cuando se presentaba la ocasión, pero nunca se dejaba engañar por las triquiñuelas y las bellaquerías de los buenos cultivadores.

En fin, si mi tío no había abrazado ninguna carrera, si no había sido médico, ni abogado, ni ingeniero, ni soldado, ni diplomático, ni siquiera ministro, cumplía su deber en la vida conservando las tradiciones sanas, respetando lo que es respetable, no dejándose llevar á las divagaciones del tiempo y usando de su influencia para dirigir ciertas inteligencias hacia lo que es bueno y justo. En una palabra, mi tío era hombre de talento, hombre de corazón y hombre de bien. Yo le quería mucho, y si no hubiese hablado jamás de política, le hubiera creído sin defectos. En la vida privada, era muy fácil vivir con él. Adoraba á su hija y me concedió rápidamente un gran cariño.

—¡Qué cosa tan espantosa son los gobiernos!, dije al Sr. de Conprat. Sería necesario suprimirlos todos: á lo menos no oiríamos hablar de política. Dos cosas hay que suprimir: el piano y la política.

—Soy de ese parecer, respondía él riéndose.

—¡Ah!.. ¿No te gusta el piano? Sin embargo, escuchas á Blanca con placer, según parece.

—Sí, pero mi prima Blanca tiene un verdadero talento.

Esta explicación me hizo experimentar la sensación enervante que causan los mosquitos que se agitan alrededor de una persona dormida: esto es, que la impacientan sin turbarle completamente el sueño. Sin duda alguna la razón era poco plausible, porque á pesar del talento de Juno, yo que no era aficionada al piano, tenía siempre gana de gritar ó me marchaba corriendo cuando ella ejecutaba sonatas de Mozart ó de Beethoven. ¡He ahí dos hombres que pueden alabarse de haber aburrido á la humanidad! Yo me sentía afligida pensando en sus mujeres.

En medio de esta vida tranquila, de mis esperanzas, de mis ligeras inquietudes que se desvanecían ante una palabra amable y las distracciones de una existencia tan nueva para mí, llegamos á fin de septiembre. Mi tío, con la cara fúnebre de un hombre á quien se lleva al cadalso, se preparó á conducirnos á los saraos anunciados por el Sr. de Conprat.

XII

Mi espíritu de observación no se ejercitó en el primer baile. De aquel sarao solamente tengo el recuerdo de un placer excesivo y de las tonterías que dije, porque éstas me valieron al día siguiente una dura amonestación.

De cuando en cuando Juno me daba en el brazo con el abanico y me decía al oído que yo era ridícula; pero todo era inútil y yo volaba en los brazos de los bailarines, pensando que si el vals no está admitido en el cielo, no vale la pena de ir á él. Algunas veces mi pareja creía ingenioso entablar conversación.



Algunas veces mi pareja creía ingenioso entablar conversación

—¿Hace mucho tiempo que vive usted en este pueblo, señorita?

—No, señor: seis semanas aproximadamente.

—¿Dónde vivía usted antes de venir al Pavol?

—En el Buissón; un campo horroroso, con una tía insoportable, que murió, ¡gracias á Dios!

—En todo caso, su nombre de usted es muy conocido; un caballero de Lavalle estuvo encerrado en el *Mont-Saint-Michel* en 1423.

—¿De veras? ¿Qué hacía allí ese caballero?

—Pues defendía el monte atacado por los ingleses.

—¿En lugar de bailar? ¡Qué gran tonto!

—¿Así es como aprecia usted á sus antepasados y el heroísmo?

—¡Mis antepasados! Jamás he pensado en ellos. Y en cuanto al heroísmo, no hago ningún caso de él.

—¿Qué le ha hecho á usted ese pobre heroísmo?

—¡Los romanos parece que eran heroicos, y yo detesto á los romanos! Pero valsemos, en lugar de hablar.

Y extenuaba de fatiga á mi pareja.

Mi dicha llegó á su apogeo cuando, en aquel salón lleno de luz, en presencia de aquellas mujeres tan elegantemente vestidas, en medio de aquel mundo de que tan lejos estaba poco tiempo antes, me vi valsando con el Sr. de Conprat. Él bailaba mejor que todos los demás, es cierto.

Embriagada por la alegría y los cumplimientos que susurraban á mi alrededor, dije todas las tonterías imaginables é inimaginables, pero hice la conquista de todos los hombres y originé la desesperación de todas las jóvenes.

(Continuará)

LA GIRALDA DE SEVILLA

SU PASADO Y SU PRESENTE

I

Nos proponemos historiar y describir este insigne monumento, el más grandioso que nos legaron los almohades, marcando las diversas transformaciones que ha sufrido en su conjunto artístico desde fines del siglo XIII al presente, y para realizar nuestro pobre trabajo con arreglo á la moderna crítica, nos valdremos de las representaciones gráficas que del famoso alminar se conservan en varios monumentos coetáneos de las obras que en él se fueron efectuando, unas veces porque las necesidades del Cabildo eclesiástico lo exigían, otras por el afán de innovar y otras también por seguir las corrientes de los estilos artísticos que á la sazón dominaban.

«Esta admirable fábrica, dijimos en otro lugar, ha recibido su nombre por la colosal estatua de bronce que la remata y sirve á la vez de veleta. Comenzóse á edificar el 13 de Safar del año de 580 de la Hégira (1184 de J. C.), fecha en la cual no se hallan conformes los historiadores, consignando Conde que empezó á construirse la *magnífica* aljama con su *alminar muy alto* después de la memorable batalla de Alarcos, por Jacobo Abu Juceph Almanzor, en miércoles 9 de Xaaban del año 591 (1195 de J. C.) en cual noticia fundado el Sr. Tubino, estima que la hermosa *Torre* conmemora la gran victoria de Abu Jusef sobre los cristianos. Ignórase el arquitecto que la construyó, si bien la tradición ha dado en venir considerándola como obra del moro Guever, Gever ó Hever, que floreció en los últimos años del califato cordobés, concepto que no puede admitirse, si además del anacronismo que á primera vista se advierte, notamos el estilo arquitectónico que la caracteriza, muy diferente del empleado en aquel período histórico.»

Reconquistada Sevilla por Fernando III en 1248, debemos á su hijo el ilustre Alfonso X acabada descripción del estado en que se encontraba el alminar en sus días, que nos dejó consignada en su *Crónica* con las siguientes frases:

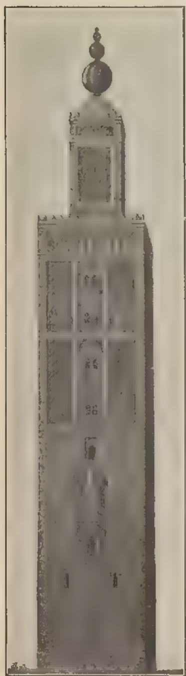


Fig. 1

«Pues de la torre mayor que es ya de Santa María, muchas son las sus nobresas, e la su beldad e la su alteza, ca ha sesenta brasas, en el techo de la su anchura, e cuatro tanto en lo alto. Otrosí tan alta, e tan llana, e de tan gran maestria es fecha la su escalera, que cualesquier que allí quieren subir con bestias, suben hasta encima della. Otrosí en somo adelante há la otra torre a la cima que ha ocho brasas, fecha de grand maestria, e a la cima della con cuatro mançanas redondas, una encima de otra, de tan grande obra e tan grandes que non se podrian aver otras tales, la de somo es la menor de todas, e luego la segunda que so ella es, mayor. La tercera mayor que la segunda: mas de la cuarta manzana no podemos retraer, ca es de tan grand labor e de tan grande e estraña obra, que es dura cosa de creer, toda obrada de canales, e ellas son doze, e en anchura de cada canal cinco palmos comunales, e cuando la metieron por la villa non pudo caber en la puerta e ovieron quitar las puertas é ensanchar la entrada, e cuando el sol da en ella resplandece con rayos lucientes mas de una jornada.»

La historia nos ha legado el nombre del artífice que construyó los cuatro globos de que hace mérito el Rey Sabio. El orientalista Conde, al hablar de la horrible tala que efectuó Jacobo Abu Juseph Almanzor en los territorios castellanos el año 1197, dice: «Dió luego prisa para acabar la aljama y su alto alminar y mandó hacer la grande y hermosa manzana, cuya grandeza es tal, que no tiene semejante; su diámetro tal, que para entrarle por la puerta del Almuedán, fué preciso quitar la piedra del dintel, y el peso de la gran barra de hierro en que está puesta es de cuarenta arrobas: fué el que la hizo, llevó y colocó en



Fig. 2



Fig. 3

lo alto del alminar Abu-Alait-l-Sikeli y se apreció la manzana en 100.000 adinares de oro.»

La adjunta viñeta (fig. 1), tomada de la hermosa lámina que se conserva en este Archivo municipal, debida á la pericia del cronista de la ciudad señor D. Joaquín Guichot, facilita á nuestros lectores testimonio fidedigno del estado de la *Torre* hasta 1355, que en miércoles 24 de agosto, después de vísperas, á consecuencia de un fuerte terremoto, rompióse el espigón de hierro que las sujetaba y vinieron por tierra, perdiéndose desde entonces su memoria.

La viñeta á que nos referimos, ejecutada con gran fidelidad sin apartarse un ápice de las palabras del rey D. Alonso, nos presenta la *Torre* en toda su pureza y elegancia, y nos hace ver las grandes analogías que se advierten entre ella y los alminares llamados de *Hassam*, cuyas grandiosas ruinas se encuentran entre Rabat y Shella; el conocido por la *Mansuriah*, junto á Tremecen; la *Kutubia* de Marraquesh, y el de Agadir. Ofrecen todos ellos en sus ornatos los mismos elementos decorativos que se encuentran en la *Giralda*, característicos de los almohades; y si bien en algunos ofrecen como variante el material empleado, pues en su construcción invirtieron la piedra, en otros, como en el de Agadir, las analogías son tales que se ven aprovechados mármoles romanos con inscripciones, como vemos en la *Torre* hispalense. Unicamente se diferencian aquéllos de ésta en la disposición de los ornatos; pero al compararlos todos veremos que ofrecen los mismos elementos decorativos (1).

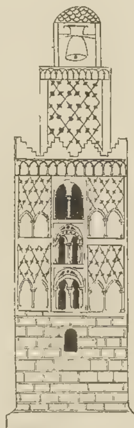


Fig. 4

No debemos omitir, sin embargo, una enmienda que puede hacerse á la viñeta del señor Guichot, con respecto á la ornamentación que nuestro buen amigo ha supuesto al segundo cuerpo de la *Torre*, según han venido á demostrar los últimos descubrimientos verificados en este sitio. En febrero de 1887, en cada uno de los cuatro frentes aparecieron columnas de mármoles de diversos colores, con capiteles árabe-bizantinos, empotrados en los muros á tres metros de altura próximamente del piso, dispuestos así por los constructores para que pudiesen ser vistos desde la calle, atendida la elevación de la *Torre*. En la fachada que mira á Oriente se encontraron cuatro fustes colocados en línea horizontal y á convenientes distancias y en el mismo plano, mientras que en otro más interior, cerca de $0^m,50$, se ven los arranques de un arco ornamental angrelado todo de ladrillo.

Así pues, en nuestro concepto, las tablas de ataurique ajaracado que adornaron los muros de este segundo cuerpo, en vez de arrancar de una arquería con cuatro fustes, como el Sr. Guichot ha supuesto, debieron descansar sobre un magnífico arco en cada uno de los lados.

Desprovista la *Torre* de su remate primitivo á mediados del siglo XIV, creemos que permaneció así hasta 1400, en cuyo año «á 16 de julio y á ora de nona se puso el relox e fizo entonce grandes truenos e relampagos e llovio bien un rato quando sobian la campana. E a 13 dias de noviembre se puso en su lugar *do está agora* (2).» La frase subrayada se refiere al insignificante campanario compuesto de un tejadillo apoyado en dos pilares, pobrísimo remate, que vino á sustituir á las cuatro manzanas que fabricara el siciliano Abu Alait.

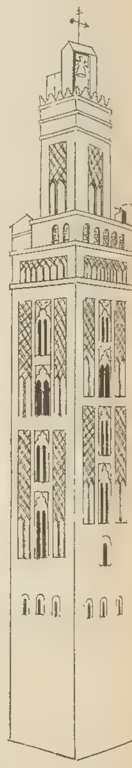


Fig. 5

La viñeta fig. 2 nos representa á la *Giralda* con aquel feo aditamento, y está calcada de una curiosa tabla que representa á las Santas Justa y Rufina, patronas de Sevilla, existente en la parroquial de Santa Ana de Triana, obra atribuída al pintor Alexo Fernández, en los albores del siglo XVI. Este artista con su hermano Jorge vinieron en 1506 á Sevilla, llamados por el Cabildo Catedral para pintar, dorar y estofar las imágenes del grandioso retablo mayor, y aquí permaneció el primero citado por lo menos hasta 1530, según consta de una *Nómina de Francos* de estos Alcázares en fecha á 24 de mayo de otro año. Así pues la interesante tabla, que nos ha facilitado el dato de que nos valemos, hubo de ser pintada en el primer tercio de la décimasexta centuria.

En el grandioso y admirable retablo mayor de nuestra catedral, comenzado en 1488 y concluído en 1526, y en uno de los nichos del zócalo, vense las estatuitas de Santas Justa y Rufina, entre las cuales aparece el edificio del templo, con arreglo al plan primitivo, con el ábside que en principio proyectaron y al cual ha sustituído la Capilla Real que hoy vemos. Aneja pues al templo, álzase la torre, que si bien ofrece alterados muchos de sus ornatos, conserva rasgos que el ojo experto del arqueólogo aprecia en lo que valen. Si tenemos en cuenta que la catedral y su *Torre* no eran más que accesorios de las imágenes de las Santas sevillanas, y si no olvidamos que el tallista que tuvo esta obra á su cargo habíase educado en las enseñanzas del estilo ojival, no extrañaremos que dejase de ser escrupuloso en la interpretación de los ornatos árabes de la *Torre*, pues no pretendió tampoco, seguramente, dejarnos una copia exacta de aquélla. En tal virtud, en el segundo cuerpo no hallamos las elegantes tablas de ataurique ni las almenas en el campanario. Preguntaráse entonces: ¿tales omisiones revelarán acaso que en 1526 había sido ya mutilado el monumento? No ciertamente, pues otros diseños posteriores nos lo presentan con aquellos adornos (fig. 4). Acudamos, pues, á algunas de las magníficas vidrieras que lucen en los ventanales de las naves pequeñas, debidas á los insignes maestros Arnao de Vergara y Arnao de Flandes, hermanos flamencos

(1) Es tradición que los almohades constructores de la *Giralda* emplearon en sus cimientos infinidad de restos de edificios romanos, y parece que persuaden de la verdad de este concepto los dos pedestales de estatua que se ven á flor de tierra, en el ángulo nordeste de la *Torre*; uno de ellos dedicado á Sexto Julio Posesor, Prefecto de la Tercera Cohorte de los Galos, etc., etc., por los barqueros de Sevilla, y el otro por el mismo gremio á Lucio Castricio Honorato, por su integridad y singular justicia.

(2) Esta campana fué costeada por el insigne arzobispo hispalense D. Gonzalo de Mena en 1400. «Acabóla Alfonso Domínguez.»


Fig. 6

ó alemanes, que durante muchos años estuvieron ocupados en los trabajos de vidriería de nuestro insigne templo.

De los años 1554, 1555 y 56 datan las vidrieras que representan á Cristo arrojando á los mercaderes del Templo, Sagrada Cena, el Señor lavando los pies á sus discípulos, la Magdalena ungiendo los pies á Cristo, resurrección de Lázaro y la Entrada del Señor en Jerusalén, todas ellas ejecutadas por el segundo de los mencionados maestros: en los zócalos figurados, sobre que aparecen aquellos asuntos, encuéntrase repetido el dibujo de la *Torre* (fig. 3); siendo de advertir que no obstante hallarse todos hechos con más minuciosidad que la representada en la fig. 4.ª, vese claramente que la mano del artista, acostumbrada á los trazos del estilo del Renacimiento, resistíase á interpretar los del gusto musulmán. Así notamos que las arquerías imitadas de los frisos de los cuerpos principal y segundo son de medio punto, como la mayor parte de los vanos de los balcones; que las que imitan sostener las tablas de ataurique son apuntadas, y finalmente, que las tracerías musulmanas fueron ejecutadas al capricho del artista. Un pormenor digno de fijar la atención es el que ofrece la cubierta de la torrecilla destinada para la campana del reloj, pues en este diseño se ve de forma curvilínea, y con un tejadillo dispuesto á modo de escamas. Nos inclinamos á creer, sin embargo, que también debemos atribuir esta variante á la misma causa que reconoció las alteraciones arriba mencionadas.

Hasta aquí, las diferencias que se notan no han sido esenciales, ni han alterado la disposición primitiva del alminar, pues aparte de la sustitución de los cuatro globos de bronce por el campanario, conservábase la grandiosa obra mauritana en toda su pureza; pero llegado el año de 1555 contamos ya con otro fehaciente testimonio en que la vemos ya víctima de modificaciones lamentables. Fíjense los lectores en la fig. 5 y podrán apreciar las consecuencias de la innovación. Con efecto, vemos en ella que destruyeron el antepecho de almenas dentelladas del cuerpo principal, para construir un muro con varios vanos de forma semicircular, en cada uno de los cuales aparece una campana. Este diseño ha sido calcado de la magnífica tabla pintada por Hernando de Sturmio en el referido año, que representa á las Santas mártires patronas de Sevilla y que forma parte del retablo llamado *de los Evangelistas* en nuestro templo metropolitano. ¿En qué fecha se efectuó esta alteración? No nos parece muy fácil averiguarlo, pues si bien poseemos un dato de que en el año de 1440 se hacía en la Giralda «vn artificio para subir el esquilón,» lo cual parece probar que ya en aquella fecha tenía campanas, ¿cómo las vemos omitidas en los originales de las figuras 2.ª, 3.ª y 4.ª?

Las exigencias del grandioso ceremonial con que el Cabildo eclesiástico celebraba sus festividades fueron, en nuestro juicio, la causa de que aquella corporación pensara en habilitar la Giralda para campanario, y en su virtud, llegado el día 3 de enero de 1558, acordaron los señores capitulares, después de haber oído á los diputados sobre las trazas que había hecho Fernán Ruiz, que aquéllas se realizaran.

No nos detendremos en describir las obras que aquel maestro efectuó, pues basta con la reproducción fotográfica (fig. 6) que acompaña á estos renglones; ella mejor que nuestras palabras servirá para que los lectores aprecien justamente el mérito de las obras ejecutadas con tanto detrimento para una de las más insignes fábricas del mundo.

José Gestoso y Pérez



Un cuento de Quevedo, grupo en barro cocido de Rafael Atché

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 8 de julio de 1895 — Núm. 706



Gran medalla conmemorativa de la terminación del canal de Kiel

Los tres emperadores Guillermo I, Federico III y Guillermo II

Modelada por Ernesto Herter

SUMARIO

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES

VI

Prosigamos en este trabajo de citar y comentar las obras de la Exposición; trabajo que algún día podrá servirnos para medir distancias y apreciar rumbos.

Beruete, paisajista notable y conferenciante de arte distinguidísimo, ha traído cuatro paisajes, alguno de ellos prolijamente estudiado, como el que titula y es efectivamente *Vista de Toledo;* pero me gusta más por el «motivo,» por la frescura de las tonalidades y porque es más justo de color el *Paisaje del Pardo*. Ugarte, de quien me ocupé otras veces con verdadero cariño, no está este año tan afortunado como en el lienzo *Las sardineras*, que exhibió en la Exposición de 1892. Revelándose Ugarte siempre como pintor que domina las tonalidades grises y toda la gama de medias tintas de que aquéllas se componen, sin embargo, *El comedor de la caridad* no compite con ventaja con el citado lienzo *Las sardineras*. Por lo que atañe á la composición está muy acertado el artista. Saint-Aubin, pintor, periodista, crítico en sus ratos de ocio, infatigable organizador de fiestas en las cuales haya de entrar como principal elemento el arte, exhibe un lienzo de grandes dimensiones, *La buenaventura*.

Saint-Aubin antes que dibujante, que en esta parte técnica del arte no es maestro, se muestra y se ha mostrado siempre como pintor cuya paleta castiza recuerda bastante la de la buena escuela madrileña; pero la condición personal de Saint-Aubin es precisamente la de saber sentir los asuntos de carácter español, y sobre todo los madrileños. Los tipos de sus cuadros no son andaluces, ni aragoneses, ni de ninguna otra parte que de Madrid; y he aquí por qué reconociendo las buenas cualidades del lienzo *La buenaventura*, creo que se equivocó en el asunto, que no entra de lleno en su temperamento.

No recuerdo si he mencionado ya en artículos anteriores las obras que expone Garnelo y Alda (don José); por si no los hubiese mencionado, diré algo de dos de los cinco lienzos que aporta el infatigable artista. *Lectura del «Quijote»* y *Magdalena* se titulan los dos cuadros á que me refiero. El primero, compuesto con gran discreción, pintado con gran discreción, dibujado también con gran discreción, es, como puede suponerse, un cuadro discretísimo, pero que se olvida al minuto de haberlo visto. El segundo ya es otro cantar. El asunto es interesante, aunque no nuevo. Trátase de una *mujer hermosa* que se echa á los pies de su marido, pidiéndole perdón para falta grave, supongo yo. El marido, sentado en un sillón, envueltas en una manta las piernas, parece estar enfermo y haber sufrido mucho moral y físicamente, pues cualquiera al mirarle tan viejo le creería padre de la adúltera; por detrás de un biombo un niño preciosísimo, la mejor figura sin duda alguna del cuadro, mira con infantil inconsciencia la escena. ¿Verdad que es interesante el asunto de este lienzo?

¡Ay! Pero quizá consista en la escasa educación de mi sentimiento artístico, que no me deja apreciar el valor estético que sin duda ha sabido imprimir en la escena y en cada una de las figuras el Sr. Garnelo; pero, repito, no veo drama, ni presiento el idilio final, dada la vacilación en que aparece sumido el ultrajado esposo, que otros colegas en «crítica» han presentido. Comenzando por que la fisonomía de la arrepentida, aparte de la delicadeza con que está pintada, no tiene valor alguno desde el punto de vista del estudio psicológico que en ella debió de haber realizado el artista. Aquella *casi* belleza aparece, no de rodillas, sino completamente sentada sobre la piel de tigre que alfombra la habitación; se recuesta contra el sitial donde su marido, por la crispadura de manos con que se aprieta una rodilla, más bien parece aquejado por un fuerte dolor de gota ó de reuma que no por dolorosos recuerdos de amarguras, pasadas quizás en silencio. La posición de la *Magdalena* no es, como puede advertirse, un hallazgo feliz de movimiento sentido, del movimiento que inconscientemente debe adoptar la figura en momento tan patético y que revela el estado del ánimo, la fuerza del sentimiento que la impulsa á la realización de aquel acto de humildad. Y concluyendo por la figura del marido, falta asimismo de grandeza. ¿Perdona? La duda no cabe ya. ¿No perdona? La duda tampoco puede existir; y en lugar de tentarse las rodillas, ya que no con la palabra, con el gesto, con el ademán rechazar á la Magdalena.

Por lo que á la parte técnica pueda referirse, como de costumbre, en este cuadro el Sr. Garnelo prueba su dominio de la paleta y del dibujo; mas siempre dentro de una manera blanda, femenina; las figuras que pinta no tienen huesos ni nervios, y la sangre la deben tener blanca. Cuestión de temperamento.

El tránsito de la Virgen, cuadro del que se hicieron elogios grandes al comenzar la actual Exposición, es, según creo, la primer obra de empeño del señor Palomo Anaya, andaluz, discípulo de Ferrándiz y de Muñoz Degrain.

Pertenece este cuadro, así por la disposición de la escena, como por los efectos de luz, como por el asunto mismo, á época ya lejana, en que, por exigencia del motivo, la factura, la distribución de las figuras, los efectos de clarobscuro, etc., obedecían á una determinada manera de composición, bastante efectista. Si queremos hacer un pequeño esfuerzo de memoria, recordaremos al punto multitud de cuadros de la índole de este del Sr. Palomo Anaya, en los cuales ocupa, como aquí la Virgen, el centro de la composición la figura principal.

Lo mismo que con la composición acontece con la distribución de la luz; obligada penumbra envuelve la escena, y el único punto iluminado es el que ocupa la figura de la Virgen.

Pero aparte de estos lunares, que para mí lo son desde el momento en que con tales medios en lugar de ir tras la realidad sencilla se va tras del efectismo, en *El tránsito de la Virgen*, ó según el catálogo *La muerte de la Virgen*, se advierte á un artista de grandes alientos, que domina la paleta y que dibuja con bastante seguridad. El color de que hace gala el Sr. Palomo Anaya es caliente, rico de tonos y entero, al revés precisamente del que distingue á Garnelo

. De Hernández Nájera hay un cuadro de costumbres muy luminoso, y hasta casi bien dibujado; pero el pícaro *casi* lo estropea un tantico. *Levantar el gallo* se titula el cuadro (ha obtenido medalla de segunda clase), y en efecto, una vendedora, joven, de las que traen volatería á los mercados de la corte, se ocupa en sacar de un gran jaulón lleno de pollos, gallinas, etc., un hermoso gallo. Como se ve, el título resulta un poquito rebuscado, y aun cuando está bien como intención, le falta otro *casi* para que como el dibujo sea verdad del todo. Por lo demás, los efectos del sol, el color, la armonía general de las tonalidades, los detalles de los jaulones, de la indumentaria, así de la figura de la vendedora como de una compradora (un poco pequeña) que examina un pavo, etcétera, etc., todo esto es muy bueno y hace honor á las condiciones de colorista de Hernández Nájera.

Otro lienzo de carácter parecido al de Palomo Anaya es el *Entierro de Cristo* ó *Deposición de Cristo*, según el catálogo. El autor de esta pintura de grandes dimensiones, Sr. Arenal, ha pretendido buscar un efecto de luz, que ya por lo repetido, ya porque no ha sabido resolverlo por completo, no produce el efecto que se había propuesto. Respecto á la composición recurre también al efectismo, colocando las figuras en planos graduales altos: á éstas (las figuras, ¿eh?) les ha impreso el artista movimientos que hacen pensar en los cuadros religiosos de los años medios del pasado siglo. El color es sombrío, mas con todo tiene cierto empaque de grandeza este cuadro.

Martínez Abades exhibe entre otros un gran lienzo que titula *Mar de fuera*, que con no ser de las obras más afortunadas de este notable pintor asturiano, tiene sin embargo trozos muy bien vistos del natural. El ambiente tempestuoso sobre todo, la tonalidad del cielo y la de las lejanías están sorprendidos con gran acierto. ¡Lástima grande que aquellas peñas y las figuras no correspondan ni por el dibujo ni por el color al resto del cuadro! Y ya que de *marinas* hablo, diré que la firmada por Antonio de la Torre, que titula *Niebla*, está pintada con gran delicadeza y finura de tintas. De Hidalgo hay un estudio de oleaje bastante aceptable.

La Perla del Albaicín, cuadro reproducido en el n.º 685 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, es una obra de Cecilio Pla, luminosa; la figura es de mucho carácter. Al lado de este lienzo, donde se ve cómo brilla el sol de Granada, sin duda por el contraste colocó el Jurado el *Cementerio*, paisaje triste, de sombríos tonos, de Urgell, el autor del celebrado lienzo *El toque de oración*. La impresión de tristeza que causa este lienzo nos persigue hasta encontrar el lienzo de Manuel Alcázar *El flauto mágico*, escena campestre que tiene mucho de idilio griego. El huerto que sirve de fondo á las figuras está muy bien pintado, y éstas, aun cuando con algunos desdibujos y de color algo duro, sin embargo son muy agradables y están bien colocadas.

Entre los cuadros que más llaman la atención en el actual certamen, cuéntase con el de Marceliano Santamaría *A la Epístola*, del cual creo haber hablado ya en otro artículo; el titulado *Las planchadoras*, y *La gloria del pueblo*, del primero es autor Ignacio Díaz y del segundo Fillol Granell. Hablaré de ellos en otra crónica; en esta debo decir algo de varios paisajes y marinas.

Del colaborador de este periódico, secretario de la Academia de Bellas Artes de Palma de Mallorca D. Juan O'Neill, hay dos lienzos que representan vistas panorámicas del *Valle y montes de Pollensa y de la llanura de Benisalem*. Ambos paisajes están dibujados con gran escrupulosidad, y la perspectiva aérea muy bien entendida; en cambio á falta de solidez en el dibujo, el autor de *Crepúsculo de otoño* muestra sus dotes de colorista.

Entre dos aguas, de Romero Jiménez, es una marina ejecutada con valentía. Lo más notable de este lienzo es el efecto de luz. Del autor de la celebrada *Marina* exhibida en la Exposición de 1890 abril, también hay un lienzo, *Naufragio*, que tiene trozos muy bellos. De Meifrén, además del cuadro *Emigrantes* cuéntanse dos marinas que yo diputo como superiores en justeza de tono y en impresión de la realidad á la citada *Emigrantes*, la mayor de las tres. El artista toledano Arredondo exhibe varios paisajes, todos dibujados y construídos con solidez grande; quizá por esto, por el empeño de no escatimar un solo detalle, resulten en conjunto algo duros y poco jugosos de color. Por otro lado, la luz de Toledo es de una tonalidad tan vigorosa que fácilmente el artista, si no tiene cuidado extremo con la gradación de los valores de los términos, cae en el escollo de la falta de relaciones perspectivas, no por carencia de ésta, sino por el acuse de los detalles.

García Rodríguez, paisajista andaluz tan conocido por el hermoso lienzo *Orillas del Guadalquivir*, premiado hace cinco años, ha expuesto dos lienzos, *Tarde de otoño* y *El molino del Obispo en Sevilla*, notables por el ambiente de frescura que en ellos se advierte.

Voy á terminar esta crónica, como todas desaliñada, simplicísimo relato de aquellas obras que como más notables tengo apuntadas, mencionando un cuadro de asunto militar y otro de género. Del primero es autor el teniente de la benemérita Víctor Morelli. El asunto es trágico: *Muerte del capitán Temprado en Castellfullit*. A pesar de los defectos de dibujo de que adolecen las figuras de este cuadro, sin embargo la impresión dramática que causa es grande. La composición es á trozos acertadísima, especialmente en aquella parte, la principal, en que se halla el héroe artillero herido, defendiéndose desesperadamente con sus soldados de los carlistas que le atacan. Del otro lienzo es autor Juan Antonio Benllíure. Titúlase *Después del baile*. Benlliure es un pintor elegante; los tipos de las mujeres que pinta son distinguidísimos, y á la legua se advierte que pertenecen á la alta clase de la sociedad. A ésta pertenece la hermosa dama que apoyada en un lujoso mueble aparece pensativa. La luz y detalles de este cuadro están muy bien entendidos y pintados.

R. BALSA DE LA VEGA



SEMBLANZA

El nervioso, bilioso y tempestuoso Pedro Antonio de Alarcón llamaba á Arrieta «el manso Arrieta,» y cuando se excitaba, que era con frecuencia, decía de éste cosas que he recordado *in partibus* con motivo de escribir esta semblanza. «Ese maestro – decía Alarcón – me atrae como todo lo fenomenal. ¿Han visto ustedes placidez más insolente? A veces le toco para cerciorarme de que es de carne y hueso y no un autómata musical. Sí, efectivamente es hombre, pero ¡qué hombre! ¿Qué es un hombre? Una migaja de la creación, que es picoteada á la vez por los dos picos del mal y del bien, el uno que muerde, el otro que besa: Arrieta sólo siente la caricia. Y con esta predilección de la suerte nos insulta á todos. Las pasiones resbalan por su espíritu como la brisa sobre un lago, conmoviéndole apenas. ¿Por qué este privilegio? Dios debe ser aficionado á la música de estilo italiano. ¿Qué cosa más natural que la vanidad y la envidia? Todos hablamos mal los unos de los otros, y especialmente los maestros compositores. Ahí tienen ustedes á Barbieri, que llama murguista á Ofenbach y no cree bueno más que lo que él hace. Ahí está Oudrid, que tiene una erudición piratesca para dar caza á los plagios y reminiscencias musicales; hasta el mismo Gaztambide, tan benévolo, alguna vez hinca el diente á sus compañeros. ¡Pero Arrieta! ¿Quién ha oído á Arrieta hablar mal de nadie? Le *ejecutan* los libretos en que toma parte, le gruñen la música que escribe, y Arrieta en vez de protestar se sonríe. ¿Hay cosa más insoportable?»

Había mucha parte de verdad en estos dicharachos de Alarcón.

El maestro Arrieta tenía aspecto de bendito y casi lo era. Su fisonomía parecía un pasaporte de bondad. Alta la frente, rodeado el correcto rostro de romántica melena, que conservó hasta la muerte; de ojos vivos y risueños, y sobre todo con una suave contracción de labios atractiva y acariciadora; su cabeza destacaba bien puesta sobre un cuerpo vigoroso y proporcionado, que hubiera sido atlético á tener en su temperamento un poco más de sangre; así y todo fué notable en ejercicios marítimos y uno de los primeros nadadores de la costa cantábrica, donde hay tantos. Ya en la declinación de su edad y enervado por la vida ciudadana, aún resistía mucho tiempo en el mar. Pasó algún verano en Santander en compañía de Adelardo Ayala y de José Selgas. Paseaban los tres por la costa: éstos no eran aficionados al mar; pero Arrieta se bañaba, ó mejor dicho, bogaba largo trecho mar adentro. Cuando le veían en el agua, Ayala solía preguntarle:

–¿Volverás?

Y Selgas le decía:

–Haz el favor de alargarte hasta la Habana y traernos un par de cajones de cigarros: los de Santander son muy malos.

A pesar de la placidez que Alarcón le atribuía, el manso Arrieta tuvo tres aficiones, rayanas en pasión, y una pasión afectuosamente tranquila, que acaso daba origen á estas tres aficiones: el mar, la música é Italia. Menciono ahora esta trilogía fisiológica y pronto hablaré de la pasión.

Arrieta era tan metódico en sus costumbres como en sus afectos, y nunca se permitía excesos nocturnos ni tertulias trasnochadoras como solían permitírselos los demás maestros. A la salida de los teatros se iba derecho á su casa, y cuando nos encontrábamos, que era frecuentemente, y yo tenía que retirarme temprano para escribir, nos íbamos juntos á nuestro barrio, que era el de Oriente. Una noche, terminada la función, salíamos rezagados del teatro del Circo; en el vestíbulo había dos mujeres paradas; una de éstas señaló á Arrieta con la mano, y adelantándose la otra, que era joven, morena y estaba bastante envuelta en su mantilla, preguntó al maestro:

–¿Es usted D. Emilio Arrieta?

–Servidor.

–¿No me conoce usted?

Vi que Arrieta, mirándola con atención, se puso densamente pálido, como se dice en los folletines de *La Correspondencia de España*, y me despedí de él rápidamente, diciéndole:

–¡Adiós, maestro, hasta mañana!

Dos noches después volví á encontrarle en el mismo teatro del Circo, y le dije chanceando:

–¿Conque nadie se salva; ni usted, maestro?

–¿Lo dice usted por lo de la otra noche? ¿Se retira usted hoy temprano?

–Sí.

–Pues ya le contaré á usted.

En efecto, me contó una historia de su juventud. Yo le agradecí esta confidencia, pues Arrieta era muy reservado, y estoy seguro de que, exceptuando Adelardo Ayala, para quien no tenía secretos, y Selgas quizá, nadie acaso habrá sabido el siguiente episodio de la vida del maestro, que debió influir mucho en ella: en una ocasión, á los diez y seis ó diez y siete años de edad, pasó Arrieta una temporada en Liérganes, pueblo de la costa de Santander, en casa de un primo ó tío suyo, que de esto no me acuerdo bien. El futuro compositor de música no se acordaba entonces, ni remotamente, de fusas ni corcheas; pero en cambio aficionóse mucho á la natación en el mar, tanto que los viejos del pueblo le decían en broma: «Mire usted no le suceda lo que á nuestro paisano el peje Francisco de la Vega, que se olvidó de la tierra por zambullirse en el mar.» Arrieta no llegó á tal extremo, pero se pasaba en el agua el más tiempo que podía. Casi viejo, como yo le conocí, aún recordaba con fruición sus primeros chapuzones. «Sentía, y aún siento – decía – al meterme en el mar una delectación inexplicable. Pero ha de ser en el Océano; el Mediterráneo no me persuade; me parece que sus aguas no tienen consistencia para sostenerme y que voy á irme á fondo. Además, el Mediterráneo acaricia por cumplido, mientras que el Océano besa apasionadamente.» En una de sus excursiones marítimas costeras, reparó el joven nadador en una ensenadita, situada como á tres kilómetros de Liérganes, en donde había barcas en construcción ó para calafatear. Vió también una casita en la ribera, oyó una voz extensa y gutural que cantaba bastante bien, y descubrió la gentil silueta de una muchachita que vagaba por la playa. Se informó en la población y supo que un italiano llamado Tonelli ó Torelli había tomado aquella ensenada de construcción, que él era el que cantaba con no mal estilo y que la niña era hija suya. Arrieta, que se aburría grandemente, dió en ir á la ensenada, bien por mar ó por tierra, pues allí pasaba el tiempo muy distraído. Tomás Tonelli era napolitano, de la playa de la Margelina, viudo, hábil constructor y remendón de barcos, y tan realista, que cuando destronaron á Francisco II inmigró á España. Tenía carácter alegre y expansivo, sabía música *hondamente*, y como sucede á muchos italianos de ínfima clase, poseía conocimientos superiores á su posición. El futuro maestro y él simpatizaron, en lo cual, por parte del primero, debió influir también la gentil Marieta, hija del constructor de barcos Arrieta me hablaba de ella muchos años después. «Era – me decía – una matrona de trece años de edad, que me recordaba la frase de Alfieri de *que en Italia se desarrolla más perfecta que en parte alguna la planta-mujer.*» Tonelli, después de enseñar á leer y escribir á su hija, dábale lección de música, y el que más tarde debía ser autor de *Marina*, asistía á estas lecciones. Quizá entonces se le desarrolló la predisposición musical. Arrieta me contó estas cosas veladamente y poniéndose colorado; pero yo deduje que la *clave* de su afición á la música fué Marieta. Al poco tiempo después que Arrieta se presentó en la ensenada un hermoso muchacho italiano, sobrino de Tonelli, vago de oficio; y yo deduzco también que aquél, celoso de la preferencia de Marieta por su primo, desengañado y obligado quizá á ausentarse de Liérganes, dejó sin terminar aquella aventura marítima musical amorosa.

Veinte años después, el ya afamado maestro se encontró en el vestíbulo del teatro del Circo á la niña italiana hecha una mujer. ¿Por qué causa? Por una muy sencilla. Marieta se enamoró de su primo Gaetano. A poco tiempo murió Tonelli. Como el joven era un perdido, que no servía para nada bueno, ambos amantes corrieron una tuna europea, siendo á veces saltimbanquis y á veces contrabandistas. Después de muchos años dieron con sus huesos en Sevilla; Gaetano se asoció á gentes de mal vivir, resultó complicado en una causa de asesinato y robo á un arriero de Santiponce y condenado á muchos años de presidio. Marieta vino á Madrid á gestionar indulto ó rebaja de pena, y recordándole no sé por qué motivo, se puso en contacto con el maestro Arrieta.

Bien notoria es la carrera artística de éste. La conveniencia de completar su educación le llevó á Italia, y tengo para mí que los recuerdos de su juventud influyeron no poco en la entusiasta afición que el maestro español conservó siempre hacia la patria de Rossini. Al recordar á Italia, exclamaba con una exaltación rara en él: «¡Oh, si yo tuviera allí la posición que aquí tengo: si pudiera llevarme á Adelardo, á Pepe Selgas y á los que bien quiero!» Arrieta tenía muchos amigos, pero su predilecto fué Ayala. Vivieron juntos muchos años, en comunidad de bienes. Aunque ambos ganaban bastante, hallábanse á veces apurados de dinero ó tiempo. En el primer caso solía sacarles del atolladero una valiosa cadena de oro y diamantes, regalo de la reina Isabel á Arrieta, que estuvo en varias ocasiones á la sombra del Monte de Piedad; y si el tiempo les apremiaba, alquilaban una casa en Carabanchel, y allí trabajaban á destajo lejos del bullicio cortesano. Allí escribió Ayala en tres semanas *El tejado de vidrio*, y allí hizo Arrieta la partitura de *Llamada y tropa*. Sabido es que éste indicó á García Gutiérrez el argumento de *El grumete:* ¿sería un recuerdo de la ensenada de Liérganes? Al recitar, para ponerle en música, el siguiente canto:

> ¡Sal de aquí, que me has herido,
> Bella ilusión!
> ¡Vo del alma te despido
> Con severa indignación!

tal vez recordase el maestro la situacion psicológica que le causaron los amores de Gaetano y la hermosa Marieta.

Arrieta no tenía ningún *tic* en su vida privada: gustábale el aguardiente, y siempre en su casa le tenía exquisito; pero sólo bebía lo más dos copas después de cada comida. Cuando le apremiaba el tiempo, componía música en todas partes. Pensaba andando y aun dando lección en el Conservatorio. Llevaba siempre consigo lápiz y papel, y cuando se le ocurría, consignaba en éste la nota atrapada. Él y Ayala almorzaban tarde, pues cuando éste no era ministro se levantaba entre doce y una; pero Arrieta salía de su casa de la calle de San Quintín alrededor de las nueve de la mañana. Los porteros y los vecinos de la calle, que todos le conocían, solían pensar y decir:

«Ya va á misa el Sr. de Arrieta;» y así parecía, puesto que se entraba en la iglesia de la Encarnación por la puerta principal. Pero á poco rato salía por la que da á la calle de aquel nombre, y se dirigía á otra calle próxima y á una casa que no hay para qué mencionar. Entraba en el gabinete de una habitación decentemente alhajada, donde al lado de una mesa llena de libros, papeles y estampas, estaba una mujer de mediana edad, sentada en un sillón. Era Marieta Tonelli, la amante de Gaetano.

– ¿Pues cómo?, preguntará el lector.

Porque seis años antes, mientras ella gestionaba en Madrid en favor del sentenciado, murió éste en la cárcel á consecuencia de la rotura de un aneurisma. Ella, que le quería locamente, estuvo entre la muerte y la vida, postrada por un ataque cerebral. Restablecióse, pero quedó paralítica. Sola en el mundo, Arrieta cuidó de ella con la solicitud de un padre. Todas las mañanas iba á verla y acompañarla dos ó tres horas.

En suma, el maestro Arrieta no era tan *plácido* como le suponía Alarcón. El mal le picoteó algunas veces, sobre todo cuando vió morir á sus amigos más queridos. Fué un ruiseñor encerrado en la jaula del sentido moral.

F. MORENO GODINO

CONSEJEROS ESPONTÁNEOS

Si no temiese yo incurrir en el vicio mismo, que tan mal me parece, comenzaría estas líneas diciendo al lector: *Jamás aconsejes á quien no te pida consejo; y á quien te lo pida... no le aconsejes tampoco.* Pero voy á comenzarlas de otra manera, pues no he ser consejero espontáneo – ó *expontáneo*, como dicen algunos, aficionados sin duda á la gimnástica de garganta – ya que á censurarlo se enderezan estas cuatro palabras. (Que serán muchas más de cuatro, por supuesto.)

Lo que me han molestado en este mundo, y acaso en algún otro, aunque de eso no guardo memoria, los consejeros, no es para dicho.

Y no aludo, *cela va sans dire*, ni á los consejeros de la Corona, ni á los consejeros de Estado, ni á los de las empresas de ferrocarriles, ni á muchos otros como éstos, que aunque dan bastantes disgustos á todos, suelen no aconsejar á nadie. Me refiero á los que se perecen por dar consejos á quien ni los necesita, ni los pide, ni sabe qué hacer de ellos después de haberlos recibido.

¡Y cuánto abundan! Como abunda todo lo que desagrada y molesta.

Allí donde se te ocurre exponer un proyecto, hablar de un propósito, anunciar una determinación, allí surge, inevitablemente, seguramente, aunque haya de salir por escotillón, como las apariciones en las comedias de magia á la antigua, un consejero espontáneo que te dice, en son de cariñosa advertencia, pero con aires empalagosos de maestro: «Hombre, lo que debes hacer, es...»

Tal cosa, ó cual otra, lo que á él se le ocurre; que es casi siempre una majadería y siempre algo que ni te conviene, ni te gusta, ni viene al caso.

No digo nada, porque eso ya es *un colmo*, según la locución vulgar, de quien da consejos al que le pide dinero. Bien entendido, por de contado, que el dinero no lo da; pues si al cabo lo diese, podrían ser oídos los consejos con resignación.

Muy rara vez sucede que aquel á quien se pida dinero no aconseje algo. Como que – para mí es evidente – el deseo de aconsejar es innato en el hombre; todos somos consejeros por naturaleza. Unos lo disimulamos mejor que otros; pero, en nuestro fuero interno, sentimos todos prurito de aconsejar á nuestros semejantes. Si esto fuese un favor, que no lo es, sería el único que hiciéramos al prójimo de buena gana.

El que pide dinero á otro, se coloca respecto á él en relación evidente de inferioridad, y de esta circunstancia se aprovecha el solicitado para satisfacer el deseo vehementísimo de dar consejos; los da efectivamente, y en algunos casos da también el dinero; pero en otros, da el consejo solo; que no hay paciencia que lo aguante. Ocasiones hay, aunque pocas, en que no da ni lo uno ni lo otro; prescinde juntamente de aconsejar y de hacer préstamos; y esto, como fácilmente se comprende, es preferible á lo otro. En ninguna circunstancia se decide á dar sólo el dinero; pareceríale que no había hecho el favor por completo, si con los billetes de Banco no diese al amigo menesteroso las recomendaciones consabidas: «Ten prudencia; no derroches; no malgastes; cíñete á tus ingresos para normalizar tus gastos;» todo lo cual es muy elocuente para quien no tiene ingresos á qué ceñirse.

Pero, lo repito, de los que dan limosna, más ó menos disfrazada, envuelta en consejos, no quiero hablar; sobre eso ¡habría que decir tanto! Por hoy me refiero á los *consejeros gratuitos*, á los que no pueden resistir la comezón de dar consejos, y se los dan al primero que se les presenta, aunque éste ni les pida dinero, ni haya pensado en pedírselo nunca.

– Hombre, ¿por qué vive usted en piso tan alto? Eso á la larga perjudica el pulmón.

– Chico, ¿cómo te has mudado á este cuarto entresuelo? Esto es obscuro y húmedo; ya verás cómo antes de tres meses no podrás andar del reuma; y para los chicos..., ¡ah! para los chicos, esa falta de sol, de aire, de... Has de verlo pronto: se pondrán todos anémicos y cloróticos.

– ¿Que vas á San Sebastián este verano? No hagas tal disparate; aquello es muy caro. Y se está muy mal. Nada, á un puerto de mar poco concurrido; eso es lo práctico y lo conveniente.

– ¿Que llevas á tu familia á Algorta? ¡Qué desatino! Allí no se puede vivir; ni hay sociedad, ni trato; se morirán de fastidio.

– ¿Que vas á escribir un drama? Pero ¿estás loco? Si ahora no hay más que cuatro autores, á quienes las empresas acepten y tolere el público. Pierdes el tiempo... Escribe novela; por ahí va la corriente.

– ¿Que piensas publicar una novela? Trabajo inútil. Te quedarás con la edición en casa. Ahora el el camino único es el teatro.

Y dan ganas á uno de gritar: «¡Por los clavos de Cristo! ¿Quieren ustedes hacerme el favor de irse á freir espárragos ó á escardar cebollinos y dejarme en paz?»

Y si logras, aunque es difícil lograrlo, librarte de tus consejeros de viva voz, no te librarás de los que te aconsejan por escrito.

Cuando menos lo pienses, en las columnas de un periódico, en las páginas de un libro, en las hojas de un almanaque tropezará tu vista con el consejo ó la máxima ó el pensamiento de un sabio; pensamiento ó máxima ó consejo que son, muchas veces, verdaderas tonterías; pero que dichas por un sabio, con todo el aparato y toda la prosopeya que su argumento requiere parecen sentencias muy profundas ó muy elevadas, según el sitio en que te coloques para verlas.

Ahora mismo estoy contemplando una máxima de no sé quién, y que es un consejo, inaceptable como todos los consejos, el siguiente: *Piensa mucho, habla poco y escribe menos.*

Perfectamente.

El sabio autor de este consejo tan hondo se mantendría, sin duda, pensando.

Aunque también podría sucederle, y esto es lo más probable, que no necesitase trabajar para vivir; pues solamente quien huelga y goza sin trabajar inventa y dice esas niñerías.

¡Hablar poco y escribir menos! Pues, señor, ¡si para comer escribiendo es preciso (y aún no basta) escribir más que escribió el Tostado[1].

Si á este consejo hubiese acompañado una ley ordenando que se pagase mucho á los que escribieran poco, ya estaba resuelto el problema. Pero si no, el escritor que tal consejo siga, habrá resuelto suicidarse.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

EL CANAL DE KIEL

Con grandes festejos, á los cuales han asistido los emperadores de Alemania, varios príncipes soberanos del imperio y representantes de todas las potencias, se ha inaugurado esa importante vía que pone en comunicación el mar del Norte con el Báltico, obra íntimamente enlazada con la unidad alemana, ya que cuantas tentativas se hicieron, antes de que ésta fuera un hecho, para realizarla resultaron infructuosas. Reflejo fiel de esto fueron las palabras pronunciadas por el emperador Guillermo I, en 3 de junio de 1887, en el momento de dar los tres martillazos con que inauguró las obras del canal: «¡En honor de la Alemania unida! ¡Para su progreso y bienestar! ¡Como testimonio de su fuerza y poderío!»

Hoy el nieto de aquel gran soberano, al ver cumplido lo que por tanto tiempo ha constituído una aspiración constante y un ferviente deseo del pueblo germánico, ha hecho votos por la paz, fuente de prosperidad de las naciones. ¡Quiera el cielo que tales votos sean sinceros y puedan lograrse, gozando al fin Europa de una era de tranquilidad completa que sustituya al malestar latente en el fondo de la actual paz armada y permita consagrar al desenvolvimiento del trabajo y del progreso los poderosos recursos y las grandes energías que las naciones consumen hoy en aprestos de fuerza con que todas se aperciben contra peligros más ó menos probables y remotos!

De quinientos años atrás datan las primeras tentativas para la unión de los dos mares que bañan las costas alemanas, el del Norte y el Báltico: de escasa importancia los primeros, hanse ido sucediendo sin interrupción unos á otros los proyectos, con lo cual bien claramente se demuestra cuán necesaria se consideró en todo tiempo esta obra. En estos cinco siglos se han trazado diez y seis planos, casi todos los cuales fueron minuciosamente estudiados y algunos realizados en parte. Estos proyectados canales extendíanse por el territorio de Lubeck y Hamburgo, al Sur, hasta la actual frontera danesa alemana al Norte. El canal de Stecknitz, aun hoy en parte subsistente, fué comenzado en 1398, y sólo debía servir para barcos mercantes de muy poco calado. En 1525 se construyó el pequeño canal de Alster, que veinticinco años después fué cegado por un propietario de aquella región. Sigue luego una larga serie de proyectos no realizados, entre ellos la línea Ribe-Kolding (1539) y el proyecto Ballum-Apenrade (1639). En 1626 Wallenstein, almirante de la escuadra imperial, proyectó la unión de los dos mares desde Wismar y por el Elba, pero su proyecto no pasó adelante por haber caído en desgracia su autor. Un canal análogo intentó construir Cromwell, «protector de la república unida de Inglaterra, Escocia é Irlanda;» la muerte, empero, le impidió la realización de esta obra.

Todos estos últimos proyectos situaban el canal más ó menos lejos de la parte de la península que se encuentra directamente entre los dos mares: en cambio los proyectos Tondern-Flensburg y Husum-Eckernforde (1761), así como el canal del Eider que se terminó en 1784 y que enlazaba á Rendsburg con Holtenau, se desarrollaban en la parte más estrecha de la península de Jutlandia. La línea de este último canal, que coincide con una tercera parte del recientemente inaugurado, había sido muy recomendada ya en 1571 al emperador Maximiliano II por el archiduque Adolfo de Schleswig-Holstein-Gottorp.

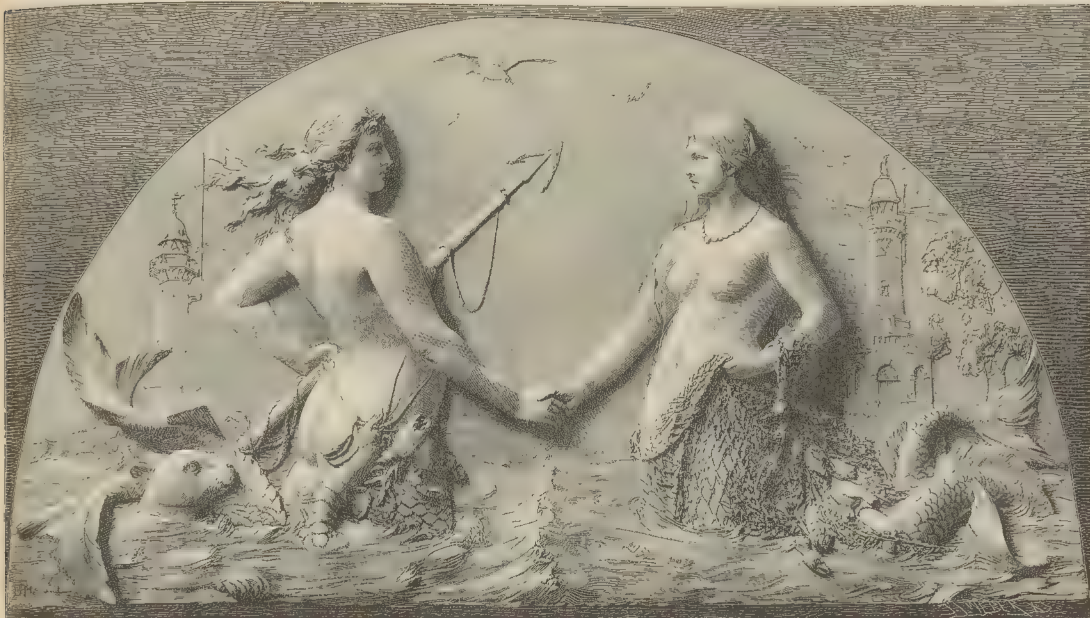
Dos siglos más tarde, en 1784, durante la dominación danesa se construyó este canal, que costó 9.044.750 marcos y cuya profundidad y anchura fueron de tres y medio y 31 metros respectivamente. La construcción de esta obra, por lo mismo que se hizo sin máquinas, llamó poderosamente la atención aun de Inglaterra, que en su propio interés quiso apropiarse, para ensancharlo, del antiguo canal de Stecknitz

Desde mediados del presente siglo redobláronse los esfuerzos para la realización de un canal marítimo que satisficiera las necesidades mercantiles y militares de Alemania, habiéndose iniciado nueve proyectos, en algunos de los cuales intervino el gobierno prusiano, hasta que por último poco tiempo después de la guerra franco-alemana un comerciante hamburgués, el Sr. Dahlstrom, se propuso construir con capitales de particulares un canal que respondiera á las exigencias del tráfico moderno, y cuyos extremos fueran Brunsbüttel y Kiel. Este proyecto, concebido y estudiado por él y por el consejero de obras públicas el Sr. Boden, ha servido de base para el proyecto de ley para la construcción de un canal entre el mar del Norte y el Báltico que el gobierno alemán presentó al Reichstag en 1886 y que casi por unanimidad fué aprobado.

Para la construcción de este proyecto, cuyo trazado describimos minuciosamente en el número anterior, nombróse una comisión con residencia en Kiel, de la que fueron presidentes los consejeros Loewe y Fulscher, á cuyas órdenes se puso un gran número de ingenieros y altos funcionarios así como un numeroso personal técnico. La alta dirección técnica fué confiada al consejero supremo de Obras Públicas Otón Baensch, de Berlín, que desde hacía muchos años había estudiado y preparado esa obra.

Otón Baensch, cuyo retrato publicamos en la página 469, nació en 6 de junio de 1825 en Zeitz; después de cursados los primeros estudios ingresó en la Academia de Construcciones de Berlín, y á la edad de veintiún años entró en el servicio del Estado como inspector de construcciones terrestres é hidráulicas. De sus méritos como ingeniero son elocuente testimonio los magníficos puentes por él construídos sobre el Elba y el Rhin, los famosos talleres centrales de Witten, sus estudios sobre las corrientes marítimas en las costas de Rugen, y los puertos de la costa pomerania. La regulación de la corriente del Elba y la canalización del Main, merced á la cual tomó gran incremento la navegación por este río, y las obras de defensa realizadas en las costas de Schleswig-Holstein para protegerlas contra el oleaje del Báltico, son otras tantas etapas brillantes de su carrera.

Baensch hizo profundos estudios sobre el canal, cuya construcción constituye la obra más gloriosa de su vida, en una época en que ninguna personalidad importante pensaba en la realización de la misma; y cuando el gobierno alemán resolvió llevarla á cabo y puso al frente de ella al famoso ingeniero, la elección



La unión del mar del Norte y del Báltico, relieve de Ernesto Herter para la galería de los tres emperadores del faro de Holtenau

mereció unánime aplauso. En este elevado puesto demostró Baensch una vez más sus talentos técnicos, y su dirección fué escuela en donde mucho aprendieron sus colaboradores y subordinados, cuyo cariño y admiración supo conquistarse en seguida.

Conforme exige la técnica moderna, la construcción se realizó dividiendo el canal primero en cuatro y luego en cinco secciones independientes, cada una con un inspector, y empleándose las mejores y más potentes máquinas hoy conocidas. Un gran número de dragas que trabajaban en seco y en el agua y colosales excavadoras que diariamente extraían millares de metros cúbicos de tierras y piedras abrieron el lecho del canal, del cual se han extraído 80 millones de metros cúbicos. Para abrirlo ha sido preciso atravesar grandes y profundos pantanos, secar lagos y ríos, hacer saltar colosales rocas; en una palabra, vencer dificultades al parecer insuperables, construyendo máquinas especiales y ejecutando obras que no han tenido igual hasta ahora. Todo esto se realizó sobre la base de cálculos difíciles que habían de partir del estudio del movimiento de flujo y reflujo del Elba y del mar Norte y de las condiciones de desagüe del canal á fin de asegurar la navegación regular del mismo, cálculos cuya exactitud ha comprobado por completo la realidad de los hechos.

Ya se comprenderá que á pesar del empleo de medios tan poderosos, para llevar á cabo en un plazo relativamente corto una obra de tal magnitud, ha sido necesario emplear un verdadero ejército de trabajadores: en efecto, entre 6.000 y 8.000 ha oscilado el número de obreros que los contratistas han tenido ocupados en las distintas secciones del canal. Además de ellos, había 65 altos funcionarios de administración y construcción, 85 técnicos y unos 200 inspectores. Distribuídos en toda la línea de las obras funcionaban 90 locomotoras, 2.500 vagones de transporte, 70 dragas de vapor, 120 vapores remolcadores y barcos de otras clases, 60 máquinas de vapor, y gran número de grúas y de colosales aparatos para la fabricación del betón y de instalaciones eléctricas para alumbrar los trabajos de noche.

Una de las cosas que más honran á los directores del canal son las instituciones que en pro de los trabajadores han funcionado durante la construcción del canal, merced á las cuales y al cuidado que se ha puesto en evitar todo vicio y toda agitación y al propio tiempo toda explotación por parte de los contratistas, los obreros han podido vivir bien y económicamente y hacer no despreciables ahorros.

Muchas son las obras importantes que ha exigido la construcción del canal, pero entre todas ellas sobresalen las dos esclusas de Brunsbüttel y Holtenau y los dos puentes de hierro de Levensau y Grunenthal.

En el número 699 publicamos una vista del puente de Levensau y en las páginas 472 y 473 del presente reproducimos el de Grunenthal, así como dos vistas del interior de las cámaras de las dos esclusas.

Además de estos hay tres puentes giratorios, uno de los cuales reproducimos en la página 474, que permanecen generalmente abiertos y sólo se cierran para dar paso á los trenes que por ellos circulan.



Otón Baensch, consejero de Obras Públicas de Alemania y constructor del canal de Kiel

La amplitud y altura de los puentes, los sitios en que se ha dado al canal mayor anchura para dar paso á la vez á dos buques en direcciones contrarias, la regularidad del lecho, la iluminación eléctrica, etc., hacen que la travesía de los buques por el mismo ofrezca, así de día como de noche, todas las seguridades apetecibles.

La importancia del canal de Kiel desde el punto de vista comercial queda demostrada con sólo tener en cuenta que con él se economiza tiempo y se evitan los peligros bien conocidos de todos los marinos que ofrecen las rutas ordinarias de comunicación entre los dos mares. Mayor importancia, si cabe, tiene todavía desde el punto de vista militar para el imperio alemán. En efecto, así como antiguamente la unión de dos flotas alemanas, que operasen en el mar del Norte la una y en el Báltico la otra, para proceder á una acción común contra una escuadra enemiga que amenazara las costas ó alguna ciudad marítima ó las desembocaduras de los ríos de Alemania, podía ser fácilmente impedida por una armada situada en aguas danesas, ahora, gracias al canal, esa unión puede verificarse con facilidad suma, evitándose de esta suerte que en caso de guerra pueda un cuerpo de desembarque hostilizar por la espalda al ejército de tierra, ó una escuadra bloquear alguna de las plazas costaneras.

A pesar de que el nuevo canal ha sido construído en primer término con miras estratégicas, los cálculos financieros hacen esperar que de los 45.000 buques con 14 millones de toneladas que actualmente atraviesan el grande y el pequeño Belt, 14.000 de los primeros con 10 millones de toneladas preferirán el paso del canal, pagando aproximadamente por derechos de pasaje 8.400.000 francos anuales.

Con los grabados relativos á las obras del canal publicamos en la primera página de este número una reproducción de la medalla conmemorativa con las efigies de los tres emperadores que á la construcción de esta obra han contribuído, y en esta página el relieve que se ha colocado en el faro de Holtenau y en el que se simboliza por modo bellísimo la unión de los dos mares y por ende el feliz término de una empresa que será uno de los más gloriosos hechos de la historia de la Alemania moderna. – X.



PARÍS. – LA TABERNA DEL «CHAT-NOIR.» – A LA PUERTA DEL TEATRO. – SOMBRAS CHINESCAS, dibujo de S. Azpiazu

CRÓNICA PARISIENSE

EL CHAT-NOIR Y SU ESCUELA

He alcanzado la época ya remota (¡cómo pasan los años!) en que el barrio Latino era por excelencia el emporio de la risa que estalla en chispeantes versos y alegres canciones. Era la última transformación de la Bohemia descrita por Mürger. Futuros académicos y futuros hombres de Estado se reunían todas las noches en varias tabernas famosas de las cercanías del Luxemburgo, en compañía de artistas y modelos, estudiantes y *grisetas*. Los domingos se daba tregua al canto para entregarse á la danza: en Bougival durante el verano, y el invierno en Bullier. Estaba en su apogeo al *canotage*, hoy destronado por el *ciclismo*. Aún llevaban melenas y sombrero Rembrand los hijos de las Musas; se publicaban periódicos festivos en el barrio; los electores buscaban sus candidatos para el municipio en los cafés de la *Source* y del *Picsate*, á riesgo de que resultasen inelegibles por falta de domicilio, como aconteció con mi amigo Calvinhac, hoy diputado por Toulouse.

¡Ay! Entonces la alegría era libre, franca, sincera y desordenada en la *chaumière* de Bullier y en las tabernas literarias; pero transformóse paulatinamente en manifestación pintoresca y armónica, merced al sindicato de la *Joie par les Arts*, organizado por varios grupos de jóvenes de buen humor, muchos de los cuales resultaron hombres de talento.

De esta suerte nació la sociedad de los *Hidrópatas*, que sentó sus reales en la calle de Cujas. Mas no se crea que se compusiese de partidarios del agua como medio curativo. Su nombre estaba en abierta contradicción con las costumbres de los afiliados. Llamóse así porque á uno de éstos se le ocurrió hacer una pregunta con insistencia nada común. Emilio Goudeau, el original poeta cuyas obras de irreprochable forma y delicada ironía conoce hoy todo el mundo, era en 1878 supernumerario en el ministerio de Hacienda, cuando asistió en el concierto Besselièvre á la ejecución de un vals de Gungl', titulado *Hydropathen Walz*. «¿Qué significa ese nombre? ¿A qué viene llamar así á un bailable?» iba preguntando á sus amigos el joven poeta meridional. Tanto preguntó, que sus camaradas le apellidaron el *Hidrópata* y cuando éstos acordaron reunirse dos veces por semana en el café de la *Rive-Gauche*, instalado en la esquina de la calle de Cujas y el Boul' Mich' (léase *Boulevard Saint-Michel*), aquella denominación se hizo extensiva á todos los miembros de la naciente sociedad, cuyo número no tardó en llegar á trescientos, bajo la presidencia de Goudeau y la administración del marqués de Puyferrat, que hacía los honores de la casa con el nombre menos aristocrático de *Puy-Puy*.

En aquella sala, demasiado estrecha para tanta gente, subía entre los resplandores del gas el humo espeso de pipas y cigarros, se decían las cosas más inverosímiles que imaginarse pueda y se recitaban bellísimas y originales composiciones en verso y prosa. La savia de aquella juventud alegre brotaba en ruidosas manifestaciones de talento, en poesía y en locura, entre las protestas de la policía y las aclamaciones de la asistencia.

Allí solía oirse la pausada voz de André Gille diciendo el *Chat botté;* los trágicos acentos de Paul Mounet recitando la *Grève des Forgerons*, que el autor François Coppé escuchó tantas veces con satisfacción profunda, y las entonaciones extrañas de Rollinat en el *Soliloquio de Troppmann*. Allí Coquelin el menor hacía desternillar de risa á todo el mundo con sus monólogos; y cada cual daba á conocer sus propias obras ó las obras ajenas, poniendo á contribución sus cualidades de autor ó intérprete, mientras que mi viejo amigo Monselet subrayaba las ocurrencias felices con su enigmática sonrisa, y mi camarada Paul Arene fumaba pipas absorbiendo *bocks*. Paul Bourget buscaba la psicología de todas aquellas cosas, que no eran más que alegría y genio espontáneos, y Charles Cros, poeta extraordinario, asombraba á los más descontentadizos con los monólogos que le dieron pronta celebridad, tales como la *Obsesión*, el *Bilboquet*, el *Hareng-Saur*, que alternaban con fragmentos de su primer tomo de poesías, el *Coffret de santal*.

Goudeau abandonaba á veces su sillón presidencial para recitar algunas de sus *Fleurs du bitume*, y Haraucourt, aún muy joven, murmuraba tímidamente bonitos versos, antes de que figurasen en el *Parnaso contemporáneo*.

Villiers de l'Isle-Adam era una especialidad para los dramas rápidos, que recitaba con mirada fija, tono mordaz y aire altivo. Sucedíale Richepin, que se daba á sí propio el epíteto de «brutalista» y recitaba con voz atronadora los versos de su *Chanson des Gueux*.

Raul Ponchon y Mauricio Bouchor, compañeros inseparables de Richepin, daban expansión á su irónica facundia. Anatolio France, delicado y sobrio; Camilo Pelletan, ya tan hirsuto como ahora; Cátulo Mendes, con su mugre de hebreo; Paul Alexis, Adolfo Froger, Carlos de Sivry, Bazire, Guy de Maupassant, Forain, Augusta Holmés, la princesa Ratazzi, Mme. Lhéritier, Sarah Bernhardt, todos los que han triunfado en el teatro y en la prensa fueron *hidrópatas* honorarios ó efectivos, y todos contribuyeron á dar variedad é interés á las curiosísimas reuniones de la *Rive-Gauche*.

La lista es interminable, y mi memoria harto infiel para completarla. Recuerdo, sin embargo, á muchos escritores y artistas que frecuentaban más ó menos asiduamente el famoso café. Villain, Leloir, Le Bergy, Galipaux, Charles Frémine, Paul Marot, Georges Rodenbach, Jean Lorrain, Rameau, Décori, Felicien Champsaur, Edmond Deschaumes, Teodoro Massiac, Luis Tiercelin, Armand Masson, Joseph Gayda, Mac-Nab, Paul Bilhaut, Calmettes, Rufe, Jules Lévy, Jules Jouy, Jean Maureas, Laurent Tailhade, Georges d'Esparbés, Ajalbert, Marsolleau, Bastien-Lepage, Luigi-Loir, Parisel, los tres vicepresidentes Georges Lovin, Georges Moynet y Grenet-Dancourt, principales redactores del periódico *L'Hydropathe*.

Viette, futuro ministro; el Dr. Monin, Villette, Mesplés, René Gilbert, Verlaine, Henry Somm, Marcel Legay, Harry-Alis, María Krysinska, Fragerolle, Clovis Hugues, Vacquerie, Gustave Rivet, Alfonso Alais fueron también *hidrópatas*, aunque en las postrimerías de la Sociedad.

Pero ¡ay! las instituciones humanas están sujetas, como el hombre mismo, á las leyes fatales de toda vida perecedera. A principios de diciembre de 1881, Goudeau encontró en compañía de algunos *hidrópatas* que habían emigrado á Montmartre al caballero Rodolfo Salis, quien le invitó á la inauguración de la taberna artística del *Chat-Noir*, que fundaba en el número 84 del *boulevard* Rochechouart, al lado del famosísimo baile del *Elíseo Montmartre*.

Salis, ex pintor, convertíase en tabernero á la moda de Luis XVI, y poco tiempo después reunió en torno de su predominante persona á los principales *hidrópatas*, que no tardaron en recitar en público poesías y canciones, en tanto que el ya célebre y original tabernero expendía cerveza espumosa y discursos de un charlatanismo pasmoso.


PARÍS. – LA TABERNA DEL «CHAT-NOIR.» – DETALLES DEL EXTERIOR, dibujo de S. Azpiazu

aparecieron en las esquinas del 18.º distrito de París unos grandes carteles amarillos en que se presentaba la candidatura de Rodolfo Salis para el Consejo municipal.

Después de un elocuente preámbulo, el comité Salis exponía el siguiente programa:

1.° Separación de Montmartre y del Estado;

2.º Nombramiento de un Consejo municipal y de un alcalde de la Nueva Ciudad por los montmartrenses;

3.° Abolición del fielato de consumos para el distrito, y la sustitución de este impuesto odioso con otro sobre la lotería, reorganizada por la administración de rentas de Montmartre, y que permitiría al barrio cubrir sus necesidades y venir en ayuda á los diecinueve distritos mercantiles ó miserables de París;

4.° Protección á la alimentación pública y á los obreros nacionales.

Seguían las firmas de los individuos del comité: Willette, Poussard, Choubrac, Lefèvre, Marion, Marcel Legay, Gérault Richard, de Sivry, Cattelain, Randon, Coquelin *cadet*, Jules Jouy, Alphonse Allais y Charles Leroy. Después venía la profesión de fe del candidato, que empezaba con esta frase: «Este programa será defendido con una energía feroz. – Soy de los que se mueren antes de rendirse.»

El *Chat-Noir* es generalmente considerado como la primera de las tabernas artísticas fundadas en París; pero la verdad histórica es que nació en la *Grand' Pinte*, prototipo de las hosterías montmartrenses, situada en la avenida Trudaine, frente á la calle de los Mártires y en el sitio mismo en que se encuentra hoy la taberna del *Ane Rouge*, regentado por Gabriel Salis, hermano del gran Rodolfo, señor de Chatnoirville-en-Vexin y otros lugares.

En la *Grand Pinte* se reunían en 1880 los artistas y literatos que un año después habían de asegurar el éxito del *Chat-Noir*, cuya fe de bautismo se firmó al mismo tiempo que la partida de defunción de su predecesora.

Los *hidrópatas* de Montmartre estaban ya tácitamente con Salis, cuando Goudeau se les agregó con el grueso de la sociedad de la *Rive-Gauche*. A la hora en que cae el crepúsculo y en el momento en que se levanta la aurora se vió sucesivamente entrar ó salir de la ruidosa taberna del *boulevard* Rochechouart las sombras de Rollinat, Haraucourt, Charles Cros y su hermano Enrique, Felicien Champsaur, Fragerolle, Masson, Jules Jouy, Mac-Nab, Jean Lorrain, Charles de Sivry, Ponchon, Steinlen, Rivière, casi todos los antiguos concurrentes á la calle de Cujas. Estos no podían menos de fraternizar con los nuevos, entre los cuales figuraban Willette, el delicado y profundo artista cuyas obras impresionaban vivamente; Leon Gandillot, entonces alumno de la Escuela Central y hoy autor dramático en boga; Caran d'Ache, que hacía el servicio militar y venía á la taberna vestido de soldado; Albert Tinchant, músico y poeta, que murió tristemente en el hospital; el escultor Engrand; Víctor Meusy, el cantor de los quesos; el pintor Paul Robert, tipo de mulato elegante, popular en el barrio; Dauphin, que firmaba *Pimpinelly*; Monprofit; Maurice Montégut; Tiret-Bognet, dibujante militar, y Uzès, dibujante satírico, que formaban, con Somm, dibujante japonés, y con Caran d'Ache, Steinlen, Forain y Rollinat una falange de dibujantes originalísimos.

En la *Grand Pinte* se contentaban con reunirse para beber cerveza y hablar de arte, de literatura y de mujeres. Salis convocó á estos artistas y escritores para cantar, dibujar y escribir, y no tardó en combinar con la expendición de bebidas la de un periódico humorístico que llevaba la misma muestra que la taberna.

Estas cosas habían principiado con la organización de un saloncito, más elevado que la sala común, donde únicamente eran admitidos los camaradas del tabernero; todos artistas para quienes las heroicas vírgenes de Montmartre, de la Ciudad Santa, no tenían bastantes laureles. Al saloncito reservado

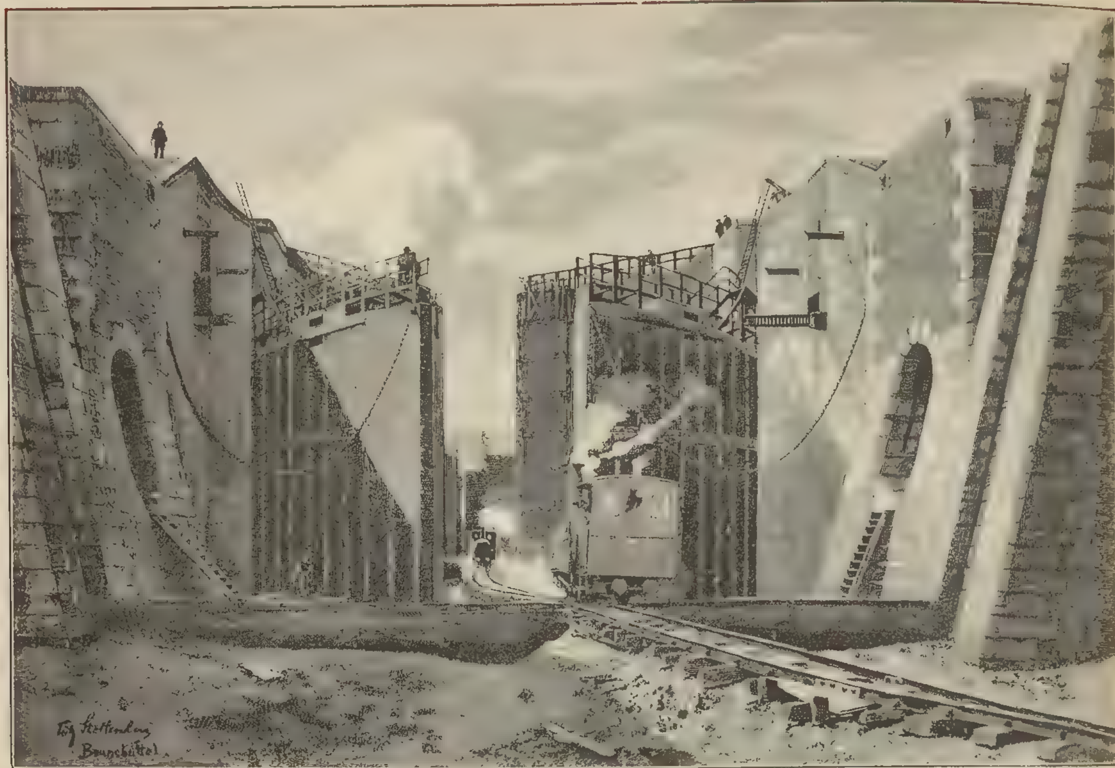
¡La sociedad de los *Hidrópatas* había muerto y vivía el *Chat-Noir!*

Desgraciadamente, muchos de los socios han sufrido igual suerte que aquella jovial institución, que cayó del apogeo de la vida al abismo de la muerte. Monselet y Villiers de l'Isle-Adam murieron pobres después de haber derrochado inapreciables tesoros de ingenio. André Gill y Guy de Maupassant perdieron la razón antes de perder la vida. Charles Cros y otros jóvenes fueron sorprendidos por la muerte en medio de sus primeros triunfos. Augusto Vacquerie sintió apagarse en pocos instantes aquel fuego vital que le había permitido batirse diariamente con éxito durante más de medio siglo en las trincheras del periodismo militante. El último desaparecido es Harry-Alis, muerto trágicamente en duelo, y á quien mi patria mallorquina debe una colección de interesantes artículos, impresiones de un viaje que, á instancias mías, hizo mi malogrado amigo á la mayor de las Baleares en 1888.

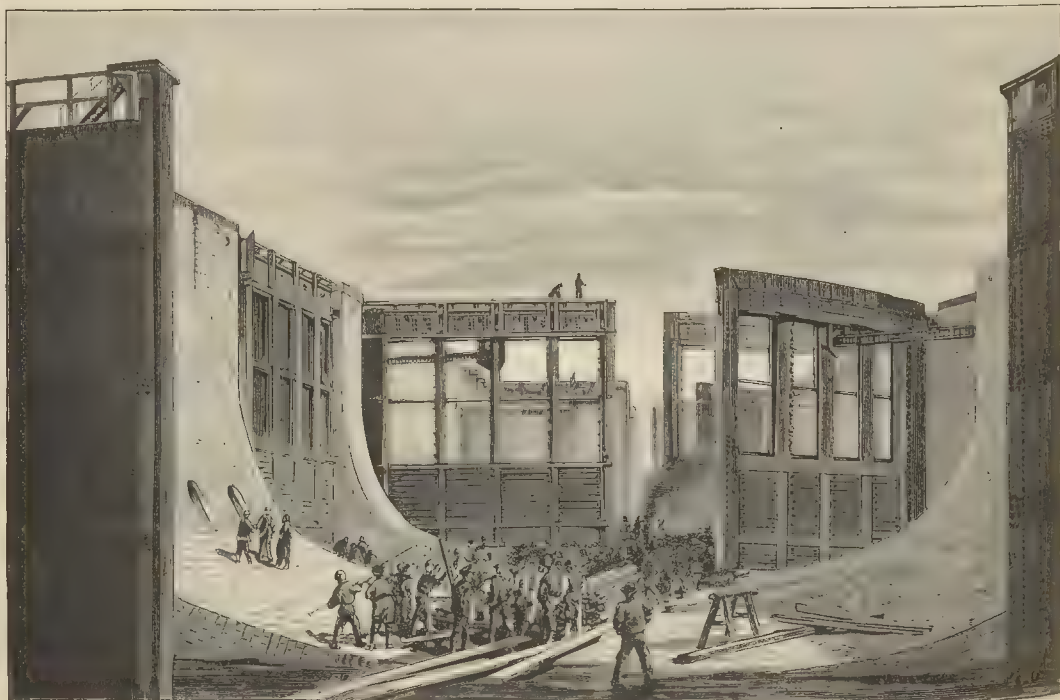
Emigrada la Nueva Bohemia á Montmartre, sólo quedaron en el barrio Latino algunos sótanos líricos que la prefectura de policía acaba de cerrar: los conciertos *Boyer* y del *Monôme*, situados en la calle de Champollion; el de la *Bohemia*, calle de Saint-Jacques; los sótanos del *Sol de Oro* (plaza de Saint-Michel), de los *Alpes* (calle de Gay-Lussac), y de *Vallier*, plaza Maubert; establecimientos que habían degenerado en sentinas de prostitución y escándalo.

Poco después de la inauguración del *Chat-Noir*


PARÍS. – LA TABERNA DEL «CHAT NOIR.» – EN EL SALÓN CENTRAL, dibujo de S. Azpiazu



El canal de Kiel. Interior de la cámara de la esclusa de Brunsbüttel, dibujo del natural de Federico Stoltenberg



El canal de Kiel. Interior de la cámara de la esclusa de Holtenau, dibujo del natural de Fernando Lindner



Vista de una parte del canal de Kiel, dibujo del natural de Federico Stoltenberg



Construcción del canal de Kiel. El puente de Grunenthal, dibujo del natural de Federico Stoltenberg

se le dió el nombre de Instituto, y esta denominación sugirió á Salis la idea de vestir de académicos á sus criados. Allí dieron principio las «tardes literarias,» que fueron semanales antes de ser cotidianas, y se celebraban á puerta cerrada, exclusivamente para los iniciados en el misterio de tan codiciadas sesiones. En la acera se detenían los transeuntes, con atento oído y escrutadora mirada. El oído era á veces satisfecho, pues llegaban al exterior alegres cantos, voces declamatorias, aplausos y carcajadas. Los ojos, con menos fortuna, sólo podían vislumbrar, en el momento de abrirse la puerta á algún convidado, los fantasmagóricos personajes que se movían en una espesa nube de humo de tabaco.

En tales días, Fragerolle acompañaba al piano todo lo que le pedían, sin hacerse rogar, y tocaba aplaudidas piezas de su composición.

Salis hizo comprender á los artistas de su casa la utilidad que les reportaría manifestarse en público, interpretando sus propias obras. La idea fué acogida con entusiasmo. Los pintores hicieron cuadros para adornar las paredes; los poetas y los músicos compusieron canciones y poemas para divertir al auditorio, en tanto que el gran Rodolfo cuidaba de hacer funcionar la bomba de la cerveza, entre discurso y discurso á cual más estupendo.

Pronto el local fué exiguo para su numerosa clientela y sobre todo para contener el maravilloso lienzo *Parce Domine*, que Willette acababa de pintar. Ensanchóse á expensas de una relojería inmediata, y aún resultó pequeño. Por fin Salis adquirió en la calle de Laval el bonito hotel en que el *Chat-Noir* se halla instalado actualmente.

El *boulevard* Rochechouart guarda el recuerdo de mil extravagancias surgidas de aquella reunión de artistas y literatos de buen humor. Merece mentarse el entierro del amo de la casa, anunciado en su periódico, y coronó dignamente la serie de grandes farsas la elevación del famoso hostelero á la dignidad de rey de Montmartre.

Para esta ceremonia, Rodolfo I vistió un soberbio traje real, empuñó el cetro, salió de su hostería, y seguido de una inmensa muchedumbre, se fué á tomar posesión del Molino de la Galette. En la calle ocultó sus regias vestiduras bajo un ancho sobretodo, pero los numerosos amigos que le servían de escolta no cesaban de dar atronadores gritos de ¡Viva el rey! Y lo más extraordinario del suceso fué que los agentes de la policía se mostraron, en tal ocasión, inteligentes al extremo de tomar la cosa á risa.

El cambio de domicilio dió lugar á otra farsa monumental. El cortejo, precedido de maceros, rodeaba á Salis, á quien escoltaban numerosos guardias á la moda de Luis XIII. Detrás iban los carros de mudanza, custodiados por hombres de armas de la misma época.

El nuevo *Chat-Noir* agrupó en torno de los veteranos algunos reclutas de lo más selecto. Auriol, Doës, Delmet, Donnay, Ferny, Fernand Fau, Fénéon, Luisa France, Gondezki, Heinbreisck, Hyspa, Jonard, Joyeux, Lebean, Laumann, Montoya, Privas, Trimouillat, Thérésa, Vancaire, Willy y otros que renovaron sus reuniones en el primer piso, donde se halla actualmente instalado el teatrito de sombras chinescas.

Fué éste inaugurado por Somm con *El elefante*, humorada á la cual siguieron *Un crimen en ferrocarril*, de Lunel, y «¡1808!» de Carand'Ache, que inspiró á su autor el pensamiento de su famosa *Epopeya*, para la cual el cinc sustituyó por primera vez al cartón en el recorte de los personajes.

En 1888 se representó la *Tentación de San Antonio*, con decoraciones costosísimas, imitando vidrieras de colores. Después siguieron *La conquista de Argel*, por Romblet; *La noche de los tiempos*, cuarenta cuadros de Robida; *La marcha á las estrellas*, por Rivière y Fragerolle; *Friné*, por Donnay y Rivière; *Roland*, por éste y Esparbés, con decoraciones en semicírculo y ciento un mecheros de gas; *Ailleurs*, por Donnay; *Santa Genoveva de París*, por Dauphin y Blanc; *Hero y Leandro*, por Haraucourt, y finalmente *El hijo pródigo*, por Fragerolle y Rivière.

Tales son las principales obras representadas con gran éxito en el teatro de sombras chinescas del *Chat-Noir*, y en las cuales han colaborado... en calidad de maquinistas Jouart, Rivière y Laumann; el barón Barbier, jefe de maquinaria; el barón Sellier, artífice en jefe; Somm, Mac-Nab, Delarne, Gandillot, archivero perpetuo; Alfonso Allais, jefe de batería; Delcourt, Villette, Esparbés, Robida, Jouy, Caran d'Ache, Haraucort y otros muchos que gozan de gran fama en el mundo de las letras y las artes.

El *Chat-Noir* ha encontrado imitadores en todo Montmartre y aun en la margen izquierda del río que vió florecer á los *hidrópatas*. Muchos colaboradores de Salis desertaron de la famosísima taberna, y el mismo hostelero desapareció de la calle de Laval para ir á cultivar, lejos del mundanal ruido, coles y zanahorias en su finca *Chatnoirville*.

Pero la nostalgia de su reino les hizo volver pronto, y el *Chat-Noir* ha recobrado la vida y esplendor de sus mejores tiempos.

Los dibujos de Azpiazu que acompañan á esta crónica me ahorran la descripción de tan curioso establecimiento, hoy frecuentado por lo más encopetado de la sociedad parisiense, sin excluir á los príncipes de sangre real ni á las testas coronadas.

Actualmente constituyen el espectáculo diario, además del cuarteto que toca en la sala baja, varias piezas de sombras chinescas con admirables decoraciones, música instrumental y voces humanas, canciones al piano y recitación de versos humorísticos.

Al lado de los viejos autores é intérpretes de la casa, brillan por su talento original y simpático los jóvenes Goudezki, Richard, Brun, Zamacois (hijo del pintor español de este nombre), Bonneau y Montoya, otro español de origen, que después de haber servido como médico en la marina, ha sacrificado el arte de Galeno en aras de las Musas.

JUAN B. ENSEÑAT



Bellas Artes. – BARCELONA. – Feliz idea ha sido la de completar el certamen de plantas y flores organizado en el Palacio de Bellas Artes por la Sociedad Catalana de Horticultura con una exhibición de obras de arte, que resulta interesante por el número y valía de las obras expuestas. En ella figuran las producciones de otras épocas, representadas por un buen número de cuadros aportados por la Academia de Bellas Artes, obra de artistas que se singularizaron en la reproducción de flores y frutas, como Laconia, Jubany, Espinosa, Ferrer, Molet, Planella, Lorenzale, Sans, Serra y Porsón, etc., notándose en todás y cada una de las composiciones las diversas tendencias imperantes en los períodos en que se produjeron y la influencia que en los artistas ejercieron determinadas escuelas. El tiempo ha apagado la brillantez de los matices, que resultan en algunas obras más obscurecidos por la tonalidad de los fondos; pero aun así, nótase la maestría, el profundo conocimiento técnico y el buen gusto que distinguió á los artistas que las produjeron.

Los cuadros de Mirabent, Ricardo Martí, Aurelio Tolosa, Pascó y Armet representan el arte moderno. Todos dan muestra de su habilidad y de su buen gusto, ya en el modo de agrupar las varias flores que constituyen sus composiciones, ya en la interpretación de sus delicados tonos. Mirabent distínguese por sus magistrales estudios de uvas, pintados con primorosa exactitud, y por sus admirables peonías, que al igual de las rosas y peonías también de Ricardo Martí, frescas y jugosas, pintadas sobre fondos claros, parece como si de ellas se exhalara purísimo y delicado aroma. Siguen á éstos los cuadros de Aurelio Tolosa, asimismo recomendables, llamando la atención por su carácter decorativo, de marcado estilo francés, un biombo y un grupo pintado sobre gasa por la señorita María Tolosa. Dos bonitas cuanto picarescas cabecitas de chula destacándose de entre un grupo de rojos claveles ha aportado José Armet, y varios interesantes estudios de plantas, flores y frutos mejicanos José-Pascó, entre los que merece singular mención un acabado estudio de *philodendrum*.

Aplauso merece también el joven pintor cubano Sr. Tejada por su cuadro de frutas americanas y la Sra Ubach por sus claveles de varios matices.

Un lienzo de frutas de Gessa, dos bodegones de Checa, otro de Pallarés y un cuadro místico de Birkinger ha remitido el Musco Municipal de Bellas Artes, verdaderas obras ejemplares.

Varios dibujos, entre los que descuellan los de Xumetra, que exhibe algunos de carácter decorativo y de flora ornamental; un precioso jarrón de hierro forjado y repujado, obra del inteligente artífice C. González, y dos jarrones de barro cocido, obra del escultor Tasso, completan la Exposición de obras de arte, recientemente inaugurada, que constituye una sección interesante de la de plantas y flores.



El canal de Kiel. – **Puente giratorio de Taterpfahl** (de una otografía)



Sorprendí la conversación de dos respetables viudas

UN BUEN TÍO Y UN BUEN CURA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETE, PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO. – ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

El cotillón me produjo el más vivo entusiasmo, y cuando mi tío, que tenía el aspecto de un mártir, nos hizo seña de que era tiempo de irnos, grité de un extremo del salón al otro:

– Tío, no me llevará usted de aquí sino por la fuerza de las bayonetas.

Pero tuve que prescindir de las bayonetas y seguir á Juno que, bella y digna como siempre, se apresuró á obedecer á su padre sin hacer caso de mis recriminaciones.

Una vez en mi cuarto, me desnudé bastante despacio; pero en traje de noche y á punto de acostarme, me acometió una gana de comer irresistible. Cogí el almohadón y me puse á valsar con él cantando á voces.

Juno, cuya alcoba no estaba lejos de la mía, entró un poco asustada.

– ¿Qué haces, Reina?

– ¡Ya lo ves, estoy valsando!

– ¡Dios mío, qué niña eres!

– Querida mía, si la humanidad tuviese talento, valsaría día y noche.

– Vamos, Reina, hace frío, vas á ponerte mala. Acuéstate, te lo ruego.

Tiré el almohadón en un rincón y me metí entre las sábanas. Blanca se sentó al pie de la cama é improvisó una arenga. Se esforzó en probarme que la calma, en todos los actos de la vida, es una gran cualidad; que cada cosa debe hacerse á su tiempo y lugar; que después de todo un almohadón no le parecía absolutamente un bailarín muy agradable, y...

– En cuanto á eso, soy de tu parecer, dije, interrumpiéndola con viveza; solamente los bailarines de carne y hueso son serios y agradables, mucho más cuando tienen bigotes; ¡sobre todo bigotes rubios!

Dicho esto, me dormí y no me desperté hasta las tres de la tarde del día siguiente.

Cuando estuve vestida, el Sr. de Pavol me rogó que fuese á verle. En seguida acudí á su invitación, pensando que el cerebro de mi tío acababa de concebir algún sermón. Al ver su aire de solemnidad, comprendí que mis conjeturas eran exactas, y como siempre he gustado de mis comodidades, así durante los sermones como en las demás circunstancias de la vida, cogí una butaca en la cual me tendí cómodamente, crucé las manos sobre mis rodillas y cerré los ojos, tomando una actitud de profundo recogimiento.

Al cabo de dos segundos, no oyendo nada, dije:

– Y bien, tío, ¿qué quiere usted?

– Concédeme la gracia de ponerte derecha, Reina, y de tomar una actitud más respetuosa.

– Pero tío, dije abriendo los ojos con admiración, no tenía la intención de faltarle á usted al respeto; tomaba esa posición para escucharle mejor.

– ¡Reina, me harás perder la cabeza!

– Es muy posible, tío, respondí tranquilamente; el señor cura me dijo muchas veces que le haría morir antes que él recogiese el fruto de su trabajo.

– En verdad, ¿crees que yo tengo ganas de darme al diablo á causa de una niña mal educada?

– Desde luego, tío, espero que no se dará usted jamás al diablo, aunque tenga bastante afición á ese personaje: después, sentiría en extremo perder á usted, porque le quiero con todo mi corazón.

– ¡Jum..., estamos bien! ¿Quieres manifestarme ahora por qué, después de mis lecciones y mis consejos, te has conducido anoche de una manera tan inconveniente?

– Especifique usted las acusaciones, tío.

– Sería muy largo, porque todo lo que hiciste estuvo mal hecho; parecías un caballo desbocado. Entre otras cosas, cuando viste al señor de Conprat le llamaste por su nombre de bautismo: yo estaba cerca de ti y advertí que su pareja hallaba eso muy extraño.

– Le creo capaz de ello; tenía el aire de un ganso.

– Yo no soy un ganso, Reina, y te digo que era inconveniente.

– Pero tío, es nuestro primo, le vemos casi todos los días. Blanca y yo le llamamos siempre Pablo, cuando hablamos de él, y hasta cuando nos dirigimos á él directamente.



Blanca se sentó á los pies de la cama é improvisó una arenga

– Eso pasa en la intimidad, pero no en sociedad, donde nadie está obligado á conocer el parentesco y las relaciones de las gentes.

– ¿Así, es necesario proceder de un modo en familia y de otro en sociedad?

– Me esfuerzo en decírtelo, Reina.

– Es hipocresía, ni más ni menos.

– ¡En nombre del cielo, sé hipócrita, no te pido más que eso! Además, parece que has dicho á cinco ó seis jóvenes que eran muy bonitos.

– ¡Era verdad!, exclamé en un arranque de simpatía por mis bailarines. ¡Tan agradables, tan atentos, tan complacientes! Después me había embrollado en mis promesas y temía haberlos contrariado.

– Entretanto me contrarías mucho, Reina; hace cerca de siete semanas que Blanca y yo tratamos de enseñarte que es de buen gusto ponderar nuestros movimientos y la expresión de nuestras sensaciones; sin embargo, aprovechas todas las ocasiones de decir y de hacer tonterías. Tienes imaginación, eres coqueta, por desgracia para mí tienes una cara en extremo bonita, y ..

– ¡Sea enhorabuena!, interrumpí con satisfacción. ¡Así es como á mí me gustan los sermones!

– Reina, no me interrumpas, hablo seriamente.

– Vamos, tío, razonemos. La primera vez que usted me vió, dijo: «¡Es usted diabólicamente bonita!»

– ¿Y bien, Reina?

– Y bien, tío, ya ve usted que no siempre se puede reprimir un primer movimiento.

– Es posible, pero se debe intentar y sobre todo escucharme. A pesar de tu juventud y de tu pequeña estatura, tienes la apariencia de una mujer. Procura tener su dignidad.

– ¡Su dignidad!, dije admirada, ¿para qué?

¿Cómo... para qué?

– No comprendo, tío. ¡Cómo! ¿Me predica usted la dignidad cuando el gobierno tiene tan poca?

– No veo la relación... ¿Qué nueva extravagancia es esa?

– Pero tío, usted pretende que el gobierno pasa el tiempo en jugar al volante; para un gobierno, francamente, eso carece de dignidad. ¿Por qué simples mortales habrían de ser más dignos que ministros y senadores?

Mi tío se echó á reir.

– Es difícil responderte, Reina; te resbalas entre las manos como una anguila. Sea lo que quiera, te afirmo que si no quieres escucharme, no irás más á ninguna parte.

– ¡Oh, tío! ¡Si hiciese usted semejante cosa, sería digno de los tormentos de la inquisición!

– Estando abolida la inquisición no seré atormentado; pero tú me obedecerás, estate segura de ello. No quiero que mi sobrina tome costumbres y maneras que, si son soportables á su edad, la harían pasar más tarde por...

– ¿Por quién tío?

El Sr. de Pavol tuvo un violento golpe de tos.

– ¡Jum!, por una mujer educada en los bosques ó algo parecido.

– ¡No sería tan tonta esa apreciación! El Buissón y los bosques se asemejan mucho.

– En fin, Reina, convéncete de que te he hablado seriamente. Retírate y reflexiona.

Por esta vez comprendí que no debía tomar á broma esta represión formidable. Por eso me encerré en mi cuarto, donde estuve enfadada veintiocho minutos y medio, espacio de tiempo durante el cual sentí germinar en mi corazón el deseo laudable de hacer conocimiento con la ponderación.

XIII

Pronto supe que algunas veces los proverbios no usurpan su reputación de prudencia; que en ciertos casos querer es poder, y que con un poco de buena voluntad podría poner en práctica los consejos de mi tío. No quiero decir con esto que no haya cometido más tonterías, ¡oh!, no, las he hecho aún con bastante frecuencia, pero logré desembriagarme y tomar posesión de una calma relativa.

Por lo demás, si mi tío me reprendió, fué más bien, como lo dijo él mismo, en previsión del porvenir, porque yo me encontraba en un elemento en que mis actos y mis palabras eran juzgados con la mayor indulgencia. Elemento lleno de amenidad, de urbanidad, de tradiciones corteses, en el cual, sin saberlo, tenía gran número de parientes y de aliados.

Gracias á mi nombre, á mi belleza, á mi dote, muchos pecados contra los miramientos sociales me fueron perdonados. Yo era la niña mimada de las viudas de calidad, que se complacían en contar anécdotas sobre los más considerables de mis próximos parientes y sobre ciertos abuelos, cuyas hazañas debieron ser muy notables para que aquellas amables marquesas hablasen de ellas con tanto entusiasmo. Descubrí con satisfacción que los antepasados sirven para algo en la vida y cubren con su égida las osadías y las extravagancias de las jóvenes descendientes que salen del fondo de los bosques.

Yo era la niña mimada de los maridos en perspectiva que, en mis hermosos ojos, veían brillar mi dote; la niña mimada de los bailarines, á quienes divertía mi coquetería, y confieso bajo, muy bajo, que experimentaba una dicha inmensa en destrozar los corazones y en transformar algunas cabezas en veletas.

¡Oh coquetería, qué encanto se encierra en cada letra de tu nombre!

Era necesario que este sentimiento fuese innato en mí, porque, después de dos ó tres saraos, yo conocía sus detalles, sus gradaciones y sus artificios.

Yo quisiera ser predicador, nada más que para predicar la coquetería á mi auditorio y negar la absolución á las penitentas bastante privadas de juicio para no entregarse á ese pasatiempo encantador. Quizás no permanecería mucho tiempo en la comunión de los fieles; pero en mi corta carrera, creo que haría algunos prosélitos. Compadezco á los hombres que, creyendo conocerlo todo, ignoran los placeres más finos y más delicados. A mi modo de ver, tienen una vida de pepino..., de melón todo lo más.

Mientras yo desplegaba la mayor actividad y revolucionaba los corazones, Blanca permanecía tranquila, bella y ufana, demasiado segura de su belleza para agradar sin ningún esfuerzo y demasiado digna para descender á las agitaciones y á los recursos de mala especie, que eran mi alegría.

Sin embargo, calmada la primera efervescencia, me puse muy pronto á reflexionar que el Sr. de Conprat tardaba un tiempo infinito en enamorarse de mí. Él me veía bajo todos los aspectos, vestida con elegancia y lujo, vestida con sencillez, coqueta, seria, algunas veces melancólica, raramente, debo confesarlo, y á pesar de esta diversidad de aspectos, que impedía á la monotonía acompañar á mi persona, no solamente no se declaraba, sino que parecía verdaderamente que me trataba como á una niña. Las palabras del señor cura: «Esté usted segura de que la ha tomado por una niña sin importancia,» comenzaban á turbarme sobre manera.

No obstante mi coquetería, mis placeres y mis numerosas distracciones, jamás mi amor se alteró un momento. Sin duda la animación de mi vida me impidió pensar en él constantemente, y esto es lo que explica mi larga ceguedad; pero nunca tuve la idea de hallar un hombre más encantador que Pablo de Conprat. Con todo, entre los que me hacían la corte, había algunos que tenían una semejanza real con los tipos de Walter Scott que yo había admirado mucho. Varias veces me pregunté cómo mi héroe, con su cara alegre y su apetito maravilloso, había podido impresionarme tan vivamente, cuando mi ánimo estaba bajo la influencia de personajes imaginarios que tan poco se le parecían. He ahí un asunto psicológico que entrego á las meditaciones de los filósofos, porque yo no tengo tiempo para hacerlas; hago constar el hecho, saludo á la filosofía y continúo

El 23 de octubre tuvimos un último sarao en una quinta situada cerca del Pavol. Me puse un traje azul claro con dos ó tres adornos prendidos en mis cabellos negros y que me caían junto á la oreja. Estaba extraordinariamente bonita, y aquella noche tuve un éxito loco. Éxito tan serio, que la semana siguiente fueron dirigidas á mi tío cinco peticiones de matrimonio que me convenían. Pero yo estaba inquieta, febril, atormentada, y contra mi costumbre, no gocé de las impresiones favorables y excesivas producidas por mi hermosura.

Esperaba con impaciencia al Sr. de Conprat para observarle con ojos que comenzaban á abrirse. Generalmente llegaba muy tarde, con tres ó cuatro jóvenes que componían la alta sociedad elegante de la localidad. Estos señores, estando gastados desde su más tierna edad y hallando molesto, fatigoso y aflictivo en extremo el valsar con mujeres bonitas, hacían algunas invitaciones con ademán de aburrimiento é impertinencia, excepto Pablo de Conprat, demasiado excelente, demasiado natural para no bailar con la satisfacción que exigían las circunstancias. Sin embargo, debo decir que mi alegría disipaba el fastidio de aquellas víctimas infortunadas de la experiencia como un hermoso sol disipa una ligera niebla. Yo sabía excitarlos tan bien, animarlos, hacerlos cambiar á todos los vientos de mis caprichos, que mi tío decía: «Tiene el diablo en el cuerpo.»

¡Sea tenido por vil el que piense mal!

Observé con despecho que Pablo valsaba frecuentemente con Blanca, mientras que á mí me invitaba rara vez, sin manifestar ningún interés. Redoblé mi coquetería para llamar su atención; pero ¡qué le importaba! Su cabeza y su corazón estaban lejos de mí, y me refugié en un rincón retirado, negándome enérgicamente á bailar.

Hacía algunos instantes que me ocultaba entre las colgaduras que separaban el gran salón de un gabinete donde varias señoras estaban sentadas, cuando sorprendí la conversación de dos respetables é ilustres viudas cuya conquista había hecho.

– Reina está encantadora esta noche: como siempre, es la más admirada.

– Blanca de Pavol es más hermosa, sin embargo.

– Sí, pero tiene menos encantos. Es una reina desdeñosa, y la señorita de Lavalle una adorable princesita de los cuentos de hadas.

– Princesa es la palabra: ella es de raza, y lo que chocaría en otras, es encantador en ella.

– Se dice que el casamiento de su prima con el Sr. de Conprat está acordado.

– Lo he oído decir.

Por espacio de algunos segundos, orquesta, ilustres viudas, bailarines, ejecutaron delante de mí un baile sin nombre, y para no caerme tuve que asirme á las colgaduras entre las cuales me había ocultado.

Pasado mi desvanecimiento, el salón brillante me pareció cubierto de una gasa espesa; con gran sorpresa de Juno, fuí á suplicarla que nos fuésemos inmediatamente sin esperar el cotillón.

Al volver al Pavol me decía: «¡No es verdad, estoy segura de que no es verdad! ¿Por qué tanto turbarme?»

Pero me desnudé llorando, con la idea de que iba á caer sobre mí una inmensa desgracia.

No obstante, como nada es más versátil que una imaginación de diez y seis años, al día siguiente volví á tener esperanza y califiqué las habladurías de aquellas señoras de chismes sin importancia. Yo resolví observar cuidadosamente al Sr. de Conprat, y estaba en una disposición de ánimo que permitía al menor indicio explicarme hasta las impresiones pasadas y fugitivas.

En la tarde de aquel día nefasto estábamos todos en la sala. El comandante y mi tío jugaban una partida de ajedrez, Blanca tocaba una sonata de Beethoven, y yo, tendida en una butaca, examinaba por debajo de mis párpados medio cerrados la actitud y la fisonomía de Pablo de Conprat. Sentado junto al piano, un poco detrás de Juno, la escuchaba con seriedad, sin cesar de mirarla. Parecióme que la expresión de seriedad no le convenía y podía calificarse de aburrimiento, y me confirmé en mi opinión al observar que se esforzaba en disimular algunos bostezos intempestivos. Entonces fué cuando súbitamente recordé mi propia satisfacción cuando él tocaba aires de bailes, y comprendí que me gustaban, no los aires, sino el que los ejecutaba, y que él experimentaba idénticamente el mismo sentimiento. ¡Buen cuidado se le daba de Beethoven! Pero estaba enamorado de Blanca, y las cosas antipáticas á su naturaleza le agradaban en la mujer á quien él amaba.

Juno acabó de tocar su insoportable sonata, y Pablo le dijo, llevado de un movimiento de entusiasmo cuyo motivo oculto me era conocido:

– ¡Qué gran maestro es Beethoven! Lo interpreta usted perfectamente.

– ¡Usted ha bostezado!, exclamé saltando tan bruscamente que los jugadores de ajedrez gruñeron que era un portento.

– ¡Te creí dormida, Reina!

– No, no dormí, y te digo que Pablo ha bostezado mientras tú tocabas la música de ese maldito Beethoven.

– Reina detesta tanto la música, dijo mi tío, que atribuye á los demás sus ideas personales.

– ¡Sí, sí, mis ideas me sirven para hacer bellos descubrimientos!, respondí con voz trémula.

– ¿Qué te sucede, Reina? Estás de mal humor porque no has dormido anoche.

– No estoy de mal humor, Juno; pero detesto la hipocresía, y repito, sostengo y sostendré hasta la muerte exclusivamente que Pablo ha bostezado, ... bostezado.

Después de esta salida, huí de allí como un torbellino, dejando á todos sumergidos en la estupefacción.

Me encerré en mi alcoba y me paseé á lo largo, á lo ancho, renegando de mi ceguedad y dándome grandes puñetazos en la cabeza, según la moda de Perrina cuando se encontraba en algún apuro. Pero los puñetazos en la cabeza, además de que pueden alterar el cerebro, no han sido nunca un remedio para un amor desgraciado, y profundamente desalentada, me dejé caer en una silla poltrona donde estuve largo tiempo en la mayor aflicción

Como en todas las ocasiones de esta clase, yo me acordaba de las palabras y de los detalles que hubieran debido desengañarme muchas veces. El sentimiento que me dominaba, en medio de otros muchos

muy confusos, era el de una cólera viva, y mi vanidad, despertándose grande é irritada, me hizo jurar que nadie notaría mi pena. Yo era sincera, y creía firmemente que me sería fácil disimular mis impresiones cuando tenía por costumbre manifestarlas francamente.

Yo atravesaba uno de esos momentos de irritación durante los cuales la persona más pacífica siente un deseo violento de ahogar á alguien ó de romper alguna cosa. Los nervios que no pueden aliviarse con las lágrimas, necesitan un desahogo cualquiera, y yo descargué mi cólera sobre mis muñequitos de barro, cuyos gestos y sonrisas me parecieron de repente odiosos y ridículos, tirándolos inmediatamente por la ventana, experimentando un áspero placer cuando oía que se rompían al caer en la arena de la alameda. Pero mi tío, que pasaba por allí, recibió uno de ellos en su venerable cabeza, provista, por fortuna, de un sombrero, y pareciéndole que mi procedimiento no estaba conforme con todas las leyes de la etiqueta, respondió con una enérgica exclamación.

–...¿A qué ejercicio del diablo te entretienes ahí, Reina?

–Tiro mis muñequitos de barro por la ventana, tío, contesté acercándome á ella, de la cual estaba bastante lejos para lanzar los proyectiles con más fuerza.

–¿Es una razón para romperme la cabeza?

–Mil perdones, tío, no había visto á usted.

–¿Te has vuelto loca súbitamente, Reina? ¿Por qué rompes los muñequitos?

–¡Me irritan, tío, me impacientan, me enervan!.. Ahí va el fin.

Tiré cinco de ellos á la vez, y cerrando bruscamente la ventana, dejé al Sr. de Pavol echando pestes contra las sobrinas, sus caprichos y el desorden de la alameda.

Por la noche me echó un sermón, pero lo escuché con la mayor impasibilidad; porque un miserable sermón, en medio de mis graves inquietudes, me producía el efecto de una burbuja de jabón reventándose en mi cabeza.

Después de comer fuí á contemplar los muñequitos de barro que yacían lastimosamente en la alameda. ¡Destrozados, pulverizados! Absolutamente como mis ilusiones y mi dicha, que yo creía perdidas para siempre.

XIV

Quizás cause admiración mi falta de perspicacia; pero ¿quién es el que, sin tener la excusa de mis diez y seis años, no ha dado, al menos una vez en su vida, la prueba de una ceguedad increíble? Yo quisiera saber si existe un solo hombre que no se haya calificado de imbécil al descubrir un hecho que no veía hacía largo tiempo, aunque estuviese muy visible. ¡Ah, cuán fácil es decirse perspicaz, y cuán fácil también el probarlo cuando se le explican á uno las cosas con los detalles más minuciosos!

Para mí era un verdadero suplicio el observar ahora al Sr. de Conprat, el explicarme todas las atenciones delicadas que tenía con Blanca, sabiendo muy bien cuál era el móvil secreto de ellas. ¡Cómo lloraba yo á escondidas! Pero no creo que jamás experimenté un gran sentimiento de celos contra Juno. ¡Oh, Dios mío, no! Yo era una criatura que amaba sincera y profundamente, pero ni la sombra siquiera de una pasión feroz se mezclaba con mi amor. Unicamente estaba en una irritación perpetua contra el Sr. de Conprat. Yo le imputaba mi mal humor con mis disgustos y amarguras, y no cesaba de contrariarle y de decirle cosas agridulces. Después me refugiaba en mi alcoba, donde me paseaba á pasos largos dirigiéndome discursos.

«¡Qué acertado es el enamorarse de una mujer cuya organización se parece tan poco á la vuestra! ¡Él tan alegre, tan hablador; tan hablador como yo habladora ciertamente! Y ella grave, silenciosa, adoradora de la etiqueta, mientras que á él le incomoda mucho algunas veces. ¡Nosotros nos conveníamos tanto! ¿Cómo no lo ha visto? Pero Blanca es tan buena como hermosa, él la conoce hace mucho tiempo, y en fin no se manda al amor.»

Pero estos bellos razonamientos no me consolaban.

Yo sollozaba por la tarde en la cama, algunas veces por la noche, y á pesar de mi resolución de ocultar mis impresiones, al cabo de quince días, los habitantes del Pavol se admiraban de mis excentricidades y de mis caprichos. Por la mañana estaba alegre hasta el punto de reir por espacio de dos horas enteras: por la tarde me sentaba á la mesa con semblante triste y no despegaba mis labios durante la comida.

Este silencio, tan opuesto á mis costumbres, inquietaba mucho al Sr. de Pavol.

–¿Qué ocurre en esa cabeza, Reina?

–Nada, tío.

–¿Acaso te fastidias? ¿Quieres hacer un viaje?

–¡Oh! No, no; sentiría en extremo dejar al Pavol.

–Si tienes interés en casarte, Reina, eres libre; yo no soy un tirano. ¿Estás arrepentida de la negativa con que has acogido las peticiones que se han sucedido últimamente?

–No, tío. He abandonado mis ideas; no quiero casarme.

Esas desgraciadas peticiones aumentaban aún mis disgustos. No podía oir hablar del matrimonio sin tener gana de llorar. Si el Sr. de Pavol no me instaba para que aceptase, me hacía ver las ventajas de cada partido é insistía un poco para que yo consintiese al menos en conocer á los que me pretendían. Él los hubiera calificado bastante fácilmente de casos extraordinarios, y entre los numerosos descubrimientos que yo hacía diariamente, el de la inconsecuencia de mi tío no es el que menos me sorprendió. En lo íntimo de mi corazón, creo que le preocupaban los deberes que le incumbían respecto de mi persona. Pero me dejaba enteramente libre, y para rechazar algunos partidos se contentó con mis razones, que no tenían pies ni cabeza.

–¿Por qué tanto decir que tenías prisa de casarte, Reina?, me preguntó Blanca.

–No me casaré antes de haber hallado lo que deseo.

–¡Ah!.. ¿Y qué deseas?

–No lo sé aún, respondí con la garganta oprimida.

Blanca me cogió la cara con sus manos y me miró con atención.

–Quisiera adivinar tu pensamiento, Reina. ¿Amas á alguien? ¿Es á Pablo?

–Te juro que no, dije, separando sus manos de mi cara. ¡No amo á nadie!, y cuando ame lo sabrás inmediatamente.

Si la muerte no fuese una cosa tan horrible, estoy segura de que me hubieran matado en aquel momento antes de hacerme confesar mi amor por un hombre que amaba á otra mujer, y cuando esta otra mujer era mi prima. Felizmente, no se trataba ni de la horca ni de la guillotina, cuya vista hubiera probablemente destruído mi estoicismo.

–Yo hago lo mismo que tú, Blanca, espero.

–Yo no tengo el mismo éxito que la lobita del Buissón, respondió ella sonriéndose. ¡Cinco peticiones á la vez!

–¡No me hables de ellas, te lo ruego; eso me fatiga, me incomoda, me pone fuera de mí!

Por desgracia, un sexto pretendiente que reunía las cualidades más raras, más extraordinarias, más completas, se puso de repente entre el número de mis adoradores. ¡Ah! Yo recogía lo que había sembrado, porque, desde mi entrada en el mundo, había tenido cuidado de decir sin reserva que deseaba casarme lo más pronto posible.

Mi tío me hizo llamar y juntos tuvimos una larga conferencia.

–Reina, el Sr. Le Maltour solicita la honra de casarse contigo.

–¡Buen provecho le haga, tío!

–¿No te agrada?

–Ni por pienso.

–¿Por qué? Dame razones, buenas razones; las del otro día, acerca de los partidos que has rechazado de un golpe, no valen nada.

–Esos partidos no eran aceptables, tío.

–Veamos, el Sr. de P... parecía muy bien.

–¡Oh! Un hombre de treinta años... ¿Por qué no un patriarca?

–¿Y el Sr. C.?

–¡Un hombre horroroso, tío!

–¿El Sr. N..., joven de mérito, muy inteligente?

–He contado sus cabellos, ¡no tiene más que catorce, á veintiséis años!

–¡Ah!.. ¿Y el pequeño D.?

–No me gustan los morenos. Además, es la nulidad más completa. Una vez casado, adoraría á su persona, sus corbatas y mi dote: ¡he ahí todo!

–Piensa de él lo que quieras. Pero volviendo al barón Le Maltour, ¿qué le reprochas?

–¡Un hombre que no ha bailado más que rigodones conmigo, porque no valso en tres tiempos!, exclamé con indignación.

–¡Grande ofensa! Reina, te lo repito, me parece absurdo el casarse tan joven; pero á pesar de tu dote y de tu belleza, quizás no volverás á encontrar nunca un partido como ese. Es un cumplido caballero, tengo las mejores noticias sobre su moralidad y sobre su carácter; una fortuna inmensa, un título, una familia honrada y muy antigua...

–¡Ah, sí, los antepasados!, como dice Blanca, interrumpí con desdén. Detesto á los antepasados, tío.

–¿Por qué?

–¡Gentes que no pensaban más que en batallar y en romperse las narices! ¡Qué idiotas!

–¡Pues bien! Yo sé que el escribano del tribunal de V... te encuentra encantadora; él no tiene antepasados; ¿quieres que se le diga que, por esa razón, la señorita de Lavalle está dispuesta á casarse con él?

–No se burle usted de mí, tío; ya sabe usted que soy noble hasta las uñas, respondí aprovechando esta ocasión para admirar mi mano y la punta de mis esbeltos dedos.

–Eso es lo que creo, si tu físico no engaña. Ahora, Reina, óyeme bien. Tú no conoces bastante al Sr. Le Maltour para hacer una apreciación de él, y



– Muy bien, tío, será lo que usted quiera

yo quiero que le veas muchas veces antes de dar una respuesta definitiva. Voy á escribir á la señora Le Maltour que la decisión depende de ti y que autorizo á su hijo á presentarse en el Pavol cuando lo tenga por conveniente.

–Muy bien, tío, será lo que usted quiera.

Cinco minutos después erraba en los bosques, presa de la más violenta agitación.

–¡Ah, es así!, decía, mordiendo el pañuelo para ahogar mis sollozos: ¡será bien recibido, ese Maltour! Dentro de cuatro días, quiero que haya desaparecido de mi presencia. ¡Y mi tío que no ve nada, que nada comprende!..

Yo me equivocaba. Mi tío, á pesar de mis súbitas pretensiones al disimulo, veía muy claro, pero obraba cuerdamente. No podía impedir que el Sr. de Conprat amase á su hija ni renunciar al sueño que él y el comandante acariciaban hacía mucho tiempo. Además, bien convencido de que mi sentimiento era poco profundo y de que no estaba exento de puerilidad, creyó que el mejor remedio para curar este capricho era el de desviar mis ideas hacia un hombre que, al amarme, supiese hacerse amar, en virtud de este axioma: el amor atrae el amor.

El razonamiento hubiera sido perfecto, si no hubiese pecado por la base.

Dos días después, la señora Le Maltour y su hijo llegaban al Pavol, con la sonrisa en los labios y la esperanza en los ojos. La excelente señora me dijo mil cosas amables, á las cuales respondí con la cara siniestra y ceñuda.

El barón era un buen sujeto.., no quiero decir con esto que fuese un tonto, ¡de ningún modo! Era inteligente, ingenioso, pero no tenía más que veintitrés años. Era tímido y muy apasionado, circunstancia esta última que no le desarrollaba el ingenio, pero que yo hubiera tenido mal gusto en reprochársela.

Al día siguiente vino á vernos sin su madre y se esforzó en hablar conmigo.

–¿Siente usted que no haya mas saraos, señorita?

–Sí, respondí con un tono tan fiero como el de Suzón.

–¿Se divirtió usted el otro día en casa de***?

–No

–Estaba brillante, sin embargo... ¡Qué lindo traje llevaba usted! ¿Le gusta á usted el azul?

–Evidentemente, puesto que el traje era azul.

El Sr. Le Maltour tosió discretamente para animarse.

–¿Le gustan á usted los viajes, señorita?

–No.

–¡Es extraño! La creía á usted de carácter emprendedor y aficionada á viajar.

–¡Idiotismo! Yo tengo miedo de todo.

La conversación duró algún tiempo en este tono. Desconcertado por mi laconismo y el interés con que yo seguía, con el aire más impertinente del mundo, las evoluciones de una mosca que se paseaba por uno de los brazos de mi butaca, el baron se levantó algo enrojecido y abrevió su visita.

(Continuará)



El eminente autor dramático catalán Federico Soler (Serafí Pitarra) y los principales personajes de sus obras dramáticas

NACIÓ EN BARCELONA EN 9 DE OCTUBRE DE 1839; HA FALLECIDO EN 4 DE JULIO DE 1895

(En el próximo número publicaremos un artículo necrológico)

UNA MINA DE DIAMANTES

EN AGUA SUJA (BRASIL)

La ciudad de Bagagem, situada al Norte de Uberaba (Brasil), fué en otro tiempo célebre por sus depósitos diamantíferos, en uno de los cuales se encontró el gran diamante Estrella del Sur: hoy están completamente abandonados, pero á 20 kilómetros de ellos, en la aldea de Agua Suja, ha sido desde 1867 muy productiva en diamantes la explotación de una gran masa de guijarros.

La estructura geológica de la gran comarca del Brasil situada entre Uberaba y el río Paranahyba es relativamente sencilla: como base para el asperón ferruginoso que forma aquellos campos encuéntrase un micasquisto rico en mica blanco, de un color gris cuando no está alterado y rojizo cuando está descompuesto. Este esquisto contiene innumerables fragmentos de cuarzo compacto y filones de cuarzo rico en turmalinas.



Escogimiento final del diamante en las minas de Agua Suja (Brasil)

La misma constitución geológica nos ofrece Agua Suja, y entre las arenas del riachuelo de este nombre se encuentran los diamantes y otros minerales, así como en las inmediaciones de aquella aldea hállanse abundantes y hermosos cristales cúbicos de granate.

Finalmente debemos consignar que entre los guijarros de esta localidad bien que como elemento muy raro y apenas observable en las finísimas arenas, hay pequeños cristales de circona blancos: un solo cristal de rubí ha sido allí encontrado por el doctor Luis Gonzaga de Campos.

Las condiciones del trabajo por medio del agua son favorables en Agua Suja.

El doctor Arena, propietario de la mina, ha utilizado una hermosa cascada inmediata á su instalación que le permite realizar la explotación por el sistema californiano.

El grabado que aparece en esta página es reproducción de una fotografía que representa la operación del escogimiento final del diamante. – GASTÓN TISSANDIER.

LA FIESTA DE LAS FLORES EN EL BOSQUE DE BOLONIA

No puede negarse que París es la ciudad que más se divierte, pero hay que decir también en honor de la verdad que ninguna capital hace lo que ella en pro de los desvalidos. Las instituciones benéficas cuentan allí con pingües recursos, y cuando se ha tratado de suscripciones para remediar alguna catástrofe nacional ó extranjera, los parisienses han demostrado siempre que también en esto ocupan en el mundo el primer lugar.

Todos los años se celebran en París grandes fiestas de beneficencia que producen magníficos resultados: una de ellas es la batalla de flores que organizada por el comité de la Caja de socorros de las víctimas del deber se verifica en el mes de junio en el Bosque de Bolonia. En aquel hermosísimo paseo se dan cita el día señalado todas las elegantes, las familias linajudas, las mujeres á la moda, las artistas en boga, los *clubmen* más distinguidos y en fin cuanto de notable el gran mundo parisiense tiene, en lujosos trenes unos, y otros á pie ó jinetes en briosos caba-


La fiesta de las flores en el Bosque de Bolonia, dibujo de G. Wertheimer

[illegible] ne cesa [illegible] las municiones y quedar el suelo cubierto con las hojas marchitas de las que momentos antes fueron encanto de los sentidos con sus brillantes colores y delicados aromas.

¡Hermosos combates inventados por la tan maltratada moda, donde no hay vencedores ni vencidos y donde en vez de derramarse sangre se recoge la limosna que ha de enjugar tantas lágrimas!

Mucho se ha censurado esa costumbre de hacer servir á la caridad de pretexto para diversiones mundanas: no negaremos la razón á los que tal censuran y convenimos con ellos en que la moderna filantropía no practica la más bella de las virtudes cristianas cuando así procede. Pero al considerar que en medio de la indiferencia y de la trivialidad modernas aún queda este recurso para aliviar la triste suerte de tantos desdichados, no podemos menos de bendecir estas fiestas, recordando que en pocos casos tanto como en estos el fin justifica los medios.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 15 de julio de 1895 — Núm. 707



LA ESTRELLA DE LA MAÑANA, cuadro de E. Sain (Salón de París, 1895)

ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos á los suscriptores de la **Biblioteca Universal** un nuevo tomo de OBRAS ESCOGIDAS DE VENTURA DE LA VEGA, que contendrá las renombradas comedias *Llueven bofetones, La escuela de las coquetas, Bruno el tejedor, El tío Tararira, La sociedad de los trece, Quiero ser cómico, El gastrónomo sin dinero, Una boda improvisada, Amor de madre, La familia improvisada, El testamento, El héroe por fuerza, Otra casa con dos puertas* y *La mujer de un artista.*

Como muchos de los señores suscriptores que lo son desde principio de este año no poseen el tomo primero de tan notable obra que publicamos el año pasado, les invitamos, para que tengan completa la colección, á que lo adquieran por el precio de CINCO pesetas, UNICO PARA LOS SUSCRIPTORES DE LA **Biblioteca Universal.**

Este primer tomo comprende todas las obras poéticas de tan ilustre autor, entre las cuales se cuentan *El hombre de mundo, Don Fernando el de Antequera, La muerte de César* y *La crítica de «El sí de las niñas»*, la *Fantasía dramática para el aniversario de Lope de Vega* y la loa *La tumba salvada.*

El éxito que el libro ha tenido nos mueve á aconsejar y recomendar á nuestros suscriptores la adquisición de este primer tomo por el módico precio antes indicado, con lo cual y tomando el que próximamente repartiremos tendrán una de las obras más salientes de nuestra **Biblioteca Universal.**

A fin de poder atender debidamente á las indicaciones que se nos hagan, rogamos á nuestros suscriptores y corresponsales se sirvan hacernos los pedidos para los que deseen el expresado tomo de las obras poéticas de Ventura de la Vega.

SUMARIO

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

VII

Permítanme los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que antes de pasar adelante en el ligerísimo examen que de las obras expuestas en la Exposición vengo haciendo en estas páginas, dedique unos párrafos al relato de un acontecimiento artístico que, por lo extraordinario, merece ser conocido.

No es un secreto para nadie que, á pesar de los buenos deseos del Jurado y de la ímproba labor que hubo de realizar para llevar á cabo con alguna equidad la distribución de los premios, la opinión y la crítica y aun el ministerio de Fomento, según de público se dice, no quedaron satisfechos de la justicia otorgada por los dignos individuos del tribunal calificador. Y tan insistentes fueron las censuras, que, en vista del largo plazo tomado por el ministerio para la aprobación de la propuesta de recompensas, se llegó á creer en la posibilidad de que el Sr. Bosch no pusiera su *exequátur* á la citada propuesta. Por fin, el ministro firmó, pero dejando sin efecto las medallas no reglamentarias.

Pocos días después de esto, un diputado pregunta en el Congreso al Sr. Bosch si el gobierno no pensaba en adquirir algunas obras, como se ha venido haciendo hasta ahora. A dicha pregunta el ministro contesta que había logrado recabar un crédito aproximadamente de ochenta mil pesetas para el objeto. Los artistas premiados dieron un brinco de gozo al saber la respuesta del ministro de Fomento, y se disponían ya para acudir á la dirección de Instrucción pública al primer aviso, cuando cátate con que una noche, cuantos habíamos escrito algo respecto de las obras expuestas recibimos un atento B. L. M. del ministro de Fomento, en el que nos invitaba á una reunión en el despacho ministerial; reunión que se celebró en efecto el miércoles 3 de este mes de Julio, bajo la presidencia del Sr. Bosch.

En breves palabras el Sr. Bosch nos rogó que, pues á pesar de los buenos deseos del Jurado, éste no había acertado á complacer á la opinión y á la crítica, le propusiéramos las obras que á nuestro juicio mereciesen ser adquiridas por el Gobierno y que aceleràsemos todo lo posible nuestro trabajo, pues deseaba conocer la opinión de la crítica antes de que se cerrase el certamen.

Sabidas son las diferencias de criterio que respecto de artes dividen á los inteligentes, críticos y artistas inclusive, y mucho más sabidas las que separan á la mayor parte de cuantos por afición unos, otros por obligación, han venido y vienen todavía ocupándose en las columnas de los periódicos de esta corte del actual certamen; así que creíamos, el Sr. Bosch el primero, que no llegaríamos á un acuerdo. En previsión de esto, se acordó que cada uno de nosotros hiciese una propuesta, y que el ministro escogiese aquellas obras que resultasen con mayor número de votos.

Dos han sido las reuniones celebradas, y no se hubiera celebrado más que una si ocupaciones imprescindibles, inherentes al oficio del periodismo, no nos hubieran impedido prolongar la sesión. En la primera, casi se completó la propuesta, y tan sólo cuatro ó cinco obras dieron motivo á discusiones y á recurrir á los votos. En la segunda se ultimaron varios detalles que quedaron pendientes de nuevo estudio, y se procedió á justipreciar las obras en varios tanteos, dividiéndolas en cuatro categorías, según su mérito.

Por rara casualidad, no ha obtenido ninguno de los cuadros premiados con medalla de oro ni un solo voto para su adquisición, exceptuando el titulado *¡A la guerra!*, que obtuvo tres contra siete. De la sección de escultura se propuso la adquisición del grupo *El sacamuelas.*

Como prueba de la amplitud de criterio con que se procedió en la tarea de proponer las adquisiciones de las obras, debo hacer constar que al lado de cuadro tan ceñido á cierta ortodoxia llamada por los modernistas *escuela vieja*, cual es el de Cecilio Pla *Lazo de unión*, se propusieron el de Casas *Garrote vil* y el de Rusiñol *Patio azul.* Este último fué borrado á última hora de la lista de los propuestos, por haberse sabido que era de propiedad particular.

A pesar de que cuando este artículo vea la luz pública será conocida ya la resolución del ministro, sin embargo apuntaré algunos de los títulos de las obras que han sido indicadas para su adquisición:

La bendición de la barca, de Sorolla; *Epílogo*, de Cutanda; *Lazo de unión*, de Pla y Gallardo; *La conjura*, de Graner; *Llano de Tarrasa*, de Vancells; *Sudeste*, de Alvarado; *Tocador de una pompeyana*, de Iniesta; *Garrote vil*, de Casas; *Juvenilla* (estatua), de Reynés; *Lago de Como*, de Meifrén; *La gloria del pueblo*, de Fillol; *El flauto mágico*, de Alcázar; *El afilador* (estatua), de Viciano; *La buenaventura*, de Saint-Aubin; *Séneca* (estatua), de Inurria. Y en propuesta adicional, por entender la comisión que lo alto de su mérito no hace posible justipreciarlo en el bajo precio en que, por ceñirse á la cantidad de que dispone el Estado, ha sido preciso tasar las obras, se recomienda la adquisición del cuadro *La siega de Andalucía*, de Bilbao, y en primer término una reproducción en bronce de la estatua de *Trueba*, de Mariano Benlliure; pues creen de equidad los firmantes que figure esta obra, la primera escultórica que en España ha merecido la distinción del premio de honor, allí donde figura el lienzo *Doña Juana la loca* de Pradilla, que como es sabido obtuvo igual recompensa en la exposición de Bellas Artes de 1878.

Y prosigo con el estudio del actual certamen.

La gloria del pueblo es un cuadro de género que si acusa cierto mal gusto en la composición de la escena y un si es no es de falta de distinción y nobleza en las figuras, tiene sin embargo otras condiciones verdaderamente dignas de ser apreciadas como reveladoras de un pintor y de un observador no vulgar: tipos y lugar de la escena están admirablemente tratados y comprendidos. El color es sobrio y castizo y el dibujo firme. Representa este cuadro la llegada á un pueblo del hijo á quien la fortuna encumbró llevándole á ocupar los primeros puestos en la corte. A la plaza del villorrio natal llega en su berlina el grande hombre. A recibirle salen con los ancianos padres, que emocionados le abrazan, las autoridades y vecinos pudientes, á quienes rodean las gentes que componen el escaso vecindario; una murga ameniza el momento solemne. *La gloria del pueblo* baja del lujoso carruaje y tiende los brazos á una anciana que apenas la columbra el espectador, confundida entre la multitud.

Entre las figuras más sentidas descuella la del padre, quien, vuelto de espaldas al espectador, se enjuga los ojos, y en primer término un baturro que mira con curiosidad aquella escena. Esta segunda figura está magistralmente pintada.

Por lo contrario del de este cuadro, peca el autor del titulado *A la epístola.* El primero queriendo quizá acentuar la tosquedad de los personajes de su obra, para que resalte con el mayor vigor posible la figura cortesana del grande hombre (que viaja con sombrero de copa); el segundo queriendo, á mi ver, ofrecernos un tipo de señorita elegante, nos la pinta con un vestido azul claro, tocada con sombrerillo de muchos lazos y flores, al lado de la mamá vestida de negro y envuelta la cara en un velo del mismo tono del cuadro. La idea que desarrolló en este cuadro el Sr. Santa María no me parece muy plausible, ni como interesante ni como pictórica. Fondo del cuadro, el interior de una iglesia; personajes, la citada mamá que, de rodillas en una de esas sillas reclinatorios que se alquilan en los templos, lee con gran atención en el libro de misa; al lado de la mamá, en primer término, una joven vestida como más arriba dejo indicado, arrodillada también en otra silla, hace como que lee en el devocionario, mientras que con la mano izquierda entrega una *epístola* á la vieja encargada de recoger en una alcancía de metal el precio del alquiler de los asientos reclinatorios. La vieja Celestina mira hacia el fondo de la iglesia, donde tras una verja se ve á un oficial de caballería que atiende ó que parece atender á lo que vieja y niña hacen.

Como juzgarán mis lectores, el asunto no es muy nuevo; y para desarrollado en un lienzo de cerca de tres metros, me parece demasiado poco importante. De las figuras, la mejor pintada es la de la vieja. El color en general, con ser de buena casta, pierde algo por lo algodonoso de la factura.

Ignacio Díaz pretendió resolver un problema de luz y de color en su cuadro *Las planchadoras.* El fondo del cuadro es blanco y las figuras, que si no he contado mal son diez, visten todas de blanco. La escena está iluminada por una ventana que cubre una cortina también blanca, la cual tamiza la luz.

El resultado que obtuvo Díaz no es completamente feliz, aun cuando tiene trozos este cuadro en los cuales se acerca el artista á la solución del problema. En conjunto es monótono; mas debe asegurarse que las condiciones de pintor que demuestra el autor de *Las planchadoras* no son vulgares.

De Ignacio León y Escosura hay cuatro cuadritos que están pintados con la minuciosidad con que pintaron algunos maestros holandeses del siglo XVII. Sobre todo las telas y los muebles aparecen detallados con la misma prolijidad escrupulosa con que detalla la fotografía.

Por aquí cerca están dos cuadros de Moreno Carbonero. Titúlase uno *Encuentro del rucio* y el otro *Fuente de Málaga.* En el segundo paisaje, el ambiente, los caballos y el sol están pintados como Carbonero pinta cuando acierta por completo, que no siempre le suele acontecer, cual puede observarse viendo el cuadrito *Encuentro del rucio:* precisamente en la figura de *Sancho Panza* y aun en la del célebre burro, ambos me parecen un poco duros. En cambio, el maestro se desquitó pintando el retrato de su esposa. Es ese busto, copia de una belleza rubia de encantador perfil, de esbelto cuello y amplio busto, que cubre un corpiño escotado de terciopelo negro, obra hermosa de la paleta de Moreno Carbonero. Cabello, mejilla (aparece el retrato de perfil), carnes, telas todo está soberanamente tratado. El dibujo es firme, el modelado prodigioso; la expresión severa y á la par noble de la dama que comparte con el celebrado artista el hogar, está comprendida con verdadero acierto.

Y aquí doy fin al vistazo general de las obras expuestas en la Exposición actual. Fáltame solamente mencionar á los artistas catalanes que, como Rusiñol, Casas, etc., han acudido con obras que, aparte de la importancia que puedan tener los asuntos, muestran una nueva manera en la plástica. De estos artistas, como de los discípulos del malogrado Plasencia, hablaré en la próxima crónica.

Ahora tan sólo mencionaré del maestro Ferrant las cuatro notas que exhibe, tituladas *Recepción en Palacio*, *La betanceira*, *La gaitera* y el «*Reina Regente.*» Este último cuadrito es una hermosa impresión de color. Yo que conozco muy bien el lugar desde el cual el notable pintor hizo este estudio de marina, cuyo motivo principal es el acorazado que tan desastroso y dramático fin tuvo en las aguas del Estrecho de Gibraltar en el último mes de Marzo, afirmo que recuerda fuertemente la bahía de la Coruña, vista desde el monte que la cierra por el Sudeste. No menos acertada de color es la figurita que representa á una muchacha de Betanzos.

Souto pintó también una gallega, una mocilla labradora digna de encomio por la dulzura de la tonalidad general y del tipo. Andrade expone un cuadrito que titula *La siega.* El sol ilumina la escena, y en verdad que tiene trozos donde, efectivamente, se ve brillar el astro del día. Las lejanías especialmente envueltas en esa bruma caliginosa de las mañanas caniculares están pintadas con gran acierto.

Cierro este artículo diciendo de la figura *El avaro*, de Oliver, que es un trozo de pintura sólida, castiza, y que el tipo del judío está muy bien interpretado.

Siento que en este momento llega hasta mí el aroma de unas rosas de Nogales, el de unas flores de Gessa y el de las de una preciosa enredadera de Fernández Nájera. Y con esta ilusión del sentido del olfato, me retiro á descansar. Son las siete de la mañana, y... creo que ya es hora de acostarse.

R. BALSA DE LA VEGA





SEMBLANZA

Si las semblanzas pudieran abarcar la vida pública de los personajes á que se refieren, la del general O'Donnell debería llenar volúmenes, puesto que *la época de O'Donnell*, que así se la llama todavía, fué una de las más fecundas en acontecimientos de la morderna historia de España. Pero este género de trabajo tiene que limitarse á dar una idea de la vida privada, del carácter íntimo y de sucesos particulares referentes á la personalidad que la motiva. En este concepto O'Donnell apenas tiene semblanza. Oriundo de una familia militar irlandesa, que vino á España por causa de la guerra de la Independencia, parece como que heredó las cualidades peculiares á su raza, la más correcta de la nacionalidad inglesa. He dicho en otra parte, refiriéndome á Donoso Cortés, que hay hombres que siempre son niños; y digo ahora, aludiendo al personaje de quien escribo, que hay jóvenes que *saltando* sobre su edad, adquieren una madurez precoz O'Donnell fué de éstos: apenas sintió la juventud. Ros de Olano (creo), que posteriormente figuró á su lado, le llamaba el *teniente de hielo;* pero no le definía bien; porque bajo aquel hielo se ocultaba un volcán. O'Donnell no sintió las debilidades, ni tuvo los devaneos propios de la juventud, porque desde muy temprano obedeció á estímulos que sólo se despiertan en la edad madura. Fué una clara inteligencia en una perseverante voluntad: todo lo que fué casi se lo debió á sí propio, y he dicho casi porque todos los que se encumbran son ayudados. Bismarck, que no osó atacar al imperio francés, que *se echó atrás* en la cuestión de la candidatura al trono de España, que quiso supeditar á los católicos alemanes para después someterse á ellos hasta cierto punto; el *canciller de hierro*, que siempre tuvo una política vacilante, nada hubiera podido hacer sin la pericia de Moltke y el empuje del ejército alemán. Cavour constituyó la nacionalidad italiana, porque se la dieron hecha, primero los franceses y después las circunstancias.

He dicho antes que O'Donnell apenas tiene vida privada, porque la reducía á exiguas proporciones: era casi una impersonalidad. Sin vicios, unido á una señora tan juiciosa como él (injustamente tildada de avara y dominante), no sintiendo necesidad de lujo, ni siquiera de comodidades, su hogar era un dechado de tranquilidad, orden y sentido moral. Un escritor ha dicho que Napoleón I, en el apogeo de su gloria y no obstante residir en las Tullerías, tenía poca casa: esto es, que acostumbrado á las contingencias de la guerra, en la que se lo jugaba todo, se aburría en la inacción fastuosa de su corte é inventaba pretextos para alejarse de ella. En el carácter de O'Donnell había algo de Napoleón, según he oído á personas inteligentes y observadoras que le trataban con la poca intimidad con que él se dejaba tratar. Pero respecto á conciencia, O'Donnell fué superior al emperador francés. Éste todo lo supeditaba á su ansia de dominación y de batallas, sacrificando cientos de miles de hombres á sus cesáreos antojos; O'Donnell se detenía por humanidad y patriotismo en sus ambiciosos proyectos. He oído de labios del susodicho general Ros de Olano que el vencedor de la guerra de Africa acariciaba dos grandes ideales: la conquista de Marruecos y la de Portugal, que á haber sido un monarca absoluto hubiera tal vez realizado. Pero en el derecho moderno no caben ya ciertas empresas. Además, en el fondo del carácter de O'Donnell había cierta levadura de cansancio y de desdén por el triunfo conseguido. Se asemejaba á esos enamorados dispuestos á sacrificarlo todo por una mujer, y que cuando la consiguen parece como que dicen para sus adentros: «¡Bah, no merecía la pena de haberme afanado tanto!»

Es imposible encontrar seres más antagónicos, más *antípodas* que los dos hombres políticos que durante una larga época alternaron en la gobernación del Estado. O'Donnell, de aspecto que revelaba su procedencia extranjera, reservado (frío en la apariencia), dueño siempre de su palabra y de sus nervios, sonriéndose á veces con una sonrisa de esfinge, tan poco expansivo que costaba trabajo *entrever* su pensamiento: Narváez, de tipo genuinamente español, ardiente, arrebatado, arrollándolo todo, expresando inconscientemente más de lo que pensaba. O'Donnell, monárquico de cabeza; Narváez, realista de corazón. Aquél, conteniéndose en política á tiempo; éste, disparándose también con oportunidad. Uno, todo fuego; el otro, cálculo todo. El primero, deseando el poder por vanagloria; el segundo, por necesidad de expansión de espíritu. O'Donnell, casi asceta; Narváez, libertino. Éste era el alma de la ambición; aquél, la ambición sin alma.

Sin embargo, coincidían ambos en dos cosas: en el valor personal y en su inflexibilidad en lo referente á disciplina militar. Cuando la sublevación de los artilleros, O'Donnell tuvo que ser cruel á pesar suyo, y Narváez generoso, porque su realismo se sobrepuso á su rigor ordenancista.

O'Donnell no tenía previsión política, aunque sí tacto y firmeza para consolidar las situaciones que se le venían á las manos. En el año 1841, desconociendo la situación del país, siendo capitán general de Navarra, se sublevó á ciegas á favor del atrevido golpe de Estado intentado por el general León; en el año 1854 le salvó el manifiesto de Manzanares.

Un hombre de Estado que ocupa en la actualidad un puesto preeminente, ha dicho de O'Donnell «que era tan amable con sus amigos como temible para sus enemigos,» y á mí ambas cosas no me parecen enteramente exactas. O'Donnell consecuente y formal en sus amistades, prodigando favores á sus adeptos, era, como ya se ha dicho, frío y reservado en su trato, exceptuando á dos personas con las que se espontaneaba de modo excepcional: eran éstas Calvo Asensio, director del periódico *La Iberia*, y Fernández de los Ríos, propietario de *Las Novedades.* Con estos dos periodistas, á quienes el general apreciaba en sumo grado, daba de mano á sus nebulosidades de pensamiento y expresaba sus convicciones íntimas. El tener yo relaciones literarias con Fernández de los Ríos, me proporcionó la satisfacción de hablar (una sola vez en mi vida) con el caudillo de la guerra de Africa. Era la época de la intervención en México de Francia, Inglaterra y España aliadas: la expedición militar aún no había llegado á su destino, y Fernández de los Ríos, con previsión casi profética, mostrábase receloso de que Francia quisiera hacer valer su preponderancia.

«Es natural – dijo O'Donnell, – porque es la que pone más carne en el asador; pero no pudiendo nosotros aspirar á la supremacía, esto nos favorece. Francia establecerá su protectorado en México y quizá sustituya la República por una monarquía (lo que nosotros no podemos hacer) y ambas hipótesis nos convienen. Sobre todo, lo importante, lo que es el pensamiento de Napoleón y también el mío, es que Europa ocupe un puesto avanzado en América para atender á las contingencias del porvenir.»

Y sin embargo de estas palabras, que oí de labios de O'Donnell, éste aprobó la retirada de México del general Prim: tal era su política: no obstinarse contra los hechos consumados aun cuando le contrariaran. La política de O'Donnell rehuía las complicaciones.

Cuando se declaró la guerra á Marruecos, murmuróse que el Presidente del Consejo de ministros español habíala provocado injustamente y por medro personal en honores: Calvo Asensio me dijo á este propósito: «El general, en efecto, deseaba la grandeza de España; pero su principal propósito fué levantar á ésta de su postración, dar ocasión á que el ejército demostrase sus cualidades, y se reanimara la opinión pública un tanto decaída.» O'Donnell lo consiguió, y aunque con pesar, detúvose en sus victorias, junto á los muros de Tetuán; porque ya lo he dicho, en el fondo de su ánimo era justo y generoso: tanto es así, que alguna vez su generosidad hacíale vacilar en su política. Supo y pudo evitar el pronunciamiento de los artilleros en Madrid: sus buenos instintos le impulsaban á lo primero; pero la conveniencia de hacer un escarmiento militar prevaleció en él, y dejó que estallara la insurrección.

En cambio, en la que llevó á cabo Prim posteriormente inclinóse á la clemencia: se dijo entonces que O'Donnell habíale dejado ganar la frontera, y fué verdad, aunque por muchos desmentida.

Pero no siendo propio de este lugar, dejo á un lado la personalidad política del duque de Tetuán, y voy á hablar de un breve período, único, íntimo y por decirlo así pintoresco en la vida de aquél. Pocos le conocen, y por lo mismo quizá resulte interesante.

En el año 54, llamado en rebeldía y escondido, el ya conde de Lucena esperaba la sublevación ó pronunciamiento militar que no tardó en llevar á cabo el general Dulce. O'Donnell se ocultaba en Madrid, y para esto tenía varios asilos. Su primera guarida fué la casa de Fernández de los Ríos, director del periódico *Las Novedades;* pero por ser ésta muy conocida, hubo necesidad de proporcionarle otras: yo tengo noticias de dos: una en la calle del Barquillo y otra en la de Eguiluz; en esta última pasó el episodio que voy á referir, último de aquel accidentado *salto de mata*, que prueba una vez más el influjo de las pequeñas causas en los grandes destinos. Napoleón I, ya internado en Rusia, iba en trineo, con sólo dos ayudantes, á reunirse á la vanguardia de su ejército, mandada por Ney, que se hallaba en los alrededores de Wilna, porque sabía que éste debía ser atacado al día siguiente por un ejército ruso; y aunque admiraba mucho el esfuerzo de su mariscal, *el valiente de los valientes*, respecto á estrategia el emperador sólo se fiaba de sí propio. En la mitad del camino rompióse el vehículo imperial y se quedó cojo el caballo delantero. Napoleón votaba de desesperación; pero la Providencia ó la casualidad deparóle un conductor

de trineos de alquiler que volvía de Wilna, que era polaco, y que en calidad de tal tuvo una satisfacción en conducir al soberano francés, que llegó á tiempo, puesto que la batalla estaba ya empezada y Ney comprometido. El gran capitán enderezó las cosas y pudo evitar un desastre que quizá hubiera sido general á todo el ejército invasor.



El paragüero remendón, cuadro de E. Menta (Salón de París. 1895)

Pues bien: aun cuando O'Donnell, como he dicho antes, debió casi á su propio esfuerzo todo lo que fué, tuvo también su pequeña Providencia en un momento supremo. La víspera del pronunciamiento de Dulce al frente de la caballería, hallábase el futuro duque de Tetuán escondido en una casa de la calle de Eguiluz, en el cuarto de un zapatero remendón, patriota liberal, que establecía su tinglado en el portal de la casa. La cueva de ésta tenía comunicación con otra, perteneciente á un edificio antiquísimo que era casa solariega de un título de Castilla partidario de O'Donnell y que hace poco han derribado, situada en la calle de Isabel la Católica; y por esta circunstancia de tener dos salidas, los adeptos del general creyéronle más seguro que en cualquiera otra parte en el cuartucho del remendón.

Pero contaban sin la huéspeda: esto es, sin la policía, que en aquella época era activa é inteligente y que buscaba á O'Donnell con eficacia. Ocho horas antes del pronunciamiento de la caballería, que se verificó al romper el día, el conde de Lucena esperaba el acontecimiento en casa del zapatero, á tiempo que llegó éste sobresaltado, exclamando: «¡Todo se lo llevó Pateta; nos han *dilatado!*, hay un grupo de polizontes en la calle de Isabel la Católica, de seguro conocen la comunicación y no tardarán en venir aquí.» Entonces intervino la Providencia, que como á Napoleón en Wilna, reservaba á O'Donnell para otras empresas. Vivía en el piso bajo de la casa un capataz de la ronda de alcantarillas, que sin pertenecer precisamente á ningún partido político, tenía siempre, como el pilluelo de París de Víctor Hugo, la aspiración de derribar á todo gobierno constituído. Aunque el zapatero no se había franqueado con él, el alcantarillero husmeó que en la vivienda de aquél se guarecía algún personaje. Encontróse en el portal con el zapatero que salía á observar la calle, el peligro hizo más expansivo al remendón, enteró á su vecino de lo que pasaba y éste le dijo: «No tenga cuidado, tocayo (ambos se llamaban Vicente), yo sacaré de la casa á ese señor.» Y en efecto, cumplió su palabra. La cueva de su cuarto tenía comunicación con la alcantarilla, que él conocía al dedillo. Trabajando él, el zapatero, un hijo de éste y hasta el mismo O'Donnell á destajo, abrieron boquete en dos *sibiles de acometimiento*, que así se llaman los tabiques medianeros que separan unas alcantarillas de otras, y el futuro conquistador de Tetuán pudo salir (no muy limpio) por una boca de alcantarilla del callejón de Leganitos, abierto hoy día al tránsito. Y salió á buen tiem-

po; pues mientras él huía subterráneamente, la policía registraba con minuciosidad todos los cuartos de la casa de la calle de Eguiluz.

El alcantarillero llevó á O'Donnell á casa de un primo suyo que tenía un juego de bolos en un solar próximo á Chamberí. Allí pasó el general el resto de la noche, y desde allí quizá debió oir con fruición el toque de diana del cuartel de San Gil, precursor del de Dulce; pero posteriormente figuró mucho como correvedile del general Prim en la emigración. Sabido esto, paso á decir que reunidas ya en Vicálvaro las fuerzas sublevadas y con ellas el general O'Donnell, hallábase éste muy preocupado; pues habiendo faltado á su compromiso dos batallones iniciados en el pronunciamiento, sólo podía disponer de caballería. Hizo alto, pues, en Vicálvaro, esperando los acon-

– ¿Cuántas plazas tiene?

– Todas las necesarias: dama matrona, dos damitas jóvenes, una característica y otra suplente...

– Ros de Olano, interrumpió O'Donnell, haga usted el favor de llevarse á este hombre y que le fusilen detrás de una tapia.

Por supuesto que la orden no se cumplió.

Los chuscos que referían esta presentación de don



La muralla (1218), cuadro de Juan Pablo Laurens (Salón de París. 1895)

pronunciamiento del general Dulce, con el cual, disfrazado de cura, se reunió en Vicálvaro.

El episodio que acabo de narrar prueba que no hay grande que en ciertas circunstancias no sea pequeño, ni pequeño que en momentos dados no sirva de mucho á los grandes. Aquí encaja como de molde, y si no hago yo que encaje, una anécdota que se refirió por aquel entonces, no sé si en son de burla, pues es algo inverosímil. Bullía á la sazón un tal don Romualdo Lafuente, conspirador de oficio y empresario de teatros de provincia, por incidencia y cuando su peculio se lo permitía. Ocupado quizá en sus asuntos particulares, no intervino en el pronunciamiento

tecimientos y á ver si los comprometidos se decidían á secundarle. Paseaba inquieto por las afueras del pueblo, mirando ansiosamente hacia Madrid, cuando se le presentó el general Ros de Olano acompañado de un sujeto, y le dijo:

– Presento á usted á D. Romualdo Lafuente, que viene á reunirse á nosotros con la compañía de Toledo.

La palabra *compañía* sonó á O'Donnell armoniosamente: por fin iba á tener soldados de infantería. Alargó la mano á D. Romualdo y le preguntó:

– ¿Y está completa?

– Completísima, mi general

Romualdo con la compañía de Toledo, afirmaban que, pasado el primer momento de enojo, el conde de Lucena se rió con más espontaneidad que lo había hecho en toda su vida.

O'Donnell fué una figura notable en la historia de España. La posteridad, con sus espejismos de aumento, la agrandará más todavía con el relato de la campaña de Africa y leyendo en el sarcófago del primer duque de Tetuán, erigido en un templo de fundación real, que yace allí

En premio de insignes victorias

F. MORENO GODINO

FEDERICO SOLER

APUNTES NECROLÓGICOS (1)

Era en tiempo de la guerra de Africa, en aquella época que hoy nos parece ya remotísima, en la cual las grandes victorias alcanzadas por nuestro ejército en Marruecos, la mejora de la Administración pública y el restablecimiento de nuestro crédito moral y rentístico en el extranjero hicieron concebir á los españoles tan halagüeñas esperanzas, con harta presteza defraudadas por causas que no es del caso recordar en estos apuntes.

En aquellos momentos de patriótico entusiasmo brillaron los primeros destellos de un genio destinado á ser el gran impulsor y la viva personificación del renacimiento literario de Cataluña. D. Antonio Bergnes de las Casas, el eminente filólogo barcelonés, catedrático de griego en esta Universidad, contaba á quien quería oirle tan dichoso é inopinado descubrimiento.

Era el tal un joven destituído de conocimientos literarios, pero dotado de felicísimo ingenio, relojero de oficio y poeta por vocación, que compartía el tiempo entre el culto de las Musas y las tareas de su arte, que ejercía en una tienda de la calle de Escudillers, próxima á la de Gignás, en donde había visto la luz primera.

Sus originales y regocijadas producciones revelaban un talento observador y una riqueza de imaginación por todo extremo admirables. Fué la primera de ellas una pieza dramática asainetada que tituló *La butifarra de la llibertat*. Representóse en tertulia familiar en casa de D. Antonio Bergnes, tomando parte en su desempeño el malogrado Gonzalo Serraclara y el célebre dibujante D. José Luis Pellicer.

Al cumplir un año, día por día, del incendio del Gran teatro del Liceo, volvieron á abrirse sus puertas inaugurándose una brillante temporada, durante la cual desfilaron en sus tablas los más famosos artistas de la ópera italiana: la Barbot, la Borghi-Mamo, el inmortal tenor Mario, el barítono Grazziani, etc. Estrenóse entonces en Barcelona *El Profeta*, de Meyerbeer, obra que por el mérito extraordinario de la partitura y por el lujo inusitado con que se puso en escena obtuvo una boga extraordinaria. Nuestro poeta escribió una descripción en verso de la obra, haciendo gala de un donaire y agudeza sorprendentes. La publicó el editor D. Inocente López Bernagosi, ilustrada por Pellicer, y tuvo un éxito asombroso. No sé á punto fijo el número de ejemplares que se tiró de aquella festiva producción; pero sí recuerdo que los compradores los arrebataban materialmente á los chicos que la voceaban por la Rambla, que se hablaba de ella en todas partes y que muchos recitaban de coro los pasajes más graciosos.

Había á la sazón en Barcelona un conservatorio lírico-dramático, fundado por un buen número de inteligentes artistas y literatos, bajo la protección de una escogida sociedad, á la cual pertenecían las más distinguidas familias de esta capital y cuya sección dramática tenía por director al renombrado literato D. Manuel Angelón. Allí nació la llamada sociedad literaria catalanista *La Gata*, en la cual se estrenó en 24 de febrero de 1864, con extraordinario aplauso, *La esquella de la Torratxa*, letra de Federico Soler y música del maestro Sarriols. Era una parodia de la *Campana de la Almudaina*, que entonces estaba haciendo furor en todos los teatros de España. Poco después publicó *La venjansa de la Tana* y *Los ous del día*, parodias de *La venganza catalana* y de *Flor de un día*, y *Lo Cantador*, parodia de *El Trovador*, de García Gutiérrez.

Federico Soler, conocido con el seudónimo de *Serafí Pitarra*, se hizo popularísimo en Cataluña con estas producciones. No había en ella teatro serio ni de aficionados en donde bien ó mal no se representasen; no había una sola persona que no repitiese con más ó menos frecuencia sus chistes. Un sinnúmero de esas frases gráficas con que solía esmaltar los diálogos, dándoles una animación y un colorido sorprendentes, llegaron á hacerse proverbiales.

Pero Soler, que se sentía con fuerzas para acometer mayores empresas, no se contentó con estos triunfos. Un impulso irresistible le llevaba á cultivar el arte dificilísimo en el cual se han inmortalizado Molière en Francia, Goldoni en Italia, Bretón de los Herreros en Castilla, y escribió su primera comedia propiamente dicha: *Las joyas de la Roser*. El 6 de abril de 1866 la estrenaron en el teatro del Odeón, Roca — á quien reemplazó Fontova, — Soler y la característica señora Llorens, de la cual había dicho Romea que era tan eminente, en su género, como Máiquez y Latorre.

Esta obra data de 1865. La compuso en la pintoresca villa de Hostalrich, en donde estuvo refugiado mientras el cólera-morbo sembraba el terror por las poblaciones de la costa. Así lo recuerda una lápida clavada en el frontispicio de la casa donde se escribió aquella comedia.

Ya existía un teatro catalán. Soler, Vidal y Valenciano, autor del drama *Tal farás, tal trobarás;* Camprodón, con su *Tornada de 'n Tito* y *La Teta gallinayre;* Francisco de Sales Vidal antes que todos, con *Una noya com un sol* y *La malvasía de Sitjes* (2 actos), lo habían fundado sobre tan sólidos cimientos, que hasta los más escépticos hubieron de confesar que se habían equivocado al decir que no era dable escribir en catalán obras dramáticas de carácter serio y trascendental importancia.

En la temporada cómica de 1867 á 1868 el *teatro catalá*, después de realizada esta notable evolución que señalaba su tránsito de la infancia á la mocedad, trasladóse al teatro Romea.

Desde aquella época, el fecundísimo ingenio de Soler ha producido un sinnúmero de obras cuya mera enumeración no consienten los angostos límites de ese artículo, haciendo en ellas alarde de una flexibilidad realmente maravillosa.

En el género cómico no tuvo rival. Nadie le ha aventajado en el arte de fotografiar los tipos y las costumbres de la tierra catalana; nadie le ha excedido en la gracia chispeante de los diálogos, en la naturalidad de las agudezas, en el don de caracterizar á los personajes con el gráfico relieve de una frase afortunada.

Cuando la especial idiosincrasia de un famoso poeta castellano contemporáneo removió una escuela pasada de moda, asombrando á la actual generación con los excesos de un trasnochado romanticismo, Soler sintió una extraña obsesión, disculpable en un dramaturgo á quien el público trató siempre como á un niño mimado. Parecióle que aquel género también él era capaz de cultivarlo. Y en efecto, lo cultivó, con aquel derroche de paradojas, aquel despilfarro de imágenes y aquel desprecio de la verosimilitud que deslumbran al espectador impresionable, haciéndole batir palmas con inconsciente entusiasmo.

Apresurémonos á decir que no había en ello ni sombra de cálculo. Por grande que fuese la buena fe del público, la de Soler era mucho mayor todavía. Como Valera, que se alaba de reirse sus propios chistes, tomábase él por lo serio sus exageraciones hasta cuando desnaturalizaba las más humanas y vivientes realidades. Era poeta hasta la medula de los huesos; mas podría decirse de él que si los dioses le permitieron cabalgar en el Pegaso, no le revelaron el arte de sujetarlo, y así le jugó muchas veces el divino corcel la mala pasada de desbocarse, arrebatándolo en vertiginoso vuelo á los espacios ideales.

Sucedíale lo que á muchos cantores que, por tener la voz excesivamente voluminosa, no aciertan á dominarla. Se nos dirá que esto arguye una deficiencia de la educación artística. No lo negamos; pero, por lo que respecta á nuestro poeta, nos parece mucho más justo atribuir este fenómeno á las condiciones especiales de su genio. Su achaque típico era el lirismo. De ahí aquellas larguísimas tiradas de versos que recuerdan las producciones dramáticas españolas del siglo XVII y en especial el estilo calderoniano. En el teatro moderno se expresan los afectos del ánimo con más concisión y naturalidad. Soler, que en la comedia tuvo el don de pintar con una sobriedad admirablemente vigorosa los caracteres de sus personajes, no supo desacostumbrarse en sus dramas... de esa prolijidad que siempre debilita el efecto de las escenas mejor trazadas.

Verdad es que esto no lo advertía su público. Porque Soler tenía un público suyo, que le fué siempre fervorosamente devoto; un público de apasionados admiradores que juzgaba perfectas *á priori* todas sus obras, por la sencilla razón de ser él quien las había escrito. Conste que no decimos esto en son de censura ni con el intento de rebajar en lo más mínimo el mérito del malogrado vate cuya muerte lloramos sinceramente todos los amantes de las letras catalanas. Es preciso que un escritor ó un artista tenga muchas y muy sobresalientes cualidades para inspirar tales sentimientos. Las medianías no fanatizan á las multitudes.

Cuando se goza de una popularidad como la suya es punto menos que imposible evitar el escollo del engreimiento. Creemos que cuantos hayan tratado á Federico Soler convendrán con nosotros en que fué un tipo *candorosamente orgulloso*. Nótese que hablamos de orgullo, no de vanidad, que es la presunción de los necios. Tenía el candor del niño mimado.

Tratando en cierta ocasión con varios amigos de la bellísima zarzuela de Ricardo Vega *La verbena de la Paloma*, exclamó de pronto con una ingenuidad infantil que en otro hubiera parecido un rasgo de insoportable arrogancia: *¿Creéis que no sería yo capaz de escribir una obra por ese estilo?* Los circunstantes soltaron una carcajada. Uno de ellos, viendo que le había molestado aquella risa, díjole muy oportunamente: *Pero hombre, parece mentira que digas eso. Muchos años antes que él lo has hecho ya, no una, sino repetidas veces.*

Soler, en aquel momento, no lo recordaba. Por un extraño convencionalismo, que tal vez se había forjado cuando arrebataban al público las fulgurantes creaciones de Echegaray, el drama le parecía una obra literaria de mucho más aliento y categoría que la comedia. Pero el éxito fenomenal de aquella zarzuela le hizo sentir seguramente que no es la gloria de Schiller superior á la de Molière, y experimentó una súbita comezón de volver á sus primitivas aficiones.

En cierto sentido podría decirse, usando una frase francesa, que los triunfos del prójimo le quitaban el sueño. No era envidia; era emulación: una emulación hija de la conciencia que él tenía de la extrordinaria flexibilidad de su ingenio. El famoso *anch' io sono pittore* brotaba de sus labios á cada nueva producción que se estrenaba con aplauso.

¡Pintor! ¡Vaya si lo fué! Y magistral y primoroso, siempre que se tomó la molestia de contemplar la realidad con aquellos ojos tan perspicaces que Dios le había dado, en vez de huir sistemáticamente de ella corriendo en pos de los vanos fantasmas engendrados por la alucinación de un genio exaltado.

Sus producciones forman una magnífica galería de cuadros tomados del natural y en los cuales figuraron los tipos más curiosos de nuestra sociedad, desde el humilde músico de la murga y el rústico destripaterrones hasta el cacique de aldea que á modo de hidalgo de gotera goza una privilegiada posición entre sus compatricios, y el finchado advenedizo que presume de aristócrata porque la suerte le fué propicia en los negocios.

La codicia del avaro lugareño, la bellaquería del labriego despabilado, la travesura del estudiante ingenioso, los rasgos característicos del menestral barcelonés, las ridiculeces del burgués entontecido por la fortuna se ven retratados en sus producciones con una exactitud y un donaire verdaderamente geniales.

Fué una asombrosa fecundidad la suya. Muchos yerros se pueden perdonar al ingenio que tantas y tales creaciones produjo, al poeta que más eficazmente ha contribuído á la creación del teatro catalán y, por lo tanto, á la restauración de nuestra literatura regional, tan celebrada por los más eximios escritores extranjeros.

Por severa que sea con él la crítica, el nombre de Federico Soler deberá citarse en primera línea al trazar la historia de este notable renacimiento literario, haciendo constar que, en punto á fecundidad y talento observador, no ha habido aquí entre sus contemporáneos quien le llevase ventaja.

Soler profesaba ideas avanzadas: mas su temperamento político no fué propenso á la exageración, como podía inducir á sospecharlo su temperamento poético. Como demócrata y republicano, perteneció por convicción y por instinto al grupo de los templados. No le aquejó la ambición de figurar en este peligroso terreno, en el cual el verdadero civismo no suele cosechar sino calumnias y desengaños; conducta que no fué inspirada por un cálculo egoísta, sino por una tendencia irresistible de su espíritu. Así como otros se dejan subyugar por la codicia, por el amor al juego ó por una pasión libidinosa, él tenía un apego exclusivo á la gloria literaria. Embriagábanle los aplausos, y no hubiera dado por todo el oro del mundo la ovación alcanzada en uno de aquellos estrenos que tomaban, como decimos ahora, las proporciones de un acontecimiento.

De algún tiempo acá, sus amigos advertíamos con tristeza que un achaque interior minaba su salud. Estaba lívido; su cuerpo se encorvaba, y su semblante, ordinariamente vivo y jovial, tenía una indefinible expresión de melancolía. Por desgracia, no resultaron infundados nuestros temores. Soler estaba herido de muerte. Una enfermedad implacable, una hipertrofia del corazón le arrastraba rápidamente al sepulcro.

El día de su fallecimiento ha sido un día de luto para las letras catalanas. La actual generación recor-

---

(1) Entre los trabajos que al fallecer dejó escritos nuestro querido amigo y colaborador D. José Coroleu, encontráronse algunas cuartillas que contenían unos apuntes necrológicos de Federico Soler, que debió escribir á vuela pluma en uno de aquellos días en que, hace unos meses, se consideró inminente la muerte del gran dramaturgo catalán.

Acaecido hoy, por desgracia, tan triste suceso, creemos que el mejor tributo que podemos rendir á la memoria del creador del teatro regional, cuya pérdida llora con nosotros España entera, es reproducir en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ese artículo póstumo de Coroleu, compañero de Soler y uno de los que con él más colaboraron en el renacimiento de nuestra literatura. *(N. de la R.)*

dará siempre su incomparable gracejo y su trato amable y afectuoso. La posteridad inscribirá su nombre entre los más ilustres del Parnaso español, porque Federico Soler ha dejado entre sus muchas obras un buen número de aquellas que no caen jamás en el panteón del olvido.

† J. COROLEU

NUESTROS GRABADOS

La estrella de la mañana, cuadro de E. Sain. – Los pintores no han renunciado á los cuadros religiosos; pero la mayoría de los que á éstos se dedican los tratan como cuadros de género, con una sencillez que moderniza los asuntos y que les da cierto aspecto de novedad. Algunos hay, sin embargo, que permanecen fieles á los antiguos cánones, y entre ellos figura el artista francés Sain, cuyo lienzo *La estrella de la mañana* recuerda por su composición y por su factura las *Concepciones* de Murillo, circunstancia que en nada amengua el valor de su obra; pues beber en buenas fuentes y aprovechar las enseñanzas de los grandes maestros, siempre será cualidad muy estimable en los que al cultivo de las bellas artes se dedican.

El paragüero remendón, cuadro de E. Menta. – El protagonista de este cuadro pertenece al grupo de los que ocupan el último peldaño en la escala de sus respectivas industrias, sin que por esto dejen de prestar grandes servicios dentro de su humilde esfera: obreros ingeniosos y con pretensiones muy modestas, aceptan encargos que el encopetado industrial rechazaría, y con una paciencia inagotable y á veces con habilidad increíble hacen restauraciones inverosímiles y dejan como nuevos, es un decir, objetos que han sido por decirlo así desahuciados por los profesores de la facultad y que gracias á ellos todavía *tirarán* una temporadita, ahorrando con ello á sus dueños un dispendio que no siempre están éstos en condiciones de poder hacer. El autor del cuadro que nos ocupa ha estudiado perfectamente el tipo que le ha servido de modelo y lo ha reproducido con gran cariño: la figura del viejo remendón está arrancada de la realidad y el tenderete instalado al aire libre ofrece un aspecto pintoresco con sus paraguas y sombrillas de todos colores, formas, tamaños y edades.



EL ENTIERRO DE FEDERICO SOLER. – PASO DE LA FÚNEBRE COMITIVA POR LA RAMBLA (de fotografía de A. Esplugas)

La muralla (1218), cuadro de Juan Pablo Laurens. – Era en 1218: el feroz Simón de Monfort, obligado á sofocar una sedición estallada en Beaucaire, dejó la ciudad de Tolosa al cuidado de su hermano y á la defensa de una guarnición del castillo. Aprovechando la ocasión el hijo del desposeído conde de Tolosa, Raimundo VI, entró por sorpresa en la plaza, cuyos habitantes aclamáronle con entusiasmo; pero en previsión del regreso del usurpador apresuráronse los tolosanos á levantar de nuevo las murallas que por él habían sido derruídas. Esta obra de reconstrucción, que desde el cielo protegen San Miguel y Santa Catalina, es la que representa el cuadro de Laurens, que llamó la atención en el último Salón de París por su grandiosidad y por el vigor con que están trazadas las innumerables figuras y los detalles todos del lienzo, formando en conjunto una composición clara en medio de la confusión propia del asunto.

El entierro de Federico Soler. – Fué una de las más imponentes manifestaciones de duelo que ha presenciado Barcelona el entierro del eminente vate catalán. Las autoridades todas, las corporaciones oficiales y particulares, todas las clases sociales; en una palabra, la ciudad en masa, asociáronse á este acto, que resultó solemnísimo. Las calles por donde pasó la fúnebre comitiva hallábanse atestadas de gente deseosa de rendir este último tributo de cariño y respeto al que fué su autor predilecto; muchas tiendas se cerraron y muchos balcones cubriéronse con negras colgaduras, y las compañías dramáticas y líricas que actualmente funcionan en nuestros coliseos situáronse en los teatros Liceo y Principal, desde cuyos balcones arrojaron coronas y flores sobre el féretro que encerraba los restos de Federico Soler.

Cuantos honores pueden tributarse al cadáver de un hombre ilustre fueron dispensados al del gran dramaturgo, y el público, que en vida de éste le aclamó tantas veces con entusiasmo, descubríase respetuoso delante del féretro y con el corazón oprimido enviaba el postrer saludo al insigne poeta cuyo nombre figurará eternamente en las páginas de oro de los anales de la literatura catalana.

Con la reproducción de la fotografía que representa el paso del entierro por la Rambla, publicamos la del hermoso retrato que el celebrado pintor Sr. Galofre Oller hizo de Federico Soler cuando el cuerpo de éste fué colocado en la caja mortuoria.

Calma, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila. (Salón Parés). – No en balde se ha dicho de este distinguido pintor que es tan simpático de presencia como de estilo. Todas sus obras ostentan el sello especial que constituye su carácter, y revelan desde luego corrección en el dibujo, seguridad en los trazos, frescura en el color, elegancia en los tonos y siempre inspirada ó sentida composición. Severo y exigente consigo mismo, conviértese Mas y Fontdevila en crítico de sus propias obras, no entregándolas al dominio del público hasta que ha logrado vencer las dificultades que él mismo se ha impuesto. Estudioso y devoto ferviente del arte que con tanto provecho cultiva, procura siempre que sus obras determinen un progreso, una victoria para él, gozándose en lograr producir los contrastes no sentidos ó los variados y maravillosos efectos del color ó del trazo.

Calma es una preciosa mancha, una bella y delicada nota arrancada del natural con felicísimo acierto. Calma en la naturaleza y en el espíritu. Tal ha sido la concepción del artista.

En la playa, cuadro de F. Miralles. – Este cuadro es un estudio completo del espectáculo que en estos meses



Federico Soler en la caja mortuoria, copia del cuadro pintado por Galofre Oller

(de fotografía).



CALMA, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila (Salón París)



EN LA PLAYA, cuadro de F. Miralles, grabado por Sadurní

de verano ofrece cualquiera de las playas de moda concurridas por la sociedad elegante: bañistas de ambos sexos y de todas edades, vestidos con ligeros trajes, dentro del agua unos y disponiéndose otros á lanzarse en ella; amigos y amigas de los que se bañan, que en la orilla contemplan sus habilidades natatorias; curiosos y curiosas; el bañero que prepara la sábana en que ha de envolver su mojado cuerpo la que ha terminado su baño; el barquero cuya misión consiste en evitar abusos y acudir en ayuda de los que corren algún peligro; todos estos personajes aparecen admirablemente dispuestos en el bellísimo lienzo del señor Miralles, teniendo por escenario las tranquilas ondas, el grupo de pintorescas casetas y un cielo límpido que inunda de luz la animada escena.

El sacamuelas, grupo de Cipriano Folgueras (Exposición nacional de 1895). – La circunstancia de haberse ocupado ventajosamente de la nueva producción del escultor asturiano D. Cipriano Folgueras nuestro distinguido colaborador D. Rafael Balsa de la Vega en la revista de la Exposición nacional publicada en el núm. 703 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos releva de consignar hoy nuevos juicios, con mayor motivo cuando éstos serían reflejo de los ya emitidos y por lo tanto favorables al artista y á su interesante producción.

Copa y espada de honor regaladas al príncipe de Bismarck. – Entre los regalos ofrecidos al príncipe de Bismarck con motivo del octogésimo aniversario de su natalicio figuraron en primera línea los dos objetos que reproducimos. La copa de honor, que le regalaron los estirios, es de plata dorada con esmaltes, labrada según el dibujo que expresamente hizo el profesor Carlos Lacher, director del Museo de Industrias Artísticas de Graz: tiene 61 centímetros de altura y en la tapa álzase la figura de Estiria empuñando con la diestra una corona de laurel y apoyada la izquierda en un escudo con las armas de la capital; las cuatro figuritas que se ven debajo de aquélla representan un cazador, un minero, una vendimiadora y una pastora, simbolizando las riquezas naturales del país estirio. En la parte central hay un magnífico ornamento formado por los escudos de algunas ciudades é interrumpido por varias figuras alegóricas; debajo de éstas se ve un adorno esmaltado con la inscripción «De todos los distritos de Estiria» y otro compuesto con los escudos de quince ciudades de aquella región. En suma, esa copa de honor es un objeto verdaderamente precioso, no sólo por su riqueza sino que también por su belleza artística.

La espada, regalo de Guillermo II, constituye una obra maestra de forja alemana: el guardamano ostenta el retrato del emperador en forma de camafeo, puesto en un marco de oro cubierto de brillantes y rubíes, y las armas de Bismarck, una hoja de trébol de oro con dos de roble de plata sobre fondo azul esmaltado formando un escudo sobremontado por una corona. Detrás de este escudo una cinta ricamente ornamentada contiene la inscripción *In trinitate robur*. En la parte inferior del guardamano está el aguila imperial, de cuyas alas penden las armas de Alsacia y Lorena. En una cara de la hoja hay cincelada la corona imperial sobre las iniciales del emperador y debajo de éstas dos cañones cruzados; en ella se lee la siguiente inscripción en letras de oro: «*Al príncipe de Bismarck, duque de Lauenburg, con motivo de su octogésimo aniversario, en 1.º de abril de 1895.*» En la otra cara se ven las armas del príncipe rodeadas por la cadena de la orden del Aguila Negra con la inscripción: «*Nosotros los alemanes tememos á Dios, pero á nada más en el mundo.*» Esta espada ha sido ejecutada por el cincelador Rohloff y el grabador de la corte Otto, ambos de Berlín, según el dibujo del pintor Doepler.

El marqués de Salisbury. – La repentina caída del ministerio Rosebery ha puesto de nuevo las riendas del gobierno de Inglaterra en manos del jefe del partido conservador, marqués de Salisbury, el cual, además de la presidencia del Consejo, se ha encargado del ministerio de Negocios extranjeros. La historia política de lord Salisbury es brillantísima y empieza en 1866, año en que fué nombrado ministro de la India. Desde entonces ha ocupado elevados puestos políticos, y á la muerte de Beasconfield el partido *tory* le confió su jefatura.



El célebre pintor inglés Juan Evan Hodgson, recientemente fallecido



El célebre pintor inglés Enrique Moore, recientemente fallecido



El marqués de Salisbury, nuevo presidente del Consejo de ministros de Inglaterra

Los pintores ingleses Juan Evan Hodgson y Enrique Moore. – En una misma semana han fallecido estos dos eminentes artistas, individuos de la Academia de Londres.

Juan Evan Hodgson nació en Londres en 1831, educóse en San Petersburgo y en 1853 regresó á la capital de Inglaterra, entrando como alumno en la Real Academia: tres años después expuso su primer cuadro que, como todos los de su primera época, era una pintura de la vida doméstica; más adelante dedicóse á la pintura histórica, que siguió cultivando desde 1861 á 1868; pero una visita al Norte de Africa transformóle de repente en pintor de escenas de costumbres moriscas, género que alternó con la marina. En 1873 fué elegido asociado y en 1879 miembro de la Real Academia.

Enrique Moore nació en 1831 en York: su padre, artista famoso por sus paisajes y sus retratos, comenzó su educación artística, así como la de sus dos hermanos Juan y Alberto, que han cultivado también con éxito la pintura. Enrique entró de alumno en la Academia y en 1853 expuso su primera obra, un paisaje, género que cultivó durante algunos años, consagrándose después á la marina; sobresalió lo mismo en la acuarela que en los cuadros al óleo, y fué tan fecundo en producir, que solamente de cuadros expuestos cuéntanse cerca de seiscientos debidos á su pincel. Fué uno de los primeros marinistas modernos: en 1883 fué elegido asociado y en 1893 individuo de la Real Academia. En la Exposición Universal de París de 1889 obtuvo una medalla y una encomienda de la Legión de Honor.



El eminente naturalista inglés, profesor Huxley, recientemente fallecido

El naturalista inglés Huxley. – El profesor Huxley, que acaba de morir en Inglaterra, era un naturalista famoso y universalmente conocido: graduado en la universidad de Londres en 1845, entró en el cuerpo de Sanidad de la armada, y durante el viaje que hizo á Australia envió importantes monografías á la Sociedad Real. Dedicóse después á la cátedra, habiendo desempeñado la de Historia Natural en la Escuela de Minas y la de Fisiología en el Instituto Real; fué además profesor del Real Colegio de cirujanos, presidente de la Asociación Británica, rector de la universidad de Aberdeen, secretario de la Sociedad Real y profesor sustituto de Historia Natural en la universidad de Edimburgo. Ha fallecido á la edad de setenta años y deja escritas muchas y muy importantes obras científicas.



Copa de honor que en el octogésimo aniversario del natalicio de Bismarck le ha sido regalada por los estirios



Espada de honor que en el octogésimo aniversario del natalicio de Bismarck le ha sido regalada por el emperador Guillermo II

UN BUEN TÍO Y UN BUEN CURA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETE, PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO. – ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Mi tío lo condujo hasta la puerta del jardín y volvió lleno de cólera.

– ¡Esto no puede seguir así, Reina! ¡Es una insolencia!, tanto para mí como para ese pobre muchacho, que es tímido y al cual desconciertas completamente. ¡El Sr. Le Maltour no es hombre á quien pueda tratarse como á un muñeco! Nadie te obligará á casarte con él, pero quiero que seas atenta y amable. ¡Bien sabe Dios que, cuando quieres, tienes



¡Ay! Ya no había remedio para mis ensueños

buena lengua! Procura que así sea mañana; el Sr. Le Maltour almorzará aquí.

– Bien, tío; hablaré, no tenga usted cuidado.

– No digas tonterías, al menos.

– Me inspiraré de la ciencia, tío, respondí con majestad.

– Cómo, de...

– No se atormente usted, haré lo que usted desea; hablaré sin interrupción.

– No se trata, Reina...

Pero dejé á mi tío confiar su pensamiento á los muebles de la sala, y fuí corriendo á buscar en la biblioteca lo que yo necesitaba para ejecutar la idea que acababa de pasarme por la cabeza. Llevé á mi cuarto la filosofía de Malebranche y un estudio sobre la Tartaria.

Malebranche por poco no me dió un ataque al cerebro, y lo abandoné para arrojarme sobre la Tartaria, que me ofreció más recursos. Hasta media noche estudié atentamente algunas páginas, y refunfuñando y renegando contra los habitantes de la Boukharia, que se disfrazan con nombres tan extravagantes. Sin embargo, logré retener algunos detalles sobre el país y muchas palabras raras cuya significación ignoraba completamente. Después me acosté frotándome las manos.

– Veremos, me dije, si el Sr. Le Maltour resiste á esta prueba. ¡Ah, mi buen tío, venceré; no lo dude usted! Y dentro de algunas horas quedaré libre de ese intruso.

Al día siguiente se presentó con el aspecto de un hombre feliz y desconcertado que anda sobre agujas; pero yo le recibí con tanta amabilidad que se colocó sólidamente en un terreno natural y las inquietudes del Sr. de Pavol se disiparon.

Los de Conprat y el cura almorzaban con nosotros. Yo tenía el corazón oprimido mirando á Pablo hablar alegremente con Blanca, mientras estaba condenada á sufrir los cumplimientos tímidos del Sr. Le Maltour, cuya bonita figura me atacaba los nervios.

– He cambiado de parecer desde ayer, le dije bruscamente, me gustan mucho los viajes.

– Participo del gusto de usted, señorita, es la más inteligente de todas las distracciones.

– ¿Ha viajado usted?

– Sí, un poco.

– ¿Conoce usted á los *Kuddar*, á los *Schakird Pische*, á los *Usbecks*, á los *Tadjies*, á los *Mollahs*, á los *Dchbaschi*, á los *Pendja Baschi*, á los *Alamane*?, dije de golpe, confundiendo razas, clases y dignidades.

– ¿Qué significa todo eso?, preguntó el barón aturdido.

– ¿Cómo? ¿No ha ido usted nunca á la Tartaria?

– No, nunca.

– ¡No haber ido nunca á Tartaria!, dije con desprecio. ¿Conoce usted al menos á *Nasr-Oullah-Bahadin-Khan-Melic-el-Mounemin-Bird-Blac-Bloc* y el diablo?

Añadí algunas sílabas de mi cosecha al nombre de *Nasr-Oullah* para causar más efecto, creyendo que la sombra de ese buen hombre no saldría de su tumba para reconvenirme.

Mi tío y sus convidados se mordían los labios á fin de no reirse de la fisonomía del Sr. Le Maltour, que ofrecía la expresión del más completo azoramiento, y Blanca exclamó:

– ¿Pierdes la cabeza, Reina?

– No, nada de eso. Pregunto al señor si participa de mi viva simpatía por *Nasr-Oullah*, un hombre que tenía todos los vicios, según parece. Pasaba el tiempo en degollar al prójimo, en encerrar á los embajadores en calabozos donde los dejaba pudrirse; ¡en fin, estaba dotado de energía y desconocía la timidez, horrible defecto, en mi opinión! ¡Y su país!.. ¡Qué hermoso país!.. Todas las enfermedades reinan en él, y yo enviaré allí á mi marido. La tisis, las viruelas, unos vómitos que duran seis meses, las úlceras, la lepra, un gusano llamado *rischta* que lo roe á uno; para desalojarlo se...

– Basta, Reina, basta; déjanos almorzar tranquilos.

– ¿Qué quiere usted, tío? Me siento atraída hacia la Tartaria. ¿Y usted?, dije al Sr. Le Maltour.

– Lo que usted dice no tiene grandes atractivos, señorita.

– ¡Para las gentes que no tienen sangre en las venas!, respondí desdeñosamente. Cuando esté casada iré á Tartaria.

– A Dios gracias, no estarás libre, Reina.

– Es bien seguro que sí, tío; no haré más que mi propia voluntad, jamás la de mi marido. Por lo demás, lo llevaré á Boukharia para que se lo coman los gusanos.

– ¿Cómo? Para que se lo coman..., murmuró el barón tímidamente.

– Sí, señor, ha entendido usted bien. He dicho que se lo coman los gusanos, porque, á mi modo de ver, la mejor situación en la vida es la de viuda...

El alto y poderoso barón Le Maltour, aunque de una raza de valientes, no resistió á la prueba. Comprendiendo el sentido oculto de mis extravagancias *tártaras*, se fué y no volvió más.

Mi tío se incomodó, pero yo no me alteré. Hice una pirueta y con tono sentencioso le dije:

– ¡Tío, quien quiere el fin quiere los medios!

XV

Yo había cumplido mi promesa al cura, y le escribía muy exactamente dos veces á la semana. Esta costumbre le pareció tan buena, tan consoladora que, cuando interrumpí súbitamente la regularidad de mi correspondencia, se llenó de inquietud y de aflicción.

Absorbida por mis disgustos, estuve quince días sin darle señal de vida; después, cediendo á sus repetidas instancias, le dirigí varias misivas por el estilo de esta:

«El hombre es estúpido, señor cura, acabo de descubrirlo. ¿Qué piensa usted sobre este asunto? Abrazo á usted, dando al diablo miramientos sociales.»

O bien:

«¡Ah, mi querido señor cura! ¡Temo mucho haber descubierto el manantial de agua fría de que hablábamos hace tres meses! La felicidad no existe; es un engaño, un mito, todo lo que usted quiera, excepto la realidad.

»Adiós; si la muerte no nos volviese tan feos, me alegraría de morir. De morir, sí, mi querido cura, ha leído usted bien.»

Él me escribió á vuelta de correo.

«Querida hija: ¿Qué significa el tono de sus últimas cartitas? ¡Hace tres semanas parecía usted tan feliz con la alegría y la gloria de sus triunfos mundanos! No, no, mi querida Reina, la felicidad no es un mito, será su patrimonio de usted; pero en este momento la imaginación la domina á usted, la exalta y le impide ver claro. No ha seguido usted mi consejo, Reina; ha abusado usted de los fuegos artificiales, ¿no es cierto? Pobrecita niña, venga usted á verme, y hablaremos juntos de sus preocupaciones.»

Yo le respondí:

«Señor cura: La imaginación es una estúpida, la vida un andrajo, el mundo un girón bastante brillante de lejos, pero, bueno todo lo más para ponerlo en un cerezo y asustar á los pájaros. ¡Deseo encerrarme en la Trapa, mi querido cura! Si estuviese segura de que me sería permitido valsar de cuando en cuando con caballeros tan amables como los que yo conozco, iría seguramente á refugiarme allí y sepultar mi juventud y mi belleza. Pero creo que ese género de distracciones no está admitido por los reglamentos. Déme usted algunas noticias sobre este punto, señor cura, y convénzase usted de que no es más que un optimista cuando pretende que la felicidad existe y me está destinada. Usted tiene la vida del ratón en el queso; no quiero decir que sea usted egoísta, pero ignora las catástrofes que pueden caer sobre la cabeza de las gentes que viven en el mundo.

»Yo no tengo ya ilusiones, mi querido señor cura. Soy una buena viejecita, melancólica, consumida, arrugada – en lo moral, se entiende, porque soy más bonita que nunca; – una viejecita que no cree ya en nada, que no espera nada, que se dice que la tierra es bien estúpida en continuar sus revoluciones cuando sus alegrías y sus ensueños han sido triturados, pulverizados, reducidos á átomos imperceptibles... Si se pudiese despojar á mi entidad moral de su envoltura carnal, que engaña la vista del observador, convengo en ello; mi entidad moral, digo, no sería más que un esqueleto, un árbol muerto, completamente muerto, desprovisto de savia, privado de todas sus hojas y tendiendo al cielo sus brazos secos y descarnados. ¡Con tal que lo moral no destruya lo físico, señor cura! ¡Ah, yo tiemblo! No tener ya la menor ilusión á diez y seis años, ¿no es terrible?

»Hasta más ver, mi querido señor cura.»

Dos días después de haber enviado esta epístola, que debía dar al cura una idea bastante triste del estado de mi alma, mi tío decidió que iríamos á pasar una tarde en el monte *Saint-Michel*.

Aquel día tenía yo el presentimiento de que iba á ocurrir algún acontecimiento desagradable. La víspera, el comandante y el Sr. de Pavol habían tenido una conversación secreta y prolongada. Pablo parecía intranquilo, nervioso, y mi prima estaba pensativa.

Mi tío y Juno, que tenían pasión por el monte *Saint-Michel*, estuvieron muy obsequiosos conmigo; pero además de que el arte arquitectónico me interesaba muy poco, yo contemplaba las cosas á través del velo sombrío de mi mal humor.

– ¡Cuán fatigoso es subir todos esos escalones!, decía yo quejándome á cada paso.

– Nada más que seiscientos para llegar hasta lo alto, prima mía.

– ¡Tengo ganas de pararme aquí, entonces!

– ¡Vamos, querida sobrina, qué diablos, no tienes la gota!

Y mi tío, al subir aquellas gradas, holladas por los pasos de tantas generaciones, me contaba la historia del monte y el incidente de Montgommery.

– ¡Pero qué me importaba á mí aquel Montgommery, aquellas murallas, aquella abadía maravillosa, aquellas salas inmensas, aquellos múltiples recuerdos que duermen allí hace siglos! Yo me hubiera guardado bien de despertarlos, porque tenía que observar cosas cien veces más interesantes en la cara de aquel joven que rodeaba á Blanca de cuidados, de atenciones, y sin embargo no pensaba en mí!

¡Qué estúpida era yo! ¡No haber visto su amor más pronto! Él se extasiaba, para agradarla, ante la piedra más insignificante, y de cuando en cuando yo le

lanzaba algunas miradas sombrías que él no se dignaba siquiera advertir.

– ¡Ah! Henos aquí en la sala de los caballeros. Veamos, Reina, ¿qué dices de ella?

– Yo digo, tío, que si los caballeros estuviesen ahí, esta sala tendría un gran mérito.

– Tú no se lo encuentras por sí misma.

– ¡Oh! De ningún modo! Yo veo grandes chimeneas, columnas con adornitos esculpidos en lo alto, pero sin los caballeros á quienes poder hacerles perder un poco la cabeza... ¡Psh! Eso no significa absolutamente nada.

– No se me había ocurrido esa manera de considerar la arquitectura feudal, respondió mi tío riéndose.

Atravesamos corredores obscuros que me causaban miedo.

– ¡Vamos á rompernos la cabeza!, dije con voz lastimera cogiendo el brazo del comandante, mientras Pablo ofrecía el suyo á Blanca.

– ¿Estamos afligidos, Reina?, me dijo el comandante, muy bajo.

– Usted habla como el señor cura, respondí conmovida.

– Veamos, ¿quiere usted tener confianza en mí?

– Yo no estoy afligida, repliqué bruscamente, y no tengo confianza en nadie. Suzón me ha dicho que los hombres no valían nada, y yo participo de la opinión de Suzón.

– ¡Oh, oh!, dijo el comandante mirándome con semblante tan bondadoso que temí prorrumpir en sollozos: ¡tanta misantropía unida á tanta juventud!

No respondí nada, y como íbamos á llegar á una especie de largo terrado, me escapé y corrí á ocultarme detrás de un enorme arco. Apoyé la cabeza en una de aquellas piedras seculares y me eché á llorar.

– ¡Ah, pensaba yo, cuánta razón tenía el señor cura al decirme, hace mucho tiempo, muchísimo tiempo ya, que no se discute con la vida, sino que se la sufre! Toda mi lógica no sirve de nada ante las circunstancias. ¡Cuán triste es, Dios mío, cuán triste es verse tratada como una niña sin importancia!

Y miraba, á través de mis lágrimas, aquellas playas tan alabadas que me parecían desiertas, aquel monumento cuya altura me oprimía y me causaba el vértigo; pero, sin saber por qué, yo experimentaba una especie de alivio con la afinidad misteriosa de una naturaleza triste con mis propios pensamientos, con la contemplación de aquellas grandes murallas que proyectaban sus grandes sombras melancólicas sobre la tierra y sobre el pasado.

Al volver á casa, cuando estuvimos en el tren, mi tío me dijo:

– Y bien, Reina: en suma, ¿cuál es tu impresión sobre el monte *Saint-Michel*?

– Me parece muy bueno para morir en él de miedo y para coger dolores reumáticos.

Siguiendo el camino que conduce de la estación de V... al Pavol, pensaba en la poca estabilidad que tienen las cosas de aquí abajo. Apenas hacía tres meses recorría el mismo camino bajo la influencia de mis felices ensueños, en la embriaguez de mis pensamientos alegres sobre ese porvenir que yo creía tan hermoso..., ¡y ahora la ruta me parecía cubierta con las ruinas de mi felicidad!

Era bastante tarde cuando llegamos á la quinta; sin embargo, mi tío se llevó á Blanca á su habitación, diciéndole que quería aquella misma noche hablar seriamente con ella.

Yo me acosté llorando de todo corazón, con la convicción de que la espada de Damocles estaba suspendida sobre mi cabeza.

Hacía largo tiempo, Juno se había humanizado conmigo. Todas las mañanas venía á sentarse en mi cama y hablábamos indefinidamente. Al día siguiente, á las siete de la mañana, entró en mi cuarto con porte sereno, tranquilo y aquella sonrisa encantadora que transfiguraba su fisonomía altiva y que yo sola quizás conocía bien.

– Reina, me dijo en seguida, Pablo me pide en matrimonio.

El hilo estaba roto y la espada de Damocles me cayó en el pecho. ¡Qué desprovisto de sentido común estaba aquel rey para atar una masa tan pesada con un simple hilo! ¿La historia no habla de un cabello? No lo extrañaría.

Yo esperaba sin duda esta revelación; pero en tanto que un hecho no está probado, realizado, ¿cuál es la criatura humana que no conserva un poco de esperanza en el fondo de su corazón? Yo me puse pálida, tan pálida que Blanca lo notó, aunque el cuarto estaba sumergido en una semiobscuridad.

– ¿Qué tienes, Reina? ¿Estás mala?

– Un calambre, murmuré con voz débil.

– Voy á traer éter, dijo ella levantándose vivamente.

– No, no, respondí haciendo un violento esfuerzo para asirme á mi altivez que me abandonaba. Ya se pasó, Blanca, se pasó completamente.

– ¿Experimentas ese malestar con frecuencia, Reina?

– No, únicamente alguna vez. No es nada, no hablemos más de ello.

Blanca pasó la mano por su frente como una persona que desea desechar una idea importuna. Pero yo reanudé la conversación con una voz tan firme que me pareció desembarazada de su inquietud.

– ¡Y bien, Juno! ¿Qué piensas hacer?

– Mi padre me ha dicho que este casamiento colmaría todos sus deseos, Reina.

– ¿Eso te agrada?

– El casamiento me agrada, evidentemente: todas las ventajas están reunidas; pero hasta aquí yo no amo á Pablo más que como á primo.

– ¿Qué tienes que reprocharle?

– No le reprocho nada, sino es el no agradarme bastante. Es un excelente joven, pero no me gusta ese tipo de hombre. En primer lugar no es bastante hermoso, y en segundo ese apetito normando carece de poesía, tú convendrás en ello.

– ¡Sin embargo, es bien lógico el comer cuando se tiene hambre!, respondí reprimiendo las lágrimas.

– ¡Qué quieres! Yo creo que no nos convenimos recíprocamente.

– Entonces... ¿rehusas, Juno?

– He pedido un mes para reflexionar, Reinita. Estoy muy perpleja, porque temo una decepción para mi padre. Además, desde ciertos puntos de vista, ese casamiento reune todo lo que yo puedo desear; en fin, el hombre es completamente apreciable.

– ¡Pero puesto que tú no le amas, Blanca!..

– Mi padre sostiene que le amaré más adelante, y además, que el amor propiamente dicho no es necesario para casarse y ser feliz en familia.

– ¡Cómo puedes crer una cosa semejante!, dije saltando de indignación. ¡Mi tío tiene verdaderamente doctrinas abominables!

Pero Blanca me respondió tranquilamente que su padre estaba lleno de buen sentido, que había observado muchas veces que se equivocaba poco en sus juicios, y que ella se sentía dispuesta á escucharle.

– ¿Pablo te ama mucho, Juno?, refunfuñé entre dientes.

– Sí, hace mucho tiempo.

– ¿Tú lo sabías?

– ¡Sin duda! Una mujer sabe siempre esas cosas. ¿Y tú no lo habías notado?

– Sí..., un poco, respondí pensando melancólicamente en mi estupidez.

Blanca me dejó después de haberme explicado que Pablo no había pedido antes su mano porque temía una negativa.

¡Eso era en efecto lo que yo creía! Y me vestí febrilmente, pensando que, instigada por su padre, ella concluiría por dar su consentimiento.

¡En su lugar, yo hubiera dicho que sí en un segundo, y quince días después me hubiera casado!

¡Ay! Ya no había remedio para mis ensueños..., y caí en un grande abatimiento.

XVI

Se convino que Pablo estaría algún tiempo sin venir al Pavol, y cosa que me pareció increíble, inaudita, Blanca, desde el día en que ya no le vió, pareció casi decidida á casarse con él. Nosotras hablábamos constantemente de la boda, hasta discutíamos las vistas nupciales, y yo daba pruebas de una resignación estoica, digna de los hombres de la antigüedad. Pero esta resignación no era más que aparente.

Mi abatimiento se aumentaba, el cerco de mis ojos revelaba mi fatiga, y concluí por decirme que no siendo ya soportable la vida lejos del hombre á quien amaba, lo más sencillo era irme al otro mundo.

Este proyecto evidentemente me causaba pena, pero me asía á él con ardor; lo meditaba, lo acariciaba con una alegría casi enfermiza. Sin embargo, juro por mi honor que jamás tuve la idea de asfixiarme ni de envenenarme, medios de concluir tan preferidos por los humanos de nuestros tiempos. Pero habiendo leído en no sé qué libro que una joven había muerto de pena á consecuencia de un amor contrariado, decreté que seguiría este ejemplo.

Tomada esta resolución, y confirmándome mi mala cara en mis ideas lúgubres, me pareció que, por urbanidad y por conveniencia, debía avisar al señor cura y que además yo no podía morir sin estrecharle la mano.

Bien determinado todo esto, entré una mañana en el gabinete de mi tío y le rogué que me dejase ir al Buissón.

– Mejor es decir al cura que venga aquí, Reina.

– No podrá, tío; jamás tiene un céntimo disponible.

– Es poco divertido el conducirte allí.

– No venga usted, tío, se lo ruego, me incomodaría mucho. Deseo ir sola con la vieja ama de llaves, si usted lo permite.

– Haz lo que quieras. Mi coche te conducirá hasta C..., donde será fácil hallar un vehículo cualquiera para llevarte al Buissón. ¿Cuándo quieres marchar?

– Mañana por la mañana, temprano, tío; deseo sorprender al cura y dormiré en el presbiterio.

– Vamos, bueno. Te enviaré el coche dentro de dos días. Estarás en C... pasado mañana hacia las tres.

Mi tío me miró atentamente por debajo de sus pobladas cejas, frotándose la barba con ademán preocupado.

– ¿Estás enferma, Reina?

– No, tío.

– Querida sobrina, dijo atrayéndome hacia él, he llegado casi á desear que mis ideas no se realicen.

Yo le miré con asombro, porque siempre creía firmemente que él no había visto nada, y le respondí con mucha sangre fría que no sabía lo que quería decir, que yo me tenía por muy feliz y que hacía votos para que todos sus proyectos tuviesen buen éxito. Él me abrazó con cariño y me despidió.

Al día siguiente por la mañana salí del Pavol, sin querer aceptar la compañía de Blanca, que deseaba venir conmigo.

En el camino reflexioné sobre las palabras de mi tío.

«Él lo sabe todo, pensaba yo. ¡Dios mío, qué poco perspicaz soy con todas mis pretensiones! Pero aun cuando el casamiento de Juno no se realizase, ¿de qué me serviría eso, puesto que Pablo está enamorado? ¡No puede amar á otra ahora! No comprendo á mi tío.»

Yo no creía ya, como en otro tiempo, que uno pudiera enamorarse de varias mujeres. Juzgando según mis propios sentimientos, yo me decía que un hombre no puede amar dos veces en su vida, sin dar al mundo el espectáculo de un fenómeno extremadamente asombroso.

Habiendo arreglado así los latidos del corazón de la gente barbada, mis ideas tomaron otro giro, y me alegré al pensar que iba á volver á ver al cura; tomando la resolución de saltar á su cuello, aunque no fuese más que para probar mi independencia y el desprecio que profesaba á la etiqueta. Llegada al presbiterio, entré, no por la puerta, sino por el agujero de una cerca que yo conocía de tiempo inmemorial, y me deslicé con cautela hacia la ventana del locutorio, donde el cura debía estar almorzando. Esta ventana era muy baja, pero yo era tan pequeña, que para mirar el interior de la sala tuve que subirme en un tronco de árbol colocado junto á la pared, en guisa de banco.



Estaba á la mesa y comía...

Asomé la cabeza con precaución por en medio de la hiedra que rodeaba á la ventana formando un espeso marco, y vi al señor cura. Estaba á la mesa y comía con aspecto triste; sus mejillas habían perdido una parte de sus colores y de su forma redonda: sus abundantes cabellos blancos no estaban en desorden como en otro tiempo, sino aplastados sobre la cabeza con la apariencia de una desolación indecible.

– ¡Ah, mi querido cura!

Bajé del tronco, me precipité en el presbiterio perdiendo el sombrero, y entré como una bomba en el locutorio.

El cura se levantó azorado; su amable, su excelente figura resplandeció de alegría al verme, y no por romper con las tradiciones de la etiqueta, sino en un arranque de viva ternura, de grande emoción, me arrojé en sus brazos y estuve llorando largo tiempo.

Sé muy bien que no hay nada en el mundo más inconveniente que el llorar entre los brazos de un cura; que mi tío, Juno y todas las ilustres viudas de la tierra, á despecho de mis antepasados, se habrían cubierto la cara con un velo ante un espectáculo tan escandaloso; pero hacía muy poco tiempo que yo estaba en la escuela de la ponderación para haber perdido la espontaneidad de mi naturaleza. Además, tengo por cierto que no hay más que los tontos, los presuntuosos y las gentes sin corazón que pretendan no sacrificar jamás nada de lo que constituye las leyes de convención á un sentimiento verdadero.

– La vida es un harapo, querido cura, un miserable harapo, dije sollozando.

– ¿A ese punto hemos llegado, querida hijita? ¡No, no, no es posible!

Y el pobre cura, que reía y lloraba á la vez, me miraba con enternecimiento, se pasaba la mano por la cabeza y me hablaba como á un pajarito herido á quien él hubiera querido curar el ala rota, con caricias y buenas palabras.

– ¡Vamos, Reina, vamos, mi querida niña, cálmese usted un poco!, me dijo separándome suavemente.

– Tiene usted razón, respondí guardando el pañuelo en el bolsillo. ¡Hace tres meses me predican la calma y apenas he aprovechado las lecciones, según usted ve! Comamos, señor cura.

Me quité los guantes y el paletot, y por uno de esos cambios tan frecuentes en mí hacía algún tiempo, me eché á reir y me senté á la mesa.

– Cuando hayamos comido hablaremos, mi querido cura. Estoy muerta de hambre.

– ¡Y yo que no tengo casi nada que dar á usted!

– ¡Tiene usted judías, y me gustan mucho! Y pan de familia, que es delicioso.

– Pero usted no ha venido sola, Reina.

– ¡Ah, es verdad! No me acordaba. El ama de llaves ha quedado encaramada en el coche, detrás de la iglesia. Envíe á buscarla, señor cura, y que le digan que recoja mi sombrero que se pasea en el jardín.

El bueno del cura fué á dar sus órdenes y vino á sentarse enfrente de mí. Mientras yo comía con mucho apetito, á pesar de mi tisis y mis penas, él no pensaba ya en almorzar y me contemplaba con una admiración que en vano trataba de disimular.

– Me encuentra usted embellecida. ¿No es verdad, señor cura?

– Sí... un poco, Reina...

– ¡Ah, mi querido cura! ¡Si yo fuese á confesarme, qué grandes pecados tendría que decirle! Ya no son los pecadillos de otras veces, que usted conoce bien.

Y sin cesar de comer, le hablaba de mis gustos frívolos, de mis impresiones, de mis trajes, de mis ideas nuevas, mientras él se reía, tomando rapé sin interrupción, con su antigua alegría expansiva y mirándome sin pensar seguramente en reñirme.

– ¿No estoy en camino del infierno, señor cura?

– No lo creo, hija mía. Es preciso ser joven cuando uno es joven.

– ¡Joven, mi pobre cura! ¡Si usted pudiese ver el fondo de mi alma! ¡He escrito á usted que yo no era ya más que un esqueleto, y efectivamente es verdad!

– En todo caso, no lo parece.

– ¡Hablaremos de eso dentro de un instante, señor cura, y ya verá usted!

Cuando estuve harta, la criada levantó la mesa, se encendió un buen fuego y nos sentamos cada uno á un lado de la chimenea.

– Vamos, Reina, hablemos seriamente ahora. ¿Qué tiene usted que decirme?

– Aproximé mi piececito á la llama del hogar y respondí tranquilamente.

– Señor cura, yo me muero.

El cura, un poco sobrecogido, cerró bruscamente la caja de tabaco en la cual iba á introducir los dedos.

– No tiene usted traza de morir, querida niña.

– ¡Cómo! ¿No ve usted mis ojos tristes, mis labios pálidos?

– Nada de eso, Reina. Los labios están encarnados y la cara está rebosando de salud. Pero ¿de qué muere usted?

Antes de responder, miré alrededor de mí, pensando que iba á pronunciar una palabra que aquella sala modesta no había jamás oído resonar entre sus muros miserables; una palabra tan extraña, que el antiguo reloj sin muelle que se levantaba en un rincón y las imágenes piadosas colgadas en las paredes iban probablemente á caerme en la cabeza en un transporte de sorpresa y de indignación.

– ¿Y bien, Reina?

– Y bien, señor cura, ¡me muero de amor!

El reloj, las imágenes, los muebles conservaron su inmovilidad, y el cura mismo no hizo más que dar un saltito de carpa.

– Estaba seguro, dijo, pasando la mano por entre sus cabellos, que habían vuelto á tomar su actitud desordenada del buen tiempo, estaba seguro. ¡La imaginación ha hecho de las suyas, Reina!

– ¡No se trata de la imaginación, sino del corazón, señor cura, puesto que yo amo!

– ¡Oh! ¡Tan joven, tan niña!

– ¿Es una razón? ¡Repito á usted que muero de amor por el Sr. de Conprat!

– ¡Ah! ¿Es él?

– ¿Me toma usted por una cabeza de chorlito, por una cabeza ligera, señor cura?, exclamé.

– Pero, Reina, en lugar de morir, haría usted mejor en casarse con él.

– Eso sería lógico, mi querido cura, muy lógico; por desgracia, yo no le agrado.

Esta afirmación le pareció tan extraordinaria que quedó algunos segundos petrificado.

– ¡No es posible!, me dijo con un acento tan convencido que no pude menos de reirme.

– No solamente no me ama, sino que ama á otra: está enamorado de Blanca y la ha pedido en matrimonio.

Yo le referí lo que había ocurrido hacía algunos días en el Pavol; mis descubrimientos, mi ceguedad y las vacilaciones de Juno; y coroné esta narración llorando á lágrima viva, porque mi aflicción era efectivamente muy verdadera.

El cura, que no había podido decidirse hasta entonces á tomar en serio mis penas y mis palabras, parecía la imagen de la consternación. Acercó su asiento al mío, me tomó la mano y se esforzó en hacerme ver la conveniencia de adoptar una prudente resolución.

– Su prima de usted vacila, el casamiento no se hará quizás.

– ¡Qué importa, puesto que él la ama! No se puede amar dos veces.

– Eso se ha visto, sin embargo.

– ¡No lo creo, sería horroroso! Soy muy desgraciada, mi querido cura.

– ¿Se lo ha dicho usted á su tío?

– No, pero ha adivinado mis pensamientos. Por otra parte, ¿para qué? Él no puede obligar á Pablo á amarme y á olvidar á su hija. ¡Yo no quisiera que él conociese mi amor, preferiría morir!

Un largo silencio siguió á esta manifestación de mi altivez. Mirábamos el fuego como dos brujos que pretenden leer los secretos del porvenir en las llamas y los carbones encendidos. Pero llamas y carbones permanecieron mudos y yo lloraba silenciosamente, cuando el cura dijo sonriéndose:

– ¡No se parece, sin embargo, ni á Francisco I ni á Buckingham!

– ¡Ah, señor cura, respondí vivamente, si Francisco I y Buckingham estuviesen ahí, no se harían de rogar para amarme, y yo me alegraría mucho de ello!

El cura encontró la respuesta desprovista de ortodoxia y llena de interpretaciones enojosas. Abandonó rápidamente el asunto erizado de lazos que había empezado á tratar y me predicó la resignación.

– Reflexione usted, Reina. ¡Es usted tan joven! Esta desgracia pasará, y usted tiene delante de sí una larga vida.

– No tengo un carácter resignado, sépalo usted. Si vivo, no me casaré jamás; pero no viviré, estoy tísica, ¡escuche usted!

Y traté de toser de una manera cavernosa.

– No nos chanceemos sobre este asunto, Reina. Gracias á Dios, está usted en buen estado.

– Vamos, dije levantándome, veo que no quiere usted creerme. Aprovechemos este hermoso tiempo y los últimos momentos que me quedan de vida para ir al Buissón, señor cura.

Nos pusimos á andar de prisa, á pasos cortos, hacia mi antigua habitación, bajo un agradable sol del mes de noviembre, infinitamente menos apacible, menos vivificador que el cariño de mi buen cura y la presencia de su amable semblante, que había vuelto á tomar su color encarnado desde mi llegada. Yo miraba con satisfacción revolotear sus cabellos, su modo de andar ligero, toda su persona repleta y alegre que yo había acechado tantas veces por la ventana del corredor, mientras la lluvia azotaba las vidrieras y el viento bramaba, silbaba por entre las puertas destrozadas de la antigua casa.

Después de una visita á Perrina y á Suzón, la recorrí de alto á bajo. En verdad, el tiempo no debería medirse por la cantidad de los días transcurridos, sino por la vivacidad y el número de las impresiones. Muy pocas semanas antes había dejado la vieja y arruinada casa, y si me hubieran dicho que desde entonces habían pasado muchos años, lo hubiera creído perfectamente. Llevé al cura al jardín. ¡Pobre selva virgen! Ella me recordaba tristes días; sin embargo, me alegré de recorrerla en todas direcciones.

Y después el recuerdo de algunas horas muy agradables me pasaba por la cabeza; recuerdo que aún tenía encantos para mí, á pesar de la amargura de las decepciones que habían seguido á un momento de felicidad.

– ¿Se acuerda usted, señor cura?, dije señalando al cerezo á que Pablo había subido.

– Pensemos en otra cosa, Reina.

– ¿Es eso posible, mi querido señor cura? ¡Si supiese usted cuánto le amo! ¡No tiene defectos, se lo aseguro á usted!

Una vez en este terreno, ningún poder humano ni sobrenatural hubiera podido detenerme, tanto más cuanto que en el Pavol estaba obligada á disimular mis ideas. Hablé tanto tiempo, que el desgraciado cura estaba completamente aturdido.

Pasamos la noche en charlar y en disputarnos. El cura empleó todo su talento oratorio en probarme que la resignación es una virtud llena de sabiduría y fácil de adquirir.

– Querido señor cura, respondí con gravedad, usted no sabe lo que es el amor.

– Créame usted, Reina, con buena voluntad olvidará usted y dominará fácilmente esta desgracia. ¡Es usted tan joven!

«¡Tan joven!..» ese era su estribillo. ¿No se sufre á diez y seis años como á otra cualquiera edad? ¡Estos viejos son particulares!

Por mi parte, respondí meneando la cabeza:

– ¡Usted no comprende, señor cura, usted no comprende!

Al día siguiente, paseando en su jardín, le dije:

– Señor cura, anoche se me ocurrió una idea.

– Veamos la idea.

– Deseo que vaya usted al curato del Pavol.

– No se puede tomar el puesto de los otros.

– El cura del Pavol es viejo como Herodes; envejece mucho, y yo vigilo las señales de su desfallecimiento con una tierna solicitud. ¿No se alegraría usted de reemplazarle?

– Evidentemente, sí; sin embargo, sentiría dejar mi parroquia. Hace ya treinta y cinco años que estoy en ella, y ahora la quiero.

– ¡Ahora ¡No siempre ha estado usted contento!

– No, Reina; ya sabe usted cuán triste es. Quizás no se le ha ocurrido á usted nunca que he sido joven. Mis ensueños no eran precisamente los mismos que los de usted, pero hubiera querido una vida activa; hubiera querido ver, oir muchas cosas, porque no era inteligente y deseaba recursos intelectuales que me han faltado siempre. Además, antes de tenerla á usted en mi existencia, no poseía ni afecto ni amistad alrededor de mí. Pero el abatimiento y todos los disgustos se dominan, cuando se quiere dominarlos. Yo era muy feliz antes de su partida de usted del Buissón; había olvidado los largos días tan tristes y tan malos de mi juventud.

El buen cura se quedó pensativo, y yo, que no había imaginado jamás, viéndole siempre alegre y satisfecho, que él había podido sufrir en algún tiempo, me enternecí ante su resignación tan verdadera, tan tranquila, sin la menor hiel.

– Es usted un santo, mi querido cura, dije tomándole la mano.

– ¡Psh! No digamos tonterías, querida Reina. Mi existencia comprimida me ha hecho sufrir, pero esa es la suerte de todos mis cofrades cuya imaginación es joven y activa. He hablado á usted de esto para hacerle comprender que todo se puede soportar, que se puede volver á hallar la dicha, la alegría, cuando las desgracias han pasado y se han sufrido con valor.

Yo comprendía muy bien, pero el cura predicaba en desierto. Era demasiado joven para no ser muy absoluta en mis ideas, y me decía naturalmente que, en materia de disgustos, nada es comparable á un amor desgraciado.

– Si el curato del Pavol está vacante algún día, me alegraría ir á él, Reina; sólo que ese cambio no depende de mí.

– Sí, ya lo sé, pero mi tío conoce mucho al obispo, él arreglará eso.

El cura volvió á conducirme á C... Cuando me vió instalada en el elegante landó de mi tío, exclamó:

– ¡Cuánto me alegro de ver á usted en su sitio! Este coche está más en armonía con usted que la calesa de Juan.

– Pronto me verá usted en una hermosa quinta, respondí. Voy á rezar algunas novenas para que el cura del Pavol se vaya al cielo. Es una idea caritativa, puesto que es viejo y está enfermo. ¡Usted tendrá una bonita iglesia y un púlpito, señor cura, un verdadero gran púlpito!

Los caballos partieron, y yo me asomé á la portezuela para ver más tiempo á mi viejo cura, que me hacía señas de amistad sin pensar en ponerse el sombrero, porque una feliz, una alegre esperanza había entrado en su corazón.

(Continuará)

LA GIRALDA DE SEVILLA

II. – (Véase el n.º 705)

Después de haber descrito en el artículo anterior las transformaciones que en su exterior ha sufrido la Giralda, vamos á intentar la descripción interior de la famosa torre á fin de que nuestros lectores puedan formar juicio aproximado de la grandeza de este monumento (1), el más insigne del arte almohade, y séanos lícito, antes de emprenderla, lamentarnos de las obras verificadas por Fernán Ruiz, que alteraron tan completamente el aspecto total del alminar según hoy lo vemos. Compárese, pues, la pureza, elegancia y armonía de la *Torre* musulmana, con su segundo cuerpo adornado por las tablas de ataurique, su cupulino de azulejos y sus cuatro esferas de bronce dorado, con el remate actual, desde el cuerpo de las campanas hasta el Giraldillo, sus pesados arcos, entablamentos, balcones, pilares y vasos de sus cuatro cuerpos, y nos persuadiremos de los efectos deplorables de aquellas obras y también de que nunca podrán conciliarse ni armonizarse tan discordes elementos, como manifestaciones de artes opuestas en su esencia como en el espíritu que los animó. Verdad es que para el común de las gentes, incapaces de apreciar la profanación cometida, el aspecto de la *Torre*, vista á cierta distancia, produce singular efecto por su altura y esbeltez; mas para el arqueólogo concienzudo y para el artista que no se satisfacen con las impresiones del momento, sino que buscan y escudriñan hasta en los más ocultos pormenores, para obtener como resultado de sus investigaciones, ya el esclarecimiento de un punto dudoso, ya la explicación de una teoría, ó ya finalmente un nuevo dato que allegar á la historia, poco conocida aún, de nuestros monumentos, no puede menos de causar profunda tristeza la consideración de las mutilaciones sufridas. Afortunadamente éstas se circunscribieron principalmente al segundo cuerpo del alminar; pues si bien muchos de los vanos exteriores ostentan todavía sus macizas y pesadísimas balaustradas que producen un efecto deplorable, y si hasta nuestros días han permanecido alteradas las formas de algunos arcos de ojiva túmida y angrelada que macizaron y convirtieron en medios puntos, la acertada restauración que en 1887 efectuó el peritísimo arquitecto Sr. Adolfo Fernández Casanova hizo desaparecer estos pegotes, así como los restos que se conservaban de imágenes que pintara Luis de Vargas por los años de 1568, y que se veían en los arcos ornamentales que sostienen las tablas de ataurique ajaracada que adornan en sentido vertical los cuatro frentes de la *Torre*, y también en cada uno de los que forman el friso superior, inmediato al arranque del cuerpo de las campanas, conservándose sólo restos de dichas pinturas ya muy borrosas en el tercio inferior del muro que da al Norte (2).

Mucho empeño tuvo el Sr. Casanova en que desapareciesen los ridículos antepechos ó balcones; pero elevado su proyecto de restauración á la Real Academia de San Fernando, estimó dicha corporación que debían respetarse, como testimonio del gusto dominante á fines de la décimasexta centuria: nosotros opinamos que para dar fe de aquél, bastaba y sobraba con los cuatro cuerpos en que hoy remata.

Entrando ahora en la descripción interior de la *Torre*, diremos que la pequeña puerta que sirve hoy de entrada, no fué la primitiva, que estuvo situada en el muro de Occidente y por tanto daba al sitio en que se ve hoy día la capilla de Nuestra Señora del Pilar: penetrando por la actual y después de atravesar un estrecho pasadizo hallamos la primera rampa, «tan llana é de tan grand maestria fecha... que cualesquier que allí quisiere sobir con bestias soben hasta encima della.» Hoy sería difícil intentar el ascenso cabalgando, pues hállanse enladrilladas todas las rampas (obras que se efectuaron en 1813) y que llegan al número de 35, las cuales van desenvolviéndose, alrededor del gran machón central, dejando lugar para varios aposentos. Todos los muros están construídos de ladrillo, que miden $0^m,35$ de largo, por $0^m,09$ los del paramento interior, colocados por hiladas horizontales y perfectamente tomadas sus llagas con fuertes mezclas. Hay que notar que la anchura de las rampas y muros va estrechando á medida que se sube. La riquísima colección de capiteles que se ven en los balcones, ora sosteniendo los arcos exteriores, ya sirviendo de parteluces, con sus correspondientes fustes y alguna basa árabe-bizantina, llaman la atención de los visitantes por su mérito, variedad y considerable número, que asciende á 140, debiendo notar que los que se encuentran en los muros exteriores, sosteniendo las tablas de ataurique y la arquería ornamental del friso, son muchos de ellos visigodos, aprovechados por los almohades de las antiguas fábricas sevillanas. Una vez en el cuerpo de las campanas, encontramos colocada en pequeña hornacina abierta en el muro, y sobre la clave del arco de ingreso, una estatuita de piedra de la Virgen del Socorro, ejecutada al estilo del Renacimiento.

(1) Su altura deducida con el eclímetro es $93^m,25$.
(2) La torre con sus pinturas vese reproducida en una curiosa estampa que dibujó D. Pedro Tortolero y grabó D. Juan Fernández por los años de 1690. ¡Imagínense los lectores un alminar adornado con santos!

En el muro en que se halla la esfera del reloj hay una inscripción en mármol blanco que conmemora la subida á la torre de Carlos IV y la real familia.

Varias campanas muy importantes encuentra el curioso, como producto de la pericia de los fundidores del siglo XV, adornadas de escudetes, medallones, inscripciones en relieve con caracteres monacales y góticas floreadas, debidas á los maestros campaneros Francisco Fernández, Juan Aubrí y Antón López; de Juan de Balabarca es la llamada *gorda*, por ser la mayor, que fundió aquel artífice en 1588 y cuyo peso es de 163 quintales.

El número total de ellas es el de 26, siete de golpe y 19 de vuelta.

Curioso es por demás el siguiente hecho que refiere D. Fernando Pizarro y Orellana en sus *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, hablando del famoso navegante Alonso de Ojeda: «Era, dice, de pequeño cuerpo, bien proporcionado, de buen rostro, de muchas fuerças y ligereza; haziendo siempre que la pequeñez del cuerpo fuese gigante con la virtud del ánimo, y que fuesse compañera de las fuerças la ligereza, como lo mostró quando estava la reyna doña Isabel en la torre de la iglesia Mayor de Sevilla, pues se atrevió á subir en el madero que sale veinte pies fuera de la Torre, y le midió con los suyos tan apriesa como si fuera en una sala, y al cabo del madero sacó un pie en vago, y dando la vuelta, con la misma fuerza se boluió á la Torre, que pareció imposible no caer y hazerse pedaços.»

Durante el siglo XV, por lo menos sirvió también la Torre como atalaya ó vigía, y en este sitio á que nos venimos refiriendo, hoy campanario y entonces azotea, encendíanse grandes fogatas para avisar á los lugares de la comarca cuando ocurría alguna asonada, tan frecuente entonces. Hubo, pues, en la *Torre* vigías que pagaba la ciudad, según prueban algunos libramientos, que se conservan en su Archivo, por los cuales sabemos que en 9 de febrero de 1407 mandó el Concejo sevillano á su mayordomo «que diese á Juan Diaz, *que tiene la torre de Santa María la Mayor*, 840 maravedises para él y para dos hombres que están con él en la dicha torre que tiene cargo de ver et de orear de noche et de día las afumadas é almenaras que se fiziesen en las torres é castillos que son contra tierra de moros et de responder á ellas porque en breue la tierra sea apercibida para fazer lo que cumple á seruicio de nuestro señor el Rey.» En 23 de febrero de 1452 se concedió una cantidad á Pedro Fernández Marmolejo, veinte y cuatro de Sevilla, «para poner atalayas en la torre de Santa María,» y en 26 de enero de 1489 expidióse otro en favor del Jurado Antón Serrano «para dar á tres hombres que ha de poner por mandado de la ciudad por atalayas en la torre de Santa María la Mayor, para que vean las ahumadas que se fizieren en la villa de Carmona, donde están puestas otras atalayas por mandado del Sr. Marqués de Calís, capitán general de la frontera.»

Del abusivo empleo que le dieron algunos magnates sevillanos en épocas de bandos y revueltas, quéjanse también nuestros historiadores, y así leemos en Zúñiga al tratar de los sucesos de 1440 y refiriéndose al canónigo de esta santa iglesia, D. Pedro González de Medina, que dice: «hizo de la *Torre* propugnáculo de vandos y armas,» y el mismo analista copia las siguientes frases tomadas de las alegaciones que se efectuaron entre los poderes eclesiásticos, para poner coto á las demasías del citado canónigo: «Porque es gran oprobio (dijeron) de esta santa iglesia y de los Beneficiados della, según que muchas vezes entre Nos fué y es platicado *que las dichas Torres* (la Giralda y la de San Miguel) *esten muñidas de gente e que se velen con vozinas, como si fuessen castillos fronteros*, de lo cual es notorio que se han escandalizado y escandalizan los vezinos y moradores de esta ciudad.»

De este cuerpo de las campanas súbese al aposento en que se halla la maquinaria del reloj, obra maestra en su género, debida á la pericia del religioso franciscano Fr. José Cordero, que la construyó en el año 1765.

El tercer cuerpo es de planta circular y en él hay un espárrago de hierro para subir al cuarto y último, que sirve de asiento á la magnífica y grandiosa figura de la Fe vencedora, á que el vulgo llama *Giraldillo*. Es de bronce y fué fundida en 1566-68 por el famoso Bartolomé Morel, según los diseños que acaso le facilitara el escultor Diego de Pesquera. Tiene 4 metros de alto, y la figura, vestida á la heroica, asienta sus plantas sobre un gran globo de bronce también, taladrado por un perno, á que está unida la figura, la cual gira al menor impulso del viento.

Para terminar nuestro ligero estudio, diremos breves frases acerca de las últimas obras verificadas en la Torre por el sabio arquitecto Sr. D. Adolfo Fernández Casanova y á consecuencia de los destrozos causados por la chispa eléctrica desprendida en la tarde del 26 de abril de 1884 (1). Dieron comienzo el 16 de agosto de 1885. En su frente Sur fué reconstruída toda la región central que destrozó el rayo, y por tanto los ajimeces y el trozo de muro correspondiente á una mitad de la arquería ciega superior. En las restantes fachadas fueron restaurados la mayor parte de sus ajimeces y hechas de nuevo las lacerías elegantísimas de piedra de la ventana gemela del muro Este, por hallarse completamente destrozadas. Varios vanos de las fachadas Sur, Este y Norte estaban tabicados, otros cuarteados y sostenidos con parches de yeso imitando ladrillo, por lo cual fué preciso efectuar la reconstrucción de todos ellos. Colocáronse entonces 17 basas, 28 fustes y 64 sotacapiteles Para los tableros de ataurique 4 fustes y 10 para la arquería de coronación, en la que se emplearon 14 sotacapiteles. Trece capiteles modernos y de pésimo gusto fueron sustituídos por otros genuinamente coetáneos, cinco regalados por sevillanos amantes de sus glorias y ocho adquiridos por cuenta del Estado. Muchas de las bóvedas de las rampas se hallaban dislocadas, todas ofrecían hiendas y cuarteos de más ó menos consideración, á las cuales hubo de atender, así como á los grandes desperfectos que se notaban en los muros y á la rosca de ladrillo del pavimento. Construyéronse también de nuevo las bóvedas de cañón seguido que sostienen los pisos Sur y Oeste de la galería del cuerpo de campanas, la escalera que conduce al reloj y finalmente el último cuerpo que sirve de basa al Giraldillo, obra esta última muy arriesgada, no sólo porque al hacerla había que dejar suspendida temporalmente la colosal estatua, sino por la dificultad de mover obreros y materiales en los reducidos límites de este cuerpo. Vean nuestros lectores cómo describe el Sr. Casanova esta atrevida operación: «Empecé, dice, por acodalar y encinchar fuertemente este cuerpo, á fin de constituir una sola masa resistente, compuesta de las obras de sillería y de las auxiliares de madera y hierro, que tenían por objeto reforzar temporalmente las fábricas. Dispuestos así los trabajos, preparo un fuerte espárrago de resistencia proporcionada á su destino, y una vez subido á su sitio, corto resueltamente el viejo y le reemplazo con el nuevo. En este momento crítico, en que la suerte tanto nos favoreció, debo declarar, en honor de mis operarios, que ninguno de ellos faltó de su puesto, y animados ya con este primer resultado, acometen valientemente el corte parcial y sucesivo de los pilares y del anillo de bóveda, reponiendo los sillares partidos á medida que se iban cortando. La Providencia bendijo el arrojo y los buenos deseos de mis obreros, que terminaron el arriesgado trabajo de cantería y los definitivos encinchados de hierro de este cuerpo sin experimentar el más leve percance, salvando así la coronación de uno de los más renombrados monumentos europeos.» Finalmente, para defenderlo en lo sucesivo de los daños de otra descarga eléctrica, el 1.º de octubre de 1885 se empezaron los trabajos para la instalación de los pararrayos, que hoy se ven al pie de la estatua del Giraldillo, en forma de corona. Hízose entrega del monumento ya restaurado al Excmo. Cabildo eclesiástico en 3 de abril de 1888 y los gastos todos ascendieron á la suma de 148.682 pesetas.

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

APARATO PARA LA PRODUCCION

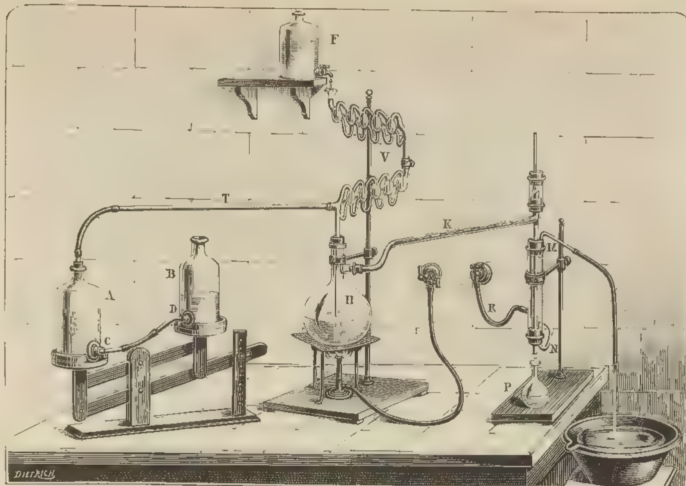
DEL ALCOHOL ARTIFICIAL

Los progresos de la ciencia permiten hoy preparar artificialmente con los minerales el alcohol puro, completamente libre de los principios nocivos que generalmente contiene. M. Berthelot ha sido el primero en producir el alcohol sintético, es decir prepararlo artificialmente, partiendo del carbono y del hidrógeno: su procedimiento, sin embargo, era demasiado

(1) Los lectores curiosos pueden consultar, si desean conocer á fondo los desperfectos y daños que tuvo la *Torre* hasta esta fecha, así como el pormenor de las obras que se ejecutaron para subsanarlos, el folleto que publicó el Sr. Casanova, titulado *Giralda de Sevilla. Memoria descriptiva de las obras de restauración é instalación de pararrayos*. Sevilla. Izquierdo. 1888.

caro para destronar el alcohol de vino ó de cereales; pero desde que la ciencia electro-química permite obtener muy barato el gas acetileno, la producción del alcohol artificial ha sido nuevamente estudiada y simplificada.

El aparato que reproducimos produce el alcohol artificial de una manera continua hidrogenando el acetileno en el momento de su formación en el mismo aparato que lo fabrica. En el frasco A se pone una mezcla de carburo de calcio y de cinc (2 kilogramos del primero y 2'5 del segundo) y en el frasco B agua acidulada con ácido sulfúrico (5 litros de agua y 3.200 gramos de ácido sulfúrico): los dos frascos están unidos por un tubo de caucho CD y colocados en un soporte S, el cual permite elevar ó bajar el frasco B, según que se quiera ó no aumentar la corriente. El agua acidulada



Aparato para la producción del alcohol artificial

ataca el carburo y el cinc, formándose entonces hidrógeno y acetileno: estos dos gases se combinan inmediatamente para formar el ethileno, que se desprende por el tubo T, de donde pasa á las bolas de un aparato Mario Otto V, en las que se disuelve al contacto del ácido sulfúrico caliente que en él cae gradual y constantemente desde el frasco F. El ácido saturado de gas cae en la redoma H, al fondo del agua que ésta contiene y que se hace hervir. En esta redoma el producto se descompone en ácido y alcohol; este último se volatiliza con agua y se enriquece en el tubo K que contiene cintas de cobre y que sirve de columna de destilación: el alcohol puro se condensa en el refrigerante R enfriado por una corriente de agua: en el recipiente P se recoge el alcohol puro, que por este método resulta á 35 céntimos kilogramo.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Folk-lore musical catalá, por *Jacinto E. Tort Daniel.* – Los estudios folkloristas han alcanzado en este tiempo gran importancia: poetas y músicos, convencidos de que en el pueblo reside la fuente más pura de inspiración, á él han acudido recogiendo de sus propios labios sus narraciones, sus leyendas, sus poesías, sus canciones, haciendo sobre ellas profundos estudios y deduciendo de éstos provechosas enseñanzas. Y este movimiento no se limita á una comarca ó nación determinada, sino que es por decirlo así universal: en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Rusia, en todas partes donde en algo se tiene á la poesía y á la música, realízanse pacientes investigaciones sobre cuanto á la musa popular se refiere. España no se ha quedado á la zaga en este orden de trabajos, y dentro de España, Cataluña ocupa en este punto uno de los primeros puestos, publicándose de continuo libros y folletos que de tan interesante materia se ocupan: Pelay Briz, Milá y Fontanals, Pedrell y tantos otros han consagrado á ella su atención aportando al acervo folklorista preciosos materiales. Digno continuador de estos trabajos es el joven y distinguidísimo compositor y pianista Sr. Tort Daniel, que desde hace algún tiempo dedícase con laudable perseverancia y con gran inteligencia á estudiar las canciones populares catalanas. Siete de éstas han sido por él coleccionadas en el folleto que nos ocupa, publicando la letra y la música de las mismas, en las cuales se admira una dulzura, una sencillez y un sentimiento poético que embelesan. El Sr. Tort y Daniel ha prestado con esta obra un nuevo é importante servicio á la literatura y á la música folklorista, mereciendo por ello incondicionales alabanzas.

* * *

Una página de crítica histórica, por *J. M. Villasclaras Rojas.* – En el certamen celebrado en Vélez Málaga en 3 de octubre de 1894, otorgóse el premio destinado al mejor trabajo de crítica histórica sobre el origen y fundación de aquella ciudad al conocido publicista de la misma Sr. Villasclaras por la memoria que nos ocupa. En ella se hace un meditado estudio sobre el tema propuesto, y su autor demuestra notables aptitudes para la investigación y crítica de los hechos históricos, labor tanto más difícil cuanto que el Sr. Villasclaras ha tenido que luchar con la falta de datos, antecedentes y textos sobre la materia tratada, á pesar de lo cual su bien escrita memoria resulta completa é interesante. Véndese al precio de 75 céntimos de peseta.



El sacamuelas, grupo de Cipriano Folgueras (Exposición Nacional de 1895)

Palabras y plumas, *por L. Ruiz Contreras.* – Sol y sombra, *por Ricardo Sepúlveda.* Forman estos dos libros los tomos 25 y 26 de la Colección Diamante, que con éxito cada vez mayor publica el editor barcelonés D. Inocente López. El primero contiene varios artículos é interesantes novelitas; el segundo gran número de chispeantes artículos y poesías. Uno y otro son dignos de la merecida reputación de que gozan sus autores los señores Ruiz Contreras y Sepúlveda, y no necesitan por lo mismo ser recomendados al público que harto sabe lo que valen escritores tan distinguidos. Véndense los tomos citados al precio de dos reales cada uno.

* * *

Pro patria. – El último número de esta importante revista que se publica en Madrid, bajo la dirección de D. José Marco, contiene el siguiente interesante sumario: *Tres nuevas formas geométricas*, por D. Arturo Soria; *A Sulpicia* (traducción de la elegía II del libro IV de Tíbulo), por D. Víctor Balaguer; *El dominio del capital*, por D. Rafael Alvarez Sereix; *Estudio crítico sobre lo que dice el Quijote*, por D. Baldomero Villegas; *Andrea Avelina Carrera*, por ***; *El ajedrez jugado de memoria*, por D. Andrés Clemente Vázquez; *Desde París*, por J. B. Enseñat; *Academias y sociedades*, por Ache; *Noticias musicales*, por D. Andrés Mitjana; *Notas políticas*, por Sinesio, y *Notas bibliográficas*, por Amando. Suscríbese á esta revista en Madrid, calle de Claudio Coello, 19.

* * *

Narraciones vulgares, por *Juan Guillén y Sotelo.* – La Biblioteca Selecta que con tanto éxito publica en Valencia la casa Pascual Aguilar, ha dado á luz el tomo que nos ocupa y que contiene una colección de bonitas narraciones. Aunque su autor las califica de vulgares, su lectura demuestra que hay en ellas algo y aun algos que las colocan por encima de lo que por vulgar suele entenderse. Populares sí son, pues en todas ellas palpita ese sentimiento poético que en el pueblo más que en ninguna otra parte se encuentra. El Sr. Guillén describe en su libro una porción de cuadros de costumbres de su tierra, la hermosa Andalucía, y para que nuestros lectores comprendan hasta que punto ha acertado en la reproducción, solo diremos que un poeta andaluz tan entusiasta y tan conocedor de su país como Salvador Rueda, dice en un laudatorio prólogo que contiene la obra: «En el libro te veo á ti y veo á Andalucía.» Este tomo, como todos los de la Biblioteca Selecta, véndese en las principales librerías á dos reales.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 22 de julio de 1895 — Núm. 708

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos á los suscriptores de la **Biblioteca Universal** un nuevo tomo de OBRAS ESCOGIDAS DE VENTURA DE LA VEGA, que contendrá las renombradas comedias *Llueven bofetones*, *La escuela de las coquetas*, *Bruno el tejedor*, *El tío Tararira*, *La sociedad de los trece*, *Quiero ser cómico*, *El gastrónomo sin dinero*, *Una boda improvisada*, *Amor de madre*, *La familia improvisada*, *El testamento*, *El héroe por fuerza*, *Otra casa con dos puertas* y *La mujer de un artista*.

Como muchos de los señores suscriptores que lo son desde principio de este año no poseen el tomo primero de tan notable obra que publicamos el año pasado, les invitamos, para que tengan completa la colección, á que lo adquieran por el precio de CINCO pesetas, ÚNICO PARA LOS SUSCRIPTORES DE LA **Biblioteca Universal**.

Este primer tomo comprende todas las obras poéticas de tan ilustre autor, entre las cuales se cuentan *El hombre de mundo*, *Don Fernando el de Antequera*, *La muerte de César* y *La crítica de «El sí de las niñas,»* la *Fantasía dramática para el aniversario de Lope de Vega* y la loa *La tumba salvada*.

El éxito que el libro ha tenido nos mueve á aconsejar y recomendar á nuestros suscriptores la adquisición de este primer tomo por el módico precio antes indicado, con lo cual y tomando el que próximamente repartiremos tendrán una de las obras más salientes de nuestra **Biblioteca Universal**.

A fin de poder atender debidamente á las indicaciones que se nos hagan, rogamos á nuestros suscriptores y corresponsales se sirvan hacernos los pedidos para los que deseen el expresado tomo de las obras poéticas de Ventura de la Vega.



BUENOS AIRES.—Funerales celebrados en memoria de los náufragos del «Reina Regente»

EL MINISTRO DE ESPAÑA SALIENDO DE LA CATEDRAL DESPUÉS DE LA CEREMONIA RELIGIOSA

(De una fotografía)

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La muerte de *Pitarra.* – Caracteres del genio de este amigo. – La inmortalidad. – Pensamientos eternos. – Centenario de San Antonio de Padua en Lisboa. – Los anarquistas portugueses y su ignorancia de la historia del progreso. – Asamblea católica en la capitalidad de Portugal. – Votos de esta asamblea. – Extensión diaria del socialismo católico. – Reflexiones diversas. – Conclusión.

Profesé á *Pitarra* toda mi vida con afectos de una inextinguible amistad afectos de una constante admiración. Poeta nacido del pueblo, al pueblo consagró mi amigo su inspiración inagotable y continua. Nadie tan catalán como *Serafí* en el amor á su región hermosísima, y nadie tan español en el amor á la patria común. Escribió las dos lenguas, la materna y la nacional, enseñoreándose de ambas. Al concederle nuestro primer instituto literario el premio guardado para el mejor drama hecho el 88, Menéndez Pelayo y yo pusimos tenaz empeño en que lo tuviera el admirado poeta, á cuyo genio todos prestábamos los destellos de un lucero brillando con luz propia en los cielos de nuestros tiempos. El carácter lemosín de su complexión psíquica resalta en toda su grande obra literaria. *Pitarra* ostentaba mucho del estro épico con que han lucido los grandes poetas de la Provenza medioeval, junto á ese antiguo estro satírico que ha hecho reir á sus conciudadanos con risa inextinguible. Cuando tallaba composiciones dramáticas en escenas evangélicas de nuestra religión, ó en hechos heroicos de nuestra Cataluña, ó en tradiciones sublimes de nuestra España, sus obras tomaban, por lo amplio del estilo y por lo alto de la entonación, caracteres épicos; mas cuando ponía en escena lo cómico, por la vida de todos tan frecuente, sus ironías, atávicas en él, herencia de sus gentes, pegaban risas ruidosas á todo el mundo, que hacían de la representación de sus obras ligeras una fiesta continua. Yo no conozco nadie que se le parezca tanto como Clavé, músico popular y poeta; regional en sus bellos idilios puestos sobre las orillas del Ter y del Llobregat, y al mismo tiempo nacional como nadie, cuando invita, para que vayan á morir por la patria común en Africa, los descendientes de aquellos almogávares que iluminaron la noche de los siglos medios con las centellas de sus espadas, cuyo corte saliera del contacto con los pedruscos catalanes; liberal y demócrata y republicano convencidísimo, pero reconociendo y proclamando que la República debe huir del socialismo siempre reaccionario y de la revolución sistemática, opuesta del todo á la libertad y el derecho. Duerman en paz los dos grandiosos genios.

Pero al despedirse de tantos amigos para siempre, ¿no se queda uno más entregado á sí mismo y más solitario cada día? Y al encontrarse más solitario cada día, ¿no se repliega uno dentro de la conciencia, é interroga los misterios, extendidos, como una sombra gigantesca, en el espíritu y en el espacio? Buscamos la paz y por todas partes la guerra estalla. Queremos afirmar y creer, cuando no hay punto en la vida que deje de alzarse por sí mismo sobre una contradicción irreductible. Cada sol va engarzado en su respectiva sombra. El concierto de las esferas enmudece al silencio de lo infinito. Nuestro planeta, lleno de vida, va desposado por la inmensidad con luna envuelta en sudarios de muerte. Imposible afirmar la justicia, sin afirmar la idea contraria; é imposible comprender la hermosura, sin que, tras sus líneas armoniosas y su faz serenísima, reaparezca la fealdad haciendo una sarcástica mueca de burla ó menosprecio. La imaginación pone ninfas bellas en los cristales del arroyo ceñido por sus márgenes de violetas y luciérnagas, como pone desdentadas brujas horribles en los abismos de la noche y en los espantos de la superstición. El tálamo de todo placer y la mesa de toda orgía se levantan sobre losas de sepultura. Por tanto no podemos mirar á nuestro Dios y su gloria en el cielo, sin que inmediatamente sintamos el infierno hervir sobre nuestras plantas con su maldito diablo. Así la muerte y el amor se juntan. Mientras la una mata, el otro crea. Y sin embargo, en el fondo son lo mismo. Y el velo de la desposada se asemeja más de lo que parece á la sábana del cadáver, y el nacimiento con sus lloros y con sus dolores á las postreras agonías del moribundo: que así, misteriosamente se identifican los contrarios. Tono grave y agudo en la música, sombras y luz en la pintura, desafinidades y afinidades en la química, repulsiones y atracciones en la mecánica, muerte y amor en el mundo producen y conciertan á la postre verdaderas y santas armonías. La síntesis entre los principios contradictorios de nuestra vida, muerte y amor, se halla en la inmortalidad. No puede, no, destruirse un solo átomo, sin que perezca todo el universo, y menos podrá destruirse la idea, más vividera que un átomo, y el espíritu, mayor todavía que el espacio, pues aquél esclarece á éste con sus pensamientos, más todavía que los soles con sus rayos. La prueba de otra vida se halla en el deseo de vivir eternamente, como la prueba de que supera el bien al mal se halla en que dura y perdura el universo, no obstante los gases de muerte que emponzoñan toda vida y las fuerzas de exterminio que á todo ser combaten. Estemos seguros de hallar en la inmortalidad los seres queridos que nos ha robado la muerte.

Todos estos pensamientos nos llevan como de la mano á contemplar uno de los mayores hechos transcurridos en estos días, la reunión del congreso católico de Lisboa. En este congreso, que ha presidido el patriarca de Portugal y que ha honrado con su protección el cardenal de Valencia, se han dilucidado los mayores problemas y se han sabiamente convenido fórmulas de armonía y concordia entre la religión y la ciencia, entre la Iglesia Católica y los Estados modernos. Nuestro cardenal Sancha, vivo y nervioso, con un espíritu abierto á todas las ideas, el corazón embargado por el cariño á las clases jornaleras, de voluntad activa y en ejercicio siempre, caritativo sin ostentación y bueno sin esfuerzo, más sociólogo que místico y un organizador de primer orden, hacendista y sabio en la intuitiva economía congruente con su ministerio episcopal, pide á los ricos larguezas para los pobres y pide á los pobres respeto y veneración para los ricos, pareciéndose á esos grandes obispos americanos de nuestro tiempo, cuya labor honra tanto al siglo XIX, en que ningún progreso democrático le asusta y creencia ninguna se halla tan arraigada en su ánimo como la creencia de que la Iglesia no debe contentarse con la redención religiosa y la bienaventuranza celestial de los fieles en la otra vida, debe hacerlos felices en esta vida también, procurando el bienestar común y el mejoramiento de las condiciones sociales, para que todos los ciudadanos entre sí mismos se reconcilien y todos contribuyan á la compenetración del Estado con la sociedad y al concierto de la obediencia indispensable con el derecho natural. Yo me alarmo mucho cuando veo tendencias socialistas en el gobierno y en la política, pues no pueden hacer estas instituciones milagros; y no me alarmo nada cuando veo tendencias socialistas en la religión y en la Iglesia, pues ambas instituciones son las vestales del ideal, y sólo ellas pueden hacer con su predicación de la caridad arriba, que los ricos socorran á los pobres, y con su predicación de la conformidad abajo, que los pobres amen á los ricos.

Se ha celebrado el congreso católico en Lisboa con motivo de celebrarse ahora el centenario de San Antonio de Padua. Mucho se ufana Portugal con este santo y mucha razón de ufanarse tiene. Almas que dejan en el cielo tantas vetas de luz y en el mundo tantos gérmenes de bien, merecen el culto prestado á ellas en el altar y la veneración de cien generaciones. Las gentes, acostumbradas á ver el Antonio consagrado por la liturgia, con su ramillete de argénteas azucenas empuñado por la mano izquierda y su Niño Jesús en la mano derecha sostenido, sólo se acuerdan del joven por la Iglesia canonizado, y no del repúblico y no del orador y no del demócrata santificados por la Historia. De tal olvido proviene la triste acogida que han dispensado los anarquistas portugueses á la procesión, semi-cívica y semi-religiosa, en honra y culto del santo, vociferando sobre la tumba de un mártir del progreso y esparciendo á los cuatro vientos papeles llenos de protestas. A estas gentes, nacidas en el tiempo de las decadencias monásticas, todos los monasterios se les aparecen como centros de ignorancia y todos los monjes como enemigos irreconciliables. Mas no recuerdan lo que fué á comienzos del siglo XIII Europa y lo que hoy es á fines del siglo XIX. Y no recuerdan que si religiosamente San Francisco se aparece como el segundo Jesucristo, socialmente San Francisco se aparece como el primer precursor y bautista de la democracia moderna. El culto á la pobreza entre tantos potentados como había entonces; la exaltación de los humildes y de los siervos frente al castillo y al combate feudal perpetuos, nos dicen que se rompió en la orden franciscana un eslabón más de nuestra cadena y que allí subimos todos un grado más en la escala de nuestra redención. Pues el discípulo de San Francisco, San Antonio, después de haber evangelizado en África, presentóse ante los italianos por las campiñas véneto-lombardas, y como los caballeros feudales se hubieran convertido en *podestas*, pasando del castillo roquero al palacio ciudadano, para oprimir á su sabor las democracias emancipadas por el triunfo de éstas sobre el emperador y el imperio, los atajó con tal fuerza y los reconvino con tanta dureza y los sujetó con imperio tan formidable, que la mano de una república como Padua, libertada de su déspota Eccelino por un predicador como Antonio, le ha levantado templo hermosísimo, cuyas líneas y colores, no sólo recuerdan los servicios prestados por este inspiradísimo taumaturgo á la religión, recuerdan los servicios prestados por este joven tribuno á la libertad y á la democracia.

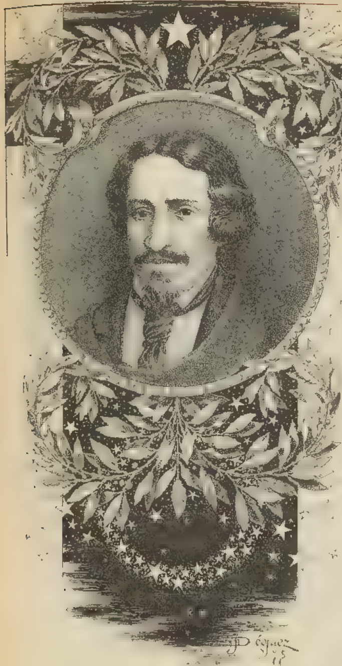


Facsímiles de los sellos emitidos en Portugal con ocasión del centenario de San Antonio de Padua

Hay fenómenos sociales de la mayor importancia, que aparecen con una extraordinaria fuerza y se imponen sobre los más indóciles al yugo externo con una grande autoridad. Entre tales fenómenos creo de una enseñanza muy aprovechable la extensión y la importancia conseguidas por el socialismo cristiano en todas las iglesias católicas del mundo. Comenzó esta obra de transformación religiosa el episcopado inglés, dispuesto y vigilantísimo frente á una fuerza tan formidable como la fuerza del episcopado anglicano. Reducidos dentro de los dogmas, no hubieran sobrepuesto al temperamento religioso que las ideas heredadas y las edades transcurridas han dado al natal temperamento británico. Pero, descendiendo hasta el pueblo, mezclándose con su vida y admitiendo sus penas como propias, embargados tan sólo por la idea de llevar consuelos al dolor de los espíritus y remedios al hambre de los cuerpos, han mucho camino andado y atraídose á su seno innumerables almas. Al clero católico inglés sucedió en este colosal intento el clero católico americano. Mucho han disentido el obispo de San Pablo y el arzobispo de Nueva York en materias canónicas y disciplinarias; pero en la tendencia social no han discordado nada. Y quien mayormente ha contribuído á la erección y robustez de tal obra increíble han sido aquellos laicos y religiosos franceses, que han hecho por la reforma social un esfuerzo análogo al que hicieran en su tiempo Lacordaire y Montalembert por la reforma política. Yo no creo en el socialismo. Cada día más individualista y liberal, no comprendo el Estado-Providencia. Pero creo en que los sacerdotes, consagrados á predicar la caridad á los ricos, podrán más que nosotros, y lograrán adelantos del bienestar social, que, nacidos de afectos particulares, contribuyan al bien y al progreso de la humana sociedad universal.

Madrid, 8 de julio de 1895

ESPRONCEDA



SEMBLANZA

Fué un pájaro que pasó cantando por los aires á esconderse en la *selva selvagia*, para que apenas se recuerde medio siglo después el color de su pluma. Afortunadamente el eco de sus cantos deleita nuestros sentidos todavía, merced al gran fonógrafo de la imprenta, que los recogió amorosa y sin cesar los lanza á los espacios poéticos donde las almas sensibles se los beben.

Hasta la fecha de su nacimiento fué como trazada al vuelo y en el aire, por aquellos días críticos en que empezaban á soplar sobre nuestra patria los de la tempestad más horrorosa que desde la invasión de los moros ha sufrido. Buscábase esa fecha en los archivos parroquiales de Almendralejo, rica villa de Extremadura, mientras yacía en los castrenses de Madrid, donde la encontró la Academia Española, para regularizar el orden cronológico de la nómina de escritores célebres que ostenta la fachada oriental de su nueva casa. Por cierto que no faltó cazador furtivo, de estos que andan á matar piezas por otros levantadas, que se atribuyese el descubrimiento publicando incontinenti *La verdadera patria de Espronceda*, nuevo alarde de su inhabilidad en el propio contrabandeo que profesa, pues nunca jamás la patria del poeta se puso en duda, sino la fecha de su nacimiento, ni aquélla podía en razón dudarse mientras existan los bellos endecasílabos que dedicó á su paisana Carolina Coronado, galanteándola con versos como éstos:

> ...en el mismo valle hemos nacido,
> ninfa gentil, para adorarnos dos.

Recuerda también esta circunstancia la singularísima que ofrecieron por aquellos días las lindes de la tierra de Serena con la de Barros, produciendo casi á la par dos poetas estupendos y por diverso estilo desesperados: Donoso Cortés, el místico augur de las calamidades apocalípticas que á la época moderna han de afligir más cada día por haber abandonado los caminos de la fe y de la autoridad, y Espronceda, el cantor de los mendigos y los piratas, el incansable demoledor de esa misma fe y esa misma autoridad, el apuesto paladín de visiones sociológicas, que apenas concibe, apenas entrevé, y que su espíritu delicado se espanta de definir, por el contraste que hacen con su naturaleza sensible, con su cultura exquisita y con su tierno corazón, más dispuesto á verter lágrimas que á hacerlas derramar. Y ambos poetas por extraña aventura nacen, no sólo casi á la par en las orillas del Guadiana, sino en circunstancias semejantes, en el campo ó poco menos, como si la naturaleza quisiera recibirlos á solas para contemplarlos mejor: Donoso debajo de una encina del valle de la Serena, huyendo su madre de los franceses, que nos habían ganado la batalla de Medellín; Espronceda enfrente de Almendralejo, por donde pasaba su padre mandando un escuadrón de caballería... Y pocos años después para mayor maravilla, tras estos férreos cantores de irreconciliables ideales, como para humanizarlos y endulzarlos, como para verter una gota de ambrosía en tan hondos cálices de amargura, fórmase de aquellos mismos barros, más preciados que oriental murrina, la *ninfa gentil* que había de enamorar al poeta de *El diablo mundo* antes de conocerla; poetisa tan sencilla y natural, que así se apasiona por Safo como por Santa Teresa, que se extasía ante el misterioso potoplasma de la Virgen sobrenaturalmente grabado en ciertas bellotas de la antigua Budna en las orillas del Gévora, que tiene por artículo de fe que el amor puede separar las sombras de los cuerpos, y así dice de la manera más natural del mundo: «Se va mi sombra, pero yo me quedo,» y que en fin cuando canta á las flores exhala perfumes; cuando á los pájaros, gorjea; cuando á los niños... ¡oh! ¿quién califica aquel lenguaje infantil con que ofrece á su hermanito contarle una historia:

> Cuando el alegre balbuceo
> deje, Emilio, tu labio bullicioso,
> cuando del álamo frondoso
> que tan lejano de tu frente veo,
> las ramas toque la graciosa mano
> que ora no alcanza al peralillo enano...

¡Trinidad singular y misteriosa!, ¿no es cierto?, la que nació á orillas del Guadiana en aquellas décadas de nuestro siglo, que hará por siempre memorables la guerra de la Independencia! Cuando leemos *Los Genios gemelos*, de Carolina Coronado, nos ocurre siempre que menos paradógico y extravagante parecería aplicarle á ella su propia tesis, juntamente con Donoso Cortés y Espronceda.

Para singularidades, este último, por quien puede repetirse la ya manoseada frase de que la naturaleza rompió sus moldes é hizo gala de extravagancia y paradoja. Criado por un coronel ordenancista y por una madre sumamente severa, el desorden mismo y la rebelión permanente encarnaron en el muchacho de tal modo, que fué prototipo de aquella revuelta época en que ni el hombre más sano estaba libre de algún achaque de monomanía política. Apenas se concibe cómo una sociedad semejante ha podido entrar medio en caja aun después de tres cuartos de siglo; porque ser católicos á marcha martillo, y celebrar como gracias todos los insultos, las diatribas todas y las calumnias groseras que los enciclopedistas habían sembrado contra la religión y la Iglesia; hacer á Napoleón guerra á muerte, llevando la cabeza llena de ideas napoleónicas; adorar en la monarquía representada por un Fernando VII, que pública y oficialmente felicitábase de la derrota de los españoles y por unos infantes imbéciles ó pazguatos, cuadro sombreado por las frescas tradiciones de María Luisa, de Godoy, de los escándalos del Escorial, de Aranjuez y de Bayona, y todo este elevado al *delírium tremens*, al heroísmo sublime, al sacrificio universal de vidas, de haciendas, de honras..., ciertamente apenas lo concibe la inteligencia humana sino como un acceso de fiebre, que hubiera escrito en su último grado *finis Hispaniæ*, si la historia no revelase la mano de la Providencia en esas grandes crisis, ya para mejorar, ya para castigar á pueblos y hombres. ¡Ah, qué hombres y qué pueblo encontró aquí Fernando VII al volver de su vergonzosa emigración, y qué mal supo dirigirlos!

Educado militarmente y para la carrera militar, ni aun la ordenanza de su padre respetaba el niño Espronceda, cuyo carácter aventurero y cuya voluntad enérgica asimilábanse todos los elementos anárquicos de aquel medio en que su generación vivía, hasta el punto de haber contribuído á la formación de la sociedad secreta *los Numantinos*, cuando no contaba aún la edad necesaria para alistarse en el batallón de niños de la Milicia nacional. ¡Conciliábulo terrible! Los futuros autores de *El diablo mundo* y *El hombre de mundo* fueron las piedras fundamentales, y redactó el reglamento otro rapaz más práctico y organizador, que se llamaba Patricio de la Escosura, que andando el tiempo, ¡cosa extraña en otro impenitente revolucionario!, también reglamentó la Guardia civil. Eran doce los *Numantinos*, casi todos estudiantes del colegio de San Mateo, que D. Alberto Lista dirigía, y las juntas se celebraban unas veces al aire libre en la pradera del Canal, otras veces en una cueva del cerrillo de San Blas, debajo del Observatorio astronómico – acaso la misma cuyo reciente hundimiento ha costado la vida á algunos mendigos, – y por último en un sótano, cuando á los guardas del Retiro se hicieron sospechosos con tanto ir y venir, perorando y gesticulando, aquellos imberbes conspiradores. Porque conspiraban y muy en serio, tanto que el 10 de noviembre de 1823, tres días después del suplicio de Riego, juraron vengarle y *matar al tirano*, en sesión solemne, tras sendos fulminantes discursos de Espronceda y Ventura de la Vega. El acta de esta sesión de los *Numantinos*, así como el juramento que firmaron todos, sirvió de prueba contra socios y sociedad, cuando al año siguiente los delató el único hombre barbado que había en ella. Sentenciado á encierro por cinco años en un corregimiento de Guadalajara, contaba entonces el poeta extremeño quince de edad.

A este encierro se atribuyen sus primeras inspiraciones; pero es inverosímil que quien tan pronto y tan al unísono pecaba con Vega y Escosura por lo revolucionario, no pecase también por lo poético; que sobre ser la tal enfermedad contagiosa de suyo, es el único lazo entre corazones juveniles que á las mudanzas del tiempo y á las vicisitudes de la vida suele resistir inquebrantable. De todos modos, si de Guadalajara trajo los fragmentos del *Pelayo*, y si D. Alberto Lista los ponderó, corrigió y aun adicionó, como se escribe en sus biografías, no hay duda que el poeta se aventajaba en precocidad al mismo revolucionario, porque el encierro duró poco, merced á novelescas ocurrencias, y el conspirador siguió impertérrito buscando persecuciones y cárceles, que no le faltaron ciertamente, como era de esperar en tales circunstancias. A uña de caballo tuvo que salir de Madrid por su complicidad en una conspiración militar que no puede ser humanamente la fraguada en Badajoz, como indica el autor de *Espronceda, su tiempo y su vida*, porque nos consta su fecha con exactitud por el libro de D. Vicente de Lafuente *Historia de las sociedades secretas*, donde se inserta el voto particular de Calomarde acerca de la sentencia dictada en este proceso, mientras por confesión del poeta consta asimismo que *contaba apenas diecisiete años* cuando huyó á Gibraltar y de allí á Lisboa por sus *instintos de ver mundo*. El artículo en que refiere este viaje, por su frescura, por su originalidad y por su naturalismo es la mejor página que escribió en prosa, y puede figurar entre las más célebres andanzas y navegaciones, inclusas las de D. Antonio de Guevara y el capitán Eugenio de Salazar. La carta de este último la conocía Espronceda indudablemente, que por ser ella modelo rarísimo de literatura picaresca, acredita los vastos conocimientos que en tan corta edad atesoraba, principalmente de filosofía y humanidades, pues de las ciencias y sobre todo de las matemáticas había huído como de la peste.

Cuando al desembarcar en Lisboa tiró al Tajo, como es sabido y él mismo lo refiere, las dos únicas pesetas que le quedaban, por *no entrar en tan gran capital con tan poco dinero*, ni por mientes le pasaban á Espronceda las dos cosas gravísimas que le esperaban allí, y que enlazadas por una fatalidad implacable habían de enaltecer su genio poético, á costa de la paz de su alma y de su misma existencia. Estas dos cosas eran la cárcel y el amor. El niño revolucionario tropezaba al fin con los grandes peligros de los hombres. Para los de genio es quizás una prisión el mejor gabinete de estudio, como lo prueban Ovidio, Cervantes, Silvio Pellico y tantos otros; y en cuanto al amor, caja de Pandora que tantos elementos de bien como de mal encierra, la soledad y el apartamiento del mundo por tal manera lo embravecen y agigantan, que se hace señor de todas las potencias y facultades, y tirano de las únicas grandes pasiones

que á luchar con él se atreven, la ambición y la sed de gloria.

El rey de Portugal accedió á las pretensiones del de España, y presos en una noche todos los emigrados liberales, el fugitivo de Gibraltar cayó entre ellos.

Visitaba diariamente á un coronel revolucionario de los encerrados en el castillo de San Jorge una hija de quince años que tenía, la hermosa y dulce Teresa, rayo de sol que iluminaba aquel antro de dolores, y al poeta, abismado en sus estudios, debía de parecerle encarnación de su musa, carne de aquel ideal que sus vigilias acompañaba. Ya está dicho todo. El ideal se hizo carne, sazonada con la sublime, pero fúnebre poesía de las cadenas y los calabozos. Separa á los amantes poco después la traslación á Inglaterra de algunos emigrados, entre ellos el padre de Teresa, y cuando tras largos padecimientos y amarguras del poeta vuelven á reunirse en Londres, Teresa está casada.., pero no perdida para él, ni para la desventura de ambos.

Esta situación psicológica explica el giro que tomó el genio de Espronceda. Entre las brumas del Támesis, arrastrando cadenas más pesadas que las de Lisboa, porque la libertad material del emigrado sólo servía para agravar los desórdenes del galanteador ilícito, envilecido el ideal que iluminaba su romántica prisión de la fortaleza de San Jorge, héroe unas veces de amorosas aventuras, traidor de melodrama otras, su carácter, sus pasiones, sus modos de ser y de sentir, sufrieron una transformación tanto más radical y peligrosa, cuanto que su naturaleza física, no muy robusta en verdad, estaba también sufriendo á la sazón la no menos grave del niño que pasa á hombre. Compensación única de este batallar de elementos contrapuestos, el estudio constante y afanoso que apacentaba su espíritu y en sus vigilias calmaba un tanto sus pasiones desordenadas, producíanle otra crisis intelectual no menos febril y devoradora. Por eso fué Byron su poeta favorito, y el desencanto y la amargura sus fuentes de inspiración. Por eso, de los filósofos escoceses, entonces tan en boga, se asimiló el desdén y la indiferencia hacia las verdades religiosas, prefiriendo los problemas metafísicos.

Sin embargo, todavía en su elegía *A la Patria* influyen más en el joven extremeño los profetas y los clásicos que la literatura y el clima de Inglaterra, y todavía en Londres prefiere la *Jerusalén* del Taso á la *Henriada* de Voltaire. Su hermosa organización lucha contra los elementos deletéreos que la están minando.

Los acontecimientos políticos que se precipitan, y no pocos de carácter íntimo y terrible que pueden imaginarse, pero no referirse, llevaron á Espronceda y Teresa á París, á correr maritalmente las aventuras de los emigrados y los conspiradores. Aunque no comieran el pan negro de estos infelices, porque la familia del poeta estaba sacrificándole su escaso patrimonio, muchas veces lo mojaron con lágrimas, y el lazo que los unía tuvo más de áspero que de suave, como acaso la desesperación hizo más que el liberalismo para llevar á las barricadas de Julio de 1830 al romántico emigrado español, que en las revueltas calles de París suspiraba por la relativa tranquilidad de Londres, como en Londres había suspirado por la mortífera calma de su calabozo de Lisboa. La agitación de su espíritu era ya fiebre, y el estado político de Europa se la aumentaba en los conciliábulos secretos de aquella emigración cosmopolita que tenía á Francia por cuartel general. Proyéctase una especie de cruzada para arrancar la Polonia de las garras de Rusia y Prusia, y Espronceda está allí para alistarse el primero, quizás recordando que Byron también había luchado por la independencia de Grecia, si bien al poeta extremeño le tira más su propia patria, y cree de mayor urgencia librarla de la tiranía del rey ingrato. Entre los bandos que dividen á la emigración española, él está afiliado en el más díscolo, en el más ingobernable, en el más pronto á correr temerarias aventuras, y en efecto, entra en España en octubre de 1830 con el coronel de Pablo, llamado *Chapalangarra* por los guerrilleros de la guerra de la Independencia, y un centenar de desesperados, que huyen ó caen muertos, como su jefe, al primer encuentro con los realistas de Fernando VII. Dejado aparte el valor personal, que lució grandemente, más que sus primeros estudios militares mostró Espronceda en este caso los poéticos, dedicando á la muerte de su amigo *Chapalangarra* una preciosa composición de románticos y originales rasgos, con perfumes de helenismo y aires de balada inglesa.

Antes que sus propios y estériles esfuerzos, el casamiento de Fernando VII con María Cristina abrió al fin á los liberales las puertas de la patria, y aunque no fué de los primeros en aprovecharse de las repetidas amnistías, Espronceda pudo al fin abrazar á sus ancianos padres y aun proporcionarles el consuelo de verle guardia de Corps., de donde iba á ser arrojado muy pronto por una sátira contra el ministerio Cea Bermúdez.

Entramos ya en el período más crítico del revolucionario y más fecundo del poeta. Por desgracia fué también el último de su vida. ¿Presentíalo quizás él mismo, y se afanaba por amontonar hechos estupendos que precipitasen el desenlace? ¡Quién sabe! «¡Sólo en la paz de los sepulcros creo!,» pinta el estado de un alma que da miedo estudiar. A las veces parecía aturdido, á las veces desesperado, ya calavera, ya filósofo. En cuanto suena por las calles el toque de generala, y suena á menudo en el Madrid de 1835 á 40, él corre á sublevar la compañía de Milicia nacional en que es teniente; en cuanto se funda un periódico revolucionario, él se mete en la redacción y lanza los escritos más furibundos; hay que conspirar, y viaja y pasa ríos á nado, aunque ya su salud está harto quebrantada, y también las noches en vela leyendo ó escribiendo, y los días galanteando ó disputando, infatigable y enérgico unas veces, anheloso y jadeante otras, como aquel que no ajusta bien sus fuerzas físicas con las aspiraciones de su espíritu, y gasta unas y otras inconsciente y á su antojo, cayendo al fin consumido en el propio fuego que aviva...

Teresa también estaba en Madrid por desventura de ambos, acaso más gastada que Espronceda, con menos rescoldo entre aquella ceniza; pero exigente, mundana, artera y en la plenitud de su hermosura y de sus pasiones. Recuerdan dos contemporáneos con dolor é indican con misterio tristes escenas de un drama que corría desbocado al desenlace, en que figuran no pocos amigos del poeta haciendo papeles que á éste correspondían y él desdeñaba, un ser inocente que viene al mundo reclamando un nombre y un hogar que no encuentra en los primeros momentos, episodios políticos terribles, conspiraciones, hambre, desesperación, y en el fragor de esta lucha titánica, un genio poético alcanzando su plenitud y llegando á las cumbres de la celebridad, física y moralmente hecho pedazos. ¡Contraste ilógico y absurdo, á primera vista, de que la historia del genio ofrece abundosos ejemplares! En los períodos más críticos de su vida escribieron sus obras maestras Fray Luis de León, Quevedo, Cervantes, Milton, y casi en nuestros días Byron, con quien el poeta extremeño tiene indudables semejanzas, no ya de carácter estético, sino personal. Sus *Poesías* y los dos primeros cantos de *El diablo mundo* fueron como relámpagos de aquella tempestad. La muerte de Teresa, cuando ya sus lazos estaban rotos y fríos como el hielo sus corazones, no ya fué el trueno ni el rayo, sino la sacudida del árbol que al secarse la hiedra que á par que le ahogaba le embellecía, ve desnudo su tronco y retorcido y próximo á secarse también. ¿Y el *Canto á Teresa*, se nos dirá, una de las elegías más hondas y sentidas que existen en castellano? Aquel canto no fué el funeral de la amada de Espronceda, fué el de su propio corazón pedazos hecho.

Oímos esta especie que parece paradoja á la anci-



Un mercado de París, cuadro de L. A. Lhermitte (Salón de París, 1895)



UNA FÁBULA DE LAFONTAINE, cuadro de E. B. Debat Ponsan (Salón de París. 1895)

ña madre de otro gran poeta de aquel tiempo, muy desgraciado también, la cual nos refirió como justificante, que habiéndole Teresa pedido un socorro en sus últimos días, le contestó el poeta fieramente:

«¿Como quieres que te dé un duro, si sólo tengo esta onza?»

Y le enseñaba aquella moneda... hoy legendaria.

La conciencia de su propio valer, elevada ya al orgullo, no consintió que la mujer por quien había hecho tantas locuras cayese anónima en la fosa. Era preciso inmortalizarla, asociándola á *El diablo mundo*, cuya celebridad nunca fué dudosa para sus amigos ni para él; pero inmortalizarla, no por mujer, sino por musa de tal hombre.

En aquellos días de exasperación política exacerbada por sus torturas morales y sus padecimientos físicos, que visiblemente iban á cortar su vida en flor, es decir, entre 1838 y 1840, dió algunas pruebas exageradas y aun contraproducentes de esta vanidad literaria. Grande amigo suyo era un crítico que examinando sus *Poesías* en el *Semanario pintoresco*, se atrevió á decirle, á propósito del segundo verso del *Himno al Sol:*

extático ante ti me atrevo á hablarte...,

– Querido Pepe, son muchas sinalefas y muchas *tes*.

A lo cual replicó el poeta inmediatamente desde la misma cama donde yacía, entre otras puerilidades:

– ¿Te atreves tú á tirarme tales tiros?

Aunque el crítico era en verdad medianillo poeta, Espronceda se ponía así con su rebuscada reincidencia dos veces á su nivel. No menos pueril fué la causa de su rabiosa inquina contra el conde de Toreno, pues aunque por serle Byron familiar dudase de la originalidad del poeta español, no hubiera tardado en hacer justicia á su indudable mérito hombre tan literato como el autor de la *Historia de la guerra de la Independencia.*



¡RETRASADO!, cuadro de V. Chevilliard (Salón de París. 1895)

Antes que de su espíritu pudieron estas debilidades ser hijas de sus padecimientos, que debían de exasperarse con sus mismos triunfos literarios y su difícil situación política y social. La muerte de su ma-



LA ESCUELA DE LA MISERIA, cuadro de P. M. Beyle (Salon de París. 1895)

dre, que bien que mal sostenía los escasos restos de un caudal siempre exiguo y continuamente mermado por aventuras y emigraciones, coincidió con la ineficacia de los baños de Archena para su principal enfermedad y con su elección de diputado, que únicamente pudo aprovechar para declararse republicano. ¡Fecunda y malograda juventud, que nunca llorará bastante la posteridad! ¡Desgraciado poeta y hombre más desgraciado todavía! A nacer en otro tiempo, quizás no hubiera habido pedestal para su gloria.

V. Barrantes

LOS SALONES DE PARÍS EN 1895

Al ocuparnos en los números 699 y 700 de La Ilustración Artística de los Salones de París del presente año, dimos una idea general de los cuadros más notables en ellos expuestos, idea general que hoy ampliaremos respecto de los que en el presente número reproducimos.

En *Un mercado de París*, el artista M. Lhermitte ha amontonado en pintoresca confusión todos los tipos, todas las fisonomías, todos los objetos que constituyen diariamente el espectáculo de uno de esos mercados centrales de la gran capital en las primeras horas de la mañana, es decir, cuando el bullicio de la contratación se halla en su mayor efervescencia. Entre las figuras de este cuadro está la del autor del mismo, el caballero con sombrero de copa colocado á la derecha delante de la reja. Este lienzo, de ejecución intachable, desafía en punto á dibujo y á color toda crítica: es un modelo en su género.

Debat-Ponsan es un pintor que conoce á fondo todos los recursos del arte: compone las escenas rústicas con gusto y las ejecuta con indiscutible vigor. En su cuadro *Una fábula de Lafontaine (Los dos gallos)* ha puesto un sentimiento dramático de primera fuerza y una impetuosidad de movimiento que se sale de lo vulgar, dando forma viva y real á uno de los geniales apólogos del gran fabulista francés.

Chevilliard, autor de *¡Retrasado!*, se ha dedicado al estudio de los curas, especialmente de los curas de aldea: el de este cuadro ha sido invitado á comer en la quinta de la que un tiempo fué familia señorial del pueblo; retrasado por causa de la lluvia, apresura el paso para recuperar el tiempo perdido y evitar en lo posible la reprensión que entre burlas y veras no dejarán de echarle losanfitriones.

Beyle se interesa por la existencia aventurera de los saltimbanquis que recorren las ferias de los pueblos, pero lo ve por el lado triste y quizás se exagera esta tristeza: *La escuela de la miseria* ha titulado su cuadro, y á poco que uno se fije en los personajes que en él ha colocado, verá que ni por su aspecto ni por sus trajes son tan miserables como el pintor ha querido suponer dando al lienzo el título que lleva. Aparte de esto, que no puede ser considerado como un defecto, el cuadro tiene bellezas de primer orden, resultando una composición sumamente agradable y digna de llamar la atención.

Brispot es de los más delicados pintores de género franceses: su principal cualidad es tratar los asuntos con cierta sencillez maliciosa, apoyada en una observación justa, huyendo de toda sutilidad. Su cuadro *En la barbería* no necesita explicación: todos los que hayan pasado una temporada en un pueblo cualquiera, habrán presenciado en las mañanas de los días de fiesta una escena parecida á la que con tanta verdad reproduce el lienzo que copiamos, y apreciarán en todo su valor la naturalidad que campea en la composición, así en las figuras como en los más insignificantes detalles accesorios.

Enrique Cain, que cultiva casi con tanto éxito como la pintura la poesía, según lo prueba el libreto que escribió para la última obra musical de Benjamín Godard, *La Vivandiere*, se inspira para sus cuadros en la vida contemporánea, al revés de su hermano Jorge, dedicado preferentemente á las reconstituciones históricas: como muestra de la bondad de sus producciones en el género que cultiva, puede verse *Una agencia de teatros*, cuyas figuras perfectamente observadas y ejecutadas con gusto y delicadeza exquisitos, son reproducción exacta de algunos de los tipos que frecuentan las antesalas de los agentes teatrales.



En la barbería, cuadro de H. Brispot (Salón de París. 1895)

Sedición en Pavía representa uno de los episodios de la campaña de Napoleón I en Italia: la ciudad lombarda se ha sublevado y Napoleón ordena que la población sea pasada á sangre y fuego; los magistrados y el clero, aterrorizados, preséntanse en súplica al vencedor, el cual les recibe con altanera frialdad, aunque al fin cede á los ruegos y suspende la orden de incendio que acaba de dar. Tal es la escena conmovedora que con admirable vigor dramático ha pintado Boutigny, uno de los artistas que con más éxito cultivan en Francia la pintura militar.



Una agencia de teatros, cuadro de Enrique Cain (Salón de París. 1895)

La oración antes de la partida es un cuadro lleno de sentimiento, en el cual Deneulin ha reproducido una piadosa costumbre de los pescadores bretones, la de implorar ante la imagen del Crucificado que se alza en la playa, la protección del cielo para los que se disponen á buscar en el mar el sustento de sus familias.

Mauricio Orange, aficionado á los asuntos históricos, nos presenta en su *Bonaparte en Egipto* al gran conquistador en presencia de la momia de un faraón que han desenterrado los arqueólogos que de aquella memorable expedición formaron parte. Rodeado de su estado mayor y de los sabios que le acompañaban, Napoleón contempla meditabundo la momia, y por su expresión se adivinan los pensamientos que debieron cruzar por su mente al considerar cómo en polvo y podredumbre se convierten las mayores grandezas. El paisaje en que la escena se desarrolla tiene toda la luz y la grandiosidad del país de las Pirámides.

Julio Girardet ha conseguido en la pintura anecdótica muchos triunfos, debidos al gusto con que elige los asuntos, á la habilidad con que dispone sus composiciones y á la viveza del color que pone en sus lienzos: sabe la influencia que sobre nosotros ejercen los trajes y costumbres de otros tiempos, y á ellos acude para deleitarnos con cuadros como *Un bautizo en tiempo del Directorio*.

Chartier en su *Murat en la batalla de Jena* (1807) ha sabido dar á este episodio del memorable combate toda la grandiosidad que el asunto requería: habíase entablado la acción entre el cuerpo de ejército del mariscal Ney y el ejército prusiano que mandaba el príncipe de Hohenlohe. Napoleón, que había acudido al oir el cañoneo, lanzó contra los prusianos á Augereau por un lado y á Soult por otro, que pusieron en fuga al enemigo: Murat completó la derrota, precipitándose al frente de la numerosa caballería sobre las dos brigadas de refuerzo que el general Ruchel enviaba al príncipe prusiano, y contribuyendo con ello poderosamente á una de las principales victorias de los ejércitos napoleónicos, en la que el enemigo tuvo 12.000 muertos y 15.000 prisioneros y perdió 200 cañones.

Jorge Cain, como antes hemos dicho, evoca en sus cuadros las escenas de pasados tiempos, que reproduce con fidelidad suma y en cuya elección da muestras de su buen gusto. *El parte de la victoria* nos transporta á la época del Directorio, en 1797, cuando Napoleón combatía victoriosamente en Italia: los partes que anuncian sus triunfos son en todas las poblaciones acogidos con delirante entusiasmo; las gentes agrúpanse delante de los impresos fijados en las esquinas de las calles, y mientras los chiquillos vocean el extraordinario del periódico oficial, los vecinos adornan los balcones con guirnaldas y banderas. En el lienzo de Cain se ve todo esto, y al contemplarlo el espectador se identifica con aquel grupo de patriotas y llega á sentir con ellos ese estremecimiento que aun en los corazones menos sensibles producen las noticias favorables al ejército nacional que en lejanas tierras lucha por el honor y la grandeza de la patria. – X.

LATAS... Á DOMICILIO

(HISTORIA LASTIMOSA)

Ya sé que á Cánovas del Castillo no le gusta que se diga *lata*, ni *latero*, ni *latamente*, etc., en el sentido que ahora suele dar el vulgo á esos vocablos; porque, dice él, vamos, D. Antonio, que no tiene por costumbre recoger en el arroyo las acepciones de las palabras.

Y puede que tenga razón, y que haga perfectamente en eso.

Sé también que la *Academia Española* no ha dado todavía carta de naturaleza á esas dicciones, que ya emplean todos...; aunque de matute, si así puede decirse – que sí se puede.

Pero ¿qué obligación tenemos los profanos de acatar esos ukases de la corporación doctísima, cuando los mismos iniciados, los propios académicos las desacatan y menosprecian?

Sin ir más lejos, ahí está, ó allí, ó donde esté, el



Sedición en Pavía, cuadro de E. Boutigny (Salón de París. 1895)

Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal, que emplea, cuando bien le parece, la palabra *monismo*, no admitida en el Diccionario; y lo que es peor y lo que es más grave, hace uso en obras de carácter literario de la dicción *avalancha*, anatematizada terminantemente como barbarismo en la Gramática de la Lengua Castellana (edición de 1883, página 278, línea 22); donde verá el lector curioso que no es *avalancha*, sino *alud*, lo que ha debido decir D. Alejandro. En fin, diga él las cosas como quisiere decirlas, y déjennos á los plebeyos de las letras hablar y escribir según nos acomode; que al cabo, el uso, pese á quien pesare, ha sido, es y será en definitiva *jus et norma loquendi;* y el uso, evidentemente generalizado ya, admite y patrocina la palabra *latas* para designar las desdichas que ayer me ocurrieron y que relataré, para saludable advertencia y enseñanza provechosa de vecinos incautos.



La oración antes de la partida, cuadro de Deneulin (Salón de París. 1895)

Habíanme anunciado la visita de cierto... sujeto; sujeto muy apreciable y hasta muy apreciado, que debía entregarme algunas pesetas. Pocas, por de contado; pero que, aun siendo pocas, por mi desgracia, veníanme como pedrada en ojo de boticario; – lo mismo que vienen siempre las pesetas á casi todo el mundo.

Esperando la interesante visita, claro está que dí á la doméstica orden terminante de facilitar la entrada en mi despacho á cuantos por mí preguntasen.

Porque es de advertir que el presunto portador de las deseadas pesetas era forastero y no me conocía; ni yo á él, aunque yo, como queda dicho, deseaba *hacer* su conocimiento.

Y ya me tienen ustedes ocupado en emborronar cuartillas para matar el tiempo; pero más preocupado con las pesetas que esperaba, que con las palabras que escribía.

Los minutos se me antojaban horriblemente largos. De trescientos segundos por lo menos.

Por último, la puerta de mi despacho se abre; la criada asoma su estúpida cabeza para gritar: «*Señorito*, un caballero pregunta por usted.»

– Que pase, respondo, procurando disimular mi regocijo, con afectada entonación de indiferencia digna.

Y detrás de la criada se presenta un caballero muy correctamente vestido, muy simpático y muy atento, que me saluda sonriente y me dice que le perdone si llega con poca oportunidad á molestarme. «Para molestar, me dije á mí mismo, siempre es mala ocasión; pero el traer dinero siempre es oportuno.»

Nos hacemos mil cumplidos y dos mil cortesías; le obligo á sentarse; le ruego que deje el sombrero si no prefiere cubrirse, y por fin nos miramos uno á otro; él, como si no supiera por dónde empezar; yo, como esperando que él empiece, y sobre todo que concluya... entregándome las pesetas consabidas.

– Pues nada, me dice por último, vengo á entregar á usted...

– Yo me sonrío como quien está enterado y alargo la mano, en la cual deposita el recién venido, no el dinero, sino una tarjeta de cierto conocido mío, que me recomienda... *la pretensión del dador.* Y me la recomienda con mucho interés y con muy poca ortografía.

Me resigno; procuro poner á mal tiempo buena cara, y suplico, sin sonreirme ya, al visitante que me diga...

– ¿Lo que deseo?, pregunta interrumpiendo, pues muy poca cosa. Es decir, muy poca cosa para usted; para mí un arco de iglesia. Soy autor de comedias, dramaturgo casi, aunque inédito, y quiero distribuir seis obrillas, que tengo escritas, entre otros tantos directores. Está claro que si me presento con mis manuscritos no harán ningún caso de mí, que soy completamente desconocido; por eso deseo que usted me dé una carta para el empresario del *Español;* otra para Mario, director de la *Comedia;* otra para Elías, representante de la *Zarzuela;* otra para *Lara*, y otra para Sinesio, director artístico de *Apolo.* Estoy seguro de que con una cartita de usted, bien puesta y con cariño..., vamos, como usted sabe ponerlas, seré atendido, porque usted..., ¡oh! ¡usted!.., ¡lo que usted pida!.., ¡lo que usted mande!..



Un bautizo en tiempo del Directorio, cuadro de Julio Girardet (Salón de París. 1895)

En vano procuro convencerle de que no conozco á esos empresarios, ni ellos á mí, y de que aun conociéndolos mucho, para nada absolutamente servirían mis recomendaciones.

Él continúa sonriéndose con aire de maliciosa incredulidad y me guiña el ojo y prosigue diciendo:

– ¡Oh! Usted... ¡Como usted se empeñe!.. De sobra sabemos todos lo que usted es y que una carta suya...

Y así prosigue hasta que, fatigado yo de oirlo y deseoso de que me deje en paz, sin que haya de recurrir al expediente de echarlo por el balcón, escribo seis cartas, algunas de ellas para personas á quienes no he visto en mi vida, y se las doy enviándole en mi fuero interno á todos los diablos. Y que Dios y él me lo perdonen.

La segunda visita que recibo es la de otro señor, de muy buen aspecto también y perfectamente trajeado, el cual, después de los saludos de ordenanza, saca del bolsillo una lista en que están los nombres de los literatos más notables de España



Bonaparte en Egipto, cuadro de M. H. Orange (Salón de París. 1895)



UN BAUTIZO A PRINCIPIOS DEL S



El celebrado cuadro de José Gallegos



Murat en la batalla de Jena (1807), cuadro de H. J. G. Chartier (Salón de París. 1895)

é islas adyacentes, y me invita á escribir el mío y á contribuir con mi *óbolo* á la realización de una obra de caridad en beneficio de no sé qué viuda de no sé que escritor, residente en no sé qué sitio.

Doy mi óbolo y desaparece el de la lista.

Y después viene otro y me cuenta una historia – lamentable, muy lamentable, y larga, muy larga, – y al terminar la relación me pide con lágrimas en los ojos que le facilite veinticinco pesetas, lo cual *para mí nada vale* (¡eso dice!) y para él es la salvación.

Me veo y me deseo para que me deje en paz y se contente con dos pesetas, que es todo el caudal de que puedo desprenderme.

Por supuesto, el que debía traerme las pesetas no vino. Esos no vienen casi nunca.

Díganme ustedes ahora si no estoy en mi derecho llamando á estas visitas, con ó sin permiso de Cánovas y de la Academia, *latas* á domicilio.

A. Sánchez Pérez

NUESTROS GRABADOS

Buenos Aires. Funerales celebrados en memoria de los náufragos del «Reina Regente.» – La noticia del naufragio del «Reina Regente» conmovió profundamente á la numerosa colonia española del Plata. Deseosa de asociarse al duelo patrio, hizo celebrar en la catedral de Buenos-Aires suntuosos funerales que, al decir de uno de los principales periódicos de aquel país, fué una grandiosa manifestación de su importancia social y de su número considerable.

La vista que hoy ofrecemos á nuestros lectores representa la salida de la catedral del señor ministro de España.

La República Argentina se asoció á nuestro duelo. Doce marineros de la escuadra nacional hicieron la guardia de honor en el interior del templo; enfrente de la Metropolitana se situaron un destacamento del acorazado «Independencia» y el batallón policial con su banda de música (la que saludó á nuestro representante con la marcha real española), y entre la concurrencia se vieron al ministro de la Guerra, á un edecán del señor Presidente, á casi todos los ministros extranjeros, al general Lavalle, Comodoro Urtubey, Auditor de guerra, Dr. Carranza, etc., etc.

Poco antes de comenzarse la triste ceremonia, una chispa que prendió en las gasas que rodeaban el catafalco redujo éste á cenizas, no habiendo afortunadamente desgracia alguna que lamentar.

España, que puede sentirse orgullosa del proceder de sus hijos en el Plata, no debe olvidar las muestras de aprecio que acaba de recibir de la República Argentina, española de corazón, á despecho de escasos elementos discordantes.

Un bautizo á principios del siglo XIX, cuadro de José Gallegos. – Nuestro ilustre compatriota el Sr. Gallegos parece complacerse en amontonar en sus cuadros cuantas dificultades le sugiere su imaginación para darse el gusto de vencerlas una por una, y si las escenas de principios de este siglo tienen para él especial atractivo, quizás sea porque ellas le ofrecen mejor que otras ocasión de demostrar su poco aprecio por los triunfos fáciles. El asunto escogido para el cuadro que hoy reproducimos es de los que más se prestan á esos alardes de talento y habilidad á que tan inclinado se muestra su autor: aquella capilla llena de adornos riquísimos y de objetos los más variados, aquel grupo cuyos personajes visten los trajes más pintorescos, aquellos sacerdotes y monagos que ostentan las más preciosas vestiduras, constituyen otros tantos problemas de composición, de dibujo y de color que el artista ha resuelto con sin igual maestría.

Carolina Miolán-Carvalho. – Recientemente ha fallecido en su quinta de Puys, cerca de Dieppe, una de las más legítimas glorias de la escuela de canto francesa. Carolina María Félix Miolán, nacida en Marsella en 1831, recibió desde muy niña en París lecciones de canto de Francisco Delsarte, obteniendo en 1850 el primer premio en el Conservatorio y debutando aquel mismo año en la Opera Cómica con *La Embajadora*, de Auber. A los dos años logró un éxito inmenso creando *Las bodas de Juanita*, de Víctor Massé, á raíz del cual casó con monsieur Carvalho y entró en el teatro Lírico, en donde á poco consiguió un gran triunfo con la creación de *Fanchonette*. Desde entonces su carrera fué una serie no interrumpida de éxitos, llegando á su apogeo en 1859 con la obra capital que había de ser el mejor título de gloria de la gran artista, el *Faust*, de Gounod. Entre las óperas que cantó maravillosamente la Miolán-Carvalho pueden citarse *El Barbero de Sevilla, Don Juan, La flauta mágica, Freischutz, La reina Topacio, Las bodas de Fígaro* y *Romeo y Julieta*, de Gounod.



El parte de la victoria, cuadro de Jorge Cain (Salón de París. 1895)

Lucio Anneo Séneca, estatua de Mateo Inurria Laimosa (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895). – Nuestro distinguido colaborador Rafael Balsa de la Vega, al emitir su autorizado juicio acerca de las obras que constituían la sección de escultura de la Exposición nacional, dió á conocer el que le merecía la discreta producción del artista cordobés Sr. Inurria. No hemos, pues, de consignar nuevas opiniones, desde el momento que aceptamos las expuestas por nuestro compañero en la revista publicada en el núm. 703 de La Ilustración Artística, invitando á nuestros lectores á que lean cuanto en ella se expresa respecto de la estatua que representa al célebre filósofo cordobés.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Venecia. – El pintor veneciano Grosso ha recibido de la emperatriz Isabel de Austria el encargo de pintar un ciclo de cuadros inspirados en las poesías de Enrique Heine.

– El rey de Italia ha adquirido en la exposición recientemente celebrada en Venecia doce cuadros de pintores italianos y extranjeros por la suma de 55.000 pesetas.

Londres. – Durante el último año la Galería Nacional ha adquirido 38 cuadros procedentes de la galería de lord Northbrook: entre los más notables figuran un Mantegna, un *San Jerónimo* de Antonello da Messina y un antiguo lienzo flamenco, *Leyenda de San Egidio*, por los cuales se han pagado respectivamente 37.500, 62.500 y 50.000 pesetas.

– En vista del éxito que tuvo la exposición de retratos de mujeres hermosas hace poco tiempo verificada, se ha celebrado en la Grafton Gallery otra de retratos de niños que para este objeto han cedido, como en aquélla, sus poseedores. Entre las obras expuestas las hay de Velázquez, Murillo, Van Dyck, Tiziano, Luini, Mabuse, Poussin, Clouet, Rowney, Lawrence y Reynold. Completan esta exposición varias instalaciones de muñecas, libros para niños y trajes de todas las épocas.

– Un neoyorkino ha adquirido en Londres por 270.000 francos un cuadro del famoso paisajista inglés Turner, que representa la plaza de San Marcos de Venecia.

Amberes. – El gobierno belga ha comprado con destino al Museo de Amberes por 240.000 francos un tríptico de Hans Memling, procedente de España, que representa á Jesucristo rodeado de ángeles. Para esta adquisición algunos belgas amantes de las bellas artes han entregado al gobierno 40.000 francos. El propio museo ha adquirido por 45.000 francos un cuadro de Rubens, *El hijo pródigo*.

París. – El museo del Louvre ha adquirido por 13.200 francos un retrato pintado por Prudhon que se reputa como una de las mejores obras de este célebre artista.

– En el Salón de los Campos Elíseos se han otorgado las medallas de honor de las secciones de escultura y pintura respectivamente á Bartholdi por su grupo *Suiza acudiendo en auxilio de Estrasburgo* y á Hebert por su cuadro *Sueño del Niño Jesús*.

Munich. – La exposición de este verano comprende 807 cuadros al óleo, 127 acuarelas, 76 trabajos de otras artes gráficas y 134 esculturas. Faltan todavía una porción de obras de Inglaterra, Austria y Francia, así como algunos cuadros de Bocklin: además hay una colección de cuadros rusos que aún no han sido colocados. La Asociación libre de Dusseldorf ocupa dos salas, en las que hay exposiciones parciales de obras de Defregger, Lenbach y Delug y de la colonia artística de Worpswed.

La exposición de los secesionistas contiene 354 cuadros al óleo, 58 acuarelas y 23 esculturas: de las secciones extranjeras las mejor representadas son Escocia, Holanda y Francia.

Dresde. – Un pariente de Overbeck ofrece á la venta los siete famosos cartones que dibujó este gran maestro, uno de los más ilustres románticos de este siglo, representando los siete sacramentos. Overbeck los ejecutó á la edad de 70 años, según croquis por él trazados muchos años antes, con la esperanza de poderlos pintar al fresco en una capilla de la catedral de Orvieto, idea que no pudo realizar por haber resuelto el cabildo conservar los antiguos frescos en aquella capilla existentes. Después debieron servir para unos tapices destinados á la catedral de San Esteban de Viena, mas la guerra de Italia malogró este proyecto. Sirvieron luego de modelo para siete cuadritos que pintó Overbeck y que figuran en la Galería nacional de Berlín, y fueron finalmente grabados en madera y publicados en Dresde. El actual poseedor de los cartones, que los heredó del autor, está dispuesto, según parece, á cederlos por un precio moderado.

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Fidele*, sentida comedia en un acto de P. Wolf; *Conte de Noel*, bonita leyenda en un acto y en verso de M. Bouchoir, y *L'Amiral*, graciosa comedia en dos actos de J. Normand; en el teatro Libre *Si c' était*, pieza en un acto de P. Lheureux, de carácter simbólico y en extremo vaga, pero al mismo tiempo de un sentimiento profundamente humano; en el teatro des Lettres *L' Apostat*, poema dramático en un acto y en verso de J. Bertal, de argumento muy atrevido, expuesto con gran sinceridad y vigor; en el teatro de l' Oeuvre *Brand*, drama en cinco actos de Ibsen, que en medio de sus nebulosidades tiene bellezas de primera fuerza que emocionan hondamente al espectador; en el Ambigu *Le train núm. 6*, interesante melodrama en cinco actos y ocho cuadros de G. Marot; y en Folies Dramatiques *Un lycee de jeunes filles*, gracioso vaudeville-opereta de A. Bisson con alegre música de Gregh.

Barcelona. – La compañía dirigida por el Sr. Mario ha terminado sus tareas en el teatro Lírico, habiéndose estrenado últimamente *El amo del cotarro*, bonito drama en tres actos de D. Mariano Vela, y *El nido ajeno*, bellísima comedia en tres actos de D. Jacinto Benavente: con motivo de su beneficio y despedida de su compañía, tributóse al Sr. Mario una entusiasta y cariñosa ovación, que demostró una vez más la admiración y las muchas simpatías que nuestro público siente hacia el notable actor á quien nadie puede hoy disputar el título de primero de nuestros directores de escena. En Novedades se ha estrenado con éxito extraordinario el precioso drama en cuatro actos y en prosa de D. José de Echegaray *Mancha que limpia*, en cuyo desempeño han obtenido grandes ovaciones María Guerrero, que ha hecho del papel de protagonista una de sus más admirables creaciones, y el Sr. Díaz de Mendoza, que ha conseguido en el suyo un nuevo triunfo: el drama en tres actos y en verso de Cavestany, *Sofía*, no ha sido del agrado del público,



La célebre tiple francesa Carolina Miolán-Carvalho, recientemente fallecida

á pesar de las bellezas de forma que contiene. El Sr. Díaz de Mendoza escogió para la noche de su beneficio el precioso drama del duque de Rivas *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, en cuyo ejecución rayó á gran altura, habiendo sido objeto de una ovación entusiasta. En el Tivoli se ha estrenado con buen éxito la zarzuela en tres actos del maestro Chapí *Los montenses*, y se ha reproducido la zarzuela de gran espectáculo *Miss Robinson*, del maestro Audrán.



El miraba á Blanca con una expresión que me daba gana de ahogarlo

UN BUEN TÍO Y UN BUEN CURA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETE, PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO. – ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONCLUSIÓN)

XVII

Esta visita al cura no me hizo más que un bien momentáneo.

El efecto saludable de sus palabras se desvaneció rápidamente, volví á caer en mis ideas tristes, y mi



– Señor cura, usted no sabe lo que es amor

tío, renegando interiormente de las mujeres, las sobrinas, su mala cabeza y sus caprichos, hablaba de conducirnos á París, á Blanca y á mí, para distraerme, cuando, por fortuna, se precipitaron los acontecimientos.

De allí á algunos días, el Sr. de Pavol recibió una carta de un amigo que le pedía permiso para llevar á la quinta á uno de sus primos, un Sr. de Kerveloch, antiguo agregado de embajada.

Mi tío se apresuró á responder que se alegraría mucho de recibir al Sr. de Kerveloch, y le convidó á almorzar, sin figurarse que corría al encuentro del acontecimiento que, destruyendo su ensueño, debía resucitarme á la alegría y á la esperanza.

Dos días después – tengo buenas razones para acordarme eternamente de aquel día famoso, – dos días después hacía un tiempo horrible.

Según nuestra costumbre, estábamos reunidos en la sala. Blanca, sentada, pensativa, cerca del fuego, respondía con monosílabos al Sr. de Conprat. Este terco enamorado, no habiendo podido soportar su destierro, había vuelto al Pavol después de cuarenta y ocho horas. Mi tío leía un periódico, y yo me había refugiado en el rincón de una ventana.

Unas veces trabajaba con un ardor nervioso, porque tenía pasión por los trabajos de aguja; otras veces miraba el cielo negro, la lluvia que caía sin interrupción; escuchaba bramar el viento, ese viento de noviembre que llora de un modo tan lamentable, y me sentía fatigada, triste, sin el menor presentimiento halagüeño, aunque en el mismo momento la felicidad venía hacia mí al trote precipitado de dos hermosos caballos.

De minuto en minuto y á hurtadillas echaba una mirada á Pablo. Él miraba á Blanca con una expresión que me daba gana de ahogarlo.

– ¡Qué aire tan estúpido tiene, me decía yo, con sus grandes ojos abiertos, fijos, que parecen de un idiota! Sí, pero si yo estuviese en lugar de Blanca, si él me contemplase de la misma manera, yo lo hallaría hermoso, más seductor que nunca. ¡Oh tontería, oh inconsecuencia humana!

Y yo hinqué la aguja con tanta rabia que se rompió de un golpe.

En aquel instante oímos el ruido de un coche que se acercaba á la quinta. Mi tío dobló el periódico, Juno levantó la cabeza diciendo «Una visita,» y algunos segundos después estaban entre nosotros el amigo de mi tío y su agregado de embajada.

No sé por qué ese título era inseparable, en mi imaginación, de la vejez y de la calvicie. Sin embargo, no solamente el Sr. de Kerveloch no era ni viejo ni calvo, sino que, excepto Francisco I, según su retrato, yo no había visto jamás un hombre tan bello físicamente.

Cuando entró, se me ocurrió que su hermosa cabeza encerraba ideas matrimoniales. Tenía treinta años; su estatura era bastante elevada, para que Pablo, cerca de él, pareciese transformado en pigmeo; su expresión era inteligente, altiva, y tal que nadie á primera ni aun á segunda vista le hubiera otorgado la aureola de la santidad. Bastante frío, pero atento hasta la nimiedad, tenía grandes maneras y una elegancia que subyugaron á Blanca desde luego.

El Sr. de Kerveloch la miró con admiración, y cuando, levantándose para marcharse, le vi de pie cerca de ella, noté con secreta alegría que era imposible ver una pareja más perfecta.

Todos, creo, hicieron la misma observación, y Pablo nos dejó con cara sombría. Juno tocó diez veces seguidas el último pensamiento de Weber ú otra cosa cualquiera tan fastidiosa, indicio en ella de una gran preocupación, mientras mi tío nos miraba á una y á otra con una expresión de inquietud y de burla.

El Sr. de Kerveloch vino á almorzar el día siguiente al Pavol: tres días después pedía la mano de Blanca, y habían pasado dos semanas cuando escribí al cura:

«Mi querido señor cura: el hombre es un pequeño animal, inconstante, caprichoso, una veleta que gira á todos los caprichos de la imaginación y de las circunstancias. Cuando digo el hombre, entiendo hablar de la humanidad entera, porque mi persona es hoy el animal en cuestión.

»Ya no estoy desesperada, ya no tengo gana de morir, mi querido cura. Me parece que el sol ha vuelto á hallar todo su esplendor, que el porvenir me reserva tal vez algunas alegrías, que el universo hace bien en existir, y que la muerte es la más desconsoladora invención del Creador.

»¡Blanca se casa, señor cura! ¡Blanca se casa con el conde de Kerveloch! ¡Dios mío, cómo se convienen mutuamente! ¡Y decir que sólo ha faltado un átomo, casi nada, para que aceptase al Sr. de Conprat!.. ¡Un hombre á quien ella no amaba y al cual le echaba en cara que comía demasiado! Comer demasiado..., ¿no es absurda esta consideración? ¿Y no es racional el comer mucho cuando se tiene buen apetito? Si me pregunta usted cómo los acontecimientos han cambiado así bruscamente en el Pavol, apenas podré responderle. Estoy trastornada, y todo lo que puedo decirle es que un día el Sr. de Kerveloch llegó aquí conducido por un amigo de mi tío. Al verle entrar, adiviné que tenía una idea preconcebida y que él agradaría á Blanca, porque reune todas las cualidades que ésta soñaba para su marido. El señor de Kerveloch la miró como hombre que sabe apreciar la hermosura, y algunos días después solicitaba la honra de casarse con ella, como dicen mi tío y la etiqueta.

»Juno ha salido de su indiferencia habitual para declarar con calor que ningún hombre le había agradado tanto y que rechazaba decididamente al Sr. de Conprat.

»Esto es claro, sencillo, correcto, y desde entonces pienso en las estrellas como antes; suelto la brida á mi imaginación, la dejo correr, correr hasta que no puede más, y bailo en mi cuarto cuando estoy enteramente sola. ¡Ah, mi querido cura! No sé por qué le estimo á usted hoy diez veces más que ordinariamente. Su excelente fisonomía me parece más risueña que nunca, su cariño más afectuoso, más amable, sus cabellos más hermosos.

»Esta mañana he visto los bosques sin hojas, que me parecían frescos y verdes; el cielo gris, que me parecía completamente azul, y de repente me he reconciliado con la imaginación. Toda mi vida me arrepentiré de haberla tratado tan indignamente el otro día. Es una hada, mi querido señor cura, una hada llena de encantos, de poder, de poesía, que al tocar las cosas más feas con su varita de virtudes, las adorna con su propia hermosura.

»¡Cuán inconstante es el pequeño animal! No vuelvo en mí. ¿De qué depende la esperanza, la alegría? ¿De qué sirve el desconsolarse, cuando las cosas se arreglan tan bien sin que uno se mezcle en ellas? Pero ¿por qué estoy tan alegre cuando no hay nada aún decidido respecto de mi porvenir, y cuando reflexiono que no es posible amar dos veces en el curso de su existencia? ¡Qué caos! No hay más que misterios en este mundo, y el alma es un abismo insondable. Creo que alguien, no sé dónde, ha expresado ya este pensamiento, quizás lo he leído ayer mismo; pero yo era muy capaz de decir otro tanto.

»Sin embargo, cuando mi agitación se calma, un pánico irresistible se apodera de mis ideas alegres, y se escapan, huyen, desaparecen, sin que muchas veces pueda volver á recobrarlas!.. ¡Porque, en fin, él la

ama, señor cura, la ama! ¡Qué palabra tan fea, aplicada como la aplico en este momento!

»Me ha dicho usted que no era raro el estar enamorado dos veces en la vida; pero ¿está usted seguro de ello? ¿Está usted bien convencido? El amor atrae el amor, según dicen: si él supiese mi secreto, ¿me amaría tal vez? Usted que es un hombre de buen sentido, señor cura, ¿no cree que los miramientos sociales son estúpidos? ¡Bastaría probablemente una confesión de mi parte para hacer la felicidad de toda mi vida, y he aquí que unas leyes inventadas por algún hombre sin juicio me impiden seguir mi inclinación, revelar mis pensamientos secretos, manifestar mi amor á aquel á quien yo amo! Si he de decir la verdad, yo no sé qué, en el fondo de mi corazón, me obligaría igualmente á guardar silencio, y... ¡cuando yo decía á usted que el alma es un abismo insondable! Mi querido cura, veo una procesión de ideas tristes que se acercan hacia mí. ¡Dios mío, qué mal equilibrado está el hombre!

»Sin duda, las circunstancias modifican las ideas. Mi tío pretende que los imbéciles solos no cambian jamás de opinión; pero ¿el corazón es como la cabeza?

»Ilústreme usted, señor cura.»

Cuando un proyecto estaba decidido, el Sr. de Pavol no buscaba rodeos para ejecutarlo. Partiendo de este principio, resolvió que el casamiento de Blanca tendría lugar el 15 de enero.

La decepción había sido ruda para él; pero tuvo tanto menos la idea de contrariar á su hija, cuanto que conocía mi amor, y que además él era franco, leal, sensato é incapaz de insistir en la realización de un proyecto cuando se trataba de la felicidad de su sobrina.

En cuanto á Pablo, soportó su desgracia con gran valor. Del mismo modo la criaturita que le amaba tan tiernamente, sin que él se lo figurase, no experimentó la menor veleidad de pasión feroz. Certifico que jamás tuvo la idea de envenenar á su rival ni de cortarle el cuello en algún bosque solitario y poético.

Cuando vió sus esperanzas destruídas, vino á vernos con el comandante, y tendió la mano á Blanca diciéndole con tono franco y natural:

«Prima mía, no deseo más que tu dicha, y espero que quedaremos buenos amigos.»

Pero este modo de proceder como un héroe de comedia, no le impidió tener un gran disgusto. Sus visitas al Pavol fueron muy raras; cuando le veía le hallaba cambiado moral y físicamente.

Entonces lloraba de nuevo á escondidas, encolerizándome contra él. ¡Hubiera sido tan lógico en amarme, tan racional al ver que nuestras naturalezas se parecían enormemente y que yo le amaba con locura!

Verdaderamente, si los hombres fuesen siempre lógicos, el mundo no iría peor, y la moralidad de las gentes tampoco.

XVIII

El 15 de enero hacía un tiempo soberbio y un frío muy vivo. El campo, cubierto de escarcha, tenía un aspecto admirable. Juno, extremadamente pálida, estaba tan bella con su vestido y adornos blancos que no me cansaba de mirarla. Yo la comparaba con aquella naturaleza fría y espléndida que, adornada de una blancura brillante, parecía haberse puesto de acuerdo con su hermosura.

Después del almuerzo, Juno subió á su cuarto para cambiar de traje, y bajó muy conmovida; nosotros nos abrazamos todos tiernamente, ¡y en camino para Italia!

– ¡Hermoso momento, hermoso momento!, decía yo para mí.

Mis emociones múltiples me habían fatigado y estaba sedienta de soledad. Dejando, pues, á mi tío habérselas con los convidados como le pareciese, tomé un abrigo de pieles y me encaminé hacia un sitio del parque que me gustaba particularmente.

Este parque estaba atravesado por un río estrecho; en cierto punto del espacio que recorría se ensanchaba, formando una cascada que, gracias á varias piedras hábilmente dispuestas, había venido á ser alta y pintoresca. A algunos pasos de la cascada había caído un árbol, el pie en un lado del río, la copa sobre la otra orilla. Olvidado en esta postura y cuando la primavera siguiente mi tío quiso que lo levantasen, observó que la savia se manifestaba por medio de dos ramas vigorosas que brotaban sobre toda la longitud del tronco. Hizo arrojar otro árbol al lado del primero, unir las ramas entre sí, plantar sarmientos que abrazaban los dos troncos, y andando el tiempo, ramas y sarmientos llegaron á ser bastante espesos para que mi tío tuviese un puente rústico y original que podía atravesarse con el solo peligro de enredarse entre las ramas y de caer al río.

Este era el sitio solitario y bastante alejado de la quinta que yo había escogido como teatro de mis meditaciones. Cerca del puente cargado de escarcha me detuve á fin de reflexionar sobre el porvenir y de admirar los enormes témpanos suspendidos en la cascada, que la helada había detenido en su curso.

No sé cuánto tiempo hacía que reflexionaba así, sin cuidarme del frío que me picaba la cara, cuando vi venir hacia mí al objeto de mi ternura, como diría madame Cottin.

Este objeto parecía melancólico y de muy mal



– Comandante, un hombre de honor no tiene más que su palabra

humor. Con un bastón que, en un momento de distracción, acababa de quitar á mi tío, daba golpes enérgicos á los árboles que encontraba al paso, y el polvo blanco que los cubría se esparcía sobre él.

Yo le volvía la espalda á medias; pero es de notoriedad pública que las mujeres tienen ojos por detrás, y no perdí ninguno de sus movimientos.

Llegado cerca de mí, cruzó los brazos, miró la cascada inmóvil, el puente, los árboles y no abrió la boca. Ocupada con una ramita de pinabete que acababa de romper, retenía la respiración, mirándole oblicuamente sin que él lo notase.

– Prima mía...

– ¿Mi primo?

Esperé algunos segundos el fin del discurso; pero viendo que él no continuaba, dí una media vuelta hacia el orador para animarle.

Él frunció las cejas y exclamó con estrépito:

– ¡Tengo gana de levantarme la tapa de los sesos!

– Muy bien, dije con sequedad, iré á su entierro de usted.

Esta contestación le causó tal sorpresa, que dejó caer sus brazos y me miró fijamente.

– ¿No me impedirá usted que me suicide, prima mía?

– No, ciertamente, respondí con tranquilidad. ¿Por qué me mezclaría yo en lo que no me importa? Me gusta la libertad, y si usted tiene gana de dejar este valle de lágrimas, no levantaré un dedo para impedírselo. ¡Que cada uno en esta vida obre como le plazca!

Dicho esto, me puse á estudiar mi ramita de pinabete, mientras mi objeto, desconcertado con mi manera liberal bajo la que consideraba yo su lúgubre proyecto, tenía una expresión de abatimiento.

– Yo creía que me tenía usted un poco de afecto, señorita. ¡La primera vez que usted me vió le parecí tan agradable!

– ¿Qué significa la apreciación de una pobre lugareña, reducida á la sociedad de un cura, de una tía de mal humor y de una cocinera insociable?

– ¿Eso quiere decir que usted me concedió sus simpatías porque yo no era cura y porque mi cara no estaba enteramente tan ajada como la de la señora de Lavalle?

– Lo ha dicho usted, querido primo.

Me miró con furia, torciéndose el bigote con despecho, y tomando el sombrero con mal humor, lo lanzó sobre el puente. ¡Oh, qué bien comprendía yo los movimientos de su alma! Estaba contento, contento de hallar un pretexto para reñir y echarme la culpa de sus decepciones, así como yo había descargado mis amarguras sobre los muñequitos de barro y el infortunado barón Le Maltour.

– Su tía de usted era horrible, señorita, me dijo bruscamente.

– Mis hermosos ojos eran una compensación, caballero, respondí en el mismo tono.

– ¡Y la bonita mesa, y el bonito cubierto! ¡Todo estaba de través!

– Sí, pero ¡qué pavo! ¡Cómo no murió usted de una indigestión! Yo lo creía firmemente, hasta el momento en que le volví á ver aquí... completamente vivo.

– Sé que es imposible hacer callar á usted, señorita. Sin embargo, no soy un primo insoportable. ¿Qué he hecho á usted?

– Pues nada absolutamente. En prueba de ello le prometo á usted acompañar su cuerpo á su última morada.

– ¡Mi cuerpo!, exclamó él con un estremecimiento penoso. No he muerto aún, señorita. Sepa usted que no me mataré y que parto á Rusia.

– ¡Buen viaje, señor primo!

Él se había alejado, y creyendo que no volvería en mucho tiempo, crucé las manos sumamente abatida, y gruesas lágrimas salieron á mis ojos, cuando le vi volver sobre sus pasos corriendo.

– Veamos, Reina, no nos enfademos ni uno ni otro. ¿Por qué nos enfa..? ¡Pero qué! ¿Llora usted?

– Pensaba en Juno, dije consiguiendo hablar en tono natural.

– Es verdad, querida prima, va usted á estar muy sola. ¿Quiere usted darme la mano?

– Con gusto, Pablo.

¡Ah! No la besó, pero la apretó con melancolía, porque pensaba en una mano más bella que había soñado poseer.

Y partió para no volver.

A pesar del frío, en el cual yo no pensaba, me senté llorando junto al puente, y cuando me inclinaba hacia el río, veía caer mis lágrimas en el hielo.

– ¡Hablar de levantarse la tapa de los sesos, me decía yo, preciso es que la ame prodigiosamente! Bien sé que no lo hará, pero él está probablemente tan enamorado de ella como yo de él, y estoy segura de que no podré jamás olvidarle. Qué tontería es el haberse enamorado de una mujer que le convenía tan poco, mientras cerca de él una pequeña...

– ¿Qué haces ahí, Reina?, me dijo mi tío que se había acercado á mí, sin que yo le hubiese oído andar.

Yo me levanté vivamente, avergonzada de no poder ocultar mi emoción.

– ¿Qué es eso, estamos llorando?

– ¡Qué tontos son los hombres, tío!

– ¡Profunda verdad, sobrina! ¿Es eso lo que hace correr tus lágrimas?

– Pablo tiene gana de levantarse la tapa de los sesos, dije llorando.

– ¿Le crees capaz de llegar á ese extremo?

– No, respondí sonriendo á pesar de mis lágrimas. La violencia es ciertamente incompatible con su manera de ser, pero su idea prueba que...

– Sí, ya lo sé. Su idea prueba que ama á mi hija, pero créeme, la olvidará muy pronto, y cuando vuelva aquí haremos lo posible para que su corazón no se extravíe más.

– ¿Cree usted, pues, tío, que un hombre puede amar dos veces en su vida sin ser un fenómeno?

El Sr. de Pavol me acarició la mejilla mirándome con una conmiseración que se dirigía tanto á mi inexperiencia como á mi pena.

– ¡Pobre sobrina! Los hombres que aman una sola vez en su vida son tan raros como el pico de *l'Aiguille-Verte*.

– Entonces, tío, ¡el hombre es un villano animal!, dije con convicción.

Pero yo estaba tan contenta como indignada, y no pedía más que aprovecharme de la villanía inherente á la naturaleza humana.

– ¡Sin embargo, Juno es tan hermosa!

– Mira ese puente que tanto te gusta, Reina. Antes que las ramas y las plantas que le cubren hayan reverdecido, Pablo habrá olvidado: antes que las hojas hayan tenido el tiempo de ponerse amarillas y de caer de nuevo, habrá vuelto al Pavol, y...

Él se sonrió de una manera expresiva, después se fué sin acabar la frase, y yo, sumamente sobrecogida, le miré alejarse, pensando que los tíos que predicen así el porvenir con tanto aplomo son verdaderamente seres muy singulares.

– Está muy bien, me dije, tomando lentamente el camino de nuestra casa; pero si su corazón cambia, él puede enamorarse de una mujer en sus viajes. Precisamente se dice que las mujeres rusas son muy bellas... ¡Es necesario enviarle al país de los esquimales

Eché á correr con todas mis fuerzas, y llegué delante de la puerta de la quinta en el momento en que el comandante entraba en un coche.

Le cogí del brazo y le llevé aparte.

– Comandante, ¿Pablo parte á Rusia?

– Sí, su viaje está decidido.

– He pensado..., si quisiera usted que... En fin, sería mejor...

Indudablemente era mucho más difícil de decir que lo que yo había supuesto. Mi orgullo afectaba sus pretensiones y me predicaba el silencio.

– Y bien, querida Reina, hable usted pronto; me quedo helado ahí.

– ¡La resolución está tomada!, exclamé en voz alta dando un golpe en el suelo con el pie.

Mi orgullo y yo saltamos el Rubicón, y dije bajando los ojos:

– Mi querido comandante, suplico á usted que aconseje á Pablo que vaya al país de los esquimales.

– ¿Por qué al país de los esquimales?

– Porque las mujeres de ese país son horrorosas, balbuceé, y porque las rusas son muy bellas.

El bueno del comandante me levantó la cara encendida de confusión y me respondió sencillamente:

– Bien, le aconsejaré que vaya al país de los esquimales.

– ¡Cuánto quiero á usted, dije con las lágrimas en los ojos, estrechándole la mano! Pero dígale usted que no permanezca mucho tiempo en las chozas de aquellas buenas gentes, á fin de no contraer alguna enfermedad: parece que hay un olor atroz.

Viendo llegar á mi tío, me escapé diciendo:

– Comandante, un hombre de honor no tiene más que su palabra, cumpla usted la suya.

Y subí á mi alcoba con la convicción muy desagradable de que había ampliamente seguido el ejemplo del gobierno, y de que acababa de hollar todos los principios de la dignidad.

Pero ¿qué importa? Si uno no se ayudara un poco en la vida, ¿cómo podría salir adelante? Esta reflexión hizo callar mis remordimientos. Me instalé en mi papelera y escribí lo siguiente:

«Todo ha concluído, señor cura. Se han casado, han partido felices, enamorados, y yo hubiera dado diez años de mi existencia por estar en lugar de Juno, con el que usted conoce bien. ¿Cuándo me hallaré en ese caso?

»¿Sabe usted lo que mi tío me ha dicho? Afirma que los hombres que aman una sola vez en su vida son tan raros como el pico de *l'Aiguille-Verte*. Señor cura, se lo suplico, diga usted su misa mañana para que el Sr. de Conprat no sea el pico de *l'Aiguille-Verte*.

»Hasta más ver, señor cura, espero que vendrá usted pronto al curato del Pavol.»

XIX

El único acontecimiento del fin del invierno fué efectivamente la instalación del cura en la parroquia del Pavol, y no insistiré sobre la dicha que tuvimos en volver á encontrarnos sin el temor de una próxima separación.

Yo me deleitaba al verle subir al púlpito y predicar con alegría sobre la iniquidad de los hombres. Después llegaba á la quinta, como en otro tiempo al Buissón, con la sotana remangada, el sombrero debajo del brazo y los cabellos al aire.

Nosotros volvimos á continuar nuestras conversaciones, nuestras discusiones y nuestras disputas. El tiempo me parecía muy largo, y las cartas de Juno, que respiraban la felicidad más completa, no eran á propósito para consolarme y hacerme esperar con tranquilidad. Por eso iba sin cesar á ver al cura para confiarle mis cuidados, mis inquietudes, mis esperanzas y mis rebeliones contra la expectación que estaba obligada á soportar.

Yo sabía que mi objeto no había por desgracia acogido la idea de ir al país de los esquimales. Se paseaba tranquilamente en San Petersburgo, y las bellas señoras eslavas me causaban un miedo terrible.

– ¿Está usted seguro de que no se enamorará de alguna rusa, señor cura?



Y la fatalidad, en la cual creo desde aquel momento, me arrebató y me echó en sus brazos

– Así lo espero, Reina.

– ¡Así lo espero!.. Respóndame usted de una manera más categórica, señor cura. ¿En qué piensa usted? ¡Veamos! No es posible que se enamore de una extranjera; dígame usted que no es posible y que me amará algún día.

– Lo deseo ardientemente; pero mejor sería que supusiese usted lo contrario y adoptase una resolución.

– Me hará usted morir de impaciencia con su resignación, mi querido cura.

– ¡Ah, qué poco juicio tiene usted, Reina!

– El juicio, en mi opinión, consiste en querer la felicidad. Dígame usted que él me amará, mi querido cura, se lo ruego.

– Pero ¡si yo no deseo otra cosa, querida Reina!, respondió el cura, que á pesar de su horror por los sufrimientos físicos, hubiera sido muy capaz de seguir el ejemplo de Mucio Scévola y de dejarse quemar la mano derecha, si mi felicidad hubiera dependido de tal sacrificio.

No obstante, á pesar de la alegría que me causaban la presencia y las conversaciones del cura, á pesar de la bondad de mi tío y de todos aquellos que me rodeaban, yo estaba cada día más triste.

Me gustaba recorrer sola las alamedas del bosque Me gustaba quedarme largas horas junto á la cascada, meditando sobre nuestra última entrevista, pensando en lo que yo haría si le viese aparecer alegre, encantador, con los ojos llenos de aquella expresión que tanto me había agradado en el Buissón.

Ese amor de la soledad se desarrollaba de día en día, y mi melancolía aumentaba en proporción. En fin, perdí poco á poco toda mi locuacidad, y si el señor de Pavol, hacía ya mucho tiempo, no había tomado en serio mi amor, este hecho solo le hubiera probado su profundidad.

Seis meses pasaron así.

Un día, el aniversario de mi llegada al Pavol, estaba sentada en el jardín del presbiterio. Dos horas antes una lluvia tempestuosa había refrescado la atmósfera y regado las flores del cura. Él se divertía en buscar caracoles, mientras que, bajo la influencia de pensamientos agradables, yo apoyaba la cabeza en el muro cerca del cual estaba colocado mi banco y me dejaba dominar por halagüeñas esperanzas. Las gotas de agua, que con su peso hacían que las hojas se encorvasen, turbaban solas, al caer, mis reflexiones, y el olor de la tierra mojada me recordaba las mejores horas de mi vida.

De cuando en cuando el cura me decía:

– ¡Es extraordinario! ¡Cuántos caracoles! ¿Creería usted, Reina, que ya he hallado más de quinientos?

Yo levanté la cabeza negligentemente y contemplé sonriéndome al bueno del cura que continuaba sus investigaciones con ardor. Después volví á mis ilusiones y concluí por quedarme medio dormida.

El crujido de la barrera que cerraba la cerca del jardín me despertó, y el sonido de una voz llena de alegría me causó el más violento estremecimiento que había experimentado en mi vida.

– Buenos días, mi querido señor cura, ¿cómo está usted? ¡Cuánto me alegro de verle! Y Reina, ¿dónde está?

Reina estaba siempre sentada en el mismo sitio, en la imposibilidad de decir una palabra y de hacer un movimiento.

– ¡Ah! Héla ahí, exclamó Pablo acercándose á mí á grandes pasos. Querida prima, ¡cuán feliz soy, Dios mío, cuán feliz soy en volver á ver á usted!

Tomó mi mano y la besó.

Aseguro que lo que pasó en seguida fué independientemente de mi voluntad, y que no deben hacerse suposiciones malévolas respecto de mi persona.

Con todas mis fuerzas, lo afirmo, luché con la tentación; pero cuando sentí sus labios sobre mi mano; cuando comprendí que ese acto no estaba inspirado por una galantería trivial, sino por un sentimiento más profundo; cuando le vi inclinarse hacia mí y mirarme con una expresión inquieta, afectuosa, particular, más embelesadora cien veces que la que tanto me había hecho soñar..., todo eso fué superior á mi energía, y la fatalidad, en la cual creo desde aquel momento, me arrebató y me echó en sus brazos

Apenas tuve tiempo para sentir el abrazo que respondió á mi entusiasmo. Roja y confusa me refugié en el banco, ¡ocultándome el rostro con las manos, no sin haber entrevisto la cara del cura, cuyo aspecto á la vez estupefacto, asustado, encantado, pareció más tarde entre mis recuerdos.

– Querida Reina, murmuró Pablo á mi oído, si yo hubiese sabido su secreto más pronto, no hubiera permanecido tanto tiempo lejos de usted.

No contesté porque estaba llorando.

Él tomó á la fuerza una de mis manos y la retuvo entre las suyas, mientras, acometida de un acceso de timidez, volví la cabeza, intentando retirarla.

– Déjemela usted, esta mano tan pequeña y tan bonita; ahora me pertenece. Vuelva usted la cabeza hacia mí, Reina.

Miré aquellos hermosos ojos que me sonreían, y exclamé:

–¡Alabado sea Dios! Mi tío tenía razón, no es usted el pico de *l'Aiguille-Verte*.

–¿El pico de *l'Aiguille-Verte*?.., me dijo sorprendido.

–Sí, mi tío pretendía..., ¡pero no importa! ¿Quién ha dicho á usted lo que ignoraba al partir?

–Mi padre, el Sr. de Pavol, y muchas cosas que he recordado desde hace dos meses.

–¿Es verdad que el amor atrae el amor?, dije inocentemente.

–Nada es más cierto, querida prometida.

¡Oh! ¡Qué nombre tan dulce! Sí, éramos prometidos, y guardábamos silencio mientras el cura lloraba de gozo, los gorriones sobre el techo del presbiterio piaban de una manera que aturdían, y los caracoles, escapándose de la prisión donde el cura los había puesto, corrían por todas partes.

Ciertamente, el gorrión no es un pájaro que tiene grandes atractivos; su plumaje es feo, su piar carece de melodía, y varias personas le acusan de ser ladrón é inmoral, lo cual me niego á creer; tampoco creo que los caracoles hayan pasado jamás por animales muy poéticos; no por eso es menos cierto que desde el instante de que acabo de hablar, me gustan en extremo los gorriones y los caracoles.

Yo estaba en el mayor alborozo, creía soñar... No me cansaba de mirarle, de escuchar su voz que tanto me agradaba y de sentir mi mano estrechada por la suya. Sin embargo, á pesar mío, el recuerdo de aquella á quien él había amado venía á mi imaginación y turbaba un poco mi alegría, pero no me atrevía á hablarle de ello.

–¿Mi tío sabe que está usted aquí, Pablo?

–Sí, yo llego del Pavol, y he querido venir completamente solo á ver á usted. Este jardín mojado ¿no le recuerda á usted nada, Reina?

No respondí directamente á su pregunta; solamente le dije:

–Pero usted... ¿Usted ha conservado un mal recuerdo del Buissón?

–¡Yo, nada de eso! ¡Jamás he pasado una noche tan buena!

–¡Oh, repuse mirándole con descontento y disimulo, mi tía era horrible!

–No, no tan horrible, un poco vulgar, quizás; mas no por eso dejaba usted de parecer más encantadora.

–¡Y el cubierto tan mal puesto! ¡Todo estaba al través!

–Nunca he comido tan bien. Aquel interior hacía apreciar á usted como una flor que parece más bonita, más delicada, porque el terreno en que brota es feo é inculto.

–Se ha vuelto usted poeta en el viaje, dije sonriéndome.

–No, querida Reina.

Pasó mi brazo por debajo del suyo y me llevó aparte.

–No, no poeta, sino enamorado de usted, prima mía. Escúcheme usted bien: La amo con toda la sinceridad de mi corazón.

Yo saboreé la dulzura de esta frase y de la mirada que la acompañaba, diciéndome interiormente que era una gran fortuna que los hombres fuesen inconstantes.

Pero este cambio me parecía inaudito, y no pude menos de murmurar:

–¿Es cierto? ¿No la ama usted ya absolutamente?

–¿Hablaría á usted como lo hago, si no fuese así?, replicó con tono serio. ¿No tiene usted confianza en mi lealtad?

–¡Oh, sí!, dije cruzando las manos por debajo de sus brazos en un arranque afectuoso.

Era verdad, porque, después de su respuesta, la imagen de Blanca no volvió jamás á turbarme. Yo le amaba sinceramente, sin tener ninguna idea de celos, y él merecía esta confianza completa.

–He aquí á mi padre y al Sr. de Pavol que llegan.

–Y bien, Reina, ¿qué te parece mi predicción?

–Es usted poco discreto, tío, dije poniéndome colorada.

–El comandante es quien ha revelado el secreto, Reina; lo sabía hacía mucho tiempo.

–¡Oh, no, desde hace ocho meses solamente!

–Desde el primer día que la vi á usted, querida nuera.

–¡Es posible!

–Y Pablo no ha ido al país de los esquimales, repuso mi tío riéndose.

¡Qué gran felicidad es la de vivir entre gentes honradas! Yo experimenté esa dicha al ver con qué satisfacción gozaban todos con mi alegría, con qué delicadeza, y con qué bondad se chanceaban sobre el famoso secreto que, sin figurármelo, había yo misma divulgado.

Entonces comenzó esa época agradabilísima de los desposorios, época excelente, á ninguna otra semejante en la vida. Nada reemplaza á ese tiempo de amor sencillo, de fe, de ilusiones completas y de puerilidades. ¡Ah, cuánto compadezco á aquellos que no han amado nunca así! ¡Cuánto compadezco á aquellos cuya locura arrastra lejos de la opinión común y de los afectos legítimos! Por lo demás, nunca, nunca, cualquiera que sea la elocuencia de las gentes que quieran convencerme, creeré que el amor verdadero pueda existir sin tener la estimación por base principal.

Nosotros pasábamos nuestros días más agradables en el presbiterio, bajo la vigilancia del cura. Le veíamos corretear por su jardín, poner rodrigones á sus plantas, arrancar las malas hierbas y suspender su trabajo para lanzarnos una mirada investigadora á fin de hacernos comprender que era un verdadero mentor.

Nosotros nos mirábamos riendo, porque conocíamos la severidad de nuestro benigno guardián.

Yo me acercaba á este hombre excelente para extasiarme con él sobre una flor, un arbusto ó un fruto, y le decía:

–Señor cura, ¿se acuerda usted del tiempo en que quería persuadirme de que el amor no era la mejor cosa del mundo?

–¡Ah! Yo creo que el mismo Bossuet no hubiera podido convencer á usted.

–Pero ¿no tenía yo razón?

–Empiezo á creer que sí, respondió con su franca, su agradable sonrisa.

El día de mi casamiento amaneció radiante para mí. Jamás la bóveda celeste me había parecido más espléndida. Desde entonces me han afirmado que el cielo estaba muy nebuloso, mas no lo creo.

Una multitud simpática se apiñaba en la iglesia. «¡Qué linda es la novia! ¡Qué feliz y tranquila parece!»

Y efectivamente, yo estaba en extremo serena.

Pero ¿por qué había yo de atormentarme? Mi sueño más grato se realizaba, un porvenir de felicidad se abría delante de mí y ni la más ligera inquietud venía á agitarme.

A mi paso vi confusamente á algunas viudas ilustres que se sonreían, y me causó una inmensa lástima el pensar que eran demasiado viejas para casarse.

El órgano resonaba tan alegremente que, en aquel momento, modifiqué un poco mi prevención contra la música. El altar estaba adornado de flores, resplandeciente de luces, y todos los detalles de la ceremonia nupcial, dirigida por el gusto artístico de Juno, encantaban mi vista.

El novio pasó el anillo nupcial á mi dedo con mano poco segura, mordiéndose el bigote para disimular el temblor de sus labios. Estaba mucho más conmovido que yo, y su mirada me decía lo que yo hubiera querido oir que me repetieran eternamente...

Y en verdad en vano se hubiera buscado en la tierra y en todos los demás planetas del universo un semblante tan radiante como el del cura.

TRAD. DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO

ARDIDES DE LAS SERPIENTES

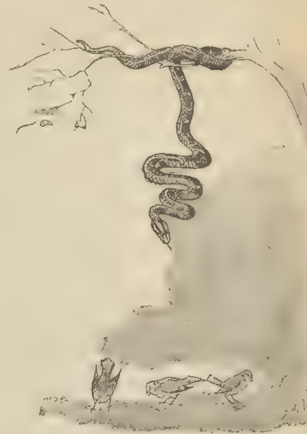
Un zoólogo humorístico ha dicho: «Todo pueden hacerlo las serpientes menos tragarse un jabalí.» El profesor Huxley, el eminente naturalista inglés recientemente fallecido, expresóse de una manera análoga diciendo: «Con excepción del vuelo, los movimientos de las serpientes son ilimitados,» y el doctor Owen ha escrito: «Las serpientes trepan mejor que los monos y nadan mejor que los peces, saltan como un kanguro y contrayendo los músculos y saltando con rapidez cogen los pájaros en el aire.»

En efecto, su fuerte musculatura, la extraordinaria flexibilidad de su espina dorsal y de todo su esqueleto, permiten á las serpientes ejecutar movimientos tan rápidos como extraños.

En el Jardín Zoológico de Londres hemos tenido ocasión de presenciar algunas pruebas de la habilidad y hasta pudiéramos decir de la reflexión especulativa de las serpientes. Vimos, entre otras cosas, la lucha entre una boa y una serpiente de cascabel que ocupaban la misma jaula: después de un rato de pelea, la boa enroscó su cola al abdomen de su enemiga y el extremo opuesto de su cuerpo por debajo de la cabeza, y estirándose luego de repente, la serpiente de cascabel quedó partida en dos mitades. Esto pasó en menos tiempo del que se necesita para escribirlo.

No menos interesante fué observar la caza dada por una boa á varios gorriones: colgada de la rama de un árbol contemplaba inmóvil unos pajarillos que debajo de ella saltaban, ajenos de todo punto al peligro que les amenazaba, cuando de pronto hizo un movimiento brusco, y el pájaro que estaba en el centro fué enroscado por el reptil, levantado en alto y sepultado en un santiamén en el vientre de la serpiente. Tan rápido y silencioso fué el rapto, que los otros dos pajarillos ni siquiera lo advirtieron y continuaron picoteando en la tierra, hasta que sucumbieron en la misma desdichada suerte que su compañero.

En el propio jardín vimos también un ejemplo de insaciabilidad en un *Elaphis quater radiatus*, que



Serpiente boa disponiéndose á coger un pájaro

no contento con la ración de un estornino que diariamente se le servía en el almuerzo, se zampó una mañana tres gorriones, con la particularidad de que



Serpiente boa haciendo presa en un pájaro

á los tres los cogió de una vez: al primero lo cogió con la boca y se lo colocó debajo del cuerpo oprimiéndolo contra el suelo hasta que el infeliz murió, en el entretanto había tenido tiempo y ocasión para enroscar al segundo con el vientre y al tercero con la cola, hecho lo cual se los fué comiendo tranquilamente uno tras otro.

Los grabados que publicamos reproducen esos distintos ardides de las serpientes para hacer por la vida, como vulgarmente se dice. – Z.

LA ARITMOMANIA

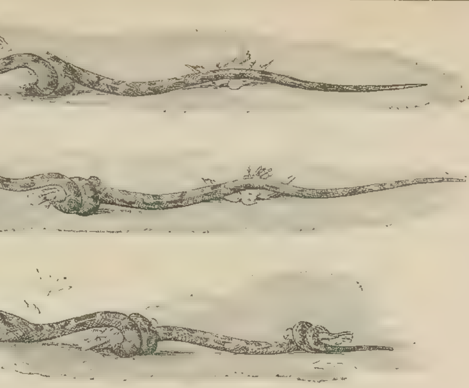
En un estudio acerca de los *Estados inconscientes del espíritu humano*, el fisiólogo italiano César Lombroso habla de los calculadores pródigos, estableciendo que son enfermos. Llama su enfermedad *aritmomanía ó hipermnesia de los calculadores*. En la mayor parte de ellos, el cálculo se obtiene sin el menor esfuerzo consciente, como en el sueño hipnótico; esta facultad es independiente de la inteligencia, lo que explica que se encuentre á menudo en individuos imbéciles ó de ninguna disposición matemática y que á veces desaparezca con la infancia, sin que el sujeto

conserve memoria alguna de los procedimientos que empleaba.

Bidder tenía una prodigiosa facultad de cálculo: podía encontrar mentalmente los logaritmos de un número de siete ú ocho cifras y no podía explicar cómo lo hacía. Conservó esta facultad toda su vida, aunque con decrecimiento en la ancianidad.

Van Rof Utica se distinguía á los seis años por una extraordinaria facultad de cálculo mnemónico; á los ocho años la perdió y no se acordó en adelante de la manera como hacía sus cálculos.

Colburn también perdió pronto esta facultad y durante algunos años se encontró en la imposibilidad de explicar cómo lo hacía antes. Más tarde se acordó y reconoció que era por medios muy sencillos; se le enseñó matemáticas y encontró en ellas grandes dificultades.



Serpiente boa cogiendo tres pájaros á la vez

Daso, uno de los raros calculadores de instinto que conservaron esta facultad toda su vida, era muy refractario á los estudios matemáticos: Peterson no pudo conseguir en seis semanas enseñarle un teorema de Euclides.

Mangiamele, un labriego, resolvía á los diez años problemas que parecían exigir extensos estudios matemáticos y extraía en pocos minutos raíces de siete y ocho cifras; pero le fué necesario suspender de tiempo en tiempo estos ejercicios en los cuales desplegaba una rapidez de intuición prodigiosa; las pulsaciones anormales de la arteria temporal y la inyección de las venas frontales acusaban una grave hiperemia cerebral.

Henrique Mondeux no tenía disposición alguna para el estudio: el instinto que lo impulsaba á multiplicarlo y sumarlo todo, dejaba poco campo para la comprensión de las otras ciencias.

Reuben Field, del Missouri, que goza de una posición desahogada, ha sido considerado como un idiota. No sabe leer ni escribir, pero posee la más sutil percepción de las relaciones entre números y cantidades; es capaz de resolver los cálculos más complicados.

Colburn tenía dedos supernumerarios; Mondeux era histérico. Inaudi, nacido en un país de cretinos, tiene una enorme cresta cráneo-frontal y asimetría craneana y facial.

Casi todos esos anormales son montañeses ó pastores; demasiado precoces, pronto pierden sus facultades. Todos en la infancia han experimentado la necesidad continua de calcular. Charcot pretende que la mayor parte son hijos de padres degenerados.

En suma, la aritmomanía es un fenómeno puramente degenerativo, de la especie epiléptica, como el genio.

EL OLFATO Y EL GUSTO

EN LOS ANIMALES ACUÁTICOS

Unicamente los animales más perfectos, los mamíferos, poseen los sentidos del gusto y del olfato bien desarrollados: la mayoría de las aves carecen del primero porque su lengua endurecida y á menudo enervada es insensible al proceso químico de la degustación.

Un olfato tan fino como el de un perro ventón, que sigue el rastro de su amo á algunas horas de distancia, ó como el de un reno, que husmea al hombre á 500 pasos, no lo encontramos en ninguna otra clase de animales.

Respecto de las especies inferiores del reino animal, sabemos solamente que muchos insectos son atraídos por el perfume de las flores y que muchas moscas y muchos coleópteros lo son por el olor de un cuerpo en descomposición situado á gran distancia: las antenas, las trompas, los labios inferiores y la lengua parecen ser en ellos residencia de los órganos del olfato y del gusto.

En cuanto á los animales que viven en el agua ¿pueden oler y gustar?

Hasta ahora esta pregunta ha sido contestada negativamente, porque los nervios olfatorios en las especies superiores sólo se excitan con las materias gaseiformes, las cuales no pueden extenderse por el agua ó cuando menos se extienden con mucha lentitud.

Esto no obstante, un alemán, el doctor Nagel, por medio de experimentos minuciosos cuyos resultados se han publicado en la revista *Bibliotheca zoologica*, ha conseguido comprobar en un gran número de animales acuáticos la presencia de los sentidos del gusto y del olfato.

El referido experimentador entiende, empero, que ambos sentidos no están en aquellos animales separados como en las especies superiores, y acepta en ellos un *sentido químico* que corresponde igualmente á los otros dos.

Un coleóptero nadador, el *Dysticus marginalis*, no percibió un pedazo de carne cruda hasta que estuvo á un centímetro de distancia; habiendo puesto cerca de su boca, por medio de pipetas de cristal, una disolución de azucar ó de jugo de carne, el animal palpó estas substancias con la boca y las cató. Repetido el experimento con substancias ácidas ó amargas, el coleóptero contrajo los tentáculos y huyó.



LUCIO ANNEO SÉNECA, estatua de Mateo Inurria Laimosa
(Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)

De suerte que quedaba comprobada la existencia de sensaciones olfatorias.

Pero además de éstas, manifestáronse en el coleóptero las sensaciones del gusto: en efecto, habiéndole tocado la boca con pedacitos de papel de estraza mordió en ellos y empezó á tragarlos, mas los arrojó á los pocos segundos. Hízose luego la misma prueba con papel humedecido en una substancia ácida ó amarga, y después de haberlo mordido lo rechazó, apartándole de sí con sus patas delanteras y limpiándose la boca con movimientos agitados; repitióse el experimento con papel mojado en extracto de carne, y el animal lo palpó por espacio de 10 ó 20 segundos hasta convencerse de que no era lo mismo de antes.

Los órganos del olfato y del gusto residen en estos animales en las antenas, pues Nagel observó que el coleóptero al comer palpaba constantemente la carne con las antenas maxilares y cuando el trozo de aquélla era grande, apelaba al auxilio de las antenas labiales; en cambio difícilmente se hacía comer á los animales á quienes previamente se les habían arrancado aquellos apéndices.

Los así mutilados, sin embargo, acostumbrábanse poco á poco á su nuevo estado, y al cabo de tres semanas comían, bien que de una manera distinta de la acostumbrada en tales especies.

Los cangrejos de río mueven sus tentáculos de un modo muy extraño cuando se les estimula con soluciones de distintas substancias sápidas: si la substancia estimulante es demasiado fuerte, esconden sus tentáculos debajo de la cabeza.

Otros cangrejos reaccionan de tal suerte que evitan las partes del agua en que se encuentran aquellas materias.

En las sanguijuelas y lombrices de tierra, toda la piel parece ser órgano del gusto: en las primeras, la parte más excitable químicamente parece ser la más próxima á la cabeza, y en las segundas, además de ésta, la espalda y la extremidad trasera.

Del hecho de que las lombrices de tierra no necesitan al parecer el sentido químico, deduce Nagel que en ellas este sentido sirve para buscar la humedad del suelo, que les es indispensable.

Nagel ha comprobado de una manera análoga la presencia del «sentido químico» en gran número de otros insectos acuáticos, como por ejemplo cangrejos, gasterópodos, moluscos, equinodermos y zoófitos. – X.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 29 de julio de 1895 — Núm. 709

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MOMENTOS DE ANGUSTIA, grupo escultórico de Ernesto Müller

(Exposición de Bellas Artes de Berlín. 1895)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los suscriptores de la **Biblioteca Universal** un nuevo tomo de OBRAS ESCOGIDAS DE VENTURA DE LA VEGA, que contendrá las renombradas comedias *Llueven bofetones, La escuela de las coquetas, Bruno el tejedor, El tío Tararira, La sociedad de los trece, Quiero ser cómico, El gastrónomo sin dinero, Una boda improvisada, Amor de madre, La familia improvisada, El testamento, El héroe por fuerza, Otra casa con dos puertas* y *La mujer de un artista.*

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Los regalos de Mr. Layard al Museo Británico. – Historia de tan ilustre sabio y diplomático. – Sus estudios de los problemas asirios. – Formosa y los piratas chinos. – Las aduanas del Celeste Imperio en manos del Imperio moscovita. – La cuestión de Oriente. – Bulgaria y Macedonia y Armenia. – La muerte de Stambuloff. – Reflexiones. – Conclusión.

I

En el Museo Británico acaba de abrirse un salón asirio, compuesto con los ejemplares de numismática y arqueología caldeas recogidos por Mr. Layard en sus excavaciones de las orillas del Éufrates y regalados con verdadera esplendidez á su patria. Los periódicos europeos se hacen á una lenguas de tal maravilla, y con este motivo recuerdan la historia y nombre del donador. Era éste una de las personalidades que lucieran en la Inglaterra de hace veinte años con brillo mayor. Su libro referente á los objetos hallados en Asiria pasa por clásico entre los literatos sajones. Tales resonancias de su nombre abrieron á Layard las puertas del Parlamento, y en el Parlamento no correspondió su índole de orador y estadista en mérito á su índole de arqueólogo y erudito. Cierta vez que un gramático y músico inglés de primer orden se arrestó á luchar en los comicios y á discutir en los Comunes, Gladstone le decía: «¿Qué buscáis en esta cámara, donde podéis encontrarlo todo, menos música y gramática?» Layard, por sus primeras vocaciones llamado á profesión más serena que la profesión política, llamado á la diplomacia, se dejó de tribunas y se fué á embajadas. Enviado primero á Oriente, cuando en la revolución de septiembre ocupó el trono un príncipe de dinastía tan amable para Inglaterra como la dinastía de Saboya, vino á Madrid Layard en calidad de plenipotenciario y embajador, con ánimo de dirigir al rey Amadeo por medio de sus consejos y sostenerlo por medio de su ascendiente. Si aquella dinastía, extraña por completo á nuestro país, hubiese arraigado, Layard tuviera grande influjo en los consejos del gobierno inglés, quien aún hoy hubiese atribuído el milagro á la ciencia y experiencia de su representante. Pero Amadeo cayó, por más esfuerzos que hiciera para salvarlo su primer ministro Zorrilla; Amadeo se fué, por más esfuerzos que hiciera para retenerlo su gran embajador Layard. A tal accidente, previsto por todo el mundo, menos por el embajador de Inglaterra, en la ceguera que le prestaba su fanatismo por el joven príncipe, se puso furioso, y no dejó de hacer todo cuanto estuvo en su mano contra la nueva forma de gobierno, contra la república española. Bien es verdad que le urgaba cuanto podía el rey de Portugal, en su recelo de que le prendiéramos fuego á su casa y en su jerárquica servidumbre respecto de la monarquía inglesa, tutora del reino y del régulo. Andando los meses, Layard se avino de buen grado con los gobiernos de la república, y estoy por decir que sintió su rápido paso por nuestro país, como sintiera el rápido paso de la monarquía democrática. Trasladáronlo á Constantinopla desde Madrid, por no parecer bien á sus ministros que desempeñase un papel de primer orden bajo D. Alfonso quien desempeñara un papel de primer orden bajo D. Amadeo; y en Constantinopla le acaeció gran desgracia con que otro protegido de Inglaterra, el sultán, se degollara y sobreviniera caso, á Inglaterra tan adverso, como la guerra de Oriente. Así cayó en desgracia y no volvió jamás á levantarse. Yo lo he visto casi proscrito por su voluntad propia de Inglaterra y habitando el palacio Capello en Venecia, sito á la mitad del gran canal, hechos sus salones museos, y sus ventanas jardines. Allí se consolaba de las desgracias presentes con un culto casi religioso á la ciencia y al arte, así como con un recuerdo melancólico de las grandezas que alcanzara en el mundo y de los servicios que rindiera desde sus cumbres á la civilización humana, su ideal, y á la patria británica, su amor.

Mas la gran obra de Layard fué la excavación gigantesca emprendida bajo su dirección en las orillas del Éufrates y las voces que arrancó á los abismos y los secretos que descifró en la Historia. Quien desee sentir tal servicio, no tiene más que volver los ojos á personalidad tan conocida de todos como Semíramis, y comparar lo que en las mocedades sabíamos de ella y lo que sabemos hoy. Indudablemente la memoria de poblaciones tales, como las asentadas en los territorios vecinos al Éufrates y al Tigris, ha quedado por tal modo viva en la Humanidad, que, alrededor de cada una, por obra natural del tiempo eterno y de la fantasía creadora, se cuaja su correspondiente brillantísima leyenda. Nino representa la fundación y grandeza de Nínive: Semíramis representa la fundación y grandeza de Babilonia. Siglos y siglos han pasado hasta hoy desde tan fabulosos tiempos; pues aún rielan los nombres de aquéllos en las arenas del desierto y en las aguas del río.

Mas apartemos la vista de lo pasado y á lo presente volvámosla. No parece tan mollar empresa como creía la generalidad, el acaparamiento de Formosa por los japoneses. En la forma feudal á que China está condenada, según la extensión de su territorio y el número de sus vasallos, quedan unas bandas conocidas con el nombre de negros pabellones, muy semejantes á los condotieros y á las mesnadas de nuestra Edad Media europea. Dicen que dependen del emperador celeste; pero le hacen el mismo caso que á nosotros, y lo empeñan en aventuras como la guerra del Tonkín á Francia, de las cuales aventuras suele salir el cuitado con algunos golpes de más y algunas tierras de menos, ó como decimos nosotros, con las manos á la cabeza. Estos pabellones cúranse así de los tratados diplomáticos, en su temperamento guerrero, como del papamoscas de Burgos, y entran y salen por donde les da gana y según se lo pide el cuerpo. Así no dejan dar un paso al Japón en su acaparamiento de la isla, manteniendo vivas y calientes las pavesas de un conflicto perdurable. Lo dije siempre que se trató de China. El número de sus gentes, amenazador á Europa siempre, se halla combatido por la indisciplina de que adolecen, y cuyos anárquicos estragos los anulan en cualquier gran empresa, sobre todo en aquellas que tanto han menester de una disciplina muy fuerte y de una obediencia muy ciega, como la irrupción y la guerra. Consuélense los japoneses con una reflexión muy realista: si sus piratas no les dejan posesionarse de Formosa con tranquilidad, ya les ajustarán á los piratas las cuentas el pueblo y raza igorrotes, diseminados como cabras monteses ó águilas rapaces por los montes inaccesibles y caídos á la continua sobre plazas y valles. ¡Pobre imperio chino! Antes de poco llegará el imperio ruso desde las orillas del mar Báltico hasta las orillas del mar Indio. Según las cosas van, ignoramos dónde querrá el inexperto czar Nicolás II ir antes, si á Pekín ó á Constantinopla. Por de pronto, ya se ha quedado, gracias á un empréstito, para el cual hanle valido mucho los franceses, con las aduanas del Celeste Imperio, sus pasajeras y accidentales tributarias, que pueden safarse del penoso tributo con cualquier cesión del codiciado territorio. Si Rusia no está contenta con el dominio sobre las aduanas chinas, tan opuesto á Francia y por Francia facilitado contra sus propios intereses; con la embajada de Abisinia, tan amenazadora para la Eritrea de Italia; con la ida de los japoneses á sus conjuros desde los territorios mandchurios á los propios territorios, tan humillante para el Mikado; con la sumisión de los búlgaros llevada en los pliegues de la capa pluvial del metropolitano Clemente, difícil de contentar aparecerá Rusia, soberana sin rival en la política europea, por el error que cometiera Bismarck, indisponiéndose para siempre con Francia directamente, como indirectamente indisponiendo á Francia con Inglaterra, con el crimen de Metz y Estrasburgo, para que todo el planeta quedase á merced y arbitrio de los czares moscovitas.

Ahora la fortuna corta todos los trajes á la medida y patrón de Rusia, no habiendo para ella sino muchos favores y óptimas noticias. En tierra de los Balkanes han degollado, como si fuera un cerdo, al único patriota capaz de impedir que la servidumbre turca de Bulgaria se trocara en servidumbre moscovita. ¡Mísero Stambuloff! La tregua concedida por un afecto común humano de consideración á todos los difuntos, no ha rezado con su infelicísima persona. Después de haber descuartizado por las calles de Sofía los asesinos el cuerpo suyo en todo el florecimiento y expansión de su vida, los críticos han descuartizado el cadáver antes de concederle tierra y cuando en él se veían los hachazos que mecharan sus carnes, las puñaladas que rompieron sus músculos y fibras, los tiros que agujerearon sus huesos. Una partida entera le ha sorprendido en clara noche de verano, como si la capital de Bulgaria fuese un desierto donde se cazase á los hombres, cual pudiese cazarse allá en el Tauro á las fieras. Unos detienen el carruaje donde va desde un círculo á su casa; otros lo asedian en su defensa natural cual suelen los perros al jabalí huído; estos le cortan las manos, arrancándoselas de los brazos como á las reses los matarifes en plena carnicería; los de más allá le acribillan la nuca y le taladran los hombros á balazos, de suerte que, al valerse del socorro y salvarse del golpe de gracia y remate, no le queda gota de sangre, bebida toda por el suelo, y su esqueleto y su cuerpo se parecen á un montón de carne y huesos machacados y humeando al destrozo y al descuartizamiento. Como la política se parece á la guerra en esto de no tener entrañas unos enemigos para con otros enemigos, hanle sacado todas sus víctimas á colación ahora los diarios rusófilos, y díchole que habían venido del otro mundo á vengarse, lanzando tal presa, en martirio correspondiente con los por él ideados é infligidos, al infierno. Líbrenos Dios de justificar ningún asesinato, y menos cuando le preceden verdaderas torturas y le siguen conatos de infamar á los muertos privándoles en el mundo de la vida y del honor en la Historia. Stambuloff llevó la defensa de su persona en el gobierno búlgaro hasta la barbarie, y se llegó á encarnizar con los que creía sus enemigos hasta la crueldad. Vació los hogares y llenó las cárceles. En cada calabozo hubo su respectivo instrumento de tortura, al extremo de convertirlos todos en verdaderos sepulcros, y llenarlos de crímenes, quizás más reprobables que por las maldades en ellos contenidas, por su inutilidad. Pero, aun dando á un perverso natural como el suyo todo cuanto queráis darle, convenid conmigo en que tal eclipse de la conciencia y de la caridad humana coincide con las guerras y con las revoluciones en el mundo. Una tiranía de siglos; un régimen de inhumana esclavitud; la sujeción á bajaes que aprisionan y matan por capricho y sin piedad; largas conjuraciones apercibiendo crímenes, á los cuales no tienen horror los sentimientos más humanos, por creerlos necesarios y hasta justos; atentados continuos aplaudidos por todos cuantos esperan de su exacta ejecución y de su aguardado éxito algún provecho á la patria esclava; la revolución á estos esfuerzos consiguiente, y que solamente de la fuerza se cura; las reacciones crueles, ebrias de sangre y hambrientas de matanzas; una guerra y los horrores á una guerra connaturales; fundación de régimen reciente y nuevo, en cuyos senos se mezclan los hálitos de la tiranía con los estremecimientos del parto de la libertad; todo esto y mucho más se reune cuando se quiere pasar del régimen feudal antiguo al régimen monárquico absoluto con Pedro el Cruel de Castilla y Luis XI de Francia, ó cuando se quiere pasar del régimen monárquico al régimen republicano con Robespierre y con Marat. ¿Cuál privilegio de excepción queréis que tuviera Stambuloff en la titánica empresa de libertar su Bulgaria del yugo moscovita como habíala también libertado del yugo musulmán? Estaría justificadísimo el régimen turco, si hubiera dado gentes humanas y dispuestas á llevar una renovación radical y profunda en el idealismo de los filósofos espiritualistas ó con la virtud y bondad de santos milagrosos. Así no me parecen bien las injurias repetidas ante los restos de un estadista que mataba por vivir entre los asaltos continuos de unos enemigos implacables, quienes le habían condenado á muerte después que tomara parte activa en el apostolado por la libertad; plaza de guerrero en la cruzada contra el despotismo; un primer puesto dentro del esfuerzo para organizar la victoria; iniciativa capital del trabajo titánico necesario para impedir que Bulgaria cayese bajo el despotismo de los emperadores moscovitas, cuando había roto la coyunda de los sultanes mongólicos; la presidencia en los Parlamentos que dieron un código fundamental á sus conciudadanos manumitidos; la jefatura en Regencia que no solamente soldó las dos Bulgarias divididas, sino que fundó un régimen de orden y estabilidad. Poneos á intentar todo esto entre gravísimas dificultades, y luego decid: Yo fuí mejor que ese hombre.

Madrid, julio de 1895.



SEMBLANZA

Las damas de mi tiempo no han olvidado, bien se puede asegurar, aquella gallarda figura del cómico que en la escena del teatro de Variedades, en Madrid, representaba el papel de D. Carlos en la zarzuela *El Duende*, hace más de cuarenta años.

Fué aquella zarzuela la primera obra teatral que llegó en Madrid á la centésima representación, y el éxito se debió no sólo á la graciosa acción de la fábula, sino también al primor con que representaban Manuel Catalina el papel del galán *D. Carlos*, María Bardán el de *Doña Sabina* y Carceller el del *posadero* posma.

Manuel Catalina, á quien dedico este artículo, era entonces un guapo mozo de gallarda figura, de maneras distinguidas y, á no dudar, el cómico más elegante que ha pisado las tablas de la escena española.

El público femenino, que ya había tenido ocasión de admirar su apostura y distinción en el teatro del Instituto, en la calle de las Urosas, donde se presentó por primera vez en la escena, confirmó la buena opinión que había formado de Catalina, viéndole representar con singular donaire el papel de *D. Carlos*, único personaje que no cantaba en la mencionada zarzuela de Luis Olona y Rafael Hernando.

La empresa de Variedades y los actores de *El Duende* ganaron mucho dinero en esta obra, que hoy parecería inocente y anodina; pero Manuel Catalina ganó mucho más, es decir, lo que vale mucho más que todo el dinero del mundo, las simpatías de las mujeres que iban á ver *El Duende*, que fueron todas las de Madrid, y el amor de algunas..

Catalina, que había sido educado con el mayor esmero por su padre, abogado distinguido, y que él mismo había seguido brillantemente la carrera de Derecho en la universidad de Madrid, fué siempre lo que se llama un perfecto caballero, y así en las aventuras de amor su reserva y su discreción eran cualidades que le aseguraban la predilección de las damas sensibles é impresionables.

En la época de *El Duende* fué cuando se prendó de Manuel Catalina una eminente actriz que se hallaba entonces en todo el esplendor de su peregrina hermosura y de su incomparable talento.

Y entre todos los amores, que no fueron pocos, que tuvo Manuel Catalina en su vida, el amor de la grande actriz fué el amor de su alma. Verdad es que aquella mujer era adorable como mujer y como artista. Dios la había dotado de todos los encantos y de todas las gracias.

La actriz y el actor se amaron locamente, y para amarse con entera libertad huyeron de Madrid y no pararon hasta la Habana, donde se presentaron al público, formando la más simpática pareja de dama y galán que se ha visto en el teatro. Recorrieron los principales coliseos de América, y fué aquella una carrera triunfal, pues nunca había visto aquel público obras dramáticas tan hermosamente interpretadas como las que ponían en escena Catalina y su dama.

El éxito que obtuvieron fué muy grande, y grande también el provecho; pero sintieron la nostalgia de Madrid y regresaron de América, deseosos de obtener otra vez los aplausos de este público matritense que tanto lamentaba su ausencia.

Catalina se hizo empresario y director de compañía, y en el teatro del Circo y en el Español rindió culto al arte con el mayor entusiasmo y con el decoro propio de su buen gusto artístico y literario, y estrenó las obras más notables de aquella época, en que todavía no se hablaba de nuevos moldes para la producción dramática, aquellas comedias que podían oir, sin ruborizarse, las señoras más escrupulosas respecto de moralidad en las producciones del ingenio.

Varia fortuna tuvo en sus empresas teatrales el distinguido actor, pero nunca cedió en su entusiasmo artístico, y siempre cumplió religiosamente sus compromisos con los actores que contrataba, con los autores y con el público. Catalina era el tipo de la formalidad, el cumplido caballero en todos sus tratos.

Sus enemigos, ó mejor dicho sus envidiosos, tachábanle de presuntuoso, achacando sin fundamento á presunción lo que era extrema pulcritud y ejemplar cuidado de su persona. Vestía Catalina, lo mismo en el teatro que en la calle, con la más exquisita elegancia, y el arte de saber llevar la ropa lo poseía como ningún otro.

Y ya era así antes de sus triunfos escénicos y de sus victorias en las empresas galantes, porque la primera vez que en un teatro casero de la calle de Jesús del Valle, número 4, hizo el insignificante papel de paje en el drama *Angelo, tirano de Padua*, teniendo catorce ó quince años, se presentó en la modesta escena luciendo un traje magnífico que llamó la atención del público que concurría á aquella función de sociedad, y excitó grandemente la envidia de los aficionados que hacían los principales papeles del drama, y cuyos trajes alquilados, muy raídos y llevados y llenos de zurcidos y lamparones, hacían un singularísimo contraste con el vistoso y rico vestido del paje que sólo tenía que decir cuatro palabras.

Este lujo en el adorno de su persona á la par que su natural despejo le llevaron pronto á más altos destinos en aquella compañía de aficionados, y así no mucho tiempo después de haber desempeñado el citado papel, se presentó en el mismo teatrillo casero representando nada menos que el emperador en el drama *Bárbara de Blomberg*. Y contaba Catalina con mucha sal, que aquella noche, cuando había empezado la representación del drama en que él iba á lucir dos trajes que por su riqueza parecían de un emperador de verdad, sonó por las calles el toque de generala que llamaba á las armas á la Milicia nacional con motivo de haber estallado una sedición militar. Y en aquel punto, el público, temiendo que hubiera pronto tiros en la vía pública, huyó del teatro, y la representación acabó apenas empezada. Manuel no tuvo tiempo de otra cosa que de coger su capita y con su flamante traje de emperador corrió á su casa de la calle de Silva, siendo detenido en el camino por unos milicianos que al verle con aquel traje quizá sospecharon si sería un pretendiente al trono; pero uno de ellos le conoció, por ser vecino de la misma casa en que Manuel vivía, y respondió de su completa inocencia.

Catalina por el teatro y por las mujeres estaba siempre dispuesto á hacer los mayores sacrificios. La fortuna que había traído de América la perdió toda en el teatro y nunca se quejó de haberla perdido; jamás, por mal que le fuera en la empresa, mermaba los sueldos de los artistas de su compañía, de quienes siempre fué consecuente y leal amigo. Los perjuicios eran para él solo, y los provechos para sus compañeros. Así Mariano Fernández y Antonio Pizarroso y el eterno galán Pastrana y todos los actores que trabajaban bajo su dirección le querían entrañablemente, y nunca, mientras él fué empresario, le abandonaron, aunque recibieran proposiciones más ventajosas.

Y en medio de los contratiempos y contrariedades propios de las empresas teatrales en época de epidemia ó de complicaciones políticas, ó con motivo del fracaso de obras en que se habían cifrado grandes esperanzas, veíase á Manuel salir del teatro visiblemente preocupado y meditabundo, y volver luego animado, sonriente, expansivo, como si todos los asuntos le hubieran salido á las mil maravillas.

—¡Aventura de amor tenemos!, decía Mariano Fernández, que se sabía de memoria á su director y amigo.

Y la observación de Mariano era exactísima.

Una sonrisa, una mirada, una promesa de mujer hermosa había borrado de la mente del distinguido actor las más graves preocupaciones.

En la época en que Manuel Catalina perdía más en su empresa teatral y ganaba más simpatías entre las damas, había una de éstas á quien Manuel pretendía enamorar, con grave menoscabo de la moral, porque la señora era casada, casada con un personaje que tenía asiento en una de las dos cámaras. El personaje no se distinguía por su perspicacia y no había advertido siquiera, al salir ó al entrar en casa, que Manuel Catalina paseaba frecuentemente la acera de enfrente. Una tarde un legislador chusco tuvo la ocurrencia de escribir un renglón en un papel y hacerlo bajo sobre llegar en plena sesión, por medio de un portero, al marido de la dama en quien había puesto el actor sus ojos pecadores. Recibió el personaje la carta, tiró el sobre, leyó el papel, y seguidamente fué al banco azul, donde se sentaban Narváez y González Bravo, y se lo hizo ver á los dos ministros por si éstos le podían explicar aquel aviso. Entonces se conspiraba mucho, y el personaje aludido creyó que el contenido del papel era un misterioso aviso relacionado con alguno de los frecuentes conatos de perturbación del orden público.

En el papel había escrito el chusco:

«*Catilina está á las puertas de Roma.*»

Catilina era Catalina, y *Roma* era de nariz, no de entendimiento, la graciosa y gentil señora á quien el elegante y gallardo actor quería conquistar. El papel lo vieron no sólo Narváez y González Bravo, sino otros muchos de los legisladores que no pudieron menos de convenir en que las cualidades de hombre político y amante del orden eran en el aludido personaje mucho más sobresalientes que las de marido previsor y cauto.

La última empresa en que Manuel Catalina acabó de arruinarse fué la del teatro de Apolo. Construyóse este coliseo con inusitado lujo en el solar del que fué convento del Carmen, inmediato á la iglesia de San José. Catalina formó una gran compañía, á la que pertenecían Antonio Vico y otros artistas de primera categoría, y con ella inauguró el nuevo templo del arte dramático. Se equivocó; el público no acudió al nuevo teatro; las obras que estrenó tuvieron poco éxito, y el negocio resultó malísimo.

La estrella de Manuel Catalina se eclipsaba. Cumplió, sin embargo, como hombre honrado que era, sus compromisos durante la fatal temporada, y salió de aquel teatro empobrecido y con la pesadumbre del más grande de sus desengaños de empresario.

Después de aquel fracaso Catalina volvió en Madrid y en provincias á tentar fortuna; pero ya habían llegado para él los tiempos de la decadencia, y amargado por la injusticia de la suerte y los disgustos de todo género, ya no era el Catalina que habíamos conocido tan guapo, tan elegante, tan atildado, tan entusiasta por el arte.

Manuel Catalina, pobre, aviejado antes de tiempo,

olvidado de muchos que le habían debido grandes favores, y enfermo del corazón, se retiró á su hogar y murió en Madrid el 26 de julio de 1886 á los sesenta años y días. Había nacido en Budia, provincia de Guadalajara, el 2 de julio de 1826. Su padre era, como he dicho, un abogado muy distinguido, y es de notar que cuantos han llevado ó llevan el apellido de Catalina, que todos pertenecen á la familia de mi querido amigo Manuel, todos han sido personas de singular talento.

Manuel Catalina fué tambien poeta, é impresas están muchas de sus poesías, en que se reconoce al hombre ilustrado y de exquisito gusto literario.

He dicho que tenía Manuel muchos envidiosos, que negaban su mérito artístico; pero más que sus envidiosos valían sus amigos, que se llamaban D. Tomás Rodríguez Rubí, D. Antonio García Gutiérrez, que le confió su gran drama *Venganza catalana,* uno de los grandes triunfos del autor y del actor, que hizo de una manera perfecta el difícil papel de *Roger de Flor;* D. Gaspar Núñez de Arce, D. Narciso Serra, D. Antonio Hurtado, D. Enrique Gaspar, D. Enrique Pérez Escrich, D. Eusebio Blasco, D. Francisco Luis de Retes, D. Luis Mariano de Larra, D. Teodoro Guerrero, D. Manuel Juan Diana, y otros muchos cuyas obras representó y dirigió con el entusiasmo y el acierto de un verdadero artista.

Manuel Catalina fué sepultado en el cementerio de San Isidro, y su memoria la conservamos con el mayor cariño los que fuimos sus amigos y tuvimos ocasión de apreciar sus hermosos sentimientos y todas sus excelentes cualidades.

Carlos Frontaura

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES

VIII

El impresionismo tal y como lo entiende la escuela francesa y la nueva manera tónica, nueva relativamente, llamada *puntillista,* han tenido en esta Exposición que acaba de cerrarse cinco representantes, que son: los Sres. Casas, Rusiñol y Nonell de la primera, y Guinea y Regollo de la segunda.

Al impresionismo pertenecen las obras *Garrote vil, Patio azul* y *Santo sepulcro.*

Ha sido el *Patio azul* el cuadro más discutido de la Exposición. La impresión primera es desagradable. Aquella nota azul desentona de un modo terrible al lado de los demás cuadros, por lo regular de tonalidades apagadas. La retina sufre un brusco cambio de impresión; y esto es quizá lo que hacía, mejor dicho, lo que obligaba al espectador á detenerse delante de la obra de Rusiñol. Ya ganada la atención del público, las bellezas que sin duda alguna tiene el dicho lienzo adquieren valor grande, y aun cuando muchos espectadores considerasen el *Patio azul* como una extravagancia de artista, otros muchos en cambio lo reputaban como obra digna de encomio.

Para mí, ese cuadro es un alarde de paleta. Todo cuanto hay en aquel patio, tiestos, figuras, etc., está sujeto, como es lógico, al color, á la tonalidad general. El claroboscuro, entendido con gran acierto; las carnes de las figuritas; los vestidos de éstas, que son también azules; los tiestos, todo aparece envuelto en aquel ambiente azulado, y preciso es confesarlo, tan pronto como la retina se acostumbra á luz tan extraña, la realidad se advierte y la verdad se muestra con su fuerza soberana. Representa un pequeño patio cercado de altos muros, pintados de azul. A la izquierda hay una escalera de ladrillos teñidos del mismo color que los dichos muros; á la derecha se ven unos tiestos, únicas notas distintas de lo general. Al pie de la escalera hay dos niñas, una en pie inmediata á ésta y otra sentada en un escalón. Las niñas están pintadas con una delicadeza grande y lo mismo el resto del cuadro. Rusiñol no ha pretendido, á mi juicio, hacer más que un estudio del natural. La poesía que hay en el cuadro es la que tiene siempre la realidad, cuando ésta la interpreta un buen artista; mas á pesar de lo dicho, no puede menos de reconocerse que si como muestra del dominio de la técnica que el notable pintor catalán posee, es digno de alabanza el *Patio azul,* como obra de arte carece de una condición principalísima, la de ser bella, pues no tiene motivo alguno que produzca otra emoción que la puramente sensual del color.

Otro artista, catalán también, ha tenido el privilegio de producir emoción honda entre la gente del arte; me refiero á Casas, autor del cuadro *Garrote vil.* Como página histórica, tengo por cierto que, andando los tiempos, habrá de tener valor indiscutible, como hoy lo tiene ya, desde el punto de vista sociológico. Representa el cuadro de Casas una plaza de ciudad populosa. Grandes edificios encuadran aquel recinto donde se desarrollan los preliminares inmediatos de la ejecución del fallo terrible de la justicia humana. En un extremo de la plaza se alza el patíbulo, sobre el cual están el reo, el verdugo y los sacerdotes. Soldados de caballería y de infantería forman el cuadro, y diseminados por éste se ven varios encapuchados y representantes de la autoridad. En primer término aparecen los espectadores. El día es triste. La luz de una mañana lluviosa ilumina aquella escena verdaderamente dramática. El color en general es frío y falto de jugosidad.

No sé por qué el jurado ha tenido para este lienzo un desdén que no han tenido ni la gente del arte ni la crítica, así como para el *Patio azul.* Y bien ha probado la crítica el aprecio en que estima ambas obras, por cuanto, aun á pesar del escaso crédito de que dispone el ministerio de Fomento para adquisición de pinturas y esculturas, ha propuesto al señor Bosch, recientemente, que adquiera el cuadro *Garrote vil,* no proponiéndole la adquisición del *Patio azul* por ser éste de propiedad particular.

Respecto de los *puntillistas,* tan sólo mencionaré el lienzo titulado *El idilio,* obra del Sr. Guinea. Y menciono tal cuadro por creer que deben apuntarse todas aquellas manifestaciones, por extrañas que parezcan, con que se exhibe hoy el arte; no porque deba recordar el motivo, no muy original ciertamente, de *El idilio.*

Para mí, el procedimiento empleado por los puntillistas, llamados además por algunos *vibristas,* es un procedimiento que no da el resultado que se proponen los que lo cultivan; pues el empeño de reproducir las vibraciones de la onda luminosa, es parecido, en el resultado, al de los *servilistas,* que van tras de sorprender el movimiento de la figura humana, el del caballo, el del perro, etc., en ese momento apreciable tan sólo para la lente fotográfica de la instantánea. Ni *vibristas* ni *servilistas* logran otra cosa que alejarse de la armonía que, así en la totalidad de la traza como en la de la nota, es preciso que exista en la obra pictórica, y olvidan por buscar maneras plásticas el modo de realizar la belleza dentro de la mayor simplicidad.

Antes de dar por terminados estos ligeros estudios, voy á ocuparme de los retratos que en gran número y de firmas notables existían en la Exposición.

Doce, si no me es infiel la memoria, exhibía el Sr. Cubells, y otros tantos Sorolla. Pinazo presentó dos, y que recuerde, otros dos Moreno Carbonero, de uno de los cuales me ocupé en mi último artículo. De artistas menos conocidos figuraban también bastantes retratos, algunos muy apreciables.

Martínez Cubells es uno de los pintores que más retratos hacen y que mejor los cobra. Para mí, al maestro puede calificársele de *manieré* distinguidísimo, que tiene el buen gusto de poner en práctica aquella receta *estética* que el inolvidable Federico Madrazo daba para lograr, sin grave perjuicio del parecido, hacer bella la menos agraciada de las cincuentonas. Uno de los mejores retratos que ha exhibido el autor del cuadro *La educación del príncipe D. Juan,* era de hombre. Representaba al modelo sentado y vestido con un gran capote de monte, puesto un sombrero de fielto gris de anchas alas, fumando, y con un hermoso perro de caza, de lacias orejas y lustrosa piel, entre las piernas. Este retrato verdaderamente decorativo, estaba hecho con gran soltura. No se advertía en él la preocupación del modo de hacer que en algunos otros, especialmente en los femeninos. Además, el color era más noble y el dibujo más firme. Cierto que este retrato, llamado por los visitantes de la Exposición el *retrato del cazador,* más parecía un cuadro; pero de este defecto, si defecto puede decirse, pecaban también casi todos los retratos que trajo Sorolla. Retrato había de este notable pintor que tenía el aspecto de un cuadro de costumbres. Recuerdo ahora dos, uno de señora y otro de jovencita, que pueden servirme para ofrecer un ejemplo, en corroboración de lo que digo. En el primero, aparecía la retratada en tamaño natural y completa la figura, en pie, vistiendo un traje de color de lila fuerte con encajes negros, delante de una chimenea de mármol, sobre la cual veíanse una porción de objetos; el trozo de pared de la habitación inmediato á la chimenea estaba decorado con tapices, cuadros, etc., y aun creo que tras de la figura, medio asomaba un sillón ó mueble análogo. El otro retrato, el de la jovencita (este retrato tenía trozos pintados maravillosamente), estaba dispuesto del modo siguiente: la figura sentada en un canapé, de raso gris y de dorada madera; inmediata una silla de la misma traza que el citado canapé; alfombrado el suelo, y sobre la alfombra, tendido, un gran perro de rizadas lanas.

Además de estos retratos, que yo llamo decorativos y que tanto se parecen á cuadros de costumbres, Sorolla exhibía otros muchos, casi todos de damas y señoritas de nuestra aristocracia. Eran estos retratos dignos de consideración, así por las bellezas de paleta que avaloraban la figura, como por el fondo, aun cuando se limitase en la mayor parte á una cortina, á un biombo, etc. Para mí, la mejor de las pinturas del género que Sorolla ejecutó es el retrato de una hermosa dama rubia, cuya cabeza arrogante, colocada sobre el cuello redondo y blanco, desnudo, como los hombros, de nítida blancura que hacía resaltar con tonos de vida el corpiño de terciopelo negro, que delineaba el amplio y exuberante busto, estaba pintada y dibujada con esa encantadora sencillez y elegancia que admiramos en los buenos retratos que legó Van-Dyck de la duquesa de Oxford y de sí propio, los cuales figuran, entre otros no menos bellos, en nuestro Museo Nacional.

Otros dos retratos dignos del encomio con que los ha distinguido la gente del arte, eran los que Pinazo envió; especialmente uno, retrato de un teniente coronel de caballería, entiendo que debiera haber sido premiado. La sencillez de la colocación de la figura, la justeza del color, la solidez del dibujo y la firmeza con que está construído, hacían de dicho retrato una de las más completas obras de la Exposición. Por último, entre la gente joven aparecieron probando que dominan con gran acierto el difícil género de la pintura de retrato Barbará y Vahamonde; este último ha traído varios retratos al pastel, que serán recordados siempre como obras de arte que revelan á un artista de dotes no comunes.

En pocas palabras puede resumirse el juicio que esta última Exposición ha merecido á la crítica. Más de una mitad de las obras, inadmisibles, por carecer de valor alguno, así plástico como sujetivo. De las dignas, se figuran en el certamen el sesenta por ciento acusando una falta completa de ideales. El resto, un tanteo de rumbos, con excepción de una ó dos personalidades que vienen demostrando hace algún tiempo verdadera é inquebrantable fe en determinadas ideas y escuelas, así políticas como sociales.

Por lo que á la técnica atañe, se ha podido advertir como adopta forma y color adecuados al modo de pensar del artista; si éste es neo-místico, el ideal estético obedece al patrón sacado á plaza por los seudo-místicos del primer tercio del siglo; por el contrario, si es naturalista, el dibujo, el color, hasta la composición del cuadro, no tienen otro ideal que el de una máquina fotográfica.

El ministro de Fomento ha resuelto ya la cuestión batallona de la compra de obras. Respetó una buena parte de la propuesta que los críticos de Bellas Artes formularon; pero precisamente las obras que la citada comisión colocara en primer lugar y algunas de las que propusiera en propuesta especial, esas fueron eliminadas unas, otras rebajadas de categoría.

Votaron los críticos por unanimidad para el primer grupo las obras *La bendición de la barca,* de Sorolla, por considerar este cuadro superior como sentimiento de la verdad al grande *¡Aún dicen que el pescado es caro!,* y el lienzo de Cutanda *Epílogo;* además, en propuesta aparte, pues no lo creían pagado con 4.000 pesetas, que era la cantidad que se asignaba para cada una de las obras del primer grupo, se proponía la adquisición del lienzo de Bilbao *La siega en Andalucía;* y el señor ministro, no solamente no se conforma con no adquirir lo designado, sino que deja para otra ocasión *La bendición de la barca,* y en su lugar se propone adquirir el cuadro *¡Aún dicen que el pescado es caro!* De una plumada echa al suelo *Epílogo,* de Cutanda, propuesto por unanimidad como obra de un maestro y jefe de una escuela, y sustituye dicha obra con el lienzo *¡A la guerra!,* cuadro que la comisión, en votación repetida, rechazó por ocho votos contra tres. El cuadro de Bilbao *La siega en Andalucía* lo coloca por bajo del de Pla y Rubio, y así alguna otra obra escultórica, como la *Tulia,* de Querol.

Ultimamente, el Sr. Bosch ha vuelto sobre su acuerdo, en parte, pues ha adquirido *Epílogo* y algún otro lienzo de los tachados con el lápiz rojo. Sin embargo, cuadros como *La conjura,* de Graner, y *Llano de Tarrasa,* de Vancells, que considerara la comisión como obras superiores, si Dios no hace un milagro, volverán á los estudios de sus autores.

Gonzalo Bilbao ha salido ganando: el Estado le daba tres mil pesetas por su bellísimo lienzo *La siega;* un particular le ha dado *diez mil.*

Nos ha hecho justicia al artista y á los individuos que componíamos la comisión de la prensa el señor conde de Mejorada, que fué quien adquirió el cuadro.

R. Balsa de la Vega



La dama de las camelias, obra J. I. Cifariello



El primer tigre cazado por el príncipe de Dholpore Bughwan Singh, niño de doce años

(de fotografía de J. Cowell)

LUIS PASTEUR

El papel de grande hombre tiene sus inconvenientes: al que sube al pináculo de la gloria las gentes no le pierden más de vista; cada una de sus palabras es objeto de apasionados comentarios y el más insignificante de sus gestos adquiere en seguida, por virtud de una ilusión de óptica moral, fantásticas proporciones. Los movimientos del que en las alturas se agita parecen, vistos desde abajo, los movimientos de un coloso.



Luis Pasteur á la edad de veintiún años, dibujo de Lebayle, tomado de un daguerrotipo.

El gran sabio francés Luis Pasteur ha podido comprobar la verdad de lo que decimos, pues habiendo rehusado sencilla y cortésmente una condecoración alemana que se le quería conferir, la de la orden «para el mérito,» ha debido quedar grandemente sorprendido al ver que algunos daban á este hecho sin importancia el carácter de acto extraordinario y casi belicoso de patriotismo. Es más, no ha faltado quien haya querido darle las gracias por su resolución organizando ruidosas manifestaciones, ni quien haya echado su nombre, cual otra espada de Breno, en la balanza política.

Pero Pasteur está muy por encima de estas mezquinas consideraciones de la polémica: su sencillez corre parejas con su sinceridad, y su modestia es tan grande como su mérito. Con su ruda franqueza de campesino, hombre todo de una pieza, como vulgarmente se dice, si ha contestado con una negativa á la oferta de una distinción halagadora, que más honra al que la daba que al que la recibía, ha sido porque le ha parecido imposible contestar de otro modo.

¿Por ventura no había dado hace veinticinco años un ejemplo igual de dignidad y de independencia cívicas?

Era durante la guerra franco-alemana: «Patriota hasta lo más hondo de su alma – dice el autor de la *Historia de un sabio contada por un ignorante*, – nuestros primeros desastres le causaron dolor intensísimo; los partes de las derrotas que llegaban con horrible monotonía le sumían en la mayor desesperación. Por vez primera en su vida no se sentía con fuerzas para trabajar; vivía la existencia del vencido en su casita de Arbois, y á menudo los que penetraban en su habitación encontrábanle con el rostro bañado en lágrimas. En 18 de enero de 1871 escribió al decano de la Academia de Medicina de la universidad de Bonn una carta en que se desbordaban todo su dolor y todo su orgullo de francés, para pedirle que *recobrase el diploma de doctor alemán* que dicha facultad le había otorgado en 1868.

La protesta de Pasteur produjo entonces gran sensación en Alemania, y con su reciente negativa de aceptar la orden del «Mérito de Prusia» es la mejor prueba de la energía de su voluntad y de la unidad hermosa de su vida.

Pasteur tiene en la actualidad setenta y dos años: su frente es alta y ancha, su nariz un poco pronunciada, sus ojos de un gris verdoso fascinador, y su estatura más bien pequeña. Su cuerpo parece quebrantado por el exceso de trabajo; pero su alma, por el contrario, es hoy más potente que nunca y la luz que de ella se irradia ilumina á cuanto la rodea.

El vencedor de tantas y tan hermosas batallas científicas, el sabio cuyos descubrimientos, al decir de hombre tan ilustre como el profesor Huxley, recientemente fallecido, habrían bastado para pagar el rescate de cinco mil millones de francos que Francia pagó á Prusia, el que ha desdeñado para sí la riqueza prefiriendo enriquecer á la humanidad, apenas consiente en la actualidad cuidarse, descansar un poco y gozar al lado de seres queridos la dulce vida de familia que tanto ha amado siempre.



LUIS PASTEUR, copia de una fotografía hecha en 5 de junio de 1895 por M. Mairet en los jardines del Instituto Pasteur

Luis Pasteur nació en Dole (Jura) en 27 de diciembre de 1822; en 1840 entró como profesor supernumerario en el Colegio de Besanzón, y en 1843 en la Escuela Normal. En 1847 ganó el título de doctor, en 1848 fué nombrado profesor de Física en el Liceo de Dijón y á los tres meses suplente de la cátedra de Química en la facultad de Ciencias de Estrasburgo, cátedra que obtuvo en propiedad en 1852. Organizó en 1854 como decano la facultad de Ciencias nuevamente creada en Lilla; encargóse en 1857 de la dirección científica de la Escuela Normal de París; fué en 1863 profesor de Geología, Física y Química de la Escuela de Bellas Artes, y en 1867 profesor de Química de la Sorbona, cátedra que desempeñó hasta 1875. Por sus experimentos sobre las relaciones de la polarización de la luz con la hemiedría en los cristales alcanzó la medalla de Rumford, concedida en 1856 por la Sociedad Real de Londres, que en 1874 le premió también con la medalla Copley. Su descubrimiento para combatir la enfermedad de los gusanos de seda le valió en 1868 el premio de 10.000 florines ofrecido por el ministerio de Agricultura de Austria, y por sus trabajos sobre los gusanos de seda, los vinos, el vinagre y la cerveza ganó en 1873 otro premio de 12.000 francos de la *Société d'encouragement*. En 1874 la Asamblea Nacional votó para él una pensión vitalicia de 12.000 francos á título de recompensa de la patria, y en 1875 obtuvo una pensión de retiro como profesor. Desde 1878 es gran oficial de la Legión de Honor.

En 2 de marzo de 1886 leyó en el salón de actos del Instituto de Francia su memoria sobre la vacuna de la rabia ante un concurso de académicos y de las más grandes notabilidades médicas de París, que tributaron una entusiasta ovación al ilustre sabio, acordando la creación de un Instituto internacional de vacuna antirrábica, que comenzó á funcionar al poco tiempo y al cual acuden enfermos de todas las naciones.

El 27 de diciembre de 1892 celebróse con gran solemnidad en la capital de Francia el septuagésimo aniversario del natalicio de Pasteur: en aquella ocasión se entregó á éste una medalla de oro, costeada por sus admiradores de todas las naciones, cuyo anverso ostenta el busto del sabio y en cuyo reverso se lee la inscripción que conmemora la fecha de su nacimiento y que dice así: *A Pasteur, el día en que cumple setenta años, la ciencia y la humanidad reconocidas.* – X.

¡Su vida! ¿Quién no la conoce al presente? ¿Quién no ha seguido en las múltiples biografías del sabio las laboriosas etapas de este verdadero hijo de sus obras, de este hijo de curtidor, á quien se han tributado homenajes que sólo á los muertos ilustres se dedican y á quien la humanidad entera estima como uno de sus más grandes bienhechores?

Su fisonomía, popularizada por la fotografía y el grabado, es igualmente de todos conocida: á pesar de ello creemos que han de interesar á nuestros lectores los dos retratos, curiosos ambos, que del gran sabio publicamos en esta página: uno de ellos le representa á la edad de veintiún años, recién entrado en la Escuela Normal; el otro es copia de una fotografía obtenida cincuenta años después, ó en junio de este año.



A la Epístola, cuadro de Marceliano Santamaría (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)



Wifredo el Velloso, cuadro de Pablo Béjar (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)



OJEADA RETROSPECTIVA, cuadro de F. Stahl



¡**PERDÓN PARA LA HIJA PRÓDIGA!**, **cuadro de Juan Bacon** (de fotografía de la Sociedad Fotográfica de Berlín)

NUESTROS GRABADOS

Emilia Pardo Bazán. – En Barcelona hospédase actualmente la ilustre pensadora y escritora insigne, cuyas obras son admiradas no menos que en España en el extranjero. Siendo su excursión más que de placer de estudio, desde que en



Emilia Pardo Bazán

nuestra ciudad se encuentra no descansa un punto la señora Pardo Bazán en visitar cuanto de notable en todos los ramos del saber humano encierra Barcelona y cuanto puede dar idea de la vida barcelonesa: museos, bibliotecas, monumentos, fábricas, establecimientos industriales, todo lo recorre la distinguida viajera, impulsada, no por la curiosidad del turista, sino por el afán de sacar de su visita enseñanzas que no dejarán de aprovechar algún día su privilegiado talento y su profundo espíritu de observación.

Al publicar hoy su retrato damos desde las columnas de La Ilustración Artística nuestra más cariñosa bienvenida á la esclarecida autora de *La cuestión palpitante*, expresándole al propio tiempo nuestro deseo de que la impresión que de Barcelona se lleve sea tan grata como la que dejará entre cuantos han tenido la honra de tratarla durante su permanencia entre nosotros.

La Ilustración Artística, que tantas veces se ha honrado con la colaboración de la señora Pardo Bazán, publicará en breve una novela inédita de la misma, titulada *El áncora.*

Stambuloff. – El eminente estadista búlgaro que acaba de perder su vida á mano de unos asesinos nació en Tirnova en 1853: estudiaba en Rusia la carrera de derecho cuando al estallar en 1875 la insurrección de Bosnia y Herzegovina quiso promover contra los turcos un movimiento análogo en Bulgaria. Fracasado su intento huyó á Bucarest, y al iniciarse la guerra turco-rusa alistóse como voluntario en el ejército ruso. Ter-



Stambuloff,
ex presidente del Consejo de ministros de Bulgaria, fallecido en 18 del corriente víctima de un asesinato

minada la lucha dedicóse en Tirnova al ejercicio de la abogacía y se puso al frente del partido liberal, que lo envió á la Sobranié, de donde fué al poco tiempo elegido presidente. Después del destronamiento de Alejandro de Battemberg, Stambuloff, en unión de Mutkuroff y Karaweloff, derribó el gobierno revolucionario y de nuevo sentó en el trono á aquel príncipe, el cual abdicó definitivamente al poco tiempo. Entonces los tres personajes citados formaron un gobierno de regencia, y al ser elegido rey de Bulgaria Fernando de Sajonia Coburgo encargóse Stambuloff de la presidencia del Consejo de ministros y del ministerio del Interior; pero la preponderancia del partido rusófilo le obligó á dimitir, siendo desde entonces muy perseguido por sus enemigos. El asesinato de Stambuloff ha causado sensación profunda, no sólo en Bulgaria, sino que también en todos los países de Europa que se hallan interesados en la cuestión de Oriente y que tienen por ende puestas sus miradas principalmente en aquel pequeño reino tan codiciado por Rusia.

Stambuloff había prestado grandes y reales servicios á su patria; pero sus crueldades habían atraído sobre él implacables odios. Las amenazas que hacía tiempo se le dirigían realizáronse en la noche del 15 del actual; cuando acompañado de un amigo y seguido de un guardia de policía salía del Unión Club, tres hombres se lanzaron sobre él, infiriéndole varias graves heridas, de las cuales falleció á los tres días.

Momentos de angustia, grupo escultórico de Ernesto Müller. – El joven escultor de Charlotenburgo Ernesto Muller, hasta ahora poco conocido, ha llamado la atención en la última exposición de Berlín con el grupo que reproducimos: representa éste á la esposa de un pescador que en un día de tormenta contempla desde la playa el mar embravecido, pensando en el marido ausente que quizás en aquellos momentos lucha desesperado contra las agitadas olas. La figura de aquella mujer no tiene nada de ideal: sus líneas, su actitud, su expresión angustiosa son trasunto fiel de la realidad que el artista ha sabido copiar con gran maestría, dando vida á la materia que en sus manos recibió forma bellísima.

La dama de las camelias, obra de Cifariello. – Pocos tipos se habrán popularizado tanto como la protagonista de la interesante obra de Dumas. ¿Quién no ha leído en la novela ó visto en el drama la historia de Margarita Gautier? ¿Quién no ha seguido con verdadera emoción el curso de sus desdichados amores con Armando Duval? ¿Quién no se ha sentido hondamente impresionado ante el sacrificio de la cortesana, ante sus padecimientos físicos y morales y ante su muerte en el momento mismo en que han desaparecido todos los obstáculos que se oponían á su felicidad? El artista italiano Cifariello, inspirándose en la figura de la dama de las camelias, ha escogido para su obra una de las situaciones más sentidas de su existencia, aquella en que Margarita, postrada en el lecho por mortal enfermedad, trae á su mente los alegres recuerdos del pasado, que hacen más terrible el presente, y espera todavía en un porvenir risueño con el regreso del único hombre á quien de veras amara.

El primer tigre cazado por el príncipe de Dohlpore Bughwan Sing. – El príncipe Bughwan Singh, hijo del maharajá Rana de Dohlpore, ha heredado la pasión y las disposiciones cinegéticas de su padre, que es considerado como uno de los primeros tiradores y jinetes entre los jefes de la India. Recientemente tomó parte en una cacería organizada por su padre, y de un tiro atravesó el corazón de un magnífico tigre. Indiferente por completo á los riesgos que se suelen correr siempre cuando uno se acerca á un tigre herido, y persuadido sin duda de que lo había reducido á la más completa inmovilidad con un solo disparo, corrió en busca de su presa, y cuando los otros cazadores se reunieron con él le encontraron tranquilamente sentado en una peña con un pie sobre su víctima.

Á la Epístola, cuadro de Marceliano Santamaría (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895). – En la revista publicada en el núm. 707 de La Ilustración Artística consigna nuestro distinguido colaborador D. Rafael Balsa de la Vega el juicio que le merece la nueva producción del discreto pintor burgalés Marceliano Santamaría, ventajosamente conocido en nuestra ciudad por el notable lienzo titulado *Será difteria*, adquirido por la Diputación Provincial. Nada, pues, hemos de agregar á lo expuesto por nuestro compañero, refiriéndonos á lo por él expresado en la citada revista.

Wifredo el Velloso, cuadro de Pablo Béjar (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895). – Inspirándose en la leyenda, ha tratado el joven pintor catalán Pablo Béjar de representar la muerte del primer conde soberano de Barcelona Wifredo el Velloso, y el origen del venerado escudo de la nacionalidad aragonesa, asunto harto difícil y que ha logrado desarrollar discretamente el artista, dando con ello muestra de sus adelantos, ya que es la primera obra que produce como resultado de su pensión en Roma.

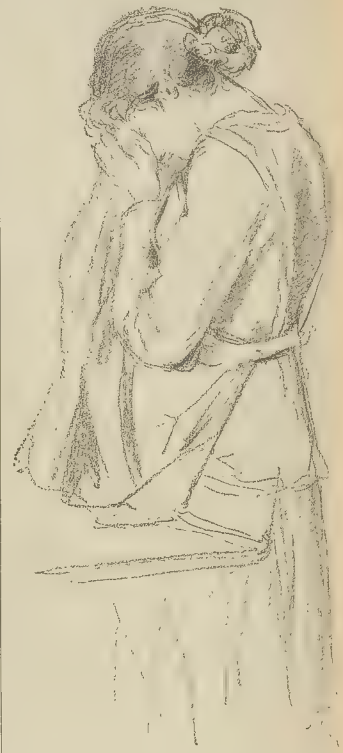
Aliento demuestra el Sr. Béjar, y al felicitarle por su nueva producción, le excitamos para que prosiga en su empeño, seguro de que llegará á alcanzar gloria y provecho.

Ojeada retrospectiva, cuadro de F. Stahl. – Las emociones del baile, de donde regresa á juzgar por el traje que aún viste, han ahuyentado el sueño de sus ojos, y llevada quizás del deseo de romper con el pasado que en aras de un nuevo amor está resuelta á olvidar, pasa minuciosa revista de su correspondencia amorosa antes de destruir las cartas cuyos apasionados conceptos un día hicieron palpitar su corazón. Hoy lee con indiferencia aquellas mismas frases que tanto la ilusionaron; una burlona sonrisa sirve de comentario á las palabras que tal vez en otro tiempo le hicieron derramar lágrimas de placer, y su alma, dominada por una pasión nueva, apenas conserva un recuerdo de lo que otras pasiones le hicieron sentir. Todo esto nos dice la bellísima figura del cuadro de Stahl, figura admirablemente sentida, cuya expresión es por sí sola la mejor descripción que de la obra puede hacerse.

¡Perdón para la hija pródiga!, cuadro de Juan Bacon. – Basta una sola mirada para comprender la escena que tan admirablemente ha pintado el célebre artista inglés Juan Bacon. Víctima de villano engaño, y abandonada luego por su seductor, vuelve al fin la hija pródiga á la casa que en mal hora dejara, en busca de perdón para su culpa y de consuelo para su desgracia. Lucha la anciana madre entre el cariño que la impulsa á abrir sus brazos á la desdichada y el recuerdo de la afrenta que aviva sus rencores contra quien mancilló su nombre; mas no tardará sin duda en ceder, que al fin y al cabo por encima de todos los sentimientos está el amor materno, y éste más intenso se hace cuanto mayor es el desamparo en que se halla sumido el ser á quien la madre llevó en su seno. La fiel sirviente pide gracia para la infeliz, y su intercesión acabará de inclinar la balanza hacia el lado de la clemencia.

La situación, como se ve, es altamente dramática, y el pintor ha sabido darle todo el vigor que requiere, imprimiendo en cada uno de los tres personajes la expresión que á su estado de alma corresponde.

Croquis de Toby Rosenthal. – Tanto como las obras acabadas, dan idea los croquis, los bocetos y los estudios de la valía de un artista: esto que mil veces hemos repetido hállase una vez más confirmado por el croquis de Rosenthal que reproducimos. Cuatro líneas, trazadas al parecer á la ligera,



Croquis de Toby Rosenthal

constituyen el dibujo, y sin embargo éste resulta una obra de arte interesante, por la cual puede perfectamente juzgarse del mérito de su autor.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Venecia. – En la Exposición internacional de Bellas Artes se han vendido obras por 190.000 francos. El gobierno italiano ha adquirido por 30.000 el gran cuadro de Michetti *La hija de Jorio*, que representa un episodio de la vida montañesa en los Abruzos.

Londres. – El duque de Westminster ha regalado á la Galería nacional de Londres un cuadro de Hogart, pintado en 1749, que en 1891 adquirió por 64.300 pesetas en la venta de la galería Bolckow.

Teatros. – En el teatro Real de Kassel se ha puesto en escena con gran éxito un arreglo hecho por Eugenio Zabel de la comedia de Lope de Vega *El mayor imposible.*

– En el teatro de la ciudad de Bremen se ha estrenado con éxito entusiasta el oratorio de Rubinstein *Cristo.*

Barcelona. – En Novedades se ha puesto en escena con motivo del beneficio de la señorita Guerrero la preciosa comedia de Tirso de Molina *El vergonzoso en palacio*, cuyo papel de Magdalena ejecutó maravillosamente la beneficiada, á quien el público, que llenaba por completo el teatro, tributó una ovación entusiasta: el Sr. Díaz de Mendoza representó de una manera magistral el papel de D. Dionís; también obtuvo merecidos aplausos en el de Brito el Sr. Díaz (D. M.). En el propio teatro se ha estrenado con buen éxito *A la orilla del mar*, bonita comedia en tres actos de D. José Echegaray, cuyo epílogo desdice del resto de la obra. En el Tívoli se ha reproducido la siempre aplaudida zarzuela en tres actos *La bruja*, letra de Ramos Carrión, música del maestro Chapí, y se anuncia para el mes próximo el estreno de *La Dolores*, ópera del maestro Bretón que tan gran éxito tuvo en Madrid en la última temporada.

Necrología. – Han fallecido:

Mauricio Bermann, historiógrafo y novelista austriaco.

Ricardo Genée, compositor alemán y autor de varios libretos de operetas.

César Villatte, lexicógrafo alemán muy conocido por su cooperación en el notable diccionario alemán-francés Sachs-Villatte.



Yo podía sin rebajarme ordeñar su cabra y beber su leche cuando estaba de humor para ello

LA SEÑORA FLORENT

NOVELA ORIGINAL DE CAMILO BRUNO. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

Corría el mes de enero de 1848 – yo tenía entonces veinte años, y ahora estamos en 1894..., fácil es hacer la cuenta; pero como el resultado me desagrada, no insistamos sobre esto. – Cierta mañana se me antojó ir á ver á mi abuela, á quien no había visitado hacía algún tiempo; desde Blois, donde yo estaba de guarnición, hasta el castillo de Val, donde la buena señora habitaba en aquel entonces, la distancia se puede franquear muy pronto; monté á caballo, y dos horas después llamaba á la puerta de la casa.

Introducido en el salón, no encontré allí más que á una de las vecinas de mi abuela, á quien había visto á menudo, y cuya avanzada edad y aire majestuoso me habían llamado la atención varias veces.

– Amigo mío, dijo con voz pastosa aunque clara, su señora abuela no está en casa, pues una de sus protegidas pobres envió á buscarla cuando se levantaba de la mesa. ¿La esperará usted? Creo que á su caballo le desagradará que vuelva usted á montar demasiado pronto, y estoy segura de que mi amiga me reñirá si no consigo retener á usted aquí.

Los dos argumentos eran de peso, y me resigné con la mejor voluntad, declarando que me daba por muy contento de esperar en tan agradable compañía. Dicho esto entablamos conversación.

Resultó que mi interlocutora se expresaba con la mayor facilidad y en correcto lenguaje sobre toda especie de asuntos, ya tocándolos superficialmente, ó bien agotando la materia, según el interés que ofrecieran; y también resultó que la dama tenía muy buen aspecto, con su manteleta de seda adornada de un rico encaje. Según la moda de la época, ocultaba su cabello gris bajo dos cocas de seda negra, circuidas por la aureola de una gorra de grandes dimensiones, aunque muy respetable; el cuello, delgado y largo, asemejábase al de María Antonieta, y la cabeza, erguida, pero ligeramente inclinada á la derecha, atenuaba la altivez con la gracia. Esta posición de la cabeza, cuyo secreto se ha perdido con el antiguo régimen, comunicábale de por sí cierto carácter majestuoso, pues la dama era regordeta y de escasa estatura. Debía haber sido muy linda, y hasta con exceso, si la cosa fuese posible; sus ojos, dulces y expresivos á la vez, lanzaban aún miradas ardientes, vestigios de su gloria extinguida; y en cuanto á la boca, era la

de su siglo, de atrevido perfil en su curvatura, y provocativa, con la malicia anidada en los ángulos. Una de sus manos, cubiertas de finos guantes, se apoyaba indolente en las rodillas, y en la otra tenía un lente de oro, á través del cual dirigíame á menudo una rápida y penetrante mirada.

No sé que alusión á una reciente anécdota la cogió desprevenida, y con este motivo preguntéle si había dejado de ver algún número de la *Gaceta*.

– No leo los diarios, contestó, porque mis ojos exigen que se les tenga consideración; y por otra parte, si oigo leer me da sueño. Por lo tanto, tenga usted la bondad de ponerme al corriente de la política actual. Ocho días hace ya que no he visto á mi antiguo amigo Aiguefort, que es mi gaceta viviente, y le rogaré á usted que se digne reemplazarle.

– Pues bien, contesté, París se agita, y el horizonte parece muy obscuro á muchas personas. Garnier-Pages ha suscitado la cuestión de los banquetes, que como usted sabe, está llena de complicaciones; un tiro de fusil inoportuno ha estado á punto de producir un conflicto, y por último, en la noche del martes y hallándome en casa de la señora de Boigne, M. Thiers ha dicho al canciller Pasquier: «Convenga usted, querido duque, en que todo eso huele á revolución.»

La dama se estremeció.

– ¡La revolución!, murmuró con una emoción singular.

– Seguramente, repuse, no esperaba usted esa palabra terrible.

– Sí, terrible, repitió mi interlocutora, cuyo rostro se coloreó ligeramente y cuya mirada revelaba una exaltación imprevista; terrible como la guerra y como el rayo, y grande también, incontestablemente, como una y otro. En tales crisis, el corazón late con fuerza, el cerebro se enardece y la fría razón pierde sus derechos. Entonces se ven surgir á la luz del sol los hombres elegidos que vegetaban en la sombra; y mientras la epopeya sigue su camino trágico, la égloga desarrolla su exquisita página. La muerte, presente de continuo, imprime un sello grandioso á las mismas acciones triviales, y el alma humana, sobrexcitada, puede dar de una vez la medida de su heroísmo. Los actos sublimes se realizan á millares, y uno solo de ellos valdría tanto como la totalidad de los que se presencian hoy, y que perdidos en el número quedan ignorados y sin gloria.

No pude reprimir una sonrisa ligeramente escéptica.

– ¡Oh, buena señora!, repuse, ¿cree usted que todos hayan sido tan admirables en 1830?

– ¿Y quién habla de 1830?, replicó la dama con expresión de desprecio. Esa fué una revolución de broma. ¡No, no! Yo hablo de la grande, de la verdadera, de la que se efectuó primero.

– ¡Ah, de la matanza!, murmuré.

– ¡Es claro, de la matanza!, repitió la anciana con energía. Y yo lo sé muy bien, puesto que estuve á punto de ser víctima. La matanza, sí; pero también la brusca revelación de una clase desconocida, cuya grandeza fué preciso admirar. Las abnegaciones obscuras compensaron las defecciones ruidosas; aquello fué la infamia del obrero envidioso y sanguinario; pero también la nobleza del campesino fiel y leal.

– ¡Es verdad, repuse, los chuanes!

– No pensaba en ellos ahora, no; hablo de aquellos que, á la vez que saludando la nueva aurora, conservaban para el pasado el culto piadoso del recuerdo; de aquellos que salvaron cabezas, sin admitir salario alguno... Pero ¡ah! ya llueve, y seguramente no querrá usted que se moje su soberbio alazán. ¿Quiere usted que trate de hacerle olvidar el tiempo que hemos de estar juntos? No ignoro que aún es usted un verdadero niño, á pesar de su gran bigote, y que le seducen las historias de aquellos buenos tiempos. Escuche usted una verdadera, cuya heroína he conocido yo, y después me dirá si la revolución no merece un tierno recuerdo.

Manifesté una curiosidad que no era fingida, y la señora Florent comenzó su relato en estos términos:

I

En 1778, al advenimiento del rey Luis XVI, no quedaban ya de la antigua y gloriosa familia de los Malpuy más que un noble de avanzada edad que se había conservado solterón, el caballero Elzear de Malpuy, y una pequeña huérfana, su sobrina. Aurora, éste era su nombre, había perdido su madre hallándose aún en la cuna, y su padre murió á consecuencia de un mal súbito, precisamente el día en que la niña cumplía los cinco años.

Poseía una fortuna considerable, y aunque en semejante caso surgen por lo regular parientes de todas partes para reclamar la tutela, fueron una excepción de la regla las dos tías que á la niña le quedaban por parte de madre; la una había seguido á América á su hijo, voluntario de La Fayette, que se casó en Filadelfia, y no volvió á Francia hasta el tiempo del Directorio; y la otra, viuda, enfermiza y triste, vivía retirada en el Delfinado, en una soledad absoluta. Sin embargo, por respeto á la memoria de su hermana, envió á decir al caballero que ella se encargaría de Aurora si él no la adoptaba, pero el buen hombre no había esperado á que se le invitase para aceptar la misión que le correspondía. De carácter conciliador y de espíritu débil, corazón bondadoso, pero inerte, alma sencilla en un principio, que se había instruído silenciosamente en la escuela del mundo, aquel segundón sin fortuna había sido siempre la sombra de alguno; y al verse elevado á la categoría de árbitro, experimentó al pronto más inquietud que placer. Juzgándose, tal vez con harto motivo, incapaz para encargarse de una educación, tomó consejo de sus amigos sobre el modo de dirigir los pasos de una niña, y todos le indujeron á someterse á la costumbre más cómoda y generalizada. En su consecuencia, Aurora ingresó en uno de los mejores conventos de París.

Allí no fué dichosa. Muy pronto ya, sus atrevidas ideas escandalizaron á las monjas, inquietando á la superiora; y demasiado independiente para asociarse á ningún grupo de sus compañeras, no ocupó entre ellas el lugar debido á su clase. Por otra parte, demasiado altiva también para mezclarse con las hijas de la nobleza secundaria, vivió aislada sin querer confesar que esto la hacía sufrir. La envidiaron por sus brillantes estudios, por su habilidad en el arpa y por otras muchas cualidades superiores, de las cuales se la creyó orgullosa porque la niña juzgó inútil hacérselas perdonar. En una palabra, durante los diez años que vivió en el claustro no hubo para ella buen tiempo sino durante las vacaciones, que pasaba con regularidad en su buena tierra de Malpuy, vasto dominio situado en los alrededores de Blois.

Desconfiando de sus luces agrícolas como desconfiara antes de su capacidad para la enseñanza, el tío de Aurora había admitido á varios arrendadores en la totalidad de sus tierras, y habitaba en el castillo una gran parte del año, cazando perdices y percibiendo el importe de los arriendos, los cuales empleaba en adquirir prados y bosques inmediatos. El castillo, de puro estilo Enrique II, elevábase en una eminencia cubierta de césped, ostentando su elegante silueta de piedra gris, y llegábase á él por una avenida de añosos tilos, cuya bóveda impenetrable hubieran envidiado las catedrales góticas. Las habitaciones, muy grandes, tenían un mobiliario de estilo severo, propio de una antigua familia, y desde el terrado, que daba al Poniente, la mirada podía recrearse en un panorama grandioso. A través de los campos y de los bosques divisábase en cinco puntos diferentes el tejado de la casa de una granja, y á lo lejos la ciudad de Blois se agrupaba graciosamente alrededor de su hermoso río.

No recuerdo bien cuál fué el género de vida de Aurora en Malpuy durante los años de su infancia; mas vuelvo á verla á los catorce años, en aquellos días que otras muchas niñas hubieran creído fastidiosos. Levantábase muy tarde, mandaba á su doncella vestirla de pies á cabeza, y después de haber oído la misa de su capellán salía á caballo con su tío para dar una vuelta por sus posesiones.

Todos los días se variaba el objeto y el camino; el caballero no era particularmente aficionado á ningún paseo; Aurora era el guía y su capricho la ley. Al pasar la joven, sus campesinos se descubrían respetuosamente, exponiendo al sol hasta que Aurora se perdía de vista su cabeza inundada de sudor. La heredera daba una limosna á los mendigos, dirigía una mirada á los jornaleros, fustigaba ligeramente á su cuadrúpedo, y decíase que una joven noble y rica es alguna cosa verdaderamente completa en este mundo. Entretanto su tío le reseñaba el género de caza de sus tallares, el pescado de sus viveros, los derechos señoriales y la renta que producían. Aurora, sin embargo, en vez de escucharle aspiraba con avidez los agrestes perfumes; y después, notando de pronto que tenía apetito, hacía volver grupa á su caballo, dirigíase á galope al castillo y se sentaba á la mesa sin detenerse siquiera para despojarse de su amazona. Después de almorzar el caballero se echaba á dormir la siesta durante dos horas, y su sobrina las pasaba en el granero, donde las ratas habían reducido á un millar de volúmenes, casi intactos, la biblioteca de un difunto tío canónigo, único sabio clérigo y hombre ingenioso que había producido aquella familia de cazadores y capitanes. La sobrinita tomaba á la casualidad un libro en aquel montón de obras cubiertas de polvo é incompletas, abandonando á Fenelón por Ronsard, á *Gil Blas* por el *Emilio*, y á *Fedro* por el *Espíritu de las leyes;* todo esto hacía en aquel cerebro joven una extraña mezcla, y mejor hubiera sido para la niña atenerse á su catecismo; pero la tentación era muy fuerte, las distracciones poco numerosas, y en una palabra, nadie le prohibía cosa alguna. A eso de las tres, el caballero, reanimado por el reposo, recibía con benevolencia á varios vecinos, que podían ser el cura, el escribano ó algún hidalgüelo del país. Cuidándose poco de aquellos visitantes de escasa importancia, Aurora iba á ver sus animales y sus plantas, y después aguardaba la hora de cenar bordando al tambor ornamentos de iglesia. Por la noche jugaba con su tío á los naipes, ó bien si le veía inclinado á dormir entreteníase en deshilar hasta que daban las diez, hora de acostarse.

Comparada con la vida del convento, esta monótona existencia agradaba más á la joven, que seguramente habría pensado de otro modo si su tío no hubiese modificado sus costumbres. En aquel tiempo nadie se cuidaba de lo que podía agradar ó no á una joven, pues considerábase que sus aficiones se ajustaban siempre á las de sus padres. Aceptar una tutela era dar una prueba de abnegación: tantas veces se lo habían dicho al caballero, que al fin acabó por creerlo, y habiéndose sacrificado en principio no trataba de hacerlo en realidad antes del tiempo en que su pupila exigiese una educación más complicada. Por lo pronto sus sacrificios se reducían á vivir durante cuatro meses en el palacio de los Malpuy, situado en la calle de Bac, y visitar á la huérfana en el locutorio los días laborables; pero de todos modos, el pobre hombre tenía seguramente en el fondo del corazón un poco de cariño para su sobrina. En cuanto á la joven, bien fuera por agradecimiento á esta sombra de afecto, ó por lo mucho que sentía volver al convento, nunca podía separarse de su tío sin verter al menos algunas lágrimas; pero es preciso añadir que estas últimas estaban muy de moda en aquella época.

Cuando nuestra heroína cumplió los diez y seis años, el caballero adoptó tres importantes medidas: retiróla del convento, dióle un aya y la presentó á la corte.

El aya era una mujer de la mejor pasta del mundo. Canonesa y glotona, confesaba que tenía cuarenta años, ocultando bajo severa toca una fealdad más severa aún: llamábase Pamela, ó por lo menos contestaba á este nombre. Enseñó á su educanda la danza, la heráldica y el italiano; en cuanto á lo demás, Aurora sabía lo bastante para darle lecciones á ella, y se lo demostró sin dificultad. Muy pronto la joven adquirió de improviso un ascendiente absoluto sobre la solterona, que llegó á ser así su sombra obediente, sin oponer jamás á los caprichos de su discípula más que un murmullo desaprobador, amortigüado muy pronto por el conocimiento de su completa inutilidad.

La presentación se efectuó con todas las reglas. Nacida para las cortes, Aurora no manifestó timidez ni arrogancia. El rey la admitió en el círculo de su baile y la reina elogió su figura, mientras que los hombres la admiraron de una manera muy marcada. Aurora lo reconoció perfectamente, y esto la satisfizo mucho... Siguiéronse varias fiestas al baile de la corte, y la joven alcanzó siempre el mismo éxito. Fresca y esbelta, sentábanle muy bien el cabello empolvado y sus grandes trenzas; había adquirido fácilmente el aire de impertinencia que estaba de moda, y la recreaba intimidar con sus diez y seis años á personas respetables por su talento ó su avanzaba edad.

Extraña joven era aquella Aurora: piadosa en el fondo, pero repugnándole los fingimientos de ciertos devotos, prefería un libertinaje franco, y aunque muy orgullosa de su elevada cuna, no dejaba de profesar ciertas teorías de igualdad, que por lo nuevas seducían su espíritu... Virtuosa hasta el escrúpulo, hablaba sin ruborizarse con los cortesanos de dudosa conducta y los sacerdotes inmorales, é intratable con sus inferiores, perdonábalo todo á los que la igualaban por su clase. La falta de consideraciones por parte de un lacayo la habría irritado; pero toleraba fácilmente las frases atrevidas y los modales sospechosos, de que no se abstenían en su presencia los hombres refinados de aquel tiempo.

Por todos conceptos, Aurora valía sin duda más que todas las personas de su círculo; pero siempre había estado dominada por un falso orgullo sin freno, por lecturas sin discernimiento y por falsos juicios, á no ser por la formidable sacudida que renovó la faz de las cosas, mostrándolas desde su verdadero punto de vista.

– ¡Ah!, exclamé, se ha descubierto usted, apreciable señora; su anécdota es una autobiografía.

– Convengo en ello, contestó, y por eso me embrollaba para desorientar á usted; pero mi relato seguirá desde aquí su curso por sí solo.

Creo haberle dicho á usted que mi tío iba á Malpuy todos los años por el mes de abril. Desde el día que yo pude seguirle, ya no marchó solo, y me instalé alegremente en mi casa, prometiéndome disfrutar mil delicias; pero muy pronto, por contraste con mi existencia parisiense, el campo me pareció monótono. Saturada de lectura, ya no miraba más que la *Gaceta* ó el *Almanaque*; bordar y deshilar no eran ocupaciones que me agradasen; la imaginación limitada de mi aya ofrecíame escasos recursos en la conversación, y nuestros pocos vecinos eran gente demasiado inferior para tratarse con una señorita como yo. Distraje mi aburrimiento con largos paseos á caballo, é imbuída en la lectura de los *Paseos de un solitario*, creía amar la naturaleza; mas era un poco á la manera de nuestra pobre reina, que había mandado construir un Trianón para correr por allí con chapines de seda.

Yo tenía también ciertas ideas sobre mis deberes respecto á mis vasallos, y consideré que á veces se debe bajar del trono, y como divinidad benigna, conceder una sonrisa á los humildes mortales. En su consecuencia, dirigí á menudo mi caballo hacia la granja más próxima, que era una casa blanca precedida de una verde pradera y un arroyuelo cristalino digno de reflejar las facciones de una Estela, ó las menos cándidas de una madama de Warens. En el umbral encontré cierto día á una mujer de avanzada edad, muy limpia, que trabajaba activamente en su eterna rueca; me recibió con un saludo poco profundo, pero muy digno, y esto me agradó más. Un maestro de Blois se había casado con ella cuando era campesina; y viuda ahora, la escasez de sus recursos habíala obligado á volver á su antigua posición. Después de retirar á su hijo de la escuela, como era ya un mocetón, hízole trabajar con el arado, ofreciéndose á prestar sus servicios con él hasta el día en que una reducida herencia les permitiese tomar la granja por su cuenta.

Yo no supe todos estos detalles hasta mucho tiempo después. Poco me importaba entonces que mis arrendadores saliesen de aquí ó de allá; mi tío los elegía, los conservaba, ó despedíalos á su antojo sin que yo hubiese de intervenir. Aquella pobre mujer pagaba con regularidad su arriendo; la tierra mejoraba en sus manos; era una persona digna de mis bondades, y yo podía, sin rebajarme, ordeñar su cabra y beber su leche cuando estaba de humor para ello.

La primera vez que tuve este capricho, apenas pude soportar la aspereza del escabel, lo tosco del tazón y sobre todo el olor del establo; mas á pesar de todo volví, y cosa singular, todos estos inconvenientes me parecieron atenuados. Lo atribuí á mi carácter benévolo, y quise pronunciar un discurso respecto á los milagros de la fuerza de la costumbre; pero mi tío me advirtió que el establo estaba lleno de hojas odoríferas, y que yo bebía en una taza de porcelana fina y me sentaba en una banqueta de cuero.

– ¿Cómo es, exclamé, que todo ha cambiado aquí?

La arrendadora era un poco sorda, y no me contestó; pero su hijo, mozo robusto y reservado, que permanecía de pie mientras que yo tomaba mi colación, se encargó de responder, no sin ruborizarse hasta la raíz de los cabellos:

– Señorita, me dijo con ese francés muy puro que siempre hablaron en aquella región los campesinos menos letrados, usted nos honra tanto deteniéndose en la Condraie, que nunca podríamos tener demasiada solicitud para dejarle un buen recuerdo de nosotros.

Contesté con una inclinación de cabeza, felicitándome de tener vasallos que conociesen tan bien las consideraciones debidas á mi persona.

Mientras que me ensayaba así en mi papel de castellana, manifestábase una agitación en todas partes. Se reunían los estados generales, lo cual no se hizo sin perturbación, y la asamblea nacional se abrió bajo los más inquietantes auspicios. Aunque las peripecias políticas tuviesen de ordinario poco eco en nuestra soledad, hasta nosotros llegaron rumores que impresionaron á toda mi gente. Para mí no tenía nada desagradable la idea de una próxima tempestad, pues como á todas las personas de mi clase, agradábame un poco el peligro, y además no veía el porvenir tan negro como se obstinaban en pintárnosle. Yo me decía que el orden social había sufrido otros muchos ataques, y que esta vez también resistiría victoriosamente á sus enemigos.

En la mañana del 6 de agosto oí en el parque un estrépito inusitado; precipitéme hacia la ventana, y á mis ojos se ofreció un espectáculo singular: por todas partes acudían hombres harapientos, con ojo avizor y el fusil entre las manos; por todas partes también las perdices, los faisanes y conejos huían espantados á través de los bosquecillos y los parterres; vi á mi guarda fuera de sí, protestando de aquella matanza, y oí explicar la causa al que parecía jefe de los que allí estaban.

La antevíspera, la Asamblea había decretado por unanimidad la abolición de todos los derechos feudales, incluso el derecho de caza; la noticia acababa de llegar á Blois, y todos se lanzaban sobre Malpuy, conocido por la abundancia de aquélla. Aunque yo no creyese en la duración de una ley tan bárbara, me sentí herida en mi orgullo, y lloré casi por aquella ínfima vejación. Se me aplicaban por primera vez las teorías que tanto me habían seducido en principio, como á tantos otros, pero cuya brutal realización me agobiaba. Las otras reformas votadas el 4 de agosto no me alcanzaban directamente, por lo cual me parecieron más aceptables, y poco á poco me dejé llevar en aquella hermosa corriente de entusiasmo que se apoderó entonces de toda la nobleza.

No le haré á usted la historia de la Revolución, pues la sabe tan bien como yo, ó acaso mejor, porque mi memoria comienza á confundir las fechas. No recuerdo bien más que los acontecimientos relacionados con mi vida íntima, y los colores con que los veo revestidos se modifican forzosamente por las disposiciones en que entonces me hallaba. Todos mis contemporáneos se lo dirán á usted: vistas por los ojos de una joven, las escenas más terribles conservan un reflejo de su edad y de su alegría.

La corte dió algunas fiestas en el invierno siguiente; pero aseguráronme que eran tristes, lo cual no me impidió que yo me divirtiera tanto como el año anterior. Tuve trajes, una carroza y todo cuanto deseaba; no me faltaron tampoco pretendientes, y más de los que pudiera necesitar, puesto que los desengañaba á todos; la vida era risueña para mí, y amaba la libertad; por lo tanto no veía ninguna razón para darme prisa en escoger.

Sin embargo, hacia fines de la cuaresma se me ofreció por mediación de la duquesa de Polignac un partido demasiado brillante para rehusarle sin motivo. Era el conde Adhémar de Formont, caballero de buen aspecto, jefe de un regimiento magnífico, y emparentado con la más alta nobleza; contaba veintidós años, yo tenía diez y siete, y nuestras fortunas eran iguales. Esta era la unión soñada por mi tío, y en cuanto á mí, no habiendo soñado nada, aquel enlace no me producía relativamente ni entusiasmo ni decepción. Vi al señor de Formont en una carrera de caballos, y sus modales me parecieron tan correctos como intachable su exterior. Yo le agradé igualmente; nos desposaron el 20 de abril, y al día siguiente marché á Malpuy, mientras que él se dirigía á Viena con el objeto de arreglar un importante asunto de sucesión.

II

Poco tiempo después, *El Mercurio* nos dió una extraña noticia: se acababan de abolir los títulos nobiliarios. Mi tío, de tan dulce carácter por lo regular, acogió esta reforma con una exasperación cómica, y desde aquel día no le abandonó la cólera. Yo fuí menos sensible que él á esta innovación, pues sin que yo me diese cuenta de ello, hacía largo tiempo que se operaba un cambio en mi espíritu. Desde el día en que había oído pronunciar la aplastante frase «Ha tenido usted la desgracia de nacer...,» no había cesado de revolverla en mi mente, y tenía un sentimiento demasiado vivo de la justicia para que mis intereses personales me cegaran largo tiempo sobre las iniquidades de que yo era beneficiaria. Sí, tal vez los honores debían recaer en los que más los mereciesen, las riquezas en los más necesitados y las tierras en los más trabajadores; sí, los que habían dado el impulso á las reivindicaciones sociales habían hecho una buena obra, y el abuso de sus preceptos no anulaba la belleza de su evangelio... Así viajaba mi pensamiento, planteándose difíciles problemas, sin atreverse á resolverlos y sin condenar ni absolver á nadie, pero buscando la verdad en el recogimiento y el silencio. Cuando mi tío clamaba contra las nuevas leyes, yo permanecía callada, dejándole decir, y le preparaba un vaso de agua azucarada para calmar su bilis, mientras que Pamela contestaba á las imprecaciones de Ezequiel con las lamentaciones de Jeremías.

La pobre mujer, que era miedosa como una liebre, vivía en continuas inquietudes desde que había leído en nuestras paredes inscripciones tales como *¡Al pozo los Malpuy! ¡A la linterna! ¡Mueran los acaparadores!* y otras gracias por el estilo. Cuando salíamos, se daba ya el caso de que apenas nos saludaran; y si nos pedían limosna, hacíanlo con un tono que no admitía negativa. Era muy posible que á la primera sublevación de la provincia no estuviéramos seguros en nuestra casa, y por eso sin duda mi aya procuraba granjearse amigos en la localidad. Ella, que hasta entonces había manifestado tanto desdén hacia todos los que no eran de noble cuna, trataba ahora de lisonjear á los más humildes burgueses, de parecer buena mujer á los campesinos, y por el contrario, volvía la cabeza cuando un noble cualquiera podía verla y ponerla en un compromiso con su saludo. Comenzó á visitar á los labradores y estuvo al corriente de sus historias; y dejando de referirme los hechos de los Rohan y de los Tremouille, me habló de maese Tomás y de la Marieta. Yo la escuchaba sin enojo, reconociendo á través de sus apreciaciones desdeñosas los hechos que merecían elogios, sorprendida de que hubiese bajo el sol tantas existencias dignas de interés, tantas individualidades dignas de aprecio, y refería me á mis recuerdos. Evocaba á todos los elegantes ociosos, depravados é ineptos á quienes había visto agitarse á mi alrededor, y érame forzoso confesar su inferioridad respecto á los muchos trabajadores probos y fuertes que Pamela me enseñaba á conocer.

Cierto día, la solterona llegó hasta mí sofocada.

– ¿No sabe usted lo que pasa, señorita? ¿Se acuerda usted de Dorotea, aquella mujer cuya cabra iba usted á ordeñar á la Coudraie?

– Sí, ¿qué más?

– ¿Se acuerda usted de su hijo, el gran Simón?

– Me parece que sí. ¿Ha muerto?

– ¿Muerto? Nada de eso; muy al contrario, ha faltado poco el año último para que le nombren diputado. ¡Sí, habría sido representante del país, con derecho para hacer frente en las deliberaciones á los señores de Nouilles y de Aiguillón! ¡He aquí á lo que hemos llegado, mi pobre señorita!

– ¡Diputado, un simple labrador!, repetí yo. Es preciso que tenga muy clara inteligencia y hasta cierta cultura.

– Seguramente no es tonto, pues de niño asistió á la escuela, y desde que la granja progresa, parece que ha continuado los estudios. Sabe botánica y conoce un poco de medicina. ¡Oh! ¡Es un joven ambicioso, pero también de buen aspecto! ¡Si no fuera por su baja estirpe!..

– No me ha dicho usted por qué no salió diputado, y cuál fué la causa de su derrota.

– ¡Derrota! ¡Diga usted de su negativa! Ni siquiera ha consentido en presentarse candidato. Una delegación de Blois ha venido para rogarle que representase el distrito; mas parece que tiene principios de igualdad... ¡Los principios del gran Simón!.. ¡Vamos, es para morirse de risa! Quisiera, por lo visto, nuevas reformas, y de buena gana se convertiría en «desfacedor de entuertos.» Por otra parte, respeta las personas de sus señores, y no podría contribuir á su ruina, por lo cual se abstiene de toda participación oficial en la política del día. Sin embargo, forma parte de un *club* en Blois; tiene mucha influencia sobre todos los vocingleros del país, y si esas fieras no nos han desgarrado ya, tal vez se le deba á él. Esto es lo que su madre me ha dicho mientras amasaba el pan, un pan excelente, del que he comido un buen pedazo.

– Verdad es, contesté, que Simón nos respeta, pues no ha disparado un solo tiro en nuestros bosques, ni echado la red en nuestros estanques desde que la ley le autoriza para ello.

– ¡Bonito decreto!, murmuró el ama de gobierno. Ya no queda ni una trucha de muestra para los días de ayuno. ¡Y todos se resignan, tolerando semejantes abusos! ¡Ah, si yo fuera hombre!

Pamela expresaba á menudo aquel deseo irrealizable, satisfecha de poder excusarse por el sexo de Juana Hachette de una pusilanimidad que no justificaban sus gracias femeniles.

Nos resolvimos á pasar el invierno en Malpuy, no sólo á causa de las agitaciones que hacían inhabitable la capital, sino también, y sobre todo, á causa de la situación precaria en que se hallaba mi tío por consecuencia de aquéllas.

A fuerza de exasperación, aquel cerebro en otro tiempo tan tranquilo se había debilitado tanto, que no dejaba de inquietarme, y además yo tenía otras razones para estar triste. Como sucede siempre en los tiempos de perturbación, ningún empleo era desempeñado por sus verdaderos titulares; los cultivadores se ocupaban de política, y los que no servían de nada quedaban solos para reemplazarles. Como consecuencia inevitable de semejante estado de cosas, había sobrevenido la escasez, y la miseria exasperaba más aún contra nosotros á los que no se habían embriagado todavía por completo en los vapores de la revolución.

Nuestras limosnas eran limitadas, pues tampoco nosotros estábamos en la opulencia, porque la abolición del diezmo y de la servidumbre corporal había sido para nosotros un golpe muy sensible.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS SOMALIS EN EL PALACIO DE CRISTAL DE LONDRES

Los somalis que ahora se exhiben en el Palacio de Cristal de Londres son verdaderamente interesantes por sus sencillas costumbres y la infantil curiosidad que manifiestan por todo cuanto ven. Cuando se les enseñaron copias de los grabados que ilustran este artículo, hicieron exageradas manifestaciones de asombro y admiración, la cual creció de punto al reconocer en las figuras á varios de sus compañeros, y particularmente á su jefe Hersé.



GRUPO DE CAMELLEROS SOMALIS EN EL PALACIO DE CRISTAL DE LONDRES (fotografía reproducida con permiso de los Sres. Negreth y Zambra, de Londres)

Los somalis constituyen una magnífica raza; algunos de los hombres parecen realmente estatuas de bronce, y se distinguen por sus graciosas formas; no se nota en ellos gran desarrollo muscular, pero en cambio son capaces de resistir mucho la fatiga. Las mujeres no dejan de tener atractivo en los primeros años de su juventud, mas envejecen muy pronto, perdiendo su buen aspecto. El jefe de los somalis no cuenta ahora más que veinticinco años, y su mujer, llamada Chairo, diez y seis. Muchos de los antiguos caracteres de la raza somali han desaparecido ya por la mezcla con las tribus árabes vecinas. Sus facciones son generalmente agradables; tienen la nariz un poco aguileña y bien cortada, pero los labios son á menudo algo gruesos. Tan pronto llevan el cabello largo como corto, y ambos sexos se aplican en él continuamente una especie de extraña pomada de sebo de carnero, espolvoreándole después con arena muy fina.

Una de las más notables particularidades de los somalis es su diferencia de color; la piel varía en los diversos individuos desde un tinte pardo rojizo brillante hasta el negro, y lo más singular es que estos cambios se observan en personas de la misma familia.

En cuanto á su religión, los somalis son fervientes mahometanos, más aún que muchos de los que profesan esa fe, pues asegúrase que son muy rígidos en la observación del Alcorán, que prohibe el uso de las bebidas espirituosas á todos los creyentes en el profeta. Por su devoción al islamismo son del todo fanáticos, y los sacerdotes somalis del interior, los Wadadin, tienen interés en fomentar y hacer que predomine ese temperamento entre todos los ignorantes y supersticiosos indígenas.

El traje de los somalis es muy pintoresco. Desde hace siglos usan una especie de largo saco ó toga, que es común también á los abisinios y los nubios; algunos suelen ponerse ropas de color para cubrir la cintura. Las mujeres casadas que son madres se ocultan siempre el cabello bajo un pañuelo azul, y en todo cuanto se refiere al traje manifiestan el instinto de la coquetería, esforzándose para tener mejor aspecto.

Esos africanos se distinguen principalmente en el manejo de la lanza, con la cual hacen maravillas; son guerreros por naturaleza, y hasta los muchachos de cuatro á cinco años aprenden ya el uso de sus armas. En las funciones que han dado en el Palacio de Cristal excitaban el entusiasmo por su rara habilidad en la equitación y en el acierto con que arrojan sus lanzas para dar en el blanco que se proponen. Diestros en equitación, nadie monta ni sabe dirigir el camello mejor que esos indígenas.

El señor Hagenbeck, de Hamburgo, el organizador de la exposición somali fué el primero á quien ocurrió asociar, con los animales de diversos países grupos que representaran á los naturales de aquéllos. Después de haber presentado esquimales, kalmukos y nubios, organizó su exposición de Ceylán, que hizo furor en el Jardín de plantas de París, visitado por más de un millón de personas. Esto le valió el diploma de oficial de la Academia de Francia, que el ministro de Instrucción pública le otorgó en agradecimiento del servicio prestado á la nación francesa por sus instructivas exposiciones antropológicas y zoológicas. – X.

* * *

LA CATÁSTROFE DE BOUZEY

El canal del Este, destinado á reunir la vertiente del mar del Norte con la del Mediterráneo, atraviesa los montes Faucilles en Girancourt (Vosgos): su saetín de distribución de las aguas, situado á 371 metros, de altura, que mide 11 kilómetros de longitud, está alimentado por el estanque de Bouzey, depósito formado sencillamente mediante un dique que corta el valle del Aviere á tres kilómetros de las fuentes de este riachuelo.

Este dique, construído desde 1879 á 1884, empezó á dar señales de poca consistencia en 1885, habiendo sido reforzado en 1888: está formado por un simple muro de mampostería de unos 500 metros de largo, sin contrafuerte ni talud de tierra; la anchura de su base, que en un principio fué de 14'50 metros, fué aumentada en 1888 hasta 17'45; al nivel de fondo del depósito el grueso del muro es de 5'51 metros y en la parte superior solamente de cuatro. Su altura total en el centro era de unos 25'30 metros (de los cuales 11'30 correspondían á los cimientos), en una longitud de 150 metros (la parte derribada), y disminuía rápidamente á cada lado á medida que se elevaba el terreno. El estanque destinado á contener siete millones de metros cúbicos de agua tenía su profundidad máxima junto al dique; esta profundidad disminuía insensiblemente hacia las orillas: este estanque, cuya superficie total era de 128 hectáreas, comunicaba con el saetín por medio de una tajea de 450 metros y estaba alimentado por el agua del Mosela, tomada en las cercanías de Remiremont, y por las fuentes del Aviere. Una compuerta colocada en la parte inferior del dique daba paso á una cantidad de agua que alimentaba los depósitos de un establecimiento de piscicultura perteneciente al



LA ALDEA SOMALI EN EL PALACIO DE CRISTAL DE LONDRES (fotografía reproducida con permiso de los Sres. Negreth y Zambra, de Londres)

Estado y el sobrante de estos depósitos formaba nuevamente el caudal del Aviere.

El dique del estanque había inspirado en distintas ocasiones serias inquietudes á los ribereños del Aviere, y en la mañana en que se produjo la catástrofe que tantos estragos causó en aquella comarca y de la que tanto hablaron á raíz del suceso los periódicos, dos obreros trabajaban aún en reparar las grietas del mismo cuando se abrió en él una brecha inmensa: el muro derribado por la presión del agua arrastró á uno de aquellos infelices. El estrépito producido por la ruptura oyóse, según parece, á 10 kilómetros de distancia. La masa de agua que se precipitó por la abertura arrojó pedazos de dique de muchos metros de lado hasta el borde de la carretera, inundó el establecimiento de piscicultura, el pueblo de Bouzey y el canal y acabó por extenderse por el valle, sembrando á su paso la muerte y la desolación y cubriendo de ruinas un país que quizás no podrá reponerse nunca de tantos desastres.

Bouzey ha desaparecido por completo, y de sus 38 habitantes 28 fueron arrastrados por la corriente. Imposible es describir el teatro de la catástrofe tal como se presentó á los ojos de los que inmediatamente allí acudieron: del establecimiento de piscicultura no quedaba la menor huella; algunas piedras indicaban los sitios en donde antes se levantaban las casas de aquel pueblecito, la carretera aparecía destruída en dos puntos distintos, el canal roto y un bosque de pinos situado á la derecha completamente arrasado.







ESTRAGOS CAUSADOS POR LA RUPTURA DEL DIQUE DEL DEPÓSITO DE BOUZEY (VOSGOS)

Los tres grabados que en esta página publicamos, tomados de fotografías, permiten formarse idea de lo ocurrido: el primero representa la brecha mirada desde la carretera, el segundo los restos de una casa de Bouzey y el tercero el lado derecho de la brecha. — A. B.

EL BESO DE LAS CENIZAS,

ESCULTURA DE JUAN BROGGI

Alrededor de una urna que eleva al cielo sus lenguas de fuego, un ángel lánzase sobre otro y lo besa apasionadamente: el grupo que forman estas dos figuras, entrelazadas las alas y confundiéndose en estrecho abrazo, constituye una obra altamente sentida y dramática y perfectamente amoldada al carácter que deben revestir los monumentos sepulcrales. Esta escultura figuró en las Exposiciones reunidas hace poco celebradas en Milán, y ha sido inaugurada el día de Difuntos del año último en el Cementerio Monumental de aquella ciudad italiana.

LIBROS ENVIADOS Á LA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Poesías y traducciones, por *P. Juan Arolas*. – Forma este tomo parte de la Biblioteca Selecta que con tanto éxito edita en Valencia D. Pascual Aguilar, y es, como todos los que en ella figuran, de interesante y amena lectura: contiene una porción de inspiradas poesías originales del conocido poeta Sr. Arolas y algunas traducciones en verso de otras poesías francesas y alemanas. Véndese el tomo en las principales librerías á dos reales.

Vida de Morazán, por *Rafael Reyes*. – Descríbense en este folleto, debido al reputado escritor salvadoreño Rafael Reyes, la vida y las hazañas del general Morazán, uno de los más grandes militares y políticos de Centro América, digno émulo de Hidalgo y de Paz, de Washington y de Bolívar: su existencia abunda en heroicos hechos y en episodios dramáticos que terminaron con su fusilamiento en 1842, y que el autor del folleto que nos ocupa, publicado en San Salvador, narra minuciosa é imparcialmente.

La mala sombra, por *Jaime L. Solá*. – No hace mucho tiempo tuvimos ocasión de elogiar merecidamente al autor de este libro por una colección de artículos y poesías, titulado *Todo malo:* hoy hemos de reproducir nuestras alabanzas, con ocasión de haber publicado el distinguido escritor gallego *La mala sombra*, cuento muy bien escrito y que se lee con sumo gusto, pues además de las bellezas de forma tiene una acción interesante y bien expuesta. La obra del Sr. Solá, impresa en Vigo, se vende en las principales librerías á dos pesetas.



El beso de las cenizas, escultura de Juan Broggi

Sinopsis estadística y geográfica de la República de Chile en 1894. – La oficina central de Estadística de la república chilena acaba de publicar este tomo, que contiene interesantísimos datos geográficos y estadísticos de aquel estado, clasificados por ministerios: por él puede formarse idea completa de la organización política, de la población, de los distintos servicios administrativos y de la riqueza agrícola é industrial de Chile, una de las más florecientes repúblicas americanas.

La medicación antitérmica en los procesos febriles agudos, por *J. Queraltó*. – El mejor elogio que cabe hacer de esta obra es consignar que en 1892 fué premiada por la Real Academia de Medicina de Barcelona, y que á pesar del tiempo transcurrido y de tratarse de una materia en la que la ciencia hace cada día una nueva conquista, más bien se han confirmado que destruído los principios en que se inspiró su autor al escribir su trabajo. En cuanto al fondo de éste, sólo diremos que estudia en todos sus aspectos la medicación antitérmica en su aplicación á los distintos procesos febriles, demostrando que los antitérmicos no pueden inspirar confianza completa ni siquiera en aquellos pocos casos en que parecen más indicados.

La España moderna. – El número de esta importante revista correspondiente al mes actual contiene, como todos los de esta excelente publicación, artículos de grandísimo interés: «Un drama,» tercera y última parte de una novela de la Sra. Pardo Bazán; «El proceso mental del capitán Clavijo,» hecho por el antropólogo Sr. Salillas; «La insurrección de Cuba ante la metrópoli,» por D. Segismundo Moret; Un curiosísimo capítulo de las «Memorias íntimas,» de D. José Echegaray; Una importantísima «Revista política,» del Sr. Castelar; «La Literatura castellana y portuguesa,» por el alemán Fernando Wolf, con notas de Menéndez y Pelayo; la «Crítica de las últimas recepciones académicas,» muy bien hecha por el Sr. Gómez Baquero, etc., etc.

Suscríbese en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

El crimen de Talca. – En este libro se describe detalladamente cuanto se relaciona con un parricidio que se cometió hace poco menos de un año en Talca (Chile) y que conmovió profundamente á aquella población: en él se relata el descubrimiento del crimen, el proceso y el castigo de los criminales.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 5 de agosto de 1895 — Núm. 710



¡PALMITAS!, grupo en barro cocido de Rafael Atché

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los suscriptores de la **Biblioteca Universal** un nuevo tomo de OBRAS ESCOGIDAS DE VENTURA DE LA VEGA, que contiene las renombradas comedias *Llueven bofetones, La escuela de las coquetas, Bruno el tejedor, El tío Tararira, La sociedad de los trece, Quiero ser cómico, El gastrónomo sin dinero, Una boda improvisada, Amor de madre, La familia improvisada, El testamento, El héroe por fuerza, Otra casa con dos puertas* y *La mujer de un artista.*

Como muchos de los señores suscriptores que lo son desde principio de este año no poseen el tomo primero de tan notable obra que publicamos el año pasado, les invitamos, para que tengan completa la colección, á que lo adquieran por el precio de CINCO pesetas, ÚNICO PARA LOS SUSCRIPTORES DE LA **Biblioteca Universal.**

SUMARIO

EL MEJOR MÉDICO, EL TIEMPO

I

Al adquirir la certeza – la horrible certeza – de que el hombre á quien más había amado en el mundo era sólo una masa inerte, Carmen, de pie cerca del lecho, quedóse inmóvil con los ojos muy abiertos mirando con estúpido asombro aquella cara en la que la muerte había impreso su huella repulsiva.

No vertió lágrimas ni lanzó un suspiro: parecía no sentir nada: dijérase que la brutalidad del hecho le había aplastado el corazón como maza férrea: el espíritu habíase escapado del cuerpo, dejándole hueco, insensible.

A la habitación saturada de olor á fiebre y medicinas llegaban amortiguados los ruidos de la calle: gritos infantiles, pregonar de vendedores ambulantes, canturrear de las fregonas de la vecindad: en el piso superior los muchachos se entretenían en arrastrar un caballo de cartón, y el áspero chirriar de sus ruedas traspasaba el techo: al pie de los balcones se paró un piano de los de manubrio y sonaron atropelladas las notas de un vals: en el exterior todo era ruido, animación y vida; en la alcoba reinaba la gran quietud que precede á las catástrofes: la muerte y el dolor.

Carmen, como si de pronto despertara á la realidad, lanzó un grito indescriptible, de angustia y de desesperación tremendas; á los ojos asomaron, atropellándose, las lágrimas; se inclinó hacia el lecho, y su cabeza hermosa se juntó á aquella otra que se hundía pesadamente en la almohada; los labios palpitantes se pegaron con furia á aquellos inmóviles, lirios resecos; las manos palparon con ansia los hombros y el pecho del muerto..

– ¡Luis!.. ¡Luis mío!.. ¡Esposo de mi alma!.., gritó con voz enronquecida por el ahogo. Y tuvo que apoyar las manos junto al corazón... Parecía que se le rompía... ¡Luis mío!..

El acento aquél resonaba tristísimo en el dormitorio, rebotaba en las paredes y en ellas vibraba con rápida sonoridad.

Duplicaba sus caricias, palpaba más de prisa el cuerpo rígido: las lágrimas caían una á una sobre el rostro de Luis, y trazando un surco se despeñaban en la boca entreabierta, humedeciendo los labios que tantas lágrimas de felicidad habían atajado en las mejillas de Carmen.

A aquel arrebato de pena sucedió otro de desesperación: irguióse súbita, y con ademán violento y amenazador alzó los brazos como si protestara ante un invisible enemigo, mesóse los cabellos, y deshecho el peinado saltaron los hilos de su negra cabellera y como un manto cubrieron sus espaldas y parte del rostro, dejándole como encuadrado en un cerco de ébano ondulante y lustroso del que se desprendía embriagador perfume.

– ¡Dios mío, llévame con él!, gritó sollozando con las manos entrelazadas

Y cayó de rodillas.

II

Febril, rendida por el cansancio, quedóse ya casi rayano al amanecer dormida; su sueño era agitado, su respiración anhelosa.

Despertó azorada y recordó la pesadilla, una pesadilla irónica. ¡Se casaba! Otro hombre que no era Luis la conducía ante el ara, y aquel hombre la miraba con hambriento mirar de enamorado. El recordar esto – ahora despierta – le producía escalofríos. En la pesadilla miró amorosamente á aquel hombre, y al pronunciar el «sí» de desposada lo dijo con mayor entereza – si cabe – que cuando se casó con Luis.

Esto era inconcebible por lo monstruoso. Aún calientes las cenizas de su amado, del primer guía y único dueño de su corazón, de aquel Luis de su alma que desparramó en torno suyo la felicidad, era infame tener un sueño tan grosero., y más aún el recordarlo.

Pero ella no era la responsable, ¡no! Lo eran la tremenda sacudida que habían experimentado sus nervios, el trastorno de su espíritu, el desequilibrio de su ser moral, el ángel malo, en fin, que aún más quería afligirla sumiéndola con tan pecaminosas quimeras en mayor desesperación y abatimiento.

De rodillas balbuceó la pobre mujer una plegaria..., quería purificarse de aquel sueño monstruoso. .

– ¡Nunca, Luis mío, he de olvidarte!.. ¡Nunca!. ¡Muerto tú, esperaré resignada la hora en que la Virgen me lleve á tu lado!.. ¡Mi corazón ha muerto para siempre!.. Una herida incurable le ha asesinado para toda la vida... ¡Toda la vida!

Desde aquel momento Carmen hizo voto solemne de consagrarse por entero á la memoria de Luis. Extrangulaba todas las ilusiones, todas las palpitaciones de un corazón de veinte años que ayer comenzaba á saborear las dulzuras de una existencia llevada mimosamente por el amor y la fortuna.

¡Todo era nada! Faltaba él, el mago de la bienandanza que le había descubierto tesoros inmensos de pasión: al desaparecer el mago, los tesoros desaparecían también. Quedaba entregada á la más irremediable de las pobrezas: la del cariño.

Carmen se encerró en sus habitaciones, dió orden á la servidumbre de que no recibía, y á solas con su dolor, alejada de parientes y amigos, pasábase el tiempo abstraída en la contemplación de un magnífico retrato al óleo de Luis; mirábale lo mismo que en vida, amorosamente, y á veces tal era su alucinación que se dirigía hacia el lienzo con los brazos extendidos, creía ver animarse la figura, que los labios se movían como si balbucearan una frase.

El carácter antes alegre y bullicioso tornósele sombrío, casi tétrico. Su apasionado espíritu, aún ávido de amor, se entregó ardiente y fanático á las cosas divinas: lo humano le producía su extraña aversión... Concluyó por hacerse mística: de rodillas ante el Crucificado sumíase en éxtasis que arrancaba lágrimas á sus ojos: el llanto era un bálsamo que calmaba la herida de su pecho, por la que se escapaba día á día, momento á momento, la ilusión de una vida rebosante de felicidades .. ¡Todo truncado, todo muerto, todo frío! ¡Ah, Dios, qué soledad más espantosa! ¡Qué realidad más brutal!..

Asustábase de verse tan sola y encontraba la casa muy grande, inmensamente grande y lúgubre: sus pasos, vacilantes, le resonaban á hueco como si el suelo protestara quejumbroso de la muerte del amo y señor. Su propia sombra la estremecía, el bullicio de la calle la ahogaba de pena, las risas desgarraban su oído. Buscaba la quietud, el reposo. Estaba siempre como adormecida: sus sueños eran pesadillas, encontrábase en todos los momentos bajo una sobrexcitación nerviosa crónica.

El dolor no trazó jamás huella tan honda en rostro humano. Tenía la faz pálida, los ojos febriles, hundidos, el traje negro que la envolvía era como un sayal El pelo, destrenzado, caído, sin aliño. Parecía una imagen en cera de la Virgen de los Dolores.

Su sobrexcitación nerviosa aquietábase algo en el templo. A primera hora acudía todas las mañanas á oir una misa en sufragio del alma de Luis. Entraba en la casa del Señor y aspiraba con fruición el olor á incienso y cera quemada. Arrodillábase sobre las frías losas en una capillita sumida en tinieblas .. Al fondo de la misma destacábase con tonos pálidos una escultura del Crucificado... Una lámpara de metal alumbraba el rostro del Salvador, dándole un aire de imponente majestad.

A los pies del mártir permanecía la mujer arrodillada todo el tiempo que duraba el Santo Sacrificio. Casi prestaba atención al rezo que sonaba monótono por parte del oficiante, con voz infantil y breve por la del acólito. Tal era la abstracción de Carmen, que el rápido sonar de la campanilla en el momento de alzar el Santísimo le arrancaba un débil grito de susto.

Con inextinguible llama de misticismo vivía en el corazón de Carmen el amor á Dios.

III

Al ver la negra lápida del nicho sobre la que se destacaba en letras de oro el nombre de Luis, Carmen, sollozante, tuvo que apoyar sus manos en la pared de la galería, para no caerse.

Pasada aquella amargura, encontró algo de bienestar en verse en la ciudad de los muertos, tan solitaria, tan triste y callada.

Carmen rezaba, y el rezo suyo fué interrumpido por la presencia de un caballero que se quedó parado á corta distancia de la joven. Volvió ésta los ojos hacia el visitante, y vió que, descubriéndose, rezaba.

A aquella primera visita al cementerio se sucedieron otras muchas. Carmen iba casi á diario á visitar á su Luis: le llevaba flores y oraciones, las únicas ofrendas que pueden hacerse á los muertos.

Carmen reparó muchas veces en aquel caballero enlutado, joven y no mal parecido, que como ella también tenía un ser amado á quien llevar flores y plegarias.

Nunca se cruzó entre ambos una palabra: una leve inclinación de cabeza bastaba para cumplir con las reglas de la cortesía.

Así las cosas, transcurrieron dos años.

IV

. . . .

Nunca la naturaleza se mostró más llena de vida, ni nunca como en aquella tarde estival el sol besó tan ardorosamente el campo, ni las flores exhalaron más penetrantes aromas, ni en los átomos invisibles del aire pareció vibrar más lánguida y acariciadora la palabra «amor.»

Todo en derredor empujaba á aquel hombre y á aquella mujer á amar la existencia, á despertar en ellos la pasión dormida.

Miráronse ambos á los ojos, y en ellos flameó el deseo de amarse que resecaba sus cuerpos como el sol resecaba los campos que bordeaban el camino.

Se estrecharon las manos y suspiraron.

– Nena mía, ¡qué felices somos!

– Muchísimo, Alfredo mío, muchísimo.

Volvieron á suspirar y miráronse con apasionamiento.

Caminaron buen trecho silenciosos y como ensimismados en su cariño.

Los ojos de la mujer tenían lágrimas.

– ¿Qué te sucede, Carmen?, preguntó con inquietud el hombre.

– No, nada. ¡Perdóname!.. Pensaba en..., ya sabes...

– ¿En... «él»... ¿verdad?, tartamudeó Alfredo.

– Sí.., y tú ¿no recuerdas á «ella?»..., le preguntó Carmen con mimosa reconvención.

– Oye, nena.., aquello me parece un sueño... La amaba mucho; mejor, creí amarla...; pero... ¡no tengas celos de una muerta!... A ti, á ti solo he amado en mi vida... Te vi tan triste, tan amante, tan fiel á la memoria de «él» que me sentí conmovido y anhelé vivir para verte... ¡Nada más que verte! . Ninguna idea bastarda se despertó en mí... Llegué á olvidar mis propios dolores... Eras mi ángel de paz, la que sólo con su presencia embellecía mi camino árido y sombrío... La tarde que no te veía consagrada á tu culto de amar á un muerto, no sabía rezar; estúpidamente miraba la lápida de «él» como si escuchara oir una voz que me dijese: «¡Espera!» Sin la feliz casualidad de aquella tarde en que la lluvia nos hizo refugiarnos á los dos en un mismo sitio, no nos habríamos hablado nunca, porque tenía por profanación hablarte, interrumpir tu oración... Te hablé y tu acento resonó aquí dentro de mi alma como jamás resonó ninguna voz humana ..¡Nena mía!..¡Amémonos: esa es la vida .

– Es un egoísmo, suspiró Carmen; pero... ¡amémonos!..

Y bañados los ojos en lágrimas miró al cielo, al cielo que por su transparencia parecía de cristal azul...

Como una plegaria, balbuceó:

– ¡Luis, perdóname! ¡Me falta fortaleza!.. ¡Soy una mala mujer..., aquel sueño era una profecía... Me ha faltado valor para resistir, para luchar contra el enemigo .. ¡Y he caído en sus brazos!

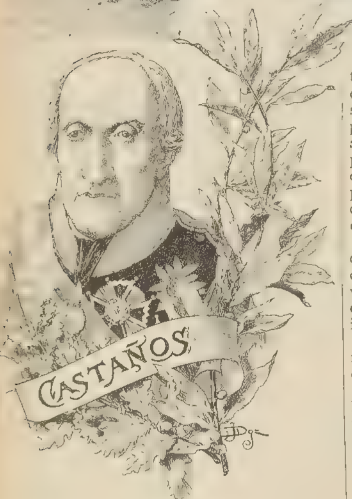
Y volviéndose hacia Alfredo le dijo mirándole con pasión infinita:

– Oye, es un crimen amarnos... Debimos consagrar nuestras vidas á la memoria de los nuestros; pero ya que somos cobardes para vencer al corazón, amémonos mucho, ¡muchísimo! . ¡Si *ellos* no nos perdonan, nos perdonará Dios!..

ALEJANDRO LARRUBIERA



La rendición de Bailén, cuadro de Casado (dibujo á la pluma de P. Eriz)



SEMBLANZA

D. Francisco Javier Castaños, á quien no se ha levantado todavía una estatua, como si en nuestros parques, de donde continuamente salen bronces con que fundir las de tantas celebridades discutibles, solamente no los hubiera para perpetuar la memoria del vencedor de Bailén, nació en Madrid el 22 de abril de 1758.

Vástago de familia noble, pero dotada de escasos bienes de fortuna, porque es sabido que vivió y murió pobre en una modesta casa de la calle del Barco, sólo tenía diez años cuando fué nombrado por el rey Carlos III capitán de infantería, sin sueldo ni antigüedad, expresándose en el nombramiento que no entraría á disfrutar estas ventajas hasta que, cumplida la edad que se consideraba como *mínimum* para prestar servicio, acreditase por medio de examen la capacidad necesaria.

A los diez y seis años entró definitivamente en las filas Castaños, haciendo efectivo su empleo de capitán y siendo destinado al regimiento de Saboya, en el cual mandó una compañía de granaderos, cargo á que le daba derecho su aventajada estatura y marcial continente.

Distinguióse desde luego el mozo por sus brillantes cualidades. Dotado de un valor á toda prueba, como no tardó en demostrarlo, tenía un talento clarísimo y llegó á adquirir con el tiempo instrucción poco común. Poseía, sobre todo, una serenidad inalterable y un carácter firme, que le hacían muy apto para el mando. Hombre de ingenio vivo, de educación esmerada, de trato afable y cortés, en los empleos superiores á que no tardó en ascender conquistó desde luego las simpatías de cuantos le rodeaban.

Desenfadado en sus modales y gracioso en el decir, tenía siempre á mano un chiste ó un cuento oportuno, para rechazar la proposición que no le convenía, salir de una situación difícil ó formular una queja, que expresada en otra forma hubiese parecido irrespetuosa.

Ya bastante entrado en años, ofrecióle el rey el mando de la isla de Cuba, sin duda con el propósito de que hiciese allí una fortuna, de que carecía.

—Señor, estoy muy duro para pasado por agua, le contestó el general, que como no tenía familia, pues murió soltero, no experimentaba la necesidad de hacer ahorros, ni sentía deseos de visitar las Antillas.

Es muy conocida la anécdota de haberse presentado en Palacio para felicitar á Fernando VII un día de Reyes vestido de pantalón blanco.

—¿Cómo llevas aún uniforme de verano en el mes de enero?, le preguntó entre risueño y amostazado el monarca, que era poco aficionado á las infracciones de la etiqueta.

—Porque yo vivo en agosto. Hace pocos días he cobrado la paga de julio.

Ante esta salida no había más remedio que soltar la carcajada, y acaso mandar que pusieran al general al corriente de sus haberes.

Ignoro si el rey haría lo segundo, porque el estado del Tesoro fué siempre angustioso durante el reinado de Fernando; pero tengo la seguridad de que no dejó de hacer lo primero.

Apenas incorporado al ejército, tomó parte en el sitio de Gibraltar; se distinguió por su bravura en la reconquista de la isla de Menorca; asistió á la toma de Mahón, quedando de guarnición en la plaza, á lo cual debía la honra de figurar entre sus heroicos defensores, cuando los ingleses trataron de recuperarla; peleó con denuedo en la defensa de Ceuta, y destinado á las fuerzas expedicionarias del Rosellón, se encontró en casi todas las batallas que allí se dieron contra las tropas de la República Francesa. Contribuyó á la victoria de San Marcial, y en aquel combate recibió una gravísima herida en la cabeza, que durante siete años le ocasionó frecuentes síncopes, el último de los cuales, según refiere el general Córdoba en sus *Memorias íntimas*, le acometió en casa de la duquesa de Benavente, dando lugar á que los médicos de esta ilustre dama le extrajeran algunas esquirlas, con cual operación quedó completamente curado.

En 1802 era ya Teniente general; obtuvo el mando del campo de Gibraltar, que entonces se consideraba muy importante, y en él continuó hasta que la guerra de la Independencia vino á sacarle de su puesto, para darle un lugar preeminente entre los generales europeos, puesto que fué el primero que alcanzó la gloria de vencer en campal batalla á los soldados de Napoleón el Grande.

Verificada en 1808 la invasión francesa, la Junta de Sevilla pensó en oponerse á la ocupación de Andalucía por los invasores, levantando un ejército a que debían servir de base las tropas regulares que existían en el antiguo reino.

El mando de este ejército fué ofrecido á Castaños, el cual desde luego aceptó el ofrecimiento, sin escuchar más que la voz de su patriotismo, y sin tener en cuenta la inmensa responsabilidad que echaba sobre sus hombros, tanto más grave cuanto que lo mismo él que el general Solano, que mandaba en Cádiz, eran tenidos por afrancesados.

Aceptó sin embargo, como he dicho, el mando que se le ofrecía, y consagró toda su actividad y todo su talento á la tarea de organizar, mejor dicho, de improvisar un ejército.

Utrera fué el punto elegido para concentrar las tropas. Allí afluían, lo mismo los veteranos que los reclutas, entre los cuales casi todos eran voluntarios; allí se iban formando los batallones y escuadrones, que dedicaban á la instrucción militar nada menos que ocho horas diarias; allí recibían infantes y jinetes el armamento y vestuario, suministrado el primero por el parque de Sevilla, donde lo había en abundancia, y tan escaso el segundo, que no bastaba ni aun para los regimientos de línea, por lo cual hubo que apelar al recurso de dividir en dos cada equipo completo, entregando á un cuerpo las casacas y sombreros y á otro las gorras, pantalones y chaquetas. La falta de cartucheras y cananas fué suplida por unos saquillos de lienzo, que las damas de Utrera y de los pueblos inmediatos confeccionaron con arreglo á los modelos que se le dieron al efecto.

La actividad y el acierto que desplegaron Castaños y sus auxiliares en la organización é instrucción de las tropas fué tal, que el 26 de junio, esto es, trece días después de la concentración en Utrera, creyó el general en jefe que el ejército estaba en disposición de emprender las operaciones que tanta gloria habían

de proporcionar al insigne caudillo y á la nación española.

Entretanto Dupont, que mandaba en jefe á los franceses, después del inicuo saqueo de Córdoba, al saber que Castaños emprendía la marcha y noticioso de que la Junta de Granada había levantado también otro ejército, no tan fuerte como el de Sevilla, pero capaz de cortarle la retirada á la Mancha é impedir sus comunicaciones con Madrid, ya amenazadas por las guerrillas formadas en Jaén, que operaban en Despeñaperros, salió de la capital andaluza y emprendió un movimiento de retirada, yendo á situarse en Andújar, donde se creía más seguro y se consideraba en mejor posición para rechazar á los españoles.

No es mi ánimo describir la batalla de Bailén; lo que me propongo principalmente es demostrar el mérito de Castaños, que algunos han querido poner en duda, suponiendo que lo acontecido fué obra del azar; que Dupont se metió torpemente en una ratonera, y por último que la victoria debe atribuirse á los generales Reding y Coupigny por ser los que asistieron al combate decisivo.

Nada de esto es exacto. La batalla, que quizás con más propiedad pudiera llamarse la campaña de Bailén, fué una serie de operaciones estratégicas, que dieron lugar á diferentes combates y cuyo resultado definitivo estaba previsto por el insigne general en jefe.

Los hombres entendidos en la materia suponen que Dupont al retirarse de Córdoba cometió un error, estableciéndose en Andújar y no en Bailén ó en La Carolina, que eran puntos más estratégicos para guardar los desfiladeros de Sierra Morena; pero Castaños dió una gran prueba de perspicacia aprovechándose de esta falta para disponer sus operaciones ulteriores.

Para demostrar que todo estaba previsto y nada de lo que aconteció fué obra de la casualidad, nos bastará copiar el párrafo primero de un documento autógrafo que regaló al Depósito de la Guerra el duque de Ahumada, hijo de D. Pedro Agustín Girón, ayudante general de infantería en el ejército de Castaños. Este documento es el plan de operaciones y movimiento que debía hacer el ejército y dice así: «Establecido el enemigo en Andújar y fortificado en su posición, debe ser nuestro primer objeto el hacerlo salir de ella para combatir ó inutilizar sus defensas, que son todas por su frente. Para esto es indispensable que el ejército, haciendo un movimiento sobre su flanco, vaya á situarse entre Andújar y Bailén, y que atacando, al tiempo de tomar esta disposición, el destacamento enemigo establecido en Bailén, impida su reunión con el cuerpo de Andújar, y dejando al grueso del ejército sin retirada, lo ponga en el caso de rendirse ó batirse con desventaja tan conocida cual puede deducirse de nuestro mayor número de tropas.»

No es irreprochable ciertamente la sintaxis de este párrafo, escrito además con muy mala ortografía, pero no se puede negar que en él se encuentra toda la batalla de Bailén. Las operaciones que verificó el ejército son las que aquí se ordenan; y el resultado, la rendición de los franceses, el que también estaba previsto.

El total de las fuerzas españolas ascendía á unos 28.000 hombres; el ejército que mandaba Dupont y aún conservaba el nombre de «Ejército de observación de la Gironda» ascendía en total á 22.475 combatientes, de los cuales unos 10.000 se hallaban á las inmediatas órdenes del general en jefe, 9.500 próximamente formaban las divisiones de Vedel y Dufour, y el resto hasta completar el número antes citado se hallaba distribuído en destacamentos situados en Santa Cruz de Mudela, Manzanares y otros puntos de la carretera de Madrid.

Todos fueron comprendidos en la capitulación, aunque no todos en iguales condiciones.

Las tropas que mandaba Dupont en persona, debían rendir las armas y quedar prisioneros de guerra.

El resto del ejército sería también desarmado y conducido á diferentes puntos del litoral, donde se embarcaría en buques tripulados por marinos españoles, que lo llevarían al puerto de Rochefort, en Francia, donde le sería devuelto su armamento.

Comprendese la equidad de estas diferencias, sólo con fijarse en que los soldados verdaderamente vencidos en el campo de batalla eran los de Dupont. Los otros cuerpos no habían tomado parte en el combate, como acontecía á los que mandaban Vedel y Dufour, y algunos, como los que cubrían los destacamentos de que he hablado antes, sólo tuvieron noticia de él cuando recibieron la orden de presentarse para entregar las armas y emprender la marcha hacia los puntos de embarque.

La habilidad y la energía que demostró Castaños para negociar esta capitulación tan ventajosa, corrieron parejas con las que había demostrado al combinar las operaciones que tuvieron después tan glorioso término.

Las tropas que por una y otra parte asistieron á la batalla propiamente dicha, ó para hablar con más propiedad, al último acto del drama que tuvo su desenlace el 19 de julio de 1808, fueron los diez mil franceses que comandaba Dupont y los 13.000 españoles que sumaban las dos divisiones de Reding y Coupigny.

Las pérdidas de los franceses, según el parte oficial, ascendieron á 2.200 muertos y 400 heridos: las de los españoles fueron 243 muertos, entre ellos diez oficiales, y 735 heridos, inclusos 24 oficiales.

Momento solemne y conmovedor sobre toda ponderación debió de ser aquel en que el día 22 de julio los batallones, escuadrones y baterías de Dupont, en número de 8.242 hombres, desfilaron en columna de honor por delante del ejército español, formado en batalla, y fueron entregando sucesivamente fusiles, espadas, banderas y cañones á sus afortunados vencedores. Compréndese que uno de los que pasaron por tan terrible trance escribiera recordándole al cabo de mucho tiempo: «Después de tantos años, me es imposible trazar estas líneas sin sentir oprimido el corazón. Todos parecíamos profundamente afligidos y en la mayor angustia, no pudiendo comprender cómo podíamos haber sido conducidos á sufrir tan grande humillación.»

El general Dupont, que estaba herido, se rindió personalmente á Castaños, diciéndole:

– Os entrego esta espada con la que he vencido en cien batallas.

– Pues yo, general, le contestó Castaños descubriéndose cortésmente, esta es la primera que gano.

Para el caudillo francés, á quien se llamaba por sus hazañas *el rayo del Norte*, sería indudablemente aquel un momento tan amargo, que apenas se comprende cómo pudo sobrevivir á su desgracia. Tuvo, sin embargo, la nobleza de hacer justicia á nuestro ejército, diciendo pocos días después á varios oficiales: «Los españoles se han cubierto de gloria batiéndose como los mejores soldados de Europa, pues hasta hoy ninguna infantería ha resistido á tantos y tan repetidos ataques de nuestras tropas.» El mismo Thiers, tan injusto con nosotros, confiesa que Castaños demostró prudencia, perspicacia y energía; dice que las líneas españolas *aterraban por su inmovilidad*, que la infantería parecía *un muro impenetrable de bronce* y que la artillería hacía *descargas horribles de metralla y bala rasa que desmontaban é inutilizaban al momento la del enemigo.*

«El laurel de la victoria de Bailén, escribe persona tan competente como el general Gómez Arteche, corresponde en primer lugar al que después se le discernió con el título que recuerda aquella gloriosa campaña.. . . . .

»El plan adoptado por el general en jefe dió todos los fecilísimos resultados que de él se esperaban. Con otro distinto se hubiera podido batir á los franceses: nunca obtener la rendición tan completa de todo su ejército. El éxito, pues, corresponde al plan, y éste al general en jefe exclusivamente.»

El vencedor de Bailén, que dirigió otras muchas batallas, en las cuales no siempre le favoreció la fortuna, terminada la guerra se retiró á Madrid, donde vivió muchos años, alejado de la política, que le inspiraba natural aversión.

Duque, grande de España, capitán general de los ejércitos nacionales, caballero del Toisón de Oro, condecorado con todas las grandes cruces españolas y extranjeras, vivió, como he dicho al principio de este artículo, pobre y hasta cierto punto retraído, en un caserón modesto y viejo, donde ni siquiera se puso una lápida que recordara la existencia de tan glorioso inquilino. Hoy es probable que la casa ya no exista por haber sido reedificada.

Sólo salió de su retraimiento para presidir las Cortes que proclamaron princesa de Asturias á doña Isabel II, y para desempeñar la comandancia general de alabarderos, que un ministerio moderado le otorgó en el reinado de esta augusta señora.

La última ceremonia oficial en que tomó parte fué el acto solemne de poner la corbata de la orden militar de San Fernando en la bandera del regimiento de Ingenieros.

La reina Isabel era quien debía ponerla, y cuando la guarnición de Madrid estaba formada en el Campo de Guardias, hoy completamente urbanizado, apareció el ilustre anciano en carretela descubierta, vistiendo el uniforme de coronel del regimiento de infantería que había mandado.

Pocos meses después, en septiembre de 1852, pasó á mejor vida, á la avanzada edad de noventa y cuatro años.

Descanse en paz.

Eduardo Zamora y Caballero

SIEMPRE EN COCHE

Allá por el año de 1880 conocí á un chico que por no saber á qué profesión dedicarse se había echado á periodista, lo cual le permitía redactar sueltos vulgares, entrar de momio en los teatros y cobrarse un sueldecito de quince duros, á los cuales unía otros diez conquistados á fuerza de puños, es decir, sacando copias notariales.

Con sus ciento veinticinco pesetas mensuales, Rogelio Villárez iba tirando, conforme él decía. No le lucía mucho el pelo, claro que no; pero como al fin y al cabo no tenía más obligación que la de atender á su propia y exclusiva persona, no era del todo desgraciado.

Si pasaba de vez en cuando algunos ratos de verdadero mal humor al pensar en las escasas ó nulas probabilidades que tenía de abrirse paso en el mundo y que le condenaban á vegetar en su poco dorada medianía, su temperamento filosófico y naturalmente inclinado á la resignación recobraba luego sus fueros y Rogelio se decía: «No te apures, chico, que otros hay mucho más desgraciados que tú, y del porvenir nadie puede adivinar sus caprichos y decisiones.»

Con lo cual volvía á quedarse muy tranquilo, esperando con el cigarrillo en los labios y el sombrero echado sobre la oreja que viniesen mejores tiempos, si estaba de Dios que habían de venir.

– No vayas á creer, solía decirme en sus momentos de expansión, cuando estaba en deseo de confidencias, no vayas á creer que soy ambicioso, no; un fortunón enorme me espantaría; ¿para qué una barbaridad de millones, como tienen ciertas gentes? Muchísimo dinero concluye por estorbar... No; lo que yo quisiera sería sencillamente una buena renta para realizar mis tres ensueños.

– ¿Tres? Veamos cuáles son.

– *Primo:* Tener mujer..., mujer propia y legítima, por supuesto... ante Dios y ante los hombres; mujer distinguida, guapa, elegante, que me mimara y á quien yo mimaría. *Secundo:* Tener mesa opípara.., reemplazar la inmunda bazofia de la casa de huéspedes por manjares buenos, delicados, humedecidos con vinos selectos. *Tertio:* Tener coche... ¡Oh! Poder arrastrarme siempre en coche..., en invierno cuando hace frío, en verano cuando hace calor y en primavera y en otoño... No puedes figurarte, Juan, lo que me enamoran estas dos palabras: ¡tener coche!

Una noche tuve necesidad de ver á Rogelio y subí al cuarto piso en que habitaba entonces.

Encontréle sentado ante un plato de bacalao con patatas que comía melancólicamente, departiendo al propio tiempo con Tomasito Garcín, un tipejo que después de haber ensayado diez ó doce *modus vivendi*, todos con el peor éxito, habíase metido por aquellos tiempos en el Bolsín en categoría de corredor, clase cuarta de la sección de intrusos. Tomasito aseguraba en el momento de entrar yo, que las circunstancias no podían ser más «psicológicas» para hacerse uno con un capitalazo en seis meses y con cuatro cuartos.

– Estos cuatro cuartos son precisamente los que me faltan, añadió con un suspiro.

– Y á mí, replicó Rogelio con la boca atiborrada de bacalao.

– Y á propósito de cuartos, usted me debe uno, dijo la patrona, reemplazando el susodicho producto alimenticio por media docena de nueces que constituían el postre de la espartana cena.

– ¿Yo?

– Sí, señor, usted: ahora recuerdo que desde esta mañana tengo en el bolsillo una carta que trajo el cartero para usted.

– ¡Pero, señora Paca, por amor de Dios! Mire usted que esto es atroz..., si no llego á hablar de cuartos se le queda á usted la carta en el bolsillo hasta el año que viene...

– ¡Qué quiere usted! Soy tan distraída.., y tengo tantas cosas en qué pensar...

Cogió Villárez con gesto avinagrado la carta que le alargaba la señora Paca y que había tomado ya buena dosis de pringue al contacto de las manos y bolsillos de la respetable matrona. Rasgó el sobre, se puso á leer, y vi de pronto que el semblante de Ro-



¡Aún dicen que el pescado es caro!, cuadro de Joaquín Sorolla
(Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)

gelio se ponía sucesivamente blanco, amarillo, verde, rojo y azul.

–¿Qué ocurre?, pregunté solícito. ¿Malas noticias?

–No..., al contrario .., muy buenas..., es decir..., según y cómo... Mi padrino ha muerto.

–¡Pobre señor!, exclamé con profunda indiferencia.

–Y me ha legado tres mil duros.

–¡Cáspita! Tu padrino era un dignísimo varón.

–Sí; y nadie lo hubiera dicho... El notario me escribe para decirme que puedo ir á Valencia á cobrar ese dinero.

–¿Y qué harás de ese dinero, preguntó severamente Tomasito, una vez calmadas las primeras y violentas emociones producidas por la elocuente prosa del notario.

–Pues no sé.., veré..., hay que pensarlo mucho

Este interesantísimo punto fué discutido con gran calor. Había distintos pareceres, y Rogelio, fluctuante, indeciso, turbado, empezaba ya á tocar los inconvenientes de ser capitalista.

–No seáis majaderos, opinó Tomasito con acento de autoridad, la duda no puede presentarse más que á espíritus tímidos é inferiores. Sí, señores, lo digo y lo repito... ¡y voy á probarlo!

Supongamos que coloques ventajosamente ese capitalito y que te dé un seis por ciento: ¿qué sales ganando al fin del año? Ciento ochenta duros de renta..., quince duros mensuales. ¡Valiente ganga!

–Siempre aumentaría notablemente mi escaso haber, murmuró Rogelio.

–¡Calla, cobardón; calla, infeliz! Contentarse con esa miseria, cuando yo te garantizo para dentro de un año, si sigues mis inspiraciones, un capital de cien mil duros, una renta de seis mil... ¡por lo menos!

–Villárez tuvo un estremecimiento.

–¡Cien mil duros!, suspiró tiernamente.

–¡Como mínimum!, rugió Tomasito: cien mil si eres modesto y pacato; el doble, el triple, el cuádruple si tienes alma, si eres un hombre..., un hombre como Vicente Luz, el pobre dependiente de ayer que está tocando hoy casi al millón. ¿Y cómo lo ha conseguido? Con un punto de partida de seis mil pesetas: ¿y por qué?, porque estamos en el gran momento psicológico del dinero: porque no hay más que una puerta grande, anchurosa hoy día para entrar en el templo de la riqueza: y esa puerta es la de la Bolsa.

Tomasito, grandilocuente é inspirado, siguió desarrollando su plan: quise yo ejercer de ángel prudente, pero quedé vencido y empequeñecido. Una hora después de haber leído la carta, Rogelio veía sólo en sus tres mil duros el cimiento de una próxima é inmensa fortuna.



¡Loca!, cuadro de José Jiménez Aranda
(Exposición nacional de 1895)

Y un año después la tenía en efecto. Irresoluto durante las primeras semanas de lucha en aquel terrible *Pandemonium* de la Bolsa, convirtióse á poco en uno de los más audaces y afortunados aventureros que pugnaban por la conquista del nuevo vellocino de oro.

Atrevido é insolente, se puso desde las primeras victorias en las primeras filas de la especulación desenfrenada: tuvo ojo certero, peleó sin miedo y sin vacilaciones, capitaneó pandillas y corros de jugadores que fiaban ciegamente en la estrella de aquel improvisado caudillo, héroe del cuatro por ciento y de todos cuantos valores españoles ó simplemente locales entraban en la vertiginosa danza del alza y baja.

Villárez realizó entonces y con creces sus ensueños. No escogió esposa, es verdad, pues ni tenía tiempo para ello, ni experimentaba la necesidad de unas ataduras en que más tarde podría pensar y discurrir con toda calma. Pero por no casarse Rogelio, no perdió nada el diablo.

Mesa cual la de un príncipe, ¡vaya si la tuvo! Pero prefería generalmente comer en los *restaurants* de primera marca, en los cuales dueños y mozos recibíanle con un derroche de sonrisas y de reverencias que les daban el derecho de presentar cuentas enormes, que Villárez pagaba sin chistar, sin mirarlas siquiera, como un gran señor.

Del coche no hay que hablar: carretela, victoria, landó, *charrette;* un tronco inglés, un *pur sang* y otro *demi-sang;* un cochero de majestuosa facha con soberbia librea y un *groom* diminuto, una especie de mono con sombrero de copa y escarapela...

¿Cómo no había de tener eso y mucho más, si le daba la gana, un caballero que á los ojos de los principales corredores representaba un valor en liquidación de setecientos á ochocientos mil duros?

Más de una vez encontré en el paseo á Rogelio indolentemente reclinado en los almohadones de su carruaje, un habano en los labios y vestido cual un prócer. A pesar de su riqueza, seguía saludándome con un gesto protector de su mano enguantada, y el movimiento de su cabeza parecía decirme:

–Ya lo ves: siempre en coche...

Un día desapareció bruscamente de Barcelona tras una épica temporada de batallas feroces libradas en los antros bursátiles. Hablóse mucho en aquellos días de pánicos y de efervescencias, de los muertos y heridos que habían caído acá y acullá, entre destrozos y ruinas sin cuento. Citáronse los nombres de varios Cresos que se quedaban sin camisa en el intervalo que va de una liquidación á otra; de la noche á la mañana, y entre esos nombres oí pronunciar el de mi antiguo amigo.

Y recuerdo que una tarde que la curiosidad me llevó á contemplar de cerca una de aquellas batallas que se daban en la Lonja, me rocé al salir con un hombre de rostro demudado, lívido, que con inmenso abatimiento se deslizaba á lo largo de aquellos muros, testigos tantas veces de sus triunfos... Era Rogelio. ., era Napoleón volviendo de Waterloo.

Quince días atrás hablábase en una peña del Ateneo de pasados esplendores, de Bolsas y de bolsistas.

–Y de Villárez, ¿qué se sabe?, preguntó uno de los *peñistas*.

–Le vi en Madrid hace cosa de un mes, replicó otro.

–¡Ah! ¿Y qué es de él?, interrogué con viva curiosidad.

–Pues verás..., siempre en coche.

–¡Hola! ¿Se ha enriquecido de nuevo?

–No creo: está de cobrador en un tranvía.

Juan Buscón



Cigarreras sevillanas, cuadro de Enrique Paternina
(Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)

UN HOMBRE DE CONCIENCIA

Juan Fresneda.....

Dada la penetración que yo supongo al lector, creo que éste habrá comprendido que se trata del acaudalado comerciante D. Juan Fresneda, que tiene un soberbio establecimiento de objetos varios y lujosos en la calle Mayor, así como también otras dos tiendas en puntos céntricos de Madrid.

Pero ahora no vamos á ocuparnos del D. Juan Fresneda actual, que algunas veces se asoma á la puerta de su establecimiento con aspecto satisfecho, camisa de deslumbrante blancura, gorro griego de terciopelo morado y zapatillas de tapicería, fumando un cigarro de la Vuelta de Abajo, sino del Fresneda de hace veinte años, cuando era guarda de campo del coto redondo de la condesa S..., situado á cuatro kilómetros del puente colgante, que sobre el Jarama se encuentra en el trayecto de Madrid á Arganda.

Juan Fresneda entonces vivía con su mujer, joven y guapa, en una casita situada dentro del coto, y como tenía poco que hacer, como acontece á todos los guardas, se pasaba casi todo el día cazando. Porque no le venía mal llevarse todos los días á su casa una ó dos docenas de pájaros para cenárselos en compañía de su querida Marta, que era muy aficionada á ellos.

Sucedió, pues, que una tarde después de comer salió Juan, según costumbre, á su expedición cinegética, fuera del coto, porque tenía licencia de escopeta, con la suya al hombro y acompañado de su perro pachón, de dos narices, llamado Rabón, porque efectivamente tenía una cola muy larga, y se dirigió á un territorio llano, que ofrece la particularidad de tener grupos de cinco ó seis árboles de distancia á distancia. Cuando iba á llegar al primer grupo, notó Juan que un pajarillo se balanceaba graciosamente sobre la rama de un árbol.

—¡Calla, pues es un pardillo!, exclamó Juan con alegría.

Hay que advertir que los pardillos son apetitosos en todas partes, pero en ninguna tanto como en los campos del Jarama, siendo además notables por su corpulencia; mas desgraciadamente no abundan tanto como otras especies ornitológicas. Marta era muy aficionada á ellos.

Juan preparó la escopeta, y ¡pum!

Acudieron Juan y el perro bajo los árboles, y buscaron al pájaro al pie de los troncos y entre la grama que matizaba el suelo; pero inútilmente: no hallaron nada. Aquello era inaudito: ¡pensar que Juan, que mataba á las golondrinas al vuelo, con bala, había errado á un pájaro, tirando con perdigones; no tenía explicación posible! Aunque el guarda quiso achacarlo á que un vientecillo que soplaba á intervalos había desviado el tiro. Continuó, pues, andando algo contrariado, y al fijar la vista en otro grupo de árboles que había á alguna distancia, notó un punto negro que se movía entre el ramaje de un olmo.

—¿Será el pardillo?, se preguntó.

Dió algunos pasos, se cercioró de que los dos cañones de su escopeta estaban bien cargados é hizo la puntería:

¡Pum! ¡Pum!

Repitióse la escena anterior: el perro, nervioso con la doble detonación, y Juan, seguro de haber derribado la pieza, la buscaron ansiosamente por todas partes; pero ¡oh asombro!, volvieron á hallarse chasqueados. El guarda pateó el suelo con coraje, y Rabón, meneando la cola, miró á su amo con ansia como diciendo:

«Pero señor, ¿qué es esto?»

Volvieron á salir al claro. Juan volvió á cargar su escopeta, y con paso vacilante de sorpresa y rabia, separóse de los grupos de árboles y se encaminó hacia un ribazo que hay á la izquierda. En la eminencia del ribazo había un peñasco solitario, y sobre él, no cabía duda, saltaba y esponjaba su pluma un pájaro.

Juan miró, poniéndose las manos á uno y otro lado de los ojos para enfilar el rayo visual y exclamó:

—¡Pues lléveme el diablo si no es el maldito pardillo!

Y azuzando al perro para que levantase al ave, se echó la escopeta á la cara. Salió el tiro, disipóse el humo, y el guarda, que no vió volar al pájaro, supuso con razón que esta vez le había matado, aunque le escamó el que el perro daba vueltas rápidas en derredor del peñón olfateando el suelo. Aproximóse, buscó también, pero en balde, por lo cual dedujo que el pardillo habría caído en un barranco que está situado al otro lado del ribazo y adonde los campesinos de los contornos suelen arrojar perros, gatos y demás animales muertos. Juan y Marta estaban en la luna de miel del matrimonio, y como á aquél le constaba lo golosa que era de pardillos su compañera, determinó bajar al barranco, que no era muy hondo, para buscar la presa á toda costa. Hízolo así, acompañado del perro: al principio nada hallaron, lo cual no extrañó al guarda, porque el fondo del barranco estaba lleno de hierbas, ortigas, espigas silvestres y otras plantas parásitas. El perro husmeaba desatentado, y Juan registraba minuciosamente el terreno, resuelto á encontrar el pájaro, aunque se estuviera allí registrando hasta la consumación de los siglos. Aquel día había hecho poca caza, y además pensaba en cómo se relamería de gusto con el pardillo su querida compañera. Las pesquisas fueron inútiles durante bastante tiempo y Juan estaba excitado y nervioso, pues no se hallaba acostumbrado á semejantes contrariedades. Separando las malezas con el remate del cañón de la escopeta, tropezó con un objeto duro que produjo ruido metálico; púsose en cuclillas y vió con asombro que por entre la broza asomaba un asa de hierro. Tiró de ella, pero se resistió á su esfuerzo. Sacó su navaja de muelles y escarbó la tierra tirando al mismo tiempo, y por fin vió aparecer una gran olla de hierro con una tapadera de cobre. Sentóse en el suelo para descansar y reponerse de su asombro. Luego golpeó en la tapadera de la olla con un guijarro que encontró á mano, saltó aquélla en pedazos, Juan miró y por poco se cae hacia atrás al ver que la olla casi rebosaba en monedas de oro. La estupefacción dejóle absorto durante un rato. Si Juan entonces hubiera estado más enterado de las cosas del mundo, sabría que según el docto, erudito y anticuario Reverendo Padre F... se calcula que hay en España tesoros enterrados por valor de quinientos millones de duros. Mientras estaba absorto, como se ha dicho, llegó el perro Rabón, que continuaba buscando entre las malezas, asomó el hocico á la boca de la olla y le retiró con un movimiento de disgusto: lo cual prueba que los perros desprecian el dinero. Juan estaba perplejo, porque la olla debía pesar mucho y no podía ser transportada por una sola persona. Además temía que alguien le viese. Afortunadamente era día de fiesta, y sabido es que en tales días los campesinos acuden á solazarse á las poblaciones, al revés de los ciudadanos, que se diseminan por las afueras. Por otra parte, recelaba también separarse de su recién encontrado tesoro.

Por fin se decidió, y entre las primeras sombras



Amigos inseparables, cuadro de Jaime Garnelo y Fillol. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)

del crepúsculo nocturno, de una carrera fué á su casa, seguido del perro, que al parecer estaba contrariado por haber tenido que suspender sus pesquisas en el barranco.

Llegó Juan á su casa del coto agitado y jadeante, y con voz casi temblorosa dijo á Marta, que estaba cosiendo á la puerta:

– Saca pronto el capote de monte y ven conmigo.

– ¿Pues qué ocurre?

– Ven, ya te lo diré, anda de prisa.

Trasladáronse ambos cónyuges al barranco seguidos de Rabón, que continuó rastreando, y mientras que Marta atónita ayudaba á su marido á acabar de desenterrar la olla, acercóse el perro meneando la cola y con un pájaro muerto en la boca: era el pardillo víctima de Juan y causante de su buen hallazgo. ¡Y vean ustedes lo que son las mujeres! Marta, olvidándose del tesoro y tomando el pájaro de la boca del perro, exclamó:

– ¡Ay, un pardillo, un pardillo!

– ¡Mujer, déjate de eso y vamos á lo que interesa!

Púsose Juan el capote de monte, asió un asa de la olla, que tenía dos: Marta agarró la otra como pudo, y trabajosamente, dando tumbos, sufriendo resbalones y descansando á ratos subieron á lo alto del barranco. Juan, temeroso de que alguien los viera, tapó á su mujer con la mitad del capote y ambos se encaminaron á su casa. Por fortuna era ya de noche y todo protegía al guarda. Rabón, que conocía á sus amos, no ladraba; pero al ver aquel extraño grupo vacilando con el peso de la olla, aullaba como si viese un fantasma.

Llegaron á la casa, Juan cerró y atrancó cuidadosamente la puerta, así como también las ventanas, que tenían reja.

Cargó los dos cañones de su escopeta, porque desde que era rico temía á los ladrones; y hecho todo esto, ambos esposos trasladaron la olla á su dormitorio, que era la pieza más recóndita de la casa. Allí, sobre el mismo lecho nupcial, fueron amontonando las monedas que sacaban de la olla con grandes precauciones para que no sonaran. Contáronlas luego con gran trabajo, porque no eran fuertes en contabilidad, y resultó la cantidad de diez y seis mil duros, todo en peluconas de Carlos III y Carlos IV, entre las cuales había algunos ochentines. Volvieron á meterlas en la olla, y después de discusión, encerraron aquélla en un retrete que junto á la alcoba había.

Con tantas emociones se les despertó un hambre feroz.

Marta tenía ya preparada la cena, consistente en una buena tortilla de escabeche, aceitunas manchegas y ensalada de lechuga, contando además con los pájaros que su marido trajera del campo. Pero aquel día la caza sólo había sido de cuatro ó cinco pajarillos.

Marta había tomado el pardillo en la mano y le contemplaba con fruición, exclamando: «¡Qué hermoso es!»

Entretanto Juan hallábase cabizbajo.

– Mira, dijo, separa ese pájaro.

– Separarle, ¿por qué?

– Porque quiero conservarle.



LA SIEGA EN ANDALUCÍA, cuadro de Gonzalo Bilbao. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)



EL ENCUENTRO DEL RUCIO, cuadro de José Moreno Carbonero. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)



VENUS Y MARTE, cuadro de Joaquín Agrassot (Salon Parés)



De sobremesa cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés)



Esperando la barca, cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés)



El Tránsito de la Virgen, cuadro de José Palomo Anaya. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)

– Qué, ¿no vamos á comérnosle?

– No.

Marta, aunque ruda, comprendió la delicada idea de su marido. Sintió conmoción interior que tuvo consecuencias, como ya se dirá.

Miró al pájaro con codicia, le separó ahogando un supiro, y comenzó á preparar los otros. El guarda la miraba. Comprendía su contrariedad y él estaba más contrariado que ella; pues si nunca puede negarse ningún gusto á la mujer que se quiere, ¿cómo quitárselele á la que por causa del hombre se halla en estado interesante? Marta se encontraba en este estado, y por consecuencia, cuando tres meses después, y á su debido tiempo, dió á luz un niño que nació muerto, la criatura sacó en el brazo izquierdo diseñada la figura de un colosal pardillo.

Marta murió también á consecuencia del parto.

Tal es la vida: una extraña peripecia de bien y de mal: la inocente avecilla, que originó la fortuna del guarda, fué quizá causa de que perdiese á su amada compañera.

VEINTE AÑOS DESPUÉS.

¡Qué hombre tan inteligente y tan activo es el rico comerciante D. Juan Fresneda! ¡Cuidado que habrá tenido que trabajar para reunir el fortunón que posee; porque sabido es que hace veinte años era guarda de campo, y ahora tiene tres tiendas y cuatro casas como cuatro castillos en Madrid ¡Cuánto le habrá costado reunir los tres mil primeros duros!

¡He aquí los juicios del mundo!

Juan Fresneda, viudo ya, no tuvo más trabajo que aconsejarse de un tío suyo que vivía en Arganda y que había sido lencero ambulante, venirse á Madrid en su compañía, abrir una tienda muy bien surtida de telas, en la plaza de Santo Domingo, encargar á los dependientes *que midiesen bien*, y esperar pacientemente en la trastienda á que acudiesen compradores, que en tan buen sitio y con tan buen comercio no le faltaron. Después pensó con razón que en la corte casi produce más lo superfluo que lo necesario, y por consecuencia fué abriendo tiendas de lujo y enriqueciéndose para distraerse del eterno recuerdo que conserva indeleble de su adorada Marta.

Tiene una lujosa habitación en su casa de la calle Mayor, y sobre una consola dorada y marmórea una urna de cristal de Bohemia, debajo de la cual conserva disecado al pardillo que con sus revuelos llevóle al barranco en donde encontró el tesoro. D. Juan Fresneda está afiliado á un partido político de orden, es tesorero de su círculo, ha sido concejal, diputado provincial, y cuando suban los suyos, que están ya con un pie en el estribo, es casi seguro que será diputado á Cortes. Es probable que no llegue á ministro, porque no acierta á emitir dos oraciones seguidas con buena sintaxis; pero es indudable que será hombre influyente en la situación, que votará con voz firme en el Congreso, obteniendo el particular aprecio del ilustre jefe de su partido.

Ahora bien; he aquí un problema: no cabe duda que la Providencia intervino muy directamente en la suerte de Juan; pero al mismo tiempo privóle de una mujer que por sus ojazos negros y por su mata de pelo ídem, daba el opio en una y otra orilla del Jarama:

¿Ganó ó perdió Juan?

Eso, el lector lo resolverá á su gusto.

Luis María Palacio.

NUESTROS GRABADOS

¡Palmitas!, grupo en barro cocido de Rafael Atché. – Un cuadro íntimo, tierno y sentido, inspirado en una frase catalana que evoca en nosotros el recuerdo de maternales caricias en infantiles años, ha servido á nuestro amigo el distinguido escultor D. Rafael Atché para modelar el bonito grupo que reproducimos fototípicamente. Basta observar las dos figuras, su actitud y expresión, para afirmar desde luego que Atché ha podido sorprender y representar una escena sencilla, pero hondamente sentida. Hemos de advertir á nuestros lectores que les damos á conocer las primicias de la obra, ya que se trata de un boceto, base de la definitiva producción.

Exposición nacional de Bellas Artes de 1895. – *¡Aún dicen que el pescado es caro! – ¡Loca! – Cigarreras sevillanas. – Amigos inseparables. – La siega en Andalucía. – El encuentro del rucio. – El Tránsito de la Virgen. – La buenaventura*, cuadros respectivamente de Joaquín Sorolla, José Jiménez Aranda, Enrique Paternina, Jaime Garnelo y Fillol, Gonzalo Bilbao, José Moreno Carbonero, José Palomo Anaya y Alejandro Saint-Aubin. – En las revistas de la Exposición publicadas en los números 704, 705 y 706 de La Ilustración Artística, ocupóse nuestro estimado colaborador D. Rafael Balsa de la Vega de las producciones que hoy damos á conocer á nuestros lectores. Todas y cada una de ellas dieron lugar á que nuestro amigo emitiera juicios altamente lisonjeros para los autores de tan recomendables obras. Sus nombres, ventajosamente conocidos y respetados en el mundo del arte, relévannos por otra parte de exponer nuevas apreciaciones.

Venus y Marte, cuadro de Joaquín Agrassot (Salón Parés). – Ante los atractivos de la mujer sucumben los más bravos y valerosos. El amor sujeta con sus cadenas de flores á los espíritus más indómitos y á los caracteres más esquivos é independientes. Los rasgados ojos de la bella campesina dan al traste con la proverbial audacia y valeroso esfuerzo del soldado á quien jamás han intimidado las puntas de las espadas próximas á herir su pecho. Al aproximarse á la ventana ha olvidado sus proezas, y sólo siéntese capaz de requerir á la garrida moza. Este es el asunto del nuevo cuadro del distinguido pintor valenciano D. Joaquín Agrassot, quien ha sabido hacer gala una vez más de las cualidades que tanto le distinguen, de manera que la obra se halla en armonía con el buen nombre de su autor.

De sobremesa. – Esperando la barca, cuadros de Francisco Miralles (Salón Parés). – Laborioso é infatigable, sorprende la producción artística de D. Francisco Miralles, quien, á juzgar por la valía de sus obras, no decae ni languidece. Cábenos con frecuencia la satisfacción de poder publicar los cuadros que ejecuta, y esta circunstancia nos releva hasta cierto punto de emitir nuevas apreciaciones, ya que han de recordar nuestros lectores las anteriormente consignadas. Los dos lienzos que hoy reproducimos, de simpática tonalidad y elegancia de líneas, hállanse inspirados en escenas observadas en la playa, son cuadros de costumbres de la costa, llenos de animación y vida.



El lavadero de Montecelio (Roma), cuadro de Manuel Villegas Brieva

El lavadero de Montecelio, cuadro de Manuel Villegas Brieva. – Recuerdo de su estancia en Roma es el precioso cuadrito de Villegas Brieva que damos á conocer á nuestros lectores. Copia de uno de los rincones más típicos y característicos de la Ciudad Eterna, es la nueva producción de tan discreto artista una muestra más de las cualidades que concurren en el laureado autor del gran lienzo alegórico titulado «La guerra,» premiado en la Exposición nacional de 1892, que nos cupo la satisfacción de reproducir en las páginas de La Ilustración Artística, quien ha logrado alzanzar nuevos plácemes en el certamen que acaba de terminar por su bella composición «Ultimo sueño de una Virgen.»

Función de tarde, cuadro de Félix Mestres (Salón Parés). – La escena que ha servido de asunto para el cuadro que reproducimos, es trasunto de las que pueden observarse en los teatros de nuestra ciudad durante las tardes de los días festivos. Abundan entonces los infantiles espectadores, quienes siguen siempre con creciente interés la obra representada, reflejándose en sus semblantes sencillos é ingenuos las impresiones que experimentan.

El joven cuanto discreto pintor D. Félix Mestres ha sabido expresar fielmente la situación de ánimo de cada uno de los espectadores que en el lienzo figuran, distinguiéndose el total de la composición por el sello de verdad que en ella resalta.



La buenaventura, cuadro de Alejandro Saint Aubin. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895.

LA SEÑORA FLORENT

NOVELA ORIGINAL DE CAMILO BRUNO. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Llegó el día en que nuestros arrendadores no nos pagaron ya, y esto nos redujo á una escasez muy próxima á la necesidad. El único arrendamiento, el de Simón, pagado siempre con regularidad, nos permitía mantenernos aún en posición conveniente. Sin decir nada á mi tío, yo había vendido con pérdida una pradera y dos arbolados; y así por economía como por prudencia, pues se temía ya á los delatores, nuestra servidumbre se reducía á tres personas. Los vecinos emigraban en masa. Llegado el día de San Juan, nuestro capellán nos abandonó para expatriarse, porque no quería prestar juramento. Para no aumentar la irritación de mi tío, yo había retirado todos los diarios; y en cuanto á mí, apenas salía, por temor de encontrar á los descamisados patibularios que llenaban los caminos. Por la noche oía pasar grupos de hombres embriagados, cantando himnos de odio, y contemplaba un horizonte sombrío rasgado por nubes de color de sangre.



La señora Florent

Desde nuestra separación, mi futuro me había escrito con mucha regularidad. La sucesión por la cual había salido de Francia estaba más embrollaba de lo que creyera en un principio; temía verse obligado á permanecer aún largo tiempo en Alemania, y expresábame su sentimiento políticamente. Le contesté en el mismo estilo, y le referí cuanto ocurría, con el tono ligero que entonces se empleaba para mostrarse superior á la mala fortuna.

Una tarde recibí de él la carta siguiente:

«Señorita: Me ha tocado ayer en suerte una lisonjera distinción, si bien me inquietan un poco las consecuencias. Monseñor el conde de Artois me ha enviado á decir que me agregaba á su servicio, confiando en que mi celo no se desmentiría durante su destierro; y por lo tanto, desde hoy formo parte de su casa. Semejante cargo, puramente honorífico, es de aquellos que no rehusa un hombre de corazón; pero veo, señorita, con el mayor sentimiento, que no podemos seguir el mismo camino, y yo me pregunto si se confundirán alguna vez nuestros destinos, como lo había soñado. Por fortuna, todavía existe un medio para realizar nuestros proyectos. Consienta usted, por favor, en fijar un poco su pensamiento.

»La condesa de Artois, conociendo la triste situación de la baronesa de Lois, quiere facilitarle los medios de trasladarse á Viena, donde nuestra benévola princesa ha establecido provisionalmente su residencia, conservando junto á sí para la parienta de usted un cargo digno del nombre que lleva. La baronesa de Lois, señorita, tendría el mayor placer en que usted la acompañase hasta aquí bajo su égida, con tal que su señor tío no se opusiese á ello, y hasta se espera que consentirá en seguir á usted. Un casamiento en el extranjero es común en el tiempo en que vivimos. No me atrevo á insistir, señorita; pero sería el más feliz de los hombres si este arreglo mereciese su aprobación.

»En caso contrario, si los esponsales á larga fecha la atemorizan, y si la incertidumbre sobre el porvenir que se prepara es causa de que sienta usted haber enajenado su independencia, estoy dispuesto, señorita, á devolverle su palabra.

»Como quiera que fuere, muy honrado por la elección que se dignó usted hacer en mi persona, me pongo á sus pies con el más profundo y merecido respeto.

CONDE DE FORMONT.»

La lectura de esta carta me sumió en una meditación profunda. ¡Volver á ser libre!.. ¡Qué tentación tan deliciosa! ¡Nadie se imagina cuánto pesa la cadena más ligera cuando el amor no ha unido los eslabones! No pertenecer ya á nadie, poder elegir á mi antojo y cuando yo quisiera el marido que mi imaginación, más madura ya, comenzaba á representarse..., ¡qué sueño! Después de todo, bien me era permitido saborear la dulzura; esto no costaba lágrimas á nadie, pues yo veía claramente entre las líneas de aquella cortés epístola que el humor sereno que las había dictado no se desmentiría, cualquiera que fuese mi contestación. Por otra parte, yo no me hacía ilusiones sobre la suerte de los nobles que aún quedaban en Francia, y la emigración me parecía el único medio seguro de escapar de una mísera situación. El casamiento me ofrecía una puerta de salida providencial. ¿Qué hacer?

Mi indecisión terminó por la tumultuosa entrada de Pamela, cuyo rostro desencajado anuncióme desde luego una desgracia.

– ¿Qué hay?, pregunté. ¿El señor?..

– ¡Ah, señorita!, contestó, nadie comprende lo que dice.

Corrí á la habitación de mi tío.

Pálido y con los ojos vidriosos, estaba en los brazos de un criado, y sus palabras ininteligibles apenas llegaban hasta nosotros. Se llamó apresuradamente al médico, y éste diagnosticó una parálisis del cerebro. Durante ocho días estuvimos temiendo un funesto desenlace; nuestra solicitud contuvo el mal; pero desde entonces mi pobre tío no recobró nunca la plenitud de sus facultades. Débil como un niño, acosado de pueriles temores, llorando por la menor resistencia y estremeciéndose al menor ruido, llegó á ser para todos cuantos le rodeaban objeto de una dolorosa compasión. El médico respondió de su vida, pero á condición de que se conservase en la más profunda calma; el menor cambio en sus costumbres podía producir una crisis fatal; pero si se le cuidaba podría vivir hasta fin de año. Naturalmente no se pensó ya en trasladarle á Alemania, y ni siquiera me ocurrió la idea de abandonarle en Malpuy. En su consecuencia, escribí al Sr. de Formont diciéndole que recogía mi palabra y le devolvía la suya, sin perjuicio de reanudar ulteriormente nuestros proyectos en el caso de restablecerse á medida de nuestros deseos el antiguo orden de cosas.

Algunos emigrantes de los alrededores se juntaban ya para marchar aquella misma semana, y propuse á Pamela que se reuniese con ellos, poniendo á su disposición una suma bastante crecida y asegurándole que sabría prescindir de sus servicios. La pobre mujer no conocía á ninguno de sus parientes, pero habiéndose educado en Inglaterra tenía allí algunos amigos, y yo la invité á reunirse con ellos mientras fuese tiempo todavía; pero su alma, aunque bastante vulgar, no era accesible á una mala acción. Abandonarme en tales circunstancias parecíale hasta cierto punto una infamia, en la que no pensó ni un instante.

– Me moriré de espanto, contestó con lágrimas en los ojos, pero será junto á usted.

Yo la abracé y no quise insistir más.

Cierta noche me despertó con ruidosos gritos. Habiéndose levantado para tomar el aire, había divisado un reflejo rojizo en la dirección opuesta á Blois. Evidentemente, la fábrica de licores de los hermanos Hauffmann se había incendiado; queridos de todos por su paternal administración, aquellos infelices habían sido víctimas de un puñado de energúmenos; expulsados de su casa vagaban por los caminos con su familia, mientras que algunos desalmados prendían fuego á su fábrica y saqueaban su casa. Envié á buscar á los fugitivos, ofreciéndoles un refugio temporal; pero prefirieron apresurar su marcha sobre la frontera suiza para volver al país natal.

No se me ocultó que de un momento á otro podría sucedernos otro tanto, pues ni el sexo ni la edad se respetaban; lo sabía muy bien, y hallábame preparada á todo. Mis alhajas estaban en una bolsa, mis papeles en un escondite y mis reliquias en el cuello. No siendo miedosa, al fin llegué, á fuerza de prever una brusca marcha, á considerar sobre todo la parte romántica de esta fuga, y esta perspectiva me hubiera divertido casi á no ser por la compasión que me inspiraba mi pobre tío, impotente en medio de aquellas peripecias.

El caballero se moría lentamente; el aparente apoyo que aún me quedaba iba á desaparecer muy pronto. Un día, al entrar en su habitación, le encontramos sonriente y helado; la muerte le había sobrecogido en silencio, sin violencia, mientras nosotras dormíamos. Ya estaba yo sola en el mundo, y la única parienta con cuyo sostén hubiera podido contar hallábase ahora en Austria. Yo no era mujer para solicitar que abandonase su pacífico destierro y se asociara á mis peligros; y reunirme con ella no era factible, pues no se daban ya más pasaportes. Por otra parte, no tenía empeño en ver otra vez al conde de Formont.

III

Como nuestro panteón de familia estaba en Blois, mi pobre tío no fué conducido allí, pues había entonces mucha agitación en la ciudad, y el paso de una comitiva fúnebre no se habría efectuado con la solemnidad debida. Enterramos al caballero en el parque, rezando las oraciones un sacerdote juramentado que los sepultureros nos impusieron, y que yo acepté por temor á un conflicto ante el cadáver. Yo sola y Pamela íbamos detrás del ataúd, pues nuestra gente no se creía ya obligada á muestra alguna de respeto, y no me conservaban ningún afecto por mi antiguo prestigio. Como yo no era ya noble ni rica, mirábase con malos ojos mi frialdad, y lo que en otro tiempo elogiaban en mí como digno, no era más que una farsa insoportable. En cuanto al difunto, ¿por qué le habían de acompañar los que no creían en otra vida? No siendo el despojo de un alma, aquel cadáver no les representaba ya más que algo como una escoria ó desecho, bueno tan sólo para hacer germinar en el suelo un poco de trigo.

Mientras que yo pensaba de este modo, arrodilla-

da junto á la fosa, oí unos pasos detrás de mí; eran los de Simón.

– Dispénseme usted, señorita, díjome, acercándose; los trabajos urgen, y no he podido llegar á tiempo para echar agua bendita sobre el caballero; pero vengo á ofrecer algunas de las flores que le agradaban.

Así diciendo, depositó sobre la tumba un puñado de esas hermosas anémones purpúreas, últimas flores del otoño, que mi tío recogía á menudo en sus paseos solitarios.

– Muchas gracias, Simón, contesté.

Y por decir alguna cosa más, añadí:

– ¿Sigue bien tu madre?

– ¡Mi madre!, balbuceó. He tenido el honor de manifestar á la señorita, cuando le traje el importe de la renta, que había muerto este verano.

Me ruboricé vivamente; tan sólo el corazón hablaba en mí en aquel momento, y olvidando las distancias, le ofrecí la mano apresurándome á contestar:

– Te ruego que me dispenses.

Tomó mi mano é inclinóse en vez de besarla, según la costumbre de nuestros antiguos vasallos.

– La señorita lo ha olvidado, repuso, y es natural, porque hace algún tiempo que no iba á vernos...

Su voz era algo temblorosa, y esto me hizo sentir más mi cruel aturdimiento.

– Iré mañana, contesté.

Sus ojos brillaron; abrió la boca como para hablar y no dijo una palabra.

– Pero ¿qué hay?, pregunté con indulgencia.

Simón dirigió á su alrededor una rápida mirada, como para cerciorarse de que mi aya era el único testigo, y reanimándose contestó:

– No ha de esperar usted hasta mañana para ir; es preciso que vaya ahora mismo, y que permanezca allí hasta que haya pasado la gran tempestad. Sí, señorita, las cosas van mal, peor de lo que usted pudiera creer. Se trata de adoptar nuevas medidas contra la nobleza, y para usted podré atenuar los efectos de las mismas, pero no me atrevo á obrar sin su permiso, y el tiempo urge. Por eso me he atrevido á buscar esta entrevista, á pesar de la hora y el sitio, que según comprendo no son los más propios.

– ¿Por qué no me has hablado antes?, contesté con un tono más altivo de lo que yo quería.

– He temido no inspirar á usted confianza, contestó con triste gravedad.

Después de reflexionar un momento, evoqué el recuerdo de cuanto yo sabía de aquel hombre, y le miré fijamente.

– Confío en ti, díjele, y ya puedes hablar.

Un rayo de alegría iluminó su rostro moreno.

– No quedará usted engañada, repuso; se lo prometo ante el cadáver que ahí reposa.

Y con voz más tranquila, que no manifestaba ya temor, añadió:

– La nueva ley se reduce á esto: «Todo emigrado que no haya vuelto á sus dominios en 1.° de enero de 1792, verá sus posesiones confiscadas y sus tierras vendidas en pública subasta.»

– ¿Y en qué me atañe á mí eso? Los Malpuy no figuran en la lista de los emigrados.

– Sí tal, ó por lo menos..., pero déjeme usted referirlo á mi manera. Los comités de organización cuentan por desgracia, entre muchas personas honradas y de buena fe, algunos pillos que en las convulsiones actuales no ven más que la oportunidad de enriquecerse, y que aumentan indebidamente las listas para alimentar el tesoro de que hacen uso. Aprovechándose de la menor equivocación cambian á su antojo la ortografía de los nombres, y de este modo hacen su jugada. El caballero, en vez de estar inscrito en el registro de difuntos, figura como desaparecido; y como precisamente ha emigrado un propietario de los alrededores llamado Maupuy, cuyo dominio no vale la cuarta parte de este, no se ha vacilado entre él y usted. La sustitución se ha hecho ya, y el castillo de Malpuy será vendido dentro de poco con sus tierras y dependencias.

– Malpuy me pertenece, exclamé, y cuando yo me haga presente, será preciso que...

Simón me interrumpió con su voz firme.

– No lo hará usted, porque sería una temeridad loca é inútil, que tan sólo conduciría á su perdición.

Y como el estupor me impidiese contestar, continuó:

– No es cosa de mecerse en vanas esperanzas; es preciso desechar las ilusiones lisonjeras y las funestas dilaciones: vivir ó morir; á esto se reduce la cuestión.

– Hablas claro... y sin consideración, repuse, frunciendo el ceño.

– ¿Sin consideración? ¡Ah! No lo crea usted así, exclamó Simón con cierto aire de tristeza que me conmovió. Sería el hombre más miserable si yo no le profesara á usted hoy más respeto que el que hasta ahora me mereció; pero yo sé, compréndalo usted bien, yo sé que el peligro está ahí, terrible, inevitable, y que ha llegado el tiempo en que no se está seguro de vivir sin la condición de hacerse olvidar.

Pamela comenzaba á comprender y gemía en voz baja.

– ¿Es decir, repuse, que me dejaré despojar sin pronunciar una palabra? Es un poco duro.

– No, señorita, porque tengo un medio para arreglarlo todo; pero ahora principalmente es cuando necesito contar con su confianza.

– No tengo más que una palabra.

– Pues bien: gracias á la depreciación del papel moneda, podré fácilmente volver á comprar el dominio de usted y devolvérselo al punto, mediante su firma, por la suma que juzgue conveniente darme el día en que haya recobrado sus bienes.

Permanecí un momento silenciosa, muy conmovida y sin querer parecerlo.

– Tienes buen corazón, le dije al fin, y te doy las gracias.

– ¡Ah, señorita, querida y noble señorita, repuso, uniendo las manos con fervor, no ha tenido usted ese horrible pensamiento que yo temía! No ha creído que yo la tendía un lazo para hacerme dueño de sus tierras. ¡Ah! Está muy bien; esto es hermoso y digno de usted.

– ¿Cómo te había yo de acusar de semejante cálculo?, contesté con altivez. Para pensar el mal en otro, yo debería ser capaz de hacerle.

Y añadí con tono amistoso:

– Pero tu proposición, pobre muchacho, no es aceptable. Sin duda alguna, preferiría ver Malpuy en tus manos que en las de otro cualquiera; pero si has de comprarle para devolvérmele, no hablemos más de ello, porque yo no volvería á tomarle jamás sin pagarte lo que fuera justo.

– Escuche usted, repuso, dando vueltas á su gorro entre las manos, si la cosa es conveniente para usted, también resulta para mí ventaja. Supongamos que se fija como precio, según tratan de hacerlo, la suma de cien mil escudos por las construcciones y las tierras. Yo tengo en casa de maese Griffard un reducido depósito que agregado á mis ahorros me darán un total de cien doblones de oro contantes y sonantes. Estas monedas son raras en la plaza, y me darán en cambio más asignados de los que se necesitan para cubrir la suma. En su consecuencia me debería usted cien doblones, además de los intereses acumulados al tipo legal, y me parece que de este modo, si alguien pierde, no será seguramente Simón. Heme aquí poseedor de las tierras; despido á los que las tienen, que las administran á tontas y á locas desde que se han entregado á la política, y me hago valer con personas de mi agrado. La tierra se beneficia, los cereales me producen..., y en justicia, señorita, yo soy quien sería deudor de usted. Según he dicho á usted antes, gano tanto, que si no temblase por su vida no me atrevería á insistir en favor de su renuncia.

– Muy bien, Simón, yo sé contar, y es indisputable que yo soy la deudora. Si no fuera por tu intervención, fíjate un poco en lo que me sucedería: mis diligencias serían inútiles; y cuidándose poco de las reclamaciones de una joven, los que codician mis bienes se arreglarían para tergiversar la ley. Malpuy quedaría convertido en bien nacional; mi castillo pasaría de mano en mano, y por último le perdería el día en que me hallase en disposición de recobrarle. Se cortarían mis árboles, los estanques quedarían secos, mis caminos serían destruídos. En cambio, tú me libras de todos esos disgustos, y puedo estar tranquila. Respetas á Malpuy como un depósito confiado, y después me lo devuelves, fiel á tu palabra.

– Pues bien, exclamó Simón con voz alegre, si yo me beneficio y usted también, paréceme muy razonable el negocio.

– Hágase como dices, contesté resueltamente; te confiero plenos poderes, y quedamos entendidos. ¿Qué dice Pamela?

– Que es una desgracia vivir en tiempos semejantes, contestó el aya con un suspiro.

– Pero también es una dicha encontrar personas honradas, me apresuré á decir. Y basta por hoy, el día toca á su término, y quiero rezar otro *de profundis* antes de llegar al castillo. Mañana iré á tu casa, Simón, para que acabes de explicarme los detalles del negocio. ¡Buenas noches y que Dios te guarde!

Al despertarme al día siguiente vi que la tierra estaba cubierta de nieve. El tiempo, tan admirablemente benigno hasta entonces, había cambiado de improviso, y comprendíase al fin que la Navidad se acercaba. A pesar de esto, no dejé de prepararme para ir á casa de Simón; pero no teniendo ya caballos, me puse unos zapatos de suela muy gruesa y un pesado mantón, y siempre seguida de Pamela tomé con paso rápido el camino que conducía á la Coudraie.

En medio de un campo divisé un labrador que se apoyaba sobre su arado: era Simón.

– ¡Hola, Claudio!, dijo á un campesino muy joven que iba á su lado, termina ese surco; después entrarás los bueyes, y hecho esto irás á trabajar en las mantequeras con la Griotte y Clarita.

Dada esta orden, Simón se acercó á mí.

– Estoy á su disposición, señorita, dijo; no la esperaba tan pronto, y no teniendo en el campo más que aprendices, es forzoso que haga muchas cosas yo mismo. A no ser así, las tierras perderían hasta el punto de no producir nada.

– ¿Cuántos jornaleros tienes?

– Nada más que ese novicio y dos mujeres, y acaso fuera mejor despedirlos..., pero paciencia. Hablaremos mejor en la granja delante de los sarmientos que arden.

– ¿Ha reflexionado usted, preguntóme Simón cuando nos hubimos instalado junto al hogar, que si la encuentran en el castillo cuando vengan á efectuar el embargo, sería como protestar en absoluto contra la confiscación?

– ¡Qué quieres hacerle! Yo no puedo ocultarme en un rincón para sincerar á esos excelentes expoliadores; me limitaré á no pronunciar palabra, y esto es todo cuanto me es dado prometer.

– Tendrá usted frecuentes inquietudes. Se instalarán en el castillo para celebrar banquetes, y profanarán á los ojos de usted sus más caros recuerdos

– Esto no será más que una vez, pues apenas seas dueño de Malpuy, sabrás defenderle.

– Demasiado tendré que hacer en los campos para ocuparme del castillo. Piense usted que se han de cuidar cinco granjas, y que para pagar la renta, como es justo, será necesario que yo tenga los ojos en todo.

– ¿Para pagarme la renta? Tú te chanceas. ¿He percibido acaso más renta que la tuya desde hace muy cerca de dos años? Muy lejos de ser tu acreedora, ¿no seré yo tu deudora si haces valer esas tierras abandonadas? En cuanto al importe de tu arriendo, tú ya no me adeudas nada. Creo que es de cien escudos, poco más ó menos el interés de los mil doblones que destinarás para comprar de nuevo Malpuy; de modo que yo no tengo ya ningún derecho, ni le quiero tampoco bajo pretexto alguno.

– ¿Y de qué vivirá usted, hija mía?, preguntó Pamela con expresión de angustia.

– Tengo alhajas, y puedo vender ó hipotecar la casa de la calle de Bac. Por otra parte, reduciré mis gastos, y aseguro que sin sentimiento. Habitaré los dos aposentos más reducidos de mi castillo, y usaré casaquillas de fustán; también puedo preparar la comida yo misma, pues como todas las hijas de buenas familias, no desconozco el arte culinario. Dícese que á las señoras de Blois les agradan los bordados, y en su obsequio volveré á ocuparme con mis agujas y mi tambor. Esto será extraño; mas no por eso estaré peor.

Simón me escuchaba enternecido.

– Es un sueño, dijo al fin, un hermoso sueño de su alma valerosa; pero todo eso no puede ser, y usted se agita como un gorrión en el lazo. Escuche usted mi proposición, y verá que el afecto de un humilde servidor es lo que la inspira.

– A fe mía, repuse con una sonrisa, que para ser un humilde servidor no dejas de parecerme un hombre audaz y de inventiva. Para todo encuentras remedio, y tú te arreglas de modo que se ha de pasar por donde quieres. Veamos lo que has imaginado ahora.

Como todos los campesinos, Simón no comprendía las chanzas, y por otra parte, tal era su deseo de convencerme y tanta su seguridad de salvarme si me persuadía, que su voz, su ademán, todo en él contuvo mi sonrisa y me impuso cuando volvió á tomar la palabra.

– No basta ser mudo, dijo, ni tampoco permanecer inmóvil, es preciso eclipsarse, desaparecer, como ayer le dije y se lo repito hoy. Tal vez mañana sería demasiado tarde; la caza que se persigue no debe ocultarse en su madriguera, sino que es forzoso ha cer perder la pista al cazador buscando otro asilo. Usted ha dicho que tiene confianza en mí... Pues bien: ¡abandone usted ese castillo lleno de asechanzas! Véngase á la granja, y bajo un nombre supuesto y con un traje prestado espere en ella días mejores. Todo cuanto hay aquí le pertenece, y podía expulsarme si mi presencia es importuna; pero si me tolera á su lado, jamás perro tan fiel habrá custodiado su puerta, pues para llegar hasta usted deberán pasar sobre mí. ¿Qué puede perder en el cambio? Usted dice que allá vivirá en dos aposentos, y que hará las veces de criada, ganándose el pan que coma. Aquí no habrá lujo, pero tampoco privaciones, y sí una vida frugal y sana en el seno de la naturaleza, en el silencio y la seguridad. Aquí tendrá un defensor,

que será al mismo tiempo un servidor. ¡Venga usted, hágame esta gracia! Toda mi vida conservaré un sincero agradecimiento, y lo que usted llama su deuda hacia mí lo habrá pagado con creces.

Simón lo había dicho todo, y durante un momento permanecí silenciosa; el asunto era importante, y merecía algunos segundos de reflexión. En cuanto á Pamela, se había entusiasmado desde luego al oir esta proposición.

–Señorita, me dijo con viveza, lo que ese muchacho propone es completamente razonable, é imagino que usted lo comprende; mas aunque no viese la necesidad de complacerle, espero que por consideración á mí no rehusará la única probabilidad de salvación que nos queda.

–¡Dios mío! Pamela, contesté, déjeme reflexionar un poco; aún no se ha declarado el fuego en la casa, y me parece que nos queda tiempo para volver. Admito que llegue un tiempo en que será útil disfrazarse, y como Simón estará mejor informado que nosotras, debemos creerle bajo su palabra; pero me parece que la urgencia no es evidente.

–¿Y no ve usted, replicó la solterona, que si huímos á última hora podrán perseguirnos, mientras que nadie nos molestará si se supone que hemos desaparecido hace tiempo?

–Buena amiga, repuse, el miedo le hace ser tan fecunda en argumentos como un retórico de la Sorbona; pero á mí me agradan poco las medidas preventivas. Seamos prudentes, puesto que á las mujeres no les queda sino este triste partido; pero no exageremos nada, porque entonces nuestra procedencia merecería otro nombre.

–¿Negará usted, repuso Pamela con cierta acritud, que no es práctico vivir en la granja y renunciar á toda representación costosa?

–¡Oh! En cuanto á eso, hija mía, no puedo contradecirle. La parte económica es indiscutible, y ahora falta saber si el peligro es verdaderamente inmediato.

Simón tomó la palabra.

–Se lo juro á usted, dijo, por el alma de mi madre; cerca está la hora en que el disfraz será el único recurso de los más nobles y de los más intrépidos.

–Entonces, contesté, es preciso creerte; pero esta idea es tan nueva..

–Naturalmente, replicó el aya; nadie la había enterado de lo que pasa, por temor de verse obligado á prestarle á usted tal servicio, y no se encuentran todos los días vasallos dispuestos á exponerse á un peligro en favor de sus amos.

–¿Exponerse á un peligro?, repetí. ¡Ah, es cierto! En todas partes y en todos los tiempos de perturbación, los que daban asilo eran buscados y castigados, y ya son mal vistos los que ocultan á nuestros sacerdotes. Muy pronto los que hacen lo mismo con los nobles incurrirán tal vez en penas más graves... ¡Ah! Tú me has iluminado á tiempo y sería inútil discutir más. Rehuso.

–¡Ah, exclamó Simón, pues no faltaría sino que!.. Pero querida señorita, añadió, usted no está perseguida, al menos que yo sepa, y lo peor que puede suceder, si la tiranía demagógica se organiza, es que se moleste á las personas que recojan á los proscritos. En todo caso esto no rezará conmigo, pues conocidas son mis opiniones. ¡Yo ocultar á los nobles! ¡No se reiría poco la gente si alguien fuera á decir eso en el club!

Yo escuchaba con frialdad.

–Es verdad, tú eres de los suyos, murmuré, estremeciéndome de disgusto.

–Sí, repuso, con los ojos brillantes y una mirada altiva que me sorprendió. No, yo soy el sostén del miserable y el defensor del paria; he soñado la libertad, y espero la igualdad; pero ante todo quiero la fraternidad. He sufrido por todos los abusos, gimiendo por la infracción de los derechos; he visto despuntar la aurora de las justas represalias, y he saludado con un cántico de amor el advenimiento de una nueva era. Después he visto también á indignos soldados deshonrar á la cohorte santa, los he visto manchar de sangre su bandera, y he gritado de horror en la angustia de mi culto vacilante. Todo cuanto yo creía factible lo intenté para librar á la revolución de sus falsos hermanos. He arrancado del destierro, de la miseria y del oprobio á los mismos que no habían tenido compasión del pueblo. Tendí la mano en otro tiempo para levantar á las víctimas, y hoy la ofrezco para hacer gracia á los opresores. ¡Apóyese usted en ella, hija de nobles, porque jamás ha contribuído á las desdichas de su raza!

Al decir esto me presentó su mano, grande, callosa y robusta, y yo puse en ella la mía resueltamente, firmando así mi contrato.

Simón por su estado y yo por naturaleza no éramos propios para permanecer largo tiempo en las alturas de la abstracción pura, y descendimos al punto á los detalles de la vida

–Veamos, dije yo, supongo que no pretendes hacerme aceptar una limosna. Admito que no te costaremos muy caras, pero yo tengo buen apetito y Pamela en esto me aventaja. Acostumbro á mudar las sábanas dos veces á la semana, y en fin, tengo manías á las cuales me prometo no renunciar desde luego; de modo que habrás de hacer más gastos de los que supones. Te recompensaré más tarde, y ampliamente si puedo, sin creer por esto que he pagado mi deuda. Entretanto, para estar yo más tranquila, toma esta sortija y véndela; y cuando hayas gastado en provecho mío el dinero que te produzca, ven á pedirme otra. Tengo también dos collares y brazaletes, y mientras te basten para mis gastos permaneceré en tu casa. Cuando ya no tenga nada, iré, siempre bajo un nombre supuesto, á pedir á la nación el pedazo de pan que promete á los pobres.

–Será usted obedecida, señorita, y muchos meses transcurrirán antes de que el importe de la sortija se consuma en pago de mi sopa con tocino y mis lejías.

–¡Choca, pues!

Y le dí un golpecito en la mano como si fuese una campesina.

–¿Y nuestros trajes?, exclamé con la curiosidad de una niña. Enséñanoslos.

–Tengo las ropas nuevas que mi madre acababa de comprar. Son suficientes para ustedes.

–¿Cómo quieres llamarnos? ¿Por quién nos harás pasar?

–¡Pardiez, si yo me atreviese!.. Sería lo más seguro. Despediré á mis dos criadas, y para los curiosos...

–¡Nosotras las representaríamos!, exclamé yo muy divertida. ¡Pobre canonesa! ¡Usted será la Griotte y yo Clarita! Nos tutearemos según la nueva moda. Si viene un curioso comenzaremos á lavar la ropa ó á descascarar las nueces, y cuando se vaya, Simón extenderá su chaquetón sobre la arena para que los guijarros no laceren nuestros delicados pies.

–¡No tener ninguna criada!, exclamó Pamela. ¿Bastará, pues, el pequeño Claudio?

–Sí, él y su hermana Cadiche, una buena muchacha de quien estoy seguro.

–¿Y mi pobre Malpuy? ¿Quién le defenderá contra los ladrones, preservándole de las ratas y de las limazas?

–Ya he pensado en ello, y he aquí lo que propongo: cierre usted las puertas y entrégueme las llaves. Yo haré saber á Blois que, siendo el principal labrador del dominio, me he encargado de la custodia y conservación de esa casa abandonada.

–¿Y cuando se haga el inventario del bien nacional?

–Prevenido la víspera, iré para abrir las puertas á los peritos y ofrecerme como comprador.

–¿Entonces podré contar contigo respecto á la tumba de mi pobre tío?

–Esté usted tranquila sobre este punto; mientras yo tenga dos brazos á su servicio no carecerá de plantas y flores.

En aquel momento el pequeño Claudio se presentó en la puerta.

–Es el mozo que viene á recibir órdenes. ¿Me permite usted decirle dos palabras?

–Nosotras nos vamos, contesté ~~yo~~ levantándome; voy á prepararlo todo, y esta tarde, al anochecer, nos verás llegar.

IV

Por el camino, Pamela no cesó de felicitarme por mi determinación, sin duda para que persistiese en ella en el caso de que pensara volver sobre mi acuerdo; mas no era de temer esto, pues yo estaba segura de haber adoptado el único partido razonable. El sentimiento de las distancias era tal en aquella época, que no pensé siquiera en la objeción principal: en la inconveniencia de que una mujer tan joven como yo viviera bajo el mismo techo que un hombre de mi edad.

Una sorpresa me esperaba en el castillo: mi doncella y mi cocinero, su marido, se habían marchado, dejando á Dulac, mi mayordomo, el encargo de darme su despedida. Este incidente, que aun la víspera me hubiera contrariado mucho, servía muy bien ahora para mis nuevas disposiciones y demostrábame una vez más la urgencia del caso. Comprendí por el aspecto de Dulac, muy pensativo ante la perspectiva del pesado trabajo que iba á poner á prueba su pereza, que solamente el respeto le retenía á mi servicio; y en su consecuencia díjele que yo iba á establecerme en Blois y que por lo tanto le dejaba libre; pagué su cuenta y despedíle, deseándole buena suerte. Hecho esto, reuní las frioleras que necesitaba, teniendo cuidado de aligerar mi equipaje para no obstruir en demasía los armarios de la granja, y exigí á Pamela que obrase con igual discreción. La buena mujer hubo de contentarse con rellenar sus bolsillos y el pequeño saco de que se había provisto. Yo tenía empeño en marchar sin entorpecimiento alguno, como quien va á dar un paseo; cerré todos los muebles, puse las llaves en mi limosnero y salí sin sentimiento de aquella morada donde mi vida había sido tranquila, pero fría, de aquel parque cuyos árboles y flores no dejaban en mi alma ningún recuerdo de ternura.

Hacía una de esas hermosas heladas que reavivan la sangre y el espíritu. En el umbral de la puerta, una rosa de Navidad que acababa de abrirse me pareció un feliz presagio, y cuanto más andaba más se perdía en el pasado el recuerdo de mi vida de castellana. Ya no era yo Aurora, sino Clarita, y el presente me poseía por completo. La vida en la granja se me representaba con risueños colores. ¡Es tan poderoso para la juventud el atractivo de la novedad, que hasta poetizaba mi repentina miseria, embelleciendo mi destierro! Había motivado mi decisión mucho más que el temor al peligro.

Simón me esperaba y dióme la bienvenida graciosamente; se había despojado de su ropa diaria para ponerse la de los días de fiesta, y llevaba zuecos nuevos. Me introdujo en una vasta habitación, con buena luz y muy aseada, con techo de vigas y una chimenea colosal. Al primer golpe de vista observé con mucha satisfacción que allí no había arañas, pues la perspectiva de tener por compañía á esos horribles insectos había sido lo único que me preocupaba desde que adopté mi resolución.

El aposento de Pamela se comunicaba con el mío, y la solterona se había instalado ya y corría de un lado á otro como un ratón. Mientras arreglaba sus cosas trabé conocimiento con el pequeño Claudio, muchacho de trece años que me confesó que no había comulgado aún y á quien prometí algunas lecciones de catecismo. Después me presentaron á Cadiche, robusta moza cuya buena voluntad igualaba á su torpeza y á quien infundí desde luego una veneración que rayaba en terror.

Después de un día tan bien ocupado tenía mucho apetito, é hice honor á la sopa de coles, así como al pan caliente y á las castañas asadas. De pie junto á mí, Simón me servía como el mejor gentil hombre de casa y boca; Cadiche iba diez veces cada minuto á lavar los platos á la fuente y el pequeño Claudio había desaparecido. Hacia el fin de la comida vi sobre la mesa una botella de vino rancio que Simón había destapado á mi espalda.

–¡Picarón', exclamé levantando un dedo con ademán de represión, si nos tratas así pronto me arruinarás. No me hagas recurrir demasiado pronto á mi segunda sortija.

–Hacer eso una vez no es sentar la costumbre, y hoy es fiesta, contestó Simón, escanciándome el vino.

Yo no pude hacer menos que apurar mi vaso á su salud, y el joven me dió las gracias con esa sonrisa un poco triste que á veces tenía desde la muerte de su madre. Después, como ya era tarde, me levanté de la mesa para dejarle cenar á su vez.

Al acostarme no reconocí las gruesas sábanas que había visto en mi lecho dos horas antes, y pregunté á mi aya la causa de esta sustitución.

–¿Cree usted, me contestó, que yo consentiría en exponer su delicada piel al rudo contacto del lienzo de cáñamo? He recordado que la ropa de la última lejía se hallaba aún en el pabellón chino, y envié á Claudio á buscar sus sábanas.

Al oir estas palabras me incomodé mucho.

–¡Eso es, exclamé, todas mis comodidades, como en país conquistado! Esto no vale nada, Pamela; la dispenso porque es la primera vez y le falta la costumbre; mas creo que será la última. Yo no soy aquí más que una alojada, y es preciso no olvidarlo. La buena educación, de la cual me preciaría ante todo en casa de un príncipe de la sangre que me recibiera sin imponerme ninguna traba, debo tenerla aquí más aún respecto á un hombre cuyo único guía es su buen corazón y cuyo único estímulo es mi bondad. Si á usted le falta alguna cosa, yo se la proporcionaré; pero en cuanto á mí, de aquí en lo sucesivo déjeme á mí sola cuidarme de mi propio bienestar.

La canonesa lloriqueó, pareciéndole yo muy severa; pero tuvo mis palabras por órdenes, y no olvidó más las reglas del buen trato.

Dormí profundamente y no desperté hasta muy entrado el día. Debajo de mi ventana, Simón preparaba el carrito para ir á Blois, donde le era preciso permanecer hasta la noche; hícele una señal amistosa y vile alejarse rápidamente por el camino cubierto de escarcha

(Continuará)

EL TEATRO MODERNO

Es innegable que en la literatura dramática se está verificando desde hace algún tiempo una trascendental revolución, cuyos principios, formulados y desarrollados en las regiones septentrionales de Europa, han ido invadiendo poco á poco los países más apegados á sus tradiciones teatrales. Los antiguos



EL DRAMATURGO NORUEGO ENRIQUE IBSEN

moldes van cediendo paulatinamente su puesto á los moldes nuevos, y aun aquellos teatros que más vida propia tuvieron y más admirables joyas crearon siéntense influídos por esos aires que del Norte llegan, y después de conceder carta de naturaleza á los autores extranjeros, aceptando traducidas sus obras, comienzan á su vez á producirlas originales.

Entre los escritores que han iniciado ó impulsado este movimiento, ocupan lugar principal los cuatro cuyos retratos publicamos en esta página y acerca de los cuales vamos á dar algunos detalles que creemos interesarán á nuestros lectores.

En primera línea se nos aparece Ibsen: admirado con idolatría por unos, censurado y satirizado por



EL DRAMATURGO SUECO STRINBERG

otros, el gran dramaturgo noruego es un espíritu fecundo y elevado, embrollado y confuso, pero potente, que al manifestarse ha producido en el mundo literario un efecto de curiosidad y de interés. Enrique Ibsen cuenta sesenta y cinco años: elegante y meticuloso, coquetón hasta el punto de llevar en el fondo del sombrero un espejito para mirarse en él y ahuecarse desordenadamente su blanca cabellera de profeta, su figura escandinava tiene algo de la rudeza de un viejo lobo de mar. Hombre independiente, dado á la meditación y amante del aislamiento, sustráese á la acción y á los contactos de la vida, y tiene por principio que el hombre más fuerte es el que vive solo. Mancebo de farmacia en sus mocedades, hízose después de la revolución de 1848 polemista, poeta satírico, periodista y director de teatro, hasta que tras una existencia de luchas políticas y literarias y después de haber compuesto una porción de dramas históricos ajustados á los cánones tradicionales, inauguró la serie de obras originalísimas que le han dado tanta gloria. Disgustado con sus compañeros, vivió en Roma primero y luego en Alemania, en donde el duque de Sajonia Meiningen hizo representar en su teatro particular sus dramas, que no eran acep-



EL DRAMATURGO ALEMÁN GERARDO HAUPTMANN

tados todavía en su propia patria, á la que no regresó hasta hace muy pocos años.

Tarea en extremo difícil es la de describir en pocas palabras la fisonomía intelectual de Ibsen, fisonomía compleja, constituída por elementos noruegos y filosóficos que adolecen de cierta vaguedad. Su teatro en nada se parece al que estamos acostumbrados á ver; es esencialmente intelectual y humano, altamente inspirado, poético y familiar en sus detalles. La evolución ordinaria de la intriga está en él reemplazada por la marcha ascendente de una idea, siendo cada una de sus obras un drama de conciencia: una casualidad hace brotar en el espíritu del protagonista la sospecha de una verdad nueva de la que hasta entonces no tenía noción alguna; poco á poco esta verdad toma cuerpo, se impone, penetra como un rayo de luz en el alma de aquél, haciéndole ver al mundo bajo un nuevo aspecto, que á modo de revelación surge, y entonces prodúcese el choque trágico entre el ideal nuevo y el mundo viejo, y ofreciéndose éste como una mentira, una ilusión, encuéntrase el héroe en él como sér de otra especie, aislado, perdido en una tierra hostil y extraña, viéndose obligado á comenzar nuevamente la vida, como la Nora de *Casa de muñecas*, ó á matarse, como la Eduvigis de *El pato silvestre*.

Este lado idealista del teatro de Ibsen, esta investigación implacable de las verdades y bellezas absolutas del alma, coexiste, por un contraste obligado, con un lado realista de observación y de estudio de costumbres: por esto en Ibsen, al propio tiempo que un ideal lleno de angustias, de vertiginosos conflictos, encontramos un mundo familiar, personajes de la vida real, caracteres de segundo término á quienes el ideal del poeta asusta porque les perturba en su rutinaria existencia: pobres hormigas que se arrastran por la tierra, siéntense deslumbradas por aquel foco de luz que de las altas regiones desciende.

Si Ibsen es el más conocido de los dramaturgos escandinavos, Bjornstern-Bjornson es sin disputa el más grande: «Nombrar á Bjornson – ha dicho Brandes, el historiador de aquella literatura – vale tanto como desplegar la bandera de Noruega.» Ha creado obras maestras en todos los géneros: sus narraciones de aldea son pinturas exquisitas de costumbres y de lugares; sus poemas, cuadros imponentes con grandiosas figuras, y sus dramas modernos reflejan la verdad, la vida, con tanta sencillez como meticulosidad. A diferencia de Ibsen, Bjornson es una inteligencia equilibrada, serena, que juzga con calma y con seguridad obra. Su drama *Una quiebra,* escrito hace veinte años, reproduce escenas que son de todos los días y de todos los tiempos: en él vemos á la familia del comerciante Tjalde vivir una existencia de agitación y lujo, para luego sumirse de repente en la ruina; Tjalde, con la audacia y con la mentira procura ocultar una situación que se ha hecho ya desastrosa, mas no logra su objeto y se ve obligado á declararse en quiebra. El día de la desgracia las hijas echan en cara al padre las humillaciones á que se verán expuestas, la madre implora de ellas un poco de conmiseración para el desdichado, y el culpable asiste á esta escena lívido, tembloroso, sin poder pronunciar una palabra. Luego viene la rehabilitación del anciano comerciante, que trabajando sobre bases sólidas reconquista una modesta posición y una felicidad completa. Otras veces se nos presenta Bjornson poseído de un misticismo hasta cierto punto basto, como en *Por encima de las fuerzas humanas,* cuyas



EL DRAMATURGO NORUEGO BJORNSTER-BJORNSON

tendencias son hacernos creer en la realidad de los milagros, algunos de los cuales se verifican en la escena ni más ni menos que en las comedias de magia. Pero de todos modos, su teatro moderno es una pintura fiel de la realidad, que se impone por sus indiscutibles bellezas.

Gerardo Hauptmann es uno de los más potentes dramaturgos modernos: influído sin duda por Ibsen, sigue sus huellas, pero con personalidad propia, y si sus *Almas solitarias* tiene algunas reminiscencias de *Rormersholm,* justo es decir que el joven autor alemán ha ido más allá que el anciano escritor noruego, y al problema que éste deja sin resolver hale dado aquél una solución á su modo, buscando en sí mismo y en la vida el ambiente, los caracteres y los personajes de su drama. La potencia de éste arranca, no de la sucesión de los hechos, sino de un contraste finísimo, apenas perceptible, de sentimientos: es obra de más poesía que verdad, pero de una poesía que no surge de una mente aislada ó de una fantasía sobrexcitada, sino que nace de la realidad y de ella se aleja por gradaciones sucesivas. Este sentimiento poético lo encontramos en su más alto grado de expresión en la obra maestra de Hauptmann, *La a*[illegible]*ción de Hannele Mattern*. En cambio en *Los tejedor*[illegible] se nos muestra el apóstol de la idea socialista, el adepto de la escuela que, preocupada de los conflictos sociales, los lleva al teatro, los presenta en forma real y conmovedora, para que hablen tanto á la inteligencia cuanto al corazón, y señala á las clases pudientes el peligro que las amenaza, para que prevenidas de él se aperciban á remediar los males que la desigualdad ha engendrado, antes de que la violencia consiga lo que el buen acuerdo puede todavía lograr.

Strinberg es sueco; en su agitada existencia ha sido sucesivamente maestro de escuela, actor, telegrafista,

pintor, predicador, bibliotecario, etc.; ha escrito novelas satíricas y filosóficas y quiere escribir tratados científicos. Su vida ofrece algo de contradictorio, de disonante, que se revela en su mismo carácter: después de haber sido romántico, naturalista, socialista y utilitario parece haber llegado, merced á la influencia del alemán Nietzche, á una especie de aristocracia intelectual, á un desprecio de la humanidad mediocre, de la muchedumbre opresora, presentándose sobre todo y á pesar de todo como un espíritu tenazmente positivo y empedernido contradictor, lleno de rebeldías y de cólera, y principalmente en sus dramas, que ha titulado tragedias, como enemigo encarnizado de la mujer, caso psicológico curioso que explican en parte los disgustos de su vida personal, expuestos en su libro *Alegato de un loco.*

Strinberg nada tiene de místico: espíritu positivo, naturalista por su observación y por sus procedimientos, reproduce la vida real ahondando los caracteres con una especie de ferocidad. Es, además, un hombre científico: versado en muchas ciencias, uno de sus méritos y originalidades es hacer de ellas literatura. Este espíritu positivo y científico le ha inducido á tratar en el teatro á sus personajes como piezas de laboratorio, y el amor de la sensación intensa le ha llevado á crear y á estudiar preferentemente á seres desequilibrados, de mentalidad aguda y mórbida que se trastorna hasta llegar á la enfermedad y á la locura. Sus dramas no tienen la elevada serenidad de los de Ibsen; en la mayoría de ellos, sus héroes son enfermos: su *Señorita Julia* es una joven noble que en un momento de extravío se entrega locamente á un criado de su padre y que luego se mata sugestionada por aquel hombre que la ha deshonrado; en *Los acreedores*, el enfermo es el amante inquieto é irresoluto que se deja envolver y domar por el implacable marido, el cual se cobra en forma de venganza la trágica deuda de su amor burlado; en *El padre* finalmente, nos presenta á un hombre á quien poco á poco perturban las malas artes de su mujer, que pretende hacerle pasar por loco, y que al recibir el golpe de gracia, cuando su esposa le hace dudar de la legitimidad de su propia hija, acaba por volverse realmente loco de remate.

Esta psicología mórbida, que es el elemento que prevalece en las obras de Strinberg, constituye el interés principal de su teatro, porque es viva, profundamente estudiada, dolorosa y penetrante; pero es al mismo tiempo su parte débil, porque los locos y los enfermos no proyectan á su alrededor ese interés general que en el teatro es necesario y que hace que simpaticemos con la humanidad de los personajes, cosa que, en sentir de Strinberg, es una inferioridad.

El teatro del escritor sueco ofrece otro aspecto más accesible al público, el de la maldad y la bellaquería instintivas de la mujer; idea fija, dominante de Strinberg, que es en él una especie de manía rabiosa: sus mujeres son todas egoístas, embusteras, avaras, envidiosas de la dominación del hombre y enemigas de éste. El dramaturgo, sin embargo, reconoce que sus ataques van sólo dirigidos contra una raza de mujeres, contra las que él llama semi-mujeres ó mujeres hombrunas, que las costumbres suecas engendraron hace algunos años y que están ya en vías de completa desaparición. Esto explica el tono de libelo en que se manifiesta su misoginia. Strinberg, en efecto, tiene toda la acritud de un satírico, y bien se demuestra esto en el prefacio de la *Señorita Julia*, declaración agresiva de principios con acentos de belicoso manifiesto.

Tales son los principales apóstoles del teatro moderno, y lo que acerca de ellos hemos dicho, tomándolo en parte de un notable trabajo publicado en la revista francesa *Le Monde Moderne*, demuestra la fe, el talento y la convicción con que han emprendido la nueva senda en la literatura dramática. Sus nombres y los de otros compañeros suyos, muy ventajosamente conocidos desde hace tiempo en sus respectivas patrias, empiezan á ser populares en los demás países de Europa y América, en cuyos teatros represéntanse sus mejores producciones, que han promovido apasionadas críticas. Esta revolución literaria, como todo lo que viene á destruir algo consagrado por la tradición y por la costumbre, tiene ardientes partidarios é implacables detractores: no entra en nuestro propósito intervenir en el pleito que unos y otros sostienen; pero séanos permitido recordar que los partidarios de Comella pudieron por algún tiempo ahogar el genio de Moratín, y que los mismos que tanto se burlaron del gran Wagner, hoy escuchan su música con deleite y con marcada preferencia sobre las que en días no lejanos constituían para ellos el *non plus ultra* del arte lírico. – X.



Función de tarde, cuadro de Félix Mestres (Salón Parés)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 12 de Agosto de 1895 — Núm. 711

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL DESAYUNO DE LA MUÑECA, cuadro de W. Sprenger

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

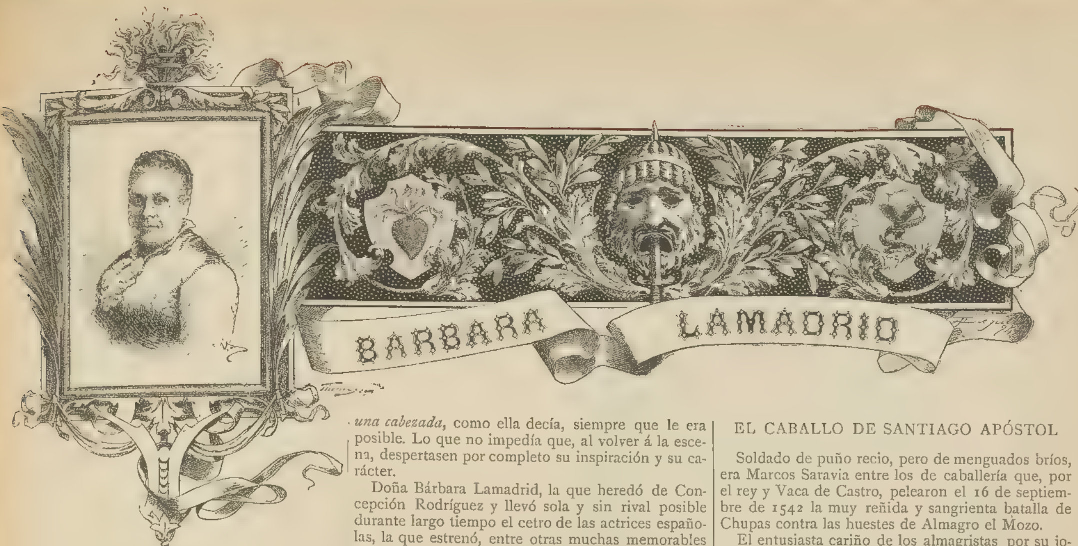
La cuestión de Bélgica. – Grandes agitaciones. – Correlación suya con la cuestión político-religiosa en España. – Observaciones del filósofo Mr. Fouillée acerca del temperamento de los pueblos en fisiología y en psicología. – El temperamento español. – Voluntad española mostrada en la historia moderna y antigua. – Reconciliación del clero español y de los partidos religiosos con la democracia progresiva. – Reflexiones. – Conclusión.

En las pasadas *Murmuraciones europeas* absorbió mi ánimo la cuestión de Bulgaria, y en éstas absorbe mi ánimo la cuestión de Bélgica. Como las relaciones entre los poderes públicos y su protector nato, el czar, traen á mal traer un pueblo del Oriente europeo extremo, las relaciones entre los poderes laicos y su madre Iglesia traen á mal traer un pueblo del centro. Hay que contar mucho con las costumbres y con las creencias, cuando se quiere alterar en algo la correlación del Estado político y civil con el poder eclesiástico. Así hame parecido una temeridad que, teniendo acalladas las creencias en los asuntos religioso-políticos Bélgica, y conformes las costumbres con todo lo legislado, se haya metido el gobierno belga en libro de caballería tan peligroso como el de aumentar la influencia del clero sobre los estatutos de pública enseñanza, y con especialidad de enseñanza primaria. Hoy está de moda en la prensa europea y americana calumniarnos á los españoles, así por lo respectivo á la política como por lo respectivo á la historia nuestras. Filósofos como Fouillée publican libros sobre los temperamentos de las naciones, que merecen ser conocidos y aplicados al estudio de nuestra patria. Y la cuestión de Bélgica, y los juicios de la prensa europea sobre nuestra España, y el precioso libro de Fouillée acerca de los temperamentos que pudiéramos llamar colectivos, hanme determinado á consagrar estas *Murmuraciones* á tres puntos capitales: el carácter fisiológico ó psíquico de la nación; su voluntad en ejercicio activo y constante; las relaciones de su Iglesia con la democracia, tan mejoradas en los últimos tiempos. Así, recordando cuanto hay de duradero en el fondo de nuestra voluntad colectiva, y de inextinguible y perpetuo en la llama de nuestra inteligencia nacional, nos consolaremos de tantas injusticias cual cometen los extraños con nuestra idolatrada patria, y remitiremos al curso del tiempo eterno y al desarrollo de nuestra vida propia los argumentos demostrativos de que tenemos un peculiar espíritu y nunca sufrimos de abatimiento y decadencia. No cabe dudarlo en modo alguno: los naturales de la nación española nunca pierden su complexión heroica. Por esta razón debe decirse y asegurarse que no sabemos los españoles vivir y gobernarnos como sabemos pelear y morir. A este incontrastable impulso guerrero se debe que, ora tengamos una guerra de conquista como la guerra de Africa, ora una guerra de defensa como la guerra de Cuba, el pueblo español esté siempre con su ejército y lo acompaña á todas partes con su alma, como si peleáramos sin excepción los hijos de la patria sumados y estuviéramos presentes al combate. Con el temperamento militar de su complexión fisiológica se une y suma el temperamento religioso de su complexión psíquica. El pueblo español necesita creer en un ideal y amar un ideal. Tuvo durante siglos aquel que le ofreciera su Iglesia, y lo defendió en las más contrarias zonas del planeta, y lo grabó con las más audaces manos de sus descubridores hasta en las estrellas y constelaciones de cielos hallados por su adivinación prodigiosa. Pero no habrá temeridad ninguna en decir que ha peleado por los ideales políticos modernos, ya en pugna con el extranjero como durante la guerra por su independencia, ya en pugna entre sus propios hijos unos con otros, como durante la guerra civil ó las revoluciones, cual no ha peleado, á lo menos con tanta persistencia y duración y porfía, pueblo ninguno del planeta. Comparad lo breve de los períodos revolucionarios en los demás pueblos, hasta en Francia, donde dura el Terror poco tiempo, y los días de julio y de febrero y de septiembre y de marzo, pasando como centellas eléctricas, con los últimos cien años nuestros, que registran lustros de guerras civiles, y decidme si hemos en la edad contemporánea sido mártires ó no de la democracia moderna, como fuéramos en las edades pasadas mártires también de la Iglesia católica. Por eso quizás servimos á la patria mejor en las grandes ocasiones, cuando debemos presentarle holocaustos y sacrificios en luchas cruentísimas, que en el más tranquilo y no menos meritorio trabajo continuo por dirigirla y administrarla bien.

Nuestra nación es una grande nación de fe, y sobre todo y ante todo una grande nación de voluntad. Podrá muchas veces caer en el error, pero cree; podrá muchas veces querer el mal, pero quiere. Y querer no es cosa tan baladí como imaginamos á primera vista; frecuentemente aventaja con creces al pensar. Schopenhaüer murió quejándose de que la raza germánica era muy pensadora y muy crédula; para el arte músico y la ciencia metafísica muy apta; pero poco volente y activa. Y así el empuje de su espíritu en la edad moderna comienza con el dogma luterano de la gracia, fatalismo á la postre, y concluye con el dogma de aquella idea hegeliana, río en perpetuo discurso, sin fuente y sin desagüe, sin principio ni fin, pequeña transformación evolutiva dentro de la cual van arrastrados los seres no se sabe dónde, hasta que todo concluye con el aniquilamiento universal en la nirvana india resucitada por Schopenhaüer mismo, apenado de que á su gente y á su patria le falten acción y voluntad. Nosotros los españoles no caeremos en tamaña neurosis. Así no puede nunca decirse de nuestra patria que pertenece al número de las naciones conocidas por cortesanas de la fortuna próspera y de la victoria material. Había César vencido á Pompeyo, desarmado á Bruto, puesto á Catón en el trance de matarse para preservar de la deshonra su nombre gloriosísimo y ofrecer este holocausto al credo estoico y á la República patriótica; los republicanos andaluces, los últimos republicanos, dieron tamaño susto á César, que al fin de su vida exclamaba éste con dolor: «En todas partes he peleado por la victoria, en Munda por la vida.» Somete á su dominio el segundo César, Augusto, la tierra conocida entonces; vence desde su émulo y cómplice Antonio, hasta los vengadores de Catón, como Casio; arranca la maravillosa lengua de Julio á la tribuna; y mientras todas las gentes se prosternan en su presencia, una tribu de cántabros en el apartamiento de las abruptas montañas que sirven de contrafuerte al Océano inmenso le impiden cerrar el templo de Jano y hacen morder el polvo á las legiones de Agripa. Reconstruye Carlomagno el imperio romano ungido por el Papa, consiguiendo la sumisión de todo el centro de nuestro continente, y un puñado de vascones le aplasta el mayor de sus caudillos bajo los pedruscos de Roncesvalles. Hechiza y encanta con su prestancia y con su arte Francisco I desde los sultanes de Bizancio hasta los papas de Roma, y España disipa tal encanto en Pavía. Parece Napoleón invencible, y la maravilla de Munda contra César se renueva contra él en Bailén. No tiene Bismarck nube ninguna en el cielo de sus triunfos hasta que tropieza en los desarrollos de sus ambiciones con el arrecife de las Carolinas. Así, por nuestra indómita voluntad, hemos representado con Séneca el estoicismo, con Lucano la epopeya del vencido, con los teólogos del Renacimiento la causa del libre albedrío contra la gracia fatalista de Lutero, con Cervantes la protesta de todo lo ideal contra todas las realidades impuras, con Calderón aquella interior actividad que desafía en los infiernos mismos al diablo y le dice cuando quiere forzar el libre albedrío humano: «No fuera libre albedrío si se dejara forzar.»

Y sin embargo, mientras el pueblo liberal español ha contrariado su heroico temperamento inclinándose á los métodos legales, el pueblo realista español, ó esencialmente católico, ha contrariado también su viejo espíritu, inclinándose á las instituciones democráticas. Debe atribuirse la gloria de lo primero, la gloria de haber conseguido un temperamento más jurídico las muchedumbres democráticas al apostolado de los oradores y publicistas demócratas que han difundido la idea y el sentimiento de legalidad, y debe atribuirse la gloria de lo segundo á los oradores y publicistas católicos transigentes que han predicado á las muchedumbres carlistas una conformidad inevitable con las instituciones modernas. Cuando examináis el ardor bélico de las razas del Norte hispánico en sus luchas con la moderna libertad y con los pueblos liberales, advertís seguidamente unos afectos religiosos, por tal manera exaltados, que los llevan á la defensa de su Dios y de su clero como pueda llevar á los árabes el culto hacia su Alá, su Corán, su Mahoma. En estos arranques impetuosos, cuyas intensidades parecen por su ímpetu destinadas á duración breve, y sin embargo duran lustros y más lustros, hállase á la continua una tan grande y activa intervención del clero vasco y navarro que no puede haber paz aquí en los ánimos y en los espíritus como esté desasosegada la Iglesia. Siete años duró la primera guerra civil, del treinta y tres al cuarenta; cinco la segunda, del setenta y uno al setenta y seis: en ambas aparecieron curas cabecillas, armados de trabucos, manteniendo con la matanza el culto al Dios del Evangelio. Nunca se justificó, nunca, como en estos caudillos la célebre frase dicha por Vinent respecto de los curas guerreros, mandados por Cristo á ser cual ovejas entre lobos y siendo cual lobos entre ovejas. Contra la calamidad de los curas batalladores á lo Edad media, sólo había un recurso: la directa intervención del Papa moviéndoles á la paz evangélica y disuadiéndolos de turbarla con un vuelco del infierno sobre la tierra tan patente como las guerras civiles. El imprescindible deber que teníamos los republicanos históricos de conjurar esta calamidad, nos condujo á entendernos con Pío IX el año 73, pidiéndole un *modus vivendi*, cuyos cánones nos permitieron proveer á la ocupación de los episcopados vacantes, sin mengua ninguna de la libertad religiosa ó científica, y menos aún de los derechos eminentes que recabara el Estado sobre las escuelas y universidades, desasidas de la inspección del clero, y sobre la familia misma, regulada por los principios laicos que supone la existencia en un pueblo del matrimonio civil. Roma escuchó estas proposiciones y las tuvo por aceptables, echando en aquel nombramiento de obispos las bases firmes sobre que había de levantarse una Iglesia reconciliada con el Estado. Vino la Restauración, así contra la República nuestra como contra la guerra civil carlista, y se puso á continuar el movimiento de reconciliación entre los gobiernos parlamentarios y los clérigos españoles un orador inspiradísimo, valiéndose de algunas muy elocuentes exageraciones en su lenguaje, pero guardando en su proceder y en su conducta verdadera prudencia. Nosotros, que combatimos con dureza y esfuerzo al Sr. Pidal, por creerlo en vías de asaltar los derechos intelectuales tan preciosos, la libertad religiosa y de enseñanza, por cuyo triunfo combatiéramos y porfiáramos en tales y tantos empeños, debemos reconocer, al cabo, inconmovibles á nuestros principios democráticos mezclados por medio de las costumbres á nuestra vida racional, como prestaron él y cuantos dividieron y separaron la Iglesia española de Don Carlos VII un servicio eminentísimo é inolvidable á la patria. Bien es verdad que remató y coronó la obra del apaciguamiento de la Iglesia española, comenzada por la República en los meses últimos del 73, un hombre divino, el gran Pontífice León XIII, con esa previsión de pensador profundo y ese tacto de político perfecto que le han permitido, sin perder un átomo de la tradición ortodoxa, reconciliar la Iglesia con la libertad, como en los tiempos gloriosos de la liga lombarda y de las ciudades italianas. Mucho hiciera por Francia en este sentido, estableciendo una grande cordialidad de relaciones entre la República parlamentaria y su altísima Sede contra las resistencias opuestas á ello y á él por quienes se creen sus hijos más fieles y sus devotos más ardientes; pero mayor servicio nos ha prestado á nosotros intimando relaciones entre la Monarquía democrática y su Sede, pues podrán gozar toda cuanta influencia se quiera los clérigos en la suerte política de Francia y podrán promover tristes retrogradaciones como la promovida un día contra Thiers y otro día contra Simón; pero jamás tuvieron en las guerras civiles después de la Vendée los clérigos franceses el nefasto influjo ejercido desde la fundación del bando calificado con el apodo de apostólico, desde comienzos del siglo expirante, por la clerecía española en las guerras civiles. Así la reconciliación entre la Iglesia tradicional nuestra y el moderno estado democrático, comenzada por el último gobierno republicano y concluída por el advenimiento de León XIII, ha pacificado el clero y reconciliádolo con la moderna sociedad. Y así como la pacificación del pueblo por los apóstoles demócratas ha fundado la paz, la pacificación del clero por León XIII y los obispos fieles á sus ideas ha robustecido la libertad. Y ahora pregunto yo si un pueblo capaz en su política de reconciliar la Iglesia católica con el Estado democrático y en sus empeños ó esfuerzos de mandar á Cuba setenta mil soldados, héroes y mártires al mismo tiempo, debe creerse aquejado en su salud y robustez de una indolencia irremediable, como dicen aquellos que ignoran su índole y olvidan su historia. Confiemos en Dios, en la libertad, en la patria.

San Sebastián, 6 de Agosto de 1895



SEMBLANZA

Octogenaria y ciega murió no hace aún dos años; pero hacía ya algunos que había muerto para el arte escénico que tantó honró. Sólo que su retirada del teatro fué voluntaria y antes de que la decadencia física se la impusiera. Y hasta en esto obró como verdadera gran artista, no dando lugar, cual otros caracteres débiles suelen hacerlo, á vivir ante el público de la gratitud del recuerdo, tolerados y compadecidos por lo que fueron.

Quiso y supo ser la estrella que desaparece en la plenitud de su brillo, y no la luz que, falta paulatinamente de alimento, se va apagando en presencia de los que también van dejando lentamente de admirarla.

Fué este un rasgo importante de su noble y puro carácter, como otros muchos, de entre los cuales podemos citar y consignar hoy los que hemos tenido la suerte de adquirir recientemente.

Uno entre todos, que á recordar vamos, basta por sí solo para hacer el panegírico de la mujer amante, honrada, misericordiosa y de firmísima voluntad; y fué á saber:

El ilustre compañero y esposo de doña Bárbara, el inolvidable Salas, gloria de nuestra escena líriconacional, llegó á tener un día interés grande, acendrado y paternal por cierto huérfano de pocos años, cuyo único protector era en el mundo. Doña Bárbara lo supo por confesión sincera del propio esposo, y aunque su corazón decidió en el acto ser á su vez la madre cariñosa del desvalido, nada dijo por el momento, y aguardó el día señalado por su ternura para realizar su noble proyecto. Y este día fué el del santo de su marido, el día de los gratos regalos de familia.

Cuando llegó este día, y vinieron á casa del zarzuelista insigne los deudos y los amigos con sus presentes, el de su esposa no llegó en toda la jornada, con grande, aunque callada sorpresa del felicitado. Sonó empero la vespertina hora usual de la comida, y cuando familia y convidados entraron en el comedor, hallaron ya en él á la dueña de la casa sentada á la mesa y teniendo á su lado á un bello niño. Este niño era el huérfano caro á D. Francisco, y el *regalo* que en sus días le hacía su cristiana, amorosa compañera.

Aquel niño fué querido, cuidado y educado por doña Bárbara como el suyo propio; siguió la carrera de medicina, y su muerte á los veinte años, cuando por sus notables cualidades y poco común inteligencia prometía un porvenir lisonjero, deparó uno de los mayores dolores de la vida á su admirable y admirada madre adoptiva.

Era doña Bárbara una mujer modestísima, como todas las que son buenas de verdad. Y su modestia orgánica, por decirlo así, trascendía, cosa extraña y desusada, á su vida artística.

Un testigo presencial de algunos de sus numerosos y tan grandes como merecidos éxitos teatrales nos ha afirmado que no la vió nunca apresurarse en los entreactos á recibir en su vestuario admiradores y plácemes. Esperaba el aviso de su nueva salida encerrada en su cuarto, procurando y gozando un descanso que amaba hasta el exceso, hasta el exceso de *dar una cabezada*, como ella decía, siempre que le era posible. Lo que no impedía que, al volver á la escena, despertasen por completo su inspiración y su carácter.

Doña Bárbara Lamadrid, la que heredó de Concepción Rodríguez y llevó sola y sin rival posible durante largo tiempo el cetro de las actrices españolas, la que estrenó, entre otras muchas memorables ó imperecederas obras, *El Trovador* y *El Tenorio*, ganaba en estos tiempos de su cenit artístico el sueldo de *¡noventa y cinco* reales diarios! Bueno es recordar este verídico detalle hoy que, la civilización y el arte andando al parecer, vemos á nuestros teatros poblados y plagados de tanta medianía con sueldo de capitán general. En aquellos tiempos hubieran todas ellas ganado cuatro ó cinco pesetas diarias, sin chistar.

Dos únicos recuerdos de la eximia artista guardamos en nuestra memoria, nosotros que hemos tenido la desgracia de no pertenecer á la generación que asistió á sus creaciones geniales, sino á la que iba á pedir de vez en cuando su reaparición momentánea y su valioso concurso para alguna representación extraordinaria, conmemorativa ó benéfica: llamamientos á que siempre accedía con amable entusiasmo la señora correctísima, la artista perdurable.

Se dió en el teatro de la Comedia una función en honor y memoria del malogrado y nunca olvidado Rafael Calvo. Debían salir al palco escénico nuestros mejores actores, unos á leer poesías, otros á colocar coronas junto al retrato del celebrado actor. Doña Bárbara, que, ya casi ciega, asistía al acto desde las butacas, acompañada de su no menos ilustre hermana Teodora, fué invitada á subir también al escenario para actuar con sus compañeros dolientes, y aceptó sin vacilar. Salió, en efecto, con el inseguro paso que su progresiva ceguera le exigía; puso su corona á los pies del caballete que sostenía el cuadro, y luego, en vez de retirarse, se adelantó valerosa hacia los espectadores, y en breves y sentidas frases se excusó de no haber podido leer nada. «Mis cansados ojos, dijo, han negado este honor á mi voluntad.» Y una salva atronadora de aplausos contestó á la ilustre anciana.

Para otra función benéfica se representó en el mismo teatro *El sí de las niñas*, de Moratín, una de las obras maestras de doña Bárbara, la única en que nosotros pudimos formar verdadera idea propia de aquel superior mérito de la actriz, en que hasta entonces sólo habíamos creído por referencia. Grabado en nuestra memoria, para vivir en ella cuanto ella dure, quedó allí el recuerdo de aquella gigantesca y magistral interpretación de una de las figuras más típicas y difíciles de nuestro gran cómico. No se ha hecho, ni se hará nunca nada mejor que aquel papel de madre bachillera, interesada y despótica de las postrimerías del antiguo régimen. ¡Qué modo de sentir y de hablar y de identificarse con su fingido personaje! ¡Qué deliciosa manera de imponer el religioso silencio de la admiración á todo un público, que casi no se atrevía á aplaudir para no perder una palabra sola! ¡Qué demostración tan completa y tan conmovedora de un gran talento!

Pensando siempre en esta su obra preferida, pasó doña Bárbara el breve resto de su vida; y cuando, ya en sus últimos días, ciega del todo, flaqueaba su cerebro, no expresaba otro deseo que el de no acabar de morirse sin volver á hacer *El sí de las niñas*. «Que me lleven, decía, y que me sienten en la escena, y haré mi papel sentada, y el público me oirá, y yo le oiré, ya que no puedo verle!» En este postrer delirio está compendiada aquel alma tan artista, tan recta y tan pura.

S. López Guijarro

EL CABALLO DE SANTIAGO APÓSTOL

Soldado de puño recio, pero de menguados bríos, era Marcos Saravia entre los de caballería que, por el rey y Vaca de Castro, pelearon el 16 de septiembre de 1542 la muy reñida y sangrienta batalla de Chupas contra las huestes de Almagro el Mozo.

El entusiasta cariño de los almagristas por su joven caudillo, así como la reputación de esforzados y mañeros que disfrutaban, por hallarse entre ellos muchos hombres de gran experiencia en cosas de guerra y milicia, como que eran la flor y nata de los conquistadores que con Pizarro vinieron al Perú, hacía que los realistas anduviesen la víspera de la batalla nada confiados en la victoria.

A Marcos Saravia no le cuajaba de miedo la saliva en la boca, y en la primera arremetida, que fué de hacer castañetear dientes y muelas, se vió en tan serio peligro que hizo formal promesa al apóstol Santiago de regalarle su caballo, si con vida libraba de la batalla.

En aquellos tiempos el gobierno no proveía al soldado de caballo, montura ni arreos. Estos eran propiedad del jinete, y el tesoro le pagaba, para manutención de la cabalgadura, la mitad de la soldada.

Item los caballos eran escasos y carísimos. El zancarrón más humilde valía mil pesos, y ningún capitán ó persona de fuste montaba caballo que no estuviese valorizado en tres ó cuatro mil duros.

El santo atendió las preces del cuitado Marcos, sacándolo de la zinguizarra sin golpe ni rasguño.

Llegó, pues, la de pagar, y cuando al día siguiente entraron los vencedores en Guamanga, fué nuestro hombre á visitar y dar gracias al apóstol Santiago, que de gorda lo librara. Pero hacíasele muy cuesta arriba eso de quedarse convertido en infante.

Descabalgó en la puerta de la iglesia, y arrodillándose ante la efigie del patrón de España, dijo:

—Santo mío, vos no habéis menester de caballo, sino de su precio.

Y sacó de la escarcela, en doblillas de oro, cuatrocientos pesos que puso sobre el altar, añadiendo:

—Estamos en paz, patrón, que soy buen pagador.

Pero Santiago apóstol no lo tuvo por tal, sino por tramposo y redomado. Lo menos que valía el jamelgo era doble suma, y era mucha bellaquería venirle con regateos á santo batallador y tan entendido en materia ecuestre, como que nadie lo ha visto pintado á pie, sino sobre arrogantísimo corcel y con mandoble ó bandera en mano.

Salido de la iglesia, apoyóse Marcos en el estribo y cabalgó; pero el demonche del animal, rebelde á freno, espuela y azote, se encaprichó en no dar paso. El caballo había sido siempre manso de genio, nada corveteador ni empacón, y por primera vez en su vida revelaba insubordinación y terquedad. Aquello no podía ser sino obra de influencia beatífica.

Aburrido Saravia, apeóse, regresó al altar y le dijo al santo:

—¡Ah, picaronazo! No hay quien te la juegue.

Y puso sobre el altar cantidad de doblillas igual á la que antes dejara. Suma redonda, ochocientos duretes.

Cabalgó nuevamente, y el dócil animal siguió, con su habitual paso llano, camino de la posada.

Marcos Saravia volvió el rostro hacia la iglesia, murmurando entre dientes y como quien reza:

Santiago, patrón de España,
no eres santo de cucaña
ni de paja.
Accedes á hacer favores;
mas tus caballos peores
nos los vendes sin rebaja.

Ricardo Palma



Ultimos días de Napoleón, copia de la estatua de Vela que se conserva en el Museo de Versailles

NAPOLEÓN I

Escribir la biografía detallada de Napoleón equivale á trazar la historia de Europa en las postrimerías del pasado siglo y en los primeros años del presente. Renunciamos, por lo mismo, desde luego á tal tarea, impropia de las columnas de La Ilustración



La casaca de Napoleón cuando era primer cónsul
(Colección de S. A. I. el príncipe Víctor Napoleón)

Artística, y al conmemorar hoy en ellas la fecha del natalicio del emperador ilustre, nos limitaremos á citar á grandes rasgos los principales hechos de su existencia y á exponer algunas consideraciones acerca de sus actos y de su carácter tan discutidos.

Napoleón nació en Ajaccio en 15 de agosto de 1769, de familia ilustre oriunda de Italia; entró en 1779 en la Escuela militar de Brienne, y por sus talentos mereció ser destinado á la de París en 1784, siendo admitido en la compañía de cadetes nobles. Al año siguiente, poco después de muerto su padre, pasó como segundo teniente á la compañía de bombarderos, de guarnición en Valence, y con su regimiento fué á sofocar en 1786 una sublevación en Lyón. Por aquel entonces defendió con entusiasmo en Córcega, en donde estuvo varias veces en uso de licencia, los principios de la Revolución, y se hizo nombrar, siendo ya primer teniente, comandante del segundo batallón de voluntarios nacionales.

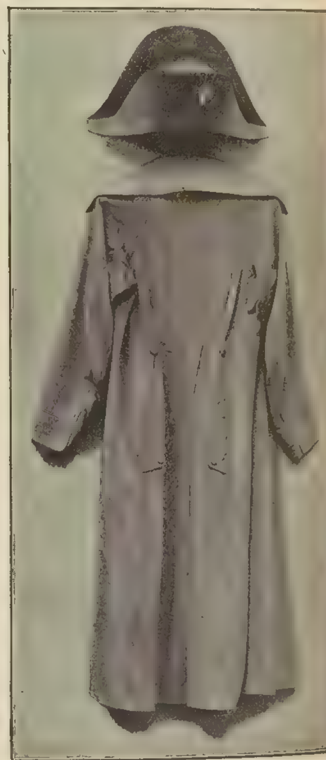
La guerra civil que Paoli encendió en Córcega obligóle á abandonar con su familia la isla, yendo á establecerse en Niza primero, cerca de Tolón luego y finalmente en Marsella. Nombrado capitán de artillería volvió á Niza, prestó importantes servicios en la campaña contra los confederados del Mediodía (1793), tomó parte principal en la toma de Tolón, como comandante de la artillería del sitio y autor del plan gracias al cual se obtuvo aquella victoria, y fué por estos hechos ascendido á general de brigada (1794), confiándole además el mando de la artillería del ejército de Italia, que, gracias á sus planes, consiguió brillantes triunfos sobre los austriacos. A pesar de esto, la dirección de la guerra, confiada á Aubry, dióle el retiro como general de artillería por considerarle demasiado joven para este cargo, ofreciéndole el mando de una brigada de infantería del ejército del Oeste, que Napoleón no aceptó.

El Comité de Salud pública agrególe entonces á la dirección de mapas y planos de la oficina topográfica, puesto en el cual prestó importantísimos servicios; mas aquel empleo sedentario no satisfacía á Napoleón, que pidió ser enviado en comisión á Turquía, á lo que se negó el comité para no verse privado de un oficial tan distinguido. Su comportamiento defendiendo á la Convención contra los insurrectos de París (13 de vendimiario de 1795) le valió el ascenso á general de división y el mando del ejército del interior.

En marzo de 1796 casóse con Josefina Tascher de la Pagerie, viuda del general de Beauharnais, y á los pocos días fué á ponerse al frente del ejército de Italia, del que había sido nombrado general en jefe. Su espíritu organizador restableció el orden en aquellas tropas, desprovistas de todo, inferiores en número á las del enemigo y colocadas en desventajosas situaciones, y con ellas realizó las más prodigiosas campañas y ganó las más gloriosas victorias que tuvieron por remate la paz de Campo-Formio.

A los pocos meses de haber regresado á París, en donde fué acogido con el mayor entusiasmo, es decir, en mayo de 1798, partió para Egipto: la toma de Alejandría y el Cairo, el sitio de San Juan de Acre y las batallas de las Pirámides, de Nazareth, del monte Tabor y de Abukir fueron los principales hechos de armas de aquella expedición, memorable también desde el punto de vista de la ciencia por haber fundado Napoleón durante la misma el Instituto de Egipto (agosto de 1798), al cual se debe el descubrimiento de la historia y de las riquezas científicas del antiguo imperio de los Faraones.

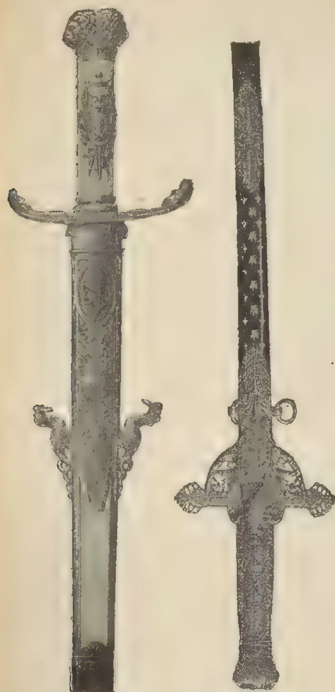
Noticioso de la triste situación en que por aquellos días se encontraba Francia, abandonó á Egipto, llegó á París en octubre de 1799, y empujado por la opinión pública y por los mismos partidarios de la revolución dió el golpe de Estado del 18 brumario (9 de noviembre), que reemplazó el Directorio con un gobierno provisional de tres cónsules, uno de los cuales fué el propio Bonaparte. Aceptada por el pueblo francés la Constitución del año VIII, Bonaparte



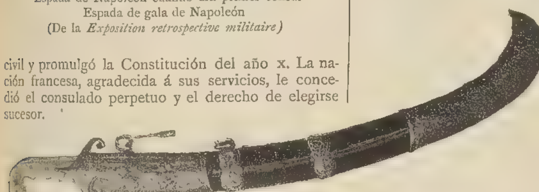
El redingote gris y el sombrero de Napoleón
(Colección de S. A. I. el príncipe Víctor Napoleón)

fué nombrado primer cónsul por diez años, con Cambaceres y Lebrún por colegas, restableciendo el orden en la administración, en la magistratura y en la hacienda, conseguido lo cual hizo frente á los peligros exteriores, alcanzando nuevos laureles en Italia y conquistando en aquella península nuevos territorios por la paz de Luneville (9 de febrero de 1801).

Después de la paz de Amiéns firmada con Inglaterra, Bonaparte, á pesar de la oposición de los revolucionarios, logró ver adoptado y publicado en 8 de abril de 1802 el concordato, lazo de unión entre las tradiciones antiguas y el nuevo orden de cosas, instituyó la orden militar y civil de la Legión de Honor, impulsó los trabajos para la elaboración del Código


Espada de Napoleón cuando era primer cónsul
Espada de gala de Napoleón
(De la *Exposition retrospective militaire*)

civil y promulgó la Constitución del año x. La nación francesa, agradecida á sus servicios, le concedió el consulado perpetuo y el derecho de elegirse sucesor.


Sable que llevaba Napoleón durante la campaña de Egipto y que actualmente posee el príncipe Joaquín Murat. (De la *Exposition retrospective militaire)*

Rota la paz de Amiéns por Inglaterra, comenzó la gigantesca lucha del imperio francés contra la Europa coligada, que había de durar catorce años, y que después de las más varias alternativas había de acabar por el derrumbamiento del Estado napoleónico.


Silla en que trabajaba Napoleón en Santa Elena
(Colección de S. A. I. el príncipe Víctor Napoleón)

En el momento en que iba á empeñarse la guerra, Bonaparte fué elegido emperador hereditario de los franceses con el nombre de Napoleón I (18 de mayo de 1804).

Apenas organizado su nuevo gobierno, formóse en contra suya la llamada coalición de 1805: Austria fué la primera en levantarse en armas; pero antes de que recibiera los auxilios de Rusia, Napoleón se trasladó al Rhin, y después de varias brillantes victorias parciales alcanzó en Austerlitz uno de los más grandes triunfos de su historia, que trajo consigo el tratado de Pressburgo (21 de diciembre de 1805). Al poco tiempo una nueva coalición obligó al emperador á volver á Alemania, realizando una gloriosa campaña que después de las batallas de Jena, Eylau y Friedland terminó con la paz de Tilsitt (1807).

Al año siguiente las tropas francesas penetraron en España, cuyo trono, por abdicación de Carlos IV y de su hijo Fernando, pasó á manos de Napoleón, quien lo dió á su hermano José. Ocioso nos parece relatar el curso de aquella guerra en que nuestras armas cubriéronse de gloria, venciendo al coloso que hasta entonces no había encontrado obstáculo en su triunfal carrera.

En 1809 formóse contra Francia la quinta coalición, que fué vencida como las otras y terminó con la paz de Viena, á la cual siguió muy pronto la cautividad de Pío VII, hecho prisionero por Napoleón, irritado por la excomunión que contra él había lanzado el Pontífice. En el mismo año, razones de Estado obligaron al emperador á divorciarse de Josefina y á casarse con la archiduquesa María Luisa de Austria, de la que tuvo al cabo de un año un hijo que recibió el título de rey de Roma.

Algún tiempo después (1812) comenzó nueva guerra contra Rusia; mas allí la fortuna no fué propicia á las armas napoleónicas, que hubieron de emprender la terrible retirada tan conocida en la historia, y durante la cual Napoleón hubo de confiar el resto de sus ejércitos á Murat para volver precipitadamente á Francia, de donde había recibido fatales nuevas. Llegado á París á fines de aquel año, organizó un nuevo ejército, marchó al Rhin, batió á la coalición en Lutzen, Bautzen y Wurschen, y firmó la convención de Plesswitz (5 de junio de 1813). No se dieron por vencidos sus enemigos, que habían recibido el refuerzo del Austria y que aprovechando las intencionadas dilaciones del Congreso de Praga habían logrado reunir un ejército formidable: formada la séptima coalición, los franceses, á pesar de las victorias de Dresde y de Hanau, hubieron de retirarse de Alemania y regresar á París, en donde Napoleón organizó rápidamente nuevas fuerzas. Sabedor de que los aliados habían pasado el Rhin, abandonó la capital y comenzó una de sus más admirables campañas; pero la rendición de París y la defección de sus propios oficiales malogró sus esfuerzos, viéndose al fin obligado á abdicar la corona en Fontainebleau en 14 de abril de 1814 y á retirarse á la isla de Elba, cuya soberanía le había sido concedida por las potencias vencedoras.

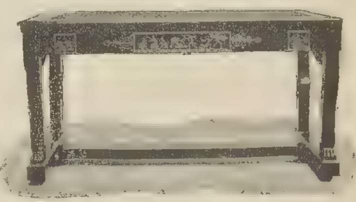
No había transcurrido aún un año de esto cuando Napoleón reapareció en Francia, y después de una marcha triunfante llegó á París en 20 de mayo de 1815, poniendo en fuga á Luis XVIII y comenzando el reinado llamado de los *Cien días*, al que puso término el desastre de Waterloo.

Confinado como prisionero de la coalición en Santa Elena, contrajo allí una larga y dolorosa enfermedad, de la que falleció el día 5 de mayo de 1821, rodeado sólo de algunos amigos y fieles servidores.

Pocas personalidades ha habido en la historia tan discutidas como Napoleón I, y nos atrevemos á decir que casi ninguna ha sido objeto de mayor idolatría y al propio tiempo de más apasionados ataques. Quiénes le consideran como un sér superior á todos los demás, adornado de todas las virtudes; quiénes como un monstruo infame en quien encarnaron todos los vicios y defectos. Difícil en extremo es orientarse en medio de los pareceres opuestos de los historiadores que desde distintos puntos de vista estudian la figura del emperador, buscando cada uno testimonios en las fuentes más favorables á sus respectivos criterios; pero bien estudiados los actos de su vida y analizadas con imparcialidad las circunstancias en que ésta se desenvolviera, adquiérese el convencimiento de que los detractores de Napoleón han estado sobradamente apasionados en sus durísimas censuras, más apasionados indudablemente que los panegiristas en sus desmedidas alabanzas.

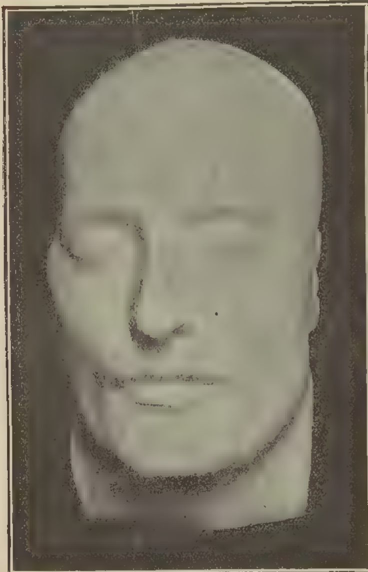
Hase tachado á Napoleón de inhumano para con sus hermanos, y basta recordar lo que por todos y cada uno de éstos hizo para ver cuán injusta es la acusación que en este concepto se lanza contra él. A su hermano José hízole nombrar embajador en Roma en 1797, ofrecióle la presidencia de la república romana, nombróle gran elector y alteza imperial, cargos por aquél no aceptados, y puso en sus sienes la corona de Nápoles primero y la de España después. Para su hermano Luciano, de cuya educación se encargó, obtuvo el nombramiento de comisario de guerra en los ejércitos de Alemania y del Norte, nombróle ministro del Interior apenas fué primer cónsul, y embajador en Portugal cuando obligado por el ejército hubo de separarle del ministerio que explotaba para enriquecerse; hízole gran oficial de la Legión de Honor, dióle la senaduría de Popelsdorf, que valía 30.000 libras de renta, y estando en Santa Elena pobre y abatido, olvidó los agravios inmensos que de Luciano recibiera, y aun halló, en medio de su escasez de recursos, manera de enviarle 200.000 francos que éste, en aquel entonces mucho más rico que Napoleón, le pedía con insistencia. Tomó á su cargo, cuando sólo era segundo teniente y no contaba más que con su sueldo de 92 francos al mes, á su hermano Luis, á quien educó desde niño; nombróle ayudante suyo durante la campaña de Egipto, casóle con su hijastra Hortensia de Beauharnais, hízole general, consejero de Estado, gobernador de París y en 1806 rey de Holanda. A su hermano Jerónimo púsole en el colegio de Juilly, y una vez nombrado primer cónsul instalóle con él en las Tullerías, dándole los mejores profesores; más adelante le nombró príncipe llamado eventualmente á sucederle, otorgóle el gran cordón de la Legión de Honor, hízole general de brigada, creó para él el reino de Westfalia, constituyó su casa civil y militar y le casó con la hija del rey de Wurtenberg. En cuanto á su hermana Elisa, cuidó de su educación, túvola consigo mucho tiempo, dióle, después de casarla, el principado soberano de Piombino y poco después el ducado de Toscana. A su hermana Paulina casóla con Leclerc, oficial de su estado mayor, y al enviudar de éste con el príncipe Camilo Borghese, y en cuanto á su hermana Carolina dióle por esposo á Murat, á quien hizo sucesivamente general en jefe, gobernador de París, mariscal


Mueble donde Napoleón colocaba sus legajos en la isla de Elba
(Colección del príncipe Rolando Bonaparte)


Mesa de trabajo de Napoleón en la isla de Elba
(Colección del príncipe Rolando Bonaparte)

de Francia, príncipe, gran almirante, gran duque de Berg y de Cleves y finalmente rey de Nápoles.

¿Cómo pagaron sus hermanos tales beneficios y otros pecuniarios que incesantemente dispensóles Napoleón con mano pródiga? José hízose públicamente amigo de Mme. Stael, enemiga mortal de su hermano, opúsose á que éste fuese nombrado emperador, le ridiculizó cuanto pudo, y como rey de Nápoles y de España, en vez de ayudarle contrarió abiertamente su política; Luciano explotó en provecho propio los importantes cargos que Napoleón le confiara cometiendo toda suerte de abusos con el solo afán de enriquecerse, desoyó sus prudentes consejos con motivo de su casamiento con la señora Jouberthon, y retirado últimamente en Roma no se ocultó en manifestar cuánto deseaba la ruina de su hermano aunque fuese á costa de la derrota de las armas francesas; Luis, rey de Holanda, no hizo el menor caso de las sabias advertencias de Napoleón, abominó de todo lo que era francés, consintió que en Amsterdam fuese insultada una embajada francesa, y abandonó furtivamente su reino causando grave daño al prestigio del emperador; Elisa se puso de acuerdo con Murat cuando comenzó á declinar la estrella de su imperial hermano; y Carolina y su esposo Murat fueron los que más trabajaron por la ruina de Napoleón, y después de la batalla de Leipzig abandonaron á éste por completo, pactando con los aliados y entrando en la coalición.



Mascarilla de Napoleón muerto, sacada por su médico el doctor Antomarchi (Colección de S. A. I. el príncipe Víctor Napoleón)

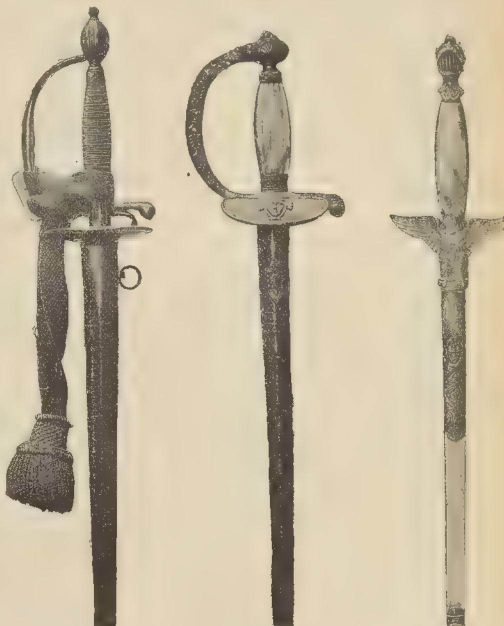
Muchas y muy graves inculpaciones se han dirigido contra Napoleón por su conducta con su primera mujer Josefina viuda de Beauharnais; pero los que tal han hecho han omitido prudentemente hablar de los móviles que impulsaron á aquélla á contraer matrimonio, que no fué para ella de amor, sino de conveniencia; han olvidado los desdenes con que pagó durante los primeros tiempos de su unión el cariño de su esposo; no han leído sin duda las cartas frías y lacónicas con que contestaba, cuando las contestaba, á las apasionadas de su marido que inútilmente la llamaba á su lado desde Italia, y han prescindido de sus historias galantes que no desconocía Napoleón y de sus dilapidaciones y de las deudas enormes que por satisfacer caprichosos antojos contraía á espaldas del que, enemigo por naturaleza de tales prodigalidades y tapujos, le echaba en cara su proceder poco correcto, pero acababa por facilitar las cuantiosas sumas que tamaños dispendios exigían.



Sable de Murad-bei que llevaba Napoleón en la batalla del monte Tabor y que actualmente posee M. Macdonald. (De la *Exposition retrospective militaire*)

Con motivo de su divorcio, muéstranse despiadados ciertos historiadores contra Napoleón: la razón de Estado, que quizás ellos mismos adoptan como motivo poderosísimo para justificar otros actos cien veces más inicuos de que está llena la historia de todos los pueblos, no significa para ellos nada en este caso; las repugnancias de Napoleón á ceder *durante cinco años* á las apremiantes instancias de la nación en masa para que buscara esposa que le diera un sucesor, han sido calificadas de ridícula comedia, y las lágrimas que derramó al verse obligado á adoptar aquella resolución extrema, de infame hipocresía. Pero esos mismos historiadores no podrán negar las atenciones continuas que el emperador tuvo con Josefina después del divorcio y de su nuevo matrimonio con María Luisa de Austria, disponiendo que siguiese llevando el título de emperatriz y que percibiese una pensión de dos millones de francos, que luego fué elevada á tres millones, visitándola á menudo y conservando para ella siempre un afecto cariñoso del que le dió continuas é infinitas pruebas; tampoco podrán negar que aun después del divorcio el emperador sostuvo las mejores relaciones con Eugenio y Hortensia, demostración elocuente de que no debió ser tan infame como algunos suponen la conducta de aquél con la madre de éstos. ¡Qué más! En la sesión del Senado en que se anunció el divorcio, el propio Eugenio de Beauharnais dijo: «A la felicidad de Francia importa que el fundador de esta cuarta dinastía llegué á la vejez rodeado de una descendencia directa que sea una garantía para todos nosotros. En cuanto á la gloria de mi madre, bástanle las lágrimas que esta resolución ha costado al emperador.»

Si no nos faltara espacio podríamos destruir con hechos fehacientes y documentos auténticos otras muchas inculpaciones no menos graves que contra Napoleón han lanzado algunos historiadores; en la imposibilidad de hacerlo, á los que quieran formarse juicio exacto de lo que fué y de cómo obró aquel hombre eminente les recomendamos la obra *Napoléon intime*, hace pocos años publicada por Michel Levy, en la que con pruebas que no admiten dudas, pues muchas de ellas están tomadas de las confesiones hechas por los que más han combatido á Bonaparte, se demuestra que si éste tuvo algunos defectos, como todo hombre los tiene, ni fué cruel con sus subordinados, ni insociable por esencia, ni ingrato para con los que le ayudaron en sus grandes empresas, ni brutal con sus soldados, ni terco en sus opiniones, ni egoísta en sus afectos, ni insensible á las calamidades de la guerra, ni amigo de la ostentación ó de las aparatosas ovaciones, ni mucho menos un ambicioso vulgar, ni un soldado de fortuna, ni un aventurero sin más ley que su capricho sin más mérito que el haber sido favorecido por la suerte y llevado por las circunstancias al lugar altísimo que ocupa en la historia.



Espadas de Napoleón

1.ª Espada de teniente de artillería — 2.ª Espada del Instituto — 3.ª Espada de gala

(De la *Exposition retrospective militaire*)



Napoleón en su lecho de muerte, croquis del natural hecho en Longwood el 6 de mayo de 1821 por W. Crockatt y ofrecido á lord Pannoer

LAS FIRMAS DE NAPOLEÓN

Cuando mandaba la artillería de sitio en el de Tolón (1793) firmaba *Buonaparte*

La última vez que firmó *Buonaparte* ó *El general Buonaparte* fué en la nota sobre el ejército de Italia, fechada en 29 *nivoso*

En su célebre proclama de Milán, de 20 de mayo de 1796, firma *Bonaparte*

En el Cairo, en 30 de julio de 1798, y más adelante como primer cónsul y como cónsul perpetuo, firma *Bonaparte*

Al ser nombrado emperador firma

La proclama dada en el cuartel imperial de Austerlitz en 3 de diciembre de 1805, después de la batalla de aquel nombre, lleva la firma de *Napoleón*

A partir de la campaña de 1806, firma solamente con las cinco primeras letras de su nombre, *Napol*

El 26 de octubre de 1806, el emperador firma desde Potsdam

El 29 de octubre de 1806, desde Berlín

El 27 de enero de 1807, desde Varsovia

En el cuartel imperial de Tilsitt, en 22 de junio de 1807, el emperador firmó sólo con su inicial en la forma siguiente

Con la inicial sola firma también en Madrid, 7 de diciembre de 1808

Al comenzar la campaña de 1809, en 18 de abril, firma en Donawerth

Desde el cuartel imperial de Ratisbona, en 24 de abril de 1809, el emperador dirige una proclama al ejército, que termina: «Antes de que haya transcurrido un mes estaré en Viena,» y la firma

A las tres semanas escasas, es decir, en 13 de mayo, el ejército francés estaba en Viena y el emperador firmaba sus decretos en el palacio de Schoenbrunn del modo siguiente

La misma variedad de firmas encontramos en las órdenes fechadas en Moscou, en donde había entrado como conquistador el 12 de septiembre de 1812

El 21 de septiembre de 1812, á las tres de la madrugada, el emperador firmó así

Durante la campaña de 1813, el emperador envió al mayor general desde Dresde, una orden fechada á las doce del día 1.º de octubre. El general Petit refiere que meditó mucho antes de enviarla: esta vacilación está comprobada por la circunstancia de haber sido borrada la firma dos veces y puesta de nuevo por tercera vez

Una de las firmas más raras del emperador es la siguiente que puso en Erfurt el 13 de octubre de 1813

El 4 de abril de 1814 firmó en Fontainebleau también con una *N* sola

En 9 de septiembre de 1814, firmó en Longone (isla de Elba) *Nap.*

La carta del emperador al príncipe regente de Inglaterra, escrita en la isla de Aix en 14 de julio de 1815, va firmada *Napoleón*

Desde Longwood (isla de Santa Elena) Napoleón escribió en 11 de diciembre de 1816 al conde Las Cases, que había sido su compañero de cautiverio, una carta consolándole á consecuencia de la orden que le había sido dada de abandonar la isla. Esta circunstancia causó gran pena á Napoleón y al conde. La firma de esta carta fué la primera que puso en Santa Elena y reproduce el nombre completo.



OFRENDA A LA VIRGEN, cuadro de Antonio Fabrés, premiado con mención honorífica en el último Salón de los Campos Elíseos de París



REY DE ARMAS, cuadro de Antonio Fabrés (Salón de los Campos Elíseos de París, 1895)



Monumento erigido recientemente en honor de Boussingault, en el patio del palacio de Artes y Oficios de París, obra de Dalou

NUESTROS GRABADOS

El desayuno de la muñeca, cuadro de W. Sprenger. – Tiene la cara de la niña de este cuadro toda la ingenuidad que requiere la situación de la rapazuela tal como el artista nos la presenta, situación que no hemos de describir porque harto se expresa con sólo mirar el cuadro y leer el título del mismo. Tampoco es preciso hacer resaltar las bellezas de la figura de la chiquilla, cuya carita encuadrada por rubia y rizada cabellera es de una dulzura tal que, como vulgarmente se dice, se la comería á besos el menos aficionado á la gente menuda. La obra de Sprenger es un conjunto de primores de expresión y ejecución, que seduce y revela en el artista sentimientos delicados, pues sólo quien los posee en alto grado puede trazar una composición como ésta, en que la mano, más que por la inteligencia, ha de ser dirigida por el corazón.

Ofrenda á la Virgen. – Rey de armas, cuadros de Antonio Fabrés. – ¿Qué podemos decir de nuestro querido y asiduo colaborador que no hayamos dicho en las muchas ocasiones en que La Ilustración Artística se ha honrado publicando sus trabajos? Nunca ha pecado Fabrés de perezoso; pero desde que ha fijado su residencia en París, su actividad parece haberse redoblado, impulsada por esta fiebre artística que como en ninguna parte reina en la capital de Francia y estimulada al propio tiempo por el alto aprecio en que son tenidas sus producciones, así por la crítica, que no cesa de alabarlas, como por los aficionados, que las adquieren sin reparar en el precio.

Las dos que hoy reproducimos y en las cuales se admiran las maravillas de ejecución y los prodigios de color que en Fabrés son proverbiales, han llamado con justicia la atención en el Salón de los Campos Elíseos de París del presente año, en donde una de ellas, *Ofrenda á la Virgen*, ha merecido ser premiada con mención honorífica, distinción por la cual muy cordialmente felicitamos á nuestro ilustre paisano que tan alto ha puesto en el extranjero el pabellón del arte pictórico español.

Monumento á Boussingault, obra de Dalou. – Una conmovedora ceremonia reunió hace pocos días á un gran número de sabios, en su mayor parte profesores del Conservatorio de Artes y Oficios de París, alrededor del monumento erigido á la memoria de su antiguo maestro Juan B. Boussingault, el creador de la química agrícola. M. Schloesing, del Instituto; el coronel Laussedat, director del Conservatorio, y M. Gadaud, ministro de Agricultura que en representación del gobierno asistió al acto de la inauguración, pronunciaron elocuentes discursos encomiando los grandes merecimientos de aquel sabio tan ilustre como modesto.

El monumento, obra de Dalou, cuya reproducción damos en esta página, es de concepción sencilla al par que grandiosa: se compone de una columna de mármol rosa sobre la cual descansa el busto de Boussingault, y en cuya base una matrona sentada simboliza la ciencia; al pie de esta figura se ven amontonados alambiques y retortas que aquélla señala con la mano á un labrador apoyado en su pico, como indicándole que allí está el secreto de los ricos cultivos y la esperanza de las futuras cosechas.

Juan Bautista Boussingault nació en París en 2 de febrero de 1802. Al salir de la escuela de minas de Saint-Etienne, una compañía inglesa nombróle director de algunas minas de la América Austral: de sus viajes en aquellas regiones tropicales sacó muchas observaciones altamente útiles para la ciencia. Agregado al estado mayor de Bolívar, recorrió la provincia de Venezuela y las comarcas situadas entre Cartagena y la desembocadura del Orinoco, y á su regreso á Francia fué nombrado decano de la facultad de Ciencias de Lyón. Profesor de química en 1839 sustituyó á Dumas en la Sorbona y reemplazó á Husard en la Academia de Ciencias. A Boussingault se debe en parte la apreciación comparativa de los abonos por el dosage del ázoe, y en colaboración con Dumas determinó las proporciones exactas de los principios constitutivos del aire atmosférico y practicó útiles investigaciones acerca del papel que los distintos vegetales desempeñan en la alimentación de los herbívoros. Finalmente á él se debe un nuevo método de preparación del oxígeno por medio de la barita.

Entre sus obras más notables merecen citarse: *Memoria sobre los medios de comprobar la presencia del arsénico en el envenenamiento por este tóxico; Economía rural considerada en sus relaciones con la química, la física y la meteorología, y Ensayo de estadística química de los seres organizados.*

Mr. Onslow Ford y Mr. Richmond, recientemente elegidos individuos de la Real Academia de Londres. – La Real Academia de Londres es una corporación eminentemente conservadora, y á fuer de tal estacionaria, sin que ni las reiteradas observaciones de la prensa ni la opinión pública la hagan salir de su estacionamiento. Sin embargo, en las últimas elecciones de dos nuevos individuos ha roto en parte con su rutina, pues aunque ni Mr. Onslow Ford ni W. B. Richmond son jóvenes, ambos pertenecen, en cuanto á tendencias artísticas, á la joven generación.

Mr. Richmond es un pintor que ha dividido sus energías entre la antigua Galería Grosvenor, la Nueva Galería y la Academia Real. Tiene marcada inclinación á los asuntos clásicos y mitológicos, que le permiten hacer gala de sus aptitudes de brillante colorista; pero por esto mismo, porque nunca ha pintado cuadros de escenas populares ni del gusto del día, es decir, porque no trabaja para merecer el aplauso de las muchedumbres, apenas han alcanzado fama los numerosos cuadros que ha exhibido en todas las exposiciones. A pesar de esta falta de popularidad, como Mr. Richmond es un artista de conocimientos nada vulgares y de mucha conciencia, la Academia ha obrado cuerdamente al darle entrada en su seno, y aun es de augurar que andando el tiempo llegue á ser su presidente.

Mr. Onslow Ford es más joven que Mr. Richmond, y más que artista genuinamente nacional podría calificársele de extranjero por sus gustos é inclinaciones. Empezó por ser pintor, y estudió en Amberes y en Munich; pero conociendo que sus aptitudes le llamaban más bien á la escultura, á los veintitrés años abandonó los pinceles por el cincel, é hizo bien, pues sus estatuas y monumentos le han deparado más gloria y provecho que sus cuadros. Suyos son el monumento de Shelley, el de Hámlet en Guildhall, la hermosa estatua del general Gordon jinete en un camello y otras muchas estatuas y bustos celebrados. La fama que va adquiriendo este escultor hará sin duda que sus obras se multipliquen en Londres, donde hoy son muy apreciadas.

Colocación de la primera piedra de la catedral católica de Westminster. – Los ardientes deseos desde hace muchos años sentidos por los católicos ingleses comienzan á realizarse con la construcción de la catedral de Westminster, cuya primera piedra colocó solemnemente el día 29 de junio último el cardenal Vaughan. Al final de la ceremonia que nuestro grabado reproduce rezáronse las letanías, y el cardenal Logue celebró el santo sacrificio de la misa *coram episcopo*, después de la cual una procesión compuesta de benedictinos, franciscanos, jesuítas, pasionistas, dominicanos, redentoristas y sacerdotes seculares recorrió el perímetro del nuevo templo, mientras un coro entonaba el *O Roma Felix* y el *O Salutaris*.

El terreno en que ha de levantarse la catedral costó 59.000 libras esterlinas (1.475.000 pesetas), de las cuales el cardenal Vaughan pagó 18.000, el duque de Nordfolk 10.000 y el resto entre otras ocho personas. El coste del edificio, proyectado y dirigido por el arquitecto Mr. J. Bentley, será de 150.000 libras. La suscripción abierta para cubrir esta cantidad alcanza por ahora á la suma de 78.000 libras. Las dimensiones del templo serán de 350 pies de largo, 156 de ancho y 90 de alto, ocupando una superficie total de 54.000 pies cuadrados.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Munich. – En la exposición celebrada recientemente en el Palacio de Cristal ha sido premiado con medalla de primera clase el relieve *San Francisco curando á los leprosos*, de Agustín Querol. Felicitamos de todas veras á nuestro querido amigo y asiduo colaborador por la altísima cuanto merecida distinción de que ha sido objeto en certamen tan reñido y tan importante como el de Munich, adonde concurren todos los años los más afamados artistas europeos. La obra premiada la conocen ya nuestros lectores por haber sido reproducida en el número 523 de La Ilustración Artística.

Teatros. – En Baden Baden se ha estrenado con grandísimo éxito la versión alemana del drama *Mariana*, de D. José de Echegaray. Dos días después del estreno, la misma compañía que lo puso en escena en Baden dió una representación de la obra en Heidelberg ante un concurso compuesto en su mayor parte de periodistas y escritores alemanes: el éxito fué también allí inmenso, y la crítica hace grandes elogios de la hermosa producción del eminente dramaturgo español.

– Mascagni está trabajando actualmente en una nueva ópera de un acto, *El Viandante*, cuyo libreto está tomado de *Le passant*, de Coppée, y que se pondrá en escena en el próximo otoño.

– Arrigo Boito ha terminado su ópera *Nerón* que se estrenará el año que viene en Bolonia.

– Leoncavallo ha terminado la ópera *El Rolando de Berlín*, que le encargó el emperador de Alemania, á quien dentro de poco hará entrega de ella personalmente.

Barcelona. – Ha terminado sus tareas la compañía de María Guerrero, que con tanto éxito ha actuado en el teatro de Novedades: en la noche del beneficio de la Srta. Guerrero estrenóse la preciosa comedia de Moreto *El vergonzoso en palacio*, interpretada de una manera admirable por la beneficiada y el señor Díaz de Mendoza, á quienes el público tributó una ovación entusiasta que se reprodujo en la noche de despedida de la compañía. Actualmente funciona en el mismo coliseo la compañía italiana de Tomba, que consigue muchos aplausos en las representaciones de ópera, ópera cómica y opereta. En el Tívoli se activan los ensayos de la ópera de Bretón y Feliu y Codina *La Dolores*, que se estrenará en breve.

Necrología. – Han fallecido:

Valentín Ball, célebre geólogo irlandés, director del Museo nacional de Dublín.

José Muller, profesor de Filología clásica en la Universidad de Turín, notable helenista.

Juan Deiker, pintor de animales alemán.

Teodoro Hormann, notable paisajista austriaco.

Arístides Verneuil, famoso cirujano francés, ex profesor de la facultad de Medicina de París.

Juan Duntze, notable paisajista alemán.

Giacomo Franco, director de la Academia de Bellas Artes de Venecia, notable arquitecto y autor de varias obras de bellas artes.

Guillermo Kleinenbroich, retratista y pintor de género alemán.

Heinz Heim, pintor alemán.



Mr. E. Onslow Ford,



Mr. W. B. Richmond,

recientemente elegidos individuos de la Real Academia de Londres



Me presentó su mano grande, callosa y robusta, y yo puse en ella la mía resueltamente, firmando así mi contrato

LA SEÑORA FLORENT

NOVELA ORIGINAL DE CAMILO BRUNO. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

A continuación de esto, fuí á ver cómo daban de comer á las gallinas; Cadiche era su criada al mismo tiempo que la mía, y después de haberles dado su ración de grano, sirvióme á mí un tazón de leche. Terminado el desayuno, quise ver al pequeño Claudio trabajar en los quesos, y luego recé mis oraciones ante una cruz rota que había en el ángulo de la chimenea; y no quise alejarme más, prefiriendo evitar todo encuentro antes de convertirme en Clarita. No faltaba mucho para esto, pues había dejado al aya en disposición de arreglar á mi medida las ropas de Dorotea. Cuando volví ya estaba hecha la cosa; me puse al punto mi traje, y la canonesa hizo lo mismo. Con la cofia y la gorguera, el aspecto de mi aya era por demás extravagante. Yo tenía una falda rayada, una casaquilla con dibujo de ramaje y una de esas pequeñas caperuzas que cada cual se pone á su antojo. En cuanto pude juzgar por el mal espejo de la granja, aquel traje distaba mucho de afearme.

Por la tarde me instalé delante del hogar con mis madejas de seda, pues quería preparar alguna cosa para ganarme el pan en los tiempos difíciles y devolver á Simón, el día en que le viese apurado, lo que él me adelantaba. Habíame ocurrido la idea de ocuparme en la granja, ayudando en los trabajos manuales; pero muy pronto reflexioné que aquel exceso de celo sería ridículo y ofendería tal vez á mi labrador en su dignidad de patrón. Por lo tanto, me limité á bordar mis telas, persuadida de que un trabajo de gran dama sería siempre bien remunerado. Cuando se hizo de noche, charlé algún tiempo con Pamela, y palmatoria en mano, recorrí todas las habitaciones de la granja, donde hallé muchos objetos que

me admiraron. Hecho esto, dí al fin una lección de catecismo al pequeño Claudio.

Simón volvió de la ciudad silencioso y preocupado, y Cadiche me dijo que siempre le sucedía lo mismo los días de reunión pública. Continuó sirviéndonos á la mesa, y después de cenar, como él había comido ya en Blois, le autoricé para que nos hiciera compañía durante la velada; pero se excusó, pretextando que debía hacer algunas cuentas, discreción que yo le agradecí. Simón había traído la *Gaceta*, se la pedimos, y Pamela me dió lectura después que el joven se hubo retirado. Allí estaba transcrita la ley sobre los emigrados, y decíase en ella que todos cuantos regresasen después del 1.º de enero serían castigados con la muerte; los que volvieran antes, participarían del beneficio de una amnistía.

– Por fortuna, dijo Pamela interrumpiéndose, usted no ha desaparecido, ni emigrado tampoco.

– Yo no soy ni siquiera una desaparecida, ni soy nada, puesto que no se ha hecho mención más que de mi tío como propietario del patrimonio de la familia; pero aunque me hallase inscrita en la lista de los emigrados, mi asunto no hubiera sido peor, pues tendría, como ellos dicen, el beneficio de la amnistía presentándome antes del 1.º de enero.

– Eso no es seguro, porque no faltan personas á quienes se retiene en su casa por fuerza para impedir que se presenten antes de la fecha en que estarán fuera de la ley. Se pierde á los que se quiere perder y se falsifican los procesos verbales cuando se tiene mala voluntad contra los inocentes.

– ¡Oh! Si me descubren alguna vez, estaré bien segura de mi negocio, pues me harán pagar el crimen de haber despistado á mis lebreles.

– No crea usted eso; le será fácil, por el contrario, probar que no salió nunca de Malpuy.

– Pamela, repuse, no solamente se convierte usted en un legista profundo, sino que ve el porvenir de color de rosa, contrariamente á su costumbre. Apostemos á que la excelente sopa de que usted se atracó esta noche contribuye por mucho á su serenidad. Me agrada de veras este cambio, y le escucharía más tiempo de buena gana; pero sin que se ofenda, le diré que el sueño se apodera de mí. He trabajado mucho hoy, y á pesar de ello el día me ha parecido largo, sin que yo sepa en qué consiste.

– A fe mía, señorita, como no sea por la ausencia del gran Simón...

Esta broma me produjo tal acceso de risa, que los habitantes del gallinero se alarmaron; de modo que el cacareo de las gallinas acompañó á mis carcajadas.

Sin embargo, lo que Pamela había dicho era verdad, y yo lo eché de ver pronto. En ausencia de Simón, no podía hablar más que con mi aya, pues no había de contar con la conversación de una pastora bastante rústica y de un adolescente poco locuaz; y en cuanto á la solterona, con sus mezquinas ideas, su palabra insulsa y sus cuentos pueriles, ofrecíame muy escaso interés; pero si mi patrón estaba en casa, todo cambiaba de aspecto. Para distraerme no tenía que hacer más que enviar á buscarle y discurrir con él sobre cualquier asunto. Rústico y letrado á la vez, aquel joven ofrecía una curiosa mezcla de sencillez pensadora y de ingenuo énfasis, y por eso su manera de hablar le presentaba sucesivamente bajo distintos aspectos. Tan pronto era la bondad picaresca y jovial del aldeano moderno, como la magistral serenidad del pastor antiguo. Algunas veces, picado por una contestación, tomaba su impulso, haciéndose fuerte en la objeción posible; ó bien subía de tono, elevándose con imprevisto vuelo á regiones superiores. Los tribunos del día habían acostumbrado á sus sectarios á una especie de oratoria elocuente y á un tono de convicción de que el joven hacía uso entonces; pero tales momentos eran raros y duraban poco. Muy pronto volvía á ser el campesino, á quien le estaba bien rebuscar sus palabras, balbucear algunas sílabas, y por último, salir del apuro por alguna de esas sentencias que el hombre del campo tiene siempre de reserva, aplicables á todo asunto y que concluyen sin probar nada. Sin embargo, hablase como quisiera, él *pensaba*, á menudo profundamente y siempre con precisión. Entonces era él mismo: era sincero, interesante, como todo lo que tiene vida propia, y además profesaba un culto apasionado á mi persona. Jamás se jactó de ello; mas su conducta me lo probaba claramente, y esto me agradaba. A mí me sucedía en cierto modo lo que á esas pequeñas y bonitas culebras que se deslizan, brillantes y frías, bajo la bóveda obscura de las encinas, y que cuando las sorprende un rayo de sol se detienen al punto, poseídas de una nueva voluptuosidad. Rodeada de personas que me amaban poco, yo había vivido con el corazón seco, sin sufrimiento y sin alegría, pero desde el momento en que penetró en este corazón el calor de una fidelicidad sin límites, sentí un delicioso orgullo y la vida me pareció más hermosa Seguramente esto no era entonces más que una sensación confusa, inexplicada; pero después, reflexionando mejor, creí haber encontrado la verdadera razón del contento que disfruté durante todo el tiempo de mi permanencia en la granja.

Llegó la Navidad, y por falta de sacerdote en los alrededores debí privarme de oir la misa. Por la noche insistí en que Simón nos acompañara á la mesa para comer el embutido tradicional; pero rehusó obstinadamente.

– ¡Qué quiere usted!, me dijo, yo tengo mis costumbres, que no son las de personas de su clase. No sé conducirme bien, corto el pan como se me antoja, machaco mis legumbres, y por mucho cuidado que pusiera incurriría en faltas y me habría molestado sin provecho alguno. Déjeme usted vivir á mi manera, aunque comprenda que su invitación es bondadosa.

El día 1.º de año, el joven labrador me presentó una especie de armazón de madera adornado de follaje, que representaba mi escudo de armas; los roeles se elevaban en relieve sobre un fondo de musgo; algunos granos de acebo formaban la faja, y en una banderola de madera de acacia se había esculpido laboriosamente la divisa *Mal ne puy*.

– Esta es una obra, señorita, como las que hacen todos los campesinos; no es muy hermosa, pero no deja de exigir trabajo, y esto sirve como felicitación de año nuevo.

– Me agrada mucho, contesté, porque es el único regalo que he de recibir; pero me parece que has renegado de todos tus principios al construir escudos. ¿No serías acaso ya demócrata?

Simón tomó el aire de un escolar á quien se sorprende en falta.

– No me haga usted hablar, señorita, repuso; no me agrada mentir, y cuando hablo con franqueza, comprendo que usted se resiente.

– ¿Por qué me he de resentir? Aquel que no puede dominar su pensamiento no merece la menor censura. Hubo un tiempo en que las teorías de tu partido me sedujeron; pero vuestra manera de ponerlas en práctica me ha hecho volver en mí, y debes convenir en que hay motivo para ello.

– ¡Ay de mí! Sí que convengo, y esto es precisamente lo que me aflige.

– Si no te haces ilusiones sobre los hombres de tu partido, no me extraña que vuelvas del club con tan triste aspecto.

– Efectivamente, raros son los días en que puedo evitar que los realistas tengan un nuevo motivo de horror por la buena causa.

– Pues entonces, cuando reparas las faltas de tus correligionarios, no lo haces únicamente por espíritu de justicia, sino para sincerar la Revolución...

– ¿Tiene por ventura un hijo más cuidados que el de hacer apreciar á su madre?

– Ya entiendo, repuse con expresión de malicia, y al fin sé por qué te interesa mi suerte. La condena de una persona como yo sería un baldón de infamia para tu ídolo, y tú me salvas para que la democracia no sea culpable de un nuevo crimen. ¿No es verdad esto?

– No, contestó con voz breve.

– ¿Pues qué es entonces?

– ¿No me lo pregunte usted, porque no sabría explicarlo bien, ni usted podría comprenderlo.

– Hete aquí ya pensativo, mi pobre Simón, repuse. Tal vez haya dicho alguna palabra de más; pero en tal caso ten la bondad de olvidarla. ¡Fuera la política, y vivan las personas honradas, vengan de donde quieran!

V

Malpuy fué puesto en venta en el transcurso del mes, y Simón le obtuvo por el precio que había calculado. Entre los vecinos que acudieron al acto de la subasta, ninguno observó mi ausencia; pues gracias á los acontecimientos, el personal de los alrededores se había renovado casi por completo. Solamente algunos habían conocido á mi tío, y como yo vivía muy apartada, pocas personas me habían visto, y cuando más, recordábase la existencia de una Aurora de Malpuy, única y legítima propietaria de aquella hermosa propiedad.

A contar desde el día en que mis tierras estuvieron bajo la dirección de mi protector, éste no nos hizo compañía tan á menudo. Según las necesidades del cultivo, pasaba el día en una ú otra de sus granjas, y con frecuencia dormía en ella para no perder tanto tiempo en idas y venidas. La granja de Thuillieres, situada á dos leguas de la nuestra, había llegado á ser su domicilio legal; allí recibía los diarios y las cartas y también las visitas. De este modo disminuían para nosotras las probabilidades de un encuentro peligroso. Apenas arreglados sus asuntos, regresaba, informábase de cómo habíamos pasado el tiempo, y nos decía en qué había ocupado el suyo; hablábame de sus proezas rurales, y me consultaba como humilde intendente sobre la gerencia de mis tierras. Otras veces iba á la ciudad, y volvía cargado de noticias. En el mes de marzo nos anunció que iban á batirse en las fronteras, lo cual me inquietó un poco, pues la siega y la siembra comenzaban á parecerme cosa mucho más seria que los asombrosos hechos de armas. Comenzaba la primavera, y jamás me había parecido tan encantadora. No veía entonces retoñar las plantas y los árboles desde mi ventana de balaustres ni desde mi alameda arenosa, sino en el seno mismo del campo, cuyo aire puro aspiraba por todos los poros. A cada movimiento, á cada mirada impregnábanme los penetrantes perfumes, y las tibias brisas me perseguían hasta mi habitación. Aquello era exquisito, y jamás la alegría de vivir, de ser joven y hermosa dilató tan dulcemente mi corazón como en aquella primavera de 1792.

Esto sorprenderá, y por poco más indignaría. Los que han leído la historia saben que ésta hace sus pinturas á grandes rasgos, dando á cada época un color uniforme. El período revolucionario se representa con negras tintas, y no se comprende que se pudiera vivir entonces poco más ó menos como en la actualidad; pero se ha de tener en cuenta que en el momento en que los actos más atroces iban á diezmar las filas de la nobleza, esta última, cansada de predicciones siniestras, comenzaba á olvidar el peligro. Se ha de pensar también que á los diez y nueve años la esperanza está arraigada en el alma, y que si en el castillo me contristaron cruelmente mi soledad y mis peligros, en la granja me juzgué segura, sabiendo que tenía un defensor. Además, hacer alarde de valor era para mí una coquetería, perteneciendo á una raza en que se aprecia la intrepidez hasta el punto de no odiar la arrogancia. A fuerza de reirse del peligro, la nobleza había comenzado á desdeñarle, y después le negó mientras que le fué posible. Cuando al fin debió rendirse ante la evidencia, juzgóse decente hacerse superior á la adversidad. No se estaba seguramente cansado de la vida; mas al fin y al cabo la muerte era considerada como cosa natural. Para todo hombre galante, la existencia era una dulce querida; pero si llegaba á hacerle traición, más bien que mendigar sus favores, todos sabían consolarse de perderlos. Muchas mujeres, y yo era una de ellas, pensaban en este punto del mismo modo.

Al fin llegó el verano, y apenas hubo cambio en mi género de vida, como no fuese que me paseaba más tiempo y más lejos á medida que iba conociendo mejor el campo. Algunas veces se dió el caso de que encontrase en el camino personas de mal aspecto; pero gracias á mi traje, nadie me inquietaba. En cuanto á los leñadores que me veían en los campos, mi rostro les seducía, y más de uno me preguntó con dulzura cómo me llamaba.

– Clarita, la criada de nuestro amo, contestaba yo ingenuamente.

Como Simón, convertido en castellano, se imponía á todo el mundo, la conversación no pasaba de aquí, y yo corría á reunirme con Pamela, prudentemente apostada más lejos.

Esta buena suerte no podía ser eterna, y día llegó en que tuve una prueba de ello.

Fué poco tiempo después de la jornada del 10 de agosto. Los terribles sucesos ocurridos en aquella fecha no llegaron á nuestro conocimiento sino por un diario jacobino, hábil para relegar á la sombra los desmanes de sus sectarios; y Simón, atento á nuestro reposo, había querido disimular la importancia de los hechos consumados. En resumen, no dudábamos que la situación se había agravado y que era indispensable un exceso de prudencia.

Seducidas por el esplendor de los campos bañados de sol, cierto día habíamos avanzado un poco más que de costumbre hacia los límites de la Coudraie, y costeábamos el foso de la cerca, cuando divisé, apoyado en la barrera, un hombre que nos miraba. Su cinturón azul, su gorro encarnado y su aspecto soldadesco y harapiento indicáronme pronto á qué clase de gente pertenecía. Yo aparenté no verle y retrocedí sin apresurarme; pero el hombre gritó con voz ruda:

– ¡Ciudadana, eh, ciudadana!

Volví la cabeza, y Pamela retrocedió un paso; pero la retuve con fuerza, diciéndola en voz baja:

– ¡Audacia! La fuga nos perdería.

Tanto por respeto humano cuanto por su confianza en mi palabra, Pamela se quedó.

– ¿En qué puedo servirte, ciudadano?, pregunté yo, mirándole muy de frente, lo cual es eficaz para las fieras y podía estar de más con un demagogo.

– ¡Oh, no gran cosa!, replicó el hombre con tono

socarrón; solamente quisiera saber si eres de veras Clarita, la criada de la Coudraie.

– Tú lo has dicho, ciudadano, yo soy Clarita, y ésta es mi compañera la Griotte.

– La Griotte, repitió mi aya con voz ahogada.

Yo solté la carcajada, aunque jamás había tenido menos deseos de reirme.

– Estás acatarrada, pobre Griotte, dije á mi compañera; has permanecido conmigo demasiado tiempo en el lavadero esta mañana.

– ¡Vamos, vamos, hermosa, repuso el hombre con tono burlón, tú quieres pegármela con tu lavadero! Se conoce que no te mata el trabajo, pollita, pues tienes las manos de gran dama, y hueles bien como la pradera.

Fijé en mis manos una rápida mirada, y por primera vez en mi vida me admiró su blancura. Por fortuna, las de Pamela eran de color de tomate maduro, y las mostré con aire de triunfo á nuestro inquisidor.

– ¡Pardiez!, exclamó el hombre; no necesitas pruebas, bien se ve que esa vieja hinca el hombro; pero tú no haces nada, hermosa mía, y me pareces en todo una princesa que se oculta bajo un disfraz.

De pronto me ocurrió un expediente muy arriesgado sin echar de ver toda mi osadía.

– ¡Diantre!, repuse con tono coquetón, las viejas trabajan, y es cosa que está en el orden; pero ya comprenderás que á mi edad se deja una mimar por un buen amo.

El quídam soltó una ruidosa carcajada.

– ¡Ah, ah! ¡Esas tenemos! ¡Diablo de Simón, que representa á Catón y es un Sardanápalo!

Y tomando después un tono solemne, añadió:

– Haré justicia de ese escándalo, porque la nación quiere que la sirvan manos puras, y la compañera del buen ciudadano debe estar unida con él por las leyes del matrimonio. Yo, Escipión el Censor, comprobaré lo que has dicho, y si la virtud no reina en tu corazón y el suyo, borraré vuestros nombres en el libro de memoria.

Dichas estas extravagantes palabras, el hombre tomó de su cinturón una calabaza y vacióla de un trago, sin duda como libación á la virtud. Después inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó sumido en un pesado sueño. Hasta entonces no comprendí que estaba ebrio, y alejéme, atrayendo á Pamela, que apenas podía tenerse en pie.

Durante la comida referí mi aventura á Simón, sin decir nada sobre el singular expediente de que me había valido, ni de la filípica que me endilgó aquel demagogo. Comprendí por su expresión que desaprobaba que me hubiese alejado tanto; pero contenido por el respeto, no se permitió la menor censura. Muy por el contrario, me tranquilizó sobre las consecuencias probables de mi calaverada.

– Ese Escipión, dijo, no osaría acosar á usted en mi granja, y no tiene ningún motivo para ocuparse de mí, puesto que no le he tratado nunca. Es un vocinglero y un haragán, esclavo de quien le paga. Dado á todos los vicios, demuestra tan feroz intolerancia para los del vecino, que casi ha llegado á tener renombre de virtuoso. En resumen, sus actos tenebrosos no han merecido nunca más que una torpe sanción. Si viene á la granja le daremos de beber, y todo habrá concluído.

Agotado este enojoso tema, abordé otros asuntos; pero muy pronto debí callar por falta de respuesta. Simón no me escuchaba apenas, y sus miradas se fijaban obstinadamente en la ventana. Esto me infundió una vaga inquietud; para que mi protector fuese descortés, era necesario que algo le preocupase vivamente, y yo quise tener la clave del misterio.

– ¿Por qué estás tan agitado, preguntéle, será acaso que?.....

– ¡Espere usted!, contestó asomándose á la ventana, me parece que lo veo..... ¡Sí, eso es! Ahora sé ya á qué debo atenerme.

Y volvió á sentarse, muy inquieto al parecer, mientras que yo me asomaba á mi vez. En el camino de Blois, una luz rojiza brillaba en la punta de un mástil, y al cabo de un instante se extinguió.

– Se ha votado la ley, dijo Simón; una señal convenida debía anunciármelo al punto. Ha sucedido lo que yo pronostiqué. ¡Ojalá pueda la patria salir con gloria!

– ¿Qué nueva ley es esa?, preguntéle. Habla sin rodeos. Yo no me atemorizo ante el hecho brutal; pero las reticencias me enervan, y mi imaginación va por la posta cuando se quiere ponerle trabas.

– Ya lo sé; usted es de aquellas á quienes se puede decir todo. Oiga usted, pues.

Se trataba de la famosa ley de sospechosos. Después de explicármela detalladamente, Simón añadió:

– Los patriotas esperan, intimidando á los realistas, salvar nuestras libertades comprometidas por las sublevaciones vendeanas, y esto es matar su causa por exceso de celo. El dique está abierto al torrente popular, y la oleada sumergirá á quien trate de contenerla. ¡Benditos sean los escrúpulos que me impidieron tomar una parte activa en los acontecimientos! Me hubiera sido forzoso separarme de mi partido para votar según mi conciencia.

Simón se paseó de un lado durante algunos momentos, como tenía de costumbre en sus horas de vacilación, y después se acercó á mí.

– Nada debe usted temer aquí, dijo. Lo peor que puede ocurrir es que nos hagan una visita domiciliaria; pero no hay cuidado, porque no es en la casa de un patriota donde hallarán indicios acusadores.

– ¿A qué llamas indicios?

– Papeles, retratos..., ¿qué sé yo? Por ejemplo, escudos como aquel que hice para regalar á usted el día de año nuevo, y que se redujo á polvo al otro día cuando el huracán le arrojó á tierra.

Estas palabras despertaron mi atención.

– Pero tú no eres tan sólo dueño de la Coudraie, repuse, sino que el castillo te pertenece legalmente, y Dios sabe cuántos escudos y pergaminos habría en mi pobre Malpuy. ¿Has pensado siquiera en destruirlos?

– ¿Por quién me toma usted? Malpuy no es mío; y por otra parte, yo creí que usted deseaba conservar esos emblemas.

– Lo que yo deseo es que no recaiga sospecha alguna sobre tu persona, y esto es todo. Ve á buscar tu palo, y condúceme ahora mismo al castillo. Yo te indicaré todos los lugares donde la malevolencia podría hincar el diente, y terminaremos este asunto en el acto. Ven; la operación se efectuará más pronto ayudándonos uno á otro.

– Puesto que lo toma usted así, me conformo. De este modo habrá un cargo menos contra usted si alguna vez averiguan quién es.

Juzgué inútil invitar á mi aya á ir conmigo para presenciar aquel holocausto, que le hubiera lacerado el corazón, y marché escoltada de mi protector, que llevaba, no la leña del sacrificio, sino los útiles necesarios para las operaciones proyectadas.

No sin emoción volví á ver mi antigua mansión, no deteriorada, como yo temía, sino en buen estado de conservación y más seductora que nunca. Habíase borrado toda señal aflictiva de vetustez, dejando, para mejor recreo de la vista, todos los parterres libres al capricho de la naturaleza; así es que los árboles crecían en todos sentidos, fuera de la línea rígida en que nuestro jardinero los había mantenido cautivos. Tranquilizado por la ausencia de paseantes, un pueblo de pajarillos vivía allí alegremente; mientras que los espinos, tomándose libertades con las estatuas, hacían correr verdes guirnaldas sobre sus pechos de mármol. El agua de los fosos se había agotado, y la hierba había crecido, formando una verde alfombra, paseo preferido de las gallinas. En el recodo de un sendero veíase la tumba del caballero completamente blanca, sembrada de nuevas flores. Me arrodillé para rezar una oración, y mi acompañante esperó de pie con la cabeza descubierta.

– Amigo mío, díjele al levantarme, una religiosa muy sagaz me dijo en otro tiempo que nadie debe volver á su casa de improviso, y tú me pruebas lo contrario. Semejante proceder me conmueve, redoblando el afecto que me inspiras.

Simón miraba al suelo, y parecía muy ocupado en socavarle con la punta de su palo. Cuando hubo abierto un agujero bastante ancho, volvióse hacia mí, levantando la cabeza.

– ¡Vamos al castillo!, díjome.

Púseme en marcha, y no pude menos de sonreir por el extraño proceder que á veces afectaba respecto á mí.

– Estamos de suerte, me dijo apenas franqueamos el umbral; el guardián está ausente, y nadie sospechará nuestra visita.

– Excepto ese cancerbero, repuse yo, señalando un corpulento mastín que tiraba de su cadena para lamer las rodillas á Simón

– ¡Oh! Ese es un guardián fiel y mudo; otro tanto puedo decir del hombre á quien he confiado la custodia de Malpuy. El pobre viejo, que es el padre de Cadiche y de Claudio, no la hubiera denunciado á usted. Todos saben quién es usted; pero se dejarían matar antes que hacer daño alguno á la que vive bajo mi techo.

En las habitaciones, solamente una nube de polvo revelaba el abandono de sus dueños. Cada cosa se hallaba en el sitio de costumbre, y mi habitación era la mejor conservada de todas. Algunas veces se abrían las ventanas, y el desagradable olor de los aposentos cerrados se sustituía por el perfume de las rosas trepadoras; una de ellas, llegando graciosamente hasta el nivel de mi brazo, me hizo recordar aquella rosa de Navidad que había encontrado al paso al abandonar el castillo, y puse en mi cintura la flor que me acogía á mi regreso.

Después de esto, pusimos manos á la obra. Visto de cerca, el trabajo me pareció más penoso de lo que yo hubiese creído, pues por lo pronto era necesario destruir los escudos en la parte superior de todas las puertas. Simón cogió la escalera y dió principio á la obra; mientras yo examinaba los legajos de papeles de toda especie: cartas de nobleza, nombramientos del rey, cartas feudales, todo en fin, era arrojado á un fuego de sarmientos encendido para el caso.

– ¿No te parece, Simón, dije yo sonriendo, que esto es consumar un acto singular? *La nobleza destruyendo sus insignias con ayuda del pueblo.* ¡Buen asunto para un cuadro emblemático!

Simón, no comprendiendo muy bien lo que yo quería decir, me contestó por lo que había entendido.

– ¿Un cuadro?, repitió. Seguramente que se habrán de sacrificar algunos, el de la reina, esa coronación de Luis XVI..., en fin, todo eso se puede retirar; pero siempre quedarán esas malditas baldosas de la capilla para decir á los jacobinos que los abuelos de usted murieron al servicio de su rey. ¡Qué ocurrencia fué grabar eso tan profundamente!



Pamela

– ¡Es nuestro orgullo!, repliqué con viveza. El pasado de nuestra raza nos tranquiliza, y lo que es más aún, nos obliga.

Simón guardó silencio, y yo continué la destrucción de mis pergaminos.

– Mira, le dije un instante después, aquí tienes una carta de mi abuelo materno, escrita durante la jornada de Fontenoy bajo el fuego de las balas que silbaban aún. Dice á su esposa..... ¡Pero á qué referirte ese rasgo, á ti que odias á la nobleza!

(Continuará)



RETRATO DE FELIPE IV, por Velázquez, que se conserva en la Galería de Dulwich (Inglaterra)



FLORISTA ESPAÑOLA, cuadro de Murillo, que se conserva en la Galería de Dulwich (Inglaterra)

TRES JOYAS ARTÍSTICAS

De tales merecen ser calificados los tres cuadros cuyas reproducciones publicamos en esta página. Pertenecen los dos primeros á Velázquez y á Murillo y se conservan en la Galería de Pinturas del colegio de Dulwich, pintoresco pueblecito situado en las inmediaciones de Londres: esta Galería fundóse merced al donativo de doscientos cuadros que en 1688 legó en testamento al colegio un tal Guillermo Cartwright, la mayor parte de los cuales fueron, empero, robados por los criados del testador para cobrarse una pequeña cantidad que éste, según parece, les debía. Los setenta ú ochenta que dejaron, en su mayoría retratos, fueron el núcleo de este museo que pronto se aumentó con el donativo de la famosa colección Bourgeois, compuesta de unas cuatrocientas pinturas coleccionadas por el famoso negociante en objetos de arte Desanfans y cedida por éste, al morir, á su amigo Sir Francisco Bourgeois, el cual, á su vez, la regaló al colegio de Dulwich.

Esta Galería, que siguiendo una tradicional costumbre es visitada todos los años por los individuos de la Real Academia de Londres, contiene hermosísimos ejemplares de las antiguas escuelas española, flamenca, alemana é italiana: en ella se admiran junto á un Murillo un interior de Ostade, cerca de un paisaje de Cupy ó de Wouverman un Felipe IV de Velázquez, junto á un retrato de Van Dyck un paisaje de Hoblema ó de Claude y no lejos de un retrato de Juan Kemble una de esas escenas populares del genial Teniers. En presencia de tantas obras maestras la crítica enmudece y sólo para la admiración hay espacio, admiración producida tanto por la vista de aquellas maravillas cuanto por la consideración de que no pocas de ellas, á pesar de sus tres siglos de fecha, tienen todas las bellezas y condiciones que hoy pretenden hacer pasar por nuevas algunos idólatras del modernismo.

La importancia de la Galería de Dulwich queda plenamente demostrada con decir que un reputado crítico inglés, después de afirmar que como pocos museos se presta aquél al estudio de la historia y de los progresos del arte pictórico, añade que suple muchas deficiencias de la Galería Nacional de Londres. Y sabido es cuántos tesoros artísticos encierra la grandiosa pinacotea de Trafalgar Square.

El otro cuadro que en esta página reproducimos es el retrato de Lady Mulgrave, pintado por Gainsborough: sus dimensiones son de 80 centímetros de alto por 65 de ancho. En 1882 fué vendido por 1.070 guineas (unas 27.000 pesetas), y en una subasta recientemente verificada en Londres, en la que había sido tasado en 5.000 guineas (127.250 pesetas), fué adquirido en 10.000 por Mr. Campbell.

La dama retratada fué esposa de Constantino Phipps, segundo barón de Mulgrave, quien se casó con ella en 1787.



RETRATO DE LADY MULGRAVE, pintado por Gainsborough y recientemente vendido en Inglaterra por 10.000 guineas (250.000 pesetas)

Tomás Gainsborough nació en 1727 en Sudbury (condado de Suffolk). Hijo de un comerciante, sintió desde muy niño horror á la existencia prosaica de sus padres, de quienes al fin consiguió que lo enviaran á Londres á la edad de doce años: entró en la escuela de Gravelot, dibujante y grabador francés establecido en la capital inglesa, quien admirado de las condiciones que al niño adornaban hizo de él su discípulo predilecto. Gainsborough prosiguió y perfeccionó sus estudios en la Academia de San Martin's Lane primero y bajo la dirección de Frank Haytman después, y terminada su educación artística fué á establecerse en Hatton Garden, dedicándose á pintar retratos de pequeñas dimensiones y paisajes.

Su matrimonio con una mujer relativamente rica le permitió retirarse á Ipswich primero y después á Bath, en donde fijó su residencia en 1758 y continuó pintando retratos, género en el que muy pronto conquistó gran renombre. En 1774 trasladóse á Londres, en donde falleció en 1778.

Gainsborough es con razón considerado como uno de los grandes maestros iniciadores de la escuela inglesa: en el retrato sobrepujóle Reynolds, pero en el paisaje no tuvo rival. Desde su infancia sintióse atraído por las bellezas de la naturaleza; gustábale correr por las llanuras y perderse en la soledad de los bosques, y sin más guía que su instinto artístico reproducía las escenas y los objetos que á sus ojos se ofrecían. Los primeros cuadros de este género que expuso produjeron general admiración: eran dos verdaderas perlas, llenas de sentimiento, de luz, de verdad, que revelaban un mundo nuevo en el arte inglés, porque todo en ellos respiraba poesía y todo tenía los encantos de la realidad.

Casi todas las obras de Gainsborough se conservan en Inglaterra, en poder de acaudalados aficionados ó en los museos públicos. Del alto aprecio en que son tenidas es buena prueba la suma en que ha sido vendido el retrato de Lady Mulgrave.

Para completar estas ligeras noticias referiremos algunas anécdotas de la vida de Gainsborough.

Siendo niño, hallábase un día en el jardín de su padre dibujando, oculto entre un grupo de arbustos, un emparrado: de pronto aparecieron por encima de la pared la cabeza y el brazo de un aldeano que creyendo no ser visto de nadie púsose á coger á toda prisa los racimos maduros. El joven artista no dió un grito ni hizo el menor movimiento, sino que por el contrario, sorprendido por la expresión del rostro del merodeador, iluminado por el sol, reprodujo tan fielmente aquel semblante, que su padre al verle exclamó: «¡Calle, pues si es Tom Peartree!» Imagínese el lector el asombro del ratero al ver descubierto su delito por el lápiz de un niño.

Después de su primera estancia en Londres regresó á casa de su padre: tenía entonces diez y ocho años. Una mañana trabajaba en un bosque trasladando al lienzo un hermoso grupo de árboles á cuya sombra pacía una manada de carneros

y por entre cuyas ramas revoloteaban algunas palomas silvestres, cuando acertó á pasar una joven que caminando lentamente cogía flores con las cuales hacía un ramo. El artista, sintiendo que aquella figura aumentaba la belleza del paisaje, copióla en el cuadro tal como la veía. De vuelta en su casa habló con tanta pasión de su aventura, que sus padres comprendieron que algo más que la emoción artística dictaba sus palabras, y así era en efecto. La joven, que se llamaba Margarita Burr, tenía diez y seis años y pertenecía á una acomodada familia escocesa, fué al poco tiempo la esposa de Gainsborough.

Sentía éste tanta pasión por la música y tenía para ella tal disposición, que sin recibir lecciones de nadie aprendió el violín, llegando á ser maestro en este instrumento. En cierta ocasión, el coronel Hamilton tocaba el violín en casa de Gainsborough, quien llevado de su entusiasmo exclamó: «Continuad, continuad, coronel, y os regalaré el cuadro que tantas veces me habéis rogado que os vendiera.» Prosiguió tocando el concertista, y el pintor escuchóle emocionado hasta el punto de saltársele las lágrimas y con una atención, un silencio y una inmovilidad que bien á las claras demostraban la admiración que sentía. Cuando el coronel hubo terminado la pieza, Gainsborough fué á buscar el cuadro y lo hizo llevar al coche de aquél.

Sus éxitos, que de día en día aumentaban, permitíanle satisfacer sus caprichos y dar expansión á su natural generosidad. Si se detenía delante de alguna cabaña y rogaba á sus moradores que le sirvieran de modelo por algunos instantes, al marcharse podían con razón bendecir aquellas gentes la buena suerte que les había caído con poder servir á sujeto tan dadivoso.

Alentaba á los artistas y músicos jóvenes que le gustaban; en cambio, mostrábase rudo y violento con todos los que, ricos ó pobres, le eran antipáticos. Aunque su educación literaria había sido muy deficiente, su talento natural y sus cualidades morales hicieron que su amistad fuese solicitada por los hombres más ilustres de su tiempo, entre ellos el doctor Johnson, Burke y Sheridan.

Cuando sintió próximo su fin, preparóse con toda serenidad para la muerte: manifestó su deseo de que le enterraran en el cementerio de Kew, cerca de su amigo Kirby, ordenó que no se pusiera en su tumba más inscripción que su nombre y envió á buscar á su colega, el no menos que él famoso pintor Josuah Reynolds. Cuando éste llegó á su presencia Gainsborough rogóle que olvidara todos los resentimientos que entre ellos habían existido y se despidió de él diciéndole: «Los dos iremos al cielo y con nosotros irá también Van Dyck.»

Gainsborough murió en 2 de agosto de 1788: Sheridan y Reynolds acompañaron sus restos mortales hasta el cementerio. Así pudo realizarse su deseo, manifestado en cierta ocasión á Sheridan, de que un hombre ilustre le acompañara después de su muerte hasta la tumba.

Sir Josuah Reynolds, en el discurso pronunciado en la Real Academia de Londres cuatro meses después del fallecimiento de Gainsborough, decía entre otras cosas: «Si algún día nuestra nación demuestra bastante genio para merecer el honor de ser considerada como creadora de una *escuela inglesa*, el nombre de Gainsborough pasará á la posteridad, en la historia del arte, entre los primeros artistas que habrán contribuído á esa gloria nacional cuya aurora vislumbramos.» – X.



COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DE LA NUEVA CATEDRAL CATÓLICA DE WESTMINTER (INGLATERRA).
Ceremonia celebrada el 29 de junio último (de fotografía de los Sres. Rusell é hijos)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 19 de agosto de 1895 — Núm. 712

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA NINFA Y LA ARDILLA, grupo en mármol de Rodolfo Holbe

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Hace años que el insigne publicista y pensador D. Francisco Pí y Margall no se dedicaba especialmente á escribir respecto de arte. Cuantos conocen, que seguramente serán muy contados, el primer tomo de la *Historia de la Pintura*, libro escrito hace muchos años y excomulgado á un tiempo por la Iglesia y por los políticos de entonces, y como tal recogido, seguramente recordarán las afirmaciones que en el prólogo hacía el Sr. Pí. Veintitantos años más tarde, en otra obra, *Las luchas de nuestros días*, el racionalista que sabe admirar á Saint-Simón, á Comte y á su discípulo Lafithe, á pesar del fondo místico de las doctrinas de estos filósofos, y que cree con Proudhon en esencialísimos puntos de doctrina social, repite las afirmaciones y negaciones que, de acuerdo con sus creencias político-sociales, emitiera respecto de la finalidad del arte en el citado prólogo. Tres años después de haberse publicado *Las luchas de nuestros días* ocupa el Sr. Pí la cátedra del Ateneo para disertar de arte. En hermosos períodos en los cuales vibraba el acento del convencimiento más profundo, afirma otra vez más su concepto del arte en el sentido ya dicho; por último, ahora en el periódico *El Liberal*, en la sección que bajo el título de *Cartas á Carlos* ha comenzado á escribir, vuelve nuevamente con tesón de apóstol á la tarea de seguir difundiendo sus ideas estéticas de trascendencia indudable.

«La esclavitud está abolida – dice el Sr. Pí en la primera de las citadas *Cartas á Carlos.* – Lúchase ahora por la república contra la monarquía, por la región contra el Estado, por la igualdad contra el privilegio, por la paz contra la guerra, por la razón contra la fe, por la humanidad contra la patria. Si participaran de esas luchas nuestros artistas, ¿crees tú que no encontrarían inspiraciones con que apasionar á los pueblos y animarlos al combate?» Antes de esto y para demostrar con ejemplos cómo entiende la finalidad del arte, recuerda que cuando se trató de abolir la esclavitud en América, dos artistas, uno pintor y otro escultor, llenaron el fin social que el arte debe proseguir, presentando el pintor á Cristo en medio de los esclavos ya redimidos por las leyes, y en primer término á un negro, enseñándole ceñidas aún por esposas sus manos; «el escultor se limitó á presentar dos niños, el uno blanco, el otro negro, abrazándose cariñosos y alegres como para que se viera que las prevenciones de raza son hijas de la educación y no de la naturaleza.»

Muéstrase el Sr. Pí defensor del simbolismo, cuando además de lo transcrito sigue diciendo: «Encontrarían formas bellas para la República, como las encontraron los artistas griegos. La pintarían derramando sobre las naciones la abundancia y la cultura, ya volviesen los ojos á las ciudades helénicas, donde llegaron á la cumbre de la belleza el arte y la poesía, ya los fijasen en la moderna Suiza, venturosa alianza del orden y el progreso, ya los llevasen á la república de Wáshington, la única nación rica y potente que no busca en las armas su grandeza.»

En otros párrafos continúa el Sr. Pí diciendo: «Pintarían la Razón desvaneciendo con sus luminosos rayos la fe de los antiguos tiempos, ó la Fe desciñéndose la venda, ó el Pensamiento erigido en dios, etc... Pintarían por fin la Humanidad, la augusta madre de los pueblos, aquí amparando los pueblos débiles, allí distribuyendo entre todos los dones de la Naturaleza...» Y termina: «Podrían completar su obra pintando los crímenes que en todos tiempos engendró la monarquía, las luchas en que perdieron su libertad y su vida las regiones, las desventuras de las clases trabajadoras, los sacrificios que la religión impuso, los horrores de la guerra, los odios que fomenta y aviva el espíritu de nación y el de raza, perpetuo peligro é inextinguible raudal de males para las naciones... El arte, Carlos, no es lo que debería ser, porque vive fuera de su siglo...»

Larga es la cita, mas la considero necesaria para que los lectores que no conozcan el trabajo del señor Pí y Margall puedan formar juicio concreto respecto de su modo de entender la finalidad del arte.

Tres son á mi entender los puntos de discusión más importantes que se ofrecen frente al sentir del ilustre jefe de los federales españoles: el primero, averiguar si es posible que el artista pueda vivir fuera de su siglo, y por lo tanto si el arte no responde al ambiente que le rodea; el segundo, saber si el arte puede y debe representar, bien por medio de símbolos, bien por medio real, ideas y pensamientos trascendentales, erigiéndose en moralista, pedagogo y en apóstol de ideas que no encajan en absoluto dentro del concepto que hasta el presente venimos teniendo de lo bello; tercero, estudiar hasta qué punto es compatible la transformación de la plástica (forma, color) con la expresión de esos ideales.

En primer término es necesario que sepamos si esas aspiraciones en el orden político, en el religioso, en el social, han encarnado en todas las inteligencias que por su dinamismo tienen influencia más ó menos grande, pero al cabo influencia en el desarrollo del humano progreso. Bien pudiera apuntar aquí número no escaso de personalidades y de escuelas, especialmente de Alemania, que no tan sólo no admiten gran parte de las teorías de que el señor Pí es defensor, sino que consideran como precisas en absoluto para la vida de las sociedades la guerra, la pena de muerte, la existencia de los grandes Estados, el desequilibrio de la riqueza y otros tantos males de que el hombre viene aquejado desde los tiempos primitivos. Mas, aparte esto y aun suponiendo que en efecto tales ideas, altruismos tan grandes, fuesen norma y guía de los pensadores, echemos una mirada al palenque donde esas ideas se manifiestan, y veamos si una, solamente una, puede considerarse al presente como fórmula definitiva aceptada.

Yo no pretendo, ¡cómo tal cosa!, recordar á mi ilustre y sabio amigo las hondas diferencias que disgregan al socialismo, pero sí apuntar ese fenómeno como prueba fehaciente de la gran vacilación en que vive la sociedad actual. Bebel, colectivista, tiene un concepto de la autoridad, de la familia, de la propiedad misma y sobre todo de las relaciones entre el capital y el trabajo, distinto del de Guesde; Spencer como filósofo defiende el individualismo, mientras los discípulos de Marx el colectivismo; León XIII, mirando en el socialismo el origen de una transformación en las relaciones de orden moral de gran trascendencia, entiende la doctrina de un modo que pudiéramos llamar teológico. Pues bien: si con problema de tal importancia, si con amenazar á cada instante con más apremio el socialismo á lo existente, no se ha llegado á una conclusión aceptable, pues son tantas las fórmulas como estadistas y como jefes del partido, ¡qué no ocurrirá con todos los problemas pendientes y de los cuales el Sr. Pí trata en la citada obra *Las luchas de nuestros días!*

No seré yo quien crea con mi ilustre amigo que los artistas no viven dentro del ambiente del día; tan lejos estoy de pensar así que, como Taine dijo en la *Filosofía del arte*, no es esta manifestación aislada de la inteligencia, independiente de las demás; antes por el contrario, es la que mejor expresa y sintetiza el modo de ser moral y material de las sociedades. Si lo sujetivo, el ideal que debe perseguir el artista, no se concreta sino por muy escasas ¡y tan escasas! personalidades; si pintores de mérito indiscutible van de un campo á otro de las ideas con aquella mortal indiferencia ó con aquel desaliento que invade á la voluntad más enérgica, cuando inteligencia y sentimiento no columbran la vida nueva ni por lo tanto fórmulas y modos de expresión adecuados á las aspiraciones que agitan á la sociedad, no es porque viva el arte fuera de su siglo; por el contrario, es porque el arte, mejor dicho, el que lo produce, sufre todas esas vacilaciones y cansancios que hoy nos angustian. La reacción mística, el neo-idealismo que ahora en lucha con el positivismo parece adquirir pujanza á impulso de poderosas inteligencias; la nueva expresión del arte, inspirada por las ideas de regeneración social de una clase; la vaga mirada que el artista dirige á la naturaleza; el anodino cuadro de costumbres urbanas, anodino por la carencia que en él se advierte del más pequeño asomo de observación psicológica, todas estas manifestaciones y otras veinte más de índole análoga revelan un estado de vacilación, de turbación inmensa, de falta de fe.

Como que el artista necesita para producir la emoción estética hablar la lengua de sus coetáneos, representar sus ideas por medio de formas, de imágenes perfectamente conocidas de los que le rodean, sus pensamientos han de estar encarnados en las aspiraciones, en los ideales, en las esperanzas, en los deseos, en las costumbres de su tiempo, de otro modo no sería comprendido. Además si las condiciones psico-físicas del artista son, á creer á los hombres de ciencia, más delicadas, de mayor fuerza sensoria que las de la generalidad de las gentes, no por eso se diferencian en su estructura, en su funcionalidad, de las de los demás humanos; percibirán con mayor intensidad lo fenomenal exterior é interior, irán hasta la previdencia, forma de la inspiración, mas no forjarán cosas, ni seres, ni ideas, ni inventarán otros mundos que no tengan lugar y hondas raíces en la conciencia humana.

El segundo punto á discutir, por su importancia, merece para dilucidarlo otra inteligencia que no la mía y mayor espacio que el de un artículo.

¿Es la misión del arte moralizar, dogmatizar, reemplazar al filósofo, al legislador, sustituir al propagandista, al misionero? Desde el instante en que la obra de arte está inspirada por una idea cuyo concepto no es el mismo para todas las gentes; que no pertenece al común sentir; que tiende á separar lo bello objetivo de lo bello sujetivo, anulando la importancia del medio de expresión; que en fin, no tiene aquel carácter de perennidad que sólo es dable á la verdad absoluta, tras de la que va el arte al frente de todas las manifestaciones inteligentes, esa obra sólo produce emoción estética en determinadas condiciones y á determinadas personas. Claro está que esas ideas que el Sr. Pí defiende, todas esas diferencias de criterio que existen aun dentro de un ideal, como por ejemplo el socialista, son tendencias progresivas; mas ¿por ventura es el arte el que debe razonarlas? Sería tanto, y aquí hago mía una frase de Zola, como poner las rosas en ensalada.

¡Lo bello sujetivo! Tantas cuantas veces se habla de esta forma de la belleza, otras tantas se me ocurre pensar en lo moral y en lo inmoral, en lo justo y en lo injusto, en lo bueno y en lo malo. Todavía no hemos alcanzado á definir claramente los límites de la moralidad, ni de la justicia, ni de la bondad. Dentro de las evoluciones progresivas de las sociedades, los citados límites de la moral sufren rectificaciones radicalísimas; y según las razas, y según el medio en que se desenvuelven éstas, así se modifica el concepto de tales entidades. Y si para el arte los casuismos nada significan, no alcanzo á comprender cómo quiere sujetársele al servicio de ideas, de casuismos que, aun siendo evoluciones progresivas, casi nunca se determinan de un modo perdurable.

La Historia nos enseña cómo la obra de arte inspirada por las religiones, por las pasiones políticas, por la ciencia misma, no alcanza perennidad en cuanto al valor de lo sujetivo. De la India y del Egipto, admiramos la grandeza de su arte, el concepto que de lo fenomenal, en el orden moral y en el material, tenían aquellos pueblos; mas de sus teogonías, del concepto del poder, de todo cuanto estaba sujeto á los vaivenes de la constante aspiración de progreso que agita al humano, de eso no quedó ni una migaja. Otro tanto puede decirse del pueblo griego. Asómbranos hoy la forma, nos encanta el concepto que de la belleza de la materia tenían los griegos; mas estatuas y edificios helenos no producen en nuestra alma intensa emoción estética. Ayax atravesándose con su espada, Zeo iracundo, las Euménides vengadoras, no expresan todas esas maravillas de la escultura del pueblo de Pericles ni dolor, ni ira, ni venganza; son bellezas plásticas puramente.

Cierto que el Sr. Pí, si por acaso lleguen estos renglones hasta él, recordará á *Prometeo*, á *Ifigenia*, á *Edipo*, á *Orestes*, tragedias que encierran altos problemas religiosos, morales, legales ó de interpretación del verdadero sentido de la equidad, frente á la brutalidad del fatalismo religioso; mas recordemos que el poeta era filósofo, y aun así, que todos aquellos personajes inventados eran realísimos, perfectamente humanos, y que, al cabo, más valor tenían y por eso se sostienen y sostendrán vivos á través de las edades, por sus pasiones, que por la misma idea filosófica, social ó religiosa que en ellos encarnó. *Hámlet* no morirá, como no morirá *Werther*, como no morirá la *Divina comedia*, como no morirán esas grandes obras literarias ó plásticas que tienen el amor, el odio, la venganza, la alegría por motivo principal. Que para mí, no existieran en estos últimos años del siglo XIX ni el libro sublime de Dante, si su *Infierno* no tuviese los caracteres del drama pasional, de la sátira, de la descripción, ni las pinturas del Buonarotti, si aquellas figuras hercúleas que agigantó el genio del gran florentino no las inspirara el amplísimo concepto de libertad que produjo el esplenderoso orto del Renacimiento.

Y aquí termino estas ligeras observaciones. Valgan por lo que valieren, ahí están para hacer compañía á las que me sugiere el tercer punto de discusión y que en otro artículo expondré.

R. Balsa de la Vega

SELGAS



SEMBLANZA

Era el mes de julio de 1856. Me hallaba yo pasando las vacaciones de estudiante en San Sebastián. No se hablaba allí de otra cosa que de las sangrientas *jornadas* de que acababan de ser teatro las calles de Madrid, cuando O'Donnell desarmó la Milicia nacional y se desembarazó de Espartero.

Oyendo referir las proezas de una y otra parte, las de aquellos batallones de bizarros cazadores, mandados por Concha y Serrano, y las del pueblo de Madrid, que perdía con su amado uniforme de miliciano á su ídolo Espartero, vi que se acercaban al corro en que yo me encontraba tres amigos míos, que juntos veraneaban por las Provincias Vascongadas y que venían precisamente de Madrid. Eran aquellos *forasteros* D. Emilio Arrieta, D. Ceferino Suárez Bravo y D. José Selgas y Carrasco.

Grato encuentro fué aquel. Fuera de la satisfacción que proporciona siempre ver á antiguos amigos, la circunstancia de llegar éstos de la capital de la monarquía y de haber sido testigos de aquellos acontecimientos, hacía doblemente interesante la conversación. Selgas me refirió ce por be cuanto había ocurrido en aquellos tres días de lucha que dieron al traste con el famoso *bienio* de los progresistas...

Al hablar del bienio de 1854 á 1856, lo primero que se recuerda es aquel delicioso y celebérrimo *Padre Cobos*, aquel periódico divinamente impreso, que tenía el sello de la elegancia y del buen tono, que salía, me parece, dos veces por semana, que todos aguardábamos con gran impaciencia, porque deleitaba de veras. No dejaba en paz á los prohombres de la situación, los mortificaba con sus chanzas y sus burletas; pero no insultaba, no injuriaba, no calumniaba á nadie; era zumbón, pero no grosero; cogía al vuelo el ridículo, pero no llegaba hasta la caricatura...

Pues bien: ese *Padre Cobos* tan decantado estaba escrito por seis ó siete amigos, y entre ellos los tres que he nombrado antes, Arrieta, Suárez Bravo y Selgas. Pero como nadie supo entonces, ni aun mucho tiempo después, quiénes eran los *verdaderos* redactores del periódico satírico, pues cada día sonaban nuevos nombres, mis tres amigos se callaban como tres muertos, cuando á alguno se le ocurría preguntar por el fraile burlón. ¡Pobre fraile!, ó mejor dicho, ¡pobres lectores!, que dejamos de tener ese solaz, por cuanto la publicación del periódico cesó con el cambio de la política.

Selgas, sus inseparables amigos Suárez Bravo, Esteban Garrido, Pedroso y Villoslada fueron lo que llamaré el nervio del *Padre Cobos*, sus redactores de oficio, los constantes, los que se reunían allí donde era posible, pues andaban muy vigilados por la policía; los que escribían, en fin, el periódico.

En el *Diario de Barcelona* ha publicado uno de sus ilustrados redactores, precisamente el compañero de Selgas, D. Ceferino Suárez Bravo, una serie de artículos sumamente interesantes sobre la historia completa del *Padre Cobos*, donde á cada paso se habla de Selgas, que como dije antes fué uno de los que vertieron más sal y pimienta en aquellas regocijadas columnas.

Parece extraño que el cantor de las flores tuviese tan buenas disposiciones para vapulear á los hombres políticos, y así fué, sin embargo, y me apresuro á decir que no sé dónde admirar más el talento de Selgas, si en sus primorosas poesías de la *Primavera*, el *Estío*, *Flores y Espinas*, *Versos Póstumos*, ó en su larga serie de artículos políticos y literarios, artículos cortos, concisos, ligeros, cáusticos, llenos de observaciones, de pensamientos morales y filosóficos, que tanta fama le dieron, no sólo en España, sino en toda la América latina, cuyos diarios reproducían con anhelo aquellos frutos sazonadísimos del ingenio de Pepe Selgas.

¡Pepe Selgas! Así le gustaba á él que le llamasen sus amigos, para quienes era tan benévolo y cariñoso. – *¡La Primavera!* ¿Quién no recuerda entre las gentes de aquella época la inmensa sensación que produjo en el público la aparición de ese volumen de poesías?

Primeramente dió á conocer algunas el periódico *El Heraldo*, en donde ejercía las funciones de crítico D. Manuel Cañete. Este se encargó de presentar á sus lectores al joven José Selgas, del mismo modo que Antonio Arnao, amigo y paisano de Selgas y poeta como él, fué el que en una de las reuniones literarias que había dos veces por semana en casa de D. Aureliano Fernández-Guerra, dió á conocer á sus contertulianos las poesías del vate murciano.

Era éste completamente desconocido en Madrid. Vivía en la capital de su provincia, y vivía con estrechez, teniendo además que atender á su madre, viuda de un empleado de poco sueldo. Nuestro poeta tuvo que aceptar algunos destinillos para hacer frente á las necesidades apremiantes de la vida, pues sabido es que en España y sobre todo en una capital de provincia los versos no dan para comer.

¿Cuál sería el regocijo, la sorpresa, la alegría en fin de Pepe Selgas, al encontrarse un día, á la llegada del correo de Madrid, con una carta en la que se hablaba de él y de sus versos, en la que se le hacía entrever que sus obras serían publicadas, y no sólo esto, sino que se le brindaba con marchar á la corte, en donde obtendría en seguida un cargo en la Administración? Muchas veces le he oído referir con sus pelos y señales, y dando mucha expresión á sus palabras, como acostumbraba hacerlo cuando hablaba con pasión, el estado de su espíritu al recibir esa carta firmada nada menos que por quien era, en aquellos tiempos, el personaje más influyente en la política española después de Narváez, por D. Luis José Sartorius, primer conde de San Luis.

En un hermoso soneto que Selgas dedicó á su bienhechor se refleja la profunda gratitud del poeta, y como la gratitud es una de las prendas morales más hermosas, por lo mismo que es tan rara, no quiero dejar pasar la ocasión que se me presenta de patentizar la gratitud del cantor de las flores hacia su Mecenas. He aquí el soneto:

Vivo en el alma tu recuerdo llevo,
Pues de llevarle obligación contraje,
Y hoy quiero aquí rendirte el homenaje
Que agradecido á tu memoria debo.

No hay en tu triste historia nada nuevo:
Te hirió la muerte, y se amansó el coraje;
Calló la envidia, enmudeció el ultraje,
Y ya el rencor en ti no encontró cebo.

Pero vengado estás, que fiel programa
Su saña fué de todo lo que han sido;
La historia lo pregona y los infama;

Fábula son del mundo corrompido;
La fama que te dieron, es su fama;
Descansa en paz, porque los has vencido.

Justo era el homenaje rendido al conde de San Luis, por parte de Selgas, quien, de la noche á la mañana, se encontró, desde su obscuro rincón de Murcia, de auxiliar en el ministerio de la Gobernación, contando con la decidida protección del ministro, viendo publicada su colección de poesías y su nombre elogiado á cada paso por todos los diarios de la corte.

Pero si Selgas era agradecido, no descollaba en él en menor escala la modestia. Cada vez que escribía unos versos, un artículo, un capítulo de novela, si se presentaba la ocasión de leérselos á sus amigos, quienes aprobaban con el gesto, Selgas les interrumpía diciéndoles: «¿Pero creéis de verdad que esto vale algo?»

¡Valer algo! Mucho, muchísimo valía y vale cuanto la musa de Selgas produjo, así en sus años juveniles como en la edad madura, pues si es encantador el idilio titulado *La Modestia*, no es menos hermoso en su género el soneto á D. Adelardo López de Ayala, otro de los grandes amigos del poeta murciano, y otro de los colaboradores, aunque poco asiduo, del *Padre Cobos*.

El talento poético de Selgas no decayó con los años, más bien se acrecentó, y como era natural fué sufriendo las modificaciones consiguientes al gusto reinante, á las circunstancias en que el autor se hallaba colocado y á las vicisitudes de la vida.

La de Selgas fué una vida de lucha por la existencia, como lo es creo que en todas partes, pero tal vez en España más que en parte alguna, la vida del escritor público. Y si esa lucha es constante y tenaz para casi todos los del gremio, es todavía mayor cuando se trata de hombres como Selgas, que tenía mucho carácter, que no se doblegaba fácilmente á ciertas exigencias sociales, que tenía un gran fondo de independencia, que no había nacido para cortesano ni para sufrir humillaciones – él que era sin embargo tan modesto, tan comedido, tan poco altanero; – así es que su existencia no estuvo exenta de horas tristes, de momentos de amargura.

En algunas de sus composiciones poéticas y en muchos de sus artículos se revela el estado de su espíritu. Podría escribirse una biografía muy completa de Selgas, desmenuzando sus escritos, leyendo entre líneas, como vulgarmente se dice. Había en él una gran personalidad y por lo tanto una gran originalidad. Algunos críticos descontentadizos suponían que no era sino un buen imitador de Alfonso Karr, se entiende cuando escribía en prosa. Absolutamente. Niego que haya semejanza alguna entre las novelas y escritos cortos de Selgas y las obras del novelista francés. Lean ustedes si no *Hojas sueltas*, *Más hojas sueltas*, *Nuevas páginas*, *Cosas del día*, etc., y verán que Selgas es siempre Selgas, como Campoamor, por ejemplo, es siempre Campoamor.

El autor de la *Primavera* y del *Estío* leía muy bien, al menos para mi gusto. Recuerdo que la noche en que el marqués de Molíns nos reunió en su casa para oir la lectura de *El Belén*, Selgas estuvo muy oportuno, como siempre, y que nos hizo pasar un rato agradabilísimo, leyéndonos su *Crónica de Provincias*, escrita con gran gracejo y con su poquita de intención. Hablaba en ella de los *peces*... y suponía el autor que andaban muy disgustados

«que los llamasen *pescados*
aún antes de que los *pesquen*.»

El *humor* de Selgas se refleja en aquella Crónica, que no por destinarse á una publicación de *broma* contiene pensamientos menos profundos ni conceptos menos filosóficos que si hubiese sido escrita para un periódico serio.

Para periódicos serios y formales *La España*, el diario patrocinado por el duque de Riánsares, para no decir por la reina doña María Cristina; en él escribió Selgas muchos artículos políticos y sostuvo algunas reñidas polémicas con periódicos de distintas opiniones, entre otras con *La Epoca*, que á la sazón era el órgano más autorizado de la Unión liberal.

Una de aquellas polémicas le ocasionó un duelo á pistola con D. Carlos Navarro Rodrigo, redactor de aquel diario de la tarde, saliendo herido Selgas de un balazo en un pie. Yo le visité varias veces cuando estaba convaleciente aún, sin poder andar ni casi menearse de un sillón, y recuerdo perfectamente las ocurrencias por demás graciosas que salieron de sus labios á propósito de los duelos en general y del suyo en particular.

Entre otras cosas nos decía:

– Nos hemos batido, y bien, ¿y qué? Ni yo he convencido á Carlos Navarro, ni él me ha convencido á mí; tengo el pie entrapujado, y esta es toda la filosofía de la cosa.

Vida muy laboriosa fué la suya, como se ve, pues además de sus varios tomos de poesías y de artículos coleccionados, escribió algunas muy bonitas novelas, tales como la *Manzana de oro*, *Un rostro y un alma*, *Un retrato de mujer*, *Deuda del corazón* y *Nona*. Había en Selgas grandes condiciones de novelista, pero me permito creer que no brillaba en ese género con tanto esplendor como en el de la poesía lírica y en los artículos humorísticos filosófico-morales. Algunos ensayos dramáticos, uno de los cuales fué representado en su país natal, y creo que otro lo fué en el teatro del Príncipe de Madrid, revelan medianas disposiciones para el teatro, y respecto á su discurso de recepción en la Real Academia Española, tampoco es trabajo que por sí solo le abriría las puertas de la inmortalidad...

Lo repito y no me cansaré de repetirlo. La gran fama de Selgas, la justa reputación que gozó en vida y que le ha seguido al sepulcro, la debe principalmente á sus poesías. ¡Qué dolor! Ver que desaparecen hombres como Selgas que dejan un vacío inmenso en eso que ha dado en llamarse república de las letras, y un vacío no menos grande en el seno de sus familias. La de nuestro vate tuvo al menos el consuelo – triste consuelo en verdad – de que la Academia, ante una mera indicación de su digno presidente el ilustre conde de Cheste, decidiera costear el entierro y los funerales del tierno autor de los idilios. Muy concurridas estuvieron ambas ceremonias, como que Selgas era muy querido de amigos y adversarios. Puede decirse que éstos no existían para él, sobre todo en sus últimos años, en que tan apartado estuvo de la política, pues si se exceptúan los pocos meses que desempeñó la subsecretaría de la presidencia del Consejo de ministros durante el gabinete presidido por el general Martínez Campos, puede decirse que Selgas era ajeno completamente á la política desde 1868, en que dejó de ser diputado á Cortes.

¿Quieren ustedes saber los que no le conocían personalmente cómo era Selgas? Pues se lo diré á ustedes, reproduciendo aquí lo que escribió su íntimo amigo Pedro Antonio de Alarcón, pocos meses después de fallecer Selgas, en 1882. El retrato es parecido. Veámosle.

«Era Selgas de más que mediana estatura, delgado, aunque no endeble, de poco garbosa configuración; limpio de su persona, pero descertado en el vestir y graciosísimo de gesto al hablar, no obstante la grave seriedad de su rostro noble y feo. Tenía gran nariz borbónica, no menor que la de Carlos IV; ojos negros y penetrantes, un poco oblicuos y coincidentes como los de los chinos; labios avanzados y siempre juntos, propios de los que piensan más que hablan; baja y estrecha la frente, coronada de indóciles cabellos, que servían como de nimbo á aquel severo y reflexivo rostro; pálida y curtida la tez, profunda la voz, tarda la palabra, pronta la ocurrencia, deliciosa la risa, igual el humor, cortés y afectuoso el trato. Gruñía á veces, sin perder la dulzura de su carácter; censuraba con mansedumbre; elogiaba con sobriedad; no adulaba, ni pedía; se contentaba con muy poco para sí, y trabajaba sin descanso para los demás. Su compañía era solicitada de todo el mundo; frecuentaba los más aristocráticos salones, donde sus agudezas ó sus paradógicas máximas le valían continuos aplausos; amaba á su familia y era amado de ella con verdadera adoración; fué siempre hombre de bien hasta la austeridad y el ascetismo; vivió en perpetua estrechez de recursos; nunca dejó de considerarse feliz, y murió, como había vivido, pobre y contento, descuidando en sus amigos, y sobre todo en Dios, al comprender que la muerte le iba á impedir continuar trabajando para su familia, y entre el amor y las bendiciones de cuantos le conocieron.»

¿No les parece á ustedes que el retrato es de mano maestra? A mí me parece digno de Velázquez y de la envidiable pluma del autor de *La Pródiga* y de *El Niño de la Bola*.

Carlos de Ochoa y Madrazo



El poeta, cuadro de Tito Lessi (Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín. 1895)

CRÓNICA PARISIENSE

En toda Francia se han puesto á la orden del día las cuestiones que afectan á la enseñanza y á la educación de la juventud, como si más que en el presente, la generación actual pensase en los futuros días de la patria; y entre esas cuestiones, ninguna parece encaminada á una revolución tan completa como la referente al desarrollo de las facultades físicas de los alumnos.

Hoy se opera en esta nación la reforma educativa que se inició hace cincuenta años en Inglaterra, y que ha progresado á despecho de los detractores que lo consideraban como un retroceso.

La experiencia ha demostrado que no basta desarrollar en la juventud las facultades intelectuales para conseguir que un pueblo adquiera el mayor grado de perfección posible; es preciso que el cuerpo se ponga en condiciones de servir de instrumento al espíritu, sin deficiencias ni flaquezas. La evidencia de esta verdad ha operado una verdadera revolución en los juegos escolares, hoy tan en boga, y en todo el sistema pedagógico, del cual éstos no son más que el prefacio y cuyas máximas y preceptos constituyen la educación atlética.

Monseñor Dupanloup, eminente obispo de Orleáns, dijo resumiendo las reflexiones que le sugería la experiencia respecto á la formación de la juventud: «Cuando, después de largos estudios y de una experiencia laboriosa, he tratado de investigar, con la reflexión más profunda, cuáles son las dos bases fundamentales de la educación, he encontrado que son la *autoridad* y el *respeto*.»

Por otra parte, el doctor Tring, que fué durante muchos años director de la escuela de Uppingham, en Inglaterra, dice que la educación es una obra de *observación*, de *trabajo* y de *amor*.

Lejos de ser incompatibles, estas dos definiciones se completan. La observación, el trabajo y el amor son tres elementos que forman un maestro; la autoridad y el respeto derivan del efecto producido en el discípulo por una acertada educación. Sin embargo, las fórmulas expresadas por el famoso obispo y el sabio profesor corresponden á dos sistemas tan opuestos como el empleado en Francia hasta hace poco y el introducido en Inglaterra hace medio siglo.

Desde remotos tiempos la educación francesa ha sido una obra de autoridad, y los hechos, en tal materia son tan evidentes, que es excusado aducir pruebas. En la forma, ese principio de autoridad ha podido, de vez en cuando, sufrir atenuaciones; en el fondo siempre ha subsistido. El maestro ha sido un cirujano que ha extirpado ó roto todo lo que consideraba nocivo en el muchacho cuya educación le estaba confiada; y el discípulo ha salido reformado, dócil, hecho á imagen de la sociedad en la cual había de vivir y de la cual ya poseía todos los defectos y todas las contradicciones. Si ha sabido desempeñar á la perfección el papel severo y majestuoso que le incumbía, el maestro ha inspirado seguramente al niño el espíritu de la obediencia y sobre todo el respeto á la autoridad, haciendo de él un ser dependiente, flexible á las obligaciones de la jerarquía. Tal era el estado de cosas cuya característica dió Dupanloup con sus palabras *autoridad y respeto*.

A éstas, Inglaterra opuso las de *libertad é independencia* como divisa pedagógica, y allí el maestro es un vigilante encargado de ayudar con su enseñanza y con su ejemplo al desarrollo de los gérmenes de bondad y honradez que el niño posee. Para conseguirlo, el maestro no se cree autorizado á emplear medios violentos; sólo apela al sentimiento y á la razón; no extirpa nada; contraría lo menos posible; pero como este trabajo es de una gran delicadeza al mismo tiempo que de una grande osadía, el profesor se rodea de todo lo que puede ejercer una acción propicia, en el mismo sentido que su dirección discreta; hace de su escuela un trasunto del mundo exterior; con el mismo ambiente, las mismas ventajas, los mismos placeres lícitos que en él se disfrutan, así como con las dificultades que en él se encuentran y aun con algunos de los obstáculos que hay que vencer; su arte consiste en apropiarlo todo á las facultades físicas, intelectuales y morales del niño.

Hace tiempo que los castigos corporales han desaparecido de los colegios franceses, al paso que subsisten aún en las escuelas inglesas. Pero en Francia se castiga al espíritu, que es peor que fustigar la carne. El espíritu está aquí obligado á vestir un uniforme, como el cuerpo; mientras que en Inglaterra uno y otro visten á su antojo.



CICLISTAS EN EL PARQUE DE BATTERSEA (LONDRES), dibujo de J. Gulich





PARÍS. – EN EL RACING-CLUB. – CARRERAS Á PIE, dibujo de Salvador Azpiazu



EN EL RACING-CLUB. – CONCURSO DE SALTOS, dibujo de Salvador Ázpiazu

Reina todavía una atmósfera de aburrimiento en la mayor parte de los colegios franceses. Y no se sabe si se aburren más los maestros que los discípulos. ¿Cómo no sufrir hastío donde la vida se paraliza para ser sustituída por una especie de movimiento ficticio, compuesto de regularidad, de obediencia y de razonamiento? Inercia del alma y del cuerpo. Algunos alumnos se resignan á esa mísera existencia, y entonces se entregan al estudio; tienen á sus libros por únicos compañeros; sienten una precoz ambición por la ciencia, y una energía natural los empuja por tan noble senda. Los maestros, que encuentran al fin alumnos interesantes en medio de la monótona uniformidad del montón desaplicado, les cobran cariño y les hacen objeto de su benevolencia. Pero sus camaradas los miran con desconfianza y se despegan de ellos, porque esa masa no puede admitir que se pasen al enemigo; y para ella el enemigo es el maestro.

Por otra parte, si hay en el colegio algún tunante de buenos puños, de palabra acerba y de audacia procaz, éste se convierte en un ideal, en un modelo, en un héroe. Se le rodea en su barricada moral; se le aplaude en sus rebeliones; se le llevaría en triunfo, si posible fuese. Sin embargo, nadie le aprecia. Entre los que forman su cortejo no hay un solo muchacho que le confiase un secreto, que le abriese el corazón, que le pidiese consejo sobre un asunto delicado; ninguno quisiera tener que depender de él en caso de peligro ó de enfermedad. Ven en él al campeón de la independencia, la encarnación de todos los deseos y de todos los odios: ¡la revancha! ¡Triste educación la que tales efectos produce!

El código secreto á que obedecen los colegiales tiende, por tanto, á la lucha contra el maestro, para lo cual emplean múltiples medios. Hay uno, sobre todo, que no se practica sin gran peligro, porque se infiltra en las venas, como la morfina, y envenena la sangre; este medio es la mentira. Cuando un niño ha contraído la costumbre de defenderse contra sus padres ó contra sus maestros mintiendo, siempre le queda algo de este abominable vicio.

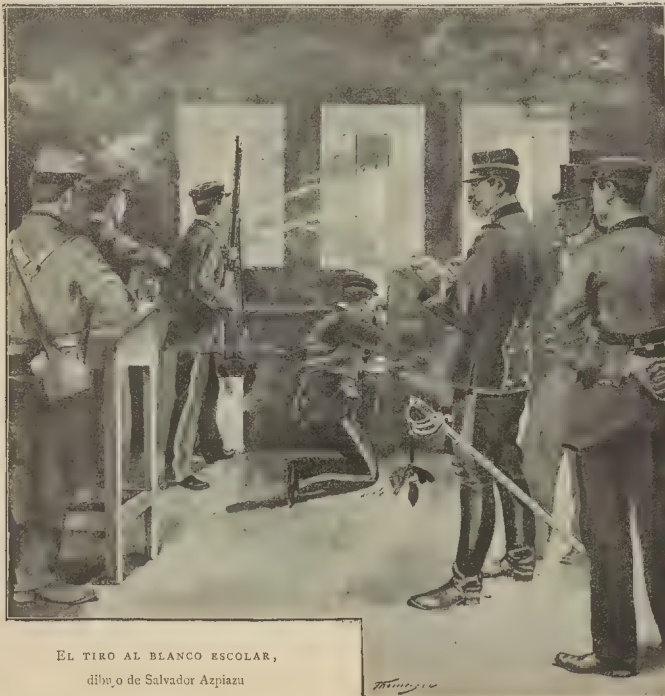
Hay otra categoría de alumnos cuya educación exige gran reforma; es la de los *débiles*, que en lugar de adquirir fuerza y robustez, se vuelven cobardes é imbéciles. No tienen más alternativa que engrosar el pequeño núcleo de los que rodean á los maestros, para servirles de emisarios y de espías, y ser, por lo mismo, víctimas de los demás, aunque con la satisfacción malsana de ver castigar de vez en cuando á los culpables, ó unirse á la mayoría y aprender de ella el arte de ser malo.

De todo lo cual resulta que hace falta un gimnasio moral, donde se ensayen progresivamente las fuerzas, donde cada día el alumno se eleve á mayor altura, donde se formen los caracteres de la juventud. Hay que sacudir el aburrimiento, la pereza, la anemia, el embrutecimiento, que tienen por resultante la inmoralidad; esa inmoralidad que invade los colegios y se manifiesta en palabras, en pensamientos y en obras.

Los colegiales británicos se divierten tanto como se aburren los franceses. Y no se dirá que su alegría dependa principalmente del cielo nebuloso que les envuelve ni del aire que respiran. Es efecto de la prodigiosa acción que ejerce el *sport*.

Estos juegos atléticos, que parecían simplemente destinados á fortalecer y á divertir á los niños, sirven de contrapeso á la libertad de que gozan los adultos, y son un agente moralizador de primer orden. Todavía hay quien duda de sus resultados. Su acción física es evidente. Su acción moral no se ha demostrado sino después de numerosas observaciones. Su acción moral es difícil de comprender. Sin embargo, en todos los colegios se nota que los alumnos más activos en los juegos atléticos son los más aplicados al estudio y los más instruídos. Los resultados de esa reforma en la educación van siendo los mismos en Francia que en Inglaterra.

Ya que la palabra *sport* parece generalmente admitida en nuestra habla vulgar, conviene fijar bien su significación, pues por lo común es mal interpretada. Dar un paseo á caballo, tirar un rato al blanco con una carabina de salón, tomar un baño de diez minutos en una piscina ó en el mar, jugar durante una hora al *law-tennis*, no es hacer *sport*. Son ejercicios higiénicos que no pueden menos de producir un



EL TIRO AL BLANCO ESCOLAR, dibujo de Salvador Azpiazu



EL JUEGO DEL FOOT-BALL Y EL EDIFICIO DEL RACING-CLUB, DE PARÍS, dibujos de Salvador Azpiazu

efecto saludable en la constitución; pero difieren mucho de los que Francia copia de la educación inglesa y que Inglaterra reproduce hace medio siglo de la antigüedad romana y griega.

Atenas, Roma y Londres han sido los grandes centros del *sport*.

En Grecia llámanse atletas los que toman parte en las luchas de la gimnasia, en los combates públicos, y se dividen en pugilistas, corredores, luchadores y pancratistas, según el género de juegos á que se dedican. Hasta la época de Platón no hay atletas profesionales. Todo el mundo puede tomar parte en las luchas públicas, en los grandes juegos olímpicos. Los ciudadanos de más distinción figuran al lado de los de condición más humilde en la nomenclatura de los antiguos vencedores. Sin embargo, los juegos atléticos, esencialmente corporales, no tardaron en ser desdeñados por la gente rica, amante de las carreras de carros, que se prestaban al brillo y á la opulencia, y los ejercicios gimnásticos fueron poco á poco relegados á las capas inferiores de la sociedad y por último á los atletas de profesión. Estos podían concurrir, desde la edad de doce años, á ciertas luchas en los grandes juegos públicos. A los treinta y cinco años se les consideraba en pleno vigor. El luchador que á esta edad no había podido ganar ninguna corona, se retiraba. El atleta afortunado continuaba ejerciendo su profesión hasta la terminación de sus fuerzas ó de su vida.

El atleta de profesión pasaba el día entero en prepararse para la lucha, ya entregándose á ejercicios físicos, ya sometiéndose á determinado régimen. La importancia de esta preparación era tal, que había tratados especiales á ella consagrados. Los atletas empleaban diferentes procedimientos para desarrollar sus fuerzas ó su grado de resistencia al dolor; se flagelaban, levantaban pesas, se acostumbraban á contener la respiración, se hacían friccionar de una manera intensa y continua. Uno de sus ejercicios favoritos era el del baile, considerado como un medio de desarrollar proporcionalmente todas las partes del cuerpo. Su régimen de vida era muy severo, y no solamente encadenaba al cuerpo, sino también al espíritu. Se levantaban tarde; se desayunaban con pan solo; daban un corto paseo después del almuerzo y luego hacían ejercicios. Por la noche comían poco, pero lentamente, dando preferencia á la carne de puerco y en su defecto á la de vaca, siempre asada. El consumo del pescado vino mucho más tarde, entre violentas censuras. Durante las comidas, se les prohibía las discusiones filosóficas y las conversaciones que podían avivar el espíritu á expensas de la digestión. Tenían, en fin, que abstenerse de todo comercio amoroso, y se les aplicaba, durante el sueño, láminas de plomo sobre los riñones para evitar toda excitación.

Una victoria ganada en una gran fiesta, valía al vencedor muchas ventajas. Hacía éste su entrada en la villa natal por una brecha abierta expresamente en la muralla, vestido con un manto de púrpura, rodeado de un cortejo de amigos, montado en un carro del cual tiraban cuatro caballos blancos. Aquel día había fiesta, con banquetes, cantos y sacrificios. Dedicábanse inscripciones y se erigían



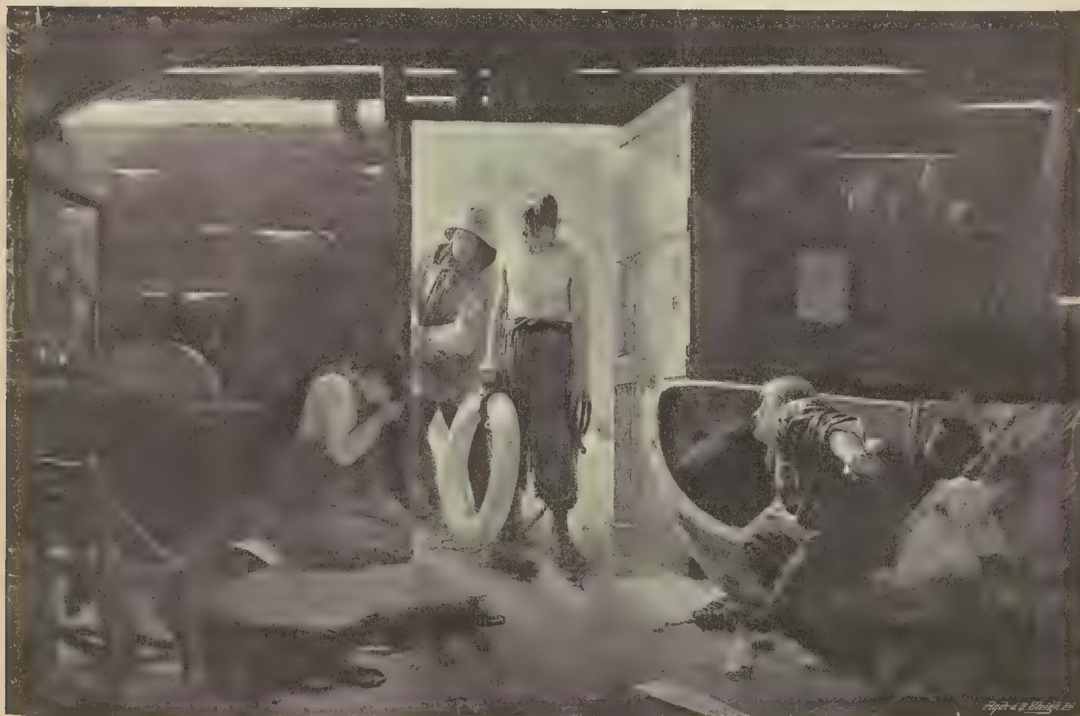
Epílogo, cuadro de Vicente Cutanda (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)



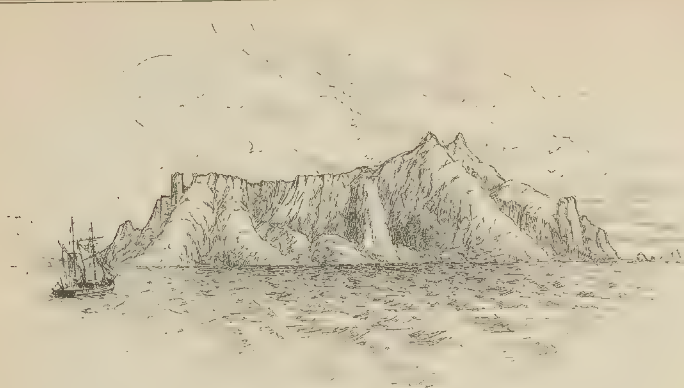
Lazo de unión, cuadro de Cecilio Plá (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)



La Gloria del pueblo, cuadro de Antonio Fillol Granell (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)



¡Náufrago!, cuadro de Fernando Cabrera Cantó (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)



La isla de la Trinidad, dibujo tomado de una fotografía

estatuas al vencedor y éste quedaba exento de tributos. Se le daban 500 dracmas de gratificación si triunfaba en los juegos olímpicos y 100 si vencía en los demás. Para conseguir la victoria, los había que no retrocedían ante el engaño y la corrupción.

Las sociedades modernas parecen encaminadas á renovar de la antigüedad esos ejercicios que conducen á un ideal humano: el triunfo de la voluntad sin más medios que el esfuerzo propio. En Francia se cuentan á centenares las asociaciones de diferentes clases de *sport*, confederadas mediante severísimos reglamentos, cuya observación es absoluta, y cada una de esas clases tiene numerosos é importantes órganos en la prensa. Con frecuencia se organizan concursos, y las victorias no solamente constituyen un mérito personal para el vencedor, sino que también una honra señaladísima para la Sociedad á que éste pertenece. Treinta y más asociaciones acuden á veces á disputarse el insigne honor de poseer durante un año la bandera federal de las sociedades de tal ó cual región.

Los juegos atléticos, como una de las principales bases de la educación, de tal manera preocupan á los pensadores contemporáneos, que hasta la Iglesia y el Estado coinciden en Francia en la preconización y apoyo de este sistema que podemos llamar modernísimo, á pesar de su antiguo origen, porque se presenta con formas nuevas y purgado de los muchos errores y exageraciones en que lo mantuvieron las doctrinas estoicas de la antigüedad. El ministro de Instrucción pública dirigió no ha muchos días á los comités escolares de los departamentos una circular sobre los deberes de los maestros en cuanto afecta á la educación de la juventud, y en ella se hace resaltar lo necesario, que es dar flexibilidad á la voluntad, formando por este medio el alma de los niños, después de haber nutrido su inteligencia Y la misma necesidad acaba de demostrar el célebre dominico P. Didón en una de esas oraciones magistrales que le han colocado á la altura de los primeros predicadores de nuestra época.

El discurso pronunciado por él en la distribución de premios de la escuela de Arcueil, es un magnífico programa de educación práctica y moral, á la vez, que define lo que debe hacerse con esa juventud ávida, pero insegura del porvenir, que abunda en las escuelas, para determinar la orientación que ha de seguir en la vida. La ciencia antigua dijo que era preciso hacerlos hombres. La política moderna dice que hay que convertirlos en ciudadanos. El sabio dominico contesta que hay que hacer de ellos hombres de acción. Según él, la principal fuerza, la cualidad superior del hombre de acción es la iniciativa individual, y á desarrollar esa virtud debe encaminar principalmente sus esfuerzos y sus cuidados el educador de la juventud.

A la consecución de ese ideal puede contribuir, y no poco, el *sport* que consiste en el esfuerzo libre, en la lucha, en el estímulo constante que robustece el cuerpo y forma el carácter del individuo. Es evidente la acción que ejerce sobre la inteligencia, por más que no falta quien afirma que es nefasta. Esto resulta cuando se confunde el *sport* propiamente dicho con otros ejercicios que adormecen la razón y debilitan la voluntad. Es muy distinto el efecto del *sport* en que el esfuerzo desempeña un papel preponderante, en que á veces hay que tomar rápidas resoluciones, arrostrar peligros y contraer responsabilidades, y en que es preciso tanta vivacidad en el pensamiento como sangre fría en la ejecución.

El atletismo suscita dos objeciones: que no conviene á todas las naturalezas, y que engendra la brutalidad. Hay, en efecto, niños enfermizos para quienes la educación atlética no vale nada; pero éstos ni aun conviene que vayan al colegio, porque es exponerlos á que sean víctimas de sus camaradas robustos y á que las injusticias y las humillaciones agrien su carácter. En las naturalezas algo débiles y tímidas, un ejercicio moderado puede producir excelente efecto. No es necesario poseer grandes fuerzas para ser aficionado á la lucha, y el niño se deja dirigir fácilmente por ese camino si no se le atropella. La segunda objeción es de más importancia. Pero la práctica de esos ejercicios no se hace sin la intervención del maestro. El atletismo introducido de buenas á primeras en un colegio daría efectivamente por resultado el multiplicar las bromas pesadas y los malos tratos. Sería una grave falta facilitar la fuerza para impedir su uso; hay que buscarle empleo, y aquí es donde la intervención del maestro es necesaria. Si el profesor confía al discípulo una misión cualquiera, éste se forma en seguida una idea más elevada de su dignidad: vese por ejemplo, trocado de protegido en protector, y esto lo realza á sus propios ojos; pone su fuerza á disposición de las causas justas, pero sin exponerse á perder la confianza del maestro. Sus puños se hallan al servicio de la autoridad y del orden, dentro de las prescripciones de prudencia y calma que conviene á todo representante de un buen gobierno. La educación viril ensancha el campo de acción y asegura los destinos de los pueblos.

Juan B. Enseñat

NUESTROS GRABADOS

La ninfa y la ardilla, grupo en mármol de Rodolfo Holbe. – Existe en Dresde una fundación Herrmann dedicada á promover concursos entre los escultores y pintores, haciendo luego donación de las obras premiadas para que sirvan de ornamento en las plazas ó edificios públicos. En el que se celebró en 1889, al que concurrieron veintinueve artistas, obtuvo el primer premio Rodolfo Holbe por la obra que reproducimos, que, modelada en mármol de Carrara, fué regalada por aquella fundación al establecimiento de baños de Schandau.

Rodolfo Holbe nació en Lemgo, en el principado alemán de Lippe Detmold, hizo sus estudios en las academias de Leipzig y Dresde y fué durante muchos años discípulo del reputado profesor Juan Schilling. Muchas de sus obras embellecen actualmente la ciudad de Dresde, mereciendo entre ellas especial mención cuatro figuras de ciudades que se guardan en el palacio de exposiciones de la Academia y un Cristo que se ve en la portada de la iglesia de la Trinidad. Una de sus últimas obras es un grupo colosal que está colocado en la entrada principal del Albertinum.

El poeta, cuadro de Tito Lessi – Aunque el traje no lo revelara, bien se adivinaría por el ademán y por el escenario que el poeta de Tito Lessi pertenece á aquellos tiempos en que el romanticismo prevalecía. ¡Lo que va de ayer á hoy!, podríamos exclamar contemplando el vate de este cuadro y comparándolo con los que cultivan la poesía actualmente: aquél busca su inspiración en la naturaleza, y paseando por el jardín, por el campo ó por el bosque recita gesticulando sus composiciones, cual si de este modo hubieran de recibir su mejor consagración sus sentidas endechas á la luna, á la brisa, á la flor, á la tempestad; los grandes poetas de hoy, por el contrario, trabajan en sus cómodos y bien alhajados despachos, inspíranse en cuanto cabe en los dominios del entendimiento humano, y para sus lecturas buscan, no la soledad, sino el salón del ateneo, en donde sus estrofas son alabadas por los sabios y aplaudidas por las finas manos de aristocráticas damas. ¿Ha perdido ó ha ganado la poesía con este cambio? Esto se preguntan muchos, y no faltará sin duda quien conteste en sentido favorable al antiguo régimen; pero en nuestro sentir, esas condiciones externas en nada influyen en el modo de ser de la creación poética, y no creemos que el bienestar logrado por algunas celebridades contemporáneas sea para la inspiración mayor traba que el hambre á impulsos de la cual escribieron tantos en otros tiempos.

Ciclistas en el parque de Battersea de Londres, dibujo de J. Gulich. – De entre los varios parques que hay en Londres, los ciclistas y especialmente las ciclistas, que tanto abundan en la capital inglesa, han escogido para dedicarse á su deporte favorito el parque de Battersea, que por ser hasta ahora uno de los menos concurridos ofrece más ancho espacio á las evoluciones de las bicicletas. Del animado cuadro que allí se ofrece al espectador da cabal idea el dibujo que reproducimos y que el reputado artista inglés Gulich ha tomado del natural.

Epílogo, Lazo de unión, La gloria del pueblo, ¡Náufrago!, ¡Hasta verte, Cristo mío!, cuadros respectivamente de *Vicente Cutanda*, *Cecilio Pla*, *Antonio Fulol*, *Fernando Cabrera* y *José García Ramos* (Exposición general de Bellas Artes de Madrid, 1895). – Lo dicho por nuestro querido colaborador Sr. Balsa de la Vega en los artículos que dedicó á la Exposición recientemente celebrada en Madrid nos releva de ocuparnos de estos cuadros que hoy reproducimos y cuyos autores son, en su mayor parte, antiguos conocidos de los lectores de La Ilustración Artística, que han tenido ocasiones frecuentes de ver en estas columnas algunas de sus más importantes obras y de admirar la maestría de tan reputados artistas.

La isla de la Trinidad. – Esta pequeña isla, causa del reciente conflicto entre Inglaterra y el Brasil, que por fortuna parece haber sido conjurado, está situada en el Atlántico y tiene unas seis millas de circunferencia; completamente estéril en su parte Norte, presenta en el lado Sur alguna vegetación. Entre sus gigantescas rocas sobresalen la llamada Monumento y otra en forma de pilón de azúcar, que tienen 850 y 1.160 pies de altura. Constituyen principalmente su fauna el jabalí, la cabra, el gato y las aves marinas: en sus aguas críanse en gran abundancia los peces de roca. Los ingleses al apoderarse hace poco tiempo de la isla invocaron como derecho para ello el hecho de haber tomado en 1700 posesión de ella sin oposición de Portugal; en cambio los brasileños aducen en pro de su protesta que en 1782 Inglaterra evacuó la isla y la devolvió á los portugueses.

Jarrón artístico de hierro forjado, obra de González é hijos. – En la Exposición recientemente celebrada por la Sociedad Catalana de Horticultura, se organizó una sección artística de la flor, en la que figuraron variadas é interesantes muestras del culto que nuestros artistas han rendido á ese elemento de la naturaleza tan esencialmente bello. Entre las obras expuestas tenía la casa González é hijos algunos trabajos en hierro forjado, cuya habilísima é inteligente ejecución correspondían á las justas recompensas obtenidas en otros concursos por tales artífices, que tanto han contribuído á llevar al terreno del arte el más modesto de los metales.

El trípode sosteniendo un vaso del que desborda un artístico ramillete de variadas flores, que en este número reproducimos, llamó extraordinariamente la atención del público, acreditando una vez más la pericia, el buen gusto y el concepto artístico que al avalorar los trabajos de la casa González é hijos, enaltecen entre nosotros el arte de la metalistería.



Jarrón artístico de hierro forjado, obra de González é hijos (Exposición de Plantas y Flores. Barcelona, 1895)



Tú lo has dicho, ciudadano; yo soy Clarita y ésta es mi compañera la Griotte

LA SEÑORA FLORENT

NOVELA ORIGINAL DE CAMILO BRUNO. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– Yo no odio á nadie. Mimados por la fortuna, los aristócratas han abusado, y es natural; pero la falta es menos de ellos que de sus serviles criaturas. La nobleza tiene grandes cualidades, y para el bien del país no es preciso que perezca. La lección que se le da es terrible; pero será provechosa. Sepa usted que yo respeto mucho su casta desde que la he visto en desgracia, porque ha demostrado virtudes que no sospechaba en ella.

– ¿Crees tú que nuestros buenos días volverán?

– Sí, cuando luzcan los nuestros, porque está próximo el día en que para ser feliz cada cual necesitará que los demás también lo sean.

– ¿No te hacen dudar tantos horrores de la realización de tu sueño?

– Mi sueño es el de usted, porque es el de toda alma pura y sincera. ¿Podría usted desmentirme?

– Cállate, Simón; si yo tuviera las ideas que tú me supones, ¿podría yo proclamarlas en el momento en que las mías están bajo la cuchilla?

– Demasiado cierto es, contestó Simón con voz profunda, y usted debe pensar así; pero en cuanto á mí, aunque la Revolución, embriagándose en su gloria, desconociese mi celo y me triturase en su carrera, exhalaría mi último aliento alabando su obra inmortal.

Dicho esto, Simón continuó su trabajo sin añadir más.

Cuando todo estuvo en orden y el castillo de mis antecesores presentó el aspecto de no haber pertenecido nunca más que á unos pobres diablos, dióse

principio á otra obra, que tenía por objeto salvar los objetos preciosos, pequeñas estatuas, muebles y bronces, que podían ser entregados al pillaje por sorpresa. En el fondo del parque había un subterráneo, que solamente yo conocía, y allí se depositaron. Simón los devolvió intactos cuando hubieron pasado los malos días; aún conservo la mayor parte de esos objetos, y á menudo me entretengo con ellos, mirándolos como antiguos testimonios de un tiempo que pasó.

Mientras colocábamos en el escondite un precioso cofrecillo veneciano, vi chocar alguna cosa contra sus paredes: era una cadena de cuello que se me había olvidado agregar á mis demás joyas el día de la fuga.

– Tómala, dije á Simón, pues han transcurrido ya dos meses sin darte nada; y como no quieres decirme á cuánto asciende mi deuda, quiero pagar á ojo, pues no hay otro remedio. ¿Se venden bien mis joyas?

– Todas están perfectamente colocadas, contestó Simón con flema, en las mismas manos y bajo la misma llave; pero repito que me da más de lo que para usted gasto.

– Bueno, bueno, ya sé á qué atenerme. Dentro de poco voy á ser una carga para ti, pues no me queda más que un collar. ¿Por qué no habré traído yo de París todas las bonitas cosas de que nuestro palacio estaba lleno? Sin duda han caído ya en manos de los que se entregan al saqueo ¡Bah! No se piense más en ello, y guardemos bien lo que nos queda.

Cuando Simón hubo cerrado la pesada trampa, volvióse hacia mí y me dijo:

– ¿No es ese el mismo escondite donde en 1589 enterraron vivos á dos hugonotes insolventes?

– Pobre amigo mío, contesté con aire de compasión desdeñosa, no dés crédito á esas absurdas fábulas; jamás han ocurrido semejantes cosas, y yo soy quien te lo dice

Simón fijó en mí una mirada que expresaba á la vez la ternura y la confusión, semejante á la de un perro á quien se ha castigado, y limitóse á contestar sencillamente:

– Puesto que usted me dice que no lo crea, no lo creeré, señorita.

VI

Era casi de noche cuando volvimos á la granja; Pamela nos esperaba en el umbral de la puerta, y apenas nos divisó oíla gritar:

– ¡Al fin llegan ustedes! ¡Buenas cosas han pasado durante su ausencia! Ahora no se dirá que me alarmo por nada. Los hechos han justificado mis temores. Interrogue usted al pequeño Claudio, y quedará usted edificada sobre el porvenir que nos espera.

– ¿Qué ha sucedido?, preguntó Simón á su criado. ¿Han venido tal vez á practicar un registro en la granja?

– ¡Oh, no, nuestro amo!, contestó el muchacho; todo se reduce á que cuando yo volvía del molino, he visto mucha gente reunida delante de la fragua, y al preguntar yo que era aquello, me contestaron que los Daubreuil acababan de ser detenidos, y que se les conducía á Blois. Así se lo he dicho á la señora aya, y parece que la noticia le ha afectado.

Los Daubreuil eran unos herreros de la vecindad, á quienes Pamela conocía por haberles hecho poner barrotes á su ventana cierto día en que tuvo un miedo injustificado.

– ¡Sí, los Daubreuil, dijo Pamela, unos simples obreros, gente de ninguna significación! Pues si atacan á esos, no sé á cuáles perdonarán. ¡Si al menos fueran realistas! Muy lejos de ello, no ocultaban sus simpatías revolucionarias; pero habían recogido á su cura, concediéndole hospitalidad durante una semana, y este es un crimen que acaso les costará la vida.

Yo me estremecí, y al notarlo Pamela, atrevióse á un ataque directo.

– Me arrepentiría siempre, señorita, dijo, de no manifestarle ahora mi opinión, y es que el día menos pensado sucederá otro tanto á su protector. Nuestra presencia le será funesta; piense usted en ello, y haga lo que el honor la aconseje.

No era necesario que Pamela insistiese en este punto; contúvela con el ademán, y volviéndome hacia el joven labrador contesté:

– Simón conoce ya mi pensamiento en este asunto, y sabe muy bien que mi intención fué siempre despedirme de él si las circunstancias llegaban á ser tales que. ...

No concluí, porque el rostro de mi protector expresaba un dolor tan profundo, que no pude menos de enmudecer; hizo un violento esfuerzo para hablar, y dos veces le faltó la voz.

– Me hace usted un daño horrible, dijo al fin, pues no he merecido semejante injuria. Si se hubiese refugiado usted en la casa de uno de los suyos, seguramente no le habría ocurrido la idea de hacer semejante proposición.

Comprendí lo que Simón me decía y lo que se callaba, y persuadíme de que no debía tratar á mi labrador como á sus semejantes, por lo cual adopté desde luego mi partido.

– Consérvanos, pues, Simón, le dije. Tú no eres de aquellos á quienes el peligro abate; sálvanos, y sálvate, si es posible; pero si no hay más remedio que morir, muere por nosotros. Yo te lloraré sin compadecerte, como se debe llorar á los héroes.

Simón fijó en mí una mirada de alegría, y tal agradecimiento expresaba, que estuve segura de haber hablado de la manera más conveniente.

Yo me pregunté después cómo habría tenido la canonesa aquellos intempestivos, pero generosos escrúpulos, y por qué razón me los había manifestado, pues hasta entonces no podía figurarme que mi aya fuese una de aquellas mujeres que vuelan al encuentro del peligro para salvar á su defensor: muy pronto tuve la clave del enigma. Bajo la fe de un sueño, la solterona se había persuadido de repente de que nuestro disfraz nos perdería, y de que la permanencia en la granja era lo más peligroso del mundo. Una vez resuelta á servirse de cualquier medio para alejarme, había buscado el subterfugio más eficaz, y conociéndome á fondo, no encontró nada mejor que interesar mi grandeza de alma. El mal éxito que obtuvo la perturbó toda una noche; pero después, como tenía la costumbre de los sueños proféticos, tanto como una heroína de tragedia, soñó que Simón se transformaba en arcángel salvador, y sus inquietudes se desvanecieron

Pasaron algunos días más, sin que yo volviese á salir; Simón no se alejaba; vivíamos á la defensiva, y semejante estado de cosas comenzaba á cansarme ya, cuando se produjo una gran alarma.

Cierta noche, Pamela se había acostado sin cenar, á causa de su jaqueca, y Simón acababa de servirme las patatas, cuando oímos resonar dos golpes á la puerta.

El caso era raro y muy propio para inquietarnos. La granja estaba lejos del camino; poca gente pasaba por allí, y nadie se detenía apenas, sobre todo tan tarde.

– ¿Quién llama?, gritó Simón.

– Dos buenos patriotas, contestó una voz que me pareció reconocer; abre en nombre de la nación.

Al oir esto nos interrogamos con la mirada.

– Más vale abrir, dijo al fin Simón; desempeñe usted bien su papel, y salvaremos la situación.

– Pues bien, abre

Me levanté de la mesa y volvíme hacia los visitantes. No me había engañado; era Escipión el Censor; que venía á continuar su interrogatorio. Su fisonomía bestial era tan repugnante como siempre, y sus modales igualmente groseros; pero ahora no estaba borracho, y me pareció más temible.

Un hombre de edad madura, flaco, vistiendo traje de color obscuro y provisto de un tintero, le seguía con aire humilde.

– Salud y fraternidad, dijo Escipión, dando un golpecito en el hombro al labrador.

– Buenas noches, contestó Simón: ¿qué te trae aquí, y á quién me traes?

– Me trae el servicio del bien público, y este que me acompaña es mi escribano Sandaraque. Simple hijo de la naturaleza, no he profundizado los secretos de la letra de molde; y Sandaraque pone sus luces al servicio de mi genio Preséntame al personal. ¡Ah!.. He aquí una prójima á quien yo he visto en alguna parte.

Aparenté no comprender, y dispúseme á servir la mesa.

– ¡Hola! ¡Pan blanco!, exclamó Escipión; no eres tú quien lo come, amigo mío. ¡Diablo, se conoce que das de comer bien á tu criada, y lo que es más, la sirves á la mesa! No lo niegues, pues aún tienes la servilleta en el hombro.

– Yo no niego nada, contestó Simón con tono airado; estoy en mi casa, y me parece que puedo vivir como se me antoje. Basta de palabras, y bebamos un trago; tengo un vino blanco muy bueno. ¡Pronto, Clarita, vengan vasos! No es necesario retirar el mantel.

Yo serví rápidamente á los tres hombres, llenando más el vaso de mi enemigo.

– ¡Oh, qué trago!, dijo Escipión con expresión de codicia; pesada tiene la mano esa moza; mas por esta noche es preciso no abusar; pues quiero que mi cerebro esté firme. ¡Toma, Sandaraque, bébete lo que me sobra!

El escribano devoraba un pedazo de pan que había quedado sobre la mesa; con la boca llena, apoderóse del vaso y lo vació de un trago, volviendo después á coger su pan, del cual comió tanto como pudo. Escipión le pagaba sus escritos en bonos de vituallas, que se hacían efectivos en la mesa de otro; pero evidentemente le pagaba mal, y el pobre diablo saldaba á nuestra costa sus atrasos.

– Tú aprecias mucho la panza, hijo mío, dijo Escipión, dando un golpecito al vientre del famélico personaje, y olvidas que la moderación es hermana de la virtud. Imita mi ejemplo, y que el espíritu domine en ti á la materia.

El apóstrofe que aquel tragón dirigía al ayunador era tan chistoso, que no pude menos de reirme.

– Estás muy alegre, ciudadana, dijo Escipión; ven á formar parte del grupo si no te desagradan los patriotas.

Me acerqué y bebí un dedo de aquel vino ordinario, pareciéndome, Dios me perdone, que lo hacía á la salud de los demagogos: se paga cara la vida á la edad de los veinte años.

A una señal de Simón, volví á llenar los vasos; pero el jacobino desconfiaba de sí propio, y perdimos la esperanza de embriagarle.

– Basta de orgía, dijo, porque ha llegado la hora.

– Al fin sabré tal vez qué vienes á buscar á mi casa, dijo Simón.

– Se trata de un recuento, ciudadano, de un pequeño recuento preparatorio. ¿Te ofusca esto?

– ¿Qué puede importarme á mí?

– Pues entonces, coge la pluma Sandaraque, y escribe nuestras palabras.

La tosca vitela crujió bajo la pluma de oca; mientras Simón proseguía:

– Aquí no hay misterio; pues has elegido mal la hora, porque Cadiche está en el molino y Claudio en la feria.

– ¡Escribe, Sandaraque!, dijo Escipión con aire majestuoso.

– En cuanto á la Griotte, añadió Simón, está acostada.

– La Griotte, Claudio y Cadiche pueden permanecer donde están, pues no es necesario interrogarlos; pertenecen á los campos, y basta verlos para comprenderlos. No me refiero yo á ellos.

– Pues se tratará de Clarita. ¿De dónde crees tú que es? ¿Tomaré yo por ventura mis criadas en los palacios? Esa joven vino un día aquí con su madre, pidiendo trabajo, porque se les había quemado la casa, ó no sé qué, y las admití sin más condición que la de servirme á mi conveniencia.

– ¡A tu conveniencia! ¡Ah, ah!, replicó Escipión con tono irónico, no tienes malas explicaderas.

Y volviéndose hacia mí, añadió con tono breve:

– Siento mucho molestarte, hermosa; pero necesito tus papeles.

– Se quemaron en el incendio, contestó con un suspiro de sentimiento.

– Ya me lo esperaba. ¿Cuál es tu nombre?

– Clara Griot.

– ¡Ah! ¿Y es tu madre la vieja que vi el otro día?

– Sí. ¿Crees tú que no se me parece?

Burlarme de aquel hombre era una de esas locas imprudencias que la tendencia á la diversión suscita en los jovenes en los momentos más graves; mas por fortuna, Escipión era demasiado vanidoso para creer que nadie se atreviera á mofarse de él.

– Sí, contestó, se te parece como una rosa a una calabaza.

– Pues considérala por lo menos como tal, porque es tan pesada, que nada se puede sacar de ella.

Yo me enredaba un poco, y Simón comprendiéndolo así, me sacó del apuro.

– ¡Oye, ciudadano, dijo, ya comienzas á cargarme un poco con tu interrogatorio! ¿De qué sirven tantas palabras? Si tienes sospechas, di cuales son, y no distraigas á mi gente de su trabajo con una conversación ociosa. ¿Con qué derecho te mezclas tú en mis asuntos? ¿Quién te ha encargado de ello? ¿Dónde está tu orden?

– No soy enviado directamente, contestó Escipión con aire de enojo; pero á menudo he dado consejos preciosos á la nación, y esta vez quiero también que sepa la verdad. Los buenos ciudadanos como tú no deberían huir de la luz. He dicho.

– Si no tienes mejores pistas que esa, tu carrera de sabueso no debe producirte mucho beneficio.

– Yo me dedico al arte por el arte; no tengo necesidades, y mis manos se han conservado puras. Todos conocen mi género de vida, que es sencilla y frugal. Yo hago como Juan Jacobo; coso mis ropas y preparo mis vegetales; mientras que tú mantienes una Aspasia disfrazada de hija del pueblo. Ya no te conozco.

Y embozándose magistralmente en su capa y seguido siempre de Sandaraque, salió lentamente.

Simón cerró la puerta y acercóse á mí.

– Y bien, le pregunté, ¿qué resultará ahora de todo esto?

– Nada grave. Ese hombre es un vanidoso, que quiere echarla de personaje; pero el comité da poca

importancia á sus delaciones. En cuanto á Sandaraque...

–¡Oh! Lo que es ese, repuse yo sonriendo, si no habla en Blois más que aquí, no debemos temerle.

–En efecto, lo que resulta más claro de todo es que Escipión ignora completamente quién es usted. Hasta creo que sigue una falsa pista...

Simón se interrumpió y ruborizóse, yo me sonrojé también, porque las últimas palabras de Escipión al hablar de una Aspasia me habían indicado, así como á mi protector, el género de sospechas que infundíamos al Censor del gorro encarnado.

–Yo pondré en claro todo eso, repuso Simón después de una breve pausa, y mañana veré en Blois lo que se debe temer y lo que puede hacerse.

Pero al día siguiente Simón no fué á Blois; se torció el tobillo al bajar la escalera, y no tuvo más remedio que permanecer inmóvil durante quince días. En la mañana del 6 de septiembre, sintiéndose más aliviado, dió órdenes para la marcha.

Hacía ya algunos días que estábamos sin noticias; una crecida del Cher había cortado toda comunicación con Thuillieres, y cartas y diarios esperaban sin duda á que Cadiche fuese á recogerlos.

Mientras Claudio ensillaba su caballo, Simón, observando el horizonte, hacía sus predicciones acostumbradas.

–A fe de labrador, señorita, dijo de pronto, mucho me engaño si no llueve de aquí á un instante; esa nubecilla que se ve allí me anuncia el agua, y hasta no me extrañaría que esta noche cesara el viento para ser sustituído por...

–Simón, interrumpí yo, ¿no es un niño aquel punto gris que se divisa en la llanura?

–Sí, es verdad, y viene cruzando por los prados. ¡Ah! Es el hijo de mi buen amigo José Royere.

–¿Royere, pregunté yo, aquel individuo del comité, aquel que te señaló la ley de sospechosos?

–El mismo. ¡Oh! Es un hombre honrado, y de gran corazón. Sin embargo, como el niño no la conoce á usted, mejor será que me deje usted solo para mayor seguridad.

Entré en la casa y fuí á situarme en la ventana, á fin de mirar por detrás de las cortinas. Así vi al muchacho entregar un diario á mi protector y alejarse después de un coloquio. Entonces Simón sentóse sobre un banco delante de la puerta, y después de haber desdoblado el diario, comenzó á leer. De repente profirió un grito de horror, y unió las manos con expresión de extravío.

Corrí hacia él, y recogiendo el diario, comencé á leer á mi vez.

Sin formación de causa, sin defensa, por sorpresa y como si fueran animales en el matadero, sacerdotes, ancianos y mujeres habían sido asesinados á centenares; y por un refinamiento sin ejemplo, habían cometido aquella matanza bajo el pretexto de poner en libertad á los infelices; pero la orden de hacerlo así había sido la sentencia de muerte. ¡Y la Asamblea se había callado, París había presenciado impasible tal infamia y la Francia había dejado que el crimen se consumara!

Quedé como anonadada, inmóvil y sin voz, sin que ningún sentimiento egoísta se mezclase con mi dolor; no experimentaba más que compasión por las víctimas é indignación contra el atentado. En cuanto á Simón, bajaba la cabeza como un culpable ante el crimen de sus hermanos.

Algunos agudos gritos me hicieron salir de mi estupor: era Pamela, que acababa de saber las noticias, no sé cómo, y manifestaba sus temores con frases entrecortadas.

–¡Infames, exclamaba, han asesinado á las mujeres! ¡Nada, nada es sagrado para ellos! ¡Ah! ¡Bien decía yo que esos tigres no soltaban su presa! ¡No hay gracia para los cautivos; la prisión es la muerte! ¡Jesús, Señor de bondad, somos irremisiblemente muertos si nos descubren!

Al oir á mi aya, experimenté sentimientos más personales, y recordando que un peligro me amenazaba, comprendí que después de semejante crimen los desalmados no retrocedían ante nada. Aquellos tres días habían agravado terriblemente mi situación; mi protector lo comprendía del mismo modo, y su solicitud para conmigo fué bastante poderosa para arrancarle de su abatimiento.

–¡Vamos, dijo, lo único que se puede hacer ahora es ir á Blois, como lo proyectaba; me enteraré de qué se trata, y después veremos lo que es más conveniente hacer.

Simón volvió á entrar para ponerse las botas; seguíale Pamela, y yo iba á imitar su ejemplo, cuando de pronto vi en el suelo una carta, que sin duda se había deslizado del diario cuando Simón le desdobló; no tenía señas en el sobre, ni estaba cerrada, porque las obleas se habían deshecho bajo la acción de la lluvia. Sospeché que aquella misiva me interesaba, y quise leerla bajo mi responsabilidad. Estaba concebida en los siguientes términos:

«Simón, no dejes de estar prevenido, porque las emboscadas te rodean. Ha sido sorprendida tu buena fe. La señorita de Malpuy, disimulándose bajo el traje de una criada, ha buscado en tu casa el refugio que nunca hubiera debido ocupar una aristócrata. Ya estás avisado. ¿Se abrirán tus ojos para cumplir con tus deberes? No me atrevo á esperarlo, y no puedo hacer más que sentirlo.

»Tu fidelidad me es conocida, y el error que te extravía no puede ser una mancha á nuestros ojos. Tú y los tuyos seréis sagrados para nosotros, suceda lo que quiera; pero la mujer que te ha seducido debe sufrir los rigores de las leyes. Es necesario que estés alerta, porque mañana, al despuntar la aurora, se presentarán en la Coudraie para efectuar el arresto.

Tu amigo.»

Esta lectura me hizo desfallecer y me senté. Durante algunos minutos todo lo vi turbio á mi alrededor, y mi corazón latió con violencia. Después, haciendo un gran esfuerzo, miré al cielo con la voluntad de ver á Dios; pero acordándome de mi abuelo de Fontenoy, que escribía bajo el fuego del enemigo, me resigné con mi suerte y sentí el corazón más tranquilo.

La lluvia comenzaba á caer, según lo había predicho Simón; poco me importaba esto, pero instintivamente entré en la sala, donde encontré á mi protector á punto de marchar. Le presenté la carta, y conseguí sonreirme; mas esto no le engañó, y adivinando que contenía cosas graves, leyóla en seguida con avidez

–¡Dios mío!, exclamó con voz alterada cuando hubo leído las dos últimas frases.

Y cogiéndome las manos, preguntóme después:

–¿Ha leído usted eso? ¿Sabe usted?.. ¡Ah, pobre niña, pobre niña!

Y dejóse caer sobre una silla, tratando de ahogar sus sollozos.

El servidor deferente se había mostrado familiar; el hombre fuerte lloraba; y para que sucedieran estas dos cosas extraordinarias, era preciso que el caso fuera muy grave. Si yo hubiese dudado del peligro, semejantes señales habrían bastado para convencerme.

–Sí, ¡pobre amigo mío!, contesté tratando de bromear aún, he leído eso, y ya ves que no me ha hecho perder mis buenos colores.

–¡Ah, noble joven! ¡Ah, valerosa niña!, exclamó, ¡yo la salvaré á usted, juro que la salvaré!

–¿Y cómo?, pregunté con expresión melancólica. ¿Qué asilo seguro podrías ofrecerme? ¿Me seguirías tú allí? Esto sería señalarme á las pesquisas; y si me abandonaras, sería entregarme á los horrores del hambre, á las angustias de la soledad. ¡No, deja que se cumpla mi destino! Tú has hecho lo posible, y más aún; he hallado en ti una abnegación sin límites, y este recuerdo dulcificará mi cautividad. También me dará fuerzas para mi defensa, y si me condenan..., soy cristiana y de buena raza, y sabré morir.

–¡No se trata de morir, repuso Simón con vehemencia, es preciso vivir! Es preciso demostrar algo. ¡Ah, Dios mío, pensar que este algo existe, y que yo no sé ni adivino qué hacer, es cosa de romperse la cabeza!

–Pobre amigo, contesté, cogiendo la mano de mi protector; te ocasiono mucho pesar, y quisiera sinceramente disminuirle. En obsequio á ti, hasta consentiré en expedientes penosos; si encuentras algunos, ya puedes decirme cuáles son.

Simón me miró fijamente, y en sus ojos sorprendí como un relámpago.

–Tú tienes alguna idea, continué; tal vez la hayas tenido antes, y no has osado manifestarla. Habla ahora, y si es preciso te lo mando.

–Usted lo ha dicho, repuso con voz lenta, no me atrevo, porque mi medio la inspiraría horror, y es el único eficaz, el único de que estoy seguro.

Yo creí adivinar de qué se trataba.

–Pues, dilo, contesté; me espero lo peor; pero me reservo el derecho de la negativa si se trata de ponerse el gorro encarnado.

–¡No es cuestión de eso!, contestó vivamente Simón, que se paseaba por la estancia muy agitado. Si mi proyecto la conviene, no le pedirán gaje ni prenda alguna; pero no la convendrá.

–¿Qué sabes tú? Por última vez te intimo á explicarte.

Simón se detuvo delante de mí, y con la vista clavada en el suelo, díjome en voz muy baja:

–Señorita, ya sé que usted pertenece á una raza pura y orgullosa, una de las primeras de Francia; mientras que yo soy el último de los campesinos, de familia honrada, pero obscura. No he hecho nada grande y heroico, ni soy digno de pisar las huellas de usted; mas puedo, precisamente por mi nulidad misma, salvar su existencia. Para eso sería necesario consentir en...

Simón se interrumpió, atemorizado de lo que iba á decir.

Yo no sospechaba ni remotamente cuál podía ser su idea.

–¿En qué, Simón? ¿Hablarás al fin?, pregunté con impaciencia.

Entonces mi protector quemó sus naves.

–En casarse usted conmigo, dijo con voz temblorosa

Después, sin atreverse á levantar la vista, dirigióse hacia la ventana, se apoyó de codos en el marco y permaneció allí con la barba entre las manos, dejando que la menuda y copiosa lluvia bañara sus sienes enrojecidas.

Yo permanecí inmóvil y estupefacta; jamás sorpresa semejante había aturdido mi cerebro; y repetíame maquinalmente: «¡Casarme con él!..» sin fijarme precisamente en el sentido de esta frase. Yo no sé cuánto tiempo hubiera estado así á no haber venido Cadiche en busca de Simón para darle cuenta de algún detalle de la casa. Al volverse para seguir al muchacho, dirigióme una mirada, y yo no sé en qué sentido interpretó mi inmovilidad; pero de su pecho se escapó un profundo suspiro, y díjome con tono muy humilde:

–¡Dispénseme usted, señorita!

Y se alejó.

Entonces comencé á reconcentrarme, y desde luego puse grande empeño en darme cuenta de lo que experimentaba.

Ya lo he dicho; estaba sorprendida, pero no indignada, pues mi espíritu de equidad me hacía comprender la forma deferente bajo la cual se me ofrecía la vida, porque de la vida se trataba, sin que fuera posible engañarse sobre ello; y yo amaba la existencia, como la ama á los veinte años todo ser puro y bien dispuesto, como se ama, sobre todo, cuando se ha estado á punto de perderla. Yo había dicho la verdad al declarar que estaba dispuesta á los grandes sacrificios para salvar la vida. ¿Era de los más terribles el que me pedían? Si he de hablar con franqueza, no lo juzgué así. Tal vez los principios de igualdad que desde hacía tanto tiempo se infiltraban en mis venas habíanme preparado para un casamiento desigual; pero lo cierto es que consideré sin estremecerme la solución propuesta. La cuestión de vanidad no se debía tener ya en cuenta, y si mis amigos y aliados llegaban á tener noticia de mi matrimonio, le excusarían en razón á las circunstancias, ó bien les importaría muy poco y lo olvidarían muy pronto, estando destinados, sin duda, á no volver á vernos jamás.

En el transcurso de mi vida no me había cuidado mucho de la opinión, y en aquel tiempo importábame menos que nunca. Había comenzado una nueva era en que la mujer de un hombre como Simón sería más feliz en su tranquilo bienestar que las fugitivas sin asilo ó las emigradas sin pan; y además, aquel muchacho tenía un corazón noble, de lo cual me había dado mil pruebas; no era un patán ni un imbécil; cuidaba su persona con marcado esmero, y nada en él era vulgar Un momento antes, mientras me hablaba, había notado que tenía las uñas muy limpias, cortadas en forma de almendra, y este recuerdo, evocado de pronto, me decidió. Ríanse los que no comprendan lo que puede un detalle en una mujer tan sensible como yo.

Una voz me llamó desde afuera, y reconocí que era la de mi aya.

–¡Pronto, señorita, exclamó, venga usted á ver el arco iris; es un feliz presagio!

Salí del aposento; la canonesa estaba allí, con la boca abierta. Simón, á pocos pasos, ocupábase en desensillar su caballo; dirígime hacia él resueltamente, y dándole un golpecito en el hombro, le dije:

–Simón, suspende un ramo de mi ventana, y ve á publicar por todas partes nuestros esponsales.

La solterona abrió los ojos con expresión estúpida; mientras Simón, muy pálido, se volvió repentinamente hacia mí.

–¡Gracias, señorita!, me contestó con tono grave.

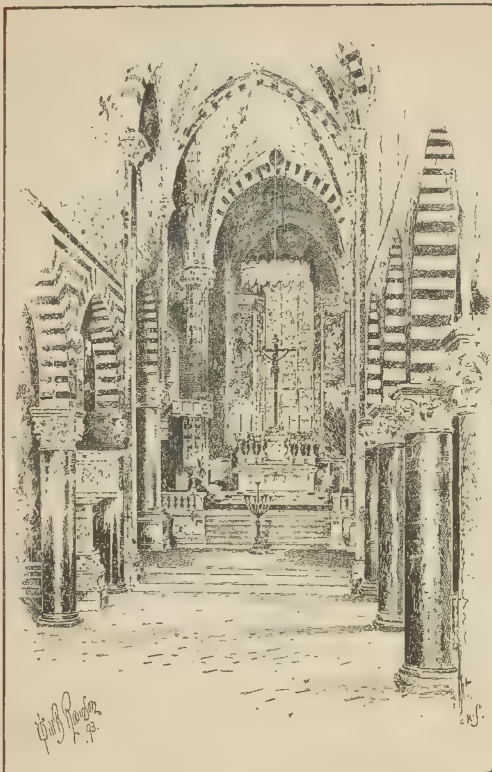
Me sonreí, y haciendo un ademán de la antigua corte, repuse:

–He aquí mi mano.

En vez de tomarla arrodillóse y besó el borde de mi falda.

Entonces Pamela lo comprendió todo... y perdió el conocimiento.

(Continuará)



La nave de la catedral de Prato

RECUERDOS DE PRATO

Una antigua tradición nos dice que Prato, pequeña ciudad independiente de Toscana, la más característica y pintoresca que se puede imaginar, fué fundada en remota época, allá en el siglo XI, por algunos vasallos del conde Guido de Monte-Giavello; pero más recientes autoridades, precisando mejor las fechas, demostraron que las primeras cabañas de Prato existieron mucho antes de dicha época.

A fines del siglo XII se dió una constitución análoga á la de Lucca, y quiso tener gobierno oligárquico, un Senado de mayores, un Consejo de veinticuatro, é inferior á éste, otro de cuarenta. Entonces, cuando la pequeña ciudad pudo vivir tranquila y en paz, sin temer ya la sangrienta lucha por la existencia, pensó en sus reformas y en sus proyectos de construcciones, y en 1284 erigióse el Palacio Pretorial, que se llamó Palacio del Pueblo.

A pesar de las luchas de las facciones, y sobre todo las de los Güelfos y Gibelinos, que durante largo tiempo se disputaron la posesión de Prato, según las crónicas del país, los habitantes, sin cuidarse mucho de las tempestades políticas de Italia, mostraban el mayor empeño en el embellecimiento de su ciudad. Comenzaba á despertarse el sentimiento artístico, nació el deseo de tener algún monumento notable, digno de llamar la atención, y desde entonces y durante dos siglos destináronse los más cuantiosos recursos á la erección de la catedral, verdadera preciosidad del arte, aun en la hermosa Toscana, donde tantas se cuentan.

La iglesia contaba ya cierta antigüedad en 1312, y aún entonces era notable; mas no iban allí los peregrinos cada mes de mayo y de septiembre para admirar sus arcos y sus preciosidades, sino para venerar una sagrada reliquia, el cíngulo de la Santa Virgen que en 1312 intentó robar un ladrón sacrílego, en vista de lo cual el Consejo de notables, juzgando oportuno prevenirse contra una segunda intentona, dispuso que los fondos destinados para el embellecimiento de la iglesia se emplearan en la construcción de una sólida capilla con puertas de hierro para guardar aquel objeto venerado. La idea pareció buena, dióse orden de buscar un buen arquitecto, y se eligió á Juan de Pisa que, aunque de edad avanzada, trabajó con el mayor entusiasmo en servicio de la ciudad; pero habiendo fallecido antes de que se terminase el campanario, hubieron de concluir la obra sus discípulos, todos ellos artistas de Siena. Terminada aquélla se pensó en buscar un buen pintor para que decorase las desnudas paredes, tarea que fué confiada á Agnolo Gaddi, el cual pintó unos frescos magníficos representando la historia de la vida de la Virgen, que todavía se conservan, si bien restaurados admirablemente en 1831 por Martini. Otros frescos hay en la iglesia, obra de los discípulos de Giotto, y sus colores están mucho mejor conservados; mas no son tan exquisitos como los que adornan la capilla de la Gintola, la más preciosa joya de la iglesia.

En 1434 se envió á buscar á Donatello, que se hallaba en Florencia, invitándole á esculpir un púlpito de piedra en la pared exterior de la iglesia; el célebre artista hizo un esfuerzo de inteligencia para llevar á cabo su obra y presentarla tal como se esperaba de él. Las figuras que esculpió en alto relieve parecen destacarse de las superficies planas y constituyen un conjunto lleno de vida y animación. Ningún escultor calculó nunca tan acertadamente como Donatello el efecto del punto de vista, y guiándose siempre por la luz y la distancia, esculpió sus figuras con tan prodigiosa habilidad, que todas ellas parecen moverse y respirar. Otros adornos decoran el púlpito, de forma circular y verdaderamente precioso, debiéndose los más de ellos á las manos de Mino da Fiesole y Rosellino.

Púlpito de piedra esculpido por Donatello

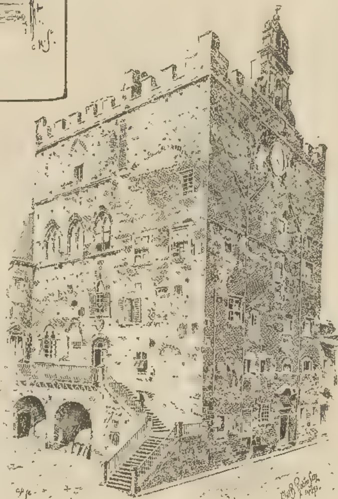
En el año 1456 Fray Filippo Lippo llegó á Prato para pintar algo en la capilla situada detrás del altar mayor.

Era entonces hombre de unos cuarenta y cinco años, y habíase distinguido ya por diversos trabajos que habían merecido muchos elogios.

Hizo cuatro grandes frescos, dos superiores y dos inferiores; los primeros están casi borrados ya; pero los segundos se conservan bastante bien, y son la obra más perfecta que ha salido de las manos de Lippo.

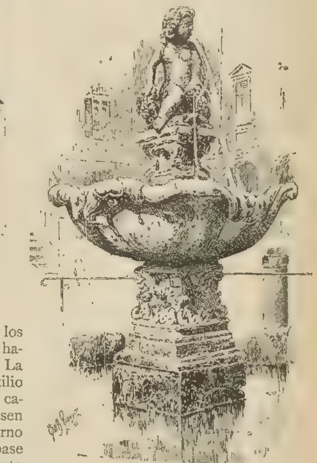
Mientras trabajaba en ellos, Fray Filippo halló tiempo suficiente para pintar otros lienzos admirables, como fueron una Madona con santos, una Virgen y un San Juan, que aún se encuentran en el palacio del Ayuntamiento. El artista prolongó mucho su permanencia en Prato, donde tenía numerosas relaciones, y trabajaba, como dijo Vasari, «*per tutta la terra assai cose.*»

Mientras la pequeña ciudad gastaba gran parte de sus recursos para hermosearse, se olvidó de conservar su independencia. Florencia, que adquiría poco á poco mayor importancia, comenzó á ser muy arrogante bajo el gobierno de los Médicis, y gradualmente absorbió casi toda la Toscana, apoderándose de Prato y de otras varias ciudades.



El palacio del Pueblo

El 26 de agosto de 1512, doce soldados de á caballo españoles, precedidos de un trompeta y destacados del ejército que estaba en guerra con los florentinos, llegáronse hasta los muros de Prato para anunciar que si al cabo de tres días rehusaba alojar á las tropas de los Médicis sería saqueada y los habitantes pasados á cuchillo. La ciudad, segura de recibir el auxilio de Florencia, contestó con sus cañones, pues aunque no hubiesen llegado los refuerzos, el gobierno los había prometido y confiábase en su palabra, tanto más cuanto que las tropas no necesitarían más de tres días de marcha. Juzgábase de todo punto imposible que Florencia abandonase á Prato, con tanto mayor motivo cuanto que en interés de su propia conservación debía aquélla salvar á la ciudad vecina.



Fuente monumental en Prato

En la mañana del 28 de agosto los españoles comenzaron el sitio de la ciudad; y Prato seguía esperando el auxilio prometido, pues Florencia debía conocer el apuro en que se hallaba. Cuando la pólvora y las municiones de los sitiados se hubieron concluído, y cuando el enemigo hubo abierto varias brechas, los intrépidos defensores de Prato no pudieron resistir ya más; y para mayor desgracia, los tres mil hombres enviados por Florencia algunos días antes abandonaron la ciudad á merced de sus enemigos.

Poco después Prato cayó en poder de los sitiadores, y entonces comenzó el saqueo, seguido de la más espantosa matanza. Todos los habitantes á quienes se encontraba en las calles eran pasados á cuchillo, y felices fueron las primeras víctimas, porque así escaparon del tormento. Aquel saqueo fué peor que el de Brescia, y durante todo el primer día y la noche que siguió no cesó un momento la matanza, repitiéndose los incendios y las escenas de horror durante veintiún días. En la iglesia perecieron doscientos hombres y mujeres que se habían refugiado allí con la esperanza de que se respetaría aquel santuario; mas no hubo compasión para nadie.

¡Qué escena de sangre y de muerte pudieron contemplar aquellos graciosos ángeles de Agnolo Gaddi, y aquellas majestuosas imágenes de Lippo! Pero no toda la matanza se efectuó allí: en el gran pozo que había detrás de la iglesia fueron arrojadas mil doscientas personas entre hombres y mujeres, revueltos vivos y muertos, que formaron un inmenso montón de cuerpos humanos.


La catedral de Prato

No hubo jardín sin tumbas, ni plaza sin aparatos de tormento, ni casas religiosas que no se profanasen y saquearan completamente, y en los claustros de Santa Margarita hasta los jardines quedaron destruídos. Inútil parece añadir que en las iglesias y monasterios no quedó ni una sola joya, ni la menor cosa que valiese algo. En la gran plaza se encendieron hogueras, y sobre las llamas se suspendió á muchas personas para que muriesen á fuego lento, contándose entre ellas no pocos nobles de Prato.

El 12 de septiembre los sitiadores abandonaron al fin la ciudad, y los habitantes que habían sobrevivido pudieron contemplar la horrible obra de destrucción que dejaba á Prato convertido casi en una ruina.

Desde entonces la historia de esa ciudad ha ido unida á la de Florencia. Hasta 1757 estuvo sometida al gobierno de los Médicis, y disfrutó de completa tranquilidad; pero después pasó al dominio de los grandes duques de Austria. Desde 1513 no se ha distinguido ya nunca más que por su industria y por su espíritu comercial. – R.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

Garbelladuras, por *Santiago Boy*. – Compone este libro una colección de artículos tan admirablemente observados del natural, que leyéndolos nos parece presenciar los bonitos cuadros de costumbres en ellos reproducidos, y sin querer recordamos escenas análogas á las que tan fielmente reproducen y que todos hemos presenciado por tratarse de cosas de nuestra tierra. Además de este espíritu de observación, abunda en *Garbelladuras* de tal manera la gracia y aparecen en sus páginas derramados tan pródiga y oportunamente los chistes de buena ley y los dichos populares, que su lectura es propia para alegrar el ánimo más propenso á la melancolía. El Sr. Boy, que se ha conquistado un nombre envidiable entre los costumbristas catalanes, merece plácemes por la publicación de este libro, que se vende en las principales librerías á dos pesetas.

Cuestiones entre Guatemala y México. – De muy larga fecha datan las cuestiones de límites entre estas dos repúblicas americanas, y aunque parecía que á ellas había puesto término el tratado de 27 de septiembre de 1882, no ha sido así, pues desde esa fecha México ha formulado constantes reclamaciones, á las que Guatemala no quiere acceder por creerlas inmotivadas. Sobre esto se publicaron en el periódico guatemalteco *El mensajero de Centro-América* una serie de artículos en los que se ponía de manifiesto la sinrazón de que, en concepto de Guatemala, se hacía culpable México. Estos artículos han sido recientemente coleccionados en un interesante folleto, que para mayor comprensión lleva un plano de la frontera discutida y que ha sido impreso en Guatemala en la Tipografía Moderna.

¡Hora aciaga!, por *Roberto María Grañén*. – Monólogo dramático estrenado con éxito en el teatro Romea la noche del 24 de mayo de 1895. Ha sido impreso en Barcelona, en la imprenta de Simón Alsina y Clot (Muntaner, 10).

Negro en blanco, por *Julio Gómez Muñoz*. – Colección de poesías del joven escritor valisoletano Sr. García Muñoz, quien revela en sus composiciones notables dotes de sentimiento y condiciones poéticas dignas de encomio y estímulo. Impresa en Valladolid, en la imprenta de Jorge Montero, véndese á una peseta.



¡Hasta verte, Cristo mío!, cuadro de José García Ramos (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)

Comercio exterior y movimiento de navegación de la República Oriental del Uruguay y varios otros datos correspondientes al año 1894, comparado con 1893. – La dirección de Estadística general de la República del Uruguay, siguiendo la costumbre de otros años, ha publicado como anticipo al Anuario Estadístico esta Memoria, que contiene datos completísimos y muy interesantes y detallados de todo cuanto al comercio y á la navegación de aquel Estado se refiere, y otros no menos dignos de estudio relativos á inmigración, población, movimiento de metálico amonedado, rentas de aduanas, registros de ventas y de hipotecas, correos, edificación, etc. El gobierno uruguayo merece toda suerte de plácemes por la especial atención que consagra á materia tan importante como esta clase de estadísticas y por el cuidado é inteligencia con que la administración realiza este cometido.

El Kuerbo, por *Edgard Poe*, traducción directa de *J. A. Pérez Bonalde*. – Sabido es que esta composición poética *The Raven* (El cuervo), ha sido una de las que más fama han dado al célebre escritor norteamericano. La traducción, hecha muy correctamente en verso, reproduce con gran fidelidad todas las bellezas del original, mereciendo por ello sinceros elogios el Sr. Pérez Bonalde, individuo correspondiente de la Real Academia Española: publicóse por primera vez en Buenos Aires en 1888, y al publicarse ahora en Valparaíso, en donde la ha editado D. Francisco Enríquez, ha sido impresa con la ortografía reformada que tantos partidarios cuenta en Chile.

Pro patria. – El último número de esta importante revista contiene los siguientes interesantes trabajos: *Introducción de un libro inédito*, por Angel Lasso de la Vega; *El trabajo*, por Joaquina Balmaseda de González; *Más sobre Paremiología toledana*, por José María Sbarbi; *Il terzo centenario di Torquato Tasso*, por Arnaldo Bonaventura; *Las fiestas reales en Badajoz*, por Nicolás Díaz y Pérez; *Ars est Poesis*, por J. Fabré y Oliver; *El ajedrez jugado de memoria* (conclusión) por Andrés Clemente Vázquez; *La enredadera y la violeta* (fábula), por Nicolás Pérez Jiménez; *El teatro lírico catalán*, por Rafael Mitjana; *Notas y lecturas*, por Constantino Román; *Costas, las de Levante*, por Manuel Amor Meilán; *Academias y sociedades*, por Ache; *Notas políticas*, por Sinesio; *Notas bibliográficas*, por Amando.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 26 de agosto de 1895 — Núm. 713

Regalo á los señores suscritores de la Biblioteca Universal Ilustrada



BEETHOVEN, escultura de Francisco Jerace (Exposición internacional de Venecia. 1895)

SUMARIO

CRÓNICA DE ARTE

El señor ministro de Fomento está en estos instantes ocupado en dar los últimos toques al decreto de reorganización de la Escuela central de Artes y Oficios, reorganización que alcanza también á las Escuelas de provincias.

Por cierto que esta obra, todavía desconocida hasta de la prensa diaria, ha ocasionado ya sendos disgustos á varios periodistas, quienes por medio de las armas ventilarán en la tarde de hoy, 11 de agosto, las diferencias surgidas entre ellos con motivo de los dimes y diretes y palabras gruesas que desde los respectivos periódicos se dirigieron, atacando unos, otros defendiendo el hasta la fecha desconocido decreto.

El caso no es nuevo ni tampoco raro. Aparte la pasión política y el odio personal, que casi siempre influyen de un modo poderoso (como sucede en la ocasión presente) en esas discusiones periodísticas, obligando á estampar frases violentas y á dar por hechas cosas que no existen, la prensa diaria, especialmente la española, padece de una manía, de la cual, ó he perdido los papeles ó habrá de curarse en breve, como se va curando la francesa, y que la inglesa no llegó á padecer en ningún tiempo: esa manía es la de la información *à priori* y como lógica consecuencia la de la crítica de lo informado. Esto da motivo á disgustos y lances como el pendiente, y además contribuye de un modo harto eficaz á la indiferencia y no digo también á la antipatía con que el público acoge cierta clase de informaciones que tienen por base las cábalas, presunciones, etc., que el afán del *reporter* deseoso de ejercer de profeta dando á los vientos de la publicidad noticias sensacionales y la enemiga del político de oposición urden en el telar del *suponiendo* y que la realidad casi nunca confirma.

Porque en este caso concreto de la disposición ministerial reorganizando la Escuela de Artes y Oficios, ni el periódico que defendía al ministro ni el que lo atacaba sabían más arriba de media palabra del famoso decreto. El periódico de oposición atacó la obra del Sr. Bosch, *suponiendo* que en ella se hacía esto, lo otro y lo de más allá, y el que la defendió, *suponiendo* que todo fuese cierto, afirmaba que su colega era un tal y un cual.

Lo más notable en este asunto es que el suelto del periódico contrario al ministro de Fomento no era obra de la redacción, sino de una persona que ha venido ocupando un puesto en la citada Escuela de Artes y Oficios. Como *ballon d'essai* lanzó la especie de que, conociendo el espíritu del decreto, éste venía á desorganizar aquel establecimiento de enseñanza; creyendo acaso que el resto de la prensa tomaría la cosa como cierta y comenzaría una campaña en contra del proyecto del Sr. Bosch.

Cuando esta crónica se publique es probable que la obra del ministro sea ya conocida, pues de un día á otro debe remitirse á la firma de la Regente; por lo tanto, no creo pecar de indiscreto si digo que á la amabilidad del Sr. Bosch debo el conocer su pensamiento hace ya bastantes días. Y como lo conozco por entero, por eso puedo afirmar que nada de lo dicho en contra y en favor se acerca á lo cierto.

Sintetizando: en el decreto hoy aprobado en Consejo de ministros se establecen dos secciones, industrial y artística. Se respeta casi por completo el plan de enseñanzas que hasta ahora ha venido rigiendo, y se aumenta la de *aparejadores*. Se suprimen tres secciones de las diez que hoy existen en Madrid y se crean algunas cátedras, así de carácter práctico como teórico. Al propio tiempo se ordena que en un término de tiempo prudencial se provean todas las vacantes de la Escuela que actualmente están servidas interinamente en las ternas que correspondan. Tal es en resumen lo más importante de la parte dispositiva del asendereado decreto.

El espíritu que lo informa tiende á que las especialidades como la de mecánicos, electricistas, etc., sean verdaderamente tales; y que así en esas como en la de aparejadores haya un profesorado científico que garantice el éxito de las enseñanzas. Créanse títulos oficiales que servirán á los alumnos que terminen sus estudios para exhibirlos en cuantos casos necesiten probar su competencia.

Se establecen bibliotecas, gabinetes de física, talleres de máquinas y museos de artes suntuarias y decorativas y demás industrias de carácter artístico. Se ordena que se den conferencias dominicales y que se hagan excursiones á centros fabriles, á los Museos, etc. Por último se dispone la creación de una exposición permanente de cuantas máquinas nuevas se presenten, invitándose á sus autores á que las remitan.

Las Escuelas de provincias quedan sujetas á este plan.

Ciertamente que, como podrán juzgar cuantos de estas cosas entienden, la reorganización dispuesta por el Sr. Bosch no alcanza extremos excepcionales, ni se separa gran cosa de la que actualmente rige en la Escuela de Artes y Oficios, mas significa un paso adelante en lo que atañe á dar valor real y positivo á las enseñanzas.

Claro está que poco, muy poco puede hacerse en favor de nuestros artes y oficios é industrias con el plan del Sr. Bosch; pero por muchas vueltas que se dé al presupuesto, éste no permite mayores expansiones. Para reorganizar la *Universidad del pobre*, como con feliz frase llamó á las Escuelas de ese género un ilustre pensador francés, son menester, además de conocimientos y estudios muy detenidos de las necesidades, estado, condiciones, así locales como históricas y de aquellas otras en que se realiza la producción en el extranjero, disponer de un capítulo en el presupuesto cuatro veces mayor que el actualmente asignado á estas enseñanzas. Y ciertamente que tal organización no es obra de un mes, ni de una sola inteligencia, aun cuando ésta sea tan poderosa como la del actual ministro de Fomento. Que no es dable á un ministro, que debe regir un tan vasto ministerio como el que le ha tocado en suerte al señor Bosch, atender con aquella solicitud que es precisa asuntos de tanta monta y trascendencia como los de la instrucción pública, cada día más complejos, á cada instante solicitados por nuevos adelantos que imponen sistemas pedagógicos nuevos.

Por mi parte, creyendo que el decreto del señor Bosch es un decreto en el cual se introducen reformas perfectamente ajustadas á las necesidades de la enseñanza, creando al propio tiempo alguna de verdadero valor, sin embargo, no entra, á mi juicio, en aquella tendencia que yo creo necesaria para llevar á cabo el ideal de resucitar industrias y artes suntuarias y decorativas exclusivamente nuestras, pues tiende á la unidad de las enseñanzas en todas las escuelas provinciales, cuando por el contrario debiera cuidarse de estudiar el modo de que las artes ó industrias características de cada región ó provincia tuviesen principalísimo puesto. Que tal es la tendencia que hoy se inicia en toda Europa, por entender que la unidad y la centralización en el orden intelectual significan la muerte de un gran número de iniciativas, de fuerzas, de producciones características originales que no han debido desaparecer sino como desaparecieron en efecto las nuestras bajo las ruinas de un imperio poderoso que se desplomó carcomido por la más grande y más absoluta absorción centralizadora.

* * *

El movimiento artístico padece en la época actual el mismo marasmo que cuanto se relaciona con la vida de la inteligencia. Es ese marasmo un paréntesis necesario para que espíritu y materia tomen alientos con que volver á la diaria batalla en condiciones posibles de lucha. Porque, bien al revés del general pensar, la producción artística y la literaria, lejos de proporcionar hoy un goce plácido al artista ó al literato, es motivo de dolorosas luchas, de angustiosos desalientos, de excitaciones febriles que aniquilan juntamente el espíritu y la materia.

Sin embargo, pintores y escultores trabajan con el empeño que pone en la labor el que no quiere formar en las filas de la multitud anónima... y morir de hambre. Y finalmente, son menester gran fuerza de voluntad y amor á la vida y al trabajo para pintar ó modelar en los «estudios» de esta villa y corte, verdaderos hornos donde la temperatura alcanza á cuarenta grados. Por eso, cuantos han podido huir de Madrid lo han hecho, aun cuando algunos, como Sorolla, hayan ido á puntos como Valencia, donde el calor es tropical. Pero por lo menos el autor de *¡Otra Margarita!* respira las auras del Mediterráneo y el oxigenado ambiente de la huerta valenciana, y puede trabajar en la umbría ó á la sombra de la lona de un barco, sintiendo en el rostro las caricias de consoladora y húmeda brisa.

El secretario del Museo Nacional D. Luis Alvarez, ese marchó á Galicia á terminar en el fondo de alguno de aquellos *saudosos* valles un trabajo que tenía comenzado hace tiempo. Y á la región del noroeste se han ido, quiénes en busca de arte y de salud á un tiempo, quiénes tan sólo por admirar la naturaleza, Palmaroli, Domínguez, Ferrant y otros muchos. En cambio el autor de *La siega en Andalucía* D. Gonzalo Bilbao, persiguiendo el problema de la luz tal y como lo ha esbozado en el lienzo dicho, se somete en las tierras de Sevilla á la temperatura que sus modelos los segadores. Acaso por realizar un estudio de contraste, vaya á la frondosa Alcalá de Guadaira á pintar aquellas florestas, en donde hallará al autor de *La Dogaresa* el eximio Villegas y al maestro D. José Jiménez Aranda, acompañados de García y Ramos.

Cecilio Pla ha desistido de un segundo viaje á Granada. Pensara por algunos instantes en dirigirse á Asturias, adonde fuera en otros días con el malogrado maestro Plasencia; pero asuntos pictóricos de urgencia le han obligado á reducir el viaje á Cercedilla, uno de los más pintorescos y agrestes lugares de la grandiosa sierra del Guadarrama. En cambio Simonet y el paisajista Beruete hállanse á estas horas, el primero paseando por la capital del imperio alemán y el segundo estudiando los salones de París y Londres. De esta ciudad quizá marche á Edimburgo á conocer la nueva escuela escocesa.

Atraído por remembranzas de tiempos pasados en el hermoso puertecito de Asturias San Esteban de Pravia, Maximino Peña deja los pinares de la soriana tierra para volver á la de Pelayo, en donde comenzará un cuadro de empeño. Bertodano y Ugarte vagan por las orillas del Cantábrico, en los alrededores de San Sebastián, en busca de impresiones de la vida marinera, de esas tonalidades grises tan dulces y á la par enteras, que solamente en las regiones del Norte y Noroeste de España existen.

Los escultores tampoco están ociosos. El día 30 del actual termina el plazo del concurso abierto para erigir una estatua en esta corte al insigne hombre público y autor de la ley de Instrucción pública que lleva su nombre D. Claudio Moyano. Trabajan varios escultores de nombre para presentarse en la liza; alguno de ellos exclusivamente con el objeto de ganar el premio renunciando á la ejecución, por considerar la remuneración escasa. Otros se disponen á modelar el boceto de la estatua que en Badajoz ha de erigirse á Moreno Nieto; y aun cuando también la cantidad asignada es pequeña, sin embargo, la circunstancia de estar ya construído el pedestal y de conceder el Estado el bronce para la fundición, hace que, aun cuando poco, algo quede en beneficio del artista.

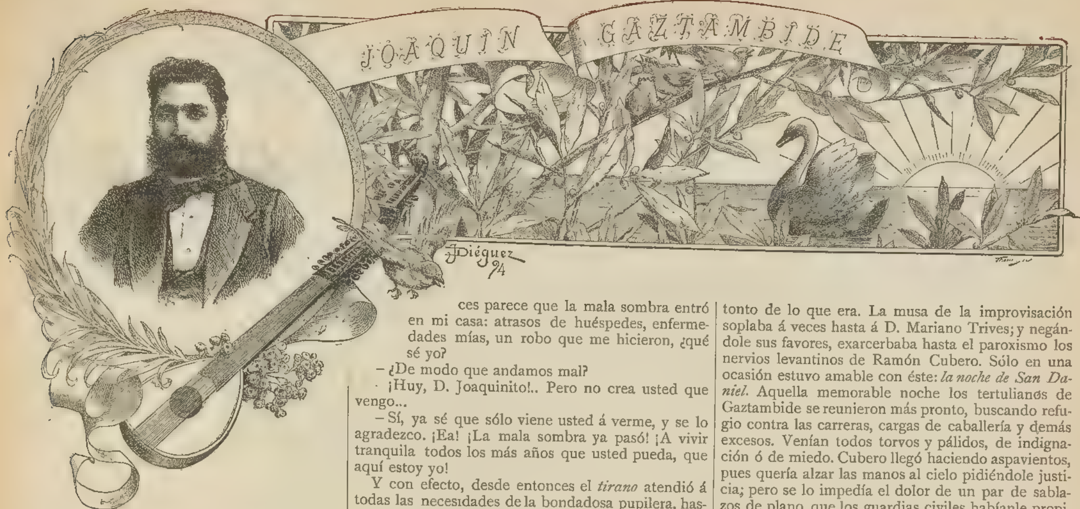
Pronto también se abrirá otra vez el concurso para elevar en Covadonga un monumento al Rey Pelayo. Veremos si de ésta va la vencida. Por último, se anunciarán en breve los concursos para las estatuas de Doña Concepción Arenal y de Zorrilla. Especialmente el de la última, auguro que será un concurso reñidísimo, pues tendrá importancia grande, porque se pretende que sea un verdadero monumento.

Y mientras todas esas obras llegan á vías de realización. Querol modela la estatua que ha de erigirse en Vigo á Elduayen, el eximio Benlliure retoca en Barcelona la cera de dos bustos que deben fundirse en los talleres Masriera, y se dispone á terminar el monumento sepulcral á Gayarre y á emprender otra obra análoga de gran importancia y con destino á una de las más aristocráticas damas de la nobleza que viven en esta corte, y Alcoverro, según tengo entendido, modela dos cariátides que habrán de tener cinco metros de altura, para el nuevo edificio á punto de terminarse, destinado á Ministerio de Fomento.

Para terminar, la Sociedad general de tallistas de Madrid está comenzando los trabajos preliminares necesarios para celebrar en mayo del año próximo una Exposición de artes industriales y decorativas.

La iniciativa particular, realizando lo que debieran haber hecho nuestros gobiernos hace ya muchos años.

R. Balsa de la Vega



SEMBLANZA

Muy joven y ya sin familia allegada, teniendo que ganarse la vida como Dios le daba á entender, Gaztambide vivía en una casa de huéspedes. Se levantaba á la hora que sus ocupaciones lo exigían, y mientras se acicalaba con los cuatro trapitos que entonces tenía, llamaba á la patrona y solía entablar con ella diálogos parecidos al siguiente:

–¡Señora!

–¿Qué se le ofrece á usted, D. Joaquinito?

–Hoy el tirano (el tirano era él) vendrá algo tarde á almorzar.

–Pues lo siento por los apartadijos.

–Y no me ponga usted huevos fritos; estoy cansado de esa monotonía.

–Pero D. Joaquinito...

–Y que traigan rábanos; he oído ya pregonarlos.

–¡Sí, rábanos! ¿Y también querrá usted fresa?

–Por ahora no soy tan exigente; dentro de unos días hablaremos.

–Pero D. Joaquinito, hágase usted cargo...

–El tirano se hace cargo de todo: hasta de que la debe á usted unos miserables meses de hospedaje, cosa mínima, puesto que el mejor día la cubrirá á usted de oro y de pedrería.

A veces, durante estos diálogos, entraba la criada, jovencita alcarreña, bien para dar algún recado á la señora, ó para enterarse de la conversación, y Gaztambide le decía:

–¿Lo oyes, Anastasia? En cuanto oigas vender rábanos, á escape á comprarlos.

A veces volvía á casa retrasado, le abría la puerta la criada, y ésta corría á la cocina, donde la patrona preparaba la comida para los pupilos, y le decía:

–Señora, el Tirano (porque la pobre alcarreña creía que tirano era un nombre propio) dice que se retrase la comida para dar el repaso de violín.

Este repaso era como el prólogo ó introito de la comida. En cuanto la patrona oía los rasguños musicales, avisaba á los huéspedes distraídos, diciéndoles:

–¡Vamos, que se va á comer: ya está D. Joaquinito tocando el violín!

Como D. Joaquinito pagaba poco y mal, la patrona tenía debilidad por él, lo cual suele constituir un rasgo de la clase. La buena señora se fué á Valencia á establecer casa de huéspedes, y Gaztambide no volvió á saber de ella durante muchos años. Algunos después, cuando el maestro estaba en el apogeo de su celebridad y fortuna, se le presentó una viejecita, algo estropeada de traje: Gaztambide la reconoció en seguida y la abrazó con efusión.

–Pero, señora, ¿dónde ha andado usted? ¿Es posible que no se haya acordado del tirano?

–¿Que no me he acordado?, contestó llorando la patrona (pues era ella). ¡Vaya si me he acordado! Mientras he podido no he dejado de ver ninguna zarzuela de usted que se hacía en Valencia, y cuando los huéspedes volvían á casa tarareando la música, «Ya les decía yo: si no podía ser por menos: ¡tocaba tan bien el violín!»

–¿Y Anastasita?

–Murió ¡la pobre! Me la llevé conmigo á Valencia, y allí se quedó en el cementerio. Desde entonces parece que la mala sombra entró en mi casa: atrasos de huéspedes, enfermedades mías, un robo que me hicieron, ¿qué sé yo?

–¿De modo que andamos mal?

–¡Huy, D. Joaquinito!.. Pero no crea usted que vengo...

–Sí, ya sé que sólo viene usted á verme, y se lo agradezco. ¡Ea! ¡La mala sombra ya pasó! ¡A vivir tranquila todos los más años que usted pueda, que aquí estoy yo!

Y con efecto, desde entonces el *tirano* atendió á todas las necesidades de la bondadosa pupilera, hasta que murió ésta cuatro ó cinco años después.

Genio dominante, más bien por buen humor que por altanería, bondad ingénita, comprensión elevada en materias musicales, deseo de distinción y refinamientos sociales, carácter caballeresco y formal en sus tratos, desconocimiento de toda pasión baja ó malevolente: tales fueron las cualidades más salientes del popular autor de *En las astas del toro*, que era además notable director de orquesta. Alto, esbelto, de fisonomía expresiva, pulcro en el vestir y de amable trato, hacíase simpático á todo el mundo. Era afrancesado, y hacía frecuentes excursiones á París, donde adquirió buenas relaciones, y fué solicitado y distinguido por la buena traza que se daba para cantar al piano piezas de zarzuela y canciones españolas. Se aficionó de tal manera á la cocina francesa, que no pudiendo resignarse á la del *menage* español, gastaba en comer más de lo que le permitía su peculio.

Pero Gaztambide, en suma, sólo fué uno de los pocos y buenos compositores españoles de música que ha habido; y yo voy á consignar aquí un hecho que pone un sello notabilísimo á su personalidad. Gaztambide logró reunir una *tertulia* especial, única quizá en el mundo, y que parecería fabulosa, si afortunadamente no existiesen algunos supervivientes de ella. Después de terminar la representación del teatro de la Zarzuela, el maestro de quien me ocupo, que era empresario de este coliseo, sentaba sus reales en un salón del piso principal, en donde había una mesa, un piano y un amplio diván corrido, y poco después iban llegando los tertulianos. No era precisa la presencia del anfitrión, que á veces solía llegar como Neptuno, no para apaciguar el tumulto de las olas, pero sí el de las conversaciones que degeneraban en tumulto. A primera hora deslizábase allí algún intruso, pero en la alta noche ó madrugada sólo quedaban los clásicos habituales concurrentes. Había tontos que no podían arraigar en aquel campo, pero habíalos también (y yo me cuento entre ellos) que logramos imponernos. La primera hora era la de los *Pasillos del Congreso*; esto es, la de la murmuración, y en ella se cortaban sayos á todo bicho viviente; pero luego venía el período literario, guasón y disparatado. Proponíanse charadas, *¿qué ves?*, refranes y títulos de obras dramáticas ó cómicas, por los procedimientos de todos conocidos, dando motivo á peripecias de triunfos ó rechiflas. Al principio, se preguntaba y respondía en humilde prosa; pero á mí me cabe la imperecedera gloria de haber introducido el verso en el diálogo, lo cual aumentaba la dificultad y la chacota. La mayor parte de los contertulios, entre los que se contaban Eduardo Inza, Mariano Pina, Ramón Cubero, D. Mariano Trives, Miguel Pastorfido, Pepe Picón y otros, de feliz recuerdo, han hecho ya el viaje de la eternidad; pero como ramas del árbol de la *tertulia de Gaztambide*, de que éste era tronco, aún quedan Manuel del Palacio, Federico Henales, Pepe Casares, Emilio Alvarez, Adolfo Calzada, Isidoro Valero y algún otro que en este momento olvido; los cuales, si fueran preguntados, darán testimonio de que yo no sé mentir. ¡Qué mentir, ni exagerar siquiera! Era preciso haber visto aquel areópago para comprenderle. Allí todo el mundo se crecía al hierro, es decir á la necesidad de parecer menos tonto de lo que era. La musa de la improvisación soplaba á veces hasta á D. Mariano Trives; y negándole sus favores, exacerbaba hasta el paroxismo los nervios levantinos de Ramón Cubero. Sólo en una ocasión estuvo amable con éste: *la noche de San Daniel*. Aquella memorable noche los tertulianos de Gaztambide se reunieron más pronto, buscando refugio contra las carreras, cargas de caballería y demás excesos. Venían todos torvos y pálidos, de indignación ó de miedo. Cubero llegó haciendo aspavientos, pues quería alzar las manos al cielo pidiéndole justicia; pero se lo impedía el dolor de un par de sablazos de plano que los guardias civiles habíanle propinado en ambos homoplatos. Se sentó de medio lado, pero á poco se incorporó febril y nervioso como la Pitonisa sobre su trípode, y prorrumpió en las siguientes redondillas, que copió y guardó Gaztambide como recuerdo de aquella triste noche:

> «Óiganme con atención,
> ¡voto al moro Abindarráez!
> Ramón se llama Narváez
> y yo me llamo Ramón.
> Desde este día cruel
> ¡juro por el Escamandro!
> que me llamaré Alejandro
> por no parecerme á él.
> Ese general feroz
> gasta hace tiempo peluca
> desde la frente á la nuca,
> por librarse de la tos...»

Aquí alzóse un murmullo, pues en efecto, los consonantes *feroz* y *tos* son algo licenciosos; pero Cubero, que no reparaba en pelillos, siguió diciendo:

> «Mas ya, ni su nombre quiero
> y renuncio al peluquín:
> seguiré siendo hasta el fin
> calvo, Alejandro Cubero.»

Prorrumpimos todos en un aplauso al actor patriota. Manuel del Palacio se levantó y le estrechó la mano, diciéndole:

> «Chico, mi admiración yo te tributo:
> no creí, ¡vive Dios!, que eras tan bruto.»

Aquellos versos eran tan épicos en labios de Cubero, que algunos atribuyeron la paternidad á Pastorfido. Lo cierto es que desde entonces aquél no volvió á llamarse Ramón. He citado este botón como muestra de la tertulia de Gaztambide. A veces se presentaban en ella, como de pasada, algunos buenos puntos. Una noche entró Ricardo Zamacois con un chaleco muy largo, en ocasión en que Adolfo Calzado era el encargado de averiguar el título de la pieza «El niño perdido;» distribuyóse á Ricardo, para que la *embozase*, la segunda palabra, y Calzado le dijo:

> «¡Caramba!, justillo de ante:
> ¡qué abrigado y qué elegante!»

Y el donoso actor contestó instantáneamente:

> «Elegante sin aliño;
> con la sencillez del niño
> y el chaleco de un gigante.»

La gran diversión de la tertulia de Gaztambide no la constituían los que improvisaban bien ó medianamente, sino los refractarios á la metrificación repentina. Cuando les llegaba su turno, Trives se ponía rojo de verguenza, Cubero trémulo, Pastorfido balbuciente, y á Pedro Agüera, llamado D. Pedro el de los pavos (de quien antes me he olvidado), se le encrespaba el pelo, y fuera ó no asonante ó consonante, acababa todas sus improvisaciones con este verso:

> «Porque yo soy un barbián.»

Gaztambide era de los más premiosos é improvisaba en estilo laberíntico cruzado.

Pero si era rebelde á la improvisación métrica, no lo era al piano. En las noches faustas, quiero decir, en las que había habido éxito en el teatro, el maestro

empresario improvisaba danzas macabras sorprendentes. La noche del estreno de *Pan y Toros*, que fué un exitazo como llovido del cielo sobre el árido teatro de la Zarzuela, sentado el maestro al piano y nosotros en ebullición, armóse tal zambra, que dejó éste de tocar, y levantándose exclamó con voz tonante: «¡No hagan ustedes barbaridades!» A fin de temporada leía el empresario la lista de las producciones estrenadas, cuyos títulos eran escogidos por la tertulia con una salva de aplausos ó silbidos, según el éxito que habían obtenido. El día de San Joaquín daba el anfitrión un banquete á todos los contertulios. Cuando la temporada teatral no había sido buena, los invitados quedaban reducidos á trece, para que se sentaran catorce á la mesa. Se elegían por suerte metiendo en un sombrero los nombres de todos, escritos en papelitos, que sacaba D. Mariano Trives, como más inocente; sin embargo, había chanchullos como en los plebiscitos. En la apertura de los Campos Elíseos, hoy deshechos, contrataron á Gaztambide para director de orquesta del teatro de Rosini, y el maestro, imitando en esto á los buenos matadores de toros, que no quieren torear sin su cuadrilla, exigió que toda la *tertulia* entrase *gratis* en los Campos. El teatro, la ría, los baños, el *restaurant* y las nacientes alamedas podrían decir, si existieran, lo que allí toreamos. La noche de inauguración del teatro Rosini, la orquesta obtuvo un éxito estrepitoso, y se oyó una voz en las alturas que exclamó: «¡Bien por el frac de alpaca!,» aludiendo al que Gaztambide se había mandado hacer para dirigir en aquellas calurosas noches.

Bien entrada la primavera, la tertulia se instalaba en el vestíbulo del teatro de la Zarzuela, y cuando apretaba el calor, se salía á la calle; lo cual daba origen á variados incidentes. A veces llovían *cosas* sobre los tertulianos, que solían ser caramelos, bombones y otros dulces obsequios de las vecinas, muchas de ellas abonadas al teatro; pero también á veces las susodichas *cosas* no eran tan apetecibles. Cuando pasaron los tiempos ominosos y vino la revolución de septiembre, solía suceder que algún inspector *libre* nos preguntaba con qué derecho interceptábamos la vía pública, á lo cual contestaba el maestro que aquello no era vía ni pública, sino de la jurisdicción del teatro (como era verdad); y sin embargo, una noche fuimos llevados á la prevención, representando tipos de las Bienaventuranzas. En ocasiones, las escenas eran de otra índole, motivándolas algún inglés de algún tertuliano, ó alguna Dido abandonada, que envuelta en la sombra de la noche, buscaba á su Eneas fugitivo.

Todo aquello acabó para siempre, y yo lo he consignado en este pobre trabajo, por si me lee algún contertulio. En el propio teatro de la Zarzuela y en otras partes hubo después reuniones con pujos literarios y humorísticos: sólo sombra, reflejo, pleonasmo paradógico de la *tertulia de Gaztambide*. Era éste el punto de intersección de aquellas imaginaciones y de aquellos caracteres. Roto el engaste del collar, unas perlas se perdieron en la muerte: las que quedan no volverán á reunirse.

Aquel conjunto ¡no hay quien lo beba!

F. Moreno Godino

EL QUE MENOS CORRE... VUELA

HISTORIETA CONTEMPORÁNEA

No lejos de la *Grand Plage* de Biarritz, y en un pintoresco rincón poblado de risueñas quintas, se encuentra la *Ville Bonaire*, que se distingue de las inmediatas por la magnificencia del extenso parque que la rodea. Su dueña, la hermosa condesa viuda de***, acostumbra á pasar en ella largas temporadas en verano, no sólo por satisfacer la obligación de dejar á Madrid durante el estío, ineludible en ciertas clases sociales, sino porque apasionada de los encantos de la naturaleza se encuentra muy á su gusto en aquel nido coquetón semioculto por robustos pinos, en cuyas ramas juguetean las vivificantes brisas del Océano, que se extiende delante de la terraza del edificio.

A pesar de todo ello, es lo cierto que en el último verano Luisa, como la llaman sus íntimos, se aburría soberanamente, llegando al extremo para ella nunca visto de contar los días que le faltaban para regresar á su hotel de la coronada villa.



Su Eminencia, acuarela de José Moragas Pomar

– Sí, señora, me fastidio, me fastidio mucho, decía cierta tarde la condesa á madama Honorina, su respetable acompañanta, que sentada en amplia mecedora á la sombra de una frondosa acacia del parque escuchaba á Luisa, entreteniendo su actividad con una complicada labor de crochet.

– Hija mía, observó Honorina, desde hace algún tiempo usted se aburre en todas partes.

– Indudablemente yo no estoy buena; á mí me falta algo, ¿pero qué?

– Lo que es libertad y medios para hacer lo que á usted se le antoje no será, replicó sonriendo maliciosamente la dama. Tal vez la soledad...

– La verdad es que este año con el alza de los cambios, ninguna de mis amigas se ha decidido á pasar la frontera. Mejor hubiéramos hecho en quedarnos en San Sebastián, como quería Elena

Reinó un silencio de algunos instantes y luego la condesa exclamó de pronto:

– Sabe usted que me extraña que no haya vuelto por aquí Núñez.

– ¿Quién?

– El pintor chileno que tomaba la vista del parque.

– ¡Ah, sí! ¡Vaya un tipo raro, con aquellas melenas!..

– Es un hombre muy original. La otra tarde cuando observó que yo me acercaba á curiosear, hizo como si no me viera. ¡Figúrese usted! Y luego al dirigirle la palabra contestó á mis preguntas atentamente, pero con cuatro frases cortas y secas, á estilo de telegrama; así que me retiré y le dejé á sus anchas.

– Eso demuestra escasa galantería; pero en los artistas no hay que extrañarlo, todos tienen mil rarezas.

Luisa hizo un movimiento de indiferencia y cogiendo un volumen que había al alcance de su mano sobre una silla inmediata á su butaca, se engolfó en la lectura de una producción de George Onhet, su novelista predilecto.

. . . .

Pocos días después de la conversación referida anteriormente, el artista en ella mencionado encontrábase en el parque de la Villa Bonaire, atareado en reproducir sobre el lienzo que sostenía su caballete de campo un precioso punto de vista de la aristocrática posesión.

Con efecto, Rafael Núñez merecía el epíteto de tipo raro que le había aplicado madama Honorina. Nada de particular ofrecían su figura y su traje elegante y sencillo; pero en cambio su cabeza era digna de llamar la atención, no sólo por la ondulante y poblada barba que le llegaba hasta la mitad del pecho, sino por las largas melenas que á uso romántico descendían sobre el cuello de la camisa, formando como un marco á un rostro de color cobrizo, digno de un indio sudamericano. Añádase á esto unos anteojos de cristal ahumado y varias sortijas enriquecidas con gruesos brillantes, y se tendrá cabal idea de aquel personaje exótico que había sido presentado á la condesa por su buen amigo el anciano banquero don José Serrallonga, como hijo de uno de sus corresponsales de Santiago de Chile.

Por todo ello y más que nada por su discreta reserva, Luisa tenía viva curiosidad de conocer más á fondo al artista, y aquella tarde en cuanto le distinguió, desde sus habitaciones, engolfado en la pintura, bajó al parque y se encaminó hacia Núñez, que al verla llegar sonrió de una manera extraña.

– ¿Cómo va, señor pintor, dijo la condesa colocándose junto al caballete.

– Muy bien, señora, respondió aquél después de saludar con extremada finura; pero he estado algo delicado, lo cual me molestaba en gran manera, pues deseo terminar cuanto antes este paisaje y poder regresar desde luego á mi querido estudio de Madrid

– ¿Tan mal se encuentra usted en Biarritz?

– Mal. . no, señora, pero me propongo pintar un cuadro para la próxima Exposición, y aquí carezco de los elementos necesarios para ello.

– ¿No molestará á usted que yo curiosee su pintura?

– Nada de eso, así trabajaré con mayor gusto.

Entonces Luisa llamó á un criado que pasaba en dirección á la casa y le ordenó traer una silla que colocó de suerte que le permitiera ver la obra de Núñez, el cual había vuelto á su tarea, demostrando con la seguridad de sus pinceladas una maestría que no pasó inadvertida á la condesa, haciéndole exclamar:

– Va á resultar un paisaje encantador.

– ¿Le gusta á usted de veras?

– Muchísimo.

– Hace usted demasiado honor á esta *mancha*,



LAS PLANCHADORAS, cuadro de R. Díaz y Olano (Exposición general de Bellas Artes de Madrid, 1895)



Premio sin goce, cuadro de Onofre Garí Torrent (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)

mas ya que agrada á usted me permitirá que se lo regale.

– ¡Ah! Eso sí que no, replicó Luisa, asombrada de la extraordinaria locuacidad que aquel día demostraba el americano.

– ¿Y cómo no? Le gusta á usted, pues se lo queda y muchos años. Si por cualquier causa no hubiera podido hacer á usted este pequeñísimo obsequio en justa correspondencia á sus bondades, se lo diría de igual suerte, porque los artistas somos así, francos y campechanos.

Parecióle á Luisa inconveniente rehusar una fineza hecha con tanta espontaneidad, y se decidió á aceptar diciendo:

– Acepto, pero á condición de que yo corresponderé á su amabilidad de alguna suerte...

– Convenido. Justamente tengo que pedir á usted un favor que..., no sé, tal vez sea excesivo.

– Usted dirá, amigo mío.

Núñez dejó de pintar, y volviéndose hacia la condesa dijo:

– Permítame usted, señora, dos palabras á modo de prólogo. He dicho á usted que iba á pintar un cuadro para la Exposición nacional. Pues bien: ahora añadiré que deseo á todo trance obtener una primera medalla, no para satisfacer una vanidad que no siento, sino para ofrecérsela á una mujer encantadora á quien amo con todas las fuerzas de mi alma, á pesar de los obstáculos que nos separan, tal vez para siempre. Su recuerdo me ha dado fuerza y valor para vencer las contrariedades que dificultan los primeros pasos del artista; por ella he trabajado sin descanso y luchado sin tregua. Para ella quiero el premio.

– ¡Oh!, interrumpió Luisa, emocionada ante el calor con que Núñez se expresaba. ¡Qué feliz debe ser una mujer amada de tal suerte!

– Ahora bien, señora, ¿quiere usted ayudarme en mi empresa?

– Con toda mi alma, pero no comprendo...

– Es muy sencillo; se reduce á permitirme que haga un estudio de usted para la figura principal de mi cuadro. Nadie como usted realiza el tipo de hermosura, elegancia y distinción que he soñado para la protagonista de mi composición. No me niegue usted este favor.

La condesa, indecisa ante proposición tan imprevista, contestó:

– No sé si debo... No conociendo el asunto, temo adquirir un compromiso; y además...

La vacilación es muy natural. Oigame usted un instante y le explicaré el cuadro. Figúrese usted el *boudoir* de una dama aristocrática tapizado de raso azul; á la derecha, entre dos balcones, que medio ocultan lujosos cortinajes con los blasones de la dueña de aquella mansión deliciosa, un mueble estrambótico de China, sobre el cual asienta un gran reloj de bronce, estilo Luis XVI.

Al llegar á este punto de la descripción, Luisa manifestó en su rostro la más viva sorpresa y murmuró:

– ¡Qué coincidencia tan especial!

– Lateralmente á los balcones, prosiguió el americano, que no dejaba de mirar á la condesa, riquísima chimenea de mármol de Carrara, en la que un célebre artista italiano esculpió graciosas cariátides que en parte desaparecen tras un *paravent* japonés decorado con esas flores fantásticas y esos pájaros de brillantes colores que sólo saben imaginar los bordadores de Yockoama y Tokío. Enfrente un diván y...

La condesa no pudo reprimir por más tiempo el asombro que demostraba al escuchar al pintor y le interrumpió diciendo:

– ¡Pero Núñez, está usted describiendo como si la hubiera visto una habitación de mi casa de Madrid!..

– Es una casualidad especial, pero que celebro, porque así puedo ocuparme ya del asunto en que intervienen sólo dos personajes: una señora, como usted, por ejemplo, y un joven vestido con la exageración de un figurín. La fisonomía de la heroína es de lo más difícil de pintar del cuadro, pues ha de expresar cierta indiferencia risueña, unida á una severidad irónica. ¿Comprende usted?

– Ni una palabra.

– Va usted á entenderlo todo en cuanto yo le diga las frases que el almibarado joven escucha, inclinando la cabeza con aire marcado de contrariedad. La dama supongo que le dice: «Amigo Fernando...»

– ¡Fernando dice usted!, exclamó Luisa poniéndose de pie.

El americano se levantó también de su asiento, sobre el que dejó la paleta y los pinceles, y acercándose á la condesa dijo:

– Un poco de paciencia, termino en seguida. «Amigo Fernando: soy muy ambiciosa y deseo que mi marido sea algo más que un hombre rico y muy *pschut*, pero ocioso y frívolo á más no poder. Si usted fuese algo, si usted supiese algo de cualquier cosa que no fueran galanterías, *sport* ó tauromaquia, es posible que hubiera acogido de otra suerte sus pretensiones...

– ¡Basta, caballero!, interrumpió Luisa con visible enojo. Hace rato que se está usted riendo de mí. No sé lo que se propone usted, ni menos adivino cómo ha llegado á su conocimiento esta escena íntima, porque me resisto á creer que Fernando haya ido á referirla al Veloz ó á la Peña.

– No, condesa, contestó Rafael con dignidad. Fernando es hombre de honor, y amaba á usted demasiado para llevar su nombre por los corrillos de los casinos. Fernando salió de casa de usted jurando vengarse, pero con una venganza que le diera ante sus ojos el valor de que carecía y que él reconoció lealmente.

– ¿Cómo?

– Estudiando desde aquel día con fervoroso entusiasmo, con inalterable constancia, con decisión pasmosa, cuanto le faltaba saber para lograr, si no el amor de usted, por lo menos sus simpatías. Gracias á esta tarea, heroica en un gomoso insubstancial, Fernando ha podido darse el placer de mistificar á usted, haciéndole creer que trataba con un artista de allende de los mares.

– No acabo de comprender, dijo la condesa desconcertada.

– Pues qué, Luisa, replicó el pintor quitándose los anteojos, ¿tanto desfiguran estas melenas y un poco de color sobre la cara y las manos, que ya no me reconoce usted?

– ¡Fernando usted! ¡Quién lo creyera!

– Sí, dijo el joven arrodillándose ante la condesa: Rafael y Fernando, los dos se postran ante usted pidiéndole perdón por su venganza. ¡Luisa!, añadió con apasionado acento, amo á usted aún más que cuando me despidió de su casa; pero soy otro; por usted me he transformado de pies á cabeza, y mi firma, ya conocida en el mundo artístico, figurará mañana en primera línea si usted me alienta y me impulsa con su cariño.

En aquel momento oyóse rumor de pasos por las enarenadas calles del parque, y entre los árboles apareció madama Honorina, acompañada de un caballero anciano. Ambos se detuvieron contemplando en silencio el grupo que formaba la condesa con Fernando arrodillado ante ella.

– ¡Por Dios, levántese usted!, exclamó Luisa al notar la presencia de su dama de compañía y del banquero Serrallonga. Estamos corriendo un ridículo espantoso.

Y trató de huir; pero el enamorado artista la cogió de una mano y la detuvo diciendo:

– No dejo ir á usted sin que antes resuelva esta apelación que con nuevos méritos interpongo ante su corazón.

– ¡Jesús, qué pesadez! Pues bien, dijo Luisa enrojecida por la emoción: ha ganado usted el pleito con todos los pronunciamentos más favorables. Está usted vengado. ¿Qué más quiere usted?

Fernando se levantó y besó con entusiasmo la mano de la condesa. Luego volviéndose hacia los espectadores de la escena gritó:

—¡Amigo Pepe, señora, vengan ustedes! He triunfado...

—Ya me lo esperaba, contestó el banquero corriendo á abrazar al joven, mientras madama Honorina, radiante de satisfacción, hacía lo propio con Luisa, diciéndole:

—¡Ay, niña mía, cuán cierto es el refrán de que en este mundo «el que menos corre... vuela!..»

A. DANVILA JALDERO

LA POETISA AUSTRIACA BETTY PAOLI

Ya han descifrado el arcano de la muerte dos poetisas: la española *doña Faustina Sáez de Melgar*, que llamaba á las cartas autógrafas con que la honraba su reina Isabel II sus trofeos más queridos, y que después de sumergirse en el alma de la poetisa del dolor sentada en el trono de Rumanía, la melancólica Carmen Sylva, pasó á mejor vida en Madrid á fines de marzo de 1895, pero cuyo corazón ya inerte parece que palpita todavía en las dulces efusiones de imperecedera ternura; y la cantadora de las dolencias del alma mujeril, de su vida apasionada, de su lucha por la felicidad y de sus desengaños y derrotas, la cuya poderosa frente era el trono de altos pensamientos, la eminente poetisa austriaca *Bárbara Glück*, que se escondía bajo el seudónimo de *Betty Paoli*, á quien Grillparzer, ese heredero del genio de Schiller, contando á Lenau entre los vates húngaros, denominaba «el primer lírico de Austria» por haber sacado del mar de su sentimiento á la luz del día nítidas perlas y tenido la facultad de expresar en el canto con la belleza inmaculada de las melodías de Platen lo que sufrió, consistiendo su desgracia en estas dos palabras: «Era mujer y luchaba como hombre.»



EL SUEÑO DE UN ÁNGEL, cuadro de W. Roegge

La Providencia ha abrazado con amor igual, en la primera mitad de la centuria presente, al Norte y al Sur de Alemania, dando á ambas una poetisa de primer orden: al Norte la augusta, la rígida y varonil *Anita de Droste-Hülshoff*, que fué la mayor por su fuerza creadora, por su sentimiento de la naturaleza, por su genio épico, por su espíritu regio que evocaba las luchas, las alegrías y los dolores de días pasados; y al Sur la ardiente *Betty Paoli*, que ya con su primer paso alcanzaba la cima del arte; la lírica por excelencia, que puso un monumento á su compañera de gloria Anita de Droste-Hülshoff, diciendo en una de sus poesías, que es el último adiós que dirigió á la cuya voz ya apagada continuaba vibrando en sus oídos, y que viviendo en Dios, embriagada de insólida ventura, ya veía el giro eterno de los siglos: «Tu palabra era para mí la estrella lúcida que determinaba mi rumbo; no era el juguete vano de mi juventud, sino la bendición de mi edad madura; necesitaba yo años y dolores para comprender la alteza de tu alma, y al comparar con tu espíritu tan puro el mío tan inquieto, vi sonrojándome que el tuyo se enlazaba gustosísimo con el universo, mientras yo, presa en egoísmo vil, contaba las flores marchitas del árbol de mi existencia.»

Las composiciones de *Betty Paoli*, tan sonoras como delicadas, llenas de la música innata á la estirpe austriaca y de ardor meridional, tienen la poesía del otoño; para ella no había primavera de amor con sus cantos de mayo, con su poesía de rosas; aprendió á ser su propia auriga, y se resignó á aceptar cual divisa de su vida la palabra *sola*. El círculo de sus sentimientos es estrecho, pero éstos son entrañables y revelan una pureza del corazón que nos conmueve. El destino le negó un amor correspondido, dándole en compensación dos amigas sinceras y leales que aparecieron en su horizonte como estrellas clarísimas. Cuando con Lenau, Anastasio Grün, Carlos Beck, Alfredo Meissner y Mauricio Hartmann empezaba en Austria una risueña primavera de cantos, mezclábase á aquel coro una hermosísima voz mujeril, la de la joven *Betty Paoli*, que ya en 1832, á la edad de diez y seis años, manejaba el verso con sin par seguridad, diciendo á los hombres de su tiempo: «Al escarnecer á las mujeres, os escarnecéis vosotros mismos, pues el corazón de las mujeres se parece á un espejo puro; éste es inmaculado, pero la imagen sois vosotros. ¿Qué culpa tiene el vidrio si ésta no gusta? Los corazones de las mujeres se parecen al diamante no pulido: cuando una mano de artista le forme, despedirá centellas clarísimas, arrojará ondas de esplendor cual mar encendida.»

Pero aquella voz dulcísima se enmudeció pronto, y aunque el nombre de *Betty Paoli* continuaba brillando en Viena como el de la última representante de una gran época literaria, apreciándose en su patria su fuerza lírica y su gracia, se hundieron sus obras en el olvido de los contemporáneos. Dice Goethe: «Lo que la vida no tributa sino á medias, la



Están verdes, cuadro de Tomás Muñoz Lucena (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)



EL FULGOR MISTERIOSO, [illegible] cuadro de Félix Hipólito Lucas [illegible]



EN EL BALNEARIO, dibujo de Narciso Méndez Bringa

posteridad debe de tributarlo enteramente.» Pero á *Betty Paoli* no tributaba la vida sino una gloria vacía, la grandeza tradicional de su nombre. Su primer tomo de poesías, que salió en 1841 y en el que hablaba con una pasión inaudita en una mujer de sus sentimientos eróticos, de los engaños de su primer amor, ha desaparecido de la publicidad: el libro quedó desconocido, pero popularizó el nombre de su autora, abriéndola el camino á la casa de un rico banquero vienés que la eligió por compañera de su esposa y donde la poetisa conoció á los Grillparzer y al barón de Feuchteroleben.

Betty Paoli era una genuina hija de Viena, bella, graciosa, ardiente. Su humor delicioso y su amabilidad seductora la hicieron el imán de la sociedad cuando no prefería hacer de fatídica Casandra. Parecía más apta para vivir novelas que para escribirlas.

Nació en Viena el 30 de diciembre de 1815; su padre fué médico militar. Criada en la abundancia, probó después de perder su padre y al pasar de la niñez á la adolescencia las amarguras de la miseria, y recorrió con su madre las soledades de Rusia. De regreso á Viena, aceptó el cargo de institutriz, poseyendo el francés, el inglés, el castellano y el italiano. Entró en las esferas más altas de Austria como compañera y amiga de la viuda del príncipe de Schwarzemberg, el célebre *feldmarschall.* No la impidieron sus deberes sociales cultivar las letras, sino que como el insigne director de la Academia Mexicana de la Lengua D. José García Icazbalceta, cuyo bello mote nos dice *Otium sine litteris mors est,* nos mostraba la lámpara siempre encendida. Seguido del tomo de poesías que la colocaron en primera línea entre los poetas austriacos, compuso *Después del temporal* (otra colección de poesías) y cuatro poemas épicos titulados *Romancero.* Más tarde publicó *Nuevas Poesías,* y por último, en 1869, *Novísimas Poesías.* Además escribió una preciosa obra referente á las *Galerías de Pintura de Viena*, un estudio crítico sobre Grillparzer, numerosos artículos acerca de las funciones del *Burgtheater* de Viena y una colección de novelas tituladas *El mundo y mis ojos.*

Su septuagésimo cumpleaños revelaba las grandes y muy justas simpatías de que gozaba en los altos círculos sociales de la capital de Austria, cubriéndose de mil firmas el álbum que la ofreció la ilustre novelista María de Ebner-Eschenbach.

De 1855 á 1894 la poetisa trató á la señora Ida Fleischl de Marxow, en que apreciaba y amaba su mejor joya, su médica, su consuelo, y después de tantas tempestades halló el puerto seguro.

Murió en la noche del 5 de julio de 1894 en Baden, próximo á Viena. El afamado actor José Lewinsky, gala y ornato del *Burgtheater*, la dirigió el último adiós en un sentido discurso pronunciado el 24 de enero de 1895 en la sesión solemne que celebró en Viena la *Asociación de Estritoras y Artistas* para honrar la memoria de *Betty Paoli.*

JUAN FASTENRATH

NUESTROS GRABADOS

Beethoven, estatua de F. Jerace. – El autor de esta escultura, oriundo de Calabria y residente en Nápoles, dióse á conocer ventajosamente en París hace algunos años con su grupo *Eva y Lucifer;* al poco tiempo fueron admiradas y premiadas sus obras *Victa* y *Germánico.* Suyas son también la estatua de Víctor Manuel, una de las ocho que adornan la fachada del palacio real de Nápoles, el monumento erigido en Catanzaro á la memoria del filósofo y crítico Francisco Fiorentino, *Brutiæ* adquirida recientemente por el rey de Italia y otras no menos notables. La que hoy reproducimos y que representa al gran compositor en actitud de madurar alguna de sus admirables producciones, es una estatua vigorosa, como todas las que salen de manos de tal artista: el carácter del autor de la *Pastoral* está maravillosamente interpretado; en ella se refleja el genio del músico inmortal cuyas obras han sido y serán siempre consideradas como clásicas. Esta escultura figuró con otras dos de distinto género en la última exposición internacional de Venecia.

Su Eminencia, acuarela de José Moragas Pomar. – El autor de esta obra es ya conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA: cuando publicamos su *Masía catalana* y su *Doncel florentino* en los números 631 y 634 respectivamente, hicimos notar las buenas cualidades que posee el joven artista. Estas cualidades aumentan de día en día, notándose visiblemente los rápidos progresos del Sr. Moragas en el arte que cultiva, como lo prueba la acuarela *Su Eminencia,* composición bellísima en la cual se admira tanto la correccion del dibujo cuanto lo justo de las entonaciones y se advierten esos toques que revelan un verdadero talento pictórico.

Polyxena, viuda de Stambuloff. – La que fué compañera del estadista búlgaro bárbaramente asesinado hace poco más de un mes, cuenta veinticinco años y es de rostro muy agraciado, de figura distinguida y elegante porte. Educóse en el Sagrado Corazón de Bukarest, de donde es hija, y luego en Dresde, pasando después á Sistowo, en donde se había establecido su padre, rico comerciante. Allí la conoció Stambuloff, casándose á los pocos meses con ella. Después del asesinato de su marido se ha retirado á sus posesiones de Rumanía, en donde piensa residir una larga temporada, transcurrida la cual se pro-



Polyxena, viuda de Stambuloff

pone regresar á Bulgaria para cumplir los deseos de su esposo de que sus hijos se eduquen como verdaderos búlgaros y buenos patriotas. Su conducta durante los últimos momentos de Stambuloff prueban la excelencia de su corazón y el amor que hacia él sentía; su actitud respecto del gobierno búlgaro después de la muerte de su marido demuestra el temple de su alma y la energía y dignidad de su carácter.

Las planchadoras. Premio sin goce. Están verdes, cuadros respectivamente de *R. Díaz y Olano, Onofre Garl y Torrent* y *Tomás Muñoz Lucena* (Exposición general de Madrid, 1865). – Del primero de estos cuadros ocupóse en una de sus revistas nuestro colaborador Sr. Balsa de la Vega, por lo que nada hemos de añadir á lo que éste dijo acerca del mismo. *Premio sin goce,* del Sr. Garí Torrent, representa una casa de pescadores de la costa catalana en el momento de recibir la familia el petate del hijo que fué condecorado y muerto en acción naval: esta ligera explicación del asunto basta para comprender con cuánto acierto ha sabido tratarlo su autor, dando á cada una de las figuras la expresión apropiada para que juntas formen una nota de sentimiento admirable, avalorada por una ejecución digna de las mayores alabanzas. El cuadro *Están verdes* justifica una vez más los elogios que en distintas ocasiones hemos tributado al Sr. Muñoz y Lucena: hay en él ese derroche de vida, de luz, de color y de gracia, que constituye la característica del distinguido pintor cordobés, el cual imprime en sus obras esos tonos cálidos y vigorosos tan propios de la tierra andaluza y pone en ellos la gracia que á manos llenas derramó el cielo sobre las gentes y las cosas de tan hermosa región de España.

El sueño de un ángel, cuadro de W. Roegge. – Asunto es el de este cuadro que ha sido motivo de inspiración para muchos pintores; pero aun cuando, por lo mismo, resulte un tema gastado, siempre se ve con gusto, ya que en él se sintetizan dos de los sentimientos más simpáticos al hombre, la inocencia del niño y el amor y la solicitud de una madre, que tan acertadamente ha logrado expresar el pintor alemán Roegge.

El fulgor misterioso (superstición bretona), cuadro de Félix Hipólito Lucas. – Se conserva de muy antiguo en las costas de Bretaña una superstición según la cual si un marino se halla en peligro de muerte, uno de sus más próximos parientes percibe de pronto un fulgor misterioso. En esta creencia popular está inspirado el cuadro de Lucas, que nos presenta á la orilla del agitado mar un grupo de mujeres, una de las cuales ve aparecer de repente la extraña luz en el Cristo que se alza en la playa. La obra del eminente pintor francés figuró en el último Salón de los Campos Elíseos de París y fué con justicia muy admirada por el público y muy celebrada por la crítica.

En el balneario, dibujo de Narciso Méndez Bringa. – Aparte de los méritos que desde el punto de vista técnico encierran, las obras de nuestro querido colaborador tienen un encanto especial que las hace simpáticas como pocas: observador del natural, devoto ferviente de la verdad, el señor Méndez Bringa sólo se ocupa en lo que la verdad le ofrece de bello y agradable, y dejando á otros el cuidado de reproducir miserias y fealdades, traslada al papel ó á la tela únicamente lo que más grato puede ser á los ojos por su distinción, por su hermosura, por su elegancia. Por esto sus composiciones cautivan; por esto encontramos tanta gracia en sus mujeres, tanta poesía en sus paisajes, tanta alegría en sus cuadros de costumbres; por esto, en suma, ha conseguido, en poco tiempo relativamente, colocarse á la altura de nuestros mejores dibujantes y conquistarse el aplauso de la crítica y las decididas simpatías del público.

La hija del pastor, agua fuerte de R. de los Ríos – El autor de esta obra, nacido en Valladolid y residente desde hace muchos años en París, es á la vez pintor y grabador distinguidísimo, cuya colaboración solicitan todas las revistas parisienses en que se publican grabados al agua fuerte, que son su especialidad. Figuró dignamente en la última exposición celebrada en Venecia con dos obras de este género, un retrato de Garibaldi, prueba tirada en pergamino, y *La hija del pastor*, sobre cartulina japonesa: esta última, que reproducimos, es una delicadísima composición campestre, cuyas bellezas fácilmente advertirán nuestros lectores.

Federico Engels. – El día 5 de este mes falleció en Londres este gran propagandista que con Carlos Marx fué el fundador del socialismo científico. Nació Engels en 28 de noviembre de 1820 en Barmen (Prusia), asistió á la Escuela real de aquella ciudad, en donde adquirió grandes conocimientos en ciencias naturales y estudió la filosofía de Hegel, que había de servirle de arma para el porvenir, y á los diez y siete años de edad dedicóse al comercio. En 1842 envióle su padre á Manchester y allí comenzó sus trabajos para convertir el socialismo utópico en socialismo científico, escribiendo en este sentido varios artículos que se publicaron en importantes revistas inglesas y francesas. En 1844, cuando regresaba á Alemania, conoció en París á Carlos Marx, y desde entonces una amistad estrecha unió á ambos publicistas. En Barmen terminó su obra *Situación de las clases trabajadoras en Inglaterra.* Desde 1845 hasta 1848 residió en Bruselas y en París, y en 1847 tuvo la representación de los miembros parisienses en el congreso que celebro en Londres la *Liga de los Justos.* Convertida ésta posteriormente en *Liga de Comunistas*, perdió el carácter de sociedad secreta y dedicóse á la propaganda franca, recibiendo Engels y Marx el encargo de redactar el oportuno manifiesto, en el cual se preconizó la unión de los proletarios de todo el mundo y que aun hoy día se considera como el catecismo de las doctrinas socialistas. Cuando se inició en Alemania el movimiento de Marzo, Marx y Engels fueron á Colonia, en donde publicaron el *Nuevo periódico del Rhin* hasta 1849 en que el periódico fué suprimido por el gobierno. Fracasado el levantamiento de aquel año, Engels huyó á Suiza y luego á Londres, en donde se reunió con Marx, reanudando allí la publicación del *Nuevo periódico del Rhin* como revista mensual y preparando con la palabra y con la pluma la transformación social. En 1864 Engels hubo de marchar á Manchester para ponerse al frente de una fábrica de su padre en calidad de socio de éste, mas no por esto dejó de estar en continua correspondencia con su amigo. Durante su permanencia en aquella ciudad dedicóse á estudiar táctica é historia de la guerra y al propio tiempo filología comparada.

En el entretanto iniciábase en todo el continente el movimiento obrero y se fundaba en 1864 en Londres la Internacional: Engels, que de nuevo había abandonado sus negocios y establecídose en 1870 en Londres, fué nombrado en 1871 secretario de aquella poderosa asociación para Bélgica y España primero y para Italia y España después.

Al morir Marx en 1883, Engels consideróse como su ejecutor testamentario, completando y publicando en 1885 el segundo tomo y en 1894 el tercero de la obra *El capital* y la tercera y cuarta edición del primero.



Federico Engels, fallecido en 5 del corriente en Londres

Entre las principales obras de Engels merecen señalarse, además de las citadas, la *Evolución del socialismo desde la utopía á la ciencia* y *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado.*

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – PARÍS. – El barón Edmundo Rotschild ha regalado al Museo del Louvre el tesoro de antigüedades de plata que hace poco se encontró en Bosco Reale, junto á Pompeya, y que aquél adquirió por 50.000 francos. Ese tesoro data del siglo primero de la era cristiana y se compone de una porción de piezas preciosas, entre las cuales sobresale como rareza especial un jarrón con una danza maçabra cuyos esqueletos llevan nombres de poetas griegos. El gobierno italiano ha encausado al propietario del terreno en que aquellos objetos fueron encontrados por no haber dado aviso del hallazgo y por haber permitido la exportación subrepticia de antigüedades.

Teatros. – *Barcelona.* – El estreno en el Tívoli de la ópera española del maestro Bretón *La Dolores* ha sido un verdadero acontecimiento: la hermosa partitura del ilustre autor de *Los amantes de Teruel* ha sido acogida con gran aplauso por el público, habiendo producido delirante entusiasmo las principales piezas de la misma, como el pasacalle, jota y final del primer acto y el preludio y dúo del tercero, que merecen contarse entre las obras más inspiradas y más grandiosamente concebidas de la música española. En la ejecución se hicieron aplaudir con justicia la señorita Montilla y los Sres. Simonetti, Alcántara, Sigler, Mestres y Visconti: los coros y la orquesta, admirablemente. La obra ha sido concertada por el Sr. Pérez Cabrero y puesta en escena con toda propiedad; las decoraciones y los figurines son respectivamente de artistas tan renombrados como los Sres. Busatto y Labarta.

Necrología. – Han fallecido:

Pablo Alfredo Parent de Curzon, paisajista francés, notable representante de la antigua escuela de paisaje.

Francisco Perulochner, pintor tirolés, conocido por sus cuadros religiosos.



Al oir que daban las diez, levantóse y me besó conmovido

LA SEÑORA FLORENT

NOVELA ORIGINAL DE CAMILO BRUNO. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

VII

Algunas veces ocurren en pocos instantes acontecimientos de tal importancia, que se creería que ha sido necesario un siglo para su realización. Cuando sonó la hora de mediodía, nos causó el mayor asombro reconocer que el día no había terminado, y que aún era tiempo de ir á Blois. Se volvió á ensillar el pobre caballo, que seguramente no esperaba esto, y Simón montó al punto.

– No se mueva usted de aquí, me dijo, y si viniesen para arrestarla, no tema nada, pues apenas se anuncie nuestro matrimonio la pondrán en libertad; pero esto sería una complicación, y voy á evitarla si puedo.

– Si publicases las amonestaciones...

– Es factible; toda formalidad se abrevia fácilmente en el tiempo que corre.

– ¿Qué dirán tus amigos? Vas á ser sospechoso para ellos al casarte conmigo.

– Nada de eso; creerán que hago un negocio y que mi objeto es asegurar la posesión incontestable de Malpuy.

– Entonces todo irá bien. Buena suerte y vuelve pronto.

Jinete y caballo habían desaparecido hacía largo tiempo, y aún estaba yo en el umbral de la puerta contemplando el horizonte. De improviso observé que las nubes de color plomizo, iluminadas por un rayo de sol, acumulábanse para enviarnos otro chu-

basco, mientras el viento soplaba con fuerza en la llanura. Las brisas refrescaban mi frente, y mi corazón estaba alegre. Tan sólo el condenado que siente el contacto de la fría hoja del cuchillo podría comprender lo que yo experimentaba entonces. Durante algunos meses había vivido bajo la presión de un peligro posible, y ahora, no sólo me libraba del que era inminente, sino que podría respirar con desahogo, salir, hablar y entregarme al sueño sin temor de una alarma. Tan viva era mi satisfacción que olvidé la siniestra noticia publicada por los diarios... ¡Pobres víctimas de Septiembre, perdonad este crimen á mi juventud!

Mi aya había vuelto también á la vida; una copita de ron hizo pasar muy pronto su desvanecimiento, y entonces se mostró singularmente locuaz. El día tocaba á su fin, y la solterona no había agotado aún su provisión de argumentos contra mi supuesta locura.

– Piense usted, señorita, decía, que ese joven nos ofenderá con sus groseras costumbres.

– Pues cambiaría mucho, porque desde que vivo bajo su techo se ha conducido en la vida diaria más convenientemente que nuestros pisaverdes en las ocasiones de aparato.

– Los hijos de usted se parecerán algo á la difunta madre de Simón; tendrán las mejillas toscas y olerán á cebolla desde su nacimiento.

– Serán sanos y robustos, lo cual no es frecuente entre nosotros.

– ¡Vamos! Ese camastrón ha conducido bien el asunto, y realiza un sueño dorado al casarse con usted.

– No se ha de olvidar que yo no tengo títulos ni bienes. Mi persona podrá ser una compensación para nuestro protector, y me place extinguir así mi deuda. Por otra parte, se trata de vivir, y no me queda la elección de los medios Me atrevería á decir que en mi lugar cualquiera otra haría lo mismo, y usted la primera. La creía á usted poco valerosa; mas veo que para mis peligros tiene un alma indomable.

– Señorita, aun temiendo la muerte, se la puede preferir á ciertos sacrificios.

– ¡Ah, sí! Pues en este punto diferimos, amiga mía. Yo no tiemblo cuando la tempestad ruge; pero si mi nave zozobra, cojo la boya que me ofrecen.

– ¡Y si al menos se asegurase la salvación de usted mediante ese sacrificio!

– Veo que aún no ha comprendido usted la situación; voy á explicársela de nuevo.

Y por última vez le demostré la conveniencia de un matrimonio desigual; después de esto nos separamos; mas á las pocas horas pude cerciorarme de que la había convencido.

Ya me preparaba para cenar, cuando la solterona entró en mi aposento con expresión digna y aire solemne.

– Hija mía, me dijo, he reflexionado maduramente sobre la situación de usted, y no puedo ni debo permitir ese holocausto. Buenas son las razones que antes me dió, y las admito. Usted quiere que Simón sea recompensado por una brillante alianza de cuanto ha hecho en nuestro favor, y lo será. Los dioses quieren una víctima, y la tendrán; pero no ha de ser usted, sino yo, quien consuma el sacrificio. Como usted, soy de elevada cuna; el capítulo que otorgó mi canonicato exige treinta y cuatro cuarteles de nobleza, y Simón no perderá en el cambio.

Aquel era día de sorpresas; pero la ocurrencia de la solterona excedía á todo. Digamos para gloria mía que yo no vacilé; mas para no soltar la carcajada, me mordí los labios hasta hacerme sangre cuando la solterona pronunció estas palabras épicas: *Simón no perderá en el cambio.*

– La vida de usted no estará por eso menos salvada, continuó Pamela. Simón obtendrá fácilmente un pasaporte á nombre de su mujer; usted se servirá de él en mi lugar, y mientras que yo habitaré en la Coudraie, usted irá á reunirse con la baronesa de Lois en Alemania.

Aquella loca lo había previsto todo, y me ofrecía cándidamente los riesgos, reservándose las seguridades; mas no era la cobardía su único móvil. Cierto diablillo travieso estimulaba su epidermis de virgen madura, y atendida la arrogante presencia de Simón, el sacrificio le era muy apetecible. Todo esto me pareció tan chistoso, que agradecí á la solterona aquel rato de comedia. Por eso tuve consideraciones con su vanidad: contesté á Pamela con la mayor formalidad del mundo que mi carácter convenía mejor que el suyo al de nuestro protector; que éste quería casarse conmigo, principalmente porque codiciaba mis tierras, y que por tal motivo el cambio era imposible. Pamela se mordió los labios, y abstúvose de toda protesta; pero durante dos días me guardó rencor.

Simón volvió de su corto viaje muy cansado, pero también muy satisfecho. El anuncio de su casamiento había complacido á todo el mundo, y las amonestaciones debían publicarse al día siguiente en Menars, pequeño distrito situado entre Blois y Malpuy. José Royere había prometido atender á todo, y sería nuestro testigo con su primo el juez de paz. Los de Simón serían dos ancianos leñadores, tíos de su madre, que vivían en una casa de retiro situada en los alrededores.

– Has obrado bien y pronto, dije á Simón; sepamos ahora cuándo quieres casarte.

– Creo que cuanto antes mejor. Hasta entonces será usted siempre sospechosa, porque, naturalmente, no todos han creído mi noticia.

– ¿Y por qué naturalmente? ¿Qué tiene de extraño que yo quiera llamarme señora?.. Tú debes tener otro nombre, como todo el mundo, y es curioso que yo me haya comprometido á llevarle sin conocerle.

– No es bonito, señorita, pero tampoco ridículo. Me llamo Simón Florent.

– Pues seré señora Florent, porque según creo las campesinas no se dejan llamar ya señoritas, como era costumbre bajo el antiguo régimen.

– Usted no será una campesina, sino la castellana de Malpuy; mis bienes serán en adelante los suyos, y usted tiene ahora doblemente derecho á ellos.

– ¡Hum! Ese derecho es litigioso, pero consiento en admitirle. En recompensa, ayúdame á dejar una costumbre que no cuadra ya con nuestras relaciones. No sienta bien que yo te tutee; es una señal de inferioridad, y yo no quiero imponértela. Ya eres igual á mí, y hasta podrías titularte mi amo; de modo que desde hoy en adelante te daré el tratamiento que tú me das.

Simón protestó por fórmula; pero comprendí que su dignidad masculina quedaba satisfecha con este nuevo arreglo.

Fijé nuestro casamiento para el 23 de septiembre, y propuse escribir yo misma á José Royere para notificárselo.

– Hará usted muy bien, dijo Simón, pues tal vez le debe la vida. Yo no le había dicho nunca nada de usted á fin de no hacerle vacilar entre su civismo y su amistad; Escipión suministró al tribunal indicios por los cuales se ha descubierto todo, y entonces fué cuando Royere me envió un billete por su hijo.

– Y yo sé lo demás, repuse sonriendo. Está muy bien: el Sr. Royere podrá ver mis garabatos, y le daré mi mano á besar el día de la boda. ¿Quién tendrá el honor de casarnos?

– El alcalde de Menars, Clemente Porcher.

– ¿El curtidor? ¡Bah! Me inundaré de esencia de bergamota. ¿Y el cura? ¿Tendrá buen aspecto?

Simón pareció sorprendido.

– ¿El cura?, repitió. Si usted se empeña, sea; pero yo creía que...

– ¿Que un cura juramentado no sería de mi gusto? Ciertamente no me agradan los cobardes, y todos lo son en las filas de usted; pero en fin, prefiero un cura temblón á no tener ninguno.

– ¡Dios mío! Señorita, creo que la presencia del alcalde bastará para formalizar nuestro casamiento á los ojos de todos.

– Pero no á los míos, Simón, y hasta me extraña que tenga usted la menor duda sobre este punto.

– Pero señorita.., no se trata de un verdadero casamiento, y tendrá usted más trabajo para deshacerle después si la iglesia interviene en él.

Esta contestación me dejó perpleja, y no comprendí el sentido.

– ¿Deshacerlo? ¡Pero usted sueña, Simón! Yo no puedo ni quiero deshacerlo, y no sé qué significa esa broma.

Es probable que á pesar mío hubiera tomado mis aires de gran dama, pues el pobre mozo quedó cortado.

– Veamos, señorita, repuso, supongamos que se produce una reacción...

– ¿Una reacción? ¿Se burla usted? Cada día se marca un nuevo paso hacia el anarquismo...

– Precisamente; la Revolución toca en su apogeo, y más pronto ó más tarde, cansados de una ira sangrienta, los ánimos se volverán hacia el antiguo estado de cosas. Luis XVI recobrará el poder, y si no es él será algún otro...

– ¿Y qué sucederá en tal caso?

– Que el rey no aceptará este matrimonio, y lo anulará.

– ¡Desafío á que lo haga!

– Usted misma lo deseará, y así es como yo lo entiendo Desde largo tiempo sé que anda por el mundo un prometido digno de su mano, y él podría reclamarla en alta voz sin la menor intención preconcebida. Yo no le disputaría su derecho; el rey devolvería á usted sus dominios, sus títulos y privilegios, y cada cual de nosotros volvería á ocupar el puesto que le corresponde. Yo no he considerado nunca nuestro casamiento sino como un medio de salvación sin consecuencia; y si hubiera sido de otro modo, jamás habría tenido la audacia de proponérselo... Creía habérselo hecho entender así.

Entonces comprendí, y el rubor de la indignación coloreó mis mejillas.

– Ahora es, Simón, repuso, cuando la audacia de usted me ofende. Me propone una comedia, unirse conmigo para siempre, deberle el pan, el hogar y la vida, y apartarme de usted el día en que encuentre mejor partido. ¿Por quién me ha tomado? ¿Piensa usted que haya comprometido mi fe sin haber roto toda promesa anterior? Entre el Sr. de Formont y yo no hay ya nada de común; es libre como yo lo era aún esta mañana, y como volveré á serlo si usted se atreve á ofrecerme lazos ilusorios.

– Tiene usted un alma noble, contestó mi protector con emoción; noble es usted también por su cuna y su proceder, y me honra mucho al aceptar mi nombre, aunque no sea más que por una hora.

– Pues una joven noble no regatea, Simón; toma la palabra que la compromete en su acepción más lata, y ó seré realmente la esposa de usted, ó arrostraré las probabilidades de morir bajo la guillotina. Elija usted.

Simón fijó en mí una mirada de adoración infinita, y besándome la mano, contestóme con encantadora timidez:

– Será usted obedecida.

No convenía ya que Simón me sirviese á la mesa, y desde el día siguiente sentóse á mi lado. Desde luego eché de ver que se conducía con torpeza, y que comía con temor, observándose para no tener descuidos. Como no quería coger el vaso con las dos manos, dejó caer algunas gotas de vino sobre la mesa, y al ver este desastre dirigióme una mirada tan ansiosa que las lágrimas asomaron á mis ojos. Como era natural, le dejé creer que no había visto nada; pero todos los esfuerzos que hizo por mí se grabaron dulcemente en mi memoria. Yo, que con mi espíritu burlón había dispensado á tan pocas personas, noté con mirada conmovida todas las torpezas de que Simón se corrigió poco á poco; y aquel hombre tan fuerte, que temblaba por el temor de hacer sonreír á una muñeca de la corte, me conmovió más de lo que se podría imaginar.

Cuando volví á mi aposento encontré una caja dirigida á mi nombre; abríla, y cuál no sería mi sorpresa al ver todas las alhajas que yo había dado á Simón para pagarle mi hospedaje.

– Tómelas usted, me dijo Pamela; Simón lo desea así, y me ha encargado que se lo participe; aceptaba esas joyas para que usted no se incomodase; mas proponiéndose devolvérselas algún día: ellas constituirán su canastilla de boda.

Iba á contestar, cuando de pronto llegó á mis oídos el rumor de una conversación, y poco después mi protector entró con aire entristecido.

– ¿Qué ocurre?, le pregunté.

– Es que ahora se nos impone una enojosa formalidad. Habiendo sabido mis colonos nuestro próximo matrimonio, desean ofrecer á usted sus cumplidos. Son unos buenos compañeros, pues aunque muchos habían adivinado el nombre de usted, ninguno le ha descubierto, y yo no quisiera disgustarles Por eso he permitido que en nombre de todos venga la decana del caserío, digna mujer que ha dado veinte hijos al mundo, para decir á usted dos palabras de amistad.

– ¡Recibámosla pronto! Es lo menos que se puede hacer.

Corrí á la sala, y allí encontré una extraña viejecita, amarilla y arrugada como un pergamino reseco, y que me recibió con los brazos abiertos.

– ¡Hola, querida señorita!, exclamó con su gracioso lenguaje, no contaminado aún por las fórmulas revolucionarias. ¡Qué ama tan linda vamos á tener aquí! Y honrada y buena, según nos ha dicho su futuro. ¡Ah, querido amo, bien se merece esto de verdad! No hay hombre mejor que él en toda la tierra.

– Es muy cierto, contesté, y me alegro mucho de haberle aceptado por esposo. Dígaselo usted así á los que la envían.

– ¡Cáspita, ya lo creo que puede usted estar contenta! Simón es bastante buen mozo para que cualquiera joven enloquezca por él.

Y bajando la voz, añadió:

– Cuando la vi á usted venir á la Coudraie, me dije: «Esto acabará por un casamiento;» y he acertado. ¡Ah, no, no hay que compadecerla!

Yo estaba un poco perpleja; me sorprendía, aunque sin disgustarme, que se me felicitase tanto en vez de darle la enhorabuena á él. Ofrecí á la buena mujer una crucecita de oro y una bolsa llena para que todos bebiesen á mi salud, y después de cruzar algunas palabras más, se marchó repitiendo:

—¡Sí, seguramente voy á decirles que el amo ha encontrado una mujer digna de él.

Los días pasaban rápidamente. En las inmediaciones habíanse practicado algunas detenciones, y preparábanse otras á la sordina. Solamente yo estaba al abrigo de todo temor, y esto me hubiera sonrojado si varias ocupaciones importantes no hubiesen absorbido mi pensamiento; preparaba mi traje de boda, y quería que fuese rigurosamente como el de nuestras arrendatarias ricas, debiendo reconocerse tan sólo mi calidad por la finura de las telas.

La solterona observaba estos preparativos con tristeza.

No habiendo encontrado un novio con zuecos, la pobre mujer debía desempeñar hasta el fin sus funciones y seguirme hasta el altar á título de criada. Como en otro tiempo había tratado mucho con la gente del pueblo, temía que la reconociesen, ahora que vivíamos con las puertas abiertas, y en su consecuencia llevaba una peluca negra, cuyos rizos, cayendo sobre sus pestañas pintadas, realzaban más su acostumbrada fealdad. Habíamos obtenido para ella un pase, y José Royere, que se proponía marchar á Londres apenas efectuada la boda, había prometido entregarla sana y salva en manos de los amigos que la esperaban. Tantas emociones en perspectiva no eran lo más propio para alegrar á una mujer de carácter tan apático como el suyo.

Más triste aún estaba mi prometido: bajo los más absurdos pretextos ausentábase por el menor motivo; cuando volvía á estar frente á mí, me costaba mucho hacerle pronunciar dos ó tres palabras, y cuando le era posible, iba á encerrarse en su cuarto. Quise chancearme con él sobre la poca satisfacción que manifestaba; mas entonces noté en su fisonomía tal expresión de sufrimiento, que desistí al punto y no volví á intentarlo más.

En cuanto á mí, no conseguí explicarme que pudiese estar tan alegre y satisfecha. Contraía un matrimonio de cálculo, casi forzado; pero aun así, preferíale á un matrimonio de conveniencia. ¡Había visto tantas de esas uniones indicadas de antemano, frías y correctas, como lo hubiera sido mi casamiento con el Sr. de Formont! ¡Sabía tan bien qué poco entusiasmo suele haber de ordinario por ambas partes, y tan lejos estaba yo de experimentar la violencia que más de una vez había visto reflejarse en sus miradas!..

La ceremonia del contrato se efectuó en nuestra casa. El notario nos leyó compendiosamente la enumeración de los bienes é inmuebles que Simón me reconocía en dote, figurando entre ellos el castillo y la tierra de Malpuy, que se me otorgaban íntegros por su expresa voluntad; y en cuanto á mí, no llevaba nada á mi esposo. Hecha la comprobación acostumbrada, resultó que mi palacio de la calle de Bac era ahora bien nacional, y que el banquero en cuya caja tenía yo algunos centenares de luises había desaparecido con los fondos. Sandaraque, obligado por la mezquindad de su principal á buscar algunos servicios suplementarios, escribía al dictado del escribano; y temeroso de que yo reconociera en él al lacayo de cierto Escipión el Censor, bajaba la cabeza de un modo que me daba lástima. Dispuse que le dieran de comer, y como el perro de la fábula, lloró de ternura.

A fuerza de buscar, Simón había descubierto en una granja un anciano sacerdote no juramentado, á quien algunas buenas personas daban de comer á escondidas, y vino sumamente contento, por la idea del placer que iba á proporcionarme, para decirme que el santo varón nos casaría con la mejor voluntad. En su consecuencia, se avisó al cura patriota que prescindiríamos de su ministerio, y esta medida encantó á los feroces amigos de Simón, que elogiaron mi espíritu independiente. Algunos adivinaron tal vez que Dios no perdería nada; pero si fué así, cerraron los ojos en favor de las circunstancias excepcionales en que se hallaba su prometido.

Debíamos instalarnos en Malpuy la noche de nuestra boda. Tal era por lo menos mi deseo, y el mutismo de Simón me había parecido una aquiescencia; no se me ocultaba que mi novio se sometía de antemano á todos mis caprichos, y abandonaba mi barca á la corriente con la más confiada serenidad.

VIII

Por fin amaneció el gran día; no referiré en detalle todos los episodios; mas fueron chistosos y muy dignos de mi novelesco casamiento.

Cadiche y Claudio con su ropa de gala, Pamela con su papalina, la gente del caserío y los habitantes de las granjas; todo esto se me aparece como en sueños. La sala de la alcaldía está llena de plantas y flores; junto á mí están mis testigos, José Royere, jacobino de perfil de medalla, de hombros de atleta, con gran chaleco abierto sobre su velludo pecho, y el puritano juez de paz, de nariz puntiaguda y rostro amarillento. Cerca de Simón, los dos tíos gemelos, rugosos y encogidos, luciendo la hopalanda y el gorro de la casa de benificencia y moviendo la cabeza con bondadosa sonrisa, deseosos de complacer, sin darse apenas cuenta de lo que se quería de ellos. En cuanto al señor alcalde, se ha engalanado de una manera extraña: lleva su banda de cuero y su gorro frigio con la cresta tan baja, que parece un bonete de niño de coro. Para levantar el acta del matrimonio no tiene más que papel timbrado con el sello real, pues la República data de la antevíspera y los impresores no están preparados aún; pero borra con un rasgo negro la fórmula antigna y escribe lo mejor que sabe las tres palabras fatídicas, hecho lo cual, balbucea un discurso del que sólo comprendo algunas palabras, como por ejemplo: «La ciudadana que *holla* bajo sus pies la hidra de las preocupaciones revolucionarias... El ciudadano labrador que sirve á la nación fecundando su terruño... Los corazones sensibles conmovidos por un generoso civismo...»

Nos casa; nos rodean y abrazan, y me ofrecen flores y palomas. José Royere pone sobre mi cabeza la ancha palma de su mano para bendecirme en nombre de la Libertad, y después salta á un carricoche; Pamela se ha dejado caer en mis brazos, profiriendo sollozos convulsivos; después se sienta junto á Royere, el auriga hace chasquear su látigo, y el vehículo se aleja presuroso.

Ya estamos de vuelta en la Coudraie: se ha colocado una mesa para cien cubiertos debajo del follaje; la gente come y bebe, y nosotros seguimos el ejemplo; pero excusándonos después bajo un pretexto cualquiera, nos encaminamos furtivamente por la carretera.

Recorremos cerca de un cuarto de legua sin pronunciar palabra; Simón está muy pálido, y yo muy sonrosada: veo esto en el estanque de Thuillieres.

Ya diviso la granja; un pequeño cura, vestido de blanco, nos espera junto á un altar improvisado; me arrodillo en el heno, y Claudio sirve la misa. El sacerdote va muy de prisa, y á menudo vuelve la cabeza por temor de ser sorprendido. No pronuncia el menor discurso, pero Simón le da una bolsa llena

—¡Gracias, gracias, dice el cura con una voz que la edad y la emoción hacen temblorosa, que el Señor os guarde!

Volvemos al banquete, donde aún sigue la broma; mas ya es hora de irnos á casa. Miro la granja donde he vivido siete meses; las lágrimas acuden á mis ojos.., el sueño se desvanece..., vuelvo á la realidad.

Lleguemos ahora á la noche de mis bodas, que es el verdadero asunto de mi historia.

Yo me había instalado en la cámara grande con tapices verdes, donde antes dormía mis sueños de virgen: con el corazón agitado, trataba de ocultar mi turbación, hablando mucho, y conversaba sobre los acontecimientos del día con Simón, que sentado junto á mí, escuchábame sin contestar.

Al oir que daban las diez, levantóse y me besó la mano con ingenua gracia.

—Ya es tarde, dijo; debe usted estar cansada, y voy á dar á usted las buenas noches.

Yo reprimí con dificultad una maliciosa sonrisa.

—¿Lo dice usted de veras?, repuse. ¿Pues dónde dormirá mi pobre esposo? ¿Será muy lejos de su mujer?

—Me vuelvo á la Coudraie; mi caballo está á la puerta y...

Al oir esto, me encolericé de veras.

—¿Qué quiere usted decir?, repliqué. ¿No se ha concluído aún esa inútil comedia? Yo creía haberme hecho comprender para que no me fuera necesario formular dos veces mi voluntad.

Simón volvió á sentarse con aire suplicante.

—Querida..., mi querida señorita..., murmuró.

—¡Llámeme usted por mi nombre! Ya estoy cansada de tantos insolentes respetos; y por otra parte, ya no soy señorita, puesto que nos hemos casado.

—Mi querida Aurora, repuso Simón con tono vacilante, permítame usted hablarle francamente, y no vea en mis palabras sino la más apasionada deferencia. Cuando usted se dignó aceptar el triste recurso que le ofrecía, sé que lo hizo como verdadera gran dama, generosa y noble entre todas; pero usted es muy joven, y apenas ha vivido en el mundo á que pertenece. Sin duda no se da cuenta de las cosas; pero yo la aseguro que no podemos vivir bajo el mismo pie. Usted sufriría muy pronto..., y yo padecería más aún. Nunca podré ver en usted más que la señorita de Malpuy, á la hija de mis antiguos señores y á la dueña de este castillo; no sé por qué ha de ser así, pero esta es la verdad. Sin embargo, soy republicano, y las personas de calidad no suelen imponerme; pero usted..., es otra cosa. Comprenderá, pues,.., que me avergonzaría de imponerle una bajeza, y que no seré feliz si usted me saca de mi condición.

—¡Sea!, dije, después de reflexionar un momento; á decir verdad, debí haber notado que la residencia de Malpuy no le agradaba mucho, puesto que no ha querido vivir en ella ni un solo día desde que es suya la finca; mas esto no importa. Vamos á la granja, pues no estaré menos bien. ¡Vaya, en marcha! ¿Qué espera usted?

Simón se arrojó á mis pies fuera de sí.

—¡Señorita..., señora!.., no me obligue usted á vivir junto á usted, porque moriría antes que tocar á uno de sus cabellos,.., pero también sufriré mil tormentos si entre usted y yo no se ha de franquear más que una puerta.

—Muy bien, repuse, vaya usted solo; le devuelvo su libertad; pero no extrañe que mañana corra á Blois, y que delante del árbol de la Libertad grite *¡Viva el rey!*

Simón dejó escapar un grito desgarrador.

—¡No, no, Aurora, exclamó, todo antes que eso! ¡Ordene usted, me someto!

—Pues bien: habite usted aquí, que es lo más conveniente, y no trate de disimularse como un lacayo. Tutéeme usted como se hace en su casa... y entonces consentiré en vivir.

Simón suspiró profundamente.

—¿Dónde quiere usted que me aloje?, preguntó.

—Pues no muy lejos, contesté con maliciosa sonrisa. Ahora suele pasar mala gente por los alrededores, y en caso de peligro es necesario que yo pueda llamar á mi protector. La habitación contigua á la mía me parece ser la más conveniente

—Está bien, contestó con la expresión de un condenado á muerte.

Apenas estuve sola, miréme al espejo, y vi en él



pruebas evidentes de la violencia que al parecer se había hecho mi esposo.

Esperé á que todo estuviese tranquilo, y cuando el profundo silencio de las noches estivales reinó al fin, así dentro como fuera, me acerqué á la puerta vidriera con cortinillas de seda, levantélas y miré.

Simón no dormía; apoyado de codos en la ventana, contemplaba las estrellas con expresión de dolorosa angustia. De repente se irguió y vile dar un paso hacia la puerta..., mi respiración cesó; pero después, Simón se volvió bruscamente, corrió hacia su lecho, dejóse caer en él y comenzó á sollozar.

Una inmensa alegría dilató mi corazón, alegría tan grande, que no recuerdo haber experimentado otra por el estilo en toda mi vida.

– ¡Simón, grité, Simón!

Mi esposo acudió al punto.

– ¿Está usted enferma?, preguntó. ¿Qué ocurre?

– Una noticia..., una buena noticia.

– ¿Cuál puede ser, Dios mío?

– ¡Es que... que le amo!

Y para disimular mejor mi turbación, oculté mi rostro en su seno palpitante.

. . . .

No estaba yo muy segura de amarle entonces; pero sí es verdad que le amé después de haberle oído con delicia hablarme de su amor, que databa de mis primeras visitas á la granja, y que he bendecido, por haberme proporcionado semejante esposo.

La revolución rugió largo tiempo alrededor de nuestra felicidad, impotente para destruirla, y yo lloré sobre las víctimas; pero mis lágrimas fueron menos amargas que las de Simón, que también lloraba su sueño de pura y pacífica libertad.

Desde su casamiento había cortado toda relación con los hombres activos de su partido, y solamente José Royere le veía de vez en cuando. Este fiel y terrible amigo no escapó de la tormenta; la bala de un fusil vendeano puso fin á su existencia.

El Sr. de Formont se había casado poco después que yo con una hermosa austriaca; fué á residir en las inmediaciones de Pesth y no volvió nunca á Francia.

Tampoco vi más á mi aya; parece que encontró en Londres un marido gotoso y de genio vivo, al que sirvió de enfermera durante el resto de su vida.

Durante todo el período del Terror vivimos aislados, ocultando nuestras llagas y haciendo lo posible para cicatrizar las de los demás. Simón era el amparo de todos los pobres, el árbitro en todas las contiendas, y gracias á él nuestro país formaba como una especie de oasis en medio de la desolación general. Tuvimos cuatro hermosos niños en cuyo cuidado se pasó mi juventud; dos de ellos me precedieron en la tumba, y los otros llegaron á ser padres; su familia me rodea, y les debo las alegrías de mi ancianidad. Para Simón fuí siempre un ser sagrado, de esencia rara, al que rindió siempre culto con tímida adoración. Aquel rústico no se acercó á mí nunca sin la más infinita delicadeza, y toda su vida recibió como un favor inmerecido las pruebas de mi justa ternura.

La epopeya imperial nos dejó fríos. Desde su caída, Simón, afligido de una debilidad en el pie izquierdo, no pudo tomar parte en la guerra. Yo tenía tres hijas y un hijo que había visto la luz con el siglo; Dios permitió que el emperador cayese sin haber sacrificado á los muchachos de quince años en su fúnebre apoteosis.

Luis XVIII reinaba hacía seis meses, cuando cierto día recibí una extraña comunicación. Solicitado por uno de mis primos, á quien molestaba sin duda tener parentela plebeya, el rey me ofreció otorgar á mi hijo el título y el nombre de los Malpuy. Yo conocía demasiado bien los sentimientos de Simón sobre este punto para vacilar un solo instante, y en su consecuencia rehusé. Sus lágrimas de agradecimiento me compensaron con usura.

Aquella fué su última alegría. Poco después se declaró en el país una epidemia de tifus, y mi querido esposo fué una de las primeras víctimas. Murió dándome toda su alma en una suprema mirada de amor.

Viuda á los cuarenta y dos años, fuí muy solicitada, y se me ofrecieron los mejores partidos de la vecindad, entre los cuales figuraban grandes nombres, y hasta se me propuso un título; pero todo fué inútil. No quise abandonar jamás el humilde nombre con el cual había sido dichosa.

. . . .

La narradora había terminado, y yo escuchaba aún. En el silencio que allí reinaba, oíase el rumor de la lluvia lenta y menuda que caía gota á gota sobre los vidrios, dorados en aquel momento por un débil rayo de sol, como si los recuerdos de antaño mezclasen sonrisas con las lágrimas.

Traducción de E. L. Verneuil



Tirantes para aumentar la fuerza de los biciclistas

SECCIÓN CIENTÍFICA

TIRANTES PARA AUMENTAR LA FUERZA DE LOS BICICLISTAS

Desde que el deporte velocipédico se ha generalizado, son muchos los inventos que se han realizado en utilidad de los ciclistas. Uno de los más importantes es, sin duda, debido al mexicano D. Estanislao Caballero de los Olivos, residente en la actualidad en Nueva York, que tiene por objeto aumentar la fuerza de los que á correr en bicicleta se dedican, por medio de unos tirantes que presentan resistencia sobre los hombros, como lo indica nuestro grabado.

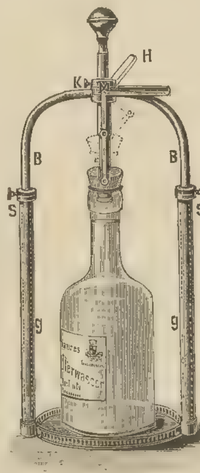
Detrás del asiento se asegura una barra curva donde encaja otra transversal en que se sujetan los tirantes; cuando el biciclista cree conveniente desprender éstos se suelta, merced á un resorte, la barra en donde están enganchados. Los tirantes presentan un punto de apoyo sobre los hombros, pudiendo así el biciclista ejercer más esfuerzo sin necesidad de levantarse del asiento, como sucede al apoyarse solamente sobre las barras que tiene en las manos.

Otra invención del mismo autor va representada en la bicicleta de la izquierda del mismo grabado: es un ligero, sencillo y eficaz apoyo para las bicicletas, que también se puede llevar con éstas para evitar el ponerlas en el suelo donde no se encuentre lugar para tenerla de pie al desmontarse el biciclista en sus paseos por el campo. Se compone de una varilla que puede alargarse ó encogerse por medio de un tornillo: para impedir que las ruedas se muevan lateralmente un resorte sujeta la de delante, como lo indica el grabado.

***

APARATO PARA TAPAR TODA CLASE DE BOTELLAS

Cuando no se consumen de una vez los líquidos saturados de ácido carbónico, hácese difícil volver á tapar las botellas con el corcho, pues éste es empujado hacia afuera y por consiguiente el ácido se escapa. Muchas veces, sobre todo tratándose de aguas minerales, es de gran importancia que la botella no vaciada del todo permanezca herméticamente tapada, y por consiguiente ha de ofrecer interés un aparato como el que reproducimos, que permite conseguir este objeto. Las asas B B pueden subir ó bajar por los tubos *gg* para tener la altura conveniente según sea la de la botella. Cuando se quiere poner la botella en el aparato es, pues, preciso ante todo colocar debidamente la pieza formada por aquellas asas, para lo cual se da al botoncito K y á la palanca H la posición que indica la línea de puntos, y se hace descender la indicada pieza hasta que el tapón toque al cuello de la botella. Hecho esto, se fijan las asas por medio de los tornillos S S y se oprime la palanca, con lo que la botella queda tapada herméticamente. Luego se da vuelta al botón K, y con sólo subir ó bajar la palanca H se abre ó se cierra á voluntad la botella.



Aparato para tapar toda clase de botellas

***

LA FOTOGRAFÍA POR KILÓMETROS

Cerca de Berlín, en Schoneberg, existe un establecimiento fotográfico titulado *Neue photographische Gesellschaft* (nueva sociedad fotográfica), en cuyos talleres se fabrican mecánicamente fotografías en papel por el bromuro de plata, en máquinas, cada una de las cuales produce al día varios kilómetros de pruebas en rollos de papel continuo de 0'64 metros de anchura.

El papel continuo, al desarrollarse, va pasando primero por una máquina de exposición, en donde, bajo el clisé, se somete á una luz artificial á razón de 2 á 4 segundos por cada 50 centímetros. Esta máquina la maneja un solo operario, é impresiona de 2 á 3 kilómetros de papel diarios.

La tira de papel pasa después á una máquina de desarrollo, y allí permanece en el baño revelador durante un período determinado de tiempo; va después al lavado, luego al baño fijador, pasa en seguida á uno de alumbre, á otro lavador y al aparato que lo seca, arrollándose, por último, la serie de pruebas terminadas en un cilindro. El camino recorrido por el papel en esta máquina es de unos 100 metros, y cada imagen tarda una hora en recorrerlo.

La segunda máquina produce un kilómetro de pruebas al día.

Una fabricación mecánica de este género puede hacer competencia á las tiradas por impresión, pues aunque todavía resulta el precio algo elevado, el procedimiento es susceptible de perfeccionamientos que den resultados más baratos y constantes, al mismo tiempo que un número ilimitado de pruebas de un mismo clisé; lo que permitirá, por ejemplo, ejecutar en gran cantidad y en el día reproducciones de un asunto de actualidad.

El sistema es aplicable también á la ilustración de libros y catálogos, así como á la multiplicación de pruebas fotográficas; y de esta última aplicación se cita el ejemplo de una fábrica de chocolates de Colonia que ha encargado siete kilómetros y medio de una fotografía de 50 × 60, y que contiene las 1.900 cabezas de todo el personal de la fábrica.

Ocioso creemos encarecer la importancia de este invento que ha de producir una verdadera revolución en materia de ilustraciones de libros, sobre todo cuando se realicen los perfeccionamientos que abaraten el procedimiento y permitan por ende generalizarlo.

***

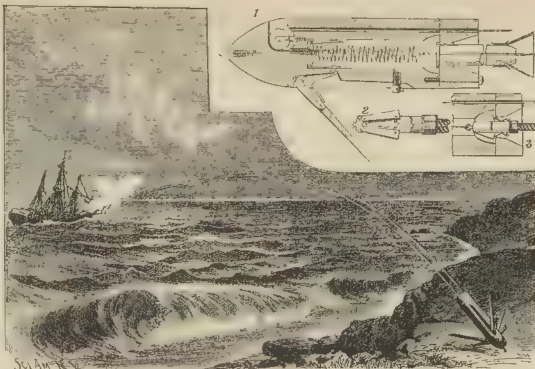
NUEVO APARATO DE SALVAMENTO DE BUQUES

Para facilitar la comunicación entre un buque inutilizado ó que se halla á merced de las aguas y la playa, Mr. Antón Schmitt ha pedido privilegio de invención por el aparato que se representa en el grabado de la página siguiente, y cuya introducción ha sido promovida por el Rev. Alberto Stroebele, de Butler.

El barco lleva un cañón apropiado para disparar un proyectil en forma de ancla, con garfios para sujetar ésta allí donde toque; el ancla lleva además una cuerda, que tiene una de sus puntas atada en la cureña del cañón, mientras que la otra se desarrolla de un tambor colocado también en la cureña; de modo que las dos se mantienen á bordo del buque. Una de las extremidades de la cuerda, enlazada así con la orilla, se puede atar entonces á una pesada cadena ó cable, y este último, sujeto en el ancla, permite, por medio de un tambor que habrá á bordo del buque, atraer el barco hacia la orilla. La figura 1 representa una sección del lado del ancla, cuyo cuerpo tiene un hueco de registro, con un taladro cónico en

la base, á través de la cual pasa una vuelta de la cuerda que se extiende alrededor de una polea para volver al tambor de la cureña. Un tubo ligeramente sostenido en el taladro del cuerpo se adapta de modo que coja un tubo en la base á fin de formar una guía para la pesada cadena ó cable cuando este último se haya de unir con el ancla, según se demuestra en la figura 3. En la parte anterior de este tubo hay una especie de casquete, sobre el cual ejerce presión un muelle normalmente comprimido por ganchos que cogen el tubo y están montados en su extremidad posterior sobre eslabones unidos con una varilla que se extiende hasta el extremo anterior del cuerpo. La cabeza de esta varilla toca primero en el suelo cuando se dispara el ancla, desprendiendo los ganchos y permitiendo al muelle empujar hacia afuera el tubo y el embudo, según lo indica la figura 1. Encajados en depresiones en los lados del cuerpo hay tres brazos con garfios, dispuesto cada uno de modo que pueda recibir otro con pivote. Cada brazo se mantiene normalmente en posición dentro de la pared del cañón; pero todos salen forzosamente fuera por la acción de los muelles cuando se dispara el ancla. Los brazos más cortos se mantienen abiertos de una manera rígida, y los otros elásticamente.

La cabeza para el cable que ha de unirse con el ancla por medio de las cuerdas después de haberse arrojado aquélla á la orilla, tiene alas que se recogen en depresiones como se ve en la figura 2; sufren la presión de un muelle y únense cuando se empujan á través del embudo en la base del ancla, después de lo cual se balancean hacia delante, llegando á la cara interior de la base; de modo que la cabeza queda fuertemente unida con el ancla, produciéndose así un firme enlace entre el ancla y el buque.



Nuevo aparato de salvamento de buques



La hija del pastor, agua fuerte de R. de los Ríos (Exposición internacional de Venecia. 1895)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 2 de septiembre de 1895 — Núm. 714



EXCURSION AGRADABLE, cuadro de Alonso Pérez

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Utopías extravagantes. – Las teorías de Tolstoi. – Comunidad empeñada en realizarlas y en vivir conforme á ellas. – Disolución de la Comunidad. – Estado de Oriente. – La cuestión macedonia. – Combates á muerte por la influencia sobre tal región entre búlgaros, servios, rumanos y helenos. – Títulos superiores de los griegos. – Recuerdos históricos. – Reflexiones políticas. – Conclusión.

I

No es cosa tan llana como suele parecer un ejercicio continuo del pensamiento á derechas Quienes no piensan, tampoco yerran. Quienes cosa ninguna imaginan, jamás fantasean. Pero los que, visitados á la continua por una inspiración afluente, la cual diríase del cielo bajada, se dan mucho al pensamiento, contraen la utopía con suma facilidad y el error, convertidos en crónicas enfermedades, irremediables al transcurso del tiempo, cuando parecían comenzar por pasajeros achaques. No conozco ningún filósofo tan corroborador por sus obras de tamaña verdad, como aquel á quien pusieron los franceses de moda en sus preferencias forzosas por la grande Rusia, ninguno como Tolstoi, cuyas obras, vertidas á las lenguas de Occidente, entre los aplausos de numerosos admiradores, provocan asombro por la magistral factura y repugnancia por los innumerables errores. Imposible desconocer las proporciones épicas de un relato histórico tan maravilloso como *La Guerra* y más imposible negar el interés despertado en todos los corazones por novelas como *La Sonata de Kreutzer*. Tolstoi es un artista y un filósofo metidos en su personalidad. Al artista no hay que regatearle aquellos tributos de admiración demandados por la estricta justicia. Pero del filósofo y del pensador precisa decir que yerra, y yerra gravemente. Como los comunistas, por exceso de amor al bien, trae Tolstoi el mal sobre la tierra. Queriendo realizar el sermón de la Montaña en toda su pureza, engendra con toda su pravedad el pecado. Parécese á esos infelices aladillos seres, cuyo instinto conservador marra en términos que, para granjearse la luz y el color indispensables á su breve vida y á su diminuto cuerpo, se meten dentro de las llamas

II

Diga cuanto quiera el pesimista ruso, nada como vivir. Estos resplandores en que nadamos; el aire vivificador; el suelo fecundo en frutas y flores; la sangre que circula por las venas y el éter que circula por los espacios; la ciencia cargada de ideas y el arte de inspiraciones henchido; el amor y la familia y la humanidad y la religión, como la Naturaleza, convidan á vivir, no sólo en este planeta medio, donde vamos embarcados por lo infinito y hacia la eternidad, en aquellos otros metamorfoseos escondidos tras la muerte á que llamamos la vida eterna.

III

Pero Tolstoi se ha empeñado en creer la vida un don funesto y en predicar la nirvana, ó sea el suicidio universal, para lo que anatematiza el matrimonio, la unión amorosa de los dos sexos, que los humanos creen generalmente la mayor felicidad posible, y condena la generación que perpetúa el mal sobre la tierra, poblándola de seres venidos á esta irremediable desgracia y dolor que se llama vida. Una sociedad sin leyes, ni tribunales, ni gobierno, realizaría el ideal de Tolstoi, que rechaza toda coacción para el ejercicio de la virtud humana y para el cumplimiento de la verdad evangélica; y según él, un voto mutuo de castidad entre los sexos, atajando la reproducción de nuestra especie, apresuraría la hora del juicio final y por lo mismo el momento de la eterna bienandanza. El mal y el error contagian á las gentes de manera que algunos moscovitas, deseosos de hacer la experiencia, fundaron una comunidad de hombres y mujeres, calcada sobre los pensamientos de Tolstoi. Ningún gobierno en ella. Ese organismo del Estado hay que considerarlo como una superfetación monstruosa, producida por la debilidad de generaciones infantiles, que necesitan autoridad y fuerza externas para la interna coexistencia y correlación entre todos sus derechos. Nada tampoco de tribunales. Cuantos tienen propia conciencia, no han menester de ajenos magistrados: la supresión del gobierno se completa con la supresión del juez. Toda ley queda prohibida en la Comunidad, á que no daremos el merecido nombre de manicomio. Basta con los códigos naturales y con aquellos aportados al nacer por cada espíritu individual para que la vida marche como una seda. Pero lo que precisa condenar ante todo y sobre todo es la egoísta familia y su fundamento, el matrimonio. La perfección suprema se halla, según Tolstoi, en las mutuas abstenciones de toda relación amorosa entre los sexos. Así la humanidad se lavará del sensual goce y entrará como espíritu puro en la gloria eterna.

IV

Parece imposible que hubiera quien creyese posible poner por obra y en práctica tal número de disparates, opuestos á todas las leyes naturales y morales del mundo. En Rusia existe una propensión incurable á fundar sectas. Desde los origenistas que acostumbran á mutilarse para extirpar los instintos sexuales por creerlos opuestos á su perfección, hasta los diabolizantes que traen al diablo del infierno entre ataques de penosa epilepsia, existen sectas numerosas, capaces de las mayores extravagancias y adoradoras de las más descabelladas doctrinas. Hubo, pues, allí comunidad á lo Tolstoi. En vez de mormones americanos practicando la poligamia ó de mujeres indias practicando la poliandria, reuníanse hombres tan forzosamente castos como nuestros frailes y mujeres tan forzosamente castas como nuestras monjas. Sin gobierno, sin policía, sin magistratura, sin leyes, sin familia, sin amor, sin matrimonio, ¡cuán extraña la vida! ¡Qué sociedad tan absurda! ¡Qué seres humanos tan contrahechos por la utopía y tan opuestos á los hechos en el paraíso por Dios y extendidos luego por la tierra.

V

Así era imposible que tal sociedad se fundara; y de fundarse, imposible que tal sociedad pudiera durar. Con efecto se fundó y no duró. Siendo yo muchacho, traté á varios comunistas, aunque siempre me repugnaran sus creencias y sus sentimientos. Pero debo decir que todos ellos predicaban la comunidad y no ponían en práctica nunca lo predicado. Cansados cierto día, no obstante su inercia, de teorizar y no hacer, fundaron su convento comunista y decidieron que dirigiese cada cual ó guisase la comida en una semana, y comieran todos á gusto del director de cocina que les tocara en sucesivo turno semanalmente. Tocóle guisar á cierto comunista que gustaba mucho de plato tan sabroso como los huevos con tomate, y que hizo por ende un almuerzo en verdad apetitoso, con absoluto predominio de su manjar preferido. Pero como á los demás no les gustaba de igual guisa, para ocurrir al contratiempo de comer contra su paladar y su estómago, disolvieron la sociedad y se marcharon todos por sus respectivos lados en virtud del derecho individual de cada uno. La gula disolvió el convento de los camaradas comunistas españoles: el amor ha disuelto la comunidad de Tolstoi. Estos seres abstractos, que creían posible vencer los más imperiosos mandatos de la Naturaleza, estas mujeres y hombres de tan resuelta castidad, se han visto y se han casado.

VI

Más vale así. La utopía no puede nada contra la Naturaleza. Pero confesamos que solamente á locos podía ocurrirse una sociedad semejante. Así, en las tierras orientales todos los asuntos se intrincan de un modo deplorable y todos toman á una el aspecto de pavorosos problemas. Degüellos de misioneros ingleses y alemanes en China; paseos del hijo de los emires afghanos por Inglaterra; crímenes de los fanáticos en Arabia; quejas de los armenios repetidas por un tornavoz tan resonante como la palabra de Gladstone; maniobras é intrigas del rey de Rumanía para ingresar sin peligro de su corona en los conciertos de la triple alianza; entrevistas del reyezuelo de Servia con los jefes radicales en requerimiento de una reforma constitucional; arribo del príncipe Fernando á Sofía con riñas y muertes sobre la tumba de Stambuloff, quien tiene así holocaustos humanos para su cadáver como los ofrecidos por las luchas de gladiadores al despojo insepulto de cualquier césar romano en sus funerales; reacción popular búlgara contra las sibilinas frases del metropolitano Clemente pidiendo para satisfacer al czar, ó la triste abdicación del monarca reinante, ó el bautizo griego propinado al príncipe heredero contra la voluntad y la fe salidas de sus católicos padres; competencias cada día mayores de los transylvanos con los magyares que no quieren sumarse dentro de una sola nacionalidad; congreso de pueblos esclavones amenazador á las otras razas en aquellos territorios; dificultades cada día mayores y más insuperables en Austria para tener atados sus pueblos por el nudo personal de un emperador querido, y dificultades en el sultán para conservar una corona que le arranca de las sienes el soplo de nuestro espíritu moderno: he ahí las cuestiones de Oriente. Pero ninguna cuestión está preñada de tantos peligros como la cuestión macedónica. Este viejo territorio, donde resumió en la corte de Filipo el inmortal Aristóteles toda la ciencia helénica, y desde donde irradiara el helenismo por Asia merced al genio sintético de Alejandro, cuenta hoy tal número de rivalidades entre las potencias balkánicas y danubianas, ó próximas del Balkán y del Danubio, que tememos verlas desatando sobre nuestras frentes la plaga espantosa de una guerra universal. Quiere á toda costa el imperio de Austria un puerto como Salónica; el principado búlgaro un predominio nacido de su vecindad primero y después de sus antiguas irrupciones; el reino servio la resurrección de gloriosa tutela, evocada con el recuerdo de los tiempos en que su imperio sustituía con ventajas al viejo imperio bizantino; el reino rumano una parte ó el todo de su posesión por el sinnúmero de gente moldovalaca que abrigan sus montañas, mientras los griegos dicen que allí radica el Olimpo de sus dioses, los cuales fundaron á Grecia, el pensamiento de un filósofo á cuyo soplo aún se anima hoy la Iglesia de Occidente y se dora la tiara del Papa, presentando así los títulos de su antiguo dominio en Oriente ganado por la falange macedonia que se regulaba por el ritmo cadencioso de su geometría y el número pitagórico de su aritmética, llevando el genio ateniense refugiado dentro de su alma y el verbo platónico en sus labios vibrante por toda la extensión del viejo mundo oriental.

VII

Lo cierto es que las faldas del Olimpo, cuyas vertientes miran al Norte, pululan de partidas; que las tribus de Thesalia, recién sumadas á Grecia, tras el tratado de Berlín, tiran de los macedones, con quienes son vecinos, hacia el regazo de la común patria helénica; que las familias búlgaras pugnan por conseguir del gran turco un aumento de sus escuelas y de sus iglesias en Macedonia; que la muerte de Stambuloff se ideó y se perpetró por macedones sublevados contra la resistencia del estadista consumadísimo á sus tristes aventuras, y que las maniobras de Rusia en Sofía se atribuyen al temor de que los conflictos de Macedonia susciten de nuevo la cuestión oriental, y suscitada la cuestión oriental, se quede, como en las guerras anteriores, detenida y refrenada delante del objeto de todas sus ansias, la Constantinopla de sus antiguos ensueños y la Santa Sofía de sus seculares supersticiones. Ninguna de las alteraciones que pueda sufrir Macedonia nos aterraran á cuantos pugnamos por el progreso humano, si no trajesen aparejada una guerra europea; pero temiendo mucho á esta plaga, nos despedimos hoy de los asuntos orientales dirigiendo votos al cielo por la estabilidad y por la paz.

San Sebastián, 20 de agosto de 1895.



SEMBLANZA

Cuando al morir un hombre va con él al sepulcro el último defensor de una fuerza intelectual que tanta importancia ha tenido en la cultura europea, y especialmente en el arte, como la escuela llamada clásica, aportada al mundo de las ideas por los enciclopedistas, difundida por los Diderot, Chenier, Voltaire y veinte más en la literatura y la poesía, por los David é Ingres en la pintura, por los Torwaldsen en la escultura, y después por sus secuaces en España, en Inglaterra, en Italia, en Alemania, en fin, en todo el mundo civilizado, bien merece ese hombre que se le recuerde, como seguramente le recordará en sus páginas la historia del arte español.

Más de una vez al mirar yo á aquel ferviente adorador de Ingres, de Rafael, de Fidias, y contemplando las diversas manifestaciones de las artes plásticas de estos últimos tiempos en las Exposiciones nacionales, parecíame ver una de aquellas silenciosas y colosales esfinges egipcias que á traves de docenas de siglos llegan hasta nosotros para demostrarnos con su existencia la vitalidad que en un tiempo tuvo una cultura de la cual sentimos todavía sus influjos. ¡Ah! Las ideas, al encarnar en las sociedades, cumplen siempre un destino; ninguna pasa por la realidad sin producir su fruto; y grande ó pequeña su influencia en el desarrollo de la actividad humana, aquellos hombres que se pusieron al servicio de esas ideas merecen los honores reservados á los bienhechores de la humanidad. Pero cuando nuevas ideas, que brotan al calor de aquéllas – porque no hay idea sin idea, como causa sin causa, – la arrollan y obscurecen; cuando la vida de la inteligencia ha menester abandonar fuentes de energías que se agotan, para beber en nuevos manantiales; cuando los hombres y las obras de esos hombres, que un día sirvieron para empujar y sostener en su constante anhelo de avance á la civilización, se convierten por virtud de ese mismo avance las segundas en ruedas, inútiles ya, de una gran máquina, y los primeros, si como Germán Hernández viven, en testigos de su propia decadencia y por último de su muerte para la obra del progreso, entonces esos hombres merecen la doble simpatía que se le concede al que luchando ha cumplido su deber, y que ya inválido y caduco espera con noble entereza el momento de desaparecer para siempre de la tierra, sin que la humanidad vuelva atrás la mirada para ver adónde cae.

Y Germán Hernández fué uno de esos hombres.

***

Recuerdo, como si hubiese sido hace una hora, la noche en que conocí al último de los defensores de la escuela clásica en España. Hace de esto veinte años (¡cómo corre el tiempo!). Me había matriculado yo, recién llegado de Compostela, en la Escuela central de Artes y Oficios, en la clase de dibujo de figura y de adorno, clase nocturna, con objeto de proseguir mis estudios literarios por el día. El catedrático era D. Germán y á él me presenté. Apuntó mi nombre y me preguntó á qué oficio ó industria me dedicaba; díjele la clase de mis estudios, y mirándome con gran curiosidad me dijo:

– Hombre, me alegro que aprenda usted á dibujar, y que comience usted ahora, porque todavía es usted un jovencillo y este aprendizaje requiere la adolescencia. Voy á darle á usted un modelo especial. Pasaron dos ó tres meses, y una noche al ir á corregir mi dibujo, me dijo:

– Usted siente muy bien el dibujo. ¿Le gusta á usted el arte clásico?

Al otro día fuí á su casa; sobre una mesita colocada en el centro de su salón estudio, tenía dos ó tres libros que trataban del arte griego y de los tres grandes maestros del Renacimiento, Miguel Angel, Rafael, Leonardo de Vinci. Hablamos de arte, de historia de Egipto, de Grecia, de Roma, de los trágicos helenos. Aquel hombre conocía la literatura clásica de un modo profundo. Simpatizamos, porque yo también, empapado por aquel entonces en esos estudios, miraba con amor el arte sublime de los Sófocles y Esquilos y de los Fidias y Apeles.

Pasaron años. Una tarde le vi muy preocupado revolviendo libros, pues poseía una de las más numerosas y escogidas bibliotecas de Arte que he conocido.

– ¿Qué va usted á pintar, D. Germán?, le pregunté.

– No voy á pintar, me dijo. Voy á escribir. ¿Verdad que es extraño que un artista español escriba? Pues yo voy á hacerlo, para salvar del compromiso en que se halla la Escuela de Artes y Oficios, que en la inauguración del próximo curso no tiene á nadie que cumpla el deber reglamentario de escribir el discurso.

Y en efecto, escribió el discurso y lo leyó. El ministro de Fomento, que presidía el acto, y que si no recuerdo mal era el conde de Toreno, escuchó atentamente la lectura, y él fué quien primero aplaudió la obra magistral de Hernández.

– ¿Cómo es que usted no ocupa la dirección de la Escuela?, le pregunta el ministro.

– ¿Excelentísimo señor, contesta Hernández sonriendo, por dos razones..., la segunda porque amo el pasado.

El discurso se tradujo al francés, al alemán, al italiano y al inglés. En España no lo conoce nadie.

Visitaba un día una exposición particular, donde se exhibían cuadros de las firmas mejores de la pintura contemporánea.

– ¿Qué le parece á usted, maestro, le pregunta cariñosamente Plasencia, el cuadro de Fulano? (el cuadro aludido representaba un contraste terrible de las desigualdades humanas, y era obra de un ilustre pintor, que aún vive felizmente).

– Que es una obra hermosa.

Un majadero que escuchaba el diálogo y que también pintaba (cuadros, naturalmente) interviene en la conversación, echándoselas de chistoso, y dice:

– Esos cuadros no los pintan los «clasicones.»

– Ni los tontos, contesta Hernández volviéndole la espalda.

La primera vez que presentó su candidatura para una vacante de académico de la de San Fernando lo derrotaron, y la derrota la debió á su enemistad con los Madrazos.

– No comprendo por qué han derrotado á usted, le decía un amigo. Porque sus ideas de usted no son heterodoxas.

– Cuestión de humores, repuso el maestro.

Poco tiempo después lo eligen por gran número de votos jurado de una Exposición nacional, juntamente con D. Federico Madrazo, que obtuvo bastantes menos; y el mismo amigo le dice:

– D. Germán, la gente joven, á pesar de no estar conforme con sus ideas de usted, le otorga más confianza que á Madrazo.

– Cuestión de lugares.

– ¿Cómo cuestión de lugares?, interroga el amigo no comprendiendo la respuesta.

– Le he dicho á usted, cuando usted se extrañaba de que no me hubiesen elegido académico, que la derrota era por «cuestión de humores.» Ahora le digo á usted, contestando al comentario que usted hace por lo de haber obtenido yo más votos que Federico, «cuestión de lugares;» y esto es claro. Los que me eligen comulgan en una iglesia enteramente opuesta á la mía, pero saben que yo comulgo y que tengo ídolos; en cambio, nadie sabe á qué comunión pertenece Madrazo, pues está como el *sursum corda*, en el aire.

***

Recuerdo entre varios de sus rasgos de buen humor, uno que además del humorismo le valió ponerse rojo á cierto pintor de fama que en la casa del por entonces presidente del Consejo de ministros, don Antonio Cánovas del Castillo, se chanceaba respecto del cuadro *Sócrates reprendiendo á Alcibiades*.

A la figura de la cortesana, en cuyos brazos está el general griego, medio se le ve uno de los pechos, pues la túnica que viste aparece escurriéndose de los hombros, descansando ligeramente, antes de caer por completo – y esto se supone racionalmente, – en el pecho izquierdo. Debo advertir que á la conversación asistían señoras.

– Vamos, D. Germán; bien ha podido usted hacer que á la cortesana griega, dijo el artista, se le escurriese más la túnica.

– ¡Qué quiere usted! A usted le gusta escurrirse y á mí no. Cuestión de gusto.

***

Como hombre de convicciones artísticas, baste recordar el siguiente diálogo, ya referido por mí en otro lugar, pero que traslado de nuevo á estas columnas porque bien merece ser conocido de todos.

Paseábase Germán Hernández una tarde por el Palacio de la Exposición de Bellas Artes, acompañado de un amigo, y miraba silencioso los cuadros expuestos en una de las salas, cuando el acompañante le interrogó así:

– Pero ¿ve usted, maestro, cómo se han equivocado; todos ó casi todos los han pretendido pintar el aire libre, *le plein air*?

– Se han equivocado en algo más, contestó.

– ¿En los asuntos?

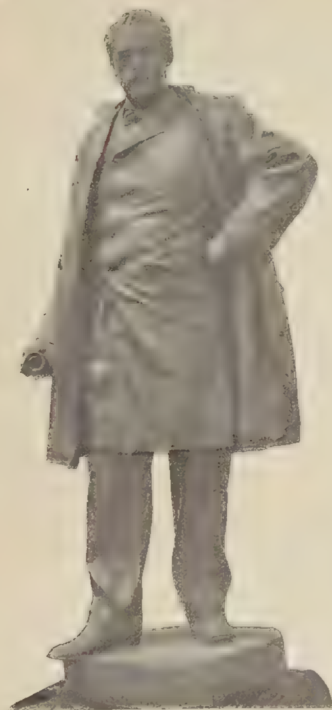
– En algo más.

– Bueno; no hablemos del dibujo, prosigue el acompañante, echando de soslayo una mirada á un gran lienzo que estaba colocado en medio de una de las paredes.

– En algo más todavía.

– ¡Pues diga usted que se han equivocado en todo!

– Sí, puesto que no tienen el concepto de lo que es arte, belleza, pensamiento. Sí, han equivocado á Friné con Maritornes. ¡Figúrese usted qué equivocación! Friné, el prototipo ó poco menos de la belleza plástica, de contornos delicados, de curvas imposibles de apreciar por su blanda suavidad, y al propio



Estatua erigida en Alicante á la memoria de D. Eleuterio Maisonnave, obra de Vicente Bañuls, fundida en los talleres de Federico Masriera, Barcelona.

tiempo una mujer de tanto talento y de tanto gusto como Aspasia; y Maritornes, una manchegota, cuadrada de espaldas y cargada de ellas, pesada como una vaca, con los ojos, uno anegado en llanto y otro invadido por los humores. ¿Le parece á usted pequeña la equivocación?

Una noche, no recuerdo quién fué el que le invitó, en el Círculo de Bellas Artes, á que se dejase hacer un retrato al óleo, de cuerpo entero y de un tamaño poco mayor de cincuenta centímetros, para pegarlo, despues de recortarlo en el lienzo, sobre el fondo dorado que á guisa de friso recorría por bajo de la escocia todo el salón principal de la casa donde tenía el Círculo su domicilio. D. Germán dijo:

– Vaya, voy á ver qué clase de cosa decorativa es esa.

Y efectivamente, llega al salón, se pone á mirar los retratos ya pegados en el friso, y dice volviéndose á su colega:

– La verdad, renuncio á estar inmóvil para que me retraten. No tengo paciencia.

– ¡Pero D. Germán, si eso se hace en un periquete!

– Bueno, pues mire usted, no quiero figurar como figurín de sastrería. Porque todos esos son caballeros para láminas de la revista de sastres titulada *El Arte Español* (¡!)

Lo de la *sastrería*, ya no se lo quitó nadie al salón.

* * *

La última vez que vi á D. Germán fué en el ministerio de Fomento, días después de sufrir la caída que, al cabo, le llevó al sepulcro.

– Vengo de pedir licencia para ausentarme, me dijo. Me marcho á Murcia.

Y bajando la voz como si el mismo no quisiera oirse, añadió:

– ¡Estoy muy malo!

– ¡Vamos, D. Germán, ánimo!, le dije. No está usted para morirse.

– Todo lo contrario, me contestó cerrando los ojos, para eso estoy mejor que para nada. Esto se desmorona.

Y echando á andar, me dijo con voz bastante entera:

– ¡Adiós, amigo Balsa! Allá arriba – señalando al cielo – hablaremos alguna vez de arte.

Esta tan extraña despedida fueron las últimas palabras que escuché del maestro.

* * *

Andaba por la calle como si fuese hombre achacoso. Al verle apoyado en un bastón, envuelto en un gabán amplio y largo, encasquetado el sombrero con fuerza, casi siempre solo, parecía uno de esos ancianos que, desconocidos, pasan por el mundo sin dejar rastro alguno de su existencia. Sus aficiones le llevaban á terminar los paseos en la librería de Gutenberg ó de Fe. Raro era el día que no compraba un par de novísimas obras de Arte, de crítica ó de Historia. Hecha la compra, hablaba un rato con Núñez de Arce, con Campoamor, con Balart, con cuantos hombres ilustres suelen reunirse al anochecer en la librería de Fe, pues todos en mayor ó menor grado eran amigos y muchos admiradores del último representante de la escuela clásica.

Recuerdo que una de esas tardes no sé quién le dijo:

– Oiga usted, Germán. Esta tarde ha estado la regente en San Francisco el Grande mirando las pinturas, y salió encantada de la capilla bizantina, habiendo mostrado deseos de ir á su estudio de usted.

– ¡Diablo!, exclama Hernández un si es no es serio y preocupado. Eso es casi como decirle á uno: «Haga usted testamento, porque se va usted á morir dentro de unos cuantos meses.»

– ¡Hombre! ¿Qué tiene que ver la visita de la regente con lo que está usted diciendo?

– ¡Cómo qué tiene que ver! ¡Y tanto! Recibe Jover la visita de S. M., y se muere á los pocos meses.

– ¡Bah! ¡Eso es una tontería!

– Será todo lo que usted quiera, pero Jover se murió. Va poco tiempo después á visitar el estudio de Casado, y Casado se muere á los ocho ó nueve meses de tener la honra de la visita regia.

– Bueno; es una casualidad.

– Casualidad ó no, prosigue Hernández, siempre con ligero acento burlón, lo cierto es que va á visitar á Plasencia, y Plasencia se muere antes de cumplirse el aniversario de la visita. Excuso decirle á usted que tantas casualidades se parecen á las de la capa del estudiante.

En fin, que me avisen con anticipación. Ya sé que tengo que prepararme á bien morir.

* * *

La cabeza de Germán Hernández Amores, sobre todo cuando tenía puesta la clásica monterilla murciana, recordaba fuertemente esos bustos en alto relieve de los medallones de piedra esculpidos por los escultores del Renacimiento.

Modesto, metódico, gran talento analítico, helenista más grande todavía, su nombre no se borrará jamás de la historia del arte español de este siglo.

R. Balsa de la Vega

¡OH FELICES TIEMPOS!

(episodio de 1825)

I

A mediados de aquel año y cuando más arreciaba la persecución emprendida por el gobierno de la absoluta majestad de Fernando VII contra los pícaros liberales, á quienes dichosamente y gracias á la ayuda de los cien mil hijos de San Luis se les había hecho desistir de sus constituciones y demás diabólicas novedades, una noche y á cosa de las diez cierta taberna que ocupaba el piso bajo con honores de cueva, situada en Puerta de Moros y casi frontera del poco suntuoso templo de Nuestra Señora de Gracia, se veía más concurrida que de lo avanzado de la hora era de esperar.

Y sin embargo, tal animación no era cosa extraordinaria si se atiende á dos principales causas. La primera y principal la bondad del zumo de los viñedos de Arganda y Yepes, por que era conocido el que nadie pensaba entonces en llamar establecimiento del tío Espabila. La segunda que el paternal gobierno que entonces se encargaba de guiar nuestros vacilantes pasos, como prueba de que gustaba de dar el debido esparcimiento al buen pueblo, si bebía los vientos por extirpar toda semilla de club, logia, sociedad patriótica ó cosa parecida, no se oponía á que en las tabernas se reunieran las personas que á bien lo tuvieran á todas horas del día y de la noche.

Verdad es que los primeros, fomentando la fatal *manía de pensar*, podían dar días de duelo á la patria; mientras que de los segundos todo lo que salía era tal ó cual riña que, cuando más, con un par de muertos y unos cuantos heridos volvía á dejar la capital de la monarquía como verdadera balsa de aceite.

La noche á que nos referimos, la concurrencia, no escasa por cierto, estaba del mejor humor del mundo, y salvo ciertos no muy cultos desahogos de los que jugando al *mus* ó á la *carteta* perdían honradamente unos cuartos segovianos tan mohosos como llorados, sólo se oían en el establecimiento del tío Espabila alegres carcajadas y picantes canciones.

El mismo tabernero que, al decir de las gentes, reunía á sus públicas funciones las menos confesadas de usurero, y á creer ciertas hablillas, otras aún más ocultas, por más que no fuera hombre que dejara salir á su apergaminado rostro las impresiones de la alegría, parecía en aquella sazón animado como nunca.

Fuera lo que quisiera la causa del íntimo regocijo del buen expendedor de vinos, el hecho es que su casa estaba aquella noche tranquila y apacible como pocas veces se viese; y tal era su calma que pudiéramos añadir que no merecía la pena de que nos detuviéramos á contemplar lo que en su recinto pasaba, si un acontecimiento, al parecer de alguna sensación, no hubiese venido á romper la monotonía plácida, pero monotonía al fin, del que hemos escogido por escenario de nuestro drama.

II

Poco después de la hora en que hemos metido la curiosa nariz en la taberna y cuando más distraídos estaban todos, los unos en su charla, los otros en sus juegos y los más en sus tragos, la fisonomía del tío Espabila se animó, como se anima la de la persona que ve llegar una cosa que espera, y abriéndose la puerta pintada de almagro que desde la calle daba ingreso, penetró en la ahumada sala á que servía de



La Eternidad anunciando al siglo XIX que se acerca su fin, escultura de Juan B. Font (Exposición general de Bellas Artes de Madrid, 1895)



Los caballitos del Tío Vivo en San Isidro (Madrid), cuadro de Manuel Domínguez

trono el mostrador un hombre embozado hasta los ojos en una amplia capa de fino paño, color de castaña, con vueltas y rizos de terciopelo grana.

Al ver el aire de majeza con que pisaba el polvoriento suelo, no hubo cabeza que no se levantara con curiosidad; pero el recién llegado, como si por fin se creyese en lugar seguro y amigo, sin dar tiempo á que la curiosidad subiese de punto echó abajo el embozo, dejando al descubierto una figura que por lo gallarda y simpática parecía servir de tipo á la provocativa arrogancia y á la desenvuelta donosura de nuestras más selectas clases populares.

Su atavío se componía de chaqueta corta adornada en los hombros con apenas apuntados monillos de seda pasada y en todas las costuras con botoncillos de filigrana de oro; chupa alta, pero desabrochada por la parte superior, dejando ver una chorrera de más de tres dedos de ancha; pañoleta color de fuego, anudada al cuello en flojo nudo; calzón de punto color de hoja seca; polainas á la jerezana, apenas sujetas con algunos herretes, y sombrero de catite de moderada copa.

Al verle emplazado en el centro de la sala, de casi todas las bocas salió un grito de asombro, que en algunos se hubiera podido tomar, sin miedo á equivocarse, por expresión de verdadero terror.

Sólo el tabernero, haciendo con él una distinción á que no estaban acostumbrados los parroquianos, salió con cierta frescura de detrás del mostrador, y llegándose á él le echó los brazos al cuello, murmurando con zalamería socarrona:

– ¿A qué debemos la satisfacción de tener otra vez en España al que creíamos todos en Inglaterra trabajando con sus amigos para traernos otra vez las logias masónicas y esas lindezas á que siempre se mostró tan aficionado?

– Puede usted creer, dijo el majo desentendiéndose de la cordialidad del tabernero, que cuando vengo á Madrid y me meto en casa de un absolutista tan neto como el tío Espabila, seguro estaré respecto á mi persona.

– Sabía, replicó el tabernero con cierta sorna, que personajes muy elevados se ocupaban en lograr tu indulto; pero no creí que estuvieran tan adelantadas las cosas que ya pudieses pisar con tranquilidad el suelo de la patria sin temor á tropezar con las rondas y los esbirros de la Superintendencia de policía.

– Tan seguro estoy de ello, que si ya no tengo el deseado indulto en el bolsillo, le tendré antes de una hora.

– ¿Es decir, que no le tienes todavía?, preguntó con interés el tabernero

– Digo que es lo mismo que si le tuviera, contestó el simpático majo volviendo con desabrimiento la espalda á su interlocutor.

Y se dirigió tranquilamente hacia el centro de la sala, donde una docena de manos se tendían hacia él.

III

El tío Espabila volvió á ocupar su puesto detrás del mostrador; pero no permaneció mucho tiempo allí.

Poco después, aprovechando la distracción de sus parroquianos, se deslizó sigilosamente al interior de su casa, mientras el majo obsequiaba á sus amigos con rumbosa generosidad.

Pasadas las primeras expansiones, un viejo de patillas grises y de rostro amojamado, en cuyo traje se notaban ciertos arcaísmos de los tiempos de las redecillas y los sombreros de medio queso, tocó ligeramente en el hombro al majo, y afectando la mayor indiferencia se le llevó á uno de los rincones de la taberna.

– Chiquillo, le dijo cuando tuvo la seguridad de no ser oído de nadie. Creo que has cometido la mayor de las imprudencias viniendo á meterte en la boca del lobo.

El majo movió la cabeza con tranquilidad.

– Puede usted creer, tío Fatigas, contestó con calma, que no temo comprometerme. Nada que se roce con la política me trae á España. Sabe usted que como pocos he tenido entusiasmo por el *sistema* y que valor no me ha faltado; pero estoy convencido de que hoy por hoy es perder el tiempo meterse en aventuras que siempre terminan con el fusilamiento de media docena de locos, y si no contento, resignado, sólo quiero que me dejen vivir en paz.

– No puedo creer que no más que ese deseo te traiga aquí.

– Me trae una comezón que se sobrepone á todo. Al corazón no se le manda, y prefiero arrostrar toda clase de peligros á vivir en la incertidumbre que la lealtad de esa mujer me inspira.

– ¿Dudas tú de Maravillas?

– Debo confesar que algo me escarabajea aquí dentro. ¿Usted sabe que es ella la que ha logrado mi indulto?

– Lo sé.

– ¿Con qué relaciones cuenta que la han hecho conseguir cosas que otros emparentados con personas de gran valer no han podido lograr?

– Sábelo Dios. Has venido á Madrid en una época en que los caminos tortuosos son los únicos que conducen á algún fin. Esto no es una nación; es una sentina en que sólo lo bajo y lo humillante prevalece.

– Razón más para que desconfíe.

– Por lo que debes temer es por tu seguridad. Te has adelantado un poco. Aun con el indulto en el bolsillo, no me creería yo del todo tranquilo; pero sin él, no me tendría por más seguro que un ratón que hubiera caído en la ratonera.

– Saben todos que nunca ha sido mi defecto el miedo.

– Pero no suele estar el valor en buena armonía con la prudencia.

El majo iba á replicar; pero el tío Fatigas le cortó la palabra diciendo:

– Por de pronto baja la voz. El tío Espabila pasa, no sin razón, por uno de los espías más sagaces del absolutismo, y entre la gente que ves, no todos le profesan amistad tan franca como supones.

En aquel momento el dueño del establecimiento había vuelto á salir de su escondrijo, y con pretexto de ofrecer una copa de lo de Yepes á un matarife, de osco semblante y traje todavía salpicado por los residuos de la sangre de las reses sacrificadas aquella mañana, conversó con él algunos momentos y éste salió de la taberna á buen paso.

El tío Fatigas no perdió un solo movimiento de los dos hombres, y al observar la partida del matarife tocó con el codo al majo.

– De algo malo se trata, dijo frunciendo el ceño. Si en algo tienes mi experiencia, ponte en salvo.

El aludido se encogió de hombros y se contentó con decir:

– Voy ahora mismo á casa de Maravillas. Si tengo

allí el indulto, nada debo temer. Si no, prometo escurrir el bulto.

Y estrechando la mano á su interlocutor, salió sin ser al parecer notada por nadie su marcha.

IV

Cuando el apuesto majo, después de seguir un buen trecho por la parte alta de la calle de Toledo, se internó en una de las que van en dirección á la Ribera de Curtidores, se detuvo de pronto creyendo notar pasos detrás de sí.

Al volver la cabeza, vió en efecto un no despreciable grupo que daba vuelta á una esquina, y comprendiendo que un serio peligro le amenazaba, echó mano á la faja como para buscar entre sus pliegues un arma.

Pero no tuvo tiempo. El grupo, mucho más numeroso de lo que al principio le pareciera, le cortó el paso, y el que indudablemente hacía de jefe de él, le gritó con voz campanuda:

– En nombre del rey absoluto, dése preso.

A pesar de lo desesperado del caso, todavía quiso el majo oponer resistencia; pero todo fué inútil.

En pocos segundos, rendido ante la fuerza numérica, maniatado y con una mordaza en la boca, era conducido en un coche que debía estar preparado al efecto á uno de los calabozos de la cárcel de corte.

V

La máquina del Estado estaba felizmente tan bien montada, desde que lo mismo *doceañista* y *anilleros* que *exaltados* y *democracios*, medidos por el propio rasero, habían ido á dar con sus pecadores huesos, unos en los patíbulos, otros en los presidios y, por desgracia, los menos en la emigración, que los sacrificios que la nunca desmentida clemencia de Fernando VII tenía que hacer con frecuencia por la salud de su trono, no sólo se podían realizar con una rapidez encantadora, sino lo que es aún mejor, con un sigilo, que aun para las personas más allegadas solía ser uno el notar la desaparición de un ser querido y verle subir, para escarmiento de pícaros, al patíbulo afrentoso.

A tan nunca bien alabada organización fué debido el que en menos de tres días se sustanciara el proceso de aquel malaventurado majo que vimos salir tan resuelto de la taberna del tío Espabila, y que Maravillas, la maja por quien había arrostrado los peligros de su vuelta á España, no supiera la desgracia que debía acibarar toda su vida, hasta el momento en que el pícaro liberalote expiraba en la horca, que por aquellos días con tanta frecuencia se levantaba en la Plaza de la Cebada. Al que le tocó en suerte comunicar, por cierto con el alma desgarrada de dolor, la fatal nueva á la desventurada maja, fué al tío Fatigas

– ¡Imposible! La prueba de que eso es mentira está aquí, gritó Maravillas con la rabia de una pantera herida y tendiendo al atribulado viejo su papel.

– ¡Su indulto!, murmuró éste, comprendiendo el sarcasmo que encerraba aquel documento.

– ¿Y sabe usted al precio que le he comprado?

– ¡Lo sospecho!, sollozó el tío Fatigas mirando con severidad á la maja.

Maravillas bajó los ojos llenos de lágrimas.

– Sus verdugos han sido más piadosos que tú, añadió el viejo. ¡La muerte que le preparabas era más horrible! – Angel R. Chaves.



Caza de tigres en la India, dibujo de Hugo Ungewitter

MATANZA DE MISIONEROS EN CHINA

El misionero que elige la China para campo de sus operaciones, donde se propone combatir la idolatría con la palabra de Dios, desterrando el obscurantismo y la barbarie en que aún está sumido el pueblo, lleva realmente la vida en la mano. Podrá abrirse camino entre las clases inferiores; pero las más elevadas, y en particular las oficiales, por decirlo así, le profesan un odio constante, que al fin se revela algún día por una explosión de loco fanatismo, produciendo alguna horrible catástrofe. Tal ha sido la espantosa matanza de los misioneros ingleses ocurrida últimamente en la estación situada cerca de Kucheng en la provincia de Fukien, en la costa Sud oriental de la China.

Cuarenta y cinco años hace que los misioneros han trabajado en esa provincia, poblada por los más desalmados y turbulentos indígenas de todo el imperio, con los cuales se mezclan no pocos piratas. La estación de Kucheng se creó en 1887, y seis años después se encargó de ella el Rev. Roberto Warren Stewart, perteneciente á la Sociedad de la Iglesia de Misioneros, que había trabajado más de doce años en una localidad próxima como jefe del Colegio de la Sociedad Teológica en Foochow. Acompañábanle su esposa é hijos, y Mr. Stewart había conseguido establecer escuelas indígenas con muy buen éxito. Varias señoras inglesas habían ido á residir en la estación y también algunos misioneros americanos.

No obstante, unos y otros, según costumbre, eran el blanco de la aversión de varias sociedades secretas, y muy en particular de una mucho más numerosa que las demás y cuyos individuos se designan con el nombre de «Vegetarianos.» Los que constituyen esa asociación apenas pueden profesar la religión de Confucio ó la de Budha, pues ambas se distinguen

por su tolerancia, y es más probable que formen una nueva secta, nacida en la barbarie idólatra de las clases inferiores. Es muy posible también que les induzcan á obrar y á persistir en iniquidades conspiradores que son hombres instruídos, y hasta algunas personas pervertidas que ocupan posición oficial, las cuales trabajan para derribar el imperio, ya muy vacilante, produciendo un choque con las potencias europeas. Los individuos de esa liga fanática han hecho también, al parecer, votos ascéticos respecto á la abstinencia de bebidas espirituosas, opio, tabaco y carne, debiéndose á esto último que algunas veces se les llame «Vegetarianos.» La verdad es que no manifiestan la disposición común de la masa del pueblo, que generalmente mira á las misiones cristianas con la mayor indiferencia, y cuya conducta para con los extranjeros suele ser pacífica.

En el mes de abril último las sociedades habían tomado un aspecto amenazador, tanto que el mandarín que mandaba en Ku-cheng resolvió que Mr. Stewart y las señoras abandonaran la misión para trasladarse á la ciudad. Permanecieron algún tiempo en Foochow, donde estaban seguros; pero poco después, como pareciese que ya se habían tranquilizado los ánimos, regresaron á Ku-cheng, donde no esperaban perder muy pronto la vida. Habían ido al Sanatorio de Whasang la semana anterior á los sucesos que nos ocupan, y una noche, á las altas horas, cuando todos dormían tranquilamente, una partida de ochenta Vegetarianos asaltó la casa, cayendo de repente sobre los infelices misioneros. Los esposos Stewart y dos amigas suyas fueron quemados vivos allí mismo; á otras cinco señoras se las alanceó brutalmente, arrojando después á una de ellas por un precipicio, y el hijo de Mr. Stewart fué apaleado hasta que dejó de existir. Dos niños recibieron graves heridas, habiéndose sacado un ojo al más pequeño, y la señorita Codrington, de la misión Zenasca, quedó en muy mal estado. El Rev. Phillips y los americanos consiguieron escapar ilesos. La multitud completó la obra de exterminio prendiendo fuego á la casa y todas sus dependencias, y los oficiales chinos llegaron ingeniosamente al lugar de la catástrofe cuando todo estaba concluído.

El número de víctimas ha sido de once, verdaderos mártires que han sucumbido en medio de los más horribles tormentos. Mr. Stewart, uno de los misioneros más distinguidos por sus trabajos de conversión, había ido directamente á China después de ordenarse en 1876; pero había servido ya en Australia y el Canadá. Su esposa, hermana de un reputado doctor de Dublín, después de compartir todos los trabajos y fatigas con su marido, participó también de su muerte cruel con su hijo Helberto y el ama de gobierno, llamada Lena.

De las otras víctimas, la señorita Elsie Marshall era hija de un vicario y había estado tres años en la China. La señorita Hessie Newcombe, natural de Dublín, pertenecía á la misión Zenasca; Flora Stewart era hija de un vicario, y las señoritas Sunders y Gardon, naturales de Australia, se ocupaban ahora en estudiar con afán la lengua de Ku-cheng.

Inmediatamente después de haberse recibido en Inglaterra la noticia de aquella espantosa catástrofe, la Gran Bretaña pidió satisfacción completa de aquel inicuo acto, exigiendo al mismo tiempo seguridad para sus súbditos y el más severo castigo de los culpables.



Escuela de niñas — Casa de la misión

Matanza de misioneros en China. – Edificios de la sociedad de misiones en Ku chen



El misionero protestante R. Stewart y su esposa, bárbaramente asesinados por los chinos en Ku-chen

La acción de Lord Salisbury no se ha limitado esta vez á palabras, como ha sucedido en otros casos, para asegurarse de que el gobierno chino cumplirá al pie de la letra cuanto se le pide, sobre todo para que no quede impune el nefando crimen de que acaban de ser víctimas los infelices misioneros. Al efecto, el cónsul inglés en Foochow recibió orden de ir al lugar de la sangrienta tragedia con una escolta militar china, á fin de practicar una investigación sobre las circunstancias que han mediado en la comisión del crimen. El ministro de Estado en Pekín, aceptando las condiciones inglesas, ha expedido una proclama en que ordena el castigo de los culpables.

Se asegura que los que asaltaron la Casa-Misión, en número de ochenta, como ya hemos dicho, formaban una partida relacionada con una sociedad secreta de chinos que tiene muchas ramificaciones en Fukien y en otras provincias meridionales. – X.

NUESTROS GRABADOS

RECTIFICACIÓN

En la página 568 correspondiente al número 712 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA cometióse una errata importante que interesa rectificar. El primer grabado publicado en dicha página no es reproducción del cuadro de Vicente Cutanda *Epílogo*, sino del cuadro *Llegué tarde*, original del distinguido pintor castellano D. Eduardo Núñez y Peñosco, que figuró en la última Exposición general de Bellas Artes celebrada en Madrid, mereciendo con justicia grandes elogios.

El cuadro de Cutanda *Epílogo* lo publicaremos en breve.

Excursión agradable, cuadro de Alonso Pérez. – Aunque hemos publicado varios cuadros del reputado pintor paisano nuestro, el que hoy reproducimos, sin apartarse en el fondo del género que con tanto éxito cultiva preferentemente su autor, nos presenta el talento artístico del Sr. Pérez bajo un nuevo aspecto. Las figuras que en esta obra ha puesto tienen el mismo carácter de época que las otras que de este artista conocemos; la escena que en el lienzo se desarrolla es simpática y llena de gracia, al igual que las de sus otros cuadros reproducidos en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Pero además de estas cualidades demuestra *Excursión agradable* otras no menos dignas de alabanza desde el punto de vista de la pintura de paisaje, en la que el Sr. Pérez es, á juzgar por este lienzo, consumado maestro.

Estatua erigida en Alicante á la memoria de Eleuterio Maisonnave, obra de Vicente Bañuls, fundida en los talleres de Federico Masriera, Barcelona. – El día 30 de junio último inaugoróse en Alicante la estatua erigida para honrar la memoria del que fué uno de sus ilustres hijos, el distinguido hombre público D. Eleuterio Maisonnave, quien representó tres veces en Cortes á su ciudad natal, desempeñando asimismo las carteras de Estado y Gobernación durante el gobierno de la República.

El modelo de la estatua, obra del inteligente escultor alicantino D. Vicente Bañuls, recomiéndase por la valentía de sus trazos, ejecutados con soltura, y por la reposada actitud de la figura, propia del personaje representado.

Es una de las obras de fundición que más honran á los talleres de D. Federico Masriera, habiéndose ejecutado por el procedimiento de la cera perdida.



Casa del misionero Stewart — Matanza de misioneros en China. – Vista de la ciudad de Ku-chen



LOS CONVULSIONARIOS EN MARRUECOS, cuadro de Simoni



MELANCOLÍA, cuadro de J. M Strudwick existente en la Nueva Galeria de Londres



Canto religioso, cuadro de Tomás Muñoz Lucena (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)

Canto religioso. Falda de Sierra Morena. Un niño, cuadros de Tomás Muñoz Lucena (Exposición general de Bellas Artes de Madrid de 1895). – No ha tratado esta vez el laureado pintor cordobés Sr. Muñoz Lucena de dar nueva muestra de sus indiscutibles cualidades artísticas y de sus grandes alientos, puesto que se limitó á presentar al certamen varios estudios, entre los que figuran los tres que reproducimos. Cierto es que todos ellos son dignas obras de tan discreto artista, pero ninguna de ellas es comparable á sus notables producciones tituladas *Ofelia*, *El cadáver de Alvarez de Castro* y *Las lavanderas*, que significan igual número de triunfos alcanzados en anteriores exposiciones.

Quien como nuestro amigo ha logrado significarse por su ingenio, debe no permanecer estacionario. De ahí que confiado en sus aptitudes y laboriosidad, esperemos que en otro concurso hallará medio y ocasión para anudar la que debía ser no interrumpida serie de sus triunfos.

La eternidad anunciando al siglo XIX que se acerca su fin, escultura de Juan Bautista Font (Exposición general de Bellas Artes de Madrid de 1895). – Harto complejo y por lo tanto preñado de dificultades y escollos ha sido el tema que ha tratado de desarrollar el joven escultor catalán Sr. Font y Rodín por medio del grupo alegórico que reproducimos. Con laudable discreción ha realizado la obra, poniendo de relieve cualidades artísticas dignas de tenerse en cuenta, que si las avalora el estudio, procurarán en lo porvenir al Sr. Font honra y provecho.

Los caballitos del Tío Vivo, en San Isidro, cuadro de Manuel Domínguez. – Con singular complacencia aprovechamos hoy la ocasión que nos depara nuestro distinguido amigo D. Manuel Domínguez, dando á conocer á nuestros lectores una de sus más bellas y poco conocidas producciones. El *Tío Vivo* es una de sus geniales obras, trasunto fiel de las escenas ó cuadros que se desarrollan en la tan celebrada pradera de San Isidro, sitio elegido para solaz y agradable pasatiempo de los madrileños. Quien haya visitado los alrededores de la coronada villa, especialmente en épocas de fiestas y romerías, adivinará la inteligencia y habilidad del maestro al trasladar al lienzo con tal sello de verdad escenas y cuadros de la vida real, en cuyo género también ha sabido distinguirse y recoger tan merecidos aplausos cual los de continuo cosechados por sus grandes composiciones decorativas, preciado ornato de algunas señoriales mansiones de la capital de la nación.

Caza de tigres en la India, dibujo de Hugo Ungewitter. – Se necesita, especialmente en un europeo, ser verdaderamente apasionado por la caza para dedicarse á la del tigre, y no por los peligros á que el cazador se expone, pues en éste concepto otras hay mucho más difíciles, sino por las circunstancias en que aquélla debe hacerse para más asegurar el buen éxito de la misma. En primer lugar, la mejor época para cazar tigres es el rigor del verano, y las mejores horas las más ardorosas del día; y esto en un país como la India significa una incomodidad que pocas naturalezas pueden resistir. En segundo lugar, la cabalgadura más á propósito para esta caza es el elefante, cuyos movimientos son irresistibles para los europeos que no estén á ellos muy acostumbrados. Pero los que pueden resistir estas molestias vense sobradamente recompensados por las emociones y los placeres que la caza del tigre les ofrece; por lo menos así lo aseguran los que por experiencia hablan, es decir, los que han logrado herir mortalmente al rey de los felinos desde el cajón colocado sobre los lomos del paquidermo. De lo que es la caza del tigre realizada por este sistema da perfecta idea el hermoso dibujo de Ungewitter que publicamos.

Los convulsionarios en Marruecos, cuadro de Simoni. – Entre las varias sectas existentes en Marruecos, pocas aventajan en extravagancia á la llamada de los convulsionarios, que se complacen en dar vueltas y más vueltas hasta que caen rendidos y sin aliento. El reputado pintor italiano Simoni, inspirado en esta manifestación del fanatismo y de la superstición musulmanes, ha trazado esa admirable composición en cuyo centro agítanse en desordenados movimientos cuatro de estos infelices alrededor de los cuales agrúpanse una multitud de soldados, con armas unos, desarmados otros, que contemplan con gran recogimiento los violentos ejercicios de aquellos iluminados. De la factura del cuadro nada hemos de decir: mírense una por una las figuras, extiéndase la vista por el paisaje que se pierde en el horizonte, y se comprenderá que obras como ésta no necesitan ser encomiadas para que cualquiera aprecie desde luego sus múltiples bellezas.

Melancolía, cuadro de J. M. Strudwick. – Esta pintura de la Nueva Galería pertenece á la escuela ó tendencia seguida por muchos artistas ingleses, cuyo iniciador fué Rossetti y que ha avalorado Burne Jones imprimiendo á sus obras sello de verdadera originalidad, con todo y ser reminiscencias, si no imitaciones, inspiradas en las obras de los primitivos italianos por tanto tiempo desdeñadas, ó mejor dicho, no comprendidas.

Hoy la boga ha elevado al más alto pináculo de la gloria á uno de ellos, á Botticelli. Es de esperar, pues, que durante algún transcurso de tiempo cunda la pintura *botticellesca*.

En ese cuadro hierático hasta cierto punto, en la figura y en la rica, minuciosa y arqueológica suma de los accesorios brillan, sin embargo, cualidades personales y propias del autor, que lo separan de la turba multa de tantas obras ejecutadas á la *primitiva*, por seguir una corriente encauzada como siempre por artistas de verdadero talento.

Joven de la Selva Negra, cuadro de Hugo Konig. – Elogio merecen los artistas que como el autor de este cuadro reproducen tipos de las distintas regiones de su país vestidos con sus trajes característicos, y lo merecen porque por un lado sus obras constituyen otros tantos datos etnográficos que no dejan de tener importancia, y por otro tienen un sello eminentemente artístico, gracias á su indumentaria pintoresca y variada, que es siempre más grata á los ojos que esa uniformidad por lo general antiestética que la moda impone en los grandes centros de población.

MISCELANEA

Bellas Artes. – París. – El pintor Duez descubrió recientemente en un pueblo de los alrededores de París un cuadro de Murillo que adquirió por 60 francos y por el cual le ofrecieron en seguida 17.000.

– En la exposición de los secesionistas se han vendido 72 obras por valor de 187.000 pesetas.

Berlín. – De las obras que figuran en la gran Exposición Internacional de Bellas Artes habíanse vendido hasta fines de mayo 87 por valor de 223.750 pesetas.

– El gobierno prusiano ha encargado al reputado pintor Klein-Chevalier cinco cuadros alegóricos para la sala de sesiones de la dirección de Minas de Halle del Saale.

– Durante el primer trimestre del presente año el gobierno prusiano ha adquirido con destino á la Galería Nacional obras de arte por valor de 41.950 marcos (52.440 pesetas).

Munich. – La Sociedad alemana para el fomento del arte cristiano celebra actualmente en el palacio real la primera exposición de una serie que se propone organizar á fin de devolver á aquel arte el esplendor de que en otros tiempos gozara y del que le han hecho decaer los procedimientos de ciertas industrias modernas.

– En la exposición de los secesionistas muniqueses se han vendido hasta ahora 50 obras por valor de 156.000 pesetas.

Magdeburgo. – El Museo Municipal ha adquirido durante el año último 40 obras notables de artistas antiguos (flamencos, italianos y españoles del siglo XVII). Además ha comprado varios cuadros de los alemanes Lenbach, Zimmermann, Skarbina, Pietschmann, Schwar y Zugel, del italiano Simoni y de los holandeses Witkamp y Vrolyk.

Amberes. – Según una memoria que acaba de publicarse, la *Société Royale d'Encouragement des Beaux Arts* adquirió en la exposición de Bellas Artes que se celebró cuando la última exposición universal allí verificada varios cuadros y estatuas con destino al Museo de la ciudad por una suma total de 59.500 francos.

Marburgo. – La universidad de Marburgo ha encargado al célebre pintor de Dusseldorf Pedro Janssen una serie de cuadros monumentales que representan escenas de la historia de la ciudad, tales como la expedición de los caballeros alemanes á Oriente, Santa Isabel curando á los enfermos del hospital de Marburgo, la discusión religiosa entre Lutero y Zuinglio, la evacuación por los dominicanos de su convento convertido en universidad, el ingreso en ésta de los catedráticos y alumnos, la solemne recepción del filósofo Cristiano de Wolf y otros.

Hannóver. – Se ha abierto un concurso entre arquitectos alemanes para la construcción de unas nuevas Casas Consistoriales: el presupuesto disponible es de cuatro millones y medio de marcos (5.625.000 pesetas). Se concederán: un primer premio de 12.000 marcos, uno de 8.000, dos de 5.000 y dos de 3.000.

Worms. – Para la construcción del puente que se proyecta tender sobre el Rhin, y que está presupuesto en tres millones de marcos, se ha abierto un concurso para el cual se ofrece un premio de 10.000 marcos y otros dos ó tres que juntos importarán 12.000.



Falda de Sierra Morena, cuadro de Tomás Muñoz Lucena (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)



Un niño, cuadro de Tomás Muñoz Lucena (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)

Teatros. – La ópera en un acto recientemente terminada por Mascagni, con el título de *Il Viandante*, se estrenará á principios del próximo otoño en Berlín. En esta obra sólo hay dos personajes.

– Existe en Leipzig una *Asociación general para las representaciones teatrales populares* que reside en Leipzig y responde á una necesidad que se siente en Alemania, en donde esta clase de espectáculos se ha generalizado con gran éxito. El objeto de esta asociación es combatir enérgicamente ese género de dramas que se basan en el adulterio y oponer una valla al realismo y naturalismo de mala ley que invaden el arte dramático: para conseguir sus propósitos fomentan la representación de obras nacionales que puedan contribuir al mantenimiento de las buenas costumbres y otorgan premios á las obras dramáticas populares que responden á estos fines.

Barcelona. – En el teatro Lírico ha dado algunos conciertos la capilla nacional rusa que dirige el eminente maestro Dmitri Slavianski d'Agreneff: cuanto se diga en elogio de la misma es poco, y así se explica el entusiasmo que ha producido en nuestro público, como lo produjo antes en las principales ciudades de España y del extranjero; no puede darse mayor ajuste, dulzura y expresión que las que se admiran en ese coro compuesto de hombres, mujeres y niños ejecutando los preciosos cantos populares y religiosos rusos. El espectáculo, realzado además por la belleza y riqueza de los trajes que visten los cantores, es de los que deleitan y emocionan y dejan una impresión hondísima. En el Tívoli siguen las ovaciones tan grandes como merecidas al maestro Bretón con motivo de las representaciones de su bellísima ópera *La Dolores*, cuyas principales piezas tienen que repetirse todas las noches, produciendo siempre en el público el mismo entusiasmo.

Necrología. – Han fallecido:

José Muller, profesor de Filología clásica en la universidad de Turín y notable helenista.

Heiz Heim, pintor alemán.

Guillermo Lommen, paisajista alemán.



Y tapada con el paraguas por el criado, echó á andar á buen paso

LAS DOS BANDERAS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

PARTE PRIMERA

I

Gibraltar, la plaza fuerte inglesa, enclavada en territorio español, bañada del mar por un lado, defendida por otro por el formidable Peñón fenómeno de la naturaleza, rodeada de extenso campo limitado por importantes poblaciones, presenta un panorama variado y pintoresco. Sin embargo, ¿qué ojos españoles que le contemplan por primera vez no se velarán de tristeza? ¿Qué corazón español no latirá violentamente al ver sobre aquel abrupto picacho ondear una bandera que no es la de la patria?

Gibraltar es el leopardo inglés que tiende sus garras sobre las aguas del Estrecho, apercibido á apoderarse de nuevas presas. Gibraltar es el estigma marcado en la frente de un pueblo para recordarle su secular decadencia.

El cielo se cubre con frecuencia de obscuros crespones como recordando las nieblas de Albión; y el Peñón, semejante á un buitre gigantesco con las alas plegadas, que tiene por cuello el castillo del Hacho y por pico la bandera inglesa, proyecta su sombra en el campo circunvecino en donde debiera rebosar la alegría andaluza. Este campo, que se extiende entre la costa, puntas de Europa y del Carnero, Tarifa, Algeciras y San Roque, ni enteramente llano ni quebrado, como vegetación no ofrecía nada de particular en la época en que comienza este relato, año de 1881. En la actualidad hay ya más edificaciones; pero entonces eran raras, y sólo algunas huertas interrumpían con manchas de verdura la monotonía del escueto terreno. Además de estas huertas había entonces otros dos sitios que atraían la atención, conocidos en los contornos con los nombres de *la Sombrosa* y *el Pradillo*. Tengo que dar una somera idea de ambos, porque así lo exige la narración. Era *la Sombrosa* una posesión perteneciente á un grande de España, situada á kilómetro y medio de Gibraltar y á medio próximamente del pueblo de Línea de la Concepción, que es el más cercano á la ciudad. Una alta tapia, fabricada de recios ladrillos, cerraba un vastísimo espacio plantado en su mayor parte de añosos olmos y castaños de Indias, tan frondosos y sombríos, que justificaban el nombre dado á aquel bosque, huerta y jardín, pues de estas tres cosas participaba. A un extremo del jardín elevábase un edificio con aspecto de quinta ó casa palacio, con cuatro fachadas, construídas de mampostería y cimiento de piedra, y que tenía dos pisos: el bajo con ventanas enrejadas, y el principal con balcones muy salientes con barandillas de hierro. Tres de estas fachadas estaban dentro de la cerca del jardín; la cuarta, que era la posterior, daba al campo, enfilaba frente al Peñón de Gibraltar y tenía una puerta pequeña, casi siempre cerrada. La entrada principal estaba dentro de la cerca en un frontón algo más adornado que las otras fachadas, puesto que tenía una montera arquitectónica y esculpido en ella un escudo de armas. La puerta principal era grande, con hojas de roble claveteadas de piñas de hierro, y estaba orlada de un festón plateresco tallado en piedra.

Por ahora sabemos bastante del palacio de *la Sombrosa*, en donde más adelante tendremos ocasión de penetrar, y vamos á ocuparnos del otro sitio indicado, *el Pradillo*, porque en él comienza esta historia. Era *el Pradillo* una pradera de bastante extensión de figura casi oval, que antes había sido bosque; pero los ediles del pueblo de la Línea, ingeniosos como todos los concejales, trataron de transformarle en sala de baile al aire libre y lugar de jiras y solaces campestres, para lo cual mandaron talarle por el comedio, dejando sólo los árboles de los extremos, que le encerraban en un círculo de verdor. Estaba muy bien cuidado y se le regaba todos los días con agua de un pozo inmediato. Tenía dos entradas ó rompimientos de árboles, y en cada uno de ellos un bando pegado á un poste de madera, que decía así:

De orden superior se prohibe acampar y pernoctar en este sitio á carreteros, arrieros, gitanos, mendigos, pastores y demás gente trashumante.

Con todos estos cuidados y precauciones, *el Pradillo* se conservaba limpio hasta cierto punto y segada é igual la verde hierba que le cubría, y según previsión municipal, durante el buen tiempo celebrábanse en él la mayor parte de las comidas de boda de la inmediata población, de la que sólo dista poco más de un kilómetro.

Conocidos los sitios, vamos á los hechos.

II

El día 14 de octubre del año de 1881, á las cuatro de la tarde, el Campo de Gibraltar estaba menos animado que de costumbre, por las siguientes razones: en primer lugar, era día de fiesta, y así como los moradores de las ciudades populosas salen de ellas en tales días, buscando espacio y ambiente, del mismo modo y por igual ley de los contrastes los habitantes de los pueblos, cansados en su mayor parte de las faenas del campo, se quedan en aquéllos.

Además, sucede á veces en la costa de Gibraltar que amanece el día sereno y el cielo despejado; mas conforme avanza la mañana, vanse formando en la lontananza marina ligeras nubecillas aisladas, franjeadas de crespones de escarlata, cortados á trechos por grumos dorados. Poco á poco y *sin que lo sienta la tierra*, es decir, sin que lo noten los habitantes de ésta, las nubecillas se van amontonando y obscureciéndose, lo cual coincide casi siempre con el despertar de la *mareta blanda*, que diría el poeta: tan blanda y tan tenue, que si bien en el mar y en el puerto agita un tanto la lona de los buques, en tierra apenas mueve las hojas y las hierbecillas, ni apenas hace ondular el humo de las chimeneas. Este estado de calma suele sostenerse hasta que el sol va descendiendo del cenit. Entonces, no contenidas ya por el astro poderoso, que va en retirada, la mareta se convierte en viento, aún suave, y del núcleo de nubes marinas van destacándose sucursales hacia tierra, como guerrillas del centro de un ejército que se apercibe á la batalla. Después..., después sobreviene la lluvia torrencial, ó la tempestad y á veces la galerna.

El día á que me refiero había además otra razón para que el Campo de Gibraltar estuviese solitario, y era el mucho calor que hacía, no obstante mediar el mes de octubre. A las cuatro de la tarde ya había nublados, pero el sol aún hallaba espacios despejados en el cielo para desde allí fulgurar sus caricias abrasadoras.

El campo, pues, parecía desierto; mas realmente no lo estaba, á juzgar por las bocanadas de ruido que se escapaban por entre los árboles del *Pradillo*.

Según costumbre, se celebraba allí un banquete de boda. ¡Y qué boda!: la del hijo mayor del tío *Caracoles* con la hija única de *Disciplinas*, todos avecindados en el cercano pueblo de la Línea. El lector no tiene obligación de saber que en la Línea, así como en los demás pueblos de España y especialmente de Andalucía, no hay ciudadano de clase humilde que no tenga mote ó apodo, y por lo tanto, es preciso decir que el tío *Caracoles* era el Sr. Antonio Corzuelo, herrero en su mocedad y luego contrabandista. Porque eso sí, aun cuando en toda la comarca de Gibraltar se mantiene vivo el fuego del patriotismo y el odio al usurpador inglés, esto no quita el que un sinnúmero de patriotas contrabandeen con géneros ingleses, inundando de ellos las demás provincias andaluzas. Decíase, pues, que el Sr. Antonio Corzuelo había hecho un buen capitalito con el contrabando, que ya viejo y viudo y cansado de alijos habíase retirado á buen vivir á la Línea, su pueblo natal, que había establecido una fragua de herrería para dar ocupación á su hijo segundo; pues en cuanto al primogénito, habíale dado por lo fino y estaba á punto de examinarse de escribano. Sabiendo esto, basta con añadir que el Sr. Antonio era un viejo de cincuenta y nueve años de edad, muy bien conservado, de carácter alegre y que usaba por muletilla la palabra «¡caracoles!,» á la cual debía su apodo.

Pues bueno: el día en que empieza esta historia, el hijo mayor del tío *Caracoles*, llamado Nicolás, habíase unido en matrimonio con la joven y agraciada María Flora, hija de D. Basilio Gordales, maestro de una escuela municipal de la Línea, á quien apodaban *Disciplinas*, porque aún las usaba para imponerse á sus discípulos, aunque sin atreverse á pegarles por respeto á los derechos modernos. A primera vista parecía que esta boda era desigual en cuanto á intereses; puesto que el padre del novio pasaba por ser hombre acaudalado, y el de la novia sólo contaba (al parecer) con su mezquino sueldo, mal cobrado, de maestro de escuela; y hubiera sido verdad este desnivel, á no existir en el mundo la señora Micaela Sánchez, esposa de D. Basilio, y por consiguiente madre de la novia. Porque la susodicha señora había tenido la suerte de ser nodriza de la señorita Carmen, y ésta era nada menos que hija del marqués de Marbella, dueño de la posesión de *la Sombrosa*, en la que habitaba, y de otros muchos estados y señoríos. Con tan buen arrimo, nunca, ni aun en los más calamitosos tiempos, había faltado lo necesario, ni aun algo de lo superfluo, al bueno de D. Basilio y á su digna cónyuge; y cuando llegó el caso de la boda de María Flora, la señorita Carmen hizo las cosas en regla. Regaló á su hermana

de leche una huerta situada en el término de San Roque, que mal arrendada rentaba 1.400 pesetas, y un equipo de novia tan completo que no faltaba nada en él, desde las arracadas con piedras finas, hasta los paños de cocina. No fué madrina de boda ni asistió á la comida de ídem, porque aquellos días andaba muy delicado su padre el marqués de Marbella; pero en atención á lo cercano que estaba *el Pradillo* (sitio en donde se celebraba la comida) del palacio de *la Sombrosa*, prometió acudir á los postres. Con este motivo, la tarde á que me refiero ofrecía *el Pradillo* un aspecto animado y pintoresco. Entre hombres, mujeres y chicos había allí reunidas veinticinco ó treinta personas. Fuera de la linde de la arboleda veíase un carro grande con toldo, que había servido para transportar los víveres y utensilios, cuyo tiro de dos mulas, desenganchado, pero atado á las ruedas, rumiaba las hierbezuelas. Dentro del círculo de árboles, los asistentes á la boda, casi todos sentados en el suelo, empezaban á atacar los postres. Por los restos que de la comida quedaban comprendíase que había sido suculenta y sobrada, y en cuanto á lo que en ella se bebió, puede calcularse por cuatro pellejos de vino, medio deshinchados, que había en el suelo y por un sinnúmero de frasquetes y botellas vacías ó á medio vaciar, metidas en canastas de mimbres. Así es que hasta la gente provecta de la reunión hallábase un tanto *alegre*. Del elemento joven no hay nada que decir, sino que además de los recién casados, había allí entre mozos y muchachas unos doce ó catorce que mostraban en sus semblantes el sofoco producido por el exceso de comida y bebida. Ellas, por causa del calor y del jolgorio que había habido antes de comer, estaban algo despeinadas y con el escote de los pañuelos algo bajo, y ellos en cuerpo de camisa, con las mangas un tanto remangadas.

Casi todos, como ya se ha dicho, estaban sentados en el suelo, empezando á gustar los postres, cuando he aquí que el tío *Caracoles*, padre del novio, que era uno de los pocos que se hallaban en pie, gritó con voz estentórea:

«¡La señorita, ya viene la señorita!»

Y con efecto, á través de uno de los rompimientos de árboles vieron venir á una joven casi niña, acompañada de un criado viejo que traía un paraguas y una banquetita de tijera.

III

Pusiéronse en pie los que estaban sentados. Los novios y la mayoría de los jóvenes salieron á recibir á la que llegaba; pero á todos se adelantó, á pesar de sus años, la señora Micaela. De una carrerita se puso al lado de su niña querida, de la que ella había criado á sus pechos, y la besó y abrazó con efusión. Porque lo que ella decía: «¡A mí qué me importa el señorío de Carmen ni de su padre! Ella es casi tan hija mía como mi María Flora, y no sé á cuál de las dos quiero más.» Ya todos en *el Pradillo*, la señorita Carmen saludólos con suma amabilidad, pues sabido es que cuanto más señorío más llaneza. Mozos y mozas habían arreglado un tanto los desperfectos de su traje, y toda la concurrencia rodeó á la recién venida, ofreciéndole postres, que eran muchos y buenos. Ella tomó un par de rosquillas de Tarifa, y mientras desgajaba un racimo de albillo castellano, el farmacéutico de la Línea, que era el padrino de boda, le espetó un ampuloso discurso dándole gracias por haber honrado á todos con su presencia. Probados los postres, Carmen se sentó en la banqueta de tijera, que un criado había colocado cerca de un tronco de árbol, para que éste le sirviera de respaldo, y los concurrentes siguieron comiendo y bebiendo, aunque con mayor comedimiento. Y mientras comían y bebían no se cansaban de mirar y admirar á la señorita Carmen. Si ésta, por su delicada belleza y gracia hubiera atraído la atención en el salón más aristocrático, ¿qué no sería en medio de aquellas gentes rudas y sencillas? La hija del marqués de Marbella tenía diez y ocho años, pero representaba menos edad, era de mediana estatura y sumamente esbelta pero su delgadez prometía, con el tiempo, redondeces esculturales. Había nacido en Sevilla y no obstante parecía inglesa por la nívea blancura de la tez y el rubio color de sus cabellos, tan finos, pero más abundosos que suelen serlo los de las hijas de Albión. Este tipo de Carmen requería los ojos azules más ó menos claros; mas por delicioso capricho de la naturaleza, teníalos la joven *con mucho negro y mucha luz*, como dice una copla andaluza, y al mismo tiempo tan suaves y acariciadores, que vistos una vez no podían olvidarse. Agréguese á esto la inteligente expresión de la fisonomía, el gracioso plegado de una boquita de perlas, la soltura del talle, la finura de la sonrosada oreja, la hidalga blancura de las manos estrechas y largas, la elegante curvatura de los piececitos y otros perfiles de raza que son como filigranas de la naturaleza, y se explicará el por qué aquellas buenas gentes miraban á Carmen embelesadas; pues en éstas labra más la impresión de los dones excepcionales de la belleza, por lo mismo que no tienen ocasión de verlos á menudo.

La hija del marqués de Marbella, con su vestido color de tórtola y el pañuelo de lino puesto en chal, parecía entre aquellas muchachas lugareñas de acentuadas facciones, encendidas de color y vestidas de colorines, una rosa blanca entre un manojo de claveles.

Pero seguramente la que miraba á Carmen con más embebecimiento era la vieja ex nodriza. Estaba de pie detrás de ella, la joven se había quitado su sombrerito de paja florentina, y la buena mujer no se contentaba con mirarla, sino que de vez en cuando acariciábala el blando cabello como cuando era pequeña.

Siguió el *yantar* de los postres. El tío *Caracoles* comía, bebía y alguna vez miraba al cielo. Porque las nubecillas destacadas del horizonte marino habían formado ya un celaje compacto, ocultando el aéreo camino que recorría el sol poniente. Conocía aquél estos síntomas, pero nada decía; quizá no era partidario del sistema preventivo. Al final de los postres, Juan, el hermano del novio, mocetón que había heredado el genio alegre de su padre y que tenía el mote de *Pitoclaro* porque pitaba muy fuerte, soltó en efecto un silbido estrepitoso que estremeció á los delicados de nervios, y luego exclamó con voz compañera del silbido:

– ¡A bailar, caracoles!, como dice mi padre ¿Dónde se ha visto una boda sin baile?

– ¡Sí, sí, á bailar!, corearon otras varias voces.

– Pero, muchachos, observó el padrino de boda. ¡Con el calor que hace!.. Os vais á derretir.

– Bailaremos cosas sosegadas, replicó Juan. Y luego repuso:

– ¡Eh, tú *Pobrerroto*, á ver si acabas de tragar y nos tocas un tango!

Era el aludido un chicuelo como de doce á catorce años, músico obligado de todos los holgorios de la Línea. Llamábanle *Pobrerroto*, mote que sólo le cuadraba á medias; pues si bien pobre, su madre, que era muy hacendosa, le tenía limpio, recosido y aseado. En el momento del apóstrofe estaba sentado en el suelo, relamiendo con fruición un pedazo de pan untado de miel. Al oir aquél, apresuró los últimos mascullones, limpióse los labios, tomó un violín y un arco que yacían sobre la hierba y comenzó á rascarle. Entretanto había ya seis parejas en actitud de baile. Antes había dicho Juan:

– Cuando la señorita Carmen quiera bailar, aquí estamos todos esperando la *sastifación* de que nos elija.

Pero Carmen continuaba sentada, dejándose abanicar por su ex nodriza, lo cual hacía ésta con un pericón.

Empezó el baile, mas á los primeros pasos cesó la música, por causa de que al *Pobrerroto*, inflado de comer y beber, entróle una modorra mayúscula. Ya iba á darle el novio una sacudida, cuando distrajo la atención general la siguiente exclamación del señor Antonio Corzuelo, que se hallaba cerca de uno de los rompimientos de árboles:

– ¡Caracoles! ¡Y lo que se nos viene encima!

El primer movimiento de todos fué mirar al cielo, que como ya sabemos, estaba sospechoso. Pero lo que venía, venía por la tierra.

IV

Era un jinete tan singular que bien justificaba la exclamación del tío *Caracoles*. Montaba un caballo tordo con cabos blancos y de soberbia estampa y mucho braceo, aunque venía al paso, enjaezado con freno y estribos vaqueros de plata, silla jerezana de las llamadas de concha, forrada de damasco color de castaña, y pretal y baticola con caireles de plata y seda. El rumbo del jinete correspondía al del caballo, puesto que llevaba castoreño con cintillo de oro, chaqueta de paño fino azul obscuro, chaleco abierto de tisú negro y oro, por donde asomaba riquísima camisa, faja de seda blanca, calzón ancho hasta la rodilla y botines de tafilete de color azul casi negro. Este traje era arcaístico y quería parecerse al usado por los majos y gitanos ricos de fines del pasado siglo, pero resultaba airoso y deslumbrante llevado por quien lo llevaba.

– ¡Caracoles, pues si es un señorito vestido de majo!

Esta exclamación sintetiza al jinete, que era un joven como de veinticinco años de edad, blanco, rubio obscuro, alto, gallardo y de facciones y aspecto tan finos, que á pesar de lo bizarro del traje trascendían á señorío. Se dirigía hacia *el Pradillo*, al paso de su montura, *abrigándola* á la andaluza. La mayor parte de los concurrentes á la boda, especialmente las mujeres, habíanse aproximado á la linde de los árboles á verle venir, y en todos causó extraordinaria sorpresa. Aproximóse el jinete, saludó quitándose el sombrero, y dijo al tío *Caracoles*, que se había adelantado á recibirle:

– ¡Buenas tardes! ¿Se divierten ustedes?

Estas palabras nada tenían de particular, pero aumentaron la curiosidad, pues fueron dichas lentamente y con acento extraño. El tío *Caracoles*, que tenía una copa y una botella en las manos, contestó:

– Sí, señor, nos divertimos, y usted con nosotros, si gusta. Pero diga usted, buen amigo, aunque sea mal preguntado, ¿de dónde es usted?, porque usted no es de esta tierra.

– Soy francés, y español de corazón, dijo el joven.

– Pues vaya esta cañita, por eso del corazón.

Y el tío *Caracoles* ofreció á aquél una copa de manzanilla. Tomóla el joven, tiró el líquido á lo alto, volviendo á recogerle en la copa, y se la bebió de un sorbo.

– ¡Ole por los buenos mozos!, exclamó el tío *Caracoles*.

Durante esta escena, el jinete había escudriñado con la mirada *el Pradillo*. Vió á Carmen, que en último término del grupo de curiosos le miraba con atención, y notó también que mozos y mozas estaban pareados.

– A lo que parece, ¿iban ustedes á bailar?, preguntó.

– Sí, señor, pero se nos ha dormido la música, contestó *Pitoclaro*, señalando al *Pobrerroto*, que después de algunas cabezadas, había caído como un tronco sobre la hierba, con el violín empuñado.

– Pues si no es más que por eso, yo serviré de orquesta, repuso el recién llegado. Precisamente el violín es el único instrumento que sé tocar.

Y mientras decía esto, desmontó con gentil desembarazo, ató el caballo á la púa del tronco de un árbol, y entró en *el Pradillo*. Atravesóle, volviendo á saludar á todos y en particular á Carmen, que había vuelto á sentarse; desasió el violín de la mano del *Pobrerroto*, procurando no despertarle, y examinó el instrumento.

– ¿Podrá usted tocar en ese cascajo?, preguntó el novio.

– No, el violín no es malo; lo que está es mal cuidado, contestó el joven.

Templó, tomó el arco, arrimóse á un árbol próximo al sitio en que estaba Carmen, y dijo:

– ¿Qué toco?

– Pues, mire usted, íbamos á bailar un tango, contestó Juan.

– ¡Vaya por el tango!

Prepáranse las parejas. El músico improvisado prorrumpió en un preludio tan brillante y tan bien tocado que arrancó un aplauso general. Aquellas buenas gentes nunca habían oído cosa semejante y miraban con admiración al violinista. Llegaron los compases de tango y comenzaron á bailar. De vez en cuando interrumpía el músico el motivo del baile, y divagaba en el violín: imitó los gritos del gallo, del cerdo y del cuclillo, entre el asombro de los concurrentes, volviendo á tomar el compás del tango.

De repente gritó el tío *Caracoles:*

– ¡Se aguó la fiesta!

Así era en efecto. Comenzaron á caer grandes gotas de lluvia, que daban en la cabeza á los convidados, ó brillaban en un momento sobre la hierba del *Pradillo*. Sobresaltáronse todos, y el tío *Caracoles* volvió á decir:

– ¡Ea, á cargar pronto el carro! Los que no tengan que hacer, en seguida al pueblo. Señorita Carmen, á casa. No tardará el chubasco, pero creo que nos dará tiempo.

Pusiéronse todos en movimiento. Los novios, padrinos, mujeres y personas provectas de la boda se dirigieron apresuradamente á la Línea. El tío *Caracoles* y algunos mozos quedáronse para cargar el carro, dirigidos por *Pitoclaro*, que era un prodigio de actividad.

He dejado á propósito para lo último á Carmen y al joven extranjero. Desde las primeras gotas de lluvia, el criado que acompañaba á aquélla abrió el inmenso paraguas que llevaba para protegerla de la lluvia, y recogió la banqueta en la que había estado sentada. Todos querían acompañarla á *la Sombrosa*, donde como ya sabemos habitaba, pero ella se opuso resueltamente. Despidióse apresuradamente de todos, ató las bridas de su sombrero, levantóse un poco la falda, dejando ver sus diminutos piececitos, y tapada con el paraguas por el criado, echó á andar á buen paso. Desde que empezó la lluvia habíanse asomado á una de las ventanas del palacio, que daba al

campo, dos personas ancianas de distinto sexo. «Es el señor marqués y doña Victoria,» habían dicho algunos de los que desde la linde del *Pradillo* seguían con la vista á la linda joven, admirando su gentileza. Llegó ésta á la puertecita del palacio, en donde la esperaba un criado, detúvose un momento antes de entrar y saludó á todos con el pañuelo.

A pesar de que la lluvia arreciaba, el joven extranjero fué de los más rezagados. Vió partir el carro, ya cargado, hacia el pueblo, montó en su caballo, dió vuelta al *Pradillo* y pasó muy lentamente por frente á la fachada de *la Sombrosa*. Luego picó espuelas y se encaminó al galope hacia Gibraltar.

V

El temporal iniciado la tarde de la boda duró dos días. Llovió mucho y los pocos ratos que dejaba de llover se levantaba un viento huracanado. Lo más particular era que cuanto más llovía aumentaba más el calor. Por fin, al tercer día amaneció el cielo despejado. El viento de los días anteriores habíase convertido en brisa que por ser terral no tenía nada de fresca. A las ocho de la mañana próximamente la hija del marqués de Marbella asomóse á una ventana del piso bajo del cuarto de su padre, que daba al campo. Gustábale más esta habitación que la que ella ocupaba, situada en la parte que daba al jardín, cuyo horizonte era limitado. El marqués aún no se había levantado, y ella aprovechó la ocasión de admirar el pintoresco panorama del campo de Gibraltar, que en aquella mañana era aún más atractivo. Había estado lloviendo hasta poco antes de ser de día, y aunque al amanecer desvaneciéronse los nublados, el sol no había tenido tiempo de secar el campo. Todavía estaban húmedos los árboles del *Pradillo*, la brisa movía suavemente la hierba y rizaba el agua de los charcales donde reverberaba la luz del sol.

Carmen no se fijó al principio en estos detalles, porque dilató la mirada al lejano horizonte. Allí estaba la masa informe del Peñón, la cinta azulada del mar. A la izquierda la costa malagueña, á la derecha la bahía y más á la derecha la Punta del Carnero, á la que comenzaba á bañar el sol, haciéndola parecerse á un horno encendido. Así es que mirando á la lejanía no vió á un joven, con aspecto de artista, que sentado en el repecho que formaba la linde del *Pradillo*, dibujaba en una cartera apoyada en las rodillas. Llevaba sombrero hongo de flexible fieltro, cazadora de terciopelo color de granate y botines altos de paño. Hallábase sentado frente al palacio de *la Sombrosa*, dibujando al parecer la vista de la fachada que daba al campo.

Cuando Carmen se asomó á la ventana, el joven tomó unos gemelos de teatro, que estaban á su lado en el suelo, y miró con ellos, dibujando al mismo tiempo. Poco después reparó en él la linda madrugadora. Aunque *la Sombrosa* está cerca del *Pradillo*, no es posible á aquella distancia reconocer bien á las personas, y Carmen, impulsada por la curiosidad, entróse un momento y volvió á salir á la ventana, provista también de gemelos, cuyo rayo visual cruzóse con los del dibujante.

Éste, como habrá adivinado demasiado el lector, era el joven extranjero, el majo arcaístico, el hábil violinista de la tarde de la boda.

El primer movimiento de Carmen fué quitarse de la ventana, como en efecto se quitó. Pero volvió á asomarse, y apoyada en el alféizar miró á todas partes, menos hacia *el Pradillo*. No es posible asegurarlo, pero debe deducirse que mientras dejaba vagar la mirada, su pensamiento se ocupaba del paisajista que tenía enfrente, y no es arbitrario suponer que con ese *rabillo de ojo* peculiar á las mujeres, le observaba.

Pasaron algunos minutos. El sol empezaba ya á dar en la ventana, en la que se hallaba Carmen (y aquella mañana el sol picaba desde muy temprano), y sea por esto, ó porque viese que el dibujante, después de cerrar su cartera, se dirigía hacia el palacio, retiróse la joven de la ventana y dejó caer estrepitosamente la persiana cortina.

Desde aquel día, no transcurrió ni uno siquiera en que Carmen dejase de ver, bien por la mañana ó á la postura del sol, al joven extranjero, cuando se asomaba á la ventana de la habitación de su padre. Algunas veces veíale pasar á caballo, pero con más frecuencia sentado en los alrededores del *Pradillo*, dibujando ó haciendo que dibujaba. Si estaba lejos, Carmen permanecía en la ventana; si le veía aproximarse, se retiraba sin afectación. Indudablemente, *la Sombrosa* debía ejercer atracción en aquel joven que se pasaba horas y horas sentado ó vagando por sus alrededores, y de seguro no podía menos de atraer la atención de la linda hija del marqués de Marbella. El lector puede deducir consecuencias.

Transcurrieron algunos días. Una noche, ya muy entrada, puesto que hacía ya tiempo que había sonado el cañonazo que en la plaza de Gibraltar equivale al toque del *Angelus*, Carmen hallábase sentada á la ventana. Hacía un calor fenomenal, aun para aquella costa en que suele hacerle hasta fines de octubre. Había una luna muy clara que á veces se velaba tras de grupos de nubarrones diseminados. Cantaban los grillos como en el rigor del verano, y se sentían efluvios de electricidad.

Carmen se abanicaba, pues no corría ni el más mínimo soplo de aire. Oyó ruido de pasos, y se asomó al enrejado de la ventana para ver quién pasaba, al propio tiempo que la luna salía de entre un espeso nubarrón, y vió al que veía con tanta frecuencia, al joven extranjero, que venía siguiendo la fachada del palacio, pero á alguna distancia. Cuando iba á pasar, el pañuelo que Carmen tenía en la mano cayó al suelo por entre los hierros de la ventana. El joven se aproximó, recogió el pañuelo, saludó, y con el sombrero en la mano dijo con lentitud:

– ¿Creo, señorita, que se le ha caído á usted este pañuelo?

Carmen, tomándole, contestó:

– No se me ha caído, lo he dejado caer.

– ¡Ah!

– Sí, caballero, deseaba decir á usted cuatro palabras, y he buscado este medio.

El joven permaneció silencioso.

– ¿Tengo entendido que es usted francés?

– Me llamo Grammont, señorita.

– Pues bueno, voy á hablar á usted en francés para que me entienda mejor.

– En efecto, comprenderé mejor, dijo en francés el joven; pero usted, señorita, ¿es española?

– Sí, mas me he educado en París..., oiga usted.

– La escucho con todo mi corazón.

Carmen titubeó, y luego dijo:

– He notado que anda usted con frecuencia por estas cercanías...

– Ciertamente, señorita. Me ocupo en tomar vistas de este pintoresco país. Hace días dibujé la preciosa posesión en que usted habita, é hice un boceto de su dueña.

– ¿Mío?

– Estaba usted á la ventana y aproveché la ocasión.

– Pues bien, caballero: yo respeto la libertad de acción de usted, pero debo advertirle que en el campo se repara en todo, y ya hay quien ha notado la asiduidad de usted en frecuentar estos sitios.

– Pero, señorita...

– Esta asiduidad puede ser inconveniente para mí. Así como mi aya, habrá otras personas que hayan reparado ó reparen la presencia de usted...

– Permítame usted que la interrumpa. Si es notada mi presencia en estos lugares, aun admitida la suposición que usted indica, debo advertirle, aunque sea presunción, que nada perdería usted, bajo el punto de vista social.



Sí, caballero, deseaba decir á usted cuatro palabras...

Chocóle á Carmen el tono un tanto altanero con que fueron dichas estas palabras, y replicó:

– No discuto, caballero, la personalidad de usted, pero sentiría que llegasen hasta mi padre ciertas suposiciones. Es meticuloso y además tiene agriado el carácter por causa de sus achaques.

Y como viese que el joven hacía un movimiento de impaciencia, repuso:

– La verdad es que son ociosas mis advertencias, en atención á que mañana me ausento de estos sitios...

– ¿Que se ausenta usted?, exclamó el joven con arranque. Si me fuera permitido preguntar á usted dónde va.

– Pues á Madrid, caballero, á pasar el invierno al lado de mi tía la duquesa de Rocamora.

– Entonces, señorita, huelgan efectivamente sus recelos... Nos veremos en Madrid, en donde yo debía estar hace tiempo, y allí...

– El cañonazo, interrumpió Carmen incorporándose del alféizar de la ventana en que estaba recostada; me retiro.

Aludía al segundo cañonazo que durante la noche se dispara en la plaza de Gibraltar, que equivale al antiguo toque del *cubre-fuego*. Después de esta señal de recogimiento, nadie, sin permiso especial, puede transitar por el recinto de la ciudad.

– Paréceme, señorita, que esa orden estrepitosa no obliga á los moradores del campo, dijo el joven en tono ligero.

– Mi padre y yo nos sentamos á la mesa á cenar después de oir el cañonazo.

– ¡Ah, ya!

– Sí, porque si le oyésemos antes nos haría daño la colación. ¡Buenas noches, caballero!

Cerró la ventana, dejando al joven un tanto preocupado por sus últimas palabras.

PARTE SEGUNDA

I

Una gran parte del *todo Madrid*, de que se ocupan los cronistas de salones, y que se reduce á tres ó cuatro mil personas que pululan en todos los sitios en que hay ocasión de solazarse y exhibirse, hallábase reunida en la embajada de Francia, en donde había recepción y baile. Aquella fiesta era la primera que daba el embajador *nuevo* en la corte de España; su señora venía precedida de gran fama de elegancia y distinción, y con estos motivos la curiosidad espoleaba el deseo de divertirse. Transcurrida la primera hora, que es la del análisis, puesto que en ella se comenta el modo de recibir de los anfitriones, los trajes y joyas de las damas y se pasa revista á los concurrentes ó á los que brillan por su ausencia, todo el mundo convino en que el diplomático francés había dejado bien puesto su pabellón. Después de la llegada de los rezagados y de haberse bailado dos ó tres veces, comenzaron á desprenderse grupos de la multitud apiñada en el salón de baile, diseminándose por las otras salas y piezas, que eran varias y espaciosas. Atravesando algunas de éstas con paso presuroso y charlando con animación, dos jovencitas entráronse en un gabinete destinado aquella noche á tocador de señoras, adonde no podemos seguirlas, porque nos lo impide uno de esos ángeles invisibles que guardan los sitios en que se refugian el pudor ó la coquetería femeninas. A una de estas jóvenes la conoce el lector, puesto que era la hija del marqués de Marbella, la señorita Carmen, mencionada ya en la primera parte de esta narración. De la otra, basta con decir que era sobrina de la embajadora de Francia, que ayudaba á sus tíos á hacer los honores de la casa. Permanecieron ambas un buen rato en el tocador, quizá reponiéndose de las averías que el baile había hecho en su tocado, y salieron de aquél con más reposo, deteniéndose á hablar con las muchas personas que las saludaban. Presentaban aquellas dos jóvenes un contraste encantador y un casi contrasentido de la naturaleza, medida por el rasero de la preocupación vulgar, que la encierra en determinados moldes. Carmen, la española, nacida en el cogollo de Andalucía, esto es, en Sevilla, parecía, como ya se ha dicho, el arquetipo de la blanca y delicada belleza inglesa; y Leonie, que así se llamaba la sobrina de la embajadora, alsaciana de nacimiento, ofrecía el tipo de la mujer meridional. Tenía el pelo muy negro y algo encrespado, á pesar de los cuidados del tocador; era sumamente morena, con el cutis áspero de la cáscara del melocotón; su pecho y brazos de matrona hacíanla aparentar más años de los que en realidad tenía, que no llegaban á los diez y nueve, y á no ser por su aspecto fino y gracioso y por su flexible talle de avispa, hubiérasela tomado por una serrana andaluza.

(Continuará)

NUEVOS RUMBOS
DE LA ORNAMENTACIÓN MODERNA
POR F. LUTHMER

Muchos de los que lean el presente artículo no se sentirán de momento atraídos por la materia que en él se trata. ¡Ornamentación! ¡Quién se preocupa de estas cosas! La voluta se ofrece constantemente á


Acanto griego

nuestros ojos dondequiera que los dirijamos, así en las pinturas ó artesonados de nuestros techos como en los dibujos que con azúcar traza el confitero en las tortas, lo mismo en los almohadones que para el día de Nochebuena bordan nuestras esposas que en las facturas de nuestros proveedores. ¿Cómo, pues, no ha de sernos indiferente la ornamentación? Indiferente y á veces molesta, sobre todo cuando la vemos en nuestros muebles formando mil nidos para el polvo y haciéndonos suspirar por los limpios muebles lisos ingleses, que han prescindido al fin de tan inútil aditamento.

En realidad hay un gran número de personas que padecen de cierta dureza de ojos envidiable y que en general no distinguen más que entre liso y abigarrado: que la voluta mire hacia la derecha ó hacia la izquierda, que sea de forma humana, animal ó vegetal, les tiene completamente sin cuidado. Y á decir verdad, mucha culpa tiene en esto la ornamentación misma que encontramos prodigada en todas partes y en todos los objetos. Este abuso explica el hecho de que respiremos con satisfacción cuando una nueva tendencia del gusto hace prevalecer las formas lisas, los velones de latón que una mano cuidadosa hace relucir como oro, las paredes de los comedores cuya blancura de cal destaca sobre un zócalo de madera pulimentada. Como justificación del ornamento puede aducirse, sin embargo, que en algunos casos es un mal necesario para ocultar defectos de construcción del objeto decorado: ese juego de porcelana, por ejemplo, adornado con florecitas, es sencillamente porcelana de desecho que al ser cocida ha dejado asomar á su superficie algunas manchitas; si se le dejara en su color natural nadie lo compraría á causa


Acanto romano

de estas imperfecciones, razón por la cual el fabricante lo entrega á un pintor que oculta tales defectos con florecillas y mariposas. También los relieves y molduras que adornan las estufas de hierro son un subterfugio indispensable: preguntad al fabricante y él os dirá que la fundición de una de esas piezas es mucho más difícil y comprometida cuando son lisas que cuando tienen aquellos adornos, pues éstos encubren las pequeñas depresiones de una superficie plana ó los ligeros desvíos de una línea recta. De modo que en estos dos casos no hay más remedio que demandar gracia para la ornamentación.

Pero sucede con ésta lo que con otras mil cosas que á diario vemos, como los fenómenos de la naturaleza; la costumbre embota nuestros sentidos respecto de ellos y los presenciamos sin interés, hasta que un día, quizás por casualidad, nos fijamos en lo que tantas veces nos ha sido indiferente. Y cátate que á la primera mirada atenta nace el interés, y redoblando nuestra atención acabamos por admirarnos de haber contemplado impasibles un fenómeno que entonces nos recompensa de tal modo nuestro esfuerzo, que no podemos menos de estudiarlo y ponerlo en relación con otros.

Los que por vocación han estudiado la ornamentación, la han considerado, para comprender su teoría, desde dos puntos de vista, preguntándose primero «¿qué nos dice?,» y después «¿de qué elementos se compone?» La primera pregunta nace del supuesto de que la ornamentación es un lenguaje, como el de las imágenes y el de los jeroglíficos, que nunca pronuncia palabras incoherentes, sino que, por el contrario, ha de decir algo determinado, ha de expresar un pensamiento concreto. Donde menos resulta esto es, por ejemplo, en un tapete en el que aparecen regularmente distribuídas varias flores: este adorno no tiene en este caso más objeto que animar de una manera agradable aquella gran superficie, ofrecer á los ojos un objetivo simpático. Pero en otros casos, si conocemos el lenguaje de la ornamentación, nos sorprenderá apreciar las muchas cosas que nos dicen los adornos que nos rodean, los muchos pensamientos de que son expresión. Como la teoría no se apura en esto de aplicar palabras, á esa expresión se le ha dado el nombre de *gramatical* cuando el adorno se refiere sólo á una parte de un objeto artístico, de un mueble ó algo análogo, dejando comprender una determinada aptitud del mismo, y de *simbólico* cuando afecta á la importancia del objeto en su conjunto.

Un ejemplo: tengo á la vista un vaciado de un trípode de bronce del Museo de Nápoles, cuyos pies terminan por abajo en una garra de león, y por arriba, junto á la mesa, en una corona de hojas ligeramente inclinadas unas encima de otras. La garra me dice que el trípode descansa ligeramente sobre el suelo y que no está destinado á permanecer en un sitio fijo, sino á ser colocado tan pronto en un lugar como en otro. La corona de hojas me habla del peso que el pie del mueble ha de sostener; las hojas elásticas se enderezan hacia arriba y se han doblado un poco al peso de la mesa.

Otro ejemplo: en un broche hay dos cabecitas de ángel inclinadas que se dan un beso; no puede expresarse de un modo más sencillo y simpático que aquel adorno es un presente de amor. La cruz que el encuadernador ha puesto en la tapa de tal libro me dice claramente que el contenido de éste no es una novela ni una colección de poesías profanas, sino un devocionario. En ambos casos el ornamento es símbolo explicativo.

¿De qué elementos se compone el adorno? Esta es la segunda cuestión que se nos presenta en cuanto nos vamos interesando algo con la ornamentación. Con pocas y pasajeras excepciones, el reino vegetal es el que ha hecho el gasto en la inventiva de todos los tiempos y de todos los estilos: sólo en casos aislados y con carácter simbólico utilízanse como complemento imágenes de hombres y de animales. Esto sentado y teniendo en cuenta las mil y mil variaciones distintas con que la naturaleza desenvuelve en las plantas el mismo tema fundamental, cualquiera creería que el número de asuntos ornamentales que de este manantial prodigioso ha tomado el hombre es incalculable. Y sin embargo, asombra el ver cuán reducido es, por lo general, el catálogo de plantas que en la ornamentación han entrado desde los tiempos más remotos. Los artistas del período anterior al mundo clásico únicamente emplearon, entre tan infinita variedad de formas, la flor del loto, la hoja de palmera y el papiro. La ornamentación de los griegos y de los romanos enriquecióse, en los casos en que tomaba aspecto monumental, con la hoja y la flor del *Acanthus mollis*, el capullo de la madreselva, la hoja admirablemente dentada de las araceas, con las flores de éstas y con las hojas del olivo y del laurel.

Si entramos á estudiar la pintura de los vasos griegos, descubrimos en sus diminutos y delicados adornos un mayor aprovechamiento de la provisión de motivos que ofrece la naturaleza, y encontramos diseminados en aquellos objetos los convúlvulos, los nenúfares, las ramas de hiedra con sus pequeños racimos y algunas flores y capullos cuyo origen no es fácil reconocer.


Hoja de celidonia

En el primer período de la Edad media, el arte de Bizancio y el del estilo romano de Occidente revelan muy poca inventiva en punto á ornamentación, limitándose á recoger la herencia del arte antiguo, sin comprender todo el valor de éste. Por lo menos las innovaciones que en sus adornos encontramos revélanse, si se las estudia atentamente, como imitaciones equivocadas, como simples testimonios de la tradición artística que se ha perdido en las tormentas de la emigración de los pueblos. Hasta el siglo XII no aparece en la ornamentación medioeval una tendencia que hoy llamaríamos naturalismo. Del mismo modo que la arquitectura se emancipó en aquel entonces de las últimas tradiciones de la antigüedad y logró en el gótico una nueva y lozana vida apoyada sobre una base estética, así también la hija de aquélla, la ornamentación, abandonó la colección de formas que hasta entonces conservara. En presencia de la ornamentación del primitivo arte gótico nos parece como si aquellas inmensas moles de piedra hubiesen de repente descubierto de nuevo la naturaleza, y poseídos de un placer candoroso registramos en los jardines y en los bosques para encontrar entre sus flores y sus hojas los modelos de aquellos capiteles, de aquellos frisos, de aquellas molduras de madera de los vidrios pintados de aquellos ventanales. Así como la arquitectura gótica fué desarrollándose paulatinamente desde los gérmenes de sus comienzos en los siglos XI y XII hasta llegar á ser el árbol gigantesco y frondoso que abarca el arte todo de Occidente y puebla todos los países civilizados con sus magníficos y grandiosos monumentos, así también los adornos de que ella echa mano prefieren en su primer período las formas que le ofrecen los botones y los capullos para más adelante ostentar en toda su belleza las más variadas formas de las hojas y las flores. En un principio servían de modelo las plantas pequeñas, como el helecho que desenrolla sus hojitas, el germen que rompe el terruño, las cápsulas de semillas del musgo y de la grama; pero después acudió la ornamentación gótica á las formas complicadas de la rosa, del pámpano, de las hojas de arce, de roble y de hiedra. Y cuanto más se aproxima el estilo á su decadencia, tanto más complicados son el follaje de sus capiteles, los caracoles y las flores cruciformes, tomando entonces la ornamentación sus modelos en las hojas de col, en las largas hojas del sauce y hasta en las hojas marchitas y secas.

Desgraciadamente el gótico no conservó mucho tiempo este rasgo de sano naturalismo. Con el Renacimiento, también la ornamentación vuelve los ojos hacia atrás y se complace nuevamente en copiar el acanto y la palma de



Hoja de *Dracunculus vulgaris*, en sus formas natural y ornamental



Pasionaria en su aplicación ornamental, dibujo de F. G. Hulme

la antigüedad y los fantásticos pámpanos que de ninguna planta de la naturaleza están tomados; y aunque de vez en cuando algún artista, como Ghiberti en sus preciosos marcos de puerta, Rafael y Juan de Udine en los ornamentos de las *loggias*, buscan inspiración en la riqueza de formas que en flores y frutos atesora el bendecido suelo de Italia, por lo general el rasgo característico de aquel período, y especialmente en su posterior y exuberante desarrollo, sigue siendo el adorno por completo ajeno al natural.

La predilección por la naturaleza que tuvo el estilo gótico no la encontramos en el barroco ni en el *rococo*, á pesar de que en este último hay algo de naturalismo que se manifiesta á veces en formas elegantes de flores presentadas como naturaleza muerta.

Nuestro siglo XIX no niega en punto á ornamentación el espíritu de dependencia, de falta de propia iniciativa creadora que atenuamos con el nombre de eclecticismo. Del mismo modo que uno tras otro han ido dominando el helenismo de la escuela berlinesa, la escuela románica de un Hubsch y de un Moller, el estilo gótico de los maestros rhinianos y el renacimiento alemán de los muniquenses, la ornamentación correspondiente á cada uno de estos estilos y escuelas ha sido estudiada en los establecimientos de enseñanza y propagada por la industria artística.

Pero en medio de esta falta de independencia, de este aprovechamiento de la herencia que los pasados siglos nos legaron, han surgido de cuando en cuando llamamientos para que la ornamentación, por lo menos, adquiriera mayor libertad y fuerza creadora. Unas veces en Alemania, otras en Inglaterra, otras en Francia han aparecido artistas que han querido apartarse de la senda rutinaria, y de día en día se ha manifestado más claramente el deseo de que la ornamentación sea un lenguaje que hable á nuestros ojos con espíritu moderno y vivificador. Y esta aspiración se ha traducido en el último cuarto de este siglo por el siguiente llamamiento: «Arrojad de una vez ese saco de cosas aprendidas en la escuela; mostraos hombres de hoy en cuanto á la ornamentación se refiere; haced tabla rasa de todos esos lotos, acantos, palmas y cartuchos, y buscad nuevos modos de expresión para vuestras ideas. Id á los bosques y á los campos, recorred los prados y los jardines, y allí encontraréis á millares las formas variadas que á vuestro alcance pone la naturaleza eternamente joven. Aprended á utilizaros de ellas, estudiadlas bien y tendréis una ornamentación de la cual podrá decirse que pertenece al siglo XIX, y dejarla á vuestros hijos como patrimonio por vuestro esfuerzo conquistado.»

Algunos de los artistas á quienes este llamamiento se ha dirigido han movido la cabeza con ademán de incredulidad y de previsora prudencia, y han exclamado: «Un idioma no se inventa; dadnos ideas nuevas y la nueva expresión brotará por sí misma: cuando nos pedís que revistamos con nuevas formas los asuntos viejos, no hacéis sino pedirnos que sustituyamos una mascarada con otra. El día en que la arquitectura y la industria artística consigan sorprendernos con nuevas construcciones, entonces también nosotros encontraremos para éstas una ornamentación nueva.»

(Concluirá)



Capitel de estilo gótico primitivo con hojas de celidonia

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Migajas, por *José López Silva.* – Trabajos sueltos, por *F. Pí y Margall.* – De la Colección Diamante, que con tanto éxito publica el conocido editor barcelonés Sr. López Bernagossi, se han puesto á la venta los tomos 27 y 28: el primero comprende una colección de poesías del reputado escritor Sr. López Silva que, como pocos, sabe retratar los tipos y describir las escenas y cuadros de costumbres de la gente de los barrios bajos madrileños. En todas sus composiciones admíranse la naturalidad y vigor del lenguaje y su gran espíritu de observación para asimilarse y reproducir lo que la realidad le ofrece. Componen *Trabajos sueltos* tres interesantísimos trabajos del ilustre pensador Sr. Pí y Margall sobre el reinado de D. Amadeo de Saboya, sobre el historiador padre Juan de Mariana, y sobre el *Don Juan Tenorio:* inútil es encarecer, tratándose de escritor tan insigne, la valía de cuanto en el libro se contiene, pues no hay quien no rinda pleito homenaje al autor de *Las Nacionalidades.* Estos tomos véndense en las principales librerías al precio de dos reales cada uno.

Grandezas de Ecija, por *el licenciado Andrés Florindo.* – Escribióse este libro en 1630, y su autor, médico insigne de la ciudad de Ecija, propúsose con él adicionar la obra *Ecija y sus Santos* del padre Martín de Roa: tuvo gran éxito en su tiempo y mereció ser recomendado y ensalzado por los más severos censores. Como su título lo indica, descríbense en él las glorias de aquella ciudad, los hechos memorables por ella realizados y los varones ilustres que en santidad, religión, letras y milicia ha producido, haciendo de muchos de éstos detalladas biografías. Es, en suma, un documento al par que curioso de gran importancia histórica y merece elogios el editor ecijano D. Juan de los Reyes Sotomayor por haber llevado á cabo la reimpresión de un libro tan interesante, continuando así la laudable obra por él emprendida al reimprimir hace poco tiempo el otro libro citado, *Ecija y sus Santos.* Esta nueva edición de *Grandezas de Ecija,* copiada de la que en 1631 publicó su autor, el licenciado Florindo, forma un tomo en 4.º, de 250 páginas, que se vende al precio de cinco pesetas en la imprenta de Reyes (San Francisco, 12, Ecija) y en las librerías de Sanz, de Sevilla, y de Fe, en Madrid.

Joven de la Selva Negra, dibujo de Hugo Konig

Obras de Fray Vicente Solano. – Se ha publicado el tomo IV y último de esta obra cuya importancia encarecimos al aparecer los primeros tomos. El que ahora ha visto la luz comprende tres partes, que son: *Ciencias eclesiásticas y Polémica religiosa, Oratoria sagrada y Alocuciones pastorales;* entre los más interesantes trabajos contenidos en la primera merecen citarse especialmente los capítulos Reflexiones sobre la autoridad temporal del Papa, La verdadera ilustración de un pueblo, Los Jesuítas, Nuevo método de progresar, La Biblia, Libros prohibidos, Doctrina cristiana, El clero ultramontano y la democracia; en la segunda se insertan siete notables sermones, y la tercera contiene tres documentos pastorales escritos por el padre Solano, cuando era obispo de Cuenca (Ecuador) Fray José Manuel Plaza. Las obras de Fray Vicente Solano han sido publicadas por la casa editorial La Hormiga de Oro, de esta ciudad.

Anuario de la clínica privada del Doctor Fargas. – El ilustre catedrático de Obstetricia y Ginecología de la facultad de Medicina de Barcelona, doctor D. Miguel A. Fargas, ha publicado el anuario de su clínica privada correspondiente á los años segundo y tercero de la misma. En él se insertan los siguientes trabajos: *De la intervención quirúrgica en los miomas uterinos*, por el Dr. Fargas; *De la torsión del pedículo en los tumores del ovario*, por el doctor Fábregas; *Criterio sobre la anestesia*, por el Dr. Estrany; *La cura aséptica en la Clínica*, por el doctor Torras; *Tópicos vaginales*, por el Dr. Carbó; *Mesa de operaciones*, por el Dr. Fábregas, y *Estadística*, por el Dr. Fargas.

Aunque todos estos trabajos son muy notables y demuestran la especial competencia de sus autores en las materias de que respectivamente estudian, sobresale entre todos ellos el primero, en el que el Dr. Fargas hace gala de sus grandes conocimientos quirúrgicos en punto á las operaciones difíciles de que en él se trata. La estadística que al final del Anuario se inserta es el mejor título que el Dr. Fargas puede ostentar de su pericia operativa y de la bondad del sistema de curación que en su clínica se sigue, puesto que de 319 operaciones llevadas á cabo en poco más de dos años, sólo 10 han sido seguidas de defunción, resultado tanto más importante cuanto que las referidas operaciones pueden clasificarse en su mayor parte entre las más graves de la cirugía moderna.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 9 de septiembre de 1895 — Núm. 715

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA DANZA DE LAS NINFAS, cuadro de Corot

VERDADES Y MENTIRAS

Pensaba dedicar este artículo á estudiar la evolución que se ha verificado en la forma y en el color, terminando así de exponer algunas consideraciones respecto del concepto que del arte ha emitido el ilustre repúblico Sr. Pi y Margall en la primera de las *Cartas á Carlos*, que viene publicando un importante diario de esta corte; pero creo de mayor actualidad y de gran interés, por tratarse de una cuestión que preocupa hondamente á los gobiernos de todos los países, decir algo á propósito del decreto de reorganización de las Escuelas de Artes y Oficios, publicado recientemente por el Sr. Bosch.

Trátase de una enseñanza que atañe á una parte importantísima de la riqueza de un pueblo. Trátase de elevar el nivel intelectual del artesano, del obrero, del artífice, para que al colocarse en condiciones de lucha frente á la industria extranjera lo haga no tan sólo produciendo barato, sino perfectamente original, principalísimo punto de vista á mi entender. Trátase, en fin, de llevar á ciertas clases que no perteneciendo á la del obrero, sin embargo á ella se amoldan, y á otras que de las alturas de la burguesía, por razones económicas, se ven precisadas á escoger para subsistir entre la inestable y rutinaria vida del empleado ó la miseria, pues no alcanzan á costearse una carrera, nuevas fuentes de vida, creando enseñanzas profesionales, que significan otros tantos medios de subsistencia al propio tiempo que pueden ser, andando los años, fundamento de nuestra importancia industrial. Como se ve, el decreto á que me refiero es digno de estudio.

***

Realmente, la reorganización en general de las Escuelas de Artes y Oficios puede resumirse en muy pocas palabras; y para ser más exacto en el resumen, copio lo que dice el señor ministro de Fomento en el preámbulo del decreto: «En resumen: conservación de la enseñanza general de las Escuelas de Artes y Oficios; restablecimiento de las enseñanzas profesionales de maquinistas, peritos mecánico-electricistas y peritos artístico-industriales; y creación de la enseñanza profesional de aparejadores.» Pero si es cierto que la dicha reorganización queda limitada, por razones puramente económicas, á límites á que seguramente no hubiera querido circunscribirla el señor Bosch, es cierto también que dentro de la labor ministerial se advierte un gran deseo de acierto que obligó al ministro á estudiar con algún detenimiento la reforma que iba á acometer.

Divídese al presente la Escuela central de Artes y Oficios, por virtud del citado decreto, en siete secciones preparatorias, en otra técnico-industrial, en otra artístico-industrial y en otra dedicada á la enseñanza artístico-industrial de la mujer. En las secciones segunda y tercera las enseñanzas duran seis años. Para las prácticas se propone por el ministro la creación de gabinetes de física, de mecánica, laboratorios químicos, un museo industrial, otro artístico, una biblioteca de obras adecuadas para la instrucción de los alumnos, y los talleres que en el reglamento interior de cada Escuela se especifiquen, debiendo ser la creación de dichos talleres aprobada por la Dirección general de Instrucción pública. Tales son los medios de enseñanza y tal es la organización nueva de las universidades del obrero.

Para mí el Sr. Bosch acertó por entero en lo que se refiere á la parte oral y gráfica de la educación artístico-científica que debe recibir el alumno en ambas secciones técnico-industrial y artístico-industrial. Realmente un mecánico, un electricista rutinario como son una gran parte de los que hoy se dedican á estas industrias; un aparejador, rutinario también, como son todos (porque aquí en esta profesión no puede exceptuarse ni uno), que manejan las máquinas y disponen los aparatos y ponen por obra planos donde hay verdaderos problemas de construcción, sin darse cuenta de ello, han menester conocimiento de su oficio si han de llegar á poseerlo tal y como lo requiere la moderna industria, que á cada instante se ve obligada á modificar lo resuelto y á plantear nuevas soluciones, obligada por las crecientes necesidades del siglo. Esto por lo que atañe á los alumnos de la sección técnica y á la parte científica de la enseñanza, que por lo que se refiera á la parte artística los alumnos de ambas secciones recibirán, según lo dispuesto en el nuevo decreto, un conocimiento teórico-práctico de lo que es, vale y significa la belleza, en condiciones más asequibles á ellos, dada la preparación que ha menester la inteligencia humana para conocer de esa entidad, que las que hasta ahora regían en la Escuela.

Respecto de las enseñanzas profesionales algo habría de decir en estas columnas, si me lo permitieran el tiempo y el espacio, que á mi entender reviste verdadera importancia y que afecta muy de cerca á los alumnos; mas propúseme hoy hablar de las ventajas de la obra del Sr. Bosch y á dar una idea de ellas. Mañana haré otro artículo en el cual exponga todas las observaciones y reparos que pueden y deben hacerse á la reorganización de las Escuelas de Artes y Oficios.

Para mí la creación de un Museo industrial, la celebración bienal de exposiciones industriales son los dos más importantes aciertos del Sr. Bosch Sin esas dos cosas, la mitad de la labor de los catedráticos de la sección artística, y sobre todo de la parte estética, es labor perdida. Y no digo que es labor sin fruto porque no aproveche al discípulo, sino porque la producción artística, siquiera sea la artística aplicada á la industria, ha menester desarrollarse en un ambiente á propósito; y ese ambiente es el de las aficiones y del gusto popular. Para que el tallista produzca verdaderas obras de arte es menester que, además de su educación artística y del depuramiento de su sentido estético, su trabajo sea apreciado y estimado por el comprador; de otro modo el ejercicio de su arte al quedar relegado á la categoría de lo improductivo desaparece; que tanto significa dar al olvido un conocimiento como no poseerlo. Pues bien, para que á un tiempo vayan desarrollándose gradualmente las aficiones á lo bello y el buen gusto en el público, y los conocimientos teóricos y prácticos en los que deben producir la belleza, en el decreto de que me ocupo se dispone, como arriba digo, que se celebren exposiciones artístico-industriales, que con las obras premiadas se vaya formando un Museo, y que los alumnos reciban además de las enseñanzas de dibujo y colorido, así de figura como de adorno, las de composición decorativa, las de estereotomía, perspectiva y sombras, y las de historia y concepto del arte y de historia de las artes decorativas, especialmente del arte nacional.

El ministro de Fomento, para razonar el por qué establece estas dos enseñanzas últimas, dice así en el preámbulo del decreto: «Con el propósito de estimular á los artesanos para que se instruyan en las aplicaciones del arte á la industria, se organizarán cada dos años Exposiciones artístico-industriales que alternen con las de Bellas Artes. Las obras premiadas en las Exposiciones industriales constituirán un Museo donde podrán estudiarse los trabajos que por su belleza y feliz adaptación á las necesidades de la vida satisfagan las exigencias del progreso de las artes industriales.»

«Tienden á conseguir este resultado las dos asignaturas de Historia y concepto del arte é Historia de las artes decorativas, especialmente del arte nacional...» «En ellas alcanzarán nuestros artesanos y obreros un conocimiento práctico é intuitivo de la belleza aplicada á la industria, con dibujos, modelos é imágenes del aparato de proyecciones. De este modo y poco á poco, á la imitación de las producciones extranjeras sucederá el genio característico de la nación española, las obras de nuestra industria serán originales y la cultura ajena servirá, no tanto para las imitaciones como para despertar la inspiración de los artistas que se dediquen á la industria.»

***

Hace bastantes días, cuando el Sr. Bosch se dedicaba al trabajo de dar forma á estas disposiciones, tuve el gusto de hablar con él largo rato respecto de cuanto se refería á nuestras artes decorativas y suntuarias, y por lo tanto de la necesidad que existe de intentar la resurrección de algunas que han desaparecido, más que por las evoluciones de la industria y por las de las necesidades de la vida, por razones de un orden que aun cuando á primera vista parezca incongruente, nada más justo y exacto, por razones de orden político-religioso. Y convino conmigo el señor Bosch en que debe dedicarse á todo trance el esfuerzo de las Escuelas de Artes y Oficios, y aun el de las Escuelas provinciales de Bellas Artes, á difundir el buen gusto, así en el artesano y en el obrero como en el público en general. A conseguir este resultado, además de lo hecho, irán nuevos decretos que completarán la obra en lo posible.

Y al tocar en nuestra conversación el punto concreto de las Exposiciones artístico-industriales que deben considerarse á la par como escuelas donde se afina el gusto público y demostración práctica del senso artístico de nuestros obreros, el ministro indicó la idea de que, para el más fácil logro de esa manifestación, además de imponer la enseñanza de la orfebrería, de los cueros repujados, etc. (industrias genuinamente españolas, así como la talla en madera), en la Central, pensaba llevar las de Bellas Artes provinciales por un nuevo rumbo en aquel sentido, á fin de lograr que fuese una verdad el conocimiento de la belleza y la difusión del buen gusto.

Es, pues, casi seguro que en el mes de mayo venidero se celebre en Madrid y en el Palacio del Hipódromo la primera Exposición artístico-industrial á que convoca oficialmente el Gobierno; y aun cuando tengo por seguro que acudirá buen número de expositores, y que alcanzará gran importancia el certamen, pues da la coincidencia de que la *Sociedad general de tallistas de Madrid*, hace próximamente mes y medio, dirigió una circular á todos los tallistas y artesanos de similares de España para que le prestasen su concurso con objeto de celebrar una Exposición de idéntico carácter al de las en que me ocupo, sin embargo creo que debe tener en cuenta la comisión organizadora dos fines que aun cuando concurren á uno solo, que es el de determinar en el público y en el obrero especialmente el gusto por lo artístico dentro de lo positivo, á pesar de eso son perfectamente distintos. Esos fines de que hablo, uno puramente histórico, otro puramente de tanteo y conocimiento del estado actual de nuestras artes é industrias suntuarias, decorativas y técnicas, no pueden, más creo, no deben olvidarse en esta primera Exposición. Con él puede comenzarse á realizar una evolución de trascendencia suma en gran parte de nuestras industrias de carácter artístico. Y pues á tal resultado se aspira, es preciso que comencemos por definir de un modo claro y concreto: primero, lo que en realidad pertenece al genio nacional, estudiando las condiciones de tiempo, de lugar, históricas, etc., en que se han manifestado aquellas industrias que en Barcelona, en Valencia, en Córdoba, en Sevilla, en Talavera, en Madrid, en Santiago, en las Baleares y en otras provincias y regiones han tenido un carácter y valor artístico propio, importantísimo, y que al desaparecer no han sido sustituídas por otras; segundo, la influencia del gusto extranjero en las artes del día, las causas de la precaria situación por que atraviesan, las deficiencias de la educación artística y técnica de nuestros artesanos, el rumbo que debe seguir la enseñanza en nuestras Escuelas de Artes y Oficios.

Y para conseguir este doble objeto, como he dicho, para mí importantísimo, el Gobierno tiene medios más que sobrados. El guardamuebles de Palacio puede ofrecer una curiosa é interesantísima colección de objetos de épocas distintas, bastante por sí sola á la ilustración del primer punto. En Palacio, y en habitaciones á las cuales no se baja nunca ó de tarde en tarde, comenzando por piezas de cerámica de la Moncloa, del Retiro, de Talavera, etc.; por muebles de ebanistería finísima, decorados con talla y con pinturas, y concluyendo por la colección de tapices y draperías que posee, existe una riqueza grande, que vendría á cumplir en la Exposición dicha, en compañía de otros objetos suntuarios, decorativos, etc., que poseen varias familias de nuestra aristocracia, anticuarios, catedrales é iglesias, el objeto de aquilatar el valor artístico de las artes de otros tiempos, frente al de las artes de hoy, indicando así lo expuesto más arriba; y en la obra del día, la que trabajan especialmente en Barcelona, Valencia y Madrid, así como la que de puntos como Santiago, donde aún se conserva la tradición de la talla y de la platería, podrían enviar algunos artífices é industriales, se estudiarían las deficiencias técnicas, las de buen gusto y las de carácter positivo que exigen las costumbres y la cultura actual. Por tal medio vendríamos á la realización de algo verdaderamente práctico cual deben ser las Exposiciones, las cuales indicarían los rumbos que deben seguir nuestros industriales.

R. Balsa de la Vega



SEMBLANZA

Pedro Escamilla, discretísimo escritor, muerto recientemente, y yo estábamos una noche parados en las Cuatro Calles viendo pasar la gente que venía del teatro de la Zarzuela. Entre los rezagados venía Arderíus, que se paró á saludarnos y nos preguntó:

–¿Han estado ustedes en la Zarzuela?

Le contestamos negativamente.

–Lo siento.

–¿Por qué?, dijo Escamilla.

–Porque en el estreno de *Una vieja* he gustado más que en los pocos papeles que hasta ahora he hecho.

–Y cada vez gustará usted más, observé yo, en cuanto *tome tablas*.

–En mi cuarto he obtenido un triunfo, repuso Arderíus, y si ustedes quieren acompañarme vamos á celebrarlo con un piscolabis.

Entramos en el café de Madrid y cenamos. A los postres sacó Escamilla del bolsillo un cuaderno impreso, que se había encontrado aquella noche en la *ignominia* de platea que había entonces en el teatro Español, y que resultó ser un ejemplar francés de la ópera bufa titulada *Barba azul*, y nos dijo:

–Me he encontrado esta joya del arte, que me ha sugerido una idea, y es que este género nuevo y no explotado, quizá agradase al público español.

–Es posible que sí, observó Arderíus, pero median dos inconvenientes.

–¿Que no hay actores bufos?, preguntó Escamilla. Se irían haciendo.

–Pero la censura está ya hecha, y no permitiría la representación de esas obras un tanto desenfadadas.

Algún tiempo después, antes de la revolución de septiembre, cuando Arderíus se decidió á explotar, como por vía de ensayo, el género bufo, con producciones españolas y prescindiendo de las francesas que estaban prohibidas, me recordó nuestra cena, y me dijo que desde entonces la idea anunciada por Escamilla habíale estado *cosquilleando;* lo cual prueba la ley de la predestinación, unas veces espontánea y otras impulsada por pequeños incidentes y motivos. Esta ley, que naturalmente se concatena con la suerte, se ve clara y palpablemente en la personalidad de Arderíus. Fué éste primeramente corista, teniendo una voz endemoniada. Su talento hízole salir del coro y acreditarse como buen actor cómico: esto fué lógico, pero su fortuna como empresario es más fortuita y debida á urdimbres de la suerte. Cuando se consideró actor aplaudido, pensó, como casi todos los actores, en emanciparse; es decir, en hacerse cabeza de un cotarro, aunque fuese pequeño, en vez de ser en cualquiera otro figura secundaria. Estas emancipaciones de los actores son propias de la naturaleza humana vanidosa; pero lo cierto es que *dividiéndose* aquéllos, *dividen* también al arte escénico.

A Arderíus le escarabajeaba la idea iniciada por Escamilla, pero se encontraba con el obstáculo de no tener dinero. Los usureros, que quizá se lo hubieran proporcionado, le causaban horror. Decía «que el que se enreda por quinientas pesetas con un usurero á principio de año, antes de que termine éste debe seis mil.» En la idea bufa que acariciaba tuvo dos jaleadores providenciales, cuales fueron el coronel D. Joaquín Barrutia (de regocijada memoria) y D. Mariano Trives, caballero particular bien acomodado: personajes ambos á quienes todos los aficionados á bambalinas han conocido. Era el primero afrancesado hasta la medula de los huesos, y toda idea ultrapirenaica le encantaba; no obstante y á decir verdad, el que el género bufo no quedara en estado de incubación, ó por lo menos se retrasase, se debe á D. Mariano Trives, por medio de una casualidad. Una tarde paseaba éste en compañía de Arderíus, compró dos décimos de una lotería cara y regaló uno á su compañero de paseo. El número que jugaban obtuvo un premio importante, y Arderíus se halló poseedor de cerca de mil duros.

Con esto se decidió á abrir el teatro de Variedades, calle de la Magdalena, y á implantar en Madrid el género bufo. El ángel de la bufonería hubo de agradecérselo, encarnándose en tres autores que fueron el origen de la fortuna del actor empresario. Y no hay que decir que á no ser éstos hubieran sido otros, no, por las siguientes razones: Arderíus reunió una modesta compañía, y ensayó una sola y única obra que tenía. Si ésta hubiera fracasado, como el género era nuevo, no había repertorio para sustituirla. Además todo el peculio de aquél estaba empleado en el teatro y en la compañía: fué, pues, como el jugador que pone todo su caudal á una carta. Si hubiese venido la contraria, *¡cataplún!* Clausura del teatro y eclipse, por lo menos parcial, del que después fué *el gran bufo*.

Pero la carta favorable vino,

como dijo entonces un poeta (hoy de punta), adulador de la fortuna naciente. *El Joven Telémaco*, de Eusebio Blasco, con sus donosos disparates anacrónicos, fué acogido con aplausos, que convertidos en lluvia de oro cayeron, no sobre Dánae y sí sobre Arderíus. Aquel éxito, además de inaugurar satisfactoriamente el género, fué como un compás de espera, ó como la piedra angular bufa.

A Arderíus le tocó la lotería por segunda vez.

A este éxito siguió otro menos estrepitoso, pero más lucrativo, *El sarao y la soirée*, y con esto se comprenderá cómo Dios, Escamilla, Trives, Blasco, Ramos Carrión y Lustonó se pusieron de acuerdo para labrar la fortuna del feliz empresario. Con dos éxitos seguidos, y en honor de la verdad, con ayuda de la buena ejecución por parte de tres ó cuatro actores, el teatro marchó *sur des roulettes*, como dicen los franceses, y cátese á Arderíus empresario con dinero *(rara avis)*, pudiendo pensar despacio en el *imbroglio* disparatado que el género que cultivaba requería. (Veo que me voy contaminando con idiomas extranjeros, y procuraré enmendarme.)

Mas á pesar de estos triunfos, el susodicho coronel D. Joaquín Barrutia no se hallaba satisfecho. Había estado varias veces en París, y se le hacía la boca agua contando las representaciones del repertorio bufo francés, exclamando como final de sus narraciones: «¡Qué lástima que no pueda representarse aquí!» Arderíus, que abundaba en sus ideas, oíale cabizbajo. El porvenir de su teatro le inquietaba; porque la producción española, cohibida por la censura, no bastaba para abastecerle.

Siempre que veo el anuncio del aceite de hígado de bacalao, muy repartido en todas partes, me acuerdo de Arderíus. En el anuncio hay una figura que parece ser la de un marinero francés, por su aspecto y traje. La figura está cargada con un enorme bacalao que lleva á la espalda; y su cara larga y un tanto juanetuda, sus ojillos maliciosos y la expresión socarrona de su boca constituyen una fisonomía muy semejante á la del gran bufo. Tenía éste buena presencia y aspecto y modales finos. Vestía con tendencia inglesa. Usaba, por ser calvo, por supuesto, una peluca tirando á rubia; mas sin pretensiones de juventud, puesto que la suprimía en tiempo de calor.

Esta digresión me ha distraído de mi pristino propósito, que es probar que la fortuna tiene sus elegidos; aunque muchos sostengan que todos somos hijos de nuestras obras, como he dicho antes, Arderíus estaba preocupado temiendo la sequía del plantel bufo: el ángel tutelar de este apreciable género paró mientes en ello, y buscó cómplices que le ayudaran á sostenerle. ¡Y qué cómplices! Nada menos que el serenísimo señor infante duque de Montpensier, Serrano, Prim, Topete, Ayala y otros minúsculos; quiero decir que estos conspicuos personajes llevaron á cabo la revolución de septiembre, con ésta vino la libertad, desapareció la censura de teatros como una antigualla, Barrutia respiró satisfecho, y el gran bufo fué árbitro de poner en escena cuantos disparates le convinieran. ¡Qué acontecimiento tan dichoso! Arderíus voló á París, y los traductores apercibieron sus péñolas, las suripantas dispusiéronse á lucir el garbo en la escena. Acaso la palabra suripanta sea extraña para alguna joven de la última hornada, y por tanto paréceme oportuno explicarla brevemente. Constituye una gloria de Blasco, autor del *Joven Telémaco*, que la puso como estribillo de un canto de su zarzuela, y fué adoptada para designar á las coristas de los bufos.

El presentimiento de Escamilla se realizó por completo. ¡Qué *Barba Azul, Gran Duquesa, Dioses del Olimpo* y otros excesos! Hicieron las delicias, no sólo de la clase sin medias, sino que también de la aristocracia más linajuda. Yo fuí *consorte* (como dicen en la curia) en esta causa, y el dúo de los civiles de *Genoveva de Bravante* resonó en toda España é islas adyacentes.

Arderíus, como es consiguiente, salió del reducido teatro de Variedades, tomó el del Circo, y reunió una compañía por todo lo alto. El empresario y yo pescamos á Ramón Rosell, en el teatro privado del círculo de *El Gavilán* en Barcelona, y el género bufo se elevó al cubo. ¡Qué escenario aquel del teatro del Circo! ¡Qué amigos de la casa tan numerosos, entre los cuales descollaban el inmenso sombrero de D. Joaquín Barrutia y el arcáistico calañés de Angel López Regatero! ¡Qué suripantas tan amables, qué *Cavallieri serventi*... (perdón por la reincidencia), qué inocentes ingleses de la Embajada, á los que porteros despreocupados exigían una libra esterlina por dejarles entrar en el escenario! Aquello era una bendición de Arderíus y de su lugarteniente D. Mariano Trives; pues aquél no fué ingrato con este buen señor. Dejóle mangonear entre bastidores, lo cual constituía el bello ideal de D. Mariano: hizo más, le dió la llave de una especie de cubillo que había en el primer bastidor para ver la representación y á los espectadores; y el dichoso Trives estaba más ufano con aquella llave que los gentileshombres con la de la cámara del rey. ¡Qué tiempos aquellos!

Arderíus, como también es consiguiente, hacía excursiones bufas, si no artísticas, á las provincias, y hasta transpuso la frontera lusitana. La primera vez que la compañía bufa partió desde Madrid á Lisboa, fué una desolación para los aficionados á la lidia..., digo al género, y no se oían en el andén más que llantos, amonestaciones y votos por un pronto y venturoso regreso.

Cuando las suripantas subieron á los coches de segunda que les estaban destinados, vieron prendido en la tela de uno de ellos un papel con la siguiente cuarteta:

Suripanta que no pesque
A un portugués de caudal,
Ni es mujer, ni suripanta,
Ni chicha, ni limoná.

¡Y véase lo que son las cosas! Uno de los pocos descalabros que por entonces tuvo el gran bufo, le

sufrió en su país natal; pues Arderíus tenía el honor de ser compatriota de Camoens. Comenzó sus representaciones en Lisboa con lo más brillante del repertorio; y el público, no obstante, *finchado* que *finchado;* tanto, que obligó á D. Mariano Trives, que por afición había seguido á la compañía, á prorrumpir en el primero y último conato de chiste que salió de sus labios, diciendo: «Pero, señor, ¿qué querrá esta gente?, ¿arzobispos con limón?»

A consecuencia de su fortuna creciente, ponderóse mucho la inteligencia de Arderíus como empresario: no tenía ni más ni menos que cualquiera otro. En esta respetable clase todos son iguales, poco más ó menos, y respecto á la elección de obras que han de representar, todos están igualmente ciegos: son como los poceros y los perfumistas, que no huelen las materias que traen entre manos. Toda la habilidad del gran bufo se basaba en dos cimientos: una buena administración, como que la tenía encomendada á parientes muy allegados, y actividad para estrenar mucho, que es el secreto del teatro. Una temporada tomó el coliseo de la Zarzuela y vió comprometido su capital á fuerza de malos éxitos; pero estrenando incesantemente y con ayuda de su ángel bufo, tropezó con *Sueños de oro* y volvió á rehacerse. En su última etapa de empresario, la suerte abrióle sus brazos por completo, y en el teatro del Príncipe Alfonso se redondeó.

¿Cuál era el carácter de Arderíus? No tener ninguno, ó mejor dicho, tener el que Iriarte, con previsión asombrosa, atribuye en futuro al Anticristo, que ha de venir á anunciar la gran desazón final del mundo: un carácter compuesto de contradicciones y antítesis. Aquél á veces era generoso hasta la esplendidez con personas á quienes nada debía y de quienes nada esperaba, y otras negaba un duro á un amigo antiguo y probado. En ocasiones lo sufría todo, ó se *arrancaba* sin motivo, como las reses bravas. En la vida privada fué muy cuidadoso de su familia. Según el humor, trataba á los actores para contratarlos con altivez ó con circunloquios tímidos y humildes. En fin, Arderíus era un *suripanto* nervioso. Afectaba indiferentismo religioso, y digo que afectaba por la siguiente razón: una anochecer entré yo en la parroquia de San José, y vi, sin que él me viera, al gran bufo rezando ante el retablito de un Cristo que hay á la entrada de la iglesia. Aquella noche se estrenaba en el teatro del Circo una zarzuela titulada *El castillo de Totó.* Llegué yo al segundo acto, y me encontré á Arderíus muy encendido de rostro y oyendo la representación junto á un bastidor.

– ¿Cómo va esto?, le pregunté.

– Mal, el público ha enseñado los dientes en el primer acto.

– ¿De modo que hasta ahora es ineficaz la intercesión del Cristo de San José?, dije yo.

Arderíus me miró sorprendido

– Le he visto á usted en la iglesia.

– Sí, repuso con naturalidad, algunas veces entro á rezar al Cristo, especialmente las noches de estreno. Usted me ha adivinado. Pero lo que es hoy, creo que ni toda la corte celestial podría salvar la obra.

En efecto, antes de que terminase el acto segundo, obtuvo el *Castillo de Totó* tan ruidoso éxito, que se corrió el telón para no volver á levantarse.



Nube de verano, cuadro de Víctor Corcos

Arderíus era dado á estribillos. Le molestaba mucho el calor, y solía prorrumpir en los siguientes versos, cuya procedencia ignoro: quizá le fuesen inspirados por alguna musa bufa:

«Ven brisa del otoño,
consoladora ven»

Pero lo saliente en el gran bufo era su afición á Andalucía y á todo lo que trascendiera á la tierra de María Santísima. Desde niño acosóle esta manía. Establecida su familia en Madrid, escapóse el niño Paquito á Sevilla, no en diligencia, pero sí en galera acelerada: tan acelerada, que tardó diez días en llegar á la ciudad del Betis. Tenía entonces Arderíus doce años de edad, é inventó una historia para que el mayoral de la galera consintiera en llevarle sin más informes. Entró en Sevilla con treinta reales, consumió veintiséis en tres días, y acosado por el hambre determinó volver á Madrid. Como no cayó en la cuenta de venir pidiendo, como el gallego del cuento, en la primera jornada, hecha á pie, por supuesto, quedóse sin recursos. Pero el ángel bufo le protegía desde la infancia. Antes de llegar á Córdoba, le alcanzó la compañía ecuestre de Mr. Tournier, muy conocido en Madrid y que entonces recorría poblaciones andaluzas. El aspecto fino é inteligente del peatón Paquito interesó á Casassa, payaso italiano de la compañía, que tomó á aquél bajo su protección y le trajo regaladamente hasta Santa Cruz de Mudela. Quizá durante este corto trayecto el histrión extranjero transmitió al niño Arderíus el efluvio bufo que andando el tiempo había de darle tan valiosos resultados. Pero la compañía ecuestre no pasó de Santa Cruz de Mudela, y desde allí torció por otro camino. Paquito volvió á hallarse solo con un napoleón que como despedida le dió Casassa, y se internó en la Mancha, donde á poco tuvo otro encuentro feliz. Topóse con un vago de profesión, que indocumentado se encaminaba á Madrid, apodado *Pantera* por la mucha semejanza que sus movimientos tenían con los de la pintada fiera de este nombre; y como *Pantera* era práctico en viajar con pocos ó ningunos recursos, hizo prodigios de manutención con el exiguo peculio de Arderíus, y durmiendo en las eras y trompicando, por fin ambos viajeros llegaron á Madrid, y Paquito presentóse á su familia maltrecho y despeado.

Arderíus tuvo siempre la manía andaluza, afectaba el acento andaluz, y decía que así que transponía Despeñaperros *respiraba mejor*, como D. Juan Tenorio. En París se le aumentaba la manía, y cuando á veces comíamos juntos en su *restaurant* predilecto, que era el italiano del Pasaje de Panoramas, excitado por la comida se arrancaba casi siempre por esta soledad, que le gustaba mucho, acaso porque nada dice:

«Tengo yo un cañaveral:
cuantas más cañitas corto,
más me quedan que cortar »

En varias ocasiones me contó sus proyectos. En cuanto reuniera un capitalito decente, se retiraría del teatro, y estableciéndose en Sevilla, abriría un café cantante para dar ocupación á su padre y hermano y como punto de reunión de los amigos. En efecto, compró y alhajó una casa en aquella ciudad,



EL LAVATORIO DE JUEVES SANTO EN LA CATEDRAL DE BARCELONA, cuadro de Julio Borrell y Plá

pero disgustado con él, no le traté en sus últimos tiempos, é ignoro la causa que le hizo desistir de sus proyectos andaluces, comprar un hotel en la Fuente Castellana y fijar su residencia en Madrid. Tal vez le sucedió lo que á algunos otros, que acostumbrados á cierta vida madrileña, no pueden sobrellevar la de provincia.

Tal fué Arderíus: no tuvo nunca conciencia artística. Pero si Esaú vendió su primogenitura por un plato de lentejas, ¡qué mucho que el autor bufo sacrificase el Arte escénico por ochenta mil duros!

F. MORENO GODINO

LAS RELIQUIAS DEL DERVÍS

(CUENTO TURCO)

Sin pestañear un punto, con ambas manos replegadas sobre la panza oronda, oyó el *Cheik* (1) el quejumbroso relato de su joven interlocutor y hermano en Mahoma. Y una vez hubo éste terminado, descansando de los de la otra mano los dedos de su diestra, comenzó á accionar con ella á tiempo que así hablaba:

– Tan puesto en razón hallo vuestro desasosiego y es tanto lo que de él me conduelo, que ya desde este instante mi beneplácito os autoriza para emprender el viaje que puede conduciros junto á vuestra anciana y moribunda madre. Partid, sí... Más os diré, añadió con sincero arranque el viejo *dervís*, á fin de que os sea el viaje, por todos estilos, más hacedero, voy á prestaros mi burro, con la condición, eso sí, que ha de ser formal, de que atenderéis á su cuidado antes que al vuestro, si ello fuere menester; pues harto os constan las señaladísimas atenciones y veneración que me merece ese estimable cuadrúpedo, á quien por fundadas y para vos inasequibles razones considerar bien puedo como á mi ojo derecho.

– Descuidad, *Cheik;* cuidaré de él como si se tratara de vos mismo, dijo el joven *dervís* con humildad.

– Eso, precisamente, es lo que yo deseo, aseveró el fraile panzudo sin el más ligero asomo de resentimiento.

* * *

Partió el joven *dervís* acompañado de aquel vástago predilecto de la familia borrical, amén de los menesteres de que apañó bien sus alforjas, destinados á subvenir durante el viaje las necesidades estomacales y, según fama, gemelas de ambos compañeros.

Pian piano, y cada cual por sí propio, cruzaron las diversas callejas y plazas que fueron un tiempo ruinas de Bizancio. Ambos pensativos y silenciosos, resultaban dos seres tácitamente unidos por conformidad irrevocable; ambos, sin necesidad de decírselo, hicieron alto ante cuantas mezquitas hallaron al paso, y á dúo miraron de soslayo, allá en la brumosa lejanía, «el murallón de las ocho puertas,» por encima del cual asomaban, como legión borrosa de monstruosidades, las palatinas cúpulas del Serrallo, heridas de refilón por los últimos rayos del Poniente..

Al tercer día de su excursión, hallándose en pleno despoblado, sobresaltóse el fraile al notar en su amigo marcadas muestras de físico decaimiento. A la entrada de ameno valle detuvieron su marcha, resuelto el *dervís* á no proseguirla hasta ver bien curado al solípedo que, tristón y desvalido, dejóse caer en tierra mientras dirigía á su acompañante resignada é inteligente mirada. Con desazonado ahinco proporcionó éste al pobre animal cuantos cuidados se le vinieron á mano, ora introduciéndole en las fauces exquisitos pastos que el herbívoro no engullía, ora refrescándole aquéllas con acuosas libaciones que desde no lejana corriente le traía en el hueco de las manos.



¡Pobrecillo!, cuadro de Pablo M.ª Bertrán

«Estaba escrito.» Tantos sinsabores y desvelos tantos habían de resultar agua en un cesto: el insigne cuadrúpedo murió, ¡oh arcanos!, bajo la responsabilidad del desdichado *dervís*, que se mesaba con desesperación los cabellos. «¡Ah! ¿Con qué valor osaría ahora presentarse ante el *Cheik*? ¿Y qué pruebas aduciría para convencerle de su inocencia en aquel grande infortunio?»

Y magullándole los sesos, no cesaba de oir: *Cuidad de ese estimable cuadrúpedo, á quien por fundadas y para vos inasequibles razones considerar bien puedo como á mi ojo derecho.* «¡Luego el pobre *Cheik* había perdido ya un ojo! ¡Ay Dios!»

* * *

Acertó en esto á pasar por allí un campesino, y como, mordido por la curiosidad, interrogase sobre la causa de tanto desconsuelo, refiriósela el fraile entre aspavientos que ponían de relieve el mugre de su andrajoso hábito: oído y visto lo cual por el zafio, comenzó á enjaretarle larga retahila de consejos, que pronto en el ajeno tejado se forman los Licurgos.

Le dijo, entre otras razones, que urgía dar allí mismo sepultura al borrico, con previa mira de guardar una de sus orejas, ya que ésta había de ser *patente* que pusiera de manifiesto la inopinada evidencia de su desgracia ante el *Cheik*.

Hay seres que nacen circunscritos á la voluntad de los demás por carecer en absoluto de la propia: el joven *dervís* pertenecía á ellos. Ejecutó con sumisión cuanto le ordenara el gañán, quien tan pronto hubo ayudado al fraile á meter dentro la fosa, que éste se ingenió como pudo en abrir, al borrico, cuando tras media vuelta alejóse *del teatro del suceso*, con tan presuntuosos aires de satisfacción, que bien podían los tales pasar como parodia de aquella estereotípica frase: *Veni, vidi, vici.*

* * *

Sobre el cuerpo exánime de su ex compañero arrojaba, puesto de hinojos, el *dervís* los últimos puñados de tierra, cuando sintió trepidar ésta bajo sus rodillas. Casi al propio instante se ofreció á sus ojos aparatosa comitiva de turcos que, caballeros en hermosos y briosísimos corceles, marchaban á Constantinopla precedidos por su Valí. Éste, que sentía circular por sus venas cruzamientos de sangre árabe, al notar la estrafalaria catadura del monje, preguntóle con amenazante recelo que qué estaba allí haciendo, á lo cual contestó el amedrentado *dervís:* «¡Señor, acabo de enterrar á un santo!»

Entonces el fraile, que seguía arrodillado, pudo sentir sobre su semblante, con cierto calofrío, el aliento cálido del corcel del promiscuo.

– ¡Oye!, le gritó éste. Importante y trascendental asunto me lleva á Stambul á presencia del sultán. Conserva hasta mi vuelta esa tu actitud humilde; ora, fraile: dirige á ALÁ tus deprecaciones. Si gano, cimentado sobre las reliquias de tu santo ordenaré que se te erija un convento cuya suntuosidad tenga resonancia... Contempla esa dilatada y fértil llanura rodeada de frondosos altozanos, en manantiales rica y en la que multitud de seculares árboles elevan, en esplendentes globos de verdura, su ramaje: todo eso, todo será tuyo si gano mi asunto. Mas si lo pierdo..., ¡oh, si lo pierdo!.. (con salvaje mirar y airado acento) ¡morirás!

Partió á escape la deslumbradora comitiva. En las angulosas facciones del monje se operó de pronto un cambio. A ser posible que el enfático campesino las viese, no hubiera podido por menos que reconocer al través de ellas á un rival. «¡Qué madre moribunda ni que murciélagos!» La mosca de la ambición lo picó.

¡Bah! ¿A quién no le ha picado algún día? ¿Creéis que la rana ahondaría jamás el lodo si pudiese habitar siempre la limpia superficie? Y ¿por ventura el gusano que en la térrea argamasa evoluciona, no encaramase, tan pronto puede, á la rama?..

Arriesgar el todo por el todo venía á decirse á sí

(1) Jefe ó prior de frailes mahometanos conocidos bajo el nombre de *Dervises*.

propio el lego, demostrando en tales momentos que no lo era. Y siguió aparentemente en aquella su humilde actitud hora tras hora.

* * *

La del alba sería cuando, regresando entre una nube de polvo, distinguió nuestro fraile la turca comitiva. Precediéndola á gran distancia venía *bebiendo los vientos* gentil y arrogante jinete: era el Valí.

–¡He ganado, he ganado!, gritaba con loca alegría, tendiendo sus nervudos brazos al fraile que, como picado por la víbora, púsose de un brinco junto á su protector.

Este cumplió su palabra. El *derviś* fué ascendido á *Cheik* de renombrado convento, cuyos cimientos descansaron confiados sobre los restos de aquel vástago jumentil, elevado á la categoría de santo por frailuna cobarde superchería.

Y ¿qué fué en tanto del *Cheik* el panzudo?

Veámoslo. Preocupado, taciturno, se daba por su celda frecuentes paseos, intrigándole sumamente la cuantiosa merma que en donativos y limosnas venía de un tiempo acá sufriendo la Casa.

Llevado en cierto momento de su carácter francote, comunicó á un *derviś* su cuita, y no es para contado su pasmo cuando oyó que aquél le decía:

–En verdad que me extraña, *Cheik*, vuestra extrañeza: ¿quién queréis que engulla la un tiempo para nosotros copiosa lluvia de exquisitos y regocijantes regalos, como no sea esa otra Casa que de nuestra Orden fundóse allende Constantinopla, centro de munificencia, según se refiere?

Tamañitos se abrieron los ojos y la boca del *Cheik*

* * *



Estudio, dibujo á la pluma de Manuel Feliu

«Pies para qué os quiero.» Caballero en su rocín, antes de tres días se había plantificado el viejo en la nueva Basílica.

Los dos *dervises* tornaron, por fin, á mirarse cara á cara. ¿Cómo expresar la estupefacción de ambos? Para dar de ella idea, diremos tan sólo que los carnosos labios del decano formaron una O mayúscula, y que presa de mímico y lacrimoso arrepentimiento, arrojóse el otro á los pies de su ex superior, exclamando:

–¡Perdón, *Cheik*, perdón! He sido un perjuro, he infringido las sagradas leyes de nuestra santa Orden... Pero como el pobrecito se me quedó muerto á lo mejor del viaje...

–¿Quién?

–Vuestro ojo derecho.

–¡Cómo!..

–¡El borrico, señor, el borrico!

–¡Ah!..

–Pues, como decía, se me murió el infeliz sin decir *oxte ni moxte,* en mitad del campo. Acababa de darle allí mismo, digo, aquí bajo este pavimento sepultura, cuando, en dirección á Constantinopla, acertó á pasar el Valí de esta provincia, seguido de su séquito. De tal suerte interrogóme sobre lo que allí hacía que, perturbadas todas mis facultades por el miedo, respondíle que acababa de dar sepultura á un santo. Sobre sus reliquias me prometió el Valí edificar este templo, si le salía bien el negocio que iba á gestionar ante el sultán; poniéndome por condición que había de permanecer orando hasta su regreso, y amenazándome con la muerte en caso de que fracasara su empresa.. ¿A qué deciros más?, prosiguió el fraile con voz desfallecida. Contemplad por vos mismo esta deslumbrante Basílica: ¡es la santidad teniendo por base un montón de cieno y podredumbre! Y yo, yo solo soy el autor de



En la playa, cuadro de Dionisio Baixeras (Salón Parés)



UN PASO DIFÍCIL, cuadro de C. Bergen



LLUVIA DE ORO, cuadro de L. de Suchodolska (E[illegible] M[illegible])

tan horrendo crimen. ¡No merezco perdón, no, no lo merezco, *Cheik!*

–¡No llores, tonto!, dijo éste haciendo pucheros. (Y acercando luego cuanto pudo su boca á la anémica oreja del fraile, atacada por tal motivo de agudo cosquilleo, puesto en cuclillas, ya que su humanidad no le dejaba agacharse, susurró chusca y bonachonamente):

–¿Quieres tú saber quién era el *santo* sobre cuyas santas reliquias fundóse nuestra santa Casa?.. Pues el mismísimo padre de tu burro.

JOSEFA CODINA UMBERT

NUESTROS GRABADOS

Eduardo Escalante. – Las literaturas regionales han sufrido en corto tiempo dos golpes rudísimos: hace poco, la muerte arrebataba á las letras catalanas á Federico Soler, uno



El celebrado autor dramático valenciano D. Eduardo Escalante, fallecido en Valencia el 30 de agosto último

de los iniciadores del renacimiento de nuestro teatro y el que más contribuyó á fomentar y sostener á muy elevada altura el arte dramático de Cataluña; y hoy Valencia, y con ella cuantos por las bellas letras nos interesamos, tenemos que llorar la pérdida de Escalante, el ilustre sainetero de quien con razón se ha dicho que superaba al mismo D. Ramón de la Cruz.

Eduardo Escalante nació en Pueblo Nuevo de Mar (Valencia) en 20 de octubre de 1834; huérfano á poco de su nacimiento, cuidaron de él personas amigas de su familia que á fuerza de sacrificios lograron darle una educación esmerada. Cuando fallecieron sus protectores, Escalante, que sólo contaba diez ó doce años, vióse obligado á ganarse el sustento pintando telas para abanicos de lujo, profesión que ejerció hasta hace poco tiempo. El estudio de la vida y de las costumbres populares, que eran los asuntos preferidos para sus pinturas, y su afición á la lectura impulsáronle á depositar en las cuartillas el fruto de sus observaciones y á entrar de lleno en el cultivo de las bellas letras. A los diez y siete años colaboraba en algunos periódicos festivos y á los veintisiete daba al teatro su primera producción que se titulaba *El deu denau y noranta* y que obtuvo un éxito franco y entusiasta. Desde entonces no cesó de escribir piezas cómicas que le han conquistado uno de los primeros puestos en la literatura valenciana y entre las cuales sobresalen *La casa de Meco*, *La Chala*, *Matasiete y Espantaocho*, *La escaleta del dimoni*, *Les criaes* y *Una sogra de Castañola*.

Con su mérito corrían parejas su modestia y afabilidad, y si aquél le conquistó el aplauso de cuantos conocieron sus obras, éstas le atrajeron las simpatías y el cariño de cuantos le trataron.

Desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos asociamos al dolor de nuestros hermanos de Valencia que con Eduardo Escalante han perdido á una de sus más legítimas glorias contemporáneas.

La danza de las ninfas, cuadro de Corot. – A fin de fomentar la suscripción para erigir en París un monumento dedicado al eminente pintor francés Corot, organizóse últimamente en aquella capital una exposición interesantísima de obras del gran maestro, que para aquel objeto facilitaron los principales museos de Francia. Entre los cuadros expuestos figuraba *La danza de las ninfas*, uno de los que se conceptúan mejores entre los muchos buenos de su autor, porque todos los talentos artísticos de éste se hallan, por decirlo así, resumidos en esa poética y encantadora composición. El monumento, que se inaugurará el año que viene, centenario del nacimiento de Corot, se elevará en el parque Monceau y sus bajos relieves modelados por Enrique Cros recordarán en claras alegorías la obra ideal del célebre pintor.

Nube de verano, cuadro de Víctor Corcos – Si para el que ama, la seguridad del cariño que inspira es la síntesis de su existencia, fuente que mana amarguras sin cuento es la duda que germina y cobra forma en la imaginación. Se ama no sólo para querer, sino para ser querido, puesto que la pasión del afecto que anima á dos seres y su reciprocidad es lo que constituye la dicha de ambos.

Por eso, á pesar suyo, hállase absorta y dominada por el sentimiento la joven que se representa en nuestro grabado. Ama con toda la vehemencia y sinceridad de su juvenil corazón, y sin embargo, no es feliz. Una palabra sencillamente vertida por su novio ha engendrado la duda, y ante el temor de que no inspira el mismo interés que ella experimenta, anúblase su frente.

Tal es el asunto del cuadro del pintor Corcos, ejecutado con singular acierto, ya que ha logrado el artista dar forma á su concepción con recomendable simplicidad.

El lavatorio de Jueves Santo en la catedral de Barcelona, cuadro de Julio Borrell y Pla (Exposición general de Bellas Artes de Madrid de 1895). – Discípulo el joven pintor catalán D. Julio Borrell de su padre D. Pedro, parece como que ha tratado de perpetuar el buen nombre adquirido por quien es considerado eximio maestro.

Varias obras verdaderamente recomendables ha producido ya el novel artista, en quien se armonizan sus no comunes aptitudes con la laboriosidad. Cada una de sus nuevas producciones señala un progreso, un adelanto, superando á todas la expuesta últimamente en el Palacio de Bellas Artes de la coronada villa. En ella vese el mayor empeño del pintor, adivínase el estudio y no se ocultan las dificultades que ha debido vencer. Trátase de una verdadera composición, de la agrupación de muchas figuras y de la variedad de actitudes, tonos y matices, empresa que requiere para su resolución experiencia artística, alientos y habilidad.

Plácemes merece, pues, el Sr. Borrell y Pla por su última obra, que no le escaseamos, deseando prosiga por la senda emprendida.

¡Pobrecillo!, cuadro de Pablo M.ª Bertrán. – Hay que confesar, aunque nos pese decirlo, que en la generación actual existen restos de las aficiones de aquel pueblo que en el período de su decadencia pedía á gritos á los tiranos que le oprimían *panem et circenses*, ahogando en la barbarie de sus sangrientos espectáculos sus vicios y sus dolores. La arena de los circos ecuestres riégase muchas veces con las lágrimas de infelices criaturas que ignoran á quiénes debieron su misma existencia. Esta clase de espectáculos y las tristes consideraciones que nos sugieren han inspirado al joven pintor Sr. Bertrán el sentido cuadro que reproducimos. Demacrado y abatido por el cansancio y la fatiga hállase el pobrecillo niño, indiferente á cuanto le rodea, suspirando inconscientemente por caricias que no ha conocido y cuidados que no se le han prodigado.

Discípulo el Sr. Bertrán de los distinguidos maestros señores Samsó, Ferrán y Gervais, ha sabido aprovechar las enseñanzas recibidas, no dudando que dadas sus cualidades y laboriosidad ha de procurarnos ocasión para tributarle nuestros aplausos, que sin reserva le dedicamos por su sentidísima obra.

Estudio, dibujo á la pluma de Manuel Feliu. – Manuel Feliu D'Lemus forma parte de esa pléyade de jóvenes artistas que tanto honran con sus obras á España y especialmente á la escuela catalana, que en el último tercio de este siglo preséntase potente y vigorosa, cual si tratara de reivindicar antiguas glorias.

Artista de temperamento, cultiva la pintura con verdadero entusiasmo, que avalorado por sus estimables aptitudes produce excelentes resultados, puesto que como tales han de considerarse las bellas é importantes obras que de él conocemos. En las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos reproducido varios notables dibujos y cuadros que, como el titulado *El escaño de la parroquia*, tan justamente llaman la atención de los inteligentes.

No inferior en mérito es el dibujo que hoy publicamos, digno á todas luces de ostentar la firma de tan hábil cuanto distinguido artista.

El duque de Cambridge y el vizconde de Wolseley. – En 1.º de noviembre próximo, el duque de Cambridge cesará, por causa de su edad y de sus achaques, en el cargo de generalísimo del ejército inglés que desempeña desde 1856: la reina Victoria ha designado para sustituirle en tan importante puesto al general Wolseley, una de las más grandes figuras militares de Inglaterra. Este nombramiento ha sido acogido con gran aplauso en aquella nación, pues los que recuerdan la historia militar del agraciado lo consideran como merecido premio á sus importantes servicios prestados, durante una gloriosa carrera de cuarenta y tres años, en Burmah, Crimea, en la India, en el Canadá, en sus campañas contra los fenianos, contra los ashantis, contra los zulús y en sus brillantes expediciones á Egipto, la primera para sofocar la rebelión de Arabí-Bajá, y la segunda para libertar á Gordón, que se hallaba sitiado en Kartum: y los que conocen sus especiales dotes organizadoras y las obras que lleva publicadas sobre materias de sumo interés para el ejército, esperan de él reformas importantes en el sistema militar de Inglaterra.

El duque de Cambridge cuenta actualmente setenta y seis años. El general Wolseley nació en 1833 en el condado de Dublín.

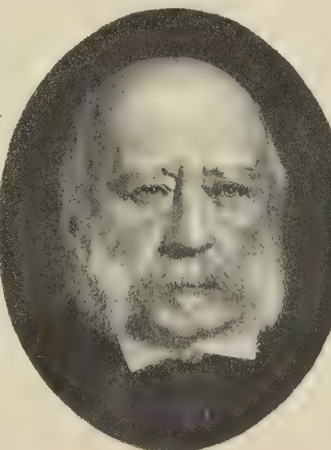
En la playa, cuadro de Dionisio Baixeras (Salón Parés). – Podrá pertenecer Baixeras á una escuela pictórica determinada, pero es indiscutible que todas sus producciones llevan marcado el sello de su personalidad artística. Muestra de ello es á no dudar el cuadro que con el título *En la playa* figura en las páginas de esta Revista. La composición, la tonalidad, la hora y los pormenores todos se hallan perfectamente interpretados. El grupo de niños, en sus naturales é ingenuas actitudes, está estudiado con verdadero acierto, resultando una obra tan simpática como interesante.

Ventajosamente conocido el Sr. Baixeras en el mundo del arte, así como de nuestros habituales lectores por habernos ocupado varias veces de sus obras, creemos ocioso repetir juicios que ya hemos emitido, limitándonos por lo tanto á felicitar al artista por su producción y á tributarle un caluroso aplauso.

Un paso difícil, cuadro de C. Bergen. – Difícil y aun peligroso se le antoja el paso del arroyo á la pequeñuela que va montada en el carrito cargado de hierba recién segada. En vano su madre y su hermana se ríen de su terror infantil y procuran tranquilizarla burlándose de su miedo infundado: la niña llora y agita desesperadamente los brazos sin dejarse convencer; pero una vez pasado el *peligro*, de fijo no se acordará de aquel mal rato, y recordando lo que se ha divertido en el campo corriendo y jugueteando entre flores, pedirá al día siguiente que se repita la excursión que le ha permitido confeccionar el bonito ramo que, á pesar de sus terrores, no suelta en el momento de pasar el frágil puente rústico.

Lluvia de oro, cuadro de L. de Suchodolska. – Érase que se era una pobre niña, cuyo mayor placer consistía en hacer bien á sus semejantes, y cuyo deseo más ardiente era tener mucho dinero para poder socorrer á los necesitados y proporcionar descanso á sus padres. Como era muy buena y rezaba mucho, Dios escuchó sus ruegos y cierta noche en que se había extraviado en el bosque comenzaron á llover á su alrededor monedas de oro que le permitieron vivir holgadamente y satisfacer sus caritativos impulsos. En este cuento popular alemán está inspirado el cuadro que reproducimos y que fué muy celebrado en la última exposición internacional de Bellas Artes de Munich: su autor ha sabido sintetizar en la escena culminante todo el argumento de la sencilla conseja, pues la actitud y la expresión de la niña revelan claramente que aquella lluvia de oro colma sus más vehementes aspiraciones y que aquella riqueza tan deseada, menos que para su bienestar propio, la quiere para hacer la felicidad de los demás.

Temporeros á seis reales, cuadro de Orestes Da Molin (Exposición internacional de Venecia de 1895). – Es el Sr. Da Molín un artista genial, de grandes alientos, que ha logrado en Italia merecida fama por la vigorosa factura que ostentan sus obras y por el elevado concepto que las mismas llevan consigo. Trátase de un pintor habilísimo y de un artista. Sus producciones todas revelan al pintor que, dueño de la paleta, utilízala para dar forma al pensamiento. Dramas íntimos, problemas sociales, cuadros de costumbres que afectan al sentimiento, tales son los asuntos escogidos por el pintor paduano para sus producciones, conforme lo atestiguan sus obras tituladas *I mal nutriti*, *I ben nutriti*, *La tavolozza política* y otros más, entre ellos el que nos inspira estas líneas. Todos ellos han procurado al artista señaladas recompensas y menciones tan especiales cual la de que ha sido objeto recientemente en el informe remitido al gobierno italiano por su delegado en la Exposición de Venecia.



El duque de Cambridge, generalísimo del ejército inglés que cesará en 1.º de noviembre próximo



El vizconde de Wolseley, nombrado generalísimo del ejército inglés en sustitución del duque de Cambridge



Tengo el gusto de presentar á ustedes á mi amigo lord Shéridan

LAS DOS BANDERAS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Sólo en los ojos de ambas jóvenes había sido la naturaleza consecuente con el origen de éstas; pues la blanca y delicada Carmen los tenía, como ya se ha dicho, profundamente negros y luminosos; mientras que la arrogante y morena Leonie reflejaba en los suyos el azul pálido y desvanecido del cielo de su país.

Un grupo de muchachas, pertenecientes en su mayor parte á familias de diplomáticos extranjeros, detuvo y rodeó á la anfitrioncita francesa para enterarse de los misterios del cotillón con que había de terminar el baile. Mientras ésta daba explicaciones, Carmen, que hallábase algo separada de su compañera, vió dirigirse hacia ella un caballero, á quien tardó algunos minutos en reconocer, por más que no siempre le tuviera desterrado de su memoria. Aquel caballero, que se aproximaba lentamente, como saboreando el placer de contemplar á la linda joven, era el excéntrico extranjero á quien ésta había visto de pasada en las cercanías de Gibraltar, el mozo andaluz falsificado, el hábil y complaciente violinista que había tocado en la boda lugareña, el paisista que había dibujado *la Sombrosa* y que había *pelado la pava*, aunque brevemente, con la hija del marqués de Marbella, y del cual sólo se sabía que se llamaba Carlos Grammont.

Carmen quedóse agradablemente sorprendida. Había pensado más de lo natural en el joven extranjero. Éste habíala dicho: «nos veremos en Madrid,» y Carmen en un principio supuso que podría ser así; pero habiendo transcurrido más de dos meses, concluyó por creer que aquello había sido una frase trivial, de las muchas que se dicen. Mientras el joven se aproximaba lentamente, ella le analizaba con el rabillo del ojo, como suele decirse, y en verdad que aquel examen no le fué desfavorable, pues no era posible encontrar un caballero más perfecto en toda la extensión de la palabra. Vestía impunemente á la inglesa, y digo impunemente, pues para vestir así y estar bien son necesarias una esbeltez y una distinción excepcionales: por eso los elegantes ingleses son los primeros ó los más ridículos del mundo, según las cualidades físicas de que estén dotados. El joven extranjero había hecho una innovación en su traje de etiqueta: no vestía de negro, sino de azul obscuro, color que, sin saber por qué, armonizaba perfectamente con su blanca y fina epidermis, su sedoso bigote y su pelo rubio tirando á castaño. Pero casi puede decirse que la figura era lo de menos en él: su principal cualidad consistía en el efluvio noble y simpático que se desprendía de toda su persona y en la expresión inteligente y cariñosa que se reflejaba en sus grandes ojos garzos. Irradiaban éstos vivísima alegría al acercarse á Carmen, que hacíase la distraída, pero que no perdía de vista ni un solo movimiento del gentil caballero, y fingió sorprenderse cuando le oyó decir, después de inclinarse con un gracioso saludo:

– Señorita, dije que nos veríamos en Madrid y... ya nos estamos viendo.

– ¡Ah! ¿Es usted, caballero?, contestó ella afectando indiferencia. Ahora recuerdo...

– No ignoro, señorita, prosiguió diciendo el joven, que no debía dirigirme á usted en este sitio antes de ser presentado; pero precisamente esta es la causa de mi atrevimiento. Desearía saber si puedo aspirar á esta satisfacción.

– ¿Por qué no, caballero? ¡Una cosa tan sencilla! Pero me parece más oportuno que sea usted presentado á mi tía la duquesa de Rocamora, que hace para mí las veces de madre, cuando yo esté á su lado.

– ¿La señora duquesa está aquí?

– Sí, señor. Yo no voy á parte alguna sin ella.

– Pues bien, señorita, con el beneplácito de usted lo haré así, y voy ahora mismo á buscar quien me presente.

– Para encontrarnos juntas será preciso que aguarde usted á que yo baile el rigodón que empiezan á tocar, que tengo prometido.

– Esperaré, señorita. ¡Hace tanto tiempo que espero!..

En este momento, al oir los primeros compases de la orquesta, se disolvió el grupo de pollas curiosas que rodeaban á la sobrina de la embajadora, ésta volvió al lado de Carmen, y ambas jóvenes se dirigieron hacia el salón de baile.

– ¿Quién es ese caballero con quien hablaba usted?, preguntó Leonie.

– Casi no lo sé, y me extraña que usted no le conozca, estando en su casa.

– Será algún recién presentado á mis tíos. ¿Es español?

– No, francés, á lo que parece, y si mal no recuerdo se llama Grammont.

– Es muy guapo y muy elegante.

– Debe ser algo excéntrico. Le he conocido en el Campo de Gibraltar, bajo diferentes aspectos, de majo andaluz, violinista y pintor de países.

– ¡Vaya!

– En fin, pronto sabremos quién es, pues me ha dicho que va á hacerse presentar á mi tía.

II

Carlos (le llamaremos así, puesto que así se llamaba) siguió á alguna distancia á las dos jóvenes, mientras atravesaban algunas salas que conducían á la de baile.

Los flechazos del amor pueden ser una antigua alegoría exagerada; pero, como dice Víctor Hugo, es indudable que existen los gérmenes del amor súbito, una suerte de efluvio que envuelve y atrae á dos personas mutuamente. No pueden negarse, aunque no se expliquen, los efectos de la simpatía ó de la antipatía, que no provienen precisamente de causas físicas, puesto que á veces nos atrae, no lo más bello y sí lo más defectuoso. He indicado estas disquisiciones psicológicas para decir con llaneza que desde el primer momento en que Carmen y el joven extranjero se vieron en el Campo de Gibraltar, se fueron mutuamente simpáticos, y no avanzo más para que no se me tilde de romántico. Los sitios, los encuentros repentinos en circunstancias especiales, esos hilos misteriosos que guían invisiblemente por las sendas de la vida, influyen poderosamente para *que sea*, lo que en distintos casos *no hubiera sido*. Desde entonces, esto es, desde que se conocieron ambos predestinados al amor, sucedió lo que siempre sucede. En el hombre arrecia más pronto la simpatía antes indicada: en la mujer es más lenta la incubación, si bien más duradera, y de esto provino que el recuerdo del joven extranjero fué en Carmen una idea halagüeña, pero tranquila, y en aquél una obsesión desasosegada. Volvieron á verse, acariciáronse con la mirada, hada franca é indiscreta, como la llama un poeta alemán, se compenetraron, quedaron satisfechos uno y otra, y sintieron ambos esa alegre primera impresión del amor, semejante á la de la madre, que siente en sus entrañas la revelación de que lo es. Por eso Carlos, al seguir á las dos jóvenes que atravesa-

ban los salones para volver al de baile, estaba radiante de alegría y de esperanza, y por eso Carmen volvió dos veces la cabeza fijando en él sus miradas llenas de inefables promesas.

Cuando Carlos llegó al salón de baile se preparaba un rigodón, ese baile que es el más serio y elegante, cuando no degenera en cuadrilla cancanesca. Carmen tenía por pareja á un pollo que era uno de los pocos precursores que entonces había del frac encarnado, hoy impuesto por la moda; que se destacaba del fúnebre traje de etiqueta masculino, como se destacaría un pimiento colorado en un plato de calamares con salsa negra. La rutina había impuesto el frac negro, ¿por qué ahora ha de imponer exclusivamente el frac encarnado? ¿Por qué no ha de haberlos *de diferentes colores*, como la capa del estudiante de la copla? Los elegantes linajudos deberían tomar el color de su frac del de su escudo nobiliario, como lo hacen para dar librea á sus criados y pintar los tableros de sus coches: así resultarían más pintorescas las reuniones del gran mundo. El pollo que bailaba con Carmen era en apariencia un verdadero pollo, de diez y siete años de edad, canijo de cuerpo, corto y delgadísimo de piernas, de cabeza grande, pelo negro lacio, ojos de azul de vidrio sucio, bigote en crisálida y aspecto impertinente y presuntuoso. Pero no vaya el lector á juzgar por la apariencia: como verá más adelante, bajo aquel aspecto de gomoso se encerraba un espíritu que rebasaba los límites de la pollería.

Aun cuando Carlos hubiese perdido de vista á Carmen, aquel frac encarnado le serviría de indicador para encontrarla, pero no lo necesitó: tenía el alma y los ojos fijos en ella, y la vió mirar hacia todos lados como buscando alguna cosa, hasta que las miradas de ambos se encontraron. Comenzó el rigodón, y el joven extranjero recordó que tenía un asunto importante de que ocuparse. ¿Quién le presentaría á la duquesa de Rocamora? Hacía sólo seis días que estaba en Madrid y no había tenido tiempo de adquirir relaciones. Parado cerca de una de las puertas del salón, veía bailar á Carmen y miraba hacia todas partes buscando á alguien que le sacara de su apuro. Mientras bailaban era una inconveniencia circular por el salón, y esto aumentaba la dificultad. Esperó, pues, á que acabasen de bailar, y cuando más embebecido estaba siguiendo con la vista á Carmen en las figuras del rigodón, oyó una voz que le decía:

– ¡Ah! ¿Usted aquí? ¡Qué feliz encuentro!

– Pues ¿cómo, M. Vannier? Yo le creía á usted en Constantinopla.

– Efectivamente, amigo mío, en París me despedí de usted para la corte del sultán; pero de repente sobrevino una combinación diplomática, y fuí destinado á la de España, con ascenso.

– ¿Primer secretario?

– Justamente; cuyo cargo pongo á la disposición de usted.

– ¿Hace mucho que está usted en Madrid?

– Desde el año pasado.

– ¿Habrá usted adquirido relaciones?

– Mi cargo me las impone.

– ¿Conoce usted á la duquesa de Rocamora?

– La conozco y tengo la satisfacción de tratarla: los franceses la somos simpáticos, por más que alguna vez se burle de nosotros.

– Pues ¿cómo?

– La duquesa se burla de todo el mundo: es muy graciosa, con una gracia que no ofende.

– ¿Podría usted presentarme á ella?

– Cuando usted guste.

– Yo no la conozco. ¿Está en el salón?

El diplomático, que aunque ya de edad madura tenía una viveza juvenil, se caló los lentes y miró hacia todas partes; luego dijo:

– *Ecce mulier.*

Y señaló hacia el ángulo izquierdo del salón.

Luego prosiguió diciendo:

– ¿Ve usted una señora con traje azul y collar de perlas, sentada entre una jovencita, que es la sobrina de nuestro embajador, y un caballero, que ocupa el alto puesto de ministro de la corona?

– Sí.

– Pues es la duquesa de Rocamora. Aprovechemos la ocasión, si usted quiere, pues rara vez la duquesa está tan poco acompañada; siempre suele tener corro, deseoso de oir sus agudezas.

– M. Vannier, yo quisiera una doble presentación

– ¡Ah! Ya; me lo figuraba. Por la peana se adora al santo, y el santo, ó mejor dicho la santita, es cierta joven que en este instante baila con un pollo cangrejo... y que ahora mismo mira hacia aquí.

Carlos sonrió, porque, en efecto, su mirada se cruzó con la de Carmen.

– ¿De suerte, repuso el diplomático, que tenemos que esperar á que tía y sobrina estén juntas?

– ¡Oh! M. Vannier, no se le escapa á usted nada; bien decían los amigos de París que tiene usted el don de segunda vista.

– ¿Me adula usted? No lo necesito para servirle. El rigodón ha terminado. Vamos el rumbo que toma esa linda personita.

El pollo del frac encarnado llevó á Carmen al lado de su tía la duquesa de Rocamora. Esta señora, ya de edad provecta, de cara larga y fina y de ojillos vivos y chispeantes, no desmentía en su aspecto su reputación de ingenio y agudeza.

– Hijo mío, dijo al pollo, estás hecho un crustáceo por la mitad del cuerpo. ¿Cuándo empiezas á cocerte por las extremidades?

– Ya sabía yo, madrina, contestó el joven en tono cariñoso aunque algo impertinente, que mi frac había de darte motivo para alguna cuchufleta; pero ya verás, esta prenda se impondrá.

– Sí, como se ha impuesto la música de Wagner. Das la nota saliente.

– Pues voy á que todos la saboreen más de cerca.

Y dicho esto, el pollo, metiendo ambos dedos gruesos en las junturas del chaleco, comenzó á costear el diván corrido que rodeaba el salón.

Momentos después Carlos y Mr. Vannier aproximáronse al grupo en que estaba la duquesa.

El joven estaba algo pálido: en cambio las mejillas de Carmen tomaron color purpurino.

– Señora duquesa, señorita, dijo el diplomático en francés á la duquesa y á Carmen, tengo el gusto de presentar á ustedes á mi amigo lord Shéridan, conde de Shéridan Argile, que me ha demostrado gran deseo de obtener este honor...

Al oir esta frase, Carmen miró al recién presentado, y con arranque inconsciente exclamó:

– ¡Cómo, caballero!, ¿es usted inglés!

– Sí, señorita, contestó Carlos, soy inglés, aunque desciendo de familia irlandesa, católica-apostólica-romana.

– Me pareció haberle oído decir á usted en Gibraltar que era francés.

– Lo soy por parte de madre, y efectivamente me llamo Grammont.

Carmen bajó la cabeza. Los colores de sus mejillas habían desaparecido.

– ¿Según parece, dijo la duquesa, se conocían ustedes?

– Tuve el gusto de ver á esta señorita en Gibraltar en una boda.

– ¡Ah, ya!, repuso la duquesa. Pero aunque me tilde usted de curiosa, desearía saber por qué era usted francés en Gibraltar.

– Nada más sencillo, y voy á explicárselo á ustedes, continuó diciendo el conde de Shéridan mirando á Carmen, que ya no le miraba. Las breves palabras que en Gibraltar crucé con esta señorita, no me dieron espacio para hablarla de esta mistificación.

Hizo una breve pausa, sorprendido del cambio repentino que observaba en el aspecto de la joven, y dijo:

– Mi tío y ex tutor lord Wolff hace dos años supuso, de acuerdo con mi deseo, que era ya tiempo de que yo viajara para instruirme y formarme.

– Y tuvo razón, interrumpió la duquesa; no hay nada como los viajes para formar á los jóvenes, cuando no los desforman, como se dice en una comedia.

– Pues bien, señora, yo hice mi primera salida de Inglaterra, y no quise seguir la costumbre de muchos de mis compatriotas, que se van de primer arranque á países extremos, buscando contrastes con Europa: eso vendrá después, ó no vendrá, según las circunstancias.

Y al decir esto lanzó una rápida mirada á Carmen.

– Quise en primer lugar conocer Europa, y en efecto, la he recorrido casi toda. A mí me parece que los ingleses somos el pueblo más poeta de la tierra. Ponemos la poesía en acción, y de esto proviene nuestra impresionabilidad ó nuestras rarezas, según quiera entenderse. Cuando nos apasionamos de una cosa deseamos identificarnos con ella, y yo me he apasionado de dos países: del uno con amor platónico, del otro con amor activo y ferviente. Italia, ó mejor dicho, Nápoles, me atrae; España me embelesa.

– Es una satisfacción para nosotros, aunque no sé si la predilección está justificada, dijo la duquesa.

– Tampoco yo lo sé, señora; las simpatías no se explican. Ischia, Prócida, la playa de la Margelina, aquellos pintorescos sitios son tan bellos que dan realce á las costumbres de sus habitantes. Pero para mí el verdadero encanto está en España. En Nápoles el país vale más que las figuras; en España, con ser éste muy bello en algunas comarcas, el relieve, la atracción consiste en el carácter y costumbres, en la diversidad típica, en los contrastes que participan de idealidad y rudeza, en el ambiente, en una cosa que se siente, pero no se define. Andalucía, especialmente, es un país maravilloso en que se derrochan todas las pasiones en un conjunto sin igual.

– ¿No le han secuestrado á usted nunca, milord?, dijo la duquesa.

– No, señora, y eso que he dado ocasiones para ello, puesto que he andado por todas partes y me he metido en todos los sitios. He asistido á huelgas en los colmados, á bodas de gitanos, á tentaderos de reses, á becerradas. En todas partes se han *guaseado* conmigo y han procurado sacarme el dinero, pero siempre he sido bien acogido; mi afición andaluza hacíame simpático. Tengo caballos españoles, trajes andaluces de todas clases, poseo estoques y muletas de torear que han pertenecido á toreros célebres; en fin, señores, Andalucía se me ha incrustado en el alma.

– Bien; pero todo eso no nos explica la mistificación de nacionalidad de usted, observó la duquesa.

– A eso iba á parar, señora. Después de recorrer casi toda Andalucía, quise visitar la parte de Gibraltar.

– Se comprende, volvió á interrumpir la duquesa con un ligero tono de ironía. Allí tenía usted el doble aliciente de admirar el genio inglés cerniéndose sobre el Peñón.

– En Gibraltar, continuó diciendo Carlos, afectando no fijarse en la frase de la duquesa, se me advirtió que mi nacionalidad me sería peligrosa; pues en aquella comarca conservan vivo el resentimiento hacia Inglaterra y el pueblo es arrebatado y levantisco.

– Es claro, volvió á decir la duquesa, ¡como allí tienen siempre á la vista el cuerpo del delito!

– Tantas advertencias me hicieron, que no pudiendo pasar por español, pues mi acento me delata, determiné fingirme francés, para poder entregarme sin riesgo á mis observaciones y correrías. Me metí de contrabando en tierra de Gibraltar: la primera vez que vi á esta señorita iba vestido de majo.

El conde de Shéridan esperó alguna palabra de Carmen, pero ésta continuó callada y sin mirarle. La actitud de la joven, que contrastaba tanto con la cariñosa acogida que le había hecho, desconcertó á Carlos. La duquesa también se fijó en el nuevo aspecto de su sobrina, de ordinario alegre y animada, y le dijo:

– ¿Qué tienes, Carmen, parece que te han dado cañazo?

– Nada, tía, contestó la joven, cansancio, amagos de jaqueca. La noche pasada he dormido mal, pues á papá empezó á aquejarle el ataque de gota, que hoy afortunadamente no ha continuado.

– Cuando quieras nos iremos, si no te encuentras bien.

– ¡Y yo que esperaba la satisfacción de bailar con esta señorita!, dijo el conde de Shéridan.

Carmen se puso en pie. La duquesa comprendió el deseo de su sobrina, y ambas, acompañadas de Leonie, buscaron á los embajadores para despedirse.

Carlos las siguió con la vista, inmóvil de sorpresa y emoción. Viólas salir del salón y espió en vano una mirada de la joven.

III

– ¿Qué tiene usted, milord? Está usted más pálido que el vampiro de Byron, dijo M. Vannier.

El conde, sin contestar, se agarró á su brazo y le sacó del salón.

– Se tambalea usted, repuso aquél.

– ¿Tiene usted la bondad de acompañarme a un sitio retirado?, dijo Carlos. Aquí me ahogo.

Atravesaron varias salas, y el diplomático condujo á su amigo á una pieza que por su aspecto parecía destinada á *fumadero*. Las paredes estaban cubiertas de cuero obscuro, con una ensambladura alta de madera barnizada. Había un ancho diván corrido de tafilete, obscuro también, una lámpara pendiente del techo y cuatro mecheros de gas, incrustados á las paredes y al alcance de la mano.

Carlos se dejó caer en el diván y tomó y encendió maquinalmente un cigarro que le dió M. Vannier: tenía aspecto de sonámbulo. El diplomático se sentó á su lado.

– Y bien, milord, ¿qué le pasa á usted con esas señoras á quienes le he presentado?, preguntó éste, porque indudablemente pasa algo, por lo menos en lo que atañe á la sobrinita de la duquesa.

– No me lo explico con claridad, contestó Carlos pasándose la mano por la frente. Hace poco, esa señorita á quien usted alude y á la que conocí someramente en Gibraltar, me recibió con amabilidad, indicándome que me hiciera presentar á su tía. Después... Ya ha visto usted... He sido acogido casi con hostilidad.

– Tanto como eso no; pero francamente el recibimiento no ha sido muy expansivo.

–¿Se me habrá escapado alguna palabra indiscreta?

–No lo creo.

–Tal vez mi nacionalidad no sea simpática á esas señoras: no puedo achacarlo á otra cosa.

–Eso mismo he pensado yo. Sin embargo, no he notado en la buena sociedad de Madrid despego hacia los ingleses. He visto á la propia duquesa de Rocamora tratarles con distinción.

–¿Conoce usted á la familia de Rocamora, á la de la señorita de Marbella?

–Conozco á la duquesa como se conoce á las personas en sociedad. En cuanto á esa señorita, que parece ser causa de la preocupación de usted, sólo sé que tiene un padre viejo y retraído del mundo... Pero aguarde usted; veo á un individuo que, si quiere, puede darnos más amplios informes.

El conde de Shéridan y M. Vannier estaban sentados frente á la puerta del fumadero, y desde allí vieron á tres jóvenes que se detuvieron á hablar en la pieza contigua.

–¿Ve usted ese pollo de frac encarnado?, dijo el diplomático.

–¿Que bailaba con la señorita de Marbella?

–Precisamente. Pues ese es íntimo de las familias de Rocamora y Marbella. Es un joven que hombrea y gusta de darse importancia. Pretende estar al dedillo de todas las intrigas de sociedad, y habla por los codos, ensayándose para cuando lo haga en las cámaras, que es su aspiración. Es hijo y heredero del conde de Brenes, y creo que algo pariente de esas señoras... Se queda solo, aprovechemos la ocasión.

En efecto, los jóvenes que hablaban con el del frac encarnado se separaron de él.

–¡M. Manrique!, dijo el diplomático francés desde la puerta del fumadero. ¿Tiene usted la bondad de concederme unos minutos?

El joven entró en el fumadero. Llevaba una petaca en la mano. M. Vannier hizo la competente presentación.

–¡Qué felices son ustedes que descansan y fuman!, dijo el pollo sentándose. Yo no he parado desde hace dos horas.

Sacó de la petaca un cigarro colosal, encendióle con ademán indolente en el mechero próximo; metió los dedos gruesos en las junturas del chaleco, según su costumbre, y se repantigó en el diván. Carlos y M. Vannier se sentaron á su lado.

–Las muchachas son como las ranas, acuden á la grana, dijo el diplomático, aludiendo al frac de Manrique. No le dejan á usted vivir, amigo mío.

–Es cierto, M. Vannier, aunque no en el sentido que usted lo dice, sino que hay una pléyade de ellas, compañeras mías que fueron en la niñez, que cuando no tienen á quién, acuden á mí para que las baile.

–¿Una de ellas la señorita de Marbella?

–Esa no tanto, porque es muy solicitada.

–¿A esa la busca usted, no es buscado por ella?

–¡Quién, yo!, exclamó el pollo en tono impertinente. No busco á ninguna. No estoy en edad de pensar en tonterías.

–¡Pero hombre!..

–A mi edad nadie debe ocuparse de mujeres, prosiguió diciendo Manrique. Las mujeres distraen mucho: eso vendrá después.

Hablaba con énfasis, escuchándose, siguiendo con la vista las espirales del humo de su cigarro.

–Yo, á Dios gracias, no necesito adquirir fortuna ni posición social, pero no me basta esto. Tengo otras aspiraciones... En fin, M. Vannier, ¿me necesita usted para alguna cosa?

–Sí, amigo mío, contestó el diplomático. Se trata de ciertos... informes.

–Estoy á la disposición de usted.

–Usted trata íntimamente á la duquesa de Rocamora.

–¡Ya lo creo! Es mi madrina de pila: puede decirse que me he criado á sus pechos. Pero si es de la duquesa de quien usted desea saber, hay bien poco que decir. La duquesa, viuda hace cinco años y sin hijos, es una de las señoras más discretas y amables de Madrid, si bien un tanto incisiva.

–Pero tiene familia: un hermano, su sobrina...

El pollo miró impertinentemente á sus dos interlocutores, se incorporó un tanto en el diván y dijo en tono que quería ser malicioso:

–¿Quién de ustedes es el interesado?

–¡Ah, M. Manrique!, contestó el diplomático sonriendo, es usted la sagacidad personificada.

–Repito á ustedes, repuso el pollo, que yo *estoy fuera de cacho*, y que Carmen Marbella me es tan indiferente como todas.

–Pues siendo así..., quisiéramos conocer algunos antecedentes..., saber algo de la familia..., de su padre...

–¡Su padre, el marqués de Marbella!, exclamó Manrique. Precisamente han tocado ustedes una de mis preocupaciones.

–¿Pues cómo?

–¿No conocen ustedes al marqués de Marbella?

–No tenemos ese honor.

–Pues sepan ustedes que ese buen señor me... ¿cómo diré yo?, me fascina.

–¡Hombre! ¿A usted, tan despreocupado?

–¿Tiene usted prisa, M. Vannier?

–Ninguna.

–¿Y usted, milord?

–Yo oigo á usted con mucho gusto, dijo Carlos, que hasta entonces había permanecido silencioso.

–Pues bueno, prosiguió Manrique. Ahora hay un largo intermedio, aquí se está muy bien, sentado y fumando. Por casualidad nos hallamos solos: tomemos la historia desde su principio

–Desde nuestros primeros padres, si á usted le place, dijo el diplomático. Contándola usted no se hará pesada.

–¡Muchas gracias, M. Vannier!

El pollo del frac encarnado volvió á repantigarse en el diván, cruzó una pierna sobre otra, atusóse las guías de su escuálido bigote, lanzó una bocanada de humo, y mirando al techo, prosiguió diciendo cada vez con más énfasis:

–Voy á referirme á unos tiempos en que yo no había salido á la luz del planeta. Me atendré á lo que he leído y á relatos de mi padre, y suprimiré fechas, porque no me acuerdo de ninguna.

Hizo una breve pausa, como buscando el modo de empezar, lanzó otra bocanada de humo, y continuó:

–D. Mariano Garci-Pérez de Vargas, marqués de Marbella y otros títulos, tres veces grande de España, es primo de mi padre..

Hizo una mueca, como protestando para sí de su poca facilidad en expresarse. Luego prosiguió:

–En la primera guerra civil que hubo en España.. ¿Supongo que ustedes sabrán mejor que yo el origen de esta guerra?

–Estamos bastante enterados.

–Pues bueno, el marqués de Marbella, que era entonces muy joven y que acababa de heredar los títulos y fortuna de su padre, declaróse partidario de la reina Isabel, como la mayor parte de la nobleza española. Para él el derecho de la reina al trono era incuestionable. Caballero chapado á la antigua, su divisa no es sólo *Rex super lex*, sino *Rex super omnia*, de lo cual sacaba la siguiente deducción: si un rey absoluto, de autoridad omnímoda, pudo establecer la ley Sálica, otro rey, igualmente legítimo y absoluto, pudo derogarla. Algo le contrariaba la significación liberal y moderna que se atribuía á la regencia de doña María Cristina; pero la idea de la legitimidad y la tierna edad de la reina se sobrepusieron á su recelo. Caballeresco desde la infancia, el marqués, que era teniente de caballería de la Guardia real, pidió ser destinado al ejército activo en lucha con los carlistas y tomó parte en las primeras operaciones de la guerra, como ayudante de no me acuerdo qué general. Poco después la regente promulgó el Estatuto real, y el marqués tragó el Estatuto, mas no así la Constitución impuesta á doña María Cristina por medio de un motín militar. A consecuencia de este acontecimiento político, el marqués se retiró, no sólo de la guerra, sino que también de la Corte, yéndose á residir á sus posesiones de Andalucía. Porque el marqués no comprende los monarcas constitucionales; los considera como *fetiches* sin libre albedrío, rebajados de su realeza. Permaneció retraído largo tiempo, hasta que un suceso vino á alentar y á poner de manifiesto su constante manía, su obsesión eterna, hoy ya locura incurable.

Manrique hizo una pausa, tiró el cigarro que se le había apagado, encendió otro, y satisfecho de la atención con que era oído, que él atribuyó á su elocuencia, prosiguió diciendo:

–El marqués de Marbella tiene una locura patriótica: odia ferozmente á los ingleses...

–¡Ah!, exclamó Carlos incorporándose en el diván.

–Sí, milord; y yo ruego á usted que las palabras inconvenientes que pueda haber en mi relato se las atribuya al marqués, no á mí. Hay que oirle cuando habla de Inglaterra, y sobre todo hay que verle: parece como que se le eriza el cabello y que los ojos van á salírsele de las órbitas. Conmueve y persuade, y como antes he dicho, á mí me fascina: en los momentos de exaltación es un gran orador, y tiene algo de iluminado y de profeta. Mi padre y yo comemos con frecuencia en casa de la duquesa de Rocamora, donde habita el marqués, y siento que aquél y mi madrina me hayan prohibido suscitar la conversación inglesa...

–¿Pero en qué funda ese señor su odio á Inglaterra?, interrumpió el conde de Shéridan. Inglaterra, después de todo, hace lo que las demás naciones, engrandecerse cuanto puede.

–Sí, milord; pero el marqués dice, y cuenta que repito sus palabras sin hacerlas mías, que el pueblo inglés se engrandece como se enriquecen los tahures, sin reparar en los medios; que alardea de cinismo y de falta de sentido moral. Sobre todo la idea de Gibraltar le pone furioso.

–Cerca de Gibraltar le he conocido yo, observó Carlos.

–Ya llegaremos á eso, señor conde. Ahora, para que ustedes le conozcan á fondo, recordaré un suceso. Hace muchos años hubo en Madrid un alzamiento popular, fomentado, según se probó, por el embajador de Inglaterra; y el general Narváez, presidente á la sazón del Consejo de ministros, rompió las relaciones diplomáticas con esta nación. El rasgo debió gustar al marqués de Marbella, que salió de su retraimiento, hízose nombrar senador, y pronunció en la alta Cámara un discurso pidiendo al gobierno que se ocupara enérgicamente de exigir la devolución de Gibraltar á España. El gobierno, como ustedes comprenderán, no hizo nada, porque nada podía hacer en este particular, y el marqués no volvió á presentarse en el Senado y se ausentó de Madrid. Este eclipse ha durado muchos años, y es algo nebuloso. A lo que tengo entendido, el buen señor estuvo en el extranjero (no en Inglaterra, por supuesto). Luego se estableció en Sevilla, casóse allí, y allí nació su hija Carmen. A propósito de ésta, he aquí otro rasgo del marqués en consonancia con su manía: es costumbre inmemorial en la familia de Marbella dar á sus recién nacidos el nombre del santo del día en que nacen. Carmen, pues, debió llamarse Carlota, porque nació el día de San Carlos Borromeo; pero el marqués halló este nombre horrorosamente inglés y bautizóla con el nombre que lleva, genuinamente español.



No perdía de vista un solo movimiento del gentil caballero

–No necesita usted esforzarse para demostrarnos el odio del marqués hacia Inglaterra, con lo relatado basta, dijo Carlos.

(Continuará)

NUEVOS RUMBOS

DE LA ORNAMENTACIÓN MODERNA

(Conclusión)

Otros, menos cavilosos, en vez de esperar la salvación en lo porvenir, se han lanzado resueltamente á buscar inspiración en las riquezas de la naturaleza,



Ornamento inglés moderno, por Walter Crane

y han hecho tentativas más ó menos cándidas, según el modo de ser de cada cual, para sustraerse á las tradiciones muertas y para introducir en la ornamentación el naturalismo, que es, en casi todas las manifestaciones del arte, lo que propiamente hablando pudiéramos llamar el sello de actualidad. En cuanto al éxito mayor ó menor de sus esfuerzos, hay que hacer constar que ha dependido, no tanto del talento con que realizaron la misión que se impusieron, cuanto del eco que su voluntad tuvo, entre los que le rodeaban, de la participación que el público tomó en estos esfuerzos. Y como esa participación ha sido infinitamente más grande en Francia y en Inglaterra que entre nosotros los alemanes, de aquí que á aquellos dos países han de contraerse principalmente las indicaciones que vamos á hacer acerca de los nuevos rumbos de la ornamentación moderna.

En Francia la predilección por los grandes grupos de flores dibujados con estricta sujeción al natural que adornan tapices y estampados, ha hecho que desde muy antiguo se formara una escuela de excelentes pintores de flores, cuyas tradiciones subsisten todavía. Para contrarrestar un poco el naturalismo de esta escuela, que iba degenerando en crudeza, ya en 1860 algunos buenos ornamentistas, como Ruprich-Robert, *estilizaron* las plantas, é idealizándolas algo, crearon obras ricas en ideas que aún hoy día conservan todo su valor. En la actualidad la asociación de industrias artísticas parisiense titulada *Union centrale des arts décoratifs* y los artistas que al círculo de la misma pertenecen, deben ser considerados como los representantes genuinos de las nuevas tendencias en Francia, á no ser que extremando la cosa queramos reconocer esta representación en el público en general, lo cual no sería una suposición exagerada, teniendo en cuenta que en aquella nación, desde que Luis XIV abrió los talleres del Louvre á los pintores, escultores, joyeros y tapiceros, las artes decorativas constituyeron un elemento tan importante, no sólo del interés, sino que también del bienestar del pueblo, que todo el mundo se interesa por ellas hasta el punto de que una reforma radical, como la de que se trata, no se lleva á cabo sin afectar al público en todas sus clases. Pero el hecho principal es que este movimiento ha penetrado en los grandes talleres artístico-industriales que son el orgullo de Francia, y desde allí va propagándose al pueblo merced á algunas tentativas coronadas por el mejor éxito: este procedimiento es el más acertado, porque, como ha dicho un cronista consultado sobre el caso, el público no se interesa por los comienzos y por los esfuerzos del principio de la lucha, sino que quiere ver los resultados.

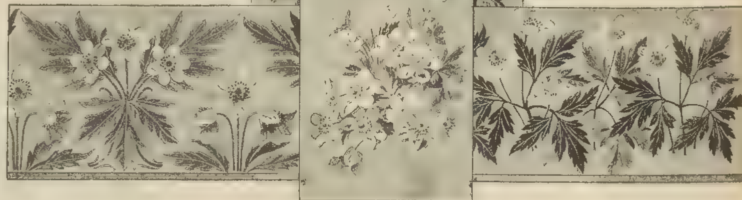


Yema de serbal, según modelo W. Meurer

A fin de pasar revista á estos resultados de la nueva tendencia naturalista, la citada asociación había proyectado para 1892 una gran exposición, la *Exposición de la planta:* el proyecto revestía grandes proporciones; la inmensa galería de máquinas de la exposición de 1889 había de ser convertida en un parque cubierto, en el cual en medio de las plantas vivas en su más libre desarrollo debían servir de adorno y embellecimiento todas las aplicaciones de las mismas desde el punto de vista de la ornamentación. Desgraciadamente el proyecto fracasó por varias circunstancias, una de ellas, la principal, la amplitud excesiva del pensamiento, pues es sabido que quien mucho abarca poco aprieta. Pero de todos modos, los preparativos que se hicieron proporcionaron abundante material para resolver la cuestión de la propagación del ornamento naturalista de plantas en Francia, material que sirvió de base para un interesante artículo publicado en la *Revue des arts décoratifs*. Como rasgo característico común á todos los industriales artísticos de quienes aquel trabajo se ocupaba, encontramos una predilección apasionada por la naturaleza: uno recorre todo el día los campos y los bosques provisto de su caja y de su prensa de botánico; otro concibe sus ornamentos paseando y en contemplación inmediata de las plantas, y cuéntase de un tercero que vendió su casa del bulevard para establecerse en el campo, entre sus amadas hojas y flores. Citaremos algunas de las grandes casas cuyos productos propagadores de las nuevas tendencias han pasado al público. La de Christofle y su socio Bouilhet escoge sus modelos para sus vasos, cestas y tazas de plata entre las flores de la alcachofa, de la amapola y del cactus, y modela sus platos en forma de hojas decoradas con delicados follajes de variados colores. El fabricante de cristales de Nancy, Emilio Galle, reproduce en sus finísimas copas cálices de flores. La cerámica, representada por Delaherche en Beauvais, y Lourier y Lajolais en Limoges, sigue la senda que emprendió, como hemos dicho, Christofle, y lo propio el esmaltador Thesmar. El pintor de cristales J. Galland es el continuador de la obra de su padre, el profesor de la Academia Pedro Galland, á quien debe señalarse como uno de los iniciadores de la nueva tendencia.

En materia de encuadernaciones, rama del arte que ha alcanzado un alto grado de desarrollo en la moderna Francia, hase abandonado por completo la imitación, hasta hace poco preferida, de los famosos tomos de Grollier y de Eve: los trabajos del conocido encuadernador Mario Michel y los de su escuela muestran una completa independencia decorativa, encaminada á la aplicación de asuntos tomados de las plantas naturales. Un espíritu de nueva vida anima también á los productos de la industria sedera lionesa que durante tanto tiempo se ha ceñido á la reproducción de antiguas modas, y lo propio puede decirse de las telas para muebles de Roubaix y Aubusson. Unicamente los joyeros, los mueblistas y los broncistas no han logrado sustraerse, como se ha hecho observar en son de censura, á las imitaciones por la moda impuestas de los ejemplares de la época de Luis XVI y del Imperio; esto no obstante, en las escuelas y sobre todo en los talleres dirigidos por Edmé Couty, sobrino de Pedro Galland, edúcase una generación de naturalistas independientes en punto á ornamentación, como lo prueban los trabajos de concursos que se publican en gran número en los periódicos profesionales.

En Inglaterra, dos condiciones previas han contribuído á allanar el camino para la reforma del ornamento en el sentido moderno: las relaciones coloniales y mercantiles con la India y el Japón, y el decidido amor á la naturaleza, que



Ornamento de anémonas, por J. Stauffacher

es un rasgo fundamental del carácter popular inglés. Así observamos allí desde antiguo un movimiento que partiendo especialmente del Museo de South-Kensington, esforzóse por reformar el ornamento, en parte rústico y en parte dependiente de Francia. La ornamentación estuvo allí sometida por completo en un principio á la influencia del estilo gótico que, al contrario que en otros países, se conservó en Inglaterra desde antiguo como justificación de los que opinan que aquella era su patria. Los artistas que cultivaron este estilo, en primer término Eduardo Hulme, muy conocido también como escritor, utilizaron la flora indígena en el sentido mismo que la hubiera utilizado un pintor de vidrios del siglo XIII, es decir, dibujándola en formas ásperas, geométricas, sin hacer el menor aprecio del encanto de los accidentes de la naturaleza. Más adelante sus maestros fueron los artistas japoneses: cierta afinidad de los dos pueblos insulares en punto á su afición á la naturaleza y al cultivo cuidadoso de los jardines abrió los ojos á los ingleses, haciéndoles ver las bellezas de las plantas en su natural desarrollo y apreciar las formas características que á todo observador atento ofrece cada uno de los ejemplares del reino vegetal. El hecho de que esta manera de considerar la naturaleza fuese aceptada por la nueva escuela pictórica inglesa, la



Ornamento americano moderno, por A. Halliday

llamada prerrafaelista, que gozaba de las simpatías de la mejor sociedad, fué causa de que esa nueva ornamentación se propagara en aquel país de un modo extraordinario. En la actualidad esta ornamentación predomina en todos los adornos superficiales de origen inglés, en los tapices, estampados, encuadernaciones y objetos de cerámica. Artistas, á la vez estimados como escritores y poetas, como Levis F. Day, el doctor Morris y por encima de todos Walter Crane, son los apóstoles de esta escuela ornamentista.

¿Qué parte ha tomado Alemania en este renacimiento de la ornamentación producido por el estudio de la naturaleza? Doloroso es confesarlo, pero en nuestra patria la sociedad no se toma un interés grande y práctico por estas cuestiones. Tampoco podemos alabarnos de tener notables representantes de la producción artístico-industrial. Al «pueblo de los pensadores» no le queda, pues, más camino que el de la teoría: el cambio literario de ideas y la creación de escuelas han sido hasta ahora las únicas manifestaciones que prueban que la transición al naturalismo no ha pasado sin dejar huellas en Alemania.

Preciso es reconocer, para ser justos, que nosotros, los alemanes, hemos demostrado por lo menos en el papel aptitudes que nos colocan al lado ó muy cerca de los pueblos vecinos. Es más, las publicaciones de Krumbholz, artista educado en París que, aunque sólo dentro de ciertos límites, merece ser contado entre los adalides alemanes del estudio de la naturaleza, pueden reclamar la prioridad sobre las de los franceses é ingleses y han dado bastante impulso á la industria textil. El profesor de la Academia de Breslau, Breuer, puede ser celebrado como uno de los más finos observadores de los reinos animal y vegetal, y G. Moser ha entrado en la liza con una porción de excelentes publicaciones entre las cuales debe citarse especialmente la *Ornamentación vegetal.*

Entre otros autores de estudios naturales para muestras de dibujos, sobresale el profesor de la escuela industrial de Saint-Gallen, Juan Staufacher. En dos obras, *Estudios y composiciones* y *Dibujos de plantas,* se manifiesta el artista suizo como observador de la naturaleza dotado de un sentimiento eminentemente poético: su manera de concebir cada ejemplar vegetal como un todo y de mostrárnoslo en su más alto desenvolvimiento revela su pasión por esa materia del mismo modo que las discretas tentativas para componer, combinando las distintas formas típicas que ha descubierto en una porción de individuos, una ornamentación que puede denominarse *sin estilo,* en el sentido de ser completamente nueva y característica.



Friso naturalista de ramas de naranjo (de la obra de Gerlach *Festones y grupos decorativos, etc.*)

En Austria las escuelas no han entrado sino con gran vacilación en este movimiento; pero el editor vienés Gerlach es un campeón activo y abnegado de nuestra causa. Su voluminosa y magnífica obra *La planta en el arte y en la industria* ha contribuído poderosamente á popularizar la cuestión que se debate gracias á sus bellezas, que cautivan hasta á los profanos, y á su circulación extraordinaria. En una obra reciente titulada *Festones y grupos decorativos compuestos con plantas* ha inaugurado el citado editor un nuevo y al parecer afortunado camino: inspirándose en los maestros italianos de los siglos XV y XVI, ha combinado guirnaldas y coronas de flores, hojas y frutas, á menudo entremezcladas con instrumentos músicos, objetos de caza y otros análogos.

Un procedimiento esencialmente distinto de este se ha seguido en Berlín, cuyo Museo de Industrias Artísticas, con su profesor Meurer, marcha en aquella capital al frente del movimiento reformador. Carlos Botticher y después E. Jakobsthal indicaron ya hace tiempo el camino que, utilizando las formas de la naturaleza, debía seguirse para tratar la cuestión científicamente. Meurer arranca del punto de vista fundamental de que la planta, como todo producto de la naturaleza, es una obra lógicamente construída y de que cada parte de la misma tiene que realizar su misión fija y necesaria para la cual está dotada de las formas convenientes. En su sentir, la base del estudio de la naturaleza es la investigación, no del aspecto accidental externo de la planta, sino de la relación recíproca entre la función y la forma, de suerte que lo que sirve de fundamento á su sistema es la idea arquitectónica, no la apreciación pictórica. Si es cierto que el arte no puede proceder en sus creaciones de otro modo que la naturaleza, la manera cómo Meurer estudia ésta redunda directamente en beneficio de aquél, por más que á primera vista parezca su sistema sobrado amplio y prolijo.

Dedúcese de aquí que los esfuerzos de Meurer deben introducirse en la escuela; su procedimiento no puede tener por objeto dar recetas para *estilizar* esta ó aquella forma de plantas. Precisa ante todo que aquél eduque una generación de alumnos que robe á la naturaleza sus secretos y aproveche sus experiencias sin tener necesidad de aferrarse á las formas tradicionales de los pasados estilos.

Como no podía menos de suceder, las sanas teorías de Meurer, especialmente consignadas en su obra *Estudio de las formas de la naturaleza en las escuelas industriales artísticas,* han encontrado mucha oposición de parte de ciertos artistas; pero el gobierno prusiano, apreciando la importancia de las mismas, le ha proporcionado recursos para fundar en Roma una escuela de ensayo, siendo de esperar que la publicación de los materiales en ella acumulados acabará de disipar todas las dudas que ese sistema puede suscitar y asegurará á los alemanes la gloria de haber asentado sobre firmes cimientos la obra de un nuevo lenguaje de las formas ornamentales.

F. LUTHMER.

(De la revista alemana *Vom Fels zum Meer).*



Temporeros á seis reales, cuadro de Orestes Da Molin (Exposición internacional de Venecia, 1895)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 16 de septiembre de 1895 — Núm. 716



CARMEN, escultura de Rafael Atché

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

El 8 de septiembre. – La Natividad de María. – Su culto. – Una misa mayor en la catedral de Bayona. – Reyes de Oriente y tumultos de Occidente. – Los reyes de Servia y las corridas de toros. – Conclusión.

I

Estamos en 8 de septiembre que conmemora el Nacimiento de la Virgen Madre. Hase confirmado la profecía dicha en los tiempos evangélicos anunciando que habrían de llamarla, sin género de interrupción, bienaventurada todos los siglos y todas las generaciones. Poco después de su muerte, los Evangelios están escritos, y por todos ellos corre la esperanza, que se ha cumplido, contenida en esta sublime palabra: *Beata me dicent omnes generationes.* Y no solamente los Evangelios ortodoxos contienen esta esperanza; confírmanla también los Evangelios apócrifos, en los cuales entran á una, con fragmentos de noticias verídicas, mezclas de gnosticismo, de magia, de ideas sintéticas judeo-alejandrinas, de tantas y tantas enseñanzas como á la sazón pululaban por el mundo, agitado de sentimientos, pero henchido de grandes y luminosas ideas. En todos ellos, con mayor ó menor amplitud, predomina la idea de que María fué la vara, como de una rosa mística, en la cual se hallaban las blancas azucenas que debían aromar los aires de nuestro planeta y las cándidas palomas que debían traer en su pico el ramo de oliva reconciliatorio entre la tierra y el cielo. Convengamos en que sucede con esta parte del símbolo de nuestra fe algo de lo que sucede, y no se crea muy dispar la comparación esta, con el resplandor de la mustia luna y el resplandor de nuestro almo sol. Cánsase la retina mirando al sol frente á frente. Cánsase la idea mirando á Dios frente á frente. La luz demasiado viva quema nuestros ojos, como la idea demasiado sublime quema nuestro espíritu. Pero esa misma luz reflejada en el disco de la luna y venida por él á nuestra vista, ¡cómo se dulcifica y nos permite una tranquila y serena contemplación! Hay almas tiernas, hasta en los varones, á las cuales una comunicación espiritual con Dios les parece superior á sus fuerzas espirituales y abrumadora para su voluntad y para su conciencia. El sér de todos los seres, absolutamente bueno, perfecto, sobrepuja de tal manera su pensamiento, que lo anonada y aniquila. Pero esa luna de más humilde disco, de resplandor más suave, nadando nacarada en el cielo azul, con su corona de astros medio borrados por su propia tibia luz, nos tamiza y cierne aquellos rayos de las ideas divinas demasiado abrasadoras para nuestra pobre inteligencia, y nos permite largas contemplaciones, en las cuales absorbemos tranquilos y contentos nuestro espíritu, sin esa desproporción entre nuestro ser y su ser, al fin y á la postre humano, como la que hay entre nosotros y el Ser perfecto y absoluto á quien llamamos por modo inefable nuestro Divino Criador. Podríamos añadir á las letanías místicas otras muchas más de seguro, si quisiéramos expresar con fidelidad todo lo que María significa para los creyentes. En música, la melodía; en estaciones, aquella de la florescencia universal; en afectos, lo dulce y tierno; en lo bello, el arte puro; en religión, la plegaria; en virtudes, la misericordia; todo esto representa de suyo María, y por ingenuamente representado, merece un culto fervoroso de los hombres y aun de los pueblos más varoniles, que buscan instintivamente aquello que los completa, y al completarlos, también los perfecciona. Decidme, ¿no creéis que á los fuertes aragoneses, en cuyos pechos ha encontrado la patria su fortaleza y en cuyos brazos sus mejores armas, les cuadra, como á ningún otro pueblo, ese culto á la mujer que se idealiza en el religioso culto á su Virgen tradicional é histórica?

II

¡Cuántas y cuán dulces y gratas reflexiones debo á una Misa mayor que oí en la catedral de Bayona, por el clero al nombre de la Virgen Santísima consagrada en tal día! Yo no conozco ninguna orquesta comparable, aunque la compongan muchos instrumentos y la dirijan grandes maestros, á un buen órgano tañido por manos de artista en una catedral de género gótico. Parece que las piedras vibran, que las bóvedas crecen, que las pilastras reciben savia misteriosa, como árboles en selva, que las lámparas brillan á modo de astros, que los santos rezan, que los ángeles cantan, que las losas del pavimento se agitan dejando paso á la resurrección de los muertos, cuyos espíritus hacia el santuario se convierten arrobados y extáticos en acción de gracias al Dios que los ha redimido y despertado.

Los alemanes nunca brillaran en las otras artes cual han brillado en la música. Y así no hay repertorio de melodías y armonías religiosas comparable al repertorio alemán, aunque los latinos aduzcamos en pro nuestro el aria inmortal de Stradella, el Miserere maravilloso de Eslava, la incomparable misa del papa Marcelo, compuesta por Palestrina, que se toca en San Juan de Letrán al celebrar las mayores festividades de tan excelsa Basílica. Si los sepulcros y las estatuas funerarias hubieran de cantar, cantarían los últimos acordes del *Don Juan* de Mozart, parecidos al rumor de los minerales reanimados por un éter y un calor celestial; si los peregrinos cristianos, durante sus caminatas por el desierto requiriendo la tumba del Apóstol en Compostela ó la tumba del Salvador en Jerusalén, hubieran de rezar con salmodia unísona, formando austero concierto místico, rezarían cual rezan los coros que vuelven de Roma en el *Tannhausser* de Wagner; si las almas descendieran del otro mundo, á manera de aves sin forma y sin color, para esparcirse por los aires terrenos como una esencia y contarnos al oído invisibles secretos de la eternidad, nos los contarían en una sonata de Beethoven; que todos estos grandes músicos han penetrado, por su culto á los ideales religiosos y por sus armonías, cuyos espíritus acercan unas á otras las almas como para llevarlas todas al cielo, en la misteriosa región de lo infinito y de lo sobrenatural. Música de Wagner tocó el órgano. Así puedo aseguraros, ¡oh mis lectores!, que pocas veces he sentido la vida celestial tan cerca de mí, los muertos queridos ante mis ojos, el camino que conduce desde nuestros míseros planetas y nuestros mustios soles á la gloria, como cuando el celebrante levantaba la Hostia en lo alto del altar mayor y el órgano decía, murmurando, como si retuviera su potente voz y hablara con el abismo, los deliquios sin nombre del alma religiosa y los acentos de unas oraciones que no cabrían en formas y en palabras.

III

El arrobamiento que nos produjeran estas manifestaciones de la Religión y del Arte, sólo se pasaron después de habernos llamado los hechos diarios con sus sacudidas á la viviente realidad. Con efecto, al salir de la catedral nos dijeron como había estado á punto de ahogarse la tarde anterior el rey de Servia en Bidart y como ardía en revolución Bayona por haber prohibido el gobierno central las corridas de toros anunciadas por obra de un acuerdo del Consejo municipal, como llaman los franceses al Ayuntamiento elegido del pueblo. Ambas noticias me conmovieron mucho y en lo más hondo de mi pecho. Me conmovió la referente al rey, porque cada principillo esclavón del Danubio y del Balkán lleva en su mano invisibles bombas de dinamita, cuyo estallido puede hacer saltar en pedazos la Europa entera. Hubiese tenido gracia que, tras haber costado á Europa mil sudores un matrimonio tan mal avenido como el celebrado entre la joven rusófila Natalia y el joven austrófilo Milano; que tras haber el vástago de este matrimonio, el niño Alejandro, héchonos pasar las de Caín á todos con su minoridad procelosa y sus cartas otorgadas y sus golpes de Estado súbitos y sus regentes presos, ahora hubieran de inmolarse millones de personas á su triste sucesión abierta por un baño de mar temerario tomado al pie de dunas tan agrias y escollos tan terribles como las dunas y los escollos de Bidart. Mas el rey no se ahogó; se ahogó un pobre bañero, herido en aquellas aguas por los mortales golpes de fulminante apoplejía. Mas la conmoción ha continuado, sobre todo en esta comarca. Y ha continuado porque hace tiempo tenía prohibido el municipio de Biarritz á los simples ciudadanos bañarse allí donde, por lo agrio de la playa y lo movido del mar, acecha la muerte á los bañistas: prohibición previsora derogada para el agrado de un rey, produciendo esta derogación de privilegio, no la muerte del privilegiado favorecido, la muerte de un pobre marinero con mujer y con hijos. Ahora sí que debe uno, como hacía Sancho Panza, llamar á Dios de testigo para que muestre cómo se practica el principio de igualdad por los ayuntamientos de la Vasconia francesa. Pues la vulneración de tal principio ha producido tumultos, y tumultos graves, en Bayona. Podrá condenarse con acerbidad un fenómeno social como el reciente favor súbito alcanzado por las corridas de toros en el Mediodía de Francia; pero no puede, no, desconocerse. Las ciudades meridionales, en su mayor parte, quieren toros de muerte y los piden á voces y aun á golpes. El día 1.° de septiembre debía celebrarse una fiesta de tal género en las arenas de Nimes, ciudad de romanos recuerdos, y otra en las arenas de Bayona, ciudad de complexión vasca. Todo estaba dispuesto en la última para tal espectáculo, cuando unas horas antes de su celebración se recibe una orden del gobierno central prohibiéndolo y expulsando de Francia á los toreros, apercibidos y dispuestos para la lidia. *Inde iræ.* Bayona cree que á Nimes se ha permitido lo que á ella se ha rehusado. Y se da sin freno á desagradables manifestaciones, y execra los procedimientos del gobierno, y silba á la fuerza pública, y pide que su Consejo municipal dimita en el acto, y oye con gusto las proclamas revolucionarias puestas por sus autoridades electivas en las principales paredes, y lleva sus desacatos á un extremo tal, que la caballería carga con violencia, y estas cargas rompen muchos vidrios en las salas de los cafés y levantan algún que otro chichón en la cabeza de los transeuntes. ¡Líbreme Dios de fomentar las corridas de toros por ningún camino! Quien jamás las presencia en el original español, menos podría presenciarlas en la traducción francesa. Pero no puede negarse que las pretensiones del Mediodía toman un carácter violento, y que este carácter violento ha nacido de la indecisión y de la perplejidad del gobierno. Tenía dos caminos que seguir: dejar al arbitrio de los ayuntamientos el prohibir las corridas, ó prohibirlas en absoluto. Pero no puede justificarse tras tolerancia tan larga esa prohibición absoluta. El disgusto es general y hondo, en tal grado, que pudiera durar y aun trascender hasta las elecciones. En Inglaterra se han juntado los taberneros y los eclesiásticos para derrotar al gobierno Rosebery; en Francia podían juntarse los aficionados á toros y los frailes malheridos por las últimas disposiciones económicas respecto de comunidades, para derrotar á Ribot. Nunca se ha extinguido entre los franceses la rivalidad del Norte con el Mediodía. Vencedor aquél en la guerra de los albigenses, ha conseguido, al transcurso de seis siglos, por esfuerzos continuos, desde Luis IX á Luis XIV, y desde Luis XIV á Robespierre y Bonaparte, que no surjan como en España las regiones. Ni la Borgoña, ni el Franco-Condado, ni el Bearn, ni el Rosellón, ni Flandes ostentan el carácter aparte y regional de nuestra Cataluña, de nuestra Galicia, de nuestra Navarra, de nuestra Vasconia. Pero, en cambio, existe una rivalidad entre las regiones del Norte y las regiones del Mediodía que no existe aquí en España. En esto de las corridas de toros, como en las peregrinaciones felibres, como en las cortes de amor, como en los juegos florales, aparece algo de protesta secular contra el exterminio de los albigenses y contra la sombra del antiguo Simón de Montort que un gobierno prudente debe calmar, transigiendo con las costumbres opuestas de ambas Francias, ya que no puede concluir con sus contrarios temperamentos. *¿Quid leges sine moribus?* Todo lo que sucede ahora encierra una enseñanza, la cual no deben desaprovechar los gobiernos previsores y prudentes. En suelos tan volcanizados como los occidentales, bajo el rescoldo más apagado se guarda un grande incendio.

Biarritz, 8 de septiembre de 1895.



SEMBLANZA

Tratándose de otros actores, conviene, hasta para su prestigio, separar al hombre del artista; pero en Rafael Calvo uno y otro se completaban. La fisonomía podrá ser *el espejo del alma,* pero en muchas ocasiones no lo es seguramente de la inteligencia, y suelen verse personas que la tienen clarísima, cuyo aspecto *no dice nada.* No era de éstos Ráfael Calvo: su semblante atraía con su movilidad nerviosa, sus ojos chispeando ingenio, y sobre todo con aquella vasta frente en la que (y permítaseme lo novelesco de la frase) veíase golpear el pensamiento.

La declamación en Calvo no era oficio ni instinto, era una revelación, una necesidad de explayar los movimientos de su inteligencia. Por medio del estudio y de la reflexión refrenaba sus apasionamientos artísticos y con concienzuda tenacidad procuraba llegar al *summum* de la representación escénica.

He aquí un ejemplo:

En los comienzos de su carrera puso gran interés en estudiar el protagonista de *Guzmán el Bueno* y en dar á la célebre frase «¡Compañeros, venganza!» dos expresiones á la vez: la del dolor por la pérdida reciente del hijo, y de ira contra sus verdugos. Naturalmente esto no era fácil, y Rafael y los hermanos que con él vivían, salían á más de cien voces por minuto, á cual más destempladas, ensayando distintas inflexiones de voz para expresar la frase, con nerviosa exasperación del concienzudo actor, que no podía transigir con los inconvenientes. Una tarde oyó su hermano Luis desde su cuarto un grito terrible, que provenía de la habitación de Rafael: acudió presuroso y asustado, y halló á su hermano oprimiéndose la garganta con ambas manos en actitud de querer estrangularse, pero muy sonriente y contento: «¡Ya está aquí el rebelde grito, ya le tengo!, exclamó Rafael. La garganta oprimida produce la voz aguda del dolor y juntamente la violenta entonación de la furia.» Con efecto, el inteligente y tenaz actor, á fuerza de perseverancia, logró contraer nerviosamente la garganta, sin auxilio de las manos, y por este medio emitir en la escena la susodicha frase mejor que ningún otro.

A consecuencia de su anhelo de perfección artística, Calvo, como director de escena, resultaba á veces hasta cruel, y hubo ocasiones en que estuvo á punto de encontrarse sin comparsas. El primer año en que fué primer actor puso en escena en el teatro de Almería la tragedia *Virginia,* en cuyo último acto se libra un combate entre el pueblo de Roma y las huestes de Claudio el decenviro. Rafael encargó á los comparsas que hacían de soldados que resistieran *de veras* al pueblo que quería despojarlos de sus armas, y á consecuencia la batalla resultó tan natural que hubo en ella algunos heridos, si bien leves; y como pocos ó ninguno querían exponerse á tales contingencias, en el transcurso de las representaciones fué disminuyendo el ardor bélico de uno y otro bando y los comparsas iban desertando de filas.

Sin embargo de los ejemplos que he citado, hubo no pocos que motejaron de *falso* á semejante actor que con tal empeño buscaba la perfección teatral. Según ciertos *realistas,* Calvo exageraba los movimientos en la representación, como si las grandes pasiones en los viriles personajes que aquél solía interpretar pudieran expresarse de otro modo; y *cantaba los versos,* como si éstos, en el mero hecho de serlo, debieran ser dichos como la prosa. En el teatro, y sobre todo en cierta clase de obras, todo es convencional, como lo son las bambalinas y los apartes, y es preciso transigir y aun ayudar á este convencionalismo. En la boca de perlas de Rafael el verso se transformaba en acero para penetrar en el corazón. Las pasiones violentas tienen siempre que *moverse y gritarse* para que su expresión resulte verdadera.

Esto me recuerda otra anécdota referente á Calvo. Una noche, mientras él se vestía para salir á escena, discutíamos en el saloncillo del teatro Español, autores y críticos, respecto á las excelencias de la declamación *realista,* y en esta polémica, como en todas las españolas, no había términos medios, sino opiniones extremas. Censuraban los defensores del realismo la supuesta costumbre de nuestros cómicos de exaltarse de más, y por consecuencia gritar mucho. La puerta del camarín donde Rafael se vestía estaba cerrada; pero á través de ella prestaba atento oído á aquella discusión. Unos defendiendo el realismo y atacándole otros, llegó la contienda á tal punto que, argumentando todos á la vez y gritando todos á un tiempo, apenas se entendía lo que hablaban. Entreabrió entonces la puerta de su cuarto Calvo, y asomando sólo la cabeza, porque estaba á medio vestir, dijo dominando el tumulto:

«Señores defensores del arte realista, me parece que se exaltan y gritan más por esta cuestión baladí que lo que gritamos nosotros en el teatro, deseando interpretar con verdad situaciones y pasiones más graves.»

Desde el primer año en que Rafael fué primer actor en Madrid en la compañía que para el teatro Español formó D. Miguel Vicente Roca, impúsose aquél al público, para el que era casi desconocido. El público no discutía escuelas, pero experimentaba la fascinación que le producía el brillante actor. Calvo dió más vida al *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, que sólo la llevaba rutinaria, é hizo de repertorio obras hermosas, pero casi olvidadas. Algunos años después, contratado Rafael por Felipe Ducazcal, pregunté yo á éste:

– ¿Qué tal le va á usted con Calvo?

– ¿Cómo me ha de ir, me contestó, si es el más decente de los comediantes y el más productivo en la taquilla?

Porque, como he dicho antes, Calvo actor y Calvo hombre se completaban. Estaba por encima de las debilidades de la clase: tenía orgullo artístico, pero no vanidad, de la que provienen las exigencias y las informalidades de los actores, porque *sabía que donde él estuviera, allí estaría la cabecera.*

En su juventud pudo tener devaneos y hasta está unida á ella una dolorosa historia. Como sucede á todos los altamente dotados, sus extravíos dimanaban siempre de la *eterna Eva;* mas á pesar de todo, desde muy temprano adquirió formalidad y rectitud de juicio. Sus primeros pasos en la carrera artística fueron seguros, pero tristes. Había heredado el talento escénico de su padre D. José Calvo, elevado al cubo, y además, acaso, una afección al estómago que hizo sufrir mucho al anciano actor. Yo recuerdo haberle visto por las mañanas en el Retiro, acompañado de una hija ó sobrina, vagando precipitadamente, con la fisonomía contraída y la vista extraviada. Afortunadamente la enfermedad de su hijo Rafael no fué tan grave y á fuerza de tiempo consiguió dominarla; pero aun así, tuvo que alimentarse sólo de leche, hasta poder hacerlo con alimentos más nutritivos. No obstante, enfermo ó sano, Rafael era siempre el mismo, enérgico y valiente en la escena y llegando á la treinta ó cuarenta representación de una obra dramática con los mismos bríos que en el estreno. Calvo, romántico por naturaleza, no rechazaba, pero transigía con dificultad con los *dramas de levita,* y aunque en todos estaba bien, gustaba más adornarse de plumas ó ceñir el mandoble. Los sermones teatrales de Alejandro Dumas (hijo) y las filosofías del último acto de *La muerte en los labios,* de Echegaray, hicieron presentir á Rafael el teatro moderno. Recuerdo que me dijo á este propósito: «Por este camino llegaremos á obras histéricas llenas de nebulosas disquisiciones.» Enamorado del arte, el lucro estaba para él en segundo término. En una ocasión dijo á su hermano Ricardo:

– Voy á estudiar el *Don Alvaro.*

– No me resulta la idea: es una obra de espantoso trabajo para hacerla bien y que no dará dinero.

– Puede que sí, replicó Rafael, que presentía lo que haría él en la creación del duque de Rivas.

Y con efecto, el insigne actor hizo de repertorio y lucrativo este drama casi arrinconado. Y esto me recuerda los *sueños* de Calvo respecto al teatro Español. Había vuelto de un viaje por Francia y Alemania, actuaba en el teatro de la Princesa, de Madrid, mientras restauraban el vetusto coliseo de la calle del Príncipe, y una noche, mientras que sin desnudarse del traje teatral descansaba del terrible final del *Don Alvaro,* hablamos de teatros. He aquí las aspiraciones de Rafael: «Un edificio suntuoso, con localidades amplias y cómodas para todas las clases, y naturalmente con un escenario dotado de toda la moderna maquinaria. Dos cuadros de compañía, uno dramático y cómico el otro, para que trabajasen alternadamente, formados con los actores de valía y no soberbios que se *resignasen* á tener asegurado un buen sueldo y una decorosa jubilación, y sometidos todos á la dirección de una capacidad, no del gremio. Como el teatro del porvenir debe ser la síntesis del adelanto intelectual y artístico de la nación, las obras deberían presentarse con esplendidez, procurando que en ellas se exhibiesen todas las artes, incluso las de la música y el canto. Excusado es hablar de premios anuales á las mejores producciones escénicas y á los artistas de todas clases que más se distinguieran...»

– Pero, ¡alma de Dios!, le atajé yo, ¿quién puede realizar en España esas maravillas de las *Mil y una noches?*

– Cualquier Gobierno que mire por el Arte y se lo proponga, me replicó; lo más difícil es la construcción del teatro: el resto marcharía por sí solo. En Francia hay un teatro nacional subvencionado por el Estado, en Berlín la subvención no tiene tasa, y sin embargo, ni en uno ni otro país resulta muy costosa. En el nuestro sucedería lo mismo, pues un teatro así sería aristocrático y popular á la vez; y sobre todo, si se atiende al empedrado de las calles, debe también atenderse al solaz y cultura del espíritu.

Calvo había hecho profundo estudio con referencia al teatro y acariciaba la idea de escribir una obra á este propósito, y especialmente al análisis de los teatros de Calderón, Shakspeare y Echegaray, que para él eran, si no exclusivos, los más importantes; pero la muerte le sorprendió á tiempo, y perdóneseme la frase, porque el inolvidable actor hubiera sido en la moderna escena como un león encadenado.

Tal fué Rafael Calvo: eminente como actor, atractivo en su trato, y leal, consecuente y caballeresco en todas las circunstancias de su vida. Legó á sus hijos una fortuna, á sus amigos un recuerdo imperecedero, y se llevó con él el entusiasmo, el movimiento y la pasión, que constituyen el *quid divinum* del teatro.

F. Moreno Godino

LOS APUROS DE DOROTEO

I

– Pues qué, ¿no soy tan hombre como ustedes?, decía Doroteo descargando un puñetazo sobre la mesa del café.

– Lo será usted; no lo dudamos, replicaba el vizconde del Sebo; pero las fatigas de la caza no se han hecho para usted... Hay que nacer *cinegético* como hemos nacido nosotros.

El caso fué que Doroteo quiso tomar parte en la cacería organizada por algunos socios del *Cursi-club*. Él no había cazado nunca, porque los primeros años de su existencia los había pasado detrás del mostrador vendiendo loza; pero de pronto falleció su principal dejándole heredero de toda su fortuna, y él cerró la tienda y dejó los cacharros para dedicarse á los placeres y á la elegancia.

Lo primero que hizo fué comprarse una boquilla de espuma de mar y ámbar y un traje color de tórtola con pintas negras, que partía los corazones. Después cogió por las muñecas á su tía – su segunda madre, como quien dice – y habló así:

– Es necesario que cambiemos de costumbres y de ropa y de todo. Desde mañana va usted á usar sombrero y capota y pamela, como hacen otras personas de menos posibles que nosotros.

Y la tía infeliz, por no contrariar al sobrino de su corazón, se compró un sombrero que parecía una jofaina.

– ¡Ay, Doroteo!, le decía á lo mejor, yo no me acostumbro á llevar en la cabeza este armatoste.

– Tenga usted paciencia, contestaba él. Nuestra posición actual nos obliga á ser elegantes. ¿Qué dirían mis compañeros de *club* si la vieran á usted con pañuelo á la cabeza?

Él se había metido en el *Cursi-club* porque todos los socios eran personas de importancia y el que más y el que menos usaba en el dedo meñique un brillante tamaño como un ojo de besugo. Doroteo deseaba figurar en primera fila, ya por sus prendas de vestir, ya por sus rasgos de desprendimiento, y todo se le volvía estrenar pantalones de dos duros y medio y pagar copas de anís á sus consocios.

– Lo único que me falta es asistir á una cacería y lucirme con la escopeta, se dijo á solas.

Y de acuerdo con su tía, que era una señora muy mañosa, se arregló un traje de caza que era lo que había que ver.

De un gabán azul jaspeado le hizo su tía una especie de zamarra, guarnecida de piel de conejo casero. A unos pantalones viejos les quitó la parte correspondiente á las pantorrillas, sustituyéndola con unas polainas de hule. Para cubrir la cabeza compró un sombrero de paja, forrándolo de percalina color de plomo, y con esto y una escopeta que le vendió un cazador que se había quedado viudo y renunciaba para siempre á los placeres venatorios, encontróse nuestro héroe perfectamente equipado para salir con sus compañeros de *club* en persecución de todas las piezas de este mundo.

La tía, poco acostumbrada á ver armas de fuego, colocó la escopeta detrás de un armario, y aun así y todo estaba temiendo que se disparase sola.

– Ten mucho cuidado, Eduvigis, decía á la criada; no enciendas fósforos en el comedor, que está allí la escopeta del señorito y se puede disparar.

Cuando llegó el día de la excursión al monte, la pobre señora vistió á su sobrino con todo esmero, y quieras que no le puso debajo de la zamarra un chaleco de abrigo y una tira de bayeta alrededor de la cintura.

– Lo principal es que no te constipes, y que si te acomete alguna res, tenga ésta donde agarrarse. He oído decir que algunos cazadores van forrados de hojalata por lo que pueda suceder.

Doroteo cogió la escopeta y se la echó al hombro como quien carga con un baúl.

– ¡Cuidado con el cañón!, dijo la tía. Ponlo hacia abajo No vaya á ocurrir alguna desgracia.



Recuerdos del baile, dibujo original de Francisco Maura

– Pierda usted cuidado. Desde que soy socio del *club*, sé cómo se maneja un arma de fuego.

II

Doroteo, vestido de mamarracho, llegó á la Cuesta de San Vicente, donde le esperaban sus compañeros de *sport*.

– Bien por Doroteo, dijo uno.

– ¡Vaya un trajecito!, añadió otro.

– ¡Morrocotudo!

– Gracias, señores, contestó el aludido pavoneándose.

– ¡Ea! En marcha.

– ¿Adónde vamos ahora?, preguntó Doroteo.

– Ahora al tren, que ha de conducirnos á Torrelodones, y desde allí, *andandito*, al monte de la Esparraguilla.

– ¿Y está muy lejos?

– Cerca; á cuatro kilómetros de la estación.

Doroteo no comprendía la gravedad de aquella respuesta y ocupó su asiento en el tren, lleno de regocijo.

– ¡Qué suerte!, iba diciendo para sí. ¡Poder cazar con unas personas tan importantes! ¡Verme en el monte, codeándome con marqueses!..

III

Al llegar á Torrelodones, los expedicionarios tomaron el camino del cazadero, precedidos de los perros que saltaban alegremente, lanzando gritos de júbilo.

– Valiente día se nos prepara, dijo uno de los cazadores.

– ¡Soberbio!, añadió otro.

– Yo, en cuanto huelo el aroma del tomillo, ya no sé lo que me pasa, agregó un tercero.

– No hay placer como el del monte.

– Aquí se respira. En casa parece que me ahogo, dijo el que había hablado primeramente, y tiene mi mujer que darme fricciones en la espina dorsal con una esponja mojada; pero llego al monte, no hago más que ver la hierba y me refresco inmediatamente.

A Doroteo le apretaba una bota y además sentía un calor horroroso á causa del exceso de abrigo; pero ocultó sus impresiones y se puso en marcha fingiendo una alegría que estaba muy lejos de sentir.

No había andado aún doscientos metros, cuando notó que el hule de las polainas le abrasaba las pantorrillas; después comenzó á cojear, porque se le había hinchado un juanete, y por último la escopeta le iba machacando el hombro derecho.

– ¡Dios mío!, exclamaba mentalmente. ¿Faltará mucho para llegar al monte?

Y como quien no quiere la cosa y aprovechando un recodo del camino, se fué quedando atrás hasta perder de vista á sus compañeros.

IV

Cuando se vió solo, lo primero que hizo fué sentarse sobre una roca; después se quitó las polainas, la zamarra y la bayeta que le oprimía los vacíos y acabó por tenderse en el suelo, boca arriba, hasta quedarse dormido como un ceporro.

Media hora después, Doroteo soñaba lo siguiente:

«Se creía en un monte, sin más abrigo que una elástica y un sombrero de copa y con los pies metidos en un barreño. De pronto llegaba un jabalí enorme, cubierta la cabeza con un tricornio de la guardia civil, y se acercaba á Doroteo para darle un mordisco en el cogote. Él lanzaba un grito y el jabalí entonces sacaba un cucharón y le amenazaba con sepultárselo en los sesos. Nuestro héroe quería huir y no podía, porque la elástica se había convertido en una especie de corsé férreo que le privaba de toda acción; el sombrero de copa le pesaba como si fuera de plomo y Doroteo veía al jabalí apoderarse de la escopeta y apuntarle á boca de jarro...»

Entonces despertó; púsose á toda prisa la zamarra, guardó las polainas en el morral, y con el pantalón á media pierna, los pelos en desorden y la escopeta bajo el brazo regresó á Torrelodones, convencido de que para ser cazador lo primero que se necesita es haber nacido *cinegético*.

LUIS TABOADA



EN LA TERRAZA DEL CASINO DE SAN SEBASTIÁN, dibujo de N. Méndez Bringa

LOS SUCESOS DE ARMENIA

La prensa diaria de todas las naciones ocupóse á su tiempo de los disturbios ocurridos en Armenia. Los delegados extranjeros residentes en Musch fueron maltratados por la policía turca: los gendarmes penetraron violentamente en la residencia de aquéllos y trataron de poner preso á un criado de los mismos, habiendo costado grandes trabajos rechazar la brutal agresión de aquellos funcionarios que, amparados por la inmunidad de que les permite gozar el gobierno turco, se proponían cometer toda clase de excesos.

Estos lamentables acontecimientos estaban desde hace tiempo previstos por los que conocían el proceder de los turcos en aquella provincia, que insultaban y maltrataban á mansalva á los servidores de los delegados extranjeros y aun á los indígenas que con ellos estaban en relaciones. Tanto es así que un corresponsal de un periódico inglés escribía con anterioridad á estos sucesos la siguiente correspondencia:

«Desde la matanza de Sasún, la condición de los armenios en la Turquía Oriental ha empeorado cada vez más. El turco no se muestra dispuesto á escuchar advertencias, y aumenta sus persecuciones, sobre todo en las provincias de Van y Bitlis, y á ello se debe que hoy la mayor parte de los armenios que hay en estos puntos se hallen á las puertas de la miseria, tanto que muchos han muerto ya de hambre. Los fondos ingleses no bastan para satisfacer las necesidades de los refugiados de Sasún; mientras que otros miles de personas se hallan en el estado más aflictivo. Acosados hasta la desesperación por el acto del gobernador Bahri Bajá, los armenios de Van están preparados para insurreccionarse á riesgo de todo, á fin de llamar la atención de la Gran Bretaña más forzosamente sobre el estado en que se hallan. Declaran que es mejor perecer batiéndose que morir por el hambre y la persecución, sobre todo si, sacrificando sus vidas, pueden proporcionar algún alivio á sus compatriotas. Esto es como cortar la pierna á un paciente con la probabilidad de salvar su existencia. Tres medios les quedan hoy día á los armenios de Van: pueden insurreccionarse, huir hacia Persia y Rusia, ó morir donde están. Si huyen, probablemente serán víctimas de los kurdos, ó perecerán de hambre en el camino; esto último les sucederá si permanecen donde se hallan; los que caigan quedarán insepultos en las casas y en las calles, y sobrevendrá una peste que pondrá término á la cuestión armenia. De todas maneras, el hambre es segura para los armenios en las provincias de Van y Bitlis, á menos de que llegue un pronto auxilio y en abundancia. Menos de la mitad de la cosecha se ha recogido este año, y una gran parte ha sido destruída, pues los kurdos llevan sus búfalos y demás ganado á pastar sobre el trigo naciente. Miles de pobres campesinos se alimentan de raíces, hierbas y una especie de pan hecho con estas últimas, simiente de trébol y de lino. De una población de ciento cuarenta y cinco mil armenios, lo menos cien mil no tienen hoy que comer, y pasan de dos mil los mendigos que en Van piden una limosna de casa en casa á personas que están poco mejor que ellos. Los campesinos abandonan sus hogares y huyen á las ciudades. En el distrito de Shadokh, provincia de Van, el vicecónsul inglés encontró tan sólo últimamente una tercera


Tipo de soldado kurdo

parte de la población; el resto había huído para no morir de hambre.»


EL PATRIARCA ARMENIO KHRIMIAN

Bajo las actuales circunstancias no será extraño que se reciban peores noticias aún de la Turquía Oriental dentro de pocas semanas. Podemos añadir á lo dicho por el corresponsal que, según el profesor Vambery, «el sultán está convencido de la necesidad de hacer reformas, no tan sólo en Armenia, sino en las demás provincias del Asia, en Europa, en las islas, en todas partes.»

A consecuencia del atropello que al principio consignamos y de las muchísimas crueldades que los fanáticos mahometanos cometen en Armenia contra los cristianos, los gobiernos de Rusia, Inglaterra y Francia han hecho enérgicas reclamaciones á la Sublime Puerta, á las cuales contestó ésta con una nota en la que, sin hacer especial mención de Armenia, se reconoce en principio la necesidad de introducir reformas y de nombrar un comisario supremo en cuya designación las potencias no tendrían intervención alguna.

Como la referida nota adolecía de alguna vaguedad, los embajadores exigieron varias aclaraciones concretas, especialmente respecto de ciertos puntos que la misma Sublime Puerta deseaba que fuesen minuciosamente discutidos.

En vista de esto, el gobierno turco redactó otra nota definitiva referente á las reformas que han de introducirse en Armenia, concebida en términos conciliatorios, en la cual proponía el nombramiento de asesores cristianos cerca del gobernador general y de los gobernadores de provincias, y que los vicegobernadores y jefes de cantón fuesen elegidos indistinta y proporcionalmente entre mahometanos y cristianos. La gendarmería y la policía habrían de ser reclutadas entre los naturales de las provincias en que hayan de prestar sus servicios, y se compondrían de cristianos y musulmanes en proporción al número de adeptos á cada una de estas religiones que en aquéllas existieran. Se mejorarían las cárceles, que serían objeto de inspecciones periódicas, y se adoptarían las medidas necesarias para evitar las injusticias y crueldades que ahora son allí moneda corriente.

La Puerta se comprometía, además, formalmente á hacer de su parte cuanto pudiera para obligar á los kurdos á que vivan con residencia fija en determinadas comarcas, para lo cual les cedería los territorios y pastos que fuesen precisos para su subsistencia.

La nota del gobierno turco contenía además algunas manifestaciones acerca de las observaciones hechas por las potencias respecto de la organización municipal, de la recaudación de contribuciones y de otras materias, y terminaba diciendo que en cuanto á ciertas pretensiones, la dificultad de las comunicaciones por un lado y el hecho de ser contrarias á los usos y costumbres de los habitantes por otro hacían que fueran de imposible realización.

Los embajadores de Inglaterra, Rusia y Francia en Constantinopla, no satisfechos con estas explicaciones, redactaron una nota colectiva, en la que exponían cómo aquellas potencias entendían las concesiones hasta entonces poco concretas de la Puerta y cómo creían que debían tales concesiones realizarse. Enumerábanse, además, en ella las reformas cuya aceptación por parte de la Puerta era estimada por aquellas naciones como punto de capital importancia.

El objeto de esta nota era obtener del gobierno turco una respuesta clara y concreta y despejar de una vez la situación ambigua en que Turquía se ha colocado. Que esta actitud enérgica era necesaria demostróse muy pronto, pues según noticias que al poco tiempo de haberse entregado la nota se recibieron de Varesa, continuaba la persecución de los cristianos en Armenia. A pesar de la situación desesperada del distrito de Sassún, se cobran allí las contribuciones con inusitado rigor: los recaudadores, acompañados de los gendarmes que se mofan de los cristianos, cometen toda suerte de extorsiones contra los pobres labradores, que materialmente no pueden pagar los impuestos; los kurdos siguen atropellándolo todo, robando los rebaños de los pastores armenios é incendiando sus propiedades cuando encuentran la menor resistencia á sus desmanes, con lo cual se originan á veces sangrientas luchas.

A la última nota ha contestado la Sublime Puerta rechazando rotundamente la principal de las exigencias en ella contenidas, la de la inspección europea, por estimarla incompatible con la independencia de Turquía y la dignidad del sultán.

En atención á que la última respuesta del gobierno otomano cierra el camino para ulteriores negociaciones, las citadas potencias han acordado que en nombre de todas las naciones signatarias del tratado de Berlín y conforme con el espíritu del párrafo 61 de éste se notifiquen á la Sublime Puerta las reformas que de ella se exigen para Armenia y muy especialmente la relativa á la comisión de inspección europea.

Mientras se siguen las negociaciones necesarias para ello, las noticias que de Armenia se reciben revelan una situación cada vez más grave, pues lejos de haber cesado los atropellos ha habido que lamentar recientemente nuevos incendios de iglesias y conventos, nuevas devastaciones de propiedades y otros muchos excesos cometidos por los kurdos.

Pero esta vez parece que las potencias europeas, en especial Inglaterra, han tomado el asunto á pechos, siendo por lo mismo de esperar que pronto se verá Turquía obligada á ceder en su actitud injustificable. — X.


BHARI-BAJÁ, gobernador de Van (Armenia)

EL POBRE CIEGO

También él había sido feliz alguna vez. Si entonces, haraposo, pobre, miserable y despreciado, tendía su mano descarnada al transeunte y lloraba su despreciable pequeñez, allá en las últimas celdillas del cerebro aún vibraba el recuerdo de sus pasadas dichas, que como por milagro, quizás para atormentarle más, habíase escapado á todas las perturbaciones que el hambre y la desgracia habían realizado en aquella cabeza, antes razonadora y despejada, ahora desmemoriada y confundida.

Él había sido rico y alegre; había amado y perdonado. La riqueza agotóse en negocios y vicios, la juventud cedió su puesto á achaques prematuros, al amor siguió la indiferencia, á ésta el odio.

La única mujer de quien se enamoró, aquella niña que pudo pasar por hija suya, por quien vió perdida su fortuna al lanzarse á negocios arriesgados que la ambición de ella le ofrecía, la mujer por quien hizo locuras, á la que salvó de la miseria del alma, cien veces más terrible que la del cuerpo, le había olvidado para siempre. A la historia de aquellos amores, días felices y tranquilos, seguía luego una historia de desengaños y tristezas. La enfermedad que pone en peligro la vida y la bancarrota que acaba con una fortuna. Luego lágrimas, muchas lágrimas; después la afección á la vista; por último la ceguera.

Cuando aquel hombre salió del hospital repitiendo entre sí la frase «dado de alta» que allá en la sala escuchó, pronunciada con el mismo tono imperativo con que se hubiera podido pronunciar el «levántate y anda,» le pareció al ciego sarcasmo terrible de la suerte que le insultaba, al verle impotente para luchar con ella.

Bien empleado le estaba. Aquellos ojos con los que vió á la mujer causa de su ruina; aquel don maravilloso de observar el color y la forma, facultad que tantas veces hubiera dado por una sonrisa, seguro de que el cambio no se realizaba; aquellas retinas que en tantas ocasiones se clavaron en ella, piadosas cuando las animaba el amor, airadas al cruzar por sus cristales el relámpago de los celos, ya no volverían á ver más. Inmóviles las pupilas, perdiéndose allá en las obscuridades de aquellos dos huecos como los de una calavera, ya no se moverían á la luz, é impasibles á todo, ni aun tendrían el consuelo de ver correr las lágrimas que de ellas mismas brotaran.



Flores del campo, cuadro de Manuel Villegas Brieva

¿De qué le serviría al ciego el cerebro sino para hacerle más cruel el suplicio? ¿De qué el pensamiento, si los nervios, más preciados cuanto más perdidos, eran cables inútiles porque ya no pasaría nunca por ellos la corriente vivificadora de la vida?

El pobre anduvo como loco vagando por los pueblos cercanos de la corte muchos días. Tal vez se burlaron de su desgracia, ó acaso insultaron su impotencia. Al fin volvió á Madrid, pensando, sin duda, que los amigos á quienes dió dinero é hizo favores no se acordarían ya de él ni para insultarle.

Así fué como el mendigo instalóse en la calle de Atocha tendiendo su mano al transeunte.

Para los que no le conocían, el pobre ciego vivía ajeno por completo al mundo exterior; pero no era así, el mendigo no era tan indiferente como parecía.

Con esa percepción intuitiva de los que no ven, adivinaba lo que no veía, y de sus labios secos, pálidos y descarnados brotaban en murmullos inexplicables maldiciones y rezos.

Los negocios debían andar muy malos porque las limosnas no daban para vivir; el pobre hizo economías, y en vez de dormir en la posada de la carretera de Extremadura, pasó al raso las noches, y en lugar de comer la bazofia de la tasca, recurrió á los mendrugos y á las sobras que le dieron en algunas casas.

Ni él mismo hubiera podido explicar cómo lograba resistir tales pruebas, ni cómo el estómago de sibarita había degenerado en zurrón de pobre; pero en el ciego parecía muerta la sensibilidad, y el instinto de conservación, egoísta, torpe y grosero, se sobreponía á todas las cosas, ahogaba todos los melindres y el mendigo luchaba por su vida lo mismo que si su existencia fuera una canonjía.

Empeoraron los negocios, bajó la colecta y el pobre trasladóse de la esquina de la calle de Atocha á la puerta de la iglesia de Monserrat.

Allí cambió algo su suerte y llegó á tener sus *parroquianos*. Entre todos ellos distinguía perfectamente, por el olor á almizcle que llevaba, á una mujer que con la misma palabra siempre, con un eterno monosílabo, un «Tome» conciso y seco, depositaba una moneda en aquella mano del mendigo huesosa y sucia.

Todas las mañanas, la hermosa feligresa, porque debía de ser muy hermosa, llegaba á la entrada de la iglesia, el mendigo la conocía en el rozar de la seda de la falda en los dos escalones de la puerta, sentíala acercarse por el menudito repiqueteo de sus zapatitos en el enlosado del piso y la sentía avanzar hasta él con el «Tome» en los labios, que antojábasele al pobre como un beso. Jamás la oyó más palabra que esa, y el mendigo hubiera dado cuanto hubiera tenido, si algo poseyese, por ver la cara á aquella mujer, pero los ojos permanecían fijos sin ver nada.

Un día el pobre notó la falta de su protectora, y el mendigo, sin echar de menos la moneda, se entristeció. Como aquel día hubo varios. El pobre llegó casi á olvidarla, pensando tranquilamente «puede que esté enferma ó que haya muerto.»

Una noche, el pobre, recostado en la pared de la calle de Atocha, pedía en vano una limosna á los pocos transeuntes que por la calle pasaban. Era ya muy tarde, y si no hubiera sido porque el pobre aguardaba el regreso á sus domicilios de algunos jugadores de la inmediata casa de juego, que solían darle alguna limosna cuando ganaban, ya se habría retirado al quicio de una puerta. El reloj del hospital dió las doce; la pareja de seguridad que rítmicamente paseaba por delante del pobre calló sus pisadas, silbó el viento y una lluvia menuda azotó la rugosa cara del mendigo.

Iba á marcharse cuando sintió pasos. Eran un hombre y una mujer; ésta reía y aquél hablaba. Aquella risa heló de espanto al mendigo, y como si algo grave le ocurriera, un temblor nervioso le hizo retirar la mano que iba á tenderles y sus ojos impasibles rodeáronse de un círculo de sangre.

Escuchó atentamente. ¿Sería el chasquido de un beso lo que oyó ó el chocar del aire en las paredes?

—Nos han visto, decía una voz de hombre al pasar por delante del mendigo.

La mujer respondió muy bajo:

—No; es *mi* ciego.

El mendicante comprendió al momento toda su miseria: aquella mujer que se alejaba, la que le socorría á la puerta de Monserrat, era ella, la misma que le había hecho desgraciado para siempre.

Al siguiente día todos los periódicos de la corte publicaban á modo de circular, entre otros *sucesos*, el siguiente:

«Anoche falleció repentinamente en la casa de socorro del distrito del Hospital, adonde fué conducido por una pareja de seguridad, un pobre mendigo cuyo cadáver no pudo ser identificado.

»El juez de guardia ordenó la traslación del cadáver al depósito judicial.

»Créese que el infeliz murió de inanición.»

La noticia no era exacta en su última parte.

El mendigo murió de ira porque no pudo arrojar al rostro de una mujer las monedas que de ella había recibido como limosna.

Esta fué una verdad que ni la autopsia misma pudo poner en claro.

P. GÓMEZ CANDELA

NUESTROS GRABADOS

Fachada principal de la exposición de Burdeos. – La exposición que actualmente se verifica en Burdeos es la décimatercera organizada por la *Sociedad filomática* de aquella ciudad: esta asociación, que se fundó en 1808 con 69 personas y que hoy cuenta 900 socios, pertenecientes á lo más selecto de la población bordelesa, tiene por objeto, según el artículo primero de sus estatutos, concurrir al progreso de las ciencias, de las artes, de la industria y de la instrucción pública, conceder en este sentido recompensas y estímulos, celebrar exposiciones, sostener cursos para el fomento de la enseñanza in-



Á ORILLAS DEL GUADALQUIVIR, dibujo original de Manuel García Rodríguez



SITIANDO LA PLAZA, dibujo original de Cecilio Pla



Fachada principal y fuentes luminosas de la exposición de Burdeos (de una fotografía)

telectual y moral y publicar sus propios trabajos y los que le son remitidos. Consecuente con este programa, ha fundado en Burdeos un curso de enseñanza gratuita técnico-comercial y profesional, que es un modelo en su género, y organizado exposiciones periódicas cuya importancia desde el punto de vista de la periodicidad sólo han superado las universales de París.

La exposición actual ocupa la vasta explanada de los Tresbolillos y sus inmediaciones, ó sea una superficie de cien mil metros cuadrados, espacio que á pesar de sus grandes dimensiones ha resultado pequeño para el número de expositores que al certamen han acudido. Compónese la exposición de un edificio principal que comprende una amplia nave, una inmensa sala rectangular llamada palacio de la Gironda, cuya fachada reproduce nuestro grabado. Adosada al palacio de los Vinos está la sala del Domo, construcción muy elevada que está ocupada por un teatro y contiene en su primera galería la exposición de las ciencias navales: la cúpula tiene una galería exterior, desde la cual se disfruta de una hermosa vista sobre la exposición y sobre la rada. En el hemiciclo está la exposición de electricidad. En las grandes galerías del monumento central están expuestos los productos que forman parte de la exposición universal, como los vinos y licores, la electricidad y las ciencias sociales; en el primer piso del palacio de la Gironda hay la exposición internacional y local de bellas artes.

Las principales secciones, además de las indicadas, son: dos galerías de máquinas, el palacio de las Colonias, el palacio de las artes religiosas, el acuarium, la exposición militar, el panorama de la batalla de Nuits, la botella monumental, el monumento de la exposición obrera, las aldeas anamita y africana, las fuentes luminosas, el casino y las grandes galerías anexas que contienen todas las menudencias propias de las exposiciones.

Carmen, estatua en barro cocido de Rafael Atché. – En distintas ocasiones nos hemos ocupado de las obras de este distinguido artista, y nos hemos complacido en rendirle un tributo de admiración, por su vigoroso ingenio y maestría. A esta circunstancia se debe que nos limitemos á consignar únicamente que, á pesar de su constante labor, no decaen sus cualidades ni se amortigua su ingenio, ya que por el contrario acreciéntanse á medida que la producción aumenta y el tiempo transcurre.

Nuestros lectores han podido admirar en las páginas de esta revista algunas de las geniales producciones de Rafael Atché, cabiéndonos hoy la satisfacción de aumentar la serie de las ya publicadas con la reproducción de la bonita estatua de *Carmen*, la protagonista de la inspirada obra del malogrado Bizet.

Recuerdos del baile, dibujo original de Francisco Maura. – A la galantería del distinguido pintor mallorquín Francisco Maura debemos la ocasión de poder publicar el bonito dibujo original titulado *Recuerdos del baile*.

El nombre del Sr. Maura es sobradamente conocido en el mundo del arte. Todavía están recientes sus últimos triunfos, y cuantos siguen con interés el movimiento artístico español han de recordar con gusto los cuadros *La venganza de Fulvia* y *Sin labor*, premiados en las exposiciones nacionales y hoy formando parte del Museo.

De ahí que nos circunscribamos á aplaudir al artista, que en unión de su hermano el distinguido grabador, tanto han enaltecido, con las producciones de su ingenio, el apellido que ostentan.

En la terraza del casino de San Sebastián, dibujo de Méndez Bringa. – Aquellos para quienes el veraneo no significa un descanso de la labor del resto del año, sino simplemente la continuación de la vida de ciudad interrumpida en las grandes poblaciones, por los rigores del estío en unas, por imposición de la moda en otras, han encontrado en San Sebastián cuanto apetecer podían. Allí las elegantes tienen ancho campo para lucir sus galas, los pollos terreno abonado para divertirse y hasta los políticos ocasión continua de proseguir los cabildeos del salón de Conferencias. El bulevard, la Concha, la Zurriola ven desfilar á las principales notabilidades femeninas y masculinas de la corte, y el casino brinda á todas horas á los concurrentes sus muchos atractivos, ofreciéndoles durante el día su hermosa terraza, en la que se disfruta agradable temperatura y se goza de preciosa vista, y abriéndoles de noche sus magníficos salones, en donde la juventud dorada se entrega á los placeres del baile.

Nuestro distinguido colaborador Sr. Méndez Bringa reproduce en su dibujo fielmente, y con esa pincelada fácil y distinguida que le caracteriza, el aspecto de la terraza del casino donostiarra, y por lo que en él se nos muestra comprendemos la predilección que por aquel bellísimo sitio tiene lo más selecto de la colonia madrileña, que acude todos los años á la capital de Guipúzcoa.

Flores del campo, cuadro de Manuel Villegas Brieva. – Delicada composición es, ciertamente, la que damos á conocer á nuestros lectores, obra del discreto pintor Sr. Villegas Brieva y una de las que más llamaron la atención de los inteligentes en la última exposición de Bellas Artes celebrada en Bilbao. En ella preséntase nuestro amigo como artista y como pintor, ya que aun en la sencillez y trivialidad del asunto por él escogido existe sentimiento y poesía, y pictóricamente considerada la obra resulta muy recomendable por las dificultades de tonalidad en ella resueltas.

No en balde el Sr. Villegas ostenta un apellido que significa una gloria artística para España, y aunque no sea el artista á que nos referimos quien la haya conquistado, justo es consignar que sigue con provecho la senda que tan brillantemente ha recorrido el laureado pintor que en Roma ha tantos años que enaltece con sus obras el arte patrio.

A orillas del Guadalquivir, dibujo original de Manuel García Rodríguez. – Grata impresión causa, cual todos los suyos, el dibujo *A orillas del Guadalquivir*, que reproducimos en estas páginas, original del pintor sevillano Manuel García Rodríguez.

Los premios alcanzados en varias exposiciones y el aplauso con que el público ha acogido siempre sus obras han dado á nuestro amigo honroso calificativo y el elevado concepto de formar en el grupo de nuestros primeros paisajistas.

Pocos como él han logrado trasladar al lienzo la vida, la frescura y la exuberante vegetación de la región andaluza, y pocos asimismo saben representar la risueña, la tranquila poesía de los paisajes de invierno, fríos y helados, imagen del letargo de la naturaleza.

A orillas del Guadalquivir es un bello apunte de los alrededores de Sevilla, fielmente copiado del natural y hermoso cual todo lo que rodea á la ciudad de la Giralda y del histórico Alcázar de D. Pedro.

Ausias March y el príncipe de Viana, cuadro de J. Cebrián Mezquita. – No es el Sr. Cebrián Mezquita un artista novel, al que sea preciso conquistar lauros y renombre para labrarse justificada reputación, puesto que sus méritos son de todos conocidos y sus obras atestiguan su valer y las cualidades que le enaltecen. Muestra de ello son sus grandes lienzos de carácter histórico, representando *El desembarco en Valencia de Francisco I*, *El destierro del Cid* y otros más, entre los que figura dignamente el que reproducimos, inspirado en el recuerdo de dos personajes que tanto significaron en la historia de nuestra región: el gran poeta Ausias March y el infortunado príncipe de Viana, á quien el pueblo glorificó después de ser malaventurado.

El Sr. Cebrián forma parte de ese grupo de artistas valencianos que tanto honran á su patria y al arte español.

Sitiando la plaza, dibujo original de Cecilio Pla. – Obra del laureado autor del notable lienzo *Lazo de unión*, premiado en la Exposición de Bellas Artes de Madrid ha poco celebrada, es el dibujo que bajo el título de *Sitiando la plaza* reproduce un cuadro de costumbres en la coronada villa, que sin ser exclusivo de aquel pueblo, toma el carácter de la localidad por los tipos representados.

Artista observador y reflexivo, ha podido ya Cecilio Pla conquistar merecida fama. Muchas de sus obras han obtenido primeras recompensas en públicos concursos y algunas de ellas figuran en los museos ó en poder de distinguidos coleccionistas.

En acecho, grupo en bronce de Agapito Vallmitjana Abarca (fundido en los talleres de Federico Masriera, de Barcelona). – Vivo está el recuerdo de algunas de las obras de este joven escultor, que, como *El cazador de leones*, tanto llamaron la atención de los inteligentes. En todas preséntase el Sr. Vallmitjana Abarca vigoroso y elegante, fácil, pudiéramos decir, y correcto, cual si las saludables enseñanzas de su padre y maestro se confundieran con ese modernismo que embellece todas las creaciones.

Vallmitjana Abarca no desdice de su padre, de quien sigue con gloria las huellas. Suyo es el grupo titulado *En acecho*, de que damos copia en este número, muestra de cuanto ha logrado realizar en el género especial por él escogido, preñado de dificultades y escollos, ya que se trata de la representación de animales.

MISCELANEA

Teatros. – *Madrid.* – Eslava y Apolo han inaugurado la temporada de 1894 á 1895, sin que hasta ahora hayan dado á conocer ninguna obra nueva. Lara abrirá sus puertas dentro de breves días, y á fines de este mes la Comedia, en donde actuarán Mario y María Tubau. Para el Español María Guerrero cuenta, entre otras, con cuatro obras de Echegaray.

Barcelona. – Los últimos conciertos de la capilla rusa fueron para ésta otras tantas ovaciones y ofrecieron la novedad de algunas canciones populares catalanas, arregladas por el señor Alió y el maestro Morera y cantadas de un modo admirable por las señoritas Inna y Margarita Slavianski, á quienes el público colmó de entusiastas aplausos. En vista del éxito obtenido, parece que en breve volverá á Barcelona la capilla rusa á dar algunas audiciones más. En el Tívoli siguen las representaciones de *La Dolores*, cuyas bellezas no se cansa el público de admirar: la función de despedida del maestro Bretón fué digno remate de los triunfos que su hermosa obra le ha proporcionado en nuestra ciudad. En Novedades, la compañía Tomba continúa logrando honra y provecho y alternando con las óperas serias las operetas bufas.

Necrología. – Han fallecido:

Alfredo Perca, notable dibujante español.

Babington, profesor de Botánica de la universidad de Cambridge, uno de los más famosos botánicos ingleses y miembro de la Sociedad Real.

H. Baillon, eminente botánico y profesor de la facultad de Medicina de París.

José Derenbourg, célebre orientalista, gran conocedor de las literaturas judaico-rabina y árabe, individuo del Instituto de Francia y ex profesor de la «Escuela práctica de altos estudios» de París.

Alberto Eduardo Nagel, profesor de Oftalmología y director de la clínica oftálmica de la universidad de Tubingen, famoso oculista y tratadista notable en su especialidad.

Jorge Patinot, director del importante diario francés *Le Journal des Débats*, uno de los más reputados periodistas de Francia.

Héctor Pessard, notable publicista, crítico de teatros del diario francés *Le Gaulois* y director del negociado de la prensa en el ministerio del Interior.

José Gerard, pintor y profesor de indumentaria en la Academia de Bellas Artes de Bruselas, considerado como una verdadera autoridad en aquella materia.

Enrique de Sybel, uno de los primeros historiógrafos alemanes, director del archivo del Estado de Prusia, profesor que ha sido de las universidades de Marburgo, Munich y Bonn, autor de varias importantes obras históricas, entre ellas de la *Fundación del Imperio alemán por Guillermo I* y *Correspondencia política de Federico el Grande*.

Roberto Toberentz, célebre escultor alemán.



Ausias March y el príncipe de Viana, cuadro de J. Cebrián Mezquita



Carmen leyó el billete

LAS DOS BANDERAS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

– Y sin embargo, milord, como usted ha observado antes, ese anglófobo habita la mayor parte del año en las cercanías de Gibraltar. ¡Misterios de la psicología ó de la locura! Tiene casa en Madrid, en Sevilla varios hermosos cortijos con morada cómoda, y sobre todo una magnífica posesión próxima á esta última capital, en Villaverde del Río, que pasa con razón por ser la mejor de Andalucía; y no obstante prefiere su residencia de Gibraltar. Parece como que se complace en tener abierta la herida de su patriotismo. Aquel trapo, como él llama á la bandera inglesa que flota sobre el Peñón, le fascina. El marqués, no tocándole á su locura, es, como D. Quijote, hombre de elevada inteligencia y vasta instrucción; y yo á veces pienso en que él se ocupa en algún proyecto, fuego de Arquímedes, máquina infernal, ó cosa así, para destruir la formidable fortaleza inglesa, y por eso quiere estar á la vista del inexpugnable Peñón. Lo cierto es que desde que enviudó, hace cinco años, el marqués sacó á su hija del colegio de París, donde se educaba, y se encerró con ella, con su gota y demás alifafes en su casa del Campo de Gibraltar.

– ¿Está enfermo el marqués?, preguntó M. Vannier.

– Sí, señor; la gota sobre todo le molesta mucho y le obliga, á más de su misantropía, á vivir retraído. Sin embargo, desde el año pasado, su hermana, la duquesa de Rocamora, ha conseguido sacarle de su retiro y hacerle que pase el invierno en Madrid. La duquesa, que no tiene hijos, adora á su sobrina y probable heredera Carmen, á quien el año pasado presentó en el mundo, y el marqués, por consideración á su hija, se resigna á separarse del pintoresco panorama del Peñón de Gibraltar; pero apenas asoma el mes de abril se vuelve allá, como si allí respirase mejor. ¿Comprenden ustedes el tipo?

– ¡Bah, M. Manrique!, observó el diplomático, no es tan raro como á usted le parece. En mi país hay millares de personas que sienten la eterna pesadilla de la Alsacia-Lorena.

– Lo que me extraña, prosiguió diciendo el pollo del frac encarnado, es que el marqués viva tantos años con esa idea fija. ¡Gracias al cariño de su familia, que si no!..

– ¿Y la señorita de Marbella participa también del odio de su padre hacia Inglaterra?, preguntó Carlos

– Si no con tanto extremo, natural es que esté también algo picada. No se vive con un loco sin contagiarse un tanto. Lo cierto es que Carmen, que va á todas partes, sea por imposición de su padre ó por propio impulso, no ha asistido nunca á las recepciones que suele dar el embajador inglés... Manrique se interrumpió, oyendo el ruido de la orquesta. Luego exclamó, poniéndose en pie y tirando su cigarro:

– ¡Se acabó el descanso, estoy comprometido á bailar: soy el Judío errante del baile!

Y despidiéndose del conde y de M. Vannier salió contoneándose del fumadero.

– ¿Qué le parece á usted nuestro pollo?, dijo el diplomático. Ha estado bien explícito.

– ¡Demasiado!, contestó Carlos con profundo desaliento. ¡Ah, M. Vannier!, al oirle he sentido la primera pena grave de mi vida.

«A Sir Osvaldo Limerik.

»*Madrid, 3 de enero de 1881*

»Queridísimo Osvaldo: Perdona si no he contestado á tu primera carta. Espoleado por la segunda, voy á ver si puedo coordinar mis ideas, que revolotean en el pensamiento sin hallar salida, bien así como el murciélago encerrado entre cuatro paredes. En tu última carta me comparas á Byron, no en el genio, y sí sólo en la romántica exaltación de mi carácter, y con esto te contestas á ti propio mejor que yo pudiera hacerlo. «¿Es posible, me dices, que el conde de Shéridan Argile, joven de veinticinco años, noble como un Plantagenet, futuro Par del reino, rico ya y opulento en el porvenir, esté haciendo el papel de un amante de novela?» Así somos todos: rechazamos lo que no sentimos. Tú comprenderías que yo me rompiese el alma en una carrera de campanario, porque te gustan los caballos, y no te explicas que sufra y muera quizá por el amor de una mujer. ¡Ah, querido Osvaldo! Tu culto por Sardanápalo ofusca la claridad de tu entendimiento, como el orgullo empequeñeció el de Byron al pensar su detestable tragedia. Sardanápalo, permitiendo á su amada morir con él en la pira, fué un egoísta vanidoso, y te suplico que nunca me le pongas por ejemplo.

»No niegues el amor exaltado, porque esta negación es una majadería, y debes comprenderle en mí mejor que en otro cualquiera. Tenía virgen la voluntad, pues he tenido cuanto he deseado, y ahora me estrello ante un obstáculo, y me sublevo á pesar mío, porque esto es dar en el vicio del orgullo, que tanto detesto, y yo quisiera sentir mi pasión inmaculada. Pero ¿quién no se irrita ante obstáculo semejante? Comprendo al guerrero de la balada alemana, que no pudiendo vencer á los impalpables espectros que le acosaban, atravesóse el pecho con su espada. Yo no puedo ser feliz porque una bandera en vez de otra ondea sobre un peñón. ¿Entiendes esto? A esto me dirás que acuso delitos propios, que critico la exaltación del patriotismo y disculpo y acaricio la del amor, porque la siento. Tal vez tengas razón.

»En tu última carta me señalas un recelo, muestras una extrañeza que tiene visos de verdad, y me das un consejo: voy á contestarte punto por punto. Mi buen tío Wolff y tú, teniendo en cuenta mi carácter arrebatado y voluntarioso, teméis que mi amor contrariado me conduzca á un término fatal; es decir, acaso hasta el suicidio: desechad este recelo. Además de que mis creencias son tan firmes como las de mi madre, que me las inculcó, debo advertirte que si antes estaba enamorado del planeta ahora lo estoy de la vida. Figúrate un hombre nacido y viviendo en una noche eterna. Siéntese rodeado del poético y suave efluvio nocturno; aspira al aroma de esas plantas y flores que sólo se abren de noche; admira los espejismos de la sombra, el reflejo de los astros reverberando en las aguas con mágicos efectos de luz, y al alzar los ojos al cielo, se siente embelesado en la contemplación de tantos miles de soles, no obstante de que éstos sólo le envían un resplandor lejano y tenue. Parécele hermoso todo esto, porque no ha visto otra cosa... Súbito percibe un fulgor desconocido que se diseña en la zona oriental, la sombra va aclarando, las estrellas palidecen y se ocultan como si se desvaneciesen en el espacio, el cielo se tiñe de púrpura, y en la superficie del mar rizado y ondulante aparece el sol, nuestro sol que nos acaricia con su calor y nos deslumbra con su hermosura.

»Pues bien, Osvaldo: yo estoy en el caso de este hombre... Te reirás de mis períodos líricos, y tal vez digas (porque te conozco): «¡Bah! No está tan hondamente afectado cuando tiene humor de escribir tales tonterías.» Es que toda pasión se desborda en frases; la madre no sólo ama y acaricia á sus hijos, sino que prorrumpe en expresiones tiernas, desahogo de su corazón.

»Desde que conozco á Carmen la vida ha tomado distinto aspecto para mí. Estaba desequilibrado y he encontrado base. Mis anhelos inexplicables, mis ímpetus, extravagantes si tú quieres, hanse fundido en un deseo único y tenaz... Ha salido mi sol; mas para desesperación mía, ahora se oculta tras ese maldito Peñón de Gibraltar.

»Comprendes, *hasta cierto punto*, el amor correspondido, pero no el desdeñado: yo, *hasta cierto punto* también, era y hasta soy de tu opinión. Mas, querido Osvaldo, es que creo que no me hallo en ese caso; lo cual, si bien me consuela, redobla mi angustia, por lo poco ó mucho que por causa mía pueda sufrir otro corazón.

»Tú, admirador de Sardanápalo, no comprendes estas delicadezas, y voy á explicarme para que me entiendas, *hasta cierto punto*. Cuando veo á la hija del marqués de Marbella en el teatro ó en algún otro sitio de reunión, la encuentro azorada, inquieta, como si mi presencia la fascinase. En dos ocasiones la he rogado que bailara conmigo, y ha rehusado con triviales pretextos, resignándose á no bailar en el resto de la noche. Insistí otro día, aceptó y bailamos. ¡Pero cómo!, sin decirnos una palabra, porque yo no quise aumentar su azoramiento. Al tocarse nuestras manos, la suya temblaba. Cuando terminado el rigodón la llevé al lado de su tía, no pude reprimirme, y antes de llegar le dije: «¡Compadézcase usted de mí!» Y entonces sentí el movimiento nervioso de un brazo que se desasía del mío No he vuelto á invitarla á bailar, ni á dirigirla la palabra. Me he informado de su carácter. Cada vez la veo menos, porque cada día se presenta menos en sociedad; pero oigo con avidez cuanto se refiere á ella. La otra noche, en la tertulia íntima de la embajadora de Francia, se hablaba de ella cuando yo llegué. Tenía la palabra el conde de Brenes, padre del impertinente pollo que fué el primer heraldo de mi desdicha, y decía á la sobrina de mi embajadora: «Estamos de acuerdo, señorita. Carmencita Marbella ha variado por completo. Como ustedes saben, yo soy allegado á esas familias, y días pasados me preguntó la duquesa de Rocamora: «¿Podría usted decirme, querido conde, qué tiene mi sobrina;?» y como yo mostrara extrañeza, repuso: «Carmen era antes alegre, demasiado alegre, y me traía en continuo movimiento: ahora soy yo la que tengo que animarla para que me acompañe. Hase tornado huraña, silenciosa...» Algún devaneo amoroso – interrumpí yo. – A su edad, ¿qué otra cosa puede ser? «¡Un devaneo! ¿Pero cuál? – replicó la duquesa. – No la he notado preferencia por nadie. Además, aunque la tuviera, esto no puede ser motivo de tristeza. Es casi imposible que mi sobrina sienta un amor contrariado, porque ¿quién sería tan necio que la desdeñara?,

ni mucho menos una pasión ilícita que no cabe en su altivo y recto corazón.» No quiero cansarte, querido Osvaldo, con nimiedades, de las que seguramente te burlarás. He apuntado esta conversación para que comprendas que si Carmen sufre es posible que sea por causa mía. Seguro que si en vez de leerme me hablases, me interrumpirías para decirme: «Pues entonces, ¡feliz mortal!, ¿de qué te quejas? Tú la adoras, ella te corresponde, ambos sois solteros y ricos; únete, pues, á ella á pesar del patriotismo de ese extravagante marqués de Marbella y de cuantos follones y malandrines se opongan.» ¡Ah, Osvaldo! Tengo la completa, la absoluta seguridad de que ella no se unirá ni á mí ni á nadie sin el consentimiento de su padre. Además participa también del odio de éste hacia todo lo inglés: me lo prueba una frase que la oí en el Campo de Gibraltar. Creo que mi pasión ha labrado en ella, que no soy ajeno á su mudanza de carácter por todos observada, y no obstante debo renunciar á toda esperanza. En cuanto á seguir tu consejo de poner tierra de por medio, ¡imposible! Mi suerte está echada: viviré siempre donde ella viva. Si ella sale de Madrid, haré una rápida excursión á Londres para abrazaros á mi buen tío y á ti; pero después iré donde ella esté, para embelesarme viéndola, para sufrir si ella sufre, quizá por mí. Tal es, en suma, la pasión: un goce en una pena.

»Carlos.»

PARTE TERCERA

I

El invierno del año de 1882 fué uno de los más crudos que en Madrid se han conocido. No llovió apenas, pero helaba casi continuamente. El sol no tenía fuerza, como si fuese un astro moribundo. Las pulmonías hacían su agosto en enero y febrero, y los madrileños que pudieron llegar á marzo mirábanse unos á otros, entre atontados y satisfechos, como náufragos salvados en una tabla. No hay que decir que con tan rigurosa estación, si heladas las fuentes y hasta el pobre Manzanares, lo estaban los lagos y estanques con más consistencia; lo cual fué estímulo para que se desarrollara la afición á patinar, iniciada ya en los años anteriores. Este ejercicio tiene cierto sello elegante, y por esto la gente que en Madrid presume de serlo entregóse á él con encarnizamiento. Uno de los sitios favoritos para dedicarse á este género de diversión era el estanque del jardín del duque de A..., donde concurrían con el difunto rey D. Alfonso lo más selecto de la sociedad madrileña. Había motivo para esta predilección. Además del tono aristocrático del hermoso palacio y todas sus dependencias, el estanque, situado en alto, escueto al Norte y muy amplio, ofrecía todas las condiciones apetecibles. El hielo tenía allí una consistencia de piedra, especialmente en un canalillo que forma el estanque, defendido de la influencia del sol por una apretada hilera de gruesos álamos que se alzan en ambas orillas, y cuyas hojas (cuando las hay) se enlazan formando una bóveda de verdura. Adquiere el hielo tal espesor en este sitio, que los jardineros no se tomaban el trabajo de tantearle.

Un día de los últimos de enero, próximamente á las tres de la tarde, había algunos patinadores en el susodicho estanque y algunos espectadores en las orillas. La concurrencia no era grande, porque el rey y la infanta Isabel patinaban aquella tarde en la Casa de Campo, atrayendo, como es natural, á la mayoría del mundo elegante. Sin embargo, el lector va á encontrarse con algunos conocidos nuestros, reunidos por diversas causas y aspiraciones. Entre los espectadores podemos citar á la duquesa de Rocamora, sentada entre el embajador de Francia y el primer secretario M. Vannier, deseoso siempre de oir las agudezas de la ingeniosa señora. A alguna distancia el duque de A..., ayudado por el conde de Brenes, hacía los honores de su jardín á la embajadora francesa y á varios diplomáticos, nuevos en Madrid, á los que el conde explicaba el origen del oso y del madroño que figuran en las armas de la villa y corte. Había además alrededor del estanque algunos otros grupos que no nos interesan, y no faltaba un cronista de *La Correspondencia de España*, encargado de las revistas del patinaje. Caía la tarde, y con esto comenzaba una helada soberbia. A pesar de los abrigos de pieles, los rostros empezaban á amoratarse de frío, pero todos le soportaban heroicamente, porque la diversión lo exigía.

En el estanque bullían varios patinadores de ambos sexos, jóvenes en su mayor parte y aprendices los más. La flor y nata de los diestros resbaladizos hallábanse en la Casa de Campo. Aquí no había ninguno que hiciese dibujos y otras lindezas con los patines. Patinaba Manrique Brenes, el precursor del frac encarnado, pero dedicaba á este ejercicio una atención desdeñosa. A pesar de su escepticismo amoroso, empezaba á sentir los flechazos del amor y dedicaba sus galanterías á Leonie, la joven y linda sobrina de la embajadora de Francia, que era una de las patinadoras. Carmen Marbella patinaba también con notoria habilidad, pero abstraída y silenciosa, como si su pensamiento estuviera en otra parte. En suma, poca animación. Sólo Leonie y el pollo Manrique daban el trazo alegre en aquel cuadro de hielo, adelantándose ella, que era más hábil, y procurando alcanzarla él. Por esto la duquesa de Rocamora dijo á un ex ministro aficionado á toros, que se aproximó á saludarla:

– ¿Verdad, Romero, que el estanque se parece hoy á la plaza del Puente de Vallecas? Sólo mi sobrina torea algo: los demás en mucho tiempo no pueden aspirar á la alternativa.

– Pues aquí vienen espadas de cartel, contestó el ex consejero de la corona.

II

Aludía á un grupo de caballeros, recién llegados, que se acercaron á saludar al duque de A... Eran todos extranjeros, y entre ellos se contaban un ruso y el primer secretario de la embajada inglesa, notables patinadores ambos. El conde de Shéridan Argile estaba también entre ellos. La mayor parte, calzados los patines, entraron en el estanque, que se animó con este nuevo y valioso refuerzo. El ruso escribió en el hielo patinando el nombre del czar, y el diplomático inglés hizo ejercicios de sorprendente habilidad. Carlos Shéridan, que patinaba también, era una medianía, pero atraía la atención por su elegante figura y la distinguida gracia de sus arranques; gracia bien natural, puesto que él sólo se ocupaba en mirar á la señorita de Marbella, si bien *refrenando* sus ojos al mirarla. En una ocasión en que seguía la estela de Carmen avanzó hasta ponerse á su lado y le dijo:

– Señorita, lleva usted desatado un patín. Permítame usted que se le arregle.

Ella se detuvo, él hincó una rodilla en el hielo, ató el patín, y al incorporarse fijó en la joven una mirada tan triste, tan apasionada, tan elocuente, que aquélla sintió humedecerse de lágrimas sus ojos, y quizá para ocultar su emoción describió un círculo alrededor del estanque, y entróse en el canalillo ya mencionado. Momentos después oyóse un grito de angustia, sobresaltáronse espectadores y patinadores, y todos acudieron hacia el sitio en que se había oído aquél. Pero los patinadores se detuvieron temerosos, pues al embocar en el canal vieron un extraño y doloroso espectáculo: Carmen estaba hundida en el hielo, asomando sólo la cabeza, y el conde de Shéridan, sumergido también, con la cara y manos ensangrentadas, hacía esfuerzos para sacarla, asiéndola por debajo de los brazos. Guardas y jardineros que habían acudido ayudaron al conde, y ambos jóvenes fueron sacados á la orilla.

Consternación general. El duque de A.. pateaba de cólera, jurando despedir á toda su servidumbre por su descuido en tantear el hielo. La duquesa de Rocamora recibió en los brazos á su sobrina, la cual no presentaba lesión alguna, y sí sólo un síncope, del que no tardó en volver. En cuanto á Carlos habíase sumergido por completo al principio, cortándose una oreja y las manos, pero siendo de estatura elevada pudo hacer pie en el fondo del canal, erguirse y atender al socorro de Carmen. Nadie se explicaba aquel accidente, porque unos pilletes de las caballerizas del duque de A..., que fueron los culpables, guardáronse bien de hacerlo. De una á dos de la tarde, hora en que guardas y jardineros estaban comiendo, habían entrado en el jardín y se solazaron á sus anchas sobre el hielo, golpeándole hasta hacer saltar un surtidor y cometiendo otras mil diabluras.

Los náufragos del canalillo fueron llevados al palacio, donde se secaron y mudaron de ropa traída de sus respectivos domicilios. El médico del duque de A... aplicó el oportuno remedio á las cortaduras de Carlos, y el suceso por el pronto no tuvo otras consecuencias. Carmen no sufrió novedad alguna, pero aumentóse la tensión de espíritu en que hacía tiempo vivía por causas fáciles de adivinar, tensión que se convirtió en continua excitación nerviosa al leer en los periódicos que el conde de Shéridan Argile, segundo secretario de la embajada de Inglaterra, estaba postrado con un ataque cerebral, de resultas de un enfriamiento. La duquesa de Rocamora creyó procedente presentarse en la embajada inglesa, en donde el enfermo habitaba, y aunque no pudo verle fué recibida por el embajador. Desde aquel día mandaba todas las mañanas á su mayordomo á enterarse del estado del doliente. Cuando el marqués de Marbella, que como ya sabemos, vivía en compañía de su hermana, oyó el relato del accidente en el estanque, dijo: «¡Es lástima que ese joven sea inglés!» En cuanto á Carmen .., ¿quién podría expresar lo que sentía? Amaba á Carlos con todas las fuerzas de su alma. Desde hacía mucho tiempo sentíase *absorbida* por aquella pasión, porque el amor intenso y respetuoso del joven extranjero era de esos á que no resiste un corazón delicado. En este punto, preciso es confesarlo, la mujer es superior al hombre; pues siente mejor la gratitud y la compasión. Acaso en este sentimiento interviene el amor propio; tal vez al corresponder al amor del hombre que la adora, recompensa la mujer lo *acertado* de la elección. Carmen desde que conoció la nacionalidad del conde de Shéridan quiso luchar contra su amor, pues harto comprendía el obstáculo que á él se oponía. Luchó doblemente por su padre y por ella misma, porque altiva y recta, sentía el perpetuo ultraje que Inglaterra infiere á España. Pero ¿qué tenía que ver aquel pobre joven, tan simpático, tan tierno, tan respetuoso, con las depredaciones de su país? ¿Por qué no era francés, como ella creyó en un principio? ¿Por qué no supo desde el primer momento su origen? Quizá entonces la *repentina simpatía* no hubiera tomado cuerpo. Así como Carlos oía hablar de ella, ella oía hablar de él. Los jóvenes diplomáticos de la embajada inglesa, míster Vannier, que le había conocido frívolo y bullicioso en París, y otras varias personas convenían en que al conde de Shéridan *le pasaba algo extraordinario;* tal era la mutación de carácter que observaban en él; sobre todo no se explicaban que con su gran nombre é inmensa fortuna hubiese solicitado el puesto de segundo secretario de embajada.

Pero ella se lo explicaba todo.

Y como si el acaso tuviera interés en fomentar su pasión, la preparaba señuelos extraordinarios; pues extraordinario había sido el accidente del estanque. El conde de Shéridan habíala salvado, y estaba peligrosamente enfermo, y sufría por causa de ella. ¿Qué menos había de hacer ella que rendirle por completo su corazón?

III

La duquesa de Rocamora, como ya se ha dicho, enviaba todas las mañanas á su mayordomo á la embajada inglesa á enterarse del estado de la enfermedad del conde de Shéridan; pero á Carmen no le bastaba saber de él una sola vez al día, y todos, poco antes de anochecer, mandaba con igual objeto á su doncella. Ésta, que se llamaba Antonia, tenía tres años más que Carmen, era hija de un antiguo guarda de la hacienda que el marqués poseía en Villaverde del Río, y se había criado con su señorita. Ambas jóvenes se querían como hermanas, conservando siempre, por supuesto, la distancia de clases.

Una noche, dos semanas después de haberse iniciado la enfermedad del conde de Shéridan, volvió Antonia de la embajada inglesa y buscó á su señorita que, como siempre, la esperaba con ansiedad. Desde luego Carmen observó un aspecto particular en su doncella, y temiendo alguna novedad funesta, apresuróse á preguntarle:

– ¿Qué hay, Antonia? ¿Cómo sigue el enfermo?

– Lo mismo, poco más ó menos, señorita, contestó la doncella con un acento extraño que alarmó á Carmen.

– No me engañes, dime la verdad.

– Siempre la digo, y aun pudiera decir que sigue mejor, pues ha recobrado el conocimiento.

– Entonces, ¿por qué traes ese aire tan preocupado?

– Señorita..., es que...

– ¿Qué es? Vamos, di, no me impacientes.

– Es que sucede una cosa... No sé cómo decirlo... Puede que haya hecho mal.

– ¿Pero qué has hecho? Acaba de una vez.

– Si la señorita lo permite, empezaré por el principio.

– Empieza por donde quieras, pero pronto.

– Lo digo al tanto de que sabiendo cómo han pasado las cosas, verá la señorita que no he podido hacer otra cosa.

– ¡Eres insufrible!

– No se incomode usted, ya verá lo que ha pasado. Oiga usted.

– Di.

– Llegué como siempre al portal, donde está la mesita con la lista de los que van á preguntar por el enfermo. Pregunté al portero, y en vez de contestarme, tocó un timbre. A poco acudió un criado muy bien puesto, que me dijo en chapurrado: «Haga usted el favor de subir.»

– ¡Ah!

– Subimos, atravesamos unas piezas muy alumbradas, y llegamos junto á una cortina. Entonces el criado me dijo: «Espere usted...» Yo estaba algo sobresaltada...

– Sigue, sigue

– Volvió á salir al momento y volvió á decirme: «Pase usted,» y alzó la cortina para que yo pasara. Pasé y me encontré con un viejo, que parecía ayuda de cámara. La pieza donde entré era grande y estaba poco alumbrada. El viejo me señaló un sitio, donde detrás de dos columnitas con colgaduras levantadas había una cama...

– ¿La del enfermo?

– Sí, señorita. ¡Pobrecito, qué desmejorado está!

– ¿Qué sabes tú? ¿Le conocías?

– ¡Vaya, señorita! Pues qué, ¿somos ciegos? Le he visto pasar mil veces por aquí á pie, á caballo, guiando coches. La última vez que pasó estaba yo en el portal hablando con el portero; por cierto que el señor Félix dijo: «Mira, Antonia, ¡qué señorito tan guapo, y qué caballos lleva!»

– Bueno: sigue, sigue.

– Pero enfermo y todo, sigue guapo, parecía en la cama un Santo Cristo rubio. El viejo me indicó que me aproximase. En la mesa de noche había un candelabro con tres bujías, pero una sola estaba encendida. El viejo incorporó al enfermo sobre las almohadas y se marchó. Entonces el señorito me dijo, fijando en mí sus ojos:

– «He sabido que viene usted todos los días á saber de mí.»

– Sí, señor, contesté yo muy confusa; las señoras me envían.

Siguió mirándome con ojos cada vez más tristes y más dulces, y continuó diciendo:

– «Tengo que pedirá usted un favor, que como tal vez me muera, espero que no me niegue.»

No contesté. Sacó de debajo de la ropa una mano muy blanca, y tomó muy despacio en el cajón de la mesa, que estaba medio abierta, un estuchito y un billete...

Carmen oía trémula de emoción.

– Me alargó ambas cosas, prosiguió Antonia, y yo las tomé sin saber lo que hacía...

– ¿Las tomaste?

– Sí, señorita. Estaba aturdida de sorpresa. El enfermo siguió diciendo: «El estuche es para usted. Como lo probable es que me muera, deseo que conserve ese pobre recuerdo de agradecimiento por las molestias que se ha tomado por mí. Ese billete – prosiguió diciendo de un modo que parecía que lloraba – suplico á usted que se le entregue á su señorita Carmen,» y como comprendiera que yo iba á negarme, continuó: «¡Se lo pido á usted por Dios! A un moribundo no se le niega nada.»

– ¡Oh, Antonia!

– Señorita, no sé si he hecho bien ó mal, pero yo no podía negarme. Además, entraron de pronto dos caballeros, uno de ellos creo que era el médico, y salí de allí casi sin darme cuenta de lo que me había pasado. Aquí está el billete.. El estuche tiene unos pendientes preciosos...

Carmen leyó el billete, escrito en letra apenas inteligible, que decía:

«Si vivo, rechazado ó correspondido, viviré por usted y para usted: si muero, acuérdese alguna vez del que tanto la amó.»

IV

Transcurrieron quince ó veinte días, en los que la enfermedad del conde de Shéridan presentó diversas fases. Después de haber pasado el ataque cerebral, inicióse ligera mejoría. Pero á poco se declaró una tenaz dispepsia, y á consecuencia de la debilidad producida por ésta y de uno de esos bruscos cambios de temperatura tan frecuentes en Madrid, se produjo una pulmonía. La duquesa de Rocamora era harto sagaz para no comprender que la agitación que notaba en su sobrina estaba íntimamente enlazada á la enfermedad del conde de Shéridan, y sólo la decía lo que parecíale conveniente del informe diario que la daba su mayordomo. Pero Carmen, por medio de su doncella, sabía la verdad. Supo, pues, el peligroso estado en que se hallaba Carlos, y que habían llegado á Madrid el conde de Wolff y Sir Osvaldo Limerik, tío el primero y amigo predilecto el segundo del joven enfermo. Desde entonces Carmen vivió en continua angustia, tanto, que hasta el marqués de Marbella, á pesar de su abstracción, hubo de notarlo.

– ¿Qué tienes?, preguntaba á su hija, estás pálida como una muerta y te vas quedando en un hilo.

Ella lo achacaba al excesivo frío que excitaba sus nervios, y entonces el marqués, que observaba además que su hija y hermana no salían tanto, solía añadir.

– Pues para ponerte enferma y no divertiros, no valía la pena de que me hayáis hecho venir á Madrid.

Una noche, poco antes de la hora de la comida, al atravesar la duquesa por una galería que daba al portal de la casa, vió entrar á Antonia, la doncella de Carmen.

Chocóle que ésta viniese sola de la calle, y con su habitual penetración, comprendió de dónde venía. Salióle al encuentro, la preguntó, y la muchacha, después de torpes reticencias, concluyó por confesar su diaria visita á la embajada inglesa.

– ¿Y qué te han dicho?, preguntó la duquesa. ¿Cómo sigue el enfermo?

– Muy mal. Esta noche le dan el Viático.

– ¿Esta noche? ¡Pues cómo Ramón no me ha dicho nada!

– Se comprende, señora. Esta mañana el enfermo seguía lo mismo que ayer; pero después se ha agravado mucho, y él mismo ha pedido que le administren hoy el Santo Viático, pues á lo que parece ese señorito es muy buen cristiano.

– No se lo digas á la señorita.

– Pensaba no decírselo.

– Pues bueno, ten cuidado de que no se te escape.

Desde aquel momento la duquesa estuvo preocupada, por varias razones. Su casa estaba situada en la Cuesta de Santo Domingo, y era de suponer que, como sitio más escueto, el Viático pasase por allí, en dirección á la calle de Torija, en donde está la embajada de Inglaterra; pues antes del último arreglo parroquial, la parroquia de aquel barrio era la iglesia de San Martín. Como el toque de la campanilla anuncia el paso del Viático, era casi seguro que Carmen la oyese y se enterara de á quién estaba destinada la santa visita; lo cual sería un rudo golpe para ella. La duquesa no sabía qué hacer para apartar esta contingencia, puesto que iban á sentarse á la mesa, y el comedor tenía balcones á la calle. Podía ser que la religiosa comitiva no pasara por allí, ó que aunque Carmen la oyera no se enterase; pero eran estas pro babilidades poco seguras.

El marqués, la duquesa, Carmen y su aya, doña Victoria, sentáronse á comer. La comida fué triste. El marqués comenzaba á sentir el ataque de gota, la duquesa y Carmen estaban preocupadas, ya sabemos por qué motivos, y en cuanto al aya, era de suyo ensimismada y silenciosa. Estaba á punto de terminar la comida, y la duquesa íbase tranquilizando, cuando de repente sonó el toque de una campanilla que, no obstante estar cerrados los cristales y maderas de los balcones, oyóse claro y distinto en el silencio de la noche.

– Pasa el Santo Viático, dijo doña Victoria, levantándose y tomando un candelabro con dos bujías encendidas que había en un aparador. El marqués, incorporándose con trabajo, se puso en pie. La duquesa y Carmen siguieron al aya y se arrodillaron en el balcón.

El piadoso acompañamiento bajaba por la Cuesta de Santo Domingo.

– Trae muchas hachas y coche, observó el aya.

La duquesa estaba sobresaltada; Carmen tuvo un presentimiento.

Los primeros que alumbraban al Viático tenían aspecto de criados de casa grande. Después venían algunos caballeros, y por último un coche á cuyos dos lados iban otros seis criados de librea.

Carmen conoció ésta, conoció al cochero que guiaba el carruaje, y hubiera caído al suelo á no haberla recibido en sus brazos la duquesa

Sufrió aquélla un violento ataque de nervios. Ya en la cama, se sosegó merced á los cuidados que le prodigaron, pero quedó muy postrada. Cuando vieron que ya estaba tranquila, el marqués se retiró á su cuarto, el aya se instaló en una butaca y empezó á dormitar, y la duquesa iba y venía de la habitación de su sobrina á la de su hermano, al cual íbasele agravando la gota. En una ocasión, al acercarse á la cama de Carmen, notó que ésta ocultaba el rostro entre las ropas, y la dijo:

– ¿Por qué te tapas? Sé que estás llorando, ¿y por qué lloras?

V

Dos días después, Carmen estaba repuesta, aunque muy débil. La duquesa recibió una carta de la embajadora de Francia, en la que ésta le daba amistosas quejas, por no verla en su tertulia hacía mucho tiempo. La duquesa iba á contestar disculpándose, pero Carmen mostró deseos de ir aquella noche á la tertulia. Su tía comprendió el motivo, que era la esperanza de oir hablar del conde de Shéridan y de su enfermedad. Con efecto, cuando entraron en el salón de la embajadora, se hablaba del enfermo, alabando unánimemente sus prendas personales y lamentando la dolencia que le aquejaba. A poco, presentóse M. Vannier, primer secretario de la embajada, y la embajadora le preguntó:

– ¿Ha visto usted al conde de Shéridan?

– Acabo de separarme de él.

– ¿Cómo sigue?

– Lo mismo.

– Pero ¿qué hacen los médicos que no le curan ó le matan?

– Los médicos, señora, combaten las afecciones que conocen. Pero hoy mismo me decía el conde: «Estos pobres doctores no saben de qué enfermedad muero. No es de su parte de donde ha de venir el remedio.»

Al decir estas palabras, parecióle á Carmen, que oía con ansiedad, que el diplomático la miraba intencionadamente. Estuvo á punto de prorrumpir en sollozos, pero pudo reprimirse. Afortunadamente se varió de conversación. Cuando salieron de la embajada, ya en el coche, la duquesa de Rocamora dijo á su sobrina:

– ¿Has oído lo que ha dicho M. Vannier referente al conde de Shéridan?

– ¡Ah, tía!, exclamó Carmen dejando correr las lágrimas tanto tiempo contenidas.

– A lo que parece necesita auxilios que los médicos no pueden darle.

– ¿Y qué he de hacer yo?

– Lo que dicte tu corazón.

A la mañana siguiente el conde de Shéridan recibió un billete concebido en estos términos:

«Si Dios oye mis ruegos, vivirá usted para mí. Y si una firme voluntad allana los obstáculos, no ha de *faltarnos* la mía. – C.»

Pasados tres días, al volver el mayordomo de la duquesa de Rocamora de la embajada inglesa, dijo á su señora que se había iniciado en el enfermo notable mejoría. Al anochecer, Antonia, la doncella de Carmen, confirmó tan grata nueva, exclamando, apenas vió á su señorita, que como siempre la esperaba con ansiedad:

– ¡Casi fuera de peligro! ¡Pronto voy á ponerme los pendientes que me regaló! Los médicos están admirados. El señor cura de San Martín, que salía del cuarto del enfermo, lo cree un milagro del Santo Viático

Carmen, no obstante sus preocupaciones, no pudo menos de sonreirse á la idea de que tal vez ella había tenido parte, aunque mínima, en aquel milagro.

Con efecto, la mejoría fué imprevista y rápida. Lord Wolff decía á su sobrino:

– Lo ves, Carlos, lo que yo me figuraba: con tu naturaleza sana y robusta, no podías morirte.

Y el conde contestaba:

– Sí, tío, la naturaleza.

Pero á su amigo íntimo, Sir Osvaldo Limerik, le decía enseñándole el billete de Carmen:



Esta ha sido la gran panacea

– Esta ha sido la gran panacea. Desde hoy me sardanapalizo. En cuanto me ponga bueno imitaré á tu ídolo: pediré á Carmen que se arroje conmigo á la pira, para abrasarnos en la llama de... amor.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL SENEGAL Y EL SUDÁN FRANCÉS EN EL CAMPO DE MARTE DE PARÍS

Entre las muchas exposiciones etnográficas que en el Campo de Marte de París se vienen celebrando de algún tiempo á esta parte, ninguna ha sido mejor comprendida que la organizada recientemente por los Sres. Barbier: es una aldea de negros trasplantada allí, no sólo con sus habitantes, sino que también con sus costumbres y usos, con todos esos mil pequeños detalles que únicamente pueden conocerse después de una larga permanencia en las apartadas regiones y cuyo estudio constituye la ciencia del hombre.

Cada familia negra de las instaladas en el Campo de Marte tiene una vivienda construída con adobes: todas estas casitas, copiadas fielmente de la de aquellos países, están agrupadas por razas, los wolofes separados de los peules y éstos de los susús. La mezquita con sus dos torres puntiagudas domina este conjunto de edificios.

Las producciones del país están representadas en la exposición, habiéndose sembrado varias plantas, especialmente el cacahuete, y traído algunos animales, como monos, puercoespines y gallinetas. Tambien se han instalado allí enormes colmenas.

Pero examinemos al hombre.

Para el vulgo todos los negros son unos: un hombre de color negro, nariz chata, cabello lanoso, pómulos salientes, labios abultados y risa estúpida; y sin embargo, en Africa las razas son muchas y muy variadas, y se distinguen con la misma facilidad con que aquí distinguimos á los naturales de naciones ó regiones distintas. Solamente en el Senegal pueden observarse por lo menos seis, cada una de las cuales está representada en la exposición del Campo de Marte.

Los wolofes ó leybús, negros de la costa, habitan San Luis y Dakar; han estado en contacto con los europeos, conocen algunas palabras del francés y son fieles á la bandera de Francia, que ondea desde hace siglos en su país. De ellos salen la mayor parte de los tiradores senegaleses y se levantan en masa cuando se trata de ir á batirse lejos y de conquistar Dahomey ó Madagascar.

Los wolofes ó leybús, como sus hermanos los sereres, que habitan un poco más al Sur, son hermosos tipos de su raza; su piel es de un negro subido, su fisonomía en extremo característica y su estatura muy elevada, no siendo raros entre ellos los hombres que miden un metro noventa centímetros.

El talón prominente no se presenta en ellos con frecuencia y las pantorrillas tienen generalmente regular desarrollo.

Los peules del Sudán, en cambio, son de un color negro rojizo menos obscuro que el de los wolofes; su rostro es menos ancho, sus cabellos negros y lisos menos lanosos, la nariz más pronunciada y la boca menos saliente: parecen, permítasenos la comparación, europeos que hubiesen tratado de convertirse en negros.

Entiéndase que al hablar así nos referimos á los peules puros, porque entre esos pueblos abundan los mestizos, productos de cruzamientos con los wolofes y otros.



Fig. 1. – Niños negros del Senegal bogando en una piragua en un lago artificial en el Campo de Marte de París (de una fotografía)

Los peules son fanáticos musulmanes y enemigos de los franceses: Faidherbe luchó contra ellos, y no hace mucho que las tropas francesas hubieron de reducirles á la obediencia en Segú por la fuerza de las armas.

Además de estos dos tipos, que son los más importantes, existen otros muchos, entre los cuales citaremos: los bambarras del Níger, recientemente sometidos á los peules, que son verdaderos negros; los mandingos de Futa-Djallon y de la Guinea inglesa, de tipo no menos nigricio; los saracoletes y los kassonkés, mestizos de negros, de peules y de moros, los susús de la costa y los dioses del interior, representantes del país de los Ríos, esa región cuya capital, Konakry, crece de día en día y cuyo comercio se ha desarrollado extraordinariamente en estos últimos años y que se considera como el camino más corto y más seguro para llegar al Níger.

El moro se diferencia mucho de los tipos descritos y se aproxima más al tipo blanco, con su agradable rostro moreno, su barba, su altiva mirada y su nariz aguileña. Habita en la orilla derecha del Senegal, en los confines del desierto que recorren sus hermanos los tuaregs. Los que hay actualmente en el Campo de Marte de París, instalados en una tienda de pelo de camello, son herreros y fabrican armas, brazaletes y las cajitas fetiches que se llevan suspendidas del cuello después de consagradas; pero también tienen algo de artistas y cincelan objetos de elegante forma con adornos delineados, curvas múltiples, ángulos y cruces.

Uno de los tipos más curiosos es el *negro blanco*, rareza de la que los sabios, desde Buffón, sólo habían podido hablar de oídas: es albino y pertenece á la raza uolove; sus padres son negros, lo propio que sus hermanos, siendo él el primer caso de tal naturaleza que se ha presentado en su familia. Nació con piel completamente blanca y cabellos blancos; sus pupilas, en cambio, son pardas y en su piel vense diseminadas algunas manchitas negras del tamaño de una cabeza de alfiler.

En la aldea reinan la animación y la alegría y sus habitantes dan continuas muestras del carácter bonachón que distingue á los de su raza, acercándose á los visitantes, dándoles la mano y pidiéndoles unos céntimos con acento regocijado como la cosa más natural del mundo.

Unicamente el morabito se mantiene en una actitud altiva y reservada: allí se le ve rodeado de chiquillos, haciéndoles recitar versículos del Alcorán inscritos en grandes tablas.

Las mujeres se ocupan activamente de los quehaceres domésticos; una corta la carne en pedacitos y hace cocer el arroz; otras machacan el grano en su enorme mortero de madera, trabajo largo y penoso. Todas tienen gran número de hijos, cuyo cuidado no les causa gran molestia: la madre lleva el pequeñuelo á la espalda dentro de un paño atado á la cintura; el chiquitín, que sólo puede asomar la cabeza, se acostumbra pronto á esta clase de cuna y en ella lloriquea, ríe y duerme. Las niñas se habitúan desde su infancia á esta carga, consecuencia de la maternidad, ensayando el papel de madres con sus hermanos menores á quienes llevan de este modo en cuanto tienen fuerza para ello, no faltando quien asegura que á falta de hermanitos hacen la práctica con una botella.

Esta costumbre no es exclusiva de las ulovas; dondequiera que la mujer ha de trabajar no puede llevar en brazos á su hijo como las europeas, y de aquí que se lo cargue á la espalda, en donde no la molesta, pues las manos le quedan libres para sus faenas y en la cabeza puede llevar fardos fácilmente. Así la vemos entre las japonesas, en África, desde el Congo á Zululandia, en América y en la Oceanía.

Todos los negros del Campo de Marte son fanáticos por el baile: la *cora*, especie de guitarra, y el *balafón*, parecido al tímpano de los húngaros, dejan oir sin cesar sus notas, siempre parecidas, acompañadas de palmoteos, mientras las mujeres hacen mil contorsiones y los hombres bailan la danza del sable. Más allá resuena el tamboril acompañando los



Fig. 2. – Grupo de negras en la aldea sudanesa construída en el Campo de Marte de París (de una fotografía)

ejercicios de los *griots*. Los griots constituyen una casta despreciada y al propio tiempo admirada: son los trovadores de los negros que cantan las hazañas de sus reyes y divierten á la multitud; ejecutan mil contorsiones de clown, imitan al tigre que se arrastra y salta á botes y al ciego que anda á tientas, para lo cual ponen los ojos en blanco y hacen otra porción de cosas análogas.

Entre los ejercicios que practican esos negros, el más curioso es el modo como se encaraman á los árboles: para ello les basta una cuerda que rodea el árbol y su cuerpo, siendo para ellos esto un punto de apoyo suficiente. Apoyándose en el árbol por los pies y por la cuerda, van subiendo alternativamente ésta y las piernas, conservando el cuerpo una posición casi horizontal.

Esta manera de subir á los árboles está muy generalizada no sólo entre los pueblos salvajes sino que también entre algunos civilizados.

Cada vivienda del Campo de Marte presenta un detalle nuevo: en una, vemos á una negra peinando á otra; con paciencia ejemplar se está un día entero uniendo los crespos cabellos de su compañera en pequeñas trenzas y formando con ellas distintos armatostes á modo de cascos y crestas; en otra un joyero fabrica sortijas y brazaletes; aquí una negra confecciona cacharros con las manos y sin torno; allí un médico indígena cubierto de fetiches y de amuletos asiste á los negros enfermos con la misma gravedad de uno de nuestros doctores.


Fig. 3. – Un negro del Sudán (de una fotografía)

Un lago con numerosas sinuosidades permite admirar la prontitud con que los negritos se sumergen en el agua para pescar las monedas que se les arrojan: en el continente negro acércanse nadando al buque que arriba á sus costas, y piden que se les echen monedas que saben recoger sumergiéndose en el mar.

Otros chiquillos bogan en piraguas largas y estrechas vaciadas en un solo tronco, como puede verse en la figura 1. Este grabado y los otros dos que publicamos permiten formarse una idea completa de lo que son aquellas gentes y sus costumbres.

Por lo expuesto se comprende que el espectáculo del Campo de Marte constituye una verdadera exposición etnográfica; en ella no se ven salvajes cubiertos de ridículos oropeles que desempeñan un papel aprendido de antemano, sino que los negros que allí hay viven como en su país y siguen fielmente sus costumbres.

DR. FÉLIX REGNAULT

(De *La Nature*)



En acecho, grupo en bronce de Agapito Vallmitjana Abarca

(fundido en los talleres de Federico Masriera, de Barcelona)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 23 de septiembre de 1895 — Núm. 717



LOS DOS HIJOS DE RUBENS, cuadro de Rubens

(de fotografía de Braun, Clement y C.ª, de Dornach)

CRÓNICA DE ARTE

No pretendo ocuparme en esta *crónica* del arte que se produce en los *estudios* de los artistas; me limitaré á dar algunas noticias y á dedicar un recuerdo al que fué en vida Alfredo Perea.

Pertenecía Perea á la generación aquella que puede considerarse como precursora del renacimiento pictórico realizado por Rosales, y al que coadyuvaron Palmaroli, Sans, Domingo, Mercadé y otros artistas, quienes, ya muertos unos, otros caminando hacia el ocaso de su existencia, dejaron inscritos sus nombres en páginas imperecederas. Entre esos artistas existía un grupo formado por los hermanos Rico (Bernardo y Martín), Rui-Pérez, Zamacois y Jiménez: de este grupo formaba parte Alfredo Perea. Poco conocidos en España, á excepción de Bernardo Rico, las obras de estos pintores apenas ejercieron influencia en la marcha de nuestro arte pictórico: mas no por eso pasaron inadvertidos, pues los escasos cuadros que de ellos se conocieron en nuestra patria tuviéronse como revelación de un nuevo rumbo á la pintura, el de género y de costumbres.

Perea, educado en el gusto parisiense, el cual influía de un modo casi absoluto en todos sus citados compañeros, dibujaba con gracia y muy correctamente; la línea era un tanto afeminada; el toque brillante y delicado. Si no poseía una tan viva imaginación y no era tan hondamente epigramático como Zamacois, ni tan sólido como Rui-Pérez, tenía en cambio muy buen gusto y manejaba la acuarela magistralmente.

Después de largos años de residencia en París, donde hacía la vida de los últimos bohemios, regresó á Madrid. Por entonces los acontecimientos políticos y el gran movimiento literario que á pesar del estado de la política ó quizá por ese mismo estado marchaba boyante, proporcionaron diaria ocupación á su lápiz y con Ricardo Balaca trabajó en las principales publicaciones ilustradas é ilustró gran número de novelas y libros de todo género. Pero el mejor período de la vida de Alfredo Perea fué aquel en que la acuarela, puesta en moda por los fortuñistas, invadió las exposiciones oficiales y las particulares, y en el que se fundaron sociedades como la de Acuarelistas de esta corte. Perea, que hizo muchas acuarelas y algunas dignas de encomio grande, pudo vivir con holgura y realizar su ideal, recordar los buenos tiempos de la bohemia parisiense. Mas como la moda es pedestal deleznable para sostener largo tiempo ni aun entidad como el arte mismo, la acuarela al cabo dejó de estar en auge y Perea hubo de comenzar á sufrir las consecuencias.

Mas no era el carácter de Alfredo Perea fácil á las tristezas de ningún género. Al abrigo de ciertas necesidades por el cariño que le profesaba su cuñado (fallecido hace un año próximamente), el director de *La Ilustración Española y Americana* Bernardo Rico, pudo ir sobrellevando los vaivenes, algunas veces bien acentuados, de la suerte. Ultimamente, apretado por los años y por crecientes necesidades, hubo de solicitar una plaza de *ayudante* supernumerario en la Escuela central de Artes y Oficios, que le fué concedida. Entre el sueldo de esta plaza y las lecciones de dibujo y acuarela que daba á aristocráticas señoritas de esta corte, pudo ir sorteando con relativa facilidad las dificultades pecuniarias que le creaba su querida bohemia y el sostenimiento de un hijo de muy pocos años.

Era Alfredo un *causeur* delicioso. Relataba la cosa más insignificante, la que menos se prestase al chiste, con verdadera gracia. Concurrente asiduo al círculo de Bellas Artes, allí tenía siempre un puesto entre sus antiguos camaradas, quienes no se encontraban á gusto si por casualidad faltaba á la tertulia. Aún recuerdo las bromas y las risas á que dió motivo Perea una noche, relatándonos un encuentro que tuviera por la tarde. Es de advertir que Alfredo no representaba la edad que tenía, pues á lo de pulcro en el vestir, unía lo de un tipo aniñado. Yo no sé si creía efectivamente que aún el *amor le agitaba fuertemente*, según su frase; pero fuese cierto ó no, lo indudable es que pasaba por haber sido un conquistador afortunado. Y voy al cuento.

– Esta tarde, exclamó de pronto, he sufrido una impresión horrible. Balsa, que me acompañaba, puede deciros como es cierto.

– Sepamos, dijéronle todos los que le escuchaban, disponiéndose á reir un rato.

– Nada; no fué nada. Es decir, para otro que no sea este cura, la cosa no tiene importancia; pero para mí.., como soy así tan...

– Entendido.

– Pues lo que me ha pasado ha sido lo siguiente. Habíamos estado Balsa y yo en el estudio de Casto (Plasencia) y bajábamos por la calle de Colmenares, cuando de pronto, y por la misma acera por que marchábamos, vimos venir en dirección contraria una mujer alta, elegante, con unos andares de princesa. Yo me eché al arroyo para dejarle paso y para verla de cerca... ¡Chicos, qué..!

– Vamos, un esperpento, dijeron los oyentes á una voz y comenzaron á bromearle.

– Nada de eso: ¿verdad, Balsa? Una mujer divina, muchachos, ¡divina! Ella, al ver que yo le dejaba el paso por la acera, ¡me echó una mirada!.. Vamos..., sentí como si me hubiesen dado con una maza en el pecho y en la cabeza, y si no me agarro á Balsa..., ¿verdad, Balsa?; si no me agarro á Balsa, caigo allí redondo.

Las risas estallaron con estrépito, y Perea siguió tomando con gran tranquilidad el *bock* de cerveza que tenía delante. Debo advertir que Perea tenía cerca de sesenta años cuando contaba lo que acabo de referir.

La última vez que le vi fué en el jardín del círculo de Bellas Artes, tres días antes de su muerte. Quejábase de un pequeño dolor en el costado, pero no le daba importancia; y si se la daba era tan poca, que se disponía para asistir aquella misma noche á un banquete en la calle de Toledo, en casa de unos tratantes en carnes ó en granos (que de esto no estoy seguro), quienes celebraban la festividad de la Virgen de la Paloma. El relato que nos hizo *à priori* del *menú* del banquete nos entretuvo cerca de media hora, pues era cosa de verle y oirle describir los platos.

Murió solo. Su hermano Daniel le encontró muerto en el estudio, en el cual vivía. Salvo unos cuantos amigos, nadie se enteró de la muerte de Alfredo hasta que los periódicos dieron la noticia al día siguiente, cuando ya el cadáver había recibido cristiana sepultura. Los únicos retratos que de Perea se han publicado están hechos al lápiz, uno por su hermano y otro por Alcántara, y tomados de otros dos: uno que guarda el círculo de Bellas Artes, pintado al óleo en una noche y de cuerpo entero; el parecido no es muy grande: el otro es copia del que posee, también al lápiz, la Sociedad de Acuarelistas. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se ha quedado sin el que, gracias á la galantería de mi amigo, le remitía, con otro del desgraciado Casimiro Sainz, pues se ha *extraviado* el paquete en el correo. Naturalmente, como podrán suponer mis lectores, me he guardado muy bien de reclamarlo en la Central. ¡No había de parecer!

***

Ya se han presentado en la Academia de San Fernando los bocetos para la estatua que ha de erigirse en esta corte á D. Claudio Moyano. Que yo sepa, asisten al concurso Masinos, Parera y Querol. Para el de la estatua á Moreno Nieto, es probable, á pesar de lo exiguo de la cantidad, que acudan á la liza más de seis y de ocho escultores, algunos también de renombre.

***

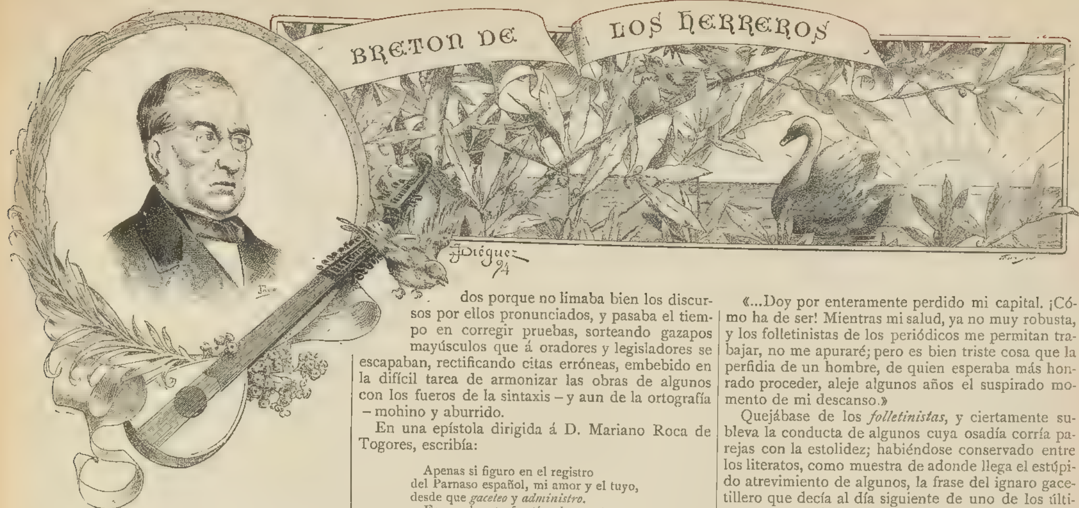
Dentro de pocos días, el otoño, el melancólico otoño, vendrá á sustituir al verano. Es el otoño, para mí al menos, la estación más bella. Como artista, los varios matices de que se visten en esta época los árboles y los montes y las vegas y el cielo; las distintas tonalidades de la luz del sol, límpida, esplendorosa al mediar el día, del color del ópalo al caer de la tarde, del oro, pero del oro viejo, en el instante de transponer el horizonte; las tonalidades de la Naturaleza en esta estación me encantan, repito, como artista que soy. Y así es que al mirar el lienzo que reproduce el paisaje otoñal, aquí en la corte, donde tiene asiento lo ficticio, lo fabricado por el hombre, contrahecho, aun cuando sea de mármoles y bronces, de sedas y terciopelos; aquí donde el árbol está sujeto, como el césped, como el rosal, al absurdo y antiestético arte de la jardinería; aquí donde solamente alcanzamos á ver eriales blancuzcos que rodean en tres cuartas partes el perímetro de Madrid, eriales en los que no se alza un árbol, ni una roca cubierta de musgo, ni corre un solo arroyo; aquí donde para mitigar un tanto la nostalgia que me acomete de los montes y de los valles que me han visto nacer, necesito marchar á la Moncloa, y prescindiendo de los pinos y de los álamos alineados, dirigir la mirada á la majestuosa cordillera del Guadarrama, á las indecisas, por la distancia, siluetas de los bosques que se extienden en su base, el lienzo que reproduce el paisaje otoñal tiene – hablo siempre de mí – el encanto de una voz amiga que canta la canción campesina de mi tierra; el encanto de un momento de aquellos en que oreaban mi frente las blandas y húmedas brisas del mar; el encanto de un instante de olvido para la activa vida diaria del periodismo, del libro, de la discusión, de la labor sin tregua. No otro paisaje que el otoñal produce en mí emoción tan honda. El que pinta la primavera me causa tristeza; cada una que pasa es nueva distancia que me separa de las energías é ilusiones de la juventud: el que pinta el verano, como el verano me abruma con su ambiente de fuego, con la monotonía de los tonos, con sus líneas duramente recortadas por la luz del sol, violenta y antiestética; el que pinta el invierno..., ese me gusta también, no como el del otoño, pero sí más que los que inspiran el verano y la primavera; y me gusta y me produce emoción estética honda, precisamente porque tras la aparente muerte de la Naturaleza, sobre la cresta de la montaña, sobre las olas del encrespado mar, sobre las desnudas ramas del bosque, bajo la mojada y negra tierra de la vega, se siente, como impalpable espíritu, latir la idea de la vida universal, que va en alas del huracanado viento, envuelta en el manto de las nieblas, guardada en la gota de lluvia.

¡Ah!, pero el paisaje de otoño tiene la belleza plástica de la estatua pentélica que esculpió Fidias, doró el sol y matizó la lluvia, y la belleza sujetiva de un sueño de adolescente, de un pensamiento de Platón, de la caricia de una madre, de la esperanza de un místico, del último beso de un amante. La tarde de otoño, allá en el campo, es inenarrable; para pintarla, para reproducirla con el pincel, es menester que el sentimiento guíe la mano. No basta, no, la habilidad mecánica, ni el golpe de vista seguro, ni poseer una cámara obscura por retina, ni dominar la gama de los colores como los más grandes coloristas; es preciso algo más, bastante más.

Yo quisiera que el paisajista estudiara el paisaje, no para reproducir líneas determinadas y tonos con mayor ó menor fidelidad, porque entiendo que la simple copia de lo que perciben los ojos no produce emoción estética duradera, porque muy pronto la fotografía hará esa reproducción tan fielmente como no será capaz pintor alguno, sino para sentirlo, para encontrar las ocultas líneas de su carácter, de su fisonomía interior, de la que forman parte, además de la estructura, la luz, la latitud, la orografía y hasta las costumbres de sus habitadores. Y he aquí por qué el paisaje otoñal no puede buscarse en ciertas regiones. Para comprender toda la belleza del otoño, creedme, no puede irse á los países llanos ni á los cálidos, es menester internarse entre montañas, donde las nieblas guardan sus flotantes gasas; donde las ligeras brumas del río ó de la costa brava se extienden por el valle como ondulada cinta de encaje; donde el pino, siempre verde, contrasta con la hoja, convertida ya en lámina de oro, del castaño ó del nogal; donde la nota encendida del rojo de los frutales y de los pámpanos, se mezcla con las pálidas y tembladoras ramas de los álamos; donde la vega presenta veinte tonalidades distintas, pero todas fundidas por la suave neblina del húmedo ambiente; donde el humo de la roza que impulsado por el aire otoñal baja rastreando la ladera del monte, vaya á confundirse con las primeras evaporaciones del tortuoso río; donde el cielo de color azul de la turquesa se colore al transponer el sol la dilatada línea del mar ó la quebrada y ruda de la cordillera, con tintas de ópalo y violeta y carmín. En esos países es donde el pintor puede pintar el otoño, donde puede realizar una obra llena de sentimiento, cuajada de bellezas. Cierto que la inspiración sabe encontrar motivos para producir una obra maestra, allí donde nadie columbra belleza alguna; mas al fin y al cabo es preciso que el artista se sienta subyugado por algo para producir, y que ese algo sea fundamento sólido, positivo sobre que dejar á rienda suelta la fantasía y el sentimiento.

He aquí mi *crónica* de esta quincena: si no he descrito un cuadro pintado por la mano del hombre, he descrito, ciertamente que de un modo harto pedestre, un paisaje creado por Dios.

R. BALSA DE LA VEGA



SEMBLANZA

Artículos doctrinales ó de costumbres á cientos, composiciones líricas y satíricas á miles, ciento setenta y cinco obras dramáticas de todos géneros, prueban la vena fecunda que brotaba á borbotones de los puntos de una pluma sin igual en la pintura de las clases medias de su tiempo. Grabados con apacible encanto, permanecen y duran, para enseñanza de los venideros, los personajes que se agitaban y vivieron en los dos primeros tercios del presente siglo, moviéndose dentro del marco de argumentos sencillísimos con espontaneidad, gracia, travesura y desenfado que igualan á los empleados dos siglos antes por el gran Tirso de Molina.

Físicamente era el gran poeta hombre de complexión recia, cráneo voluminoso, abultado de facciones, de expresión apagada y triste en sus últimos, años, sin que prestara animación á la parada fisonomía la mirada que del único ojo en que conservaba vista se filtraba al través de los anteojos

Fué Bretón ejemplo notabilísimo de lo que puede la educación propia y el propio esfuerzo. Adolescente todavía, pobre y huérfano de padre, sentó plaza para no ser gravoso á sus parientes, tomando parte en la épica guerra de la Independencia; en nueve años de servicio militar no pasó de cabo, y á los treinta de edad hallóse sin carrera, sin oficio ni beneficio, obligado á vivir de su pluma y falto de educación literaria, sin conocimiento claro de los clásicos, y persuadido de que los escritores que en sus primeros ensayos le habían servido de norma, eran precisamente de aquellos que cuidadosamente debe huir quien quiera marchar en las sendas del arte por la vía derecha. Entonces dió por sí mismo comienzo á su educación artística leyendo á los maestros, aprendiendo el francés y el olvidado latín, logrando con esfuerzo gigante concluirla, perfeccionándola más tarde, animado ya por los aplausos del público con el roce y trato con los escritores eminentes de la época. Él mismo atribuía sus triunfos á la adversidad, «cuyo aciago rostro tuvo la dicha de conocer desde la adolescencia.» Y ciertamente que el literato no hizo sino dar forma artística á lo aprendido en los enojosos años del servicio militar, en la vida monótona del empleado de corto sueldo en provincias, á lo observado en la ancha escuela del mundo, en el café, en las ventas, en los caminos y en los cuarteles. Por eso sus obras son verdaderas, sus personajes retratos, sus escenas tienen la animación y el movimiento de la vida misma.

Dijo Bretón más de una vez que la lengua castellana era su pasión y á la par su único patrimonio, y ciertamente del cultivo constante de esa mina inagotable, y por él tan ahondada, sacó, además de los goces del entendimiento, valer y posición social, el respeto y la admiración de las gentes, gloria y el esplendor de un nombre colocado como timbre de honor con letras de oro en la humilde casa del pueblo de Quel, donde nació en el año de 1796.

Ya en la plenitud de su fama nombráronle sus amigos director de la Imprenta Nacional y redactor jefe de la *Gaceta*. Lo que sufrió en tal cargo no es para contado. Irritábanse con él ministros y diputados porque no limaba bien los discursos por ellos pronunciados, y pasaba el tiempo en corregir pruebas, sorteando gazapos mayúsculos que á oradores y legisladores se escapaban, rectificando citas erróneas, embebido en la difícil tarea de armonizar las obras de algunos con los fueros de la sintaxis — y aun de la ortografía — mohino y aburrido.

En una epístola dirigida á D. Mariano Roca de Togores, escribía:

> Apenas si figuro en el registro
> del Parnaso español, mi amor y el tuyo,
> desde que *gaceteo* y *administro*.
> En vez de estrofas *tórculos* construyo,
> y *en prensa* día y noche — ¡mal pecado! —
> al plectro el expediente sustituyo.
> De *letras* por doquiera bloqueado,
> sólo ya las conozco por el tipo:
> mi numen no es ya Apolo, es el Estado.
> Y aunque lo rija el que escribió el *Edipo*,
> el Estado es prosaico aquí y en Asia,
> y yo de su influencia participo.

La verdad es que ni las águilas ni los ruiseñores han nacido para volar y cantar en las polvorientas salas de las oficinas. Si tal le sucedía á Bretón siendo jefe, calcúlese lo que pasaría cuando de subordinado y con escaso sueldo andaba rodando por esos mundos de Dios, con su numen vigoroso sometido á estampar enfadosas minutas, y quizá á las órdenes de quien, como ocurre con frecuencia, adquiere con los hábitos rutinarios de la Administración sórdida mezquindad de miras, unida visiblemente á un orgullo estúpido por la posesión de cuatro recetas oficinescas, bastantes á satisfacer y llenar por completo un ánimo incapaz de elevarse á algo noble y levantado, ni siquiera á comprender lo que pueda haber de útil y digno en funciones que mira sólo por su aspecto más estrecho y antipático.

Mas las tareas administrativas lo mismo que las políticas fueron tan sólo episodios en la vida de Bretón, dedicado con alma y corazón al cultivo de las patrias letras, á las cuales debió sus mayores goces y también sus más hondas amarguras. Fueron éstas de tal clase, que le hicieron variar por completo de carácter. Quien de joven fué jovial, placentero, de buen humor revelado en inagotables carcajadas, tornóse con el transcurso de los años en receloso, frío, hosco hasta á las afecciones de la más pura amistad. Necesitaba aquel hombre el favor del público como el aire para respirar. Quince años de continuos triunfos le habían acostumbrado al aura popular, y cuando ésta debilitada se desvaneció y el gusto del público se encaminó por otros senderos, el poeta encontróse tan desesperado, que al ver el disfavor con que hacia el año 1840 fueron recibidas algunas de sus producciones, los juicios enconados de la prensa olvidada de sus extraordinarios méritos, y hasta juzgándose amenazado en su seguridad personal á consecuencia del tumulto que promovió entre la milicia nacional el estreno de *La ponchada*, pieza dramática de circunstancias, formó el proyecto de expatriarse y abandonar para siempre la escena. Tenía el modo de ser de Bretón mucho de pueril, y el halago del público y los amigos en la sociedad *El Liceo*, y el codiciado aplauso otorgado á la comedia *El cuarto de hora*, dada con nombre supuesto, y en la cual, como en todas las suyas, brilla la gracia inimitable del lenguaje y la facilidad del verso, esmaltando la singular donosura del chiste, le apartaron de su malhadado intento. Quedó, sin embargo, el sedimento de tristeza y amargura que los tiempos se encargaron de acrecer.

Un revés de fortuna, mejor dicho un desengaño, contribuyó por manera poderosa á lanzarle en tal camino. Perdió dos mil duros depositados en poder de cierto individuo que desapareció de pronto de Madrid, huyendo de la muchedumbre de sus acreedores. En una carta escrita por Bretón á raíz del suceso, marca las espinas que el poeta llevaba clavadas en el alma.

«...Doy por enteramente perdido mi capital. ¡Cómo ha de ser! Mientras mi salud, ya no muy robusta, y los folletinistas de los periódicos me permitan trabajar, no me apuraré; pero es bien triste cosa que la perfidia de un hombre, de quien esperaba más honrado proceder, aleje algunos años el suspirado momento de mi descanso.»

Quejábase de los *folletinistas*, y ciertamente subleva la conducta de algunos cuya osadía corría parejas con la estolidez; habiéndose conservado entre los literatos, como muestra de adonde llega el estúpido atrevimiento de algunos, la frase del ignaro gacetillero que decía al día siguiente de uno de los últimos estrenos del famoso escritor: «¡Aconsejamos al Sr. Bretón!.»

Abrumaba á éste el temor del fracaso. Creyóse perseguido por impalpables enemigos, y más de una vez dió sus obras guardando rigoroso incógnito, y aun asistió como espectador indiferente al estreno de *¿Quién es ella?*, cuyo autor, mucho antes que los actores lo proclamaran, lo dijeron harto claro al público inteligente la viveza del diálogo y la maestría del lenguaje, en las cuales no ha tenido rival el poeta riojano.

Cuando dominaba el romanticismo luchó victoriosamente con él, aun cuando alguna vez cultivara también el género, con la expresión acabada de sus inimitables cuadros de costumbres contemporáneas; pero cuando nuevos dramaturgos ó las corrientes dominantes en las esferas del arte llevaron á éste hacia los dramas de tesis y de pensamiento trascendental, fatigado al intentar seguir esta vía que no encajaba con sus peculiares condiciones, sintió huírsele por siempre aquel favor por que tanto había suspirado y de que por espacio de algunos lustros había sido dueño, y su acritud y su desazón tocaron ya en los límites de la misantropía. No podía sufrir la menor contradicción, y en la Academia de la Lengua, á la que profesaba grandísimo cariño, hacía cuestión personal, punto de honra y asunto de honor propio la definición de un vocablo. Y esto en tono de terquedad violenta, no obstante su carácter tímido, viniendo á parar en resentimiento infantil, pero hondo, hacia sus más antiguos y queridos compañeros cuando no se hallaban conformes con él en la desinencia de alguna voz; si se veía acosado y vencido, pedía con voz alterada que no constase la discusión en actas En 1870 participó no obstante de una manera oficial á la Academia que se hallaba en disidencia con sus colegas de la comisión del Diccionario; y como al discutirse el sistema que había de adoptarse para remunerar los trabajos de dicha comisión fuese vencido en la votación que se produjo, se retrajo de asistir á las sesiones, alegando lo rendido que le tenía el trabajo. Por causa de enfermedad resultó poco después la ausencia justificada, y como siguiendo prácticas de la docta corporación se asignasen emolumentos al académico designado para ocupar interinamente la secretaría que hacía años en propiedad desempeñaba, Bretón enojado dejó la vivienda á que tenía derecho en el edificio ocupado por la Academia y se trasladó á una casa particular, donde vivió ya poco tiempo, acrecentados su mal humor y misantropía, que en vano trataba de mitigar su bonísima esposa, á la que siempre profesó entrañable cariño. Nególe Dios el consuelo de los hijos, que siempre deseó con vivísimo anhelo. El 8 de noviembre de 1873 pagó á la muerte el común tributo.

No tuvo, como se ve, resignación para sufrir el apartamiento del público y de la vasta galería de personajes que con fidelísimo pincel dejó retratados en sus escritos. Esta fidelidad en la observación y el gracejo inimitable caracterizan sus escritos, tanto como la plena posesión del lenguaje. Copiaba bien lo que había visto, y había visto mucho. Los incidentes de su propia vida constituyeron asuntos para sus primeras obras, y en su segunda comedia original *Los dos sobrinos ó la escuela de los parientes*, se pintó á sí mismo en el papel de Cándido y describió el

despego de un hermano de su madre, que no obstante gozar posición desahogada, no quiso ampararle en los días de desvalimiento. La situación de Bretón en aquella casa la pinta el parlamento de doña Juliana:

Se acabó la sopa boba.
¿Lo entiendes? Desde mañana
me harás la compra, hijo mío;
que no está lejos la plaza,
ni creo yo que por esto
la venera se te caiga.
. . . .

tuvieran tan tranquilo desenlace, pues alguno hubo que le dejó señalado hasta su muerte. En la noche del 24 de diciembre de 1818 y hallándose el presunto escritor disfrutando licencia en Aguilar de la Frontera, hallóse frente á frente de cierto síndico, á cuya mujer habían parecido de perlas las prendas personales de aquel gallardo mozo de 22 años; cerró con él el celoso marido á navajazo limpio, y uno de ellos asestado con furia para pintar un *jabeque* en la odiada fisonomía del amante, proporcionó á éste la pérdida de la vista del ojo izquierdo, dejándole señalada la frente y la ceja con indeleble cicatriz *un periódico*, cuando el marqués de Molíns, secundado por varios amigos ávidos de que cesasen tales rencillas, reunió á los dos adversarios en un banquete celebrado en el *Jardín de Apolo*, situado al extremo de la calle de Fuencarral. Al comenzar los brindis levantóse el marqués, y dijo mirando alternativamente á los dos escritores:

Amigos, hermanos, brindo
por que Dios en este día
colme la esperanza mía
y trueque en el sacro Pindo
el rencor en simpatía.



Los últimos momentos de Dorrego, cuadro de Cotanda (de fotografía remitida por D. R. Monner Sans, de Buenos Aires)

A lo cual contesta pundonorosamente Cándido:

Pindosos tíos,
benigna doña Juliana,
. . . .
Yo, no lo puedo negar,
soy más pobre que las ratas,
pero aunque huérfano y pobre,
tengo vergüenza, á Dios gracias.
. . . .
El pan que me dan ustedes
de malditísima gana,
ese pan que á todas horas
me echan ustedes en cara,
yo me lo sabré buscar
sin deber á ustedes nada.
. . . .
Yo serviré; sí, señores,
pero será sin infamia:
no á parientes despiadados
y ruines, sino á mi patria.
No espero grandes riquezas
sino peligros y balas;
pero tendré pan y gloria,
que para un soldado basta.

En su famosa comedia *Marcela* es esta misma retrato de la señorita de Rives, médico renombrado, y en los pretendientes copió á sus amigos Pezuela, después conde de Cheste, Escosura y Clemencín, hijo del comentarista del *Quijote*.

Siendo militar le ocurrió en un lugar de Andalucía un chistoso lance. Retirábase cierta madrugada de charlar á la reja, según costumbre de la tierra, con una hermosísima joven con quien sostenía hacía dos meses amorosas relaciones, cuando se topó de manos á boca con un su amigo; á las pocas palabras cruzadas supieron primero con enfado y luego con risa que la avispada muchacha, aprovechando la coyuntura de tener la casa que habitaba rejas á distintas calles, mantenía tiernos coloquios con los dos galanes. El lance proporcionó á Bretón asunto para su artículo de costumbres *Pelar la pava* y para su regocijada comedia *Una de tantas*.

No se crea que todos los encuentros de su vida

De su desgracia se burló él mismo en más de una ocasión, forzado por la necesidad imperiosa del chiste que le bullía en la mente y escapaba en seguida vertido por la boca ó por la pluma, ora recayese en los demás ó en su propia persona. Cuando ya rico usó coche propio, llamaba «mis hermanas» á un hermoso tronco de yeguas que tenía..., ¡porque eran *bretonas!* Molestado porque continuamente llamaban á su habitación preguntando por el doctor Mata, á la sazón vecino suyo, escribió en la puerta la siguiente redondilla, á la cual contestó por cierto también con discreción el afamado médico:

Vive en esta vecindad
cierto médico poeta,
que al fin de cada receta
pone Mata, y es verdad.

Dotado de ingenio precoz, dice uno de sus biógrafos, aún no había cumplido siete años cuando con la mayor facilidad improvisaba coplas chispeantes de sal y de agudezas sobre cualquier pie que le diesen. Citaremos una de aquellas improvisaciones como muestra de su numen poético en edad tan temprana, y también por ser la primera composición suya de que se tiene noticia. En cierta fiesta de familia hallábase presente una criada que se llamaba Segunda, y como diesen por pie al infantil poeta este verso: «La mejor es la Segunda,» prorrumpió en la siguiente desenfadada redondilla:

Para pegarle una tunda
con las faldas levantadas,
entre todas las criadas
la mejor es la Segunda.

La vena improvisadora de Bretón no le abandonaba ni aun en momentos de verdadera emoción y enternecimiento. Hallábase á fines de 1836 reñido con Larra á consecuencia de ciertas acerbas críticas de éste é injustificadas pretericiones, á las cuales había contestado con una comedia titulada *La redacción de*

Quedaron los comensales asombrados y en silencio, mirando también á Larra y á Bretón, que mudos y confusos no acertaban ni siquiera á fijar la vista en ninguna parte. De pronto Ventura de la Vega, con arrebatadora expresión de afecto entrañable, dijo levantándose de su asiento, colocado á la derecha de Larra:

Dios oiga tu voz, Mariano,
todo rencor se deseche;
el vate es del vate hermano,
si hay quien alargue una mano
yo sé que habrá quien la estreche.

Y como refiere el mismo Molíns, narrador de la escena, aún no se había sentado, cuando Bretón, temblando de emoción, exclamó mirando á Fígaro:

No aguardo á que tú comiences;
quédese el rencor odioso
para enemigos vascuences.
Yo te vencí rencoroso,
tú, generoso, me vences.

Corriendo entonces el uno hacia el otro se fundieron en estrecho abrazo entre los aplausos de los que conmovidos presenciaban tan hermosa escena.

Al año siguiente de este suceso entraba Bretón en la Academia de la Lengua. El erudito y excelente poeta D. Alberto Lista le proporcionó una de las más gratas satisfacciones de su vida al ir á solicitar su voto con tal objeto. Como insinuase Bretón que reverenciaba como maestro al buen sacerdote, conmovido el anciano le tomó de la mano y le hizo entrar en el despacho, mostrándole al lado de los retratos de Lope y de Calderón el del propio Bretón, con una leyenda de puño y letra del mismo Lista, en que se veían copiadas estas palabras de Ovidio:

Et quod tentabat dicere, versus erat.

Dominando la prosa, como destrísimo en el manejo del idioma, en el verso brillaba en todo su es-

plendor su ingenio. Gustábale vencer dificultades y usar los consonantes más difíciles y los vocablos más recónditos, que resultaban sin embargo llanos y sencillos una vez por él empleados con gracia incomparable y frescura y novedad hasta entonces desconocidas. Tildábasele de poco fino, y la falta de buen tono que le atribuían, que fué uno de los dardos con que con más empeño le hirieron sus detractores, le sugirió el comienzo de la donosísima epístola:

¡Oh siglo del vapor y del buen tono!..,

que es un modelo del género satírico. El siguiente soneto prueba hasta qué altura elevaba Bretón cuando quería la dicción poética, aun tratándose de asunto tan baladí como el de definir las sopas de ajo, tema propuesto en cierta tertulia literaria.

LAS SOPAS DE AJO

SONETO

Dame Belarda, si agradarme quieres,
no el pece raro á que aludió Rioja;
no el costoso faisán de pluma roja,
ni ostras del Havre, ni pastel de Amberes.
Cortadas por tu mano, que á Citeres
por la blancura y suavidad sonroja,
en láminas me da, si no te enoja,
el predilecto fruto de alma Ceres.
Oleado luego el líquido brillente,
las bañará, que en rústica vasija,
á tu hogar tributó risueña fuente;
y con sal, que de ti puede ser hija,
y el fruto que al buen Sancho hizo insolente
hay lo que basta al hambre que me aguija.

Tiénese comúnmente la idea de que el hombre gracioso ha de ser serio y grave; y aun cuando así suele suceder, Bretón, riendo continuamente sus propios chistes, es prueba fehaciente de que aquel aserto tiene sus excepciones. Y no sólo en la conversación era donde se daba semejante caso; al oir sus comedias desatábasele la risa y era el espectador más regocijado de sus propias producciones escénicas.

Los años y los disgustos de que se ha hecho mención le modificaron también en esto, convirtiéndole en seco, silencioso y ensimismado en los últimos meses de su vida, que pasaba leyendo sus versos ó jugando al tresillo con algunos parientes y amigos íntimos, capaces de sufrir su genio atrabiliario. El alejamiento de los demás sugería á su negro pesimismo los siguientes versos:

Para un viejo, almacén de desengaños,
si en la esfera no está de los pudientes,
son los amigos lo que son los dientes:
se mellan y se pudren con los años.

El defecto de la vista le había inspirado joven solamente burlas. En una sátira contra un mal retratista, escribe:

Pintor, yo no te pido que me loes,
ni que indulgente seas con mis macas;
tengo una que ni Celso ni Averroes
pudieran corregir; la que siquiera
me iguala en esto al inmortal Camoes.
Y el pincel detractor, ¿quién lo dijera?,
hasta en la ausente luz me falsifica
trasladando el eclipse á la otra acera.

Y en una epístola á D. Julián Romea, decía:

Hora se espacia mi vista...
y no digo ¡ay de mí triste!..
mis ojos, porque hasta en esto
soy *singular: suum cuique*.

En sus últimos años, escribía al aludir al mismo defecto este suspiro de honda melancolía:

Dejóme el sumo Poder
por gracia particular,
lo que había menester;
dos ojos para llorar...
y uno solo para ver.



Flor del bosque, cuadro de Fausto Zonaro (Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Bretón, joven, falto de recursos, abandonado de los suyos, contrariado en su numen por ocupaciones mecánicas y enfadosas, reía; anciano, cubierto de honores, rico, admirado de las gentes, feliz en el hogar, lloraba... ¡Raro contraste! Alboradas de luz, tardes que la noche cercana va asombrando poco á poco; risas y llanto, alegrías y dolores, esta es la vida..., ¡aun la de los grandes hombres, aun la de los poetas cómicos!

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ



DIBUJO CHINO ANTICRISTIANO. – Misioneros cristianos arrancando los ojos á un chino

TERTULIA DE VIEJOS

Aunque Jorge Manrique no lo hubiera dicho, bastaría asistir media hora á una de las tertulias del café de Levante para convencernos de que

cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

– ¡Mire usted que poner sobre la mesa una botella de agua y renovarla cuando se acaba!, dice don Zacarías. Así bebemos mucho más de lo conveniente y estamos expuestos á mil enfermedades. En nuestros tiempos...

– ¿Qué ocurría en los tiempos de usted?, pregunta otro de los concurrentes, joven por excepción.

– Pues al que pedía café se le daba café y nada más; y si por casualidad pedía agua, el mozo traía un vasito de la riquísima de los antiguos viajes y no de la dañina del Lozoya. Lo mismo que el alumbrado...

– ¿Tampoco alumbraban los cafés?

– Ya lo creo, con unos quinqués de Lucena, dice Martínez, el capitán retirado.

– Pero estaría muy obscuro...

– No estaba muy claro; pero tampoco hacía falta, pues todavía no teníamos la fatal costumbre de los periódicos.

– ¡Vaya!, dice el parroquiano joven, me marcho un rato á ver las muchachas á los Jardines del Retiro.

– Hasta en eso, dice D. Zacarías cuando quedan solos los viejos. ¿Os habéis fijado en lo que degenera la especie humana? ¿Dónde están hoy aquellos elegantes peinados con tirabuzones, aquellas muchachas de la clase media con sus vaporosos vestidos de linón y aquellas manolas de rompe y rasga de Lavapiés y Maravillas? ¡Aquello eran mujeres y no la generación clorótica de hoy!

– ¡Oh! Y Zacarías es voto, dice Martínez, pues pocos habrá habido tan calaverones como él.

– Se hacía lo que se podía, dice maliciosamente el aludido, enderezándose la torcida peluca. Hoy los muchachos no sirven para nada... Ya veis á Enriquito: se contenta con ir al Retiro á ver á las chicas.

– Pues ¿qué hacías tú cuando joven?, preguntó uno que sin duda no le conoció en tan remotas fechas.

– Yo me fijaba en una, y antes de las veinticuatro horas ya entraba en su casa.

– ¿Presentado?

– Algunas veces; aunque lo general era colarme metido en alguna cesta besuguera, disfrazado de aguador ó vistiendo el uniforme de miliciano y fingiendo que me perseguían.

– Claro, y una vez dentro...

– ¡Oh! El procedimiento tenía sus quiebras. Un marido de mal genio, un padre adusto, un hermano irritable... La mayor parte de las veces tenía que salir por el balcón... No, no era todo tan llano como creéis. Recuerdo que una de mis conquistas me hizo encerrar en una despensa, diciendo que llegaba su padre, y allí me tuvo guardado cinco días, sin más alimento que algunos mendrugos de pan que me echaba por una gatera.

– ¿Y después?

– Después me enteré de que no tenía padre, ni creo que lo haya tenido nunca, y sí algunos amantes, y que ella y ellos se habían estado burlando de mí. Otra vez, aquello fué más grave, me había quitado las botas para que no me sintiera un marido, y tuve que pasarme una noche entera en un tejado lleno de nieve.

– ¿Vivía en buhardilla tu adorado tormento?

– El amor no distingue de categorías sociales. Pues adquirí una pulmonía que por poco me manda al otro barrio.

– ¿Y cómo bajaste?

– Afortunadamente había otra buhardilla desalquilada: entré en ella..., y desde allí me llevaron á la prevención.

– Sin botas.

– Las botas no las pude recuperar; pero sí las reconocí á los pocos días. ¡Las llevaba puestas el marido de mi amada!

– Bien te has divertido...

– Pues ¿y cuando me encontraron en el taller de modistas, donde me había colado sin que nadie lo advirtiera, escondiéndome debajo de una mesa?

– Pero ¿ninguna se compadeció?

– Mejor hubiera sido que no se compadeciera, porque la que me tuvo lástima, que era una arpía, fué luego mi mujer, y me hizo pasar en el matrimonio las penas del purgatorio. Por suerte enviudé pronto.

– Y volverías á tus calaveradas...

– ¡Claro! ¡Genio y figura!..

– Sí que volví; pero los años no pasan en vano y hube de limitar mis conquistas á lo que se venía á la mano... La portera, la planchadora, la lavandera, las criadas... No os aconsejo que tengáis amores con las criadas, sobre todo los viudos, si no queréis volver á casaros. .

– ¡Es verdad!

– Pero buena vida se ha llevado el calaverón de Zacarías, mientras los demás la pasábamos andando á tiros con los carlistas ó los moros.

– Para eso tienes ahora tu retiro con uso de uniforme y todo.

– Es verdad, Martínez, no puedes quejarte.

– ¿Que no me puedo quejar?.. Ya veis... Talegón ha llegado á brigadier... ¡Talegón que fué de mi mismo regimiento y que nunca oía los toques de llamada ó daba la casualidad de que las acciones más empeñadas le cogían á él en el hóspital!

– De esos Talegones hay numerosos ejemplares en todas las carreras del Estado.

– Pero en las que no se expone el pellejo tanto como en la milicia. ¿Cuántas acciones tendrá Talegón como mi defensa de Galapagar?.. ¡Yo, encerrado allí con treinta hombres, desnudos, hambrientos y sin municiones, cercado por siete mil carlistas al mando de Montemolín y con catorce cañones..., y les hice huir dejando sembrado el campo de cadáveres y quedándome yo con los faldones de la levita del hijo del Pretendiente!

– Pues en la *Historia* de Pirala no recuerdo que figure esa famosa defensa.

– Naturalmente; como que resultaría un cargo muy grave para un cuerpo de ejército que había sido enviado en mi auxilio y que no se atrevió á ir. Precisamente iba en dicho cuerpo Talegón y le dieron por entonces el grado de capitán, lo que yo no tuve hasta la guerra de Africa.

– Es verdad que también estuvo usted en esa campaña.

– ¡Ya lo creo! Como que fuí el primero que entró en Tetuán.

– ¿El primero?

– Sí: un mes antes de la toma de aquella plaza africana, los moros me habían hecho prisionero y llevádome á ella.

– ¿Y después estuvo usted en Cuba?

– En 1870... Allí gané la efectividad de capitán.

– ¿Por algún rasgo heroico?

– Por antigüedad. Mis rasgos heroicos se los han atribuído siempre otros que tenían favor para utilizarlos.

– Pues eso no habla mucho en favor de los pasados tiempos.

– Siempre ha habido injusticias en el mundo, y hoy mismo abundan mucho los Talegones ascendidos y los Martínez olvidados. De todas maneras, aquellos eran los buenos tiempos.



DIBUJO CHINO ANTICRISTIANO. – Extranjeros llevando el Cristianismo, simbolizado por un cerdo, á las puertas del templo de Confucio



DIBUJO CHINO ANTICRISTIANO. – Chinos apaleando á los demonios (los cristianos) y quemando sus libros

– Nuestra juventud, libre de cuidados y exenta de reuma, nos los hacía considerar así.

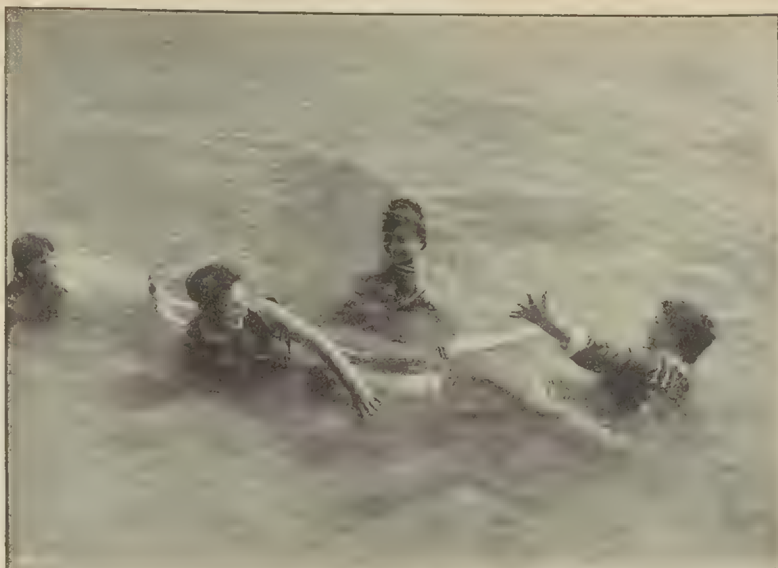
– ¡Hombre! No hablar de reuma, que parece que se le llama. Trescientos papeles de salicilato he consumido en lo que va de mes, y como si no. ¿Querrán creer ustedes que ni siquiera pude sostener un duro en la mano?

– Y yo no puedo usar más calzado que unas zapatillas.

– Y yo tengo que ir forrado de bayeta amarilla con treinta y ocho grados de calor.

– ¿Es decir, que no podría irse como Enriquito á los Jardines del Retiro?

– ¡Qué he de poder, hombre de Dios, si creo que pesqué el reuma en dicho sitio, allá, poco después de la Restauración, cuando representaban el *Barón de la Castaña!*



En el baño, fotografía artística de Guardacce, de Roma

– Y cuando había baile español, ¿verdad? Este Zacarías siempre tan calavera.

– He de referiros á este propósito lo que me ocurrió con una que me hizo esconder en la despensa, donde me tuvo encerrado sin más alimento...

– Sí, que algunos mendrugos de pan, que te daba por una gatera... Nos lo acabas de contar.

– O cuando tuve que pasarme una noche entera en un tejado lleno de nieve...

– Conocido también: puedes omitirlo.

– ¡Qué intransigentes sois! Todos los días nos cuentas tú la defensa de Galapagar y lo oigo con paciencia.

– Caballeros, que son las doce y media y va á marcharse el último tranvía.

– En nuestros tiempos no había tampoco ese elemento de comodidad.

– Ni nos hacía falta... ¡Buenas piernas teníamos entonces los muchachos para necesitar de tranvías!..

– ¿Conque en marcha?

– ¡Un momento!, dice uno de los viejos. ¿Os habéis fijado como yo en esa parejita de la mesa del rincón..., el oficial y esa al parecer modistilla?

– Efectivamente, observa Martínez: bien podía ese militarcillo no deshonrar su uniforme con aventuras amorosas que no deben darse á la publicidad... ¡Venirse á un café público á seguir conversaciones tan animadas é íntimas!

– Eso último, sobre todo, dice don Zacarías. En nuestros tiempos no se daban semejantes escándalos, aunque privadamente se siguieran las más atrevidas aventuras.

– Vamos, dice el primer observador: lo que yo creo es que ustedes tienen una cosa que es perfectamente humana: una envidia horrorosa.

– ¡Envidia!

– ¿Envidia de qué? .



Regreso de la caza, cuadro de Ernst (Salón de los Campos Elíseos de París. 1895)



JÓVENES HÚNGAROS, cuadro de J. Valentiny



EN PLENO VERANO, cuadro de Marco Stone (de fotografía de la Compañía Fotográfica de Berlín)

—Pues de que, así Zacarías como Martínez... y como todos nosotros, pertenecemos á la última reserva, y esa parejita está en servicio activo... en milicia como en amor.

M. OSSORIO Y BERNARD



EL GENERAL D. FIDEL ALONSO DE SANTOCILDES,
muerto heroicamente en el combate del Peralejo (Isla de Cuba) en 13 de julio último
(De fotografía remitida por los fotógrafos Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

NUESTROS GRABADOS

Los dos hijos de Rubens, cuadro de Rubens —Ocioso nos parece hablar del gran pintor flamenco, cuyas obras figuran como inestimables joyas en los principales museos del mundo, pues en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos relatado, en distintas ocasiones, cuanto se refiere á la vida y á la obra artística del ilustre maestro que compartió la gloria del pintor insigne con la del hábil diplomático. El cuadro que hoy reproducimos se conserva con otros treinta del mismo autor en la Galería de Dresde y es considerado como la perla de la sección de obras de Rubens que se admira en aquel museo.

Los últimos momentos de Dorrego, cuadro de Cotanda.—Las discordias civiles de que fué teatro la República Argentina en los comienzos de su constitución política tienen, como todas, páginas de sangre, y una de ellas, quizás la más conmovedora, es la del fusilamiento del coronel Dorrego.

Derrocado del poder por la revolución que estalló el día 1.º de diciembre de 1828, capitaneada por el general D. Juan Lavalle, reunió escasas fuerzas adictas á la legalidad, y con ellas presentó batalla á las huestes revolucionarias en los campos de Navarro. La suerte fué adversa á Dorrego, quien hecho prisionero fué fusilado el día 13 de los ya citados mes y año.

Estos son los precedentes del cuadro histórico de Cotanda.

La figura de Dorrego, al decir de un crítico argentino, está sentida de un modo profundo y es de una asombrosa semblanza. En la actitud del Padre Castañer se adivina el hondo pesar que embargaba su alma, como en la del coronel Lamadrid, encargado del mando de la fuerza que ha de fusilar á Dorrego, se ve el dolor de quien por la inexorable ordenanza militar se contempla trocado en verdugo.

Todo en el cuadro es rigurosamente histórico: uniformes, trajes de los paisanos, campo, árboles y fortín del fondo; y ¿quiérese más aún? Para que nada falte, hasta un caballo, el de primer término, lleva pintada la marca que tenía el que montara Dorrego.

La prensa argentina ha prodigado calurosos elogios á la obra de nuestro paisano calificándola de admirable, llegando á decir que con obras como ésta los artistas se vinculan al espíritu de una nación y el arte toma carta de ciudadanía en los países menos artistas.

El triunfo de Cotanda es legítimo, y si él puede sentirse orgulloso, orgullosos deben estar los peninsulares al ver que á un español le ha cabido la gloria de inaugurar en la Argentina la pintura histórica.

El general Santocildes.—La prensa diaria dió á su debido tiempo noticias detalladas del memorable combate del Peralejo, trabado, durante la marcha de Manzanillo á Bayamo, entre la columna mandada por el general Martínez Campos compuesta de 1.250 hombres, y 7.000 insurrectos que á las órdenes de Maceo, Massó, Rabí, Salvador y otros cabecillas estaban apostados en el camino por donde las tropas debían pasar. No nos detendremos, pues, en describir aquella acción en la que nuestros soldados se cubrieron de gloria y en la que se demostraron una vez más las excepcionales dotes militares del general insigne á cuyo valor y talento está confiada la pacificación de la perla de las Antillas. El combate, como es sabido, terminó con la victoria de los nuestros y la huída de los rebeldes, pudiendo la columna, después de diez horas de encarnizada y desigual lucha, continuar su marcha á Bayamo, en donde entró aquella misma noche.

Tan importante triunfo no se consiguió sin que nuestras tropas experimentasen sensibles bajas, entre las cuales se cuenta la del general Santocildes, que en lo más reñido del combate permaneció siempre en la vanguardia, en los sitios de mayor peligro. A pesar de los dos balazos que había recibido en el pecho, no quiso abandonar á los suyos en aquellos momentos supremos: los que le rodeaban comprendían que no podía permanecer allí por más tiempo, y el mismo general en jefe envióle un recado para que se retirara, á lo que él contestó que aún tenía espíritu y que mientras éste no le faltara no dejaría su puesto. Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, una bala le atravesó el cráneo por la sien izquierda, dejándolo muerto.

D. Fidel Alonso Santocildes, que al morir contaba cincuenta años, había ingresado en el ejército en 1859. En la anterior guerra separatista habíase batido bizarramente al frente del batallón de San Quintín, ganando todos sus grados hasta el de coronel por méritos de guerra. Al iniciarse la insurrección actual desempeñaba el cargo de gobernador militar de Manzanillo. Soldado experto y conocedor del terreno y de la manera de luchar del enemigo, no tardó en dar relevantes pruebas de sus excepcionales condiciones, y por sus brillantes hechos de armas había sido ascendido recientemente á general de brigada.

Como débil homenaje de respeto y admiración al valiente militar muerto heroicamente después de una vida llena de hechos gloriosos, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA honra sus columnas publicando el retrato del inolvidable general, reproducción de una preciosa fotografía que nos han remitido los conocidos fotógrafos de la Habana Sres. Otero y Colominas, á quienes damos gracias expresivas por su valioso envío.

Flor del bosque, cuadro de Fausto Zonaro (Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1894).—Otras varias obras de este excelente artista pudimos dar á conocer á nuestros lectores con motivo de la última Exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad. Entonces consignamos el favorable juicio que nos mereció el pintor paduano, reflejando en cierto modo la opinión del público y de la mayoría de los visitantes del Palacio de Bellas Artes. Por esta circunstancia creémonos relevados de emitir nuevas consideraciones, circunscribiéndonos á felicitar al artista por su *Flor del bosque*, poética y sentidamente concebida y gallardamente representada por medio de la garrida campesina.

Dibujos anticristianos chinos.—Hoy que el mundo civilizado se horroriza ante las noticias de las terribles matanzas ocurridas en China, nos parece oportuno publicar los tres dibujos que reproducimos en la página 646, y que forman parte de un libro que se encontró en poder del infortunado misionero Mr. Stewart, de cuyo asesinato nos ocupamos en el número 714 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Estos dibujos han sido la mejor propaganda de los fanáticos chinos contra los cristianos; el pueblo ignorante, al contemplar las escenas que en ellos se representan, cree á pie juntillas los horrores que allí se le describen, é impresionado por lo que ve, como si fuese la realidad misma, se exalta é indigna y en un momento dado comete contra los aborrecidos europeos toda suerte de excesos. Este libro y muchos otros de carácter aún más repugnante se publican en Hunan, desde donde se diseminan por todo el imperio.

En el baño, fotografía artística de Guarducce.—Los progresos que desde el punto de vista material ha alcanzado la fotografía son harto evidentes y conocidos para que nos detengamos á examinar la transformación radical que ha sufrido desde los tiempos de Daguerre y de Talbot hasta nuestros días; pero no menos notables son los que en el arte fotográfico se han realizado en otro concepto, el propiamente artístico, y así hoy la cámara obscura reproduce escenas y espectáculos que pueden confundirse con copias de cuadros concebidos y ejecutados por inspiradísimos pintores. Entre las fotografías de este género merece lugar muy distinguido la del fotógrafo Sr. Guarducce que publicamos en la página 647.

Regreso de la caza, cuadro de Ernst.—En un episodio de la caza del tigre, tan frecuente en las ardientes regiones africanas, se ha inspirado el autor del cuadro que reproducimos, y que por su acabada ejecución y por el carácter local que el autor ha sabido imprimir en las figuras y en el paisaje mereció grandes elogios de cuantos visitaron el último Salón de los Campos Elíseos de París.

Jóvenes húngaros, cuadro de J. Valentiny.—Al reproducir Valentiny la escena de miseria que sirve de asunto á su cuadro, ha cumplido uno de los fines del arte, que tiene por misión no sólo hacernos sentir las bellezas que son expresión de lo bueno, sino que también emocionarnos con todo aquello que mostrando una llaga social pueda impulsar á los favorecidos por la fortuna á buscar un remedio para extirparla.

En pleno verano, cuadro de Marco Stone.—El ilustre pintor inglés Marco Stone, individuo de la Real Academia de Londres, nos ofrece en su obra una nota de luz, de vida, de esplendores de la naturaleza: el estío se ostenta en su cuadro en toda su fuerza; en aquella atmósfera se siente el sofocante calor de la canícula, y los árboles del fondo arrojan sombras violentas que contrastan con la intensidad luminosa de los espacios descubiertos. Nadie dudará al contemplar su lienzo que el paisaje está tomado en pleno verano.

Epílogo, cuadro de Vicente Cutanda (Exposición general de Bellas Artes de Madrid de 1895).—En uno de los anteriores números ocupóse el Sr. Balsa de la Vega, al estudiar las producciones que figuraron en la última Exposición de Bellas Artes de Madrid, del notable cuadro de nuestro distinguido amigo D. Vicente Cutanda. Nada hemos de agregar á lo expuesto por nuestro compañero, ya que coincidimos en nuestras apreciaciones y como él creemos que *Epílogo* reproduce un cuadro de la vida obrera en los grandes centros industriales del Norte de España, que impresiona hondamente: tal es el sello de verdad, tal la crudeza del asunto y tan admirable la nota que se aproxima á la realidad tanto como su anterior cuadro *La huelga*.

El archiduque Ladislao de Austria.—El día 6 del corriente mes falleció en Budapest este joven vástago de la casa de Habsburgo, hijo del archiduque José, tan popular en Hungría. El archiduque Ladislao, cazador apasionado, salió de caza el día 2 del actual: á poco de haberse puesto en acecho disparó sobre un gato montés, hiriéndole mortalmente, y á fin de rematarle dióle un culatazo con tan mala suerte, que saliendo el tiro del segundo cañón de la escopeta, la bala, que era de las llamadas de expansión, fué á clavársele en la parte superior



EL ARCHIDUQUE LADISLAO DE AUSTRIA,
muerto en 6 del actual, á consecuencia de un accidente de caza

del muslo derecho, destrozándole el hueso. A consecuencia de esta herida falleció á los cuatro días.

El archiduque Ladislao había cumplido hace poco ... años, y previos los correspondientes estudios en la escuela de cadetes de Budapest, hace un año fué nombrado teniente.



¿Adónde va usted con esa bandera?

LAS DOS BANDERAS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO. – ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONCLUSIÓN)

PARTE CUARTA

I

A últimos de abril el marqués de Marbella y su hija hallábanse instalados en su posesión de *la Sombrosa*, en el Campo de Gibraltar. Desde principios de mes el marqués estaba impaciente en Madrid, como si no pudiese vivir á gusto lejos de aquel campo de ignominia española; pero Carmen consiguió con diversos pretextos retardar la traslación. Por fin tuvo que resignarse, y lo hizo con menos violencia, pues supo que el peligro de la enfermedad del conde de Shéridan había ya pasado, lo cual ella atribuyó, no sin fundamento, después de la intervención de Dios, á la breve misiva con que había alentado su esperanza. Presentía además que le vería pronto, tan pronto como se hallara medio restablecido. Hizo, pues, el viaje y la instalación en *la Sombrosa* algo más alentada. Ignoraba cómo cumpliría la promesa indicada á Carlos en su carta, pues ni siquiera admitía la idea de desobedecer á su padre; pero su tía, la duquesa de Rocamora, al despedirla habíale dicho: «No te desesperes antes de tiempo; en ocasión oportuna iré yo á reunirme con vosotros, y ya veremos;» y ella tenía gran confianza en su tía y en la cariñosa influencia que ésta ejercía en su padre. Además la juventud propende á la esperanza y rechaza como absurdo el dolor. Agréguese á esto que las cartas de la duquesa y los periódicos de Madrid que su padre recibía estaban contestes en consignar la convalecencia del conde de Shéridan Argile. Sin embargo, Carmen no podía desechar su intranquilidad, el carácter de su padre se agriaba de día en día, y la pobre joven veía el porvenir lleno de sombras, por entre las cuales se filtraban tenues rayos de esperanza.

Ahora ya es tiempo de que conozcamos al marqués de Marbella, punto de intersección de este poema de amor contrariado, cuyo aspecto moral trazó con sumo acierto el pretencioso ahijado de la duquesa de Rocamora. Sabemos los antecedentes del misántropo caballero, su patriotismo exaltado, su animadversión hacia todo lo inglés rayana en locura, y sólo nos falta consignar que la pérdida de su esposa á los once años de matrimonio contribuyó más que nada á su retraimiento y á que tomase incremento su manía anti-inglesa. El marqués además padecía de dos enfermedades crónicas: reuma en ambas piernas y gota en el pie izquierdo, y por todas estas causas se comprende su aislamiento, mas no así que habitase preferentemente en el Campo de Gibraltar, para tener siempre á la vista la usurpadora bandera que execraba.

¡Misterios de la psicología ó de la locura, como había dicho muy bien el pollo Manrique!

Pasaba el maniático caballero de los sesenta años de edad, pero cuando no le postraban sus dolencias aún estaba ágil y vigoroso. Era alto y derecho. Tenía una hermosa cabeza de anciano prematuro, orlada de blanca y abundosa melena; frente despejada, cejas prominentes, facciones finamente pronunciadas, y en resolución presentaba el aspecto de un viejo de alta clase, que ha sido arrogante mozo.

Era, en los intervalos en que le dejaban descansar sus enfermedades, de amable trato y conversación amena. Como desde hacía años tenía por única distracción la lectura y no le faltaban memoria y discernimiento, había adquirido una instrucción sólida, y sólo desbarraba al hablar de los modernos sistemas políticos, y sobre todo de Inglaterra. Aunque viviendo tan próximo, nunca había estado en Gibraltar, y sólo salía de su casa y de su jardín para ir al cercano pueblo de la Línea y asistir á la misa mayor en los días de precepto.

Tenía sus habitaciones en el piso bajo del palacio de *la Sombrosa*, que daba al campo, y componíanse aquéllas de un vestíbulo, una sala de recibir, una pieza de lectura muy amplia, con estantes llenos de libros, y en medio una gran mesa cargada de periódicos y revistas, y terminando la crujía que daba al campo una sala muy grande, á la que el marqués llamaba «la pieza de los recuerdos» y los criados «la pieza de armas,» pues de ambas cosas tenía. Notábase en esta pieza una singular amalgama. Sobre dos mesas de jaspe había receptáculos de bronce llenos de devocionarios, rosarios, abanicos, imperdibles, peinetas de concha y otros varios objetos que habían pertenecido á la difunta marquesa, cuyo retrato al óleo se destacaba en un lienzo de pared frente al del marqués, que estaba en la pared opuesta. En los ángulos de la sala había panoplias cargadas de armas antiguas y modernas (ninguna inglesa, por supuesto) y sobre éstas banderas españolas. En perchas movibles veíanse diversos trajes y uniformes: el de caballero de Calatrava, el de grande de España, el de maestrante de Sevilla y el de teniente de granaderos á caballo de la Guardia Real.

Todas estas piezas, excepto el vestíbulo, tenían ventanas que daban al campo. El dormitorio, cuarto de baño y aseo y comedor estaban en la parte opuesta hacia el lado del jardín, adonde se bajaba por una escalera de piedra de ocho escalones. El vestíbulo se comunicaba también con el portal del palacio por medio de otra escalera, y tenía además bajada á la puertecita que daba al campo. El mobiliario de estas habitaciones era rico, pero antiguo, como que databa, casi sin renovar más que alguno que otro mueble, de fin del siglo XVII.

La habitación de Carmen, situada en el interior del palacio, con vistas al jardín, estaba alhajada con más gusto y elegancia, pero siempre conservando el carácter andaluz, con tapices de palma de Filipinas, jarrones japoneses, búcaros, arañas de cristal, pajarera dorada, fuente de mármol llena de peces, en un gabinetito; cornucopias, colgaduras de muselina, cuadros al óleo y miniaturas, y tiestos de loza fina en todas partes. Los muebles se renovaban ó retocaban con frecuencia, pero cuidando de no alterar la marca ó estilo meridional.

El marqués tenía una servidumbre numerosa, y aun en el campo vivía con cierta ostentación, de la que nunca había prescindido, no obstante sus rarezas. Estaba encargado del cuidado de la casa un viejo mayordomo, que compartía este cargo con doña Victoria, el aya de Carmen. Servían al marqués dos ayudas de cámara: uno bastante viejo y otro muy joven. Carmen tenía á Antonia, á quien ya conocemos, una moza lugareña y á un lacayuelo que la acompañaba cuando salía á caballo. En las cuadras

había seis mulas, dos caballos de tiro y cuatro de montar, y en las cocinas pululaban cocineros y pinches; pues al marqués, como chapado á la antigua, gustábale el regalo y abundancia en la mesa, y de que la suya era suculenta y sobrada podían dar testimonio los numerosos pobres que acudían á *la Sombrosa* y de ella salían con hartura.

II

Parecía que al marqués gustábale vivir en aquella campestre morada para reconcentrarse en su patriótica manía. A la hora de los crepúsculos solía apoyarse de pechos en el alféizar de sus ventanas para ver el frontero panorama de Gibraltar. Tal vez en la luz indecisa con que el sol aparece y se oculta, buscaba espejismos su mente perturbadora. Divagaba despierto, veía en su imaginación lo que hubiera deseado ver en la realidad. Veía crecer el mar, invadir los muelles, y subir, subir continuamente, anegar la ciudad y luego el Peñon y después el castillo, hasta sepultar entre sus aguas la maldita bandera encarnada. Veía otras veces una muchedumbre inmensa, sobre la que descollaban banderas españolas, llenar todo el campo, avanzar á la ciudad, asaltarla, romper las puertas bajo el fuego de los cañones ingleses, saltar los fosos, trepar al Peñón por todas partes, hasta pisotear la enseña usurpadora...

Y cuando volvía á la realidad, separábase de la ventana y se dejaba caer en un sillón, sintiendo el desaliento del que despierta de un sueño deleitoso.

Una mañana, quince días después de su instalación en *la Sombrosa*, á poco de haber leído los periódicos recibidos la tarde anterior, paseábase el marqués por su pieza de despacho, envuelto en su bata de casimir azul con vivos amarillos y apoyado por costumbre en su bastón muleta, aunque por entonces no le aquejaba ningún dolor. Estaba algo satisfecho, pues acababa de leer en la prensa que había surgido en el Afghanistán un conflicto grave entre Prusia é Inglaterra. El marqués pensaba en las eventualidades de guerra de las dos poderosas naciones, y en la probabilidad del triunfo en una lucha entre la ballena y el elefante. A veces asomábase á la ventana abierta de par en par, por donde penetraba la fresca brisa de aquella mañana de mayo; y según costumbre, miraba como fascinado el sombrío Peñón frontero.

De repente sonaron unos golpecitos en la puerta de la estancia, asomó una cabeza por entre la colgadura medio levantada, y una voz meliflua dijo:

– ¿Se puede pasar?

Era doña Victoria, el aya de Carmen, á la cual el lector sólo conoce de pasada y de quien únicamente puede decirse que era una señora que brillaba solamente por su insignificancia. Pertenecía á una familia distinguida, venida á menos. Había sido amiga de la difunta marquesa de Marbella, que la trajo á su lado para que cuidase de Carmen en su niñez. Doña Victoria no había conseguido ninguna: fea, pobre y tonta como era; pero tenía bellísimo carácter y excelente corazón. Retraída del mundo y de sus pompas, el cariño de Carmen llenó su vida, y los cuatro años que ésta estuvo en el colegio, puede decirse que la buena señora vivió entontecida y como fuera de su centro. En el año 1882 doña Victoria tenía cincuenta y seis, y era una vieja seca, angulosa, de ojos pardos y cabellos grises. No había albergado nunca más que una mala pasión: la de la envidia hacia la nodriza de Carmen, disputándola palmo á palmo el cariño de la niña. Usaba siempre trajes cerrados hasta el cuello, aunque el mundo se abrasara de calor; pues tenía el prurito de defender su pudor, al que nadie atacaba. Hablaba poco y apenas se la sentía en la casa, como si tuviese afinidades con la raza felina.

– ¡Adelante!, contestó el marqués á la interrogación de doña Victoria.

Penetró ésta en el despacho y saludó con aire ñoño.

– ¿Qué ocurre?, repuso aquél, que no estaba acostumbrado á las visitas del aya.

– Quisiera decir á usted cuatro palabras.

– Diga usted aunque sean treinta. ¿Trae usted algún recado de Carmen?

– No, señor; es cosa mía.

– Pues siéntese y diga.

– El marqués se apoyó de espaldas en la ventana. Doña Victoria sentóse en una silla próxima y dijo titubeando:

– Se trata de la niña...

– Pues ¿no acaba usted de decir que era cosa suya?

– Sí, señor, mía, pero que se refiere á ella.

– Bueno, explíquese usted.

– A la niña, señor marqués, le pasa algo raro.

– ¡Algo raro á Carmen! ¿Qué quiere usted decir? ¿Se siente mal? ¿Ha tenido algún disgusto?

– Eso es lo que yo no sé, y este es el motivo de que le hable á usted de ella.

– Bueno, señora; al grano y no divaguemos. ¿Por qué dice usted eso?

– Porque parece que la niña era una y han puesto otra. Porque la niña era antes alegre, bulliciosa, inquieta, y ahora está triste y como ensimismada Ya en Madrid había yo notado esta variación, pero lo achacaba al desmadejamiento que producen las continuas fiestas y trasnoches, y esperaba que volviendo al campo recobrase su acostumbrada animación. Pero nada, sigue lo mismo, ¡qué digo lo mismo, peor!..

El marqués oía al aya preocupado, pues recordaba la mutación que había observado en su hija en Madrid.

– Y no son aprensiones mías, prosiguió diciendo doña Victoria. Y si no, usted juzgará, señor. Antes no se pasaba un solo día sin que la niña saliera de casa: iba á la Línea, á San Roque, á las huertas, á todas partes: pues bien, con hoy hace seis días que no pasa del jardín.

– Ciertamente es raro, señora, dijo el marqués; pero ¿está enferma, se queja de algo?

– De nada, señor: la he preguntado muchas veces. Y el disgusto que tiene debe ser gordo, puesto que la hace hasta llorar.

– ¡Llorar!

– Sí, señor marqués, la otra mañana la sorprendí llorando en la plazoleta de la fuente. Me dijo que tenía jaqueca, pero yo no me la colé.

– ¿Estará triste de vivir aquí?

– Nunca lo ha estado, señor. El campo le gusta mucho.

– Bueno, doña Victoria, ha hecho usted bien en advertirme. Voy á hablar con ella ahora mismo. Quizá conmigo sea más explícita que con usted. ¿Dónde está?

– La he dejado en su cuarto.

– Dígale usted que venga.

– Señor marqués..., ni por su bien quisiera disgustar á la niña, y si sabe que yo...

– Bueno, entendido. La haré avisar por otro conducto. ¡Muchas gracias!, señora, y hasta luego.

– Me atrevo á rogar al señor marqués que si sonsaca á la niña y no es cosa secreta...

– Enteraré á usted de todo, pierda cuidado.

– No es curiosidad, señor, pero estoy inquieta. ¡La quiero tanto!

– Sí, ya lo sé, doña Victoria, hasta luego.

III

El marqués hizo avisar á Carmen por medio del más joven de sus ayudas de cámara, y esperó á su hija muy preocupado. Carmen era el único consuelo en las desgracias reales ó imaginarias que sobre él pesaban. Vivía por ella y sólo por ella había podido soportar el dolor de sus enfermedades y los embates de su carácter exaltado. La alegría de su hija trascendía á él como exquisito y penetrante perfume, y al verla tan llena de vida olvidaba sus preocupaciones. ¡Y ahora, la alegría de aquélla, que era también la suya, veíase turbada! ¿Por qué? ¿Qué pena podía aquejar á aquella niña rodeada de todos los prestigios de la naturaleza y de la fortuna?

La presencia de su hija interrumpió las cavilosidades del marqués Dos horas antes Carmen había visto á su padre para darle el beso matinal, y hallábase algo sorprendida de que éste la llamara antes de la próxima hora del almuerzo. Acercóse, pues, al marqués con cierta inquietud, y le preguntó:

– ¿Sigues bueno, como estos días, papá? Cuando recibí tu recado temí que se te hubiesen iniciado la gota ó el reuma

– No; á Dios gracias, me siento bien. Pero he sabido y observo cosas que me disgustan. Siéntate aquí á mi lado. Tenemos que hablar.

– No te comprendo, papá. ¿Te he dado algún motivo de disgusto?

– Sí, repuso el marqués abordando desde luego la cuestión. ¿Por qué estás triste, por qué no sales de casa y te diviertes como antes? Si algo te falta, si tienes algún capricho propio de tu edad, ¿por qué me lo ocultas? ¡Oh, no te perdonaré nunca el que puedas dudar de mi cariño!

– ¡Dudar de ti, papá!, exclamó Carmen, no sabiendo qué decir.

– Pues bien, ábreme tu corazón. La mutación de tu carácter es tan marcada que todo el mundo la ha notado. Habla, pues, pero con entera franqueza. Considera que lo único que me hace soportable la vida es la idea de tu felicidad.

– ¡Oh, papá!, exclamó Carmen muy conmovida por las palabras de su padre.

– ¿Qué sacrificio no haría yo para dártela siempre?, continuó el marqués, ¿ni qué deseo puedes abrigar que no pueda ser inmediatamente satisfecho?

La joven abrazó á su padre y estuvo á punto de confesarle su amor por el conde de Shéridan, pero se contuvo, comprendiendo el rudo golpe que sería para él.

– Si te aburres en esta soledad, prosiguió diciendo el marqués, yo no soy tan raro ni tan egoísta que te prive de tus gustos juveniles. Estos días estoy fuerte y ágil; aprovechémoslos. Vamos á Madrid, á San Sebastián, á Biarritz, adonde tú quieras, que haya gente y diversiones. A tu lado estaré contento en todas partes: lo que no puedo soportar es la idea de verte triste y no saber la causa.

Carmen sintió humedecerse sus ojos.

– ¿Lo ves?, ahora mismo estás llorando..

– De alegría, papá, por lo mucho que me quieres.

– Eso es no decir nada. Contéstame categóricamente.

– Pero papá, ¿qué he de decirte?

– ¿Te aqueja alguna dolencia?

– Ninguna.

– ¿Nos vamos de aquí?

– Por mi gusto no.

– ¿No tienes, pues, nada que decirme?

– Que te quiero con toda mi alma; que eres el mejor de los padres; que tú y mi buena aya, turbados por el cariño, veis en mí cosas que no existen...

– ¡Carmen!, interrumpió el marqués, moviendo la cabeza en aire de duda.

– Pues bien, papá, si me prometes no inquietarte por mí, te diré una cosa.

– ¿Qué?

– ¿Me prometes no preguntarme hasta que yo te lo diga?

– No te comprendo.

– Quiero decir que has adivinado en parte. Que tengo un deseo para el porvenir y cuento con tu cariño para lograrle.

– Pero hija mía...

– No hablemos de eso ahora, te lo suplico. Ya verás cuando llegue el caso lo mucho que confío en tu ternura. Verás cuánto tendré que agradecerte.

Y Carmen echando los brazos al cuello de su padre, estampó dos cariñosos besos en la mejilla del anciano y salió apresuradamente del despacho, sin duda para evitar más explicaciones.

Desde aquel día salió en parte de su retraimiento. Estaba intranquila respecto á la solución de sus amores, pero su esperanza íbase haciendo más sólida. Si sólo por vagos amagos de tristeza habíase mostrado su padre solícito y alarmado, hasta el punto de estar pronto á sacrificarla su perpetua afición al aislamiento, ¿qué no sacrificaría á su felicidad?

Además, en la última carta de su tía, la duquesa de Rocamora, había un párrafo, insignificante al parecer, que ella leyó con emoción profunda. Entre otras noticias referentes á los altos círculos de Madrid, decía la duquesa: «El conde de Shéridan Argile se halla completamente restablecido.» Si estaba restablecido no tardaría en verle: esto era indudable para ella. Animada por esta idea, volvió á salir con frecuencia de la posesión: todos los días esperaba encontrarse con Carlos La duquesa anunciaba también su próximo viaje á *la Sombrosa*, y todas estas cosas excitábanla de tal modo, que procuraba entretener con el movimiento las inquietudes de su espíritu.

Transcurrieron cinco ó seis días. La duquesa retardaba su viaje, el conde de Shéridan no se presentaba. La incertidumbre, esa sierpe á la que no se ve, pero cuyo infestado aliento se aspira, atormentaba el corazón de la pobre enamorada. Dudó por primera vez del amor de Carlos: «¿La habría olvidado? ¿Habría vuelto á recaer en su enfermedad?» Por fin una mañana, cuando, según costumbre, se asomó á una de las ventanas del cuarto de su padre, mientras éste en su despacho leía los periódicos, vió á un jinete que hacía galopar á su caballo alrededor del *Pradillo*, bien así como el que arrienda un potro en un picadero. Carmen, trémula de emoción, le conoció en seguida. El jinete, que sin duda aguardaba el ser notado por medio de aquel ejercicio, dió un corto rodeo, y siguiendo la fachada del palacio al paso de su montura, sin detenerse ante la reja en donde estaba Carmen, dijo á ésta:

– ¿A qué hora vengo aquí esta noche?

– Después de las diez.

IV

Dos días después, á la una de la tarde, hallábase el marqués de Marbella repantigado en el sillón de su mesa de despacho, fumando un riquísimo habano y entregado á sus perpetuas cavilaciones; cuando se

presentó Ramón, su viejo ayuda de cámara, trayendo en una bandeja una tarjeta con un pico doblado. Tomó el anciano señor la tarjeta y leyó en ella: «Conde de Shéridan Argile.»

– ¡Un inglés!, murmuró muy sorprendido, y luego dirigiéndose á Ramón, preguntó: ¿Está ahí el dueño de esta tarjeta?

– Pues claro, señor, por eso ha doblado un pico, contestó el ayuda de cámara.

– ¡Visitarme un inglés, es extraño!, repuso el marqués, y luego volviendo á leer la tarjeta añadió: «Conde de Shéridan Argile...» ¿Dónde he oído yo este nombre?.. ¡Ah, sí, es el joven que socorrió á Carmen en el percance del estanque! ¿Qué me querrá? ¿Dónde espera ese caballero?, preguntó al criado.

– En el gabinete del vestíbulo de abajo.

– Condúcele á esa sala próxima y ven á ayudarme á quitarme esta bata y ponerme cualquiera cosa.

Cuando entró el marqués en la sala de recibir, Carlos miraba al campo por la ventana y no sintió llegar á aquél. El buen señor, no obstante su manía antibritánica, no pudo menos de pensar en que el joven inglés era un apuesto y simpático caballero, y Carlos al ver al anciano recibió la misma impresión favorable respecto al padre de Carmen, á quien sólo había visto de lejos y de pasada.

– ¿A qué debo, caballero, el honor de esta visita?, preguntó el marqués con su innata cortesía de gran señor. ¿Es que viene usted á recordarme una deuda de gratitud?

– ¿Una deuda, señor marqués?

– Mi hija debe á usted quizá la vida, y yo hasta ahora no he tenido ocasión de darle las gracias.

– No hablemos de eso, señor: yo sólo tuve la suerte en aquel trance de llegar antes que todos.

A una indicación del marqués, habíanse sentado ambos en un diván. Hubo un momento de silencio. El marqués esperaba á que el joven hablase, y éste estaba evidentemente emocionado. Por fin dijo:

– Ante todo, ruego á usted que me perdone el haberme presentado yo mismo, pues no tengo aquí amigos que lo sean de usted; con tanta más razón, por cuanto es trascendental el objeto que me induce á dar este paso.

El marqués se agitó en su asiento.

– Señor marqués de Marbella, prosiguió Carlos cada vez más conmovido, me llamo el conde de Shéridan Argile, soy lord y par de Inglaterra, y católico, como lo fueron mis padres y mis abuelos. Tengo cuarenta mil libras esterlinas de renta y espero otras cincuenta mil más.

Y poniéndose en pie y saludando al marqués, continuó diciendo:

– Suplico á usted que me haga el honor de concederme la mano de su hija.

El marqués púsose también en pie: oprimió convulsivamente la muletilla del bastón en que se apoyaba y no contestó. Hallábase en el caso de un hombre que hubiera recibido un golpe violento: aturdido de sorpresa y dolor. Sin embargo, vió claro y se explicó la situación. Hizo un supremo esfuerzo de voluntad y dijo con voz reposada:

– ¿Supongo, caballero, que para dar este paso habréis contado con la aquiescencia de mi hija?

– De otro modo nunca me hubiera atrevido, contestó Carlos.

Y observando la emoción que el marqués en vano trataba de ocultar, repuso:

– Comprendo, señor, que *nuestras* aspiraciones no colman los deseos de usted; pero me atrevo á advertirle que de su decisión pende la felicidad de dos corazones.

En aquellos cortos instantes el anciano caballero había hecho un recuento mental. Recordó el lance del estanque, las inexplicables tristezas de su hija y las reticencias de ésta en la breve explicación que con ella había tenido. Pudo, pues, dominarse por completo y dijo á Carlos:

– Doy á usted gracias por el honor que desea hacer á nuestra familia; pero es tan trascendental y ha sido tan inesperada la petición de usted, que le ruego me otorgue un breve plazo para contestarle. Sin dudar de usted, tengo que consultar á mi hija y á mi hermana la duquesa de Rocamora, que hace años le sirve de madre.

– La señora duquesa aprueba también mis proyectos.

– Pues bien, caballero, mi hermana, según me anuncia, no tardará en llegar, y previo el oportuno consejo de familia, tendré el honor de dirigirle mi contestación adonde usted me diga.

– Me hospedo en el hotel del Norte.

– Allí tendrá usted en breve noticias nuestras.

Carlos comprendió que el marqués deseaba quedarse solo. Saludó, y al marcharse dijo con profunda emoción:

– Señor marqués, cuando yo, no obstante ciertos antecedentes, me he presentado á usted, autorizado por quien tanto le ama y le respeta, comprenderá que cedemos á un impulso superior á nuestra voluntad...

– Lo comprendo todo, caballero: mi edad y mi larga experiencia me han dado este triste privilegio.

El marqués acompañó á Carlos hasta el vestíbulo. Luego dirigióse apresuradamente á su despacho.

Decidida la duquesa de Rocamora á proteger el inevitable amor de su sobrina y del conde de Shéridán, que cada día le era más simpático, había resuelto preparar á su hermano, antes de que ambos jóvenes le formulasen sus deseos; mas posteriormente varió de plan, juzgando que los golpes imprevistos son los que más efecto producen. En consecuencia, acordó con Carlos, cuando estuvo restablecido, que se presentara al marqués inopinadamente, para que pasada la primera sacudida en el ánimo de aquél, ella y Carmen pudiesen ir labrando en su voluntad. El conde opuso una objeción: temió alguna inconveniencia, motivada por el carácter arisco del anciano caballero, que ahondase las dificultades; pero la duquesa le tranquilizó respecto á este particular: su hermano nunca faltaría á los deberes de la cortesía. Así, pues, con anuencia de Carmen, que tenía gran fe en las decisiones de su tía, y después de hablar con aquélla por la reja dos noches seguidas, se decidió Carlos á presentarse al marqués.

Más de una hora estuvo éste encerrado en su despacho, después de haber recibido la inesperada visita del conde de Shéridan. Lo que pasó en él, dados sus antecedentes, fácil es suponerlo, mas no consignarlo.

Por fin consiguió serenarse y mandó llamar á su hija.

Carmen se presentó á su padre turbada y recelosa: esperaba quizá una explosión de cólera; pero el marqués la atrajo á su lado cerca de la ventana y le dijo con acento tranquilo, pero tan triste que parecía salir del fondo de un abismo:

– He recibido una visita.

– Lo sé.

– El conde de Shéridan Argile.

– Le he visto al salir.

– ¿Le amas mucho?

– Tanto, padre mío, que por él me he atrevido á darte un disgusto, contestó la joven prorrumpiendo en lágrimas.

– No llores, hija mía, dijo el marqués acariciando los rubios cabellos de su hija: en los tejidos de la vida no puede haber satisfacción para todos...

– ¡Oh, papá, perdóname!, interrumpió Carmen, estrechando entre las suyas las manos de su padre. Bien sabe Dios cuánto he luchado, pero el conde de Shéridan ha estado á punto de morir por mí.

Y luego, viendo brillar las lágrimas en los ojos del anciano, repuso, colgándose á su cuello:

– ¡Oh, papá, no llores! Tú eres antes que todo, suceda lo que suceda, si este enlace te es tan doloroso, no se hará.

El marqués estampó un prolongado beso en la frente de su hija, se enjugó los ojos, y dijo con acento trémulo de ternura:

– ¡Lo que la mujer quiere lo quiere Dios!

En aquel instante sonó en el campo un estrepitoso campanilleo. El marqués se asomó á la ventana á tiempo que pasaba un coche de colleras, tirado por cuatro mulas. Asomó al carruaje una cabeza y una mano que saludaba con un pañuelo

Era la duquesa de Rocamora.

V

Todo estaba convenido. A fines de julio los novios se casarían en la iglesia parroquial de la Línea. El obispo de Cádiz, entroncado con la familia de Marbella, les daría la bendición nupcial y serían padrinos de boda la duquesa de Rocamora y el marqués de Marbella. Tendría por únicos invitados á la boda al conde de Brenes y á su hijo (si se dignaba asistir) Además se privaría de la presencia de lord Wolff y de sir Osvaldo Limerik, por no herir la susceptibilidad anti-inglesa del marqués. Si éste no se mostraba muy disgustado, los recién esposos se instalarían en *la Sombrosa*, y de no, procederían según las circunstancias. Carlos era admitido como novio oficial y hacía su diaria visita al palacio, sin perjuicio de hablar con Carmen por la reja después de recogerse el marqués. La duquesa estaba en Madrid dirigiendo la confección del equipo de boda de su sobrina. Iban llegando regalos, que eran muchos y valiosos, sobresaliendo entre todos el de lord Wolff, consistente en un soberbio aderezo de brillantes y rubíes, avalorado en doscientos mil francos. Sir Osvaldo Limerik envió un marco de oro de un metro en cuadro, primorosamente tallado, y en la carta de remisión decía á su amigo Carlos: «Para que coloques el retrato del primer nene.» El conde de Shéridan mandaba todas las mañanas un ramo de flores á su prometida, confeccionado por un famoso jardinero de la ciudad. Carmen enseñó á su padre el primer ramo que recibió, lo cual dió motivo á que el marqués profiriese la primera y última frase amarga al decir: «Es precioso, pero huele á Gibraltar » Fuera de esto, mostrábase tranquilo y correcto, hacía la visita á Carlos todos los días durante media hora, hablando con él de cosas indiferentes, que nunca aludían á Inglaterra, y luego se retiraba á su habitación, dejando á los novios en compañía de doña Victoria.

El horizonte, pues, parecía estar tranquilo, sin una nube que empañara aquel cielo de próxima felicidad. Sin embargo, Carmen hallábase triste é inquieta. Su cabecita se inclinaba bajo el peso de un presentimiento. Se sorprendía de no ser dichosa, como la Valquiria de la leyenda de que no la alumbrase el astro que llevaba en la frente. Creía ver más opaca cada día la fisonomía de su padre, observaba con pertinacia los extraviados ojos de éste, cuya córnea íbase volviendo amarillenta, y sintiendo vértigos, temía la locura hereditaria. Ansiaba que llegase el momento de unir su suerte á la de su prometido, y al propio tiempo lo recelaba, bien así como el enfermo que teme la operación dolorosa que le ha de curar ó matarle. En presencia de Carlos olvidaba sus inquietudes y concebía esperanzas; pero ausente éste, sentía las sacudidas nerviosas que preceden á la tempestad. Cuando hablaban por la reja decía á Carlos: «Te amo tanto que temo por ti,» y como el joven mostrara su extrañeza, solía añadir: «Yo no puedo separarme de mi padre anciano y enfermo, ¿podrás tú soportarle?» A lo que él respondía: «Lo único que yo no soporto es vivir sin ti.»

A mediados de Julio regresó de Madrid la duquesa de Rocamora trayendo el equipo de novia: era una maravilla de riqueza y elegancia. Fué expuesto, juntamente con las joyas, en el gabinete del cuarto de Carmen, y la ex nodriza de ésta y demás privilegiados que tuvieron ocasión de verle, quedáronse embelesados ante las piedras deslumbrantes, los trajes soberbios, las batas de incomprensibles telas, los abanicos cincelados y las cajas de medias de exquisita finura.

Sólo Carmen lo miraba casi con miedo: parecíale que aquellas cintas y encajes no eran como nubes arreboladas tras de las que asomaba el sol de la felicidad, sino las tristezas del claustro

La noticia de la boda de la hija del marqués de Marbella cundió por el Campo de Gibraltar con satisfacción de cuantos conocían á la hermosa y caritativa joven. En aquel enlace sólo había un punto negro, el origen del novio; pero se decía: «Cuando ella le quiere y el marqués le ha aceptado, por algo será.»

Llegaron á *la Sombrosa* el conde de Brenes y su hijo, muy curioso éste de observar el aspecto del marqués ante la perspectiva de aquella alianza con la pérfida Albión; llegó también el obispo de Cádiz, y nada faltaba ya. Así es que en cuanto hubo descansado un par de días el anciano prelado, señalóse el subsiguiente para la boda.

Carmen seguía observando con ansiedad á su padre, cuyos ojos estaban enteramente amarillos con un círculo violáceo.

Amaneció por fin el día señalado El cielo presentóse favorable, puesto que apareció completamente entoldado de nubes, que con una fresca brisa marina atenuaban los terribles calores de la estación.

La novia, que apenas había dormido, entró muy temprano en el dormitorio de su padre, á quien halló en la cama Al verla el anciano alargó los brazos y la atrajo hacia sí, diciéndole:

– ¡Mala noticia, lucero mío! Estoy con la gota.

Carmen quedóse consternada.

– ¿Pues cómo, papá?, dijo apenas su emoción la permitió hablar; anoche te encontrabas bien.

– Sí, pero tú sabes que este maldito mal ataca de repente. A media noche sentí los primeros dolores, que gracias al láudano se atenuaron al amanecer. No he podido pegar los ojos.

– Entonces, papá, voy á dar orden de que todo se suspenda.

– De ninguna manera.

– Pero papá...

– Sería un trastorno, sobre todo para el obispo, que tiene que volver á Cádiz inmediatamente. El conde de Brenes me sustituirá como padrino...

– ¿Pero no podríamos esperar siquiera uno ó dos días?

– Bien sabes que mi achaque dura siempre más.

Carmen inclinó la cabeza.

– No te entristezcas, lucero. Desde aquí uniré mi bendición á la del prelado. Tal vez la idea de tu felicidad apresurará mi restablecimiento.

La mañana avanzaba, y á su luz, que iba tomando

cuerpo y penetraba por el balcón del dormitorio, pudo ver Carmen el rostro de su padre, que estaba cadavérico.

Prorrumpió en llanto.

—Pero ¿por qué lloras, niña mía?, dijo el marqués, acariciando, según costumbre, la cabeza de su hija. No es tan grave la contrariedad: yo no hago falta.

—¿Que no haces falta?, exclamó Carmen acrecentando sus lágrimas.

En este momento entró la duquesa de Rocamora, y enterada de la novedad estuvo de acuerdo con su hermano. Aunque contrariada también, trató de consolar á Carmen, que tuvo que resignarse.

Habíase fijado para las diez la ceremonia nupcial. A las nueve el conde de Brenes y su hijo fueron á Gibraltar á reunirse con el novio, y le acompañaron á la iglesia parroquial de la Línea, en donde debía esperar á su prometida. La entrada del conde de Shéridan en el pueblo, en una carretela tirada por cuatro soberbios alazanes tostados, fué como la enunciación de los esplendores de la boda. Entretanto en *la Sombrosa* Carmen dejábase vestir el traje nupcial, prestando escasa atención á las observaciones de su tía, de su ex nodriza y de Antonia, que se ocupaban en aquella faena. Su pensamiento, como un volante negro y golpeado, volaba de Carlos á su padre y de éste á aquél. Vestida ya y todo á punto, fué al cuarto del marqués, á quien halló incorporado sobre las almohadas y que al verla hizo un gesto indescriptible. La escena fué breve y triste. Carmen, llorando, besó á su padre con efusión y le dijo: «Adiós, papá, hasta luego.» El anciano señor apenas pudo pronunciar algunas palabras.

En la puerta exterior de la posesión esperaban dos carruajes, uno tirado por cuatro caballos y el otro por cuatro mulas. En el primero se instalaron Carmen, la duquesa y el obispo, y en el segundo dos sacerdotes que habían venido acompañando á éste.

Llegaron al pueblo, en cuya entrada esperaba un numeroso gentío.

La Sombrosa quedó casi desierta, pues la mayoría de la servidumbre había pedido permiso para asistir á la boda.

VI

El marqués llamó á su viejo ayuda de cámara y le preguntó:

—¿Se han ido ya?

—Sí, señor.

—Vete, no te necesito.

—¿Va á continuar el señor en la cama?

—No sé lo que haré. Te llamaré si me haces falta.

Salió el criado del dormitorio, un tanto sorprendido del tono brusco de su amo. Inmediatamente que estuvo solo, el marqués separó violentamente las ropas de la cama y saltó de ella con agilidad juvenil, vistióse la ropa de casa y se trasladó á sus habitaciones exteriores, cuyas cerradas ventanas abrió de par en par. Hecho esto, comenzó á pasearse á lo largo de todas las piezas. Agitaba convulsivamente las manos, murmuraba palabras ininteligibles: todo revelaba en él una conmoción profunda. Se detuvo junto á una ventana, miró al exterior y quedóse inmóvil y como petrificado, con los ojos fijos en la frontera ciudad y el Peñón adyacente, que destacábase sombrío en la relativa obscuridad de aquel día nublado, y sobre el cual oscilaba á impulsos del aire la bandera inglesa como una movible ráfaga de nube.

De repente prorrumpió el anciano en frases inconexas, cuyo diapasón fué elevándose.

«¡Oh!, decía con los labios contraídos por la cólera. ¿No hay quien corte la cabeza á ese odioso pulpo, que abarca el mundo con sus tentáculos que nunca sueltan la presa; que chupa la sangre del corazón de sus víctimas, marcando con un estigma su frente; que hipertrofia los pulmones de las nacionalidades, permitiéndolas respirar apenas; que en sarcástico lema pone el nombre de Dios al lado de su derecho, como si pudiese creer en un Dios que tales cosas permite; que llama *graciosa* á su soberana; que envenena con opio para dominar, y vengando se consuela del odio del mundo? Los pueblos temerosos é ilotas por egoísmo, se resignan á sus rapiñas y presencian atónitos depredaciones y bombardeos de ciudades. Toleran que exista en Europa, centro de la civilización del planeta, ese antro donde se refugian todos los criminales, ese Leviatán insaciable, con la garra afelpada del leopardo; coloso de oro, de corazón podrido, que como el rey persa se muere de hambre en medio de sus tesoros.»

Enmudeció un instante. Su pecho jadeaba, el dolor reprimido durante tantos días, había producido una combustión de ira que asomaba á sus ojos sanguinolentos. Luego arrímase más al alféizar de la ventana, como si esperase ser oído mejor, y prosiguió diciendo:

«¡Oh, pueblo infame, que se impone á Dios creando una religión á su gusto; pueblo de borrachos y esclavos, saturado de orgullo, gangrenado de inmoralidad!.. ¡Y he de tener yo nietos ingleses, he de oir hablar esa maldita jerga! ¡La sangre de Garci-Pérez de Vargas va á unirse á esa sangre maldita!»

Se retiró de la ventana, dió unas cuantas vueltas, volvió á asomarse, y amenazando con el puño á la ciudad execrada, exclamó:

«Allí está, allí se mueve ese trapo encarnado que representa la detentación de todo derecho, que ha aventado en la India la libertad de millones de seres humanos, que estruja entre sus pliegues la dignidad de los pueblos, que enturbia desplegada el cielo de tantas nacionalidades!.. No, no será: allí debe erguirse otra bandera, la de la patria, la de Alfonso XI, que se tiñó de sangre en ese Peñón... Yo haré lo que no hace España. Abatiré ese odioso pabellón y pondré en su lugar la enseña de la patria. Hoy habrá en Gibraltar dos banderas: una ondeando al viento, otra postrada en tierra.»

Y presa del vértigo de aquella demencia de tantos años, el anciano marqués, á quien la excitación nerviosa daba alientos juveniles, entró en la pieza de armas, tomó una bandera española de las cuatro que allí había, cruzó las habitaciones y el vestíbulo, y bajando la corta escalera que comunicaba con la puertecilla del campo, salió á éste. Nadie le vió salir: los pocos criados que habían quedado en *la Sombrosa* estaban en la parte opuesta. Por una fatalidad inconcebible el campo estaba desierto, aun cuando por allí cruza el camino de la Línea á Gibraltar. El marqués tomó una senda que partiendo de la posesión va á unirse á dicho camino. Siguiendo maquinalmente, porque no tenía conciencia de sus acciones, marchaba hacia la ciudad que veía, como el héroe de Julio Verne hacia el polo que creía ver. Agitaba convulsivamente la bandera y pronunciaba frases incoherentes. Al llegar al punto de unión de la senda y del camino, venía un hombre montado en una mula con aguaderas, al cual el anciano demente no vió ó no quiso ver. Pero el hombre, que era mozo de la fragua de Juan, el hijo del tío *Caracoles*, conocía al marqués de Marbella, y paró su montura asombrado, saludándole, mas no atreviéndose á hablarle. Venía el mozo de Gibraltar, de comprar dulces y pastas finas, por encargo de Micaela la ex nodriza de Carmen, pues ésta, á ruego de aquélla, habíala prometido detenerse un rato en su casa, después de la ceremonia nupcial. El mozo comprendió que algo extraordinario pasaba al anciano señor, y tuvo intenciones de seguirle, pero no tenía espacio si habían de llegar á tiempo los encargos que llevaba. Avivó, pues, á la mula; en el pueblo supo que la comitiva nupcial estaba todavía en la iglesia, se dirigió á ésta y llegó á punto de que salían los recién casados y su acompañamiento. Vió á su maestro, enteróle de cómo había encontrado al marqués yendo hacia Gibraltar con una bandera en la mano, cundió la noticia y todos se sobresaltaron.

Entretanto el marqués avanzaba en dirección á la ciudad. No le faltaron las fuerzas ni un solo instante Andaba erguido y presuroso, aunque por mal terreno, pues inconscientemente se había salido del camino. Una mujer con una cesta al brazo venía hacia él: al verle de lejos se sorprendió; pero cuando al acortar la distancia pudo distinguir aquella espantable fisonomía en la que resaltaba la demencia, cambió de dirección y echó á correr asustada. Él no se fijó en esto, y aunque dando rodeos, llegó por fin á



la única puerta de Gibraltar, la traspasó y anduvo un trecho, hasta que fué notado por un grupo de agentes de policía inglesa. Destacóse uno de ellos, y no se limitó á pedirle el pase necesario para entrar en la plaza, sino que admirado del aspecto del marqués y de la bandera que llevaba, le puso su varita al pecho y le preguntó en español, que todos hablan bien ó mal:

—¿Adónde va usted con esa bandera?

El anciano caballero no le hizo caso. No conocía los lugares y buscaba con la vista la subida al Peñón. Separó con el brazo la varita del agente y dió algunos pasos; éste entonces asióle de un brazo; el marqués se soltó violentamente, se apartó un poco, con la lanza en que remataba la bandera hirió á aquél en el cuello, y quiso seguir andando; pero había llegado al primer puesto militar inglés, y el centinela, viendo lo sucedido con el agente y que el agresor se dirigía hacia él, hizo un disparo, y el infeliz demente, herido en la cabeza, cayó al suelo de bruces abrazado á su bandera.

En aquel momento un carruaje tirado por cuatro sudorosos caballos se detenía en la puerta de la ciudad. Guiábale el conde de Shéridan, y lo ocupaban Carmen, la duquesa de Rocamora, el conde de Brenes y su hijo. Al oir el disparo, influídos todos por un mismo presentimiento, bajaron del coche. Carlos quiso adelantarse; pero viendo gente que corría é iba formando un compacto grupo, Carmen se agarró al brazo de su marido y los demás los siguieron...

Lo restante, yo no sé expresarlo: puede figurárselo el lector.

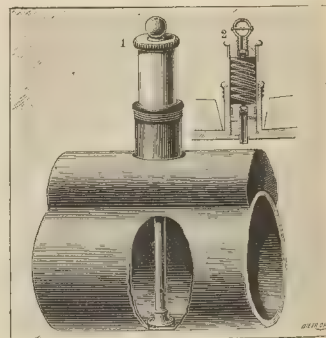
El marqués de Marbella cumplió su propósito, aunque en sentido inverso á su voluntad: aquel día hubo en Gibraltar dos banderas: una enhiesta en el Peñón, la otra postrada en tierra, como lo está hace tantos años la dignidad española.

F. MORENO GODINO

SECCIÓN CIENTÍFICA

NEUMÁTICO DE HENCHIDURA AUTOMÁTICA

Aunque la tira neumática fué inventada en 1845, no se aplicó á los ciclos hasta 1889, desde cual fecha ha sido objeto de continuos perfeccionamientos: uno



Neumático de henchidura automática

de ellos es el aparato que reproducimos y que, si da los resultados que se suponen, suprimirá las bombas que sirven para henchir los neumáticos. La idea de su inventor, M. Felipe W. Standford, de San Francisco (Estados Unidos), es utilizar el movimiento del mismo ciclista indefinidamente durante el viaje para mantener el neumático henchido. El aparato, no más voluminoso que las válvulas de las bicicletas ordinarias, está constituído, como puede verse por la sección transversal de la derecha de nuestro grabado, por una bomba minúscula cuyo pistón está aplicado á la parte inferior del cilindro por medio de un potente muelle y que se levanta á cada vuelta de rueda por el aplastamiento más ó menos completo del neumático y por la mediación de un mango terminado por un botón que comunica directamente con la cámara del aire convenientemente reforzada en este punto para evitar un desgaste demasiado rápido. Mientras el pistón se levanta, el aire pasa de la parte superior del cilindro á la cámara de aire, y cuando baja por la acción del muelle, el aire exterior es aspirado en el cilindro por un agujero microscópico dispuesto en el botón. Cuanto mayor es el aplastamiento del neumático, más largo es el espacio recorrido por el pistón y mayor el volumen de aire inyectado en la cámara á cada vuelta de rueda.

Este sistema es muy ingenioso, pero ofrece algunos inconvenientes. En primer lugar exige una henchidura previa, de suerte que no suprime en absoluto

la bomba; en segundo la bomba funcionará con marcha variable, produciendo un centenar de golpes de pistón por minuto, lo cual hará que éste se gaste pronto y exigirá una conservación continua. Finalmente, en el caso de un deshenchimiento brusco por desgarro de la cámara de aire, el mango que gobierna el pistón se inutilizará inevitablemente y la bomba no podrá funcionar.

De todos modos reproducimos á título de curiosidad el invento de M. Stanford. – E. H.

* * *

UNA EXPLOSIÓN FORMIDABLE DE NITROGLICERINA

La escena que reproduce el adjunto grabado es copia de una fotografía tomada tres horas después de una terrible explosión de un cargamento de nitroglicerina que *El Centinela* de Fort-Wayne (Indiana) refiere en los siguientes términos:



Lo que ha quedado de un carro de transporte cargado con 500 kilogramos de nitroglicerina (de una fotografía)

«El 26 de abril último, un joven de diez y ocho años guiaba un carro tirado por dos caballos que contenía más de 500 kilogramos de nitroglicerina de la fábrica del *Empire glycerine C.°*, destinada á los pozos de petróleo en perforación en los alrededores de Montpellier,(estado de Indiana), cuando á consecuencia de un choque, cuya verdadera causa quedará para siempre ignorada, la carga hizo explosión, produciendo una escena de horror indescriptible: el carro, los dos caballos y el conductor quedaron reducidos á polvo, y cuando, advertida por el ruido, acudió la población al lugar del siniestro, no pudo descubrirse el menor vestigio del vehículo, ni los animales, ni el carretero, cuyos fragmentos habían sido proyectados á muchos kilómetros de distancia. Un gran número de corpulentos árboles de las inmediaciones, arrancados de raíz, aparecían destrozados y á una distancia de varios metros; los cristales de las ventanas de las casas comprendidas en un radio de más de tres kilómetros del lugar de la explosión habíanse roto en mil pedazos. El sitio en que la explosión se produjo marcábase por un gran agujero cónico de unos cinco metros de profundidad, de diez metros de diámetro en el fondo y veinte en la superficie. A 1.500 metros del punto en que ocurrió la catástrofe se encontraron algunos restos del traje del conductor y algunos fragmentos de los caballos y del carro. El ruido de la explosión oyóse en la ciudad de Blufton, á más de cuarenta kilómetros de distancia, y las vibraciones de los cristales hicieron creer á muchos de los habitantes de aquella población que se trataba de un temblor de tierra. Varias reses murieron por efecto de la explosión en los lugares cercanos al en que ésta había ocurrido, y algunos caballos espantados escapáronse de la ciudad de Blufton.»

Nuestros lectores no habrán olvidado sin duda la terrible catástrofe del vapor *Cabo Machichaco*, que sembró de cadáveres y ruinas hace dos años la ciudad de Santander, á consecuencia de la explosión de la carga de nitroglicerina que aquel barco conducía.

Recordaremos también los desastres que se registran en las fábricas en donde se produce la nitroglicerina, algunos de cuyos talleres han quedado destruídos por efecto de las explosiones.

Citaremos finalmente el vagón de dinamita que hizo explosión en América, en la línea de Filadelfia, ocasionando la muerte de siete personas y derribando ocho casas.

La conclusión que se desprende de todos estos desastres originados por los progresos de la química moderna, es que en punto al transporte de materias explosivas tan peligrosas, toda precaución es poca, por muy exagerada que parezca. – X.



Epílogo, cuadro de Vicente Cutanda (Exposición general de Bellas Artes de Madrid de 1895)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 30 de septiembre de 1895 — Núm. 718

SUMARIO

SAINETES MATRITENSES

LOS VECINOS DEL TERCERO

Sala comedor de pobre aspecto

I

D. TORCUATO, vejete panzudo, engulle con rapidez grandes rebanadas de pan que moja en una taza de chocolate, mientras DOÑA BRAULIA, su apergaminada esposa, se pasea por la reducida estancia, blandiendo con aire de enojo un plumero de regulares dimensiones.

DOÑA BRAULIA. – Estamos al pelo. Al carbonero se le deben cinco quintales; el desvergonzado del ultramarino se ha atrevido á preguntarme hoy si tenemos la costumbre de pagar por anualidades ó por siglos vencidos, y tú..., nada, hecho un pánfilo, sin pensar más que en tragar.

D. TORCUATO. – ¿Y qué quieres que haga, si no sale nada?

DOÑA BRAULIA. – Así te saliera un grano en la nariz como el puño de gordo. Pues mira, para tu satisfacción te diré que no me quedan más que treinta y seis reales por todo capital: conque avíspate.

D. TORCUATO. – Si no te hubieras empeñado en la majadería de comprarte el sombrero verde con lazos amarillos, que ha costado cinco duros...



SAINETES MATRITENSES

Los vecinos del tercero, dibujo de Méndez Bringa

Doña Braulia. – ¿Qué tienes que decir del sombrero?

D. Torcuato. – Nada, sino que estás con él para que te peguen cuatro tiros.

Doña Braulia. – ¡Avestruz! ¿Qué entiendes tú de eso? Pues qué, ¿querías que fuese yo por ahí hecha una trapera? Más valía que en vez de criticar cosas que no están á tu alcance, tomaras una determinación seria, pero muy seria.

D. Torcuato. – Bueno; por de pronto tomaré una copita de anís del Mono si queda aún en el frasco.

Doña Braulia. – *(Lanzando un grito de horror.)* Dios mío, ¡anís del Mono!.. ¿Y piensa este infame en esas liviandades, cuando lleva cerca de un año sin destino, cuando se ha comido hasta mi lavabo y la cama de la criada?

D. Torcuato. – ¿Y tú te has alimentado del aire?, ¿te has vestido de hojas de parra?

Doña Braulia. – No quiero contestar á esas simplezas. ¿Pues qué quieres tú?

D. Torcuato. – Que me des una copita de...

Doña Braulia. – Pues ya no hay; anoche me bebí yo las últimas gotas.

D. Torcuato. – Lo siento infinito, porque necesitaba inspirarme para escribirle otra carta lamentable y apremiante á mi hermano Blas, á ver si por fin se decide á emplear su influencia y le habla aunque sea al lucero del alba y me saca un destino.

Doña Braulia. – Ya podía ese zanguango haber hecho algo...

D. Torcuato. – En fin, nos lanzaremos á la calle á ver si lo que cae... *(Se levanta de la mesa y se asoma al balcón, adonde le sigue su cara mitad.)* ¡Qué día más hermoso, si tuviéramos unos cuartos para hacer una merienda en las Ventas!

Doña Braulia. – ¡Pero qué sin vergüenza me lo habéis dado, Dios mío!

D. Torcuato. – *(Mirando á los balcones del piso segundo.)* Calla, ahí está la vecina tomando el fresco. Y está guapita con esa bata clara.

Doña Braulia. – *(Furiosa.)* Estoy ya de esos vecinos hasta la coronilla. Él siempre riéndose y cantando con esa voz de becerro marino, y ella, la marisabidilla, haciendo monadas. Me tienen frita la sangre ese par de tórtolos.

D. Torcuato. – Ya quisieras tú tener los cuartos que ellos tienen.

Doña Braulia. – Yo no quiero nada que ellos tengan, ni la salud. Esta mañana, cuando yo volvía de la plazuela, me encontré á la lagartija esa en la escalera y me dijo: «Vecinita, el chico del carnicero se ha equivocado de cuarto y ha estado esta mañana en mi casa pidiendo tres pesetas de unos filetes, y como nosotros no debemos nada á nadie, me he figurado que sería usted y le he dicho que subiera á su habitación.» Mira, no sé cómo me he contenido y no le he dado un mordisco. ¡Habrá descaro!

D. Torcuato. – Sí, la verdad es que venir á molestar por tres miserables pesetillas.

Doña Braulia. – Si el descaro es el de ella, de esa tonta de capirote, que tiene cuatro sombreros y se ha hecho dos trajes desde que entró el verano. ¡Dos trajes nuevos! ¿Para qué querrá tanto pingo?

D. Torcuato. – Pues hace bien si tiene para pagarlo.

Doña Braulia. – ¡Ahora la defiendes, pillo, libertino, mal esposo! Ya voy notando hace tiempo que la vecina te gusta; pero si te figuras que yo voy á consentir esos devaneos, te equivocas.

D. Torcuato. – Pero mujer, después de cuarenta años de matrimonio sales con esas músicas...

Doña Braulia. – ¡Hipócrita! No me contradigas, que soy capaz de hacer una barbaridad.

D. Torcuato. – Lo creo, pero eso no quitará que la vecina sea una morenita muy graciosa y elegante.

Doña Braulia. – Sí, pues ahora verás. *(Tira el plumero y se precipita hacia la alcoba, de donde sale con una jofaina llena de agua.)*

D. Torcuato. – ¡Insensata! ¿Qué vas á hacer?

Doña Braulia. – A regar mis plantas.

D. Torcuato. – Mujer, á las doce del día...

Doña Braulia. – Cada cual riega cuando le da la gana.

D. Torcuato. – Braulia, no seas atroz. No ves que le va á caer un chaparrón á la vecina.

Doña Braulia. – ¡Déjame ó te zampo la jofaina á la cabeza! ¡Mal hombre! ¡Tenorio de guardarropía! ¡Estafermo! *(Intenta salir al balcón y D. Torcuato coge la jofaina, entablándose una lucha que da por resultado el que el contenido de la vasija caiga íntegro sobre la cabeza de la vecina. Oyese un chillido y el ruido del agua que se derrama sobre unos transeuntes que prorrumpen en furiosas exclamaciones.)*

D. Torcuato. – ¡Vieja bruja! ¡Engendro de Satanás! ¿Qué has hecho? ¡Dios misericordioso, ten piedad de nosotros!..

II

Los mismos y un guardia municipal con facha de bárbaro, que encontrando la puerta abierta entra hasta el comedor.

Guardia. – ¿Puede pasar la *autoridat* pública del *monicipiu*?

D. Torcuato. – Adelante, pase usted. Braulia, el señor querrá tomar una copita.

Guardia. – *Comu autoridat non tomu* nada *bebestible*, *comu* particular es otra cosa *divergente*.

Doña Braulia. – Pues no tengo nada más que agua del Lozoya.

Guardia. – Entonces *non molestarse*, la *autoridat non* toma nada cuando no hay nada que tomar. *Vamus* á ver: ¿quién, quién es el autor del delito líquido que acaba de perpetrarse por ese balcón?

Doña Braulia. – Aquí no ha sido.

D. Torcuato. – No sabemos nada.

Guardia. – Pues hombre, está *buenu estu*, y aún está el balcón *chorreandu*. *Tengu* mucha pupila y *miru* y *veu*.

D. Torcuato. – ¡Ah, sí! Cuatro gotas que han caído...

Guardia. – *Cuatru* cubas. A mí *non* se me engaña. He *sidu* aguador diez *años* y *entiendu muchu* de *custiones* acuáticas.

D. Torcuato. – Me alegro de que sea usted práctico. Pues bien: ya ve usted que la cosa no vale la pena de que usted se moleste y pierda el paseo hoy que hace un día tan hermoso.

Guardia. – Más *hermosu* será el *multazu* que les voy á atizar.

Doña Braulia. – ¿Multa, por qué? No veo la causa.

Guardia. – Usted *non* la ve, *peru* el *Ayuntamientu lu* ve *todu*. Yo estaba en la taberna de enfrente, que es de un *chicu paisanu*, y he *oídu lus gritus*. *Non* quería, sin *embargu*, *pur* prudencia decir nada; *peru* han *venidu* á quejarse, y *non tengu* más *remediu* que tomar una *pruvidencia estempuránea*.

Doña Braulia. – Más valía que tomara usted la puerta.

Guardia. – *Non desataque* usted á la *autoridat* municipal. Han *puestu* ustedes *comu* una *butija*, mal *comparadu*, á una señorita de *abaju*. Han *mujadu* á un señor *eclesiásticu* del *ramu* de *canónigus* y á un *matrimoniu* que *trashumaba pur* la acera El *delitu non* puede quedar *inmóvil*. Les *avisu* que he *apuntadu lus* nombres en la *purtería* y que mañana recibirán la papeleta de citación.

D. Torcuato. – ¿Y nos costará mucho la broma?

Guardia. – *Pocu*: entre *pitus* y flautas *cuatru ú cincu durus*. A *non* ser que *comu* la señorita de *abaju* es sobrina de un señor concejal les aprieten más *lus turnillus*.

D. Torcuato. – Sólo nos faltaba eso.

Doña Braulia. – Pues no pagaremos nada, porque yo soy también sobrina de un gobernador de Filipinas, muy amigo de Sagasta, y á nosotros no se nos atropella. ¿Lo entiende usted?

D. Torcuato. – ¡Pero mujer, si tu tío murió hace seis años!..

Doña Braulia. – No importa, queda el recuerdo, y ya verás como yo le digo cuatro frescas al juez, alcalde ó lo que sea.

D. Torcuato. – Eso es, á ver si conseguimos que nos pongan otra multa.

Guardia. – *Pur* mí que les pongan *lu* que quieran

Doña Braulia. – Y á usted ya lo arreglaré yo, fariseo, que porque no se le ha dado una propina...

Guardia. – Señora, *cuidaditu cun faltare ú* van á la prevención.

Doña Braulia. – ¡A mí, qué me ha de llevar usted, so tío! Antes le tiro á usted por el balcón.

Don Torcuato. – ¡Braulia, por Dios, que nos comprometemos!

Guardia. – *Non* hay *cuidadu*: la *antoridat* debe ser prudente é *incombustible*. *Non quieru* oir esas manifestaciones *revulucionarias* y me *largu* á dar una vuelta por el *barriu* de mi *dignu mandu*. *(Sale dando un portazo.)*

III

D. Torcuato y Doña Braulia

Doña Braulia. – ¡Qué camello!

D. Torcuato. – Mucho, pero camello y todo, nos ha dividido. ¡No nos faltaba más que este percance! *(Suena una campanilla.)* Ya vuelve á la carga.

Doña Braulia. – Voy á coger la escoba y le daré dos palos. *(Sale.)*

D. Torcuato. – Braulia, por Dios, no metas la pata otra vez. Contente, esposa. ¡Cómo se conoce que su papá era de caballería!

Doña Braulia. – *(Con una carta en la mano.)* Es la criada de los bandidos de abajo que ha traído este papelucho para ti.

D. Torcuato. – A ver, á ver. Algún nuevo disgusto que tus imprudencias...

Doña Braulia. – Calla y lee.

D. Torcuato. – *(Se pone los lentes y abre la carta.)* ¿Quién firma? Lorenzo García...

Doña Braulia. – Sí, el marido de la *señoritinga* de abajo

D. Torcuato. – Y aquí hay un membrete que dice «El Ingeniero Director del canal de Vallecas. Particular...»

Doña Braulia. – ¡Conque el mameluco ese es ingeniero! ¡Quién lo diría!

D. Torcuato. – Oye, oye cómo se explica. «Muy señor mío: Al regresar á mi domicilio he sabido la barbaridad que ha llevado á cabo la arpía de su mujer, atentando contra mi esposa. Le aviso que como vuelvan ustedes á hacer algo por el estilo de lo de hoy, subiré, y sin perjuicio de otras medidas, le propinaré á usted una buena paliza. Sin más queda de usted atento y seguro servidor que besa su mano, *Lorenzo García*.»

Doña Braulia. – No tienes sangre en las venas cuando no bajas en seguida y desafías á ese grosero que se atreve á llamarme arpía.

D. Torcuato. – ¡Mujer, si tú tienes la culpa de todo!

Doña Braulia. – Ya no hay hombres...

D. Torcuato. – Lo que no hay es vergüenza.

Doña Braulia. – No me digas nada, que estoy furiosa. Voy á tirarle un puñado de cisco á la ropa que tienen tendida en el patio esos señores de chicha y nabo.

D. Torcuato. – ¡Braulia, mujer, que me va á costar eso una paliza!..

Doña Braulia. – Que te hace mucha falta. *(Suena la campanilla.)*

D. Torcuato. – Detén tus ímpetus y veas quién llama.

Doña Braulia. – Voy, pero me las han de pagar.

IV

Dichos y D. Blas, caballero anciano.

Doña Braulia. – Pasa, Blas, aquí está tu hermano.

D. Torcuato. – ¡Querido Blas, dame un abrazo!

D. Blas. – Aunque sean dos. ¿Cómo estáis?

D. Torcuato. – A la última pregunta. Con decirte que ni anís del Mono tenemos...

Doña Braulia. – Vivimos de milagro, y como tú no hagas algo...

D. Blas. – Vaya, pues alegraos, ya estás colocado.

D. Torcuato. – ¿Será posible?

Doña Braulia. – Blasito, déjame que te dé un achuchón. ¡Ya decía yo, cuando aquél no escribe, es que está gestionando algo!

D. Blas. – Sí, mujer, ha costado, porque todo está muy malo; pero en fin, busca por aquí, busca por allá..., podéis contar con diez mil realitos y alguna gratificación extraordinaria.

D. Torcuato. – ¿Y qué es ello?

D. Blas. – Vas á saberlo en seguida. Mira, D. Sisenando, el notario del pueblo, que es inmensamente rico, viendo mis apuros dijo: «Tengo parte en una empresa en que hay dos plazas vacantes; voy á escribir á Madrid, y como no las hayan dado, cuente usted con una.» Así lo ha hecho, y hemos tenido la suerte de llegar á tiempo, pues la persona que ha de dar el destino le ha contestado á D. Sisenando que si el recomendado es persona de confianza y buenos antecedentes, le admitirá desde luego.

D. Torcuato. – ¡Aleluya, aleluya!

Doña Braulia. – Dios te lo pague, Blasito.

D. Blas. – Nada, pues adecéntate un poco y vamos. No debemos perder tiempo.

D. Torcuato. – Braulia, saca la levita, que aun cuando muy raída, da cierto carácter. La chistera está vieja y atropellada, pero...

D. Blas – Eso no importa, porque no hemos de salir á la calle.

Doña Braulia. – ¡Cómo!.. ¿Quién es ese señor?

D. Blas. – El ingeniero director del canal de Vallecas, D. Lorenzo García.

D. Torcuato. – ¡El vecino del segundo! ¡Horror!..

Doña Braulia. – ¡Ese títere! ¡Nos hemos perdido!

D. Blas. – ¿Pero qué aspavientos son esos?

D. Torcuato. – ¡Si ésta le ha tirado ahora mismo una jofaina de agua á la mujer del ingeniero!

Doña Braulia. – Si éste acaba de recibir una carta de García prometiéndole una paliza.

D. Torcuato. – ¡Tú tienes la culpa de todo, vieja de Satanás!

Doña Braulia. – No me faltes, avechucho, que te tiro una silla.

D. Torcuato. – ¡Prueba, petrolera, y hoy es el último día de tu existencia!.. ¡Sabandija vil!

D. Blas. – Vaya, señores, que ustedes se diviertan. Me vuelvo al pueblo, y si queréis un destino que os lo busque... el archipámpano de Sevilla.

A. Danvila Jaldero



SEMBLANZA

Solíanse reunir en una modesta sala de una casa situada en la calle de *El 29 de julio*, de París, durante las frías noches de invierno, por los años 1841, 42 y 43, varios españoles que ya por entonces brillaban en el mundo de la política, de las armas, de las artes y las letras.

Allí peroraba hasta por los codos, alzando mucho la voz, como tenía por costumbre, el entonces joven D. Juan Donoso Cortés, futuro marqués de Valdegamas; allí solía leer alguna de sus poesías el que andando el tiempo llevaría el título de conde de Cheste y había de ser presidente de la Real Academia Española; allí conversaban y discutían acerca de la primera guerra carlista los oficiales de caballería Enrique O'Donnell y José Marquessi, más tarde tenientes generales ambos; allí, sin que ninguno de los contertulianos se advirtiese de ello, dibujaba en un dos por tres un delicioso paisaje el insigne y hoy día difunto Villaamil, mientras que otro joven como él, que se hallaba sentado en otro rincón de la sala, mostraba su álbum lleno de preciosos dibujos dignos de su autor, que no era sino el gran artista D. Carlos Luis de Rivera, quien compartía entonces sus triunfos con su compañero y amigo el joven Federico de Madrazo, á la sazón en Roma; el *Estudiante*, ó por otro nombre D. Antonio María Segovia, refería con el gracejo que le era familiar y con la sal y pimienta con que sazonaba siempre su conversación, lo que más le había impresionado al recorrer las calles de París, mientras que D. Eugenio de Ochoa, en cuya casa se hallaban reunidos todos esos ilustres personajes, discutía sobre el último drama de Dumas ó de Víctor Hugo, de quienes era muy amigo, ó llamaba la atención de sus contertulios sobre tal ó cual artículo de la *Revue des Deux-Mondes*, ó sobre las graciosísimas caricaturas del *Charivari*, quien solía poner en solfa los hombres y las cosas del apacible reinado de Luis Felipe.

He dejado para lo último al personaje más *remuant*, como dicen nuestros vecinos, al más alborotador y agitado, al más inquieto de la tertulia. Era aquél un joven que representaba muy bien la edad que tenía entonces, unos treinta años; ni alto ni bajo, delgado, más bien rubio que moreno, de facciones regulares, largos bigotes, aire marcial, propio de quien había sido en sus mocedades oficial de artillería, ojos muy vivos, locuaz, muy galante con el bello sexo y afable y cariñoso con el sexo feo. Tal era D. Patricio de la Escosura cuando se hallaba emigrado en París durante la regencia de Espartero.

Mucho se hablaba, naturalmente, de política, siendo aquella una de las épocas más agitadas en la historia contemporánea de nuestra patria. Todos esos personajes eran adversarios declarados del conde de Morella y muy amigos de la augusta dama que vivía entonces en el histórico palacio de la *Malmaison*, antigua residencia de Napoleón I y de Josefina, la reina D.ª María Cristina de Borbón, ex gobernadora del reino, cuya historia estaba ya escribiendo otro de los contertulios, el gran jurisconsulto, periodista, orador y literato D. Joaquín Pacheco. Los militares Pezuela, O'Donnell y Marquessi habían tomado parte en los tristes sucesos del 7 de octubre, y á cada paso se invocaba el nombre de Diego León, primer conde de Belascoain.

Escosura había sido primer ayudante de campo del esclarecido general D. Luis Fernández de Córdova, y contaba maravillas del talento estratégico y de los relevantes méritos de tan ilustre caudillo. Pero como su imaginación era tan viva y pasaba de uno á otro asunto con pasmosa rapidez, apenas había referido algún hecho de armas de su general predilecto, volvía la cabeza y hablaba con Villaamil ó con Rivera de los cuadros del *Louvre* que más le gustaban, ó se ponía á discutir, como gran discutidor que era, con Donoso ó con Pacheco sobre cualquier punto del humano saber, pues él sabía de todo...

Tenía un don especial para hacer resaltar el ridículo de cuanto veía y oía. Recuerdo á propósito de esto que refería con mucha gracia una majadería de un amigo suyo, un tal Montenegro, el cual se presentó una noche en su casa á la hora en que se sentaban á la mesa, diciéndole muy serio: «Patricio, vengo á comer con usted, porque me he purgado esta mañana y quiero comer poco...» Ese Montenegro era marido de una señora que cantaba divinamente y que llamaba mucho la atención, así por su belleza como por su voz, en los salones aristocráticos de París, y habiéndole preguntado una señora francesa á Escosura quién era ese señor pequeñito que se hallaba junto al piano, contestó aquél con suma gravedad:

– Es el marido *de la de Montenegro*.

Era Escosura muy apasionado en sus juicios y muy vehemente en todas sus cosas. Se quejaba un día, en un círculo de amigos íntimos, de que no tenía dinero (lo que le sucedía con frecuencia), que las letras no daban para vivir y que iba á hacerse librero.

– Me parece muy bien, le contestó uno de ellos.

– Sí, mañana mismo abro una tienda con este rótulo: ESCOSURA, LIBRERO.

No llegó, por supuesto, á abrir semejante librería, ni fué tampoco editor, como se propuso, como no fuese de algunas de sus obras. En París trabajó bastante para hacer frente á las necesidades de una numerosa familia, cual era la suya, pero la política le absorbía la mayor parte del tiempo, habiendo tomado parte con Narváez, Córdova, O'Donnell y los demás jefes militares de la emigración, en ir preparando los acontecimientos de 1843 que produjeron la caída de Espartero. Fué secretario del *Comité* que se formó en París con este objeto y firmaba sus comunicaciones *Juan de Alvarado*.

Fundó en aquella época, en colaboración con su íntimo amigo D. Eugenio de Ochoa, la *Revista enciclopédica*, que se publicó durante dos ó tres años, y que obtuvo gran éxito, principalmente en América. Tradujo un *Manual de Mitología* que se vendió mucho, y colaboró en varios periódicos franceses, cuyo idioma conocía á la perfección.

En el precioso lago de Enghien, cerca de París, iba casi todos los domingos á remar, que era una de sus grandes diversiones, y por el bosque de Montmorency se le encontraba con frecuencia á caballo, en compañía de los emigrados españoles. Siempre recordaba con placer aquellos años pasados en Francia, donde nacieron algunos de sus hijos, y que fueron precursores de las altas posiciones que ocupó luego en España.

El Patriarca del valle se titula una de sus novelas, casi desconocida de la generación actual, que obtuvo buen éxito, aunque no tanto como su primera novela *Ni rey ni Roque*, á pesar de ser superior á ésta. Pero se publicaron en épocas bien distintas. Su primera obra en ese género que tanto gusta al público, salió á luz en la época del romanticismo, poco más ó menos cuando Larra daba el *Macías*, Villalta *El golpe en vago*, Ochoa *El Auto de fe*, y cada una de estas novelas era un acontecimiento literario y objeto de reñidas discusiones entre clásicos y románticos...

Escosura fué uno de los campeones, de la nueva escuela, y cuando se fundó *El Artista*, que fué en la prensa su órgano más autorizado, publicó en las columnas de aquel precioso semanario una composición poética que remitió desde Pamplona, donde se hallaba de guarnición, que se recitaba en todas las tertulias y en todos los cafés de Madrid. Titulábase *El bulto vestido de negro capuz*.

He dicho que esta poesía, romántica en grado superlativo, la escribió en Pamplona, donde le llamaban los deberes militares. Allí contrajo matrimonio con una señorita de la población, muy bella por cierto, de la que tuvo varios hijos, dos de ellos militares como su padre. En el hogar doméstico era Escosura un modelo de padres cariñosos. Recuerdo que una mañana estaba su señora muy apurada porque advirtió que uno de sus hijos no había entrado á dormir aquella noche.

– ¿Qué le habrá pasado?, exclamaba muy apurada la madre.

– No te atormentes, mujer, contestó Escosura con mucha calma, mientras que le estaba afeitando el barbero, y ten por seguro que lo ha pasado mejor que nosotros.

Es de suponer que D. Patricio tenía razón, porque al poco rato entró el joven muy contento.

No menos romántico que *El bulto vestido de negro capuz* fué su drama *La corte del Buen Retiro*, cuyo protagonista era el conde de Villamediana, y que se estrenó con buen éxito en Madrid por los años de 1835 ó 36, así como también alcanzó merecidos aplausos la *segunda parte* de este drama, que estrenaron Latorre, Matilde Díez y Teodora Lamadrid el año 1844.

Los triunfos escénicos le halagaban sobre manera, mucho más que los triunfos parlamentarios, y sin embargo, Escosura era mejor orador que autor dramático. Su facilidad de palabra era sorprendente y sus recursos oratorios envidiables. En una de las elecciones para diputados á Cortes más reñidas, durante la época de los moderados, se presentó candidato por Madrid. Tuvo necesidad de acudir en un solo día á cuatro colegios electorales, y en cada uno de ellos pronunció un discurso de padre y muy señor mío, dejando atónitos á sus electores y á los individuos de la mesa. Siendo ministro de la Gobernación, en la última época del *bienio* de 1854 á 1856, sostuvo ardientes discusiones con Nocedal por un lado, y por otro con la oposición republicana. A todos los ponía en su sitio, como suele decirse, con un desenfado singular.

Pero Escosura se empeñaba en ser autor dramático, y de vez en cuando daba señales de vida, ora haciendo representar su drama *Bárbara de Blamberg* (la madre de D. Juan de Austria), ora una comedia de costumbres, titulada *Las Apariencias*, que se estrenó en el teatro Español siendo comisario regio D. Ventura de la Vega, que ayudó á su autor en los ensayos; así es que la ejecución resultó admirable.

– Este Ventura es fenomenal, exclamaba D. Patricio después de cada ensayo. ¿Querrán ustedes creer que esta escena que me parecía á mí tan mala cuando la escribía, me resulta ahora buena?

Los actores, muy ufanos, tomaban para sí el elogio, Escosura se contentaba con decir al oído á su amigote Ventura:

– Míralos qué felices, parecen pavos reales.

En aquel mismo teatro Español se representó una muy discreta refundición que hizo de la comedia de Lope titulada *Rico y pobre trocados, ó las flores de Don Juan*, y en aquel mismo coliseo había aplaudido el público otros dramas suyos, uno de ellos cuyo protagonista era Hernán Cortés.

Como hubo una época en que la *zarzuela* estaba muy en boga, quiso aumentar el repertorio, y escribió *El sueño de una noche de verano*, que gustó mu-

cho y que produjo buenos rendimientos al autor, siempre necesitado de ellos. Escosura ganaba bastante, pero era muy gastador, por necesidad y por naturaleza. Era un hombre espléndido en todos los actos de su vida. Pobre y emigrado en París fumaba siempre cigarros habanos. En Madrid vivió una infinidad de años como un príncipe. Sus reuniones literarias tenían fama. Todos los miércoles abría sus salones de la calle de Atocha á sus compañeros de Academia, á los literatos y periodistas, á los hombres políticos, diplomáticos y generales, y á varias damas, entre ellas á la entonces bellísima y gallarda condesa de Teba, que debía poco tiempo después compartir el tálamo nupcial con el emperador de los franceses Brillantes eran esas recepciones semanales en casa de Escosura, y en una de ellas leyó Rubí su drama *La corte de Carlos II*, que prohibido pocos días después por la censura, que era entonces bastante severa, no llegó á representarse, á pesar de las activas diligencias de su autor y de los amigos de éste, entre otros Escosura, lo que produjo gran sensación entre la gente de letras y fué motivo de disgustos en las esferas gubernamentales.

En otra de esas reuniones se leyó una sátira sangrienta que escribió Ferrer del Río contra Villergas, en contestación á la que este escritor satírico había publicado contra muchos de los tertulianos de Escosura. Éste amenizaba sus recepciones con espléndidas cenas y con el juego de las *quincenas*, que cuando tomaban parte en él *jugadores* como Martínez de la Rosa, D. Juan Nicasio Gallego, la poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda, Donoso Cortés y otros por el estilo, me río yo del tresillo, del ajedrez y de cualquier otro juego... Verdad es que las *quincenas* más que juego es un *tour de force* de la inteligencia y de la memoria.

Después de aquellos años transcurridos en medio del fausto y de los honores que se tributaban por lo general á los que, como Escosura, ocupaban grandes y codiciados puestos en la administración y en la diplomacia, vinieron tiempos menos prósperos. En una espaciosa, pero modesta casa de la calle de la Magdalena, le encontramos reunido casi con una nueva familia. Su esposa ha muerto; la mayor parte de sus hijos se han casado, y él, para no vivir tan solo, también contrae segundas nupcias con una de sus sobrinas, hija de su hermano Narciso, y unos cuantos pequeñuelos y unas lindas muchachas, hijas unas de D. Patricio y otras de su hermano, llenan de juventud y alegría al que ya va para viejo, pero cuya actividad no decrece y cuyo buen humor es siempre el mismo, y cuyas aficiones son siempre las de sus mocedades y la de su edad madura. Allí, en esa habitación de la calle de la Magdalena hace construir un teatro casero, en donde con decoraciones y trajes, todo como en un teatro de verdad, se representan comedias de Tirso, de Lope, de Calderón; los actores son la esposa, los hijos, los amigos de D. Patricio, convertido en director de escena, en *acomodador*, pues él iba colocando á sus espectadores con la amabilidad que le distinguía; era á veces el *apuntador* y casi siempre el *traspunte*.

Ratos verdaderamente deliciosos hemos pasado en aquellas funciones, que resultaban casi perfectas, pues no sólo Escosura, sino Ventura de la Vega, Luna, el antiguo actor que desempeñaba entonces la cátedra de declamación en el Conservatorio de Madrid, eran los directores de escena de aquellos aficionados jóvenes y entusiastas.

Una mañana recibí una carta de D. Patricio para que acudiese aquella noche á su casa, para oir la lectura de un drama suyo, que deseaba dar á conocer á algunos amigos íntimos antes de lanzarlo á la escena. Allí encontré á varios literatos, entre otros el docto y concienzudo biógrafo del autor de *La verdad sospechosa*, mi inolvidable amigo D. Luis Fernández-Guerra; al poeta y novelista Teodoro Guerrero, que como vive felizmente no quiero aplicarle ningún adjetivo que, dada nuestra fraternal amistad, podría parecer apasionado, y á otros pocos que no recuerdo en este momento quiénes eran, y que oyeron, como yo, con gran deleite, leer á su autor, con aquella voz tan melodiosa, un drama titulado *Noches lúgubres*, y cuyo protagonista era D. José de Cadalso, que fué como él militar y poeta. Fué aquella reunión como el canto del cisne para Escosura. No creo que ese drama se haya representado jamás, y después no volvió á reunir á sus amigos ni escribió más para el público. Los achaques y sobre todo los desengaños fueron minando poco á poco aquella individualidad tan activa, aquellos ímpetus que le condujeron á representar un papel tan importante en la literatura española contemporánea y en las convulsiones políticas de nuestra patria.

CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO



BENDICIÓN DE LAS OBRAS DE AMPLIACIÓN DE LA CASA DE SALUD DEL CENTRO GALLEGO DE LA HABANA
(de fotografía remitida por los fotógrafos Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

LA QUINTA DE SALUD DEL CENTRO GALLEGO EN LA HABANA

Las regiones españolas que mayor contingente prestan á la emigración á la isla de Cuba, son indudablemente Cataluña, Asturias y Galicia. Los catalanes, asturianos y gallegos han llegado á formar en las principales poblaciones de aquella Antilla importantes asociaciones, entre las cuales sobresalen, como es natural, las que se han establecido en la Habana, y al agruparse no sólo han tendido á la asociación para simple recreo, sino que han procurado y conseguido alcanzar fines más elevados, como el mutuo socorro y la asistencia benéfica, creando instituciones que respondan á esas necesidades, nunca con tanta intensidad sentidas como cuando se está lejos de la madre patria y separado de la familia.

El Centro Gallego de la Habana es una asociación que cuenta con nueve mil socios y posee una hermosísima Quinta de salud, denominada La Benéfica del Centro Gallego, situada en los pintorescos alrededores de aquella población. En ella son asistidos los enfermos, que encuentran allí la más esmerada asistencia y los cuidados más solícitos, merced á los cuales recobran la salud muchos que atendidos en otras condiciones sucumbirían á sus dolencias, agravadas por la soledad y por la nostalgia.

La Quinta de salud, cuya vista publicamos en esta página, ha tenido que ser ampliada recientemente: el acto de la bendición de las obras, que también reproducimos, resultó solemnísimo.

Las fotografías que para estas reproducciones hemos utilizado nos han sido remitidas por los conocidos fotógrafos de la Habana Sres. Otero y Colominas. – X.



LA BENÉFICA, CASA DE SALUD DEL CENTRO GALLEGO DE LA HABANA
(de fotografía remitida por los fotógrafos Sres. Otero y Colominas, de la Habana)



LA VOZ DE LA CONCIENCIA, cuadro de Laurenti

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SAN SEBASTIÁN

De algunos años á esta parte, la corriente de la emigración veraniega española hace un gigantesco remanso en San Sebastián; pero si vale la sinceridad, es preciso reconocer que ya el remanso disminuye y que la linda capital de Guipúzcoa ve palidecer su estrella.

Y es natural. Los precios se han remontado de tal suerte, que por una habitación del tamaño de un pañuelo en el tercer ó cuarto piso de un hotel, se piden con la mayor frescura cuatro y cinco duros diarios. Las diversiones de San Sebastián, que son muchas, van también en alto grado contra el bolsillo: el casino es un censo cotidiano de tres ó cuatro pesetas (esto sin dejarse tentar por los famosos *caballitos*, de que luego hablaré); las *cestas* de paseo valen la mitad más caras que los coches de punto de Madrid; las exigencias de la vanidad obligan á llevar gran surtido de ropa de todas clases, porque desde las diez de la mañana se emperejila la gente, y para el casino, las noches de cotillón, se exhiben lo que nuestros vecinos llaman *toilettes catapulteuses;* el palco en los toros, que parece entero y resulta medio (ya diré en qué consiste este milagro), cuesta veinte duros como veinte soles; y así sucesivamente, no hay cosa que no se pague á peso de oro en San Sebastián.

A esto dicen los fondistas y demás naturales que cobran «que como la temporada ó *season* de San Sebastián es brevísima y hay quien la reduce á sólo la *gran semana*, en pocos días de agosto necesitan hacer su ídem, y sacar el jugo al capital invertido en edificio, mobiliario, servicio, etcétera.» Razón convincente para ellos, y no tanto para el veraneante. Alegan también que San Sebastián es corte y que está á dos pasos de Francia. ¿Y qué importa que San Sebastián sea corte, si por los gustos y hábitos de Su Majestad la reina y por las calamidades de la nación rarísima vez da la corte fiesta alguna, ni se ve á las personas reales sino cometiendo la indiscreción de ir á atisbarlas á la playa, mientras respiran el aire del mar, pues el baño se lo han prohibido los médicos? En cuanto á la proximidad de Francia, los trenes están organizados de tal manera y el doble registro es tan impertinente, que ir por recreo á Francia desde San Sebastián, sería un colmo. El viaje á Biarritz, que debería ser cuestión de hora y media, dura lo menos cuatro, y con la pensión insufrible de comer en la estación de Hendaya ó de Irún.

Si bien es verdad que en San Sebastián abundan las diversiones, para el veraneante que no esté muy relacionado é introducido en el gran mundo pueden hasta faltar, ó reducirse al sempiterno discurrir por el *Boulevard* y la Concha, donde como arcaduces de noria van y vienen los que pasean. La gente de la clase media, alegre y aficionada al *trato*, corre peligro de encontrarse aislada en San Sebastián. Los viajeros familiarmente llamados *de botijo* van prefiriendo pasar el calor en puntos donde la sociedad es limitada y franca, los goces iguales para todos, y donde todos, por consiguiente, se conocen, se hablan y fraternizan. Los risibles episodios de la comedia titulada *San Sebastián mártir*, ya no se reproducen, porque las bolsas chicas huyen de aquí; y como estas bolsas, chicas y todo, eran las que engordaban el caldo al pueblo de San Sebastián, he oído hablar varias veces de crisis y de bancarrota, y he observado desanimación en las calles, *truenos* en las compañías de teatro, soledad en los cafés, desaliento en los establecimientos comerciales y, según noticias de los que conocen á San Sebastián de antiguo, cierto vacío en el casino y en la misma playa.

El espectáculo que ésta ofrece es animado, aunque yo no sé cómo hay papanatas que se abonen á él, y se pasen la mañana entera en el balcón corredor de la *Perla*, inmensa caseta de baños, asestando los anteojos marinos á cuanta desgraciada señora entra en el salobre elemento. Y cuenta que lo de *desgraciada* no lo digo sólo porque es harta desdicha bañarse con tanto público, sino porque, en general y sin negar que habrá brillantes excepciones, no son las gracias lo que más abunda en las bañistas de la *Perla*. Mujeres que vestidas de calle parecen hermosas, dejan de serlo en cuanto se embuten la cabeza en el gorro de hule y las flautas en los pantalones y los pies en las alpargatas. Si fuesen coquetas las bañistas, se envolverían todas – como se envuelven muchas – en una capa de hule con capuchón, que las tapase por completo, y que resguardando la decencia, no exhibiese delgadeces y obesidades que el traje de baño exagera hasta la caricatura. Siempre me ha causado sorpresa ver que las señoras, que en la vida normal antes se dejarían matar que salir á la calle enseñando los brazos y luciendo las canillas, en tratándose de baños de mar se lanzan á la exhibición, desdeñando hasta las leyes más elementales del recato y de la estética. Sólo la galería de curiosos impertinentes que las examina debiera molestarlas. ¡Y la salida del Océano! Estremecen aquellas ropas pegadas á la carne y chorreando, aquellos lívidos rostros, aquellos pelos pegados á la faz – el aparato del naufragio, en toda su tristeza.

Sin embargo, cuando el sol, ostentándose en un cielo sin nubes, reverbera sobre el azul intenso del agua; cuando la arena espejea y los montes que cierra la Concha parecen brillar también, el cuadro de la playa no cabe duda que es regocijado, hasta chillón. Las innumerables casetas, pintadas de blanco y verde; los tendederos con tanta trapería, tanto calzón, tanto taparrabos de rayas rojas y amarillas; los chiquillos elegantes, escotados y descalzos de pie y pierna, revolcándose en la arena ó avanzando juguetones para que la ola los atrape; los trajes claros y bonitos de las bañistas, los enormes sombreros de paja floridos como macetas, la nota fina y viva de las transparentes sombrillas de seda, de las blusas charras y de los metálicos cinturones, forma un conjunto muy alegre de colorido y al pronto entretenidísimo.

Apenas sopla la galerna y se entolda el cielo y el mar parece ceniza sucia, se rompió el encanto. Y estos cambios de tiempo repentinos son en San Sebastián muy frecuentes. De cada cuatro días llueve tres y truena uno; el galernazo sopla furioso, los relámpagos se suceden, ¡las ventanas crujen, el viento terral abruma, ráfagas de boca de horno azotan la cara, y hasta que revienta la nube y vacía sus ollas sobre la tierra, no se puede respirar ni vivir. En San Sebastián existe una especie de superstición curiosa. Afirman, alegando pruebas, que el activo y complaciente empresario Arana tiene subvencionada la estación meteorológica del cielo, y que cuando anuncia una corrida de toros, aunque hayan caído chuzos toda la mañana, á la hora de la fiesta se aclaran las nubes y se contiene el aguacero. Al toque de muerte del último buey, caen las primeras gotas del nuevo chubasco.

Es justo decir que aun con este clima variable y revuelto es muy bonito el pueblo de San Sebastián. Limpio, llano, tirado á cordel, reedificado con lujo, pobladas de árboles sus anchas calles, lo hermosean especialmente los soberbios edificios públicos, el palacio de la Diputación y los innumerables palacetes, quintas, *chalets*, pabellones, que hormiguean en sus cercanías. Si la gente modesta huye – y con razón – de tan cara ciudad, en cambio la *high life*, que se ha construído deliciosas residencias, veranea gustosa aquí, y forma sus círculos y tiene sus reuniones y sus meriendas con *tennis* y sus excursiones en *yacht* – de todo lo cual ni se entera el honrado vecino de la calle de Postas, que con ánimo de echar una cana al aire se hace unos días donostiarra.

El casino es el mejor de España, tal vez el mejor de Francia, y de seguro uno de los mejores de Europa. En él, como en aguas neutrales, se encuentran y se reunen las dos sociedades, la alta y la media; y los días de gran entrada, de corridas, cohetes, *zentzentzusco* y cotillón, hasta aparece por allí, á guisa de cometa descarriado, la extranjera estrepitosamente vestida, más pintada que un coche, con los ojos alcoholados y las orejas adornadas por sospechosas y descomunales perlas. A diario, siempre se baila en el casino, y claro está que siempre se juega. Omitiendo otros recreos, hablaré sólo del de moda, los *caballitos*. Los considero una especie de ruleta, pero una ruleta adamada, infantil, humorística. Consiste en una gran mesa clásicamente forrada de paño verde, y por la cual un mecanismo hace correr unos nueve ó diez caballos con sus jockeys, imitando los lances de una carrera hípica. Se aventura por aquel caballo ó por este, por el jockey azul ó el jockey encarnado, y según llegan á la meta es la ganancia. Este juguete tienta á las señoras y á los niños: la módica puesta de una peseta y el posible reintegro de ocho ó diez, ilusiona; se juega sin sentir, y se puede perder en una noche, á la callada, bastante dinero. El argumento es que la banca gana siempre y puede embolsarse todos los días ochenta ó cien pesos – tal vez más.

San Sebastián ha servido de vehículo para que nuestros vecinos se aficionen de tal manera á nuestra fiesta nacional taurina, que curada Francia desde hace tiempo de su antigua manía de asonadas y revoluciones, vuelve á alborotarse ahora, sólo por los toritos á la usanza de España. Las corridas atraen un aluvión de franceses. No se oye el domingo sino francés por todas partes, y las mesitas de los *restaurants* al aire libre las tienen ellos embargadas. No se crea que vienen sólo de Bayona, San Juan de Luz, Biarritz, etc. En Burdeos he visto vender como pan billetes para los Veraguas del 25. Sólo con la ventaja del cambio, pues le pagan á razón de franco la peseta en dinero francés, saca el empresario buen partido de esta afición reciente y decidida.

He dicho que en la plaza de San Sebastián lo que parece un palco resulta medio, y así es, y esta singularidad da lugar á incidentes curiosos. En otras plazas españolas, los palcos están comprendidos entre dos divisiones de tabla. En San Sebastián la división encierra dos órdenes de gradas separadas sólo por dos peldaños de una escalera sin balaustrada, y cada lado es un palco para la taquilla. Compra un forastero de distinción – el rey de Servia, por ejemplo – un palco, cree estar solo ó con su alta servidumbre, y está en familia con Perico de los Palotes, personaje español muy clásico y confianzado.

Unas tertulias características de San Sebastián son las que se forman en las terrazas de las fondas de la Concha. Huyendo del olor á comida y del ahogo de los locutorios públicos, salen las señoras á respirar en las terrazas, absorbiendo el aire del mar y curioseando á la gente que pasea. Las terrazas son el mentidero social y político de San Sebastián. En la de Romero Robledo es diaria la tertulia.

En pocas palabras se resume el problema de San Sebastián. El pueblo es caro porque la gente va poco tiempo, y la gente va poco tiempo porque el pueblo es caro. Se avendrá á la razón, forzosamente, el pueblo, si no quiere sucumbir ante la mortal competencia que le hacen otras playas donde la vida es más rústica, más natural, menos remedadora de la de Madrid, y sobre todo, más barata, gran mérito en estos tiempos de penuria y de lucha económica. Lo deseo por esa que los periódicos llaman *la bella Easo*, y que por la laboriosidad y honradez de sus moradores es digna de mejor fortuna de la que al parecer se le prepara en no remota fecha.

EMILIA PARDO BAZÁN

CRÓNICA PARISIENSE

Entre los géneros de *sport* á que han mostrado siempre decidida afición los parisienses de pura raza, figuró en primer término el *canotage* antes de que el ciclismo triunfase en toda la línea.

El Sena y el Marne, que serpentean por la cuenca vastísima cuyo centro ocupa la gran ciudad, convidan á los paseos en barca; y no todos los canoeros se contentan con ir al remo, que es lo clásico del ejercicio en estas aguas fluviales de frecuentes angosturas; algunos van á la vela, á riesgo de zozobrar en los cambios de rumbo ó de embarrancar á cada momento en las siempre cercanas orillas.

Por los años de 1880 á 1885, figurando yo entre los *canotiers* más asiduos del Marne, asistí en las inmediaciones de Nogent á muchos naufragios de elegantes veleros. Sólo recuerdo á un nauta que evolucionó durante todo un verano con un pequeño buque de vela sin sufrir naufragio ni accidente alguno; era el hijo de Mariette-Bey, el célebre orientalista que con Maspero y Champollion han valido á Francia la conquista del Egipto epigráfico y monumental.

Las hazañas náuticas del joven Mariette tuvieron desastrosas consecuencias para sus imitadores, entre Noisy y Joinville. Tengo aún presente en la memoria todos los detalles del naufragio de una flamante balandrita montada por un joven portorriqueño llamado Figueroa, que hoy debe ser médico sesudo y grave en algún pueblo de la pequeña Antilla, y que era entonces uno de los estudiantes más revoltosos del Barrio Latino. Durante las vacaciones se pasaba la vida, como muchos de sus colegas, dándose en canoa ó en esquife paseo arriba y paseo abajo por el río, entre Chelles, estación veraniega de poetas y pintores, y Charenton, célebre por el manicomio adonde han ido á parar muchos de aquellos veraneantes. Cansado de ir al remo y envidioso sobre todo de los éxitos de Mariette, Figueroa armó de grandes velas una diminuta canoa *insumergible*, cuya botadura debía celebrarse con una suculenta comida en Bécus, único *restaurant* confortable que existía en aquella época á orillas del Marne. Amigos y amigas llenábamos el pontón donde el portorriqueño se embarcó con una compañera en la pequeña nave, al pie del monumental viaducto de Nogent. Un ¡hurra! general estalló en el momento en que la simpática pareja se hacía á la vela con viento fresco; pero aún no se habían extinguido en las arcadas del viaducto los repetidos ecos de nuestras aclamaciones, cuando, á la primera bordada, el viento hinchó las velas de costado y la barca zozobró instantáneamente. Un grito general de espanto sucedió á las exclamaciones de alegrías. En el rápido vuelco, los tripulantes habían sido proyectados al agua. Figueroa se salvaba á nado, sin acordarse de su compañera, que manoteaba como una perrita, sostenida á flote por el vestido, pero que iba á sumergirse de un momento á otro. Quité-

me rápidamente la americana, única prenda de cuerpo que todo buen *canotier* lleva sobre la rayada camiseta fuera de á bordo, y me arrojé al río, operando el salvamento de la muchacha como hubiera podido hacerlo un perro de Terranova – y perdóneseme la inmodestia. – El accidente no tuvo graves consecuencias. Blanca (así se llamaba la joven del naufragio) no había tragado más que unos cuantos sorbos de agua; se repuso en seguida del susto y vistió de canoero mientras se secó su traje. Verificóse en casa de Bécus la comida preparada á base de perdices, y el portorriqueño *plegó velas* para no volver á navegar más que al remo. Hace dos años saludóme á cierta distancia, en el Bon Marché, una señora de grave aspecto; acerquéme; era Blanca, la mismísima Blanca de Nogent, la cual me anunció que era doctora en medicina, y que no me ofrecía sus servicios porque no había olvidado *que me debía la vida.*

Se establece entre *canotiers* una agradable intimidad, parecida á las amistades de colegio, que difícilmente se entibia. Rara es la barca de recreo que no sea tripulada por varios amigos, copropietarios de la embarcación. Los *ases* y las *périssoires* de dos remos sirven comúnmente para regatas. El clásico *canotage* se hace en esquifes y canoas de dos ó más remos y timón. Este suele ser manejado por manos femeninas. Las parisienses adoran el *sport* náutico, para el cual visten elegantes trajes *ad hoc.* Son muchas las que no se contentan con hacer de timoneras, sino que gustan de remar, aun á costa de hacerse callos en sus manos delicadas, que el guante siempre ha protegido. Las hay que se pasan la vida á bordo. Hasta cuando el río está en calma, cuando ningún remo lo agita, se ven amarradas á los sauces que mojan sus colgantes ramas en la mansa corriente numerosas barquichuelas en que duermen la siesta solitarios *canotiers* ó parejas amorosas.

Muy distinta de la hora de la siesta es la del baño. Hay, á lo largo del río, muchos remojaderos humanos más ó menos cómodos; pero éstos son buenos para el común de los mortales. Todo *canotier* que se respeta toma su baño en torno de su propia barca, en la cual se desnuda y se viste con todas las precauciones que el pudor requiere. Para este placer higiénico suele escoger un lugar propicio, una diminuta ensenada, al abrigo de cualquier islote, entre espeso ramaje. Si la barca ha de servir para alguna mujer, va provista de una escala de quita y pon. Los enemigos del aislamiento y la soledad se bañan junto á los embarcaderos, dando á este ejercicio el carácter de una diversión en común. Algunos tienen su vestuario en el depósito de sus embarcaciones. Otros hacen su *toilette* al aire libre, en los pontones de embarque, con un escabel por asiento, guardarropa y tocador.

Aunque el baño suele abrir el apetito, el *canotier* no pierde nunca la costumbre de tomar el aperitivo media hora antes de comer. De seis á siete de la tarde se hace en los cafés ribereños un gran consumo de *vermouth,* de *absinthe* y de amargos de diversas marcas privilegiadas sin garantía de salud. Por regla general, el *canotier* tiene buen diente, pero es algo sobrio en la bebida; se acuesta temprano y madruga para dar su acostumbrado paseo matinal, que le ofrece mil delicias.

Los domingos sale de su vida ordinaria para asistir á los bailes que en honor del gremio se dan en varios establecimientos de las riberas del Sena y del Marne. Los que más justa fama han adquirido durante el último Imperio y la República, han sido los de Bougival y de Convert. Este se encuentra sobre el Marne, al extremo inferior de la isla de los Lobos, entre Nogent y Joinville. Hoy es, sin duda, el baile más bullicioso de las cercanías de París, pues se ha concentrado por aquel sitio el *canotage* que se halla en decadencia en Bougival, donde antes tenía su trono. Los *canotiers* del Sena, que hasta hace poco se divertían entre Port-Marly y Chatou, se han subido á Asnières y Courbevoie, y el famoso baile de Bougival, donde han danzado frenéticos *quadrilles* los artistas y escritores más ilustres con las *cocottes* más renombradas de estos tiempos, no es ya sombra de lo que fué.

Al llegar á este punto, una profunda emoción embarga mi ánimo, y mi pluma cede al prurito de referir otros episodios relacionados con felices épocas de mi vida. Permítaseme recordar, sin falsa modestia, un almuerzo con que uno de los periodistas más fecundos de nuestros días me obsequió en Bougival, en compañía de un núcleo de escritores que hoy gozan de fama europea.

Era á mediados de 1886. Gran número de redactores del *Mot d'ordre,* el *Radical* y el *Eco de París* veraneábamos entre Port-Marly y Chatou. Eramos todos aficionados al *canotage* y solíamos dar paseos matinales por el Sena. El *canotier* más distinguido de la compañía era el malogrado Guy de Maupassant, que había fijado su residencia en Chatou. Nuestro principal centro de reunión era Bougival, pueblo equidistante entre Rueil y Marly, pintoresco y alegre, célebre, como queda dicho, en los fastos del *canotage* y del cancán. A excepción de Guy, íbamos todos diariamente á París. El que más, empleaba una hora en trasladarse de su casa de campo á la redacción de su periódico; y cada treinta minutos iba y venía un tren de París á Saint-Germain, que empalmaba en Rueil con el tranvía de Marly-le-Roy, movido por aire comprimido. A veces faltaba aire en los pulmones de la máquina, y el pequeño tren se detenía en el camino, hasta que otra máquina, de aparato respiratorio más repleto, acudía á sacarlo del atolladero.

Regresábamos de nuestras tareas periodísticas á la hora del aperitivo, y apenas habíamos bajado del tranvía, junto al puente de Bougival, cuando veíamos á Guy acercarse con su barca á la orilla y saltar á tierra con la agilidad de un acróbata.

Su traje de *canotier* dejaba ver la robustez de su cuerpo. Era de estatura regular, y de sus anchas espaldas surgía un vigoroso cuello que sostenía su cabeza rubia, de elegantes líneas. El manejo del remo había desarrollado extraordinariamente la musculatura de sus brazos, y en sus frecuentes paseos por el sol, se había bronceado su cutis. Parecía una hermosa estatua viviente, con mucha dulzura en los ojos y mucha bondad en la expresión. Y en efecto, Guy era bueno y afable, aunque su persona parecía envuelta siempre en una nube de melancolía que inspiraba interés y afecto.



EL CANOTAGE EN LOS ALREDEDORES DE PARÍS. – La partida, dibujo de Salvador Azpiazu

En cualquier terraza de *mastroquet,* de las que miran al Sena, nos reuníamos alrededor de una mesa para tomar la *absinthe* ó el *vermouth* los compañeros en letras, los hermanos en periodismo que veraneábamos en aquella hermosísima comarca.

De los más asiduos eran León Diertz, el delicadísimo poeta coronado por la Academia Francesa; Edmundo Lepelletier, tan célebre por sus numerosos desafíos como por la prodigiosa fecundidad de su pluma; Emile Richard, que murió siendo presidente del Consejo Municipal de París; Víctor Simond, director del *Radical,* y su hermano Enrique, administrador del mismo periódico; Luis Javier de Ricard, fundador de la *Revista del Progreso* y del *Parnaso contemporáneo* francés, gran apóstol de la alianza latina; Henry Maret, una de las grandes figuras del Parlamento y de la prensa; Guy de Maupassant, á quien todo sonreía: fortuna, gloria, salud, amor, y sin embargo era el menos risueño de todos los camaradas. Pero voy á terminar refiriendo el episodio de mi vida en que dí el último abrazo al autor de *Bel ami.*

Había sido yo llamado á encargarme de la secretaría de la Exposición universal de Barcelona, y Edmundo Lepelletier se dignó obsequiarme, en su casa



EN LOS JARDINES DEL LU



...MBURGO, cuadro de A. Edelfelt

de Bougival, con un almuerzo de despedida á que fueron invitados nuestros comunes amigos de mayor intimidad.

La mesa estaba servida en una terraza de madera que avanzaba sobre el río. En el momento de trasladarnos del salón en que habíamos tomado algunos aperitivos al comedor aéreo, Lepelletier quiso despejar la mesa y tiró violentamente de una de las cajas de arbustos que guarnecían la terraza. De pronto se oyó un crujido formidable, al mismo tiempo que se hundía parte del tablado, desapareciendo como por escotillón Lepelletier, las cajas y la mesa.

Nos precipitamos al lugar del siniestro, pero nadie se atrevía á acercarse al resquebrado boquete, que parecía, con las astillas de los bordes, las abiertas fauces de un monstruo. Todo había ido á parar al Sena; y como al estruendo de la vajilla al caer envuelta en lo demás, sucediera el silencio más profundo, todos temimos por la vida del anfitrión.

De pronto suena una carcajada detrás de nosotros. Nos volvemos y nos reímos también al ver á Lepelletier completamente ileso, pero mojado como una sopa. Después de su inesperada zambullida, había subido tranquilamente por la escalera que conducía del río al jardín.

Una hora después quedaba otra mesa servida en el comedor; y ya pueden ustedes suponer el ingenio que se derrochó en aquella ágape de la amistad, entre cuyos comensales había escritores como Henry Baüer, Maxime Boucheron y Guy de Maupassant.

JUAN B. ENSEÑAT

NUESTROS GRABADOS

La voz de la conciencia, cuadro de Laurenti. – Los apasionados conceptos, las halagadoras promesas de uno de esos hombres de mundo cuya misión parece ser únicamente llevar los más funestos trastornos al seno de las familias han puesto á la dama del cuadro de Laurenti al borde de la pendiente que más ó menos tarde conduce á la desesperación. En el momento crítico, sin embargo, el recuerdo del esposo y del hijo asalta su mente, y ante la voz de su conciencia vacila y se detiene en el camino de su perdición. La lucha que en su alma se enciende entre el deber y los impulsos de su corazón, es decisiva: su propio porvenir, la felicidad de los suyos, todo depende de aquel acto, el más trascendental de su vida. ¿Cuál de aquellos dos sentimientos vencerá? El autor del cuadro no ha hecho más que plantear el problema, y justo es consignar que para su hermosa obra ha sabido escoger una idea de trascendental importancia y darle forma en el lienzo con un vigor y una sobriedad que sólo alcanzan los artistas verdaderamente inspirados, los grandes maestros en el arte pictórico.

En los jardines del Luxemburgo, cuadro de Edelfelt. – En la primera de las *crónicas parisienses* que venimos publicando en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA decía nuestro distinguido colaborador el Sr. Enseñat, hablando de los jardines públicos parisienses: «Los niños juegan bulliciosamente en los senderos enarenados entre cuadros de flores. Las niñeras, sentadas en los bancos, charlan y ríen y entornan, á veces, los ojos deslumbrados por algún vistoso uniforme militar.» Esta descripción hecha en pocas palabras, pero exactísima, cuadra perfectamente al cuadro de Edelfelt que publicamos y en el cual el pintor ha reproducido con gran talento el delicioso espectáculo que ofrecen los jardines del Luxemburgo en una de esas tardes primaverales en que todo convida á gozar de la naturaleza que comienza á vestirse con sus más hermosas galas.



EL CANOTAGE EN LOS ALREDEDORES DE PARÍS. – La hora del baño, dibujo de Salvador Azpiazu

El Céfiro y las Brisas, composición decorativa por Manuel Domínguez. – Si dificultades ofrecen todas las ramas en que se subdivide la pintura, mayores han de ser y excepcionales aptitudes exige en el artista la llamada mural ó decorativa, destinada á producir determinados efectos y á completar la ornamentación interior de los edificios. En este género especial, cultivado sólo por los grandes maestros, hase distinguido el que lo es también D. Manuel Domínguez. Muestra de ello es el grandioso tríptico representando la Porciúncula, que decora el altar mayor de la iglesia de San Francisco el Grande de la coronada villa, más museo que templo, puesto que en su preciosa rotonda y capillas ha dejado el arte contemporáneo señales evidentes del talento de nuestros primeros pintores.



EL CANOTAGE EN LOS ALREDEDORES DE PARÍS. – El baile de *can*, dibujo de Salvador Azpiazu

La categórica representación del céfiro y las brisas forma una de las secciones de la escocia de la escalera monumental ó de honor del palacio del marqués de Linares, en Madrid, cuyos principales salones hállanse embellecidos con notabilísimas composiciones del Sr. Domínguez.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – VENECIA. – En la Exposición internacional de Bellas Artes celebrada en Venecia se han vendido durante los meses de junio y julio obras por valor de 253.000 francos.

BERLÍN. – El gran éxito que ha tenido la Exposición de Bellas Artes celebrada este año en la capital de Alemania se demuestra por el hecho de haber sido visitada durante los tres primeros meses por más de 500.000 personas de pago y por el de haberse vendido en ella obras por valor de 325.000 pesetas.

EL CAIRO. – En el concurso verificado para la construcción de un Museo de antigüedades egipcias ha sido premiado el proyecto del arquitecto francés Marcelo Dourgnon, habiéndose dado comienzo á las obras de este edificio, que costará 3.437.000 pesetas.

NUEVA YORK. – El arquitecto Renwich ha legado en testamento al Museo Metropolitano de Nueva York su colección de 90 cuadros de célebres maestros antiguos.

LONDRES. La preciosa colección de dibujos, croquis y grabados de antiguos maestros que poseía el difunto John Malcom y que había sido valuada en un millón de pesetas, ha sido adquirida por el Museo Británico por 625.000. Entre las 700 hojas de que la colección se compone, casi todas de primer orden, figuran muchas obras de Fra Angélico, Filippo Lippi, Botticelli, Ghirlandajo y Fra Bartolomeo. Hay también dos cabezas de mujeres de Rafael, varios dibujos al lápiz de Miguel Angel, la famosa cabeza de guerrero de Leonardo de Vinci y varias obras de Holbein y Durero, Rembrandt y demás maestros flamencos, Watteau, Greuze, etc.

SAN PETERSBURGO. – Por decreto imperial de 13 de abril se ha fundado el Museo Nacional Ruso, con lo cual se ha realizado la aspiración de muchos años del difunto emperador, para honrar cuyo nombre se denominará Museo Ruso del emperador Alejandro III. En él se reunirán las más notables obras de la pintura y escultura rusas, procedentes principalmente de las colecciones y adquisiciones de aquel soberano. Para instalar ese museo se ha adquirido el grandioso palacio Miguel de la capital rusa.

VENECIA. – En la Exposición internacional de Venecia ha sido otorgado el primer premio de 10.000 liras al artista italiano Michetti: han obtenido premios de 5.000 liras Max Liebermann por su retrato de Gerardo Hauptmann, Segantini, Paulsen, Trentacoste y S. Rotta. Los demás premios han recaído en Whistler, Fragiacomo, Boldini y Cargnel. El premio de 1.250 liras que se destinó á la obra designada por sufragio popular lo ha alcanzado el pintor Grosso por su cuadro *La última entrevista*.

BERLÍN. – Los premios concedidos en la reciente Exposición internacional de Bellas Artes de Berlín son los siguientes: Gran medalla de oro á los pintores conde Harrach, W. Leibl y F. Roybet y al escultor Chaplain; pequeñas medallas de oro á G. Boldini y A. Harrison, de París; Sargent, de Londres; P. Schroeter y F. Roubaud, de Munich; O. Heichert, de Dusseldorf; W. Feldmann, de Berlín, y A. Ferraris, de Viena, y al escultor E. Bisi, de Milán.

MILÁN. – El conocido aficionado á las bellas artes Francisco Ponti, recientemente fallecido, ha legado en testamento á la ciudad de Milán sus colecciones de cuadros al óleo y acuarelas de artistas italianos modernos y una rica colección de antiguos objetos de cerámica. Al propio tiempo ha dejado una cantidad importante para la creación y conservación de un Museo que llevará su nombre.

BUDAPEST. – El director del Museo nacional de Budapest ha realizado recientemente un viaje artístico por Italia con objeto de adquirir obras de arte para el Museo de Historia del Arte que se va á fundar en la capital de Hungría. Las obras compradas importan la suma de 875.000 pesetas.

Teatros. – La nueva ópera de Mascagni, *Silvano*, se ha estrenado con gran éxito en el teatro Goldoni de Livorno, habiéndose repetido la mayor parte de los números musicales de la misma.

– He aquí la lista de algunas óperas de maestros italianos que han de estrenarse próximamente: *Zanetto*, ópera en un acto de Mascagni, que se estrenará en este mes en Berlín; *La fiera domada*, de Spiro Samara, en noviembre en el teatro Lírico de Milán; *Andrea Chenier*, de Giordano, en enero de 1896 en la Scala de Milán, y *Claudia*, de Coronaro, también en este mes y en Berlín, como la de Mascagni.

París. – En el teatro de la República se ha estrenado con muy buen éxito una revista de gran espectáculo en cinco actos y doce cuadros, titulada *Les Etoiles de París*, original de Pablo Burani.

Madrid. – En el teatro Eslava se ha estrenado con buen éxito una zarzuela, *Autor y mártir*, letra y música del maestro Peydro; la música es muy superior á la letra. El teatro Lara ha comenzado su temporada de otoño con la excelente compañía que desde hace tiempo funciona en aquel coliseo y de la cual forman parte las señoras Pino, Valverde y Mavillard, y los Sres. Rubio, Ruiz de Arana y Larra.

Barcelona. – Recientemente han visitado nuestra ciudad primero el Orfeón pamplonés y últimamente el Orfeón bilbaíno, que han dado algunos conciertos en el teatro Lírico y en el Palacio de Bellas Artes, habiendo producido uno y otro gran entusiasmo en nuestro público, por el gusto, ajuste y afinación con que ejecutaron algunas de las hermosas y difíciles piezas que forman su repertorio. Han comenzado su temporada de otoño los teatros Romea y Eldorado: en el primero, cuya función inaugural fué dedicada á la memoria del ilustre dramaturgo Federico Soler, actúa una notable compañía dirigida por D. Teodoro Bonaplata, y de la cual forman parte artistas tan aplaudidos como las señoras Parreño y los Sres. Soler, Borrás y Capdevila. En el Eldorado, el llamado género chico tiene excelentes intérpretes en la Pretel, la Montañés, Pinedo, Anselmo Fernández y otros distinguidos artistas. En el Tívoli sigue cantándose siempre con el mismo aplauso la bellísima ópera de Bretón *La Dolores*.

Necrología. – Han fallecido:

Luis Calperti, pintor italiano.

Augusto M. Geffroy, historiador francés, ex profesor de la Sorbona y ex director de la Escuela francesa en Roma.

Enrique Picou, pintor de historia francés.

Pawel Iwanowitsch Ssawaitoff, arqueólogo ruso, autor de un diccionario sirio-ruso y ruso-sirio.

Espartaco Vera, pintor italiano.

Tomás Wade, profesor de lengua china en la Universidad de Cambridge, uno de los europeos que mejor conocían este idioma.

Ernesto Meisel, notable pintor de historia alemán.

Hipólito Raymond, autor dramático francés.

Enrique H. Emmerson, notable pintor inglés.

Clara Andersen, poetisa y autora dramática danesa.

Carlos Bennewitz, paisajista alemán.

Alejandro Bock, escultor ruso, antiguo profesor de la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo.

Eduardo Kaiser, pintor austriaco.

David van der Kellen pintor, historiógrafo, arqueólogo y crítico artístico holandés.

Francisco Ponti, célebre aficionado á las bellas artes italiano y gran protector de los artistas.

Federico Schauta, pintor alemán que se distinguió especialmente en la pintura de la flora alpina.

LA ROCA DEL TAMBORILERO

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. — ILUSTRACIONES DE ROUX

I

—¡Padre..., padre!..

Una voz de mujer, clara y sonora, aunque algo debilitada, profería desde muy lejos estas palabras, en medio del campo, á través de los silbidos del viento, del fragor de una ráfaga tan violenta, que parecía



Gustavo Toudouze, autor de *La roca del Tamborilero*

cortar las plañideras sílabas en aquel llamamiento desesperado.

Después de algunas lamentaciones que la tempestad se llevó en sus alas hacia el Sudoeste, el resto de una frase cruzó entre el estrépito del viento, resonando con mucha claridad, á la vez que con expresión imperativa y dolorosa:

—...¡Buque en peligro!.. en *Penn Leach ven!..*

Esta noticia cayó como un rayo sobre los pescadores.

Formando grupos, con expresión abatida, á lo largo de la playa, hacia el sitio llamado Keravesau, que constituye el lado izquierdo del puerto de Pontusval, en cuyo fondo está enclavado el pueblecillo de Brignaugan, los pescadores observaban con aire resignado y pasivo el progreso creciente de aquella tempestad del Noroeste que había descargado sobre el país por la mañana, persistiendo durante todo el día, al parecer con mayor fuerza á medida que se acercaba la noche, y lanzando una mar cada vez más furiosa contra los miles de escollos de que está terriblemente erizada toda aquella costa brava.

—¡Un buque en peligro!..

Las bocas, las miradas, las fisonomías y las actitudes diversamente descompuestas de cada cual, repetían y reflejaban estas palabras de espanto; pero mientras que el acento vibrante de los jóvenes parecía desafiar el redoblado furor de las olas, haciendo un llamamiento al valor y la abnegación, y en tanto que sus pechos se dilataban por los impulsos generosos de su alma, en los labios secos arrugados de ciertos ancianos las mismas palabras producían un murmullo sordo y siniestro, que contrastaba con el ruido alegre de la espuma homicida en las salientes de granito.

Con la cofia en parte desprendida por la celeridad de la carrera y la furia del viento, y extendido un brazo con trágico ademán en dirección al Norte, una joven de cabellos rubios, que formaban como una aureola luminosa alrededor de su cabeza, con los ojos bañados en lágrimas y palpitante aún la garganta por el grito que acababa de proferir, corrió á refugiarse entre los brazos de uno de los pescadores, hombre de fornidos miembros, cuyo cabello gris se podía ver bajo el capuchón de lana burda que le preservaba de la tempestad.

—¿De dónde vienes así, corriendo como una desesperada, Juana María?, preguntó el hombre después de estrechar á la joven afectuosamente entre sus brazos.

—Del faro de Pontusval, padre, donde había ido para ver á mi compañera, la hija del vigía, ya sabes... Y allí..., allí...

La emoción embargaba á la joven, y con dificultad podían pronunciar las frases sus labios balbucientes.

—¡Padre, eso es horrible!.. Desde allí he visto á ese desgraciado barco en su angustioso trance; avanza hacia las rocas de Penn Leach ven, y á estas horas... ¡Jesús..., con tal que aún se llegue á tiempo!.. ¡Las olas le impelían directamente, con una rapidez tal..., con la rapidez de la muerte!..

—¿A las rocas?.., observó uno de los pescadores. ¡Ah diablo, está perdido!

Otro, moviendo la cabeza y cruzándose de brazos como para confirmar que era inútil todo esfuerzo, añadió:

—¡Sí, sí, seguramente! ¡Bien sabido es que nuestras rocas de por aquí no necesitan más de quince minutos para destrozar un buque, por grande y sólido que sea! Harto lo hemos visto, en el otoño, con ese bergantín noruego que fué á perderse hacia las islas de Kerlouan, engañado por la semejanza de la luz blanca y fija de la isla Virgen con la de Pontusval. Hasta diré que para evitar esto se debería poner un foco rojizo en la linterna de nuestro faro, en dirección á esas islas.

—Y recordemos también, añadió un tercero, aquella barca pescadora que quisimos salvar el año pasado, precisamente en el sitio citado por la Juana María. Cuando llegamos no se encontraron ya más que restos informes, el mayor de los cuales no medía un metro de longitud En estos parajes, barco en los escollos es barco perdido completamente ¡Bah, ni siquiera vale la pena de arrancarle alguna cosa!.. No se encuentran más que astillas...

Sucesivamente, evocando un recuerdo y citándose un siniestro, dábase á conocer el furor de aquel mar, su perfidia de monstruo desencadenado y su irresistible poder en toda aquella extensión del litoral, donde, desde la isla de Batz hasta la de Ouessant, las primeras olas del Atlántico luchan con las últimas del canal de la Mancha, socavan el granito y le recortan en forma de agujas, aristas, sierras, ó mortíferas mandíbulas, entre las cuales van á perderse los buques y á destrozarse los seres humanos.

Y esa conformación formidable de las costas, esa lucha perpetua con el mar, esa continua visión de los espectáculos que presentan el naufragio y la muerte, explican la dureza de corazón, la ferocidad de las costumbres, la barbarie de esos habitantes de Guisseny, de Kerlouan, de Pontusval, de Brignaugan, de toda esa famosa Tierra de los Paganos, *Lan ar Paganiz*, como se llamó durante tan largo tiempo á esa parte del Finisterre, menos tal vez á causa de la terrible y suprema batalla que se libró entre el Druidismo y el Catolicismo, entre la religión de las Piedras grises y la de las Iglesias, que en razón al salvajismo y á la crueldad de los que allí habitaban.

Las últimas palabras pronunciadas, la alusión á los restos del naufragio, fué como un golpe de viento sobre un brasero apagado hacía largo tiempo y sepultado bajo las cenizas.

Dominando el inmenso estrépito del mar, oyóse en aquel momento una frase en dialecto antiguo de León, que resonó lúgubremente:

—*¡Penseou ann aod!*

Estas roncas palabras produjeron una especie de tumulto violento; hubo invectivas, aprobaciones, cóleras, entusiasmos, y una mezcla rápida de frases en pro y en contra, alrededor de aquel que, bastante lejos del grupo donde estaban abrazados el pescador y su hija, había pronunciado aquellas palabras, que salían de improviso como de una tumba; mientras que algunas voces dolientes murmuraban aún con acento de compasión:

—¡Buque en peligro!..

Pero otros habían recogido aquel grito fúnebre de llamada usado en otro tiempo; varias voces sombrías que parecían silbar á través de las brechas de las antiguas y mortíferas rocas, elevábanse con creciente exaltación, y las almas de los que las proferían, espectadores de tantos naufragios, entusiasmáronse ante los recuerdos del pillaje y la esperanza de volver á las atrocidades del pasado.

—*¡Penseou ann aod!..* ¡Despojos en la costa!..

Entonces Guillermo Madec, apartando de sí á Juana María para tener los movimientos más libres, poseído de indignación, echó hacia atrás su capucha, dejando ver su cabeza enérgica, sus ojos de mirada atrevida y franca y todo su aspecto de intrépido luchador, en contestación á los que pedían el pillaje, profirió el noble grito de los hombres generosos:

—¡Al barco de salvamento!

Y dirigiéndose con paso rápido hacia la casita de tejado rojo que se divisaba á la distancia de un centenar de metros, el pescador añadió, devorado por la impaciencia, mostrando las rocas cubiertas de una capa de espuma semejante á un sudario:

—¡Ya veremos esta vez si son ellos ó nosotros los que tienen razón!..

Impulsados por su ejemplo, los que se hallaban cerca de él habíanle seguido, repitiendo con entusiasmo, como un reto al mar, y también á los que habían osado invocar las bárbaras costumbres de sus antecesores:



¡Buque en peligro!

—¡Salvamento..., salvamento!.

Muy pronto la bocina de llamada hizo resonar sus roncos mugidos, que llegaban hasta las más distantes cabañas de Brignaugan, anunciando que ocurría una desgracia en el mar, y que los hombres debían acudir para botar su embarcación al agua.

Jóvenes, ancianos, mujeres y niños habían marchado todos apresuradamente hacia la casita de tejado rojo, que era la estación de salvamento de Pontusval; y poco después, arrastrado por medio de cuerdas, bajo los esfuerzos combinados de cada cual, el pesado furgón comenzó á salir, conduciendo el barco insumergible, el bote de salvamento. Acercábase poco á poco al mar, y sus pesadas ruedas se movían con dificultad en la arena, hundiéndose hasta los ejes.

Como en la virada del cabrestante para subir las andas á bordo de un buque, el patrón Madec, recordando su oficio de marinero, había entonado la especie de melopea cadenciosa, á la vez canción sin letra y onomatopeya de los esfuerzos físicos, que sirve de auxiliar á los hombres uncidos á las cuerdas:

—¡Oh, iza!.. ¡Ah, oh, oh, ah!.. ¡Hola!.. ¡Oh, iza, iza!.. ¡Ah, oh, oh! ¡Ah!.. ¡Hola!..

Y todas las bocas repetían, desde la nota aguda y en falsete de los niños hasta las notas graves de los hombres, estas mismas exclamaciones.

Formando un grupo, á pocos pasos, los más viejos del país, reunidos allí como de común acuerdo, con la cabeza baja y los ojos brillantes bajo el arco de las cejas y á través de los mechones de sus largos cabellos desgreñados, que el viento hacía flotar sobre sus rudos semblantes, contemplaban aquel animado cuadro y el movimiento de la población que corría afanosa hacia la playa.

Este movimiento evocaba en ellos el recuerdo de otros, haciéndoles pensar en escenas muy diferentes. En vez de un barco de salvamento, alrededor del cual se concentraban en aquel instante todas las fuerzas y entusiasmos, parecíales ver el pueblo entero armado de hoces, de hachas, de arpones, de cuerdas y de todo un aparato, en fin, propio para la batalla, el pillaje y hasta la muerte; pues no pocas veces la hoz, convertida en arma mortífera, había caído sobre la cabeza del náufrago suplicante.

Las miradas de los ancianos fijábanse á lo lejos con expresión de feroz codicia y de amarga decepción, al ver que los demás se disponían para arrancarles la presa

En aquel grupo oíase un murmullo de rebelión, cada vez más fuerte á medida que el barco de salvamento avanzaba hacia el agua; y cuando la proa quedó sumergida, y los tripulantes, revestidos del cinturón de corcho, comenzaban á ocupar su sitio en el bote, mientras que Guillermo Madec sujetaba el timón, oyóse otro grito de protesta:

—*¡Ar pense!..* ¡A los despojos!

Aquella voz de entonación tan aguda y penetrante que se percibía muy clara en medio del tumulto de la naturaleza y de los *¡oh! ¡ah! ¡iza!* de los trabajadores, era la misma que había despertado primero la idea del pillaje, lanzando el grito de los antiguos Leoneses: «¡Despojos en la costa!..»

El hombre que acababa de pronunciar estas palabras, declarándose ahora defensor del derecho bárbaro, prosiguió:

—Se trata de arrebatarnos nuestros bienes... El mar es una vaca que produce para nosotros, y nadie tiene derecho de arrancarnos lo que nos trae... ¡Para nosotros trabaja Penn Leach ven, como trabajan las islas Kerlouan, la meseta de Aman ar Ross, la roca de Nevez, Roc'h vran, Carrec Balec, Carrec hir y todas las rocas que Dios ha sembrado desde la ensenada de Goulven hasta el Aber Vrac'h, que son la riqueza de los Paganiz!..

Delante de los otros, bien á la vista y muy erguido, veíase un viejo de aspecto extraño.

A la luz vacilante de las hachas que había sido forzoso encender para llevar á buen fin la operación de botar al agua el barco de salvamento, aquel anciano parecía formidable espectro viviente de la antigua Tierra de los Paganos, ser fabuloso de la Bretaña de presa, idólatra pagano de antiguos tiempos.

Aquel viejo casi centenario no aparecía nunca sino en las horas de tempestad, que le arrancaba infaliblemente de su retiro; entonces llegaba, siempre robusto, siempre erguido, á pesar de sus noventa años, con el cabello blanco pendiente sobre los hombros, cuando no le retorcía para colocarle, á la antigua usanza, en los bordes salientes del gorro azul que cubría la parte superior de su cráneo desnudo, asemejándose tanto al de los palíkaros como al de los marineros



... fruncidas las cejas, con la mirada fija vagamente en las brasas...

Como había echado hacia atrás la capucha de su corto albornoz blanco de paño burdo, el vacilante fulgor de las hachas, semejante al de un incendio, iluminó la arista ósea de su nariz encorvada como el pico de un ave de rapiña, sus ojos negros que la edad no había hundido aún y en los cuales se reflejaba el resplandor rojizo de las teas y su rostro apergaminado de viejo árabe. Distinguíase también el anciano por su elevada estatura, sus miembros enjutos y su aspecto salvaje; llevaba una especie de chaquetilla que cubría su torso óseo y musculoso; calzón corto de buriel, sujeto sobre la rodilla, dejando así desnudas sus piernas nerviosas, del mismo color amarillento que el de la cara y las manos, y con la diestra apoyábase en una especie de larga pica muy puntiaguda, provista de un gancho bien afilado.

—¡Jesús! . ¡Hervé Raguenés!.. ¡Siempre él! . ¡Que el Señor proteja á los pobres náufragos!, exclamó con terror Juana María Madec.

Detrás del viejo, algunas voces vacilantes trataban de sostenerle, vociferando:

—*¡Ar pense!.. ¡Ar pense!*

Y mientras los jóvenes, sin dignarse contestar, continuaban sus preparativos de salvamento, los viejos les dirigían malignas miradas, blandiendo sus bicheros amenazadores.

A pesar de esta actitud, el bote estaba á punto de ser botado al agua, cuando uno de los tripulantes gritó:

—¡Patrón Guillermo, falta un hombre á babor!

Antes de que se pudiera presentar ninguno para reemplazarle, un joven de atlética estatura, ágil y robusto, que llegaba de Brignaugan, sofocado casi por lo mucho que había corrido, se cogió del borde del barco, elevóse á fuerza de puños, y saltando á cubierta exclamó:

—¡Ya está aquí!.. Podéis largar ahora mismo, porque la tripulación está completa.

Guillermo Madec le miró con aire estupefacto, y preguntóle:

—¿Eres tú, Alain?.. Pero tú no formas parte de nuestra tripulación, según creo..., y además...

—¿No me quiere usted?, preguntó con voz suplicante el recién venido, cortando la palabra á su interlocutor.

Juana María, con el rostro iluminado por una expresión de contento, murmuró:

—¡Padre, yo te ruego!..

Sus ojos miraban con ingenua admiración al joven, que sin esperar la respuesta de Guillermo Madec había cogido un cinturón de corcho y se ocupaba en ponérsele.

El patrón, entreabiertos los labios por una benévola sonrisa, ofrecía su mano al joven, cuando la voz estridente del anciano se dejó oir de nuevo.

—¿Dónde vas á estas horas?, gritó con acento de furiosa cólera. ¿Quién te ha dado permiso?..

El joven, palideciendo de improviso al oir esta interpelación brutal, se volvió, balbuceando:

—¡Abuelo!.. Hago como los demás; voy al salvamento... Los demás...

Una risa bestial agitó los labios secos de Raguenés.

—¡Los demás..., ah, ah, ah! Ya no son hoy de nuestra sangre, de la antigua sangre de los Paganiz... ¡Tú eres un Raguenés, el último de la familia que ha sobrevivido conmigo, un pagano como yo!.. Y no es al salvamento á lo que debes ir, sino al *ar pense*, á los despojos

—¡Pero, abuelo, mira que esos desgraciados van á perecer! Yo te lo suplico...

—¡Dios es quien nos los envía, y no debemos oponernos á su voluntad!

Todo el fatalismo de la raza revelábase en aquella frase salvaje, y Alain, trastornado, miraba sucesivamente al implacable anciano, á Guillermo, cuyas cejas se fruncían sobre los ojos brillantes de cólera, y á Juana María, que en aquel momento tenía las pálidas mejillas bañadas en lágrimas.

El patrón, inclinándose hacia su hija, cruzó con ella algunas palabras, y después, levantando la cabeza, apostrofó al terrible viejo, diciéndole:

—Hervé Raguenés, el barco que se pierde es inglés!..

Como el viejo, después de retroceder un paso, no esperaba el ataque, replicó, haciendo un ademán instintivo de rebelión:

—¡Un hereje!..

—Acuérdate del Tamborilero, repuso Madec lentamente.

—*¡Ann Tabouliner!*

Los labios de Raguenés pronunciaron temblorosos este nombre como una exclamación ahogada por la cólera; pero inclinó la cabeza sin hallar contestación y sin completar el ademán de amenaza dirigido al joven Alain.

Y en el torbellino mugiente de las olas, los doce remos se hundieron, batiendo la espuma, y el bote desapareció en las tinieblas para prestar auxilio y salvar si era posible al buque que se perdía en Penn Leach ven.

II

Una especie de plancha de piedra, de un metro de altura por unos cincuenta centímetros de ancho y veinte de grueso, algo semejante á las que se emplean para las cercas de los campos en ciertas partes del país bretón, servía de puerta.

Con una facilidad y un juego de los músculos que denotaba una fuerza superior á la común, el hombre la desvió; sirviéndose de su hombro como palanca, hízola girar sobre sí misma, y después de haberse deslizado, encorvándose, por la abertura que dejaba en descubierto, volvió á cerrarla. Después, con ayuda de un pedernal, encendió un farol pendiente en la pared derecha del interior, una de esas enormes linternas que sirven para reconocer la posición á bordo de los buques, y que á juzgar por su forma y sus adornos dorados provenía seguramente de un naufragio casi secular.

La llama rojiza puso en relieve desde luego la nariz de ave de rapiña, los ojos de lobo que busca su presa á favor de la obscuridad de la noche, las sólidas mandíbulas de poderoso carnívoro, las protuberancias del cráneo y las orejas aplanadas de Hervé Raguenés.

Después la luz, ensanchando su órbita luminosa, se reflejó sobre varios objetos extraños: cajas rotas, toneles hundidos, fragmentos de madera, de hierro y de

cobre, útiles de pesca, armas, provisiones diversas, cristalería, porcelanas, restos de todo tiempo y de toda especie en confuso montón, acumulados sin orden y á la casualidad según ocurrían los siniestros.

Por los vestigios de letras visibles en ciertas tablas, casi se hubiera podido reconstituir la cronología de los naufragios que, desde hacía más de setenta y cinco años, habían ocurrido en las costas de Guisseny, de Kerlouan y de Pontusval.

Aquella era la vivienda de Raguenés, almacén y guarida á la vez, socavada en la roca en épocas prehistóricas por los primeros habitantes del país.

Según lo indicaban los restos de alfarería céltica, las osamentas quemadas de seres humanos y de mamíferos y las hachas de piedra, que el despojador se había limitado á empujar hasta el fondo, así como las urnas cinerarias escalonadas á lo largo de las paredes y de épocas y civilizaciones diferentes, aquello debía haber servido de caverna sepulcral á los primeros que ocuparon el país.

La casualidad hizo que Hervé Raguenés descubriera aquella sombría gruta de muerte cuando era un adolescente, apenas salido de la infancia; después, aunque habitando su casucha de Brignaugan, había querido conservar aquel retiro, en un principio ignorado, y le utilizó para ocultar el fruto de sus rapiñas. Más tarde, llegado á la vejez y cuando se vió solo, después de la desaparición de todos sus parientes, cedió la casucha á su nieto Alain, y eligió definitivamente para su domicilio la obscura gruta, su guarida de fiera centenaria.

De nueve metros de longitud por dos de ancho y algo más de uno y medio de altura, no permitía al anciano estar de pie; mas esto le importaba poco; para él era una satisfacción salvaje vivir allí, echado sobre su botín, sobre su parte de restos de naufragios, como un león viejo sobre los huesos blanqueados de las víctimas que despedazó, solo, frente al mar, en aquel hueco de roca situado en una punta extrema de la costa, cerca de las islas Kerlouan, donde nadie osaba llegar para inducirle á salir, bien fuera por desdén ó por temor supersticioso.

En otro tiempo había podido, sin que los carabineros ni los gendarmes le inquietaran, aumentar su colección de restos, enriquecerse con ese maná que el mar arroja á la orilla; mas hacía largo tiempo que ya no iba á buscarlos, á saquear los buques náufragos, porque se salvaba á los que estaban en peligro ó á punto de perderse.

Por eso los objetos más ó menos preciosos, amontonados á su alrededor, se cubrían diariamente de un polvo cada día más denso, que él dejaba acumularse con la rabia en el corazón. Aquella cólera llegaba á su paroxismo cada vez que veía escaparse de sus manos una presa, y debía luchar contra las nuevas costumbres introducidas poco á poco en el país, sin encontrar ya para apoyarle más que algunos octogenarios débiles é impotentes, sin fuerzas contra los usos modernos, contra la piedad, la abnegación y los sentimientos caritativos.

El anciano fué á dejarse caer, con las piernas entumecidas y el cuerpo agobiado, menos por la fatiga ó la edad que por el peso de sus reflexiones, sobre un cajón que le servía de asiento junto al hogar, formado por varias piedras grandes, en cuyo centro humeaban algunos tizones. Raguenés los avivó con astillas y acercó á la llama sus manos huesosas de poderoso rapaz.

Muy pensativo ahora, fruncidas las cejas, con la mirada fija vagamente en las brasas, apoyados los codos en las rodillas y la barba en las callosas palmas de las manos, escuchaba instintivamente los roncos mugidos del viento, que se desencadenaba á lo largo de las costas con el furor progresivo de un animal formidable, y el fragor de los golpes de mar, que lanzaban las olas como arietes de asalto en las anfractuosidades de las rocas.

Y en el espejo fiel de su memoria se reflejaron entonces todas las noches semejantes, todos los días de tempestad que habían sido las alegrías, las horas de delicias de su larga existencia.

¡Oh, y el barco de salvamento que acababa de ver! ¡Cómo había cambiado el tiempo y degenerado la raza! ¡Su nieto, la sangre de su sangre, estaba en el mar, no ya para arrancar á la furia de las olas los restos del naufragio que enriquecen, sino para el salvamento de seres desconocidos, de extranjeros, de ingleses!



Yo la tomo y me encargo de ella

Un vivo fulgor iluminó las pupilas del anciano, fulgor semejante al de la llama de un incendio, concentrada como el fuego consistente de un volcán bajo la ceniza, como la brasa que se oculta disimuladamente, y de la cual se desprenderán las chispas ardientes, las llamas destructoras. Del misterio de la caverna sepulcral, de las cenizas de los grandes antropoides desconocidos, entregados al sueño eterno en el seno de aquella roca, un espíritu de barbarie y de matanza se infiltraba en el pecho y en el cerebro del anciano.

¡Un Raguenés, un pagano salvando á los ingleses! ¡Si pudiera correr á la costa como en otro tiempo!..

Sus miradas se fijaban tan pronto en el hogar, poblado de llamas ligeras, como en la linterna pendiente de la pared de granito; los recuerdos acudían, surgiendo tumultuosos en su memoria.

—¿Te acuerdas del Tamborilero?

Estas eran las palabras que había pronunciado Guillermo Madec.

Se acordaba en efecto, y esto bastó para que el pasado ondulara á través de su mente como el incendio de un bosque, interminable y sin que nadie le detenga.

De esto hacía ya largo tiempo, y Raguenés se esforzó para contar con los dedos: veinte, treinta, al menos cuarenta años. Muy cerca de él, hacia el centro de la gruta, podía ver los restos de la fragata, de una fragata inglesa, según dijeron, aunque nada pudo probar su nacionalidad.

Hacía un tiempo como el de aquel día, y también era una noche de tempestad del Noroeste. Cuando todos iban á meterse en la cama, y él, Hervé Raguenés, salía de aquella misma caverna, salpicado de espuma, para volver á Brignaugan, en medio de los silbidos del viento y del fragor de la tempestad, habíase oído una detonación, que resonó bien clara entre el rumor del choque de las olas contra las rocas.

Raguenés llegaba precisamente junto á un grupo de compañeros, y todos habían dicho:

—¡Un cañonazo!

Momentos después, varios hombres llegados de la playa señalaron un buque que bordeaba aún, y que tal vez, gracias á los relámpagos, podría evitar los arrecifes, ganando la alta mar. Entonces Raguenés, después de correr á su casa, había vuelto con el mejor toro de su rebaño; alrededor de él sus compañeros aplaudían y cantaban, ayudándole á conducir hacia la orilla el animal que se resistía, espantado por aquel estrépito del mar y de los gritos feroces de hombres y mujeres que se oprimían, armados de bicheros, de cuchillos y de palos, y que poseídos de la embriaguez del asesinato y del pillaje corrían revueltos en la misma dirección.

Cuando hubieron llegado á la playa, Raguenés, encendiendo una linterna, la misma que iluminaba su gruta, la sujetó en la cabeza del toro, entre las astas, por medio de una cuerda, una de cuyas extremidades se enlazaba con una pierna anterior del animal, bastante larga para que éste pudiese andar, y demasiado corta para que no le fuera preciso bajar la cabeza á cada paso que daba

El mismo Raguenés había conducido después el toro á lo largo de la costa desde Keravesau á la capilla de Pol, cerca del sitio donde hoy se eleva el faro de Pontusval; á cada paso la cabeza del toro se inclinaba y levantaba otra vez, haciendo oscilar la linterna, lo cual imitaba el farol de un barco que bordea.

Casi en el mismo instante el estampido del cañonazo se oyó más próximo, lo cual demostraba que el buque en vez de continuar su marcha hacia alta mar navegaba ahora hacia la costa, creyendo salvarse en aquella dirección.

Al fulgor de los relámpagos, que se multiplicaban á medida que la tempestad iba en aumento, se había distinguido muy pronto una fragata que navegaba con un mástil roto, el otro intacto aún y el timón maniobrando hacia Penn Leach ven.

Sin duda en aquel mismo instante los marineros vieron también el peligro hacia el cual corrían, pues de improviso oyóse por la parte del mar un clamor formidable á través del espacio. A este grito de muerte contestó otro de alegría; todos los hombres levantaron en alto los bicheros, las hachas y las picas, mientras que Raguenés, apoyando la linterna y desatando la pierna de su toro, esperaba con criminal frialdad á que el mar hubiese completado su obra destructora.

Un último relámpago permitió ver al buque estrellarse contra los arrecifes, siendo esta la señal para que los ribereños en confuso tropel acudiesen aceleradamente á recoger el botín, y entonces resonó el grito:

—*¡Penseou ann aod!*

El beneficio que se obtuvo fué considerable, pues sin duda aquel buque llegaba de las colonias, y su cargamento era muy rico, componiéndose en parte de tejidos preciosos, y hasta de cajas de dinero; pero de todos los tripulantes que le montaban no llegó ninguno aquella noche á la costa, ni un solo cadáver, ni un ser humano

A la mañana siguiente, un poco más lejos del lado derecho de Pontusval, en la playa de Cosquer, y junto á una enorme roca aislada en medio de las arenas, habíase encontrado un cadáver gigantesco, medio vestido aún con los restos de un uniforme que había sido imposible reconocer.

(Concluirá)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS LOCOMOTORAS ELÉCTRICAS DE LA COMPAÑÍA DE BALTIMORE Á OHÍO

Es innegable que paulatinamente la tracción eléctrica sustituye en los ferrocarriles á la tracción del vapor: no se trata, como se comprenderá, de una sustitución total y general, que sería tan absurda como querer emplear un solo sistema de alumbrado con exclusión de todos los demás, sino de una sustitución parcial en los casos particulares en que la tracción eléctrica ofrece sobre la locomotora de vapor ventajas de seguridad, de comodidad ó de economía.

Sin hablar de los experimentos realizados en Francia con la locomotora de M. Heilmann, solución intermedia que sólo modifica el modo de transmisión de la fuerza motriz á las ruedas del vehículo, ni de los otros experimentos, hoy abandonados, basados en el empleo de acumuladores, conocida es la aplicación en la línea del ferrocarril aéreo de Chicago, línea en la cual la tracción eléctrica ha reemplazado definitivamente á la tracción por las locomotoras de vapor.

Actualmente se termina en América, en Baltimore, una instalación gigantesca y de un interés considerable: se trata de la tracción eléctrica aplicada en una línea de ferrocarril ordinario que atraviesa una gran ciudad, en unos sitios al aire libre y en otros por medio de túnel, para suprimir completamente las locomotoras ordinarias y sus inconvenientes, harto conocidos, en las condiciones que vamos á indicar.

La *Belt Line*, como se designa en Baltimore al ramal en que se ha hecho esa aplicación, es un enlace directo, al través de la ciudad, de las principales líneas de la compañía ferroviaria de Baltimore á Ohío: este ramal de once kilómetros de longitud acorta en unos treinta minutos el viaje de Nueva York á Wáshington y permite establecer una estación en el centro mismo del barrio mercantil de la ciudad. La línea es subterránea en una longitud de unos 2.500 metros, y para evitar el humo, así en los límites como en el trayecto aéreo, adoptóse la tracción eléctrica. La instalación, que pronto quedará terminada, atrae en la actualidad la atención de todos los ingenieros electricistas y de todas las compañías de ferrocarriles, porque decidirá, en forma de un grandioso experimento y por ahora único, hasta qué punto puede la tracción eléctrica aplicarse á los ferrocarriles ordinarios y si puede prestar los servicios que de ella se esperan para un tránsito rápido en los túneles.

Esta empresa ha sido realizada por la *General Electric Company* á su costa, por su propia iniciativa y bajo su dirección, y la compañía de Baltimore á Ohío no adquirirá la instalación sino en el caso de que llene por completo todas las exigencias consignadas en el programa. Estas condiciones especiales hacen que todo el material empleado en esta instalación sea de primera clase y que esté cuidadosamente estudiado é instalado, pudiendo por lo mismo ser considerado desde ahora como la más perfecta manifestación del arte del ingeniero en este fin de siglo eléctrico.

La enorme fábrica central que alimenta las locomotoras eléctricas y está situada en uno de los extremos de la línea, proporcionará también potencia eléctrica á unas 2.000 lámparas de incandescencia instaladas en ese túnel: como no se producirá humo, proyéctase blanquear esa galería subterránea, que de esta suerte vendrá á ser un poderoso reflector cilíndrico que enviará la luz á los vagones que por allí circulen, haciendo por lo mismo inútil el alumbrado de las lámparas durante la travesía.

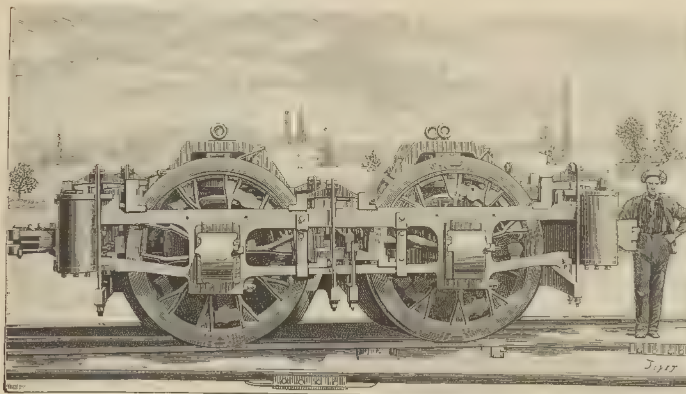


Fig. 1. – Vista de dos *trucks* de la locomotora eléctrica

La fábrica generatriz contiene once calderas de 250 caballos cada una, que alimentan cuatro motores Compound, del sistema Allis-Corliss sin condensación, de una potencia de 700 caballos cada uno, que accionan directamente una dinamo de diez polos y diez escobillas que producen 500 kilovat á 700 volts y que gira con una velocidad de 110 vueltas por minuto, proporcionando en junto cerca de 3.000 amperes disponibles para la tracción eléctrica.

Esta corriente es conducida á la locomotora por un conductor aéreo formado por dos hierros en forma de Z, remachados en una plancha de cobre de 25 milímetros de espesor, que dejan entre ellos una hendedura de 25 milímetros de longitud, merced á la cual un contacto que por ella se desliza, se apoya en los brazos horizontales inferiores de las dos Z. Este sistema de canal conductor está fijo, bien en la bóveda del túnel, bien en columnas de hierro dispuestas á 40 metros de distancia una de otra. La figura 2 representa la salida del túnel y el modo de suspensión de las tomas de corriente en las columnas: el humo que se ve á la entrada del túnel es producido por una de las últimas locomotoras de vapor que han atravesado el túnel antes del empleo de la tracción eléctrica.

La rueda ó *troley* de los tranvías ordinarios está en este sistema reemplazada por una soleta de latón de 60 centímetros de longitud por 18 de anchura, que se apoya en las dos Z de hierro y está unida á la locomotora por un sistema de conjunción articulada que se ajusta instantánea y automáticamente á todas las inflexiones de la vía y á las del conductor aéreo. El retorno de la corriente se efectúa por las ocho ruedas de la locomotora, por los cuatro rieles de la doble vía y por un gran conductor de cobre.

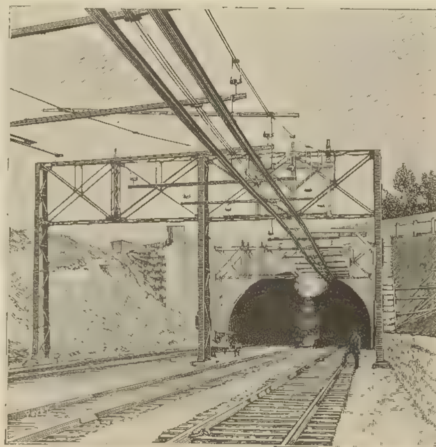


Fig. 2. – Salida del túnel de Baltimore con los conductores aéreos de toma de corriente

Los tres grabados que publicamos reproducen las principales disposiciones de la locomotora eléctrica de 96 toneladas, á la que los conductores aéreos llevan la corriente de la fábrica central.

He aquí algunos datos acerca de esta locomotora, que es ciertamente la más potente del mundo (fig. 3). Esta locomotora la constituyen dos unidades distintas, cada una de ellas formada por un marco sostenido por cuatro ruedas motrices. Cada uno de los cuatro ejes acciona un par de ruedas por medio de un motor de seis polos que está sostenido elásticamente y transmite su potencia al eje por él gobernado por medio de conexiones flexibles.

Los motores y los ejes de las ruedas están sobre el mismo eje y giran por consiguiente con la misma velocidad angular. Los dos motores de cada *truck* están acoplados en tensión y reciben una diferencia de potencial de 250 volts cada uno, estando la línea establecida para proporcionar 500 volts y una corriente máxima de 2.700 amperes á carga máxima, cuando la locomotora ejercerá su esfuerzo de tracción máximo de 21.500 kilogramos, lo cual repre-

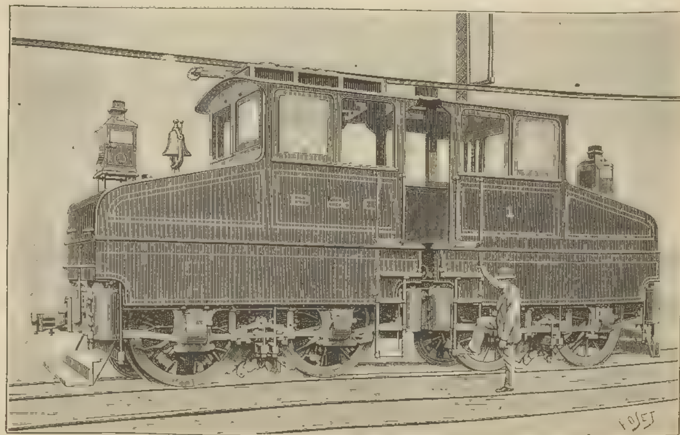


Fig. 3. – Vista en conjunto de la locomotora eléctrica de 96 toneladas construída por la *General Electric Company* para la compañía del ferrocarril de Baltimore á Ohío

senta una potencia eléctrica total de 1.350 kilovats ó 130.000 kilográmetros por segundo.

Cada uno de los cuatro motores está establecido para absorber normalmente 900 amperes, pero puede excepcionalmente soportar una corriente mucho más intensa. La locomotora lleva un interruptor automático de 3.500 amperes y un amperémetro de 5.000 amperes del sistema Weiton. Los frenos y el silbato funcionan por medio del aire comprimido que se obtiene merced á una bomba de compresión eléctrica alimentada por una derivación de la corriente general.

La velocidad normal de 24 kilómetros por hora podrá llegar hasta 80 kilómetros con trenes ligeros.

Las primeras pruebas recientemente verificadas han demostrado que la toma de corriente por contacto de deslizamiento en una línea subterránea ofrece algunas dificultades cuando se trata de hacer pasar por este contacto una corriente de muchos millares de amperes. La herrumbre y el polvo hacen imperfecta la comunicación eléctrica, para remediar lo cual se ha dispuesto sobre el contacto un sistema limpiador que ha dado, según parece, resultados satisfactorios. Pero esta imperfección observada en los primeros experimentos no es bastante para detener á los americanos en su empresa, pudiendo asegurarse que no tardarán en vencer esta dificultad.

Trátase de inaugurar solemnemente esta grandiosa instalación invitando al presidente Cleveland, al cuerpo diplomático y los altos personajes á quienes el asunto interesa.

E. HOSPITALIER

***

CLEPSIDRA CHINA DE CANTÓN DEL SIGLO XIV

Clepsidra china de Cantón del siglo XIV (de una fotografía)

La clepsidra que en esta página reproducimos se denomina T'ung-lu-ti-len, vaso de cobre lleno de agua que mana gota á gota, y está colocada en un pabellón construído debajo de un arco doble que atraviesa una calle de Cantón que va desde la gran puerta del Sur hasta el palacio del tesorero de la provincia.

Como la que existía y quizás todavía existe en el observatorio de Pekín, esta clepsidra se compone de cuatro vasos de cobre, en los cuales el agua mana de uno á otro por medio de pequeños tubos dispuestos en las bases de los mismos. El vaso que descansa sobre el suelo de la pieza en que el aparato está situado tiene sobre la tapadera, que es de madera, una especie de asa atravesada por una regla montada sobre un flotador y en la cual van indicados los caracteres que representan las horas. Cuando ha manado toda el agua, es decir, por la mañana y por la noche, se echa de nuevo el líquido en el vaso superior. Una escalera de ladrillos permite al guardián subir hasta allí.

Las dimensiones y la capacidad de los vasos son las siguientes: el primero tiene 23 pulgadas de diámetro y 23 de alto, el segundo 22 por 21, el tercero 21 por 20 y el cuarto 23 por 19.

Según la *Chinese Repository*, la clepsidra termina por arriba en un altar consagrado á Pan-ku, el Adán chino, á quien se considera, sin que se sepa por qué, como el dios tutelar de aquélla: á la derecha hay otro altar dedicado á la diosa Kuan-yn.

Al empezar cada hora el guardián cuelga en la parte exterior de la puerta del recinto un cartel en caracteres chinos negros sobre fondo blanco que indica el nombre de la hora que empieza: además tiene el guardián obligación de indicar las horas golpeando de día en un tambor y de noche en un gongo.

Los vasos de la clepsidra de Cantón datan del año 1316 de nuestra era.

Muchos y muy curiosos son los aparatos construídos en todo tiempo por los chinos para marcar las horas; entre ellos merece citarse el siguiente:

El emperador Chim-li, que reinó desde 1333 á 1367, tenía en su palacio un gran armario coronado por un nicho y llamado de los tres sabios: en el centro del mismo había una figura de una joven que servía para indicar las horas del día y de la noche y los kes. Cuando la aguja estaba sobre la hora escapábase una columna de agua. A los dos lados veíanse dos ángeles, el uno con una campanilla y el otro con un plato de cobre en la mano: al llegar la noche, estas dos figuras golpeaban los instrumentos que en las manos tenían y varios leones y águilas esculpidos se ponían en movimiento

Al Este y al Oeste del armario se veía la órbita del sol y de la luna en el zodíaco: delante de la figura que representaba los doce signos estaban seis ancianos inmortales. Al mediodía y á media noche estas seis estatuas andaban formando parejas, pasaban por debajo de un puente llamado el Puente Santo, penetraban en el nicho de los tres sabios y volvían á su primitivo puesto.

Esta maravilla de arte había sido inventada, según se afirmaba, por el mismo emperador. – P.

(De *La Nature*)

El Céfiro y las Brisas, composición decorativa de Manuel Domínguez

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 7 de octubre de 1895 — Núm. 719

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

SAINETES MATRITENSES

LOS HOMBRES DE NEGOCIOS

Acera de la calle de Sevilla; espacio comprendido entre el café Suizo y el despacho de la Tabacalera

I

D. TEOBALDO, personaje de edad provecta y profesión tan problemática como la clase de animal á que pertenecieron las pieles que avaloran el cuello y bocamangas de su raído gabán. – AURELIO, oficial de la clase de sextos, revelando en su chistera y demás prendas indumentarias los estragos de repetidas y aun recientes cesantías. – AGAPITO, joven inocente de esos que están á lo que salga aunque sea un sombrero viejo. En torno suyo, grupos de toreros de invierno, cómicos famélicos y demás hombres de negocios que pululan por aquellos lugares.

D. TEOBALDO. – Nada, señores; cosa hecha. Tengo á mi disposición sesenta mil duros para emplearlos en trescientos mil pies de terreno, á pesetita, que se necesitan con urgencia para la estación del ferrocarril subterráneo de Madrid á Valencia. Conque á ver si los encuentran ustedes en seguida.

AURELIO. – Siempre resultará alguna filfa como las de todos los días.



SAINETES MATRITENSES

Los hombres de negocios, dibujo de Méndez Bringa

D. TEOBALDO. – ¡Hombre, vaya usted al cuerno! ¿Se figura usted que está tratando con esa cáfila de corredores sin vergüenzas, que no tienen un negocio ni conocen más que capitalistas de tres al cuarto? Me viene usted con guasitas á mí que llevo ganados más miles de duros que pelos tengo en la cabeza.

AURELIO. – ¿Y no tendrá usted un cigarrito?

D. TEOBALDO. – Casualmente se me han concluído, y eso que compré tres cajetillas de Susini esta mañana; pero como siempre anda uno entre capitalistas, no basta nada de este mundo.

AGAPITO. – ¡Cuánto me hubiera alegrado de encontrar á usted esta mañana, porque desde anoche no he echado una chupada!

AURELIO. – Yo no hace tanto, porque en la oficina me dan algún cigarro que otro.

D. TEOBALDO. – ¡En cuanto realicemos este negocio, verán ustedes qué cajas de brevas nos atizamos! Ahora por el pronto hay que tener calma. Usted, Agapito, ¿no sabe algo de terrenos que sirvan para el caso?

AGAPITO. – Yo, de terrenos, no, señor; pero tengo otro negocio magnífico.

D. TEOBALDO y AURELIO. – ¡A ver, á ver, diga usted!

AGAPITO. – Miren ustedes. Hay una tienda de ultramarinos donde dan todos los géneros que se quieran sin cobrar nada al que presente un fiador...

AURELIO. – ¡Toma, vaya un descubrimiento!

D. TEOBALDO. – No, pues no me parece tan mal, porque hay tiendas que ni con fiador dan un garbanzo. Me consta. Lo sé de buena tinta.

AGAPITO. – Si uno de ustedes saliera fiador, puede que nos dieran algo.

AURELIO. – Y luego, como nadie pagaría, tendría uno que cargar con el mochuelo, cosa que después de todo á mí me da un pepino, porque tengo ya retención, la paga adelantada, veintidós retirarés y la mar...; en fin, con decir que el habilitado me ha dado tres pesetas por la paga del último mes, está dicho todo. ¡Figúrense ustedes cómo andaré yo con la parienta y once chiquillos! En fin, nada se pierde con intentarlo. D. Teobaldo, usted con ese gabán y esas pellejas puede hacer de fiador, y lo que se saque partiremos.

D. TEOBALDO. – Aceptado, pero no olvidar lo de los terrenos: ¡mil doscientos duros de comisión!

AURELIO. – Si sirvieran aquellos que hay frente á la plaza de toros...

D. TEOBALDO. – ¡Sí, hombre, magníficos!

AURELIO. – Pues cuente usted con ellos.

D. TEOBALDO. – Vea usted si los puede sacar á tres reales, y nos ganamos otro suplemento de quince mil pesetas.

AURELIO. – No hay que hablar más. Mañana veré al dueño y á cobrar la comisión.

AGAPITO. – ¿Conoce usted al propietario?

AURELIO. – No sea usted inocente. No se necesita conocer á nadie para decir que es cosa hecha. ¡En buenas manos está el pandero! ¡Ah! Ahora que me acuerdo, Agapito, ¿quiere usted ganarse diez mil reales?

AGAPITO. – ¡Ya lo creo!

AURELIO. – Pues tome usted esta nota. *(Saca un papelucho mugriento del bolsillo y se lo da á su colega.)* Un capitalista que desea colocar diez mil duros y da el cinco por ciento de comisión. Conque á partir, ¿eh?

AGAPITO. – Se trabajará y seguro que se hace. Conque ¿no vamos á la tienda?

AURELIO. – Sí, vamos, y Dios quiera que nos den algo, aunque no sea más que una lata de sardinas.

D. TEOBALDO. – Siempre será usted un infeliz. ¿Cree usted que yendo yo con ustedes no nos facilitarán todo lo que nos dé la gana? Esta noche se dan ustedes un atracón que revienta toda la familia.

AURELIO. – Así sea, y cuanto antes mejor.

Entrada del café de Fornos. Son las once de la noche, y sin embargo llueve pausadamente

II

MILLÁN, cesante desarrapado, se guarece en el espacio comprendido entre la mampara y la puerta de cristales del café. De pronto divisa á AURELIO que pasa en dirección á la Puerta del Sol, sufriendo impertérrito el chaparrón y blandiendo un grueso garrote.

MILLÁN. – Si éste llevase algo... ¡Eh, tú, Aurelio!

AURELIO. – ¡Hola! ¡Tú por aquí!

MILLÁN. – ¿Tienes una peseta?

AURELIO. – ¡Calla, hombre, no digas majaderías!

MILLÁN. – ¿Y un cigarro?

AURELIO. – ¿Te has figurado que soy un banquero?

MILLÁN. – Hombre, como siempre andas de negocios...

AURELIO. – Malditos sean ellos y los capitalistas y el que me ha metido en estos trotes. No cuaja nada; todo se descompone. Yo no sé cómo D. Teobaldo dice que ha ganado tantos miles, porque yo no puedo pescar ni un triste real. Ayer nos llevó Agapito á una tienda donde decía que nos iban á dar el oro y el moro, fiado, por supuesto, y... por poco no nos dan cuatro palos. ¡Todo era camama!

MILLÁN. – Ese Agapito es un majadero.

AURELIO. – Pues anda, que yo al salir de la tienda le arrimé un achuchón que por poco le reviento; así es que echó á correr como alma que lleva el diablo. Lo que siento es haberle dado una nota de un capitalista que quiere colocar diez mil duros.

MILLÁN. – ¿Y por qué no los tomas tú?

AURELIO. – ¡Si es D. Bernardo el usurero, ese que ya tiene un pagaré mío de mil pesetas que le firmé por seis duros que me dió en calderilla!

MILLÁN. – Chico, todo está perdido. Yo desde que quedé cesante no sé cómo vivo. ¡Y dinero hay mucho! ¡Vaya! Tengo la mar de notas de capitalistas, pero nadie muerde el anzuelo. Hoy me han hablado de un cubano que ha traído de allá dos millones de pesetas y quiere colocarlos...

AURELIO. – Pues chico, veas si puedes tú...

MILLÁN. – ¡Ca! No quiere nada con cesantes. Quiere activos.

AURELIO. – ¿Activos? ¿Serviría yo? Porque lo que es á actividad no me gana nadie. ¿Ves cómo están las botas que ni casi suelas tienen? Pues se han gastado corriendo varios negocios que si llegasen á salir... ¿Pero quién es ese cubano?

MILLÁN. – Qué, ¿vas á verle?

AURELIO. – ¡Toma, si es nuevo, quién sabe si haremos una operación!

MILLÁN. – Tú de seguro le sacas algo. Pues mañana te traeré la nota. Por supuesto que si realizas el asunto me darás parte.

AURELIO. – Convenido. Vengan esos cinco. No hay más que hablar.

MILLÁN. – *(Mirando por la mampara entreabierta al interior del café.)* ¡Calla! Allí están Teodosio y D. Lorenzo. Y toman café. ¡Qué bárbaros! ¡Anda, anda, y Teodosio tiene delante media tostada! Entremos á ver si nos convidan.

AURELIO. – Yo no puedo entretenerme, porque ahí en el Oriental me esperan D. Teobaldo y el dueño de una casa de la calle de Apodaca, que quiere tomar veinte mil duros. Ya le hemos buscado los cuartos y mañana se firma la escritura.

MILLÁN. – ¡Bah!

AURELIO. – Sí, hombre, ya están los veinte mil duros contados en la notaría.

MILLÁN. – Que sea enhorabuena, pero lo dudo.

AURELIO. – Yo también; pero en fin, lo que es un biftec ten por seguro que cae esta noche.

MILLÁN. – Adiós, pues, y hasta mañana aquí á las ocho. Yo voy á ver si Teodosio no tiene ganas de comerse toda la tostada.

La calle de la Berengena

III

AURELIO y luego D. TEOBALDO

AURELIO. – ¡Caracoles! ¿Y en esta calleja vive el capitalista cubano? Me parece á mí... A ver, número 15..., éste es. ¡Demonio, qué portal más indecente!.. También es capricho alojarse en tal zaquizamí...

D. TEOBALDO. – ¡Eh, amigo Aurelio!, ¿adónde se va?

AURELIO. – ¡Calla, usted por estos andurriales! Pues á ver á un capitalista que tiene mucha *guita*.

D. TEOBALDO. – ¿Y deseará colocarla, naturalmente?

AURELIO. – Eso dicen.

D. TEOBALDO. – Pues entonces, vamos á proponerle alguno de los muchos negocios que tenemos entre manos.

AURELIO. – ¡Poco á poco con estropear el asunto! Yo voy á ver si opero por mi cuenta y le saco un préstamo, porque con tanto negocio estoy en la inopia. ¡Figúrese usted que sólo me he desayunado con una sardina!

D. TEOBALDO. – ¡Feliz usted, amigo mío! Yo ni eso.

AURELIO. – Pues aguárdeme usted, y si ese caballero es persona decente y suelta la mosca, puede usted subir después.

D. TEOBALDO. – Vaya usted y Dios le inspire. Yo, entretanto, daré un paseo por los alrededores, que eso no cuesta dinero.

Sotabanco abuhardillado. – En un extremo una mesa baja de cocina, sobre la que se ven algunos papeles y una botella de vino. En la pared pegado un cartel de toros. Varios trastos desportillados y dos sillas paticojas completan el mobiliario.

IV

PANCHO, cubano trashumante de la ilustre clase de vividores sin oficio ni beneficio. Viste un largo levitón, y á pesar del frío que se deja sentir, cubre su cabeza con amplio sombrero de jipijapa. AURELIO en la puerta de entrada reconociendo con la vista la desmantelada estancia.

PANCHO. – Pase, señor, pase y diga qué busca.

AURELIO. – Me parece que me he equivocado. No debe ser aquí. *(Aparte.)* ¡Si esto es una perrera por el estilo de la mía!

PANCHO. – ¿Por quién pregunta su mercé?

AURELIO. – Pues, hombre, por un capitalista americano que se llama D. Pancho Martínez.

PANCHO. – Ese soy yo.

AURELIO. – ¿Usted? ¡Caramba, quién lo diría!

PANCHO. – Se admira porque me ve así. No lo extrañe, me han detenido el mobiliario en la aduana de Cádiz, y mientras llega me he metido en este *bohío*, porque las casas de huéspedes de Madrid dijéronme que eran unas cuevas de salteadores, y el que tiene que guardar capitales... ¿Sabe?

AURELIO. – *(Aparte.)* ¡Qué caprichos tienen estos americanos!

PANCHO. – ¿Y qué se le ofrece, mi amigo?

AURELIO. – Pues me envía el Sr. Millán á ver si usted quiere realizar una operación de préstamo.

PANCHO. – ¿Y cómo no? Si es buena la garantía...

AURELIO. – ¡Oh, de las mejores! Se trata de un empleado inamovible *(Aparte)* mientras no lo dejen cesante.

PANCHO. – ¿Y tiene la paga limpia?..

AURELIO. – De polvo y paja.

PANCHO. – Mire, para no entretenerle, el capitalista no está aquí, yo soy sólo su secretario particular. Lo mejor será que trate con él directamente, satisfaciéndome á mí un dos por ciento de comisión.

AURELIO. – *(Aparte.)* Me escamo.

PANCHO. – Si quiere le daré las señas y podemos verle en seguida.

AURELIO. – Vengan ya.

PANCHO. – *(Se dirige á la mesa y de entre los papeles coge uno que entrega á Aurelio.)* Tome. Es un hombre que tiene muchos miles de pesos, y en cuanto le diga yo dos palabras es cosa hecha.

AURELIO. – *(Leyendo.)* «Se desea colocar diez mil duros...» ¡Pero si esto es letra mía! ¡Mil millones de demonios se lo lleven á usted, so trapulante! ¡Si esta nota se la he dado yo á un tal Agapito!..

PANCHO. – ¿Entonces su mercé es el capitalista? ¡Cuánto me alegro! Si quisiera hacerme un pequeño préstamo, aunque no fuese más que de un par de onzas, hasta que llegasen los fondos que espero de Matanzas...

AURELIO. – ¡Matanza la que haría yo con todos los que se dedican á negocios como usted y yo!

PANCHO. – Pero hombre... ¿qué dice?

AURELIO. – Que estamos frescos los dos, y que más le valdría á usted con esa facha salir á cantar *guajiras* por las plazuelas que no engañar á las personas decentes. ¡Vaya unos capitalistas de cuerno! *(Sale precipitadamente dando garrotazos á las paredes de la escalera.)*

Otra vez la calle de la Berengena

V

D. TEOBALDO y AURELIO

D. TEOBALDO. – Qué, ¿se sacó algo?

AURELIO. – Un desengaño más. ¡Si es un *lipendi* tan tronado como nosotros!

D. TEOBALDO. – ¿Es posible?

AURELIO. – Como se lo cuento.

D. TEOBALDO. – ¿Y qué hacemos?

AURELIO. – No sé.

D. TEOBALDO. – Afortunadamente el negocio del ferrocarril subterráneo...

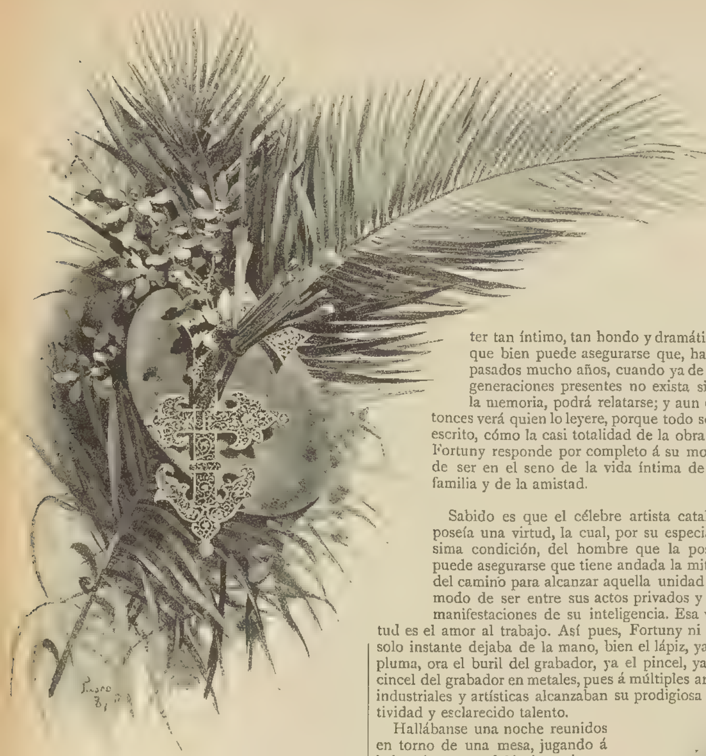
AURELIO. – Calle usted y no sea lila: más vale otra idea que me ocurre.

D. TEOBALDO. – ¿Cuál?

AURELIO. – Ponernos á la puerta de una iglesia con un cartelito de letras muy gordas que digan: «Dos hombres de negocios solicitan la caridad de las buenas almas.»

D. TEOBALDO. – Tiene usted razón: hagámoslo en seguida, que más de cuatro se han hecho ricos en Madrid pidiendo una limosna.

A. DANVILA JALDERO



MARIANO FORTUNY

SEMBLANZA

No sé qué influencia extraña es la que ejerce aún sobre aquellos caracteres menos impresionables y femeninos el conocimiento de cuanto atañe á la vida íntima de las personalidades que por cualquier concepto se han significado y significan en el mundo. Como si creyésemos que tras de sus obras ó de sus hechos se ocultó ó se oculta otra personalidad moral distinta de la revelada; como si creyésemos que tras de las magnanimidades de Alejandro, ó de las severidades de Séneca, ó del humilde vivir de Gregorio el Grande, ó de la descocada risa de Bocaccio, ó de los misticismos de Zurbarán, ó de los pesimismos de Schopenhauer, y en fin, tras de cuantas manifestaciones en lo que se relaciona con la vida pública han realizado los hombres excepcionales, se ocultase el hombre vulgar, aquejado por las pasiones, por los vicios, por las debilidades morales y físicas que aquejan á la generalidad de los humanos, la curiosidad del vulgo no se satisface, sino cuando logra averiguar que esos genios ó inteligencias superiores, para quienes la historia tiene un lugar preferente en sus anales, fueron y son de barro deleznable, y casi siempre más frágil que aquel de que están amasados el *héroe chusma*, el olvidado maestro de escuela, el honrado menestral, el anónimo periodista. Cierta secreta satisfacción produce, individualmente, conocer las perversas condiciones morales de hombres como el rey *Católico*, la soberbia del gran Gregorio, las aficiones de Sócrates, la borrascosa vida de Lope de Vega, la dramática del místico Alonso Cano, la equívoca de tantos otros. Y es que allá, en lo íntimo de nuestro ser, hay un algo que se revela tenazmente contra todo cuanto tienda á exhibirse, como cosa que pretende escaparse al análisis de la razón, á lo natural y lógico y corriente.

Ocúrrenseme estas reflexiones al intentar describir algunos rasgos del carácter del genial autor de *La Vicaría*, no ciertamente porque Fortuny difiriese en las manifestaciones de su genio de artista de las de su vida íntima, sino porque el hijo de Reus ha sido una de esas personalidades que en más perfecto equilibrio han estado, como artista y como hombre. Si algo existe en la vida íntima de Mariano Fortuny que no se revele en sus celebradas pinturas, es de carácter tan íntimo, tan hondo y dramático, que bien puede asegurarse que, hasta pasados mucho años, cuando ya de las generaciones presentes no exista sino la memoria, podrá relatarse; y aun entonces verá quien lo leyere, porque todo será escrito, cómo la casi totalidad de la obra de Fortuny responde por completo á su modo de ser en el seno de la vida íntima de la familia y de la amistad.

Sabido es que el célebre artista catalán poseía una virtud, la cual, por su especialísima condición, del hombre que la posea puede asegurarse que tiene andada la mitad del camino para alcanzar aquella unidad de modo de ser entre sus actos privados y las manifestaciones de su inteligencia. Esa virtud es el amor al trabajo. Así pues, Fortuny ni un solo instante dejaba de la mano, bien el lápiz, ya la pluma, ora el buril del grabador, ya el pincel, ya el cincel del grabador en metales, pues á múltiples artes industriales y artísticas alcanzaban su prodigiosa actividad y esclarecido talento.

Hallábanse una noche reunidos en torno de una mesa, jugando á la lotería en casa del insigne pintor, el notable artista Tapiró, otro llamado, si no recuerdo mal, Herrer, y algunos artistas y amigos más, con la señora de Fortuny y las de otras colegas de la colonia española en Roma. Fortuny, como de costumbre, dibujaba á la pluma, bien una cabeza de los reunidos, bien sorprendía un movimiento, etc, cuando de repente Tapiró quiso tomar otra postura en su asiento y se le rasgó el pantalón, precisamente por un sitio de los que con más cuidado procuramos cubrir siempre. Levantóse Tapiró aprovechando un momento en que la atención general estaba fija en el juego, y, como pudo, se retiró á una habitación inmediata, donde, habiendo pedido á una de las sirvientes de la casa hilo y aguja, se quita los maltrechos calzones y se pone á coserlos como Dios le había dado á entender. Fortuny, á quien nada se le escapaba de cuanto acontecía en torno suyo, había visto á su amigo levantarse y reparado en la catástrofe. Fué tras de Tapiró, y mientras éste en calzoncillos remediaba la avería, el insigne pintor hacía de la cómica figura de su colega un delicioso dibujo.

Pronto debió de percatarse del suceso alguno de los jugadores, porque al poco tiempo las señoras quedaron solas, mientras que en la habitación inmediata resonaban fuertes carcajadas. Aguardaron impacientes las damas, no atreviéndose á ir adonde tales risotadas se oían, temerosas de interrumpir con su presencia el relato de alguna historia picante, á la que achacaban aquellas risas. Estas subieron de punto cuando Fortuny, terminado su dibujo, lo exhibió á la consideración general.

Como siempre, el apunte fué disputado con encarnizamiento. Todos querían poseerlo, hasta que se determinó rifarlo. La suerte favoreció á Tapiró. Poco tiempo después, Fortuny pintaba la celebrada acuarela titulada *El Malandrín*, que como no ignora nadie, representa un aventurero del siglo XVI, calado el casco, puesto el coleto y recosiéndose unos calzones.

Lo que acabo de contar da idea de la laboriosidad del gran reusense. Ahora voy á relatar otro rasgo del carácter de Fortuny, que honra sobremanera al celebrado pintor y al ilustre sevillano D. José Jiménez Aranda.

No conocía Fortuny á este artista, y alguien le habló del autor de *La loca* con gran encomio. Quiso conocerlo el del *Jardín de los poetas* y fué á su estudio. Quedóse maravillado de la corrección con que dibujaba (y dibuja) Jiménez, é hiciéronse amigos.

Tenía encargo Fortuny, hecho por su amigo y comprador el célebre coleccionista M. Stuard, de adquirir de artistas no conocidos, ó por lo menos todavía no muy nombrados, aquellos cuadros que, á su excelente criterio, le pareciesen dignos de figurar en su galería. Un día Fortuny, visitando á Jiménez Aranda, vió en el caballete, pues todavía lo estaba pintando, el precioso cuadrito cuyo título es *El Rey que Dios guarde* (no se si habré invertído el orden de las palabras.) Enamoróse Fortuny de la pintura, declarándola obra maravillosa de expresión, de conocimiento de las costumbres de la época y de dibujo, y desde luego le adquirió el cuadro á su colega, con destino á la galería de M. Stuard. Al dar cuenta por carta al comprador de la adquisición, le decía Fortuny que era una joya, y que lo colocase en la sala donde estaban los lienzos que tenía de él y de otros artistas no menos célebres, añadiéndole que la colocación fuese en preferente lugar, aun cuando para ello se viese precisado á quitar alguna de sus mejores obras. Recibió M. Stuard el cuadro y no le pareció cosa tan sublime como el célebre artista é íntimo amigo le ponderaba, así que, aun cuando le colocó en sitio donde la luz era buena, no fué en la habitación que él tenía como *sancta sanctorum* de su colección.

Pasado algún tiempo, Fortuny hizo un viaje á París, y, como de costumbre, fué á comer á casa del opulento norteamericano. Llevóle éste á ver las adquisiciones que hiciera desde que no se habían visto, y ya en la famosa sala, el autor de *La Vicaría* comenzó á buscar el cuadro de Jiménez Aranda. Díjole entonces M. Stuard que no lo había colocado allí, al lado de los suyos, porque á pesar de sus elogios no le pareciera obra tan excelente aún cuando reconocía las grandes cualidades que la avaloraban. Entonces Fortuny, descolgando uno de sus cuadros, cogió el de Jiménez Aranda y le colocó en lugar tan preferente, diciendo poco más ó menos: «Este cuadro es más sólido de hechura y está más comprendida la época en que pasa la escena que ninguno de los míos.»



MARIANO FORTUNY, dibujo de José L. Pellicer

Adquirido dicho cuadro por Goupil, hoy es propiedad de la familia Real de España.

Vaya otro sucedido, que revela también la rectitud del carácter de Fortuny.

Encontrábase en esta corte, y todas las tardes iba á las caballerizas de la casa real á pintar caballos, que, como todos sabemos, los pintaba admirablemente. Una tarde se levantó de improviso un fuerte viento, y poco después comenzó á llover á cántaros. Fortuny tomó puesto en el portal de una casa de la calle del Arenal, frente á la iglesia de San Ginés, que por entonces no la habían estropeado con las reparaciones que le hicieron el mal gusto y la manía de modernizar lo antiguo, que obsesiona á número bastante considerable de nuestros arquitectos y maestros de obras. Fijó la vista Fortuny en la iglesia, y le gustó aquel patio con sus arcadas, y bajo de ellas aquellos puestos de flores en hermosa comunidad con los de escapularios y rosarios y otros objetos de devoción que allí había y que aún hoy se ven. La lluvia seguía cayendo con violencia y el viento volvía del revés los paraguas de los transeuntes, levantaba las faldas de las devotas que apresuradamente entraban en la iglesia, arrebataba algunos sombreros y medio arrancaba los toldos del patio. Fortuny hizo un apunte de la escena, y ya de vuelta en su estudio cogió un lienzo, é impresionado como estaba de lo que había visto y con el apunte á la vista bocetó un cuadro delicioso.

Era gran admirador de Fortuny un anticuario madrileño, que siempre le llevaba, antes que á parroquiano alguno, aquellas antigüedades que adquiría, cambiándoselas á veces por tablitas, acuarelas, etc. Dicho anticuario vió el boceto y le propuso un cambio; fué Fortuny á la casa de su admirador y le propuso que le cediese el puño de una espada árabe y un cacharro de igual procedencia. Resistióse el anticuario, pues realmente el lienzo de Fortuny no era mucho más de un boceto, aun cuando como boceto pudiera considerarse obra de un genio. Avínose al fin el anticuario y se cerró el trato.

Pocos días después, un grande de España, que también se dedicaba á adquirir obras de arte antiguas y modernas, vió en la tienda del comerciante el boceto, y tras de un ajuste laborioso, adquirió la obra por *quinientas* pesetas. Olvidárase Fortuny del suceso, pues transcurrieron más de dos ó tres años, y un día recibe en Roma una carta de un marchante de cuadros de Londres, en la cual le decía: «He adquirido al señor conde de X... un boceto de usted que representa una tarde de lluvia en Madrid, y que tiene por principal motivo y fondo la iglesia de San Ginés. Aboné á dicho señor conde la cantidad de *cincuenta mil* francos y estoy dispuesto á dar á usted otros cincuenta mil si quiere terminar el cuadro.»

La cólera de Fortuny no tuvo límites al leer tal misiva. Quería venir á España, y obligar al conde á devolver la obra al anticuario, ó á que le abonase la mitad de la suma recibida. Los amigos de Fortuny, entre los cuales estaba el que me relató este suceso, se vieron apuradísimos para evitar que el artista hiciese lo que decía, quien consideraba una inmoralidad lo hecho por el aristócrata comerciante, pues de tales explotaciones, afirmaba Fortuny, «resultan saqueados los artistas.»

Terminaré estos recuerdos con otra anécdota que merece consignarse

Era grande asistente á la casa de Fortuny un pintor menos que mediano, quien con su esposa vivían la mayor parte de los días de la munificencia del artista reusense. Un día, la señora del ignorado colega de Fortuny rogó á la esposa de éste que recomendase á Goupil la adquisición de un cuadrito que su marido estaba pintando. Hallábase Goupil á la sazón en Roma.

Fortuny hizo la recomendación, y el célebre tratante parisiense, deferente al ruego de su pintor favorito, fué al estudio del Orbaneja y salió de allí saltando de cuatro en cuatro los escalones.

—¡Oh, M. Fortuny, eso es una herejía! ¿Qué demonio de cuadro es el que está pintando ese desdichado?

—Vamos, M. Goupil, contestó suplicante la señora de Fortuny, haga usted una caridad. Yo le aseguro que ese cuadro quedará admisible al terminarlo.

—Madame, dígame usted que dé una limosna á ese hombre, pero no me obligue usted á cargar con el esperpento.

Terminó el pintor su obra y Fortuny la llevó á su estudio y la estuvo retocando. Cuando le pareció que estaba presentable, se la remitió á París á Goupil. Pero á Goupil le pareció mal, porque efectivamente no podía parecer otra cosa, y se lo devolvió á la señora de Fortuny, diciéndole que no lo podía adquirir; que le dijera qué gratificación le mandaba al artista, pero que no admitía la obra.

Volvió Fortuny á coger el cuadro, y á escondidas de su amigo lo volvió á retocar, es decir, lo pintó de arriba abajo, y empaquetándolo, vuelve á enviárselo al marchante parisiense. Goupil contesta á la señora de Fortuny, que era la que mediaba en esta singular venta, diciéndole: «Madame, el cuadro sigue no gustándome; pero en gracia de lo hermosamente pintadas que están algunas figuras y del color de todo él, me quedaría con el lienzo si no creyese que ya no procede una gratificación; por lo tanto, ahí le devuelvo la obra para que el artista retoque *la firma*.»

* * *

Una úlcera en el estómago y unas calenturas malignas llevaron al sepulcro á Fortuny en muy pocos días. Acudieron á velarle amigos y colegas, y cuando ya en el período agónico, entre las nieblas de la muerte que le empañaban las pupilas distinguió la silueta de alguien en la puerta de su dormitorio.., cerró los ojos y volvió trabajosamente la cabeza, y así murió.

R. BALSA DE LA VEGA



MASCARILLA DE FORTUNY, dibujo á la pluma de A. Fabrés, propiedad de la Excma. Diputación provincial de Barcelona

VISTAS DE LA ISLA DE CUBA

La guerra separatista, que con tanta razón preocupa actualmente á toda España, presta gran interés á los grabados que en el presente número publicamos referentes á la isla de Cuba y acerca de los cuales vamos á hacer ligeras indicaciones.

Victoria de las Tunas, antes Tunas de Bayamo, es una bonita población de aspecto completamente moderno, situada en una gran sabana y atravesada por el camino central de la isla. Cuenta la ciudad en su casco unos 2 500 habitantes, cifra que se eleva á 13 ó 14.000 contando los poblados de Puerto Padre, Maniabón, Manatí, Yarey y Cauto el Paso, que diseminados en un campo de cerca de quinientas leguas cuadradas constituyen el término municipal de Victoria de las Tunas.

No hay en todo este vasto territorio ninguna vía férrea, ni carretera, ni más vía de comunicación que los caminos abiertos con el machete y el hacha á través de los frondosos bosques allí existentes. Estos caminos en cuyo afirmado no ha intervenido la mano del hombre, son buenos y de fácil tránsito en la estación seca, pero durante la época de las lluvias el barro alcanza en la mayoría de ellos una altura tal que en él se hunden las caballerías hasta el vientre.

En la guerra anterior, en 1869, D. Vicente García, titulado mayor general de los insurrectos, entró en Victoria de las Tunas, de donde era hijo, circunstancia esta última que no le impidió incendiar la ciudad, dejándola en su mayor parte reducida á escombros. Sus defensores, que en número escaso y desproporcionado hicieron frente á la partida, hubieron de capitular después de una resistencia heroica.

En la actual campaña, el día 30 de marzo último presentóse á las diez de la mañana delante de Victoria de las Tunas el cabecilla Capote con unos 250 hombres; entrando por la calle de Lope de Vega hizo fuego contra la guarnición, compuesta de 60 hombres del regimiento de la Habana y una sección de 24 soldados del regimiento de caballería de Hernán Cortés. Estas fuerzas, eficazmente auxiliadas por el paisanaje armado, rechazaron la agresión, obligando á los insurrectos á retirarse. La sección de caballería, mandada por el teniente D. Mariano Pitarque, después de resistir á pie el ataque, cargó sobre el enemigo en su huída.

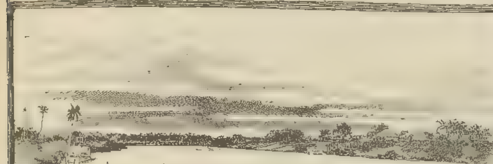
Victoria de las Tunas dista 50 leguas de Santiago de Cuba, á cuya provincia pertenece, 22 de Holguín y 36 de Puerto Príncipe: en su término municipal no existen más autoridades que el alcalde, el juez municipal y el comandante militar. En Puerto Padre, que es el poblado más importante del término, después de aquella ciudad, y que dista de ésta 15 leguas, hay un teniente de alcalde y un juez municipal. La plaza de Armas de Victoria de las Tunas, como podrán ver nuestros lectores en el grabado que publicamos, es de muy bonito aspecto, y en ella se levantan los principales edificios de la población.

El río Cauto, el más largo y caudaloso de la isla de Cuba, nace en la falda septentrional de las altas sierras del Cobre y desemboca al principio de la ensenada de Biramo, después de atravesar los terrenos anegados por sus derrames, que se conocen con el nombre de Ciénaga del Buey y habiendo recibido en su curso las aguas de los ríos Contramaestre, Cautillo, Bayamo, Arroyos y Salado y de multitud de arroyos y riachuelos. Su cuenca corresponde á los términos judiciales de Santiago de Cuba, Jiguaní, Holguín, las Tunas y Bayamo; su curso total es de 300 kilómetros, de los cuales unos 110 son navegables.

En el punto que reproduce nuestro grabado de la vista general del río, tiene éste una anchura de 125


Estación telegráfica de El Guamo incendiada por los insurrectos


Plaza de Armas de Victoria de las Tunas.


Vista general del río Cauto en su llamada calle de El Guamo


Vista general del poblado Cauto, incendiado y destruido por los insurrectos


Puerto de Manatí en la provincia de Santiago de Cuba


Casa del comerciante Don Luis Carbonell en El Guamo. incendiada por los insurrectos


Caserío de El Guamo incendiado por los insurrectos.



ISLA DE CUBA. VISTAS DEL TEATRO DE LA GUERRA ACTUAL,
dibujos de Passos tomados de fotografías remitidas por D. Manuel Martínez Otero

metros; á la izquierda se ve una chalana de vapor, llamada *Tortuga*, que efectuaba sus viajes semanales desde Manzanillo á Cauto Embarcadero con escala en El Guamo; al estallar la actual guerra fué incendiada, estando atracada al muelle de Manzanillo, y se supone que el incendio lo produjeron los insurrectos.

El río Cauto atraviesa los terrenos más feraces de la isla de Cuba: por ambas orillas extiéndense inmensos bosques vírgenes, en los que apenas se ve indicio de la mano del hombre, estando inculta casi toda aquella gran extensión de terreno, excepción hecha de algunos potreros destinados á la cría de ganado caballar y vacuno.

En la guerra pasada este río prestó grandes servicios, pues estando situada la ciudad de Bayamo á siete leguas de él, sirvió esta vía fluvial para que los vapores *Valmaseda*, *Cienfuegos*, *Alfonso XII* y *Damují* hicieran por ella el abastecimiento de las tropas de aquella jurisdicción y de la de las Tunas, distante diez leguas de El Guamo.

Los poblados que existen en el Cauto son El Guamo, Cauto Embarcadero y Cauto el Paso.



Isla de Cuba. – Calle de Lope de Vega en Victoria da las Tunas (de fotografía de D. Manuel Martínez Otero)

El poblado de El Guamo con su estación telegráfica fué incendiado en 13 de julio último por una partida insurrecta mandada por D. Juan Mendieta obedeciendo órdenes de Maceo. En la fotografía del poblado que publicamos se ven grandes tongas de maderas de caoba y de cedro destinadas á la exportación, las cuales también fueron destruídas por el incendio.

El poblado de Cauto el Paso, distante catorce leguas de Tunas, á cuyo término municipal pertenece, está situado á orillas del río de su nombre, vía fluvial que utilizan los varios comerciantes allí establecidos para la exportación en grandes balsas de maderas de cedro y caoba de que tanto abundan los dilatados bosques inmediatos, en los cuales crece también de una manera prodigiosa la palmera jarey, que constituye una riqueza de aquella región. Cauto el Paso ha sido incendiado en esta guerra, como lo fué igualmente durante la anterior. Una de las principales casas destruídas por las llamas es la de D. Luis Carbonell, comerciante dedicado á la exportación en grande escala de maderas.

El puerto de Manatí, que también reproducimos, pertenece al término municipal de Tunas y por él se exportan grandes cantidades de piezas de cedro, caoba, espino, fustete y otras maderas preciosas.

Las fotografías de donde están tomados los grabados que publicamos en este número nos han sido proporcionadas por D. Manuel Martínez Otero, que después de haber servido en el ejército durante la anterior guerra separatista, se estableció en Tunas, de donde hubo de salir al estallar la actual insurrección y regresar á la madre patria, porque los servicios por él prestados á la causa española, servicios que conocían muy bien los insurrectos, hacían peligrosa su permanencia en aquella población. – X.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La dinastía y la política de Austria. – El Rey de Dinamarca y su familia. – Desgracias. – El conflicto entre Suecia y Noruega. – Tirante situación de la política. – Los radicales y los conservadores noruegos. – Anatema sobre los aniversarios de batallas. – Alemania y sus partidos extremos. – Conclusión.

I

La desgracia persigue con encarnizamiento á la familia de los Austrias en el mundo moderno, como persiguió á la familia de los Atridas en el mundo antiguo. Esquilo, que ha evocado tantas princesas infelices en sus diálogos sublimes, no guarda ninguna de tanta desdicha como la infeliz Carlota, cuyos lamentos oyen los campesinos cercanos á su regio encierro todas las noches, que son para ella de perdurable demencia generada por intensísimo dolor. ¡Desgraciados Austrias, repito, desgraciados! Abre tal serie de irreparables desgracias la demente aventura de Maximiliano en Méjico pagada con la vida. Siguen desapariciones de príncipes, tragados por el mar y por el mar no devueltos, como suele devolver casi todos los cadáveres. Continúa la serie horrorosa con el sacrificio de Rodolfo, inmolado al honor herido por celos implacables. Ahora se dice que agoniza el heredero de la corona imperial en las montañas, y se sabe que ha muerto de un tiro en arriesgada cacería otro príncipe, quien despertaba en los suyos, por la precocidad del entendimiento y por la robustez del cuerpo, fundadísimas esperanzas. Aunque sea una verdad muy baladí, por baladí casi olvidada, recordemos cuál se dilata el dolor desde los abismos hasta las alturas sociales, y digamos que los más afortunados y poderosos en apariencia son en realidad los más infortunados é infelices.

II

Yo compadezco al emperador de Austria con verdadera compasión. Dando de mano á sus desgracias de familia, confesemos que necesita verdadera resignación de santo y paciencia verdadera de mártir para primero montar y luego concordar sus reinos varios, tan dispares y discordes como aquellos históricos relojes de Yuste, cuyas manecillas no indicaban la misma hora jamás, á pesar de los sudores pasados por Carlos V en su acuerdo y concierto. Ahora mismo no hay ministerio central en Austria, ni manera de arreglarlo. Sucédense allí los ministros con la perturbadora y confusa rapidez que en Francia. Como en aquella Babel de Austria se confunden tantas razas y en estas razas se usan tantas lenguas y en estas lenguas se profieren tantos varios recuerdos de lo pasado y tantas múltiples aspiraciones á lo porvenir, cuyos efectos, no sólo separan unos pueblos imperiales de otros, los enemistan y enconan entre sí, á cada instante se descompone un ministerio, tras el cual viene otro, no menos tocado de la descomposición universal y no menos próximo á irreparable muerte. Ya un viejo aristócrata, que representa los tiempos anteriores á la revolución, y que tendría color muy reaccionario, si las reacciones fuesen posibles; ya un magyar, viejo mártir de esa revolución misma, y que se indispone con los propios ministros de su particular patria por las grandes cuestiones internacionales y eclesiásticas; ya un polaco perteneciente á la fracción de Polonia más patriota, y á pesar de su patriotismo, no tan rebelde al Austria como lo son á Prusia y Rusia Posen ó Varsovia; ya un austriaco de pura sangre alemana, toman de mal grado y dejan de bueno un oficio tan difícil como concertar en Viena los factores que la Naturaleza y la tradición desconciertan por sí mismas con fuerzas muy superiores á las humanas fuerzas. Compadezcamos al conde Badeni que toma sobre sus hombros esta carga.

III

Si afligida está la familia imperial de Austria, no está menos afligida la familia reinante sobre Dinamarca. Tras muchos años felices, en que, si la Cámara despedía contra los ministerios del rey su correspondiente voto de censura, no tomado por el rey para cosa ninguna en cuenta, la presencia cada verano en su palacio estival de una prole, compuesta toda ella por emperadores y reyes y príncipes y potentados y herederos de coronas gloriosísimas, le compensaba del recuerdo de una juventud pobre y misérrima, y le compensaba con creces; la muerte, sin entrañas para nadie, hale con mucha fuerza herido en la cabeza, llevándose al abismo eterno el más conspicuo y más elevado entre todos aquellos reunidos por generación suya ó por enlaces matrimoniales con su dinastía, hiriendo al emperador de Rusia, el tercer Alejandro, su yerno muy querido, y dejando viuda con este golpe terrible á su hija predilecta. Desde tan rudo golpe no ha vuelto á levantar cabeza el buen rey. En el triste lecho se pasa los últimos días de la vida sin poder moverse apenas, cual si fuese un anticipado sepulcro. Así á las fiestas de otros años ha sucedido un duelo en este año muy horrible. Lejos de ir á Copenhague, hoy enlutada, príncipes y señores, ha ido para despedirse por toda una eternidad el presunto heredero de la corona moscovita, mozo apuesto y sin ventura, malherido por la homicida enfermedad que con tanta frecuencia se contrae respirando el aire glacial de Petersburgo, la tisis, enfermedad que acabará pronto con su vida, pues contra sus estragos ha debido marcharse desde los climas del abeto invernal y de los mares helados al clima donde vibran palmas y huelen azahares y florecen adelfas, aunque sin esperanza de remedio.

IV

No lejos de allí, en territorios pertenecientes otro tiempo á Dinamarca, en la democrática Noruega, pasan días bien tristes, por discordias bien agudas. El pleito empeñado con Suecia por la representación diplomática de ambos países en el mundo, lleva trazas de abocarlos á una verdadera catástrofe. Los tratados, que ayuntaran Suecia y Noruega, no han sido puestos en la debida madurez, ni siquiera sancionados por el tiempo, que resiste con resistencias invencibles á tal ayuntamiento. Aunque une á los dos pueblos un lazo muy flojo, más flojo que el existente ahora entre Austria y Hungría, se han vuelto los noruegos contra Suecia, como los irlandeses contra Inglaterra, si bien, precisa reconocerlo, con mayores medios de combate y mayores probabilidades de triunfo. El temperamento social aristocrático, el espíritu religioso intolerante, los fervores antiguos monárquicos, la economía proteccionista por sistema, la propensión á entrar en la triple alianza y á ponerse bajo la tutela de Germania prestan al pueblo sueco una complexión radicalmente contradictoria con la complexión antigua noruega, democrática, liberal, progresiva en todo y en economía con especialidad, tolerante como el espíritu moderno pide, y de horror á la triple alianza y de protesta contra Germania y de propensión á Francia, que la constituyen por fuerza en una Suiza del Norte, y le dan, dentro de la monarquía regida por los Bernadotes, el aspecto de una verdadera República. Mas como quiera que lo existente siempre tenga mucha fuerza, merced al instinto conservador, natural en toda sociedad, mientras Suecia se halla unánime por la vieja unión, se halla Noruega muy dividida respecto de la justicia y de la oportunidad del

rompimiento. Nombrado por el rey Oscar un ministerio conservador noruego, so este ministerio se hicieron las elecciones para su presente Congreso de diputados, elecciones libérrimas por razón así de las buenas leyes allí reinantes, como de las buenas costumbres allí seculares. Y resultaron los radicales, ó sean los partidarios de soluciones extremas contra Suecia, en mayoría, sí, pero en mayoría de cinco votos. Ante tal disputado triunfo no se creyeron los enemigos de Suecia triunfantes y apechugaron, tan sesudos como prudentes, con el ministerio de real designación y de política conservadora. Mas bajo este ministerio, con poca resistencia de su parte, quizás con simulada complicidad; como quiera que los suecos hayan conminado á sus indóciles compañeros en varias ocasiones, muy dolorosas para éstos y por éstos muy sentidas, con amenazas de librar á las armas el conflicto y las soluciones al conflicto dables, los noruegos contrastan tal temeridad, y á ella responden ahora con una serie de disposiciones militares nacidas de tal provocación, que creen sistemática ellos, encaminadas á su actual seguro y futura defensa, que han aumentado en cuarenta millones de francos el presupuesto de la guerra con grave daño de su hacienda, cuyas arcas verán suceder á una prosperidad sin ejemplo un déficit sin remedio. Deseemos que todo allí en paz se arregle.



ISLA DE CUBA. – Sección de caballería del regimiento de Hernán Cortés, que en 30 de marzo último rechazó valerosamente á los insurrectos que atacaron la villa de las Tunas (de fotografía de D. Manuel Martínez Otero)

V

¡Qué felices parecen los alemanes á la gente de corta vista intelectual, y cuán desgraciados á la verdad son! Teniendo tantos servicios en su historia prestados á la humanidad, lejos de conmemorar tales fechas gloriosas, días faustos para todos, conmemoran los días nefastos, en que la muerte abrió las alas en sus fronteras, y ellos y sus vecinos de Occidente cayeron en los mismos campos de batalla como víctimas inmoladas en sacrificios humanos, propios de caníbales, al odio que todo lo niega y todo lo destruye. No me parecerían bien los católicos españoles conmemorando la batalla de Mulberga, según llamamos á Mulbergh nosotros; aquella batalla, en que cayeron presos los electores y los margraves y los burgraves protestantes so la mano del duque de Alba, quien los entregó á las garras del águila de Carlos V. Pareceríame á mí una idea excelente que Alemania nos convidase á celebrar sus verdaderas glorias: la invención del tipo de imprenta por Gutenberg; la natividad del divino Mozart; una lección de Kant ó de Hegel en sus sendas universidades; las obras pictóricas de Alberto Durero; los viajes de Humbold que han sembrado luminosas estelas por mares y continentes; el día en que Schiller puso la última letra en su *Guillermo Tell* ó Goethe en su *Doctor Fausto;* el descubrimiento de los *baccilus* vírgulas por Koch ó de la carne concentrada por Liebig; todo lo que á la humanidad sirve y diviniza, no Sedán, que la empuja con furor hacia los abismos, donde las especies inferiores se devoran unas á otras en carniceros combates de aniquilamiento y exterminio. Protestemos y sigamos: que las ideas de paz se abren su camino. El emperador en los discursos dichos para conmemorar las cruentas victorias de su abuelo, ha mostrado como nada hiciera venciendo á los enemigos exteriores de su imperio, cuando lo asaltan enemigos interiores más encarnizados y más feroces, cual de una parte los dementados socialistas y de otra parte los testarudos rurales. Unos y otros acaban de mostrar que al cesarismo se agarran, así las utopías de lo pasado como las utopías de lo porvenir, cual suelen agarrarse á las cumbres altísimas los ventisqueros eternales que, convertidos luego en aludes, se desprenden de las alturas en moles pesadísimas y aplastan á los valles. El socialista quiere de César, vencedor, divino, cuasi omnipotente, que llegue á un Sedán del trabajo, y que mantenga con su milagroso poder á los jornaleros, ya que ha sabido inmolar á los soldados, como quiere á su vez el rural que le compre muy caros sus centenos y sus trigos, cosa más fácil que tener un presupuesto militar tan alto y vencer á los Austrias con los Bonapartes y arrancarle al Papa su poder temporal y hacer una Italia germánica y contrastar á un tiempo el poder de Francia y el poder de Rusia. En los últimos días se ha mostrado cómo el socialismo y la reacción se identifican en el deseo común de que cada cual triunfe, movidos por una esperanza tan demente como aguardar el bien respectivo propio de los excesos del mal. Así los artículos irreconciliables de la prensa comunista como las epístolas desesperadas del pastor Stœker dicen que Alemania camina entre dos abismos, ó sea entre dos partidos extremos, mucho más difíciles de vencer que los Hapsburgos en Bohemia y los Bonapartes en Sedán. Dejemos hablar al tiempo.

NUESTROS GRABADOS

Desfile por secciones, cuadro de José Cusachs. – No es Cusachs artista que necesite ya frases de encomio, puesto que sus numerosas producciones hanle conquistado honrosa fama en el género dificilísimo á que ha dedicado su inteligencia y aptitudes. Quien como él ha conseguido en pocos años envidiable reputación, quien como Cusachs revela en cada una de sus obras nuevos y sensibles adelantos, no ha menester frases de aliento, ni el estímulo del aplauso. Por eso nos limitamos á llamar la atención de nuestros lectores acerca del nuevo cuadro que reproducimos, digno del artista que lo ha producido.

Las Santas Mujeres regresando del Calvario, cuadro de P. van der Ouderaa. – El pintor belga van der Ouderaa representa á las Santas Mujeres que desde Galilea habían seguido á Jesucristo en el momento de regresar del Calvario, formando séquito al cadáver del Redentor. El artista nos presenta las figuras vestidas, no con los trajes tradicionales, sino con vestiduras orientales más modernas, circunstancia que se advierte más que en ningún otro personaje en el de San Juan, que acompaña á la Virgen. En ésta está admirablemente expresado el intensísimo dolor que experimenta al recordar los martirios y la muerte de su Divino Hijo, cuyos sufrimientos le recuerda la corona de espinas que lleva en la mano y en la cual fija sus ojos empañados por las lágrimas. Siguen en pos de la Virgen otras mujeres no menos artísticamente trazadas, y en último término María Magdalena, que se cubre el rostro con



ISLA DE CUBA. – La misma sección de caballería del regimiento de Hernán Cortés desmontada (de fotografía de D. Manuel Martínez Otero)



DESFILE POR SECCIONES, cuadro de José Cusachs



LAS SANTAS MUJERES REGRESANDO DEL CALVARIO, cuadro de P. van der Ouderaa

una mano, dejando empero ver la expresión del dolor más profundo. En suma, todo el cuadro, en cuyo fondo se ve el Calvario con las tres cruces, es una representación magistralmente hecha de uno de los más dramáticos episodios bíblicos.

El autor de esta obra, que en 1893 emprendió un largo viaje por los Santos Lugares para poderse dedicar, como desde en-



Monumento erigido en honor de Garibaldi en el Gianicolo (Roma), inaugurado el día 20 de septiembre último. Obras de Emilio Gallori.

tonces viene dedicándose, á la pintura de asuntos de esta índole, es considerado justamente como uno de los primeros pintores de historia belgas. Su gran cuadro en la sala de los Asises del Palacio de Justicia de Amberes y sus cuadros históricos que se conservan en los museos de Amberes, Bruselas y Termonde, así como un tríptico existente en la catedral de la primera de estas ciudades, son obras que aseguran á su autor un puesto eminente en la historia artística de Bélgica.

Monumento á Garibaldi, obra de Emilio Gallori. – El día 20 del mes próximo pasado inauguróse solemnemente en Roma este monumento erigido en el Gianicolo, en el mismo sitio en que Garibaldi, según lo consignó en su libro *I Mille*, quería que se levantase un grandioso monumento en honor de los libertadores de la patria. Grandioso es el que se acaba de inaugurar debido al escultor italiano Gallori, que se inspiró en la arquitectura romana de la época de la república. Sobre amplio y elevado pedestal álzase Garibaldi á caballo, en la actitud tranquila que solía adoptar cuando dirigía una batalla y en ademán de mirar al campo en donde la acción se desarrolla, como para observar los movimientos de la lucha. En las cuatro caras del pedestal se ven otros tantos grupos. El primero representa la defensa de Roma en 1849, en el momento en que los *bersaglieri* intentan el último desesperado ataque: uno de los combatientes yace muerto en el suelo; los demás luchan heroicamente. En el segundo se ven algunos garibaldinos, los soldados de San Fermo, de Marsala y de Mentana; uno toca la corneta, los otros se disponen á lanzarse sobre el enemigo y una figura imponente levanta en alto la bandera como para animar á sus compañeros. El tercero y el cuarto simbolizan á Europa con el toro mitológico y á América cubierta con el gorro frigio, los dos continentes en donde combatió Garibaldi por la causa de la libertad y en favor de los oprimidos. En la base del monumento hay esculpidos en bajo relieve una loba y un león, la loba de Roma y el león de Caprera, y alrededor de ella corre una faja, en bajo relieve también, compuesta de antiguas armas romanas.

El conjunto formado por la estatua ecuestre, los grupos, los bajos relieves y la arquitectura en general es armónica é imponente, dominando en toda un carácter de grandiosa severidad. El modelado de los grupos y de cada una de las figuras es magistral; la expresión de los rostros y de las actitudes, admirable.

El escultor Gallori es toscano, estudió primero en Florencia y luego en Nápoles: entre sus principales obras pueden citarse el grupo en yeso *La hermana de leche*, que tan popular se hizo en una reciente exposición de Roma, *El humo en los ojos* y la estatua de *Dupré niño*. El triunfo conseguido en el concurso nacional de 1884 para el monumento á Garibaldi, en el cual tomaron parte los mejores escultores italianos, ha aumentado extraordinariamente la celebridad que ya con sus anteriores obras había conseguido.

Monumento á Albear en la Habana. – El nombre de D. Francisco de Albear va unido á una de las obras que más beneficics han reportado á la capital de la isla de Cuba, al canal que surte á la Habana de agua potable tomada de las fuentes de Vento.

Por iniciativa y orden del entonces gobernador general de la isla D. José Gutiérrez de la Concha, Albear redactó en 1854 y presentó en 1855 el proyecto completo del canal, que fué aprobado en 1858, y en 1859 nombrósele director de las obras.

Poco tiempo pudo el ilustre ingeniero dedicarse tranquilo á la realización de su proyecto, pues desde los comienzos de la obra empezaron á surgir dificultades que amenazaban detenerla, y Albear hubo de sufrir grandes ansiedades y amargas decepciones, producidas por entorpecimientos administrativos que turbando la calma, tan necesaria en quien se halla al frente de obras de tal magnitud, obligábanle á distraerse de sus trabajos para contestar dudas, deshacer falsas interpretaciones y destruir erróneos conceptos.

Y como si todas estas dificultades no fueran bastantes, presentóse inesperadamente otro obstáculo, la escasez de dinero, á consecuencia de la cual hubieron de suspenderse las obras ya bastante adelantadas.

Estas alternativas de reposo y actividad se fueron repitiendo cada vez con más frecuencia, sin que por esto Albear dejara de ser molestado y á veces hostilizado, hasta que por último en una de esas interrupciones la marcha de los trabajos se detuvo, pareciendo entonces la paralización definitiva: la situación económica del municipio de la Habana llegó á ser muy difícil, y ya no le fué posible continuar el acueducto.

Después de transcurrido más de un año, se trató de arrendar ó vender el canal: cada tentativa de contrato era motivo de informes, reconocimientos y apreciaciones que Albear tenía que contestar y discutir en evitación de que la grandeza con que había sido concebida la obra fuese sacrificada por mal llamadas razones de economía.

Entretanto los años corrían y los problemas estaban sin resolver; mas por fortuna, aun en medio de aquellas oposiciones é interrupciones el trabajo había adelantado: el túnel, el canal y las obras de los manantiales estaban terminados, faltando sólo la prueba oficial para que el ilustre ingeniero pudiese rendir público testimonio de su trabajo, mostrando á todos la grandiosidad con que aquella obra había sido concebida y el talento y acierto con que la había ejecutado. Albear esperó aquel momento supremo con toda la fe del que, convencido de la exactitud de sus cálculos, siente que la prueba decisiva ha de ser un triunfo por confirmarse en ella la certeza de todas sus previsiones.

Así fué en efecto: en la mañana del 23 de junio de 1878, el general Martínez Campos, que entonces como ahora regía los destinos de la isla de Cuba, presidió el acto solemne de abrir las compuertas que separan las aguas de los manantiales reunidas en el depósito de los conductos del túnel practicado debajo del río Almendares; las aguas precipitáronse en ese túnel, pasaron al canal, recorrieron el acueducto de Fernando VII y por las cañerías de distribución llegaron á la capital y al interior de las casas en la cantidad, forma y regularidad de antemano previstas.

No terminó, sin embargo, aquí la historia del acueducto, pues faltaba construir el depósito y completar la distribución del agua en la ciudad. Para llegar á este fin luchó Albear con perseverancia sin igual, sin que por esto lograse ver coronada su obra. La vida del sabio ingeniero, ya quebrantada por el paludismo de Vento y las humedades del canal, acabó de debilitarse en este último período de lucha y se extinguió antes de ser cumplido su propósito.

D. Francisco de Albear, que había servido en el ejército en el cuerpo de Ingenieros, distinguiéndose durante la primera guerra carlista y alcanzando hasta el grado de brigadier, era hombre de una cultura superior, uniendo á sus talentos científicos conocimientos profundos en literatura é historia: fué asimismo notabilísimo poeta.

El ayunntamiento de la Habana al erigir en honor de Albear el monumento recientemente inaugurado que reproducimos, ha pagado una deuda de gratitud que tenía contraída con el hombre eminente que, llevado de su amor á su ciudad natal, pues de ella era Albear hijo, no vaciló en arrostrar penalidades y amarguras sin cuento para dotarla de un elemento indispensable á la vida, del cual carecía ó poco menos aquella capital.

La fotografía del monumento que publicamos nos ha sido remitida por los fotógrafos de la Habana Sres. Otero y Colominas, y los datos que nos han servido para trazar estos ligeros apuntes los hemos tomado del notable discurso pronunciado por el ilustrado doctor D. José J. Torrallas en la sesión solemne que la Real Academia de Ciencias de la Habana celebró en 4 de mayo último en honor de Albear, que fué durante muchos años socio de mérito y vicepresidente de esa corporación.

En la huerta, bajo relieve modelado y pintado por Randolfo Caldecott. – El autor de este bonito bajo relieve ha sido uno de los más celebrados entre los modernos dibujantes ingleses: aunque cultivó con éxito la pintura y se dedicó también á la escultura, después de haber recibido lecciones del famoso escultor Dalou, su especialidad fué el dibujo y dentro de éste los apuntes de escenas y tipos vistos momentáneamente, pues para reproducir unas y otros ayudábale poderosamente su memoria, que retenía con facilidad suma los menores detalles de lo que había observado. Publicó varios libros de dibujos que se hicieron muy populares en Inglaterra, entre los cuales citaremos los titulados *Bracebridge Hall*, *John Gilpin* y *The House that Jack Built*. Para sus apuntes encontró abundantes materiales en sus frecuentes excursiones por su país y en sus viajes á Suiza y á Italia, en cuyos climas buscaba alivio á una mortal dolencia que padecía. Como pintor ejecutó varias obras muy notables de carácter principalmente decorativo, y de sus aptitudes para la escultura es buena prueba el bajo relieve *En la huerta*, composición llena de gracia y elegancia, cuyos encantos avalora en el original el colorido.



En la huerta, bajo relieve en yeso de Randolfo Caldecott pintado por el mismo

El despertar del león, cuadro de Pablo Meyerheim. – Cualquiera que haya presenciado la escena reproducida en este cuadro, que fácilmente puede observarse en cualquier parque zoológico ó colección de fieras, admirará la verdad con que el pintor ha trasladado al lienzo las arrogantes figuras del rey del desierto y de su compañera, y la exactitud del movimiento de aquél y la actitud de ésta. El artista que de un modo tan sorprendente nos pinta la realidad, dando á su composición los toques enérgicos que tan bien armonizan con la fiereza de los animales por él escogidos para su obra, bien merece el dictado de maestro que á Meyerheim ha otorgado la crítica alemana y los aplausos que en Alemania y en el extranjero se tributan á sus composiciones.

Parada de coches en Granada, cuadro de Tomás Muñoz Lucena. – Uno de los más típicos rincones de la que fué opulenta ciudad de los Alhamares sirvió al distinguido pintor cordobés Tomás Muñoz Lucena para producir una bellísima obra, altamente recomendable por ser trasunto fiel del natural y por la castiza gama que en esta, cual en todas las producciones de este artista, se observa. Premiada en la Exposición nacional de 1890 y adquirida por S. M. la Reina Regente, significa un doble triunfo y el colmo de las aspiraciones que podía intentar su autor, quien en un período de tiempo relativamente breve ha logrado significarse en géneros tan varios como lo son el cuadro que reproducimos, *El cadáver de Alvarez de Castro* y *Las lavanderas*, premiados todos en las diversas exposiciones en que han figurado.

SPORT

La nota saliente de la temporada, la que ha constituído la *great atraction* de los ingleses y americanos, ha sido la posesión de la Copa de América, tan reñidamente disputada desde 1851, en que se iniciaron las competencias de construcciones navales entre ambas naciones. Para las presentes regatas se habían hecho verdaderos derroches de inteligencia, de habilidad y de dinero, pues se daba el caso poco frecuente hasta la fecha en que fueran los ingleses al litoral *yankee* á disputarles el anhelado premio.

Los dos *racers* que habían de efectuar la lucha son la más acabada perfección de cuanto se ha hecho en arquitectura naval. Lord Dunraven encargó al célebre Watson la construcción del *Walkiria III* para que luchara por Inglaterra, y en tanto Mr. Iselin encomendaba al veterano Herreshoff la creación de un *cutter* de igual tonelaje, el *Defender*, que sostuviera dignamente el pabellón estrellado americano. El tipo adoptado por ambos constructores fué el *bulb-keel*, reconocido hoy como el más ventajoso para las luchas de carrera, y que permite soportar valientemente las inmensas superficies de lona que cubren su exagerada arboladura.

El día 7 del pasado mes los habitantes de New York, puede decirse en masa, abordaron cuantos *steamers*, *ferry-boats* y toda suerte de embarcaciones que encontraron en los muelles, ávidos de presenciar las peripecias de la importante regata que iba á efectuarse, y que tras reñidísima lucha, en la cual se desplegaron cuantos recursos dispone la táctica marinera, se decidió la victoria por *Defender*, mandado por el capitán Haff, obteniendo una ventaja sobre su rival, en un recorrido de 30 millas, de 8 m 49 s.

Inútil es consignar el frenético entusiasmo que produjo la victoria del *cutter* americano entre los ciudadanos de las riberas del Hudson, y con los alientos que se presentarían en la segunda regata que se verificó el 10. Un accidente casual originado por el *Walkiria* durante dicha regata abordando ligeramente al *Defender*, fué causa que éste izara el guión de protesta, acto que admitió el Jurado como justo por haber impedido algo con lo ocurrido el andar del *cutter* americano, precisamente el tiempo que el inglés obtuvo de ventaja, 2 m 15 s, por cual razón el *Walkiria* fué descalificado, otorgándose por segunda vez el premio al pabellón yankee. Ante esto, lord Dunraven presentó una cortés reclamación sobre las embarcaciones que se cruzaban en la ruta de su yate con intenciones más ó menos aviesas, impidiéndole maniobrar libremente, y suplicando se dieran órdenes oportunas para evitarlo. En vano aguardó el aristocrático *yachtsmann* respuesta sobre su pretensión, y herido en su amor propio, en la tercera regata, verificada el 12, dispuso que su *Walkiria* al remontar la primera boya de virada abandonara desdeñosamente la carrera, retirándose á su fondeadero y dejando á *Defender* la libre posesión de la disputada Copa.

Esta ha caído de nuevo en poder de los yankees y ha venido á aumentar las que existen en las vitrinas del New-York-Yacht-Club; pero lo ocurrido recientemente en las aguas de Landy-hook ha impresionado de tal modo á los ingleses, que en estos días ya se ha cruzado un cartel de desafío á nombre de Mr. C. D. Rose, perteneciente al Royat Victoria-Yacht-Club, quien reta á los americanos á unas nuevas regatas para la temporada próxima, bajo las condiciones que éstos deseen, y ha mandado inmediatamente poner la quilla á un *racer* de 89 pies de eslora, bajo la dirección del inteligente Mr. J. M. Soper, que llevará por nombre *Distant Shore*.

Tal ha sido el resultado de la *América Cup* del 1895, y otra vez el triunfo ha sido para los americanos; mas hay que reconocer imparcialmente que el día que Henechoff se inutilice ó fallezca, la Copa americana pasará las más de las veces á poder de los Clubs del Támesis. – E. Fontvalencia

LA ROCA DEL TAMBORILERO

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. – ILUSTRACIONES DE ROUX

(CONCLUSIÓN)

Lo que más hirió la vista y la imaginación de todos á la vez fué que aquel gigante llevaba al costado un tambor sujeto por una sólida correa; y seguramente esta especie de boya, sosteniendo al náufrago sobre las aguas, le había impedido desaparecer como sus compañeros.

El primero de los que le divisaron se inclinó sobre él para despojarle, pero irguióse de repente profiriendo un grito de asombro, mientras que mostraba un niño, ó mejor dicho una niña, de un año cuando más, sujeta en la caja del tambor y viva aún.

El hombre se disponía á echarla en el agua ó á rematarla de un golpe en la cabeza, cuando uno de sus compañeros le arrancó la criatura de las manos, diciendo en voz alta:

– ¡Yo la tomo, y me encargo de ella!

Aquel hombre no se parecía á los demás; era Ives Madec, padre de Guillermo Madec, á quien se censuraba á veces por su excesiva sensibilidad.

– ¿No podías dejar volver á tu pequeña heredera al punto de donde procede?, le gritó Hervé Raguenés con tono de burla.

– ¡Yo la haré cristiana, para su salvación y la nuestra!, replicó Ives Madec. Y para redimir nuestros pecados, añadió en voz más baja.

Y se marchó, llevándose su ligera carga, la pequeña hereje, la inglesita, *Saoz bihan*, como decían en torno suyo los otros Paganiz, con el desprecio mezclado de horror que profesaban y que algunos profesan aún al inglés, porque personifica á sus ojos, no solamente al enemigo más temible, al *enemigo* por excelencia, sino también al que, no teniendo las mismas creencias y la misma fe, está condenado para siempre.

En cuanto al hombre del tambor, en vez de enterrarle en lugar bendito, le sepultaron en la misma playa, en el sitio donde fué arrojado, al pie de la monstruosa roca, que desde entonces se llamó, en recuerdo de aquel incidente, *Ar Roc'h ann Tabouliner*, ó La Roca del Tamborilero.

Todo parecía haber terminado así, y el recuerdo de aquel suceso se perdía poco á poco, cuando insensiblemente circuló por el país un sordo rumor, que tomando al fin consistencia se impuso á las almas inquietas.

Había comenzado á nacer entre los pescadores cuyas chozas estaban más próximas á la playa de Cosquer; aseguraban que en ciertos días de tempestad y de cielo sombrío, se oía resonar en la desierta playa el redoble de un tambor; sin duda el gigante enterrado resucitaba y tocaba la caja sepultada con él.

De boca en boca la especie se repitió, y muy pronto, sobre todo al declinar el día, nadie osó pasar por cerca de la roca sin hacerlo muy de prisa y persignándose con terror. Tal vez se había hecho mal en dar sepultura al náufrago sin sacramentos, y ahora reclamaba oraciones con aquel ruidoso tambor, que indicaba una censura.

Cuando el rumor llegó á oídos de Hervé Raguenés, éste no quiso creer nada, y trató á sus compañeros de miedosos, asegurando que el esqueleto del pagano se hallaría bien ó mal en el mismo sitio donde se le dejó.

En tal instante, en medio de la evocación de sus recuerdos, decía con tono de burla:

– ¡Su tamborilero, ja, ja! El alcohol ó la sidra les trastorna el entendimiento, haciéndoles creer que el fragor del trueno es el redoble del tambor... ¡Ah, muy bien!..

Y prestaba atento oído, con la mirada provocativa y encogiéndose de hombros.



Te amo, Alain, y te juro que seré tu esposa

La tempestad se desencadenaba fuera, y las olas rodaban enormes y furiosas, aunque se aproximaba la hora del amanecer.

Al oir aquellos mugidos que tanto significaban, Raguenés se frotaba las rugosas manos con ademán de contento, mientras una vaga sonrisa de satisfacción entreabría sus labios, los cuales pronunciaban palabras malignas.

– Me parece á mí, murmuró, que al amanecer habrá más de un *tamborilero* en las playas, y que el barco de salvamento no podrá librar de su perdición al buque de esta noche. ¡Ah, ah, ah!.. *¡Penseou ann aod!*.. ¡De grado ó por fuerza es preciso resignarse!.. ¡Vengan los restos del naufragio!.. ¡El mar, las rocas, la cólera de Dios..., todo está por nosotros!..

Estas palabras tenían un tono estridente y burlón entre las mandíbulas desdentadas de Raguenés.

El anciano se inclinó de pronto, en el momento en que una claridad, vaga aún, se filtraba ya por los intersticios de la piedra que hacía las veces de puerta de la gruta; á cierta distancia resonaba un ruido como de zuecos pisando el suelo pedregoso.

Pareciéndole que se alejaba, apagó su linterna, é iba á echarse sobre el montón de fucos que constituía su lecho, cuando el rumor de pasos se acercó, cesando luego delante de su gruta; la puerta de piedra, desviada por una mano audaz y vigorosa, giró repentinamente sobre sí misma.

Empuñando con fuerza el bichero, Raguenés se precipitó hacia la entrada de la gruta, como el hombre de otra época debió hacerlo al acercarse el temible oso de las cavernas.

– ¿Quién anda ahí?, gritó con voz de trueno, ¿quién se atreve?..

A la luz pálida del día naciente dibujóse una silueta; y una cabeza que se inclinaba permitió ver dos ojos brillantes de alegría y un rostro de dulce expresión.

Raguenés retrocedió con aire de sorpresa, murmurando:

– ¿Eres tú, Alain?..

No se atrevía á preguntar más, adivinando casi por la expresión de alegría que observaba en los ojos de su nieto.

El joven exclamó con aire de regocijo:

– ¡Abuelo, todos se han salvado!

– ¡Todos..., unos ingleses, unos herejes, unos!..

– Unos náufragos, pobres marineros agobiados de fatiga, yertos de frío, hijos de Dios, como nosotros, replicó el joven. Si los hubiera usted visto le habrían infundido compasión.

Alain había penetrado en la sombría vivienda de su abuelo, y allí, con aire indeciso y doblegado su alto cuerpo, retorcía su gorro entre las manos

– Quisiera, dijo, pedir á usted una cosa, manifestarle... En fin, hace ya tiempo..., mucho tiempo, que deseaba hacerle una confesión; mas no he tenido hasta hoy, al regresar, la seguridad ni la promesa que necesitaba; entonces... Yo tengo ya edad para establecerme, y...

El anciano miraba al joven con expresión de desconfianza, fijos en él los ojos bajo la piel de bisonte que le cubría en parte la cara y husmeando el aire como un salvaje.

– ¿No estás bien así, soltero?, preguntó con acritud. ¿Qué te hace falta? Veamos, Alain.

El nieto vacilaba, pero al fin se decidió.

– Pues sépalo usted, dijo, yo amo á una joven del país, y deseo casarme con ella.

– Has hecho tu elección por ti mismo, contestó Raguenés con tono meloso, y sin duda es buena, puesto que sin consultarme antes me anuncias la cosa. Tal vez se trata de la hija de Lanlo, que profesa los principios del antiguo tiempo, que es, como yo, un verdadero pagano, y que no renegaría de sus antecesores como tantos otros lo hacen... Si te refieres á ella, estamos de acuerdo, hijo mío...

– No, repuso Alain con frialdad, no se trata de Ivona Lanlo.

Un rayo de cólera brilló en los ojos del anciano.

– ¡Ah, ah!, exclamó.

– Es Juana María Madec, añadió el joven.

Raguenés hizo un ademán amenazador, cual si quisiera coger con sus aceradas uñas el cuello de Alain, gritando:

– ¡Ella!.. *¡Ar vihanik Saoz!* ¡La inglesita!

– ¡La inglesita!.., balbuceó Alain con acento doloroso, herido en el corazón por el tono de odio con que su abuelo agobiaba á Juana María, injuriándola así. Pero advierta usted que la hija de Guillermo es bretona...

Raguenés prosiguió.

—¡Ah, ah, ah!, exclamó. Hubiera debido sospecharlo. He aquí por qué para conquistar á la hija y ponerte en buen lugar con el padre, con ese Guillermo Madec, has querido tomar parte en el salvamento... ¿Y tú solicitas mi permiso?.. ¡Jamás, jamás!.. ¡Mientras yo viva, y advierte que viviré largo tiempo y cumpliré los cien años, y mientras conserve el aliento y los músculos y no me halle echado allá abajo junto á mis antecesores, me opondré de grado ó por fuerza á que la sangre de los Raguenés se mezcle con la de los herejes!.. Si otros, si los Madec han aceptado eso, yo no lo admito, por mi fe de pagano que soy, y que seré, como lo serás tú. ¿Me entiendes bien?..

Al pronunciar estas palabras, Raguenés levantó su bichero sobre la cabeza inclinada de Alain.

—Mejor quisiera verte muerto, añadió, que esposo de la mujer que acabas de nombrar..

Y con un ademán despidió al joven, que aturdido por aquella contestación, oyó resonar una carcajada siniestra con exclamaciones cortadas mientras se alejaba de allí, perseguido por el torrente de palabras que su abuelo le dirigía.

—¡Vé á pedir esa joven al que la trajo aquí, *ar vihanik saoz!*.. Ve á pedir su mano al tamborilero, que duerme bajo su roca maldita, y á quien ni lágrimas ni oraciones sacarán jamás del infierno, adonde ha ido directamente, redoblando en su caja, que tantos imbéciles miedosos pretenden oir aún!..

III

—¡Te amo con toda la fuerza de mi corazón, más que á mi vida, y he jurado que si me correspondías con un amor semejante serías mi esposa!.. ¿Lo quieres tú siempre, Juana María, á pesar del nombre que llevo y de lo que te he referido, á pesar de mi abuelo?..

Alain, que acababa de terminar con esta súplica ardiente la revelación de lo que había pasado en su entrevista con Raguenés, estrechaba tiernamente entre sus manos los dedos temblorosos de la hija de Madec.

Acá y allá, bastante lejos, parecían surgir del crepúsculo gigantescas sombras de rugosos paquidermos é imágenes de nutrias monstruosas, que las rocas de color gris figuraban á su alrededor, formas aterradoras como las que representa una pesadilla. Hubiérase dicho que allí había alguna manada formidable de labirintodontes, de dinosaurios, de animales antediluvianos de todos los períodos, petrificados donde estaban, en todas las actitudes, por algún cataclismo ocurrido de repente, mezcla confusa de atlantosauros, de iguanodontes y de ictiosauros, revolcándose en la arena, en parte sumergidos en el mar, y ostentando miembros de terrible aspecto bajo la custodia de un guardián invisible.

Se acercaba la noche, y habían transcurrido algunos días desde el salvamento efectuado por Madec, en el que Alain Raguenés tomó una parte tan activa: los dos jóvenes se encontraban en la caleta circuída de rocas que forma, cuando las aguas se hallan bajas, la orilla arenosa del bosque, hacia el centro de la plaza, frente á la Roca del Tamborilero, aquella mole enorme que la marea descendente descubre y que iba á quedar en seco muy pronto.

Alain y Juana María se habían dado cita en aquel punto, impulsados por una especie de conmovedora superstición, como si hubiesen deseado tomar por testigo de sus inocentes amores y de sus leales promesas el monolito bajo el cual reposaba el náufrago desconocido á quien se había dado tan extraña sepultura.

Por su aspecto exterior era un poco *sahoz bihan*, algo inglesa, la joven Juana María, y también por su origen, puesto que era hija propia de la pobre criatura recogida por Ives Madec, viva aún, cuarenta años antes, junto al cadáver del gigante misterioso á quien se encontró con su tambor al costado. Aquel que había recogido á la infeliz criatura, única que sobrevivió del naufragio, cuyo principal autor fué Hervé Raguenés, poseído súbitamente de compasión y dejando á sus compañeros ocupados en su feroz tarea de pillaje, se llevó á su casa la niña y entrególa á su esposa.

Esta última, tan compasiva como su marido, no quiso rehusar aquella parte del botín enviado por el cielo, y declaró, repitiendo la frase dirigida por Ives á Raguenés:

—Haremos de esta *saoz bihan* una cristiana, y salvaremos su alma como se salvó su cuerpo.



¡Gracia..., perdón..., consiento!

Después la educó con sus hijos, sin hacer ninguna distinción. Entre ellos, el mayor, Guillermo, se apasionó por aquella hermanita adoptiva, y más tarde, el afecto de la infancia convirtióse en amor, y el joven se casó con ella. De aquel matrimonio nació Juana María, cuyo nacimiento costó la vida á su madre.

Con su tez blanca y sonrosada, sus ojos azules, y aquel nevado cutis que el sol no había podido curtir, constituía el tipo de una raza diferente de las de las jóvenes morenas, de ojos y cabellos negros, que se encuentran en todas esas costas, desde Trefflez á Guissenny, y que son, lo mismo que los hombres, verdaderas Paganiz, conservando la pureza y el salvajismo de su sangre sin cruzarla jamás con otra.

Esto precisamente había seducido al hijo de los Raguenés; aquel Pagano de epidermis aceitunada, de ojos negros y cabellera obscura, sintióse atraído por aquella mujer blanca y rubia, por el agua transparente de sus pupilas, por la blancura de sus dientes, y fué á ella como la noche hacia el alba, hacia la salida del sol, impulsado por una adoración irresistible.

Allí, en medio de las dunas, bajo un cielo de color gris uniforme, la contemplaba con éxtasis, sin saciarse nunca de aquel placer, de penetrar con sus pupilas sombrías la luz insondable de los ojos de Juana María, que á él le parecían un cielo sin nubes.

Delante de ellos, las olas venían á morir dulcemente, y al alejarse dejaban un blanco collar de espuma alrededor de las rocas, haciendo una caricia, antes de separarse, á la Roca del Tamborilero.

Los dos jóvenes, poseídos de una extraña sensación de melancolía, sin dejar de mirarse más que para enternecerse ante el espectáculo de las olas tan tranquilas después de su furor de los días precedentes, habían fijado su contemplación en la mole enorme que se elevaba entre ellos y el infinito.

Alain pensaba en la frase burlona de su abuelo.

«¡Vé á pedir su mano al tamborilero!»

¡Si hubiera podido aquel desgraciado salir de su sepultura para ver la mano de su hija, de la niña milagrosamente salvada, en la mano del nieto de aquel que había ocasionado su pérdida!..

Lentamente se acercaba la noche, haciendo más densas las sombras y rodeando los objetos un velo misterioso.

Juana María, cediendo al impulso de su corazón y persuadida de la verdad de las palabras de su compañero, murmuró de pronto ruborizándose vivamente:

—¡Te amo, Alain, y te juro que seré tu esposa!..

Una carcajada ronca y salvaje resonó tan súbitamente detrás de ellos, que ambos se volvieron á la vez con expresión de espanto; pero ya, como pastor feroz del ganado antediluviano, de entre las rocas que encerraban la playa del bosque, veíase surgir la elevada silueta de Hervé Raguenés, que extendiendo hacia los jóvenes aterrados el bichero de que siempre iba provisto, exclamó:

—Y yo juro que jamás mi nieto se unirá con la *ar bianik saoz*.

Siempre el desapiadado insulto, agravado con el diminutivo, para indicar que Juana María era por su madre descendiente de inglesa, una inglesita.

Por un mismo impulso los dos jóvenes se habían erguido, colocándose Alain instintivamente entre el anciano y Juana María, á la cual protegió con sus brazos murmurando:

—¡Abuelo, abuelo!.. ¡Cuidado con lo que hace!..

En su entonación, en un principio suplicante, manifestábase claramente un acento desesperado y de resistencia, haciendo hervir la sangre hereditaria, la sangre de los Paganiz. El anciano lo adivinó, y queriendo evitar aquella resistencia adelantóse con su pesada pica levantada, gritando:

—¡Voy á enviar á esa condenada hereje al lugar de donde viene!.. Voy...

Paso á paso, Raguenés se acercaba, y con los ojos animados de una mirada de muerte, dominada por una idea fija, implacable, clavada en los mil pliegues de su piel granítica, semejante á las rocas asesinas de la costa, y á los escollos sanguinarios del país. Sin armas para defenderse de aquel ataque feroz, vacilando aún en descargar un golpe, porque todavía conservaba el respeto á su abuelo y por amor á Juana María, Alain hacía frente al furor del anciano. Alrededor de ellos no había ningún refugio, ni lugar alguno por donde huir, pues hallábanse situados entre Hervé Raguenés y el mar, entre él y la Roca del Tamborilero, hacia la cual retrocedían; mientras que por todas partes, de la inmensidad y del cielo avanzaban las sombras protectoras del crimen.

Impelido por la locura sangrienta y con la sonrisa homicida en los labios, el anciano se adelantaba, seguro de alcanzar á los jóvenes

Súbitamente resonó un prolongado fragor, como si la cólera del cielo se hubiese desencadenado de improviso.

Raguenés prorrumpió en una carcajada feroz.

—¡El trueno interviene en esta obra, como en los días de naufragio!.. exclamó. ¡Despojos en la costa!.. ¡Dios está por nosotros!.. ¡Ah, ah, ah!..

Pero hete aquí que aquel fragor se convirtió en redobles regulares y rítmicos, que se repetían entre las dunas, en las rocas, produciendo el efecto de un toque de carga misterioso, repetido por un tambor invisible.

Raguenés se detuvo vacilante, murmurando algunas palabras y esforzándose para chancearse.

- La verdad es que esta noche redobla singularmente, dijo... Tal vez envíe Dios una nueva fragata..

Los redobles tomaron un carácter fúnebre, precipitado, pareciendo que se acercaban hasta rodear á los actores de aquella escena con sus ondas sonoras como con un sudario de muerte. Y no provenía del cielo, cargado de nubes, aquel estrépido amenazador, sino que llegaba de la tierra, desde muy cerca, percibiéndose al ras de las arenas, y como si chocara en todas las grutas, en los escollos y en las ondulaciones de la playa.

Los tres se miraron, y el anciano, dejando caer su pica mortífera, exclamó: *¡Ar Boc'h ann Tabouliner!* Y los dos jóvenes repitieron con la misma voz de espanto: «¡La Roca del Tamborilero!»

El toque de carga continuaba, apresurando sus redobles.

Los labios del anciano articularon algunas palabras, como si se preguntase á sí propio:

–*¿Ha na ghvit–hu kéd anizhan ó taboulina?*

–¿Qué dice?, preguntó en voz baja Juana María, que no comprendió nada.

Alain tradujo las palabras del abuelo:

–¿No le oís tocar el tambor?

En las densas tinieblas, más profundas aún por las brumas que comenzaban á extenderse, bajo los últimos restos espumosos de las olas, que rodeaban con sus líneas ondulantes la base de la enorme mole antes de retirarse, la roca del tamborilero, espejismo imponente, parecía moverse y avanzar hacia el sitio donde estaban el anciano y los jóvenes.

Alucinado, descompuesto, con las pupilas desencajadas, Hervé Raguenés *vió* al gigante erguirse ante él, con su tambor al costado, monstruoso, viviente, terrible, tan alto como la roca misma, cuyo lugar había ocupado para salirle al encuentro, haciendo resonar siempre su caja con unos redobles que parecían el fragor del trueno.

Mientras Juana María y Alain, mudos de terror, trataban de distinguir alguna cosa bajo la movible cortina de las tinieblas, el anciano, con su pica en tierra, los brazos extendidos hacia la roca, la garganta anudada y el corazón oprimido por los remordimientos, decía:

–¡El Tamborilero... él! ¡Es él!.. ¡Viene hacia aquí!..

Sus piernas, doblegadas bajo el cuerpo vacilante, cedieron al fin, y el anciano cayó de rodillas en la playa, vencido y suplicante.

–¡Gracia, perdón..., consiento!..

A medida que las palabras salían de su boca, poco acostumbrada á pronunciarlas, los redobles disminuían y se esparcían, alejábanse y se extinguían al parecer con el último estremecimiento en el abismo de la noche al volver á la tumba.

Alain y Juana María condujeron al temible pagano, sosteniéndole por los brazos, y tan débil como un niño.

Mientras le ayudaban á andar, estremecíase aún por el recuerdo de lo que acababa de ver y oir, reconociendo la verdad, él, que no había querido creer nunca en los relatos de los pescadores vecinos de la playa de Cosquer.

–¡Era verdad... ese tambor!.. ¡He oído, he visto!

Y aún se escapaban de sus labios frases incoherentes.

–¡Es preciso..., se necesitan oraciones..., el reposo de su alma..., apaciguarle.., una cruz!

IV

Un mes más tarde celebrábase el matrimonio de Alain Raguenés con Juana María Madec.

Para asistir al acto, el anciano Hervé Raguenés, cuya cabeza estaba algo trastornada desde la aventura de la playa de Cosquer, pero que aún se mantenía erguido con su formidable estatura, quiso vestir el antiguo traje de gala de los Paganiz.

Parecía el resto extraordinario de épocas que pasaron ya, algún gigantesco ejemplar paleontológico de la Bretaña de los grandes abuelos fósiles, salido de su caverna sepulcral.

Terminada la misa, todo el acompañamiento se dirigió en ceremonia, precedido del clero, á la playa de Cosquer, para asistir á la erección de la cruz que aún se ve hoy frente á la Roca del Tamborilero, cubierta por el mar también á menudo para recibir aquel recuerdo bendito.

Desde aquel día nadie ha oído resonar nunca la caja del tamborilero, como si aquella santificación de su tumba y el casamiento de Alain Raguenés y de Juana María Madec hubiesen concedido el reposo eterno al desconocido náufrago sepultado bajo la roca, y redimido el naufragio criminal ocasionado por el viejo pagano.

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL

SECCION CIENTIFICA

LOS APARATOS DE SALVAMENTO AUTOMÁTICOS DE M. ROPP

El invento de M. Ropp es una aplicación tan ingeniosa como inesperada de los gases licuados. Preocupado por los inconvenientes que ofrecen los aparatos de salvamento ordinarios, cinturones y demás, que ocupan necesariamente un volumen bastante considerable y estorban los movimientos de los que los llevan en previsión de una catástrofe posible, M. Ropp ha probado de sustituirlos con otros aparatos menos molestos que dejan á los que de ellos van provistos en completa libertad de movimientos y que sólo se convierten en aparatos de salvamento en el momento preciso en que han de funcionar.



Fig. 1.—Aparatos de salvamento de M. Ropp antes de la ruptura del frasco que contiene el cloruro de metylo



Fig. 3.—Aparatos de salvamento de M. Ropp henchidos después de la ruptura del frasco que contiene el cloruro de metylo

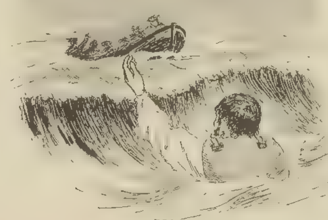


Fig. 2. - El aparato de salvamento de M. Ropp

No insistiremos en enumerar las ventajas de esos nuevos aparatos por ser harto evidentes, dado caso de que su buen funcionamiento sea seguro; nos limitaremos á indicar la solución en que ha pensado M. Ropp y que es perfectamente satisfactoria, por lo menos en cuanto cabe juzgar del invento sin haberlo experimentado personalmente.

El aparato consiste en un saco ó en un cinturón de caucho normalmente doblado, que ocupa muy poco espacio y que en el momento que se desea recibe una cantidad de cloruro de metylo suficiente para que quede del todo henchido. Este líquido va contenido en un pequeño frasco terminado en una punta fina introducida en el saco ó cinturón: un cuchillo que se mueve alrededor de un eje y que está mantenido en tensión por medio de un resorte, permanece sujeto en el sitio necesario por un anillo de papel de filtro que se rompe en cuanto se pone en contacto con el agua. Cuando esto sucede, el cuchillo cae sobre la punta de cristal, la rompe y el líquido al escaparse por el saco toma inmediatamente la forma gaseosa, determinando la henchidura de esta especie de globo.

El aparato que suelta el cuchillo está además protegido de tal suerte que ni la lluvia ni la escarcha penetran hasta él y que no funcionan sino cuando el que lleva el aparato de salvamento cae en el agua: para esto, la única abertura por la cual el aparato comunica con el exterior está vuelta hacia abajo y se halla resguardada por una pequeña válvula de papel que no resiste á la presión del agua, pero cierra por completo el paso á la simple humedad.

El cloruro de metylo no se queda indefinidamente dentro del aparato de caucho, pues esta materia lo absorbe poco á poco; pero en muchos casos basta que la persona que ha caído en el agua se mantenga á flote por un instante independientemente de su voluntad hasta que lleguen los socorros. Sin embargo, si esta desagradable situación debía prolongarse, quedaría siempre el recurso de henchir el globo por medio de un tubo provisto de una espita.

Dada la base fundamental del aparato, las cuestiones de detalle son fáciles de resolver. Así, por ejemplo, para lanzar un salvavidas desde la playa, puede montarse el saco en un cinturón disimulado en una túnica á propósito y fijarlo en un cohete, de manera que se pueda hacerlo llegar á cualquier persona que haya caído en el mar.

En los siniestros ocurridos durante la noche, las personas que, gracias á uno de estos aparatos de salvamento se mantuvieran en la superficie del agua, no ganarían las más de las veces gran cosa, porque la circunstancia de no poder ser vistos ni oídos á tiempo imposibilitaría su salvación. Pero el inventor del aparato que nos ocupa, M. Ropp, ha previsto también este caso, y en su consecuencia ha dotado á algunos de sus aparatos de un pequeño cartucho lleno de fosfuro de calcio: un aparato de ruptura idéntico al que hemos descrito para dar salida al cloruro de metylo rompe á la vez los dos extremos de la cápsula; al contacto del agua, el cuerpo contenido en ese cartucho se descompone, produciendo hidrógeno fosforado que, como es sabido, arde espontáneamente al contacto del aire y da una luz intensísima. El fuego fatuo artificial producido por este procedimiento durará media hora ó tres cuartos de hora.

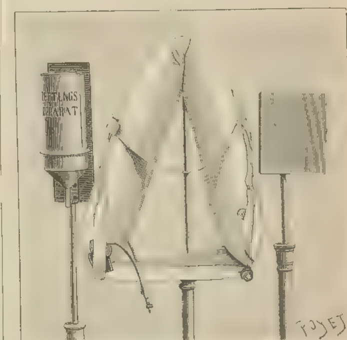


Fig. 4. - Aparatos de salvamento de M. Ropp destinados á ser lanzados. En el centro se ve el cinturón henchido

C. E. GUILLAUME

LOS RECUERDOS DE UN CURIAL

DURA LEX...

Aquella noche estaba de guardia el juez del Norte, uno de los funcionarios más rectos de la administración de justicia. Acababan de dar las tres en el reloj de las Salesas cuando se oyó el rodar de un carruaje.

El juez de guardia, que dormitaba en el sillón de su despacho, restregóse los ojos como un chicuelo dormilón que despierta, y mirando por una de las entreabiertas ventanas pensó: «Siempre á última hora nos ocurrirá algo.»

Llegó el carruaje á la puerta del juzgado, descendieron dos hombres del vehículo, y después de preguntar por el juez á un guardia que se desperezaba sobre un banco en el cuarto de alguaciles, entraron en el pasillo con fuerte taconeo.

El oficial de lo criminal salió á su encuentro, más dormido que despierto, con el eterno «¿Qué quieren ustedes?» reservado á todos los denunciantes.

El oficial llevó á los otros dos á su despacho, pues el actuario por quien preguntaban hallábase en el café próximo charlando de política, y los tres conversaron breve tiempo. El juez, en tanto, había vuelto á dar cabezadas y ya dormía cuando el timbre del teléfono con su argentino sonar volvió á despertarle.

Un alguacil que con el compañero apuraba el contenido de una botella de vino, escondido detrás de una mampara, echó á andar con la calma de nuestros procedimientos judiciales hacia el aparato del teléfono. El diálogo telefónico terminó con un «Está bien» del alguacil, cuya seca frase retumbó en el pasillo, yendo á perderse en la lobreguez de los cuartos de detenidos. Después se comunicó á «su señoría» que una mujer había arrojado un frasco de vitriolo contra un hombre, que ella había intentado asesinar á su hijo, y por último que había atentado contra su propia vida.

El juez salió de su despacho; llegó al del oficial; un jovencillo, «el chico,» corrió á avisar al actuario, que no pudo concluir de mojar la tostada en el chocolate que consumía en el café; dióse en el juzgado á las luces cuanto gas pudieron soportar los mecheros; despertóse á Juan, el auriga, para que tuviera preparado el carruaje; llegaron dos periodistas ávidos de conocer «el suceso de la noche;» firmóse un auto que se llevaron los dos hombres que llegaron en el coche; volvió á funcionar el teléfono, y todo indicó que el juzgado entendía en un asunto gordo; «que había caído pieza,» como decía Lucas el alguacil, frotándose las manos.

Afortunadamente para el escribano, no hubo que salir del despacho para incoar las primeras diligencias, porque la autora de los hechos, una mujer joven y bonita, ojerosa y destrenzada, era *remitida* al señor juez, en unión de un extenso atestado con muchos pliegos, buena letra y mala ortografía.

La detenida tenía en sus facciones un no sé qué de indefinible amargura. En presencia del juez los ojos azules de la presunta autora llenáronse de lágrimas, alzó el pañuelo á la cara y cayó desvanecida sobre un sillón.

Vuelta en sí, principió la indagatoria. María era hija de una familia pobre, y necesitando mantener á sus padres trabajó desde muy niña en un taller de modista. Pero el trabajo tiene sus peligros; ella iba sola al taller, y cierto día, á un hombre á quien no había visto nunca, le entregó su corazón lleno de inocencia, como se entrega la cartera con billetes al atracador que sale tras la esquina.

Ella abandonó la casa de sus padres para irse á la de aquel hombre, de quien tuvo un hijo rubio como el sol y blanco como la nieve.

Una noche el amante se fué para no volver. María quiso regresar al hogar de sus honrados padres; pero la parábola del hijo pródigo no tuvo aplicación en este caso, y la miseria tendió sus alas en el cuarto de María, antes alegre, después muy triste, porque allí donde estallaron besos de amor y frases de ternura, sólo se escuchó luego el llorar de una mujer y el gimotear de un chiquillo.

El causante de aquello se casó. Luisa lo supo, y los celos y el hambre en lúgubre consorcio se imbuyeron en el debilitado cerebro de María y le aconsejaron un crimen. Primero ahogaría entre sus manos el fruto de su perdición, librando así de la muerte por hambre al hijo de sus entrañas; luego arrojaría vitriolo sobre aquellos ojos que la sedujeron mintiéndole amores; más tarde acudiría al suicidio..., el último baluarte «de los criminales honrados,» como decía Lucas el alguacil. Tal era el plan de la infeliz María. María asió por la garganta al pequeñuelo, el niño lloró, exhaló un quejido: María no consumó su propósito, era su madre; dió un beso á la criatura y abandonó la casa.

Anduvo varias calles: serían las once cuando se ocultó en el quicio de una puerta. Poco después María cumplía la segunda parte del proyecto; un hombre ingresaba con quemaduras graves en la Casa de socorro y una mujer trataba de envenenarse.

En la delegación de policía confesó María su delito. Por él comparecía ante el juez de guardia que le preguntaba severamente: «¿No pudo usted pedir limosna ó volver á su trabajo?» Y ella respondía convulsa y llorosa: «¡Señor! Era honrada para alargar mi mano al transeunte y era una miserable para pedir trabajo.»

El juez comprobó algunas citas. En el domicilio de la detenida recogió á un niño de once meses, que aterido de frío y moribundo de hambre, llevó en su coche al juzgado.

Después transcurrió mucho tiempo hasta que la causa pasó á la Audiencia, se vió en juicio oral y los jurados absolvieron á María, porque quizás pensaron que en este caso la maternidad era para ella circunstancia eximente.

Hablando hoy con Lucas el más viejecillo de los alguaciles, he sabido el epílogo de la historia: el seductor continúa ciego; María, redimida por el trabajo, es una modista que educó con exquisito esmero á su hijo, á un hijo á quien adora. El muchacho es hoy el oficialillo de la escribanía de D. Lope, es un pequeño que promete y que no ha dejado mal al juez de guardia que incoó diligencias contra su madre y que fué quien interesándose por el chico le colocó en la curia. En cuanto al juez, sigue siendo un hombre honrado y un magistrado recto, y sin embargo hay quien murmura de él, porque como me decía Lucas filosofando el otro día: «La ley es la ley, pero un juez, bueno la suaviza con *equidaz:*» otras leyes hay más inflexibles; las de la calumnia... ¡Hay miserables que dicen que el juez del Norte aquella noche prevaricó!..

P. GÓMEZ CANDELA



El despertar del león, cuadro de Pablo Meyerheim



Parada de coches en Granada, cuadro de Muñoz Lucena, propiedad de S. M. la Reina Regente

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUPORES Ó EDITORES

A CAMPANA D'ANLLONS, por *Eduardo Pondal.* – Bellísima composición poética en gallego, muy sentida, bien versificada y llena de esa dulzura especial y de esa deliciosa armonía que tanto encanto comunican á las producciones escritas en aquel hermoso idioma. Impresa en la Coruña (imprenta y librería de Carré), véndese á una peseta.

BURGOS EN LAS COMUNIDADES DE CASTILLA, por *Anselmo Salvá.* – La confederación de los pueblos castellanos, conocida con el nombre de Comunidades de Castilla, es indudablemente uno de los episodios más importantes de la historia de España, y así lo demuestran los importantes estudios que de él se han hecho y se están haciendo. El cronista de Burgos D. Anselmo Salvá, individuo correspondiente de la Academia de la Historia, ha aportado con la obra que nos ocupa datos de gran valía al estudio general de esa materia, demostrando el papel importantísimo que aquella ciudad desempeñó en la contienda entablada entre los monarcas y los confederados de Castilla y destruyendo algunos falsos conceptos que acerca de aquella participación de los burgaleses han emitido varios historiadores, todo ello basado en documentos auténticos del archivo municipal de Burgos, en su mayor parte inéditos y hasta ahora desconocidos. El libro del Sr. Salvá merece toda suerte de elogios por la erudición é imparcialidad de juicio que revela en su autor: impreso en la imprenta y librería de Hijos de Santiago Rodríguez, véndese á tres pesetas.

ARCO IRIS, por *Emilia Pardo Bazán.* LA MUJER, EL HOMBRE Y EL AMOR, por *E. Rodríguez Solís.* – Son estos los dos últimos tomos de los hasta ahora publicados en la Colección Diamante que con tanto éxito publica la casa editorial López de Barcelona. El primero es una colección de cuentos de Emilia Pardo Bazán, bellísimos como todos los que salen de la pluma de tan afamada escritora; el segundo contiene cuatro novelas cortas interesantes y primorosamente escritas por el reputado literato Sr. Rodríguez Solís. Véndese cada tomo en las principales librerías al precio de dos reales.

Monumento erigido en honor de Albear, recientemente inaugurado en la Habana

(de fotografía remitida por los Sres. Otero y Colominas)

LA ELECTRICIDAD, por *Eloy Noriega Ruiz.* – Esta obra del distinguido físico mexicano Sr. Noriega, autor de multitud de libros científicos, académico correspondiente de la Academia de Ciencias de Bruselas, es un tratado completo de materia tan importante como la electricidad: en ella se estudian ampliamente los telégrafos, fotófonos, teléfonos, los relojes eléctricos, los pararrayos, los buques submarinos, las monturas de aparatos para el alumbrado eléctrico, las máquinas magneto-eléctricas y dinamo-eléctricas, las lámparas de arco é incandescentes, los conductores, los acumuladores, el transporte de fuerza, la galvanoplastia y en una palabra cuanto con la electricidad se relaciona. Facilitan la inteligencia del texto 400 láminas originales del mismo autor y completa la obra un apéndice con la descripción de varios inventos del Sr. Noriega. El libro impreso en México, en la imprenta y litografía de Juan Flores (Corchero, 2), se vende al precio de veinticinco pesos.

PRO PATRIA. – El último número de esta importante revista contiene notables trabajos de Stor, Iracheta Mascort, Gutiérrez de Alba, Achille Millien (en francés), Mitjana, Ribalta, A. Clemente Vázquez, Díaz y Pérez, Román y Zahonero é interesantes revistas por Ache, Sinesio y Amando.

LA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO según la consuetud de los talleres y la ley del Decálogo, por *M. F. Le Play.* – Es esta una obra importantísima, así por la materia que en ella se trata, como por la suma de conocimientos y el criterio elevado que revela el autor, el cual gracias á sus largos viajes y á sus profundos estudios sobre la organización del trabajo en todos los pueblos de Europa y en alguno de América, ha podido en su libro señalar las causas del malestar que hoy la sociedad siente, del desequilibrio económico que actualmente existe é indicar los remedios contra estos males. M. Le Play no sólo se limita á exponer sus doctrinas, sino que además contesta á cuantas objeciones puedan hacérsele; y comprendiendo las dificultades que á la reforma por él preconizada se oponen, señala las soluciones que á las mismas debe darse. Esta obra, correctamente vertida al castellano por D. Luis de Oliver y de Rivera, ha sido publicada por la casa Mame, de Tours.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 14 de octubre de 1895 — Núm. 720

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Con uno de los próximos números de La Ilustración Artística repartiremos á los señores suscriptores de la **Biblioteca Universal** el cuarto de los tomos correspondientes al presente año, que será la obra póstuma del ilustre poeta Zorrilla *La leyenda de Don Juan Tenorio.* Aunque esta obra no pudo ser terminada por su autor, el fragmento que publicamos, compuesto de unos siete mil versos, es importantísimo y constituye en cierto modo la primera parte completa de la leyenda, razón por la cual nos hemos decidido á publicarlo, seguros de prestar un servicio á la literatura patria y de complacer al propio tiempo á nuestros suscriptores.

La leyenda de Don Juan Tenorio lleva preciosas ilustraciones del genial dibujante D. José Luis Pellicer.

SUMARIO



SAINETES MATRITENSES

Las influencias, dibujo de Méndez Bringa

SAINETES MATRITENSES

LAS INFLUENCIAS

Ministerio de la Gobernación. – Dirección general de calamidades locales. – Negociado de incendios, ciclones y pedriscos. – Una oficina como todas con muchos papelotes y cuatro trastos, muy malos, pero que han costado muchísimo dinero.

I

El Sr. de Membrete, funcionario veterano, jefe del negociado, hojea con airado ademán un voluminoso expediente, que ocupa su mesa. Grasilla, joven gomoso sentado al amor de la bien provista chimenea lee tranquilamente un periódico. En último término Balduquín escribe con lentitud un oficio, lanzando alguna que otra mirada á una taza de café que humea sobre la mesa inmediata, en la que al parecer debía haber otros dos empleados.

Membrete. – ¡Así no es posible que haya administración ni nada! El Sr. de Chinarro hace tres meses que marchó como enfermo á su país, y esta es la hora en que ignoramos si se ha puesto bueno ó ha reventado. Pepito, como de costumbre, no ha parecido, y el oficial segundo se ocupa en leer los periódicos.

Grasilla. – *(Con aire impertinente.)* ¿Qué decía, Sr. de Membrete, del oficial segundo?

Membrete. – Que ya podía usted haber terminado la lectura. Me parece que con *La Correspondencia*, *El Liberal* y *El Imparcial* hay bastante para enterarse de lo que pasa en el mundo, sin necesidad de echarse al coleto el *Fígaro* y el *Petit Journal*.

Grasilla. – Pues mire usted, hoy vienen muy interesantes. Estoy leyendo aquí en el *Fígaro* un artículo pistonudo sobre la guerra de China y el Japón. ¡Qué bien escriben estos franceses!

Membrete. – Lo que yo quisiera es ver cómo escriben los empleados españoles los estractos que les ordenan sus jefes.

Balduquín. – No lo dirá usted por mí, que llevo ya copiadas tres minutas.

Membrete. – No, hombre, si usted es el único que hace algo. Lástima que tenga usted una letra tan mala y una ortografía tan deplorable.

Balduquín. – ¿Y qué ortografía quiere usted por mil pesetas de sueldo con descuento, que disfruto hace seis años?

Grasilla. – Calma, hombre, que en cuanto yo sea diputado, lo primero que hago es ascenderle á usted.

Membrete. – Más valía que en vez de dispensar protección cumpliera usted con su deber. Hace quince días que tiene usted el expediente de Canarias sobre la mesa, y entre pitos y flautas aún no lo ha tocado usted, y el director me da cada sofocón que canta el misterio.

Grasilla. – Ese director es un infeliz... Vaya, amigo Balduquín, un sorbito de café.

Balduquín. – *(Tira la pluma y coge la taza, poniéndose á saborear el brebaje.)* Muchas gracias, señor Grasilla. ¿Sabe usted que esta mañana he visto á Lolita y que me ha parecido que estaba algo incomodada con usted?

Grasilla. – ¡Psh! Pobre chica. Es una de tantas que andan detrás de mí... Y á propósito, Sr. de Membrete, voy á tener que salir allá á las tres, porque me reuno en el salón de conferencias con varios diputados de mi tierra y quiero ver si colocamos al hermano de Lolilla, que quiere entrar en consumos.

Membrete. – ¡Esto es inaguantable! ¡Imposible! No está usted nunca quieto en la oficina. No puede usted salir hasta que den la hora.

Grasilla. – ¡Hombre, pues tendría gracia que yo no saliera y se perjudicara una familia desventurada!

Membrete. – Si usted se va daré parte.

Grasilla. – Délo usted todo, hombre. Me tiene sin cuidado. No hay en la casa nadie que se atreva conmigo. Soy un empleado político que ha venido aquí para descansar de sus trabajos electorales y no para emporcarme como una rata revolviendo papeluchos. Tengo mucha influencia, pero muchísima. ¿Lo entiende usted, Sr. de Membrete?

Membrete. – Bueno: lo veremos. Me está cargando usted hace tiempo y voy á quejarme al señor director. *(Sale.)*

Grasilla. – *(Volviendo á coger el periódico.)* Vaya usted con Dios., buen hombre, y vuelva antes de las tres, porque si no, ya no me encontrará aquí.

Balduquín. – No le haga usted caso, Sr. de Grasilla; ese vejete está chiflado... ¡Ya quisiera él tener las influencias que usted tiene!

Despacho lujoso y confortable del director general de calamidades locales.

II

El Director, jefe de administración, regordete y colorado, fuma con delectación un habano, contemplando plácidamente las espirales que forma el humo mientras el Sr. de Membrete, de pie ante la mesa, perora con animación.

Membrete. – Sí, señor director. Aquello no es negociado, allí no hay más que yo que se ocupe de los expedientes. Así no se puede seguir: los oficiales no hacen los extractos, los auxiliares no copian las minutas y yo me agito en el vacío. Dígame usted, ¿qué hago?..

Director. – Hace falta energía, Sr. de Membrete, mucha energía y nada de contemplaciones

Membrete. – ¡Sí, buen caso hacen ellos de mí! Ahí tiene usted á Chinarro, que se marchó con quince días de licencia verbal y hace tres meses que no ha parecido por la oficina.

Director. – En efcto, es un abuso intolerable. ¿Y quién le dió esa licencia?

Membrete. – Pues usted.

Director. – ¡Yo! A ver, á ver... Chinarro... ¡Ah, ya recuerdo! Sí, hombre; ¡si ese es el hijo del cochero del jefe!.. Está muy delicado y no se le puede atosigar; pero él volverá, pierda usted cuidado. ¿Y quiénes son los otros?

Membrete. – Pepito, el sobrino de usted, que sólo viene de uvas á brevas á estudiar la lección y copiar las explicaciones de clase.

Director. – Ese es un buen muchacho que poco á poco va haciendo su carrerita. Ya le he dicho á usted que le considere mucho; su madre es hermana mía, y la pobre ha quedado viuda con seis hijos.

Membrete. – Pero el peor de todos, el más insolente, procaz y desvergonzado es Grasilla, á quien un día voy á tirarle un tintero á la cabeza.

Director. – Sí, eso es; energía, mucha energía y nada de contemplaciones.

Membrete. – Ayer me faltó gravemente y hoy no ha venido; y yo, aunque soy incapaz de hacer daño á una mosca, me veo obligado á dar parte á usted para que se sirva imponerle una corrección de cinco días de suspensión de sueldo.

Director. – ¡Caramba, amigo Membrete, qué geniazo me gasta usted más fuerte!

Membrete. – ¡Poco á poco; este es un caso peliagudo! Ese Grasilla, á quien yo dejaría cesante de muy buena gana, porque en efecto es un trasto insoportable, tiene una gran influencia, y es recomendado de la duquesa de Rábano-Azul, y ya sabe usted que el señor ministro es su abogado, etc., etc., y en fin..., que no se puede. Lo siento infinito; pero hay que tener paciencia por ahora.

Membrete. – ¡Pero señor director!..

Director. – No hay pero que valga. Lo único que puedo hacer cuando se lleve á cabo un nuevo arreglo que medito de negociados, es destinarle á otra parte.

Membrete. – Pues quedo yo bien...

Director. – ¡Ah! Me ocurre una idea. No tiene usted allí á un tal Balduquín, un auxiliar de tercera.

Membrete. – Sí, señor.

Director. – ¿Y qué tal se porta?

Membrete. – Es el único que hace algo, aunque poco.

Director. – Conque poco, ¿eh? Yo arreglaré á ese mal empleado. Por primera providencia le impondremos tres días de descuento de sueldo, y si no se corrige veremos de proponer al señor ministro algo más gordo.

Membrete. – ¡Pero si los otros son cien veces más culpables! ¡Si Balduquín es el único que escribe algo!

Director. – Nada; hay que demostrar mucha energía, y ya que por las malditas influencias no podemos darles su merecido á los demás, castigaremos á ese y así escarmentarán en cabeza ajena.

Membrete. – Por ese sistema también podría usted imponerme una corrección á mí para escarmentar á los subordinados.

Director. – ¡Ja, ja! ¡Tiene gracia!.. Vaya usted con Dios, Sr. de Membrete, vaya con Dios, que todo se arreglará ..

Otra vez el negociado de incendios, ciclones y pedriscos

III

El Sr. de Membrete escribiendo; Balduquín y Pepito, personaje mudo, escuchando á Grasilla, que habla con aire doctoral.

Grasilla. – En Trijueque no sale más diputado que el que á mí me dé la gana. En las últimas elecciones D. Paco me llamó al ministerio y me dijo: «Grasilla, hay que dar el acta al barón de la Calandria,» y yo le respondí: «¡Imposible! Me he comprometido ya por García Panoli.» – «¡Pero hombre!..» – «Nada, que no puede ser ..» Y todo un ministro tuvo que resignarse y decir: «Pues bien: haga usted lo que quiera,» y así ha sido... Y aún hay personas *(guiñando un ojo y mirando á Membrete)*, que no sé cómo calificarlas, que tratan de minarme el terreno y andan con manejos poco delicados, diciendo si trabajo ó dejo de trabajar... Pero que anden con cuidado, que yo no soy un empleado vulgar, y me bastan cuatro líneas en uno de los periódicos en que colaboro para derribar, no digo á un jefe de negociado, sino á un ministro.

Membrete. – Sr. Grasilla, ¿por qué no se va usted á dar un paseíto?

Grasilla. – Con mucho gusto. Me voy á Marina á ver un almirante que acaba de llegar de Cuba y me trae un encargo del jefe del partido autonomista.

Membrete. – Muy buena idea; así podría yo redactar esta Real orden, Pepito podría estudiar su lección y Balduquín no se embobaría escuchando las..., vamos, las fantasías de usted.

Grasilla. – Me parece que trata usted de tomarme el pelo, y eso no lo consiento. Usted no se ha enterado de quién soy yo, y será preciso hacérselo saber. Me sobra influencia para...

(Un portero entreabre la mampara y dice sacando la cabeza: «Un oficio para el Sr. de Grasilla »)

Grasilla. – ¿Para mí? Lo esperaba: es el ascenso que exigen mis méritos.

Membrete. – *(Aparte.)* ¡Será posible, gran Dios! ¡Qué barbaridad!

Grasilla. – A ver, tráigalo usted.

(El portero entrega el oficio á Grasilla y al mismo tiempo tira otro sobre la mesa de Balduquín, diciendo: «Ese para ti.»)

Grasilla. – *(Abre el sobre con risueño ademán)* Atención, señores! «S. M. el Rey (que Dios guarde), y en su nombre la Reina Regente del reino, ha tenido á bien con esta fecha declarar á usted cesante.» ¡Cesante! ¡No puede ser; esto es una equivocación! ¿Atreverse conmigo? ¡Lo miro y no lo creo!..

Membrete. – *(Se levanta y le toma el oficio á Grasilla.)* Sí, no hay duda, cesante..., y es usted; está bien claro el nombre. Querido, me parece que las influencias se han mojado con el temporal de estos días.

Balduquín. – *(Con voz doliente.)* ¡Y á mí tres días de haber de multa!

Grasilla. – ¡Otra víctima del despotismo y la arbitrariedad! Así no puede haber administración, ni gobierno, ni patria... Este es un país perdido; la revolución se impone, y vendrá, Sr. de Membrete, y ¡ay de los jefes de hoy, que serán las primeras víctimas de mañana!

Membrete. – Vaya, amigo, lo siento; pero qué remedio... Lo mejor que puede usted hacer es gestionar la reposición, ya que tiene tantas influencias.

Grasilla. – Eso es pan comido, en cuanto yo vaya al salón de conferencias; pero ahora voy á exigir el ascenso, y si no, no vuelvo á ser empleado aunque me lo ruegue el presidente del Consejo de ministros con el sombrero en la mano.

La puerta del ministerio de la Gobernación

IV

Balduquín sale precipitadamente y tropieza con Lola, joven morena y pizpireta, que revela en su traje y maneras ser doncella de casa grande.

Lola. – Pero Sr. de Balduquín, ¿está usted ciego?

Balduquín. – ¡Ay Lolita, me han impuesto una multa de tres días de haber, y la verdad estoy mareado! Esto de no tener influencias... ¡Ah! ¿Sabe usted que á Grasilla lo han dejado cesante?

Lola. – Lo sabía.

Balduquín. – ¡Pero si no hace aún una hora!..

Lola. – Pues yo lo sabía ya ayer; como que por la mañana le dije yo á la señora duquesa: «Me va usted á hacer el favor de que dejen en seguida cesante á ese pillastre de Grasilla,» y la señora me respondió: «Descuida, que esta noche se lo diré al ministro.»

Balduquín. – ¡Demonio de Lola, es usted una potencia!

Lola. – ¿Qué se había figurado ese *lipendi*, abogado sin pleitos, que después de haberle colocado iba yo á consentir que se burlase de mí yéndose á la Albambra con la *piruja* de Leonor?.. Yo necesito que mi novio sea formal, pero muy formal.

Balduquín. – Si yo sirviera...

Lola. – ¿Es usted soltero?

Balduquín. – Del todo.

Lola. – ¿Y tiene usted mucho sueldo?

Balduquín. – Mil pesetas al año, porque como no tengo influencias...

Lola. – Pero las tengo yo. Pásese usted esta noche á las diez por la portería de casa y hablaremos .. ¡Si estuviese usted en condiciones para la plaza de Grasilla!..

A. Danvila Jaldero





SEMBLANZA

De ningún gran escritor como de D. Manuel José Quintana ha podido decirse con mayor razón que su estilo era él mismo, y ningún otro ha hecho como él buena la afirmación general de que el estilo es el hombre. Quedarán las obras de nuestro glorioso poeta comprendidas á perpetuidad entre las de nuestras autoridades literarias, y servirán siempre de modelo y de enseñanza á nuestros futuros inspirados y cantores de las grandes cosas. Pero no alcanza sólo á nuestra literatura la trascendencia de aquel pensador insigne: los espíritus reflexivos adivinarán también, á través de su hermosa palabra clásica y sobria, de su puro estilo escultural, un gran carácter.

Privilegio es este de no todos los grandes escritores, cuyas ficciones no bastan siempre para definir la personalidad de su origen. Sin la biografía histórica tendríamos á Garcilaso por un bucólico orgánico, y á Quevedo por un chusco de profesión, y á Cervantes por un satírico acomodado y feliz. Pero Quintana sólo escribió sobre lo que sintió, y la forma en él, como en Tácito, no fué un nuevo disfraz, sino la expresión sincera de sus entusiasmos ó de sus anatemas, la obedecedora de su conciencia. Sus obras, sus inspiraciones todas traslucen el hombre; el alto y serio diapasón de su lira revela siempre al espíritu enérgico, al férvido amante de la libertad y del progreso, al patriota indeclinable, al humanitario, al civilizador.

Pelayo, el Océano, la Imprenta, la Vacuna, América, la Independencia Española, el Escorial, Trafalgar, fueron sus principales asuntos: siempre lo heroico, lo admirable, lo portentoso, lo redentor. Puede asegurarse que en los ochenta y cinco años de su vida, de 1772 á 1857, aquel cerebro viril no declinó un momento en sus predilecciones intelectuales, únicas compatibles con la manera de sentir que las engendraba. Digno de haber vivido en alguno de los austeros períodos de la antigüedad, vivió en la España postrada y vencida, y su levantado corazón se dedicó á levantarla.

Los accidentes culminantes de su vida confirman igualmente las altas condiciones del hombre. El diputado de Cádiz, el auxiliar poderoso é indomable de la insurrección sagrada de 1808, el autor de los manifiestos del Gobierno provisional, el desterrado de Inglaterra, el prisionero del absolutismo en Pamplona durante seis años, el sabio presidente del Consejo de Instrucción pública, el profesor de la reina Isabel, el amigo y corresponsal de lord Holland, el coronado por regia mano en 1855, el que fué, en fin, como un ilustre escritor dijo en aquel acto solemne, «Plutarco en la Historia, Píndaro en la Poesía, Cincinato en la vida pública,» fué más que todo eso: fué un hombre honrado y valeroso, á prueba de sinsabores y catástrofes.

No resistimos al deseo de contar y de aducir, como testimonio elocuente del gran temple viril que sirvió de cualidad predominante á nuestro ínclito poeta, el siguiente suceso que hemos oído contar más de una vez á más de un esclarecido contemporáneo suyo:

Presentóse cierto día en la modesta casa de don Manuel, solicitando hablarle, un escritor novel, poeta incipiente, casi un adolescente de esos que, sin otra fuerza positiva aún que el instinto, por decirlo así, de su vocación literaria, pretenden llegar de la primera, desatentada carrera al Pináculo donde se sientan y descansan ya los probados, los veteranos, los que allí han llegado por incontestable derecho propio. Traía como credencial una carta de recomendación de un respetable amigo de nuestro vate, y éste le recibió, y cuando el fogoso doncel le formuló su deseo, que consistía en leerle sus versos, Quintana se prestó á ello con angélica paciencia, y el poetilla leyó.

Larga fué y pesadísima la lectura, que oyó D. Manuel sin pestañear. Y cuando concluyó, su única respuesta fué preguntar al invasor abusivo:

– ¿Qué edad tiene usted, amiguito?

– Tengo diez y ocho años, contestó sorprendido por aquella salida el interpelado.

– Pues bien, prosiguió el maestro: vuelva usted por acá cuando tenga veintiocho, ó sea dentro de dos lustros.

– ¿Y es eso, Sr. Quintana, todo lo que tiene usted que decirme?

– Todo.

– ¿Y me será permitido rogar á usted que me aclare el enigma?

– No hay enigma alguno en esto, caballerito. Es sencillamente que yo creo que usted todavía no puede hacer versos.

– ¿Por qué?

– Porque los versos sólo pueden hacerlos los hombres. Sépalo usted, y agradézcame la indicación, y obre en consecuencia.

Un solo defecto grave ha señalado la alta crítica en el Quintana-poeta: la falta en su magnífica labor del sentimiento religioso, su silencio como creyente en el seno mismo de sus levantadas concepciones, de los trascendentales temas por ellas desarrollados. Es, en efecto, por lo menos singular, que un poeta de tan excelso vuelo, que trató siempre asuntos superiores, de esos en que el espíritu se pone necesariamente en contacto y relación con la suprema esencia creadora, guardase respecto de ella tan desconsoladora reserva.

¿Por qué esta contradicción? A nosotros no nos basta la disculpa vulgar y poco meditada del período crítico para su país en que vivió y se ocupó el poeta patriótico. Precisamente creemos lo contrario; precisamente creemos que cuando más graves, dolorosos y desgarradores son los objetos que aquí abajo, en la tierra, llaman la atención de los grandes ánimos, es cuando con mayor y noble ansia de ayuda y de fe alzan éstos sus ojos al cielo. La excepción de Quintana no nos la explicamos.

¿Estuvo su causa en su educación, en sus amistades, en el espíritu de aquel liberalismo racionalista de su tiempo, que tuvo que oponer negativas absolutas á las afirmaciones hipócritas y crueles de la tiranía? Es posible. Pero lo imposible á nuestro juicio es que, demostrándolo ó no, dejase el gran Quintana de creer en el aliento divino que informaba su propia naturaleza moral é intelectual. Para esto hubiera tenido que negarse á sí mismo.

Queda, como último recurso, la explicación artística. Quintana era un poeta esencialmente clásico, vaciado indudablemente en el molde de los inmortales artífices poéticos de Grecia y de Roma. Acaso los preceptos rígidos de la forma que cultivaba no se avenían con la inmixtión de una religiosidad lírica que, para ser consecuente, tenía que ser pagana, y empequeñecerse al serlo. Y por esto prefirió callar.

Pero repetimos que el hombre que en Quintana conocemos es, á nuestro juicio, bastante inducción para negar en él un ateísmo absurdo. «¿No se muere una vez?,» dice su musa patriótica; es decir: ¿Qué importa morir aquí abajo cuando se muere por un deber sagrado? Y quien profesa y proclama la religión del deber, profesa la más importante creencia humana.

S. López Guijarro

VERDADES Y MENTIRAS

¿Quién no llora en se acordar
de aquellas cosas pasadas
que solían. . . . . . .
. . . . ?

Jorge Manrique.

Por hoy, no más que por hoy, queridos lectores, os pido gracia, para que este artículo, que debiera dedicar á las palpitantes cuestiones estéticas del día, lo dedique á *cosas pasadas*, por supuesto, artísticas también. *Vengamos á lo de ayer*, ¡ay!, olvidado, demasiado olvidado para desdicha nuestra; que lo de ayer, con sus defectos y grandezas, ha sido, al fin y á la postre, lo que ha engendrado lo de hoy. Y si grandes verdades y mentiras grandes nos dieron por herencia los siglos que han sido, no menores, ni mucho menos, son las que componen el bagaje que habremos de legar á los que nos sucedan. Para un problema resuelto hay centenares por resolver, y cada uno de éstos, es fundamento de hipótesis, unas más y otras menos aproximadas á lo cierto.

De gran mentira tildó á la sociedad moderna Max Nordau, y al arte adjudicó buena cantidad de azotes el desequilibrado pensador alemán. Como gran mentira, pues que lo hace producto de una sociedad de perturbados, nos describe Taine, el arte gótico, y como parto de imaginaciones enfermas señalan muchos publicistas la obra artística de la época romántica. Dícennos, pues, de todas las transformaciones y evoluciones de la belleza, casi lo mismo; sálvanse tan sólo de aquel juicio los griegos y el Renacimiento.

Firme en parte, en parte absolutamente falso, es el punto de vista en donde se coloca la crítica para dictar tal fallo. Firme, en cuanto juzga con arreglo á los conocimientos adquiridos hoy, con arreglo al positivismo especulativo moderno, con arreglo á las doctrinas político-religiosas imperantes, con arreglo á las costumbres que se han creado. Falso, en cuanto el criterio que se aplica al estudio crítico de las manifestaciones artísticas de la Edad media especialmente, adolece del desconocimiento de causas importantes como factores en el modo de exhibirse del sentimiento de lo bello en aquellos siglos. Falso, por cuanto ni medio ambiente social, ni medio histórico, ni medio estético, ni medio religioso y político, ni siquiera las aspiraciones nacionales se parecen en nada. Pedidle á un Rothschild novelista que os describa la vida angustiosa del proletario y que os haga sentir con la pintura de un drama de la miseria.

***

Gústame escapar, siempre que me es posible, á la atención que exige la labor diaria, y á esas ciudades

donde la fe de nuestros antepasados y su amor á la patria y su idolatría por las libertades comunales y su respeto á todo poder dejó como indelebles muestras, monumentos y obras de todo arte, dedicar esos instantes de asueto que me permito. Ávila, Segovia, Toledo, Salamanca, Burgos, León, Alcalá, son para mí ciudades donde me despojo de las ligaduras que me ciñeron el positivismo de la sociedad moderna, la inflexible ciencia de la crítica, el ambiente intelectual que respiro. En esas ciudades olvido verdades descubiertas por la Historia, las decepciones que ha sufrido la leyenda, las leyes que rigen á la ordenación metódica de todo sentimiento para que éste no marche trás lo fantástico ó lo utópico. Olvido lo real, en fin; olvido que vivo en los últimos días del siglo de la electricidad, de las ciencias experimentales, para dar rienda suelta á mis deseos de libertad espiritual, á mis sueños, á mis cariños por el pasado. ¿Qué se me importa de las verdades que descubrir puedan los arqueólogos y los historiadores y todos los hombres de ciencia, que escudriñan las ruinas de los monumentos de otros siglos, y en fin, las reliquias de sociedades ya desaparecidas para siempre? ¿Qué se me importa que no hayan existido jamás los amores de la mujer de Juan II con el poeta Juan Rodríguez? ¿Qué se me importa que Florinda haya sido un mito, y que la leyenda de la *Peña de los enamorados* no pase de la categoría de un cuento de amores? ¿Qué se me da que el hada Rouriz, que allá en la vieja Suevia peina sus cabellos negros como la noche, con peine de oro, sea una ficción? ¿Por qué no he de ver en aquella estatua sedente, tallada en mármol, la *vera effigies* de alguna hermosa dama mora convertida al cristianismo para compartir el tálamo con algún Girón, algún La Cerda, algún Córdova?

Yo me pregunto ¿qué es el arte sino la ficción de la verdad, ó por lo menos de lo posible? La naturaleza vista á través de un temperamento; agregad á la *naturaleza* todo cuanto el hombre ha producido de arte, todo cuanto pueda adivinarse en esa producción, y aun no saliendo de la lógica, el artista, el literato, pueden forjar Florindas y Beatrices, idilios y dramas: ¿no existieron?: pudieron haber existido.

Enseñan en Toledo los muros del palacio del último rey visigótico; cercano, el baño de la hermosa hija del conde D. Julián, y han dicho los arqueólogos que ni allí se bañó jamás la *Cava*, ni allí vivió D. Rodrigo. Bien, ¿y qué? Yo no hago caso de la ciencia, en ese punto; y las noches de luna, cuando me encuentro vagando al azár por las tortuosas calles de la ciudad del Tajo, voy hasta la orilla del río, miro á los muros ruinosos que parecen restaurar las sombras y que alumbra *la antorcha de las ruinas*, que dijo Madame Staël del satélite de la tierra, y creo escuchar en el murmurio de las aguas y en el susurro de las hojas de los árboles voces misteriosas, ecos de conversaciones íntimas, apasionadas; y sueño, sueño despierto, reconstruyendo la hermosa leyenda que inspiró á Fray Luis de León aquella no menos hermosa oda que comienza: *Folgaba el rey Rodrigo*...

¿Por qué no he de soñar? Espíritus atrofiados, generaciones entecas, los que dan á la imaginación suelta para abstraerse en la tarea de forjar mundos quiméricos: tal dicen con Zola los naturalistas. Mas el autor de los *Rougon* forja idilios, dramas y comedias: no habré de singularizar ahora el medio en que se desarrollan; pertenecen al presente, y ¿son más reales que los que forjar pueda el artista enamorado de las *cosas pasadas — que solian?*.. Pedidle al amador del pasado verdad en los afectos, en las pasiones que pinte, y eso es todo.

Mirando al cielo pasaron su vida generaciones tras generaciones; mirando á la tierra, mejor dicho, analizando el átomo, pasan su vida también las generaciones modernas; aquéllas cimentaron la sociedad que hoy vive, éstas la sociedad que ha de suceder á la actual; la obra de ambas es inmensa, y ambas obras son una misma: ¿por qué desdeñar lo que fué?; ¿porque pasó?, ¿porque ya no ejerce influencia en el desarrollo de nuestra cultura? Nada ha pasado al olvido, en el arte; nada de lo producido por el artista y el literato en los siglos ha dejado de ejercer influencia en la cultura de hoy, como no dejará de ejercerla en la de mañana y en la de siempre. Nada produce ni ha producido el arte, que no tenga una base real y positiva. Hablar de desproporciones, de delirios, de desorbitancias, á propósito del gótico, de la imaginería románico-bizantina, por ejemplo, lo considero herejía grande. Es la rotura de la cimbra semicircular, la elevación de los haces de las columnas del estilo ojival, las dislocaciones de las líneas geométricas, combinación constante de la forma; y la forma la busca el sentimiento, con sus intuiciones, en la realidad, en la Naturaleza. Ni en el más espantable de los vestiglos que esculpir pudo el mazonero de la Edad media, en frisos, entrepaños, capiteles, etc, deja de existir una sola línea que no se halle en el reino animal. ¿No existe en la Zoología el tipo fantaseado compuesto de distintos elementos de forma, que separadamente pueden apreciarse en diferentes especies? Cierto que no: mas aquel vestiglo, aquella alimaña con cabeza humana y alas de murciélago y cola de serpiente y garras de dragón, es un símbolo que sintetiza una realidad de orden moral: el artista encontró la expresión plástica de un vicio, de una virtud, de una aspiración, como el filósofo un apotegma con que definirla.

* * *

¿Por qué, pues, con la figura del conquistador de Toledo, con las de sus vencidos los moros, con aquella puerta tapiada del *Cristo de la Luz*, con aquella capilla de la misma advocación que la puerta, no he de poder forjar un drama ó un idilio, crear una obra de arte? ¿Qué importa que hayan pasado aquellas gentes y aquellas costumbres y, en fin, todo aquel mundo, si puedo producir una emoción estética, si puedo producir una belleza? El amor dió vida á Clitemnestra, la dió á Cleopatra, la dió á Inés de Castro, la dió á Eloísa, la dió á cientos de creaciones dramáticas, así literarias como pictóricas y escultóricas; la venganza inspira el *Orestes*, *Hámlet*, el *Cid:* ¿existieron los dos primeros?: dúdase de la existencia del Cid, y sin embargo, viven todos con vida propia é inmortal, como lo son el sentimiento, la pasión, la virtud que personifican.

Y el artista debe buscar fuentes de belleza allí donde su temperamento le indique. Realísimo es el cuadro del pintor alemán Deffreger, que representa á un postillón aprovechando el momento que le deja libre la muda del tiro de la diligencia que guía, para correr, á hurtadillas, á la ventana donde le aguardan los labios frescos de la novia; mas ¿por qué no ha de ser real también el beso de Inés á través de la reja del convento? Román Ribera pinta en la *salida del baile*, mujeres hermosas, caballeros con frac, lacayos que abren las portezuelas de lujosos carruajes, el disimulado canto de amor de un galán en el momento en que la dama, como al descuido, acerca la rubia cabeza á la cara de aquél; ¿por qué no ha de ser verdad el canto de amor de aquel doncel que en la tortuosa y callada callejuela toledana, habla á la doncella que guardan celosías y rodrigones?

Recordaré mientras viva, la emoción inmensa que experimenté en Toledo cierta noche. Serían las doce y acompañábanme mi colega Alcántara y el pintor Maximino Peña, bien conocido de los lectores de La Ilustración Artística. Habíamos recorrido una buena parte de la imperial ciudad, reconstruyendo leyendas, hechos históricos, evocando figuras; ya parados ante San Juan de los Reyes, bien ante la catedral, ya en la penumbra de Santa María la Blanca, ya en el *Cristo de la Luz*, ora delante del palacio de D. Pedro, ya mirando los negros y derruídos muros del palacio del conde de Benavente, palacio quemado por el fiero prócer castellano, por considerarlo deshonrado con la presencia en él del condestable de Borbón, cuando al revolver de una estrechísima calle, donde ardía un farolillo ante una imagen, donde los moriscos ajimeces se veían medio velados por la penumbra del enorme alero del tejado, donde las salientes y labradas rejas avanzaban hacia la calle, defendiendo tupidas celosías, donde no se veía sino débilmente el desnivelado piso, oímos de pronto los preludios de una guitarra, tocada magistralmente, y en seguida una voz de mujer, fresca, dulcísima, que cantaba una granadina. Gran rato estuvimos en suspenso, sin atrevernos á romper aquel encanto, aquella misteriosa corriente de intensa emoción, que nos redujo á la más absoluta inmovilidad, á no sentir ni el frío de la noche, ni el cansancio, ni molestia alguna física, que absorbía por completo todos nuestros sentidos. Calló la voz aquella, la guitarra terminó en unas notas que parecían una queja, el silencio volvió á imperar en la calle y nosotros aún estuvimos durante algunos minutos mirando á la reja por donde salía el débil resplandor de una lámpara, esperando á que volviese á sonar el morisco instrumento y á cantar la canción andaluza, aquella garganta de oro. Si alguna vez soñé despierto, por mejor decir, si alguna vez hemos soñado despiertos Alcántara, Peña Muñoz y yo, fué en aquella hora de esa memorable noche. Alcántara, en el paroxismo de un entusiasmo romántico indescriptible, nos pintaba el tipo de la no vista cantora, vestida de orientales telas, caídas por la espalda las negras y largas trenzas de ondulosa cabellera, brillantes los grandes ojos, con el recuerdo del apuesto caballero que justara aquella tarde, obligando á morder el polvo á sus enemigos; nos describía las redondas formas de la bella mora, que mora debía ser precisamente y no cristiana, con tanta gallardía, con tal convicción, que se creyera que había visto aquella Zaida ó Lindaraja. Peña Muñoz componía *in mente* un cuadro donde todo debía ser misterio, color, voluptuosidad. Por mi parte, desde el instante en que se rompiera el encanto, se apoderara de mí honda melancolía, casi tristeza. Despertara á la realidad con la conversación de mis compañeros, y aquellas ligaduras de que más arriba hablo y que me impuso el positivismo de la crítica, ataron de nuevo mi fantasía, y la fría razón comenzó á poner en sus términos, más ó menos pesimitas, como son los del punto de vista de la razón hoy, si no el escéptico, cuanto constituía aquella escena. Figuréme que la dueña de aquella voz tan fresca, tan dulce, tan amorosa, era fea; que las negras y largas trenzas con que nos la pintara Alcántara, quedaban reducidas á unos cuantos mechones de lacios cabellos, recogidos con arte escaso; que las redondeces de sus hombros y de sus brazos y cuello convirtiéranse en flácidas líneas; que tras de aquellas rejas y ajimeces moriscos, veíanse unas cuantas sillas de Vitoria, una cómoda vieja, unas estampas de litografía iluminadas, en sendos cuadros de pino; que el que tenía la guitarra sería quizá un parroquiano de casa *non sancta*, y ella la inquilina...

Mas con todo esto, el lugar de la escena, la decoración, eran los mismos, con variantes escasísimos de los días en que moros y cristianos justaban y guerreaban; de los días en que una princesa mora, paraba en esposa de un rey cristiano, ¿por qué no figurarme que el que tenía la guitarra no fuese un doncel y la que cantaba una hermosa?

¿O es que la realidad en el arte es solamente lo que se copia en el momento? No hay más que una verdad, como no hay más que una belleza: lo que hay es que cada generación ve y entiende la verdad según el ambiente que respira ó que le ahoga; y hoy nos ahoga el positivismo.

R. Balsa de la Vega

LA CAPILLA NACIONAL RUSA

Y LOS ORFEONES PAMPLONÉS Y BILBAÍNO

Aunque en un mismo artículo agrupamos estas tres entidades que recientemente han visitado nuestra ciudad, no estableceremos entre ellas comparación alguna, pues sobre ser las comparaciones odiosas en la mayoría de los casos, en el presente resulta imposible la que hacer intentáramos, dado que los términos de la misma no son completamente iguales, según tendremos ocasión de demostrar con el ligero examen de las condiciones de cada uno de estos coros.

Por el orden en que han venido últimamente á Barcelona los enumeraremos en el título, y por el mismo orden haremos algunas indicaciones, necesariamente breves y sin pretensiones críticas, acerca de la capilla rusa y de los orfeones pamplonés y bilbaíno.

La capilla nacional rusa, dirigida por el maestro Dimitri Slavianski d'Agreneff, viene recorriendo hace dos años las principales capitales de Europa: la componen unos cincuenta individuos, entre mujeres, hombres y niños, vestidos con ricos y originales trajes de su tierra, y su repertorio lo forman las canciones populares y los cantos sacros de su país, melodías, ora alegres y retozonas, ora vagas y melancólicas las primeras, sucesión de majestuosas armonías los segundos, y unas y otros de un efecto encantador, no sólo por su belleza intrínseca, sino que también por la manera magistral con que son ejecutadas.

Las maravillas de ejecución que en la capilla rusa admiramos, no pueden producirse sino con los elementos que la integran y por virtud de la organización que ha podido darle su director: cada corista ha recibido una instrucción y una educación musicales completas, que á todas horas perfecciona, pues la música constituye su única profesión y á ella exclusivamente se consagra; y así hemos podido ver que desde el niño casi infante hasta el hombre de edad madura cantan todas las piezas de su vastísimo repertorio sin ayuda de papeles, y casi sin mirar al maestro Slavianski, que vuelto de espaldas á los ejecutantes apenas marca ligeramente con los brazos el compás de las piezas y la acentuación que debe darse á algunas de sus frases. Siempre los mismos en su peregrinación artística, de tal modo se ajustan y se completan unos á otros, que más que voces humanas parecen dulces notas de órgano unidas en armonioso acorde por efecto mecánico de la presión sobre el teclado de la mano de un consumado profesor. En los pianísimos, en los crescendos, en los fuertes, en las transiciones más bruscas, no se percibe la menor discrepancia; diríase, apurando el símil, que aquellas gargantas son otros tantos registros del órgano expresivo que á la vez reciben de los fuelles la misma cantidad de aire que á un mismo tiempo aumenta ó



El orfeón bilbaíno, de fotografía de Xatart



El orfeón pamplonés, de fotografía de Xatart

disminuye la intensidad y el número de las vibraciones de las metálicas lengüetas. Esto, la admirable combinación de las voces, especialmente las agudas y argentinas de los niños y las claras y sonoras de los bajos y el predominio de la media voz, constituye, en nuestro concepto, el secreto de la perfección que tan justamente nos ha entusiasmado á cuantos hemos asistido á los conciertos de la capilla rusa.

Ya hemos dicho que los coristas rusos son todos y cada uno músicos consumados: buena prueba de ello nos han dado en su excursión por España. Llegaron á Barcelona, y la casualidad puso en manos del maestro Slavianski algunas canciones populares catalanas recogidas y publicadas por nuestros paisanos los señores Alió y Morera: enamorado de las bellezas de nuestros sencillos cantos, quiso que la capilla rusa aprendiera algunos, y en efecto, al cuarto concierto, es decir, á los pocos días de estar entre nosotros, sus dos hijas Inna y Margarita nos deleitaban cantando *en catalán* varias sentidas melodías de nuestra tierra, que con ajuste y colorido imponderables acompañaba aquel coro sin par, muchos de cuyos individuos á la segunda vez pudieron prescindir de los papeles y cantar de memoria las no fáciles armonías de aquellas composiciones. Y lo mismo que en Barcelona sucedió en las Provincias Vascongadas y en Galicia, habiéndose traído de allí la capilla el *Guernica ko arbola* y una deliciosa canción gallega que en sus idiomas originales nos ha hecho oir cuando, de regreso de aquellas regiones, ha dado en Barcelona una segunda serie de conciertos

No poca parte de los laureles conquistados por el maestro Slavianski y su capilla corresponden á su esposa; notable compositora y socia activa de mérito de la Sociedad Imperial de Geografía y Arqueología de San Petersburgo y de la Sociedad de Autores y Compositores de París: Olga Slavianski d'Agreneff, en efecto, es quien ha transcrito y arreglado todos los cantos que en los conciertos se ejecutan, demostrando en esa labor grandes conocimientos musicales y dotes no comunes para producir con los temas más sencillos los efectos más asombrosos.

En suma, la capilla rusa es un conjunto de elementos valiosísimos reunidos bajo la inteligente dirección de un gran músico que tiene por objeto principal, casi único, dar á conocer en el extranjero los acentos viriles de los himnos á sus héroes, las alegres canciones con que animan las fiestas en sus aldeas, las plañideras notas con que expresan sus cuitas sus almas enamoradas, las típicas melodías con que se acompañan en sus faenas en los campos ó en los ríos, las enérgicas estrofas con que sus guerreros se excitan para la lucha y los acordes solemnes en que salen envueltas sus plegarias. En sus cantos está el alma toda de un pueblo: ¡qué mucho, pues, que al unísono de ellos vibren, á impulso de emoción hondísima, los corazones de todos aquellos que en el pueblo hallan la fuente más pura de la música y de la poesía!

Muy distinta es la organización de nuestros orfeones: la música es para nuestros coros, no una profesión, sino un entretenimiento; no la base de su existencia, sino el placer á que se entregan buscando descanso en sus trabajos habituales. Y sin embargo de esto, los orfeones pamplonés y bilbaíno son buena prueba de que el entusiasmo artístico ayudado del estudio puede llevar á la perfección, aun dentro de esas condiciones relativamente poco favorables para llegar á dominar el arte de los sonidos. Los orfeonistas de Pamplona y de Bilbao, merced á sus conocimientos de solfeo y de vocalización, han conseguido formarse un abundante y escogido repertorio é interpretar de una manera acabada las piezas que lo constituyen, algunas de ellas llenas de dificultades que sólo á los maestros en el canto es dado vencer. Díganlo si no, entre otras, las *Escenas tártaras, La retreta, Las tres*, que ejecutan los pamploneses con una afinación y colorido admirables, y *La cena de los Apóstoles*, de Wagner; el *Stabat Mater*, de Ledesma; la sinfonía de *La flauta mágica*, de Mozart, y muchas más que ejecutan maravillosamente los bilbaínos. Unos y otros tienen en su repertorio multitud de cantos populares de la región vasco-navarra, y si los primeros entusiasman con los alegres aires de su preciosa jota, los segundos despiertan dulces emociones con los delicados acentos de sus incomparables zortzicos, y aquéllos y éstos hacen vibrar las fibras del patriotismo con las valientes notas del himno inmortal de Iparraguirre.

El orfeón pamplonés se compone de unos setenta individuos, artesanos en su mayor parte, y en sus comienzos figuró en él como corista el que poco después había de ser el más grande de los tenores, el inmortal Gayarre. En 1892 fué objeto de una reorganización y á los pocos meses tomó parte en un concurso de orfeones celebrado en Bilbao, obteniendo por unanimidad los tres primeros premios á pesar de luchar con 27 sociedades, francesas en su mayoría, que contaban en su historia brillantes triunfos. En 1893, en el concurso de orfeones de Santander alcanzó tras reñida lucha el único premio concedido, y al año siguiente lograba una honrosa distinción en el de Valladolid. El orfeón pamplonés ha contribuído en varias ocasiones á aliviar desgracias públicas con el producto de sus conciertos: la Asociación de la Cruz Roja recibió de él un importante donativo, al igual que las víctimas de la explosión del vapor *Cabo Machichaco*, ocurrida hace dos años en Santander. Es presidente honorario del orfeón el ilustre violinista Sarasate, que dedica todos los años tres conciertos á su sostenimiento y al de la Sociedad de los Conciertos de Santa Cecilia, de Pamplona.

El orfeón bilbaíno lo forman unos cien orfeonistas y cuarenta niños, y tiene corta pero brillante historia: apenas creado, ganó un primer premio en Guernica; en 1888, cuando nuestra Exposición universal, obtuvo el primer premio, medalla de oro y 7.500 pesetas, en reñida lucha con los más antiguos y afamados orfeones nacionales y extranjeros; en 1890, primer premio en Santander; en 1891, premio de honor y dos primeros premios en San Sebastián; en 1891, premio de honor y dos primeros premios en San Juan de Luz; en 1892, primer premio de honor en Madrid; en 1893, premio de honor y dos primeros premios en Biarritz, y en 1894 corona de honor y dos medallas y coronas de primeros premios. Además en los citados concursos de San Juan de Luz y de Biarritz obtuvo dos magníficos jarrones de Sevres, que el presidente de la República francesa había destinado á quien más se distinguiera entre orfeones, bandas y orquestas.

Tal es, en breve síntesis, la historia de los dos orfeones que recientemente nos han visitado. La venida á esta ciudad es honrosísima para los barceloneses, en primer lugar por la prueba de afecto á nuestro pueblo que su excursión supone, y en segundo por la significación que para nosotros tiene el testimonio de respeto y admiración que vinieron á tributar á nuestro inolvidable Clavé. Si el inspirado autor de *Las ninas del Ter, Las flors de Maig* y *Los nets dels Almogávers* resucitara, maravillaríase en presencia del progreso inmenso que en la historia de las sociedades corales significan asociaciones como las de los pamploneses y bilbaínos; pero al mismo tiempo se enorgullecería al ver que esos frutos opimos habían nacido de la simiente que él sembrara.

Perdónennos nuestros hermanos de Pamplona y de Bilbao este rasgo de legítimo orgullo y no tomen á mal que al enviarles desde LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA la expresión de nuestro cariño sincero y de nuestra admiración entusiasta, terminemos este artículo diciendo: ¡Gloria al fundador de la primera sociedad coral de España! ¡Gloria á los continuadores de su obra! – X.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

BIARRITZ

Más coquetona que San Sebastián mil veces, conservando en medio de su lujo y su esplendor aristocrático dejos y matices que recuerdan el antiguo pueblecillo de pescadores, Biarritz atrae y convida á un veraneo más grato por muchos estilos que el de la capital de Guipúzcoa.

No es extraño que la situación de Biarriz cautivase á la emperatriz Eugenia instigándola á construir el palacio y el extenso y ameno parque convertidos hoy, ¡oh vicisitudes de la fortuna!, el primero en fonda cara y el segundo en jardines y solares que explota el Ayuntamiento. He oído discutir acaloradamente las playas de Biarritz, su comodidad, su seguridad; tienen fama de pérfidas, pero en todo este pueden entrar por mucho los inevitables celos de otras playas; lo que no cabe negar es que, á la puesta del sol, las de Biarritz ofrecen un espectáculo grandioso, hasta sublime. Escollos negros donde revienta el furioso oleaje; infinita extensión de un verde sombrío surcado por franjas de blanca espuma; sobre un arco natural de rocas, la imagen de la Virgen, que ha escuchado la plegaria de agonía de los náufragos ya casi hundidos en el abismo..., y al lado de estos furores, ensenadas tranquilas, arenales bonitos, casetas cucas, sillas galápagos de paja, orquestas que tocan mientras se baña la gente, siluetas de bañistas de lo más *copurchic*..., tal es el aspecto de Biarritz, pueblo tan español como francés, que parece haber heredado la personalidad mixta de la encantadora dama que lo puso de moda.

Aunque caído de su imperial esplendor, no desmayó Biarritz y continúa procurando captarse á los extranjeros. En julio y agosto forman su clientela españoles; en septiembre, octubre y hasta muy entrado el invierno, Biarritz se inunda de ingleses. Las tiendas – que son primorosas – están consagradas mitad á España y mitad á Inglaterra. Esos desmesurados gemelos marinos, esos recios bastones de montaña, esos gorros informes que quitan el sol, á los ingleses se destinan; en cambio esas panderetas de moños rojo y gualda, esos abanicos con majas de traje bordado de lentejuela, esas sombrillas cuyo puño es un estoque de torero, son el genio de España traducido á un francés de folletín... Una tienda de verdaderos productos españoles, en Biarritz no existe: sería quizás un buen negocio, pero el caso es que aquí España aparece ataviada como la *Carmen* de Bizet.

Antes Bayona disputaba á Biarritz el privilegio del contrabando elegante. A Bayona era adonde las señoras iban para elegir el sombrero, el abrigo, el traje, y á gozar las deliciosas emociones del *paso por alto* en la frontera. Recomendaciones de amigos; estratagemas de todo género, de esas que la guerra justifica; habilidades florentinas y audacias españolas, todo se ponía en juego para evitar pagar los derechos de entrada de los trapitos que habían de lucirse en la próxima estación. Las modistas de Bayona, si tenían la suerte de vender mucho, en cambio tenían la desgracia de que antes de que cantase el gallo renegasen de ellas tres veces sus parroquianas: ningún pingo, apenas cruzada la frontera, se vió que fuese de Bayona; el que menos se ufanó con el nombre del difunto Worth ó con la marca de Doucet ó Laferrière. Esta misma supercheria se repite hoy en Biarritz. Así que llega á Madrid, el género biarrés se vuelve parisiense – puro, neto y legítimo, y sube en precio unas tres cuartas partes, – porque hay que decirlo en justicia, las modistas de Biarritz no son careras y trabajan bien – tan bien que facilitan el consabido *timo* de la procedencia parisiense.

Tiene el *paso por alto* el picante atractico de lo prohibido y un saborete dramático, un susto agradable. Es preciso desplegar habilidad suma y valerse de mil tretas para engañar á los *vistas*. Al borde de las faldas flamantes se cose un volante ajado, para demostrar que tocaron el suelo; en los cuellos se colocan golas lacias y encajes sobados y arrugados; á los sombreros se les pasa un agujón para enseñar la picadura; los zapatos se refriegan por la suela contra el piso, y parecen puestos; á guantes y medias se les quita la etiqueta, se enrrollan, y ya pierden las trazas de nuevecitos que tenían. Si un moralista me pregunta qué opino de esto del contrabando, me veré apurada para responder. En primer lugar, el que no contrabandea para lucrarse, para comerciar con el género, está en distinto caso del que quizás realiza, en uno de esos negocios de fraude, beneficios de miles de pesetas. La persona que sale de España, gasta dinero, paga el quebranto del cambio y sobre las mil molestias y perjuicios del viaje, por instinto cree que la menor compensación que lograr puede, es traerse un traje ó un abrigo algo más barato, y entiende que no incurre en pecado mortal al eludir disposiciones tan necesarias, pero tan molestas, como las del régimen prohibitivo aduanero. Algo significa el que gente honradísima, delicada en todas las demás cuestiones, incapaz de quitarle á nadie ni un céntimo ni un millón, no escrupulice en *pasar* sus compras, y no crea gravada su conciencia por trapo arriba ó trapo abajo.

Son en Biarritz las fondas menos caras y mejores que en San Sebastián: su mobiliario y su servicio ofrecen ese aspecto limpio y gracioso peculiarmente francés: más fácil sería encontrar en Biarritz una mosca blanca que un mantel sucio ó que una cara fruncida y poco amable en el personal de hospedería. Será efecto del interés, no lo niego; pero el francés que hospeda, chorrea miel y jarabe. Y así como hay poblaciones donde parece que no existen las personas acomodadas, pues por ninguna parte se las ve, en Biarritz se diría que no hay pobres; las calles están llenas de peripuestas damas y caballeros de trazas adineradas y finas, vestidos de buen paño inglés, con cuellos y corbatas de nívea blancura, y barbas bien cuidadas y relucientes. Las tiendas brillan, atestadas de objetos de precio, joyas, flores raras, guantería, perfumería de esa que seduce sólo por los envases de tallado vidrio y de porcelana exquisita; y á las cuatro la confitería y pastelería de moda deslumbra: parece un salón de Madrid, poblapo de *first class ladies*, y donde las mesitas para e. te, de británica pulcritud, invitan á la conversación confidencial, al íntimo cuchicheo.

¡Ah! Si queréis contrastes, pasad en Biarritz horas como las que yo pasé en compañía de mi buena amiga la condesa de Pinohermoso, dama de tanto entendimiento como alcurnia (y no es poco decir). Saboreamos los goces de la civilización, los mil encantos ino-

centes de un *confort* que á fuerza de delicadeza casi no parece material; pero al fin, recreos son, y complacencias refinadas, el paseo en coche por sitios amenísimos, la escogida mesa, el trato amistoso y cordial, el curioseo de las tiendas ricas y el delicioso refresco en horas de horrible calor, - y extraño fué el contraste entre este Biarritz y la nota melancólica, severa, casi sobrehumana, del *Refuge*.

¿Qué es el *Refuge?* - preguntaréis. - Cuando el coche avanzaba á paso lento por el camino que conduce á Bayona, entre bosques de pinos marítimos - el árbol gemidor de mi tierra gallega, - hubo de sorprenderme una aparición singular. Era una moza, con una vaca que traía sin duda del pasto; pero lo extraordinario consistía en que la zagala vestía hábitos y tocas monjiles, y encima de ellas la resguardaba del sol amplio capacho de paja, el *paillosson* de las aldeanas bearnesas. - ¿Monja ó pastora? - pregunté. - Las dos cosas - me respondieron. - Estas son las obreras laboriosas que trabajan para las abejas reinas; la labor de estas vaqueras de rosario en cinto sostiene á sus hermanas contemplativas, las Cartujas. - ¡Cartujas en Biarritz! - Cartujas, sí, á dos pasos de Biarritz; cartujas con su eterno silencio, sus rigurosas maceraciones y sus hábitos blancos. Ya las veremos.

Y vimos, en efecto, las dos órdenes que constituyen el *Refuge*. Las primeras (creo que llevan el nombre de Siervas de María) hacen todo lo que pueden para ganar el sustento. Cultivan, venden y alquilan plantas de salón; ejecutan equipos de novia; planchan, bordan, cosen; pueblan de pinos los bosques, llevan el ganado al pasto, labran la tierra, recogen arrepentidas y enseñan á leer y escribir á los niños. Habitan un modesto convento con hermosa iglesia y alegre jardín; salen y entran con libertad, tienen el color sano y jovial el rostro, y sonríen cuando se las mira, como para decir que su yugo es ligero, que viven dichosas. Las segundas se han retirado á un lugar más solitario, donde los pinos espesan su sombra y comunican al paisaje solemne tristeza. No quieren ser turbadas en su contemplación del *más allá* y en sus diálogos con lo infinito. Al entrar en el jardín de las Cartujas - jardín que en vez de bancos y estatuas ostenta tumbas que resaltan sobre el césped y que adorna una cruz formada de guijarros, - todos hablamos en voz baja, como si entrásemos en un templo. Las primitivas celdas



EL CONTRAALMIRANTE D. MANUEL DELGADO PAREJO, fallecido en el naufragio del crucero *Sánchez Barcáiztegui*, que ocurrió en la madrugada del 19 de septiembre último a la salida del puerto de la Habana.

son cabañas cubiertas de paja, con suelo de arena, sin más muebles que la dura tarima, una silla, un jarro para el agua y una fuente ó semipalangana para el aseo. Sobre las enlucidas paredes se destaca una gran cruz de madera negra, y estas palabras en francés: *¡Dieu seul!* ¡Dios sólo!

Todo lleva allí el mismo sello de penitencia, de austeridad y de desnudez: en el comedor no hay más adornos que unos calvarios, trabajo hecho en papel por las monjas, y que los cartujos españoles de las Batuecas ejecutaban con corcho; la vajilla es una escudilla de barro y unos cubiertos de palo, todo muy limpio; en esa escudilla la cartuja come una pitanza inverosímil, algo entre cañamones y lentejas, en cantidades que no se miden ni por el apetito ni aun por la necesidad estricta, sino por lo que se puede llamar voto de hambre perenne. Y pálidas, con los ojos bajos, el blanco hábito lleno de polvo, se deslizan las penitentes como fantasmas, procurando que no las veamos y buscando la soledad de algún bosquecillo, el amparo de alguna cabañita de esas que la humedad y las tisis determinadas por ella les ha obligado ya á abandonar, sustituyéndolas por otra morada que apenas se diferencia de la antigua.

Esto sucede á dos ó tres kilómetros de Biarritz. Las noches de fiesta en el Casino, tal vez, si el aire sopla de este lado, pueden las solitarias oir algún acorde de la música, si no lo cubre el rumor de las olas. Ved que con razón hablaba de contrastes. Biarritz es lo que se llama *une ville de plaisir:* ¿quién sospecharía tan cerca á las cartujas, á la última palabra de la mortificación, del desprendimiento de todo lo humano, de la negación de todas las vanidades?

No quiero que se me olvide decir que en el *Refuge* conservan una *Madre de dolor*, ó para hablar en castellano, una *Dolorosa* española, regalo de nuestra renombrada Sor Patrocinio, que pasó allí algún tiempo durante su emigración, á consecuencia de la revolución de Septiembre. Los franceses no saben imprimir carácter tan dramático á las efigies, y todos los santos del *Refuge* parecen de cartón al lado de aquella descolorida y romántica Virgen, de lacerado pecho y fúnebres vestiduras negras.

EMILIA PARDO BAZÁN

NUESTROS GRABADOS

El contraalmirante D. Manuel Delgado Parejo. - La prensa diaria ha explicado con todos sus detalles la catástrofe del crucero *Sánchez Barcáiztegui* ocurrida en la madrugada del 19 de septiembre último á la salida del puerto de la Habana, por lo que nos abstendremos de reproducir los pormenores de aquel desgraciado suceso, en el que hallaron su muerte tantos bravos marinos, entre ellos el contraalmirante Sr. Delgado Parejo, cuyo retrato publicamos.

D. Manuel Delgado Parejo nació en 27 de julio de 1828, en Puente Genil, ingresando en el servicio de la armada como guardia marina en 29 de enero de 1844. Navegó en la fragata *Reina María Cristina*, en el navío *Soberano*, en los vapores *Congreso*, *Bazán* y otros hasta su ascenso al empleo de alférez



LAS RECIENTES MATANZAS DE CRISTIANOS EN CHINA. - Tumbas de los misioneros asociados cerca de Foochow



UNA HUELGA. (C



de Luis Bokelmann

de navío en 1850. En 1857 fué promovido á teniente de navío, en 1868 á capitán de fragata, en 1872 á capitán de navío de segunda, en 1882 á capitán de navío de primera y en 1891 á contraalmirante. De oficial y jefe navegó mucho: entre sus mandos citaremos el de la fragata *Gerona* en la anterior guerra de Cuba y el de mayor general de la Escuadra de Instrucción; entre los cargos que tuvo en tierra mencionaremos los de comandante de Marina de la Habana, secretario del Consejo de Gobierno de la Marina, consejero del Supremo de Guerra y Marina, vocal de la Junta Codificadora de la Armada y subsecretario del ministerio de Marina. A poco de estallar la actual insurrección, el gobierno, teniendo en cuenta los merecimientos del Sr. Delgado Parejo y recordando los grandes servicios por él prestados durante la guerra anterior, confióle el mando del apostadero de las Antillas, de capitalísima importancia en las presentes circunstancias.

El infortunado marino dió en los momentos de la catástrofe pruebas de una serenidad y valor heroicos: atento á la salvación de los demás antes que á la suya propia, cuando le exhortaban á que se embarcase en uno de los botes pronunció con gran tranquilidad estas hermosas palabras: «No apurarse. No hay prisa. Soy uno de tantos.»

Recogido su cadáver, su entierro en la Habana fué una manifestación de duelo solemne.

Adolfo de Bardeleben. – Repentinamente falleció el día 24 de septiembre último en Berlín Adolfo Bardeleben, catedrático de Cirugía en la Universidad de Federico Guillermo y en la Escuela de Sanidad Militar, director de la clínica quirúrgica del hospital de la Charité, médico general *à la suite* del Cuerpo de Sanidad y miembro del Consejo Supremo de Medicina de Prusia. La sola enunciación de estos cargos que al morir desempeñaba, demuestra cuán preeminente era en la esfera de las ciencias médicas la posición de ese cirujano ilustre, conocido y admirado por todos los médicos del mundo.

Adolfo Bardeleben nació en 1819 en Francfort del Oder: á los 18 años comenzó sus estudios universitarios en Berlín y en Heidelberg, recibiendo las sabias lecciones, entre otros, del famoso ginecólogo Naegele y del no menos célebre fisiólogo Bischoff: en 1843 fué nombrado *privatdocent* de anatomía y fisiología en la Universidad de Giessen; mas no satisfaciéndole lo que podemos llamar medicina teórica, dedicóse á la cirugía bajo la dirección de Wernher, y tales fueron los méritos contraídos por él en esta especialidad que en 1848 se le confió una cátedra extraordinaria. En el mismo año fué nombrado Bardeleben catedrático numerario y director de la clínica quirúrgica de Greifswald. Los triunfos obtenidos en sus operaciones sirviéronle de estímulo para reformar la enseñanza clínica universitaria. En 1868 pasó á la Universidad de Berlín, en donde se encargó, además, de la clínica quirúrgica del hospital de la Charité, especie de escuela práctica para los médicos militares, á cuya enseñanza consagróse con predilección desde entonces. Su puesto en la Charité hizo que Bardeleben ejerciera gran influencia en el desenvolvimiento del sistema médico militar de Prusia, habiendo sido consejero permanente de la sección de Sanidad del ministerio de la Guerra prusiano y habiendo tomado parte como médico general consultivo en campaña en las guerras de 1866 y en la franco-alemana.

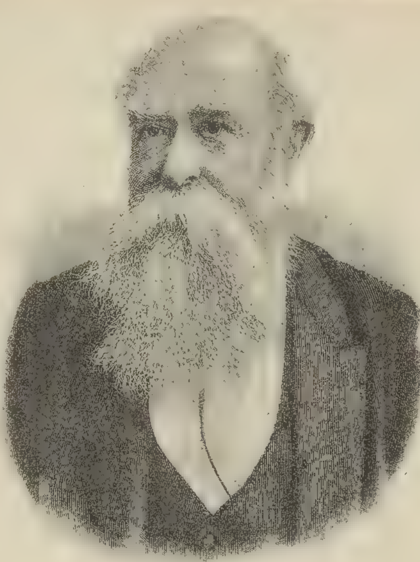
Bardeleben escribió un notable *Tratado de Cirugía* y fué quien introdujo en Alemania el tratamiento antiséptico de Lister para la curación de las heridas. Con ocasión de su jubileo de doctor, es decir, del quincuagésimo aniversario de su investidura, recibió en 1891 un título nobiliario.

Luis Pasteur. – En el número 709 de La Ilustración Artística nos ocupamos extensamente del ilustre químico y microbiólogo francés cuya muerte llora la humanidad entera, que con él ha perdido á uno de sus más grandes bienhechores. No hemos, pues, de encarecer nuevamente sus méritos ni de ensalzar otra vez su gigantesca obra: por esto al reproducir hoy el retrato de Pasteur nos limitamos á copiar un párrafo de un precioso artículo necrológico publicado por el doctor Pulido en



Luis Pasteur, fallecido en 28 de septiembre último

El Liberal, de Madrid, en el cual se sintetizan de una manera gráfica y elocuente el poder y la valía de la doctrina fundada por aquel sabio cuyo nombre llenará una de las más gloriosas páginas de los anales de la ciencia. «No recuerda la historia – dijo el doctor Pulido – ejemplo de otra doctrina que, siendo tan fecunda en resultados, se haya difundido tan pronto y con tanto imperio haya ido absorbiendo todas las instituciones fundamentales de la medicina. A manera de lo que sucede en esos poemas sinfónicos, cuando, durante el desarrollo de la composición deja oir con tímida voz cualquier instrumento un precioso motivo musical, y éste, por la magia de su dulce canto, parece que va fascinando á los demás instrumentos y metiéndoles en la tema suya hasta que, dueño absoluto de la masa orquestral la esclaviza y arrastra á un concertante magnífico de estruendosas sonoridades, producidas por el canto supremo de todas las voces, como arrebatadas de un sublime frenesí, así también la física, la química, la anatomía, la fisiología, la patología en todas sus ramificaciones, la terapéutica y la higiene acudieron á la mágica evocación de esta panspermia y crearon juntas un nuevo aspecto, un mundo maravilloso en el grandioso poema de la ciencia.»



El eminente cirujano alemán Adolfo de Bardeleben fallecido en 24 de septiembre último

Las recientes matanzas de cristianos en China. Tumbas de los misioneros asesinados cerca de Foochow. – En el número 714 de La Ilustración Artística nos ocupamos detalladamente de los graves desórdenes ocurridos en el Celeste Imperio que dieron por resultado el asesinato del misionero Stewart, de su esposa y de sus hijos y de otros individuos de la misión hasta el número de doce: en el presente número reproducimos las tumbas de algunas de las víctimas cuyos cadáveres pudieron ser recogidos por sus compatriotas.

Una huelga, cuadro de Luis Bokelmann. – El distinguido pintor de costumbres alemán nos presenta la escena de una huelga de una manera completamente distinta de lo que solemos ver en cuadros de índole análoga. No se trata de obreros amotinados, sino de trabajadores que en el mismo taller discuten con el patrono para mejorar su situación y obtener concesiones que pongan término al conflicto. Pero no es esta la única nota original de la obra que nos ocupa, y para convencerse de ello bastará observar que el interés principal del lienzo no está en el grupo de los huelguistas que se distinguen en el fondo, sino en las esposas é hijos de aquéllos, que situados en primer término esperan ansiosamente el resultado de las negociaciones. Estas figuras son las que atraen preferentemente la atención del espectador, el cual adivina por la expresión de sus rostros y por sus actitudes la trascendencia del problema planteado, que el artista ha expuesto con sobriedad admirable, huyendo de efectismos y hablando directamente al corazón.

El conde Casimiro Badeni. – El actual presidente del Consejo de Ministros austriaco es oriundo de Galizia, en donde nació en 14 de octubre de 1846, é hijo de una familia de origen italiano. Después de haber terminado sus estudios jurídicos y administrativos, entró al servicio del Estado, que abandonó en 1870 para dedicarse á la administración de sus cuantiosos bienes. En 1888 fué nombrado gobernador de Galizia, conquistándose en este puesto la confianza del emperador por su habilidad en atraerse á los polacos austriacos, uno de los más importantes factores de la política interior de la Eisleitania, y en atender á la vez á los intereses polacos y á los de Austria. A la caída del conde Taaffe ya debió haberse encargado de la formación de ministerio; mas como la provisión del gobierno de Galizia ofrecía grandes dificultades, no quiso abandonar aquel puesto; pero ahora, desaparecido el ministerio de negocios que sustituyó al de coalición, hase hecho poco menos que imprescindible su presencia al frente del gobierno. El ministerio por él formado no es parlamentario, porque en el Parlamento austriaco no hay actualmente una mayoría bastante fuerte para imponer sus candidatos, así es que el nuevo Gabinete es obra exclusiva del conde Badeni, el cual invoca la ayuda de todos los partidos sin pactar compromisos ni transacciones con ninguno de ellos, y se propone reformar en sentido amplio la ley electoral y el sistema tributario. Para realizar su programa cuenta el conde Badeni, además de la completa confianza de la corona, con el apoyo de los polacos y de los conservadores templados, así como con el voto de las izquierdas en todas aquellas cuestiones que no perjudiquen los intereses cuya defensa constituye la condición esencial de su existencia.

MISCELANEA

Bellas artes. – París. – En la galería del conocido coleccionista japonés Bing se ha inaugurado en 1.º de octubre con el nombre de *El arte nuevo* una exposición especial, en la cual figuran cuadros, estatuas, dibujos, grabados, trabajos artístico-industriales y decorativos de toda clase que no llevan en sí el sello individual de una manifestación artística personal.

Halle. – En el castillo de Sodersleben ha sido encontrado recientemente y en buen estado de conservación un cuadro del famoso pintor alemán Miguel Wolgemuth, que floreció á fines del siglo XV y principios del XVI en Nuremberga, en donde estableció su famoso taller, que tanta influencia ejerció en la pintura alemana. El cuadro recientemente descubierto, de asunto religioso como la mayoría de los pintados por su autor, representa á Jesús crucificado y rodeado de las Santas Mujeres, de sacerdotes y guerreros.

Kassel. – El pintor Knackfuss, de Kassel, ha ejecutado por encargo del emperador de Alemania un dibujo con varias figuras alegóricas, una excitación á todos los pueblos de Europa para que se defiendan contra los peligros que amenazan á la civilización moderna. Este dibujo será reproducido por medio del fotograbado y repartido profusamente para su venta en todas las tiendas de objetos de arte, librerías, y demás establecimientos análogos, para que tenga la mayor circulación posible.

Colonia. – En el salón Schulte se hallan expuestas actualmente las obras del famoso pintor alemán Piglheim, que á raíz de la muerte de este artista se expusieron en la Galería nacional de Berlín.

Amsterdam. – Recientemente se ha inaugurado en Amsterdam el Museo Suasso, perteneciente á la ciudad. El nombre de este museo es el de su fundadora, que legó todos sus bienes y sus colecciones al municipio de Amsterdam. El edificio construído es magnífico, y en su piso superior hay diez y siete salas destinadas á la exposición que allí se celebra cada tres años. Además del donativo de la señora Suasso, el Museo ha recibido otras de gran importancia.

Teatros. – En el teatro Nuevo de Leipzig se ha cantado con mucho aplauso una ópera de Jeno Hubay, titulada *El violinista de Cremona*, cuyo libreto está tomado de la bellísima y conocida comedia del mismo nombre, original del ilustre poeta francés Francisco Coppée.

– El editor musical y empresario milanés Sonzogno ha comenzado en el teatro Unter den Linden de Berlín las representaciones de su Teatro Lírico Internacional: la obra inaugural fué la ópera naturalista en tres actos de Spiro Samaro, *La mártir*, que tuvo escaso éxito.

– La temporada de ópera en Covent Garden de Londres comenzará el día 12 de este mes, y durante la misma se cantarán las siguientes óperas de Wagner: *El holandés volante*, *Tanhauser*, *Lohengrin*, *Las Walkirias* y *Tristán é Isolda*.



El conde Casimiro Badeni, nuevo presidente del Consejo de Ministros de Austria

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Les Tenailles*, drama en tres actos y en prosa del celebrado novelista Pablo Hervieu, obra profundamente pensada y admirablemente escrita, en que se estudia un problema trascendental relacionado con el matrimonio; y en el Odeón *La Vie*, comedia en tres actos y en prosa de A. Thalasso, y *Les trois saisons*, comedia en tres actos y en verso de Enrique Bernard.

Madrid. – En el teatro de la Comedia ha inaugurado la temporada la notable compañía á cuyo frente figuran Emilio Mario y María Tubau y de la que forman parte actores tan aplaudidos como Thuiller, Balaguer, Amato y Manso. En la Zarzuela han comenzado las representaciones de zarzuela del llamado género chico por la compañía que dirige Ramón Rosell y Julián Romea.

Barcelona. – En el teatro Principal ha dado una segunda serie de conciertos la célebre Capilla nacional rusa que dirige el maestro Slavianski d' Agreneff, con mayor éxito, si cabe, que el que obtuvo en el Lírico últimamente. En el teatro de Novedades ha empezado sus representaciones la compañía dirigida por el Sr. Tutau y de la que forma parte, entre otros valiosos elementos, la señora Mena, habiendo puesto en escena con gran aplauso el drama de Echegaray *Mancha que limpia.* En el teatro Romea se ha estrenado con buen éxito una bonita comedia en tres actos, *Bojerías de la sort*, hábilmente arreglada á la escena catalana por D. Ernesto Soler de las Casas. En el Tívoli continúan los mismos éxitos de la ópera de Bretón *La Dolores*.



ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

I

– ¿De modo que persistes en tu empeño de que parta solo?, preguntó el padre, mirando á su mujer con descontento.

La niña que tenía entre sus rodillas, le miró sonriéndole amorosamente; las manos de su padre se perdieron entre la mata de su pelo castaño y suavísimo, y volvió la mirada hacia la joven entristecida, que, lentamente y con expresión de abatimiento, ocupábase en colocar en una maleta la ropa de su marido.

– Dime, María, ¿estás decidida á quedarte en París y venir mañana á encontrarme, ó prefieres hacer sola, con la niña, el viaje al Havre?

La esposa se levantó penosamente y miró á su marido con semblante descorazonado.

– No puedo más, Monfort, dijo con voz oprimida. Desde que hemos abandonado nuestra querida y vieja casa no he tenido siquiera tiempo para sentarme. Pasar una noche más en el ferrocarril me asusta. Deja, pues, que descanse aquí y mañana saldremos juntos.

– ¿Y es eso posible, por ventura?, exclamó el marido recorriendo á grandes pasos el cuarto de la fonda que ocupaban. No es tan fácil como te parece marchar á América sin conocer el buque en que se va á partir y el camarote que á uno le han destinado.

– Pero ya tenemos señalados los camarotes, dijo María cerrando la maleta.

– Sí, ¿pero sabemos siquiera si son buenos? Y luego, recuerda que es preciso que compre una porción de objetos que aquí me sería difícil encontrar, pues son á cual más diversos... Allí están acostumbrados a equipar á los emigrantes.

Después de pronunciar estas palabras, calló de repente porque sintió entre sus manos la cabeza de la niña. Esta, que conocía ya que no era prudente hablar cuando sus padres discutían y que debía dejar pasar la tempestad, para calmarlos hacía de vez en cuando una caricia al que veía más exaltado, que en aquel momento era su padre. Este se inclinó hacia ella y la besó maquinalmente.

– Dime la verdad, María, continuó con vehemencia; confiesa que estás cansada de mí y de la vida que llevas y de todo ..

– Sí, cansada de veras; pero no de ti, Simón. Nos queríamos mucho cuando nos casamos y te quiero mucho, á pesar...

El marido la interrumpió con un gesto colérico.

– ¡A pesar de mis faltas, de mis locuras; á pesar de mi incuria, que ha hecho que derrochara el dinero de tu dote, las economías de mi padre y la herencia del tuyo, todo, en una palabra! Ya sé tu resignación y tengo también presentes tus reproches...

María apartó de él la vista con semblante apenado

Simón, con un esfuerzo, detuvo bruscamente el torrente de palabras amargas que iba á soltar, y continuó pausadamente:

– He sido desgraciado; he puesto mi confianza en miserables, me he dejado engañar por pilletes, convengo en ello... Pero ya que esto ha sucedido, María, ya que vamos á América, donde dicen que los hombres inteligentes rehacen su fortuna, ya que todo lo hemos vendido y nada nos queda, desecha esa tristeza que hace de ti algo como la estatua del remordimiento. Yo también tengo necesidad de valor, te lo juro. Y he de tenerlo por dos, puesto que tú no tienes.

Viendo ella que se había sentado en una silla con gesto descorazonado, se acercó á él y le puso las manos sobre los hombros.

– Sí, te quiero, Simón, dijo; sé que eres valiente y honrado; pero cuando han vendido allí en pública subasta nuestros muebles, me ha parecido que algo se rompía aquí...

Y apoyó la mano sobre su corazón lacerado. Su marido la miró con más atención.

– Estoy cansada, cansada del todo, continuó, reprimiendo con trabajo el torrente de lágrimas que asomaba á sus ojos. En ciertos momentos me parece que el corazón se para y que me ahogo... Un poco de reposo por piedad..., una sola noche en la cama y mañana por la mañana me embarco en el primer tren y ya estoy contigo... Te lo suplico.

Simón vaciló.

– No me gusta dejarte aquí, en ese París inmenso que no conocemos, sola con la niña.

– ¿Qué quieres que me suceda?, dijo ella.

Simón se calló no sabiendo qué contestar.

– ¡Ah!, repuso á los pocos momentos; si no tuviera necesidad de ver mañana por la mañana á ese hombre que me ha prometido un empleo, me quedaría aquí con vosotras... Pero sólo se le puede ver antes de las once, y pasado mañana á las once estaremos lejos ya, pues el buque sale á las tres de la madrugada.

Vaciló un momento y dijo al cabo:

– ¡Vaya, me voy! ¿Tienes dinero?

– Cincuenta francos, contestó María.

– Son bastantes. No hemos gastado nada aquí; los pobres vivimos con poco.

Ató con una cuerda la maleta y la echó sobre el hombro con un movimiento triste é irritado á la vez.

– ¿Venís á la estación?, dijo, dirigiéndose hacia la puerta.

Su esposa le siguió dando la mano á la niña. Caminaban lentamente por entre la muchedumbre bulliciosa y atareada formada por los que en aquella hora salen de los talleres.

Daban las seis en la estación de San Lázaro cuando llegaron al vestíbulo.

– Aprisa, dijo Monfort, porque va á salir el tren. Guárdame la maleta mientras tomo el billete.

La mujer y la niña quedaron de pie junto á aquel equipaje raquítico: con el corazón oprimido, con la mirada asustada, contemplaban aquel vaivén que precede á la salida de los trenes; el ruido las ensordecía, la muchedumbre las codeaba; sentíanse confusas y asustadas. Monfort volvió al poco rato.

– Esperadme aquí, dijo.

Se alejó corriendo, con la maleta al hombro, y al volver, dijo sofocado:

– Ya era tiempo; por poco me quedo. ¡Adiós! ¡Hasta mañana! Os esperaré en la estación á las dos.

María le besó con una ternura que le dejó sorprendido; desde hacía mucho tiempo que no había visto tanta aflicción en los ojos de aquella mujer desolada.

– Siento no haber partido, dijo María precipitadamente. ¿Hay tiempo todavía?

– ¡No, pardiez!, exclamó Monfort. ¿Olvidas que tenemos el equipaje en la fonda? Bien hubieras podido decidirte más pronto.

Levantó á la niña y la besó apasionadamente. Abrazó otra vez á su mujer y se lanzó corriendo hacia la escalera que conduce á la sala de espera.

Apenas había pasado un minuto cuando sonó un silbido estridente. María estrechó en la suya la manecita de su hija y se alejó con tristeza.

– Se me figuraba que no llegaría á tiempo al tren, dijo á media voz.

– ¡Tengo hambre, mamá!, exclamó la niña.

La joven entró en una taberna y se hizo servir una frugal comida. Bien pronto la molestó la pesada atmósfera que había en la trastienda, y salió poniéndose otra vez en marcha á través de las calles, en tanto que la niña roía la última corteza de pan.

II

A medida que avanzaban, las calles estaban menos concurridas y el crepúsculo gris de una tarde de otoño empezaba á obscurecerla. Siguiendo siempre la dirección de la modesta fonda en que se habían apeado, María advirtió una plaza y en ella un jardín rodeado de una verja y cuajado de flores. Una bandada de alegres niños jugueteaban en su recinto lanzando exclamaciones de contento, y sobre sus cabezas revoloteaban las golondrinas ensordeciendo el aire con sus chillidos. Obedeciendo á la presión de la manecita que estrechaba la suya, María entró en el jardín. Era el *square* Montholon.

– ¡Oh, mamá, qué flores tan hermosas!, dijo la chiquilla.

En el jardín había un banco desocupado junto á un grupo de arbustos que le servían de dosel. María se sentó y dijo á la niña:

– Juega si quieres, hija mía.

La pequeñuela saltó del banco y empezó á revolver la arena con las manos, formando montoncitos. Se conocía que no era muy diestra en el oficio, porque miraba con curiosidad á dos niñas que, algo más lejos, se dedicaban á la misma operación y que en un momento hacían y deshacían los montones.

– ¿Quieres jugar con nosotras?, dijo la mayor, dirigiéndose á ella, con esa decisión que caracteriza á los niños de las ciudades.

La niña no pedía otra cosa. Volvió instintivamente la mirada hacia su madre para pedirle permiso; pero viendo que miraba hacia otro lado, se alejó algunos pasos con sus nuevas compañeras.

El ruido de los carruajes disminuía, los ómnibus sólo pasaban de tarde en tarde y el empleado de los tranvías no cantaba con su voz enronquecida los números de quienes tocaba el turno de salida

París comía, y en tanto el tren ómnibus alejaba sin mucha prisa, pero continuamente, á Simón Monfort de la aldea natal y de su familia, representada únicamente por aquella mujer y aquella niña.

María pensaba en su esposo y su imaginación recorría el largo curso de los días pasados. Sus manos cayeron inertes á lo largo de su falda obscura y triste como aquel ser que abrigaba, y en tanto que su cabeza se inclinaba suavemente sobre su pecho, saboreó después de tantas fatigas y angustias el placer del descanso, siquiera momentáneo.

Hay seres para quienes parece que la naturaleza haya sido madrastra. Niños, no han sentido sobre su rostro las caricias; adolescentes, la vida no tuvo para ellos sonrisas; jóvenes, no conocieron el bullicio y la alegría.

María había quedado huérfana muy joven, pero no lo bastante para que la conmiseración de sus deudos y vecinos la protegiera. Había vivido siempre con su padre, hombre testarudo y silencioso, á quien ni alegraba el ruido de los juegos ni gustaba de ver lágrimas. Cuando joven no tuvo amigas, pues las que lo hubiesen sido las alejaba de ella el carácter reconcentrado de su padre.

Simón Monfort pidió un día su mano. ¿Por qué? Ni ella lo sabía, ni quizá tampoco él. Quizá porque con su carácter austero no le asustaba el del futuro suegro y recíprocamente.

Entonces fué únicamente cuando María comprendió por un momento las dichas que guarda la existencia; mas bien pronto los deberes del matrimonio volvieron á lanzarla en el seno de su eterna tristeza. Monfort, desconfiado por carácter, era confiado por su fuerza de voluntad, y lo que debió servirle para evitar el riesgo le echó de lleno en el peligro. Emprendió especulaciones desgraciadas en las cuales perdía el dinero en tanto que sus amigos se enriquecían, y arrastrado por el ansia del desquite acometió otras no más dichosas, y al cabo llegó un día en que su ruina fué completa.

Era un hombre resuelto; su educación, muy extensa, pero poco cuidada y mal dirigida – como que desde los diez y ocho años fué dueño de su fortuna, – le daba aptitud para cualquier empresa, si la voluntad no le faltaba. Se decidió á marchar á América, seguro de que hallaría allí un empleo, no sabía cuál, á sus facultades hasta entonces inactivas.

Anunció su resolución á su esposa, para la cual fué aquella la más penosa de todas sus pruebas. Su padre había muerto á poco de su matrimonio, y nada parecía que debiera ligarla al suelo de la patria; pero precisamente esa falta misma de todo lazo y de toda afección le hacía más caro el lugar donde naciera y sentía honda tristeza al abandonarlo. Hizo alguna objeción, que fué refutada, y se resignó al cabo, no pudiendo pasar por otro camino.

Una niña había nacido de este matrimonio desgraciado, una hermosa chiquilla que tenía entonces tres años y medio y que era la luz y la alegría de la casa paterna. ¿A qué causa se debía que aquellos dos seres tristes y silenciosos hubiesen engendrado aquella gentil muchacha, cuya perlada risa despertaba los ecos alegres de la casa, que repercutían sus carcajadas, tal y como repiten siempre con amor los cantos de los pájaros? Misterios de la vida.

María arregló para Marcelita un abrigo de viaje con un capuchón y se dispuso á partir.

Habían llegado á París por la mañana después de una larga jornada y de una noche entera pasadas en el ferrocarril. Al saltar del vagón el aire frío de la madrugada azotó el rostro de la joven, que durante todo el día no se pudo reponer de aquel escalofrío doloroso.

Cuando pidió á su marido una noche de reposo, es que, por encima de todas las impresiones, de todos los deberes que sentía pesar sobre ella, comprendía la necesidad de un sueño reparador. Sentada en aquel *square*, donde se perdía poco á poco el ruido de las calles en las obscuridades de la noche, sentía un bienestar indecible. Un entumecimiento que ganaba poco á poco su cuerpo le impedía todo movimiento.

Dos distintas veces pensó que era ya tarde y que era preciso volver á la fonda, pues el tren salía muy temprano al día siguiente; pero tanto le placía aquel reposo, que se quedó un momento más. La voz de Marcela llegaba de cuando en cuando á sus oídos con el ruido argentino de su charla alegre, en tanto que la visión de lo pasado volvía á aparecer ante su mente.

No dudó de que su marido la amaba, y de que si bien tenía un carácter taciturno era debido en parte á que ella también era poco comunicativa. Y en prueba de ello recordaba que muchos de sus pesares habían llegado por esa mala costumbre de reservar sus pensamientos. Corrigiéndose de ese defecto buscaría en él un confidente y hallaría alguien que la consolara.

Más de una vez su marido le había dicho: «Estás cansada de mí.»

No era verdad, sin embargo, pues jamás había pensado en separarse de él. Por lo contrario, considerándolo bien, cada vez que había pensado en una separación le aparecía esta idea como una de las mayores desdichas.

Comprendió entonces que para que aquel hombre taciturno, pero justo y bueno en el fondo, la hubiese creído cansada de él, debía haber cometido alguna falta, alguna imprudencia sin saberlo. Era joven aún; á veintiséis años queda todavía una larga carrera que recorrer; podía aún reparar sus faltas.

Recordando que su marido en aquel momento caminaba hacia el Havre, triste y solo porque ella se había negado á seguirle, sintió su alma presa de un sentimiento de ternura y piedad hacia él. Le pesó entonces su negativa y pensó que el cuarto de la fonda le iba á parecer desolado y triste. Extrañóse de que antes no hubiera pensado en ello. Quizá quedaba todavía tren que partiera para el Havre aquella noche. Tal vez fuera posible salir en seguida. Aquellos momentos de reposo habían devuelto á su cuerpo la elasticidad y ligereza de la juventud; tenía deseos de levantarse y correr...

Una luz vivísima hirió sus ojos. Era que habían encendido un reverbero enfrente de ella Parpadeó dos ó tres veces y quiso levantarse, pero sus piernas continuaban entumecidas. Quería mover el tronco y sentía deseos de hender el aire con sus brazos como si fueran alas; pero sentíase retenida por extraña fuerza al inflexible suelo.

– ¡Pobre Simón!, pensó. Pero al fin y al cabo no queda mucho tiempo de aquí á las dos de la madrugada. Suponiendo que hubiese podido marchar ahora, tampoco sabría dónde encontrarle. Siento, sin embargo, que debí haberle besado con más cariño, pues me parece que no le he dado un adiós bastante tierno... ¿Quién sería el que me dijo cuando pequeña que al separarse era preciso siempre despedirse como cuando se da un adiós eterno? No lo sé..., pero el caso es que quisiera estar con él... Marcela...

Esta jugueteaba en el jardín con sus nuevas amigas, que se habían juntado con otras muchas niñas.

El grupo infantil se deshacía y se rehacía lanzando alegres gritos, hasta que sin aliento ya, se paró en el centro para charlar un rato. Al contrario de los hombres, los niños juegan primeramente y tratan luego de conocerse.

– ¿Dónde vives?, preguntó á Marcela Luisa, que era la más talluda y mandaba entre ellas, gracias á la autoridad que le daban sus once años y á lo alta que era.

– Allí abajo, contestó la niña, al final del ferrocarril.

Todas las chiquillas se echaron á reir.

– Esto no es contestación, dijo una.

– Déjala, tonta, no ves que es pequeña y que no sabe lo que se dice, interrumpió la mayor. En París, ¿verdad, pequeña?

– En París, no, contestó Marcela. Allá abajo.

Y extendió su mano al azar.

– ¿En qué se ocupa tu papá?, preguntó una niña.

– En nada.

– ¿Y tu mamá?

– En nada.

– Serán rentistas, dijo Luisa, moviendo la cabeza con aire de inteligencia. ¿Son comerciantes? Porque nosotras lo somos, hija.

– ¿Dónde?, preguntó Marcela que no comprendía.

Luisa indicó con la mano una tiendecilla de herbolario que se veía en la fila de casas que rodeaban el *square*.

– Ahí, dijo. Vamos á retirarnos pronto. ¿Dónde está tu madre?

– Allí, durmiendo en aquel banco, contestó por Marcela otra pequeñita.

– ¿Volverás mañana?, preguntó Luisa.

– No lo sé.

– Vaya, ¿no ves que es demasiado pequeña para jugar con nosotras? Déjala, exclamó una de las mayores.

– Es preciso querer á los pequeños, dijo Luisa con tono grave. Es muy mona y bien educada, y además debe aburrirse. ¿Cómo te llamas?

– Marcela.

– ¿Marcela qué?

La pequeñuela quedó perpleja. El nombre de su padre no había dejado rastro en su memoria. Viviendo en provincia, su madre no había tenido el cuidado que tienen los parisienses de hacer aprender á sus hijos su nombre y domicilio, pues en provincia cuando los niños se pierden, como todo el mundo les conoce, pronto se encuentran, sin necesidad de que sepan su nombre.

– No sé, dijo Marcela al cabo, después de pensar un rato.

– Es preciso que digas á tu madre que te lo enseñe, observó Luisa, pues si te perdieras no sería posible encontrarte.

En eso se acercaba el guarda del paseo blandiendo su nudoso bastón.

– ¿Qué estáis haciendo ahí, muchachas? Largaos pronto ú os encierro en el jardín.

– Aún no es hora, señor guarda, exclamaron todas á coro.

– ¡Ea, largarse!, continuó el buen hombre. Mejor estaríais en la cama que aquí.

Luisa había tomado la mano de Marcela para con

ducirla junto á su madre. El guarda les siguió continuando su ronda.

–Señora, dijo Luisa cortésmente. He aquí á vuestra hija.

María no se movió. Con la cabeza apoyada sobre el pecho parecía dormir.

–Mamá, dijo Marcela tirándole de la falda.

No contestó.

–¡Mamá, mamá!, gritó la pequeña.

Luisa retrocedió dos pasos y miró á la joven con una atención mezclada de terror.

–Duerme, dijo al guarda que se acercaba.

–Pues no es bueno dormir así al fresco. ¡Señora!

María continuaba inmóvil. Marcela subió sobre sus rodillas y se echó atrás, lanzando un grito agudo. Con el esfuerzo de sus manecitas el cuerpo de su madre cedía, amenazando caer sobre ella. El guarda la sostuvo y la volvió á la posición que tenía anteriormente.

–¡Está muerta!, gritó Luisa.

–¡Quieres callarte!, refunfuñó el guarda. Quédate ahí y no dejes salir á la niña.

Y se dirigió á grandes pasos hacia la calle de Lafayette, volviendo al cabo de poco rato acompañado de dos polizontes. La multitud, prevenida por aquel vago rumor que anuncia las catástrofes, se agolpaba alrededor de las niñas. Un médico se acercó y puso la mano en las sienes ya heladas de María.

–Está muerta, dijo.

III

Sordo murmullo recorrió la multitud como conmovida por una corriente eléctrica. Cuando la muerte se cierne sobre nosotros, tan cerca que nos toca con su sudario, aun cuando aquel á quien hiere nos sea indiferente, sentimos por él piedad inmensa y se convierte para nosotros en un objeto sagrado. Cada cual se acuerda de aquellos á quienes ama, piensa en la inutilidad de la propia existencia y convierte hacia la víctima su piadosa conmiseración. María era una desconocida para todos, y todos sin embargo se sintieron conmovidos al ver cómo caían sus brazos á lo largo de su cuerpo al levantarla para ponerla en la litera de la casa de socorro.

–¡La niña!, gritó una voz entre la multitud.

–¡Llevaos la niña!, exclamó bruscamente el guarda del paseo.

Jamás lo hubiera pensado; pero la verdad era que la desesperación de Marcela, que lloraba amargamente porque su madre no quería contestarle, le enronquecía la voz y le hacía hablar con tono brusco á fin de que los otros no advirtieran su emoción.

–¡Pobrecilla!, dijeron los curiosos que se apartaron para dejar paso al fúnebre cortejo.

Una mujer se adelantó y le tomó la mano.

–Yo te acompaño, dijo una voz infantil al oído de Marcela.

Esta miró á quien pertenecía la voz, y una sonrisa iluminó su rostro cuando vió el de su buena amiga tan cerca del suyo. Dando una mano á Luisa y otra á la buena mujer que se había encargado de acompañarla, se dejó arrastrar esforzando el compás de sus piernecitas para seguir las largas zancadas que daban ante ella los que llevaban el cuerpo de su madre.

Al cabo llegaron á una sala de techo bajo, donde se respiraba una atmósfera pestilente. Dos lámparas sucias ahumaban más que alumbraban la estancia. Se llevaron á Marcela hacia un balcón, en tanto que registraban los bolsillos de la difunta para ver si hallaban en ellos un documento que diera algún indicio respecto á su persona. Pero no aparecieron ni indicio ni documento.

María sólo llevaba encima una pequeña cantidad en metálico en un portamonedas. La ropa blanca estaba marcada con las letras M. P., siguiendo el uso de algunas provincias en que las mujeres casadas continúan marcando su ropa con su nombre de solteras. Pero no se encontró un solo documento, pues Monfort los guardaba en su cartera; ni siquiera se halló la dirección de la fonda en que se albergaba.

La palabra temerosa, «la Morgue,» fué pronunciada. La mujer que acompañaba á Marcela se estremeció.



¡Pobrecilla!, dijeron los curiosos que se apartaban para dejar paso al fúnebre cortejo

–¡Pobre mujer!, murmuró.

–Preguntad á la niña, dijo una voz.

Pero Marcela no sabía nada, exceptuando su nombre. Sólo pudo decir que habían ido á la estación del ferrocarril con su madre antes de comer para acompañar á su padre que marchaba; pero nadie adivinó que aquel ferrocarril fuera el del Havre, pues la niña, en su ignorancia, dió explicaciones que hicieron creer que era el del Este.

–¿Y qué va á ser de la niña?, preguntó una voz compasiva.

–¿Hay alguien que quiera encargarse de ella provisionalmente?, preguntó el comisario.

A pesar de la costumbre que tenía de ver tales acontecimientos, le parecía muy cruel enviar al cuartelillo á la pequeñuela.

–Yo, caballero, dijo la mujer que la había acompañado.

Pero antes que hubiese llegado junto al comisario, un cuerpo ágil y pequeño se había destacado ante la barandilla, y una voz infantil exclamó:

–Yo, señor.

La multitud, tan pronta á la risa como al llanto, se sonrió al ver aquella aparición.

–¿Quién, tú?, dijo el comisario inclinándose para ver de dónde partía aquella proposición.

–Yo, caballero, me llamo Luisa Favrot y vivo en la calle Baudin; mi madre es la herbolaria de la plaza Montholon.

Redoblaron las risas mezcladas con aplausos.

–¿Es esto una broma?, interrumpió el comisario frunciendo el poblado entrecejo.

–Perdonad, señor, no es ninguna broma, replicó Luisa con tono indignado. Mi madre es muy cariñosa y quiere mucho á los niños; hace seis meses se me murió una hermanita y estoy segura de que se encargaría de buena gana de esta niña.

El auditorio no reía ya; se cruzaban miradas enternecidas.

–Y vos, ¿quién sois?, dijo el comisario dirigiéndose á la mujer que había hablado primero.

–Yo, caballero, soy una planchadora que tengo taller en mi casa; soy viuda y sin hijos y ofrezco encargarme de la pequeñuela; pero si la madre de Luisa quiere tomarla, estará mejor en su casa que en la mía. La conozco; es una excelente señora.

–Id á buscarla, dijo el comisario á un agente.

La señora Favrot llegó al poco rato, extrañada de encontrar á su hija en el cuartelillo. Sabía ya la desgracia ocurrida y en dos palabras estuvo al corriente de la proposición de su hija. Conmovida por ella, se inclinó sobre Marcela, que, cansada por lo que había llorado, acababa de dormirse en los brazos de la planchadora.

–¡Pobre angelito!, dijo. En verdad que se parece á mi Celina. ¡Vaya que tienes aplomo!, dijo volviéndose hacia Luisa. ¡Atreverse á venir aquí á reclamar á la pequeña, cosa que yo no hubiera osado jamás! Pero esos chiquillos tienen el diablo en el cuerpo

–¿Os decidís, sí ó no?, preguntó el comisario impacientado.

–Lo dicho, dicho, caballero; dormirá en la camita de Celina.

Después de las formalidades de costumbre, la señora Favrot se retiró, llevándose en brazos á Marcela, que continuaba dormida. Algunos hombres y sobre todo algunas mujeres entre la multitud que esperaba en la calle quisieron darle algún dinero.

–Dadlo al comisario, dijo con orgullo. Servirá para la hucha de la pequeña; pero lo que hago lo hago por mi cuenta y á mi costa.

Una hora después Marcela dormía apaciblemente en el blanco lecho de la niña muerta, y Luisa, acostada en frente de ella, se incorporaba de rato en rato para asegurarse de que estaba allí, pues le parecía aquello una dicha completa é inesperada.

–Hasta ahora todo va bien, suspiró la señora Favrot; ¿pero qué vamos á decirle mañana cuando despierte y pregunte por su madre?

IV

Al día siguiente, á las dos, Simón Monfort estaba en la estación aguardando la llegada del tren de París. Reclinado contra la barandilla de madera que cierra el recinto, contemplaba el paso de los vagones que iban acercándose con movimiento cada vez más lento y entrechocaban con estridente ruido. La locomotora se detuvo frente de Monfort. El maquinista y el fogonista saltaron al andén; los empleados comenzaron á descargar sin apresuramiento el furgón de equipajes; en todas las portezuelas de los coches aparecieron rostros fatigados por la marcha; saltaron con precaución los viajeros, y luego recogieron las maletas y paraguas y cachivaches; las madres cogieron en brazos y depositaron en el suelo á los pequeñuelos soñolientos...

Monfort miraba uno por uno á los viajeros que desfilaban ante él, y en su angustiosa espera, cuando ya no quedaba ninguno, aún permanecía en el mismo sitio. Los ómnibus de las fondas no se habían marchado todavía; miró en su interior sin hallar á su mujer, y entonces, viendo que sus pesquisas resultaban infructuosas, se decidió á entrar en la estación, dirigiéndose al jefe, que iba de aquí para allá con aire de suficiencia, llevando un manojo de papeles en la mano.

–¿Habéis visto por casualidad en el tren á una mujer joven acompañada de una niña?, le preguntó.

El empleado le miró con extrañeza.

–Tantas había, caballero, que es difícil deciros si estaba la que buscáis, contestó el empleado: ¿cuáles son sus señas?

(Continuará)

SECCION CIENTIFICA

EL HALO FOTOGRÁFICO

Todos los que á la fotografía se dedican han experimentado más ó menos veces la contrariedad de ver en un clisé, bajo los demás conceptos irreprochable



Fig. 1. – Fotografía de una escultura del interior de una iglesia



Fig. 2. – Fotografía de la misma escultura con el halo

y á pesar de un enfocamiento exacto, los desastrosos efectos del halo, que se manifiesta por una debilidad de tonos resultante de la invasión de la luz en los negros, aun en las partes de la imagen en que más acentuadas son las oposiciones.

El halo es sobre todo la desesperación de los fotógrafos de interiores de monumentos, siendo muy fácil encontrar ejemplos de estos halos, producidos por las aberturas que dan paso á la luz y en general por todos los puntos intensamente iluminados. El segundo de los grabados que en esta página publicamos reproduce una fotografía en la que parece que de los grandes ventanales se escapa en todas direcciones una nube luminosa.

El halo resulta principalmente, como es sabido, de la reflexión sobre la superficie posterior del cristal de los rayos luminosos que no han sido interceptados completamente por la capa sensible, y que llegados oblicuamente en ángulos diversos, son desviados en dirección distinta y vuelven á impresionar un segundo punto de la capa sensible. La mancha, por decirlo así, producida por este fenómeno se extiende aún más, porque habiéndose difundido por su primer paso al través de la emulsión opalina, un haz luminoso obra de atrás adelante, acciona sobre la capa sensible y forma el halo en la superficie adonde va á parar y que por él es impresionada.

Para impedir esa reflexión de la luz se han propuesto varios medios. Los fondos de terciopelo ó de papel negros, encarnados, amarillos, colocados detrás del cristal sensible con objeto de absorber los rayos actínicos, no atenuaban el mal sino muy débilmente, porque la reflexión de la luz se realizaba también sobre la capa de aire interpuesto.

Estas mismas superficies mojadas á fin de producir con el cristal un contacto óptico dieron ya mejores resultados, pero el halo se manifiesta todavía. Se han fabricado placas de capas sucesivas bastante espesas para absorber completamente los rayos luminosos y cuya sensibilidad iba aumentando progresivamente; pero el procedimiento es costoso, y sin hablar de la dificultad mayor del desarrollo, el halo reaparece en los casos de las luces intensas.

Con mayor éxito se han extendido al dorso de las placas sensibles, antes de exponerlas, capas de barniz, de colodion ó una disolución de caucho en bencina, teñidas de encarnado ó de amarillo: este era ya un progreso real muy apreciable, porque el halo resultaba casi nulo.

Recientemente se ha propuesto el *ocrage* de las placas, que consiste en pasar con un pincel por el dorso de éstas una especie de creta formada con ocre encarnado en polvo, 100 partes; dextrina, 50; agua, 50; glicerina, 5. Algunos clisés tomados á contraluz sobre placas de este modo preparadas no presentaban el menor vestigio de halo; pero, aun prescindiendo de las manipulaciones molestas que este procedimiento exige, no se ha conseguido todavía la perfección, por lo menos en teoría, pues cabe que se produzca un pequeño halo.

Mas como las mejoras conseguidas son verdaderamente notables y pueden ser útiles á los aficionados, por esto hemos querido señalarlas haciendo las precedentes indicaciones. – Magus.

FASCINACIÓN DE LAS SERPIENTES

El poder que tienen las serpientes de magnetizar, ó por mejor decir, de fascinar á su presa, es un hecho discutido, acerca del cual vamos á hacer algunas consideraciones.

Muchas personas me habían hablado de ello, unas negando que fuese posible, otras afirmándolo y aun pretendiendo haber visto con sus propios ojos al reptil fascinando su presa: no sabía yo á quién creer, cuando recientemente fuí testigo de un acto de fascinación real. Hallándome de caza una mañana oí, en un gran grupo de tuyas, gritos plañideros y entrecortados de un pájaro, y en la creencia de que se trataba de una culebra que se disponía á devastar un nido, acerquéme á la arboleda: en una rama situada á unos treinta centímetros del suelo vi un collalba macho *(Saxicola rubetra)* que agitaba las alas y la cabeza, gritando de una manera desesperada, sin que mi presencia le distrajese. No viendo más que el pájaro, preguntábame qué podía espantarle hasta tal punto, cuando en el fondo del grupo de árboles distinguí una serpiente de color pardo que se arrastraba lentamente. No queriendo perder aquella ocasión de adquirir datos positivos acerca de la pretendida fascinación de las serpientes, esperé á ver qué sucedería: el reptil avanzó hasta colocarse debajo de la rama en que estaba el pájaro, y levantando la cabeza verticalmente enroscóse en forma de 8. No era una culebra, sino una pequeña víbora *(V. brachyura)*: disparé sobre ella y la maté, y el pajarillo, que durante la escena no había cesado de gritar y agitarse, echó á volar de pronto, alejándose sin darme siquiera las gracias.

Examiné atentamente la víbora y noté que la pupila en vez de ser ovalada y gris azulada, como en las demás víboras de su especie, era redonda, á pesar del sol que hubiera debido contraerla, y de un negro brillante. Era una víbora vieja de 63 centímetros, de colmillos pardos, uno de ellos en perfecto estado y otro roto y sustituído por uno nuevo que apenas asomaba.

No quiero sacar deducciones de este hecho; pero á juzgar por lo visto, creo que la serpiente ejerce realmente una acción sobre el animal apetecido.

Hay quien pretende que la presa se arroja en las fauces del reptil; sin embargo, he observado, por el contrario, que es la serpiente la que va hacia su presa.

Gustavo Le Compte

***

NUEVO APARATO DE DESTILACIÓN FRACCIONADA

En química orgánica constantemente hay que separar en una mezcla líquidos desigualmente volátiles por una destilación continua entre dos temperaturas: la mayor parte de los aparatos de destilación fraccionada tienen muchas soldaduras, razón por la cual los aparatos resultan muy frágiles y caros.

M. Sidney Young, de la Sociedad Real de Londres, ha hecho construir recientemente un aparato sumamente sencillo y sólido: consiste en un tubo largo con estrangulaciones, cada una de las cuales sirve para sostener una pequeña tela de platino muy fina que á su vez lleva un tubo de cristal terminado en gancho. Durante la destilación el vapor arroja á la parte superior de los tubos el líquido que se acumula en el codo inferior y que vuelve luego por rezumo por las paredes. Este aparato que reproducimos en esta página, ha dado buenos resultados con mezclas tituladas. – S. de B.

***

LA DISTRIBUCIÓN DE ENERGÍA ELÉCTRICA EN LA FÁBRICA DE HENRIÓN, DE NANCY

Bien conocidas son las ventajas que ofrecen las distribuciones de energía eléctrica en las fábricas, no sólo para el alumbrado, sino que también para la fuerza motriz y otras varias aplicaciones. Buena prueba de ello son los talleres de construcción que M. F. Henrión tiene establecidos en Nancy.

La instalación comprende una máquina de vapor horizontal de condensación, de 150 caballos á la velocidad angular normal de 75 vueltas por minuto, que gobierna por medio de una correa una dinamo de una potencia de 105 kilowats á la diferencia de potencial de 110 volts con 380 vueltas por minuto. El regulador del motor de vapor y el regulador de la máquina dinamo están combinados de tal manera que el *voltage* permanece constante para variaciones muy bruscas de carga, de 100 wats á 120 kilowats. De la sala de máquinas parten varios conductores que atraviesan los talleres y proporcionan en todos ellos la distribución de la energía eléctrica. Esta, además de las lámparas de arco y de incandescencia destinadas al alumbrado, alimenta un gran número de aparatos de diversa aplicación. Entre ellos citaremos en primer término una bomba centrífuga gobernada por un motor eléctrico de 15 amperes que tomando el agua de la condensación de la máquina de vapor la hace circular para que se enfríe y la devuelve luego á la máquina. En la misma fábrica encontramos motores eléctricos de 71'5 y 24'2 kilowats para las pruebas de las dinamos, un motor de 60 kilowats para las transmisiones, otro de 6'6 kilowats para gobernar una sierra de cinta y varias más para mover sierras circulares, sierras de cinta y ventiladores de distintas potencias. Mencionaremos también varios aparatos eléctricos para calentar los palastros, soldadores, braserillos eléctricos que sirven á los obreros durante el invierno, sin olvidar la distribución eléctrica de la hora en toda la fábrica. Como se ve, la energía eléctrica es utilizada para una serie de interesantes aplicaciones que prestan importantes servicios.



Nuevo aparato de destilación fraccionada

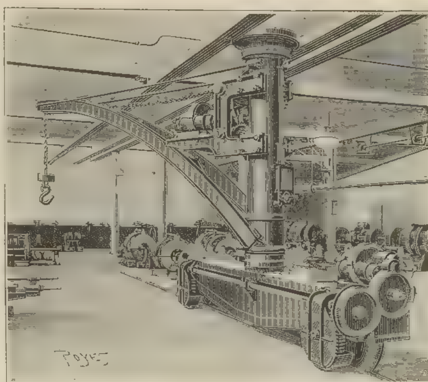
No pudiendo extendernos en explicar detalladamente estos aparatos, pues ello exige grandes estudios, describiremos especialmente una grúa eléctrica que se utiliza para los transportes y maniobras en la fábrica. Esta grúa, que nuestro grabado representa, está instalada en los talleres y puede cambiar de sitio en una longitud de 80 metros: tiene una flecha de cinco metros que puede girar alrededor de su eje, pudiendo por lo tanto prestar sus servicios en una anchura de 10 metros.

Dos motores eléctricos gobiernan respectivamente los movimientos de traslación y elevación. El motor colocado en la parte de atrás, en el carromato, de una potencia media de dos kilowats, gira con una velocidad angular de 600 vueltas por minuto y mueve dos engranajes intermediarios que en nuestro grabado están tapados. El último engranaje mueve una rueda dentada que va montada sobre un vástago longitudinal colocado en toda la longitud de la grúa. Este vástago lleva, delante y detrás, dos tornillos tangentes que obran sobre las ruedas motrices, y éstas, que giran con una velocidad de 80 vueltas por minuto, se mueven en un riel que se ve en nuestro grabado. La grúa está guiada en su parte superior por una rueda maciza

que se desliza entre dos hierros longitudinales. La energía eléctrica es conducida desde la máquina por dos hilos desnudos puestos sobre aisladores y la toma de corriente se efectúa por frotadores. El movimiento de elevación se obtiene por medio de un segundo motor eléctrico que se puede ver en el grabado en la parte superior de la grúa y que se apoya en un lado de la flecha. Este motor, de una potencia de 3'3 kilowats, gobierna por medio de varios engranajes y tornillos sin fin un tambor de cabria, al cual se enrolla una cadena que lleva en su extremo un garfio para suspender los objetos que se han de elevar. Un conmutador-reostato colocado al lado del motor del carromato permite graduar á voluntad la velocidad del movimiento y obtener la marcha hacia adelante y hacia atrás por la inversión de la corriente en los inductores. El motor del movimiento de elevación está regulado por un reostato especial puesto sobre la columna de la grúa. Las escobillas de los motores son de carbón y de calada constante. El descenso no puede efectuarse demasiado rápidamente, porque el motor, convertido entonces en generatriz, forma freno.

He aquí algunas cifras relativas á las condiciones de funcionamiento de este interesante aparato. Sin carga, á 110 volts, el motor que gobierna el movimiento de traslación adquiere una intensidad de 20 amperes en el desamarre y de 10 amperes, por término medio, para una velocidad de 17 metros por minuto. En las mismas condiciones el motor del movimiento de elevación consume 12 amperes en el desamarre y se mantiene luego á 3'5 amperes. La cadena efectúa su movimiento de descenso con una velocidad de 2'16 metros por minuto. Con una carga de 2.190 kilogramos la intensidad media tomada por el motor del movimiento de traslación es de 10 amperes si la flecha está en el mismo plano que el cuerpo de la grúa y de 18 si la posición de la flecha es perpendicular á la de éste. Con la misma carga el motor de elevación consume 27 amperes y mueve la cadena con una velocidad de 1'60 por minuto.

Tales son en resumen las principales disposiciones de una fábrica en donde la energía eléctrica se utiliza para las más variadas aplicaciones, como el alumbrado, la fuerza y la calefacción. Sólo nos resta añadir que estas diferentes instalaciones han dado los resultados más satisfactorios desde el punto de vista de la comodidad, de la facilidad de maniobras y de la economía. – J. LAFFARGUE.



Vista en conjunto de una grúa eléctrica de seis toneladas instalada en los talleres de M. F. Henrión, de Nancy



La capilla nacional rusa que dirige el maestro Dmitri Slawianski d'Agreneff (de fotografía de Rus)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 21 de octubre de 1895 — Núm. 721

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Con uno de los próximos números de La Ilustración Artística repartiremos á los señores suscriptores de la **Biblioteca Universal** el cuarto de los tomos correspondientes al presente año, que será la obra póstuma del ilustre poeta Zorrilla *La leyenda de Don Juan Tenorio*. Aunque esta obra no pudo ser terminada por su autor, el fragmento que publicamos, compuesto de unos siete mil vérsos, es importantísimo y constituye en cierto modo la primera parte completa de la leyenda, razón por la cual nos hemos decidido á publicarlo, seguros de prestar un servicio á la literatura patria y de complacer al propio tiempo á nuestros suscriptores.

La leyenda de Don Juan Tenorio lleva preciosas ilustraciones del genial dibujante D. José Luis Pellicer.

SUMARIO



MADEMOISELLE BUFFET, conocida cantante de café-concierto, cantando en los patios de las casas de París á beneficio de los pobres

(de una fotografía)

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Viajes de los reyes y príncipes europeos á Francia. – Entrevistas con el presidente de la República francesa. – El rey de Portugal. – Los reyes de la primera mitad y los reyes de la segunda mitad del siglo XIX. – El problema oriental. – Matanzas en Constantinopla. – Incontrastables aspiraciones á la paz y á la libertad. – Muerte de Pasteur. – Honras fúnebres consagradas á su cadáver. – Inmortalidad de la ciencia. – Conclusión.

Nunca se han movido y nunca viajado como ahora los reyes y príncipes europeos. En otro tiempo los viajes regios alcanzaban una inmensa importancia y removían millares de cuestiones políticas; hoy no, quizás por su frecuencia. Sin embargo, lo mismo al viaje del rey de los belgas que al viaje del rey de los lusitanos imputáseles por el sentido común y la opinión pública una grande trascendencia, no sólo á la política continental europea, también á la política intercontinental. El fin que se ha propuesto al viajar el rey de Bélgica nadie lo discute: quiere algún apoyo contra Inglaterra, que le pide indemnizaciones crecidas por la ejecución de un súbdito suyo en el Congo belga, y quiere además la compra del dominio congolés, con tanta irreflexión acogido, y cuyo anhelado disfrute le trae innumerables sinsabores y le amenaza con increíble ruina. Pero ¿adónde y á qué va el rey lusitano? Sus colonias, puestas un día en litigio por ambiciones británicas, están en un período de calma; y su hacienda y deuda, blancos de tantas censuras, no sufren hogaño las embestidas de antaño. ¿Por qué va, pues, á Francia é Italia? No tiene remedio: habrá en la primera nación de verse con el presidente de una República, cosa dolorosísima para todo monarca; y habrá, en la segunda, de arriesgarse á un disgusto peligroso con el Papa, si en Roma entra, ó á un disgusto más peligroso todavía con el rey, si no entra en Roma. Bien podía perdonar el bollo por el coscorrón, y el placer de viajar por las dificultades que habrán de surgir á su paso.

***

Como los principales reyes del siglo décimotercio fueron santos – no me dejarán mentir, no, los inolvidables hijos así de Blanca como de Berenguela; – y los principales reyes del siglo décimocuarto fueron crueles, – no me dejarán mentir, ni D. Pedro de Castilla, ni D. Pedro de Aragón, ni D. Pedro de Portugal; – fueron gloriosos los reyes de la primera mitad del siglo XIX, Guillermo I de Alemania, Leopoldo I de Bélgica, María Victoria de Inglaterra, Víctor Manuel de Italia, el buen Alejandro II de Rusia, el amado Francisco José de Austria; y á ellos muy inferiores todos sus herederos, pues ni Humberto, ni Rodolfo, ni Leopoldo II, ni el príncipe de Gales, ni el czar Nicolás, ni el emperador Guillermo II podrán arrestarse á medirse con aquellos celebrados personajes, de quienes han recibido ya, ó recibirán más tarde, una corona muy grande, á cuyos esplendores, por el camino que siguen y por las calidades que muestran, jamás podrán añadir un rayo nuevo, y á cuyas piedras preciosas jamás ajuntar ningún brillante. De reyes gloriosos pasamos á reyes disminuídos é infelices.

***

Uno de estos Augústulos es el pobre sultán de Turquía también. Por poco tiempo que se prolongue su reinado puede tocarle quizás, en la lotería del destino, perder aquella Constantinopla, conquistada por sus predecesores gloriosísimos hace ya quinientos años casi. Heredero de un sultán á quien su propia corte degolló, como se degüellan los cerdos en una casa de labriegos; habiendo tenido que recluir su hermano é inmediato antecesor en triste solitaria torre, manicomio abierto á un loco, según los más, y según los menos túmulo de un infeliz enterrado en vida, le han puesto en innumerables apuros muchas desgracias; y después de haber visto las banderas cristianas en el barrio de San Estefano, prontas á subir hasta la cúpula de Santa Sofía, no se ha salvado más que por las rivalidades europeas, pero ha tenido que ceder á los austriacos Bosnia con Herzegovina, y á los rusos Dobruchca en las bocas del Danubio con una parte de Armenia en el Asia occidental, y á los búlgaros porción muy considerable de los Balkanes, quedando en Anatolia como un guardián de ajena vivienda, muy próximo á que se cumpla el desahucio en pleito á favor de alguien, y lo echen á él de la casa y lo recluyan en Damasco y en Bagdad, en alguna capitalidad de aquellos califatos orientales, todos desaparecidos á los decretos inflexibles del hado y á los movimientos continuos del progreso.

***

¿Puede darse un síntoma de suyo más grave que las matanzas de armenios habidas en Estambul, y perpetradas por una subversión aparatosa, la cual demuestra cómo se corresponden anarquía y despotismo en el mundo? Hanse cumplido mis presentimientos, expresados en estas columnas mil veces. La cuestión de Armenia se alza hoy á las alturas de una cuestión internacional. Impuestas al sultán por Europa medidas conducentes al bien de los cristianos en el Asia occidental, estas medidas han repugnado de horrible modo á los que debían ejecutarlas, servidores más celosos del poder de sus amos que los amos mismos. Y en cuanto los armenios, protegidos por Europa, se han de suyo lanzado á una manifestación de sus quejas, el fanatismo musulmán, redivivo, cuando parecía muerto y amortiguado so la presión europea, se ha salido de madre sin resistencia, y cogiendo el yatagán, ha comenzado una de esas carnicerías habituales al Asia, tan deshonrosas para su nombre en la historia y tan opuestas á su influjo en la tierra. Es un degüello el temerario acto. Y á este degüello ejecutado por softas que lo han promovido con sus sermones y puéstolo en práctica con sus propias ensangrentadas manos, cuando creían no bastarles las manos de sus sicarios, verdaderos verdugos, han asistido con los brazos cruzados los mílites, á quienes encomienda su monarca el cumplimiento de sus órdenes y en quienes Europa descubre la mayor fianza de una existencia tranquila del imperio turco Hay, pues, una verdadera causa de intervención europea, y en la intervención europea un verdadero germen de conflicto internacional, y en el conflicto internacional cien probabilidades terribles de que salte inmediatamente una cruentísima y pavorosa guerra.

***

No conozco nada tan abominable como la superstición asesinando. Siempre que instituciones, como la Iglesia ó la Religión, destinadas á freno de los malos instintos, lejos de refrenar, desenfrenan al hombre, convirtiéndolo en la más cruel fiera, pues el tigre y el león y el águila y todos los animales carniceros obedecen al instinto y cumplen una necesidad, que ni obedecieran, ni cumpliesen, de tener en sus achatadas ó angostas cabezas un átomo del resplandor de la conciencia y en sus corazones, puramente mecánicos, un asomo del sentimiento de caridad, que tenemos los hombres. El asesino religioso, creyendo servir á su Dios, con la perpetración del crimen, que incendia y mata, se ceba en sus víctimas, pues nunca se sacia de sangre ni se harta de carne, al pensar que ofrece un holocausto á la justicia divina en aquel acto de inhumana barbarie. No perdonan á la mujer, á quien atribuyen la mayor iniciativa y la responsabilidad mayor en los asuntos religiosos, cual no se compadecen del niño, á quien juzgan reo del dogma y creencias de sus padres. Así Constantinopla se ha cubierto de horror, y á los degüellos han sucedido las descargas, y á las descargas los asesinatos individuales en una carnicería infernal, y á los asesinatos individuales horribles la matanza colectiva que ha henchido de cadáveres las calles y apestado de miasmas los aires. ¿Quién evitará la guerra?

***

Así consuela y fortifica el aprecio universal dado por los pueblos cultos á la ciencia, quien, lejos de ponerse á servicio del mal y de la muerte, fomenta el bien y dilata la vida. Este aprecio universal hémoslo visto y tocado con ocasión del fallecimiento y de los funerales de un sabio tan extraordinario como Luis Pasteur, vencedor de las enfermedades más horribles, y por lo mismo copartícipe del elemento divino y creador, que con su Verbo ha producido el Universo y lo conserva con su providencia bajo leyes físicas, intelectuales, morales, nunca violadas. Quien vió en los fermentos seres animados, contrarios á la salud y bienestar del hombre, pudiendo así purificar la cerveza y el vino y el vinagre de máculas enemistadas con nuestra vida; quien desvaneció el principio ateo de las generaciones espontáneas, principio empeñado en destruir la creación arriba y abajo la finalidad, desconociendo así por doquier la Divina Providencia; quien mostró los gérmenes creadores movidos por un soplo celeste á los cuatro puntos del cielo y componiendo la material primera levadura de toda substancia; quien, después de haber encontrado los fermentos vívidos en la materia líquida, encontró en los cuerpos orgánicos el virus, animado y viviente; quien mostró que así como no hay espontaneidad en los fermentos, cuyos estragos corrompen las bebidas, tampoco la hay en los virus, cuyos asaltos atacan á los cuerpos; quien favoreció tanto la cirugía antiséptica, dándole casi el don de los milagros para curar las llagas; quien atenuó, amén del parásito de las fermentaciones, el parásito de las enfermedades inficiosas; quien inventó que los venenos atenuados son antivenenos y antídotos manifiestos; quien pasó la vacunación desde las viruelas al carbunclo y al krup y á la hidrofobia, preservando de mil peligros los bómbices que nos dan seda y los ganados que nos dan lana y los pobres labriegos expuestos siempre á la mordedura del perro rabioso y á la infección de mil plagas pútridas, hubiera merecido que le alzaran un templo como á Esculapio en las edades clásicas y merece que se haya Europa reunido en sus funerales y aclamado su gloria como el mayor timbre de la especie humana y puesto su nombre inmortal entre las estrellas fijas del tiempo y entre los ornatos primeros de la Historia. Glorifiquemos sin fin á Francia que ha engendrado este grande hombre y al mundo culto que lo honra en funerales sin igual y lo coloca en los templos imperecederos de la inmortalidad.

Madrid, 8 de octubre de 1895

LA INSURRECCIÓN EN CUBA

(Véanse los grabados de las páginas 708, 709 y 711)

En las páginas 708 y 709 reproducimos tres fotografías, obra de los Sres. Otero y Colominas de la Habana, referentes al desembarco de las tropas que condujo á la isla el vapor *Antonio López*. Componían esta expedición la batería del segundo regimiento de montaña y un escuadrón del de Arlabán, que fueron revistados por la Reina Regente en Vitoria; un escuadron del regimiento del Rey, que se les unió en Zaragoza para embarcarse juntos en Barcelona el día 18 de agosto en el *Montevideo*, y un batallón de artillería que estaba de guarnición en Sevilla y que en Cádiz junto con los expedicionarios procedentes de Barcelona se embarcó en el *Antonio López* el día 20 del citado mes. El total de hombres embarcados se elevaba á 1.392 y además nueve médicos militares y varios oficiales de distintas armas.

La despedida que á esas fuerzas se hizo en Barcelona primero y en Cádiz después fué en extremo entusiasta, como recordarán nuestros lectores, pues por aquellos días la prensa diaria de toda España hizo minuciosos relatos de aquel suceso: la revista que Su Majestad pasó á las tropas de Vitoria, la solemne ceremonia de la bendición que por encargo especial del papa les dió el nuncio de Su Santidad en España, las conmovedoras escenas que se desarrollaron en Zaragoza, en nuestra ciudad y en Cádiz son demasiado recientes para que sea necesario describirlas de nuevo.

El vapor *Antonio López* llegó á la Habana el día 3 de septiembre: si entusiasta fué la despedida que á los expedicionarios se hizo en los puertos españoles, con no menos entusiasmo fueron acogidas al desembarco en la capital de la isla: la población en masa acudió á los muelles y llenó las calles para recibir á nuestros soldados, vitoreándolos sin cesar, colmándolos de regalos, sembrando de flores y coronas el camino que habían de recorrer y agasajándoles con toda suerte de festejos.

Uno de los más notables de éstos fué el banquete con que el Casino Español de la Habana obsequió á los jefes y oficiales recién llegados. Ya es tradicional la magnificencia con que aquel centro organiza sus fiestas, sobre todo aquellas en que pone de manifiesto sus sentimientos patrióticos: no es, pues, de extrañar que el banquete resultase un acontecimiento verdaderamente solemne. A él asistió la representación genuina de todas las fuerzas vivas de la capital cubana, que quisieron de este modo rendir un testimonio de cariño á los que en cumplimiento de su deber acuden allí á defender la integridad de la patria. Presidió la fiesta el ilustre general Martínez Campos, que pronunció un elocuente discurso dando la bienvenida á sus subordinados, animándoles á entrar en la campaña con todo el ardimiento que presta el sagrado amor á la patria y dándoles valiosos consejos dictados por su larga experiencia de las campañas de Cuba.

Nuestros grabados reproducen el acto de desembarcar las tropas del *Antonio López* en el muelle de la Habana, la revista que se efectuó en la plaza de Armas frente al cuartel en que se alojaron las tropas y mesa del banquete celebrado en el Casino Español.

También publicamos dos dibujos tomados de dos fotografías de D. Manuel Martínez Otero, que representan la calle Real ó de Campoamor de Victoria de las Tunas y un destacamento de infantería del regimiento de la Habana, acantonado en la casa comercial de los Sres. Figueras y hermano, de Manatí. – X.



SEMBLANZA

Confieso que cojo la pluma con pena y al propio tiempo con cierta alegría, al trazar los rasgos más culminantes del que fué en vida historiador insigne, ilustre literato, modelo de amigos y uno de los hombres de alma más bella que he conocido jamás. Con pena, digo, porque he perdido en él á uno de mis más cariñosos maestros en literatura, y con alegría porque al escribir la *Semblanza* de D. Antonio Ferrer del Río, se me presenta la ocasión de consignar sus grandes virtudes y sus relevantes méritos como académico y escritor público.

Fué en el real sitio de El Pardo, cerca del palacio en que falleció Alfonso XII, allá por los años de 1854, cuando traté más íntimamente al autor de la *Historia del reinado de Carlos III en España*. El rey D. Francisco de Asís, esposo de la entonces reina doña Isabel II, concedió á Ferrer del Río una pensión de 24.000 reales anuales, dándole además alojamiento en una de las dependencias del real patrimonio, para que escribiera lejos del bullicio de la corte dicha obra. Allí se instaló Ferrer del Río, en 1852, trasladando sus muebles y selecta biblioteca á una modesta casa, en la que residió algunos años, sin más testigos de su vida laboriosa que sus antiguos criados... Merecen éstos que les consagre unas pocas líneas, pues aquellos fieles servidores eran para Ferrer algo más que criados; eran ambos, así Enrique como Isabel, que por ser ésta bastante gruesa la llamaba su amo *Isabelona*, ó más generalmente *la Belona*, el prototipo de los criados españoles, que en punto á honradez, abnegación, cariño hacia sus amos, no tienen rival en el mundo. Yo he viajado mucho, y no dudo en afirmar que en ningún país he visto criados semejantes á los de España, que se identifiquen de tal modo con sus amos, que sean como los nuestros parte integrante de la familia y para quienes nuestras penas y alegrías se repercuten en ellos como en nosotros mismos. Para Enrique y su compañera *la Belona*, el mundo entero era la casa de Ferrer del Río, y no amar, no venerar, dejar de admirar á su amo era para ambos el mayor de los delitos.

A las seis de la mañana, lo mismo en invierno que en verano, estaba uno seguro de encontrar á Ferrer levantado, y ya con una jícara de chocolate en el cuerpo, sentado junto á una mesa repleta de libros, crónicas, folletos, legajos de papeles, todo ello referente á la época de Carlos III. Es prodigioso todo el arsenal de documentos, más ó menos interesantes, que había acumulado Ferrer para escribir su obra, que había sido el sueño dorado de su existencia. La vida pública y privada del gran monarca la conocía Ferrer como nadie, y cada uno de sus hechos culminantes los defendía á capa y espada.

Tenía la costumbre de convidar á sus amigos más íntimos á pasar el día con él, y casi todos los domingos se lograba el gusto de reunir en su mesa á algunos de ellos. Los más asiduos eran D. Tomás Rodríguez Rubí, D. Miguel Agustín Príncipe y D. Juan Pérez Calvo. Los que han conocido á este antiguo periodista, recordarán el gracejo de su conversación, sus peregrinas ocurrencias y su humor envidiable. Se complacía *en hacer rabiar* á Ferrer, según su frase sacramental, y como era uno de sus amigos más íntimos y cariñosos, todo le estaba permitido. Su delicia era hablar mal de Carlos III, para poner en furor á Ferrer, y con estas bromas, que para el que no estuviese en autos, las hubiera tomado por controversias formales, se pasaba en El Pardo tardes deliciosas, pues después de oir leer al *fraile*, como llamaba Pérez Calvo á nuestro historiador, un nuevo capítulo de su obra que sometía á la apreciación de sus oyentes, se daban largos paseos por aquellos contornos, terminando la fiesta con una suculenta comida á la española, guisada por *la Belona*, gran maestra, por supuesto, en el arte de cocinar.

Solo en su despacho, rodeado de sus librotes y papeles, volvía á quedarse el *fraile*, ó el *Buey Apis*, que fué otro de los motes que se le adjudicó en Madrid, ó *Ferrerón*, que era el nombre más generalizado para designar á aquel hombre que, si era de gran estatura, no era menor su corpulencia, de tosco aspecto, sin ninguna finura y elegancia; *lourdaud* le habrían llamado en Francia, que es el calificativo que retrata más exactamente á nuestro personaje. Pero aquel corpanchón encerraba un alma pura, un corazón de niño, unos sentimientos nobles y delicados que contrastaban singularmente con su figura.

Tenía unas inocentadas, unas candideces impropias casi de su edad. Cualquier cosa le hacía reir, celebraba á veces la nimiedad más grande, y siempre estaba dispuesto á aplaudir la mayor majadería con tal de que saliese de labios de una persona querida. Recuerdo, á propósito de esto, que hallándose una noche de tertulia en casa de un íntimo amigo suyo, compañero de Academia, cuya hija política, recién llegada del extranjero, ignoraba que se llamase Ferrer, y que creía por el contrario que su verdadero apellido era *Ferrerón*, conversó largamente con la forastera sobre los usos y costumbres del país que solía habitar esa señora. No estaban sin duda muy de acuerdo en sus apreciaciones, cuando su interlocutora, alzando un tanto la voz, exclamó:

–¡Qué ocurrencias tiene *el señor de Ferrerón!*

Oir decir *Ferrerón* la dueña de la casa y hacer señas á su hija política, todo fué uno; pero ésta ignoraba lo que quería significar toda aquella escena muda, y atenta á lo que decía su interlocutor, y cada vez más entusiasmada, repetía con nuevos bríos:

– El *señor de Ferrerón* está equivocado.

– El *señor de Ferrerón* no ha visto como yo, etc.

Y dale y torna con el *señor de Ferrerón.*

Toda la tertulia prorrumpió en risas estrepitosas, comenzando por Ferrer, hasta que la forastera se enteró de que *Ferrerón* era su apodo. ¡Lo que celebró éste la ocurrencia de su interlocutora, tan avergonzada luego como la dueña de la casa, y precisamente los apuros de ambas era lo que celebraba más y le causaba mayor risa!..

Allí, en la tertulia de ese mismo académico, amigo de Ferrer, lucía éste de vez en cuando sus dotes de poeta y hasta de poeta tierno y amoroso, cosa que asombraba mucho á las muchachas que le oían recitar versos de sus mocedades. Era en la época en que estaba muy de moda (esta señora se cuela en todas partes) recitar poesías con acompañamiento de piano, y Camprodón, el popular autor de *Flor de un día*, había compuesto unos versos, bastante malos por cierto, que comenzaban:

> «Suspiros hay, mujer,
> que ahoga el labio en flor.»

La música era muy bonita, pero Ferrer encontraba absurdos los versos, y recuerdo que compuso unos muy lindos para recitarlos con el mismo acompañamiento, y las muchachas todas prefirieron los versos de Ferrer, lo que fué para éste una gran satisfacción, pues le agradaba mostrarse complaciente con la juventud.

Hizo también una rápida excursión al campo teatral, escribiendo un drama histórico, cuyo título no tengo ahora presente, pero sí recuerdo que se aplaudió mucho en el teatro del Príncipe, de Madrid, la noche de su estreno, al cual tuve el gusto de asistir, y recuerdo también que lo ejecutaron maravillosamente el eminente actor Valero, Pepita Palma, hoy retirada del teatro y residente en Barcelona, y otra actriz que también ha vivido aquí largo tiempo, la Valentini. Ambas actrices se presentaron en el palco escénico acompañadas de Ferrer. Entonces sí que se le podía llamar *Ferrerón*. Parecía un coloso, un coloso rebosando alegría al ver realizado uno de sus sueños dorados, que se representase una obra suya, sin duda en justa represalia de tanto esperpento como tuvo obligación de leer durante los años en que ejerció el cargo oficial de *Censor de teatros*.

No fué este el solo destino del gobierno que sirvió Ferrer del Río con el celo y con la inteligencia que le eran peculiares. Fué largo tiempo Bibliotecario del ministerio de Comercio, Instrucción y Obras Públicas (hoy de Fomento), destino que creo le procuró el entonces director de Instrucción pública D. Antonio Gil de Zárate, que fué muy amigo y protector de Ferrer, el cual consignó su gratitud hacia el célebre autor de *Guzmán el Bueno* en la dedicatoria de su primer libro de historia, titulado *Decadencia de España. Primera parte.—Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla*, 1520-1521, en cual obra ya dió pruebas manifiestas de sus especiales condiciones de historiador.

Era Ferrer asiduo tertuliano del café del Príncipe, de ese histórico rincón del teatro del mismo nombre, de Madrid, convertido hoy en contaduría, donde durante tantísimos años se reunían todas las noches la mayor parte de los poetas, literatos y periodistas que figuraban en la coronada villa. Gil de Zárate no faltaba jamás; allí se le encontraba á diario envuelto en una larga capa azul, en gran conversación con sus habituales contertulios, uno de los cuales era Ferrer del Río. Desde su casa, era cosa sabida, directamente al café del Príncipe, apoyado en su bastón, andando muy despacio, con los ojos medio cerrados, fumando un puro, lo mismo bueno que malo, muy distraído, sin ver á través de sus lentes ni aun á las personas que le saludaban al paso, efecto, según unos, de que era muy miope, y según otros de que iba dormido. ¡Andar dormido! Aunque parezca inverosímil, casi me inclino á creer que con frecuencia iba dormido por la calle.

Pero donde no se dormía era en las sesiones semanales de la Academia Española, de la que fué no sólo individuo de número sino también secretario interino durante las enfermedades y ausencias de Bretón de los Herreros, y luego bibliotecario perpetuo en reemplazo de D. Eusebio del Valle. Trasladóse con tan plausible motivo á la habitación destinada al bibliotecario de la vetusta casa que ocupaba hasta hace poco la docta corporación en la calle de Valverde. Fué esta también una de las grandes satisfacciones de su vida. «*No pagar casa*, decía alegremente á sus criados, *se me figura que estoy en El Pardo.*»

Y ahora que vuelvo á nombrar ese real sitio, no puedo menos de recordar otra de las satisfacciones de Ferrer al llegar la ocasión de ponerse el uniforme de miliciano nacional, después de los sucesos del 54. ¡Cuánto nos reímos todos los jóvenes que le rodeábamos al verle entrar una mañana tan ufano y contento con su morrión! Era materialmente un niño: lo que menos le preocupaba era la significación de ese uniforme, pues aunque á veces tuvo sus puntos y ribetes de patriotero, era muy conservador en el fondo, y sobre todo muy monárquico. No, lo que le gustaba era verse de uniforme (como más tarde cuando se mandó hacer el de académico), con su sable, su mochila y su fusil, lo mismo que los niños cuando juegan á los soldados.

Y á propósito de juegos, ¡la afición que le tenía al ajedrez! No era maestro ciertamente en él; lo jugaba como el común de las gentes, pero se pasaba las horas enteras tratando de dar jaquemate á su contrario;

si ganaba, su semblante rebosaba satisfacción; pero si perdía, ¡válgame Dios!, entonces su descontento no tenía límites. Era para lo que tenía mayor amor propio. Yo le he visto verdaderamente enfadado porque había perdido una partida, cosa que él consideraba naturalmente injusta y hasta monstruosa.

He hablado antes de su ingreso en la Academia Española y no he dicho que pocas elecciones hubo en aquella época más justas y *debidas* que la suya, pues es jurisprudencia en aquella respetabilísima institución hacer individuo de su seno al autor que ha obtenido premio en sus públicos certámenes, y Ferrer lo consiguió, nada menos que por unanimidad, en el que abrió la Academia en 2 de marzo de 1850, y cuyo asunto era el *Examen histórico-crítico del reinado de D. Pedro de Castilla*, trabajo concienzudo que vino á consolidar su fama de historiador, demostrando hasta la evidencia con gran contingente de datos y de documentos irrefutables que el famoso monarca de Castilla merecía el sobrenombre de *Cruel* y no el de *Justiciero*, como pretendían sus partidarios. Pero ni esta obra, escrita con envidiable corrección de estilo y de lenguaje, ni su ya citada *Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla*, pueden compararse por su importancia histórica y literaria con su célebre obra sobre Carlos III, que fué, como lo confiesa su autor, *el trabajo de su vida*, al que consagró todos sus afanes y donde desplegó sus relevantes cualidades de escritor y de profundo historiador. Pudo equivocarse tal vez en alguno de sus juicios, pero no puede negarse que es una obra de grandes vuelos y que pasará ciertamente á la posteridad.

Ganas tuvo Ferrer de escribir una historia de Felipe V, y creo que tenía ya reunidos no pocos materiales para tamaña empresa; mas hubiese sido preciso para esto encontrar un nuevo Mecenas, y encerrarse otra vez durante algunos años, lejos del bullicio de la corte. La vida conventual le era muy grata, y muchas veces le oía hablar con envidia de los dos Luises, el de León y el de Granada, y de otros varones insignes que enriquecieron la literatura patria apartados del mundo y de sus pompas vanas. Si Ferrer del Río hubiese nacido en el siglo XVI, por ejemplo, es indudable que sus obras, con ser hoy bastante numerosas, hubieran sido todavía más. Contentémonos con las que dejó, y recordemos con cariño á aquel hombre que nunca hizo mal á nadie y que fué por el contrario un modelo de hijos, pues veneró á su madre, habiendo quedado desde muy niño huérfano de padre; amó á su esposa con ternura, perdiéndola muy luego, y mantuvo constante y fina amistad con cuantas personas le rodeaban.

CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO

PRO PATRIA

(EPISODIO DE 1808)

I

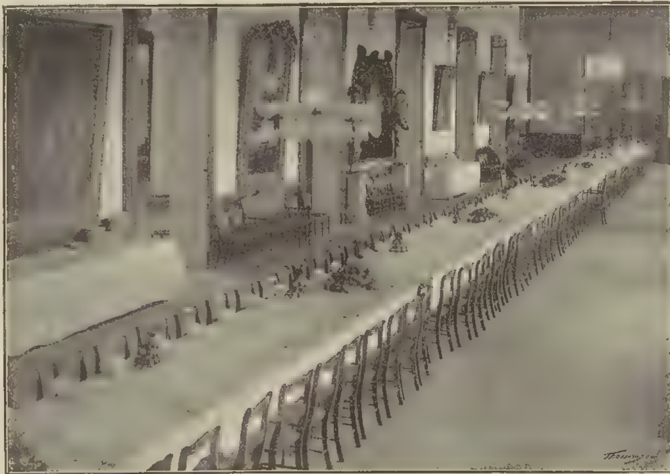
A pesar de hacer rato ya que había caído la noche, aún seguía oyéndose á lo lejos y con monótona regularidad el estampido del cañón.

La quinta de recreo, ó si se quiere la torre, que es como se llama en Aragón á esta clase de fincas, estaba lo bastante distante de Zaragoza para haber quedado fuera de la línea de cerco de los franceses, pero no tan lejos que, cuando el aire soplaba de aquel lado, no se oyera clara y distintamente el ruido de los disparos.

La tarde debía haber sido borrascosa. Indudablemente los sitiados habían hecho alguna de las suyas, y á juzgar por el tiroteo que hasta hacía poco se había estado oyendo, sin respeto á las órdenes severísimas que para impedirlo se daban á cada paso, se debía haber hecho por parte de los de adentro alguna salida probablemente tan heroica como infructuosa.

D. Julián estaba que echaba chispas. A pesar de sus setenta y dos inviernos y de aquellos pícaros dolores que le volcaban tres cuartas partes del año en su sillón de vaqueta, se volvía y revolvía aquella noche en la anchurosa sala del piso bajo con la impaciencia de un león enjaulado.

Y lo que le exasperaba más y más todavía eran los gimoteos de su mujer, que todo lo componía con echar de los que en lejanos días fueron hermosos ojos cada lágrima del tamaño de una avellana, y con encender candelillas y más candelillas ante una urna de cristal y caoba que encerraba un no muy artístico simulacro de la milagrosa patrona de los zaragozanos.



ISLA DE CUBA. – Salón dispuesto en el Casino Español de la Habana, para el banquete en honor de los oficiales de las fuerzas llegadas á la isla (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

Aunque no lo decía, claramente se adivinaba en la expresión de su avinagrado semblante que á quien echaba la culpa de todo era á doña Engracia. Y en cierto modo no le faltaba razón. Ya que no le hubiera dejado irse él solo siquiera á hacer bulto entre los que defendían la ciudad, debían uno y otro haberse encerrado, cuando aún era tiempo, dentro de sus muros. Es verdad que allí les hubieran alcanzado las estrecheces y penalidades del sitio, que hubieran estado expuestos á cada paso á que el hundimiento de un edificio ó un casco de metralla diera al traste con sus tranquilas y reposadas existencias. Pero ¿qué era todo aquello comparado con las angustias y tormentos que pasaban allí sin poder saber lo que en Zaragoza acontecía?

Aquella maldita guerra, no sólo había roto los armisticios y tratados de alianza firmados entre Carlos IV y Napoleón, sino que (y esto si menos trascendental no dejaba de ser doloroso) había turbado la paz de aquel matrimonio, en que por espacio de más de treinta años no había habido el menor asomo de divergencia.

Los primeros chispazos del glorioso levantamiento nacional, que iniciado en Madrid el memorable 2 de Mayo de aquel año, había cundido á los más apartados rincones de la península, sorprendieron á D. Julián y á doña Engracia en la torre en que acabamos de trabar conocimiento con ellos.

El único hijo que tenían, Martín, hacía más de dos años que cursaba letras humanas y divinas en la universidad de Salamanca, y este fué el primer escollo en que la armonía conyugal del vetusto matrimonio se vió comprometida seriamente.

D. Julián, que se preciaba de llevar en sus venas la sangre de Cerdanes y Lanuzas, cuando no sin trabajo llegó á convencerse de que de nada sirve el entusiasmo á quien ya no tenía fuerzas para echar sobre sus hombros las no pocas libras que pesaba un fusil de los de aquel entonces, pensó en escribir á su hijo, intimándole á que dejara la Instituta y la Teología moral para más tranquilos días y acudiera en defensa de la patria, que era en tal sazón el primero y más apremiante de los deberes de todo buen español. Pero á doña Engracia, que era madre antes que todo, le pareció la idea más descabellada del mundo eso de exponer la vida de su hijo; trató de loco de atar á su marido, y tal llegó á ponerse, que D. Julián se vió precisado á sacar á plaza una autoridad de cabeza de familia que nunca hasta entonces había tenido para qué mostrar.

Aunque no hubieran sido ambos conyuges aragoneses, que sí lo eran, las pasiones que en tan abierta contradicción les ponían eran de tal suerte exaltadas y absolutas que, dispuestos uno y otro á no ceder un palmo de terreno, sabe Dios adónde hubieran llegado las cosas, si un inesperado suceso no hubiera venido á dar nuevo giro á la lucha.

Martín sin esperar aviso de nadie y sin haber tenido tiempo todavía de cambiar la sotana y el manteo por más marciales arreos, se presentó un día inopinadamente en el hogar paterno, por cierto con una desenvoltura no muy propia de quien su madre esperaba ver convertido en un Tomás de Aquino ó en un Alberto el Grande.

El mozo, que era gallardo por todo extremo, y si no mienten las crónicas salmantinas, no corto de ingenio en las aulas y largo de manos fuera de ellas, no aguardó á que le preguntaran, y en bien sazonadas razones expuso las causas que á Zaragoza le llevaban.

Al saberse en la Atenas española la perfidia de Napoleón, al llegar allí la nueva de que la península entera se alzaba en armas contra los franceses, la universidad había cerrado sus puertas, mezclados sesudos doctores con arrebatados estudiantes y maleantes sopistas habían formado aquellos famosos batallones en que muy bien se hubiera podido dar las voces de mando en la gárrula jerga con que nuestros ergotistas estropeaban la lengua que inmortalizaron Horacios y Virgilios, y la que era tranquilo emporio del saber y de la cultura vióse trocada de pronto en bélico campamento y alborotado cuartel.

Si con aquellas noticias no hubiera coincidido la de que los franceses caían ya sobre Zaragoza, no habría sido Martín de los últimos en alistarse en el entusiasta tercio. Pero entre romperse los huesos en el rincón á que la suerte le empujara y defender el pedazo de suelo que le vió nacer, la elección no era dudosa, y adoptando el partido de otros muchos estudiantes, había tomado el camino de la que no había de tardar mucho en ser émula, ya que no superadora, de las glorias de Sagunto y de Numancia.

II

La noche á que aludimos en el comienzo de esta relación hacía más de ocho días que no había habido modo ni manera de tener la más remota noticia de lo que en la sitiada plaza ocurría.

D. Julián, jurando y maldiciendo, trataba de ocultar la ansiedad que por la suerte de su hijo sentía, mientras doña Engracia daba suelta á su dolor en copiosas lágrimas que salpimentaba de no muy suaves recriminaciones á su marido.

Por el camino que iban no parecía estar lejos el momento en que el vetusto matrimonio se empeñara en una guerra no menos cruel que la que España sostenía contra el francés, cuando de pronto vino á cortar el picante diálogo un antiguo criado de la casa que, con un azoramiento que no le era dado ocultar, entró en la sala con más precipitación y menos anuncios de lo que el respeto mandaba.

– ¿Qué diablos ocurre?, preguntó D. Julián con visible mal humor.

– ¿Hay noticias de Martín? – interrumpió doña Engracia con impaciencia.

– ¿Noticias? ¡Otra que tal!, murmuró el criado bailándole los ojos de júbilo. El señorito en cuerpo y alma está ahí.

Y cuando de las gargantas de los viejos salía un grito ronco é inarticulado, en el umbral de la puerta apareció un mozo ataviado mitad de militar, mitad de paisano y cuya gallardía revelaba que no eran exagerados los encomios que la fama hacía de él.

Si la efusión y la prisa que pusieron los por el momento afortunados padres en arrojarse en brazos del mancebo les hubiera permitido examinarle más despacio, no habrían dejado de observar que su aspecto



Isla de Cuba. – Desembarco en el muelle de la Habana de las tropas conducidas por el vapor *Antonio López* (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)



Isla de Cuba. – Revista de las tropas que condujo á la Habana el vapor *Antonio López*, efectuada en la plaza de Armas, delante del cuartel en que aquéllas se alojaron (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

distaba mucho de revelar el alborozo propio de quien á su hogar, y hogar tan querido, torna.

Pálido, anublada una frente que todavía no habían tenido tiempo de surcar los años y con una reserva que contrastaba notablemente con la alegría que su llegada despertaba, más parecía poner su empeño en contener una lágrima que pugnaba por escaparse de sus ojos, que no en participar del júbilo general.

Su padre debió ser el primero que notara aquellos síntomas, puesto que cambiando de pronto de fisonomía, preguntó al mozo con serenidad:

– ¿Cómo aquí?

Martín bajó la frente y quiso balbucear una excusa que no logró sino hacer que el entrecejo del autor de sus días se frunciese de manera aterradora.

– ¿Habrás abandonado tu puesto? ¿Serás traidor á tu patria y á tu honra?, rugió el viejo con acento terrible.

– ¿Olvida usted que llevo su nombre?, se limitó á contestar el mancebo con entereza.

– Entonces ¿es que la ciudad se ha rendido?, volvió á preguntar el anciano con dolorosa ansiedad.

– Zaragoza resiste y resistirá mientras le quede una sola piedra de su muralla, y á falta de ella el pecho de un aragonés que oponer á la metralla francesa.

D. Julián respiró con orgullosa satisfacción, y cambiando de tono exclamó:

– No siendo nada de eso, ¡habla con dos mil de á caballo y no prolongues más mi impaciencia!

Martín clavó los ojos dolorosamente en su madre y murmuró con voz apenas perceptible:

– ¡No puedo, no puedo!

Y después de una pausa llena de interrogaciones de parte de los que le escuchaban, dijo haciendo un supremo esfuerzo y dirigiéndose exclusivamente á D. Julián:

– Lo que tengo que decir debe oirlo usted solo.

Doña Engracia quiso protestar; pero el mozo no encontrando otro medio de cortarla la palabra, se arrojó en sus brazos sollozando como un niño, mientras balbuceaba:

– Cuando usted sepa de lo que se trata, me perdonará

Y cosa extraña, aquella dama cuyo indomable carácter parecía imposible de doblegar, plegándose humildemente á la voluntad de su hijo, salió de la estancia cerrando tras de sí la puerta.

III

Cuando D. Julián se vió al fin á solas con Martín, lanzó uno de aquellos ternos secos y redondos con que trataba en vano de intimidar á su esposa, y gritó:

– ¿Qué pasa?

– Va usted á saberlo todo. Conozco el temple de su alma y por eso no dudo en decirle la verdad desnuda. El golpe es tan rudo, sin embargo, que es preciso que se acuerde de que es español y aragonés.

– Habla.

– «Esta tarde, comenzó el mancebo con voz sorda, pero segura, á unos cuantos mozos que acabábamos de ser relevados de la guardia que hacía veinticuatro horas prestábamos en el Portillo, nos ocurrió la idea de hacer una salida de la plaza. Tales tentativas están terminantemente prohibidas bajo severísimas penas; pero ¿qué quiere usted?, los mozos somos mozos y nadie manda en su sangre cuando ésta se enciende. El fuego que desde San Lázaro había estado haciendo la artillería francesa había cesado desde la mañana, y esto nos indujo á creer que el enemigo, poniendo más empeño en reforzar sus líneas por la parte de Torrero, si no había abandonado por completo aquella posición, la dejaba en un desamparo que podía favorecer nuestra atrevida empresa.

»Que del todo no nos engañábamos lo dice la relativa facilidad con que logramos llegar á las primeras avanzadas. Nuestra imprevisión la declara el que alentados por el éxito osamos traspasarlas sin ver que cualquiera que fuese la fuerza que nos saliera al paso había de ser superior á la escasísima nuestra, y que además no contábamos con auxilio alguno dentro de la plaza que hiciese provechoso nuestro esfuerzo.

»El enemigo, que debía haber observado nuestro movimiento, bien porque no dispusiera de más tropas, bien porque no creyera necesarios mayores alardes, después de habernos dejado traspasar los primeros revellines, nos cortó la retirada con una compañía de línea.

»El choque fué rudo. Desde el momento comprendimos que sólo se trataba de vender caras nuestras vidas, y de tal modo batimos el cobre, que de los catorce hombres de que se componía nuestra columna sólo cinco lograron emprender la retirada y ocho quedaron sobre el campo.

»Yo, menos afortunado que estos últimos, agotado el último cartucho y hecho pedazos el fusil, tuve que rendirme á discreción.»

El mozo hizo aquí una pausa. Su padre, lívido como un cadáver, sólo acertó á murmurar:

– ¡Sigue!

– «El capitán que mandaba la fuerza me miró con lástima y murmuró en regular castellano:

– »Joven, crea usted que lo siento. Su bizarría era digna de otra suerte; pero de sobra conoce la consigna que tenemos. Dispone usted de unas horas. Antes de rayar el día será usted pasado por las armas.

– »Al salir de la plaza sabía el peligro á que me exponía, contesté con firmeza. Mi mala suerte está sólo en no haber muerto como mis compañeros..

– »¿Tiene usted alguna gracia que pedirme?, preguntó con tono bondadoso el oficial.

– »La única que me atrevería á esperar, tal vez no esté en su mano concedérmela.

– »Hable usted.

– »A media hora escasa de camino y fuera de la línea de cerco está la casa en que viven mis ancianos padres. Haga usted que me acompañen cuatro números, tome cuantas precauciones quiera y déjeme darles mi postrer adiós.»

El capitán me miró con asombro. Indudablemente iba á denegar una pretensión que rayaba en el absurdo, cuando de pronto se volvió á mí diciendo:

– «Mucho he oído hablar de la hidalguía de los españoles, y aunque puede salirme cara la prueba, voy á saber por mí mismo si es tanta como se dice. Distraer un solo número sería arriesgar más que la vida. Dejarle ir solo adonde desea, no está reducido á más que á cambiar de puesto con usted. Vaya donde le plazca. Sólo tengo que advertirle que las ordenanzas militares no tienen entrañas. Al amanecer se formará el cuadro. Si está de vuelta, cumpliré mi triste deber: si no, el fusilado seré yo. Ahora puede hacer lo que quiera.»

Por toda respuesta le tendí la mano murmurando:

– «¡Hasta luego!

– »¡O hasta la eternidad!, me contestó con sonrisa de duda.»

IV

Cuando Martín acabó su relato, su padre que había caído al escuchar sus últimas palabras en un sopor que no le dejaba darse cuenta de la realidad, pareció de pronto sacudir una importuna pesadilla, y asiendo á su hijo del brazo, como si quisiera arrancarle una contestación que resolviera el terrible conflicto, gritó:

– ¿Y qué vas á hacer?

– Cumplir mi palabra.

– ¡Morir!, sollozó D. Julián, que ante la voz de la sangre sentía apagarse todos sus entusiasmos. ¡No, no! Aquí estás seguro. ¡Que vengan á buscarte! Viejo soy; pero para defender tu vida me sobran alientos contra todos los ejércitos de Napoleón.

Martín contempló con lástima al anciano. Aquel dolor le destrozaba el pecho de manera cien veces más desgarradora que las balas. Sin embargo, aún tuvo fuerzas para tomar la mano del viejo y decir con acento de profunda convicción:

– Muerto, podrá usted llorarme y bendecir mi memoria. Deshonrado, acabaría por sentir justo odio al que con su vida mancharía un nombre que inmaculado y puro recibió de sus mayores.

– ¿Y qué me importaba un nombre que tú sólo podías ya conservar?

– Padre, el dolor le ciega.

– Prueba de que ciego ó no has de hacer mi voluntad, te advierto que para salir de aquí no has de tener otro remedio que hollar este miserable cuerpo. ¡Pasa si te atreves!

Y al decir esto el viejo se colocó delante de la puerta de la sala dispuesto á no dejarse arrancar de allí.

Martín, arrepentido del paso que había dado, retrocedió con dolorosa desesperación; pero irguiéndose en seguida, olvidado en parte de los respetos que sellaban su labio, exclamó:

– ¡Puesto que usted lo quiere, sea! Pero desde este momento sepa que en su casa alberga al más ferviente y entusiasta de los afrancesados.

– ¿Afrancesado tú? ¿Tú traidor á tu patria? ¿Tú manchando?..

– Mi honra no. De eso no puede hablarse ya bajo este techo. La mancha que acaba usted de echar sobre mi nombre alcanza á la patria por que yo sacrificaba mi vida. Hoy, de bandera que cobija á miserables como yo, de pueblo que recibe lecciones de hidalguía de los que nos hartamos de apellidar traidores y viles, reniego... ¡Viva Nap!..

No pudo acabar. El viejo, abandonando la posición que con tanto empeño defendía, se lanzó como un tigre sobre su hijo, que le esperó inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho. Sin embargo, antes de llegar á él se detuvo.

La puerta acaba de abrirse por fuera. En su penumbra se veía la figura pálida y sombría, pero transfigurada, de doña Engracia, que dejando el paso libre, decía con terrible majestad:

– ¡Martín, cumple con tu deber!

V

Después del largo y doloroso beso que los dos ancianos habían depositado en la frente de su muy querido hijo, ni el más leve rumor volvió á oirse en la estancia.

Habían transcurrido algunas horas, y ya esos indecisos resplandores que preceden al alba comenzaban á teñir el horizonte, cuando se oyó lejano, pero claro y distinto, un ruido seco y breve.

Era una descarga de fusilería.

– ¡Ya!, gritaron los dos viejos con indescriptible expresión, cayendo de rodillas ante la urna de la Virgen del Pilar.

Y luego, en pos de una pausa, larga, muy larga, doña Engracia, levantándose con algo de la actitud de la leona á quien acaban de robar sus cachorros, rugió:

– ¡Ahora á Zaragoza!

– ¿A qué?, preguntó con desaliento D. Julián.

– A no dejar que el extranjero ponga su planta en la tumba de ese mártir. ¡Esa, esa es la patria!

Angel R. Chaves

NUESTROS GRABADOS

Mademoiselle Eugenia Buffet cantando en los patios de París. – Podrá ser la capital de Francia el centro del vicio, como muchos aseguran; pero nadie negará, en cambio, que en ninguna otra ciudad reviste la filantropía tantas formas nuevas ni alcanza tan grandes proporciones como en ella. París marcha siempre á la cabeza de todas las capitales del mundo cuando se trata de abrir suscripciones para remediar grandes catástrofes, así nacionales como extranjeras, y sus instituciones benéficas sostenidas por los donativos de particulares y corporaciones pueden servir de modelo á las poblaciones que sólo tienen censuras para su corrupción y ligereza de costumbres, más superficiales que de fondo, y no saben aprender de ella cómo se auxilia á los desvalidos. Mas no sólo por sus larguezas se distinguen los parisienses; hácense notar, además, por la originalidad de que dan pruebas, como en todo, en punto á la manera que de ejercer la caridad tienen. Una muestra de ello es el espectáculo que presenció París hace poco tiempo y del cual da idea el grabado que en nuestra primera pagina reproducimos: una célebre cantante de café-concierto, Mlle. Eugenia Buffet, concibió el generoso pensamiento de ir á cantar, en compañía de algunos de sus camaradas, por los patios de las casas, destinando á los pobres todo lo que recaudara. El éxito más completo coronó su empresa, que fué durante muchos días la verdadera *atraction* de aquella capital: Mlle. Buffet, seguida siempre por un numeroso grupo de curiosos y admiradores, fué cantando de patio en patio las canciones populares que constituyen su especialidad, y al par que cosechaba en todas partes entusiastas aplausos, caían en abundancia en la bandeja monedas de cobre y de plata que luego sirvieron para remediar no pocas necesidades.

El primer desengaño, cuadro de Walter Langley. – Los dramas más terribles no suelen ser siempre aquellos que con más aparato se ofrecen á nuestros ojos: hay historias sencillas que producen en nosotros emoción más honda que algunas tremendas catástrofes, como hay accidentes en la vida que conmueven más que la muerte misma. Hubiera pintado el autor del cuadro que reproducimos á su protagonista tendida en su lecho mortuorio, y la impresión que nos habría causado la contemplación de su cadáver no hubiese á buen seguro sido tan intensa como la que despierta el espectáculo de su desconsuelo y de su abatimiento, indicios inequívocos de que el primer desengaño ha destruído en ella algo más que una ilusión amorosa y de que el causante de su dolor al abandonarla se ha llevado algo que ella estimaba en más que la existencia. El célebre pintor inglés Langley ha expresado todo esto en el hermoso lienzo que tantos elogios mereció cuando fué expuesto en la Real Academia de Londres: la figura principal de ese cuadro, que se cubre el rostro con las manos como para ocultar su pena y su vergüenza, es un portento de expresión y sobriedad; la de la anciana que apenas puede retener las lágrimas que pugnan para asomar á sus ojos y que á pesar de ello trata de consolar á la joven ó infundirle cuando menos resignación y calma, forma con aquélla un grupo sentidísimo, y el tosco banco de piedra en que se sientan y el mar tranquilo que en el fondo se extiende, sin distraer la atención del punto principal forman alrededor de éste un marco hermoso en cuya ejecución se advierte fácilmente la mano del maestro consumado que completa la labor del artista inspiradísimo.

Napoleón I en la batalla de las Pirámides, cuadro de Dumaresq. – Digan lo que quieran ciertos críticos é historiadores que de algún tiempo á esta parte se han propuesto empequeñecer á Bonaparte, la figura de éste ocupará siempre varias de las páginas más gloriosas de la historia



ISLA DE CUBA. – Calle Real ó de Campoamor de Victoria de las Tunas, dibujo de Passos, tomado de una fotografía de D. Manuel Martínez Otero

Francia. El sentimiento nacional francés, que desprecia ciertas minucias de la crítica historica, sigue profesando un verdadero culto al que en los momentos más difíciles supo elevar á su patria á un grado de poderío hasta entonces no conocido, y en lucha con los pueblos más fuertes de Europa, llevó á la victoria a los ejércitos de la República y del Directorio y paseó triunfantes durante larga serie de años las águilas imperiales. El arte, expresión fiel de lo que siente un país en un momento dado, confirma nuestro aserto, pues haciendo caso omiso de esa propaganda hostil á Napoleón I, no ha cesado de inspirarse en los grandes hechos del capitán de nuestro siglo y no hay exposición en que varios cuadros no recuerden aquella época brillante de la nación francesa. En el Salón del presente año llamaba poderosamente la atención el lienzo de Dumaresq que reproducimos: representa los últimos momentos de la memorable batalla de las Pirámides que terminó con el aniquilamiento de los mamelucos, y es por decirlo así una apoteosis guerrera, en medio de la cual, entre el humo de la pólvora y rodeado de sus bravos soldados, surge el joven general vencedor contemplando el resultado del combate con la impasibilidad del que de antemano está seguro del triunfo. Esta magistral composición, digna de las más hermosas páginas clásicas, hace gran honor al pintor que la ha concebido y se contará siempre entre las mejores por él producidas.



ISLA DE CUBA. – Destacamento de infantería del regimiento Habana y casa comercial de los Sres. Figueras y hermano, exportadores de maderas y frutos del país, en Manatí (Santiago de Cuba), dibujo de Passos, tomado de una fotografía de D. Manuel Martínez Otero



EL PRIMER DESENGAÑO, cuadro de Walter Langley, exhibido en la Real Academia de Londres



BONAPARTE EN LA BATALLA DE LAS PIRÁMIDES, cuadro de **Dumarest**, grabado por **Baude** (Salón de los Campos Elíseos de París, 1895)

La eminente actriz Sarah Bernhardt en el papel de Gismonda. – Cuando este número llegue á manos de nuestros suscriptores, el público de Barcelona habrá admirado y aplaudido una vez más á la eminente actriz, con cuyo retrato se honran hoy las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. La anticipación con que ha de confeccionarse el periódico no nos permite esperar á dar cuenta del éxito conseguido por Sarah Bernhardt, y aunque no es difícil preverlo y en casos como éste puede cualquiera actuar de profeta y agotar el repertorio propio de los grandes triunfos, sin temor de equivocarse y ponerse en ridículo, preferimos dejar nuestras impresiones para el próximo número. En el presente nos limitamos á dar la bienvenida á la artista ilustre, y no incurriremos en la vulgaridad de dirigirle frases encomiásticas, porque los verdaderos genios como Sarah Bernhardt superan á todo cuanto en su honor decir pudiéramos y llevan en sí mismos su mejor elogio, su nombre, que la fama universal pregona y ante el cual se inclinan con tanto respeto como admiración los amantes del gran arte. Sarah Bernhardt es indiscutible, y por lo mismo no necesita alabanzas: el mundo entero ha consagrado su talento, reconociéndola como una de las primeras actrices de nuestro siglo, y la posteridad escribirá con letras de oro su nombre en los anales del arte dramático francés.



SARAH BERNHARDT EN EL DRAMA «GISMONDA,» DE SARDOU

El general de brigada D. Francisco de Borja Canella. – Hace pocos días ha sido ascendido á general de brigada el militar ilustre cuyo retrato publicamos en esta página. La causa inmediata de este ascenso, como pocos merecido, ha sido el heroico comportamiento del entonces coronel Canella en el combate de Sao del Indio ó de Ramón de las Yaguas, en donde luchando contra fuerzas insurrectas cuádruples á las que él mandaba y posesionadas de posiciones tan ventajosas que podían considerarse inexpugnables, derrotó por completo y puso en fuga á las partidas de los hermanos Maceo. Esta gloriosa acción, cuya importancia se equipara á la que tuvo la de Peralejo, de la que nos ocupamos en uno de nuestros anteriores números, se trabó el 31 de agosto último, habiendo durado el combate principal desde las cinco de la mañana hasta la una de la tarde, hora en que se dispersaron los insurrectos, los cuales, sin embargo, no cesaron en el resto de aquel día y durante buena parte del siguiente de hostilizar á la columna en su marcha á Guantánamo.

D. Francisco de Borja y Canella, héroe de aquella memorable jornada, nació en Oviedo en 1848, y después de haber hecho sus estudios en el Seminario de Vergara, ingresó en la Academia de Toledo, de donde salió con el grado de sargento. Era ya oficial cuando estalló la revolución de Septiembre y en la memorable batalla de Alcolea peleó á las órdenes del marqués de Novaliches, siendo de los primeros que intentaron pasar el puente. Peleó contra los carlistas en Cataluña hasta que en 1870 fué destinado al ejército de Cuba, en donde se le dió el mando de una guerrilla con la cual realizó muchas proezas. Terminada aquella campaña regresó á la península con el empleo de comandante graduado de coronel y al poco tiempo pasó á Filipinas y allí obtuvo el inmediato ascenso; volvió á España por causa de enfermedad; mas apenas restablecido, regresó, á petición propia, á aquel archipiélago. Ascendido á coronel, mandó el regimiento de Visayas primero y una media brigada después, habiendo regresado á la península en 1894, en que fué destinado á mandar el regimiento de reserva de Córdoba. En esta situación se hallaba cuando estalló la actual insurrección, y á pesar de que estaba próximo al ascenso por antigüedad, fué de los primeros en solicitar el pase á Cuba, adonde marchó en el



El general de brigada D. Francisco de Borja Canella, vencedor en el combate de Sao del Indio (Isla de Cuba)

mes de abril último y en donde le fué confiado el mando de una media brigada y después accidentalmente de una brigada, la tercera de la primera división del ejército en campaña, al frente de la cual ha batido constantemente á los separatistas y ha conseguido últimamente la importante victoria por la cual ha sido ascendido al generalato.

El brigadier Canella además de bravo y experto militar es un escritor distinguido: en Manila dirigió un periódico dedicado al ejército, y tiene escritas algunas notables obras de táctica y estrategia.

Las corporaciones populares de Asturias han tomado solemnes acuerdos en honor del brigadier Canella, y entre ellas el Ayuntamiento de Oviedo en sesión de 13 de septiembre último acordó felicitar al ilustre ovetense y á las tropas de su mando por la victoria de Ramón de las Yaguas, y en caso de que el gobierno le premiara por éste y anteriores gloriosos hechos de armas, ofrecerle las insignias de mando ó, en otro caso, una espada de honor.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – ATENAS. – Según decreto del gobierno griego, los trabajos de restauracion del Partenón se ejecutarán con arreglo á los dictámenes de Durm y del arquitecto francés L. Magne.

ROMA. – Con motivo de las fiestas celebradas en conmemoración del vigésimo quinto aniversario de la entrada de las tropas italianas en Roma, se inauguraron el día 20 de septiembre último en aquella capital, además del monumento á Garibaldi, del que nos ocupamos en el número 719 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, otros dedicados á Cavour y á Minghetti y una columna conmemorativa del asalto á la Puerta Pía.

El monumento á Cavour está situado en los Prati de Castello, y su altura total es de 17'50 metros: la estatua está de pie y mide cinco metros de altura; debajo de ella y apoyados en el basamento hay cuatro grupos alegóricos, que representan el primero á Italia con Roma por capital, el segundo la fuerza del derecho plebiscitario simbolizada por un león, á cuyo lado se ven una urna y una bandera; el tercero el Pensamiento, y el cuarto la Acción. La estatua y los grupos son de bronce y han sido modelados por el escultor Esteban Galletti.

El monumento á Minghetti es obra del escultor Lio Gangeri; la estatua de Minghetti representa á éste en actitud de hablar. En el lado anterior del pedestal un grupo de mármol simboliza la Política y el Pueblo; en el posterior hay esculpido en bronce un mapa de Italia entrelazado con una corona.

La columna conmemorativa del asalto de la Puerta Pía álzase cerca de ésta en el corso Italia: su basamento se eleva sobre tres gradas, y en lo alto de la columna, cuya elevación es de 7'20 metros y sobre un globo en que se lee 1870, se levanta la estatua alada de la Victoria con la estrella de Italia en la cabeza y sosteniendo con la mano izquierda el haz consular y con la derecha la palma.

BARCELONA. – El Excmo. Ayuntamiento ha publicado la convocatoria y el reglamento de la *Exposición general de Bellas Artes é Industrias esencialmente artísticas*, que bajo la protección de S. M. la Reina Regente y de Sus Altezas Reales se abrirá el día 23 de abril de 1896, y se cerrará el día 29 de junio del propio año. Serán admitidas en la exposición, previo examen del Jurado correspondiente, las obras que no habiendo figurado en las anteriores ni sido expuestas públicamente en Barcelona, estén comprendidas en la clasificación siguiente:

Sección de Bellas Artes. – Pintura, grabados en todos sus procedimientos y modelos de escenografía. – Escultura en sus diversas clases y procedimientos. – Arquitectura en sus diversas manifestaciones artísticas.

Sección de Industrias Artísticas. – Metalistería, joyería, platería, esmaltes, cerrajería, fundición y reproducción de objetos de arte en toda clase de metales. – Cerámica y vidriería: porcelana, loza, alfarería, vidrios pintados y grabados, mosaicos é incrustaciones de marcado carácter artístico. – Carpintería y ebanistería en su concepto de aplicación artística. – Tapicería: tejidos, estampados, guadamacilería, encajes y bordados.

Cada expositor no podrá presentar más de cuatro obras por cada grupo, pudiéndose aceptar mayor número, á juicio del Jurado, cuando la naturaleza del asunto lo exija y las condiciones del local lo permitan. Las obras pertenecientes á particulares no podrán ser admitidas sin autorización escrita del autor, que será considerado como expositor.

El plazo para la recepción de las obras será desde 20 de marzo hasta las seis de la tarde del 1.° de abril de 1896, debiendo aquéllas ser presentadas en el Palacio de Bellas Artes por el expositor ó su representante debidamente autorizado.

Un jurado de admisión examinará las obras que se presenten y rehusará las que por cualquiera de sus condiciones considere que no deben figurar en la exposición, siendo sus acuerdos en este particular inmediatamente ejecutivos.

Los gastos de transporte de ida y vuelta correrán á cargo del expositor, exceptuándose las obras de los autores que resulten premiados, las cuales serán devueltas á los mismos, corriendo á cargo del Ayuntamiento los gastos de reexpedición. Tendrán franquicia completa de transporte en la expedición y reexpedición de las obras que presenten aquellos artistas y artífices nacionales y extranjeros que sean especialmente invitados por el Ayuntamiento para concurrir á la exposición.

Para proceder á la formación del Jurado de recompensas, los expositores de la sección de Bellas Artes, convocados especialmente á los diez días de abierta la exposición, elegirán en votación secreta y separada cuatro vocales para el grupo de la pintura, dos para el de escultura y dos para el de arquitectura. En la misma fecha y por igual procedimiento los expositores de la sección de Industrias artísticas elegirán dos individuos para cada uno de los cuatro grupos en que se subdivide dicha sección. Formarán también parte del Jurado la Comisión ejecutiva y el Presidente y el Secretario de la organizadora.

El jurado de recompensas podrá conceder un *premio de honor*, al cual se asigna, para la adquisición de la obra que lo obtenga, la cantidad de 10.000 pesetas, y medallas de primera, segunda y tercera clase, acompañadas del correspondiente diploma, no pudiendo exceder el número de premios del cinco por ciento de las obras expuestas en cada grupo. El premio de honor podrá concederse á una obra de cualquiera de las dos secciones.

El Jurado, previa la debida tasación y teniendo en cuenta la cantidad de que se dispone, señalará, de entre las obras premiadas, las que por su mérito superior considere dignas de ser adquiridas con destino á los Museos Municipales.

Figurarán además en la exposición una sección especial destinada á las reproducciones de las obras clásicas de Arquitectura, Escultura, Pintura y Artes suntuarias.

El Excmo. Ayuntamiento destina á la adquisición de obras premiadas en la exposición la cantidad de 75.000 pesetas, pagaderas en moneda española.

Teatros. – En el Drury Lane de Londres se está representando actualmente con gran éxito un melodrama de gran espectáculo, titulado *¡Cheer, Boys, Cheer!*, obra de Augusto Harris, Cecilio Raleigh y Enrique Hamilton, que abunda en grandes efectos escénicos y cuya acción se basa en la muerte de Wilson y sus compañeros en la guerra de los ingleses contra los matebeles.

– El compositor francés Reyer, autor de la ópera *Sigurd*, ha terminado el cuarto acto de su nueva obra *Le capucin enchanté* que, según él dice, está destinada al teatro wagneriano de Bayreuth.

– La emperatriz del Japón ha ordenado la reorganización del teatro japonés, tomando para ello por modelo los teatros europeos: por encargo de la soberana, las principales obras del repertorio clásico de todos los pueblos serán traducidas al japonés para ser representadas en aquel país. En la representación de las mismas los papeles femeninos serán confiados á mujeres, que, como es sabido, hasta ahora habían sido excluídas de la escena en el Japón, en donde los varones desempeñaban los papeles de ambos sexos. Entre las obras ya traducidas figuran *Hámlet*, *El rey Lear*, *Edipo* y *La desposada de Messina*.

Madrid. – Se han estrenado: en el teatro Martín con buen éxito una zarzuela en un acto *La caza del tigre*, letra de los Sres. Rodríguez y Muñoz, y música, muy bonita, del maestro San José; y en la Comedia, con éxito regular, una comedia en tres actos del Sr. Sánchez Pérez, *La gente nueva*, admirablemente escrita, pero de argumento y acción poco interesantes.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *La labradora*, drama en seis actos, muy bien arreglado á la escena española por D. Salvador M.ª Granés, y *La vara de arcalde*, graciosa pieza en un acto de D. Eduardo Vidal y Valenciano, y en el Eldorado *Dolores... de cabeza*, chistosa parodia de la ópera *La Dolores*, del Sr. Granés.

Necrología. – Han fallecido:

Alfredo Verwee, notable pintor de animales y paisajista belga.

Augusto Tebaldi, uno de los más célebres psiquiatras de Italia, director de la clínica psiquiátrica de la universidad de Padua y autor de multitud de obras y monografías importantísimas.

Ausonio Franchi, el famoso escritor italiano que después de haber abandonado el estado eclesiástico y escrito varias obras racionalistas, volvió al seno de la Iglesia Católica, abjurando de sus doctrinas y encerrándose en un convento de Génova.

ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

— Es una mujer joven todavía, vestida con un traje obscuro y que va acompañada de una hermosa niña de tres años y medio. Supongo que el tren no habrá sufrido ningún accidente.

— Ninguno, en efecto.

— ¿No podríais saber si por uno ú otro motivo se habrán visto obligadas á bajar en algún punto del camino?

— Lo ignoro; pero en tal caso, será porque así lo habrán querido, ya que no ha habido fuerza mayor.

El empleado salió con paso rápido. Monfort quedó inmóvil, combatido por mil distintas ideas que le atenaceaban el corazón.

— ¿A qué hora llega el siguiente tren de París?, preguntó á un mozo.

— A las cinco. Pero ¡ea, marchaos!

Monfort tomó de nuevo el camino de los muelles.

— No habrán llegado á tiempo al tren, murmuró; pero bien podían habérmelo telegrafiado, añadió con amargura.

De pronto recordó que se había olvidado de dar su dirección á su esposa y entonces comprendió su imprudencia.

— No hay otro remedio que aguardar el tren de las cinco, dijo. Estoy convencido de que habrán llegado tarde á la estación, lo que siempre sucede á las mujeres.

Dieron las tres. Volvió á la agencia donde fuera ya por la mañana.

— ¿Lo ha pensado usted bien?, le dijo el agente.

— Sí, señor, estoy conforme, respondió Monfort.

— Tiene usted que partir esta madrugada.

— Estoy decidido á ello.

— Note que la colocación es buena. Seis mil francos de sueldo fijo y un tanto por ciento de los beneficios.

— Lo sé.

— Pero no parece usted tan resuelto como esta mañana en que parecía que le dominaba el mayor entusiasmo.

— Es que tenía que llegar mi mujer y he ido á la estación á esperarla y no ha venido.

— ¡Bah! ¡No haga usted caso! Eso sucede cada día. Si quiere seguir mi consejo, retenga por adelantado el camarote.

— Ya lo hice.

— Procure no retrasarse, porque perdería el precio del pasaje y además, y esto es lo más grave, el empleo que le he prometido lo ocuparía otro, porque es imposible que esté vacante. Voy á telegrafiar su llegada y ya es cosa hecha.

— Bien, caballero.

— Aquí tiene usted el adelanto prometido, continuó el agente, sacando del cajón un billete de banco. Nos veremos á la salida. Hasta aquel momento puede usted buscar á su esposa.

La risa que acompañó á esas palabras hirió lúgubremente el corazón de Monfort. Firmó su contrato y el recibo y luego se marchó más taciturno que nunca.

Apenas eran las tres y media. No atreviéndose á volver en seguida á la estación, se entretuvo en pasear por uno de los muelles donde se estaban verificando obras. Aquel lugar desierto, tan diferente por la animación de los otros muelles, placía á su espíritu y le confortaba.

En vano intentaba tranquilizarse con la idea de que María había perdido el tren, pues esta explicación, que parecía natural, no bastaba á calmar sus dudas. A pesar suyo, mil recuerdos penosos y disensiones dolorosas se presentaban á su memoria y se levantaban ante él como amenazadores fantasmas. ¡Cuántas veces María le había dicho: «Estoy cansada de esta vida!»

Efectivamente, podía ser que se hallase cansada de aquella existencia que distaba mucho de ser dichosa. ¿Sería en verdad que hubiese retrocedido ante aquel largo viaje, ante la expatriación indefinida que no mostraba siquiera como término halagüeño la imagen de un dichoso porvenir?

— Y sin embargo, yo marcho, se dijo.

«Sí, contestó la voz íntima de su alma. Pero tú sabes dónde vas; sabes que tienes asegurado el pan de cada día, que tienes trabajo y que aquellos que te empleen te tratarán con la consideración que merece un hombre honrado. Y la pobre mujer no sabe siquiera eso... ¿Y si hubiese desfallecido? ¿Si en el momento de partir se hubiese sentido sin valor para ello? ¿Si la vida que él le había dado fuese para ella tan dura, que prefiriese la soledad con la niña?»

Recordando á la niña, Monfort crispó los puños y se mordió los labios. ¡Su esposa no tenía el derecho de robarle la niña, no! Marcela le pertenecía tanto por lo menos como á su mujer.

Se precipitó casi corriendo hacia la estación; distaba mucho de ser la hora de la llegada; pero le parecía que estando allí sufriría menos.

Mirando el reloj, vió que quedaba mucho tiempo que esperar y se calmó un poco. No queriendo que advirtieran su agitación los obreros y los ociosos que por allí discurrían, buscó un rincón, se sentó y de nuevo se puso á meditar.

¿Qué mucho que María hubiese pensado en separarse de él? Era diestra en todas las labores de mujer, y estaba seguro de que encontraría siempre medio de ganarse su vida y la de su hija. Pero ¿por qué no se lo había dicho jamás? Antes que aquel silencio hostil, desdeñoso, ¿no valía mucho más que le hubiese dirigido sus reproches, aun cuando hubiesen sido injustos?

Una visión casi borrada surgió de los recuerdos del pasado y vió la imagen de su mujer destacarse tal como era algunos años antes, sentada en una silla junto á la mesa de labor, cosiendo sin interrupción y levantando de cuando en cuando sus ojos hacia él, en los cuales se reflejaba una afección tranquila. Cuando abría los labios y le hacía una pregunta y esperaba la contestación interrumpiendo su trabajo, él la contestaba con mal humor y con tono breve y brusco...

Y la mano caía de nuevo sobre la tela, la sumisa cabeza se inclinaba más, y el silencio reinaba de nuevo en aquella habitación, cerrada, en verdad, al frío de fuera, cerrada también al ruido, á la alegría y á la vida de la calle.

Su mujer entonces seguía silenciosamente el hilo de sus pensamientos. ¿En qué pensaba durante aquellas largas horas tan monótonas, tan eternas, en tanto que él pensaba en sus trabajos que bastaban á ocupar su inteligencia y su corazón, tentado por la dificultad vencida ó entretenido por el deseo de saber qué sueños asaltaban la imaginación de aquella mujer que no había sido todavía madre y que apenas había conocido la ternura paternal?

No era ahora sin duda cuando debía recordarlo. Era entonces, antes de que llegara la hora de la desgracia y de los errores cuando debió haberlo pensado, en tanto que la confianza era aún natural entre los dos. ¿Pero no estaba seguro de la honradez y del cariño de su mujer? ¿Podía ver en aquellos ojos tan cándidos, tan claros, algún pensamiento que su marido no hubiese adivinado?

Monfort se dijo, y era verdad, que bajo aquella aparente rudeza é indiferencia, había habido mucha estimación y mucha ternura real.

Sí, pero ella no lo sabía; no veía más que la superficie, pobre mujer triste y cansada. Habría sido preciso que conociera á fondo su alma para que hiciera justicia á aquel marido injusto en apariencia y que tanto la amaba sin embargo.

Monfort lanzó un suspiro de alivio. En medio de todo, nada había perdido. María había sufrido, pero estaba decidido él por su parte á reparar sus faltas. En lo sucesivo se hallaba decidido á ser un buen marido, ahora que veía clara la situación.

En el fondo no había allí sino una mala inteligencia, y eso es fácil arreglarlo; en aquella tierra extraña, apretados estrechamente uno contra otro, no sufrirían los horrores del destierro; se querrían mucho más, se conocerían más íntimamente, siendo los tres á un tiempo para sí mismos patria y familia.



Monfort volvió á colocarse donde había estado por la mañana

El reloj dió las cinco menos cuarto. Reteniendo el paso de sus pies impacientes, Monfort volvió á colocarse donde había estado por la mañana, esperando que María iba á llegar y prometiéndose que, en la alegría de verla, no la reñiría porque hubiese perdido el tren.

V

El tren llegó. Era directo, sin terceras. Los viajeros saltaron pronto; más de una pequeñuela pasó dando la mano á su madre, pero ninguna de ellas tenía los ojos claros de Marcela.

Monfort sintió de repente que una gran cólera invadía su cerebro y que una gran pena desgarraba su corazón. ¿No había llegado? ¿Era que no quería venir? Ya no cabía excusa esta vez, pues tenía dinero suficiente para tomar primera si era preciso. ¿Por qué, pues, torturarle con aquella espera cruel?

Como un furioso corrió hacia el telégrafo y envió el telegrama siguiente á la fonda de París, donde dejara á su mujer:

«¿Por qué no han salido hoy la señora y la niña que llegaron ayer?»

Al enviar aquel mensaje, advirtió con extrañeza que en París no dió su nombre. Eso es lo que le im-

pidió designar más fijamente á su mujer, temiendo que hubiese dado su nombre de soltera ú otro cualquiera, por amor propio ó por capricho.

La contestación pagada llegó tres horas después, tres horas que pasó paseando febrilmente por delante del despacho telegráfico.

«La señora por quien pregunta usted no ha vuelto á la fonda.»

Monfort hizo un movimiento brusco y vaciló. El empleado que le había entregado el telegrama salió precipitadamente de su covacha para sostenerle, creyendo que le había dado un ataque apoplético. Le hizo volver en sí, dió Monfort las gracias maquinalmente al buen hombre, rehusó un vaso de agua que le ofrecía y salió vacilando como un borracho.

¡No había ido á la fonda! Aquel pensamiento atenaceaba el cerebro de Monfort con la regularidad de un martinete. No sólo no quería juntarse á él, sino que le hacía perder sus huellas. Huía con la niña como una ladrona, á cualquier parte, y él, esposo abandonado, padre sin hijo, iba á partir solo á un país desconocido, como un criminal que marcha al punto de su deportación.

Había querido quedarse, bien claro se veía, para perderse en aquel París donde es tan fácil ocultarse. ¡No había ido á la fonda! Anduvo largo rato sin cuidarse del camino que seguía; de repente se halló en medio de una multitud atareada que le rodeaba y empujaba brutalmente. Tropezó con unos fardos y en el momento de levantar la cabeza gritó una voz ruda.

—¡Ojo!

El silbido de un cuerpo pesado que hendió rápidamente el aire á algunas líneas de su cráneo, hizo que se bajase instintivamente, y advirtió una caja enorme que ascendía elevada como una pluma por una grúa de vapor.

—¡Cuidado, eh, cuidado digo! exclamó junto á él una voz más brusca todavía con un juramento soez.

Sintió que le tiraban violentamente del brazo y en el sitio que ocupaba cayó pesadamente una gruesa cadena de hierro con su potente gancho.

—Es preciso que esté usted loco para permanecer ahí, refunfuñó el peón que le había salvado. Si quiere suicidarse, ¿no puede irse á tirar de cabeza al mar en vez de impedir que trabajemos?

—¿Qué hacen ustedes ahí, preguntó Monfort aún desorientado.

—Cargamos el *Canadá*, que sale esta noche. ¡Ea, largo, que no necesitamos por aquí gandules!

—Soy un pasajero del *Canadá*, dijo maquinalmente Monfort.

—Entonces, pase aprisa, sin lo cual le romperán la cabeza, aunque la tuviera más dura que una bala de cañón. ¡Arriba!

Empujado, objeto de la chacota general, Monfort llegó á la cubierta, del buque y se halló entre dos escotillas abiertas de cuyas obscuras bocas salían gritos, avisos, choques y mil ruidos agudos y confusos. Las dos potentes grúas funcionaban con actividad, sin cesar su ruido ensordecedor; las cajas subían y bajaban, y se movían y se cruzaban las cadenas en el aire con una rapidez que daba vértigo, sin equivocarse, sin chocar jamás.

Potentes reflectores inundaban el entrepuente de una luz tan viva como la del sol; sobre el puente, atestado de fardos, los pasajeros iban y venían buscando sus camarotes, dando órdenes contradictorias, maldiciendo á la gente de á bordo, que no hallaban, por la sencilla razón de que en aquel momento estaba en tierra despidiéndose de sus deudos. Y dominando todos aquellos ruidos, en el fondo, la máquina en presión roncaba poderosamente haciendo vibrar el casco de hierro del navío, que resonaba como el tubo de un órgano inmenso.

Monfort buscó maquinalmente el camarote que había tomado para su mujer y para él; tenía entonces la posesión completa de aquel cuarto, á menos que se le quisiese reembolsar el importe del pasaje de María, cosa poco probable y en la que no pensó siquiera. Lo que buscaba entonces era un poco de aislamiento, un poco de calma, y allí los encontró.

El agua azotaba suavemente la pared de su camarote; del lado del dique todo era reposo y frescura. Los ruidos sólo llegaban á él atenuados, salvo la trepidación del vapor concentrado que vibraba por doquier. Se sentó y estrechó la cabeza entre sus manos.

¡Perdidas, perdidas las dos! Perdidas para él y para siempre sin duda.

¡Con qué fría maldad había calculado aquella mujer su abandono! Le había engañado excitando su compasión, fingiéndose cansada, pidiendo reposo. Pensando aquello, el corazón de Monfort se llenaba de disgusto y de indignación.

—¡Pero Marcela! ¡Y mi hija! ¡Y mi pequeñuela!, exclamó. No tenía derecho á quitármela. Ladrona, ladrona de niños.

Dió con la cabeza contra el tabique hasta lastimarse y quedó inmóvil, inerte. Tal desgracia era superior á cuanto jamás había temido. Aun cuando hubiese imaginado los más grandes desastres, nunca pensó que podía apartarse de su lado aquella cabeza de ángel de resplandecientes ojos é inocente sonrisa... Y ahora nada, ¡nada!, menos que si estuviese sepultada bajo tierra marcando una cruz el lugar de su reposo, pues entonces hubiera podido ir á llorar allí, ¡en tanto que ahora!.

Salió de su camarote, y empujando cuanto encontró á su paso, salvó de un sólo salto la distancia que separaba el buque del muelle, y corrió como un loco hacia la estación. ¡Aún quedaban trenes; no era posible que María le hubiese abandonado de aquel modo! Por otra parte, iba á partir para París, y la encontraría y de allí se llevaría con él á la niña... Aquel día quedaría vengado de todo cuanto ahora sufría.

Tropezó con alguien que le apostrofó con viveza; y al apartarse sin decir una palabra, oyó que decían:

—¡Pero... calle! ¿No es usted Monfort, el que debe salir en el *Canadá*? ¿Adónde demonios va? ¿A qué corre? ¿No sabe usted que el buque sale á las dos?

—Sí, sí, respondió Monfort; pero tengo que ir á la estación.

—No haga usted tonterías; la estación está ya cerrada. Acuérdese de que queda firmado el contrato y el recibo de las arras. Supongo que no tendrá usted la intención de quedar mal.

—No, caballero, dijo Monfort, calmándose de repente; he dado mi palabra y la cumpliré, pero es preciso que vaya á la estación.

Desprendióse con movimiento brusco del agente que le había sujetado por la solapa de la levita y se encaminó resueltamente á la estación.

Paseó al rededor de ella como un loco, escudriñando los obscuros rincones é interrogando á los escasos transeuntes; se detuvo junto á las fondas de poca apariencia y allí dió las señas de su mujer y de su hija, siendo objeto de burla y de chacota por los marinos, cuya tranquilidad turbaba en las ahumadas y bajas salas de los *restaurants*.

Un largo silbido dos veces repetido cruzó por el aire é interrumpió el silencio de la noche. Una campanada sonó largo rato por intervalos iguales.

—¡El *Canadá* exclamó; todo lo que poseo en el mundo está en el buque, he dado mi palabra y debo partir. Pero volveré, ¡oh, volveré para vengarme!

Corrió con la cabeza baja como un toro furioso, hendió nuevamente la multitud que contemplaba el inmenso paquebot, pasó el puente en el momento preciso en que el capitán daba orden de retirarlo y oyó confusamente la voz del agente de negocios que gritaba:

—¡Demonio de hombre! He creído que huía. ¡De todos modos, buen viaje!

El buque giró lentamente sobre sí mismo y el agua que movía su hélice potente azotó las piedras del muelle. Luego, arrastrado por un remolcador, salvó los contramuelles; los faros de la Heve le inundaron con su luz eléctrica, en tanto que en Oriente una luz incierta y blanquecina indicaba la aparición de la aurora, todavía lejana; después el buque se dirigió hacia Occidente, y cuando brilló la luz del día, la tierra de Francia no era sino una línea obscura que se dibujaba en el horizonte.

Encerrado en su camarote, Simón Monfort lloraba pensando en su dicha perdida.

VI

Cuando Marcela se despertó en la cama, para ella desconocida, que debía á la hospitalidad, miró al techo y se puso á reir con esa risa adorable de la infancia que, lejos de criticar como nosotros amargamente lo que no conoce, se contenta con reir de ello á mandíbula batiente.

La señora Favrot, que correteaba por la habitación, se volvió á aquel ruido inesperado, y siguiendo la dirección de la mirada de la niña, advirtió que el objeto que causaba aquella risa era un lagarto monumental disecado que estaba suspendido del techo por temor á las ratas. Aquella «pieza curiosa» que había figurado en la tienda del viejo herbolario á quien ella había sucedido, era un objeto de estorbo para la tendera; transportado de uno á otro sitio no hacía sino estropearse y se le caían las escamas, hasta que viendo un día que gustaba á las niñas, que se entretenían llenándole la boca de migas de pan, diciendo que tenía hambre, había sido suspendido del techo del entresuelo, donde, subiendo sobre una silla, Luisa podía alcanzarle con la mano. La otra niña dormía en el cementerio de Montmartre.

Marcela, tendida de espaldas, reía mirando al lagarto, cuyas patas, separadas como para nadar, presentaban una forma cómica; el rostro de la herbolaria, que se inclinó hacia ella, cambió su alegría en terror.

—Mamá, gritó acurrucándose en la cama hasta hacerse daño con la barandilla.

Los que no han oído jamás el grito del niño perdido que no sabe más que un nombre, que no tiene sino un pensamiento y que lanza sin cesar al cielo aquel nombre que lo encarna, no conocen todavía la piedad en toda su extensión. No hay nada más desgarrador ni nada más indignado que esa llamada del ser inocente, privado de repente de lo que para él resume la vida.

La buena mujer sintió que sus entrañas se conmovían al escuchar aquel grito.

—¡Ah, murmuró, prefiero saber que la mía está muerta en aquel rincón del cementerio, que pensar que podría pasarle lo que á ésta, huérfana teniendo padre y sin otro amparo que la caridad!

—Tu mamá va á volver en seguida, hija mía, dijo con cariño. Me ha dicho que te dejes vestir, que seas buena y que vendrá á buscarte.

—¿Y papá?, replicó Marcela con tono de duda.

—Tu papá también. ¿Quién es tu papá?

—¿No le conoces?, preguntó la niña con extrañeza.

—No. ¿No sabes que marchó ayer?

Marcela quedó pensativa. No entendía lo que le decían, y el esfuerzo que hacía para comprenderlo se traducía sobre su carita por una contracción del entrecejo.

—¿Dónde vivías?, preguntó la señora Favrot mientras vestía á la niña.

—¡Lejos, allá abajo!, contestó con un gracioso gesto de su manecita que movió para indicar la distancia. Se pasa un día de ferrocarril y luego se llega.

Desesperando de obtener ningún indicio de la niña, la señora Favrot se entretuvo en hacerla charlar, cosa que no resultaba difícil.

Dulce charla de niño, llena de recuerdos recientes, de alusiones incompletas, entrecortada por risas y que tenía siempre por estribillo la eterna pregunta: «¿Y cuándo vuelve mamá? Volverá pronto, ¿eh?»

Tuteaba á la señora Favrot como había tuteado á su madre, en su ignorancia de las convenciones sociales y de sus deberes hacia su bienhechora, ignorancia que tan interesante la hacía para aquellos que sabían que estaba sola en el mundo.

Cuando Marcela estaba casi vestida, la planchadora asomó la cabeza por la puerta entreabierta:

—¿Dónde está la monina? ¡Ah, Dios mío! Y Luisa, ¿dónde está?

—Está en la tienda, pues no podemos dejarla sola.

—¿Ha llorado mucho la pequeñita?, preguntó la planchadora bajando la voz y acercándose.

—Desde ayer noche no ha derramado ni una lágrima. La llama á cada momento, pero no llora

—¡Pobre angelito!, suspiró la señora Jalín Se conoce que jamás ha sentido ningún pesar. Se ve que es una niña mimada.

—Ya lo creo. Mire usted cuán fina es su ropa interior y qué bien peinada y arregladita está. Sin duda era hija única, vaya.

—¿Tenías hermanas?, preguntó la planchadora acariciando el cuello de la pequeñuela, que inclinó la cabeza sobre su hombro carnoso, echándose á reir.

—¿Hermanas? No; tenía un gatito muy pequeño, blanco.

—Y tu papá, ¿te quería mucho?

—¿Papá? ¡Oh! Ya lo creo. Y mamá ¿va á volver? Dime.

Las dos mujeres cambiaron una triste mirada.

—Creo conveniente ir á casa del comisario, dijo la herbolaria al acabar de arreglar á Marcela. ¿Quiere usted estar al cuidado de la tienda? Porque ya es hora de que Luisa vaya al colegio.

—Con mucho gusto, contestó la buena mujer, vaya usted descansada.

VII

Bajaron á la tenducha por una escalera de caracol que ocultaba un armario.

Luisa estaba sentada detrás del mostrador sobre un cojín aplastado por el uso, entre un ovillo de lana para hacer media y un gran gato soñoliento. El aire se hallaba impregnado del acre olor de las distintas hierbas que colgaban del techo dispuestas en guirnaldas y del marco de la puerta.

—¡Un gato!, gritó Marcela, escapándose de entre los brazos de su protectora y corriendo hacia el pacífico animal.

Y en seguida metió la mano en la espesa pelambre. Al contacto imprevisto, Micifuz bajó las orejas; pero como aquellos dedos le acariciaban, cerró voluptuo-

samente los ojos amarillos en que la pupila aparecía como una línea negra, escondió de nuevo sus patas bajo el cuerpo y continuó su ronquido de bienestar.

Luisa besó á su pequeña protegida, que le devolvió sus caricias con aire distraído; cuanto le rodeaba le parecía tan extraordinario que no acertaba á darse cuenta de ello. Con sus manecitas tiró suavemente del pomo de los grandes cajones donde se guardan los simples; luego se detuvo contemplando atentamente los bocales de alcánfor y alumbre, los grandes potes de ungüentos con sus tapaderas de cristal con un aro de cobre, y por fin batió alegremente palmas ante un biberón con un tubo de goma, que le recordaba el tiempo, aún cercano, en que aquel objeto era el compañero de los paseos que daba en su cochecito.

– Vaya, Luisa, vete al colegio, que ya volverás para almorzar, dijo la señora Favrot, que parecía celosa de la atención con que Luisa miraba á Marcela.

La pequeña obedeció; besó primeramente á su madre, después á la niña perdida, dió los buenos días á la planchadora y se marchó al colegio con paso decidido.

– ¡Qué buena chica!, dijo la señora Jalín siguiéndola con la mirada.

La madre sonrió orgullosamente, y sin cruzar otra palabra con la vecina marchó á la comisaría.

La policía había descubierto ya que la muerta del *square* Montholon era la mujer que faltaba de la fonda; un telegrama del Havre parecía indicar que un desconocido llamado Monfort era su marido. Pero allí terminaban las investigaciones. Al día siguiente se supo que Monfort se había embarcado la víspera para América á bordo del *Canadá*. Esto es todo lo que consiguieron saber las protectoras de Marcela.

¿Qué grado de parentesco tenía aquel Monfort con la señora de la fonda, y por qué la designaba de aquel modo? ¿Por qué no había continuado sus pesquisas? El hecho de haber partido al día siguiente sin adquirir más informes probaba que no tenía gran interés en descubrir el paradero de la mujer y de la niña. Gentes que se hubiesen interesando más en el asunto hubieran enviado algún agente para adquirir nuevos detalles. En aquella época no se había tendido aún el cable entre Europa y América, pero podía escribirse una carta á Nueva York á la lista de correos. El comisario indicó esta solución, pero no quiso encargarse de llevarla á cabo. ¿Quién sabe si Monfort, aun cuando se diese con él, querría reembolsar los gastos hechos á causa de la niña? La mayor parte de las veces sucede que las cuestiones más importantes se hallan comprometidas por tales razones de economía.

Algunos días después María Monfort, que no pudo ser identificada, fué enterrada sin aparato alguno. La señora Favrot y la planchadora siguieron el carro fúnebre que la condujo al cementerio en tanto que los rayos del sol caían á plomo sobre la ardiente tierra. María Monfort quedó borrada de la lista de los vivos. La cruz del pobre, colocada sobre su tumba en la fosa común, no tenía grabadas sino una fecha y las iniciales M. P. También ella, como su hija, habíase perdido en el seno fecundo de la muerte. Se entregó á la señora Favrot una copia del acta de defunción de la mujer fallecida y otra del acta del hallazgo de la niña, los cuales documentos metió la buena mujer en una bolsa, junto con un mechón de pelo de la difunta. Y añadió algunas notas que no brillaban por su ortografía, consignando los detalles de la muerte de María, la descripción minuciosa de su traje y las letras M. M. de la ropa blanca de la niña. Considerando entonces que había hecho cuanto buenamente podía, puso aquel lío en un rincón del armario, rotulándolo con el nombre de Marcela y consignando la fecha del hallazgo y de la catástrofe.

Habían pasado seis meses cuando un día Marcela, que se mostraba cada vez más amable y comunicativa, señaló con el dedo un frasco de drogas donde estaban las dos M. M. de su nombre.

– ¡Marcela Monfort!, dijo; este es mi nombre.

– ¿Estás segura de ello?, preguntó vivamente la señora Favrot.

– Sí, ya lo creo; M. M. son también las iniciales de mamá, María Monfort. ¿Cuándo volverá?

– El año que viene, hija mía, contestó la herborista, que con aquella promesa lejana conseguía calmar su impaciencia. ¿De modo que tu papá se llamaba Monfort?

La niña permaneció perpleja.

– No sé, dijo; mamá le llamaba Simón.

Todos aquellos detalles habían acudido de repente á su memoria. Los evocaba con frecuencia á medida que empezaba á reflexionar, y cuando recordó más, refirió asimismo ciertos datos que venían á su memoria.

La señora Favrot apuntaba cuidadosamente todos aquellos datos, y los papeles en que constaban los guardaba en aquel saco, que venía á ser la fe de pila y el historial de la pobrecilla abandonada.

– Aun cuando esto que anoto es bien poca cosa, sin embargo, quizá pueda servir más adelante á la niña para hallar á su padre, dijo la señora Favrot á la planchadora.

VIII

– Vaya, vaya, dijo la señora Jalín un día, llevando cuidadosamente limpia y repasada la ropa de Marcela que cuidaba sin estipendio alguno, usted dirá lo que quiera; pero yo le digo que en su lugar hubiese escrito á Nueva York, aquí y allá, sin cansarme, hasta averiguar el paradero de ese Monfort, que estoy segura que es el padre de la niña.

La herborista no contestó á la planchadora, escuchando el ruido que sobre sus cabezas armaban las dos niñas que jugaban con el gato, haciéndole correr de acá para allá.

– Es muy posible, señora, respondió después de meditar un rato; también yo he pensado lo mismo. Pero ¡vaya un padre que de tal modo se desentiende de su mujer y de su hija!..

Las dos mujeres se miraron perplejas.

– ¿Y qué es lo que indica que ha querido abandonarlas?, preguntó la planchadora, aferrada á su idea. Recuerde que envió un telegrama preguntando por ellas, y que no es esta la conducta de un hombre que quiere abandonar á su familia.

– ¡Bonito telegrama el que envió!, exclamó la señora Favrot indignada. Recuerde que no dió la dirección, que decía sólo: «Respuesta pagada; lista de telegramas.»

– Si había llegado por la mañana, quizá no había tomado habitación, dijo la señora Jalín, que se empeñaba en defender á aquel hombre.

– Eso es cuenta suya; si quería cuidarse de su familia, á él le tocaba investigar. Y además, ¿quiere usted saber claramente lo que pienso? La pobre mujer sabía á qué atenerse y murió de pesar.

– ¡De pesar!, repitió aterrada la planchadora. El médico dijo que su muerte se debió á la ruptura de un aneurisma.

– Pues precisamente los aneurismas vienen á consecuencia de los pesares. Ya sabe usted que por nuestra profesión entendemos algo de medicina. Aquella mujer había padecido grandes disgustos y su pobre corazón estalló á fuerza de llorar.

La señora Jalín no contestó, porque aquellos argumentos eran demasiado profundos para su comprensión limitada.

– El la abandonó, insistió la señora Favrot, bajando la voz. Era un descastado y un mal padre.

– ¿Llevaba la mujer alguna sortija?, preguntó la planchadora.

– Sí, respondió la herborista; pero no había en ella fecha ni inicial ninguna.

La verdad era que ni María ni Monfort se habían cuidado de aquel detalle sin importancia y no habían hecho grabar sus nombres en la sortija nupcial.

Las dos mujeres callaron breve rato, pensando involuntariamente cuán dolorosa debió haber sido la existencia de aquella mujer.

En aquel momento las niñas y el gato armaron un estrépito infernal en el entresuelo, derribando unas sillas y lanzando alegres carcajadas.

La señora Favrot cogió una escoba y pegó con el mango en el techo.

– ¡Mamá!, gritó la voz de Luisa en tanto que su rostro vivaracho aparecía en el marco de un boquete practicado en el piso de la habitación superior.

Al cabo de un momento, la diminuta cara de Marcela reemplazó á la de la hija de la herbolaria. La pequeñuela sentía gran delectación tendiéndose en el suelo y entreteniéndose en mirar á la tienda por aquel agujero.

– ¿Queréis estaros quietas?, refunfuñó la herbolaria. Me estáis rompiendo las sillas.

– Son las dos estropeadas, mamá, contestó Marcela, y aún no están del todo rotas.

– Ya estaremos quietas, mamá, afirmó Luisa volviendo á la miranda.

– Bien, hacedlo así, dijo severamente la madre, y arreglad las sillas.

– Sí, mamá, dijeron á un tiempo aquellas dos voces argentinas.

El boquete se cerró de nuevo y se oyó cómo las niñas ponían en su lugar las sillas con tanta precaución, que se sintieron sonar cada una de las cuatro patas al dar contra el suelo.

– Dice que su papá la quería mucho, dijo la señora Jalín, volviendo á su idea, á fuer de testaruda que era.

La señora Favrot se encogió de hombros.

– Todos los padres quieren á sus hijos en tanto que esto les distrae, repuso con desdén; pero solamente las madres saben amar: no me hable usted de los padres. Y no piense que digo esto por mi pobre marido, que tenía buen corazón para los niños, cosa que ahora no abunda.

¿Dónde la herbolaria había aprendido aquellas extrañas nociones sobre la paternidad? Difícil sería decirlo: hay ideas que como los hongos nacen espontáneamente, sin semillas, sin saber por qué. A menudo esas ideas no pecan de exactas; pero son aquellas á que con mayor tenacidad la gente se aferra.

– Tenía ganas de hacer fortuna, dijo la herbolaria dejando correr libremente su imaginación; todos los que van á América van en busca de la fortuna. La esposa y la niña le estorbaban y las dejó como trasto inútil, dándoles cincuenta francos. No hay cosa más sencilla.

– Quisiera saberlo á punto fijo, repuso con tenacidad la planchadora. Yo en lugar de usted escribiría al capitán del *Canadá*. En este buque se embarcó y el capitán debe saber su paradero.

– El *Canadá* ha hecho tres veces el viaje de América desde entonces, contestó la señora Favrot con el legítimo orgullo de una educación superior. En fin, para complacer á usted, escribiré al Havre. Tal vez consigamos obtener noticias de su paradero

Si aquella excelente mujer, poco versada en las delicadezas del estilo epistolar, hubiese sabido interesar al capitán por la suerte de aquella mujer muerta súbitamente y de aquella huérfana abandonada en el seno de una gran ciudad, quizá el capitán se hubiese informado y obtenido algún dato útil.

A su vuelta del Havre, seis semanas más tarde, encontró el marino la carta de la buena mujer. Le pedía noticias de un sujeto llamado Monfort que había telegrafiado á París á una fonda para saber el paradero de una señora y de su hija. Nada entendió de aquel galimatías que sin embargo había costado gran trabajo y sudores á las dos vecinas. Pero como habían enviado un sello para la contestación, el capitán, que era un hombre honrado, respondió en seguida que efectivamente el nombre de Monfort se encontraba en la lista de pasajeros; pero jamás había hablado con él, pues era muy taciturno y que ignoraba completamente lo que hiciera después de su llegada á Nueva York.

Los sueños de la señora Jalín se desvanecieron, no sin que lo sintiera amargamente. Había levantado en su imaginación todo un castillo de naipes que se venía abajo: el capitán habría hablado con Monfort y éste le habría contado su historia; el capitán, conmovido por los sufrimientos de Marcela y de su madre, hablaría de ellos á Monfort y la hija volaría á los brazos de su padre, y así por el estilo.



Pasó el puente en el momento que el capitán daba orden de retirada

Le fué preciso apearse de su burro ante el aire indignado de la señora Favrot.

– Ya lo ve usted, dijo después de haber doblado cuidadosamente la carta que juntó á los demás papeles referentes á Marcela. Es un hombre taciturno y sombrío. No abrió la boca durante la travesía, sin duda para no cometer una indiscreción. Bien perdido está, y la pequeñuela queda con nosotros.

– Eso es lo que quería usted, ¿verdad?, preguntó la señora Jalín con sus puntas y ribetes de malicia.

La señora Favrot no dijo una palabra; pero claro se veía que en los cantos de su boca se dibujaba algo así como una sonrisa de triunfo.

(Continuará)

SECCION CIENTIFICA

INDUSTRIA DE LA SEDA TUSSAH

La seda tussah es una seda silvestre que un capricho de la moda femenina ha puesto en boga y cuya fabricación es generalmente desconocida. Procede de

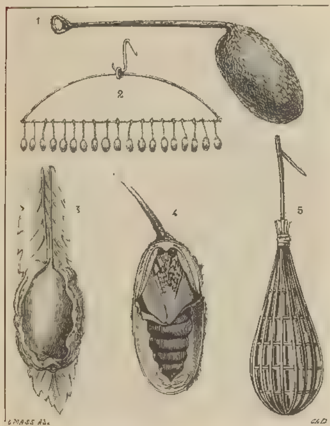


Fig. 1. – Industria de la seda tussah. – N.º 1. Capullo tussah. – N.º 2. Capullos suspendidos para la granazón. – N.º 3. Capullo tussah tal como está después de hilado. – N.º 4. Sección de un capullo en el que se ve la mariposa dispuesta á salir. – N.º 5. Jaula de bambú para la granazón.

la India, en donde se la emplea hace mucho tiempo, siendo conocida con los nombres de *tussah*, *tusser*, *tusseh* y *tussore*.

Origen de la seda tussah. – La seda tussah la produce un gusano especial, el *Attacus mylitta*, que vive en toda la India, excepto en el Rajputana, en Cachemira y en Buthán, en los siguientes árboles: *Terminalia tomentosa*, *Lagustroemia indica*, *Ficus religiosa*, *Zizyphus juguba* y otros. En estado silvestre este gusano se produce anualmente, pero cultivado puede llegar á darse dos y tres veces al año.

Capullos de tussah. – El capullo de tussah (figura núm. 1) es grande, bien construído y de tejido apretado y está suspendido por un cordoncillo; es de color blanco rojizo y mide 50 milímetros de longitud por 30 de diámetro; su peso neto, sin la crisálida, es de 120 miligramos. El hilo de seda ó baba que constituye el capullo tiene de longitud unos 1.200 metros, pero sólo pueden devanarse 500 ó 600 metros; aunque muy desigual en toda su extensión, su finura es por término medio de 84 milésimas de milímetro.

Con capullos de 36 milímetros por 23 se necesitan 500 para formar un kilogramo. En un kilogramo de capullos hay 400 gramos de seda y 600 de crisálidas, de modo que para obtener un kilogramo de seda son precisos 12 ó 15 de capullos. La pérdida en el desemborrado de la seda es de 12 á 15 por 100.

Variedades de capullos. – Con el nombre de tusser se comprende en la India un gran número de especies de capullos que difieren algo entre sí por el color, aspecto, dimensiones y finura de la seda. Los principales son los capullos *dabah*, grandes, de color gris obscuro, de baba poco apretada y fuerte que se devana fácilmente; los *monga*, duros, de color gris claro, más pequeños que los anteriores, pero más ricos en seda, de baba fina y apretada; los *bogie* ó *bogai*, de regulares dimensiones, de baba muy gomosa, pero menos apretada que la de los monga, de color gris blanco, que se devana fácilmente y produce mucha seda; los *laria* ó *laringa*, irregulares, grises, con poca seda y procedentes de gusanos enfermos; y los *jarrie*, claros, de poca seda, difíciles de devanar y procedentes de los cultivos de invierno.

Cultivo del tussah. – Empecemos por la granazón. El cultivador suspende 20 ó 25 capullos en un arco formado por una rama encorvada y un cordel (figura 1, núms. 2 y 3): las crisálidas se transforman en mariposas, y éstas se escapan agujereando los capullos (fig. 1, núm. 4). Verifícase la cópula, después de la cual los machos desaparecen y las hembras son encerradas en una jaula ovalada (fig. 1, núm. 5) llamada *moher* y tejida con hierbas de Sabay *(Pollinia criopoda)*, que al noveno día se cuelga de un árbol alimentador. Las hembras han aovado y las larvas que de ellas nacen se encaraman á lo alto de la jaula y se diseminan por el árbol.

Entonces empieza propiamente el cultivo. El indio habita en una choza (fig. 2) formada por un marco de tres metros de longitud por dos de anchura, cubierto por un techo de paja ó de hierbas: este marco es portátil y se utiliza más ó menos inclinado. El indio va armado de un garrote para defenderse de las serpientes y animales feroces, viste el *cohotty*, faja de tela de cinco metros de largo por 30 centímetros de ancho, lleva las piernas y los pies desnudos y cubre su cabeza con un gran sombrero de bambú llamado *chappy*.

El cultivador debe mantener limpio de toda broza el suelo en donde se alzan los árboles de cultivo, ha de recoger en su sombrero y transportarlas á otro árbol las larvas cuando éstas han consumido las hojas del en que las colocaron, debe alejar los pájaros insectívoros con su *guillail*, flecha con la cual lanza bolas de tierra cocida, y ha de librar á las larvas de las agresiones de las moscas, para lo cual moja en la liga contenida en un tubo de bambú (fig. 2, cartucho) un bastoncito provisto en su extremo de un tapón, que aplica á la mosca ó al insecto nocivo, cogiéndolo así y aplastándolo luego.

El cultivador recoge sus capullos y los vende á corredores de seda llamados paikars, los cuales, á su vez, los venden al pattuah ó comerciante indio. Las ventas se hacen al número: un gundah vale 4 capullos, un pun equivale á 20 gundahs, un karry á 16 pundes ó sean 1.280 capullos.

Ahogamiento de los capullos. – Los capullos son ahogados por los pattuahs ó comerciantes, los cuales encargan de ello á los ancianos (1), que verifican esta operación en medio del campo en cobertizos primitivos. El aparato (fig. 3) se compone de un hornillo A construído con tierra y cuyas dimensiones son 30×25×45 centímetros: encima de él se coloca una jarra B, llamada *kolsy*, llena de agua, de 45 centímetros de altura y otros tantos de diámetro, con una boca de 10 centímetros, sobre la cual se pone otra jarra C de igual forma que la anterior, denominada *karry*, cuyo fondo tiene seis agujeros de un centímetro de diámetro y en la que se meten los capullos que hay que ahogar. Encima de esta jarra se coloca otra D, también llena de capullos, y sobre ésta finalmente otra jarra E vacía y vuelta hacia abajo á modo de tapadera. Las jarras están unidas unas con otras con arcilla. Se enciende el hornillo, el agua de la jarra B hierve y su vapor se eleva por las jarras C y D, verificándose de este modo el ahogamiento: la operación se prolonga hasta que el vapor hace saltar la jarra E. Los capullos se exponen luego al sol sobre esteras para que se sequen. Los aparatos de ahogamiento se componen de dos, tres ó cuatro jarras llenas de capullos, siendo los más frecuentes los de cuatro. Cada jarra contiene de 250 á 300 capullos, de modo que se ahogan á la vez 1.000 ó 1.200 de éstos.

Cochura de los capullos. – Esta operación se realiza en un lebrillo que se calienta en un hornillo primitivo (fig. 4): lleno de agua hasta la mitad, se introduce en él un poco de sosa ó de ceniza de banano, envuelta en un trapo, de modo que forme una lejía con 11 ó 12 gramos de sosa por litro, en la cual se introducen los capullos hasta llenar los dos tercios de la jarra, dejándolos cocer durante una hora ó más. Antes de que se enfríen los capullos se les agita con el cono de bambú que se ve en el cartucho de la figura 4 para quitarles la borra, y luego se les lava varias veces en un barreño con agua fría.

Hilado. – El hilado lo ejecutan obreras llamadas *katani*, con una pierna desnuda y sentadas en un taburete (fig. 5). La obrera pone los capullos en el lebrillo A y coge cuatro ó seis á la vez para formar el hilo que hace pasar sobre su rodilla y enrolla en un cono de bambú C. La hiladora moja frecuentemente la mano con que hila en una infusión de mirobalana, puesta en un cacharro al alcance de su mano. Una hiladora puede hilar 480 capullos diariamente.

Tratamiento de la seda en Europa. – Para dar brillo á la seda tussah se la purifica por medio de una operación que ha recibido diferentes nombres y que se efectúa sometiendo á aquélla á un baño de sosa amoniacal. Para 10 kilogramos de seda el baño se compone de 200 litros de agua y un kilogramo de sosa: después de una hora aproximadamente de ebullición, se enjuaga la seda en agua tibia, luego se la somete á un baño de ácido clorhídico (1 litro de éste por 200 de agua) y finalmente se la enjuaga con agua clara. La seda tussah adquiere brillo y toma un color rojizo, pero ha perdido en esta operación un 25 por 100 de su peso.

Para blanquearla completamente se utiliza el agua oxigenada: el baño de blanqueo se forma con 20 litros de agua oxigenada á 10 volúmenes, 60 litros de agua caliente y uno de silicato de sosa por 10 kilogs. de seda, y debe tener una temperatura de 50 á 60 grados centígrados; en él se sumerge la seda y se la calienta progresivamente hasta cerca de la ebullición.

Se deja la seda en el baño durante doce ó quince horas, recalentando el baño dos ó tres veces en este tiempo y cambiando cada vez de lugar las madejas. Después se enjuagan éstas en agua clara, se las hace hervir algunos minutos en un baño de jabón y se termina la operación enjuagándolas en un baño ligeramente acidificado con ácido clorhídico.

De algún tiempo á esta parte el blanqueo se hace con el peróxido de sodio, y en este caso el baño para 10 kilogramos de seda se compone de 250 litros de agua, 9 kilogramos de sulfato de magnesia y dos ó tres kilogramos de peróxido de cobre: este último producto debe echarse en varias veces y á medida que adelanta el blanqueo. Después de la última adición se calienta el baño hasta una temperatura próxima á la ebullición. El blanqueo dura dos horas y se termina como el que se hace con agua oxigenada.



Fig. 2. – Choza y traje del cultivador de capullos. En el cartucho un tubo con liga.



Fig. 3. – Chulah, hornillo para ahogar las crisálidas de los capullos antes de que los agujereen.

(1) Los ancianos son los únicos obreros que consienten en encargarse de este trabajo, que es considerado como un sacrilegio. Por nada del mundo un hombre ó una mujer jóvenes emprenderían esa labor maldecida por el cielo. Según una superstición de aquel país, todo hombre que ahoga capullos, si es padre de familia es castigado con la pérdida de todos sus hijos; si no los tiene, se ve condenado á no tenerlos nunca y además está expuesto á una prematura muerte. En tales condiciones únicamente los viejos y las viejas, que creen que sólo les quedan tres ó cuatro años de vida, se dedican al ahogamiento de los capullos y aun es preciso que á ello se vean obligados por la necesidad.

El tinte de la seda tussah se verifica por los procedimientos usuales, lo mismo que el tejido.

Rizado de los tejidos de tussah. – Desde hace algunos años están de moda los tejidos rizados, bullonados, etc.; para obtener estos efectos con la seda tussah se la trata con cloruro de cinc que, como otras substancias, tiene la propiedad de encoger las fibras. Para ello se sumerge el tejido de seda de media hora á tres horas en un baño de cloruro de cinc de una concentración que varía de 20 á 40 grados Baumé, luego se seca al aire y se le suspende en una estufa calentada á 25 ó 30 grados hasta que se logra el efecto del rizado. Después se lava en un baño de carbonato de potasa y según la naturaleza del tejido, que puede contener lana ó algodón, se obtiene el rizado, bullonado, etc.

Si con una solución de goma con carbonato de cal se cubre el tejido formando dibujos variados, las partes así cubiertas no se encogen, pudiendo de este modo obtenerse bonitos efectos: para este procedimiento en vez de la sumersión del tejido de seda en un baño de cloruro de cinc que hemos citado anteriormente, se emplea una solución de óxido de níquel en amoníaco. – A. M. VILLON.



Fig. 4. – Cochura de los capullos. En el cartucho cono de bambú para quitar la borra á los capullos



Fig. 5. – Hilado de la seda tussah

PUERTA DE LAS CASAS CONSISTORIALES DE TOLÓN

Esta célebre puerta fué la primera obra arquitectónica de Pedro Puget, artista que hasta entonces sólo se había dado á conocer como pintor y que en aquella ocasión se reveló también como escultor. Catorce meses empleó en la ejecución de aquel trabajo, famoso especialmente por las dos cariátides que sostienen el balcón colocado encima de la puerta: cuéntase que Bernin, llamado á Francia por Luis XIV para las obras del Louvre, desembarcó en Tolón, y al ver la puerta construída por Puget, estuvo tentado de volverse diciendo que donde había hombres capaces de producir tales maravillas nada tenía él que hacer.

Esas dos figuras parece que están haciendo vigorosos esfuerzos para no dejarse aplastar por el peso que les agobia: una tradición absurda, que sin embargo han acogido muchos escritores, pretende que Puget, para vengarse de dos cónsules de quienes había recibido algún agravio, copió sus caras en las cariátides; pero basta fijar una mirada en éstas para comprender la falsedad de esta tradición, pues nunca se eligieron cónsules de veinte á veinticuatro años, que es la edad que debieron tener los que sirvieron de modelo para aquéllas. Por otra parte, el carácter bondadoso en extremo de Puget parece excluir toda idea de semejante venganza.

Las cariátides, que habían sufrido mucho á consecuencia de las injurias del tiempo, fueron hábilmente restauradas en 1818 por un escultor tolonés, L. J. Hubac.

Pedro Puget nació en Marsella en 1692, y desde la edad de catorce años se dedicó, bajo la dirección de un constructor de galeras llamado Román, á esculpir los adornos de madera que entonces llevaban en tanta abundancia los buques. Muy pronto esta ocupación vulgar y rutinaria no satisfizo su vocación y quiso ir á Italia en busca de más altas inspiraciones. En Florencia trabó amistad con un escultor que le dió cartas de recomendación para algunos artistas de Roma, entre ellos el pintor Pedro Cortone, que entonces estaba en el apogeo de su talento y de su favor. Puget se dedicó al estudio de la pintura y muy pronto pudo ayudar á su maestro en las vastas empresas que se le encomendaban: así se cree que son de Puget los dos tritones que se ven en el famoso techo del palacio Barberini, y que colaboró en los techos pintados por Cortone en el palacio Pitti de Florencia.

A pesar de los esfuerzos del maestro para retener á su lado á su discípulo, Puget, que sentía la nostalgia de su patria, volvió en 1643 á Marsella, permaneciendo en aquella ciudad muchos años, durante los cuales pintó gran número de cuadros para su villa natal, para Aix, Tolón, Cuers y la Ciotat.



PUERTA DE LAS CASAS CONSISTORIALES DE TOLÓN, obra de Pedro Puget, pintor, escultor y arquitecto francés del siglo XVII

Una circunstancia imprevista llevóle por segunda vez á Italia: un religioso de la orden de los Fuldenses que por encargo de Ana de Austria debía dibujar los principales monumentos antiguos de aquel país, llevóse consigo á Puget para que le ayudara. El estudio que estos trabajos le obligaron á hacer despertó en el artista marsellés una nueva vocación que lo impulsó hacia la arquitectura, arte al cual quiso desde entonces dedicarse preferentemente.

En 1653 regresó á Marsella, y en 1656 y 1657 fué cuando ejecutó la famosa puerta antes descrita y que el adjunto grabado reproduce: por aquel entonces también presentó un proyecto de fachada para las Casas Consistoriales de aquella ciudad, que no fué aceptado; hizo los dibujos de muchas de las principales casas que adornan la calle del Cours de Roma, que se abrió en Marsella en aquella época; construyó el mercado de pescado que lleva su nombre, y comenzó la construcción de la iglesia del hospicio de la Caridad.

Puget fué asimismo escultor eminente, y durante su tercer viaje á Italia, que efectuó por encargo del superintendente Fouquet, modeló en Génova las estatuas colosales del bienaventurado Alejandro Sauli y de San Sebastián para la iglesia de Nuestra Señora de Carignan, una estatua de la Virgen para el templo de San Felipe Neri, una Asunción para el *Albergo de poveri*, el tabernáculo y los ángeles del altar mayor de San Siro, el altar mayor de Nuestra Señora de las Viñas y gran número de esculturas profanas, entre ellas el famoso *Hércules galo* que actualmente figura en el Museo del Louvre.

En 1699 fué nombrado director del decorado de los buques en el puerto de Tolón, y entonces inventó el género de ornamentación de los castillos de popa, que fué adoptado por todas las marinas del siglo XVII. Esta nueva ocupación no le impedía continuar dedicándose á la escultura, siendo de aquella época sus célebres obras *Perseo libertando á Andrómeda*, *Milón de Crotona* y el gran bajo relieve *Alejandro y Diógenes*, que son en la actualidad hermoso ornamento del Museo del Louvre.

Con la esperanza de que le encargaran trabajo, Puget se dirigió á París; pero después de seis meses de solicitarlo en vano, disgustado de las intrigas de la corte, descorazonado por lo mal que le pagaban sus obras, olvidado cuando aún podía producir obras maestras, regresó á Marsella, y allí, con el pincel en la mano, ejecutando el bajo relieve *La peste de Milán*, que fué su última creación, procuró olvidar la indiferencia de sus conciudadanos, que contrastaba con el aprecio que los italianos hacían de su mérito.

Puget murió en 1694, y hoy en la plaza Real de Marsella se alza un monumento erigido á su memoria.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 28 de octubre de 1895 — Núm. 722



BUZÓN EQUIVOCADO, cuadro de León Girardet

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los suscriptores de la **Biblioteca Universal** el cuarto tomo de los correspondientes al presente año. Lo forma *La leyenda de Don Juan Tenorio*, hermoso fragmento póstumo del inmortal poeta don José Zorrilla, profusamente ilustrado por D. José Luis Pellicer.

SUMARIO

Texto. – *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. – *Semblanza. Modesto Lafuente*, por F. Moreno Godino. – *La mojiganga escolar*, por A. Sánchez Pérez. – *El día de difuntos. En el cementerio*, por X. – *Crónica parisiense*, por Juan B. Enseñat. – *Nuestros grabados.* – *Miscelánea.* – *Sport*, por E. Fontvalencia. – *Abandonada*, novela de Enrique Greville, con ilustraciones de Salvador Azpiazu (continuación). – *Victoria de los franceses en Madagascar*, por X. – Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. – *Buzón equivocado*, cuadro de León Girardet. – *Modesto Lafuente.* – *Una belleza inglesa*, cuadro de R. Madrazo. – *El domingo en los alrededores de París.* Varios grabados. – *La cuna vacía*, cuadro de Luis Menéndez Pidal. – *El día de difuntos en Madrid. En el cementerio*, dibujo de Narciso Méndez Bringa. – *Madagascar. El palacio de la embajada francesa en Tananarive.* – *Monumento erigido en Fontainebleau á la memoria de Carnot*, obra de Peynot. – *Nuestra gente*, cuadro pintado por Cristóbal Monserrat. – *Entrada del palacio de la reina de Madagascar en Tananarive.* – *Ranavalona III, reina de Madagascar.* – *Observatorio real de Ambohipempona, cerca de Tananarive.*

CRÓNICA DE ARTE

Comienzo rectificando. El eminente escultor señor Querol me ruega que haga público que no concurre al concurso abierto para la erección de una estatua en esta corte á D. Claudio Moyano, como he dicho equivocadamente en mi última *crónica*. Cumplido este deber y antes de entrar en el relato del movimiento artístico que comienza á iniciarse en esta, debo advertir que no es *Mesinès*, sino el celebrado autor del grupo *El Dos de Mayo*, Sr. Marinas, el artista á quien me refería al hablar de los escultores que asisten al concurso arriba mencionado.

***

Realmente hasta ahora poco puede decirse de movimiento artístico, aun cuando se hable ya de próximas exposiciones, de concursos, de iniciativas del Círculo de Bellas Artes, etc. Todo ó casi todo se halla en el período embrionario. Sin embargo, he podido ver los trabajos que varios artistas realizaron durante la estación veraniega, por allá, por las costas y en apartados rincones donde solamente la naturaleza, sin trabas de ninguna especie, luce sus encantos.

Pudiera decir que lo que he visto *se reduce* á notas de color, impresiones del natural, apuntes hechos rápidamente de tipos y cosas; pero este género pictórico tiene para mí importancia tan grande que lo considero como el más sincero de todos, puesto que el artista al cultivarlo no se preocupa más que de la sinceridad, de satisfacer su deseo, representar el natural como lo siente, sin traducirlo á ninguna de todas esas jerigonzas que ahora más que nunca traen al arte tan dolorido y cabizbajo. Así pues, cuando llega esta época en que los pintores vuelven á sus cuarteles de invierno, trayendo en la maleta lo que ellos llaman – lo digo sinceramente, – con fingido desdén, *apuntes*, es cuando gusto con verdadero placer el de saborear la belleza. Yo que sé cuántos esfuerzos, dolorosísimos todos, cuesta la realización de una obra de arte, especialmente las que se destinan para luchar en el palenque de las exposiciones, diera la mayor parte de ellas por la posesión de algunos de esos *apuntes*. La sinceridad en el arte es para mí la más necesaria, la más importante de las condiciones de la producción de esta índole. Como secundarias tengo la factura, la composición, los exquisitismos del colorido, los aquilatados de la línea, ante la espontaneidad del sentimiento del artista, manifestada sin prejuicio alguno en esas notas, impresiones y esbozos ejecutados frente á frente de la verdad y á solas con ella.

Esto, poco más ó menos, decía no hace aún veinticuatro horas á mi colega y amigo Saint-Aubin, mirando en su estudio una preciosa tablita que, con otras varias, ha traído de su viaje de verano. Por cierto doy que el crítico de *El Heraldo* tiene en más la tablita citada que algunos de sus cuadros de empeño. ¿Qué representa? Lo que dicen aquellos versos del inmortal fraile, que comienzan:

> ¡Qué descansada vida
> la del que huye al mundanal ruido!..

Un huerto que tiene por fondo verde montaña; un huerto sombrío, y en primer término y bajo árboles frondosos una mansa vaca que, paciente, permite que la sujete por los cuernos una niña de unos doce ó trece años. He ahí el *asunto*. ¿Verdad que no es tal? Y sin embargo, la verdad, la sinceridad con que está pintado aquel trozo de naturaleza, y aquella vaca blanca y negra con las ubres repletas, y aquella niña que ajena de todo cuidado de la vida juega con el manso animal, causan intensa y serena emoción estética, y por un momento quien mira ese acierto del artista créese transportado á la realidad misma.

Y así como pasamos en la vida real del idilio al drama, de lo bucólico á lo urbano, del llanto á la risa, de la apacible calma al vértigo de la actividad, así también las manifestaciones del arte son tan varias cuantos son los temperamentos que las producen. Me sugiere esta reflexión – bien poco original ciertamente – el recuerdo de los *estudios* que ha traído de Sestao (Bilbao) mi amigo el autor de *Una huelga de obreros*, Vicente Cutanda. Quédense para aquellos que saben sentir y expresar las bellezas del campo, de la playa, de la vida campesina ó de la urbana, esas dulzuras de que nos hablan desde Horacio hasta Fray Luis de León, que los amores de Cutanda están allí donde, como en la dicha comarca vizcaína, la ciencia moderna, aplicada á las industrias minera y fabril, pone en actividad á miles de hombres, horada montañas para extraer el hierro y el carbón, lanza por vertientes casi infranqueables locomotoras que arrastran docenas y docenas de vagones repletos de hulla y de hierro, funde por toneladas el mineral, forja inmensas planchas de acero, pone en movimiento máquinas gigantescas é inunda la atmósfera de humo, de partículas de carbón, é ilumina en las noches con llamaradas de volcán las nubes, las montañas vecinas, la callada aldea, reverberando en las aguas de la ría. Para Cutanda aquellos altos hornos de *La Vizcaya*, siempre encendidos, siempre fundiendo millones de kilogramos de hierro en incontables momentos, son el resumen de todos los esfuerzos que en pro del progreso humano, del positivismo actual, ha realizado el hombre. Mas como artista, tan sólo busca en todo eso el *motivo* para desarrollar después en el estudio escenas de la vida que á cuestas llevan hasta morir aquellos miles de mineros y obreros, capataces y hombres de ciencia, quienes impasibles ante los peligros del fuego *grisú* ó de la explosión de una máquina ó del hundimiento de una galería subterránea, apenas si se distinguen en las horas de labor del trozo de hierro que les ha teñido con su óxido y cubierto con la tierra que de la mina trajera. Y al mostrarme el artista los apuntes y estudios de nuevas máquinas, de escenas nuevas con las que ni soñara, me decía lleno de satisfacción: «Fíjese usted bien. Estos son unos hornos recientemente inventados. ¡Qué fondo tan bello de color y de línea para el cuadro que tengo *in mente*.»

– ¿Qué cuadro?, amigo Cutanda.

– Un cuadro verdaderamente dramático, en el cual no figurarán probablemente más que mujeres.

Por singular contraste, dado el temperamento de colorista de Cutanda, mencionaré un precioso estudio que hizo en el Escorial. «Me censuran – decíame días antes de marchar con su familia al citado real sitio – porque pinto gris; ahora voy á intentar pintar el sol.» En efecto, el pintor del *carbón de piedra*, como se llama humorísticamente él mismo, ha logrado su propósito. El sol ilumina un trozo de paisaje en el que se ve sentada y leyendo á una joven. El efecto de la luz solar no puede ser más justo, y los vigorosos contrastes de luz y sombra están realizados con una verdad y un acierto en los valores que difícilmente pueden superarse.

También el paisajista Espina ha traído buen número de apuntes y aun de cuadros casi terminados, ante el natural, en la majestuosa sierra del Guadarrama, de los cuales he oído hacer grandes elogios. De este notable pintor, como de Bertodano y de otros antiguos conocidos de los lectores de La Ilustración Artística, hablaré en la próxima *crónica*, pues desconozco sus obras. En cambio conozco las últimas que Benlliure, el autor de la estatua de Trueba, ha realizado aquí en Madrid, así como algunos de sus proyectos. No hablaré hoy de éstos por considerarlo indiscreto, pero sí de tres bustos retratos que muy pronto serán enviados á Barcelona para ser fundidos en los talleres de Masriera.

Es uno de los citados bustos el del doctor Ezquerdo; otro el de la viuda de Lhardy, madre del paisajista del mismo apellido y dueño del famoso *restaurant*: otro de un niño de año y medio ó dos años, hijo del ex alcalde de Madrid el conde de Romanones. El primero es un magnífico retrato, una obra de arte soberbia, en la cual se admiran todas las condiciones excepcionales de escultor que Mariano Benlliure posee; el segundo y el tercero son verdaderos prodigios. Yo que he visto modelar el del niño; yo que he podido apreciar las dificultades con que luchaba Benlliure para lograr que el modelo estuviese quieto durante unos segundos, no me explico cómo ha podido dar cima á belleza tan grande cual es el busto de que hablo; y lo diputara como lo mejor que el escultor valenciano ha producido en este género en estos últimos tiempos, si no creyera que el busto de la madre de mi amigo Lhardy alcanza aquel grado de bondad con que se inmortaliza un artista.

Varios son los bustos retratos por Mariano Benlliure modelados que la crítica y la opinión inteligente colocaron entre las obras que no mueren nunca. El retrato de D. Manuel Silvela, el del célebre pintor Domingo y el bajo relieve de la familia real reinante se citan por los artistas como obras insuperables; pues entre esas obras hay que contar desde hoy este otro busto. ¿Qué decir de él que no parezca elogio sin medida ó pálida descripción? He pedido á Lhardy permiso para reproducirlo en estas páginas; todavía no me lo ha otorgado; mas creo que al cabo lograré convencerle, así como á Benlliure, que no cree *la cosa* para tanto; y cuando los abonados de este periódico vean la reproducción, tengo por cierto que, como yo, juzgarán tal busto con el elogio con que lo hago en estas líneas.

***

Dicen de Málaga que Moreno Carbonero, el pintor del sol, el pintor de esos cuadritos de género histórico-literario, como son el *Encuentro del rucio*, *Gil Blas*, *El carro de las Cortes de la muerte*, de lienzos tan bellos como el de *La conversión del duque de Gandía*, hállase en la actualidad muy ocupado en modelar una estatua que figurará en el sepulcro de su padre. Cierta ó no la noticia, pienso que para un artista de la talla de Moreno Carbonero no ha de ser arco de iglesia el empeño en que dicen que está metido. Mariano Benlliure pinta al óleo y á la acuarela con maestría tanta, que sus producciones de este arte se le pagan á muy altos precios. Recuerdo haber visto en una de las más notables galerías de los Estados Unidos una tablita pintada al óleo por Benlliure y que representa *la suerte de pica*, que es un verdadero primor. Dicho cuadro, de muy pequeñas dimensiones, había sido adquirido en Roma en un precio exorbitante. Y recordando esto y sabiendo cuán juntamente marchan las artes de la pintura y de la escultura, y sobre todo conociendo, como todos conocemos, el gran talento de Moreno Carbonero, no creo caso improbable lo de la estatua.

***

Villegas, el eximio autor de *El triunfo de la Dogaresa*, que tan grandemente celebrado ha sido en la exposición internacional de Bellas Artes celebrada en Venecia en el mes de mayo último, se encuentra en Madrid, desde donde se dirigirá á Roma muy pronto.

Había venido á España, después de algunos años de ausencia, para descansar en su tierra natal, la sevillana; mas como al héroe del romance, que «su descanso es pelear,» así le acontece á Villegas; su descanso ha sido pintar más de veinte retratos de individuos de su familia, de amigos suyos, como por ejemplo el obispo de Cádiz, y varios estudios, que más bien son cuadros, de trozos de naturaleza, tipos, etc.

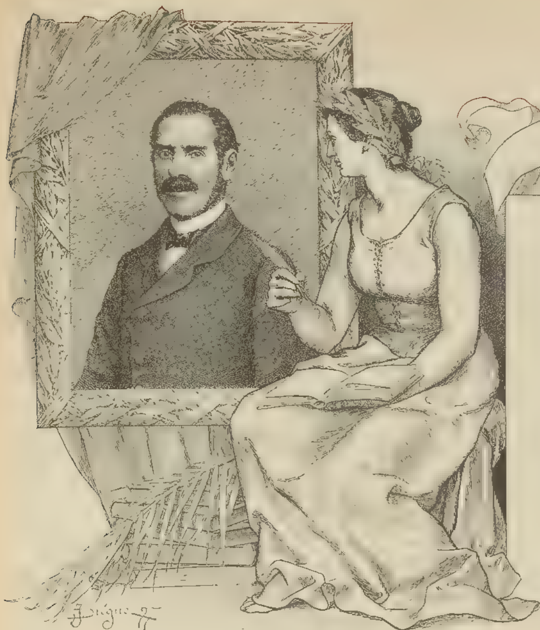
Y termino esta *crónica* con dos noticias más. Primera: ha sido nombrada la comisión que habrá de adjudicar el premio en los concursos de las estatuas que deben erigirse en Madrid á D. Claudio Moyano y en Badajoz al inolvidable presidente del Ateneo D. José Moreno Nieto. Al primer concurso se presentan, si no estoy mal informado, siete escultores, algunos de ellos de renombre; al concurso segundo acuden más.

Segunda noticia: El Círculo de Bellas Artes se está preparando dignamente, alhajando sus salones, terminando la decoración pictórica de los mismos, labor en la que toman parte ilustres pintores, para celebrar en breve una exposición exclusivamente de trabajos realizados por los socios artistas durante la excursión de verano.

Otra noticia más que en este momento me viene á la memoria; pronto comenzará el período de admisión de obras en el Círculo de Bellas Artes para la exposición internacional de pintura y escultura que debe celebrarse en la capital de Noruega en febrero del año próximo.

R. Balsa de la Vega

LAFUEN



SEMBLANZA

Hace muchos años, tantos que no recuerdo la fecha, siendo yo casi niño, estudiaba matemáticas en el Instituto de San Isidro. Nos reuníamos allí un grupo de imberbes condiscípulos aficionados á la lectura (frívola, por supuesto), entre los cuales recuerdo, por haber obtenido posteriormente alguna notoriedad, á Ramos (he olvidado el nombre), escritor y autor zarzuelero, por lo mediano; al diplomático don Eduardo Romea, hermano menor del eminente actor, y á Vicente Caltañazor, que dedicado al teatro, hizo durante una generación las delicias del público. Antes ó después de clase y á veces *haciendo novillos*, solíamos escurrirnos á la biblioteca pública anexa al Instituto, en donde devorábamos las novelas de Wálter Scott, á la sazón en todo su apogeo. Habíamos elegido para nuestras lecturas una mesa retirada y muy grande, y casi siempre encontrábamos allí á un lector joven, pálido, enjuto, de ojos vivos é investigadores, que (por privilegio) leía ó consultaba dos ó más obras simultáneamente. Era muy reservado y no hacía caso de nosotros; pero nosotros observamos que en vez de recrearse con las aventuras de *Ivanhoe*, ó de *La Linda joven de Phert*, revolvía y tomaba notas de volúmenes antiguos. Alguna vez pescábamos los títulos de estas obras, que solían ser la *Historia* del P. Mariana, la *Universal*, los *Comentarios de César* y otras por el estilo.

Un día, por casualidad, este *serio* lector y yo bajamos al mismo tiempo la escalera de la biblioteca.

– ¡Qué calor tan prematuro!, exclamé yo por tramar conversación.

– ¡Mucho!, dijo el lector serio, en tono algo seco.

– Usted debe estar sofocado, porque yo le he visto las dos veces que he estado en la biblioteca.

– Sí, me he llevado en ella un buen rato.

– Y que usted no sólo lee, sino que estudia, lo cual debe calentar mucho.

– Por lo visto, me replicó desdeñosamente, usted y sus amigos lo ignoran. Ustedes leen novelas; yo prefiero la historia.

Tal fué la única ocasión en que yo hablé con don Modesto Lafuente, pues era él; pero posteriormente me ocupé de él con detenimiento con motivo de la publicación del *Fray Gerundio*, del que todo el mundo hacía mención.

– ¿Qué le parecen á usted las flamantes *Capilladas?*, pregunté á D. Fermín Gonzalo Morón, que era muy amigo del autor.

– Que no acierto á volver de mi sorpresa, me contestó. Yo fuí uno de los primeros á quienes consultó Lafuente antes de la publicación de su periódico. Me dijo que iba á ser humorístico, y esto ya parecióme una *chifladura* (palabra inventada por Morón), y cuando me indicó el título no pude menos de reirme en las barbas de D. Modesto. «¡Pero, señor Lafuente!, le dije. En esta época revolucionaria, después de la reciente degollina de los frailes, cuando el libre pensamiento yergue la cabeza y está en moda leer *Las Ruinas de Palmira*, ¿trata usted de publicar un periódico de sacristía?» D. Modesto hizo una mueca de contrariedad, y no me contestó. «Además, proseguí yo, me dice usted que el *Gerundio* va á ser satírico: ¿está usted seguro de serlo? Yo, y perdone usted la franqueza, creo que su carácter de usted no se presta al humorismo.» Lafuente se despidió de mí poco satisfecho. Después supe que otras personas competentes habían sido de mi mismo parecer.., y no obstante todo eso, el *Gerundio* se ha publicado...

– Y se ha hecho popular; archipopular, interrumpí yo.

– Pues eso es el motivo de mi asombro, prosiguió diciendo Gonzalo Morón, y me prueba la sorprendente intuición de D. Modesto. El periódico está escrito en una prosa que ya la quisieran muchos para los días de fiesta; pero sin embargo..., tal ha sido la fe de D. Modesto en la idea de su periódico, que ha venido de León, en cuya Diputación provincial está empleado, para consultarnos, y á pesar de que la mayor parte le hemos disuadido, ha empezado allí su publicación.

Las *Capilladas*, en efecto, hiciéronse populares desde el tercer número, y el lego Tirabeque, tan famoso en aquella época como Sancho Panza lo es en todas. El pueblo, en provincias, creíale un ser real y existente; tanto, que en un viaje que hizo D. Modesto á Andalucía, la gente de Baeza ó de Ecija, sabiendo que había llegado *Fray Gerundio*, agolpóse frente á la fonda en que se alojaba, pidiendo á gritos que Tirabeque se asomara al balcón.

Gonzalo Morón entonces, y ahora un próximo pariente del celebérrimo escritor, me han proporcionado los pocos datos que aporto á esta semblanza.

A Lafuente le sucedió lo que á Balzac en su primera juventud: tuvo plétora de estudio y necesitó bastante tiempo para hacer, digámoslo así, la digestión. Se casó joven y no bien acomodado, pensó en adquirir fortuna y posición, y para abrirse el camino de la política publicó el *Gerundio*. Consiguió su propósito, aunque á costa de no pocas amarguras: su sátira intencionada en un periódico de tan inmensa circulación levantaba ronchas, y muchas *celebridades* de aquella época le pidieron cuentas y retractaciones. La animadversión de D. Juan Prim contra *Fray Gerundio* databa de antiguo y reconocía una causa casi pueril. Siendo muy joven, y no sé por qué motivo, Lafuente pasó una temporada en Barcelona, y allí conoció al entonces teniente Prim. Ambos eran aficionados al juego del billar, afición que posteriormente perdió éste, y se reunían en el del café de las Delicias. Primero se jugaba *chapó;* y luego Lafuente y Prim, que eran los más rezagados, solían jugar *mesas*. El futuro marqués de los Castillejos, que no obstante su genio algo arrebatado, reconoció siempre superioridades, tenía entonces, bien así como Larra, la *vanidad del billar*, y se exasperaba cuando le ganaban, como le ganaba casi siempre Lafuente, que jugaba mejor que él. Muchos años después, *Fray Gerundio* mortificó repetidas veces á Prim en su periódico, y en una ocasión le añadió una sílaba á su apellido, de lo cual resultaba una cosa malsonante, si bien sabrosa en el arte culinario. Prim, que era poco sufrido, cansóse de sufrir las arremetidas del satírico periodista, y recordando quizá también sus vencimientos de billar, buscó ó encontró al incisivo escritor en la calle del Príncipe y le agredió estrepitosamente al aire libre. También González Bravo tuvo choque con *Fray Gerundio:* publicó aquél en su periódico, *El Huracán*, unos versos altamente ofensivos para la reina María Cristina con motivo de su salida de España: Lafuente los parodió en el suyo en el mismo metro y casi con idénticas palabras, y esta fué la causa de la querella entre ambos. Los versos á la Reina no pueden consignarse. He aquí los de la parodia:

«Si á escuchar nuestros votos te atreves,
hijo y nieto de tronco gorgonio,
hombre ó diablo, *huracán* ó demonio,
sin reliquias de fe ni pudor:
¡plegue á Dios que tus líneas aleves
donde nadie las vea sepultes,
y á la vista de pueblos te ocultes
que te leen con odio y horror!»

González Bravo, entonces, por supuesto, radical ardiente, buscó á D. Modesto; pero como era más guardador de las formas que Prim, se limitó á ponerle de oro y azul y á desafiarle. Medió entre ambos un chistoso diálogo, que años después me refirió González Bravo. Lafuente dijo, entre otras cosas: «Usted es más joven y más fuerte que yo, probablemente sabrá manejar las armas, y yo no recuerdo haber tenido ninguna en la mano. ¿Es usted zurdo.» González Bravo, admirado de la pregunta, contestó negativamente, y *Fray Gerundio* entonces prosiguió diciendo: «Pues bueno, en tal caso las cosas pueden arreglarse: nos batiremos á sable con la mano izquierda, y así habrá más igualdad.»

Hízole gracia á González Bravo la proposición, tomó á broma el lance y éste no tuvo consecuencias. Cuando con el tiempo él y Lafuente fueron hombres importantes y se encontraban, aquél decía á éste: «¡Adiós, Sr. Zurdo!»

D. Modesto, de cepa progresista y conocido ya por sus publicaciones, afilióse al partido de la unión liberal, y cuando éste subió al poder ocupó en aquella situación puestos importantes, llegando á ser primer vicepresidente del Congreso de diputados. Sus altas dotes de inteligencia, sagacidad y posesión de los organismos del Estado abriéronle pronto horizontes políticos. No era orador, pero hablaba con el aplomo que da el conocimiento de las materias de que se trata.

Antes y después de ser hombre importante, Lafuente fué siempre metódico y morigerado en sus costumbres, que eran siempre las mismas, excepto en los casos en que se veía precisado á alterarlas por exigencias de la política.

Consagróse con verdadero amor á escribir la *Historia de España*, de regreso de un viaje de recreo que hizo por Francia, Bélgica y Holanda, y que narró con bien aliñado estilo; y era de admirar la asiduidad, paciencia y método que empleó para dar cima á su obra. Nunca escribía de día, en esto era únicamente raro: pasábasele consultando libros, tomando notas y coordinando las que en su juventud había copiado en el Instituto de San Isidro, y últimamente en las bibliotecas de París y Amsterdam, en donde hay estudios curiosos referentes á España. Preparada ya su labor nocturna, comía temprano y bien, y después de hacerlo, á las nueve de la noche próximamente, iba á la imprenta de Mellado, con cuya familia estaba entroncado por su casamiento, y allí permanecía hasta las once ú once y media, jugando al billar, al que siempre tuvo afición. Salía de la imprenta, que estaba situada en la calle de Santa Teresa, y si no hacía muy mal tiempo daba un paseo por la barriada, haciendo una recopilación mental del trabajo que le esperaba. Trabajaba desde las doce á las tres ó tres y media de la mañana, y en este espacio de tiempo escribía cuarenta ó cincuenta cuartillas, la mayor parte de las veces sin un tachón; don Modesto Lafuente era el Narciso Serra de la prosa. Cuando las cuartillas tenían por casualidad tres ó cuatro enmiendas, admirábanse los cajistas de Mellado, que las componían y se decían: «¡Muy preocupado ha debido estar anoche D. Modesto!» Si las correcciones hubieran llegado á diez ó doce, es seguro que la imprenta en pleno habría acudido á casa del autor, recelosa de algún importante accidente.

Lafuente escribió también una obra originalísima,

titulada *Teatro social del siglo XIX*, cuyo pensamiento está formulado en la siguiente redondilla del autor:

«Probaros he de mil modos
como dos y dos son cuatro,
que este mundo es un teatro:
los hombres, cómicos todos.»

Según D. Fermín Gonzalo Morón, tenía empezada á escribir otra obra rara: un libro de caballerías, sin disparates; tal como quería que se escribiese el erudito canónigo que departió con D. Quijote: una especie de poema en prosa (si esto es posible), que se prestara á magníficas y amenas descripciones de sucesos y lugares, y cuyo héroe adunase el valor de Aquiles, la prudencia de Ulises, la magnanimidad de Alejandro, la erudición de César, la firmeza de Sócrates, la ternura respetuosa de Platón, y en suma todas las supremas cualidades humanas; pero es el caso que nadie, excepto Morón, ni aun la familia de Mellado, que recogió todos los papeles del difunto D. Modesto Lafuente, tiene noticia de semejante obra.

En resolución y para terminar, D. Modesto Lafuente fué un hombre honrado, mediano político y notabilísimo escritor.

F. Moreno Godino

LA MOJIGANGA ESCOLAR

Aumenta de año en año, en vez de disminuir, el número de alumnos que se matriculan en los Institutos de segunda enseñanza; aumenta considerablemente, por lo tanto, el número de ejercicios de examen, ya ordinario, ya extraordinario, ora de oposiciones á premios, ora de grados de Bachiller que en cada uno de esos institutos han de verificarse.

Si en el curso académico de 1894 á 1895 hubo establecimiento docente en que fueron 18.000 los ejercicios de examen, en el presente curso es muy posible que pasen de 25.000.

Voy á fijarme, sin embargo, para que mi cálculo no parezca exagerado, en el número de 18.000, admitiendo la hipótesis (hipótesis á todas luces inexacta y absurda) de que no ha tenido aumento en ese año el número de exámenes y ejercicios de reválidas en la segunda enseñanza.

Y vamos á ver lo que resulta de esa suposición.

A fines del curso próximo pasado (1894-1895) publicaron varios periódicos la noticia siguiente:

«Se calculan en 18.000 los actos de examen (se refería á los ordinarios de prueba de curso en la segunda enseñanza) en cada uno de los Institutos de Madrid, y no se sabe cómo van á tener tiempo y resistencia los catedráticos que han de formar los tribunales para un número de exámenes tan enorme.»

Prescindamos de la resistencia, porque sabemos todos, de muy buena tinta, que la naturaleza da siempre al hombre toda la resistencia que le hace falta para cumplir los más dificultosos deberes. De lo que no podemos prescindir es del tiempo; éste pasa sin solicitar nuestra venia y no se detiene aunque lo hayamos menester.

Y ahora vamos á cuentas.

Supongamos, para determinar bases de razonamiento, que en cada ejercicio de examen se invierten, ¿qué menos?, diez minutos; los 18.000 actos á que la noticia se refiere exigirán el empleo de 180.000 minutos, ó sean 3.000 horas, lo cual equivale á 125 días justos.

Como el mes de junio tiene solamente 30 días, sería necesario agregarle un apéndice de 95 para que los catedráticos, dedicando á examinar las veinticuatro horas de cada día, terminaran su ímproba tarea.

¿Parece excesivo el tiempo señalado para cada examen? Reduzcámoslo á la mitad; á cinco minutos

Aun así, necesitarían los catedráticos sesenta y dos días y doce horas... para examinar solamente.

De sobra imagina cualquiera que de esos sesenta y dos días y medio no había de ser posible consagrar todas las horas á exámenes.

Los jueces necesitarán descanso, y tiempo para comer y para dormir, y para calificar á los alumnos examinados, y para acudir á otros actos de su profesión, como grados, oposiciones á premios, etc., etc.

Admitamos, pues, y es bastante admitir, que de las veinticuatro horas del día consagran ocho á examinar y que no cesan en sus funciones ni los domingos, ni los días festivos; los sesenta y dos días y medio se convertirán, entonces, en ciento noventa y siete y medio; algo más de medio año.

¿Quieren ustedes que reduzca todavía más el tiempo concedido á cada examen? ¿Lo reduciré á un minuto? En ese caso la duración del período de exámenes será unos cuarenta días; pero reconózcase que ejercicios de *un minuto* por examinando constituyen verdadera burla. Ni esos serán exámenes, ni á eso puede llamarse acto serio; son ridícula mojiganga y farsa grosera.

Y esto, como suele decir el vulgo, son habas contadas; los números no mienten, ni son parciales, dan la razón á quien la tiene.

¿Hemos de juzgar á 18.000 examinandos?

Pues si hemos de juzgarlos de veras, con seriedad, con probabilidad de acierto y con garantías para los mismos alumnos y para sus familias, es de necesidad absoluta que los tribunales de examen funcionen sin interrupción, y á razón de ocho horas diarias, por espacio de siete ú ocho meses.

La solución propuesta en algunos periódicos por personas muy peritas (según leí entonces), solución que se reducía á proponer que cada alumno fuese examinado en un solo acto de cinco asignaturas, no salvaba la dificultad.

Los 18.000 exámenes, juntos ó separados, serían 18.000, y era necesario emplear en cada uno *un minuto* solo para que pudieran verificarse en 40 días.

«Pero – se me dirá – hay que tener en cuenta que en los Institutos no se constituye un tribunal solo, sino que se forman varios, los cuales funcionan simultáneamente, y esto reduce lo menos en una quinta parte el resultado de esos cálculos caprichosos.»

Admito la observación sin discutirla; acepto como exacta, si bien habría mucho que decir sobre ella, la reducción indicada; pero obsérvese también que en la práctica será imposible que se dé á cada ejercicio la duración por mí supuesta para extremar la argumentación.

Exámenes de un minuto no son posibles; de cinco minutos serán muy difíciles, y tratándose de examinandos á quienes los jueces no conozcan, en muy contados casos podrían durar menos de un cuarto de hora. Véase cómo si, por la función simultánea de varios tribunales de examen, pueden disminuirse en parte los resultados de mi cálculo, por el tiempo necesario á cada acto es preciso aumentarlos mucho.

En mi opinión, el conflicto – porque es conflicto efectivamente – no tiene más que una de dos soluciones.

Primera, la que es más de mi agrado, porque me parece más justa, más razonable y más seria: la de cortar por lo sano, suprimiendo definitivamente esa ceremonia de mero formalismo, que para nada sirve y todo lo dificulta y entorpece. Suprimir, en absoluto y por completo, los ejercicios de examen.

Segunda, la de crear tribunales examinadores como se han creado tribunales de justicia, y que como éstos, funcionen sin interrupción durante todo el año académico y dos meses más, sometiendo á examen verdadero, positivo, serio, á todo alumno, libre ó no libre, que pretenda obtener testimonio, autorizado y oficial, de sus conocimientos en tales ó cuales asignaturas.

Esta idea, que solamente apunto, podría tener desenvolvimientos ulteriores que garantizaran – hasta donde eso es posible – la imparcialidad y la rectitud de los fallos, que en ningún caso habían de ser inapelables y ejecutivos como lo son ahora.

Y no entro en consideraciones de otro género por no dar demasiada extensión á este articulejo; pero no he de concluir sin que llame la atención de mis lectores sobre lo que significa el número enorme de 18.000 exámenes en un solo Instituto. Es evidente que en Madrid, en Barcelona, en Valencia, en Sevilla, etc., etc., hacen falta más Institutos de segunda enseñanza, si esta enseñanza no ha de ser mentira

Si poblaciones de quince mil almas sostienen un Instituto provincial, Madrid y Barcelona, que cuentan trescientos mil habitantes, deberían sostener veinte Institutos.

No diré que deban crearse veinte; pero que son indispensables otros dos, por lo menos, en Madrid, en Barcelona y en algunas otras capitales, es cosa que nadie podrá negar en razón y en justicia.

A. Sánchez Pérez

EL DÍA DE DIFUNTOS

EN EL CEMENTERIO

(Véase el dibujo de Méndez Bringa de la página 729)

Al silencio y á la soledad que durante el resto del año reinan en el campo santo han sucedido en este día la animación y el bullicio: hacia aquel lugar dirígense las gentes en interminable romería, unos á pie, otros en desvencijados vehículos, algunos en lujosos carruajes, alegres muchos, indiferentes los más, tristes pocos, muy pocos desgraciadamente. Llegada la muchedumbre á la mansión de los muertos, desparrámase por las calles bordeadas de nichos y por las alamedas pobladas de fastuosos mausoleos, contemplando los funerarios atributos que en aquellas paredes y sobre aquellas losas colocara una mano no siempre impulsada por un piadoso recuerdo: que algunas veces también allí halla la vanidad ocasión para ostentarse.

Las tumbas humildemente adornadas ó desnudas de todo adorno no despiertan interés alguno en aquella multitud que se detiene en cambio á admirar las sepulturas cubiertas de magníficas coronas y alumbradas con profusión de cirios.

Hasta en la mansión de los muertos el vulgo se siente atraído por vanas pompas externas, y los mismos que contemplarán con interés á la dama elegantemente ataviada que, con más luto en las vestiduras que en el alma, se arrodilla junto al panteón suntuoso cuyas piedras desaparecen bajo un montón de cintas y flores, habrán pasado distraídos por el lado de una pobre viuda ó de una huérfana desamparada que allá en un rincón del cementerio depositan sobre una fosa sin más adorno que la negra cruz de madera modestas coronas de siemprevivas regadas con llanto y adquiridas á fuerza de vigilia y de privaciones.

El bellísimo dibujo de Méndez Bringa que en este número reproducimos representa lo que más cautiva á los que visitan aquel lugar sagrado sin elevar su pensamiento hacia esos ideales que son necesarios de toda necesidad á la vida del espíritu. Pero para aquel que cree y espera, para aquel que lleva grabado por modo indeleble en su corazón el recuerdo de los seres queridos, ¡cuán poco valen estas ostentaciones si sólo en la vanidad se inspiran!, ¡cuán hermosa aparece aquella pobreza si el dolor sincero la acompaña! Los adornos que la indiferencia pone en las tumbas, se marchitan y desaparecen; las lágrimas que el sentimiento hace brotar de nuestros ojos, en la tierra se filtran y hasta los restos de nuestros muertos llegan.

Lágrimas y oraciones, he aquí la mejor ofrenda que podemos hacer á los que para siempre han dejado el mundo de los vivos.

CRÓNICA PARISIENSE

Tiene el otoño para los hijos de Lutecia clemencias y sonrisas de que se muestran avaras las demás estaciones. Soplan suaves brisas, y el sol, benigno y pródigo, lo inunda todo de espléndida luz; y todo convida á los goces del campo y á la contemplación del sublime espectáculo de la naturaleza. ¡Qué de arrullos matinales en las umbrosas alamedas de los bosques y en las melancólicas fresnedas de los ríos! ¡Cuántos idilios esbozados cada tarde, á los suaves resplandores del crepúsculo, por la juventud que ama y cree!

El campo es delicioso en esta reposada estación. Las arboledas, envueltas en ligera bruma, tienen un aspecto vaporoso que encanta. Por ellas vagan, sueltos ó aparejados, románticos seres que se engolfan en imaginaciones sin fin, esperando tal vez que de los misteriosos lagos de donde suben esas brumas en tenues espirales, surja alguna banda de Walkyrias. Los árboles, con el oro de sus hojas que empiezan á secarse, forman en esas mágicas decoraciones variadas sombras en que gorjean alegres pájaros.

Los cambios de decoración son de un efecto magnífico. Sombras y neblinas, brumas y vapores se desvanecen á los primeros rayos del sol, de ese espléndido sol que dora las capas de los árboles é inunda el paisaje de voluptuosa luz.

Pero la inmensa mayoría de los parisienses carecen de medios para proporcionarse diariamente tan maravillosos espectáculos. Esta enorme población que consagra seis días de la semana á un trabajo activo, con frecuencia enervante y abrumador, sólo dispone del domingo para salir al campo á dar esparcimiento al espíritu y reposo al cuerpo. Entonces no hay vehículos bastantes para transportar á los que con alegre apresuramiento van á pasar el día de asueto fuera de la ciudad. Se forman colas interminables en los embarcaderos de los vaporcitos que llevan millares y millares de viajeros hacia Charentón ó hacia Suresnes, puntos extremos del itinerario, remontando ó descendiendo el Sena.

Las estaciones de los tranvías y de los ómnibus rebosan de gente, que con el número de orden en la mano, esperan turno para trasladarse á las puertas de la ciudad.

Los trenes de la *Banlieue*, formados de interminables hileras de coches provistos de incómodos imperiales, transportan á cada momento una apiñada muchedumbre que se va desgranando en las estaciones. En la de San Lázaro entran y salen diariamente novecientos trenes, atestados de viajeros.

Para los que viven en las estrechas calles del París antiguo, el campo empieza en las fortificaciones, y



UNA BELLEZA INGLESA

cuadro de R. Madrazo [illegible]



El domingo en los alrededores de París. – En la estación de Saint-Lazare. – En los vapores del Sena. Dibujos de Salvador Azpiazu

estiman que casi es extralimitarse ir á merendar sobre el césped del bosque de Vincennes ó del parque de Saint-Cloud. Los aficionados á la pesca se escalonan en las márgenes del Sena y del Marne Los de instintos aristocráticos van á Saint-Germain-en-Laye, desde cuya terraza se contempla uno de los más bellos panoramas de las cercanías de París, y cuyo hermoso castillo recuerda las hazañas de Francisco I, espejo de galantería, y la ópera *Rigoletto*, que dramatiza una de las aventuras amorosas del caballeroso monarca.

Los que gustan de poéticas umbrías van á turbar la tranquilidad del parque de Saint-Cloud, sitio real favorito de Napoleón III; y allí encuentran ocasión oportuna para meditar sobre lo efímero de las grandezas humanas. Como si al derrocarse el tercer imperio hubiese tenido que hundirse lo que más íntimamente había estado unido á la existencia de Luis Bonaparte, fueron destruídas en el *año terrible* sus dos habituales residencias: la de las Tullerías por los incendiarios de la Commune; la de Saint-Cloud por los incendiarios del ejército prusiano. De ésta se han conservado hasta ahora las vacilantes ruinas, como testimonio del vandalismo que presidió á la última guerra internacional, dada en nombre de la civilización y del derecho. Hoy queda en Saint-Cloud, como principal curiosidad, la famosa cascada, que parece haber servido de modelo para las apoteosis de todas las comedias de magia.

Los aficionados al *sport* náutico, evolucionan entre Courbevoie y Asnières, si son *canotiers* del Sena; ó entre Noisy y Joinville, si son nautas del Marne. Las aguas de Nogent son en el actual momento histórico las escogidas para las grandes regatas. Al pie del Viaducto se instalan las tribunas en que toman asiento los jurados, los orfeones y las familias de los campeones pertenecientes á los diferentes clubs náuticos. La fiesta se termina con iluminaciones y fuegos artificiales, y después de todo no hay nada que electrice tanto á las muchedumbres como los estampidos y el olor de la pólvora.

Los ciclistas tienen sus principales centros en la avenida de la Grande Armée; su puerta más común de salida es la de Maillot, y su primera etapa el puente de Suresnes. Por un lado termina el Bosque de Bolonia, y por el otro empieza la pintoresca villa, renombrada por su clarete que recuerda el albillo de Madrid.

Las terrazas de los cafés están rodeadas de soportes para las bicicletas. Allí se toma el *cognac* de la mañana, al salirse de excursión, y allí se reunen, por la tarde, á la hora del aperitivo, los velocipedistas que regresan de sus *records*. No hay, tal vez, en los alrededores de París sitio alguno que ofrezca más animación en las tardes de los días festivos.

Muchos parisienses toman por límite extremo de sus viajes dominicales la línea férrea de Gran-Cintura, en cuyas estaciones el desbordamiento de viajeros es espantoso.

El campo ejerce sobre unos y otros una atracción irresistible. Los verdaderos amantes de la vida campestre se van hasta el valle de Aulnay, hasta Montmorency, á Conflans, á Chantilly; y después de haber pasado unas cuantas horas en cualquiera de estos puntos, regresan con la ilusión de haber saboreado distracciones que contrastan con la vida de París. Ignoran que para iniciarse en la del campo, hay que permanecer en él más ó menos tiempo. Sus tipos y sus costumbres les son tan poco conocidas como las flores silvestres. Los campesinos no siempre logran interesarles; pero llaman poderosamente su atención algunos detalles de su vida; lo más pintoresco de su traje; lo más curioso de su ajuar; sin pensar que en el fondo de aquellos seres se ocultan á menudo conmovedoras penas y tristes preocupaciones, y que sus quejas son frecuentes y sus inquietudes continuas.

Virgilio, al personificar al campesino en Títiro recostado á la apacible sombra del haya corpulenta y cantando, tranquilo y sosegado, el dulce nombre de Amarilis, no fué, en suma, más que un vulgar mistificador.

Los domingueros aficionados al *sport* hípico pasan el día en Montmorency ó en Robinsón. Este último no es un pueblo, ni siquiera una aldea; es un grupo de restaurants, rodeados de parques. No hay en los contornos de París ningún sitio que se le parezca, ni por su aspecto general, ni por el público que lo frecuenta.

Tiene la ventaja de asentarse en la falda de una pintoresca colina. Situado á veinte minutos de Sceaux, parece un pequeño arrabal de esta antigua subprefectura. Al bajar del tren, en la hermosa villa de Florián, no se oyen más gritos que los de: «¡A Robinsón! – ¡Un asiento para Robinsón! – ¿Quién sube á Robinsón?» Los que así gritan son los mayorales de las jardineras que esperan en la estación.

Aunque el camino es corto, hay que andarlo en carri-coche. Este forma parte del programa. Pero no empieza aquí lo pintoresco del viaje. El tren de París á Sceaux recuerda la infancia de los ferrocarriles. No se ve en esta vía ninguno de los perfeccionamientos que la mecánica, al progresar, ha introducido en la marcha y evolución de los trenes.

Y en Robinsón nos hallamos transportados á una



El domingo en los alrededores de París. – En el andén. Dibujo de Salvador Azpiazu

época mucho más atrasada. Sin gran esfuerzo de imaginación, podemos creer que figuramos en alguna novela de Paul de Kock.

La alegría expansiva y bulliciosa de la gente trae á la memoria á los estudiantes de principios de este siglo, que tan fielmente ha descrito Murger en sus mejores obras.

Las mujeres, jóvenes todas y casi todas bonitas (no es sitio frecuentado por viejas), responden con bastante exactitud á la idea que nos formamos de la antigua *griseta*.

La gran diversión consiste aquí en montar á caballo ó en burro, y las improvisadas amazonas despliegan en estos ejercicios de equitación un brío juvenil y una gran exuberancia de alegría. Son más intrépidas que sus caballeros acompañantes.

Hay en Robinsón un castaño gigantesco que goza de gran fama en toda la comarca, y no hay parisiense de la bohemia alegre que no quiera comer, siquiera una vez en su vida, encaramado en el célebre árbol. Este desafía con sereno orgullo la competencia de numerosos rivales que sostienen aéreos cenadores en sus ramas. El auténtico *árbol de Robinsón* los domina á todos con su corpulencia y elevación enormes. El coloso triunfa. Sin ninguna clase de artificio, soporta en sus robustas ramas dos grandes kioscos, cada uno de los cuales puede contener un considerable número de personas. Mas para el gran árbol, como para el cielo, son muchos los llamados y pocos los escogidos. La mayor parte de los excursionistas domingueros tienen que contentarse con castaños de segundo ó tercer orden.

El modo de subir los manjares y los cubiertos es de la más rústica sencillez. El mozo los coloca en una de las dos cestas que penden de los extremos de una cuerda pasada por una polea y de que tiran los comensales.

La cesta se columpia en su viaje ascensional; las salsas se vierten por las ramas del árbol; pero ¿quién repara en pelillos cuando se come en el aire?

Del *segundo piso* del árbol la vista es espléndida; descúbrense todas las bonitas aldeas de los contornos; en el vasto panorama aparecen Bagneux, Fontenay-aux-Roses, Bourg-la-Reine, Chatenay, Arcueil-Cachan, Villejuif, L'Hay, Sceaux y casi todo el valle de Aulnay, donde yo tuve, allá por los años de 1879, alquilada una casa con un magnífico huerto, junto á la quinta del duque la Rochefoucauld en que Chateaubriand escribió gran parte de su obra *El genio del cristianismo*. A la derecha de Bourg-la-Reine se destaca el soberbio palacio que el duque de Trevise hizo edificar sobre los cimientos del famoso castillo del Maine, destruído durante la Revolución.

Los jinetes, *buscando mayor espacio*, se dispersan por el bosque de Verrières, bajo cuyos tilos se apean para rendir fervoroso culto á los dioses inmortales, y especialmente á Baco y al Amor.

Aún á tal distancia llegan las oleadas de la vida parisiense, y aquí, como en todos los alrededores de la inmensa ciudad, se mezclan con el pueblo las deidades de la moda, que han adoptado una indumentaria de rúbrica para sus esparcimientos campestres. Las elegantes dan por las alamedas de estos dilatados bosques paseos sentimentales, escoltadas por sus admiradores. Circulan por las umbrías *victorias* y *kars*, *breaks* y *landós*, *calesas* y *cupés;* pero el cupé triunfa en toda la línea.

El cupé es el coche que más conviene á las beldades decadentes, porque la penumbra que fácilmente se puede obtener en su interior, vale tanto como la del *boudoir* mejor dispuesto. Toda esa falange de fervientes adoradores que caracolean alrededor de ciertos carruajes, sentirían menos entusiasmo si las damas que van en esos cupés arrostrasen la *plena luz* del coche descubierto.

Pero ¿quién no se entusiasma por el campo, sobre todo cuando la naturaleza, sonriente y animada, hace alarde de sus galas más hermosas? Cuando agobiados por el trabajo de largos días estivales, sentimos la necesidad de dar reposo al cuerpo y esparcimiento al espíritu; cuando anhelamos respirar puros ambientes, nos atrae el maravilloso espectáculo de la naturaleza; y entonces nos parece que plantas y flores, aves y fuentes, cielo y tierra rivalizan en belleza y armonía por el universal concierto que se ofrece á nuestra admiración y á nuestro encanto.

JUAN B. ENSEÑAT



EL DOMINGO EN LOS ALREDEDORES DE PARÍS

1. En la gran cascada de Saint-Cloud. – 2. La pesca en el Marne. – 3. Merienda en la pradera – 4. El puente de Suresnes. – 5. El castillo de Saint-Germain, en Laye. – 6. El camino en bicicleta. Dibujos de Salvador Azpiazu.



LA CUNA VACÍA, cuadro de Luis Menéndez Pidal, premiado con medalla de oro en la Exposición general de Bellas Artes de Madrid de 1892



EL DÍA DE DIFUNTOS EN MADRID

En el cementerio, dibujo de Narciso Méndez Bringa

NUESTROS GRABADOS

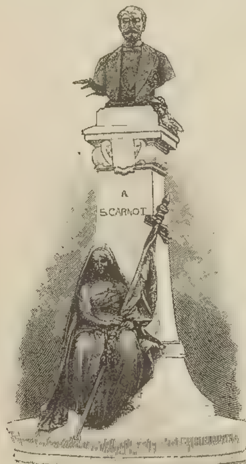
Buzón equivocado, cuadro de León Girardet. – La comunicación epistolar entre los enamorados no ha sido siempre tan fácil como ahora en que por un lado los padres vigilan menos y por otro ciertas secciones de algunos periódicos permiten impunemente sostener continua correspondencia en términos claros ó en palabras cifradas. Mas no por eso dejaron de enviarse cartitas y recados los que bien se quisieron, ya que hasta la más exquisita vigilancia estaba expuesta á un descuido inmediata y hábilmente aprovechado, ni faltaba en último caso un amigo ó un criado complacientes que á las mismas barbas de los guardadores y prevalidos de la confianza que á éstos inspiraban hacían llegar un billete amoroso á manos de la interesada. Estos procedimientos de astucias y engaños tenían, sin embargo, sus inconvenientes, y más de una vez la misiva fué interceptada por obra de la casualidad ó de un lazo ingeniosamente tendido. El bellísimo cuadro de Girardet es la exposición gráfica de uno de estos inconvenientes: salieron los dos amantes de paseo con el padre de ella, y cuando él creyó más distraído y más enfrascado en su conversación al viejo, sacó disimuladamente del bolsillo la carta y alargóla á la joven, que se disponía á recibirla. Pero quiso la fatalidad que más distraído aún que el mismo padre el novio, calculase mal la distancia y no advirtiera que la mano que recogía el billetito era precisamente la de aquel á cuya vigilancia había querido sustraerla. El efecto cómico de este lienzo y las innumerables bellezas de ejecución que en él ha prodigado el artista hacen más preciosa y digna de todo elogio la obra del pintor francés.



MADAGASCAR. – El palacio de la embajada francesa en Tananarive. (Véase la explicación en la página 734)

Una belleza inglesa, cuadro de R. Madrazo. – Con razón se ha llamado á la familia de los Madrazos dinastía de pintores insignes: este apellido puesto al pie de un cuadro es segura garantía de la bondad del mismo, y no sólo en España sino en el extranjero son estimadas como joyas las obras que lo llevan. Los retratos de los Madrazos, especialmente, son en todas partes objeto de unánimes alabanzas, y los personajes más ilustres y las damas más elegantes, así los contemporáneos del eminente D. Federico como las que hoy acuden al taller de Raimundo, han querido ver su efigie trazada por los pinceles de tan afamados maestros. La belleza inglesa que hoy reproducimos justifica una vez más esa predilección, porque en ella, además de las líneas que constituyen la fisonomía física, admírase la expresión que anima cada uno de los rasgos del hermoso semblante y da á conocer el modo de ser psíquico de la persona retratada.

Monumento á Carnot en Fontainebleau. – Hace pocos días inauguróse, en presencia del presidente de la República, el monumento erigido en la plaza del Mercado de Trigo en Fontainebleau á la memoria de Sadi Carnot, villanamente asesinado en Lyón en junio del año pasado. Este monumento, que reproducimos en esta página, se compone de un basamento circular de piedra, sobre el cual se alza una pirámide cuadrangular coronada por el busto de aquel presidente: apoyada en la pirámide una estatua de Francia, de bronce también, vestida con negros ropajes, empuña con la mano crispada por el dolor la bandera francesa. Sencillo y severo, el monumento honra á su autor el escultor Peynot.



Monumento erigido en Fontainebleau á la memoria de Carnot, obra de Peynot

La cuna vacía, cuadro de Luis Menéndez Pidal. – Después de haber presentado dos cuadros en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1887, envió al concurso abierto por *La Ilustración Española y Americana* en 1889 su cuadro *A buen juez mejor testigo*, que en la exposición del año siguiente obtuvo medalla de segunda clase. En la Internacional de Bellas Artes de Madrid de 1892 fué recompensado por unanimidad con medalla de oro *La cuna vacía*, que en este número reproducimos y que se juzgó como una de las obras más hermosas de cuantas figuraban en aquel certamen. Este cuadro, perfectamente compuesto, tiene trozos pintados de una manera admirable y todo él respira sentimiento, produciendo emoción hondísima en cuantos lo contemplan. Menéndez Pidal, que nació en Oviedo en 1860, es, según ha dicho un ilustre crítico, colorista de la buena escuela española; sus cuadros tienen una entonación asombrosa y son de una sencillez admirable, y ha sabido crearse un estilo propio que no se parece al de nadie, dando á sus pinturas ese tinte especial que en otros lienzos sólo el tiempo consigue imprimirles.

MISCELÁNEA

Teatros. – En el teatro de la Comedia de Francfort se ha representado con gran aplauso la comedia de Lope de Vega *El mayor imposible*, correctamente traducida al alemán por Eugenio Zabel.

– En el Teatro Nuevo de Berlín la sociedad de ópera italiana de Souzogno ha cantado con buen éxito la ópera en un acto de Coronaro *Festa a Marina*.

– Con ocasión del quincuagésimo aniversario del estreno de Tanhauser, se ha dado en el teatro de la Corte de Dresde una serie de representaciones de las principales óperas del célebre Wagner.

– En el teatro de la Corte de Viena se ha cantado con extraordinario éxito la ópera cómica en dos actos de Massenet *La Navarraise*.

– El teatro Carlos de Viena, recientemente restaurado, ha comenzado la temporada con una opereta póstuma de Suppé, *El modelo*, completada por los compositores vieneses Stern y Zumara, que ha sido muy aplaudida.

París. – Se han estrenado con buen éxito el teatro Dejazet *¡Tous criminels!*, extravagancia-vaudeville en cuatro actos de Gascogne y Dehene, con algunas bonitas piezas de música de Bonnamy; en la Comedia *Le Faune* pastoral en un acto y en verso de Jorge Lefebvre, y en la Opera Cómica *La Navarraise*, ópera en dos actos de Massenet.

Madrid. – El teatro Real ha inaugurado brillantemente su temporada, habiéndose cantado hasta ahora *L'Africana*, *Lohengrín* y *La Traviata*, y han sido muy aplaudidos en la primera la señora Fierens y el Sr. Marconi, en la segunda las señoras Corsi y Leonardi y el Sr. Garulli, en la tercera la señora Darclée y en todas ellas el Sr. Goula, que ha dirigido la orquesta con su maestría habitual. El Español ha abierto sus puertas con la preciosa comedia de Rojas *Entre bobos anda el juego*, que representaron magistralmente la señorita Guerrero y los señores Jiménez, Díaz de Mendoza y Díaz (D. M.): terminó la función inaugural el entremés de Cervantes *Los dos habladores*, en cuyo desempeño obtuvieron muchos aplausos la señorita Valvidia y el Sr. Carsi.

Barcelona. – La eminente actriz Sarah Bernhardt ha dado siete representaciones en el teatro Principal: las obras puestas en escena han sido *Gismonda* y *La Tosca*, de Sardou; *Magda*, de Sudermann; *Fedra*, de Racine, y el tan popular drama de Dumas *La dama de las camelias*. En todas ellas la incomparable artista ha rayado á gran altura, cautivando con su hermosa dicción y con sus geniales recursos dramáticos al público y obteniendo en las siete funciones sendos triunfos que compartieron con ella algunos de los artistas de su compañía, que es la misma que actuó en la temporada pasada en el teatro de la Renaissance de París. En el Lírico los aficionados á la buena música han tenido ocasión de aplaudir en una serie de magníficos conciertos al justamente afamado cuarteto belga de M. Crickboom, que en unión de nuestro paisano el notable pianista señor Granados ha ejecutado de una manera admirable preciosas piezas de los grandes clásicos y de algunos compositores modernistas. En Novedades se ha estrenado con buen éxito un drama en tres actos del conocido novelista Luis del Val *El castigo de vivir*.

Necrología. – Han fallecido:

Leopoldo Durnbauer, notable escultor austriaco que en 1892, á pesar de contar sólo 32 años, obtuvo varios premios y medallas en las exposiciones de Viena, París y Munich por su famosa obra *La lucha por el pan de cada día*.

Luis Hoffmann, pintor alemán, profesor é inspector de la Galería de Pinturas del gran ducado de Darmstadt.

Hermán Stangle, pintor y director de la sección de pintura decorativa de la Escuela de Industrias artísticas de Maguncia.

Guillermo Wintmore Story, escultor americano establecido desde hacía muchos años en Italia.

SPORT

El fracaso hípico. – Pelotarismo.
Revolución en la bicicleta.
Un nuevo yate.

No pudo ser mayor el fracaso que sufrieron los organizadores de las carreras hípicas en nuestro desdichado hipódromo, y que por cierto, aun cuando no fuera más que por la buena voluntad que les guiaba, bien merecían un éxito algo más lisonjero; pero hay que desengañarse: Barcelona no cuenta con *cuadras* propias suficientes para mantener sin decaimiento una serie de carreras que despierten entre el público inteligente el interés palpitante que ofrecen esta clase de espectáculos. Además el emplazamiento del hipódromo deja mucho que desear, y esto perjudica no poco al desarrollo de ese género de *sport*. Las carreras del 13 lo probaron. Escasa concurrencia, las apuestas fueron escasísimas y entre los caballos que se inscribieron no pudo verse nada de notable, excepción hecha de «Alma,» potro de pura sangre española.

Sigue en *crescendo* la pasión del público por los partidos de pelota. De continuo inaugúranse frontones, y lo cierto es que mayor es el número de edificios que el de pelotaris que en todos ellos puedan colocar la cesta ó pala en alto lugar: afortunadamente de cuando en cuando surgen verdaderas notabilidades que por sus poderosas facultades llenan de asombro á los inteligentes y sirven de estímulo y acicate á los del *gremio*. Tal está ocurriendo con Miguel Sabarte (a) el Chiquito Mondragón. Joven, casi un niño, pues sólo cuenta 16 años, tiene ya sólidamente sentada una envidiable reputación. Pelotaris de primera línea han sido arrollados por el joven vizcaíno. La pareja casi invencible de Portal-Chiquito fué humillada por Sabarte con Ayesterán. El Chiquito de Ondarroa, el de Abando, Igueldo, célebres pelotaris todos ellos, sufrieron igual suerte, y sólo falta que presenciemos acaso en Barcelona y dentro de breve tiempo un desafío con el colosal Beloqui para que por aclamación se coloque en primer término el nombre del aventajado y ya famoso pelotari bilbaino.



NUESTRA GENTE, cuadro pintado por Cristóbal Monserrat

Hay que convencerse: aun dentro del *sport*, la comodidad y holgazanería se imponen al ejercicio. Dígalo si no el notable y rápido incremento que va tomando la bicicleta mecánica, que impulsada por la gasolina ó el vulgar petróleo transporta á centenares de kilómetros á su descansado jinete. Hay en la actualidad en Burdeos un certamen de carruajes y vehículos mecánicos que con seguridad han de proporcionar completas transformaciones en el *sport* velocipédico. Con esto pasará como con el *yachting*: que la navegación á vapor dominó por completo á la de vela, quedando ésta sólo reservada á los verdaderos *amateurs*.

Hoy se cuentan en considerable número, así en Bélgica como en Alemania, los triciclos y bicicleta-tandem movidos por propulsor mecánico, y cuya velocidad alcanza á veces hasta 35 y 38 kilómetros por hora; y como es natural, el ciclismo, que hasta ahora se ha considerado como un mero ejercicio *sportivo*, de hoy en adelante se mirará desde el punto de vista económico, cómodo y práctico.

El Real Yacht Club de esta Ciudad cuenta desde hace pocos días con una nueva embarcación más, propiedad del aficionado *yachtsman* Sr. Vilalta. El nuevo yate construído en Barcelona mide 12 metros de eslora, apareja de pailebot y pertenece al tipo americano «Bulb-Keel.» En breve se harán las pruebas de velocidad y resistencia.

E. FONTVALENCIA



ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

IX

Marcela fué creciendo, y resultaba trabajo perdido el que se tomaba la herbolaria alargando sin cesar mangas y sayas, pues muñecas y rodillas se empeñaban en tomar el aire.

Bien pronto cumpliría seis años, según suponían sus protectoras; pero en realidad tenía seis y medio y era muy talluda para esa edad.

Luisa era ya casi una mujer; los tres años que acababan de pasar habíanla convertido en una joven alta y flacucha, de aspecto distinguido, pero de tiesura algo exagerada. En el colegio en que su madre la había puesto después de hacer la primera comunión, con el pretexto de enseñarle modales más finos, le habían hecho perder la afable y atractiva llaneza de su primera infancia. El sedimento de su primera educación del trato con las comadres de la vecindad y con la gente de plazuela, subsistía intacto aun cuando no apareciera en la superficie, y resultaba mucho más antipático que en su estado primitivo, por cuanto había anulado sus buenas cualidades y no había extinguido también sus defectos. Estaba la chica en esa edad ingrata y tenía esa educación presuntuosa y espetada que tan antipáticas hace á las muchachas que no acostumbradas á ella, la reciben luego como aditamento que se despega del conjunto.

En el colegio le habían dicho que recogiendo á Marcela había realizado una buena acción. En tanto que no lo supo, estaba encantadora en su papel de protectora sin pretensiones; pero en cuanto se convenció de ello, exigió que la huerfanita tuviera para con ella una deferencia respetuosa á la que la pobrecilla no sabía avenirse.

Marcela había vivido en casa de sus padres como crecen las flores: para alegrar el corazón y los ojos y para crecer en libertad. La señora Favrot no le había pedido otra cosa; aquella niña le recordaba á la que poco tiempo antes acompañara al sitio de su eterno reposo y se le antojaba enviada por la Providencia.

Por muy superior que creamos nuestro espíritu de los vulgares errores, lo cierto es que en el fondo de todas nuestras buenas acciones hay su poquito de superstición, oculto sí, invisible á la mirada, pero que nos es casi imposible aniquilar del todo.

Cuando los vecinos y los amigos nos dicen que una acción nos ha de traer la dicha, nos sonreímos de su candidez, pero allá en nuestro fuero interno esperamos que efectivamente la dicha ha de venir por ahí.

La señora Favrot sobre todo esperaba que Marcela sería su buena hada. Efectivamente, durante dos años la tienda prosperó de un modo asombroso. Todo el barrio se había conmovido al saber aquella trágica aventura; todos querían contemplar la pequeñita que habiendo perdido su familia, había hallado otra nueva. Los cumplidos, los regalos, las compras, algunas

veces innecesarias, afluyeron á la estrecha tienda en que Marcela, encaramada en una silla alta detrás del mostrador, era objeto de admiración para todos.

Pero todo cansa en este mundo, hasta la generosidad. Cuando el abandono y la adopción de Marcelita fueron hechos en que ya nadie se fijaba en fuerza de saberlos, el despacho de la señora Favrot quedó reducido á sus anteriores proporciones. No eran las privaciones lo que venía; pero tampoco podría seguir disfrutando de la posición desahogada, conseguida gracias á la curiosidad y al buen corazón de que hasta entonces habían dado prueba las comadres del barrio. Entonces advirtió la herbolaria la carga enorme que representa mantener un hijo más.

Quería á Marcela sin embargo. La discreta charla de la niña, su carácter dócil y amable, la hacían querer de todo el mundo y le costaban muchos reproches. ¿En qué pararía más tarde? Era imposible predecirlo, pues su naturaleza sensible y dúctil se prestaba á todas las influencias.

La víspera de un primero de año, la señora Favrot advirtió, al repasar sus cuentas, que sus negocios no marchaban del todo bien y que debía unos centenares de francos. Era poca cosa; los resfriados y otras enfermedades de la primavera próxima restablecerían el equilibrio, con ayuda de las pastas pectorales, de las pastillas de goma y del liquen de Islandia; pero no por eso dejaba de ser un déficit, y la inteligencia práctica de la herborista descubrió pronto la causa á que se debía.

Aquel año todo lo que Marcela había podido aprovechar de vestidos y ropa pertenecientes á la pequeñuela á quien reemplazara, se había destrozado por completo y había sido preciso comprarle nuevo ajuar. Consultando otras cuentas, la buena mujer advirtió que Marcela le costaba bastante dinero. Los zapatitos sobre todo le costaban un dineral.

Calculando mentalmente y sumando las cantidades gastadas en la manutención de la niña, resultaba que Marcela había costado precisamente lo que fal taba á la señora Favrot para nivelar sus cuentas.

– ¡Pobre niña!, dijo lanzando un profundo suspiro y cerrando sus libros con desconsuelo. En fin, trabajaremos un poco más y todo se arreglará.

Pero los ingresos no aumentaron, y una letra de cien francos que se presentó en un momento de penuria, obligó á la herbolaria á tomar prestado para pagarla, y entonces la cantidad que representaba la manutención de la hija adoptiva surgió más de una vez ante los ojos de la señora Favrot durante sus largas vigilias.

Fué aquel año precisamente cuando la primera comunión de Luisa impuso nuevos gastos. En los primeros días que siguieron á su entrada en el colegio, su madre se consideró dichosa de tener á Marcela á su lado, pues le servía de compañera y no dejaba que sintiera el vacío que se había hecho en la casa.

Aun cuando fuese tan pequeña, la niña sabía ya arreglar los cajones, limpiar los objetos de los escaparates, quitar el polvo de todas partes y hasta barrer la tienda con una gran escoba, que más de una vez le levantó chichones en la frente.

Por lo que sentía una repugnancia invencible, una repulsión instintiva, por el bocal en que se amontonaban las sanguijuelas. Cuando la señora Favrot, para servir á una parroquiana, movía con cuidado dentro del agua transparente algunas de ellas, Marcela apartaba los ojos con horror. Aquellas bestias negras y viscosas le causaban un asco indecible.

Exceptuando esto, siempre dispuesta y alegre, conocía el precio y el peso de muchas mercancías corrientes, y la señora Favrot se fiaba de ella para despachar á las clientes ordinarias. Se acercaba el día en que prestaría verdaderos servicios á la herborista.

– Si la tuviera conmigo, dijo la señora Jalín un día, la enviaría al colegio, pues tiene ya edad para aprender á leer.

La señora Favrot reprimió un gesto de desagrado.

– Tiempo hay, replicó; ahora no quiero privarme de ella para enviarla al colegio; la necesito aquí. Y además, la enseño ya á coser y hacer calceta.

La planchadora no contestó y siguió con la mirada los ágiles dedos de Marcela que pasaba con trabajo la aguja por un retazo de tela amarillenta

– Irá al colegio cuando Luisa haya salido de él Mi hija me cuesta ya mucho y los negocios no van bien. Ya comprende usted que, después de todo, no estoy obligada á hacer ningún sacrificio por esta niña.

La señora Jalín reprimió un gesto de contrariedad; hubiese querido tapar los oídos de Marcela para que no oyera aquellas palabras. Pero ya no había remedio, la niña las había oído y levantó la mirada hacia su protectora con una singular expresión de duda y de tristeza. Evidentemente no era la primera vez que tal concepto había sonado en sus oídos y que aquellas palabras despertaban en su mente deseo de que le fueran mejor explicadas. Pero sumisa como siempre, nada dijo y continuó cosiendo.

– Me parece, contestó la planchadora, que á todos debe dársenos la educación necesaria.

– ¿Y quién dice lo contrario?, replicó la señora Favrot con tono agridulce. Pero cuando se ha hecho ya todo lo imaginable y cuando se han contraído deudas para quien en realidad no es de la familia, me parece que cuando menos se tiene el derecho de escoger la ocasión oportuna para dar esa instrucción que hoy es tan necesaria. Marcela irá al colegio; mas será cuando Luisa habrá salido de él. Hasta entonces, quiero tener la libertad de dejar la tienda cuando sea preciso, sin tener que pedir á alguna vecina que esté al cuidado de ella. Marcela hace esto perfectamente, si bien es verdad que es cosa poco difícil.

La niña alzó los ojos de nuevo, pero con expresión de contento. Todo lo que pedía era poder ser útil. A menudo había advertido que era una carga para la que la recogió, y aun cuando era demasiado niña para conocer el orgullo y sobrado sumisa para sentir la humillación, no por ello dejaba de pesarle aquel reproche y sólo deseaba una cosa en este mundo: poder prestar algún servicio á fin de no oir decir que era una carga para aquellos á quienes amaba.

La planchadora recogió su cesta y besó á Marcela al pasar. Había pensado muchas veces proponer á la señora Favrot que buscara un alma caritativa que quisiera encargarse de la niña; pero comprendía que aquello no sería del agrado de la herbolaria. Esta tenía empeño en conservar el prestigio moral que resultaba de su buena acción, que todo el mundo le alababa, no menos que el beneficio material que le reportaban los servicios prestados por la niña, que era tan útil y mucho menos costosa que una criada.

¡Una criada! Esa era la palabra verdadera. A medida que fué creciendo y que se halló en disposición de prestar servicios, por su propia voluntad más bien que por la de la señora Favrot, había ido descendiendo de su posición de hija adoptiva, y por su propio impulso y á fuer de reconocida, convirtióse en Cenicienta. Primeramente se había ofrecido á hacer los recados; luego se le impusieron como obligatorios. Por su cuenta aprendió á arreglar los cajones y á limpiar la tienda, y ahora debía hacerlo cada semana Todo lo que había intentado y hecho á conciencia, se había convertido en deber suyo, y por consiguiente á título de deber ya no era recompensado con buenas palabras. Apenas una vez que otra recibía alguna palabra cariñosa. Tal es el mundo; y no es á menudo sobre esta tierra donde la paz del Señor desciende á los corazones de los hombres.

El último sábado de octubre era para Luisa Favrot un día de salida completa. Es decir, que del sábado por la noche al lunes por la mañana la herboristería cambiaba de dueña. Siempre mimada por su madre, Luisa había adquirido en el colegio al lado de las señoritas bien educadas que tenía por compañeras de clase un tono de superioridad que se imponía á su misma madre.

Esta, que interiormente se envanecía de ver que su hija tenía gustos tan delicados y que era tan elegante en sus movimientos y en todo lo que concernía á su personita, no se cansaba de admirarla vistiendo el uniforme del colegio, demasiado caro para su fortuna, pero que halagaba su vanidad de madre ambiciosa. Luisa había querido que su madre le comprara una cadena de oro, diciendo que todas sus compañeras de colegio con motivo de la primera comunión ostentaban aquella alhaja que les habían comprado sus padres. El reloj y la cadena se compraron, pues, y ¡quién sabe si aquel regalo era causa de que la madre hubiese contraído deudas!

Luisa llegó á las seis del sábado en compañía de su madre; entrando en la tienda que estaba al cuidado de Marcela y de su amiga la planchadora, Luisa hizo á ésta un saludo protector.

Marcela se había lanzado á su cuello, pero Luisa la besó sin efusión y con un aire muy digno y maternal. En el colegio había visto que de tal modo besaban las madres á sus hijas y ella las imitaba. Un poco sorprendida y extrañada de aquella acogida semi-impertinente, Marcela se quedó inmóvil y casi con ganas de llorar.

Cuando fueron á comer en la trastienda la señora Favrot y las dos niñas, Luisa, después de haber hecho una serie de preguntas, dirigió la palabra á su madre con un tono que ésta creía de suprema distinción y que resultaba impertinente.

– ¿Y esta chiquilla?, dijo indicando á Marcela. ¿Se porta bien?

– Sí, no es muy mala, contestó la señora Favrot

¡Que no era muy mala! Marcela tenía conciencia, en su infantil imaginación, de que merecía mucho más que aquello. Nada contestó, sin embargo, como tenía por costumbre; pero con algunas ganas de llorar, se ocupó en servir y quitar la mesa con una habilidad sorprendente para su edad. Terminada la comida, todas entraron de nuevo en la tienda donde ardía un mechero de gas.

A través de los cristales medio ocultos por objetos de toda especie, suspendidos en grandes ganchos de hierro, se veía cómo el reflejo de los faroles temblequeaba sobre el suelo mojado. Era una de aquellas primeras noches de invierno que tanto hacen echar de menos el verano, y en que el escalofrío de los primeros días tristes sacude los miembros, causando algo así como un dolor amortiguado. La tienda quedaba templada por el gas, pero por debajo de la puerta el viento glacial penetraba, trayendo en sus alas el olor acre del barro de la calle.

– Quisiera comer castañas, dijo de repente Luisa, acurrucándose cómodamente en el ángulo de un banco acolchado que estaba junto al mostrador; envía á Marcela á comprarlas, mamá.

– Si creo que no las venden todavía, contestó la señora Favrot.

– Sí Ahora mismo, cuando venía, he visto al hombre que las vende cada año en la taberna de la calle de Trevisse. No hay nada tan bueno como las primeras castañas. Da veinte céntimos á Marcela, mamá, y tú vé aprisa.

La señora Favrot vacilaba, sintiendo á un mismo tiempo temor y avaricia. No tenía ganas de enviar á la niña, siendo tan tarde – daban las nueve, – á través de la calle de Lafayette, llena siempre de carruajes. Luisa tiró del cajón, sacó veinte céntimos y los dió á Marcela.

– ¿Sabes dónde está la calle de Trevisse, eh? Enfrente de los ómnibus. Vé corriendo y no te comas las castañas por el camino.

– Anda con cuidado que no te atropelle ningún coche, añadió la señora Favrot.

Marcela contestó con una sonrisa, cerró la puerta con precaución y salió corriendo para obedecer lo que le habían mandado.

Las ligas, biberones, collares de ámbar amarillo y de hueso entrechocaron con el cristal de la puerta y las hierbas secas se movieron con ruido extraño durante un momento.

– He hecho mal, dijo después de un momento de silencio, en dejar salir á la pequeña, pues no tiene costumbre de atravesar las calles.

– Pues qué, ¿acaso no la envías á ningún recado?

– Sí, pero no por la noche.

– Vaya, ya se irá acostumbrando. Me parece, mamá, que la mimas mucho. Piensa que nada tiene esta niña. Si tú le faltaras se vería precisada á mendigar. Es preciso que se acostumbre á servir á la gente.

¡Extraña sabiduría en boca de aquella niña de catorce años! Verdad era que su madre había dicho muchas veces cosas parecidas; pero en boca de su hija, sin embargo, la sorprendieron y se puso á hacer calceta sin hablar más, en tanto que Luisa acariciaba el gatazo, esperando las castañas que no llegaban.

X

Al salir de la tienda, Marcela había corrido de un tirón hasta la esquina de la calle de Lafayette, y luego se detuvo un momento mirando la manera de atravesarla. Los coches, con faroles de todos colores, se entrecruzaban con tal rapidez y con tanto ruido, que ni el que estuviera acostumbrado á aquel movimiento se hubiese aventurado á pasar.

La pequeñuela era atrevida, pero en una noche de lluvia los coches lanzados al trote tienen un no sé qué de fantástico é imponente. El suelo refleja las luces, los mecheros del gas parece que tiemblan, los caballos que resbalan hacen movimientos irregulares é inciertos, y los ojos deslumbrados ven más obscura y lejana la acera de enfrente. Al cabo hubo un claro, Marcela tomó carrera, se salpicó de los pies á la cabeza en un charco de agua, y en el momento de ir á poner el pie en la acera, asustada por un latigazo que el cochero de un simón pegaba á su caballo, metió el pie en el agua que por allí corría, mojándose hasta las pantorrillas, aprisionadas en unas medias de grosera lana.

Corrió entonces sin parar hasta el puesto de castañas.

– Enséñame el dinero, dijo el auvernés, que desconfiaba de los chiquillos.

Marcela mostró los veinte céntimos que tenía en la mano.

El auvernés escogió cuidadosamente unas cuantas castañas bien tostadas; llenó con ellas una pequeña medida, tomó luego un cucurucho de papel, sopló para ahuecarlo y puso dentro de él su mercancía.

– Toma, hermosa, dijo presentando con una mano el cucurucho en tanto que tendía la otra para recibir el dinero.

Marcela se sintió vejada de ver que aquel hombre dudara de ella, siendo así que jamás había engañado á nadie, y nadie por lo mismo tenía derecho á creer en su mala fe. Pagó, sin embargo, sin decir una palabra, y se fué más despacio, pensando que aquel auvernés había sido injusto con ella.

La conciencia de una injusticia que con nosotros se comete es uno de los sentimientos más amargos de esta vida y nadie lo siente con más viveza que los niños.

El hombre se explica el porqué de muchas cosas. Alguna vez ha acusado en falso y se arrepiente de ello; puede, pues, excusar al que se engaña, y luego los mismos pesares de la infancia que le han indignado en otro tiempo concluyen por acostumbrarle á los sinsabores de la vida. Pero el niño inocente, que no tiene idea del mal, se siente ultrajado cuando se le acusa de una falta que no ha cometido ó de una mala inteligencia que jamás tuvo.

Marcela advirtió una injusticia en las precauciones del vendedor de castañas y se dijo á sí misma: «Es un mal hombre: no me gusta.»

Preocupada por sus pensamientos no pensaba en tomar tantas precauciones como antes para atravesar la calle. Sentía una especie de amargura extraña, y esa amargura le daba una indiferencia del peligro que hacía que lo despreciara.

Marcela no es que fuese desgraciada verdaderamente, pero sentía que Luisa le hubiese tratado con tan poca consideración. ¿Por qué la había recomendado que no se comiera las castañas? ¿Había, pues, niños que se las comían cuando les enviaban á comprarlas? Tal idea no había entrado jamás en su alma inocente de niña, á quien la señora Favrot enseñara los principios de la más estricta honradez.

Luisa le había dicho que no comiera las castañas y el auvernés había sospechado que no le pagaría. ¿Qué les había hecho á uno y otro para que formaran de ella tan mal concepto?

Asomaron las lágrimas á sus ojos cuando llegaba á la calle de Lafayette, que era preciso atravesar de nuevo. Con el desprecio de la vida que nace en el ser humano al sentir la punzada del dolor moral, la niña se lanzó valientemente entre aquella confusión de coches. Pasó un carruaje á su derecha, otro á la izquierda; gritos repetidos de ¡cuidado!, juramentos, ruidos de herraje que resonaban terriblemente á sus oídos, la trastornaron completamente; perdió la cabeza y corrió adelante... Un ómnibus llegaba al trote largo; vió los horribles faroles de un rojo sangriento que se acercaban; sintió el hálito de los caballos que la envolvían en una nube de vapor; sintió el choque, resbaló y rodó por el suelo entre los gritos de cien personas que de todos lados acudían á socorrerla.

El ómnibus quedó parado, cesando al mismo tiempo instantáneamente el movimiento de la calle; los gritos callaron y reinó un silencio de muerte. Dos hombres se habían precipitado bajo el pesado carruaje; no osaban tocar á la niña que veían hecha un ovillo entre las cuatro ruedas; al fin la cogieron por un brazo y la atrajeron hacia sí con precaución. No lanzó un solo grito.

–¿Estás herida?, preguntó uno de los hombres, padre de familia, cuyo corazón se estremecía, pensando en lo que quizá iba á ver.

–No, contestó con voz ahogada, no lo creo.

Al cabo de un momento estaba en pie, aún temblorosa y en un estado indescriptible, llena de barro de los pies á la cabeza.

–¿No te has hecho daño en ninguna parte?, preguntaron palpándole todo el cuerpo.

Desprendióse y se sacudió, respirando ruidosamente.

–No; sólo he recibido un golpe en la pierna, contestó Marcela, y apenas puedo andar.

El ómnibus prosiguió su marcha y Marcela fué conducida al otro lado de la calle. De todos lados se le hacían preguntas, á las que apenas contestaba, pálida todavía por el terror y por el golpe recibido. Dió después algunos pasos vacilando.

–Doy á ustedes las gracias, señores. Me voy á casa.

Los curiosos la miraron con extrañeza, viendo que á pesar de ser tan niña, resistía tan valerosamente el padecimiento.

Un grupo de mujeres la acompañó hasta la puerta de la herboristería, y antes de entrar en ella exclamó con terror:

–¡Ay Dios mío! ¡He perdido las castañas!

La gente se echó á reir y las monedas de cobre cayeron en gran número en su bolsillo, sin que ella lo advirtiera. Después entró en la tienda, dando las gracias á los que la habían acompañado.

–¡Vaya, que estás hermosa!, dijo Luisa, mirándola con asco mal disimulado.

–¿Qué es eso? ¿Te has caído?, preguntóle la señora Favrot con tono entre inquieto y enfadado.

–Sí, me ha derribado un ómnibus.

En tanto que la niña explicaba el accidente, una de las comadres que había quedado á la puerta y que miraba á través de los cristales, decía á las demás:

–Es preciso no tener seso para enviar á una muchacha como esa á esta hora y para comprar castañas.

–Es que no es su hija, contestó una vecina que sabía la historia de Marcela. Si fuera su hija, de fijo que no la enviara; pero ya se ve, una chica á quien se mantiene de limosna...

–Es preciso que seas tonta para ir á meterte debajo de un coche, decía Luisa en aquel mismo momento, apartando con el pie el traje lleno de barro de la pequeñuela á quien su madre preparaba una compresa empapada en árnica.

A Marcela le salió un cardenal enorme y cojeó durante ocho días, después de lo cual se puso buena otra vez; pero en su corazoncito sangraba una herida que debía tardar mucho en cicatrizarse.

XI

–¡Señora!, dijo un día Marcela, dejando caer sobre sus rodillas la calceta en que trabajaba.

La señora Favrot alzó los ojos, y miró á su alrededor con extrañeza, pues las dos estaban solas en la tienda.

–Me hablas á mí, ¿no es verdad? preguntó. ¿Porqué me llamas ahora señora?

–Mamá ha muerto, ¿no es verdad?, insistió Marcela sin contestar.

Sus labios temblaban y estaba pálida como una rosa te.

La herbolaria se agitó nerviosamente en su almohadón, pues jamás se le ocurriera prever aquella pregunta.

–Murió cuando yo era pequeña y entonces me amparó usted en su casa, ¿no es esto?

La señora Favrot hizo con la cabeza un gesto afirmativo. ¿Qué necesidad había de mentir si un día ú otro sería preciso decirle la verdad?

–¿Y qué se ha hecho de mi padre?, continuó la niña, siguiendo el curso de su pensamiento

La herbolaria se encogió de hombros y movió la cabeza de derecha á izquierda para indicar que lo ignoraba.

Marcela la miró, y temblándole más los pálidos labios añadió:

–Ha sido usted muy buena para mí, señora, y le doy las gracias.

La señora Favrot levantóse bruscamente, tomó á la pequeñuela entre sus brazos y la sentó en sus rodillas.

–¿Por qué me llamas señora y me tratas de usted? ¿Qué significa eso? ¿Es que alguien te ha hablado contra mí y que ya no me quieres? Y sacudía convulsivamente á la niña, sintiendo que algo muy grave había debido suceder para cambiar de aquel modo el confiado corazón de Marcela.

La rapaza hizo á su vez un signo negativo.

–Nadie me ha hablado contra usted y la quiero á usted mucho, pero le digo eso porque sé que no es usted mi madre. Mi madre ha muerto.

–¿Quién te lo ha dicho?, exclamó colérica y fuera de sí la señora Favrot, maldiciendo interiormente á la planchadora, á quien creía que se debía aquel cambio.

–Nadie. Cuando he visto de la manera como quería usted á Luisa, he comprendido que yo no era hija de usted, y me he acordado de mi verdadera madre, de la que ha muerto. Era yo muy pequeña, ¿verdad?

–Sí, contestó distraídamente la señora Favrot.

En el fondo de su alma estaba descontenta de sí misma y experimentaba la vaga impresión de un malestar extraño ante aquellas preguntas de la niña.

–¿Pero por qué me llamas señora?, repuso con vehemencia, sintiéndose herida por aquel nuevo tratamiento.

–Porque no es usted mi madre, contestó implacablemente la niña perdida; porque es usted la madre de Luisa.

La señora Favrot abrió los brazos, y dejó resbalar hasta el suelo á Marcela, que se apartó algo.

–¡Ingrata!, dijo con los ojos llenos de lágrimas.

En esta vida son siempre aquellos que nos han causado más daño los que nos acusan de ingratitud.

Marcela bajó la cabeza, como siempre que le reprochaban algo injusto, y no contestó. Conociendo, sin embargo, que su protectora se había disgustado, acercóse á ella para acariciarla.

–Pero si la quiero á usted mucho, le dijo con timidez, pues ha sido usted para mí muy buena.

–¡Qué he sido muy buena!, exclamó la herbolaria, estallando al fin. He sido su segunda madre; la recogí en la calle, huérfana, sin un mal pingajo, y sin un céntimo; la he vestido, cuidándola y acariciándola como hija, y para agradecerme cuanto he hecho por ella durante cuatro años, ahora sale llamándome señora. ¡Anda allá, ingrata!

Eso era ya el colmo de lo que podía resistir Marcela. Rompió en sollozos inacabables y se apartó suavemente de los brazos que la rechazaban, apoyando la cabeza contra uno de los cajones de la tienda, y echóse á llorar como se llora cuando se ha perdido todo, hasta la esperanza.

–Chica descastada y aviesa, ¿ahora te da por llamarme señora?, continuó la herbolaria conmovida. ¡Pensar que me he llenado de deudas por ella, y que no lleva sobre su cuerpo un hilo que no sea mío! ¿Qué hubiera sido de ti si no te hubiera recogido, ingrata? Hoy mendigarías por las calles ó estarías en la cárcel. ¡Y aún se atreve á echarme en cara que no soy su madre!

–Vaya, vaya, contestó la planchadora, no enfadarse, porque al fin y al cabo no ha dicho más que la verdad.

–Usted es quien se lo ha dicho, dijo la señora Favrot, contenta con poder demostrar su encono á otra persona más capaz de contestarle que aquella niña indefensa.

–¿Yo?, exclamó la honrada vecina. Juro ante Dios que nada le he dicho; pero no es extraño que al cabo lo haya advertido.

–¡Que lo haya advertido!, repitió la herbolaria.

–¡Ya lo creo! ¿Piensa usted que tan inteligente como es, no ha notado hace tiempo las distinciones que usted hace entre ella y Luisa?

–¡Pues sí, señor! ¡No faltaba más sino que no hubiera diferencias entre ellas!

–Es natural, y no le hago ningún cargo por ello; pero también es natural que haya advertido la niña la diferencia.

La señora Favrot calló, en tanto que Marcela continuaba llorando de pie, con la cabeza apoyada contra un cajón y prorrumpiendo en sollozos que sacudían su cuerpo. La planchadora se acercó á ella y le puso una mano sobre el hombro.

–No llores, dijo, que me da pena verte.

–He ahí lo que se gana siendo buena, exclamó la herbolaria, rompiendo á llorar á su vez; se priva una de toda diversión á trueque de hacer una buena obra y compromete su fortuna, y luego resulta que el objeto en que una ha puesto el cariño no lo merecía ni por asomo y que los extraños han de mezclarse en asuntos propios.

La señora Jalín no preguntó más. Salió despacito de la tienda, porque sabía que aquellos accesos de mal humor de su vecina solían durar poco tiempo.

En vez de encaminarse á su casa, la planchadora se dirigió hacia la Bolsa, donde tomó el primer ómnibus que iba á Passy.

En cuanto llegó á la calle de la Bomba, bajó, y dando algunos pasos, llamó á la verja de un pabellón situado en el fondo del jardín. Una vieja criada le franqueó la puerta.



¿Está en casa la señorita, preguntó la señora Jalín?

–¿Está en casa la señorita, preguntó la señora Jalín.

–Entrad, contestó la sirvienta.

Penetró en un pequeño jardín enarenado, tan limpio y bien cuidado como si fuera un juguete.

(Continuará)

VICTORIA DE LOS FRANCESES

EN MADAGASCAR

La campaña que los franceses han sostenido en Madagascar y que acababa de terminar felizmente para ellos con la toma de Tananarive, puede dividirse en dos partes, una sumamente difícil y penosa, hasta la llegada á Andriba, y otra relativamente fácil y rápida hasta la entrada del ejército del general Duchesne en la capital del reino de los hovas.

En la primera se necesitaron treinta y ocho días para ir de Marovay á Mevatanana (150 kilómetros) y cerca de dos meses para recorrer la distancia de 65 kilómetros que separa á Suberbieville de Andriba, experimentando las tropas expedicionarias considerables bajas, no tanto por efecto de las balas enemigas como á consecuencia de la insalubridad de aquellos territorios, cubiertos de pantanos, que los franceses atravesaron en los meses más rigurosos de verano y por ende los menos favorables para la salud de los europeos.

En la segunda, la columna francesa sólo ha empleado diez días en salvar los 85 kilómetros desde Maharidaza á Tananarive, conquistando la primera de estas dos poblaciones el 20 de septiembre, Talata el 21, Ankazobe el 22, Antoby el 23, Fihaoana el 24, Babay el 25 y la capital del reino hova el 30, sin que á pesar del esfuerzo que esta serie de victorias significa se resintiese en lo más mínimo el estado sanitario de las tropas.

Desde Ankazobe, es decir, desde el día 22 de septiembre, las brigadas Voyron y Metzinger penetraron en el Imerina, en donde abundan los anchos valles y en donde á los picos abruptos hasta entonces escalados fatigosamente suceden las colinas que en suaves ondulaciones se prolongan hasta perderse de vista. Por doquier surgen allí campos cultivados y aldeas, en pie unas, arruinadas otras por los hovas al tener que abandonarlas, y por todas partes se encuentran caminos que conducen á Tananarive. A poco se traspone una última línea de montañas y desde las cimas de éstas la vista se extiende sobre una vasta extensión desprovista de todo relieve y densamente poblada, y quince kilómetros más allá aparece confusamente una cresta erizada de torres y edificios de todas formas: los expedicionarios han llegado á la meta; Tananarive abre sus puertas á los soldados de Francia

Un amontonamiento inextricable de rocas y casas de un color encarnado obscuro, de chozas y de panes enormes de tierra arcillosa, un caos de peñascos escarpados por entre los cuales se abren anchas hondonadas y de edificios flanqueados de torrecillas, formando en conjunto una colina de 200 metros de altura y de tres kilómetros de longitud, de Norte á Sur, por dos de anchura, tal es el espectáculo que ofrece desde cierta distancia la capital de Madagascar, poblada por 200 000 habitantes.

Pero examinada algo más detenidamente la ciudad, distínguense en medio de esta confusión los principales edificios, tales como el palacio del primer ministro, especie de cuartel inmenso sin terminar; el templo anglicano, la catedral católica, la residencia de Francia y dominándolo todo el vasto cuadrilátero del *Rova*, el recinto regio.

Al pie de la colina descúbrese el lago artificial Anosy, propiedad del monarca, alimentado por el Ikopa: un islote circular unido con la orilla por medio de un dique de piedras secas, aparece cubierto de casas, antiguas residencias veraniegas de la familia real, transformadas hoy en almacenes de pólvora.



ENTRADA DEL PALACIO DE LA REINA DE MADAGASCAR EN TANANARIVE

Las calles de la ciudad parecen lechos de torrentes secos y obstruídos; las plazas son cenagales y están limitadas por precipicios ó por contrafuertes casi verticales. El extranjero que circula por Tananarive corre peligro de romperse el alma; andar le es imposible, y el único recurso que le queda es confiarse á los por decirlo así silleteros, que lo pasearán en *filanza*, no sin sacudidas, pero con una seguridad de vista y de pie infalible y á un paso que envidiarían nuestros coches de plaza.

En vano los soldados franceses habrán intentado penetrar hasta el centro de Tananarive en formación de parada, marcando el paso detrás de las bandas de cornetas agrupados alrededor de la bandera desplegada. La arteria principal que habrán tenido que seguir y que va desde los arrabales del Oeste al Rova, atravesando la plaza del Zoma, donde se celebran los mercados, y la de Andohalo, en donde se levanta la piedra sagrada de los *Kabarys* reales, no es de más fácil acceso que las otras. Para enarbolar la bandera tricolor en el palacio de la reina, el Manjakamiadana, habráles sido preciso escalar la empinada cuesta como si se tratara de dar un asalto.

El palacio real, de 40 metros de altura por 35 de longitud, está construído de la manera más singular: es un edificio de madera, rodeado de un revestimiento de piedra, verdadero caparazón con varias aberturas de un metro ó un metro y medio de espesor. Del primitivo palacio de madera edificado por M. Laborde en 1840, durante el reinado de Ranavalo I, sólo se distingue el techo muy puntiagudo, sostenido por un armazón cuya pieza central es un árbol único de 27 metros de altura y de un metro de diámetro en su base: diez mil hombres fueron necesarios para transportar este tronco gigantesco desde el bosque de Ambohidatrimo, situado á unos 60 kilómetros al Nordeste de la capital, hasta la cumbre de la colina de Tananarive.

En 1865 el misionero arquitecto inglés Camerón construyó en los ángulos del palacio cuatro elevadas torres que reunió por medio de tres pisos de galerías de un estilo neo-corintio. La construcción de esta muralla de piedra, aislada del cuerpo del edificio, impuso tantas fatigas gratuitas á la población, que desde entonces su sumisión á las prestaciones de servicios es cada vez más problemática.

El palacio de la reina contiene varias habitaciones excesivamente llenas de objetos de todas clases, recibidos algunos como regalos, comprados otros en Europa por los soberanos de la isla: hay en él tres grandes salones, uno en cada piso; de los cuales el del piso bajo utilízase cada año para la fiesta del Baño.

La reina no habita el Manjakamiadana, sino un pequeño pabellón situado en el mismo recinto y en cuya puerta dos soldados hovas de la guardia de honor, cubiertas sus cabezas con sombreros de paja poco militares, velan día y noche por la seguridad de su soberana. El grabado de esta página da perfecta idea de estos guardianes y del pabellón en donde de ordinario reside S. M. Ranavalo III

El palacio de Plata, á menudo confundido con el de la reina, es un pequeño edificio que forma también parte del Rova, en donde el primer ministro da audiencia, de modo que viene á ser el Foreign Office de Madagascar.

En el barrio de Ambohitsorohitra se encuentra el palacio de la residencia general de Francia, que reproduce nuestro grabado de la página 730 y que fué comenzado en mayo de 1890 bajo la dirección del arquitecto M. Antony Jully, que desde los comienzos de la actual campaña presta su concurso al estado mayor del ejército francés para el servicio de informaciones. A pesar de las muchas dificultades con que tropezó su construcción, el edificio de la residencia pudo levantarse rápidamente y ser inaugurado el 14 de julio de 1893: este palacio, construído de granito azulado y ladrillos de un color encarnado vivo, es de estilo del Renacimiento y presenta tres fachadas interesantes: la del Norte, la del Este con acceso directo á los diferentes servicios y en particular al gabinete del residente, y la del Sur, que domina toda la llanu-

ra de Tananarive y el curso del Ikopa y desde donde la vista se extiende hasta el monte Ankarotra, pico el más elevado de la isla. Debajo del mirador de esta última fachada se abren las anchas puertas del comedor y las del gran salón, cuyos techo y suelo están formados con muestras elegantemente dispuestas de ciento cinco maderas distintas de los bosques de Madagascar.

Otro de los edificios más notables de Tananarive era el Observatorio Real (véase el grabado de la página 736) que se alzaba á dos kilómetros al Este de la ciudad, sobre la colina Ambohidempona, cuya altura es inferior en unos 50 metros á la en que se eleva el palacio de la reina. Fué construído por los jesuítas en un terreno que les prestó la soberana de las hovas, habiéndose visto aquéllos obligados á darle el título de *real*, que significa que ninguna iniciativa francesa habría sido tolerada por el primer ministro. El residente general de Francia no tuvo más remedio que inclinarse ante la voluntad del dictador malgache

El observatorio estaba bien instalado, aun cuando tenía un defecto capital para los estudios astronómicos: su cúpula móvil había sido mal calculada y no descansaba sobre ranuras, de modo que no podía funcionar, con lo que hacíanse imposibles las exploraciones y observaciones en la bóveda celeste. Mas los padres que estaban al frente de él estudiaban, á falta de los astros, los vientos, la temperatura, la lluvia y en una palabra todo cuanto se refiere á meteorología. Poseían muchos instrumentos de gran precisión, barómetros, barógrafos, termómetros, geotermómetros para conocer el calor del sol á determinadas profundidades, pluviómetros, evaporómetros, heliógrafos para calcular el número de horas y minutos durante los cuales el sol ha brillado en el horizonte, nefoscopios para determinar la dirección de las nubes, anemómetros, actinómetros, actinógrafos, psicrómetros y psicrógrafos, que manejaban admirablemente y con los cuales se hacían importantes observaciones que los encargados del servicio anotaban con escrupuloso cuidado.



RANAVALONA III, REINA DE MADAGASCAR

¿A qué móviles obedecieron los hovas al destruir este edificio? ¿Han querido arrasar un monumento que les parecía elevarse demasiado orgullosamente delante del palacio de su soberana? ¿Se han dejado llevar por la superstición, en todas partes enemiga de la ciencia? ¡Quién lo sabe! Lo cierto es que el Observatorio y el cementerio inglés fueron demolidos pocos días antes de entrar los franceses en Tananarive.

El personaje más importante de Madagascar después de la reina, cuyo retrato publicamos en esta página, y de su primer ministro, de quienes nos ocupamos detenidamente en el número 688, es sin duda alguna el príncipe Rahamatra. Miembro de la familia real, vencedor en 1890 del rey sakalave Tompomanana, es la gloria militar más incontestada del reino hova; era ministro de la guerra en los comienzos de este año cuando fué nombrado generalísimo de los ejércitos del Imerina. Antes de la declaración de guerra pasaba por francófilo: muy popular entre sus compatriotas, mostrábase sumamente afable y deferente con los franceses, sentimientos que, según parece, no le han abandonado durante la campaña recién terminada.

Al día siguiente de la entrada del ejército del general Duchesne en Tananarive comenzaron las negociaciones de paz con la reina Ranavalo, que quedaron ultimadas aquella misma tarde.

Las condiciones de esta paz se ignoran todavía y aquí entran las conjeturas y por ende las polémicas y sin duda también los trabajos diplomáticos de las potencias más ó menos interesadas en que los franceses no arraiguen demasiado en Madagascar. La prensa francesa aboga, como es natural, por la anexión, y en buena lógica parece que después de tantos esfuerzos y sacrificios no es justo que Francia se satisfaga con seguir de hoy en adelante en la misma situación que antes de la campaña ocupaba en aquella isla. En cambio, los periódicos ingleses excitan al gobierno francés á que persista en el protectorado, á pretexto de que Francia no tiene experiencia bastante para fundar y organizar colonias de tanta monta. Estas apreciaciones resultan ociosas y prematuras en tanto que no se conozcan los términos en que se ha firmado la paz y sobre todo en tanto que la nación francesa no exprese su voluntad por medio del Parlamento. – X.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

ESCRITOS DEL EXCMO. SR. D. MANUEL DURÁN Y BAS. Segunda serie. Estudios morales, sociales y económicos. — La personalidad del señor Durán y Bas es sin disputa una de las más salientes en el movimiento intelectual contemporáneo de nuestra patria. Abogado ilustre, catedrático enminente, sabio economista, político integérrimo y consecuente, orador notable, defensor infatigable y desinteresado de todas las causas justas y de las ideas más levantadas, no hay quien no pronuncie su nombre con admiración y respeto y sus mismos adversarios políticos ó económicos reconocen y elogian su talento, su entereza y su lealtad. La producción nacional ha tenido siempre un campeón entusiasta en el señor Durán y Bas, que sin reparar en sacrificios y prescindiendo en no pocos casos de los compromisos de partido ha puesto todas sus energías y todos sus conocimientos al servicio de esta causa. Agradecidos los productores catalanes á sus brillantes campañas en el Senado, acordaron ofrecerle una edición completa de sus estudios morales, sociales y económicos en el libro que acaba de publicarse y que motiva estas líneas. La índole de esta sección no nos permite ocuparnos ni siquiera someramente de estos trabajos, ricos en sabias ideas, inspirados en el más elevado criterio y castizamente escritos, en todos los cuales resplandecen la firmeza de opiniones y el convencimiento profundo, que son la caracterísca de su autor. El libro que nos ocupa lleva un notable prólogo de D. Federico Rahola, que es un análisis admirablemente hecho de los escritos del Sr. Durán y Bas.



MADAGASCAR. — Observatorio real de Ambohipempona, cerca de Antananarivo

LA RAZÓN SOCIAL FROMONT Y RISLER, por *Alfonso Daudet*. — El premio que la Academia Francesa concedió á esta novela es la mejor recomendación que puede hacerse de la interesante obra del célebre novelista francés, cuyo nombre es sobrado famoso para que sea preciso elogiarlo. La acción de la novela cautiva desde las primeras páginas y el encanto aumenta con la sucesión de escenas en las que están admirablemente retratadas las costumbres parisienses. La traducción, de don Cecilio Navarro, está hecha concienzudamente y las ilustraciones de Riquer, profusamente distribuídas en el libro, nada dejan que desear. *La razón social Fromont y Risler* forma un tomo de cerca de 400 páginas con multitud de grabados, que se vende en la librería de Arturo Simón (Rambla de Canaletas, 5) al precio de una peseta cincuenta céntimos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 4 de noviembre de 1895 — Núm. 723

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA CRÓNICA DEL BAILE,

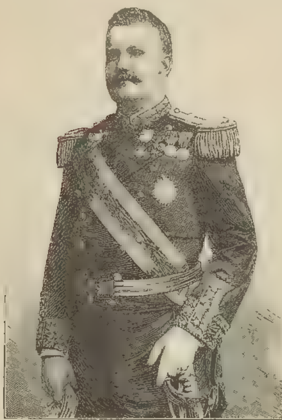
copia del cuadro de G. L. Seymour

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Las aventuras del rey de Portugal. – Rey mudo, reina sierva y reina inmolada en Oriente. – Las cuestiones turcas. – Las matanzas de Constantinopla y Trebizonda. – La tripe alianza en favor de Armenia. – La triple alianza en favor de China. – Factores de estas alianzas – Conclusión.

Amamos á Portugal como á cosa propia. Juntos, á despecho de ficciones políticas, en el tiempo eterno por la comunidad de nuestra historia, y en el espacio infinito por la comunidad de nuestra Geografía, españoles y portugueses, nada ni nadie, nosotros mismos empeñados en ello, nada conseguirá separar nuestras dos almas, una sola en el fondo, como son una sola en el fondo complexión y sangre, peninsulares é iberos. Y así duélenos como propia cualquier contrariedad que á Portugal asalte. Y nos está doliendo, cual si nos alfiletearan las carnes, el ridículo papel representado por su rey en este presente viaje, no de recreo en verdad, por Europa. Ya mi crónica postrera decía en estas mismas columnas poco más ó menos lo siguiente, al partirse de Lisboa D. Carlos. «¿Cómo va el rey á Italia? Si ve al papa, ¿cuándo podrá ver á su paternal deudo, el monarca italiano? Si ve al monarca italiano, ¿cuándo verá el cuitadísimo



S. M. el rey Carlos I de Portugal

al papa?» Con efecto necesitaba D. Carlos hablar con el rey para proveer á su política exterior; necesitaba también hablar con el Pontífice para proveer á su política interior. Hacen mucho daño á sus colonias las ambiciones de Inglaterra y Alemania en Africa; y nadie podía conciliarle ambas potencias como el gibelino rey Humberto. Mas con tal auxilio no le basta. Necesita del papa en la política interior tanto cuanto necesita del rey en la exterior. Dado á una obra de reacción, en la cual obra nunca le secundará la ilustre democracia portuguesa, los verdaderos ciudadanos, ha menester, para estatuirla, conciliarse los residuos tradicionales reaccionarios, existentes en el país aún. Y para esta conciliación, muy saluble su entrevista con el papa, pues nadie como León XIII al objeto de anudarla en lo posible. Y se ha compuesto D. Carlos de suerte que diríase aconsejado por sus enemigos, fracasando á un tiempo en el Quirinal y en el Vaticano, indisponiéndose al par con el papa y con el rey. ¡Cuál diferencia entre ver á los soberanos de Inglaterra y Alemania tras haber visto al rey de Italia, y verlos ahora sin haber visto al rey de Italia, contra él airado! ¡Cuál diferencia entre abrir tratos con los católicos, después de ver al papa, y abrirlos sin haber visto al papa, también airado con la majestad fidelísima! Y tales fracasos, fáciles de prever, aunque no de impedir, sobrecogen al pobre rey en la hora nefastísima de aspirar á un poder personal y de haber puesto mano sacrílega en la Constitución y en las leyes, sustituyéndolas por su idea y por su voluntad más ó menos disfrazadas, como si fuera omnipotente cual un czar de Rusia, ó infalible cual un califa de Bagdad. ¡Ay! Para intentar la fundación de ciego poder personal se necesita verdadero y extraordinario mérito personal. No fuera Napoleón el Grande autor del diez y ocho de Brumario, si antes no hubiera sido el héroe de Italia y Egipto. Sólo caen sobre la presa de un Estado libre almas que saben, cual soberbias águilas, volar sobre las Pirámides y sobre los Alpes.

***

No vienen bien dados los azares y naipes del destino para los reyes. Aquel Menelik, Maquiavelo de Abisinia, que ponía su firma en un tratado con Italia y la negaba luego; que se decía casi católico por sumado su pueblo con la historia sacra desde los tiempos del rey Salomón, á los influjos ejercidos en Oriente por los tesoros áureos y las gracias femeniles de una reina como la célebre de Saba, y luego expedía misioneros coptos al emperador de Rusia, pidiéndole permiso para ingresar en la iglesia bizantino-moscovita, sólo por el placer de mostrarse cada día más voluble, tras haberse afanado mucho en guerras perdurables y despepitádose en habladas negociaciones, acaba de quedarse mudo á la sacudida de un rayo, caído sobre su persona en aquellos tormentosos climas; y está en vías de pasar á destronado, pues tras el rayo le ha caído algo peor encima, la superstición de su pueblo, atribuyendo á castigo del cielo por ira de Dios al rey la natural é irreparable desgracia. Parecidísimo desaguisado sucede á la reina de Madagascar. Sus ejércitos de hovas no le han valido para contrastar á Francia; su religión protestante no le ha valido para entenderse y aliarse con Inglaterra. Sola y desoída de todo el mundo, hase visto separada de su primer ministro, que también es su esposo, destituído á mano militar, y recluída en una servidumbre donde la oprimen y amarran á la opresión por argollas como sus propios cetro y corona, pues en apariencia gobierna, cuando en realidad obedece á los vencedores como la última de sus esclavas. Más triste, si cabe, todavía lo sucedido á su reina en Corea, la tierra de los misterios. Como en todas las razas amarillas, el combate político se recluye allí dentro de los palacios orientales. Y como en todos los palacios orientales, sea cualquiera el carácter y forma que tome la familia, exista ó no el harén, prevalece una mujer, esposa ó favorita, quien suele reinar y gobernar; allí presidía el partido de adhesión á lo pasado la reina, tradicionalista y religiosa de suyo, pues los penates del hogar y los ídolos del pueblo tienen su postrer santuario en los femeniles corazones, movidos á los dulces recuerdos y á las viejas poéticas ideas. Como tradicionalista, la reina propendió siempre á China, madre patria de los coreanos en el espacio y su protectora durante mucho tiempo; y aunque su reino estaba declarado independiente, prefería en sus desvaríos empujarlo hacia su antigua tutela que verlo en una frágil y desconocida libertad. Mas los japoneses, empeñados en que por el pronto aparezca de suyo Corea libre, con lo cual queda cercenada de China y su emperador, á reserva del proyecto de recluirla dentro de su propio imperio más tarde, no han encontrado ningún otro medio de conjurar su influencia que degollarla en su cámara. Y ha muerto descabezada la pobre reina.

***

El más poderoso y sacro de todos estos reyes orientales, el sultán de Constantinopla, quizás también sea el más apurado en estos críticos momentos. Reina sobre las principales ciudades del cristianismo; sobre Jerusalén, donde naciera la religión y dogma del Padre; sobre Nicea, donde naciera la religión y dogma del Hijo; sobre Alejandría, donde naciera la religión y dogma del espíritu. Pero esta dominación le trae miles de dificultades invencibles, pues bajo cada dominio antiguo suyo se va deslizando, ya con hipocresía ó ya con descaro, según las circunstancias, otro dominio nuevo que lo derriba y lo suplanta poco á poco, sin quitarle ni errores ni nombre, pero sí el poder verdadero é histórico. En Egipto le han sustituído los ingleses; en Palestina los protectorados occidentales; en Anatolia misma, donde se levantan á una Constantinopla y Nicea, por tierra le amenazan los ejércitos rusos y por mar las escuadras británicas. Tal es también el caso de Armenia. Pocas tierras en el mundo tienen tantos derechos al agradecimiento colectivo de la humanidad como Armenia, pocas. Aunque todos los comentaristas de la Biblia ponen el paraíso entre las aguas del Tigris y del Éufrates, pónenlo á su vez los comentaristas del mahometismo en la isla de Ceylán, mientras queda en Armenia consagrado el monte donde se paró Noé tras el diluvio, el monte Ararat, por todas las religiones monoteístas. Y así es dogma universal en las históricas creencias, que de Armenia vino la vid á Occidente y con la vid árboles de tan sabrosos frutos como los erguidos y flexibles perales. Por las tierras próximas al Mar Negro, mantenidas en riego perpetuo al fluir de las aguas filtradas desde los nevados montes al valle y en perpetua primavera por las brisas espiradas desde las olas mediterráneas, las honduras entrelazan el granado y el naranjo y el olivo con la vid, en tanto que las cumbres el haya y la encina con los ramajes del nogal y del castaño, constituyendo todo ello uno de los parajes más encantadores del mundo, pues pocos sitios pueden compararse con sus cielos cargados de rutilantes astros y sus aires llenos de mariposas, de abejas, de ruiseñores, de jilgueros, de lúcidas. Mas el mundo social no está en armonía y consonancia con el mundo físico. Tiene por tal manera todo allí forma de protoplasma, que hay seres humanos, los cuales son, además de bilingües, no diré creyentes, pero sí diré practicantes de dos religiones tan enemigas entre sí, como la religión musulmana y la religión griega, yendo los viernes á la mezquita, por ser, como Mahoma, circuncisos, y los domingos á la parroquia, por ser, como Cristo, bautizados.

***

Si esto es la religión, imaginaos lo que será la tierra, poseída oficialmente por Turquía en parte, por Rusia en parte, y en parte por la vieja Persia. El Anti-Cáucaso fué, como el Cáucaso mismo, cuna de razas en lo pasado, mas en lo presente caos de razas; y queda para lo porvenir, en materia de razas, un enigma. Debido fuera el despliegue sobre la bella Chipre de un pabellón, como el inglés, á los aumentos territoriales del imperio ruso allí, como debida la toma del Cáucaso y del Caspio ruso por el czar á las hostilidades perpetuas, temibles de todas las fuentes del Éufrates, en las altiplanicies armenias, de donde tal río fluye y corre á los pueblos existentes en su cuenca y su desembocadura y su desagüe. Así es que cada día, sobre la tierra, donde ameneciera el crepúsculo matutino de la historia religiosa nuestra con la familia del patriarca Noé, anochece y se pone un fragmento, etéreo y secular, como cualquier astro entre las rapacidades y codicias de una dominación extranjera. Perdidos bajo todas estas catástrofes; mal seguros sobre una tierra estremecida por sacudimientos continuos, encuéntranse perdidas una porción de tribus cristianas y caucásicas, pensando en imitar á sus hermanos del Danubio y constituir una especie de nacionalidad, sumamente dificultosa en el continuo vacilar de aquellos territorios y en la continua irrupción de razas que lo cruzan y devastan. Y no puede menos, cuando, por otra parte, hay tribus sedentarias, tártaras, semitas, iranas ó mixtas de todas éstas, semejantes á los primeros agricultores bíblicos, junto á tribus nómadas, semejantes á los Caínes prehistóricos, cuyo descanso es pelear, y que andan de un lado á otro pastoreando sus reses ó esgrimiendo sus armas. Si una de estas tribus se fija sobre risco análogo con el picacho donde anidan los aguiluchos, tórnase feudal, rodeada de siervos feudatarios, en espera del caminante, su enemigo siempre, y en husmeo ó atisbo del despojo, su alimento. Vestidos los kurdos de túnicas multicolores; cargados de alhajas riquísimas; el cinto lleno con yataganes y pistolas y dardos y dagas; las orejas con relicarios y amuletos por pendientes; á la espalda el rifle pronto á pasar al ojo; en la mano los bambúes hechos lanzas; al brazo la rodela forrada con piel de rinoceronte; en los pies botas como las albanesas y coronados por sombreros puntiagudos como de calabrés, descansando sobre turbantes, y ceñidos por chales de sedas y gasas, parecen ciertamente, no bandidos feudales, unos soberanos en perpetuo ejercicio de su antiguo secular despotismo y unos fieros exterminadores generales en continua guerra de matanza y exterminio. Entre las tribus cristianas de una vieja cultura y las tribus ahora descritas, de una ferocidad implacable, no puede haber más relación que la guerra. Y las tribus cristianas piden al sultán que modifique tal estado, amparándolas contra las depredaciones y los degüellos continuos; peticiones á las cuales el sultán responde que los kurdos están en sus manos poco más ó menos como pueden estar las alimañas feroces del monte ó los estremecimientos terribles del terremoto. Pero así como en el Oriente de Asia se han reunido Alemania, Rusia y Francia para proteger á los chinos contra los japoneses; en el Occidente se han reunido Alemania, Rusia y Francia para proteger á los armenios contra los turcos. Y así como la protección europea en Oriente no ha evitado que los chinos descabezaran muchos misioneros cristianos y que inmolasen los japoneses á la reina de Corea, tampoco la protección europea en Occidente ha evitado que los turcos mataran á los armenios como fieras de caza en Constantinopla y Trebizonda. Dicen que todo está ya en arreglo y que el sultán promete hacer justicia. Pues promete lo que no habrá de cumplir.

Madrid, 21 octubre de 1895.



SEMBLANZA

Seguramente no hay en España autor que haya hecho reir al público tanto como Luis Olona.

Y era el hombre más formal y más serio que he conocido. De buena presencia, muy moreno, con sus patillas negras muy pobladas y su característica seriedad, Luis Olona, más que un autor esencialmente cómico, parecía un gobernador civil muy poseído del cargo, ó un banquero preocupadísimo de los más intrincados negocios.

Su empaque no predisponía mucho en su favor, pero en tratándole había que confesar que Luis Olona era persona sumamente estimable por sus bellísimas prendas de carácter. Hablaba poco, pero siempre con oportunidad y con acierto y con gracia, con la misma gracia naturalísima con que escribía, gracia exclusivamente suya y que nadie ha podido imitar en el teatro.

Era abogado, mas no era un literato, pues aunque le sobraba natural talento, no conocía seguramente los clásicos, ni había intentado jamás hacer obra de literato; pero en la especialidad á que consagró su inteligencia nadie le superó. Todos los que escribían en su tiempo para la escena escribían mejor que él, pero ninguno conocía el teatro y el público tan bien como él.

Hijo de un antiguo empresario de teatros de Madrid y provincias peritísimo en los negocios teatrales, Luis Olona desde niño consideró el teatro como su casa propia y creció en constante comunicación con los cómicos y viendo todas las noches la comedia, y como era un espíritu profundamente observador y concentrado, adquirió aquel singular golpe de vista en materia teatral que le distinguió siempre y que le proporcionó tan grandes éxitos en la escena.

Había hecho ya varias traducciones de comedias con buen resultado, como *La primera escapatoria*, *Alza y baja* y otras, cuando, asociado con el compositor D Rafael Hernando, estrenó la zarzuela en dos actos *El duende*, que tuvo un éxito loco, representándose más de cien noches, y fué esta la primera obra que llegó á ese número de representaciones seguidas en nuestros teatros. Todo Madrid rió grandemente aquellos chistes tan espontáneos y aquellas situaciones de tan extraordinaria fuerza cómica.

Aquello era divertirse honestamente en el teatro, pues ni en *El duende* ni en ninguna otra de las obras que constituyen el extenso repertorio de Luis Olona se encuentra un equívoco de mal gusto, ni un chiste que pueda ruborizar á la más tímida doncella. De entonces acá, ¡qué transformación tan radical en el teatro y en el público!

Aquel éxito de *El duende* descubrió un filón que no podía menos de utilizar hombre de tan claro entendimiento, y al cabo de no mucho tiempo asociáronse Olona, Barbieri, Gaztambide, Salas y Hernando y comenzó en el teatro del Circo la explotación del género lírico dramático, en que habían de adquirir tanta honra y tanto provecho sus primeros cultivadores.

Olona, que hasta entonces había viajado mucho por España y por el extranjero, se instaló en Madrid, consagrándose enteramente á la que había de ser una de las más productivas empresas teatrales.

Vivía Olona en el antiguo hotel Peninsular, que hasta hace poco ha estado establecido en el caserón de la calle de Alcalá, núm. 7, y allí le conocí durante muchos años, huésped permanente de la fonda para vivir con entera independencia. En aquella habitación del hotel, ancha y bien soleada, con balcón á la galería del patio, donde apenas llegaba el ruido del exterior, escribió Olona bastantes de sus regocijadas obras, y sólo recibía á algún amigo muy íntimo, pues las visitas de gente desconocida que pretendía consultarle planes de comedias ó pedirle recomendaciones para los teatros, era despedida siempre en la portería con un seco: «D. Luis no está.»

Sí estaba; pero Gaztambide, Barbieri y Oudrid esperaban impacientes los libretos ofrecidos, ó empezados ya, y no podía distraerse del trabajo.

Grandes escritores, verdaderas eminencias de la literatura quisieron contribuir al desarrollo del género lírico-dramático, y escribieron zarzuelas Bretón de los Herreros, García Gutiérrez y Rodríguez Rubí, zarzuelas que eran verdaderas joyas literarias, pero que no lograron el favor del público. El primero de los escritores de primera fila que triunfó en la zarzuela fué Ventura de la Vega con su hermosísima obra *Jugar con fuego*, y desde este éxito fué uno de los más entusiastas y afortunados mantenedores de la zarzuela.

Luis Olona, sin ser literato ni poeta, triunfó siempre. El público saboreaba con deleite sus obras, y los compositores músicos preferían las obras de Olona, porque era el que les daba situaciones musicales de seguro efecto y les hacía los versos de los cantables á la medida que ellos querían, que muchas veces solía ser una medida disparatada y reñida con todas las reglas métricas, como puede comprobarse leyendo los libretos de aquellas zarzuelas que el público recibía con unánime aplauso.

El valle de Andorra, arreglo de una ópera cómica de Scribe, llenó las cajas de la contaduría durante mucho tiempo, y las gracias de Olona y la música de Gaztambide las repetía todo el mundo. Solamente Olona hubiera sido capaz de hacer cantar á Salas aquello de

«La española infantería
que es valiente porque... sí.»

Razón semejante no sé cómo la hubiera recibido el público de estos días. Entonces la recibió con aplauso general, sin hacer caso de los críticos descontentadizos que en los periódicos censuraban á Olona con la más inocente seriedad, porque demasiado sabía Olona que la razón de la valentía de la española infantería era un desatino, pero en boca del personaje que la exponía era una razón convincente..., porque no le ocurría otra.

Entre mi mujer y el negro y *Por seguir á una mujer* fueron otros dos éxitos de muchísimo dinero, y *Buenas noches, Sr. D. Simón*, arreglo del francés, con música de Oudrid, fué una de las farsas más populares que se han visto en la escena; sus chistes los repetía todo el mundo, y todo el mundo tarareaba aquella música que, como decía el vulgo, *se pegaba* tanto al oído. Y era verdad.

El amor y el almuerzo es una pieza de Olona que ha dado más dinero que un drama de los más aplaudidos y celebrados. *El postillón de la Rioja* obtuvo un éxito completísimo. Olona utilizó en esta obra las aptitudes notabilísimas del tenor riojano Manuel Sanz, y el resultado fué por todo extremo satisfactorio para el distinguido artista, para el músico Oudrid y para Olona. *Amor y misterio*, otro éxito; otro el *Secreto de la Reina*: otro, muy grande, *El sargento Federico*, música de Barbieri y Gaztambide, y otro enormísimo *Mis dos mujeres*, música del primero de estos compositores, preciosísima zarzuela que podría servir de modelo á nuestros autores de ahora.

Un escritor de extraordinario ingenio, literato y crítico de muy buen gusto, Pedro Antonio de Alarcón, á quien todos llamábamos Perico Alarcón, y á quien todos los autores temían por su desenfado para decir á todos las verdades, emprendió en un periódico muy leído una ruda campaña contra Luis Olona, que había obtenido un éxito superior á los muchos hasta entonces logrados con la zarzuela melodramática en cuatro actos *Los Magyares*, música de Gaztambide.

Perico Alarcón dedicó varios folletines á esta obra, extremando su acerada crítica hasta un punto que revelaba la saña más implacable, y puso de oro y azul á Olona, á quien negó con notoria injusticia toda cualidad de autor dramático, y al público que llenaba el teatro. Olona, tan serio siempre, se sonreía leyendo los folletines de Alarcón, y decía una mañana á Salas y Gaztambide que tronaban contra el terrible crítico: «Nadie nos hace más favor que Perico, y lo que había que pedirle es que no deje de publicar folletines, porque ya veis el caso que le hace el público, que todas las tardes nos obliga á poner el aviso *No hay billetes*. Alarcón tiene razón; yo no soy escritor ni cosa que lo valga; la obra es mala; la música pésima, pero al público le gusta cada día más. Puede que si le hubiera gustado á Alarcón no le hubiese gustado al público.»

En efecto, el público llenaba una y otra noche el teatro, y aquel lego perseguido por el soldado gigantesco hacía las delicias de los espectadores. Vicente Caltañazor hizo del lego una felicísima creación.

Olona era un excelente director de escena, y no se equivocaba jamás en la preparación de situaciones de efecto; tan grande era su conocimiento de los resortes teatrales y del gusto del público.

Su pronóstico respecto del éxito de las obras era infalible. Bastábale ver una obra en el ensayo general para juzgar de la acogida que tendría. En prueba de esta clarividencia de Olona respecto de las obras de teatro, puedo citar entre otros un ejemplo. Adelardo Ayala había escrito una zarzuela en tres actos, *Los comuneros*, que leída en el cuarto de Salas, excitó el entusiasmo de cuantos oyeron aquellos valientes versos, aquellos hermosos pensamientos, aquel poema, en fin, en que se revelaba una vez más el poderoso talento del autor de *El tanto por ciento*. Gaztambide se encargó de componer la música, y la compuso en corto tiempo Había prisa para poner en escena una obra que, á juicio de todas las personas inteligentes que la conocían, había de obtener un éxito extraordinario. Olona no había podido asistir á la lectura, por enfermo, y solamente asistió al ensayo general, que en todos produjo un verdadero entusiasmo. Ayala tenía en mucho la opinión de Olona, y después del ensayo fuéronse juntos Ayala y Olona.

La noche siguiente se estrenó la zarzuela, que obtuvo un éxito nada más que regular. Le aplaudieron algunos de los magníficos versos de Ayala, y alguna pieza de música; pero el público no se entusiasmó como se habían entusiasmado los actores, los músicos, los literatos, todos los inteligentes que habían asistido al ensayo.

Y Ayala entró en el saloncillo, y dirigiéndose á Olona exclamó, apretándole la mano: «Sólo tú habías visto claro.» Y contó que el día anterior, cuando salieron juntos del teatro, después del ensayo, Olona le dijo con la franqueza propia de la amistad que existía entre los dos: «Adelardo, tu obra es una joya literaria, pero desde ahora te digo que no te dará dinero.»

Y en efecto, la zarzuela de Ayala duró muy poco en escena.

Olona, sin tener, como él reconocía, cualidades relevantes de escritor, prestó un grandísimo servicio al arte é hizo una labor de gran cultura fomentando el género lírico-dramático que, sin él, no hubiese llegado acaso á adquirir la grande importancia que alcanzó. Sus obras, primero, y luego las de Ventura de la Vega, Camprodón, Ayala, García Gutiérrez, Picón y otros, dieron ocasión á que lucieran sus peregrinos talentos compositores como Gaztambide, Barbieri, Arrieta, Oudrid, Fernández Caballero, Marqués, Vázquez, etc., etc. Y en la zarzuela brillaron muchos artistas meritísimos, como Adelaida Latorre, Angela Moreno, Elisa Zamacois, Josefa Mora, Josefa Murillo, María Bardán, María Soriano, Teresa Istúriz, Luisa Santa María, las hermanas Di-Franco, Almerinda Soler, Manuel Sanz, Tirso Obregón, Vicente Caltañazor, José Font, Francisco Calvet, Joaquín Becerra y otros muchos que fuera prolijo citar.

Olona con Salas, Gaztambide y Barbieri formó la sociedad propietaria del teatro de la Zarzuela; pero después de su casamiento con la cantante Carolina Di-Franco se trasladó á Barcelona, cediendo su parte de propiedad de aquel coliseo á sus consocios. Su mal estado de salud le impidió desgraciadamente continuar ofreciendo al público obras de su ingenio, y falleció en Sarriá el 12 de junio de 1863 y en aquel cementerio yace el que puede afirmarse que fué el principal creador de la zarzuela y el autor de zarzuelas más popular y más aplaudido.

Había nacido en Málaga en 1823.

Carlos Frontaura

¡MÁS! ¡MÁS!

(CUENTO)

I

La casualidad había hecho que se matricularan al mismo tiempo en el curso preparatorio de la carrera de Derecho los jóvenes Pedro Hernández de Toledo y Pablo González y Moral. Uno y otro habían nacido en esa clase media que, heredera de los prestigios de la antigua nobleza, ha sido la verdadera dueña del cuerpo social durante la casi totalidad del siglo XIX, hasta que ha comenzado á indicarse, como difícil problema para el porvenir, la preponderancia del elemento obrero. El primero de nuestros jóvenes era hijo de un magistrado que había conseguido, no sin esfuerzos, ir sacando adelante á su numerosa familia: el segundo había nacido en el seno de una familia del comercio, que después de haber hecho importantes negocios, veía declinar la antes próspera fortuna.

Los dos muchachos simpatizaron desde el primer instante, acaso por el mismo contraste de sus caracteres, pues en tanto que Pedro era osado, emprendedor y alegre, Pablo no lograba triunfar de su timidez natural, era apocado para todo y de triste y reflexiva naturaleza. Sentados siempre en el mismo banco de la cátedra, Pedro logró hacerse pasar por estudioso por lo bien que siempre respondía á las preguntas del profesor, gracias á lo que le iba apuntando por lo bajo su compañero y amigo, mientras que éste quedaba siempre deslucido por sus dificultades de expresión y por no tener quien le apuntase. De aquí que Pedro fuese ostensiblemente un buen estudiante y obtuviera en sus exámenes excelentes notas, en tanto que Pablo, más aplicado que aquél, ganaba con dificultad sus cursos. Otra circunstancia influyó posteriormente en las calificaciones de uno y otro estudiante. Pedro obtuvo un empleo, debido á las paternales influencias; se relacionó con el profesorado y pudo seguir cómodamente sus estudios. La familia de Pablo entretanto había sufrido en la fortuna un quebranto considerable á causa de la depreciación de los fondos públicos; más tarde había sido arrastrada en una quiebra de las repúblicas americanas, y nuestro joven, á pesar de las contrariedades que sobre él llovían, redobló sus afanes, anhelando que su honrosa carrera pudiera darle en lo porvenir el bienestar de que parecía quererle privar la suerte. Cuando terminaron sus estudios é hicieron los ejercicios para lograr el título, un filántropo había dejado en su testamento cantidad bastante para costear el título á varios estudiantes que reunieran determinadas circunstancias, y en el caso de no reunirlas, que se sortease su donativo. Y como ninguno de los estudiantes llenaba los requisitos exigidos, hubo necesidad de proceder al sorteo, resultando agraciado con uno de los títulos el Fernández de Toledo. Su compañero González Moral no fué tan afortunado, y como la ruina de su familia hacía imposibles ciertos gastos, hubo de renunciar por el pronto á sacar el título, confiando en hacerlo más adelante. Lo urgente era utilizar los conocimientos adquiridos, y aun careciendo de título, aspiró á llevar á los tribunales el asunto en que se había hundido la fortuna de su familia; se lo encomendó á su amigo y compañero de carrera Fernández de Toledo, quien desde luego y á pesar del mal éxito que tuvo su primera demanda, se hizo lugar en el foro, más por su osadía que por su suficiencia, y Pablo tuvo que reducirse á aceptar humilde plaza de escribiente en casa de un procurador.

Así vieron transcurrir los años primeros de ejercicio profesional: Pedro abriéndose camino y alcanzando resultados bastante favorables: Pablo viviendo estrechamente en ese último término del mundo judicial, adonde sólo llegan, si acaso, las más reducidas propinas; el primero creándose una posición; el segundo sin poder salir nunca de la obscuridad á que le habían relegado las circunstancias.

Las relaciones de ambos jóvenes se habían enfriado bastante, primero porque Pedro había dejado perder el pleito de su amigo por no aducir en plazo oportuno circunstancias que le daban grandes probabilidades de éxito, y después porque, por imprescindibles ocupaciones ó ignorancia de los criados de Pedro, éste no había recibido en una ocasión á Pablo, y el orgullo de nuestro joven, sobreponiéndose á su misma necesidad, le había hecho exclamar:

– ¡Corriente! No volveré á molestarle. El mundo es muy grande y ni siquiera tendré necesidad de volver á verle.

II

Los periódicos habían dado cuenta de la boda fastuosa de Fernández de Toledo y más tarde de sus viajes en el verano y de sus recepciones los inviernos. La malicia empezaba á fijarse más de lo conveniente en el boato del joven matrimonio, pues aunque la novia había sido espléndidamente dotada y él no dejaba de ganar en su profesión, era imposible que no hubiese un desequilibrio muy grande entre los gastos y los ingresos de aquella casa. Tal vez la fortuna, cansada de prodigar á Pedro sus favores, empezaba á volverle la espalda.

Los padres de Pablo habían muerto, víctimas de los sinsabores que les ocasionara la quiebra comercial, y éste fundaba todo su cariño y todas sus ilusiones en el amor de Elena, una valerosa hija del trabajo, que con él sostenía á su padre, anciano y achacoso. Ni el joven ni la muchacha aspiraban más que al logro de sus ambiciones, reducidas á unirse en santo vínculo; pero hubo día en que creyeron de buena fe llegado el término de todas sus escaseces, al recibirse por el padre de Elena una carta, procedente de la República Argentina, á la que había marchado en busca de fortuna veinte años antes un hermano del mismo.

«Querido hermano, le decía en ella, aun cuando no te he escrito en tanto tiempo, siempre he sabido de ti por diferentes conductos. Sé que enviudaste, quedándote de tu matrimonio una hija tan bella como honrada; sé que te dejaron cesante hace años, que llevas una vida en extremo difícil, y que lo sería más sin la abnegación de Elena que trabaja para ti. Sé tambien que ésta se halla en relaciones con un joven muy aplicado y modesto, y en cuya triste situación acaso tenga yo alguna responsabilidad, por cuestiones comerciales que sería largo puntualizar en estos párrafos. Pues bien: vuestras pruebas tocan á su término. Yo estoy muy viejo y muy enfermo: empleé mi vida entera en labrarme una fortuna, y ahora echo de menos el calor del hogar, el amor de otros seres, algo de lo que debe llenar nuesta existencia, que no puede satisfacerse con la posesión de grandes bienes materiales. Pues bien: arrepentido de mi pasado, voy á volver á España, y os propongo un cambio en el que yo seré el ganancioso: partir con vosotros mis millones, que para nada me sirven, y que vosotros me deis algo de amor y vuestra casa el calor que mi vejez necesita. He realizado todos mis bienes en este país; lo he convertido todo en oro, á pesar de lo malo que está el negocio de la moneda, y dentro de quince días me embarcaré en el vapor *La Plata*, con rumbo á Cádiz. Es decir, que no terminará este año, sin que pueda yo apadrinar la boda de los muchachos.

»Entretanto te abraza tu hermano

»Luis.»

La lectura de la presente carta fué acogida con grandes muestras de júbilo por el padre y la hija. Sólo Pablo callaba, y no rompió el silencio hasta que le rogó Clara que explicase sus preocupaciones.

– No es nada, dijo, no es nada, sino que esa carta ha llegado con más de un mes de retraso.

– ¿Y qué?

– Pues que anunciando D. Luis la salida para quince días después de escribir la carta, ya debería aquél haber llegado.

– Será cosa de preguntar en las oficinas de transportes marítimos, dijo el padre.

– Sin necesidad de hacerlo, puedo decir á ustedes algo, pues esta mañana leí en *La Correspondencia* que reina gran ansiedad en Cádiz por ignorarse el paradero del vapor *La Plata*, que procedente de Buenos Aires, debía haber fondeado hace medio mes.

– ¿Y qué hacer entonces?

– ¿Qué hemos de hacer? Esperar.

La espera, aunque muy impaciente, no fué muy larga. A los pocos días se supo, por referencia de uno de los correos de las Antillas, que en alta mar había naufragado, víctima de un ciclón, el vapor *La Plata*, pudiendo salvarse únicamente cuatro marineros que después de pasar dos días en una lancha, á merced de las olas, habían sido recogidos por el mencionado correo. Los demás compañeros, el pasaje, el cargamento, el casco, todo había sido tragado por el mar, y sería muy tardío y muy escaso lo que pudiera éste devolver á los costas.

III

«¡No terminará este año sin que apadrine yo la boda de los muchachos!,» había escrito en su carta Luis, el tío indiano, con cuyo dinero se estarían regalando los peces, si es que el metal amonedado sirve de algo en las regiones submarinas. Aquellas palabras no se apartaban de la imaginación de Pablo, pues aunque nunca confió excesivamente en los rasgos de buena fortuna, aquél, sin duda por lo que coincidía con sus deseos, le había vivísimamente impresionado. Pero Pablo, aleccionado y endurecido por las contrariedades, convencido sobre todo de que necesitaba confiar única y exclusivamente en sí mismo, llegó á pensar:

– Y ¿por qué no ha de realizarse el programa, siquiera en su parte esencial? Cierto que estamos para empezar el último mes del año; pero, aun sin padrino millonario, puede realizarse la boda.

Aquel mismo día fué á entregar una sentencia, que ponía término á un pleito de gran cuantía, á un abogado célebre, y éste le dió una gratificación á que no estaba acostumbrado: ¡cincuenta pesetas! ¡Exigua cantidad sin duda para tomar estado, pero con la cual no contaba la víspera, y que era por lo tanto para él una verdadera lotería.

– ¡Una *lotería!*, pensó. ¡Si pudiera ser esta idea un aviso! ¿Y por qué no? La historia y la leyenda lotéricas están llenas de casos análogos, y acaso estas cincuenta pesetas, por la cifra y por la época en que llegan á mis manos, me indican lo que puedo lograr con ellas.

Y obsesionado por la idea, acabó por tener en ella tan ciega fe, que ya se juzgaba Pablo poseedor de algún importante premio que habría de permitirle realizar sin ahogos los ensueños matrimoniales. Jugó, pues, á la lotería los diez duros de la propina, adquiriendo un décimo de la extracción de Nochebuena, cuyo número no quiso siquiera mirar, para no privarse de la emoción que había de producirle la confrontación con la lista grande; y cuando, llegado el día del sorteo, quiso Pablo averiguar la suerte que había tenido, buscó vanamente en su cartera y bolsillos el billete lotérico. Este había desaparecido, siendo inútiles todas las gestiones que hizo por encontrarle. Su desesperación no conoció límites en un principio, pues ni siquiera pudo lograr el consuelo de la ajena conmiseración. A todos había ocultado la loca adquisición del billete, pues trataba á todo trance de haber sorprendido á su amada, de serle favorable la suerte, ó que no transpirase al mundo su secreto, si le era adversa.

¡Y había perdido lo que más le interesaba conservar, acaso al sacar de su cartera cualquiera de las notas de la Relatoría!

Pero ¿había de desistir por eso de su proyectado matrimonio? Pablo se contestó negativamente á esta duda, y por vez primera, después de algunos años, se acordó de su compañero Fernández de Toledo.

– Él no es malo en el fondo, se dijo. Si quisiera apadrinarme... y me anticipara á la vez algunos fondos para los gastos más indispensables...

Y fijo en esta idea, olvidó en parte la jugarreta que le había hecho la suerte y fué á llamar á la puerta de su condiscípulo, pues una vez adoptada la resolución, le urgía ponerla por obra.

Pero su condiscípulo no estaba en casa: aquella noche cenaba en el hotel de Roma con unos amigos.

– A la puerta le aguardaré, se dijo Pablo.

Y con efecto, en la calle del Caballero de Gracia estuvo parado tres ó cuatro horas, aguardando á que su amigo saliera del Hotel. Pero Pedro no salía, á



REDVÁN-BAJÁ, prefecto de Constantinopla



SAID-BAJÁ, ex gran visir del Imperio otomano



NAZIM-BAJÁ, ministro de Policía turco

(De fotografías de Abdullal hermanos, de Constantinopla)



LOS DESÓRDENES EN CONSTANTINOPLA. (Véase la explicación en la página 750)

ESTACIÓN DE POLICÍA CENTRAL, EN CUYO PATIO SE DICE QUE FUERON MUERTOS Á BAYONETAZOS VARIOS PRISIONEROS HERIDOS

(De fotografía de Abdullal hermanos, de Constantinopla)

pesar del extraordinario movimiento que pudo observar en la casa. Pablo, cansado de pasear, se sentó en el escalón de una puerta y siguió esperando..., esperando..., á la vez que sentía ligeros estremecimientos por el frío que en aquellos instantes reinaba en Madrid...

Después, medio desfallecido por no haber comido nada desde la mañana, notó sus miembros entumecidos y se dejó vencer por una inexplicable somnolencia... Después, nada.

IV

–¡Hombre!, decía un joven en un salón del Ateneo á un compañero suyo: aquí trae *La Correspondencia* la papeleta mortuoria de nuestro condiscípulo Pedro Fernández de Toledo, con nota de sus grandes cruces, indulgencias concedidas por el obispo, etc.

–¡Ah! Pero ¿no has leído en la tercera plana?, preguntó su interlocutor. Pues escucha, que el caso es novelesco.

«Una triste noticia tenemos que comunicar á nuestros lectores: El distinguido letrado D. Pedro Fernández de Toledo falleció anoche repentinamente en el Hotel de Roma, donde obsequiaba á varios amigos, con motivo de haber sido agraciado en la lotería de ayer con el segundo premio. Hay la extraña coincidencia de que el décimo favorecido no le había costado nada, pues se lo encontró entre unos autos que le habían llevado de la Audiencia. El juez de guardia acudió á levantar el cadáver y dió principio á la consiguiente sumaria.»

–¡También es desgracia la del infeliz que haya perdido el décimo!

–Pues, á propósito de desgraciados y de condiscípulos, dijo acercándose un tercer interlocutor, *La Correspondencia* dice que anoche fué recogido enfermo en la calle del Caballero de Gracia un joven mal trajeado y peor alimentado sin duda; que, conducido al Hospital provincial, murió á poco de haber ingresado en él, y que en el bolsillo se le encontraron papeles acreditando llamarse Pablo González y Moral y ser dependiente de un procurador.

–¡Hombre!.. Pablito..., aquel muchacho tan aplicado que nos apuntaba siempre en la clase de Derecho Romano.

–Algunos favores le debía el otro muerto.. ¡Qué distinta suerte han tenido uno y otro!

–Y sin embargo, dijo el tercer interlocutor, la cosa es perfectamente lógica y demuestra la justicia del cuento de *¡Más! ¡Más!*

–Venga el cuento, aunque sólo sea para quitarnos la triste impresión de las noticias que publica *La Correspondencia.*

–Pero si es tan conocido...

–De nosotros no.

–Pues bien: tan misericordioso es Dios Nuestro Señor, que apenas ha formulado una petición alguno de los mortales, cuando se apresura á dejarla satisfecha, pronunciando como fórmula y sentencia: *Más.*

–Gracias, Señor, dice uno: no hay empresa que no me salga bien..

–Más.

–Mi mujer es una santa, mis hijos unos ángeles... Soy feliz, completamente feliz.

Y el Señor repite invariablemente:

–¡Más! ¡Más!

–Señor, dice otro, padezco una enfermedad dolorosísima y ruinosa..

–¡Más!

–Mi pobreza ha llegado á su último límite.

–¡Más!

–No hay quien no me engañe, me calumnie, me procese y me golpee..

Y el Señor sólo interrumpe los lamentos del que le invoca para repetir:

–¡Más! ¡Más! ¡Más!..

M. Ossorio y Bernard

EL ESCULTOR JUAN CARRIÉS

El escultor Juan Carriés, uno de los más grandes artistas franceses modernos, que falleció hace poco más de un año y algunas de cuyas obras reproducimos en el presente número, nació en Lyón en 1856. Huérfano de padre y madre desde la edad de cinco años permaneció hasta los catorce en un asilo fabricando rosarios, coronas de siemprevivas y otros objetos análogos. Del asilo pasó á la tienda de un yesero, en donde estuvo seis años limpiando los almacenes, desempeñando comisiones y llevando cajas á las estaciones de los ferrocarriles, sin más salario que casa y comida. Al cabo de cuatro años de estas modestas faenas, considerósele digno de moldear rosetones y estatuitas religiosas y de percibir diariamente un jornal de dos francos.

Tenía entonces diez y nueve años. Cansado de tan penoso é ingrato oficio y sintiendo arder en su corazón el fuego sagrado, abandonó bruscamente Lyón y trasladóse á París, adonde llegó sin más recursos que unos pocos céntimos. Sin pérdida de momento



Busto retrato, de Juan Carriés

fuése á contar sus miserias y sus ensueños al escultor Pezieux, compatriota suyo, artista de gran talento que también luchaba trabajosamente por la gloria y que disfrutaba de una pensión de 1.800 francos que le pasaba su ciudad natal. Pezieux acogió cariñosamente á su camarada y le ayudó generosamente con sus consejos y con su bolsa; pero ésta apenas era suficiente para uno solo, así es que Carriés, no queriendo vivir más tiempo á costa de su Mecenas y á pesar de los ruegos de su excelente protector, separóse de él y estuvo vagando durante algunas semanas por París, durmiendo al raso, alimentándose con algunos céntimos de castañas y patatas fritas y apagando su sed en las fuentes públicas.

Cuando más desesperada era su situación, agravada por algunos incidentes dolorosos, pudo entrar en un círculo de obreros, en donde encontró al conde Brimond, á quien habían producido gran asombro algunos de sus ensayos de escultura decorativa. Encariñóse el aristócrata con el joven obrero y le confió la restauración de algunas *terracottas* de su hotel, llevándosele luego al campo y encargándole allí un tímpano de piedra esculpida, *El tiempo levantando el velo de las horas*, para su palacio de Meslay-le-Vidame.

Después de esta temporada de vida campestre consagrada al trabajo, entró en el servicio militar, siendo destinado al 20.° regimiento, cuyo coronel, de quien Carriés habló siempre con lágrimas de gratitud en los ojos, presintiendo los gloriosos destinos del soldado que á sus órdenes estaba, concedíale paternalmente el tiempo necesario para dedicarse á los estudios de modelado. En aquella época ejecutó el artista gran número de medallones que hoy guardan sus poseedores como joyas de gran valía.

Terminado su servicio en las filas, volvió Carriés á París, y algunos meses después expuso en el Círculo de la calle Vivienne con el título de *Los desolados* una serie de bustos, de una expresión de miseria desesperante y barnizados con un gusto exquisito: la mayor parte de estos bustos, hechos de memoria, eran las imágenes reales de los desgraciados compañeros á quienes conoció durante su vida miserable y errante por las calles de la capital. Esta exposición causó cierta sensación entre los artistas, quienes adivinaron que había algo grande en aquel joven de veinticuatro años, de tez pálida, ojos claros, boca desdeñosa y aire altanero, cuyo penoso pasado y cuyas gloriosas ambiciones nadie conocía.

Pero la miseria continuaba persiguiéndole implacable. Entonces fué cuando trabó conocimiento con el fundidor Binger, y de la colaboración de estos «dos cómplices á cera perdida,» como alguien les ha llamado, nacieron todos esos bustos que figuraron primero en una exposición especial de las obras del artista, organizada de una manera admirable en su maravilloso palacio por Mme. Menard-Dorián, y que en 1892 pudieron ser admirados bajo el rico manto de su admirable patina en el Salón del Campo de Marte.

Pero la fundición á cera perdida es una operación muy lenta y erizada de dificultades: Carriés, deseoso de no confiar á nadie la traducción de sus obras originales y aguijoneado por su afán de realizar su sueño, echóse á buscar una primera materia con la cual pudiera, sin necesidad de intermediario, eternizar todas las fantasías decorativas que acudían á su imaginación. Para ello escogió el asperón.

Carriés tenía una conversación encantadora, era un estético de una dialéctica implacable, á quien la pasión por el arte inspiraba súbitos movimientos de elocuencia en los que la incorrección literaria de fórmulas pintorescas mezclábase con bellezas de lenguaje de brillante originalidad. Era preciso oirle exaltarse en la glorificación de su asperón querido, este «macho de la porcelana» como él lo llamaba, «esta materia noble que se presta poco á las fáciles expresiones pintorescas, que parece hecha para la ornamentación de aspecto nudoso, vegetal y duradero y que sólo puede dominar quien siendo á la vez maestro y obrero está seguro de sí mismo por la ejecución y por la idea, por la mano y por el cerebro. Pasta divina, sílice misterioso que, bajo la hábil presión de los dedos, toma formas tan diversas, tan exquisitamente graciosas, que resiste á las temperaturas enormes, que se asimila los esmaltes cargados de cal y se abre bajo el aspecto encantador de un fruto maduro ó de un precioso guijarro modelado para la alegría y las necesidades del hombre...» Luego ponderaba con triunfante elocuencia la aplicación de aquella materia al decorado interior de las habitaciones, y cual evocadas por su apasionado gesto, veíanse surgir paredes sobre cuya superficie se engastaban, en tonos grises de matices infinitos, revestimientos de asperón mate suaves á la vista como tapices antiguos de tintes desconocidos, y armonías íntimas logradas por la busca incesante de los tonos más sutiles y no de los colores más ricos y brillantes.

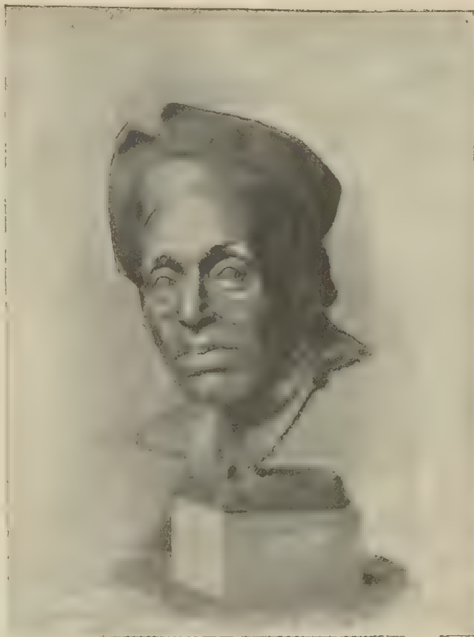
Carriés permaneció muchos años en las montañas del Morván, entre rústicos alfareros, estudiando el abecé del oficio, combinando él mismo sus mezclas de arcilla; entonces fué cuando á costa de no pocos esfuerzos buscó y encontró esos matices suaves que dan á sus obras el aspecto curioso de vida epidérmica que les distingue.

Admirada del aspecto decorativo de estos objetos de arte de finas entonaciones grises, de un gris Velázquez, una dama de elevada alcurnia y dotada de un gusto refinado, la princesa de Say-Montbeliard, tuvo la feliz idea de confiar á Carriés la ejecución de un gran decorado de asperón esmaltado que, sometido á la libre fantasía del artista, había de ser una especie de tabernáculo en donde depositara la partitura original de la ópera de Wagner *Parsifal.* Los que visitaron el Salón del Campo de Marte de 1892 pudieron admirar esta hermosa obra junto á otras no

menos bellas del genial artista, que le valieron los aplausos incondicionales de la crítica y la cruz de la Legión de Honor.

Justo es reconocer que todas estas recompensas eran merecidas, pues ninguno de los talentos que han sobresalido en Francia durante la última generación ofrece el interés que el de este artista dotado de un genio tan extraordinario y de tan varias aptitudes, ninguno como él hállase fuera de toda comparación en el arte contemporáneo. Carriés parece pertenecer á una raza extinguida: fué ante todo un gran trabajador en una época en que parece ha muerto, por lo general, el sentimiento del trabajo persistente; fué un artista de la Edad media en una nación saturada de las clásicas tradiciones del Renacimiento; fué una imaginación creadora desarrollada en un medio ambiente lleno de amaneramientos, y en materia de cerámica fué un inventor cuyo igual sólo puede encontrarse entre los grandes maestros japoneses del pasado.

Las cualidades distintivas de Carriés fueron la originalidad, la espontaneidad y la expresión: la inmensa mayoría de las obras del arte moderno comparadas con las suyas resultan artificiales, hechas concienzudamente, si se quiere, pero hechas sólo con el cerebro, impersonales, comunes. Los más de los escultores modernos parecen puras inteligencias que construyen, coordinan y organizan, pero carecen de imaginación, de espíritu creador; en ellos se revela más el elemento intelectual que el sensitivo; su experiencia y su cultura son grandes, pero su emoción escasa; son, por decirlo así, más retóricos que poetas, y sobre todo no poseen en tan alto grado el sentido de la riqueza y de la vida oculta que en Carriés se manifestó con tanta magnificencia.



Cabeza retrato, modelada por Juan Carriés

Tal vez la mejor definición que podría darse de Carriés sería decir que reunía á la vez el delicado gusto, la sobriedad y el sentido armónico de los franceses y ese sentimiento de la naturaleza que á los japoneses distingue. Su percepción y su imaginación vírgenes, como lo eran las de las razas primitivas, tienen en una época cual la nuestra una frescura indefinible y un poderoso encanto.

Los artistas como Carriés se identifican más que nosotros con la naturaleza y son un eslabón que nos une con nuestra grandiosa madre, cuya vida hace tiempo que hemos dejado de sentir: gracias á ellos desgárrase el velo que oculta el universo á nuestros ojos y nos es dado contemplar la eterna gloria y la belleza de un mundo para nosotros desconocido; ellos, pues, nos descubren una porción de esa vida y de esa belleza que ignorábamos, y por ellos apreciamos en todo su valor realidades que mirábamos con indiferencia.

La visión se desvanece, pero aquella resurrección de las cosas muertas deja en nuestra alma un tesoro de emociones y de pensamientos. Hemos sentido latir las fuerzas profundas al través de la más humilde existencia y de los organismos más inferiores, las hemos visto desarrollarse en dulce y variada vida humana y nos hemos encontrado frente á frente de la infancia, de la pureza, de la ternura, de los padecimientos, de la resignación y de la esperanza haciéndonos presentir divinas esencias.

Carriés era un artista noble y altivo, en el buen sentido de la palabra, para quien el trabajo constituía una ley santa, pero no el trabajo entre las agitaciones de la sociedad, sino el trabajo solitario y fecundo, alejado de los mundanales ruidos y de las fluctuaciones perturbadoras de la moda. Buscó la gloria con afán, llevado por el solo deseo de realizar su sueño de alfarero. Y cuando nuestras miradas se fijan en estos maravillosos bustos de bronce á cera perdida, sobre sus jarrones y vasijas de infinitas formas, todas bellísimas y originales, sobre estas máscaras decorativas, sobre todos estos monstruos nacidos de sus pesadillas artísticas, sobre esos rostros infantiles de indefinible dulzura, preciso es reconocer que el humilde yesero de Lyón consiguió llegar á la meta que se había propuesto.

¡Cuán doloroso es considerar que aquella potente fuerza creadora y aquella resistente vida tan llena de contrariedades se extinguieron en la plenitud de su juventud y de su vigor!

Juan Carriés falleció en 1.° de julio de 1894. – X



Busto retrato de Francisco Hals, obra de Juan Carriés



Busto retrato de Julio Bretón, obra de Juan Carriés



EL VINO, CUAD



L. LHERMITTE.



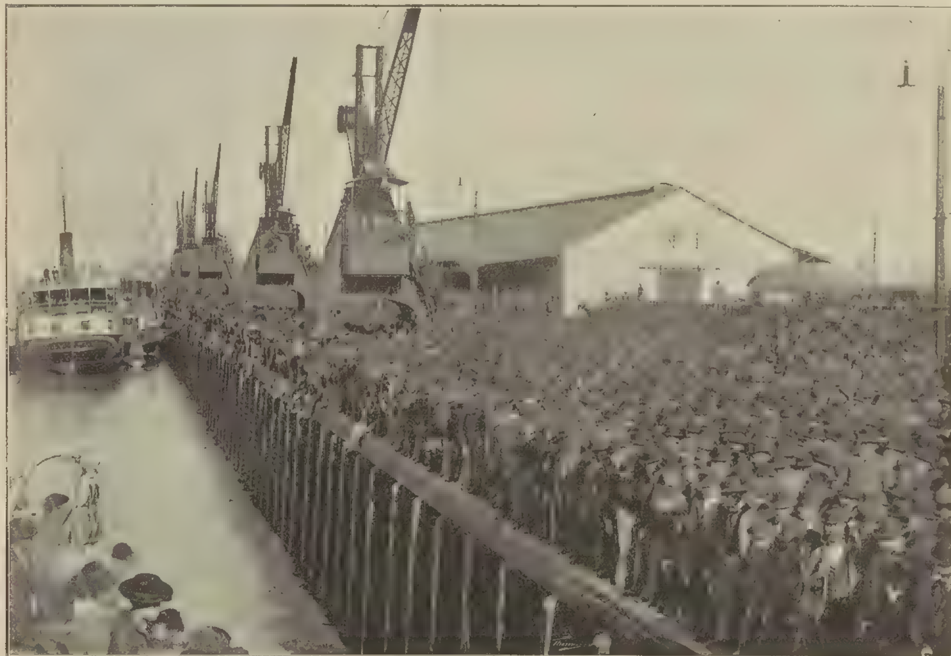
La crónica del baile, cuadro de G. L. Seymour. – De todas las diversiones que la sociedad ofrece á la gente joven, ninguna tiene, especialmente para el sexo bello, los encantos y atractivos con que le brinda el baile. Comienzan las muchachas por gozar con los preparativos, combinando telas y adornos, cintas y flores, recorriendo tiendas para surtirse de esa multitud de accesorios no menos indispensables que los elementos principales y visitando de continuo á la modista, ora para probarse el traje, ora para hacerle las recomendaciones y consultas que sin cesar se les ocurren, ó bien para darle prisa á fin de que todo esté dispuesto en el momento oportuno. Después de un día de emociones, que nunca faltan tratándose de una fiesta que tantas preocupaciones trae aparejadas, llega la noche del baile, y no hay que decir lo que durante ella disfrutan las jóvenes al ver colmados todos sus deseos y al sentir los placeres del triunfo que las recompensa largamente de todos sus afanes. Y después ¡con cuánta impaciencia se esperan los periódicos para leer la crónica del baile! No haya miedo de que cuando se apoderen de éstos se fijen en otra cosa que en la sección destinada á esta clase de fiestas: para ellas todas las noticias por importantes que sean resultan insignificantes al lado de la revista de salones. ¡Con qué avidez recorren sus ojos aquellas líneas! ¡Cómo brilla su mirada y se pliegan sus labios en adorable sonrisa al tropezar con sus nombres acompañados de los calificativos más encomiásticos! ¡Y qué espíritu analítico tan profundo se desarrolla en ellas al pesar el valor de cada adjetivo y al comparar la parte que á cada una ha correspondido en la distribución de elogios hecha por el revistero!

El celebrado pintor inglés Seymour ha expresado de una manera perfecta esta situación en el cuadro que reproducimos: en la actitud de la joven se refleja la abstracción de ésta de todo cuanto no sea la revista que lee, y su rostro deja adivinar que no está descontenta de lo que de ella dice la crónica del baile.

El vino, cuadro de Lhermitte. – Desde que en el Salón de París de 1874 obtuvo una medalla de tercera clase, el autor de este cuadro ha ido de triunfo en triunfo, y ya en 1889 fué premiado con la medalla de honor, recompensa que sólo se concede á los más eminentes artistas. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ha publicado varias de sus obras, entre las que citaremos *Las lavanderas*, *El herrero*, *El leñador y la muerte* y *Un mercado de París:* en todas ellas se admira al artista enamorado de la verdad, sin perder por esto de vista ni un momento que el arte, además de ser expresión de lo verdadero, lo es también de lo bello. Las cualidades características de Lhermitte son el vigor, la valentía, la sobriedad, y merced á ellas consigue efectos maravillosos: es un pintor de fibra que no retrocede ante las mayores dificultades del dibujo y del color y que busca principalmente entre las clases populares los asuntos para sus composiciones. El lienzo que hoy reproducimos es indudablemente uno de los más hermosos que su pincel ha trazado: aquel grupo de obreros que descansan de sus rudas faenas apurando unos vasos de vino, aquella mujer que con un chiquillo en brazos y llevando á otro de la mano parece echar en cara á su marido que gaste en la bebida una parte de su no muy pingüe jornal, el mismo local sombrío en que se desarrolla la escena, forman un conjunto grandioso que impresiona y que avaloran infinitos detalles de una ejecución vigorosa y de entonaciones armónicas. *El vino* del afamado pintor francés es un cuadro de los que llenan una de las páginas más hermosas de la vida de un artista y marcan una fecha gloriosa en los anales de la historia artística de un pueblo.

Buenos Aires. Embarque de los voluntarios españoles en el vapor «San Francisco.» – Así que se conoció en Buenos Aires el decreto del gobierno español indultando á los prófugos y desertores que quisiesen pasar á Cuba á defender la integridad de la patria, fueron muchos los que se presentaron á nuestras autoridades. La lista de los voluntarios crecía á la par de la que detallaba los fondos que se recaudaban entre la colectividad española, y pronto se comprendió que sería pequeño para contener tanta gente el «San Francisco,» que el gobierno mandaba á las playas del Río de la Plata para recoger y llevar á Cuba á aquellos intrépidos voluntarios.

Cerca de 52.000 pesos se habían reunido el día 12 de septiembre y no menos de de 1.400 hombres se habían alistado para pasar á la gran Antilla. De éstos solamente 1.200 pudieron embarcarse.



BUENOS AIRES. – EMBARQUE DE LOS VOLUNTARIOS ESPAÑOLES EN EL VAPOR «SAN FRANCISCO» (de fotografía)

El día 13 del citado mes fué el señalado para este acto, y jamás presenció Buenos Aires manifestación más espontánea ni más numerosa. A millares concurrieron los espectadores á la dársena Sud, donde se hallaba el «San Francisco,» y millares eran los españoles que con lágrimas en los ojos despedían á los voluntarios. Nuestro grabado da una pálida idea de la aglomeración de gente que enronqueció de tanto gritar ¡Viva España!, ¡Viva Cuba española! y ¡Viva la República Argentina!

Excentricidades yankees del porvenir. – A los yankees les acontece algo de lo que, en otro género, sucede con nuestro sin par Quevedo: así como no hay cuento algo subido de color que no se atribuya al autor de *El gran tacaño*, así también todas las extravagancias á aquellos hijos de América se cuelgan, y todas las grandes mentiras y los hechos más absurdos parecen no tener más patria que los Estados Unidos. Mucho hay de cierto en lo que de los descendientes del tío Sam nos cuentan, pero confesemos que en algunos casos mucho tiene que hacer en lo que se nos relata nuestro tío Paco, el de la rebaja. De todos modos, justa ó injustamente, los yankees han adquirido esta fama y de ella se aprovechan no pocos escritores y artistas de todos los países para dar rienda suelta á su fantasía y excusar las mayores extravagancias de su imaginación haciendo que el sucedido ocurra entre norteamericanos: esta explicación satisface, y la inmensa mayoría al enterarse de ella exclaman, como el gracioso de muchas comedias de enredo: «¡Ahora lo comprendo todo!» El dibujo que á título de curiosidad reproducimos en la página 752, es un capricho de artista que, no queriendo abusar de la situación y para que nadie pueda llamarse á engaño, nos ofrece una excentricidad yankee... *del porvenir:* un padre ó tal vez un bígamo se hace arrastrar en un vehículo extraño, combinación de coche y triciclos, por sus dos hijas ó por sus dos esposas, una de las cuales además de darle al pedal le da al abanico para mayor comodidad del señorón que se pasea cómodamente arrellanado en su carruaje. ¿Será algún día realidad esa broma del dibujante? *¡Chi lo sa!*

SPORT

De acontecimiento hípico pueden calificarse las últimas carreras de caballos efectuadas en París el 20 del actual en el elegante hipódromo de Chantilly. Grande era la expectación entre inteligentes y aficionados por estar inscrita *Dinette*, cuyo jockey Dodd tiene ya universal renombre en el mundo hípico.

El interés del público fué creciendo á medida que transcurrían las diferentes series de las carreras, y se concentró todo, hasta con verdadera ansiedad, al verificarse la correspondiente al Handicap de 2.400 metros de recorrido. Estaban inscritos y en fila *Dinette*, *Quelus* y *Addy*, y tras una reñida lucha, en la cual el jockey Dodd hizo verdaderos prodigios, venció *Dinette*, triunfo que fué acogido por la concurrencia con grandes aplausos. El premio eran 20.000 francos.

***

Ya se ha efectuado en el Velodromo de las Delicias de Madrid el anunciado *record* de cien kilómetros por el ciclista navarro Sr. Lapuente, y de verdadero éxito por cierto puede calificarse el resultado obtenido.

Su triunfo ha sido indiscutible, pues no tan sólo batió el *record* en $2^{h}\ 34^{m}\ 13^{s}$, sino que batió todos los *records* españoles en pista. El de Lozano, por ejemplo, lo venció por 17^{s} en los 5 kilómetros, y el *record* de Lacasa, que era el de 50 kilómetros, lo ha efectuado en $1^{h}\ 15^{m}$. El Sr. Lacasa tuvo entusiasta ovación por el inmenso público que presenció sus lucidas carreras.

Nuestro eximio dramaturgo Sr. Echegaray nos va resultando no ya un aficionado simplemente, sino un verdadero apóstol del ciclismo, por lo cual la afición puede estar de enhorabuena. Días atrás los velocipedistas madrileños le obsequiaron con una excursión al Pardo, en la cual figuraban numerosos concurrentes. Las frases entusiastas y ofrecimientos de propaganda que durante el banquete que siguió al *record* pronunció el ilustre prócer, fueron acogidas con íntima fruición. Al final de la comida fué enviado á María Guerrero el ramo de flores que adornaba la mesa. Hay que advertir que la genial artista es una de las españolas más entusiastas de este género de sport.

También en París han ocurrido sucesos de sensación entre el elemento ciclista: el principal y que ha inspirado más interés ha sido el desafío ó *match* verificado entre el corredor inglés Michäel y el francés De Lartignes, siendo el sitio designado para el encuentro el velodromo Búffalo. La trayectoria del recorrido eran 50 kilómetros, que fueron batidos fácilmente por Michäel, sobre De Lartignes, que concluyó su *record* con 4 vueltas de retardo.

***

Las heladas brumas de los mares del Norte, que efecto de la presente estación van invadiendo los puertos y playas frecuentados hasta ahora por las escuadrillas de yates de recreo, son causa de que se haya iniciado el desfile á la desbandada de aquellas airosas embarcaciones, y mientras las unas van preparándose en los cómodos y seguros *doks* y *bassins* para la época de invernada, otras, las que pertenecen á los *Yachtsmans* de pura raza, enderezan su proa hacia las templadas aguas del Metiterráneo para inaugurar la «Niza-Season,» como la llaman los ingleses. Son en gran número este año las yates que se han dado cita en el delicioso Golfo de San Juan, en donde desde Niza hasta Villefranche, es un paisaje verdaderamente ideal, y no sería extraño que nos viéramos visitados en nuestro puerto por alguno de los yates expedicionarios.

E. FONTVALENCIA

ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

XII

La casa no desdecía de la entrada. Desde el corredor, que hacía las veces de antecámara, todo parecía limpio, arreglado y hasta quizá demasiado meticuloso.

Objetos raros, vestigios de otra generación, adornaban las paredes y los muebles. Un huevo de avestruz, adornado con cintas de seda, pendía del techo á guisa de extraña lámpara. En un aparador que estaba sobre una mesilla se podían admirar, cuidadosamente puestas en fila y limpias el polvo, algunas muestras de labor entrelazada con perlas y cáscaras de coco esculpidas, además de otras bagatelas sin valor, á las que, probablemente, su dueña daba importancia suma y tenía en el concepto de curiosidades notables.

La planchadora no se entretuvo en mirarlas, pues ya las había visto mucho tiempo atrás. La anciana criada volvió, y la hizo entrar en un pequeño salón iluminado por dos ventanas, en el cual junto á una buena estufa de hulla trabajaba una señora de alguna edad, inclinada ligeramente sobre una labor de tapicería.

– Buenos días, señora Jalín, dijo sin alzar la cabeza. Aguarde un momento, que concluyo en seguida: «cinco, seis siete. Se acabó.»

Enderezó el cuerpo, clavó la aguja en el tirante de lienzo y mostró á la planchadora un rostro redondo con un par de mejillas rollizas y coloradas como las manzanas de invierno, unos ojos grises, obscuros y muy vivos todavía, y este conjunto encerrado en un marco de cabellos grises, peinados un poco al azar, pero que no excluían la simetría. Una cofia de punto de Valenciennes, adornada con una cinta azul, hacía resaltar el carácter de aquella fisonomía nada vulgar.

La señora Jalín saludó acercándose con respeto rayano en la humildad, y se sentó en una silla al tiempo en que la señora le dijo:

– Siéntese usted. Me ha traído usted mis gorros y viene sin duda para recoger mis encajes, ¿no es verdad? No me he acordado todavía de buscarlos y siento que haya venido de tan lejos. De todos modos, diré á Rosa que le dé algunos cuellos...

– No he venido para eso, señorita, y nada le he traído, dijo, deteniendo con gesto respetuoso la mano ya tendida hacia el cordón de la campanilla. Tengo otra cosa que decirle; y ya que tiene usted la bondad de demostrarme un poco de confianza, hablaré con el corazón en la mano.

– Hable usted, señora Jalín; es usted la mujer más honrada que conozco.

Como que á pesar de aquellas palabras la planchadora no se decidía á despegar los labios, la señorita de Beaurenom continuó en tono amistoso:

– ¿Le hace falta algún dinero? Dígamelo sin rodeos.

– Nada de eso, señorita; pero de todos modos le doy las gracias.

Más alentada por aquel ofrecimiento de dinero que con un diluvio de buenas palabras, la planchadora relató la historia de Marcela desde la muerte de su madre en el *square* Montholón hasta la escena de aquella tarde. La señorita Beaurenom trabajaba de corrido sin perder ni un punto de tapicería ni una palabra del relato de la planchadora.

– ¿Y bien?, preguntó alzando la cabeza cuando cesó de hablar ésta.

– He aquí lo que tenía que decir á usted. Cuando he visto esto, he tomado el ómnibus y he venido aquí para que me aconseje qué es lo que debo hacer.

A la solterona le pareció la pregunta bastante grave para dejar durante un rato la labor, como así lo hizo, arrellanándose cómodamente en su butaca.

¿Y el padre?, preguntó después de largo rato de meditar.

– He aquí precisamente lo que me asusta, señorita. Se me figura que buscando bien desde el principio y recogiendo los datos necesarios, hubiese sido posible encontrarle. Suponiendo, cosa que no creo, que abandonara voluntariamente á su esposa, si se le hubiera hecho saber que ésta había muerto, es probable que cuando menos hubiese recogido á su hija.

– ¡Qué extraño destino!, dijo la señorita Herminia – así se llamaba – adoptando un tono semiteatral. Ese padre y esa hija que se adoran quizá, viven separados por el inmenso Océano y por un abismo moral más inmenso todavía.

La señora Jalín no acertó á contestar, pues aquel lirismo era muy superior á su habitual dialéctica.

– Ya comprenderá usted, añadió después de dejar pasar un intervalo á guisa de respetuosa acogida á las anteriores palabras, que la posición de la pobre niña en casa de la señora Favrot será intolerable. Hasta ahora menos mal; pero de aquí en adelante la van á acusar de ingratitud y á martirizarla. Y luego Luisa volverá dentro de breves meses y necesitará más espacio que antes, y como la habitación es muy pequeña, preveo que Marcela va á servir de estorbo y que es capaz de no querer aguantar esa situación y de marcharse.

– ¿Y adónde se marcharía?

– ¡Qué sé yo! A la calle, donde se encontrará más sola y más abandonada que jamás, y Dios sabe lo que sufrirá la pequeñuela. Si por lo menos yo pudiera encontrarla entonces. Pero lo probable es que no se acuerde de mí en el caso que tal suceda.

– ¿Y es bonita la niña?, preguntó la señorita Herminia, cogiendo de nuevo la labor

– Sí, muy bonita. Tiene la boca un poco grande y la barbilla partida, pero ¡sus ojos son tan hermosos y de expresión tan cariñosa, su tez tan blanca y, sobre todo, su aspecto tan cándido é inocente!..

– Debería usted traérmela, dijo la solterona con viveza, pues le gustaban mucho los niños.

– Procuraré complacer á usted, señorita. La señora Favrot está celosa de ella; pero procuraré que me la deje.

– Dígale que es una persona que quiere favorecer á la niña, sugirió la solterona, cayendo en el lazo que le tendía la planchadora.

– Razón de más para para que no quiera confiármela, repuso la señora Jalín, que sabía desde larga fecha que los obstáculos tenían la cualidad de irritar el deseo de su amiga.

– ¡Cómo!, exclamó ésta. ¡Se la encierra! Esto es monstruoso. No hay derecho á encerrar á los hijos y mucho menos á los niños ajenos.

– Sin embargo, la obligan á hacer los recados, dijo la planchadora, que tuvo miedo de haber llevado demasiado lejos la fantasía de la señorita Herminia. En fin, procuraré traer á la niña.

– Lo más pronto posible ¿No podría ser mañana?

– No lo sé. Puede que sí; trataré de satisfacer su deseo.

– Esto es, dijo la solterona muy contenta; crea usted que le quedaré agradecida.

La señora Jalín se retiró, y una vez en la calle no pudo reprimir una sonrisa pensando lo bien que le había salido su inocente superchería. Había venido á suplicar y se marchaba triunfante. Y todo ello por haber sabido excitar á tiempo la curiosidad de aquella señora.

– ¡Pobre señorita!, pensaba interiormente en tanto que el ómnibus la volvía á su casa: hago mal en reirme de ella, pues al fin y al cabo es más buena que el pan. Estoy segura que Marcela le gustará mucho más y le será más útil que Medor, aquel perrazo que se le murió el año pasado y cuya pérdida sintió tanto.

XIII

– ¿Quiere usted dejar que Marcela venga conmigo para llevar una canastilla?, preguntó la señora Jalín á la herbolaria al día siguiente, después del almuerzo.

– Vaya una idea que le ha dado á usted con su canastilla. ¿Conque ahora necesita usted quien la ayude?

– Ya sabe usted que no; pero hoy he de devolver ropa blanca muy fina á una señorita y temo que se me arrugue, lo que me valdría una repulsa, pues mi parroquiana es muy maniática.

– ¿Vive lejos?

– En Passy; pero tomaremos el ómnibus. Además, no sé por qué no quiere usted que salga la niña. Apenas sale nunca á paseo ni conoce París, y si algún día tiene usted que enviarla á un recado algo lejos, de fijo que no sabrá el camino.

– Llévesela usted, dijo la señora Favrot de mala gana.

– Gracias, contestó la planchadora en tono algo irónico. ¿Dónde está?



Buenos días, monina

– Está lavando los platos en la cocina. Dígale que se vista en cuanto haya acabado.

Envuelta en un gran delantal, la niña frotaba enérgicamente una cacerola. Como no llegaba al lebrillo, había tenido que subirse á un escabel de madera.

– Vengo á buscarte, dijo la señora Jalín, sintiendo lástima de la niña. Acaba tu trabajo y vístete.

– Ya acabé, contestó Marcela, alzando el rostro que había enrojecido con el esfuerzo hecho y parecía emergir del fondo de la cacerola. Deje que lave el fogón y estoy lista.

Se expresaba como si fuese ya una criada hecha y derecha; la planchadora sentía ganas de pelearse con la señora Favrot con cualquier pretexto; pero pensando que aquello podría tal vez perjudicar á Marcela, se contuvo. Se contentó con ayudar á arreglar aquí y allá y le tomó la cacerola de la mano para colgarla de un clavo que estaba muy alto y al que la niña no podía llegar sino subiéndose á una silla.

Limpio el fogón, puestos los platos en su sitio y todo bien arreglado, la señora Jalín creyó que la niña estaba lista, cuando vió que ésta se ponía á fregar el suelo.

– Ya harás eso mañana, le dijo la planchadora impacientada.

– ¡Oh, no!, contestó Marcela; la señora Favrot quiere que friegue la cocina después del almuerzo, y si no, me riñe.

La señora Jalín reprimió un suspiro, no dijo una palabra; pero sin poderse contener arrebató la esponja de manos de la niña y en un momento acabó aquel repugnante trabajo.

– Vé á vestirte, dijo saliendo de la cocina, que te aguardo en casa. ¿Me la enviará usted, verdad?, continuó dirigiéndose á la herbolaria, que le contestó con un signo afirmativo.

– ¡Vaya, vaya!, murmuró la planchadora volviéndose á su casa. Si alguien me hubiese dicho que tenía que fregar la cocina de la Favrot, ¡poco que me hubiera reído!, y sin embargo, ahora acabo de hacerlo.

Diez minutos después, Marcela y la planchadora, con una canastilla cada una, caminaban precipitada-

mente hacia la plaza de la Bolsa. El aire era frío, pero seco, el sol aparecía de trecho en trecho y se notaba gran movimiento en la calle.

– Es extraño, dijo Marcela; nunca me habían parecido las calles tan hermosas sino el día que llegué á París.

– ¿Te acuerdas aún?

– Un poco, no mucho. ¿Qué es esto, señora?, preguntó señalando con la manecita un edificio.

Era la Bolsa. Marcela se admiró mucho más cuando después de haber tomado el ómnibus, éste pasó por los *boulevards* que ostentan tantos monumentos admirables y que hacen de aquel trozo de París comprendido entre la Magdalena y Passy uno de los más hermosos del mundo.

– Si tuvieras que volver aquí otra vez, ¿sabrías encontrar el camino?, preguntóle la señora Jalín.

– Creo que sí, contestó la niña. No es muy difícil, pues recordando que se siguen los *boulevards* y luego esa hermosa calle..., y luego..., ya no sé más...

– Ya lo sabrás, hija mía, dijo sonriendo la planchadora. Es preciso que lo aprendas, porque el conocer bien París es una ventaja muy grande y una cosa necesaria á los que aquí vivimos.

Marcela no había salido casi nunca de su barrio, pues la herboristería no podía abandonarse, y sólo alguna que otra vez, hacía mucho tiempo, la señora Favrot había llevado á las niñas al Jardín de Plantas. Pero era cuando Marcela llevaba aún los trajes de la niña muerta; después de haberlos estropeado, no tenía vestido presentable para los domingos, así es que se dedicaba á guardar la tienda en tanto que la señora Favrot y Luisa se iban de paseo.

La señorita de Beaurenom esperaba con febril impaciencia á la planchadora. Al entrar, Rosa, la vieja criada, dijo á Marcela:

– ¡Gracias á Dios que estás aquí, pues desde ayer la señorita me está quemando la sangre y me ha llamado lo menos diez veces para saber si venías!

Marcela entró en el saloncito, suavemente empujada por la señora Jalín que apoyaba una mano sobre su hombro. Con los ojos desmesuradamente abiertos miraba cuanto la rodeaba, sin fijarse en la solterona, cuya silueta se destacaba vigorosamente sobre el fondo claro de la ventana. Cuando habló la señora, quedó sorprendida la niña.

– Buenos días, monina. ¡Qué bonita eres! ¿Qué edad tienes? ¿Cómo te llamas?

– Siete años, señora, contestó la niña. Me llamo Marcela Monfort.

– Es inteligente, murmuró la señorita Herminia guiñando el ojo á la planchadora. ¿Y qué es lo que haces?, añadió.

– Pues mire usted, me cuido de guisar y arreglar la casa de la señora Favrot, que me recogió cuando me hallaba abandonada.

– ¿Te trata bien esa señora?

– Oh, sí, señora, es muy buena, contestó con los ojos inundados de lágrimas.

Ciertamente; la señora de Favrot era muy buena, puesto que la había amparado.

– ¿Y estás á gusto con ella?, insistió la señorita Herminia.

Marcela no contestó, y su mirada, después de errar aquí y allá por los cuadros de la habitación, se fijó otra vez en la labor de la señora.

– ¿No estás contenta?, repitió la buena anciana.

– Me han dicho que mamá ha muerto, dijo la niña en voz baja y á punto de romper á llorar; pero papá no ha muerto y quisiera verle.

Con su manecita encarnada y agrietada por los rudos trabajos de la cocina se enjugó los ojos y quedó quieta ante aquella señora, á tiempo que ahogaba un suspiro. Las dos mujeres se miraron conmovidas.

– ¿Te acuerdas de tu padre?, preguntóle la señorita de Beaurenom.

– ¡Oh, sí!

– ¿Le conocerías si le vieras?

Marcela estuvo pensando un rato y por último contestó con abatimiento:

– ¡Ay! No lo creo.

La señorita Herminia adoptó un tono patético, pues no sabía hacer nada sin un poco de énfasis.

– ¡Qué dédalo!, dijo con desesperación. Y sin embargo, quizá una luz viva brille algún día en el fondo de esta obscuridad. ¡Quién sabe si frente á frente y advertidos por la voz de la sangre, padre é hija se reconocerían y volarían uno en brazos de otro!

«No me parece muy seguro,» pensó para su capote la señora Jalín; pero como no era sino una planchadora, consideró irreverente emitir su opinión acerca de aquel punto.

– Vé á jugar al jardín, hija mía, y di que te den una golosina, repuso la solterona, dirigiéndose á la niña y volviendo á la realidad de la situación.

Llamó á Rosa, que se llevó á Marcela. La señora Jalín y la solterona cambiaron una mirada con sonrisa enternecida.

– ¿No es verdad que es muy linda?, dijo la planchadora, entusiasmada.

– Adorable. ¿Pero no tiene algún defecto?, replicó vivamente la señorita Herminia, irguiendo el cuerpo y tomando la facha de un juez de instrucción.

– ¡Defectos! ¡Ay Dios mío! ¿Cuáles?

– ¿No es embustera ni ladrona?

– Le puedo jurar á usted que no, contestó la señora Jalín, algo picada. A no ser así, no me hubiera atrevido á hablarle de ella ni á presentársela. Sólo tiene un defecto que para mí no lo es: tiene el corazón demasiado sensible. Cuando se la riñe, no contesta la pobrecilla; pero se va á un rincón y llora, llora tan amargamente, que parece que el alma se le va á salir del cuerpo.

– Ese es un signo de noble altivez, contestó entusiasmada la solterona.

– Y dígame, ¿no habría modo de quedármela?

– ¡Quedársela!, exclamó la señora Jalín con tono inocentón.

– Sí: quedármela conmigo, aquí, dijo la señora con impaciencia.

– ¿Para qué?

Al oir aquella pregunta insidiosa en su aparente sencillez, la solterona bajó la cabeza y reflexionó.

La señora Jalín continuó diciendo con extrema suavidad:

– Debe usted advertir, señora, que esta niña no tiene fortuna; que se verá obligada á ganar la vida, bien como criada, bien como obrera, y si se le acostumbrara á una existencia más descansada, menos trabajosa y tal como la pasan las señoritas, cuando llegara el momento de prueba, podría suceder que se viera apurada para ganarse el sustento y quizá entonces le sucediera alguna desgracia... En ese caso más le hubiera valido continuar sirviendo en casa de la señora Favrot, aun cuando debiese aguantar reproches inmerecidos.

– ¿Y si su padre vuelve un día?, preguntó la señorita Herminia, levantando sus manos bien cuidadas y llenas de sortijas antiguas. Si es un hombre instruído que ha hecho fortuna en América, ¿cree usted que se consideraría dichoso encontrando á su hija hecha una rústica, sin instrucción ninguna, como una grosera maritornes?

– Esto está por ver, replicó la señora Jalín, moviendo la cabeza; y lo que hay de cierto es que la pobre niña tiene necesidad de ganarse el pan de cada día.

– ¿Y quiere usted dejarla en la tienda de la herborista, cuya dueña no la envía siquiera al colegio? Más valía entonces que no me la hubiese enseñado. Y ahora que tengo ganas de adoptarla, es usted la que me contraría.

Los ojos de la señorita Herminia relampagueaban de cólera, al paso que la señora Jalín sonreía para su sayo.

– Mire usted, señorita, de buena gana quisiera que se quedara á su lado; pero pudiera suceder, y de eso no hay duda, pues nadie es inmortal, que, faltándole usted, esa chica cayera otra vez en la miseria, que es más temible á los catorce años que á los siete, por las tentaciones que trae aparejadas.

– Y sin embargo, respondió la solterona desconsolada, no puedo comprometerme á dotarla, porque no sé la conducta que observará en lo sucesivo...

– Sin duda que no. Pero puede hacerle aprender un oficio, el mío por ejemplo, que yo le enseñaría sin hacerle pagar un mal ochavo. Al menos de esta manera no se hallaría obligada á pedir limosna.

– Muy bien, exclamó la señorita Herminia, le enseñará usted su oficio, y yo, por mi parte, le haré preparar para los exámenes de ingreso de las escuelas municipales; y si en ese caso le sucedía alguna desgracia que no puedo prever, pues con la gracia de Dios espero todavía vivir mucho tiempo, tendría por lo menos dos recursos en vez de uno. Está dicho; veamos, ¿cuándo me la traerá usted?

La señora Jalín quedó perpleja, pues no había previsto un desenlace tan rápido.

– No se lo puedo asegurar, contestó vacilando. Si le hiciera tal proposición á la herbolaria, empezaría á chillar y la niña lo pagaría. Esperaremos á que un día la vecina se enfade con la niña, y entonces se la traeré, lo cual no tardará mucho en acontecer, pues Luisa volverá la semana próxima, y antes de ocho días habrá despedido de su casa á Marcela, si hay que juzgar por los celos que tiene de la pequeña.

– ¡Qué horror!, dijo la señorita Herminia, juntando las manos.

– Esto es evidente y tiene fácil explicación. Es egoísta y no puede tragar á otra niña en su casa. Lo que Marcela come, todo eso lo pierde ella... Dentro de quince días estoy segura de haberle traído ya á usted la chiquitina.

– Sí, sí, apresúrese á traérmela, dijo la solterona con impaciencia.

Marcela entró de nuevo en la habitación, con su gracia modesta, sin falsa vergüenza ni timidez exagerada.

– ¿Ves á la señorita?, le dijo la señora Jalín; pues quiere hacer tu dicha; de aquí en adelante será tu protectora y tu amiga. No digas nada de esto á la señora Favrot, para evitar que le cause un disgusto; pero si acaso te riñen demasiado, vuelves aquí, ¿entiendes?

– ¿Y hará usted que encuentre á papá?, dijo Marcela mirando á su protectora.

– ¡Pobre angelito!, exclamó la solterona. Ya lo veremos. Dame un beso y trata de ser prudente.

– Sí, señorita, contestó Marcela, con tono que manifestaba que comprendía la advertencia

XIV

Llegó la época de las vacaciones, y Luisa con el orgullo que le daban sus quince años bien cumplidos, volvió al domicilio materno. Era todavía delgaducha; pero su rostro prometía ser agradable, aun cuando resultaba un tanto afilado.

Marcela sintió mucha alegría por su vuelta. Su alma cándida, que no comprendía la existencia de ningún sentimiento bastardo y que recordaba que Luisa era su primera bienhechora, guardaba para ella todo su agradecimiento.

Cuando la niña había dicho «señora» á la herborista, cosa que tanto irritó á ésta, no fueron las vejaciones ni el mal humor los que la impulsaron; había obrado sencillamente, comprendiendo que no siendo su madre, no debía llamarla mamá. Alma recta y sincera, Marcela era incapaz de mentirse á sí misma ni mentir á los demás.

Conforme lo había previsto la señora Jalín, Luisa encontró bien presto pequeña la habitación. La cama de Marcela, que hasta entonces había estado en el dormitorio común, fué relegada á un cuarto obscuro, para dejar sitio á una hermosa cama que Luisa arrancó á su madre á fuerza de mimos inacabables. La pequeñuela no se quejó; pero un profundo sentimiento de humillación se apoderó de ella, comprendiendo la inutilidad de su vida sin esperanza, que aparecía ante sus ojos con la tremenda fijeza de todo lo irremediable. Luisa no acostumbraba á disimular sus reflexiones. Su estancia en el colegio había desarrollado los mezquinos sentimientos de su naturaleza, dotándola tan sólo de un barniz de educación. Esto es por regla general lo que sucede á todas las pensionistas, pues obligadas á no pensar sino en su propio bienestar y á no cuidarse sino de sí mismas, se convierten en seres egoístas por excelencia.

Esto había sucedido con Luisa, y por otra parte se cuidaba tan poco del prójimo, que formulaba sus reflexiones en voz alta, y por sus labios supo Marcela que tenía la boca muy grande y negras las manos y que era fea y una porción de cosas á cual más deprimentes para la chiquitina. Esas imperfecciones puramente exteriores la hicieron suspirar, mas no le causaron gran aflicción. Pero bien pronto se sintió herida en sus sentimientos más íntimos y observó que se apoderaba de ella poco á poco el espíritu de rebelión, latente todavía en aquel momento, pero presto á estallar si se la provocaba.

– No quiero que me tutees, le dijo una mañana Luisa con tono doctoral; ayer lo hiciste delante del quincallero y no quiero que suceda esto de nuevo.

– Está bien, señorita, contestó la niña ruborizándose.

– ¿Por qué me llamas señorita? Eso prueba que lo que te he dicho te ha enfadado. ¡No faltaría sino que no se te pudiera avisar!

Luisa frunció el entrecejo, y adoptando un tono serio, pero dulcificándolo luego, añadió:

– Bien mirado, vale más que me trates de señorita. Esto estará más en lo justo.

Luisa bajó á la tienda tarareando una canción en boga, siguiéndola con la mirada la huérfana, extrañada dolorosamente de aquel *ex abrupto*, pero sin darle mucha importancia.

Aquel día no era afortunado para Marcela, pues durante el almuerzo rompió un plato.

– ¡Cómo se conoce que no los pagas tú!, dijo con aspereza la señora Favrot.

– ¿Cuesta mucho un plato de estos?, preguntó inocentemente Marcela.

Muchas veces, cuando iba á llevar algún recado le daban propinas de diez céntimos ó más, y pensó que guardando el dinero podría comprar un plato igual al roto.

– ¿Y eso qué te importa?, replicó con áspero tono la herbolaria, que no quiso confesar que el cachiva-

che, que era ordinario, no valía sino veinte céntimos.

–¡Vaya una impertinencia!, añadió Luisa.

–No es impertinencia, contestó la niña; lo preguntaba únicamente para saberlo.

Antes de caer la frase, sintió un bofetón tremendo aplicado por la mano de Luisa.

–¡Insolente!, dijo ésta.

–No me pegue usted, dijo Marcela irguiéndose; ¡oh, no me pegue usted!

No era una súplica lo que hacía la niña con voz temblorosa; mejor se hubiera dicho que era una prohibición formal, casi una amenaza.

–¡Qué mala es esta chiquilla!, dijo Luisa; si se atreviera, nos pegaría.

–Has hecho mal, hija mía, le dijo en voz baja la señora Favrot.

–Si le permites que se insolente conmigo, no tardará en hacerlo contigo, replicó la joven. Tiene necesidad de que se la corrija. Anda, Cenicienta, vete á comer tu mendrugo á la cocina, que aún es demasiado bueno para una ingratuela de tu laya.

Marcela, sin contestar una palabra, dejó caer sobre la mesa el pedazo de pan que tenía en la mano y se fué á la cocina triste y obscura, cerrando la puerta.

–¡Vaya! ¡Ahora llora la infame!

–Déjala, repuso la herbolaria enojada.

Pero Luisa era la más fuerte; tenía esa resolución y persistencia que acaba por triunfar de los caracteres débiles, que ceden para no discutir. En poco rato la joven explicó á su madre todos los disgustos que le causaría Marcela si no se domaba su carácter desde el principio.

–Esta bien; no hablemos más de ello, dijo la señora Favrot, para detener aquel flujo de demostraciones.

Sin embargo de esa prohibición y de saber que no le prestaba atención su madre, Luisa, á fuer de testaruda, continuó hablando de lo mismo.

Marcela oyó todas aquellas injurias desde la cocina, separada por delgado tabique, y cada una de aquellas palabras penetró en su corazón como una flecha emponzoñada.

–¿Es posible, Dios mío, que yo sea tan mala?, pensaba. ¡Ah! ¡Si pudiesen ver mi corazón!

Abatida por lo que sufriera en silencio, reunió sus fuerzas y se puso á arreglar los trastos de la cocina.

Cuando hubieron callado las voces, abrió con precaución la puerta; el comedor estaba vacío, y entonces lo arregló á su vez barriendo el suelo y recogiendo las migajas de pan. Luego fué á buscar las prendas viejas para zurcirlas, trabajo que nunca acababa; pero en vez de bajar á la tienda, como casi siempre hacía, se quedó en el piso alto entregada á sus reflexiones.

Siempre que sentía tristeza, recordaba á su madre muerta, cuya tumba no había visto jamás, y á su padre ausente, en quien cifraba toda su esperanza. Tantas veces había oído hablar de él á la planchadora, la cual le decía que no la había olvidado, que había llegado á forjarse la idea de que había conocido á Monfort. Imaginábase que un día entraría en la tienda preguntando á la herborista:

–¿No es usted, señora, quien recogió una niña cuya madre murió en el *square* Montholón?. ¡Pues bien, señora; es mi hija!

Marcela se colgaría de su cuello y lo estrecharía con sus bracitos, ¡muy fuerte, muy fuerte!...

–¡Oh, padre mío!, exclamó la niña, rompiendo á llorar, si pudieses ver á tu pobre hija!

Como si viera en su imaginación la imagen de su padre ausente, abrió los brazos y los cerró de nuevo cual si le abrazara.

Tal vez también él, en extrañas tierras, pensaba en aquel mismo momento con amargura en la hija que había perdido.

Golpearon el techo desde la tienda y la niña acudió al boquete que había en el suelo.

–¿Qué haces ahí?, preguntó la herbolaria.

–Estoy repasando la ropa blanca.

–Baja y tráete la ropa.

Marcela obedeció, y al cabo de pocos momentos se encontraba en la tienda, ocupando el primer sitio, como de costumbre. Luisa leía y de vez en cuando lanzaba una mirada irritada contra la rapaza que había tenido el atrevimiento de replicarle. Los enrojecidos ojos de la niña, en vez de inspirarle compasión la ponían colérica el orgullo ahogaba la voz de su conciencia.

Para castigarla de haber llorado y para vengarse del mudo reproche que le dirigía aquel triste semblante humedecido por el llanto, sentía impulsos de aplicarle un par de bofetones más.

Transcurrió, sin embargo, la tarde sin que ocurriera nada de particular. Hacia las siete, la señora Favrot se fué á la cocina para cuidar de la cena, que no confiaba aún á las inexpertas manos de Marcela, y las dos niñas quedaron solas.

La huérfana no podía ya coser, por más que se inclinaba sobre su labor, esforzándose en el trabajo, á fin de dejar contentas á la madre y á la hija. Después de un largo rato de silencio, esta última dijo en voz baja:

–Marcela.

La niña alzó la cabeza, esperando que Luisa, teniendo conciencia de lo mal que había obrado por la mañana al pegarle, le iba á dirigir alguna palabra de consuelo; pero por lo contrario, vió brillar los ojos de Luisa con la maldad que expresan los de los gatos en la obscuridad.

–¿Me pides perdón por tu impertinencia?, preguntó.

Hablaba en voz baja, pues no se atrevía á levantarla, porque estaba segura de que su madre no aprobaría su conducta.

Marcela bajó la cabeza y no contestó, pensando, con angustia cruel, si verdaderamente había obrado mal, aun cuando por más que lo reflexionaba, no se sentía culpable.

–¡Ah! ¿No quieres pedirme perdón? Eres una impertinente, una chiquilla indigna, que no mereces la compasión que contigo tuve al recogerte en mitad del arroyo, dijo Luisa, con voz aguda como el silbido de una serpiente. Merecías estar en el hospicio.

La señora Favrot salió de la cocina y su hija continuó leyendo, en tanto que Marcela, levantándose vivamente y doblando su labor, decía con voz dolorida:

–Ya no se ve; no puedo trabajar.

–¡Bueno!, toma; lleva este paquetito á la calle de Rocroy. La parroquiana ha dicho que no le corría prisa; pero puesto que no ves para coser, puedes llevarlo entretanto que yo pongo la mesa. Vé aprisa.

Marcela salió corriendo y pronto dió con la casa que buscaba, pues conocía todas las calles del barrio. Al volver, pasó junto á la iglesia de San Vicente de Paul y miró hacia dentro: las lámparas ardían y la noche empezaba; pero algunos fieles entraban en la iglesia, que no estaba aún cerrada.

La niña sentía necesidad de un asilo, y su alma se hallaba sedienta de oración y de consuelo. Viendo una puerta lateral por la que entraba entonces una señora vestida de luto, entró á su vez.

Bajo la alta bóveda sintió una impresión de asombro. Las imágenes de santas y santos, pintadas por Flandrín con colores pálidos sobre fondos de oro, parecían con aquella luz crepuscular de un gris de ópalo alados ángeles animados que se movían con majestuosa lentitud. El oro del fondo brillaba á trechos y las grandes palmeras que separaban unas de otras las figuras, aparecían negras y misteriosas.

Marcela dió algunos pasos y se encontró en el centro de la nave bajo la gran cúpula. Una luz más viva bajaba de lo alto y se reflejaba aquí y allá en los respaldos de las sillas y bancos brillantes por el uso, sobre los ornamentos sagrados, ó bien se quebraba en las aristas de las grandes arañas de cobre, cuyas perinolas se destacaban sobre el fondo obscuro.

El respeto que inspiran las grandes soledades sobrecogió á la niña, que apenas iba á la iglesia ó á lo sumo durante el día. La impresión de que aquel sitio lo era de asilo, conmovió profundamente su corazón y la hizo caer de hinojos, como aliviada de un gran peso, sobre la estera que cubría las frías losas.

La iglesia era la casa de Dios y, por lo tanto, la de todos; así pues, era también la suya. El olor á incienso subía á su cerebro, produciéndole sensación indecible de bienestar, y sus ojos se espaciaban en las tinieblas, sintiendo al propio tiempo que invadía poco á poco su alma la grandeza que allí se respiraba. De repente se acordó de que las iglesias se crearon para la oración, y entonces, lanzando un grito, á tiempo que juntaba sus manos en ademán de súplica, exclamó:

–¡Dios mío! ¡Dios mío! Haced que encuentre á mi padre, ó dadme la muerte para que vaya á reunirme con mi madre.

Era aquella su eterna aspiración, la que por tanto tiempo había sentido, sin acertar á expresarla. Brotó de sus labios espontánea é ingenua, y después cayeron otra vez inertes sus manos á lo largo de su cuerpo, pensando que su ruego sería oído ó que por lo menos llegaría la muerte como supremo consuelo.

Ruido de pasos sonó detrás de ella y una mano se posó en su hombro, sintiendo una voz que con entonación tranquila, pero dura en realidad, le decía:

–¿Qué haces aquí, pequeñuela? ¡Ea, vete á tu casa!

Marcela se levantó estremeciéndose. El sacristán la examinaba con curiosidad, pues no la reconocía como á una de sus habituales feligresas; la niña le miró también y quiso hablar, pero se contuvo; pues ¿qué iba á decirle á aquel hombre desconocido? Salió lentamente del templo, en tanto que en su recinto se encendían las lámparas para la oración de la noche y que la iglesia se llenaba de mujeres vestidas con trajes obscuros.

La impresión de alegría y reposo que la pobrecilla había experimentado, se evaporó al oir las palabras del sacristán.

–¡Ni aun una iglesia para rogar!, pensó con aquella facilidad que se tiene para pasar de lo particular á lo general. La verdad es que para ir á las iglesias es preciso que las niñas vayan con su madre.

Volvió á casa de la señora Favrot, con la cabeza baja y sintiendo ganas de morir.

–¿Dónde te has entretenido que tan tarde vienes?, preguntó la herbolaria con tono rudo al verla. ¿Has jugado en la calle?

–No, señora, contestó Marcela sinceramente.

–¡Mirad qué bien dice las mentiras!, repuso Luisa con tono de burla.

Marcela no contestó, pues se hallaba decidida á no confesar dónde había estado y prefería morir y pasar por embustera que contar su visita á San Vicente de Paul. La regañaron y escuchó con la cabeza baja.

–Tiene muy mal carácter, hizo observar Luisa cuando después de la comida y para quitársela de delante hizo subir á Marcela á su camaranchón.

–No sé lo que le sucede. En otro tiempo no era así, dijo la señora Favrot.

–Es que tiene celos, replicó Luisa. La has mimado demasiado, la has tratado como á mí, y se le figuró que esto iba á durar siempre.

–Siento habérmela quedado, dijo la herbolaria, y si lo hice fué por complacerte.

–Pero ¿cómo iba á presumirse que esto acabaría tan mal?, repuso Luisa.

La tendera no contestó, pues hacía tiempo que la buena señora no era la que mandaba allí.

Al día siguiente, después de comer, á Luisa le dió el capricho de arreglar un cuarto del entresuelo.

No era tarde, pues habían comido temprano; pero espesa lluvia de tempestad caía á ráfagas y estaba el cielo tan obscuro como á media noche. Había tronado desde mediodía y la tempestad se había alejado, aunque de cuando en cuando la luz cárdena de los relámpagos iluminara las gruesas masas de nubes.

En el *square* Montholón nada se advertía de anómalo, pues á pesar de la tempestad y de la lluvia brillaban las luces y los carruajes rodaban sin tregua con ruido semejante al del trueno. Luisa tomó una vela y subió la escalera de caracol, mientras su madre leía una novela y Marcela limpiaba el comedor.

Los cajones de la cómoda y los estantes del armario quedaron pronto arreglados; dos ó tres muebles cambiaron de sitio y todo quedó listo; pero Luisa sentía necesidad de trabajar más y se le ocurrió una idea.

–Estoy segura, dijo, que ese demonio de Marcela no arregla nunca su cuartucho.

Abrió la puerta del cuarto, donde la niña tenía apenas sitio para su cama y para una silla, y una caja de madera que había encima de ésta llamó la atención de Luisa, que se preguntaba qué es lo que en ella guardaría Marcela.

Sacó primero un ovillo de hilo y algunos trapos, y en el fondo notó un papel doblado que contenía un cuerpo duro. Cogió el paquete, lo abrió y encontró en él treinta céntimos.

Ver aquello y apoderarse de su alma una cólera irresistible fué todo uno. Sin reflexionar más y aferrándose á la primera idea que se le ocurrió, siquiera fuera mala, bajó corriendo la escalera, abrió bruscamente la puerta, despertando á su madre, que dormía sobre el libro, y asustando al gato, que se refugió debajo de una silla, y gritó, sacudiendo á Marcela por el hombro en tanto que le enseñaba las monedas:

–¿Dónde has robado eso?

Marcela, estremeciéndose, palideció ante aquella injuria y dirigió á Luisa una mirada llena de indignación. Temblaron sus labios, trató de hablar, pero su seca garganta se negó á articular ningún sonido.

–¿Lo has tomado del cajón ó bien cuando ibas á la compra?, continuó Luisa más y más confirmada en su idea al ver la turbación de la niña, que se le antojaba el silencio de una persona culpable.

Marcela movió negativamente la cabeza, pero no contestó.

–¿Dónde has encontrado este dinero?, preguntó la herbolaria á su hija.

–Escondido en una caja que tiene en su cuarto.

La huérfana, recobrando al fin la palabra, dijo:

–Son las propinas que me dan cuando voy á llevar los paquetes, y las guardaba para comprar un plato.

–¡No es verdad, embustera!, gritó Luisa más exasperada que antes.

(Continuará)

LOS DESÓRDENES EN CONSTANTINOPLA

La agitación en Turquía, excitada por las quejas de los armenios contra las violencias de que son objeto por parte de sus opresores, los musulmanes, ha estallado al fin en Constantinopla, dando lugar á desórdenes y conflictos que han costado la vida á muchos infelices.

El número de armenios que residen en la capital de Turquía se eleva á 150.000, en su mayoría dedicados al comercio y á la industria: este grupo de población es el más pacífico y tranquilo de la ciudad; pero los excesos cometidos contra sus hermanos de las provincias orientales del Imperio, de los que ya dijimos algo en el número 716, y los sufrimientos que de tiempo inmemorial vienen sufriendo han hecho fermentar en él cierto espíritu revolucionario y adoptar últimamente una actitud un tanto agresiva, que ha dado origen á los recientes sangrientos sucesos que vamos á describir someramente.

El día 30 de septiembre último y con ocasión de una fiesta religiosa que celebraban los armenios, el comité armenio de Constantinopla entregó al patriarca un mensaje, en el cual se protestaba contra los malos tratos de que son objeto sus correligionarios y contra las prisiones políticas motivadas por los acontecimientos de Sassún. Esta protesta, que iba firmada por el «Comité organizador de la gran manifestación nacional,» contenía las siguientes peticiones que el patriarca había de formular ante el gobierno otomano: creación de una provincia armenia con funcionarios europeos, que deberán ser elegidos por las potencias, de acuerdo con la Puerta y con una asamblea representativa, lo propio que el gobernador general, y adopción de reformas administrativas y económicas propuestas por las potencias.

El patriarca aconsejó á los manifestantes que no quebrantaran las leyes ni produjesen desórdenes, y les dijo que confiaran en él, como así lo hicieron algunos de aquéllos; pero otros persistieron en su idea de proseguir la manifestación, diciendo que querían ó la libertad ó la muerte. Cuando se disponían á ello,



Kiamil-bajá, nuevo gran visir del Imperio otomano (de fotografía de Abdullal hermanos, de Constantinopla)

la policía les salió al encuentro, intimándoles á que desistieran de su empeño; el que dirigía la manifestación, un tal Betross, hizo observar que se trataba de un acto pacífico, puesto que sólo querían entregar un memorial al gran visir, cosa que puede hacer cualquier súbdito otomano. La policía contestó que tenía órdenes severas de impedir aquélla, y de nuevo les intimó á que retrocedieran en su marcha, originándose de aquí una discusión violenta: Betross y algunos de sus compañeros quisieron apelar á la fuerza; pero los polizontes cargaron sobre ellos, y haciendo uso de las armas mataron á Betross y á otros manifestantes: éstos contestaron en la misma forma, matando é hiriendo á varios polizontes y á un oficial de gendarmes. Generalizóse entonces la contienda y comenzaron las detenciones y las matanzas de los armenios que huían por las calles inmediatas al sitio del suceso y aun de muchos que llevaba detenidos la policía.

En la noche del 2 de octubre efectuáronse centenares de nuevas prisiones.

Un gran número de familias armenias habíanse refugiado en la iglesia patriarcal de Kum-Kapu y en otras iglesias, y el gran visir llamó al patriarca y le exigió la evacuación inmediata de los templos. La situación de Constantinopla era por momentos más grave, pues los softas, estudiantes de teología mahometana, de la Escuela Superior de la capital, dirigidos por su jefe eclesiástico y armados de palos y cachiporras, recorrían las calles de la ciudad predicando la guerra santa contra los extranjeros, y organizaban un ataque en regla contra los armenios, mientras numerosos grupos de kurdos, circasianos y otros bárbaros habitantes en las inmediaciones de Constantinopla cometían mil actos de salvajismo, no evitados ni contenidos por la policía, saqueando las tiendas, asaltando las casas, asesinando á gentes indefensas y entregándose, en una palabra, á los más abominables excesos y á las más feroces crueldades, que no tardaron en imitar los habitantes de las aldeas suburbanas de las orillas del Bósforo, alentados por el mal ejemplo y por la manifiesta impunidad de sus vecinos.

El total de armenios víctimas de tales atropellos no bajó de 300.

A consecuencia de estos acontecimientos hubo de dimitir el gran visir Said-bajá, siendo nombrado en su lugar Kiamil-bajá.

De la descripción de los sucesos que dejamos hecha despréndese que la primera agresión partió de los armenios; pero si se tiene en cuenta el grado de exasperación en que les habían puesto las vejaciones de tantos años, las matanzas de estos últimos



Un grupo de softas: tipos de estudiantes de teología mahometanos

tiempos y la inutilidad de sus reclamaciones pacíficas, nadie extrañará la conducta de aquel pueblo desesperado. En cambio la policía turca cebóse en ellos á sangre fría, y habiendo podido restablecer el orden sin tantas violencias, persiguió á los armenios con crueldad y saña, y lo que es más grave, cuando algunas horas después de sofocado el primer tumulto y de restablecida la tranquilidad, las masas de fanáticos y bandidos renovaron la lucha y se entregaron á todos los horrores del pillaje y del asesinato, los polizontes y gendarmes turcos nada hicieron por evitar y repeler estos desmanes, y presenciaron impasibles, si es que no prestaron á ellas su cooperación, las barbaridades cometidas por aquellas hordas que bien merecen el calificativo de salvajes.

El día 5 de octubre los embajadores extranjeros celebraron una conferencia y delegaron á sus dragomanes para que se avistaran con el ministro de Negocios Extranjeros turco, exigiéndole que restableciera la seguridad pública y adoptara las medidas conducentes á fin de que respetaran las vidas y haciendas de sus respectivos súbditos. Además, gracias á su protección pudieron salir tranquilamente, custodiados por los dragomanes y las guardias de las embajadas, los tres mil infelices armenios, hombres, mujeres y niños, que desde el principio de la sedición se refugiaron en los templos y en el domicilio de su patriarca.

Y mientras tomaban estas disposiciones de momento, proseguían con mayor energía que nunca sus negociaciones para llegar á la solución definitiva del problema que hace tantos años viene preocupando á las naciones europeas, las cuales no pueden ver impasibles que exista en el viejo continente un estado en donde son posibles actos de barbarie como los últimamente cometidos con los armenios en Erzerum, Trebizonda y Constantinopla. El trabajo ha sido difícil, pero al fin el resultado más satisfactorio ha venido á coronar los esfuerzos de las potencias. Vanos han sido los subterfugios y sutilezas de que se ha valido la diplomacia turca para prolongar esta situación insostenible; á ellos han respondido los ministros extranjeros con reclamaciones terminantes y aun con amenazas, y el gobierno turco no ha tenido más remedio que acceder á las justas y nobles pretensiones á nombre de la civilización y del derecho formuladas.



EL PATRIARCA ARMENIO DE CONSTANTINOPLA

En efecto, los embajadores de las potencias convenidas, Francia, Inglaterra y Rusia, han logrado que el sultán aceptara definitivamente el proyecto de reformas en Armenia. El ministro de Negocios Extranjeros Kiamil-bajá ha puesto ya en él su firma, y después de sancionado por Abdul-Hamid, los representes francés, inglés y ruso han celebrado con el primero una conferencia para dar la última mano á tan importante asunto, que resuelve infinidad de cuestiones y dificultades y que está llamado á prevenir y evitar grandes males é inconvenientes, dando á los cristianos armenios las garantías de seguridad pública y de independencia social de que hasta ahora carecían poco menos que en absoluto

De gran trascendencia es el triunfo conseguido, y buena parte del cual corresponde, preciso es confesarlo, á Inglaterra, que en cuestión de las reformas ha llevado la principal iniciativa; pero bueno será que los que lo han logrado no se duerman sobre sus laureles y vivan muy prevenidos, porque tratándose de la Sublime Puerta toda suspicacia es poca, y no sería extraño, sobre todo teniendo en cuenta el odio inveterado que entre turcos y armenios existe, que el mejor día se repitieran los desórdenes y nuevamente se derramara sangre cristiana en los dominios del imperio turco. Que no son estos temores infundados demuéstranlo las últimas noticias que de Turquía se reciben, y según las cuales cada día estallan nuevos desórdenes y se cometen nuevos asesinatos, unas veces por los armenios, que exasperados atacan á los musulmanes en sus propias mezquitas, otras por los turcos que asesinan á mansalva á indefensos cristianos.

Y viene á agravar esta situación la resistencia que el pueblo y el mismo elemento oficial otomano oponen al planteamiento de las reformas decretadas: las conspiraciones que se dicen descubiertas en la corte de Abdul-Hamid son síntomas de gran trascendencia para el sucesivo desarrollo del problema político europeo, pues aun cuando se haya podido sofocarlas á tiempo y castigar á los rebeldes con todo el rigor que es costumbre en aquel Estado, tratándose de ataques contra la persona del sultán, puede llegar un día en que la rebelión se imponga y haga necesaria la intervención armada de las potencias, en cual caso se planteará en toda su crudeza y habrá de resolverse con todas sus consecuencias la tan temida cuestión de Oriente.

De todos modos, parece llegado el momento de dar solución definitiva al conflicto armenio por las vías pacíficas, si al fin Turquía se convence de la inutilidad de su resistencia, ó por medio de las armas si la Sublime Puerta no logra hacer prevalecer sobre las pasiones de raza de sus súbditos las razones de prudencia, que son las únicas que pueden impedir ó por lo menos aplazar la catástrofe que más ó menos tarde ha de acabar con la actual organización del imperio turco.

Las naciones cristianas, los pueblos civilizados no pueden consentir por más tiempo que pese el yugo de la esclavitud sobre los armenios y que sean éstos en pleno siglo XIX objeto de persecuciones impropias de una nación enclavada en la culta Europa. – X.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

La España Moderna. – El último número de esta importante revista contiene interesantes trabajos de Arturo Campión, Menéndez Pelayo, José Ramón Mélida, José Echegaray, Rafael Salillas, Fernando Wolf, Emilio Castelar, Juan Pérez de Guzmán y E. Gómez Baquero. Suscríbese á esta revista en Madrid, Cuesta de Santo Domingo, 16.

***

La Real capilla de Santa Agueda, por *D. Buenaventura Bassegoda*. – Con motivo de la visita que en 21 de octubre verificó á la capilla de Santa Agueda del Palacio de los reyes de Aragón en Barcelona la Asociación de Arquitectos de Cataluña, el individuo de ésta, D. Buenaventura Bassegoda, leyó el interesante estudio que motiva estas líneas. Constituye éste una notabilísima monografía, nutrida de datos en que se demuestra el profundo conocimiento que del monumento tiene su autor, el cariño con que lo ha estudiado y el detenido y razonado análisis que del mismo ha hecho: admírase además en dicho trabajo un lenguaje pintoresco y brillante y tiene algunos párrafos impregnados de poesía y entusiasmo. Acompañan á esta monografía varios planos y dibujos trazados por el Sr. Bassegoda y algunas vistas reproducidas fotográficamente.



Excentricidades yankees del porvenir

Pro patria. – El último número de esta importante revista contiene notables trabajos de don José de Letamendi, Víctor Balaguer, César Antonio de Arruche, Rafael Gutiérrez, Constantino Román, Nicolás Díaz y Pérez y otros.

***

Goya, por *Zeferino Araujo Sánchez*. – Es un estudio completo y hecho á conciencia del gran pintor español que floreció á fines del pasado y á principios del presente siglo: en él aparece admirablemente retratado el artista, analizada con gran suma de conocimientos su portentosa obra y descrita con gran copia de datos su vida íntima. Este trabajo, notable por todos conceptos, así artística como literariamente considerado, va completado con unas notas para formar el catálogo de los cuadros y grabados de Goya. Editado por la España Moderna (Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid), véndese al precio de tres pesetas.

***

Revista Hortícola. – Esta revista, que sale á luz todos los meses en Barcelona, ha publicado un número extraordinario exclusivamente dedicado á la Exposición de plantas y flores recientemente celebrada en esta ciudad, que contiene interesantes trabajos relativos á dicha exposición y á los festejos que con motivo de ella se verificaron, la lista de las recompensas concedidas, el catálogo general de los objetos que en aquélla figuraron y el plano de la misma.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 11 de noviembre de 1895 — Núm. 724

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SALÓN PARÉS



UNA JIRA, cuadro de Francisco Miralles

ADVERTENCIA

Estamos terminando la impresión del tomo tercero de la importante obra *América. Historia de su colonización dominación é independencia*, que oportunamente repartiremos á los señores suscriptores de la **Biblioteca Universal**. Este tomo, como los anteriores, irá profusamente ilustrado con retratos, vistas, etc.

A aquellos de nuestros suscriptores que no tengan los dos primeros tomos de esta obra que tanta aceptación ha merecido, les recomendamos la adquisición de los mismos para que puedan incluir entre las de la **Biblioteca Universal** esta que indudablemente merece ser considerada como una de las más interesantes de las hasta ahora publicadas. A este efecto les ofrecemos dichos dos tomos al precio de cinco pesetas cada uno, único para los suscriptores de la Biblioteca.

VERDADES Y MENTIRAS

(ESTÉTICA NEGRA)

En fuerza de atender al curso de los acontecimientos que allá en Cuba se desarrollan, y de escuchar un día y otro día opiniones diversas respecto de los problemas que, además del de la guerra, habrán de resolverse para ver si la paz se asegura por larga fecha, en más de una ocasión pensé en estudiar el hombre negro desde el punto de vista de su importancia y de su valor en el campo del arte. Sin embargo, parecíame, siempre que con las cuartillas sobre la mesa iba á dar comienzo al esbozo de algunas consideraciones acerca de este punto, harto complejo el tema, difícil, por lo tanto, de tratar en los límites de un artículo, y por quien, como yo, no tiene otra autoridad que la que le plugo concederme la benevolencia de cuantos me leen.

Al cabo, tras de largas vacilaciones, heme decidido á decir algo acerca de esto que yo llamo *estétita negra*, impulsado más bien por la fuerza misma de los sucesos que me inspiran lo que voy á exponer, que por la poca ó mucha originalidad (si es que tiene alguna) del asunto.

***

Un profesor de la universidad de Ghottinga publicó hará cosa de tres años un trabajo sociológico, encaminado, desde la cruz á la fecha, á combatir las doctrinas democráticas precisamente en aquella parte en que éstas, por su fuerza ética, se acercan á las lindes de la utopía llamada fraternidad universal. Arremetía el citado profesor (cuyo nombre por sus muchas consonantes no recuerdo) contra esos altruismos sublimes de la igualdad social, de la paz, de los derechos individuales, etc., conquistas realizadas por la gracia de generosa sangre vertida en aras de aspiración tan hermosa, paso dado por la humanidad hacia la suprema perfección, reunido el esfuerzo intelectual de los siglos y... el de las armas también. Y una de las razones que el pensador alemán aducía para su empeño, era la de negar capacidad moral é intelectiva á distintas ramas de la misma raza arya, apoyándose para tal afirmación en la Historia, en los descubrimientos y observaciones de la Paleontología y de aquellas ciencias físicas y naturales que hoy tratan de este problema tan importante para el hombre.

Recordando yo algunas de las teorías explanadas por el catedrático de la universidad de Ghottinga, ocurrióseme aplicarlas á la raza negra, y principalmente á la que al presente puebla la isla de Cuba; raza la cual, aun cuando originaria del centro de Africa, el ambiente natural, esto es, el país, modificó en gran manera, así en sus condiciones físicas como en las morales.

Pienso que unidos en lazo indisoluble van en el hombre deberes y derechos; si no fuese por otras, bastara la ley de la equidad para imponer este criterio; y al pensar así, ocúrreseme indagar cuáles son y cuántos los méritos contraídos por la raza negra en la obra de la humana cultura; ocúrreseme indagar cuál sea la razón que lleva á tantas inteligencias superiores como en el mundo han defendido y ahora más que nunca defienden el derecho de la raza negra á compartir con la blanca las ventajas de una civilización como la que hemos alcanzado; y claro está que al ir rebuscando en rápido y mental examen aquella de las manifestaciones de la inteligencia en que esa raza pudo haber colaborado á la obra de la cultura, por razón de mis predilectos estudios, pensé en el arte.

No difieren en lo fundamental, así las teorías de la ciencia moderna, como el *Génesis*. Calcúlase, y está en punto de declararse verdad inconcusa, que las razas blanca y de color aparecieron sobre la haz de la tierra en una misma época; los descubrimientos geológicos que de hace medio siglo á esta parte se vienen haciendo, así en América, como en Asia y Africa, llévannos á pensar que lo dicho tiene visos de certeza.

Claro está que muy posteriores á las primitivas son aquellas otras razas, de las cuales el humano progreso recibió el impulso merced al cual hemos llegado al punto en que nos encontramos; cierto que esas razas superiores llegaron á serlo por virtud de evoluciones continuas, ya por la influencia de los países en que se asentaron, ya por cruces sucesivos, ya por otras causas, cuya sola enumeración me llevaría á ocuparme en distinto asunto del que motiva este artículo; mas, á pesar de esto y á propósito de ello, la investigación histórica de las civilizaciones anteriores á la creada por la raza que, desgajándose del Asia Menor, vino á plantar sus tiendas en Grecia y á lo largo del Mediterráneo, nos dan un resultado negativo respecto de la labor de civilización de la raza negra.

Las noticias que de prehistoria tenemos, alcanzan algunas á la época cuaternaria, y varios indicios al último período de la interglacial; y aquellas noticias y esos indicios acusan los grados de cultura que fueron alcanzando, así las gentes pobladoras de América, las del Asia, las de Europa; razas todas, si distintas en su color, en su origen étnico y en su expansión intelectual, ninguna negra. Desde las márgenes del Río Colorado hasta el Gran Chaco, desde el Amazonas hasta las costas peruanas que baña el Pacífico, desde la orilla derecha del Nilo hasta las montañas del extremo sud de la India, desde el desierto libio hasta el Bósforo, en fin, en todas aquellas regiones del globo donde se han encontrado y se encuentran á cada instante vestigios de una civilización digna de estudio, así de épocas anteriores en millares de siglos á la histórica, como de las de los comienzos de ésta, fueron y son habitadas por razas distintas de la negra.

En todos esos países, al comenzar el desenvolvimiento de las diferentes manifestaciones de la inteligencia humana, comenzó también á exhibirse el sentimiento artístico, el sentido estético, traducido en obras de arte.

Como engranaje de cadena que comienza en los primeros esbozos de las sociedades, puede seguirse casi paso á paso cómo las influencias del gusto y del sentimiento artístico fueron sintiéndose de país en país, transformándose en sentido de avance hacia un superior grado de belleza. Indios y asirios, persas y caldeos, fenicios y egipcios, por no citar los pueblos americanos, aportan elementos de importancia tal al arte sublime de los griegos, que sin ellos no existiera arte.

Ni un solo tipo, ni una sola idea, ni el más pequeño indicio de arte, de intuición artística, de expresión del sentimiento de lo bello - que yo conozca al menos, - ha venido de la raza negra al acervo común.

***

Pudiera estudiar, con ayuda del vecino, que por mí solamente no lograra hacerlo, el tipo de la raza negra desde el punto de vista antropológico, para deducir sus condiciones morales é intelectuales; mas considero suficiente para la índole de este ligero trabajo limitarme á lo dicho, con objeto de sacar consecuencias que pugnan de un modo harto franco con esos admirables idealismos que llevan á soñar con una fraternidad universal, elevando al negro á la categoría de hombre capaz de comprender y de sentir por tanto los deberes y los derechos anexos á la civilización. Yo confieso ingenuamente que aquella afirmación de que la belleza tiene un mismo valor estético en el Oriente que en el Occidente, me pareció un absurdo desde el instante mismo en que pude apreciar la obra de arte producida en ambas regiones. La raza copta, puente que une dos tipos de belleza, sirve al viejo pueblo de los Faraones para determinar un ideal plástico; examinadlo, dejando á un lado, si esto puede ser, la influencia avasalladora del espíritu religioso, y veréis cómo se acerca, cuanto más avanza, la civilización del Egipto hacia el tipo de belleza del arte heleno; seguid estudiando la marcha del arte, las corrientes y evoluciones estéticas, y veréis cómo al cabo el prototipo forjado por el artista de Occidente es el único perenne; cómo en el instante mismo en que el antropomorfismo se erigió en ideal, no tan sólo del arte, sino de una sociedad, desaparecen las otras manifestaciones del sentimiento estético de pueblos y razas generadoras, engendradoras del arte griego.

Y si desaparecen del mundo del sentimiento, del mundo de lo bello, esos pueblos y esas razas de cuya expansión intelectual atestigua aún hoy nuestra propia cultura, figuraos qué debe pensarse respecto de la raza negra

Por ley de selección, por ley de vida, por razón de la necesidad imperiosa de extender á todos los ámbitos de la tierra la fuerza expansiva, cada día mayor, de las energías de la moderna cultura, las razas superiores tienden á invadirlo todo, á dominarlo todo, imponiendo allí donde aparecen el yugo de su superioridad. Ley biológica la que se cumple por Inglaterra en la India, por los Estados Unidos del Norte en el país de los pieles rojas, por Francia en Madagascar, por Italia en la Abisinia, conquistando, destruyendo costumbres bárbaras, haciendo desaparecer lás razas indígenas, bien cruzándolas, bien eliminándolas.

He escrito el verbo eliminar. Eso es precisamente lo que en nombre de la civilización debe hacerse con la raza negra, máxime cuando se hace con otras cual la india, que al fin y al cabo tiene un valor indiscutible en la historia de la humanidad. Es preciso, pese á los altruismos de las doctrinas generosas que profesan desde los demócratas hasta los anarquistas, en la tierra implantadas por Cristo y santificadas con su sangre; es preciso, repito, para el logro de los ideales mismos de la fraternidad, del comercio de las ideas, de la identidad en las aspiraciones, que desaparezcan razas que, cual la negra, vienen probando desde la infancia de los pueblos su absoluta inutilidad en el campo de la idea.

Y para mí, pueblo ó raza sin aptitudes para el cultivo del arte es pueblo condenado á morir, á desaparecer de la haz de la tierra. Inteligencia tan estrecha que no quepa en ella la noción de la belleza; que no responda al llamamiento que al sentimiento hacen la forma, el color, la armonía de la tónica; que no alcance á comprender el valor del albedrío humano, *que viva sin vivir en sí*, sin pasado, sin ideal para lo porvenir, es inteligencia nula, es rueda sobrante en esta maquinaria del progreso. La Historia, maestra de los pueblos, señala cómo desapareció el elegido de Jehová, aventado, disuelto en el mundo; nos señala cómo fenecieron aquellos otros que contaron á Palmira, Tiro, Sidón, Alejandría, Delhi, Cartago como emporios del comercio, probándonos con esto que á una han de marchar la vida del espíritu y la vida material de los pueblos, y que si algún desequilibrio debe producirse en el desenvolvimiento de ambas vidas, ha de ser en favor de la primera. Mas para que la perennidad de la existencia de un pueblo sea cierta, es menester que posea un concepto claro, positivo, terminante de la misión del hombre, de su finalidad, de su valer; y este concepto tiene y ha tenido y seguirá teniendo como expresión la más elevada, la más pura, el arte. Él sintetizó las aspiraciones religiosas de la India, las guerreras de Asiria y Persia, las religiosas y guerreras al propio tiempo de Egipto; en él encarnó el ideal de pueblos tan grandes como el griego y el romano; él supo encontrar forma para la expresión de los idealismos sublimes del cristianismo...

Pero ¡la raza negra! ¿Dónde están los elementos morales y materiales, así históricos como futuros, en que basar un arte; sobre que fundar un ideal artístico?

La misma línea, el color mismo del ente negro rechazan toda probabilidad de producción artística, especialmente la de hoy, en que entran á partes iguales, por lo menos, las delicadísimas vibraciones de la luz y del color, á cada instante más numerosas, por razón de la educación de los sentidos, y las vibraciones del sentimiento, las delicadas y múltiples facetas del espíritu. Un arte parece ser el predilecto de esa raza que hoy como ayer y como siempre vive amarrada á la argolla de una ignorancia sin remedio; ese arte es el musical; pero estudiad, que bien poco tienen que estudiar sus cánticos, sus himnos, sus danzas, y veréis que apenas si alcanzan á cuatro las notas que los componen y uno es siempre el ritmo que los anima; examinad sus instrumentos, y para encontrarlos iguales tendréis que remontaros á la infancia de la humanidad.

Sobre esa raza han pasado los siglos, y con ellos la esclavitud á que las razas superiores la condenaron, como han pasado sobre el caballo, el buey, el perro...

¡Oh! No es, no, esto que digo, grito que me arranquen los dolores que causa á la madre patria la guerra en que figuran como autómatas tantos negros que se mueven al impulso de otras inteligencias; la verdad es una: en la esclavitud vivió el ruso, en la esclavitud vivieron pueblos y pueblos en tiempos no muy lejanos, todos han sacudido el yugo; hoy son hombres libres que concurren al humano progreso con su inteligencia y el esfuerzo de su voluntad.

R. Balsa de la Vega



SEMBLANZA

Creo que no ha existido ningún español, al menos en lo que va de siglo, que haya ocupado posiciones tan altas, cargos tan importantes y ostentado tantos honores y condecoraciones como D. Francisco Serrano y Domínguez, primer duque de la Torre.

Y sin embargo, yo que le conocí mucho, que le traté bastante y que tuve repetidas ocasiones de estudiar esa altísima personalidad, puedo afirmar que no he conocido un hombre más llano, más campechano, más modesto, más sobrio, menos prendado de sí mismo, de su elevadísima jerarquía en la milicia, en la diplomacia, en la política, en la admistración del Estado.

¡Anomalías de la suerte! El que por obligación debía lucir el espléndido y bordado uniforme de capitán general de ejército, lo que más gustaba era vestir modesta americana ó todo lo más la clásica levita; el que podía cruzar su pecho y engalanar sus hombros con multitud de bandas multicolores, collares de todos los países y nuestro Toisón de Oro, no gustaba llevar ni una cinta en el ojal, y el que podía usar á cada paso el título de duque, prefería que se le llamase sencillamente el general Serrano.

¡El general Serrano! Así se le llamó en efecto durante muchos años, cuando todavía muy joven figuraba como diputado progresista en los escaños del Congreso, cuando peleaba con denuedo en los campos de batalla, cuando se sublevaba contra Espartero en 1843, cuando fué *ministro universal*, cuando se sentaba en el senado haciendo la oposición á varios gobiernos moderados, cuando conspiró con O'Donnell y los generales de Vicálvaro para derribar al conde de San Luis, cuando peleó en las calles de Madrid desarmando la milicia nacional, cuando marchó á Cuba de gobernador general, cuando fué á París, la primera vez, de embajador de doña Isabel II.

¡Duque de la Torre! Así se le llamaba cuando tomó á sangre y fuego el cuartel de la Montaña, cuando se batió en Alcolea, cuando fué jefe del gobierno provisional, regente del reino, primer presidente del consejo de ministros de D. Amadeo, jefe por segunda vez del poder ejecutivo, y embajador en París, por segunda vez, durante el reinado de D. Alfonso XII.

Mentira parece que un hombre solo haya podido ser todo eso, y algunas cosas más, que sin duda me dejo en el tintero, puesto que no trato de escribir su biografía, sino de trazar su semblanza. Pues sí; Serrano ocupó todos esos cargos y otros muchos de menor cuantía, y en todos puso particular empeño para ejercerlos á conciencia. Si lo consiguió, ya se encargarán otros de decírnoslo; la historia le juzgará y la posteridad formará de él el juicio que le parezca conveniente.

No tengo para qué aplaudir ni censurar al hombre político, ni tengo competencia para formar juicio exacto de sus talentos militares. Que era un hombre de un valor extraordinario lo reconocen y lo reconocieron siempre amigos y adversarios, como también es patente que tuvo una suerte loca en toda su carrera, en toda su vida pública, pudiendo ser clasificado entre los mimados de la diosa fortuna. Cien veces debió morir en los campos de batalla y apenas si sacaba un rasguño después de ardiente pelea. En el cuartel de la Montaña habría perecido cualquier otro general que hubiera hecho lo que él hizo, y él salió ileso. En las calles de Madrid, durante tres días de incesante fuego, no le alcanzó una bala. En Alcolea, al marqués de Novaliches le destrozaron la mandíbula, á él no le tocó nada... Suerte, suerte y más suerte.

¿Buscó Serrano las ocasiones para ocupar esos altos puestos? No. Las ocasiones le buscaron á él. O'Donnell trabajó sin descanso, durante varios meses, para derribar á los polacos, y Serrano llegó, como puede decirse, á los postres. Prim estuvo preparando largo tiempo la revolución de 1868, y Serrano se quedó con el santo y la limosna. Suerte, suerte y más suerte.

«Era D. Francisco Serrano un general muy joven, de gallarda y arrogante presencia, de gran fama en el país por sus hechos de armas, por su valor extraordinario y ardiente y por la posición política que en poquísimo tiempo logró alcanzar en el partido progresista. Su afabilidad constante, afabilidad que constituyó el secreto de su fuerza en todos tiempos, le atraía la voluntad de amigos y adversarios á los diez minutos de conocido. A esto unía, en aquellas primeras épocas de su carrera, una intrepidez tal de espíritu y una osadía tan emprendedora y resuelta que ninguna consideración era capaz de contenerle en sus arriesgadas empresas y peligrosas contingencias.»

Tal es la *semblanza* que un distinguido militar, el general D. Fernando Fernández de Córdova, marqués de Mendigorría, hace en sus interesantes y entretenidas *Memorias* de su amigo el general Serrano, cuando éste era, como él dice, muy joven.

Yo le conocí ya viejo, y puedo atestiguar que muchas de las frases anteriores, aplicables al general Serrano, pueden aplicarse al duque de la Torre, es decir, á D. Francisco Serrano y Domínguez ya entrado en años. Siguió siendo tan afable y tan simpático á los sesenta como pudo serlo á los veinte; su extraordinario é indomable valor no le hizo traición un solo instante, y su serenidad era pasmosa en los momentos de mayor peligro. Cautivaba con su conversación, pues unía á la viveza andaluza, la ingenuosidad de su carácter, su modestia nada estudiada y un no sé qué que realmente cautivaba. No tenía gran instrucción, ni había leído mucho en los libros; pero sí en los hombres, que los estudiaba á fondo y los conocía á la perfección, equivocándose raras veces acerca de sus condiciones, tan luego como les había echado el escalpelo de su vista de lince. «Algunos me han salido traidores, solía decir: Fulano y Zutano (pues no se mordía la lengua para echar á volar nombres propios); pero no me han sorprendido, porque ya me lo tenía tragado.»

Madrugador cual ninguno, á las cinco de la mañana estaba siempre de pie. Decía que era su mejor momento del día, cuando abandonaba la cama, una cama como cuando era simple oficial de caballería, de hierro, modestísima, sin cortinas ni estorbos, según su frase sacramental. Limpio y pulcro hasta la exageración, si en esto cabe ser exagerado, su primer cuidado era afeitarse solo, que no necesitaba él colaboradores de barberos ni de ayudas de cámara. Se lavaba siempre con agua fría, daba dos ó tres cepillazos á su lustrosa calva y vestía muy sencillamente, que no era hombre Serrano para estar mucho tiempo en el tocador, ni gustaba de pomadas, aceites y perfumes, ni se recreaba como tantos otros delante de un espejo, por más que en una de las épocas de su vida no faltó quien le llamase *el general bonito*, de cuya época yo no quiero ocuparme, porque no sería ni discreto ni oportuno.

Yo no sé si fué *bonito* en sus mocedades. Lo que sí sé es que conocí en él un viejo guapo, simpático, de tez sonrosada, blanco bigote, de buenas facciones, derecho, de noble aspecto, sin arrogancia, pero de mucha dignidad, pulcro en el vestir, gran andarín, enemigo del tabaco y ferviente entusiasta de las plantas y las flores.

–Yo debía haber nacido jardinero, le decía una vez á mi madre, en Biarritz, un día en que esta señora recibió unas semillas que mandé desde París. Por supuesto que Serrano se quedó con la mayor parte de ellas, no sé si para utilizarlas en sus posesiones de Andalucía ó en el jardinillo que tenía en su hotel de la calle de Recoletos.

En verdad que tenía una afición loca por la horticultura y bastantes conocimientos en la materia. Su primera visita, en cuanto salía ya vestido de su cuarto, como dije antes, era á su jardín, cuyas flores regaba él mismo, cuidándolas con exquisito afán. Gustaba de las plantas raras y con frecuencia hacía venir del extranjero lo que más le llamaba la atención.

Era muy frugal en sus comidas y comía muy de prisa, costumbre transmitida á todos los individuos de la familia. No fumaba; así es que en cuanto tomaba su desayuno, se metía en su despacho, situado en la planta baja de aquel hotel de la calle de Recoletos, que ocupó durante los últimos años de su vida, y contestaba de su puño y letra á cuantas cartas hubiese recibido la víspera. Era en él un hábito. No comprendía que se dejase una carta sin contestar, ni que la contestación dejase de ser inmediata. No he conocido desde este punto de vista persona más atenta que el duque de la Torre, pues ya puede uno imaginarse el diluvio de pretensiones, de solicitudes, de exigencias que en forma más ó menos epistolar recibiría un hombre que casi siempre estaba en candelero. Claro está que siendo jefe del Estado era materialmente imposible que despachase por sí mismo millares de cartas. Sólo entonces se servía de amanuenses, pero recomendándoles mucho que no demorasen la contestación ni dejasen de emplear la forma siempre atenta y cortés que debía tenerse con todo el mundo. Bajo este aspecto, el general Serrano era un verdadero demócrata en el buen sentido de la palabra.

Gustaba, después de despachar su correspondencia, dar largos paseos, siempre á pie, lo que consideraba como el mejor ejercicio para el cuerpo, y cuantos habitaban Madrid le solían encontrar muchas tardes por fuera de puertas ó dando la vuelta grande del Retiro, pues era incansable, siendo esta otra de sus distracciones favoritas. Así caía rendido en cuanto acababa de comer, teniendo que dormir un largo rato sobre un sillón ó sobre una silla, que lo mismo le daba con tal de que le dejasen dormir. Esta costumbre la debió haber adquirido hacía muchos años, pues le he oído contar que ni aun siendo embajador en Francia, la primera vez, dejaba de echar su sueño después de comer, en dondequiera que se hallase. El emperador Napoleón III, que le apreciaba en alto grado, respetaba mucho esos sabrosos sueñecillos que echaba *le maréchal* en pleno palacio de Tullerías, después de los grandes banquetes diplomáticos, ó en la imperial residencia de Compiegne, cuando aquellas famosas tandas de invitados que iban á pasar quince días por lo general en compañía de los emperadores, y cuyas cacerías, fiestas campestres y funciones teatrales, dentro del mismo palacio, eran el gran entretenimiento de la emperatriz Eugenia. Los príncipes de Metternich eran en aquella época los personajes más á la moda; representaba él en calidad de embajador al Austria-Hungría; su esposa era la amiga predilecta de la emperatriz; pero al llegar á la corte de Francia los nuevos embajadores de España, compartieron con los de Austria los favores y refinamientos de cortesía del emperador Napoleón y de la emperatriz Eugenia. Hay que añadir que nuestra embajadora era, al decir de las gentes, la más bella y elegante de todas las damas del cuerpo diplomático extranjero. Joven, muy joven entonces, hermosa cual ninguna, reina de la moda y del buen gusto, la futura duquesa de la Torre era designada en París y en los sitios reales por *la belle maréchale*. Las grandes modistas y los *modistos* de París y todos los *fourniteurs* de la corte de Napoleón III se disputaban el privilegio de vestirla.

Ella imponía la moda; ella era, en una palabra, la embajadora que vino á eclipsar á la princesa de Metternich y á todas las demás palaciegas.

En el hogar doméstico el general Serrano era encantador. ¡Cómo quería, cómo amaba á sus cinco hijos, á las tres niñas, Concha, Ventura y Pepita, y á los dos varones, Paco y Leopoldito! ¡Cuántas veces al regresar de las pesadas faenas de la política, después de pasar horas enteras en el Senado y en el Congreso, se echaba en una butaca, Leopoldito, el más pequeño, se sentaba sobre sus rodillas, y platicaban como dos buenos amigos! Venturita era muy aficionada á representar dramas y comedias, y mandó construir para ella, en su propio hotel, el *teatro Ventura*, que así le llamaba, donde la hemos aplaudido todos por sus indiscutibles disposiciones para la escena. ¡Pobre Venturita! ¡Cuánto la echamos de menos sus buenos amigos!

Serrano no jugaba ni al tresillo, ni al ajedrez, ni al billar, ni á nada. Cuando recibía de noche, ó mejor dicho, cuando recibía la duquesa, pues él por su gusto se habría acostado siempre al anochecer, conversaba afablemente con sus convidados, resistiendo con energía las ganas que tenía de dormir, hasta que vencido por el cansancio (como persona, repito, que madrugaba tanto), se rendía al sueño. Se le dejaba dormir un rato, se despertaba por fin, y á menos de que algún grave acontecimiento político embargase su atención, ó que alguno de su familia estuviese enfermo, ó cosa por el estilo, volvía á caer en brazos de Morfeo, sucediéndole con frecuencia que cuando despertaba ya se habían despedido de la duquesa los tertulianos, ó si él se despertaba antes que se fueran, él era quien abandonaba antes los salones, diciendo con su aire campechano:

– Señores, no puedo más. Me voy á la cama. Buenas noches.

En el mes de julio de 1874 me hallaba yo en la Granja, siendo él jefe del Estado. Pocos días antes habían matado los carlistas al marqués del Duero; las cosas iban bastante mal; las tropas acaudilladas por el hermano de D. Carlos habían entrado en Cuenca, y todo hacía presumir que llegarían hasta la Granja. En fin, que hubo un día de pánico y se decidió que Serrano y toda su familia regresasen á Madrid. Aquella misma noche salimos de la Granja en una silla de posta, el general; D. Manuel Alonso Martínez, á la sazón ministro de Gracia y Justicia; una hermana mía que había ido á pasar una temporada con la duquesa, y yo. Veníamos sentados al vidrio Alonso Martínez y yo; al poco de salir de la Granja cogió el sueño el general, y al llegar á Villalba, donde nos bajamos de la silla de posta para tomar el expreso que venía de Francia, aún seguía durmiendo.

– ¿Qué le parece á usted?, me decía D. Manuel. Esto es dormir.

– No, señores, nos contestó el duque, si estoy despierto.

Como todos los que duermen cuando los demás velan, no quiso confesar que había dormido profundamente.

Carlos de Ochoa y Madrazo

MARTINITO Ó EL PRIMER ANIVERSARIO

Fué su padre un viejo magistrado que repetía con frecuencia el aforismo de que las tres cosas de más valor en el mundo, son el dinero, el talento y las relaciones. No tenía el buen señor mucho de las dos primeras, pero en cambio poseía de las últimas un caudal inmenso que cultivaba con un esmero que se explica fácilmente, toda vez que por su medio había llegado á la posición que tenía y gracias á la cual iba viviendo con más desahogo que otros muchos de análogas ó mejores condiciones.

Empero la muerte, que no respeta á la magistratura más que á cualquier otra clase de la sociedad, tuvo á bien incluir en la nota diaria de sus víctimas á don Melchor, y un anuncio funerario en *La Correspondencia de España* dió á conocer á los numerosos amigos del funcionario que éste había pasado á mejor vida.

Lo que no expresaba el anuncio, y esto se lo digo yo en confianza á mis lectores, es que la viuda é hijo del Excmo. Señor quedaban en la más angustiosa situación, puesto que no contaban para sostenerse más que con los derechos pasivos, no muchos ni muy crecidos, que pudieran corresponderles, lo cual no alcanzaba á cubrir los gastos á que estaban acostumbrados los supervivientes. Y aquí entra la prodigiosa labor de doña Romana, madre de nuestro protagonista. Admira el considerar cómo una mujer ya madura y sin grandes atractivos personales, pudo conservar en todo las apariencias y dar á su hijo una carrera tan larga y costosa como lo es la de derecho. Gracias, sin embargo, á las relaciones y á esa ciencia no clasificada aún que se denomina *cucología*, todos los obstáculos fueron allanándose poco á poco. Entre otras muchas cosas largas de enumerar, obtuvo primero un destino para Martinito, luego una recomendación para que éste no asistiera á la oficina y por último la exención de los derechos de la licenciatura, etc., etc. Cumplida esta primera parte del programa, disponíase la vividora doña Romana á cumplir la segunda, ó sea la de casar á su hijo con una rica heredera; empero una pícara pulmonía, de esas que con harta prodigalidad regala el Guadarrama á los habitantes de la coronada villa, cortó el hilo de aquella preciosa existencia, y Martinito quedóse solo y huérfano, pero empleado con doce mil reales y con admirables disposiciones para seguir la política tradicional de sus progenitores.

Alto, delgado, de buena presencia, de rostro más pronto feo que guapo, pero tan desenvuelto en sus maneras y audaz en sus propósitos, como escaso de inteligencia y corazón, Martinito, resuelto á luchar por la existencia, formóse su plan y comenzó á ponerle en práctica inmediatamente. ¿Qué era lo que se proponía? ¿Con qué medios esperaba realizar sus aspiraciones? No es difícil de averiguar escuchando la conversación que un par de años después de la muerte de su madre sostenía con dos amigos, que como él pretendían pertenecer á la *alta goma*.

Sentados los tres en el balcón con pasamano de terciopelo rojo del *Hige Club*, presenciaban con aire displicente el animado aspecto que ofrece la calle de Alcalá al verificarse el regreso de los paseantes del Retiro y la Castellana.

– Martinito, dijo de pronto uno de los contertulios llamado *Tonino*, chico de buena casa, pero que se había jugado ya hasta los cimientos de ella. Me ha dicho Villatomate que van á hacer muchas cesantías en Gobernación. ¿Tú no estás allí?

– Si he de decir la verdad, replicó el interpelado, casi no sé en qué ministerio estoy; tengo así como una idea de que mi oficina está en la Puerta del Sol.

– Eres el perfecto empleado español, dijo sentenciosamente el tercer colega, conocido en el club con el apodo de *Moscatel*, á causa de ser uno de nuestros más distinguidos borrachos.

– Sí, hombre, déjame á mí de oficinas y papeluchos que á nada conducen. Eso de asistir á la oficina y emborronar expedientes es bueno para esos infelices sin influencia que no tienen dónde caerse muertos, ¿pero yo?.. Bastante me importa eso. El habilitado me trae á casa la nómina y en paz. Ya comprendes que cuarenta y cuatro duros y medio miserables que me quedan limpios no son para sofocarse mucho.

– Anda, observó con gravedad *Tonino*, que con cuarenta y cuatro duros si cogieras una buena racha y les dieras ocho golpes sin retirar...

– Sí, pero esas rachas no me soplan á mí, que cuando hago una postura quiebra el juego.

– Porque jugarás en seco, respondió *Moscatel*. Yo cuando apunto aunque no sea más que una peseta, antes me tomo media botellita de Martel, tres estrellas, que es mi autor favorito, con lo cual podré no ganar, pero de fijo...

– Te duermes sobre la mesa, interrumpió Martinito soltando la carcajada.

– Chico, cada hombre tiene su flaco. Yo en cambio no *bicicleteo* como *Tonino*, ni le hago el amor á las beatas ricas y feas como tú.

– ¿Yo? ¡Eso no es verdad!

– ¡Vaya, hombre, que todo se sabe en esta casa, hasta las deudas que tienes, que no son pocas!

– ¿A qué beata rica le he hecho yo el amor?, replicó Martinito sulfurado, especialmente por lo de las deudas; di, hombre, di.

– A cincuenta; no quiero citar nombres.

– Eso son tonterías tuyas.

– ¿Mías, eh? Pues mira: en el *Garden party* de la embajada turca, anteayer, al verte entrar Conchita Lili, que estaba en un corro, dijo: «Ya está ahí el devoto peregrino,» y luego contó tus pretensiones á la vetusta condesa de San Caralampio, con otras cosas muy alegres y divertidas. Nada, chico, que te conozco.

Martinito se puso rojo de ira, y tal vez hubiera contestado alguna desvergüenza gorda á *Moscatel*; pero como por un lado era cobarde en extremo y por otro el bebedor gozaba fama de gran espadachín, tuvo por más prudente echar la cosa á broma, y despidiéndose de *Tonino*, que durante la discusión se entretenía en tirar bolitas de papel á la florista del kiosco cercano, tomó las de Villadiego con ligero paso, dejando á los dos colegas que le desplumasen á su sabor.

Ya en la calle, dirigióse hacia la Puerta del Sol; mas al llegar junto al Salón del Heraldo, un hombre de aspecto vulgar y mal encarado, provisto de un grueso garrote, le detuvo diciéndole:

– ¡Hola, D. Martín, celebro el encontrarle!

El joven dió un salto, como si de repente hubiese visto aparecer una serpiente de cascabel, y miró alrededor como buscando por dónde escapar.

– Pues sí, prosiguió impávido el del garrote, no vuelvo más por su casa porque nunca está usted, según dice la portera. Se conoce que usted es como las golondrinas, que duermen en el aire con las alas abiertas.

– Pero Pablo, si yo...

– Bueno: aquí te pillo y aquí te mato. No quiero gastar más conversación. El pagaré está vencido hace muchísimo tiempo. Yo no quiero perder los cuartos, y según me ha dicho el habilitado, tiene usted, además de la retención, la paga adelantada y la mar de retirarés.

– Vamos, Pablo, sea usted razonable; el día 20 recibiré dinero de Córdoba.

– Hombre, ¿se figura usted que me he caído de un nido? Me he informado muy bien, y sé que ni en Córdoba ni en ninguna parte tiene usted más tierra que la del cementerio. Ya estoy harto de farándulas; y así, ó para el 20 me da usted ese pico, ó sin más avisos le meto á usted en la cárcel.

– ¿A mí, cómo?..

– Tiene usted mala memoria, cuando no recuerda que en la escritura de préstamo declaró usted que tenía el sueldo libre, lo cual era falso.

Martinito quedóse aterrado al recordar aquella imprudencia, que constituía un delito de estafa.

– Por Dios, hombre, ¿y qué va usted ganando con el escándalo?

– Pues el gustazo de ver á un señorito con el capuchón. Conque lo dicho, dicho, y hasta la vista.

Tras de lo cual el vengativo usurero dió media vuelta, mientras Martinito salía disparado, diciendo para sí:

– Es preciso, indispensable, hay que dar el golpe; afortunadamente mañana es el aniversario ya, y Rosalía está rabiando porque le diga yo algo.

Al día siguiente de las escenas que quedan descritas, Martinito, vestido de punta en blanco y ostentando una enorme gardenia en el ojal de la levita, subía reposadamente la alfombrada escalera que conducía al cuarto habitado por Rosalía González, la hermosa viuda de D. Pánfilo García, ministro que fué de la corona.

El criado que abrió la puerta, conociendo á Martinito como *de la casa*, condújole desde luego á una elegante habitación en la que Rosalía, sentada en un diván, se entretenía en examinar varias coronas fúnebres que después de haber figurado en la función religiosa de la mañana iba á enviar al soberbio panteón del ex ministro en la patriarcal de San Isidro.

Hay que advertir que Martinito, que ya en vida de D. Pánfilo había logrado hacerse el indispensable, desempeñando con celo sin igual cuantas comisiones y encargos se le antojaban al conspicuo personaje, una vez fallecido éste, nació en su mente el ambicioso proyecto de sustituirle, y en su consecuencia redobló su asiduidad y complacencia más serviles para con la joven viuda, dedicando por completo su existencia á desempeñar el papel de amigo leal y desinteresado, amén de otros oficios más serviles, animado á ello por las frases de agradecimiento y las expresivas sonrisas de Rosalía, que le trataba con la mayor confianza y abandono, haciéndole concebir las más lisonjeras esperanzas para cuando terminara el año de luto riguroso. Aquella misma mañana, al escuchar de los labios de Martinito la relación circunstanciada del funeral, dispuesto por ella y ejecutado por él, Rosalía, obligada á recibir la visita de unos parientes, había dicho á su edecán bajando la voz y con la más encantadora de las sonrisas:

– Martinito, toda buena acción merece su recompensa. Lo que usted está haciendo desde que murió Pánfilo exige de mí la demostración de mi afecto. Vuelva usted á la tarde y hablaremos.

He aquí, pues, por qué Martinito embriagado con las más dulces ilusiones acudía puntual á la cita de Rosalía. Sin embargo, el asunto de pronto no marchó tan de prisa como su impaciencia anhelaba. La encantadora viudita parecía prestar más atención á las coronas funerarias que á la charla de nuestro personaje.

– Vamos, dijo éste para sí; se hace la indiferente, efecto del natural rubor. No he de esperar que ella se declare; facilitémosle el camino. Rosalía, añadió en alta voz, aunque usted como siempre está hermosísima, ya tengo ganas de que deje el traje negro. Le sientan á usted tan bien los tonos claros.

– Pronto tendrá usted ese gusto, porque desde mañana vestiré de alivio.

– Hará usted muy bien; basta con un año de luto riguroso. Ahora es necesario que recobre usted su rango de mujer *fasionable* en el mundo que tanto



EL PRIMER ANIVERSARIO, dibujo de N. Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)

tiempo ha estado privado de usted. Además de su belleza tiene usted todas las condiciones necesarias para brillar donde guste y como quiera, y si ese corazón se rindiera de nuevo á los transportes de un nuevo cariño...

Y Martinito entró de lleno en el repertorio de las frases cursis. Al oirlas Rosalía suspendió su tarea, le miró con gesto un tanto burlón, y aprovechando el momento en que el intrigante tomaba aliento para seguir su intencionada perorata, le dijo:

– Martinito. Tiene usted razón; así no estoy bien; necesito casarme.

El corazón del galante mancebo dió un salto en el pecho. Había llegado el momento crítico.

– A usted, prosiguió Rosalía, puedo confiarle mi secreto que pronto no lo será, porque quiero que mis relaciones sean públicas y oficiales.

– Muy bien hecho, lo aplaudo sin reservas. Y ¿quién es el venturoso mortal?

– ¿No lo conoce usted?

– No sé, no me atrevo...

– Pero ¿lo sospecha usted?

– Tal vez, murmuró modestamente el majadero.

– Pues no se necesita gran penetración. Todo el mundo sabe que mi casamiento con Pánfilo fué una imposición de mi padre. Yo tenía relaciones con mi primo Carlos, el ingeniero. Durante mi matrimonio ni aun con el pensamiento le he faltado á mi esposo; pero hoy, libre ya é independiente... Nada, Martinito, que me caso con Carlos.

Si el garrote del usurero Pablo hubiera caído sobre la cabeza del pretendiente, no le habría causado tan terrible efecto como el que le hicieron las intencionadas frases de Rosalía. Púsose colorado como un pavo; balbuceó unas frases inconexas, y no sabiendo cómo disimular su confusión, quitóse el monóculo y se puso á frotar el cristal con el pañuelo. Rosalía, lista como buena madrileña y mujer de sociedad, comprendió perfectamente la situación, y poniéndose de pie se acercó al desdichado y le dijo:

– Eso aún tardará; tiempo tendremos de hablar de ello. Ahora debemos ocuparnos de otra cosa más práctica y positiva para usted. Sus servicios merecen una expresión de mi agradecimiento. Sé por Moscatel que está usted un poco así..., vamos, apuradillo... Dos ó tres mil pesetas le salvarían á usted de un compromiso; puede usted cuando guste pedirlas á mi administrador, que tiene órdenes mías sobre el particular.

– ¡Rosalía! ¿Yo admitir dinero? Jamás. ¡Qué se diría!

– Vamos, no sea usted tonto, nadie lo ha de saber; acepte usted eso en la forma que más le convenga. Entre amigos no es desdoro, y luego... Carlos tiene muchísima influencia y no querrá usted indisponerse con su futura.

Martinito vaciló un momento, pero el recuerdo del usurero y sobre todo los hábitos tradicionales de su familia vencieron sus escrúpulos, comprendió el partido que podía sacar de la nueva situación, y estrechando calurosamente las manos de la viuda, le dijo:

– ¡Gracias, Rosalía, es usted un ángel! ¿A qué hora estará el administrador en el despacho?..

A. DANVILA JALDERO

EL PINTOR BOHEMIO VACSLAV BROZIK

Nació Brozik en 1851 en una pequeña aldea bohemia llamada Tremosna. Sus padres, pobres trabajadores, se trasladaron á los dos años á Kosir, cerca de Praga; allí asistió Vacslav á la escuela, que era para él un martirio, pues la asistencia á la clase le impedía dedicarse á su pasión por el campo y por la naturaleza. Aficionado desde su infancia al dibujo, era muy niño todavía cuando sus trabajos llamaron la atención hasta el punto de recibir encargos de un famoso litógrafo de Praga; protegido por una persona rica residente en la capital bohemia, dedicóse á perfeccionar sus estudios; pero habiéndole faltado esta protección cuando estalló la guerra de 1866, hubo de entrar en una fábrica de porcelana, que no tardó en abandonar para consagrarse exclusivamente al arte. Al poco tiempo entró en la Academia de Praga, cuando contaba diez y siete años, después de haber permanecido una temporada en el taller del profesor Hauser: sus estudios y progresos fueron notables, pero la enseñanza académica con sus reglas y sus trabas no se ajustaba á su temperamento independiente, así es que abandonó aquel establecimiento en 1870, comenzando entonces su verdadera carrera artística. Estudió con el pintor de historia de Praga Emilio Lauffer, y al año siguiente presentó en una exposición local un cuadro histórico que llamó la atención de los inteligentes; pasó luego á Dresde, sufriendo allí toda suerte de privaciones, y viéndose



EL CÉLEBRE PINTOR BOHEMIO VACSLAV BROZIK

obligado para ganarse el sustento á pintar copias de cuadros de la Galería de aquella ciudad, hasta que el éxito conseguido por dos cuadros que presentó en el Salón de Praga de 1872 mejoró su situación. Después de una estancia en la capital bohemia, marchóse á Munich, en donde estuvo hasta 1875 en que regresó á Praga y se dedicó definitivamente á la pintura histórica.

En 1876, gracias á la ayuda de un amigo, pudo realizar su sueño dorado de visitar París, y en 1877 presentó dos cuadros en el Salón, que por tratarse de un autor desconocido apenas llamaron la atención del público y de la crítica. Brozik se propuso, en vista de esta indiferencia, lograr un triunfo al año siguiente, y en efecto, su cuadro *Los embajadores de Ladislao en la corte de Carlos VII* fué declarado por los críticos el mejor lienzo histórico del Salón de 1878, mereciendo una segunda medalla y siendo adquirido por M. Sedelmeyer por la suma de doce mil francos.



LOS EMBAJADORES DE LADISLAO EN LA CORTE DE CARLOS VII, cuadro de Vacslav Brozik reproducido con permiso de su propietario M. C. Sedelmeyer, de París

Desde entonces la carrera de Brozik ha sido una serie no interrumpida de triunfos. En el mismo año de 1878 el citado cuadro fué premiado con medalla de oro en el Salón de Bruselas y en 1879 con una primera medalla en la Exposición de Berlín. En la actualidad es oficial de la Legión de Honor y caballero de varias órdenes extranjeras y posee gran número de medallas de honor conquistadas en las más famosas exposiciones.

Brozik cultiva lo mismo la pintura histórica que la de género, el retrato y el paisaje. Sus principales cuadros históricos son: *Una familia protestante leyendo la Biblia*, *Una fiesta en casa de Rubens*, *Juan Huss ante el concilio de Constanza*, *Comunión de los primeros protestantes bohemios*, *La presentación de Laura y Petrarca á Carlos IV*, *Colón en la corte de los Reyes Católicos*, *La venganza de los caballeros de Praga*.

Actualmente está pintando por encargo del emperador de Austria un gran lienzo que representa la fundación de la dinastía de los Habsburgos. – R. S.

¡PÁLIDA!..

En la tablilla de ensayos del Circo se anunció para el día siguiente el ensayo del baile de gran espectáculo *Las flores*, que debía estrenarse aquella misma semana.

Llegó el siguiente día, que amaneció tristón y melancólico. A las dos de la tarde principiaron á llegar bailarinas, figurantas, comparsas y asistencias; el maestro de baile, el primer violín, el director de pista y algunas otras gentes «de la casa.»

Las bailarinas formaron con sus familias grupos silenciosos, hasta que poco á poco fueron entrando las muchachas en los cuartos, para cambiar los vestidos de lanilla, las mantillas y los velos por los corpiños, las mallas y las sayitas cortas de percal, es decir, cambiando el vestido de calle por el traje de faena, deslucido ya en fuerza de pasos y de vueltas.

Cuando transformadas salieron otra vez á la amplia sala, que aún parecía mayor con sus inmensas gradas vacías, las muchachas se fueron sentando en las sillas alrededor de la pista, y un runrún como el de una colmena salió de los grupos, perdiéndose en el altísimo techo del Circo, lleno de trapecios, redes y alambres.

La tertulia aquella prolongóse como de costumbre. En tanto, regó un mozo el entarimado de la pista, hicieron encaje, toquillas ó calceta las figurantas más laboriosas; alguna acalló con un beso el lloriqueo de un pequeño, otras en un corrillo de hombres buscaron al amigo ó al pariente, y las menos dedicáronse no más que á la charla con sus familias ó sus novios.

Llegó el director de la compañía, gruñendo como siempre; habló con el maestro de baile, y mientras el primero se acomodaba en un palco con el representante de un nuevo artista, el segundo dió orden al músico. Éste principió á rascar el violín, que pareció exhalar amargas quejas, y comenzó el ensayo.

¡Qué triste le parecía todo aquello á Luis, un periodista amigo de la empresa, que por primera vez asistía á aquel espectáculo!

Allá fuera, en la calle, la lluvia menuda que caía con monótono ruido; dentro, en el Circo, el tono gris del cielo que se dejaba ver en pedazos por las abiertas ventanas. Los escalones de las gradas, pintados de amarillo, como gradería inmensa de un pórtico siniestro; la línea circular de los palcos, ahora silenciosos y vacíos, pintados de blanco, sin una nota alegre que rompiera sus inflexibles líneas, sin una mujer hermosa, sin ninguna cabecita rubia infantil que se asomara por el antepecho, como en las funciones de la tarde. Luego las ringleras de sillas de color de limoncillo y la valla de la pista, rígida y blanca. Y allá arriba el techo blanquecino, manchado por alguna gotera, los aparatos anudados é inmóviles y la claraboya mostrando el mismo cielo que las ventanas...

No, no era aquel el Circo que Luis había visto por las noches alegre y bullicioso, como no eran las mujeres que bailaban en la pista las que él vió á los destellos de los arcos voltaicos ni á los cambiantes de la luz Drumont.

Aquéllas parecían vestir con pétalos de rosas, éstas semejaban vestirse de andrajos. Aquéllas formaban por grupos uniformes armónico conjunto, ahora cerca de la malla negra y remendada estaba la de color



UNA FAMILIA PROTESTANTE LEYENDO LA BIBLIA, cuadro de Vacslav Brozik, reproducido con autorización de su propietario M. C. Sedelmeyer, de París

blanco llena de zurzidos, con la faldeta azul contrastaba la verde, todas distintas, usadas, desteñidas como retazos de tela procedentes de un baratijo.

Los rostros que parecieron bellos, los bustos perfectos, eran pálidos, vulgares y ajados, como aquellos, trajes á la luz del día. Apenas si de todas aquellas mujeres desgreñadas habría media docena que fueran bonitas.

La más bella era Josefina, ¡pero estaba tan enferma! Luis la adoraba, la quería para sacrificarla todo si hubiera sido preciso, pero aún no había llegado ocasión de decírselo á ella. Acaso fué para eso al ensayo y ya lo iba sintiendo.

La muchacha estaba tísica; en vano la vieron los médicos y la propinaron recetas. La única que podía alargarle la existencia era el reposo y la vida del campo; pero Josefina tenía que proveer al sustento de su madre. Si aquellas miradas que ella adivinaba en Luis fueran sinceras, aún sería dichosa lo poco que la restaba de vida. Cuando pensaba en esto la joven, su amarillento rostro tornábase alegre, sonreía todo; las orejitas de color de cera, transparentes y delgadísimas, se enrojecían de pronto y las mejillas blancas formaban dos hoyuelos encantadores. Luego volvía la hermosa pálida á decaer y tornaba á la belleza de la estatua de mármol, de líneas perfectas, de perfil correcto, pero de tonos blancos, fríos, inmóviles

Los bailables salían mal, se repetía un tiempo, y luego otro, y se volvía al primero y otra vez á empezar lo mismo y siempre igual, con crueldad inusitada, como si aquellas muchachas no tuviesen músculos ni huesos capaces de fatigarse y resentirse.

Tras el minué reposado la danza loca: tras el desenfrenado galop el cadencioso vals.

Josefina tuvo que retirarse á descansar un momento, se sentía muy mala, y allá se fué donde estaba su madre. Colocó dos sillas, echóse sobre ellas y reclinó su cabecita en la falda de la vieja. Y siguió la lluvia en la calle y la danza en la pista, al compás del violín que seguía gimiendo y de los bastonazos que para marcar el compás daba en el suelo el profesor de baile.

Por fin, acabaron las muchachas y ensayaron dos primeras bailarinas, que por lo que repitieron y tardaron llevaban trazas de no concluir nunca.

Luis se levantó de su silla, miró hacia donde estaba Josefina; pero ésta, algo más repuesta, habíase levantado y andaba por las gradas corriendo y saltando de uno en otro escalón. Parecía un pajarillo que iba de rama en rama. El joven pareció adivinar en aquello un sacrificio horrible, inmenso, algo así como una tortura infinita, y su semblante traslució en una mueca sombría toda la amargura de su alma. Hizo una seña á Josefina, acercóse á ella y le dió una mano para bajar el último peldaño de las gradas.

Josefina apenas si podía respirar de fatiga, pero estaba satisfecha: en su rostro de perfectas líneas, pálido y anémico, habían salido dos rosetas de carmín. Luis podría verlas á la luz del día, observando que aquel alegre sonrosado era de la joven, suyo, propio; la claridad del cielo no miente como la de los reflectores. Luis se convencería que aquel color no era el que la prestaba el lápiz rojo cuando á la luz artificial salía de noche á la pista, sino el encarnado natural de la sangre que corre de prisa, machaquea las sienes y se transparenta en los tejidos de la piel. El joven rodeó con su brazo el talle de Josefina y deslizó en la oreja diminuta de la muchacha una frase que sólo oyeron los dos enamorados:

– No te canses, no te fatigues, no sufras, la dijo. Si yo te prefiero pálida, ojerosa y triste; te adoro como eres. Siempre he querido más que á la flor contrahecha y falsa con sus rojizos pétalos de trapo, la pura azucena *¡blanca y amarilla!..* – P. GÓMEZ CANDELA.

NUESTROS GRABADOS

Una jira, cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés). – Para los habitantes de las grandes poblaciones, constituye una agradable diversión el pasar un día en el campo, ya que los sencillos placeres que les proporciona son un verdadero descanso, un paréntesis para su activa existencia. La plácida calma que reina en la campiña, el puro ambiente que con avidez aspiran los pulmones, casi atrofiados por la mefítica atmósfera de los grandes centros, y el completo abandono y absoluta libertad que se disfruta determinan la más franca expansión y reportan al ciudadano un placer que no comprende el campesino, acostumbrado á ver diariamente las maravillas que le rodean, sin experimentar la más ligera emoción.

El bonito cuadro del Sr. Miralles representa una escena de tal índole, una jira, resultando ésta, como todas sus producciones, en extremo agradable y simpática, así por el asunto como por la acertada agrupación de las figuras y singularmente por su agradable tonalidad.

La lechera, cuadro de Modesto Teixidor (Salón Parés). – Situado el pintoresco pueblecito de Vallvidrera casi en la cima de la cordillera, que á modo de muralla limita la campiña barcelonesa, ofrece agradable estancia á los habitantes de nuestra populosa ciudad, que durante la estación veraniega buscan frescas brisas para refrescar sus pulmones. Inmediato á Barcelona, dominándola, ofrece violento contraste á aquel que



PRESENTACIÓN DE LAURA Y PETRARCA Á CARLOS IV EN EL PALACIO DEL PAPA EN AVIGNON, cuadro de Vacslav Brozik, reproducido con autorización de su propietario M. C. Sedelmeyer, de París



LA LECHERA, cuadro de Modesto Teixidor (Salón Parés)



DE SOBREMESA, cuadro de Joaquín Agrassot (Salón Parés)

lo visita, puesto que á pesar de su proximidad á un centro populoso, conserva el encanto y los caracteres típicos de los pueblos de la alta montaña. Estos han inspirado al distinguido pintor Modesto Teixidor el bello cuadro que damos á conocer á nuestros lectores, reproducción fiel y exacta de uno de los tipos que más llaman la atención de Vallvidrera.

La lechera revela el natural y constituye un bello estudio, sobrio y justo, cual todas las producciones del Sr. Teixidor, digno sucesor y discípulo de quien mereció por su laboriosidad y virtudes el respeto y la consideración de sus conciudadanos.



EL SR. DUPUY DE LOME, ministro de España en los Estados Unidos

El ministro de España en los Estados Unidos, Sr. Dupuy de Lome. – Difícil por demás es el desempeño del cargo de representante de España en la República norteamericana en las presentes circunstancias. Las disposiciones de una parte del pueblo yankee y la facilidad que para su propaganda encuentran allí los separatistas cubanos, exigen de nuestro ministro una vigilancia y un tacto que no todos los diplomáticos tienen. El Sr. Dupuy de Lome se ha acreditado en el puesto que ocupa de hábil y celoso de los intereses que le están encomendados, y así lo reconocen sus amigos y sus adversarios políticos, que elogian cual se merece el acierto con que ha sabido proceder en todas las cuestiones surgidas con motivo de la guerra de Cuba, correspondiendo dignamente á la confianza que en él tiene depositada el gobierno.

de fundición. Todos los materiales empleados han sido exclusivamente españoles, lo mismo que todas las personas que en su construcción han intervenido. Su coste puede calcularse en un millón de pesetas. Al acto de la inauguración asistieron los ministros de Fomento y de Ultramar.

De sobremesa. – La recolección de flores en Valencia, cuadro y dibujo de Joaquín Agrassot. – Ventajosamente conocido es Agrassot en el mundo del arte, habiéndonos ofrecido ocasión repetidas veces para ocuparnos de sus méritos y de sus obras. Trátase de un nombre siempre respetado y de un artista al que siempre hemos dado muestra de la estima y consideración que nos merece. Nada hemos de agregar, por lo tanto, á lo expuesto en otros números de esta revista, como no sea confirmar y ratificar nuestras apreciaciones. A ellas, pues, nos referimos, permitiéndonos hoy únicamente llamar la atención de nuestros lectores acerca del precioso cuadro de género que bajo el título *De sobremesa* publicamos en ese número, y del dibujo original con que nos ha favorecido el maestro valenciano, reproducción ó trasunto de un cuadro de costumbres de aquella encantadora región.

Nuevos sellos del Perú. – Para conmemorar la fecha de la exaltación á la presidencia de la República de D. Nicolás de Piérola, el gobierno peruano emitió unos sellos de correos conmemorativos que sólo circularon el día 8 de septiembre último y de los cuales reproducimos dos en esta página. La emisión que se hizo fué de 50.000 pesos y quedó agotada en menos de seis horas, pues los coleccionistas y comerciantes se apresuraron á proveerse de estos nuevos sellos, que vienen á aumentar la larga lista de los sellos conmemorativos á que tan aficionados se muestran, por la cuenta que les tiene, los países de América y algunos de Europa, y que son la desesperación de los coleccionistas, puesto que gracias á este sistema hácese cada día más difícil cultivar la afición filatélica á los que no disponen de un buen capital.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BARCELONA. – En distintos locales de nuestra ciudad ha expuesto el Círculo Artístico varias colecciones de cartulinas, como muestra de las que se expenderán con motivo de la Exposición que el día 7 se inauguró en el Salón Parés. Todas ellas atraen las miradas del público, por cuanto cada una es un autógrafo de alguno de nuestros artistas; todos, viejos y jóvenes, así los que gozan ya de justa notoriedad como los que se hallan en vía de obtenerla, han contribuído á hacer interesante esa original manifestación del Círculo Artístico que no dudamos será acogida por nuestro público como se merece, por los propósitos que la motivan y por la manera atractiva de realizarla.

La adquisición de las cartulinas, que se expenderán bajo sobre cerrado, dará derecho á alguno de los regalos que figurarán en la Exposición, cedidos á este objeto por varios socios del Círculo.

La venta se hará por series de diez y cinco ejemplares, encerrados en sobres cuya cubierta llevará los nombres de los autores que cada uno contenga. Los ejemplares sueltos serán anónimos, exteriormente; de manera que por cinco pesetas puede al azar obtenerse un trabajo de Graner, ó de Masriera, de Pascó, de Pellicer, de Mestre, de Roig y Soler, de Felíu, de Triadó, etc., etc., y con ser la suerte favorable, aun alcanzar algunas de las obras ofrecidas como regalo.

En el próximo número nos ocuparemos de este importante acto del Círculo Artístico, que no podemos menos de aplaudir con verdadero entusiasmo.

SPORT

UNA FIESTA CICLISTA. – CARRERAS DE CABALLOS. EL «SPORT» NÁUTICO EN ÁFRICA.

De brillantísima puede calificarse la apertura del velodromo de invierno de París, con el espectáculo que ofreció á la numerosa concurrencia que llenaba sus vastas dependencias.

El *Handicap* de 900 metros fué ganado por Durand, René y Valentín, en medio de grandes aplausos. Pero lo que constituía el *clou* de la fiesta era el *Gran premio de Madagascar*, el cual fué disputado por los más afamados ciclistas franceses.

Bourrillón, Banker y Jacquelín se presentaron con sus máquinas en la pista, principiando la carrera con general expectación. Las diez vueltas de recorrido iban á ser vencidas por Bourrillón, que iba á la cabeza, cuando Jacquelín, haciendo un titánico esfuerzo al llegar á la meta, logró ponerse delante de su adversario á la escasa distancia de un metro.

La carrera de 50 kilómetros en pista, por la cual había notable interés, fué vencida por Bouhoms, en 1h 6m 6s.

* * *

Con la última carrera verificada finalmente en el hipódromo de Chantilly, se ha terminado en el presente año la serie de fiestas hípicas. Ya sólo se esperan las carreras que en breve se verificarán en Maisons-Laffitte, y de las cuales los inteligentes se prometen agradables sorpresas en vista de ciertos caballos inscritos, recién adquiridos por unas afamadas cuadras, muchas veces vencedoras.

En las carreras de Chantilly hubo dos premios que fueron dignos de ser citados por la brillante lucha con que fueron disputados. El de *Ermenonville*, 7.000 francos á 2.000 metros, que fué ganado por «Bricole,» de M. Menier, montado por Watkins; y el de *Saint-Firmin*, 15.000 francos á 1.200 metros, obtenido por «Sauterie,» del barón de Rothschild, montada por W. Pratt. Esta hermosa yegua atrajo la atención general de los inteligentes; hija de la célebre «Aida,» ha heredado de su madre la esbeltez delicada de sus formas á la vez que la pasmosa celeridad que la dió alto renombre.



Sellos que circularon en el Perú únicamente el día 8 de septiembre último, en conmemoración de haber subido á la presidencia de la República D. Nicolás de Piérola.

* * *

La creciente afición al *sport* náutico, que se va arraigando y tomando carta de naturaleza en el litoral africano de las costas argelinas, ha motivado un hecho que no deja de ser recomendable dentro del *sport* del *Yachting*. Hace pocos días fué lanzado al mar el primer yate de recreo que se ha construído en aquellas regiones, el «Fkirna», y que así por su esmeradísima construcción como por los excelentes resultados que ha dado en sus pruebas, merece colocarse en primera fila de las construcciones de su género. Existen en Argel, Orán, Philippeville y Bona diversos clubs náuticos; pero hasta la fecha no se había construído ninguna embarcación en aquellas costas.

E. FONT VALENCIA



NUEVO PUENTE DE HIERRO SOBRE EL EBRO, CONSTRUÍDO POR LA MAQUINISTA TERRESTRE Y MARÍTIMA, solemnemente inaugurado en Zaragoza el 18 de octubre último (de fotografía)

Nuevo puente sobre el Ebro de Zaragoza. – El día 18 de octubre último, con ocasión de las fiestas del Pilar, inauguróse en la capital aragonesa el nuevo puente sobre el Ebro, que enlaza la Puerta del Sol de aquella ciudad con la carretera de Francia. El puente construído por *La Maquinista Terrestre y Marítima* de Barcelona mide 795 metros de largo y algo más de 12 de ancho: su peso total en la parte metálica es de 912.450 kilogramos de hierro laminado y 45.877 de hierro de fundición.



ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

Conocía que aquello era la verdad; pero furiosa por no haber dado con aquella explicación tan sencilla, no quiso confesarse vencida y persistió en su calumnia.

– Sí que es verdad, replicó Marcela con tono de desafío. (Su dulzura de cordero se había convertido en una especie de rabia ante aquel encarnizamiento en acusarla de faltas que jamás soñara cometer.) Repito que es verdad, usted es la que miente.

Luisa levantó la mano presta á pegar, pero su madre le detuvo el brazo. Se desasió vivamente no queriendo parecer que cedía á la violencia. Su cólera no se hallaba satisfecha, sin embargo; así es que dirigiéndose á Marcela y mirándola con desprecio profundo é insultante, exclamó:

– ¡Ladrona! Una miserable recogida por caridad y que roba á sus amos.

La niña miró á Luisa, luego á la señora Favrot, recorrió con la vista aquella tienda donde había pasado cuatro años y sintió que aquellos rostros irritados y hasta aquellas paredes mezquinas y tristes le inspiraban odio profundo.

– ¡Yo ladrona!, dijo. ¡Oh!

No ocultó entre las manos su rostro rojo de indignación, sino que levantándose y dirigiéndose hacia su perseguidora, le dijo:

– Hace usted mal, muy mal; Dios la castigará.

Y antes que la señora Favrot pudiese adivinar lo que iba á hacer, abrió la puerta y se lanzó á la calle. La herbolaria quiso correr detrás de ella, pero su hija le detuvo.

– Déjala, dijo riendo despreciativamente; no temas, no tardará en volver.

– ¡La has tratado con sobrada dureza, Luisa!, dijo la madre descontenta; me parece que tienes mal corazón.

– No, mamá, contestó la vengativa muchacha; es ella que tiene mal carácter, porque tú la has echado á perder.

Allá en el fondo de su alma conocía que eran los celos los que la impulsaban á acusar á la inocente niña, á la que ella misma amparara en su casa. Había querido á Marcela como una gran muñeca que fuera enteramente suya, algo así como un objeto encontrado en la calle y que se recoge porque carece de valor. Pero á medida que fué creciendo aumentó su instinto dominador y maltrató á la pobre niña.

Por otra parte, la rapaza tenía la culpa. Recogida por caridad, alimentada y vestida, ¿no debía considerarse dichosa en plegarse á todos los caprichos, en obedecer cualquier orden?

Luisa trató de hacer entrar esa convicción en el ánimo de su madre, que la rechazaba, tanto más cuanto que Marcela no volvía.

Un violento relámpago iluminó las nubes que se cernían sobre la ciudad, y retumbó el trueno con estrépito horrendo.

La herbolaria corrió al dintel de la puerta y trató de ver entre las tinieblas, más obscuras después de aquel fulgor. Entonces llamó á Marcela, pero sólo

contestó á su voz el fragor del trueno que no cesaba de estallar.

Gruesas gotas cayeron aquí y allá en la calle y luego un nuevo relámpago más deslumbrante que el anterior, seguido de un trueno más estridente, llenaron de pavor á Luisa, que llamó á su madre. Las diez daban en el reloj de San Vicente de Paul. Los coches se habían dispersado en todas direcciones y los vecinos cerraban las tiendas.

– Voy á ver á la planchadora, dijo la herbolaria, sobrecogida por terrible inquietud.

Salió y volvió al cabo de un momento, pálida y descompuesta.

– La señora Jalín ha salido á devolver trabajo y no ha vuelto todavía y nadie ha visto á Marcela... ¡Eres muy mala, Luisa! La niña lo ha dicho, Dios te castigará.

– ¡Oh, mamá!, exclamó la muchacha rompiendo á llorar; no creía haber obrado mal; pensaba que volvería, te lo juro.

A media noche la herbolaria estaba aún en la puerta de la tienda mirando ávidamente las sombras que pasaban, hasta donde podía alcanzar su vista. Luisa, cansada de llorar, se había dormido con la cabeza apoyada sobre el mostrador. La herbolaria, fatigada también por aquella espera inútil, entornó la puerta y se durmió en una silla, despertándose sobresaltada á cada momento.. Inútil espera; Marcela no volvió.

XV

Al salir de la tienda, la niña corrió sin detenerse hasta la casa de la señora Jalín, á quien consideraba como su protectora y de la que esperaba los consuelos de que su pobre corazón tan maltratado sentía necesidad. Subió los cinco pisos sin pararse, se detuvo con la respiración anhelante, y llamó con timidez, pues de repente le asaltó el temor de que la planchadora le riñera y le echara la culpa de lo sucedido.

No contestaron. La buena mujer estaba fuera y no debía volver hasta muy tarde

Marcela llamó otra vez y luego más fuerte y á golpes redoblados, con una especie de frenesí. Le parecía imposible que la señora Jalín estuviese ausente cuando tanta necesidad tenía de ella; á su edad no comprendía que la vida tuviera aquellas crueldades sarcásticas.

Convencida al cabo de la inutilidad de sus esfuerzos iba á bajar, cuando sintió unos pasos que se acercaban y oyó el ruido de una respiración cansada.

– ¡Debe ser la señora Favrot que viene á cogerme!, pensó Marcela.

La sangre se coaguló en sus venas, y se acurrucó en un rincón, pensando que la otra no advertiría su presencia.

– ¿Quién está ahí?, preguntó una voz cansada, con acento doloroso.

Era una pobre anciana vecina de la planchadora. Esto dió ánimo á Marcela, que preguntó:

– ¿Sabe usted si la señora Jalín volverá pronto?

– No, no lo creo, pues ha ido muy lejos. ¿Quieres algo, hija mía?

Marcela bajó la cabeza; lo que ella pedía, sólo su amiga se lo podía dar.

– No, señora, contestó, muchas gracias.

Bajó lentamente la escalera, entristecida por mil pensamientos que no acertaba á precisar.

¿Volvería á la tienda? No, de ningún modo. Solamente el pensarlo se sentía indignada hasta el colmo. ¿Esperaría en la calle el regreso de la planchadora? Esto era lo más natural..., pero ¿y si la herbolarista iba á buscarla? ¿Y si colérica como estaría le pegaba otra vez?

Al recordar los golpes, la niña, á quien su madre jamás había pegado, sentía la indignación sin límites que experimentó al pegarle Luisa la bofetada, y se dijo á sí misma que jamás sufriría de nuevo tamaña humillación. No, nunca: primero la muerte.

Al salir de la casa, atravesó la calle procurando ocultarse detrás de los coches de punto parados en la plaza, y dando la vuelta á ésta, se halló en un sitio desde el cual podía ver detrás de la reja el banco donde su madre había muerto.

Era allí donde una noche de verano había quedado sin familia, sin apoyo, perdida en aquel gran París donde tanto sufría ahora. ¡Qué bien recordaba el sitio! ¡Cuántas veces los jueves, cuando era muy pequeñuela y Luisa no era sino una chiquilla muy caprichosa, obstinada y algo orgullosa, pero que distaba mucho de haberse convertido en un ser ingrato, maligno y casi perverso como ahora, cuántas veces Luisa la había llevado junto con sus compañeras de juego ante aquel banco para contarles con gesto enfático que allí Marcela, abandonada y perdida, había encontrado una protectora, una mamaíta. Luisa hablaba de estas cosas naturalmente con tono de triunfo ante la niña prohijada, la que escuchaba con los ojos fijos y por la centésima vez la historia de su desgracia, referida con la misma tranquilidad que si ella no estuviera delante.

A menudo le habían asaltado deseos de decir á Luisa: «No cuentes la historia de mamá á estas niñas, pues me da pena.» Pero no lo había dicho recordando que Luisa era testaruda y voluntariosa, y que si ella le rogaba que se abstuviera, más hablaría todavía de aquel suceso, poniendo el semblante de júbilo malicioso que tan bien conocía la huérfana. Además una extraña vergüenza le impedía hablar de aquel doloroso asunto, cuyo recuerdo le infundía temor y cuyos detalles repetidos y comentados de continuo habían quedado impresos para siempre en su memoria infantil.

Miró el banco; era parecido á los demás y detrás de él había una espesa cortina de verdura. Marcela no pudo ver más que un extremo, porque el paseo daba vuelta en aquel sitio. Para verlo mejor se agarró con sus manos temblorosas á la verja y fijó sus miradas en el banco con expresión de ansiedad y de indecible angustia, como si esperara que podría, mirando de aquel modo, evocar la sombra querida de su madre.

Algunas gotas gruesas y tibias cayeron sobre la frente y el vestido de Marcela. Sintió de pronto ruido de pasos y vió venir á dos guardias.

– ¿Por qué no te vas á casa, pícara?, dijo uno de ellos que la conocía.

Le miró la niña con semblante asustado y de repente se puso á correr hacia los Campos Elíseos, recordando que por allí vivía la señorita Herminia.

– Si alguna vez te riñen, ven aquí, hija mía, le había dicho la solterona.

Marcela, que no había mentido jamás, creía todo lo que le decían; así es que trató de encontrar el camino de la calle de la Bomba, bajo aquella lluvia que caía más espesa cada vez.

La señorita Herminia acababa de despedir á Rosa después de haberle encargado las provisiones para el día siguiente y se aprestaba con una sensación de indecible bienestar á leer una hora ó más sus queridas novelas

Cuando bien cerradas las puertas y los postigos y puesto todo en orden en la casa, Rosa con una vela en la mano asomaba en el dintel del dormitorio y decía: «¿La señorita quiere algo?» ésta contestaba que no, con una sonrisa y un movimiento de cabeza: Rosa se marchaba y la solterona reclinábase en un sillón, apoyando los pies en un cojín y se arrellanaba cómodamente y se disponía á leer con sus ojos présbites alguna novela, antigua ó moderna, pero siempre llena de románticas aventuras.

¡Cuántos amantes perseguidos, tutores inflexibles, suegras testarudas, traidores horrorosos, madres desesperadas y niños perdidos, á quienes se encontraba milagrosamente gracias á una cruz hecha en el brazo izquierdo; cuántos de esos seres quiméricos, fantasmagóricos é inverosímiles poblaban el campo de los recuerdos de la señorita Herminia!

Nadie podría decirlo, ni aun la empleada del gabinete de lectura, que le había hecho espontáneamente una rebaja, atendiendo á la enorme cantidad de novelas que devoraba la buena señora.

Lo que más era de extrañar entre aquel fárrago de lectura es que la señorita Herminia no confundía jamás un libro con otro, ni á un personaje con otro personaje. Alguna vez no se acordaba de sus nombres, pero siempre tenía presente sus títulos y aventuras

– Es, decía, el pasaje aquel en que el barón provoca á singular combate al conde; es el famoso desafío con las pistolas de arzón.

Y era cierto. La solterona lo recordaba todo, el autor, la fecha, el tamaño y el color del tomo; y hasta pretendía recordar el olor de un volumen leído dos años antes, con tal de que no hubiese pasado por el gabinete de lectura.

Aquella noche se instaló con más alegría que nunca junto al velador donde había una lámpara de espíritu de vino y sobre ella una tetera donde hervían unas hojas de naranja, que son el supremo remedio contra los calambres de estómago de que padecía algunas veces. Al lado tenía una novela en cuatro tomos, recién salida de la librería, sin cortar aún, cuyas primicias le ofrecía la señora Donnart antes de hacerlos encuadernar para los lectores menos distinguidos.

¡Qué hermosos eran aquellos cuatro tomos con sus cubiertas de color rosa pálido, sus caracteres de un rojo vivo y el retrato de la heroína en la portada del primero! En verdad que se prometía buena noche. La solterona abrió uno de ellos, indignándose mentalmente de que fueran tan anchas las márgenes porque así habría menos lectura; pero sin detenerse mucho en fútiles consideraciones, tomó un cortapapeles de marfil y empezó á leer.

Los postigos estaban cerrados y corridas las cortinas, así es que no vió cómo los relámpagos se sucedían unos á otros; pero sintió el ruido de las ráfagas que sacudían los árboles del jardín.

– Mal tiempo va á hacer esta noche, pensó la anciana. ¡Pobres gentes las que duermen bajo los puentes á estas horas!..

Se estremeció de piedad pensando en aquellos desgraciados, y luego continuó leyendo.

El ruido de los truenos sonaba sin cesar en tanto que leía, pero la solterona no era mujer que se asustara por el ruido de un trueno.

De repente un estallido formidable conmovió la casa y la luz de las bujías pareció vacilar

Después el ruido cesó de repente como sucede algunas veces, y sólo se escuchó á lo lejos el estruendo de la tempestad.

Sonó levemente la campanilla de la puerta de entrada y la solterona escuchó con atención alargando el pescuezo.

– Será el viento, dijo, encogiéndose de hombros. ¿Quién podría venir á estas horas y con un tiempo tan terrible?

Miró el reloj, que señalaba las once; el viento había calmado momentáneamente y la campanilla sonó por segunda vez con más fuerza. La señorita Herminia se estremeció, pero esta vez con verdadera angustia. Un paso pesado y regular sonó en la escalera y apareció Rosa con su eterno velón en la mano

– Están llamando, señorita, y yo estoy asustada, pues me parece que han de ser ladrones.

La solterona movió la cabeza negativamente, pues por la experiencia que le daban sus largas horas de lectura sabía que los ladrones no acostumbran á llamar antes de entrar. Y así se lo dijo á Rosa, que la miraba llena de espanto.

Una tercera llamada más fuerte, casi desesperada, turbó el silencio de la noche y el badajo continuó batiendo la campanilla hasta que al fin se extinguió toda vibración.

– Es preciso ir á ver quién llama, Rosa, dijo la solterona, poniéndose su saco de lana.

– ¿Y si la asesinan á usted, señorita?

– Tú pedirás socorro, respondió la anciana.

– Tome á lo menos un paraguas, que se va á mojar. El jardín está lleno de agua. ¡Dios mío! Ya habría ido yo misma.

La solterona había abierto la puerta de la casa y con un paraguas en la mano y la linterna sorteaba lo mejor que podía las charcas del jardín. Brilló un relámpago en la negrura, pero la solterona sin inmutarse llegó hasta la misma verja.

– ¿Quién está ahí? ¿Quién hay?, preguntó ahuecando la voz

– Soy yo, señora, Marcela Monfort... Me dijo usted que viniera. .

La vocecita se extinguió como un sollozo, y Rosa y su ama se miraron extrañadas.

– ¡Tú! ¿La Marcelita de la señora Jalín?, preguntó la solterona con tono de duda.

– Sí...

Aquel grito no era más que un soplo que parecía salir de debajo de la tierra. En un momento la anciana descorrió los cerrojos y adelantando con precaución la linterna miró hacia fuera.

Era, en efecto, Marcela, calada hasta los huesos, desnuda la cabeza, con los ojos deslumbrados por la viva luz de la linterna, más bien acurrucada que de rodillas, en una postura desesperada.

– ¿De dónde vienes tan tarde?, murmuró Rosa con un resto de desconfianza.

– De allá abajo... ¡Me han llamado ladrona y no es verdad!..

– ¡Ea, levántate!, dijo la criada aún malhumorada

– No puedo, dijo Marcela haciendo un esfuerzo.

Apoyó una mano contra la pared y trató de levantarse, pero cayó lanzando un débil suspiro y dió con la cabeza contra el suelo.

La solterona dejó el paraguas y se inclinó vivamente, pudiendo evitar así que la pálida frente de la niña diera contra el suelo. Con una fuerza que hacía años no empleara, levantó á la niña y la llevó hacia la casa, dejando que Rosa cerrara la verja y recogiera el paraguas y la linterna.

Subió la escalera á obscuras; entró en su cuarto alumbrado por el velón de Rosa y depositó su carga en el sofá. La fiel criada estuvo allí al cabo de un momento.

– Suerte que está puesta la funda, dijo viendo el vestido de Marcela chorreando agua.

La solterona, que no había cuidado jamás á ningún niño, en un momento hubo desnudado sin embargo á Marcela, despojándola de cuanto la molesta-

ba, y cogiéndola otra vez en brazos la metió con precaución en la cama, la arropó y le hizo aspirar un frasco de sales que le presentaba Rosa. Marcela se movió ligeramente y se estremeció de pies á cabeza.

– La tisana, dijo la señorita Herminia.

Cucharada á cucharada aquella bebida caliente y azucarada penetró en la boca de la niña, que al cabo de un momento abrió los ojos y miró alrededor con semblante inquieto.

– No tengas miedo, dijo la solterona, que seguía las impresiones de aquel rostro infantil, donde se veía el rastro del amargo dolor que lo había contraído.

– ¿Es usted, señora? Si es usted no tengo miedo, dijo la niña con tierna confianza.

– Bebe esto, continuó la anciana. Obedece, monina, es preciso obedecer.

Marcela tragó el contenido de la taza y después se tendió de nuevo, diciendo:

– Tengo ganas de dormir...

Al cabo de medio minuto dormía y Rosa miraba á su ama con semblante consternado.

– Estamos bien arreglados. Voy á preparar una cama para esa chiquilla y luego cambiaré las sábanas de la de usted.

– No, Rosa, contestó la solterona con firmeza inusitada. Me harás la cama donde quieras, pero la chiquilla no se mueve de aquí.

Fué inflexible á pesar de las súplicas de su criada. Se acostó en el sofá, pero á las dos de la noche Marcela se despertó lanzando agudos gritos.

Con los ojos desmesuradamente abiertos y rígidos los brazos por el delirio, pedía perdón á todo el mundo, al sacristán de San Vicente de Paul, á la señora Favrot, á la implacable Luisa, al municipal que no quería dejarla mirar el «banco de mamá,» á un hombre que había encontrado en el *boulevard* y que le había infundido espanto, á todos, en fin, los que durante las últimas horas habían causado alguna impresión en aquel pobre cerebro de niña desamparada.

– ¡Pobrecita, pobrecita!, repitió la solterona muchas veces, inclinándose sobre ella para calmarla.

Aquellas no eran ya angustias de novela, y las lágrimas de compasión de la anciana cayeron ardientes y consoladoras sobre una infeliz, vencida en las luchas de la vida.

Al amanecer envió á buscar al médico, que compareció en seguida y examinó á la niña.

– Es una fiebre cerebral, dijo. Será una enfermedad larga y peligrosa. Debiera usted enviar esta niña al hospital del Niño Jesús.

– ¡Jamás!, exclamó con energía la solterona. No ha venido á llamar en vano á mi puerta durante la tempestad. ¡Al hospital! De ningún modo.

– Vaya, pues en ese caso, dijo el viejo doctor, voy á recetar; prevéngase y tome una enfermera, porque temo que la enfermedad sea pesada.

XVI

En la tarde de aquel día en que la señorita Herminia se iniciara por modo tan inesperado en los deberes y disgustos de la maternidad, la señora Jalín, avisada por un telegrama, llegó á la quinta completamente trastornada. El suceso aquel le pareció tan inverosímil que primeramente no creía en él. La herbolaria y su hija se acordaron durante mucho tiempo de lo que les dijo la buena mujer en el primer arranque de indignación, y que no por ser una serie de verdades dejó de parecer menos duro á las dos mujeres.

– En fin, les dijo al terminar, nadie está obligado á prohijar los hijos de otro; pero cuando esa buena acción se cumple, es preciso llegar hasta el fin y tratar á los advenedizos como á los propios hijos, ya que de lo contrario valiera más no empezar. A esos abandonados les queda la beneficencia pública para cuidarlos y educarlos, y al fin y al cabo siempre se cuida mejor de ellos que vosotros lo habéis hecho con Marcela.

Y al decir esto salió dejando á Luisa llorando á lágrima viva y á su madre semiavergonzada.

Marcela, acostada en la cama de la solterona, continuaba delirando sin dar grandes gritos ni intentar saltar del lecho. Reclinada en la almohada con los ojos brillantes y rojos los pómulos, contaba á seres imaginarios todos los tormentos de su vida. La caída bajo el ómnibus, de la cual no parecía haber guardado una impresión muy fuerte, la contaba sin cesar, con voz clara y melodiosa y que algunas veces parecía mojada en lágrimas. Después suplicaba al sacristán que no la echase de la iglesia, donde se estaba tan bien. La tempestad y las tinieblas con aquella lluvia pesada que caía sobre su desnuda cabeza como pedrea ininterrumpida, acudían también á su memoria, y de lo que estaba lleno su corazón hablaban sus labios. Pero entre tantos pesares como recordaba no salían jamás de su boca los nombres de la señora Favrot y su hija.

– ¿Me conoces?, preguntó la señora Jalín acercándose á la cama, con los ojos inundados en lágrimas.

Marcela la miró; pareció recogerse un momento para recordar el timbre de su voz y luego continuó hablando como si nadie estuviera allí.

– Cuando me acuerdo, decía la planchadora, enjugándose los ojos, de que yo tengo la culpa de que esta niña esté aquí, en verdad, señorita, me pregunto si he obrado bien.

– Sí, contestó con firmeza ésta. Suceda lo que suceda, aun cuando..., ¡no, no quiero pensarlo! Suceda lo que suceda, esta niña habrá sido cuidada y lo habré hecho yo, yo que siento el corazón contento con tenerla á mi lado y ocuparme en cuidarla. Paréceme que vuelvo á mi juventud, no sé por qué.


La enfermedad fué larga

La vieja solterona respiró, recordando que en otro tiempo había soñado con ser esposa y madre, como todas las mujeres.

¿Hay, en efecto, alguna que en el fondo de su alma, siquiera en los lejanos tiempos de su juventud, no haya soñado en el velo blanco de las desposadas y en la canastilla de los recién nacidos?

– La señorita va á matarse si esto continúa así, gruñó Rosa, que acababa de entrar en la sala. No quiero que la señorita enferme.

– ¿Y si á mí no me importa?, replicó bruscamente la solterona.

– A pesar del respeto que debo á usted, le haré observar que esto no es incumbencia suya.

– ¿Cómo que no es asunto mío, Rosa? Rosa, ¿estás loca?

– No, señora. Como soy yo quien tengo que cuidar á usted si se pone mala y tengo ahora ya bastante trabajo con la chiquilla, he aquí por qué no quiero que usted enferme.

Rosa hablaba con tono brusco, pero respetuoso; su ama la miró y no pudo por menos de reirse.

– Vieja loca, le dijo afectuosamente, hace treinta y cinco años que me sirves y ¿aún no me conoces? Veamos qué quieres.

– Quiero que la niña pase á otra habitación, donde yo la velaré, y que la señorita vuelva á su cama, que es una lástima ver cómo se echa á perder con el hielo que propina ese demonio de médico.

– No quiero que salga de este cuarto, replicó la solterona. Pon una cama de hierro en el sitio en que está la cómoda.

– ¡La cómoda! ¿Y dónde pondrá usted entonces la ropa blanca y las corbatas?

– Me estás fastidiando, Rosa; guardaré la ropa donde me parezca; pero entretanto haz lo que te digo, trae una cama de hierro y quita la cómoda, ó si no, continuaré durmiendo en el sofá.

Rosa salió refunfuñando y al cabo de una hora había en la habitación una cama pequeña de hierro con barandillas y sábanas limpias, donde pusieron á Marcela, que no pareció advertir el cambio.

– Y ahora que todo queda arreglado, dijo la vieja sirvienta, y que la niña parece que está tranquila, voy á buscar una hermana de la Caridad

– No, dijo la señorita Herminia.

– Si el doctor lo ha ordenado. .

– ¿Lo ha escrito en la receta?, preguntó con ironía la anciana.

– No, contestó Rosa con voz firme; pero estoy segura que ha dicho que alguien debía velar á la niña.

– Yo, contestó la señora Jalín, ofreciéndose de todo corazón aun á riesgo de perder su clientela.

La señorita Herminia la miró como con despego.

– Usted, ¿y por qué usted? Este es asunto mío. ¡Dios mío! ¡Y qué extrañas son las personas! Uno dice al hospital del Niño Jesús, otra que va á buscar una hermana de la Caridad, usted que quiere velarla; y yo, ¿qué voy á hacer durante este tiempo? ¿Es ó no á mí á quien Dios la ha enviado? Sin duda el Señor ha hecho que llegara á mí para demostrarme que se puede servir para algo más que para ser una egoísta caprichosa. Cada vez que me acuerdo que hay en este mundo niños que sufren y lloran y padecen hambre, en tanto que yo vivo vida regalada con Rosa y mis pájaros y mis gatos, no puedo menos de preguntarme si lo que he hecho hasta ahora no ha de acarrearme alguna gran calamidad, como la pérdida de mi fortuna que no he sabido emplear.

– ¿A la señorita le parece que no es bastante caritativa?, gruñó Rosa retorciendo una punta del delantal, prenda que indicaba que iba á fregar los platos. La señorita está inscrita por cien francos en la lista de beneficencia y por cien más en la parroquia. ¿Cree usted que hay muchas señoras que hagan lo propio?

– ¿Quieres callar?, dijo la señorita con un gesto lleno de dignidad, á pesar de la amistosa amenaza que encerraban sus palabras.

Rosa desapareció en las profundidades del sótano sin dejar de murmurar. La solterona se inclinó sobre la cama de Marcela que dormitaba, y dijo:

– Hermosa mensajera de la Providencia: te salvaremos; porque si no, me consideraría yo muy desgraciada.

XVII

La enfermedad fué larga. Muchas veces, deteniendo sus miradas en la cama en que el pálido rostro de Marcela descansaba extenuado sobre la almohada después de los accesos de fiebre, la buena señora se preguntaba si todo aquel trabajo que se tomaba resultaría inútil. La solterona no lloró; durante tantos años había sentido humedecerse sus ojos ante el relato de dolores imaginarios, que aquéllos, reales y punzantes, le parecían demasiado grandes para traducirse en lágrimas.

¿Por qué se había despertado en ella tal simpatía hacia aquella niña desconocida? Nadie podría decirlo. Quizá era la ingenua fe que tenía Marcela en su buen corazón; quizá una voz que venía de lo alto se la imponía; quizá, como había dicho á la señora Jalín, el vacío de una vida sin objeto que de repente encontraba noble campo á su actividad se la había infiltrado. Pero sea cual fuere la causa, la anciana no se apartó noche ni día de la cabecera de la cama, ni advirtió la fatiga que cernía sus ojos, ni las arrugas que ahondaban en sus mejillas, hasta que al cabo un día le dijo el médico:

– La niña se ha salvado.

¡Salvada! Sí, lo estaba; pero ¡cuántos cuidados, cuántas atenciones, qué refinamientos de delicadeza para reanimar en ella la antorcha de la vida que todavía vacilaba! La convalecencia, que fué larga, pareció deliciosa á la buena anciana y á la pequeñuela, á quienes resultaba una fecha memorable cada paso que se adelantaba hacia la vida.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA HORA EN CHINA POR EL SOL, EL AGUA Y EL FUEGO

Así como el sol y el agua han sido empleados por los astrónonos para conocer la hora, el fuego ha servido para indicar las velas de noche. La noche se dividía en cinco velas, que comenzaban al ponerse el sol y terminaban cuando éste salía, y que, como ya explicamos en el artículo *Clepsidra china de Cantón*, publicado en el número 718, eran más ó menos largas, según fuese invierno ó verano.

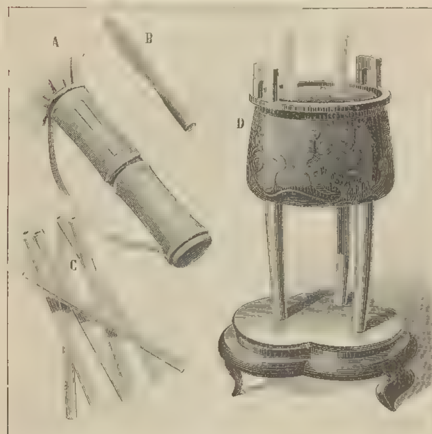


Fig. 1. – A B. Bambú para tocar las horas durante la noche. – C. Palos ardientes aromáticos. – D. Vaso de metal para los palos ardientes


Fig. 2. – Bastón ardiente arrollado en forma de espiral para indicar las horas

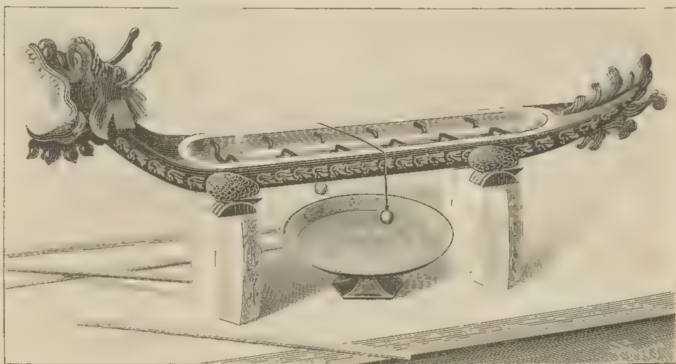
El anuncio de las velas tenía un doble objeto, indicar la hora y comprobar que no se descuidaba la vigilancia. Como en China estaba prohibido circular de noche por las calles, á menos de casos excepcionales, los guardias habían de interrogar á todos los que en aquellas horas estaban fuera de su casa. Algunos de estos guardias llevaban en la mano izquierda un cilindro de bambú hueco, sobre el cual golpeaban con la derecha, no sólo para atestiguar su vigilancia, sino que también para indicar la hora (fig. 1, A B). A veces este pedazo de bambú ó de madera en vez de ser cilíndrico tenía la forma de un pescado de 80 centímetros de largo por 15 de diámetro

En 1668, Miguel Magalhaens escribía en su *Nueva relación de la China:* «En todas las ciudades y villas del Imperio hay dos torres, la del Tambor y la de la Campana, desde las cuales se anuncian las velas de noche. Al comenzar la noche ó la vela, el centinela da varios golpes en el tambor y la campana le responde en seguida. Luego durante el primer cuarto el centinela da un golpe en el tambor y el otro centinela da inmediatamente otro con un martillo en la campana: un rato después, el tiempo de un Credo próximamente, dan cada uno un golpe en el tambor y en la campana, y así continúan hasta que empieza la segunda parte de la noche; entonces cada uno da dos golpes, y prosiguen en la forma antes indicada hasta la tercera vela en que dan tres golpes; en la cuarta vela dan cuatro, y cinco en la quinta, y al despuntar el día redoblan los golpes, como hicieron al principio de la noche. De este modo, á cualquier momento de la noche que uno se despierte, si el viento no es contrario, óyese la señal y se sabe qué hora es.»

El fuego servía á los chinos para medir las velas. He aquí el procedimiento de que se valían: reducían á polvo una madera especial, y con él formaban una pasta, con la cual componían cuerdas y bastones en formas diversas (fig. 1, C). Para los ricos se empleaban maderas de esencias raras y los bastones hechos con éstas tenían un dedo de longitud, al paso que los otros eran de dos ó tres metros y del grueso de una pluma de pato. Estos palos ardían delante de las pagodas y se utilizaban para llevar el fuego de un lado á otro. A menudo se clavaban estos bastones en unos vasos de metal llenos de ceniza, y esta posición vertical permitía seguir con la vista su combustión (figura 1, D). Como estos bastones, al arder, no daban luz, sólo servían para indicar la hora en el interior de las casas y para perfumar al mismo tiempo las habitaciones. Cuando estos bastones tenían cierta longitud estaban arrollados formando una espiral cónica (fig. 2); su combustión duraba entonces varios días y á veces un mes y más: se les suspendía por el centro y se encendían de noche. Esta manera de medir el tiempo era tan exacta, que nunca se comprobaba un error considerable.

Es curioso comparar este medio horario chino con el que se empleó en Francia durante la Edad media, en que la duración de los cirios servía también para indicar la hora de noche. Estas candelas se graduaban como los bastones de los chinos. San Luis se servía de este medio primitivo, que también utilizaba Carlos V.

Estas mechas y estos bastones usados en China al mismo tiempo que indicaban la hora servían de despertador: cuando un chino quería despertarse á determinada hora de la noche, suspendía un pequeño peso de metal exactamente en el punto de la mecha ó del bastón adonde debía llegar el fuego en la hora indicada. En el momento preciso el peso se desprendía por sí mismo y caía en un cubo de cobre: el ruido de su caída era bastante fuerte para despertar al que dormía. Este sistema era tan sencillo como económico, puesto que un bastón cuya combustión duraba un día valía solamente tres dineros. La figura 3 representa un dragón de metal que se conserva en el Museo del Louvre: este aparato debía servir únicamente para la combustión de los bastones odoríferos.


Fig. 3. – Dragón de palos ardientes para indicar las horas (Museo del Louvre)

Los chinos, además de estos relojes, poseían otros mecánicos en el siglo XVII, época en que conocieron los primeros aparatos de estos, que fueron allí importados en 1654. A este propósito se lee en las memorias concernientes á la historia, ciencias y artes, escritas por los misioneros de Pekín en 1782:

Prefacio ó introducción á las instrucciones sublimes y familiares de Cheng-tzu-Guogen, escrito por el emperador Yung-Tching, que reinó en 1723 á 1735 y que había redactado de memoria esas instrucciones de Kang-hi, su padre, que había permanecido en el trono desde 1662 á 1722. Decía: «A fines de la dinastía de los Mings (primeros años del siglo XVII) los europeos entraron en China y construyeron por vez primera uno ó dos relojes de sol que los emperadores de los Mings estimaron como tesoro precioso. Hacia el año décimo de Chung-Tchi (1654), el emperador Chi-Tzu-Hoang-ti recibió de estos mismos europeos un pequeño reloj de péndulo que tocaba por sí mismo las horas, y del cual no se separaba nunca. Después tuvo otros mayores. Construyéronse algunos parecidos en cuanto á la forma exterior, á las ruedas y á las esferas interiores; pero como no se conocía el modo de fabricar los muelles para que fuesen flexibles y elásticos á la vez, no resultaron exactos.

»Habiendo aprendido después de mi advenimiento al trono la manera de trabajar estos muelles, he fabricado centenares y millares de relojes que marcan el tiempo con gran exactitud: he hecho componer el reloj que da las horas, el primero que fué regalado al emperador Chi-Tzu-Hoang ti y al cual tenía éste en tanta estima; ahora marcha perfectamente y á vos lo confío. Vosotros, jóvenes todavía, guardad para vuestra distracción diez ó doce de estos relojes que dan las horas y que yo os he regalado. ¿No os parece esto agradable? Eternamente debéis acordaros con un sentimiento de gratitud de las ventajas acumuladas que os han sido comunicadas por vuestros antepasados y por vuestro padre.»

Hacía 1680 Khang-hi creó en el recinto del palacio talleres de relojería á los cuales llevó artesanos y obreros de todos los puntos del imperio El monopolio del oficio fué concedido á los cristianos indígenas, á quienes los misioneros habían enseñado á trabajar. Estos obreros no debieron ser muy hábiles, puesto que más de cien años después, habiéndose deteriorado durante el viaje tres relojes ofrecidos al emperador en 1795 por la embajada de la Compañía á Indias, tres relojeros al servicio de la corte fueron á ofrecer sus servicios á la embajada; pero el mecánico de ésta no pudo entenderse con ellos y rechazó su ofrecimiento, prefiriendo tres misioneros residentes en Pekín que le parecían más aptos, aunque no fueran del oficio. Y en efecto, con el auxilio de éstos la reparación se hizo de una manera conveniente.

Cuando se estudian las piezas que los relojeros chinos han construído, sólo se ven en ellas copias imperfectas de los relojes europeos: nada modificaron en los movimientos cuyos modelos tenían, y en cuanto á las formas exteriores de las cajas, si bien les han dado un carácter chino, no han producido nada verdaderamente notable.

Los chinos se han dejado aventajar en mucho por los japoneses, así en la perfección mecánica como en el arte decorativo.

Generalmente el aspecto de los relojes chinos choca á veces á la vista por la mezcla de elementos chinos y europeos que en ellos se encuentra.

Sin temor de ser exagerados, podemos afirmar que los chinos no han producido relojería mecánica propiamente dicha: no han sido en este punto más que malos copistas.

PLANCHÓN

EL MARQUÉS DE LA HABANA

El día 5 del corriente falleció en Madrid el ilustre general D. José Gutiérrez de la Concha, marqués de la Habana.

Nació éste en Córdoba de Tucumán en 1809, y á la muerte de su padre, que pereció en 1814 víctima de la insurrección de Buenos Aires, fué traído á España, ingresando en 1822 en el colegio de Artillería, del que salió de subteniente en 1826. Durante los años 1829 y 1830 fué profesor de matemáticas en los colegios de Artillería de Madrid y Alcalá, y desde 1832 á 1841 batióse constantemente contra los carlistas en el Norte, conquistando todos sus grados hasta el de coronel por méritos de guerra y ganando varias cruces de San Fernando. A consecuencia de los sucesos políticos de octubre de 1841 pidió su retiro, tomando más tarde parte en el movimiento de 1843, por lo que fué nombrado brigadier y jefe del Estado Mayor del ejército expedicionario de Cataluña. En 1844 ascendió á mariscal de Campo y en 1846 á teniente general por haber sofocado la rebelión de Galicia.

En 1850 pasó á Cuba de capitán general, y en 1854 pidió el retiro para combatir al gobierno, y habiéndosele negado, renunció á su empleo y emigró hasta que triunfante la revolución de 1854 volvió al ejército con todos sus empleos y condecoraciones y fué por segunda vez nombrado capitán general de Cuba.

En 24 de abril de 1868 ascendió á capitán general.

Su carrera política no fué menos brillante que la militar. Representó el distrito de Logroño desde 1844 á 1847, fecha en que obtuvo el nombramiento de senador vitalicio que desempeñó hasta la revolución de 1868. Fué senador electivo de 1871 á 1873 y en 1876, y desde 1877 hasta su muerte, por derecho propio.

Además, durante los años 1863 y 1864 estuvo al frente del ministerio de la Guerra é interinamente de los de Ultramar y Marina, y en 1868 presidió el Consejo de ministros y desempeñó la cartera de Guerra nuevamente.

Al estallar la revolución de Septiembre se trasladó á Francia, permaneciendo alejado de la política hasta que después del golpe de Estado de 3 de enero de 1874 se ofreció al gobierno y aceptó la capitanía general de Cuba.

En los primeros tiempos de la restauración figuró en el partido conservador; luego fué jefe del centro parlamentario, y después afilióse al partido fusionista, mandando el cual parecía estar vinculada en el marqués de la Habana la presidencia del Senado, que actualmente ocupaba.

En 1857 fué agraciado con el título de Castilla que ostentaba, y en 1864 se le otorgó la grandeza de España de primera clase.

Era Gran oficial de la Legión de Honor y estaba en posesión de las más importantes condecoraciones nacionales y extranjeras, así civiles como militares. Era caballero del Toisón de Oro y ostentaba en su pecho tres cruces laureadas de San Fernando.

Su entierro, verificado el jueves último, fué una grandiosa manifestación de duelo, á la que se asoció todo el pueblo de Madrid, que se agolpaba en las calles por donde debía pasar la fúnebre comitiva. El cadáver, precedido del escuadrón que le daba guardia de honor, fué colocado en un formón de artillería, sobre el cual, además de las insignias de su cargo, figuraban dos coronas, la de la Reina y la de la guarnición de Madrid. Las demás coronas iban en varios coches detrás del féretro, del que pendían varias cintas llevadas por representaciones del Senado, del ejército y de la armada. Presidían el duelo los ministros de Estado y de la Guerra, el jefe del cuarto militar de la Reina, el duque de Sexto por el capítulo del Toisón, el obispo de Sión y los nietos políticos del finado.

El desfile de las tropas que cubrían la carrera se verificó frente á la capitanía general. Fuerzas de caballería é infantería acompañaron el cadáver hasta el cementerio, tributándole los honores de ordenanza, que han sido los de capitán general con mando en plaza.

En el acompañamiento figuraban todas las eminencias de la política de todos los partidos y de todas las clases sociales.

Con el venerable marqués de la Habana ha desaparecido uno de los hombres que más participación han tenido en la historia política y militar de España en nuestro siglo.



D. JOSÉ GUTIÉRREZ DE LA CONCHA, MARQUÉS DE LA HABANA, fallecido el día 5 del corriente



La recolección de flores en Valencia, dibujo original de Joaquín Agrassot

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 18 de noviembre de 1895 — Núm. 725



EL GRABADOR CHODOWIECKI EN SU TALLER, cuadro de P. Meyerheim,
reproducido con autorización de la Sociedad Fotográfica de Berlín

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

El Oriente y confusión allí de la vida humana y de la vida puramente animal. – Animales mitológicos, todos de Oriente. – Proyectos de restaurar fiestas griegas. – Recuerdos de la fiesta de Baco. – El otoño en noviembre. – La muerte con motivo de la conmemoración de los difuntos. – Teosofía. – La duquesa de Pomar. – María Estuardo. – Conclusión.

I

Mucha boga obtiene hoy el Oriente. Con motivo de Armenia, el mundo habla mucho de Creta, del Epiro, de todas las regiones helénicas, sometidas ó no al imperio turco. Así Grecia ocupa un primer lugar en esta boga. Sobre los pedazos libres de la península, reina un rey constitucional; y este rey constitucional pertenece por su nacimiento al pueblo dinamarqués. A pesar de origen tal, se interesa por todas las cosas griegras, como si hubiese nacido en Grecia. Y quiere presentar á Europa evocados por él aquellos juegos olímpicos é ístmicos, que tanto privaran en el mundo antiguo. Pero ¿dónde hallará las hermosas especies animales que ayudaban en estas festividades á los griegos? El caballo hacía entonces al caballero, porque semejaban los atléticos jinetes y sus cabalgaduras un solo cuerpo. Eran entonces más estrechas que ahora las relaciones entre el reino humano y el reino animal. Los pueblos y hombres de Oriente no pueden desasirse á la compañía de los animales. En sus faunas respectivas échase de ver el origen asiático que traían todas las divinidades helenas. El águila de Júpiter ha batido sus alas en las montañas de Oriente. Desde la India viene aquel pavo real que ostenta sus multicolores plumas al pie de Juno en rueda brillantísima. Montada en toro pujante vino Europa, y conducida por palomas Venus. Siguen los perros á Diana cazadora, y atisba la lechuza de Minerva con su estrecha retina las espesas sombras. Pues bien: de todas las plantas, de todos los litúrgicos animales, ninguno tiene la importancia que aquella tentadora serpiente, consagrada en el simbolismo universal con tantos y tan diversos caracteres. La serpiente, después de haber recorrido las orillas de los ríos sacros en la India, tienta nuestra primera madre, lo mismo según la Biblia judía, que según la Biblia caldea; escupe todos los males sobre la tierra empapada en su ponzoña; contrasta el poder de Jehová por los desiertos de Madián, á la vista misma de Moisés; se arrastra en las orillas del Nilo y en los santuarios de Siria; entra por los poemas cosmológicos del Asia y del Africa; cae herida sobre los territorios helénicos á las flechas de Apolo; sube al péplum de Minerva en Atenas y á la vara del divino Esculapio para significar la ciencia, y concluye por presentarse quebrantada bajo las plantas de María en nuestra liturgia católica.

II

¿Cómo comprender hoy esta especie de coasociación entre los animales y los hombres? ¿Cómo resucitar el sentimiento candoroso y puro, á cuyas sugestiones obedecía la casta desnudez de los helenos, incomprensible á nuestra civilización pudorosa? ¿Cómo reducir la mayor parte de una educación moderna, después del cristianismo, á la gimnasia y á las matemáticas y á la música, para que todo fuese armonía, cual entonces, ahora? Pensad en una fiesta báquica y veréis cuán religiosa en aquellos tiempos, cuán indecente hoy, en este nuestro tiempo. Este culto enardecía los sentidos y los llevaba, con los vapores de sus embriagueces, á una exaltación que así disponía de los nervios como de las ideas. El vino, mezclándose con la sangre, le prestaba fuego y la enrojecía de púrpura. El calor suyo impelíala con soberano impulso por las venas. Así desde la viña hasta la bodega obtenían templos. La fibrosa y obscura cepa, el flexible sarmiento, los pámpanos tan artísticos en su corte, las uvas cristalinas, el racimo en que los granos se agrupan como las piedras preciosas en joyeles, el zumo rebosante del amplio lagar y recogido en el ánfora, por tal modo encantaron á los pueblos primitivos, que constituyeron éstos en su honra una religión de la naturaleza y un culto de doble carácter, sensual y litúrgico. Ceres y Baco formaban toda la teología del agrícola y de su agricultura, todos sus cultos. El primer culto se presentaba con mayor serenidad, personificado en matronas castísimas; el segundo vivía de naturales enardecimientos, personificado en joven voluptuoso. Pocos dioses habrán llegado á Grecia de tan lejos, ni revestido tantas formas varias en su larguísima carrera. India lo había engendrado; Caldea lo había puesto en sus palacios junto á sus reyes; Frigia le había encendido las venas y prestádole su voluptuosa flauta; Grecia, por último, desvistiéndole de ropas sacerdotales y regias, completamente inútiles, habíalo lanzado desnudo en los senos de la naturaleza, henchida de sensualidad, después de rejuvenecerlo en su inspiración y prestarle su armoniosísima y serena hermosura. Desde aquel sacerdote que iba envuelto en los pliegues de su túnica oriental, coronado con altísima tiara y ceñido con litúrgicos cinturones, de barbas tan luengas y de tan ricas estolas, grave y reposado, hasta el egebo medio ebrio, cuyos ojos encendidos por el vino se pierden allá en visiones rojas, y cuyo cuerpo desnudo se apoya en la parra, llevando en sus manos copas y flautas, coronado de pámpanos y hiedra, con todo lo cual esparce por doquier su propia voluptuosidad, hay una serie tal de transformaciones sucesivas que muestran cuánto viven las ideas y cuán múltiples y ricas aparecen siempre sus formas en la inmensa metamorfosis á que todos los seres se hallan sujetos por combinaciones de las fuerzas cósmicas dentro del inconmensurable é infinito universo. La hiedra, que facilita las evaporaciones del vino y conjura las borracheras nefastas; el tirso, donde las culebras enlazan sus colas y enseñan los áspides en sus fauces entreabiertas; la piña, que remata los trofeos y timbres del vendimiador; la cesta, que guarda los objetos sacros del culto báquico; el toro, que puebla con sus mugidos los aires y salta gozoso y valerosísimo sobre sus pastos; la liebre, representando una fecundidad muy bendecida por los labradores, que aprovechan los animales útiles con los domésticos y de labor y de carga; el cabrito, de velludas pieles y retorcida cornamenta; el asno aquel de tan fuertes rebuznos que aterró á los fabulosos gigantes; la flauta frigia, compañera de una vendimia opima; el címbalo, á cuyos sonidos trénzanse los bailes voluptuosos; la máscara, copiada de los embadurnamientos con que pintaban sus caras de mosto los alegres silenos; la carreta cargada de cubas, y en la cual surgió de las facecias graciosísimas entre los cargadores el teatro clásico; los sátiros, corriendo en busca de las bacantes; todo el simbolismo báquico ha dejado tales huellas de su paso en los viñedos y en los lagares, que todavía vemos ahora, en el mes de noviembre, por las tardes sublimemente tristes del otoño, cuando sobre los pámpanos áureos y rojos se alzan los montones de racimos dispuestos para entrar en los apercibidos cenachos, y rompiendo el enlace de los sarmientos van las últimas rebuscadoras en pos de los olvidados rebujos, entre los primeros cierzos que azotan la faz y las postrimeras despedidas lanzadas con tristes píos en el aire perfumado de mosto por las retardadas golondrinas.

III

Grande transición desde las fiestas báquicas á la conmemoración de los difuntos. Pero no hay otro remedio, pues imposible hablar del otoño, sin hablar de la vendimia y de la muerte. A mí el dolor y la muerte me han hablado siempre de religión. Hay quien ha pensado suprimir el dolor; quien ha creído suprimir la muerte. ¡Grave error! En el límite donde comienza el sentimiento, comienza el dolor, que es compañero eterno de la vida, y nos avisa de nuestras faltas, y nos auxilia en nuestros grandes trabajos, porque no podemos alcanzar la verdad sin esfuerzos, ni llegar al bien sin combate, ni desear lo perfecto sino con esa sed insaciable, señal del origen celeste é infinito de nuestra alma. Desgraciados de nosotros el día en que se acabara el desasosiego de nuestro ser, porque con ese desasosiego se acabaría también lo más noble, lo más sublime de la vida. Y lo que digo del dolor, digo de la muerte. ¡Ah! El hombre sería un eterno bufón, si no supiese que al menos ha de haber un acto solemne, trájico, sublime, alguna vez en su existencia: la muerte. La tememos, porque no la miramos frente á frente, porque nos hemos propuesto olvidarla en medio del ruido y las algarabías del mundo. Pero la muerte no mata, la muerte no aniquila; es un nacimiento á otra vida, y parece una descomposición, porque nunca brota el tallo sin descomponer la semilla, ni el fruto sin secar la flor, ni una nueva forma sin borrar las formas antiguas en el crecimiento y progreso de todos los seres. Si no hubiera muerte no habría renovación; sería la naturaleza un lago inmóvil y podrido; la humanidad, una vieja impotente y preocupada. El sepulcro es una cuna. Mientras nosotros lloramos un muerto, como la personalidad tan trabajosamente conquistada no puede perderse, en ese muerto ven otros seres un recién nacido; porque la vida es infinita. Y mientras haya dolor y haya muerte, habrá religión. El raciocinio no se quedará inmóvil á las puertas del sepulcro, y abrirá allí sus alas luminosas la fe. Si quitáramos el dolor, si quitáramos la muerte, acaso podríamos quitar la fe. Pero al quitar el dolor, al quitar la muerte, convertiríamos el mundo en vicioso harén y el hombre en eterno sultán; pero en un sultán reducido, por el opio del placer, á un eterno imbécil. Una vida en que no cae una lágrima, es como uno de esos desiertos en que no cae una gota de agua: sólo engendra serpientes. Si quitamos de la frente del obrero el sudor; de las grandes causas el martirio; de la obra del artista la pena; del amor la tristeza; de la vida esa corona de ciprés que se llama la muerte, no habrá fe, pero tampoco habrá ni virtud, ni esperanza, ni poesía, ni belleza moral en el mundo: que todo lo grande nace del dolor, y crece al riego de las lágrimas.

IV

Y puesto que hablamos de la muerte, hablemos de una muerta célebre, á cuyo recuerdo consagran muchas columnas los periódicos de Londres y París: hablemos de la célebre duquesa de Pomar. Pocas mujeres han cultivado en el mundo las ideas como esta mujer extraordinaria tenía costumbre y hábito de cultivarlas. Así creía en Dios y predicaba la idea de Dios en los salones más ajenos á todo aspecto de templo y entre las gentes más dadas al cuerdo del ateísmo y al culto de la materia. Su conversación parecía la conversación de una Hipatia, de aquella célebre joven alejandrina, verdaderamente adorada de Platón y de Pitágoras en el seno de las ciudades orientales recién cristianizadas. Y con efecto, la duquesa de Pomar profesaba la idea de Dios como los platónicos, y con la idea de Dios profesaba el dogma pitagórico de cierta transmigración de las almas desde unos cuerpos á otros cuerpos y desde unos seres á otros seres. Y así como acertaba en todo lo referente al dogma de Dios y había que oirla y leerla cuando trataba de su existencia, desvariaba en todo lo referente á la transmigración de los espíritus y á sus comunicaciones continuas y diarias con los vivos. Por virtud de tal desvarío imaginaba llevar en su alma el alma de María Estuardo, y con María Estuardo identificarse, así en su hermoso rostro como en su regia figura. El desvarío llegó hasta reproducir el palacio escocés de María en una calle parisiense y erigirle á la reina una estatua que dicen las gentes era el propio retrato de la duquesa reemplazando al rostro de la infortunada regia mártir. Con tales ideas, ó mejor dicho, con tales supersticiones, imposible que llegase á desasirse del empeño de todos los creyentes y de todos los supersticiosos, del empeño de comunicar y transmitir sus creencias al público. Así el palacio suyo fué una grande universidad de dogma espiritista. No hay que maravillarse mucho si acudía grande número de gentes. A la prestancia personal, á la palabra elocuente, á las ideas filosóficas unía la duquesa un culto casi religioso al principio de la paz universal y una caridad por los pobres que le daban aureola superior á los resplandores de su hermosura y de su ciencia. Los pobres que la lloran en París hacen la mejor oración fúnebre que puede consagrarse á tan extraordinaria mujer. Dios la tenga en su seno.

Madrid, 8 de noviembre de 1895.

Excmo. Sr. D. José de Salamanca y Mayol

NACIÓ EN MÁLAGA EN 1811
MURIÓ EN MADRID EN 1883

SEMBLANZA

Malagueño, decidor, alegre, simpático, buen mozo, espléndido, audaz sobre toda ponderación, hubo un tiempo en que parecía haber esclavizado á la fortuna, que en sus últimos años le volvió la espalda, como si quisiera justificar el dicho de Carlos V, según



Excmo. Sr. D. José de Salamanca y Mayol

el cual la inconstante diosa, mujer al fin y al cabo, se enamora de los jóvenes y abandona á los viejos.

D. José Salamanca, dotado de un talento clarísimo y de una imaginación brillante, siguió la carrera de abogado, y nombrado juez de primera instancia desempeñó por algún tiempo el juzgado de Monóvar, en la provincia de Alicante.

Como en aquellos tiempos la inamovilidad judicial estaba muy lejos de ser un principio respetado por los ministros, supongo que cuando cayera el que lo nombró, su sucesor dejaría cesante al futuro banquero para colocar á algún protegido.

Sea mi suposición exacta, sea que él renunciara espontáneamente su empleo, cosa que me parece poco probable, el dato no es de gran importancia para la historia, ni el hecho creo que ejerciera una influencia decisiva en la suerte de aquel hombre extraordinario.

Salamanca no había nacido para andar por esos mundos de Dios, siguiendo modesta y tranquilamente la carrera judicial; y apenas puede uno figurárselo embutido en la toga, en el fondo de mezquino despacho, debajo de un dosel polvoriento, detrás de una mesa vieja llena de legajos, sentado en raído sillón, dictando entre bostezo y bostezo el auto que demanda el pedimento de que le dan cuenta, ú oyendo, sin escucharlo, el informe de un abogado ramplón en un pleito sobre pago de quinientas pesetas.

Tengo para mí que de todos modos hubiera sido lo que fué, y por eso no doy importancia al hecho de que perdiera su destino por voluntad propia ó por resolución del ministro.

La cesantía en todo caso no haría más que anticipar los acontecimientos.

***

Un banquero de Málaga con quien tenía relaciones de parentesco le confió una comisión importante en Madrid.

Su aparición en la capital de España fué un verdadero acontecimiento.

Aquel cesante que se metía en todas partes, no con carácter de pretendiente, sino con aire de conquistador, que trataba á los ministros de alto á bajo, que asombraba por su audacia, que todo lo revolvía, que vestía con suprema elegancia y hablaba con singular desparpajo, que asombraba á los hombres por su talento y seducía á las mujeres por los encantos de su trato y sus esplendideces de nabab, que despreciaba los millones cuando en realidad se ignoraba si tenía una peseta que pudiera llamar suya, era un hombre destinado á ejercer grandísima y provechosa influencia en el progreso material de España.

Alto, guapo, simpático, alegre, teniendo siempre á mano un chiste ó un cuento oportuno para salir de una situación apurada ó contestar un argumento irrefutable, tratando á la fortuna, no como diosa inconstante, cuyos favores hay que solicitar con cautela, sino como esclava sumisa á quien se puede mandar con imperio, se impuso en todas partes, lo mismo en el mundo de la política que en el de los negocios, y dominaba igualmente en la Bolsa que en los bastidores de teatros.

Se dijo que Rubí había querido retratarle en el protagonista de su comedia *El arte de hacer fortuna*. Es posible, pero en realidad el original valía mucho más que el retrato. Salamanca, aun mirado desde el punto de vista artístico, era muy superior al D. Facundo Torrente que creó la imaginación del poeta.

***

Habiendo comenzado por negocios tan enormes como el contrato de los azogues de las minas de Almadén y el arrendamiento de la renta de la sal, entonces estancada, concibió el proyecto de dotar á su patria de ferrocarriles. Solicitó y obtuvo diferentes concesiones, y la línea de Madrid á Aranjuez fué la segunda de las que se inauguraron en España. La primera había sido la de Barcelona á Mataró, construída por una empresa catalana.

Para entretener sus ocios emprendió muchas veces jugadas de Bolsa colosales.

Y aquí del terror de los bolsistas.

«¡Salamanca compra! ¡Salamanca vende!,» se decían unos á otros, y todos procuraban hacer lo que él. Lo malo es que muchas veces vendía ostensiblemente diez y compraba ciento por segunda mano, de suerte que era imposible saber con verdad si estaba al alza ó á la baja.

En cierta ocasión formóse contra él una conjuración terrible, en la que entraron altos y bajos, deseando derribar al coloso.

Todos los especuladores estaban á la baja.

Salamanca solo sostuvo los cambios, comprando cuanto se vendía, no sólo en Madrid, sino en todas las plazas donde se cotizaban valores españoles.

Y llegó el fin del mes y vino el alza.

Es inútil pintar la consternación de los bolsistas, especialmente de la gente menuda, que se veía arruinada.

Al llegar el momento crítico, Salamanca se presenta en el vetusto edificio de la plaza de la Leña, sube al *parquet* de los agentes, empieza á romper en menudos pedazos las pólizas de venta de que llevaba atestados los bolsillos, y tirando lo más lejos posible una lluvia de papelitos, que minutos antes significaban la desesperación de muchas familias, grita alegremente:

– Perdono á *tutti*.

No hay que decir la ovación que le hicieron aquellos especuladores, entre los cuales algunos estarían quizás pensando en el suicidio.

Salamanca dejó de cobrar bastantes miles de duros, pero evitó muchas lágrimas.

***

Acostumbrado á que nada le resistiera, tuvo no sé qué diferencias con la empresa de diligencias que explotaba el servicio entre Madrid y Sevilla, y se propuso arruinarla.

Hizo que le presentaran á un militar retirado, que pasaba por entendido en esa clase de negocios, conferenció con él durante una hora, y en aquellos sesenta minutos quedó resuelto montar un servicio que compitiera con el existente en rapidez, comodidad para los viajeros y precios de transporte.

Puestos los dos de acuerdo, Salamanca llamó á su cajero y le dió sencillamente esta orden:

– Déle usted al señor lo que le pida.

Y no se volvió á ocupar más del asunto.

El comisionado no anduvo ni torpe ni perezoso. El mismo día salió para el extranjero, compró, sin reparar en el coste, los mejores coches que pudo encontrar, y antes de un mes estaba establecido el nuevo servicio.

La Compañía de postas peninsulares era poderosa y recogió el guante.

La competencia se entabló principalmente en los precios.

La empresa antigua llegó á poner sus billetes gratis.

Salamanca no sólo llevaba de balde á sus pasajeros, sino que les daba de comer espléndidamente en el camino.

Por fin los dos rivales lograron ponerse en paz, y las diligencias de Salamanca desaparecieron.

***

Metido en política, desde que se lanzó á los negocios fué diputado y ministro de Hacienda.

Lo hizo bastante mal, como ha sucedido á casi todos los banqueros; cayó pronto, y en poco estuvo que no saliese procesado.

El ministerio de Hacienda es más propio para los hombres de administración que para los de negocios.

Enemistado con Narváez, conspiró contra él y se le acusó, al parecer con fundamento, de haber facilitado medios para uno de los muchos alzamientos populares que realizaron los progresistas contra los moderados.

Refugiado en una embajada, la policía le acechaba para prenderle, y Narváez decía que lo fusilaría en cuanto lo cogiese.

D. Ramón era muy capaz de cumplir su palabra, y fué necesario pensar en sacarlo de Madrid.

Una mañana salió de la Dirección de carabineros con destino á la frontera de Portugal una partida de tropa de aquel instituto, mandada por un sargento.

Éste no era otro que D. José Salamanca, el cual, con sus polainas de paño, su morral á la espalda y el fusil al hombro, consiguió ponerse en salvo.

Quien combinó esta fuga y proporcionó los medios de realizarla fué D. Fernando Fernández de Córdova, capitán general de Madrid é íntimo amigo del banquero.

Cuando dos ó tres días después se divulgó la noticia, Narváez montó en cólera y tuvo con Córdova una escena terrible, en que el capitán general anunció su dimisión.

Por la noche, cuando iba á entregársela, el presidente del Consejo, que había ya reflexionado, le recibió risueño y le dijo, tendiéndole la mano:

– La verdad es que han *estao* ustedes muy *zalaos*, *zeñó* D. Fernando, muy *zalaos*.

Y no se habló más del asunto.

***

Vuelto á Madrid al poco tiempo, llegó al apogeo de su fortuna.

Al frente de las empresas más importantes derramaba el oro á manos llenas, y cuanto más derrochaba más tenía, como si los hechos quisieran justificar su teoría, según la cual hay dos maneras de enriquecerse: guardar ochavos ó tirar millones. Él había optado por la segunda.

Entonces fué cuando varios escritores de buen humor, que se reunían en el café Suizo, imaginaron la broma de convidarle á un banquete, que se debía verificar en un fondín económico, al precio de dos pesetas el cubierto.

El banquero aceptó la invitación, y en aquella comida trabó estrecha amistad con D. Ramón Rodríguez Correa, uno de los comensales, á quien poco después puso al frente del periódico *Las Noticias*, que no pudo competir con *La Correspondencia*, y le hizo perder muchos miles de duros.

Con razón decía á sus íntimos, cuando le reprochaban sus prodigalidades con las mujeres, que á él le costaban más caros los hombres.

No creyéndose inferior á Rothschild, por el talento financiero, solía decir muchas veces:

– Quisiera que á los dos nos tirase una ola enteramente desnudos en una playa desierta, á ver quién se vestía primero.

Y para ponderar el talento de los malagueños, exclamaba:

– Mis paisanos son tan listos, que Cánovas y yo tuvimos que venirnos á Madrid por miedo á que nos engañasen.

* * *

Su ruina fueron los ferrocarriles pontificios.

En aquella empresa, emprendida cuando ya el poder temporal estaba á punto de desaparecer, perdió un capital que pasaba de cien millones de pesetas.

A su fallecimiento, ocurrido hace pocos años, sus herederos encontraron que el pasivo superaba en algunos millones al activo de su fortuna, representado principalmente por posesiones regias de escasos productos, y palacios magníficos llenos de cuadros y objetos de arte.

Ya poco antes de su muerte, decía él burlándose de sí mismo:

– Un pliego de papel sellado, en blanco, vale tres reales; pero en cuanto yo pongo en él mi firma, no vale nada.

* * *

Yo soy de los que creen que España debe una estatua á D. José Salamanca.

Sin él es indudable que hubiéramos tenido ferrocarriles, pero es seguro que hubiésemos tardado mucho más en tenerlos.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO

EL NOVIO DE LA TIPLE

Ó como si dijéramos, el verdugo del empresario, el castigo de los autores, el enemigo del contador, el eterno obstáculo de tramoyistas y asistencias

Si la tiple es de las que producen dinero á la empresa, porque tiene mucho desparpajo ó porque posee dotes físiças de primer orden, el novio abusa de estas circunstancias y se erige en amo y señor de todo lo creado.

– Hoy la Paquita no canta, va á decir al empresario el novio de la tiple.

– ¡Demonio! ¿Por qué?, pregunta el desdichado industrial.

– Porque hemos tenido un disgusto y yo no la dejo.

– ¡Pero, Sr. de Baselnia, hágase usted cargo de que esto puede traerme perjuicios de consideración!

– ¡No la dejo cantar, ea!

Y el novio da media vuelta y se dirige á su casa, satisfecho de su obra.

Entonces el empresario acude al domicilio de la *diva*, con la congoja en el corazón y las lágrimas en los ojos.

– ¿Se puede?, pregunta desde fuera.

– Pase usted, D. Teófilo, contesta el artista con acento dolorido. ¡Ay, me coge usted en un momento terrible!.. He tenido un gran disgusto con Nicanor.

– Lo sé, Paquita, lo sé todo.

– ¡Infame! ¡Cruel! ¡Decir que yo no le quiero! ¡Decir que soy una coqueta.

– ¿Pero qué ha pasado?

– ¿Conoce usted á Cajigas, el concejal?

– Sí, señora; todavía me debe tres duros y medio de unas butacas y dos reales sueltos que le presté una noche.

– Pues bien: Nicanor está celoso de Cajigas y me ha prohibido que vuelva á cantar.

– También lo sé, Paquita; también lo sé. Acaba de ir al teatro á darme la noticia.

La tiple se echa de bruces en el sofá y comienza á verter lágrimas como puños. El empresario trata de consolarla, exponiendo una colección escogida de ideas filosóficas sobre el amor, los celos, las tiples, los concejales y los tres duros y medio.

Por último la tiple se yergue con la dignidad propia de una *primera parte* y dice con toda solemnidad:

– Ya lo sabe usted, D. Teófilo; Nicanor se opone á que yo continúe en el teatro, y yo no contrarío á Nicanor, porque le quiero ¡con toda mi alma!

– ¡Qué conflicto', murmura D. Teófilo dejándose caer sobre una silla coja y dando de espaldas contra el suelo.

La tiple acude á levantarle, y después de muchas súplicas de D. Teófilo y de no pocas objeciones de Paquita, ésta acaba por decir á su empresario:

– Sólo hay un medio.

– ¿Cuál?

– Que vaya usted á ver á Nicanor y le convenza de que Gajigas me es de todo punto indiferente. Cuando él adquiera la convicción de que le quiero ¡más que á mi vida!.. no se opondrá á que siga cantando.

D. Teófilo corre á casa de Nicanor, que está furioso y se pasea por el gabinete jurando y diciendo que su resolución es irrevocable.

– ¡Vamos, le dice D. Teófilo, tranquilícese usted! Paquita no ha pensado siquiera en Cajigas... Es usted mucho más guapo y más derecho.

– Muchas gracias, D. Teófilo.

– Paquita está inconsolable, y cuando llegué á su casa se estaba arrancando los cabellos con las manos, porque le quiere á usted muchísimo, pero muchísimo...

– ¡Infame!

– Tenga usted la seguridad de que no ha pensado nunca en Cajigas.

Nicanor acaba por convencerse, y más cuando oye decir á D. Teófilo:

– Desengáñese usted, Nicanor; Cajigas es feo y además le huele la boca á ajo frito. ¿Cómo cree usted que un hombre con aquel olor pueda agradar á una primera tiple andaluza?

D. Teófilo ha salvado su empresa con estas y parecidas reflexiones, y Paquita canta aquella noche y todas las demás, hasta un jueves en que llama al empresario y le dice:

– Esta noche no cuente usted conmigo.

– ¿Por qué?

– Porque á Nicanor le ha hecho un desaire muy gordo el encargado de la taquilla.

– ¿Un desaire?

– Sí, señor; fué á pedir cuatro butacas para cuatro amigos y se las dieron de novena fila.

– No las habría de otra.

– ¿Y qué? Si no las hay, se buscan.

– Pero...

– A mi Nicanor no le desaira nadie en el mundo. Ó se buscan cuatro butacas de fila 3.ª ó yo me voy hoy mismo al teatro de Terpsícore, donde tengo un puesto el día que se me antoje.

Y el infeliz empresario tiene que adquirir cuatro butacas de manos de los revendedores para satisfacer á Nicanor.

Éste, prevalido de su importancia, concluye por mandar en jefe en el teatro; y cuando le pone la proa á una zarzuela, la zarzuela no se hace, y cuando le coge tirria á una persona, aquella persona no vuelve á pisar el escenario, y cuando no le saluda con respeto un acomodador, aquel acomodador es despedido *ipso facto* por la empresa.

Los tramoyistas no se atreven á decirle nada cuando le ven estorbando en mitad de la escena, y él campa allí por sus respetos y abusa de su situación y se mete en todo lo que no le importa; pero es lo que dice D. Teófilo:

– Bueno, sí; comprendo que es un hombre antipático; pero está en relaciones con la tiple y hay que bajar la cabeza.

El que quiera ver á Nicanor, no tiene más que irse al cuarto de Paquita, donde el hombre se pasa la noche entera; ó á los ensayos, de doce á tres de la tarde. Él no falta un solo día, y aun se atreve á hacer observaciones al autor de la obra; como por ejemplo:

– Oiga usted, amigo Balbín, á Paquita no le gusta tener que cambiar de traje en el segundo acto; por consiguiente quítela usted todo lo referente al vestido. ¡Ah! Procure usted que la característica no la llame *torpe*, en escena, porque eso no le gusta.

– ¡Pero, hombre! ¡Si ya sabemos que no lo es!

– No importa. La característica siempre se lo dice con retintín, y eso no se lo permitimos ni Paquita ni yo.

Todo cuanto se diga del novio de la tiple resulta pálido. Las empresas teatrales se echan á temblar cuando una artista, al ser solicitada para un *coliseo*, dice solemnemente:

– Advierto á ustedes, señores, que yo tengo novio.

– Bueno; ¿qué se va á hacer?

– Es que se lo advierto para que se le guarde todo género de consideraciones y no se le moleste á la puerta ni le atropellen los tramoyistas, ni le hagan preguntas indiscretas los celadores del escenario.

No hace mucho que un carpintero mal intencionado dejó caer desde el telón una bambalina sobre la cabeza del novio de la tiple, y al ser reprendido por la empresa, decía el operario tranquilamente:

– ¡Yo creí que les hacía á ustedes un favor!..

Puede que no fuera descaminado el carpintero.

LUIS TABOADA

LA RIQUEZA DEL POBRE

I

Para aquel mocoso de Juanito, el hijo del carpintero, llegar á «ser hombre» era su gran ambición infantil.

Como de la vida no sabía palabra, consideraba las acciones de su padre como las más dulces gollerías que pudieran apetecerse.

Indudablemente cuando él, Juanito, tuviera los bigotes de su padre, tendría mujer é hijos, fumaría, sería contertulio de las tabernas del distrito, se emborracharía los sábados, andaría á moquetes con la familia, y en los días de gran repique, toros, meriendas, cafés, teatros, ¡juerga!, ¡mucha juerga!

Porque el mocito no iba á andar siempre con pantalones abiertos en aquella parte más blanda del individuo, ni el asistir á la escuela había de durar toda la vida. Medrados estábamos con la bicoca de que á diario los señores de la palmeta calentaran las orejas por si uno sabe, mejor dicho, no sabe las lecciones del Catecismo, de la Gramática ó de la Aritmética. ¡La aritmética! ¡Dios soberano! ¿Pero quién sería el que inventó ese rompecabezas? ¿Quien sería ese Sr. Pitágoras, autor de la tablita de multiplicar?..

Y Juanito Fernández al llegar á estas consideraciones echábase á la nuca la gorrilla de seda y rascábase sin pulcritud alguna los pelufres que desmayadamente le caían sobre el rostro moreno y falto de agua.

¡Y si lo de estudiar fuera sólo en la escuela!.. ¡Santo y muy bueno!.. En su casa era el mayor martirio... A todas horas la madre gritándole:

– ¡Juanito, á estudiar!.. ¡A estudiar, Juanito! ¡Juanito, que me vas á salir un burro!..

Y privado con tales apremios de salir á la calle y jugar al peón ó á los soldados... ¡Hombre! Una tiranía insoportable.

– ¡Cuando yo sea padre!..

II

¡Los quince años!

La edad más hermosa de la vida: no se es ya niño, y aún se conserva la candidez: no se es aún hombre, y ya se anhela tener novia: se desea sorprender el misterio que alegre retoza en derredor de los quince años: secreto que brilla en los ojos, palpita en los labios y conmueve el corazón á la vista de una mujer hermosa: todas os seducen y á ninguna os atrevéis á dirigiros: es más, si cualquiera os mira se os enciende el rostro.

Juan Fernández no iba ya al colegio: estaba de aprendiz en la carpintería de su padre; y si malo era lo de aprender la aritmética, peor era lo de pasarse la vida en cuclillas, cerca del calderete de la cola, dale que te le darás con el palito.

Podía tolerarse esto si no tuviera siempre á la vista al autor de sus días y de su aprendizaje... Porque, á estar solo, Juanito podía echar algún que otro pitillo, como hacía el otro aprendiz, el cual, con el mayor descaro, pedía al maestro la petaca y... ¡venga humo!.., y charlar de novias y aventuras y cuernos colorados, y traer al concurso con la boca abierta, celebrándole siempre las ocurrencias y picardigüelas... Hasta el maestro se reía como un bobo y exclamaba:

– ¡El demonio es este chico!

Juan melancólicamente suspiraba cada vez que sentía el aguijón de deseos aún no bien definidos.

– ¡Cuándo seré hombre y tendré novia!

III

¡Era hombre!

¡Tenía novia!

Considerábase feliz con poder lucirse delante de su madre echando humo por las narices, y más feliz aún con salir de casa por la noche mascullando el último mendrugo, postre de la no muy suculenta cena, é irse á hablar con la novia, una madrileñita corsetera, muy mona, muy chula, muy chata y muy... sin vergüenza.

Y paseando despacito, muy despacito por esta calle y la otra y la de más allá, transcurría la hora de amor como un soplo, en plática íntima, con dejos de romántica, con salsa picante, ligerezas de manos, candideces de novicios y fantasías de nabab.



EL GOLFO DE NÁPOLES, dibujo de José María Marqués

Y después á casa, llena de humo amoroso la cabeza.

Y al día siguiente vuelta á repetir lo del día anterior.

El sueño de oro para Juan era el de ahorrar unos cuantos duros, no muchos, porque los pobres compran la felicidad muy barata, y casarse con aquella madrileñita que le tenía sorbido completamente el seso, y vengan hijos y trabajar mucho y ser rico y feliz, ¡felicísimo!

IV

La patria vino á cortar el hilo en donde se ensartaban tantas ilusiones.

Arrancó á Juan Fernández del hogar paterno, le separó de los brazos de su amada y se lo llevó lejos, muy lejos, á luchar por la integridad del territorio español.

Al pronto, aquello le hizo á Juan honda mella; pero una vez en filas, vivió en su ánimo un gran deseo de luchar como luchan los héroes.

¡Quién sabe si llegaría á hacer una carrera en las armas! ¡Y entonces sí que realizaría por la posta su sueño dorado: el casarse con la mujer de sus amores

Realizó la campaña portándose como un bravo.

Le dieron la licencia, y nada más.

Juan Fernández voló á sus lares: la familia le recibió con grandes muestras de júbilo, y en son de burla le contaron una gran tristeza.

La novia de Juan se había casado con el maestro de su obrador.

Juan juró vengarse de tamaña felonía y matar á la infame; lloró como un chiquillo, y se creyó el más desdichado de los hombres al ver caído el edificio de su felicidad.

. . . .

A los veintitantos años no hay dolor que no se calme ni esperanza que no renazca.

El mozo pensó unir su suerte á la de otra mujer más digna que aquella primera que tan falsamente hubo de portarse con él.

Y cata á Juan Fernández casado, con hijos, manejando la garlopa, permitiéndose los lujos de fumar, leer la prensa, charlar de política, visitar la taberna, formar parte del comité republicano del distrito y lucirse y tener zambra y holgorio los días de solemnidad: todo cuanto constituía su anhelo en los días de su infancia.

Ahora tenía otros deseos.

El que su chiquitín llegase á hombre y fuera el amparo y el orgullo de su vejez, ya que su padre en vida no pasaba ni probablemente pasaría de ser un oficial de carpintero: uno de tantos: partícula de la gran hiedra humana siempre adherida al muro de la pobreza.

V

El hijo de Juan Fernández, dicho sea sin ánimo de agraviarle, no demostró ser un talento ni mucho menos: parecíase física y moralmente á su padre: fué á la escuela, y todas las notas que conquistó en ella no pasaron de «regular,» nunca fué «sobresaliente.»

Pero Juan Fernández creía – ¡disculpable vanidad de padre! – que su hijo era un genio.

Esta creencia fué desvanecida cuando le preguntó:

– ¿Y tú, qué quieres ser en el mundo?

– Lo que usted, padre, replicó el chico con aire de gran satisfacción.

Al escuchar esto Juan, se vió á sí mismo en el salto retrospectivo que dió su imaginación: exactamente igual: un aprendiz de carpintero, que barría el taller, amontonaba las virutas y en cuclillas meneaba la cola, que despedía un vaho no muy agradable.

Y no obstante la decepción sufrida, Juan Fernández todavía esperaba.

¿El qué?

Que su hijo siguiera el mismo camino que él había seguido en su juventud...

¡El nieto!.. ¿Quién sabe?..

VI

El hijo no defraudó estas esperanzas de su padre.

Juan Fernández hoy día es un viejecito muy simpático, que juguetea con su nieto, un avispado mocoso que sin respeto á las canosas barbas de su abuelo, le pide con acento autoritario:

– ¡*Abelito* haz el *boiquito* de Belén, *pa* que yo monte!

Y el abuelo, cayéndosele la baba de puro gozo, ejecuta el mandato y se come á besos á la criatura.

Y piensa en cosas estupendas que le hacen murmurar:

– ¡Si este muñeco fuera andando el tiempo un grande hombre!..

***

Cuando alguien, sorprendido de ver siempre retratada la felicidad en el rostro de Juan Fernández, le pregunta cómo diablos se las arregla para estar constantemente alegre, el abuelo replica con misterio:

– Es que toda mi vida he tenido una gran riqueza.

– ¿Riqueza?

– Sí, la única que poseemos los pobres: la ilusión.

ALEJANDRO LARRUBIERA



EMMA CALVÉ EN LA ÓPERA «CARMEN» (de fotografía de Reutlinger, de París)

EMMA CALVÉ

Emma Calvé ha nacido con buena estrella y ha llegado á ser en el mundo del arte un astro de primera magnitud, gracias á tres poderosos talismanes: un encanto personal irresistible, un talento no común y... cierto misterioso cofrecito al cual atribuye maravillosa influencia la encantadora cantante.

Dejando á un lado los dos primeros, diremos algo del último. Consiste éste en una lindísima cajita de espuma de mar que contiene simplemente algunas belloritas mustias. La Calvé, supersticiosa en grado superlativo, no entra nunca en escena sin llevar consigo este para ella precioso objeto, y sabido es lo que no hace mucho le ocurrió en Madrid, en donde le fué robado el cofrecito: cantaba aquella noche *Cavalleria rusticana*, y al advertir la falta de la caja dióle un síncope. Algunos periódicos de la corte, á instancias de la artista, publicaron una especie de anuncio conjurando al ladrón á que devolviera el cofrecillo y autorizándole para quedarse con la cantidad, no pequeña, que contenía el saquito que en aquél estaba guardado. Así sucedió: la Calvé recuperó muy pronto lo que tanto aprecia y el ratero se reservó los billetes de Banco.

Emma Calvé, como queda probado, es supersticiosa en extremo, y lo es parte por su naturaleza, de un temperamento nervioso é impresionable, y parte por efecto de su primera educación. En su primera juventud fué educada muy religiosamente y llegó á pensar en encerrarse en un claustro, pero á los diez y ocho años pudo en ella más la afición al teatro. Debutó en Bruselas y en 1885 cantó en la Ópera Cómica de París; pero sus grandes triunfos han sido en estos últimos años, no sólo en la capital de Francia, sino en los principales coliseos del mundo, en la Scala de Milán, en el San Corso de Nápoles, en el Argentina de Florencia, en Covent-Garden, etcétera. En su reciente estancia en Inglaterra, la reina Victoria quiso oirla en su palacio de Windsor, y como recuerdo de admiración regalóle un magnífico broche de brillantes con la cifra real.

Actualmente tiene en América una contrata que le ha de producir medio millón de francos. Mas no se crea por esto que es ambiciosa ni interesada, como lo demuestra su proyecto que ha explicado á un periodista parisiense diciéndole:

– Voy á cantar allá abajo para *mis hijos*.

Sus hijos son los del «Asilo de huérfanos de las Artes.» Emma Calvé sueña con construir para ellos un asilo en una de sus propiedades del Aveyrón, en donde posee la quinta de Cabriéres, pintorescamente situada en lo alto de una colina.

Allí, cerca de su país natal, es donde descansa de sus fatigas después de una temporada de triunfos; allí quiere erigir el edificio en donde han de hallar asilo tantos niños desgraciados y sin más amparo que el que la caridad les proporciona. Pero la realización de sus proyectos exige mucho dinero: para ganarlo no vacila en abandonar temporalmente su París querido, y poniendo su talento al servicio de su corazón, acude á los americanos en demanda del óbolo que ha de permitirle llevar á cabo su hermosa obra. – N.

NUESTROS GRABADOS

El grabador Chodowiecki, cuadro de Pablo Meyerheim. – El famoso pintor alemán autor de este lienzo ha alcanzado gran renombre como pintor retratista, así por la verdad que en sus retratos imprime, como por el carácter decorativo que sabe darles, procurando que la figura aparezca acompañada de todo aquello que pueda dar idea de su modo de ser: tal sucede con el de Chodowiecki que reproducimos y en el cual el célebre grabador se muestra ante nosotros trabajando en su taller y rodeado de objetos é instrumentos que revelan el arte que aquél cultiva. En los retratos de mujeres, la tendencia decorativa de Meyerheim se manifiesta generalmente poniendo á la retratada en medio de un jardín cuyos encantos avaloran los del elemento principal del cuadro. En otro género ha conseguido también Meyerheim lauros sin cuento, en la pintura de animales. Pocos le igualan en la magistral reproducción de cuadrumanos, pájaros y otros representantes del reino geológico, y nadie le aventaja en lo que podríamos llamar cuadros cómicos de esta especie: sus lienzos *El tribunal de los monos* y *El mundo al revés* son dos joyas llenas de vis cómica. Su Alfabeto ilustrado es una colección de dibujos tan notable como interesante.



La convaleciente, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo (premiado en la Exposición de Bellas Artes de Venecia de 1895)

El golfo de Nápoles, cuadro de José M.ª Marqués – Recuerdo de su última excursión artística por Italia es el bonito dibujo que publicamos, tan recomendable como todos los cuadros que á su regreso expuso José M.ª Marqués como resultado de su viaje por Europa. Entonces y en otras ocasiones hicimos notar las cualidades que posee este pintor, cuyas obras se avaloran por cierta vaguedad que les presta poético encanto y acreditan la excelencia de su paleta y sus prendas de buen colorista.

Y téngase en cuenta que Marqués no cultiva solamente el paisaje, en el que ha logrado notoriedad, ya que en la pintura de género ha producido obras de mérito en las que se demuestra por completo el sentimiento artístico que rebosa en su alma.

La convaleciente. – Contrato de matrimonio, cuadros de Salvador Sánchez Barbudo. – No es Sánchez Barbudo únicamente el felicísimo autor de esas bellas composiciones que tan magistralmente retratan las aparatosas ceremonias palatinas de la época de los Felipes; es asimismo el inspirado artista, de cuya brillante paleta brotan la admirable gama que en el lienzo resuelve dificultades de tonalidad, como en su gran cuadro *Hámlet;* que reproduce concienzudamente escenas de otros tiempos, cual acontece en *El contrato de matrimonio;* representa cuadros de la sociedad en que vivimos, reales y bien observados, como lo es, sin ninguna clase de duda, *La convaleciente*, galana muestra de la moderna pintura de género.

Nuestros lectores han podido admirar, con nosotros, algunas de las magistrales composiciones de nuestro distinguido compatriota, de quien próximamente daremos á conocer otras obras no menos importantes. Interin nos complacemos en rendir á tan distinguido artista muestra de la consideración que nos merece, ya que á ella tiene derecho quien ha sabido honrar á su patria y enaltecerla con la valía de sus producciones y el esfuerzo de su ingenio.

El descanso, cuadro de V. Caprile. – Al amanecer salió de su casa y encaminóse al monte en busca de leña y ramaje, y después de una penosa jornada, regresa á su hogar pisando con pies desnudos pedregosas sendas y andando por vericuetos en cuyo trazado para nada ha intervenido la mano del hombre, hasta que rendida por su larga caminata y por el peso de la carga, superior á sus fuerzas, se ve obligada á buscar descanso haciendo alto en su camino y apoyándose en la roca que á un lado de éste se alza. En esta situación nos presenta á la pobre muchacha el celebrado pintor italiano Caprile, cuyo talento artístico se revela en la expresión de cansancio que se advierte en el rostro y en la actitud de la joven aldeana y en el contraste entre las líneas de ésta y la superficie lisa del peñasco, cuya crudeza sólo interrumpe el haz de floridas ramas que



Contrato de matrimonio, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo



DESCANSO, cuadro de V. Caprile



DON QUIJOTE EN EL PALACIO DE LOS DUQUES, cuadro de L. Barrau

forma á un lado un fondo poético sobre el cual destaca la interesante figura.

Jarrón decorativo, obra del escultor Torcuato Tasso. – Es tan íntimo el consorcio que existe entre el arte y la industria y es tal la influencia que ejerce aquélla entre las manifestaciones industriales, que no cabe suponer la existencia de la segunda sin el dominio del primero. Las exigencias ineludibles de la forma, los elementos decorativos razonados que sólo el arte puede aportar, dan vida á la producción, embellecen la obra, que trueca la vulgaridad de su estructura para convertirse en objeto de admiración. Así tiene explicación la comunidad de relaciones que ha existido entre los artistas y artífices de todas las épocas, algunas veces tan íntimas que han llegado á confundirse uno en otro, cual acontece singularmente en los orfebres de los siglos XV y XVI.

Hoy los artistas no se desdeñan de aportar su valioso concurso á la industria suntuaria, y en nuestro país, al igual de lo que acontece en la vecina república, ejecutan los escultores preciosos modelos que después se convierten en valiosas piezas de plata.

El discreto escultor D. Torcuato Tasso ofrece testimonio de la exactitud de nuestras indicaciones, por medio del bonito jarrón decorativo, propio para ser ejecutado en plata é inspirado en los que modelaron en el pasado siglo los Germain y Meissonier.



JARRÓN DECORATIVO, obra del escultor Torcuato Tasso

Monumento al almirante Korniloff, obra de Schrœder. – El gobierno ruso, queriendo rendir un digno tributo á la memoria de Korniloff, uno de los héroes de la defensa de Sebastopol, le ha erigido el monumento en bronce que reproducimos. Alzase éste en el baluarte Malakoff, en el sitio mismo en que fué herido de muerte el ilustre almirante, y en él se ve la estatua del insigne marino en el momento en que es alcanzado por un proyectil que ha penetrado por la brecha. Korniloff se apoya en una piedra; le faltan las fuerzas y siente que su fin se acerca; mas no por esto decae su ánimo, y con la mano derecha señala á la ciudad y sus entreabiertos labios parecen pronunciar una de las últimas frases que dijo, la que está esculpida en el zócalo del monumento: «¡Defended Sebastopol!» A la izquierda del almirante, á los pies de éste, hay la figura de uno de los puntadores de la batería, el contramaestre Koschka, que por su sangre fría y destreza hizo célebre su nombre, que ha llegado á ser legendario. El proyecto del monumento es debido al general A. de Bilderling, segundo jefe de estado mayor general, y la ejecución artística del mismo ha sido confiada al escultor Schrœder, miembro de la Academia Imperial de San Petersburgo.

D. Quijote en el palacio de los duques, cuadro de L. Barrau. – Pocos libros como el de Cervantes habrán dado tanta materia á los artistas para lucir su ingenio, su imaginación y sus talentos técnicos. Los más famosos pintores y dibujantes españoles y extranjeros han buscado inspiración en esa obra sin par, y el pincel y el lápiz han eternizado gráficamente en cuadros y estampas la historia toda del caballero de la *Triste Figura*. Nuestro paisano el distinguido pintor señor Barrau, al acometer un género distinto del á que preferentemente se dedica, ha querido rendir tributo al genio del inmortal autor, trasladando al lienzo un pasaje del *Quijote*, y ha demostrado con su cuadro que si como pocos reproduce el natural que sus ojos ven, como pocos también se identifica con los personajes y las situaciones por otro inventados. Para convencerse de ello, léase el trozo del capítulo XXXII de la segunda parte de aquel libro, y se verá cuán magistralmente ha interpretado el artista la escena con tanta gracia descrita por Cervantes. El Sr. Barrau ha conseguido un nuevo y brillante triunfo con esta pintura, que ha adquirido el inteligente aficionado de esta ciudad D. Pablo Casades.

D. Manuel Monedero y Romero. – El personaje cuyo retrato publicamos, hoy una de las figuras más estimadas y populares de la República del Salvador, es oriundo de España. En la guerra del Salvador contra Guatemala (1890) fué mayor general; en 1894 organizó las fuerzas del 24 de abril, y en la actualidad tiene á su cargo la reorganización de las milicias salvadoreñas.

El cardenal arzobispo de Sevilla Sr. Sanz y Forés. – A la edad de 67 años falleció el día 1.º de este mes en Madrid el ilustre prelado cuyo retrato publicamos. D. Benito Sanz y Forés, hijo de noble familia de Gandía, de tal suerte se distinguió en sus estudios eclesiásticos, que apenas terminada su carrera y cuando sólo contaba 22 años, fué nombrado catedrático de Instituciones canónicas, ocupando en 1852 la cátedra de Decretales y en 1855 el vicerrectorado del Seminario. Dejó este cargo para ocupar la canonjía lectoral de Tortosa, y en 1868 fué preconizado obispo de Oviedo; en 1882 pasó á desempeñar el arzobispado de Valladolid, siendo trasladado á la archidiócesis de Sevilla en 1890 y elevado á cardenal en 1893. Sus excepcionales condiciones de orador sagrado le conquistaron general renombre y el nombramiento de predicador de la Real Capilla; su sabiduría en ciencias eclesiásticas le valió la secretaría de las conferencias en el Concilio Vaticano. Como obispo de Toledo llevó á cabo la grandiosa obra de levantar una magnífica basílica en el histórico lugar que fué cuna de la Reconquista.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BERLÍN. – Después de la clausura de la gran Exposición de Bellas Artes, los Salones de Schulte y de Gurlitt han inaugurado sus acostumbradas exposiciones otoñales. En el primero, además de varias obras de artistas alemanes hay expuestos algunos paisajes de Cazin y Villotte y una colección de pasteles notabilísimos de Cagniart que reproducen de una manera original y notable escenas y vistas de París. En el segundo se exponen obras maestras de Bocklin, Thoma, Leibl, Lehnbach, Uhde, Liebermann, Piglhein, Israels y otros no menos célebres pintores, algunos dibujos de Menzel y una serie de característicos trabajos, en los que se rinde culto á las más modernas tendencias y entre los que sobresalen tres hermosos paisajes de Ury, admirables por sus tonos vigorosos.

Teatros. – En el teatro de la Corte, de Munich, se ha representado con gran éxito una traducción de G. Fischbach de la comedia de Moliere *Las preciosas ridículas*.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en Nouveautés *Les complices*, comedia de costumbres parisienses algo libres, de Donnay y Grosclaude; en la Porte Saint Martin, *Messire Du Gueselin*, drama histórico en cinco cuadros y en verso de Pablo Deroulede, de cuyo protagonista ha hecho una creación el eminente actor Coquelin; en el Odeón *Luis XVII*, obra de carácter irónico que sus autores, Ginisty y Samsón, califican de enigma histórico; y en la Renaissance *Amants*, bellísima comedia en cuatro actos de Mauricio Donnay.

Madrid. – En el Real han cantado con gran aplauso *Los Hugonotes* la Darclée y Marconi y *Mefistófeles* la Corsi y Garulli. Se han estrenado con buen éxito: en Lara *Primera medalla*, gracioso juguete en un acto de Jackson Veyán; en Martín *Las piezas de convicción*, bonita zarzuela en un acto, letra de Jiménez Prieto y música de Vidal Llimona y San José; en la Comedia *Juan José*, drama en tres actos y en prosa de Joaquín Dicenta, y en Eslava *El señor corregidor*, zarzuela en un acto de Fiacro Irayzoz, música de Chapí. En la Princesa Sara Bernhardt ha dado una serie de representaciones que han obtenido un éxito extraordinario.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Lo titnel*, drama en tres actos y en verso de Francisco J. Godó, y en el Eldorado *El cabo primero*, zarzuela en un acto de Arniches y Lucio, música de Caballero. En el teatro Principal ha dado una nueva serie de conciertos la Capilla Nacional rusa del señor Slaviansky D' Agreneff con mayor éxito si cabe que en las series anteriores.

Necrología. – Han fallecido:

D. José Marco, notable escritor español, autor dramático muy aplaudido y director de la importante revista *Pro patria* que se publica en Madrid.

Mariano Pina y Domínguez, aplaudido autor dramático.

SPORT

CARRERAS DE CABALLOS EN MADRID. – ECOS TAURINOS. UN HUÉSPED ILUSTRE.

No arredró á las aristocráticas damas de la villa y corte el intenso frío que reinaba en el hipódromo madrileño el día 31 del pasado. Las tribunas, el *stand* y la *peluse* se vieron invadidos por distinguida concurrencia, en la cual dominaba alguna expectación, dadas las acreditadas cuadras que figuraban inscritas.

Los resultados de las carreras confirmaron las fundadas esperanzas de los inteligentes, quienes desde luego aseguraban legítimos éxitos á los caballos del marqués de Villamejor.

Para este ilustre *sportman* fueron los triunfos de su primera y quinta carrera, esta última de «vallas», en la cual el vencedor «Padlok», uno de los *leaders* de aquella acreditada cuadra, hizo una carrera lucida, invirtiendo sólo 2^m^ 52^s^ en un recorrido de 2.400 metros.

Garvey y el conde de Mejorada, dos distinguidas entidades en el mundo del *sport*, también obtuvieron merecidos premios en la cuarta y tercera carrera respectivamente. El desfile, como todos los que se efectúan en nuestra corte, brillantísimo.

Las últimas carreras verificadas el 3 del actual fueron tan animadas como las anteriores, si bien con una nota final que no constaba en el programa. El triunfo de la fiesta correspondió á la cuadra de Villamejor, quien aparte de la carrera militar, cuyos premios obtuvieron los Sres. Monche y Romero, mereció la adjudicación de los restantes de las series. En la última, «Rob-Roy,» de la citada cuadra, al intentar saltar el río durante la carrera de vallas, cayó en él sin más consecuencias para caballo y jockey que un soberano remojón.



D. MANUEL MONEDERO Y ROMERO, general de la República del Salvador (de fotografía)

Ya ha terminado en esta capital, según rezan los carteles, la temporada taurina, y por cierto que en la función de *clausura* debieron contraer los aficionados sensibles alguna afección nerviosa, dadas las peligrosas peripecias de que estuvo sembrada la lidia del ganado sevillano. Aquí se nos presentaron precedidos de ruidosa fama dos nacientes *etoiles* del toreo, que en cuanto pusieron á disposición del criterio público la calidad de sus trabajos, resultaron verdaderas estrellas... de cola, y desgraciadamente para ellos de rápido paso en este planeta, como sigan bregando como en su *debut* hicieron. Arte, inteligencia, conocimiento de toros, serenidad, todo eso es letra muerta para estos caballeros matadores: escudados con un valor y arrojo rayanos ya en br... iosidad supina, se van á la res de cabeza, descubriéndose y saliendo casi siempre enganchados, como aquí les vimos. ¡A esto ha venido á parar el decadente y desdichado arte de Costillares y Montes!



El cardenal arzobispo de Sevilla D. BENITO SANZ Y FORÉS, fallecido en Madrid en 1.º del corriente (de fotografía)

Estos días ha dejado caer el ancla en nuestro puerto, amarrándose á la escollera de Levante, el hermoso *steam yacht* «Nixe,» que conducía á bordo á S. A. el archiduque de Austria Luis Salvador. El egregio tourista regresa de una encantadora excursión por las costas de Francia, Italia y las que baña el Adriático, recorriendo cuantos puertos, calas y fondeaderos existen en aquellas zonas marítimas. Una de las primeras visitas que hizo el archiduque fué á Mosen Jacinto Verdaguer, por quien siente verdadera admiración.

El Sr. de Valldemosa, como le llaman en Mallorca, donde reside, es persona ilustradísima y de un exquisito trato, que hace tenga arraigadas simpatías en aquel archipiélago.

E. FONT VALENCIA



ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

Vosotras, madres, habéis conocido todas esas alegrías que produce el ver á vuestros hijos comer con apetito al principiar la convalecencia. Las sopas de caldo en que se desmenuza una pechuga de gallina; los huevos pasados por agua, blancos, frescos, apetitosos; los ojos del niño que brillan, las manos que avanzan con impaciencia, todo eso es imposible olvidarlo, y no hay alegría tan pura en esta vida.

Y si el médico no permite que el niño coma todavía, ahí están las tazas de caldo sustancioso, el vino rancio algo aguado y esas mil bebidas que las madres cariñosas saben arreglar para sus hijos.

Y entretanto el estómago del enfermito, apenas satisfecho, se preocupa ya de la siguiente comida.

—¡Ah, golosilla!, dice la madre.

Pero la boca que sonríe, los ojos enternecidos, desmienten el epíteto de los labios. Y el niño ríe, y con su mirada y con su ademán llama al beso que se posa en su frente de ángel.

La señorita Herminia conoció todas esas alegrías y muchas otras. Su corazón henchido de reconocimiento se desahogó en largas oraciones, y por primera vez en su vida le pareció que las fórmulas de su devocionario no bastaban para traducir la efusión de su alma, el reconocimiento inmenso que sentía hacia la Providencia.

Marcela se levantó al cabo. Llegó un día, un hermoso día de otoño en que el aire embalsamado por las emanaciones del jardín pudo penetrar libremente por la abierta ventana, en cuyo fondo se veía el azul luminoso de la inmensa bóveda, y aquella atmósfera templada y aquella claridad excelsa bañó las sienes de la enfermita en que se dibujaban las azules venas, sus grandes ojos pardos que se cerraban á veces deslumbrados por la claridad demasiado viva, y sus labios un poco pálidos, pero que empezaban ya á teñirse de carmín. Marcela anduvo por la habitación apoyándose en los muebles, pero no queriendo que la sostuvieran, en tanto que la buena señora la seguía inquieta, con los brazos extendidos para sostenerla si era preciso, y orgullosa de asistir á la resurrección de aquella niña, de la que no era madre, y que, sin embargo, le debía la vida.

Un día, cuando empezaba el invierno y los árboles estaban ya despojados de su verde pompa, la señora Favrot y su hija fueron á visitar á Marcela, que no cesaba de nombrarlas. El corazón de la niña había olvidado las heridas y sólo se acordaba de los beneficios.

Las dos mujeres quedaron algo sorprendidas al ver á la huérfana. Muy alta para su edad, pareciéndolo más todavía por la delgadez de sus facciones y de su cuerpo demacrado, vestida con una bata de franela azul enteramente lisa, pero de un corte elegante y de un gusto perfecto, Marcela en nada se parecía á la niña que lavaba los suelos de la cocina en la herboristería del *square* Montholon. La distin-

ción que heredara de su madre reaparecía en ella en aquel ambiente más adecuado á su naturaleza. Las manos coloradas, pero muy finas, la suave piel de la convaleciente, el aspecto delicado que tenía, todo eso admiraba á las tenderas, y sentían una especie de temor recordando la manera brutal como últimamente trataron á la niña perdida. Por primera vez la madre de Luisa pensó que en lugar de pertenecer á la clase obrera, como lo imaginara advirtiendo la mezquina sencillez de los vestidos de María Monfort, Marcela quizá descendía de una familia distinguida.

El descontento que contra sí misma sentía desde el instante en que se fugó la niña, estalló con estas palabras:

– Comprendo, dijo después de los primeros besos, que prefieras quedarte aquí; aquí te mimarán y no será preciso que trabajes; en tanto que en casa tenías que trabajar.

Asomó una lágrima á los ojos de Marcela, que no esperaba aquellas palabras amargas de su primera bienhechora, y lanzó una mirada de angustia hacia la puerta por donde acababa de salir la señorita Herminia, que con exquisita delicadeza no había querido asistir á aquella conversación.

– ¿Por qué me dice usted esto?, preguntó con un gesto de súplica. Bien sabe usted, señora, que la he querido siempre y que la amo de todo corazón.

La herborista calló, pues como todas las personas que tienen mal carácter, las verdades desnudas eran las que más la herían. En otra forma hubiese reconocido su culpa; pero de aquella manera, poniéndola en contradicción consigo misma y demostrándole que sus palabras amargas eran la expresión de su corazón, mezquino, era cosa que no podía soportar.

– En fin, dijo, con un gesto que daba á entender que no se la convencería de lo contrario; estabas ya cansada de nosotros y has encontrado otros protectores; ¡mejor para ti! Procura conservarlos mucho tiempo y no te portes con ellos como con nosotros, pues esto se hace una sola vez.

Marcela inclinó la cabeza. Su inteligencia de niña, siquiera comprendiera la razón, no le daba argumento para luchar contra aquellos que dictaba la mala fe.

Luisa quiso á su vez reprochar también á la niña.

– Llevas un hermoso vestido, dijo. Sin duda te mandarán al colegio.

– No, respondió la niña; pues la señorita Herminia me quiere á su lado, y cuando ya esté robusta empezaré á trabajar.

– ¿Aprenderás á tocar el piano?, preguntó Luisa, para la cual eso del piano era una aspiración siempre soñada y nunca realizada.

– No sé; eso ha de disponerlo la señorita Herminia. ¡A mí sí que me gustaría!..

– Efectivamente, eso es mucho más agradable que lavar los platos, pero es menos útil. Sin embargo, es de creer que tu protectora te dotará, pues si no, te verías apurada para ganarte la vida. Procura sobre todo ser más dócil que lo eras en casa, pues si tuvieses que marcharte de aquí, perderías más de lo que crees. No se encuentran así como así personas que recojan á las niñas que llaman á la puerta durante la noche. Eso sólo sucede una vez.

– Me está usted afligiendo, Luisa, contestó Marcela, y sin embargo, crea usted que la quiero mucho

La señora Favrot se levantó.

– ¡Adiós!, dijo; no creo que tengas tiempo de venir á vernos, y nosotras no volveremos aquí.

– ¿Por qué?, preguntó ingenuamente Marcela.

– Porque no quiero. He dado ya á la señorita Herminia los documentos que guardaba para ti. No sabrás mucho leyéndolos; pero, puesto que es cuanto posees, preciso es que los conserves. En cuanto á tus vestidos, como no creo que los necesites, pues ya tienes otros, los daré á una mendiga..

Marcela sintió que esa última palabra penetraba en su corazón como un cuchillo.

– ¡Adiós!, dijo Luisa con su voz chillona; diviértete mucho, hija mía...

Las dos se inclinaron hacia la niña besándola como con desvío Aquel beso forzado causó á Marcela la impresión de un ultraje, y cuando estuvo sola, pasó lentamente su manga por la mejilla para borrar su huella.

– ¡Y bien!, dijo la señorita Herminia, que entró en la habitación después de acompañar á las tenderas y de rogarles afectuosamente que volvieran por allí.

– ¡Usted es la única persona que me quiere!, exclamó Marcela abrazándose á su cuello y derramando abundantes lágrimas.

Cuando Rosa, tiesa como un huso, hubo cerrado la puerta del chalet, las dos mujeres se volvieron para contemplar la casa cuya planta baja desaparecía detrás de los muros y cuyas habitaciones superiores, con sus blancas cortinas y sus persianas, ofrecían un aspecto de bienestar.

– ¡Hay personas afortunadas!, dijo secamente Luisa.

– ¡Ingrata!, exclamó la herborista, buscando su pañuelo, ¡ingrata! ¡Esto es no tener corazón!

Y en tanto que su hija hacía parar el ómnibus, la tendera derramó algunas lágrimas.

Y ya no volvieron á parecer por la casa de Passy.

XVIII

Marcela mejoraba rápidamente y salía cada día. Por la mañana, provista de un cesto, acompañaba á Rosa á la compra, en tanto que la buena señora, que se levantaba tarde, se arreglaba en su tocador. Después de mediodía la solterona daba una vuelta por el bosque de Bolonia mientras duraba el sol, y luego volvía á casa, sentándose un rato ante las alegres llamas de la chimenea en esa semiobscuridad que es tan agradable después de un paseo al aire libre y hasta la hora de comer. Terminada la comida, llegaba el momento favorito de Marcela, la hora de la labor á la luz de la lámpara, el trabajo bendito que impide fastidiarse y que puebla el pensamiento de multitud de ideas y apariciones

Para la niña que jamás ha oído hablar de historia, la primera lección de ella le produce un verdadero encanto que anhela renovar. Los cuentos de hadas no son más atractivos que el relato de los esplendores de Egipto; los libros de caballería, los gigantes más heroicos de los cuentos, no son tan admirables como los defensores de las Termópilas ó como aquel puñado de griegos que sitió Troya. Si los niños rehusan instruirse, es que se les presenta la instrucción bajo su aspecto aburrido, como un deber y no como una distracción.

Por lo contrario, aquellos que han explicado la historia de un modo anecdótico, al mismo tiempo que han logrado hacerla agradable, han alcanzado hasta cierto punto un resultado práctico, desflorando la parte árida de la ciencia y haciendo penetrar sus primeras nociones en la mente de los niños, que recuerdan siempre las impresiones que se graban en su cerebro virgen.

Marcela tenía la dicha inmensa de ignorarlo todo; así es que las lecciones de la señorita Herminia le parecieron deliciosas, y exceptuando la aritmética, por la cual no sentía inclinación ninguna, estudió todo lo demás con verdadera pasión. También lo hubiera hecho aun no siendo de su agrado, aunque no fuera más que por amor y reconocimiento hacia su protectora; pero no tuvo necesidad de apelar á ese sentimiento generoso: el trabajo en sí mismo constituía una fiesta para ella y lo consideraba como una recompensa.

Por lo que hace á la solterona, jamás la lectura de sus novelas le habían producido tanta satisfacción. Como Marcela no sabía leer muy bien al principio, tomó la costumbre de explicarle las lecciones; pero para ello era necesario saber perfectamente de lo que se trataba, y la buena señora no sabía muchas veces cómo contestar á las preguntas y objeciones de la niña.

– ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué había hecho? ¿Y qué hizo después?

Los libros de historia elemental no explican todo aquello, y fué preciso consultar obras más extensas.

La señora del gabinete de lectura no tenía lo que necesitaba la señorita Beaurenom, pues exceptuando su colección de novelas, no poseía sino algunos libros de texto, antiguos ya y poco instructivos.

Un día un carrito de mano llevó á la casa de Passy una enorme balumba de diccionarios, libros y atlas. El gabinete del chalet se adornó bien pronto con vitrinas en cuyos estantes se alinearon tomos y más tomos.

El invierno fué delicioso para las dos amigas. La estufa del comedor, con su tubo de barro vidriado de color verde y su capitel corintio, templaba magníficamente la habitación embaldosada con losanges de mármol negro y blanco, tapados por espesos felpudos para calentar los pies. Una hermosa lámpara con globo de cristal glaseado daba una luz tamizada y agradable. En la cocina sonaban los mil ruidos que armaba Rosa limpiando las cacerolas de cobre y los platos, mientras Marcela escuchaba los relatos de la señorita Herminia y luego las explicaciones geográficas y tantas otras cosas de que no tenía la menor idea...

De repente al ruido de las cacerolas seguía el crujido de la escoba y un olor á jabón negro penetraba á través de las puertas cerradas.

– Aprisa, señorita, dígame todavía algo más, exclamaba Marcela con voz suplicante.

Pero en el momento más interesante de la explicación, Rosa abría la puerta, que volvía á cerrar sin ruido, y enderezando su talle de granadero, decía con voz sonora:

– Vamos, Marcela, vamos á acostarnos.

– Espera un momento, Rosa; decía la solterona, que no podía avenirse con la idea de acortar su relato.

La sirviente esperaba de pie, junto á la puerta, con los brazos siempre cruzados y mirando con rostro severo á la institutriz y á la niña. La señora, que sentía la mirada de Rosa, decía á veces:

– ¡Ea, márchate! Yo misma acostaré á Marcela.

Entonces Rosa con su voz hombruna, pero respetuosa, contestaba invariablemente:

– Bien sabe usted que no puede ser. Si dejase



Por la mañana, provista de un cesto, acompañaba á Rosa á la compra

aquí á Marcela, ni á las once estaría acostada, y mañana no podría levantarse temprano. Vamos, Marcela.

La niña se levantaba de mala gana, cerraba los libros y cuadernos con lentitud mirando al soslayo á la terrible Rosa, con la esperanza de hacerla esperar; pero era trabajo inútil. Rosa permanecía de pie junto á la puerta, fija la mirada, haciendo gala de una paciencia inalterable y de una invencible firmeza.

No había más remedio que obedecer. Marcela daba un beso á la solterona, lanzando un suspiro, y seguía á Rosa como si una sombra pequeña fuera en pos de un cuerpo majestuoso.

Subían ambas la escalera, una con paso pesado como el del *convidado de piedra* en el *Don Juan*, y la otra como una sílfide, ligera y graciosa, y entraban en el dormitorio, tapizado de papel claro de fondo gris y flores menudas. Esas flores habían palidecido por la acción del tiempo, las hojas de verdes se convirtieron en azules; pero todo respiraba tanta limpieza y frescura, que era imposible no estar contento en aquel nido. La cama y la ventana estaban adornadas con cortinas blancas con franjas de algodón, terminando en un fleco de borlas como ya no se ven en ninguna parte; esas cortinas eran siempre blancas como la nieve, porque pasaban á menudo por las expertas manos de la señora Jalín, y daban á la habitación el aspecto de esas porcelanas antiguas, tan delicadas como frágiles.

Marcela se desnudaba poco á poco y doblaba cuidadosamente sus ropas, y escalaba después la alta cama, ayudada por la forzuda mano de Rosa. Muchas veces al encaramarse, se enredaba los pies con la camisa de noche y caía de bruces tropezando con sus naricillas, lo que excitaba su encantadora risa. Levantábase con viveza, alisaba su pelo pasando por él sus manos y después poco á poco se deslizaba entre las frescas sábanas, de donde su carita rosada emergía en seguida para dar las buenas noches á la vieja criada y soltarle un sonoro beso sobre su mejilla rugosa.

Una noche muy fría, porque el dormitorio no tenía estufa, al meterse en cama Marcela, que exageraba riendo los escalofríos, lanzó una exclamación de sorpresa y alegría

– ¡Me ha calentado usted la cama! ¡Que buena es usted!

– Bien, bien, gruñó Rosa; no tenía usted necesidad de decirlo tan alto; si la señorita se entera, me riñe.

No lo creía así Marcela, que, incapaz de ocultar nada á su protectora, al levantarse el día siguiente, lo primero que hizo fué revelarle el gran secreto, que hizo mucha gracia á aquélla.

– ¡Qué pícara es esta Rosa!, dijo con alegre malicia; no quiere que yo lo sepa, porque siempre me riñe cuando te mimo, y ella te mima ahora más que yo. Ya sabe que me burlaría de ella. Pero no diremos nada, ¿verdad, Marcela?, pues le causaría pena. Guárdame el secreto.

Y desde entonces, siempre que Rosa adoptaba un tono severo cuando oía mimar á Marcela, ésta y la solterona cambiaban miradas de mutua y maliciosa inteligencia.

XIX

Así transcurrió el invierno. Marcela, alegre como un pajarillo, iba y venía por la casa, corriendo á saltitos, revoloteando casi, tan vivos y ligeros eran sus movimientos.

Cuando llegó la primavera, ya fué otra cosa. El césped que empezaba á cubrir la tierra, las lilas que se llenaban de botones en cuyo interior había un diminuto racimo, según pudo observar la niña un día en que arrancó uno y quiso ver lo que contenía, las belloritas «madres de familia» que ostentaban tan graciosamente sobre la hierba sus grupos de blancas florecillas orladas con una pequeña línea rosada, toda esta fiesta de abril fué una revelación para Marcela.

Nunca se había imaginado que el cielo fuera tan azul y tan inmenso; las blancas nubes que rápidamente corrían por encima de los árboles del jardincito, parecíanle grandes pájaros que apresuradamente se dirigían hacia tierras extrañas, aquellas tierras que ella había visto en su geografía y acerca de las cuales le había referido la señorita Herminia cosas tan extraordinarias. Algunas veces, en lo mejor de sus juegos, deteníase en una alameda y acostándose sobre la arena miraba el firmamento para contemplar cómo los ligeros cirrus flotaban lentamente por el espacio. Entonces pensaba en su padre, é imaginándose que tal vez aquellas nubes iban á verle, encargábales que le llevaran todos los pensamientos, todo el amor de su hijita; pero ya no expresaba estos sentimientos con desesperada queja como en otro tiempo, sino con la emoción profunda que en ella despertaban la alegría y la gratitud.

– ¡Oh, papá, si pudieras ver cuán dichosa soy!

Un día en que en esta extraña postura había meditado tan largo rato que la cabeza parecía darle vueltas y veía sobre la amarillenta arena manchas negras, fué á encontrar á su amiga.

– Señorita Herminia, le dijo, ¿papá se marchó á América, no es verdad?

– Sí, respondióle la solterona algo sorprendida, por lo menos así lo suponemos. ¿Quién te lo ha dicho?

– Nadie, pero de pronto me he acordado de ello. Estaba pensando mientras contemplaba las nubes, y de repente he recordado que hablaba de América con mamá.

La señorita Herminia sintió como una punzada en el corazón. ¿Qué sería su vida si el padre venía á reclamar á su hija? A pesar de ello, atenta ante todo á su deber, preguntó sin vacilar:

– ¿Te acuerdas de la población adonde quería ir?

Marcela se quedó un rato pensativa, como rebuscando algo en su memoria que había estado sometida á tan singulares sueños cuyo despertar no había sido menos extraño.

– No, dijo al fin, no creo que citara ninguna.

Desde aquella conversación, la señorita Herminia sorprendió á menudo á Marcela inclinada sobre un mapa, estudiando los nombres de las ciudades y de los ríos é interrogando su memoria cual si tratara de anudar el hilo de algo que se había interrumpido. La niña, en cuanto veía á su amiga, sonreíase y apartaba de su lado el mapa para hablar con ella de otras cosas; pero la solterona no tardó en comprender que la preocupación del padre ausente no dejaba nunca por mucho tiempo á la criatura abandonada.

– ¡Tiene un alma tierna y una memoria fiel! ¡Cuánto habrá de sufrir!, pensaba la excelente señora, dando un suspiro de compasión.

Un día de mayo, la señorita Herminia arreglaba sus cajones, y Marcela, como recompensa á un comportamiento ejemplar, había obtenido permiso para ayudarla en esa tarea.

¿Hay nada más delicioso que arreglar cajones? Las cintas cuidadosamente dobladas, las docenas de pañuelos atadas con cintitas de seda, los saquitos perfumados, y sobre todo las cajas, las misteriosas cajas de todas formas y de todos colores, tan interesantes por fuera y mil veces más interesantes por dentro si su dueño quisiera – que no siempre quiere – abrirlas para mostraros su contenido; todo esto despierta en el espíritu de los niños esa afición á lo romántico, tan intensa en el hombre, que las más de las veces dramatiza su propia existencia y se compadece de sus propias desdichas y se exalta en el análisis de sus méritos, hasta el punto de perder la noción de las proporciones de todas las cosas y de creerse el centro de la creación.

– ¿Qué hay dentro de esto?, ¿y dentro de estotro?

– Es preciso no ser indiscreta, Marcela; no tengo inconveniente en decírtelo, pero no está bien que lo preguntes.

La niña bajó la cabeza y pidió perdón confusa y en voz baja. Luego alzó de nuevo los ojos, y al ver una caja larga, de cartón, bordeada de papel verde, exclamó:

– ¡Esta sí que la conozco! Aquí dentro ponía la señora Favrot todos mis papeles que procedían de mi mamá.

– Es verdad, dijo la señorita Herminia pensativa: esta caja te pertenece. Como eres aún demasiado pequeña no examinaremos lo que contiene; pero si me sucediera alguna desgracia...

Marcela al oirla hablar así fijó en ella una mirada de asombro.

– Sí, monina, si me sucediera alguna desgracia, dirás á Rosa ó á cualquiera otra persona que te la entregue.

La señorita Herminia vacilaba buscando un medio de poner al abrigo de manos indiferentes aquel tesoro, el único patrimonio de la niña perdida. Al fin tomó una pluma y en grandes caracteres escribió sobre el cartón de la caja: *Esto pertenece á Marcela Montfort.*

– ¿Ves? Tu nombre está puesto aquí encima; así podrás reclamarla.

Marcela permanecía grave y silenciosa junto al cajón abierto.

– ¿Una desgracia, señorita Herminia? ¿Y qué desgracia puede sucederle á usted?

– Puedo morirme, respondió la solterona dulcemente; mas espero que no sucederá esto antes de que tú seas ya una joven en edad y condiciones de bastarte á ti misma.

Luego volvió á colocar la caja en el cajón y abrió otra: Marcela, inmóvil, no manifestó la menor curiosidad, lo cual sorprendió á su amiga: ésta la contempló atentamente y de pronto vió que de los párpados medio cerrados de la niña se escapaba una lágrima y en seguida otra.

– ¿Qué tienes?, exclamó conturbada la buena señora.

– ¡Ay, señorita Herminia, no se muera usted! ¡La quiero tanto!, exclamó Marcela arrojándose á su cuello y no tratando ya de reprimir su llanto.

– Procuraré que así sea, repuso aquélla sonriendo y estrechando entre sus brazos á Marcela, mientras por encima de la cabeza de ésta se enjugaba una lágrima que á pesar suyo se desprendía de sus ojos.

Al cabo de un momento mandó á la niña al jardín y concluyó sola el arreglo de sus cajones. Cuando hubo terminado quedóse largo rato pensativa, y luego, dirigiéndose á su secreter, contó la cantidad que aún tenía y que debía bastarle hasta el próximo vencimiento de sus rentas.

Después de haber hecho mentalmente algunos cálculos, cogió un buen número de monedas de oro y cuidadosamente envueltas las puso en la caja que llevaba el nombre de Marcela.

– Es preciso hacer economías. ¡Qué sería de la chiquilla si la dejaba sin recursos! He de ver á mi notario, pues hay que preverlo todo.

Cierto que hay que preverlo todo y que siempre tenemos intención de ir á ver al notario; pero las más de las veces la intención no pasa de tal. Así sucedióle á la señorita Herminia; pero como era joven todavía y se encontraba perfectamente... Cincuenta y dos años no es edad para hacer pensar seriamente en la muerte.

XX

– ¡Ah!, exclamó Marcela lanzando un grito de descontento.

Su volante nuevo, enviado demasiado lejos por un golpe de pala, acababa de desaparecer tras la pared del jardín vecino.

La señorita Herminia había dicho ya una vez que todos los juguetes, pelotas, globos, volantes, etc., que tomaran aquel camino se considerarían definitivamente perdidos y no se reclamarían nunca. Sin embargo, á menudo las pelotas y los volantes parecían encontrar solos el camino de donde venían, puesto que Marcela los hallaba en el jardín sin saber cómo estaban allí. Alguien les enviaba de seguro por encima de la tapia. Esto era todo lo que deseaba la chiquilla, pero sentía una especie de curiosidad por saber quién era el personaje misterioso y benévolo que de tal manera le devolvía sus juguetes sin pedir siquiera las gracias por su trabajo. Era preciso que conociese las horas en que Marcela no estaba en el jardín, pues jamás había dado la casualidad de advertir el momento preciso en que alguno de aquellos juguetes tomaba para su vuelta el camino aéreo que había seguido para desaparecer. Aquel incógnito debía ser, sin duda, alguna señorita con cofia de encaje, como la señorita Herminia, pues Marcela no concebía otro ideal del ser benévolo.

Un «¡ah!» que parecía el eco del suyo sonó detrás de la pared, pero era un eco burlón; y casi en seguida, el volante, lanzado por mano vigorosa, cayó en las mismísimas manos de Marcela, que en aquel momento miraba hacia arriba.

– ¡Ah!, repitió la misma voz burlona, esta vez más distintamente, y Marcela vió aparecer por sobre la hojarasca de una dulcamara una cabeza de muchacho, sonriente y socarrona, cuyos ojos grises lanzaban destellos de malicia y que enseñaba al reir todos los dientes.

– ¿Eres tú que te entretienes en echar tus juguetes en mi jardín?, dijo aquella boca con gesto severo que desmentía la malicia que expresaban sus ojos.

– ¡No lo hice á propósito!, balbuceó Marcela, casi avergonzada.

– ¡Pues no faltaría más que eso!, repuso el muchacho con tono de reprobación.

Marcela sentía algo de temor, pues de sus días de desgracia le quedaba siempre una timidez y un miedo que no sabía dominar. Levantó los ojos hacia la cabeza, que aparecía ahora sobre una corbata negra y un blanco cuello que se unían á la blusa de lana azul. El chico, sintiendo compasión por el aire confuso de la niña, lanzó una carcajada.

– ¡Qué tonta eres!, dijo; ¡si no soy malo!

Aquellas palabras tranquilizaron á Marcela que sentía ganas de llorar, y que sonriendo, aunque algo cortada aún, hizo saltar su volante sobre la pala con gracioso gesto.

– Espera, dijo el muchacho, voy á buscar mis volantes y vamos á jugar un rato por encima de la pared.

La cabeza desapareció tan pronto como había salido, y Marcela se preguntó interiormente si debía marcharse ó esperar la vuelta de aquel nuevo amigo. Apenas si tuvo tiempo de reflexionarlo, pues un enorme volante, tres veces mayor que el suyo, salvó la pared, como un pesado pájaro, y cayó en la arena, junto á sus pies.

– Tómalo, dijo la voz detrás de la pared, y envíalo.

La pequeñuela no se lo hizo repetir dos veces, y una partida homérica empezó entre aquellos dos jugadores que no se veían. Una vez, el volante saltó chorreando agua, en tanto que una voz decía:

– ¡Miren la pícara! ¡Ha echado el volante al estanque! Suerte que los peces están muertos, pues el gato los pescó hace días. Vé con cuidado, ¿eh?

– ¡Si no sé dónde lo tiro!, objetó Marcela.

– Pues eso es precisamente lo gracioso. Ea, ¡hup!

La niña empezaba á fatigarse, pero el muchacho era incansable.

De repente Rosa apareció en el dintel de la puerta, y quedó petrificada de admiración viendo cómo el volante saltaba la pared y lo tomaba Marcela. Fué preciso un buen rato para que la criada entendiera lo que sucedía, y entonces llamó á la niña, que se estremeció como si la hubiesen cogido en falta.

– ¿Con quién jugabas?, preguntó Rosa, aterrorizada por aquel hecho sin precedente en su vida.

– No lo sé, contestó la niña mirándola con sus ojazos inocentes. He visto una cabeza que asomaba por detrás de la pared, y creo que es un muchacho, según la blusa que lleva.

Aquellas señas algo confusas fueron completadas por la aparición de la susodicha cabeza que se asomó por entre el follaje y dijo gravemente:

– Soy yo, Julio Bréault. ¿No me conoce usted ya, señora Rosa? ¿De cuándo acá tienen ustedes una chiquilla en casa? ¡Y nos lo habían ustedes ocultado!

– ¡Ah, eres tú, buena pieza!, dijo Rosa calmada como por ensalmo. ¿De dónde sales?

– ¡Toma! Pues ¿para qué son las vacaciones de Pascua sino para pasar una temporada en casa? ¿Cómo se llama esta niña?

– Marcela, replicó la rapazuela, que se tranquilizaba viendo que el asunto no tomaba mal sesgo.

– Lo más natural, repuso Rosa, sería que hicieras una visita á la señora en vez de entretenerte en estropear la ropa, encaramándote como los gatos.

– Ni me estropeo la ropa ni me encaramo á las paredes, contestó el pícaro muchacho guiñando un ojo, pues tengo una escala.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

MÁQUINA PARA TIRAR LOS CLISÉS FOTOGRÁFICOS

El sistema hasta ahora empleado para tirar varios ejemplares de un clisé fotográfico es más bien un procedimiento indirecto, es decir, que no se opera con el mismo clisé obtenido en la cámara obscura, sino con una plancha convenientemente preparada por procedimientos fotográficos, sí, pero cuya tirada se hace con tintas grasas por medio de prensas tipográficas, litográficas ú otras, según los casos.

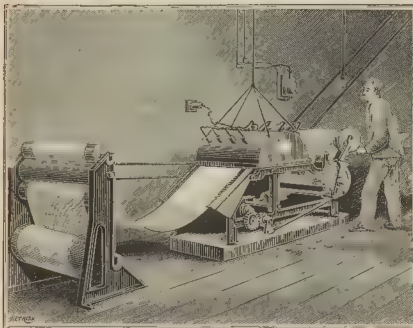


Fig. 1. Aparato para la exposición á la luz de los rodillos de papel sensible

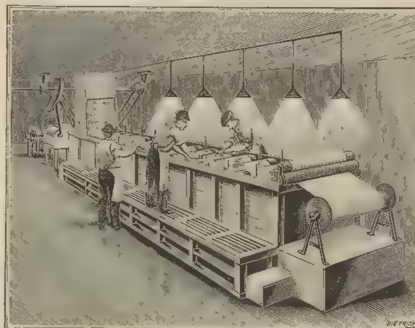


Fig. 2. Aparato para desarrollar que realiza también las operaciones de fijar, dar alumbre, lavar y secar

Pues bien: en el *Scientific American* encontramos la descripción de una máquina que permite hacer la tirada de un modo completamente fotográfico sobre el mismo clisé obtenido en la cámara obscura, del mismo modo que en pequeñas cantidades se hace con el *chassis-prensa*. Este nuevo procedimiento consiste en impresionar papel al gelatino-bromuro, que exige muy poco tiempo de exposición á la luz y se desarrolla luego automáticamente. El papel, que tiene 900 metros de longitud por 90 centímetros de ancho, va arrollado á un carrete colocado en un caballete en una habitación débilmente iluminada por luz encarnada (fig. 1). A medida que se desenrolla pasa por debajo de uno ó varios negativos, que se apoyan sobre él en el momento mismo que se enciende una lámpara de incandescencia, y luego se arrolla en la cantidad que se desea para que se impresione una nueva porción del mismo, y finalmente se recoge en otro carrete. Éste es llevado á una habitación inmediata, en donde se verifican automáticamente las operaciones de desarrollarlo, fijarlo, lavarlo y secarlo (figura 2).

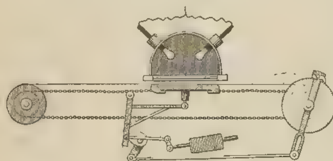


Fig. 3. Detalles del aparato de exposición á la luz

La máquina destinada á imprimir el papel se compone de un tambor, debajo del cual están colocados los negativos: éstos descansan en una plancha de cristal, á la cual están fijados por medio de tiras de papel, y tienen cubiertos los bordes para que queden márgenes blancos en las pruebas. Si se opera sobre varios negativos á la vez, se determina, por medio de una experiencia previa, el grado de opacidad de cada uno de ellos. En lo posible deben escogerse para ser tirados juntos negativos de la misma densidad, y hasta cierto punto puede conseguirse que todos sean entre sí iguales, interponiendo delante de los más débiles una ó varias hojas de papel transparente. También se puede obtener el mismo resultado graduando convenientemente la lámpara destinada á cada negativo. Este primer trabajo es cuestión de cuidado y debe hacerse con mucho discernimiento por persona competente, pues en una tirada de esta especie todo dependerá del modo como se haya dado la impresión luminosa: para mayor seguridad es evidente que sería preferible hacer funcionar la máquina con un solo clisé. El tambor de que antes hemos hablado está fijado al techo por medio de una cuerda que pasa por una polea y lleva un contrapeso, de modo que se pueda quitar fácilmente para disponer el ó los negativos: tiene á cada lado cuatro lámparas de incandescencia de treinta y dos bujías, unidas por cordones delgados á una toma de corriente situada en la pared de la habitación, cuyo circuito puede ser cortado automáticamente por el mismo funcionamiento de la máquina. A fin de evitar un exceso de calor, como consecuencia de la presencia de estas lámparas, un pequeño ventilador eléctrico establece una corriente de aire. A un lado hay una ventana cuadrada, provista de un cristal encarnado, que permite vigilar el funcionamiento de las lámparas y asegurarse de que ninguna se ha apagado por efecto de la ruptura de un filamento ó por otra causa.

El papel pasa por un cilindro de arrastre, gobernado por medio de una manivela y de una biela (fig. 3), de manera que verifica el arrastre á sacudidas, pues es preciso que haya una parada durante la acción de la luz al través del clisé; en el momento en que se produce esta parada, un resorte suelta un contrapeso que aprieta el papel contra el clisé, produciéndose entonces el contacto eléctrico que enciende las lámparas; continúa la máquina girando, y un nuevo resorte vuelve á levantar el contrapeso para dejar libre el papel; las lámparas se extinguen y delante de los clisés se presenta otra porción de la superficie sensible. La cantidad de papel que cada vez debe desarrollarse es fácilmente graduable, según la dimensión de los clisés que se tiren, maniobrando sobre el brazo de la palanca que imprime movimiento al cilindro de arrastre. El tiempo que ha de durar la exposición se determina según la densidad de los negativos y se gradúa del mismo modo antes de poner en movimiento la máquina.

De modo que el rollo que se ha formado al extremo de esta primera máquina contiene las pruebas en estado latente. Para desarrollarlas se lleva aquel rollo á la segunda máquina, que no es más que una larga cubeta dividida en muchos compartimientos, en los cuales circula el papel impresionado.

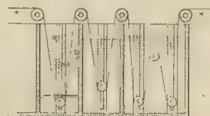


Fig. 4. Cubeta de desarrollo

El primer compartimiento contiene una solución, ya utilizada, de oxalato de hierro: allí el papel pasa por cilindros (fig. 4), que le guían de modo que aun andando permanezca bastante tiempo en contacto con las paredes verticales y el fondo de la cubeta. Así desarrollado á medias y cuando comienza á aparecer la imagen, llega al cilindro que se encuentra en la separación de la cubeta siguiente, la cual contiene una solución nueva de oxalato de hierro: en ella se termina el desarrollo. Las cubetas siguientes, en las que el papel está siempre guiado por cilindros, contienen: ácido cítrico para detener la acción del desarrollador, agua para un primer lavado, hiposulfito para la fijación, y alumbre. Después de éstas hay otras cubetas con agua destinadas á lavar bien la prueba una vez completamente terminada. El movimiento del papel está determinado por los rodillos que hay en la separación de las cubetas y que desempeñan el papel de rodillos de arrastre: todos ellos están movidos á una velocidad uniforme por medio de un tornillo sin fin que ocupa toda la longitud de la cubeta. Al salir de la última agua de lavado el papel sube verticalmente á fin de que el líquido se desprenda á gotas y penetre en una larga chimenea, en donde una corriente de aire caliente, obtenido por medio de una estufa de gas, lo seca por completo. Por último se enrolla en un carrete que es llevado á un taller especial, y allí se cortan las pruebas al tamaño que se quiere y se las monta en cartón empleando para esta operación los procedimientos ordinarios.

El alumbrado de la habitación en donde se procede al desarrollo ofrece una particularidad interesante: en el extremo en donde se empieza la operación hay dispuestas varias lámparas provistas de cristales encarnados inactínicos y en el extremo opuesto lámparas blancas. Como la habitación es muy larga, se forma una mezcla de luz blanca y encarnada que se reparte en toda la longitud de la cuba y cuyo grado actínico crece á medida que aumenta la sensibilidad del papel. La circunstancia de estar situada la luz blanca en el lado de la puerta de entrada hace que se evite cualquier sorpresa. Durante el trayecto del papel los obreros vigilan la operación y por medio de esponjas limpian las inmundicias que podrían ser arrastradas y producir manchas.

En la cuba de desarrollo, cuya longitud es de 30 metros, hay veintisiete rodillos. La velocidad con que corre el papel es de tres metros por minuto, pudiendo obtenerse en este tiempo 245 pruebas: de modo que en una jornada de diez horas se pueden producir 147.000, cifra más que suficiente para proveer de ilustraciones á los diarios de mayor circulación.

Tenemos, pues, una nueva industria que parece poder hacer una competencia seria á los procedimientos de tirado que no permiten imprimir el grabado al mismo tiempo que el texto.

G. MARESCHAL

***

CARRERAS DE TRENES EXPRESOS EN INGLATERRA

Desde hace años dos compañías de ferrocarriles ingleses rivalizaban en velocidad y se adjudicaban cada una la victoria sobre la otra sin haber realizado ninguna prueba definitiva. Por último estas dos compañías, la *Nord Western* y la *Great Northen Roads*, decidieron efectuar una serie de carreras en un recorrido determinado. La primera había escogido como punto de partida la *East Station* (Londres) y la segunda la *King's Cross Station*, siendo el punto común de llegada Aberdeen (Escocia): la distancia que separa las estaciones extremas de la primera, es de 864 kilómetros y la comprendida entre las de la segunda de 841.

La primera prueba se verificó el 19 de agosto último: cada expreso se componía del mismo número de vagones y un furgón de cola, arrastrados por una sola máquina de marcha rápida. Su duración proporcional de los trayectos fué casi la misma para ambos trenes, si bien llevó una pequeña ventaja el de la *North Western*, que recorrió los 864 kilómetros en 555 minutos. El día 21 del mismo mes los mismos trenes efectuaron la segunda carrera, y también alcanzó el de la *North Western* alguna ventaja recorriendo los 864 kilómetros en 538 minutos, al paso que la otra empleó 537 minutos en el recorrido de 841 kilómetros. El día 23 verificóse nueva prueba en la que se acentuó la victoria de la *North Western*, que ganó todavía tres minutos sobre la duración precedente del trayecto. Finalmente, el día 25 llevóse á cabo la experiencia decisiva: el expreso de la *North Western* llegó á Aberdeen, habiendo recorrido el trayecto en 512 minutos.

En presencia de tal hazaña, los habitantes de Aberdeen, en el colmo del entusiasmo, llevaron en triunfo por las calles de la ciudad al maquinista vencedor Soutar. A los nueve minutos de haber llegado el primer tren, silbaba en la estación el segundo expreso que, vencido aunque gloriosamente, había tardado 521 minutos en recorrer los 841 kilómetros.

La velocidad media del tren vencedor fué de 101'704 kilómetros por hora; pero deduciendo las

paradas que hubo de hacer en las cinco estaciones del trayecto, resulta una velocidad efectiva constante de 120 á 130 kilómetros por hora, rapidez que ninguna compañía europea se habría atrevido hasta ahora á poner en práctica. Hay que hacer constar, sin embargo, que desde la prueba memorable, los expresos de las dos compañías han vuelto á sus antiguas velocidades, que no son pequeñas.

Los americanos no podían permanecer insensibles al éxito conseguido por las dos sociedades inglesas, éxito que les arrebataba el *record* del mundo, conservado hasta entonces por la *New York Empire State Company*, en cuya red los trenes expresos recorren ordinariamente, en servicio regular, en 520 minutos los 707'520 kilómetros que separan á Nueva York de Buffalo, á pesar de las numerosas paradas, de las grandes pendientes y de las curvas de escaso radio. La prensa de los Estados Unidos ha hecho notar, con alguna razón, que en los ferrocarriles ingleses no existen estos obstáculos, lo cual permite á las compañías aumentar notablemente la velocidad de sus trenes. Además los expresos ingleses se componían cada uno de un pequeño número de vehículos mucho más ligeros que los que se usan en los expresos americanos, los cuales se componen de doble número de coches de grandes dimensiones y de muchos furgones de equipajes y de mercancías. Esta carga considerable aumenta en muy elevadas proporciones el peso muerto que ha de arrastrar cada locomotora, y por otra parte las pendientes, curvas y los cruces abundan en todas partes, aumentando con ello las dificultades, pues el maquinista rara vez se encuentra en un largo trayecto en línea recta que le permita lanzarse á toda velocidad.

A pesar de estas consideraciones, los americanos no han querido ser vencidos, y en 10 de septiembre último un tren especial, salido de Nueva York á las 5 y 40 minutos 30 segundos de la mañana, llegaba á Buffalo á las 12 y 34 minutos 57 segundos del día: de suerte que este expreso había recorrido 440 millas en 6 horas y 54 minutos 27 segundos, ó sea con una velocidad media de 103'451 kilómetros por hora, y deduciendo la duración de las paradas, resulta como velocidad real del expreso americano la de 135 kilómetros por hora. – C. MARSILLÓN

CARRERAS DE TRENES EXPRESOS EN INGLATERRA. – Núm. 1. El expreso de la *North-Western Company*, lanzado á toda velocidad. – Núm. 2. El expreso de la *Great Northern Roads*, lanzado á toda velocidad. – Núm. 3. Llegada á Aberdeen del expreso de la *North-Western Company* después de haber recorrido 540 millas inglesas en 512 minutos. La muchedumbre lleva en triunfo al maquinista. En el cartucho el retrato del maquinista vencedor Soutar.

(De fotografías instantáneas)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

La voz de una madre, por *Doña María de los Dolores del Pozo.* – Cuantos consejos pueden dictar el corazón de la madre más amantísima y la fe de la mujer más piadosa para inculcar á su hijo los grandes principios sobre que se basa la verdadera felicidad, hállanse reunidos en este valiosísimo libro. En él tienen mucho que aprender las madres que desean para sus hijos algo más que el bienestar artificioso que dan los bienes materiales; en él encontrarán también los hijos mucho que les haga pensar en sus deberes para con Dios y para con la sociedad. Inspirada en el más elevado espíritu religioso, concebida por una inteligencia de educación é instrucción no comunes y dictada por un corazón en que desborda el amor maternal, la obra de la señora del Pozo merece un puesto de preferencia en el seno de toda familia cristiana. Su lectura, amena é interesante cual pocas, abre nuevos horizontes al sentimiento de las madres, que en *La voz de una madre* encontrarán instrucciones para triunfar de las situaciones más difíciles de esta vida y armas poderosas con que prevenir los peligros y combatir los males que se oponen á la conservación de la dicha en este mundo y al logro de la eterna bienaventuranza en el otro. El libro que nos ocupa, aprobado por la censura eclesiástica y recomendado por varios prelados, sacerdotes y congregaciones religiosas, se vende en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, al precio de 2'50 pesetas en rústica, 3'75 en cartón y 5'50 con encuadernación de lujo. Los pedidos al por mayor deben dirigirse á la autora (calle de Gerona, 74, 1.°, en Barcelona).

* * *

Con motivo del verbo «desvestirse», por *R. Monner Sans.* – Pocas veces como ahora sentimos tan de veras que nos falte espacio para ocuparnos de un libro con la detención que merece. El origen de la obra del Sr. Monner Sans fué el deseo de averiguar si podía emplear sin remordimientos el verbo *desvestir*, y compulsando para ello libros y diccionarios hubo de ver que en el de la Academia faltan una multitud de palabras de las que comienzan por la partícula *des*. Continuó sus estudios, y el fruto de ellos fué la obra que nos ocupa, y que, aunque calificada por su autor de pasatiempo lexicográfico, debe ser considerada como notable trabajo filológico. Contiene el libro 1008 observaciones dignas de que en ellas fije su atención la Academia española, que sin duda podrá utilizarlas en buena parte para la próxima edición del léxico oficial. El trabajo del Sr. Monner Sans demuestra, no sólo una gran paciencia, sino que también profundos conocimientos linguísticos y notable erudición en materias de nuestra literatura. La obra del Sr. Monner Sans, que ha sido editada por Félix Lajouanne (Perú, 79, Buenos Aires), lleva como apéndice un interesante y muy bien escrito discurso sobre el lenguaje gauchesco, que dicho señor pronunció en la fiesta celebrada por el Instituto Americano de Adrogué (República Argentina).



Monumento al almirante Korniloff, recientemente inaugurado en Sebastopol, obra de Schrœder

* * *

¡Aleluyas finas!, por *M. Matoses (Corzuelo).* – Por la España pintoresca, por *Emilia Pardo Bazán.* – Forman estos libros los tomos 31 y 32 de la *Colección Diamante* que con tanto éxito publica en esta ciudad la casa editorial López. El primero se compone de una porción de artículos chispeantes, como todos los del Sr. Matoses; el segundo es una colección de impresiones de viajes, y siendo de tan eminente escritora no hay que decir hasta qué punto cautivan al lector las hermosas descripciones en él contenidas y las interesantes observaciones y profundos pensamientos que en aquella privilegiada inteligencia hace surgir la contemplación, ora de lugares pintorescos, como Ontaneda y Comillas, ora de ciudades pobladas de maravillas artísticas y de recuerdos históricos, como Valladolid, Toledo y otras. Véndese cada tomo al precio de dos reales.

* * *

Pro patria. – El último número de tan importante revista contiene notables trabajos de Guillermo Huszar (en húngaro con su traducción castellana), Stor, Fernández Vaamonde, Vega-Rey, P Gascón de Gotor, Martínez de Escobar, Díaz y Pérez.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 25 de noviembre de 1895 — Núm. 726



POR UN SORBO DE AGUA, escultura de St. Cauer



Texto. – *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. – *Semblanza. Excmo. Sr. D. Ramón María Narváez, primer duque de Valencia*, por Carlos de Ochoa y Madrazo. – *Tipos madrileños. La vendedora de pájaros*, por F. Moreno Godino. – *Un susto y una lección (cuento)*, por A. Sánchez Pérez. – *Nuestros grabados*. – *Miscelánea*. – *Sport*, por E. Font Valencia. – *Abandonada*, novela de Enrique Greville, con ilustraciones de Salvador Azpiazu (continuación). – *Exposición internacional de Atlanta*, por X. – SECCIÓN CIENTÍFICA: *Los relojes magnéticos*, por G. Pellissier.

Grabados. – *Por un sorbo de agua*, escultura de St. Cauer. – *La vendedora de pájaros*, dibujo de N. Méndez Bringa. – *Galantería*, cuadro de José Jiménez Aranda (Exposición de Venecia. 1895). – *Recuerdo de Venecia: El te*, cuadros de Salvador Sánchez Barbudo. – *Regreso de los vendimiadores*, cuadro de Vidal G. Arenal. – *El poeta*, cuadro de Rembrandt, que se conserva en el Museo de Cassel, reproducción directa de Carlos Baude, premiada con medalla de honor en la Exposición anual de Bellas Artes de París. – *Exmo. Sr. D. Sabas Marín*, teniente general destinado al ejército de operaciones de Cuba (de fotografía). – *Durante la velada*, escultura en bronce de Joaquín Anglés. – El eminente arqueólogo *Juan Overbeck*. – *Exposición internacional de Atlanta (Estados Unidos). Fachada del Palacio de Bellas Artes*. – *Edificio de la Administración y puerta principal de ingreso de la Exposición internacional de Atlanta, y vista del lago y de las fuentes*. – *Reloj magnético*, según Dalencé (1687). – *La insurrección en Cuba. Puesto avanzado en las afueras de Remedios*, dibujo del corresponsal del *Illustrated London News*.

CRÓNICA DE ARTE

Aun cuando hace ya un mes que publicó la *Gaceta* el decreto del ministro de Fomento, reorganizando el Museo de *Arte contemporáneo*, creado por virtud de otro decreto del entonces ministro del citado departamento Sr. Groizard, todavía es de actualidad el asunto para que yo le dedique algunos párrafos en esta crónica; pues bien merece todo esfuerzo que se haga en favor del arte, aquí donde eso es caso rarísimo, que sea conocido de los que al cultivo de aquella entidad dedican su vida.

Ordenara el Sr. Groizard en su decreto de creación del Museo dicho: que éste se titulase de *Arte contemporáneo;* que el director del Museo nacional lo fuese también del nuevo; que una comisión compuesta de críticos y artistas escogiera las obras y determinase cuáles y de quiénes habían de ser las que sirvieran de punto de partida para la instalación, y por último, que no figurasen cuadros ni esculturas que no hubiesen obtenido medalla de oro.

En el reciente decreto del Sr. Bosch se dispone: que en lugar de titularse el nuevo Museo de *Arte contemporáneo* se llame de *Arte moderno;* que el director sea una personalidad indiscutible en la crítica y en los conocimientos históricos referentes al arte; que puedan figurar todas aquellas obras que, á juicio del director del nuevo Museo y del Nacional merezcan tal distinción, y que desde luego tenga un personal propio.

Apóyase el Sr. Bosch para titular de *Arte moderno* al nuevo establecimiento, en un razonamiento perfectamente lógico; y el razonamiento es, en síntesis, el siguiente: A juicio de la comisión nombrada por el Sr. Groizard (comisión que ha quedado disuelta), puede ó debe considerarse comenzado el ciclo artístico moderno en los artistas que primero han producido en el siglo actual, tales como Aparicio, D. José Madrazo, Alvarez, Sola, etc.; mas no puede considerarse, ni desde el punto de vista de las corrientes estéticas, ni de la plástica, ni desde otro alguno la obra de aquellos pintores y estatuarios dentro de los rumbos actuales, pues de ellos están quizá más alejados que otras escuelas muy anteriores.

Y así como á Larra y á Argüelles y á Calomarde y á todos cuantos figuraron en artes, ciencias, política, etc., no puede considerárseles contemporáneos de Revilla, de Cánovas, de Castelar, así tampoco los artistas aquellos, fallecidos hace medio siglo, son contemporáneos de los que hoy no cuentan esos años de existencia. Pero sobre esto, que huele á Pero-Grullo á cien leguas, hay otra razón de verdadero valor. Al crear el Estado el Museo en cuestión, es lógico suponer que éste haya de servir para que en él vayan acumulándose las obras de los artistas de las generaciones que sucedan á la actual; siendo así, nuestros nietos al contemplar los cuadros de D. Pedro Madrazo ó del mismo autor del *Testamento de Isabel la Católica* se encontrarán probablemente, respecto del modo de sentir y de ver el arte, á la distancia de esos artistas, que la americana del casacón de Goya; y realmente, no creo que, aun cuando ochenta ó noventa años para la denominación de *contemporáneo* ó *de moderno* no sea gran cantidad de tiempo en la historia, para la evolución cada día más rápida y múltiple de las ideas, pueda considerarlo nadie como grano de anís. Además de que, considerarme yo contemporáneo de mi bisabuelo me parece algo dudoso, aun cuando me lo afirmen las personas más respetables por su edad, saber y gobierno.

Otra de las reformas introducidas por el Sr. Bosch en la reorganización del *Museo de Arte moderno* es la de dotarle de director propio y que este director sea un crítico y no un artista.

Tengo por cierto que alguno de mis lectores recordará algo de lo que en defensa del criterio sustentado ahora por el Sr. Bosch, al poner al frente de este Museo una personalidad ajena á la técnica del arte de la escultura ó de la pintura, he dicho en estas mismas columnas y en las de otros periódicos; si lo recuerdan verán cómo no iba descaminado al profetizar que al cabo se caería en la cuenta, como ha tiempo cayeron en Francia, Inglaterra y en la misma Italia, de que un pintor ó un escultor no puede regir con verdadera libertad de acción, cual la exigen las diversas manifestaciones del arte en la actualidad, un centro en donde hayan de exhibirse todas y cada una de esas tendencias; aparte lo de que, entregado por entero el artista á la realización de la belleza, con arreglo – claro está – á su temperamento, no puede especular con aquel detenimiento y conocimiento histórico y metafísico en las ideas estéticas que requiere el investigador y refinado espíritu moderno.

Bien sé que á esta manera de pensar oponen los artistas la razón de sus conocimientos técnicos, que son, al fin y al cabo, según ellos, los que determinan de una manera tangible la belleza; mas olvidan, al razonar así, que no es á ellos, á los que producen la belleza ó la traducen según su sentir, á quienes ha de causar emoción, en quienes ha de ejercer la influencia que la obra de arte debe producir, quienes han de dar el *exequátur* á la estatua ó al cuadro, sino el espectador, libre de todo prejuicio de escuela, ajeno á los secretos que el tecnicismo encierra para contrahacer la naturaleza. Y olvidan también que en lo que se refiere á los distintos ideales que inspiran el arte moderno, la intransigencia no cabe, y los artistas son en ese particular los primeros intransigentes.

Y para el oficio de intermediario entre la república del arte y el Estado, prejuicios técnicos é intransigencias en lo que se refiere á los motivos de inspiración, son obstáculos insuperables, causas de graves trastornos en la marcha y desenvolvimiento de las manifestaciones artísticas, concluyendo por llevar á la decadencia, como llevaron á ella á nuestra pintura y estatuaria las intransigencias y exclusivismos de escuelas religiosas y políticas.

El actual ministro al nombrar á un crítico como D. Pedro Madrazo para la dirección de que vengo hablando, ha llevado á cabo una medida de salud para el arte.

***

Marinas, el autor del celebrado grupo *El descanso del modelo* y del de *El dos de mayo*, premiados ambos con altas recompensas en Exposiciones nacionales y extranjeras, ha sido agraciado por la Academia de San Fernando con la ejecución de la estatua que á Moreno Nieto van á erigirle sus paisanos en Badajoz.

Diez han sido los escultores que han concurrido á este certamen, y casi todos escultores de mérito indiscutible y veteranos en el arte. Marinas, seguramente el más joven, acudió á este concurso, como acude al que se está celebrando para la estatua á don Claudio Moyano, realizando el milagro de trabajar á un tiempo en varios bustos retratos; en uno de los dos grandes bajos relieves que, fundidos en bronce, habrán de emplazarse en la fachada de la iglesia que en Salamanca edifica, bajo la advocación de San Juan de Sahagún, el último obispo de aquella diócesis, el P. Cámara, y en los citados modelos para las estatuas del ministro moderado y del insigne orador y presidente que fué tanto tiempo del *Ateneo*.

Limito por hoy esta noticia á la descripción rápida de la estatua premiada; en próxima *crónica* haré la del bajo relieve, fundido en bronce, á que me refiero más arriba.

Aparece Moreno Nieto en pie, desabrochada la levita, pensativo y cogiendo en la mano derecha un grueso *infolio* que apoya contra la cadera. La figura planta sobre la pierna izquierda, y está modelada con el arte y la maestría que reconocen en Marinas todos sus colegas y los inteligentes. Como podrán advertir los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por esta somera descripción, la sencillez es la nota característica de la última obra del joven maestro segoviano. Algunos han apuntado que el parecido era escaso y que faltaba algo á la misma totalidad de la figura para reconocer físicamente al insigne sabio; pero á mi juicio, en un boceto no se puede, mejor dicho, no se debe exigir el estudio detenido que en la obra definitiva, puesto que dejaría de ser boceto si en él se apreciasen todas las condiciones técnicas y de estudio psicológico que en la estatua á todo el tamaño. Para mí, cuantos en esta como en otras ocasiones análogas hacen tales reparos, desconocen el objeto exclusivo del boceto, que no es otro que el de dar formas con la mayor sinceridad posible al pensamiento, al concepto que el artista tenga del personaje, del objeto, de la escena; en fin, de lo que haya de representar por medio de la pintura ó de la escultura. Seguro estoy de que la estatua de Moreno Nieto ha de ser una de las más bellas producciones de la escultura española de estos últimos años. Aniceto Marinas es de los escultores que más empujan.

***

Bilbao es una ciudad afortunada por muchos conceptos, y si debe á su laboriosidad y á la riqueza de su subsuelo el auge de que goza, debe también á su buen sentido y á su gratitud poseer hoy las dos estatuas más hermosas que ha producido la escultura contemporánea española, representada en su más alta manifestación por el eximio y justamente celebrado escultor Mariano Benlliure.

Hace muy pocos días se ha inaugurado en la muy heroica villa, capital de Vizcaya, la estatua de *Trueba*, obra en la que se determinan de un modo preciso y hermosísimo los nuevos rumbos que el realismo ha trazado á la escultura en estos últimos años del siglo.

Ya los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA conocen esta obra prodigiosa del excepcional talento de Benlliure, y además cuanto de ella se ha dicho; por lo tanto no copiaré ahora los encomios que la prensa bilbaína, con motivo de la solemne inauguración de la *vera effigies* de *Antón el de los Cantares*, dedica á la producción del genial artista. Solamente diré que la admiración causada en la inmensa concurrencia que asistió al acto solemnísimo de descubrirse la estatua fué tan grande, que testigos presenciales (alguno no muy afecto al insigne escultor) me decía que no había presenciado jamás muestras de entusiasmo tan grande, dadas por la masa del pueblo en presencia de una obra de arte plástica. Bien reflejaron esa emoción, la más pura que puede agitar, así al individuo como á las muchedumbres, los discursos pronunciados al pie de la hermosa estatua.

Ciertamente que no puede dejarse de hablar de Benlliure un espacio de tiempo grande, y cuando se hable ha de ser para celebrar alguna muestra de su actividad prodigiosa y de su talento excepcional. Con motivo del beneficio de Marconi, que se ha verificado hace pocos días, Benlliure, aprovechando unos instantes de ocio, mejor dicho, dando de mano por unos instantes á varios trabajos que le tienen encomendados algunos aficionados al arte de esta corte, modeló para el célebre tenor un lindísimo juguete; representa á Marconi vestido de un modo extravagante, caballero en un cerdo. Las dimensiones del citado capricho son pequeñísimas; mas á pesar de eso, es tal la verdad con que está caracterizado Marconi y tan prodigioso el movimiento, el dibujo, la *expresión* del cerdo, que se ha hablado más del capricho del célebre escultor que de los prodigios que Marconi hubo de realizar en los *Hugonotes*, que fué la obra escogida para su beneficio.

Es probable que se celebre muy pronto una exposición de *petits morceaux* de arte escultórico, pictórico y de orfebrería, ejecutados por Benlliure.

***

Para el próximo diciembre se anuncia una exposición de pinturas y esculturas de artistas catalanes. Esta exposición la organiza D. Antonio Viada con objeto de que sean conocidas en Madrid (yo creo que ya lo son y de un modo ventajosísimo) firmas como Galofre, Más y Fontdevila, Serra, Cusachs, Fabrés, Vallmitjana, Miralles, Meifrén, Rusiñol, Casas, los Masriera, Baixeras, etc. Dicho certamen se llevará á efecto en las salas del Palacio del Hipódromo.

Tres son ya las exposiciones que en muy breve plazo se celebrarán en esta corte.

R. BALSA DE LA VEGA



SEMBLANZA

Circunstancias especiales de mi ya larga vida me han hecho conocer y tratar á muchos de nuestros generales.

Pero entre todos, á ninguno he tenido ocasión de tratar tan íntimamente como á D. Ramón María Narváez, primer duque de Valencia.

Donde más traté á Narváez fué en París, durante algunas de sus muchas *emigraciones*, si emigración puede llamarse á vivir fuera de su patria porque á uno le da la purísima gana; y este es precisamente uno de los rasgos característicos de D. Ramón, abandonar la corte, dejar á Madrid á las veinticuatro horas de caer del ministerio.

Era cosa sabida. La reina le admitía la dimisión para nombrar presidente del Consejo á Pacheco, por ejemplo, D. Ramón tomaba las de Villadiego..., digo mal, las de París, metiéndose en la primera silla de posta que podía procurarse. Que años después le reemplazaba D. Juan Bravo Murillo..., á París corriendo. Viene la revolución del 54, la contrarrevolución del 56, se marcha O'Donnell, la reina llama á Narváez. ¿De dónde llega D. Ramón? De París

Sí, de París. Díganmelo ustedes á mí que hice el viaje con él. ¡Y qué viaje! Recibió el duque de Valencia el telegrama de Palacio á las cinco de la tarde sobre poco más ó menos; era en el mes de octubre, y en aquel dichoso París, á las cinco de la tarde en octubre es casi de noche. Pronto se arregló el equipaje; á toda prisa se comió; á escape llegaron los caballos de la berlina á la estación de Orleáns. Tomamos el expreso. A la mañana siguiente en Burdeos, telegrama á Madrid. «Ha llegado felizmente el general. Prosigue viaje.»

Y proseguimos hasta Bayona, donde terminó el viajar en ferrocarril. Tomamos una silla de posta que aguardaba á D. Ramón.

Aquella misma noche llegamos á Burgos. Generales, jefes y oficiales le esperaban. No recuerdo si pasó allí la noche ó si prosiguió para Madrid, pues yo me separé de él en Burgos, donde le aguardaba su secretario particular.

Lo que habló, lo que gesticuló durante el viaje, el sinnúmero de *ajos* y de *cebollas* (pues era *muy mal hablado*, como decimos vulgarmente, el señor duque de Valencia) que echó durante aquellas veintitantas horas, de París á Burgos. Era un verdadero rosario, y todo ello sin motivo. Si hubiese ido enfadado á Madrid, se comprendería, dado el personaje, que su boca fuese un manantial inagotable de palabras *gordas;* pero es el caso que iba contento, muy contento, primero de volver al poder, cosa que siempre le había halagado extraordinariamente, aunque no fuese más que por el gusto de abandonarlo luego, y segundo de ser el sucesor de O'Donnell, satisfacción que era para él tal vez mayor que la primera.

¡Pero qué talento natural tenía aquel hombre extraordinario! ¡Qué imaginación! ¡Qué elocuente y qué persuasiva su palabra! Le faltaba sólida instrucción; pero había leído mucho, tenía una gran memoria, una memoria prodigiosa, recordando al dedillo acontecimientos de cuando sólo tenía tres ó cuatro años, y sabido es que con buena memoria y bastante lectura, algo se aprende. Narváez había aprendido sobre todo la historia, no sólo la de España, que la conocía perfectamente, sino la de Francia, la de Inglaterra, etc. La contemporánea sobre todo la conocía á fondo, y como había viajado bastante por el extranjero, tuvo ocasión de intimar con muchos de los hombres más notables en la política y en las armas durante la época en que estuvo en candelero.

El rey Luis Felipe le apreciaba mucho. Durante una corta temporada en que representó á España en la corte de las Tullerías, el embajador español llevaba la batuta del cuerpo diplomático, y en verdad que hubiera sido difícil que fuese de otro modo, tratándose de un hombre de un carácter tan entero como el de Narváez, tan dominante, que sabía imponerse, en una palabra. Mas al lado de ese carácter tan fuerte, tenía su persona grandes atractivos. Los que le conocieron de joven dicen que fué guapo; de baja estatura, sí; pero iba tan derecho, tan erguido, tan tieso, siempre con la cabeza levantada, que casi parecía alto. De color moreno y cabellos negros, pronto perdió éstos, por lo cual llevó peluca casi toda su vida, pues sólo en sus últimos años se decidió á lucir su venerable calva. Y aquí viene de molde una observación que hacían muchos, y es que mientras usó peluca fué el hombre de las energías y de las inflexibilidades, y que tan luego como se decidió á suprimirla, empezó á flaquear su carácter. Es indudable que algo hubo de esto; pero no hay naturalmente que atribuirlo al influjo del peluquín, sino á la edad, á los desengaños, á los achaques propios de la vejez.

La juventud de Narváez transcurrió alegre entre las emociones de la guerra y las que proporciona el galanteo. Marte y Cupido fueron los dioses mayores del joven de Loja, del amigo y compañero de D. Luis Fernández de Córdova. El hermano de éste, D. Fernando, refiere en sus interesantes *Memorias* una infinidad de episodios de la vida militar de Narváez, oficial valiente entre los valientes, temerario á veces, perspicaz siempre, afortunado por lo general y simpático cual ningún otro.

Adversario decidido de Espartero, lo mismo que Córdova, ambos tomaron parte en varias conspiraciones. Era tan sólo brigadier cuando la entonces reina gobernadora doña María Cristina fijó en él su atención, considerándole desde luego como uno de los jefes que más darían que hacer á Espartero. No se equivocó la augusta señora, pues poco tiempo después tuvieron lugar los sucesos de Torrejón de Ardoz, la caída de Espartero, el encumbramiento de Narváez, sus últimos empleos obtenidos con pasmosa rapidez, su nombramiento de capitán general de Madrid y por último su entrada en el ministerio como presidente del Consejo y jefe indiscutible del partido moderado.

No tengo para qué hacer la historia de este partido, ni su crítica ni su elogio; cumple á mi propósito tan sólo consignar en esta semblanza que Narváez prestó grandes, grandísimos, inmensos y relevantes servicios á su patria. Restableció el orden moral y material; su conducta en 1848 fué la de un verdadero hombre de Estado, no consintiendo ni un instante que potencia alguna, por poderosa que fuera, como lo era Inglaterra, se mezclase en nuestra política, y la prontitud y sobre todo la energía con que expidió sus pasaportes al representante de aquella nación fué un acto de patriotismo que dejó asombrada á Europa entera. Nuestro príncipe de la milicia pudo exclamar entonces como el príncipe de *La vida es sueño:*

«*¡Vive Dios, que pudo ser!*»

No sé si hoy podría ser, pues los hombres han cambiado bastante desde los *buenos tiempos* de Narváez, y conste que al hablar de los *buenos tiempos* del que arrojó de España al embajador Bulwer, dejo á un lado toda apreciación política; yo me refiero tan sólo al ente moral, trato de hacer resaltar su carácter, su personalidad, su indiosincrasia.

¡Qué talento natural el suyo! No me cansaré de repetirlo, ¡qué golpe de vista en todos los actos de su vida!, ¡qué conocimiento de los hombres!, ¡qué energía para mandar!, ¡qué arte para hacerse obedecer! Supo rodearse de los hombres de más valía de su tiempo. Martínez de la Rosa, Istúriz, Alcalá Galiano, Mon, Pidal, Arrazola, Pezuela, Seijas, Nocedal, Sartorius, Bravo Murillo fueron ministros con él. ¡Y qué bien los conocía; cómo sabía apreciar los méritos de cada cual! A Mon no le quiso nunca; pero comprendía que le era útil y le aceptaba. En cambio tenía un cariño entrañable, un flaco, como puede decirse, por Pidal, á quien consideraba como realmente se lo merecía esa gran figura del partido moderado, quien era, no sólo su compañero de gabinete, sino á veces su consejero único. Reconocía la sinceridad de Arrazola, su seriedad, sus profundos conocimientos jurídicos, y con frecuencia le daba entrada en los gabinetes que presidía, así como tomaba á otros como meros instrumentos para un objeto dado y sabía deshacerse de ellos con un maquiavelismo singular.

Cada vez que iba á Palacio siendo presidente del Consejo, y esto era todos los días, había con seguridad un disgusto entre la soberana y él. Cuando no era una cosa, era otra; siempre había un motivo de pelea, buscado por supuesto por él, que era capaz de pelear hasta con su sombra. Jamás estaba contento. Si había paz y tranquilidad, porque se le figuraba que fraguaban algo contra él; y si se levantaban partidas carlistas en Navarra ó Cataluña ó los progresistas fraguaban alguna *intentona*, porque habría querido exterminarlos al primer grito de rebelión.

Cada ocho días amenazaba con retirarse del poder. La dimisión la tenía siempre en los labios, y extendida sobre el papel á cada paso. En las Cámaras discutía con vehemencia, haciendo gala de una facilidad de palabra y de una elocuencia envidiables; hoy con Olózaga y Ríos Rosas en el Congreso; al día siguiente con Novaliches ó con Prim en el Senado: para todos tenía frases contundentes, apóstrofes llenos de energía y de arrogancia, que le acarrearon á veces disgustos y lances personales. Cuanta mayor talla tenía el adversario, discutía más á gusto, pues no se creía llamado á pelear con pigmeos, sino con gigantes.

Cuando la cuestión de las *Chinchas*, me hallaba yo una tarde en el Congreso en la tribuna de periodistas; de pronto se oyeron unas voces estrepitosas; vimos que todos los diputados abandonaban los escaños, dirigiéndose á los corredores; solos quedaron en el salón de sesiones el orador que estaba en uso de la palabra, el presidente y los secretarios. Pues señor, qué será, qué no será. Bajé rápidamente á los corredores, próximos al salón de conferencias, y allí me encontré al general Narváez, á la sazón jefe del gabinete, envuelto en una capa con embozos encarnados, todo pálido y descompuesto, que le decía á un sujeto que se hallaba cerca de él y á quien rodeaban varias personas.

—¡Salga usted! ¡Salga usted!

El sujeto en cuestión era el diputado entonces D. Eusebio Salazar y Mazarredo, quien había tomado una parte activa, como diplomático, en nuestras desavenencias con el Perú, y que habiéndose encontrado con Narváez en uno de los pasillos del Congreso, le hizo no recuerdo qué pregunta sobre el vicealmirante Pareja. Se conoce que Narváez tomó á mal la pregunta, pues comenzó á increpar á su interlocutor en los términos más duros, y no contento con esto quería que saliese á la calle para pelear á trompada limpia, cual dos chicos de la escuela.

Algunos de los ministros y los diputados amigos trataron de apaciguar á Narváez, quien no llevaba trazas de entrar en razón y que seguía exclamando con más coraje y por supuesto con su habitual *zezeo* andaluz:

—¡Pero *zalga* usted!

No fué Allende Salazar el que salió, sino Narváez, á quien Alejandro de Castro, Marfori y otros amigos lo llevaron á remolque para que se le refrescase la sangre en el salón del Prado.

Este era D. Ramón, un puro nervio, un hombre que no podía contenerse; que en el Congreso, en palacio, en la misma catedral habría armado un tiberio por cualquier motivo; y sin embargo, ese hombre de carácter tan impetuoso, de genio tan atrabiliario, era un manso cordero en presencia de unas faldas. El bello sexo tenía para él una influencia pasmosa, extraordinaria, tanto ó más que la música, por la que sentía una verdadera pasión. Estando en París, el primer abonado á la ópera italiana era él. Toda la alta sociedad parisiense de aquella época recuerda que Narváez ocupaba á diario los dos primeros palcos bajos de la sala *Ventadour*, de los cuales había hecho un solo palco, punto de reunión de los españoles de distinción que residían en París durante los inviernos de 1860 y 61. Era cuando nuestros valientes soldados peleaban en África al mando de O'Donnell. Recuerdo la impaciencia de Narváez por adquirir noticias de las victorias de nuestras tropas, y los berrinches que pasaba cuando las cosas no iban á su gusto. Lersundi, que residía entonces en San Sebastián, recibía con frecuencia cartas de Echagüe, su compañero de infancia, que mandaba uno de aquellos cuerpos de ejército, y le transmitía el contenido de esas cartas á Narváez. Este conversaba con sus convidados, dando á sus palabras un fuego y un entusiasmo extraordinarios: se desesperaba al ver cómo pasaban las semanas y los meses sin apoderarse de Tetuán. «¿Pero qué hacen estos generales?,» exclamaba indignado. «¿Pero en qué piensa O'Donnell?,» decía abandonando su sitio y dando vueltas como un león en su jaula. A pesar de su afición á Rossini y á Verdi, y de su amor platónico por *la Battu* (una de las cantatrices de la sala *Ventadour* que unía á su linda voz una preciosa figura), hubiera preferido cien veces hallarse ante los moros y pelear con O'Donnell y Prim al frente de nuestro ejército.

En una de sus residencias en la capital de Francia, contrajo matrimonio con una joven del país, de aristocrática alcurnia, algo emparentada con Napoleón I, una Tascher de la Pagerie; pero por incompatibilidad de caracteres y tal vez por otras causas, el matrimonio no anduvo muy unido, separándose al poco tiempo amigablemente. Aún reside en las orillas del Sena la respetable señora, muy entrada hoy en años, que ostenta el título de duquesa viuda de Valencia.

Narváez siguió haciendo vida de soltero, y fueron tantas sus *bonnes fortunes*, como dicen nuestros vecinos, que sería larga la relación de sus conquistas y difícil su clasificación, pues como D. Juan Tenorio, recorrió toda la escala social.

Hablaba detestablemente el francés, á pesar de sus largas estancias en París, lo que no era un obstáculo para él ser tan galanteador en Francia como en España. En aquellos Campos Elíseos se le veía todas las tardes de paseo, muy pulcramente vestido, con un sombrero descomunal, su gabán abrochado, sus patillas rizadas y no mal teñidas, su aire *jaque* y un tanto matón, con un enorme puro en la boca, y un bastón con puño de oro, que revelaba bien claramente que aquel hombre estaba habituado á mandar. No pudiendo entonces mandar á los diez y ocho millones de habitantes que tiene España, mandaba á su pariente Marfori, á sus ayudantes y á los criados que vivían con él en un suntuoso piso bajo del *Rond-point* de los Campos Elíseos. Esto me trae á la memoria que una mañana que entré á saludarle, me lo encontré hecho un basilisco. La cosa no era para menos. Su ayuda de cámara le había quemado las patillas con los hierros al rizarlas. ¡Figúrense mis lectores cómo lo pasaría el infeliz criado que había cometido semejante torpeza!

Muchos años después, cuando ya no usaba peluca, le solía ver algunas noches en su habitación de la plaza de la Villa, en Madrid, donde después de comer se pasaba al salón de billar, y allí echaba él varias partidas con sus ayudantes y amigos. «Es un excelente ejercicio para los viejos, nos decía, sobre todo después de comer, porque así no se duerme uno.» Y carambola por aquí y carambola por allá, así pasaba las noches en que no iba al teatro Real, aguardando con impaciencia que le llamasen de palacio para formar ministerio...

Carlos de Ochoa y Madrazo

TIPOS MADRILEÑOS

LA VENDEDORA DE PÁJAROS

Hasta hará unos veinte años, Madrid ha sido uno de los pueblos más típicos de Europa. Acudían á la corte todos los necesitados de provincia, y como no había posiblilidad, por falta de peculio, de establecer industrias fijas, pululaban los ambulantes y con ellos tipos pintorescos que ya van desapareciendo. Los chisperos, las manolas, los guardias de corps, los vendedores italianos de «¡Santi boniti é barati, que ni comen, ni beben, ni gastan zapati!» han pasado ya á la leyenda, y cuando ésta se olvide los curiosos tendrán que reconstruirlos por inducción, como Cuvier á los animales antediluvianos. Apenas van quedando tipos, y por esta escasez llaman más poderosamente la atención de los desocupados y observadores madrileños. Andan por Madrid y por Barcelona unas mujeres vendedoras de te y hierbas aromáticas, envueltas en unas sayas verdes sin talle, que han dado pauta para el traje de las niñas elegantes; y que al contrario de las golondrinas, sólo aparecen en los meses de invierno en dichas poblaciones. Pues bien: estas expendedoras ambulantes son casi el único tipo saliente que subsiste en Madrid.

Los vendedores de pájaros, especialmente las vendedoras, eran antes muy numerosas en la villa y corte. Vendían pájaros vivos y muertos; pues naturalmente, los madrileños, como retraídos del campo, son muy aficionados á aquéllos; pero Gurich en la plaza de Santa Ana, y otros cómplices estableciendo espaciosas tiendas ornitológicas, casi han matado esta industria callejera.

En la actualidad sólo conozco en Madrid á tres vendedores ambulantes de pájaros: un hombre y dos mujeres. Hablaré muy someramente de aquél, en primer lugar porque no ofrece nada de particular, y además porque no me gusta ocuparme de hombres. El vendedor no es precisamente ambulante, sino más bien sedentario. Se eclipsa en los meses de invierno, y durante el tiempo soportable suele instalar un jaulón con pájaros vivos en la plaza de Santo Domingo, esquina á la calle de Silva, y allí aguarda compradores, sin pregonar su mercancía, ocupado casi siempre en leer *El Motín* y *Las Dominicales;* porque debe ser un terrible revolucionario y librepensador.

Respecto á las mujeres hay tanto que decir que no sé por dónde empezar. Son tía y sobrina. A la primera la llaman por apodo la *tía Malicana* (ya diré el porqué), la segunda tiene el nombre de Gervasia. La tía tiene *cuatro duros de años*, esto es, ochenta; la sobrina pasa ya de los treinta. Viven juntas en un cuartucho de la calle de Ministriles, ó mejor dicho, duermen juntas bajo el mismo techo, pues desde por la mañana se separan. La *tía Malicana* vende pájaros vivos, la Gervasia muertos. Aquella ejerce su industria en los barrios bajos, y ésta en los altos, donde no hay gente tan *faltona*. Hará unos veinte años próximamente la anciana vendía unos bollos amarillentos, en forma de estrella contrahecha, á los que el hornero que los confeccionaba bautizó con el nombre de *americanas;* pero la vendedora, por corruptela, los pregonaba diciendo: «¡A ochavito *malicanas!*» (Entonces circulaban todavía muchos ochavos morunos), y de esto proviene el mote de *tía Malicana*, que ya no se quitará de encima, aunque viva otros cuatro duros de años.

Pero la *tía Malicana*, como ya he contado hace tiempo en un artículo, tuvo un disgusto con un ropero influyente, que era el Bismarck de la plaza Mayor, en donde aquélla ejercía su comercio, y desde entonces dedicóse al de la ornitología, para el que poseía inconscientemente facultades excepcionales. Tiene dos jaulas con pájaros, que antes llevaba á la mano; pero viéndola vacilar bajo su carga, un carpintero de su vecindad, compadecido de ella, la construyó una especie de carricoche, que consiste sencillamente en una tabla con cuatro ruedas lo suficiente altas para no tropezar en el empedrado, con un palo á guisa de timón para impelerla. La *tía Malicana* coloca allí sus jaulas, una encima de otra, y vaga, aunque lentamente, por la plaza del Lavapiés y sus alrededores.

A pesar de su mucha edad, la vendedora es alegre y bromista. Un americano venido á menos, que se expatriaba, regalóla un loro fenomenal, y digo fenomenal, puesto que siendo viejo es diminuto y nunca acaba de pelarse. La *tía Malicana* le lleva sobre la jaula superior atado con una cadenita. Viéndole tan enteco y á medio pelar, no hay quien le compre ni su dueño trata de venderlo. Es poco hablador; sin embargo, la *tía Malicana* le ha enseñado una gracia: cuando hay corro en derredor de las jaulas, le pregunta:

«Lorito, ¿por qué estás tan esmirriado y se te van cayendo las plumas?,» terminando esta frase con un grito particular, que sin duda sirve de aviso al animal, el cual contesta:

«¡Carapel, porque estoy malito.»

En los alrededores de Madrid se cazan millares de pájaros, como lo atestiguan los muchísimos fritos que se venden en las innumerables tabernas; pero lo difícil es cazarlos vivos y sin desperfectos. Para esta faena siempre tiene la *tía Malicana* un par de granujas á su servicio. Uno de ellos es muy activo é inteligente: ha descubierto que las aves tienen colores predilectos, y así, por ejemplo, busca á los pardillos entre el amarillo de las espigas, á los verderones en en los racimos flotantes de las avenas, á cogujadas entre el matiz rosa de los pipirigallos, y sabe que los mirlos buscan con predilección los campos donde hay clavellinas. Pero aunque inteligente el muchacho, no lo es tanto como la *tía Malicana*, puesto que no ha llegado como ésta á clasificar á los pájaros. Un día el granuja le trajo, con muchas precauciones, un ave desconocida.

—¡Toma, pues si es un ruiseñor! ¿Dónde has encontrado este tesoro?

—En el Retiro.

—¿Y cómo has podido cazarle?

—De una manera que no comprendo. Le vi posado en la rama de un árbol; trepé por el tronco con mucho cuidado, inútil, porque el pájaro no se movía. Le eché mano y continuó inmóvil. Creí que estaba muerto; pero no; como ve usted, mueve los ojos y un poco las alas.

—¡Qué cosa más rara!, dijo la vendedora. Estará enfermo.

Fernanflor refiere en uno de sus elegantes artículos que un ruiseñor se murió de envidia oyendo cantar á la Patti: quizá el ruiseñor cogido por el pilluelo enfermó de esta pasión; pues uno de aquellos días la *diva*, que se hallaba en Madrid, cantó, paseando por el Retiro con algunos amigos.

El ruiseñor murió la misma noche del día en que fué cazado, con gran desconsuelo de la anciana vendedora, que esperaba venderle en seis ú ocho duros.

Ya he dicho que la *tía Malicana* es de genio alegre, y aun me atreveré á decir que algo alocado. Así es que cuando vende un pájaro, mientras le saca de la jaula, imita el canto ó grito de éste; lo cual prueba sus profundos conocimientos ornitólogos. A pesar de sus ochenta años, gusta de andar, y sólo cuando nieva ó llueve mucho se refugia bajo un techado que hay en la puerta de un corral en la calle de Provisiones. Si el temporal es insistente, se ve forzada á permanecer allí durante muchas horas, que soporta valientemente. Sólo la supera en resistencia una ciega que vende periódicos en la Puerta del Sol; ha escogido ésta para expender *su papel* el sitio más frío de Madrid, cual es la embocadura de la calle de Alcalá, en donde la heroica papelera se pasa todas las noches de ocho á tres de la madrugada, aunque las piedras sientan sabañones y aunque el cielo desgaje capuchinos de bronce.

A propósito he dejado para lo último el hacer mención algo extensa de la otra vendedora de pájaros, ó sea la Gervasia, sobrina de la *tía Malicana*.

¡Gran Dios, y qué real moza es la Gervasia! Pero todo en ella es misterioso en su tipo, en sus costumbres y carácter. Ha nacido en el cogollo de Lavapiés, puesto que está bautizada en la Parroquia de San Lorenzo, y sin embargo, no tiene aspecto de madrileña, si se exceptúa la tersa blancura de la tez. Parece más bien una criolla con el altivo empaque de las hijas del pueblo de Madrid. No viste como éstas, sino al modo de las mujeres provenzales. Lleva pañuelo de seda á la cabeza, arrollado al rodete de una magnífica trenza de pelo castaño. El óvalo de su cara tiene una suavidad indecible, pero sus ojos son duros y de mirada penetrante y recelosa. Alta, de brazos esculturales, con las manos algo grandes, pero bien modeladas, con el talle desarrollado, pero flexible y airoso, que deja ver la redondez de las caderas, la Gervasia presenta un conjunto provocador de esos que están pidiendo guerra. Y sin embargo, ¡he aquí el misterio!, ninguna más distraída y menos expansiva que ella. Lleva un pañuelo de colores enlazado á la garganta, guarniciones en el escote, blanquísimo delantal y zapatos altos á la francesa: en resolución, sólo oyéndola hablar con el acento más puro de los barrios bajos, puede suponerse que sea hija de Madrid.

Vende pájaros muertos, especialmente calandrias, que lleva en la mano izquierda. En la derecha, no siempre, suele llevar una cesta de mimbre fino. En tiempo frío no se abriga con el clásico mantón de ocho puntas, sino con capotillas de un corte especial. Vende sin afán: al hacerlo á hombres, es retraída y sólo habla lo preciso. Con las mujeres se espontanea más, haciéndolas notar las buenas cualidades de su mercancía: parece como que vende por pretexto. Anda por los barrios altos, hacia el final de la calle Ancha de San Bernardo y calles adyacentes, y á veces se sale al ensanche que por allí tiene Madrid, y en todo tiempo, un poco después de anochecido, se dirige sola, casi sin mirar á nadie ni nada, á su cuarto de la calle de Ministriles á dormir en compañía de su tía, la *tía Malicana*. Cuando hace mal tiempo, suele tomar el tranvía del Noviciado, que la conduce hasta la plaza de Antón Martín.



LA VENDEDORA DE PÁJAROS, dibujo de N. Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Moreno Godino)

Figúrense ustedes si una mujer de tan apetitoso empaque habrá tenido quien la busque el bulto; pero ella despide á los piratas callejeros con una rabotada, ó con algo más, si son atrevidos: es inabordable, y he aquí otro misterio: ¿cómo Gervasia, la buena moza, no tiene ningún arrimo varonil y se ve reducida á ejercer comercio tan poco lucrativo? ¿Ni cómo con éste puede sostener el rumbo que gasta? Porque su traje es siempre limpio y flamante, dando lugar á que las envidiosas, al verla atravesar una calle mojada con la falda algo recogida, digan: «Y esa que vende calandrias usa zapatos de á tres duros y medias de cuatro pesetas: ¡valiente calandria será ella!»

En la actualidad, la Gervasia no sólo tiene envidiosas y enemigos despechados por sus desdenes, sino que inspira hostilidad y recelos: voy á explicar por qué. Ha estado ausente de Madrid durante muchos años, y según su tía, en Extremadura en casa de una parienta de ambas. Todo el mundo se había olvidado de ella; pero hará seis ó siete meses, poco después de comenzar la guerra de Cuba, volvió á presentarse en la coronada villa. Esto da lugar á comentarios y suposiciones: se recuerda que durante la anterior guerra cubana, la Gervasia, que era entonces una niña, solía acompañarse de un mulato empavonado, pero buen mozo en su clase, y se relaciona esto con el rumbo, no justificado, de la adusta vendedora de pájaros.

Hay quien la supone espía y agente de los mambises.

Y malo es que el pueblo de Madrid se dé á hacer suposiciones. Hasta ahora ¡á Dios gracias! no ha habido ningún revés grave en la guerra; pero si se torciera el carro, la Gervasia corre riesgo de ser atropellada.

Se dice que el carpintero que regaló á la *tía Malicana* el carricoche para llevar las jaulas, sabe interioridades de la tía y sobrina; pero cuando quieren sonsacarle, elude la respuesta, limitándose á decir:

«¡Bah! ¡Esas son dos pobres mujeres, que tienen la cabeza á pájaros!»

F. Moreno Godino



Galantería, cuadro de José Jiménez Aranda (Exposición de Venecia. 1895)

UN SUSTO Y UNA LECCIÓN

(cuento)

Nadie pudo explicarse el cambio repentino y radical realizado en el carácter y en las costumbres de Federico.

Sus amigos íntimos le acompañamos una tarde hasta la estación de Madrid, después de haber almorzado alegremente, para despedirnos de él, que se proponía residir en la corte algunos años. Transcurridos muy pocos días, le vimos reaparecer en Barcelona; pero ¡cuán distinto de como antes era!

Aquel Federico no parecía el mismo; nosotros habíamos enviado á Madrid un Federico alegre, decidor, aficionado al juego, más aficionado al vino y mucho más aficionado á las mujeres; y los madrileños nos devolvieron un Federico taciturno, austero, reservado, que no tocaba un naipe, que sólo bebía agua y que huía de las mujeres como huye de la cruz el demonio, según dicen los que deben de saberlo, pues yo, por mi parte, no estoy muy seguro de que el demonio huya de la cruz – Ni siquiera estoy seguro de que haya demonio, ¡qué demonio!

Federico del Huma era un excelente muchacho que, muy joven aún, se unió en matrimonio con Adelina Sans, de la que estaba locamente enamorado, y que le pagaba en la misma moneda y con idéntica locura.

De aquel matrimonio fué fruto una preciosa niña, cuyo nacimiento costó la vida á su madre.

No sería posible dar idea del dolor, de la desesperación que la pérdida de su idolatrada Adelina produjo en el ánimo de Federico. Los amigos y los parientes se vieron obligados á no perderle de vista, porque en más de una ocasión le sorprendieron requiriendo un revólver con el propósito evidente de quitarse la vida.

Mucho, muchísimo trabajo costó disuadir á Federico de su intento de suicidarse, y gracias á la pobre madre de Adelina, santa y noble señora, que supo sobreponerse al propio dolor para atender al de su yerno, se alcanzó, no sin vencer grandes dificultades, que el afligido viudo pensara en que existía en el mundo un ser que necesitaba sus cuidados.

Pasaron días, pasaron meses, pasaron años, y Federico, inconsolable y desesperado al principio, fué consolándose poco á poco. Muy lentamente primero, más de priesa después, tornó á ser lo que antes de casarse había sido.

Su hija, á la que hizo poner el nombre de Adelina, quedó en Madrid al cuidado de su abuela, y Federico puso en aquella niña todo el amor, toda la adoración, todas las idolatrías que á la madre había consagrado.

Federico residía en Barcelona; la familia de su mujer estaba domiciliada en Madrid, y en Madrid estuvo siempre Adelina, que era el vivo retrato de su malograda madre. El viudo, coco de maridos y terror de padres, hacía frecuentes viajes á Madrid, donde pasaba al lado de su hija pocas horas y regresaba á Barcelona á continuar su vida de conquistas y de seducciones. Porque para Federico no había mujer respetable; la doncella, como la casada; la viuda, lo mismo que la soltera; la de vida alegre, igual que la educada en la austeridad y en el recogimiento, eran para él una misma cosa. Y aún más empeño ponía en conquistar hijas de familia honestas y recatadas que en alcanzar triunfos fáciles sobre *señoras del coro* ó chicas del cuerpo coreográfico.

No había olvidado Federico á su Adelina, eso no; presente la tenía en su imaginación á todas horas, y jamás pensó en llenar con otra el sitio que en el hogar había dejado hueco la prematura muerte de aquella idolatrada esposa. En ese concepto la hija de Federico podía estar tranquila. Había prometido su padre que no daría á su hija una madrastra. Y cumplió su promesa.

Ni el mundo podía exigir más al desconsolado viudo, ni la hija pedir más al padre, ni los parientes más descontentadizos censurar absolutamente en nada á quien de aquel modo honraba la memoria de su difunta.

Así se explica que Federico estuviese en muy buenas relaciones con la familia de Adelina, cuya madre – testigo del amargo dolor que la viudez le causara – lo quiso siempre como si hubiera sido hijo suyo y se encargó de la niña, á la cual educó admirablemente. Y aun fué un hecho no ignorado por nadie que Alberto, cuñado de Federico, solterón de alguna más edad que él, era compañero inseparable de éste en ciertas aventurillas de poco fuste.

Diez y ocho años había cumplido ya *Linita* (así la nombraba mimosamente su abuela), cuando Federico resolvió trasladarse á Madrid y fijar en la corte su residencia.

Con tales propósitos se despidió de nosotros, y en la seguridad casi de no volver á verlo, le despedimos con el almuerzo de solteros, de que antes he hablado.

Contra lo que habíamos creído, vímoslo de regreso á los muy pocos días. Y algún tiempo después supimos que habían llegado á Barcelona su suegra y su hija.

Y con ésta, que era verdadero prodigio de gentileza y de gracia y de donaire, le vimos siempre en lo sucesivo. Acompañaba el viudo á su hija á todas partes; al paseo, al teatro (no sin enterarse previamente de la índole de la obra que representaban), á los conciertos... Y se acabaron las tertulias del café, y se concluyeron las cenas alegres con amigas, y las aventuras galantes y las visitas á los casinos. El cambio fué radicalísimo, completo.

Pocos años después recibióse en Barcelona la noticia de la muerte de Alberto. Había sido muy buen amigo mío, y visité á la familia para darle el pésame. Cumplido el penoso deber, disponíame á despedirme, cuando Federico, que me acompañaba hasta la antesala, me obligó á entrar en su despacho, y una vez allí, indicándome una mecedora contigua al sillón en que él tomó asiento, me dijo:

– Has venido á darme pésame; mucho te agradezco la intención; pero más oportuno habrías sido dándome enhorabuena. La muerte de mi cuñado ha venido muy á tiempo para evitar que yo cometiese un crimen; si él no hubiese muerto, le habría matado yo.

– ¿Estás en tu juicio?, pregunté alarmado á mi amigo.

– En mi cabal juicio, replicó; y para que no me consideres loco, voy á referirte lo que Alberto hizo á fin de curarme, segun él afirmaba, mis ínfulas de Tenorio.

«Él y yo éramos muy buenos amigos y compañeros de calaveradas, siempre que no se trataba de perseguir muchachas solteras; persecución en la cual ni me acompañó nunca, ni me prestó auxilio.

»Una vez, sin embargo – en mi último viaje á Madrid, – como yo le hubiese confiado que una muchacha, honrada, al parecer, pero alegre y algo coquetilla, me traía vuelto el juicio; con gran extrañeza mía, en vez de predicarme, como de costumbre, sermones de moral sobre el respeto que las hijas del prójimo merecen y sobre las tristísimas consecuencias de una seducción, se brindó á facilitarme la conquista que yo tanto anhelaba, y me puso en relaciones con una celestina que, á juicio de Alberto, era la más inteligente que había en Madrid entonces para *negocios* de esa calaña.

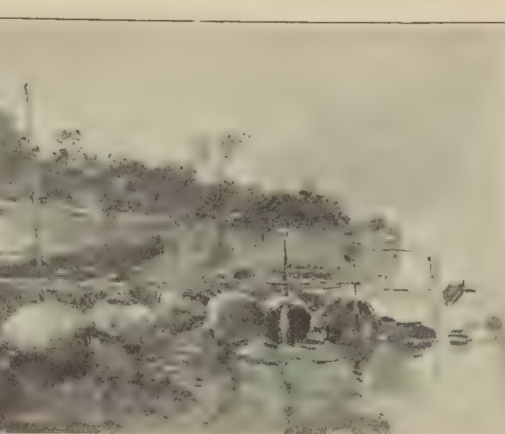
»La tal celestina me ofreció (después de bien ajustadas las condiciones) que en determinada noche y en hora convenida, podría yo tener una entrevista á so-

las con el objeto de mis amorosas ansias, en una casa, de cuya respetabilidad no necesito decirte nada, pues basta lo dicho para que te la figures.

»Acudí puntualmente á la cita – no quiero ocultarte mi debilidad; – fuí hecho un adefesio; tenía yo pretensiones de gustar, de parecerle bien, y me acicalé cuanto pude.

«Ya ha venido esa señorita,» me dijo la *galeota*, cuando salió á abrirme la puerta de aquel paraíso; «puede usted entrar, le espera.»

»Y allí estaba en efecto. La vi al penetrar sigilosamente en el cuartito reservado en que me esperaba; hallábase vuelta de espalda á la puerta, y muy entretenida, al parecer, en hojear un álbum, del cual imaginé que contendría grabados muy edificantes.



Recuerdo de Venecia, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo

»Entré, dí algunos pasos hacia mi hermosa, tosí suavemente para llamar su atención, y aquella mujer levantó la cabeza, y al verme dejó el álbum encima de un velador y corrió hacia mí con los brazos abiertos... Yo, al verla, sentí que mis piernas flaqueaban, que se nublaban mis ojos, que mi cerebro enloquecía... Aquella muchacha era..., era ¡mi hija!.. ¡Mi Adelina, tan buena, tan pura, tan angelical, en aquella casa maldita!.. ¡Estaba viéndolo y no lo creía! Sentí que se me erizaba el cabello... Me mataba el dolor y al propio tiempo sentía vergüenza de mí mismo...

»Comprendí simultáneamente lo horrible, todo lo espantoso de hallar á mi hija en aquel sitio y lo ridículo de encontrarme yo de aquella manera.

»Cuando, transcurridos algunos minutos, durante los cuales mi pobre hija me contemplaba (según me parecía á mí, con angustia y con miedo), pude articular algunas palabras, le pregunté, sacudiendo con fuerza su brazo: «¿Qué haces aquí? ¿Cómo estás en esta casa? ¿Eh? ¡Di! ¡Contesta á tu padre!.» Adelina, realmente sobresaltada, me dijo: «Estaba esperándote.» Y preguntó después: «¿Qué te sucede, papá de mi alma? ¿Te pones malo?»

»Y asustada, cada vez más, por mi prolongado silencio, se abalanzó al cordón de la campanilla y tiró de él violentamente, hasta que acudieron al llamamiento varias personas, en las cuales reconocí á los criados de Alberto. Llegó también, detrás de todos, la pobre abuela, que apenas podía moverse y que entró fatigosa y acongojada, preguntando á gritos qué le pasaba á su *Linita*.

»Empecé á comprender; me serené como pude; procuré tranquilizar á mi familia, y Adelina, entonces sosegada ya y muy satisfecha por mi mejoría, me enteró de que estábamos en casa de Alberto.

»¡Ah, tunante! Si lo tengo allí lo extrangulo. El miserable había cambiado de domicilio dos días antes; rogó á su madre y á su sobrina que fuesen aquella tarde á ver la nueva habitación.

«El tío me ha dicho (continuó mi hija) que vendrías á buscarme para ir al teatro todos; yo te esperaba. Tío Alberto se ha ido, porque tenía que hacer no sé qué cosa; pero ahí ha dejado una carta, para que te enteres.»

»Y me señalaba un sobre cerrado que había encima del pupitre.

»Tomé el sobre, lo rompí con precipitación y hasta con rabia (como hubiera roto la cabeza de mi cuñadito, si la hubiese tenido á mano) y dentro del sobre hallé una tarjeta de Alberto.

»En el respaldo había escrito lo siguiente:

»*Te he dado un susto.*

»El muy salvaje llamaba un susto á profanación tan sacrílega.

«Te he dado un susto (seguí leyendo), para que comprendas, aunque sólo sea muy remotamente, lo que sufrirá un hombre honrado, padre de una infeliz muchacha seducida.

»Aprovecha la lección, algo dura, pero necesaria.»

»Salí de la casa decidido á matar á mi cuñado. Por fortuna para él y para mí, no he vuelto á verlo.

»Aproveché la lección, eso sí; pero el susto, lo que es el susto no se lo he perdonado nunca.»

A. Sánchez Pérez

NUESTROS GRABADOS

Por un sorbo de agua, escultura de St. Cauer. – De todos los tormentos que puede sufrir el hombre es sin duda uno de los más horrorosos el que produce la sed: quien lo padece es capaz de todo por obtener un poco de agua, y si al fin la obtiene, defiende su posesión con rabia y encarnizamiento en el caso de que alguien se la dispute. El autor de la escultura que reproducimos ha expresado de una manera gráfica esa lucha entre dos sedientos: dos soldados de un ejército colonial, entre los cuales la comunidad de suerte, la participación constante en las mismas penalidades, ha engendrado fraternal cariño, conviértense en un momento en enemigos encarnizados, y mientras uno de ellos bebe ansioso el líquido que ha podido recoger en su casco, sujetando á la vez con la otra mano la cabeza del compañero, éste se retuerce impotente, alarga el brazo, tiende sus crispados dedos hacia el objeto de su codicia y no vacilaría seguramente en matar á su amigo con tal de apoderarse de aquel sorbo de agua, cuya vista centuplica los horribles martirios de su sed abrasadora.

Regreso de los vendimiadores, cuadro de Vidal G. Arenal. – El asunto de este cuadro es por demás simpático, como todos los que se inspiran en la naturaleza, y sus encantos adquieren mayor intensidad por su ejecución intachable: ese chiquillo y esas dos muchachas que regresan can-



El te, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo



REGRESO DE LOS VENDIMIADORES, cuadro de Vidal G. Arenal



EL POETA, cuadro de Rembrandt que se conserva en el Museo de Cassel

Reproducción [illegible] Carlos Baude, [illegible] Bellas Artes de París

tando de la vendimia, son tres figuras tomadas del natural, que se mueven, que respiran y de entre cuyos labios parecen surgir las notas de una de esas melodías populares tan sencillas como sentidas con que los campesinos se acompañan en sus rudas labores.

Exmo. Sr. D. Sabas Marín. – Este ilustre militar, recientemente destinado al ejército de operaciones de Cuba, cuenta cincuenta y tres años de servicio y hace ocho que se halla



EXCMO. SR. D. SABAS MARIN, teniente general destinado al ejército de operaciones de Cuba (de fotografía)

en posesión del segundo entorchado. Durante la anterior guerra separatista operó con actividad y energía, y en 1885 fué gobernador general de aquella isla. Ha tomado parte en las dos campañas contra los carlistas y en la guerra de Africa, demostrando en todas ocasiones pericia y valor grandes. Fué ayudante del rey D. Amadeo, y en su pecho ostenta las más preciadas condecoraciones, entre ellas la cruz de San Fernando de primera clase y la gran cruz del Mérito Militar.

La insurrección en Cuba. Puesto avanzado en las afueras de Remedios. – La índole especial de la guerra que se hace en Cuba exige que en las afueras de algunas poblaciones se levanten pequeños fuertes, que unas veces se construyen expresamente con carácter de tales y otras se improvisan en cualquier rústico edificio que ofrezca algún medio de defensa. El grabado de la página 800 reproduce uno de estos últimos con su torre, elemento principal de tales fortines, desde lo alto de la cual se domina una vasta extensión de terreno, lo cual permite cortar las sorpresas de la guarnición, siempre escasa, de los puestos avanzados.

Durante la velada, escultura en bronce de Joaquín Anglés. – Ha pocos meses ofrecimos á nuestros lectores copias de varias obras del joven escultor catalán don Joaquín Anglés. Entonces y con motivo de su visita á nuestra ciudad – ya que reside habitualmente en París, – al reproducir algunas de sus producciones, expusimos algunas noticias biográfico-artísticas del discreto escultor. No hemos, pues, de ampliarlas, limitándonos hoy á confirmar los conceptos emitidos y á felicitarle por su delicada y sentida obra que reproducimos, digna, bajo todos conceptos, de aplauso. *Durante la velada* es un feliz trasunto del natural, modelado con elegante exactitud y bello en su realismo, hondamente sentido, pues no de otra manera se concibe la realización de una obra que tiene un encanto indefinible.

El poeta, cuadro de Rembrandt. – Nada diremos del pintor ni de su obra, que se conserva como preciadísima joya en el importante Museo de Cassel: de Rembrandt hemos hablado en distintas ocasiones con motivo de la publicación de algunos de sus cuadros, y nada podríamos añadir á lo consignado cien veces en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. También nos hemos ocupado á menudo y con el elogio que merece del ilustre grabador Carlos Baude, cuya es la reproducción de *El poeta*, razón por la cual, sin insistir sobre los méritos, harto evidentes, de su grabado, nos limitaremos á decir que éste ha sido objeto recientemente de la más alta distinción que se concede en París á las obras de su género, puesto que en la última exposición anual de Bellas Artes celebrada en aquella capital fué premiado con la medalla de honor otorgada para todas las artes gráficas reunidas.

Galantería, cuadro de José Jiménez Aranda. – Sobradamente conocido de nuestros lectores es el autor de este cuadro para que hayamos de repetir lo que en distintas ocasiones hemos dicho acerca de sus talentos artísticos. La bellísima obra que hoy reproducimos, delicado idilio campestre lleno de poesía, nueva joya producida por quien tantas maravillas lleva creadas, ha figurado en la Exposición general de Bellas Artes recientemente celebrada en Venecia, habiendo merecido grandes elogios de la crítica.

Recuerdo de Venecia. – El te, cuadros de Salvador Sánchez Barbudo. – Dos nuevas producciones del distinguido pintor D. Salvador Sánchez Barbudo podemos reproducir en las páginas de esta revista. Ambas atestiguan sus cualidades artísticas, las dos revelan la justicia del alto concepto que en el mundo merece este pintor, honra del arte español.

En el número anterior y con motivo de publicar dos de sus notables cuadros de género, hubimos, impulsados por el entusiasmo que en nosotros despiertan sus producciones, de consignar conceptos y apreciaciones que estimamos débil reflejo de la consideración que nos merece el Sr. Sánchez Barbudo. Hoy no nos cabe más que referirnos á lo expuesto anteriormente y llamar la atención sobre la primorosa obra titulada *El te*, que forma parte de la galería que posee en Berlín el inteligente cuanto acaudalado coleccionista Sr. Adalbert von Baerle.

El eminente arqueólogo Juan Overbeck. – El día 8 del corriente falleció en Leipzig el profesor de Arqueología clásica de aquella Universidad cuyo retrato publicamos. Juan Overbeck fué eminente por sus excepcionales conocimientos, no sólo en la historia del arte antiguo, sino que también en la del arte moderno: nació en Amberes en 1826, comenzó sus estudios en Bonn en 1845, y cinco años después desempeñaba una cátedra en aquella Universidad, de la que pasó á la de Leipzig, en donde ha permanecido hasta su muerte. La ciencia arqueológica débele importantes descubrimientos y no pequeños progresos. Entre sus principales obras citaremos las siguientes: *Catálogo arqueológico descriptivo de la Universidad de Bonn, Pompeya, Galería de esculturas heroicas del arte antiguo, Historia de la plástica griega. Estudios para el conocimiento y crítica de la religión de Zeo, Antiguas fuentes escritas para la historia de las artes plásticas entre los griegos* y sobre todo la *Mitología artística griega*, obra á la cual venía consagrándose desde hacía veinticinco años y de la cual sólo llevaba publicados tres tomos, que tratan de Zeo, Hera, Poseidón, Demetrio y Apolo.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BERLÍN. – Para la galería de pinturas del Museo de Berlín se ha adquirido un hermoso retrato de mujer, perfectamente conservado, del célebre pintor italiano Pietro Franceschi, llamado comúnmente Pietro della Francesca, cuyo nombre no figuraba hasta ahora en el catálogo de aquella magnífica colección. El cuadro representa una joven inclinada sobre una balaustrada de mármol, y tiene mucha semejanza con otro retrato pintado por el propio maestro allá por el año 1450 que se conserva en el museo Poldi Pozzoli, de Milán.



DURANTE LA VELADA, escultura en bronce de Joaquín Anglés

SPORT

NOTAS HÍPICAS. – ESGRIMA. – EL «LAWN TENNIS» EN PARÍS. – TENACIDAD DE UN YACHTMAN

El frío y la lluvia, esos importantes factores para el lucimiento y éxito de todo espectáculo al aire libre, se conjuraron días atrás y decidieron frustrar las lisonjeras esperanzas que los aficionados tenían formadas de las carreras de caballos celebradas recientemente en el hipódromo de Vincennes (París.) La estancia en la *pelouse* y aun en las mismas tribunas tenía poco de agradable, por cuya razón fué escasa la concurrencia, quedando totalmente disminuído ese elemento *demi-mondaine* que tanto realce y esplendor proporcionan á las fiestas hípicas. Los jockeys parecía que estaban de acuerdo con el tiempo, por lo fríos y destemplados que estuvieron, originando con su falta de interés el que las carreras no ofrecieran novedad ninguna. Y como de costumbre, las cuadras del barón de Rothschild y la de M. E. Cottin hicieron el gasto.

Una noticia ha circulado estos días entre los *sportmen* de la capital del Sena, que ha producido verdadera sensación. Tal ha sido el anuncio de la próxima llegada al viejo continente de la célebre cuadra del norteamericano Mr. C. J. Hamlin, que pasa por ser en su país uno de los mayores poseedores de caballos de carreras.

Entre los ejemplares que presentará el Creso americano figuran las celebérrimas yeguas *Fantasy* y *Nightingale*, que tantos éxitos han tenido en el *turf*.

Fantasy á los tres y cuatro años fué la reina de su sexo, y



EL EMINENTE ARQUEÓLOGO JUAN OVERBECK fallecido en Leipzig el 8 del corriente

jamás ningún *Champion* logró hacer desmerecer su fama. En sus diferentes pruebas de velocidad consiguió vencer el trayecto de una milla en el intervalo de 2m 08s de tiempo. Por lo que atañe á *Nightingale*, sus proezas le han valido el título de «Campeón del mundo,» y aun cuando cuenta ya con diez años sobre sus grupas, en las últimas pruebas á que fué sometida en Filadelfia el verano pasado, tan sólo invirtió 1m 19s en recorrer la milla de reglamento. Los *sportmen* yankees afirman que en carreras de 2 á 3 millas la yegua citada es invencible. Ahora veremos, si su propietario se decide á ponerla en juego, como se afirma, si tales especies son ó no ciertas y desapasionadas.

* * *

Se han inaugurado en París las Sesiones de Esgrima en el local que posee la *Société d'Encouragement de l'Esgrime*, anunciando para la presente temporada los siguientes asaltos: uno entre oficiales del ejército y aficionados particulares; otro entre profesores y aficionados; el asalto célebre de los «prebretes de armas,» y finalmente el concurso anual de los Liceos.

Además el Comité ha decidido que la Sociedad citada participe de los juegos Olímpicos que se celebrarán en Atenas en mayo próximo, mandando al efecto una delegación á aquella ciudad.

* * *

Para el 22 del actual anuncia la apertura de sus locales el *Tennis-Club* de París, principiando la serie de partidos de ordinario con un programa especial que desde luego ofrecerá vivo interés por la participación que tomarán los más afamados jugadores del Reino Unido. Consta el programa de los números que á continuación se expresan: 1.° Campeonato para jugadores de ambos sexos; 2.° *Handicap* doble para caballeros, y 3.° *Handicap* sencillo para señoras y caballeros.

Todos los premios ofrecidos son magníficos y de gran valor.

* * *

Lord Dunraven, el aristocrático yachtman del R. Y. C. del Támesis, el armador del «Valkiria III» que con tanta fe cruzó el Atlántico en su yate para disputar á los yankees la famosa *American-Cup*, sin que la diosa Exito le fuera propicia á pesar de sus loables esfuerzos, persevera con la idea de reconquistar la ansiada *copa*, ha mandado construir un hermoso *racer* de 120 toneladas, aparejado de cutter, cuyos planos ha diseñado el célebre Paine, quien en unión de Summers lo están construyendo, adelantando las obras rápidamente.

La herida que proporcionó el *Defender* en las últimas regatas anglo-americanas, es profunda y duradera, y el orgullo británico no se someterá tan fácilmente al *exitazo*, digámoslo así, obtenido por los yankees; por esta razon Mr. Rose, otro distinguido yachtman inglés, está también construyendo un cutter de carrera que utilizará para presentar combate á las embarcaciones que cruzan ordinariamente las revueltas aguas de Long-Island en el litoral norteamericano.

E. FONT VALENCIA



El sábado por la mañana el cartero trajo dos cartas

ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

Marcela se echó á reir, y la cabeza desapareció segunda vez, y casi al mismo tiempo la campanilla de la verja repiqueteó con ruido estrepitoso.

–¡Qué mal educado está ese muchacho!, gruñó Rosa yendo á abrir; pero su rostro, siempre severo, no expresaba la menor indignación.

Marcela vió entrar un muchacho de unos doce años, alto y robusto, cuya cara sonrosada é inocentona le hacía parecer más niño. Estrechó vigorosamente la mano de Rosa, y miró á la niña con tanto descaro y seguridad, que casi la avergonzó; después de lo cual se dirigió hacia la casa, escoltado por la sirviente y por la niña.

Pasando á lo largo del jardín, echó una mirada sobre las florecillas.

– Bien se ve que no tenéis perro, dijo; el nuestro nos lo destroza todo.

– Es preciso atarlo, repuso Rosa.

–¡Nunca!, contestó enérgicamente el muchacho. ¡Poco que se enfadaría mi hermana si se ataba el perro! Prefiere mejor arreglar los destrozos, aun cuando eso no haga brotar de nuevo las flores.

Se interrumpió, y luego, volviéndose hacia Marcela, dijo con aire desdeñoso, indicando la pala que tenía en la mano:

–¿Con esto juegas? Ya no me admira que hayas echado tu volante al estanque, pues no se puede jugar con este cachivache. Yo te daré otra que tengo, si el perro no se la ha comido.

La señorita Herminia los estaba mirando desde la ventana, y sonreía viendo el grupo, que se acercaba sin apresurarse. El muchachito se quitó cortésmente su kepis de colegial, y luego se lanzó dentro de la casa

–¡Hola, tunantuelo!, dijo la solterona; ¿has vuelto ya? ¿Vas á empezar de nuevo tus expediciones contra mi jardín, mis gatos, mis canarios y todo lo que me gusta?

– Pido á usted mil perdones, señorita, contestó

con suma galantería el muchacho; en aquella época era yo un rapazuelo que no conocía el mundo; ahora ya es distinto.

Las dos mujeres y Marcela rompieron á reir, movidas de la gracia que les hizo aquella respuesta, dada con imperturbable seriedad.

Primero echó el chico una mirada de enojo, y luego se puso á reir á su vez. Se sentaron en el saloncillo, y Rosa, con los brazos cruzados, se apoyó contra el dintel de la puerta, adoptando su postura favorita.

– ¿Has estado fuera?, preguntó la solterona.

– Sí, mucho tiempo y muy lejos

– ¿Y las vacaciones de primero de año?, le dijo Rosa, con cara de pocos amigos.

Julio bajó los ojos.

– La verdad es que estaba castigado, declaró ruborizándose; pero no era mía la culpa.

La señorita Herminia sonrió.

– Ya se sabe que cuando te castigan nunca tienes culpa. ¿Y tu mamá?

– Continúa en Niza; pasará el invierno allí

– ¿Y tu padre?

– También papá. Mi hermano Roberto y yo representamos la familia, yo, en el Liceo, y él en la calle de la Bomba. ¿No es á usted á quien prestó mi cama de chiquillo durante el último otoño?

– ¿Era tu cama?, interrogó la buena señora; vamos, me alegro. Marcela se ha servido de ella cuando estaba mala.

El muchacho miró con curiosidad á la niña.

– ¿Enferma?, preguntó; añadiendo en seguida: ¿es sobrina de usted esta niña, señorita?

– No, es mi amiga.

Marcela se apoyó contra su protectora, y aquel movimiento resultaba la más elocuente de las caricias.

– ¡Mis cumplidos, señorita!, exclamó Julio, haciendo un profundo saludo. ¡De fijo que á mí no me llamaría amigo la señorita Herminia! Se me figura que esta niña debe ser más quietecita que yo.

– ¡Ya lo creo!, dijo la buena anciana; pero eres injusto, Julio; bien sabes que también soy tu amiga. ¿Has olvidado aquella diablura que hiciste con la pierna de carnero?

– No por cierto, respondió Julio con un suspiro; aquel día me ahorró usted un buen castigo.

– ¿Qué es lo que había hecho?, preguntó Marcela en voz baja.

– Nada; que un día que teníamos pierna de carnero para comer, se me antojó coger los puños de encaje de mamá y arrollarlos alrededor del hueso... ¡Diantre! Ya comprenderéis que cuando la cocinera vió aquello, le dió un berrinche... Pero otras he hecho más sonadas.

– ¡Eres una mala pécora!, apuntó la solterona, tratando de ponerse seria.

– Si le parece, pondremos esto en pretérito, señorita Herminia, ó si lo prefiere, al pasado pluscuamperfecto; ahora soy un buen muchacho, ya lo verá; Roberto es quien me ha convertido.

– ¿Por qué no viene nunca á verme?

Julio encogióse de hombros con ademán malicioso.

– Es muy huraño, dijo; él y su perro siempre están juntos y se quieren como dos amigos. Supongo que acabarán por ser un par de sabios, porque el perro á lo mejor se le traga sus obras de texto.

– ¿Qué perro?, preguntó la solterona.

– Un perrazo enorme, contestó Julio. No me gusta mucho; pero le pongo buena cara...

– ¿A causa de sus dientes?, insinuó Marcela.

– No, sino por mi hermano, que lo quiere mucho; y por nada de este mundo quisiera hacer incomodar á mi hermano. Eso supongo que no será una falsedad, señorita Herminia.

Rosa no pudo contener la risa; pero la reprimió.

– No, no es una falsedad; pero tienes razón en querer ser leal, aun cuando se trate de un perro. Di á tu hermano que venga á verme; pues quisiera hablar con él para saber noticias de tus padres.

– ¡Ah! En cuanto á eso, puedo informar á usted mejor que mi hermano, pues mamá me escribe siempre á mí, sabiendo que Roberto está metido de cabeza entre sus libros. ¡Si supiera usted cómo le engaña la cocinera! Le hace pagar quince céntimos por un panecillo que cuesta cinco, y así en lo demás. Un día pondré las cosas en su lugar.

– Qué, ¿vas á despachar á la cocinera?, preguntó la anciana con incredulidad.

– No; pero le repasaré las cuentas y pondré en la diferencia: «Recibido por adelantado, tanto.»

– ¡Qué amo de casa!, dijo la solterona sonriendo. ¡Ea!, id á jugar al jardín; pero no echéis á perder nada

Los niños desaparecieron; Julio fué á buscar los volantes, y el partido empezó de nuevo. Pero al cabo de un momento el muchacho se paró y dijo:

– ¡Bah! ¡Era más gracioso jugar sin vernos!

XXI

¡Cuán dichosos fueron aquellos días! Marcela tenía un amigo, un compañero que casi era de su edad, que se interesaba por ella, que la aconsejaba en sus trabajos, que la burlaba á veces y le dirigía discursos en latín..., ¡qué latín!.. Los manes de los clásicos debieron estremecerse más de una vez.

No podían pasar, sin embargo, muchas horas juntos, pues solamente las tardes de los domingos y alguna otra entre semana les era posible reunirse.

Las partidas de volante por encima de la pared hacía mucho tiempo que ya no continuaban, pues el perro de Roberto Breault había devorado volante y palas un día que maese Julio olvidó guardarlas. Se entretenían en leer en el mismo libro, y el uno esperaba á que el otro acabara para volver la página.

¿Quién puede explicar el magnetismo misterioso que se desprende de esas lecturas en compañía, cuando la misma corriente de ideas atraviesa por los cerebros, y los dedos se juntan en el canto de la página, y los ojos que siguen las mismas líneas cambian una mirada en vez de palabras para avisar que hay que volver la hoja? Las emociones producidas por estas lecturas son á veces diversas, y en tanto que uno se distrae, otro se divierte; pero la impresión sentida obra, sin embargo, sobre las almas inocentes: son el pan y la sal de aquella hospitalidad del espíritu.

Julio y Marcela leyeron de esta manera los libros que desde principios de siglo causan las delicias de los niños: Robinsón Crusoe les hizo soñar en los viajes, y se construyeron una gruta entre la arboleda con toda suerte de trastos viejos. El perro de Roberto, admitido por favor especial á formar parte de aquella sociedad el día en que se encerraba el gato de la señorita Herminia, les hizo el efecto del león del desierto, y los chiquillos huyeron más de una vez ante el enorme animal, que acababa siempre por derribarles sobre el césped con gran detrimento de las margaritas y demás florecitas silvestres.

Una tarde de junio, á la hora de la comida, no habiendo Julio contestado á cierto silbido que tenía la virtud de hacerle entrar en su casa, un joven alto y moreno con bigote naciente y ojos azules, profundos y tranquilos, empujó la puerta del jardín de la solterona

– ¡Mi hermano!, exclamó Julio algo confuso, pero contento.

– Bueno está que yo te tenga que venir á buscar para comer, dijo Roberto medio enfadado.

La señorita de Beaurenom salió á la puerta de la casa.

– Hete aquí, solitario impenitente. ¿Se puede saber á qué se debe que hayas salido al fin de tu ratonera y te llegues hasta aquí?

– Es que Julio parece no oirme, contestó Roberto. Pido á usted mil perdones, señorita

– ¡Vaya, vaya, contestó ésta, déjate de cumplidos! ¿Qué tenéis para comer esta tarde?

– Un pollo, á lo que creo, y una ensalada...

– ¡Rosa, gritó la solterona, vé á buscar el pollo y la ensalada de los señoritos, que comerán aquí! Si hubiese sabido que debías venir, maese Roberto, hubiera dispuesto mejor la comida; pero de todos modos, vamos á tener un buen banquete, gracias al refuerzo de vuestras provisiones. Trae dos cubiertos, Marcela.

La pequeñuela se apresuró á obedecer, y algunos minutos después el grupo de amigos se hallaba reunido alrededor de una mesa, en el centro de la cual había una sopera, de la que se escapaba un apetitoso olor.

Marcela no apartaba los ojos del hermano de su amigo, pues Julio le estaba nombrando continuamente y era para él el alfa ó la omega de cualquier asunto. Hijos de una madre enfermiza que no podía acostumbrarse al clima de París, vivían mucho tiempo solos en su casa de Passy. Su padre, indeciso entre dejar sola en una ciudad del Mediodía á su esposa á quien adoraba y de vivir junto á sus hijos, se había decidido aquel año á quedarse, siguiendo los consejos del médico de una ciudad del Mediodía, con su mujer, cuya existencia se extinguía rápidamente. Roberto, el hijo mayor, se preparaba para aprobar el bachillerato, y su carácter serio y su inteligencia precoz hacían que pudiera sin peligro vivir ya por su cuenta y cuidar de la educación de su hermano, que estaba de interno en un colegio.

La clara percepción de aquella responsabilidad, la previsión dolorosa y secreta de la prematura muerte de su madre, hacían que Roberto estuviera de continuo silencioso y fuera poco comunicativo. Pero como había nacido al cabo, como todos, para gozar de las alegrías que proporciona la familia, en el hogar de la solterona, animado por los grandes ojos y la boca risueña de Marcela, sintió indecible impresión de bienestar y recordó los ya lejanos días de su infancia, transcurridos en su propio hogar, cuando su madre gozaba de salud perfecta y él se entretenía jugando con Julio, que, á fuer de niño mimado, inventaba á cada momento una nueva diablura.

Aquella impresión se tradujo en una frase que dijo á la señorita Herminia:

– Debí haber venido á ver á usted más pronto; pero temía ser importuno.

– Di la verdad, interrumpió la señorita Herminia, que le había visto nacer hacía diez y siete años. Temías fastidiarte conmigo. Y en realidad, hace un año mi casa era bastante aburrida; pero desde que tengo esta niña, es mucho más alegre.

La mirada de Roberto se fijó en Marcela, que se ruborizó y quedó muy quietecita.

– ¿Es alguna parienta?, preguntó.

– No; ya te contaré su historia otro día.

Julio nunca había pensado en averiguar nada relativo á la familia de su amiguita. Pero sospechando un misterio, la miró con atención por primera vez desde la aventura del volante.

– ¡Vaya una chiquilla!, dijo el estudiante con su aplomo ordinario Tiene una boca que le coge de oreja á oreja, y no se parece en nada á usted, señorita Herminia, excepto en el metal de la voz... Es raro.

– Es porque me quiere, contestó la solterona, á quien satisfizo aquella observación estrafalaria.

Marcela se ruborizó sonriéndose, con lo cual su boca no pareció más pequeña; pero el encanto de sus facciones no residía precisamente en la regularidad de ellas

– Deberías ayudarme, dijo la señorita Herminia á Roberto, pues no soy muy fuerte en aritmética y mis explicaciones fastidian de un modo horroroso á esta pobre niña. ¿No podrías venir á darle de cuando en cuando alguna lección de esta asignatura?

– Con mucho gusto, contestó el joven; esto me enseñará el arte de hablar con claridad, cosa que no se aprende en los libros ni con los profesores.

XXII

Inclinada sobre el cuaderno, Marcela escuchaba las lecciones de Roberto Breault, y la voz grave del joven profesor, llegando hasta el fondo de su inteligencia, le abría nuevos horizontes.

La instrucción que le daba la señorita Herminia, un tanto anticuada, había sido sustituída poco á poco por los principios de la ciencia moderna, y gradualmente, sin brusca sacudida, la mente de la niña se preparaba para recibir nuevos conocimientos é ideas.

– Es muy inteligente para su edad, dijo un día la solterona á la señora Jalín, hablando de Marcela. Figúrese usted que hay muchas cosas que las sabe mejor que yo.

La planchadora abrió tamaños ojos, pues hasta entonces había tenido á la buena anciana como un pozo de ciencia, y ahora resultaba que Marcela sabía más que aquel pozo.. Pero aquello debía ser una exageración de la señorita.

– No, no, contestó ésta; es un hecho positivo; desde que tuve la dichosa idea de rogar á Roberto que le diera lecciones de aritmética, adelanta mucho, y ahora le enseña ya otras ciencias.

– Suerte ha tenido esta niña, repuso la planchadora, después de un momento de silencio.

– Bien merecido lo tenía después de todas sus desgracias.

– Es verdad, suspiró la otra; pero las que habían contribuído á hacerla desgraciada han tenido bien poca fortuna.

– ¿Sí?

– La señora Favrot ha estado á pique de quebrar, y entonces, viendo que los negocios iban mal, recurrió á una parienta de provincias, que ha pagado todas sus deudas, con tal de que madre é hija fueran á vivir con ella en Picardía; y ahora maldito si deben tener mucha libertad, viviendo con esa vieja caprichosa. De todos modos van tirando. Será manía, pero siempre se me ha figurado que Dios las castigó por su conducta con esa pobre niña.

– Es como las golondrinas, dijo la solterona; lleva la dicha al techo que la cobija. Unas acciones que no habían producido nada desde que las tenía, exceptuando el interés legal, han empezado á dar dividendos enormes... Esta ganancia inesperada la he repartido con Marcela, y ésta, empieza á tener una hucha bien provista.

Las miradas de la señora Jalín expresaron la admiración que le producía aquella generosidad, y luego volvió la cabeza hacia el jardín, donde sobre el fondo verde del césped se destacaba la esbelta figura de la niña, que con un libro en la mano, estudiaba la lección de la tarde.

– El médico ha prescrito los paseos, dijo la solte

rona, pues dice que debe darle el sol y el aire el mayor tiempo posible.

Marcela, efectivamente, estaba muy delgaducha. Más alta de lo que á su edad correspondía, se la hubiera tomado por una señorita de catorce ó quince años, cuando sólo tenía doce, si bien su cándido rostro desmentía en seguida aquella primera impresión. Los cuatro años que acababa de pasar bajo el techo de su protectora, sin quitarle ninguna de sus gracias infantiles le habían dado esa expansión alegre de niña mimada, y al mismo tiempo había adquirido distinguidos modales en compañía de la buena anciana.

Desde que hizo su primera comunión durante la primavera anterior, Marcela era mucho más reposada. Ya no se jugaban partidas de volante por encima de la pared, y el famoso perro negro que había hecho tantos destrozos en el jardín de la señora Breault, serio y tranquilo también, apenas quería jugar sino á regaña dientes y era tan serio como la niña de la cual se había convertido en amigo íntimo.

El mismo Julio participaba de aquella calma general, y convencido de que ya era todo un hombre á los diez y seis años, caminaba muy erguido, se había compra do unos lentes, y hablaba como cosa pueril del bachillerato, que en breve habría terminado.

El único que, en lugar de haber ganado en seriedad, se mostraba más alegre y sociable, era Roberto, «aquel oso,» según decía su hermano. La timidez que antes le impedía hacer gala de su inteligencia clara y sólida, había desaparecido, y en mucha parte debía aquel cambio á su trato con la señorita Herminia. Antes, por la costumbre de estar siempre solo ó con sus compañeros de colegio, lejos de su madre, había perdido la familiaridad y buen trato que únicamente con el roce de las mujeres se adquiere y que es tan necesario á los jóvenes; pero después, junto á la anciana, que le trababa como un hijo, y de Marcela, á la que deseara por hermana, había sentido explayar su alma, como herida por los rayos de un sol de primavera.

Desde su destierro en Niza, la señora Breault había escrito más de una vez á la señorita Herminia para darle las gracias por la excelente influencia que ejercía sobre su hijo y que había podido apreciar durante las seis semanas de vacaciones que cada año pasaban sus hijos junto á ella.

La última carta había entristecido á la buena señora, porque revelaba una honda preocupación acerca de la suerte que cabría á sus hijos en el caso de quedar huérfanos.

«Mi marido, decía, está muy débil, y si yo muriese no me atrevo á prever las consecuencias de su disgusto. Siento que he hecho mal en permitirle en otro tiempo que viviera únicamente para mí. Estaba ciega y no veía, como ahora, en lo porvenir; á decir verdad, hasta aquí esperé siempre curar, pero veo ahora que es una loca esperanza la mía. Esta ilusión que he sentido es la que excusa el egoísmo que me ha permitido retener á mi esposo junto á mí y alejado de los niños. La prudencia de mi hijo mayor ha sabido evitar los escollos de esa situación anormal; pero temo que cuando yo falte, el amor de mis hijos no sea bastante, grande para animar la vida de su padre. Velará usted sobre ellos, ¿no es verdad, mi buena vecina y amiga? Impida usted que la tristeza les consuma, que se aislen y que vivan, á fuer de egoístas, como hemos vivido mi marido y yo, á fin de que más tarde no puedan reprocharse lo que tanto me reprocho yo ahora.»

La señorita Herminia había guardado esta carta sin dar cuenta de ella á los niños, á los que había demostrado desde entonces una solicitud más afectuosa, si era posible. Con gran alegría había visto que Roberto se interesaba más y más por los progresos de Marcela, y esperaba que, en caso de perder á su madre, encontraría en aquella afección un consuelo á su pesar.

No se engañaba: el trabajo asiduo, regular, aquel que compartimos con otro, es el único contrapeso de nuestras debilidades y errores. Por mucho entusiasmo con que se emprenda una labor, si no debemos responder de ella ante nadie, en un día de crisis ó de impotencia la descuidaremos, en tanto que si se sabe que otros han de padecer por nuestra negligencia, el sentimiento del deber nos dará fuerzas para continuarla.

–¡He nacido profesor!, dijo un día Roberto, contento de sí mismo, después de una lección excelente que dejaba al maestro y á la discípula encantados de su trabajo. Cuando aprendí lo que ahora enseño, estaba muy lejos de sentirme tan orgulloso como ahora. ¡Es preciso creer en las predestinaciones! Tentaciones me dan de dedicarme á la enseñanza que, al fin y al cabo, es una vocación como cualquiera otra.

–Es la más ardua y la que da más disgustos, contestó la buena anciana. Si hay un ser destinado á sufrir la ingratitud, es el maestro. Se agradecen al médico los cuidados que se toma, al abogado las causas que defiende, al comerciante la buena mercancía que nos proporciona; ¿quién agradece al profesor las horas que consume enseñando? ¿No se le paga por ello? Bien es verdad que á los otros también se les remunera, y más todavía que á él; pero ¿qué importa? Créeme, hijo mío: toma cualquier estado menos el de maestro, si no quieres sufrir mucho y verte pagado por la más negra ingratitud.



... con un libro en la mano estudiaba la lección de la tarde

–Pues bien, suspiró el joven, haré lo que quiere mi padre; me dedicaré al comercio; pero, por lo menos, trataré de hacerme la ilusión de que sirvo para labrar mi propio bienestar.

–¿Y cómo te las compondrás, apóstol en ciernes?

–Daré conferencias gratuitas para enseñar aunque sea á muy pocos; explicaré los rudimentos de la ciencia á aquellos que nada saben.

Marcela miró á su profesor; hablaba lentamente, como un hombre que trata de leer en su misma inteligencia, y de repente se volvió hacia á ella.

–Me ha prestado usted un gran servicio, Marcelita, dijo sonriendo; á usted debo conocer esta vocación inesperada... Me causaba verdadero placer el enseñarle cuando me comprendía, y placer también cuando no me comprendía y era preciso buscar una fórmula más clara y exacta; debo á usted muchas horas de alegría.

–¡Y yo!, exclamó Marcela, sintiendo que sus ojos se inundaban en lágrimas. ¿Cree usted que no le debo mil veces más?

Dió un paso hacia á ella. Otras veces, cuando era pequeñuela, la besaba al llegar; pero luego, cuando al hacer la primera comunión pasó á la categoría de señorita, no la besó más; ahora, faltando á su costumbre, se inclinó sobre la joven y la besó en la frente, como hubiera podido hacerlo con una hermana. Durante unos momentos todos callaron, siguiendo el curso de su pensamiento.

–Es extraño, interrumpió la solterona; estamos hablando como si debiéramos separarnos... Y espero, sin embargo, Roberto, que no tratas de interrumpir tus lecciones.

–¿Yo? No por cierto, es el mejor rato de todo el día.

Y diciendo estas palabras salió, y cuando estuvo en el dintel de la puerta, se volvió para saludar con la mano á sus amigas.

–Al día siguiente, cuando Rosa salía para ir á la compra, vió un coche delante de la puerta de la casa vecina: la cocinera llevaba á él una maleta y una manta de viaje.

–¿Qué es eso?, preguntó Rosa con aire gruñón, pues despreciaba á aquella criada que sisaba escandalosamente.

–Es el señorito Roberto, que va á Niza á ver á sus padres, contestó la cocinera.

En el mismo instante apareció Roberto muy pálido; tenía en la mano un telegrama recibido algunos momentos antes.

–Tome, Rosa, dé esto á la señorita Herminia, que ya sabrá lo que es.

–¿Cuándo volverá usted?, preguntó la buena mujer.

Roberto contestó con un gesto desesperado, y saltó dentro del coche, que partió al galope.

Rosa, convertida en estatua viviente, miró el telegrama.

Aquel papel azul contenía estas palabras:

«Papá ataque parálisis; mamá gravemente enferma. Venid.»

Rosa se estremeció, pues la desgracia no la encontraba jamás indiferente.

–¡Pobres muchachos!, iba diciendo.

Y se fué á la compra, pues de todos modos era preciso almorzar, después de lo cual entregó el telegrama á su señora, que lo leyó y quedó entregada á un mar de reflexiones.

XXIII

Una desgracia no viene jamás sola, según dice el proverbio.

Parece, en verdad, algunas veces como si los acontecimientos se coligaran para herirnos todos á un tiempo. Ciertamente que si algún acontecimiento había imprevisto, era el ataque de parálisis que acometiera al Sr. Breault.

Su desgraciada esposa, ya delicada, había caído enferma ante aquella catástrofe, y el hijo, al llegar, se encontró entre dos lechos de dolor. Sin embargo, su madre adquirió unas pocas fuerzas, gracias á su gran valor y á la necesidad que la impulsaba á usar de toda su energía para reaccionar.

–¿Qué has dicho á Julio?, fué su primera pregunta

–Nada absolutamente, pues no sabiendo lo que aquí había sucedido, pensé que era inútil causarle inquietudes que le impedirían estudiar.

–¿No sabe que estás aquí?

–No, podemos avisarle antes del domingo.

Se envió un telegrama á la señorita Herminia, que se encargó de sacar á Julio del colegio y avisarle la nueva desgracia que había caído sobre su familia.

Fué aquel un domingo triste en la calle de la Bomba: en vano Julio, para darse ánimo, hablaba recio y de asuntos indiferentes; el vapor de lágrimas que nublaba sus ojos, desmentía sus palabras, y sus mejillas pálidas denotaban el esfuerzo que hacía para aparecer sereno. Marcela estaba consternada. Para ella, que se había visto privada de las alegrías de la infancia, la familia era una cosa sagrada, inviolable. Comprendía perfectamente que á las niñas abandonadas les sucedieran desgracias sin cuento; pero los niños que tenían un padre y una madre, aun cuando lejanos, aun cuando enfermos, ¡no debían hallarse sujetos á tamañas catástrofes!

Así se lo dijo á su protectora.

–¡Ah!, contestó ésta, el destino no siempre es justo y clemente.

Y pensó de improviso en el porvenir de Marcela.

–Pobre niña, añadió, apenas conoces la vida..., y es triste que tan pronto sepas sus desgracias. ¡Plegue á Dios que viva yo lo bastante para ponerte al abrigo de sus luchas!

La señorita Herminia tomó la resolución de ir á casa de un notario el lunes siguiente, sin falta, á fin de asegurar el porvenir de la niña á quien tanto quería. Pasaron unos cuantos días sin que nada turbara la calma de aquella vida apacible

El sábado, por la mañana, el cartero trajo dos cartas que Rosa entregó á su ama, sin leer el sobre siquiera. La señora leyó la primera, que era de Roberto y anunciaba una ligera mejoría de su padre, y al abrir la segunda, se detuvo diciendo:

–Esta carta es para ti, Rosa.

–¿Para mí?, contestó ésta admirada. ¿Quién puede escribirme? ¡Si nunca recibo cartas!

–Pues yo no me llamo Rosa Picard. Vamos, léela.

(Continuará)

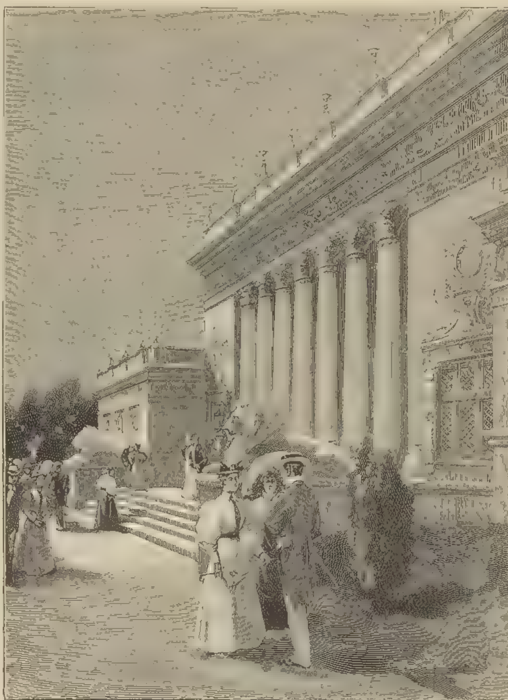
LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ATLANTA

En 1845 construyóse la primera casa de la que es hoy ciudad de Atlanda y capital del estado de Georgia (Estados Unidos), y con motivo del quincuagésimo aniversario de su fundación ha inaugurado recientemente una exposición universal que ofrece cierto interés, aunque no grandes novedades, cosa natural habiéndose organizado tan poco después de la gran *feria del mundo* de Chicago.

Atlanta, que los georgianos eligieron por capital después de la guerra de secesión y en agradecimiento á la larga resistencia que opuso á los ejércitos del Norte, cuenta 70.000 habitantes: no es la ciudad más importante de Georgia, desde el punto de vista comercial, pues mayor importancia que ella tiene Savannah, centro estratégico, y denominado como tal *Gate City* (ciudad-puerta).

La idea que ha presidido en la construcción de los edificios de la exposición es diametralmente opuesta á la que guió á los constructores de las calles y casas de la ciudad: ésta tiene el tipo simétrico de todas las ciudades americanas, parece un tablero de ajedrez; en cambio aquélla es un conjunto de pabellones heterogéneos, diferentes por sus estilos y por sus dimensiones, de arquitecturas pertenecientes á los órdenes más distintos, si bien con predominio del griego antiguo, del romano y del florentino.

Aunque la exposición se denomina internacional, tiene un carácter especialmente americano y sobre todo georgiano. Figura en primer término en ella la industria algodonera, que se presenta allí con una magnificencia superior á cuanto respecto de esta sección se ha visto en todas las exposiciones universales anteriores. El palacio de Bellas Artes es un edificio aislado, de aspecto monumental.



Exposición Internacional de Atlanta (Estados Unidos)
Fachada del palacio de Bellas Artes

Un pabellón está reservado á las manufacturas de Georgia, otro á los productos forestales y minerales, y otros varios á la agricultura, á la electricidad, á los transportes ferroviarios y á las máquinas. El gobierno tiene también su pabellón especial y la sección femenina cuenta con dos edificios.

Hay una sección exclusivamente destinada al tabaco, y otra, de gran interés desde el punto de vista etnográfico, para los negros, sus costumbres y sus labores.

En el centro del parque una fuente eléctrica lanza al aire sus potentes chorros de cien colores variados, y no lejos de ella álzase la torre de las campanas provista de su correspondiente reloj y desde lo alto de la cual gózase de la vista de uno de los más hermosos panoramas de los Estados Unidos.

Entre las curiosidades que en la exposición figuran merece citarse especialmente una maravillosa colección de Biblias con infinitas traducciones de los dos Testamentos, manuscritos hebreos y otros objetos relativos á religión.

Es digna de mención también la instalación del Instituto Pasteur, adornada con negros crespones en señal de duelo por la muerte del sabio eminente.

En punto á diversiones y entretenimientos, no faltan las góndolas venecianas con gondoleros de la propia Venecia que se deslizan por por el amplio lago, delicia de todos los visitantes.

Las secciones europeas son relativamente pobres, siendo el número total de expositores de Europa de unos 300, en su mayoría italianos.

Esto último se explica porque la colonia italiana en Georgia es la más numerosa: la emigración de Italia á los Estados Unidos es de tal importancia, que no hay allí población de 5.000 á 10 000 habitantes que no cuente con un núcleo de italianos dedicados á útiles y beneficiosas especulaciones. – X.



Exposición Internacional de Atlanta (Estados Unidos). – Edificio de la Administración y puerta principal de ingreso. – Vista del lago y de las fuentes

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS RELOJES MAGNÉTICOS

El origen de estos relojes misteriosos es muy antiguo. El reloj cuya existencia ha mencionado el barón Grollier de Serviere está descrito en un pequeño libro, actualmente muy raro, que se titula *Tratado del imán* y fué publicado en Amsterdam en 1687 por D..., inicial que los bibliófilos saben que corresponde á Dalencé.

El texto de esta obra va acompañado de un gran número de dibujos curiosos y muy bien ejecutados que representan los diferentes relojes magnéticos, encuadrados en paisajes dibujados según el gusto de entonces, adornados con mofletudos amorcillos, etc. Una parte del libro está consagrada á las aplicaciones del imán á la construcción de aparatos mecánicos y entre ellos de relojes.

Uno de estos relojes es el que reproduce el grabado de esta página, que el libro mencionado describe en los términos siguientes:

«Puede construirse una pequeña cúpula, sostenida por cuatro columnas, y colocarse en la parte inferior de la bóveda una faja de cobre que represente un círculo y en la cual se grabarán las horas á distancias iguales. En el espesor de la cúpula y detrás del círculo de las horas se colocará un imán, fijado en otro círculo móvil á fin de poder moverlo á voluntad por medio de un botón ó de una manivela para que el imán vaya á parar delante de la hora que se quiera.

»Debajo de la cúpula, entre las columnas y precisamente en el centro, habrá una figurita que tendrá en una mano un hilo de seda, al extremo del cual irá atado un pajarillo muy ligero, fabricado con una ampollita muy fina de cristal henchida en la lámpara y cubierto de plumón ó de pequeñas plumas: en vez de pico, este pajarillo debe llevar un pedacito de hierro pulimentado. La longitud de la seda debe ser tal que el pajarillo no pueda acercarse sino hasta una ó dos líneas del círculo de las horas. Cuando se le pondrá delante de la hora en donde está el imán, se mantendrá en el aire, y si se hace girar el imán insensiblemente, el pajarillo lo seguirá y parecerá que vuela indicando las horas.



RELOJ MAGNÉTICO, según Dalencé (1687)

»Véase la figura adjunta, en la que el imán está marcado por puntos y por la letra G: el imán debe estar oculto en el espesor de la madera y fijado en un círculo móvil.

»Puede añadirse á estas máquinas un movimiento de relojería que estará oculto en el espesor de la madera, bien en la cúpula, bien en el asiento donde está la figura, y que haciendo dar vueltas al círculo en donde está el imán, hará que el pájaro que gire al compás de él marque las horas con la misma regularidad que una aguja de un reloj ordinario.»

El barón Grollier de Serviere menciona el reloj á que al principio hemos hecho referencia en su obra acerca de las curiosidades que contenía el gabinete de su abuelo y hace de él la siguiente descripción:

«Este reloj consistía en un plato de estaño en cuyos bordes estaban grabadas las horas como en un reloj ordinario Después de haber llenado de agua este plato, se echa en él una pequeña tortuga de corcho que va á buscar la hora corriente, y cuando la encuentra se para y la señala con su cabeza: si se quiere alejarla, vuelve en seguida á ella; y si se la deja allí, sigue imperceptiblemente los bordes del plato indicando siempre la hora. Esta máquina es tanto más sorprendente cuanto que en ella nada se ve que haga mover la tortuga en el agua.»

El secreto de este reloj, como comprenderán nuestros lectores, es el mismo que el del anterior, el imán que se mueve y que atrae el hierro puesto en la cabeza de la tortuga.

Dalencé había tomado la idea de estos dos relojes y de otros varios, de algunos autores antiguos, probablemente del padre Kircher, quien describe análogos experimentos en su obra *Magnes sive de arte magnetica*.

Los físicos de aquellos tiempos eran muy aficionados á inventar y construir aparatos semejantes, en los que las propiedades del imán, desconocidas por la multitud, desempeñaban un papel principal, siendo para ellos á la vez un objeto de distracción y un pretexto para mostrar su ciencia al público ignorante de entonces

(De *La Nature*) G. PELLISSIER



LA INSURRECCIÓN EN CUBA. – Puesto avanzado en las afueras de Remedios, dibujo del corresponsal del *Illustrated London News*

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XIV — Barcelona 2 de diciembre de 1895 — Núm. 727



UN ACCIDENTE DE LAS CORRIDAS DE TOROS, cuadro de José Jimenez Aranda

ADVERTENCIAS

Estamos terminando la impresión del tomo tercero de la importante obra *América. Historia de su colonización, dominación é independencia*, que oportunamente repartiremos á los señores suscriptores de la **Biblioteca Universal**. Este tomo, como los anteriores, irá profusamente ilustrado con retratos, vistas, etc.

A aquellos de nuestros suscriptores que no tengan los dos primeros tomos de esta obra que tanta aceptación ha merecido, les recomendamos la adquisición de los mismos para que puedan incluir entre las de la **Biblioteca Universal** esta que indudablemente merece ser considerada como una de las más interesantes de las hasta ahora publicadas. A este efecto les ofrecemos dichos dos tomos al precio de cinco pesetas cada uno, ÚNICO PARA LOS SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA.

Consecuentes en nuestro propósito de dar al primer número de cada año de **La Ilustración Artística** un carácter original é interesante, dedicaremos el correspondiente á 1.º de Enero de 1896 á todos los jefes de Estado europeos y americanos que lo han sido en lo que va del presente siglo

A pesar de las dificultades grandísimas que hemos encontrado en la realización de este pensamiento, hemos conseguido reunir casi todos los materiales que para dicho número necesitábamos, no habiendo perdonado esfuerzo ni omitido sacrificio alguno á fin de obtener los centenares de retratos de otros tantos gobernantes supremos en los Estados de Europa y América, acudiendo para ello á los archivos, centros, casas editoriales, consulados, legaciones y aun á los mismos presidentes de las Repúblicas americanas. Gracias á ello, podemos ofrecer un número de verdadera importancia por su interés histórico y artístico, que no dudamos merecerá el aplauso de nuestros suscriptores.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Absorción del espíritu europeo por la cuestión de Oriente. – Ensueños. – Realidades. – Temores á una guerra universal. – El discurso último de lord Salisbury sobre Turquía y Armenia. – Movimiento antisemítico de Austria. – Los sucesos de Agram y los croatas de Hungría. – Bautizo griego en Bulgaria del príncipe niño Boris. – Pretensiones rusas. – Conclusión.

I

No pueden apartarse los ojos del Oriente. Sus conmociones profundas habrán de sacudir todo el viejo mundo; los miasmas de guerra despedidos por sus discordias civiles, de apestar todo el aire nuestro. Lo grave de la crisis y lo supremo de las circunstancias se revelan en la depresión sufrida por todos los valores públicos y en el terror sobrepuesto á todos los mercados europeos. Parece como que suena el tañido á muerto por la Bizancio musulmana y el repique á resurrección por la Bizancio helénica. Un hecho así trascendería de suyo al género humano y al globo terráqueo. Ver la cruz de Justiniano reemplazando en la rotonda de Santa Sofía el nefasto signo de la media luna, que recuerda el nombre y memoria de Ostman; oir las campanas del cristianismo donde ahora se oyen los muezines de Alá; reanimar los cirios extintos y asistir al *Tedéum* sublime, á la solemne y apocalíptica hora de partirse para siempre los mahometanos últimos desde las orillas del Bósforo á las tierras del Asia; todo esto sólo tendría una equivalencia histórica en aquel momento de cerrarse para siempre los templos de la diosa Victoria en Roma y subir los mártires cristianos desde los abismos de las catacumbas á los altos del Capitolio. Pero se le abren á uno las carnes cuando evoca todas las tragedias que pueden surgir entre nosotros y todas las catástrofes que sobre nosotros pueden caer al reparto de los ricos restos que dejaría en Oriente la retirada de los turcos y la exaltación de los cristianos. Semejante guerra por tal manzana de discordia se parecería mucho á un choque de razas, á un encuentro de astros. La tremenda expiación de Tiro, de Cartago, de Jerusalén reproduciríase con seguridad á nuestros ojos en Estambul: no saldría el sultán de Constantinopla sin reproducir en matanzas é incendios las últimas noches en que reinaron Baltasar y Sardanápalo. Así nos preguntamos: ¿qué será de nosotros si Rusia por un lado y Austria por otro; si los esclavones que rodean á Constantinopla y los griegos que guardaron por siglos la herencia de Constantino; si los albaneses turcos y los epirotas griegos; si los feudos cristianos convertidos en reinos, al caer Bizancio, quieren repartirse los despojos é incendiar el suelo y el aire con las teas de una guerra universal? Por dicha ningún gobierno desconoce las terribles consecuencias de un hecho tan grave y magno, apercibiéndose todos, si no á conjurarlo para siempre, á remitirlo para más tarde. El último discurso de lord Salisbury en la cena de aquel corregidor londinense ha calmado mucho las grandes agitaciones recientes y traído una relativa paz en la opinión. Aunque algo haya dicho del ocaso de la media luna en Europa y de la probable desaparición del imperio turco en Bizancio, atenuó seguidamente los temerarios asertos con la rotunda é irrefragable afirmación de que para todo se hallan acordes las grandes potencias firmantes del tratado de Berlín é interesadas en la solución inmediata de los problemas orientales. Nosotros dudamos del acuerdo supremo y definitivo entre tan heterogéneos factores; mas con el horror invencible que sentimos á la guerra, esperamos un pacto, ya expreso, ya tácito, en evitación de males mayores. Tal como se hallan los elementos europeos, una discordia podría traer la guerra más espantosa, y una guerra concluir con todos los progresos del planeta y asombrar todos los espacios del cielo y del espíritu. Así no hay más remedio que seguir con atención y estudiar con cuidado cuantos hechos pasan por Armenia, en cuyas manos está hoy el nudo de lo porvenir. Y aunque anticipe juicios antes de recordar ideas, no puede tranquilizar á ningún amigo de la paz humana el aspecto presentado en este instante por Armenia, y por las razas que allí residen, y por los ejércitos que la guarnecen.

II

Bien es cierto que la totalidad de nuestra Europa oriental se halla en idéntica tenaz agitación. Todo lo podíamos creer del tiempo y período que atravesamos ahora, menos la inverosimilitud inexplicable de traernos aquellas coleras antiguas religiosas, cuyo rescoldo imaginábamos extinto con la extinción de los tribunales erigidos antaño para defender la fe oficial de cada Estado por el hierro y el fuego. Pero se han desmentido nuestras esperanzas, aunque no haya marrado nuestra seguridad en el humano progreso. Alemania, la nación que pretende haber hecho más por la cultura europea, nos impele atrás en punto de tal trascendencia universal como la tolerancia religiosa. Un pastor, adscrito á la Iglesia fundada por Lutero, Iglesia que se dice de libérrimo examen y de continuo progreso, el pastor Sker, ha querido poner los judíos fuera de la ley como en los tiempos bárbaros de la maldecida Edad media. Parecía este propósito caprichosa manía de un supersticioso emperrado en resucitar lo antiguo. Pero ha corrido el pensamiento antisemítico cual un reguero de pólvora por todos los territorios del Oriente y por todo el Mediodía de Alemania. Cuando yo veo los progresistas rumanos, con cuya confraternidad se honrará siempre la democracia europea, oponerse á la emancipación de los judíos, sobre todo de los judíos orientales, porque á los de origen occidental ó español más los estiman y consideran siempre, no puedo menos de afligirme y entristecerme á la desesperante lentitud con que los ideales y el verbo de la justicia se avivan y encarnan en la rebelde realidad. Pues lo de Rumanía es tortas y pan pintado en comparación de lo que Austria hoy presencia. Predica en los círculos de Viena, en los periódicos, en el Parlamento, contra la tolerancia religiosa un tribuno de cierta garrulidad, llamado Leuger, proponiendo sistemática persecución á los judíos. Ya que no puede hacer otra cosa, por impedírselo el espíritu de nuestra edad y la letra de nuestras leyes modernas, obtiene que se llegue á esgrimir contra los judíos todo el matalotaje de la vienense administración municipal. Y Viena designa este intolerante como alcalde primero de su municipio. Y ante tamaña elección increíble, un terror al retroceso religioso nos asalta y sobrecoge á todos cuantos amamos la humana libertad y creemos el mayor de los bienes su pacífico graduado desarrollo en las instituciones y en los códigos. De tal sentimiento participa el mesurado y circunspecto emperador de Austria, mostrándolo así al ejercer un veto que posee por las leyes para impedir, cuando le place, tamaños nombramientos. Pues reelegirá de nuevo al audaz burgomaestre y harán los vieneses de semejante cuestión personal una enorme cuestión política. Así hanla llevado ya sus turbas á las calles, sus diputados al Congreso. Nada menos que dentro del palacio imperial, en sus jardines y patios, se han visto manifestantes protestando contra la medida del emperador, y en las tribunas del Parlamento austriaco han sido las protestas por tal modo vivas y los gritos por tal modo fragorosos, que se han despejado las tribunas, se ha cubierto el presidente, se ha levantado la sesión. Y nadie sabe ya en qué habrán de quedar estas misas.

III

Si fuese Austria únicamente la nerviosa y agitadísima, vaya en gracia. Pero la marea sube y sube por todas partes en Oriente Allí hay muchos Estados; mas ninguno ha todavía constituído nación. Mientras en Occidente los celtas y los sajones y los normandos han á una hecho Inglaterra, y los galos y los francos y los latinos á una hecho Francia, y los iberos y los celtas y los celtíberos y los romanos hecho España; en Oriente se hallan, por ejemplo, húngaros, croatas, esclavones de todas procedencias, antiguas gentes trajanas bajo un mismo gobierno, sobre un mismo territorio, y no pueden de manera ninguna constituir ó componer, como nosotros, una verdadera nación. Ha visitado este otoño el emperador de Austria, Francisco José, Agram, capital del Estado á que podemos llamar Esclavonia por excelencia, ó sea Croacia, y se han vuelto sus estudiantes, en manifestaciones ruidosas y en desacatos meditadísimos, no sólo contra la bandera que significa la unidad nacional, contra la bandera húngara, contra la bandera que significa sus afinidades íntimas de raza, contra la bandera servia. Nosotros todavía comprendemos el que los croatas, destinados en lo antiguo á montar la guardia de Pesth, de Venecia, de Milán, asistidos alguna que otra vez por los rusos, para retenerlos en servidumbre, se revuelvan airadísimos contra Hungría, la cual, no solamente ha conquistado su libertad propia, le ha impuesto su natural supremacía hoy á sus antiguos enemigos. Pero el desacato de los croatas al pabellón servio, que les recuerda sus orígenes y sangre, no lo comprendemos, sino por competencias ó intereses, ya mercantiles, ya territoriales, que, siendo causas segundas é inferiores de conflicto, se sobreponen á las causas generales y primeras. Tampoco entiendo cómo los encrespadísimos búlgaros libran esperanzas de captarse á Rusia con el bautizo griego de un heredero tan incierto de aquella corona como el niño príncipe Boris. Para el czar no tienen las cuestiones religiosas de los eslavos meridionales el interés que las cuestiones políticas. Ya saben allá en Petesburgo muy bien que los búlgaros cambian más de religión que de camisa. En los tiempos que nos parecen viejos, magüer próximos, en los tiempos de Pío IX y Napoleón III se hubieran hecho católicos, de andar un poco mejor informados y un poco más listos, así el emperador como el Papa. Rusia pide, no un bautizo griego del niño; pide que Fernando Coburgo, jefe del pueblo búlgaro, se le someta ó abdique. No acabaríamos nunca si hubiéramos de recordar cuántos gérmenes hay de agitación en Oriente. Que no pasen á guerra inmediata debemos pedir al cielo, pues encontramos escasísimas esperanzas en la tierra.

Madrid, 20 de noviembre de 1895.



SEMBLANZA

Cuando un hombre logra abarcar los límites de su existencia y llegar al término de ésta, rodeado del respeto y de la admiración de sus conciudadanos, aun habiendo prodigado aquél su reputación y su prestigio en toda suerte de arriesgadas empresas; cuando el nombre del héroe vivo llega á constituir como una especie de grito de guerra, en el que van envueltas las ideas de honor y patria, para sus contemporáneos todos, así para los de la propia como para los de extrañas tierras, y resuena en la plaza pública coreado de vítores delirantes, y se pronuncia en los Parlamentos entre aplausos entusiastas, y en víspera de acción se evoca por extranjero almirante, como medio de enardecer los ánimos de su gente en la batalla; cuando el recuerdo de ese mismo héroe muerto sirve como de símbolo y compendio honroso, digno de perdurable conservación y ejemplaridad.....

Cuando todo esto ocurre, bien puede asegurarse, sin incurrir en patrioteras exageraciones, más perjudiciales, á las veces, que el más desconfiado de los escepticismos, que aquel personaje es una figura excepcional, digna de que en ella, en sus hechos y en su carácter, se fijen para perpetua memoria, fecunda en provechosas enseñanzas, los pensamientos de las gentes todas, para confortarse en las luchas de la vida, y en especial, para tomar punto de arranque en sus impulsos, la atención de aquellos hombres privilegiados que por la eminente posición que ocupan y por las eximias cualidades que les adornan, son los llamados á guiar los pueblos, elevándolos á los apogeos luminosos de la gloria.

D. Casto Méndez Núñez personifica una de esas grandes figuras.

Vivió muy poco tiempo, 45 años, y admira ver cómo en 30 no cumplidos de servicios (á los 16 fué aprobado de guardia marina), pudo prestarlos tan importantes y numerosos cuales son los que llenan su biografía: los ascensos rápidos, las condecoraciones más preciadas, las menciones honrosas, el sable de honor y otros objetos ofrecidos al héroe y costeados por sus compañeros de la armada; cuanto constituye el blasón preclaro con que una nación puede distinguir al hijo predilecto, todo lo mereció y todo lo obtuvo, quedando á su favor, empero, un remanente tan grande de mérito personal, reconocido é irrecompensado, que el agradecimiento nacional vió todavía, y siempre, en Méndez Núñez al héroe modesto, muy inferior en posición oficial efectiva á los merecimientos atesorados, hasta tal punto que el papel que suele desempeñar la envidia alrededor de todos los grandes hombres, como el esclavo en Roma junto al general triunfante, desempeñólo la admiración detrás de Méndez Núñez, encontrando siempre, por órgano de la voz pública, exiguo el galardón para servir de equitativo premio al bien ganado timbre.

Y apenas cae sobre la tumba del marino la losa funeral que encierra su cadáver, abre sus páginas la historia y en ellas consigna ardientes ditirambos á la memoria del héroe que fué; la estatua perenne se yergue en Vigo, y resplandecen lápidas conmemorativas en diferentes puntos, y reciben el nombre del muerto ilustre desde la calleja humilde de apartada aldea, hasta el acorazado poderoso que ha de llevarlo en la férrea popa á través de los mares, como firme sostén de la lejana patria y como fianza propia del pabellón que ondea en el combate.

Era Méndez Núñez, cuando, capitán de navío, salió de Cádiz en 1865, mandando la *Numancia* – momento que debió considerar como el más halagüeño hasta entonces de su vida, – un hombre de estatura menos que mediana, complexión robusta y aspecto varonil; rostro de facciones vigorosas y tez morena, de expresión animada y reflexiva juntamente, al que formaban marco correctísimo cabello y patillas de color castaño, bien cuidados y abundosos. Tenía la voz de sonido agudo, sin subir hasta el tono desagradable de la atiplada, y su palabra, castiza de ordinario, expresaba los pensamientos con precisión y brevedad poco comunes en esta tierra nuestra; era tan afecto á decir sin ambages ni rodeos cuanto debía decir, como enemigo era de los discursos preparados, en que antes que á la verdad suele rendirse culto á la retórica y primero á lo convencional que á lo positivo é inmanente.

Hombre de movimientos decididos y de ánimo resuelto, que cumplía perseverante los planes maduramente concebidos, por graves y arduos que fueran, quedó elegido sin discusión para el mando de la fragata blindada que envió España á reforzar las fuerzas navales suyas que en las aguas remotas del Pacífico hallábanse empeñadas en desigual contienda con las formidables plazas fuertes y escuadras de Chile y del Perú. La *Numancia*, antes de llegar á los mares de batalla, tenía que abordar y resolver un problema técnico importantísimo: el de realizar la más larga navegación que hasta entonces hubiera rendido un acorazado, material que empezaba á flotar por aquel tiempo, acometiéndose por primera vez en buques de su clase el paso pavoroso del estrecho de Magallanes, tan difícil siempre.

Para este «paso honroso,» digno competidor de los más renombrados de la historia y aun de la leyenda, fué designado capitán de navío Méndez Núñez, que á la sazón desempeñaba un cargo burocrático en el ministerio de Marina y se dedicaba al estudio y traducción de trabajos ingleses de náutica.

Cierto es que D. Casto, como se le llamaba, parecía moderno en la escala de su clase para desempeñar aquel mando preferente, pues había ascendido á dicho empleo el año 62; pero también es cierto que ninguno de sus compañeros había tenido ocasión de reunir en su historial respectivo hechos tan culminantes como los que ostentaba el de Méndez Núñez.

El viaje de la goleta de su mando *Cruz* (1853), saliendo de Cádiz para la Habana bajo un temporal deshecho y cuando buques nacionales y extranjeros, de mayor porte y mejores condiciones marineras, buscaban allí un refugio entrando de arribada.

El ataque de la *cotta* de Palangaran (1860), en el que embiste al fuerte visayo, varando su buque en el fango, metiendo el bauprés por la brecha que abre al choque y lanzándose seguido de sus marinos por el improvisado puente, para caer como una tromba en medio de los atónitos enemigos, que mueren, huyen ó se rinden.

El combate con sólo su débil cañonero de 30 hombres de dotación, arrojándose como un rayo contra más de 300 piratas joloanos, mandados por el prestigioso *datto* Paulimataupan y tripulando cinco grandes barcos de aquellos suyos, que tan admirablemente manejan y conducen: la derrota de aquellos fanáticos rabiosos fué completa, rindiéndose el *datto*, entregándose los barcos que lograron salvarse, recobrando la libertad numerosos cautivos cristianos que en ellos bogaban y alcanzando las armas españolas una gran victoria moral y material con pérdidas por nuestra parte muy escasas.

Estos tres hechos y otros varios análogos que podríamos citar, son los que decidieron la elección de Méndez Núñez para el mando expuestísimo de la *Numancia*. Pasado felizmente, con aquella fortuna más hija de la previsión atenta que del azar fortuito, que se nota en todos los actos de Méndez Núñez, el estrecho de Magallanes, llegaron juntas á conocimiento del comandante afortunado dos noticias muy honrosas ambas para él, pero que debieron poner en grave conflicto la modestia reconocida del caudillo: por una de ellas se le ascendía al empleo de brigadier; por la otra se le confería el mando de la escuadra, vacante por fallecimiento del general Pareja, que hasta entonces lo desempeñara, y que se había suicidado, rendido por la pesadumbre de la responsabilidad que consigo llevaba tan difícil cargo.

Ambas novedades fueron perfectamente recibidas, en cambio, por el personal todo de la escuadra, y pronto los hechos confirmaron, así lo acertado del nombramiento como los nuevos ánimos que el jefe nuevo infundía en todos sus valerosos subordinados. El poema de valor y sufrimiento escrito por aquellos valientes iba á ofrecer los caracteres grandiosos de lo épico.

LA REINA, EL GOBIERNO, ESPAÑA Y YO, PREFERIMOS TENER HONRA SIN BARCOS, QUE BARCOS SIN HONRA, dice el almirante dirigiéndose al gobierno de Chile.

SI OS INTERPONÉIS ENTRE LA CIUDAD Y MIS BUQUES, ME BATIRÉ CON TODOS, exclama con tanta sencillez como firmeza, respondiendo al veto que pretendían oponer los almirantes inglés, francés y norteamericano al bombardeo de Valparaíso.

VOY Á LA MAR, contesta sin más explicaciones, á las capciosas preguntas del almirante Rodgers, que intentaba penetrar los planes bélicos del almirante español...

Y á todas estas hermosas frases, reveladoras elocuentes de un temperamento heroico, sigue el combate del Callao, más heroico aún, porque allí todos fueron héroes, en el cual barcos débiles, escasos de recursos, tripulados por gentes sometidas á los desgastes de cuerpo y alma propios de una campaña larguísima y penosa, á 4.000 leguas de la patria y á 1.500 del punto más próximo donde reparar averías y repostarse, se baten durante cuatro horas contra fortalezas y artillería potentes, bien guarnecidas y manejada, y rescatando el honor nacional comprometido; pero consiguiéndolo al precio cruel de averías de entidad en todos los buques, reparadas de modo provisional con los recursos de á bordo, únicos disponibles, y de 38 muertos y 150 heridos, entre los cuales figura el general con ocho lesiones graves, ganadas en el puente de la capitana.

Así ganó Méndez Núñez su empleo de contraalmirante, ó jefe de escuadra, como se decía entonces.

No es ocasión la presente de remover pasadas diferencias entre pueblos hermanos; baste repetir que, dadas aquellas circunstancias, el almirante Méndez Núñez cumplió con exceso sus patrióticos deberes, poniéndose con alientos sublimes á la altura de la responsabilidad inmensa que sobre él pesaba...

Al valor del soldado, uníase en Méndez Núñez la serenidad de juicio y la claridad de concepción del estadista. Hallábase el almirante al frente de la escuadra del Pacífico, cuando llegó hasta él la nueva de haber triunfado en la metrópoli la revolución famosa de Septiembre (1868). La proclama que con este motivo dirigió Méndez Núñez á las fuerzas que mandaba, es modelo de discreción y sobriedad: son las palabras de un verdadero soldado, ajeno por completo á la política, servidor incondicional de la patria y fiel acatador é intérprete de la voluntad nacional.

Uno de los primeros actos de aquel gobierno provisional, ansioso de conservar la popularidad que le asistía, fué ascender á teniente general (vicealmirante) al héroe popularísimo del Callao, disponiendo á la vez su regreso á España; pero éste, como si presintiera su próximo fin y quisiera demostrar, poniendo digno coronamiento á su carrera brillantísima, que aún era la modestia el supremo juez de sus aspiraciones, renunció el ascenso en una comunicación muy notable y muy rara, pues estos escritos renunciando empleos son muy raros en todas partes, cuyo es el párrafo siguiente:

«Reconozco, Excmo. Sr., que los gobiernos tienen el deber de remunerar con premios extraordinarios á los que sacrificando la tranquilidad de su vida en aras del servicio del país, contribuyen, cada uno en su esfera, á elevarlo y asegurar su felicidad. Pero mis servicios, cualquiera que sea la calificación que pueda aplicárseles, están más que sobradamente recompensados, no sólo desde el punto de vista de los empleos y condecoraciones, sino también desde otro que tiene mucho mayor valor para todo hombre de buenos sentimientos. La aprobación unánime de la opinión pública, Excmo. Sr., y la conciencia de haber hecho lo posible para merecerla, son la más grata recompensa del buen ciudadano, y ambicioso por demás sería yo, si no me considerase bien premiado en ese concepto.»

El gobierno admitió esta renuncia en un decreto muy laudatorio que, por desgracia, es casi único en su clase.

Y poco tiempo después se extinguió el almirante como mueren los buenos, con aquella muerte tranquila descrita por Bello:

Aleccionado por el alma fuerte
y con el cuerpo exhausto, ¡bienvenida!..
dicen mis fríos labios á la muerte
y siento en calma resbalar la vida...

Agotadas las fuerzas físicas por las heridas, por las privaciones de todo linaje, por el reflejo deprimente de las tensiones rudas del espíritu; pero vivo éste y en toda la integridad de sus brillantes facultades, retiróse el héroe á su país natal, á Pontevedra, donde falleció á las cinco de la mañana del día 21 de agosto de 1869.

Aquella Diputación provincial costeó suntuosos funerales en sufragio del héroe, cuyo cadáver permaneció expuesto tres días en la capilla ardiente, instalada en la iglesia de la Peregrina, la Virgen de las constantes devociones del héroe, la misma á la que enviaba desde Filipinas, sin olvidarla en los fragores de los combates, grandes valvas de moluscos gigantescos, para que sirvieran de pilas del agua bendita.

Hoy reposan los restos del héroe en el panteón de marinos ilustres de San Fernando, y nadie, al penetrar en aquel recinto augusto, donde aparecen como en sagrado nimbo, sublime evocación de lo pasado, los nombres venerandos de numerosos marinos muertos, nadie deja de descubrirse con respeto y de formular una plegaria ante el sarcófago que encierra los fúnebres despojos del malogrado almirante Méndez Núñez; del español insigne que supo unir en sí las glorias militares y las cívicas, siendo general invicto en los combates de la guerra y ciudadano modelo en las luchas y pasiones de la vida.

FEDERICO MONTALDO

TIPOS MADRILEÑOS

LA VENDEDORA DE PARAGUAS

El antiguo ex matador de toros y sin par banderillero Angel López Regatero, á quien todo Madrid conoce, decía hace muchos años:

«Cayetano Sanz y yo éramos unos pobres zapateros: nos hemos echado al toreo, *Dios nos lo ha agradecido*, y ahora podemos gastar paraguas y botas de charol.»

Esta frase prueba que por aquel entonces, el paraguas era una prenda casi de lujo y que sólo ciertas clases podían usarle.

Así era, en efecto. Exceptuando á los gallegos, que no pueden vivir sin un paraguas (generalmente encarnado) y dos ó tres litigios, en el resto de España los pobres no tenían paraguas. Con esto ha sucedido lo que con el teatro: antes, las funciones completas no estaban al alcance de todas las fortunas: ahora, las subdivisiones en piezas en un acto, ó sea el *género chico*, facilitan el asistir á menudo á representaciones escénicas hasta á los pobres menesterosos de solemnidad.

El recreo ha ganado lo que el Arte ha perdido.

Antes, es decir, hasta hará unos treinta años, los paraguas sólo se vendían en tiendas lujosas, y costaban caros; bien es verdad que entonces eran buenos y servían para el uso á que se les destina, mientras que ahora..., ahora dan lugar á añagazas, timos é ilusiones.

La invención del paraguas se pierde en la noche de los tiempos prehistóricos. Hay quien supone que fué inventado por Nemrot, el primer cazador, que cansado de sufrir los chaparrones á que su afición le exponía, ideó un aparato contra la lluvia, que llevaba atado sobre los hombros. Esto, no obstante su antigüedad, paréceme más ingenioso, más cómodo y menos expuesto á percances que el método actual de llevar el paraguas en la mano, porque éste (no me atrevo á decir artefacto, puesto que es una mueca de la estética) podrá ser todo lo útil que se quiera, pero es incómodo y aun peligroso, hasta el punto de hacer aborrecibles á ciertos hombres y repugnantes á las mujeres que no se cuidan de levantarle cuando le llevan abierto, y van por esas calles estropeando los sombreros á los transeuntes y metiéndoles las ballenas por los ojos.

El paraguas, abierto parece un siniestro rombo cabalístico, cerrado se asemeja al terrible pulpo descrito por Víctor Hugo. Es la nube de la civilización, y lo malo es que no hay con qué sustituirle. Los madrileños antiparagüistas creímos que el impermeable iba á matar al paraguas, y bendijimos á los primeros *encapuchados* que se dejaron ver. ¡Ilusión! Los sayones subsisten, pero llevan paraguas.

Y lo malo es que la nube se condensa. Yo supongo que pasará el furor del ciclismo, pero el uso del paraguas va á ser tan eterno como los chaparrones que el cielo nos propina. Todo parisiense es un hombre ó mujer paraguas, y lo mismo va á suceder en Madrid, donde, después de una sequía relativa de algunos años, vuelve á llover tanto ó más que en la capital del mundo civilizado, al decir de los franceses.

El paraguas, pues, se ha vulgarizado á la par del periódico: *in illo tempore*, las publicaciones de la prensa sólo salían de la redacción para ir á casa de los suscriptores, hoy día pululan por calles y plazas.

Un periódico de los más acreditados cuesta cinco céntimos, así como un paraguas de los más inservibles seis reales de vellón.

Y dicho se está que así como ahora hay muchos que se ganan la vida expendiendo *papel*, hailos innumerables que ejercen la industria de vender paraguas.

La existencia del periódico callejero dura veinticuatro horas: la del *paraguas á seis reales* suele ser más efímera.

El paraguas barato, así como la novela por entregas, constituye un timo á ojos vistas. El suscriptor de novelas *chorrea* insensiblemente un sinnúmero de céntimos para reunir comúnmente un libro malo: el comprador de paraguas económicos gasta en ellos al cabo del año una cantidad con la cual podría comprar un paraguas decente: bien es verdad que obtiene la satisfacción de mojarse á intervalos.

Durante la pertinaz sequía de Madrid en verano, los paraguas yacen arrinconados; pues durante el calor, al que más y al que menos le gusta remojarse un poco con los fugaces chaparrones; mas no bien soplan las primeras brisas de otoño, inúndase la heroica villa de vendedores callejeros de paraguas. El número de estos, me refiero á los vendedores, es tan innumerable como el de las estrellas del cielo que se descubren á la simple vista: pululan por todas partes: á mí me parece que hay más vendedores que gentes que puedan comprar su mercancía. Hailos á todas las horas; pero desde el anochecer se multiplican, por aquello, sin duda, de que de noche todos los gatos son pardos y todos los paraguas buenos.

Pero este comercio antiacuático es explotado por muchas más mujeres que hombres; hase observado que en todas las transacciones callejeras el bello sexo vende más, probablemente porque el comprador se deja engañar más fácilmente por *ellas*. En las que venden paraguas se nota una particularidad: la mayor parte son jóvenes ó niñas. Es una clase decente en general; mas sucede á veces que mientras el comprador alza los ojos para examinar la bóveda del paraguas abierto, una mano sutil se introduce en los bolsillos de aquél.

¡Qué misterios los de la venta de paraguas, especialmente de noche! Examínase el artefacto: no se ve ni el más mínimo rayo de luz que se filtre á través de la tela, y sin embargo, á la primera mojadura aparecen en ella mil puntos brillantes que son otros tantos agujeros. Las ballenas, que en un principio parecen serlo, resultan luego hechas de una materia desconocida, y el palo central pintado y reluciente, quédase después descascarado como una vara de fresno.

Las vendedoras de paraguas acostumbran á ir destocadas, como para probar que bajo el que abren, cuando llueve, están al abrigo de la lluvia, y con este motivo gastan toda su hacienda en pagar peinadoras. Suelen hacer fortuna: yo conozco tres que se han elevado.

A una de ellas le sobrevino la suerte por la extraña combinación del vino y del agua, como sucede á muchos taberneros.

Una anochecer bajaba por el Postigo de San Martín un joven elegante, aunque con sombrero cordobés. Iba cantando en voz baja y dando traspiés, lo cual probaba que no venía de ninguna biblioteca. Poco antes de llegar á la calle del Arenal, y precisamente cuando empezaba á llover, oyó una voz juvenil y bien timbrada que gritaba.

«¡Paraguas de seda á seis reales!»

Detúvose el transeunte frente á la vendedora, inclinóse hacia ella para verla mejor, con la impertinencia peculiar al que está... *excitado*, y prorrumpió en la siguiente *soledad*, parodia de una copla andaluza:

¡Paragüitas á seis reales!
No quiero yo los paraguas,
Que quiero á la que los trae.

– ¡Cómpreme usted uno, señorito!

– Vaya por uno.

El joven tomó el primer paraguas que le ofreció la vendedora, y le dió un duro, diciendo:

«La vuelta para café.»

Luego quiso irse al bulto, pero la muchacha se alejó más que de prisa.

El comprador pertenecía á una buena familia de Jerez. Su hermano mayor había sido elegido diputado á Cortes, y aquel día habíase celebrado la elección con cacería y banquete en Romanillos. El vino tiene efluvios anacreónticos, y el joven andaluz buscó con insistencia en los días subsiguientes á la vendedora de paraguas. Eclipse total. Por fin una noche vió en los portales de la plaza Mayor á una vieja que también expendía antídotos contra la lluvia.

– Diga usted, señora, ¿conoce usted á una vendedora joven, muy guapa, que se ponía en el Postigo de San Martín?

– ¿La Concha?

– La perla digo yo.

– Mucho que la conozco: es de mi vecindad.

– ¿No sabe usted dónde anda?

– Ha estado malucha estos días, pero ya sale á la venta. Ahora se pone en la *prazuela* del Angel, junto al Círculo *melitar*.

– Pues voy á ver si la encuentro.

– Oiga usted, señorito, si va usted con mal fin, se lleva chasco. La Concha es *mu* buena y *mu* juiciosa. Cómpreme usted un paraguas.

El joven compró uno y dió medio duro por él.

Ignoro los trámites de la historia, pero los supongo. La linda vendedora debía ser, en efecto, honrada y además ladina. Supo capotear á su pretendiente; éste se *encampanó*, como dicen en Andalucía, y se casó con ella.

Ahora es una de las estrellas de primera magnitud de los salones de Jerez de la Frontera.

¡Cosas del mundo!

Suprimo otros ejemplos por no ser prolijo.

Eduardo Inza, de grata memoria, llevaba la estadística de los paraguas que se vendían en Madrid. El año de 1879 se vendieron (según averiguaciones, probablemente fantásticas, del susodicho) doscientos veintitrés mil paraguas: este número paréceme excesivo, aunque bien considerado, no lo sería si todos comprasen paraguas callejeros:

Porque un día es la vida del paraguas,
si una noche la edad de las estrellas.

Los periódicos baratos han matado al romance de ciego, los teatros de *género chico* hacen languidecer á los de género grande, los casinos merman la vida de los cafés, y ciertos bazares que se han achicado matarán de seguro la industria de la venta callejera de paraguas.

Sépanlo ustedes: desde este otoño, por primera vez, véndense en tiendas y bazares paraguas ínfimos. Un establecimiento ofrece siempre más garantía: es de suponer que un género que se ostenta en anaqueles no estará tan deteriorado como el que se ofrece entre sombras. ¿Quién, pues, va á comprar de hoy en adelante paraguas á la intemperie?

El paraguas es una fatalidad de la civilización, puesto que ésta no quiere realizar el bello ideal de poblaciones con soportales en todas sus vías de comunicación, como las hay en Madrid en la plaza Mayor y en París en la calle de Rívoli.

Este sencillo procedimiento sería un paladión contra el calor, el frío, la nieve, el agua y sobre todo contra el paraguas.

F. MORENO GODINO



TIPOS MADRILEÑOS.–LA VENDEDORA DE PARAGUAS, dibujo de N. Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Moreno Godino)

EL PINTOR ANDRÉS ACHENBACH

España se ufana con un joven pintor, el valenciano D. Joaquín Sorolla, que sin dejar de aprender, fué siempre Sorolla, y que ganó medallas con los cuadros titulados *¡Aún dicen que el pescado es caro!* y *La vuelta de la pesca*, en los que el color es todo lo jugoso que puede desearse, y la ejecución amplia, fácil y de primera mano. Pero Alemania y particularmente Düsseldorf se precian de un pintor veterano, eternamente joven, que acaba de celebrar su octogésimo cumpleaños y las bodas de oro de su actividad continua en la ciudad del arte de un modo nunca visto en los centros artísticos, festejándose en él un modelo, un símbolo del arte, un hombre de la fuerza y de la valentía que puede pronunciar las palabras altivas *¡Jamás moriré!;* un genio que hizo historia y halló nuevos caminos, dando el grito de batalla *¡Volvamos á la naturaleza!*, haciéndonos sentir la vida de los elementos en su grandeza terrible, sujetando su mágico pincel el arroyo atronador, el vuelo de las nubes, la cima y la selva azotadas por la tempestad.

La reputación universal de que goza en el día la patria de Cornelius y de Heine como ciudad del arte, es debido sobre todo á las grandes cualidades de *Andrés Achenbach*, ese maestro fecundísimo de los paisistas, ese artista dotado como el que más de la prodigiosa facultad de representar el universo; que con igual maestría sabe pintar agua y nieve, arquitectura y hombres, y que se distingue por el sentimiento peregrino, así de la más íntima impresión poética, como de la más poderosa fuerza elemental, y por el colorido más fino, en el que no le aventaja á veces sino su hermano Oswaldo Achenbach, el inspirado pintor de las bellezas de Italia. El talento de *Andrés* desarrollóse bajo la influencia de las obras de Lessing y de Sckirmer con tan pasmosa rapidez, que ya en 1831 el *Kunstverein*, de Düsseldorf, compró su primer lienzo representando el edificio de la Academia y la plaza del Castillo, poblada de figuras características de la antes residencia electoral. Después de haber recorrido la Holanda y las costas bálticas de 1832 á 1833, excitó la admiración por sus primeras marinas. En 1835 se llevó de Suecia y Noruega un inmenso é interesante acopio de estudios, y en 1839 salió otra vez para Noruega, alcanzando en Düsseldorf los más señalados triunfos por sus magníficas marinas y paisajes de la naturaleza septentrional. En 1843 y 1844 conoció también la naturaleza meridional, pasando á Italia después de haber abrazado el catolicismo. De regreso á la patria, el sacerdote de la naturaleza creó un género especial, el paisaje de Westfalia. Pero la marina no dejaba de ser su creación predilecta. A veces trataba de imitar la índole de los antiguos maestros, como la de Van der Neer en sus vistas de canales y la de Ruisdael en sus cascadas y robles.

La biografía de *Andrés Achenbach* puede escribirse en cuatro líneas, dibujarse con cuatro rasgos. Es la biografía del que trabaja sin detenerse un instante, ni desmayar un segundo hasta conseguir sus propósitos; es la biografía del que toda su vida es una continua demostración del sentido que encierra la conocida frase *querer es poder*.

Nació *Andrés Achenbach* el 29 de septiembre de 1815 en Cassel, siendo su padre comerciante que buscaba la fortuna más que ésta á él, pasando en su vida nómada de Cassel á Mannheim, de Mannheim á San Petersburgo, de San Petersburgo á Düsseldorf, la hermosa ciudad de los pintores, donde, por fin, se fijó en 1823, estableciendo una fábrica de vinagre. En 1827 ingresó Andrés en la Academia de Bellas Artes que Prusia había heredado de los príncipes del gran ducado de Berg. Por aquel entonces el director de la Academia se llamaba Schadow. Dicen que éste había quitado toda esperanza al joven Andrés por no tener talento ninguno. Y quiso el capricho de la fortuna que hoy viva el patriarca del arte en la misma casa que habitaba su maestro inclemente. Andrés fué discípulo de la Academia durante ocho años. Se hizo el centro del humor de Düsseldorf y de la sátira, siendo en su mano el resto del cigarro á menudo el instrumento del humor avasallador en la pared de la taberna de Paffrath en la Bolkerstrasse. Ha dejado de existir la confitería sita en el mercado, cuyo salón formaba una galería de pruebas del humor del alegre Andrés. La iglesia de San Lamberto de Düsseldorf guarda detrás de su altar mayor un memorable cuadro del gran artista, representando los cuatro patronos de la iglesia. Quizás la mejor de sus obras, por la factura y por el colorido, es *La pérdida del vapor «el Presidente»* en alta mar por montes de hielo. Aquella creación conmovedora de la imaginación del artista nos recuerda los desastres de la marina española de guerra, las horribles calamidades del cañonero *Filipinas*, del crucero *Reina Regente*, del *Gravina*, del cañonero *Tajo*, del acorazado el *María Teresa*, del crucero *Sánchez Barcáiztegui* y del *Cristóbal Colón*. ¡Qué lista tan larga de catástrofes! ¡Virgen pura, María Santísima, en los naufragios *stella maris* en quien cifra su amor España, refugio santo, faro de bienandanza, luz de venturas, emblema de la esperanza bendita, éxtasis del alma, hacia ti elevamos nuestros vehementes ruegos, te contamos nuestras penas y te enviamos nuestras lágrimas y nuestros suspiros, apiádate de tu España, disipa las sombras medrosas, ahuyenta los demonios que se complacen en perturbar y destruir la Armada española en este siglo!

Mientras en España todo es luto y aflicción por tantos reveses navales, siendo la desgracia el monstruo que se coloca en el timón de los buques españoles para que choquen, embarranquen ó desaparezcan, Düsseldorf, haciendo derroche de alborozo, se iba prendiendo con espléndidas galas para festejar al maestro que tantas veces pintaba la rudeza de la vida del marino, la grandeza de su lucha diaria con el mar, la inseguridad de su existencia, combatida por las tormentas.

El día 29 de septiembre de 1895 era un día de fiesta para toda la ciudad; el entusiasmo inflamaba los corazones, todo revelaba dicha, todo era contento aquel día delicioso de otoño, la Schadowstrasse se había convertido en una *via triumphalis*.

Ya la víspera de su jubileo se celebró al artista eminente, el hijo adoptivo de Düsseldorf, el doctor honorario de la universidad de Bonn, con una marcha á las antorchas, en la que, precedidos de cuerpos de música, tomaban parte numerosos artistas, de pie ó montados á caballo, ostentando trajes pintorescos y formando una cabalgata espléndida que producía un efecto fantástico con la luz de las antorchas. El cortejo llegó á la casa del maestro, vióse éste en medio de su familia, siendo saludado por el orfeón de Düsseldorf y por los vítores y los vivas del inmenso concurso, confundiéndose infinidad de corazones en un solo aliento, en el amor á *Achenbach*, que sin que el juicio parezca exagerado, es el mejor dotado de los pintores alemanes de marinas en este siglo. Los homenajes acompañaban al héroe de la fiesta al *Malkasten*, la mansión hospitalaria y elegante de los artistas de Düsseldorf, construída en el jardín del famoso Jacobi. El salón estaba adornado con aquel lujo de arte decorativo de que ya han dado tantas pruebas los artistas de Düsseldorf. En la escena se presentó en un transparente pintado de mano maestra la figura gigante de *Achenbach*, pronunciando un discurso en elogio de éste el más elocuente de los oradores del *Malkasten*, que llamaba á los hermanos *Andrés* y *Oswaldo* los *Alfa y Omega* de los artistas düsseldorfianos. Siguieron alocuciones de los delegados de Berlín, Munich y otras ciudades. Al día siguiente recibió Andrés los homenajes entusiastas de las Academias y los saludos de la universidad de Bonn, y fué obsequiado por el emperador Guillermo II con la reproducción de un cuadro de Lenbach que representa al emperador en traje de coracero. Concluyó la fiesta con una loa escrita por el laureado poeta del *Malkasten*, el ex capitán Henoumont. ¡Feliz quien como *Achenbach* ha dado nuevo brillo al antiguo timbre del arte rhiniano, y quien desde la atalaya de su ancianidad puede mirar con ojos lúcidos y con una satisfacción sin segunda tantos años riquísimos en obras maestras y considerarse cual fuente de la fuerza espiritual de tantos afectos!

Juan Fastenrath

LA PAREJA DE ENAMORADOS

Ha seis años que en el balneario de M... contraje amistad sólida y estrecha con el teniente Miguel, muerto hace poco en el campo de batalla. Era hermoso, con la hermosura varonil y apuesta de un jinete árabe, no obstante la profunda cicatriz que cruzaba una de sus cejas. Todas las tardes, á la hora de la siesta, íbamos juntos á cazar aves acuáticas á los pantanos del Este, ó bien á matar codornices por los trigales del monte El teniente Miguel distraíame no poco narrando sus locuras de muchacho, sus aventuras tenoriescas y sus lances de honor.

Serían como cosa de las cinco y el sol iluminaba con su luz poniente un camino orillado de álamos y praderas. La escopeta al hombro, el morral á la espalda y el ancho sombrero en la mano para abanicar el rostro, caminábamos mi amigo y yo departiendo amigablemente y haciendo paradas á cada revuelta del camino; un camino delicioso, á cuyos lados se escalonaban las viñas y adonde acudían diariamente los veraneantes para respirar el aire puro de las montañas.

Al llegar á lo alto de la cuesta, vimos venir hacia nosotros una gentil pareja que charlaba con ruidosa alegría de pájaros madrugadores...

—¡Por aquí, Julia, por aquí!

Y al decir esto, el gallardo acompañante mostraba á su dama el sendero con el brazo extendido.

A la verdad, ella era muy linda. Bajo un elegante sombrero de paja de Italia, dos brillantes bandas de cabellos rubios se deslizaban sobre las sienes, acariciando la oreja sonrosada, de la que pendía una estrecha bellota de rubíes... Él sonreía gozosamente á través de los quevedos, retorciéndose los negros mostachos con sus dedos cubiertos de sortijas y abismando los ojos en aquella alborozada damisela que al arremangarse la falda dejaba ver los pies monísimos entre las enaguas almidonadas y ruidosas.

De pronto vi palidecer al teniente Miguel y hacer un gesto cual si fuera á abalanzarse.

—¡Ella!, exclamó.

Y en aquel momento la feliz pareja de enamorados se internó alegre y vivaz por una frondosa alameda que cerraba la parte del Sur. Resonaron más confusas y opacas sus alegres risas, y en breve vimos desaparecer sus blancos quitasoles tras las tapias de una hermosa quinta, con aspecto de granja normanda, que bajaba en declive hasta los estanques donde algunas aves acuáticas sumergían sus cuellos.

—¿Conoce usted á esa muchacha?, me atreví á preguntar.

—¡Que si la conozco!.. Figúrese usted... ¡Oh, es una historia por demás extraña!.. ¡Esa linda niña que acaba usted de ver, es aquella Julia que inmortalizó en sus versos póstumos Armando Salazar!..

La respuesta del teniente Miguel cambió por completo el curso de mis ideas. Aún no hacía un mes que había yo leído las inolvidables poesías del autor de *Mis amores castos*.

Al pronunciar mi amigo el nombre del poeta, rebrotaron en mí viejas memorias.

Y entonces comprendí...

Quince días antes de bajar al sepulcro, víctima de la tuberculosis, Armando Salazar vió por primera vez á Julia en el alféizar de la ventana con la frente apoyada en su brazo tendido y la rubia cabellera cayendo desbordante. Al levantar los ojos hacia ella sintió su alma removerse hasta el fondo, atraída y como arrebatada en la órbita de un sentimiento nuevo. Con el pulso agitado y llena de visiones la mente, hizo depositario de su dulce secreto al buen Asmir, un médico de nota que adoraba cordialmente á aquel vate singular de frente apolínica y labios amorosos como los de una doncella.

—¡Bravísimo! ¿Conque amas á esa niña? ¡No está mal, qué diantre! Y bien; ¿deseas conocerla? Se hará así.

Fué tan penetrante el golpe de la emoción, que las mejillas de Armando enrojecieron con la intensidad de un ascua avivada por un soplo. Luego, como arrebatado por un vértigo, llenó de besos las manos de Asmir, mientras en sus ojos las lágrimas pugnaban por abrirse paso. En el alma arrebatada y enferma del poeta, la más pequeña conmoción bastaba para hacer entrar en juego todos los resortes.

Veinte días después, Armando Salazar expiraba en su lecho y su amigo Asmir hacíase anunciar en el hotel de Julia.

Vestida de blanco y recostada en un ángulo del sofá, la hermosa niña oía á Asmir con mezcla de estupor y turbación. Tenía las mejillas arreboladas y los ojos bajos, y por un refinamiento de coquetería había dejado caer sobre los encajes del seno una de sus trenzas de oro, á modo de princesa de balada. Asmir continuó:

—Mi pobre amigo me ha rogado al morir que deposite este libro en vuestras manos. Tomad asimismo esas cartas suyas y estas mías... que él creía escritas por vos. Os ruego que me absolváis por haber usurpado vuestro nombre sin pediros licencia. Tratábase de un joven moribundo á quien la contrariedad más mínima pudiera serle fatal. Temiendo por parte vuestra un reproche que acelerase el instante funesto, he fingido esos billetes. No creo que por esto me guardéis rencor.

Después que Julia hubo leído á solas aquellas cartas y terminó las páginas del libro *Mis amores castos*, sintió vibrar en su ser algo tan íntimo y tan vago á la vez, que quedó poco menos que inerte.

Así permaneció largos momentos sin despertar del mundo de ideas en que se hallaba absorta. Quiso luego entornar las maderas del balcón, y al pasar ante el espejo pudo advertir que sus ojos estaban llenos de lágrimas... Desde aquella tarde Julia entró en un período de sensibilidad nerviosa que fué quebrantando su salud de modo harto visible. Tuvo accesos de llanto, sueños intranquilos, inacabables horas de postración moral. Los médicos la aconsejaron que procurara viajar y distraerse, y un año más



BARCELONA.—Embarque de los batallones de Barbastro y cazadores de Mérida, expedicionarios á Cuba, el día 23 de noviembre último.

Aspecto del muelle de la Barceloneta, en donde se efectuó el embarque. (De fotografía de Xatart)

tarde se la veía en París, en Suiza, en Florencia, en todas partes.

—¿Y después?, pregunté al teniente Miguel, cuya voz temblaba un poco.

El teniente Miguel no respondió. Estábamos encaramados sobre dos enormes postes, cuando de pronto vimos aparecer sobre una explanada de lo lejos las blancas sombrillas de Julia y de su amante. Me estremecí, miré... Allá iban los dos, riendo locamente en la más suprema de las venturas. Acababa de ponerse el sol. Cruzaban bocanadas de aire cálido impregnadas de aromas embriagadores, y en el confín remoto una línea de oro señalaba el término del mar. La pareja de enamorados se entró jugueteando por un bosquecillo de laureles.

Cuando los vimos desaparecer del todo, pregunté á mi amigo quién podría ser el feliz acompañante.

—Es Asmir, respondió.

Al oir esto, sentí el mismo estupor de sobresalto que suele acometer al que despierta. El teniente Miguel, en tanto, me presentaba abierta su riquísima petaca de perfumado cuero inglés. Cogí un habano, y al levantar los ojos hacia el joven militar, vi destacarse más roja y más siniestra que de ordinario la noble cicatriz que surcaba su frente altiva y pálida como el mármol...

Víctor Said Armesto



BARCELONA.—El vapor «Colón,» en donde se embarcaron el día 23 de noviembre último los batallones de Barbastro y cazadores de Mérida, expedicionarios á Cuba. (De fotografía de Xatart)



BAJO LOS CASTAÑOS, cuadro de Carlos Girón (Salón del Campo de Marte de París de 1895)



LA ORACIÓN, cuadro de Gabriel Max

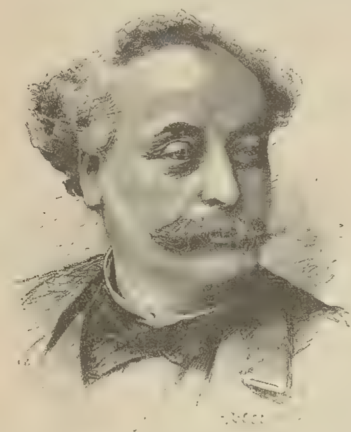
NUESTROS GRABADOS

Un accidente de las corridas de toros, cuadro de José Jiménez Aranda. – Pocos como D. José Jiménez Aranda han logrado representar con tan vivos caracteres, con tan salientes rasgos, aquella sociedad española, típica y abigarrada, en que se confundían el fraile y el chispero, el torero y el soldado, el noble y la maja. Pocos como el meritísimo artista han podido ofrecernos esos brillantes cuadros en que tan admirablemente se retrata la época de nuestros abuelos.

El ingenio de tan distinguido maestro es – conforme atinadamente dice uno de sus biógrafos – hermano gemelo del ingenio literario de D. Ramón de la Cruz.

Una de tantas muestras que confirman las precedentes apreciaciones es el cuadro que reproducimos, obra magistral, en la que se revela el carácter y condiciones del artista.

Alejandro Dumas. – Escribir la biografía del ilustre novelista y autor dramático que acaba de fallecer, exigiría un espacio de que no disponemos en esta sección. No es sin embargo necesario este trabajo, ya que los más elocuentes datos biográficos de Dumas son sus obras, y ¿quién no conoce la multitud de joyas literarias que de su pluma han salido? Algunas de sus novelas, *La dama de las camelias* en primer término, gozan de una popularidad por muy pocos libros conseguida, y sus dramas, traducidos á muchos idiomas, han sido aplaudidos con entusiasmo por todos los públicos y hoy constituyen el repertorio obligado de las más notables compañías francesas y extranjeras. El análisis de su labor dramática, como pocas discutida, no es para este sitio; así sólo consignaremos lo que está en la mente de todos, aun de los más opuestos á sus tendencias, á saber: que Dumas se apodera en sus dramas del público, le hace seguir con interés siempre creciente el desarrollo de la acción, le conmueve á su placer con situaciones dramáticas de primera fuerza y le cautiva con las bellezas de un diálogo en cuyo manejo nadie ha aventajado al autor de *Demi-monde*, y la elegancia de un estilo lleno de frases brillantes, de pensamientos profundos, de comparaciones magistrales. Sus principales obras dramáticas son: *La dama de las camelias, El suplicio de una mujer, Las ideas de la señora Aubray, La princesa Jorge, La mujer de Claudio, El Sr. Alfonso* y *La extranjera*. Alejandro Dumas empezó á escribir para el público á los



ALEJANDRO DUMAS, fallecido el 27 de noviembre último

diez y siete años; había nacido en París en 1824, y ha muerto en su quinta de Marly el 27 de noviembre último. Deja sin terminar el drama *El camino de Tebas*, que debía representarse en la Comedia Francesa.

Barcelona. Embarque de tropas expedicionarias á Cuba. – El día 23 de noviembre último embarcáronse en este puerto los batallones de Barbastro y cazadores de Mérida. A despedir á nuestros soldados acudieron representaciones del Ayuntamiento, de la Diputación provincial, comisiones de varios centros, las primeras autoridades militar y gubernativa y un público numeroso que no cesó de aclamar á los expedicionarios, los cuales contestaban á aquellas aclamaciones con entusiastas vivas á España. ¡Quiera Dios que ellos y cuantos en la isla de Cuba defienden la bandera española regresen sanos y salvos á la madre patria, que con lágrimas en los ojos les despide! ¡Que el cielo guarde sus preciosas vidas y nos los devuelva pronto ciñendo los laureles de la victoria!

Bajo los castaños, cuadro de Carlos Girón. – La escena tan deliciosamente pintada por el artista ginebrino es de fácil comprensión: basta fijarse en la figura de la señora que se esconde detrás del tronco corpulento del castaño y en la de la niña sorprendida de no encontrar á su madre, para hacerse cargo de lo que el pintor ha querido representar. La expresión un tanto inquieta de la chiquilla y la sonrisa de la joven que adivina la perplejidad de su hija, son dos notas encantadoras de este cuadro; el hermoso paisaje en que la escena se desarrolla avalora la belleza de esta pintura.

En oración, cuadro de Gabriel Max. – Varios son los cuadros de este género que del ilustre pintor alemán hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y en todos ellos han podido admirar nuestros lectores el genio y la habilidad de un artista cuyo nombre ocupa uno de los primeros puestos en la historia del arte contemporáneo. Como en distintas ocasiones hemos hablado de Gabriel Max, omitimos todo juicio acerca de la obra que en este número publicamos, porque habría de ser repetición de las alabanzas ya consignadas.



¡PUEBLOS DE EUROPA, DEFENDED VUESTROS BIENES MÁS PRECIOSOS!
dibujo de Hermán Knackfuss, según un croquis del actual emperador de Alemania

¡Pueblos de Europa, defended vuestros bienes más preciosos!, dibujo de Hermann Knackfuss, según un croquis del emperador de Alemania. – Hace algún tiempo en nuestra sección de *Miscelánea* dimos cuenta de que el emperador de Alemania había encargado al profesor de la Academia de Cassel Hermann Knackfuss un dibujo alegórico destinado á propagar por todo el mundo la idea de la defensa contra los enemigos de la civilización. Este dibujo, cuyo pensamiento y cuyo croquis son del propio Guillermo II, es el que reproducimos: sus dimensiones originales son de 71 × 52 centímetros. La explicación de esta alegoría es fácil de comprender: las matronas de la izquierda son las grandes potencias europeas, Francia, Alemania con la espada desnuda y el escudo apercibido á la defensa, Rusia apoyando el brazo en el hombro de Alemania, Austria con la doble águila en el pecho dando la mano á la indecisa Inglaterra, Italia entre las dos anteriores cogiendo de la mano á una figura juvenil cuyo significativo exacto se ignora. Sobre todas estas figuras aparece la cruz, símbolo del Cristianismo. El Arcángel San Miguel indica á las naciones el mal, personificado en la figura de Buda y del dragón entre llamas y humo, que amenaza destruir la comarca floreciente y bendecida por la civilización. El título puesto al pie de la lámina original está escrito de puño y letra del emperador, cuya es también la firma. La idea de este dibujo surgió en la mente de Guillermo II en los momentos más terribles de la reciente guerra chino-japonesa, y su intención ha sido advertir á los pueblos de Europa del peligro que puede amenazarles, no sólo por el espíritu guerrero de aquellos asiáticos, sino también por el odio que sienten éstos hacia nuestra civilización.

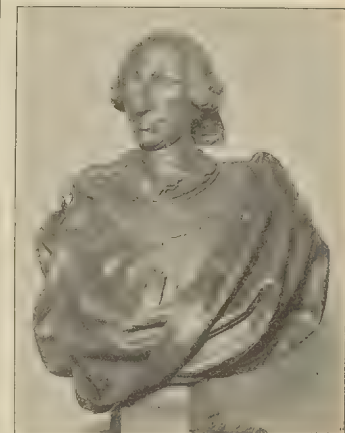
Cabeza de estudio, dibujo de Hanns Fechner. – Hans Fechner nació en Berlín en 1860, estudió en la Academia de Bellas Artes de aquella capital y fué á completar sus estudios en Munich en el taller del ilustre Defregger. En 1886 regresó á su ciudad natal, y desde entonces es considerado como uno de los más notables pintores berlineses. Su especialidad son los retratos, para ejecutar los cuales estudia tanto ó más que el aspecto físico la fisonomía moral del retratado: así ha podido pintar obras tan magistrales como los retratos de los poetas Raabe, Fontane y Hauptmann. Poeta y colorista por temperamento, se ha dedicado además á la pintura de género, produciendo bellísimos cuadros que se disputan inteligentes y aficionados. Como dibujante ha hecho verdaderas maravillas, siendo pocos los que le aventajan. La cabeza de estudio que publicamos es buena prueba de lo que decimos.

Constantinopla. – El puente de Kara-Keni. – Los sucesos que se desarrollan en Turquía hacen que tenga interés todo cuanto con aquel imperio se relaciona. Por esta razón publicamos el famoso puente de Kara-Keni, del cual hace una descripción brillantísima, como todas las suyas, el eminente literato Edmundo de Amicis en su hermosa obra *Constantinopla*.

El marqués de Cabriñana. – Las gravísimas denuncias hechas recientemente contra el municipio madrileño, han causado impresión profunda, no sólo en Madrid, sino en toda España, y han atraído la atención y la admiración públicas sobre el marqués de Cabriñana, que tan concretamente ha formulado aquellos cargos y con tanta valentía ha sostenido sus acusaciones. El pueblo madrileño en masa, industriales, comerciantes, centros mercantiles, sociedades científicas, literarias y artísticas, todos se han puesto al lado del denunciante, que en pocos días ha conquistado una popularidad que pocos hombres han conseguido en mucho tiempo, y que ha recibido felicitaciones, adhesiones y pruebas de simpatía de las más altas personalidades, reveladoras del entusiasmo con que se ha visto su honrada y enérgica conducta. Todas estas muestras de afecto han subido de punto con motivo del cobarde atentado que contra él se perpetró á raíz de sus denuncias, y del cual afortunadamente salió ileso el Sr. Urbina.

La célebre novelista francesa Henry Greville. – Esta célebre novelista nació en París en 1842 y recibió de sus padres una educación esmeradísima. A la edad de quince años acompañó á Rusia á su padre, que es actualmente profesor de literatura francesa en la Universidad de San Petersburgo. Allí estudió á fondo la lengua y las costumbres rusas, publicando varias obras que luego debían darle gran renombre. Regresó más tarde á Francia con su marido, y después de haber atravesado un período difícil, debutó de pronto en París, tres semanas después de la muerte de Jorge Sand, con dos novelas, *Dosia* y *Expiation de Saveli*, que se publicaron en 1876 respectivamente en el *Journal des Debats* y en la *Revue des Deux Mondes*: estas dos novelas de carácter ruso labraron repentinamente su reputación. Desde entonces los principales diarios parisienses se disputaron sus originales y el público no ha cesado de saborear las bellezas de las obras de Henry Greville. Sus novelas son, por lo general, cuadros de la vida francesa, y en todas ellas, además del interés del argumento y de la elegancia del estilo, admírase una delicadeza de sentimientos que conmueven hasta lo más hondo el corazón de los lectores. Henry Greville es una de las escritoras que más han producido: entre sus mejores novelas merecen citarse especialmente, además de las dos indicadas, *Un crime, Aurette, La seconde mère, Un mystère, Le comte Xavier, La fille de Dosia* y la que con el título de *Abandonada* publicamos en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

D. Carlos III, busto en mármol de Juan Pascual de Mena. – Entre las varias obras notables que produjo este distinguido escultor, figura dignamente el busto de Carlos III, conservado en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, fundada por aquel monarca á cuyas iniciativas de-



D. CARLOS III,
busto en mármol de Juan Pascual de Mena
(Reproducción en bronce por D. Federico Masriera)

bió España su renacimiento y de la que fué director en la segunda mitad de la pasada centuria D. Juan Pascual de Mena. Verdaderamente saliente es su personalidad é innegable la influencia que ejerció en el movimiento artístico español. Sus obras representando á *Santa Catalina de Sena, Virgen con el niño, San Juan Bautista, San José, Virgen de la Soledad, San Antonio, San Isidro, Santa María de la Cabeza, San Román, San Eloy, San Francisco, San Marcos, San Alberto, San Agustín, La Soledad, Santa Rita, Virgen del Carmen, La fuente de Neptuno* en el salón del Prado de Madrid y varios retablos, distinguen la valía del maestro.

D. Federico Masriera ha reproducido en bronce la obra que publicamos, ofreciéndola á la Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, fundación asimismo del rey D. Carlos III, de grata memoria.

ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

– La señorita sabe que sólo sé leer caracteres de imprenta. Si quiere usted tomarse la molestia de leerla, me explicará lo que dice.

La solterona arregló sus lentes, y rompió el sobre, que estaba pegado con miga de pan.

Al través de una ortografía extraña, de una puntuación más rara aún, de un diluvio de letras mayúsculas colocadas al azar, hasta en medio de las palabras, se pudo sacar en claro que se trataba de tres niños, de un ganapán que probablemente era su padre y de una pobre difunta á quien todo aquello había causado honda pena si no estuviera ya en el paraíso...

Rosa escuchaba cada vez más seria, sin sacar las manos de debajo del delantal y sin decir una palabra. Cuando la señorita Herminia hubo terminado la lectura, se quitó los lentes y miró á su fiel criada.

– ¿Comprendes algo de esto?, preguntó con acento perplejo.

Rosa hizo un gesto afirmativo.

Diré á usted, señorita; repuso con tono grave. No he querido hablarle nunca de eso, porque era un asunto de familia y no era muy agradable, por cierto. Tenía una hermana mucho más joven que yo, que había quedado en mi pueblo y que hace unos quince años se casó con un mal hombre. Hice escribir una carta á la señora Jalín, y advertí á mi hermana que hacía un disparate al casarse; ella tuvo la debilidad de enseñar mi carta á su marido en cuanto se casaron, y él le prohibió que me escribiera. Supe, sin embargo, que había tenido muchos hijos y que no vivían más que los menores cuando ella murió, hace dos ó tres años. Se me figuraba, y siempre lo dije, que su padre se aburriría de tener que cuidar de aquellos rapazuelos, gustándole tan poco como le gustaba el trabajo. Así es que cuando en la carta dicen que ha partido y que les ha dejado más que huérfanos, no me causa sorpresa; lo que hace es causarme honda pena.

Quedó de pie, inmóvil, mirando á lo lejos, sin saber qué. Quizá veía á los tres huérfanos, harapientos, famélicos, ante la puerta de su casa cerrada, ateridos por el frío de marzo. La señorita Herminia quedó silenciosa.

– Nunca he visto á esos pequeñuelos, y ni sé siquiera si son niños ó niñas, ni cómo se llaman; pero me acuerdo de cuando recogimos á nuestra Marcela, y me digo que aquellos son mucho más desgraciados que lo era ésta entonces...

Volvió la cabeza y dos gruesas lágrimas saltaron de sus ojos.

– Pero, exclamó la señora, ¡es preciso que se haga algo por ellos! Escribir, informarse, enviar dinero.

Rosa meneó lentamente la cabeza.

– ¿Enviar dinero, á quién? ¿A personas que lo guardarán para ellos? No; es preciso hacer otra cosa; no sé qué.

La señorita Herminia metió las gafas en el estuche con gesto resuelto.

– Vas á partir esta noche, dijo, y verás por ti misma lo mejor que se pueda hacer. El alcalde tiene el deber de ayudarte; debes tener todavía parientes, y con un poco de dinero todo puede arreglarse.

Rosa miró á su señora con ojos asustados

– ¿Y cómo se las va usted á arreglar cuando yo me marche? La señorita sabe que no puede servirse ella misma, pues no sabría siquiera hallar su jícara del chocolate.

– Tomaré alguna mujer para ayudarme; la cocinera de los Breault, por ejemplo.

– ¡Pues estaría bueno!, exclamó Rosa con indignación tan grande, que levantó la voz sin darse cuenta de ello. ¡Esa mujer que sisa de un modo escandaloso y que habla á sus amos como si fueran sus iguales! ¿Puede usted pensarlo siquiera? ¡Prefiero quedarme!

Se cruzó de brazos majestuosamente, y apareció tan inconmovible como la torre de Babel, al ver lo cual la solterona no pudo menos de reirse.

– Tranquilízate, dijo; no tomaré esta. Gracias á Dios, no faltan buenas mujeres que quieran venir.

– ¡Mujeres extrañas!, contestó Rosa con marcado desdén, mujeres que me pondrán la cocina hecha un revoltijo, de modo que cuando yo vuelva no podré encontrar una cacerola siquiera.

La puerta se abrió nuevamente y asomó la cabeza de Marcela, la cual al ver el aspecto inquieto de las dos mujeres se retiró temiendo haber sido indiscreta.

– Ven aquí, dijo la señorita Herminia. Rosa tiene que marcharse por algunos días á su tierra y no quiere que tome ninguna mujer para servirnos. Dile, pues, que tú cuidarás de todo y que todo lo encontrará en orden cuando vuelva.

– ¡Una mujer para servirnos!, dijo Marcela. ¿Por qué?

– Para ayudarnos, te repito, replicó su protectora.

– No tiene usted ninguna necesidad de tomar sirvienta, exclamó Marcela, cuyos ojos obscuros brillaron alegremente; Rosa me ha enseñado á guisar, y más de una vez ha comido usted guisos aderezados por mis manos y los ha encontrado buenos. Desde que Roberto ha marchado, no tengo nada que hacer, así es que yo seré la criada.

Suspiró y pasó como una sombra por su franco semblante.

Las dos mujeres se miraron indecisas.

– ¿Y á ti que te parece?, preguntó la solterona, dirigiéndose á Rosa

– Me parece, contestó ésta, que es lo más acertado.

– Quedamos así, afirmó la señorita Herminia, acariciando á Marcela, que se arrimó á ella como una gatita mimada.

A pesar de aquel asentimiento, Rosa continuaba perpleja.

– ¿Qué tienes?, le preguntó su ama.

– Tengo que no sé escribir y que sólo sé leer en letras de molde, y cuando vaya á mi pueblo, como tendré que leer y firmar una porción de papelotes y no sabré de qué se trata y no tengo confianza en nadie para aconsejarme, son capaces de hacerme firmar cualquiera atrocidad sin que yo lo sepa. Quisiera, pues, que me acompañara alguien que supiese hablar y leer y evitara que me enredaran.

– Llévate á la señora Jalín, dijo la anciana; es lista y muy buena.

Brilló un relámpago de satisfacción en los ojos de Rosa; pero como no era muy expansiva, se contentó con decir:

– Gracias, señorita.

Después, cansada de haber hablado tanto, volvió á sus hornillas y pasó el día en la cocina, armando un zafarrancho general, á fin de dejarlo todo limpio antes de marcharse.

La señora Jalín, que había sido previamente avisada, acudió puntualmente, y á la siguiente mañana, las dos tomaron el camino de Picardía con el corazón afligido por haber tenido que separarse de su querida señora.

A la hora del almuerzo, ésta, avisada por su protegida, se sentó ante una mesa perfectamente dispuesta. Nunca el cristal había estado tan limpio ni la vajilla más brillante; los platos de porcelana relucían como la luna llena, y Marcela llevó triunfalmente un par de huevos estrellados, que parecían dos soles vistos al través de una blanca neblina.

– Todo lo demás será por el estilo, indicó Marcela, contenta por el resultado de su primera tentativa; ya verá cómo nunca habrá estado tan bien servida.

Después de la comida, Marcela, envuelta en uno de los grandes delantales de Rosa, se recostó en el marco de la puerta, copiando la actitud de la vieja criada; cruzó los brazos sobre el pecho, y pronunció las palabras sacramentales:

– ¿Qué es lo que la señorita tiene que ordenarme para mañana?

La imitación resultó tan perfecta, que la señorita Herminia levantó la cabeza y no pudo por menos de echarse á reir.

– ¡Ah!, exclamó la muchacha yendo á sentarse junto á ella, ¡qué divertido es esto!

– ¿Qué? ¿El estar sin cocinera?

– No, replicó la niña, sino eso de poder servir á usted y serle útil en algo, y pensar que si yo no estuviera aquí se vería privada de muchas cosas á que está acostumbrada. ¡Cuán bien la cuidaría si estuviese enferma!

– Vaya, repuso su protectora, con tono socarrón; espero no darte este trabajo.



... sentía los pies pesados como si fueran de plomo

XXIV

– ¡Qué bonito es esto, señorita!, dijo Marcela escondiendo sus manos ateridas en las profundidades del manguito.

Hacía esta observación andando rápidamente al lado de la solterona, que llevaba una cesta en cuyo interior se amontonaban una porción de sabrosos comestibles. Marcela, por su parte, también llevaba una cestita colgada en el brazo.

– ¿Qué es lo que es bonito?, preguntó la anciana apretando el paso, pues sentía frío.

– La nieve posada sobre estas flores. ¡Y es raro! Las hojas están verdes como en verano y nieva como en invierno. Es muy divertido, ¿no le parece así?

– Lo que yo encuentro es que hace frío y tengo muchos ganas de estar en casa. Y para colmo de desdichas, estoy segura de que he dejado las ventanas abiertas y que la casa estará convertida en una nevera.

– Déme la llave, que me adelantaré para cerrarlas, dijo Marcela tendiendo la mano.

Detuviéronse en la esquina de la calle, y la señorita de Beaurenom metió la mano en el bolsillo; pero buscaba con tanta precipitación, que no daba con las dichosas llaves. Dos ó tres veces metió la mano en el vasto abismo en que guardaba sus tesoros y la retiró vacía con un gesto de impaciencia.

La nieve, casi líquida, empujada por un viento glacial del Noroeste, se arremolinaba en espesos copos alrededor de ellas. La señora, impacientada, levantó la cabeza y respiró con fuerza.

– Está visto que no la encontraré, dijo.

En aquel mismo momento, la mano que maquinalmente había vuelto á sus pesquisas, dió con la llave.

– Hela aquí, dijo la buena señora; adelántate corriendo y enciende fuego, pues me siento helada hasta la medula de los huesos.

Marcela partió como un relámpago, y la señorita Herminia se dirigió hacia la casa, pero más despacio, pues sentía los pies pesados como si fueran de plomo. Imaginaba andar aprisa, y sin embargo, apenas

avanzaba. El viento le escupía la nieve á la cara y tuvo que detenerse muchas veces para tomar aliento; respiraba entonces con avidez y hacía que el aire entrara hasta lo profundo de su pecho. Luego proseguía andando con una sensación de alivio pasajero, que no tardaba en ser reemplazado por una opresión dolorosa. Penosamente llegó hasta la verja del jardín, que Marcela había dejado entreabierta, y al empujarla para cerrar le pareció muy pesada.

– ¿Cómo ha podido la niña mover un peso tan grande?, preguntóse con sorpresa. Se necesita un granadero como Rosa para abrirla.

Su pensamiento voló hacia Rosa, que se hallaba ausente desde hacía tres días tan sólo, tres días que á pesar de la buena voluntad de Marcela, le parecían tres siglos.

– ¡Ah, si pudiera volver pronto!, pensó la señorita Herminia; me siento muy cansada.

Entró en la casa, llena de una espesa humareda, de entre la cual salía la voz de Marcela como desde el fondo de un pozo.

– No entre en el comedor, gritaba; el viento arremolina el humo y no he podido todavía encender la estufa.

La señora, á pesar de la observación hecha por la niña, asomóse por la puerta y vió á Marcela arrodillada en el suelo con la cabeza dentro del hueco de la chimenea, ocupándose en arreglar un manojo de astillas que medio ardían ya, en tanto que las ráfagas que soplaban con violencia la envolvían en humo. Sacó la cabeza de aquel antro negro, enjugó los ojos llenos de lágrimas con el revés de la mano y dijo con angelical sonrisa:

– Suba usted á su habitación, señorita; el fuego debe estar encendido.

La señora, sin contestar, subió lentamente la escalera, admirada de que tuviese que apoyarse con fuerza en la barandilla. Al entrar en el cuarto, cuya ventana que cerrara hacía unos momentos Marcela había dejado penetrar una humedad glacial, sintió un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo, y se dejó deslizar sobre la mecedora, sin tener siquiera valor para despojarse de su mojado traje.

El fuego no se había encendido, y de cuando en cuando un grueso copo de nieve caía sobre los tizones grises apenas quemados por la primera llama de las astillas. La anciana sintió que sus dientes castañeteaban, y una sensación extraña invadía su ser entero. Incapaz de hacer ningún movimiento ni de ejercer ningún acto de voluntad, se contentó con esconder los pies mojados debajo de las sayas, y así, hecha un ovillo, esperó con una especie de resignación desesperada el socorro que Dios pudiera enviarle. Se hizo esperar bastante, y al fin apareció encarnado en Marcela que entraba con un braserillo.

– ¡Dios mío!, exclamó: ¿qué tiene usted, mi buena amiga? Está colorada, muy colorada y tiene los ojos brillantes y como cansados. Tendrá usted frío sin duda... Tome este braserillo.

Marcela se arrodilló ante la mecedora, quitó piadosamente los zapatos que estaban calados y las medias mojadas de su bienechora, y le envolvió los pies en una servilleta que calentó rápidamente en el braserillo, después de lo cual miró á la señorita Herminia con una sonrisa que por sí sola ya era un consuelo.

– Creo que lo mejor que podría hacer sería desnudarse y meterse en cama; le traeré una taza de tisana bien caliente y le pondré una botella de agua hirviendo en los pies. ¿No quiere desnudarse? ¡Dios mío! ¡Cuánto tarda en encenderse este fuego!

En un momento el fuego del braserillo inútil, fué volcado en la chimenea, y los carbones incandescentes no tardaron en brillar con viva luz, y el crepitar de los tizones anunció que la chimenea recalcitrante se decidía por fin á seguir el buen camino.

– Vamos, querida señorita, métase en la cama, dijo Marcela con su voz más insinuante.

– Ayúdame, contestó la señorita Herminia con voz extraña y tan opaca, que parecía salir de gran profundidad.

La niña se dió prisa, y con sus dedos ágiles las presillas y cordones fueron prestamente desatados, los vestidos cayeron como una masa sobre el pavimento y la señorita Herminia se encontró en su cama sin darse cuenta de ello. Al contacto de las sábanas, se apoderó de ella un nuevo estremecimiento, y Marcela sintió aquel formidable entrechocar de dientes que es tan terrible, porque es casi siempre el principio de una enfermedad grave.

Marcela no se entretuvo en inútiles exclamaciones, y fué á la estufa, donde por precaución había puesto ya á calentar agua.

Estaba el agua algo ahumado; pero no eran momentos aquellos para fijarse en tales minuciosidades. La niña llenó la tetera de China de aromático te, y una vez hechos estos preparativos para combatir el frío, entró de nuevo en el dormitorio, en cuyas cortinas y bruñidos muebles se reflejaban las llamaradas de un fuego vivo y alegre.

– ¿Estamos ya mejor?, preguntó entrando.

En aquel momento su rostro infantil tenía una expresión de cariño maternal, y verdaderamente, en aquella situación extraña era la protegida protectora á su vez y daba á su ama toda suerte de consuelos y le demostraba toda la ternura que por ella sentía su alma.

– No tengo tanto frío, contestó la señora; pero me duele mucho aquí, añadió señalando el costado.

Su respiración era corta y frecuente.

– Eso no será nada. Tome; aquí le traigo una taza de te bien azucarado y caliente; está algo ahumado; pero no le repugne por esto.

La enferma bebióse á sorbos la mitad de la taza y se cayó luego sobre la almohada, con tal abatimiento, que Marcela se asustó.

La pobrecilla, viendo el estado de su amiga, quería avisar á un médico; pero no se atrevía á ello, porque sabía que la señorita, que para Rosa ó para ella enviaba en seguida á buscar al doctor, sentía por su parte un horror tan grande por la medicina, que hasta en presencia del médico, que era un amigo suyo, lo había expresado, creencia que aquél no destruía, porque decía que el no querer estar enfermo era causa de que efectivamente se evitaran enfermedades.

– Vete á almorzar, dijo la enferma, mejor con el gesto que con la voz.

Marcela la comprendió, sin embargo, é hizo con la cabeza un signo negativo.

– Quiero que almuerces, repitió la enferma, haciendo esfuerzos para hablar recio. Necesitas tener fuerza, por si yo cayera enferma... Vete.

Marcela obedeció sin replicar. Era cierto; ¡necesitaba fuerzas! En un momento hubo asado una chuleta, que comió con un pedazo de pan y que tragó aprisa y corriendo, y volvió en seguida al lado de la enferma, que estaba amodorrada con sopor muy grande.

Colocó una campanilla al alcance de la mano de la enferma y atravesó corriendo el jardín, pensando que, por muy descastada que fuera la criada de los Breault, no se negaría á auxiliarla en aquella ocasión; pero la joven llamó en vano, pues aprovechando aquélla la ausencia de sus amos había ido á corretear por París, y hacía algunos días que no se acercaba á la casa desierta y lejana de la calle de la Bomba.

Marcela volvió á su casa muy contrariada, pensando en la casualidad funesta que hacía que en aquel momento hubiese quedado aislada, sin uno solo de todos los amigos que tenía.

– ¡Esa es la voluntad de Dios!, exclamó en un arranque de fervoroso reconocimiento. Así como me amparó en mi desgracia cuando llegué á su puerta como un perro vagabundo, así también ahora quiere la Providencia que sea yo su amparo y pueda devolverle la centésima parte de lo que por mí ha hecho.

Una nueva fe; una confianza profunda en el destino que por modo tan visible le marcaba el camino que debía seguir, penetraron en el corazón de la niña, con la natural alegría de sentirse llamada á tan alta tarea. Desde el momento en que la Providencia quería que pudiese ser útil á su protectora, quedaba contenta.

Imaginaba la niña que quizá la buena anciana estaría muy mala. «Sí, sin duda; padecería mucho; ella tendría que cuidarla, y luego llegaría Rosa y encontraría á su ama débil aún, pero sonriente, sentada en la cama ó en el sofá – sí, en el sofá, – comiendo una chuleta, y diría á la criada estupefacta:

– »Sí, Marcela sola es la que me ha curado y cuidado, con el auxilio de Dios.»

La imaginación romántica de la señorita Herminia había influído en la de la niña, que no había leído nunca novelas, pero que en sus largas conversaciones con su protectora había adquirido la costumbre de contar con lo imprevisto, de creer en los azares providenciales y de levantar castillos en el aire, costumbre que nada en sí tiene de reprobable, pero que, á la larga, destruye ó por lo menos altera el equilibrio de la inteligencia. Marcela había forjado en su imaginación tantos prodigios inverosímiles, que esa curación le parecía ahora la cosa más fácil del mundo... ¡Dichosos aquellos que creen en quimeras; pero su dicha acaba allí donde la mano brutal de la realidad se posa derribando aquel ficticio castillo! ¡Y menos mal aún si entre las ruinas no queda su alma ó su razón!

Marcela se acercó á su protectora, que dormía con sueño intranquilo. Sus mejillas calenturientas y su respiración agitada acusaban un estado grave, y la muchacha quedó unos momentos junto á la cama con las manos unidas y entregándose á un mudo éxtasis. La contemplación de su querida enferma no la espantaba, pues se sentía llena de abnegación.

De repente la señorita Herminia abrió los ojos, se sentó sobre la cama, tendió los brazos hacia un ser imaginario, y exclamó:

– ¡Hele aquí, hele aquí! ¡Ya sabía que volvería!

Marcela se volvió. No había nadie detrás de ella. La anciana, con los ojos brillantes por la fiebre, las manos temblorosas y el gesto rápido, seguía dirigiendo discursos incoherentes á un ser imaginario. La confianza de la niña desapareció bruscamente, retrocedió hasta la pared y miró á su amiga con ojos espantados.

– ¡Señorita!, gritó la pobre niña; querida señorita, mi buena amiga, estoy yo aquí; soy yo, Marcela...

Herminia no oía y continuaba hablando sin saber de qué; la niña se acercó á la cama y se puso de rodillas.

– Señorita, querida amiga, mi segunda madre, soy su querida Marcela; yo soy la que la cuido y la que la ama... ¡Ah, señorita Herminia, míreme por piedad!

La enferma, que agitaba febrilmente las manos, encontró debajo de sus dedos los cabellos de la muchacha, que apoyaba su rostro sobre el cubrecama, llorando amargamente.

– ¡Es Marcela!, exclamó; he ahí á vuestra hija, caballero, se la entrego; le honrará, tómela usted.

Marcela dió un salto de espanto. Herminia veía á Montfort en sus divagaciones febriles. Sobrecogida de terror huyó la niña, cerrando la puerta detrás de ella, y corrió sin parar hasta la casa en que habitaba el médico, no lejos de allí.

El anciano médico estaba ausente. Su criada, que conocía á Marcela, prometió avisarle en cuanto llegara, y la niña volvió corriendo á su casa. Había salido de ella con la cabeza descubierta, y las trenzas de su pelo azotaban sus mejillas acaloradas, en tanto que la nieve continuaba cayendo sin interrupción en anchos copos, que formaban en el suelo una especie de barro blando y casi helado. La niña corrió de aquella manera hasta que llegó al jardín de su casa, y luego, sobrecogida todavía por el espanto, se dirigió á la habitación que ocupaba la enferma, que quizá proseguía hablando de aquel padre ausente y perdido que, en aquel momento y evocado por la imaginación exaltada de la anciana, se le antojaba lúgubre fantasma que surgía del reino de los muertos.

Pero Herminia sufría, sin duda, allá arriba y Marcela no vaciló. Primeramente echó un poco de combustible en la estufa, y al resplandor que brotó de los tizones contempló con amargura todos los detalles de aquella habitación, testigo de tantas escenas de ternura, y después abrió la puerta del cuarto de la enferma.

El ligero ruido que produjo el pestillo no turbó las divagaciones de Herminia con que deliraba aún pacíficamente, pero sin interrupción. Por su mente pasaban las imágenes de todos los seres que había conocido ó imaginado, y Marcela advirtió con profunda alegría que no era de su padre de quien hablaba entonces, sino de Rosa.

– Ten cuidado de no olvidar mis cofias, decía la solterona, gesticulando enérgicamente; y luego di á la planchadora que no estropee mis pañuelos bordados. Por lo que toca á Marcela, dile que en el segundo cajón de la cómoda, á la derecha, hay una caja de cartón donde he guardado todos sus papeles y el dinero que quiero entregarle ¡Dame esa caja! ¡Dámela pronto! ¡Te digo que me la des!, gritó con impaciencia. Está en el segundo cajón, detrás de las medias de seda. ¡Obedecerás al cabo!, gritó enfurecida.

Y ella tan cariñosa, amenazaba á Marcela, que la miraba con lágrimas en los ojos. A la tercera vez que decía aquello, la niña pensó que quizá haría bien obedeciendo, para calmar la cólera de la enferma.

– ¡Déme usted las llaves!, dijo tímidamente.

La enferma buscó maquinalmente entre las ropas, y no hallando las llaves, dijo:

– Están en el bolsillo de mi bata.

Marcela buscó y encontró las llaves, que entregó á su anciana amiga. Con un movimiento rápido y febril, ésta designó la de la cómoda.

– Más aprisa, decía con impaciencia.

Y siguiendo con los ojos los movimientos de la niña, exclamó:

– Abre la cómoda, á la izquierda, la caja de Marcela.

La niña halló al fin su caja, ¡la conocía tan bien! La vista de aquella cajita, ribeteada de verde, llevó las lágrimas de nuevo á sus ojos. ¡Cuántos recuerdos, cuántos dolores estaban concentrados en aquellos trozos de papel! La cajita le pareció pesada; pero apenas se fijó en ello, y la llevó á su bienhechora

Por la primera vez desde que deliraba, un destello de razón pasó por el cerebro de la anciana.

– Guarda esto, hija mía, dijo, es para ti. Ocúltalo, ¿oyes? Métetelo en el bolsillo, aprisa, y no hables de ello á nadie.

Marcela obedeció y dejó deslizar en su bolsillo la caja que bajó rápidamente hasta el fondo. Herminia siguió sus movimientos con mirada satisfecha.

– Muy bien, dijo; es tu fortuna, pero Roberto te va á traer otra cosa. Rosa, di á Roberto que entre.

El delirio empezó de nuevo.

Marcela, desconsolada, se había sentado en una silla y miraba cómo los tizones se consumían lentamente. Había visto sin temor la terrible enfermedad, las noches pasadas en vela, los cuidados y la abnegación incesante que representaba; pero en su generosa ilusión, le parecía que la débil voz de la enferma, dándole las gracias, le recompensaría de su abnegación sin límites.

Pero una enferma que no nos ve, que no nos habla, que nos toma por otra; los horrores de la locura unidos al temor de una catástrofe; el mal desconocido, quizá mortal, junto á las alucinaciones de un espíritu enloquecido que divaga..., esa idea hace temblar á los más valientes, y por lo tanto, ¡cómo no debió de horrorizar á la niña, ignorante todavía de las luchas de la vida!

Obscureció antes de la hora de costumbre, pues el cielo, bajo y nublado, sólo había dado desde la mañana una triste luz amarillenta. Marcela pensó que cuando llegara el viejo doctor no sabría encontrar el camino de la habitación desde el vestíbulo, y bajó, encendió las lámparas, atizó el fuego, subió una de aquéllas al cuarto de la enferma, y se sentó otra vez con los ojos fijos en aquella cama, que le robaba toda su atención y en la que tenía fijados alma y pensamiento.

La campanilla de la verja sonó y Marcela se levantó esperanzada. Las pesadas botas del médico despertaron los ecos de la escalera; la muchacha abrió la puerta y el doctor entró con rostro sonriente, como de costumbre. Una gran llamarada brotó de la chimenea, excitada por la corriente de aire.

– ¡Fuego, fuego!, gritó la señorita Herminia; escapémonos por la ventana; colgad las sábanas.

Saltó de la cama y tuvieron que volver á acostarla como se hace con un niño.

– ¡Ea, cálmese usted!, exclamó el doctor; el fuego se ha extinguido y los bomberos están abajo.

– ¿De veras?

– ¡Se lo aseguro! ¿Cómo ha cogido esta fiebre?

La anciana no contestó; continuaba murmurando en voz baja palabras incomprensibles.

El médico se volvió hacia Marcela, que dijo:

– Esta mañana, volviendo de la compra, la señorita se quejó de un gran frío y volvió mojada y castañeteando los dientes; luego se ha acostado y dormido, y después se ha despertado en el estado que usted ve

El doctor se inclinó sobre la enferma y la examinó atentamente y muchas veces.

– ¿Está sola?, preguntó de repente ¿Dónde está Rosa?

– En provincias, con la señora Jalín, contestó la joven.

– Es preciso enviarle un telegrama en seguida. ¿Cuál es su dirección?

– No la sé

El doctor la miró con sus ojos vivos y penetrantes.

– ¿Quién la sabe?

– La señorita.

– ¿Está escrita en alguna parte?

– No; á lo menos no lo creo.

Con un movimiento rápido, irritado el doctor esparció todos los papeles que había en la carpeta y en los cajones de la mesa en que la anciana escribía.

No encontró nada; la dirección no parecía.

– ¿Dónde está Rosa?, preguntó á Herminia, poniendo su mano sobre la de la anciana, con ademán de autoridad, y mirándola fijamente.

– ¿Rosa?, replicó, tratando de vencer la incoherencia de sus pensamientos. Rosa Picard:.., departamento del Norte...

Sus ojos erraron de aquí á allí y luego los cerró y continuó su charla.

El doctor se encogió de hombros.

– ¿Qué has hecho desde la mañana?, preguntó á Marcela. ¿Nadie ha venido?

– Nadie.

– ¿Has pasado aquí el día sola?

– Fuí á buscar á la cocinera de la señora Breault, pero había salido, y luego he ido á vuestra casa.

El anciano médico movió la cabeza, mirando á la niña con compasión.

– ¡Bien podrás decir, exclamó, que la vida ha sido ingrata para ti!.. Escucha: es preciso que no tengas miedo, suceda lo que suceda, ¿oyes?

La muchacha le miró con ojos en que la ansiedad se convertía en angustia, pero no contestó una palabra.

– Voy á enviarte alguien, y harás lo que te dirán, ¿no es verdad? Acerca la lámpara, pues tengo que escribir una receta.

Marcela puso la lámpara sobre el escritorio, y el médico escribió dos cartas y las guardó, y luego una receta.

– No tendrás miedo, ¿verdad?, repitió poniendo la mano paternalmente sobre la cabeza de la niña, que apartó para verla bien de frente.

– ¿Acaso va á morir?, preguntó la niña con voz tan conmovida que le causó profunda compasión.

– No lo espero, replicó sin convicción. Estas dos cartas que escribo son para parientes de la señorita que llegarán mañana ó pasado á más tardar. Sé cariñosa con ellos y trata de complacerles en cuanto te manden. Yo volveré antes de media noche.

Después se marchó, haciendo crujir la escalera bajo su peso.

Cuando la campanilla anunció que había partido, Marcela se estremeció de pies á cabeza. ¡Estaba sola, más sola que nunca! ¡Santo Dios, cuán desierta y sombría parecía aquella casa!

XXV

En aquellos mismos momentos, Simón Monfort pisaba otra vez el suelo natal después de nueve años de ausencia. Volvía poseedor de un modesto capitalito y con promesas de empleo que podían darle una dorada medianía.

Volvía porque estaba cansado de vivir en tierra extranjera, porque estaba solo y porque echaba de menos la lengua de su país.

Después de sufrir atrozmente durante los primeros instantes de su abandono, había reaccionado contra el dolor, trabajando febrilmente y diciéndose que un día ú otro hallaría á aquella mujer que le había abandonado tan cruelmente cuando iba camino del destierro, de aquel destierro que sólo se había impuesto por ella, para proporcionarle un bienestar mayor. ¿Qué necesidad tenía de trabajar ni de expatriarse si sólo de él se hubiera tratado? Unicamente lo hizo por ella, por ella que le pagó con tan negra ingratitud.

Pero Simón no era de los que olvidan un propósito. No había cesado de pensar en su venganza, y esperaba que llegase el momento de volver á ver á su esposa cara á cara, aplastarla con su desprecio y quitarle la niña.

La niña era suya; la ley se la daba. Usaría de su derecho y la arrebataría á la esposa desnaturalizada que le había sumido en el dolor, privándole de su única alegría.

Al desembarcar en Francia, Simón sintió que aquellos pensamientos eran dueños de él por completo. Aquella ciudad del Havre, cuyas calles había rondado una á una la noche de su partida, no tenía una casa, una calle, una encrucijada que no le recordase su martirio.

Monfort no se espantaba ante los pensamientos que el espíritu del mal despertaba en él; jamás había cometido una acción punible, pero no rechazaba las sugestiones del odio; la venganza le aparecía como un consuelo supremo, y al encontrarse vagando otra vez por las calles de aquella ciudad donde pasó trece mortales horas de agonía, se complacía en recordar sus dolores y su abandono con una especie de feroz energía

Sus pies, cansados de llevarle, se rindieron más pronto que su espíritu de pensar en aquella triste página de su miserable existencia.

En una callejuela bulliciosa, donde sonaban las canciones avinadas de los marinos, que tenían por estribillo un largo grito rítmico parecido á una queja, entró en una taberna donde estuviera nueve años antes, cuando buscaba por todas partes á su mujer y á su hija

Simón recordó todos los detalles del establecimiento, desde la muestra hasta las gruesas tazas, desde el mostrador hasta las botas que estaban alineadas como antes. Las paredes habían sufrido alguna alteración, y en vez de ostentar el color obscuro de tabaco aparecían recién pintadas y á trechos ocultas por periódicos pegados con engrudo, sin que nadie supiera el porqué de aquella exposición periodística.

La sala principal se honraba con dos mecheros de gas, y el gabinete del lado, que también tenía diarios en lugar de papel común, había variado de iluminación, ya que ahora colgaba del techo una lámpara de petróleo en vez de tener sobre una mesa un velón con una mala candela de sebo.

Monfort entró en el gabinete. Estaba cansado de andar, cansado de pensar quizá. Se sentó en una desvencijada silla de paja, esperando la taza de café que había pedido, y así dejó transcurrir los minutos, apoyando la frente en la mano y el codo en la mesa como un hombre que siente con pesadumbre inaguantable el peso de la vida

Esperó unos instantes, y después, como queriendo escapar á sus pensamientos, se levantó y paseó por la habitación.

Los diarios llamaron su atención y se entretuvo en seguir con la mirada los caprichosos dibujos que formaban los rectángulos de los anuncios en la cuarta página.

No pudiendo leer claramente por la falta de luz, subió la torcida de la lámpara y leyó. Se conocía que muchos otros parroquianos antes que él habían tenido la misma idea, pues algunas huellas grasientas aparecían debajo de las gacetillas.

Esos sueltos son siempre interesantes por muy antiguos que sean, por muy nimios que parezcan; es una colección de anécdotas más ó menos auténticas que el periodista ofrece á la voracidad del lector. Simón empezó la lectura de ellas con indiferencia.

De repente, en el centro de una columna, vió en versales esta palabra ¡Perdida!, encima de una delgada pleca, y leyó para saber lo que se había perdido. Por muy baladí que fuera el asunto, le ayudaría á pasar unos momentos.

«Ayer por la noche, á las siete, en la plaza Montholón, ha sido encontrada muerta en un banco donde se sentara á descansar una joven de veinticinco á treinta años. Su hija, niña de tres á cuatro años, jugaba por allí cerca con otras criaturas y no había reparado nada extraño en su madre. La pobre pequeñuela, súbitamente huérfana, no pudo dar ningún detalle acerca de sus padres. Su padre, á lo que parece, había marchado antes de comer, «en el ferrocarril.» La niña se llama Marcela. Su ropa está marcada con las iniciales M. M. La de su madre lleva una M. y una P. Se ha encontrado en el bolsillo de la pobre mujer un portamonedas conteniendo unos cincuenta francos. La autopsia, verificada esta mañana en la Morgue, ha revelado que la joven había muerto á consecuencia de la ruptura de un aneurisma. La niña, cuya ingenua gracia aumenta el natural interés que inspira, ha sido recogida por una buena mujer de dicho barrio, y parece decidida á adoptarla »

Monfort leyó hasta el fin, sintiendo una angustia incierta primeramente, luego un dolor acerado como si una hoja de cuchillo desgarrara sus carnes y penetrara hasta su corazón, demasiado pequeño para encerrar el horror latente que sentía.

Acercóse de nuevo á la mesa y apoyó la cabeza en la mano, dudando de si había leído, ó si aquello era alucinación de su espíritu fatigado. Pero de repente se levantó de nuevo para mirar la fecha del diario, que no pudo ver, porque aquella era la tercera página.

Sacudió la cabeza, se estremeció como un caballo que va á salir al galope, y luego se precipitó de nuevo contra aquella pared fría é inerte, que se obstinaba en negarle la revelación de una fecha, sin la cual sentía que iba á morir de impotente rabia.

Subió sobre un taburete y leyó con avidez las hojas de encima de aquélla, pensando que podría encontrar allí una fecha que le informara... ¡Vana tarea! Aquellos periódicos eran de años anteriores.

Desesperanzado, vencido por aquella fatalidad que parecía perseguirle en todo lo que tentaba, iba á sentarse otra vez, cuando en un rincón de la página que tanto le interesara, leyó·

Espectáculos para el 28 de agosto.

El día 26 de aquel mes había salido él de París.

Leyó y releyó aquella línea única, atontado, estúpido, sin darse cuenta de nada; luego tomó su sombrero de sobre la mesa, empujó brutalmente á la sirvienta que traía el café, y sin decir una palabra, corrió como un loco hacia la estación.

Un tren iba á partir. Subió á él corriendo siempre, se hundió en un rincón de un compartimiento vacío, volvió la espalda á la luz, y apoyando su cabeza contra el cristal lloró y sollozó como un niño.

Aquella mujer á la que acusara y maldijera durante nueve años; aquella á quien echara en cara su abandono y de la que había jurado vengarse sin compasión, ¡había muerto!

Había muerto destrozada por la fatiga y por el dolor, sola, en un banco de una plaza pública, sin poder estrechar en su mano una mano amiga.

La habían llevado á la Morgue, y allí, las manos impías de unos médicos desconocidos habían destrozado su corazón puesto al descubierto, para arrancarle el secreto de su muerte prematura, discreta y silenciosa como lo había sido la vida entera de la desdichada.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA FOTOGRAFÍA DE LOS COLORES

UN NUEVO PROCEDIMIENTO

Por tratarse de un problema que desde hace mucho tiempo preocupa á cuantos por profesión ó como aficionados se dedican á la fotografía, creemos interesante reproducir el siguiente artículo que en la acreditada revista de ciencias naturales *La Nature* ha publicado recientemente el químico M. A. Ladureau acerca de un nuevo procedimiento para obtener la fotografía de los colores.

Dice así:

«La fotografía, como todos saben, es una ciencia esencialmente francesa: su invento se debe á los dos franceses Niepce de Saint Víctor y Daguerre, y cuantos perfeccionamientos en ella se han introducido son también obra de franceses. Natural era, pues, que uno de nuestros compatriotas completara la obra de sus predecesores añadiendo el color á la línea, que era lo único que los procedimientos actuales permitían obtener.

»Un sabio modesto, cuyo nombre no estoy autorizado á publicar, ha conseguido recientemente, después de haber consagrado á sus experimentos diez años de trabajo y una fortuna, obtener la fotografía de los colores por procedimientos distintos de los empleados por M. Lippmann, sumamente sencillos é ingeniosos, según podrá juzgarse por la descripción á grandes rasgos que de ellos voy á hacer.

»Habiendo observado que todos los colores de la naturaleza se componen de tres colores principales, el rojo, el amarillo y el azul, de los cuales derivan todos los demás por su mezcla entre sí, y tomando como base esta teoría, el inventor ha procurado hacer placas fotográficas que sólo fuesen sensibles á uno de los tres colores tipos, y después de largas y difíciles investigaciones ha llegado al resultado apetecido. Tiene, pues, tres placas ó clisés preparados de manera que no dejen pasar el primero más que los rayos amarillos, el segundo los rayos rojos y el tercero los rayos azules. En la composición de las emulsiones de estas tres placas estriba principalmente el secreto de su invento.

»Hace tres fotografías del cuadro que quiere reproducir ó de la persona á quien ha de retratar, desarrolla los tres negativos y los imprime por medio de la luz natural del día sobre tres papeles preparados de un modo especial: en el primero tiene la reproducción de todos los colores amarillos ó mezclados de amarillo del modelo; en el segundo la de los rojos y en el tercero la de los azules. Después fija estos tres positivos casi de la misma manera que se fija una fotografía ordinaria, y obtiene tres pruebas cuyo papel separa sumergiéndolas en el agua por un procedimiento análogo al de la calcomanía. De este modo consigue tres películas de color diferente, las aplica con cuidado y lo más exactamente posible una encima de otra, y merced á esta superposición logra la reproducción exacta del objeto con sus colores propios.

»En algunos minutos ha fotografiado un cuadro y en 10 ó 12 segundos ha copiado un paisaje ó hecho el retrato de una persona con todos los colores que aparecían delante de su objetivo y que resultan, por añadidura, absolutamente inalterables.

»El problema, como se ve, era arduo y su solución difícil; sin embargo, el inventor del procedimiento en cuestión ha logrado resolverlo.

»Nosotros mismos le hemos visto ope-



CABEZA DE ESTUDIO, dibujo de Hanns Fechner



CONSTANTINOPLA. – EL PUENTE DE KARA-KENI, VISTO DESDE ESTAMBUL

(de fotografía)

rar y en presencia nuestra ha hecho un retrato sorprendente por su parecido y por la verdad de los detalles, habiéndonos demostrado con este ejemplo práctico que todo se realiza conforme á su teoría y que los colores así fijados son completamente inalterables, aun cuando se les exponga al sol y aun después de un año de insolación. Hemos podido, pues, adquirir el convencimiento de que en sus procedimientos no había ninguno de estos engaños, de estos juegos de manos que se encuentran en los procedimientos empleados por los coloristas de fotografías, todas las cuales son acuarelas ó cuadros al óleo más ó menos hábil mente disimulados.

Todo el secreto de este procedimiento está en la preparación química de las placas y de los papeles empleados, y al ver la belleza de las pruebas obtenidas no sorprende el que haya necesitado el inventor diez años de no interrumpidos trabajos para conseguir tales resultados.»

***

EL LABORATORIO DE ENSAYOS MECÁNICOS EN CHARLOTTENBURGO

El *Physikalisch-Technische Reichsanstalt*, generalmente conocido por el solo nombre de *Reichsanstalt*, de Charlottenburgo, cerca de Berlín, es en cierta medida la realización del *desiderátum* como laboratorio nacional. Esta institución es muy apreciada por los constructores y compradores de máquinas en general, porque por un precio módico les proporciona indicaciones imparciales y exactas acerca de la calidad de los materiales comprados. En la actualidad, en todas las grandes ciudades de Alemania encontramos un laboratorio de ensayos anejo á su universidad ó á su colegio técnico.



El Excmo. Sr. D. Julio de Urbina, marqués de Cabriñana

(de fotografía)

Así Charlottenburgo y Berlín poseen, además del *Reichsanstalt*, en donde el profesor Kohlrausch ha reemplazado al gran Helmholtz como presidente, el *Mecanisch Technische Versuchs Anstalt*, que durante algún tiempo ha dirigido el profesor Martens. Esta última institución comprende varios departamentos cada uno de los cuales tiene su director y está ampliamente provisto de todos los aparatos mecánicos necesarios. El primer departamento está destinado á los ensayos de los metales, cables, correas y también de las maderas: las piezas que se han de ensayar se entregan al laboratorio, y allí se ensayan sus diversas resistencias sometiéndolas á las pruebas de laminaje, plegado, soldadura, fusión, aleación, ataque por los ácidos, etc.; se las examina al microscopio, se las fotografía y se examinan á la luz reflejada ó transmitida sus secciones en el estado de pulimento ó en el de rotura.

En algunos casos se ensayan piezas de 15 metros de longitud por 150 milímetros de anchura, estudiándose superficies pulimentadas de muchos decímetros cuadrados.

El segundo departamento está consagrado al ensayo de los materiales de construcción, piedras naturales y artificiales, cristal, madera, cales, cementos, fieltros para techos, yesos y tubos de drenaje, existiendo en él los aparatos necesarios para someter estos materiales alternativamente al calor, al frío y á la humedad, á fin de comprobar su resistencia á las influencias atmosféricas.

El ensayo de los cementos es considerado en Alemania desde hace mucho tiempo como cuestión de interés público, y de algunos años á esta parte el gobierno da fuerza de cosa juzgada á los resultados de los cuerpos obtenidos en este establecimiento, que es árbitro en última instancia. Para un ensayo completo se exigen 2.000 kilogramos de cemento y para los ensayos ordinarios no menos de 10.

El tercer departamento es el del papel y en él se ensayan los papeles, cartones, telas, hilos y en general todas las fibras textiles.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Almanaque Bailly-Bailliere. – Además de todos los datos comunes á esta clase de libros, el almanaque que para 1896 acaba de publicar la importante casa de Bailly-Bailliere contiene multitud de artículos interesantísimos y de noticias curiosas de mitología, antropología, geografía, ciencias, educación, agricultura, bellas artes, historia y estenografía. Es en suma un libro tan útil como entretenido, cuya adquisición da además derecho á varios regalos, como un retrato por los mejores fotógrafos de las principales ciudades de España, bonos para adquirir con descuento géneros en diversos establecimientos, una suscripción gratis por un mes á *Mon Journal* y opción á los premios que se ofrecen para tres concursos y que consisten en relojes, vinos y objetos religiosos. El Almanaque, que forma un tomo de 500 páginas con 10 mapas y 1.000 grabados, se vende en las principales librerías al precio de 1'50 peseta en rústica y 2 en cartón.

Agenda culinaria para 1896. – Libro de verdadera utilidad: contiene para cada día del año las minutas del almuerzo y de la comida con dos recetas diarias, arregladas según las estaciones del año y combinadas de modo que resulten á un precio módico. Tiene además en cada día un espacio en blanco para apuntar los gastos de comida. Esta obra, escrita por Blanco Prieto y editada por la casa Bailly-Bailliere, de Madrid, se vende á 2 pesetas encartonada.

Christoph Columbus, por *D. Juan Fastenrath*. – Una nueva obra, dedicada á nuestra patria, ha publicado en Leipzig nuestro distinguido colaborador y estimado amigo D. Juan Fastenrath. Es un nuevo testimonio de sus simpatías por España y de sus relevantes condiciones para los trabajos de investigación histórica y de elegante y concienzudo escritor.

El nuevo libro de Fastenrath, consagrado por completo á nuestro país, responde al levantado propósito de dar á conocer á sus compatriotas, puesto que está escrito en alemán, todos los antecedentes que precedieron al descubrimiento de América y la razonada exposición de los viajes del inventor navegante genovés, así como un extenso juicio crítico de todos los trabajos que se han publicado acerca de tan trascendental empresa.

Memoria y discurso inaugural leídos en la apertura del curso de 1895 á 1896 en la Escuela de Artes y Oficios de Alcoy. – De la memoria leída por D. Vicente J. Pascual Pastor se desprende el estado floreciente de la Escuela de Artes y Oficios de Alcoy: el discurso leído por D. Emilio Orduña Viguera, licenciado en derecho y profesor numerario de la clase de Modelado y Vaciado de la citada escuela, es un trabajo muy notable acerca de la decoración plástica y de la importancia del estudio del modelado para cuantos obreros se dedican á las industrias artísticas.

Estudios higiénicos del aire, por *A. E. Salazar* y *Q. Newman*. – En distintas ocasiones nos hemos ocupado de los importantes trabajos científicos realizados por los Sres. Salazar y Newman, de Santiago de Chile: el que ahora nos ocupa es un estudio notabilísimo sobre el aire en algunos teatros de Valparaíso y Santiago, sobre el aire en algunos locales cerrados y habitados y sobre la instabilidad del ácido oxálico disuelto en el agua, que ha sido publicado por la *Société Scientifique du Chili*, formando un folleto con tres planchas aclaratorias.

La escultura en la decoración, por *José Campeny*. – En este discurso, pronunciado en la inauguración del curso de 1895 á 1896 de la Escuela Municipal de Artes y Oficios de la villa de Gracia, demuestra nuestro querido colaborador Sr. Campeny, profesor de aquélla, que si conoce á la perfección la técnica del arte que con tanta brillantez cultiva, domina también las cuestiones que con la aplicación del mismo se relacionan.

La ilustre novelista francesa Henry Greville, autora de la novela *Abandonada*.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 9 de diciembre de 1895 — Núm. 728



BEETHOVEN, copia del retrato pintado del natural por Stiele en el año 1819

CONMEMORACIÓN DEL 125.º ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE BEETHOVEN

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Hace una hora que estoy contemplando las cuartillas en que debo escribir algo que con el arte se relacione, sin que á pesar de los diversos motivos, algunos interesantes, ocurridos en el mundo artístico durante el mes que termina hoy, encuentre forma para exponerlos. Son tantos y tan distintos los sucesos que solicitan la atención de quienes como yo viven la vida activísima del periodismo diario, que para lograr sustraerse, siquiera sea durante una hora, á la obsesión que ejercen escándalos como el municipal, las patéticas escenas á que da motivo la partida para Cuba de tanta juventud, catástrofes como la de Palma, que solamente un sobrehumano esfuerzo de la voluntad podría realizar el milagro de la coordinación de las ideas y de supeditar la labor intelectual á un solo asunto.

No, no es posible, por más esfuerzos que haga la voluntad, esquivar la atención á tantas disensiones apasionadas como las que á cada instante suscita el llamado asunto Cabriñana; asunto del cual habla desde el ministro á quien preocupa para encontrarle solución, hasta el desocupado concurrente al café, que golpea en el mármol de la mesa para dar más energía á sus argumentos; como no es posible leer sin sentir honda amargura los horribles detalles que de la espantosa explosión acaecida en Palma nos acaba de comunicar el telégrafo; como no es posible sustraerse á la inquietud que causa el estado de la guerra de Cuba, amén de otros sucesos de menor cuantía que en vertiginosa marcha vienen ocurriendo en esta temporada y que por unas horas ocupan la atención pública.

Bien sé que á nadie se le oculta cómo el interés del suceso más dramático no tiene larga duración, para el periodista especialmente; pero es lo cierto que al presente los sucesos son tantos y de tan extraordinaria gravedad, que si á las veinticuatro horas de ocurridos los miramos efectivamente como cosa que ha perdido el atractivo de lo nuevo, no por eso pierden interés, puesto que el misterio los envuelve y la incertidumbre los agiganta y nos los presenta de tan distintos puntos de vista cuantos son los criterios con que se juzgan. Así pues, no ha de parecer extraño á mis lectores que para dar comienzo á un artículo de arte haya escrito todo esto, que nada tiene que ver con aquella entidad, pero que tiene que ver muy directamente con el que de ella ha de ocuparse en estas páginas.

***

Una cuestión interesantísima para la historia del arte español han tratado, mejor dicho, comenzaron á tratarla *El Liberal* y *La Epoca*. Es probable (y perdónenme los lectores esta nueva digresión) que no vuelva á tocarse el asunto en mucho tiempo, quizá nunca. Ahora lo que priva es la moralidad; sube la ola y alcanza tan alto que estamos á pique de ahogarnos todos. Nadie atiende, nadie oye, nadie mira más que al escándalo formidable de la cuestión del municipio madrileño. Anteayer eran las luchas candentes, apasionadas, de las ideas políticas; ayer las batallas parlamentarias para sacar triunfantes personas y leyes, más ó menos adulteradas éstas, según unos, más ó menos necesarias para la vida política, según otros; hoy por la mañana la guerra de Melilla; al mediar el día la de Cuba; ahora por la noche la cuestión municipal, amenazando dar en tierra con media humanidad. He aquí lo que agita al pueblo y al periodismo y al político y á los gobernantes. ¿Qué importan el arte y la ciencia y la industria y la literatura y cuantas manifestaciones del pensamiento humano existen y puedan existir? Lo primero es el espectáculo que ofrecen las luchas personales y las venganzas, y ver cómo se desploman con estrépito altas torres, y cómo desaparecen prestigios, y cómo se pasa de un salto de la vida soñolienta, hacia la cual sienten la mayoría de los españoles adoración sin límites y que nos hace el pueblo más atrasado de Europa, al vértigo que produce el escándalo, la vista de las víctimas que la justicia arroja para que en ellas sacie sus apetitos la llamada vindicta pública. Mientras tanto las leyes beneficiosas á los intereses intelectuales del país no pasan del estado embrionario; como buenos deseos quedan en la memoria de los escasos que por ellas suspiramos y por ellas luchamos. Cuando no es por una ambición es por otra causa, desaparecen del gobierno aquellos que se prestaban á velar por el adelanto de la patria.

Debo decirlo: el actual ministro de Fomento, que quizá mañana mismo habrá dejado de ocupar aquel puesto, es uno, acaso el único de los hombres políticos que paró la atención en estos tiquis miquis de la enseñanza, de los intereses morales tan olvidados. Sabiendo el que estas líneas escribe que el Sr. Bosch acogía cuantas ideas le pareciesen viables en beneficio del arte, le propuse desde las columnas de *El Liberal*, hará de esto un mes, que estudiase el medio de poner coto á la exportación escandalosa que un ejército de chamarileros y de *aficionados* viene haciendo de las obras de arte antiguo que existen en poder de particulares, en iglesias y conventos. Recordábale que en Italia existe una ley que prohibe terminantemente ese tráfico, sin permiso de las autoridades competentes; que en Francia hay inspectores, uno de los cuales es Champeaux, que tienen la misión de velar por esa riqueza que significa el honor, la historia, la vida de un pueblo; que en Grecia, al igual de Italia, están en vigor disposiciones de carácter coercitivo; que en Egipto se castiga severamente al que vende al extranjero algo que tenga un valor arqueológico y artístico. Y al recordarle todo esto, le invitaba á que proyectase una ley que podría llamarse *suntuaria* en el sentido dicho de la prohibición de exportar obras de arte sin el previo permiso del gobierno ó de la comisión ó comisiones que de esto entendiesen. Poco tiempo después de publicado mi artículo, *La Epoca*, haciéndose cargo de lo dicho y copiando párrafos de mi humilde trabajo, dirigía al Sr. Bosch la misma excitación y concluía acariciando la esperanza de que al cabo se adoptaría una medida en asunto tan interesante.

Porque es una gran vergüenza mirar en las colecciones particulares y en los Museos públicos de Francia, de Inglaterra y de otros pueblos extraños joyas españolas que cada una de ellas representa una página de la historia de nuestro poderío moral y material en otros siglos. Es verdaderamente doloroso ver allá de los Pirineos, allá del canal de la Mancha, al otro lado del Océano, en la tierra *yankee*, la joya que perteneciera al héroe, á la dama ilustre, al rey batallador, al prelado sapientísimo, á la familia emparentada con los reyes de la España medioeval; joyas que son producto de aquellos orfevres, de aquellos tallistas, de aquellos forjadores, de aquellos escultores y pintores que interpretaban el sentimiento religioso y guerrero de la España de la reconquista, de la España de Carlos V, de la España agonizante de Felipe IV y Carlos II, de esa España que aun sus últimos alientos los dedica á grabar en los anales de la humanidad su nombre por medio de las letras y de las artes, como lo grabara con su espada en San Quintín, en Lepanto y en Pavía.

Aún quedan en esta tierra donde viviera un día el arte, y las suntuarias especialmente, en un apogeo no igualado por pueblo alguno, reliquias, restos grandiosos, páginas bellísimas de nuestro modo de ser social, de nuestro espíritu creador, de nuestras empresas coronadas por la gloria, que deben conservarse como conserva el anciano la hoja seca de la flor primera que el amor puso en sus manos. Y así como amamos el pueblo, la aldea, el hogar donde corrieron los días de nuestra niñez, y en los de nuestra virilidad ó en los de nuestra ancianidad miramos con emoción no explicable cuanto más honda el retablo de la ruinosa iglesia á la cual íbamos con nuestros padres, y la efigie del santo patrono, y el lienzo de la *Dolorosa* que pendía sobre la cabecera de la cama de nuestra madre, y la vieja mesa de roble que con la plata de la vajilla heredáramos de nuestros antepasados, así también es menester que el pueblo ame aquellas reliquias que le recuerdan sus héroes y sus glorias, sus triunfos y sus angustias, sus esperanzas y sus luchas, y que al propio tiempo educan su sentido estético y le elevan á las regiones donde reinan la serenidad absoluta, lo abstracto, lo inmutable, lo que no perece nunca.

Ya es tiempo de salir del estado de indiferentismo en que nos encontramos los españoles para todas estas *cosas* que son la vida del espíritu; y porque así lo entendían los articulistas de *La Epoca* y *El Liberal* dirigieron su voz á quien venía mostrando, *¡rara avis!*, desde las alturas del gobierno amor hacia ellas y conocimiento de su importancia. Mas quedóse la campaña en pro de la constitución de Museos de arte cristiano, de Museos de artes suntuarias, etc., como la que se comenzara en favor de la ley á que vengo haciendo referencia, como se quedarán las iniciativas del Sr. Bosch, olvidadas para siempre. Porque vendrán nuevos ministros y con ellos la rutina política, no ideas nuevas; pues no es patrimonio de la generalidad de los mortales, y menos de los mortales que se preocupan del bien de la patria desde la poltrona ministerial y desde los escaños del Congreso, el don de tener ideas nuevas. Pedirle peras al olmo es lo mismo exactamente que pedir al hombre político español (salvo contadísimas, ¡ay, tan contadas!, excepciones) que piense un poco, que estudie algo más, que observe un mucho y que calle, para en vez de saliva gastar células grises; en vez de preocuparse de personas y de leyes más ó menos políticas de que estamos sobradísimos, se ocupe de poner en condiciones para la vida moderna al obrero, al industrial, al hombre de ciencia.

No, no me forjo ilusiones; seguiremos como hasta aquí, dejando nuestra riqueza artística é histórica en manos de los chamarileros y *aficionados* que con ella trafican, y las páginas de la historia nacional que representan todas y cada una de esas armas, muebles, joyas, libros, cuadros, tapices, se esparcirán por los ámbitos del mundo, llevadas hasta allí por la codicia de los traficantes, por la indolencia de estos gobiernos y la ignorancia de este pueblo que ahora ensordece los aires con sus voces en favor de la moralidad administrativa, sirviendo de instrumento de venganza á políticos contra políticos. Pueden, sí, dormir tranquilos en la impunidad esos acaparadores de riquezas que pertenecen á una nación y que son pedazos de su alma; con ellos no reza la campaña que en favor de la moral hemos emprendido. Lo primero es moralizar en la oposición; después, cuando se alcanza el poder deseado... ¡No parece sino que la historia no nos enseña nada!

***

Pero ¡por Dios!, ó he perdido la noción de lo que entendemos por moral, ó aquí estamos siendo actores y espectadores de un algo grotesco que causara risa si no tuviese tantos aspectos tristes. ¿Dónde está la moral de un Estado que tiene sumidos en la desesperación que causa la miseria á los maestros de instrucción primaria? ¿Dónde está la moral de un Estado que no se cuida para nada de poner en condiciones para la vida moderna á nuestros artesanos, nuestros obreros, nuestros industriales proporcionándoles una educación que esa vida exige? ¿Dónde está la moral de un Estado que deja que lo que de nuestro pasado nos resta, base de nuestro presente, ya se hunda en el polvo el monumento, á impulso del tiempo y de la rapiña del cacique que se aprovecha de la piedra, del ladrillo, de los herrajes, ya por el siniestro cual la casa de la Infanta en Zaragoza, ya por la ignorancia de las autoridades? ¿Dónde, en fin, está la moral de un Estado que olvida?..

Iba á decir algo que me parece más inmoral que el robo mismo, que el asesinato. ¡Alto! No hablemos más de esto, porque surgen las ideas y los recuerdos y los nombres de muchos hombres que fueron y que son. Pudiera interpretarse el que recordase aquí cuáles épocas fueron las más florecientes para las artes, para el adelanto intelectual, para su expansión material; ahí están los Médicis, ahí está la señoría de Venecia, ahí está la Francia de Luis XIV, ahí están otros pueblos en días en que el magnate, el villano, el purpurado, el rey, el burgués vivían en la orgía, en el escándalo, en la exacción, en el robo.

Hablaré otro día de la moral como medio ambiente para la producción material é intelectual. Después de todo, es un tema interesante y de actualidad.

Y daré gusto á los señores.

R. Balsa de la Vega

RÍOS ROSAS



SEMBLANZA

¡Cayó, como la piedra en la laguna,
con rudo golpe en la insondable fosa!
Ya no levantará tormenta alguna
su elocuencia, vibrando en la tribuna,
brillante, como el rayo, y luminosa.

—

¡Triste destino de la gloria humana,
tan costosa, tan mísera y tan vana!..
Ayer grandeza y entusiasmo y ruido,
hoy tributo de lágrimas, mañana
hondo silencio y soledad y olvido.

Con estas admirables estrofas, que más bien que escritas, parecen esculpidas por el buril de artista incomparable, comenzaba Núñez de Arce, el primero de los poetas españoles del siglo XIX, la composición que dedicó á la muerte del insigne tribuno

Nos encontramos ya en el mañana y Ríos Rosas yace en el olvido. Es la triste suerte de los oradores.

Como los cantantes y los cómicos, cuando el eco de su voz se extingue, su obra desaparece.

Es verdad que los discursos se imprimen. Pero ¿quién se cuida de leerlos?

Los eruditos rebuscan y guardan los que se refieren á temas científicos, literarios ó históricos, porque éstos conservan todo su interés. Son obras de consulta en que la elocuencia es lo de menos, y lo que importa, que es el fondo, vive siempre.

Mas los discursos políticos mueren con el que los pronuncia, y muchas veces antes, porque mueren en cuanto pasa la situación que los produjo.

El que hoy se tomara el trabajo de buscar entre el fárrago inmenso del *Diario de las sesiones* todos los que pronunció Ríos Rosas, y los leyera uno por uno, quedaría enterado de las palabras que dijo, pero no le conocería como orador parlamentario.

Ríos Rosas era el hombre de las tempestades, que provocaba con su palabra y dominaba con su elocuencia. Suprimiendo la tempestad, aquellos arranques tribunicios son frases vacías de sentido. El trueno, que es sublime cuando retumba en las montañas, en cuyas altas cimas chocan las nubes cargadas de electricidad, se convierte en un ruido incómodo cuando se produce en el teatro por la combinación de un maquinista. En el primer caso sobrecoge y aterra; en el segundo hace reir.

Para apreciar un discurso político y comprender su efecto, es necesario reproducir la situación en que fué pronunciado, y esto no se consigue fácilmente.

* * *

Ríos Rosas tenía tres condiciones características. Era tribuno elocuentísimo, gobernante integérrimo y hombre de mal genio.

Había nacido en Ronda, provincia de Málaga; pero á diferencia de casi todos los andaluces, ni contaba chascarrillos, ni decía chistes. Nunca cultivó la nota cómica. Si alguna vez empleaba la ironía, pronto la trocaba en sarcasmo, y siempre acababa por convertirla en golpe contundente.

Como la dirección de La Ilustración Artística pide para esta sección del periódico semblanzas y no biografías, he de prescindir de los hechos de su vida para fijarme en los rasgos que pintan su carácter y retratan su persona. Sin embargo, no podré menos de decir que siguió con lucimiento la carrera de abogado; tomó parte desde muy joven en las luchas políticas; fué muchas veces diputado; perteneció al partido moderado; figuró en la disidencia llamada de los puritanos; combatió con la palabra y con la pluma al gabinete del conde de San Luis; aceptó la cartera de Gobernación en el ministerio metralla, que sólo duró tres días, en los cuales combatió á cañonazos la sublevación de los progresistas en las calles de Madrid; fué en las Cortes Constituyentes de 1854 á 1856 uno de los fundadores del Centro parlamentario, de donde nació la unión liberal; volvió á ser ministro con O'Donnell á la caída de Espartero; desempeñó la embajada de Roma; presidió varias veces el Congreso; transigió con la revolución de Septiembre, formando parte de la comisión que redactó la Constitución de 1869, y murió en 1873, cuando el Sr. Castelar presidía el gobierno de la República.

* * *

Su carácter era verdaderamente indomable.

Cuando al juzgar los acontecimientos de la noche de San Daniel apostrofó á la guardia civil diciendo: «¡Miserables instrumentos que han deshonrado el uniforme!,» la mayoría en masa se levantó indignada pidiendo: «¡Que se escriban esas palabras!» Él, dominando el tumulto con su voz de trueno, gritaba más que todos: «¡Que se escriban! ¡Y si no fueran mías pediría que se esculpiesen!»

Esto de no retirar, ni explicar palabras que habían salido de sus labios, era en él un sistema.

Jamás, ni las amonestaciones del presidente, ni los ruegos de los amigos, ni los gritos de una mayoría amotinada le hicieron retroceder ni cantar la palinodia.

Precisamente en esos momentos era cuando se crecía, rugía como un león, sacudía la melena, y con aquella voz tonante que parecía hecha ex profeso para hacerse oir en medio de la tempestad, lanzaba esos apóstrofes que han quedado grabados en la memoria de todos.

* * *

Valiente sobre toda ponderación, no siendo espadachín ni duelista, porque no sabía manejar ningún arma, aceptaba todos los duelos que se le proponían, importándole poco que fuesen á sable ó á pistola.

El más famoso de los que sostuvo fué con González Bravo.

Pedíale éste explicaciones sobre el párrafo de un discurso en que tronaba contra la inmoralidad de un gobierno de que formó parte, suponiendo que hablaba sólo de inmoralidad política.

– Yo no doy patentes de honra, interrumpió Ríos Rosas.

González Bravo no tenía nada de sufrido; provocó el duelo y recibió un balazo que le tuvo muchos días entre la vida y la muerte.

* * *

Cuando hablaba, lo hacía siempre moviéndose de un lado para otro, lo cual hizo que se le comparase con una fiera que se revolvía en su jaula.

En cierta ocasión D. Cándido Nocedal, que tenía mucho ingenio, se entretenía en comentar á media voz el discurso que estaba pronunciando.

Molestaron á D. Antonio aquellas interrupciones, y como atraído por ellas, se fué acercando al interruptor, y al llegar á su lado le dijo, entre el asombro de todos:

– Si vuelve V. S. á interrumpirme, lo agarro y lo tiro en medio del hemiciclo.

Nocedal, que era frío y sereno como pocos, se limitó á contestar encogiéndose de hombros:

– Eso no es hemiciclo.

* * *

En las Constituyentes de la revolución tuvo uno de esos movimientos de desdén, que son para el que los sufre lo mismo que un latigazo.

Había hecho no sé qué afirmación, y un diputado de los del montón anónimo le interrumpió diciendo: «Es mentira.»

Ríos Rosas con los puños crispados atravesó la sala, llegó adonde estaba el que había dicho aquella grosería, le miró de arriba á abajo, como si no supiera qué hacer con él, y de pronto le volvió la espalda exclamando: «No conozco á ese hombre.»

Y volviendo á su puesto, continuó hablando como si tal cosa.

* * *

Uno de los ministros republicanos hacíase cargo de que en las Cortes de la República no había más que cuatro ó cinco diputados monárquicos, Ríos Rosas, León y Castillo, Romero Robledo, Esteban Collantes y no sé si Romero Ortiz, y reputaba por locura que tan escasa hueste pretendiera restaurar la monarquía.

– Con dos ruedas anda un carro, contestó Ríos Rosas.

* * *

La tarea sería interminable si hubiera de citar todas las frases felicísimas que pronunció en su vida.

Citaré para terminar nada más que una.

Cuando después de la caída de la unión liberal, el último ministerio Narváez entró por la senda de una reacción desenfrenada, D. Antonio, como presidente del Congreso, quiso ver al jefe del gobierno, para protestar del propósito, ya público, de prender y desterrar á todos los diputados de la mayoría.

Era de noche, Narváez estaba indispuesto y le recibió en la cama.

No se sabe lo que ocurrió en aquella conferencia, aunque bien puede presumirse conociendo el genio irascible de los dos interlocutores.

Ríos Rosas permaneció poco tiempo en la presidencia. Salió malhumorado, y al reunirse con su amigo D. Mauricio López Roberts, que le esperaba en la calle, hubo éste de preguntarle, deseando conocer sus impresiones:

– ¿Qué opina usted? ¿Qué le ha parecido Narváez?

– ¿Qué quiere usted que me parezca un tirano con gorro de dormir?

En la madrugada del día siguiente, el mismo Ríos Rosas era conducido por la guardia civil á las prisiones militares, desde donde salió para el destierro.

* * *

De buena figura, sin ser demasiado alto, recio y de complexión robusta, moreno, con el pelo negro y los ojos grandes y expresivos, todo era en él varonil y enérgico. Extremadamente limpio y cuidadoso de su ropa, jamás se le veía una mota y siempre parecía que acababa de salir de un escaparate.

No hay que hablar de su honradez, que ha llegado á ser proverbial. Cuando en una sesión famosa exclamaba: «Yo puedo flotar porque no llevo peso en los bolsillos,» todos sabían que decía la verdad. Aquel hombre que había ocupado las más altas posiciones, que nunca tuvo vicios y vivió modestamente, murió dejando por todo capital 15 pesetas.

La nación le costeó suntuosos funerales. El eminente tribuno que á la sazón presidía el gobierno de la República, se honró á sí mismo honrando el cadáver de su noble adversario.

* * *

Ríos Rosas murió como había vivido: cristiano, valeroso y caballero.

Atacado de enfermedad crónica, al experimentar á media noche uno de sus accesos, comprendió que sería el último. Llamó á la única criada que le servía, la mandó encender dos velas delante de un crucifijo y salir inmediatamente en busca de un confesor.

Cuando llegó el sacerdote, el gran orador, sentado en el lecho, recitaba con voz entera la recomendación del alma. Una hora después había dejado de existir.

Eduardo Zamora y Caballero

LA CONCIENCIA

(CUENTO FANTÁSTICO CAMPESTRE)

Petrilla estaba muy triste. Desde que avanzó el otoño, su madre había caído enferma de una parálisis. El médico del pueblo decía que ésta sería pasajera y que la *tía Guiñeta* se repondría con una buena alimentación y con beber algún que otro traguito de vino. Pero ¿cómo conseguir esto si madre é hija eran más pobres que dos ratas? Cuando ambas estaban buenas buscábanse la vida trabajando á todo lo que las salía: la madre lavaba la ropa á algunos mozos sin familia y cogía esparto y aceituna, ayudada por su hija; pero con la enfermedad entraron en la casa la perturbación y la extrema miseria.

¡Buenas estaban ellas para alimentarse bien, cuando apenas podían procurarse unas puches de almortas!

Hasta el tiempo había sido cómplice en su desgracia: hacía quince días que llovía casi sin cesar.

Petrilla iba á cumplir catorce años, pero representaba más; pues estaba alta y muy espigada. Era muy buena y quería á su madre entrañablemente.

Un día apenas comieron: el siguiente amaneció por fin claro y con un sol hermoso. La muchacha, aguijoneada por el hambre, salió de su choza, situada en los alrededores de Perales de Tajuña, ó sea Belmonte de Tajo, para pedir limosna en el pueblo. Caminaba por una sendita que conduce á éste, descorazonada, porque el pueblo es pobre y sus habitantes poco pueden dar. Cerca de la senda por la que iba la muchacha, había una casucha aislada que era una fragua de herraduras, pero á la sazón estaba cerrada, porque el herrero hallábase enfermo en el hospital del pueblo. Petrilla pasó por detrás del edificio y se detuvo como fascinada.

¿Por qué?

Satanás llevó á Jesús á lo alto de la montaña, y desde allí le enseñó todos los países de la tierra con su rica é inmensa variedad, diciéndole: «Todo eso será tuyo si me reconoces,» y el futuro Redentor experimentó una fascinación tentadora: pues bien; aunque sea inoportuno comparar las cosas infinitamente grandes con las pequeñas, diré yo que la fascinación de Petrilla fué en pequeño tan grande como la del Divino Salvador del género humano. Detrás de la casucha había un tendedero de ropa, y colgada de una cuerda una liebre muerta. ¿Quién la había puesto allí, á merced del primero que pasara? No me atrevo á creer que el mismo espíritu maligno que condujo á Jesús á la montaña

Lo cierto es que la liebre estaba allí: liebre mayúscula, magnífica y fresca como una rosa de mayo. La muchacha detúvose ante ella, sintiendo la sensación del hambre, y el hambre la indujo á hacer el siguiente monólogo mental: «¡Si fuese mía esta liebre! ¡Qué hermosa es! La guisaría y nos la comeríamos mi pobrecita madre y yo. Aún ha quedado algún pan, y con esto y con los caracoles que cogería en la barrancada de la cambronera nos chuparíamos los dedos de gusto... Pero la liebre no es mía, y es un pecado coger lo ajeno... ¡Si estuviera en el suelo! Pero cuando está colgada es porque alguien la ha puesto ahí.. Pero ¡qué hermosa es, y qué ricamente huele! ¡Qué bien le vendría á mi madre para cobrar fuerzas!.. ¡Si yo me la llevara!.. El campo está solo y nadie me vería... Me vería Dios y hasta lo adivinaría el señor cura...»

Y mientras pensaba esto, la muchacha poníase á intervalos pálida y colorada. Quería marcharse, pero un poder sobrenatural la clavaba á la tierra. Por fin venció en ella la tentación, miró recelosa hacia todas partes, rompió violentamente la cuerda por la que estaba sujeta la liebre, tomóla y se alejó azorada de aquel sitio: tan azorada, que en vez de volverse hacia su casa, comenzó casi á correr á campo traviesa.

Al pasar junto á un ribacito oyó ladridos de perros, que no la sobresaltaron, porque los conocía, pero sí un hombre que vió á lo lejos y que á ella parecióla que la miraba. No había tal cosa: aquel hombre, que era un cazador muy bien trajeado, observaba las evoluciones de un hurón que se asomaba á una madriguera; pero la conciencia hacía temerosa á Petrilla.

Fuése aproximando el ruido de los ladridos, con satisfacción de la muchacha, que buscaba algo que la distrajera de su azoramiento, y los que se acercaban eran unos perros amigos suyos.

El administrador de la condesa de M... habitaba una hermosa casa situada en las afueras del pueblo de Belmonte. Era cazador y tenía dos perros perdigueros, pachones, uno de ellos de dos narices, que atendían á los nombres de Canelo y Tigre, alusivos al color de la piel de cada uno de ellos. Desde la vez primera que los perros y Petrilla se encontraron en el campo, lo que acontecía con frecuencia, sintieron mutua simpatía. Eran aquéllos jóvenes y por lo tanto alegres y juguetones, y era de ver lo que acariciaban á la muchacha: ponían la las manos en los hombros, la lamían, correteaban en torno de ella, tanto que á veces tenía que tirarse al suelo para dar expansión á las muestras de cariño de sus amigos caninos. No sólo se la encontraban, sino que parecía que la buscaban, cuando no ejercían sus funciones en compañía de su amo.

Petrilla, pues, vió con alegría acercarse á sus amigos y hasta pensó colgarles el muerto, esto es, la liebre, si era sorprendida por alguien; pero ¡cosa rara!, y aquí entra la parte providencial ó maravillosa de este relato, Tigre y Canelo se presentaron sobre el ribazo, pero no corrieron, como de costumbre, al encuentro de su amiga, sino que permanecieron á distancia, ladrándola en ademán hostil

Llamólos Petrilla y adelantóse hacia ellos, pero ellos retrocedían sin cesar de ladrar. ¡Aquello era inaudito! ¿Se asustarían de la liebre muerta? Pero ¿cómo, cuando ellos habían matado tantas?

El desvío y hostilidad de los perros azararon más á la muchacha. Parecía que sus amigos la reprochaban la mala acción que acababa de cometer: tal vez imaginó que aquéllos eran alguaciles del pueblo disfrazados. ¡Qué sé yo lo que pensaría! Lo cierto es que comenzó á correr inconscientemente. Los perros la siguieron ladrando durante unos minutos, y desaparecieron en un barrancal. Petrilla, acosada por su conciencia, siguió corriendo, metióse por la cañada del pueblo de Valdelaguna, que dista un cuarto de legua del de Belmonte de Tajo, sin darse cuenta del peligro que corría, porque la cañada está llena de víboras, y es arriesgado atravesarla, desnudo de pie y pierna, como estaba la pobre muchacha. Afortunadamente salió ilesa de aquel paso. El cansancio de la subida obligóla á detenerse rendida, y se echó al suelo, golpeándole febrilmente con la liebre que llevaba en la mano. ¡Qué sabía ella lo que hacía!

Aquí encajaba como de molde un párrafo de moral cristiana, probando la bondad y conveniencia de la religión; pero me limitaré á decir que Petrilla era tan buena y honrada como su madre la *tía Guiñeta*, á la que debía tan buenos ejemplos, y que ambas habían aprovechado la sana doctrina que recomendaba desde el púlpito el virtuoso cura párroco del pueblo.

La muchacha, tocada por Dios en el corazón, miraba como fascinada el cuerpo de su falta: esto es, á la liebre, y ¡espejismos de la conciencia!, ya no la encontraba tan grande y tan fresca. Permaneció algunos instantes pensativa, y se levantó del suelo con el ademán de las grandes resoluciones. Más serena interiormente, desanduvo lo andado, que no había sido poco, y se dirigió hacia la fragua.

De repente oyó ruido y vió dos perros que atravesaban rápidamente por delante de ella: eran Canelo y Tigre, que como de costumbre, se perseguían en locas carreras y que no la vieron ó no quisieron verla.

Petrilla los siguió con la vista, contristada por aquella indiferencia. ¡Qué contraste!, antes los cariñosos animales la olfateaban desde larga distancia.

Llegó junto á la fragua, que continuaba cerrada, por la parte frontera, y detúvose contrariada, porque en un poyo que había al lado de la puerta estaba sentado un hombre. La muchacha avanzó con precaución, y le conoció: era un mendigo de la comarca, á quien llamaban el *tío Guedejas*, porque las llevaba muy largas.

El pobre dormía, y Petrilla, sin ser vista, torció el ángulo de paredes que formaba la fragua. Llegó á la parte trasera, en donde estaba el tenderete para ropa; buscó en el suelo los pedazos de cuerda que ella había roto para desatar la liebre, y con ellos volvió á colgarla en el mismo sitio de donde la había tomado.

¡Oh, la conciencia!

Pero descargada la de la pobre muchacha, que habíala servido como de acial contra el hambre, volvió á sentir ésta intensamente. Suspiró, echó una postrera mirada á la liebre, que volvió á parecerle grande, *dulce y sabrosa*. Antes de ir al pueblo á pedir limosna, ó al barrancal de los cambrones á coger caracoles, determinó volver á su casa, por si su madre la necesitaba. Cuando se dirigía hacia aquélla sintió un recelo; quizá el *tío Guedejas*, cuando se despertara, pasaría por detrás de la fragua y se llevaría la liebre. Asaltóla esta idea, pero se encogió de hombros como pensando: ¡Bah, yo no soy responsable de las malas acciones de los demás!

Cuando llegó á corta distancia de su casa, vió que salía de ella el cura párroco del pueblo de Belmonte, acompañado de un chicuelo que en la iglesia ejercía de monaguillo y que llevaba una canasta sobre la cabeza. Sobresaltóse Petrilla. ¿Habría sucedido algo á su madre? Corrió hacia el cura, besóle humildemente la mano, mientras le preguntaba con ansiedad:

– Señor cura, ¿ha pasado algo en mi casa?

– No debías dejar sola á tu madre, contestóle el buen párroco. Gracias á que estaba entornada la puerta y hemos podido entrar...

– Pero ¿ha pasado algo?, insistió la muchacha.

– Nada malo. Hoy es 15 de octubre, día de Santa Teresa, y la señora condesa celebra su fiesta onomástica, como buena cristiana, socorriendo á los pobres. Vé pronto á tu casa y remedia á tu madre, que está muy débil.

Petrilla no comprendió la palabra *onomástica*, pero sí que el señor cura le anunciaba alguna nueva feliz. Llegó á su casa, abrió la puerta, que estaba entornada, vió á su madre en la cama con los ojos muy animados, y vió sobre una mesa larga y estrecha que había en el cuarto un pedazo de carne de vaca que bien pesaría dos kilogramos, otro de cecina gallega, un capacho de aceitunas, una bota bastante grande de vino, sin boca, llena por supuesto, y un queso manchego de regulares dimensiones: todo esto estaba sobre la mesa para alegre asombro de Petrilla, asombro que ascendió á paroxismo cuando al alzar el queso (al que era muy aficionada) para olerle, hallóse debajo cinco pesetas nuevecitas con el busto de Alfonso XIII.

Apoderóse un vértigo de la muchacha y rompió á bailar unas seguidillas manchegas frente á la mesa en donde había tantas maravillas, bien así como el caníbal que danza en torno de la presa humana que va á devorar. Interrumpió su expansión su madre pidiéndole algo que comer, porque se moría de hambre. Partió la Petrilla un pedazo de queso, pero ella no quiso tomar nada: era sibarita y pensaba hacer las cosas en regla. Encendió lumbre en el hogar, que estaba en el suelo, según costumbre lugareña, y cuando se hallaba en cuclillas atizando los leños y arreglando los sarmientos sintió dos manos que se posaban en sus hombros, haciéndola hocicar. Volvióse asustada y se topó de manos á boca con Tigre, uno de sus amigos los perros, que como de costumbre la buscaba la cara para lamérsela. Al propio tiempo oyó ruido en el cuarto de su madre, acudió y vió á Canelo que se había subido á la cama de la enferma para juguetear y acariciarla...

¡Qué feliz fué Petrilla aquel día! Reconciliada con su conciencia y con sus amigos, y bien comida, se acostó y durmió como una archiduquesa.

Soñó que agarrada á Tigre y Canelo atravesaba volando por un jardín muy hermoso.

El jardín de la vida en la juventud.

F. MORENO GODINO

LA CRUZ MILAGROSA

(TRADICIÓN HISPANO-AMERICANA)

La ciudad de Corrientes, tan comprometida en recientes sucesos revolucionarios; la sexta en importancia de la República Argentina, fundada en 1588 por un sobrino del Adelantado Juan Torres de Vera y Aragón, de nombre Alonso Vera, apodado por los indios el *Tupí;* capital de la provincia que ocupa en aquella nación el quinto rango por el número de sus habitantes, que se eleva á más de 150.000 sumando los de sus veintidós departamentos, cuyo territorio abarca en junto 1 182 leguas cuadradas; situada en la confluencia de los caudalosos ríos Paraná y Paraguay, á 230 leguas de Buenos Aires por línea telegráfica; de aspecto antiguo, con sus anchos pórticos en las casas; de activo movimiento con sus 18 á 20.000 almas; llamada *Taraguy* por los indígenas y San Juan de Vera por los españoles en un principio, cambió luego este nombre por el de Siete Corrientes, del cual proviene el que hoy conserva

A media legua de la ciudad y á poca distancia del campo santo, llama la atención del viajero una tosca cruz de madera, al pie de la cual se lee esta inscripción:

EL PUEBLO DE CORRIENTES, EN GRATITUD AL TODOPODEROSO POR SU PROTECCIÓN Á LOS PRIMEROS COLONOS EN EL MEMORABLE 3 DE ABRIL DE 1558.

Cada año, en el expresado día, salen en procesión á visitar la cruz el clero, el gobierno, el Consejo municipal y la inmensa mayoría de los habitantes de la ciudad.

¿Cuál es el milagro á que la inscripción se refiere y cuyos aniversarios con tanto fervor se solemnizan? Si no las crónicas, la tradición lo cuenta de este modo:

A fines de marzo de 1558 desembarcaron en un lugar llamado Arazati, media legua más abajo del sitio que hoy ocupa Corrientes, el capitán Héctor Ro-



LA CONCIENCIA, dibujo de N. Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Moreno Godino)

dríguez y ochenta compañeros españoles, procedentes de la Asunción del Paraguay y enviados por el cuarto y último Adelantado del Río de la Plata, Juan Torres de Vera y Aragón, al objeto de reprimir á las turbulentas tribus Caracará, Deyalasta y Ebiraya, las más guerreras de Guarany, y buscar un punto ventajoso para la fundación de una ciudad.

Era un terreno accidentado, con áridas colonias, donde se divisaban algunos oasis de umbrías espesas y frondosos valles bordados de enmarañados bosques en las márgenes del río, y llenos de palmeras y laureles, de lapachos y algarrobos, de urundeyas y cedros y de otros árboles preciosos por su rica madera ó por sus sabrosos frutos, á cuya sombra corrían frescos manantiales de agua cristalina.

Los españoles, divididos en facciones de á diez hombres, reconocieron pronto el terreno hasta algunas leguas hacia el interior, desde donde divisaron ya montañas más elevadas é indicios de una vegetación más poderosa. Pero no juzgaron prudente separarse demasiado del río, único camino abierto y explorado en aquella inmensa región. Establecieron su pobre campamento en Arazati, y el capitán hizo la distribución conveniente de los trabajos de defensa y de conservación, utilizando las diversas aptitudes de sus subordinados. Aquellos audaces aventureros tenían que ser soldados valientes para luchar con fuerzas enemigas muy superiores en número y contra las inclemencias del clima en países desconocidos con escasez de recursos, y al mismo tiempo habían de ser obreros de todas las artes y de todos los oficios.

Los intrépidos colonizadores españoles, con la espada al cinto y el arcabuz ó la lanza al alcance de la mano, tenían que aplicarse á la corta de maderas para leña y construcción, á la fabricación de ladrillos, á los trabajos de carpintería, albañilería, herrería, sastrería, zapatería, á todas las faenas de la industria con que los hombres de paz auxilian á los de guerra en los países civilizados.

Si querían comer pan tenían que sembrar el poco grano traído de España, cosechar el trigo, improvisar molinos, amasar la harina y construir hornos para cocer el pan. Si querían resguardarse del frío, de la lluvia, del viento, del sol, tenían que hacerse ropa y habitaciones, procurándose las primeras materias más elementales para transformarlas. De suerte que necesitaban desplegar tanta actividad en las horas de paz como valor en las de desigual pelea.

El capitán Héctor Rodríguez, ya conocedor de las aptitudes de sus compañeros, destinó algunos al servicio militar de descubierta, ronda y vigilancia; otros al de provisiones, pesca, rancho, limpieza, etc., y los demás á la construcción de una fuerte empalizada alrededor del campamento para poder resistir los inminentes ataques de los indios. Concluída esta especie de muralla en torno de la improvisada ciudad de débiles tiendas de campaña, compuestas sencillamente de telas sostenidas por estacas, se colocó en el centro una cruz de madera toscamente labrada, símbolo de la fe regeneradora, así del nuevo como del viejo mundo.

De este modo se esperaba la llegada de Alonso de Vera para la elección del lugar más conveniente, y proceder con la formalidad debida á la fundación de la proyectada ciudad de San Juan.

Desde la llegada de los expedicionarios á Arazati las brigadas desplegadas en descubierta no cesaron de ver indios, ya aislados, ya reunidos en pequeños grupos ó en familias, huyendo hacia el interior, siempre en una dirección determinada. Esto era indicio de que se esperaba una concentración de tribus con propósitos nada tranquilizadores. Convenía, pues, conjurar el peligro antes de que adquiriese proporciones extraordinarias, sorprendiendo al enemigo en ocasión en que se hallaban mezclados y confundidos los guerreros con las mujeres y los niños, faltos quizá de sus mejores jefes, y seguramente en número menor y sin el acuerdo y preparativos que tendrían, sin duda, antes de que transcurriera mucho tiempo. Pero siendo una temeridad lanzarse con un puñado de hombres á campo descubierto en busca de su enemigo, acaso formidable por su número y acaso invencible por las posiciones que ocupara, el capitán Rodríguez comisionó á un indio guarany, sumamente adicto á los españoles y que formaba entre los mejores soldados de la expedición, para que fuese á adquirir los informes que necesitaba para determinar su conducta.

Mangosé, que así se llamaba el paraguayo convertido, tenía, según la tradición afirma, la fidelidad del perro, la astucia del zorro, la prudencia de la serpiente, el oído de la liebre, la vista del águila, el valor del león y el entendimiento del hombre. Cuando el crepúsculo cesó de emitir sus melancólicos resplandores, despojóse Mangosé de sus armas y ropas, cuidando de no conservar reliquia sospechosa de extranjería; se atavió á la usanza indígena y partió cautelosamente á desempeñar su difícil cometido.

El 31 de marzo, por la tarde, ya estaba de regreso el espía. Contó al capitán Héctor que en Itati, cerca de las Moloyas, cadena de lagunas que cubren una superficie de diez leguas cuadradas, había encontrado inmensa muchedumbre de indios en actitud de guerra contra los invasores; que del país de los tigres (Yaguareté-Corá) habían acudido absolutamente todos los habitantes, así como de Murucuyá, de la selva de Pay-Ubre, del lago Iberá, de Caa-Caati, del Mocoretá, del Aruay y hasta del Guayquiraró habían concurrido las tribus de Carcará, Deyalasta y Ebiraya, en virtud de emisarios mandados por los caciques Canindeyú y Aguará, á instancias de los Guaycurrús del Chaco, que en gran número habían pasado el Paraná con sus flotillas de canoas. En junta de caciques se había acordado dejar á las mujeres y á los niños en los bosques, y marchar muy pronto sigilosamente para caer de improviso sobre los extranjeros, *hijos del diablo*, y exterminarlos de una vez. El espía se manifestaba inquieto por haber visto muchos indios procedentes de Aruay (agua de los valientes), guerreros Charrúas que tenían fama de valerosos é intrépidos.

Concluída su relación, el soldado paraguayo fué á orar arrodillado al pie de la cruz alzada en medio del campamento, como si una voz interior le advirtiese que eran contadas las horas de vida que le quedaban.

A los primeros albores del día 3 de abril, los centinelas de Arazati dieron la voz de alarma, viendo los alrededores como inundados de indios. Parecían más numerosos de lo que eran en realidad, porque cada tribu estaba separada de las otras al mando de su respectivo caudillo, y porque, á causa sin duda de acuerdo tomado en consejo de guerra, los individuos de cada tribu estaban algo apartados entre sí, como para intimidar con las proporciones del ejército sitiador.

De todos modos, la lucha no podía ser más desigual; la resistencia hubiera parecido inútil á otros menos acostumbrados á no reparar en el número ni en la calidad de los enemigos. Eran más de quince mil indios contra ochenta españoles.

Pero ¿no habían triunfado en Lambaré, cincuenta y dos años antes, trescientos españoles al mando de Juan de Ayolas, de más de sesenta mil guaraníes? Pues un puñado de aquellos mismos aventureros de Ayolas, ¿no obligó á rendirse á cuarenta mil guerreros, dirigidos por el poderoso cacique Nandú-Guazú-Rubicha, obligándoles además, por un artículo de la capitulación, á trabajar en la fundación de la capital del Paraguay?

¿Acaso no podían imitar los españoles en el Río de la Plata las proezas casi inverosímiles de los conquistadores de Méjico y del Perú?

Héctor Rodríguez, viendo la proximidad del ataque, dirigió una fervorosa plegaria al santo símbolo de la redención cristiana, en el que le pareció ver la inscripción del famoso lábaro de Constantino: *In hoc signo vincis.*

«¡Compañeros, gritó con solemne acento, pidamos á Nuestro Señor Jesucristo que nos conceda la victoria ó nos abra las puertas de una dichosa eternidad! ¡De rodillas un momento, y á la defensa después con serenidad y valor!»

Los ochenta colonizadores se postraron silenciosa y reverentemente ante el ara de la cruz. Al cabo de algunos minutos de religioso recogimiento, comenzó á caer en el cercado una lluvia de piedras y de flechas.

No había momento que perder. Mientras unos indios hostilizaban con armas arrojadizas, otros acercaban haces de leña menuda á la empalizada con objeto de incendiarla; lo que pudieron retardar con sus disparos los sitiados, pero no impedirlo. Pronto se vieron éstos cercados de una muralla de fuego, que por el momento los defendía, pero que muy luego les había de dejar en descubierto.

El capitán español aprovechó la oportunidad de hacer una salida con la mitad de su gente por el lugar más fácil de franquearse el paso, y cogiendo desprevenidos y sumamente próximos á los indios, que en la confusión no podían hacer uso de sus armas sin ofenderse á sí mismos, les causó una horrible mortandad, sin costarle la vida de un solo hombre. Cuando se extinguió el incendio, los españoles, estrechados por todas partes, fueron poco á poco retrocediendo, aunque batiéndose con heroico ardimiento, hasta quedar agrupados en torno de la cruz.

Parecía que allí se animaban de un vigor sobrenatural, con el que una, dos y tres veces rechazaron á los enemigos hasta gran distancia.

Los caciques comprendieron la necesidad de quemar á todo trance aquellas tablas simbólicas que restauraban las fuerzas de los sitiados y les infundían invencible valor. Pero cuantas veces intentaron quemar la cruz, otras tantas fueron rechazados con grandes pérdidas, lo que les llenaba de confusión y de supersticioso miedo.

Y mientras que el suelo estaba cubierto de cadáveres indios, ni un solo español había sucumbido á sus heridas.

Por fin, llenas de terror, las tribus de los alrededores del lago Iberá se retiraron á la desbandada, creyendo que los duendes de las islas y de los esteros de su comarca estaban de parte de los españoles. Casi todos los Charrúas habían perecido por su afán de distinguirse en el combate. Los Guaycurrús también se retiraron, ya rendidos de fatiga, y las demás tribus cesaron asimismo de hostilizar á los colonizadores.

Viendo éstos que en realidad había cesado el peligro, se arrodillaron de nuevo en acción de gracias ante la cruz, tosco madero y misterioso agente de aquel prodigio.

En esta actitud los encontraron los indios que con hojas de palmera *yatay* en señal de paz, llegaron del campamento enemigo.

Eran los caciques Canideyú y Aguará, que en vista del milagro venían á deponer las armas, á someterse con seis mil de su gente y á pedir con humildad la regeneración del bautismo.

Juan B. Enseñat

EL RETRATO DE BEETHOVEN

PINTADO POR STIELER

La litografía que ha reproducido y popularizado este retrato, que publicamos con motivo del 125.° aniversario del nacimiento de Beethoven, lleva la siguiente inscripción: «*L. v. Beethoven. Copia del retrato original de Stieler, único á quien Beethoven quiso servir de modelo. El original está en poder de la señora Spohr, condesa de Sauerma.*»

Lo de «único á quien quiso servir de modelo» no es rigurosamente exacto, puesto que el inmortal compositor consintió varias veces que distintos artistas y aun simples aficionados copiaran sus rasgos fisonómicos para reproducirlos en grabados, miniaturas, cuadros al óleo, mascarillas, medallones y bustos. Lo que sí es cierto es que para nadie más que para su amigo, el célebre pintor de las cortes de Baviera y de Austria, Carlos Stieler, quiso someterse al tormento de *poser* durante varias horas seguidas y en muchas sesiones. «Nunca – dijo al pintor, con motivo de este retrato – he querido hasta ahora servir de modelo, ni volveré jamás á prestarme á esta tarea tan pesada, aburrida y fatigosa.»

Sabido es que Beethoven, que tantos dones recibiera de la naturaleza, poseía escaso caudal de paciencia. Cuando en 1812 el constructor de pianos vienés Streicher quiso colocar el busto del gran músico en su salón de conciertos, encargó al escultor Klein que sacara una mascarilla de su rostro: la primera tentativa fracasó porque Beethoven se resistió á la prueba, y sólo á la segunda pudo obtenerse la célebre máscara que ha conservado á la posteridad la fisonomía del autor de la *Pastoral* y que sirve para contrastar la mayor ó menor semejanza de sus retratos.

En cierta ocasión había prometido una sesión al grabador Hofel, el cual se presentó en su casa con su correspondiente plancha: colocóse el maestro, pero á los cinco minutos se levantó, sentóse al piano y con gran desesperación de Hofel se puso á fantasear. Afortunadamente un criado de Beethoven sacó de apuros al grabador, diciéndole que podía acercarse al piano y trabajar descansadamente, pues su amo enfrascado en sus improvisaciones ni siquiera advertiría que hubiese alguien á su lado. Así lo hizo, y terminada su obra se marchó sin que Beethoven reparara en él.

Los pintores Klober y Schimon, que le retrataron en 1818 y 1819, hubieron de sorprenderle en sus paseos por el campo para observarle sin ser vistos. Sin embargo, Schimon consiguió de Beethoven que le permitiera instalar el caballete junto á su despacho y pintar á su antojo, pero sin molestarle haciéndole *poser*. El artista pudo realizar su propósito: únicamente le faltaba reproducir la mirada, «que presentaba toda una escala de expresiones, desde la de salvaje rebeldía hasta la de dulce afabilidad;» y á fin de completar su obra, aceptó la invitación que varias veces le había dirigido el compositor de que le acompañara á tomar café, pudiendo de esta suerte terminar el retrato.

Para el que hizo el vienés Waldmuller en 1823 no pudo resistir más que una sesión, y el artista no tuvo más remedio que pintarlo de memoria.

No le sucedió lo mismo á Stieler: para él, el pintor más famoso de cuantos solicitaban retratarle, fué Beethoven verdaderamente pródigo en concederle el tesoro que más apreciaba, el tiempo. Al principio negóse en absoluto á los deseos del artista; pero intervinieron varias personas á quienes el compositor debía bastantes favores, y al fin hubo de consentir. Un día, en el verano de 1819, presentóse en el taller de Stieler diciéndole: «Ya sabrá usted que tengo que dejarme retratar. Aquí me tiene usted, pues.» El pintor puso manos á la obra y el modelo se prestó á serlo hasta el fin.

Tal es la historia del retrato que reproducimos y que por todas estas circunstáncias es con razón considerado como el mejor y de más exacto parecido de cuantos se conocen de Beethoven. Tenía éste, cuando aquél se hizo, cuarenta y nueve años, y la frescura de su cara, en la que aparecen señales de las viruelas, contrasta con las canas de su abundante y enmarañada cabellera. Sus ojos, de mirada profunda, que confirma lo que antes hemos dicho acerca de su expresión, parecen fijarse en algo que está fuera del mundo material, como recogiendo inspiraciones para la *Misa solemne* que está escribiendo. Beethoven exigió este último detalle: el pintor hubo de inmortalizar á la vez que la imagen de aquel genio musical la que éste consideraba como su *mejor obra*. – X.



ISLA DE CUBA. – Teatro de la guerra. – Puente sobre el río Caobas en Ibarra, provincia de Matanzas, en el sitio donde se levantó la primera partida insurrecta el 24 de febrero de 1895

(Copia de una fotografía)



PALMA DE MALLORCA – El polvorín de Jaime I en el Rebellín de San Fernando después de la explosión ocurrida el día 25 de noviembre último

(De fotografía del Sr. Truyols, de Palma)



LA HIJA DE JORIO, CUADRO DE FRANCISCO PABLO MICHETTI QUE HA OBTENIDO E

LA HIJA DE JORIO es una muchacha del Abruzzo que ha faltado á sus deberes de joven honrada.

En la aldea, donde todavía no han penetrado las costumbres libres y la moral fácil y acomodaticia de la ciudad, todos se apartan de la mujer deshonrada, como si llevase consigo la peste. Y ella vaga como la sombra del remordimiento y de la vergüenza por los agrestes collados, huyendo del contacto de sus paisanos. Ninguna mujer se atrevería á ser su amiga; ningún hombre quisiera que sus deudos lo viesen hablando con aquella excomulgada.

Cierto día acierta á pasar por junto á un grupo de aldeanos que descansan en la cima de una loma. Pasa rápida como el viento, con el rostro casi oculto por el largo manto; pero no dejan de llegar á sus oídos palabras crueles, frases sarcásticas y amargas, risas irónicas, tajantes como cuchillos. Y su boca se contrae de desesperación, y el perfil de su rostro, que se columbra, muestra el mayor desconsuelo.

Cada uno de los circunstantes tiene una expresión, un carácter particular, especial. En el fondo una muchacha, una doncella de blanco velo, contempla asombrada, casi con estupefacción, á aquella mujer audaz que aún se atreve á presentarse en público después de haber deshonrado la aldea con su falta. Más arriba, un hombre en actitud hostil, cuyo semblante austero se adivina más bien que se ve, porque la originalidad del pintor lo ha dejado imaginar en la austeridad de su continente A continuación una cara de aldeano joven y burlón, que ríe estúpidamente y suelta al paso de la hija de Jorio una palabra malsonante. Junto á él otro ˙ovencillo la mira con extrañeza, como si viera un fenómeno, una cosa rara, preguntándose á sí mismo cómo se atreve a presentarse entre cristianos aquella desvergonzada.



AN PREMIO INTERNACIONAL DE 10.000 LIRAS CONCEDIDO POR EL MUNICIPIO DE VENECIA

Tan sólo un viejo tiene compasión de ella.

-¡Dejadla tranquila! - parece estar diciendo. - ¡Jesucristo perdonó también á la Magdalena!

Pero su vecino no le escucha; el joven, que estaba enamorado y quizás lo esté aún, contempla el fugitivo perfil de la impura con espantosa fijeza. Tiene contraídas las facciones; de su boca sale un vituperio, una expresión amarga, ¡una maldición! ¡Qué dolor tan vivo en aquella cara, qué ira, qué desprecio; pero al mismo tiempo, cuánto amor!

A su lado, casi sobre él, tendido en el suelo, un hombre practico en las cosas del mundo y que conoce sus borrascas, envuelve á entrambos en las frases sarcásticas que salen de sus labios:

-¡Necio, no hagas caso á esa perdida!

Y ¡cómo parecen estremecerse todos los miembros de la culpable en su oprobiosa fuga, qué espasmo se nota en sus delgados labios, qué presuroso afán por huir de aquel *Via Crucis!*

Lo cierto es que el habilísimo Michetti casi hace amar á aquella mujer desolada, porque es una mártir, porque es una perseguida, porque paga harto duramente una culpa que en las montañas del robusto y pintoresco Abruzzo es casi mortal.

¿Dónde, dónde terminará la hija de Jorio su carrera que el viento impetuoso de la injuria y del odio hace vertiginosa?

¡Quizás allá, en el torrente engendrado por las nieves que se desprenden de la colina donde una planta, en medio de la crudeza invernal, ha conservado una flor para ella!

Este hermoso lienzo ha inspirado á algunos poetas que le han dedicado entusiastas composiciones; pero la mejor poesía es el cuadro en sí.

NUESTROS GRABADOS

LA CATÁSTROFE DE PALMA DE MALLORCA

Parece que la fatalidad pesa sobre nuestra patria: de algún tiempo á esta parte sucédense en España las más terribles catástrofes, y apenas nos hemos repuesto de la impresión producida por una de ellas y antes de que se hayan cicatrizado las heridas que en el país dejara, ocurre otra mayor, que llena nuevamente de luto nuestros corazones y abre nuevas llagas en el quebrantado cuerpo de la nación española. La voladura del *Cabo Machichaco* cubre de cadáveres y de ruinas una ciudad; desbordamientos de ríos destruyen vidas y haciendas en distintas partes de la península, inutilizando en un momento la labor de años y sumiendo en repentina miseria al labrador acomodado y al hacendado pudiente; barcos que se hunden sepultan con ellos en el mar cientos de marinos, orgullo y esperanza de la patria, y guerras sangrientas abren, ora en territorio africano, ora en la cubana manigua, tumbas y más tumbas en donde se amontonan los mutilados cuerpos de nuestros valientes soldados.

A todas estas desdichas ha venido á sumarse recientemente la explosión ocurrida en Palma de Mallorca el 25 de noviembre último. A las dos de la tarde de aquel día una formidable detonación llenó de espanto á la ciudad, y pronto se supo que había volado la casilla situada junto al polvorín de las Casas del Rey D. Jaime, en donde se depositaban para ser descargados los cartuchos inútiles que del polvorín se extraían. ¿A qué describir el espectáculo que presenciaron cuantos al sitio de la ocurrencia acudieron? Basta saber que se acercan á ciento las víctimas que perdieron allí la vida para comprender lo horroroso de la catástrofe. ¿Cuál fué la causa de ésta? ¡Quién lo sabe, si los que pudieran decir algo de ella han perecido! Fácil es, sin embargo, presumirla teniendo en cuenta la clase del trabajo que se realizaba y las pocas precauciones que suelen tomar los infelices obreros á tales tareas dedicados: se trataba de la descarga de unos tres millones de antiguos cartuchos Remington inservibles, á fin de aprovechar la pólvora, el cobre y el plomo de los mismos, y una brigada de 80 individuos, en su mayor parte mujeres y niños, estaba encargada de esta faena. Un descuido, una imprudencia, una distracción hizo estallar el primer cartucho, é instantáneamente se produjo la voladura de todos los materiales explosivos allí acumulados. Se explica, pues, perfectamente el número de muertos y heridos graves que resultaron de aquel accidente.

A la magnitud del infortunio ha correspondido ahora, como en todas las desdichas análogas, la intensidad del sentimiento con que España entera se asocia al dolor de los palmesanos, sentimiento que no se limita á palabras de consuelo y de compasión, sino que se traduce en una de esas manifestaciones de la caridad con que se muestran y afirman la solidaridad de la gran familia española y la fraternidad entre las provincias, hijas todas de la misma madre. Desde Madrid enviaron á Palma los primeros socorros S. M. la Reina Regente y el marqués de Cabriñana, y no es dudoso que el ejemplo dado en la capital de España será imitado en otras ciudades de la península. En Barcelona, apenas iniciada la suscripción por una comisión de baleares aquí residentes, ha alcanzado una cifra respetable, hecho muy significativo si se tiene en cuenta que en poco tiempo y con dolorosa frecuencia se ha acudido á la filantropía de los barceloneses para socorrer grandes calamidades, á pesar de lo cual todos tienen su óbolo para aliviar una desdicha nueva.

¡Bendita sea esa virtud que enjuga tantas lágrimas de dolor y hace brotar tantas lágrimas de agradecimiento! ¡Benditos los pueblos en quienes el sentimiento de amor al hermano despierta siempre nuevas energías!

Ilmo. Sr. Dr. Uladislao Castellano, arzobispo de Buenos Aires. – El nuevo arzobispo de Buenos Aires, y por consiguiente el jefe de la Iglesia Argentina, nació en



ILMO. SR. DR. ULADISLAO CASTELLANO, arzobispo de Buenos Aires

Córdoba el día 23 de noviembre de 1834, manifestando desde muy joven su inclinación al sacerdocio, carrera que emprendió con verdadera vocación y que terminó en 1858.

Desde entonces ha desempeñado los más elevados puestos en la iglesia de Córdoba y ha figurado en diversas ocasiones en las diferentes ternas votadas para llenar las vacantes episcopales ocurridas en la República.

Hombre de imaginación clara y despejada, une á las galas de una oratoria siempre fácil y persuasiva la profundidad del concepto, patrimonio exclusivo del verdadero talento.

Su consagración tendrá lugar en breve, asegurando sus íntimos que la entereza de su carácter se dedicará especialmente á normalizar la situación católica del país hasta lograr que se reanuden las relaciones diplomáticas de la República Argentina con la Santa Sede.

LA GUERRA DE CUBA

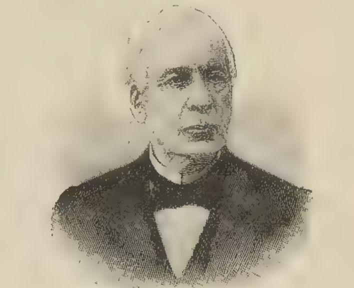
PUENTE SOBRE EL RÍO CAOBAS, EN IBARRA (provincia de Matanzas)

La historia de todas nuestras guerras civiles, así las de la península como las de Cuba, es siempre la misma en sus comienzos. Levántase en armas la primera partida, y los gobiernos con decir que se trata de un grupo de latrofacciosos ó de bandoleros se quedan ó fingen quedarse tan convencidos de que la cosa no pasará á mayores. A los pocos días el número de partidas ha aumentado, pero *carecen de armas y municiones y están mal organizadas*; al mes, los levantiscos dan más señales de vida, forman núcleos más numerosos y disponen del armamento necesario, de *sistemas antiguos*, por supuesto; á los tres meses las fuerzas rebeldes han aumentado como la espuma, y aunque se las persigue sin descanso, completan su organización y no dejan de presentar combate cuando las circunstancias les son favorables; después..., después, años y años de luchas sangrientas, millares de vidas segadas en flor y ríos de oro consumidos en la contienda. Así acaba lo que al principio se tomó poco menos que á broma. ¡Cuántos sacrificios han costado á España levantamientos de los cuales se dijo en un principio «¡Si son cuatro sacristanes!»

Tal ha sucedido en la actual guerra de Cuba. Una pequeña partida dió el 24 de febrero de este año el primer grito de *¡Viva Cuba libre!* en un rincón agreste de la provincia de Matanzas, en el sitio que nuestro grabado de la página 823 reproduce, y todos recordamos, y si no ahí están las colecciones de la prensa diaria para refrescarnos la memoria, cuán escasa importancia se dió á aquel movimiento y cuánta confianza manifestábase en su pronta y completa sofocación. Desgraciadamente tan halagüeñas esperanzas no se han realizado; la insurrección, que tan modestamente comenzara, ha alcanzado proporciones gravísimas, obligando á nuestra patria y á nuestros políticos á fijar toda su atención en lo que en la isla acontece y á hacer para la conservación de aquella Antilla uno de esos esfuerzos admirables y por el mundo entero admirados que demuestran el tesoro de energías que aún guarda nuestro pueblo para las grandes ocasiones.

En bien de todos hagamos votos por que la paz vuelva pronto á derramar sus bendiciones sobre nosotros y restablezca en la isla de Cuba el estado de florecimiento y prosperidad que la guerra ha venido á interrumpir.

M. Barthelemy de Saint Hilaire. – Este ilustre anciano, que hace un año decía «No tengo más que una enfermedad, la vejez,» ha fallecido en 24 de noviembre último, precisamente de este mal que no tiene remedio, los muchos años.



M. BARTHELEMY DE SAINT HILAIRE

Había nacido en 1805, y desde su juventud mezclóse en política, defendiendo con inquebrantable energía las ideas liberales. En 1825 afilióse al partido que acaudillaba Chateaubriand contra los reaccionarios, firmó la protesta de los periodistas en 1830 y se consagró por entero á la política y á la persona de Thiers, á quien siguió en todas las circunstancias de su vida pública. Director del Colegio de Francia, abandonó aquel puesto cuando el golpe de Estado de 1851, á pesar de habérsele indicado que no se le exigiría el juramento. En 1869 fué elegido diputado por Versailles, combatió el plebiscito y la guerra y fué secretario de Thiers al ser éste elevado á la presidencia de la República y continuador en el Senado de la política del mismo después de su muerte. Nombrado en 1880 ministro de Negocios extranjeros, tuvo la gloria de dirigir las negociaciones diplomáticas que dieron por resultado el protectorado de Francia en Túnez. Como literato consagró todas sus fuerzas y su inteligencia á traducir á Aristóteles, trabajo que demuestra una perseverancia y una inteligencia poco comunes. Heredó de Víctor Cousin, de quien fué secretario, una parte de su biblioteca; acompañó á M. Lesseps á Suez y fué uno de los fundadores del canal, lo cual le valió una posición modesta, pero independiente, que le permitió renunciar á todo emolumento en los diferentes destinos públicos que desempeñó. Barthelemy de Saint Hilaire era miembro de la Academia Francesa y senador inamovible.

Sir Enrique Ponsonby. – El día 21 de noviembre último falleció en su quinta de Osborne (Inglaterra) este personaje, uno de los más antiguos y fieles servidores de la reina Victoria, de la cual era secretario particular y tesorero privado. Había nacido en Corfú en 1825, era hijo del mayor general Ponsonby y nieto del conde de Bessborough. Siguió la carrera militar, y entre sus campañas figuró la de Crimea, donde se portó valientemente en el sitio de Sebastopol, habiendo llegado al empleo de teniente coronel. A su regreso de aquella campaña entró al servicio del príncipe consorte, al cual estuvo cuatro años; á la muerte de éste, pasó á mandar un regimiento en el Canadá y fué promovido al grado de mayor general. De vuelta en Inglaterra sucedió al general Grey en el cargo de secretario privado y tesorero de la reina, funciones en las cuales se distinguió por su inteligencia y probidad, y en la segunda de las cuales tenía que manejar más de 60.000 libras al año. Sus servicios fueron tan apreciados por su soberana que le agració con el título de caballero de la orden del Baño, des-



SIR ENRIQUE PONSONBY

pués gran cruz de esta misma orden, le nombró individuo de su Consejo privado y le regaló la quinta de Osborne para residencia de su familia. Una penosa enfermedad le obligó á solicitar su retiro á principios de este año, y en dicha quinta ha fallecido en la fecha citada.

La nueva Casa de Correos de Colombo (Ceylán). – Una de las principales obras ejecutadas durante el gobierno de sir Arturo Havelock en Ceylán ha sido el magnífico edificio que reproducimos, construído en Colombo según los planos de M. Tomlin y destinado á oficina general de Correos y Telégrafos. Aquella colonia inglesa ha adquirido de algunos años á esta parte un desarrollo inmenso, y de ello es buena prueba, entre otros varios, el hecho de haberse erigido para el ramo de comunicaciones un verdadero palacio como no lo tienen muchas capitales de Estados europeos, y en el cual se hallan amplia y perfectamente instalados todos los servicios de una de las más importantes ramas de la Administración pública.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – VIENA. – En el cementerio central de Viena se erigirá en breve un monumento al célebre compositor Suppé de cuya ejecución está encargado el escultor académico Ricardo Tautenhayn.

– En el Parque Municipal se ha inaugurado un monumento á la memoria del pintor paisajista Schindler.

Teatros. – *Madrid.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Español *El estigma*, drama en tres actos de Echegaray, que como casi todos los de este ilustre escritor ha dado lugar á muchas discusiones, lo cual no ha impedido que lograra grandes aplausos; en Lara *El bigote rubio*, precioso juguete en un acto de Ramos Carrión; en la Zarzuela *La vuelta de los viveros*, zarzuela en un acto y tres cuadros de Fiacro Irayzoz, con muy bonita música del maestro Jiménez; en la Comedia *Pepito*, graciosa parodia del drama de Dicenta *Juan José*, escrita por los Sres. Lucio y Palomero; en Martín *La casa de la tiple*, zarzuela en un acto de Limendoux y Rojas, con bellísima música del maestro Calleja, y *Sacristán, recluta y mártir*, zarzuela en un acto de los Sres. Navarro y Muñoz, con bonita música de don Ramón de Julián, y en Apolo con éxito extraordinario *Las zapatillas*, zarzuela en un acto de Jackson Veyan y del maestro Chueca. En Lara se ha representado con aplauso la comedia en dos actos refundida por su autor, D. Luis M. de Larra, *Los corazones de oro*.

Barcelona. – En el Liceo se han cantado: *Lohengrin*, *Aida* y *Lucía de Lamermoor.* En la primera fueron aplaudidos la señora Borelli y los Sres. Bertrán y Tabuyo; en la segunda han sido objeto de continuas ovaciones la señora Tetrazzini y el señor Mariacher, y en la última ha entusiasmado al público la señorita Pinkert. El maestro Vanzo ha demostrado en todas estas óperas ser un director notabilísimo: pocas veces se había oído en Barcelona una *Aida* como la que él ha concertado y dirigido. En el Principal obtiene entusiastas aplausos el sin par Novelli, que ha representado, como él solo sabe hacerlo, las principales obras de su escogido repertorio, en el que entran desde la más graciosa comedia á la tragedia de más alto vuelo. En el Tívoli se ha estrenado con buen éxito *Corazón de fuego*, zarzuela en tres actos de los Sres. Casademunt y Colomer con preciosa música del maestro Nicolau, y se ha reproducido con aplauso la bellísima zarzuela en tres actos de Camprodón y Gaztambide *El diablo las carga*, hace muchos años no representada.

Necrología. – Han fallecido:

Hjalmar Hjorth Boynsen, notable novelista noruego.

Félix de Larrey, profesor de Cirugía en París, médico que fué de Napoleón III.

Enrique Schilking, pintor paisajista alemán.

Samuel David, compositor francés y director, desde 1872, de la capilla de música del templo israelita de París.

Ricardo Morales, antiguo y notable actor español, director artístico del teatro Español de Madrid.



...un coche de punto se paró ante la verja del jardín

ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

En un rincón de la fosa común reposaban los restos sangrientos y profanados, y no había habido una cruz sobre su tumba, un ataúd para sus huesos; ¡pavesa entre tantas pavesas!

Y durante años enteros, siempre injusto, él había blasfemado sobre aquella tumba, odiado á aquella mártir que, sin duda, había muerto pensando en él, al que debía reunirse al día siguiente. Había pedido una noche de reposo..., el reposo eterno había sido otorgado á aquel cuerpo rendido, á aquel corazón destrozado por una implacable fatalidad.

El había sido el artífice de aquella crueldad brutal: él se había reído mil veces de aquel cansancio continuo, de aquellos gestos lentos, de aquella tristeza invencible... Era que la muerte preparaba su obra, y él, ciego verdugo, la había ayudado con todas sus fuerzas.

De repente se levantó. ¿Qué habia sido de su hija, de aquella tierna criatura que los diarios designaban con el título de ¡Perdida! como una sortija, un brazalete, un perro, y que había sobrevivido á su madre para hundirse en el océano inmenso de París?

Con un estremecimiento de horror, que luego se trocó en otro de alegría, pensó que al perderla era tan niña, que ahora no llegaba todavía á ser mujer y que, gracias á su tierna edad, habría escapado á riesgos mucho más horrendos que el hambre y la miseria.

– ¡Hija mía!, gritó levantándose; ¡oh hija mía! ¡yo te encontraré, si todavía vives!...

Este último pensamiento le horrorizó y cayó de nuevo sobre el asiento. Si ella había muerto, él estaba condenado. Y merecía no hallarla viva por haber osado dudar de su madre Si la Providencia era justa, su hija debía haber sucumbido bajo el peso de la vida.

¿Cómo había podido acusar de un cobarde abandono á la mujer que le había amado hasta su último suspiro?

Recordó entonces que en la estación, al despedirse, había deseado marchar también, y que él la había reñido y rechazado por decidirse demasiado tarde...

¡Quién sabe! Quizá hubiese vivido sin aquella postrera brutalidad que hizo saltar su corazón ya lacerado.

El tren volaba entre las sombras; á entrambos lados de la vía, obscuridad y silencio; los vagones chirriaban al resbalar sobre los carriles y entrechocaban con ruido áspero y monótono... Poco á poco, después de un espacio de tiempo incontable, Simón Monfort vió una línea amarillenta surgir en el horizonte, una nube gris se destacó del azul todavía opalino y una estrella brillante como un diamante emergió de su masa y fulguró en la inmensa bóveda.

XXVI

Marcela se despertó aterida. En el cuarto de la anciana había velado muchas horas después que la criada del doctor le llevó algo que comer y después que el mismo doctor había vuelto dándole la triste nueva de que no había encontrado ninguna mujer para velar á la señorita Herminia. Aquel día crudo había hecho llover sobre París tantas pulmonías como copos de nieve, y no quedaba una hermana de la Caridad sin enfermo. Le habían dicho que le enviarían una sin perder momento; pero había que avisarla en el convento central, pues todas las combatientes tenían ya un puesto de honor en la batalla... Y esa hermana podría tardar dos ó tres horas en venir.

– ¿Tienes miedo?, preguntó el médico mirando con atención á Marcela. ¿Quieres que te envíe al primero que encuentre? Pero eso es expuesto. Si robaban algo en esta casa, tú serías responsable. ¿No lo comprendes? No importa. Ni siquiera puedo enviarte mi criada, porque ha de quedarse en casa para tomar los recados que traigan. Yo no dormiré en casa esta noche, pues aún me quedan visitas que hacer. Y la criada de los Breault, ¿no ha vuelto todavía?

Un aullido prolongado y lúgubre, que se oyó allí cerca, contestó á aquella pregunta. Marcela dijo tristemente:

– No; ha olvidado el perro, que ha aullado toda la noche. Hace una hora le he echado pan por encima de la pared... Ese pobre animal morirá de hambre...

– Sólo esto faltaba, pensó el médico; si ese condenado empieza á aullar, esta pobre niña sentirá más terror. Dime, continuó, ¿no tienes miedo de veras? Dime la verdad, hija mía.

– No estoy sola, pues estoy con la señorita Herminia.

El viejo médico no contestó. No se atrevía á decirle que al apuntar el nuevo día, su amiga habría muerto. Las congestiones pulmonares no dan á sus víctimas más tiempo para prevenirse, y al lucir el sol no tendría la pobre niña en este mundo por todo patrimonio sino el traje que llevaba y la cajita que tenía en el bolsillo.

Se fué con tristeza, no atreviéndose á anunciar aquella muerte y remordiéndole la conciencia por no hacerlo. Sin embargo, si la señorita de Beaurenom debía vivir todavía algunas horas, más valía aguardar la llegada de la hermana de la Caridad; así al menos no se desesperaría la niña durante aquella noche solitaria.

Cuando el doctor se hubo marchado, Marcela puso nuevo combustible en la chimenea y luego volvió al sofá. La señorita Herminia parecía calmada; no hablaba, y solamente sus manos se agitaban con movimiento maquinal y casi regular... Marcela no había visto jamás morir á nadie, y se alegraba de aquel cambio, que le parecía de buen agüero. Apoyó la cabeza en el respaldo para descansar unos minutos, y al cabo de un momento dormía.

Un estremecimiento de frío la despertó; el fuego se había extinguido y la bujía se había acabado; el cuarto estaba frío y no se oía ningún ruido, ni un soplo siquiera.

Marcela se puso de pie, vuelta en seguida á la realidad, y corrió á la ventana para tener luz. Apartó las cortinas, y por una costumbre de la infancia abrió aquélla. Enfrente de ella, en la bóveda gris y pálida, brillaba la estrella de la mañana, como una gota de cristal herida por un rayo de sol... La niña la saludó con una mirada de reconocimiento, como un dichoso presagio: cerró la ventana y se dirigió hacia la cama.

La puerta se abrió suavemente, sin ruido, y las miradas de Marcela se dirigieron hacia ella y vió la cofia blanca de la hermana de la Caridad, avisada por el médico. En el momento en que la niña dirigía la mirada á la cama en que reposaba su amiga, cuyo rostro súbitamente adelgazado se marcaba apenas sobre la almohada á la pálida claridad de la aurora, sintió que una mano se apoyaba sobre sus ojos y otra sobre su hombro, obligándola á doblar las rodillas.

– Ruegue, usted, hija mía, le dijo una voz grave, ruegue por el alma de su bienhechora, que está sin duda en el paraíso.

Marcela obedeció, y en aquel momento conoció que desde la tarde anterior tenía el presentimiento de que la señorita Herminia debía morir.

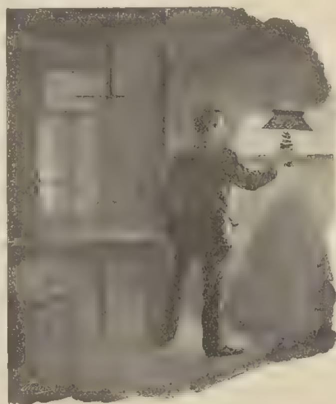
XXVII

A las once de aquella mañana un coche de punto se paró ante la verja del jardín y bajó de él una mujer alta y seca, que llevaba en la mano una maleta de viaje de cuero negro, pelado y rojizo en los ángulos, y que, según su facha, debía haber visto muchas cosas y muchas personas desde que salió de manos del fabricante.

Aquella mujer llamó á la verja y esperó con las manos cruzadas, en tanto que el cochero, descontento de la propina, partía al trote, fustigando al caballo, que no tenía la más mínima culpa de la mezquindad de la vieja.

Nadie contestó á aquella llamada. Marcela no pensaba en nada, y la hermana de la Caridad no conocía el sonido de la campanilla para poder distinguirlo del de las casas vecinas, que en aquella hora matutinal no cesaban de repiquetear casi todas á un tiempo.

La forastera, impacientada de esperar, tiró del cordón segunda vez, con tanta energía que el perro de Roberto contestó con una serie magistral de ladridos.



Monfort leyó hasta el fin

(Véase la página 813 del número anterior)

Aquello no era propio para animar á la forastera, que creía al animal encerrado en el jardín del chalet. Llamó otra vez sin mejor resultado, y al cabo advirtió un pestillo, y alzándolo abrió la puerta y entró en el jardín.

Con paso rápido y seguro recorrió la larga avenida, y entró en la casa como si toda le perteneciera; pues desde el momento en que no había perro, no valía la pena de tomar precauciones

Pasando ante la puerta entreabierta del comedor miró hacia dentro, y al ver la estufa apagada, las cenizas esparcidas sobre el mármol, la comida no acabada de Marcela, hizo un gesto, y de pronto murmuró:

– Ya era tiempo de que llegara. ¡Qué desorden!

El saloncito estaba cerrado con llave; se dirigió hacia el primer piso, subiendo la escalera con paso pesado y resuelto, que le era habitual.

– ¿La señorita de Beaurenom?, preguntó á la hermana de la Caridad.

– Ha muerto.

– ¡Ah!, exclamó la forastera algo turbada.

Por más que se haya hecho un viaje desde una apartada provincia para heredar, la palabra *muerte* siempre causa gran efecto.

Después de un momento de vacilación entró en el cuarto de la difunta, se aproximó á la cama donde yacía su parienta, trazó el signo de la cruz y juntó las manos. Sus labios se agitaron como si mascullara una plegaria, pero sus ojos escudriñaban los rincones de la habitación.

Cuando pensó haber cumplido bastante con lo que la decencia exigía, se volvió hacia la hermana de la Caridad, y con el acento de una persona que ha cumplido con su deber, dijo:

– Soy la señora Grenardón.

La hermana, joven todavía y poco acostumbrada á las maneras especiales de los herederos, hizo un gesto, mitad saludo, mitad interrogación. La señora continuó:

– El doctor me escribió ayer. Soy la heredera de mi prima.

La hermana de la Caridad hizo un gesto, pero que aquella vez no era un saludo. El acento de superioridad y los movimientos imperiosos de la recién venida le parecían poco oportunos ante el despojo mortal y apenas enfriado de una mujer que había sabido hacerse amar á lo menos por aquella huérfana que la había asistido en la hora dolorosa de la muerte.

– Hable usted más bajo, dijo la religiosa, poniendo un dedo sobre sus labios.

La señora Grenardón pareció sorprendida por aquella recomendación; pero como no tenía nada más que decir, no se pudo saber si sintió la necesidad de observarla. Se quitó el sombrero, que cubría una mata de pelo gris, lo puso sobre la cómoda, plegó el chal que tapaba sus hombros y apareció vestida con un traje de merino negro muy limpio, pero que parecía mezquino puesto sobre aquel cuerpo seco y anguloso.

– ¿Sabe usted si hay otros herederos?, preguntó después de haber alisado sus cabellos ante el espejo.

La religiosa levantó los ojos, y á pesar de que no tenía ganas de contestar, respondió:

– No lo sé.

– ¿Sabe si se ha encontrado testamento?

– No lo sé, dijo segunda vez la monja.

La señora Grenardón la miró irritada y luego dijo:

– Es verdad; es difícil que usted lo sepa... ¿Se puede comer algo en esta casa?

– No lo sé.

Sin entretenerse más en preguntar, la señora Grenardón bajó la escalera y la religiosa cerró la puerta, pensando en Marcela, cuyo abandono y juventud la movían á compasión.

Efectivamente debía haber algo para comer, pues la forastera encontró en un armario pan, en un bufete confituras y en un vasar una maquinilla de espíritu de vino y junto á ella café molido. Sin importarle un ardite la muerte de su parienta, arregló la aromática bebida y empezó á sorberla.

En el momento en que aspiraba con delicia la última gota que había quedado en la taza, y que era verdaderamente deliciosa, sonó bruscamente la campanilla de la verja.

La señora Grenardón se acercó á la ventana y vió entrar en el jardín, por el mismo procedimiento que ella había seguido, á un caballero joven todavía y una anciana, correctamente vestidos y que parecían extraños á la casa, según miraban con curiosidad cuanto veían.

– ¿Qué demonios querrán esos?, preguntó la vieja. Parece que acaban de llegar de Pontoise...

Indudablemente debía ser muy servicial en el fondo, á menos que no fuese muy curiosa, pues tuvo la atención de salir de la casa y de dar algunos pasos en el jardín hasta encontrar á los recién venidos.

– ¿Qué es lo que desean los señores?, preguntó con acento que indicaba que había sido comercianta ó que lo era todavía.

– ¿La señorita de Beaurenom?

– Es aquí, respondió la señora Grenardón, desconfiando de los que llegaban.

– ¿Cómo está mi querida Herminia?, preguntó la anciana.

La señora Grenardón la miró un momento, y luego volvió los ojos hacia el joven, que esperaba la contestación sombrero en mano y como si saludara.

– Ha muerto, replicó; ¿serían también ustedes parientes suyos?

– Soy su tía por parte de su padre, la señora Permeny, ¿y usted, señora?...

– Soy su prima de parte de madre, contestó la señora Grenardón con tono seco.

Las dos mujeres cambiaron una mirada chispeante. El joven, que se había cubierto, abrió la puerta de la casa y se apartó para dejar pasar á su madre; pero antes que ésta entrara, la otra, que no era tan vieja y sí más ágil, había ya enfilado el corredor.

Entraron todos en el comedor y la señora Permeny preguntó:

– ¿Hace mucho que está usted aquí?

– Una hora, contestó la prima, con un tono que parecía un martillazo aplicado sobre los dedos.

Madre é hijo cambiaron una mirada.

– Si no nos hubiera escapado el tren, hubiéramos llegado antes, dijo el joven.

– Esto sucede algunas veces, hizo observar la señora Grenardón, que no cesaba de mirarlos.

Los recién venidos no contestaron.

– ¿Quién la ha cuidado?

– Hay una hermana de la Caridad en las habitaciones de arriba, contestó la prima.

– ¿Y nadie más?

– Nadie más.

– ¿Y el médico que nos ha escrito?

– Supongo que va á venir; pero tampoco le he visto.

– Esperaremos su llegada, dijo el joven con aire decidido; siéntese usted, mamá.

La anciana se sentó y su hijo le quitó el abrigo. La señora Grenardón tomó una silla y los tres se miraron con aire de desafío. Como si obedecieran á un mismo pensamiento, sus rostros expresaron luego mayor confianza.

– Supongo que somos los únicos parientes de la querida Herminia, dijo el joven.

– No lo sé, contestó la prima; pero jamás he oído decir que la difunta tuviera muchos parientes.
– ¿Hay testamento?
– La religiosa no sabe nada.
La señora Permeny levantó la vista y dijo:
– Me han hablado de una niña á quien mi sobrina protegía y que vivía con ella.
La señora Grenardón fijó en la anciana una mirada parecida, no á un cuchillo que mata, sino á una sierra que destroza.
– También tenía una criada, una mujer que estaba á su servicio hace más de treinta años
La prima indicó con un gesto que lo ignoraba y preguntó á su vez con acento agresivo:
– ¿Quién les ha dado esos detalles?
La otra no contestó, pues sin duda no le convenía indicar el origen de aquellos informes.
– ¡Vea usted lo que son los criados!, hizo observar su hijo: después de haberles protegido y colmado de beneficios, abandonan á sus amos en los momentos en que se ceba en ellos la desgracia.
La señora Grenardón asintió á lo que decía el joven.
– ¿Y en dónde se ocultan los obligados, los favorecidos, preguntó el joven, á quien una mujer más lista que la prima hubiese en seguida descubierto que era un abogado. ¿Dónde está esa niña, por la cual parece que había tenido muchas bondades?
La señora Grenardón indicó, encogiéndose de hombros, que lo ignoraba.
– Soy del parecer, dijo la señora Permeny, que podríamos recorrer la casa
Los otros dos herederos se levantaron con una prisa que demostraba cuán agradable les era aquella proposición. Sin duda alguna que cada uno de ellos hubiera preferido hacer solo aquella inspección; pero ya que era imposible, lo mejor era poner á mal tiempo buena cara, á fin de asegurarse de que todo se había hecho á conciencia.
La planta baja no fué objeto de grandes investigaciones, pues hasta la hora presente nadie ha oído decir que se escondiera un testamento dentro de una cacerola ó debajo de las losas de la cocina. Las cuevas y jardines parecen tener el monopolio de los escondrijos, mas nada indicaba que la señorita Herminia, que no debía haber previsto muerte tan repentina, hubiese pensado en ocultar las joyas ó la vajilla.
El saloncito estaba cerrado con llave, á pesar de un discreto empujón que había dado á la puerta el señor Permeny con el objeto de cerciorarse de que no era el pestillo enmohecido lo que resistía.
Viendo que la cerradura cumplía fielmente su cometido, los tres herederos tomaron el partido de subir al piso superior.
– He aquí la puerta de su habitación, dijo la señora Grenardón indicando el cuarto mortuorio: ahí está la religiosa.
– No entre usted, mamá, dijo el joven Permeny; estos tristes espectáculos la conmueven y la turban; la aflicción moral es ya un tributo pagado por la naturaleza á la pérdida de los allegados, no añada á ella la sacudida nerviosa que le producirá la vista de esos restos queridos
La señora Permeny llevó el pañuelo á los ojos y no entró en la cámara mortuoria. Los tres se dirigieron hacia otra puerta, que era la del cuarto tocador. Aquella habitación clara y alegre tenía una ventana que daba á los jardines.
Las llaves estaban puestas en las cerraduras, y al abrir armarios y cajones aparecieron los vestidos y la ropa de la señorita Herminia, arreglados según costumbre; únicamente el traje que había llevado el último día yacía en el suelo, lleno de barro y todavía húmedo, lo que hizo encogerse de hombros á la prima provinciana. En la antecámara había una tercera habitación que había escapado á sus investigaciones, y en el momento en que los herederos miraban hacia ella, se abrió de par en par la puerta inundando de luz la obscura escalera, y Marcela apareció en el dintel
Alta y esbelta, con los cabellos sueltos y con su bata de noche, de franela blanca, que le llegaba hasta los pies, semejaba una aparición celeste. Los tres intrusos retrocedieron sorprendidos y espantados.
– ¿Qué es esto?, preguntó la señora Grenardón, que era la que tenía más presencia de ánimo.
Marcela los miraba con ojos asustados. Cuando á fuerza de palabras cariñosas y cuidados, la hermana de la Caridad había conseguido que se acostara, la niña había entrado en su cuarto y tendídose en el lecho, y durmió con sueño profundo, que, á lo menos por unas cuantas horas, le hizo olvidar su triste situación.
Durante aquel tiempo, la religiosa había buscado y encontrado dos vecinos para dar parte del fallecimiento á la alcaldía, esperando que el doctor, cuya ausencia se prolongaba mucho, acabaría al cabo por venir y se cuidaría de las restantes ceremonias.
Aquel ruido de pasos y de voces había despertado á la niña. Al despertar estaba soñando que se encontraba en verano, que Rosa había vuelto y que la señorita Herminia estaba en el jardín, cubierta la cabeza con un sombrero de paja, Julio y Roberto jugaban con el perrazo, que daba saltos prodigiosos, y Marce la misma los miraba sonriente, apoyada contra su querida amiga... El estrépito de los tres pares de botas sonando en el recibidor despertó en ella, que aún soñaba, imágenes completamente contrapuestas: su imaginación pasó de repente, sin transición, al recuerdo de la noche de tempestad durante la cual llegó al chalet; lanzó un grito de terror, saltó de la cama y, no despierta todavía, abrió la puerta...



Soy la señora Grenardón

– ¿Qué es esto?, repitió la señora Grenardón, avanzando atrevidamente.
La blanca aparición retrocedió hasta el pie de la cama, y los herederos, ya tranquilizados, entraron en el cuarto
– Es bonito este cuarto, hizo observar el joven Permeny, sacando unos lentes que hasta entonces había tenido guardados en su bolsillo y que dirigió hacia las cortinas, la cama y luego hacia Marcela. La niña miraba con terror y uno tras otro á aquellos desconocidos que violaban su santuario.
– ¿Quién es usted, hija mía?, preguntó la señora Permeny, con un acento á la vez digno y tranquilizador
– Marcela Monfort, dijo la niña, alzándose el cabello.
– Es ella, dijo confidencialmente la anciana á su hijo.
Éste cerró los lentes y adoptó un continente reservado.
– ¿Quién?, preguntó la señora Grenardón con su voz áspera.
– Es la protegida de la señorita de Beaurenom, dijo el joven Permeny en voz baja.
La prima echó á Marcela una mirada de víbora. Pero por fortuna la niña, avergonzada, estaba con los ojos bajos
– Debe saber muchas cosas, insinuó la señora Permeny.
Su rival en herencia le lanzó una mirada de reconocimiento que significaba: Interroguémosla.
El interrogatorio empezó, efectivamente: Marcela de pie, con los pies desnudos sobre la alfombra, apoyada en su cama, estremeciéndose de frío y de pudor á un tiempo, contestó lo mejor que pudo, no comprendiendo por qué aquellas personas crueles escudriñaban hasta el fondo de sus recuerdos más sagrados.
¿Cuál era habitualmente la comida de la casa? ¿Cuánto ganaba Rosa? ¿La señorita Herminia ahorraba mucho dinero? ¿Tenía muchos cubiertos y servicio de plata? ¿Debíase algo á los tenderos? ¿Marcela tenía profesores? ¿Le hacía la señorita muchos regalos?
– Sí, no, no sé...
La pequeñuela sólo daba estas contestaciones, sin saber si hacía bien ó mal al contestar. Todos los sentimientos de delicadeza de que estaba dotada y que la educación había desarrollado, pedían compasión en el fondo de su alma, y los ojos cándidos de la niña, que la vergüenza no hacía ya bajar y que tenía fijos en sus verdugos, como implorando piedad, revelaban por modo claro la reacción de aquella alma tierna, de aquel espíritu levantado, contra aquellas criaturas mezquinas.
– ¿Y el notario?, insinuó el joven Permeny, sacando otra vez los lentes.
– No sé lo que es un notario, contestó Marcela haciendo un movimiento como para escaparse
– ¿Y el testamento? ¿Sabe usted si ha hecho testamento?.., chilló la voz de la prima.
– Señores herederos, dijo la hermana de la Caridad detrás de ellos, se desea saber cuáles son sus intenciones para el entierro.
Se volvieron, y Marcela, libre de sus miradas, respiró con satisfacción.
La religiosa había desaparecido, y la puerta del cuarto mortuorio, cerrándose discretamente, indicó á los forasteros que aquélla había vuelto á su sitio.
Inquietos, observándose unos á otros, bajaron al comedor, donde encontraron á los empleados de la funeraria.
Al quedar sola, Marcela se apresuró á vestirse. Temblábanle febrilmente las manos al atar los cordones, al abrocharse las presillas.. Tenía prisa por estar vestida, por salir, para ir á cualquier parte. ¿Adónde? No lo sabía siquiera; pero para evitar las miradas de aquella gente que la interrogaron con tanta crueldad, hubiese ido al fin del mundo.
¿Dónde estaba el doctor? ¿Por qué no venía? No podía figurarse siquiera que el buen hombre, yendo de enfermo en enfermo, había vuelto á su casa á las cuatro de la madrugada, y á las cinco volvía á salir para ir al otro lado de París á visitar á un niño atacado de crup. Hay días que son para los médicos parecidos á los de batalla para un general en jefe. Es preciso saber acampar, sin tener necesidad de dormir, en el propio sitio del combate.

XXVIII

Los empleados de la funeraria se marcharon de allí sin órdenes precisas. El médico forense vino á cumplir con su triste cometido, y el Sr. de Permeny, asaltado por una idea súbita, salió poco después con una prisa que no hubiese hecho sospechar su incipiente gordura.
Entonces pasaba un ómnibus; saltó dentro y se dejó llevar hacia el centro de París, presa de los horrores de la incertidumbre.
Marcela, que había terminado de arreglarse, le vió salir, oculta detrás de las cortinas, y no pudo reprimir un ademán de satisfacción viendo aquel hombre, apenas conocido y ya aborrecido, desaparecer detrás de la verja Abrió despacito la puerta de su cuarto y escuchó. Las dos señoras hablaban amistosamente en la planta baja; habían logrado dar con la llave del saloncito y se entretenían en escudriñar todos los muebles que encerraba
Una antigua arquilla de nogal con aplicaciones de cobre fué materialmente saqueada; pero ni en sus cajones, que se sacaron uno á uno, ni entre sus divisiones, que se palparon y se auscultaron – si así puede decirse – para saber si encerraban algún secreto, pudo encontrarse el famoso y tan deseado como temido testamento.
Todos los papeles fueron clasificados, leídos, inventariados; pero el testamento no pareció.
Marcela tomó tantas precauciones para no hacer ruido, que no parecía sino que iba á cometer un crimen. Salió de su cuarto y se dirigió al de su amiga. Al poner la mano en el pomo, en aquel objeto familiar que tantas veces había oprimido en tanto que escuchaba una recomendación, un consejo ó contemplaba á su bienhechora cómo le sonreía, su corazón se conmovió y la fuente de sus lágrimas corrió de nuevo, aliviando el peso de su alma oprimida.
Entró y volvió los ojos hacia donde su amiga dormía tranquila el augusto sueño de la muerte La breve enfermedad no había tenido tiempo de alterar sus facciones, y conservaba el aspecto sonriente casi que le era habitual; únicamente los ojos cerrados y la afilada nariz acusaban la presencia de la muerte. La religiosa levantó la cabeza y su mirada atrajo á Marcela, que se acercó al lecho y se apoyó en uno de sus pilares.
– ¡Oh, mi buena amiga, dijo en voz baja, oh bienhechora mía, que jamás me dirigió una palabra dura, que no me hizo nunca ningún reproche injusto, que me acogió cuando todos me rechazaban.., premie Dios todo el bien que me ha hecho, y ojalá le dé el sitio que á su lado merece..., mi buena amiga, mi amada bienhechora, á quien tanto y tan de veras he amado!

(Continuará)

LAS MATANZAS DE CRISTIANOS
EN KU-CHENG

En los números 714 y 720 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, correspondientes al 2 de septiembre y 14 de octubre últimos respectivamente, dimos detallada noticia de la horrible matanza llevada á cabo en los misioneros cristianos de Ku-cheng y algunos individuos de sus familias, hasta el número de once personas, por un considerable grupo de afiliados á la secta china de los «Vegetarianos.» A los artículos en que nos ocupábamos de tan pausible crimen, acompañaban algunos grabados representando los retratos del misionero Stewart y su esposa, brutalmente asesinados; vistas del lugar de la catástrofe, y el sitio donde se ha dado entierro á las víctimas.

Hoy completamos estos detalles con otros grabados en que se representa el Tribunal y los presos, los jueces y la comisión; siendo estas las primeras ilustraciones que han llegado á Europa acerca del proceso seguido á los asesinos.

Gracias á la energía con que el presidente del Consejo de ministros de Inglaterra lord Salisbury hizo llegar sus reclamaciones al gobierno chino, éste no ha podido dar largas al asunto, sino que se ha visto obligado á proceder con toda diligencia para dar la satisfacción exigida, y sus órdenes han debido ser tan apremiantes que los miembros de la sociedad secreta de los Vegetarianos, responsables de los asesinatos, han ido cayendo en su poder uno tras otro, han sido cargados de cadenas, atormentados de varios modos y azotados cruelmente hasta que se les ha obligado á confesar su participación en el delito, habiendo sufrido en consecuencia la última pena.

Uno de los grabados que publicamos hoy, representa la sala del tribunal que los ha juzgado y que abunda en interesantes detalles. Las pequeñas mesas sobre las que se ven tazas de te para que la comisión refrescara, con el aditamento de bollos y pasteles y copas de vino para restaurar las fuerzas; las tiras de papel pintado pegadas á la pared, y el abanico ventilador colgado del techo, introducido por los europeos, son detalles dignos de nota.

Las figuras de los individuos que componen el tribunal son verdaderos retratos de los miembros de la comisión mixta, china, europea y americana que ha juzgado á los criminales.



MING-CHIANG-CHEK,
uno de los asesinos de los misioneros de Ku-Cheng, el famoso n.º 7, condenado á muerte

En el centro de la sala se situaba á los presos, arrodillados, ó mejor dicho, puestos á gatas ante sus jueces; allí se les sujetaban las piernas con cadenas para obligarlos á prosternarse; allí se les azotaba á pesar de las protestas de algunos jueces europeos, y después se les conducía á una estancia inmediata, donde se les apaleaba mientras continuaba la deliberación.

En otro de los grabados se ve al famoso Ming-Chiang-Chek, custodiado por los dos soldados que procedieron á su captura y que ganaron la recompensa de 800 dollars ofrecida al que lo cogiese. Dichos soldados llevan dagas desnudas en las manos, y uno de ellos sujeta la cuerda que va atada á la larga coleta del prisionero. Éste, arrodillado, con la manga de la blusa teñida en su propia sangre vertida por las heridas que le causaron sus aprehensores, fija la vista en los mandarines y europeos que deben juzgarle.

Ming-Chiang-Chek fué quien, empuñando un agudo tridente, rompió la marcha para allanar la casa misión y el primero que entró en ella; quien, según confesión propia, atravesó con su arma á una señora; quien ayudó al asesino de M. Stewart; quien dió muerte á una jovencita en la misma casa y acometió en seguida á miss Harsford, la cual pudo librarse de sus golpes gracias á haberla defendido su criado con indecible arrojo, aunque saliendo gravemente herido.

Sentenciado á muerte, el fanático sectario ha pagado con la vida sus abominables crímenes.

A pesar de tan inmediatos y justos castigos, es de temer que se reproduzcan análogos desafueros, pues la efervescencia continúa entre los sectarios chinos, que llevados de su fanatismo intolerante, de su ignorancia y de su antipatía á los occidentales, son materia dispuesta para todo atentado contra éstos. – X.



LA MATANZA DE MISIONEROS EN KU-CHENG
PROCESO DE LOS ASESINOS. LA COMISIÓN INTERNACIONAL EN SESIÓN: UNO DE LOS PRESOS ANTE EL TRIBUNAL

LA PRINCESA
MARÍA DE SAJONIA-COBURGO-GOTHA
Y SU HIJO CARLOS

El actual rey de Rumanía Carlos I no tiene sucesión directa, por lo que á su muerte heredará la corona rumana su sobrino Fernando de Prusia, hijo segundo de Leopoldo, príncipe de Hohenzollern, por haber renunciado á aquella sucesión su hermano mayor Guillermo en 1888. Fernando se casó en 11 de enero de 1893 con la princesa María de Sajonia-Coburgo-Gotha y de su matrimonio ha tenido dos hijos, Carlos é Isabel, nacidos respectivamente en 15 de octubre de 1893 y 11 de octubre de 1894. Carlos, cuyo retrato con el de su madre publicamos en esta página, es, pues, el presunto heredero del trono de Rumanía.



LA PRINCESA MARÍA DE SAJONIA-COBURGO-GOTHA Y SU HIJO CARLOS presunto heredero del trono de Rumanía

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

ANANT PEL' MON, por *Santiago Rusiñol.* – Santiago Rusiñol, el artista tan justamente celebrado, maneja con la misma facilidad que los pinceles la pluma: pero lo mismo pintando que escribiendo resulta pintor, porque sus escritos son cuadros admirablemente observados, profundamente sentidos y reproducidos con todos los encantos y detalles del natural. Sus descripciones son gráficas, sus impresiones sinceras, sus juicios claros y justos y su lenguaje sencillo, familiar y elegante, con muchos toques de delicioso humorismo. Los artículos reunidos en el tomo que nos ocupa se leen con verdadero deleite porque son la expresión de lo que siente y piensa un hombre que tan bien sabe pensar y sentir, y reproducción fidelísima de lo que ve y observa un espíritu que tan admirablemente sabe ver y observar. *Anant pel' mon*, que ha sido elegantemente impreso en la imprenta *L'Avenç*, se vende á cuatro pesetas.

* * *

CUENTOS NACIONALES, por *Angel Rodríguez Chaves.* – Los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA conocen de sobra al autor de este libro, antiguo y asiduo colaborador de nuestro periódico: nada podemos, por lo mismo, decirles que no tengan más que sabido. Angel Rodríguez Chaves es, por decirlo así, un especialista para referir en forma novelesca los episodios de nuestra historia en el primer tercio de nuestro siglo; nadie le aventaja en ese género de cuentos que varias veces han podido saborear nuestros suscriptores. Doce de estas narraciones, á cual más bella, forman el tomo que nos ocupa y que lleva muchas y muy bonitas ilustraciones de Cilla, Mota, Rojas y Vidal. *Cuentos Nacionales* se vende á dos pesetas.

DOCE ESPAÑOLES DE BROCHA GORDA, por *Antonio Flores.* – La *Biblioteca Diamante* que con tanto éxito publica el editor barcelonés Sr. López ha publicado en sus tomos 33 y 34 la conocida obra de D. Antonio Flores *Doce españoles de brocha gorda.* Nuestros lectores han podido apreciar el género que con tanta gloria cultivó el eximio autor de *Ayer, hoy y mañana:* al mismo pertenece la obra que nos ocupa, y este es el mejor elogio que de ella puede hacerse. Los dos tomos se venden al precio de dos reales cada uno.

* * *

ALMANACH DE LA ESQUELLA DE LA TORRATXA, 1896. – Multitud de artículos, epigramas, poesías y cuentos y unos trescientos grabados de todos géneros constituyen este almanaque que con éxito creciente viene publicando la casa editorial barcelonesa López desde hace ocho años: figuran en él las firmas de nuestros primeros escritores y de los artistas españoles más reputados. Con tales elementos inútil es decir cuan agradables y entretenidas resultan la lectura de tantas bellezas literarias y la vista de tantos primores artísticos. Como el *Almanach de la Esquella de la Torratxa* es de los libros que por sí solos se recomiendan y que el público agota en poco tiempo, no hay necesidad de hacer de él mayores elogios. Véndese á una peseta en las principales librerías.

* * *

ARTE DE CURAR ENFERMOS, por *el Dr. Trinidad Pardo de Tavera.* – El distinguido doctor en medicina Sr. Pardo de Tavera acaba de publicar en Manila un libro en extremo interesante, destinado á prestar grande utilidad en el archipiélago filipino.

Trátase de una verdadera colección de instrucciones y consejos, encaminados á vulgarizar conocimientos útiles y necesarios, que por haberlos dedicado nuestro amigo á los indígenas del archipiélago, están escritos con suma sencillez y claridad.

Creemos que el ilustrado doctor ha prestado un gran servicio á su patria y á la humanidad, y en este concepto le felicitamos, deseando que pueda ver recompensados sus afanes.

* * *

LO SABBÁTH, *ensayo poético en lengua catalana,* por *Julián Bastinos.* – Debe considerarse la obra del Sr. Bastinos como un esfuerzo de imaginación, resultando en ella realizado el propósito que ha perseguido el autor; esto es, pintar con exactitud los hechos, de manera que se aproximen á la realidad.

Llama la atención el ingenio de que da muestra el Sr. Bastinos, al describir el *aquelarre*, para tratar de asuntos y escenas un tanto difíciles y escabrosas.

* * *

EL ENDECASÍLABO DACTÍLICO, por *Eduardo de la Barra.* – Una crítica de Clarín poco favorable al poeta nicaragüense Rubén Darío ha motivado una réplica del reputado escritor argentino Eduardo de la Barra, de la Real Academia Española, en la que se hace un estudio histórico-crítico del endecasílabo dactílico, cuyo origen en Castilla data del siglo XV. Es un trabajo eruditísimo, nutrido de datos interesantes referentes no sólo á la literatura castellana, sino que también á otras más remotas. Ha sido impreso en Rosario de Santafé, imprenta de Ferrazini y compañía, Rioja, 772.



NUEVA CASA DE CORREOS DE COLOMBO (CEYLÁN.) De fotografía

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 16 de diciembre de 1895 — Núm. 729

Con el próximo número repartiremos el tomo tercero de «América. Historia de su colonización, dominación é independencia.»



VAQUERO, dibujo original de Baldomero Galofre

ADVERTENCIA

Consecuentes en nuestro propósito de dar al primer número de cada año de **La Ilustración Artística** un carácter original é interesante, dedicaremos el correspondiente á 1.º de Enero de 1896 á todos los jefes de Estado europeos y americanos que lo han sido en lo que va del presente siglo

A pesar de las dificultades grandísimas que hemos encontrado en la realización de este pensamiento, hemos conseguido reunir casi todos los materiales que para dicho número necesitábamos, no habiendo perdonado esfuerzo ni omitido sacrificio alguno á fin de obtener los centenares de retratos de otros tantos gobernantes supremos en los Estados de Europa y América, acudiendo para ello á los archivos, centros, casas editoriales, consulados, legaciones y aun á los mismos presidentes de las Repúblicas americanas. Gracias á ello, podemos ofrecer un número de verdadera importancia por su interés histórico y artístico, que no dudamos merecerá el aplauso de nuestros suscriptores.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Muertes y muertos. – Barthelemy Saint-Hilaire. – Sus estudios orientales. – Su traducción de Aristóteles. – Paralelo entre Barthelemy Saint-Hilaire y Challemel Lacour. – Resurrección de este último. – Dumas hijo. – Benevolencia universal. – Influjo de Dumas en las letras contemporáneas. – Su ingenio. – Su mérito capital. – Reflexiones. – Conclusión.

Muy tristes habrán de ser estas crónicas, porque muy entristecido se halla el corazón. La muerte se dilata como un océano de sombras por lo infinito; y los mundos parecen piedras caídas en sus abismos, y los soles pavesas parecen extinguibles á sus hálitos. No me asusta que la muerte nos rodee por todas partes, y que cada planeta se nos presente como isla rodeada del silencio y del vacío. Pero sí me apenan las almas que van delante de nosotros como luctuosas evaporaciones y la procesión de ataúdes que nos precede camino de la eternidad. El sobrevivir á tantas personas queridas en este mundo y el aguardar por espacio tan largo reunirnos con ellas en el otro, entristecen y asombran los últimos días de nuestra vida. Tres grandes publicistas y escritores acaban de morir ahora, Saint-Hilaire, Dumas, Lacour. Al segundo nunca lo traté; por casualidad me vi con él casa de Legouvé, cierta velada en que daba el insigne autor de *Adriana Lecouvreur* una recepción y una comida en mi obsequio el año 75. Ni antes lo vi, ni después he vuelto á verlo. Pero Saint-Hilaire y Challemel eran de mis mejores amigos. Conocí al uno casa de Thiers, al otro casa de Gambetta, en aquellos altísimos sitios, donde se tocaban las cumbres del humano espíritu y absorbía uno por todos sus poros el éter de las grandes ideas. Los dos eran más filósofos que políticos, volviendo el uno su pensamiento al mundo antiguo, á Grecia y la India; mientras el otro al mundo moderno, á Inglaterra y Alemania. Saint-Hilaire era un benedictino por la paciencia en el estudio; Challemel un pensador genial por la copia de ideas y la bella forma en que solía encerrarlas, así cuando hablaba como cuando escribía. Mientras Saint-Hilaire había estudiado á Buda con Mahoma, traducido todo Aristóteles y una parte de Platón; Lacour escribía y hablaba como si estuviese conversando con Schopenhaüer y con Hegel. En Filosofía siguió al comienzo de su vida Saint-Hilaire las teorías de Cousin; y en política siguió al fin de su vida las ideas de Thiers. Challemel siguió en ciencias la filosofía germánica, sin enajenarle su propia substantividad; y en política fué un devoto de Gambetta, por tal modo, que algunos le consultaban, tras la muerte del jefe, como si éste le transmitiera su pensamiento, cual á un oráculo, desde la eternidad.

¡Qué colosal obra la traducción de Aristóteles por Saint-Hilaire! Platón es el espíritu de Sócrates dilatándose en Dios, como Aristóteles el espíritu de Sócrates dilatándose en la naturaleza. Nada más común que tener al gran Aristóteles por sensualista; nada más distante de la inteligencia del filósofo. Es cierto que Aristóteles combate las ideas de Platón; mas las combate por creerlas indeterminadas, sobre todo porque arranca del espíritu aquello que es peculiar al espíritu, á su índole y naturaleza. Las categorías, en que muestra cómo las cualidades de los seres principalmente se hallan en nuestro espíritu, son más fieles al pensamiento de Sócrates que las mismas ideas platónicas. Aquella ecuación de la idea y del objeto, que es el sentido que la verdad en Aristóteles tiene; aquel sistema de la construcción de las cosas por sus nociones; la inteligencia del alma; la unidad que da él á su física; sus consideraciones sobre la naturaleza, cuyas leyes aparta cuidadosamente del acaso y de lo fortuito; su distinción entre el alma y el cuerpo como entre Dios y el mundo; la inmortalidad reconocida en lo que llama espíritu nacional; su estudio de la sensación y de la idea; su profunda comprensión del pensamiento; estos y otros muchos dogmas aristotélicos dicen y enseñan que tan grande filósofo era fiel, muy fiel á la doctrina de Sócrates. Así, es la filosofía de Aristóteles como el testamento de la idea clásica recogido luego por Santo Tomás en el gran siglo católico de la Edad media y hecho base fundamental de toda la teología romana. Parece imposible que un hombre solo conciba obra tan vasta como la obra de Aristóteles; y parece imposible que un hombre solo pueda traducirla.

Al entrar en este punto de mi revista, encuéntrome con un resucitado y redivivo, Challemel Lacour. Hase muerto un vicepresidente del Senado con apellido muy análogo al suyo; y una telegráfica equivocación de las agencias hizo que nos equivocásemos todos. No borro lo escrito arriba sobre la persona de Lacour, pues da idea del grande pensador, á quien creíamos ya muerto, y como muerto hemos llorado. Así que he sabido la equivocación, he puesto el telegrama siguiente: «Challemel Lacour, presidente Senado, París. Me regocija tanto la noticia de su resurrección cuanto me apenó la noticia de su muerte. – *Castelar.*» Quien ha muerto de veras y está pudriendo tierra ya es Alejandro Dumas hijo. El mundo no le ha quitado nunca este último carácter, porque cualquiera que haya sido su altura, junto al padre, al coloso, eternamente parecerá diminuto y pequeño. ¡Qué grande hombre Alejandro Dumas primero! Decimos que vivir es cosa triste, y sin embargo tenemos como un don preciosísimo en nuestra memoria el recuerdo de los primeros días de nuestra vida. Y el gran Dumas ha formado con sus libros como integrante factor del período de la infancia en mi generación. La curiosidad es característica de los niños civilizados, como la indiferencia de los niños salvajes. Y á esta curiosidad de la niñez, que dura por toda una vida, se dirigió Alejandro Dumas, logrando, según lo hercúleo de sus trabajos y lo numeroso de sus obras, favor tal en el público europeo y americano, que su nombre solo constituye un ciclo literario entero. Cuando estaba en el apogeo de su gloria, en el período creador suyo, escribiendo á la vez diez novelas y llenando los folletines del orbe con sus cuartillas, que caían sobre las prensas como caen copos de nieve desde las pardas nubes invernales, yo devoraba los *Tres Mosqueteros*, pésimamente traducidos al español, y puestos como cebo de suscripción en las columnas del *Heraldo*. Nunca olvidaré la profundísima huella que dejara en mi ánimo semejante obra. Los personajes mostraban tal relieve que yo los veía, les hablaba, distinguía sus facciones y caracteres; los comparaba con los personajes del mundo real circunstantes por mí conocidos y tratados. El interés de tal extraño libro crecía, según iba yo aumentando la lectura, por tal modo, que de folletín á folletín me poseía y dominaba una febril impaciencia, esperando, tras las aventuras leídas, las aventuras venideras, como si hubiesen atañido á una persona querida con la cual me ligase amistad ó parentesco, pues así penetraban en el corazón y concluían por hacer parte íntima del alma. Indudablemente no se podía buscar en Alejandro Dumas lo que halláis en otros escritores, quizás de principal y primer orden: la idea. Esos análisis del pensamiento y del corazón humanos, que llegan á convertir en libro de filosofía una novela de Balzac, no son propios del alado y ligero espíritu de Dumas. Balzac entra en el mundo como un verdadero naturalista en los campos, con el anteojo á la mano, el alfiler entre los dedos para disecar los insectillos, el propósito en la voluntad de una observación profunda y de un estudio científico. Dumas entra en el mundo como un verdadero sátiro en los campos, con el propósito de tenderse á la bartola después de correr tras las ninfas, devorar las uvas que cuelgan de cepas y parras, beber vino hasta la embriaguez, holgarse con todo hasta el delirio, divertirse hasta el aturdimiento. Dumas padre personificaba el desorden; Dumas hijo todo el orden. La espontaneidad brota en aquél, mientras la reflexión rigiera siempre á éste. Improvisaba el uno, entregándose á sus sueños; y producía el otro con inmensa concentración en sí mismo, acompañada de un prolijo trabajo y de un profundo estudio. A Dumas padre debe llamársele un genio; á Dumas hijo debe llamársele un ingenio. La inspiración brotaba del padre á borbotones; la frase muy perfilada, tras un cincelado larguísimo, producía el heredero á la manera que pulían y esmaltaban y engarzaban en una especie de alicatados áureos los joyeros del Renacimiento. Los tipos de Dumas padre tenían vida y robustez; casi todos los tipos del hijo adolecen de una grande anemia, como su famosa *Margarita Gauthier*. Pensaba y sentía más que su padre Alejandro Dumas hijo; creaba y producía menos. Convencido profundamente de que á su padre le habían faltado para hombrearse con Víctor Hugo y Lamartine y Musset el pensamiento y el estilo, pensó mucho; escribió en una forma que llegó á ser clásica dentro de su patria y cuyo precio se quilata en la estimación que le han dado los escritores franceses, todos á una, escribiendo sus recientes necrologías. Para mí su principal facultad estaba en una ironía verdaderamente ática, por la cual descollaba entre todos; y en un estilo tan castigado y tan sobrio y tan castizo, que le dió una palma semejante á la palma de Renán en todo lo relativo á expresión y á lenguaje. Pero los dramas, excepto su *Dama de las camelias*, donde hay mucho sentimiento, generador de mucha emoción, me parecen novelas dialogadas, en que las disertaciones abundan y escasean interés y acción. Con esto, y con todo, se ha extinguido un astro de primera magnitud en el cielo de las letras.

Madrid, 9 de noviembre de 1895.

TATA

No es un nombre propio, como pudieran creer algunos peninsulares, el que sirve de epígrafe á estas líneas; es un sustantivo común, con vehementes y justificables deseos de ocupar su sitio en el Diccionario oficial. Esta voz, de uso muy corriente en estos países, es sinónima de padre. Es una expresión cariñosísima que emplèan por estas tierras el vulgo y las gentes que no son vulgo.

Estudiando la palabra, dice Magariños Cervantes en su vocabulario *Rioplatense* que, según Pineda, *Agric Crist*, *tata* es una transformación sin duda de *taita*, que así como *mama*, era lo primero que antiguamente (?) aprendían á decir á sus padres los niños. Y añade el mencionado Magariños que en quichua al padre le llaman *tata*, cuya raíz *tat* indica expresión de cariño. De donde se deduce que *taita*, diminutivo de *tata*, y que ya figura en el Diccionario, será tan bonito como *mamita* y de un parentesco indiscutible, y que figura en la hermosa lengua quichua.

Trataremos de ampliar lo dicho por tan estudioso autor. Desde luego, y conforme acabamos de apuntar, nos parece tan hermoso *tatita* como mamita y por consiguiente tan lógicos *tata* como mama. El niño al comenzar á hablar tiene tendencia á servirse de sílabas en que entren vocales fuertes, y así le oímos *mama*, *rorro*, *nana*, TATA, y pocas veces *tío*, *vino*, etc., y si á la madre la llama *mama*, ¿por qué no papa ó *tata* al padre? Papa figura en el léxico oficial, no así *tata*. Pero en cambio encuentro en él dos parientes suyos muy cercanos, *taita* y *tato*, este último vocablo digno de llamar nuestra atención por su significado. Dice la Academia: «*Tato*, hermano pequeño;» luego *tata* puede ser en Aragón hermana pequeña, y de hermana á padre la distancia no es mucha. Ya sé que me pueden argüir que *tata* es femenino, á lo que replicaría con una verdad de Perogrullo, y es que no todos los terminados en *a* son femeninos; ejemplos, sin salirnos de la cuestión, *papa* y *taita*.

La voz *tata*, si bien no figura en nuestro Diccionario, no es desconocida en uno de los idiomas romances de Europa, en el valaco. En esa lengua, derivada como la nuestra del latín, padre es *tata*. De manera que etimológicamente encontramos el vocablo en los idiomas quichua y valaco, y si la emplean en la República Argentina, y su formación ideológica es justa por parecerse á *mama*, y su derivación razonable por proceder del quichua y no pugnar con la estructura de los idiomas romances, ya que figura en el valaco y en el *Diccionario de la Academia* se registran *tato* y *tatita*, ¿por qué no incluir *tata* en el léxico oficial?

Otra voz parecida registra la Academia, *nana*, niñera ó nodriza, en Méjico, palabra que con *mama*, *papa*, *rorro*, etc. (que figuran en el Diccionario), por su simplicidad constituyen el reducidísimo vocabulario del niño que comienza á hablar.

Por estas ligerísimas razones me atrevo á proponer que la palabra *tata*, con la nota si se quiere de pr. Arg., se incluya en la próxima edición del *Diccionario de la Real Academia*

R. MONNER SANZ

Buenos Aires, octubre de 1895.



EDUARDO ZAMACOIS



SEMBLANZA

Del pintor voy á ocuparme; del chispeante artista que pintó de modo maravilloso *La educación de un príncipe*, *Jaque á la reina* y tantos otros cuadritos de género, no superados por nadie, ni en la intención, ni en la gracia, ni en la vida con que aparecen trazadas las figuras, ni en el colorido, y (perdónenme los que así no piensen) ni en el dibujo tampoco. Sí; de Eduardo Zamacois, olvidado, ó casi olvidado – cual acontece á Valeriano Bécquer – de los artistas del día, de nuestros críticos, quienes á la continua nos hacen trabar conocimientos nuevos, con rapsodistas extranjeros de nuestros aficionados, y en fin, de cuantos pasan por amantes del arte pictórico español de pura raza.

En el Museo Nacional existe un cuadrito de Zamacois, que Meissonier admiró. Titúlase *Los mendicantes;* dos frailes de la orden franciscana, uno de los cuales lleva del ronzal á un burro blanco, maravillosamente hecho, cargado con amplias alforjas repletas de aves y comestibles. Ambos frailes se inclinan ante unos caballeros del siglo XVII, que á la puerta de un mesón están, y que devuelven cumplidamente el saludo á los hijos de San Francisco quitándose con cierta socarronería los amplios chambergos. Esta escena de deliciosa sencillez, de factura prodigiosa, de colorido fresco y brillante, sin que por eso pueda tildarse – ni por asomos – de «colorinista,» está desarrollada en una tablita que escasamente medirá veinte centímetros por doce ó catorce de alto. Que yo sepa, es la única esta obra que posee el Estado del pincel inmortal de Zamacois. Por eso la recuerdo aquí.

Permitidme que antes de relatar algunas de las anécdotas que esmaltan la vida del insigne pintor, diga algo que hace mucho tiempo vengo sintiendo deseos de decir, en periódico como La Ilustración Artística, dedicado exclusivamente á poner de relieve el valor y la importancia del arte contemporáneo. Pudiera suceder que el deseo de que hablo, por fuerza de las circunstancias no me fuese posible desarrollarlo en años; quizás nunca. Y este deseo es, que plumas de tanto prestigio como la de Balart, de Picón ó de algún otro crítico notable é historiógrafo de arte acometa la empresa de hacer una *Historia de la pintura contemporánea*, con el fin, no solamente patriótico, de aquilatar la importancia de nuestro senso en este concepto, sino también con el de arrancar del olvido en que yacen á pintores de tanta valía como aquel cuyo nombre va al frente de este artículo.

Porque yo he aprendido que así como en todas las ramas del saber humano se viene señalando una tendencia (que no habré de calificar ahora) en favor de doctrinas exclusivas de escuela, con objeto de saber á punto fijo la importancia que en el desenvolvimiento de la cultura alcanzada en estos últimos años del siglo XIX han tenido las naciones, cada una de por sí, así también nosotros, al igual que Menéndez Pelayo al hacer ese «balance» en sus *Ensayos sobre filosofía*, y especialmente al recabar para España el prekantismo y el preescepticismo filosófico, arrancando del obscuro fondo del cuadro del saber nacional, en los siglos XV y XVI, figuras de la talla de Vives, de Francisco Sánchez, de Fox, Morcillo y de otros filósofos, debemos recabar en el mundo del arte los puestos que en él por derecho nos corresponden, á fin de que se dé á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; pues parece cosa aceptada ya la de tener como novísimas manifestaciones tendencias é ideas artísticas – concretando – pictóricas, ideas, tendencias y manifestaciones que en España se han producido, cuando no eran sospechadas por nadie en el resto de Europa.

Y dicho lo que antecede, vamos con Zamacois.

Cuando no contaba muchos días más de los veinte años, encaminóse á París, con objeto de entrar, como discípulo, en el taller de Meissonier, quien á la sazón llenaba el mundo artístico con sus cuadros de la «epopeya napoleónica.» Presentóse Eduardo Zamacois, ó le presentaron – que con esto no andan conformes las historias, – al célebre pintor. Meissonier hizo que le mostrase algún trabajo, pues no quería admitir á ningún aprendiz, sino discípulos que tuviesen ya ciertos conocimientos superiores; en una palabra, Meissonier hizo entender á nuestro compatriota que solamente admitía artistas en su taller que no tuviesen necesidad de otra enseñanza que la de una educación estética elevada. Zamacois le mostró un cuadrito que representaba á unos caballeros del siglo XVI, escoltando una carroza de viaje. Largo tiempo estuvo el autor de *La retirada de Rusia* contemplando el cuadro del que solicitaba su dirección. Al fin, exclamó el célebre pintor, mirando alternativamente al cuadro y á Zamacois:

– Pero ¿qué es lo que usted quiere que yo le enseñe?

Comenzó á trabajar nuestro compatriota bajo la investigadora mirada de Meissonier, quien, hablando con varios colegas suyos y con ilustres críticos (Paul de Saint-Víctor uno de ellos), profetizaba días de gloria para Zamacois. Así estuvo sometido á la autoridad artística del gran pintor francés durante algún tiempo; pero al cabo se comenzó á impacientar con las observaciones del maestro, quien pretendía dirigirle por derroteros que no sentía el discípulo. Zamacois antes que nada era un pintor de costumbres, epigramático muchas veces, hasta lindar con la irreverencia á ciertas clases para las cuales Meissonier tenía grandes miramientos. Cierto día Meissonier, malhumorado, advirtió al discípulo algo secamente respecto de sus tendencias, y entonces, con toda la vivacidad y el gracejo de su temperamento meridional, replicó el discípulo:

– ¿Qué se me importa de las glorias nacionales, ni de las de todos esos caballeros hinchados de vanidad, que á vos tanto os seducen? ¡Pardiez, que para pintar lo que se me antoje no necesito consejos!

Y dando media vuelta abandonó el taller de Meissonier.

De regreso de su viaje á Roma se le ocurrió pintar un cuadrito, que, como los titulados *El bufón del rey* y *La educación de un príncipe*, obtuvo un éxito grande. Los tales cuadritos son cada uno una sátira cruel, casi una venganza de otros tantos sucesos que le acaecieron. Helos aquí, como me los han referido amigos que fueron y colegas del pintor.

Hallábase Zamacois (no recuerdo si en Possilipo) en ocasión en que no andaba muy abundante de dinero, y con el fin de ahorrarse el hospedaje lo pidió en un convento de franciscanos allí existente. Los frailes le acogieron y le señalaron una celda en la hospedería, donde por todo ajuar había un catre de tablas y un banco.

En vano esperó Zamacois la hora en que le llamasen al refectorio. Llega la noche, y el artista tenía un hambre terrible. Decidióse á pedir algo de comer, y el hermano que le abriera la puerta del convento, después de varias idas y venidas, le condujo al refectorio, y sobre la pulida mesa de roble le puso una escudilla con un líquido compuesto de agua, sal y aceite, en el que nadaban unos cuantos mendrugos.

– Vivimos de la limosna, díjole el fraile reparando en el gesto de Zamacois. Nuestra orden es muy estrecha.

Hizo el artista – como dice la frase vulgar – de tripas corazón, y se echó al coleto aquello; pero á la madrugada el aceite le produjo la operación de todo laxante y pasó el resto de la noche en continuo movimiento. Al día siguiente por la mañana, sin dar los buenos días á nadie, Zamacois abandonó el convento, con doble ración de hambre. Pero cátate que cuando iba camino de la población, y después de haber almorzado mediante unos cuantos sueldos en un ventorrillo, se encuentra á uno de los frailes del convento en donde pernoctara, muy atareado en desatascar un burro que llevaba las artolas repletas de legumbres, jamones, aves, etc., recogidas durante la mañana en los contornos y en la villa inmediata. La venganza del artista fué pintar el cuadrito titulado *Vuelta al convento*, que representa de un modo picante y todo lo cómico que puede suponerse la escena del atasco del jumento; el pintor hizo un prodigio. La figura del fraile sudorosa, luchando á brazo partido con el burro que no quiere continuar el camino, arrancó una carcajada á la crítica parisiense.

El bufón del rey recuerda otra anécdota, y la cara del *bufón*, la de un personaje español muerto hace bastantes años. Cuentan que hallándose Zamacois en Madrid, hubo de ser recomendado por alguien al personaje aludido, el cual gozaba en palacio de gran predicamento, por los chistes y *chismes* con que regalaba la tertulia regia. Presentóse nuestro pintor (entonces era todavía un jovencillo) varias veces en la casa del magnate, hasta que logró ser recibido por éste. Miró el gran señor, dándose aires de suficiencia, un cuadrito que el principiante llevaba para la venta (pues éste era el motivo de la visita), y después de dirigirle varias cuchufletas concluyó por devolvérselo. A Eduardo Zamacois no se le podía olvidar suceso que tan vivamente le hiriera en sus ilusiones, y años más tarde, cuando ya gozaba en París de gran nombradía, decidió pintar el cuadro arriba citado. Para esto hizo un viaje á Madrid, con objeto de llevar un apunte de la fisonomía del magnate, que no sabemos si se reconocería con los extravagantes y cómicos arreos de un bufón del siglo XVI, cuando bajo sobre recibió una copia fotográfica del cuadro, remitida á él expresamente desde la capital de Francia.

Pero el cuadro que estuvo á punto de enajenarle la voluntad de la aristocracia francesa, como le enajenó la de la española, hasta el punto de que no hay ninguna familia del gran mundo de la nobleza nuestra que cuente (que yo sepa) una sola obra de Zamacois, fué la terrible y sangrienta burla titulada *La educación de un príncipe*. Bajo los trajes de casacón, y bajo las pelucas, algunos maliciosos han querido reconocer ciertos personajes de la corte de Isabel II. Yo confieso ingenuamente que lo único que en ese cuadro reconozco es el lugar de la escena, uno de los salones del palacio de Oriente, y al propio tiempo la gran fuerza cómica con que están fustigados el servilismo cortesano y la adulación palaciega.

***

Como su hermano el notable actor cómico Ricardo, Eduardo era uno de esos caracteres burlones, graciosos y llenos de humorismo picante. De vuelta en París de uno de sus viajes á España, otro artista, no menos digno de ser recordado, Rui-Pérez, le pidió noticias de los conocidos y de la marcha del arte aquí.

– Una desolación enorme, chico; aquello está perdido.

– Explícate.

– Figúrate que voy en busca de Fulano y me dicen que se había fugado de Madrid por la cuestión de las barricadas. Pregunto por Zutano, y como Olózaga le había dado *bombo* por su último cuadro, tuvo que poner pies en polvorosa, porque si lo pescan lo revientan. Dirijo mis pasos á casa de Mengano y lo encuentro muy entretenido... Vaya, ¿apostamos algo á que no aciertas en qué estaba entretenido Mengano?

– Supongo que en pintar.

– ¿Ves?, pues supones mal. Estaba entretenido en buscar un *asuntillo* de *actualidad* para pintar un cuadro.

– ¿Qué es eso de *actualidad?*, interroga Rui-Pérez.

– *La alfalfa espiritual* del padre Claret. Porque la *alfalfa* es ahora el plato favorito de nuestros compatriotas.

***

– ¿Qué es lo que está usted pintando?, le pregunta nuestro embajador en París, cierto día que lo encontró en uno de los *salones.*

– Chist.. Nada de importancia; frailes.

***

La muerte apagó aquella inteligencia superior, cuando estaba en plena juventud. Una tisis laríngea lo llevó al sepulcro á los treinta y un años. En los comienzos de la enfermedad, que hizo su estrago rápidamente, Zamacois se puso afónico, hasta el grado de tener que hacer grandes esfuerzos para que le entendiesen. Un día fué á su taller ó estudio – que según tengo entendido, lo tenía en unión del pintor francés Vibert – un caballero viejo, desconocido de Zamacois. Después de las cortesías de rúbrica, el visitante le expuso el objeto de su visita, que no era otro que el de encargarle que le pintase un cuadrito.

Zamacois le preguntó si había de ser con asunto determinado, ó si quería que él hiciese lo que le pareciera.

El caballero miraba fijamente para el artista, pero sin contestarle una palabra. Vuelve Zamacois á hacerle la pregunta, y entonces el caballero, poniéndose la mano en forma de pabellón en la oreja derecha, le dice:

– Haga usted el favor de hablar un poco más alto, porque soy algo corto de oído.

Zamacois echa mano á un lápiz, y sacando la cartera escribió la pregunta en el revés de una carta y se la entregó á su interlocutor. Éste, en lugar de leer lo que el artista había escrito, se queda mirando unas cuantas palabras trazadas en el comienzo de la carta y firmadas por una mujer. Como una centella de rápido se levanta el caballero, y sin cuidarse de la mirada de cólera y de asombro que Zamacois le echó al ver su indiscreción, coge el sombrero y se dirige hacia la puerta, diciéndole:

– ¡Nos veremos! ¡Ahora vuelvo!

Zamacois salió tras de aquel hombre, que llevaba pintada la indignación en el rostro, y sujetándolo por donde pudo, le dice con su voz de ronquillo:

– ¡Devuélvame usted esa carta, ó le lleno la cara de bofetadas!

Pero el otro, que no le entendía, repuso muy emocionado:

– Vuelvo, vuelvo. Tengo pendiente una cuenta con usted, que saldaré pronto. ¡Soy el esposo de esta señora!..

Zamacois, al oir esto, se dió una palmada en la frente, y sin soltar al enojado marido, exclamó:

– ¡Qué idea!

Y haciendo un esfuerzo colosal le grita:

– ¡Ya tengo asunto para el cuadro!

Al otro día le escribía una carta, diciéndole: «Por haberse ausentado usted tan inopinadamente, no pude explicarle el asunto del cuadrito que usted quiere. Lo titularé *Revelación*, y le pondré á usted mirándose en el espejo de su tocador.»

Probablemente habrán visto mis lectores reproducciones fotográficas de este cuadro, uno de los últimos que pintó Eduardo Zamacois.

¡Si non è vero!..

R. Balsa de la Vega

MARÍA ANTONIA

NARRACIÓN MEJICANA

Méjico es uno de los países americanos de mayores grandezas.

Sus campos dilatados y fértiles, ya presentan montañas cuyos picos parecieran llegar á lo más alto del firmamento, ya las llanuras que conciben para sus lienzos los pintores cuando quieren copiar un paisaje idealizado por la suavidad de tonos de una planicie, ya los metales más preciosos, que se presentan como ricos veneros, á poco que se ahonde en la tierra ó se escudriñen las arenas de algunos ríos.

Imperio poderoso antes de la conquista, patria de aquellos tlascaltecas tan justamente fantaseados por la poesía heroica de nuestros vates, inspiración fecundísima de Zorrilla, leyenda soñada, República patriótica, nación de viriles empujes, asiento de las soberanas del aire, atmósfera de atracciones indefinibles, Méjico tiene los encantos reales de una naturaleza privilegiada y los que en el alma se sienten por su historia gloriosa, sus tradiciones interesantes y su carácter propio, exclusivo y verdaderamente admirable.

Luchó contra los que perturbaban el orden, rechazó la invasión de un ejército poderoso reconquistando su independencia, y ha sido de los primeros países de la América española que ha planteado industrias y abierto fábricas.

Cuanto pudiéramos decir de esta tierra hermosísima fuera pálido ante la majestad del valle de Otumba, el panorama espléndido de Orizaba, las aguas de Uzamacinta, las de Tabasco, el pintoresco Chapultepec, residencia favorita de Moctezuma, los alrededores de Méjico y las mismas agrestes fronteras de los Estados Unidos, donde se encuentran todavía indios en estado salvaje, especie de partidas de bandoleros con las que riñen de continuo combates más ó menos encarnizados las tropas del gobierno en combinación muchas veces con las del vecino país, montadas por aquellos parajes en pie de guerra.

Hasta allí quiero llevar con el pensamiento á nuestros lectores, adonde verán en un grupo de gente extraña, mezcla, como hemos dicho, de bandidos é indios con los rostros cobrizos tostados por los rayos del sol, á una muchacha de veinte años, tipo bellísimo de la clase.

No pueden darse seguramente ojos más penetrantes que los suyos. Brillan como el acero, y transmiten la luz que inunda su alma criolla y que inflama su corazón, hervidero de pasiones violentas, de impresiones salvajes, de sentimientos que lo avasallan todo y que al reflejarse su ardiente mirada, atraen como la pendiente de un abismo profundo.

María Antonia era una mujer interesantísima, un ejemplar de su raza en estado nativo, un alma fiera dulcificada por un corazón hermoso; la nieve de su rudeza se deshacía en su pecho de fuego.

Vivía sin darse cuenta de su existencia; iba en pos de su gente; caminaba al azar como cuerpo extraño al que los huracanes envuelven y llevan en sus giros impetuosos de un lado á otro; atravesaba el desierto impulsada por el *simoun* de sus deudos y compañeros de pandillaje; vagaba por aquellos sitios deshabitados, por aquellos eriales inmensos, como el pétalo de una rosa que transportase el viento á un oasis

Los suyos prepararon una sorpresa. Se trataba de apresar un rico botín. Era preciso, como siempre, jugar el todo por el todo. El que caía prisionero podía contarse ya entre los muertos.

Nunca se dió cuartel al bandolero en cuadrilla, en Méjico, ni en ningún país del mundo. Los criminales de aquellos tiempos lo eran doblemente, porque distraían fuerzas que hacían falta para defender á la patria de una invasión extranjera.

Francia luchaba por sostener en el trono de Guatimozín á un príncipe europeo, investido del cetro imperial.

Porfirio Díaz, Corona, Riva Palacio, Juárez; generales, hombres civiles, patriotas, republicanos entusiastas, hacían frente al empuje de las tropas francesas que imponían á Méjico su dominio, y con él, por ende, hasta una forma de gobierno contraria á la que en el país se estimase como la más excelente entre todas.

El rico y el pobre, el *lepero*, el hijo interesante, denodado y vivaracho del pueblo, lo mismo que el acostumbrado sólo á las indolencias y suavidades del mundo social, trocaban su vida ordinaria por la agitada de una guerra, las penurias de una campaña y los peligros de un combate sangriento, mientras que en las fronteras del Norte-América los foragidos campaban por sus respetos, sacando cuanto provecho podían de la ruda pelea que conmoviera por todas partes al país.

Atenta á su fin, devorada por la sed insaciable de la rapiña, la horda de María Antonia, cruzando desiertos, se acercaba á un camino por donde y con las precauciones que hacían al caso debían pasar algunas familias que se alejaban por allí para rehacerse en sitio más seguro de las terribles sacudidas de la guerra que ardía en la tierra mejicana.

Los ligeros caballos de purísima raza criolla, más veloces que el rayo, galopaban con brío, espoleados por sus jinetes, que con sus gritos los animaban en su marcha vertiginosa. Los pararon de pronto. Estaba á la vista la presa.

Pero una equivocación fatal para aquellos bandidos les hubiera hecho desaparecer de este mundo á todos si no hubiesen tenido la superioridad del número en aquella ocasión.

Los que venían eran sólo unos cuantos soldados, acompañando un carro en que iba un herido, á quien mucho estimaban.

La cuadrilla de salvajes se lanzó sobre ellos haciendo fuego, al que contestaron los que venían resistiendo el empuje cuanto pudieran, hasta que fueron apresados y saqueados por aquellas fieras del campo con figuras humanas.

Lo primero que decidieron fué matar al herido, por considerarlo un estorbo en la marcha.

Un hombre solo, de arrogante presencia, cubriendo con su fornido cuerpo el del infeliz doliente, logró contener con su temerario arrojo á los primeros que se acercaron, heridos por las balas certeras que disparaba con su revolver. Todos trataron de echarse sobre aquel hombre y hacerlo pedazos; pero en aquel momento una mujer que ejercía un dominio absoluto sobre aquel puñado de víboras, los detuvo con la mirada y con la acción. Adelantóse de un salto, y les dijo con un acento que subyugaba por lo terrible y lo hermosamente fascinador á un tiempo:

– Dejádmelo á mí: quiero vengar yo sola la sangre que ha vertido de nuestra sangre.

Todos, incluso aquel héroe atlético, se quedaron suspensos de las palabras de la joven, sin movimiento y silenciosos.

La que se había expresado en tales términos era María Antonia.

Y acercándose al defensor del herido, clavando en él sus ojos negros como la noche triste de Hernán Cortés, chispeantes, abrasadores, imperativos, replicó nuevamente:

– ¡Adelante todos!

– Y la siguieron al monótono ruido del carro que deslizaba sus pesadas ruedas por aquellos senderos incultos.

Guiados por María Antonia anduvieron maquinalmente hasta más de la media noche, que se internaron en un bosque espesísimo.

Pensaban los prisioneros en lo triste del fin que seguramente les tenía reservado su aciaga suerte, y los indios bandidos en el género de venganza que pudiera haber concebido el feroz caudillo, quien dispuso de pronto hacer alto, para tener una conferencia astuta con el paladín del herido, antes de arrancarle la vida y prepararle el martirio que para él había ideado con saña que se esforzaba en ponderar á los suyos, á quienes dijo que se prometía sacar mucha luz, para llevar á cabo grandes sorpresas, de aquel interrogatorio secreto.

Todos los prisioneros habían sido despojados de cuanto llevaban encima por insignificante que su valor fuera y de todas sus armas.

– Ven, le dijo María Antonia al defensor del herido, quien algo extraño, de que no podía darse cuenta, había experimentado por aquella mujer brutal, especie de hiena con deseos de embriaguez de sangre, y llevándoselo con la vista á su lado al mismo tiempo que arrastraba de la brida al caballo que ella montaba, le dijo en voz baja y á una distancia en que ya no eran vistos ni oídos:

– Tus balas han herido á los míos, quienes aguardan sólo á que yo vuelva para saber la especie de venganza que te he preparado después de sacarte de esta entrevista cuantas revelaciones pueda con ardides y engaños.

– ¡Y tú, según eso!...

– Quiero tu vida; quiero arrancarte ese corazón esforzado que tienes, pero no con la punta de este puñal que ciño á mi cuerpo, sino con la fiebre del sentimiento para mí monstruoso, y en el que deseo abrazar tu existencia, haciéndote el prisionero de lo que no perece jamás, de eso que nos alienta.

– Del alma, á cuyo dominio me rindo á discreción, sobre todo á una fuerza sobrenatural, á la tuya, alma grande.

– A eso, sí; á lo que quiera que sea, que yo no comprendo.

– Y ahora no hay que perder siquiera un momento. Enlazada tu vida á la mía, huyamos por este camino que yo sola conozco. Mi caballo es el más ligero de todos y el único capaz de salvar las lagunas que á la salida de aquí se encuentran. Llevaré yo las riendas.

– ¿Pero y los míos?

– Nuestra fuga va á proporcionarles la suya. El deseo ciego de capturarnos llevará á mi gente á seguirnos, sin fijarse por dónde van, y llegarán á sitios rodeados por todas partes de tropa, sin poder contener el ímpetu de su marcha. Los conozco perfectamente.

Y dicho y hecho.

Los dos, jinetes sobre el caballo, se encontraron



JURAMENTO DE VENGANZA, dibujo de R. Caton Woodville



Exposición regional de Filipinas. – Pabellón de la Compañía general de Tabacos de Filipinas
(De fotografía de M. Arias Rodríguez, de Manila. – Prohibida su reproducción)

muy pronto distantes de allí, perseguidos de lejos por la gente de María Antonia, que fué apresada por un fuerte destacamento de tropas, siendo recuperados los compañeros del que se había ido con la interesante india, incluso el herido, á quien buscaron los soldados, llevaron consigo y curaron.

. . . .

Habían pasado unos cuantos meses, terminando la guerra con el drama tristísimo de Querétaro.

Los generales Miramón y Mejía y el mismo emperador Maximiliano fueron las últimas víctimas de aquella lucha encarnizada, que ha dejado recuerdo en la historia de las más empeñadas contiendas y sangrientas venganzas.

Desde el año 1793 en Francia, no se había quitado la vida á ningún príncipe de estirpe real, hasta el fusilamiento del infortunado miembro de la casa de Austria, en cuyas banderas figuran también, como en las de Méjico, ¡coincidencia extraña!, las águilas.

Méjico, el Mexitli (1) de los aztecas, estaba de gala.

Iba á tomar posesión solemnemente de la presidencia de la República un patricio ilustre, D. Benito Juárez, á quien aclamaban con gran entusiasmo en todo el país. Entre los jefes militares que iban á la recepción de la presidencia se destacaba un coronel por su apuesta figura y por llevar del brazo á una mujer elegantemente vestida, de tez morena y mirada vivísima y penetrante.

Su hermosura corría parejas con su arrogancia.

La Iglesia había bendecido el amor que aquella mujer sentía por el bizarro militar que la acompañaba.

La señora del coronel era María Antonia.

P. Sañudo Autrán.

(1) Residencia del dios de la guerra.

EXPOSICIÓN REGIONAL FILIPINA

La primera Exposición regional filipina que se celebró en Manila recientemente, instalóse en el centro del pintoresco y elegante arrabal de la Ermita, entre las calzadas del Observatorio y de la Herrán, formando su superficie un cuadrilátero regular con una amplitud de cuatro hectáreas. Como Pabellón Central utilizóse el edificio de la Escuela central de Agricultura, embellecido exteriormente y en el interior debidamente modificado para que respondiese á su nuevo destino.

Enfrente y á los costados de la Escuela levantáronse el Pabellón Principal, que era el mayor edificio de la Exposición, y dos laterales, y cerca de estos edificios oficiales estaban las instalaciones del Ayuntamiento, de la Compañía general de Tabacos, del Arsenal Civil de Barcelona, de la Insular y otras que daban alegre y pintoresco aspecto al conjunto, que se completaba con caballerizas y jaulas para ganadería, aves domésticas y otros animales vivos y con multitud de cafés y restaurants.

Los pabellones principal y laterales, cuyos planos trazó el ilustrado comandante de Ingenieros Sr. Marqués de Villamarín, eran de planta baja, de madera y techumbre de hierro, con esbeltos ventanales y fachadas cubiertas de pinturas polícromas. Las dos fachadas del principal teníau dos pórticos que daban acceso á una rotonda central y ostentaban grandes frontones con alegorías de la Agricultura, la Industria, el Comercio y las Bellas Artes.

La Exposición comprendía siete secciones: la primera *(Orografía é Hidrografía, Geología y Seismología, Antropología y Etnografía, Minería, Metalurgia y Meteorología)* estaba instalada en el pabellón central; la segunda *(Zoología y Flora forestal)*, en el pabellón lateral izquierdo; la tercera *(Agricultura, Ganadería y Aves domésticas)*, en el ala derecha del pabellón principal; la cuarta *(Industria fabril y manufacturera)*, en el pabellón lateral izquierdo; la quinta *(Comercio y transportes)*, en el pabellón central; la sexta *(Bellas Artes* en todas sus manifestaciones), en el pabellón central también, y la séptima, que abrazaba todo lo no comprendido en las anteriores.

Entre las principales instalaciones de la exposición descollaban las del Arsenal Civil de Barcelona, de la fábrica de tabacos *La Insular* y de la Compañía general de Tabacos de Filipinas. El pabellón de esta última medía 35 metros de fachada por 10 de fondo: alzábase un metro sobre el nivel del suelo, y una escalinata conducía al interior del edificio, en donde se admiraban, además del tabaco en rama y de los productos elaborados, las múltiples máquinas para la fabricación de cigarros y cigarrillos.

Esta exposición regional ha puesto de relieve las inmensas riquezas que en productos naturales atesora aquel archipiélago, especialmente en plantas y minerales.

La exposición, que tan brillantes resultados ha dado, únicamente ha costado al Tesoro ciento seis mil pesos, cantidad relativamente insignificante, con la cual se han sufragado todos los gastos de un certamen que ha permanecido abierto durante cinco meses.



Exposición regional de Filipinas
Pabellón de la fábrica de tabacos «La Insular»
(De fotografía de M. Arias Rodríguez, de Manila. – Prohibida su reproducción)

Las vistas de los edificios que publicamos son reproducción de las fotografías sacadas por nuestro inteligente y activo corresponsal en Manila D. Manuel Arias y Rodríguez, á quien damos las gracias por la atención que con nosotros ha tenido remitiéndonoslas y dándonos exclusiva autorización para publicarlas en La Ilustración Artística. – X.



EXPOSICIÓN REGIONAL DE FILIPINAS. – Pabellón Central, en primer término; en el fondo, Pabellón de la fábrica de tabacos «La Insular»
(De fotografía de M. Arias Rodríguez, de Manila. – Prohibida su reproducción)



EXPOSICION REGIONAL DE FILIPINAS. – Instalaciones del Arsenal Civil de Barcelona y del constructor de coches Sr. Garchitorena



EXPOSICION REGIONAL DE FILIPINAS. – Pabellón principal



EXPOSICION REGIONAL DE FILIPINAS. – Pabellón levantado á expensas del vecindario de Manila
(De fotografías de M. Arias Rodríguez, de Manila. – Prohibida su reproducción)



SEVILLA. -PARROQUIA DE SANTA CATALINA, dibujo original de Manuel García Rodríguez



LA ABONADA DEL 7, dibujo de Méndez Bringa

NUESTROS GRABADOS

Vaquero, dibujo original de Baldomero Galofre. – Entusiasta por el arte y amante devoto de su patria, dedica Baldomero Galofre sus conocimientos pictóricos y la brillantez de su paleta á reproducir sus recuerdos de artista, sus impresiones de viaje y cuanto pueda ser trasunto de escenas, cuadros y costumbres nacionales, con el laudable propósito de dar á conocer en el extranjero las bellezas que poseemos y las fuentes de inspiración que en España puede hallar el artista.

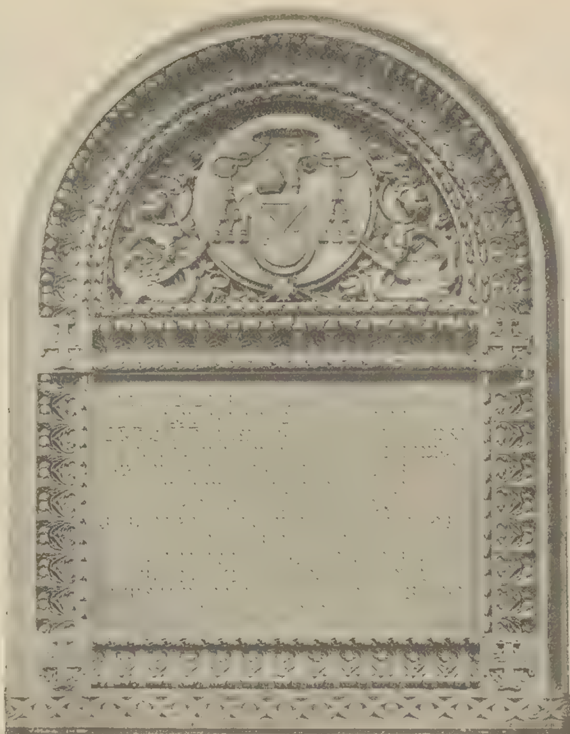
Trabajador infatigable, hállasele delante del caballete desde el amanecer hasta que anochece, dibujando ó pintando charros salamanquinos, robustos astures, severos leoneses ó gallardos majos andaluces, cabalgando en soberbios caballos ó conduciendo las yuntas de bueyes que arrastran pesadas carretas al través de los extensos campos castellanos.

A la galantería de tan laborioso artista debemos la ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores uno de sus apuntes, escogidos al azar entre los que guardan sus repletas carteras.

Juramento de venganza, dibujo de R. Caton Woodville. – Otra nueva prueba de la maestría con que el célebre artista inglés Caton Woodville trata los asuntos orientales, es este dibujo que reproducimos. Como nos hemos ocupado con frecuencia del famoso dibujante, muchos de cuyos trabajos se han publicado en La Ilustración Artística, creemos ocioso repetir lo que tantas veces hemos dicho. *Juramento de venganza* es un episodio eminentemente dramatico de esas luchas engendradas por odios seculares que de continuo ensangrientan los Estados de Oriente.

Sevilla. – Parroquia de Santa Catalina, dibujo original de Manuel García Rodríguez. – No puede sorprender que un artista de la valía y aptitudes de Manuel García Rodríguez halle en la reina del Guadalquivir, en la poética y encantadora ciudad de los alcázares, fuente de inagotables asuntos para sus composiciones. Nuestros lectores han tenido ocasión de apreciar el mérito de los cuadros y dibujos de este distinguido pintor sevillano, y seguros estamos que con nosotros aplaudirán al pintor poeta que tan admirablemente retrata á su ciudad natal, honrándola con sus producciones y contribuyendo á sostener, unido á otros compañeros no menos insignes, el buen nombre de la moderna escuela sevillana.

La abonada del 7, dibujo de Méndez Bringa. – Con la maestría que le caracteriza ha representado nuestro querido amigo y constante colaborador en el dibujo que reproducimos uno de esos tipos que de cuando en cuando y envueltos en cierto misterio aparecen en los teatros de la corte. Estrellas fugaces en el cielo de la vida alegre, surgen de improviso llamando la atención por su belleza y su elegancia; brillan un día, un mes, un año, casi siempre un plazo relativamente breve, y se eclipsan sin dejar huellas de su aparición. Nadie sabe quiénes son ni de dónde vienen; la curiosidad tiene con ellas tema para bastante tiempo; invéntanse mil anécdotas, basadas todas en suposiciones más ó menos lógicas; coméntanse sus gestos y sus miradas; síguense sus pasos; acópianse datos, y cuando al fin se hace la luz sobre aquella existencia, resulta una de tantas historias vulgares que tardan en olvidarse mucho menos de lo que tardaron en ser conocidas.



Lápida conmemorativa del restablecimiento del obispado de Solsona, proyectada por el arquitecto J. Romañá, y fundida en bronce por Federico Masriera, de Barcelona

Lápida conmemorativa del restablecimiento del obispado de Solsona, proyecto de D. J. Romañá. – El día 8 de septiembre último descubrióse, con asistencia del Nuncio de Su Santidad Monseñor Cretoni, señores obispos y autoridades, la lápida conmemorativa del restablecimiento de la silla episcopal de Solsona, que se halla fijada en los claustros de la catedral de aquella ciudad.

Mide la lápida 2'25 metros de altura por 1'73 de ancho, y sobre ella apóyase un medio punto, en el centro del cual figura el escudo del obispo de Vich, y en sus espacios intermedios animales quiméricos, de representación simbólica, muy bien dibujados y modelados, corriendo alrededor una ancha franja ornamental.

La obra honra al autor del proyecto el distinguido arquitecto Sr. Romañá y al acreditado establecimiento de fundición de D. Federico Masriera, que tan brillantemente ha dado cima á su cometido.

Desengaño, cuadro de Pedro Sáenz. – El autor de este cuadro no es desconocido para nuestros lectores: en los números 417 y 450 de La Ilustración Artística reprodujimos dos bellísimos lienzos suyos, *Las tentaciones de San Antonio*, que fué premiado en la Exposición Universal de Barcelona de 1888, y *En el Palco*: ya entonces alabamos como se merecía el talento artístico del joven pintor madrileño, que lejos de dormirse sobre sus laureles, sigue progresando en su brillante carrera, como lo demuestran los cuadros que presentó en la última Exposición general de Madrid, uno de los cuales fué premiado con medalla de tercera clase, que merecieron justos elogios de la crítica. *Desengaño*, que también figuró en ese último certamen, fué adquirido por el distinguido aficionado londinense Mr. C. Kettwell.

La pequeña ambiciosa, grupo en yeso de José Alcoverro. – Trivial podrá parecer á algunos el asunto escogido por el discreto escultor catalán Sr. Alcoverro para la ejecución del grupo que reproducimos, pero aun así no podrán menos de convenir en el encanto que produce. Corresponde la obra que reproducimos al concepto moderno, y en esa sencillez, en esa trivialidad, revélase el artista que logra expresar sentimientos tiernos y delicados. No cabe mayor ingenuidad y sencillez en las encontradas actitudes de los dos niños, y sin embargo los dos cautivan por su acertada interpretación.



DESENGAÑO, cuadro de Pedro Sáenz. (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)



Sus ojos se encontraron, impregnados de un mismo sentimiento de compasión

ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

Las lágrimas caían por sus mejillas sobre sus manos juntas sin que pensara en enjugarlas, y la religiosa, mirándola, sintióse conmovida á su vez; sus dedos continuaron oprimiendo el rosario y sus labios no interrumpieron sus preces; pero su alma se elevó junto con la de aquella niña hacia la buena anciana que había sabido inspirar un amor tan sincero y cuya muerte inspiraba un pesar tan vivo y desinteresado.

– Señorita Herminia, continuó la niña con voz lenta y grave, no me queda nadie á quien amar, y soy más huérfana ahora que el día que usted me recogió... Lléveme también con usted y duerma yo el sueño eterno á su lado, así como conocí junto á usted las dichas de la vida... ¡Oh, señorita Herminia!..

Poco á poco se había acercado á la cabecera de la cama y cayó de rodillas, ocultando su rostro entre las sábanas, como la víspera...

En aquel mismo momento resonó abajo una voz masculina, que profirió con acento de modesto triunfo, adecuado á las circunstancias:

– ¡Vengo de casa del notario y no hay testamento!

Marcela se levantó bruscamente. ¿Qué le importaba á ella que hubiese ó no testamento? Lo que le parecía horrible era la voz de aquel hombre que turbaba su mudo dolor. Iba á cerrar la puerta cuando oyó ruido de pasos en la escalera. Cerró entonces la habitación, dejando á la difunta con la religiosa, para que las miradas impías de aquella gente no profanaran aquellos queridos despojos.

– ¿Quiere usted oirme un momento, señorita?, dijo el joven Permeny.

Obedeció y le siguió á su cuarto, á su alegre cuarto de niña, tan puro y tan original, y las dos mujeres cerraron la marcha. Marcela se sintió presa como entre las conchas de un bivalvo.

– Señorita, vengo de casa del notario, dijo el Sr. Permeny con acento severo, que se esforzaba en hacer paternal; me ha dicho que varias veces mi parienta le había manifestado deseos de testar... ¿Sabe usted lo que quiere decir esta palabra?

– Sí, señor; quiere decir dictar y firmar un testamento, contestó Marcela, mirándole de frente con ojos en que la desconfianza empezaba á cambiarse en sorda cólera.

– Veo que mi prima ha cuidado de su educación, repuso el otro, intentando sonreir: pues bien; el notario me ha dicho que nunca había cumplido su propósito. ¿Sabe usted que exista algún documento que pruebe lo contrario?

– No tengo conocimiento de nada de eso, caballero, respondió Marcela.

– Su protectora ¿no le ha hablado jamás de su intención de legarle algo?

– Jamás, contestó Marcela, cuyo honrado rostro se tiñó de púrpura.

– Entonces, señorita, dijo la señora Permeny, después de cambiar una mirada de satisfacción con los otros herederos, indíquenos dónde están sus padres, á fin de que la hagamos conducir á su lado.

– No tengo padres, contestó la joven.

Su ingenuo rostro tomó de repente una expresión austera; en

aquel instante penoso, más cruel mil veces que la muerte de su protectora, acababa de salir de la infancia y de perder los privilegios de ella: de allí en adelante sería la señorita Monfort; Marcelita, la niña, había volado á otra vida con el alma benévola de Herminia.

–¡Sin padres! ¿Es usted entonces una expósita?

– No, señora; me perdí; mi madre murió y mi padre marchó á América sin que haya sabido más de él.

¡Con qué amarga lentitud Marcela recordó estas tristes memorias de su vida! Pero le parecía sentir una irónica satisfacción asegurando á aquellas gentes que estaba sola, sola en el mundo.

– Mi prima, en este caso, habría hecho mejor dando á usted una educación conforme á su estado, que no convirtiéndola en una princesa, dijo la señora Grenardón.

La señora Permeny hizo un ademán muy digno y dijo á su vez:

–¿Qué piensa usted hacer?

– No lo sé, contestó con la mayor inocencia.

– Sin embargo, es preciso saberlo, dijo la vieja con acento duro y amable á un tiempo.

Marcela conoció que mal por mal prefería la insolencia descarada de la primera á la sopalada amabilidad de la segunda. Bajó los ojos y no contestó.

– Comprenderá usted, señorita, continuó la señora Permeny, que no podemos proseguir la obra caritativa que había emprendido mi sobrina y cuidarnos de usted. Desígnenos, pues, las personas con quienes desea usted vivir.

Marcela levantó la cabeza.

– Muy bien, señora, dijo; ya la he comprendido.

–¿Va usted á ver á sus amigos?

– Al instante, señora.

– Muy bien. Tendrá usted la bondad de decirnos lo que decida; pues el interés que sentimos...

Marcela lanzó á la vieja una mirada que contuvo su elocuencia. Sin embargo, añadió:

– Puede usted llevarse algunos de los objetos que le dió su bienhechora, alguna ropa blanca.

–¿Puedo quedarme el traje que llevo?, preguntó Marcela con acento glacial.

Era el traje de la víspera, el que llevaba siempre para la casa ó para ir al mercado con Rosa, en aquellos días ¡ay! tan lejanos, en que ir á la compra era una diversión.

– Ciertamente. Cuando tendrá usted un asilo será conveniente que le hagamos un traje de luto.

– No lo necesito, señora, contestó la niña con el mismo tono glacial. ¿Puedo también tomar un sombrero y un abrigo?

No se le podía negar nada de ello.

Se vistió en presencia de aquellas señoras, ya que el joven Permeny había bajado al jardín, encantado de ver que las cosas se arreglaban tan amistosamente. Cuando estuvo aviada pasó por delante de las herederas, á las que saludó con una leve inclinación de cabeza, y volvió al cuarto de la difunta.

Apoyada contra el pilar de la cama miró por última vez aquel rostro tan querido; pero sus ojos estaban secos, pues la dureza de aquellas desconocidas había secado sus lágrimas. Contempló mucho rato aquel rostro amigo para llevar de él en su memoria una imagen eterna; luego se inclinó sobre las manos cruzadas que sostenían un crucifijo, y las besó piadosamente, con aquel terror involuntario que el frío de la muerte imprime á los que nunca la han contemplado cara á cara.

–¡Adiós, mi segunda madre!, dijo en voz baja.

Luego, volviéndose á la religiosa, añadió:

– Ha sido usted buena para mí, hermana mía, le doy las gracias.

Salió; la puerta se cerró; bajó corriendo por la escalera, y pasando delante de las dos mujeres que la esperaban en el comedor, desapareció como una sílfide detrás de la verja de la calle.

–¡Impertinente, dijo la señora Grenardón, ni siquiera nos dice adiós!

–¡Qué quiere usted!, contestó la otra. ¡La habrán mimado de un modo horroroso!

XXIX

Marcela marchó con paso rápido y se dirigió hacia el centro de París. Sus ideas, bastante confusas, siguieron, sin embargo, una pendiente natural; había pensado en la señora Jalín. Sin duda hubiese valido más ir á tomar consejo en casa del médico; pero éste siempre le había inspirado un poco de temor, cosa bastante frecuente en los niños, aun en aquellos que tienen por el médico la afección más real. Además, no sabía lo que le diría; era amable para ella, pero apenas la conocía y no tenía ni señora ni hijos... Prefería buscar á la buena planchadora, á la amiga de sus días nefastos, á su primera protectora... ¡Quién sabe!.. ¡Quizá había vuelto ya! Iba quizá á encontrarla con Rosa. A aquella idea el corazón de Marcela palpitó tan aprisa, que se volvió obligada á moderar el paso, pues encontrar á Rosa era casi estar de nuevo en casa de la señorita Herminia.

A medida que avanzaba disminuía su valor. Vivía muy lejos, y si no la hallaba, ¿qué haría? Su bolsillo le parecía muy pesado; era la caja de papeles lo que le hacía pesar tanto. Tuvo ganas de detenerse en algún sitio para mirar su contenido. ¡Cuántos años habían pasado desde que de pie, junto á la herbolaria, había visto á ésta ordenar sus documentos y el pequeño paquete que contenía los 50 francos de María Monfort!

Era verdad, Marcela tenía 50 francos, que eran suyos, única y pobre herencia de su madre. Aquel pensamiento le hizo recobrar su ánimo. La cantidad le pareció considerable, pues jamás había hecho sino compras en el mercado, y sabía que con 50 francos se podían comprar muchos huevos, mucho pan y mucha carne. De todos modos, podía vivir algunos días con aquello, los suficientes para encontrar á Rosa.

Andaba aprisa, y sin embargo, nunca se acababan los Campos Elíseos. ¡Cuántas veces se había prometido que un día rogaría á Rosa que le llevara á ver en detalle las tiendecitas, los caballitos, los coches tirados por cabras, todas aquellas cosas extraordinarias, apenas entrevistas en las rápidas correrías con la fiel criada que no se hallaba á gusto sino en su casa!

Los cochecitos, las tiendas, los caballos de madera estaban en su sitio, pero Marcela no los miró siquiera: pasó rápidamente, buscando los sitios más desiertos, apresurándose como si sintiera detrás de ella la persecución de algún anemigo.

Al llegar á la plaza de la Concordia sintió algún temor; atravesando los arroyos por donde corrían mil carruajes, ganó uno de los burladeros de asfalto que rodean las fuentes, y allí se detuvo para respirar. Estaba cansada; la noche de angustia, su sueño interrumpido, la falta de alimento, la rapidez de su huída – ¡pues era una huída!, – todas aquellas emociones y pesares la habían abrumado. Advirtió que tenía hambre y pensó en comprar un panecillo. Pero para ello era preciso dinero, y acercándose á la fuente, que aquel día no manaba, se apoyó contra el pretil y deslizó la mano en el bolsillo.

Un vago sentimiento de prudencia le advirtió que no debía sacar la caja de su escondite; se dijo que quizá le preguntarían lo que hacía allí y querrían examinar sus documentos... La silueta de un guardia municipal se dibuja á corta distancia... Marcela arañó el cartón con los dedos, despacito, temiendo estropear los papeles, y buscó á tientas el paquete de monedas. De repente sintió algunas entre los dedos, cogió una al azar... ¡Era oro!

Sacó otra; era de oro también. Estupefacta se preguntaba si aquello no era un espejismo, si la fatiga y el hambre obscurecían su inteligencia, cuando recordó las últimas palabras lúcidas de la señorita Herminia: «Toma la caja, ocúltala, es tuya.»

–¡Oh, protectora mía, murmuró la niña apretando contra sus labios los luises de oro ahorrados para ella, habías pensado que un día me vería lanzada de tu casa y quisiste ahorrarme los horrores de la miseria!

Su bolsillo estaba lleno de oro, que la caja agujereada dejaba escapar lentamente.

Caía la tarde; un hombre con el pelo gris, con las facciones duras y el continente rígido, atravesó la calle Royale y llegó al mismo burladero: también él tenía el aire triste y cansado; se aproximó al pilón y se apoyó igualmente en el pretil con los ojos bajos, pensando en algo secreto y doloroso. Marcela hizo un movimiento para emprender de nuevo su carrera y la miró.

– No es tan crecida, se dijo interiormente. ¡Pobre niña, cuán pálida está!

La joven le miró á su vez.

–¡Pobre hombre, pensó, quizá ha perdido lo que amaba!

Sus ojos se encontraron, impregnados de un mismo sentimiento de campasión; luego ambos con un esfuerzo echaron á andar hacia lo desconocido. Marcela se dirigió hacia la calle Royale; el hombre se hundió en la penumbra de los Campos Elíseos; la noche llegaba y el cielo aparecía rojo en el horizonte; pero aun cuando hubiesen brillado los rayos del sol más deslumbrador, ¿cómo en aquel hombre severo y triste Marcela hubiera reconocido á su padre?

XXX

La joven llegó al cabo á la plaza Montholón.

¡Cuán extraño aspecto tienen las cosas que más familiares nos han sido si ya no se recuerdan! Se experimenta una sensación compleja. De una parte se siente contento en volver á mirar aquellos objetos que recuerdan una parte ya olvidada de la vida; de otra se siente pena porque el alma se pregunta con augustia si no hubiera valido más no haber conocido aquellos sitios y aquellos objetos donde y por los cuales se ha sufrido.

Entró por la puerta cochera. Otra portera ocupaba la casilla; era una mujer pálida que paseaba en brazos á un niño que lloraba.

–¿La señora Jalín?, preguntó Marcela.

– Está en provincias.

–¿Sabe usted su dirección?

La mujer miró á la joven.

–¿No es usted la pequeña Marcela?

– Sí.

–¿Necesita á la señora Jalín?

– Sí, señora. ¿No le ha hablado de la señorita Herminia?

– Sí. ¿Le ha pasado algo?

– Ha muerto.

–¡Ah!, exclamó la portera con ese tono de compasión que se otorga á los desconocidos.

–¿Dónde está la señora Jalín?, preguntó la joven.

– Espera, tengo su dirección ahí dentro. Buscó con la mano que le quedaba libre en un cajón, lleno de retazos de papel, y al cabo de un rato encontró uno, que descifró con trabajo.

– Saint-Marois, por Phalempin, dijo.

Marcela repitió aquellos nombres tan extraños, y viendo un lápiz sobre la mesa, los apuntó en la margen de un diario.

–¿Por dónde se va á ese pueblo?, preguntó.

– Por el ferrocarril del Norte.

– Gracias, señora, dijo la joven saliendo.

Estaba cansada y no había comido nada; entró en una panadería, cambió una moneda de oro y compró un panecillo para comerlo durante el camino.

Sin darse cuenta exacta de lo que quería, llegó á la estación del Norte, y preguntó á un empleado:

–¿Phalempin?

Le indicaron un ventanillo. Multitud de viajeros hacían ya cola, y Marcela tomó turno á su vez.

– Phalempin, tercera.

– Quince, noventa y cinco, contestó el empleado, que visto al través de la rejilla hacía una facha muy rara.

Marcela puso una moneda de oro sobre la plancha de cobre pulido que reflejaba la luz del gas; alargaron hacia ella un puñado de monedas; alguien le dió un empujón para invitarla á que se marchase; un viejo empleado, de aspecto majestuoso, le indicó un dédalo de barreras por donde debía salir. Obedeció, contestó dos ó tres veces con la palabra «Phalempin» á las distintas preguntas que le hacían los empleados viendo su inexperiencia, y al fin se encontró sentada en un banco de un vagón de tercera, que al cabo de un momento echó á andar con lentitud.

– Es extraño, pensó Marcela, que sea tan fácil hacer un viaje.

XXXI

Simón Monfort había llegado al final de los Campos Elíseos, y allí sentóse en un banco y meditó. En aquella inmensidad de París que no conocía, pues solamente la había atravesado nueve años antes, se sentía perdido, anonadado. Su estancia en América le había hecho conocer la vida de las grandes ciudades; pero en aquéllas, extrañas á su corazón como á sus ojos, no buscaba nada, no esperaba nada, sino aquello que podía procurarle su labor incesante.

Aquí, desde el momento en que el tren la había dejado en la estación de San Lázaro en aquella hora primera de la mañana en que todo parece revivir, y durante la cual el París inteligente, administrativo y activo duerme todavía, Simón había paseado sin tregua, entrando de tiempo en tiempo en un restaurant para beber una taza de caldo y comer febrilmente lo que le presentaban.

Después de preguntar al comisario de policía del barrio de Montholón, había ido á la Morgue y había estado en veinte sitios diferentes, siguiendo siempre una pista á cada momento perdida y vuelta á encontrar. El comisario de policía no era el mismo de antes; la señora Favrot no había dejado huellas; la portera que la había conocido tampoco estaba en la casa; pero á fuerza de preguntar pudo al cabo saber el nombre de la señora Jalín, que tan estrecha relación tenía con el de aquella niña abandonada, que ya no cabía duda, era su hija.

La planchadora hablaba algunas veces de su Marcelita, que era completamente dichosa en casa de una señora acomodada... ¿Quién era aquella señora? El marido de la portera, que era el único que estaba presente, no lo sabía. La planchadora iba algunas veces á devolver ropa en casa de una señora que vivía en la calle de la Bomba; pero no sabía el número de aquella casa, y la señora Jalín estaba ausente por unos días.

Monfort había ido á la fonda en que se apeara nueve años antes al llegar á París con su mujer y su hija. Ni el menor vestigio de dueños ni criados de aquella época quedaba allí, pues en París todo se renueva, todo desaparece, hasta las casas, que se derriban para levantar otras más altas y mayores. El padre, desesperado, tomó entonces el camino de Passy, haciéndose la reflexión de que no hay calle que no tenga fin y que, preguntando de casa en casa, acabaría al cabo por encontrar la que albergaba á su hija.

Cuando se sentó en un banco, enfrente de la avenida del Gran-Ejército, el sol desaparecía detrás de una cortina de nubes enrojecidas; la noche empezaba; ¿cómo informarse en aquella hora avanzada? Encontrábase además tan fatigado, que las piernas se negaban á sostenerle.

Levantóse, se desperezó penosamente, y andando á lo largo de la avenida, buscó una fonda para pasar la noche. Al encontrarla, pidió un cuarto y se acostó, durmiendo con sueño pesado hasta el día siguiente.

Se despertó temprano y empezó el examen de las casas de la calle de la Bomba. Uno tras otro preguntó á todos los porteros y á los criados de los chalets, de las casas y de las quintas; pero nadie supo darle razón de una solterona que hubiese recogido una niña, tal como Simón describía á Marcela, pues el pobre padre se imaginaba á su hija bien distinta de lo que en realidad era. Al fin llegó á una casa cuya criada, muy antigua en el barrio, recordaba la extraña aventura de Marcela recogida años antes.

– Sin duda pregunta usted por la señorita Beaurenom, dijo á Monfort, cuyo rostro fatigado tomó de nuevo su habitual expresión de energía; pues efectivamente recogió hace años una niña sin padres; pero esta niña debe tener á lo menos quince años. ¿Está usted seguro de que no se equivoca?

– No lo sé, contestó Monfort; pues no puedo imaginar cómo será mi hija, á la que no he visto hace tantos años. ¿Dónde vive la señorita Beaurenom?

En cuanto supo el número se lanzó con paso rápido, no sintiendo sobre los hombros el peso de los años. Al acercarse al chalet, un coche fúnebre estaba ante la puerta junto con dos coches enlutados. Asustado, miró las colgaduras de la verja; ¡eran blancas!..

–¡Mi hija ha muerto!, pensó.

Lleno de angustia entró en el jardín con la cabeza descubierta, la garganta seca, casi sin poder hablar.

–¿Quién ha muerto?, preguntó al primero con quien topó.

Era la señora Grenardon que le echó una mirada atravesada. ¿Sería también un heredero?

– Es la señorita Herminia de Beaurenom. ¿Qué quiere usted?

Monfort se apoyó contra la pared. No siendo para su hija aquel entierro, lo demás le importaba bien poco.

–¿Donde está?, preguntó todavía desorientado.

–¿La señorita Herminia? Se la van á llevar. El entierro es para las doce. ¿Qué se le ofrece?, insistió la provinciana.

– Quiero á mi hija Marcela, á la que esta señorita había adoptado, contestó Monfort, que empezaba á serenarse. ¿Dónde está?

La señora Permeny había bajado al oir aquella conversación y se detuvo en el corredor escuchando tan extraño coloquio.

–¡Su hija!, balbuceó la señora Grenardon, que empezaba á comprender.

– Sí, la señorita Monfort; está aquí y quiero verla. Soy su padre.

La señora Grenardon volvió la cabeza y advirtió á la coheredera, con la cual cambió una mirada inquieta. La vieja tomó parte en la conversación.

–¿Era hija de usted la señorita que estaba aquí?, preguntó con gran presencia de ánimo. ¡Ah, caballero! ¡Qué lástima que no haya avisado usted su llegada! Precisamente estaba desesperada por falta de apoyo en este mundo. La difunta no ha dejado ningún legado para ella.

– Eso me importa poco. ¿Dónde está?

– Salió para ver á unos amigos suyos que se interesan por su suerte.

– No tiene amigos, interrumpió Monfort con impaciencia; si es verdad lo que me han dicho, no tenía otros amigos en París que la señorita que la había adoptado. ¿Dónde ha ido?

– No lo sé, contestó la señora Grenardón, que empezaba á comprender que habían obrado ligeramente desembarazándose por modo tan brusco de la joven.

–¿No lo sabe?, preguntó Simón con voz tonante. ¿Cuándo salió?

– Ayer.

–¿Y cuándo regresó?

– No ha regresado.

Simón se apoyó contra la pared y miró con ojos tan irritados á las dos mujeres, que éstas retrocedieron.

– Pero caballero, dijo la señora Permeny con tono de dignidad ofendida..., ¿qué viene usted á hacer aquí?

– Ese es asunto mío; quiero hablar con los amigos de la señorita de Beaurenom, con los que la han amado y que sabían que quería á mi hija. Ustedes son los herederos y la han puesto en la calle porque nada ha heredado.

– Caballero, dijo el joven Permeny desde la puerta del jardín.

– Al fin, dijo Simón cruzándose de brazos, encuentro con quien hablar. Mi hija estaba ayer aquí, en esta casa; salió de ella y no ha vuelto y no tenía á quien pedir asilo. Habrá dormido en la calle y quizá se haya suicidado. Usted es responsable de ello ante Dios y ante la justicia.

– Señores, gritó la voz agridulce del empleado de la funeraria, cuando quieran, el entierro va á salir.

El paso pesado de los que llevaban la fúnebre carga resonó en la escalera, y Monfort enmudeció ante la muerte. Por muy grande que fuera su cólera, cedió ante el cadáver de la que tanto había querido á su hija y le había servido de madre. Apartóse para dejar pasar el féretro, al que siguió maquinalmente.

En la entrada del jardín encontró al médico, que pálido y

emocionado, apenas podía tenerse en pie; pero que sin embargo quería acompañar á su amiga hasta la última morada. La mirada que Simón echó sobre el médico no estaba menos cargada de cólera que la que dirigiera á los otros; pero la primera palabra que le oyó pronunciar, trocó su cólera en reconocimiento.

—¿No ha vuelto la niña?, preguntó al joven Permeny cuando el entierro se puso en marcha.

El joven hizo un gesto negativo.

—Han cometido ustedes una mala acción, añadió el viejo doctor.

Simón se acercó á él.

—¿Conocía usted á mi hija?, preguntó estrechando el brazo del doctor.

—¿Quién? ¿Marcela?

—Sí, es mi hija. ¿Dónde está?

—¡Ay!, contestó el buen hombre. Lo ignoro; pero la encontraremos. Ahora acompañemos hasta el fin á la que tanto la ha querido y que si hubiese tenido tiempo la habría puesto al abrigo de toda necesidad.

Simón siguió dócilmente al doctor, y de sus ojos brotaron las dos únicas lágrimas que debían regar aquel día la tumba de Herminia.

El tren dejó á Marcela en la estación de Phalempin hacia las cinco de la madrugada. El cielo empezaba á teñirse con las primeras claridades de la aurora, cuando Marcela subió á un cochecito descubierto que reemplazaba al ómnibus de la estación para llevar á los pasajeros á los pueblecillos cercanos. Al cabo de una hora, el conductor, que no había hablado una palabra durante el camino, la tomó en brazos y la dejó en una plaza que estaba en el centro de una gran aldea, y á la sazón despertóse la niña.

—¿Estamos en San Marois?, preguntó Marcela.

El conductor hizo un gesto afirmativo con la cabeza, restalló la fusta y prosiguió la marcha.

Desde que saliera de París Marcela no había dicho una palabra. El compartimiento que ocupaba se había llenado y vaciado muchas veces durante el transcurso de aquella noche llena de paradas y de salidas repentinas; pero nadie había dirigido la palabra á aquella muchacha, que por su parte no había sentido ganas de hablar, pues su corazón se encontraba demasiado angustiado para ello.

En el centro de aquella gran plaza Marcela sintió que su corazón se oprimía, y se arrepintió de haber ido allí. ¿Qué voy á hacer aquí?, se preguntaba. ¿Y si Rosa no aprueba mi conducta? En verdad que no había pensado en ello al salir de París... Pero en cuanto á la planchadora, ¡oh! de aquella estaba segura que se alegraría de verla. Además, aun sin darse cuenta cabal de ella, Marcela comprendió que el oro que llevaba en el bolsillo, sería un buen medio para salvar cualquier dificultad.

De aquel modo no resultaría gravosa para nadie su presencia, al menos de momento..., y luego ya se podría hallar medio de que todo se arreglara. En tanto que hacía estos cálculos, vió una hostería y entró en ella.

—¿Sabrían darme razón de Rosa Picard?, preguntó haciendo un esfuerzo sobre su timidez.

—No la conozco, replicó fríamente el hostelero.

Marcela, que se había figurado encontrar al momento á Rosa, quedó desconsolada. Resolvió, sin embargo, insistir.

—Es una señora que vino de París hace tres días, añadió, con otra señora; tenía una hermana que ha muerto, dejando tres hijos de menor edad...

—¡Ah! Ya sé. Toma la calle de la derecha y tuerce luego hacia la izquierda, y al llegar á las últimas casas te enseñarán el sitio donde vive la que buscas.

La joven siguió el camino indicado, y de repente, al dar la vuelta á la calle, vió venir por ella, con la cesta bajo el brazo, á la fiel criada de su señorita, á Rosa, que andaba con la vista fija en el suelo, pensando quizá en el ama que tanto quería.

—¡Rosa, mi querida Rosa!, exclamó la joven, cuyo corazón oprimido se alivió de un peso enorme; ¡Rosa!

Al oir su nombre, la vieja criada alzó la cabeza y abrió los brazos, en los que se echó Marcela.

Rosa quedó sorprendida; con los brazos pendientes, había soltado la cesta y no acertaba á comprender cómo Marcela se encontraba allí.

—¿A qué ha venido usted?, exclamó al cabo, mientras Marcela, sollozando amargamente se abrazaba á ella.

—¡Ah, Rosa! ¡La señorita Herminia ha muerto!

Las piernas de la buena mujer se doblaron, y tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

—¡Muerta!, repitió con ojos espantados, descoloridos los labios y acento conmovido.

—¡Sí! Muerta ella, nadie me quería en el mundo, y me han echado de la casa...

—¿Quién?

—Los herederos.

—¿Qué herederos?

—No les conozco; son dos señoras y un joven que han dicho que eran parientes de la señorita. ¡Nuestra amiga ha muerto! ¿Qué va á ser ahora de nosotras?

Rosa no decía una palabra, pues aquel golpe la anonadaba.

—Siempre había temido este desenlace, dijo enderezándose, y que moriría mientras yo estaba ausente. ¿Quién la ha cuidado?

—Yo, contestó Marcela.

—Tú, ¡pobre niña!

Rosa no llamaba ya de usted á la huérfana, considerando que ya no era una señorita, sino la hija adoptiva de su ama y que desde entonces lo sería de ella.

—¡Vámonos á casa!, añadió; allí me lo contarás todo. No quiero que la gente nos vea llorar.

La casa en que entró Marcela ofrecía un pobrísimo aspecto. Jamás hubiese imaginado que se pudiera vivir entre tanta miseria. Tres niños hermosos y rubios como ángeles, vestidos de pingajos, jugaban por allí.

La señora Jalín no quedó menos admirada que Rosa; pero tenía la inteligencia más viva y cultivada, é inmediatamente se formó cargo de lo que sucediera en la calle de la Bomba y explicó á Rosa y á Marcela algunos puntos mal comprendidos todavía, tales como la llegada de los herederos, de los que Rosa jamás se había cuidado.

Cuando ésta no podía tragar á alguien, lo borraba de su memoria, y para ella como si no existiera tal persona en el mundo.

Otra quizá se hubiera acordado algo de las raras y cortas visitas que á la solterona hiciera la señora Grenardón, que se habían interrumpido por una fútil disputa y que desde entonces no se renaudaron más.

También hubiera recordado que los Permeny, que si eran tan ávidos guardaban algo mejor las apariencias, á fuerza de importunidades y de bajezas habían conseguido la promesa de que la señorita Herminia dotara al joven; que después se mostraron tan exigentes y tan pesados que la buena señora había tenido que quitarselos de encima, y que desde entonces no había pasado un mes sin que escribieran cartas al médico y á todos aquellos que sabían que trataban á su parienta. El doctor, que continuamente recibía cartas de ambos lados, no tuvo que buscar mucho para encontrar las direcciones.

Rosa hubiera podido saber además que aquella gente aborrecía á Marcela, temiendo que les birlara la herencia...; pero nada de ello sabía por haber adoptado el sistema de seguir el camino de la vida como los caballos, mirando siempre hacia el frente.

La planchadora veía más claro, y después de los primeros momentos de dolor y de sorpresa hizo sufrir á Marcela un examen completo á fin de saber cuanto había ocurrido antes y después del fatal acontecimiento. Le parecía muy duro que la pobre niña hubiese caído de aquella manera desde la dorada medianía hasta la pobreza absoluta; sin embargo, puesto que no había testamento, era preciso rendirse á la evidencia.

—¡Ah!, dijo Marcela, olvidaba mi cajita; no sé lo que hay dentro.

Sacó la cajita rota del fondo del bolsillo y la puso en el centro de la mesa, junto con un puñado de esos objetos raros de que siempre están llenos los bolsillos de las niñas, varias piezas de oro y papeles doblados.

—¡Ah!, exclamó la señora Jalín; esto es casi una fortuna.

En efecto: entre las monedas de oro y los billetes de banco Marcela poseía más de mil francos.

—Con esto hay para salir de apuros; pero no para vivir... Afortunadamente también tengo dinero de la señorita, y á buen seguro no seré yo quien lo entregue á esos herederos. La señorita me había dicho que llevase el dinero á casa de su banquero el día en que debía marchar, y estaba tan trastornada que me olvidé de ello. Son unos tres mil francos, de los que nadie tiene noticia. Este dinero es para ti, Marcela; será tu dote, pobre hija mía.

Marcela miraba con extrañeza el pequeño capital que tenía ante sus ojos.

—No es mío, dijo lentamente.

—Sé por la señorita misma, que quería asegurar tu suerte, y más te hubiera dado si hubiese vivido. Te digo que es tuyo y que tienes que guardarlo. Sería un verdadero crimen devolverlo á esa gente, mensajeros de desgracia.

—Lo pensaremos, dijo la planchadora. Quisiera que Marcela comiese y fuese luego á acostarse, pues la encuentro tan pálida que me da lástima.

La joven trató de comer y dormir para complacer á sus amigas; pero su cuerpo y su espíritu se hallaban tan fatigados, que le negaron el reposo. Se tendió sobre el mezquino jergón que había por toda cama, y con los ojos cerrados, pero con el oído alerta, entregóse á la multitud de recuerdos y pensamientos que la asaltaban.

—¿Qué vamos á hacer de ella?, preguntó la planchadora cuando los niños se marcharon á la escuela.

—Le digo á usted que los tres mil francos son suyos, dijo Rosa; los pondremos en su nombre, y unidos á los que ella tiene, le bastará para que en todo caso no pueda morir de hambre. ¿No podría enseñarle usted su oficio?

—Siempre tuve esa intención, repuso la planchadora; sólo que viéndola tan mimada, había creído que no era necesario... En fin, nosotras cuidaremos de ella y no la hemos de abandonar.

—¡Ah! No por cierto, exclamó Rosa. No puedo explicar por qué, señora Jalín; pero esta pequeñuela me ha hecho siempre el efecto de una verdadera hija que Dios hubiese enviado á la señorita Herminia para consolarla en los últimos días de su vida, de no haberse casado y de envejecer sin familia, sin hijos... ¿Sabe usted por qué no se casó?

—No, respondió la señora Jalín.

—Se lo voy á contar, porque esto redunda en honra suya y siento un alivio en referirlo, pues me parece que no ha muerto en tanto que pronuncio su nombre.

Era hermosa y linda la señorita y no le faltaban pretendientes. Su padre cuidaba de ella, pues su madre había muerto. Hasta los veintitrés años no había pensado aún en casarse, cuando un día encontró á un apuesto joven, amable y simpático que le hizo la corte y le agradó en seguida. No era rico; pero esto importaba poco, pues la señorita Herminia poseía una gran fortuna, mucho mayor que ahora, puesto que su padre perdió por aquel tiempo mucho dinero. Aquel joven pidió su mano y obtuvo el consentimiento. Si la hubiera usted visto ¡qué hermosa y risueña estaba en tanto que preparaba su canastilla! Una tarde recibió una carta de letra desconocida: yo estaba arreglando el cuarto y hablando con ella, pues éramos de la misma edad y siempre había tenido confianza conmigo, cuando la vi cambiar de color.

—«¡Ah, Rosa!, me dijo; si esta carta no es una horrible impostura, mi boda está deshecha.»

Entonces le pregunté qué era lo que sucedía y me enseñó la carta. La que le escribía era una pobre muchacha, la novia del prometido de Herminia, antes de que éstos se conocieran. Todo estaba arreglado, iban á casarse y ella le amaba locamente; pero la señorita Herminia era más rica y por ella la dejaba.

—«Entérate de si esto es verdad, habla con esta joven; y si es cierto lo que me dice, dale mi palabra de que no me casaré con su novio aun cuando le amara mil veces más de lo que le quiero.»

Fuí allí y era verdad. La familia estaba desesperada; pero no se atrevían á armar un escándalo por no dar más pena á la joven. Se lo conté así á mi ama y cumplió la palabra que había dado. Habló con su novio y le dió tantas y tan buenas razones, le hizo ver tan claramente su felonía y con tanta elocuencia le pintó la desesperación de su rival, que consiguió que renaudara sus relaciones con ella y la llevara al altar. La señorita Herminia sintió sin embargo profundamente aquel golpe; envió á la que iba á casarse su propia canastilla, y desde aquella época jamás quiso oir hablar de matrimonio, pues pensaba que si aquella vez casi por un milagro había sabido la verdad, no sería en otra ocasión tan afortunada y se le figuraría siempre que al ir á casarse había una pobre muchacha llorando en un rincón olvidado. La verdad es que creo, aun cuando jamás me lo hubiese confesado, que había querido demasiado á aquel hombre para poder pensar en otro.

Marcela oyó toda aquella relación, y en su espíritu lúcido por la vigilia aparecieron multitud de imágenes entre las cuales descollaba la de su protectora junto á la de un joven apuesto y guapo, parecido á Roberto Breault; después vió los feos rostros de los herederos y la mirada severa, pero llena de bondad, del anciano médico... ¿Por qué no le había visto antes de marcharse? Luego aquellas sombras fueron esfumándose poco á poco, y del fondo obscuro emergieron el rostro atezado, los negros ojos y las severas facciones del hombre que viera en la plaza de la Concordia.

—¡Pobre hombre!, pensó. ¡Ojalá haya encontrado lo que buscaba!

Y se durmió profundamente.

XXXII

Los asuntos de Rosa en Saint-Marois estuvieron arreglados muy presto; los hijos de su hermana quedaron á su cargo, pues no era probable que el descastado padre los reclamara jamás. El mejor medio que se le ocurrió á Rosa para cuidar de ellos, fué encargarlos á unos parientes lejanos, que consintieron en tomarlos mediante una módica retribución.

El mayorcito manifestaba ya desde entonces felices disposiciones para la agricultura y jardinería, lo que demostraba que sería un buen labrador; los otros dos eran todavía demasiado pequeñitos para que pudiera augurarse algo de sus futuras aptitudes; así es que, por entonces, se limitaron á enviarlos á la escuela. Pocos días después, Marcela y las dos amigas volvieron á París y se instalaron en la humilde habitación de la planchadora, que en lo sucesivo debía ser el centro de sus existencias tan distintas y tan unidas sin embargo.

Marcela vistió de luto; lo primero que compró con aquel dinero que para ella había recogido su bienhechora, fué aquel traje que debía recordar á los ojos, por mucho tiempo, la memoria de la santa señora. Al día siguiente del que le trajeron aquel humilde vestido, ella y sus dos amigas tomaron el camino de Passy, pues aquella peregrinación era una verdadera necesidad del alma agradecida de la huérfana.

Puertas y ventanas estaban cerradas y la verja no cedió bajo la presión de la mano. El perro de los Breault ladró alegremente al oir el ruido de pasos amigos. La cocinera que de él cuidaba iba de vez en cuando á verle y alimentarle para que no muriera de hambre; pero aun cuando sus ayunos prolongados le habían reducido á una demacración fenomenal, su buena memoria no olvidaba á los amigos, y lanzó plañideros aullidos viendo la inutilidad de sus esfuerzos para llegar hasta Marcela.

Esta miraba su chalet con ojos preñados de lágrimas. En aquel bendito recinto había pasado aquellos felices años que serían su consuelo durante los días de prueba que quizá le esperaban; cuanto de bueno y de noble vivía en su corazón, cuanto había contribuído á desarrollar su inteligencia, allí lo aprendió, entre las cuatro paredes de aquella casa desolada. Desde allí veía la ventana de su cuartito y la de la habitación donde junto á su protectora pasó aquella última fúnebre noche... ¿Qué habían hecho de aquellos muebles de la señorita Herminia, tan cuidados, tan bonitos, que tan familiares le eran y que despertaban en su corazón recuerdos tan queridos? Vendidos ó transportados á provincias, se habrían esparcido á los cuatro vientos, lo mismo que las blondas, los pañuelos, los libros, y los papeles secretos..., aquellas cartas amarillentas por la acción del tiempo y que de cuando en cuando leían los ojos de la buena anciana para mantener vivos en su corazón generoso los dulces recuerdos de la juventud lejana.

Hay personas que á medida que avanzan en el camino de la vida, aligeran cada vez más la carga de sus ilusiones; que procuran olvidar los desengaños recibidos, las amistades fingidas, los amores burlados; que borran los fantasmas de lo pasado de su imaginación y no guardan de ellos sino la experiencia que aprovecha, el amargo dejo que fortalece para las luchas futuras y vive maravillosamente para caminar con paso más firme y tener golpe de vista más rápido y certero. Otras, por lo contrario, cierran porfiadamente los ojos y la inteligencia á la realidad presente, mantienen viva la llama de sus afecciones antiguas y recuerdan sin amargura las amistades rotas, los amores extintos.

¿Cuáles son los más dichosos? Es difícil saberlo: cada cual sabe sus penas y el modo de aliviarlas; para unos el remedio es la acción, para otros el sueño. Pero un sueño sin ilusiones es una muerte anticipada: sueñan, pues, con lo que fueron... La señorita Herminia era de los últimos. La adopción de Marcela había hecho entrar un nuevo elemento en su vida; la quería y deseaba asegurar su suerte, pero fiel á su sistema, se contentó con soñarlo y murió antes de haber podido realizar su propósito.

Hubiérale gustado saber que todo cuanto en su casa había quedaba en poder de su ahijada.

La piadosa mano de la niña hubiese sacudido el polvo de aquellos recuerdos y en aquellos muebles y en los cachivaches innumerables que llenaban la casita hubiese respetado lo que tanto amara su amiga. ¿Dónde habían volado todas aquellas cosas, frágiles y anticuadas? Marcela se lo preguntada en vano mirando las cerradas ventanas.

—¡Ea, monina, dijo la señora Jalín, tocándola suavemente en el hombro, vámonos!

—¿Dónde?, preguntó Marcela.

—Al cementerio.

Obedeció dócilmente, pues en el cementerio estaba el despojo mortal de su bienhechora; pero su amiguita no había visto llevarla allí, y para ella la tumba no sería jamás sino un emblema, una ficción; la verdadera tumba de su protectora, aquella sobre la cual se cernía su invisible alma, de la que Marcela sentía la presencia, era el chalet de la calle de la Bomba.

¡Cuán extraño le parecía á la niña en su inocencia que unas paredes que han escuchado tantas palabras buenas y cariñosas y han abrigado tanta confianza, ternura y abnegación, queden luego mudas y á veces en su recinto encierren maldades é injusticias sin que se vengan abajo con espantoso estrépito!

Llegó al cementerio ante la tumba recién cerrada.

Rosa lloraba á lágrima viva. Hasta entonces no había podido imaginar que verdaderamente había perdido para siempre á su ama, y al pensar que todo lo que de ella quedaba estaba debajo de aquella masa de piedra, se le desgarraba el corazón.

—¡Si á lo menos le hubieran puesto flores sobre la tumba!, sollozaba la pobre mujer.

Las tres amigas pusieron grandes ramos de flores silvestres sobre la losa, y luego se volvieron tristemente hacia París.

Ocho días después Roberto Breault bajó de un coche ante la verja de su casa: la cocinera, avisada por un telegrama, le esperaba con rostro compungido y obsequioso. El joven hizo salir del coche á su padre envuelto en mantas, tembloroso y transido de frío, y lo condujo respetuosamente hacia la casa. Llegados á ella, el enfermo se sentó en una silla del comedor, paseó su mirada por todos los objetos que le rodeaban, movió tristemente la cabeza y se echó á llorar con el rostro entre las manos.

Julio llegaba en aquel mismo instante, porque había obtenido un permiso especial para salir. Aquellos tres seres desgraciados se unieron en estrecho abrazo, y quedaron largo rato unidos, pensando que la señora Breault había muerto y no tenía ya la casa su ángel custodio.

Cuando hubo pasado aquel primer arranque de dolor empezaron las preguntas.

–¿Herminia?, preguntó el enfermo.

– Ha muerto, contestó la cocinera.

–¿Y Marcela?, dijo de repente Roberto, levantando la cabeza.

– Ha desaparecido, señorito, y nadie sabe dónde está.

–¿No estaba usted aquí?, preguntó Roberto; ¿pues por qué no ha venido?

– Estaba ausente en aquel momento, dijo la criada, bajando los ojos; ha partido de repente, sin decir una palabra á nadie.

Roberto la miró con descontento. Por mucha que sea la paciencia y la resignación, hay un momento en que ambas se acaban.

– Hablaremos de eso más adelante, dijo. Padre mío, necesita usted descanso; conque deje que le pongamos en la cama y que le hagamos compañía.

El Sr. Breault obedeció, pues estaba realmente enfermo y toda su energía y sus fuerzas, ya mermadas por el ataque de parálisis, habían quedado en Niza, enterradas con su querida esposa bajo la sombra de los naranjos.

Rendido por el viaje y la emoción sufrida, el anciano se durmió en seguida.

–¿Qué quiere decir eso?, preguntó Julio á Roberto, refiriéndose á la desaparición de Marcela.

– No lo sé; hay aquí un misterio que no entiendo, y lo mejor de todo sería interrogar bien á la cocinera.

Así se hizo, y Roberto, cuya clara inteligencia no se dejaba engañar por subterfugios, comprendió que la criada había estado ausente durante casi todo el tiempo que le estuvo confiada la custodia de la casa.

–¡Ha dejado á mi perro que muriera de hambre!, exclamó Julio indignado, acariciando la cabeza del buen animal, que le miraba con ojos casi humanos.

– Solamente tiene la piel y los huesos, y estoy seguro de que aún Marcela le ha echado comida. Dime, Brabo, ¿es verdad?, ¿dónde está tu amiga Marcela?

– El perro meneó la cola y se dirigió á la puerta como invitando á su amo á que le siguiera.

– Quién sabe si le encontraría; podríamos probarlo.

– Sí, pero creo más prudente recurrir antes á otros medios. ¡Pobre niña! Nosotros hemos perdido á nuestra madre, Julio; pero ella ha perdido á un tiempo su madre, su albergue, todo, en una palabra. ¡Quién sabe dónde para, quién sabe si vive todavía!

El perro volvióse hacia sus dueños y los miró tan alegremente que no pudieron por menos de sonreirse.

– La buscarás, ¿no es verdad?, dijo Julio, y si no ha encontrado asilo, la traeremos aquí. ¿No es eso, Roberto?

–¡Ah!, suspiró el joven, no seré yo quien diga que no.

Al día siguiente Julio había vuelto al colegio, y Roberto fué á casa del viejo doctor para ver si sabía algo de su antigua discípula.

– Marcela se ha perdido, pero hemos encontrado á su padre.

¡El padre de Marcela!

Roberto quedó estupefacto y sintió extraña tristeza en el corazón. Si Marcela tenía un padre, no necesitaría ya los buenos servicios de ellos. Los Breault serían en lo sucesivo simples relaciones sociales de la joven, pero no los que reemplazaran á la señorita Herminia, sus solos amigos, tal como él lo había soñado. Las lecciones dadas en el comedor, las horas silenciosas de concentrado estudio, todo aquello no era más que un recuerdo.

Roberto sintió que perdía una parte de su ser al encontrar Marcela una verdadera familia, y entonces advirtió con cuánto afán había esperado que la joven sería siempre la hija adoptiva de los que tanto la habían querido.

– Parece que esto le contraría, insinuó el doctor, que le observaba al través de sus lentes.

–¿A mí?, dijo Roberto; no lo crea usted. ¿Qué tal es este padre?

– Parece un oso, pero le creo bueno en el fondo. Por poco acogota á los herederos.

El doctor contó entonces á Roberto la escena que siguió á los funerales.

– Pues tenía razón. Pero ¿y Marcela?

– Volveremos á casa de la planchadora, pues debe ya haber venido. Había pensado en hacer que el Sr. Monfort diera estos pasos, pero me parece de un carácter muy endiablado y siempre temo que estalle como un barril de pólvora.

– Yo me encargaré de ello, dijo vivamente Roberto, pues no teniendo en este asunto el interés directo de un padre, tendré más paciencia. Ya sabe usted, por otra parte, que quiero mucho á Marcela y el cuidado que he puesto siempre en desarrollar su inteligencia, verdaderamente notable.

– Ya lo sé, interrumpió el doctor; así es que, á pesar de que es usted muy joven, no temo encargarle estos pasos. Lo que le ruego, amigo mío, es que sea prudente y que no se precipite.

A Roberto se le antojaba replicar que á su juicio se había perdido ya demasiado tiempo; pero calló y se retiró, llevando la dirección de la planchadora.

Al día siguiente, Marcela salía de su casa para comprar el desayuno: alegre sol de primavera enviaba sus oblicuos rayos sobre las hojas nacientes de los árboles de la plaza Montholón; los arbustos habían crecido desde el tiempo en que allí jugaba con Luisa Favrot; la verja estaba abierta; el guarda del jardín se paseaba por él inspeccionando los paseos y los macizos, y Marcela sintió de repente ganas de entrar en el jardín. En otro tiempo, atraída por el misterio, que tan profundamente arraiga en el corazón de los niños, iba cada tarde á contemplar el banco donde su madre había muerto. Quizá no era el mismo banco, pero estaba en el mismo sitio, le protegían los mismos árboles y las mismas flores crecían detrás de él. Robaba un minuto al tiempo que debía gastar en algún recado, é iba allí á echar una mirada sobre aquel banco donde se había cumplido el drama de su existencia, que la había lanzado huérfana al arroyo de París.

Desde que había vuelto á casa de la planchadora no se había acordado de aquella peregrinación piadosa; pero aquella mañana se dijo que su conducta era culpable, y que el pesar que le causaba la pérdida de su protectora no debía hacerle olvidar la memoria de su verdadera madre. Ninguna tumba existía de ésta sobre la cual pudiera ir á rogar la joven; entró en el jardín y se detuvo ante el banco fatal. Jamás se había atrevido á sentarse en él, pues le parecía una profanación. Algunas veces había visto mujeres que en él se sentaban para hacer calceta, y cuando veía que se alejaban limpiaba la arena con su delantal, borraba las manchas, y se iba llena de ese santo respeto que se siente al entrar en las catedrales.

Aquel día todo estaba limpio y fresco como si el parque se hubiera abierto por primera vez. Los bancos, pintados de nuevo, brillaban como placas de metal bruñido; las hojas de los bojes relucían bajo la neblina matinal condensada en gotitas sobre la delicada película; la arena, recien traída, crujía bajo los pies y alegraba la mirada por su dorado color. Sobrecogida, á pesar suyo, por esa sensación de primavera que tan fuertemente obra sobre todas las naturalezas, Marcela entró penetrada de extraña sensación, como si algo esperara.



Llegó al cementerio hasta a tumba recién cerrada

¿Vive usted en este barrio?

¿Hablaría algún día aquel banco hasta entonces mudo? Una alucinación bendita, ¿haría que viese otra vez el vestido obscuro, la manteleta ajada, el sombrero de paja, humilde traje cuyos detalles habían quedado grabados por modo endeleble en su infantil memoria? En tanto que seguía el tortuoso sendero, pareció á la joven que iba á ver en una de las revueltas aquella imagen querida, conservada en su espíritu por un esfuerzo prodigioso de memoria y voluntad.

Al llegar á aquel sitio, bien conocido, levantó los ojos y se detuvo admirada: en aquella hora matutinal *su* banco estaba ya ocupado. Miró la joven con atención al que estaba en él, y reconoció al mismo que una tarde viera en la plaza de la Concordia. Sintiendo los pasos de la niña sobre la arena, Monfort levantó la cabeza y la reconoció también.

Su extraño encuentro cerca de la fuente no era de aquellos que se olvidan. Desde que había vuelto á París no pasaba un día sin ir al parque, que tenía para él misteriosa atracción. Iba, lo mismo que Marcela, como hubiera ido junto á la tumba de María si hubiese sabido el sitio en que se hallaba. Monfort y Marcela se miraron un momento. La niña, que no había aprendido todavía á bajar los ojos sin motivo, leía en la mirada de aquel hombre mil confusas preguntas y adivinaba que se interesaba por ella, así como ella se interesaba por él. ¿No era raro que no habiéndose visto jamás anteriormente, en el transcurso de pocos días se hubieran encontrado ya dos veces, frente á frente, en circunstancias tan extraordinarias?

Sin embargo, como no le gustaba ver á nadie sentado en *su* banco, quiso continuar su camino; pero antes de desaparecer echó una última mirada hacia atrás...

Simón se levantó bruscamente, estupefacto, desesperado.

–¡María!, dijo en alta voz; ¡es el gesto de María!

Marcela se detuvo admirada y le miró temerosa. ¿Estaba loco aquel pobre hombre tan triste? ¿Era preciso contestarle y transigir con su locura, ó era preferible marcharse como aconsejaban la prudencia y el buen sentido? Vaciló, y el hombre se aproximó á ella.

–¿Vive usted en este barrio?, preguntó mirándola fijamente.

La joven hizo un gesto afirmativo.

–¿Ha oído usted hablar de una niña abandonada cuya madre murió en este jardín?

– Sí, en este banco, dijo la joven indicando el sitio venerado.

–¡Allí!, dijo Monfort volviéndose... Miró el banco, luego á la joven y continuó como con temor. Se llamaba Marcela... ¿La conoce usted?

Marcela retrocedió instintivamente hasta la verja que cerraba el jardín, y echó una mirada hacia afuera, pues tenía miedo sin saber de qué: el guarda estaba allí, á pocos pasos, y la calle de Lafayette rebosaba de gente y de coches, como de costumbre. La niña se tranquilizó y dijo con su suave voz:

– Marcela Monfort, ¡soy yo!

Monfort la miró, abrió los brazos, quiso hablar y cayó sobre el banco derramando un mar de lágrimas y balbuceando palabras que la joven no podía oir ni comprender. Atemorizada de veras, huyó del jardín y él fué corriendo tras de ella.

Sobrecogida como se hallaba de miedo no se acordó siquiera del desayuno y sólo pensó en volver á su casa. Cuando entraba por la puerta cochera, dió un encontronazo con un joven alto que la cogió por el brazo, pues poco le faltó para que cayera.

–¡Marcelita!, exclamó Roberto Breault, reconociéndola; al cabo la encuentro. ¿Cómo va usted tan aprisa?

– Venga corriendo; hay un hombre desconocido que me persigue.

Le empujó hacia la escalera y subieron corriendo los cuatro pisos, hasta dar con la puerta de la señora Jalín. Llegados allí, Marcela empujó y entraron dentro. Antes que hubiesen tenido tiempo de articular una sola palabra, sonaron rudos golpes á la puerta.

– No abran, exclamó Marcela.

– Yo me encargo de contestar, dijo Roberto.

Simón estaba en el umbral con los ojos extraviados, las manos temblorosas y haciendo inútiles esfuerzos para contenerse.

–¿Está aquí Marcela Monfort?, preguntó á Roberto con acento amenazador.

– Sí, aquí está, contestó el joven ¿Qué se le ofrece?

–¡Es mi hija!, exclamó el pobre padre, sintiendo agotadas ya las fuerzas y la paciencia.

Las explicaciones fueron largas; pero antes de que hubiesen terminado, Marcela estaba ya acurrucada entre los brazos de su padre con la cabeza sobre sus hombros y preguntándose á sí misma á qué causa se debía que el día que la encontró en la plaza de la Concordia no hubiesen cambiado alguna palabra que les revelara la verdad.

–¡Cuando pienso, decía á su padre, que me causó usted tanta pena! Tenía gana de preguntarle qué tenía.

Roberto se había esquivado desde las primeras palabras para llevar la buena noticia al doctor, según él decía; pero en realidad marchóse porque se sentía triste sin acertar á darse cuenta de ello y no se atrevía á manifestarlo en presencia de aquella gente dichosa.

¿No era monstruoso por su parte que experimentara este sentimiento de abandono cuando su amiguita acababa de hallar á su verdadera familia?

¿Acaso no había ido allí con la intención de devolver á Marcela á su padre? Entonces, ¿qué más quería?

Pero es difícil mandar al corazón, y por más reflexiones que se hacía, el suyo continuaba apesarado. Volvió á casa del doctor; no le encontró, y después de dejarle una carta explicándole el resultado de sus pesquisas, volvió á su casa más triste que nunca.

– Me alegro mucho, dijo Julio en cuanto supo que Marcela había hallado á su padre. La pobre niña era en verdad digna de lástima.

–¿No estábamos nosotros aquí para cuidar de recogerla?, dijo Roberto con mal humor. A punto fijo que nuestro padre no se habría opuesto á admitirla, y entre ella y Rosa habrían cuidado con esmero al pobre enfermo.

Al día siguiente Marcela y su padre se presentaron en casa del doctor. Simón no era el mismo hombre de la víspera; al aspecto de incertidumbre y de cólera que revelaba su rostro, había sucedido una calma profunda, una especie de alegría interior que contrastaba con sus facciones enérgicas y acentuadas.

(Concluirá)

NUEVA CASA CONSISTORIAL DE MORLEY

Esta población del condado de York en Inglaterra cuenta hoy de 15.000 á 20.000 habitantes, y á pesar de un vecindario tan relativamente corto, su progreso y bienestar, debidos al trabajo, la han puesto en situación tan floreciente, que ha podido construir un palacio verdaderamente monumental para su Ayuntamiento, invirtiendo en él la suma de dos millones de pesetas. La inauguración de este hermoso edificio se efectuó el 15 de octubre último, celebrándose con tal motivo un brillante banquete, en que los principales vecinos, presididos por M. Asquith, á quien se debe la iniciativa de dicha construcción, formularon entusiastas votos por el progresivo desarrollo de su ciudad natal.



NUEVA CASA CONSISTORIAL RECIENTEMENTE INAUGURADA EN MORLEY (condado de York, Inglaterra)

MISCELANEA

Bellas Artes. – MUNICH. – En la última exposición de los secesionistas muniquenses se han vendido 124 obras, algo menos de la cuarta parte de las destinadas á la venta, por valor de 275.000 pesetas. Entre los compradores figuran la Pinacoteca y la Gliptoteca de Munich, el príncipe regente de Baviera, el gran duque Sergio de Rusia y los reyes de Rumanía.

LONDRES. – En la Nueva Galería ha celebrado la Sociedad de Pintores retratistas una notable exposición, en la cual, junto á las obras de los maestros en esta especialidad, figuran excelentes cuadros de muchos pintores jóvenes, especialmente escoceses.

BERLÍN. – Entre las varias adquisiciones para los museos de Berlín hechas durante el segundo semestre del presente año, merecen especial mención varias obras de arte para la sección de escultura cristiana, y en primer término la notable colección de Mr. Henry Pfungst, de Londres, cuyos principales ejemplares son: los bustos del secretario pontificio *Conte del Negro*, de mediados del siglo XVI, y una estatuita de *David*, de Donatello. De la misma colección forman parte un *San Jerónimo*, de Bertoldo; una estatuita de *Marco Aurelio* de mediados del siglo XVI; los grupos de *Hércules y Neso*, de Juan de Bolonia, y de *La virtud y el pecado*, de Cellini; un *Mercurio* de Tacca, y varias figuras de animales. Durante el mismo período se han comprado para la Galería Nacional y por valor de 67.500 pesetas varios cuadros, esculturas, acuarelas y dibujos de Pigiheim, Handrieser, Brutt, Diez y Richter.

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Le fils d' Aretin*, hermoso drama en tres actos y un prólogo en verso de Enrique de Bonnier; en el Odeón *La demande*, bonita comedia en un acto de Renard y Docquois, y *La crise conjugale*, comedia en tres actos de Berr de Turique; en el Palais Royal *Le remplaçant*, graciosa comedia en tres actos de Busnach y Duval; en los Bufos Parisienses *La belle epiciére*, opereta en tres actos de Decourcelle y Keroul, con muy bonita música de Varney; en el Vaudeville *Viveurs*, interesante comedia en cuatro actos de Enrique Ladevan; en el Ambigu-Comique *Le capitan Floreal*, drama en cinco actos y seis cuadros de Moreau y Depré; en la Opera Cómica *Xaviere*, idilio dramático en tres actos de Luis Gallet, tomado de una novela de Fernando Fabre, con bellísima música de Teodoro Dubois; en la Gaité *Panurge*, opereta en tres actos y diez cuadros de Meilhac y Saint-Albin, con bonita música de Planquette, y en el teatro de la República *Les aventures de Thomas Plumepatte*, comedia de espectáculo en cinco actos y doce cuadros de G. Marot.

Necrología. – Han fallecido:

Max Hauschild, notable pintor arquitectónico que trabajó durante gran parte de su vida en Italia.

Otón Ehlers, célebre viajero alemán, muy conocido por sus exploraciones en la Africa oriental y en la India y autor de varias interesantes obras de viajes.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

RESEÑA HISTÓRICA DE LOS SITIOS DE GERONA EN 1808 Y 1809, por *Emilio Grahit*. – Mayor espacio del que consiente esta sección necesitaríamos para dar siquiera ligerísima idea de esta obra, cuyo tomo segundo se ha publicado recientemente. El Sr. Grahit, comprendiendo que la importancia del tema escogido exigía una descripción completa y detallada, ha realizado un trabajo notabilísimo bajo todos conceptos, repleto de datos á cual más interesantes y rigurosamente históricos, tomados de los documentos de la época y especialmente del *Diario de Gerona*, no omitiendo hecho ni episodio alguno que pueda contribuir al verdadero conocimiento de aquellos sitios que inmortalizoron el nombre de la ciudad catalana y llenaron páginas gloriosísimas de la historia española. El libro que nos ocupa, á su interés histórico une, aun para los que prescindan de este punto de vista, el que tienen todas las narraciones de las grandes epopeyas, llenas de hechos altamente dramáticos. Es, en suma, una obra completa que merece toda suerte de alabanzas y que demuestra las excepcionales dotes de historiador que á su autor adornan. Los dos tomos se venden en las principales librerías de Gerona, Barcelona, Madrid y Valencia al precio de diez pesetas cada uno.

CRÓNICAS DE LA ANTIGUA GUATEMALA, por *Agustín Mencos F.* – Elogios incondicionales merecen cuantos se consagran á la tarea de salvar del olvido las interesantes tradiciones de los pueblos. En América son varios los escritores que con gran éxito cultivan este género, y por no citar más que uno mencionaremos á D. Ricardo Palma, cuyo nombre, bien conocido de nuestros lectores, ha logrado imperecedera fama en el nuevo y en el viejo continente. El notable escritor guatemalteco, D. Agustín Mencos, de la Academia Española, ha seguido el ejemplo y ha reunido en un tomo veinticuatro tradiciones de la antigua Guatemala, dignas de figurar al lado de las del gran literato peruano, pues además del interés histórico que revisten, están escritas en lenguaje elegante y castizo que revela al prosista de buena cepa. Las tres primeras ediciones del libro se agotaron rápidamente, y este es el dato más elocuente para probar la bondad del trabajo del Sr. Mencos. La obra ha sido impresa en Guatemala, tipografía de El Comercio.

DOCE POESÍAS, por *Francisco A. Gamboa*. – El distinguido poeta salvadoreño Sr. Gamboa ha publicado, coleccionadas en un tomito, doce de sus más inspiradas composiciones, en las cuales abundan los rasgos de imaginación y los acentos apasionados que por lo general constituyen la característica de los vates americanos. El libro ha sido impreso en San Salvador, tipografía La Luz.

DISCURSO LEÍDO EN LA ACADEMIA GADITANA DE CIENCIAS Y ARTES, por *V. de Grau y Cambray*. – Se ha publicado la segunda edición de este discurso que el Sr. Grau y Cambray pronunció en 13 de julio de 1884 en la citada academia. En él se hacen resaltar las excelencias de la fe y de la religión, tan necesarias para la vida del espíritu humano para comprender los grandes misterios de la creación. Ha sido impreso en Jerez, imprenta de El Guadalete.



LA PEQUEÑA AMBICIOSA, grupo en yeso de José Alcoverro

GUÍA POPULAR DE HOMEOPATÍA, por *Moore*. – Hemos recibido un ejemplar de la tercera edición de esta obra, editada por la gran farmacia homeopática Gran Alá (Unión, 8, Barcelona) con un catálogo ilustrado de los artículos que expende esta casa. Esta tercera edición está corregida y aumentada por el reputado médico homeópata Dr. J. Sabater, y va acompañada de unas indicaciones homeopáticas tomadas de los mejores autores, pudiendo afirmarse que constituye un libro indispensable para todos los amantes de la doctrina de Hannemann. Véndese en la citada farmacia al precio de 1'50 peseta.

REVISTA POLÍTICA IBERO-AMERICANA. – A causa del sensible fallecimiento de D. José Marco, director que fué de la revista *Pro patria*, ésta se ha refundido con la *Revista política Ibero-Americana*, que se publica en Madrid bajo la dirección de D. Gabriel R. España, y al frente de cuyas secciones literario-histórica, de política interior y de política exterior están D. Víctor Balaguer, D. Emilio Castelar y D. Gumersindo de Azcárate. El número 2 de esta nueva revista contiene notables trabajos de los Sres. Canalejas, Altamira, Balaguer, Becerro de Bengoa, Hauriou, Castelar, Azcárate, Dorado, Sanz y Escartín, Gutiérrez Abascal, Pons, González Serrano y Ontañón. Suscríbese á esta revista en la calle de la Bola, 8, Madrid.

OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS efectuadas durante 1893 en el Observatorio de Villafranca del Panadés, publicadas por el director D. *José Baltá de Cela*. – El observatorio de Villafranca del Panadés, fundado por el Sr. Baltá de Cela y por él sostenido sin subvención ni auxilio del gobierno ni de corporación alguna, presta grandes servicios al estudio de los fenómenos meteorológicos, y de ello es buena prueba el folleto que motiva estas líneas: en él se consignan minuciosamente las observaciones de toda especie efectuadas durante el año 1893, constituyendo un trabajo concienzudo y de mucho interés científico, por el cual felicitamos á su autor.

DESDE BELÉN AL GÓLGOTHA, por *Federico Flores Galindo*. – Poema en siete cantos, escrito en armoniosos tercetos por el conocido poeta peruano Sr. Flores Galindo. Como su título indica, descríbese en él la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, desde su nacimiento hasta su crucifixión en el Gólgotha: lleva como apéndice una poesía, *El Crucifijo*, imitación de Lamartine. Ha sido impreso en el Callao, imprenta de Pareja y compañía.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 23 de diciembre de 1895 — Núm. 730



FELICES PASCUAS, dibujo original de J. García Ramos

ADVERTENCIAS

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el tomo tercero de *América. Historia de su colonización, dominación é independencia*, que es el quinto y último de los correspondientes al presente año de la **Biblioteca Universal**. Como algunos de los señores suscriptores no tienen los dos primeros tomos de esta importantísima obra, les invitamos á que los adquieran por el precio de *cinco* pesetas cada uno, *único para los suscriptores de la* **Biblioteca Universal**.

En el caso de que á algún suscriptor no le conviniese su adquisición, podrá elegir en sustitución del expresado tomo tercero de *América* entre cualquiera de las siguientes obras:

Los ecos de las montañas, escrita por D. José Zorrilla y profusamente ilustrada por Gustavo Doré; *Los misterios del mar*, con multitud de interesantes ilustraciones, ó *La guerra franco-alemana* (1870-1871), escrita por el mariscal conde de Moltke, con preciosos grabados intercalados en el texto.

Por nuestra parte nos permitimos aconsejarles que no dejen de completar la notable é interesante obra *América. Historia de su colonización, dominación é independencia*, en vista de la entusiasta acogida que así en el público como entre los críticos han tenido los dos tomos hasta ahora publicados.

El próximo número de La Ilustración Artística, primero del año 1896, constará de 48 páginas y estará dedicado á los jefes de Estado que lo han sido en Europa y América durante el presente siglo.

A pesar de las dificultades grandísimas que hemos encontrado en la realización de este pensamiento, hemos conseguido reunir casi todos los materiales que para dicho número necesitábamos, no habiendo perdonado esfuerzo ni omitido sacrificio alguno á fin de obtener los centenares de retratos de otros tantos gobernantes supremos de los Estados europeos y americanos, acudiendo para ello á los archivos, centros, casas editoriales, consulados, legaciones y aun á los mismos presidentes de las Repúblicas de América.

Gracias á ello, podemos ofrecer á nuestros lectores un número verdaderamente extraordinario, así por sus dimensiones como por la novedad é importancia de su materia, que no dudamos merecerá el aplauso de nuestros suscriptores.

SUMARIO

CRÓNICA DE ARTE

Probablemente cuando esta *crónica* vea la luz pública, la Academia de San Fernando habrá dictado su fallo en el concurso abierto para erigir una estatua en esta corte al insigne creador de la Ley de Instrucción pública que aún rige hoy en sus puntos principales.

No se presta ciertamente la indumentaria de un ministro (hablo de la de los españoles) ni tampoco la ordinaria de los simples ciudadanos para que el escultor pueda realizar una obra de arte, tal y como debe realizarse dentro de las condiciones de la escultura, arte eminentemente plástica; ni tampoco el rostro de D. Claudio Moyano era de los que tienen líneas ó facciones á propósito para que el artista encuentre fácilmente el modo de expresar la fisonomía moral de aquel hombre de austeras costumbres y de enérgica voluntad. Digo esto como atenuación en parte de la falta de originalidad y de lo endeble, en lo que corresponde á la técnica, de los ocho ó diez bocetos que forman el concurso citado.

Al mirar aquellas figuras de yeso que representan, casi todas, á un burgués vestido con levita y con un rollo de papeles en la mano izquierda, ocurriéronseme varias reflexiones, que si no son completamente originales tampoco las creo conocidas; y valga por lo que valiere, aquí las expongo. Creo que hay entre los *estatuados* categorías; así, por ejemplo, figúraseme que al lado de Alejandro el Magno ó al de Napoleón no es posible poner al general Concha, aun cuando haya hecho méritos para alcanzar el honor de una estatua, ó Murat, aun siendo una gran figura militar. Asimismo, en el orden civil, creo que no pueden parangonarse Cicerón ó Mirabeau con el llamado *divino* Arguelles ó con Moret (por si acaso le levantan una estatua). Ni al lado de Virgilio, Dante ó Shakespeare, al mismo Racine ó á nuestro Quintana. Además de esto, creo también que debiera tenerse en cuenta el carácter de la obra de cada uno de los hombres á quienes se les erigiesen estatuas, pues aun dentro de un mismo orden de producciones, entre Molière y Calderón de la Barca existe una diferencia esencialísima por la trascendencia de la labor de ambos, por la altura ética y filosófica, por la intensidad del pensamiento y por la influencia que con la dicha labor hayan ejercido en el rumbo de aquella manifestación de la inteligencia humana en que ejercitaron sus talentos ó demostraron su genio. Ahora bien: ¿cuál posición corresponde dar á las estatuas si se tienen en cuenta las observaciones aquí hechas? ¿Es lógico representar á pie á un general y en la misma actitud que á un hombre de letras ó de ciencias? ¿Es lógico que al hombre de bufete, al pensador, se le muestre del mismo modo que al orador ó al artista? ¿Es lógico, en fin, que al hombre de Estado se le exhiba á los ojos del pueblo como se exhibe al santo ó al poeta?

Sutilicemos un poquito más, si es que puede decirse de todas estas cosas que son sutilezas. Al conquistador es fuerza suponerlo en un momento supremo de su misión (si tal puede decirse hoy), y por lo tanto habrá que representarle á caballo, en actitud serena, ordenando sin arranques dramáticos; por el contrario, al general se lo imagina uno, como á Filiberto de Saboya ó al Gran Condé, á Prim ó á Concha, en momentos dramáticos, terribles, como el de Rocroy ó de los Castillejos, al galope de su caballo, desnuda la espada, en ademán enérgico. En cambio para el orador solamente cuadra la estatua que lo represente en pie, puesto que la acción es una condición indispensable del hombre que dirige la palabra al público, semejándose en este particular al cómico, quien debe producir, tanto como con la frase, con el gesto y la actitud, la emoción estética necesaria para dar todo su valor al personaje que representa, como aquél á la imagen que desarrolla. No así al pensador; el reposo le sintetiza: la estatua sedente, pues, debe ser, á mi juicio, la que le corresponda. Y así por ese camino llegaremos á lo lógico, y de lo lógico á la mayor suma de verdad psíquica y plástica en la interpretación de los personajes por medio del arte de la escultura.

Queda un punto por resolver, y ciertamente que no es de los menos importantes: el de la indumentaria. David d'Augers fué uno de los primeros escultores que, dejando la rutina seudo-clásica de vestir, especialmente á los guerreros, con arreos romanos, acometió de frente las dificultades que ofrecía el traje de su tiempo. Realmente el atrevimiento del escultor realista fué grande; mas al cabo venció. De entonces hasta nuestros días se ha venido rindiendo parias al idealismo. Pero el buen gusto, el sentimiento de la belleza de la línea, ¿hallan satisfacción completa en la indumentaria actual? Conteste quien á ello se atreva; pero aceptando la imposición de la realidad, ¿por qué dan los escultores españoles especialmente la preferencia á la levita sobre cualquiera otra prenda masculina? Entiendo que buscan así el modo de indicar el desnudo, por ajustarse la prenda dicha al cuerpo más que otra alguna; mas en contra de esa aspiración del artista á buscar algo que recuerde la belleza del desnudo, está el resto de la levita, la monotonía de las mangas que desfiguran por completo los brazos, los faldones que como si fuesen enaguas de Cristo bizantino envuelven la figura hasta las rodillas. ¿Cómo resolver el problema?.. Benlliure lo ha resuelto recientemente. ¿Cómo?

***

Hago alto en estas disquisiciones porque ahora recuerdo que estoy escribiendo una *crónica*. Cierto que son tan escasas las noticias de arte *cronicables* (!), que todas juntas no llegan á ocupar media cuartilla. Allá van, sin embargo, las que sé.

En el Círculo de Bellas Artes parece haberse desistido de celebrar una exposición de *impresiones de viaje*, y dada la actividad de los individuos que componen la sección de exposiciones, es de suponer que hayan tropezado con dificultades de monta para que la idea se abandone. Acaso haya contribuído á esto el que buen número de pintores se disponen para enviar trabajos de importancia á los salones de Berlín y París y á la exposición de Noruega. Para esta última han sido ya examinadas las obras por el Jurado de admisión, y si ya no han salido para su destino, acaso saldrán de mañana á pasado. Otra noticia es la expectación (si es que en las actuales circunstancias puede producir expectación un acontecimiento artístico) que existe entre los artistas y aficionados, con motivo de la exposición regional de pintura y escultura que en el Palacio del Hipódromo celebrarán buen número de los pintores y estatuarios que cuenta Cataluña. Realmente, la curiosidad que existe por ver y juzgar á los artistas catalanes data desde el último certamen nacional de Bellas Artes, y pueden estar seguros los expositores de que habrá de juzgárseles con gran imparcialidad y mesura, como de ello se dió muestra en junio último. ¿Otra noticia? Veamos. ¡Ah, sí! El asendereado *Museo contemporáneo* sigue como estaba, y es probable que así siga por tiempo indefinido. ¿Otra más? Benlliure se ha decidido á trasladar á Madrid su estudio. Excusado es apuntar aquí la importancia de esta decisión del insigne artista, pues atraerá á la corte, y en época no lejana, á otros artistas, entre los cuales no sería aventurado contar á José Benlliure y acaso Villegas y Pradilla. Si tal realizasen estos ilustres representantes de la moderna España artística en el extranjero, Madrid sería al fin lo que debiera ser ya, un mercado digno de competir con los de otras capitales, y la cultura pública y la afición á las Bellas Artes subirían de nivel (que buena falta hace).

Y aquí sí que doy fin á las noticias de arte por lo que á Madrid corresponde; mas como he de llenar el espacio que para esta sección tiene señalado La Ilustración Artística, voy á recurrir á las revistas y periódicos extranjeros para lograr mi objeto.

Lo primero que veo en *The Thimes* es lo siguiente: «Cinco son las exposiciones de pintura abiertas en Londres en la actualidad.» La primera es de acuarelas, y el único expositor, el celebrado acuarelista Hergistt. Más de ciento cincuenta, algunas de verdadero mérito, figuran en la sala de *St. James*. Otra la del *Club del nuevo arte inglés*. En esta galería exhibe un buen número de pintores jóvenes, quienes sostienen la bandera del impresionismo y del naturalismo, enfrente de la otra sociedad llamada de los *Pintores viejos*, sociedad que también celebra su correspondiente exposición. Cercana de ésta hállase abierta otra *gallerie*, la de los *Pintores retratistas* y en la que hay algunos retratos de artistas de gran fama. Pero la noticia verdaderamente interesante es el anuncio de dos libros, uno de carácter histórico y otro puramente literario, de Morris y Millois respectivamente. No dice el anuncio el título de las obras citadas, quizá obedeciendo á un exquisitismo del reclamo editorial; lo que sí se sabe es que el segundo de los célebres artistas-escritores ha ilustrado su propia obra.

Echemos un vistazo sobre la prensa parisiense. En el *Hotel Drouot* acaban de ser vendidas en pública subasta varias obras de arte suntuarias de gran mérito. Entre dichas obras figura un *portapaz* de cobre dorado y de plata nielada, de procedencia italiana y el trabajo es florentino del siglo xv. Había sido adquirida dicha alhaja en Italia por un agente de los que acaparan por cuenta de casas extranjeras cuantas antigüedades tienen un mérito determinado, bien sea artístico, bien histórico. Dicho *portapaz* fué adquirido para la colección Spitzer; primero lo comprara Castellani. En la puja del *Hotel Drouot* alcanzó el precio de 11.200 francos. Un retrato de Antonio de Borbón, pintado y esmaltado por el célebre esmaltador de Limoges Leonardo el Lemosín, quien, como no ignoran mis lectores, floreció en el siglo xvi. Esta pieza es, según las descripciones que de ella acabo de leer, una verdadera obra de arte. Fué vendida en 9.600 francos y perteneció á la colección Stemi.

En la exposición permanente que en Berlín existe, llamada Salón Schulte y comúnmente *Unter den Linden*, ha expuesto el pintor Bodenmüller (confieso sinceramente que es esta la primera noticia que tengo de la existencia del citado pintor) un gran cuadro tríptico, que lo considera la crítica como una tentativa de traducción de la música por medio de la pintura. El motivo es la famosa sonata de Beethoven *Claro de luna*. El primer cuadro es el *adagio*. Representa á Beethoven preludiando en el piano y por una ventana entra un rayo de luna. El segundo cuadro, el *alegretto*, representa dos amorcillos alados que juegan alrededor de una fuente de agua viva. El fondo está iluminado por tintas de aurora, y muy semejantes en la coloración á la manera de Puvis de Chavannes. Tercer cuadro: *Presto agitato*. Nereidas y divinidades marinas aparecen sostenidas por nieblas vaporosas; en primer término un genio parece volar vertiginosamente; el cielo está cubierto por intensos nubarrones de tempestad y el rayo cruza el espacio.

Recomiendo á los idealistas el ensayo del pintor Bodenmüller..., ¡y que Beethoven los perdone!

R. Balsa de la Vega



SEMBLANZA

Existía allá por 1864 en Bogotá una especie de sociedad literaria denominada *El Mosaico*, compuesta de los más eminentes escritores colombianos, entre los cuales figuraba y distinguíase como el más benévolo D. José María Vergara y Vergara. Hubo éste de conocer, á propósito de ciertos negocios comerciales, á un joven recién llegado del valle del Cauca, y terminada la conferencia mercantil que con él celebró, rodó la conversación sobre temas menos prosaicos.

—¿Ha hecho usted versos?, preguntó Vergara al forastero.

Contestó éste afirmativamente y quedaron ambos convenidos en que al día siguiente el poeta caucano daría á conocer á su amable interlocutor algunas de sus composiciones

Resultado de aquella primera lectura, á la que asistieron otros dos individuos del *Mosaico*, fué la solemne presentación del hasta entonces ignorado vate á la sociedad convocada en pleno.

El triunfo fué completo: los del *Mosaico* acordaron publicar inmediatamente y á su costa las poesías de su nuevo compañero.

Algunos días después, apadrinado por tan valiosos elementos, el nombre de Jorge Isaacs era pronunciado con entusiasmo en todo Bogotá y al poco tiempo en toda Colombia.

Isaacs hizo su entrada en el mundo literario sin haber probado las amarguras de la crítica envidiosa, sin que los sinsabores de la indiferencia hubiesen atajado sus primeros pasos y cortado el vuelo de sus nobles aspiraciones.

¡Bien correspondió á tan excepcionales favores! Cuatro años después daba al público *María*, esa novela que al abrirle á él de par en par las puertas de la gloria, conquistaba para su patria derecho innegable á un puesto de honor en la literatura americana y un lugar eminente en la literatura madre, la española.

Si es cierto que cada pueblo tiene un libro, *María* es el libro de Colombia y casi pudiéramos decir el libro de la América latina: traducido á multitud de idiomas extranjeros, de tal manera se ha propagado que con razón ha podido afirmar uno de los biógrafos del gran escritor que si éste es popular por sus versos, por su *María* es universal.

Mucho podríamos extendernos sobre esta bellísima historia de una pasión desgraciada, llena de sentimiento, arrancada de la virgen naturaleza del hermoso valle del Cauca, sobre cuyas páginas han llorado dos generaciones y se verterán lágrimas mientras haya juventud en el mundo; pero con ello nos apartaríamos de nuestro objeto que, tratándose de una semblanza, no de una biografía ni de un trabajo crítico, ha de mirar más al hombre que al autor y á sus obras.

Isaacs merece ser también estudiado desde otros puntos de vista, puesto que tomó parte importantísima en los acontecimientos de su país, y fué sabio naturalista y laborioso explorador de las riquezas mineras que atesora el suelo de Colombia.

Sus ideas políticas hiciéronle en distintas ocasiones intervenir en las sangrientas luchas que en Colombia, como en toda la América española, han encendido los partidos; pero Isaacs, ya como subalterno, ya como jefe, mostróse siempre humanitario, aun en los casos en que el rigor se impone, y terminada la contienda regresaba tranquilo al hogar donde se deslizaba plácida su existencia sin más trofeos que su bolsa exhausta, ni mayor orgullo que la conciencia satisfecha por haber cumplido con su deber.

El autor de *María* fué también un luchador enérgico en las fecundas lides del trabajo, explorando selvas y perforando rocas para sorprender los tesoros que en su seno guarda la tierra. En 1881, durante la presidencia del doctor D. Rafael Núñez, el gobierno, que dispensaba gran protección á todo cuanto significaba el fomento de los intereses materiales, creó una Comisión científica que descubriera y utilizara las riquezas naturales de Colombia, y nombró secretario de la misma á Isaac, comprendiendo sin duda que en aquel hombre de espíritu inquieto alentaban un alma ávida de hechos meritorios y un carácter cuyo rasgo más saliente era la inquebrantable tenacidad, capaz de realizar las mayores y más atrevidas empresas en pro de su patria.

—Si ustedes descubren grandes hulleras en el litoral de nuestra costa atlántica, cambiará la faz económica del país.

Tales fueron las palabras con que el presidente despidió á la Comisión científica y en especial á su secretario Isaacs: aquellas palabras grabáronse por modo indeleble en el corazón del poeta patriota é influyeron de una manera decisiva en sus aspiraciones y en su porvenir, despertando en él nuevas aptitudes y convirtiéndole en naturalista explorador de ignoradas comarcas.

Encaminóse la comisión á los Estados de Bolívar y Magdalena; pero Isaacs, por razones que no es del caso analizar, separóse de sus compañeros y continuó solo y bajo su exclusiva responsabilidad las investigaciones en unión de aquéllos principiadas. Entonces comenzó aquella exploración memorable por comarcas antes no visitadas por hombre civilizado alguno: allí, en plena naturaleza salvaje hizo Isaacs marchas penosas al través de aquel desierto litoral y por las agrestes faldas de la Sierra Nevada de Santa Marta. Mas como en el hombre de ciencia seguía alentando el genio del poeta, mientras por una parte analizaba la constitución geológica de los terrenos que recorría, por otra estudiaba las costumbres, los dialectos y las tradiciones de las tribus indígenas que encontraba á su paso, y tomaba curiosísimas notas sobre las inscripciones jeroglíficas y demás vestigios de cultura que entre aquellos pueblos dejaron sus remotos antecesores.

El hallazgo de los vastos yacimientos de carbón fósil situados en la región occidental del Estado Magdalena puso término á aquel primer viaje, cuyos resultados ofreció Isaacs desinteresadamente al gobierno de su país, consignados en interesantes informes descriptivos, acompañados de muestras de los diferentes minerales durante su expedición recogidos.

La gloria que estos trabajos y sus obras literarias le proporcionaron no fué bastante á compensar el disgusto que en su corazón patriota produjeron los desengaños políticos; la honda herida que éstos le causaron refléjase elocuentemente en la dedicatoria que de su poema *Saulo* hizo al presidente de la República Argentina, el general Julio A. Roca. En ella decía, entre otras cosas: «*Recibidla* (la ofrenda), *señor, y presentádsela* (al pueblo argentino) *á nombre mío si merezco tamaña honra, y decidle que si al fin llega el ya temido y casi inevitable día en que el suelo colombiano les niegue hasta una fosa á mis cenizas, mis huesos se estremecerán de orgullo y de placer al tocarlos la tierra que cubre los de Belgrano y Rivadavia.*»

Este grito de dolor tuvo generoso eco en el pecho del general Roca, quien en su propio nombre y en el del pueblo que regía ofreció en galantísimos términos amplia hospitalidad al ilustre autor de *María*, tan admirado allí como en el resto del continente americano.

Disponíase Isaacs, á fines de 1884, á aceptar con su familia tan cariñoso ofrecimiento, y el gobierno colombiano, presidido nuevamente por el doctor Núñez, habíale prometido nombrarle representante diplomático ó consular en Buenos Aires, cuando la revolución que estalló en aquel año impidió la expatriación voluntaria del gran poeta.

Retirado á una casa de campo, volvió á sus estudios favoritos de la naturaleza, y en la soledad de las montañas que le rodeaban dedicóse á observar las huellas de las tribus indígenas que habitaban en aquella comarca al tiempo de la conquista, recogiendo preciosos ejemplares etnográficos é interesantes datos y apuntes que aún se hallan inéditos.

Aquel fué uno de los períodos más tristes de su vida: basta para convencerse de ello leer su canto *En las cumbres de Chisacá*, en donde se leen gritos arrancados por la desesperación, como cuando exclama:

Hoy la miseria ronda de mis hijos
el pobre y triste hogar.

Por fortuna para él, cesó aquella situación al ser vencida la revolución en 1885 y al plantearse las reformas políticas iniciadas por el doctor Núñez. Desde entonces le sonrió la fortuna: el gobierno le reconoció sus derechos como descubridor de las minas hulleras de Arataca y Fundación; descubrió nuevos y ricos yacimientos de hulla y abundantes fuentes de petróleo en el golfo de Urabá, y pudo al fin disfrutar en su apacible retiro de las márgenes del Combeima de una existencia tranquila y holgada.

Libre de las preocupaciones que amargaron su agitada vida durante los últimos años, proponíase reanudar sus labores literarias, revisar sus composiciones poéticas y concluir sus novelas inéditas *Fania* y *Alma negra*, cuando le sorprendió la muerte, ocasionada por mortal enfermedad contraída en las selvas vírgenes cuyos misterios supo descifrar.

Isaacs murió como católico y como poeta. Cuando el sacerdote le dió la Comunión, antes de expirar preguntóle:

—¿Creéis en Jesucristo?

—Soy de su raza, contestó el moribundo; creo en El y en sus evangelios y espero su misericordia.

Profesaba á su patria fervoroso culto que no entibiaron las pasajeras ingratitudes con que sus paisanos pagaron los inmensos favores que sobre Colombia derramó pródigamente el poeta y el explorador. La última vez que estuvo en Bogotá, poco antes de su muerte, parecía presentir su fin cercano.

—Allá verá usted, decía á un amigo que fué á visitarle, como no gozaré del fruto de mis fatigas en

las montañas de los Chimilas, ni terminaré la novela de que le hablé antes.

– ¿Por qué tiene usted semejante idea?, le preguntó aquél.

– Porque, amigo, esta especie de parálisis que siento en una pierna puede extenderse hasta el corazón, y entonces...

– Eso sucederá muy tarde, si Dios permite que suceda. La patria y la literatura exigen la vida de usted por muchos años para que termine *Fania*, ese carácter que, según dice usted, le enamora más que el de *María*.

– ¡La patria, la patria! ¿Sabe usted que todavía la amo mucho y que aún espero que ha de ser libre, feliz y grande? La generación actual, continuó después de una breve pausa, es demasiado pesimista y calculadora, pero despertará á una nueva vida, estoy seguro de ello. ¡Si yo pudiera presenciar su renacimiento!

El inspirado cantor de la naturaleza colombiana, el poeta de las estrofas saturadas del más puro y ardiente americanismo, el autor de un libro que por sí solo basta á hacer imperecedera la memoria de quien lo escribiera y á llenar de gloria la tierra en que tal joya vió la luz, creía que su obra literaria era incompleta y que había hecho muy poco para conquistar la estimación de sus compatriotas y para que su nombre le sobreviviese algunos años, «aspiración – decía – que ha sido mi mayor anhelo y el objeto de toda mi vida.»

Jorge Isaacs nació en Cali en 1837 y falleció en Ibagué en 17 de abril de 1895. – X.

PREPARATIVOS PARA NAVIDAD

EN MADRID

LA VENDEDORA DE PAVOS

Pasaron ya para la plaza Mayor de Madrid aquellos famosos tiempos de los autos de fe, de las reales corridas de toros, de las carreras de cintas, de las proclamaciones de los monarcas y de las mojigangas cortesanas; y hoy, á excepción de alguno que otro motincillo de verduleras ó barrenderos, el anchuroso espacio sólo recobra su animación perdida al aproximarse las Pascuas de Navidad, durante las cuales se convierte en almacén, depósito y mercado de cuantos productos comibles y bebibles envían á Madrid, no sólo las provincias del reino, sino hasta sus posesiones ultramarinas.

Una de las primeras vendedoras que solicitan permiso del ayuntamiento para establecer su tenderete en el ángulo que forman los soportales que dan acceso á las calles de Gerona y de Toledo es Petra *la Valiente*, así conocida en la plaza del Rastro, no sé si por ser apellido de familia ó mote que revela su carácter levantisco y pendenciero.

Apenas obtenida la necesaria licencia, Petra, ayudada por Paco *el Libreta*, su primo, cuñado ó lo que sea, que esto no está bien claro en los archivos de la ribera de Curtidores, comienza la instalación, reducida á poner un toldo de arpillera y trasladar desde la pollería en que *la Valiente* tiene su habitual residencia una silla y cuatro cestas y jaulones en que se encierran las diversas clases de víctimas, amén de una mesa para exhibir la más suculenta y variada colección de inanimados restos de gallinas, capones y otros apreciabilísimos bípedos, sacrificados en lo mejor de su edad.

Hecho esto, desaparece *el Libreta* para dedicarse á la adquisición de las primeras materias, ya en los depósitos de Mostenses y la Cebada, ya en los fielatos y caminos que conducen á la capital de la monarquía ó en los misteriosos antros de los matuteros; siendo reemplazado cerca de la joven por la Robustiana, matrona peritísima en cuanto al ejercicio de la profesión se refiere, como que lleva cerca de cuarenta años desplumando *bichos*, como ella dice, en obsequio al vecindario de la corte.

El buen género que expende *la Valiente*, su desenvoltura y la maña que se da para atraer á los compradores, hacen que su puesto sea uno de los más favorecidos de la plaza, suscitando no pocas envidias y murmuraciones de sus colegas y dando lugar á alguna que otra *bronca* del género más pintoresco. A pesar de todo, Petra se queja, lo mismo que en los años anteriores, de que el negocio está perdido, y se lamenta diciéndole á Robustiana:

– ¡Pero mujer, tú ves qué poco anda la venta! Nadie diría que mañana es Nochebuena. No hemos hecho más que nueve duros, y como esta tarde no se anime el fandango, nos hemos *lucío*.

– Pues hija, no será por falta de gente, que está la plaza que no cabe *una* alfiler.

– Pero *too* son vendedores, y esos ambulantes nos pierden, porque como no pagan punto ni *tien* vergüenza, dan las cosas por una miseria.

– De *too tié* la culpa el Gobierno; si el Cánovas y el Sagasta se dejaran de pamplinas y vinieran aquí á cumplir con su obligación poniendo orden en esto, mejor andaría el cotarro.

– Ni que decir tiene; pero no te compongas. Ya me daría yo con un cantito en los dientes, si esos sinvergüenzas de municipales metieran en la prevención á más de cuatro zaparrastrosas que van por ahí con un pollo *escuchiflao* y sin papeleta.

– Aún tendremos que armar una como la que hicimos cuando D. Alberto era alcalde.

– Así fuera ahora mismo, que ya tengo ganas de descacharrar á un guardia *ú* dos.

– ¿Y qué habrán hecho *Colás* y la tía Clara?

– ¿Pero mujer, no los ves? Por ahí andan como dos palominos *atontaos*. Él con los patos va trapuleando, pero ella... Aún lleva la media docena de capones que la dí esta mañana. Es lo más mema que he *conocío*; pues no me dijo ayer: «*Paece* que me da reparo de salir *disfrazá* de paleta »

– ¡San Isidro bendito me valga! Pues yo que tú la envió á freir espárragos. ¡Digo, pues vaya unos *apaños* que *tié* la *panoli* esa!..

– Ya se lo decía yo á Paco; pero como *Colás* es amigo suyo y anda en eso del matute, me dijo: «Mujer, *pa* disfrazarlos de paletos cuanto más burros mejor.» ¿Y qué le vas á decir? No vas á buscar á un maestro de escuela *pa* vender patos, digo yo.

– El que era *pa* eso *pintiparao*, era *el Chorizo*.

– ¿Quién, el que está en Ceuta?

– El mismito... ¡Qué angel tenía *pa* hacerse el baturro, y le daba un timo al lucero del alba!

– ¡Pero mujer, estás tonta!, grita de pronto *la Valiente*. Mira esos pavos que se van al puesto del *Ché*. Anda, *arrastrá*, y dales una puntera. ¡Si no se *pué* una descuidar!

En aquel instante doña Gorgonia Sánchez, respetabilísima consorte de D. Eduardo de la Pecera, contador jubilado del Tribunal de Cuentas del Reino, luciendo un precioso manguito de piel de gato y un sombrero de legítima confección casera, se aproxima al puesto de Petra, que al observarla le dice:

– Venga usted acá, parroquianita. Venga usted, señora, que aquí tengo la flor y nata. *Cebaos, cebaos*...

Doña Gorgonia contempla indecisa á las gallináceas que andan picoteando en torno suyo.

– Señora, ¿qué se le ofrece? Lléveme usted un capón, que los tengo de primera.

– Quería un pavito.

– Pues ahí tiene usted donde escoger. Como estos no los encontrará usted. Robustiana, chica, trae ese que quería llevarse el cocinero del Nuncio. Verá usted qué prenda más hermosa.

Y Petra, dejando una gallina que está desplumando, coge de las patas al animal aludido y se lo pone encima del manguito á doña Gorgonia, que retrocede dando un chillido como si un monstruo fuese á devorarla.

– No se asuste usted, señora, que no la va á comer. Mire usted qué pechuga; esto es manteca fina. No hay cosa mejor en *Madriz*.

Doña Gorgonia tienta al pavo y le mira la cresta diciendo:

– No me gustan estas manchitas. No vaya á tener viruelas.

– ¡Señora!, exclamó indignada *la Valiente*. ¿Viruelas esta criatura? Si está vacunada en la casa de socorro. Puede usted llevarlo, que es de confianza, y á una señora como usted no la iba yo á engañar. Robustiana, ¿qué te *paece*? Viruelas este angelito...

– No, señora, no, afirma la interpelada; puede usted creerme, *toos* los pavos de este puesto están muy bien *criaos* y muy limpios, y además están revisados por un ingeniero de la Casa de la Villa.

– Parece que el animalito está así como triste...

– No *tié* eso *na* de particular, contesta Petra. Si á usted, pongo por caso, la cogieran como á él de las patas y la llevaran de aquí *pa* allá, ya veríamos qué cara ponía usted.

– ¡Jesús, hija, qué comparaciones!, exclama indignada la vetusta dama. A ver este otro que está más alegrito.

– Como que ha *estao* de juerga *toa* la noche. También es de primera. *Miste* cómo pesa y qué gordo está: *paece* un concejal. Lo tenía apartao *pa* una marquesa que vive en la calle de la Aduana y quería hacerle un regalo á Castelar, pero luego ha *preferío* llevar media docena de conejos.

– Pero éste costará mucho y yo quería un pavito económico.

– Pues entonces vaya usted al puesto del *santibarati*, y por una *perra grande* le darán á usted uno con las patas de alambre.

– No tanto, hija, no tanto; que como usted comprenderá, no se ha caído una de un nido y estoy yo más harta de comer pavos que usted de venderlos.

– ¡Puede! ¡Ay qué gracia *tié* la... señora!

– No la haga usted caso, dice Robustiana, temerosa de que las inconveniencias de Petra ahuyenten á la compradora: que ésta es un mal bicho. Vamos, déjate de descaros y sirve á la señora, que ya se ve que es cosa *prencipal*.

– Bueno, pues no he dicho *na*.

– ¿Y cuánto me va usted á poner por éste?

– Por ser para usted, lo último cinco duros.

– ¡Jesús, hija! Pues ni que fuera un pavo real. Por otro igual ó mayor acaban de pedirme doce pesetas.

– No sería como éste. Sería un pavo de esos de contrabando que *too* son huesos y pellejo y que no se sabe de dónde vienen, ni *na*.

– No quería gastar tanto.

– Pues lleve usted este más pequeñito; se lo pondré á usted en quince pesetas.

– Pero si esto no abulta nada; siete pesetas es lo que doy por él.

– ¡Siete pesetas! Señora, usted no está buena de la cabeza. Dígame usted dónde están á ese precio y me voy en seguida á comprarlos. Dé usted cincuenta *riales* siquiera.

– No doy un céntimo más de las siete pesetas.

– No comerá usted pavo.

– A ese precio no, señora.

– Lo que comerá usted será algún grillo en escabeche.

Robustiana cree llegado el momento de intervenir, y acercándose á doña Gorgonia, con aire de cariñosa reconvención le dice:

– Vamos, señora, póngase usted en razón. ¿Le *paece* á usted que una pieza tan *manífica* no vale siquiera doce pesetas? Llévelo usted, *mié* que le pesará, que no va usted á encontrar otra ganga como esta.

Pero doña Gorgonia no se deja convencer fácilmente y repite con decisión:

– Nada, nada, siete pesetas.

– Pues ande usted y que la zurzan, exclama indignada Robustiana.

– ¡Deslenguada! Mire usted lo que habla, que está tratando con una señora.

– Déjala, Robustiana, no la faltes, que es una princesa de *incónito* que quiere pavo á siete pesetas.

– La culpa la tiene una, dice muy sofocada doña Gorgonia, de tratarse con esta gentecilla.

– ¡Adiós, *señá* duquesa del pan pringao!, grita Petra. Váyase usted, que *sinós pué* que de una *manguzá* le quite el gorro y se lo ponga á un pavo.

– ¡Tantos plumeros en la cabeza, añade Robustiana, que *paece* un caballo de la Funeraria, y da siete pesetas por un pavo! ¡Habráse visto la bruja de la capa! ¡Agarrarla á esa!

Ante tal ovación, doña Gorgonia desaparece entre la multitud, y *la Valiente* dice á modo de comentario:

– Y luego dicen que si una *tié* genio ó deja de tenerlo. Cuando á una le faltan de ese modo, ¿qué va á hacer?..

A los gritos aproxímase al puesto D. Torcuato, apreciable vejestorio dedicado á hacer el *bu* doquier que divisa una buena moza.

– ¿Qué es eso, niña? ¡Vaya un geniecito que gasta usted, carambita!

– ¿A usted le importará mucho?

– A mí sí, porque me intereso por las muchachas bonitas como usted.

– Ay qué gracia *tié* el tío. Robustiana, trae los polvos, que me voy á dar una *pasá pa* gustarle al señor.

– Si ya me gusta usted bastante.

– Mira qué pillín, chica. *Cuidiao* con el angelito, y lleva dos duros en *ca* pata.

– Más de dos duros tengo en el bolsillo para gastármelos en lo que se me antoje.

– Pues cómpreme usted un pavo *ú* dos.

– Aunque sean seis.

– Vamos, al fin nos ha *salío* el gordo. Chica, Robustiana, hoy salimos de pobreza y nos quitamos de vender.

– Porque usted no querrá, dice D. Torcuato.

– ¿El qué? ¿El venderle á usted *toos* los pavos? Pues á eso está una. Vamos, ya que está usted tan *determinao*, llévese estos dos; *uno pa* usted y otro *pa* su mamá. Se los doy á usted arregladitos: veinte duros los dos.

– Caros están los pavos este año.

– *Pa* usted sí, señor, muy caros.

– ¿Sí, eh?, pues ya volveré luego, hermosa, exclama el vejete escamado, emprendiendo una prudente retirada.

– Adiós, *agüelo* chocho. Que usted se alivie. ¿Qué dices, Robustiana? ¿No has visto qué proporción? Suerte que está una *acostumbrá* á tratar con animales y sabe *destinguir*... ¡Venga usted acá, parroquianita, que tengo pavos *pa* la Nochebuena! *¡Cebaos, cebaos!* ¡Quién los llevaaaa!..

A. DANVILA JALDERO



LA VIRGEN Y EL NIÑO JESUS, copia del celebre cuadro de Rubens que se conserva en el Museo de Bruselas.

[illegible]

LOS RECUERDOS DE UN CURIAL

SUICIDIO... FRUSTRADO

Aquella vida no podía continuar así: era preciso que Juan saliera de la medianía en que estaba, que hiciera algo, que *llegara*. Sólo con ilusiones no se vive, y el joven de mi cuento no poseía más bienes de fortuna que los castillos en el aire que su imaginación le forjaba, y así era como el pobre pasaba una existencia tan obscura y tan difícil.

Juan tenía, á más del defecto de soñar despierto, otro más grave: era un fatuo, un tonto que se creía con talento para escribir, para hacer literatura, para tener una opinión... ¡Cuántos sofiones le había costado esta tontería!

Merced á un amigo, Juan entró á escribir en un diario; pero como su recomendación era la más pequeña, el trabajo que le encomendaron fué el más penoso; su sueldo en cambio quedó á la altura de su recomendación.

El joven se encargó de eso que se llama «información judicial.» Tuvo que ir á la Audiencia, al juzgado, al hospital; hablar con jueces, con policías, con carceleros; presenciar indagatorias, capturas, delitos... Aquel trabajo horrible, vertiginoso, que lo mismo fatigaba el espíritu que el cuerpo y recompensado con unas cuantas pesetas, hizo cambiar el carácter, antes alegre, de Juan, en el temperamento bilioso y pesimista del *reporter* judicial.

No había él nacido para aquello. El trabajo anónimo, de mogollón, le fastidiaba. La información de la calle le ponía de mal humor. Por eso tenía envidia á los señorones de la pluma, á la aristocracia de la redacción, siempre cómodamente sentada, aguardando pacientemente las noticias, con cuatro horas por delante para pensar cualquier tontería de á dos columnas que luego firmaban muy orondos, en tanto que Juan, que se creía valer más que todos ellos juntos, corría por esas calles de Dios, preguntando á todos por «el suceso del día.»

La protesta de la injusticia de que Juan se creía víctima brotó al fin de su pecho, pero allí se quedó sin salir de su alma.

Realmente Juan valía más que muchos redactores del periódico. El sobrino de un diputado del partido, que falsificaba *cuentos*, porque los cuentos estaban de moda y quizás de moda también las falsificaciones; un redactor de ocasión que nunca había sido *del oficio*, pero que andaba tras una combinación de personal, á pesar de escribir «arcabuz» con *h;* un escribiente que andaba en busca del ascenso y que iba á la redacción como si fuera á una oficina, y tantos otros como cobraban cincuenta duros por poner en ridículo á la publicación, valían evidentemente mucho menos que Juan.

Juan sufría y callaba porque no tenía otro medio de vivir, pero aquello le parecía ya demasiada mansedumbre: quiso romper la red que le oprimía, trató de exteriorizar su carácter, su estilo, salir de aquella rutina y de aquella obscuridad en que vivía, y observó que su modo de escribir era amanerado, y que si continuaba haciendo aquel trabajo, dentro de poco no podría redactar más que los monótonos «sucesos» con arreglo á los clisés estereotipados.

Un día en que acababa de informarse de un suicidio, Juan resolvió matarse. Pero el carácter del noticiero no era de los que toman una resolución para realizarla de prisa y corriendo, no; su suicidio sería con premeditación, con alevosía, con ensañamiento.

***

Decididamente aquella noche era la última en que Juan había de vivir.

Se dirigió al café de San Millán, sentóse á una mesa retirada y pidió café, papel y sobres, y principió á escribir.

Si él hubiera tenido padres, novia, mujer, hijos ó amigos fieles, hubiera escrito para ellos; pero no era así, y Juan se limitó á escribir una carta al juez.

Luego encendió un cigarro puro, limpió los lentes y sacando unas cuartillas garrapateó en unas cuantas desfigurando la letra. En ellas daba cuenta de «Un suicidio.» Era el suyo, relatado con todos sus antecedentes y detalles. Jamás se había hecho una información más completa. En el relato del suceso no se daba el nombre, sino las iniciales del suicida, pero en cambio se daban horas, pelos y señales de todo.

Cerró el sobre, escribió en él las señas del periódico, y dando una propina al fosforero del café, envió el original á su destino.

***

Juan pagó, salió del café y se dirigió al viaducto. Dos largas líneas de puntitos luminosos que brillaban en la obscuridad de la noche, marcaban las aceras de la calle de Segovia, que iba á morir en la carretera; la luna brillaba por detrás de los cerros de San Isidro, y un rumor de chiquillos que gritaban debajo de la mole del puente subía en ecos hasta el viaducto, que se cimbreaba con sus largas vigas de hierro al pasar los carruajes.

Juan miró abajo: ¡qué alto estaba del piso de la calle que le aguardaba con los picos de sus piedras para abrirle el cráneo! Sintió el vértigo, algo así como un escozorcillo en las sienes y un cosquilleo en la medula, cerró los ojos, saltó á la barandilla, echó medio cuerpo afuera, soltó las manos que le sostenían, abrió los brazos y...

***

Cuando Juan se dió perfecta cuenta de lo que le pasaba, se encontró en la delegación del distrito, adonde le había conducido la pareja de servicio en el viaducto, que le detuvo en el momento de lanzarse al espacio.

Juan pasó al Juzgado de guardia. El juez y Juan se conocían por razón de sus profesiones. El magistrado le dejó en libertad, previo juramento del *reporter* de que no volvería á intentar matarse.

Juan llegó á la redacción á las once de la noche. Dirigióse á su mesa; allí, como de costumbre, estaban amontonadas todas las cartas, notas, rectificaciones y papeles que correspondían á la sección de Juan. Buscó y rebuscó las cuartillas que él mismo envió desde el café; pero como eran muchas, el director las había visto por encima sin enterarse, creyó que se trataba de un suceso *gordo* y allá fueron á la imprenta para ganar tiempo.

Juan comprendió el ridículo que iba á correr y la torpeza que había cometido, que tal vez le costara la plaza. Una idea salvadora acudió á su mente, y cogiendo una hoja de papel, escribió debajo de tres asterísticos unos renglones, dobló la cuartilla por en medio, puso con lápiz «Alcance al *Suicidio*» y él mismo, sin aguardar al confeccionador, lo envió á la imprenta.

***

Al día siguiente, en todos los círculos literarios no se hablaba más que del *cuento* que titulado «Un suicidio» publicaba un periódico.

Como el trabajo iba sin firma, cada cual se lo atribuyó á una eminencia literaria. Aquel análisis de un alma enferma, aquellas impresiones, aquel colorido, aquella sátira contra la prensa y la sociedad contemporáneas, todo ello encerrado en diez cuartillas, no podía haberlo escrito más que un artista incomparable de la pluma.

Felicitaron al director; no supo de qué se trataba; preguntaron al confeccionador; creyó que la imprenta *se había comido* la firma de algún artículo de colaboración.

***

Han pasado varios años desde aquello que tanto ruido metió. Juan ocultó el verdadero motivo del *cuento;* hoy pasa por un gran *cuentista* y no hace más que literatura que cobra bien cara.

Algunos envidiosos aseguran muy frescos que su primer cuento le copió de un periódico parisiense.

El juez de guardia es el único que sabe la historia entera, y afirma que Juan no será nunca suicida reincidente.

Y el cuento era *original.*

P. Gómez Candela



Fantasía japonesa, cuadro de Pedro Sáenz
(Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)

RECONSTRUCCIÓN IDEAL DE LA BARCA DE TRAJANO Ó DE CALÍGULA, SEPULTADA EN EL LAGO DE NEMI

Las afortunadas excavaciones y los preciosos hallazgos que de algunos años á esta parte se han hecho en casi todos los lugares del antiguo mundo civilizado, nos han acostumbrado á las grandes sorpresas con que nos brindan las culturas griega y romana. Aun aquello que por razones lógicas nadie habría admitido antes como posible, parece convertirse ahora en realidad: tal sucede con la llamada barca de Trajano que hoy tanto preocupa á los más sabios arqueólogos de Italia.

En las montañas de Albania, cerca de Roma y no lejos de Genzano, encuéntrase situado en una hondonada crateriforme el lago de Nemi, de límpidas y azules aguas, que en todos tiempos ha cautivado á los artistas y á los amantes de la naturaleza que quieren gozar de las bellezas del suelo romano. También la antigüedad remota supo apreciar sus encantos, como lo prueba el templo allí erigido á Diana, cuyas ruinas aún se conservan.

Cuenta una tradición que una magnífica nave de un emperador romano sepultóse en el lago de Nemi, y durante los siglos XV y XVI lleváronse á cabo en éste varias exploraciones para dar con aquella obra maestra de la arquitectura naval, cuyos ornamentos, según se afirmaba, distinguíanse al través de las aguas en los días de absoluta calma. En 1535 extrájose del lago un gran madero con adornos de bronce, que vino á confirmar la tradición y se guarda en el Museo Kircheriano de Roma, y en 1600 el capitán De Marchi publicó interesantes detalles acerca de este asunto en un libro titulado *Dell'architettura militare*, que se conserva en el Museo Breva de Milán.



En el lago de Nemi, cuadro de Darío Querci

Hace poco tiempo la prensa italiana dió la noticia de que el príncipe Orsini, propietario del lago, había hecho bajar al fondo de éste dos buzos para continuar las interrumpidas exploraciones, y según parece, el mejor éxito ha coronado esta nueva tentativa, pues dícese que la nave ha sido hallada completamente cubierta de limo á una profundidad de 20 ó 30 metros y que los buzos han logrado extraer entre otros varios objetos un león y una leona de bronce pertenecientes á la barca sumergida. En vista de estos resultados, el ministro de Instrucción Pública de Italia en unión de varios hombres de ciencia se proponen poner al descubierto, en la medida de lo posible, aquel tesoro arqueológico que algunos suponen obra de Trajano y otros de Calígula,

Como era natural, no han faltado sabios y artistas que fundados en suposiciones más ó menos lógicas han ideado varias reconstrucciones de esa famosa barca.

Una de ellas es el dibujo del arquitecto Raniero Arcaini, que representa una nave en forma de isla flotante con un magnífico templo y poblada de jardines, escalinatas, estatuas y templetes. El barco imaginado por Arcaini es inmenso; para formarse idea de sus dimensiones basta compararlo con la galera que cerca de él ha dibujado el artista.

Aquel templo que en el fondo se distingue es indudablemente el de Diana: la bella diosa del arco de plata era, en efecto, objeto de un culto especial en aquel lago, que en tiempo de los romanos se llamó el espejo de Diana.

Este antiquísimo culto inspiró á un notable pintor siciliano, Darío Querci, un cuadro lleno de idílica dulzura: el artista nos transporta á la orilla del lago en la cual se alza, cerca de un león esculpido, el amplio pedestal de una gran estatua de Diana. Una rica galera conducida por bellísimas jóvenes se detiene ante la imagen de la diosa, y una de aquéllas canta acompañándose con la lira, mientras las otras elevan sus preces á la divinidad olímpica. En el fondo, sobre la opuesta colina, destácase un templo iluminado por el fuego sacro que arde también en honor de la divina cazadora. Este cuadro, que Querci titula *El lago de Nemi en tiempo de los césares*, ha sido adquirido por un rico aficionado londinense. En esta página reproducimos la obra de Querci y el antedicho dibujo de Arcaini. – X.



Reconstrucción ideal de la barca de Trajano ó de Calígula, sepultada en el lago de Nemi

Copia del dibujo original del arquitecto Raniero Arcaini



PREPARATIVOS PARA NAVIDAD EN MADRID. La vendedora de pavos, dibujo de Méndez Bringa

(Véase el artículo de A. Danvila Jaldero)



LA VÍSPERA DE NAVIDAD EN SEVILLA, dibujo original de D. Manuel García Rodríguez

NUESTROS GRABADOS

El general Barattieri. – Grandes sacrificios cuesta á las potencias europeas el deseo de conservar y engrandecer su poderío colonial Los franceses acaban de terminar, tras ímproba lucha, la guerra de Madagascar; los ingleses hacen cada día nuevos aprestos para batir á los ashantis; España está haciendo titánicos esfuerzos para vencer la insurrección en Cuba, é Italia está empeñada en costosa guerra con el rey abisinio Menelik, el cual al frente de un poderoso ejército ha derrotado y destruído recientemente por completo á una columna mandada por el mayor Toselli. Al frente de las tropas italianas que en aquellas regiones africanas operan, está el general Barattieri, militar de brillante historia: el verano pasado estuvo en su patria, siendo objeto de entusiasta recibimiento por las victorias



EL GENERAL BARATTIERI
jefe de las fuerzas italianas que combaten en Africa

últimamente conseguidas en su mando de la colonia Eritrea. Mas difícil le será vencer la actual rebelión, porque con muy escasas fuerzas tiene que habérselas con las muy numerosas y no mal organizadas de su enemigo, que de fijo le darán mucho que hacer antes de que lleguen á aquellas apartadas regiones los refuerzos que en Italia se están á toda prisa organizando.

Felices Pascuas, dibujo original de J. García Ramos. – El mérito principal de este distinguido pintor consiste, conforme habrán podido observar nuestros lectores en las varias obras que de él hemos publicado, en haber logrado pintar una Andalucía original y característica, real y verdadera, pero siempre agradable y simpática, embellecida la realidad con el ensueño del buen gusto y de la poesía. García Ramos ha consagrado toda su habilidad y todo su ingenio á rendir un tributo á la tierra que le vió nacer, presentándola bella, brillante y rebosando vida, cual si se hubiera impuesto el deber de hacerla agradable Tal vez así hubiera acontecido, dada la valía de las obras del artista, si aquel rincón de la península no estuviera dotado de tanta belleza y no reuniera tantos atractivos.

Felices Pascuas retrata un cuadro de costumbres sevillanas, representa el bullicioso movimiento que se observa en la ciudad andaluza durante la Nochebuena.

El teniente Winston Spencer-Churchill. – Hace pocos días la prensa diaria nos dió á conocer el nombre de este teniente del ejército inglés que, agregado al estado mayor del general Suárez Valdés, sigue la marcha de nuestra guerra de



EL TENIENTE WINSTON SPENCER-CHURCHILL
agregado al estado mayor del general Suárez Valdés en Cuba

Cuba, y publicó las impresiones que en el ánimo del joven oficial viene produciendo aquella lucha, impresiones por demás favorables á nuestro ejército. El teniente Winston Spencer-Churchill es el hijo mayor del conocido hombre político inglés lord Randolfo Churchill, jefe de la extrema derecha del partido conservador, gobernando el cual desempeñó en 1885 la secretaría de Estado del departamento de la India.

La Virgen y el Niño Jesús, cuadro de Rubens. – Tratándose de artistas como el gran pintor flamenco, huelga todo elogio de cualquiera de sus obras: las alabanzas á sus creaciones dedicadas, consignadas están en todas las historias de arte y en los innumerables estudios críticos que acerca de Rubens se han escrito No hemos, pues, de repetirlas, y al reproducir el cuadro que hoy publicamos, sólo consignaremos que se considera como una de las mejores joyas del Museo de Bruselas, en donde se guarda, y llamaremos la atención de nuestros lectores sobre la excepcional belleza del grabado del célebre artista francés Carlos Baude

La víspera de Navidad en Sevilla, dibujo original de Manuel García Rodríguez – Mayor escenario ha escogido García Rodríguez que García Ramos para darnos á conocer otra escena de costumbres en la sevillana ciudad. Torrentes de luz iluminan la plaza, en la que grupos de vendedores de pavos esperan á los que se disponen á celebrar el día de Navidad con la tradicional comida

También debe gratitud Sevilla á García Rodríguez, pues al igual de su compañero, complácese en darla á conocer, diferenciándose únicamente en la forma de exposición. García Ramos hase dedicado singularmente á pintar costumbres y García Rodríguez á dar á conocer los encantos de la naturaleza, produciendo bellísimos paisajes que le han procurado lugar distinguido entre los paisistas españoles.

Jorge Augusto Sala. – Hace pocos días ha fallecido en Londres este decano de los periodistas ingleses que por espacio de cuarenta años colaboró en las columnas del *Daily Telegraph* con sus interesantes artículos. Discípulo y admirador de Dickens, procuró imitar a su maestro desde la primera obra que dió á luz, titulada «La llave del Estrecho,» boceto literario que le valió las primeras cinco libras ganadas por él en la carrera literaria, y cuyo éxito le indujo á dejar el buril por la pluma. Hijo de padre italiano, de madre inglesa, educado en Francia y habiendo hecho muchos viajes, adquirió conocimientos linguísticos nada comunes, que le sirvieron en gran manera para sus tareas literarias, así como para el trato social. La empresa del *Daily Telegraph*, en cuya redacción había entrado en 1857, le envió en 1863 de corresponsal al cuartel general de Grant durante la guerra separatista, y posteriormente apenas ha habido acontecimiento notable en Europa que Sala no pasase á estudiar sobre el terreno para escribir interesantísimas correspondencias para dicho periódico. Por espacio de mucho tiem-



EL CÉLEBRE PERIODISTA INGLÉS J. A. SALA

po estuvo encargado de la redacción de los «Ecos semanales» de la *Illustrated London News*, y era tal la aceptación de sus escritos, que estos artículos semanales le valían diez mil duros anuales, así como quince mil el artículo diario que tenía compromiso de escribir para el *Daily Telegraph*. Su muerte ha sido una verdadera pérdida para el periodismo británico.

El célebre explorador alemán Otón Ehlers – Este ilustre viajero, cuyo nombre famoso en Alemania es bien conocido en todo el mundo científico, nació en Hamburgo en 1855, estudió en Heidelberg, Jena y Bonn, y sirvió en un regimiento de húsares. Terminado su servicio militar y después de una corta residencia en Pomerania, fuése á Egipto y de allí á Zanzíbar, en donde concibió el plan de recorrer el llamado continente negro, no como explorador, sino como turista. Desde entonces no cesó un momento de viajar por el Africa oriental, por la India anterior y posterior, por el Tonkín, China, Mongolia y Siberia, realizando importantes descubrimientos y adquiriendo datos y noticias interesantísimas, que ha dejado consignados en sus notables obras de viajes Ha muerto en Nueva Guinea cuando se disponía á cruzar el territorio inglés desde el Este hasta el río Heath.

MISCELANEA

Bellas Artes. – BERLÍN. – En la Exposición de Bellas Artes de este año se han vendido 327 obras por valor de 375.000 marcos (468.750 pesetas), lo cual representa un aumento de 108 000 marcos sobre el producto de las vendidas en la exposición del año anterior.

– En la Academia de Bellas Artes se ha celebrado una exposición en honor de Menzel, Achenbach y Schrader. Entre las obras del primero figuraban muchos de sus principales cuadros, tales como *La mesa redonda de Sansouci*, *El concierto de flauta*, *Marcha del rey Guillermo para reunirse con su ejército*, la colosal pintura de la *Coronación*, *Encuentro de Federico el Grande con José II*, *El círculo*, *El paseo de las fuentes en Kissingen*, un retrato al pastel de *Federico el Grande*, *La sinagoga de Praga* y *El jardín del palacio del príncipe Alberto*. Muchas de estas obras han sido cedidas para dicha exposición por sus actuales propietarios. De Achenbach hay el *Mercado de pescado en Ostende* y otros muchos no menos notables, y de Schrader, entre otros, los retratos de *Gregorio VII* y *Enrique V de Francia*.

LONDRES. – En la New Gallery se celebrará en breve una exposición de arte español, que comprenderá obras y objetos artísticos, desde la Edad media hasta nuestros días, distribuídos en los siguientes grupos: cuadros al óleo, acuarelas, cartones, grabados, dibujos y emblemas heráldicos; esculturas en mármol, yeso, madera y marfil; reproducciones en bronce; monedas y medallas; manuscritos, libros, encuadernaciones; labores de oro y plata, piedras preciosas, esmaltes y joyas; hierros y aceros labrados y repujados; armas y armaduras; cerámica hispano-árabe; tapices, bordados y encajes; objetos del culto, instrumentos de música y guadameciles. El comité espera reunir un número suficiente de objetos escogidos para que esta exhibición sea digna de la serie de las llevadas á cabo para dar una idea completa del arte europeo. Entre las pinturas de



EL FAMOSO EXPLORADOR ALEMÁN OTÓN EHLERS

la escuela española, el comité desea especialmente conseguir ejemplares de Velázquez y Murillo, como representantes de la escuela antigua, y de Goya, Madrazo y Fortuny de la moderna.

Teatros. – En el teatro de la Ciudad, de Maguncia, se ha representado por primera vez en Alemania el drama de Ibsen con música de Hans Pfitzner *La fiesta de Solhong*, habiendo obtenido un éxito completo

– La dirección del teatro de la Ciudad, de Gœrlitz, ha prohibido las representaciones del drama de Hauptmann *Los tejedores*.

– La policía prohibió recientemente las representaciones de *Marquise*, de Sardou, en el teatro de Wiesbaden, y sólo consintió que se reanudaran después de haber introducido en la obra algunas modificaciones.

– En el teatro de la Comedia, de Londres, se ha estrenado con buen éxito un drama del conocido dramaturgo inglés Mr. Pinero *The Benefit of the Doubt*, que está inspirado en el modernismo de Ibsen. En el Covent Garden, de la misma capital, ha sido un acontecimiento la primera representación en inglés de la ópera de Wagner *Las Walkirias*.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Jour de divorce*, bonita pieza en un acto de Grenet-Dancoult y G. Pollonais, y *La Blugne*, interesante comedia en tres actos de Valdagne, y en Nouveautés *Le Capitole*, graciosa ópera cómica en tres actos y cuatro cuadros, con muy bonita música de Gastón Serpette.

Madrid. – Se han estrenado con regular éxito: en el Español un drama en tres actos de Luis Ansorena, titulado *Petrilla*, y en la Comedia la comedia en tres actos *La eterna cuestión* y la pieza en un acto *La rebaja del tío Paco*, ambas de D. Enrique Gaspar.

Barcelona. – En el Liceo se han cantado *Otelo*, que ha valido grandes aplausos á la señora Tetrazini y al Sr. Cardinali, y *Los Hugonotes*, en cuyo desempeño sobresalió la señorita Pinkert en su papel de reina: en una y otra alcanzó nuevos triunfos el director de orquesta Sr. Vanzo. En el Principal, terminadas las representaciones del admirable Novelli, ha comenzado á funcionar una compañía castellana dirigida por el Sr. Cepillo y de la que forma parte la aplaudida actriz señorita Cobeña En Novedades se ha estrenado con buen éxito *La Pilarica*, melodrama de espectáculo en cuatro actos y cinco cuadros de D. Juan Fola é Itúrbide. En el Tívoli se ha reproducido con el éxito de siempre la ópera de Bretón *La Dolores*.

Necrología. – Han fallecido:

El conde de Taaffe, eminente hombre de Estado austriaco, que fué varias veces presidente del consejo de Ministros.

Gabriel Szarvas, célebre filólogo húngaro.

César Metz, paisajista alemán.

Adolfo Streckfuss, notable novelista alemán.

Luis Brodwolf, escultor alemán, autor de varias bellísimas esculturas que adornan algunos monumentos de Berlín.

Alejo Danilowitch Kiwschenko, célebre pintor ruso, profesor de pintura de batallas en la Academia Imperial de San Petersburgo.

Carlos Comte, notable pintor de historia francés.

León Girardet, pintor suizo de género y paisaje.

Jules Moineaux, conocido autor dramático y periodista francés.



ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONCLUSIÓN)

Simón hacía todos los esfuerzos posibles para aparecer amable y lo lograba casi; pero todo su ser se negaba á aquella violencia; así es que después de las primeras palabras, el doctor se dirigió á Marcela, que siempre le había querido. Le sorprendió al médico el cambio que se notaba en la joven, cambio que no había previsto y que era, sin embargo, consecuencia natural de las pruebas padecidas. Su acento era más firme, la frase más precisa y breve, y en su rostro se leía una expresión de decisión y de amargura.

– Hete al cabo dichosa, dijo el doctor. Después de tantos pesares, bien merecida tienes la dicha de que gozas. Eres una buena muchacha, hija mía, y tengo gusto en decirlo ante tu padre. Durante la corta enfermedad de la señorita Herminia, su hija de usted, caballero, se ha portado con un valor y una presencia de espíritu admirables.

Monfort, satisfecho, dirigió á su hija una mirada de orgullo.

– ¿Puedo preguntar, sin ser indiscreto, cuáles son los proyectos de usted?, dijo el doctor.

– Vamos á alquilar un piso reducido, contestó la joven, y viviremos dichosos. Cuidaré á mi padre... ¡Qué felices vamos á ser los dos juntos!

¡Cuán dichosa se sentía Marcela, pensando que al fin había logrado tener una familia verdadera, acabar con el aislamiento de corazón que tantas veces la había perseguido y lograr al cabo tener una casa que le fuese propia.

El doctor sonrió y meneó la cabeza, pues lo poco que había tratado á Monfort le indicaba que su carácter no era de los más á propósito para hacer feliz á una niña tan cariñosa é ingenua como era Marcela.

¿Has visitado á la familia Breault?, preguntó el doctor.

No hemos ido todavía; pero vamos á ir, ¿verdad, papá?

La palabra «papá» salía como una música armoniosa de su boca risueña.

Ciertamente, dijo Monfort.

La verdad era que aquellas visitas le fastidiaban, y de buena gana las hubiera suprimido. El doctor lo comprendió así; los despidió afectuosamente pretextando una ocupación, y al llegar al umbral de la puerta Monfort se volvió hacia el viejo médico, á quien dijo estrechándole vivamente la mano:

Es usted un buen hombre.

Marcela miró á su anciano amigo, que recibió aquella frase y aquella mirada y las conservó en su corazón como se conserva lo más precioso.

Cuando estuvieron en la calle, la joven dijo á su padre:

– Vamos á casa de los Sres. Breault.

Monfort hizo un signo de asentimiento y la siguió con docilidad, pues aquel hombre, acostumbrado á la vida independiente del que, siempre solo, no se cuida de nada, hallaba un placer inmenso en dejarse guiar por su hija. Llegaron ante la casa de sus amigos y Marcela llamó ahogando un suspiro. El chalet de la señorita Herminia siempre cerrado, le parecía un edén perdido para siempre.

La cocinera abrió la puerta y no sabía qué cara poner al hallarse frente á frente de Marcela. Pero ésta no tenía el alma rencorosa y la saludó con una sonrisa, pues cuanto le recordaba sus felices días, encontraba una acogida simpática en su alma.

Roberto salió á recibirlos, y al verlo Marcela sintió que todas las lágrimas que había vertido caían de nuevo sobre su corazón como una lluvia benéfica. Hasta entonces su pasado feliz, la cara imagen de la señorita Herminia, el recuerdo de sus horas de estudio, todo le parecía un sueño; ciertamente no se daba cuenta de que todo aquello fuera verdad, de que lo hubiese perdido para siempre; pero ahora en presencia de su amigo, sentía toda la inmensidad de la pérdida, y de nuevo el llanto se agolpaba á sus ojos.

Pero en medio de su desconsuelo, al ver á Roberto pensó que no lo había perdido todo. En la nueva existencia que iba á empezar al lado de su padre, siempre quedaría un hilo que la uniera al pasado.

Roberto acogió al padre y á la hija con una extraña sensación de alegría violentamente comprimida. Si se hubiera hallado solo con Marcela habría hablado largas horas con ella de su amiga ausente, de los pesares padecidos por la niña, de los que él por su parte había sufrido...; pero la presencia de Monfort le helaba. No le creía hostil, pero sí indiferente, y esto bastaba para no hablar ante él de aquellas cosas tan íntimas y de aquellos recuerdos tan queridos

¿Qué va usted á hacer de Rosa?, preguntó en un momento en que la conversación decaía.

– Creo que se quedará con nosotros, ¿no es verdad, papá?

Monfort masculló unas palabras de asentimiento. En realidad no le gustaba mucho Rosa por su carácter firme y decidido, y aun cuando ni á sí mismo se atrevía á confesárselo, estaba celoso del cariño que por ella sentía Marcela

– ¡Qué lástima!, dijo Roberto sonriendo. Lo siento por nosotros, que habíamos pensado en tomar á Rosa si no tenían ustedes necesidad de ella.

Simón Monfort estuvo tentado de decir al joven que no tuviera delicadeza tanta y que por su parte no tenía ningún inconveniente en cederle á Rosa; pero su hija le había ganado el terreno antes que hubiese podido formular su pensamiento.

– ¿Y los estudios?, preguntó el joven.

Marcela suspiró; los estudios sin profesor le parecían menos atractivos que antes. Simón se levantó.

– ¿Se van ustedes ya?, dijo el joven. ¿No quieren ver á mi padre?

Marcela tenía ganas de ello; pero Monfort, salvaje por naturaleza y más salvaje todavía por su existencia independiente, sintió al hacérsele aquella proposición un terror tan real, que expresó en términos breves y claros la necesidad que tenía de marcharse en seguida para acudir á una cita.

Simón y su hija volvieron á su casa, que se componía de dos pequeños cuartos amueblados. La comida fué aquel día silenciosa y casi triste, pues Marcela hubiera querido contar á Rosa las impresiones recibidas; pero conocía que con ello hubiera disgustado á su padre.

Cuando por la noche se encontró en aquel dormitorio que no pecaba de limpio y nada ofrecía de agradable á la vista, no pudo menos de acordarse de aquel lindo cuarto en que en otro tiempo dormía. Su padre encontrábase en la habitación inmediata examinando unos papeles; habíala dado las buenas noches al tiempo que la besaba, y sin decirle una palabra más se había retirado a su habitación, por lo cual sentíase más triste y más desesperada que la noche en que marchó á Phalempin.

¿A qué debía atribuirse aquella extraña tristeza y que su corazón, nunca saciado de afectos, siempre descontento, echara de menos lo pasado? Parecía, por lo contrario, que debía estar llena de alegría y reconocimiento hacia el destino, que le había vuelto á su padre precisamente en el momento en que más necesidad tenía de protección y apoyo. Marcela dirigióse á sí misma mil reproches; se acusó de tener sentimientos perversos y acabó por derramar abundantes lágrimas al pensar que aquel modo de sentir no era justo y que no podía sentir de otro modo.

XXXIII

¿Qué voy á hacer con esta niña?, se preguntó Simón, en tanto que Marcela pensaba lo que hemos dicho. No puedo quedarme en casa para vigilarla continuamente, tanto más, cuanto que si soy bastante rico trabajando sólo para mí, soy pobre para mantener á dos sin trabajar.

Rosa les había ofrecido sus servicios. No pedía sueldo alguno y sólo deseaba servir por el afecto que profesaba á la niña que había adoptado la señorita Herminia, y de aquel modo le parecía que realizaba la obra benéfica emprendida por su ama; pero Monfort no aceptó su ofrecimiento porque su alma desconfiada no comprendía los servicios no pagados, alegando, no sin falta de razón, que aceptar lo que no puede devolverse equivale á imponerse una servidumbre. Este axioma, verdadero en otra época, causó gran pena á Marcela. Sin embargo, en sus conversaciones con Rosa durante las horas que Simón salía á ocuparse en sus asuntos, la joven consiguió obtener de la fiel criada que aceptase los gajes que Simón se obstinaba en ofrecerle Quedó por lo tanto convenido que iría á vivir con ellos cuando hubiesen alquilado una habitación en definitiva

Monfort había ganado aquella primera escaramuza. Se hacía cargo de que faltaba todavía completar la educación de su hija... ¿Cómo lograrlo? En un externado sin duda. Tranquilo ya respecto de aquel punto, Simón buscó casa. Halló una que le convenía en la calle Bleue; era un sexto piso y se componía de dos habitaciones que daban al patio, comedor y cocina.

Durante los primeros quince días todo fué á pedir de boca. Rosa se había armado de una gran dosis de resignación para sufrir el mal genio del que interiormente llamaba «el oso.» El mal humor de Simón no hacía mella en su indiferencia, tal como la lluvia se desliza por los cristales y así se evitaban choques y disputas. Pero cuando se trató del bienestar de Marcela, toda aquella filosofía desapareció.

Una noche Marcela después de comer se acercó á su padre con el ademán tímido y acariciador de una niña mimada, pero que sabe que no tiene derecho á imponer su voluntad.

– Papá dijo Marcela, poniendo ambas manos en los hombros de Simón, desearía ir mañana á ver á los Breault.

Simón se volvió bruscamente como si hubiera recibido una herida.

– ¡Tus amigos Breault!, repitió. ¿Para qué?

El tono era duro, la palabra seca, la mirada severa; Marcela inclinó la cabeza y apoyó la barba sobre sus manos cruzadas, que apoyaba en el hombro de su padre.

– Quisiera verlos, dijo; hace mucho tiempo que no he visto á Julio y mañana es domingo. Además quisiera preguntar á Roberto respecto á mis lecciones; pues en el libro de historia hay alguna cosa que no entiendo bien.

– ¿Estudias, pues, sola?, preguntó Simón sorprendido.

– Es preciso, papá; aún no sé todo cuanto he de estudiar, y cuando haya de examinarme. .

– ¿Qué dices de examinarte?, preguntó bruscamente Monfort, ¿para qué?

– Pues... para ganarme la vida cuando sea mayor...

Monfort reflexionó y aquellas reflexiones no eran nada halagüeñas Marcela hablaba de exámenes y era evidente que había dispuesto un plan de vida ó lo habían dispuesto otros para ella, sin cuidarse para nada de su parecer. Antes era natural que estudiara; pero ahora que había vuelto él no le gustaba que su hija llevara á cabo proyectos que él no sabía; quizá lo tenía merecido, pero resultaba aquello bien poco agradable. De repente tomó una resolución que meditaba desde hacía tiempo.

– No te examinarás, dijo con tono firme; no tienes necesidad de ganarte la vida. Soy tu padre y quiero tenerte junto á mí. Irás al colegio si es preciso, pero durante un año únicamente, el tiempo preciso para terminar tu educación. Vivirás conmigo y no tienes que pensar en el porvenir.

Marcela escuchaba sin replicar; luego retiró suavemente las manos del hombro de su padre; le parecía gran crueldad que le quitaran la esperanza de que un día pudiera bastarse á sí misma; su vida entera se había encaminado hacia tal fin, y no es posible en un momento cambiar de planes por completo. Además la palabra «colegio» la había asustado.

– Sin embargo, papá, quisiera visitar á los Sres. Breault si me lo permite usted.

– Otro día hablaremos, gruñó Simón; ahora estoy trabajando y me estorbas. Déjame en paz.

– Buenas noches, papa, dijo Marcela presentando la frente á su padre, que la besó y se quedó escribiendo.

Simón Monfort había encontrado ocupación hacía pocos días en una fábrica, y esto, si bien le proporcionaba mayor suma de dinero con que atender á sus necesidades, le robaba gran parte de su tiempo.

En tanto que continuaba el padre de Marcela escribiendo, en la cocina sonaba un rumor de mil diantres, producido por las cacerolas que Rosa hacía entrechocar, movida de la sorda cólera que sentía.

De repente, la puerta de la habitación en que trabajaba Simón se abrió con estrépito y se cerró de nuevo. Levantó los ojos y vió á Rosa que apoyada en el marco de la puerta, según costumbre, le miraba con cara de pocos amigos.

– ¿Qué se ofrece?, preguntó interrumpiendo su tarea.

– Que me dé usted órdenes para las comidas de mañana.

Monfort, á fuer de hombre que durante mucho tiempo había engullido sin reparar cuanto le presentaban, tenía un santo horror hacia aquellos detalles.

– De una vez para siempre le digo, respondió con tono brusco, que no me moleste; haga lo que quiera.

Y se puso á escribir de nuevo, pensando que quedaba terminado aquel asunto.

– Muy bien, señor, contestó Rosa impasible; el señor es el amo y puede disponer lo que guste; pero si se figura que lo que está haciendo con la señorita está bien hecho, se equivoca.

Aquella admonición, que no venía á cuento, cogió de sorpresa á Monfort, que contestó á ella con una mirada terrible.

– La señorita me ha dicho, continuó la sirvienta, que mañana pensaba ir á casa de los Sres. Breault, y me parece que tiene de ello necesidad, porque si no, viviendo en esta habitación poco aireada, es capaz de ponerse enferma.

– Llévela usted á pasear por el Jardín de Plantas, gruñó Simón, escribiendo de nuevo.

– No es el Jardín de Plantas precisamente lo que conviene á la señorita, continuó Rosa sin conmoverse. Esta niña quería hablar de la señorita Herminia con los que la han conocido, y además el señorito Roberto ha sido su profesor por pura benevolencia, y no habiéndole pagado, bien se le deben algunas compensaciones.

Calló y quedó inmóvil con la mirada vaga, según su costumbre. Simón hizo girar la silla y la miró frente á frente.

– ¿Se ha figurado usted, dijo, que sufriré en mi casa otro amo que yo? Vaya usted á la cocina y ande con cuidado en salir de ahí.

– Muy bien, señor, contestó la imperturbable criada; sé todo el respeto que se debe al señor y no lo olvidaré; pero si se figura usted que es un buen padre, se engaña de medio á medio.

Dicho esto, desapareció con una rapidez extraordinaria, y cuando Simón abrió la boca para contestar, se encontró con que ya no estaba.

Convencido de que no tenía argumentos sólidos con que deshacer los que la criada aducía en favor de sus teorías, aburrido por esa impotencia que sentía, y además porque ninguno de los números que estaba amontonando en columnas cerradas daba el resultado que quería, equivocando á cada paso sumas y restas, Simón cogió el sombrero y salió, con gran escándalo de la portera, pues habían dado ya las once de la noche.

Pensando en todos los deberes que se había echado encima al encargarse de Marcela, después de haberla tenido por tanto tiempo, no olvidada, pero sí perdida, imaginaba que á cambio de aquellos deberes debía tener por compensación, y cuando menos, el derecho de instruir á su hija como bien le pareciera

Una vez establecido aquel punto, se le antojaba asimismo que como instrucción tenía su hija ya la suficiente para poder hacer buen papel en el mundo y ser una buena madre de familia.

– Su madre distaba mucho de ser tan instruída, y sin embargo fué un modelo de esposas.

Esto fué cuanto pensó acerca de aquel punto. No obstante, cruzó por su mente una vaga idea de la imposibilidad de que su hija pasara junto á él toda su adolescencia hasta que pudiera encargarse del gobierno de la casa paterna y adquirir, por ello, cierta independencia.

Más avezado á las costumbres norteamericanas que á las de la vieja Europa, esperaba con impaciencia el momento en que su hija, ya mujer, pudiese entrar y salir y hacer sus correrías sola, sin necesidad de la escolta de Rosa que, como vulgarmente se suele decir, se le había atragantado.

Aquella época llegaría, como llega todo en esta vida; pero entretanto, Monfort se había indignado por aquella invasión de Rosa en el dominio de sus sentimientos íntimos. En el fondo la vieja criada no había hecho más que repetir ideas y pensamientos que ya se le habían ocurrido a él. Bien conocía que habiendo educado á Marcela otras personas que su familia, debía haber contraído la niña obligaciones que era preciso pagar con atenciones por lo menos; y se decía que se vería obligado á dejar que aquellos protectores y amigos de la niña continuaran ejerciendo influencia en su ánimo. Y al pensar esto, el ser despótico y brusco que dormitaba siempre en Monfort, se reveló de repente para protestar con furor.

– No lo quiero, exclamó; no quiero que los otros tengan influencia sobre ella. ¿Porque le han prestado algún servicio? ¿Quién hay que no haya prestado alguno á sus semejantes en esta vida? Si la señorita Herminia viviese, no digo que no debiera estarle reconocido y tener para con ella toda suerte de deferencias. ¿Pero á los otros? Estoy seguro de que los cuidados que han tenido para con Marcela eran para agradar á su protectora, así es que yo no se los debo agradecer.

Aquel razonamiento capcioso satisfizo á Monfort; pero no pudo convencer al Monfort que era buen padre y hombre de sentimientos elevados. Si Marcela quería á sus antiguos amigos, lo que después de todo era muy natural, ¿no quedaría afligida privándola de ellos?

– ¡Bah!, dijo, es joven y está en la edad en que todo se olvida sin trabajo. Y además, aun cuando debiera padecer por ello, también es preciso que ceda. Esta vida es una cadena no interrumpida de pesares, y bueno es acostumbrarse á ellos desde la juventud. Al fin y al cabo soy su padre, y el amor mío la indemnizará de cuanto pueda perder tocante á sus amigos.

Después de hacer estas reflexiones, Monfort, tranquilo y del todo calmado por el paseo que diera, volvió á su casa.

Al día siguiente, luego de desayunarse, salió con su hija y la hizo pasear por las principales calles de París; comió con ella en el restaurant, y por la noche la volvió á su casa con una jaqueca atroz, producida por el cansancio y por aquellos alimentos á los cuales su estómago no estaba acostumbrado. Desde entonces la joven no manifestó deseos de salir á paseo.

XXXIV

Rosa callaba; para quien la conocía, aquel silencio amenazaba tempestades; pero Simón no se cuidaba de ello, y ganaba un sueldo suficiente para subvenir á las necesidades de la casa sin mermar el capitalito que había recogido. Después de pagar todos los gastos de instalación le quedaban unos 30.000 francos, que serían la dote de su hija.

Rosa había entregado á Marcela, á pesar de la negativa de ésta, los famosos tres billetes de mil francos que su ama le diera para llevar á casa del notario.

– Son tuyos, hija mía, le había dicho varias veces; no los



Marcela fue la que tendió antes la mano á Roberto

des á tu padre, que es un buen hombre, pero algo estrafalario; ¿y si algún día le diera la idea de irse á América otra vez?..

Marcela, escandalizada, había protestado; pero Rosa la obligó á obedecer, y la niña ocultó entre su ropa blanca un portamonedas muy feo, que contenía los billetes.

No bastaron todos los razonamientos de Rosa para convencer á Marcela, pues había en aquel misterio algo que repugnaba profundamente á su naturaleza franca y sencilla.

Durante las largas horas que pasaba trabajando en sus labores, reflexionaba sobre aquello, y al cabo, habiendo tomado una resolución definitiva, pidió permiso á su padre para ir á llevar flores á la tumba de la señorita Herminia.

Monfort arrugó el entrecejo maquinalmente; pero otorgó el permiso pedido. Rosa y Marcela hicieron la peregrinación proyectada.

Saliendo del cementerio sin haber cambiado una sola palabra, como por un acuerdo tácito, se dirigieron hacia la casa del anciano médico, á quien no encontraron.

La sirvienta las hizo entrar en la casa y les ofreció un refresco, luego de hablar un rato, y después de haber encargado mil recuerdos afectuosos para el doctor, la niña y su acompañante se retiraron.

– ¿Tomaremos el ómnibus?, preguntó Rosa á Marcela.

– No, contestó ésta; vamos á ver á los Sres. Breault.

Esto era, precisamente, lo que quería Rosa; pero prefería que la iniciativa partiera de la niña.

Marcela misma fué la que llamó, la que pasó primero y la que tendió antes la mano á Roberto. Rosa quedó admirada de aquella desenvoltura.

Después de cruzar las frases afectuosas de costumbre, el joven dijo:

– Voy á llevarlas donde está mi padre...

– Luego, contestó la niña; pues antes tengo que comunicar á usted una cosa y encargarle una comisión.

Buscó en su bolsillo y puso sobre la mesa, á la vista de Rosa, el portamonedas que contenía los tres mil francos.

– Esto no es mío, Sr Roberto, dijo; Rosa me lo ha dado, pero tampoco era suyo. Quería entregar esta cantidad al doctor, pero no hemos podido dar con él. ¿Tendría usted la bondad de dársela en cuanto lo vea?

Roberto la miró con sorpresa. Rosa extendió la mano.

– Eso es tuyo, hijita, dijo; porque ya sabes que la señorita Herminia te habría dotado si hubiera tenido tiempo para ello.

Marcela se levantó y puso una mano sobre el hombro de su amiga.

– Ese dinero no es mío, Rosa, dijo; ¡y usted lo sabe de sobra!

—Está bien, Marcela, dijo Roberto con su voz grave; entregaré estos tres mil francos al doctor; ha hecho bien, y apruebo su conducta.

—¡Ah!, suspiró suavemente Marcela; ya sabía que esto sería de su agrado.

Calló y bajó los ojos con el rostro resplandeciente de felicidad, en tanto que Rosa secaba en silencio sus lágrimas.

—Vamos á ver á mi padre, dijo Roberto.

El Sr. Breault miró largo rato á Marcela. Aquel rostro juvenil parecía un rayo de sol en aquel cuarto triste del paralítico, que algunas veces quedaba solo, á pesar de toda la abnegación de su hijo. En tanto que hacía charlar á la jovencita, Roberto interrogó al oído á Rosa.

—¿Es dichosa?

La vieja criada hizo un gesto negativo, con tal energía, que llamó la atención de su protegida. Rosa empezó entonces á explicar, en voz baja, todas las perrerías de Monfort, y no se hubiese parado en mucho tiempo, si el reloj, dando las cuatro, no le hubiese advertido que era hora de preparar la comida de aquel hombre atrabiliario.

—¡Me echará á la calle!, exclamó Rosa.

—Acuérdese usted, respondió cariñosamente Roberto, que siempre tendrá aquí un asilo y... ella también, añadió en voz baja.

—Gracias, Sr. Roberto, contestó Rosa, no lo olvidaremos. Vamos, Marcela, vamos.

Esta obedeció dócilmente. El Sr. Breault la atrajo hacia sí y la besó con ternura en la frente, y cuando la puerta se hubo cerrado tras ellas, dijo con tristeza:

—¡Si hubiéramos podido tenerla con nosotros!.. ¡Qué lástima que haya encontrado á su padre!

Roberto en el fondo de su corazón pensaba lo mismo.

XXXV

—No, Rosa, exclamó un día Monfort, tirando la servilleta sobre la mesa; esto no puede continuar así. Ya estoy harto de sus sermones, de sus observaciones respetuosas, de sus letanías de toda especie; es preciso que nos separemos, pues entiendo que debo ser el amo en mi casa, y no lo seré mientras esté usted en ella.

—Muy bien, señor, contestó Rosa sin turbarse.

En esas escaramuzas diarias, Rosa llevaba siempre la ventaja, pues Simón montaba en cólera, mientras que ella permanecía quieta é impasible como una roca.

—¿Y qué va á hacer el señor de la señorita?

—¿Mi hija? Pues se quedará conmigo. ¿Qué quiere que haga de ella?

—No lo sé; pero, según la vida que me parece va á llevar con su padre, quizá hubiera valido más encerrarla en un colegio cualquiera.

—¡La suerte de mi hija sólo á mí me atañe, gritó Monfort.

Rosa salió. Marcela quedó un rato sola con su padre, que se paseaba con aire irritado.

—¿Lloras?, preguntó deteniéndose ante ella.

—No, papá, contestó la joven.

—Eso te causa pena, repuso con aire malhumorado.

—Sí, papá, contestó la niña. Pero no se aflija por ello; Rosa le fastidia á cada momento; pero no es culpa suya, puesto que, acostumbrada á mandar en casa de la señorita Herminia, no sabe corregirse de esa costumbre. Yo le cuidaré á usted muy bien; ya verá como todo lo tengo á punto.

Bajó los ojos y sus labios se estremecían. Simón continuó sus paseos, encantado de ver tanta obediencia y tanta humanidad, que no esperaba. Pero no le gustaba ver que entre su hija y él, ella resultaba siempre que tenía razón.

—Sin duda te decía continuamente Rosa que yo era un monstruo, dijo después de una pausa.

—No, papá, jamás Rosa ha hecho sino alabarle á usted en mi presencia.

—¡Pero no me podría tragar!, exclamó Monfort con arrebato.

Marcela no contestó. Era bien poco probable, en efecto, que Rosa, desde el fondo de su corazón llenara á Simón de bendiciones; pero bastante hacía con no decir mal de él delante de la niña. Monfort lo comprendió así.

—Vé á á despedirte de ella, dijo cariñosamente, y dile que podrá venir siempre que quiera verte; dile también que le doy las gracias por lo que ha hecho por ti...

Marcela salió sin contestar; aquella vez lloraba.

Su despedida fué tierna, pero corta, ya que Rosa, en las grandes ocasiones, tenía una especie de filosofía particular.

—No pases cuidado por mí, hija mía, exclamó; voy á casa de nuestros amigos los Breault, que han cambiado seis veces de muchacha desde que han vuelto de Niza. Tú quizá pases una mala temporada, pero tu padre se aburrirá pronto de cuidar de ti. Tu padre es un buen hombre y te quiere mucho, pero no ha nacido para educar muchachas.

Diciendo esto, estrechó á Marcela contra su corazón, abrió la puerta del comedor, lanzó á Simón, que estaba solo, un «¡Adiós, señor!» y bajó la escalera.

Cuando estuvo en la calle, sintió algo tibio que le caía en las manos: admirada, pensó en lo que podía ser aquello, y advirtió que por sus mejillas corrían amargas lágrimas.

Pasó el revés de la mano por aquellos ojos que habían olvidado su deber, y se marchó tranquilamente hacia la calle de la Bomba.

Encontró al enfermo solo, que la recibió y le hizo mil confidencias acerca de la criada actual; Rosa le escuchó respetuosamente, y cuando hubo terminado se fué á la cocina.

—Hija mía, dijo Rosa, quítese el delantal y lárguese. Vuelva á las seis y el señorito Roberto le pagará lo que se le deba.

La muchacha se largó sin acabar de comprender qué sucedía.

Sin perder un instante, Rosa se puso á fregar, lavar y bruñir, con tanta prisa, que Roberto, al entrar, oyó la alegre música de las cacerolas metálicas.

—¿Qué significa eso?, preguntó. ¿Es usted, Rosa?

—Soy yo, señorito Roberto; estoy decidida á morir aquí y á servirles hasta que esto suceda.

—¿Y Marcela?, preguntó el joven.

—Marcela ha quedado en su casa; su padre no es malo, pero... como oso, lo es ..; ¡Paciencia! ¡Ya acabará por ser nuestra!

—¡Pobre niña!, dijo Roberto. ¡Pobre ser débil, que no había nacido para padecer!

—Y luego, señorito Roberto, también le queda la señora Jalín...

Después de pronunciar estas palabras, Rosa se fué á la cocina y cerró la puerta con tanta violencia, que bailaron todas las cacerolas.

—¡Pobre mujer!, pensó el joven, también ella tiene pesares.

XXXVI

Marcela trabajaba cuanto podía, según había prometido. Después de haber arreglado la casa, tomaba á menudo una labor cualquiera, y junto á la ventana pasaba horas y horas tirando de la aguja con regularidad incansable. Durante aquellos ratos pensaba continuamente en la casa de la calle de la Bomba; en el Sr. Breault, eternamente sentado en su sillón y que tan bueno y cariñoso era; en Julio, tan dispuesto, tan vivaracho, tipo acabado de colegial inteligente y revoltoso, y luego pensaba en Roberto, tan paciente, tan serio; en Roberto, que llevaba ya, siendo tan joven, todo el peso de los asuntos de la familia sin que nadie le ayudara.

Su imaginación la arrastraba entonces hacia la casa solitaria con tan dolorosa insistencia que renunciaba á su labor y se entretenía en algún problema de aritmética. Su padre por la noche le daba lecciones variadas; era un buen profesor, de inteligencia clara y palabra precisa, pero falto de paciencia.

Había aceptado esta vida sin reproche ninguno; su corazón filial le decía que el haber encontrado un padre, era una dicha inmensa, mucho mayor de la que jamás, al sentirse abandonada, había soñado.

Su padre iba á casa á horas intempestivas y cada día diferentes, pues tenía la costumbre de dar largos paseos.

Después de cenar salía también, y paseaba horas enteras con la cabeza desnuda, el sombrero en la mano, pensando en sus asuntos, en sus deberes y en su hija, cuyo porvenir le preocupaba más de lo que quería confesarse.

Durante aquel tiempo, Marcela, con el corazón lleno de angustia, sola en la habitación, escuchaba los menores ruidos, que tomaban para ella proporciones enormes. En su infantil imaginación todo se reducía en aquellos momentos á esta plegaria muda: «Con tal que no le haya sucedido ninguna desgracia!»

Marcela sabía que las desgracias llegan pronto, como el ser en apariencia más bueno puede pasar de vida á muerte en un sólo momento. Entonces, medrosa y asustada, oraba de nuevo, y parecía que se calmaba algo su terror.

Así estaba rato y más rato, sofocando el ruido de la respiración, esperando que de un momento á otro los pasos de su padre se acercarían á la casita.

Al día siguiente de estas terribles noches estaba muy pálida; sus movimientos menos vivos, su voz menos argentina, llamaban á veces la atención de su padre.

—¿Qué tienes esta mañana?

—No he dormido bien.

Simón la miraba un instante; luego, como no le parecía que estuviese enferma, volvía á sus pensamientos, en tanto que ella continuaba sus quehaceres domésticos.

A la larga, sin embargo, advirtió que había una extraña coincidencia entre sus paseos nocturnos y las noches de insomnio de su hija.

—¿Duermes acaso mal cuando yo vuelvo tarde?, preguntóle un día bruscamente. Es quizá que te despierto al entrar.

—No, papá; pero cuando tú te marchas me sobrecoge un gran miedo y no puedo dormir.

Mirando la tristeza que cubrió el rostro de Simón, se apresuró á añadir:

—¡Pero papá, no hagas caso de ello, no vale la pena!

Durante quince días Monfort se abstuvo de salir; pero al cabo de ellos, la pasión de su noctambulismo fué más fuerte que su voluntad, y después de sostener mil combates consigo mismo y de reprocharse su conducta, acusándose de mal padre, salió una noche, creyéndola dormida, y así en las sucesivas.

Aquella jovencita adelgazaba cada vez más: se trasparentaba como una lámpara de alabastro, y sus ojos, más grandes cada día, tenían una expresión ideal, pero que hubiese espantado á una buena madre. Rosa iba á verla una vez cada mes cuando menos, la sacaba á pasear con permiso de Monfort, y después de aquellos paseos, que parecían reanimarla, la pobre joven palidecía más y más y se desmejoraba rápidamente.

Rosa un día habló de ello á Monfort.

—Pensará usted lo que quiera, dijo; pero veo que la niña se muere de pena; no basta ser un buen padre y querer á su hija; una niña educada como ésta, necesita cuidados que usted no puede darle... Es usted el amo y puede hacer su voluntad; pero mucho me temo que Marcela no llegue á los diez y seis años. Me parece que no vive ni un año más.

Y se marchó sin escuchar la réplica que indudablemente iba á darle su antiguo amo.

—¡Vieja loca, exclamó éste en el momento en que la puerta se cerraba; pájaro de mal agüero! ¿Marcela enferma? ¡Ja!, ¡ja!..

Pero aquella risa sonaba más bien lúgubre que alegre, y movido por su amor paternal, abrió la puerta que separaba su cuarto del de su hija.

—Marcela, dijo, ¿es verdad que estás enferma?

—¿Yo?, contestó, volviendo hacia él su rostro pálido que el paseo había manchado de color de rosa. Tengo un poco de pereza, pero no estoy enferma.

—¿Perezosa?, repuso el padre, que la veía trabajar como de costumbre.

—Sí; cuando he trabajado mucho ó andado algo, tengo unas ganas de dormir que me dominan; quizá es que no hago bastante ejercicio. Y luego á veces siento un dolor aquí, en el corazón; pero supongo que esto será porque estoy creciendo.

Monfort miró á su hija, y el gesto doloroso que en aquel momento hacía le recordó el gesto cansado de su pobre mujer.

—¿Mal aquí?, dijo indicando el corazón.

—Sí; alguna vez, se diría que de repente paran los latidos, y entonces es cuando siento el dolor; pero no es gran cosa y puedo soportarlo.

Simón murmuró:

—No será nada, y volvió á su cuarto.

¡Cuántas veces su pobre mujer le había dicho que sentía dolor en el corazón y él no hacía caso, pensando que todo eran aprensiones ó mimos! Y el día... el último día, cuando pedía, por favor, aquella noche de reposo, aquella noche suprema, que debía ser para ella la de la tumba, ¿qué le había contestado?.. Se estremeció de pies á cabeza recordando lo que hoy, viendo más claro, llamaba su estúpida crueldad.

—Y ahora Marcela sigue el mismo camino, pensó, y estoy á pique de empezar con la hija lo que hice con la madre. ¡Bárbaro egoísta, que no sabes pensar sino en ti, no eres digno de tener familia!

Apretó la cabeza entre las manos y se entregó á profundas reflexiones. Cuando más absorbido estaba por ellas, sintió una suave mano que se posaba sobre su hombro.

—Papá, supongo que no está usted triste, ¿verdad?

Levantó la cabeza y miró con sus ojos sombríos los claros ojos que buscaban los suyos.

—No se entristezca, añadió la voz armoniosa, y sobre todo por mi causa. Estoy segura de que Rosa le ha dicho alguna tontería; pero ya sabe usted que no vale la pena de tomarla en serio. Le aseguro á usted que soy muy dichosa á su lado, papá.

—¿Te ha dicho que no eras dichosa conmigo?

—No, no me lo ha dicho, contestó con acento de irrecusable sinceridad la jovencita. No, no hablamos nunca de ello, pero sé que Rosa lo piensa.

La voz argentina parecía mojada en lágrimas, y los ojos, brillantes y sonrientes, miraban con cariño a Monfort.

—Hace ya diez y ocho meses que vivimos solos, papá, añadió Marcela; bien pronto tendré quince años, y nunca como ahora he sentido la dicha de haber encontrado á usted. Además ha sido para mí tan bueno.

Su voz se había cansado y debilitado, la sonrisa había desaparecido y la expresión enfermiza que tenía á veces su rostro se acentuaba.

Monfort la tomó de repente entre sus brazos.

—¡Dime que me quieres!, exclamó con un grito del alma; es una mentira que no te cuesta nada y que no te será contada como un crimen; dime que eres dichosa.

—¡Oh, sí, le amo, papá!

—¡Es verdad, pero no eres dichosa! Un viejo gruñón como yo no es la compañía que necesitas. He sido egoísta; creía obrar bien y esa es mi excusa; pero ten un poco de paciencia, y te juro, alma mía, que tendrás una existencia como tú mereces.

—¿Va usted á dejarme?, preguntó Marcela con terror.

—No, está tranquila; lo arreglaré de modo que todos seamos felices. Ámame únicamente como me has querido hasta aquí, y te prometo que mereceré mejor tu amor.

Marcela rompió á llorar; el pensamiento de que podía haber dejado adivinar á Rosa ó á su padre lo que sufría interiormente, la atormentaba como un remordimiento. Su padre consiguió calmarla á fuerza de palabras cariñosas, y por la tarde estaba tranquila y más alegre que desde hacía mucho tiempo.

XXXVII

—Doctor, dijo Monfort al viejo, que le examinaba en silencio; mi mujer ha muerto de una enfermedad del corazón, y desearía saber si esas dolencias son hereditarias.

—Algunas veces, contestó el doctor.

Simón quedó pensativo. Lo que tenía que decir le causaba un verdadero esfuerzo. Lo hizo y prosiguió:

—Marcela tiene palpitaciones, ahogos, y dice que alguna vez parece que el corazón se le detiene.

—No es extraño, dijo el doctor sin mostrarse sorprendido.

Monfort le miró con ojos irritados.

—¿No le importa á usted esto? Entonces no es grave.

—Puede serlo, y en tal caso sí me importaría; pero el remedio no está en mi poder.

—¿Qué es preciso hacer, pues?, preguntó el padre bajando la cabeza como un culpable.

—Aire, ejercicio, cuidados, una vida dichosa, y nada de lágrimas, ni una; son el veneno más seguro.

Monfort miró al suelo sin responder y en sus ojos sombríos el doctor vió brillar lágrimas.

—La he hecho desgraciada, dijo el padre desolado. La he separado de Rosa, que es insoportable, pero que es á quien ella quería; la he privado de aire y de paseos... Soy incapaz de educar una niña... Diga usted, doctor, ¿qué es preciso que yo haga para salvar á la hija de mi alma si todavía es tiempo?

Hablaba aprisa y no quería enjugar sus lágrimas por temor de llamar la atención del médico sobre su rostro descompuesto; pero el anciano sabía ver sin mirar, y contestó con acento que inspiraba confianza y casi alegre:

—¿Morir? No se trata de eso. Espero que Marcela vivirá cien años. Ciertamente, ha heredado una predisposición para las afecciones cardíacas; pero esto se puede curar á su edad, y no creo posible que esté seriamente atacada. De todos modos, tráigamela usted.

—Sí, doctor, dijo Simón con el mismo acento desolado; ya sé yo qué la curará, el no vivir conmigo.

—¡Qué idea!, replicó el doctor; ¿si volviera usted á tomar á Rosa?..

—Jamás, por vida mía, murmuró el irascible Monfort. Es una mujer perfecta, convengo en ello, dijo; pero resulta de la prueba que hemos hecho que no puedo yo vivir bajo el mismo techo que ella.

El doctor reflexionaba y Monfort le miraba ansiosamente.

—Soy demasiado viejo, dijo el doctor, y achacoso. Mi criada, por otra parte, es más vieja que Rosa y mucho más gruñona; pero ¿qué diría usted de los Breault?

—¿Los Breault? ¿Para qué?

—Antes de contestar, dígame usted cuáles son sus planes respecto de Marcela.

—No tengo plan, pero procuraré hacer lo mejor que pueda. Había pensado ponerla en un colegio...

—Muy bien, dijo el doctor aprobando la idea; un colegio en Passy, ¿no es eso? ¿Y usted qué vá á hacer?

—A fe mía que casi había pensado en abandonar á París. Teniendo á Marcela encerrada en un colegio, no le hago falta alguna, y en cambio puedo emplear mi tiempo en redondear su dote, y por más que me quiere, no le haré mucha falta.

—Si no quiere usted que enferme de veras, no le repita estas palabras, dijo el doctor con tono severo. ¿Cree usted que su hija no le ama? ¿Cree que hubiera podido vivir tanto tiempo en su compañía, privada de todo cuanto había querido, si no hubiese encontrado en usted una compensación de todo lo que le faltaba?

—¿Lo cree usted así?, dijo el padre encantado y regocijado.

—Usted mismo debe saberlo. Ese corazón tierno sufrirá ya mucho si usted se marcha, sin que haya necesidad de afligirle más profiriendo ese reproche inmerecido.

—¿Y si me quedaba?, preguntó Simón medio convencido.

—Entonces sería preciso consentir en vivir menos retraído, en cultivar el trato de las gentes, frecuentar las casas amigas, admitir visitas, escoger amistades para su hija.

—No podré jamás, repuso Monfort con desconsuelo. Soy una especie de salvaje, que no he nacido para esa vida... Más vale que me marche..., con tal que sienta un poco mi ausencia...

—No es preciso que se vaya usted, dijo el doctor extendiendo afectuosamente la mano hacia el brazo de Simón. Ponga usted á su hija en un colegio...

—Y ¿qué será de mí?, gritó el pobre padre levantándose; yo, que estoy acostumbrado á su presencia, á su bondad; yo viviría solo en mi leonera, donde vendría á verme el domingo, ¿no es verdad? No, caballero, si me separo de mi hija será para distraerme merced á un trabajo encarnizado, pero volveré, vol-

veré para verla de cuando en cuando, para impedir que me olvide, para que me quiera siempre...

Inclinó la cabeza sobre el pecho. El doctor respetó la emoción; pero cuando Monfort volvió á mirarle, le estrechó vivamente la mano.

– Es usted todo un hombre digno, dijo, y un buen padre. Deje pasar algún tiempo, y estoy seguro de que le llevará usted muy bien con Marcela... Un año ó dos bastarán.

– ¡Ah, cuánto lo deseo!, suspiró Monfort desde el fondo de su corazón.

XXXVIII

Marcela entró de interna en un colegio, lo cual le costó muchas y muy amargas lágrimas, porque había puesto en su padre ese profundo amor, que ponía en todas las personas que trataba.

Para convencerla, Monfort pretextó la necesidad de un viaje á Inglaterra, que quizá duraría meses.

Al cabo de algunas semanas, Monfort, que iba á verla todos los jueves y la sacaba á pasear todos los domingos, anunció una ausencia bastante prolongada y le permitió pasar los días de salida con Rosa.

En el primer momento no advirtió la gran concesión arrancada á su padre; pero la notó después reflexionándolo. Rosa la llevaba á casa de los Breault, donde encontraba á sus antiguos amigos y además una hermana del Sr. Breault que había venido de su provincia á instancias de Roberto para cuidar al enfermo y por la que Rosa sentía gran afecto.

– ¡Es el viviente retrato de la señorita Herminia!, decía con énfasis.

Por cierto que al verla sintió extrañeza suma Marcela, pues no comprendía en qué se podía parecer aquella señora de facciones pronunciadas, alta y flaca, á su querida bienhechora, cuyo rostro sonrosado y redondo tenía expresión casi infantil. Era sin duda la semejanza moral que se advertía entre las dos señoras lo que hizo equivocar en lo demás á Rosa. La señorita Julia no tenía la imaginación romántica; pero en cuanto á dulzura en el trato, á cariño y benevolencia para con todos, tenía gran semejanza con la señorita Herminia.

El Sr. Breault se sentía renacer con los cuidados de una mujer de su familia. Roberto tenía de aquel modo más tiempo para sus estudios y trabajos, y Julio, á pesar de su lengua intemperante, iba perdiendo sus modales bruscos y decididos y parecía un jovencito cuidado por una mano maternal.

En aquella casa, que ya le era familiar, introdujo de nuevo Rosa á Marcela, y ésta bien pronto se captó las simpatías de la señorita Julia.

Monfort no volvía. Trabajaba sin descanso allá en Ultramar y ganaba sumas fabulosas, según decía. Las cartas eran alegres, pues conocía que sus esfuerzos se verían recompensados mejor que con dinero: con la dicha de su querida hija.

Lejos de ella había procurado modificar su carácter, y aquellos de sus subordinados que le habían conocido cuando su primer viaje, estaban admirados de ver su humor más bueno, sus palabras menos duras, todo su ser, tan enérgico y sufrido como siempre, más generoso, más indulgente, más compasivo...

– Ya basta con que haya dejado morir á la madre; es preciso que la hija sea dichosa.

Tal era la divisa de aquel rudo obrero que supo librar y ganar una vez más la gran batalla de la vida, admirado de sentirse mejor dispuesto á la lucha que cuando era más joven y más ardiente...

Pasó tiempo; Marcela acababa de cumplir los diez y siete años, y el doctor había escrito una larga carta á Monfort, advirtiéndole la necesidad próxima de sacar del colegio á la joven, cuando un incidente imprevisto desbarató la casa de la calle de la Bomba.

Una tarde de invierno, descolgando ropa de un armario, la señorita Julia hizo un movimiento tan desgraciado que cayó y se fracturó el antebrazo. Su herida no tenía importancia alguna, ¿pero dónde irían á parar aquellas preciosas llaves que sonaban continuamente en las manos de la señorita Julia? Rosa estaba allí; pero Rosa no tenía ya las piernas de los quince años.

La señorita Julia entregaba de buena gana las llaves á Marcela, á la que llamaba su edecán. Y seguía con ojos complacidos aquella forma ágil que iba y venía por la escalera y por los corredores.

– ¿Qué sería la casa si no viniera ella?, observó un día el Sr. Breault mirándola.

Era una hermosa mañana de Junio; próxima á los rosales enanos del parterre, Marcela enderezaba los capullos de rosas; cortaba las flores marchitas y daba á aquel rinconcito de tierra el aspecto dichoso y gentil de los niños bien cuidados.

La señorita Julia suspiró profundamente. Sus dos sobrinos habían salido la víspera para un viaje bastante largo. Julio ganaba una buena suma anual, se bastaba á sí mismo, y su padre podía desde entonces pensar sin amargura en irse de este mundo. Pero á medida que su espíritu se calmaba, tomaba un interés más vivo por la joven, que aparecía de tiempo en tiempo en su casa, donde hubiera querido conservarla como una flor, como un destello de luz.

Ocho días después de haberse marchado los jóvenes, Rosa, muy aturrullada, se presentó en el colegio de Marcela. La hora era extemporánea y aquel día no era de salida; pero obtuvo al fin, no sin pena, que dejaran salir á la joven, y en el coche que las conducía á la calle de la Bomba le explicó sus terrores.

El Sr. Breault acababa de tener un segundo ataque. La señorita Julia había perdido la cabeza, lo que no era extraordinario, según añadió Rosa: era preciso velar y cuidar al enfermo, y el doctor había ordenado que fuesen á buscar á Marcela.

La jovencita se instaló á la cabecera de la cama del señor Breault, y éste, abriendo los ojos á la luz de la inteligencia, sonrió al lindo rostro inclinado hacia él.

– Hija mía, dijo.

Marcela se ruborizó y apartó los ojos, velados por una discreta lágrima.

Ciertamente que quería como á un padre á ese anciano que siempre había tenido para ella palabras de ternura; ¿pero era posible olvidar al verdadero padre, al que trabajaba allá abajo y que tanto había sufrido por ella? Su corazón le contestó que bien podía conciliar las dos ternuras sin causar daño á nadie. Por otra parte, de momento lo más importante era disputar á la enfermedad aquel á quien sus hijos no podían cuidar. En fin, á principios de julio los dos hermanos volvieron llenos de inquietud, con el corazón oprimido.

En el comedor estaba el Sr. Breault, instalado en su sillón, escuchando la lectura que le hacía Marcela.

– No veo, dijo ésta al cabo de un rato; voy por una luz.

Se levantó y se estremeció al ver dos sombras negras que ocupaban el fondo del comedor.

– Querida Marcela, querida hermana, dijo cariñosamente Julio; usted nos ha conservado á nuestro padre.

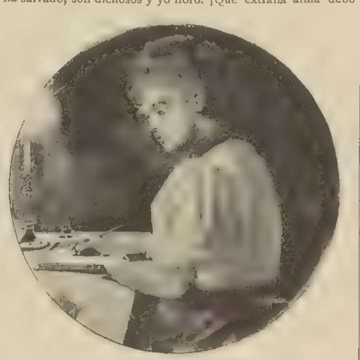
Roberto no dijo nada; le había tomado la otra mano, y entre los dos la joven quedó confusa y turbada y luego, desasiéndose sin esfuerzo, se volvió al convaleciente.

– Sr. Breault, dijo con voz melodiosa, sus hijos de usted han vuelto.

– ¡Qué dicha!, dijo el padre, inquiriendo con la mirada en la obscuridad creciente.

Marcela desapareció. Cuando llegó un momento después con una lámpara en la mano, los dos hijos estaban hablando con su padre. Marcela cerró la puerta y se quedó ante la ventana.

– Y bien, dijo, no estoy contenta. Han vuelto, su padre se ha salvado, son dichosos y yo lloro. ¡Qué extraña alma debo



Se sentó ante su carpeta y escribió de un tirón...

tener para que la dicha de los otros me trastorne de esta manera! Es que no tengo nada mío, y por eso sufro. Sólo una vez he tenido un asilo verdadero, en casa de mi padre, y no he sido allí dichosa. He causado su aflicción, y por eso se ha marchado. ¡Cuán ingrata era entonces! ¿Hay algo en el mundo que valga el amor de nuestros padres?

Lloraba silenciosamente y las lágrimas corrían con rapidez sobre sus manos.

– ¡Cuán malo es ser celosa!, se dijo la joven. Estos pobres muchachos por poco pierden su padre, y yo tengo el mío que está bueno, aunque esté lejos.

Encendió una bujía, se sentó ante su carpeta y escribió de un tirón:

«Querido padre, vuelva usted á Francia, venga á vivir conmigo; he sido ingrata alguna vez, pero ahora no puedo vivir sin usted; y luego, tengo ya diez y siete años, y quisiera salir del colegio: no le daré ningún disgusto; vuelva, se lo suplico.»

Cerró la carta y se la guardó en el bolsillo. Cuando iba á bajar, después de haber apagado la bujía, llamaron á su puerta. Abrió.

– Marcela, dijo una voz en la obscuridad, necesitamos de usted

Marcela siguió á Julio sin decir una palabra.

Roberto había quedado junto á su padre, y cuando los jóvenes entraron apartó los ojos, que un momento después volvía á fijar en ellos.

Marcela estaba pálida y la huella de sus lágrimas aparecía aún visible en sus mejillas. Julio tenía el aire alegre, charlaba como cuando era un chiquitín y se sentía dichoso de haber vuelto y de encontrar una casa tan tranquila y agradable, en lugar de las escenas dolorosas que había previsto. Roberto no dijo casi nada aquella noche.

XXXIX

– Es mi hija, repitió el Sr. Breault al día siguiente cuando Rosa iba á la compra acompañando á Marcela.

– No estamos celosos de ella, dijo Julio, acercándose al sillón.

Roberto calló.

– Padre mío, dijo Julio, ¿es verdad que Marcela se marcha?

– ¿Quién ha dicho eso?, preguntó el anciano con inquietud.

– Me lo ha dicho mi tía Julia, y no puedo comprender...

La señorita Julia levantó los ojos y cesó de hacer calceta.

– No puede vivir Marcela en una casa donde hay dos jóvenes, dijo con algún embarazo. Tan bien lo ha comprendido, que me ha rogado que la haga acompañar al colegio esta tarde.

– No quiero, dijo el Sr. Breault, agitándose; quiero que se quede. Roberto, dile que no se marche.

Roberto calló. Su padre buscaba en vano leer la expresión de su rostro, porque la inteligencia debilitada del viejo no le permitía adivinar los pensamientos de su hijo.

– Habla, dijo con impaciencia su padre.

– Pienso, padre mío, que Marcela tiene razón, dijo el joven.

El Sr. Breault se encogió de hombros, pues nada podía convencerle de que la joven tuviera razón en querer marcharse.

La señorita Julia trató, sin embargo, de hacerlo, y entonces Roberto se esquivó y Julio le siguió en el jardín.

– Hermano mío, dijo el joven; es verdaderamente una lástima que Marcela se marche: es una buena muchacha, ¡y seríamos tan dichosos con ella!.. Hace todo lo que le indicas..., te obedece ciegamente en todo, dile que se quede, dile que no aflija á nuestro padre, que no nos aflija á nosotros.

Roberto no contestó y Julio continuó:

– ¿Es que me habré engañado? ¿Le habrás cobrado odio? Di, Roberto, ¿qué es eso?

Roberto sonrió y sacudió la cabeza.

– No, dijo, no le tengo odio.

– Pues entonces...

De repente Julio se inclinó hacia su hermano, examinó su rostro y le estrechó las dos manos con alegría y sorpresa.

– ¡Hermano mío!, exclamó.

Roberto no había tenido tiempo de contestar ni aun de reponerse, cuando Julio estaba ya en el comedor, donde continuaban discutiendo el enfermo y su hermana.

Padre mío, dijo con acento decidido, ¿desea usted que Marcela se quede?

– ¡Sí, sí, sí!, dijo enérgicamente el anciano.

– Pues bien: no hay nada más sencillo; siga usted mi razonamiento, y usted también, tía Julia...

Y empezó un hermoso discurso más elocuente que largo y cuyo resultado no se hizo esperar.

Cinco minutos después, Roberto entraba á su vez con el rostro descompuesto y aspecto de cansancio, y miró estupefacto á los tres conspiradores, que parecían tan encantados de su suerte, como él lo estaba triste de la suya.

– Roberto, dijo su padre, cásate con Marcela.

El joven vaciló como si hubiera recibido un golpe en el pecho, y miró, uno á uno, á su padre y á su tía, que esperaban ansiosamente su respuesta, y á Julio, que levantaba la cabeza con aire de triunfador.

– ¿Querrá ella?, preguntó Roberto.

– ¿No querrás tú?, contestó Julio.

– ¡Ah, sí!, pero, ¿ella?

– Pregúntaselo, arguyó Julio. Toma, hela aquí que vuelve.

Efectivamente, por el jardín avanzaba Marcela, seguida de Rosa.

- Marcela, gritó el muchacho.

Ella le miró y se aproximó á la ventana.

– ¿Quiere usted casarse con mi hermano?, dijo antes que nadie hubiera podido impedirlo.

El cesto que llevaba Rosa en el brazo se le cayó á consecuencia de la sorpresa, esparciendo legumbres frescas en todas direcciones.

Los seis ojos que habían quedado en el comedor examinaban con curiosidad á Marcela y á la criada.

– ¡Bondad del cielo!, exclamó ésta.

– Advierta usted, dijo Julio á la buena mujer, que no es á usted á quien se pide en matrimonio. Pues si tal caso se diera, presumo que no solamente la legumbre, sino usted misma habría medido el santo suelo.

– ¿Yo?, repuso Rosa. ¿Qué puede importarme á mí eso?

Sin embargo, se dedicó á recoger las legumbres que habían caído esparcidas.

Marcela, de pie ante la ventana, había cruzado sus manos y estaba en actitud de espera, con los ojos bajos, las mejillas sonrosadas y el alma trastornada por un gran torbellino de ideas nuevas. ¿Nuevas? ¡No! Ya antiguas, porque ahora lo conocía. ¿No eran esas ideas nuevas las que le hundían en el corazón este dardo dulce y amargo á la vez?

– Y bien, Marcela, ¿no contesta usted?, preguntó Julio casi inquieto por aquel silencio. ¿Quiere usted, sí ó no, casarse con mi hermano?

– No lo sé, respondió la joven levantando hacia él sus turbados ojos. ¿Querría acaso él?

Una gran carcajada contestó á aquella pregunta, y Julio, saltando por la ventana, arrastró hacia la casa á Marcela, que no comprendía nada.

– Y bien, ¿consiente?, preguntó el Sr. Breault, un poco extrañado de tantas locuras.

Roberto continuaba esperando, muy pálido, sin decir una palabra.

– Sí, dijo Marcela, pero tan bajo que apenas se oyó.

Roberto respiró y le tendió las dos manos.

– ¡Ah discípula mía!, dijo, ha tenido usted un singular profesor.

– Un buen maestro, dijo Marcela, y que espero que siempre lo será para mí.

Todo el mundo se besaba. De repente la joven se desasió de las manos de Roberto.

– ¿Y mi padre?, exclama; ¿si ahora no quisiera?

La miraron consternados. Simón no era en efecto uno de aquellos seres con los cuales se puede contar. Era muy capaz de rehusar, porque así le viniera en gana ó por cualquier motivo.

– Tengo mi idea, dijo Julio, y con esta ya van dos, lo que no es mala señal!, pues hay muchas gentes que no tienen más que una por semana. Conozco al Sr. Monfort, y es preciso cogerlo por sorpresa. ¡Ya veréis!

– Ya le escribiré, dijo Marcela vacilando, y ustedes también deberían escribirle.

– ¿Todos?, repuso Julio echándose á reir; ¿una carta colectiva?, ¿una verdadera circular de familia? En medio de todo, esto no puede causar ningún perjuicio. Pero tengo mi idea á pesar de esto.

– ¿Marcela no volverá al colegio?, preguntó el Sr. Breault, cuya inteligencia vacilante se aferraba con tenacidad singular á las cosas que le gustaban.

– Sí, hasta nueva orden, dijo la tía Julia con aire extremadamente digno.

– ¡Cómo! ¿Ahora? dijo Julio.

– Con mayor razón. ¡Cómo queréis que una joven!..

Entonces empezó para él de nuevo el discurso que antes hiciera al anciano, y hubiera durado mucho rato si el aturdido muchacho no se hubiese precipitado de rodillas, juntando las manos y exclamando:

– ¡En nombre de todas las virtudes, de todos los deberes, de todo lo que quiera, no haga usted que marche hoy, querida tía! Mañana, pero no hoy.

Aquello era contrario á todos los buenos principios, pero la buena señora no había querido jamás afligir á nadie. Cuando se hubo obtenido el plazo, Julio tomó apresuradamente su sombrero.

– ¿Dónde va?, preguntó Julia.

Agitó los brazos como las aspas de un telégrafo aéreo, puso un dedo en la boca recomendando silencio y se escapó corriendo como si tuviera miedo de divulgar su secreto.

– ¿Dónde va?, preguntó Rosa, apareciendo súbitamente en el dintel de la puerta.

La señorita Julia hizo un gesto desesperado, pero la buena sirvienta no la miraba ya. Sus ojos se fijaban en la joven pareja, que estaba de pie junto á una ventana.

– Y bien, dijo Rosa, ¿qué se hace al cabo?, ¿hay casorio ó no hay casorio?

– Sí lo hay, contestó el Sr. Breault con un resto de su antigua vivacidad, y espero, Rosa, que nos hará usted una buena comida de boda.

– ¿Una comida de boda?, no lo crea el señor. Estas cosas se hacen en el restaurant, replicó Rosa con un inexplicable desdén.

Luego, volviendo á sentimientos más tiernos, preguntó á Roberto:

– ¿Y cuándo se casan?

—No lo sabemos todavía, mi querida Rosa, contestó el joven sonriendo. Es preciso aguardar á que el padre de Marcela haya dado su consentimiento.

—¿El Sr. Monfort?, preguntó Rosa con brío; ¡pues no faltaba más sino que lo hiciera esperar!

—¿Y si él negara el permiso?, repuso Marcela, cuyo lindo rostro palideció á este pensamiento.

Rosa levantó la mano derecha á la altura de sus ojos, lo que en ella era signo de gran indignación.

—¿Rehusar? Si lo hace, entonces sabrá quién soy yo. No me he peleado todavía nunca con él; pero...

—Rosa, dijo Marcela con tono suplicante, es mi padre, le amo.

—No te digo lo contrario, dijo la cocinera, súbitamente dulcificada; pero sería una idea diabólica impedir que te casases según tu gusto.

La señorita Julia se estremeció á la idea de que ocurriese una colisión entre Monfort y la criada, pero nada dejó traslucir. Era ya demasiado angustioso que Marcela hubiera visto empañar su nuevo estado de novia, con aquellas dudas y temores.

Julio volvió en el momento en que cansados de aguardarle iban á ponerse á la mesa sin contar con él.

—¿Conque nunca será usted puntual?, gruñó Rosa, todavía indignada por la disputa imaginaria que acababa de tener con Simón Monfort.

—No, mi buena Rosa, es una excepción, contestó Julio con dulzura no acostumbrada.

Cuando se levantaron los manteles, todas las cabezas se inclinaron sobre el tapete de la mesa, absorbidas por la confección de una epístola enternecedora redactada para vencer todas las resistencias de Monfort, hasta las más imprevistas, hasta aquellas que nadie podía sospechar. La tía Julia llevaba la pluma, y bajo su inspiración las frases elocuentes se deslizaban sobre el papel, las unas detrás de las otras, con tanta rapidez y abundancia que, en un momento, media docena de hojas quedaron cubiertas de ellas.

—Jamás leerá todo esto, dijo Julio con acento burlón; me permitiré hacer observar á usted, ¡oh mi respetable tía!, que si empezamos á fastidiarle nos enviará al diablo inmediatamente, sin leer sino el principio, y como el exordio es más largo que la peroración...

—¡Julio!.., dijo su tía con aire severo.

Pero el sobrino no estaba de humor de dejarse intimidar, pues hizo una mueca tan respetuosa como tierna, y sin embargo, irresistible, y todo el mundo soltó el trapo á reir.

—Escribe tú mismo, dijo majestuosamente la tía, probando de adoptar un tono serio, y lúcete, ya que sabes criticar á los demás.

—¿Yo?, replicó Julio con aire inocentón. A mí me gustan los períodos breves, las frases concisas. No sabré nunca hacer esas cartas; sin embargo, voy á ensayarlo.



A la mañana siguiente Marcela bajó á sus rosales

Se pusieron á trabajar otra vez, y poco antes de las cinco la carta partió, acompañada de los votos de toda la familia y de los suspiros de Marcela, que quería hacer ver que no esperaba, y que, sin embargo, se obstinaba en volar hacia el cielo como una golondrina.

Pasó la tarde y pasó la noche. A la mañana siguiente Marcela bajó á sus rosales, y cinco minutos después Roberto se hallaba cerca de ella, teniendo en la mano una cestita para recoger las flores marchitas. Después de los rosales, vinieron los macizos, donde Roberto hizo un espurgo monumental; en pos de eso, llegó la hora del correo, la lectura de los diarios, y en fin, el almuerzo.

Julio había hecho cortas y febriles apariciones. Visiblemente preocupado, no podía estarse cinco minutos en el mismo sitio. Se sentó á la mesa, sin embargo, como todo el mundo; pero habiendo sonado la campanilla de la verja, se levantó y saltó por la ventana con tal impetuosidad, que la señorita Julia quedó petrificada.

Al cabo de dos segundos entró de nuevo en la sala por un camino más adecuado y trayendo en la mano un trozo de papel azul.

—Ya les había dicho, exclamó, que me gustaban las frases cortas; pero no debían figurarse, sin embargo, que llevara esta preferencia hasta sus últimos límites. ¡Oh poder de la electricidad! ¡Oh supremacía de mi idea! Escuchen un poco la lectura de estos documentos, de un interés sin rival.

«París, 5 julio, mediodía. *Simón Monfort*, New-York, Broadway, número 6. ¿Quiere conceder mano Marcela á Roberto Breault? Urgente, respuesta pagada.»

«New-York, 6 julio, 6 mañana. Julio Breault, calle Bomba, 108. Mano concedida, salgo para Francia. Espérenme.»

Roberto tiró su servilleta y dió un apretado abrazo á su hermano.

—He aquí lo que vale, dijo éste, tener algunas economías; y por el placer que nos ha proporcionado, hay que confesar que el cable es una invención muy hermosa.

Nadie sostuvo la opinión contraria.

Monfort llegó y su presencia fué una alegría para todos. También él había sufrido durante la ausencia. La soledad no le pesaba antes, cuando se creía abandonado; pero, modificados sus sentimientos y conociendo la necesidad de amar, se había transformado por completo su alma, y esta vez su destierro le había parecido más duro que otras veces. La tranquila alegría de su hija, la acogida hospitalaria de los Breault, vertieron sobre su corazón ulcerado un bálsamo de consuelo cuyos efectos sintió durante el resto de su vida.

El Sr. Breault y Monfort, ya por adelantado tenían celos de los hijos de Marcela, y ésta parecía la única nube que podía sombrear el cielo de aquellas existencias; pero el hado clemente envió dos muchachos que son los niños mimados de todos y á quienes los abuelos quieren á porfía, cada uno el suyo: por fortuna, Julio está allí y les riñe cuando es necesario.

Rosa tiene todo el pelo blanco, pero vivirá hasta los cien años; la señora Julia es el aya de los hijos de Marcela.

FIN



Las víctimas de Navidad, dibujo de Arturo Loraine

LAS VÍCTIMAS DE NAVIDAD

Víctimas ó héroes, como ustedes quieran llamarles, porque sin ellos no se comprenden las Navidades. Familias hay que se pasan el año en continuo ayuno, y no por devoción ni falta de apetito; pero al llegar el solemne día en que se conmemora el nacimiento de Jesús, hacen un esfuerzo supremo y se proveen de la indispensable gallinácea.

¡Pobres animalitos! Parece como que en los días que preceden á la fecha para ellos fatal, presienten su próximo fin. Vedlos en los puestos en donde se les expone á la vergüenza pública: el orgulloso pavo que se paseara con paso majestuoso ostentando en forma de abanico su negra cola; el capón que luciera ufano su plumaje de colores brillantes; el gallo que rodeado de sus odaliscas se irguiera soberbio para lanzar al aire sus desafinadas notas; el pato que con ademán agresivo y estridentes graznidos amenazara á cuantos se le acercaban, todos yacen mustios y cabizbajos sobre miserable lecho de paja. Diríase que se hacen los humildes para sustraerse á la atención del comprador y que se fingen enfermizos para ahuyentarle.

Mas todo en vano: de nada les valen estas supercherías, y gordos y flacos, sanos y enfermos, todos van desapareciendo uno tras otro del montón anónimo para convertirse en respetables individualidades cuyas excelencias proclamarán sus respectivos adquirentes y con cuya sabrosa carne se regodearán sus implacables matadores.

¡Pobres víctimas de la voracidad humana! Por fortuna vuestra también para vosotros se aproxima la hora de la redención. Las doctrinas de los vegetalistas extiéndense de día en día, y en todos los pueblos surgen celosos apóstoles de la nueva idea que cada vez aumentan el número de sus prosélitos y disminuyen por ende el de vuestros verdugos. Regocijaos, pues, y aclamad á vuestros redentores.

Felices vosotros el día en que las teorías de Tolstoi, de Kneipp y tantos otros sean universalmente aceptadas, porque aquel día nadie querrá vuestra muerte; dichosos también entonces los que aferrados á las tradiciones de sus mayores se nieguen á seguir las corrientes del humanitario progreso, porque ellos comerán pavo barato.

Imp. de Montaner y Simón

ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN EL TOMO XIV DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XIV DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA



